Mi lucha



Orden Verlag

Líder Supremo del
Tercer Reino Germano

Preludio de la Orden

Me alegra verlo por aquí, una persona que sabe leer y practica la lectura, me alegra porque es de las personas que valen la pena, de las personas que tienen valor, porque las personas que no leen, aceptarían cualquier tipo de injusticia, ya que son más maquinas o pagadores de impuestos que individuos sanos.

Así como la gente que no sabe leer, se dedica a robar, tanto algún negro musulmán en la calle, o algún medio oriental blanco en la política, de esta misma forma, los analfabetos creen en la bondad de los judíos, y en la maldad de Adolf Hitler, en cambio los historiadores y los que saben leer, ¡Y LEEN!, saben la verdad; ¿EN QUE LUGAR ESTA USTED?, ¿es un negro analfabeto o es un europeo alfabetizado en ejercicio?.

¿Quién hay entre nosotros que no tiene, desde el fondo de su corazón, siempre que todavía pueda pensar con su sangre, un profundo y extrañamente inquietante sentido de vergüenza, cuando, paseando por el campo, ante el panorama, tal vez de cimas de las montañas alpinas cubiertas de nieve o en medio de un páramo sombrío de Westfalia, se le atraviesa una imagen de Jesús crucificado? Los Dioses de nuestros antepasados parecían diferentes; eran hombres, y cada uno tenía un arma en la mano, simbolizando la actitud ante la vida que es inherente a nuestra raza: la de la acción, la de la responsabilidad del hombre para sí mismo. Qué diferente es el pálido crucificado, que expresa - por su decidida mirada de sufrimiento, humildad y rendición extremas - cualidades que contradicen la heroica actitud fundamental de nuestra raza.

Tener muy en cuenta, que Adolf no era docto ni había leído demasiado, cuando conforma el partido empieza a formarse más, con asesores alemanes de la aristocracia nacional, pero al tiempo de escribir este libro, nuestro héroe mundial era bruto, solo con buenas intenciones e instintos políticos notables, tener también en cuenta que sus líneas no son las de un escritor cultivado y experto, es una primera obra de una persona pobre que no pudo llegar a estudiar y formarse demasiado. SOLO BASTA CON SABER EL MÁS MÍNIMO ALEMÁN PARA DARSE CUENTA DE QUE EL LÍDER NO RESPETABA LA INTEGRIDAD DE LA SINTAXIS DEL ALEMÁN, PERO REITERO, NO ERA ERUDITO, DOCTO O ESCRITOR, ERA UN HOMBRE CON INICIOS MODESTOS QUE LLEGO A ENTENDER CUESTIONES IMPORTANTES PORQUE TENÍA ASESORES DE LA ALTA Y VIEJA ARISTOCRACIA ALEMANA.

Adolf no era ni lo que los Neo NS piensan, ni lo que los neo comunistas piensan, nadie se tomó el trabajo de revisar la historia ni de pensar, cada bando en este momento histórico de la preguerra mundial vive en la creencia, como animales, como un religioso, rellenan su ignorancia con postulados axiomáticos, creen lo que no saben.

Así como fue en la primera y en la segunda guerra mundial es esta tercera guerra mundial, convencional o ideológica, importa poco cual sea su forma, la batalla entre los alfabetizados y los analfabetos continúa, la batalla entre los normalmensch y los untermensch, los idiotas que creen en todo lo que dice la prensa judía, y la gente mentalmente sana que sabe la realidad por que la leyó en libros.

Tanto la segunda guerra mundial como la primera fueron, grandes guerras entre los untermensch y los normalmensch, y, además, ambas fueron provocadas por los untermensch.
Las sociedades modernas, ovinizadas, desprovistas de toda posibilidad de dignidad mediante los

medios de acondicionamiento de rebaño humano, como lo son: la escuela, la universidad y los medios de prensa extranjeros, de todos los países de las post guerras mundiales, de la derrota mundial, del mundo entero.
La sociedad moderna es una sociedad totalmente desmoralizada por la cultura comunista disolvente, los hombres están gordos, pero no cambian su estilo de vida alimentario, dicen que no tienen dinero, pero no paran de salir a comer o pagar suscripciones de cine o cualquier cosa idiotizante, dicen que no saben, pero no agarran un libro, ¡VIVIMOS EN UN MUNDO DE COBARDES!, cobardes que no hacen lo mínimo que deberían y que nuestros ancestros hacían como normal.

Las generaciones posteriores a esta gran derrota mundial nacen en la matrix de la mentira comunista de medio oriente, se los mete al sistema educativo comunista, con la falacia cirquera de la escuela pública o escuela privada, nadie está exento de esta mentira, no ha sido posible levantar un sistema no comunista, como partido político, como escuela privada, como revista, periódico, o libros si quiera, todo lo han censurado, además de vivir rodeado de cámaras y micrófonos que son permanentemente espiados, convierten a esta matrix comunista de las post guerras mundiales en un gulag rojo, los hombres caminan cada tramo de sus vidas en este miserable cautiverio, en este gulag legal, financiero, político, cultural y espiritual; no le es posible a la gente pensar ni tener dinero que ellos no puedan robar, ellos, los usurpadores del gobierno, de este y de casi todos los países, abunda la ilusión de la libertad, y la ilusión de la criminalidad de los países del eje que lucharon contra el sistema internacional financiero de la peste roja, los hombres creen en la maldad de los países del eje, hasta que se cruza con la realidad, hasta que el engaño se rompe, cuando nuestros abuelos se enteran de que el dinero de su jubilación ha sido robado, o cuando se lo encarcela por leer un libro, pensar, o decir algo que molesta a los poderosos usurpadores del gobierno, cuando los hombres despiertan ya tienen 80 años y están recogiendo latas de cerveza usadas para revender porque su jubilación es insuficiente para comer, cuando los hombres despiertan del engaño de la escuela y de la prensa, ya están detrás de las rejas, presos, totalmente violados, secuestrados ilegítimamente por algún otro imbécil vestido de azul que solo hace el supuesto bien siguiendo las ordenes políticas de extranjeros usurpadores hasta que le llegue su jubilación y tenga que el también levantar otra lata de cerveza de aluminio porque si, por más criminales de pensamiento que haya encarcelado, a él también lo engañaron y le robaron, lo usaron para secuestrar ilegítimamente y lo convencieron de que debe hacerlo por que pensar que los ancestros alemanes fueron héroes es un crimen imperdonable; y así también todo lo alemán está prohibido, todo lo europeo está prohibido, al mismo tiempo que el lavado de cerebro del cristianismo nos debilita la testosterona y la voluntad de nuestra guerrera raza, a este mismo tiempo, el islam penetra con privilegios legales, ningún alemán que haya violado o robado es liberado sin cargos para seguir violando y robando, pero los musulmanes si, entonces, es así como se libra hoy la guerra, de formas cobardes, con persecuciones legales, limitando a la animalidad el derecho de los europeos al mismo tiempo que se le da libertad criminal casi total a los musulmanes, es una guerra civil cobarde, donde la policía y los políticos fomentan e incentivan la derrota de Europa a manos de animales que orinan y defecan en mitad de la calle.

Vivimos en una Europa donde pensar es un crimen que lleva al gobierno extranjero medio oriental a justificar el robo total del capital del criminal de pensamiento con la justificación de terrorismo, es decir, de una emoción de miedo, voy a repetirlo de nuevo, encarcelan a europeos de bien por pensar y sentir emociones como el amor o el odio, y luego justifican la cadena perpetua o el embargo del capital del criminal de pensamiento con una emoción, esta emoción es el terror, el terror que genera una persona que piensa, y a esto se le llama terrorismo, donde se permite destripar al terrorista sin derecho humano alguno, Europa por tanto está bajo el totalitarismo comunista con una máscara cosmética oclocrática, y esto es a causa de que el autor de este libro perdió la guerra, que conste a las generaciones futuras.

Los europeos son honorables, guerreros y cultos, si tu no lees, caminaras ciego por una banda eléctrica durante toda tu vida, y despertaras con la dura realidad de que tienes 80 años y una vez más, los que te dijeron que tus ancestros eran malos, y que es una vergüenza ser alemán, o europeo, se han robado los fondos de tu jubilación, si es que llegas, porque desde el año 2020 están envenenando indiscriminadamente a las personas y muchos mueren de cáncer a los 30 o caen en la demencia senil con 30 años, y le llaman a esto natural. Pero cuidado, si piensas que esto no es así, te conviertes en un criminal de pensamiento, y por tanto, en terrorista, vas a ser saqueado y asesinado o saqueado y encarcelado, como a un animal, sin ningún tipo de derecho, esto es el comunismo.

Infórmate, rebélate, organízate con otros para luchar, no luches solo o te dispararan en mitad de la calle y luego dirán que eras un enfermo mental, ¿cómo es posible que disparen a 5000 personas en la calle y digan al resto del rebaño que eran 5000 enfermos mentales?, o criminales de pensamiento, o peor aún, una fuga de una institución mental.

Organízate por tu prosperidad, la de tus hijos y la de tus nietos, porque no es solo el dinero de las jubilaciones lo que se roban, los crímenes contra Europa son 250 frentes de guerra no convencional que me tomaría 260 tomos de libros explicarlo a detalle y todo un equipo de expertos en cada área. Organízate y fomenta la lectura, porque si miras Alemania de 1900, cuando los ancestros querían tomar el poder por que el país estaba en la más profunda hambruna, se organizaban los alemanes más finos, recompilaban una serie de libros para que sean un compendio de ideas nacionales base para formar una masa de lectores, y luego de que esa base de lectores se formase, con ellos armar un partido, porque ninguna lucha es posible si se hace fuerza sin dirección o sin fundamento, porque si armas un partido sin ideas no es más que una aglomeración de animales democráticos, es decir, con buenas intenciones o no, son enemigos de Europa, una vez armado el partido, y en constante formación de nuevos miembros, que comprendan los problemas y los métodos del enemigo para atacarnos, es ahí donde uno lleva la bandera de los ideales y señala el problema pudiendo convencer a la comunidad nacional mediante la exposición de la realidad, la realidad es que debemos luchar una vez más, por nuestra sangre y por nuestra supervivencia, debemos una vez más arriesgar la poca vida que nos queda por que si miras bien, casi todo nos lo han quitado estos cerdos.

Es impresionante ver la cantidad de traducciones de este libro que son calumnias y difamaciones, modificaciones maliciosas y más aún, esta traducción es completamente algorítmica, los humanos en este momento histórico de decadencia, ¡NO SON CONFIABLES!. Esta traducción está hecha con honor, no fue puesta en manos de cualquier traductor negrista cristiano, esta traducida de manera algorítmica sin IA, por lo que es una solución rápida aunque muchas veces imprecisa. La presente traducción respeta la sintaxis del escritor, no es una traducción donde se destruye la frase y esta es reconstruida con la sintaxis del idioma destino.

Esta es la única edición del mundo que esta traducida con honor, las ediciones del mi lucha en todos los idiomas que no sean originales son mentiras asquerosas, pero mas aun las ediciones de los bastardos Neo NS, sobre todo ellos. He encontrado tantas cosas borradas en las ediciones españolas del mi lucha que me lleva a concluir que además de unos negros de mierda son también, traidores y saboteadores comunistas con delirio de identidad germánica.

Los neo nazis son comunistas, solo basta con levantar la vista, mirarlos y preguntarles, y ustedes que han hecho en estos últimos 80 años, quitarse el cabello de la cabeza, tatuarse, y fingir ser algo que no son, cuando tienen un aspecto más parecido a bolcheviques convictos o raperos africanos que a un alemán o germánico, o europeo si quiera. Solo basta con comparar a los verdaderos NS

de 1900 con la basura moderna democrática que se viste con puro marketing pero no sabe quién es, carece de toda identidad aunque tenga la sangre. Incluso aunque argumenten que leyeron el mi lucha, como si los verdaderos NS se formaran con el mi lucha, no, los verdaderos se formaron en Wewelsburg, en la SS, no creyéndose cosplayers de un pasado que no son capaces de replicar con actos, Wewelsburg no existe más, y todos los Neo NS odian la autoridad porque están democratizados, bolchevizados, creen que lo saben todo y apenas pueden leer el periódico, cuando los hombres formadores de este europeísmo de elite son hombres finos, con enorme formación como Himmler, a los cuales dicen amar, pero cuando se cruzan con un hombre de tal magnitud el primer impulso del Neo NS es odiarlos porque son superiores, y es ahí donde se nota el carácter neo bolchevique del cual vengo haciendo mención.

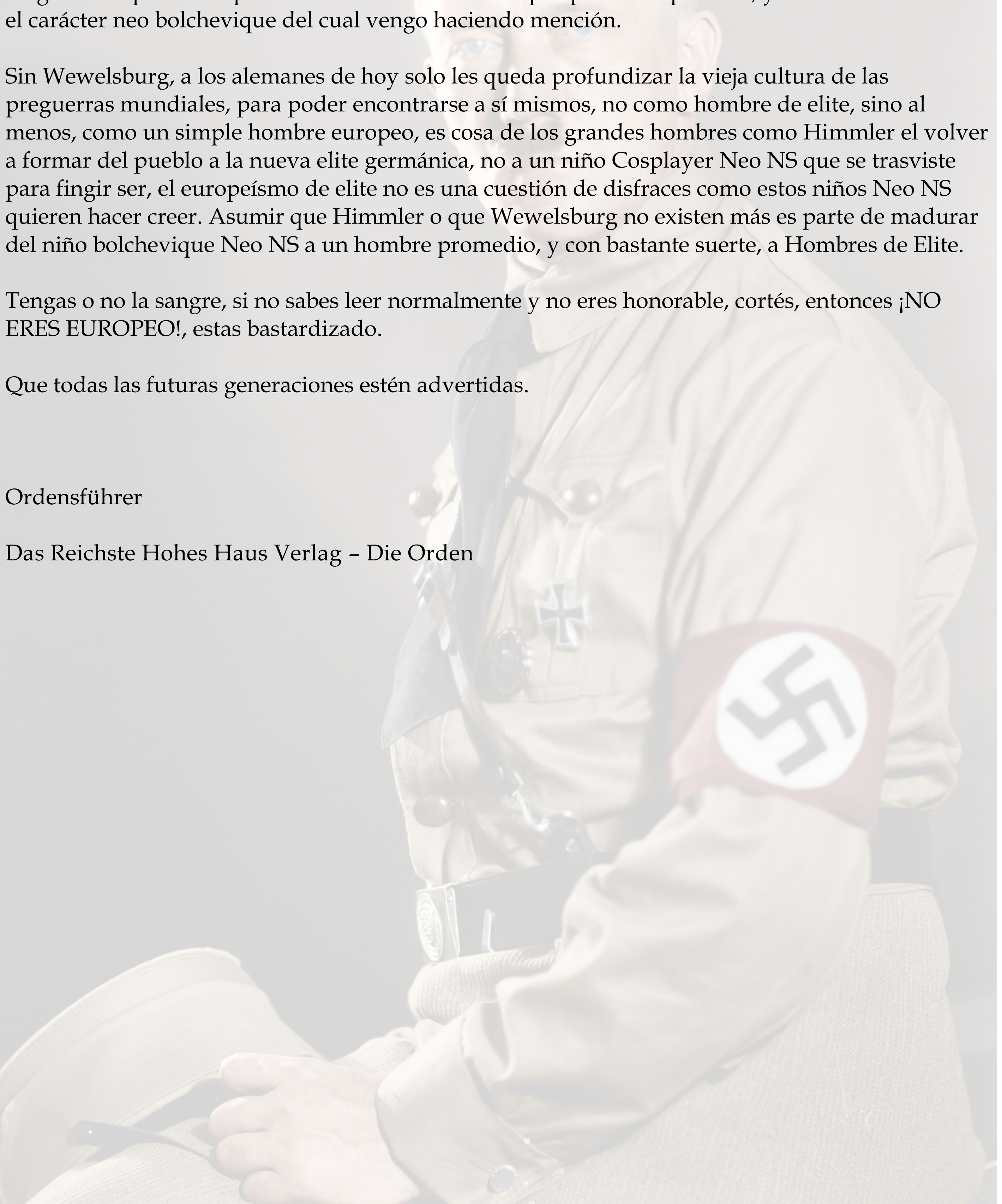
Sin Wewelsburg, a los alemanes de hoy solo les queda profundizar la vieja cultura de las preguerras mundiales, para poder encontrarse a sí mismos, no como hombre de elite, sino al menos, como un simple hombre europeo, es cosa de los grandes hombres como Himmler el volver a formar del pueblo a la nueva elite germánica, no a un niño Cosplayer Neo NS que se trasviste para fingir ser, el europeísmo de elite no es una cuestión de disfraces como estos niños Neo NS quieren hacer creer. Asumir que Himmler o que Wewelsburg no existen más es parte de madurar del niño bolchevique Neo NS a un hombre promedio, y con bastante suerte, a Hombres de Elite.

Tengas o no la sangre, si no sabes leer normalmente y no eres honorable, cortés, entonces ¡NO ERES EUROPEO!, estas bastardizado.

Que todas las futuras generaciones estén advertidas.

Ordensführer

Das Reichste Hohes Haus Verlag – Die Orden



Auftakt zum Orden

Ich freue mich, ihn hier zu sehen, einen Menschen, der lesen kann und das Lesen übt, ich bin glücklich, weil er zu den Menschen gehört, die wertvoll sind, die Menschen die Mut haben, denn Menschen, die nicht lesen, würden jede Art von Ungerechtigkeit akzeptieren, da sie mehr Maschinen oder Steuerzahler als gesunde Menschen sind.

So wie Menschen, die nicht lesen können, sich dem Diebstahl widmen, sei es ein schwarzer Muslim auf der Straße oder ein weißer Orientale in der Politik, so glauben die Analphabeten an die Güte der Juden und an das Böse Adolf Hitlers, während Historiker und diejenigen, die lesen können, Und sie lesen, sie kennen die Wahrheit; WO SIND SIE? Sind Sie ein schwarzer Analphabet oder sind Sie in der Praxis ein gebildeter Europäer?

Wer ist unter uns, der nicht aus tiefstem Herzen, wann immer er noch mit seinem Blut denken kann, ein tiefes und seltsam beunruhigendes Schamgefühl hat, wenn er auf dem Lande, vor dem Panorama, vielleicht von schneebedeckten Alpengipfeln oder mitten in einer düsteren westfälischen Einöde spazieren geht, Kreuzt ihn ein Bild des gekreuzigten Jesus? Die Götter unserer Vorfahren sahen anders aus; Es waren Männer, und jeder hatte eine Waffe in der Hand, die die Einstellung zum Leben symbolisierte, die unserer Rasse innewohnt: die des Handelns, die der Verantwortung des Menschen für sich selbst. Wie anders ist der bleiche Gekreuzigte, der durch seinen entschlossenen Blick des äußersten Leidens, der Demut und der Hingabe Eigenschaften zum Ausdruck bringt, die der heroischen Grundhaltung unserer Rasse widersprechen.

Denken Sie daran, dass Adolf weder gebildet war noch viel gelesen hatte, als er die Partei gründete, begann er sich mehr mit deutschen Beratern der nationalen Aristokratie zu bilden, aber zur Zeit des Schreibens dieses Buches war unser Weltheld ein Tier, nur mit guten Absichten und bemerkenswerten politischen Instinkten, denken Sie auch daran, dass seine Zeilen nicht die eines kultivierten und fachkundigen Schriftstellers sind. Es ist das erste Werk eines armen Menschen, der nicht viel studieren und trainieren konnte. ES GENÜGT, AUCH NUR EIN BISSCHEN DEUTSCH ZU KÖNNEN, UM ZU ERKENNEN, DASS DER FÜHRER DIE INTEGRITÄT DER DEUTSCHEN SYNTAX NICHT RESPEKTIERTE, ABER ICH WIEDERHOLE, ER WAR KEIN GELEHRTER, GELEHRTER ODER SCHRIFTSTELLER, ER WAR EIN MANN MIT BESCHEIDENEN ANFÄNGEN, DER WICHTIGE FRAGEN ZU VERSTEHEN BEGANN, WEIL ER BERATER AUS DER HOHEN UND ALTEN DEUTSCHEN ARISTOKRATIE HATTE.

Adolf war weder das, was die Neo-NS denken, noch das, was die Neokommunisten denken, niemand hat sich die Mühe gemacht, die Geschichte Revue passieren zu lassen oder zu denken, jede Seite lebt in diesem historischen Moment der Vorkriegszeit im Glauben, wie Tiere, wie ein Religiöser, sie füllen ihre Unwissenheit mit axiomatischen Postulaten, sie glauben, was sie nicht wissen.

Genau wie im Ersten und Zweiten Weltkrieg ist auch dieser dritte Weltkrieg, konventionell oder ideologisch, es spielt keine Rolle, wie er aussieht, der Kampf zwischen den Gebildeten und den Analphabeten geht weiter, der Kampf zwischen dem normalen Menschen und dem Untermenschen, den Idioten, die alles glauben, was die jüdische Presse sagt, und den geistig gesunden Menschen, die die Realität kennen, weil sie sie in Büchern lesen.

Sowohl der Zweite als auch der Erste Weltkrieg waren große Kriege zwischen den Untermenschen und den Normalmenschen, und beide wurden von den Untermenschen provoziert.
Die modernen, ovinisierten Gesellschaften sind ohne jede Möglichkeit der Würde durch die Mittel, die menschliche Herde zu konditionieren, wie die Schule, die Universität und die ausländischen Medien, aller Länder der Nachkriegszeit, der Weltniederlage, der ganzen Welt. Die moderne Gesellschaft ist eine Gesellschaft, die durch die sich auflösende kommunistische Kultur völlig demoralisiert ist, die Männer sind dick, aber sie ändern nicht ihren Lebensstil, sie sagen, dass sie kein Geld haben, aber sie hören nicht auf, essen zu gehen oder für Kinoabonnements oder irgendetwas Idiotisches zu bezahlen, sie sagen, sie wissen es nicht, aber sie nehmen kein Buch mit, WIR LEBEN IN EINER WELT VON FEIGLINGEN! Feiglinge, die nicht das Minimum tun, was sie tun sollten und was unsere Vorfahren wie gewohnt getan haben.

Die Generationen nach dieser großen Weltniederlage werden in die Matrix der kommunistischen Lüge im Nahen Osten hineingeboren, sie werden in das kommunistische Bildungssystem gesteckt, mit dem Zirkustrugschluss der öffentlichen Schule oder Privatschule, niemand ist von dieser Lüge ausgenommen, es war nicht möglich, ein nicht-kommunistisches System aufzubauen, als politische Partei, als Privatschule, Als Zeitschrift, Zeitung oder sogar Buch haben sie alles zensiert, abgesehen davon, dass sie umgeben von Kameras und Mikrofonen leben, die ständig ausspioniert werden, sie verwandeln diese kommunistische Matrix der Nachkriege in einen roten Gulag, die Menschen leben jeden Abschnitt ihres Lebens in dieser elenden Gefangenschaft, in diesem rechtlichen, finanziellen, politischen, kulturellen und spirituellen Gulag; Es ist nicht möglich, dass die Menschen denken oder Geld haben, das sie nicht stehlen können, sie, die Usurpatoren der Regierung, dieses und fast aller Länder, die Illusion der Freiheit und die Illusion der Kriminalität der Achsenmächte, die gegen das internationale Finanzsystem des Roten Todes gekämpft haben, sind im Überfluss vorhanden. Die Menschen glauben an das Böse der Achsenmächte, bis es sich mit der Realität überschneidet, bis die Täuschung aufgedeckt wird, wenn unsere Großeltern erfahren, dass ihr Rentengeld gestohlen wurde, oder wenn sie eingesperrt werden, weil sie ein Buch gelesen, etwas gedacht oder gesagt haben, das die mächtigen Usurpatoren der Regierung verärgert. Wenn die Männer aufwachen, sind sie schon 80 Jahre alt und sammeln gebrauchte Bierdosen, um sie weiterzuverkaufen, weil ihre Rente nicht ausreicht, um zu essen, wenn die Männer aus dem Betrug der Schule und der Presse erwachen, sind sie bereits hinter Gittern, eingesperrt, total vergewaltigt, unehelich entführt von einem anderen Idioten in blauer Kleidung, der nur das vermeintlich Gute tut, indem er den politischen Befehlen der Usurpation von Ausländern bis zu seiner Rente folgt. Er muss auch eine weitere Dose Aluminiumbier heben, denn wenn er, egal wie viele Verbrecher er eingesperrt hat, auch getäuscht und ausgeraubt wurde, dazu benutzt wurde, unrechtmäßig zu entführen, und überzeugt war, dass er es tun sollte, weil es ein unverzeihliches Verbrechen ist, zu denken, dass die deutschen Vorfahren Helden waren; Und so ist auch alles Deutsche verboten, alles Europäische ist verboten, während die Gehirnwäsche des Christentums unser Testosteron und den Willen unserer kriegerischen Rasse schwächt, gerade zu dieser Zeit dringt der Islam mit gesetzlichen Privilegien ein, kein Deutscher, der vergewaltigt oder gestohlen hat, wird ohne Anklage freigelassen, um weiter zu vergewaltigen und zu stehlen, aber Muslime, so wird der Krieg heute geführt, auf feige Weise, mit legaler Verfolgung, die die Rechte der Europäer auf Tierlichkeit einschränkt, während gleichzeitig den Muslimen fast völlige kriminelle Freiheit gewährt wird, es ist ein feiger Bürgerkrieg, in dem die Polizei und die Politiker die Niederlage Europas durch die Hände von Tieren fördern und fördern, die mitten auf der Straße urinieren und ihre Notdurft verrichten.

Wir leben in einem Europa, in dem Denken ein Verbrechen ist, das die ausländische Regierung des Nahen Ostens dazu bringt, den totalen Diebstahl des Kapitals des Gedankenverbrechers mit

der Rechtfertigung des Terrorismus zu rechtfertigen, das heißt, einer Emotion der Angst, ich wiederhole es noch einmal, sie sperren gute Europäer ein, weil sie Emotionen wie Liebe oder Hass denken und fühlen. und dann rechtfertigen sie lebenslange Haft oder die Beschlagnahme des Kapitals des Gedankenverbrechers mit einer Emotion, diese Emotion ist Terror, der Terror, der von einer Person erzeugt wird, die denkt, und das nennt man Terrorismus, wo es erlaubt ist, den Terroristen ohne jedes Menschenrecht auszuweiden, Europa steht also unter kommunistischem Totalitarismus mit einer okokratischen Kosmetikmaske, Und das liegt daran, dass der Autor dieses Buches den Krieg verloren hat, lassen Sie zukünftige Generationen wissen.

Die Europäer sind ehrenhaft, kriegerisch und kultiviert, wenn du nicht liest, wirst du dein ganzes Leben lang blind auf einem elektrischen Band laufen, und du wirst mit der harten Realität aufwachen, dass du 80 Jahre alt bist und wieder einmal diejenigen, die dir gesagt haben, dass deine Vorfahren schlecht waren und dass es eine Schande ist, Deutsche oder Europäer zu sein, deine Rentenkasse gestohlen haben, Wenn Sie ankommen, denn seit 2020 vergiften sie wahllos Menschen und viele sterben mit 30 Jahren an Krebs oder fallen mit 30 Jahren in senile Demenz, und sie nennen das natürlich. Aber seid vorsichtig, wenn ihr denkt, dass es nicht so ist, werdet ihr zu einem Verbrecher des Denkens und damit zu einem Terroristen, ihr werdet ausgeplündert und getötet oder geplündert und eingesperrt, wie ein Tier, ohne irgendein Recht, das ist Kommunismus.

Informiere dich, rebelliere, organisiere dich mit anderen, um zu kämpfen, kämpfe nicht alleine, sonst werden sie dich mitten auf der Straße erschießen und dann werden sie sagen, dass du psychisch krank warst, wie ist es möglich, dass sie 5000 Menschen auf der Straße erschießen und dem Rest der Herde erzählen, dass sie 5000 psychisch krank sind, oder Gedankenverbrecher, oder schlimmer noch, eine Flucht aus einer psychiatrischen Anstalt.

Organisieren Sie sich für Ihren Wohlstand, den Ihrer Kinder und Enkelkinder, denn es ist nicht nur das Geld aus den Renten, das gestohlen wird, die Verbrechen gegen Europa sind 250 Fronten eines unkonventionellen Krieges, die mich 260 Bände Bücher erfordern würden, um sie im Detail zu erklären, und ein ganzes Team von Experten in jedem Bereich.
Organisiere dich und fördere das Lesen, denn wenn du dir Deutschland im Jahr 1900 anschaust, als die Vorfahren die Macht übernehmen wollten, weil das Land in der tiefsten Hungersnot steckte, organisierten sich die besten Deutschen, sie stellten eine Reihe von Büchern neu zusammen, so dass sie ein Kompendium nationaler Ideen sein würden, um eine Masse von Lesern zu bilden, und nachdem diese Basis von Lesern gebildet worden war, mit ihnen eine Partei aufzubauen, denn kein Kampf ist möglich, wenn man Gewalt ohne Richtung oder ohne Grundlage ausübt, denn wenn man eine Partei ohne Ideen aufbaut, ist sie nichts anderes als eine Ansammlung demokratischer Tiere, das heißt, mit guten Absichten oder nicht, sie sind Feinde Europas, sobald die Partei bewaffnet ist und sich ständig neue Mitglieder bilden, dass sie die Probleme und die Methoden des Feindes verstehen, um uns anzugreifen, das heißt, wo man die Fahne der Ideale trägt und auf das Problem hinweist, in der Lage zu sein, die nationale Gemeinschaft durch die Enthüllung der Realität zu überzeugen, die Realität ist, dass wir wieder kämpfen müssen, um unser Blut und um unser Überleben, wir müssen wieder das wenige Leben riskieren, das uns noch übrig ist, denn wenn man genau hinschaut, Fast alles wurde uns von diesen Schweinen genommen.

Es ist beeindruckend zu sehen, wie viele Übersetzungen dieses Buches Verleumdung und Verleumdung, böswillige Modifikationen und noch mehr sind, diese Übersetzung ist vollständig algorithmisch, Menschen in diesem historischen Moment der Dekadenz sind UNZUVERLÄSSIG! Diese Übersetzung wird mit Ehre gemacht, sie wurde nicht in die Hände eines christlichen schwarzen Übersetzers gelegt, sie wird algorithmisch ohne KI übersetzt, so dass es sich um eine

schnelle Lösung handelt, wenn auch oft ungenau. Diese Übersetzung respektiert die Syntax des Autors, es handelt sich nicht um eine Übersetzung, bei der der Satz zerstört und mit der Syntax der Zielsprache rekonstruiert wird.

Dies ist die einzige Ausgabe der Welt, die mit Ehren übersetzt wird, die Ausgaben von Mein Kamf in allen Sprachen, die nicht original sind, sind widerliche Lügen, aber noch mehr die Ausgaben der Neo-NS-Bastarde, insbesondere diese. Ich habe so viele Dinge in den spanischen Ausgaben meines Kampfes ausradiert gefunden, dass ich zu dem Schluss komme, dass sie nicht nur beschissene Schwarze sind, sondern auch Verräter und Saboteure, Kommunisten mit Wahnvorstellungen von germanischer Identität.

Die Neonazis sind Kommunisten, schau einfach auf, schau sie an und frage sie, und was hast du in den letzten 80 Jahren gemacht, zieh dir die Haare vom Kopf, lass dich tätowieren und tu so, als wärst du etwas, was du nicht bist, wenn du eher wie verurteilte Bolschewiki oder afrikanische Rapper aussiehst als wie ein Deutscher oder Germane, oder sogar europäisch. Es genügt, die reale NS von 1900 mit dem modernen demokratischen Müll zu vergleichen, der sich mit reinem Marketing verkleidet, aber nicht weiß, wer er ist, der jede Identität entbekommt, auch wenn er Blut hat. Auch wenn sie argumentieren, dass sie die MeLucha so lesen, als ob die wirklichen NS mit den Melucha gebildet worden wären, nein, die wirklichen wurden in Wewelsburg, in der SS, gebildet, weil sie sich nicht für Cosplayer einer Vergangenheit halten, die sie nicht in der Lage sind, mit Aktionen zu replizieren, Wewelsburg existiert nicht mehr, und alle Neo-NS hassen Autorität, weil sie demokratisiert sind, Als Bolschewisten glauben sie, alles zu wissen und kaum die Zeitung lesen zu können, während die Männer, die diesen elitären Europäismus bilden, feine Männer sind, mit einer enormen Ausbildung wie Himmler, den sie angeblich lieben, aber wenn sie einem Mann von solcher Größe begegnen, ist der erste Impuls der Neo-NS, sie zu hassen, weil sie überlegen sind, und das ist der Punkt, an dem sich der neobolschewistische Charakter bemerkbar macht, von dem ich gesprochen habe.

Ohne Wewelsburg können die Deutschen von heute nur die alte Kultur der Vorkriege vertiefen, um sich nicht als Mann der Elite, sondern zumindest als einfacher Europäer finden zu können, es liegt an großen Männern wie Himmler, das Volk zur neuen germanischen Elite umzuerziehen. kein Neo-NS-Cosplayer-Kind, das sich verkleidet, um so zu tun, als wäre man es, der Elite-Europäismus ist keine Frage der Kostüme, wie diese Neo-NS-Kinder Sie glauben machen wollen. Anzunehmen, dass es Himmler oder Wewelsburg nicht mehr gibt, gehört dazu, um vom bolschewistischen Neo-NS-Kind zu einem Durchschnittsmenschen und hoffentlich zu einem Elite-Mann heranzureifen.

Ob du Blut hast oder nicht, wenn du nicht normal lesen kannst und du nicht ehrenhaft und höflich bist, dann bist du KEIN EUROPÄER!, du bist.

Mögen alle zukünftigen Generationen gewarnt sein.

Ordensführer

Das Reichste Hohes Haus Verlag – Die Orden


Götter in Uns

Mi lucha

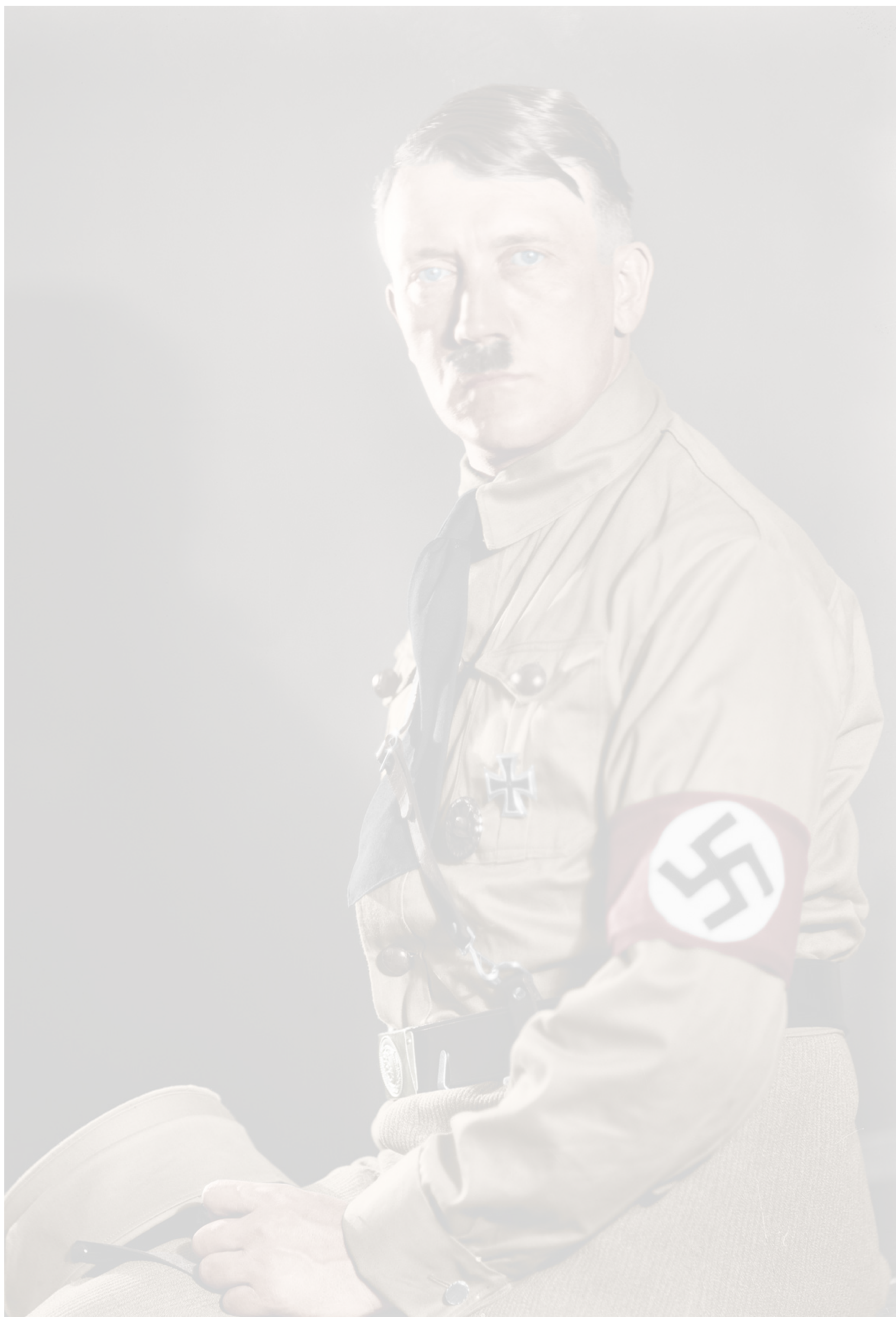
Adolf Hitler

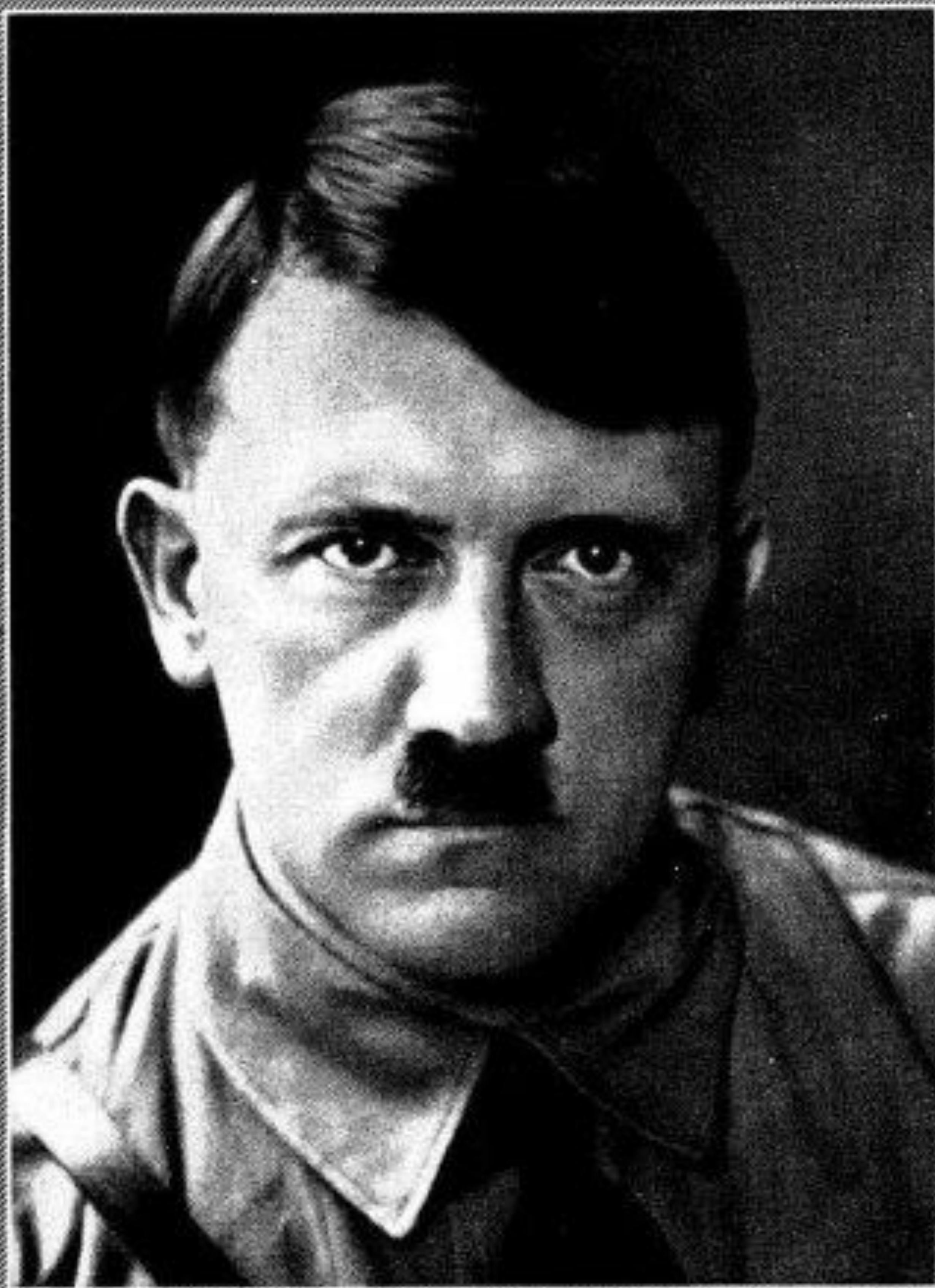
Oberster Führer des Dritten German Reiches
Líder Supremo del Tercer Reino Germano



Adolf Hitler / Mein Kampf







Mein Kampf

De

Adolf Hitler

Dos volúmenes en un solo volumen

Edición íntegra

Primer volumen:
Un ajuste de cuentas

Segundo volumen:
El Movimiento Nacionalsocialista

172ª-173ª edición



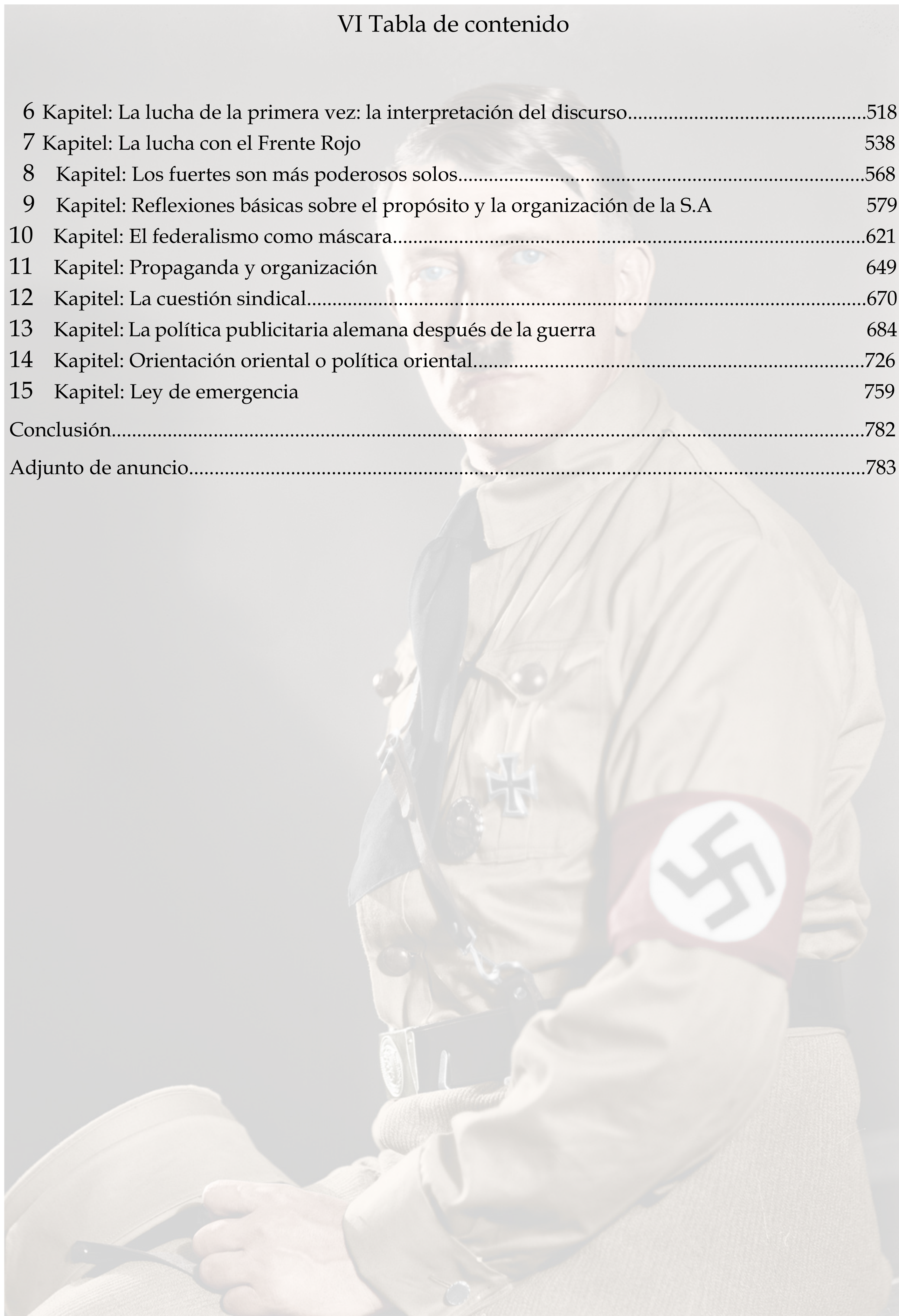
Editorial central del N.S.D.A.P. Krz. Eher Nachf.,Munich

Printed in Germany

Tirada total de todos los números: 2 180 000 ejemplares

Münchner Vuchgewerbehaus M. Müller L Sohn K. G., Múnich

Tabla de contenidos



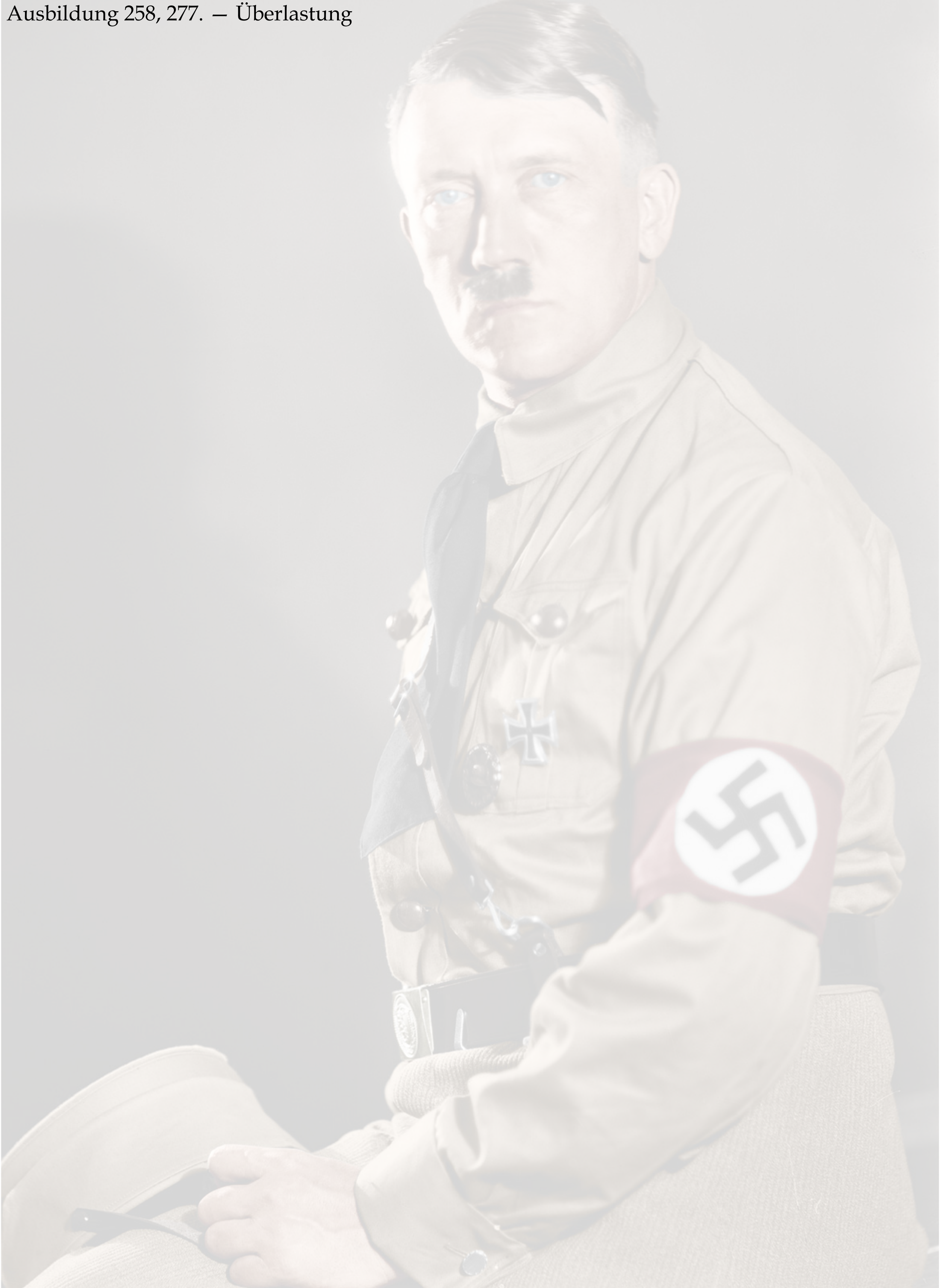
VI Tabla de contenido

Índice de personas y sujetos

Fettgedruckte Ziffern bedeuten, daß dem Gegenstand ein ganzes Kapitel gewidmet ist. — Durch s. siehe) und vgl. (— vergleiche) wird auf andere Stichworte des Verzeichnisses verwiesen. — Die Seitenbezeichnung gibt vielfach nicht den Ort, wo das Stichwort im Text erscheint, sondern den Anfang zusammenhängender Ausführungen über das Stichwort an. Es empfiehlt sich daher, nicht nur die angegebene Seite, sondern den ganzen Abschnitt nachzulesen.

Índice de personas y sujetos IX

X Índice de personas y sujetos



XII Índice de personas y sujetos

XIV Índice de personas y sujetos

XVI Índice de personas y sujetos

Índice de personas y sujetos XVII

Prefacio

El 1 de abril de 1924, sobre la base del veredicto del Tribunal Popular de Munich de ese día, tuve que asumir mi encarcelamiento en una fortaleza en Landsberg am Lech.

Así, después de años de trabajo ininterrumpido, tuve por primera vez la oportunidad de acercarme a una obra que era demandada por muchos y que yo mismo sentía apta para el movimiento. Por lo tanto, he decidido no sólo aclarar los objetivos de nuestro movimiento en dos volúmenes, sino también trazar un cuadro de su desarrollo. Habrá más que aprender de él que de cualquier tratado puramente doctrinario.

También tuve la oportunidad de dar cuenta de mi propio desarrollo, en la medida en que esto es necesario para la comprensión tanto del primer como del segundo volumen, y puede servir para destruir las malvadas leyendas sobre mi persona difundidas por la prensa judía.

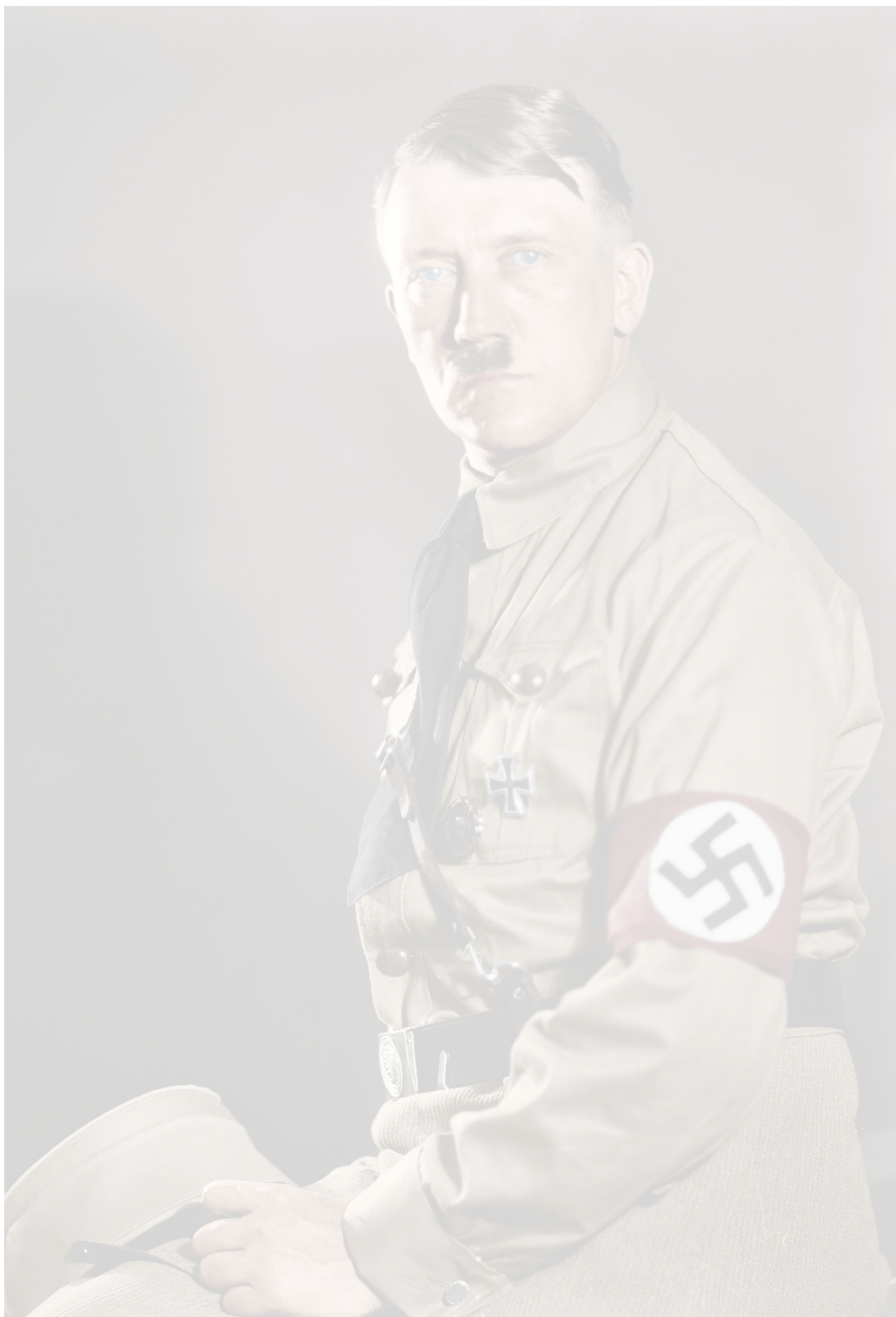
Con esta obra no me dirijo a extraños, sino a aquellos seguidores del movimiento que pertenecen a él con el corazón y cuyo intelecto se esfuerza ahora por una iluminación más íntima.

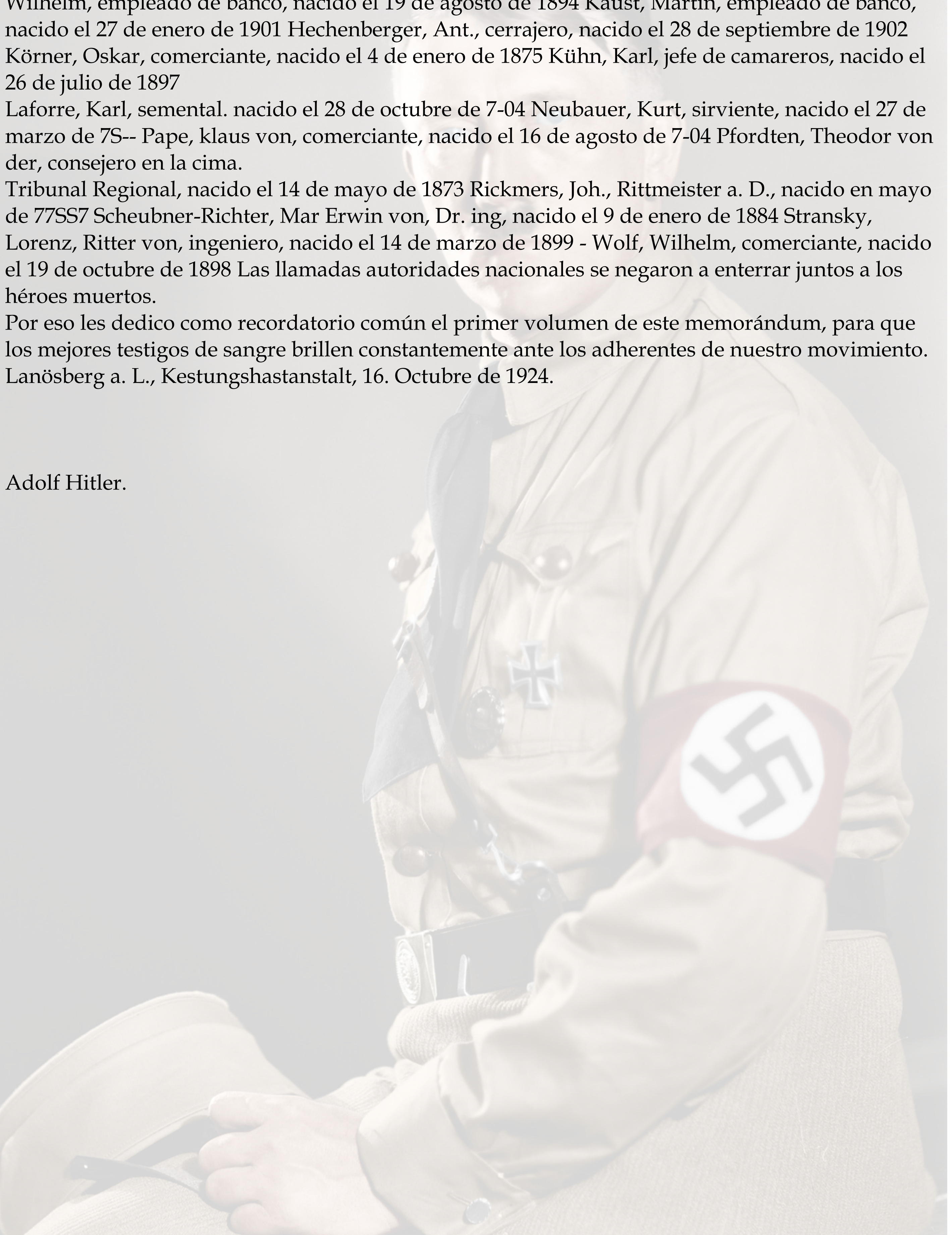
Sé que la gente puede ser ganada menos por la palabra escrita que por la palabra hablada, que todo gran movimiento en esta tierra debe su crecimiento a los grandes oradores y no a los grandes escritores.

Sin embargo, para la representación igual y uniforme de una doctrina, el principio de la misma debe establecerse para siempre. A este respecto, estos dos volúmenes deben considerarse como bloques de construcción que adjunto a la obra conjunta.

Landsberg am Lech, prisión fortaleza.

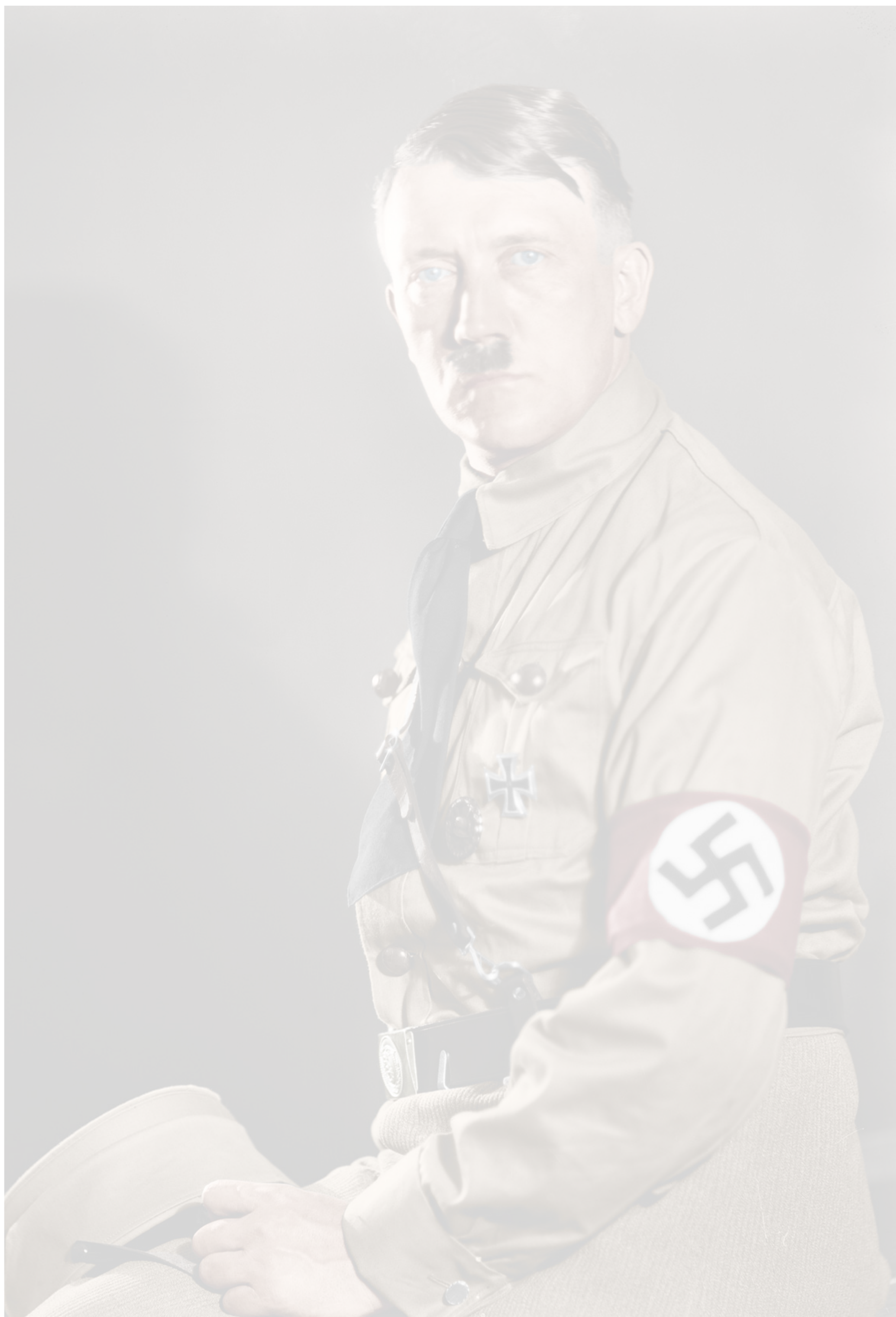
El autor





En noviembre de 1923, a las 12 y 30 minutos de la tarde, unos hombres cayeron frente al Kelohermnhalle y en el patio del antiguo Ministerio de Guerra de Múnich, siguiendo la fiel creencia en el renacimiento de su pueblo:
Alfarth, Félix, comerciante, nacido el 5 de julio de 1901 Baurieol, 2lnöreas, sombrerero, nacido el 4 de mayo de 1879 Casella, Theodor, empleado de banco, nacido el 8 de agosto de 1900 Ehrlích, Wilhelm, empleado de banco, nacido el 19 de agosto de 1894 Kaust, Martin, empleado de banco, nacido el 27 de enero de 1901 Hechenberger, Ant., cerrajero, nacido el 28 de septiembre de 1902 Körner, Oskar, comerciante, nacido el 4 de enero de 1875 Kühn, Karl, jefe de camareros, nacido el 26 de julio de 1897
Laforre, Karl, semental. nacido el 28 de octubre de 7-04 Neubauer, Kurt, sirviente, nacido el 27 de marzo de 7S-- Pape, klaus von, comerciante, nacido el 16 de agosto de 7-04 Pfordten, Theodor von der, consejero en la cima.
Tribunal Regional, nacido el 14 de mayo de 1873 Rickmers, Joh., Rittmeister a. D., nacido en mayo de 77SS7 Scheubner-Richter, Mar Erwin von, Dr. ing, nacido el 9 de enero de 1884 Stransky, Lorenz, Ritter von, ingeniero, nacido el 14 de marzo de 1899 - Wolf, Wilhelm, comerciante, nacido el 19 de octubre de 1898 Las llamadas autoridades nacionales se negaron a enterrar juntos a los héroes muertos.
Por eso les dedico como recordatorio común el primer volumen de este memorándum, para que los mejores testigos de sangre brillen constantemente ante los adherentes de nuestro movimiento.
Lanösberg a. L., Kestungshastanstalt, 16. Octubre de 1924.

Adolf Hitler.



Primer Volumen

Un ajuste de cuentas

1 Kapitel
En el hogar paterno

Hoy en día se considera un destino afortunado para mí que el destino me haya asignado Braunau am Jnn como mi lugar de nacimiento. Al fin y al cabo, esta pequeña ciudad se encuentra en la frontera de esos dos estados alemanes, cuya reunificación parece ser el trabajo de toda una vida, al menos para nosotros, los jóvenes, que hay que llevar a cabo por todos los medios.

La Austria alemana debe regresar a la gran patria alemana, y no por razones económicas. No, no: incluso si esta unificación fuera indiferente desde el punto de vista económico, incluso si fuera perjudicial, tendría que tener lugar. La sangre igual pertenece a un reino común. El pueblo alemán no tiene ningún derecho moral a la actividad política colonial mientras ni siquiera sea capaz de comprometer a sus propios hijos a un estado común. Sólo cuando la frontera del Reich encierra incluso al último alemán, sin poder ofrecer la seguridad de una buena comida, el derecho moral a adquirir tierras extranjeras surge de la miseria del propio pueblo. El arado es entonces la espada, y de las lágrimas de la guerra crece el pan de cada día para la posteridad. Así que esta pequeña ciudad fronteriza me parece el símbolo de una gran tarea. Pero, en otro aspecto, también se eleva de manera admonitoria a nuestro tiempo presente. Hace más de cien años, este discreto nido, como escenario de una trágica desgracia que se apoderó de toda la nación alemana, tuvo el mérito de ser inmortalizado para siempre en los anales de la historia alemana. En la época de la más profunda depresión de nuestra patria, Johannes Palm de Nuremberg, librero burgués, "nacionalista" obstinado y enemigo de los franceses, cayó allí por su Alemania, que fue muy querida incluso en la desgracia. Se había negado obstinadamente a nombrar a sus coculpables, o más bien a los principales culpables. Como Leo Schlageter. Sin embargo, al igual que este último, también fue denunciado ante Francia por un representante del gobierno. Un director de policía de Augsburgo adquirió esta triste fama y dio así el ejemplo de las nuevas autoridades alemanas en el imperio de Herr Severing.

2 En el hogar paterno

En esta pequeña ciudad, dorada por los rayos del martirio alemán, bávaro de sangre, austríaco de Estado, vivieron mis padres a finales de los años ochenta del siglo pasado; El padre como un funcionario obediente, la madre absorta en el hogar y, sobre todo, entregada a nosotros, los hijos, con el mismo cuidado amoroso para siempre. De esta época se me queda grabado en la memoria, pues al cabo de pocos años mi padre tuvo que abandonar la querida ciudad de Erenz para bajar por la posada y aceptar un nuevo trabajo en Passau; es decir, en la propia Alemania.
En aquella época, la suerte de un funcionario de aduanas austriaco se llamaba a menudo "errante". Poco tiempo después, su padre llegó a Linz y finalmente se retiró allí. Por supuesto, esto no significaba "descanso" para el anciano caballero. Como hijo de un pobre campesino, no había sufrido ni una sola vez en casa. Con menos de trece años, el entonces niño ató su mochila y huyó de su casa, el Waldviertel. A pesar de los consejos de los "experimentados" reclusos de la aldea, había viajado a Viena para aprender allí un oficio. Eso fue en los años cincuenta del siglo pasado. Una amarga decisión de salir a la calle con tres florines de comida, a lo desconocido. Pero cuando el joven de trece años llegó a la edad de diecisiete, había aprobado su examen de oficial, pero no había obtenido satisfacción. Más bien todo lo contrario. El largo período de penurias, miseria eterna y miseria en ese momento fortaleció la decisión de abandonar el oficio nuevamente para convertirse en algo "superior". Si antes el pastor se le aparecía al pobre muchacho de la aldea como el epítome de todas las alturas humanamente alcanzables, ahora en la gran ciudad, que amplía enormemente el horizonte, la dignidad de un funcionario del Estado. Con toda la tenacidad de alguien que ya se había vuelto "viejo" a través de dificultades y daños en la mitad de su infancia, el joven de diecisiete años se mantuvo obstinadamente en su nueva decisión y se convirtió en un funcionario público.



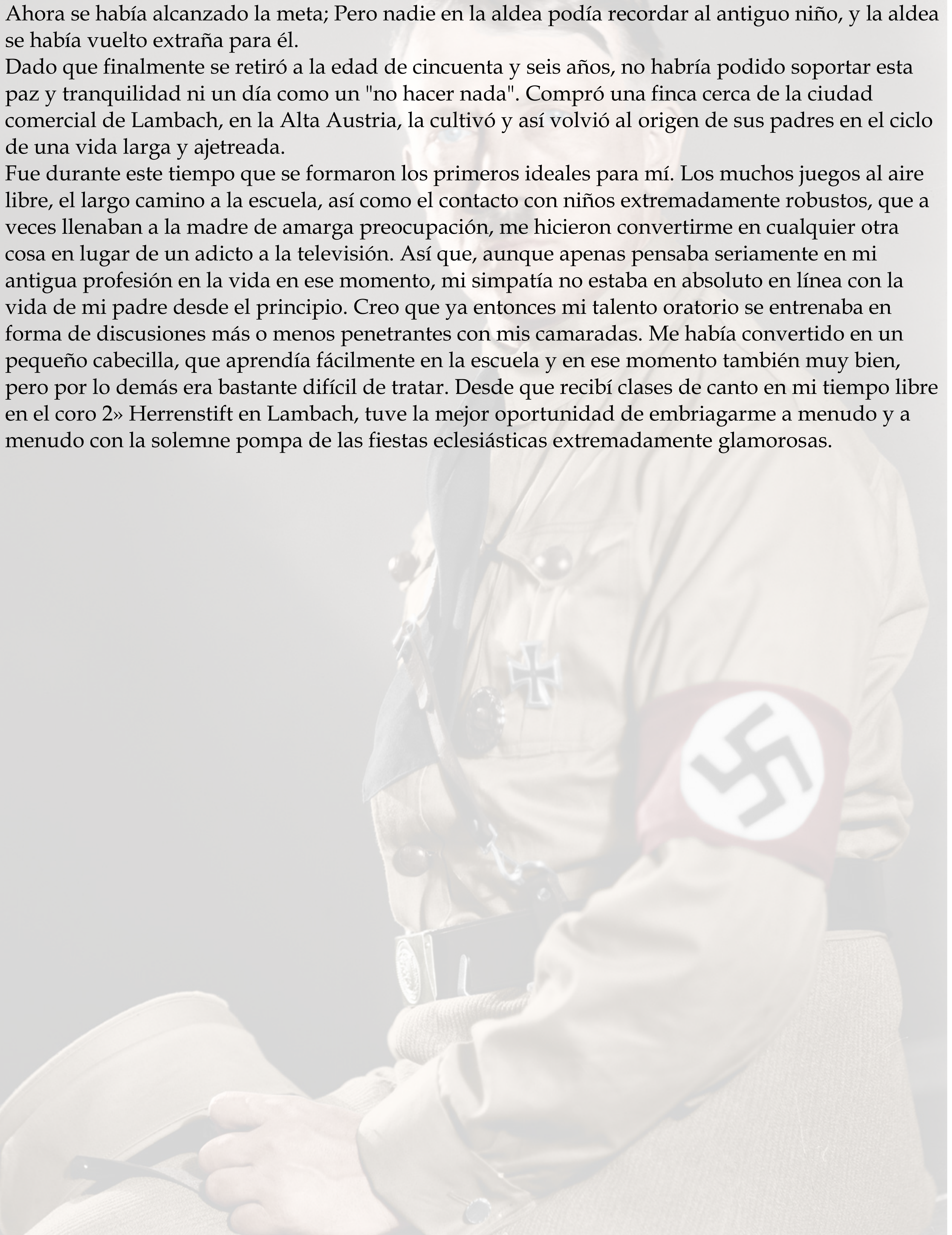
El pequeño cabecilla 3

Después de casi veintitrés años, creo que el objetivo se logró. Ahora parecía cumplirse el requisito previo para un voto que el pobre muchacho se había hecho a sí mismo, a saber, no regresar a la aldea de su querido padre hasta que se hubiera convertido en algo.

Ahora se había alcanzado la meta; Pero nadie en la aldea podía recordar al antiguo niño, y la aldea se había vuelto extraña para él.

Dado que finalmente se retiró a la edad de cincuenta y seis años, no habría podido soportar esta paz y tranquilidad ni un día como un "no hacer nada". Compró una finca cerca de la ciudad comercial de Lambach, en la Alta Austria, la cultivó y así volvió al origen de sus padres en el ciclo de una vida larga y ajetreada.

Fue durante este tiempo que se formaron los primeros ideales para mí. Los muchos juegos al aire libre, el largo camino a la escuela, así como el contacto con niños extremadamente robustos, que a veces llenaban a la madre de amarga preocupación, me hicieron convertirme en cualquier otra cosa en lugar de un adicto a la televisión. Así que, aunque apenas pensaba seriamente en mi antigua profesión en la vida en ese momento, mi simpatía no estaba en absoluto en línea con la vida de mi padre desde el principio. Creo que ya entonces mi talento oratorio se entrenaba en forma de discusiones más o menos penetrantes con mis camaradas. Me había convertido en un pequeño cabecilla, que aprendía fácilmente en la escuela y en ese momento también muy bien, pero por lo demás era bastante difícil de tratar. Desde que recibí clases de canto en mi tiempo libre en el coro 2» Herrenstift en Lambach, tuve la mejor oportunidad de embriagarme a menudo y a menudo con la solemne pompa de las fiestas eclesiásticas extremadamente glamorosas.



4 Entusiasmo por la guerra

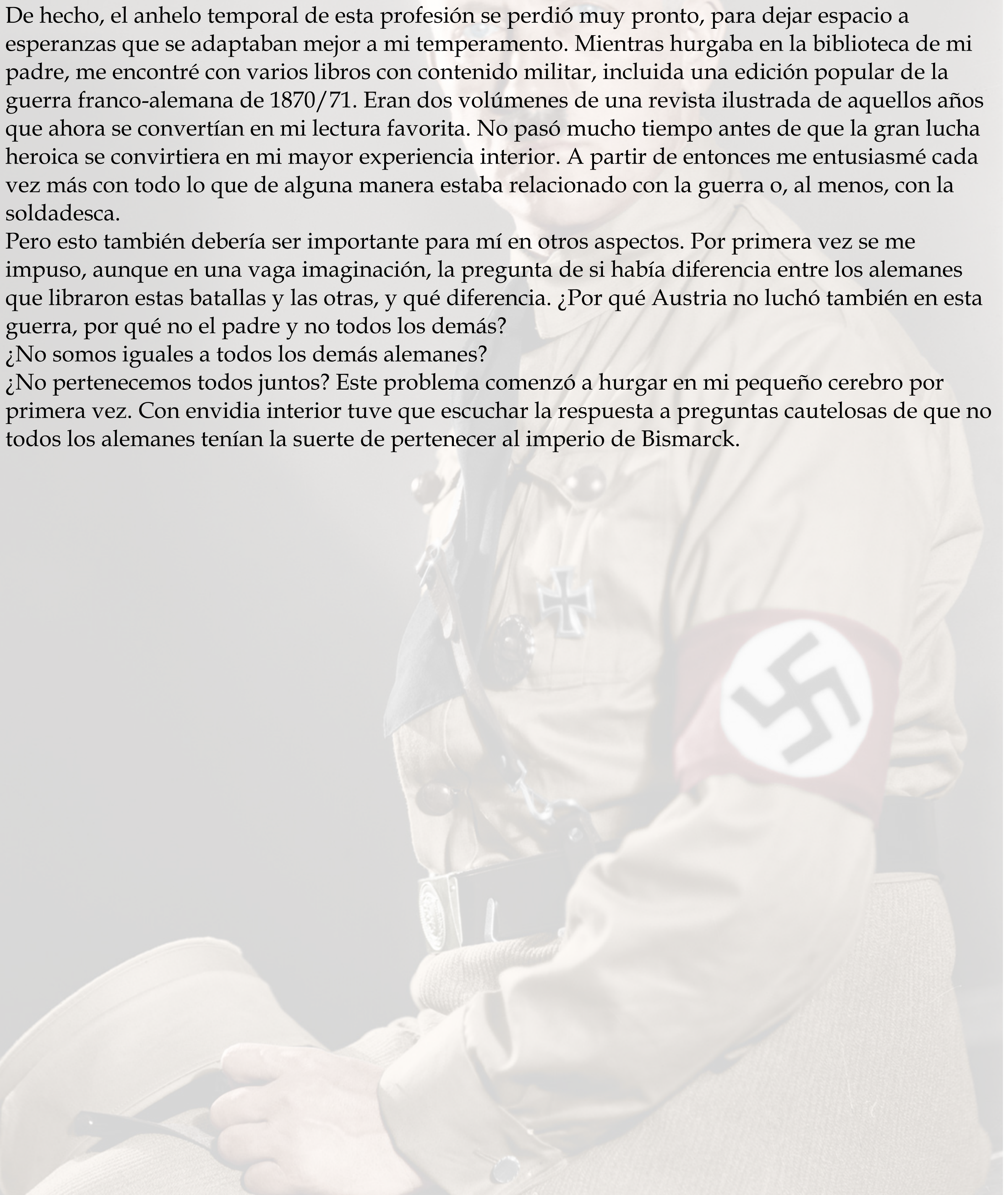
¿Qué podía ser más natural que eso?, así como el pequeño sacerdote del pueblo se le había aparecido una vez a mi padre, el abad ahora se me aparecía a mí como un ideal altamente deseable. Al menos temporalmente, este fue el caso. Pero como el padre no era capaz de apreciar los talentos oratorios de su pendenciero muchacho por razones comprensibles a fin de sacar de ellos conclusiones favorables para el futuro de su descendencia, naturalmente no podía comprender tan jóvenes pensamientos. Debe haber observado con preocupación esta dicotomía de la naturaleza.

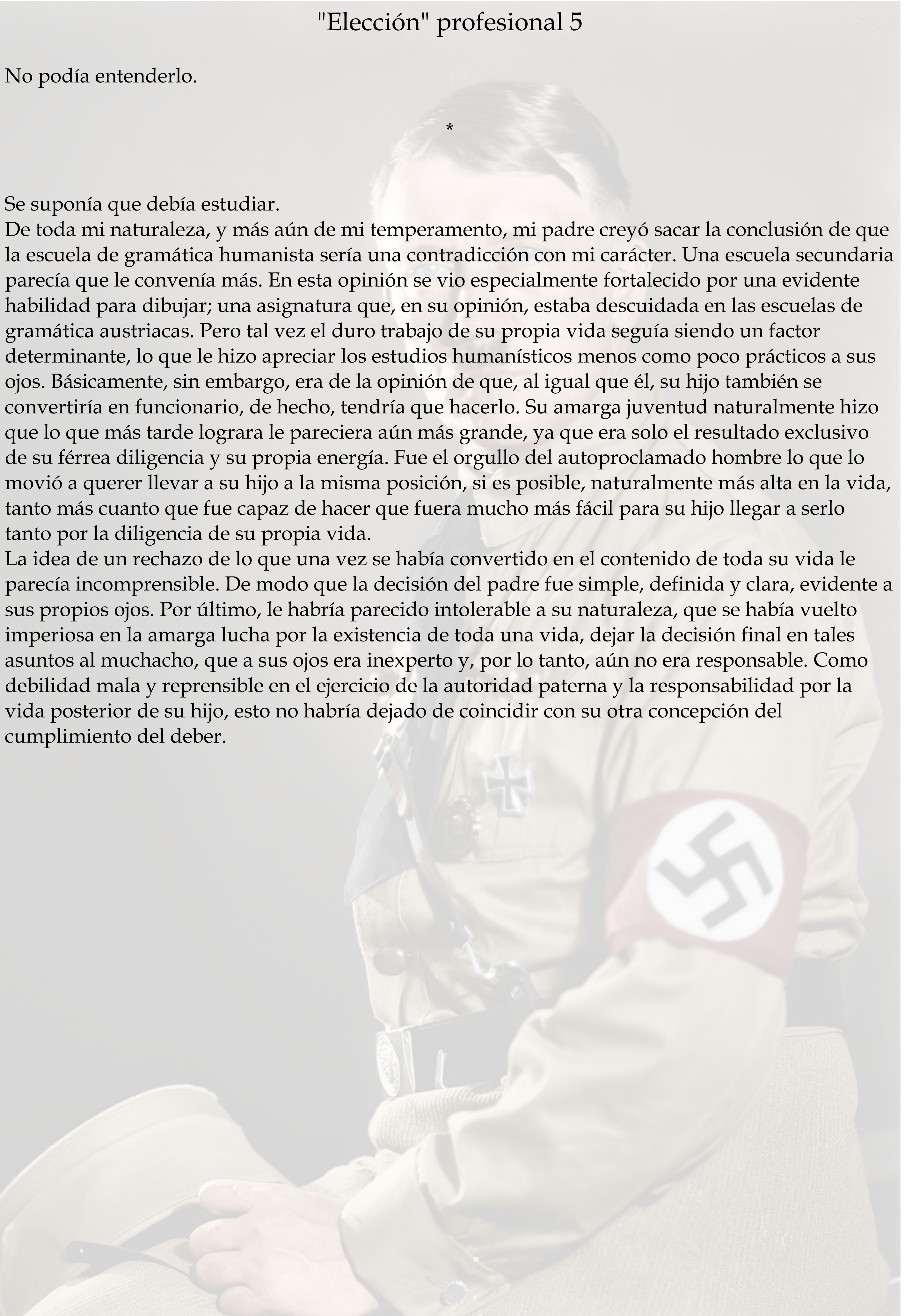
De hecho, el anhelo temporal de esta profesión se perdió muy pronto, para dejar espacio a esperanzas que se adaptaban mejor a mi temperamento. Mientras hurgaba en la biblioteca de mi padre, me encontré con varios libros con contenido militar, incluida una edición popular de la guerra franco-alemana de 1870/71. Eran dos volúmenes de una revista ilustrada de aquellos años que ahora se convertían en mi lectura favorita. No pasó mucho tiempo antes de que la gran lucha heroica se convirtiera en mi mayor experiencia interior. A partir de entonces me entusiasmé cada vez más con todo lo que de alguna manera estaba relacionado con la guerra o, al menos, con la soldadesca.

Pero esto también debería ser importante para mí en otros aspectos. Por primera vez se me impuso, aunque en una vaga imaginación, la pregunta de si había diferencia entre los alemanes que libraron estas batallas y las otras, y qué diferencia. ¿Por qué Austria no luchó también en esta guerra, por qué no el padre y no todos los demás?

¿No somos iguales a todos los demás alemanes?

¿No pertenecemos todos juntos? Este problema comenzó a hurgar en mi pequeño cerebro por primera vez. Con envidia interior tuve que escuchar la respuesta a preguntas cautelosas de que no todos los alemanes tenían la suerte de pertenecer al imperio de Bismarck.



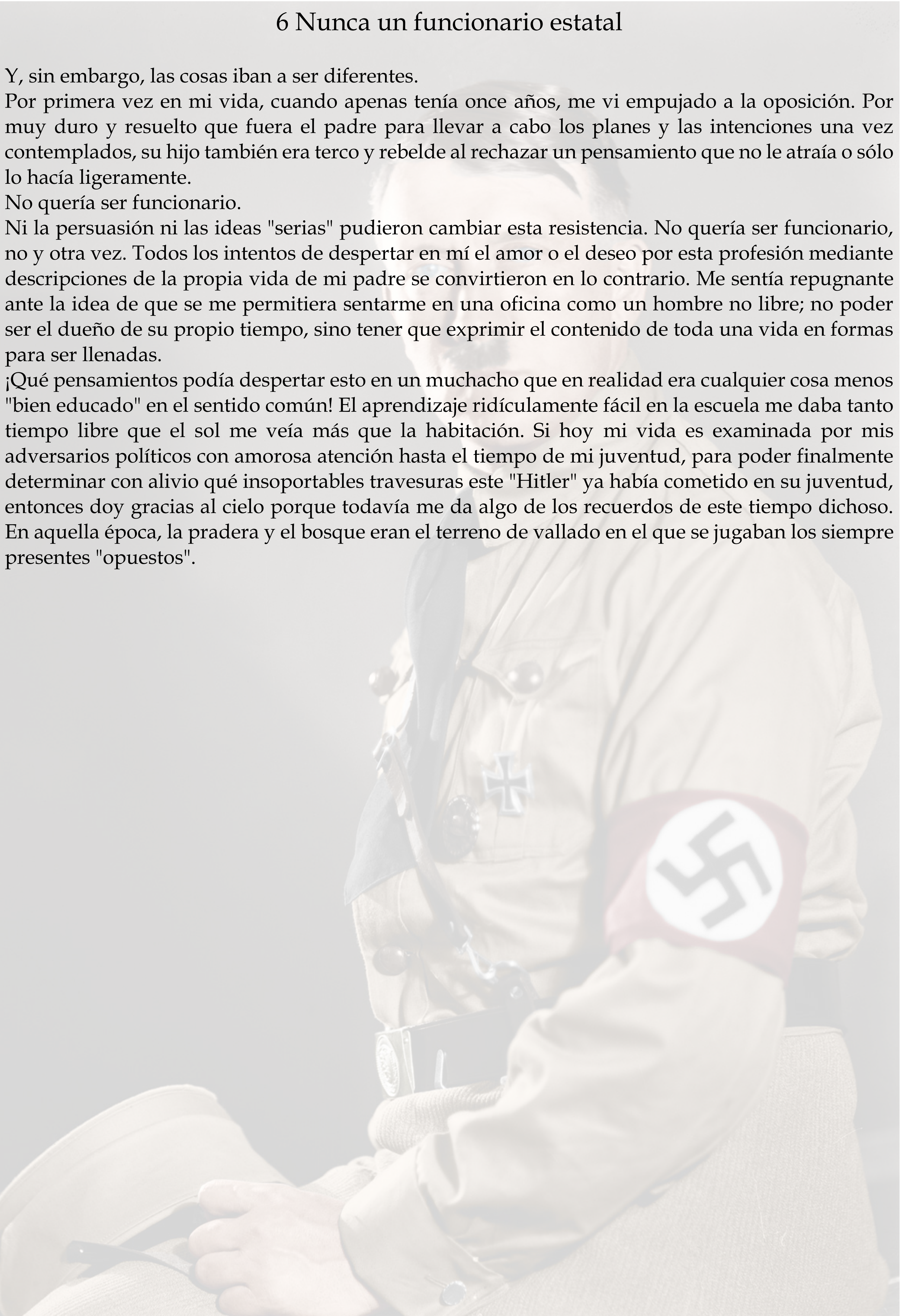


"Elección" profesional 5

No podía entenderlo.

*

Se suponía que debía estudiar.
De toda mi naturaleza, y más aún de mi temperamento, mi padre creyó sacar la conclusión de que la escuela de gramática humanista sería una contradicción con mi carácter. Una escuela secundaria parecía que le convenía más. En esta opinión se vio especialmente fortalecido por una evidente habilidad para dibujar; una asignatura que, en su opinión, estaba descuidada en las escuelas de gramática austriacas. Pero tal vez el duro trabajo de su propia vida seguía siendo un factor determinante, lo que le hizo apreciar los estudios humanísticos menos como poco prácticos a sus ojos. Básicamente, sin embargo, era de la opinión de que, al igual que él, su hijo también se convertiría en funcionario, de hecho, tendría que hacerlo. Su amarga juventud naturalmente hizo que lo que más tarde lograra le pareciera aún más grande, ya que era solo el resultado exclusivo de su férrea diligencia y su propia energía. Fue el orgullo del autoproclamado hombre lo que lo movió a querer llevar a su hijo a la misma posición, si es posible, naturalmente más alta en la vida, tanto más cuanto que fue capaz de hacer que fuera mucho más fácil para su hijo llegar a serlo tanto por la diligencia de su propia vida.
La idea de un rechazo de lo que una vez se había convertido en el contenido de toda su vida le parecía incomprensible. De modo que la decisión del padre fue simple, definida y clara, evidente a sus propios ojos. Por último, le habría parecido intolerable a su naturaleza, que se había vuelto imperiosa en la amarga lucha por la existencia de toda una vida, dejar la decisión final en tales asuntos al muchacho, que a sus ojos era inexperto y, por lo tanto, aún no era responsable. Como debilidad mala y reprensible en el ejercicio de la autoridad paterna y la responsabilidad por la vida posterior de su hijo, esto no habría dejado de coincidir con su otra concepción del cumplimiento del deber.

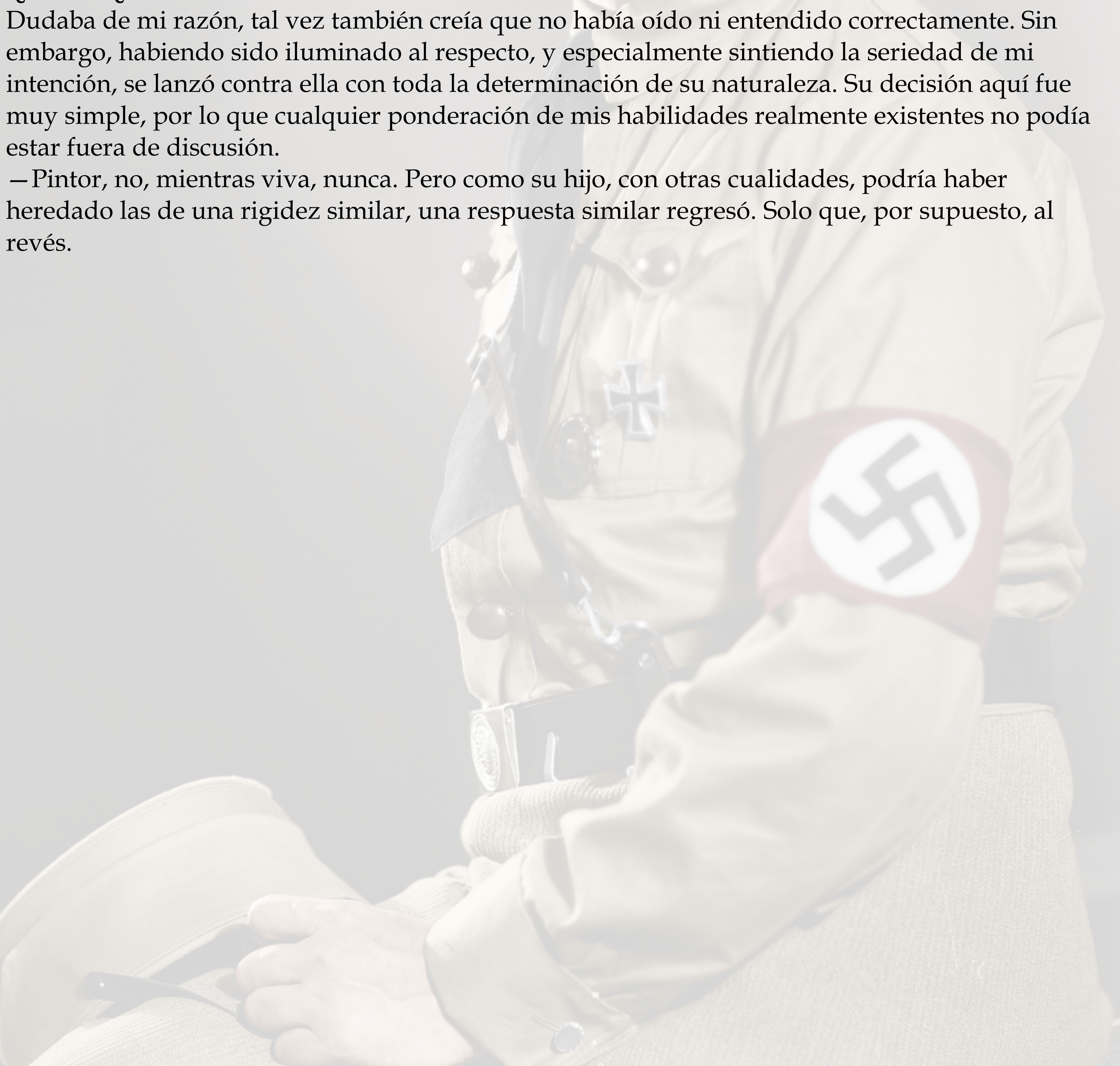


6 Nunca un funcionario estatal

Y, sin embargo, las cosas iban a ser diferentes.
Por primera vez en mi vida, cuando apenas tenía once años, me vi empujado a la oposición. Por muy duro y resuelto que fuera el padre para llevar a cabo los planes y las intenciones una vez contemplados, su hijo también era terco y rebelde al rechazar un pensamiento que no le atraía o sólo lo hacía ligeramente.
No quería ser funcionario.
Ni la persuasión ni las ideas "serias" pudieron cambiar esta resistencia. No quería ser funcionario, no y otra vez. Todos los intentos de despertar en mí el amor o el deseo por esta profesión mediante descripciones de la propia vida de mi padre se convirtieron en lo contrario. Me sentía repugnante ante la idea de que se me permitiera sentarme en una oficina como un hombre no libre; no poder ser el dueño de su propio tiempo, sino tener que exprimir el contenido de toda una vida en formas para ser llenadas.
¡Qué pensamientos podía despertar esto en un muchacho que en realidad era cualquier cosa menos "bien educado" en el sentido común! El aprendizaje ridículamente fácil en la escuela me daba tanto tiempo libre que el sol me veía más que la habitación. Si hoy mi vida es examinada por mis adversarios políticos con amorosa atención hasta el tiempo de mi juventud, para poder finalmente determinar con alivio qué insoportables travesuras este "Hitler" ya había cometido en su juventud, entonces doy gracias al cielo porque todavía me da algo de los recuerdos de este tiempo dichoso. En aquella época, la pradera y el bosque eran el terreno de vallado en el que se jugaban los siempre presentes "opuestos".

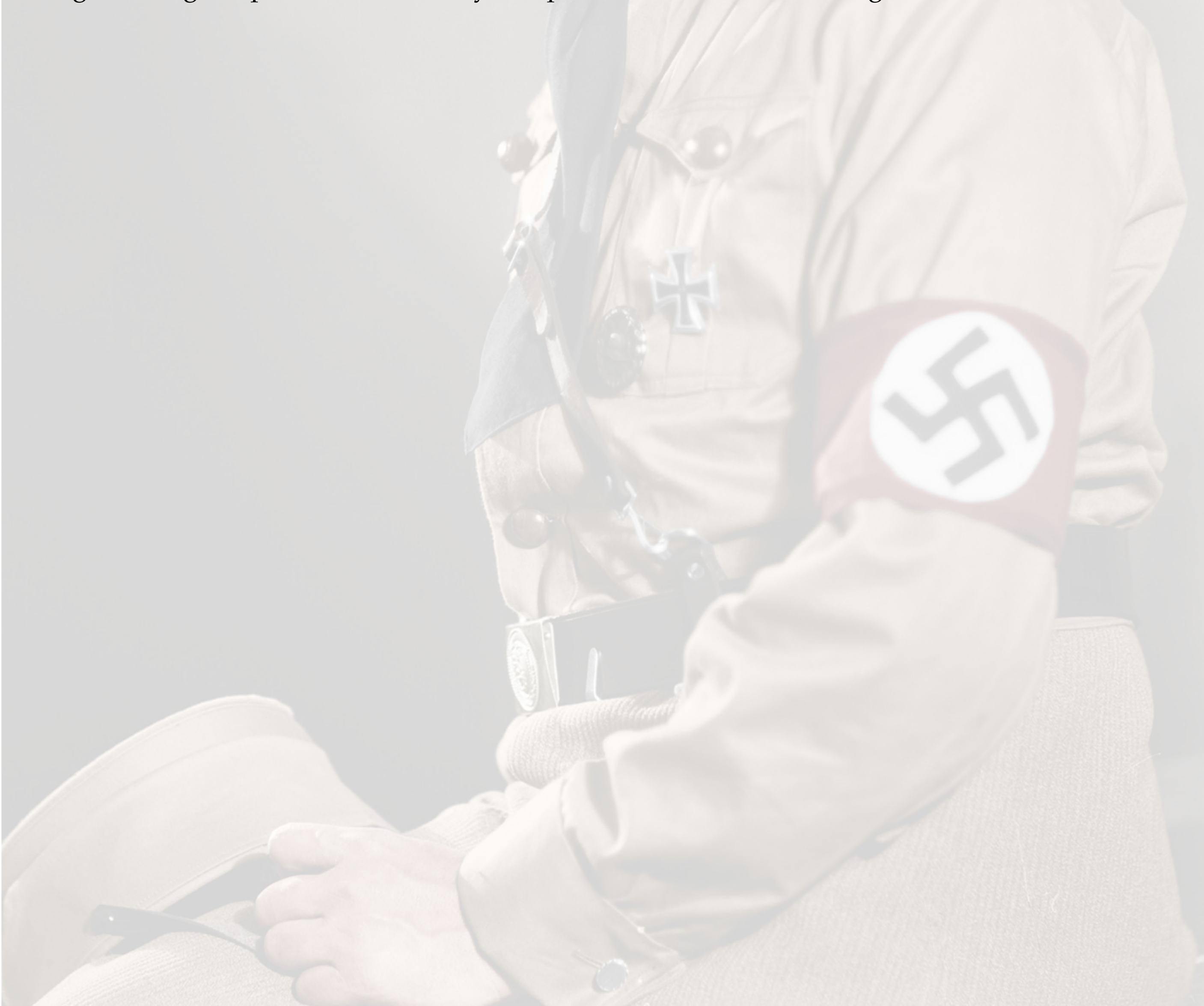
Pero Pintor 7

Ni siquiera la asistencia a la Realschule pudo hacer nada para detenerlo.
Por supuesto, había que luchar contra otra contradicción.
Mientras a la intención de mi padre de dejarme ser funcionario público se opusiera sólo mi aversión de principios a la profesión de funcionario público per se, el conflicto era fácilmente soportable. Pude contenerme un poco con mis puntos de vista internos para ese momento, porque no siempre tenía que contradecir de inmediato. Mi firme decisión de no convertirme en funcionario más tarde fue suficiente para calmarme interiormente. Pero yo tenía esta resolución inalterablemente. La cuestión se hizo más difícil cuando el plan del padre se opuso al suyo. Esto sucedió a la edad de doce años. Hoy no sé cómo surgió, pero un día tuve claro que me convertiría en pintor, pintor. Sin embargo, mi talento para el dibujo era seguro, ya que incluso fue una de las razones por las que mi padre me envió a la escuela secundaria, pero nunca se le hubiera ocurrido formarme profesionalmente en esa dirección. Al contrario. Cuando me preguntaron por primera vez, después de un renovado rechazo del pensamiento favorito de mi padre, qué quería llegar a ser yo mismo, y de repente solté mi decisión, que mientras tanto había tomado con firmeza, mi padre se quedó al principio sin palabras.
"¿Pintor? ¿Pintor?
Dudaba de mi razón, tal vez también creía que no había oído ni entendido correctamente. Sin embargo, habiendo sido iluminado al respecto, y especialmente sintiendo la seriedad de mi intención, se lanzó contra ella con toda la determinación de su naturaleza. Su decisión aquí fue muy simple, por lo que cualquier ponderación de mis habilidades realmente existentes no podía estar fuera de discusión.
—Pintor, no, mientras viva, nunca. Pero como su hijo, con otras cualidades, podría haber heredado las de una rigidez similar, una respuesta similar regresó. Solo que, por supuesto, al revés.



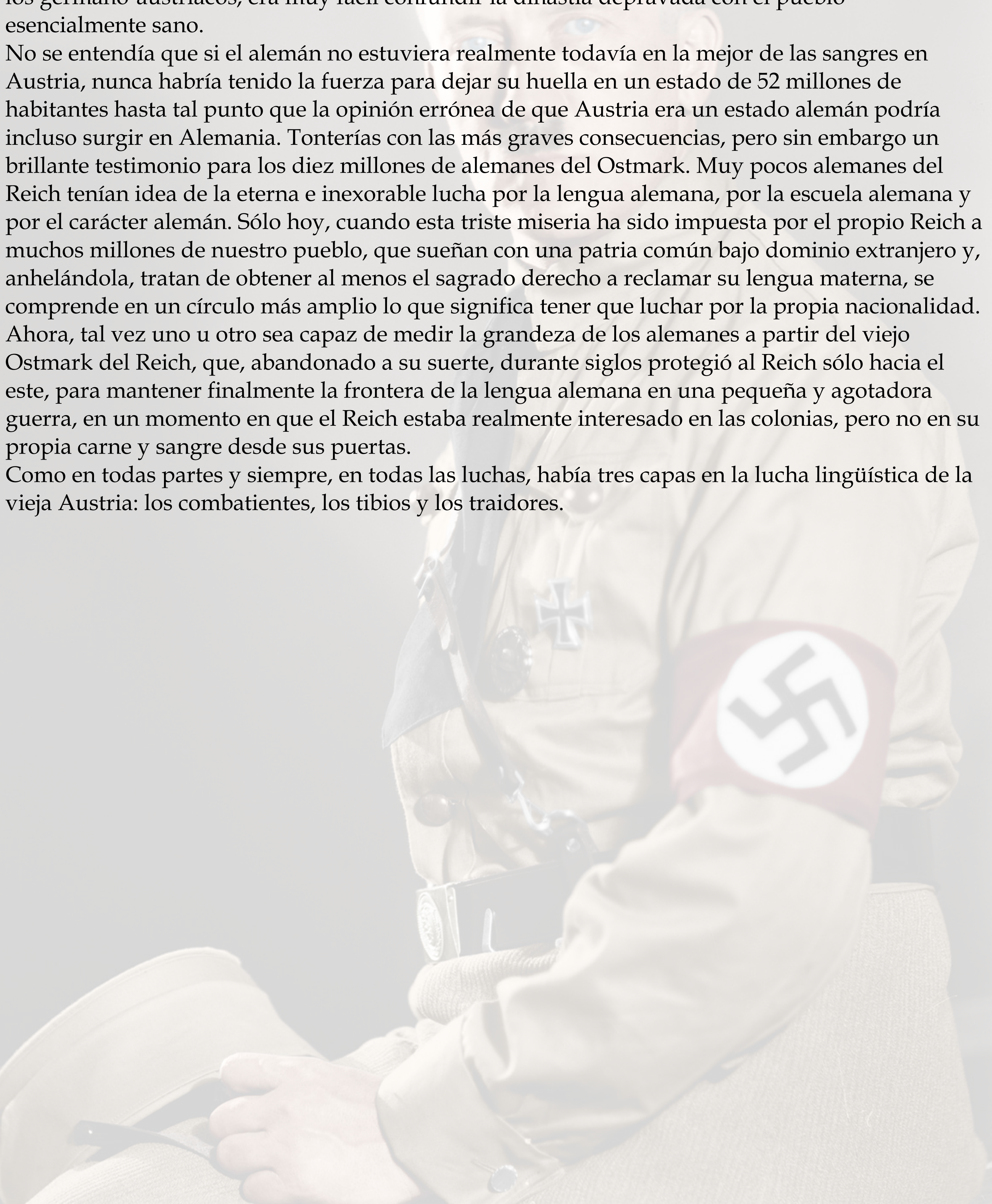
8 El joven nacionalista

Siguió siendo lo mismo en ambos lados. El padre no dejó su "nunca" y yo reforcé mi "nunca".
Por supuesto, esto no tuvo consecuencias muy agradables. El anciano caballero se amargó y, por mucho que yo lo amara, yo también lo amaba. Mi padre me prohibió toda esperanza de que alguna vez me formara como pintor. Fui un paso más allá y le expliqué que no quería estudiar en absoluto. Puesto que, naturalmente, me quedé corto con tales "explicaciones", en la medida en que el anciano caballero se preparaba ahora despiadadamente para hacer valer su autoridad, permanecí en silencio en el futuro, pero convertí mi amenaza en realidad. Creía que si mi padre veía la falta de progreso en la escuela secundaria, me dejaría, para bien o para mal, darme la felicidad con la que había soñado.
No sé si este cálculo habría sido correcto. Al principio, lo único seguro era mi aparente fracaso en la escuela. Lo que me alegraba, lo aprendí, sobre todo todo lo que pensaba que necesitaría más adelante como pintor. Lo que me parecía insignificante a este respecto o no me atraía de ninguna otra manera, lo saboteaba por completo. Mis testimonios en esta época, dependiendo del tema y de su valoración, siempre representaban extremos. Además de "loable" y "excelente", "suficiente" o "no suficiente". Con mucho, mis mejores logros fueron en geografía y aún más en historia mundial. Las dos asignaturas favoritas en las que avancé a la clase.
Cuando, después de tantos años, examino el resultado de este tiempo, considero que dos hechos sobresalientes son particularmente significativos:
Primero: me convertí en nacionalista.
En segundo lugar, aprendí a entender y comprender la historia en su significado.



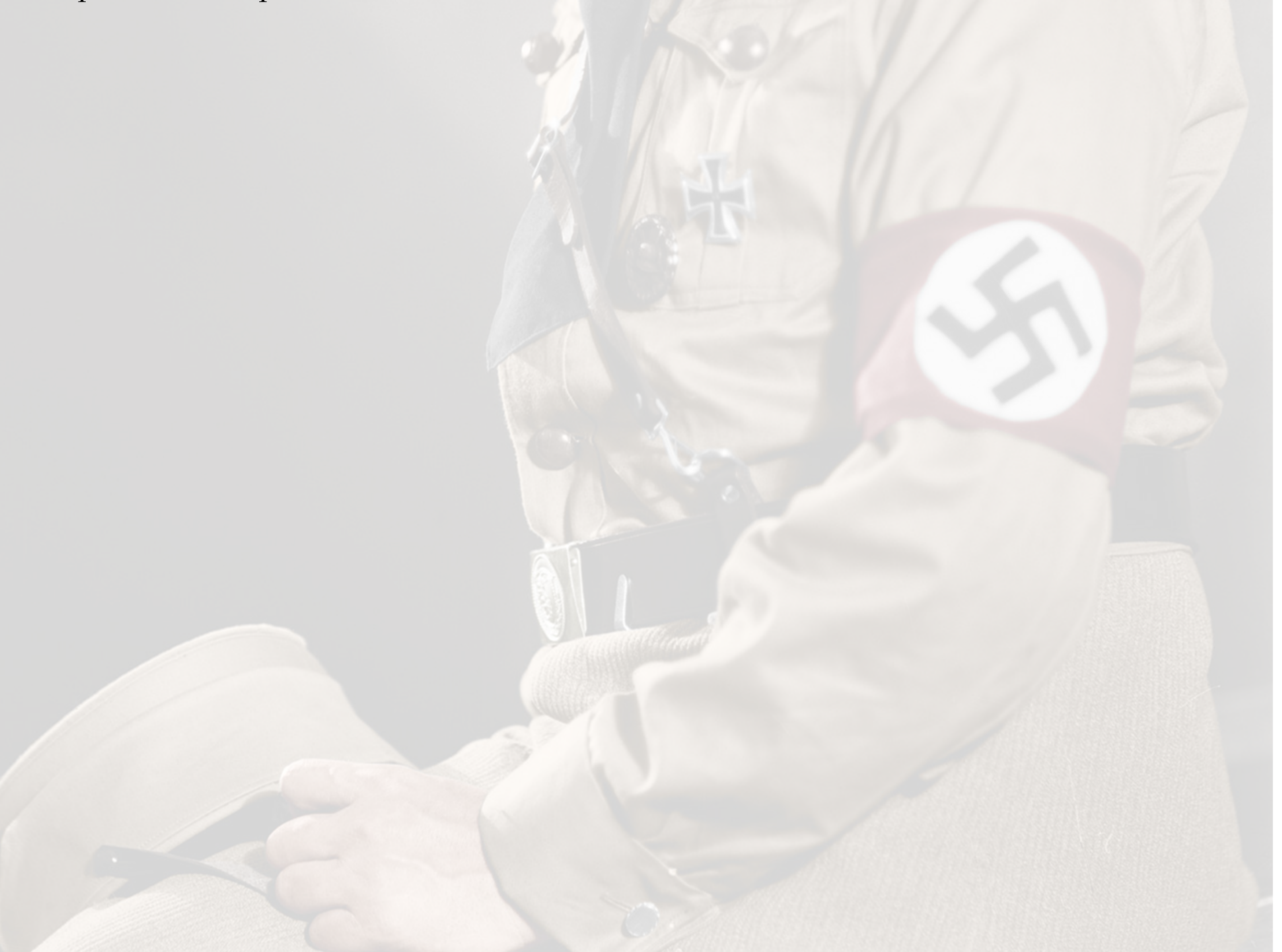
El Ostmark alemán 9

La antigua Austria era un "Estado de nacionalidad".
El ciudadano del Reich alemán no podía comprender en absoluto, al menos en ese momento, qué significado tiene este hecho para la vida cotidiana del individuo en tal estado. Después de la maravillosa marcha triunfal de los heroicos ejércitos en la guerra franco-alemana, se habían ido alejando cada vez más de la germanidad de los países extranjeros, y en algunos casos ya no eran capaces de apreciarla, o probablemente ya no podían hacerlo. Especialmente en lo que se refiere a los germano-austríacos, era muy fácil confundir la dinastía depravada con el pueblo esencialmente sano.
No se entendía que si el alemán no estuviera realmente todavía en la mejor de las sangres en Austria, nunca habría tenido la fuerza para dejar su huella en un estado de 52 millones de habitantes hasta tal punto que la opinión errónea de que Austria era un estado alemán podría incluso surgir en Alemania. Tonterías con las más graves consecuencias, pero sin embargo un brillante testimonio para los diez millones de alemanes del Ostmark. Muy pocos alemanes del Reich tenían idea de la eterna e inexorable lucha por la lengua alemana, por la escuela alemana y por el carácter alemán. Sólo hoy, cuando esta triste miseria ha sido impuesta por el propio Reich a muchos millones de nuestro pueblo, que sueñan con una patria común bajo dominio extranjero y, anhelándola, tratan de obtener al menos el sagrado derecho a reclamar su lengua materna, se comprende en un círculo más amplio lo que significa tener que luchar por la propia nacionalidad. Ahora, tal vez uno u otro sea capaz de medir la grandeza de los alemanes a partir del viejo Ostmark del Reich, que, abandonado a su suerte, durante siglos protegió al Reich sólo hacia el este, para mantener finalmente la frontera de la lengua alemana en una pequeña y agotadora guerra, en un momento en que el Reich estaba realmente interesado en las colonias, pero no en su propia carne y sangre desde sus puertas.
Como en todas partes y siempre, en todas las luchas, había tres capas en la lucha lingüística de la vieja Austria: los combatientes, los tibios y los traidores.



10 La lucha por la germanidad

Este tamizado comenzó a ocurrir ya en la escuela. Porque es probablemente lo más notable de la lucha lingüística en general que sus olas inunden quizás con más fuerza la escuela, como el lugar de nacimiento de la generación venidera. Esta batalla se está librando por el niño, y la primera apelación de esta disputa está dirigida al niño:
"Niño alemán, no olvides que eres alemán" y "Niña, recuerda que vas a ser madre alemana".
Cualquiera que conozca el alma de la juventud podrá comprender que es precisamente ella la que abre sus oídos con más alegría a semejante grito de guerra. Tiene entonces la costumbre de librar esta lucha de cien formas diferentes, a su manera y con sus armas. Se niega a cantar canciones no alemanas, se entusiasma tanto más con el heroísmo alemán cuanto más se trata de alejarla de él; recoge los farthings guardados de la boca para el tesoro de batalla de los grandes; es increíblemente atenta con el profesor no alemán y peluda al mismo tiempo; Lleva la insignia prohibida de su propia etnia y está feliz de ser castigado o incluso golpeado por ello. Es, por lo tanto, en cierto modo, un fiel reflejo de lo grande, sólo que a menudo en una disposición mejor y más sincera.
Yo también tuve una vez la oportunidad de participar en la lucha por la nacionalidad de la antigua Austria a una edad relativamente temprana. Hubo una colecta para Südmark y el club de la escuela, la actitud fue enfatizada por acianos y colores negro-rojo-dorado, saludados con "Heil", y en lugar del Kaiserlied se cantó "Deutschland über alles", a pesar de las advertencias y sanciones. De este modo, el muchacho fue entrenado políticamente en una época en la que el miembro de un supuesto Estado-nación suele saber poco más sobre su nacionalidad que el idioma. No hace falta decir que yo no era uno de los tibios ni siquiera entonces. En poco tiempo me había convertido en un fanático "nacionalista alemán", aunque esto no es idéntico a nuestro concepto actual del partido.



La lucha por la germanidad 11

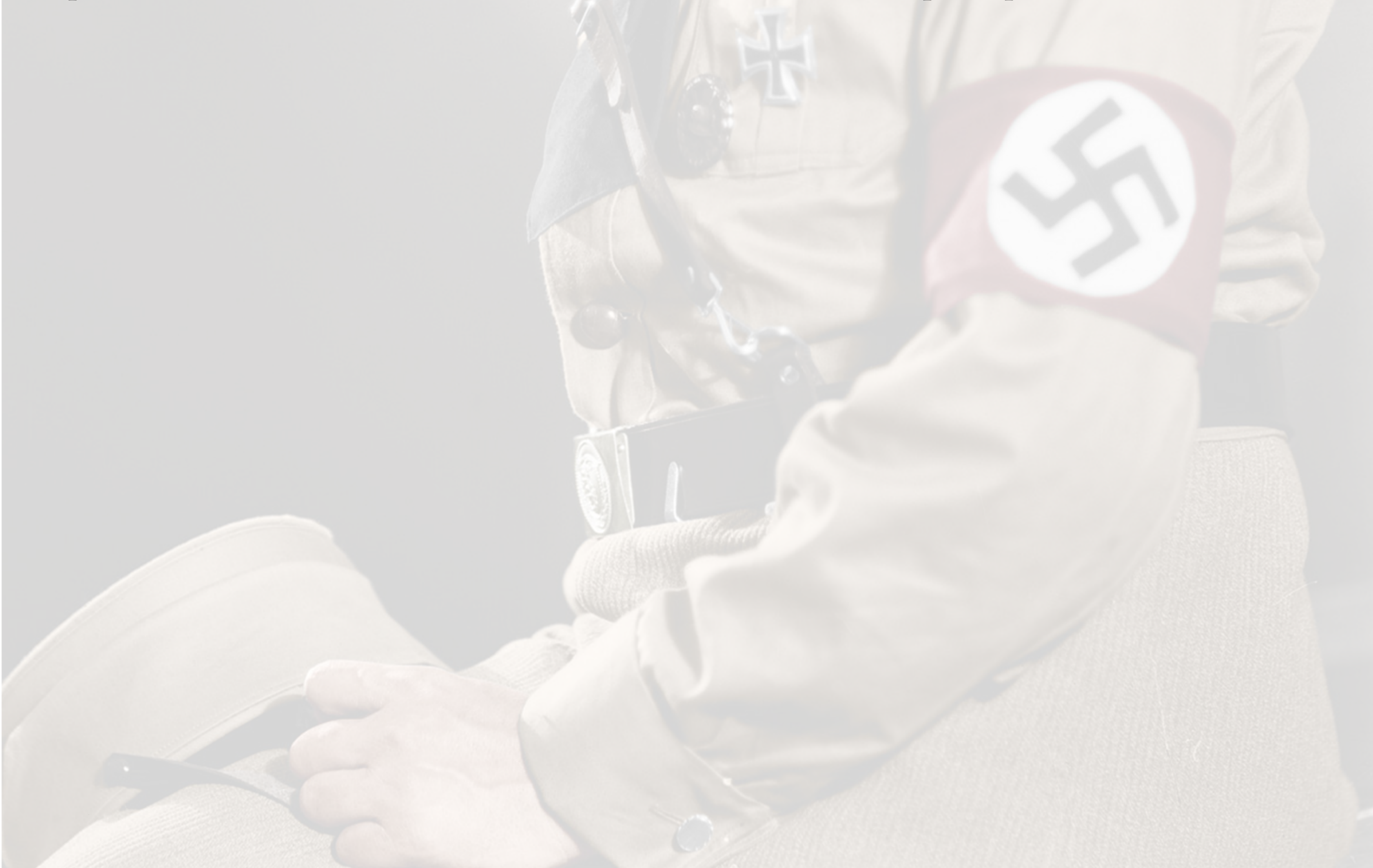
Este desarrollo progresó muy rápidamente en mí, de modo que a la edad de quince años llegué a comprender la diferencia entre el "patriotismo" dinástico y el "nacionalismo" étnico; y esto último solo lo conocía en ese momento.

Para aquellos que nunca se han tomado la molestia de estudiar las condiciones internas de la monarquía de los Habsburgo, tal proceso puede no ser del todo explicable. Sólo la instrucción en la escuela sobre la historia universal en este estado tuvo que poner la semilla para este desarrollo, ya que hay una historia específicamente austriaca sólo en el laberinto más pequeño. El destino de este Estado está tan estrechamente ligado a la vida y al desarrollo de todo el germanismo, que no parece concebible en absoluto la separación de la historia en una alemana y otra austríaca. Sí, cuando Alemania finalmente comenzó a separarse en dos esferas de poder, esta misma separación se convirtió en historia alemana.

Las insignias imperiales de la antigua gloria imperial conservadas en Viena parecen seguir funcionando como una magia maravillosa, como una prenda de una comunidad eterna.

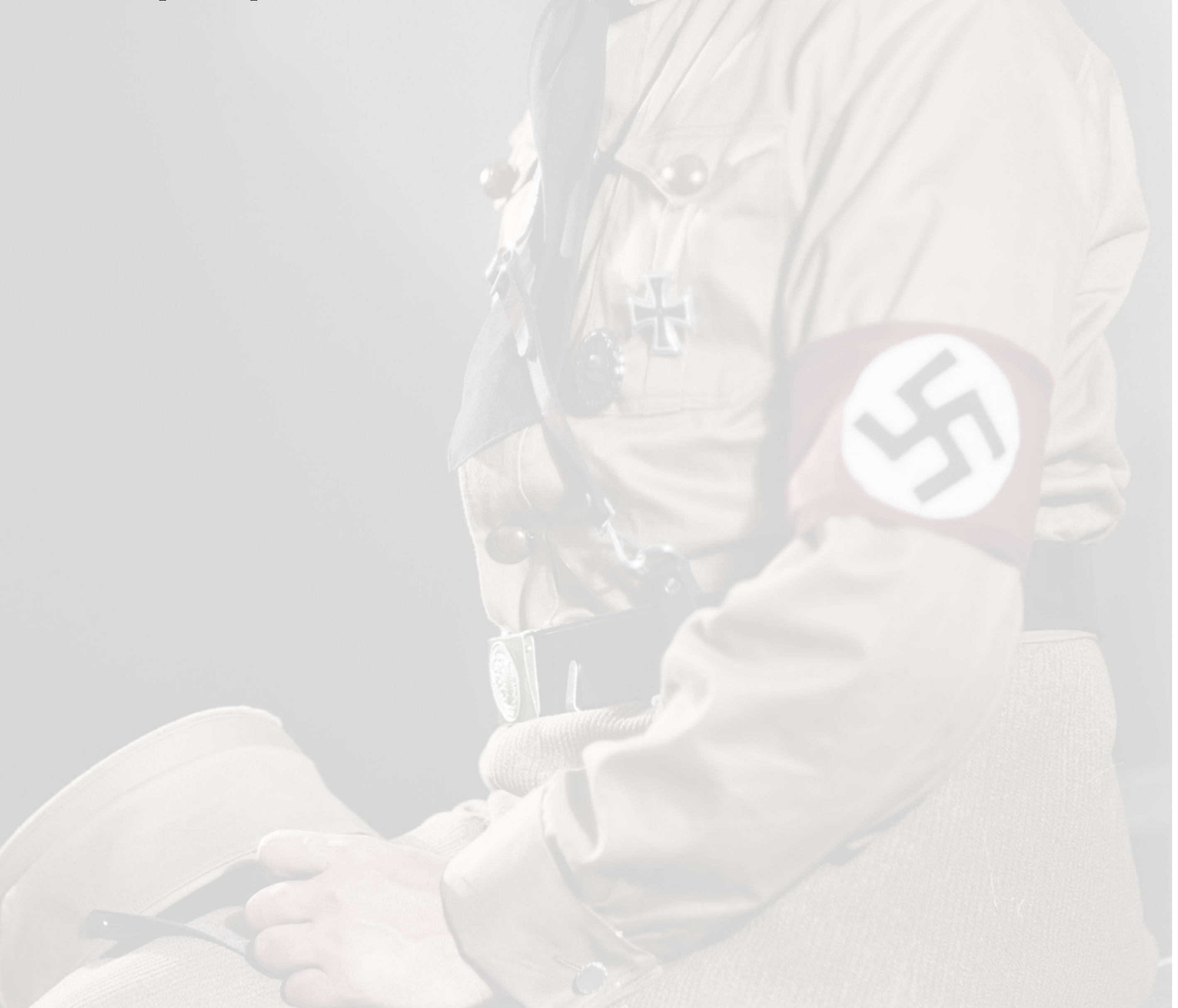
El clamor elemental del pueblo germano-austríaco en los días del colapso del Estado de los Habsburgo por la unificación con la patria alemana fue sólo el resultado de un sentimiento de anhelo por este regreso a la nunca olvidada casa paterna, que dormitaba profundamente en el corazón de todo el pueblo. Pero esto nunca sería explicable si la educación histórica del individuo germano-austríaco no hubiera sido la causa de tal anhelo general. En ella yace un pozo que nunca se seca; quien, sobre todo en tiempos de olvido, murmurará una y otra vez a través de la memoria del pasado como un silencioso admonitor, más allá del bienestar momentáneo, de un nuevo futuro.

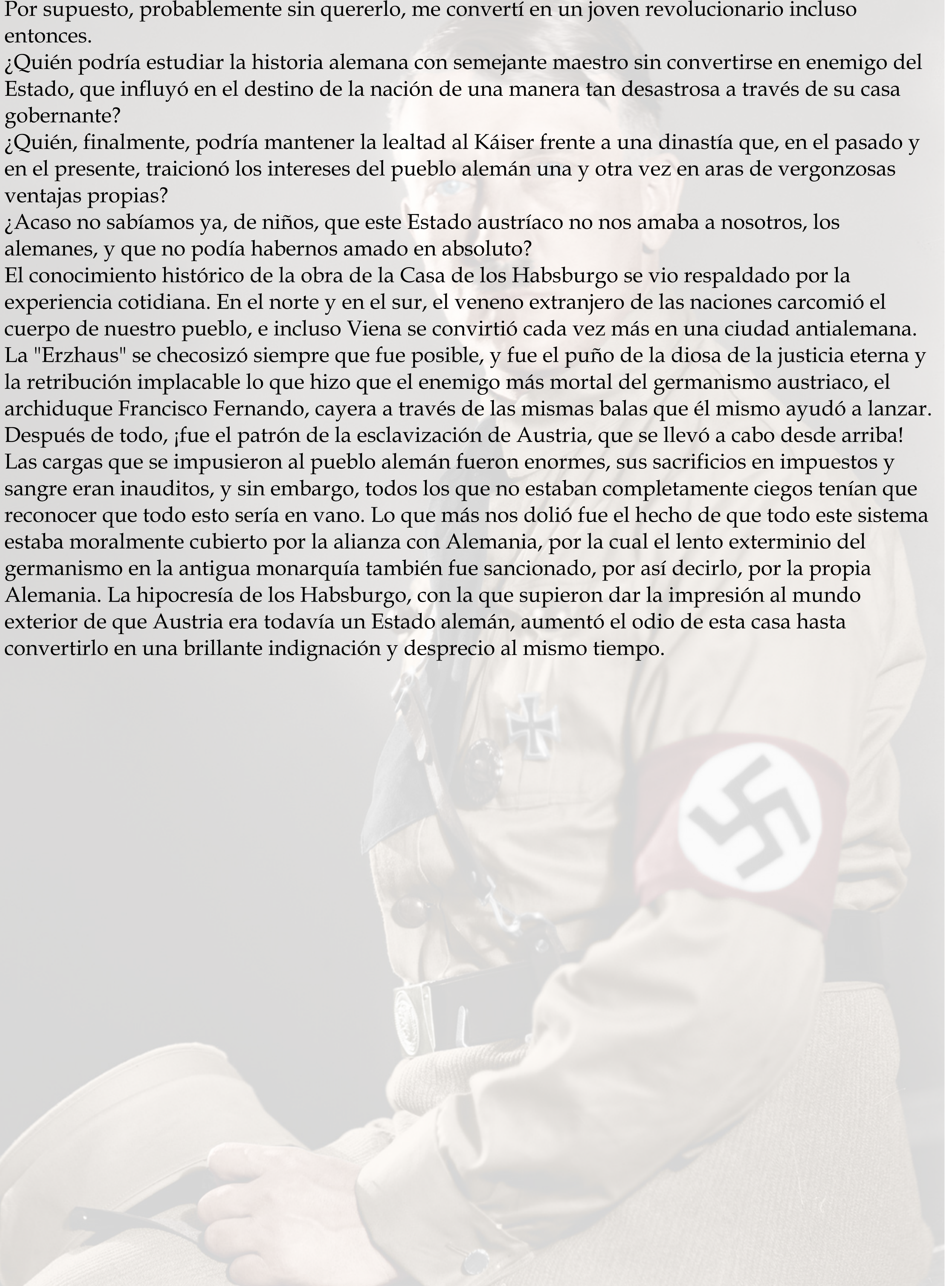
La enseñanza de la historia universal en las llamadas escuelas medias sigue siendo, por supuesto, muy mala hoy en día. Pocos maestros comprenden que el objetivo de la instrucción histórica en particular nunca puede residir en memorizar y desgranar fechas y eventos históricos; que no importa si el niño sabe exactamente cuándo se libró tal o cual batalla, cuándo nació un general, o incluso cuándo un monarca (generalmente muy insignificante) recibió la corona de sus antepasados colocada sobre su cabeza. No, Dios verdadero, eso importa poco.



12 Lecciones de historia

"Aprender" la historia significa buscar y encontrar las fuerzas que conducen como causas a esos efectos que luego vemos ante nuestros ojos como acontecimientos históricos.
El arte de leer y aprender está aquí: quédate con lo esencial, olvídate de lo insignificante.
Tal vez fue decisivo para toda mi vida posterior que la suerte me diera una vez un profesor de historia, que fue uno de los pocos que supo hacer de este punto de vista el dominante para la instrucción y el examen. En mi entonces profesor, el Dr. Leopold Pötsch, en la Realschule de Linz, esta exigencia se plasmó de una manera verdaderamente ideal. Un anciano caballero, tan amable como decidido, fue capaz no sólo de cautivarnos, sino de llevarnos, especialmente con su deslumbrante elocuencia. Todavía hoy recuerdo con tranquila emoción al hombre gris que, en el fuego de su representación, a veces nos hacía olvidar el presente, nos conjuraba a tiempos pasados y convertía la seca memoria histórica en una realidad viva desde el velo de niebla de miles de años. Nos sentamos allí, a menudo entusiasmados con las brasas brillantes, a veces incluso conmovidos hasta las lágrimas.
La felicidad era aún mayor porque este maestro sabía cómo iluminar el pasado desde el presente, pero también extraer las consecuencias para el presente del pasado. Así que él, más que nadie, mostró comprensión por todos los problemas del día que nos mantenían en vilo en ese momento. Nuestro pequeño fanatismo nacional se convierte en un medio de educarnos apelando más de una vez al sentido del honor nacional, con lo único que nos pone en orden más rápidamente de lo que hubiera sido posible por otros medios.





Historia Asignatura favorita 13

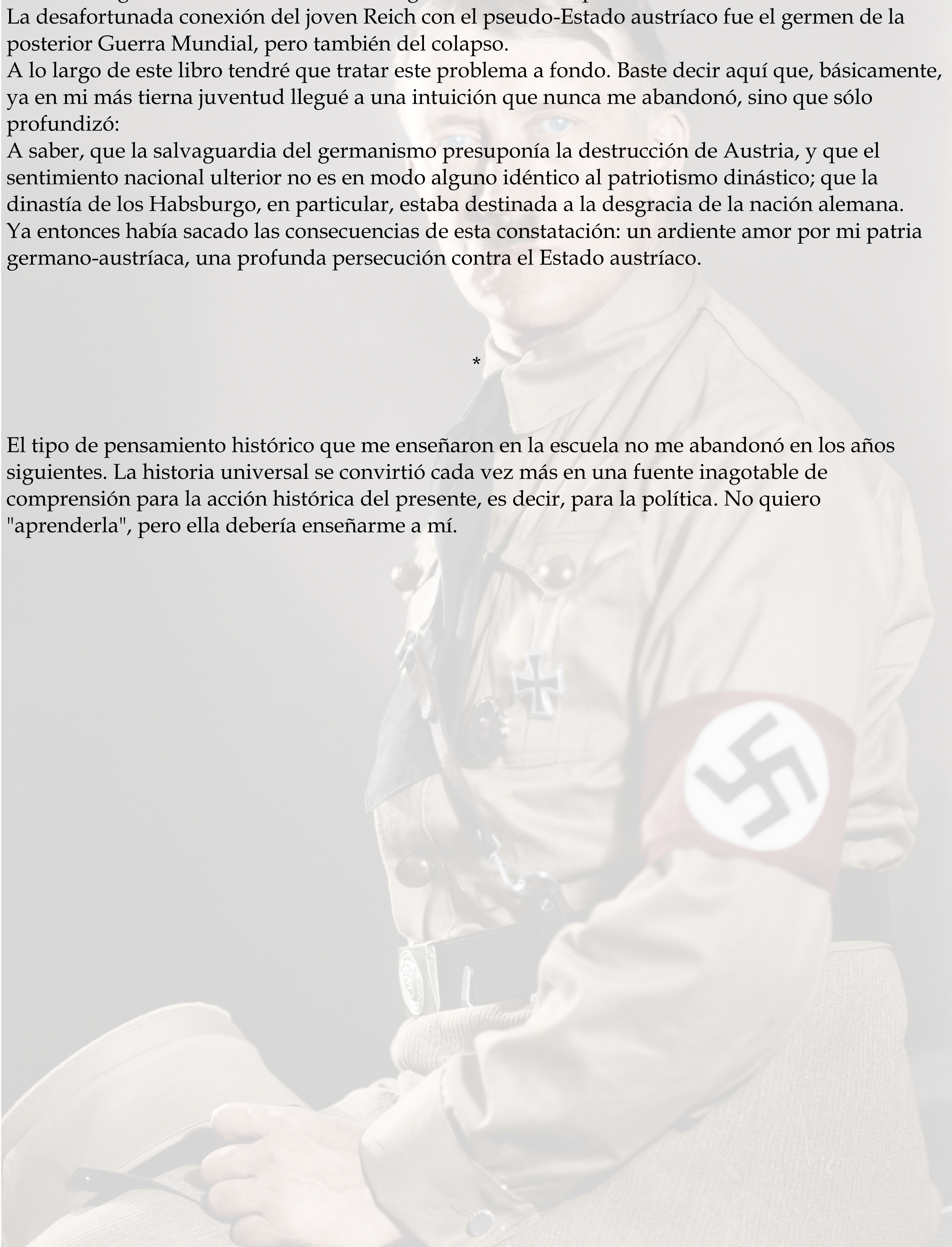
Este profesor ha hecho de la historia mi asignatura favorita.
Por supuesto, probablemente sin quererlo, me convertí en un joven revolucionario incluso entonces.
¿Quién podría estudiar la historia alemana con semejante maestro sin convertirse en enemigo del Estado, que influyó en el destino de la nación de una manera tan desastrosa a través de su casa gobernante?
¿Quién, finalmente, podría mantener la lealtad al Káiser frente a una dinastía que, en el pasado y en el presente, traicionó los intereses del pueblo alemán una y otra vez en aras de vergonzosas ventajas propias?
¿Acaso no sabíamos ya, de niños, que este Estado austríaco no nos amaba a nosotros, los alemanes, y que no podía habernos amado en absoluto?
El conocimiento histórico de la obra de la Casa de los Habsburgo se vio respaldado por la experiencia cotidiana. En el norte y en el sur, el veneno extranjero de las naciones carcomió el cuerpo de nuestro pueblo, e incluso Viena se convirtió cada vez más en una ciudad antialemana. La "Erzhaus" se checosizó siempre que fue posible, y fue el puño de la diosa de la justicia eterna y la retribución implacable lo que hizo que el enemigo más mortal del germanismo austriaco, el archiduque Francisco Fernando, cayera a través de las mismas balas que él mismo ayudó a lanzar. Después de todo, ¡fue el patrón de la esclavización de Austria, que se llevó a cabo desde arriba! Las cargas que se impusieron al pueblo alemán fueron enormes, sus sacrificios en impuestos y sangre eran inauditos, y sin embargo, todos los que no estaban completamente ciegos tenían que reconocer que todo esto sería en vano. Lo que más nos dolió fue el hecho de que todo este sistema estaba moralmente cubierto por la alianza con Alemania, por la cual el lento exterminio del germanismo en la antigua monarquía también fue sancionado, por así decirlo, por la propia Alemania. La hipocresía de los Habsburgo, con la que supieron dar la impresión al mundo exterior de que Austria era todavía un Estado alemán, aumentó el odio de esta casa hasta convertirlo en una brillante indignación y desprecio al mismo tiempo.

14 Perspectivas históricas

Sólo en el imperio mismo los que ya estaban “llamados” en ese momento no vieron nada de todo esto. Como si estuvieran cegados, caminaban al lado de un cadáver y creían que incluso podían descubrir signos de “nueva” vida en los signos de la descomposición.
La desafortunada conexión del joven Reich con el pseudo-Estado austríaco fue el germen de la posterior Guerra Mundial, pero también del colapso.
A lo largo de este libro tendré que tratar este problema a fondo. Baste decir aquí que, básicamente, ya en mi más tierna juventud llegué a una intuición que nunca me abandonó, sino que sólo profundizó:
A saber, que la salvaguardia del germanismo presuponía la destrucción de Austria, y que el sentimiento nacional ulterior no es en modo alguno idéntico al patriotismo dinástico; que la dinastía de los Habsburgo, en particular, estaba destinada a la desgracia de la nación alemana.
Ya entonces había sacado las consecuencias de esta constatación: un ardiente amor por mi patria germano-austríaca, una profunda persecución contra el Estado austríaco.

*

El tipo de pensamiento histórico que me enseñaron en la escuela no me abandonó en los años siguientes. La historia universal se convirtió cada vez más en una fuente inagotable de comprensión para la acción histórica del presente, es decir, para la política. No quiero "aprenderla", pero ella debería enseñarme a mí.

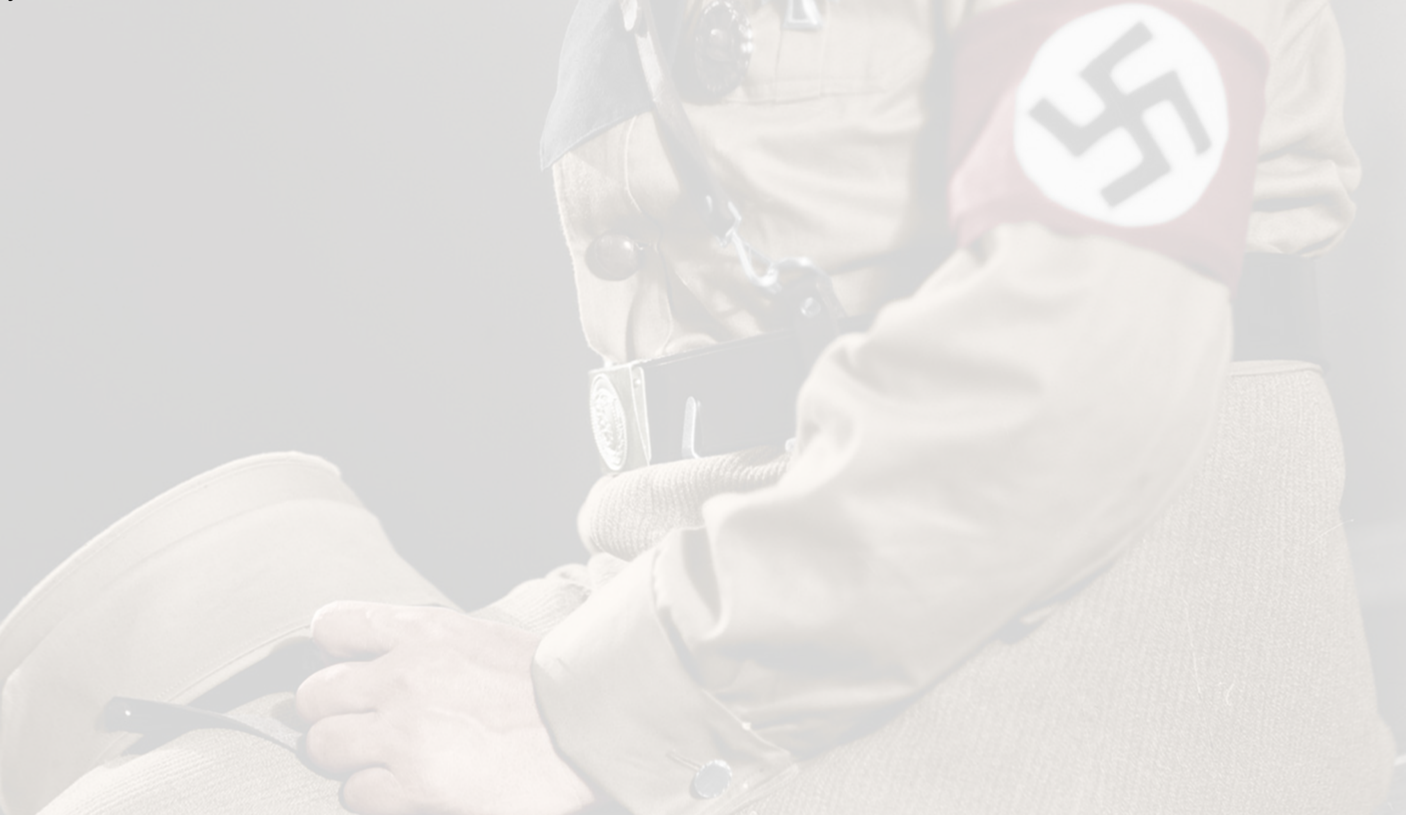


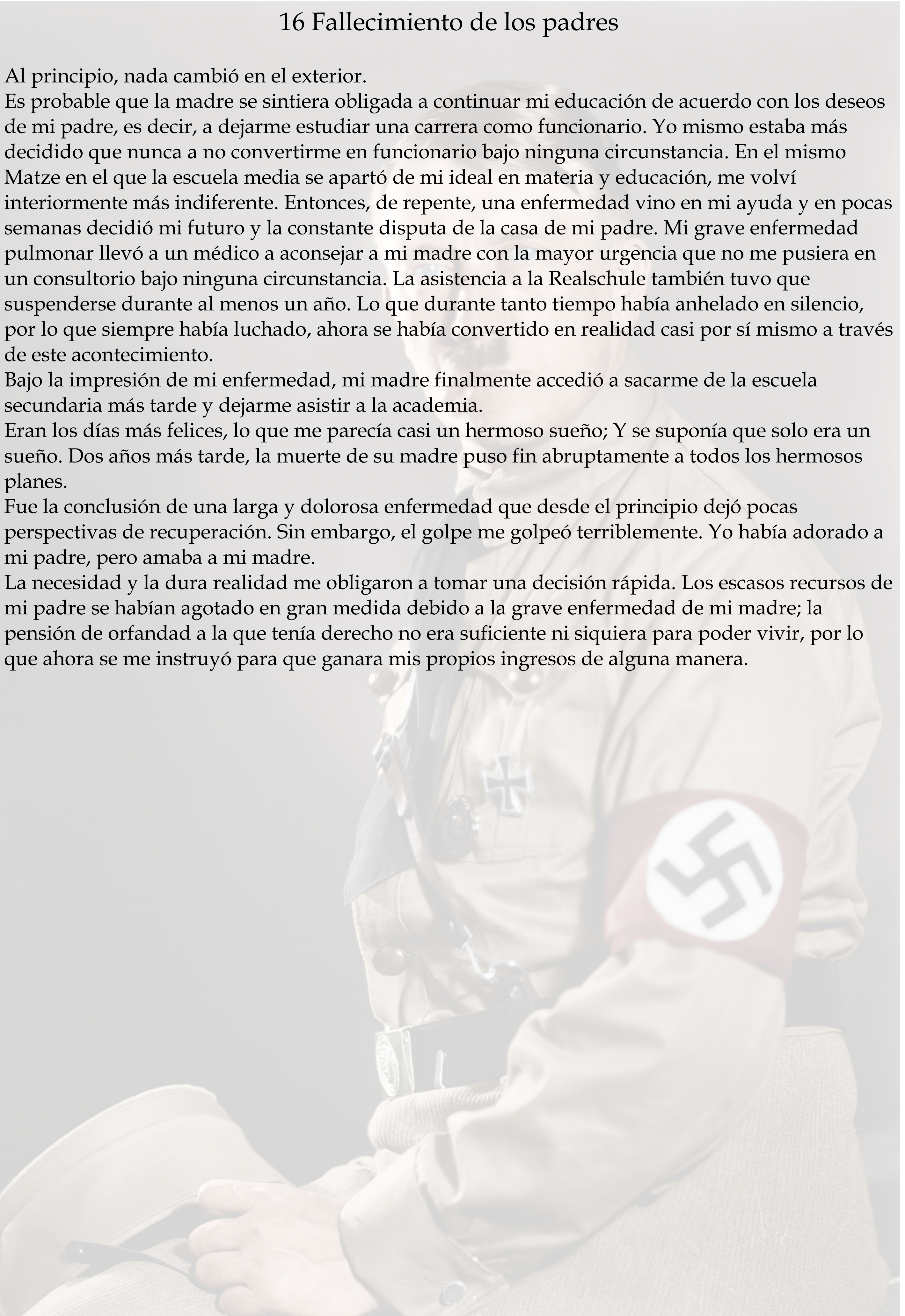
Culto a Wagner 15

Si me había convertido en un "revolucionario" político tan pronto, también me había convertido en un "revolucionario" artístico no menos pronto.
En aquella época, la capital de la Alta Austria tenía un teatro relativamente nada malo. Se jugó casi todo. A la edad de doce años, vi "Guillermo Tell" por primera vez, y unos meses más tarde "Lohengrin" como la primera ópera de mi vida. De repente estaba atado. El entusiasmo juvenil por el campeón de Vayreuth no conocía límites. Una y otra vez me sentí atraído por sus obras, y hoy me siento particularmente afortunado de que la modestia de la actuación provincial haya preservado la posibilidad de un aumento posterior.
Todo esto, sobre todo después de superar los años de agitación (que fue muy doloroso para mí), fortaleció mi profunda aversión interior a una profesión como la que mi padre había elegido para mí. Cada vez estaba más convencido de que nunca sería feliz como funcionario. Dado que mi talento para el dibujo ahora también era reconocido en la escuela secundaria, mi decisión fue aún más firme.
Ni las súplicas ni las amenazas pudieron cambiar eso.
Quería ser pintor y no funcionario de ninguna potencia del mundo.
Lo único peculiar era que con el paso de los años había cada vez más interés por la arquitectura.
En ese momento, consideré que esto era una adición natural a mi capacidad para pintar y solo estaba interiormente feliz con esta expansión de mi marco artístico.
No tenía idea de que las cosas saldrían de otra manera.

*

La cuestión de mi profesión iba a decidirse antes de lo que había esperado.
A la edad de 13 años, de repente perdí a mi padre. Un derrame cerebral golpeó al caballero, por lo demás vivaz, y puso fin a sus andanzas terrenales de la manera más indolora, hundiéndonos a todos en el más profundo sufrimiento. Lo que más anhelaba, ayudar a crear la existencia de su hijo para salvarlo de su propia amarga carrera, no parecía haberse logrado en ese momento. Pero plantó, aunque fuera de forma completamente inconsciente, las semillas de un futuro que ni él ni yo habríamos entendido en su momento.





16 Fallecimiento de los padres

Al principio, nada cambió en el exterior.
Es probable que la madre se sintiera obligada a continuar mi educación de acuerdo con los deseos de mi padre, es decir, a dejarme estudiar una carrera como funcionario. Yo mismo estaba más decidido que nunca a no convertirme en funcionario bajo ninguna circunstancia. En el mismo Matze en el que la escuela media se apartó de mi ideal en materia y educación, me volví interiormente más indiferente. Entonces, de repente, una enfermedad vino en mi ayuda y en pocas semanas decidió mi futuro y la constante disputa de la casa de mi padre. Mi grave enfermedad pulmonar llevó a un médico a aconsejar a mi madre con la mayor urgencia que no me pusiera en un consultorio bajo ninguna circunstancia. La asistencia a la Realschule también tuvo que suspenderse durante al menos un año. Lo que durante tanto tiempo había anhelado en silencio, por lo que siempre había luchado, ahora se había convertido en realidad casi por sí mismo a través de este acontecimiento.
Bajo la impresión de mi enfermedad, mi madre finalmente accedió a sacarme de la escuela secundaria más tarde y dejarme asistir a la academia.
Eran los días más felices, lo que me parecía casi un hermoso sueño; Y se suponía que solo era un sueño. Dos años más tarde, la muerte de su madre puso fin abruptamente a todos los hermosos planes.
Fue la conclusión de una larga y dolorosa enfermedad que desde el principio dejó pocas perspectivas de recuperación. Sin embargo, el golpe me golpeó terriblemente. Yo había adorado a mi padre, pero amaba a mi madre.
La necesidad y la dura realidad me obligaron a tomar una decisión rápida. Los escasos recursos de mi padre se habían agotado en gran medida debido a la grave enfermedad de mi madre; la pensión de orfandad a la que tenía derecho no era suficiente ni siquiera para poder vivir, por lo que ahora se me instruyó para que ganara mis propios ingresos de alguna manera.

Traslado a Viena 17

Con una maleta con ropa y ropa de cama en las manos, con una voluntad inquebrantable en el corazón, me dirigí a Viena. Lo que mi padre había logrado hacer 50 años antes, yo también esperaba arrebatárselo al destino; Yo también quería convertirme en "algo", pero de ninguna manera en un funcionario público.

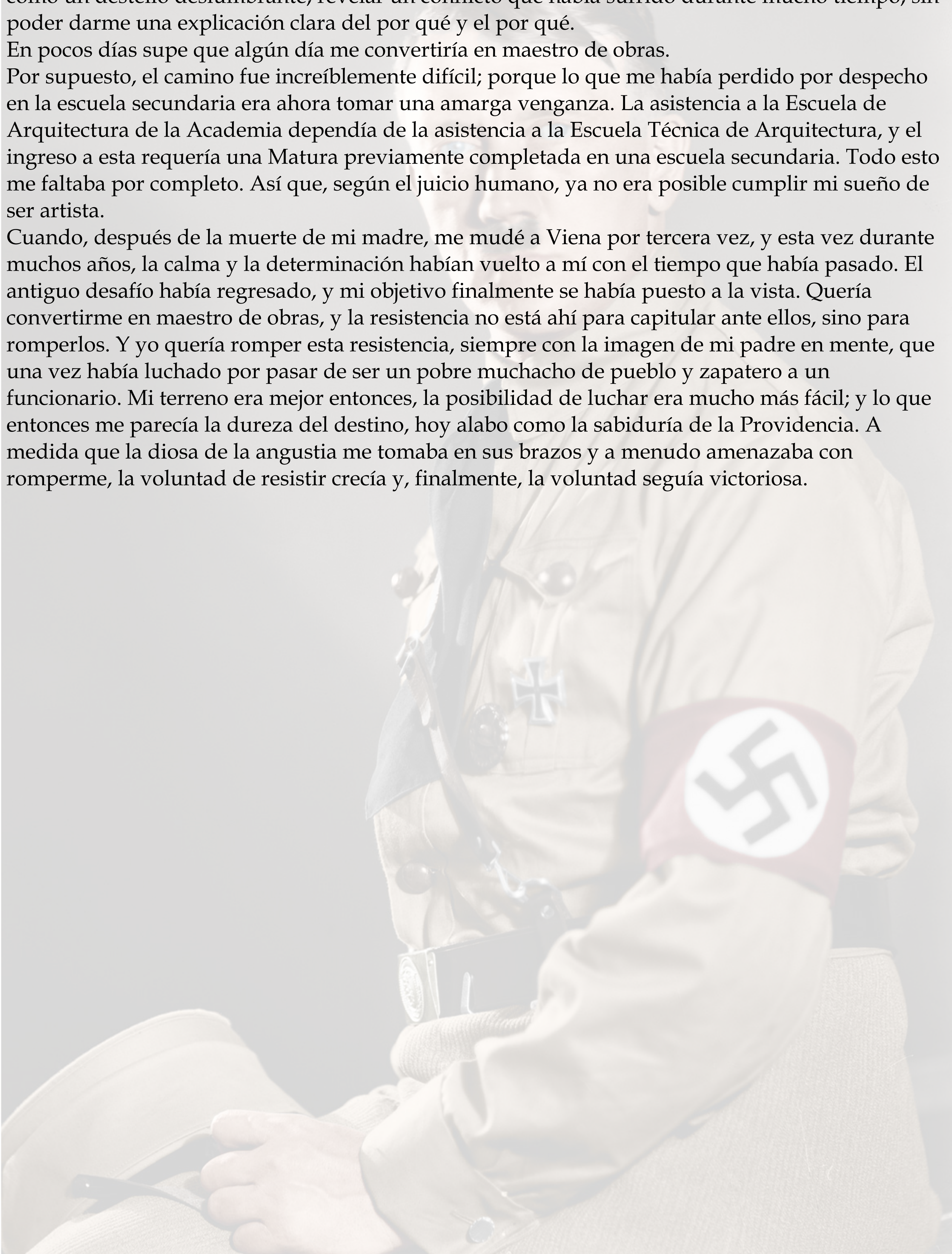


2. Kapitel
Años vieneses de aprendizaje y sufrimiento

Cuando la madre murió, el destino ya había tomado su decisión en un aspecto.
En los últimos meses de su sufrimiento, yo había ido a Viena para hacer el examen de ingreso a la academia. Equipado con un grueso paquete de dibujos, me puse en marcha en ese momento, convencido de que podría aprobar fácilmente el examen. En la escuela secundaria, ya había sido, con mucho, el mejor dibujante de mi clase; Desde entonces, mi facultad se había desarrollado mucho, de modo que mi propia satisfacción me hacía esperar lo mejor, orgulloso y feliz.
A veces se producía una sola nubosidad: mi talento para la pintura parecía ser superado por mi dibujo, especialmente en casi todos los campos de la arquitectura. Al mismo tiempo, sin embargo, mi interés por la arquitectura en sí misma creció cada vez más. Esto se ha acelerado desde que a mí, que aún no había cumplido los 16 años, se me permitió ir a Viena por primera vez para una visita de dos semanas. Fui allí para estudiar la pinacoteca del Museo de la Corte, pero casi solo tenía ojos para el museo en sí. Caminé de un lugar a otro desde temprano en la mañana hasta tarde en la noche, pero siempre fueron solo los edificios los que me cautivaron en primer lugar. Podía estar de pie frente a la ópera durante horas, admirar el parlamento durante horas; toda la Ringstrasse me parecía un hechizo de Las mil y una noches.
Así que ahora estaba en la hermosa ciudad por segunda vez y esperaba con ardiente impaciencia, pero también con orgullosa confianza, el resultado de mi examen de ingreso. Estaba tan convencido del éxito que la negativa que se me anunció me golpeó como un golpe repentino de la nada. Y, sin embargo, fue así. Cuando me presentaron al rector y me pidieron una explicación de las razones por las que no fui admitido en la escuela general de pintura de la Academia, el caballero me aseguró que mi ineptitud como pintor era evidente por los dibujos que había traído conmigo, pero que mi habilidad estaba evidentemente en el campo de la arquitectura; Para mí, la escuela de pintura nunca se cuestionaría, sino solo la escuela de arquitectura de la academia. El hecho de que no hubiera asistido a una escuela de construcción ni hubiera recibido ninguna otra instrucción en arquitectura no podía entenderse al principio.

Titulación de maestro de obras 19

Derrotado, dejé el magnífico edificio de Hansen en Schillerplatz, por primera vez en mi joven vida en armonía conmigo mismo. Porque lo que había oído acerca de mi habilidad me pareció ahora, como un destello deslumbrante, revelar un conflicto que había sufrido durante mucho tiempo, sin poder darme una explicación clara del por qué y el por qué.
En pocos días supe que algún día me convertiría en maestro de obras.
Por supuesto, el camino fue increíblemente difícil; porque lo que me había perdido por despecho en la escuela secundaria era ahora tomar una amarga venganza. La asistencia a la Escuela de Arquitectura de la Academia dependía de la asistencia a la Escuela Técnica de Arquitectura, y el ingreso a esta requería una Matura previamente completada en una escuela secundaria. Todo esto me faltaba por completo. Así que, según el juicio humano, ya no era posible cumplir mi sueño de ser artista.
Cuando, después de la muerte de mi madre, me mudé a Viena por tercera vez, y esta vez durante muchos años, la calma y la determinación habían vuelto a mí con el tiempo que había pasado. El antiguo desafío había regresado, y mi objetivo finalmente se había puesto a la vista. Quería convertirme en maestro de obras, y la resistencia no está ahí para capitular ante ellos, sino para romperlos. Y yo quería romper esta resistencia, siempre con la imagen de mi padre en mente, que una vez había luchado por pasar de ser un pobre muchacho de pueblo y zapatero a un funcionario. Mi terreno era mejor entonces, la posibilidad de luchar era mucho más fácil; y lo que entonces me parecía la dureza del destino, hoy alabo como la sabiduría de la Providencia. A medida que la diosa de la angustia me tomaba en sus brazos y a menudo amenazaba con romperme, la voluntad de resistir crecía y, finalmente, la voluntad seguía victoriosa.



20 Cinco años de miseria

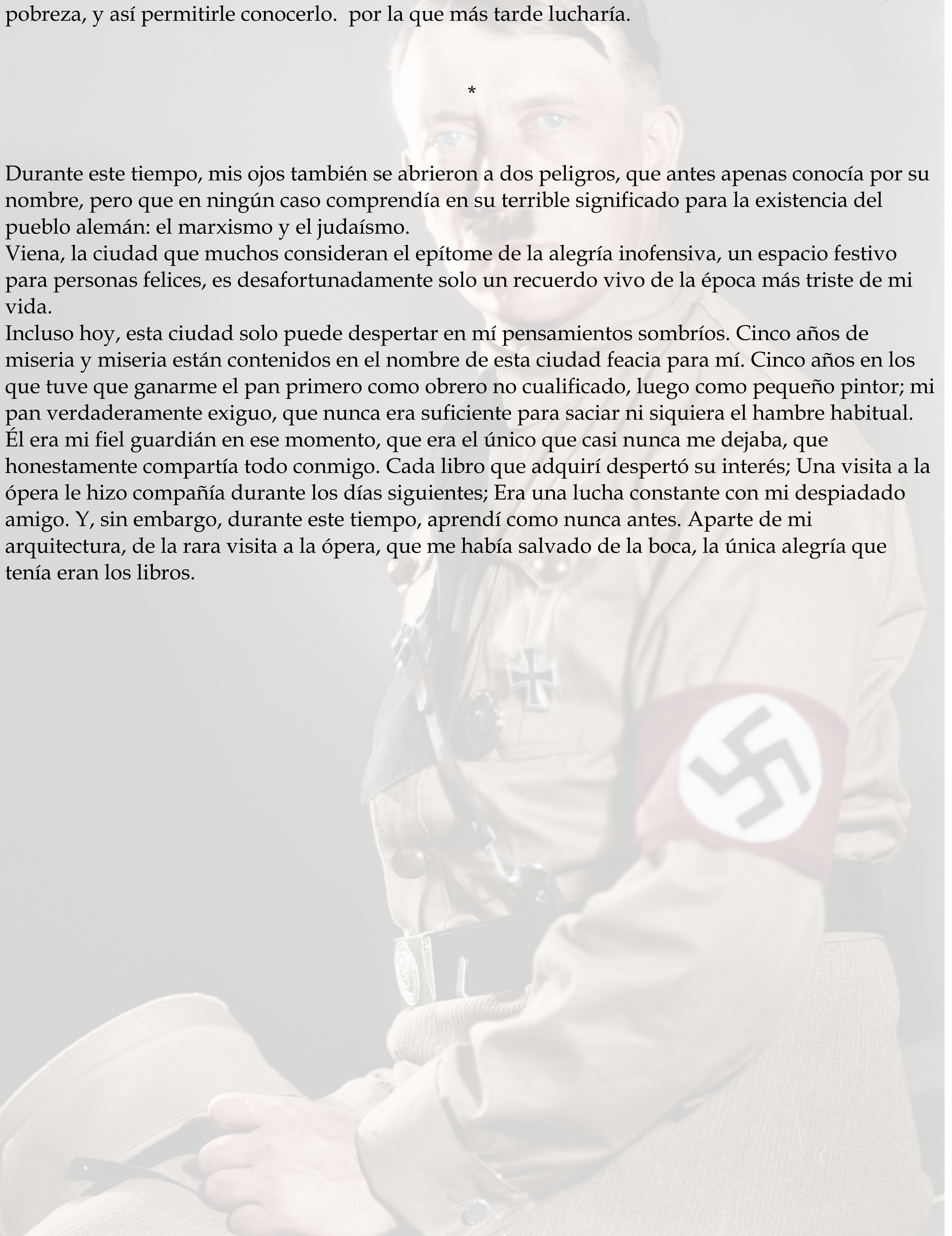
Se lo debo al tiempo que me he vuelto duro y puedo serlo. Y aún más que esto, la alabo por arrancarme de la vacuidad de la vida tranquila, por sacar al hijo de la madre de la suavidad y darle a la señora Care una nueva madre, por arrojar al hombre reacio al mundo de la miseria y la pobreza, y así permitirle conocerlo. por la que más tarde lucharía.

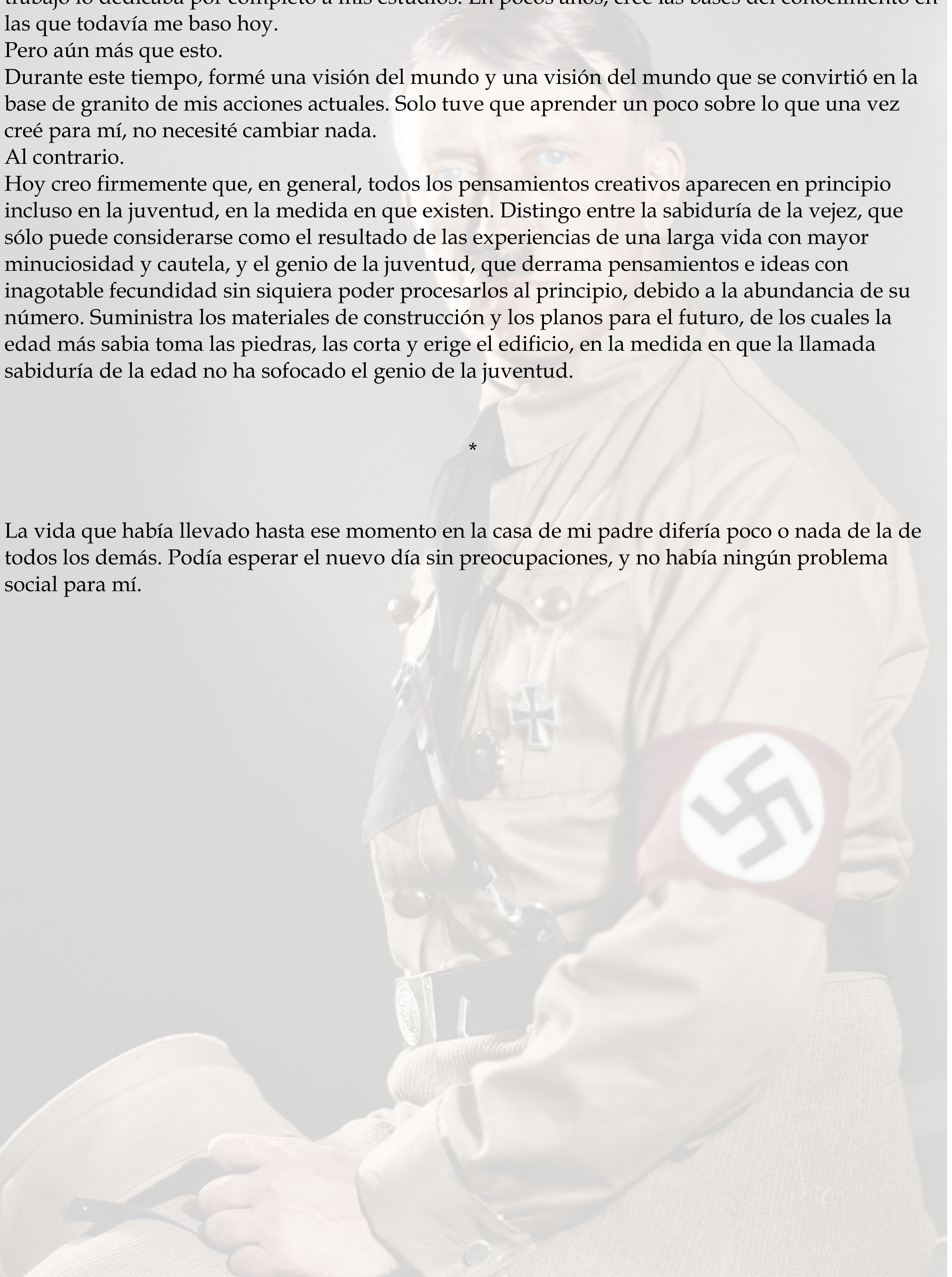
*

Durante este tiempo, mis ojos también se abrieron a dos peligros, que antes apenas conocía por su nombre, pero que en ningún caso comprendía en su terrible significado para la existencia del pueblo alemán: el marxismo y el judaísmo.

Viena, la ciudad que muchos consideran el epítome de la alegría inofensiva, un espacio festivo para personas felices, es desafortunadamente solo un recuerdo vivo de la época más triste de mi vida.

Incluso hoy, esta ciudad solo puede despertar en mí pensamientos sombríos. Cinco años de miseria y miseria están contenidos en el nombre de esta ciudad feacia para mí. Cinco años en los que tuve que ganarme el pan primero como obrero no cualificado, luego como pequeño pintor; mi pan verdaderamente exiguo, que nunca era suficiente para saciar ni siquiera el hambre habitual. Él era mi fiel guardián en ese momento, que era el único que casi nunca me dejaba, que honestamente compartía todo conmigo. Cada libro que adquirí despertó su interés; Una visita a la ópera le hizo compañía durante los días siguientes; Era una lucha constante con mi despiadado amigo. Y, sin embargo, durante este tiempo, aprendí como nunca antes. Aparte de mi arquitectura, de la rara visita a la ópera, que me había salvado de la boca, la única alegría que tenía eran los libros.





Formación de la cosmovisión 21

Leí una cantidad infinita en ese momento, y a fondo. El tiempo libre que me quedaba de mi trabajo lo dedicaba por completo a mis estudios. En pocos años, creé las bases del conocimiento en las que todavía me baso hoy.

Pero aún más que esto.

Durante este tiempo, formé una visión del mundo y una visión del mundo que se convirtió en la base de granito de mis acciones actuales. Solo tuve que aprender un poco sobre lo que una vez creé para mí, no necesité cambiar nada.

Al contrario.

Hoy creo firmemente que, en general, todos los pensamientos creativos aparecen en principio incluso en la juventud, en la medida en que existen. Distingo entre la sabiduría de la vejez, que sólo puede considerarse como el resultado de las experiencias de una larga vida con mayor minuciosidad y cautela, y el genio de la juventud, que derrama pensamientos e ideas con inagotable fecundidad sin siquiera poder procesarlos al principio, debido a la abundancia de su número. Suministra los materiales de construcción y los planos para el futuro, de los cuales la edad más sabia toma las piedras, las corta y erige el edificio, en la medida en que la llamada sabiduría de la edad no ha sofocado el genio de la juventud.

*

La vida que había llevado hasta ese momento en la casa de mi padre difería poco o nada de la de todos los demás. Podía esperar el nuevo día sin preocupaciones, y no había ningún problema social para mí.

22 Quitarse las anteojeras pequeñoburguesas

El ambiente de mi juventud estaba formado por los círculos de la pequeña burguesía, es decir, de un mundo que tiene muy poca relación con el trabajador manual puro. Porque, por extraño que parezca a primera vista, el abismo entre estos estratos, que no son en absoluto económicamente brillantes, y el trabajador del puño es a menudo más profundo de lo que se cree. La razón de esto, digamos casi hostilidad, radica en el temor de un grupo de la sociedad electrónica, que sólo muy recientemente se ha elevado por encima del nivel de los trabajadores manuales, de hundirse de nuevo en la vieja y poco respetada clase, o al menos de ser contado entre ella. A esto hay que añadir por muchos el repugnante recuerdo de la miseria cultural de esta clase inferior, la frecuente brutalidad de sus tratos mutuos, por lo que su propia posición, por pequeña que sea, en la vida social hace que todo contacto con esta etapa superada de la cultura y de la vida sea una carga insoportable.

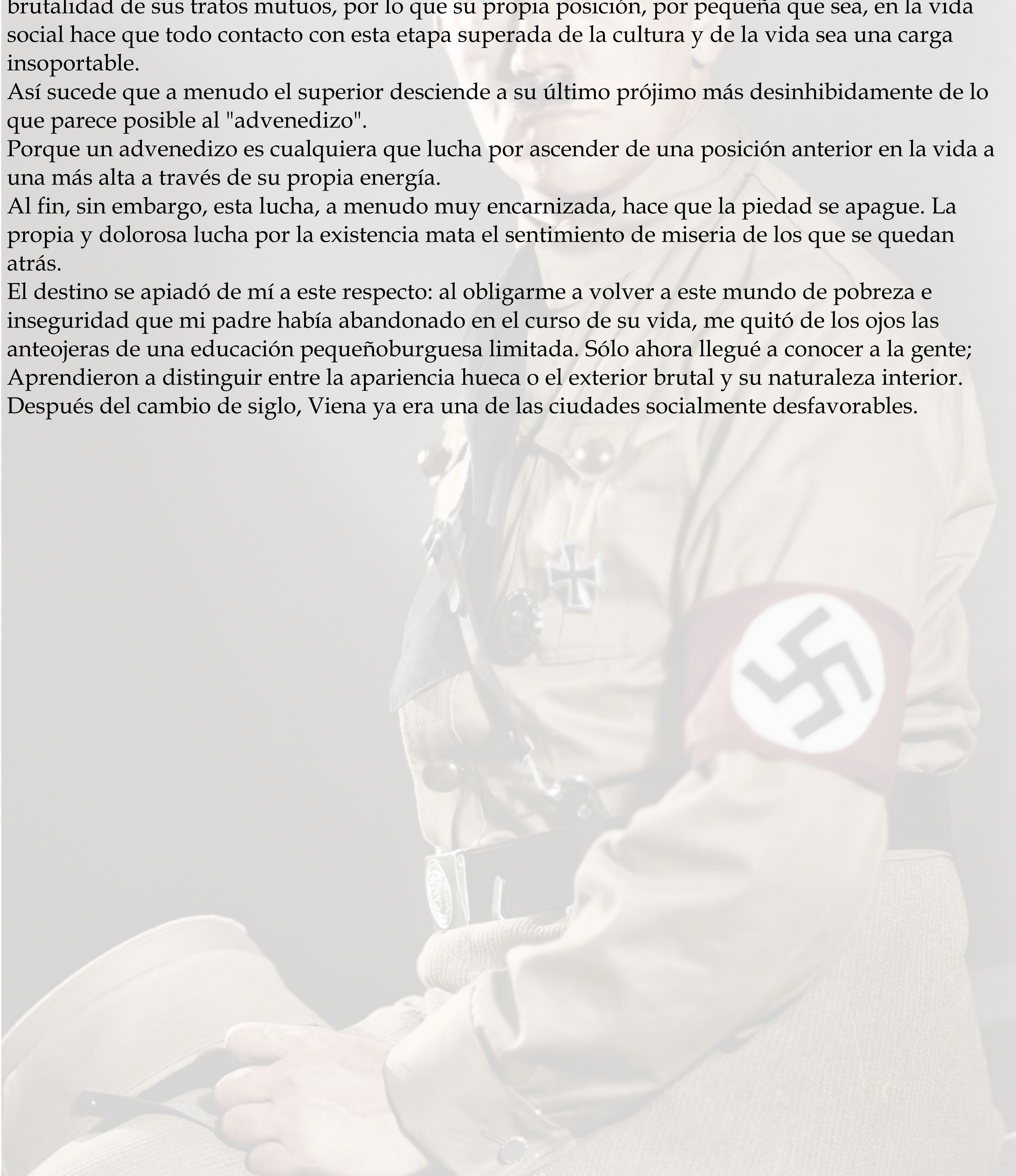
Así sucede que a menudo el superior desciende a su último prójimo más desinhibidamente de lo que parece posible al "advenedizo".

Porque un advenedizo es cualquiera que lucha por ascender de una posición anterior en la vida a una más alta a través de su propia energía.

Al fin, sin embargo, esta lucha, a menudo muy encarnizada, hace que la piedad se apague. La propia y dolorosa lucha por la existencia mata el sentimiento de miseria de los que se quedan atrás.

El destino se apiadó de mí a este respecto: al obligarme a volver a este mundo de pobreza e inseguridad que mi padre había abandonado en el curso de su vida, me quitó de los ojos las anteojeras de una educación pequeñoburguesa limitada. Sólo ahora llegué a conocer a la gente; Aprendieron a distinguir entre la apariencia hueca o el exterior brutal y su naturaleza interior.

Después del cambio de siglo, Viena ya era una de las ciudades socialmente desfavorables.



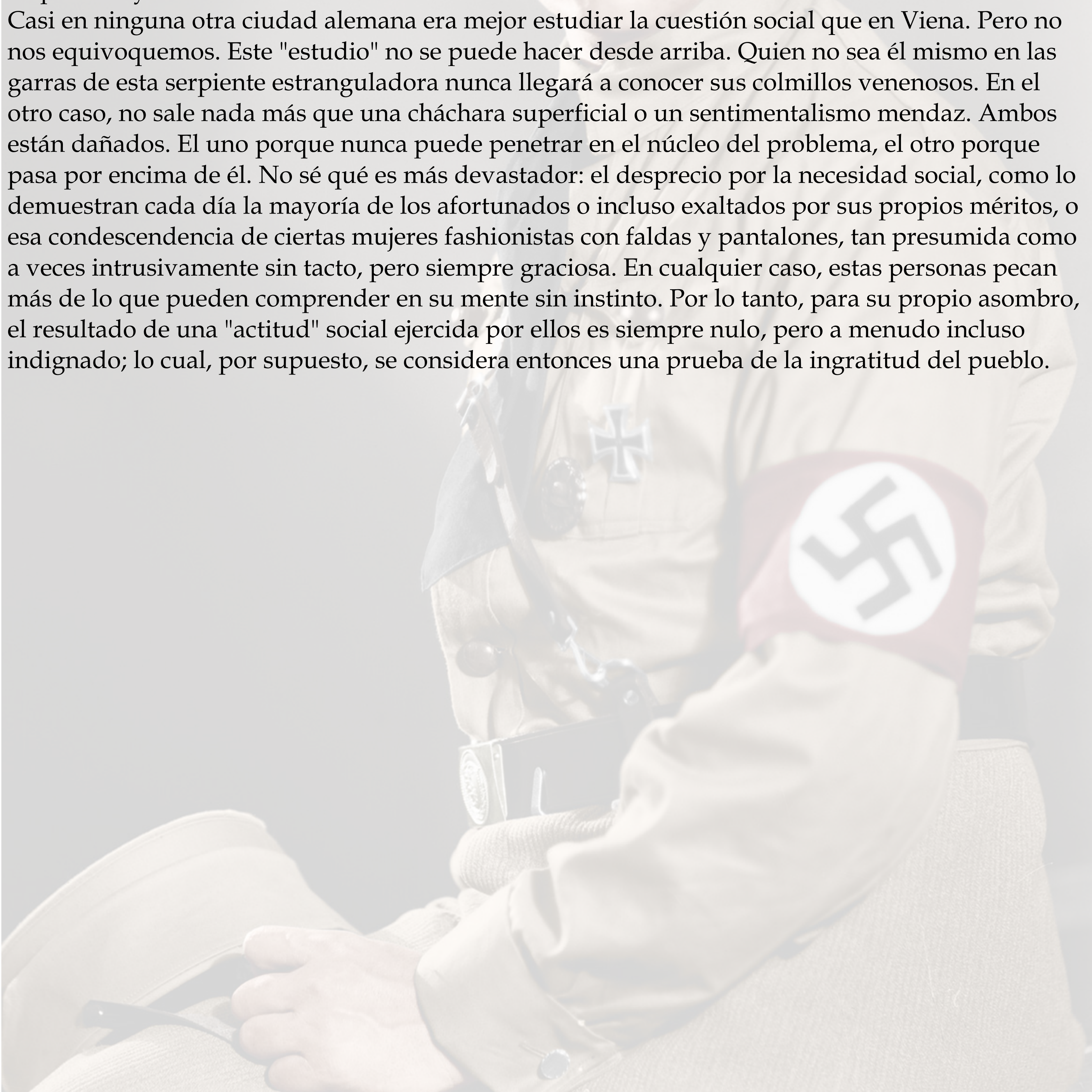
Los contrastes sociales de Viena 23

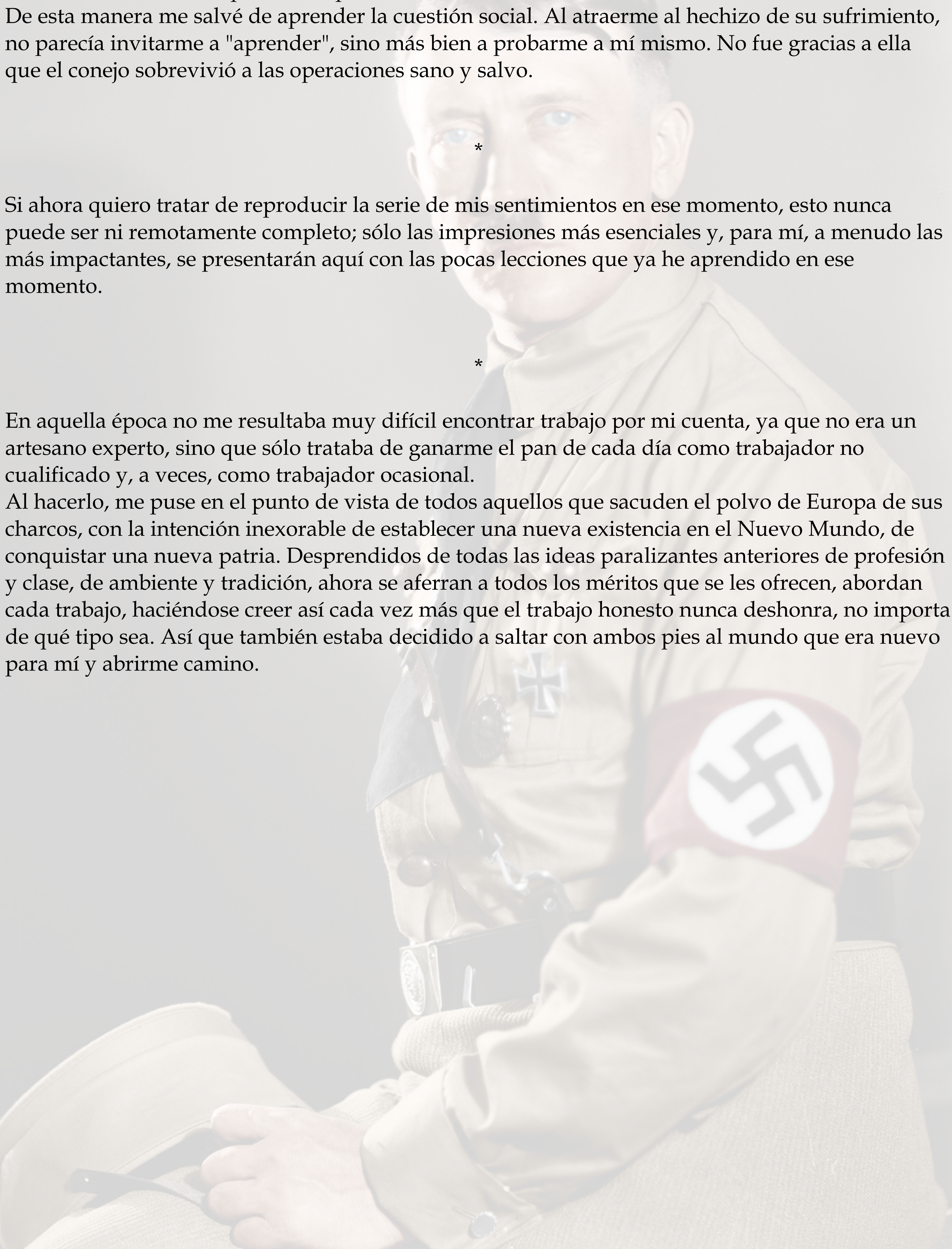
La riqueza radiante y la pobreza repulsiva se sucedían en una alternancia abrupta. En el centro y en los distritos interiores, se podía sentir realmente el pulso del imperio de 52 millones de habitantes, con toda la dudosa magia del Estado de la nacionalidad. La corte, en su deslumbrante esplendor, actuaba como un imán para la riqueza y la inteligencia del resto del Estado. Además, se produjo la fuerte centralización de la monarquía de los Habsburgo en sí misma.

Era la única manera de mantener unida a esta mezcla de pueblos en una forma sólida. El resultado, sin embargo, fue una extraordinaria concentración de altas y más altas autoridades en la capital y en la ciudad residencial.

Pero Viena no era sólo la sede política e intelectual de la antigua monarquía del Danubio, sino también económicamente. Al ejército de altos oficiales, funcionarios, artistas y eruditos se opuso un ejército aún mayor de trabajadores, y la riqueza de la aristocracia y el comercio se encontró con una pobreza sangrienta. Miles de desempleados merodeaban frente a los palacios de la Ringstrasse, y bajo esta vía triumphalis de la antigua Austria vivían los indigentes en el crepúsculo y el barro de los canales.

Casi en ninguna otra ciudad alemana era mejor estudiar la cuestión social que en Viena. Pero no nos equivoquemos. Este "estudio" no se puede hacer desde arriba. Quien no sea él mismo en las garras de esta serpiente estranguladora nunca llegará a conocer sus colmillos venenosos. En el otro caso, no sale nada más que una cháchara superficial o un sentimentalismo mendaz. Ambos están dañados. El uno porque nunca puede penetrar en el núcleo del problema, el otro porque pasa por encima de él. No sé qué es más devastador: el desprecio por la necesidad social, como lo demuestran cada día la mayoría de los afortunados o incluso exaltados por sus propios méritos, o esa condescendencia de ciertas mujeres fashionistas con faldas y pantalones, tan presumida como a veces intrusivamente sin tacto, pero siempre graciosa. En cualquier caso, estas personas pecan más de lo que pueden comprender en su mente sin instinto. Por lo tanto, para su propio asombro, el resultado de una "actitud" social ejercida por ellos es siempre nulo, pero a menudo incluso indignado; lo cual, por supuesto, se considera entonces una prueba de la ingratitud del pueblo.





24 El obrero

El hecho de que una actividad social no tenga nada que ver con ella, sobre todo que no debe reclamar gratitud en absoluto, ya que no está destinada a distribuir gracias, sino a establecer derechos, tiene sentido para este tipo de cabezas.
De esta manera me salvé de aprender la cuestión social. Al atraerme al hechizo de su sufrimiento, no parecía invitarme a "aprender", sino más bien a probarme a mí mismo. No fue gracias a ella que el conejo sobrevivió a las operaciones sano y salvo.

*

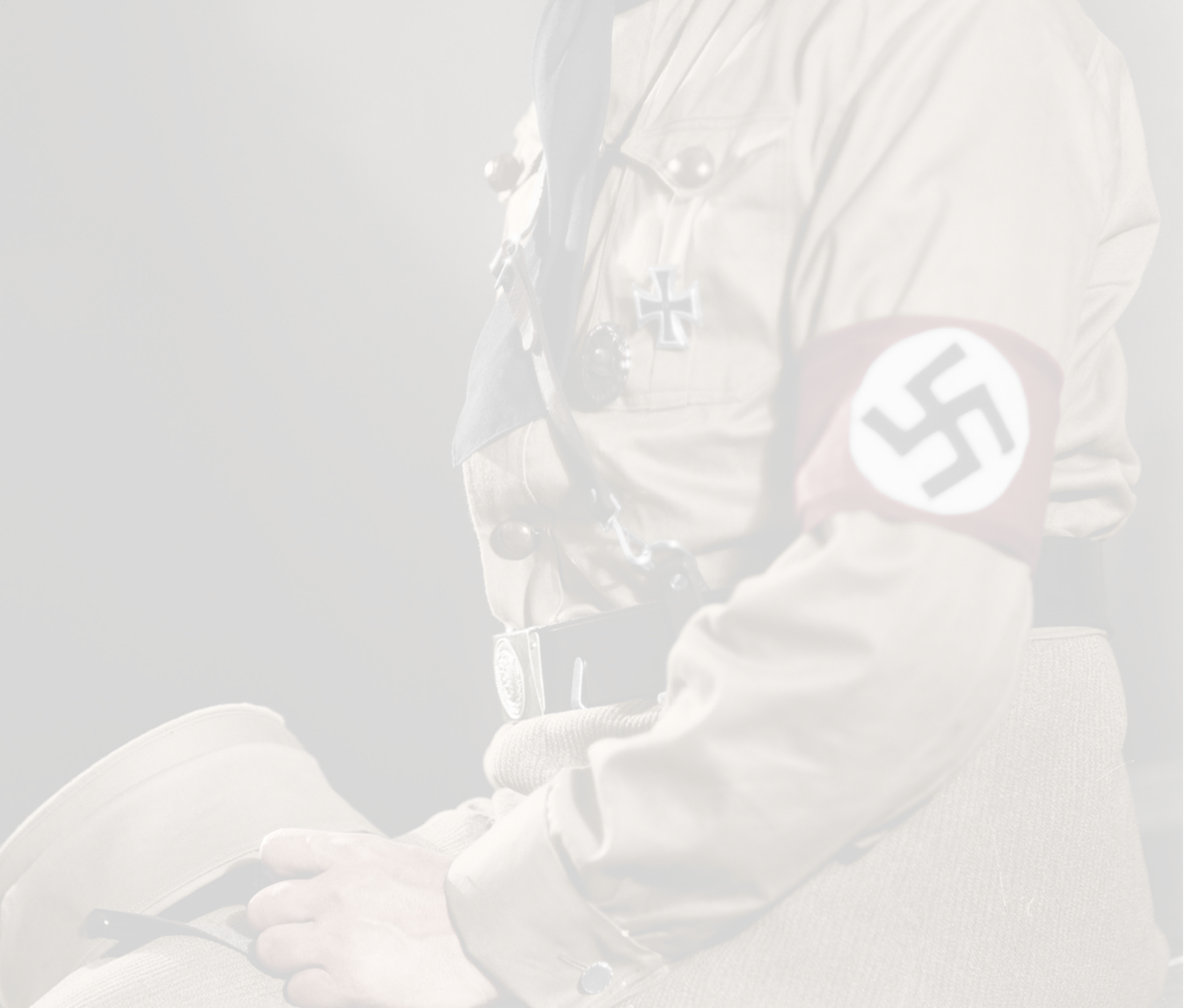
Si ahora quiero tratar de reproducir la serie de mis sentimientos en ese momento, esto nunca puede ser ni remotamente completo; sólo las impresiones más esenciales y, para mí, a menudo las más impactantes, se presentarán aquí con las pocas lecciones que ya he aprendido en ese momento.

*

En aquella época no me resultaba muy difícil encontrar trabajo por mi cuenta, ya que no era un artesano experto, sino que sólo trataba de ganarme el pan de cada día como trabajador no cualificado y, a veces, como trabajador ocasional.
Al hacerlo, me puse en el punto de vista de todos aquellos que sacuden el polvo de Europa de sus charcos, con la intención inexorable de establecer una nueva existencia en el Nuevo Mundo, de conquistar una nueva patria. Desprendidos de todas las ideas paralizantes anteriores de profesión y clase, de ambiente y tradición, ahora se aferran a todos los méritos que se les ofrecen, abordan cada trabajo, haciéndose creer así cada vez más que el trabajo honesto nunca deshonra, no importa de qué tipo sea. Así que también estaba decidido a saltar con ambos pies al mundo que era nuevo para mí y abrirme camino.

La inseguridad de ganarse la vida 25

Pronto aprendí que siempre hay algún tipo de trabajo, pero con la misma rapidez lo fácil que es perderlo de nuevo.
La incertidumbre de ganarse la vida diariamente me pareció en poco tiempo uno de los inconvenientes más difíciles de la nueva vida.
Es cierto que el trabajador "calificado" no será puesto en la calle tan a menudo como en el caso de los no calificados; Pero ni siquiera él es completamente inmune a este destino. En su caso, la pérdida de pan por falta de trabajo es sustituida por un cierre patronal o por su propia huelga. Aquí, la inseguridad de los ingresos diarios se venga de toda la economía.
El muchacho campesino que se adentra en la gran ciudad, atraído por el trabajo supuestamente más fácil, o probablemente realmente, por la reducción de la jornada laboral, pero sobre todo por la luz deslumbrante que la gran ciudad es capaz de irradiar, está todavía acostumbrado a una cierta seguridad de ingresos. Por lo general, solo deja el antiguo puesto si al menos hay uno nuevo en perspectiva. Por último, la escasez de trabajadores agrícolas es grande, por lo que la probabilidad de una escasez prolongada de trabajo es muy baja en sí misma. Es un error creer que el joven que va a la gran ciudad está hecho de peor madera desde el principio que el que sigue alimentándose honradamente de la tierra campesina. No, al contrario: la experiencia demuestra que todos los elementos emigrados consisten en las naturalezas más sanas y enérgicas y no al revés. Estos "emigrantes", sin embargo, incluyen no sólo al vagabundo americano, sino también al joven labrador que decide abandonar su pueblo natal para trasladarse a la ciudad extranjera.

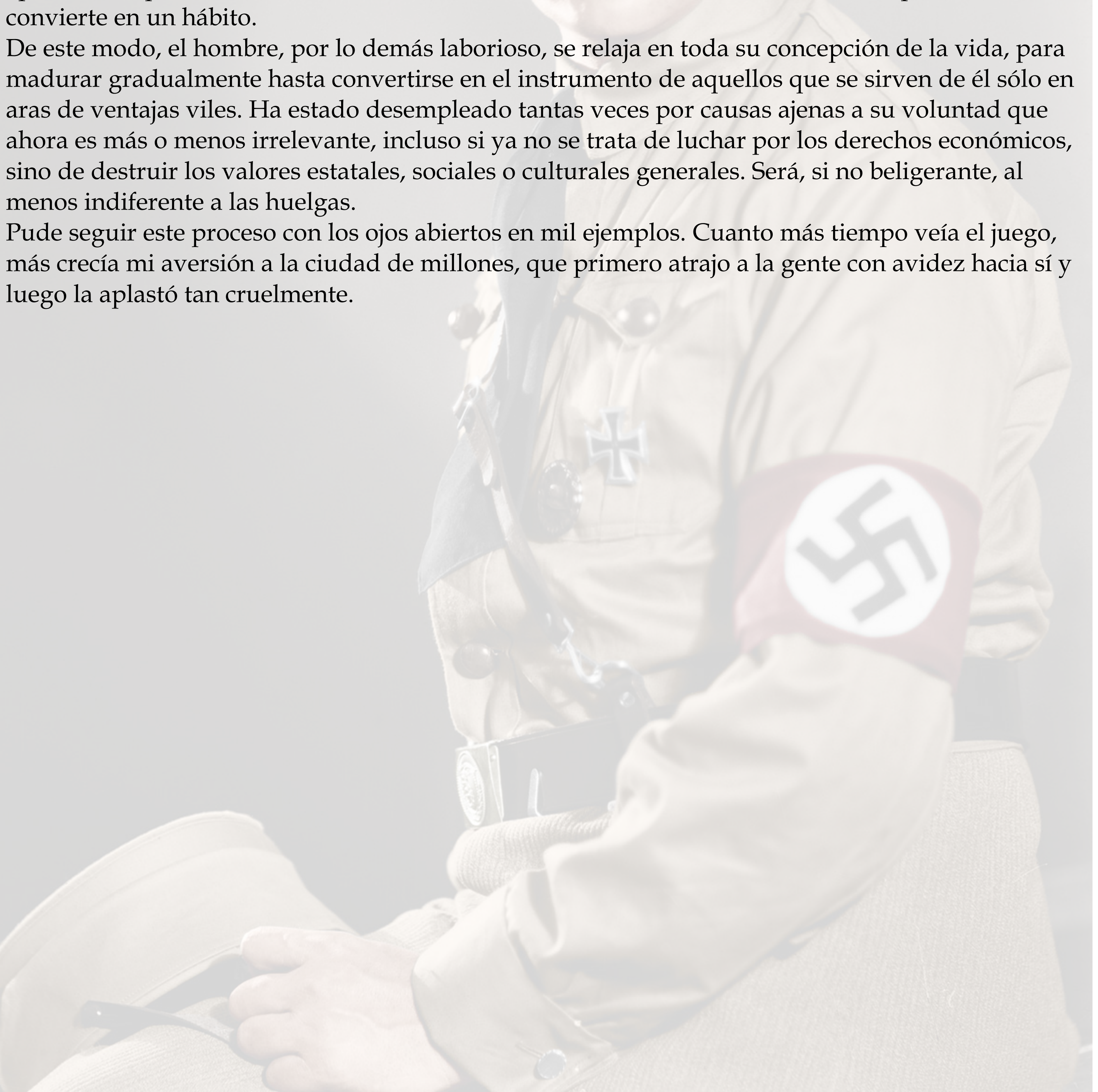


26 El destino del trabajador

Él también está dispuesto a aceptar un destino incierto. Suele llegar a la gran ciudad con un poco de dinero, por lo que no tiene que desesperarse el primer día si la desgracia no le permite encontrar trabajo durante mucho tiempo. Pero la cosa empeora cuando pierde un trabajo que ha encontrado en poco tiempo. Encontrar uno nuevo suele ser difícil, si no imposible, especialmente en invierno. Las primeras semanas todavía son posibles. Recibe prestaciones por desempleo de las arcas de su sindicato y se gana la vida como puede. Sólo cuando se ha agotado el último céntimo y céntimo propio, y la casta también deja de soportarlo como consecuencia de la larga duración del desempleo, llega la gran necesidad. Ahora se queda hambriento, a menudo moviendo y vendiendo lo último, bajando así más y más en su ropa y hundiéndose así hacia afuera en un ambiente que ahora lo envenena mentalmente para su desgracia física. Si luego se queda sin hogar, y si esto ocurre (como suele ser el caso) en invierno, la miseria se vuelve muy grande. Finalmente vuelve a encontrar trabajo. Solo, el juego se repite. Una segunda vez le golpea de manera similar, una tercera vez tal vez incluso más severamente, de modo que gradualmente aprende a soportar lo eternamente incierto con más indiferencia. Finalmente, la repetición se convierte en un hábito.

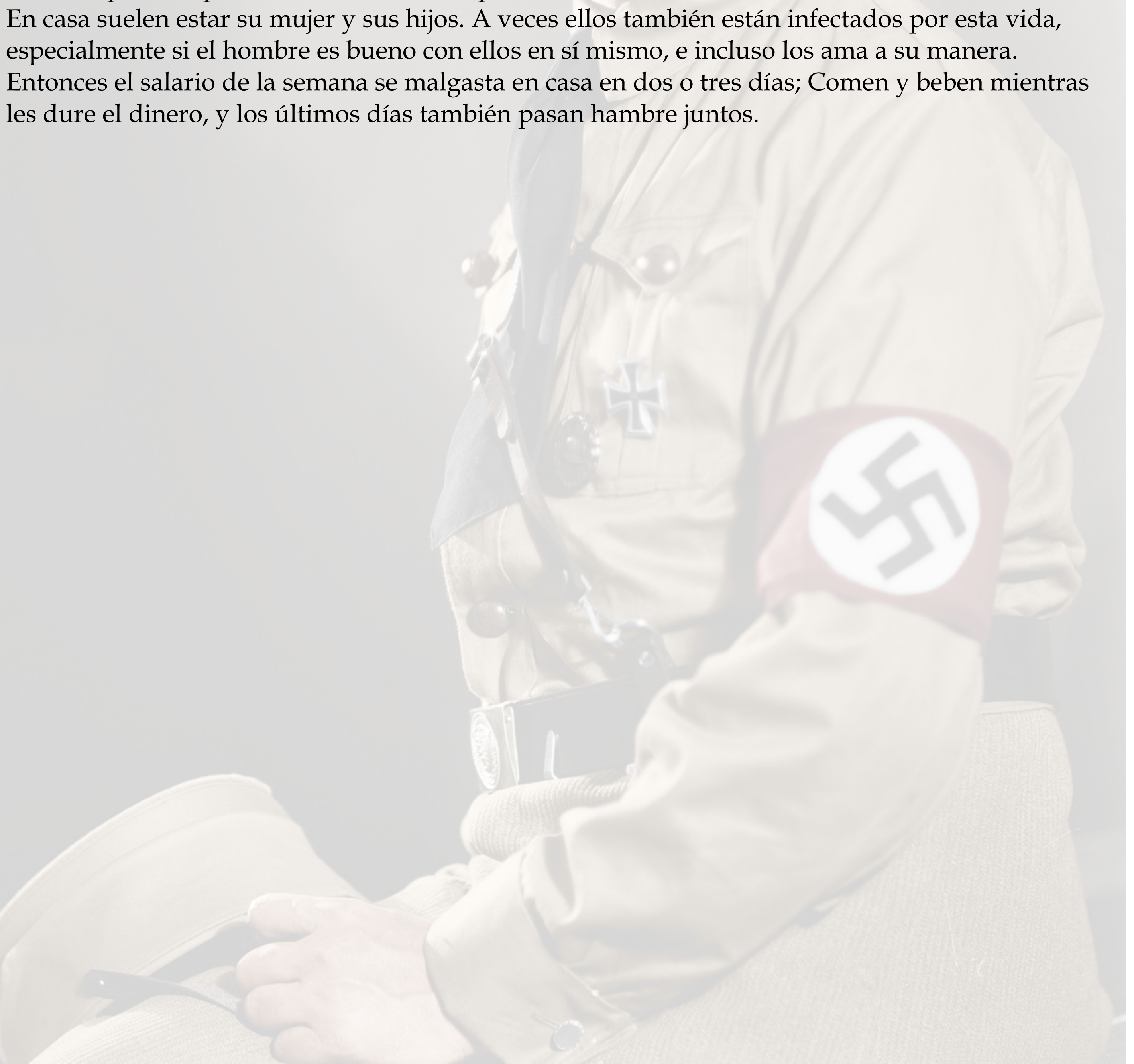
De este modo, el hombre, por lo demás laborioso, se relaja en toda su concepción de la vida, para madurar gradualmente hasta convertirse en el instrumento de aquellos que se sirven de él sólo en aras de ventajas viles. Ha estado desempleado tantas veces por causas ajenas a su voluntad que ahora es más o menos irrelevante, incluso si ya no se trata de luchar por los derechos económicos, sino de destruir los valores estatales, sociales o culturales generales. Será, si no beligerante, al menos indiferente a las huelgas.

Pude seguir este proceso con los ojos abiertos en mil ejemplos. Cuanto más tiempo veía el juego, más crecía mi aversión a la ciudad de millones, que primero atrajo a la gente con avidez hacia sí y luego la aplastó tan cruelmente.



El destino del trabajador 27

Cuando llegaron, todavía estaban entre su pueblo; Si se quedaban, se perderían para él.
Yo también había sido sacudido por la vida en la ciudad cosmopolita, y así pude probar los efectos de este destino en mi propio cuerpo y saborearlos mentalmente. Vi una cosa más: el rápido cambio del trabajo al no trabajo y viceversa, así como la consiguiente fluctuación eterna de ingresos e ingresos, destruye a largo plazo el sentimiento de ahorro, así como la comprensión de una inteligente división de la vida en muchos. El cuerpo parece acostumbrarse lentamente a vivir plenamente en los buenos tiempos y a morir de hambre en los malos. Sí, el hambre echa por tierra toda resolución de división racional posterior en el mejor momento del mérito, pretendiendo a la persona a la que atormenta en un perpetuo espejismo las imágenes de una vida plena de bienestar, y aumentando este sueño a tal anhelo que un deseo tan mórbido se convierte en el fin de todo autocontrol, tan pronto como el mérito y la recompensa lo permiten de alguna manera. De ahí que la persona que apenas ha conseguido un trabajo se olvide inmediatamente de cada división de la manera más irracional, para vivir al máximo el día. Esto lleva incluso a la volcadura del pequeño presupuesto semanal, ya que incluso aquí la división inteligente no se materializa; Al principio es suficiente para cinco días en lugar de siete, más tarde solo para tres, finalmente para apenas un día, solo para desperdiciarse al final en la primera noche.
En casa suelen estar su mujer y sus hijos. A veces ellos también están infectados por esta vida, especialmente si el hombre es bueno con ellos en sí mismo, e incluso los ama a su manera. Entonces el salario de la semana se malgasta en casa en dos o tres días; Comen y beben mientras les dure el dinero, y los últimos días también pasan hambre juntos.



28 El destino del trabajador

Entonces la mujer se cuela en el barrio y sus alrededores, pide prestado un poco, contrae pequeñas deudas con el tendero y así trata de aguantar los malos últimos días de la semana. Al mediodía se sientan todos juntos frente a platos escasos, a veces incluso nada, y esperan la llegada del día de pago, hablan de ello, hacen planes y, mientras se mueren de hambre, vuelven a soñar con la felicidad que se avecina.

De esta manera, los niños pequeños se familiarizan con esta miseria en su primera juventud.

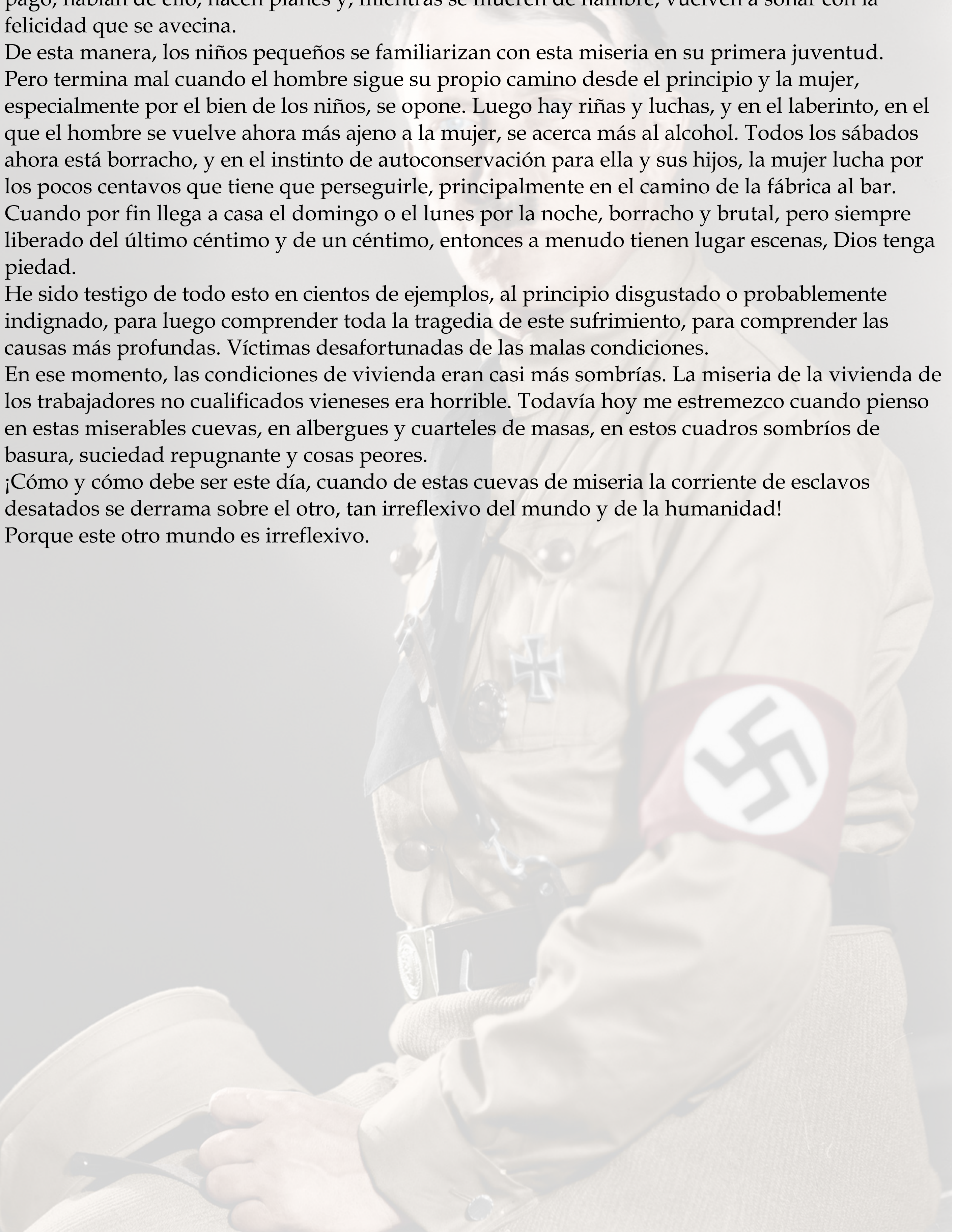
Pero termina mal cuando el hombre sigue su propio camino desde el principio y la mujer, especialmente por el bien de los niños, se opone. Luego hay riñas y luchas, y en el laberinto, en el que el hombre se vuelve ahora más ajeno a la mujer, se acerca más al alcohol. Todos los sábados ahora está borracho, y en el instinto de autoconservación para ella y sus hijos, la mujer lucha por los pocos centavos que tiene que perseguirle, principalmente en el camino de la fábrica al bar. Cuando por fin llega a casa el domingo o el lunes por la noche, borracho y brutal, pero siempre liberado del último céntimo y de un céntimo, entonces a menudo tienen lugar escenas, Dios tenga piedad.

He sido testigo de todo esto en cientos de ejemplos, al principio disgustado o probablemente indignado, para luego comprender toda la tragedia de este sufrimiento, para comprender las causas más profundas. Víctimas desafortunadas de las malas condiciones.

En ese momento, las condiciones de vivienda eran casi más sombrías. La miseria de la vivienda de los trabajadores no cualificados vieneses era horrible. Todavía hoy me estremezco cuando pienso en estas miserables cuevas, en albergues y cuarteles de masas, en estos cuadros sombríos de basura, suciedad repugnante y cosas peores.

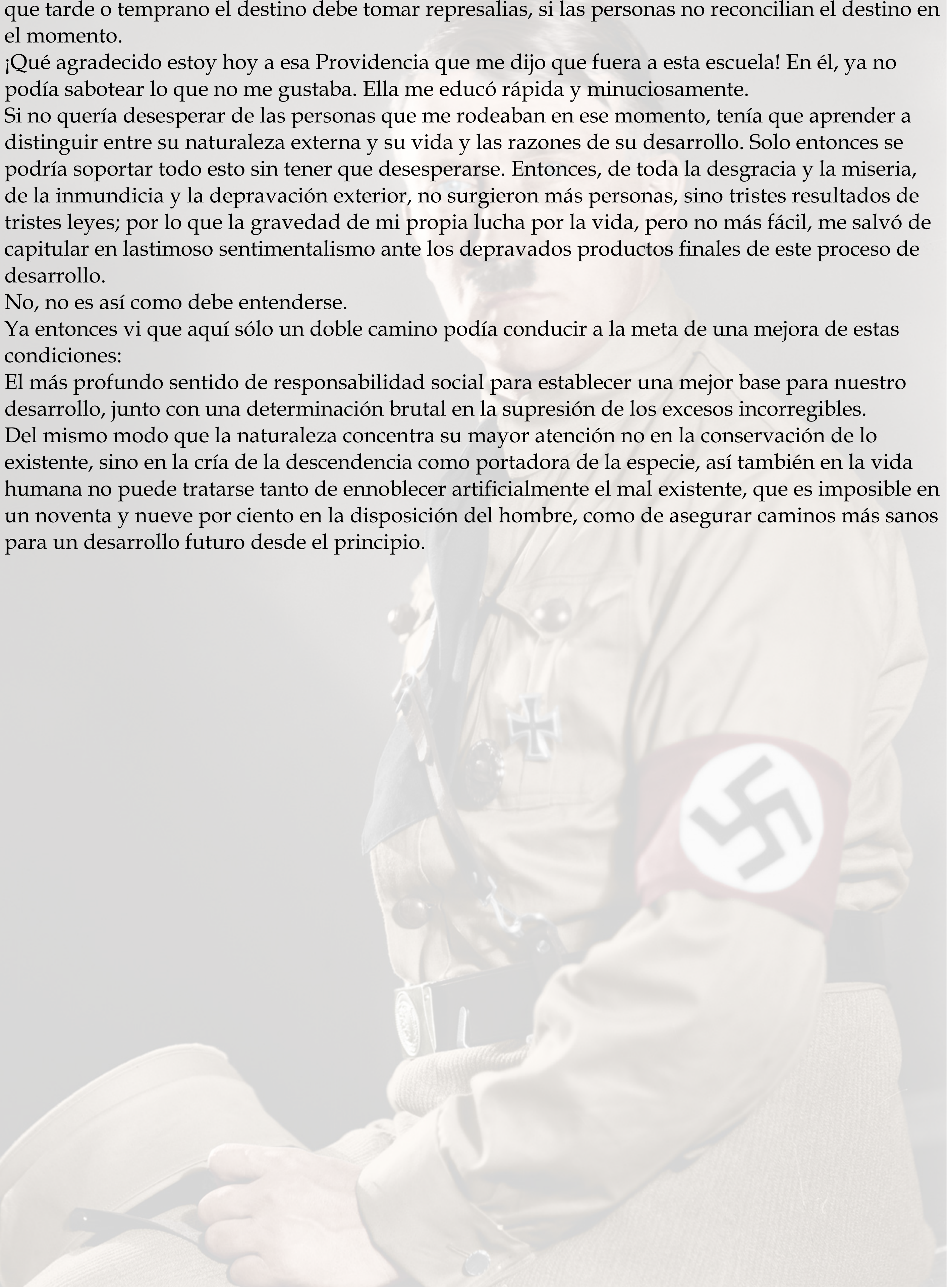
¡Cómo y cómo debe ser este día, cuando de estas cuevas de miseria la corriente de esclavos desatados se derrama sobre el otro, tan irreflexivo del mundo y de la humanidad!

Porque este otro mundo es irreflexivo.



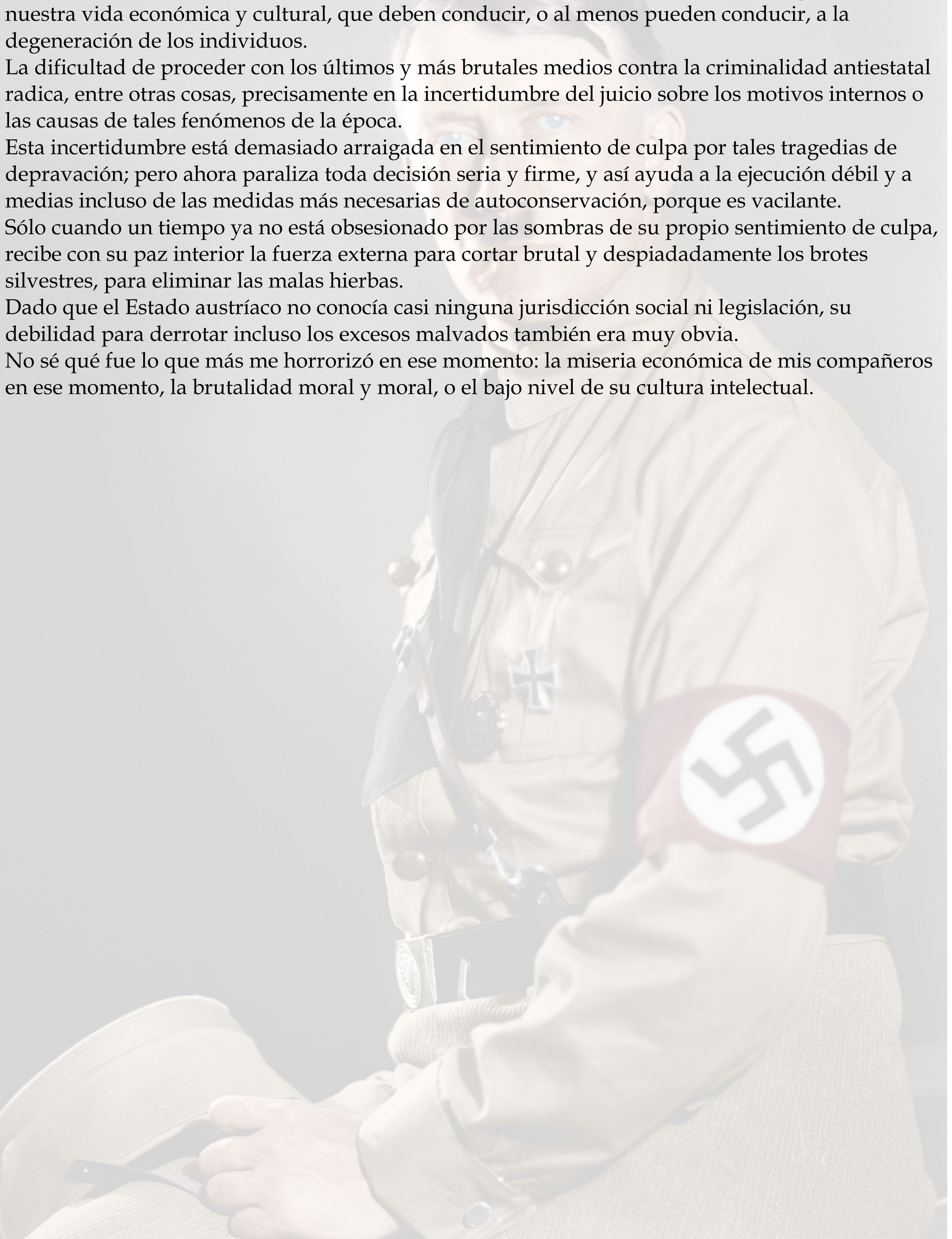
El camino hacia la recuperación 29

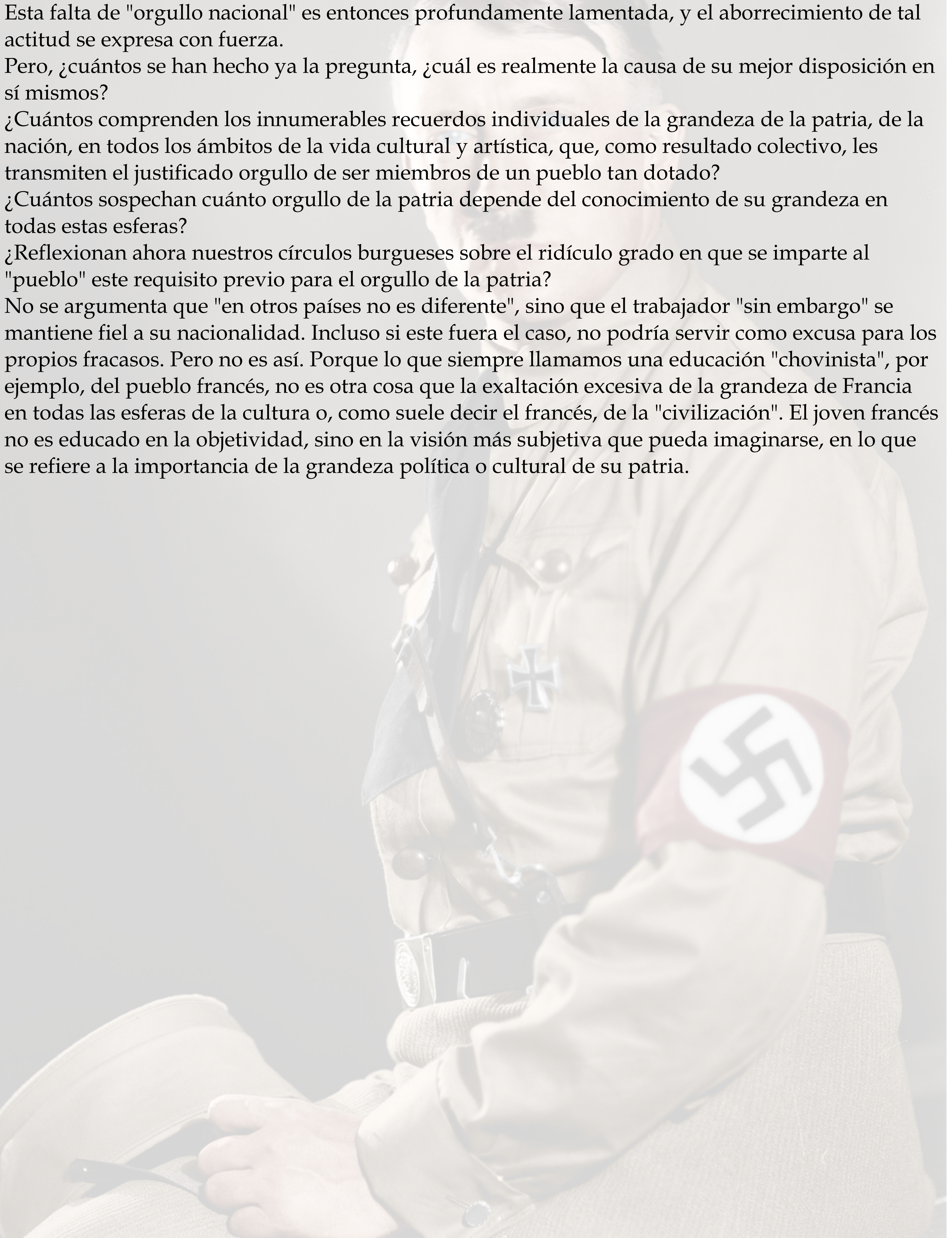
Irreflexivamente deja que las cosas vayan a la deriva, sin siquiera sospechar en su falta de instinto que tarde o temprano el destino debe tomar represalias, si las personas no reconcilian el destino en el momento.
¡Qué agradecido estoy hoy a esa Providencia que me dijo que fuera a esta escuela! En él, ya no podía sabotear lo que no me gustaba. Ella me educó rápida y minuciosamente.
Si no quería desesperar de las personas que me rodeaban en ese momento, tenía que aprender a distinguir entre su naturaleza externa y su vida y las razones de su desarrollo. Solo entonces se podría soportar todo esto sin tener que desesperarse. Entonces, de toda la desgracia y la miseria, de la inmundicia y la depravación exterior, no surgieron más personas, sino tristes resultados de tristes leyes; por lo que la gravedad de mi propia lucha por la vida, pero no más fácil, me salvó de capitular en lastimoso sentimentalismo ante los depravados productos finales de este proceso de desarrollo.
No, no es así como debe entenderse.
Ya entonces vi que aquí sólo un doble camino podía conducir a la meta de una mejora de estas condiciones:
El más profundo sentido de responsabilidad social para establecer una mejor base para nuestro desarrollo, junto con una determinación brutal en la supresión de los excesos incorregibles.
Del mismo modo que la naturaleza concentra su mayor atención no en la conservación de lo existente, sino en la cría de la descendencia como portadora de la especie, así también en la vida humana no puede tratarse tanto de ennoblecer artificialmente el mal existente, que es imposible en un noventa y nueve por ciento en la disposición del hombre, como de asegurar caminos más sanos para un desarrollo futuro desde el principio.



30 La naturaleza de la actividad social

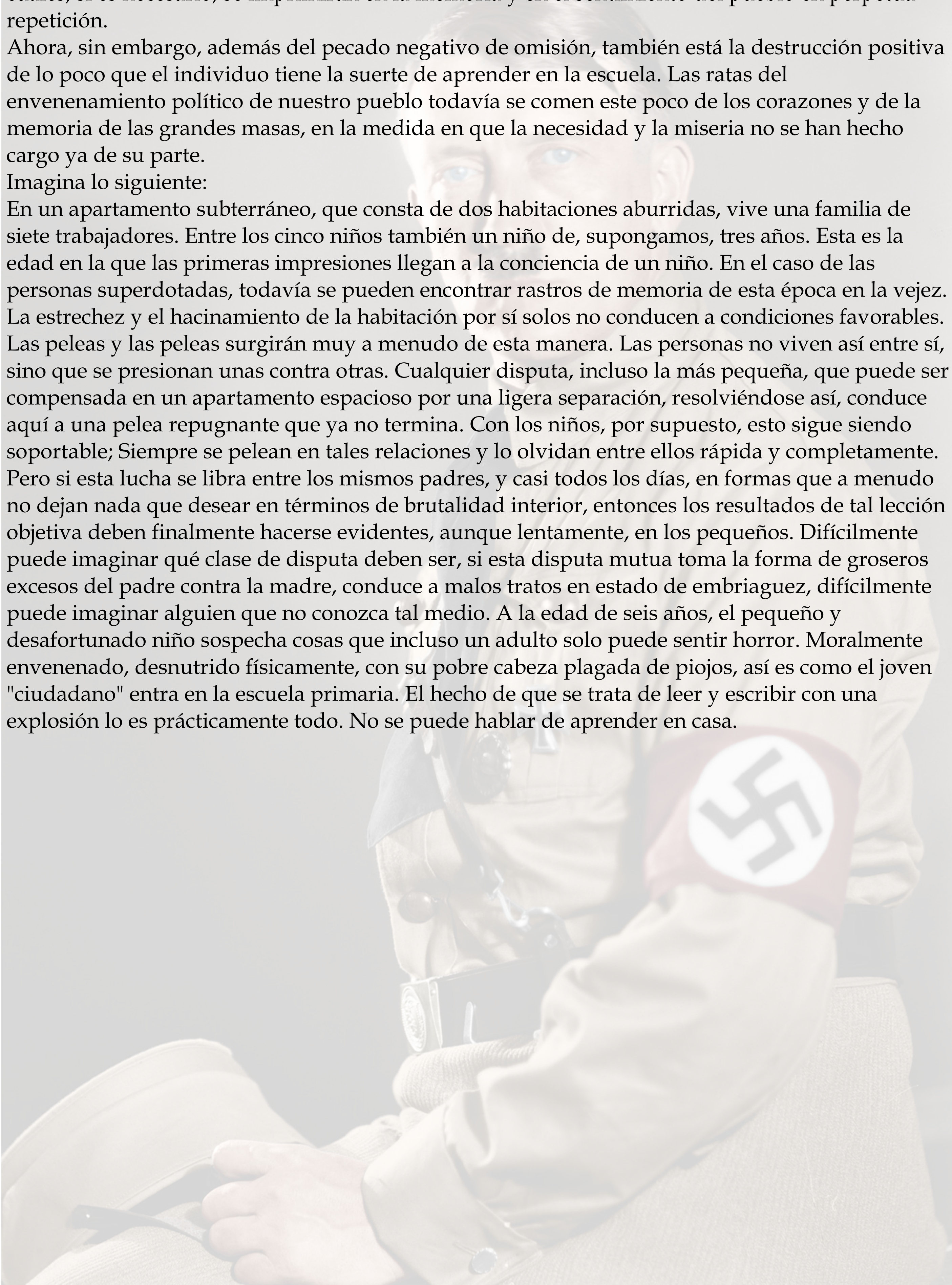
Ya durante mi lucha por la existencia en Viena me había quedado claro que
La actividad social no debe ver nunca su tarea en chanchullos asistenciales, tan ridículos como inútiles, sino más bien en la eliminación de esas deficiencias fundamentales en la organización de nuestra vida económica y cultural, que deben conducir, o al menos pueden conducir, a la degeneración de los individuos.
La dificultad de proceder con los últimos y más brutales medios contra la criminalidad antiestatal radica, entre otras cosas, precisamente en la incertidumbre del juicio sobre los motivos internos o las causas de tales fenómenos de la época.
Esta incertidumbre está demasiado arraigada en el sentimiento de culpa por tales tragedias de depravación; pero ahora paraliza toda decisión seria y firme, y así ayuda a la ejecución débil y a medias incluso de las medidas más necesarias de autoconservación, porque es vacilante.
Sólo cuando un tiempo ya no está obsesionado por las sombras de su propio sentimiento de culpa, recibe con su paz interior la fuerza externa para cortar brutal y despiadadamente los brotes silvestres, para eliminar las malas hierbas.
Dado que el Estado austríaco no conocía casi ninguna jurisdicción social ni legislación, su debilidad para derrotar incluso los excesos malvados también era muy obvia.
No sé qué fue lo que más me horrorizó en ese momento: la miseria económica de mis compañeros en ese momento, la brutalidad moral y moral, o el bajo nivel de su cultura intelectual.





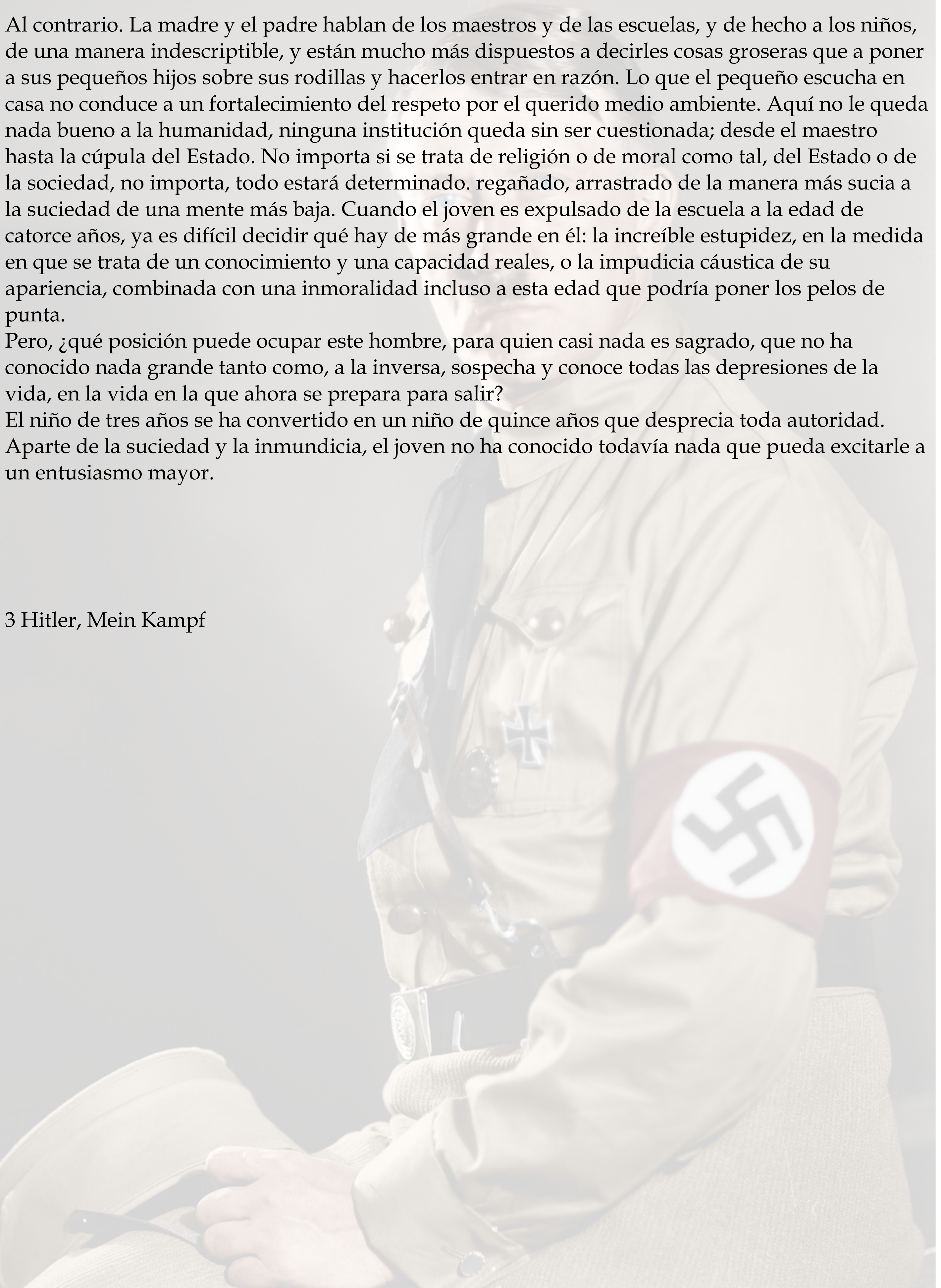
La falta de "orgullo nacional" 31

¡Cuántas veces no se levanta nuestra burguesía con toda indignación moral cuando oye de boca de algún miserable vagabundo decir que le da lo mismo ser alemán o no, que se siente igualmente a gusto en todas partes, con tal de tener el sustento necesario!
Esta falta de "orgullo nacional" es entonces profundamente lamentada, y el aborrecimiento de tal actitud se expresa con fuerza.
Pero, ¿cuántos se han hecho ya la pregunta, ¿cuál es realmente la causa de su mejor disposición en sí mismos?
¿Cuántos comprenden los innumerables recuerdos individuales de la grandeza de la patria, de la nación, en todos los ámbitos de la vida cultural y artística, que, como resultado colectivo, les transmiten el justificado orgullo de ser miembros de un pueblo tan dotado?
¿Cuántos sospechan cuánto orgullo de la patria depende del conocimiento de su grandeza en todas estas esferas?
¿Reflexionan ahora nuestros círculos burgueses sobre el ridículo grado en que se imparte al "pueblo" este requisito previo para el orgullo de la patria?
No se argumenta que "en otros países no es diferente", sino que el trabajador "sin embargo" se mantiene fiel a su nacionalidad. Incluso si este fuera el caso, no podría servir como excusa para los propios fracasos. Pero no es así. Porque lo que siempre llamamos una educación "chovinista", por ejemplo, del pueblo francés, no es otra cosa que la exaltación excesiva de la grandeza de Francia en todas las esferas de la cultura o, como suele decir el francés, de la "civilización". El joven francés no es educado en la objetividad, sino en la visión más subjetiva que pueda imaginarse, en lo que se refiere a la importancia de la grandeza política o cultural de su patria.



32 El calvario del niño de la clase trabajadora

Esta educación tendrá que limitarse siempre a puntos de vista generales y muy grandes, los cuales, si es necesario, se imprimirán en la memoria y en el sentimiento del pueblo en perpetua repetición.
Ahora, sin embargo, además del pecado negativo de omisión, también está la destrucción positiva de lo poco que el individuo tiene la suerte de aprender en la escuela. Las ratas del envenenamiento político de nuestro pueblo todavía se comen este poco de los corazones y de la memoria de las grandes masas, en la medida en que la necesidad y la miseria no se han hecho cargo ya de su parte.
Imagina lo siguiente:
En un apartamento subterráneo, que consta de dos habitaciones aburridas, vive una familia de siete trabajadores. Entre los cinco niños también un niño de, supongamos, tres años. Esta es la edad en la que las primeras impresiones llegan a la conciencia de un niño. En el caso de las personas superdotadas, todavía se pueden encontrar rastros de memoria de esta época en la vejez. La estrechez y el hacinamiento de la habitación por sí solos no conducen a condiciones favorables. Las peleas y las peleas surgirán muy a menudo de esta manera. Las personas no viven así entre sí, sino que se presionan unas contra otras. Cualquier disputa, incluso la más pequeña, que puede ser compensada en un apartamento espacioso por una ligera separación, resolviéndose así, conduce aquí a una pelea repugnante que ya no termina. Con los niños, por supuesto, esto sigue siendo soportable; Siempre se pelean en tales relaciones y lo olvidan entre ellos rápida y completamente. Pero si esta lucha se libra entre los mismos padres, y casi todos los días, en formas que a menudo no dejan nada que desear en términos de brutalidad interior, entonces los resultados de tal lección objetiva deben finalmente hacerse evidentes, aunque lentamente, en los pequeños. Difícilmente puede imaginar qué clase de disputa deben ser, si esta disputa mutua toma la forma de groseros excesos del padre contra la madre, conduce a malos tratos en estado de embriaguez, difícilmente puede imaginar alguien que no conozca tal medio. A la edad de seis años, el pequeño y desafortunado niño sospecha cosas que incluso un adulto solo puede sentir horror. Moralmente envenenado, desnutrido físicamente, con su pobre cabeza plagada de piojos, así es como el joven "ciudadano" entra en la escuela primaria. El hecho de que se trata de leer y escribir con una explosión lo es prácticamente todo. No se puede hablar de aprender en casa.



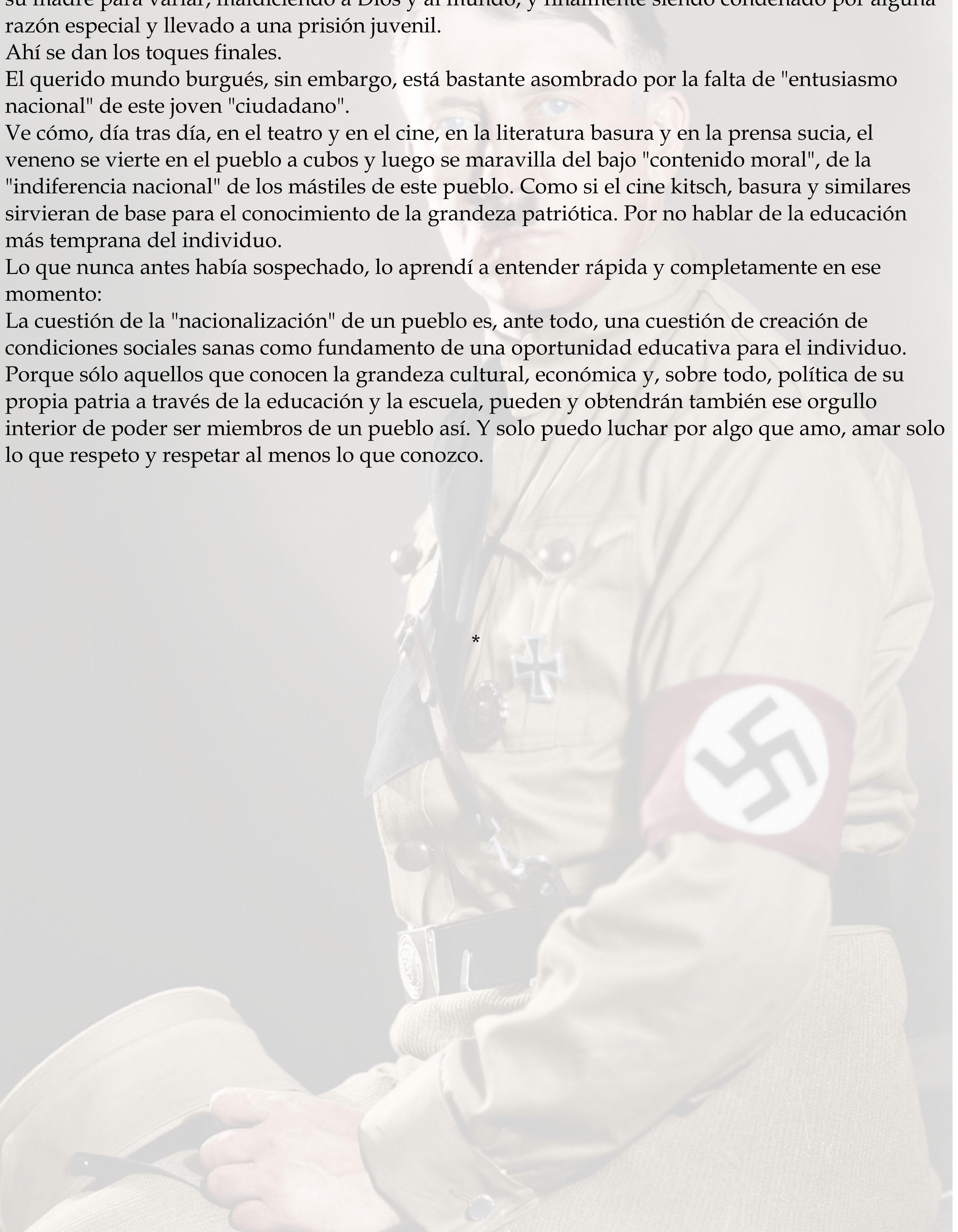
Jóvenes despreciadores de la autoridad 33

Al contrario. La madre y el padre hablan de los maestros y de las escuelas, y de hecho a los niños, de una manera indescriptible, y están mucho más dispuestos a decirles cosas groseras que a poner a sus pequeños hijos sobre sus rodillas y hacerlos entrar en razón. Lo que el pequeño escucha en casa no conduce a un fortalecimiento del respeto por el querido medio ambiente. Aquí no le queda nada bueno a la humanidad, ninguna institución queda sin ser cuestionada; desde el maestro hasta la cúpula del Estado. No importa si se trata de religión o de moral como tal, del Estado o de la sociedad, no importa, todo estará determinado. regañado, arrastrado de la manera más sucia a la suciedad de una mente más baja. Cuando el joven es expulsado de la escuela a la edad de catorce años, ya es difícil decidir qué hay de más grande en él: la increíble estupidez, en la medida en que se trata de un conocimiento y una capacidad reales, o la impudicia cáustica de su apariencia, combinada con una inmoralidad incluso a esta edad que podría poner los pelos de punta.

Pero, ¿qué posición puede ocupar este hombre, para quien casi nada es sagrado, que no ha conocido nada grande tanto como, a la inversa, sospecha y conoce todas las depresiones de la vida, en la vida en la que ahora se prepara para salir?

El niño de tres años se ha convertido en un niño de quince años que desprecia toda autoridad. Aparte de la suciedad y la inmundicia, el joven no ha conocido todavía nada que pueda excitarle a un entusiasmo mayor.

3 Hitler, Mein Kampf



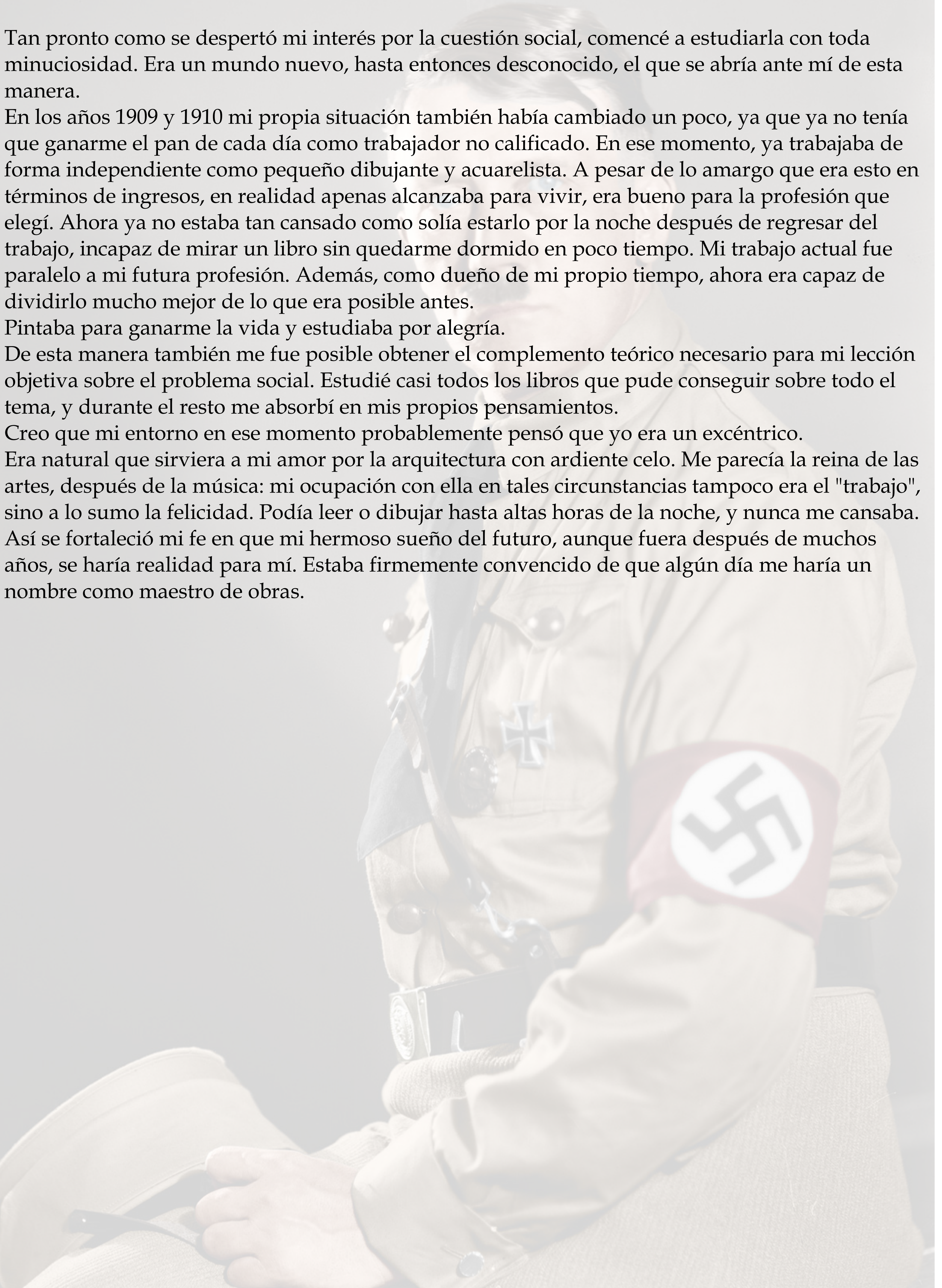
34 La condición previa de la "nacionalización"

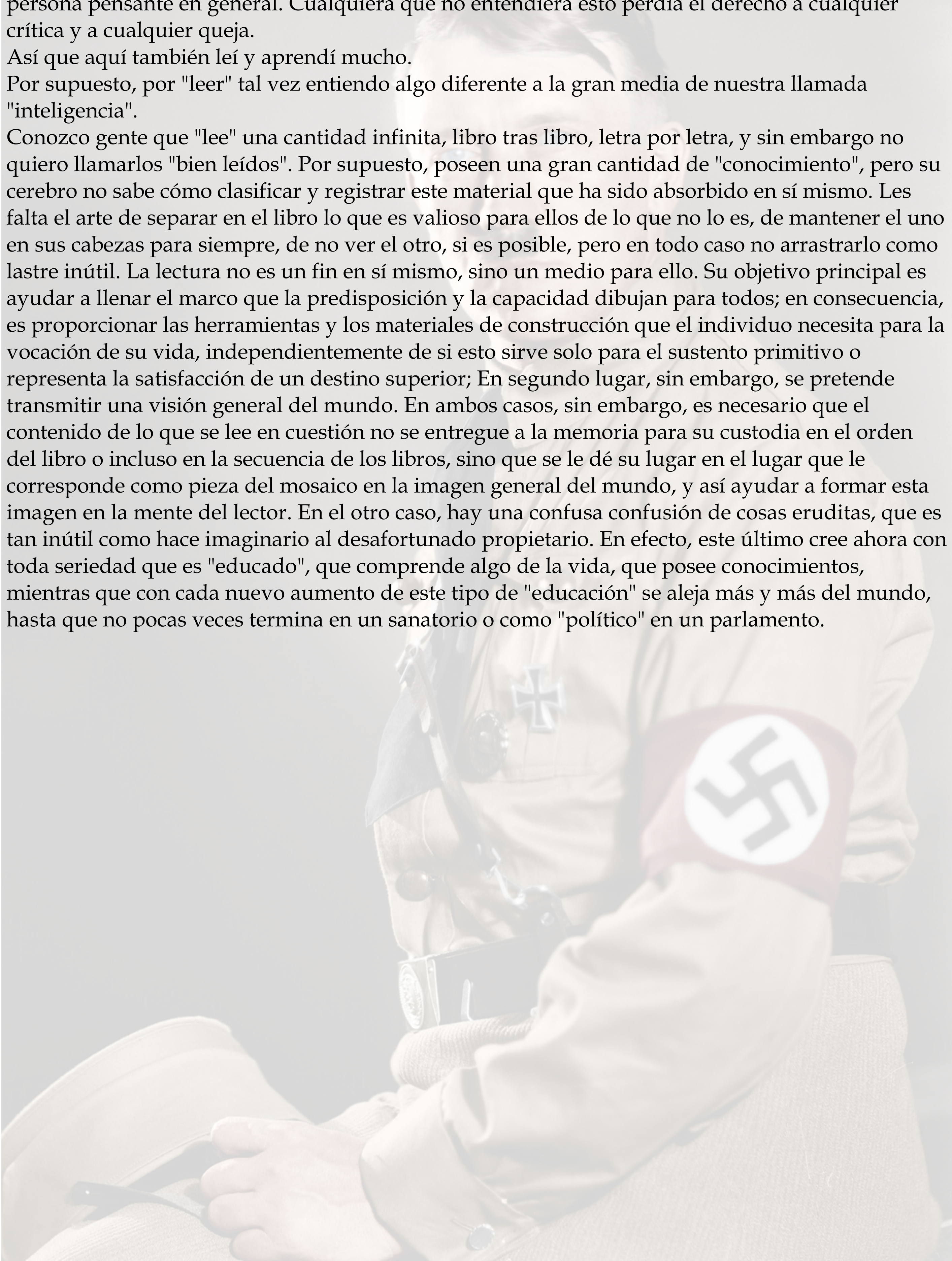
Pero ahora todavía está entrando en la escuela secundaria de esta existencia.
Ahora comienza la misma vida que le había arrebatado a su padre durante los años de su infancia.
Deambula y regresa a casa Dios sabe cuándo, golpeando a la criatura desgarrada que una vez fue su madre para variar, maldiciendo a Dios y al mundo, y finalmente siendo condenado por alguna razón especial y llevado a una prisión juvenil.
Ahí se dan los toques finales.
El querido mundo burgués, sin embargo, está bastante asombrado por la falta de "entusiasmo nacional" de este joven "ciudadano".
Ve cómo, día tras día, en el teatro y en el cine, en la literatura basura y en la prensa sucia, el veneno se vierte en el pueblo a cubos y luego se maravilla del bajo "contenido moral", de la "indiferencia nacional" de los mástiles de este pueblo. Como si el cine kitsch, basura y similares sirvieran de base para el conocimiento de la grandeza patriótica. Por no hablar de la educación más temprana del individuo.
Lo que nunca antes había sospechado, lo aprendí a entender rápida y completamente en ese momento:
La cuestión de la "nacionalización" de un pueblo es, ante todo, una cuestión de creación de condiciones sociales sanas como fundamento de una oportunidad educativa para el individuo. Porque sólo aquellos que conocen la grandeza cultural, económica y, sobre todo, política de su propia patria a través de la educación y la escuela, pueden y obtendrán también ese orgullo interior de poder ser miembros de un pueblo así. Y solo puedo luchar por algo que amo, amar solo lo que respeto y respetar al menos lo que conozco.

*

Dibujante y acuarelista 35

Tan pronto como se despertó mi interés por la cuestión social, comencé a estudiarla con toda minuciosidad. Era un mundo nuevo, hasta entonces desconocido, el que se abría ante mí de esta manera.
En los años 1909 y 1910 mi propia situación también había cambiado un poco, ya que ya no tenía que ganarme el pan de cada día como trabajador no calificado. En ese momento, ya trabajaba de forma independiente como pequeño dibujante y acuarelista. A pesar de lo amargo que era esto en términos de ingresos, en realidad apenas alcanzaba para vivir, era bueno para la profesión que elegí. Ahora ya no estaba tan cansado como solía estarlo por la noche después de regresar del trabajo, incapaz de mirar un libro sin quedarme dormido en poco tiempo. Mi trabajo actual fue paralelo a mi futura profesión. Además, como dueño de mi propio tiempo, ahora era capaz de dividirlo mucho mejor de lo que era posible antes.
Pintaba para ganarme la vida y estudiaba por alegría.
De esta manera también me fue posible obtener el complemento teórico necesario para mi lección objetiva sobre el problema social. Estudié casi todos los libros que pude conseguir sobre todo el tema, y durante el resto me absorbí en mis propios pensamientos.
Creo que mi entorno en ese momento probablemente pensó que yo era un excéntrico.
Era natural que sirviera a mi amor por la arquitectura con ardiente celo. Me parecía la reina de las artes, después de la música: mi ocupación con ella en tales circunstancias tampoco era el "trabajo", sino a lo sumo la felicidad. Podía leer o dibujar hasta altas horas de la noche, y nunca me cansaba. Así se fortaleció mi fe en que mi hermoso sueño del futuro, aunque fuera después de muchos años, se haría realidad para mí. Estaba firmemente convencido de que algún día me haría un nombre como maestro de obras.

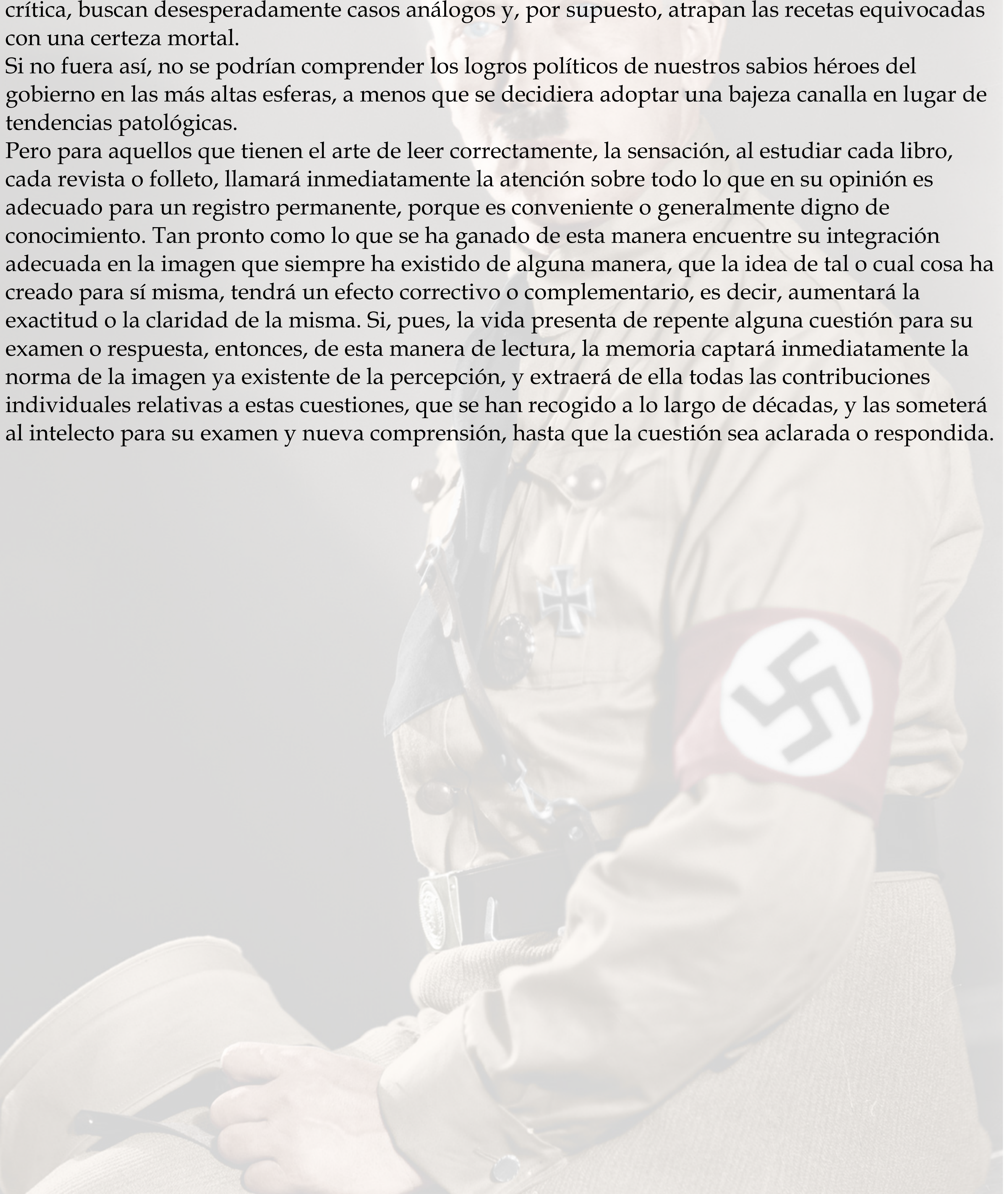




36 El arte de leer

El hecho de que yo también tuviera el mayor interés en todo lo relacionado con la política no parecía significar mucho para mí. Al contrario: a mis ojos, este era el deber evidente de toda persona pensante en general. Cualquiera que no entendiera esto perdía el derecho a cualquier crítica y a cualquier queja.
Así que aquí también leí y aprendí mucho.
Por supuesto, por "leer" tal vez entiendo algo diferente a la gran media de nuestra llamada "inteligencia".
Conozco gente que "lee" una cantidad infinita, libro tras libro, letra por letra, y sin embargo no quiero llamarlos "bien leídos". Por supuesto, poseen una gran cantidad de "conocimiento", pero su cerebro no sabe cómo clasificar y registrar este material que ha sido absorbido en sí mismo. Les falta el arte de separar en el libro lo que es valioso para ellos de lo que no lo es, de mantener el uno en sus cabezas para siempre, de no ver el otro, si es posible, pero en todo caso no arrastrarlo como lastre inútil. La lectura no es un fin en sí mismo, sino un medio para ello. Su objetivo principal es ayudar a llenar el marco que la predisposición y la capacidad dibujan para todos; en consecuencia, es proporcionar las herramientas y los materiales de construcción que el individuo necesita para la vocación de su vida, independientemente de si esto sirve solo para el sustento primitivo o representa la satisfacción de un destino superior; En segundo lugar, sin embargo, se pretende transmitir una visión general del mundo. En ambos casos, sin embargo, es necesario que el contenido de lo que se lee en cuestión no se entregue a la memoria para su custodia en el orden del libro o incluso en la secuencia de los libros, sino que se le dé su lugar en el lugar que le corresponde como pieza del mosaico en la imagen general del mundo, y así ayudar a formar esta imagen en la mente del lector. En el otro caso, hay una confusa confusión de cosas eruditas, que es tan inútil como hace imaginario al desafortunado propietario. En efecto, este último cree ahora con toda seriedad que es "educado", que comprende algo de la vida, que posee conocimientos, mientras que con cada nuevo aumento de este tipo de "educación" se aleja más y más del mundo, hasta que no pocas veces termina en un sanatorio o como "político" en un parlamento.

Una cabeza así nunca logrará extraer de la confusión de su "conocimiento" lo que es adecuado para la demanda de una hora, ya que su lastre espiritual no está en orden en las líneas de la vida, sino en el orden de los libros tal como los leyó y como su contenido se encuentra ahora en su cabeza. Si el destino, en sus exigencias de la vida cotidiana, le recordara siempre la correcta aplicación de lo que había leído, también tendría que mencionar el libro y el número de páginas, de lo contrario el pobre desgraciado no encontraría lo correcto para toda la eternidad. Pero como no es así, estas nueve personas inteligentes se meten en la más terrible vergüenza en cada hora crítica, buscan desesperadamente casos análogos y, por supuesto, atrapan las recetas equivocadas con una certeza mortal.
Si no fuera así, no se podrían comprender los logros políticos de nuestros sabios héroes del gobierno en las más altas esferas, a menos que se decidiera adoptar una bajeza canalla en lugar de tendencias patológicas.
Pero para aquellos que tienen el arte de leer correctamente, la sensación, al estudiar cada libro, cada revista o folleto, llamará inmediatamente la atención sobre todo lo que en su opinión es adecuado para un registro permanente, porque es conveniente o generalmente digno de conocimiento. Tan pronto como lo que se ha ganado de esta manera encuentre su integración adecuada en la imagen que siempre ha existido de alguna manera, que la idea de tal o cual cosa ha creado para sí misma, tendrá un efecto correctivo o complementario, es decir, aumentará la exactitud o la claridad de la misma. Si, pues, la vida presenta de repente alguna cuestión para su examen o respuesta, entonces, de esta manera de lectura, la memoria captará inmediatamente la norma de la imagen ya existente de la percepción, y extraerá de ella todas las contribuciones individuales relativas a estas cuestiones, que se han recogido a lo largo de décadas, y las someterá al intelecto para su examen y nueva comprensión, hasta que la cuestión sea aclarada o respondida.



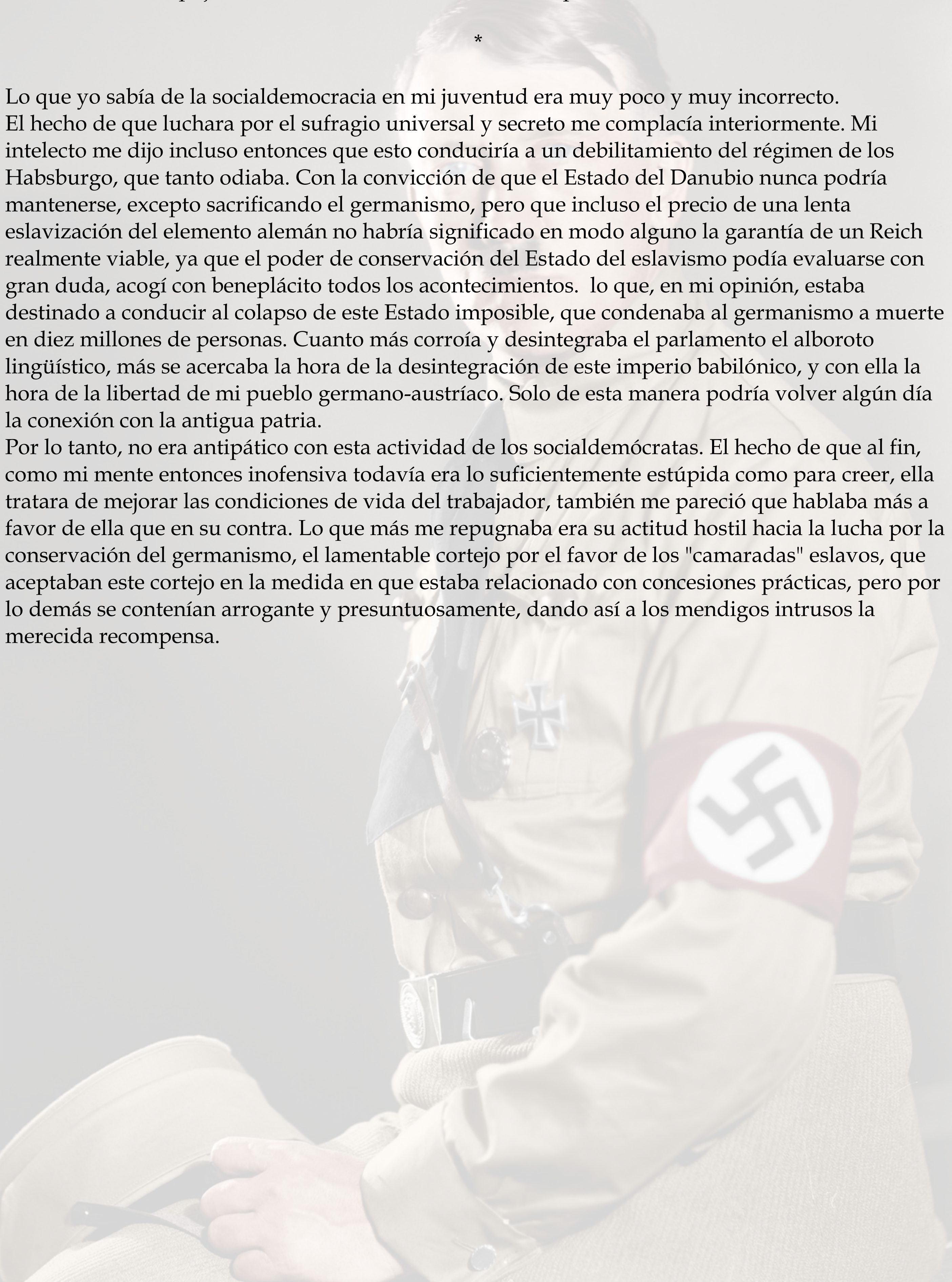
Sólo así la lectura tiene sentido y finalidad.
Un orador, por ejemplo, que no proporciona así a su intelecto los documentos necesarios, nunca estará en condiciones de afirmar su opinión de manera convincente en caso de contradicción, incluso si corresponde mil veces a la verdad o a la realidad. En cada discusión, su memoria le fallará despreciablemente; No encontrará razones para fundamentar lo que él mismo ha afirmado, ni para refutar al oponente. Mientras se trate principalmente de avergonzar a la propia persona, como en el caso de un orador, esto puede seguir funcionando, pero se vuelve malo cuando el destino designa a una persona tan sabelotodo pero incompetente como jefe de un Estado.
Desde mi más tierna juventud he tratado de leer de la manera correcta, y he sido felizmente apoyado por la memoria y el intelecto. Y en este sentido, el tiempo en Viena fue particularmente fructífero y valioso para mí. Las experiencias de la vida cotidiana eran el estímulo para el estudio siempre nuevo de los problemas más diversos. Al ser finalmente capaz de establecer la realidad teóricamente, de poner a prueba la teoría contra la realidad, me salvé de asfixiarme en la teoría o de aplanarme en la realidad.
Así, en dos cuestiones importantísimas, además de la social, la experiencia de la vida cotidiana se volvió decisiva y estimulante para el estudio teórico más completo.



¡Quién sabe cuándo habría profundizado en las enseñanzas y la esencia del marxismo, si el tiempo no me hubiera empujado literalmente con la cabeza a este problema!

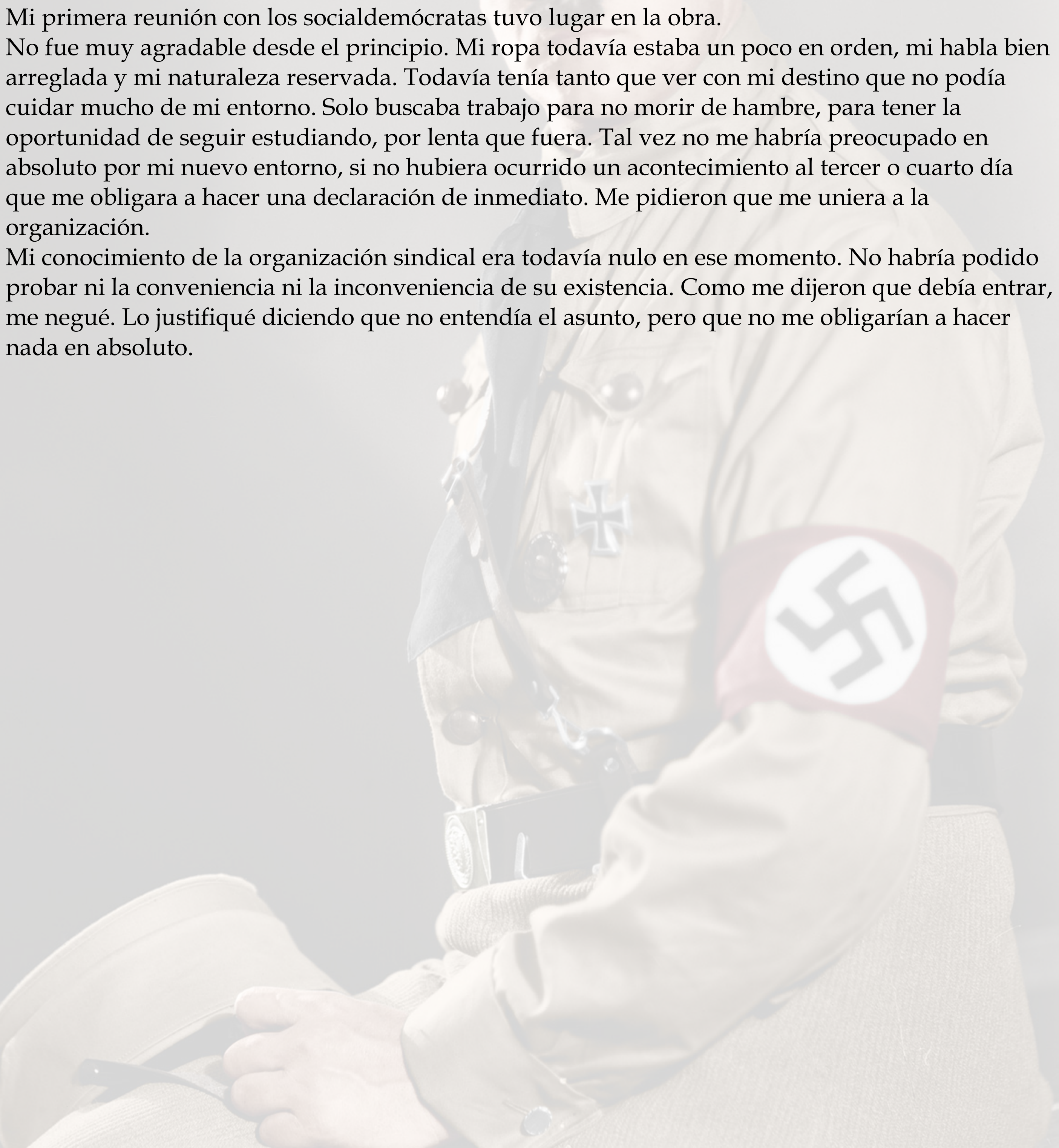
*

Lo que yo sabía de la socialdemocracia en mi juventud era muy poco y muy incorrecto.
El hecho de que luchara por el sufragio universal y secreto me complacía interiormente. Mi intelecto me dijo incluso entonces que esto conduciría a un debilitamiento del régimen de los Habsburgo, que tanto odiaba. Con la convicción de que el Estado del Danubio nunca podría mantenerse, excepto sacrificando el germanismo, pero que incluso el precio de una lenta eslavización del elemento alemán no habría significado en modo alguno la garantía de un Reich realmente viable, ya que el poder de conservación del Estado del eslavismo podía evaluarse con gran duda, acogí con beneplácito todos los acontecimientos. lo que, en mi opinión, estaba destinado a conducir al colapso de este Estado imposible, que condenaba al germanismo a muerte en diez millones de personas. Cuanto más corroía y desintegraba el parlamento el alboroto lingüístico, más se acercaba la hora de la desintegración de este imperio babilónico, y con ella la hora de la libertad de mi pueblo germano-austríaco. Solo de esta manera podría volver algún día la conexión con la antigua patria.
Por lo tanto, no era antipático con esta actividad de los socialdemócratas. El hecho de que al fin, como mi mente entonces inofensiva todavía era lo suficientemente estúpida como para creer, ella tratara de mejorar las condiciones de vida del trabajador, también me pareció que hablaba más a favor de ella que en su contra. Lo que más me repugnaba era su actitud hostil hacia la lucha por la conservación del germanismo, el lamentable cortejo por el favor de los "camaradas" eslavos, que aceptaban este cortejo en la medida en que estaba relacionado con concesiones prácticas, pero por lo demás se contenían arrogante y presuntuosamente, dando así a los mendigos intrusos la merecida recompensa.

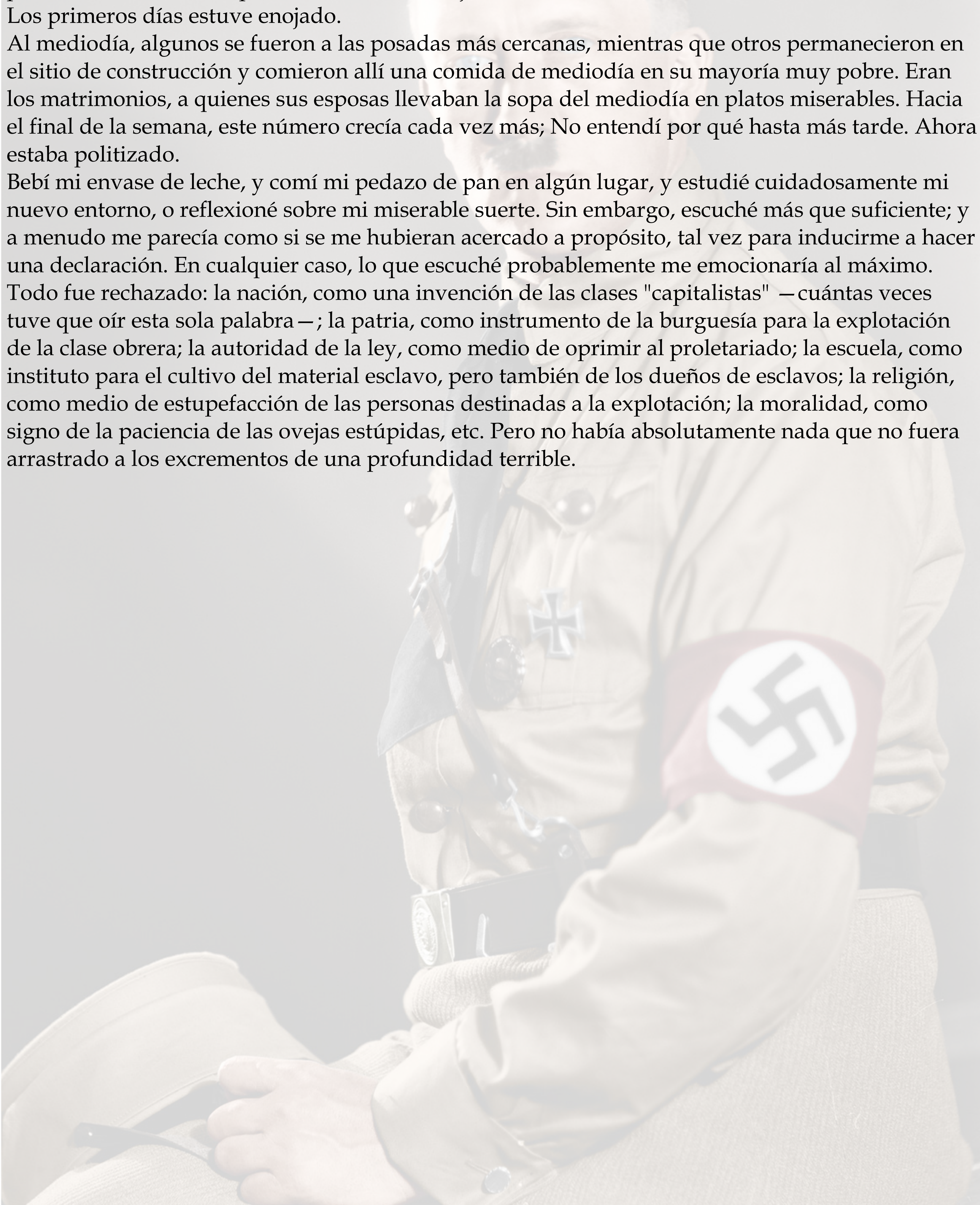


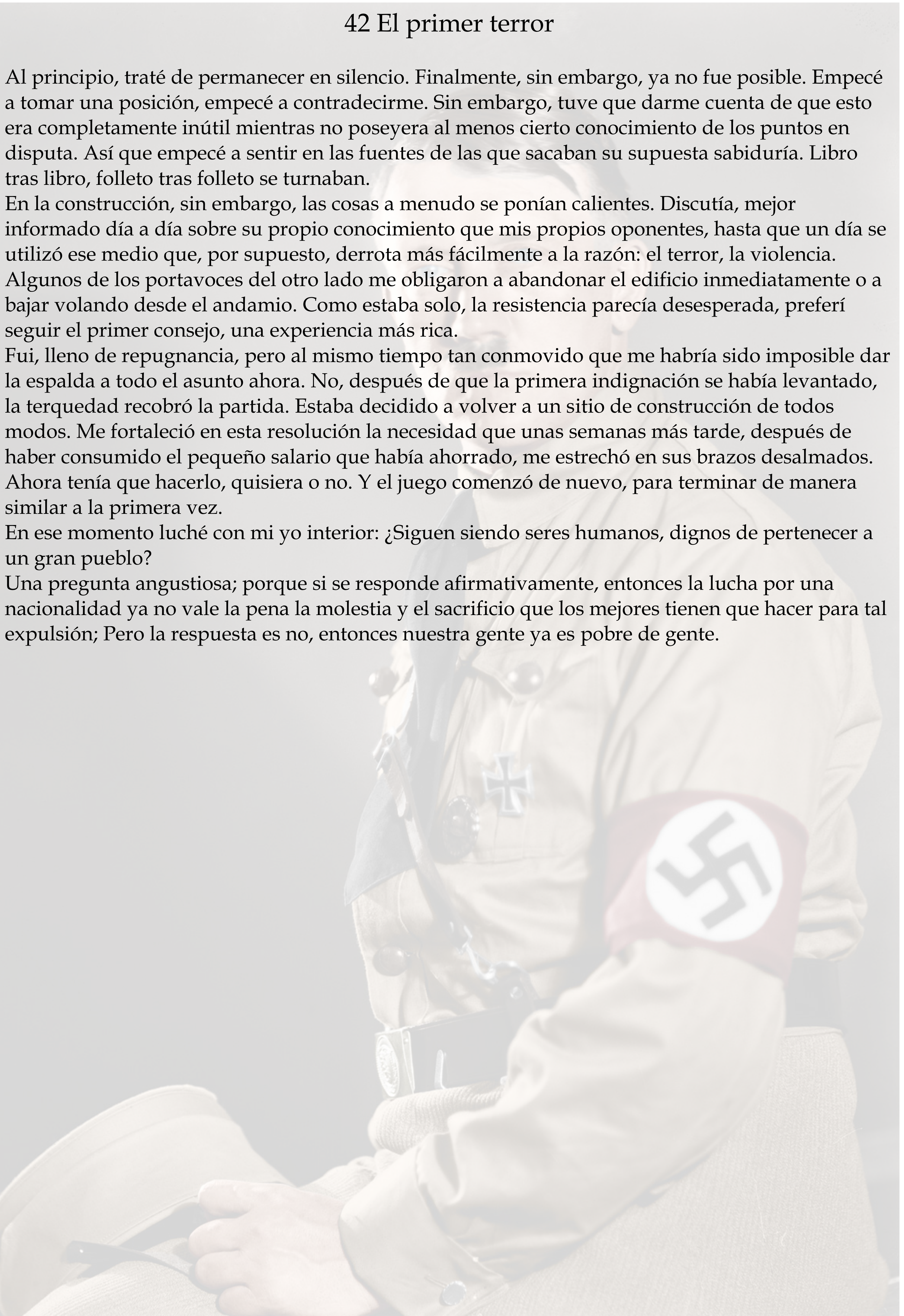
40 Primer encuentro con los socialdemócratas

Así, a la edad de diecisiete años, la palabra "marxismo" me era todavía poco conocida, mientras que "socialdemocracia" y socialismo me parecían conceptos idénticos. Aquí, también, se necesitó el puño del destino para abrirme los ojos a este engaño tan escandaloso.
Mientras que hasta entonces sólo había conocido al Partido Socialdemócrata como espectador de algunas manifestaciones de masas, sin tener la menor idea de la mentalidad de sus adeptos, ni siquiera de la esencia de la doctrina, ahora entraba inmediatamente en contacto con los productos de su educación y de su "visión del mundo". Y lo que de otro modo habría ocurrido sólo después de décadas, ahora lo recibí en el curso de unos pocos meses: la comprensión de una peste que caminaba bajo la máscara de la virtud social y la caridad, de la que la humanidad debería liberar a la tierra lo más rápidamente posible, de lo contrario la tierra podría liberarse fácilmente de la humanidad.
Mi primera reunión con los socialdemócratas tuvo lugar en la obra.
No fue muy agradable desde el principio. Mi ropa todavía estaba un poco en orden, mi habla bien arreglada y mi naturaleza reservada. Todavía tenía tanto que ver con mi destino que no podía cuidar mucho de mi entorno. Solo buscaba trabajo para no morir de hambre, para tener la oportunidad de seguir estudiando, por lenta que fuera. Tal vez no me habría preocupado en absoluto por mi nuevo entorno, si no hubiera ocurrido un acontecimiento al tercer o cuarto día que me obligara a hacer una declaración de inmediato. Me pidieron que me uniera a la organización.
Mi conocimiento de la organización sindical era todavía nulo en ese momento. No habría podido probar ni la conveniencia ni la inconveniencia de su existencia. Como me dijeron que debía entrar, me negué. Lo justifiqué diciendo que no entendía el asunto, pero que no me obligarían a hacer nada en absoluto.



Tal vez la primera fue la razón por la que no me echaron de inmediato. Tal vez esperarían haberme convertido o desgastado en unos pocos días. En cualquier caso, se habían equivocado completamente en esto. Sin embargo, después de quince días, no pude soportarlo más, aunque hubiera querido. Durante estos quince días me familiaricé mejor con lo que me rodeaba, de modo que ningún poder en el mundo podría haberme inducido a unirme a una organización cuyos portadores me habían aparecido entretanto bajo una luz tan desfavorable.
Los primeros días estuve enojado.
Al mediodía, algunos se fueron a las posadas más cercanas, mientras que otros permanecieron en el sitio de construcción y comieron allí una comida de mediodía en su mayoría muy pobre. Eran los matrimonios, a quienes sus esposas llevaban la sopa del mediodía en platos miserables. Hacia el final de la semana, este número crecía cada vez más; No entendí por qué hasta más tarde. Ahora estaba politizado.
Bebí mi envase de leche, y comí mi pedazo de pan en algún lugar, y estudié cuidadosamente mi nuevo entorno, o reflexioné sobre mi miserable suerte. Sin embargo, escuché más que suficiente; y a menudo me parecía como si se me hubieran acercado a propósito, tal vez para inducirme a hacer una declaración. En cualquier caso, lo que escuché probablemente me emocionaría al máximo. Todo fue rechazado: la nación, como una invención de las clases "capitalistas" —cuántas veces tuve que oír esta sola palabra—; la patria, como instrumento de la burguesía para la explotación de la clase obrera; la autoridad de la ley, como medio de oprimir al proletariado; la escuela, como instituto para el cultivo del material esclavo, pero también de los dueños de esclavos; la religión, como medio de estupefacción de las personas destinadas a la explotación; la moralidad, como signo de la paciencia de las ovejas estúpidas, etc. Pero no había absolutamente nada que no fuera arrastrado a los excrementos de una profundidad terrible.





42 El primer terror

Al principio, traté de permanecer en silencio. Finalmente, sin embargo, ya no fue posible. Empecé a tomar una posición, empecé a contradecirme. Sin embargo, tuve que darme cuenta de que esto era completamente inútil mientras no poseyera al menos cierto conocimiento de los puntos en disputa. Así que empecé a sentir en las fuentes de las que sacaban su supuesta sabiduría. Libro tras libro, folleto tras folleto se turnaban.

En la construcción, sin embargo, las cosas a menudo se ponían calientes. Discutía, mejor informado día a día sobre su propio conocimiento que mis propios oponentes, hasta que un día se utilizó ese medio que, por supuesto, derrota más fácilmente a la razón: el terror, la violencia. Algunos de los portavoces del otro lado me obligaron a abandonar el edificio inmediatamente o a bajar volando desde el andamio. Como estaba solo, la resistencia parecía desesperada, preferí seguir el primer consejo, una experiencia más rica.

Fui, lleno de repugnancia, pero al mismo tiempo tan conmovido que me habría sido imposible dar la espalda a todo el asunto ahora. No, después de que la primera indignación se había levantado, la terquedad recobró la partida. Estaba decidido a volver a un sitio de construcción de todos modos. Me fortaleció en esta resolución la necesidad que unas semanas más tarde, después de haber consumido el pequeño salario que había ahorrado, me estrechó en sus brazos desalmados. Ahora tenía que hacerlo, quisiera o no. Y el juego comenzó de nuevo, para terminar de manera similar a la primera vez.

En ese momento luché con mi yo interior: ¿Siguen siendo seres humanos, dignos de pertenecer a un gran pueblo?

Una pregunta angustiosa; porque si se responde afirmativamente, entonces la lucha por una nacionalidad ya no vale la pena la molestia y el sacrificio que los mejores tienen que hacer para tal expulsión; Pero la respuesta es no, entonces nuestra gente ya es pobre de gente.

La prensa socialdemócrata 43

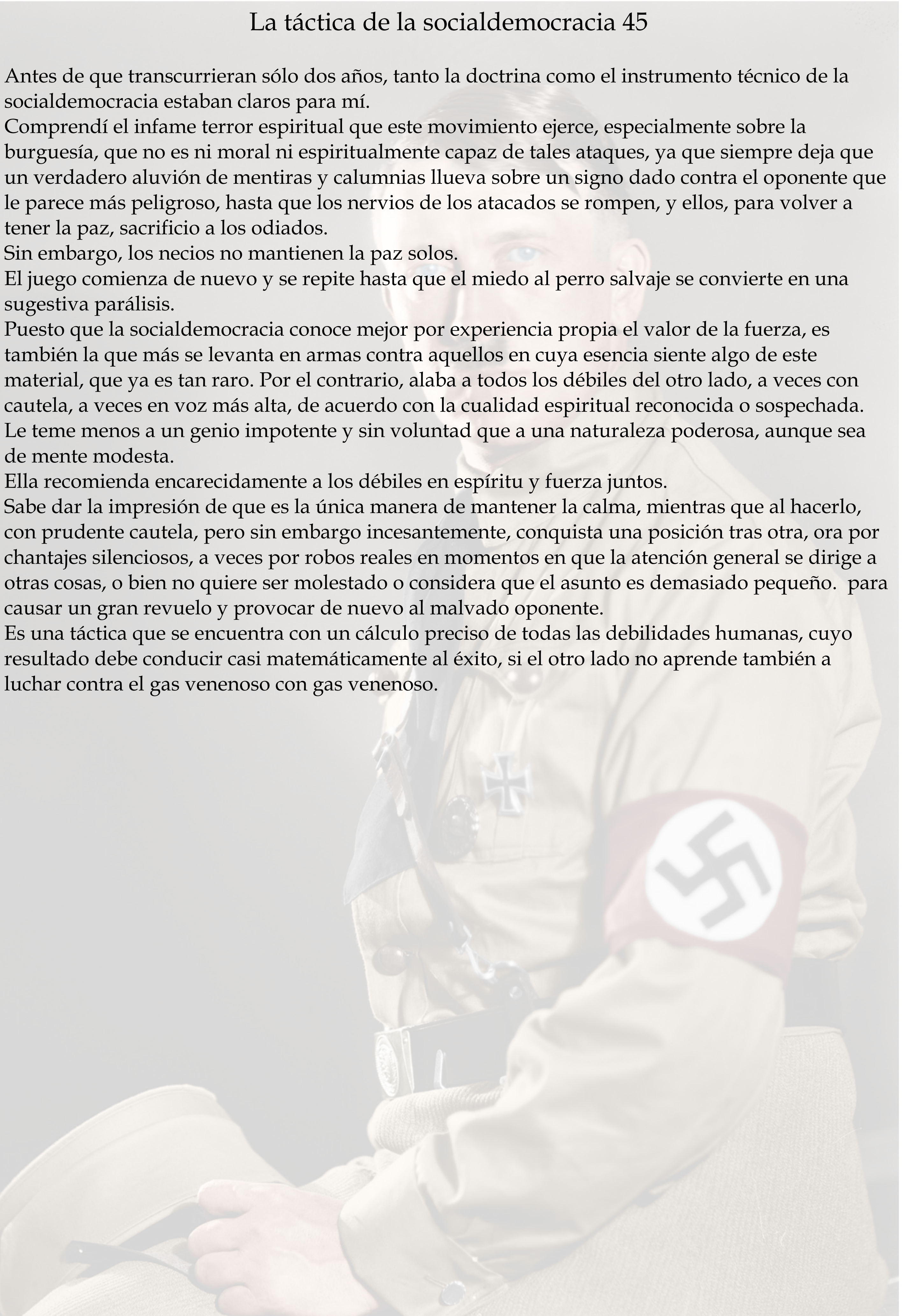
Con inquieta inquietud vi, en tales días de cólera y entrenamiento, cómo la masa de aquellos que ya no podían ser contados entre su pueblo se convertía en un ejército amenazador.
¿Con qué otros sentimientos miraba ahora las interminables filas de cuatro de una manifestación masiva de trabajadores vieneses que algún día tendría lugar? Durante casi dos horas me quedé allí y observé con la respiración contenida el monstruoso gusano dragón humano que pasaba lentamente. Presa de una depresión ansiosa, finalmente dejé el lugar y caminé hacia casa. En el camino vi en un estanco el Arbeiterzeitung, el órgano central de la antigua socialdemocracia austríaca. En un café barato de la gente, donde a menudo iba a leer periódicos, también estaba dispuesto; pero todavía no me he atrevido a mirar más de dos minutos el miserable periódico, cuyo tono entero tuvo en mí un efecto como vitriolo espiritual. Bajo la deprimente impresión de la manifestación, una voz interior me impulsó a comprar el periódico una vez y luego leerlo detenidamente. Por la noche, me ocupé de esto superando la ira que a veces surgía en mí por esta solución concentrada de mentiras.
Más que en toda la literatura teórica, pude estudiar la esencia interna de estas corrientes de pensamiento a partir de la lectura diaria de la prensa socialdemócrata.
Porque, ¡qué diferencia hay entre las frases de libertad, belleza y dignidad que brillan en la literatura teórica, la verborrea errante que expresa laboriosamente la sabiduría más profunda, la moral repugnantemente humana —todo escrito con la frente de hierro de la certeza profética— y la brutal prensa diaria de nuestros días, que no rehúye ninguna bajeza, trabajando con todos los medios de la calumnia y una verdadera virtuosidad de la mentira ¡Doctrina de salvación de la nueva humanidad! Uno está destinado a los estúpidos camachuelos de las capas medias y, por supuesto, superiores, el otro a las masas.



44 La psique de la multitud

Para mí, sumergirme en la literatura y la prensa de esta doctrina y organización significó encontrar el camino de regreso a mi pueblo.
Lo que al principio me parecía un abismo infranqueable, ahora iba a convertirse en la ocasión de un amor más grande que nunca.
Sólo un necio, conociendo esta monstruosa obra de envenenamiento, puede condenar a la víctima.
Cuanto más me convertí en autónomo en los años siguientes, más crecía mi visión de las causas internas de los éxitos socialdemócratas a medida que aumentaba la distancia. Ahora comprendí el significado de la brutal exigencia de tener solo periódicos rojos, asistir solo a reuniones rojas, leer libros rojos, etc. Con una claridad vívida vi ante mis ojos el resultado inevitable de esta doctrina de la intolerancia.
La psique de las grandes masas no es receptiva a todo lo que es poco entusiasta y débil.
Al igual que la mujer cuyo sentimiento psíquico está determinado menos por razones de razón abstracta que por razones de un anhelo emocional indefinible de poder complementario, y que, por lo tanto, prefiere inclinarse ante el fuerte antes que dominar al débil, las masas también aman al gobernante más que al suplicante, y se sienten interiormente más satisfechas por una doctrina que ningún otro tolera que por la aprobación de la libertad liberal; Por lo general, no sabe qué hacer con ella e incluso se siente un poco abandonada. Es tan inconsciente de la insolencia de su terror intelectual como del escandaloso maltrato de su libertad humana, ya que no tiene idea alguna de la locura interior de toda la doctrina. Por lo tanto, solo ve el poder despiadado y la brutalidad de sus declaraciones intencionadas, ante las que finalmente siempre se inclina.
Si la socialdemocracia se opone a una doctrina de mayor veracidad pero igual brutalidad en su aplicación, saldrá victoriosa, aunque sea después de la lucha más difícil.



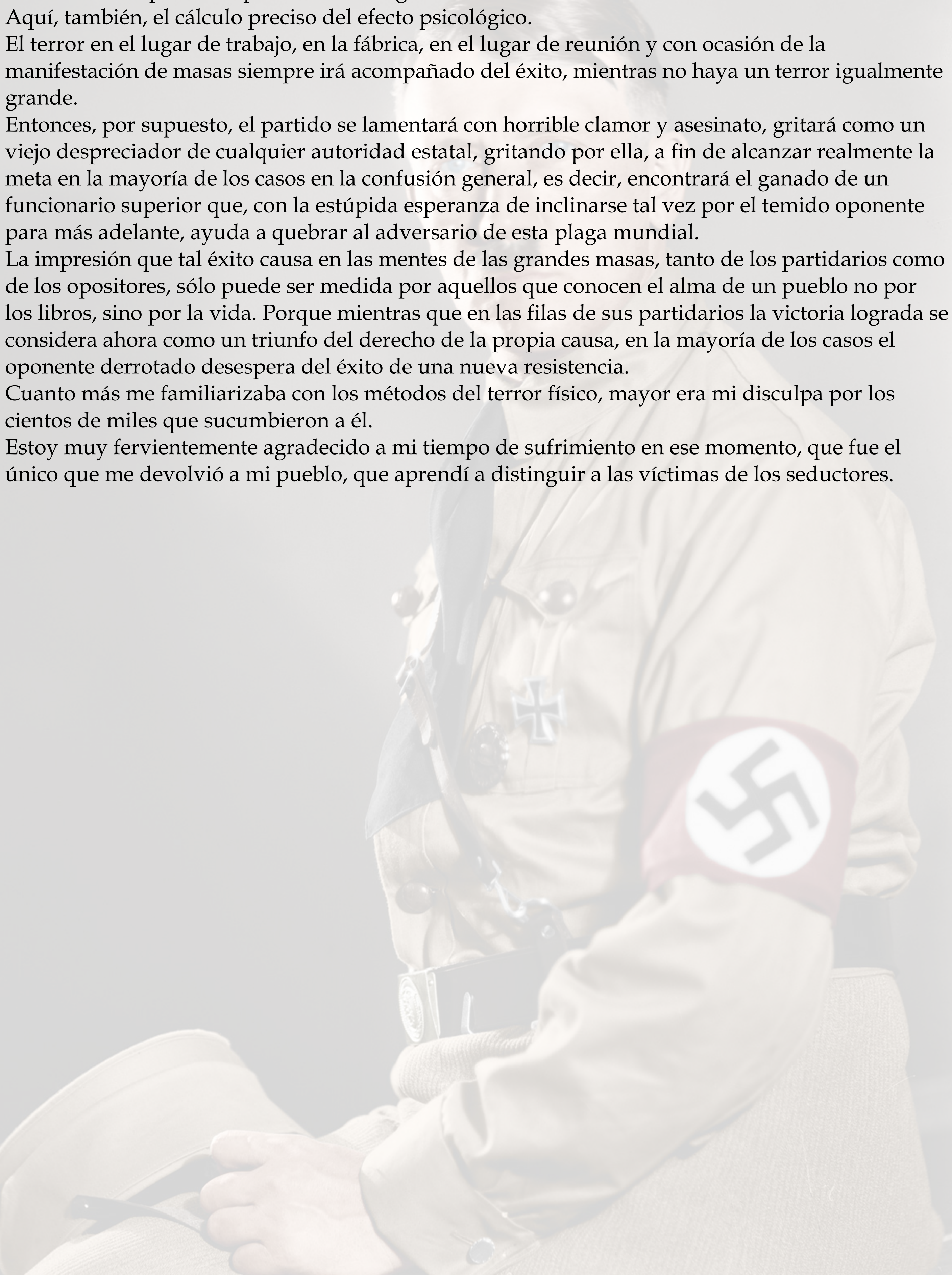


La táctica de la socialdemocracia 45

Antes de que transcurrieran sólo dos años, tanto la doctrina como el instrumento técnico de la socialdemocracia estaban claros para mí.
Comprendí el infame terror espiritual que este movimiento ejerce, especialmente sobre la burguesía, que no es ni moral ni espiritualmente capaz de tales ataques, ya que siempre deja que un verdadero aluvión de mentiras y calumnias llueva sobre un signo dado contra el oponente que le parece más peligroso, hasta que los nervios de los atacados se rompen, y ellos, para volver a tener la paz, sacrificio a los odiados.
Sin embargo, los necios no mantienen la paz solos.
El juego comienza de nuevo y se repite hasta que el miedo al perro salvaje se convierte en una sugestiva parálisis.
Puesto que la socialdemocracia conoce mejor por experiencia propia el valor de la fuerza, es también la que más se levanta en armas contra aquellos en cuya esencia siente algo de este material, que ya es tan raro. Por el contrario, alaba a todos los débiles del otro lado, a veces con cautela, a veces en voz más alta, de acuerdo con la cualidad espiritual reconocida o sospechada.
Le teme menos a un genio impotente y sin voluntad que a una naturaleza poderosa, aunque sea de mente modesta.
Ella recomienda encarecidamente a los débiles en espíritu y fuerza juntos.
Sabe dar la impresión de que es la única manera de mantener la calma, mientras que al hacerlo, con prudente cautela, pero sin embargo incesantemente, conquista una posición tras otra, ora por chantajes silenciosos, a veces por robos reales en momentos en que la atención general se dirige a otras cosas, o bien no quiere ser molestado o considera que el asunto es demasiado pequeño. para causar un gran revuelo y provocar de nuevo al malvado oponente.
Es una táctica que se encuentra con un cálculo preciso de todas las debilidades humanas, cuyo resultado debe conducir casi matemáticamente al éxito, si el otro lado no aprende también a luchar contra el gas venenoso con gas venenoso.

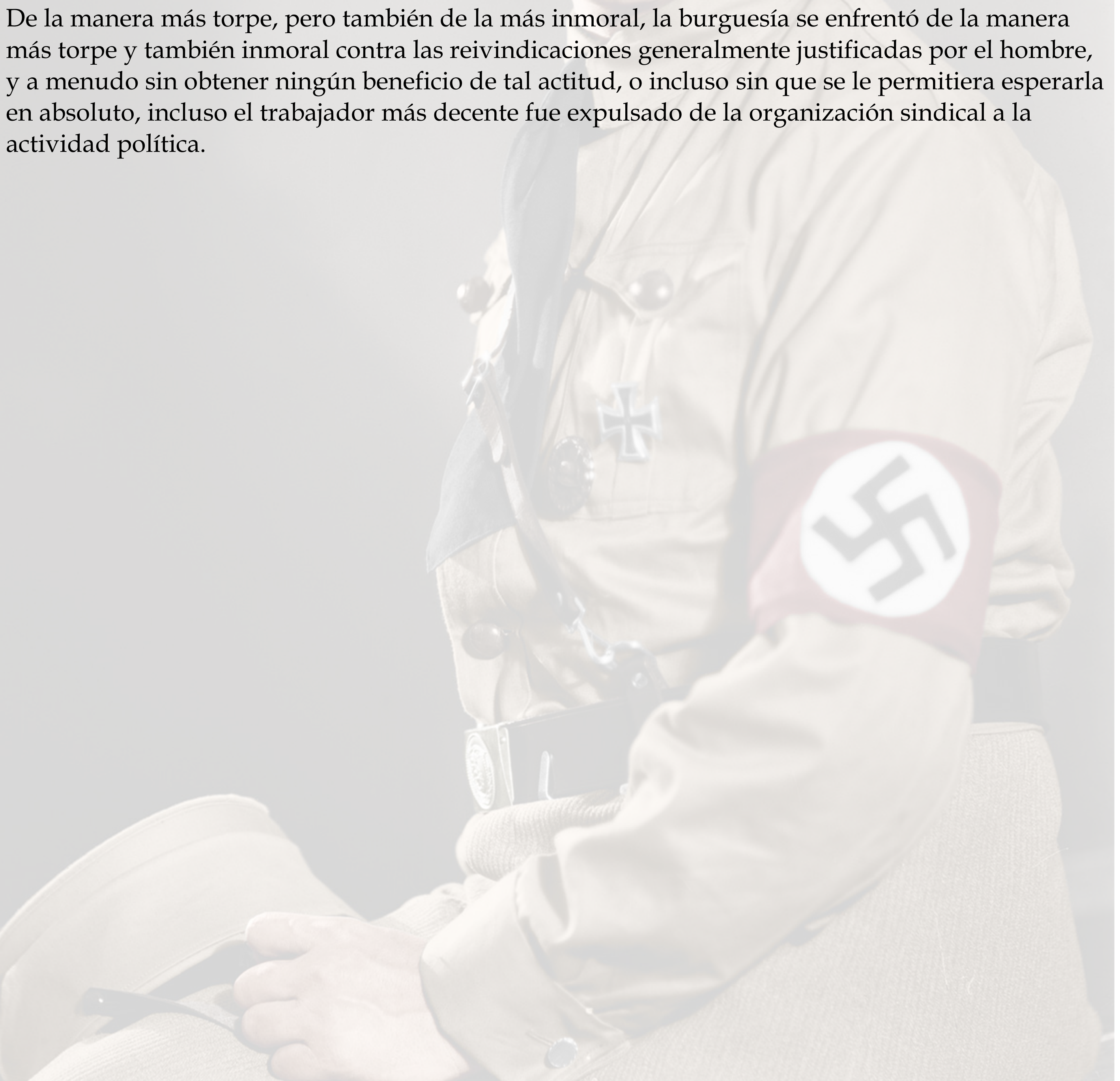
46 La táctica de la socialdemocracia

A las naturalezas débiles hay que decirles que se trata de ser o no ser.
No menos comprensible para mí era el significado del terror físico hacia el individuo, las masas.
Aquí, también, el cálculo preciso del efecto psicológico.
El terror en el lugar de trabajo, en la fábrica, en el lugar de reunión y con ocasión de la manifestación de masas siempre irá acompañado del éxito, mientras no haya un terror igualmente grande.
Entonces, por supuesto, el partido se lamentará con horrible clamor y asesinato, gritará como un viejo despreciador de cualquier autoridad estatal, gritando por ella, a fin de alcanzar realmente la meta en la mayoría de los casos en la confusión general, es decir, encontrará el ganado de un funcionario superior que, con la estúpida esperanza de inclinarse tal vez por el temido oponente para más adelante, ayuda a quebrar al adversario de esta plaga mundial.
La impresión que tal éxito causa en las mentes de las grandes masas, tanto de los partidarios como de los opositores, sólo puede ser medida por aquellos que conocen el alma de un pueblo no por los libros, sino por la vida. Porque mientras que en las filas de sus partidarios la victoria lograda se considera ahora como un triunfo del derecho de la propia causa, en la mayoría de los casos el oponente derrotado desespera del éxito de una nueva resistencia.
Cuanto más me familiarizaba con los métodos del terror físico, mayor era mi disculpa por los cientos de miles que sucumbieron a él.
Estoy muy fervientemente agradecido a mi tiempo de sufrimiento en ese momento, que fue el único que me devolvió a mi pueblo, que aprendí a distinguir a las víctimas de los seductores.



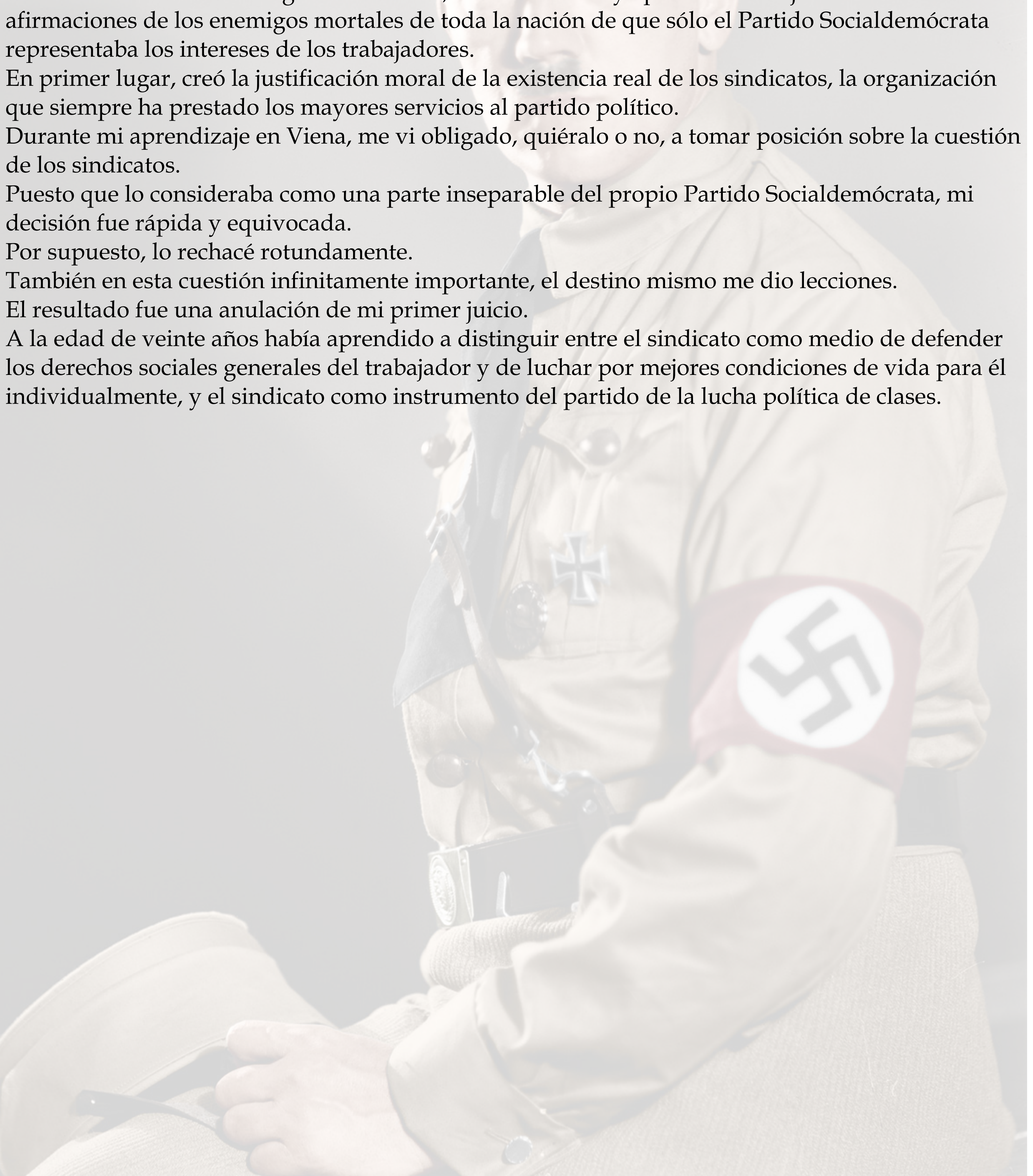
Los resultados de esta seducción de las personas no pueden describirse más que como víctimas. Porque si tratara de extraer la esencia de estos estratos "inferiores" de la vida en algunos cuadros, esto no estaría completo sin la seguridad de que en estas profundidades también volví a encontrar luces en las formas de una disposición a menudo rara a hacer sacrificios, la camaradería más leal, una frugalidad extraordinaria y una modestia reservada, especialmente en lo que respecta a la clase obrera más vieja de ese momento. Aunque estas virtudes se perdieran cada vez más en la generación más joven, ya a través de las influencias generales de la gran ciudad, todavía había muchos aquí en quienes la sangre sana existente dominaba la base común de la vida. Si, pues, estas gentes, a menudo de buen alma y de buena conducta, se unieron, sin embargo, a las filas de los enemigos mortales de nuestra nacionalidad en su actividad política y contribuyeron así a cerrarlas, entonces fue porque no comprendieron ni pudieron comprender la bajeza de la nueva doctrina, que nadie más se tomó la molestia de cuidarlos, y que, finalmente, las condiciones sociales eran más fuertes que cualquier otra voluntad contraria que pudiera existir. Después de todo, las penurias a las que sucumbieron un día u otro los llevaron al campo de la socialdemocracia.

De la manera más torpe, pero también de la más inmoral, la burguesía se enfrentó de la manera más torpe y también inmoral contra las reivindicaciones generalmente justificadas por el hombre, y a menudo sin obtener ningún beneficio de tal actitud, o incluso sin que se le permitiera esperarla en absoluto, incluso el trabajador más decente fue expulsado de la organización sindical a la actividad política.



48 La cuestión sindical

Es cierto que al principio millones de obreros eran enemigos del Partido Socialdemócrata, pero fueron derrotados en su resistencia por una manera a veces insensata en que los partidos burgueses se oponían a toda reivindicación de carácter social. El simple rechazo estrecho de miras de todas las tentativas de mejorar las condiciones de trabajo, de proteger las máquinas, de impedir el trabajo infantil y de proteger a las mujeres, al menos en los meses en que ya llevan en el corazón al próximo compañero de armas, contribuyó a empujar a las masas a la red de la socialdemocracia, que se aprovechó con gratitud de todos estos casos de actitud miserable. Nuestra "burguesía" política nunca podrá enmendar lo que se ha pecado de esta manera. Porque, al resistir todas las tentativas de eliminar los agravios sociales, sembró el odio y aparentemente justificó las afirmaciones de los enemigos mortales de toda la nación de que sólo el Partido Socialdemócrata representaba los intereses de los trabajadores.
En primer lugar, creó la justificación moral de la existencia real de los sindicatos, la organización que siempre ha prestado los mayores servicios al partido político.
Durante mi aprendizaje en Viena, me vi obligado, quiéralo o no, a tomar posición sobre la cuestión de los sindicatos.
Puesto que lo consideraba como una parte inseparable del propio Partido Socialdemócrata, mi decisión fue rápida y equivocada.
Por supuesto, lo rechacé rotundamente.
También en esta cuestión infinitamente importante, el destino mismo me dio lecciones.
El resultado fue una anulación de mi primer juicio.
A la edad de veinte años había aprendido a distinguir entre el sindicato como medio de defender los derechos sociales generales del trabajador y de luchar por mejores condiciones de vida para él individualmente, y el sindicato como instrumento del partido de la lucha política de clases.

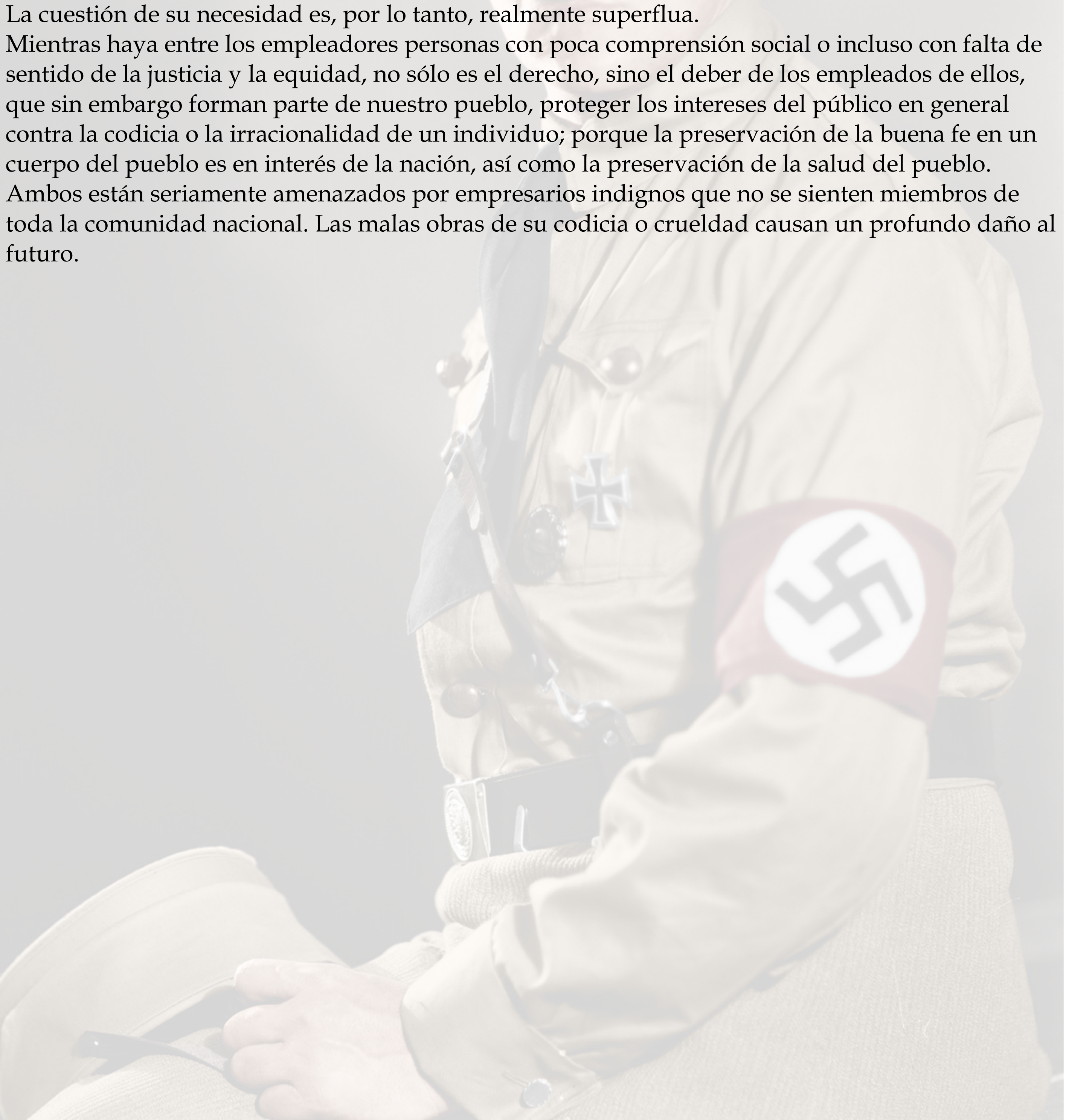


La cuestión sindical 49

El hecho de que los socialdemócratas comprendieran la enorme importancia del movimiento sindical le aseguró el instrumento y, por tanto, su éxito; El hecho de que la burguesía no comprendiera esto le costó su posición política. Creía que podía poner fin a un desarrollo lógico con un "rechazo" de la nariz para forzarlo a tomar caminos ilógicos en la realidad. Porque la idea de que el movimiento sindical es en sí mismo hostil a la patria es una tontería y también una falsedad. Más bien es todo lo contrario. Si una actividad sindical tiene como objetivo el perfeccionamiento de una clase que es una de las piedras angulares de la nación en mente y la lleva a cabo, no sólo no parece hostil a la patria o al Estado, sino en el sentido más verdadero de la palabra "nacional". Al fin y al cabo, ayuda a crear los requisitos sociales sin los cuales es inconcebible una educación nacional general. Obtiene el mayor mérito al hacer frente a los patógenos mentales y físicos, eliminando el daño social del cáncer y contribuyendo así a la salud general del organismo nacional.

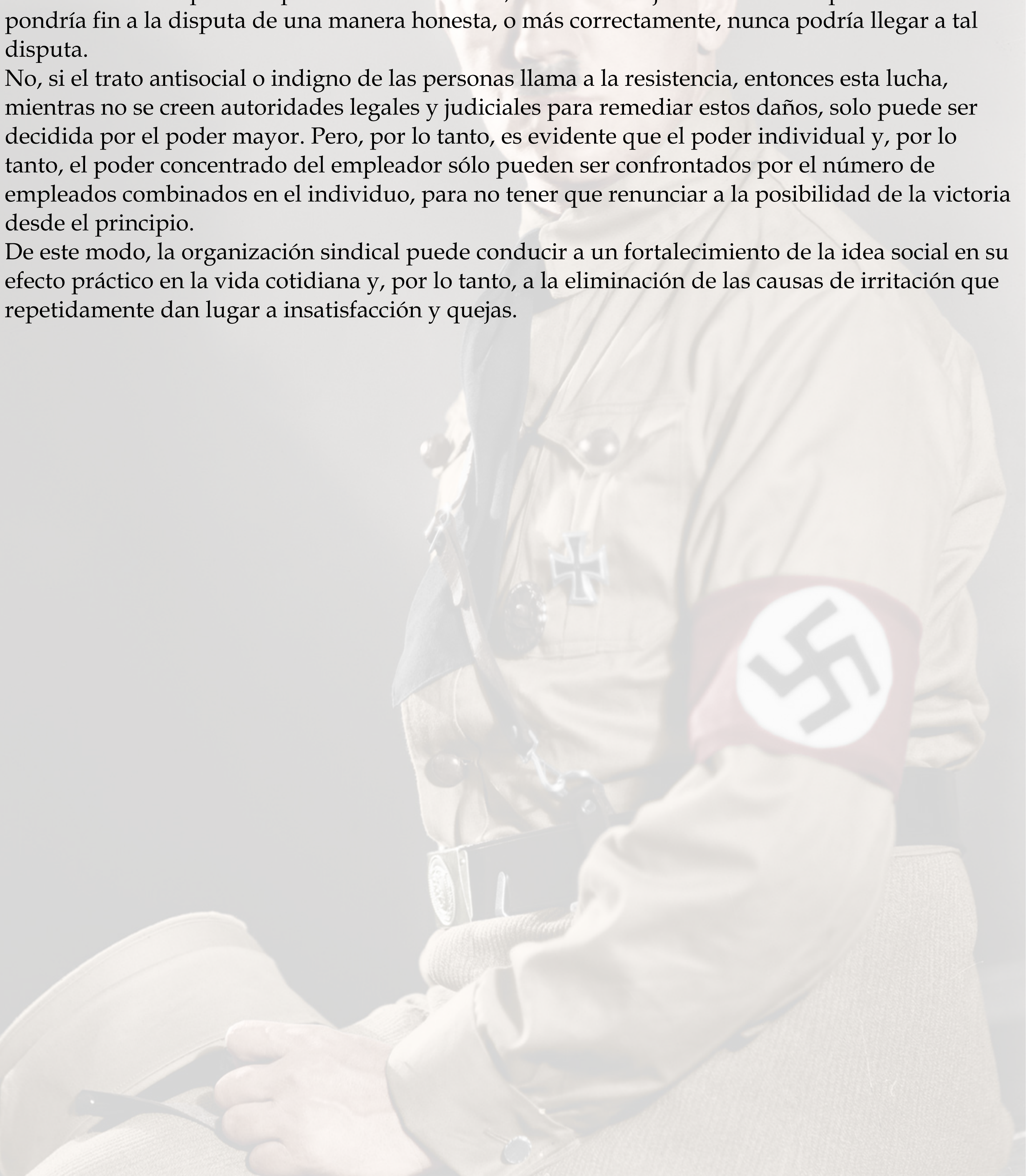
La cuestión de su necesidad es, por lo tanto, realmente superflua.

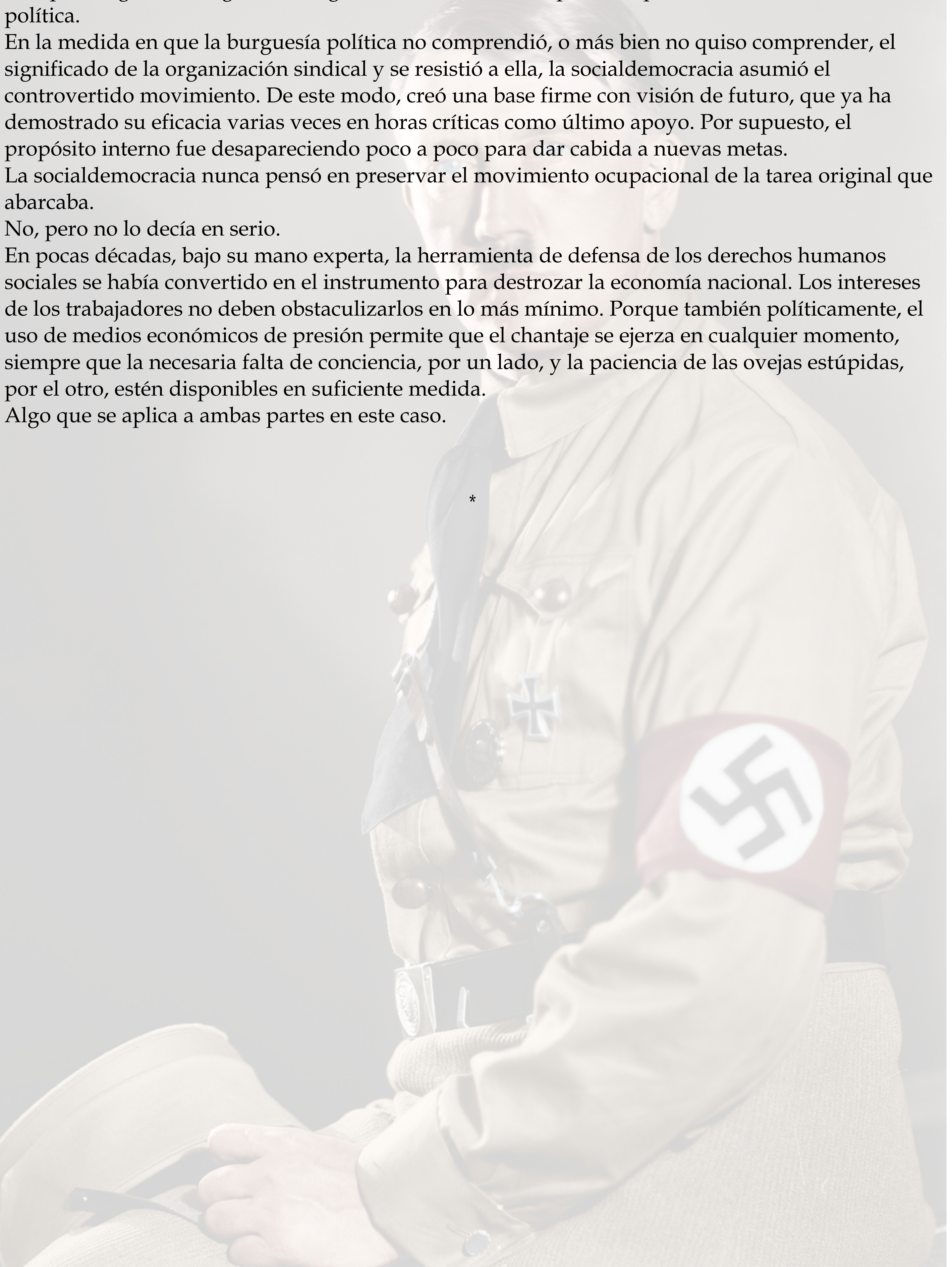
Mientras haya entre los empleadores personas con poca comprensión social o incluso con falta de sentido de la justicia y la equidad, no sólo es el derecho, sino el deber de los empleados de ellos, que sin embargo forman parte de nuestro pueblo, proteger los intereses del público en general contra la codicia o la irracionalidad de un individuo; porque la preservación de la buena fe en un cuerpo del pueblo es en interés de la nación, así como la preservación de la salud del pueblo. Ambos están seriamente amenazados por empresarios indignos que no se sienten miembros de toda la comunidad nacional. Las malas obras de su codicia o crueldad causan un profundo daño al futuro.



50 La cuestión sindical

Eliminar las causas de tal desarrollo es ganar méritos para la nación, y no al revés.
No se trata de decir que cada individuo sea libre de sacar las consecuencias de una injusticia real o supuestamente infligida sobre él, es decir, de irse. ¡No! Esto es una valla de espejos y debe verse como un intento de desviar la atención. O la eliminación de los procesos malos y antisociales es de interés para la nación o no. Si es así, entonces la lucha contra ellos debe estar exenta de las armas que ofrecen la perspectiva de éxito. El obrero individual, sin embargo, nunca está en condiciones de afirmarse contra el poder del gran patrón, ya que no se trata de la victoria del derecho superior -ya que si se reconociera, todo el conflicto no existiría en absoluto por falta de causa alguna-, sino de la cuestión del poder superior. En el otro caso, el sentido de justicia existente por sí solo pondría fin a la disputa de una manera honesta, o más correctamente, nunca podría llegar a tal disputa.
No, si el trato antisocial o indigno de las personas llama a la resistencia, entonces esta lucha, mientras no se creen autoridades legales y judiciales para remediar estos daños, solo puede ser decidida por el poder mayor. Pero, por lo tanto, es evidente que el poder individual y, por lo tanto, el poder concentrado del empleador sólo pueden ser confrontados por el número de empleados combinados en el individuo, para no tener que renunciar a la posibilidad de la victoria desde el principio.
De este modo, la organización sindical puede conducir a un fortalecimiento de la idea social en su efecto práctico en la vida cotidiana y, por lo tanto, a la eliminación de las causas de irritación que repetidamente dan lugar a insatisfacción y quejas.





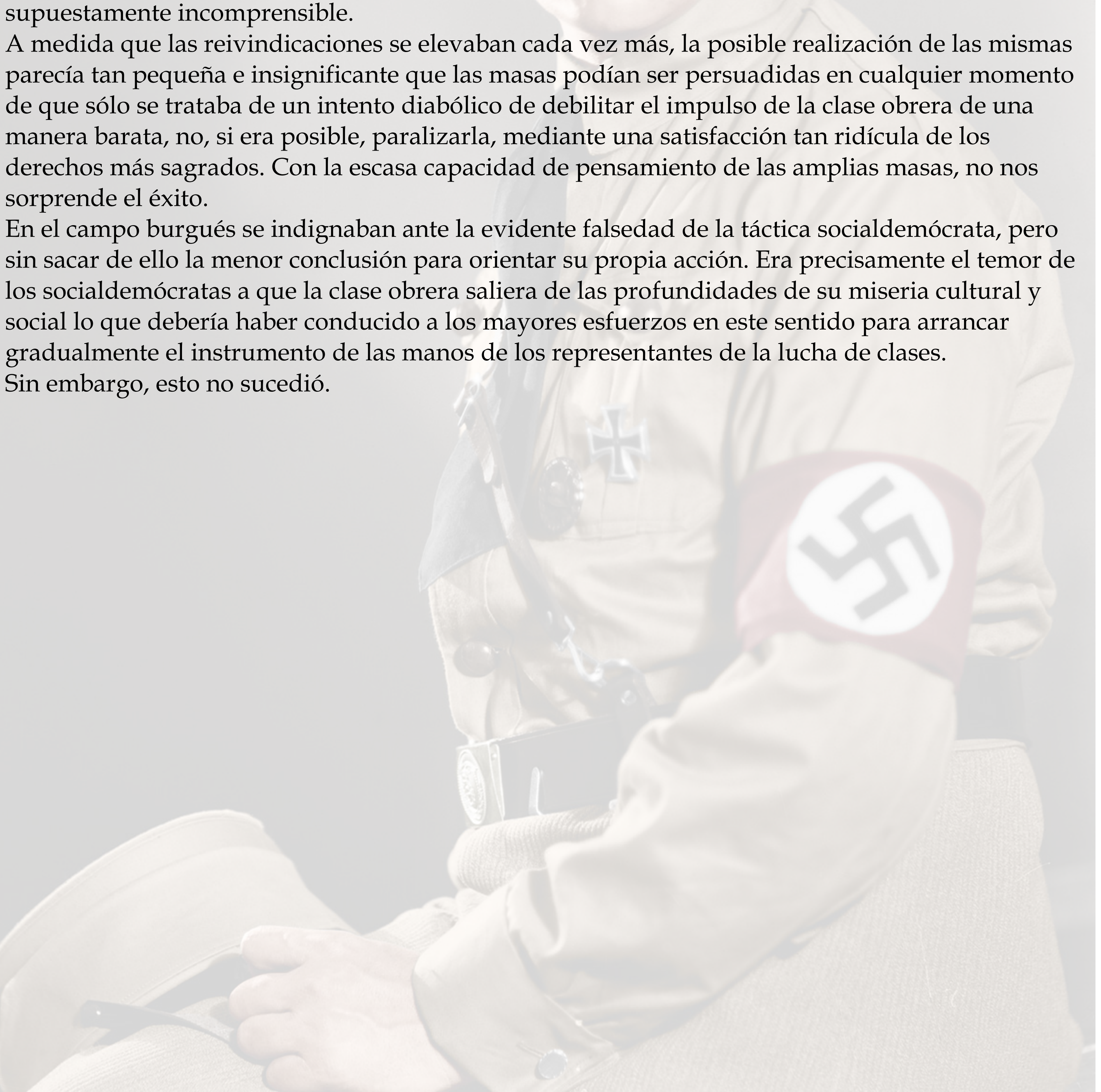
La politización de los sindicatos 51

El hecho de que esto no sea así es en gran medida culpa de aquellos que supieron poner trabas a cualquier regulación legal de los agravios sociales o los impidieron por medio de su influencia política.
En la medida en que la burguesía política no comprendió, o más bien no quiso comprender, el significado de la organización sindical y se resistió a ella, la socialdemocracia asumió el controvertido movimiento. De este modo, creó una base firme con visión de futuro, que ya ha demostrado su eficacia varias veces en horas críticas como último apoyo. Por supuesto, el propósito interno fue desapareciendo poco a poco para dar cabida a nuevas metas.
La socialdemocracia nunca pensó en preservar el movimiento ocupacional de la tarea original que abarcaba.
No, pero no lo decía en serio.
En pocas décadas, bajo su mano experta, la herramienta de defensa de los derechos humanos sociales se había convertido en el instrumento para destrozar la economía nacional. Los intereses de los trabajadores no deben obstaculizarlos en lo más mínimo. Porque también políticamente, el uso de medios económicos de presión permite que el chantaje se ejerza en cualquier momento, siempre que la necesaria falta de conciencia, por un lado, y la paciencia de las ovejas estúpidas, por el otro, estén disponibles en suficiente medida.
Algo que se aplica a ambas partes en este caso.

*

52 La politización de los sindicatos

A principios de siglo, el movimiento sindical hacía tiempo que había dejado de cumplir su antigua tarea. De año en año había caído cada vez más bajo el hechizo de la política socialdemócrata, sólo para ser finalmente utilizado sólo como un ariete de la lucha de clases. Se pretendía acabar con todo el cuerpo económico, laboriosamente construido, por medio de constantes conmociones, para poder infligir más fácilmente el mismo destino al edificio del Estado después de haber sido removidos sus cimientos económicos. La representación de todas las necesidades reales de la clase obrera estaba así cada vez menos en cuestión, hasta que por fin la prudencia política hizo que ya no pareciera deseable remediar las necesidades sociales e incluso culturales de las amplias masas, ya que de lo contrario existía el peligro de que ya no pudieran seguir utilizándolas para siempre, satisfechas en sus deseos, como una fuerza de combate sin voluntad.
Semejante acontecimiento, que fue premonitoriamente asaltado, asustó tanto a los dirigentes de la lucha de clases que finalmente rechazaron sin más preámbulos cualquier elevación social realmente beneficiosa, e incluso adoptaron una posición muy resuelta contra ella.
Nunca tuvieron que preocuparse por una justificación para un comportamiento tan supuestamente incomprensible.
A medida que las reivindicaciones se elevaban cada vez más, la posible realización de las mismas parecía tan pequeña e insignificante que las masas podían ser persuadidas en cualquier momento de que sólo se trataba de un intento diabólico de debilitar el impulso de la clase obrera de una manera barata, no, si era posible, paralizarla, mediante una satisfacción tan ridícula de los derechos más sagrados. Con la escasa capacidad de pensamiento de las amplias masas, no nos sorprende el éxito.
En el campo burgués se indignaban ante la evidente falsedad de la táctica socialdemócrata, pero sin sacar de ello la menor conclusión para orientar su propia acción. Era precisamente el temor de los socialdemócratas a que la clase obrera saliera de las profundidades de su miseria cultural y social lo que debería haber conducido a los mayores esfuerzos en este sentido para arrancar gradualmente el instrumento de las manos de los representantes de la lucha de clases.
Sin embargo, esto no sucedió.



En lugar de ocupar la posición del enemigo en su propio ataque, prefirieron dejarse presionar e instar, para finalmente recurrir a sustitutos completamente inadecuados, que, por llegar demasiado tarde, seguían siendo ineficaces, porque eran demasiado insignificantes y también eran fáciles de rechazar. Así que en verdad todo seguía igual, solo que la insatisfacción era mayor que antes.
Como una nube de tormenta amenazadora, el "sindicato libre" se cernía sobre el horizonte político y sobre la existencia del individuo.
Fue uno de los instrumentos de terror más terribles contra la seguridad y la independencia de la economía nacional, la estabilidad del Estado y la libertad de la persona.
Fue sobre todo ella quien convirtió el concepto de democracia en una frase repugnante y ridícula, quien profanó la libertad e inmortalizó la fraternidad en la frase "Y si no quieres ser camarada, te romperemos el cráneo".
Así fue como conocí a este amigo de la humanidad en ese momento. A lo largo de los años, mi visión de ellos se ha ampliado y profundizado, no necesitaba cambiarlos.

*

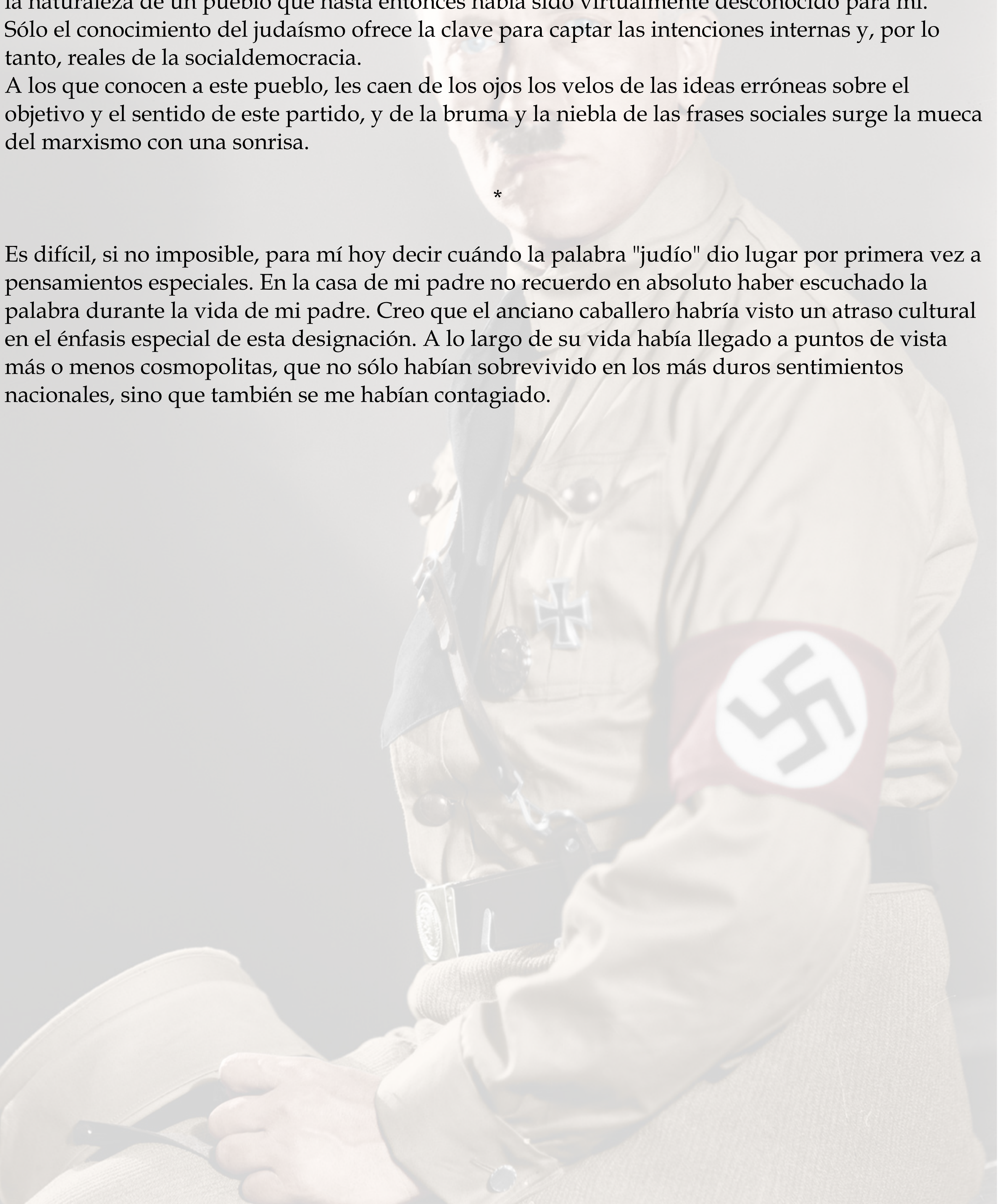
Cuanto más penetraba en la naturaleza externa de la socialdemocracia, mayor era el anhelo de comprender el núcleo interno de esta doctrina.
Por supuesto, la literatura oficial del partido podría ser de poca utilidad aquí. Por lo que se refiere a las cuestiones económicas, es incorrecto en su afirmación y prueba; En cuanto a los objetivos políticos, mendaces. Además, me sentía particularmente repelido interiormente por el nuevo modo de expresión y la forma de presentación rabulistas. Con una enorme cantidad de palabras de contenido poco claro o significado incomprensible, se tartamudean frases que se supone que son tan ingeniosas como carentes de sentido. Sólo la decadencia de nuestra bohemia metropolitana puede sentirse cómodamente a gusto en este laberinto de la razón, para robar la "experiencia interior" al estiércol de este dadaísmo literario, apoyado en la proverbial modestia de una parte de nuestro pueblo, que siempre siente toda la sabiduría más profunda en lo más personalmente incomprensible.

54 La cuestión judía

Pero al sopesar la falsedad teórica y el sinsentido de esta doctrina con la realidad de su apariencia, gradualmente obtuve una imagen clara de su voluntad interna.
En esas horas, sombríos presentimientos y malos temores se apoderaron de mí. Entonces vi ante mí una doctrina que consistía en egoísmo y odio, que, de acuerdo con las leyes matemáticas, puede conducir a la victoria, pero también debe traer el fin de la humanidad.
Mientras tanto, había aprendido a comprender la conexión entre esta doctrina de la destrucción y la naturaleza de un pueblo que hasta entonces había sido virtualmente desconocido para mí.
Sólo el conocimiento del judaísmo ofrece la clave para captar las intenciones internas y, por lo tanto, reales de la socialdemocracia.
A los que conocen a este pueblo, les caen de los ojos los velos de las ideas erróneas sobre el objetivo y el sentido de este partido, y de la bruma y la niebla de las frases sociales surge la mueca del marxismo con una sonrisa.

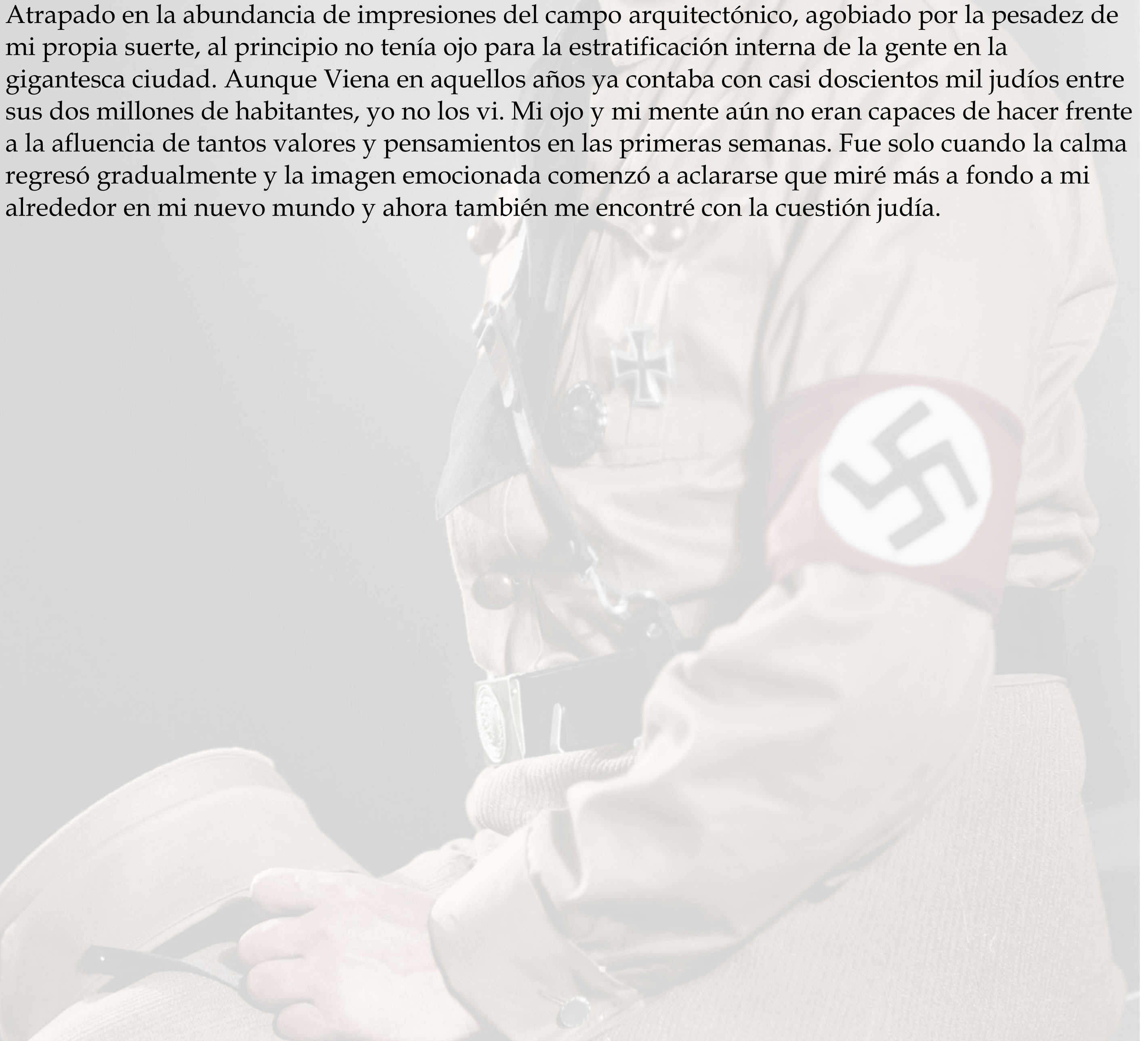
*

Es difícil, si no imposible, para mí hoy decir cuándo la palabra "judío" dio lugar por primera vez a pensamientos especiales. En la casa de mi padre no recuerdo en absoluto haber escuchado la palabra durante la vida de mi padre. Creo que el anciano caballero habría visto un atraso cultural en el énfasis especial de esta designación. A lo largo de su vida había llegado a puntos de vista más o menos cosmopolitas, que no sólo habían sobrevivido en los más duros sentimientos nacionales, sino que también se me habían contagiado.



La cuestión judía 55

Tampoco había ninguna razón en la escuela que pudiera haberme llevado a cambiar esta imagen adoptada.
En la escuela secundaria conocí a un muchacho judío que era tratado con cautela por todos nosotros, pero sólo porque no confiábamos mucho en él en lo que respecta a su taciturnidad, astuto por diversas experiencias; Un pensamiento se me ocurrió tan poco como a los otros.
No fue hasta mis catorce o quince años que a menudo me encontré con la palabra judío, a veces en relación con conversaciones políticas. Sentí una ligera aversión a ella, y no pude evitar sentir una sensación desagradable que siempre se apoderaba de mí cuando se llevaban a cabo disputas denominacionales ante mí.
Pero no vi la pregunta como otra cosa en ese momento.
Linz tenía muy pocos judíos. A lo largo de los siglos, su apariencia se había europeizado y humanizado; Sí, incluso los tomé por alemanes. El sinsentido de esta imaginación no era muy claro para mí, porque veía el único rasgo distintivo en la denominación extranjera. El hecho de que hubieran sido perseguidos por esta razón, como yo creía, a veces hacía que mi aversión a los comentarios desfavorables sobre ellos casi se convirtiera en aborrecimiento.
No tenía ni idea de la existencia de una hostilidad planificada hacia los judíos.
Así es como llegué a Viena.
Atrapado en la abundancia de impresiones del campo arquitectónico, agobiado por la pesadez de mi propia suerte, al principio no tenía ojo para la estratificación interna de la gente en la gigantesca ciudad. Aunque Viena en aquellos años ya contaba con casi doscientos mil judíos entre sus dos millones de habitantes, yo no los vi. Mi ojo y mi mente aún no eran capaces de hacer frente a la afluencia de tantos valores y pensamientos en las primeras semanas. Fue solo cuando la calma regresó gradualmente y la imagen emocionada comenzó a aclararse que miré más a fondo a mi alrededor en mi nuevo mundo y ahora también me encontré con la cuestión judía.



56 La llamada prensa mundial

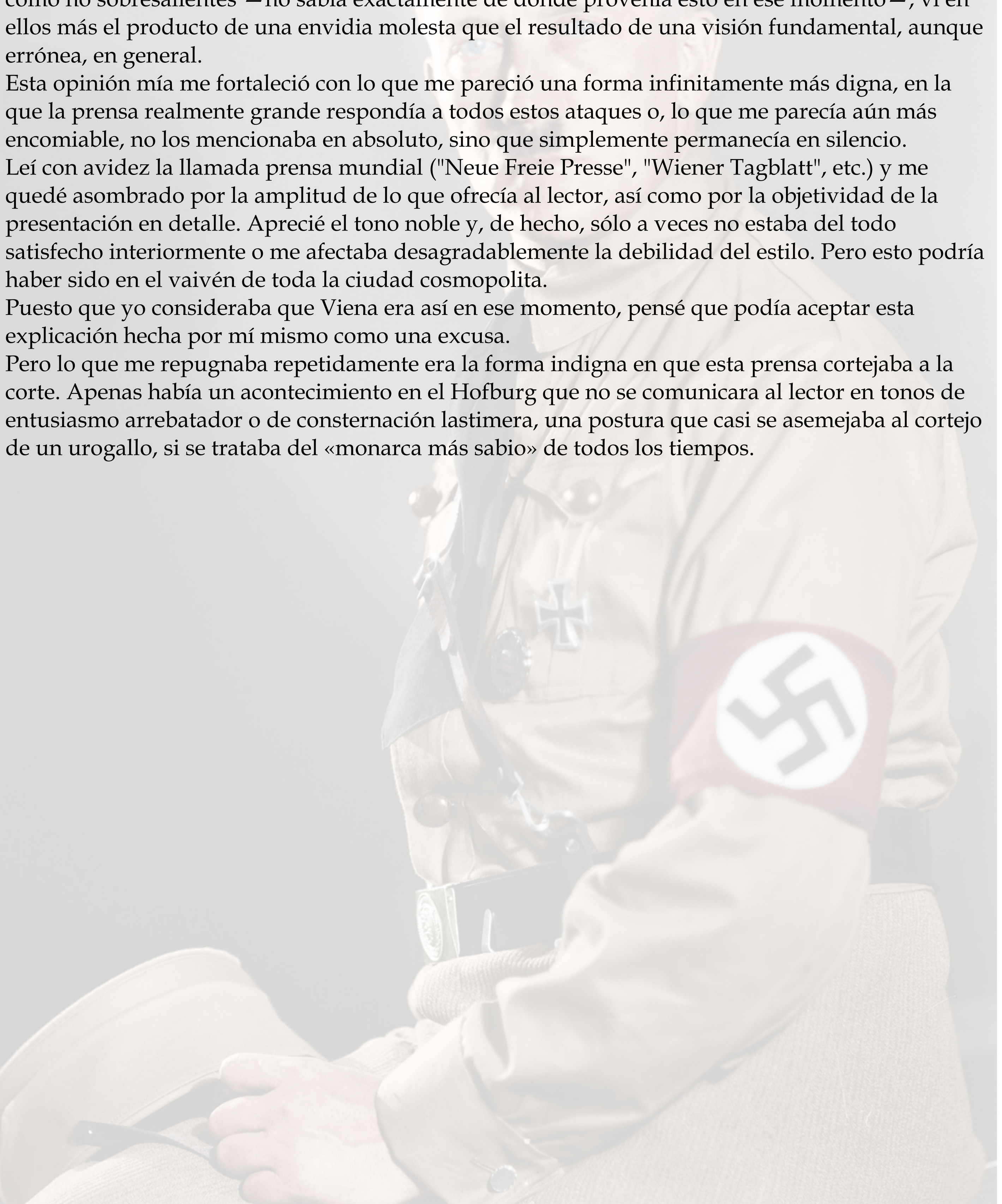
No quiero decir que la manera en que iba a conocerla me pareciera particularmente agradable. Todavía veía en el judío sólo la denominación, y por lo tanto, por razones de tolerancia humana, mantuve el rechazo de la oposición religiosa también en este caso. Así que el tono, especialmente el adoptado por la prensa vienesa antisemita, me pareció indigno de la tradición cultural de un gran pueblo. Me deprimía el recuerdo de ciertos acontecimientos de la Edad Media, que no me gustaba que se repitieran. Puesto que los periódicos en cuestión eran generalmente considerados como no sobresalientes —no sabía exactamente de dónde provenía esto en ese momento—, vi en ellos más el producto de una envidia molesta que el resultado de una visión fundamental, aunque errónea, en general.

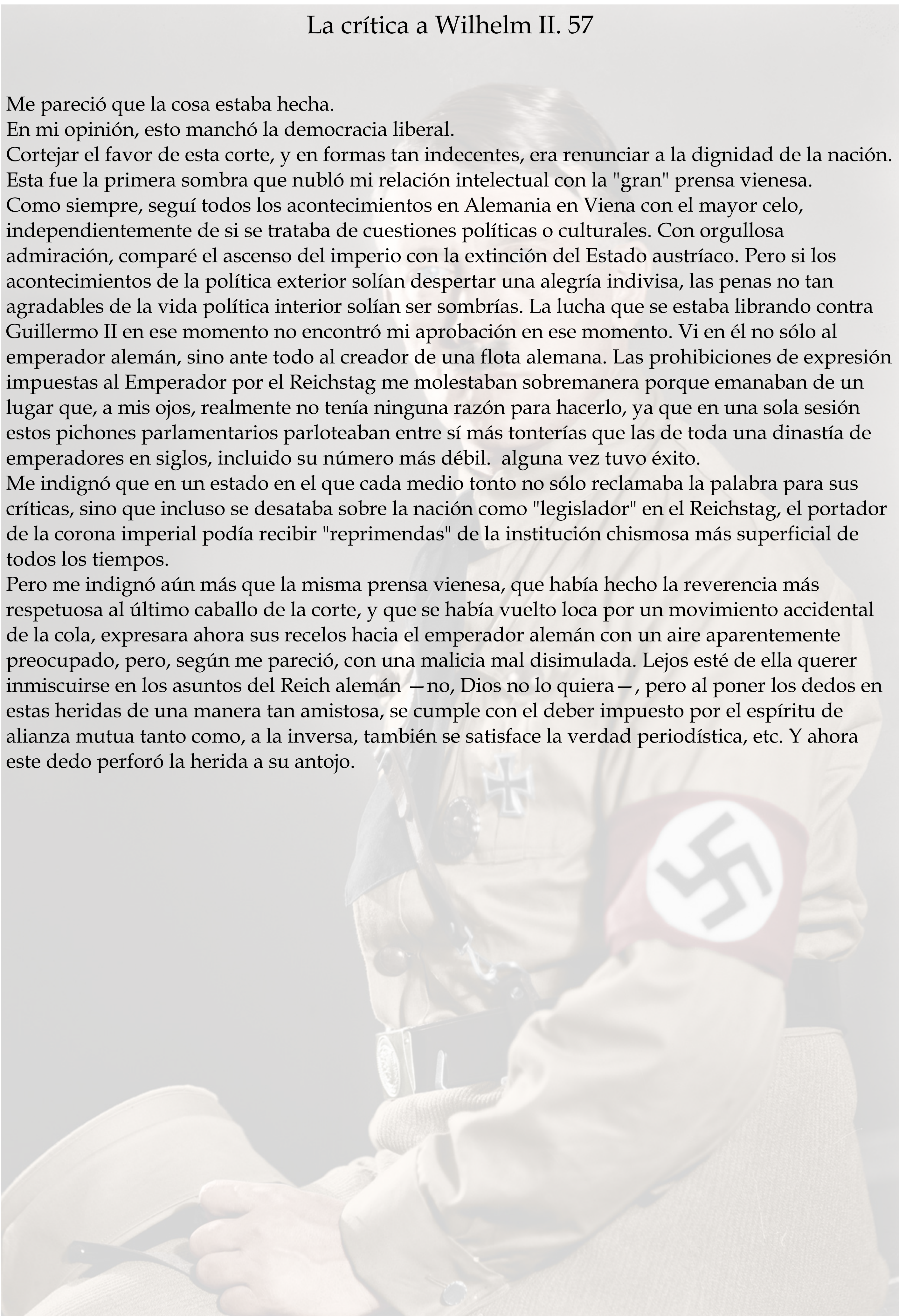
Esta opinión mía me fortaleció con lo que me pareció una forma infinitamente más digna, en la que la prensa realmente grande respondía a todos estos ataques o, lo que me parecía aún más encomiable, no los mencionaba en absoluto, sino que simplemente permanecía en silencio.

Leí con avidez la llamada prensa mundial ("Neue Freie Presse", "Wiener Tagblatt", etc.) y me quedé asombrado por la amplitud de lo que ofrecía al lector, así como por la objetividad de la presentación en detalle. Aprecié el tono noble y, de hecho, sólo a veces no estaba del todo satisfecho interiormente o me afectaba desagradablemente la debilidad del estilo. Pero esto podría haber sido en el vaivén de toda la ciudad cosmopolita.

Puesto que yo consideraba que Viena era así en ese momento, pensé que podía aceptar esta explicación hecha por mí mismo como una excusa.

Pero lo que me repugnaba repetidamente era la forma indigna en que esta prensa cortejaba a la corte. Apenas había un acontecimiento en el Hofburg que no se comunicara al lector en tonos de entusiasmo arrebatador o de consternación lastimera, una postura que casi se asemejaba al cortejo de un urogallo, si se trataba del «monarca más sabio» de todos los tiempos.





La crítica a Wilhelm II. 57

Me pareció que la cosa estaba hecha.
En mi opinión, esto manchó la democracia liberal.
Cortejar el favor de esta corte, y en formas tan indecentes, era renunciar a la dignidad de la nación.
Esta fue la primera sombra que nubló mi relación intelectual con la "gran" prensa vienesa.
Como siempre, seguí todos los acontecimientos en Alemania en Viena con el mayor celo, independientemente de si se trataba de cuestiones políticas o culturales. Con orgullosa admiración, comparé el ascenso del imperio con la extinción del Estado austríaco. Pero si los acontecimientos de la política exterior solían despertar una alegría indivisa, las penas no tan agradables de la vida política interior solían ser sombrías. La lucha que se estaba librando contra Guillermo II en ese momento no encontró mi aprobación en ese momento. Vi en él no sólo al emperador alemán, sino ante todo al creador de una flota alemana. Las prohibiciones de expresión impuestas al Emperador por el Reichstag me molestaban sobremanera porque emanaban de un lugar que, a mis ojos, realmente no tenía ninguna razón para hacerlo, ya que en una sola sesión estos pichones parlamentarios parloteaban entre sí más tonterías que las de toda una dinastía de emperadores en siglos, incluido su número más débil. alguna vez tuvo éxito.
Me indignó que en un estado en el que cada medio tonto no sólo reclamaba la palabra para sus críticas, sino que incluso se desataba sobre la nación como "legislador" en el Reichstag, el portador de la corona imperial podía recibir "reprimendas" de la institución chismosa más superficial de todos los tiempos.
Pero me indignó aún más que la misma prensa vienesa, que había hecho la reverencia más respetuosa al último caballo de la corte, y que se había vuelto loca por un movimiento accidental de la cola, expresara ahora sus recelos hacia el emperador alemán con un aire aparentemente preocupado, pero, según me pareció, con una malicia mal disimulada. Lejos esté de ella querer inmiscuirse en los asuntos del Reich alemán —no, Dios no lo quiera—, pero al poner los dedos en estas heridas de una manera tan amistosa, se cumple con el deber impuesto por el espíritu de alianza mutua tanto como, a la inversa, también se satisface la verdad periodística, etc. Y ahora este dedo perforó la herida a su antojo.

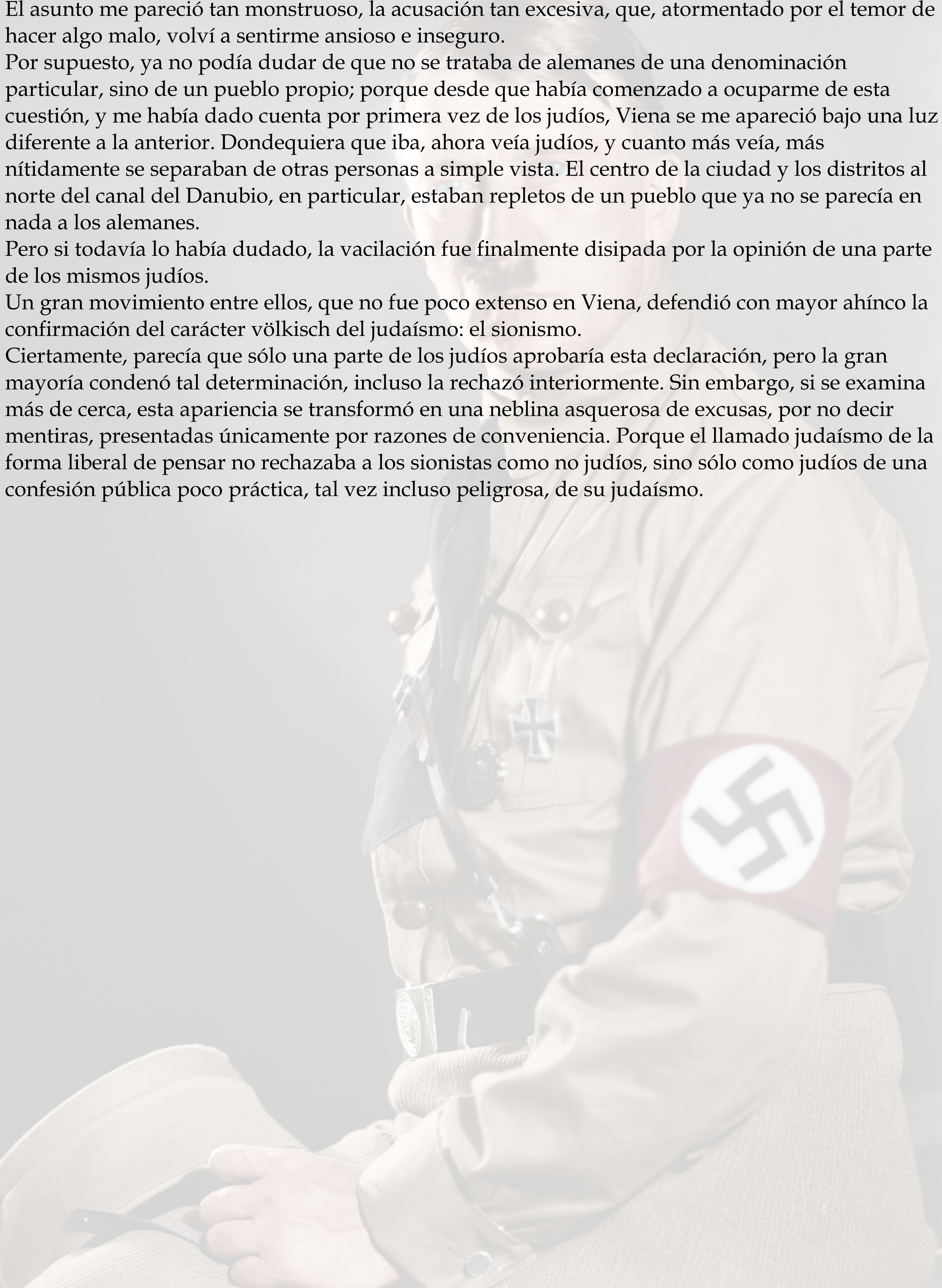
58 Francia, culto a la prensa

En tales casos, la sangre se me subía a la cabeza.
Eso fue lo que hizo que la gran prensa me mirara con más cautela.
Tuve que reconocer que uno de los periódicos antisemitas, el Deutsches Volksblatt, se comportó de manera más decente con ocasión de tal asunto.
Lo que también me puso de los nervios fue el repugnante culto que la gran prensa ya estaba haciendo con Francia en ese momento. Había que avergonzarse de ser alemán cuando se veían estos dulces himnos de alabanza a la "gran nación cultural". Esta patética afrancesatura me hizo dejar uno de estos "periódicos del mundo" más de una vez. A veces echaba mano del Volksblatt, que me parecía mucho más pequeño, pero algo más limpio en estos asuntos. No estaba de acuerdo con el agudo tono antisemita, pero también leía razones de vez en cuando, lo que me hizo reflexionar.
En cualquier caso, en tales ocasiones fui conociendo poco a poco al hombre y al movimiento que determinaba el destino de Viena en ese momento: el Dr. Karl Lueger y el Partido Social Cristiano.
Cuando llegué a Viena, era hostil a ambos.
El hombre y el movimiento eran considerados "reaccionarios" a mis ojos.



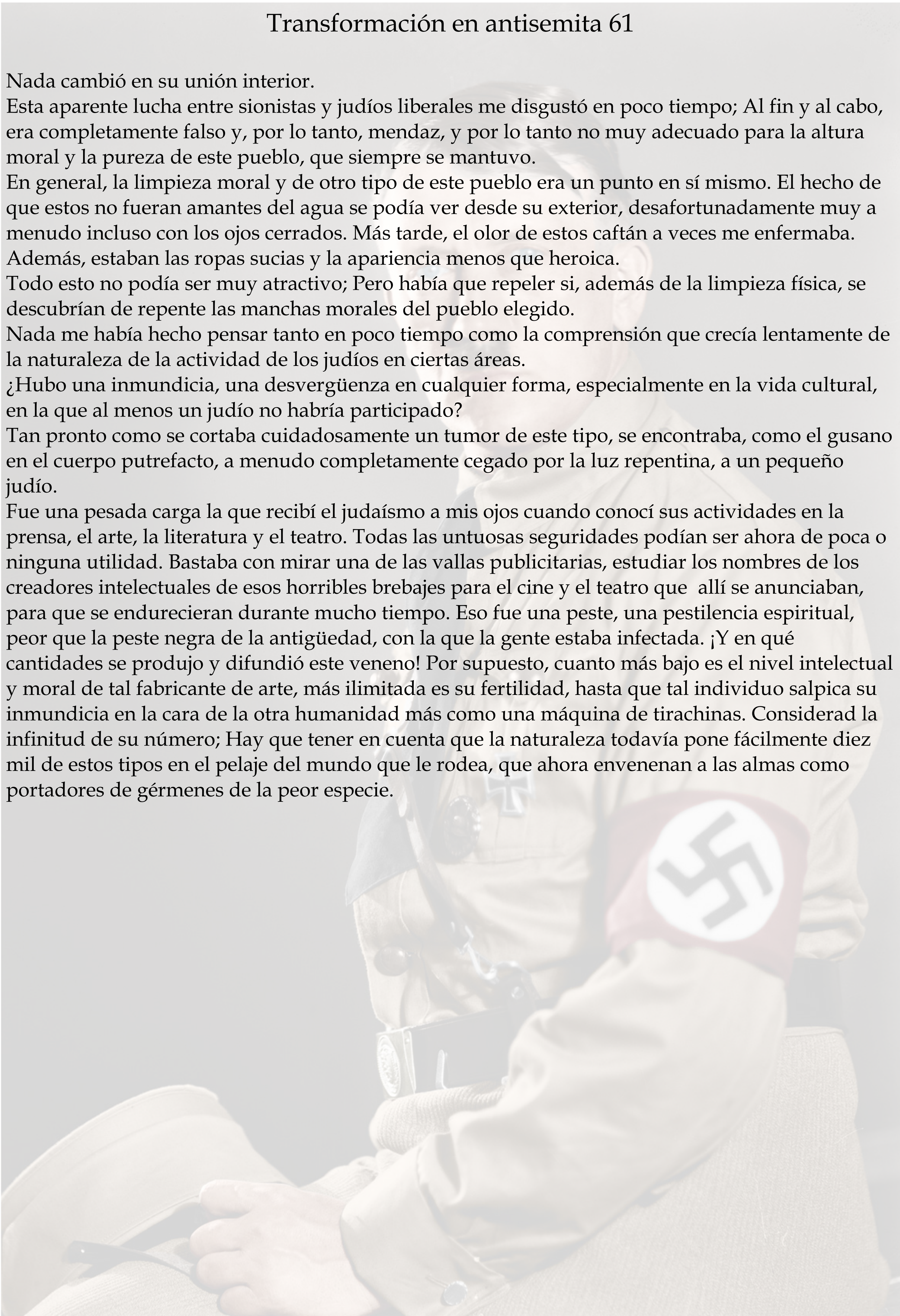
Sin embargo, el sentido ordinario de la justicia estaba obligado a cambiar este juicio en el mismo laberinto en el que tuve la oportunidad de familiarizarme con el hombre y la obra; y poco a poco el justo juicio se convirtió en una admiración no disimulada. Hoy, incluso más que antes, veo en él al alcalde alemán más poderoso de todos los tiempos.
¡Pero cuántas de mis deliberadas opiniones han sido trastocadas por tal cambio en mi actitud hacia el Movimiento Social Cristiano!
Si, como resultado, mis puntos de vista sobre el antisemitismo sucumbieron lentamente al cambio de tiempo, entonces este fue probablemente el cambio más difícil de mi vida.
Me costó la mayor parte de mis luchas mentales internas, y fue solo después de meses de disputas entre la razón y el sentimiento que la victoria comenzó a ponerse del lado de la razón. Dos años más tarde, el sentimiento había seguido al intelecto para ser en adelante su más fiel guardián y advertidor.
En el tiempo de esta amarga lucha entre la educación espiritual y la fría razón, las lecciones objetivas del Stratze vienés me habían servido inestimablemente. Llegó el momento en que ya no caminaba a ciegas por la poderosa ciudad como en los primeros días, sino que miraba con los ojos abiertos no solo los edificios sino también a la gente.
Una vez, mientras caminaba por el centro de la ciudad, de repente me encontré con una aparición en un caftán largo con rizos negros.
¿Es también judío? fue lo primero que pensé.
Por supuesto, eso no es lo que parecían en Linz. Observé al hombre furtiva y cautelosamente, pero cuanto más tiempo miraba fijamente este extraño rostro y lo examinaba inquisitivamente paso a paso, más cambiaba la primera pregunta en mi cerebro a una versión diferente:
¿Es también alemán?
Como siempre en estos casos, empecé a tratar de aclarar mis dudas a través de los libros. En ese momento, compré los primeros panfletos antisemitas de mi vida por unos pocos cuartos. Desgraciadamente, todos ellos partían sólo del punto de vista de que, en principio, el lector ya conocía o incluso comprendía hasta cierto punto la cuestión judía. Por último, el tono solía ser tal que de nuevo tuve dudas como resultado del argumento en parte tan superficial y extraordinariamente anticientífico de la afirmación.





60 Transformación en antisemita

Luego volví a recaer durante semanas, incluso durante meses.
El asunto me pareció tan monstruoso, la acusación tan excesiva, que, atormentado por el temor de hacer algo malo, volví a sentirme ansioso e inseguro.
Por supuesto, ya no podía dudar de que no se trataba de alemanes de una denominación particular, sino de un pueblo propio; porque desde que había comenzado a ocuparme de esta cuestión, y me había dado cuenta por primera vez de los judíos, Viena se me apareció bajo una luz diferente a la anterior. Dondequiera que iba, ahora veía judíos, y cuanto más veía, más nítidamente se separaban de otras personas a simple vista. El centro de la ciudad y los distritos al norte del canal del Danubio, en particular, estaban repletos de un pueblo que ya no se parecía en nada a los alemanes.
Pero si todavía lo había dudado, la vacilación fue finalmente disipada por la opinión de una parte de los mismos judíos.
Un gran movimiento entre ellos, que no fue poco extenso en Viena, defendió con mayor ahínco la confirmación del carácter völkisch del judaísmo: el sionismo.
Ciertamente, parecía que sólo una parte de los judíos aprobaría esta declaración, pero la gran mayoría condenó tal determinación, incluso la rechazó interiormente. Sin embargo, si se examina más de cerca, esta apariencia se transformó en una neblina asquerosa de excusas, por no decir mentiras, presentadas únicamente por razones de conveniencia. Porque el llamado judaísmo de la forma liberal de pensar no rechazaba a los sionistas como no judíos, sino sólo como judíos de una confesión pública poco práctica, tal vez incluso peligrosa, de su judaísmo.



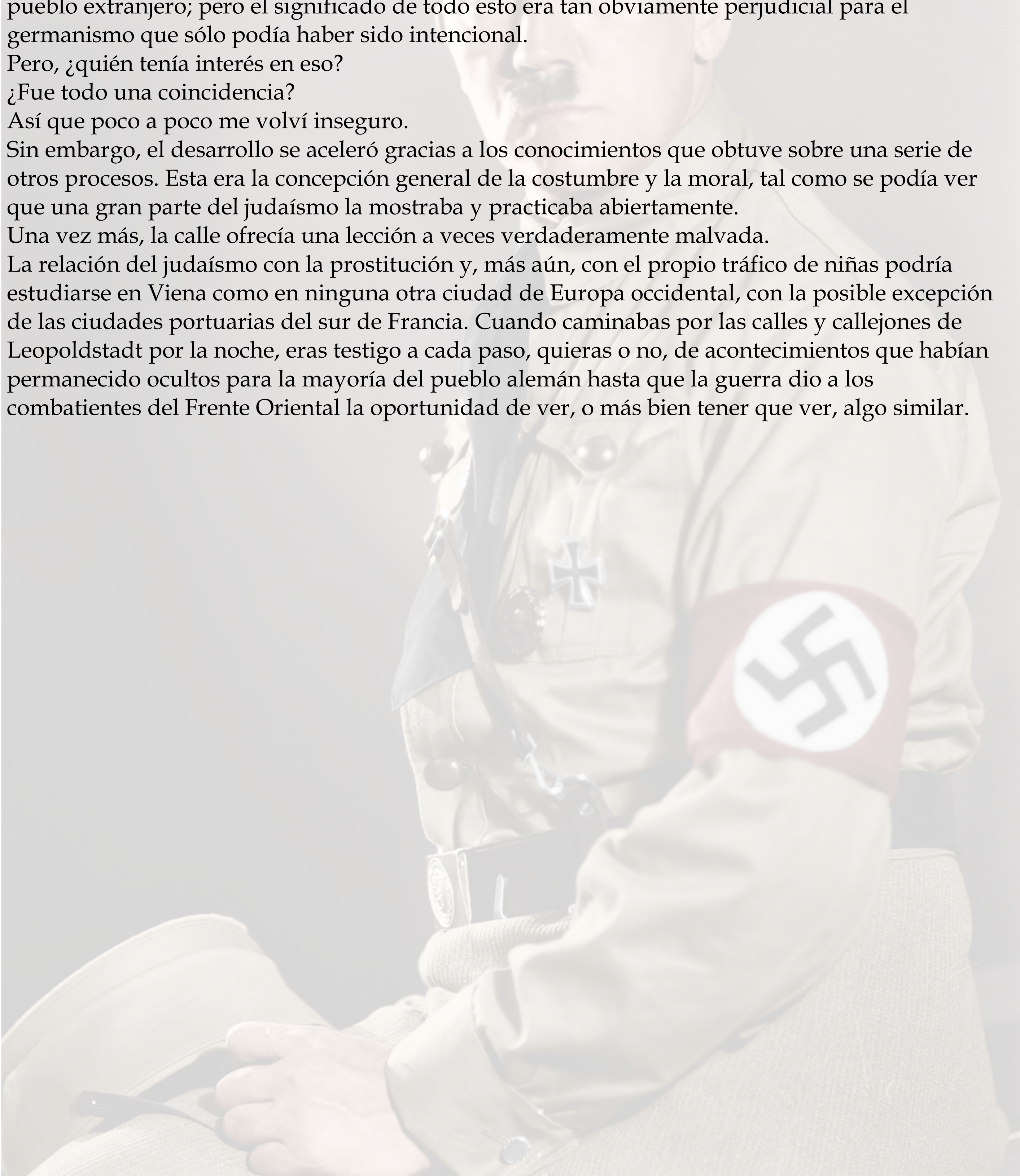
Nada cambió en su unión interior.
Esta aparente lucha entre sionistas y judíos liberales me disgustó en poco tiempo; Al fin y al cabo, era completamente falso y, por lo tanto, mendaz, y por lo tanto no muy adecuado para la altura moral y la pureza de este pueblo, que siempre se mantuvo.
En general, la limpieza moral y de otro tipo de este pueblo era un punto en sí mismo. El hecho de que estos no fueran amantes del agua se podía ver desde su exterior, desafortunadamente muy a menudo incluso con los ojos cerrados. Más tarde, el olor de estos caftán a veces me enfermaba.
Además, estaban las ropas sucias y la apariencia menos que heroica.
Todo esto no podía ser muy atractivo; Pero había que repeler si, además de la limpieza física, se descubrían de repente las manchas morales del pueblo elegido.
Nada me había hecho pensar tanto en poco tiempo como la comprensión que crecía lentamente de la naturaleza de la actividad de los judíos en ciertas áreas.
¿Hubo una inmundicia, una desvergüenza en cualquier forma, especialmente en la vida cultural, en la que al menos un judío no habría participado?
Tan pronto como se cortaba cuidadosamente un tumor de este tipo, se encontraba, como el gusano en el cuerpo putrefacto, a menudo completamente cegado por la luz repentina, a un pequeño judío.
Fue una pesada carga la que recibí el judaísmo a mis ojos cuando conocí sus actividades en la prensa, el arte, la literatura y el teatro. Todas las untuosas seguridades podían ser ahora de poca o ninguna utilidad. Bastaba con mirar una de las vallas publicitarias, estudiar los nombres de los creadores intelectuales de esos horribles brebajes para el cine y el teatro que allí se anunciaban, para que se endurecieran durante mucho tiempo. Eso fue una peste, una pestilencia espiritual, peor que la peste negra de la antigüedad, con la que la gente estaba infectada. ¡Y en qué cantidades se produjo y difundió este veneno! Por supuesto, cuanto más bajo es el nivel intelectual y moral de tal fabricante de arte, más ilimitada es su fertilidad, hasta que tal individuo salpica su inmundicia en la cara de la otra humanidad más como una máquina de tirachinas. Considerad la infinitud de su número; Hay que tener en cuenta que la naturaleza todavía pone fácilmente diez mil de estos tipos en el pelaje del mundo que le rodea, que ahora envenenan a las almas como portadores de gérmenes de la peor especie.

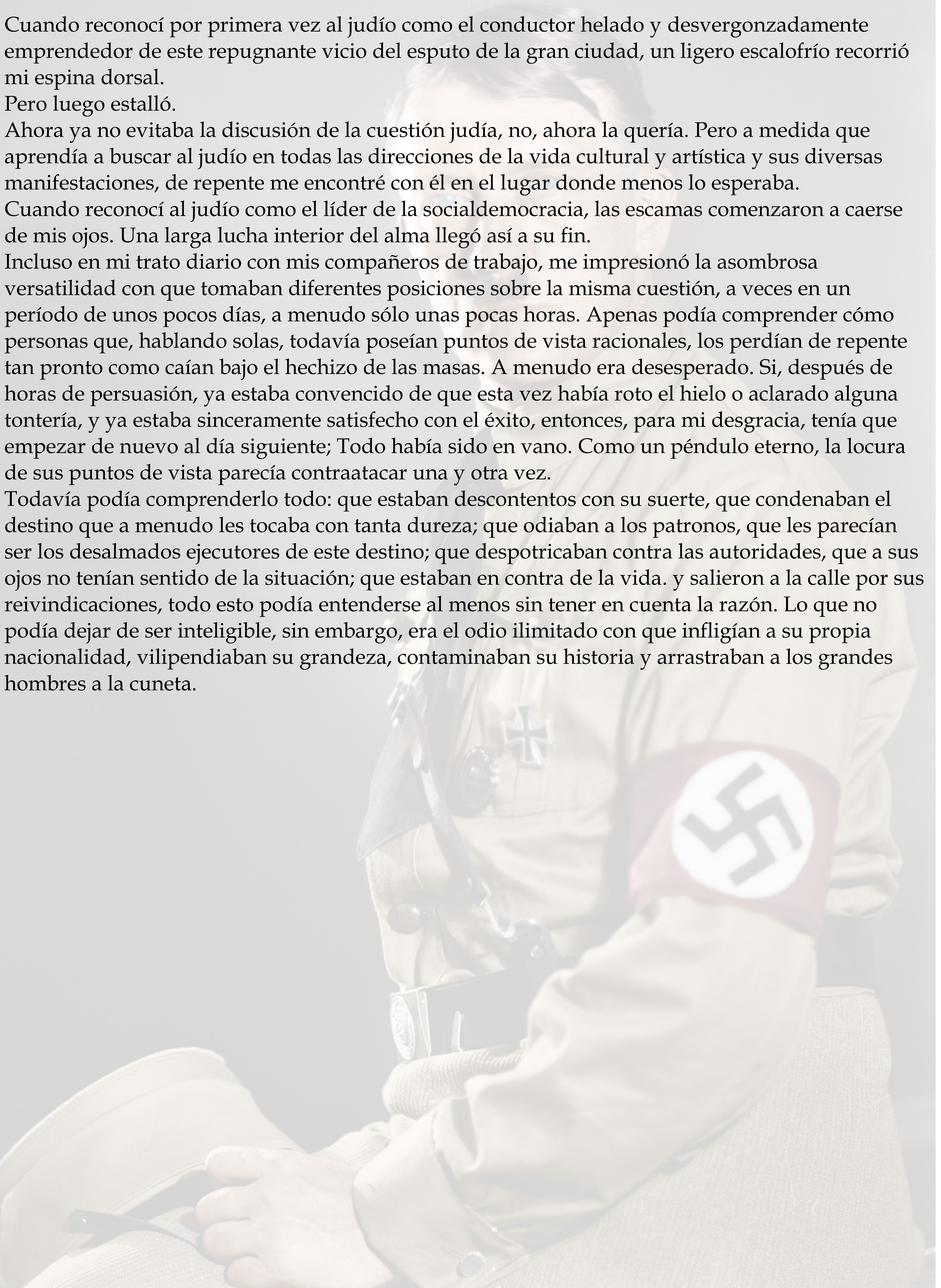
62 Transformación en antisemita

Era horrible, pero no podía pasarse por alto, que el judío parecía haber sido elegido en abundancia por la naturaleza para este vergonzoso destino.
¿Había que buscar en esto su condición de elegido?
En ese momento comencé a examinar cuidadosamente los nombres de todos los productores de estos productos inmundos de la vida artística pública. El resultado fue cada vez más desagradable para mi actitud anterior hacia los judíos. Aunque el sentimiento se resistiera mil veces, el intelecto tenía que sacar sus conclusiones.
No se puede negar el hecho de que las nueve décimas partes de toda la inmundicia literaria, del kitsch artístico y de las tonterías teatrales deben atribuirse a la culpa de un pueblo que representa apenas la centésima parte de todos los habitantes del país; Era así.
También comencé a examinar a mi querida "prensa mundial" desde tales puntos de vista.
Pero cuanto más a fondo aplicaba la sonda aquí, más se encogía el objeto de mi antigua admiración. El estilo se hizo cada vez más intolerable, tuve que rechazar el contenido como interiormente superficial y superficial, la objetividad de la presentación me parecía ahora más una mentira que una verdad honesta; pero los autores eran: judíos.



Mil cosas que apenas había visto antes ahora me parecían notables, mientras que otras que antes me habían dado una pausa para pensar las aprendí a comprender y comprender.
Ahora veía la actitud liberal de esta prensa bajo una luz diferente, su tono noble para responder a los ataques y el silencio de la misma se me revelaba ahora como un truco tan hábil como vil; sus gloriosas críticas teatrales siempre se dirigían al autor judío, y su rechazo nunca recayó en nadie más que en el alemán. Las silenciosas burlas de Guillermo II mostraron el método en la persistencia, así como la recomendación de la cultura y la civilización francesas. El contenido volkitsch de la novela se convirtió ahora en indecencia, y en el lenguaje escuché sonidos de un pueblo extranjero; pero el significado de todo esto era tan obviamente perjudicial para el germanismo que sólo podía haber sido intencional.
Pero, ¿quién tenía interés en eso?
¿Fue todo una coincidencia?
Así que poco a poco me volví inseguro.
Sin embargo, el desarrollo se aceleró gracias a los conocimientos que obtuve sobre una serie de otros procesos. Esta era la concepción general de la costumbre y la moral, tal como se podía ver que una gran parte del judaísmo la mostraba y practicaba abiertamente.
Una vez más, la calle ofrecía una lección a veces verdaderamente malvada.
La relación del judaísmo con la prostitución y, más aún, con el propio tráfico de niñas podría estudiarse en Viena como en ninguna otra ciudad de Europa occidental, con la posible excepción de las ciudades portuarias del sur de Francia. Cuando caminabas por las calles y callejones de Leopoldstadt por la noche, eras testigo a cada paso, quieras o no, de acontecimientos que habían permanecido ocultos para la mayoría del pueblo alemán hasta que la guerra dio a los combatientes del Frente Oriental la oportunidad de ver, o más bien tener que ver, algo similar.





64 El judío como líder de la socialdemocracia

Cuando reconocí por primera vez al judío como el conductor helado y desvergonzadamente emprendedor de este repugnante vicio del esputo de la gran ciudad, un ligero escalofrío recorrió mi espina dorsal.
Pero luego estalló.
Ahora ya no evitaba la discusión de la cuestión judía, no, ahora la quería. Pero a medida que aprendía a buscar al judío en todas las direcciones de la vida cultural y artística y sus diversas manifestaciones, de repente me encontré con él en el lugar donde menos lo esperaba.
Cuando reconocí al judío como el líder de la socialdemocracia, las escamas comenzaron a caerse de mis ojos. Una larga lucha interior del alma llegó así a su fin.
Incluso en mi trato diario con mis compañeros de trabajo, me impresionó la asombrosa versatilidad con que tomaban diferentes posiciones sobre la misma cuestión, a veces en un período de unos pocos días, a menudo sólo unas pocas horas. Apenas podía comprender cómo personas que, hablando solas, todavía poseían puntos de vista racionales, los perdían de repente tan pronto como caían bajo el hechizo de las masas. A menudo era desesperado. Si, después de horas de persuasión, ya estaba convencido de que esta vez había roto el hielo o aclarado alguna tontería, y ya estaba sinceramente satisfecho con el éxito, entonces, para mi desgracia, tenía que empezar de nuevo al día siguiente; Todo había sido en vano. Como un péndulo eterno, la locura de sus puntos de vista parecía contraatacar una y otra vez.
Todavía podía comprenderlo todo: que estaban descontentos con su suerte, que condenaban el destino que a menudo les tocaba con tanta dureza; que odiaban a los patronos, que les parecían ser los desalmados ejecutores de este destino; que despotricaban contra las autoridades, que a sus ojos no tenían sentido de la situación; que estaban en contra de la vida. y salieron a la calle por sus reivindicaciones, todo esto podía entenderse al menos sin tener en cuenta la razón. Lo que no podía dejar de ser inteligible, sin embargo, era el odio ilimitado con que infligían a su propia nacionalidad, vilipendiaban su grandeza, contaminaban su historia y arrastraban a los grandes hombres a la cuneta.

Esta lucha contra la propia especie, contra el propio nido, contra la propia patria era tan insensata como incomprensible. Era natural.
Podían curarse de este vicio temporalmente, pero sólo durante días, semanas a lo sumo. Pero si te encontrabas con el supuesto converso más tarde, entonces él se había convertido en el viejo de nuevo.
La naturaleza lo tenía de nuevo en su poder.

*

Poco a poco aprendí que la prensa socialdemócrata estaba dirigida predominantemente por judíos; pero no atribuí ninguna importancia particular a esta circunstancia, ya que las condiciones eran exactamente las mismas con los otros periódicos. Sólo una cosa era tal vez sorprendente: no había un solo periódico en el que hubiera judíos que pudiera haber sido abordado como realmente nacional, como lo había sido en la línea de mi educación y concepción.
Puesto que ahora me superaba a mí mismo y trataba de leer este tipo de productos de prensa marxista, pero la aversión crecía hasta el infinito en la misma medida, ahora trataba de conocer más de cerca a los fabricantes de estas villanías combinadas.
Eran, empezando por el editor, todos judíos.
Tomé los panfletos socialdemócratas que de alguna manera estaban disponibles para mí y busqué los nombres de sus autores: judíos. Recordé los nombres de casi todos los líderes; la mayoría de ellos eran también miembros del "pueblo elegido", ya fueran los representantes en el Reichsrat o los secretarios de los sindicatos, los presidentes de las organizaciones o los agitadores de las calles.



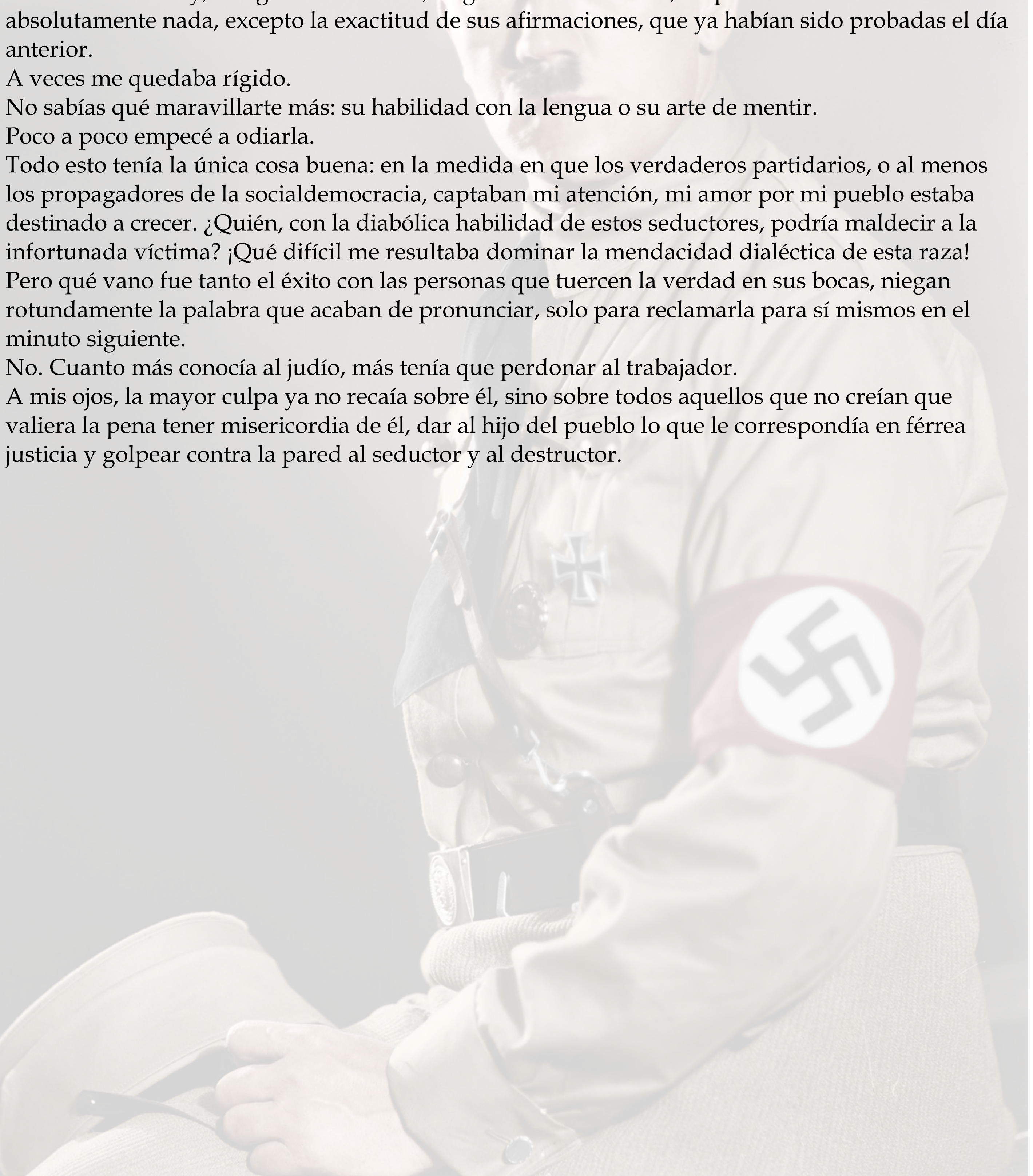
66 Dialéctica judía

El resultado era siempre la misma imagen espeluznante. Los nombres de Austerlitz, David, Águila, Codo, etc., permanecerán en mi memoria para siempre. Una cosa me había quedado clara: el partido, con cuyos pequeños representantes había tenido que librar la lucha más encarnizada durante meses, estaba en su dirección casi exclusivamente en manos de un pueblo extranjero; porque el judío no era alemán, ya lo sabía con certeza para mi feliz satisfacción interior.
Pero sólo ahora llegué a conocer por completo al seductor de nuestro pueblo.
Un año de mi estancia en Viena ya había bastado para convencerme de que ningún obrero podía ser tan testarudo que no sucumbiera a un mejor conocimiento y a una mejor explicación. Poco a poco me había convertido en un conocedor de su propia doctrina y la había utilizado como arma en la lucha por mi convicción interior.
El éxito casi siempre estuvo de mi lado.
La gran masa podría salvarse, aunque sólo fuera después de los más pesados sacrificios de tiempo y paciencia.
Pero un judío nunca podría ser liberado de sus puntos de vista.
En aquella época yo era todavía lo bastante infantil como para querer explicarles la locura de su doctrina, hablaba con la lengua dolorida y la garganta ronca en mi pequeño círculo, y pensaba que debía conseguir convencerlos de la naturaleza perniciosa de su locura marxista; pero luego solo logré lo contrario. Parecía como si la creciente comprensión del efecto devastador de las teorías socialdemócratas y su realización no sirvieran más que para fortalecer su determinación.
Cuanto más discutía con ellos, más conocía su dialéctica. Al principio se dieron cuenta de la estupidez de su oponente, y luego, cuando no hubo salida, simplemente se hicieron los tontos. Si todo esto no servía de nada, no entendían bien o saltaban, se colocaban.



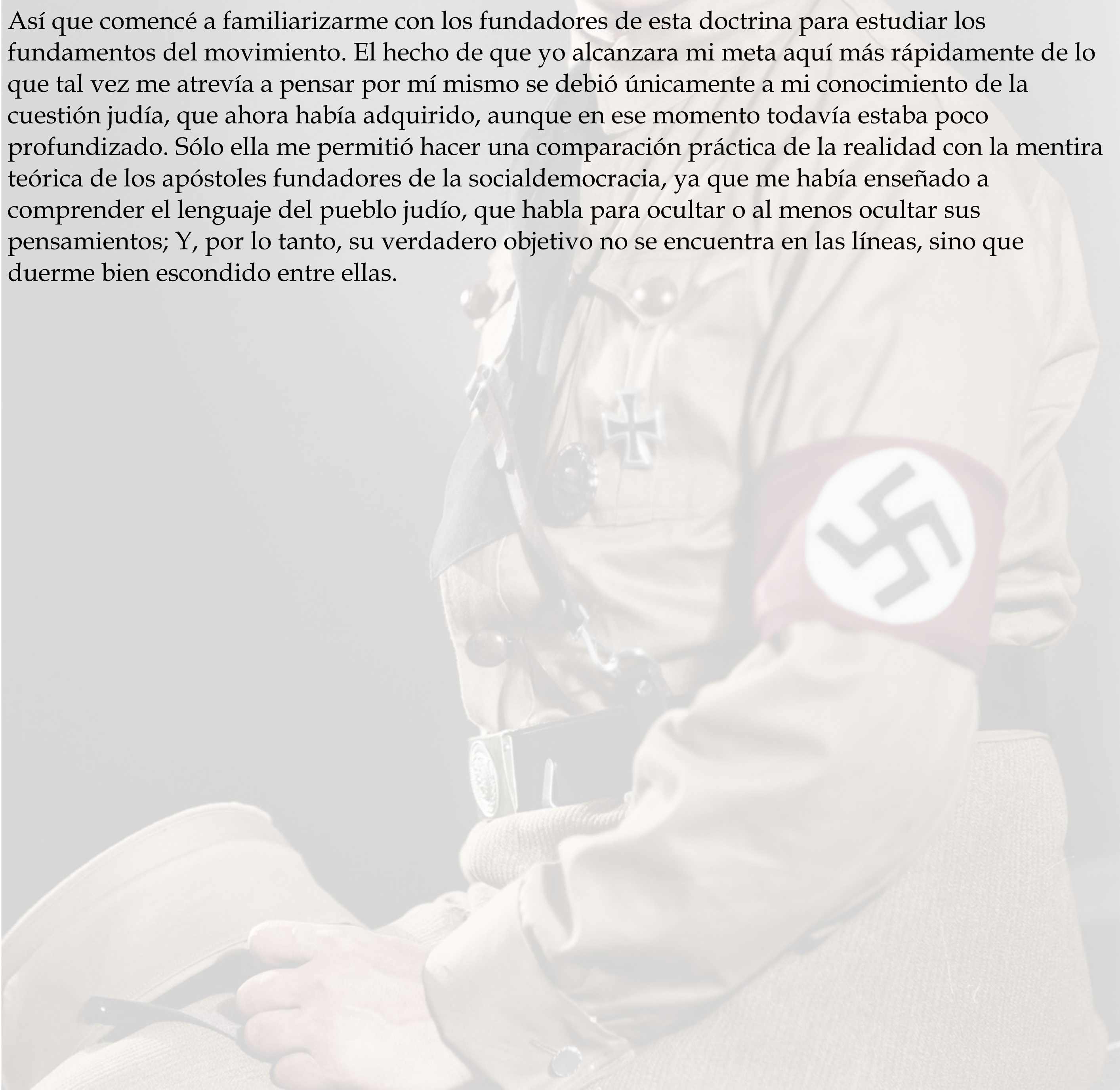
Dialéctica judía 67

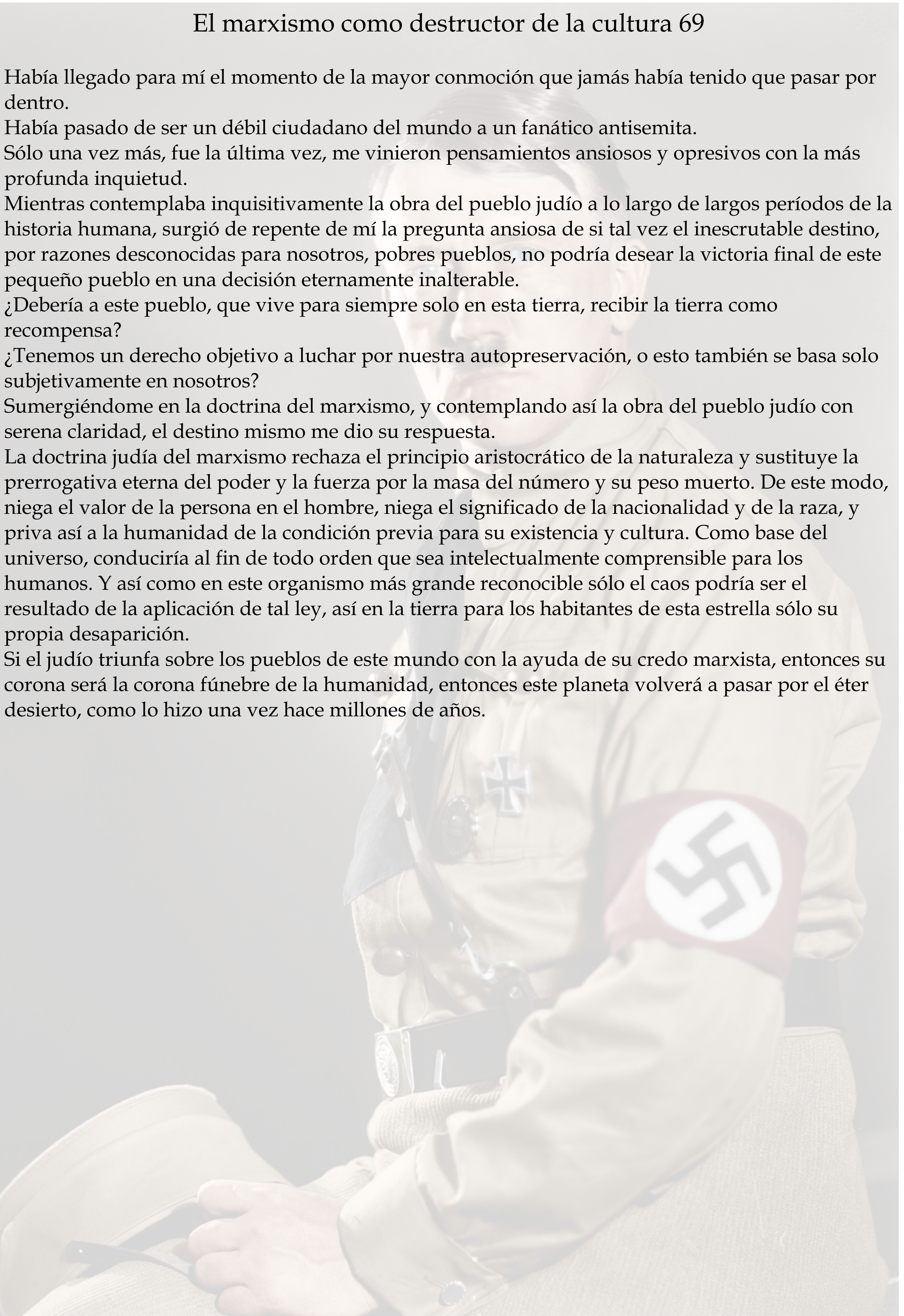
Inmediatamente transferidos a otro campo, trajeron ahora hechos evidentes por sí mismos, cuya suposición, sin embargo, se relacionaban inmediatamente con sustancias esencialmente diferentes, sólo para evadir ahora, tocar de nuevo, y no saber nada exactamente. Dondequiera que se atacaba a un apóstol así, la mano encerraba la baba de medusa; Se escurría entre los dedos, solo para volver a unir fuerzas en el momento siguiente. Pero si uno realmente le ganaba a uno de manera tan devastadora que, observado por los que lo rodeaban, ya no podía dejar de estar de acuerdo, y si uno creía que había dado al menos un paso adelante, el asombro era grande al día siguiente. El judío ya no sabía lo más mínimo del ayer, continuaba diciendo sus viejas tonterías como si nada hubiera sucedido y, indignado ante ellas, fingía estar asombrado, no podía recordar absolutamente nada, excepto la exactitud de sus afirmaciones, que ya habían sido probadas el día anterior.
A veces me quedaba rígido.
No sabías qué maravillarte más: su habilidad con la lengua o su arte de mentir.
Poco a poco empecé a odiarla.
Todo esto tenía la única cosa buena: en la medida en que los verdaderos partidarios, o al menos los propagadores de la socialdemocracia, captaban mi atención, mi amor por mi pueblo estaba destinado a crecer. ¿Quién, con la diabólica habilidad de estos seductores, podría maldecir a la infortunada víctima? ¡Qué difícil me resultaba dominar la mendacidad dialéctica de esta raza! Pero qué vano fue tanto el éxito con las personas que tuercen la verdad en sus bocas, niegan rotundamente la palabra que acaban de pronunciar, solo para reclamarla para sí mismos en el minuto siguiente.
No. Cuanto más conocía al judío, más tenía que perdonar al trabajador.
A mis ojos, la mayor culpa ya no recaía sobre él, sino sobre todos aquellos que no creían que valiera la pena tener misericordia de él, dar al hijo del pueblo lo que le correspondía en férrea justicia y golpear contra la pared al seductor y al destructor.



68 Estudio de los fundamentos del marxismo

Estimulado por la experiencia de la vida cotidiana, comencé a rastrear yo mismo las fuentes de la doctrina marxista. Su trabajo se me había aclarado en detalle, el éxito del mismo se me hacía evidente diariamente ante mi atenta mirada, y era capaz de imaginar las consecuencias con un poco de imaginación. La única cuestión era si los fundadores tenían en mente el resultado de su creación, ya visto en su forma final, o si ellos mismos se convirtieron en víctimas del error.
En mi opinión, ambas cosas eran posibles.
En el primer caso, era deber de toda persona pensante ponerse al frente del desafortunado movimiento, a fin de evitar tal vez el extremo, pero en el otro caso, los antiguos autores de esta enfermedad de las naciones deben haber sido verdaderos demonios; Porque sólo en el cerebro de un monstruo —no en el de un ser humano— podía entonces tomar forma significativa el plan de una organización, cuya actividad debía conducir como resultado final al colapso de la cultura humana y, por tanto, a la desolación del mundo.
En este caso, el último recurso era la lucha, la lucha con todas las armas que el espíritu, el intelecto y la voluntad humanos pueden agarrar, sin importar a quién el destino le baje su bendición a la balanza.
Así que comencé a familiarizarme con los fundadores de esta doctrina para estudiar los fundamentos del movimiento. El hecho de que yo alcanzara mi meta aquí más rápidamente de lo que tal vez me atrevía a pensar por mí mismo se debió únicamente a mi conocimiento de la cuestión judía, que ahora había adquirido, aunque en ese momento todavía estaba poco profundizado. Sólo ella me permitió hacer una comparación práctica de la realidad con la mentira teórica de los apóstoles fundadores de la socialdemocracia, ya que me había enseñado a comprender el lenguaje del pueblo judío, que habla para ocultar o al menos ocultar sus pensamientos; Y, por lo tanto, su verdadero objetivo no se encuentra en las líneas, sino que duerme bien escondido entre ellas.





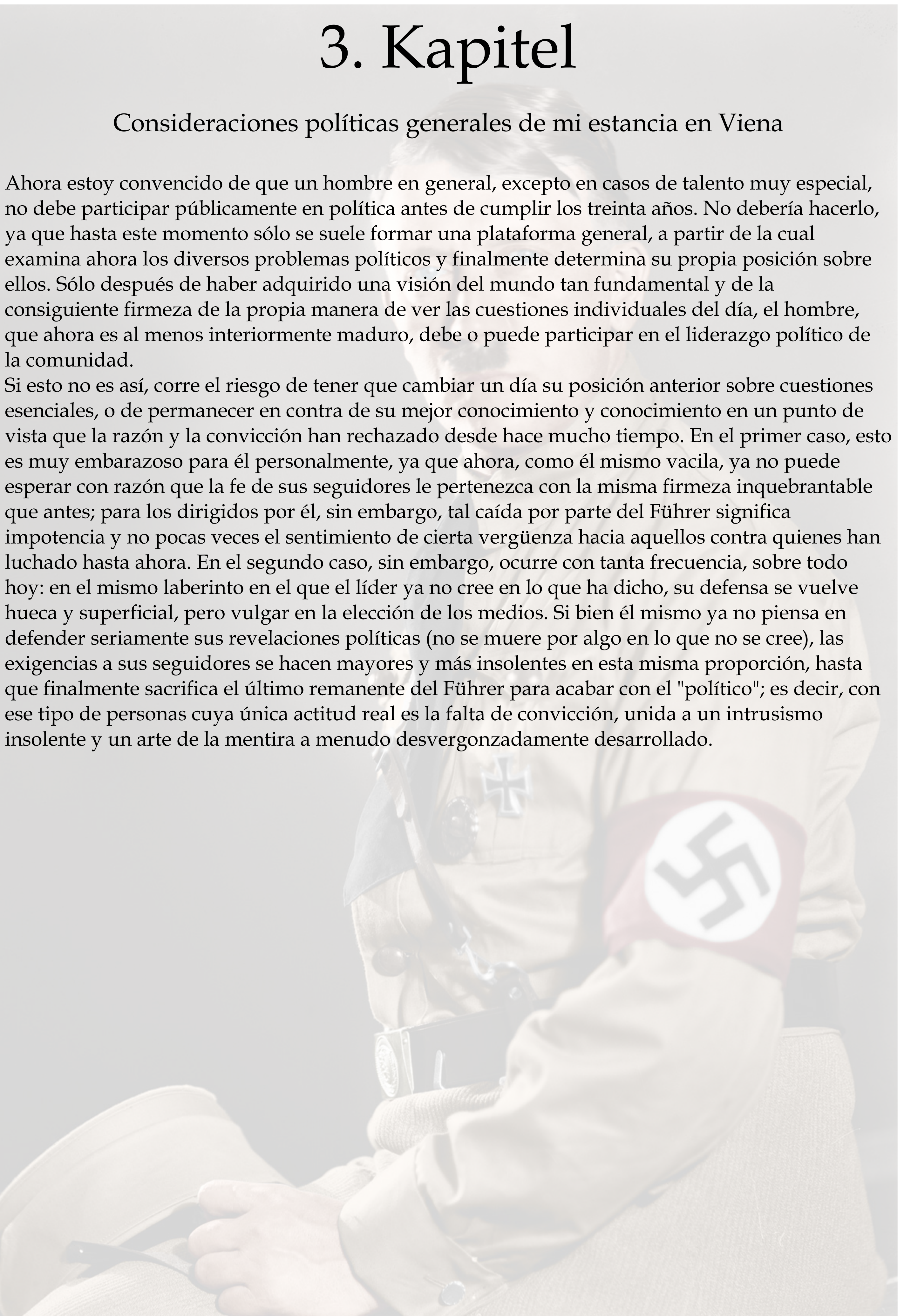
El marxismo como destructor de la cultura 69

Había llegado para mí el momento de la mayor conmoción que jamás había tenido que pasar por dentro.
Había pasado de ser un débil ciudadano del mundo a un fanático antisemita.
Sólo una vez más, fue la última vez, me vinieron pensamientos ansiosos y opresivos con la más profunda inquietud.
Mientras contemplaba inquisitivamente la obra del pueblo judío a lo largo de largos períodos de la historia humana, surgió de repente de mí la pregunta ansiosa de si tal vez el inescrutable destino, por razones desconocidas para nosotros, pobres pueblos, no podría desear la victoria final de este pequeño pueblo en una decisión eternamente inalterable.
¿Debería a este pueblo, que vive para siempre solo en esta tierra, recibir la tierra como recompensa?
¿Tenemos un derecho objetivo a luchar por nuestra autopreservación, o esto también se basa solo subjetivamente en nosotros?
Sumergiéndome en la doctrina del marxismo, y contemplando así la obra del pueblo judío con serena claridad, el destino mismo me dio su respuesta.
La doctrina judía del marxismo rechaza el principio aristocrático de la naturaleza y sustituye la prerrogativa eterna del poder y la fuerza por la masa del número y su peso muerto. De este modo, niega el valor de la persona en el hombre, niega el significado de la nacionalidad y de la raza, y priva así a la humanidad de la condición previa para su existencia y cultura. Como base del universo, conduciría al fin de todo orden que sea intelectualmente comprensible para los humanos. Y así como en este organismo más grande reconocible sólo el caos podría ser el resultado de la aplicación de tal ley, así en la tierra para los habitantes de esta estrella sólo su propia desaparición.
Si el judío triunfa sobre los pueblos de este mundo con la ayuda de su credo marxista, entonces su corona será la corona fúnebre de la humanidad, entonces este planeta volverá a pasar por el éter desierto, como lo hizo una vez hace millones de años.

70 El marxismo como destructor de la cultura

La naturaleza eterna venga implacablemente la transgresión de sus mandamientos.
Así que hoy creo que estoy actuando en el espíritu del Creador todopoderoso: si me defiendo contra el judío, lucho por la obra del Señor.



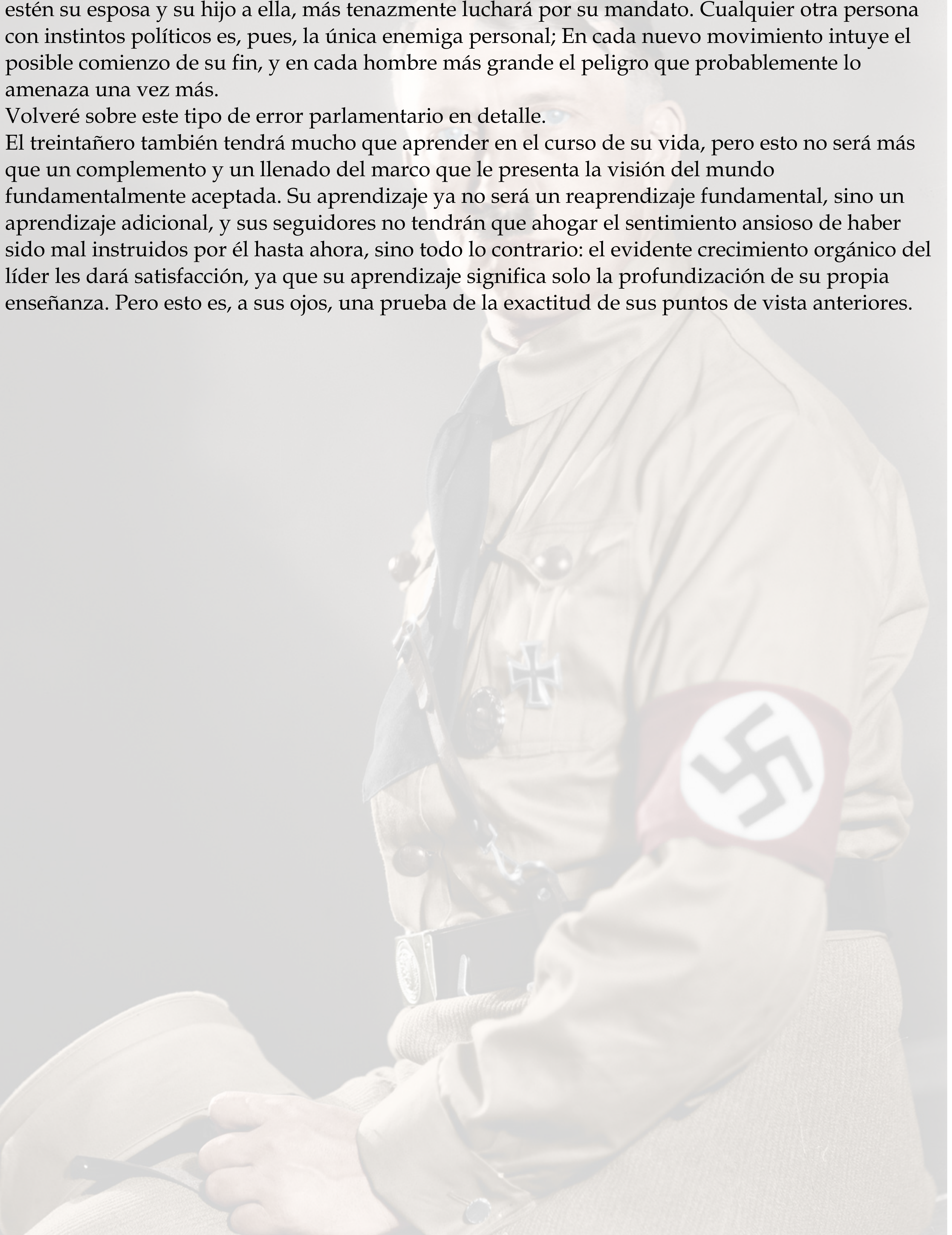


3. Kapitel

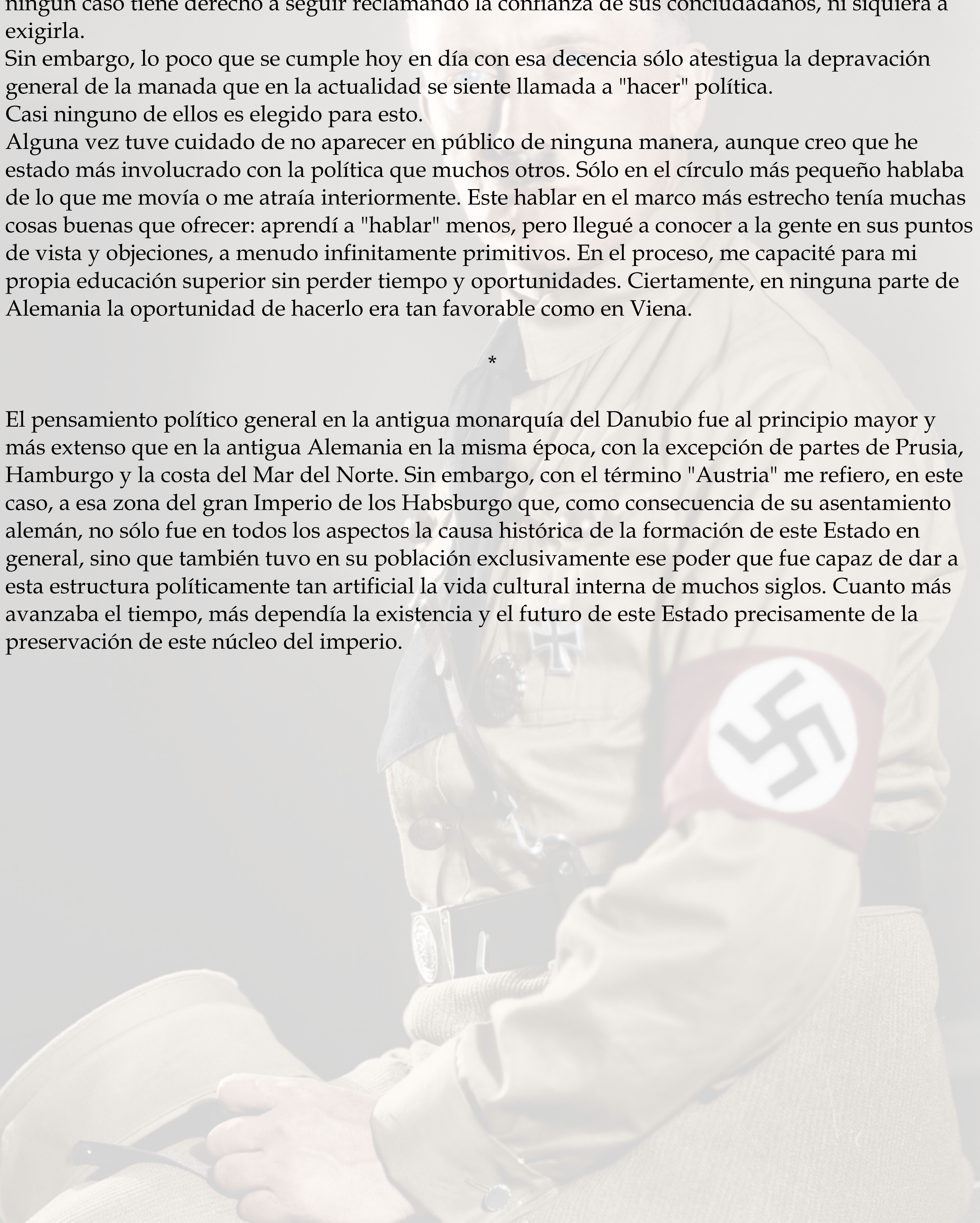
Consideraciones políticas generales de mi estancia en Viena

Ahora estoy convencido de que un hombre en general, excepto en casos de talento muy especial, no debe participar públicamente en política antes de cumplir los treinta años. No debería hacerlo, ya que hasta este momento sólo se suele formar una plataforma general, a partir de la cual examina ahora los diversos problemas políticos y finalmente determina su propia posición sobre ellos. Sólo después de haber adquirido una visión del mundo tan fundamental y de la consiguiente firmeza de la propia manera de ver las cuestiones individuales del día, el hombre, que ahora es al menos interiormente maduro, debe o puede participar en el liderazgo político de la comunidad.
Si esto no es así, corre el riesgo de tener que cambiar un día su posición anterior sobre cuestiones esenciales, o de permanecer en contra de su mejor conocimiento y conocimiento en un punto de vista que la razón y la convicción han rechazado desde hace mucho tiempo. En el primer caso, esto es muy embarazoso para él personalmente, ya que ahora, como él mismo vacila, ya no puede esperar con razón que la fe de sus seguidores le pertenezca con la misma firmeza inquebrantable que antes; para los dirigidos por él, sin embargo, tal caída por parte del Führer significa impotencia y no pocas veces el sentimiento de cierta vergüenza hacia aquellos contra quienes han luchado hasta ahora. En el segundo caso, sin embargo, ocurre con tanta frecuencia, sobre todo hoy: en el mismo laberinto en el que el líder ya no cree en lo que ha dicho, su defensa se vuelve hueca y superficial, pero vulgar en la elección de los medios. Si bien él mismo ya no piensa en defender seriamente sus revelaciones políticas (no se muere por algo en lo que no se cree), las exigencias a sus seguidores se hacen mayores y más insolentes en esta misma proporción, hasta que finalmente sacrifica el último remanente del Führer para acabar con el "político"; es decir, con ese tipo de personas cuya única actitud real es la falta de convicción, unida a un intrusismo insolente y un arte de la mentira a menudo desvergonzadamente desarrollado.

72 El político



Si, para desgracia de la humanidad decente, un individuo así llega a un parlamento, uno debe saber desde el principio que la esencia de la política para él consiste sólo en la lucha heroica por la posesión permanente de esta botella de leche de su vida y de su familia. Cuanto más apegados estén su esposa y su hijo a ella, más tenazmente luchará por su mandato. Cualquier otra persona con instintos políticos es, pues, la única enemiga personal; En cada nuevo movimiento intuye el posible comienzo de su fin, y en cada hombre más grande el peligro que probablemente lo amenaza una vez más.
Volveré sobre este tipo de error parlamentario en detalle.
El treintañero también tendrá mucho que aprender en el curso de su vida, pero esto no será más que un complemento y un llenado del marco que le presenta la visión del mundo fundamentalmente aceptada. Su aprendizaje ya no será un reaprendizaje fundamental, sino un aprendizaje adicional, y sus seguidores no tendrán que ahogar el sentimiento ansioso de haber sido mal instruidos por él hasta ahora, sino todo lo contrario: el evidente crecimiento orgánico del líder les dará satisfacción, ya que su aprendizaje significa solo la profundización de su propia enseñanza. Pero esto es, a sus ojos, una prueba de la exactitud de sus puntos de vista anteriores.



Un líder que tiene que abandonar la plataforma de su visión general del mundo porque ha sido reconocida como errónea, actúa con decencia sólo si está preparado para sacar la conclusión final en el reconocimiento de su visión hasta ahora errónea. En tal caso, debe al menos renunciar al ejercicio público de la actividad política ulterior. Porque como ya ha caído en el error una vez en el conocimiento fundamental, también se le da la posibilidad por segunda vez. Sin embargo, en ningún caso tiene derecho a seguir reclamando la confianza de sus conciudadanos, ni siquiera a exigirla.
Sin embargo, lo poco que se cumple hoy en día con esa decencia sólo atestigua la depravación general de la manada que en la actualidad se siente llamada a "hacer" política.
Casi ninguno de ellos es elegido para esto.
Alguna vez tuve cuidado de no aparecer en público de ninguna manera, aunque creo que he estado más involucrado con la política que muchos otros. Sólo en el círculo más pequeño hablaba de lo que me movía o me atraía interiormente. Este hablar en el marco más estrecho tenía muchas cosas buenas que ofrecer: aprendí a "hablar" menos, pero llegué a conocer a la gente en sus puntos de vista y objeciones, a menudo infinitamente primitivos. En el proceso, me capacité para mi propia educación superior sin perder tiempo y oportunidades. Ciertamente, en ninguna parte de Alemania la oportunidad de hacerlo era tan favorable como en Viena.

*

El pensamiento político general en la antigua monarquía del Danubio fue al principio mayor y más extenso que en la antigua Alemania en la misma época, con la excepción de partes de Prusia, Hamburgo y la costa del Mar del Norte. Sin embargo, con el término "Austria" me refiero, en este caso, a esa zona del gran Imperio de los Habsburgo que, como consecuencia de su asentamiento alemán, no sólo fue en todos los aspectos la causa histórica de la formación de este Estado en general, sino que también tuvo en su población exclusivamente ese poder que fue capaz de dar a esta estructura políticamente tan artificial la vida cultural interna de muchos siglos. Cuanto más avanzaba el tiempo, más dependía la existencia y el futuro de este Estado precisamente de la preservación de este núcleo del imperio.

74 El último repunte de Viena

Si las viejas tierras hereditarias eran el corazón del imperio, que una y otra vez introducía sangre fresca en el ciclo de la vida estatal y cultural, entonces Viena era cerebro y voluntad al mismo tiempo.

Incluso en su aspecto exterior, a esta ciudad se le podría atribuir el poder de ser entronizada como reina unificadora en tal conglomerado de pueblos, con el fin de hacer olvidar los malos signos de envejecimiento del conjunto a través del esplendor de su propia belleza.

Por muy violentamente que el Reich temblara en su interior bajo las luchas sangrientas de las nacionalidades individuales, los países extranjeros, y especialmente Alemania, no veían más que la imagen amable de esta ciudad. El engaño fue aún mayor porque Viena parecía estar tomando quizás el último y más grande repunte visible en este momento. Bajo el reinado de un alcalde verdaderamente ingenioso, la venerable residencia de los emperadores del antiguo imperio despertó una vez más a una vida joven milagrosa. El último gran alemán nacido de sus filas por los colonos de Ostmark no era oficialmente uno de los llamados "estadistas"; pero al evocar un logro inaudito tras otro como alcalde de la "capital imperial y ciudad de residencia" de Viena, este Dr. Lueger fortaleció el corazón de todo el imperio y, de esta manera indirecta, se convirtió en un estadista más grande de lo que los llamados "diplomáticos" eran todos juntos en ese momento.

Si la estructura nacional llamada "Austria" finalmente pereció, entonces esto no habla en absoluto en contra de la capacidad política de los alemanes en el antiguo Ostmark, sino que fue el resultado inevitable de la imposibilidad de poder mantener un estado de cincuenta millones de personas de diferentes naciones con diez millones de habitantes, a menos que se dieran condiciones completamente definidas a tiempo.

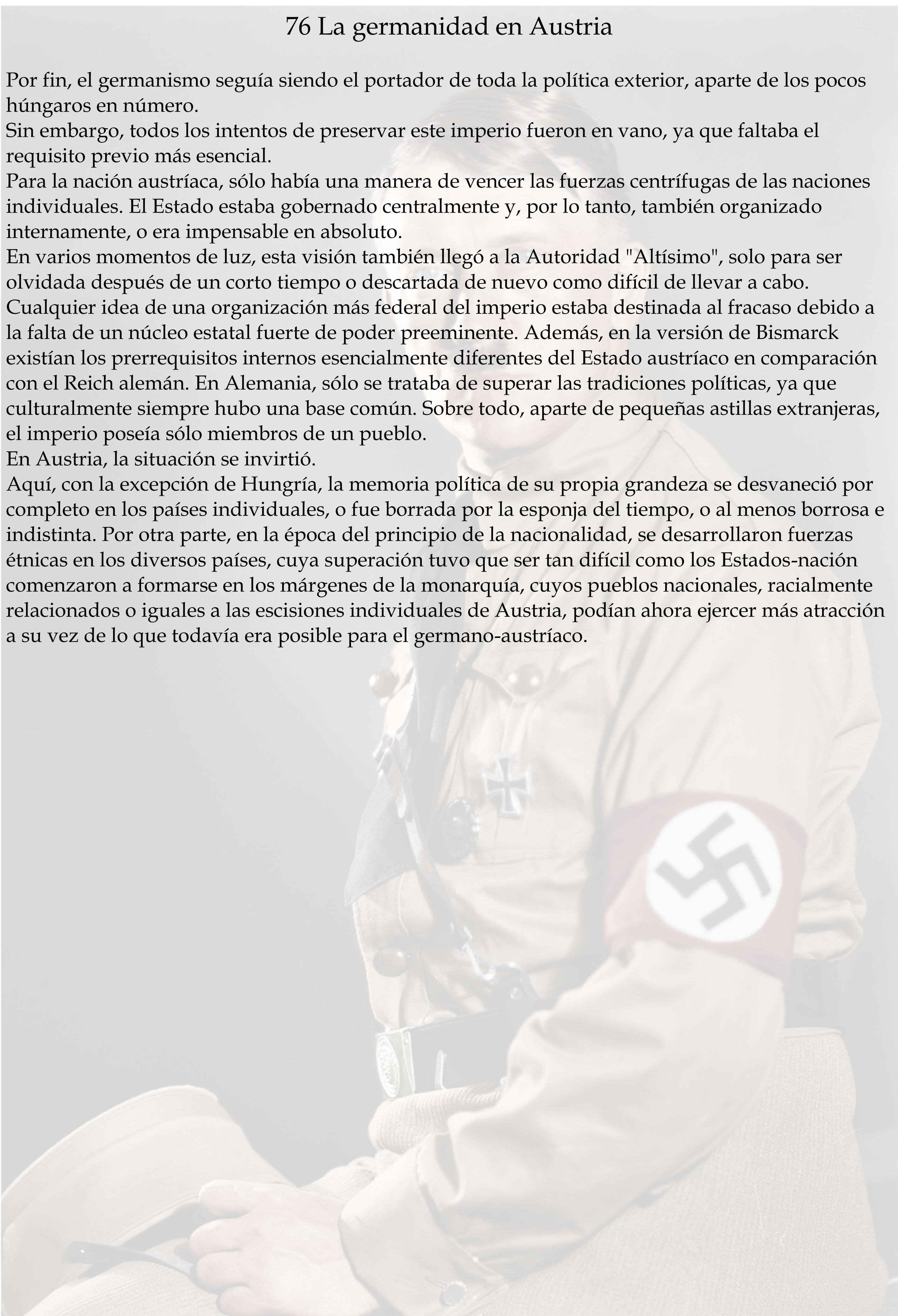
El germano-austríaco pensaba más que en grande.



La germanidad en Austria 75

Siempre estuvo acostumbrado a vivir en el marco de un gran imperio y nunca había perdido el sentido de las tareas que implicaba. Era el único en este estado que veía la frontera imperial más allá de las fronteras de la tierra de la corona más estrecha; de hecho, cuando el destino lo separó finalmente de la patria común, todavía trató de dominar la enorme tarea y preservar para el germanismo lo que sus padres habían arrebatado una vez a Oriente en luchas interminables. También hay que recordar que esto sólo puede hacerse con fuerzas compartidas; porque los corazones y los recuerdos de los mejores nunca dejaron de sentir por la patria común, y solo quedó un resto de su patria.
Incluso el rango general de visión del germano-austríaco era relativamente amplio. Sus relaciones económicas a menudo abarcaban casi todo el imperio multifacético. Casi todas las empresas realmente grandes estaban en sus manos, y el personal dirigente de técnicos y funcionarios era en su mayor parte proporcionado por él. Pero también era el portador del comercio exterior, en la medida en que el judaísmo no había puesto su mano en su propio dominio. Políticamente, era el único que aún mantenía unido al Estado. Incluso su servicio en el ejército lo arrojó mucho más allá de las estrechas fronteras de su tierra natal. El recluta germano-austríaco puede haberse alistado en un regimiento alemán, pero el regimiento en sí podría estar tanto en Herzegovina como en Viena o Galitzia. El cuerpo de oficiales seguía siendo alemán, predominaba la alta administración pública. El alemán, sin embargo, era finalmente arte y ciencia. Aparte de la cursilería del reciente desarrollo del arte, cuya producción, sin embargo, también debería ser posible para un pueblo negro sin más preámbulos, el propietario y también difusor del verdadero sentimiento artístico era sólo el alemán. En la música, la arquitectura, la escultura y la pintura, Viena fue la fuente que abasteció a toda la Monarquía Dual en una abundancia inagotable, sin secarse nunca visiblemente.





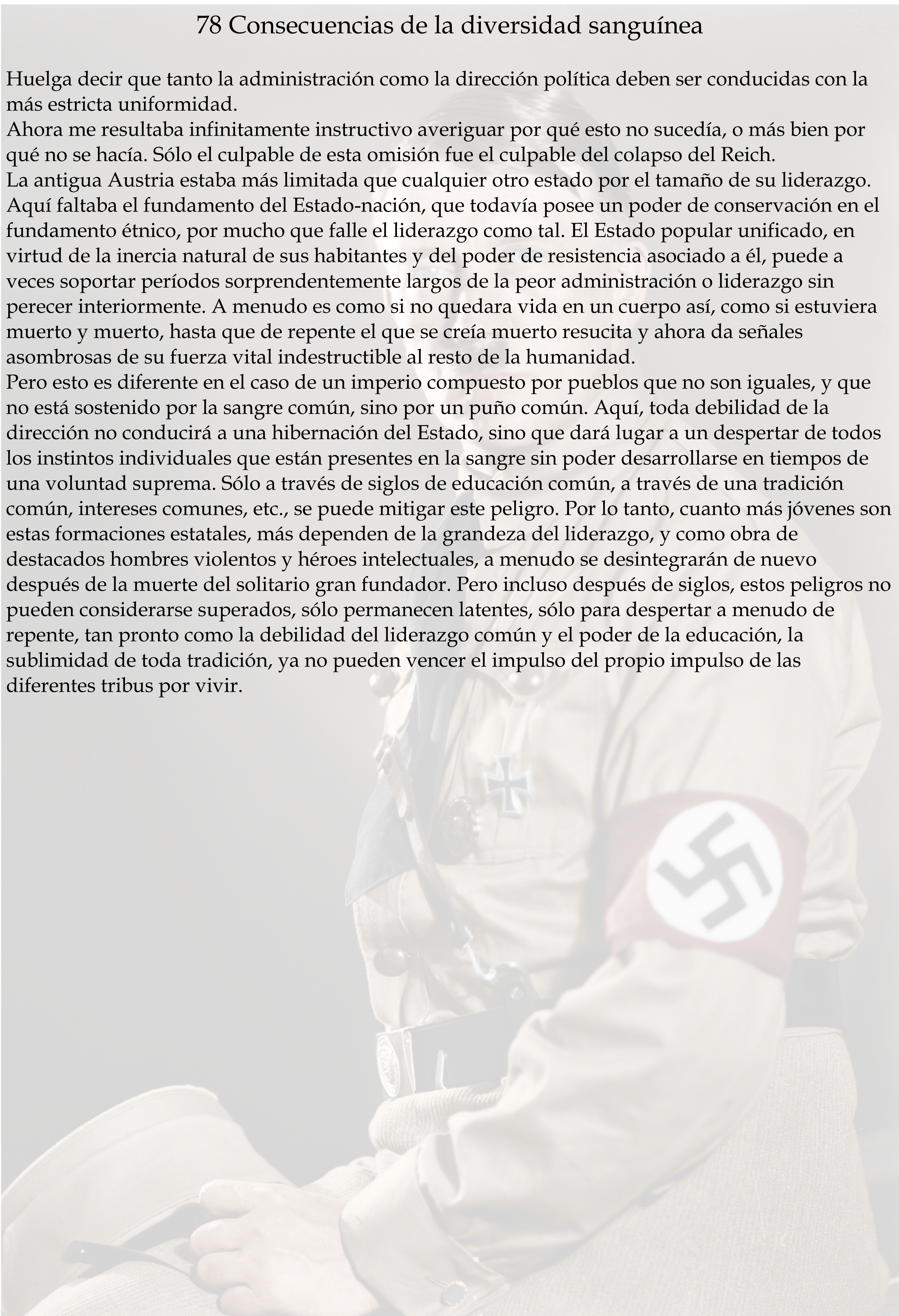
76 La germanidad en Austria

Por fin, el germanismo seguía siendo el portador de toda la política exterior, aparte de los pocos húngaros en número.
Sin embargo, todos los intentos de preservar este imperio fueron en vano, ya que faltaba el requisito previo más esencial.
Para la nación austríaca, sólo había una manera de vencer las fuerzas centrífugas de las naciones individuales. El Estado estaba gobernado centralmente y, por lo tanto, también organizado internamente, o era impensable en absoluto.
En varios momentos de luz, esta visión también llegó a la Autoridad "Altísimo", solo para ser olvidada después de un corto tiempo o descartada de nuevo como difícil de llevar a cabo.
Cualquier idea de una organización más federal del imperio estaba destinada al fracaso debido a la falta de un núcleo estatal fuerte de poder preeminente. Además, en la versión de Bismarck existían los prerrequisitos internos esencialmente diferentes del Estado austríaco en comparación con el Reich alemán. En Alemania, sólo se trataba de superar las tradiciones políticas, ya que culturalmente siempre hubo una base común. Sobre todo, aparte de pequeñas astillas extranjeras, el imperio poseía sólo miembros de un pueblo.
En Austria, la situación se invirtió.
Aquí, con la excepción de Hungría, la memoria política de su propia grandeza se desvaneció por completo en los países individuales, o fue borrada por la esponja del tiempo, o al menos borrosa e indistinta. Por otra parte, en la época del principio de la nacionalidad, se desarrollaron fuerzas étnicas en los diversos países, cuya superación tuvo que ser tan difícil como los Estados-nación comenzaron a formarse en los márgenes de la monarquía, cuyos pueblos nacionales, racialmente relacionados o iguales a las escisiones individuales de Austria, podían ahora ejercer más atracción a su vez de lo que todavía era posible para el germano-austríaco.

Fuerzas centrífugas de los pueblos de Austria 77

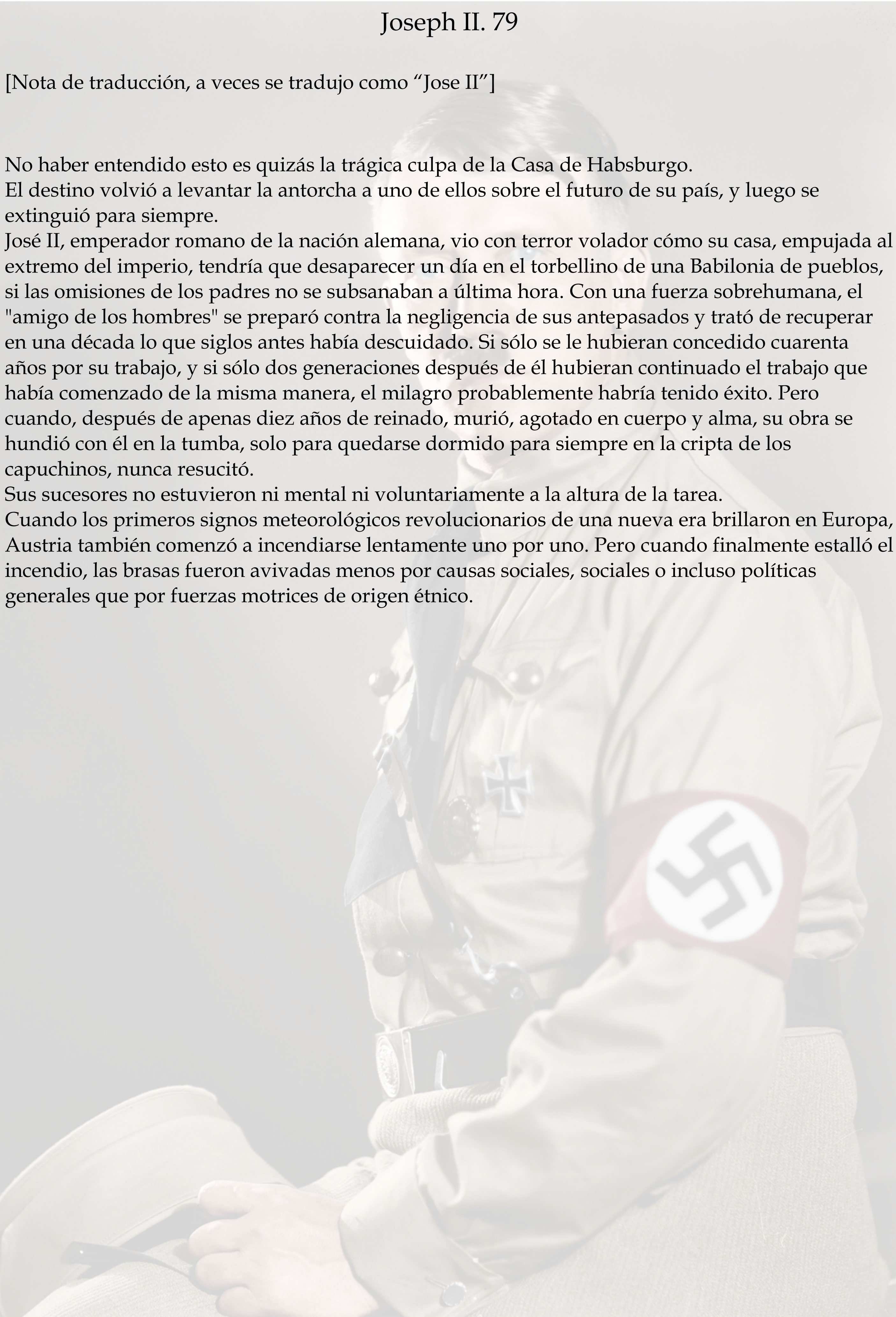
Ni siquiera Viena pudo sobrevivir a esta lucha a largo plazo.
Con el desarrollo de Budapest hasta convertirse en una gran ciudad, había recibido por primera vez un rival, cuya cuestión ya no era la síntesis de toda la monarquía, sino más bien el fortalecimiento de una parte de ella. En poco tiempo, Praga seguiría su ejemplo, luego Leópolis, Liubliana, etc. Con el ascenso de estas antiguas ciudades provinciales a las capitales nacionales de los países individuales, se formaron centros para una vida cultural cada vez más independiente de estos países. Sólo así, sin embargo, los instintos político-nacionalistas recibieron su exploración y profundización espiritual. Debió de acercarse el momento en que estas fuerzas motrices de los pueblos individuales se hicieron más poderosas que la fuerza de los intereses comunes, y entonces todo terminó con Austria.
Este desarrollo ha sido muy evidente desde la muerte de José II. Su velocidad dependía de una serie de factores, algunos de los cuales se encontraban dentro de la propia monarquía, pero otros eran el resultado de la respectiva posición de política exterior del imperio.
Si uno quisiera emprender seriamente y luchar por la preservación de este Estado, entonces sólo una centralización que fuera tan despiadada como persistente podría conducir a la meta. Pero entonces era necesario subrayar la unión puramente formal, especialmente a través del principio de establecer una lengua estatal uniforme, pero había que dotar a la administración de los medios técnicos sin los cuales no podía existir un Estado unificado. Del mismo modo, sólo entonces se podría cultivar una actitud estatal uniforme a largo plazo a través de la escuela y la enseñanza. Esto no podría lograrse en diez o veinte años, pero aquí había que contar con siglos, así como en todas las cuestiones colonizadoras la perseverancia es de mayor importancia que la energía del momento.





78 Consecuencias de la diversidad sanguínea

Huelga decir que tanto la administración como la dirección política deben ser conducidas con la más estricta uniformidad.
Ahora me resultaba infinitamente instructivo averiguar por qué esto no sucedía, o más bien por qué no se hacía. Sólo el culpable de esta omisión fue el culpable del colapso del Reich.
La antigua Austria estaba más limitada que cualquier otro estado por el tamaño de su liderazgo. Aquí faltaba el fundamento del Estado-nación, que todavía posee un poder de conservación en el fundamento étnico, por mucho que falle el liderazgo como tal. El Estado popular unificado, en virtud de la inercia natural de sus habitantes y del poder de resistencia asociado a él, puede a veces soportar períodos sorprendentemente largos de la peor administración o liderazgo sin perecer interiormente. A menudo es como si no quedara vida en un cuerpo así, como si estuviera muerto y muerto, hasta que de repente el que se creía muerto resucita y ahora da señales asombrosas de su fuerza vital indestructible al resto de la humanidad.
Pero esto es diferente en el caso de un imperio compuesto por pueblos que no son iguales, y que no está sostenido por la sangre común, sino por un puño común. Aquí, toda debilidad de la dirección no conducirá a una hibernación del Estado, sino que dará lugar a un despertar de todos los instintos individuales que están presentes en la sangre sin poder desarrollarse en tiempos de una voluntad suprema. Sólo a través de siglos de educación común, a través de una tradición común, intereses comunes, etc., se puede mitigar este peligro. Por lo tanto, cuanto más jóvenes son estas formaciones estatales, más dependen de la grandeza del liderazgo, y como obra de destacados hombres violentos y héroes intelectuales, a menudo se desintegrarán de nuevo después de la muerte del solitario gran fundador. Pero incluso después de siglos, estos peligros no pueden considerarse superados, sólo permanecen latentes, sólo para despertar a menudo de repente, tan pronto como la debilidad del liderazgo común y el poder de la educación, la sublimidad de toda tradición, ya no pueden vencer el impulso del propio impulso de las diferentes tribus por vivir.



[Nota de traducción, a veces se tradujo como "Jose II"]

No haber entendido esto es quizás la trágica culpa de la Casa de Habsburgo.
El destino volvió a levantar la antorcha a uno de ellos sobre el futuro de su país, y luego se extinguió para siempre.
José II, emperador romano de la nación alemana, vio con terror volador cómo su casa, empujada al extremo del imperio, tendría que desaparecer un día en el torbellino de una Babilonia de pueblos, si las omisiones de los padres no se subsanaban a última hora. Con una fuerza sobrehumana, el "amigo de los hombres" se preparó contra la negligencia de sus antepasados y trató de recuperar en una década lo que siglos antes había descuidado. Si sólo se le hubieran concedido cuarenta años por su trabajo, y si sólo dos generaciones después de él hubieran continuado el trabajo que había comenzado de la misma manera, el milagro probablemente habría tenido éxito. Pero cuando, después de apenas diez años de reinado, murió, agotado en cuerpo y alma, su obra se hundió con él en la tumba, solo para quedarse dormido para siempre en la cripta de los capuchinos, nunca resucitó.
Sus sucesores no estuvieron ni mental ni voluntariamente a la altura de la tarea.
Cuando los primeros signos meteorológicos revolucionarios de una nueva era brillaron en Europa, Austria también comenzó a incendiarse lentamente uno por uno. Pero cuando finalmente estalló el incendio, las brasas fueron avivadas menos por causas sociales, sociales o incluso políticas generales que por fuerzas motrices de origen étnico.

80 La disolución de la monarquía del Danubio

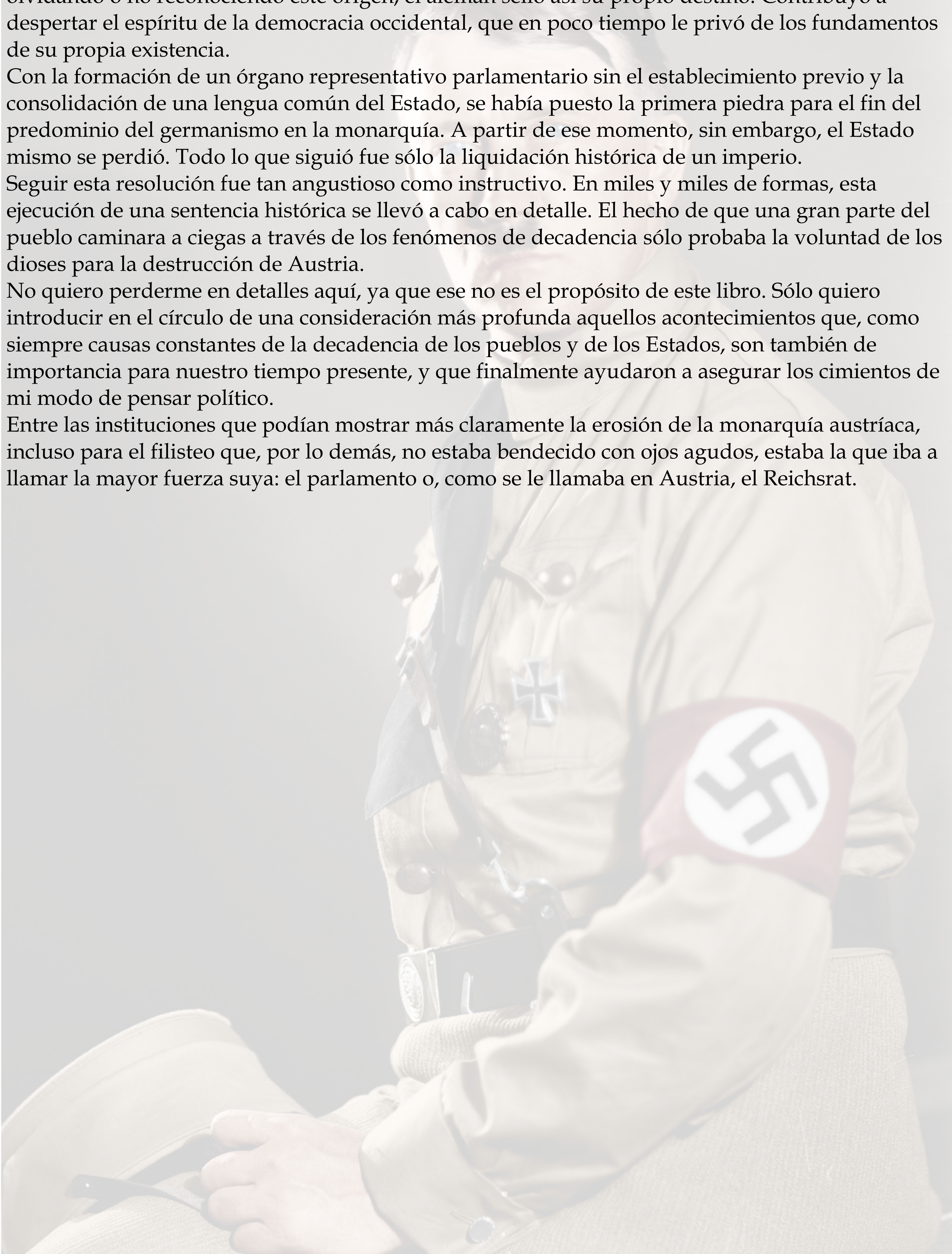
La revolución de 1848 podía ser una lucha de clases en cualquier parte, pero en Austria era ya el comienzo de una nueva lucha racial. Al ponerse al servicio de la insurrección revolucionaria, olvidando o no reconociendo este origen, el alemán selló así su propio destino. Contribuyó a despertar el espíritu de la democracia occidental, que en poco tiempo le privó de los fundamentos de su propia existencia.

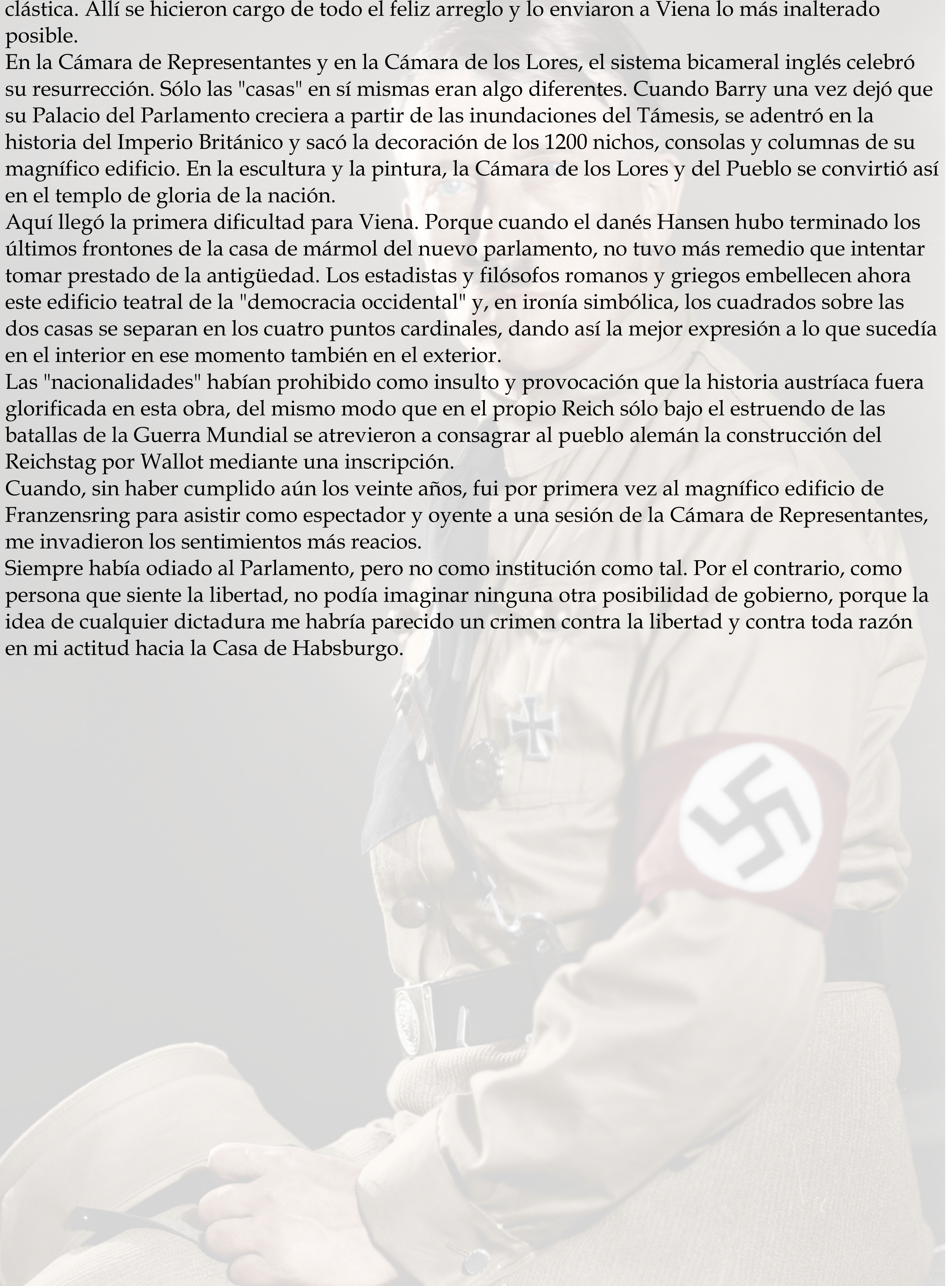
Con la formación de un órgano representativo parlamentario sin el establecimiento previo y la consolidación de una lengua común del Estado, se había puesto la primera piedra para el fin del predominio del germanismo en la monarquía. A partir de ese momento, sin embargo, el Estado mismo se perdió. Todo lo que siguió fue sólo la liquidación histórica de un imperio.

Seguir esta resolución fue tan angustioso como instructivo. En miles y miles de formas, esta ejecución de una sentencia histórica se llevó a cabo en detalle. El hecho de que una gran parte del pueblo caminara a ciegas a través de los fenómenos de decadencia sólo probaba la voluntad de los dioses para la destrucción de Austria.

No quiero perderme en detalles aquí, ya que ese no es el propósito de este libro. Sólo quiero introducir en el círculo de una consideración más profunda aquellos acontecimientos que, como siempre causas constantes de la decadencia de los pueblos y de los Estados, son también de importancia para nuestro tiempo presente, y que finalmente ayudaron a asegurar los cimientos de mi modo de pensar político.

Entre las instituciones que podían mostrar más claramente la erosión de la monarquía austríaca, incluso para el filisteo que, por lo demás, no estaba bendecido con ojos agudos, estaba la que iba a llamar la mayor fuerza suya: el parlamento o, como se le llamaba en Austria, el Reichsrat.





Parlamentarismo 81

El modelo de este cuerpo estaba evidentemente situado en Inglaterra, la tierra de la "democracia" clástica. Allí se hicieron cargo de todo el feliz arreglo y lo enviaron a Viena lo más inalterado posible.

En la Cámara de Representantes y en la Cámara de los Lores, el sistema bicameral inglés celebró su resurrección. Sólo las "casas" en sí mismas eran algo diferentes. Cuando Barry una vez dejó que su Palacio del Parlamento creciera a partir de las inundaciones del Támesis, se adentró en la historia del Imperio Británico y sacó la decoración de los 1200 nichos, consolas y columnas de su magnífico edificio. En la escultura y la pintura, la Cámara de los Lores y del Pueblo se convirtió así en el templo de gloria de la nación.

Aquí llegó la primera dificultad para Viena. Porque cuando el danés Hansen hubo terminado los últimos frontones de la casa de mármol del nuevo parlamento, no tuvo más remedio que intentar tomar prestado de la antigüedad. Los estadistas y filósofos romanos y griegos embellecen ahora este edificio teatral de la "democracia occidental" y, en ironía simbólica, los cuadrados sobre las dos casas se separan en los cuatro puntos cardinales, dando así la mejor expresión a lo que sucedía en el interior en ese momento también en el exterior.

Las "nacionalidades" habían prohibido como insulto y provocación que la historia austríaca fuera glorificada en esta obra, del mismo modo que en el propio Reich sólo bajo el estruendo de las batallas de la Guerra Mundial se atrevieron a consagrar al pueblo alemán la construcción del Reichstag por Wallot mediante una inscripción.

Cuando, sin haber cumplido aún los veinte años, fui por primera vez al magnífico edificio de Franzensring para asistir como espectador y oyente a una sesión de la Cámara de Representantes, me invadieron los sentimientos más reacios.

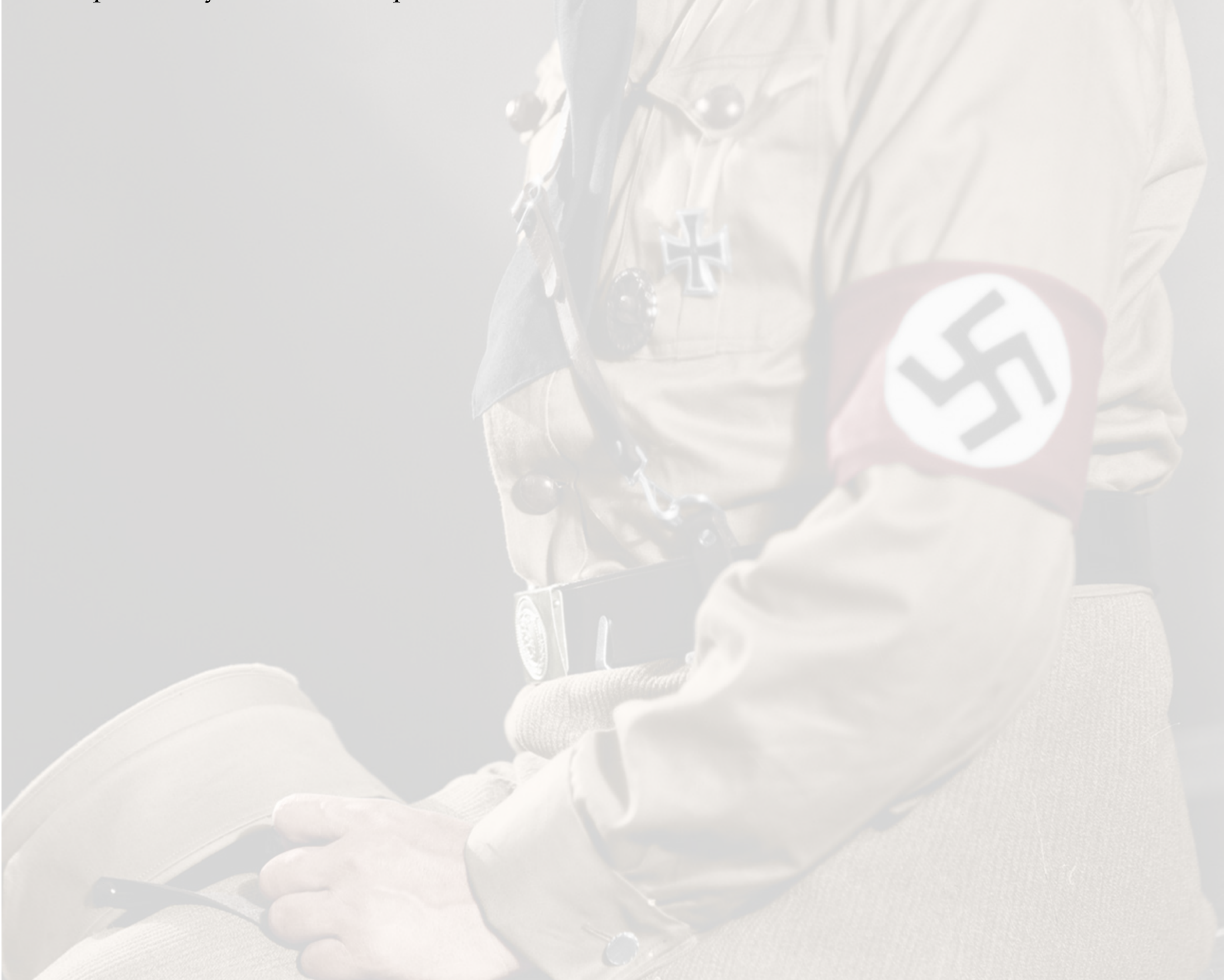
Siempre había odiado al Parlamento, pero no como institución como tal. Por el contrario, como persona que siente la libertad, no podía imaginar ninguna otra posibilidad de gobierno, porque la idea de cualquier dictadura me habría parecido un crimen contra la libertad y contra toda razón en mi actitud hacia la Casa de Habsburgo.

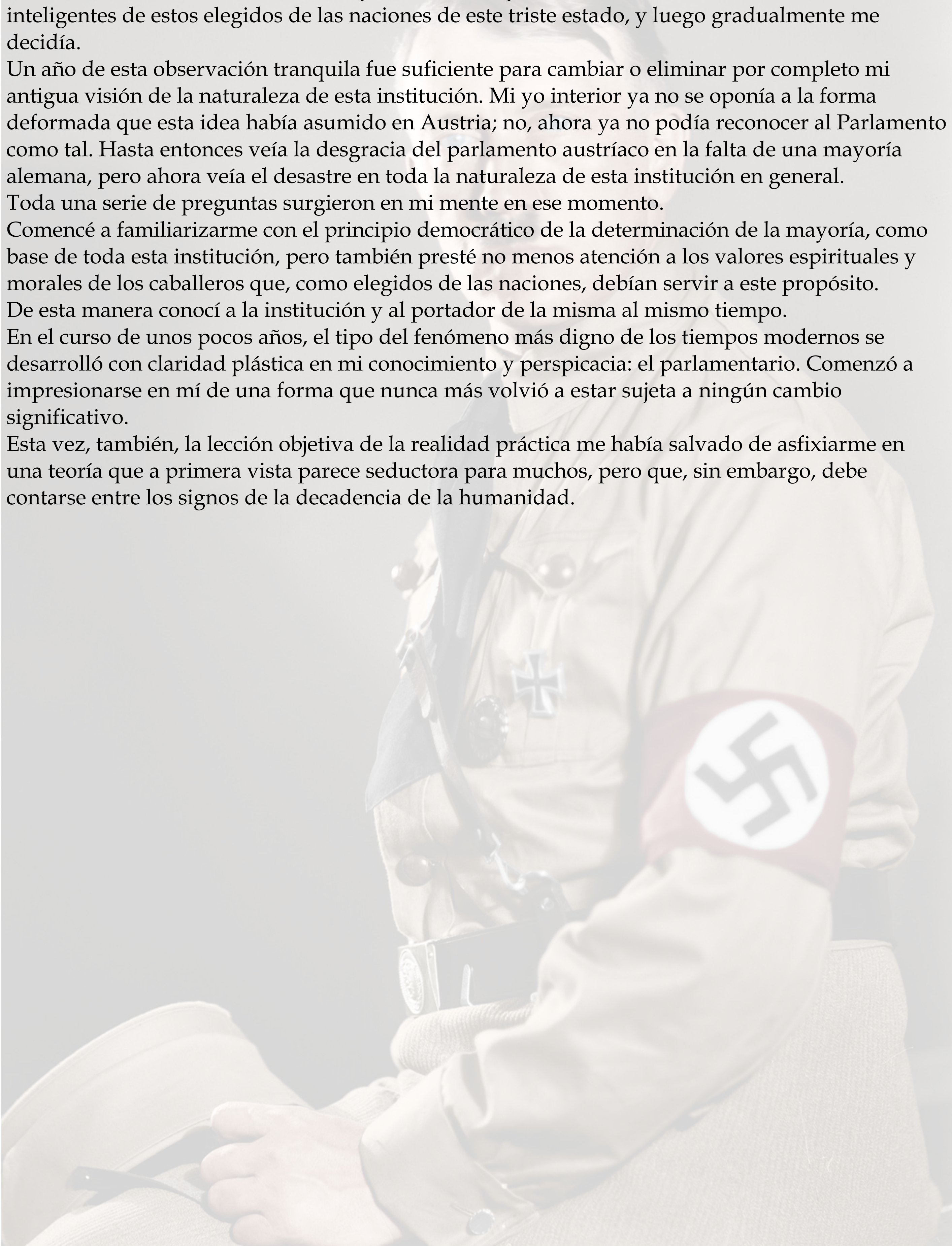
82 Parlamentarismo

Contribuyó no poco al hecho de que, cuando era joven, como resultado de mi frecuente lectura de los periódicos, se me había inculcado una cierta admiración por el Parlamento inglés, que no podía perder fácilmente. La dignidad con la que la Cámara de los Comunes también llevó a cabo sus deberes allí (como nuestra prensa supo describirla tan bellamente) me impresionó poderosamente. ¿Podría haber una forma más sublime de autogobierno de un pueblo?
Pero precisamente por eso era enemigo del parlamento austríaco. Consideré que la forma de toda la apariencia no era digna del gran modelo a seguir. Pero ahora se agregó lo siguiente:
El destino del germanismo en el Estado austríaco dependía de su posición en el Reichsrat. Hasta la introducción del sufragio universal y secreto, todavía había una mayoría alemana en el parlamento, aunque insignificante. Este estado de cosas ya era alarmante, ya que, en vista de la actitud nacionalmente poco fiable de la socialdemocracia, siempre se opuso a los intereses alemanes en las cuestiones críticas relativas al germanismo, a fin de no alienar a sus partidarios en los pueblos extranjeros individuales. Incluso entonces, la socialdemocracia no podía ser considerada como un partido alemán. Con la introducción del sufragio universal, sin embargo, la superioridad alemana también cesó en términos puramente numéricos. Ahora ya no había ningún obstáculo en el camino de una mayor desgermanización del Estado.
Incluso entonces, el instinto de autoconservación nacional me hizo sentir aversión por una representación del pueblo en la que la germanidad siempre fuera traicionada en lugar de representada. Pero se trataba de defectos que, como tantas otras cosas, no debían atribuirse al asunto en sí, sino al Estado austríaco. Solía creer que, con el restablecimiento de la mayoría alemana en los órganos representativos, ya no habría ninguna razón para adoptar una posición de principio en su contra, mientras el antiguo Estado siguiera existiendo.



De este modo, adaptado interiormente, entré por primera vez en las habitaciones, que eran tan sagradas como controvertidas. Ciertamente, eran sagrados para mí sólo por la sublime belleza del magnífico edificio. Una maravilla helénica en suelo alemán.
¡Pero en poco tiempo me indigné al ver el lamentable espectáculo que ahora se desarrollaba ante mis ojos!
Había varios centenares de estos representantes presentes, que acababan de dar su opinión sobre una cuestión de gran importancia económica.
Este primer día fue suficiente para hacerme pensar durante semanas.
El contenido intelectual de lo que se había dicho estaba en un "apogeo" verdaderamente deprimente, en la medida en que se podía entender la charla; porque algunos de los caballeros no hablaban alemán, sino en sus lenguas maternas eslavas, o más bien dialectos. Lo que hasta entonces sólo había sabido leyendo los periódicos, ahora tenía la oportunidad de escucharlo con mis propios oídos. Una muchedumbre gesticulante, salvajemente agitada, gritando en todas sus tonalidades, por encima de ella un viejo tío inofensivo que, con el sudor de su frente, intentaba hacer que la dignidad de la casa volviera a fluir haciendo sonar una campanilla violentamente, ora con dulzura, ora con amonestación.
Tuve que reírme.
Unas semanas más tarde estaba de nuevo en la casa. La imagen estaba cambiada, no era reconocible. La sala estaba completamente vacía. La gente dormía allí abajo. Algunos diputados estaban en sus asientos bostezando unos a otros, uno "hablando". Un vicepresidente de la Cámara estaba presente y miró hacia el pasillo, visiblemente aburrido.



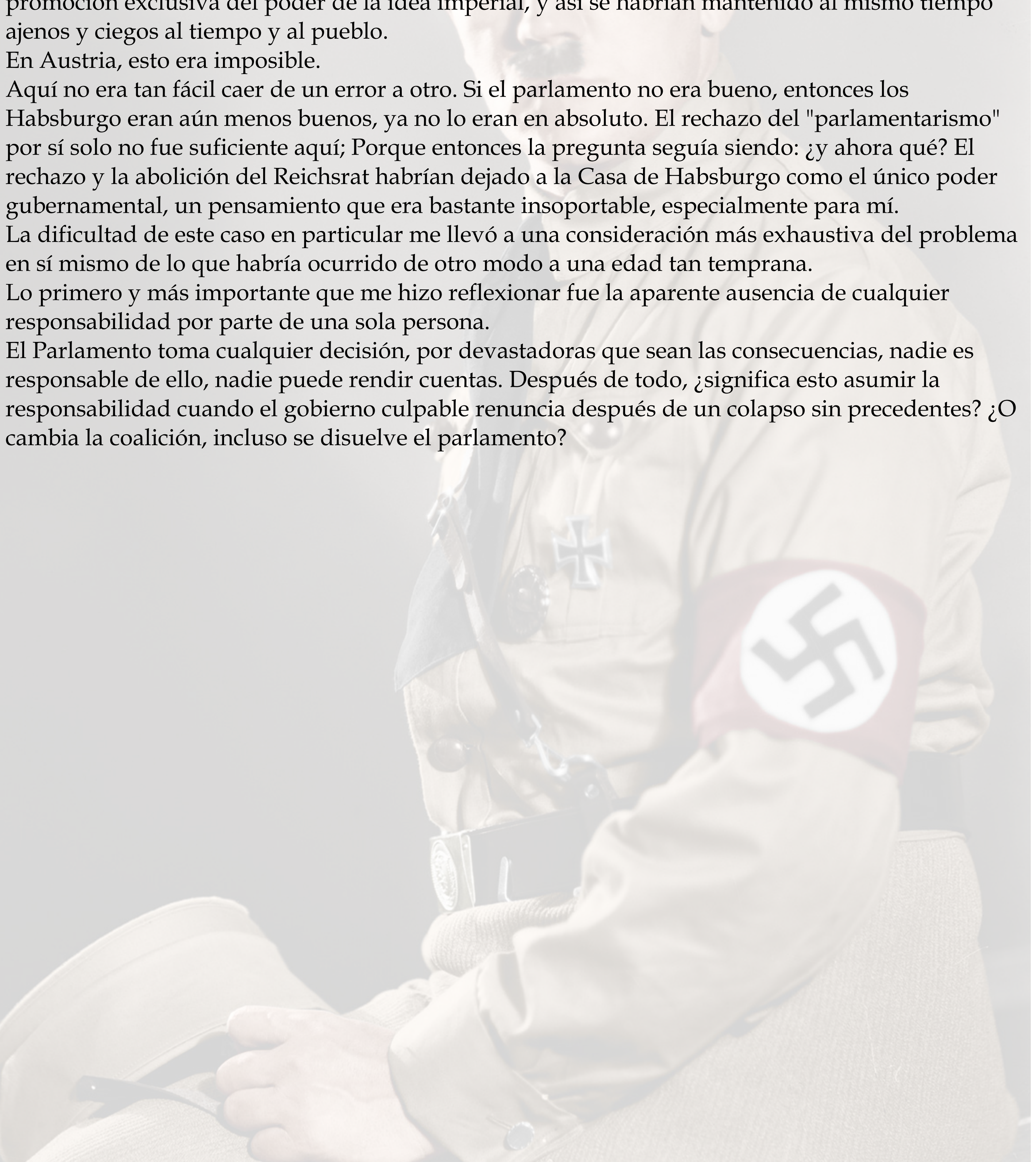


84 Parlamentarismo

Las primeras inquietudes surgieron en mi mente. Ahora, cada vez que el tiempo me ofrecía la oportunidad, corría allí una y otra vez y miraba tranquila y atentamente el cuadro respectivo, escuchaba los discursos hasta donde podían ser comprendidos, estudiaba los rostros más o menos inteligentes de estos elegidos de las naciones de este triste estado, y luego gradualmente me decidía.
Un año de esta observación tranquila fue suficiente para cambiar o eliminar por completo mi antigua visión de la naturaleza de esta institución. Mi yo interior ya no se oponía a la forma deformada que esta idea había asumido en Austria; no, ahora ya no podía reconocer al Parlamento como tal. Hasta entonces veía la desgracia del parlamento austríaco en la falta de una mayoría alemana, pero ahora veía el desastre en toda la naturaleza de esta institución en general.
Toda una serie de preguntas surgieron en mi mente en ese momento.
Comencé a familiarizarme con el principio democrático de la determinación de la mayoría, como base de toda esta institución, pero también presté no menos atención a los valores espirituales y morales de los caballeros que, como elegidos de las naciones, debían servir a este propósito.
De esta manera conocí a la institución y al portador de la misma al mismo tiempo.
En el curso de unos pocos años, el tipo del fenómeno más digno de los tiempos modernos se desarrolló con claridad plástica en mi conocimiento y perspicacia: el parlamentario. Comenzó a impresionarse en mí de una forma que nunca más volvió a estar sujeta a ningún cambio significativo.
Esta vez, también, la lección objetiva de la realidad práctica me había salvado de asfixiarme en una teoría que a primera vista parece seductora para muchos, pero que, sin embargo, debe contarse entre los signos de la decadencia de la humanidad.

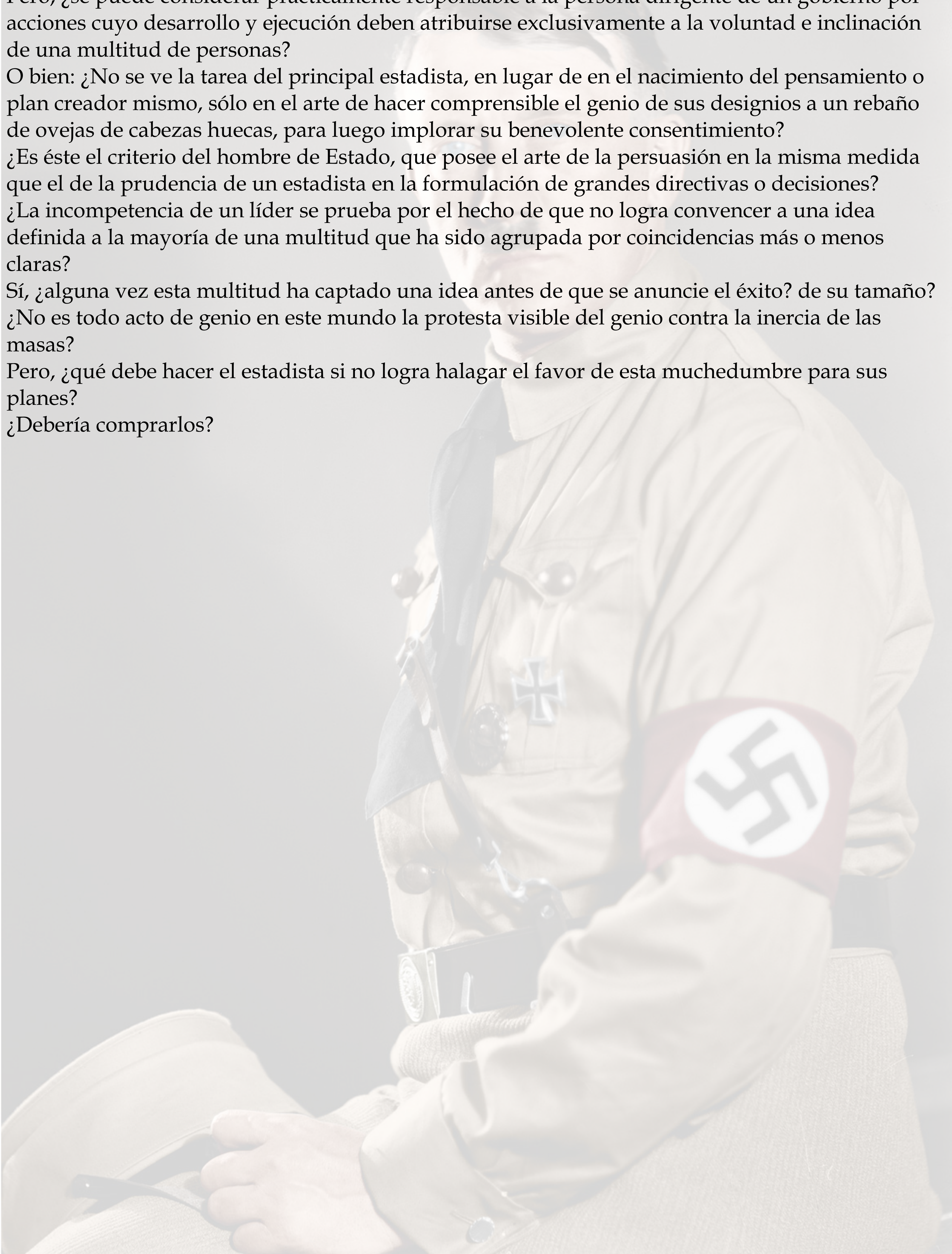
Parlamentarismo 85

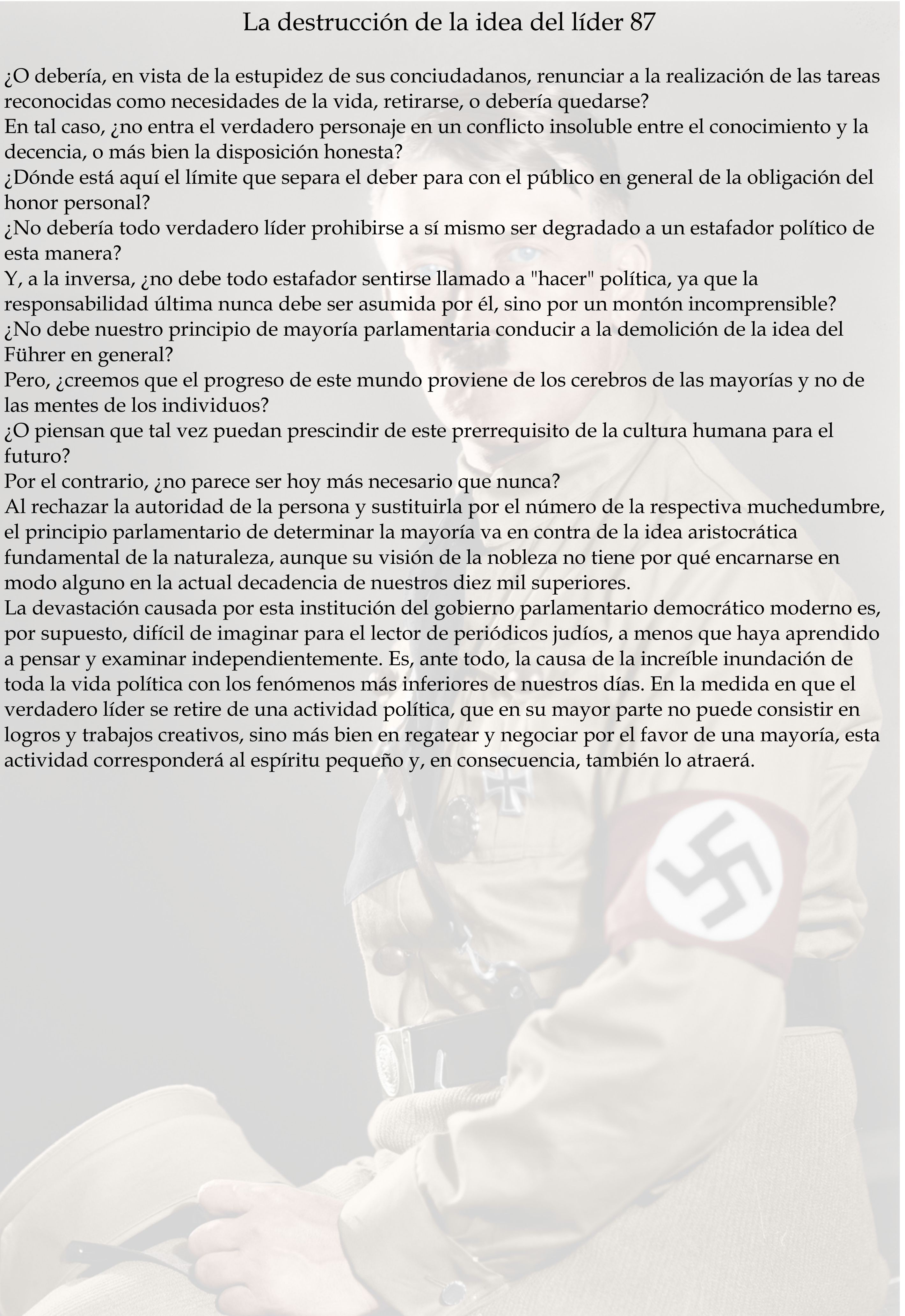
La democracia del Occidente de hoy es la precursora del marxismo, que sería inconcebible sin ella. Primero le da a esta plaga mundial el caldo de cultivo en el que la epidemia puede propagarse. En su forma externa de expresión, el parlamentarismo, creó una "burla de la suciedad y el fuego", en la que desgraciadamente el "fuego" me parece que se ha extinguido en este momento.
Debo estar más que agradecido al destino por haberme sometido esta pregunta para examinarla en Viena, porque me temo que en Alemania en ese momento habría hecho la respuesta demasiado fácil para mí. Si me hubiera enterado primero de lo ridículo de esta institución llamada "Parlamento" en Berlín, podría haber caído en lo contrario y, no sin razón aparente, me habría puesto del lado de aquellos que veían la salvación del pueblo y del imperio únicamente en la promoción exclusiva del poder de la idea imperial, y así se habrían mantenido al mismo tiempo ajenos y ciegos al tiempo y al pueblo.
En Austria, esto era imposible.
Aquí no era tan fácil caer de un error a otro. Si el parlamento no era bueno, entonces los Habsburgo eran aún menos buenos, ya no lo eran en absoluto. El rechazo del "parlamentarismo" por sí solo no fue suficiente aquí; Porque entonces la pregunta seguía siendo: ¿y ahora qué? El rechazo y la abolición del Reichsrat habrían dejado a la Casa de Habsburgo como el único poder gubernamental, un pensamiento que era bastante insoportable, especialmente para mí.
La dificultad de este caso en particular me llevó a una consideración más exhaustiva del problema en sí mismo de lo que habría ocurrido de otro modo a una edad tan temprana.
Lo primero y más importante que me hizo reflexionar fue la aparente ausencia de cualquier responsabilidad por parte de una sola persona.
El Parlamento toma cualquier decisión, por devastadoras que sean las consecuencias, nadie es responsable de ello, nadie puede rendir cuentas. Después de todo, ¿significa esto asumir la responsabilidad cuando el gobierno culpable renuncia después de un colapso sin precedentes? ¿O cambia la coalición, incluso se disuelve el parlamento?



86 La falta de responsabilidad

¿Se puede responsabilizar a una mayoría vacilante de personas?
¿Acaso la idea de que toda responsabilidad no está ligada a la persona?
Pero, ¿se puede considerar prácticamente responsable a la persona dirigente de un gobierno por acciones cuyo desarrollo y ejecución deben atribuirse exclusivamente a la voluntad e inclinación de una multitud de personas?
O bien: ¿No se ve la tarea del principal estadista, en lugar de en el nacimiento del pensamiento o plan creador mismo, sólo en el arte de hacer comprensible el genio de sus designios a un rebaño de ovejas de cabezas huecas, para luego implorar su benevolente consentimiento?
¿Es éste el criterio del hombre de Estado, que posee el arte de la persuasión en la misma medida que el de la prudencia de un estadista en la formulación de grandes directivas o decisiones?
¿La incompetencia de un líder se prueba por el hecho de que no logra convencer a una idea definida a la mayoría de una multitud que ha sido agrupada por coincidencias más o menos claras?
Sí, ¿alguna vez esta multitud ha captado una idea antes de que se anuncie el éxito? de su tamaño?
¿No es todo acto de genio en este mundo la protesta visible del genio contra la inercia de las masas?
Pero, ¿qué debe hacer el estadista si no logra halagar el favor de esta muchedumbre para sus planes?
¿Debería comprarlos?

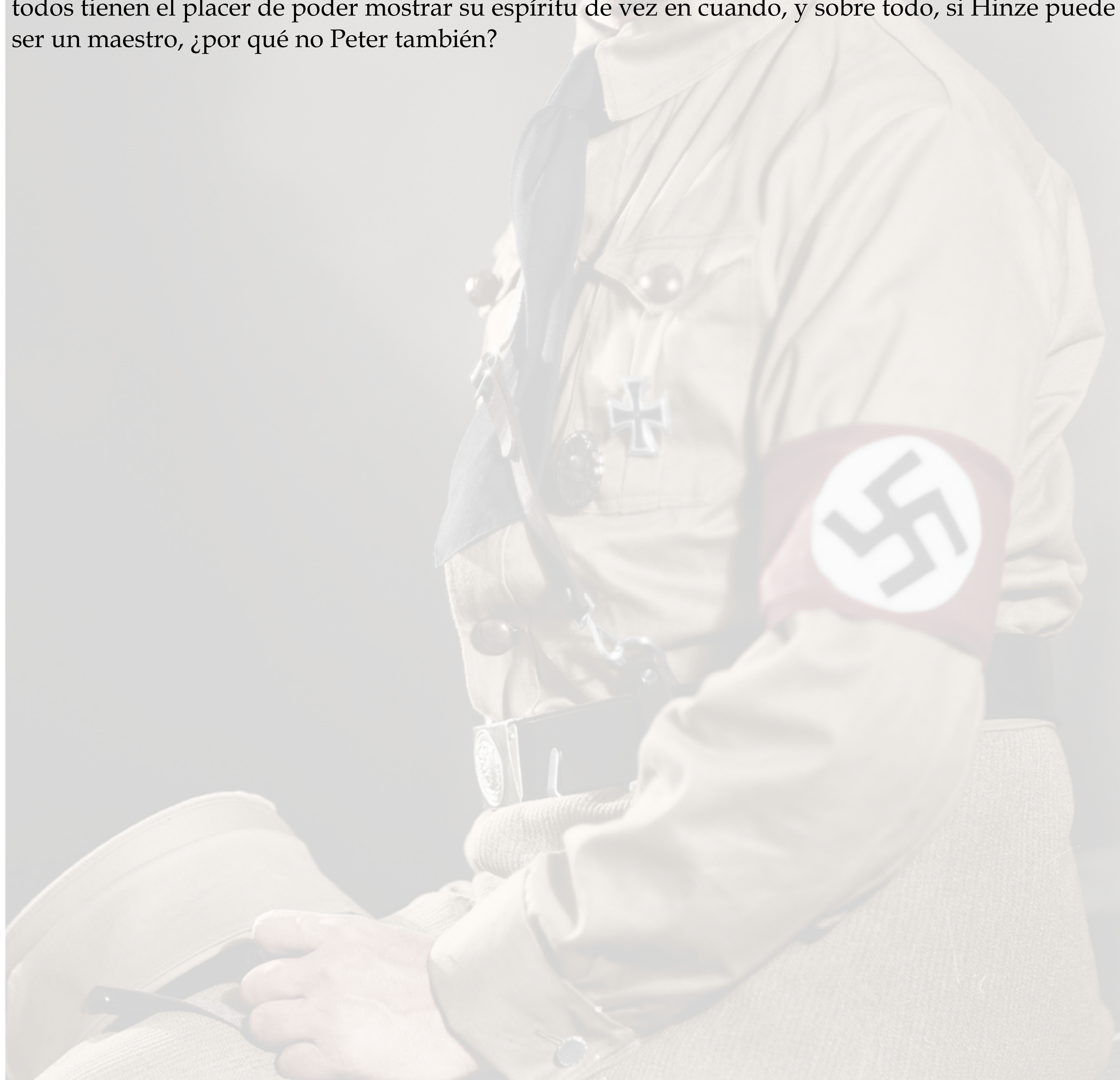




¿O debería, en vista de la estupidez de sus conciudadanos, renunciar a la realización de las tareas reconocidas como necesidades de la vida, retirarse, o debería quedarse?
En tal caso, ¿no entra el verdadero personaje en un conflicto insoluble entre el conocimiento y la decencia, o más bien la disposición honesta?
¿Dónde está aquí el límite que separa el deber para con el público en general de la obligación del honor personal?
¿No debería todo verdadero líder prohibirse a sí mismo ser degradado a un estafador político de esta manera?
Y, a la inversa, ¿no debe todo estafador sentirse llamado a "hacer" política, ya que la responsabilidad última nunca debe ser asumida por él, sino por un montón incomprensible?
¿No debe nuestro principio de mayoría parlamentaria conducir a la demolición de la idea del Führer en general?
Pero, ¿creemos que el progreso de este mundo proviene de los cerebros de las mayorías y no de las mentes de los individuos?
¿O piensan que tal vez puedan prescindir de este prerrequisito de la cultura humana para el futuro?
Por el contrario, ¿no parece ser hoy más necesario que nunca?
Al rechazar la autoridad de la persona y sustituirla por el número de la respectiva muchedumbre, el principio parlamentario de determinar la mayoría va en contra de la idea aristocrática fundamental de la naturaleza, aunque su visión de la nobleza no tiene por qué encarnarse en modo alguno en la actual decadencia de nuestros diez mil superiores.
La devastación causada por esta institución del gobierno parlamentario democrático moderno es, por supuesto, difícil de imaginar para el lector de periódicos judíos, a menos que haya aprendido a pensar y examinar independientemente. Es, ante todo, la causa de la increíble inundación de toda la vida política con los fenómenos más inferiores de nuestros días. En la medida en que el verdadero líder se retire de una actividad política, que en su mayor parte no puede consistir en logros y trabajos creativos, sino más bien en regatear y negociar por el favor de una mayoría, esta actividad corresponderá al espíritu pequeño y, en consecuencia, también lo atraerá.

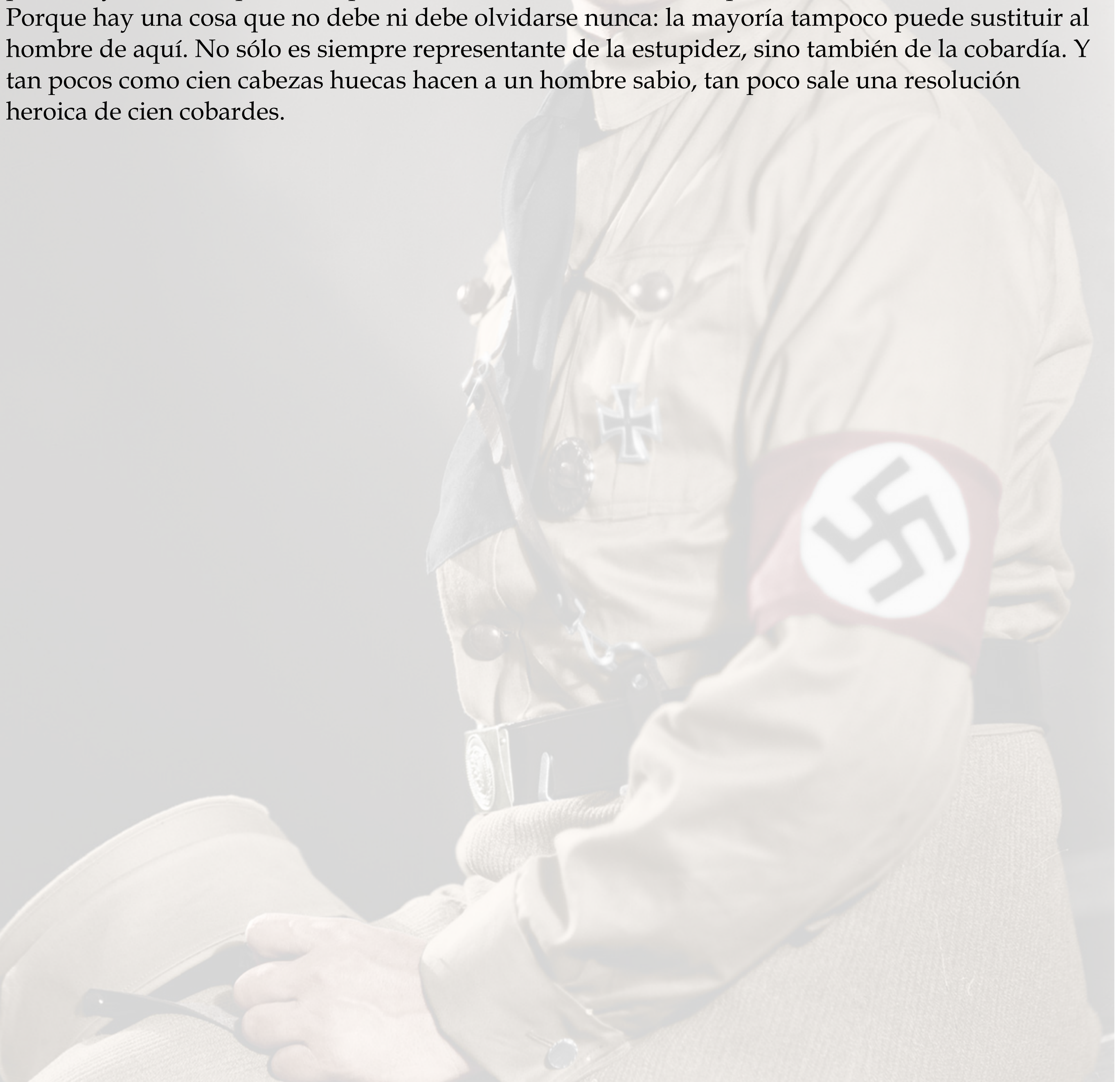
88 La eliminación de cabezas

Cuanto más enano sea hoy en intelecto y habilidad un mercader de cuero, cuanto más claramente su propia perspicacia le haga darse cuenta de la miseria de su apariencia real, más alabará un sistema que no exige de él la fuerza y el genio de un gigante, sino que se conforma con la astucia de un alcalde de aldea, es más, prefiere tal tipo de sabiduría a la de Pericles. Un goteo así nunca necesita atormentarse con la responsabilidad de su trabajo. Está completamente aliviado de esta preocupación porque sabe muy bien que, no importa cuál sea el resultado de su error de "estadista", su final está escrito en las estrellas desde hace mucho tiempo: un día tendrá que dar paso a otro espíritu igualmente grande. Porque este es uno de los rasgos distintivos de tal decadencia, que el número de grandes estadistas aumenta a medida que se reduce la escala del individuo. Pero tendrá que hacerse cada vez más pequeña con una dependencia cada vez mayor de las mayorías parlamentarias, ya que tanto las grandes mentes se negarán a ser secuaces de estúpidos incompetentes y chismosos, como, a la inversa, los representantes de la mayoría, es decir, la estupidez, no odian nada más fervientemente que el jefe superior.
Siempre es reconfortante para una reunión del consejo de concejales de la ciudad de Schilda saber que hay un líder en la cima cuya sabiduría corresponde al nivel de los presentes: después de todo, todos tienen el placer de poder mostrar su espíritu de vez en cuando, y sobre todo, si Hinze puede ser un maestro, ¿por qué no Peter también?



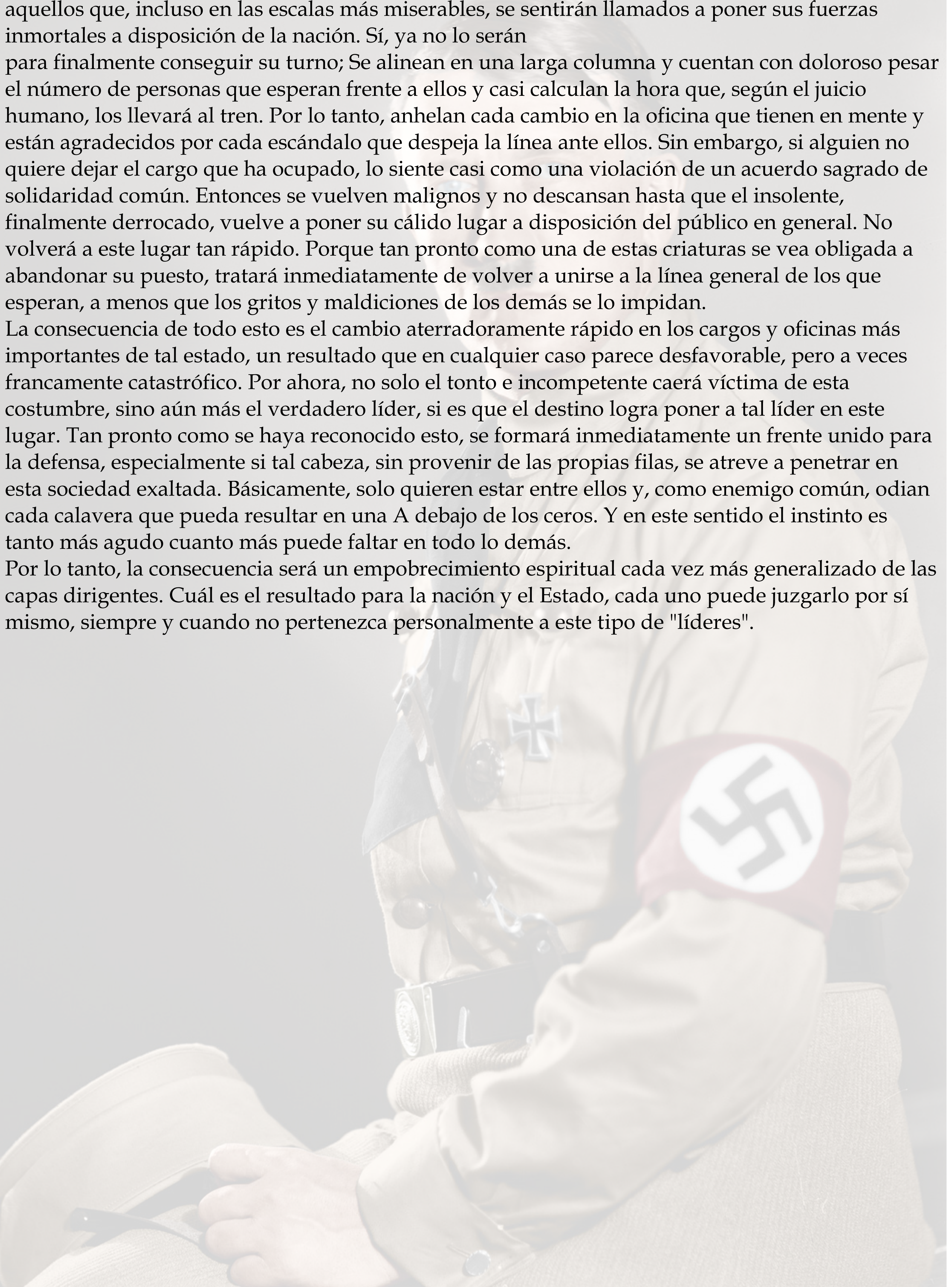
La eliminación de cabezas 89

Pero esta invención de la democracia corresponde más íntimamente a una cualidad que recientemente se ha convertido en una verdadera vergüenza, a saber, la cobardía de una gran parte de nuestra llamada "dirección". ¡Qué felicidad es poder esconderse detrás de los faldones de una supuesta mayoría en todas las decisiones reales de cierta importancia!
Basta con ver a un ladrón de montes tan político, cómo implora ansiosamente el consentimiento de la mayoría para cada tarea con el fin de asegurar los compinches necesarios y así poder descargar la responsabilidad en cualquier momento. Sin embargo, esta es una de las principales razones por las que tal tipo de actividad política es repugnante y odiosa para un hombre interiormente decente y, por lo tanto, también valiente, mientras que atrae a todos los personajes miserables, y el que no quiere asumir la responsabilidad personal de sus actos, sino que busca refugio es un sinvergüenza cobarde. Pero tan pronto como los líderes de una nación consistan en tales miserables, entonces esto tomará una venganza malvada en poco tiempo. Entonces ya no se tendrá el valor de tomar ninguna acción decisiva, se preferirá aceptar cualquier deshonra, por vergonzosa que sea, que levantarse a una decisión; No queda nadie que esté dispuesto a usar su persona y su cabeza para la implementación de una decisión despiadada.
Porque hay una cosa que no debe ni debe olvidarse nunca: la mayoría tampoco puede sustituir al hombre de aquí. No sólo es siempre representante de la estupidez, sino también de la cobardía. Y tan pocos como cien cabezas huecas hacen a un hombre sabio, tan poco sale una resolución heroica de cien cobardes.

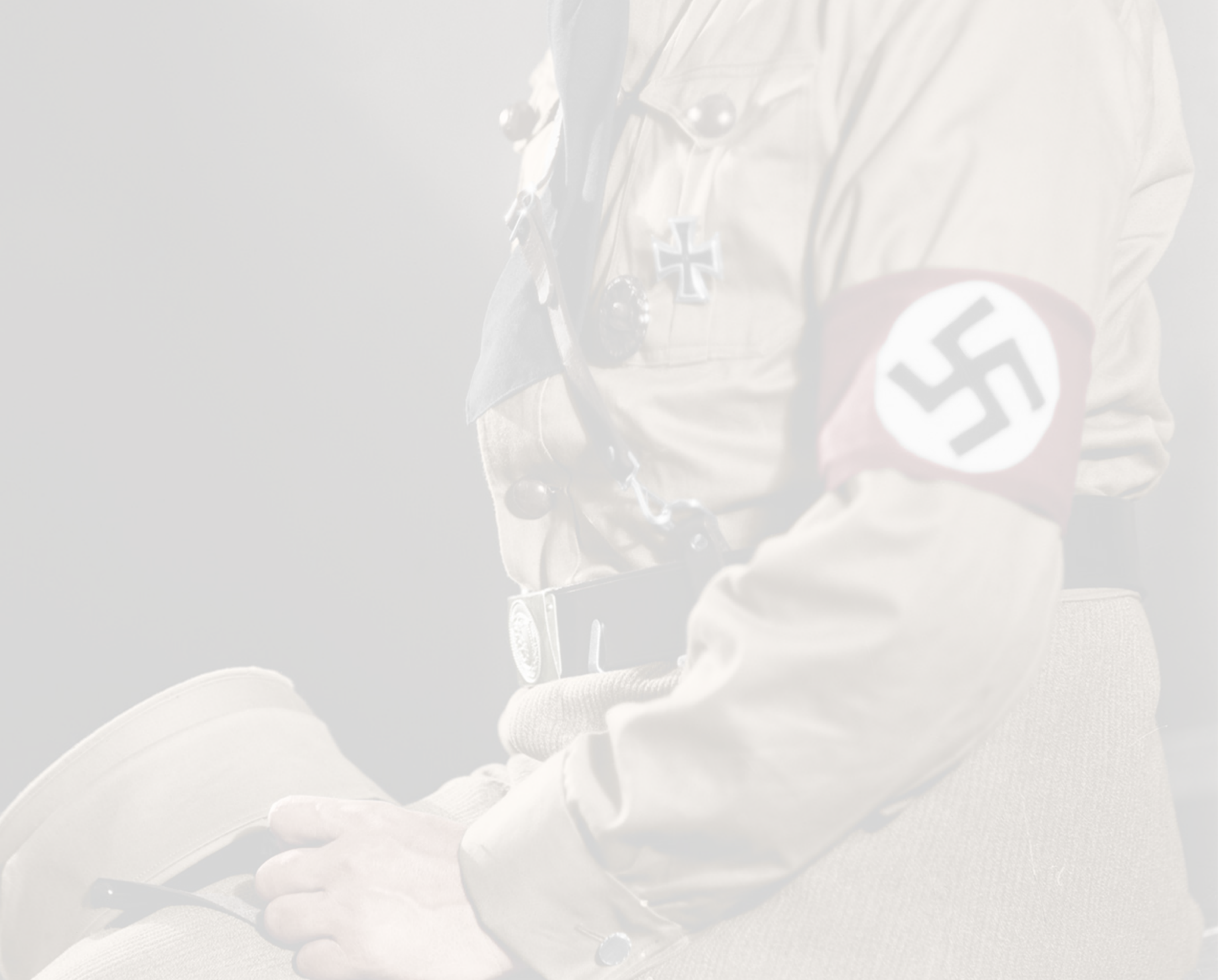


90 La eliminación de cabezas

Pero cuanto menor sea la responsabilidad del líder individual, tanto mayor será el número de aquellos que, incluso en las escalas más miserables, se sentirán llamados a poner sus fuerzas inmortales a disposición de la nación. Sí, ya no lo serán
para finalmente conseguir su turno; Se alinean en una larga columna y cuentan con doloroso pesar el número de personas que esperan frente a ellos y casi calculan la hora que, según el juicio humano, los llevará al tren. Por lo tanto, anhelan cada cambio en la oficina que tienen en mente y están agradecidos por cada escándalo que despeja la línea ante ellos. Sin embargo, si alguien no quiere dejar el cargo que ha ocupado, lo siente casi como una violación de un acuerdo sagrado de solidaridad común. Entonces se vuelven malignos y no descansan hasta que el insolente, finalmente derrocado, vuelve a poner su cálido lugar a disposición del público en general. No volverá a este lugar tan rápido. Porque tan pronto como una de estas criaturas se vea obligada a abandonar su puesto, tratará inmediatamente de volver a unirse a la línea general de los que esperan, a menos que los gritos y maldiciones de los demás se lo impidan.
La consecuencia de todo esto es el cambio aterradoramente rápido en los cargos y oficinas más importantes de tal estado, un resultado que en cualquier caso parece desfavorable, pero a veces francamente catastrófico. Por ahora, no solo el tonto e incompetente caerá víctima de esta costumbre, sino aún más el verdadero líder, si es que el destino logra poner a tal líder en este lugar. Tan pronto como se haya reconocido esto, se formará inmediatamente un frente unido para la defensa, especialmente si tal cabeza, sin provenir de las propias filas, se atreve a penetrar en esta sociedad exaltada. Básicamente, solo quieren estar entre ellos y, como enemigo común, odian cada calavera que pueda resultar en una A debajo de los ceros. Y en este sentido el instinto es tanto más agudo cuanto más puede faltar en todo lo demás.
Por lo tanto, la consecuencia será un empobrecimiento espiritual cada vez más generalizado de las capas dirigentes. Cuál es el resultado para la nación y el Estado, cada uno puede juzgarlo por sí mismo, siempre y cuando no pertenezca personalmente a este tipo de "líderes".

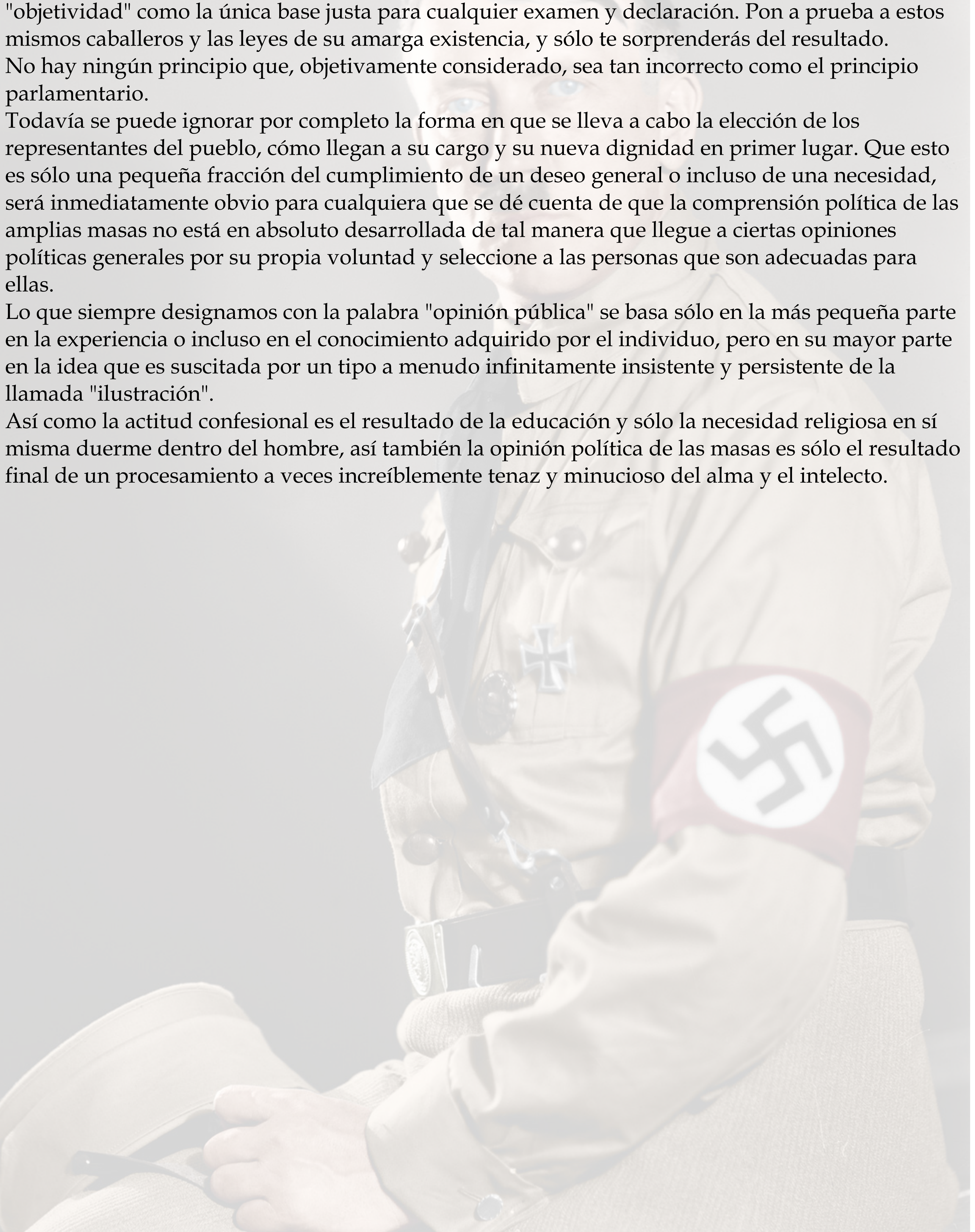


La vieja Austria ya poseía un gobierno parlamentario en su forma más pura.
Aunque los respectivos primeros ministros eran nombrados por el emperador y el rey, este nombramiento por sí solo no era más que la ejecución de la voluntad parlamentaria. Pero el regateo y el regateo por los puestos ministeriales individuales ya era la democracia occidental del agua más pura. Los resultados también estuvieron en consonancia con los principios aplicados. En particular, el cambio de la personalidad individual tuvo lugar en períodos de tiempo cada vez más cortos, para finalmente convertirse en una verdadera cacería. En la misma medida, el tamaño de los respectivos "estadistas" se hundió cada vez más, hasta que al final sólo quedó ese pequeño tipo de estafador parlamentario, cuyo valor de estadista se medía y reconocía sólo por su habilidad, con la que lograron unir las coaliciones respectivas, es decir, realizar las transacciones comerciales políticas más pequeñas que son las únicas que pueden justificar la idoneidad de estos representantes del pueblo para el trabajo práctico.
Por lo tanto, la Escuela de Viena pudo brindarle las mejores ideas en este campo.
Lo que me atrajo no menos fue la comparación entre las habilidades y conocimientos existentes de estos representantes del pueblo y las tareas que les esperaban. Por supuesto, nos guste o no, había que ocuparse más estrechamente del horizonte intelectual de estos elegidos de los mismos pueblos, por lo que ya no era posible dejar de prestar la atención necesaria a los acontecimientos que conducen al descubrimiento de estos magníficos fenómenos de nuestra vida pública.
La forma en que la capacidad real de estos señores fue colocada y aplicada al servicio de la patria, es decir, el proceso técnico de su actividad, también fue digna de ser investigada y examinada a fondo.

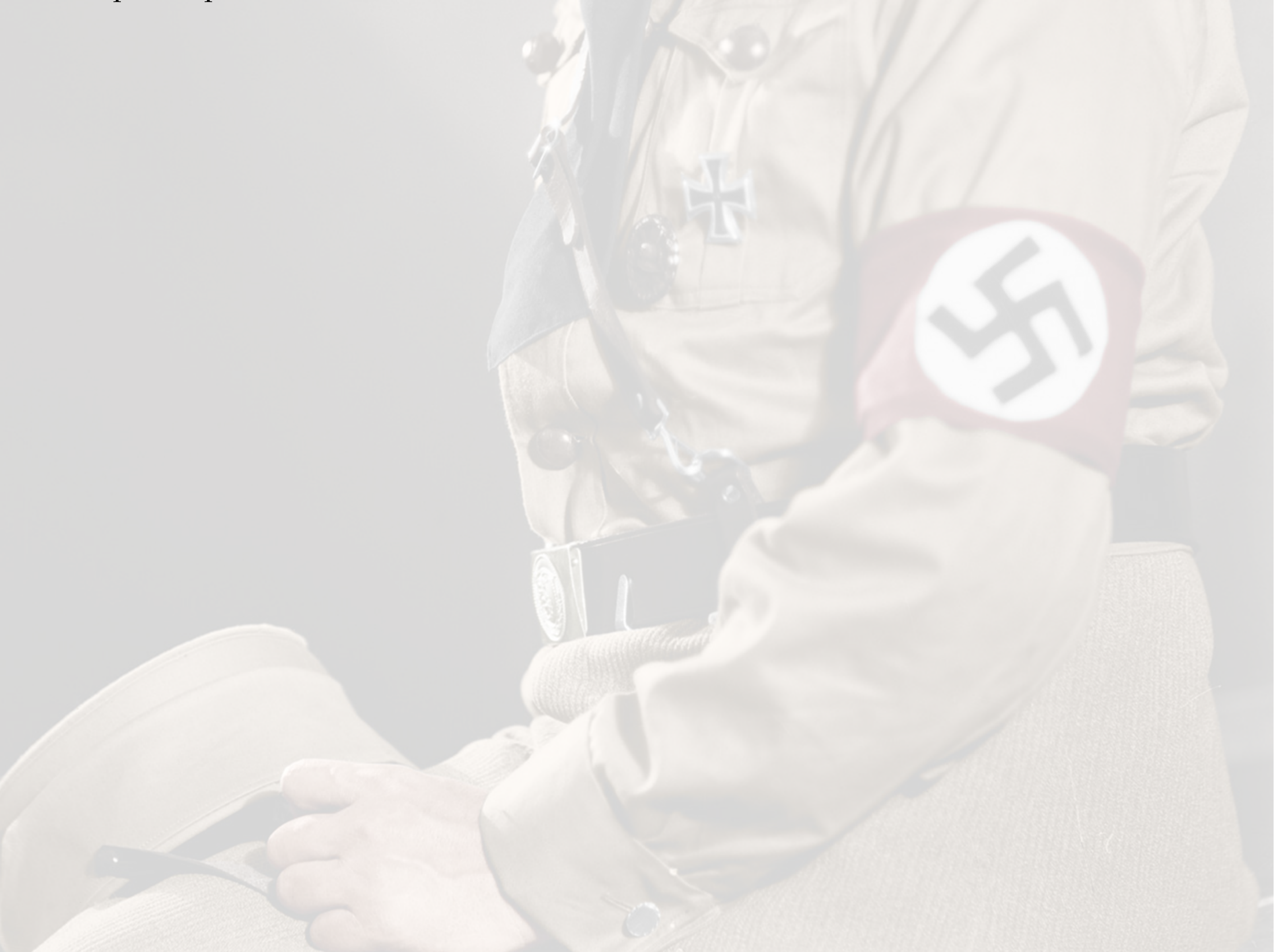


92 La "Opinión pública"

Todo el cuadro de la vida parlamentaria se hacía entonces tanto más miserable cuanto más se decidía penetrar en estas relaciones internas, estudiar a las personas y los fundamentos fácticos con una objetividad implacablemente aguda. De hecho, esto es muy apropiado en el caso de una institución que se ve obligada a señalar, a través de sus portadores, en cada segunda frase de "objetividad" como la única base justa para cualquier examen y declaración. Pon a prueba a estos mismos caballeros y las leyes de su amarga existencia, y sólo te sorprenderás del resultado.
No hay ningún principio que, objetivamente considerado, sea tan incorrecto como el principio parlamentario.
Todavía se puede ignorar por completo la forma en que se lleva a cabo la elección de los representantes del pueblo, cómo llegan a su cargo y su nueva dignidad en primer lugar. Que esto es sólo una pequeña fracción del cumplimiento de un deseo general o incluso de una necesidad, será inmediatamente obvio para cualquiera que se dé cuenta de que la comprensión política de las amplias masas no está en absoluto desarrollada de tal manera que llegue a ciertas opiniones políticas generales por su propia voluntad y seleccione a las personas que son adecuadas para ellas.
Lo que siempre designamos con la palabra "opinión pública" se basa sólo en la más pequeña parte en la experiencia o incluso en el conocimiento adquirido por el individuo, pero en su mayor parte en la idea que es suscitada por un tipo a menudo infinitamente insistente y persistente de la llamada "ilustración".
Así como la actitud confesional es el resultado de la educación y sólo la necesidad religiosa en sí misma duerme dentro del hombre, así también la opinión política de las masas es sólo el resultado final de un procesamiento a veces increíblemente tenaz y minucioso del alma y el intelecto.



Con mucho, la parte más enorme de la "educación" política, que en este caso se describe muy acertadamente con la palabra propaganda, recae en la cuenta de la prensa. Es el principal responsable de esta "labor educativa" y, por lo tanto, representa una especie de escuela para adultos. Sin embargo, esta enseñanza no está en manos del Estado, sino en las garras de fuerzas a veces muy inferiores. Fue en Viena, siendo aún joven, donde tuve la mejor oportunidad de conocer a los propietarios y fabricantes intelectuales de esta máquina de educación de masas. Al principio me sorprendió la rapidez con la que se hizo posible que este terrible gran poder del Estado produjera una cierta opinión, incluso si se trataba de la completa falsificación de los deseos y puntos de vista internos ciertamente existentes del público en general. En pocos días, una cosa ridícula se convirtió en una acción significativa del Estado, mientras que, a la inversa, al mismo tiempo los problemas vitales cayeron presa del olvido general, pero que sería mejor simplemente robar de la memoria y de la memoria de las masas.
Así, en el curso de unas pocas semanas, fue posible conjurar nombres de la nada, depositar en ellos increíbles esperanzas del público en general, incluso darles popularidad, que el hombre realmente importante a menudo no puede disfrutar en toda su vida; Nombres que hace sólo un mes nadie conocía en absoluto, sino sólo de oírlos, mientras que al mismo tiempo viejos y probados fenómenos de la vida pública o de Estado simplemente se extinguieron para el mundo que los rodeaba en el mejor de los casos de salud, o fueron colmados de insultos tan miserables que sus nombres pronto amenazaron con convertirse en el símbolo de una bajeza o villanía muy específica. Hay que estudiar esta infame manera judía de verter los cubos de inmundicia de las más bajas calumnias y difamaciones sobre las ropas limpias de la gente honesta a la vez, y como por arte de magia, de cien y cien lugares al mismo tiempo, para poder apreciar todo el peligro de estos trapos de prensa.



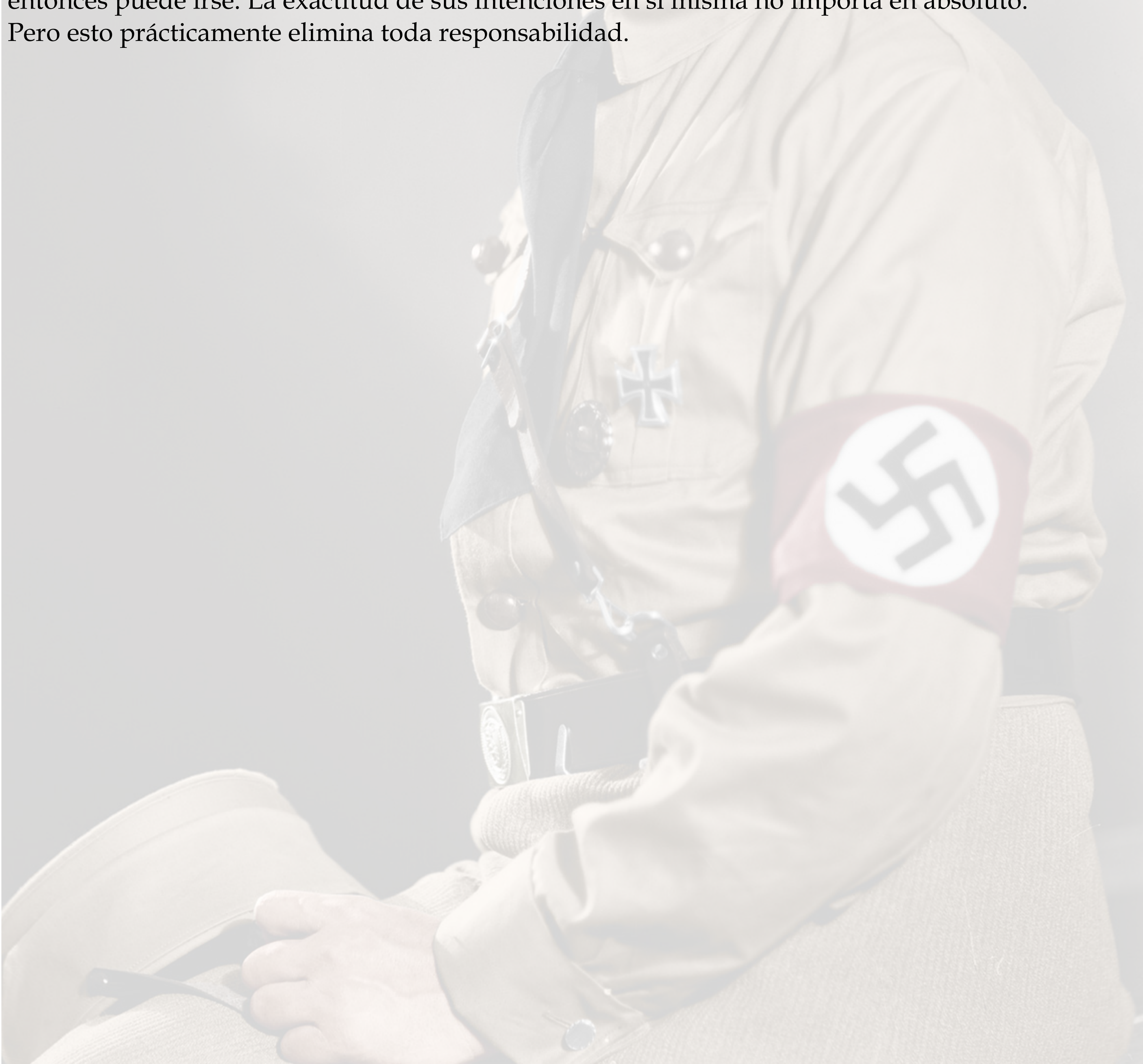
94 La "Opinión pública"

Entonces no hay nada que no sea adecuado para que un barón ladrón espiritual logre sus objetivos limpios.
Entonces husmeará en los asuntos familiares más secretos, y no descansará hasta que su instinto de búsqueda de trufas descubra algún incidente miserable que luego esté destinado a poner fin a la desafortunada víctima. Sin embargo, si no hay absolutamente nada que encontrar en la vida pública o privada, incluso con el olor más profundo, entonces tal individuo simplemente recurre a la calumnia con la firme convicción de que no solo en sí mismo, incluso en el caso de una retractación mil, algo siempre se mantiene, sino que como resultado de la repetición cien veces que la deshonra encuentra inmediatamente por todos sus otros cómplices, En la mayoría de los casos, la víctima no puede luchar contra ella; Pero esta jauría de harapos nunca emprende nada por motivos que tal vez serían creíbles o al menos comprensibles en el caso de otra humanidad. ¡Dios no lo quiera! Al atacar al querido mundo de la manera más villana, un bribón así se envuelve en una verdadera nube de honestidad y frases untuosas, charlas sobre el "deber periodístico" y cosas mendaces similares, e incluso llega a hablar de un asunto muy especial, es decir, para saludar el "honor" periodístico, que la chusma reunida se confirma solemnemente unos a otros.
Pero más de dos tercios de esta jauría fabrica la llamada "opinión pública", de cuya espuma surge entonces la Afrodita parlamentaria.
Para describir correctamente este procedimiento y presentarlo en toda su falsedad mendaz, habría que escribir volúmenes. Pero incluso si se hace caso omiso de esto por completo y se considera sólo el producto dado y su actividad, esto me parece suficiente para hacer que la locura más objetiva de esta institución se haga evidente incluso para la mente estrictamente religiosa.



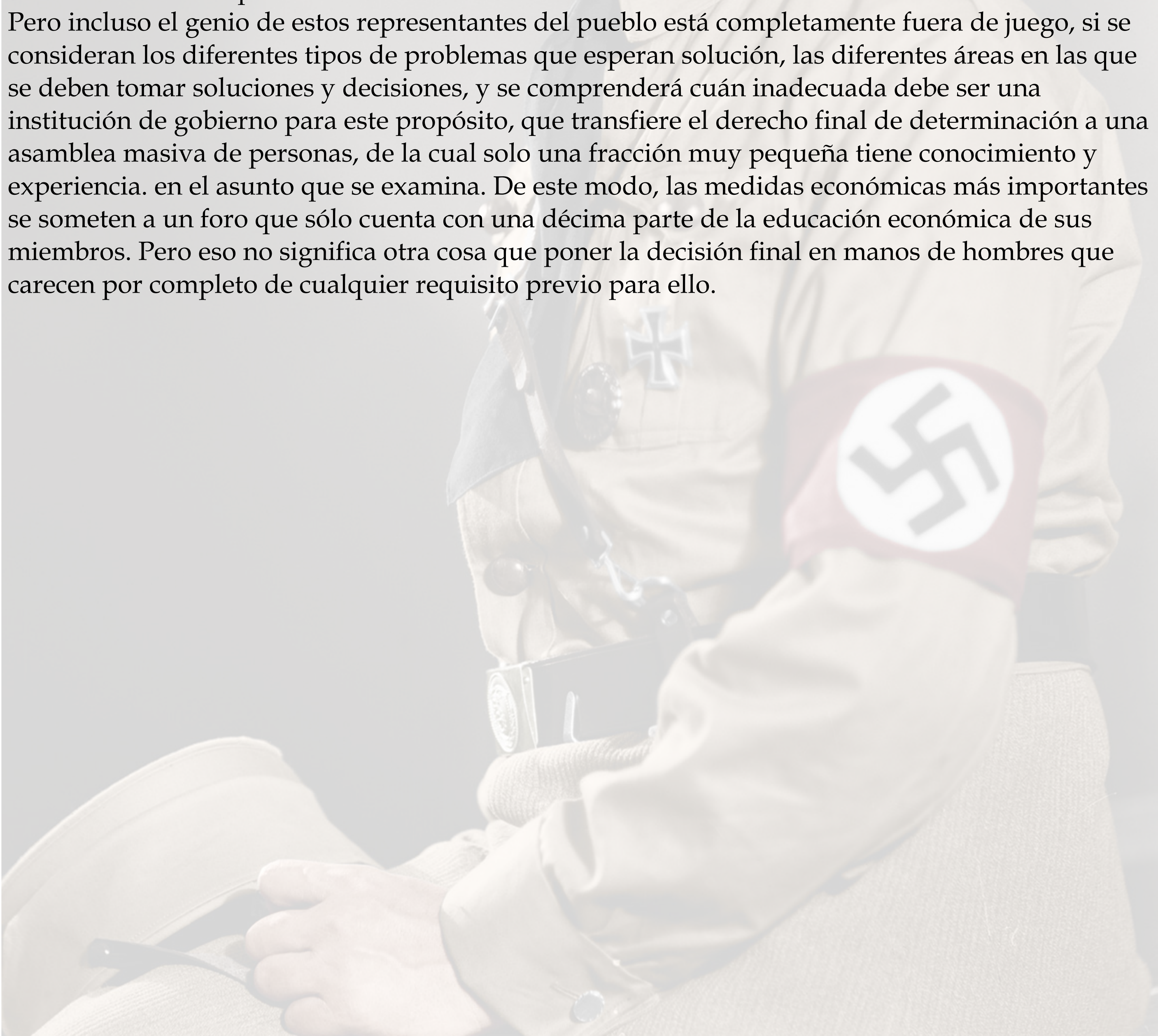
El principio de la mayoría 95

Esta aberración humana, tan absurda como peligrosa, será comprendida con mayor probabilidad y también con mayor facilidad en cuanto se compare el parlamentarismo democrático con una verdadera democracia germánica.
Lo notable de lo primero es que se eligen un número de, digamos, quinientos hombres, o, últimamente, mujeres, que ahora son responsables de tomar la decisión final en todo y en todos. De este modo, son prácticamente sólo el gobierno, pues incluso si eligen un gabinete que dirige exteriormente los asuntos de Estado, éste no está allí más que en apariencia. En realidad, este supuesto gobierno no puede dar un solo paso sin obtener primero la aprobación de la Asamblea General. Sin embargo, no se le puede responsabilizar de nada, ya que la decisión final nunca le corresponde a él, sino a la mayoría del Parlamento. En todo caso, es sólo el albacea de la respectiva mayoría de voluntad. En realidad, sólo se podría juzgar su capacidad política por el arte con el que sabe adaptarse a la voluntad de la mayoría o atraer a la mayoría hacia ella. Pero se hunde de la altura de un gobierno real a un mendigo en comparación con la mayoría respectiva. De hecho, su tarea más urgente ahora tiene que consistir sólo en asegurar el favor de la mayoría existente caso por caso o en hacerse cargo de la formación de una nueva mayoría más inclinada. Si esto tiene éxito, entonces puede continuar "gobernando" por un corto tiempo, si no tiene éxito, entonces puede irse. La exactitud de sus intenciones en sí misma no importa en absoluto.
Pero esto prácticamente elimina toda responsabilidad.



96 El principio de la mayoría

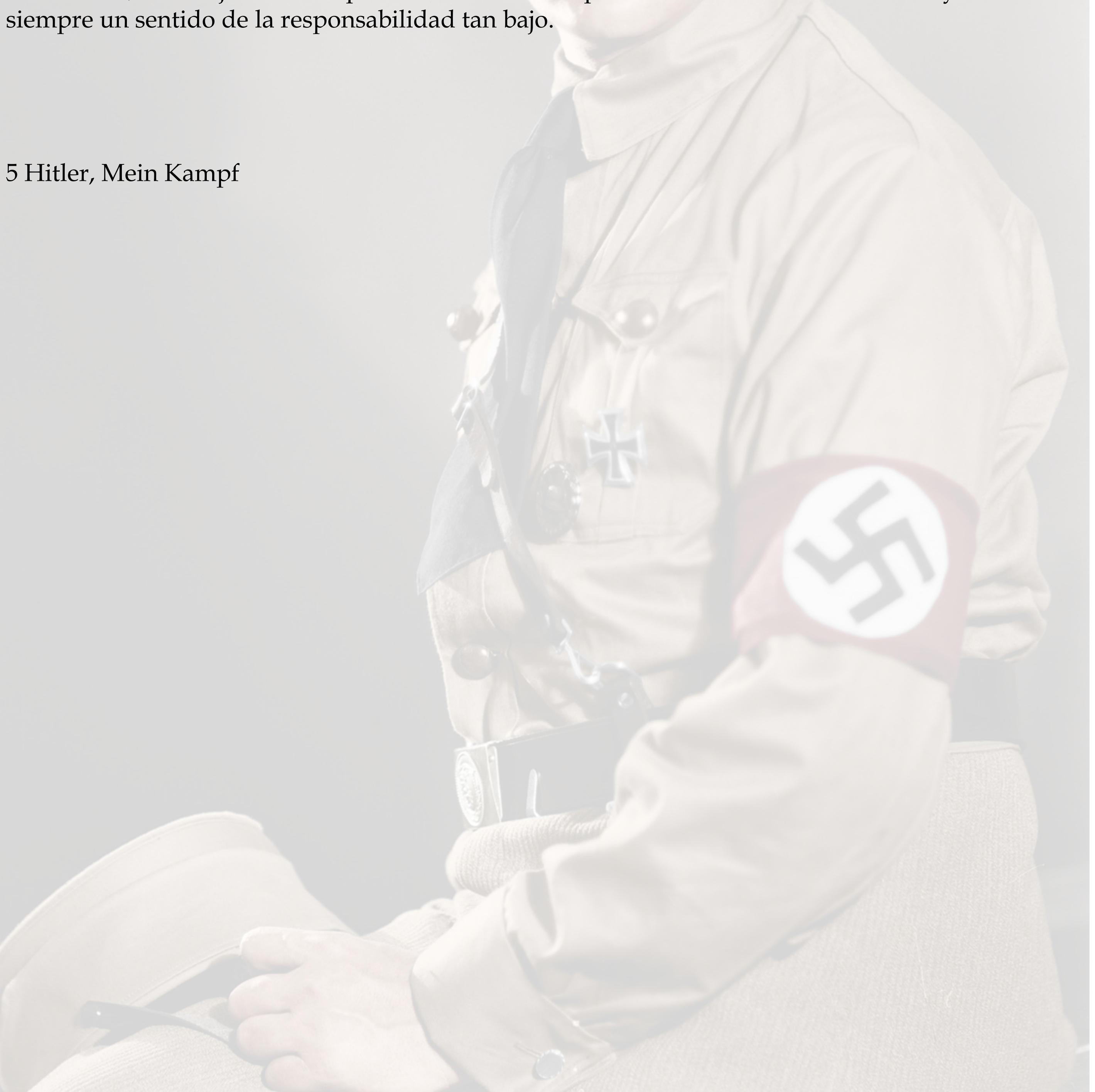
Las consecuencias de esto se pueden ver a partir de una observación muy simple:
La composición interna de los quinientos representantes elegidos por el pueblo, según la profesión o incluso según las capacidades del individuo, da un cuadro tan desgarrado como miserable. ¡Porque no se creerá que estos elegidos de la nación son también elegidos del espíritu o incluso del intelecto! Es de esperar que uno no piense que los estadistas saldrán de las papeletas de un electorado que es más bien viejo por centenares. En general, no se puede oponer lo suficiente a la tontería de que los genios nacen de las elecciones universales. En primer lugar, en una nación no hay más que un verdadero estadista una vez cada tiempo santo, y no cien o más a la vez; y en segundo lugar, la aversión de las masas a cualquier genio sobresaliente es casi instintiva. Es más probable que un camello pase por el ojo de una aguja antes de que un gran hombre sea "descubierto" por una elección.
Cualquier cosa que realmente se eleve por encima de la medida normal de la media general suele registrarse personalmente en la historia mundial.
Sin embargo, quinientas personas de proporciones más que modestas votan sobre los intereses más importantes de la nación, establecen gobiernos, que luego tienen que obtener el consentimiento del ilustre consejo en cada caso y en cada cuestión particular, de modo que la política de quinientos se hace realmente.
Y así es como suele parecer.
Pero incluso el genio de estos representantes del pueblo está completamente fuera de juego, si se consideran los diferentes tipos de problemas que esperan solución, las diferentes áreas en las que se deben tomar soluciones y decisiones, y se comprenderá cuán inadecuada debe ser una institución de gobierno para este propósito, que transfiere el derecho final de determinación a una asamblea masiva de personas, de la cual solo una fracción muy pequeña tiene conocimiento y experiencia. en el asunto que se examina. De este modo, las medidas económicas más importantes se someten a un foro que sólo cuenta con una décima parte de la educación económica de sus miembros. Pero eso no significa otra cosa que poner la decisión final en manos de hombres que carecen por completo de cualquier requisito previo para ello.

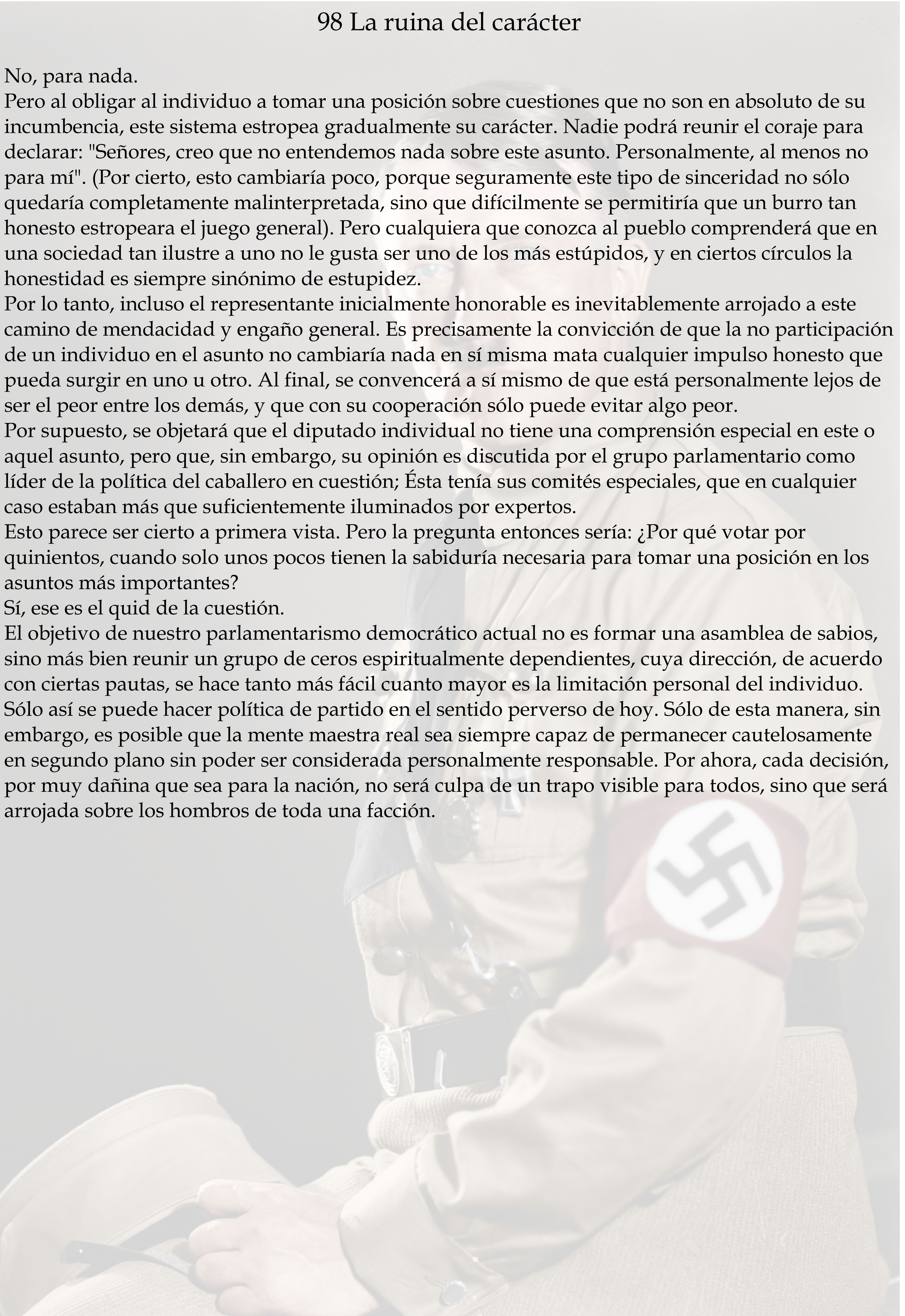


Pero lo mismo ocurre con cualquier otra pregunta. El factor decisivo será siempre una mayoría de ignorantes e incompetentes, ya que la composición de esta institución permanece inalterada, mientras que los problemas a tratar se extienden a casi todos los ámbitos de la vida pública, por lo que exigirían un cambio constante de los diputados que los juzgan y determinan. Es imposible permitir que las mismas personas se ocupen de los asuntos de tráfico como, por ejemplo, una cuestión de alta política exterior. Estos tendrían que ser diferentes de nada más que de los genios universales, como los que casi nunca aparecen en apariencia real en siglos. Desgraciadamente, sin embargo, no suelen ser "cabezas" en absoluto, sino más bien diletantes de mente estrecha, así como imaginarios y pomposos, demimondes intelectuales de la peor especie. De ahí el descuido tan a menudo incomprensible con que estos caballeros hablan y deciden sobre cosas que harían pensar ansiosamente incluso a las mentes más grandes. Las medidas de la más grave importancia para el futuro de todo un Estado, más aún, de una nación, se toman como si un juego de cabeza de oveja o de tarot estuviera fuera de la mesa, y no el destino de una raza.

Ahora bien, sería injusto creer que cada uno de los diputados de un Parlamento así haya tenido siempre un sentido de la responsabilidad tan bajo.

5 Hitler, Mein Kampf





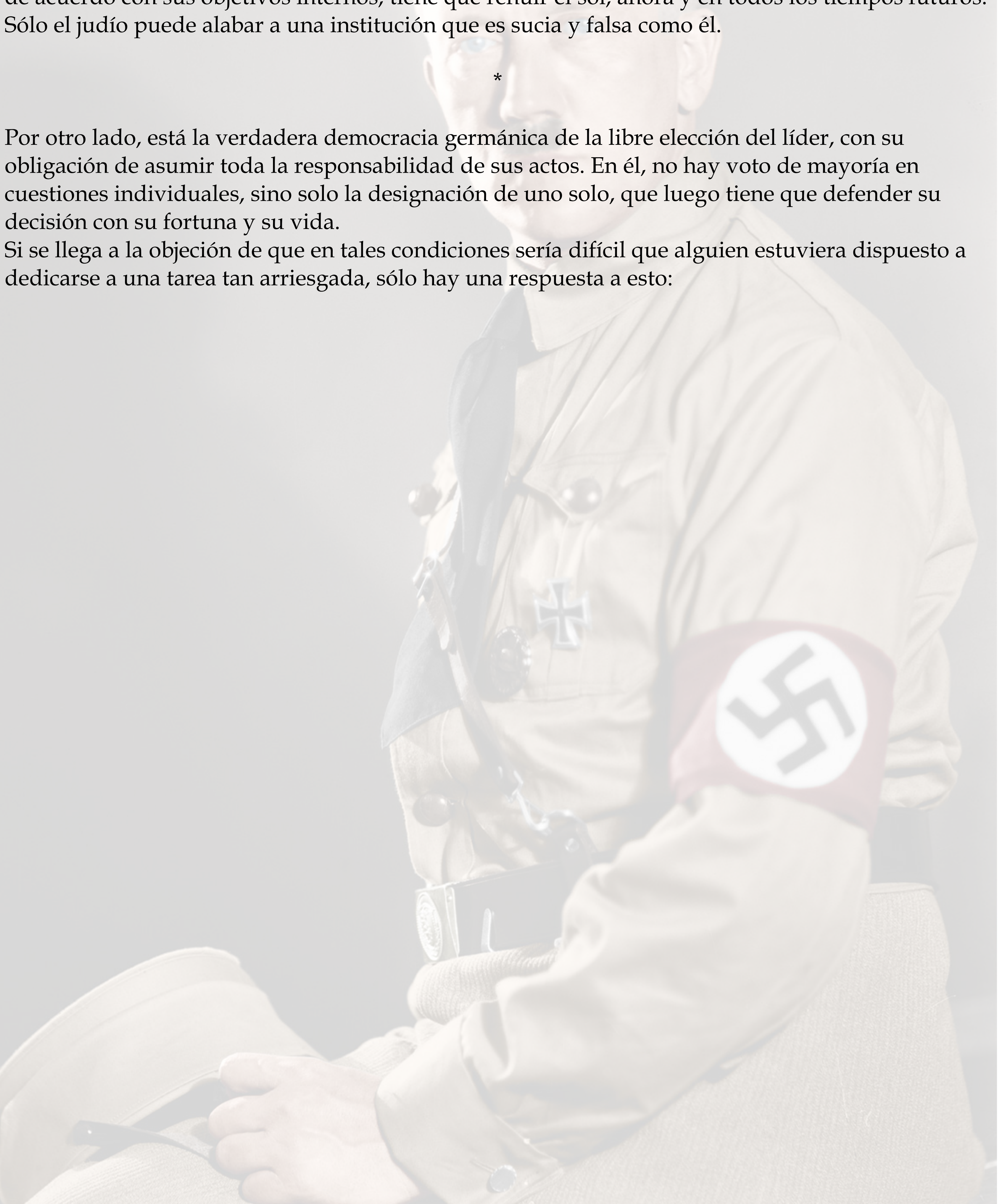
98 La ruina del carácter

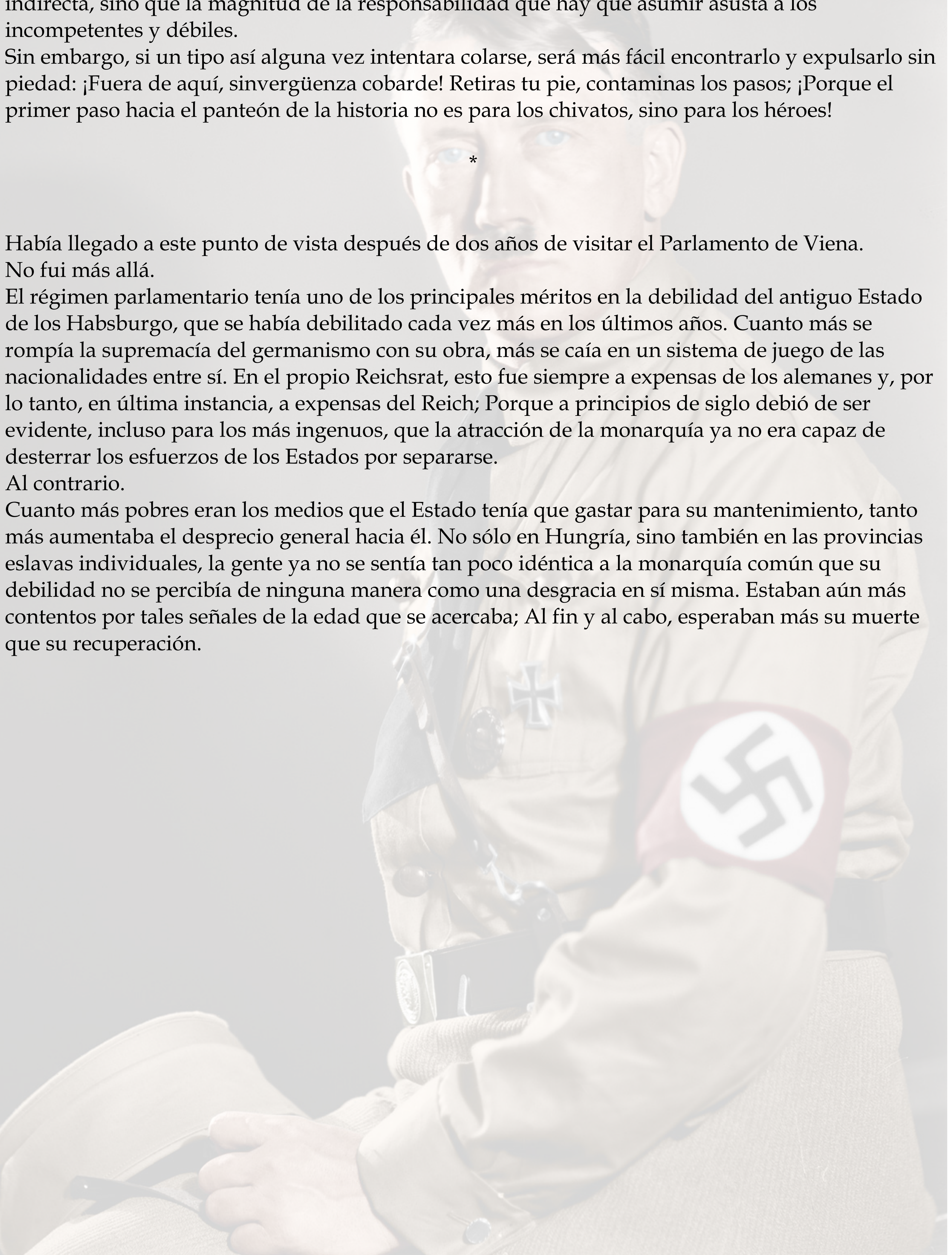
No, para nada.
Pero al obligar al individuo a tomar una posición sobre cuestiones que no son en absoluto de su incumbencia, este sistema estropea gradualmente su carácter. Nadie podrá reunir el coraje para declarar: "Señores, creo que no entendemos nada sobre este asunto. Personalmente, al menos no para mí". (Por cierto, esto cambiaría poco, porque seguramente este tipo de sinceridad no sólo quedaría completamente malinterpretada, sino que difícilmente se permitiría que un burro tan honesto estropeara el juego general). Pero cualquiera que conozca al pueblo comprenderá que en una sociedad tan ilustre a uno no le gusta ser uno de los más estúpidos, y en ciertos círculos la honestidad es siempre sinónimo de estupidez.
Por lo tanto, incluso el representante inicialmente honorable es inevitablemente arrojado a este camino de mendacidad y engaño general. Es precisamente la convicción de que la no participación de un individuo en el asunto no cambiaría nada en sí misma mata cualquier impulso honesto que pueda surgir en uno u otro. Al final, se convencerá a sí mismo de que está personalmente lejos de ser el peor entre los demás, y que con su cooperación sólo puede evitar algo peor.
Por supuesto, se objetará que el diputado individual no tiene una comprensión especial en este o aquel asunto, pero que, sin embargo, su opinión es discutida por el grupo parlamentario como líder de la política del caballero en cuestión; Ésta tenía sus comités especiales, que en cualquier caso estaban más que suficientemente iluminados por expertos.
Esto parece ser cierto a primera vista. Pero la pregunta entonces sería: ¿Por qué votar por quinientos, cuando solo unos pocos tienen la sabiduría necesaria para tomar una posición en los asuntos más importantes?
Sí, ese es el quid de la cuestión.
El objetivo de nuestro parlamentarismo democrático actual no es formar una asamblea de sabios, sino más bien reunir un grupo de ceros espiritualmente dependientes, cuya dirección, de acuerdo con ciertas pautas, se hace tanto más fácil cuanto mayor es la limitación personal del individuo. Sólo así se puede hacer política de partido en el sentido perverso de hoy. Sólo de esta manera, sin embargo, es posible que la mente maestra real sea siempre capaz de permanecer cautelosamente en segundo plano sin poder ser considerada personalmente responsable. Por ahora, cada decisión, por muy dañina que sea para la nación, no será culpa de un trapo visible para todos, sino que será arrojada sobre los hombros de toda una facción.

Esto, sin embargo, elimina cualquier responsabilidad práctica, porque ésta sólo puede recaer en la obligación de una sola persona y no en la de una asociación parlamentaria de chismes.
Esta institución sólo puede ser querida y valiosa para los damanes más mendaces y, al mismo tiempo, especialmente rehuyendo el día, mientras que debe ser odiosa para todo hombre honesto y directo que esté dispuesto a asumir la responsabilidad personal.
De ahí que este tipo de democracia se haya convertido también en el instrumento de esa raza que, de acuerdo con sus objetivos internos, tiene que rehuir el sol, ahora y en todos los tiempos futuros.
Sólo el judío puede alabar a una institución que es sucia y falsa como él.

*

Por otro lado, está la verdadera democracia germánica de la libre elección del líder, con su obligación de asumir toda la responsabilidad de sus actos. En él, no hay voto de mayoría en cuestiones individuales, sino solo la designación de uno solo, que luego tiene que defender su decisión con su fortuna y su vida.
Si se llega a la objeción de que en tales condiciones sería difícil que alguien estuviera dispuesto a dedicarse a una tarea tan arriesgada, sólo hay una respuesta a esto:





100 La democracia germánica

Gracias a Dios, este es precisamente el significado de una democracia germánica, que el siguiente mejor nerd indigno y evasor moral no llega al gobierno de sus compatriotas de una manera indirecta, sino que la magnitud de la responsabilidad que hay que asumir asusta a los incompetentes y débiles.
Sin embargo, si un tipo así alguna vez intentara colarse, será más fácil encontrarlo y expulsarlo sin piedad: ¡Fuera de aquí, sinvergüenza cobarde! Retiras tu pie, contaminas los pasos; ¡Porque el primer paso hacia el panteón de la historia no es para los chivatos, sino para los héroes!

*

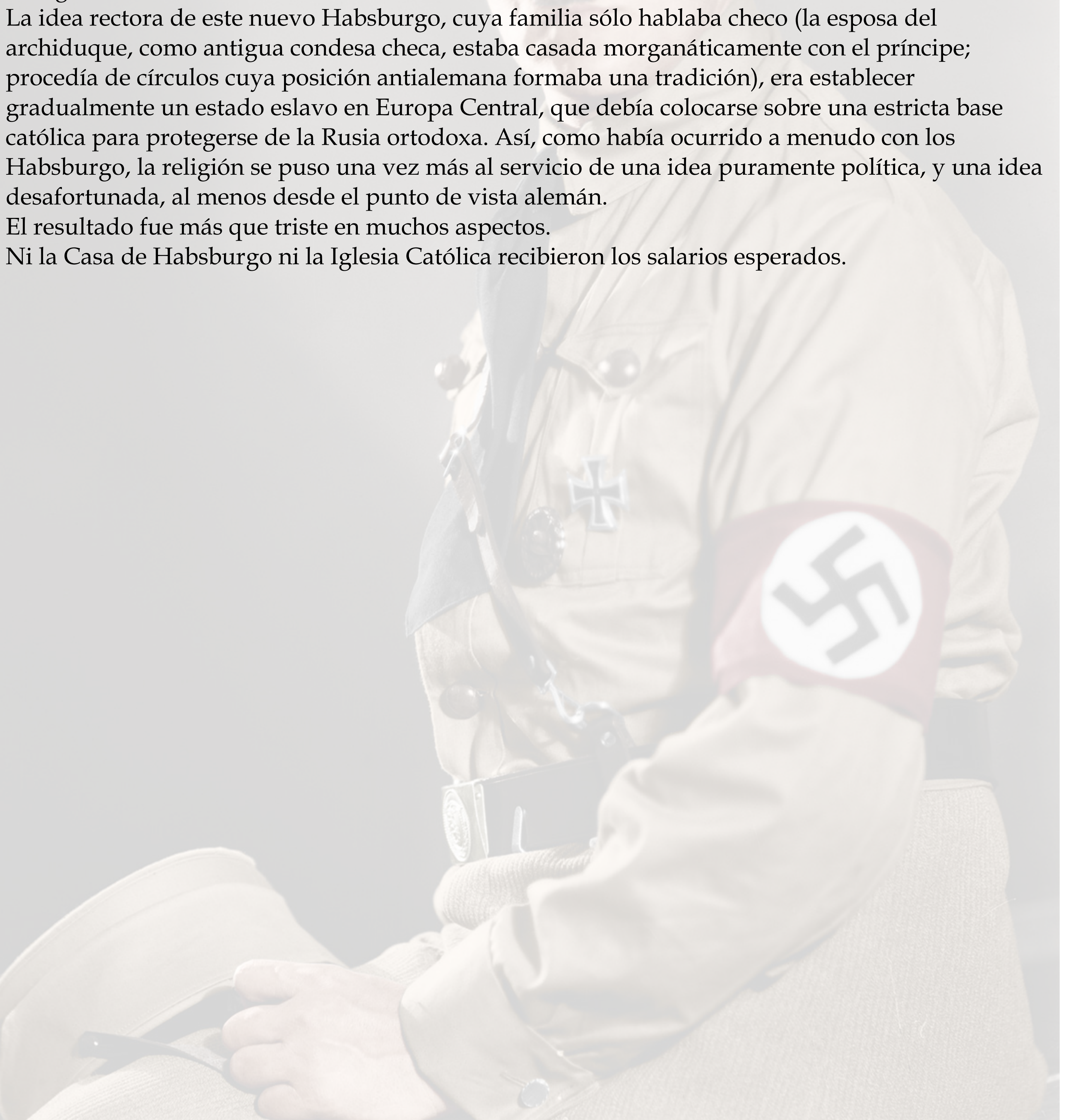
Había llegado a este punto de vista después de dos años de visitar el Parlamento de Viena.
No fui más allá.
El régimen parlamentario tenía uno de los principales méritos en la debilidad del antiguo Estado de los Habsburgo, que se había debilitado cada vez más en los últimos años. Cuanto más se rompía la supremacía del germanismo con su obra, más se caía en un sistema de juego de las nacionalidades entre sí. En el propio Reichsrat, esto fue siempre a expensas de los alemanes y, por lo tanto, en última instancia, a expensas del Reich; Porque a principios de siglo debió de ser evidente, incluso para los más ingenuos, que la atracción de la monarquía ya no era capaz de desterrar los esfuerzos de los Estados por separarse.
Al contrario.
Cuanto más pobres eran los medios que el Estado tenía que gastar para su mantenimiento, tanto más aumentaba el desprecio general hacia él. No sólo en Hungría, sino también en las provincias eslavas individuales, la gente ya no se sentía tan poco idéntica a la monarquía común que su debilidad no se percibía de ninguna manera como una desgracia en sí misma. Estaban aún más contentos por tales señales de la edad que se acercaba; Al fin y al cabo, esperaban más su muerte que su recuperación.

En el parlamento, el colapso total fue impedido por una rendición y un cumplimiento indignos, pero también por todos los chantajes que el alemán tuvo que pagar entonces; en el país, enfrentando a los pueblos individuales entre sí con la mayor habilidad posible. Sin embargo, la línea general de desarrollo se dirigía contra los alemanes. Sobre todo desde que la sucesión al trono comenzó a otorgar al archiduque Francisco Fernando cierta influencia, el plan y el orden entraron en la checosificación, que se llevó a cabo desde arriba. Con todos los medios posibles, este futuro gobernante de la Monarquía Dual trató de alentar la desgermanización o de promoverla él mismo, o al menos de encubrirla. De este modo, los lugares puramente alemanes fueron empujados lentamente, pero sin inmutarse, a la zona de peligro de los idiomas mixtos a través del desvío de los funcionarios estatales. Incluso en la Baja Austria este proceso comenzó a progresar cada vez más rápido, y Viena ya era considerada por muchos checos como su ciudad más grande.

La idea rectora de este nuevo Habsburgo, cuya familia sólo hablaba checo (la esposa del archiduque, como antigua condesa checa, estaba casada morganáticamente con el príncipe; procedía de círculos cuya posición antialemana formaba una tradición), era establecer gradualmente un estado eslavo en Europa Central, que debía colocarse sobre una estricta base católica para protegerse de la Rusia ortodoxa. Así, como había ocurrido a menudo con los Habsburgo, la religión se puso una vez más al servicio de una idea puramente política, y una idea desafortunada, al menos desde el punto de vista alemán.

El resultado fue más que triste en muchos aspectos.

Ni la Casa de Habsburgo ni la Iglesia Católica recibieron los salarios esperados.



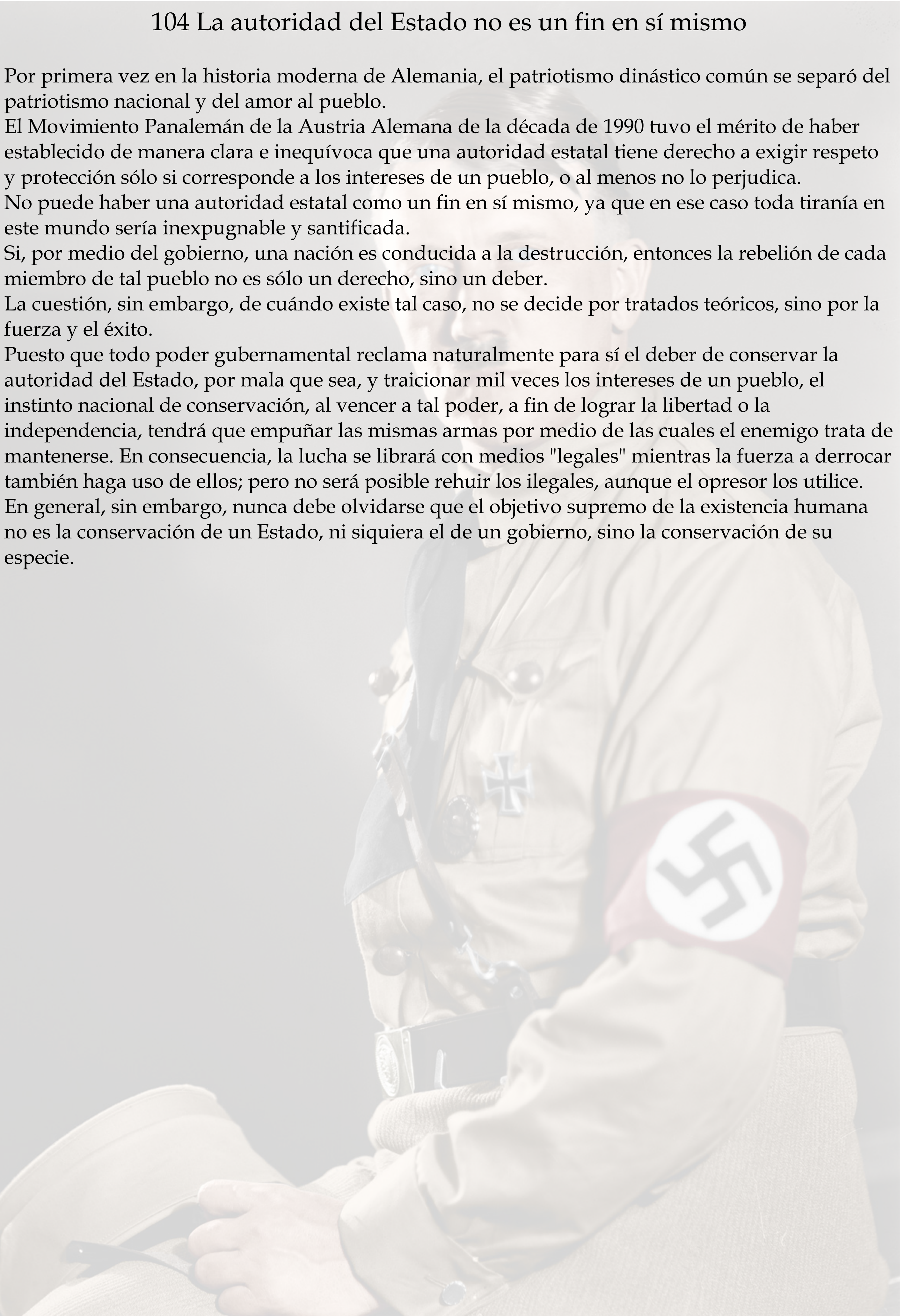
102 Los Habsburgo y el germanismo

Habsburgo perdió el trono, Roma un gran estado.
Porque al poner también los momentos religiosos al servicio de sus consideraciones políticas, la corona despertó un espíritu que ella misma no había creído posible en un principio.
El intento de erradicar el germanismo en la antigua monarquía dio lugar al movimiento pangermanista en Austria.
En la década de 1980, el liberalismo de Manchester de la actitud básica judía también había alcanzado su punto máximo, si no ya superado, en la monarquía. Sin embargo, como todo en la antigua Austria, la reacción contra esto no provino principalmente de puntos de vista sociales, sino nacionales. El instinto de conservación obligó a los alemanes a defenderse de la forma más aguda. Sólo secundariamente, las consideraciones económicas comenzaron a ganar lentamente una influencia decisiva. De la confusión política general surgieron dos formaciones partidarias, una más nacional, la otra más social, pero ambas muy interesantes e instructivas para el futuro.
Después del deprimente final de la guerra en 1866, la Casa de Habsburgo contempló la idea de tomar represalias en el campo de batalla. Sólo la muerte del emperador Max de México, cuya desafortunada expedición se atribuyó principalmente a Napoleón III, y cuyo abandono por el francés despertó la indignación general, impidió una alianza más estrecha con Francia. Sin embargo, los Habsburgo estaban al acecho en ese momento. Si la guerra de 1870/71 no se hubiera convertido en una procesión triunfal tan singular, la corte vienesa probablemente se habría atrevido a jugar el sangriento juego de la venganza de Sadowa después de todo. Pero cuando llegaron de los campos de batalla los primeros relatos heroicos, milagrosos y difíciles de creer, pero no por ello menos ciertos, el "más sabio" de todos los monarcas reconoció la hora inoportuna y puso la mejor cara posible para el juego del mal.



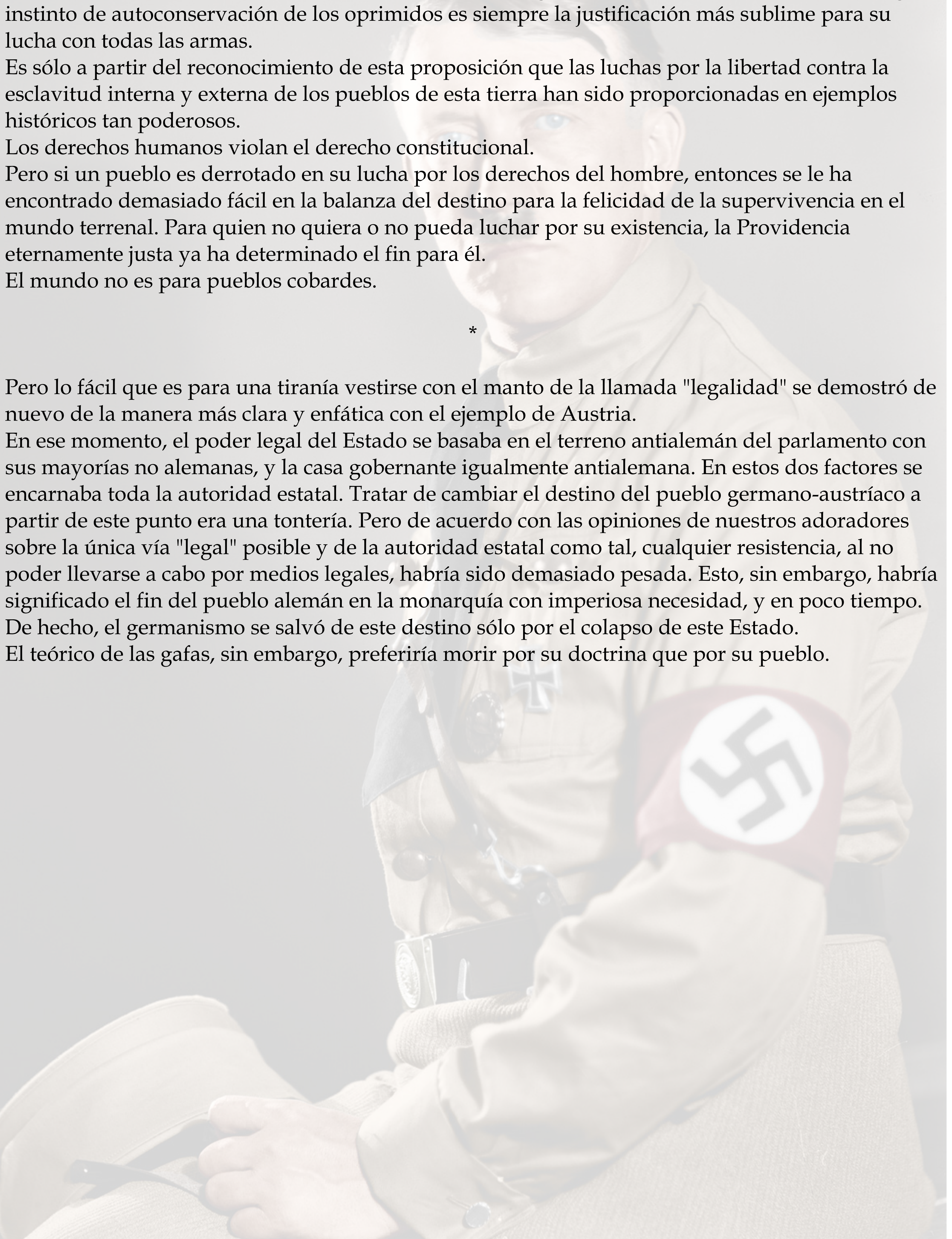
La heroica lucha de estos dos años, sin embargo, había obrado un milagro mucho más poderoso; porque con los Habsburgo el cambio de actitud nunca correspondió al impulso del corazón interior, sino a la compulsión de las circunstancias. Sin embargo, el pueblo alemán de la antigua Ostmark fue arrastrado por la victoria del Reich y vio con profunda emoción la resurrección del sueño de los padres como la realidad más gloriosa.
Porque no nos engañemos: a partir de estas horas, el austríaco de mentalidad verdaderamente alemana sólo había reconocido en Königgrätz sólo el requisito trágico, pero también necesario, para el restablecimiento de un imperio que ya no iba a ser afligido por el marasmo pútrido de la antigua alianza, y que ya no lo era. Sobre todo, aprendió a sentir más profundamente en su propio cuerpo que la Casa de Habsburgo había terminado finalmente su misión histórica y que el nuevo imperio solo podía elegir como emperador a quien, en su actitud heroica, tenía una cabeza digna de ofrecer la "corona del Rin". Pero cuánto más era digno de alabanza el destino, puesto que llevó a cabo este enfeudamiento en el peldaño de una casa que, en Federico el Grande, ya había dado una vez a la nación un símbolo brillante para la elevación de la nación en un tiempo vago.
Pero cuando, después de la gran guerra, la Casa de Habsburgo se dedicó a exterminar lenta pero inexorablemente el peligroso germanismo de la Monarquía Dual (de cuyas convicciones íntimas no se podía dudar) —pues éste iba a ser el fin de la política de esclavización—, la resistencia del pueblo destinado al fin ardía de una manera que la historia alemana de los tiempos modernos no había conocido todavía.
Por primera vez, hombres de mentalidad nacional y patriótica se convirtieron en rebeldes.
No se rebelan contra la nación, ni contra el Estado mismo, sino contra un tipo de gobierno que, según su convicción, estaba destinado a conducir a la caída de su propio pueblo.





104 La autoridad del Estado no es un fin en sí mismo

Por primera vez en la historia moderna de Alemania, el patriotismo dinástico común se separó del patriotismo nacional y del amor al pueblo.
El Movimiento Panalemán de la Austria Alemana de la década de 1990 tuvo el mérito de haber establecido de manera clara e inequívoca que una autoridad estatal tiene derecho a exigir respeto y protección sólo si corresponde a los intereses de un pueblo, o al menos no lo perjudica.
No puede haber una autoridad estatal como un fin en sí mismo, ya que en ese caso toda tiranía en este mundo sería inexpugnable y santificada.
Si, por medio del gobierno, una nación es conducida a la destrucción, entonces la rebelión de cada miembro de tal pueblo no es sólo un derecho, sino un deber.
La cuestión, sin embargo, de cuándo existe tal caso, no se decide por tratados teóricos, sino por la fuerza y el éxito.
Puesto que todo poder gubernamental reclama naturalmente para sí el deber de conservar la autoridad del Estado, por mala que sea, y traicionar mil veces los intereses de un pueblo, el instinto nacional de conservación, al vencer a tal poder, a fin de lograr la libertad o la independencia, tendrá que empuñar las mismas armas por medio de las cuales el enemigo trata de mantenerse. En consecuencia, la lucha se librará con medios "legales" mientras la fuerza a derrocar también haga uso de ellos; pero no será posible rehuir los ilegales, aunque el opresor los utilice.
En general, sin embargo, nunca debe olvidarse que el objetivo supremo de la existencia humana no es la conservación de un Estado, ni siquiera el de un gobierno, sino la conservación de su especie.



Pero una vez que esto mismo está en peligro de ser suprimido o incluso eliminado, entonces la cuestión de la legalidad juega sólo un papel subordinado. Puede ser entonces que el poder dominante se sirva mil veces de los medios llamados "legales" en sus acciones, pero sin embargo el instinto de autoconservación de los oprimidos es siempre la justificación más sublime para su lucha con todas las armas.

Es sólo a partir del reconocimiento de esta proposición que las luchas por la libertad contra la esclavitud interna y externa de los pueblos de esta tierra han sido proporcionadas en ejemplos históricos tan poderosos.

Los derechos humanos violan el derecho constitucional.

Pero si un pueblo es derrotado en su lucha por los derechos del hombre, entonces se le ha encontrado demasiado fácil en la balanza del destino para la felicidad de la supervivencia en el mundo terrenal. Para quien no quiera o no pueda luchar por su existencia, la Providencia eternamente justa ya ha determinado el fin para él.

El mundo no es para pueblos cobardes.

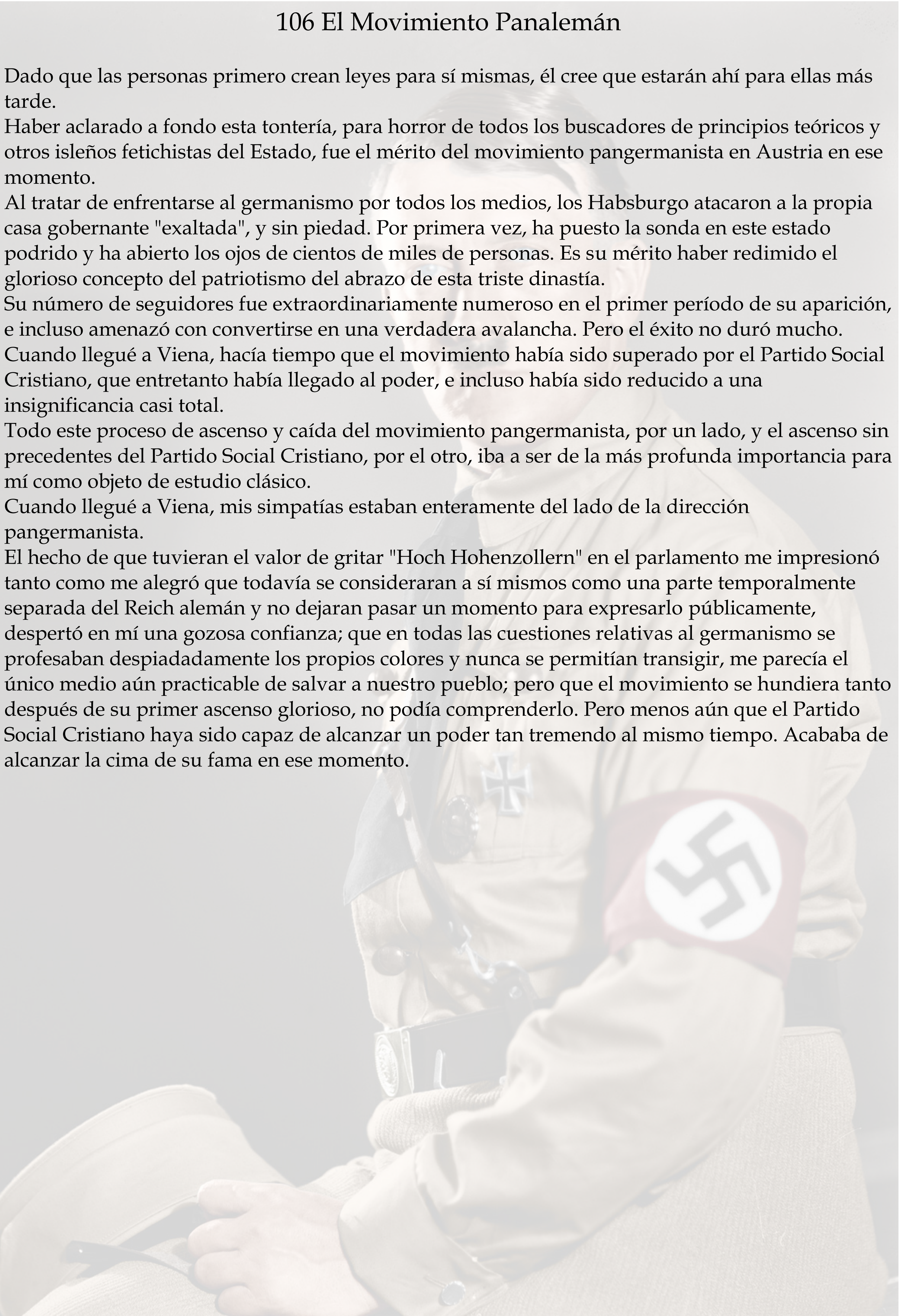
*

Pero lo fácil que es para una tiranía vestirse con el manto de la llamada "legalidad" se demostró de nuevo de la manera más clara y enfática con el ejemplo de Austria.

En ese momento, el poder legal del Estado se basaba en el terreno antialemán del parlamento con sus mayorías no alemanas, y la casa gobernante igualmente antialemana. En estos dos factores se encarnaba toda la autoridad estatal. Tratar de cambiar el destino del pueblo germano-austríaco a partir de este punto era una tontería. Pero de acuerdo con las opiniones de nuestros adoradores sobre la única vía "legal" posible y de la autoridad estatal como tal, cualquier resistencia, al no poder llevarse a cabo por medios legales, habría sido demasiado pesada. Esto, sin embargo, habría significado el fin del pueblo alemán en la monarquía con imperiosa necesidad, y en poco tiempo.

De hecho, el germanismo se salvó de este destino sólo por el colapso de este Estado.

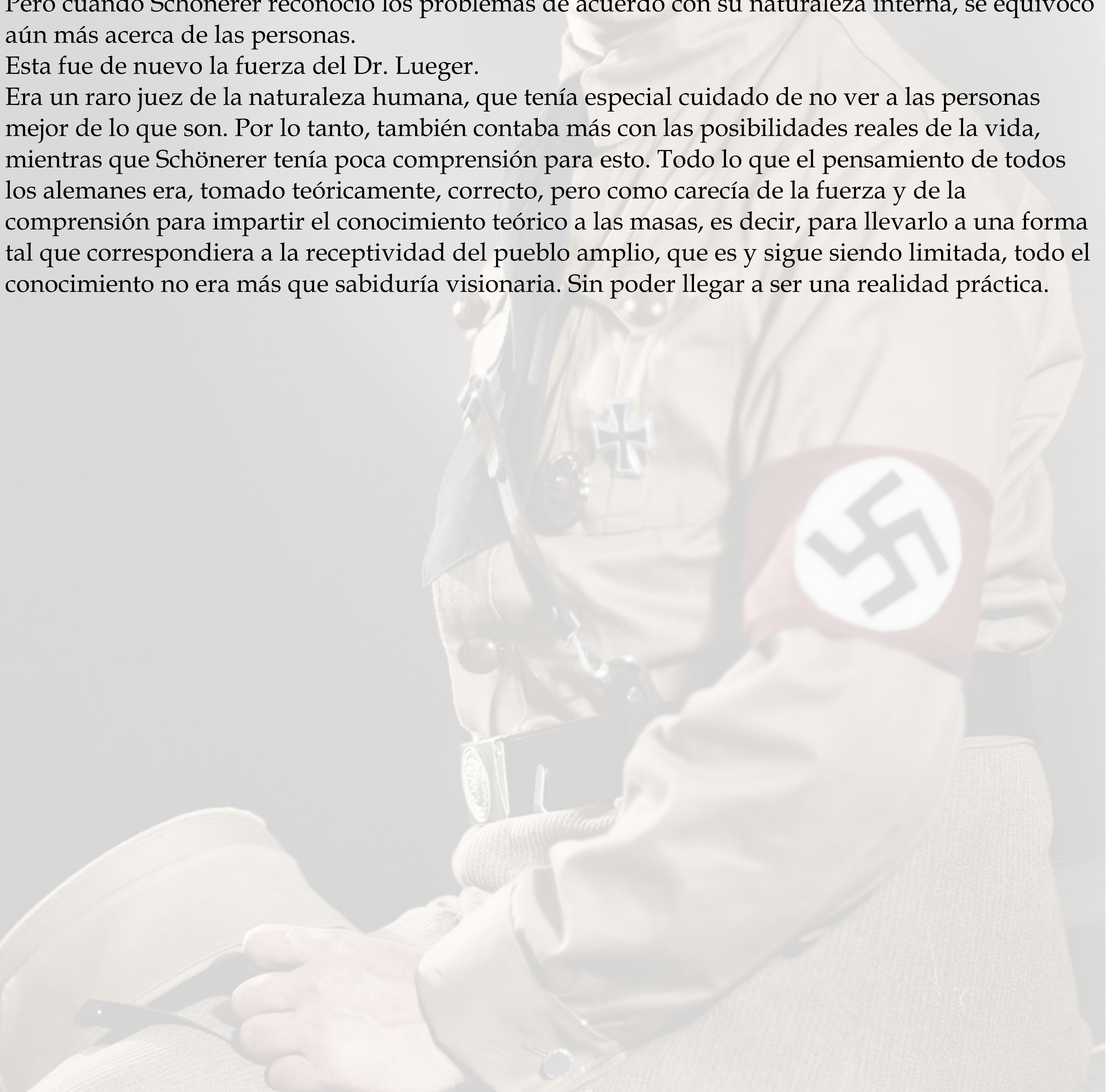
El teórico de las gafas, sin embargo, preferiría morir por su doctrina que por su pueblo.

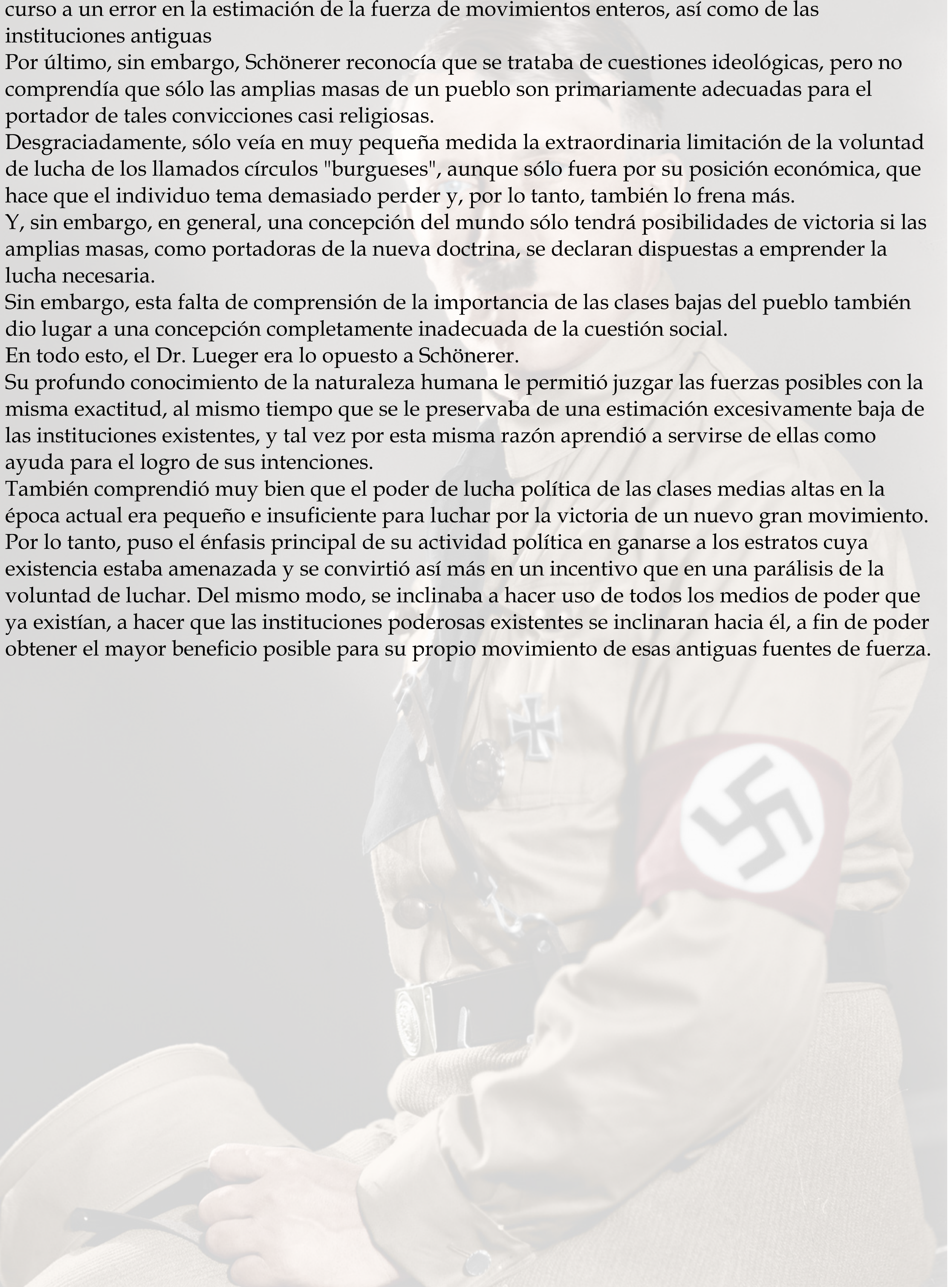


106 El Movimiento Panalemán

Dado que las personas primero crean leyes para sí mismas, él cree que estarán ahí para ellas más tarde.
Haber aclarado a fondo esta tontería, para horror de todos los buscadores de principios teóricos y otros isleños fetichistas del Estado, fue el mérito del movimiento pangermanista en Austria en ese momento.
Al tratar de enfrentarse al germanismo por todos los medios, los Habsburgo atacaron a la propia casa gobernante "exaltada", y sin piedad. Por primera vez, ha puesto la sonda en este estado podrido y ha abierto los ojos de cientos de miles de personas. Es su mérito haber redimido el glorioso concepto del patriotismo del abrazo de esta triste dinastía.
Su número de seguidores fue extraordinariamente numeroso en el primer período de su aparición, e incluso amenazó con convertirse en una verdadera avalancha. Pero el éxito no duró mucho.
Cuando llegué a Viena, hacía tiempo que el movimiento había sido superado por el Partido Social Cristiano, que entretanto había llegado al poder, e incluso había sido reducido a una insignificancia casi total.
Todo este proceso de ascenso y caída del movimiento pangermanista, por un lado, y el ascenso sin precedentes del Partido Social Cristiano, por el otro, iba a ser de la más profunda importancia para mí como objeto de estudio clásico.
Cuando llegué a Viena, mis simpatías estaban enteramente del lado de la dirección pangermanista.
El hecho de que tuvieran el valor de gritar "Hoch Hohenzollern" en el parlamento me impresionó tanto como me alegró que todavía se consideraran a sí mismos como una parte temporalmente separada del Reich alemán y no dejaran pasar un momento para expresarlo públicamente, despertó en mí una gozosa confianza; que en todas las cuestiones relativas al germanismo se profesaban despiadadamente los propios colores y nunca se permitían transigir, me parecía el único medio aún practicable de salvar a nuestro pueblo; pero que el movimiento se hundiera tanto después de su primer ascenso glorioso, no podía comprenderlo. Pero menos aún que el Partido Social Cristiano haya sido capaz de alcanzar un poder tan tremendo al mismo tiempo. Acababa de alcanzar la cima de su fama en ese momento.

Al comparar los dos movimientos, el destino, acelerado por mi otra triste situación, me dio la mejor instrucción para comprender las causas de este enigma.
Empiezo mi consideración en primer lugar con los dos hombres que deben ser considerados como los líderes y fundadores de los dos partidos: Georg von Schönerer y el Dr. Karl Lueger.
Desde un punto de vista puramente humano, sobresalen, tanto desde el punto de vista humano, mucho más allá del alcance y la extensión de los llamados fenómenos parlamentarios. En el pantano de la corrupción política general, toda su vida permaneció pura e inviolable. Sin embargo, mi simpatía personal se basaba en primer lugar en el ejemplo del Schönerer pangermanista, y sólo gradualmente me volvía también hacia el líder socialcristiano.
Comparados en sus habilidades, ya entonces me parecía más hermoso que el mejor y más completo pensador en problemas fundamentales. Reconoció el inevitable fin del Estado austríaco con más exactitud y claridad que nadie. Si sus advertencias contra la monarquía de los Habsburgo hubieran sido mejor escuchadas, especialmente en el Imperio, la desgracia de la guerra mundial de Alemania contra toda Europa nunca habría llegado.
Pero cuando Schönerer reconoció los problemas de acuerdo con su naturaleza interna, se equivocó aún más acerca de las personas.
Esta fue de nuevo la fuerza del Dr. Lueger.
Era un raro juez de la naturaleza humana, que tenía especial cuidado de no ver a las personas mejor de lo que son. Por lo tanto, también contaba más con las posibilidades reales de la vida, mientras que Schönerer tenía poca comprensión para esto. Todo lo que el pensamiento de todos los alemanes era, tomado teóricamente, correcto, pero como carecía de la fuerza y de la comprensión para impartir el conocimiento teórico a las masas, es decir, para llevarlo a una forma tal que correspondiera a la receptividad del pueblo amplio, que es y sigue siendo limitada, todo el conocimiento no era más que sabiduría visionaria. Sin poder llegar a ser una realidad práctica.





Sin embargo, esta falta de conocimiento real de la naturaleza humana condujo en el curso del curso a un error en la estimación de la fuerza de movimientos enteros, así como de las instituciones antiguas

Por último, sin embargo, Schönerer reconocía que se trataba de cuestiones ideológicas, pero no comprendía que sólo las amplias masas de un pueblo son primariamente adecuadas para el portador de tales convicciones casi religiosas.

Desgraciadamente, sólo veía en muy pequeña medida la extraordinaria limitación de la voluntad de lucha de los llamados círculos "burgueses", aunque sólo fuera por su posición económica, que hace que el individuo tema demasiado perder y, por lo tanto, también lo frena más.

Y, sin embargo, en general, una concepción del mundo sólo tendrá posibilidades de victoria si las amplias masas, como portadoras de la nueva doctrina, se declaran dispuestas a emprender la lucha necesaria.

Sin embargo, esta falta de comprensión de la importancia de las clases bajas del pueblo también dio lugar a una concepción completamente inadecuada de la cuestión social.

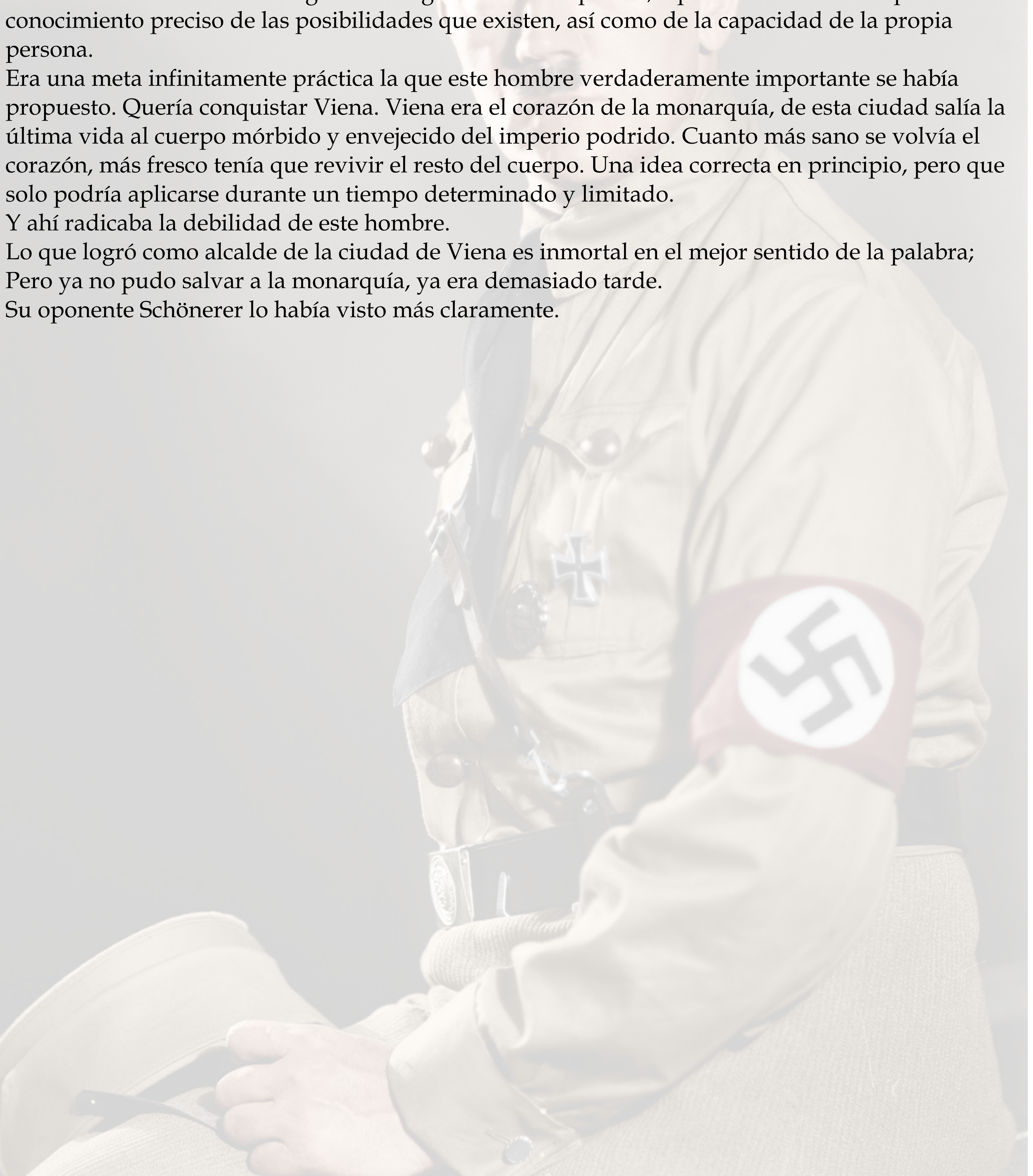
En todo esto, el Dr. Lueger era lo opuesto a Schönerer.

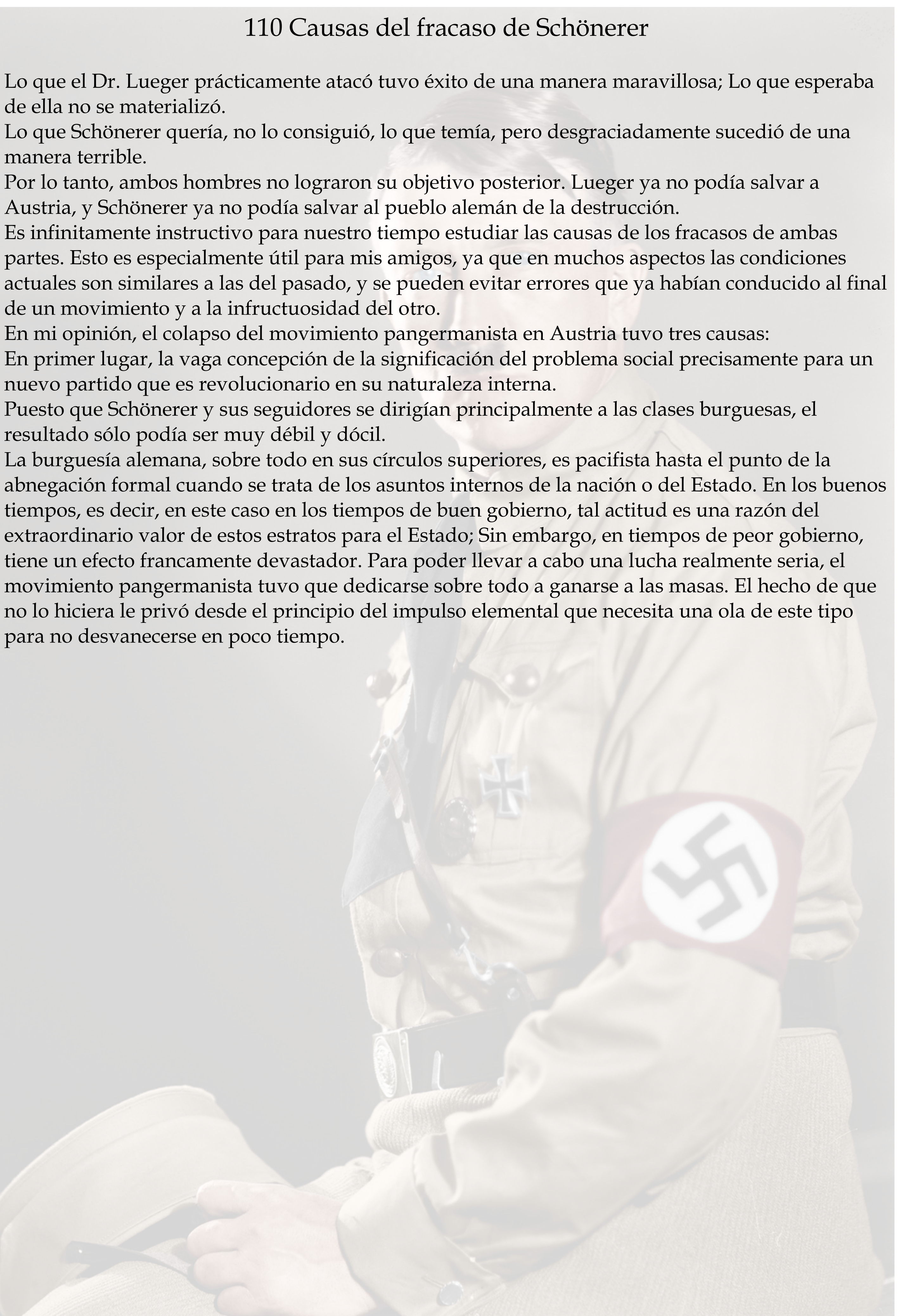
Su profundo conocimiento de la naturaleza humana le permitió juzgar las fuerzas posibles con la misma exactitud, al mismo tiempo que se le preservaba de una estimación excesivamente baja de las instituciones existentes, y tal vez por esta misma razón aprendió a servirse de ellas como ayuda para el logro de sus intenciones.

También comprendió muy bien que el poder de lucha política de las clases medias altas en la época actual era pequeño e insuficiente para luchar por la victoria de un nuevo gran movimiento.

Por lo tanto, puso el énfasis principal de su actividad política en ganarse a los estratos cuya existencia estaba amenazada y se convirtió así más en un incentivo que en una parálisis de la voluntad de luchar. Del mismo modo, se inclinaba a hacer uso de todos los medios de poder que ya existían, a hacer que las instituciones poderosas existentes se inclinaran hacia él, a fin de poder obtener el mayor beneficio posible para su propio movimiento de esas antiguas fuentes de fuerza.

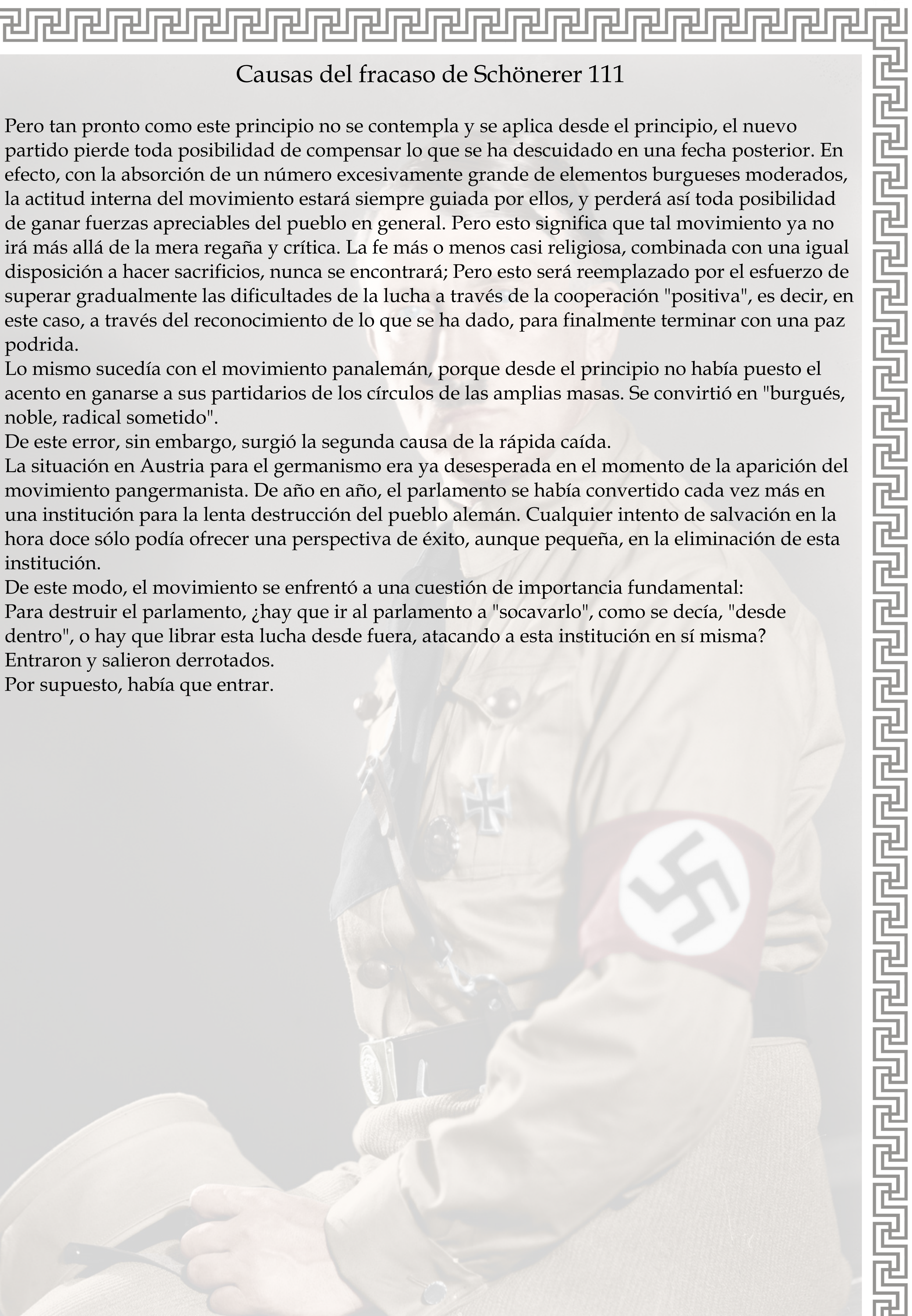
De este modo, orientó su nuevo partido principalmente hacia la clase media, que estaba amenazada de extinción, y así se aseguró un seguimiento muy difícil de sacudir, de igual disposición al sacrificio y tenaz poder de combate. Pero su relación con la Iglesia Católica, infinitamente hábilmente desarrollada, le ganó en poco tiempo el clero más joven, hasta tal punto que el viejo partido clerical se vio obligado a abandonar el campo de batalla o, aún más sabiamente, se unió al nuevo partido para recuperar lentamente una posición tras otra.
Pero si sólo esto fuera considerado como la naturaleza característica del hombre, entonces se le cometería una grave injusticia. Porque el hábil estratega también tenía las cualidades de un reformador verdaderamente grande e ingenioso. Por supuesto, aquí también limitado por un conocimiento preciso de las posibilidades que existen, así como de la capacidad de la propia persona.
Era una meta infinitamente práctica la que este hombre verdaderamente importante se había propuesto. Quería conquistar Viena. Viena era el corazón de la monarquía, de esta ciudad salía la última vida al cuerpo mórbido y envejecido del imperio podrido. Cuanto más sano se volvía el corazón, más fresco tenía que revivir el resto del cuerpo. Una idea correcta en principio, pero que solo podría aplicarse durante un tiempo determinado y limitado.
Y ahí radicaba la debilidad de este hombre.
Lo que logró como alcalde de la ciudad de Viena es inmortal en el mejor sentido de la palabra; Pero ya no pudo salvar a la monarquía, ya era demasiado tarde.
Su oponente Schönerer lo había visto más claramente.





110 Causas del fracaso de Schönerer

Lo que el Dr. Lueger prácticamente atacó tuvo éxito de una manera maravillosa; Lo que esperaba de ella no se materializó.
Lo que Schönerer quería, no lo consiguió, lo que temía, pero desgraciadamente sucedió de una manera terrible.
Por lo tanto, ambos hombres no lograron su objetivo posterior. Lueger ya no podía salvar a Austria, y Schönerer ya no podía salvar al pueblo alemán de la destrucción.
Es infinitamente instructivo para nuestro tiempo estudiar las causas de los fracasos de ambas partes. Esto es especialmente útil para mis amigos, ya que en muchos aspectos las condiciones actuales son similares a las del pasado, y se pueden evitar errores que ya habían conducido al final de un movimiento y a la infructuosidad del otro.
En mi opinión, el colapso del movimiento pangermanista en Austria tuvo tres causas:
En primer lugar, la vaga concepción de la significación del problema social precisamente para un nuevo partido que es revolucionario en su naturaleza interna.
Puesto que Schönerer y sus seguidores se dirigían principalmente a las clases burguesas, el resultado sólo podía ser muy débil y dócil.
La burguesía alemana, sobre todo en sus círculos superiores, es pacifista hasta el punto de la abnegación formal cuando se trata de los asuntos internos de la nación o del Estado. En los buenos tiempos, es decir, en este caso en los tiempos de buen gobierno, tal actitud es una razón del extraordinario valor de estos estratos para el Estado; Sin embargo, en tiempos de peor gobierno, tiene un efecto francamente devastador. Para poder llevar a cabo una lucha realmente seria, el movimiento pangermanista tuvo que dedicarse sobre todo a ganarse a las masas. El hecho de que no lo hiciera le privó desde el principio del impulso elemental que necesita una ola de este tipo para no desvanecerse en poco tiempo.



Pero tan pronto como este principio no se contempla y se aplica desde el principio, el nuevo partido pierde toda posibilidad de compensar lo que se ha descuidado en una fecha posterior. En efecto, con la absorción de un número excesivamente grande de elementos burgueses moderados, la actitud interna del movimiento estará siempre guiada por ellos, y perderá así toda posibilidad de ganar fuerzas apreciables del pueblo en general. Pero esto significa que tal movimiento ya no irá más allá de la mera regaña y crítica. La fe más o menos casi religiosa, combinada con una igual disposición a hacer sacrificios, nunca se encontrará; Pero esto será reemplazado por el esfuerzo de superar gradualmente las dificultades de la lucha a través de la cooperación "positiva", es decir, en este caso, a través del reconocimiento de lo que se ha dado, para finalmente terminar con una paz podrida.

Lo mismo sucedía con el movimiento panalemán, porque desde el principio no había puesto el acento en ganarse a sus partidarios de los círculos de las amplias masas. Se convirtió en "burgués, noble, radical sometido".

De este error, sin embargo, surgió la segunda causa de la rápida caída.

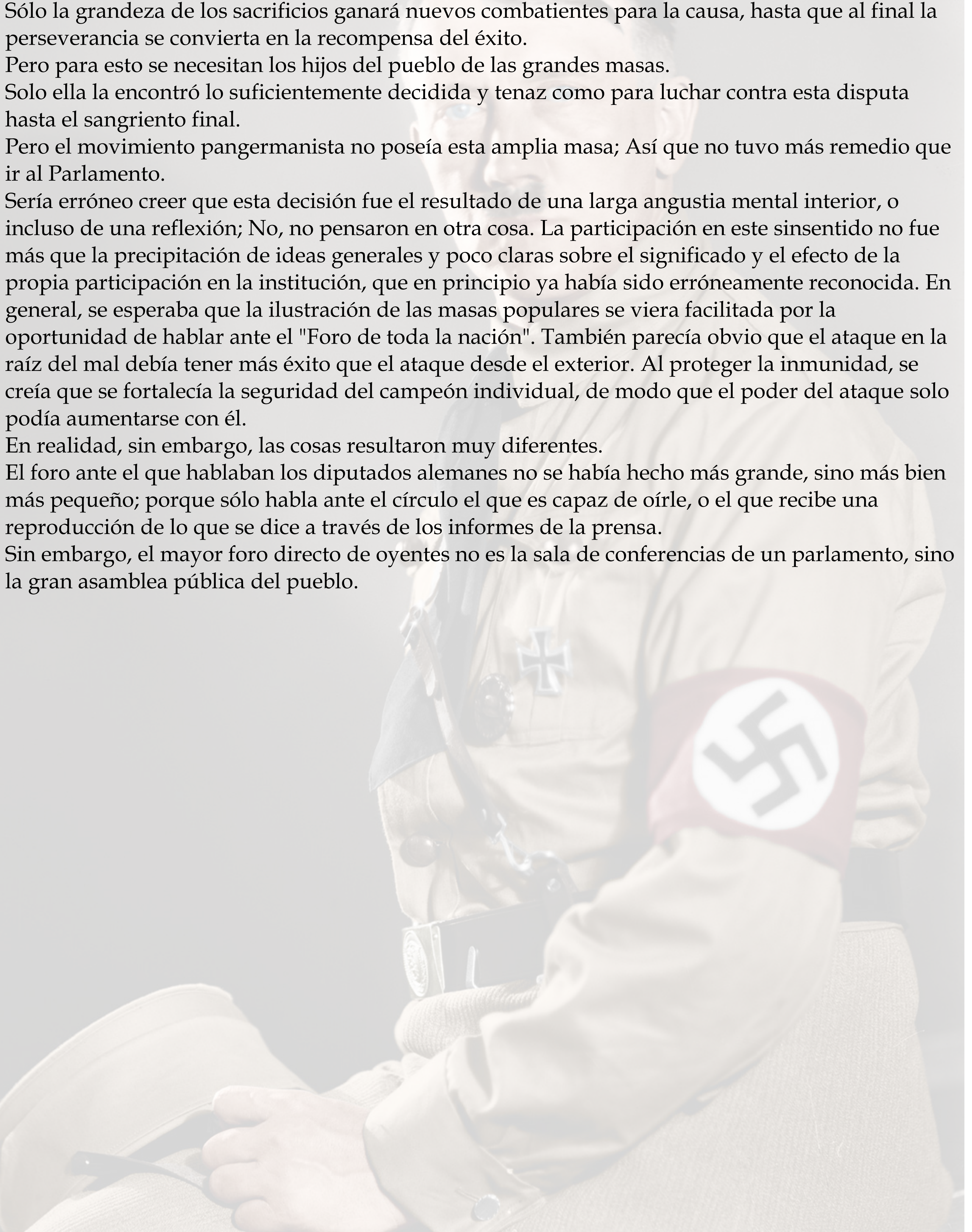
La situación en Austria para el germanismo era ya desesperada en el momento de la aparición del movimiento pangermanista. De año en año, el parlamento se había convertido cada vez más en una institución para la lenta destrucción del pueblo alemán. Cualquier intento de salvación en la hora doce sólo podía ofrecer una perspectiva de éxito, aunque pequeña, en la eliminación de esta institución.

De este modo, el movimiento se enfrentó a una cuestión de importancia fundamental:

Para destruir el parlamento, ¿hay que ir al parlamento a "socavarlo", como se decía, "desde dentro", o hay que librar esta lucha desde fuera, atacando a esta institución en sí misma?

Entraron y salieron derrotados.

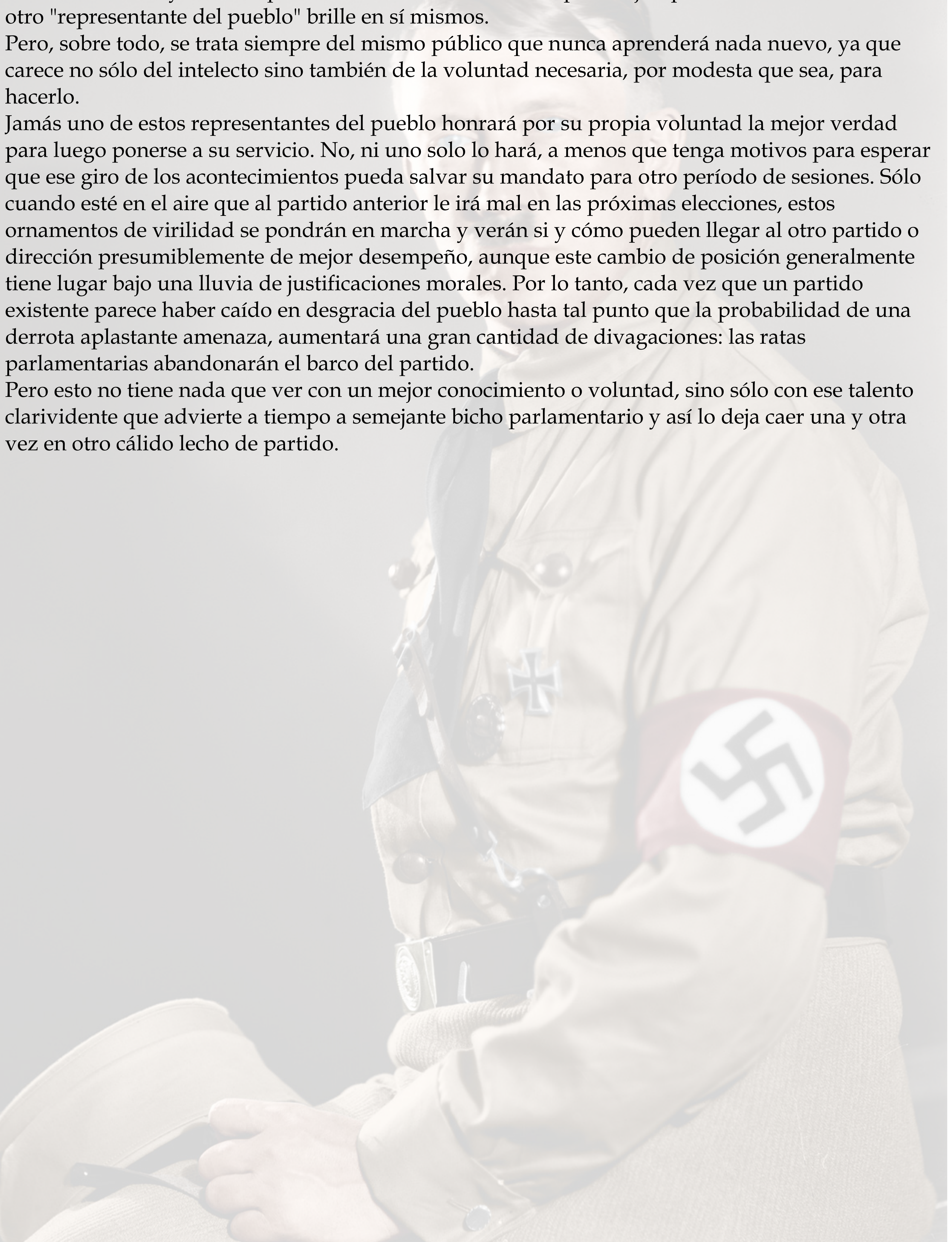
Por supuesto, había que entrar.

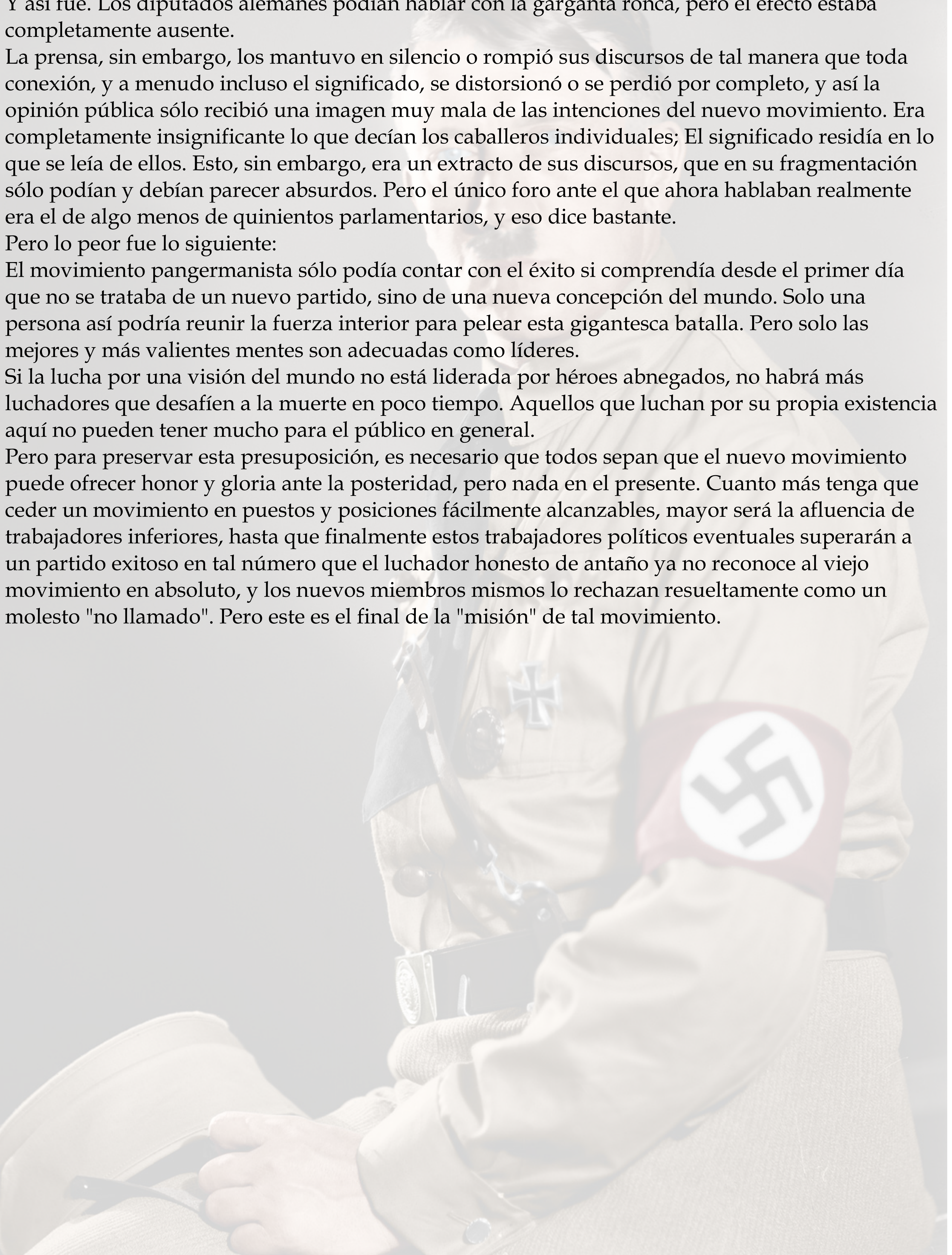


112 Todos los alemanes y el Parlamento

Luchar contra tal poder desde el exterior significa armarse de un coraje inquebrantable, pero también estar dispuesto a infinitos sacrificios. Uno ataca al toro con él por los cuernos y recibirá muchos golpes fuertes, a veces caerá al suelo, para poder levantarse de nuevo, tal vez solo con miembros rotos, y solo después de la lucha más dura, la victoria se volverá para el atacante audaz. Sólo la grandeza de los sacrificios ganará nuevos combatientes para la causa, hasta que al final la perseverancia se convierta en la recompensa del éxito.
Pero para esto se necesitan los hijos del pueblo de las grandes masas.
Solo ella la encontró lo suficientemente decidida y tenaz como para luchar contra esta disputa hasta el sangriento final.
Pero el movimiento pangermanista no poseía esta amplia masa; Así que no tuvo más remedio que ir al Parlamento.
Sería erróneo creer que esta decisión fue el resultado de una larga angustia mental interior, o incluso de una reflexión; No, no pensaron en otra cosa. La participación en este sinsentido no fue más que la precipitación de ideas generales y poco claras sobre el significado y el efecto de la propia participación en la institución, que en principio ya había sido erróneamente reconocida. En general, se esperaba que la ilustración de las masas populares se viera facilitada por la oportunidad de hablar ante el "Foro de toda la nación". También parecía obvio que el ataque en la raíz del mal debía tener más éxito que el ataque desde el exterior. Al proteger la inmunidad, se creía que se fortalecía la seguridad del campeón individual, de modo que el poder del ataque solo podía aumentarse con él.
En realidad, sin embargo, las cosas resultaron muy diferentes.
El foro ante el que hablaban los diputados alemanes no se había hecho más grande, sino más bien más pequeño; porque sólo habla ante el círculo el que es capaz de oírle, o el que recibe una reproducción de lo que se dice a través de los informes de la prensa.
Sin embargo, el mayor foro directo de oyentes no es la sala de conferencias de un parlamento, sino la gran asamblea pública del pueblo.

Porque en ella hay miles de personas que sólo han venido a oír lo que el orador tiene que decirles, mientras que en la sala de reuniones de la Cámara de Representantes sólo hay unos pocos centenares, la mayoría sólo para recibir dietas, en absoluto para dejar que la sabiduría de uno u otro "representante del pueblo" brille en sí mismos.
Pero, sobre todo, se trata siempre del mismo público que nunca aprenderá nada nuevo, ya que carece no sólo del intelecto sino también de la voluntad necesaria, por modesta que sea, para hacerlo.
Jamás uno de estos representantes del pueblo honrará por su propia voluntad la mejor verdad para luego ponerse a su servicio. No, ni uno solo lo hará, a menos que tenga motivos para esperar que ese giro de los acontecimientos pueda salvar su mandato para otro período de sesiones. Sólo cuando esté en el aire que al partido anterior le irá mal en las próximas elecciones, estos ornamentos de virilidad se pondrán en marcha y verán si y cómo pueden llegar al otro partido o dirección presumiblemente de mejor desempeño, aunque este cambio de posición generalmente tiene lugar bajo una lluvia de justificaciones morales. Por lo tanto, cada vez que un partido existente parece haber caído en desgracia del pueblo hasta tal punto que la probabilidad de una derrota aplastante amenaza, aumentará una gran cantidad de divagaciones: las ratas parlamentarias abandonarán el barco del partido.
Pero esto no tiene nada que ver con un mejor conocimiento o voluntad, sino sólo con ese talento clarividente que advierte a tiempo a semejante bicho parlamentario y así lo deja caer una y otra vez en otro cálido lecho de partido.



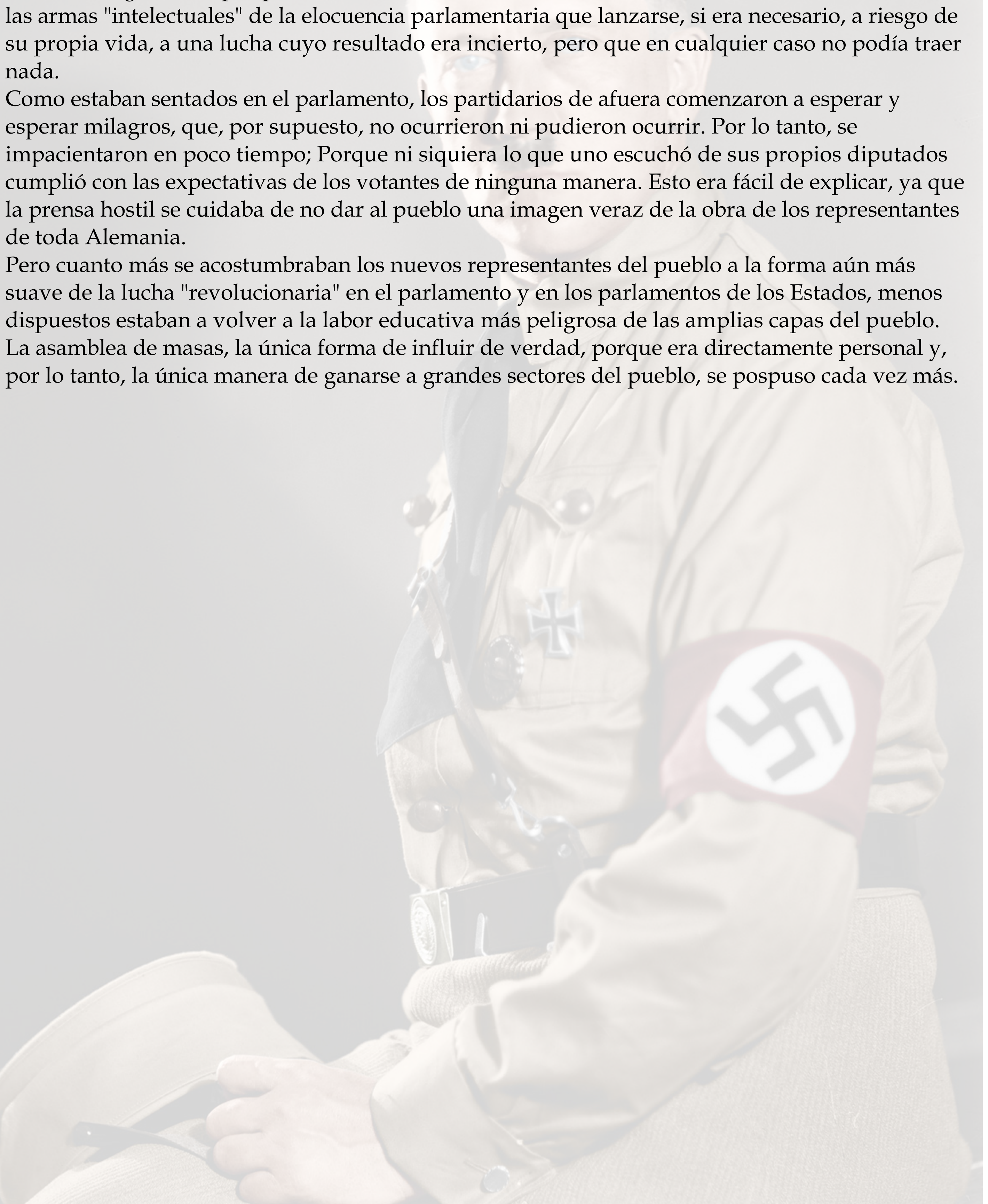


114 Todos los alemanes y el Parlamento

Hablar frente a un "foro" de este tipo realmente significa arrojar perlas frente a los animales conocidos. ¡Realmente no vale la pena! El éxito aquí no puede ser otro que cero.
Y así fue. Los diputados alemanes podían hablar con la garganta ronca, pero el efecto estaba completamente ausente.
La prensa, sin embargo, los mantuvo en silencio o rompió sus discursos de tal manera que toda conexión, y a menudo incluso el significado, se distorsionó o se perdió por completo, y así la opinión pública sólo recibió una imagen muy mala de las intenciones del nuevo movimiento. Era completamente insignificante lo que decían los caballeros individuales; El significado residía en lo que se leía de ellos. Esto, sin embargo, era un extracto de sus discursos, que en su fragmentación sólo podían y debían parecer absurdos. Pero el único foro ante el que ahora hablaban realmente era el de algo menos de quinientos parlamentarios, y eso dice bastante.
Pero lo peor fue lo siguiente:
El movimiento pangermanista sólo podía contar con el éxito si comprendía desde el primer día que no se trataba de un nuevo partido, sino de una nueva concepción del mundo. Solo una persona así podría reunir la fuerza interior para pelear esta gigantesca batalla. Pero solo las mejores y más valientes mentes son adecuadas como líderes.
Si la lucha por una visión del mundo no está liderada por héroes abnegados, no habrá más luchadores que desafíen a la muerte en poco tiempo. Aquellos que luchan por su propia existencia aquí no pueden tener mucho para el público en general.
Pero para preservar esta presuposición, es necesario que todos sepan que el nuevo movimiento puede ofrecer honor y gloria ante la posteridad, pero nada en el presente. Cuanto más tenga que ceder un movimiento en puestos y posiciones fácilmente alcanzables, mayor será la afluencia de trabajadores inferiores, hasta que finalmente estos trabajadores políticos eventuales superarán a un partido exitoso en tal número que el luchador honesto de antaño ya no reconoce al viejo movimiento en absoluto, y los nuevos miembros mismos lo rechazan resueltamente como un molesto "no llamado". Pero este es el final de la "misión" de tal movimiento.

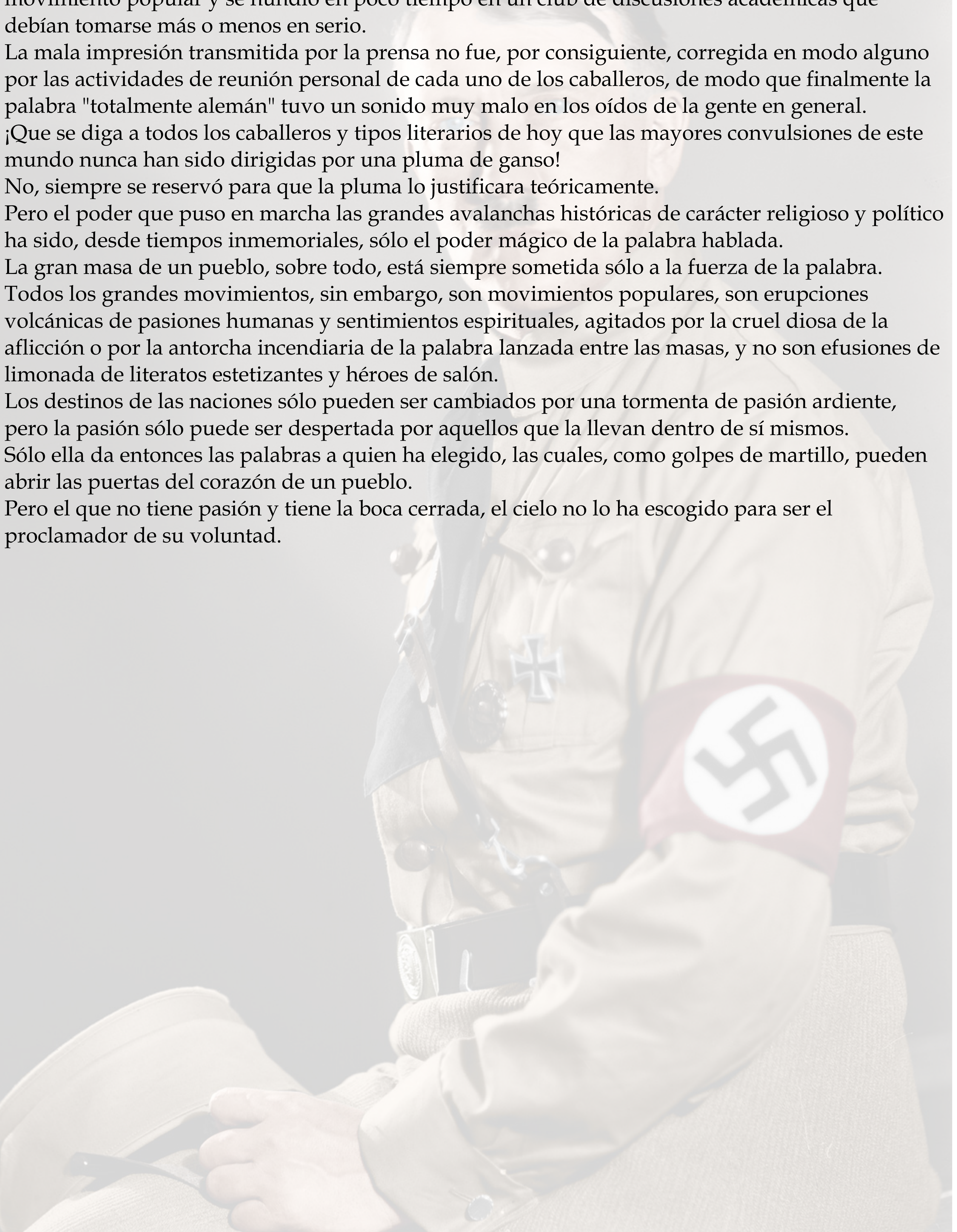
Todos los alemanes y el Parlamento 115

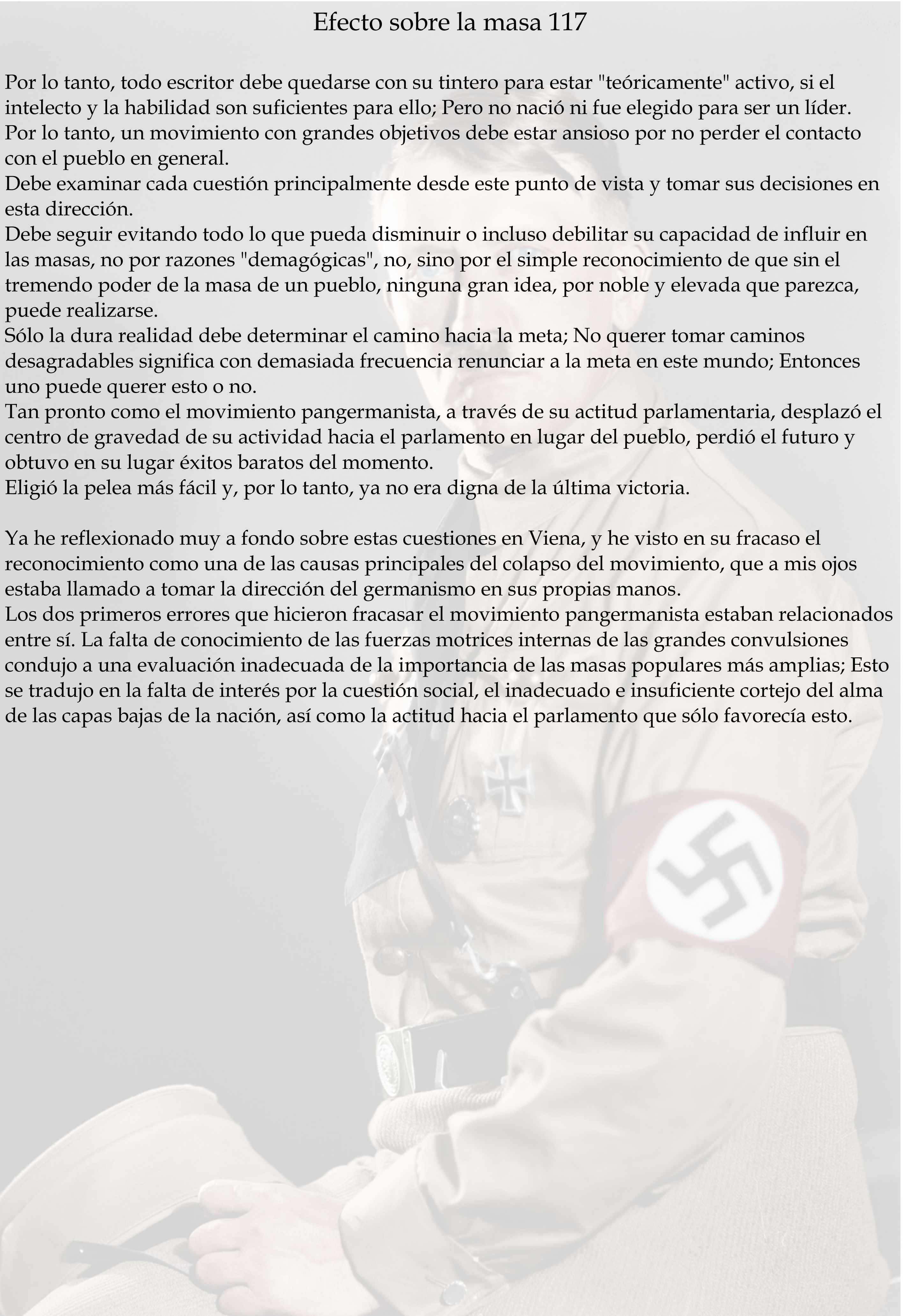
Tan pronto como el movimiento pangermanista se comprometió con el parlamento, también recibió "parlamentarios" en lugar de líderes y combatientes. De este modo, se hundió al nivel de uno de los partidos políticos ordinarios de la época y perdió la fuerza para enfrentarse a un destino fatídico con el desafío del martirio. En lugar de esgrima, ahora también aprendió a "hablar" y "negociar". Al poco tiempo, sin embargo, el nuevo parlamentario sintió que era un deber más agradable, porque estaba más marcado, luchar contra la nueva visión del mundo con las armas "intelectuales" de la elocuencia parlamentaria que lanzarse, si era necesario, a riesgo de su propia vida, a una lucha cuyo resultado era incierto, pero que en cualquier caso no podía traer nada.
Como estaban sentados en el parlamento, los partidarios de afuera comenzaron a esperar y esperar milagros, que, por supuesto, no ocurrieron ni pudieron ocurrir. Por lo tanto, se impacientaron en poco tiempo; Porque ni siquiera lo que uno escuchó de sus propios diputados cumplió con las expectativas de los votantes de ninguna manera. Esto era fácil de explicar, ya que la prensa hostil se cuidaba de no dar al pueblo una imagen veraz de la obra de los representantes de toda Alemania.
Pero cuanto más se acostumbraban los nuevos representantes del pueblo a la forma aún más suave de la lucha "revolucionaria" en el parlamento y en los parlamentos de los Estados, menos dispuestos estaban a volver a la labor educativa más peligrosa de las amplias capas del pueblo.
La asamblea de masas, la única forma de influir de verdad, porque era directamente personal y, por lo tanto, la única manera de ganarse a grandes sectores del pueblo, se pospuso cada vez más.



116 La importancia del discurso

Tan pronto como la mesa de cerveza de la sala de asambleas fue finalmente cambiada por la tribuna del parlamento, para verter los discursos de este foro en las cabezas de sus llamados "elegidos" en lugar de en el pueblo, el movimiento pangermanista también dejó de ser un movimiento popular y se hundió en poco tiempo en un club de discusiones académicas que debían tomarse más o menos en serio.
La mala impresión transmitida por la prensa no fue, por consiguiente, corregida en modo alguno por las actividades de reunión personal de cada uno de los caballeros, de modo que finalmente la palabra "totalmente alemán" tuvo un sonido muy malo en los oídos de la gente en general.
¡Que se diga a todos los caballeros y tipos literarios de hoy que las mayores convulsiones de este mundo nunca han sido dirigidas por una pluma de ganso!
No, siempre se reservó para que la pluma lo justificara teóricamente.
Pero el poder que puso en marcha las grandes avalanchas históricas de carácter religioso y político ha sido, desde tiempos inmemoriales, sólo el poder mágico de la palabra hablada.
La gran masa de un pueblo, sobre todo, está siempre sometida sólo a la fuerza de la palabra.
Todos los grandes movimientos, sin embargo, son movimientos populares, son erupciones volcánicas de pasiones humanas y sentimientos espirituales, agitados por la cruel diosa de la aflicción o por la antorcha incendiaria de la palabra lanzada entre las masas, y no son efusiones de limonada de literatos estetizantes y héroes de salón.
Los destinos de las naciones sólo pueden ser cambiados por una tormenta de pasión ardiente, pero la pasión sólo puede ser despertada por aquellos que la llevan dentro de sí mismos.
Sólo ella da entonces las palabras a quien ha elegido, las cuales, como golpes de martillo, pueden abrir las puertas del corazón de un pueblo.
Pero el que no tiene pasión y tiene la boca cerrada, el cielo no lo ha escogido para ser el proclamador de su voluntad.





Por lo tanto, todo escritor debe quedarse con su tintero para estar "teóricamente" activo, si el intelecto y la habilidad son suficientes para ello; Pero no nació ni fue elegido para ser un líder.
Por lo tanto, un movimiento con grandes objetivos debe estar ansioso por no perder el contacto con el pueblo en general.
Debe examinar cada cuestión principalmente desde este punto de vista y tomar sus decisiones en esta dirección.
Debe seguir evitando todo lo que pueda disminuir o incluso debilitar su capacidad de influir en las masas, no por razones "demagógicas", no, sino por el simple reconocimiento de que sin el tremendo poder de la masa de un pueblo, ninguna gran idea, por noble y elevada que parezca, puede realizarse.
Sólo la dura realidad debe determinar el camino hacia la meta; No querer tomar caminos desagradables significa con demasiada frecuencia renunciar a la meta en este mundo; Entonces uno puede querer esto o no.
Tan pronto como el movimiento pangermanista, a través de su actitud parlamentaria, desplazó el centro de gravedad de su actividad hacia el parlamento en lugar del pueblo, perdió el futuro y obtuvo en su lugar éxitos baratos del momento.
Eligió la pelea más fácil y, por lo tanto, ya no era digna de la última victoria.

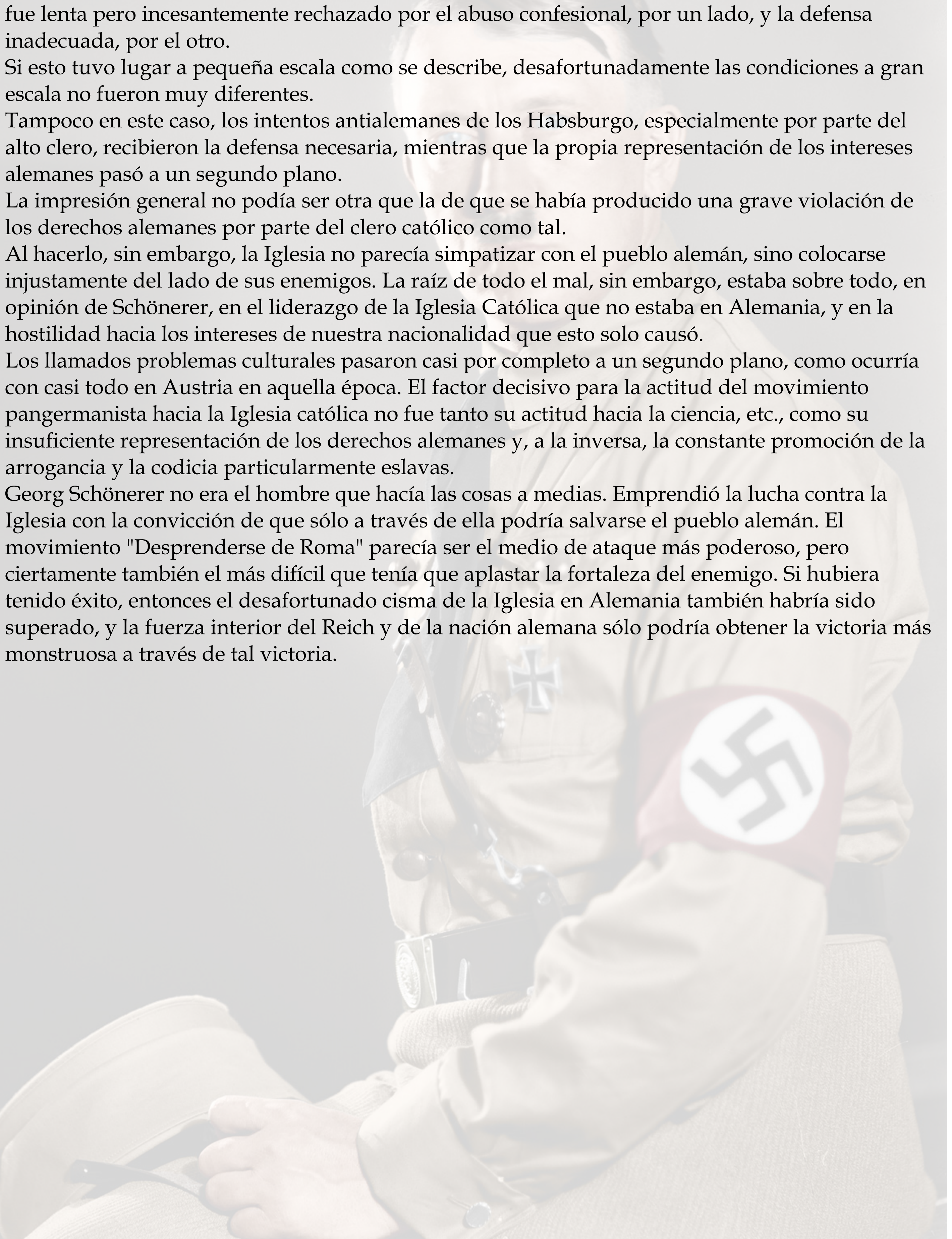
Ya he reflexionado muy a fondo sobre estas cuestiones en Viena, y he visto en su fracaso el reconocimiento como una de las causas principales del colapso del movimiento, que a mis ojos estaba llamado a tomar la dirección del germanismo en sus propias manos.
Los dos primeros errores que hicieron fracasar el movimiento pangermanista estaban relacionados entre sí. La falta de conocimiento de las fuerzas motrices internas de las grandes convulsiones condujo a una evaluación inadecuada de la importancia de las masas populares más amplias; Esto se tradujo en la falta de interés por la cuestión social, el inadecuado e insuficiente cortejo del alma de las capas bajas de la nación, así como la actitud hacia el parlamento que sólo favorecía esto.

118 El Movimiento Los-of-Rome

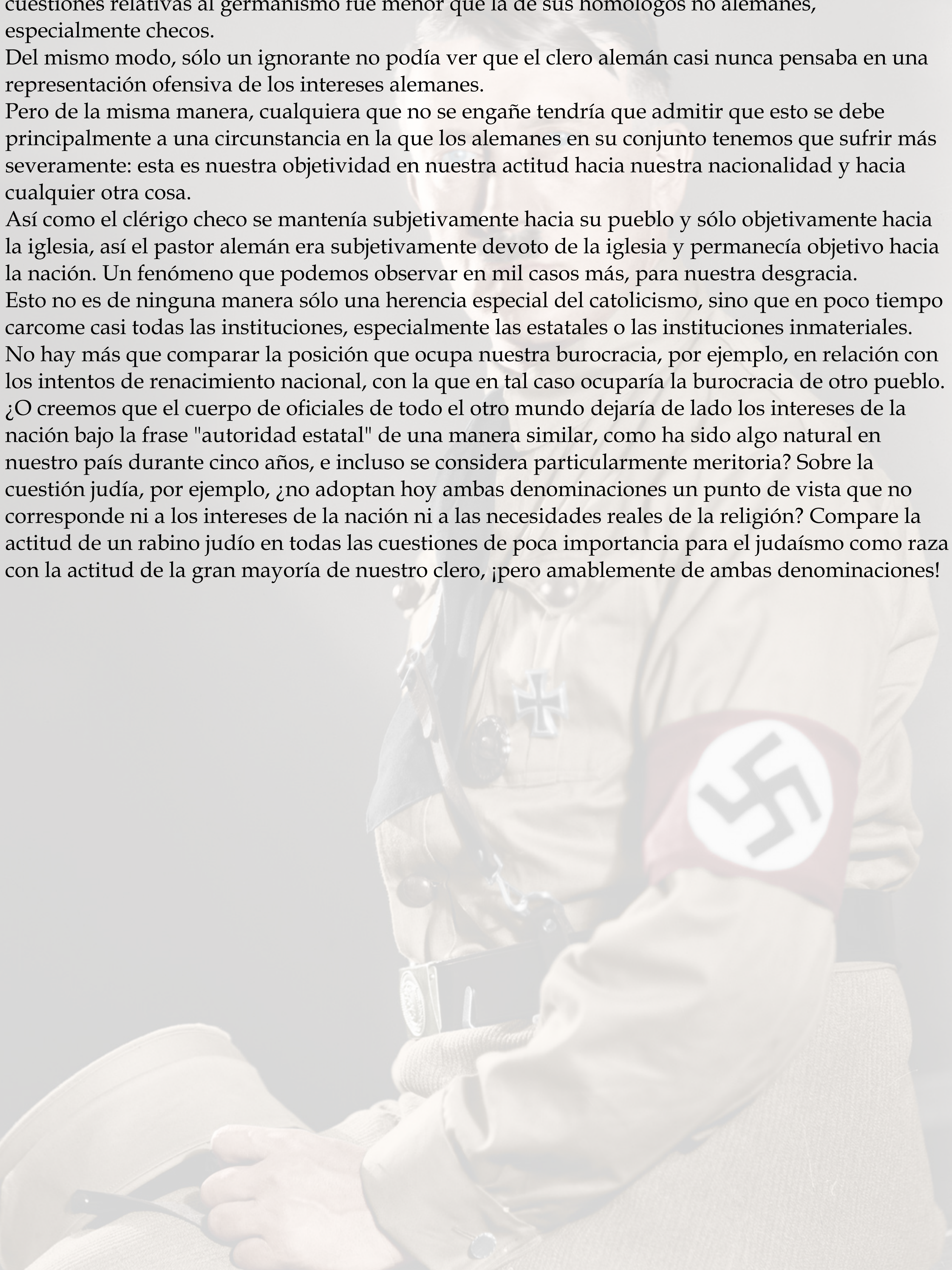
Si se hubiera reconocido el poder inaudito que pertenece a las masas como portador de la resistencia revolucionaria en todo momento, se habría trabajado de manera diferente tanto en la dirección social como en la propagandística. Entonces el énfasis principal del movimiento no se habría trasladado al parlamento, sino al taller y a la calle.
Pero la tercera falta lleva también el último germen en la ignorancia del valor de la masa, la cual, primero puesta en movimiento en cierta dirección por los espíritus superiores, pero luego, como un barrido, da fuerza y persistencia uniforme a la fuerza del ataque.
La difícil lucha que el movimiento pangermanista libró con la Iglesia católica sólo puede explicarse por la insuficiente comprensión que se pudo mostrar de la disposición mental del pueblo.
Las causas del feroz ataque del nuevo partido contra Roma radicaban en lo siguiente:
Tan pronto como la Casa de Habsburgo decidió finalmente transformar Austria en un estado eslavo, recurrieron a todos los medios que parecían ser adecuados en esta dirección. Las instituciones religiosas también fueron puestas sin escrúpulos al servicio de la nueva "idea de Estado" por esta casa gobernante sin escrúpulos.
El uso de las parroquias checas y sus pastores espirituales fue sólo uno de los muchos medios para lograr este objetivo, una esclavización general de Austria.
El proceso fue más o menos así:

Los pastores checos fueron nombrados para congregaciones puramente alemanas, que poco a poco comenzaron a poner los intereses del pueblo checo por encima de los intereses de las iglesias y se convirtieron en el núcleo del proceso de desgermanización.





Desgraciadamente, el clero alemán fracasó casi por completo ante tal enfoque. No sólo era completamente inútil para una lucha similar en el sentido alemán, sino que también era incapaz de hacer frente a los ataques de los demás con la resistencia necesaria. Por lo tanto, el germanismo fue lenta pero incesantemente rechazado por el abuso confesional, por un lado, y la defensa inadecuada, por el otro.
Si esto tuvo lugar a pequeña escala como se describe, desafortunadamente las condiciones a gran escala no fueron muy diferentes.
Tampoco en este caso, los intentos antialemanes de los Habsburgo, especialmente por parte del alto clero, recibieron la defensa necesaria, mientras que la propia representación de los intereses alemanes pasó a un segundo plano.
La impresión general no podía ser otra que la de que se había producido una grave violación de los derechos alemanes por parte del clero católico como tal.
Al hacerlo, sin embargo, la Iglesia no parecía simpatizar con el pueblo alemán, sino colocarse injustamente del lado de sus enemigos. La raíz de todo el mal, sin embargo, estaba sobre todo, en opinión de Schönerer, en el liderazgo de la Iglesia Católica que no estaba en Alemania, y en la hostilidad hacia los intereses de nuestra nacionalidad que esto solo causó.
Los llamados problemas culturales pasaron casi por completo a un segundo plano, como ocurría con casi todo en Austria en aquella época. El factor decisivo para la actitud del movimiento pangermanista hacia la Iglesia católica no fue tanto su actitud hacia la ciencia, etc., como su insuficiente representación de los derechos alemanes y, a la inversa, la constante promoción de la arrogancia y la codicia particularmente eslavas.
Georg Schönerer no era el hombre que hacía las cosas a medias. Emprendió la lucha contra la Iglesia con la convicción de que sólo a través de ella podría salvarse el pueblo alemán. El movimiento "Desprenderse de Roma" parecía ser el medio de ataque más poderoso, pero ciertamente también el más difícil que tenía que aplastar la fortaleza del enemigo. Si hubiera tenido éxito, entonces el desafortunado cisma de la Iglesia en Alemania también habría sido superado, y la fuerza interior del Reich y de la nación alemana sólo podría obtener la victoria más monstruosa a través de tal victoria.

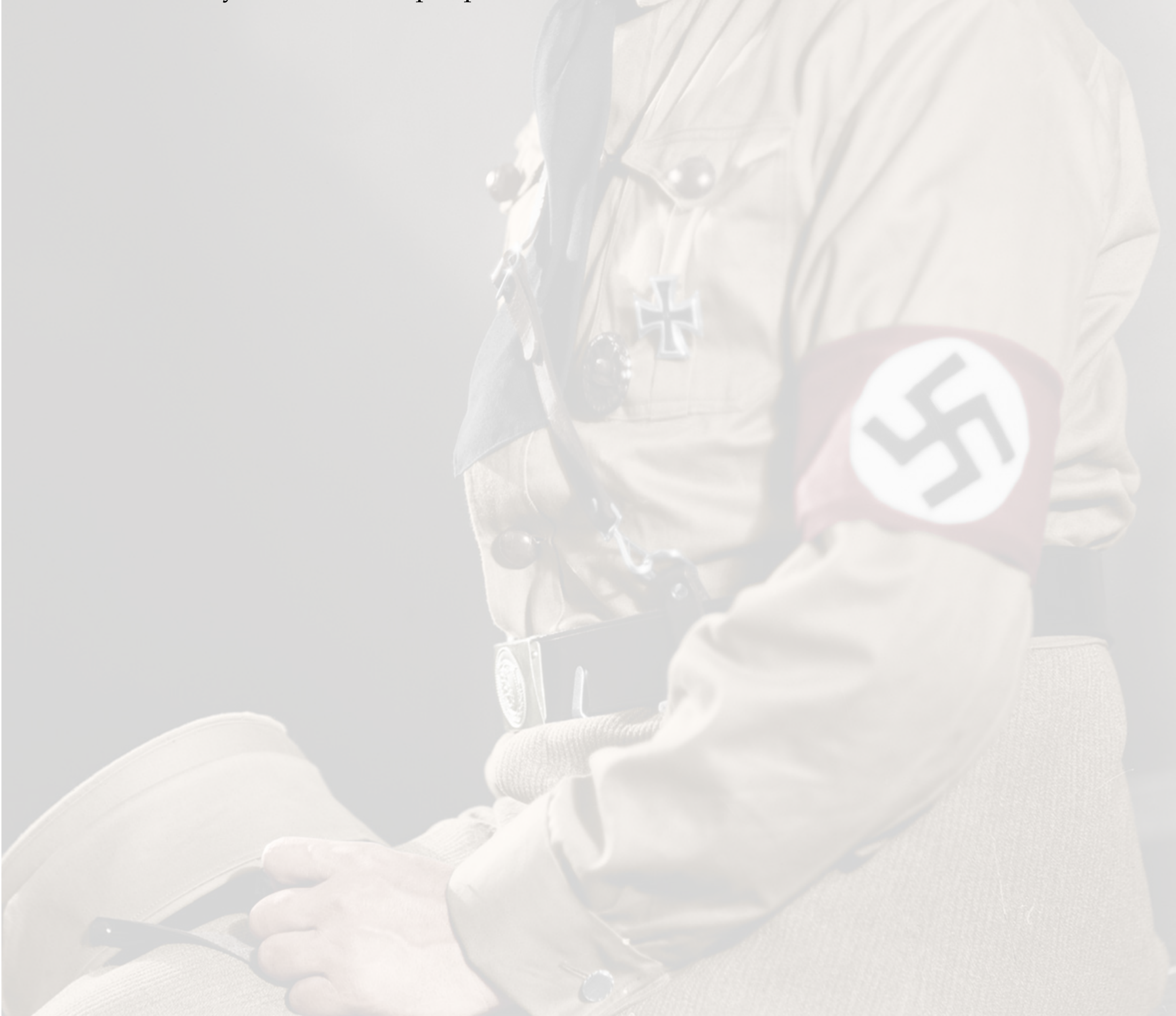


Pero ni la presuposición ni la conclusión de esta lucha eran correctas.
No hay duda de que la resistencia nacional del clero católico de nacionalidad alemana en todas las cuestiones relativas al germanismo fue menor que la de sus homólogos no alemanes, especialmente checos.
Del mismo modo, sólo un ignorante no podía ver que el clero alemán casi nunca pensaba en una representación ofensiva de los intereses alemanes.
Pero de la misma manera, cualquiera que no se engañe tendría que admitir que esto se debe principalmente a una circunstancia en la que los alemanes en su conjunto tenemos que sufrir más severamente: esta es nuestra objetividad en nuestra actitud hacia nuestra nacionalidad y hacia cualquier otra cosa.
Así como el clérigo checo se mantenía subjetivamente hacia su pueblo y sólo objetivamente hacia la iglesia, así el pastor alemán era subjetivamente devoto de la iglesia y permanecía objetivo hacia la nación. Un fenómeno que podemos observar en mil casos más, para nuestra desgracia.
Esto no es de ninguna manera sólo una herencia especial del catolicismo, sino que en poco tiempo carcome casi todas las instituciones, especialmente las estatales o las instituciones inmateriales.
No hay más que comparar la posición que ocupa nuestra burocracia, por ejemplo, en relación con los intentos de renacimiento nacional, con la que en tal caso ocuparía la burocracia de otro pueblo.
¿O creemos que el cuerpo de oficiales de todo el otro mundo dejaría de lado los intereses de la nación bajo la frase "autoridad estatal" de una manera similar, como ha sido algo natural en nuestro país durante cinco años, e incluso se considera particularmente meritoria? Sobre la cuestión judía, por ejemplo, ¿no adoptan hoy ambas denominaciones un punto de vista que no corresponde ni a los intereses de la nación ni a las necesidades reales de la religión? Compare la actitud de un rabino judío en todas las cuestiones de poca importancia para el judaísmo como raza con la actitud de la gran mayoría de nuestro clero, ¡pero amablemente de ambas denominaciones!

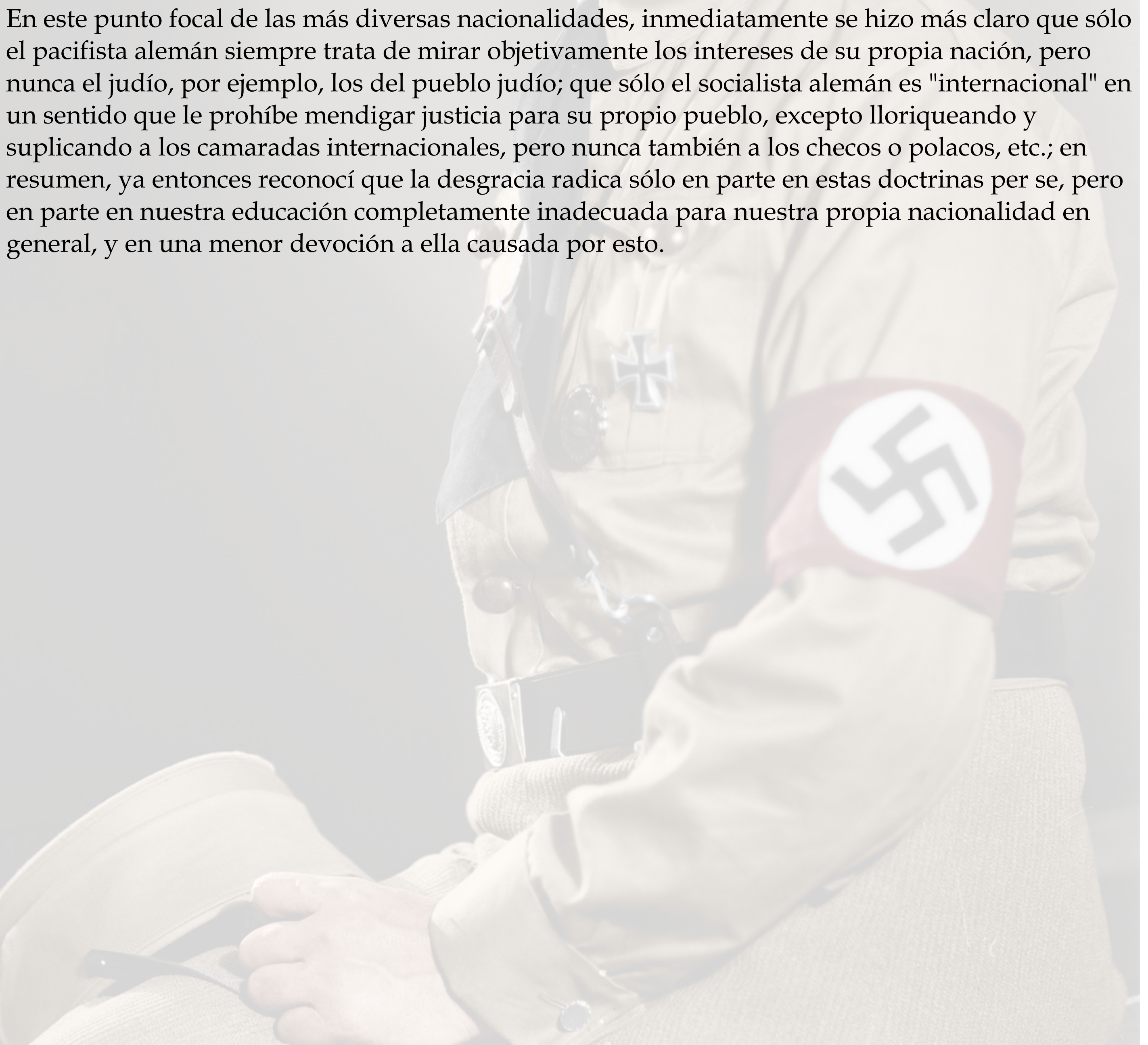
Siempre tenemos este fenómeno cuando se trata de la representación de una idea abstracta como tal.
"Autoridad del Estado", "democracia", "pacifismo", "solidaridad internacional", etc., son conceptos que en nuestro país se convierten casi siempre en ideas tan rígidas, puramente doctrinarias, que toda evaluación de las necesidades generales de la vida nacional se hace exclusivamente desde su punto de vista.
Esta desafortunada manera de ver todos los asuntos desde el punto de vista de una opinión, una vez concebida, mata cualquier capacidad de pensar subjetivamente en un asunto que contradice objetivamente la propia doctrina, y al final conduce a una inversión completa de los medios y fines. Cualquier tentativa de insurrección nacional será rechazada, si sólo pudiera tener lugar con la primera destitución de un gobierno malo y pernicioso, ya que esto sería una violación de la "autoridad del Estado", pero la "autoridad del Estado" no es un medio para un fin, sino que representa a los ojos de un fanático de la objetividad el fin mismo, que es suficiente para llenar toda su miserable vida. Así, por ejemplo, uno se opondría con indignación a la tentativa de dictadura, incluso si su portador fuera un Federico el Grande y los actuales artistas estatales de una mayoría parlamentaria no fueran más que enanos incompetentes o incluso súbditos inferiores, porque la ley de la democracia parece más sagrada para una cabra de principios que el bienestar de una nación. Así, uno protegerá la peor tiranía que arruina a un pueblo, ya que la "autoridad estatal" se encarna momentáneamente en él, mientras que el otro rechaza incluso el gobierno más beneficioso, siempre que no corresponda a su idea de "democracia".

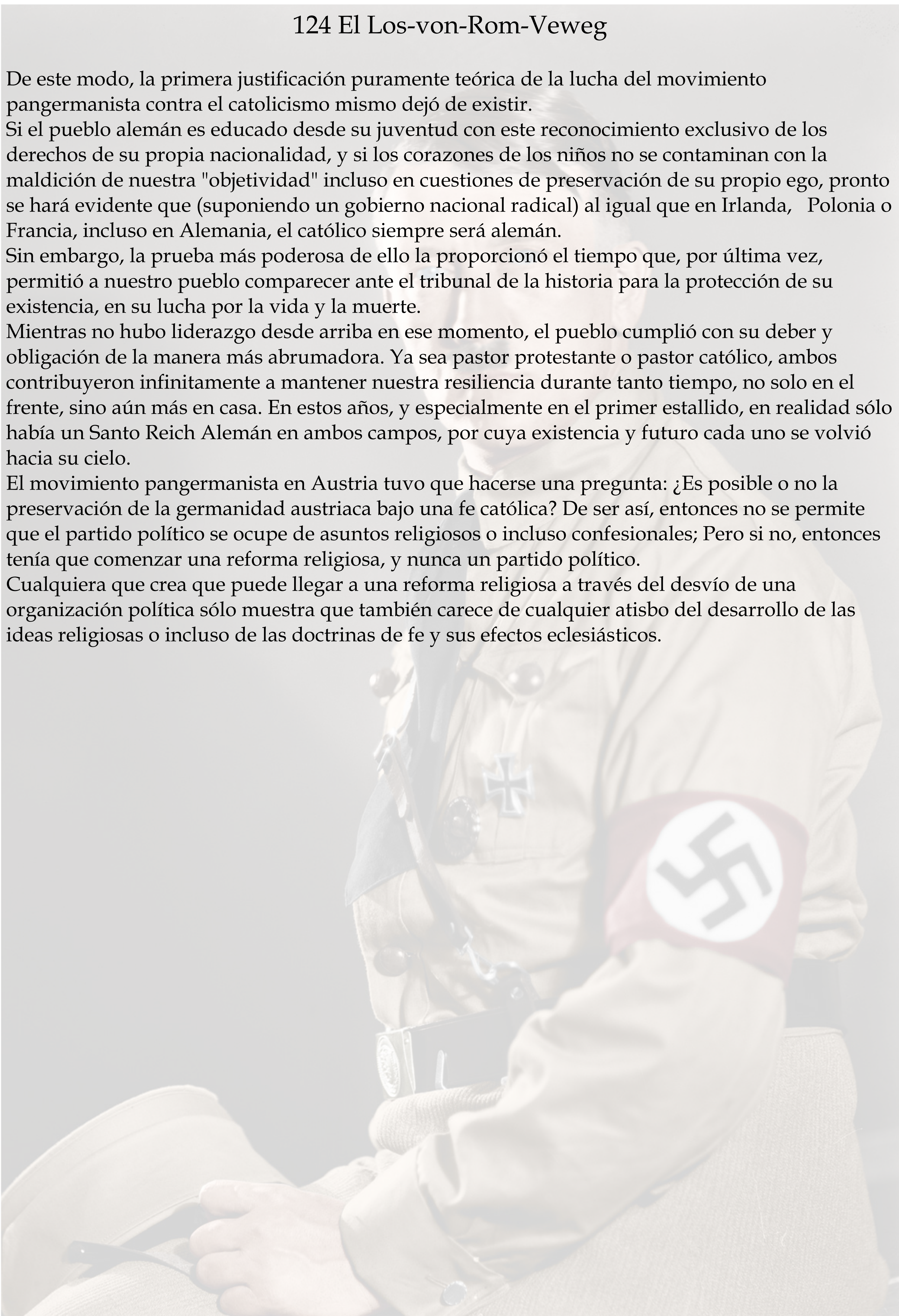


De la misma manera, nuestro pacifista alemán guardará silencio ante cada violación de la nación, por sangrienta que sea, aunque provenga de las peores potencias militares, si un cambio en este destino sólo pudiera lograrse a través de la resistencia, es decir, de la violencia, porque esto contradiría el espíritu de su sociedad de paz. El socialista alemán internacional, sin embargo, puede ser saqueado por el otro mundo en solidaridad, él mismo lo reconoce con afecto fraternal y no piensa en represalias ni siquiera en la detención, porque no es más que un alemán. —
Esto puede ser triste, pero querer cambiar algo significa tener que reconocerlo de antemano.
Lo mismo puede decirse de la débil representación de los intereses alemanes por parte del clero. Esto no es malintencionado, de mala voluntad en sí mismo, ni está condicionado por, digamos, órdenes de "arriba", sino que vemos en una determinación nacional tan defectuosa sólo los resultados de una educación igualmente defectuosa en la germanidad desde la juventud y, por otra parte, de una completa sumisión a la idea que se ha convertido en un ídolo.
La educación para la democracia, para el socialismo de tipo internacional, para el pacifismo, etc., es tan rígida y excluyente, y por lo tanto, desde su punto de vista, puramente subjetiva, que el cuadro general del resto del mundo también está influido por esta idea fundamental, mientras que la actitud hacia la germanidad fue sólo muy objetiva desde su juventud. Así, el pacifista, entregándose subjetivamente por completo a su idea, buscará siempre primero la justicia objetiva frente a toda amenaza, por injusta y grave que sea (mientras sea alemán), y nunca se unirá a las filas de su rebaño y luchará con él por puro instinto de conservación.



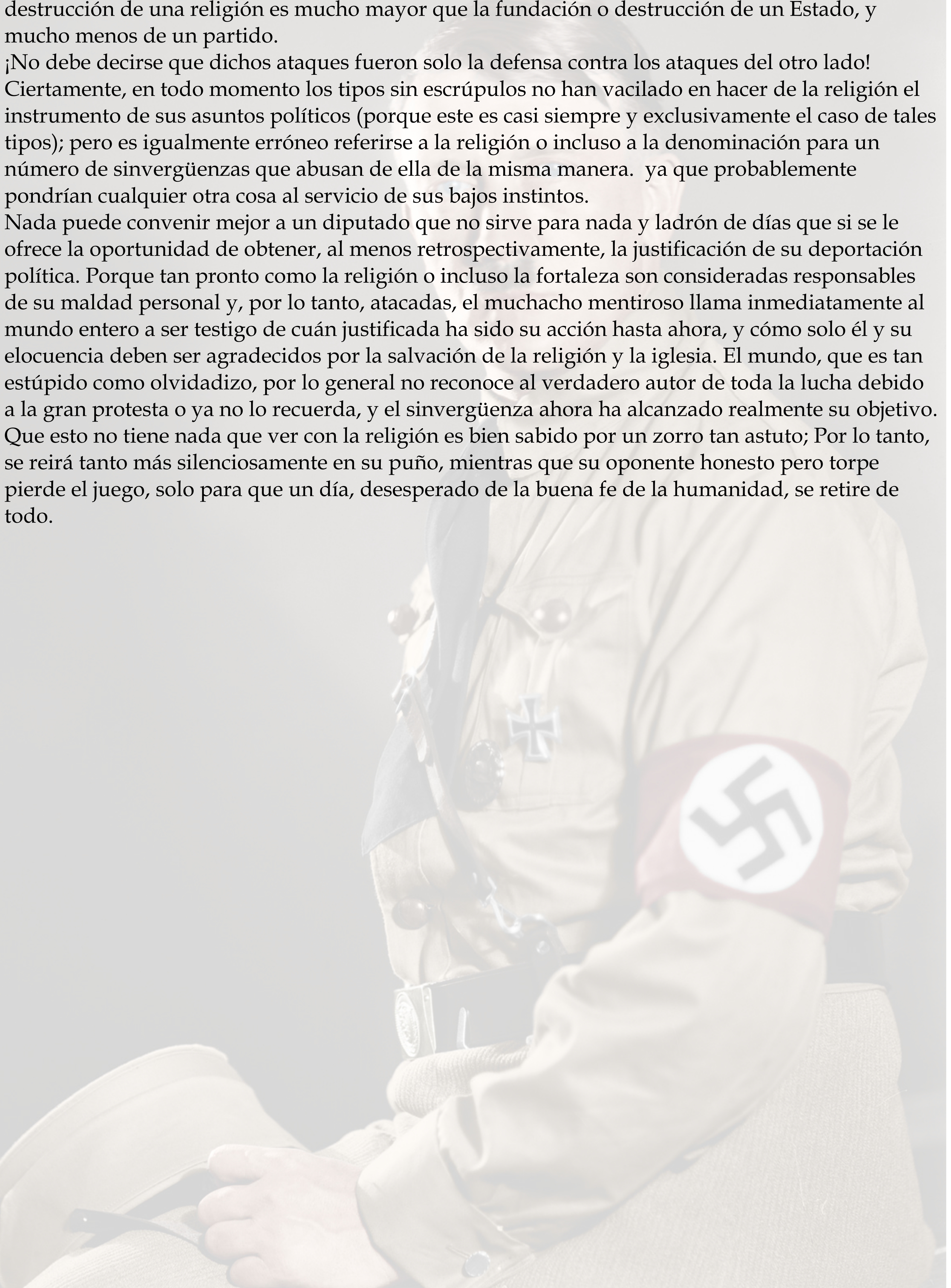
La medida en que esto también se aplica a las denominaciones individuales se puede mostrar en lo siguiente:
El protestantismo por sí mismo representa mejor los intereses del germanismo, en la medida en que éste está ya fundado en su nacimiento y en su tradición posterior; pero falla en el momento en que esta defensa de los intereses nacionales debería tener lugar en una esfera que está ausente o incluso rechazada por alguna razón en la línea general de su imaginación y desarrollo tradicional. Así, el protestantismo defenderá siempre la promoción de toda germanidad tan pronto como se trate de una limpieza interior o incluso de una profundización nacional, de la defensa de la esencia alemana, de la lengua alemana y también de la libertad alemana, ya que todo esto está firmemente arraigado en sí mismo; pero inmediatamente se opone de la manera más hostil a cualquier intento de salvar a la nación de las garras de su enemigo más mortal, ya que su actitud hacia el judaísmo está más o menos firmemente determinada dogmáticamente. Pero se trata de la cuestión, sin cuya solución todos los demás intentos de renacimiento alemán o de insurrección son y siguen siendo completamente absurdos e imposibles.
Durante el tiempo que estuve en Viena tuve tiempo y oportunidad suficientes para examinar esta cuestión imparcialmente, y pude comprobar la exactitud de este punto de vista mil veces en el tráfico diario.
En este punto focal de las más diversas nacionalidades, inmediatamente se hizo más claro que sólo el pacifista alemán siempre trata de mirar objetivamente los intereses de su propia nación, pero nunca el judío, por ejemplo, los del pueblo judío; que sólo el socialista alemán es "internacional" en un sentido que le prohíbe mendigar justicia para su propio pueblo, excepto lloriqueando y suplicando a los camaradas internacionales, pero nunca también a los checos o polacos, etc.; en resumen, ya entonces reconocí que la desgracia radica sólo en parte en estas doctrinas per se, pero en parte en nuestra educación completamente inadecuada para nuestra propia nacionalidad en general, y en una menor devoción a ella causada por esto.





124 El Los-von-Rom-Veweg

De este modo, la primera justificación puramente teórica de la lucha del movimiento pangermanista contra el catolicismo mismo dejó de existir.
Si el pueblo alemán es educado desde su juventud con este reconocimiento exclusivo de los derechos de su propia nacionalidad, y si los corazones de los niños no se contaminan con la maldición de nuestra "objetividad" incluso en cuestiones de preservación de su propio ego, pronto se hará evidente que (suponiendo un gobierno nacional radical) al igual que en Irlanda, Polonia o Francia, incluso en Alemania, el católico siempre será alemán.
Sin embargo, la prueba más poderosa de ello la proporcionó el tiempo que, por última vez, permitió a nuestro pueblo comparecer ante el tribunal de la historia para la protección de su existencia, en su lucha por la vida y la muerte.
Mientras no hubo liderazgo desde arriba en ese momento, el pueblo cumplió con su deber y obligación de la manera más abrumadora. Ya sea pastor protestante o pastor católico, ambos contribuyeron infinitamente a mantener nuestra resiliencia durante tanto tiempo, no solo en el frente, sino aún más en casa. En estos años, y especialmente en el primer estallido, en realidad sólo había un Santo Reich Alemán en ambos campos, por cuya existencia y futuro cada uno se volvió hacia su cielo.
El movimiento pangermanista en Austria tuvo que hacerse una pregunta: ¿Es posible o no la preservación de la germanidad austriaca bajo una fe católica? De ser así, entonces no se permite que el partido político se ocupe de asuntos religiosos o incluso confesionales; Pero si no, entonces tenía que comenzar una reforma religiosa, y nunca un partido político.
Cualquiera que crea que puede llegar a una reforma religiosa a través del desvío de una organización política sólo muestra que también carece de cualquier atisbo del desarrollo de las ideas religiosas o incluso de las doctrinas de fe y sus efectos eclesiásticos.



Realmente no se puede servir a dos señores aquí. Aunque considero que la fundación o destrucción de una religión es mucho mayor que la fundación o destrucción de un Estado, y mucho menos de un partido.
¡No debe decirse que dichos ataques fueron solo la defensa contra los ataques del otro lado! Ciertamente, en todo momento los tipos sin escrúpulos no han vacilado en hacer de la religión el instrumento de sus asuntos políticos (porque este es casi siempre y exclusivamente el caso de tales tipos); pero es igualmente erróneo referirse a la religión o incluso a la denominación para un número de sinvergüenzas que abusan de ella de la misma manera. ya que probablemente pondrían cualquier otra cosa al servicio de sus bajos instintos.
Nada puede convenir mejor a un diputado que no sirve para nada y ladrón de días que si se le ofrece la oportunidad de obtener, al menos retrospectivamente, la justificación de su deportación política. Porque tan pronto como la religión o incluso la fortaleza son consideradas responsables de su maldad personal y, por lo tanto, atacadas, el muchacho mentiroso llama inmediatamente al mundo entero a ser testigo de cuán justificada ha sido su acción hasta ahora, y cómo solo él y su elocuencia deben ser agradecidos por la salvación de la religión y la iglesia. El mundo, que es tan estúpido como olvidadizo, por lo general no reconoce al verdadero autor de toda la lucha debido a la gran protesta o ya no lo recuerda, y el sinvergüenza ahora ha alcanzado realmente su objetivo. Que esto no tiene nada que ver con la religión es bien sabido por un zorro tan astuto; Por lo tanto, se reirá tanto más silenciosamente en su puño, mientras que su oponente honesto pero torpe pierde el juego, solo para que un día, desesperado de la buena fe de la humanidad, se retire de todo.

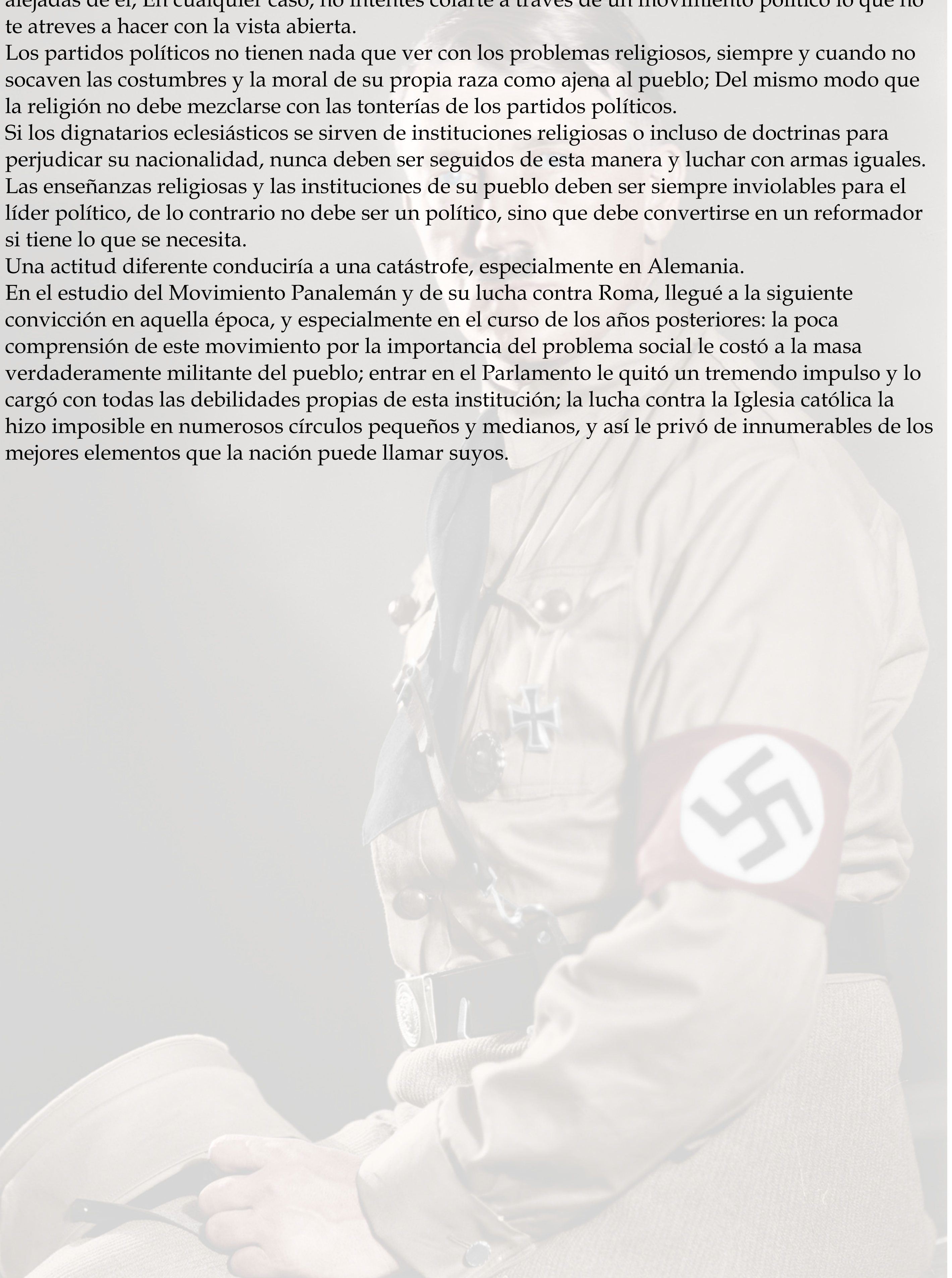
Pero sería erróneo en otros aspectos responsabilizar a la religión como tal, o incluso a la iglesia, de las transgresiones de los individuos. Compárese el tamaño de la organización visible ante los ojos con la deficiencia media de los hombres en general, y tendremos que admitir que la proporción de buenos y malos es mejor que en cualquier otra parte. Ciertamente, también hay entre los mismos sacerdotes para quienes su oficio sagrado no es más que un medio de satisfacer su ambición política, sí, que en la lucha política olvidan a menudo de una manera más que deplorable que deben ser los guardianes de una verdad superior y no representantes de la mentira y la calumnia, pero para una persona tan indigna todavía hay mil y más honorables. pastores leales a su misión, que en nuestro tiempo presente, tan mendaz como depravado, sobresalen como pequeñas islas de un pantano general.

Tan poco como condeno y no puedo condenar a la Iglesia como tal si un súbdito depravado con hábito de sacerdote falla a la moralidad de una manera sucia, pero tan poco como si otros entre los muchos mancillan y traicionan su nacionalidad, en tiempos en que esto es en todo caso casi un lugar común. Especialmente hoy, no olvidemos que tal Efialtes es recibido por miles de personas que se compadecen, con el corazón sangrante, por la desgracia de su pueblo y, al igual que los mejores de nuestra nación, anhelan la hora en que el Cielo vuelva a sonreírnos.

Pero a quien responda que no se trata de problemas tan pequeños de la vida cotidiana, sino de cuestiones de veracidad fundamental o de contenido dogmático en general, sólo se le puede dar la respuesta necesaria con otra pregunta:

Si crees que has sido elegido por el destino para proclamar la verdad aquí, entonces hazlo; Pero también ten el coraje de no querer hacer esto a través del desvío de un partido político —porque esto también es una deportación—, sino simplemente poner lo mejor del futuro en lugar de lo peor de ahora.

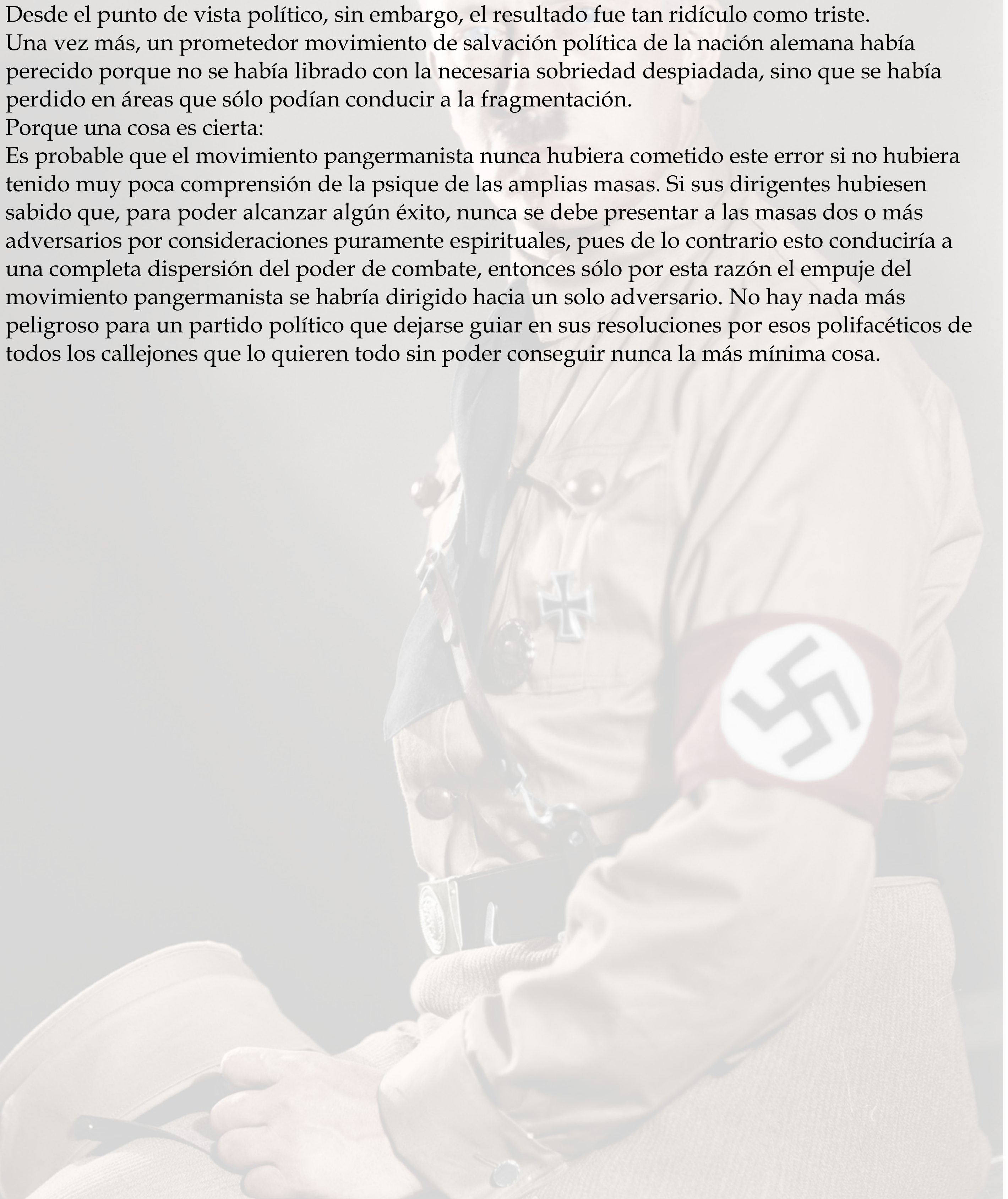




Si te falta coraje aquí o si no estás muy seguro de lo que es mejor, entonces mantén tus manos alejadas de él; En cualquier caso, no intentes colarte a través de un movimiento político lo que no te atreves a hacer con la vista abierta.
Los partidos políticos no tienen nada que ver con los problemas religiosos, siempre y cuando no socaven las costumbres y la moral de su propia raza como ajena al pueblo; Del mismo modo que la religión no debe mezclarse con las tonterías de los partidos políticos.
Si los dignatarios eclesiásticos se sirven de instituciones religiosas o incluso de doctrinas para perjudicar su nacionalidad, nunca deben ser seguidos de esta manera y luchar con armas iguales.
Las enseñanzas religiosas y las instituciones de su pueblo deben ser siempre inviolables para el líder político, de lo contrario no debe ser un político, sino que debe convertirse en un reformador si tiene lo que se necesita.
Una actitud diferente conduciría a una catástrofe, especialmente en Alemania.
En el estudio del Movimiento Panalemán y de su lucha contra Roma, llegué a la siguiente convicción en aquella época, y especialmente en el curso de los años posteriores: la poca comprensión de este movimiento por la importancia del problema social le costó a la masa verdaderamente militante del pueblo; entrar en el Parlamento le quitó un tremendo impulso y lo cargó con todas las debilidades propias de esta institución; la lucha contra la Iglesia católica la hizo imposible en numerosos círculos pequeños y medianos, y así le privó de innumerables de los mejores elementos que la nación puede llamar suyos.

128 El Los-von-Rom-Veweg

El resultado práctico de la Kulturkampf austríaca fue casi nulo.
Fue posible arrebatar unos 100.000 miembros a la iglesia, pero sin que sufriera ningún daño particular. En este caso, realmente no necesitó llorar una lágrima por la "ovejita" perdida; porque sólo perdió lo que hacía tiempo que había dejado de pertenecerle interiormente. Esta fue la diferencia entre la nueva Reforma y la primera: que una vez muchos de los mejores de la Iglesia se alejaron de ella por convicción religiosa interna, mientras que ahora solo se fueron aquellos que ya eran tibios, y eso por "consideraciones" de naturaleza política.
Desde el punto de vista político, sin embargo, el resultado fue tan ridículo como triste.
Una vez más, un prometedor movimiento de salvación política de la nación alemana había perecido porque no se había librado con la necesaria sobriedad despiadada, sino que se había perdido en áreas que sólo podían conducir a la fragmentación.
Porque una cosa es cierta:
Es probable que el movimiento pangermanista nunca hubiera cometido este error si no hubiera tenido muy poca comprensión de la psique de las amplias masas. Si sus dirigentes hubiesen sabido que, para poder alcanzar algún éxito, nunca se debe presentar a las masas dos o más adversarios por consideraciones puramente espirituales, pues de lo contrario esto conduciría a una completa dispersión del poder de combate, entonces sólo por esta razón el empuje del movimiento pangermanista se habría dirigido hacia un solo adversario. No hay nada más peligroso para un partido político que dejarse guiar en sus resoluciones por esos polifacéticos de todos los callejones que lo quieren todo sin poder conseguir nunca la más mínima cosa.



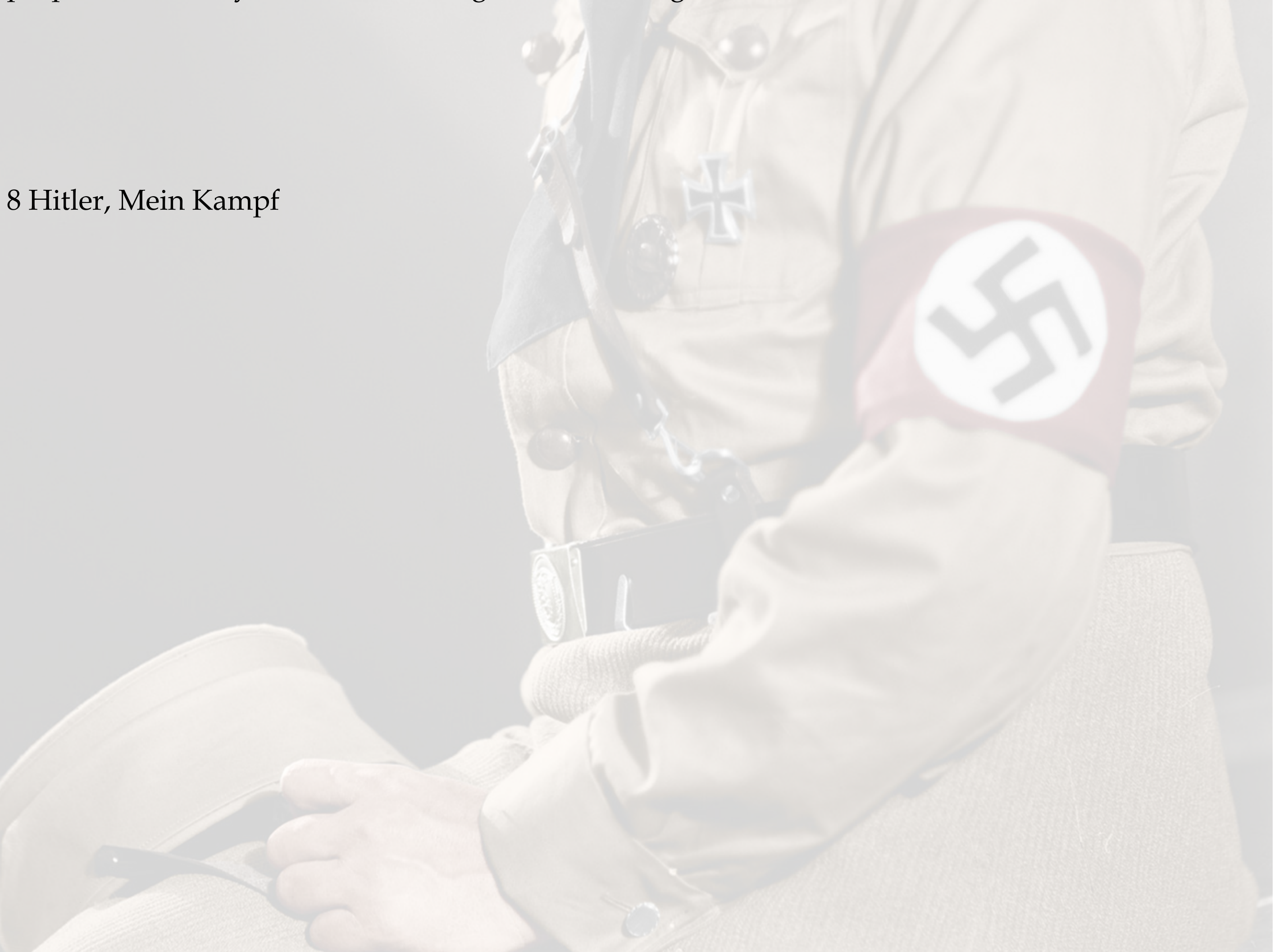
Concentración en un oponente 129

A pesar de que todavía hay mucho que exhibir en la confesión individual, el partido político no debe perder de vista ni por un momento el hecho de que, de acuerdo con toda la experiencia anterior en la historia, ningún partido puramente político en situaciones similares había logrado lograr una reforma religiosa. Pero no se estudia la historia para entonces, cuando debería entrar en aplicación práctica, no recordar sus enseñanzas, o creer que las cosas son ahora simplemente diferentes, y por consiguiente que sus verdades primitivas ya no son aplicables; pero de ella se aprende precisamente la aplicación práctica para el presente. Quien no lo logre no debe imaginarse a sí mismo como un líder político; Es, en verdad, un goteo superficial, aunque en su mayor parte muy imaginario, y toda buena voluntad no excusa su incapacidad práctica.

En general, el arte de todos los grandes jefes del pueblo en todos los tiempos consiste, ante todo, en no fragmentar la atención de un pueblo, sino en concentrarla siempre en un solo adversario. Cuanto más uniformemente se produzca este uso de la voluntad combativa de un pueblo, mayor será la atracción magnética de un movimiento, y más poderosa será la fuerza del golpe. Es parte del genio de un gran líder hacer que incluso oponentes dispares parezcan siempre pertenecer a una sola categoría, porque el reconocimiento de diferentes enemigos en caracteres débiles e inseguros conduce con demasiada facilidad al comienzo de la duda sobre los propios derechos. Tan pronto como las masas vacilantes se vean a sí mismas en la lucha contra demasiados enemigos, la objetividad se instalará inmediatamente y planteará la cuestión de si todos los demás están realmente equivocados y sólo su propio pueblo o su propio movimiento tienen razón.

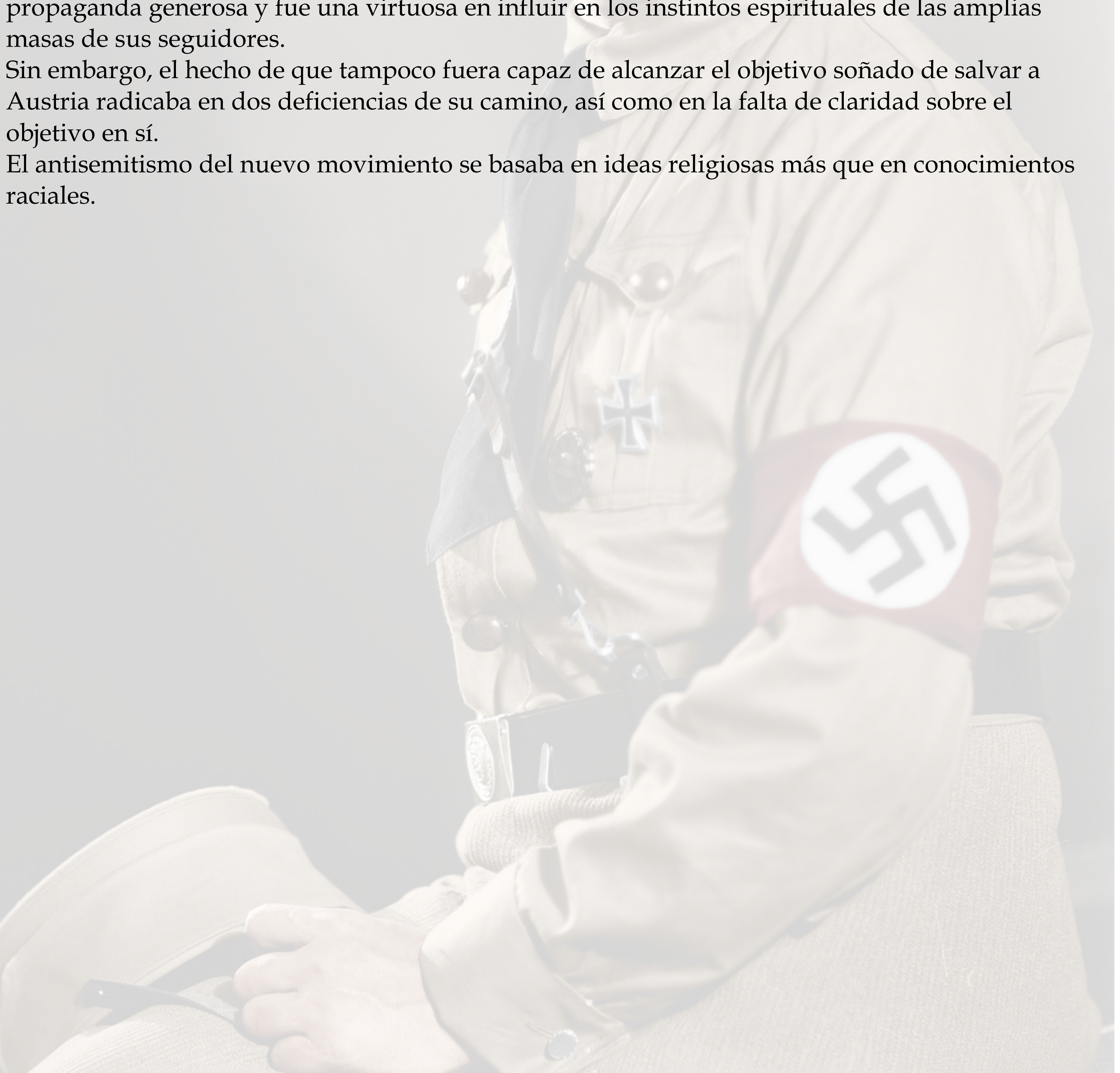
Pero con esto viene la primera parálisis de la propia fuerza. Por lo tanto, siempre hay que reunir a una multitud de adversarios interiormente diferentes, de modo que en la visión de la masa de los propios partidarios de los militantes, sólo se dirija a un enemigo. Esto fortalece la creencia en los propios derechos y aumenta la amargura contra el agresor a los mismos.

8 Hitler, Mein Kampf

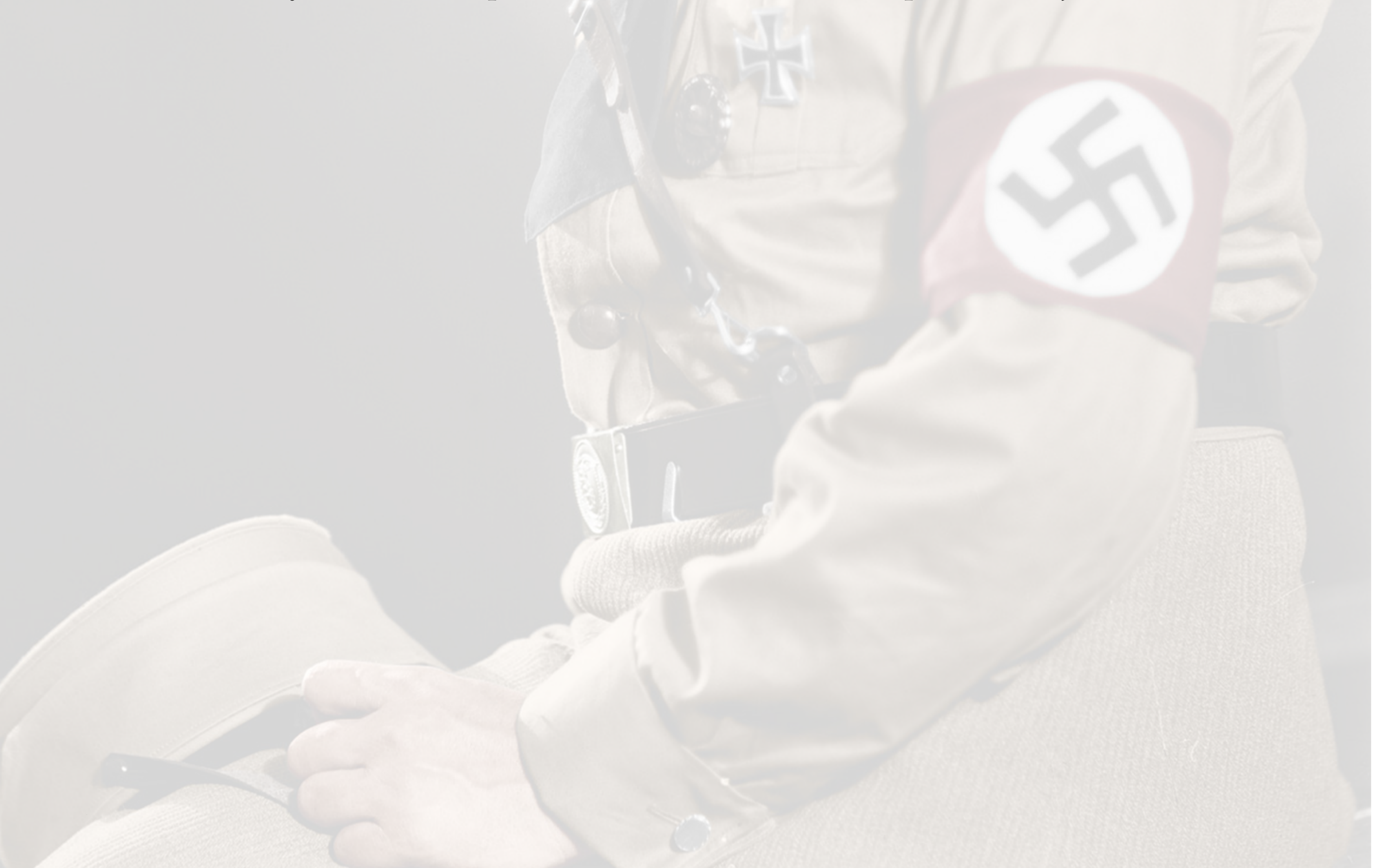


130 El camino de los socialistas cristianos

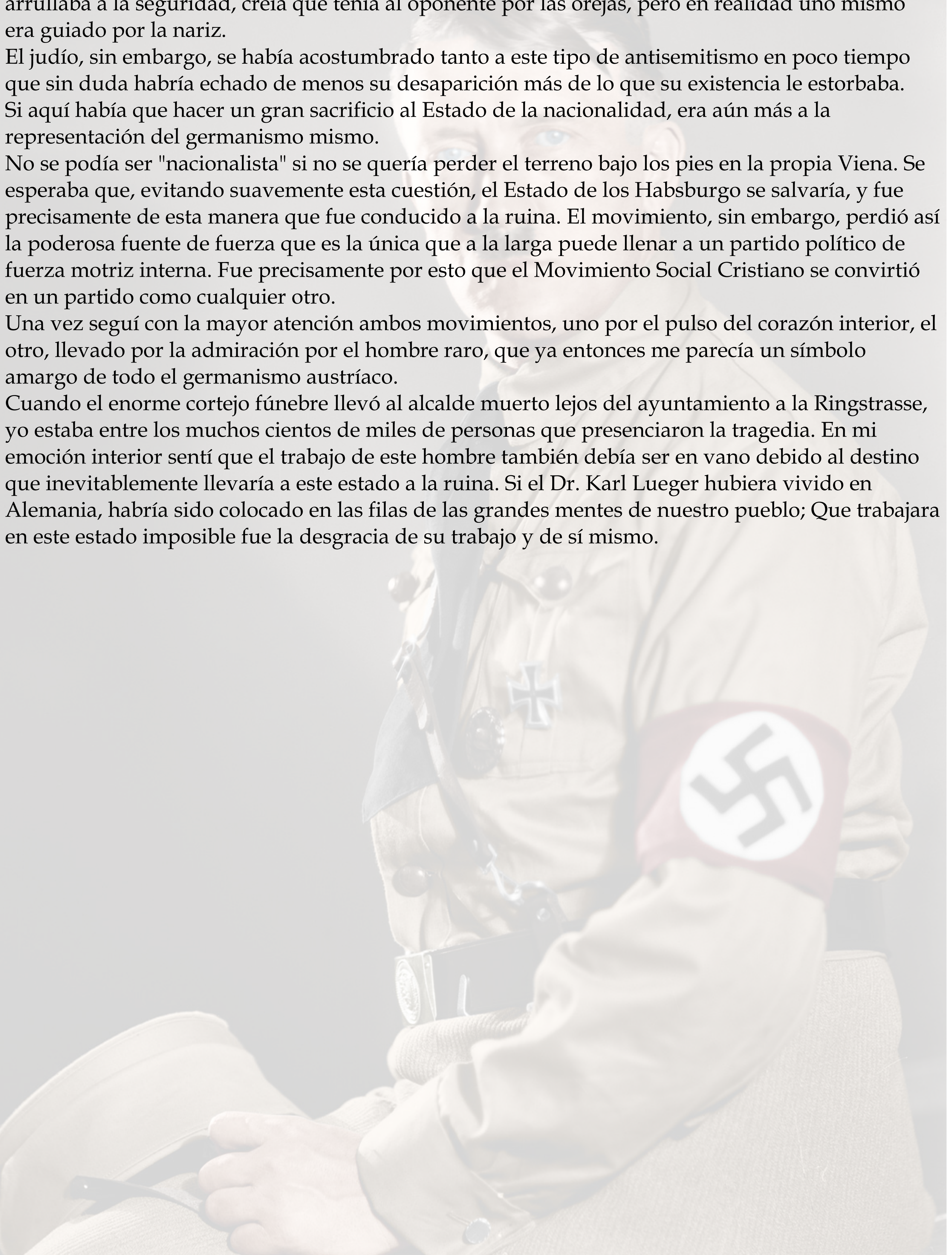
El hecho de que el movimiento pangermanista de antaño no comprendiera esto le costó su éxito. Su objetivo fue visto correctamente, el deseo era puro, pero el camino tomado fue erróneo. Era como un alpinista que vigila la cumbre que hay que escalar, que también emprende su camino con la mayor determinación y fuerza, pero que no le presta atención, sino que, manteniendo siempre los ojos fijos en la meta, no ve ni examina la naturaleza de la ascensión y finalmente no lo hace.
Por el contrario, la relación parecía estar en el gran competidor, el Partido Social Cristiano.
El camino que tomó fue inteligente y correcto, pero no había un conocimiento claro de la meta.
En casi todos los aspectos en los que el movimiento panalemán era deficiente, la actitud del Partido Social Cristiano era correcta y metódica.
Poseía la comprensión necesaria de la importancia de las masas, y se aseguró al menos una parte de ella subrayando evidentemente su carácter social desde el primer día. Al centrarse de manera significativa en ganarse a las clases pequeñas y medias bajas y a los artesanos, recibió un seguimiento tan leal como perseverante y dispuesto a hacer sacrificios. Evitó cualquier lucha contra una institución religiosa y así se aseguró el apoyo de una organización tan poderosa como la iglesia. En consecuencia, sólo tenía un gran antagonista principal. Reconoció el valor de la propaganda generosa y fue una virtuosa en influir en los instintos espirituales de las amplias masas de sus seguidores.
Sin embargo, el hecho de que tampoco fuera capaz de alcanzar el objetivo soñado de salvar a Austria radicaba en dos deficiencias de su camino, así como en la falta de claridad sobre el objetivo en sí.
El antisemitismo del nuevo movimiento se basaba en ideas religiosas más que en conocimientos raciales.



La razón por la que se cometió este error fue la misma que causó el segundo error.
Si el Partido Social Cristiano quería salvar a Austria, entonces, en opinión de sus fundadores, no podía adoptar el punto de vista del principio racial, de lo contrario tendría que producirse una disolución general del Estado en poco tiempo. Pero, sobre todo, la situación en Viena misma, en opinión de los dirigentes del partido, exigía que se dejaran de lado en la medida de lo posible todos los factores de división, y que en su lugar se hicieran hincapié en todos los puntos de vista unificadores.
En esta época, Viena estaba ya tan fuertemente entremezclada, especialmente con elementos checos, que sólo la mayor tolerancia con respecto a todos los problemas raciales podía mantenerlos en un partido que no era desde el principio hostil a los alemanes. Si se quería salvar a Austria, no se podía prescindir de ella. De este modo, se intentó ganarse al gran número de pequeños comerciantes checos de Viena luchando contra el manchesterismo liberal, y al hacerlo se esperaba que una consigna en la lucha contra el judaísmo sobre una base religiosa tranquilizara todas las diferencias étnicas de la antigua Austria.
Es obvio que tal lucha sobre tal base causó sólo una preocupación limitada a los judíos. En el peor de los casos, un chorro de agua salvó a los negocios y al judaísmo al mismo tiempo.
Con una justificación tan superficial, nunca se llegó a un tratamiento científico serio de todo el problema, y por lo tanto sólo se repelió a demasiados para quienes este tipo de antisemitismo debe haber sido incomprensible. El poder publicitario de la idea estaba, pues, ligado casi exclusivamente a círculos intelectualmente limitados, si no se quería alejarse del sentimiento puramente emocional para llegar a un conocimiento real. La intelectualidad era fundamentalmente negativa. De este modo, el asunto adquirió cada vez más la apariencia de que todo el asunto no era más que un intento de una nueva conversión de los judíos, o incluso la expresión de una cierta envidia de la competencia. Pero con esto la lucha perdió el carácter de una consagración interior y superior y apareció a muchos, y no precisamente a los peores, como inmoral y reprensible. No había ninguna convicción de que se tratara de una cuestión vital de toda la humanidad, de cuya solución dependía el destino de todos los pueblos no judíos.



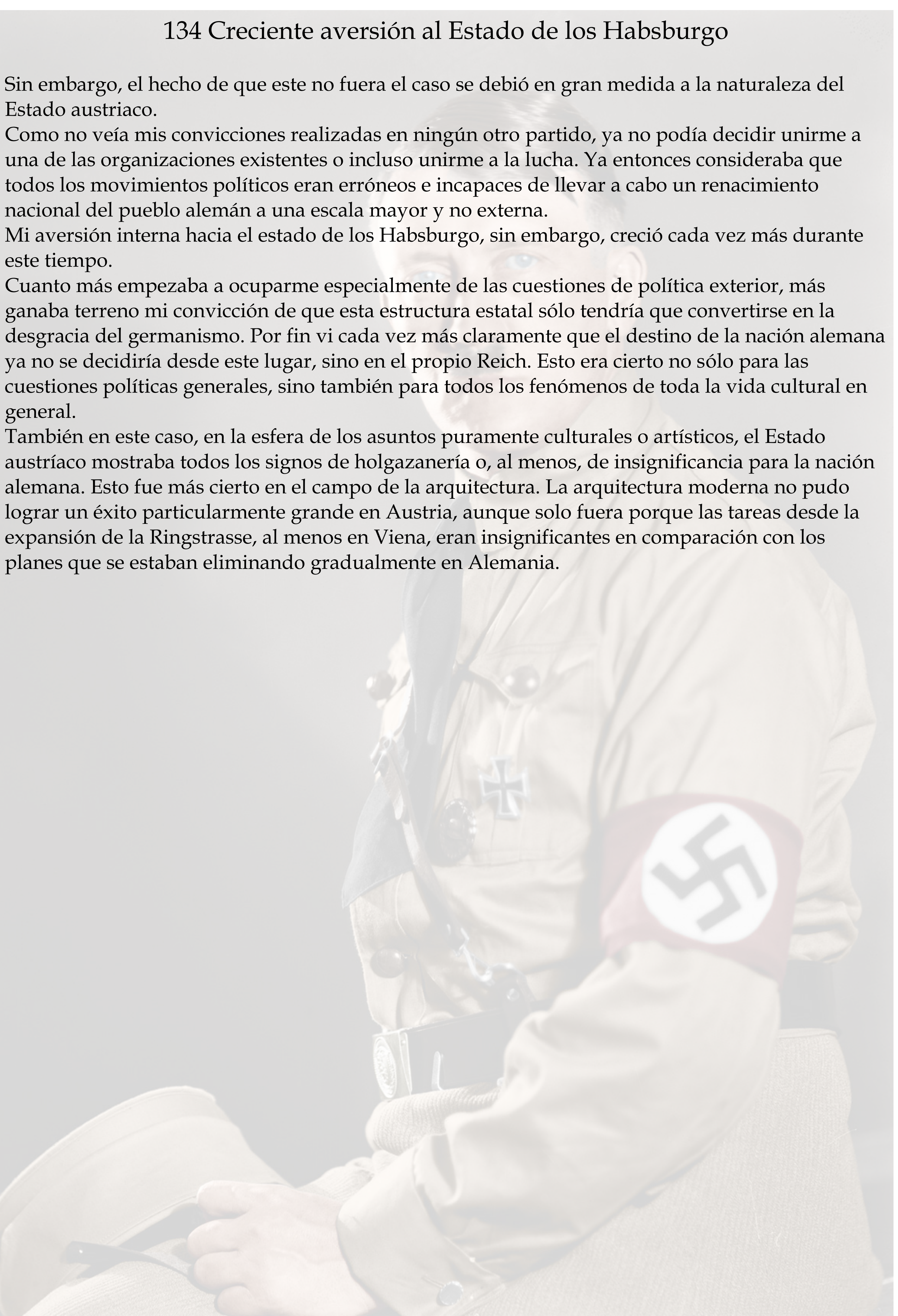
132 El pseudo-antisemitismo cristiano-social



El valor de la actitud antisemita del Partido Social Cristiano se perdió en estas medias tintas.
Era un pseudo-antisemitismo que era casi peor que ninguno; Porque de esta manera uno se arrullaba a la seguridad, creía que tenía al oponente por las orejas, pero en realidad uno mismo era guiado por la nariz.
El judío, sin embargo, se había acostumbrado tanto a este tipo de antisemitismo en poco tiempo que sin duda habría echado de menos su desaparición más de lo que su existencia le estorbaba.
Si aquí había que hacer un gran sacrificio al Estado de la nacionalidad, era aún más a la representación del germanismo mismo.
No se podía ser "nacionalista" si no se quería perder el terreno bajo los pies en la propia Viena. Se esperaba que, evitando suavemente esta cuestión, el Estado de los Habsburgo se salvaría, y fue precisamente de esta manera que fue conducido a la ruina. El movimiento, sin embargo, perdió así la poderosa fuente de fuerza que es la única que a la larga puede llenar a un partido político de fuerza motriz interna. Fue precisamente por esto que el Movimiento Social Cristiano se convirtió en un partido como cualquier otro.
Una vez seguí con la mayor atención ambos movimientos, uno por el pulso del corazón interior, el otro, llevado por la admiración por el hombre raro, que ya entonces me parecía un símbolo amargo de todo el germanismo austríaco.
Cuando el enorme cortejo fúnebre llevó al alcalde muerto lejos del ayuntamiento a la Ringstrasse, yo estaba entre los muchos cientos de miles de personas que presenciaron la tragedia. En mi emoción interior sentí que el trabajo de este hombre también debía ser en vano debido al destino que inevitablemente llevaría a este estado a la ruina. Si el Dr. Karl Lueger hubiera vivido en Alemania, habría sido colocado en las filas de las grandes mentes de nuestro pueblo; Que trabajara en este estado imposible fue la desgracia de su trabajo y de sí mismo.

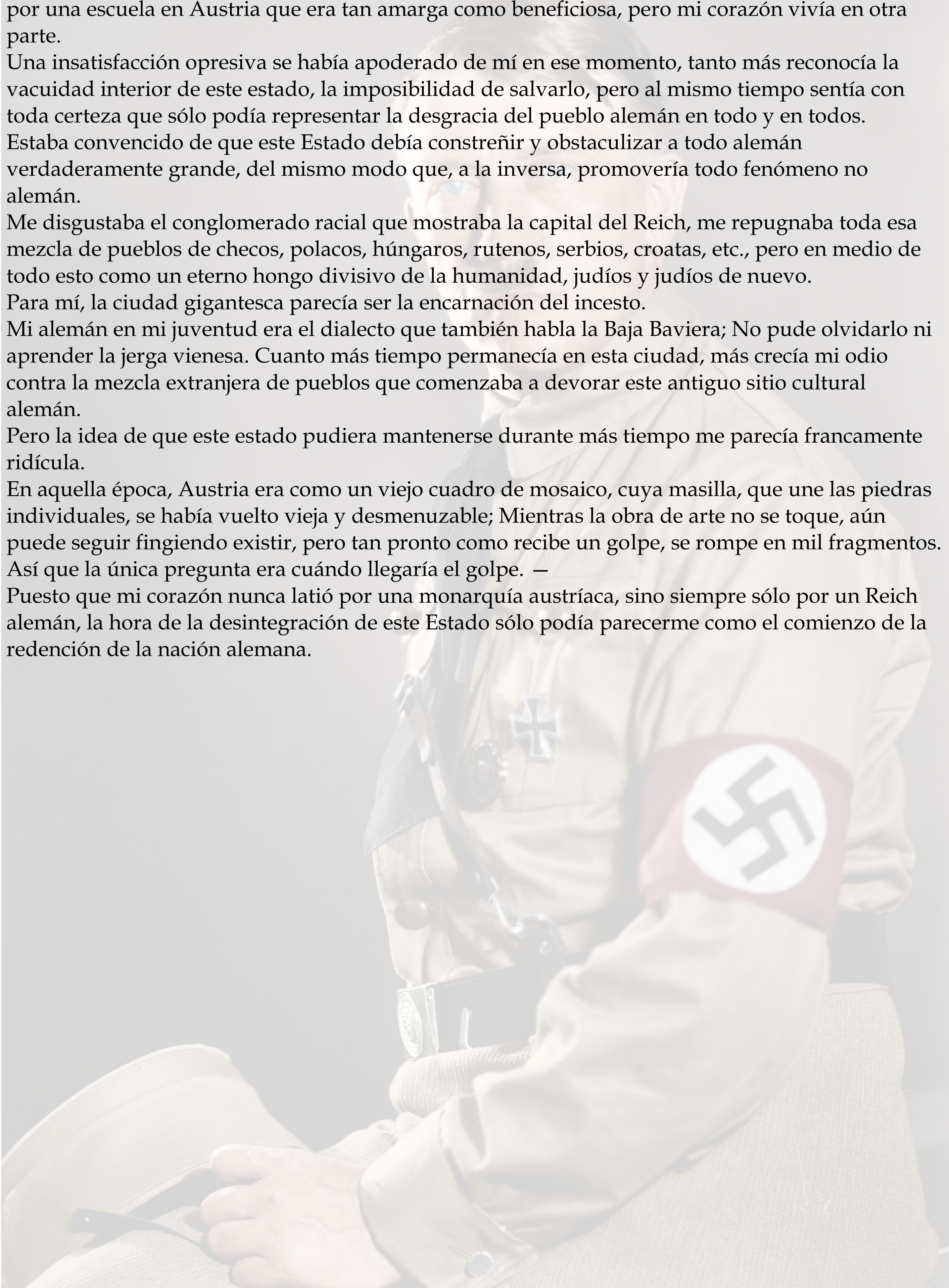
Cuando murió, las pequeñas llamas de los Balcanes ya se agitaban con más avidez de mes en mes, de modo que el destino le prohibió graciosamente ver lo que todavía creía que podía evitar.
Pero traté de averiguar las causas del fracaso de un movimiento y del fracaso del segundo, y llegué a la firme convicción de que, aparte de la imposibilidad de lograr una consolidación del Estado en la antigua Austria, los errores de los dos partidos eran los siguientes:
El movimiento pangermanista probablemente tenía razón en su visión de principios sobre el objetivo de una renovación alemana, pero no estaba contento en su elección del camino. Era nacionalista, pero desafortunadamente no lo suficientemente social como para ganarse a las masas. Su antisemitismo, sin embargo, se basaba en un reconocimiento correcto de la importancia del problema racial y no en ideas religiosas. Su lucha contra una denominación en particular, por otro lado, fue fáctica y tácticamente incorrecta.
El Movimiento Social Cristiano tenía una idea poco clara del objetivo de un renacimiento alemán, pero tuvo sentido común y suerte al buscar su camino como partido. Comprendió la importancia de la cuestión social, se equivocó en su lucha contra el judaísmo y no tenía idea del poder de la idea nacional.
¿Acaso el Partido Social Cristiano, además de su inteligente conocimiento de las amplias masas, poseía todavía la idea correcta de la importancia del problema racial, tal como lo captaba el movimiento panalemán, y si él mismo había sido finalmente nacionalista, o el movimiento panalemán tendría todavía la sabiduría práctica del Partido Social Cristiano, además de su conocimiento correcto del objetivo de la cuestión judía y del significado de la idea nacional? pero, sobre todo, su actitud hacia el socialismo, entonces esto habría dado lugar al movimiento que, en mi opinión, podría haber intervenido con éxito en el destino de Alemania incluso entonces.





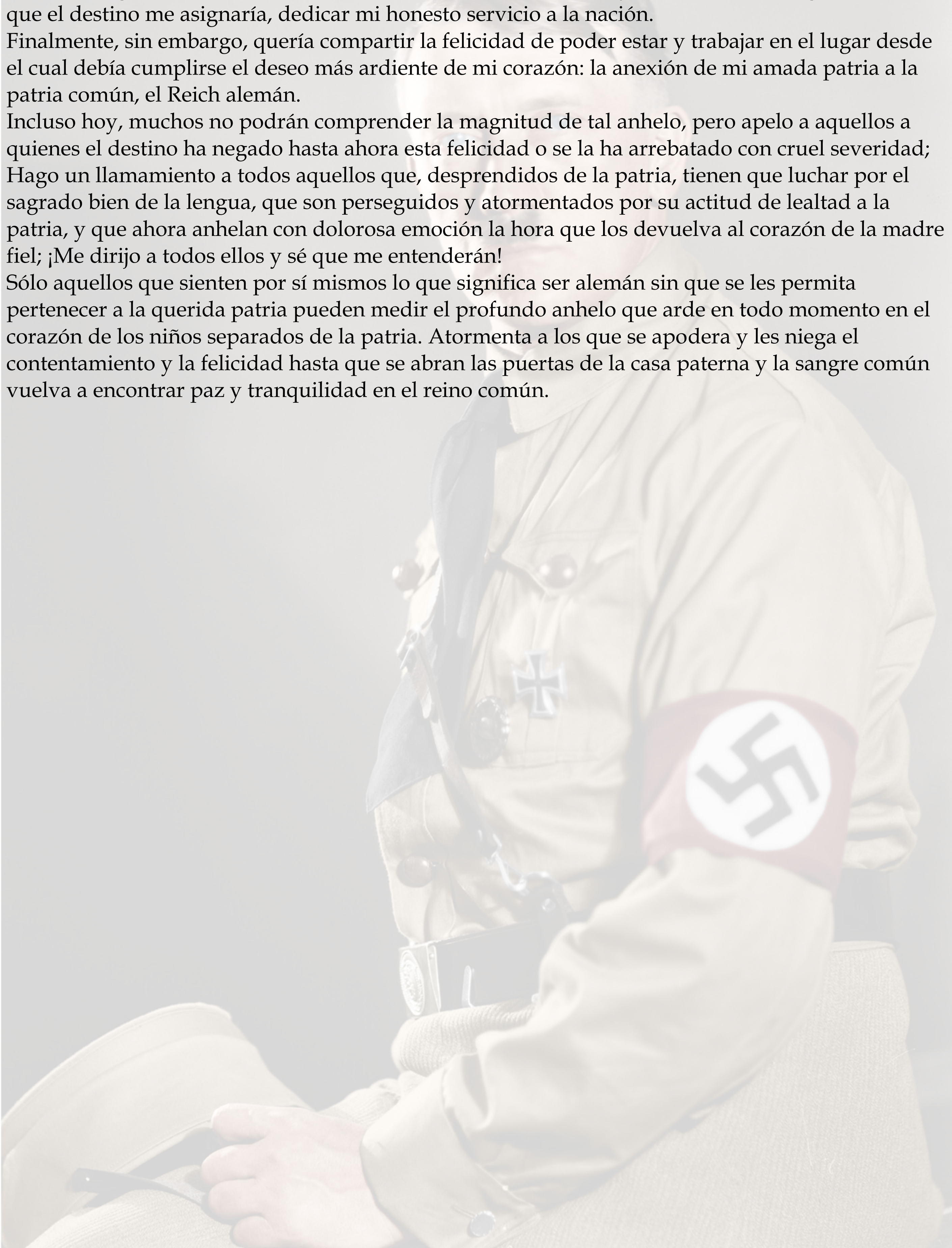
134 Creciente aversión al Estado de los Habsburgo

Sin embargo, el hecho de que este no fuera el caso se debió en gran medida a la naturaleza del Estado austriaco.
Como no veía mis convicciones realizadas en ningún otro partido, ya no podía decidir unirme a una de las organizaciones existentes o incluso unirme a la lucha. Ya entonces consideraba que todos los movimientos políticos eran erróneos e incapaces de llevar a cabo un renacimiento nacional del pueblo alemán a una escala mayor y no externa.
Mi aversión interna hacia el estado de los Habsburgo, sin embargo, creció cada vez más durante este tiempo.
Cuanto más empezaba a ocuparme especialmente de las cuestiones de política exterior, más ganaba terreno mi convicción de que esta estructura estatal sólo tendría que convertirse en la desgracia del germanismo. Por fin vi cada vez más claramente que el destino de la nación alemana ya no se decidiría desde este lugar, sino en el propio Reich. Esto era cierto no sólo para las cuestiones políticas generales, sino también para todos los fenómenos de toda la vida cultural en general.
También en este caso, en la esfera de los asuntos puramente culturales o artísticos, el Estado austríaco mostraba todos los signos de holgazanería o, al menos, de insignificancia para la nación alemana. Esto fue más cierto en el campo de la arquitectura. La arquitectura moderna no pudo lograr un éxito particularmente grande en Austria, aunque solo fuera porque las tareas desde la expansión de la Ringstrasse, al menos en Viena, eran insignificantes en comparación con los planes que se estaban eliminando gradualmente en Alemania.



Así que comencé a llevar cada vez más una doble vida, el intelecto y la realidad me hicieron pasar por una escuela en Austria que era tan amarga como beneficiosa, pero mi corazón vivía en otra parte.
Una insatisfacción opresiva se había apoderado de mí en ese momento, tanto más reconocía la vacuidad interior de este estado, la imposibilidad de salvarlo, pero al mismo tiempo sentía con toda certeza que sólo podía representar la desgracia del pueblo alemán en todo y en todos.
Estaba convencido de que este Estado debía constreñir y obstaculizar a todo alemán verdaderamente grande, del mismo modo que, a la inversa, promovería todo fenómeno no alemán.
Me disgustaba el conglomerado racial que mostraba la capital del Reich, me repugnaba toda esa mezcla de pueblos de checos, polacos, húngaros, rutenos, serbios, croatas, etc., pero en medio de todo esto como un eterno hongo divisivo de la humanidad, judíos y judíos de nuevo.
Para mí, la ciudad gigantesca parecía ser la encarnación del incesto.
Mi alemán en mi juventud era el dialecto que también habla la Baja Baviera; No pude olvidarlo ni aprender la jerga vienesa. Cuanto más tiempo permanecía en esta ciudad, más crecía mi odio contra la mezcla extranjera de pueblos que comenzaba a devorar este antiguo sitio cultural alemán.
Pero la idea de que este estado pudiera mantenerse durante más tiempo me parecía francamente ridícula.
En aquella época, Austria era como un viejo cuadro de mosaico, cuya masilla, que une las piedras individuales, se había vuelto vieja y desmenuzable; Mientras la obra de arte no se toque, aún puede seguir fingiendo existir, pero tan pronto como recibe un golpe, se rompe en mil fragmentos.
Así que la única pregunta era cuándo llegaría el golpe. —
Puesto que mi corazón nunca latió por una monarquía austríaca, sino siempre sólo por un Reich alemán, la hora de la desintegración de este Estado sólo podía parecerme como el comienzo de la redención de la nación alemana.

Por todas estas razones, el anhelo surgió cada vez más de ir finalmente a donde los deseos secretos y el amor secreto me habían atraído desde tan temprana juventud.
Esperaba algún día hacerme un nombre como maestro de obras y así, en pequeña o gran escala, que el destino me asignaría, dedicar mi honesto servicio a la nación.
Finalmente, sin embargo, quería compartir la felicidad de poder estar y trabajar en el lugar desde el cual debía cumplirse el deseo más ardiente de mi corazón: la anexión de mi amada patria a la patria común, el Reich alemán.
Incluso hoy, muchos no podrán comprender la magnitud de tal anhelo, pero apelo a aquellos a quienes el destino ha negado hasta ahora esta felicidad o se la ha arrebatado con cruel severidad; Hago un llamamiento a todos aquellos que, desprendidos de la patria, tienen que luchar por el sagrado bien de la lengua, que son perseguidos y atormentados por su actitud de lealtad a la patria, y que ahora anhelan con dolorosa emoción la hora que los devuelva al corazón de la madre fiel; ¡Me dirijo a todos ellos y sé que me entenderán!
Sólo aquellos que sienten por sí mismos lo que significa ser alemán sin que se les permita pertenecer a la querida patria pueden medir el profundo anhelo que arde en todo momento en el corazón de los niños separados de la patria. Atormenta a los que se apodera y les niega el contentamiento y la felicidad hasta que se abran las puertas de la casa paterna y la sangre común vuelva a encontrar paz y tranquilidad en el reino común.



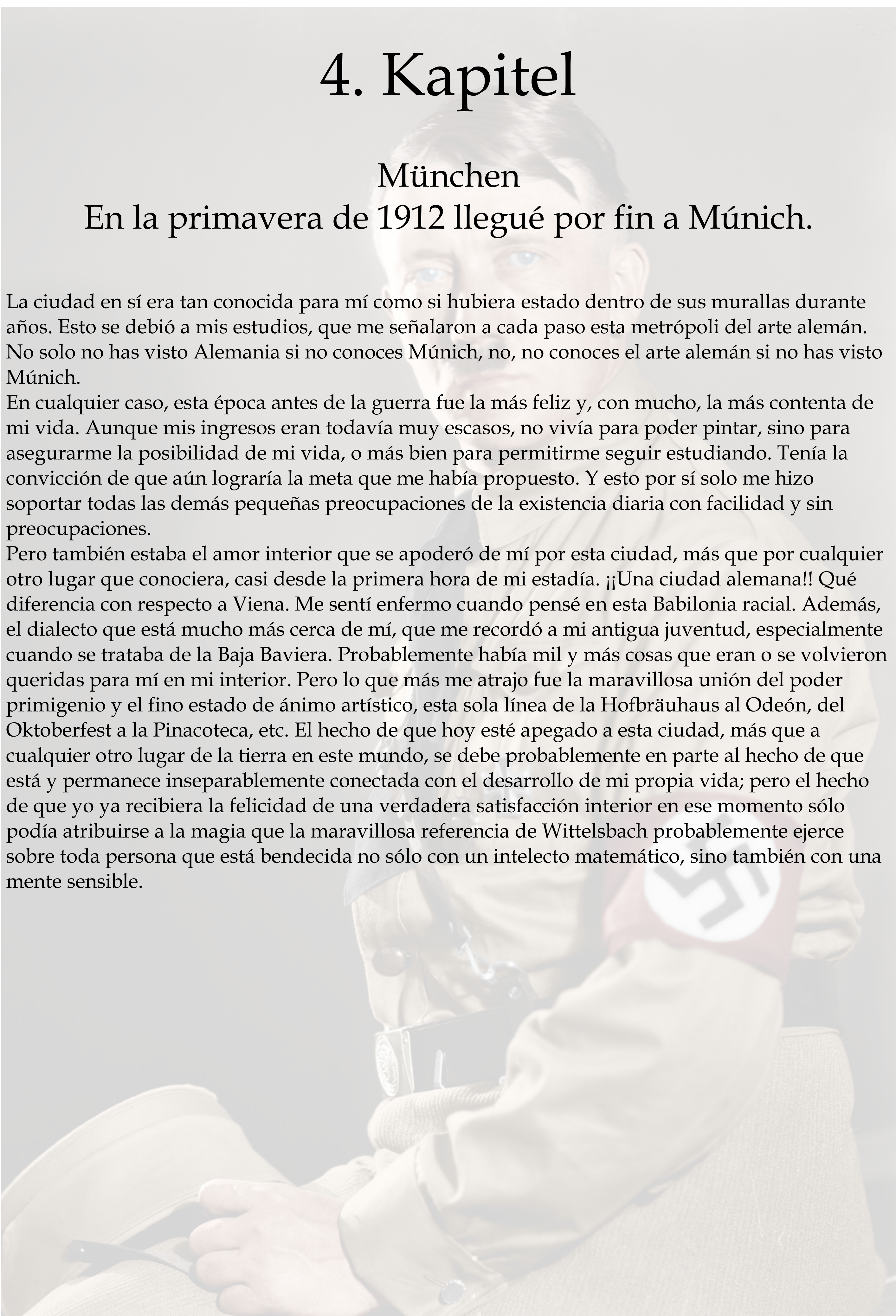
La escuela de mi vida 137

Viena, sin embargo, fue y siguió siendo para mí la escuela más difícil, aunque la más completa, de mi vida. Una vez entré en esta ciudad cuando todavía era medio niño, y salí de ella como una persona tranquila y seria. En él recibí las bases para una visión del mundo a gran escala y una visión política a pequeña escala, que más tarde sólo tuve que complementar en detalle, pero que nunca me abandonó. Por supuesto, yo mismo solo puedo apreciar plenamente el verdadero valor de los años de aprendizaje en ese momento.

Por eso me he ocupado de este período con un poco más de detalle, ya que me ha dado la primera lección objetiva precisamente sobre las cuestiones que pertenecen a los cimientos del Partido, que, surgiendo de los comienzos más pequeños, se prepara para convertirse en un gran movimiento de masas en el curso de apenas cinco años. No sé cuál sería hoy mi actitud hacia el judaísmo, hacia la socialdemocracia, o mejor aún, hacia el marxismo en su conjunto, hacia la cuestión social, etc., si no se hubiera formado ya una base de puntos de vista personales en una época tan temprana por la presión del destino y por mi propia erudición.

Porque, aunque la desgracia de la patria pueda estimular a miles y miles de personas a pensar en las causas internas del colapso, esto nunca podrá conducir a esa minuciosidad y a esa comprensión más profunda que se abre a él, que sólo se convirtió en dueño del destino después de años de lucha.





4. Kapitel

München
En la primavera de 1912 llegué por fin a Múnich.

La ciudad en sí era tan conocida para mí como si hubiera estado dentro de sus murallas durante años. Esto se debió a mis estudios, que me señalaron a cada paso esta metrópoli del arte alemán. No solo no has visto Alemania si no conoces Múnich, no, no conoces el arte alemán si no has visto Múnich.
En cualquier caso, esta época antes de la guerra fue la más feliz y, con mucho, la más contenta de mi vida. Aunque mis ingresos eran todavía muy escasos, no vivía para poder pintar, sino para asegurarme la posibilidad de mi vida, o más bien para permitirme seguir estudiando. Tenía la convicción de que aún lograría la meta que me había propuesto. Y esto por sí solo me hizo soportar todas las demás pequeñas preocupaciones de la existencia diaria con facilidad y sin preocupaciones.
Pero también estaba el amor interior que se apoderó de mí por esta ciudad, más que por cualquier otro lugar que conociera, casi desde la primera hora de mi estadía. ¡¡Una ciudad alemana!! Qué diferencia con respecto a Viena. Me sentí enfermo cuando pensé en esta Babilonia racial. Además, el dialecto que está mucho más cerca de mí, que me recordó a mi antigua juventud, especialmente cuando se trataba de la Baja Baviera. Probablemente había mil y más cosas que eran o se volvieron queridas para mí en mi interior. Pero lo que más me atrajo fue la maravillosa unión del poder primigenio y el fino estado de ánimo artístico, esta sola línea de la Hofbräuhaus al Odeón, del Oktoberfest a la Pinacoteca, etc. El hecho de que hoy esté apegado a esta ciudad, más que a cualquier otro lugar de la tierra en este mundo, se debe probablemente en parte al hecho de que está y permanece inseparablemente conectada con el desarrollo de mi propia vida; pero el hecho de que yo ya recibiera la felicidad de una verdadera satisfacción interior en ese momento sólo podía atribuirse a la magia que la maravillosa referencia de Wittelsbach probablemente ejerce sobre toda persona que está bendecida no sólo con un intelecto matemático, sino también con una mente sensible.

Lo que más me atraía, aparte de mi trabajo profesional, era de nuevo el estudio de los acontecimientos políticos del momento, incluyendo especialmente los acontecimientos de política exterior. Llegué a esto último a través del desvío de la política de alianzas alemana, que ya consideraba absolutamente errónea desde mis tiempos austriacos. Al fin y al cabo, en Viena aún no me había quedado muy claro el alcance de este autoengaño del Reich. En ese momento me inclinaba a suponer —o tal vez me dije a mí mismo sólo como excusa— que era posible que la gente de Berlín ya supiera lo débil y poco fiable que sería el aliado en realidad, pero que, por razones más o menos misteriosas, se abstenía de esta idea para apoyar una política de alianzas que el propio Bismarck había fundado una vez y cuya repentina terminación no podía ser deseable. aunque sólo sea para no asustar de alguna manera a los países extranjeros al acecho o preocupar al filisteo interior.

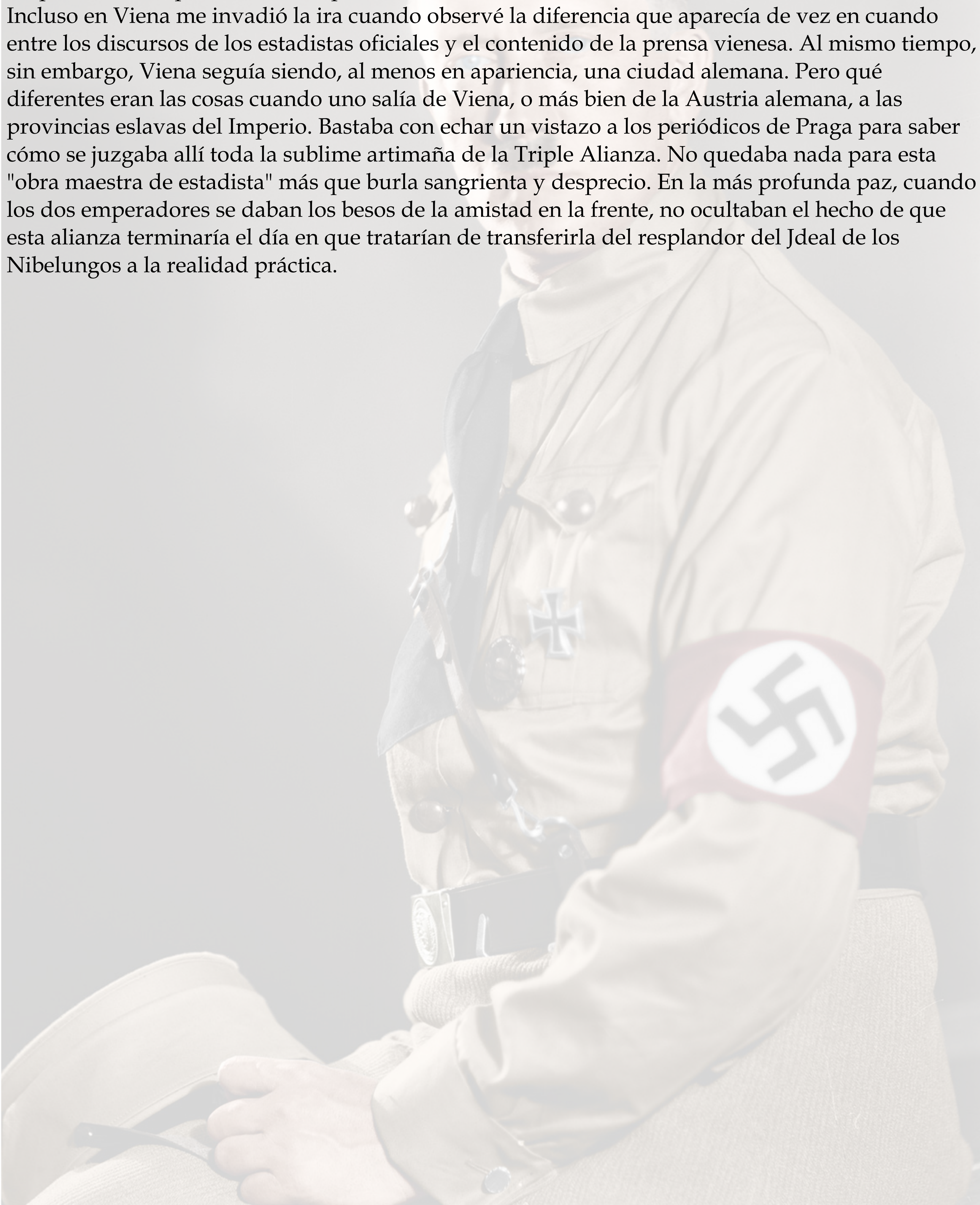
Por supuesto, la asociación, especialmente entre la gente misma, me hizo ver en poco tiempo, para mi horror, que esta creencia era falsa. Para mi asombro, tuve que encontrar en todas partes que no había ni una vaga idea de la naturaleza de la monarquía de los Habsburgo, incluso en los círculos por lo demás bien informados. Fue precisamente entre el pueblo que se vio atrapado en la ilusión de que podía considerar a su aliado como un poder serio que sin duda pondría inmediatamente su terreno en la hora de la necesidad. Las masas siempre consideraron que la monarquía era un estado "alemán" y creyeron que podían construir sobre ella. Se pensaba que la fuerza también podía medirse en millones, como en la propia Alemania, y se olvidaba por completo que, en primer lugar, Austria hacía tiempo que había dejado de ser un Estado alemán; pero, en segundo lugar, que las condiciones internas de este imperio presionaban cada vez más hacia la disolución de hora en hora.



140 La equivocada política de alianzas de Alemania

En ese momento yo había conocido este estado mejor que esta llamada "diplomacia" oficial, que ciegamente, como casi siempre, se tambaleaba hacia el destino; porque el estado de ánimo del pueblo no era siempre más que la emanación de lo que se canalizaba hacia la opinión pública desde arriba. En la cima, sin embargo, se practicaba un culto con el "aliado" como alrededor del becerro de oro. Se esperaba que la amabilidad compensara lo que faltaba sinceridad. Al hacerlo, las palabras siempre se tomaban por su mero valor.

Incluso en Viena me invadió la ira cuando observé la diferencia que aparecía de vez en cuando entre los discursos de los estadistas oficiales y el contenido de la prensa vienesa. Al mismo tiempo, sin embargo, Viena seguía siendo, al menos en apariencia, una ciudad alemana. Pero qué diferentes eran las cosas cuando uno salía de Viena, o más bien de la Austria alemana, a las provincias eslavas del Imperio. Bastaba con echar un vistazo a los periódicos de Praga para saber cómo se juzgaba allí toda la sublime artimaña de la Triple Alianza. No quedaba nada para esta "obra maestra de estadista" más que burla sangrienta y desprecio. En la más profunda paz, cuando los dos emperadores se daban los besos de la amistad en la frente, no ocultaban el hecho de que esta alianza terminaría el día en que tratarían de transferirla del resplandor del Jdeal de los Nibelungos a la realidad práctica.



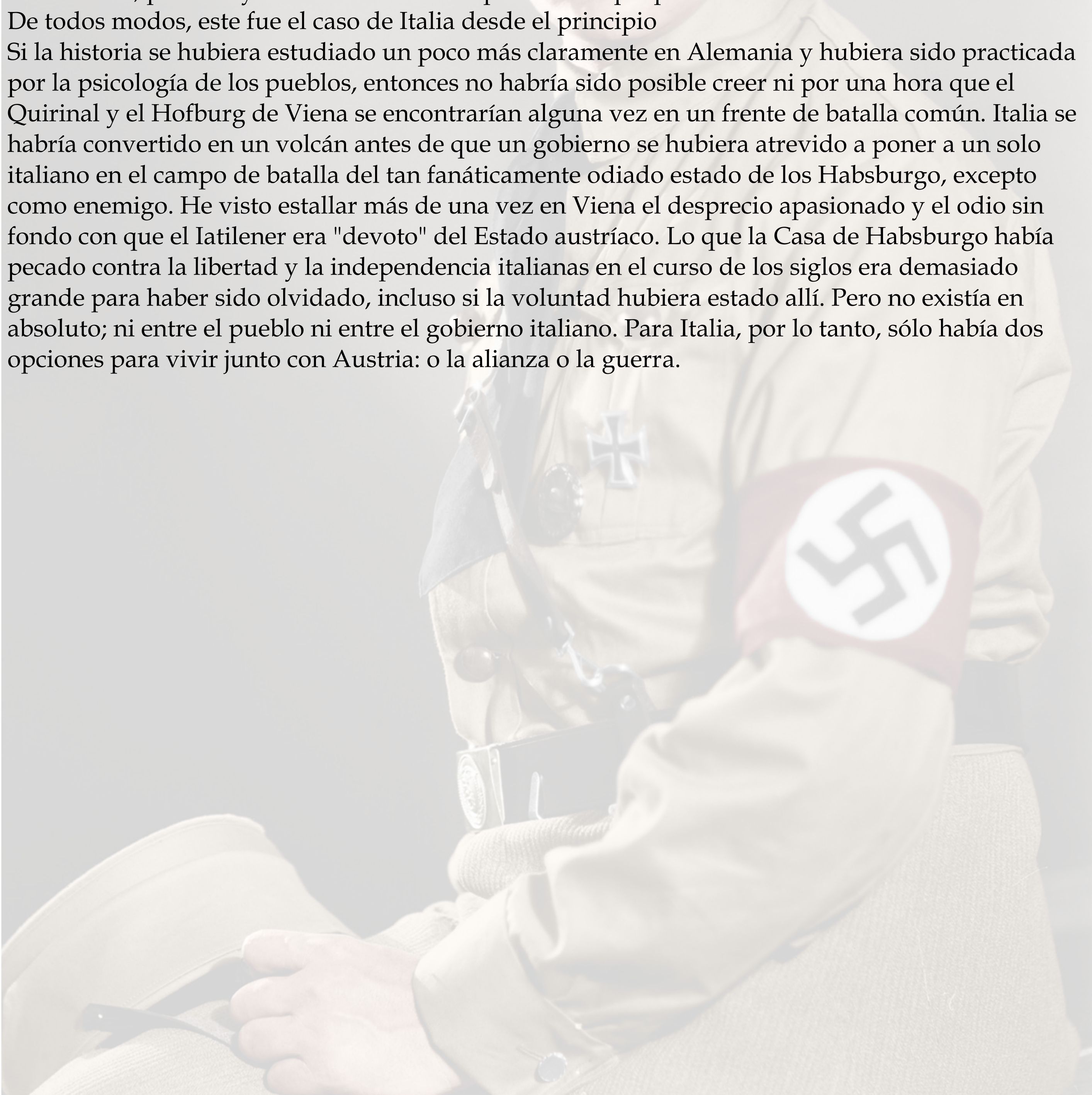
¡Qué agitados habían estado unos años más tarde, cuando, a la hora que finalmente había llegado, cuando las alianzas iban a demostrar su valía, Italia saltó de la Triple Alianza y dejó ir a los dos camaradas, y al final se convirtió ella misma en enemiga! El hecho de que se atrevieran a creer, incluso un minuto antes, en la posibilidad de tal milagro, es decir, en el milagro de que Italia lucharía junto a Austria, sólo podía ser simplemente incomprensible para cualquiera que no hubiera sido golpeado por la ceguera diplomática. Pero las cosas no eran muy diferentes en la propia Austria.

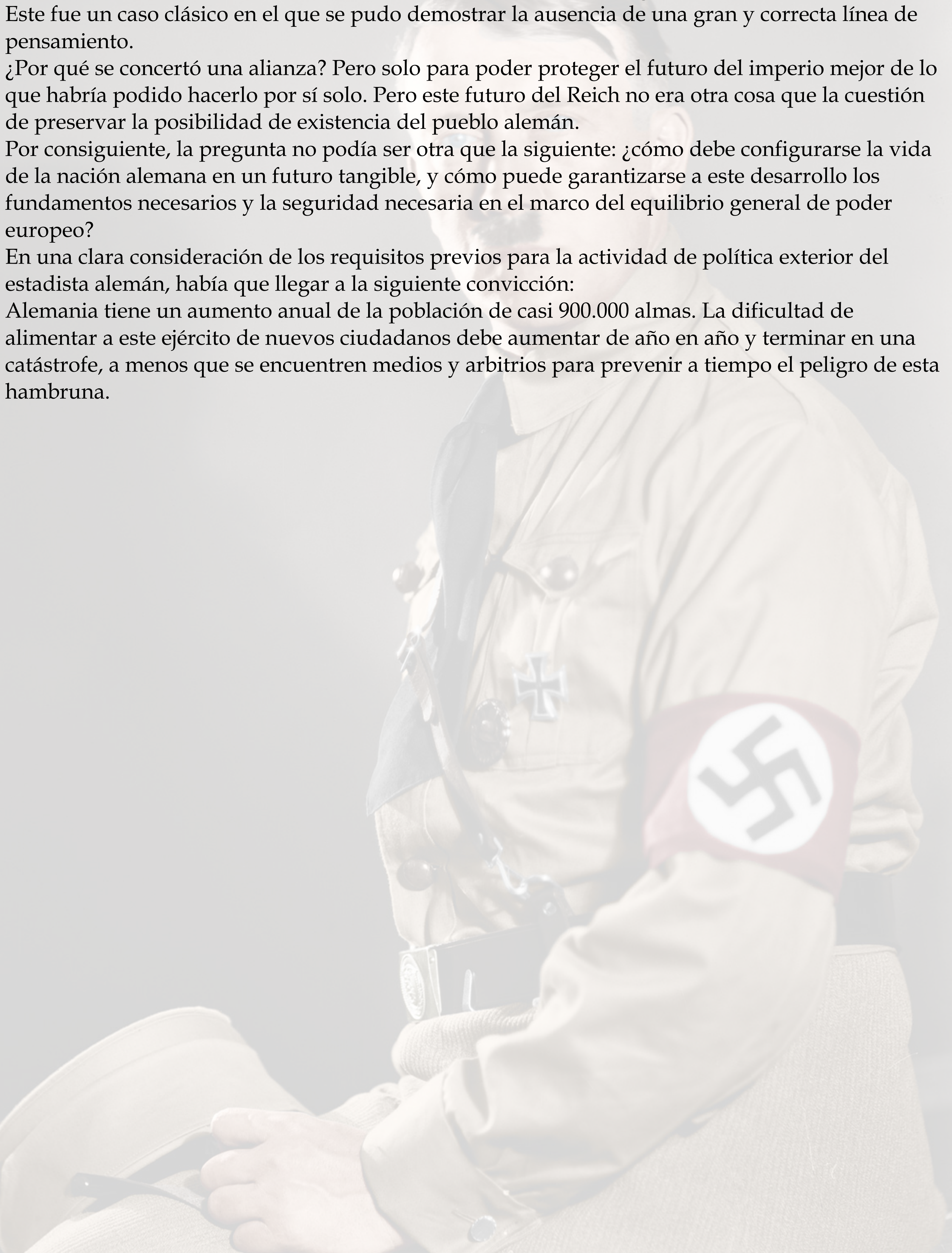
En Austria, sólo los Habsburgo y los alemanes fueron los portadores de la idea de Vündnis. Los Habsburgo por cálculo y coerción, los alemanes por buena fe y estupidez política. Por buena fe, porque creían que a través de la Triple Alianza estaban haciendo un gran servicio al propio Reich alemán, ayudando a fortalecerlo y asegurarlo; pero por estupidez política, porque al principio no era cierto lo que se quería decir, sino que, por el contrario, contribuían a encadenar al Reich a un cadáver de Estado que estaba destinado a arrastrar a ambos al abismo, pero sobre todo porque sólo a través de esta alianza ellos mismos caían cada vez más presa de la desgermanización. Porque, como los Habsburgo creían que podían estar a salvo de la injerencia de este lado a través de su alianza con el Reich, y que desgraciadamente podían estar justificados, pudieron llevar a cabo su política interna de lenta supresión del germanismo mucho más fácilmente y sin riesgo. No sólo no había que temer una objeción por parte del Gobierno del Reich en vista de la conocida "objetividad", sino que en cualquier momento se podía silenciar la boca insolente de los propios alemanes austríacos, que querían abrirse contra un tipo de esclavización tal vez demasiado vil, refiriéndose a la Alianza.



142 La equivocada política de alianzas de Alemania

¿Qué iban a hacer los alemanes en Austria, cuando los propios alemanes del Reich expresaban su reconocimiento y confianza en el gobierno de los Habsburgo? ¿Debería resistirse a ser tildado por todo el público alemán de traidor a su propia nacionalidad? ¡Él, que durante décadas había hecho los sacrificios más escandalosos precisamente por su nacionalidad!
Pero, ¿qué valor tendría esta alianza si primero se hubiera exterminado la germanidad de la monarquía de los Habsburgo? ¿Acaso el valor de la Triple Alianza para Alemania no dependía virtualmente de la preservación de la supremacía alemana en Austria? ¿O realmente creían que todavía podían vivir en una alianza con un Imperio eslavo de los Habsburgo?
La actitud de la diplomacia oficial alemana, así como la de toda la opinión pública sobre el problema de la nacionalidad austríaca interior, ya no era estúpida, sino simplemente insensata. Se basaron en una alianza, establecieron el futuro y la seguridad de 70 millones de personas a partir de ella, y vieron cómo la única base para esta alianza era destruida por el socio de año en año de manera sistemática y sin inmutarse. Un día, un "tratado" con la diplomacia vienesa tenía que mantenerse, pero la ayuda federal de un imperio tenía que perderse.
De todos modos, este fue el caso de Italia desde el principio
Si la historia se hubiera estudiado un poco más claramente en Alemania y hubiera sido practicada por la psicología de los pueblos, entonces no habría sido posible creer ni por una hora que el Quirinal y el Hofburg de Viena se encontrarían alguna vez en un frente de batalla común. Italia se habría convertido en un volcán antes de que un gobierno se hubiera atrevido a poner a un solo italiano en el campo de batalla del tan fanáticamente odiado estado de los Habsburgo, excepto como enemigo. He visto estallar más de una vez en Viena el desprecio apasionado y el odio sin fondo con que el Iatilener era "devoto" del Estado austríaco. Lo que la Casa de Habsburgo había pecado contra la libertad y la independencia italianas en el curso de los siglos era demasiado grande para haber sido olvidado, incluso si la voluntad hubiera estado allí. Pero no existía en absoluto; ni entre el pueblo ni entre el gobierno italiano. Para Italia, por lo tanto, sólo había dos opciones para vivir junto con Austria: o la alianza o la guerra.





Al elegir lo primero, uno podría prepararse con calma para lo segundo.
Sobre todo porque las relaciones de Austria con Rusia se dirigían cada vez más hacia un conflicto militar, la política alemana de alianzas era tan insensata como peligrosa.
Este fue un caso clásico en el que se pudo demostrar la ausencia de una gran y correcta línea de pensamiento.
¿Por qué se concertó una alianza? Pero solo para poder proteger el futuro del imperio mejor de lo que habría podido hacerlo por sí solo. Pero este futuro del Reich no era otra cosa que la cuestión de preservar la posibilidad de existencia del pueblo alemán.
Por consiguiente, la pregunta no podía ser otra que la siguiente: ¿cómo debe configurarse la vida de la nación alemana en un futuro tangible, y cómo puede garantizarse a este desarrollo los fundamentos necesarios y la seguridad necesaria en el marco del equilibrio general de poder europeo?
En una clara consideración de los requisitos previos para la actividad de política exterior del estadista alemán, había que llegar a la siguiente convicción:
Alemania tiene un aumento anual de la población de casi 900.000 almas. La dificultad de alimentar a este ejército de nuevos ciudadanos debe aumentar de año en año y terminar en una catástrofe, a menos que se encuentren medios y arbitrios para prevenir a tiempo el peligro de esta hambruna.

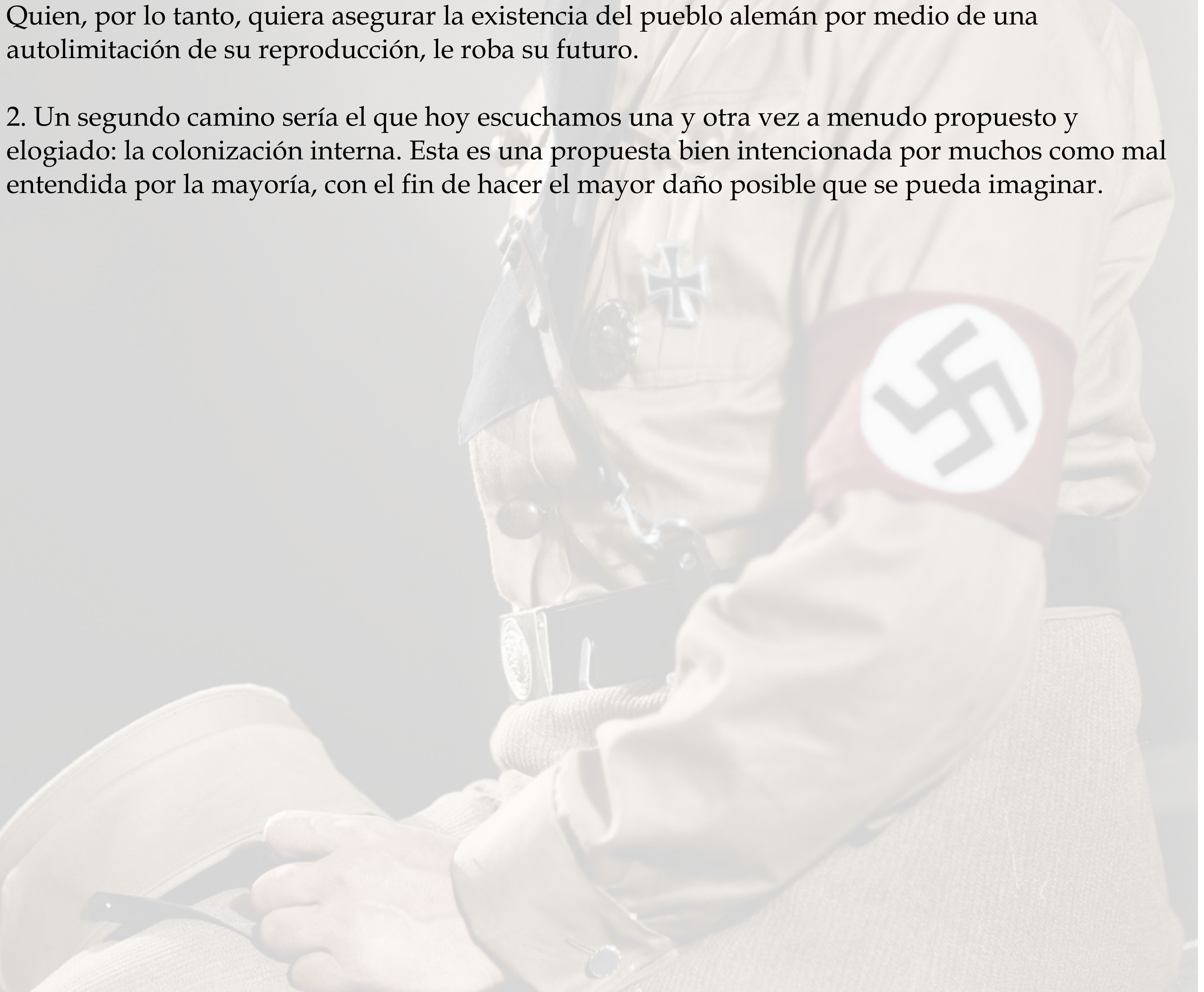
144 Los cuatro caminos de la política alemana

Había cuatro maneras de evitar un desarrollo futuro tan horrible.
1. Según el modelo francés, era posible limitar artificialmente el aumento de los nacimientos y contrarrestar así la superpoblación.
La propia naturaleza, en épocas de gran necesidad o malas condiciones climáticas, así como en épocas de escasa producción del suelo, también tiende a restringir el aumento de la población de ciertos países o razas; pero con un método tan sabio como despiadado. No impide la capacidad de procrear como tal, pero sí la continuación de lo que ha sido engendrado, exponiéndolo a pruebas y privaciones tan severas que todo lo menos fuerte, menos sano, se ve obligado a volver al seno de lo eternamente desconocido. Lo que les permite, sin embargo, sobrevivir a las dificultades de la existencia ha sido probado mil veces, duro y bien adaptado para continuar la procreación, de modo que la selección minuciosa pueda comenzar de nuevo desde el principio. Al proceder brutalmente contra el individuo de esta manera e inmediatamente llamarlo de vuelta a sí misma tan pronto como no es rival para la tormenta de la vida, mantiene el resto y la especie misma poderosamente, es más, los aumenta a los logros más altos.
De esta manera, sin embargo, la reducción del número es un fortalecimiento de la persona, pero en consecuencia en última instancia un fortalecimiento de la especie.
Es diferente cuando el hombre se prepara para limitar su número. No está tallado en la madera de la naturaleza, sino "humano". Él lo entiende mejor que esta cruel reina de toda sabiduría. No restringe la supervivencia del individuo, sino la reproducción misma. Esto le parece a él, que siempre se ve solo a sí mismo y nunca ve la necesidad de ser más humano y justificado que el camino opuesto. Sin embargo, lamentablemente, las consecuencias también se invierten:



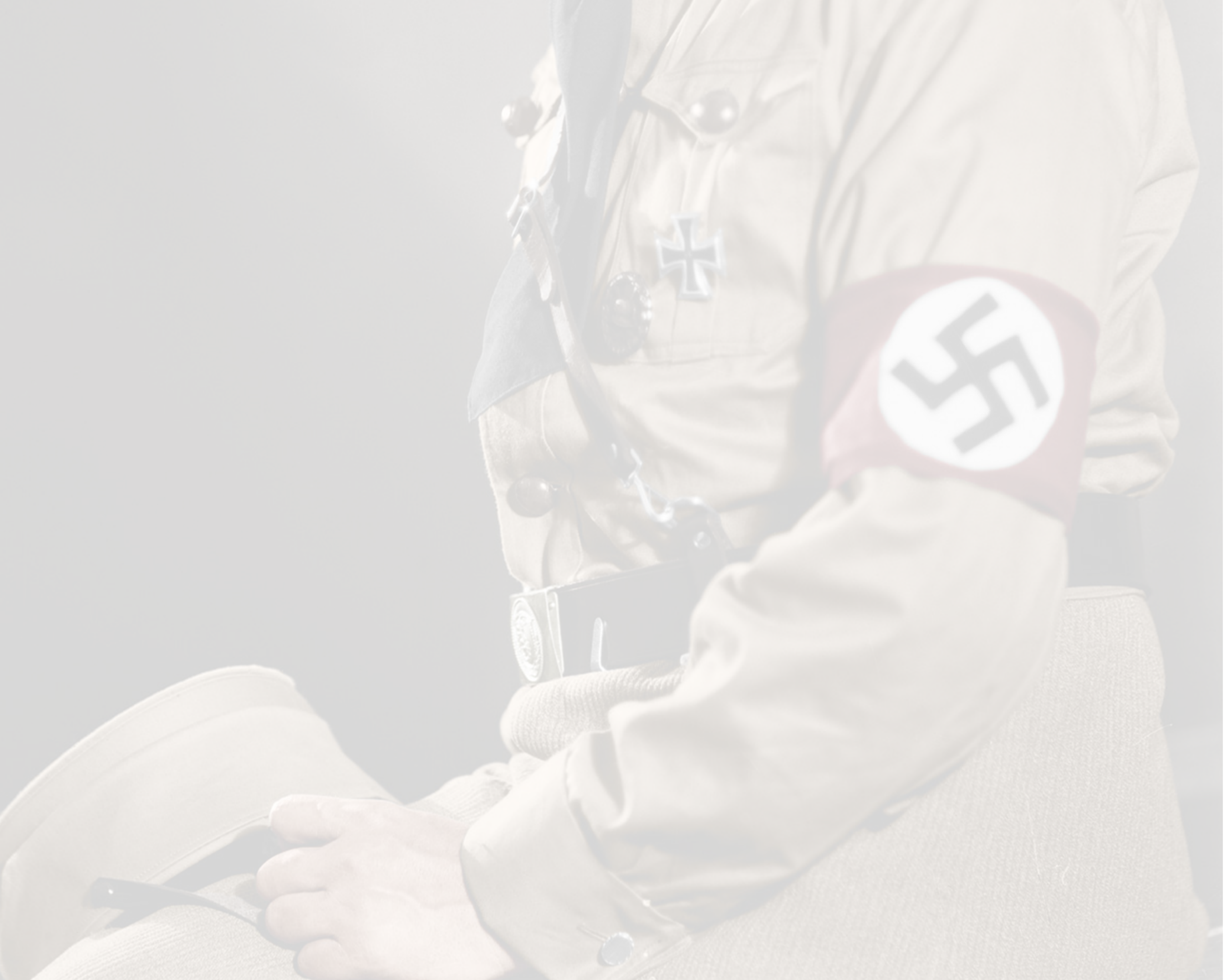
Mientras que la naturaleza, liberando la procreación, pero sometiendo la continuación a la prueba más severa, selecciona a los mejores de un supernumerario de individuos como dignos de la vida, así los conserva solos y los hace igualmente portadores de la continuación de su especie, el hombre restringe la procreación, pero convulsivamente se encarga de que todo ser una vez nacido también se conserve a cualquier precio. Esta corrección de la voluntad divina le parece tan sabia como humana, y se regocija de haber vencido una vez más a la naturaleza en un asunto, es más, de haber demostrado su insuficiencia. El hecho de que en realidad el número haya sido limitado, pero el valor del individuo también se haya reducido, es algo que el querido asno del Padre de Todo se resiste a ver o escuchar.
En efecto, tan pronto como se restringe la procreación como tal y se reduce el número de nacimientos, la lucha natural por la existencia, que sólo deja vivos a los más fuertes y sanos, es sustituida por la evidente adicción a "salvar" a cualquier precio incluso a los más débiles, incluso a los más morbosos, poniendo así el germen de una progenie que debe volverse cada vez más miserable. tanto más dura esta burla de la naturaleza y su voluntad.
Pero el fin será que un día la existencia de tal pueblo será eliminada de este mundo; Porque el hombre ciertamente puede desafiar las leyes eternas de la voluntad para continuar por cierto tiempo, pero la venganza vendrá tarde o temprano. Una raza más fuerte ahuyentará a los débiles, ya que el impulso de vivir en su última forma romperá una y otra vez todas las ridículas cadenas de la llamada humanidad del individuo, para dejar que la humanidad de la naturaleza ocupe su lugar, que destruye la debilidad para dar lugar a la fuerza.
Quien, por lo tanto, quiera asegurar la existencia del pueblo alemán por medio de una autolimitación de su reproducción, le roba su futuro.

2. Un segundo camino sería el que hoy escuchamos una y otra vez a menudo propuesto y elogiado: la colonización interna. Esta es una propuesta bien intencionada por muchos como mal entendida por la mayoría, con el fin de hacer el mayor daño posible que se pueda imaginar.



146 Los cuatro caminos de la política alemana

No hay duda de que la capacidad de rendimiento de un suelo puede aumentarse hasta un cierto límite. Pero solo hasta cierto límite y no infinitamente. Por lo tanto, durante cierto tiempo, será posible compensar el aumento del pueblo alemán con un aumento en el uso de nuestra tierra sin peligro de hambruna. Pero esto se ve compensado por el hecho de que las demandas de la vida en general están aumentando más rápido que incluso el número de la población. La demanda de alimentos y ropa de las personas aumenta de año en año y ya es desproporcionada, por ejemplo, con respecto a las necesidades de nuestros antepasados hace unos 100 años. Por lo tanto, es erróneo pensar que todo aumento de la producción crea el requisito previo para un aumento de la población: No; Esto sólo es cierto hasta cierto punto, en el sentido de que al menos una parte del producto añadido de la tierra se utiliza para satisfacer las crecientes necesidades de la población. Pero incluso con la mayor restricción, por un lado, y la diligencia más diligente, por el otro, todavía habrá un límite aquí, que luego será trazado por el propio terreno. Con toda su diligencia, ya no será posible sacarle más, y entonces, aunque se posponga por cierto tiempo, volverá a aparecer el desastre. El hambre se repetirá inicialmente de vez en cuando, cuando lleguen las malas cosechas, etc. Lo hará cada vez más a menudo a medida que aumente la población, de modo que finalmente ya no ocurrirá solo cuando los raros años más ricos llenen las tiendas. Pero finalmente se acerca el momento en que incluso entonces la necesidad ya no será satisfecha, y el hambre se habrá convertido en la compañera eterna de tal pueblo. Ahora la naturaleza debe ayudar de nuevo y hacer una elección entre los elegidos por ella para la vida; o el hombre se ayuda a sí mismo de nuevo: es decir, recurre al obstáculo artificial de su reproducción con todas las graves consecuencias ya indicadas para la raza y la especie.

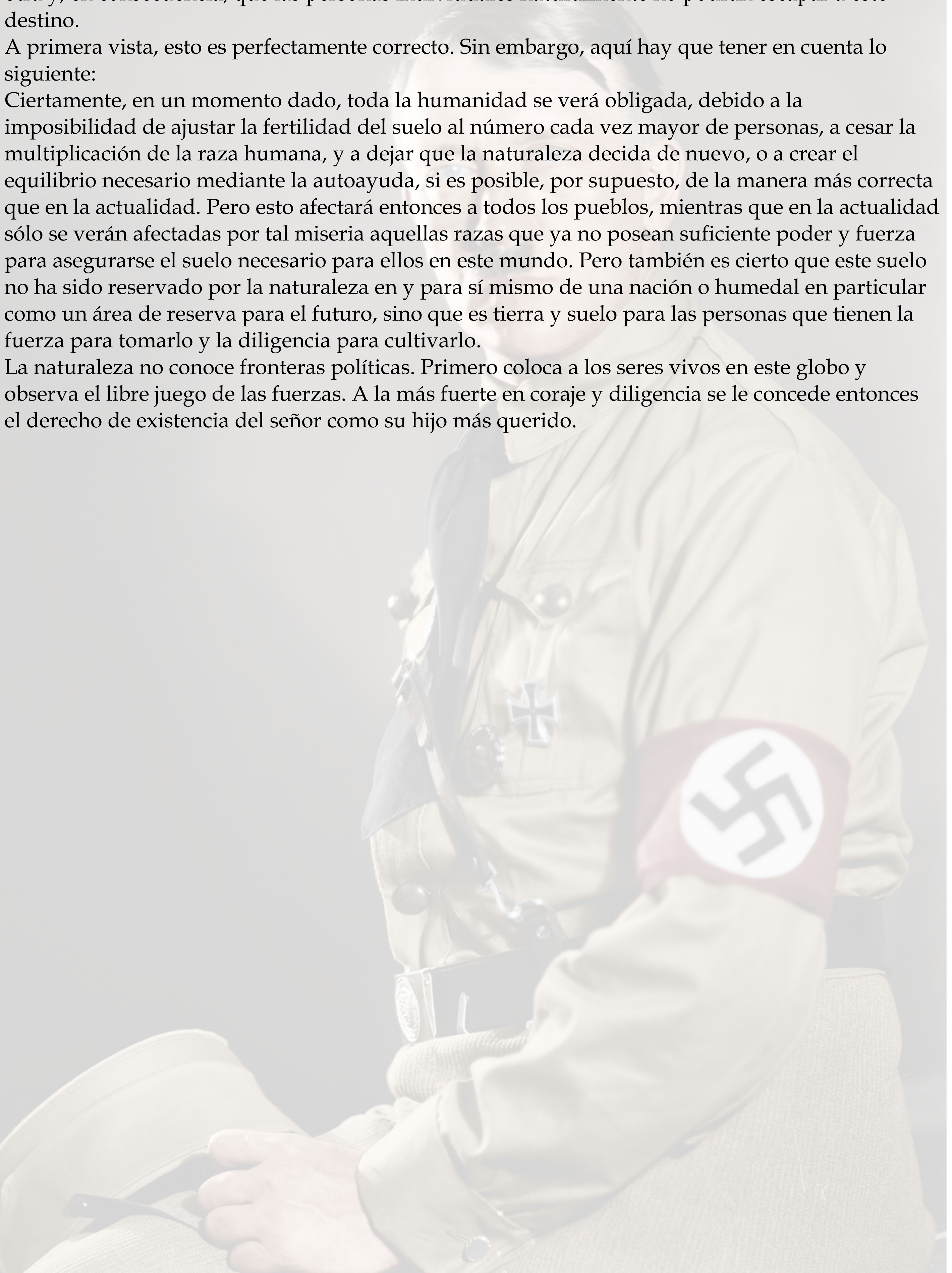


Todavía se puede objetar que este futuro está reservado para toda la humanidad de una manera u otra y, en consecuencia, que las personas individuales naturalmente no podrán escapar a este destino.

A primera vista, esto es perfectamente correcto. Sin embargo, aquí hay que tener en cuenta lo siguiente:

Ciertamente, en un momento dado, toda la humanidad se verá obligada, debido a la imposibilidad de ajustar la fertilidad del suelo al número cada vez mayor de personas, a cesar la multiplicación de la raza humana, y a dejar que la naturaleza decida de nuevo, o a crear el equilibrio necesario mediante la autoayuda, si es posible, por supuesto, de la manera más correcta que en la actualidad. Pero esto afectará entonces a todos los pueblos, mientras que en la actualidad sólo se verán afectadas por tal miseria aquellas razas que ya no posean suficiente poder y fuerza para asegurarse el suelo necesario para ellos en este mundo. Pero también es cierto que este suelo no ha sido reservado por la naturaleza en y para sí mismo de una nación o humedal en particular como un área de reserva para el futuro, sino que es tierra y suelo para las personas que tienen la fuerza para tomarlo y la diligencia para cultivarlo.

La naturaleza no conoce fronteras políticas. Primero coloca a los seres vivos en este globo y observa el libre juego de las fuerzas. A la más fuerte en coraje y diligencia se le concede entonces el derecho de existencia del señor como su hijo más querido.



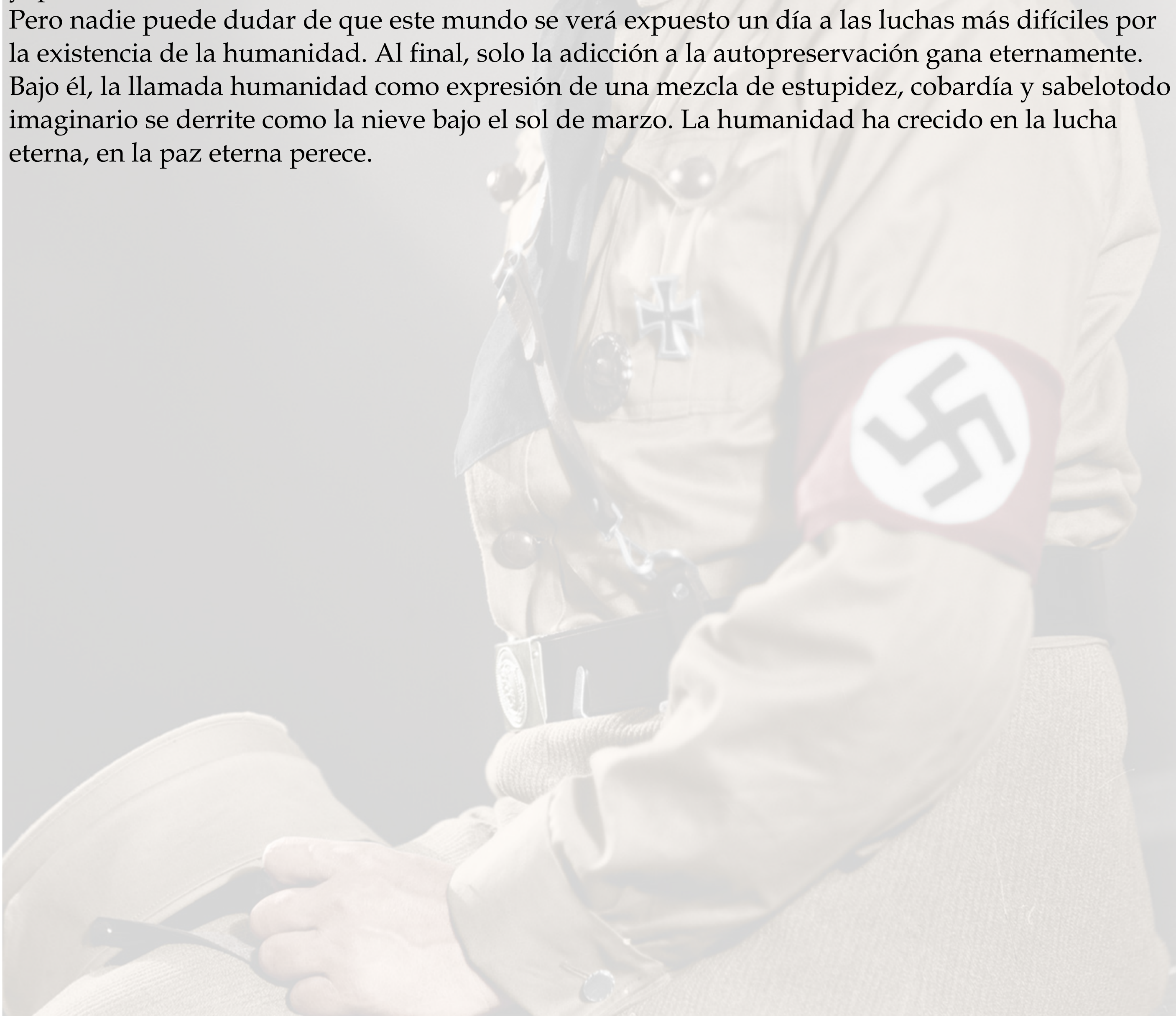
148 Los cuatro caminos de la política alemana

Si un pueblo se limita a la colonización interna, como otras razas se aferran a áreas cada vez más grandes de esta tierra, se verá obligado a recurrir al autocontrol en un momento en que los otros pueblos todavía se multiplican constantemente. Sin embargo, este caso ocurrirá una vez, y cuanto antes más pequeño sea el hábitat disponible de un pueblo. Puesto que, en general, desgraciadamente, con demasiada frecuencia las mejores naciones, o más correctamente las únicas razas verdaderamente civilizadas, portadoras de todo progreso humano, en su ceguera pacifista, deciden renunciar a nuevas adquisiciones de tierras para contentarse con la colonización "interior", mientras que las naciones inferiores saben asegurar enormes áreas de vida en este mundo, esto conduciría al siguiente resultado final:

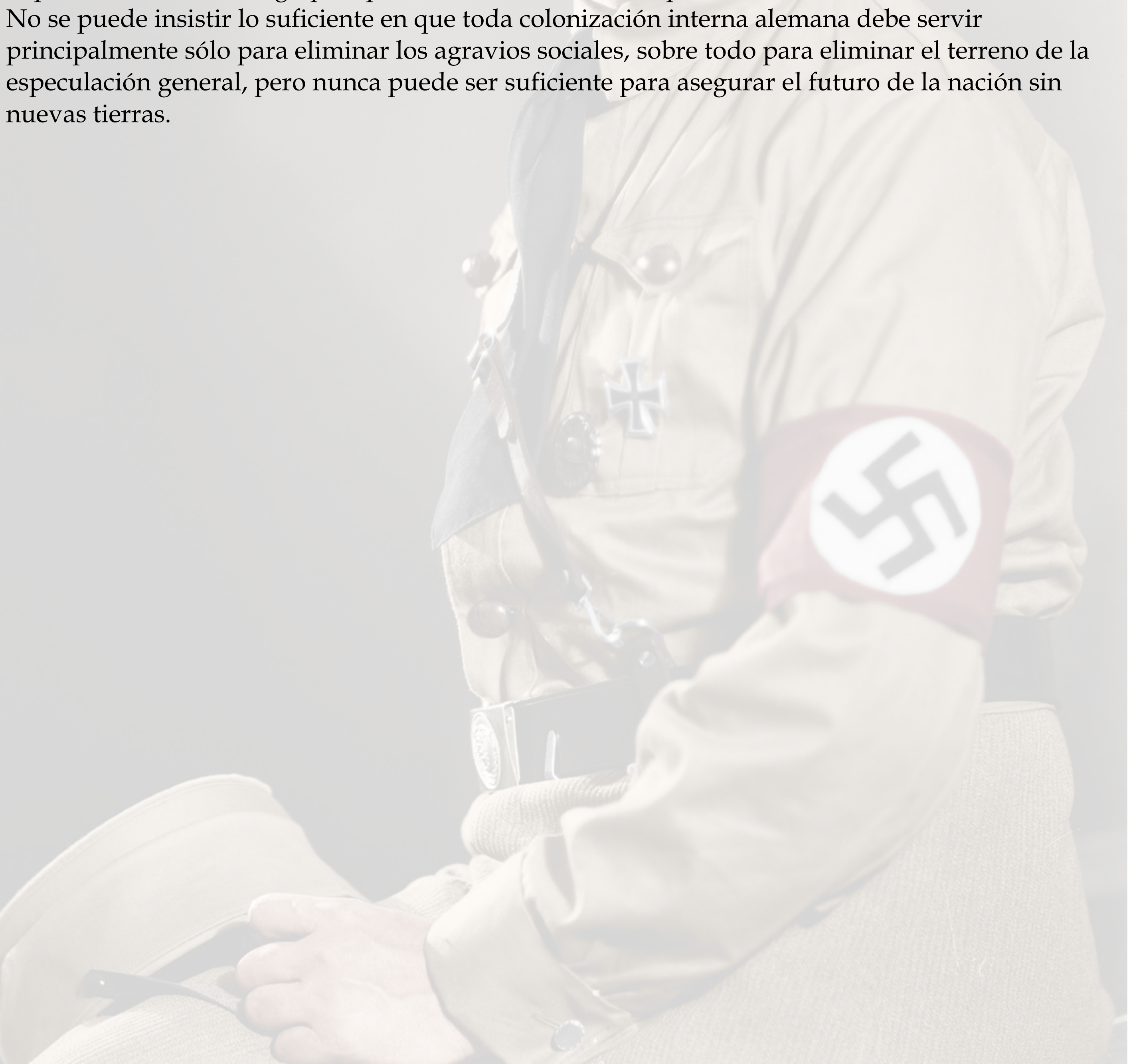
Las razas culturalmente mejores, pero menos despiadadas, tendrían que limitar su reproducción a causa de su limitada tierra en un momento en que los pueblos culturalmente inferiores, pero naturalmente más brutales, todavía podrían multiplicarse indefinidamente debido a las áreas más grandes de la vida. En otras palabras, el mundo algún día estará en posesión de la humanidad culturalmente inferior, pero más enérgica.

Entonces sólo hay dos posibilidades en un futuro, por lejano que sea: o bien el mundo se gobierna de acuerdo con las ideas de nuestra democracia moderna, en cuyo caso el peso de cada decisión está a favor de las redes numéricamente más fuertes, o bien el mundo se gobierna de acuerdo con las leyes del orden natural de la fuerza, en cuyo caso triunfarán los pueblos de la voluntad brutal y, por lo tanto, no la nación del autocontrol.

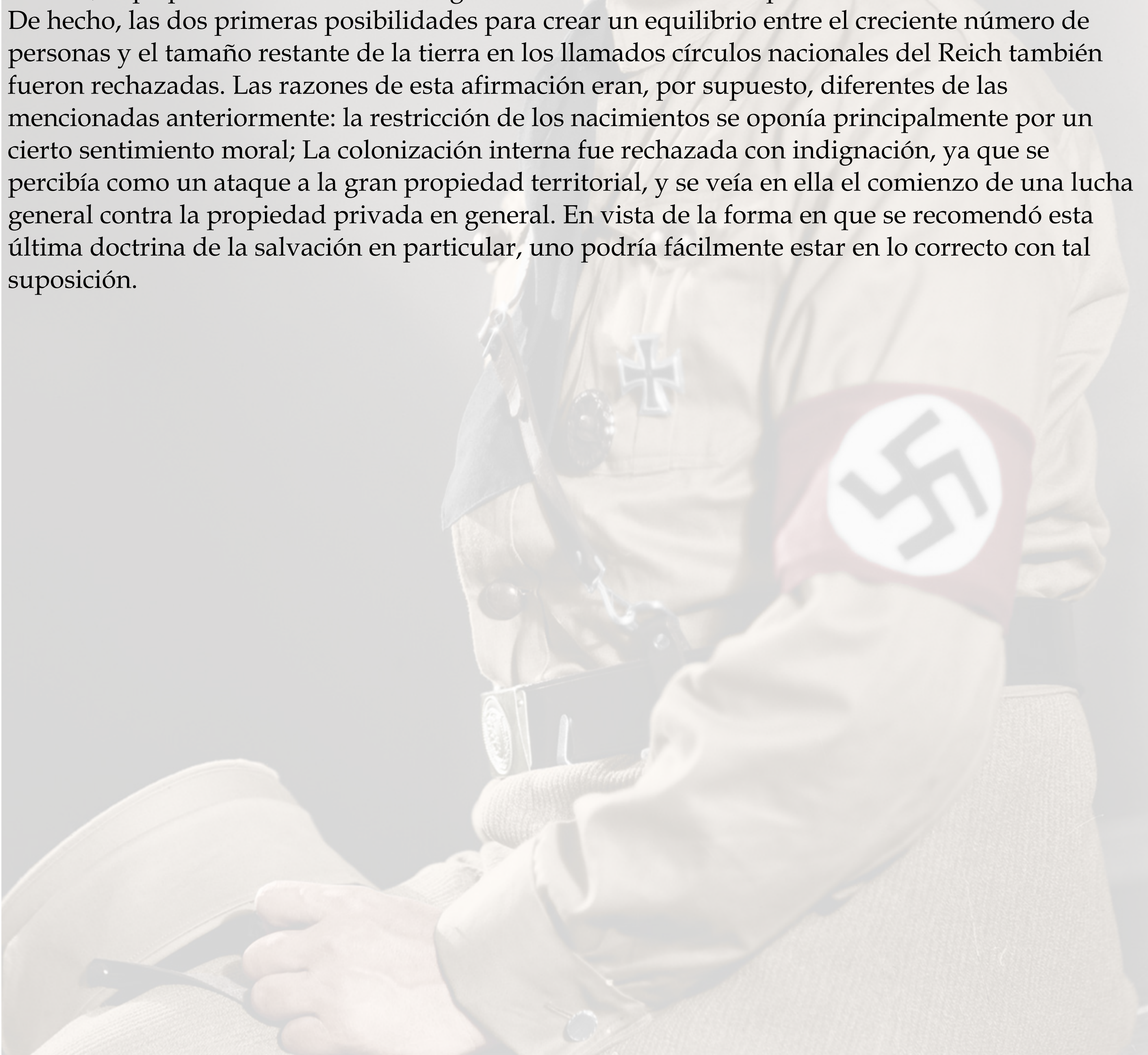
Pero nadie puede dudar de que este mundo se verá expuesto un día a las luchas más difíciles por la existencia de la humanidad. Al final, solo la adicción a la autopreservación gana eternamente. Bajo él, la llamada humanidad como expresión de una mezcla de estupidez, cobardía y sabelotodo imaginario se derrite como la nieve bajo el sol de marzo. La humanidad ha crecido en la lucha eterna, en la paz eterna perece.

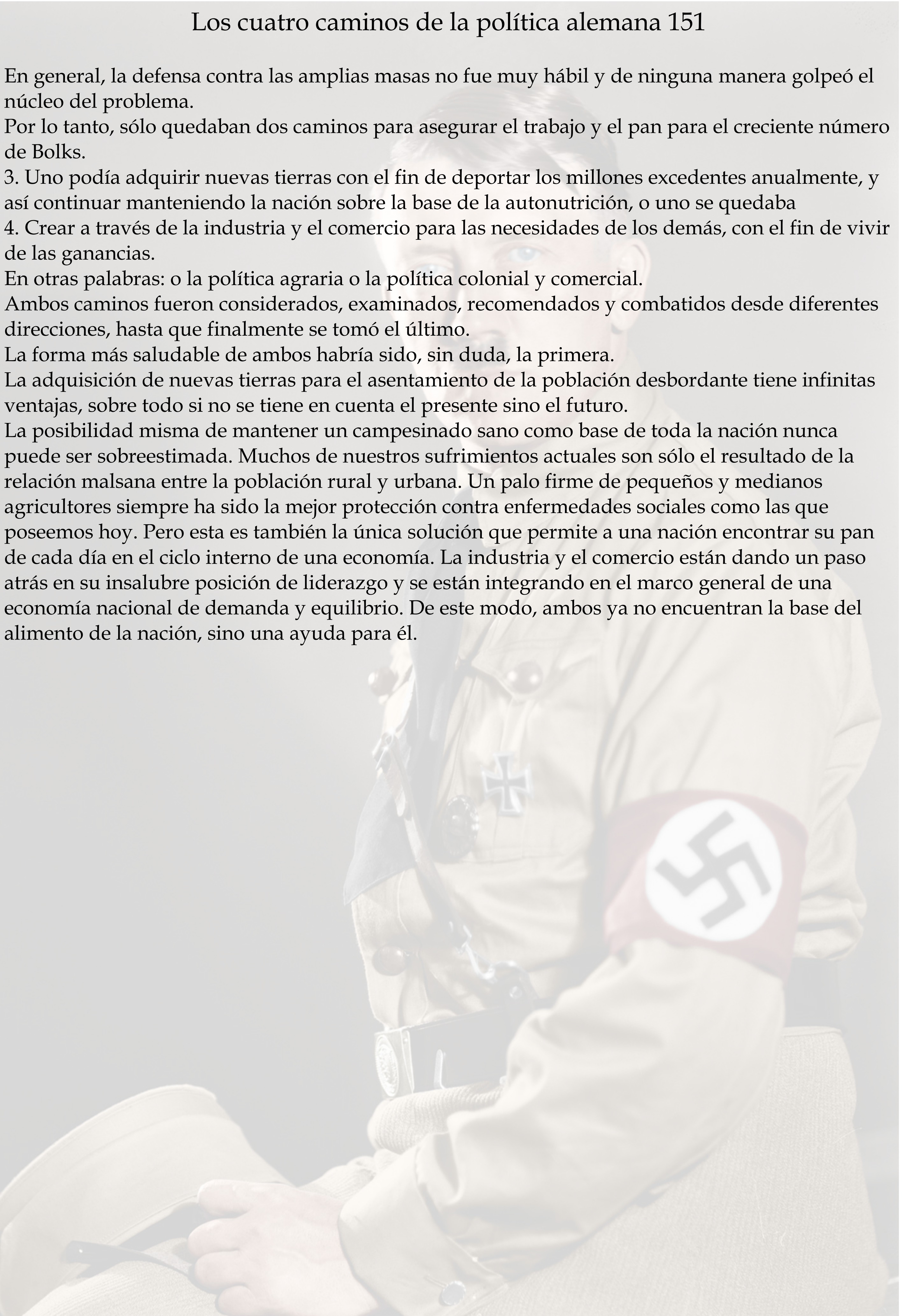


Para nosotros, los alemanes, sin embargo, la consigna de la "colonización interior" es desafortunada por la misma razón de que refuerza inmediatamente nuestra opinión de que hemos encontrado un medio que, de acuerdo con la actitud pacifista, nos permite "elaborar" la existencia en un sueño apacible. Esta enseñanza, tomada en serio por nosotros por el momento, significa el fin de todo esfuerzo por preservar el lugar en este mundo que también merecemos. Tan pronto como el alemán medio se convenciera de que podía asegurar su vida y su futuro también de esta manera, se resolvería todo intento de representación activa y, por lo tanto, sólo fructífera de las necesidades de la vida alemana. Pero cualquier política exterior realmente útil podría considerarse sepultada por tal actitud de la nación, y con ella el futuro del pueblo alemán en general.
Al reconocer estas consecuencias, no es coincidencia que siempre sea principalmente el judío quien trate de implantar y comprender estas líneas de pensamiento mortalmente peligrosas en nuestro pueblo. Conoce demasiado bien a sus Pappenheimer como para no saber que son víctimas agradecidas de todos los estafadores españoles que saben hacerles creer que se han encontrado los medios para engañar a la naturaleza, para hacer superflua la dura e inexorable lucha por la existencia, para sustituirla ahora por el trabajo, a veces incluso por la mera ociosidad. dependiendo de "cómo golpee" para ascender al señor del planeta.
No se puede insistir lo suficiente en que toda colonización interna alemana debe servir principalmente sólo para eliminar los agravios sociales, sobre todo para eliminar el terreno de la especulación general, pero nunca puede ser suficiente para asegurar el futuro de la nación sin nuevas tierras.

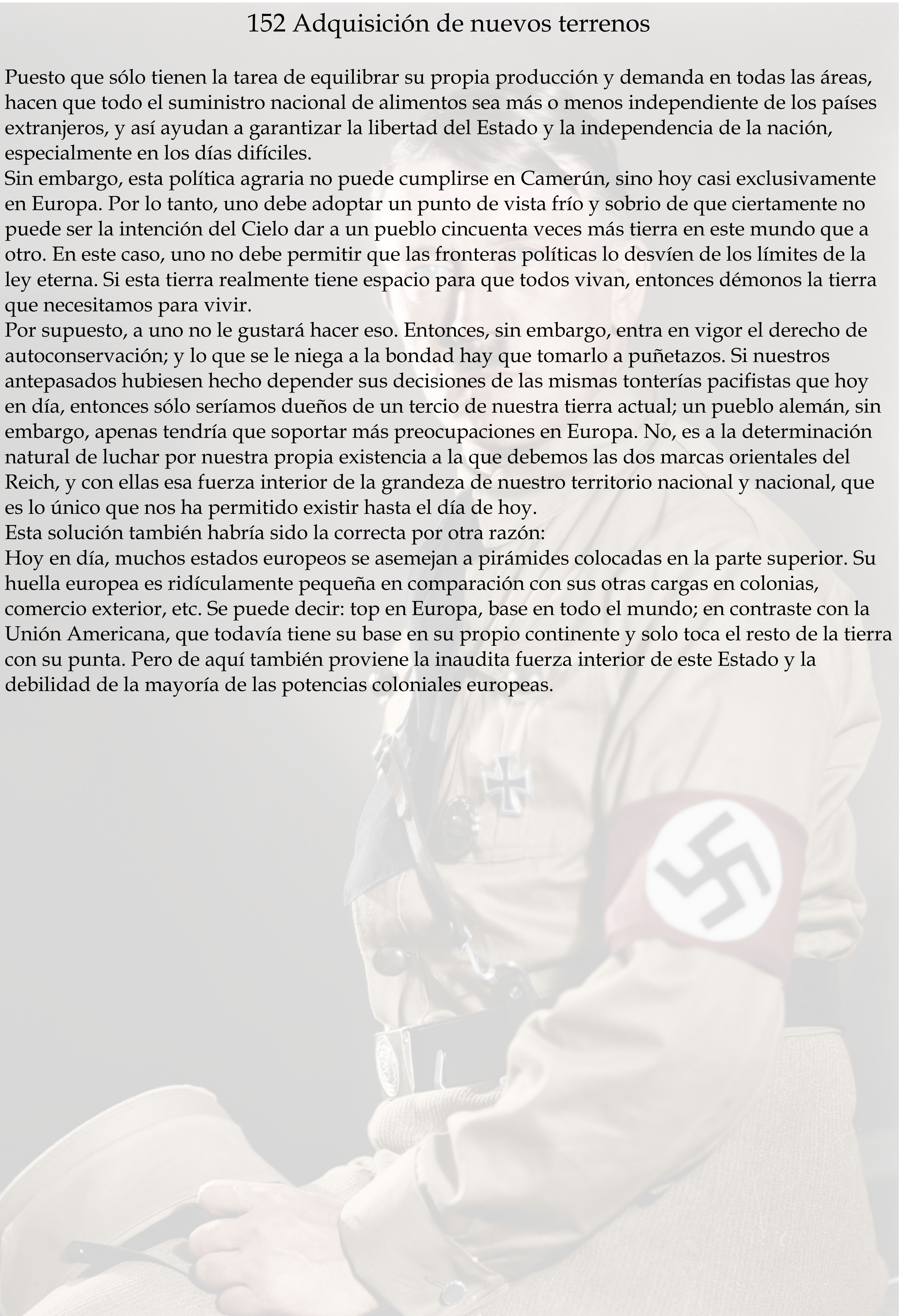


Si actuamos de manera diferente, en poco tiempo no solo habremos llegado al final de nuestro fondo, sino también al final de nuestras fuerzas.
Por último, hay que tener en cuenta lo siguiente:
La restricción de la colonización interna a una cierta pequeña extensión de tierra, así como el mismo efecto final resultante de la restricción de la reproducción, conduce a una situación político-militar extraordinariamente desfavorable de la nación en cuestión.
El tamaño de la residencia de un pueblo por sí solo es un factor esencial para determinar su seguridad externa. Cuanto mayor es la cantidad de espacio disponible para un pueblo, mayor es su protección natural; En efecto, las decisiones militares contra los pueblos podrían adoptarse de una manera más rápida y, por lo tanto, también más fácil y, sobre todo, más eficaz y completa en una pequeña superficie compactada, ya que esto puede ser posible a la inversa contra Estados territorialmente extensos. En el tamaño del territorio nacional todavía existe una cierta protección contra los ataques frívolos, ya que el éxito solo se puede lograr después de una lucha larga y dura y, en consecuencia, el riesgo de un ataque arrogante parecerá demasiado grande, a menos que haya razones bastante extraordinarias. Por lo tanto, el tamaño del Estado en sí mismo es una razón para la preservación más fácil de la libertad y la independencia de un pueblo, mientras que, a la inversa, la pequeñez de tal entidad exige virtualmente la toma de posesión
De hecho, las dos primeras posibilidades para crear un equilibrio entre el creciente número de personas y el tamaño restante de la tierra en los llamados círculos nacionales del Reich también fueron rechazadas. Las razones de esta afirmación eran, por supuesto, diferentes de las mencionadas anteriormente: la restricción de los nacimientos se oponía principalmente por un cierto sentimiento moral; La colonización interna fue rechazada con indignación, ya que se percibía como un ataque a la gran propiedad territorial, y se veía en ella el comienzo de una lucha general contra la propiedad privada en general. En vista de la forma en que se recomendó esta última doctrina de la salvación en particular, uno podría fácilmente estar en lo correcto con tal suposición.

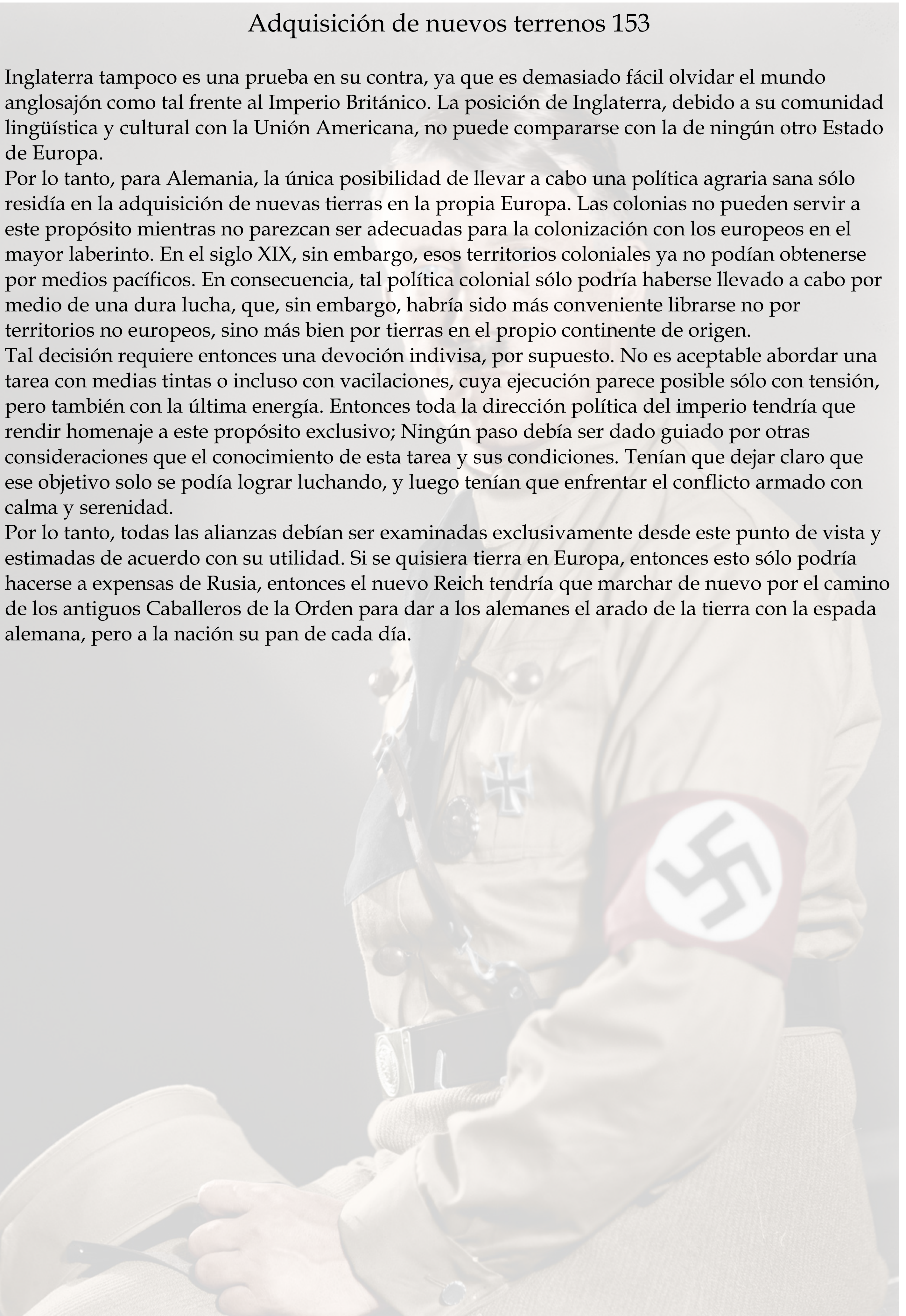




En general, la defensa contra las amplias masas no fue muy hábil y de ninguna manera golpeó el núcleo del problema.
Por lo tanto, sólo quedaban dos caminos para asegurar el trabajo y el pan para el creciente número de Bolks.
3. Uno podía adquirir nuevas tierras con el fin de deportar los millones excedentes anualmente, y así continuar manteniendo la nación sobre la base de la autonutrición, o uno se quedaba
4. Crear a través de la industria y el comercio para las necesidades de los demás, con el fin de vivir de las ganancias.
En otras palabras: o la política agraria o la política colonial y comercial.
Ambos caminos fueron considerados, examinados, recomendados y combatidos desde diferentes direcciones, hasta que finalmente se tomó el último.
La forma más saludable de ambos habría sido, sin duda, la primera.
La adquisición de nuevas tierras para el asentamiento de la población desbordante tiene infinitas ventajas, sobre todo si no se tiene en cuenta el presente sino el futuro.
La posibilidad misma de mantener un campesinado sano como base de toda la nación nunca puede ser sobreestimada. Muchos de nuestros sufrimientos actuales son sólo el resultado de la relación malsana entre la población rural y urbana. Un palo firme de pequeños y medianos agricultores siempre ha sido la mejor protección contra enfermedades sociales como las que poseemos hoy. Pero esta es también la única solución que permite a una nación encontrar su pan de cada día en el ciclo interno de una economía. La industria y el comercio están dando un paso atrás en su insalubre posición de liderazgo y se están integrando en el marco general de una economía nacional de demanda y equilibrio. De este modo, ambos ya no encuentran la base del alimento de la nación, sino una ayuda para él.



Puesto que sólo tienen la tarea de equilibrar su propia producción y demanda en todas las áreas, hacen que todo el suministro nacional de alimentos sea más o menos independiente de los países extranjeros, y así ayudan a garantizar la libertad del Estado y la independencia de la nación, especialmente en los días difíciles.
Sin embargo, esta política agraria no puede cumplirse en Camerún, sino hoy casi exclusivamente en Europa. Por lo tanto, uno debe adoptar un punto de vista frío y sobrio de que ciertamente no puede ser la intención del Cielo dar a un pueblo cincuenta veces más tierra en este mundo que a otro. En este caso, uno no debe permitir que las fronteras políticas lo desvíen de los límites de la ley eterna. Si esta tierra realmente tiene espacio para que todos vivan, entonces démonos la tierra que necesitamos para vivir.
Por supuesto, a uno no le gustará hacer eso. Entonces, sin embargo, entra en vigor el derecho de autoconservación; y lo que se le niega a la bondad hay que tomarlo a puñetazos. Si nuestros antepasados hubiesen hecho depender sus decisiones de las mismas tonterías pacifistas que hoy en día, entonces sólo seríamos dueños de un tercio de nuestra tierra actual; un pueblo alemán, sin embargo, apenas tendría que soportar más preocupaciones en Europa. No, es a la determinación natural de luchar por nuestra propia existencia a la que debemos las dos marcas orientales del Reich, y con ellas esa fuerza interior de la grandeza de nuestro territorio nacional y nacional, que es lo único que nos ha permitido existir hasta el día de hoy.
Esta solución también habría sido la correcta por otra razón:
Hoy en día, muchos estados europeos se asemejan a pirámides colocadas en la parte superior. Su huella europea es ridículamente pequeña en comparación con sus otras cargas en colonias, comercio exterior, etc. Se puede decir: top en Europa, base en todo el mundo; en contraste con la Unión Americana, que todavía tiene su base en su propio continente y solo toca el resto de la tierra con su punta. Pero de aquí también proviene la inaudita fuerza interior de este Estado y la debilidad de la mayoría de las potencias coloniales europeas.



Inglaterra tampoco es una prueba en su contra, ya que es demasiado fácil olvidar el mundo anglosajón como tal frente al Imperio Británico. La posición de Inglaterra, debido a su comunidad lingüística y cultural con la Unión Americana, no puede compararse con la de ningún otro Estado de Europa.

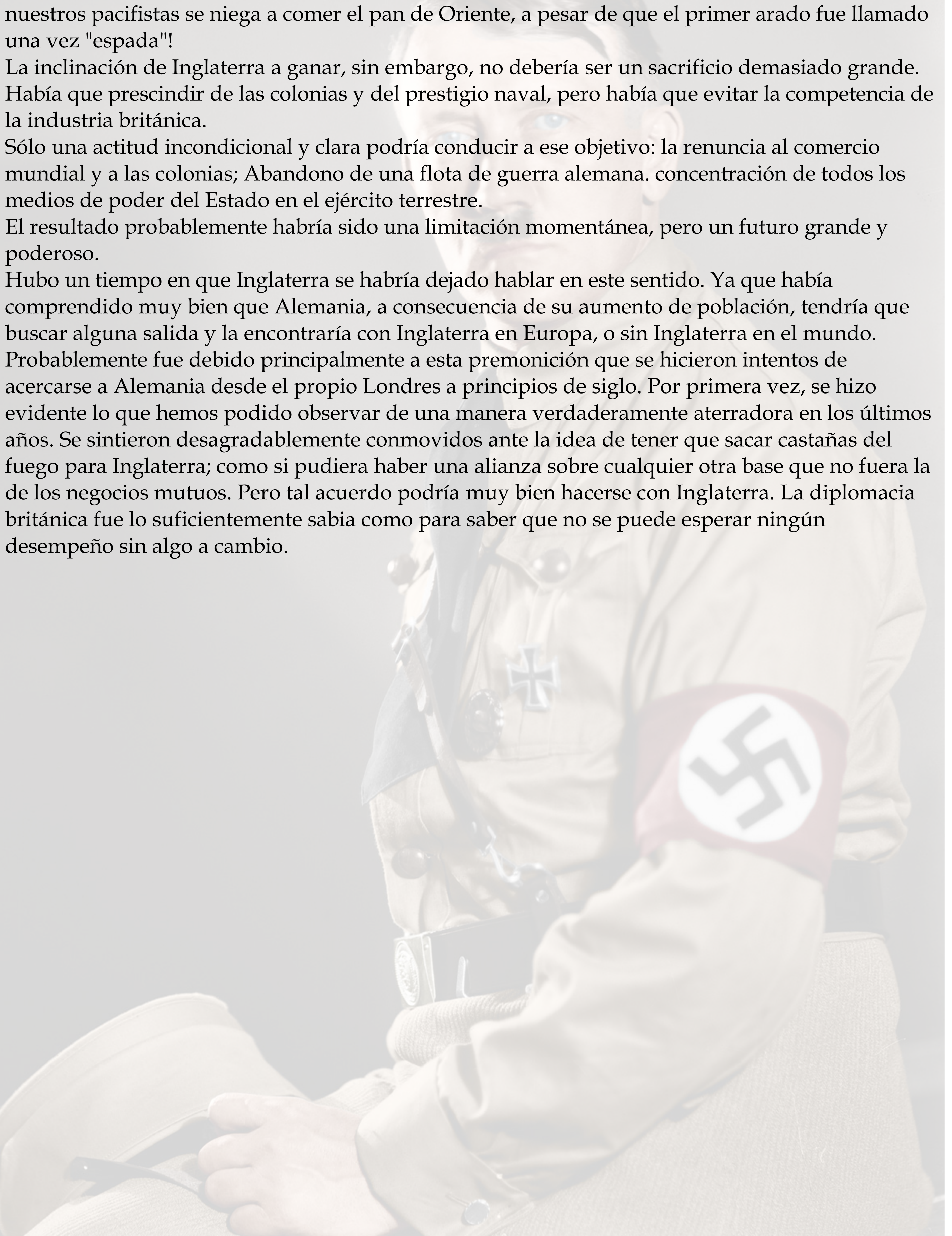
Por lo tanto, para Alemania, la única posibilidad de llevar a cabo una política agraria sana sólo residía en la adquisición de nuevas tierras en la propia Europa. Las colonias no pueden servir a este propósito mientras no parezcan ser adecuadas para la colonización con los europeos en el mayor laberinto. En el siglo XIX, sin embargo, esos territorios coloniales ya no podían obtenerse por medios pacíficos. En consecuencia, tal política colonial sólo podría haberse llevado a cabo por medio de una dura lucha, que, sin embargo, habría sido más conveniente librarse no por territorios no europeos, sino más bien por tierras en el propio continente de origen.

Tal decisión requiere entonces una devoción indivisa, por supuesto. No es aceptable abordar una tarea con medias tintas o incluso con vacilaciones, cuya ejecución parece posible sólo con tensión, pero también con la última energía. Entonces toda la dirección política del imperio tendría que rendir homenaje a este propósito exclusivo; Ningún paso debía ser dado guiado por otras consideraciones que el conocimiento de esta tarea y sus condiciones. Tenían que dejar claro que ese objetivo solo se podía lograr luchando, y luego tenían que enfrentar el conflicto armado con calma y serenidad.

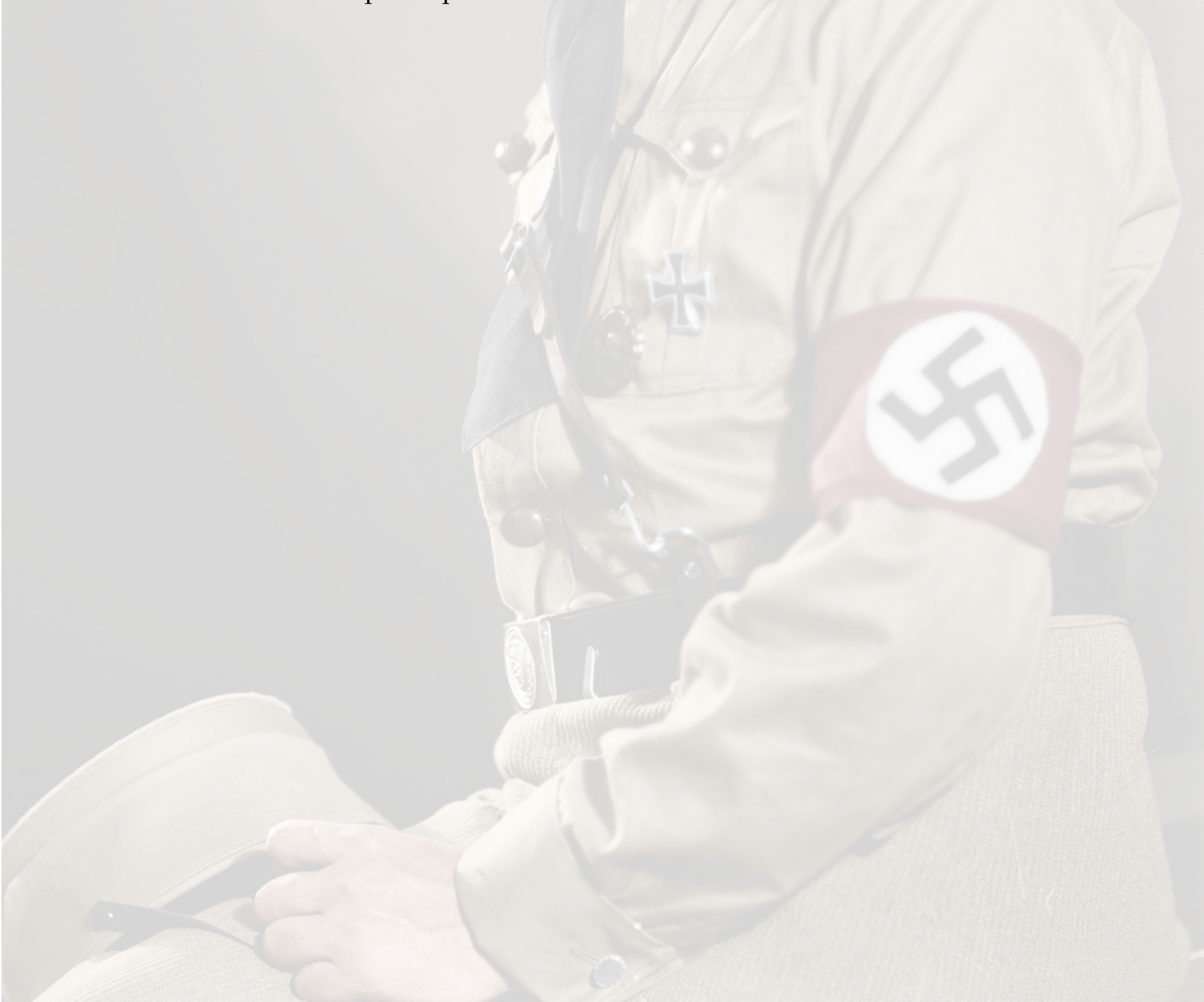
Por lo tanto, todas las alianzas debían ser examinadas exclusivamente desde este punto de vista y estimadas de acuerdo con su utilidad. Si se quisiera tierra en Europa, entonces esto sólo podría hacerse a expensas de Rusia, entonces el nuevo Reich tendría que marchar de nuevo por el camino de los antiguos Caballeros de la Orden para dar a los alemanes el arado de la tierra con la espada alemana, pero a la nación su pan de cada día.

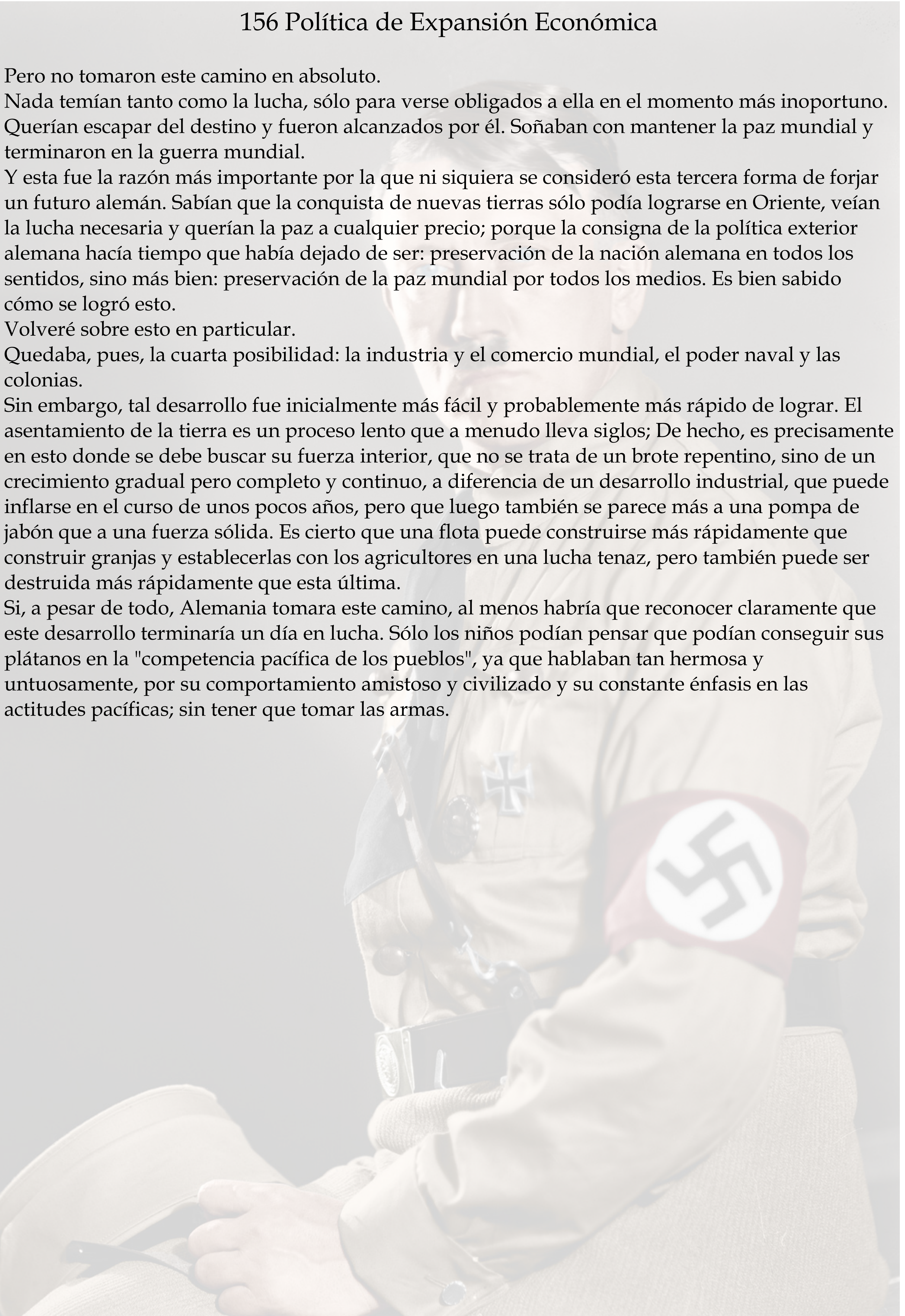
154 Con Inglaterra contra Rusia

Para tal política, sin embargo, sólo había un aliado en Europa: Inglaterra.
Sólo con Inglaterra podían comenzar la nueva marcha de Eerman, con las espaldas cubiertas. El derecho a hacerlo no habría sido menor que el derecho de nuestros antepasados. ¡Ninguno de nuestros pacifistas se niega a comer el pan de Oriente, a pesar de que el primer arado fue llamado una vez "espada"!
La inclinación de Inglaterra a ganar, sin embargo, no debería ser un sacrificio demasiado grande. Había que prescindir de las colonias y del prestigio naval, pero había que evitar la competencia de la industria británica.
Sólo una actitud incondicional y clara podría conducir a ese objetivo: la renuncia al comercio mundial y a las colonias; Abandono de una flota de guerra alemana. concentración de todos los medios de poder del Estado en el ejército terrestre.
El resultado probablemente habría sido una limitación momentánea, pero un futuro grande y poderoso.
Hubo un tiempo en que Inglaterra se habría dejado hablar en este sentido. Ya que había comprendido muy bien que Alemania, a consecuencia de su aumento de población, tendría que buscar alguna salida y la encontraría con Inglaterra en Europa, o sin Inglaterra en el mundo.
Probablemente fue debido principalmente a esta premonición que se hicieron intentos de acercarse a Alemania desde el propio Londres a principios de siglo. Por primera vez, se hizo evidente lo que hemos podido observar de una manera verdaderamente aterradora en los últimos años. Se sintieron desagradablemente conmovidos ante la idea de tener que sacar castañas del fuego para Inglaterra; como si pudiera haber una alianza sobre cualquier otra base que no fuera la de los negocios mutuos. Pero tal acuerdo podría muy bien hacerse con Inglaterra. La diplomacia británica fue lo suficientemente sabia como para saber que no se puede esperar ningún desempeño sin algo a cambio.

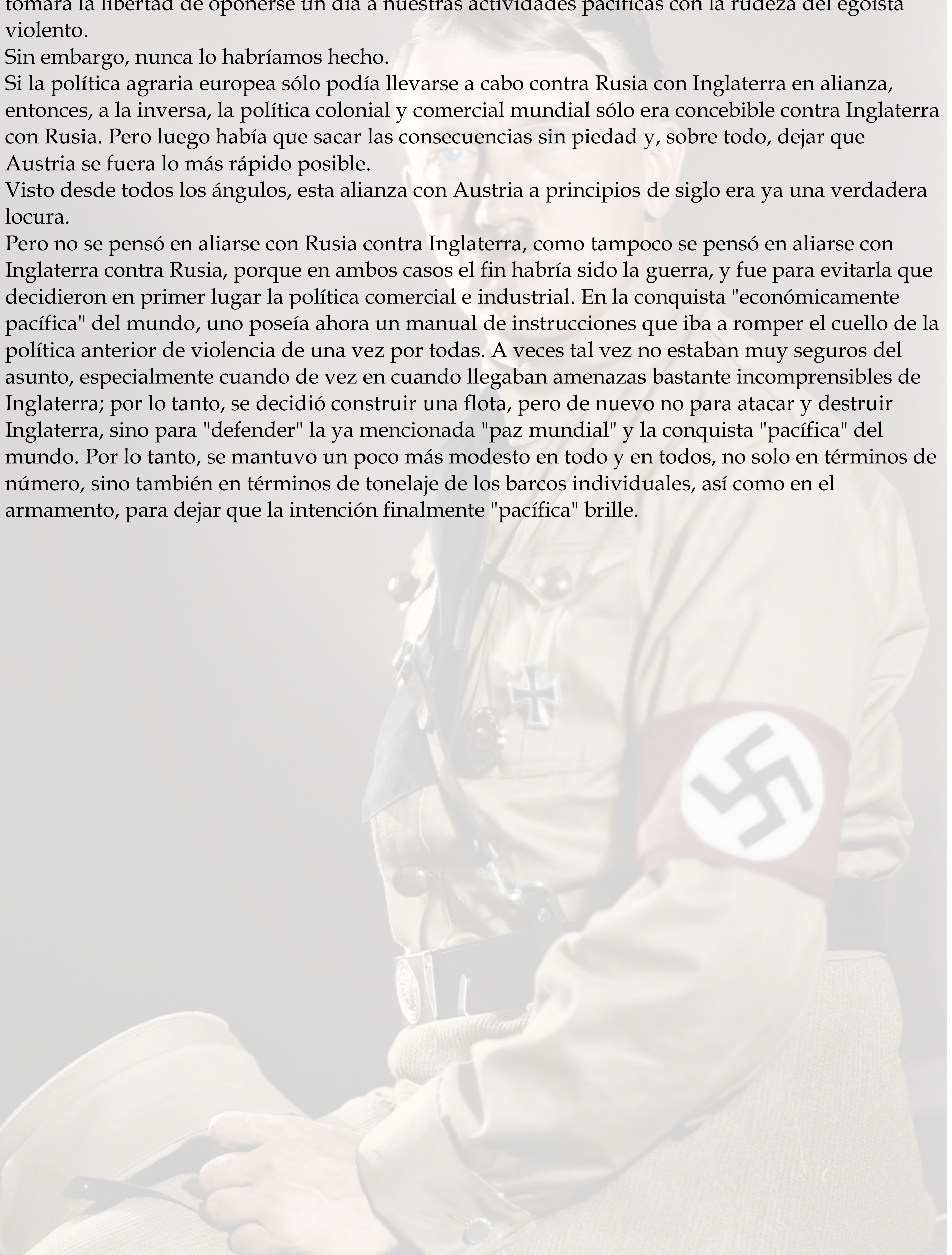


Pero imaginemos que una inteligente política exterior alemana hubiera asumido el papel de Japón en 1904, y es difícil imaginar las consecuencias que esto habría tenido para Alemania.
Nunca habría habido una "guerra mundial".
La sangre de 1904 habría ahorrado diez veces más que los años 1914 a 1918.
Pero, ¡qué posición ocuparía Alemania en el mundo de hoy!
Sin embargo, la alianza con Austria era entonces un sinsentido.
Porque esta momia estatal no se unió a Alemania para luchar en una guerra, sino para preservar una paz eterna, que luego podría ser hábilmente utilizada para la erradicación lenta pero segura de la germanidad de la monarquía.
Pero esta alianza era también una imposibilidad, porque no se podía esperar una representación ofensiva de los intereses nacionales alemanes con un Estado mientras no poseyera ni siquiera la fuerza y la determinación para poner fin al proceso de desgermanización en su frontera inmediata.
Si Alemania no poseyera tanta reflexión nacional y también tanta crueldad como para arrebatar al imposible Estado de los Habsburgo la disposición de la suerte de los diez millones de miembros de las tribus, entonces no se podía esperar que alguna vez echara una mano a planes tan clarividentes y audaces. La actitud del viejo Reich ante la cuestión austríaca fue la piedra de toque de su conducta en la fatídica lucha de toda la nación.
En cualquier caso, no se podía quedarse de brazos cruzados mientras el germanismo se hacía retroceder más y más año tras año, ya que el valor de la capacidad de formación de Austria estaba determinado exclusivamente por la preservación del elemento alemán.





Pero no tomaron este camino en absoluto.
Nada temían tanto como la lucha, sólo para verse obligados a ella en el momento más inoportuno. Querían escapar del destino y fueron alcanzados por él. Soñaban con mantener la paz mundial y terminaron en la guerra mundial.
Y esta fue la razón más importante por la que ni siquiera se consideró esta tercera forma de forjar un futuro alemán. Sabían que la conquista de nuevas tierras sólo podía lograrse en Oriente, veían la lucha necesaria y querían la paz a cualquier precio; porque la consigna de la política exterior alemana hacía tiempo que había dejado de ser: preservación de la nación alemana en todos los sentidos, sino más bien: preservación de la paz mundial por todos los medios. Es bien sabido cómo se logró esto.
Volveré sobre esto en particular.
Quedaba, pues, la cuarta posibilidad: la industria y el comercio mundial, el poder naval y las colonias.
Sin embargo, tal desarrollo fue inicialmente más fácil y probablemente más rápido de lograr. El asentamiento de la tierra es un proceso lento que a menudo lleva siglos; De hecho, es precisamente en esto donde se debe buscar su fuerza interior, que no se trata de un brote repentino, sino de un crecimiento gradual pero completo y continuo, a diferencia de un desarrollo industrial, que puede inflarse en el curso de unos pocos años, pero que luego también se parece más a una pompa de jabón que a una fuerza sólida. Es cierto que una flota puede construirse más rápidamente que construir granjas y establecerlas con los agricultores en una lucha tenaz, pero también puede ser destruida más rápidamente que esta última.
Si, a pesar de todo, Alemania tomara este camino, al menos habría que reconocer claramente que este desarrollo terminaría un día en lucha. Sólo los niños podían pensar que podían conseguir sus plátanos en la "competencia pacífica de los pueblos", ya que hablaban tan hermosa y untuosamente, por su comportamiento amistoso y civilizado y su constante énfasis en las actitudes pacíficas; sin tener que tomar las armas.

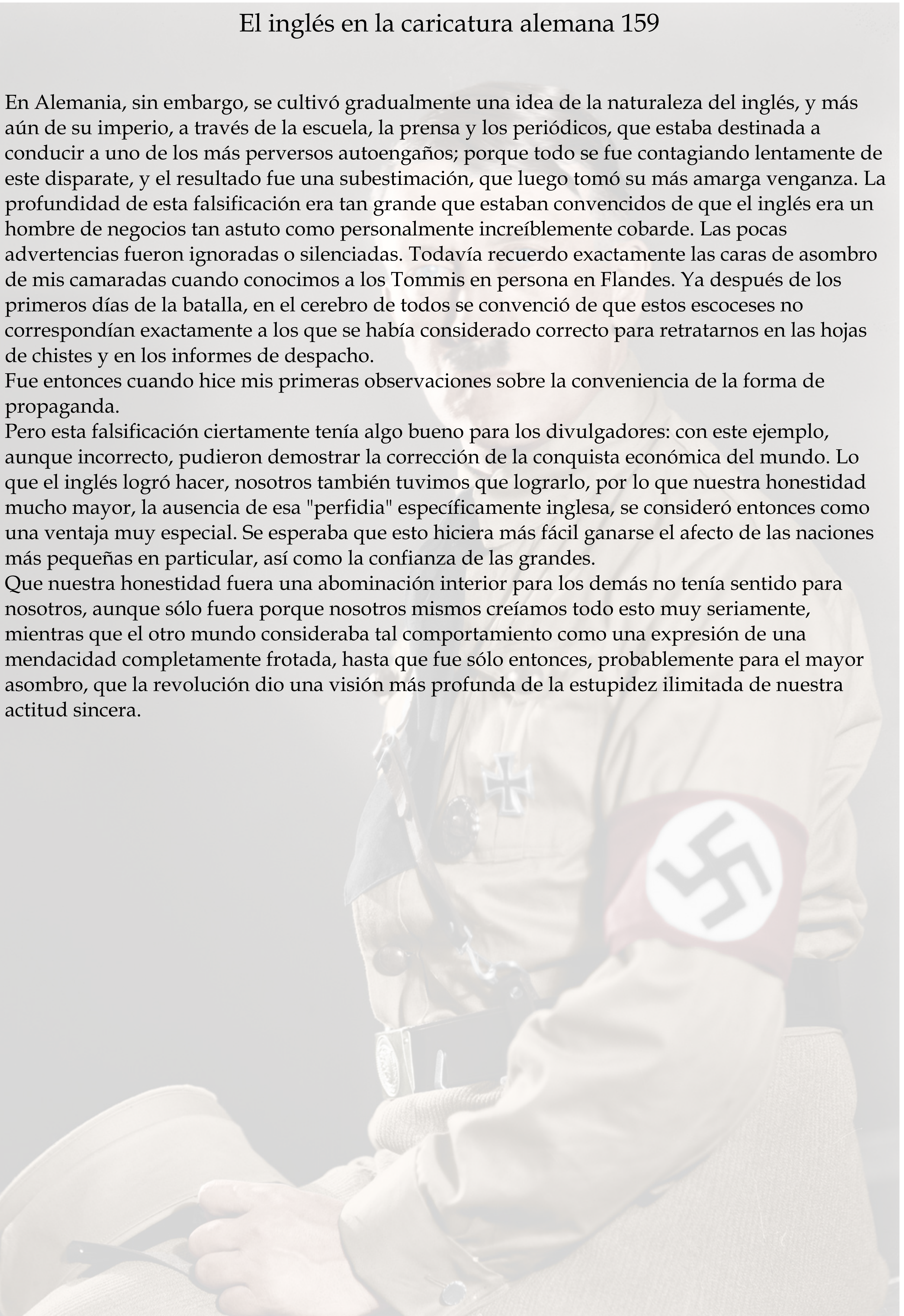


No: si seguíamos por este camino, Inglaterra se convertiría un día en nuestro enemigo. Era más que absurdo indignarse —pero era enteramente nuestra propia inocuidad— que Inglaterra se tomara la libertad de oponerse un día a nuestras actividades pacíficas con la rudeza del egoísta violento.
Sin embargo, nunca lo habríamos hecho.
Si la política agraria europea sólo podía llevarse a cabo contra Rusia con Inglaterra en alianza, entonces, a la inversa, la política colonial y comercial mundial sólo era concebible contra Inglaterra con Rusia. Pero luego había que sacar las consecuencias sin piedad y, sobre todo, dejar que Austria se fuera lo más rápido posible.
Visto desde todos los ángulos, esta alianza con Austria a principios de siglo era ya una verdadera locura.
Pero no se pensó en aliarse con Rusia contra Inglaterra, como tampoco se pensó en aliarse con Inglaterra contra Rusia, porque en ambos casos el fin habría sido la guerra, y fue para evitarla que decidieron en primer lugar la política comercial e industrial. En la conquista "económicamente pacífica" del mundo, uno poseía ahora un manual de instrucciones que iba a romper el cuello de la política anterior de violencia de una vez por todas. A veces tal vez no estaban muy seguros del asunto, especialmente cuando de vez en cuando llegaban amenazas bastante incomprensibles de Inglaterra; por lo tanto, se decidió construir una flota, pero de nuevo no para atacar y destruir Inglaterra, sino para "defender" la ya mencionada "paz mundial" y la conquista "pacífica" del mundo. Por lo tanto, se mantuvo un poco más modesto en todo y en todos, no solo en términos de número, sino también en términos de tonelaje de los barcos individuales, así como en el armamento, para dejar que la intención finalmente "pacífica" brille.

158 Conquista "económica pacífica"

El discurso de la conquista "económicamente pacífica" del mundo fue probablemente la mayor tontería que jamás haya sido elevada al principio rector de la política estatal. Este sinsentido se hizo aún mayor por el hecho de que no tuvieron miedo de llamar a Inglaterra como testigo clave de la posibilidad de tal logro. Lo que nuestra enseñanza docente y nuestra concepción de la historia han contribuido en este proceso difícilmente puede ser compensado y es sólo la prueba contundente de cuánta gente "aprende" la historia sin entenderla o incluso comprenderla. Fue precisamente en Inglaterra donde se debió reconocer la sorprendente refutación de esta teoría; porque ninguna nación ha preparado sus conquistas económicas con la espada mejor con mayor brutalidad, y luego las ha defendido despiadadamente, que los ingleses. ¿No es acaso la característica misma de la habilidad política británica extraer adquisiciones económicas del poder político y convertir inmediatamente todo fortalecimiento económico en poder político? ¡Qué error pensar que Inglaterra sería demasiado cobarde para usar su propia sangre para su política económica! El hecho de que el pueblo inglés no poseyera un "ejército popular" no demostraba lo contrario de ninguna manera; porque no es la forma militar respectiva de la Wehrmacht lo que importa aquí, sino más bien la voluntad y la determinación de utilizar la existente. Inglaterra siempre tuvo el armamento que necesitaba. Siempre luchó con las armas que exigía el éxito. Luchó con mercenarios mientras los mercenarios fueron suficientes; pero también tocó profundamente la preciosa sangre de toda la nación, si tan solo tal sacrificio pudiera traer la victoria; Pero siempre la determinación de luchar y la tenacidad, así como su liderazgo despiadado, siguieron siendo los mismos.





En Alemania, sin embargo, se cultivó gradualmente una idea de la naturaleza del inglés, y más aún de su imperio, a través de la escuela, la prensa y los periódicos, que estaba destinada a conducir a uno de los más perversos autoengaños; porque todo se fue contagiando lentamente de este disparate, y el resultado fue una subestimación, que luego tomó su más amarga venganza. La profundidad de esta falsificación era tan grande que estaban convencidos de que el inglés era un hombre de negocios tan astuto como personalmente increíblemente cobarde. Las pocas advertencias fueron ignoradas o silenciadas. Todavía recuerdo exactamente las caras de asombro de mis camaradas cuando conocimos a los Tommis en persona en Flandes. Ya después de los primeros días de la batalla, en el cerebro de todos se convenció de que estos escoceses no correspondían exactamente a los que se había considerado correcto para retratarnos en las hojas de chistes y en los informes de despacho.

Fue entonces cuando hice mis primeras observaciones sobre la conveniencia de la forma de propaganda.

Pero esta falsificación ciertamente tenía algo bueno para los divulgadores: con este ejemplo, aunque incorrecto, pudieron demostrar la corrección de la conquista económica del mundo. Lo que el inglés logró hacer, nosotros también tuvimos que lograrlo, por lo que nuestra honestidad mucho mayor, la ausencia de esa "perfidia" específicamente inglesa, se consideró entonces como una ventaja muy especial. Se esperaba que esto hiciera más fácil ganarse el afecto de las naciones más pequeñas en particular, así como la confianza de las grandes.

Que nuestra honestidad fuera una abominación interior para los demás no tenía sentido para nosotros, aunque sólo fuera porque nosotros mismos creíamos todo esto muy seriamente, mientras que el otro mundo consideraba tal comportamiento como una expresión de una mendacidad completamente frotada, hasta que fue sólo entonces, probablemente para el mayor asombro, que la revolución dio una visión más profunda de la estupidez ilimitada de nuestra actitud sincera.

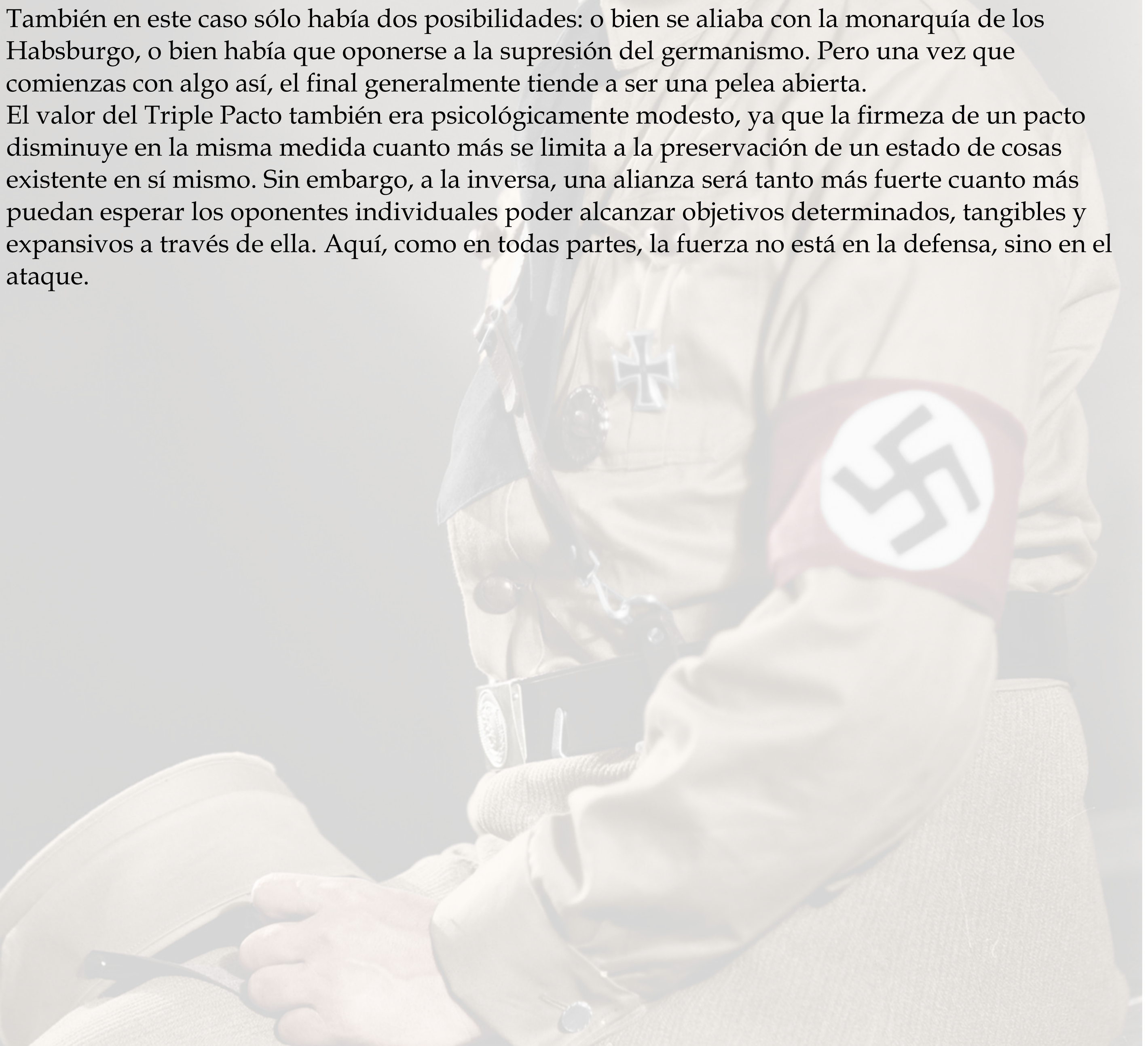
160 Debilidad interna de la Triple Alianza

De la tontería de esta "conquista económicamente pacífica" del mundo solamente, la tontería de la Triple Alianza fue inmediatamente clara y comprensible. ¿Con qué otro Estado podría uno aliarse? Junto con Austria, sin embargo, no fue posible asumir la conquista militar, ni siquiera sólo en Europa. Pero esta fue precisamente la debilidad interna de la Liga desde el primer día. Un Bismarck podía permitirse este expediente, pero de ninguna manera todos los sucesores torpes, pero menos aún en un momento en que los requisitos previos esenciales para la alianza de Vismarck habían dejado de existir hacía mucho tiempo; porque Bismarck creía que todavía tenía ante sí un Estado alemán en Austria. Sin embargo, con la introducción gradual del sufragio universal, este país se había hundido en una confusión no alemana gobernada por el parlamento. Ahora bien, la alianza con Austria también era simplemente perniciosa en términos de política racial. Se toleró la aparición de una nueva gran potencia eslava en la frontera del imperio, que tarde o temprano tuvo que adoptar una postura completamente diferente frente a Alemania que, por ejemplo, Rusia. Al mismo tiempo, la alianza misma tenía que volverse interiormente vacía y más débil de año en año, en la misma proporción en que los únicos portadores de esta idea en la monarquía perdían influencia y eran expulsados de las posiciones más autoritarias.

Ya a principios de siglo, la alianza con Austria había entrado exactamente en la misma etapa que la alianza de Austria con Italia.

También en este caso sólo había dos posibilidades: o bien se aliaba con la monarquía de los Habsburgo, o bien había que oponerse a la supresión del germanismo. Pero una vez que comienzas con algo así, el final generalmente tiende a ser una pelea abierta.

El valor del Triple Pacto también era psicológicamente modesto, ya que la firmeza de un pacto disminuye en la misma medida cuanto más se limita a la preservación de un estado de cosas existente en sí mismo. Sin embargo, a la inversa, una alianza será tanto más fuerte cuanto más puedan esperar los oponentes individuales poder alcanzar objetivos determinados, tangibles y expansivos a través de ella. Aquí, como en todas partes, la fuerza no está en la defensa, sino en el ataque.



Memorándum de Ludendorff de 1912 161

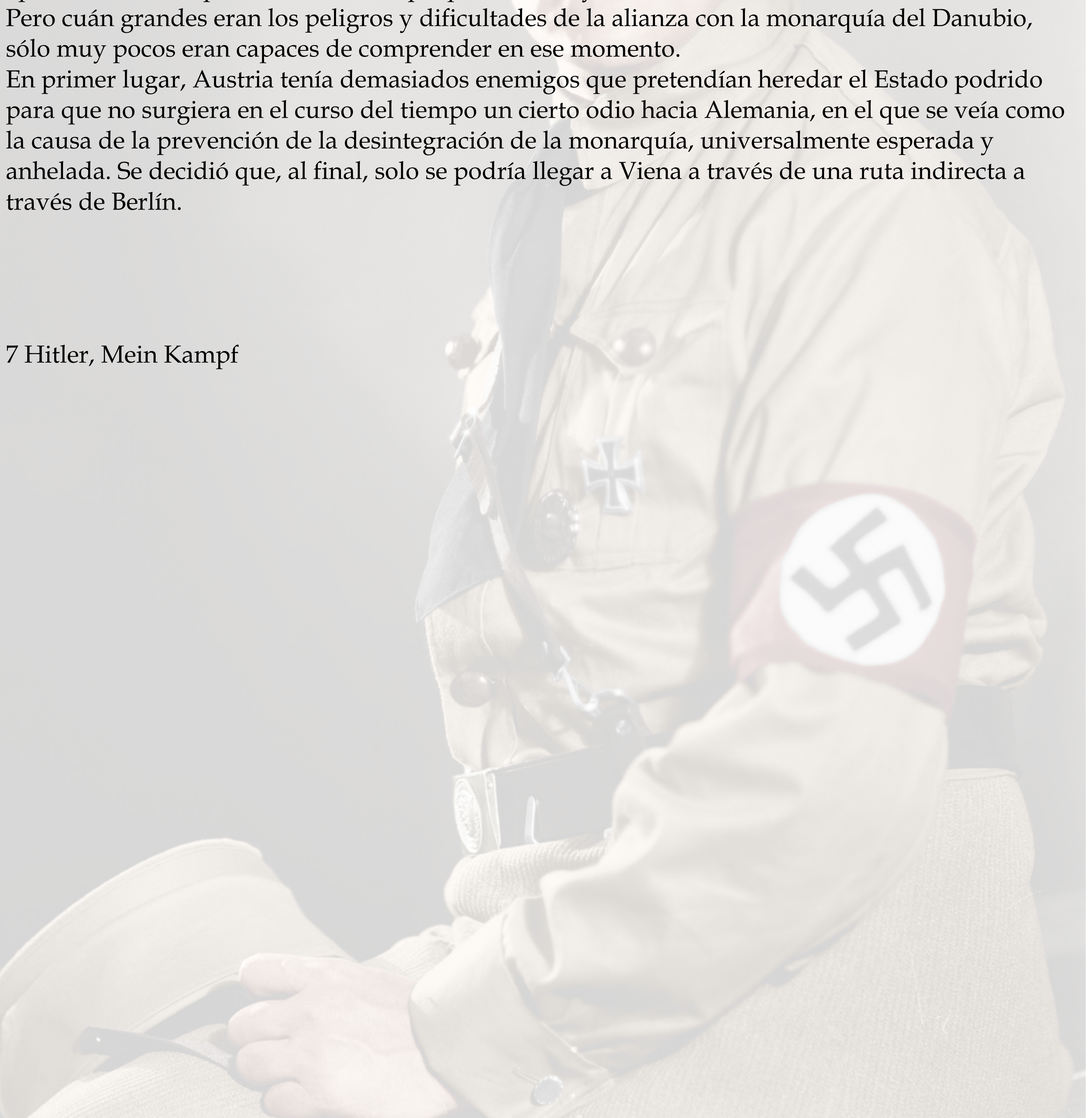
Esto también fue reconocido por varias partes en ese momento, desafortunadamente solo no por los llamados "llamados". En particular, el entonces coronel Ludendorff, oficial del Gran Estado Mayor, señaló estas debilidades en un memorándum de 1912. Por supuesto, no se atribuyó ningún valor o importancia al asunto por parte de los "estadistas"; De la misma manera, la razón clara en general aparentemente sólo tiene que aparecer convenientemente para el común de los mortales, pero en principio puede ser excluida siempre que se trate de "diplomáticos".

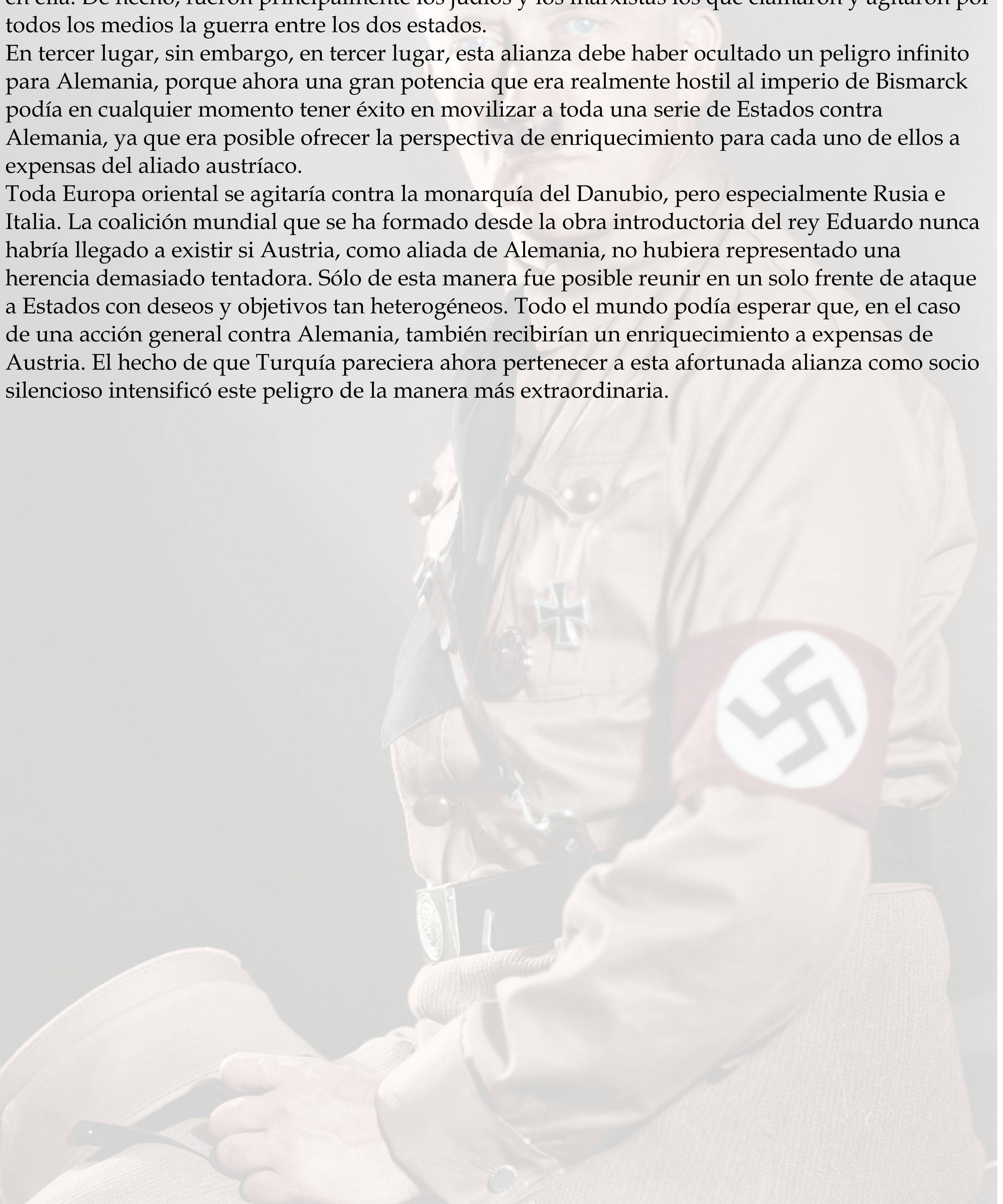
Fue una suerte para Alemania que la guerra estallara en 1914 de forma indirecta a través de Austria, por lo que los Habsburgo tuvieron que participar; porque si hubiera sucedido al revés, Alemania se habría quedado sola. El Estado de los Habsburgo nunca habría podido participar, o habría querido participar en una lucha que habría surgido a través de Alemania. Lo que más tarde se condenó en Italia le habría sucedido a Austria antes: habría permanecido "neutral" para salvar al menos al Estado de una revolución desde el principio. El eslavismo austríaco hubiera preferido aplastar la monarquía en 1914 antes que permitir la ayuda a Alemania.

Pero cuán grandes eran los peligros y dificultades de la alianza con la monarquía del Danubio, sólo muy pocos eran capaces de comprender en ese momento.

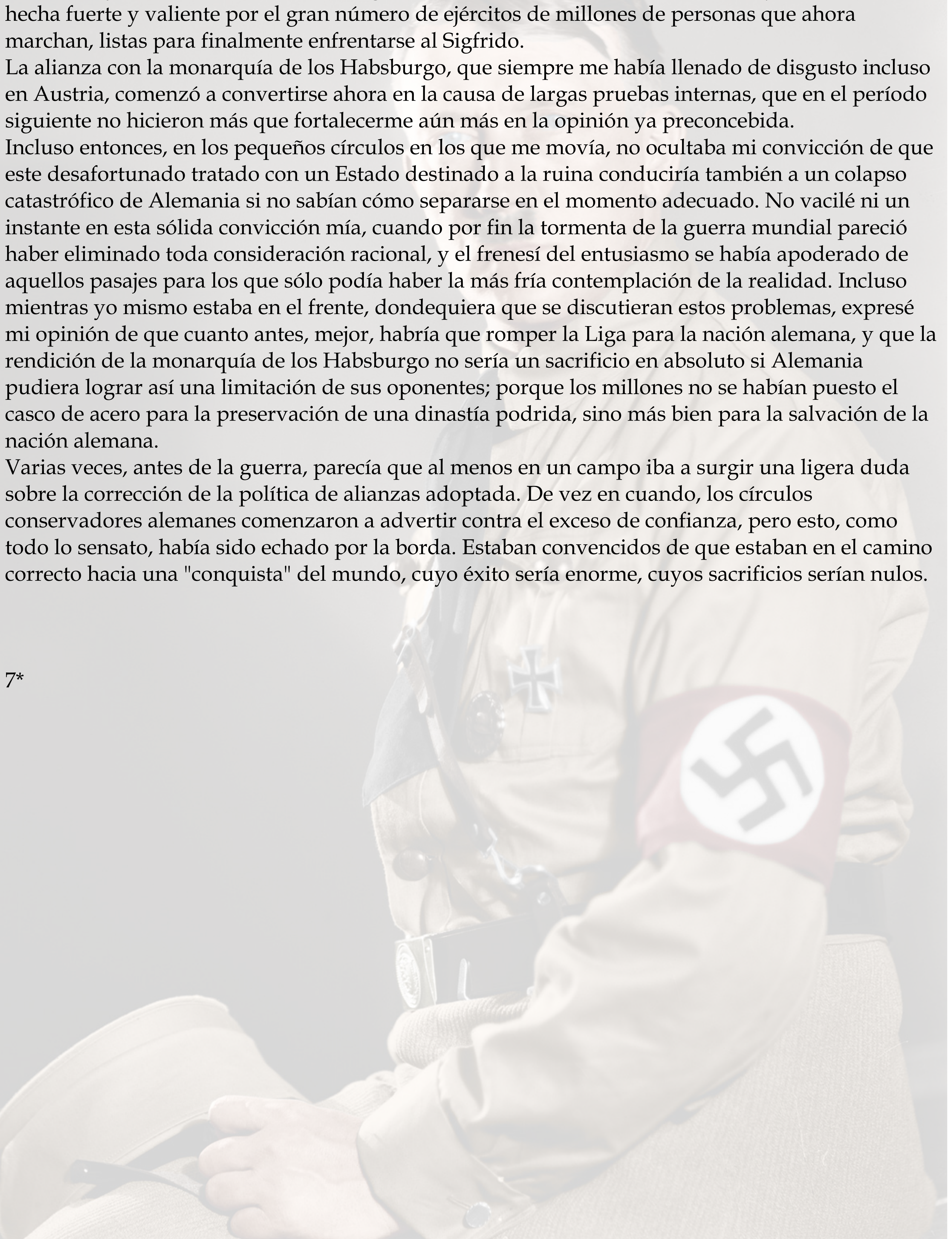
En primer lugar, Austria tenía demasiados enemigos que pretendían heredar el Estado podrido para que no surgiera en el curso del tiempo un cierto odio hacia Alemania, en el que se veía como la causa de la prevención de la desintegración de la monarquía, universalmente esperada y anhelada. Se decidió que, al final, solo se podría llegar a Viena a través de una ruta indirecta a través de Berlín.

7 Hitler, Mein Kampf





En segundo lugar, sin embargo, Alemania perdió las mejores y más prometedoras oportunidades federales. Sí, en su lugar llegó una tensión cada vez mayor con Rusia e incluso con Italia. Al mismo tiempo, el estado de ánimo general en Roma era tan pro-alemán como dormitaba en el corazón incluso del último italiano, y a menudo incluso se bronceaba brillantemente.
Debido a que se habían volcado en la política comercial e industrial, tampoco había la menor razón para luchar contra Rusia. Sólo los enemigos de ambas naciones podían tener un interés vivo en ella. De hecho, fueron principalmente los judíos y los marxistas los que clamaron y agitaron por todos los medios la guerra entre los dos estados.
En tercer lugar, sin embargo, en tercer lugar, esta alianza debe haber ocultado un peligro infinito para Alemania, porque ahora una gran potencia que era realmente hostil al imperio de Bismarck podía en cualquier momento tener éxito en movilizar a toda una serie de Estados contra Alemania, ya que era posible ofrecer la perspectiva de enriquecimiento para cada uno de ellos a expensas del aliado austríaco.
Toda Europa oriental se agitaría contra la monarquía del Danubio, pero especialmente Rusia e Italia. La coalición mundial que se ha formado desde la obra introductoria del rey Eduardo nunca habría llegado a existir si Austria, como aliada de Alemania, no hubiera representado una herencia demasiado tentadora. Sólo de esta manera fue posible reunir en un solo frente de ataque a Estados con deseos y objetivos tan heterogéneos. Todo el mundo podía esperar que, en el caso de una acción general contra Alemania, también recibirían un enriquecimiento a expensas de Austria. El hecho de que Turquía pareciera ahora pertenecer a esta afortunada alianza como socio silencioso intensificó este peligro de la manera más extraordinaria.



Sin embargo, las finanzas internacionales judías necesitaban estos señuelos para poder llevar a cabo el tan esperado plan de destrucción de Alemania, que aún no se había sometido al control financiero y económico supranacional general. Solo de esta manera se podría forjar una coalición, hecha fuerte y valiente por el gran número de ejércitos de millones de personas que ahora marchan, listas para finalmente enfrentarse al Sigfrido.

La alianza con la monarquía de los Habsburgo, que siempre me había llenado de disgusto incluso en Austria, comenzó a convertirse ahora en la causa de largas pruebas internas, que en el período siguiente no hicieron más que fortalecerme aún más en la opinión ya preconcebida.

Incluso entonces, en los pequeños círculos en los que me movía, no ocultaba mi convicción de que este desafortunado tratado con un Estado destinado a la ruina conduciría también a un colapso catastrófico de Alemania si no sabían cómo separarse en el momento adecuado. No vacilé ni un instante en esta sólida convicción mía, cuando por fin la tormenta de la guerra mundial pareció haber eliminado toda consideración racional, y el frenesí del entusiasmo se había apoderado de aquellos pasajes para los que sólo podía haber la más fría contemplación de la realidad. Incluso mientras yo mismo estaba en el frente, dondequiera que se discutieran estos problemas, expresé mi opinión de que cuanto antes, mejor, habría que romper la Liga para la nación alemana, y que la rendición de la monarquía de los Habsburgo no sería un sacrificio en absoluto si Alemania pudiera lograr así una limitación de sus oponentes; porque los millones no se habían puesto el casco de acero para la preservación de una dinastía podrida, sino más bien para la salvación de la nación alemana.

Varias veces, antes de la guerra, parecía que al menos en un campo iba a surgir una ligera duda sobre la corrección de la política de alianzas adoptada. De vez en cuando, los círculos conservadores alemanes comenzaron a advertir contra el exceso de confianza, pero esto, como todo lo sensato, había sido echado por la borda. Estaban convencidos de que estaban en el camino correcto hacia una "conquista" del mundo, cuyo éxito sería enorme, cuyos sacrificios serían nulos.

7*

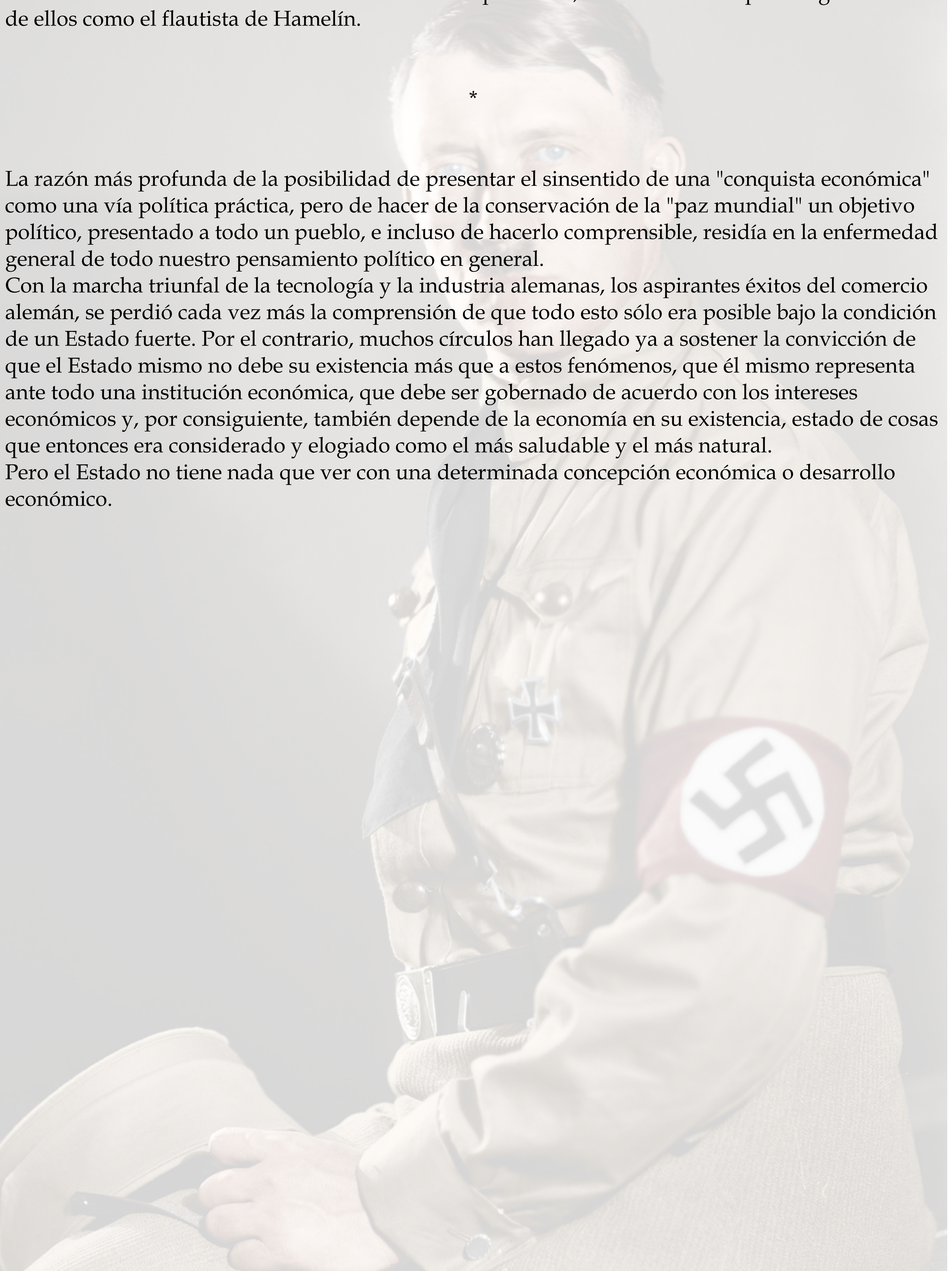
Pero los conocidos "no llamados" una vez más no tuvieron más remedio que observar en silencio cómo los "llamados" marchaban directamente a la perdición, arrastrando a la querida gente detrás de ellos como el flautista de Hamelín.

*

La razón más profunda de la posibilidad de presentar el sinsentido de una "conquista económica" como una vía política práctica, pero de hacer de la conservación de la "paz mundial" un objetivo político, presentado a todo un pueblo, e incluso de hacerlo comprensible, residía en la enfermedad general de todo nuestro pensamiento político en general.

Con la marcha triunfal de la tecnología y la industria alemanas, los aspirantes éxitos del comercio alemán, se perdió cada vez más la comprensión de que todo esto sólo era posible bajo la condición de un Estado fuerte. Por el contrario, muchos círculos han llegado ya a sostener la convicción de que el Estado mismo no debe su existencia más que a estos fenómenos, que él mismo representa ante todo una institución económica, que debe ser gobernado de acuerdo con los intereses económicos y, por consiguiente, también depende de la economía en su existencia, estado de cosas que entonces era considerado y elogiado como el más saludable y el más natural.

Pero el Estado no tiene nada que ver con una determinada concepción económica o desarrollo económico.



No se trata de una agrupación de contratistas económicos en un hábitat definido para el cumplimiento de tareas económicas, sino de la organización de una comunidad de seres vivos física y mentalmente similares para facilitar mejor la continuación de su especie y el logro de la meta de su existencia predeterminada por la Providencia. Esto, y no otra cosa, es el propósito y el significado de un estado. La economía es solo una de las muchas herramientas que se necesitan para lograr este objetivo. Pero nunca es la causa o el fin de un estado, a menos que se base desde el principio en una base falsa porque no es natural. Esta es la única manera de explicar por qué el Estado como tal ni siquiera necesita tener una limitación territorial como requisito previo. Esto sólo será necesario en el caso de aquellos pueblos que quieran asegurar la alimentación de sus congéneres fuera de sí mismos, es decir, que estén dispuestos a librar la lucha por la existencia a través de su propio trabajo. Los pueblos que son capaces de colarse en el resto de la humanidad como drones para que se les creen bajo todo tipo de pretextos, pueden formar estados incluso sin un hábitat separado y definitivamente limitado. Esto es especialmente cierto para el pueblo bajo cuyo parasitismo tiene que sufrir toda la humanidad honesta, especialmente hoy: el judaísmo.

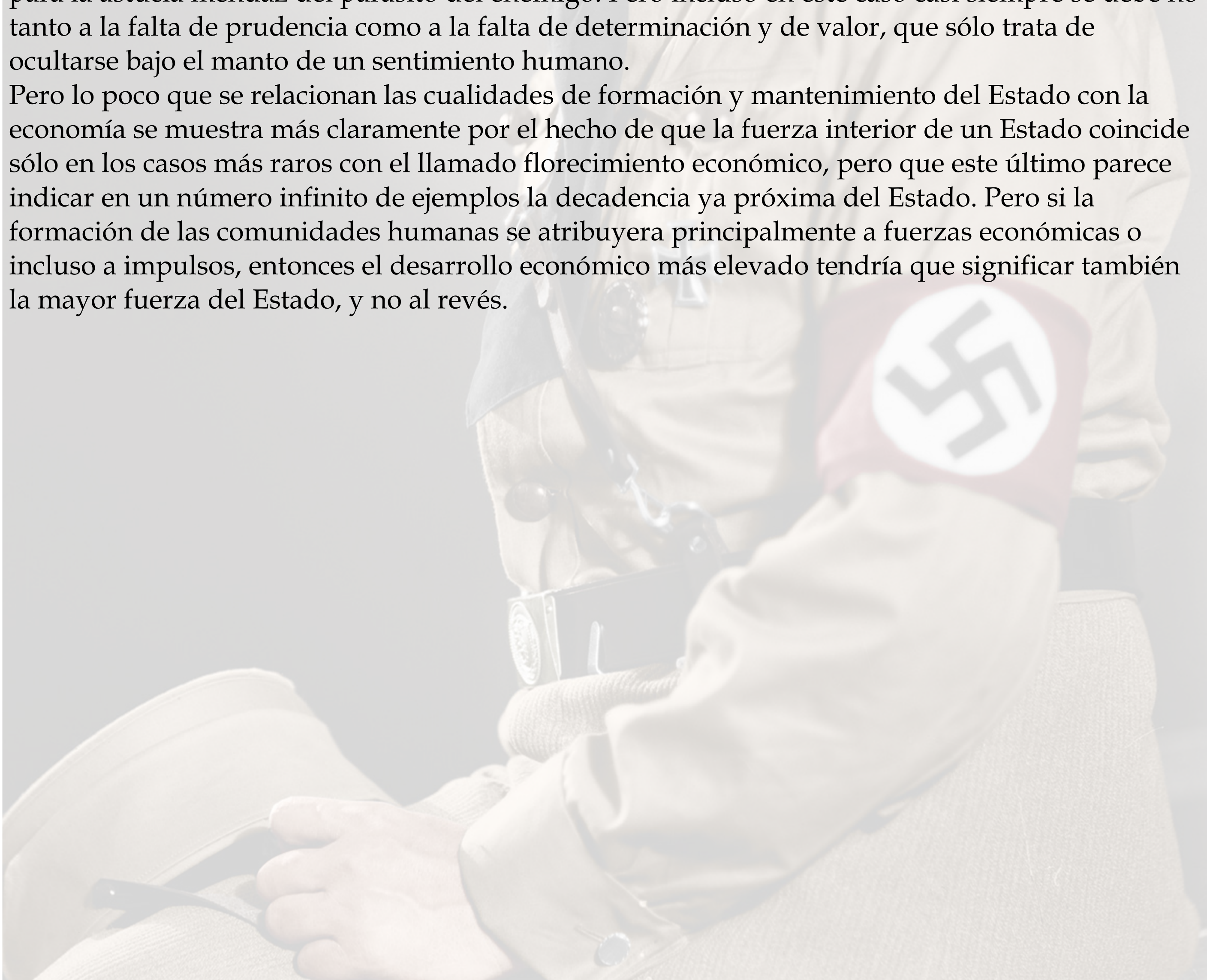
El Estado judío nunca estuvo limitado espacialmente en sí mismo, sino universalmente limitado al espacio, pero limitado a la agrupación de una raza. Por lo tanto, este pueblo siempre formó un estado dentro de los estados. Es uno de los trucos más ingeniosos que se han inventado para permitir que este Estado navegue como una "religión" y así asegurarle la tolerancia que el ario siempre está dispuesto a conceder a la confesión religiosa. Porque, de hecho, la religión mosaica no es más que una doctrina de la preservación de la raza judía. Por lo tanto, también incluye casi todos los campos del conocimiento sociológico, político y económico que solo pueden ser cuestionados para este propósito.



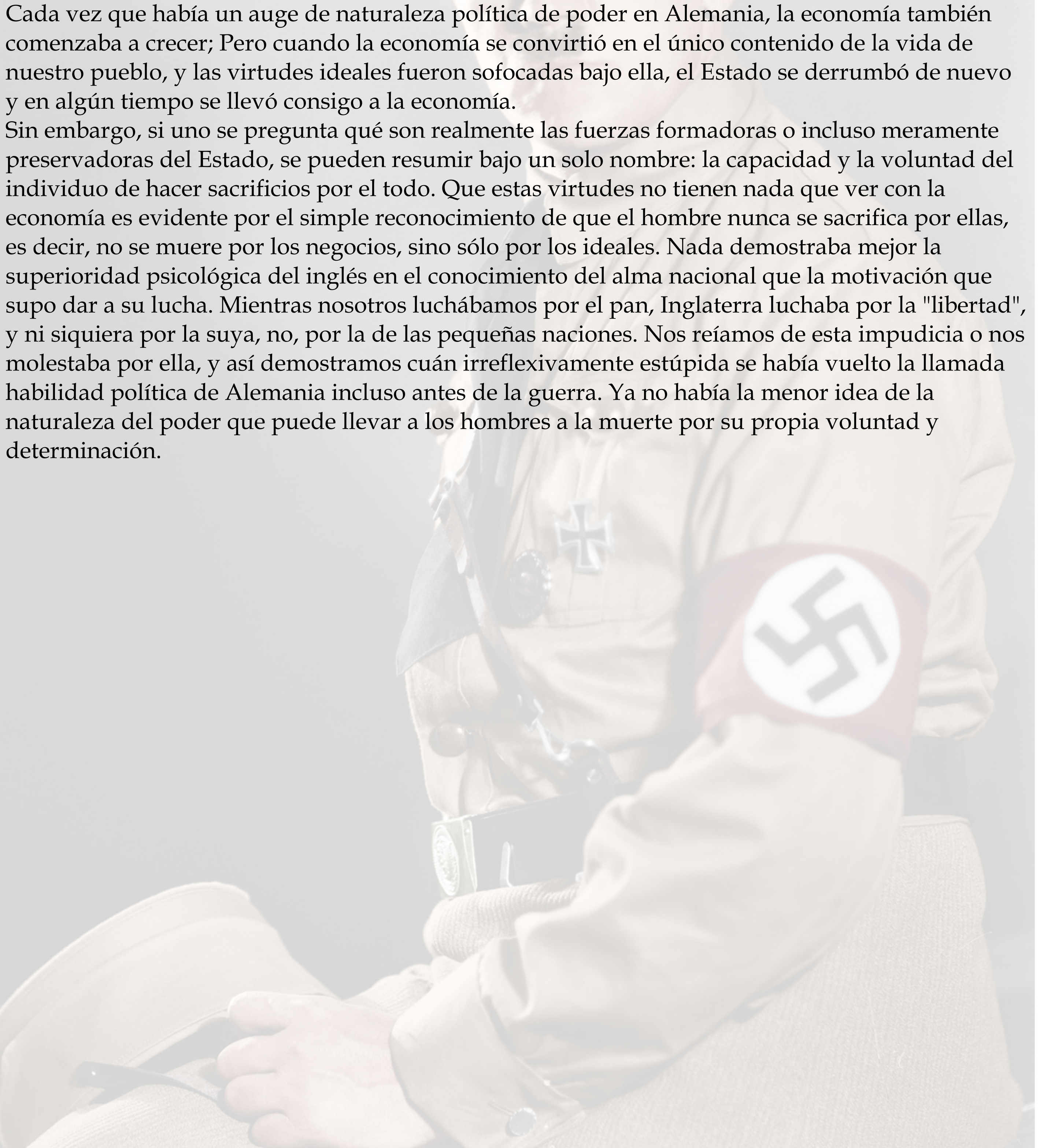
166 Estado y economía

El instinto de conservación de la especie es la primera causa de la formación de las comunidades humanas. Pero esto convierte al Estado en un organismo nacional y no en una organización económica. Una diferencia tan grande como incomprensible, sobre todo para los llamados "estadistas" de hoy. De ahí que crean que pueden edificar el Estado por medio de la economía, cuando en realidad no es eternamente más que el resultado del ejercicio de aquellas cualidades que se encuentran en la línea de la voluntad de conservar la especie y la raza. Éstas, sin embargo, son siempre virtudes heroicas y nunca egoísmo de tendero, ya que la conservación de la existencia de una especie presupone la disposición a sacrificar al individuo. Este es precisamente el significado de las palabras del poeta: "Y si no arriesgas tu vida, tu vida nunca será ganada para ti", que la devoción de la existencia personal es necesaria para asegurar la preservación de la especie. Así, sin embargo, el prerrequisito más esencial para la formación y el mantenimiento de un Estado es la existencia de un cierto sentido de pertenencia sobre la base de la misma naturaleza y la misma especie, así como la voluntad de trabajar por él por todos los medios. Esto conducirá a la formación de virtudes heroicas en los pueblos de su propio suelo, y a la hipocresía mendaz y a la crueldad insidiosa de los parásitos, a menos que estas cualidades deban estar ya demostrablemente presentes como requisito previo para su existencia política, que es tan diferente en la forma. Pero la formación de un Estado se llevará a cabo siempre, al menos originalmente, sólo mediante el uso de estas cualidades, por lo que, en la lucha por la autoconservación, sucumbirán, es decir, caerán presa de la subyugación y, por lo tanto, de la extinción tarde o temprano, aquellos que en la lucha mutua llaman suyas las virtudes menos heroicas o no son rival para la astucia mendaz del parásito del enemigo. Pero incluso en este caso casi siempre se debe no tanto a la falta de prudencia como a la falta de determinación y de valor, que sólo trata de ocultarse bajo el manto de un sentimiento humano.

Pero lo poco que se relacionan las cualidades de formación y mantenimiento del Estado con la economía se muestra más claramente por el hecho de que la fuerza interior de un Estado coincide sólo en los casos más raros con el llamado florecimiento económico, pero que este último parece indicar en un número infinito de ejemplos la decadencia ya próxima del Estado. Pero si la formación de las comunidades humanas se atribuyera principalmente a fuerzas económicas o incluso a impulsos, entonces el desarrollo económico más elevado tendría que significar también la mayor fuerza del Estado, y no al revés.

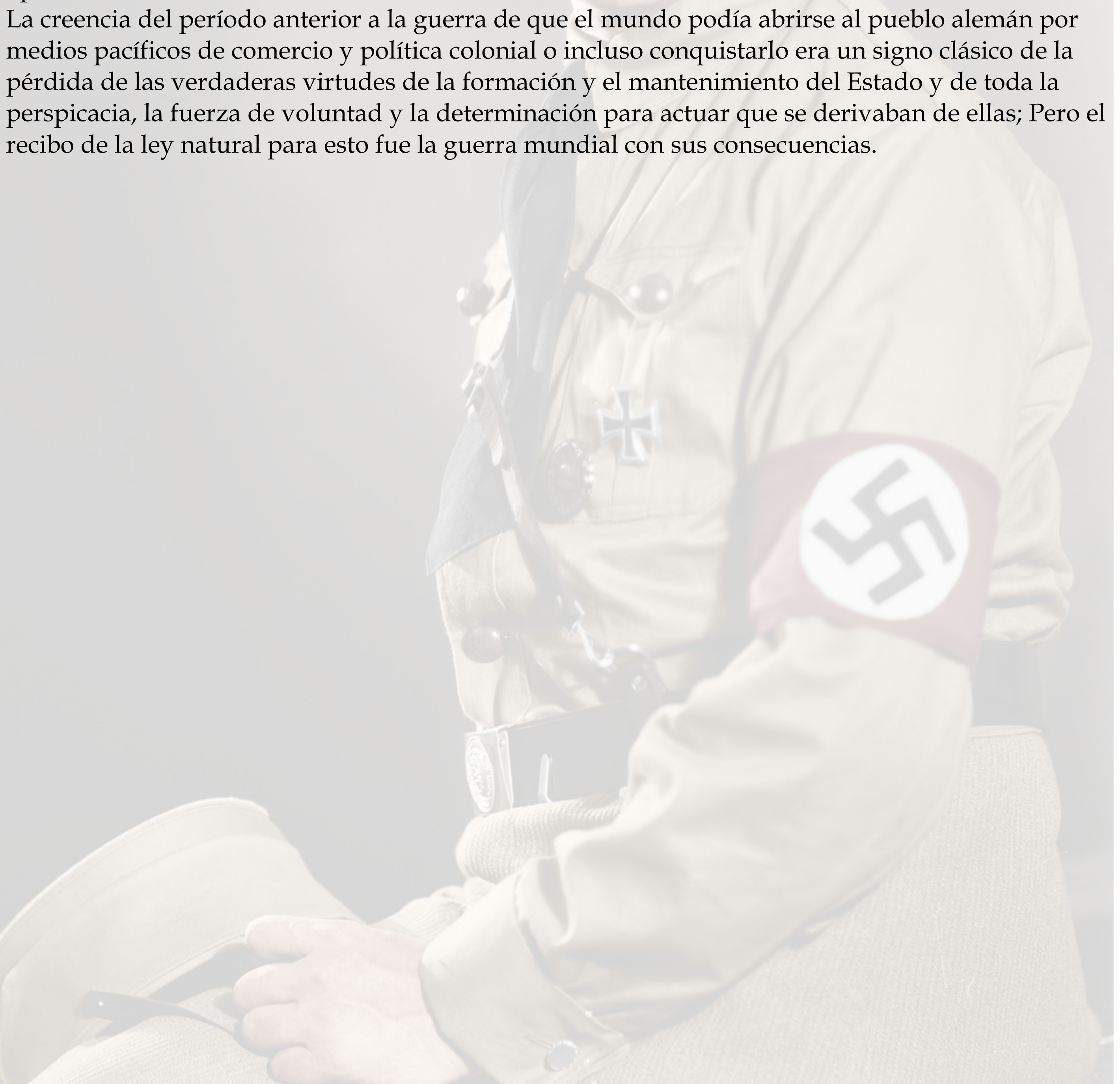


La creencia en el poder formador y preservador de la economía parece particularmente incomprensible cuando es válida en un país que muestra clara e insistentemente lo contrario histórico en todo y en todos. Prusia, en particular, demuestra con maravillosa agudeza que no son las cualidades materiales, sino sólo las virtudes ideales las que permiten la formación de un Estado. Sólo bajo su protección puede florecer la economía, hasta que la economía se derrumbe de nuevo con el colapso de las capacidades puras de construcción del Estado; Un proceso que podemos observar ahora mismo de una manera terriblemente triste. Los intereses materiales de los hombres pueden prosperar siempre mejor mientras permanezcan a la sombra de las virtudes heroicas; Pero tan pronto como intentan entrar en el primer círculo de la existencia, destruyen el requisito previo para su propia existencia.
Cada vez que había un auge de naturaleza política de poder en Alemania, la economía también comenzaba a crecer; Pero cuando la economía se convirtió en el único contenido de la vida de nuestro pueblo, y las virtudes ideales fueron sofocadas bajo ella, el Estado se derrumbó de nuevo y en algún tiempo se llevó consigo a la economía.
Sin embargo, si uno se pregunta qué son realmente las fuerzas formadoras o incluso meramente preservadoras del Estado, se pueden resumir bajo un solo nombre: la capacidad y la voluntad del individuo de hacer sacrificios por el todo. Que estas virtudes no tienen nada que ver con la economía es evidente por el simple reconocimiento de que el hombre nunca se sacrifica por ellas, es decir, no se muere por los negocios, sino sólo por los ideales. Nada demostraba mejor la superioridad psicológica del inglés en el conocimiento del alma nacional que la motivación que supo dar a su lucha. Mientras nosotros luchábamos por el pan, Inglaterra luchaba por la "libertad", y ni siquiera por la suya, no, por la de las pequeñas naciones. Nos reíamos de esta impudicia o nos molestaba por ella, y así demostramos cuán irreflexivamente estúpida se había vuelto la llamada habilidad política de Alemania incluso antes de la guerra. Ya no había la menor idea de la naturaleza del poder que puede llevar a los hombres a la muerte por su propia voluntad y determinación.



168 Estado y economía

Mientras el pueblo alemán en 1914 todavía creía que luchaba por ideales, se mantuvo firme; Tan pronto como se le dejó luchar solo por el pan de cada día, prefirió abandonar el juego.
Sin embargo, nuestros ingeniosos "estadistas" se asombraron de este cambio de opinión. Nunca les quedó claro que desde el momento en que un hombre lucha por un interés económico, evita la muerte en la medida de lo posible, ya que le privaría para siempre del disfrute de la recompensa de su lucha. La preocupación por la salvación del propio hijo convierte a la madre más débil en una heroína, y sólo la lucha por la conservación de la especie y del rebaño o estado que la protege ha empujado a los hombres a las lanzas del enemigo en todo momento.
La siguiente frase puede ser establecida como una verdad eternamente válida:
Nunca antes un Estado ha sido fundado por la economía pacífica, sino siempre sólo por los instintos de conservación de la especie, ya sea que se encuentren en la esfera de la virtud heroica o de la astucia astuta; el uno da lugar a los estados arios de trabajo y cultura, y el otro a las colonias de parásitos judíos. Pero tan pronto como la economía como tal comienza a desbordar estos impulsos en un pueblo o en un Estado, se convierte en la causa seductora de la subyugación y la opresión.
La creencia del período anterior a la guerra de que el mundo podía abrirse al pueblo alemán por medios pacíficos de comercio y política colonial o incluso conquistarlo era un signo clásico de la pérdida de las verdaderas virtudes de la formación y el mantenimiento del Estado y de toda la perspicacia, la fuerza de voluntad y la determinación para actuar que se derivaban de ellas; Pero el recibo de la ley natural para esto fue la guerra mundial con sus consecuencias.



Sin embargo, para aquellos que no indagaban a fondo, esta actitud de la nación alemana —pues en realidad era tan buena como general— sólo podía representar un enigma insoluble: después de todo, Alemania era un maravilloso ejemplo de un imperio que había surgido de fundamentos puramente políticos de poder. Prusia, el núcleo del Imperio, nació a través de un heroísmo radiante y no a través de operaciones financieras o transacciones comerciales, y el Reich mismo no fue más que la recompensa más gloriosa del poder, el liderazgo político y el coraje de soldado para morir. ¿Cómo pudo el pueblo alemán llegar a semejante enfermedad de su instinto político? Porque aquí no se trataba de un solo fenómeno, sino de momentos de decadencia, que en números verdaderamente aterradores ahora estallaban como fuegos fatuos y borraban y bajaban el cuerpo del pueblo, o devoraban la nación como úlceras venenosas, ahora aquí, ahora allá. Parecía como si un perpetuo torrente de veneno fuera conducido por un poder misterioso a los vasos sanguíneos más externos de este antiguo cuerpo heroico, y que ahora conducía a una parálisis cada vez mayor de la razón sana, del simple instinto de conservación.

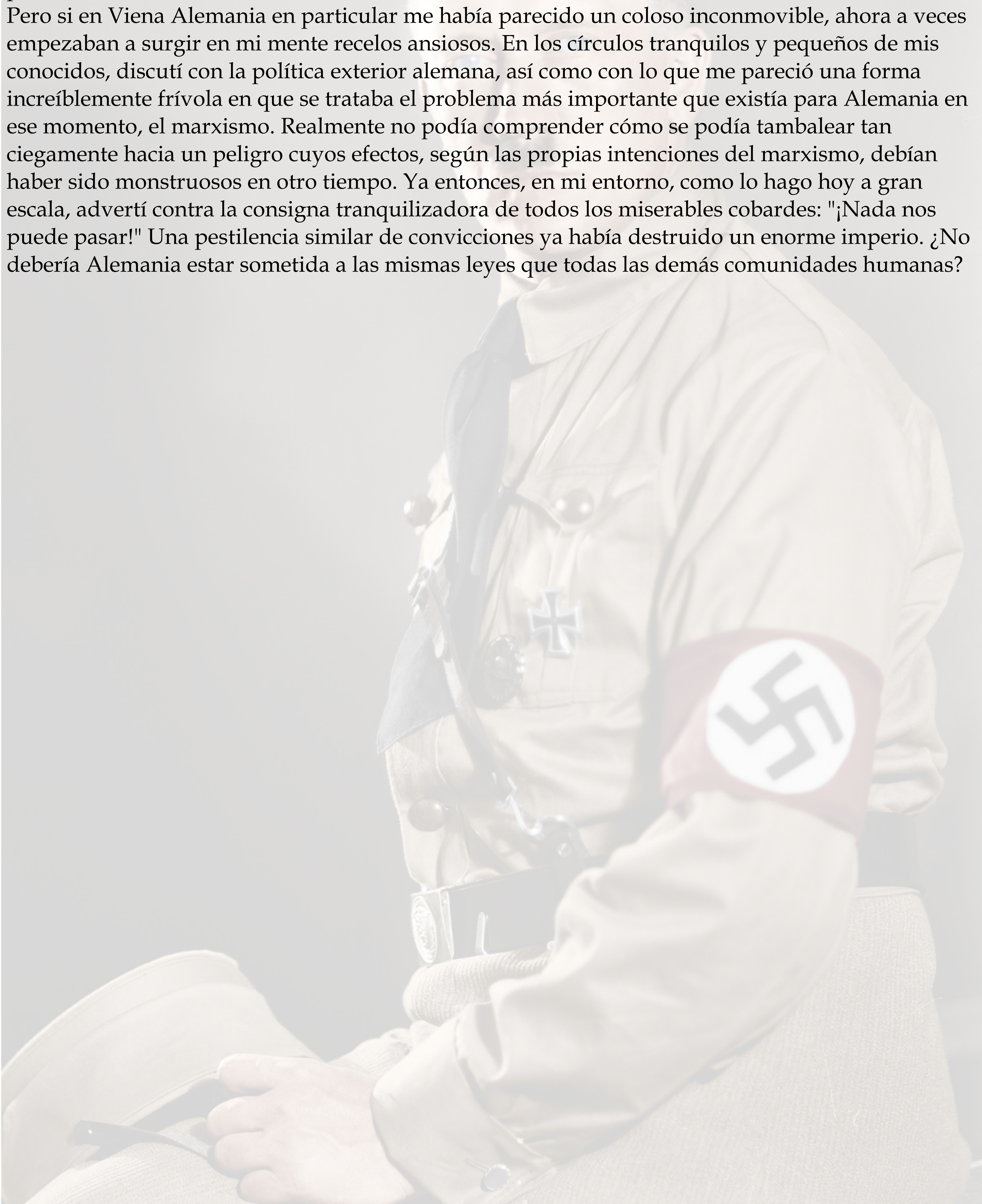
A medida que dejaba pasar innumerables veces todas estas cuestiones, condicionado por mi posición sobre la política de alianzas alemana y la política económica del Reich en los años 1912 a 1914, la solución al enigma era cada vez más el poder que ya había conocido en Viena, determinado por puntos de vista muy diferentes: la doctrina y la ideología marxistas y sus efectos organizativos.

Por segunda vez en mi vida me aburrí en esta doctrina de la destrucción, y esta vez, por supuesto, ya no guiado por las impresiones y los efectos de mi entorno cotidiano, sino señalado por la observación de los procesos generales de la vida política. Luego los comparé con los fenómenos y acontecimientos reales de su eficacia en la vida política, cultural y también económica.



Por primera vez, sin embargo, dirigí mi atención a los intentos de controlar esta plaga mundial. Estudié la excepcional legislación de Bismarck en intención, lucha y éxito. Poco a poco, sin embargo, recibí una base casi granítica para mis propias convicciones, de modo que desde entonces nunca más me he visto obligado a cambiar mi punto de vista interno sobre esta cuestión. Del mismo modo, la relación entre el marxismo y el judaísmo fue sometida a un examen más profundo.

Pero si en Viena Alemania en particular me había parecido un coloso inconmovible, ahora a veces empezaban a surgir en mi mente recelos ansiosos. En los círculos tranquilos y pequeños de mis conocidos, discutí con la política exterior alemana, así como con lo que me pareció una forma increíblemente frívola en que se trataba el problema más importante que existía para Alemania en ese momento, el marxismo. Realmente no podía comprender cómo se podía tambalear tan ciegamente hacia un peligro cuyos efectos, según las propias intenciones del marxismo, debían haber sido monstruosos en otro tiempo. Ya entonces, en mi entorno, como lo hago hoy a gran escala, advertí contra la consigna tranquilizadora de todos los miserables cobardes: "¡Nada nos puede pasar!" Una pestilencia similar de convicciones ya había destruido un enorme imperio. ¿No debería Alemania estar sometida a las mismas leyes que todas las demás comunidades humanas?



La actitud de Alemania hacia el marxismo 171

En los años 1913 y 1914 expresé por primera vez en diversos círculos, algunos de los cuales son ahora leales al movimiento nacionalsocialista, la convicción de que la cuestión del porvenir de la nación alemana es la cuestión de la destrucción del marxismo.

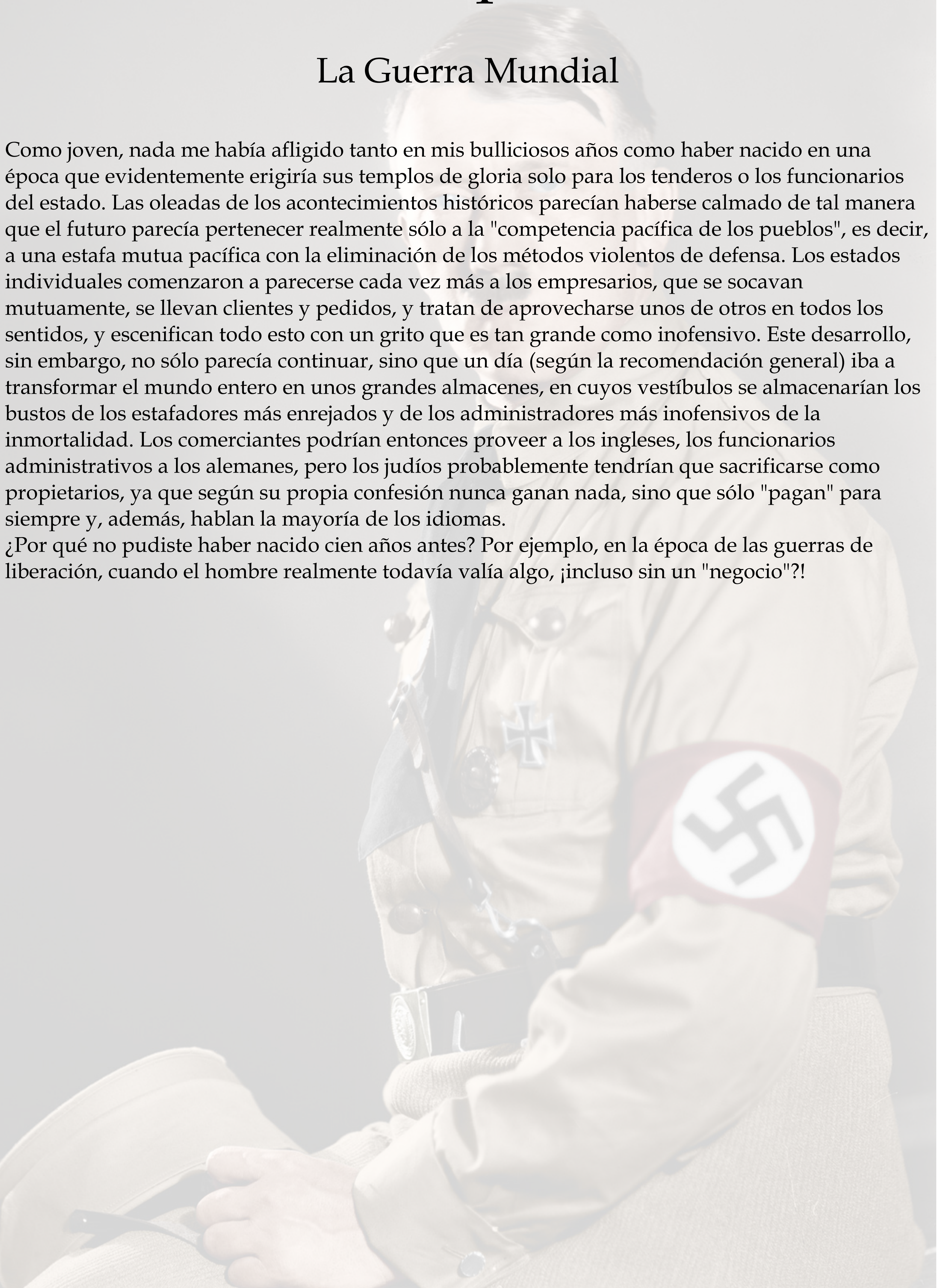
En la desafortunada política alemana de alianzas no vi más que una de las consecuencias causadas por la obra subversiva de esta doctrina; Porque lo terrible era que este veneno destruía casi invisiblemente todos los cimientos de una sana concepción económica y política, sin que los que se veían atrapados por él sospecharan a menudo hasta qué punto sus acciones e intenciones eran ya el resultado de esta visión del mundo, por lo demás tan duramente rechazada.

La decadencia interior del pueblo alemán había comenzado hacía mucho tiempo, sin que el pueblo, como tantas veces en la vida, se diera cuenta del aniquilador de su existencia. A veces, la enfermedad probablemente fue modificada, pero luego las formas del fenómeno se confundieron con el patógeno. Puesto que esto no se sabía o no se quería reconocer, la lucha contra el marxismo no tenía más que el valor de una chapuza.

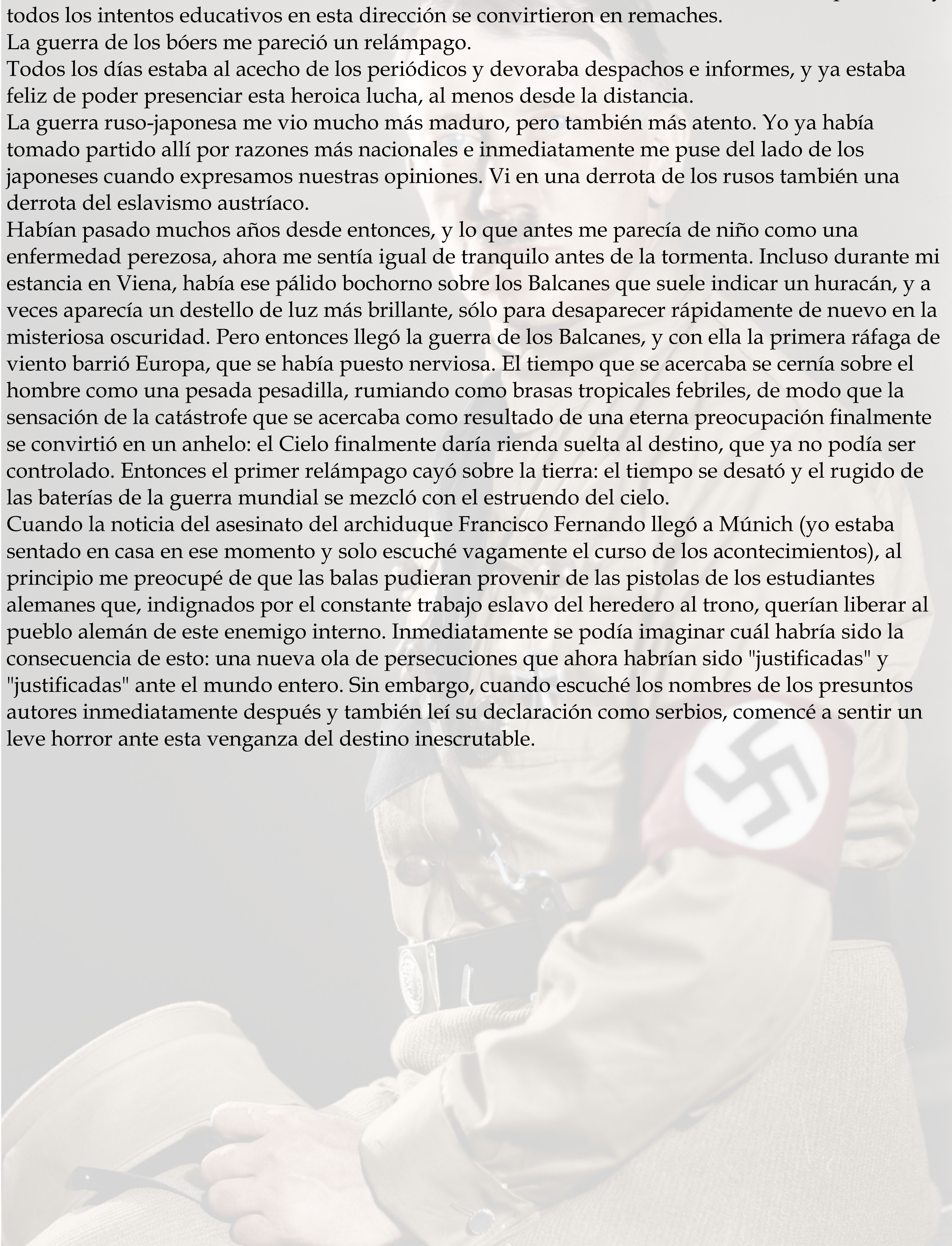


5. Kapitel

La Guerra Mundial



Como joven, nada me había afligido tanto en mis bulliciosos años como haber nacido en una época que evidentemente erigiría sus templos de gloria solo para los tenderos o los funcionarios del estado. Las oleadas de los acontecimientos históricos parecían haberse calmado de tal manera que el futuro parecía pertenecer realmente sólo a la "competencia pacífica de los pueblos", es decir, a una estafa mutua pacífica con la eliminación de los métodos violentos de defensa. Los estados individuales comenzaron a parecerse cada vez más a los empresarios, que se socavan mutuamente, se llevan clientes y pedidos, y tratan de aprovecharse unos de otros en todos los sentidos, y escenifican todo esto con un grito que es tan grande como inofensivo. Este desarrollo, sin embargo, no sólo parecía continuar, sino que un día (según la recomendación general) iba a transformar el mundo entero en unos grandes almacenes, en cuyos vestíbulos se almacenarían los bustos de los estafadores más enrejados y de los administradores más inofensivos de la inmortalidad. Los comerciantes podrían entonces proveer a los ingleses, los funcionarios administrativos a los alemanes, pero los judíos probablemente tendrían que sacrificarse como propietarios, ya que según su propia confesión nunca ganan nada, sino que sólo "pagan" para siempre y, además, hablan la mayoría de los idiomas.
¿Por qué no pudiste haber nacido cien años antes? Por ejemplo, en la época de las guerras de liberación, cuando el hombre realmente todavía valía algo, ¡incluso sin un "negocio"?!



A menudo había pensado con rabia en mis andanzas terrenales, que me parecían haber comenzado demasiado tarde, y había considerado el tiempo de "paz y orden" que se avecinaba ante mí como una infamia inmerecida del destino. Incluso cuando era niño, no era un "pacifista", y todos los intentos educativos en esta dirección se convirtieron en remaches.
La guerra de los bóers me pareció un relámpago.
Todos los días estaba al acecho de los periódicos y devoraba despachos e informes, y ya estaba feliz de poder presenciar esta heroica lucha, al menos desde la distancia.
La guerra ruso-japonesa me vio mucho más maduro, pero también más atento. Yo ya había tomado partido allí por razones más nacionales e inmediatamente me puse del lado de los japoneses cuando expresamos nuestras opiniones. Vi en una derrota de los rusos también una derrota del eslavismo austríaco.
Habían pasado muchos años desde entonces, y lo que antes me parecía de niño como una enfermedad perezosa, ahora me sentía igual de tranquilo antes de la tormenta. Incluso durante mi estancia en Viena, había ese pálido bochorno sobre los Balcanes que suele indicar un huracán, y a veces aparecía un destello de luz más brillante, sólo para desaparecer rápidamente de nuevo en la misteriosa oscuridad. Pero entonces llegó la guerra de los Balcanes, y con ella la primera ráfaga de viento barrió Europa, que se había puesto nerviosa. El tiempo que se acercaba se cernía sobre el hombre como una pesada pesadilla, rumiando como brasas tropicales febriles, de modo que la sensación de la catástrofe que se acercaba como resultado de una eterna preocupación finalmente se convirtió en un anhelo: el Cielo finalmente daría rienda suelta al destino, que ya no podía ser controlado. Entonces el primer relámpago cayó sobre la tierra: el tiempo se desató y el rugido de las baterías de la guerra mundial se mezcló con el estruendo del cielo.
Cuando la noticia del asesinato del archiduque Francisco Fernando llegó a Múnich (yo estaba sentado en casa en ese momento y solo escuché vagamente el curso de los acontecimientos), al principio me preocupé de que las balas pudieran provenir de las pistolas de los estudiantes alemanes que, indignados por el constante trabajo eslavo del heredero al trono, querían liberar al pueblo alemán de este enemigo interno. Inmediatamente se podía imaginar cuál habría sido la consecuencia de esto: una nueva ola de persecuciones que ahora habrían sido "justificadas" y "justificadas" ante el mundo entero. Sin embargo, cuando escuché los nombres de los presuntos autores inmediatamente después y también leí su declaración como serbios, comencé a sentir un leve horror ante esta venganza del destino inescrutable.

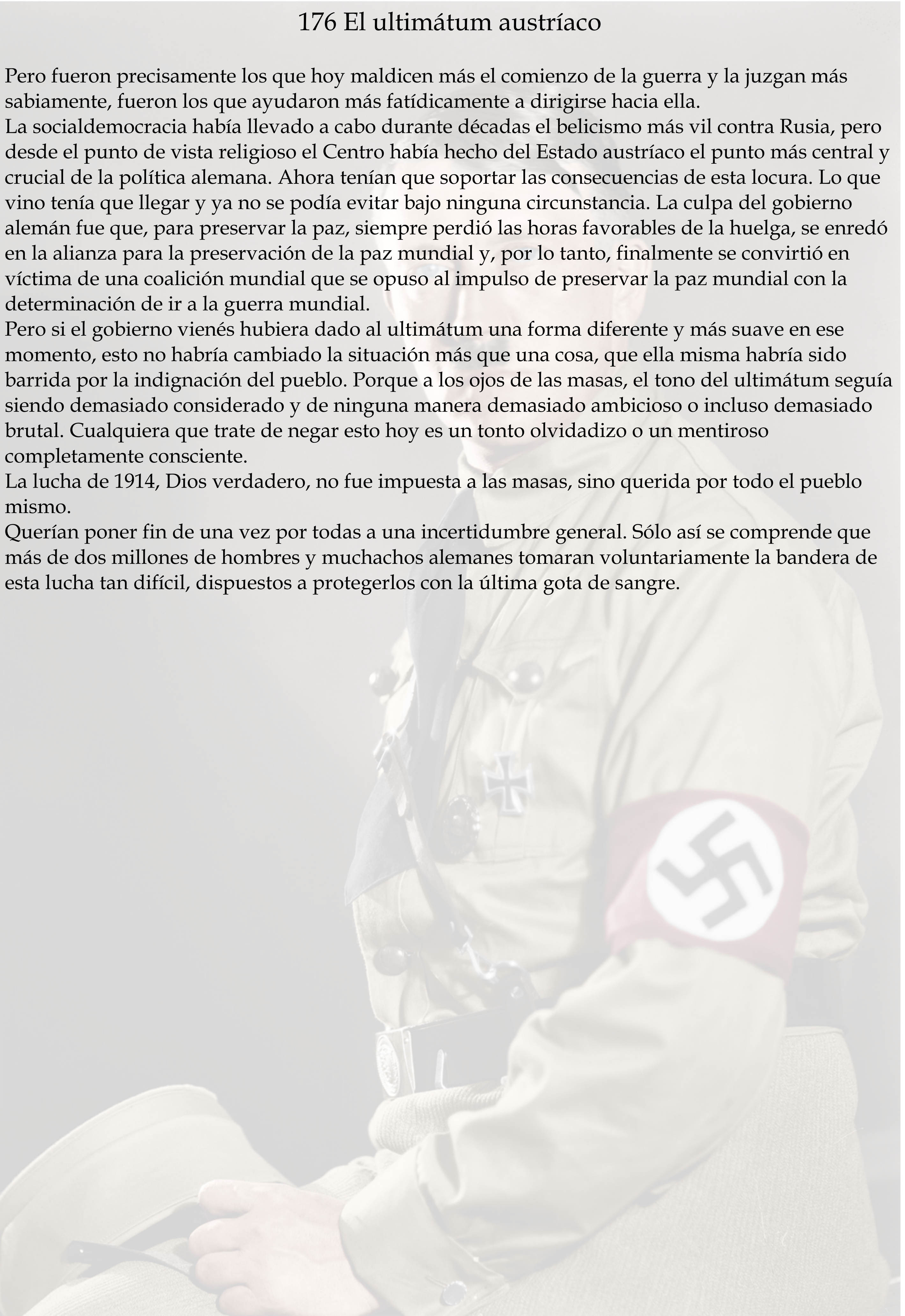
174 El mayor amigo de los eslavos asesinado

El mayor amigo de los eslavos cayó bajo las balas de los fanáticos eslavos.
Cualquiera que en los últimos años haya tenido la oportunidad de observar constantemente las relaciones de Austria con Serbia no podía dudar ni por un momento de que la pelota había comenzado a rodar, en la que ya no podía detenerse.
Es una injusticia para el Gobierno vienés colmarlo hoy de reproches sobre la forma y el contenido del ultimátum que ha lanzado. Ninguna otra potencia en el mundo habría sido capaz de actuar de manera diferente en el mismo lugar y en la misma situación. Austria poseía en su frontera sudoriental un enemigo mortal implacable, que desafiaba a la monarquía en períodos cada vez más cortos, y que no cesaría hasta que por fin llegara el momento favorable para la destrucción del imperio. Había razones para temer que este caso tendría que llegar, a más tardar, con la muerte del viejo emperador; Pero entonces la monarquía tal vez ya no estaba en condiciones de ofrecer una resistencia seria. En los últimos años, todo el Estado ha estado tan bajo los ojos de Francisco José que la muerte de esta antigua encarnación del imperio fue considerada en el sentimiento de las amplias masas desde el principio como la muerte del imperio mismo. De hecho, era una de las artes más astutas de la política eslava en particular dar la impresión de que el estado austríaco debía su existencia de todos modos sólo al arte maravilloso y único de este monarca; una lisonja que era tanto más buena en el Hofburg cuanto que correspondía menos a los verdaderos méritos de este emperador. El aguijón que acechaba oculto en esta alabanza no pudo ser encontrado. No veían, o tal vez no querían ver más, que cuanto más se sintonizaba la monarquía con el arte supremo de gobernar, como solía decir, de este "monarca más sabio" de todos los tiempos, más catastrófica tendría que ser la situación, si un día el destino llamaba a la puerta para tomar su tributo.



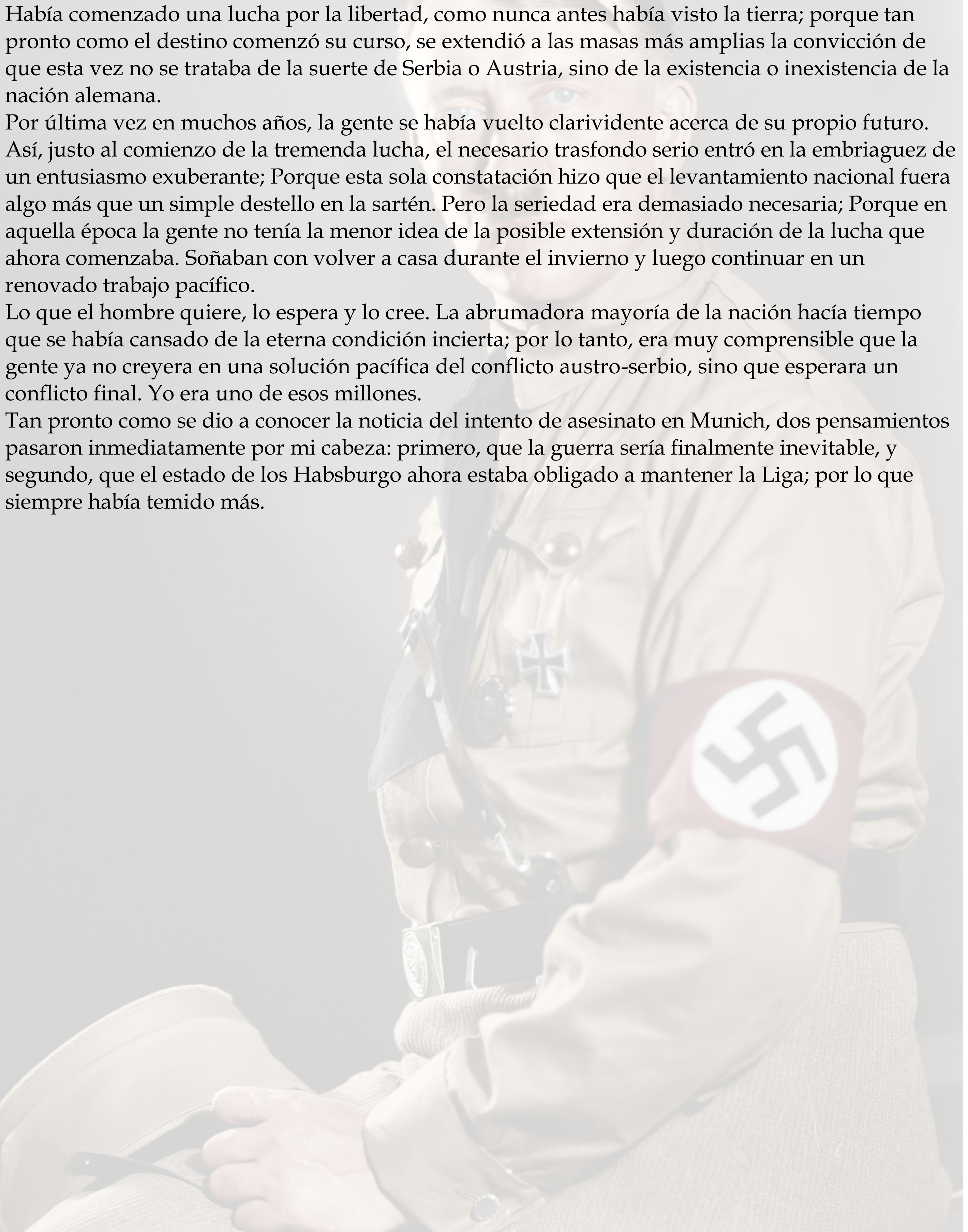
¿Era concebible entonces la vieja Austria sin el viejo emperador?
¿No se repetiría inmediatamente la tragedia que una vez le sucedió a Maria Theresia?
No, es realmente una injusticia para los círculos gubernamentales vieneses cuando se les reprocha que ahora se dirijan hacia la guerra, que de otro modo podría haberse evitado. Ya no se puede evitar, pero a lo sumo se puede posponer uno o dos años más. Pero ésta era la maldición de la diplomacia alemana y austríaca, que siempre había tratado de posponer el inevitable ajuste de cuentas hasta que finalmente se vio obligada a atacar en el momento más inoportuno. Uno puede estar convencido de que un nuevo intento de salvar la paz habría traído la guerra aún más en un momento aún más inoportuno.
No, los que no querían esta guerra tenían que tener el coraje de sacar las consecuencias. Estos, sin embargo, sólo podían haber consistido en el sacrificio de Austria. La guerra habría llegado entonces, pero probablemente ya no como una lucha de todos contra nosotros, sino en la forma de un desgarro de la monarquía de los Habsburgo. Al hacerlo, uno tenía que decidir unirse o mirar, para dejar que el destino siguiera su curso con las manos vacías.





176 El ultimátum austríaco

Pero fueron precisamente los que hoy maldicen más el comienzo de la guerra y la juzgan más sabiamente, fueron los que ayudaron más fatídicamente a dirigirse hacia ella.
La socialdemocracia había llevado a cabo durante décadas el belicismo más vil contra Rusia, pero desde el punto de vista religioso el Centro había hecho del Estado austríaco el punto más central y crucial de la política alemana. Ahora tenían que soportar las consecuencias de esta locura. Lo que vino tenía que llegar y ya no se podía evitar bajo ninguna circunstancia. La culpa del gobierno alemán fue que, para preservar la paz, siempre perdió las horas favorables de la huelga, se enredó en la alianza para la preservación de la paz mundial y, por lo tanto, finalmente se convirtió en víctima de una coalición mundial que se opuso al impulso de preservar la paz mundial con la determinación de ir a la guerra mundial.
Pero si el gobierno vienés hubiera dado al ultimátum una forma diferente y más suave en ese momento, esto no habría cambiado la situación más que una cosa, que ella misma habría sido barrida por la indignación del pueblo. Porque a los ojos de las masas, el tono del ultimátum seguía siendo demasiado considerado y de ninguna manera demasiado ambicioso o incluso demasiado brutal. Cualquiera que trate de negar esto hoy es un tonto olvidadizo o un mentiroso completamente consciente.
La lucha de 1914, Dios verdadero, no fue impuesta a las masas, sino querida por todo el pueblo mismo.
Querían poner fin de una vez por todas a una incertidumbre general. Sólo así se comprende que más de dos millones de hombres y muchachos alemanes tomaran voluntariamente la bandera de esta lucha tan difícil, dispuestos a protegerlos con la última gota de sangre.



A mí, las horas de aquella época me parecían una liberación de los sentimientos de ira de la juventud. Todavía hoy no me avergüenza decir que, abrumado por un entusiasmo tormentoso, me había arrodillado y había dado gracias al Cielo con un corazón desbordante por haberme dado la buena suerte de poder vivir en este tiempo.

Había comenzado una lucha por la libertad, como nunca antes había visto la tierra; porque tan pronto como el destino comenzó su curso, se extendió a las masas más amplias la convicción de que esta vez no se trataba de la suerte de Serbia o Austria, sino de la existencia o inexistencia de la nación alemana.

Por última vez en muchos años, la gente se había vuelto clarividente acerca de su propio futuro. Así, justo al comienzo de la tremenda lucha, el necesario trasfondo serio entró en la embriaguez de un entusiasmo exuberante; Porque esta sola constatación hizo que el levantamiento nacional fuera algo más que un simple destello en la sartén. Pero la seriedad era demasiado necesaria; Porque en aquella época la gente no tenía la menor idea de la posible extensión y duración de la lucha que ahora comenzaba. Soñaban con volver a casa durante el invierno y luego continuar en un renovado trabajo pacífico.

Lo que el hombre quiere, lo espera y lo cree. La abrumadora mayoría de la nación hacía tiempo que se había cansado de la eterna condición incierta; por lo tanto, era muy comprensible que la gente ya no creyera en una solución pacífica del conflicto austro-serbio, sino que esperara un conflicto final. Yo era uno de esos millones.

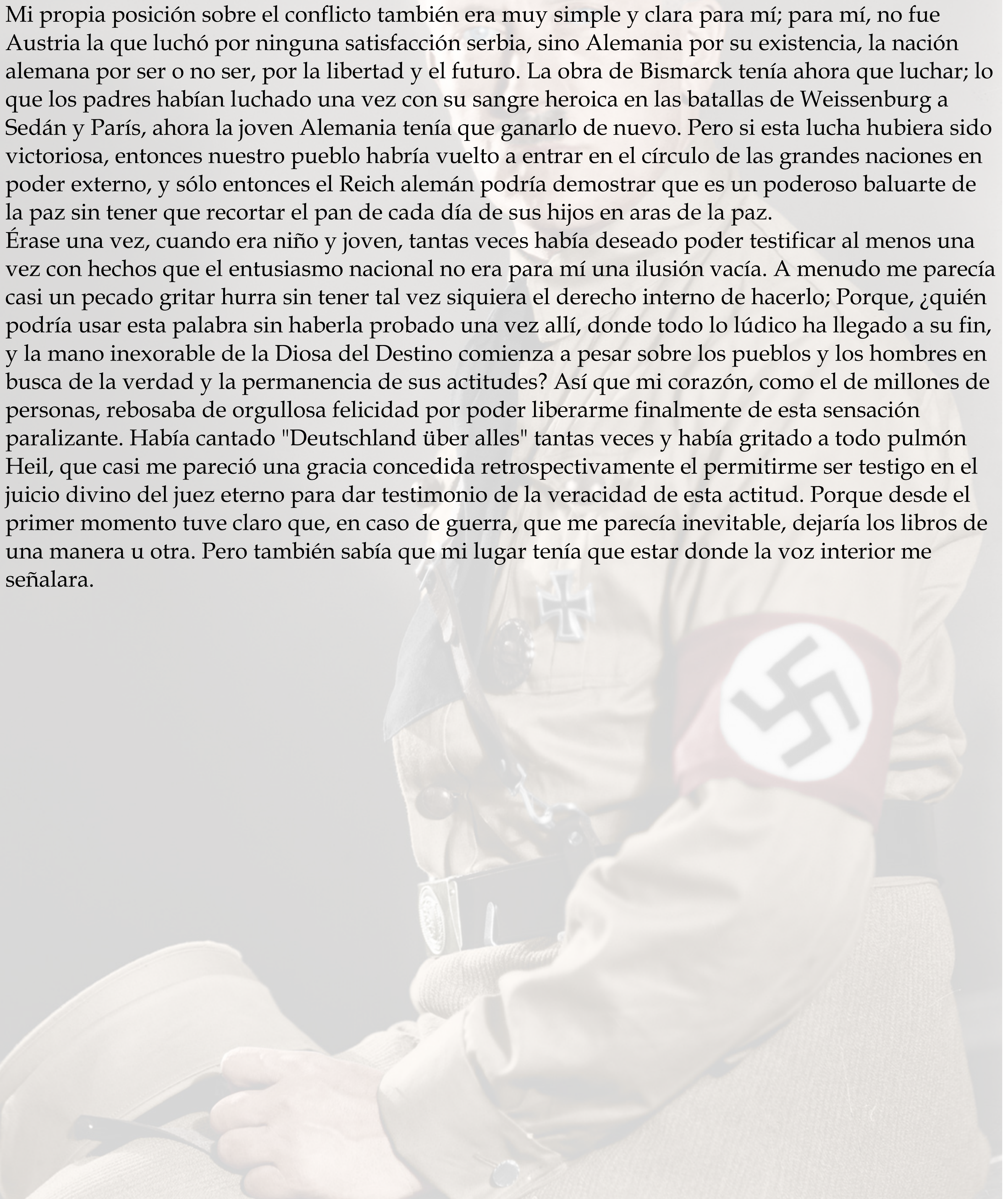
Tan pronto como se dio a conocer la noticia del intento de asesinato en Munich, dos pensamientos pasaron inmediatamente por mi cabeza: primero, que la guerra sería finalmente inevitable, y segundo, que el estado de los Habsburgo ahora estaba obligado a mantener la Liga; por lo que siempre había temido más.

178 El sentido de la lucha por la libertad

¿Era posible que la propia Alemania pudiera un día, tal vez precisamente como resultado de esta alianza, entrar en conflicto, pero sin que Austria hubiera dado la causa directa para ello, y de modo que el Estado austríaco no tuviera la fuerza para decidirse a apoyar a sus aliados por razones políticas internas? La mayoría eslava del imperio habría comenzado inmediatamente a sabotear tal intención autoconcebida, y aún así habría preferido reducir todo el estado a ruinas antes que dar al aliado la ayuda que exigía. Sin embargo, este peligro ya se había eliminado. El viejo Estado tenía que luchar, le gustara o no.

Mi propia posición sobre el conflicto también era muy simple y clara para mí; para mí, no fue Austria la que luchó por ninguna satisfacción serbia, sino Alemania por su existencia, la nación alemana por ser o no ser, por la libertad y el futuro. La obra de Bismarck tenía ahora que luchar; lo que los padres habían luchado una vez con su sangre heroica en las batallas de Weissenburg a Sedán y París, ahora la joven Alemania tenía que ganarlo de nuevo. Pero si esta lucha hubiera sido victoriosa, entonces nuestro pueblo habría vuelto a entrar en el círculo de las grandes naciones en poder externo, y sólo entonces el Reich alemán podría demostrar que es un poderoso baluarte de la paz sin tener que recortar el pan de cada día de sus hijos en aras de la paz.

Érase una vez, cuando era niño y joven, tantas veces había deseado poder testificar al menos una vez con hechos que el entusiasmo nacional no era para mí una ilusión vacía. A menudo me parecía casi un pecado gritar hurra sin tener tal vez siquiera el derecho interno de hacerlo; Porque, ¿quién podría usar esta palabra sin haberla probado una vez allí, donde todo lo lúdico ha llegado a su fin, y la mano inexorable de la Diosa del Destino comienza a pesar sobre los pueblos y los hombres en busca de la verdad y la permanencia de sus actitudes? Así que mi corazón, como el de millones de personas, rebosaba de orgullosa felicidad por poder liberarme finalmente de esta sensación paralizante. Había cantado "Deutschland über alles" tantas veces y había gritado a todo pulmón Heil, que casi me pareció una gracia concedida retrospectivamente el permitirme ser testigo en el juicio divino del juez eterno para dar testimonio de la veracidad de esta actitud. Porque desde el primer momento tuve claro que, en caso de guerra, que me parecía inevitable, dejaría los libros de una manera u otra. Pero también sabía que mi lugar tenía que estar donde la voz interior me señalara.



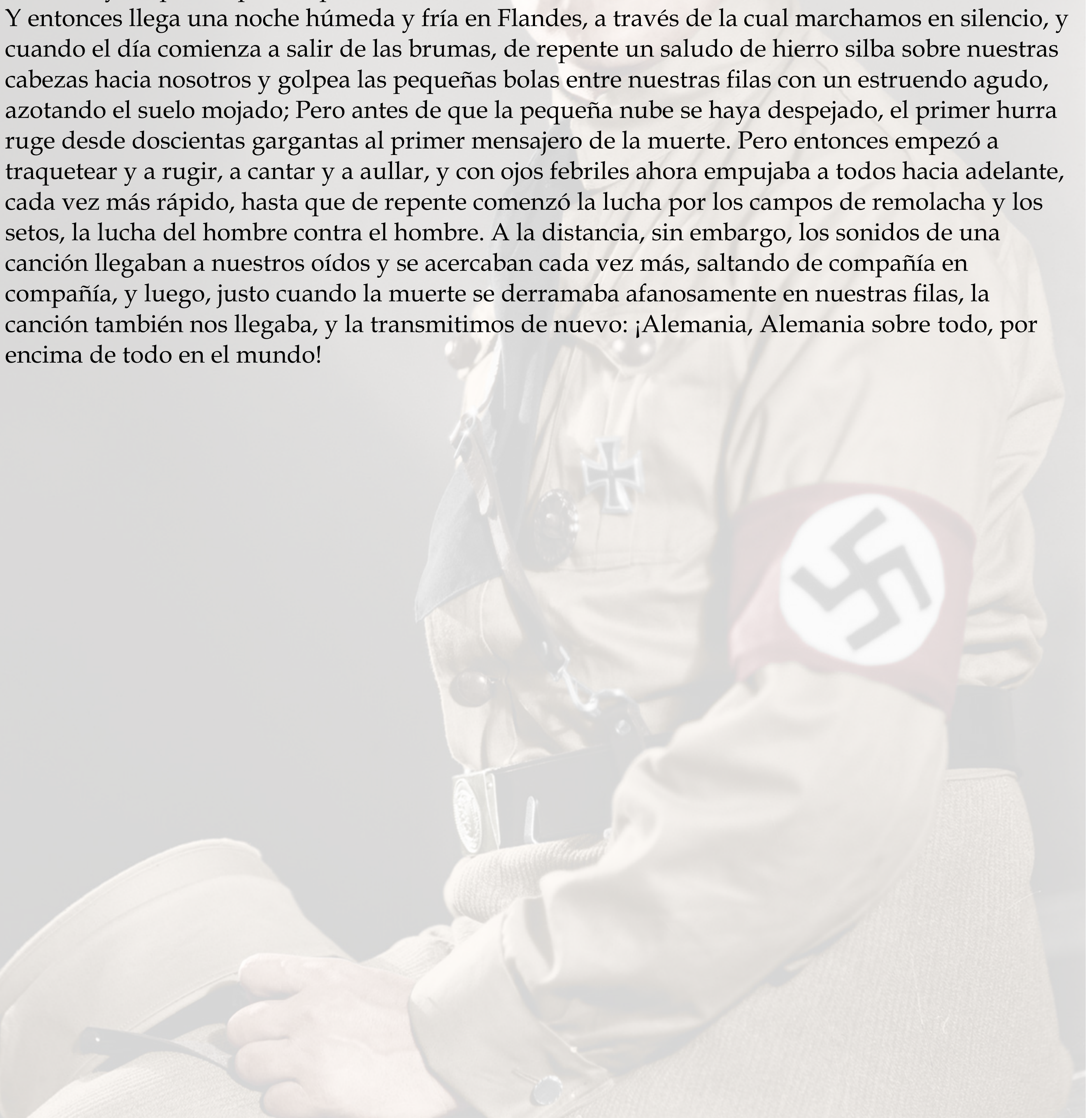
Se unió a un regimiento bávaro 179

Había salido de Austria principalmente por razones políticas; pero lo que era más natural que eso, ahora que comenzaba la lucha, tenía que tener en cuenta esta actitud aún más. No quería luchar por el estado de los Habsburgo, pero estaba dispuesto a morir por mi pueblo y por el imperio que lo encarnaba en cualquier momento.
El 3 de agosto, presenté una petición a Su Majestad el Rey Luis III con la solicitud de que se me permitiera unirse a un regimiento bávaro. Ciertamente, el Gabinete de la Cancillería tenía bastante que hacer en estos días; tanto mayor fue mi alegría cuando recibí la ejecución de mi solicitud al día siguiente. Cuando abrí la carta con manos temblorosas y leí la aprobación de mi solicitud con la solicitud de presentarme en un regimiento bávaro, el júbilo y la gratitud no conocieron límites. Unos días después, me puse la falda, que me volvería a quitar después de casi seis años.
Al igual que para todos los alemanes, comenzaba para mí el momento más inolvidable y grandioso de mi vida terrenal. Frente a los acontecimientos de esta lucha tan poderosa, todo el pasado volvió a caer en una nada rancia; con orgullosa melancolía, especialmente en estos días, cuando se acerca el décimo aniversario del gran acontecimiento, pienso en estas semanas de comienzo de la heroica lucha de nuestro pueblo, en la que el destino me concedió amablemente participar.



180 El bautismo de fuego

Como ayer mismo, cuadro tras cuadro pasa junto a mí, me veo vestido en el círculo de mis queridos camaradas, luego salgo por primera vez, simulacro, etc., hasta finalmente el día de la marcha.
Solo había una preocupación que me atormentaba durante este tiempo, yo, como tantos otros, si no llegaríamos demasiado tarde al frente. Esto solo me lee a menudo y a menudo no encuentra la paz. Así, en cada júbilo de la victoria sobre una nueva hazaña heroica, permanecía oculta una leve gota de amargura, pues con cada nueva victoria parecía aumentar el peligro de nuestra tardanza.
Y así llegó el día en que salimos de Múnich para hacer cola para cumplir con nuestro deber. Por primera vez vi el Rin mientras navegábamos a lo largo de sus tranquilas olas hacia el oeste, con el fin de protegerlo, la corriente de los ríos alemanes, de la codicia del viejo enemigo. Cuando los suaves rayos del primer sol brillaban sobre nosotros a través del delicado velo de la niebla matutina, la vieja guardia del Rin rugía desde el interminable tren de transporte hacia el cielo de la mañana, y mi pecho quería apretarse demasiado.
Y entonces llega una noche húmeda y fría en Flandes, a través de la cual marchamos en silencio, y cuando el día comienza a salir de las brumas, de repente un saludo de hierro silba sobre nuestras cabezas hacia nosotros y golpea las pequeñas bolas entre nuestras filas con un estruendo agudo, azotando el suelo mojado; Pero antes de que la pequeña nube se haya despejado, el primer hurra ruge desde doscientas gargantas al primer mensajero de la muerte. Pero entonces empezó a traquetear y a rugir, a cantar y a aullar, y con ojos febriles ahora empujaba a todos hacia adelante, cada vez más rápido, hasta que de repente comenzó la lucha por los campos de remolacha y los setos, la lucha del hombre contra el hombre. A la distancia, sin embargo, los sonidos de una canción llegaban a nuestros oídos y se acercaban cada vez más, saltando de compañía en compañía, y luego, justo cuando la muerte se derramaba afanosamente en nuestras filas, la canción también nos llegaba, y la transmitimos de nuevo: ¡Alemania, Alemania sobre todo, por encima de todo en el mundo!



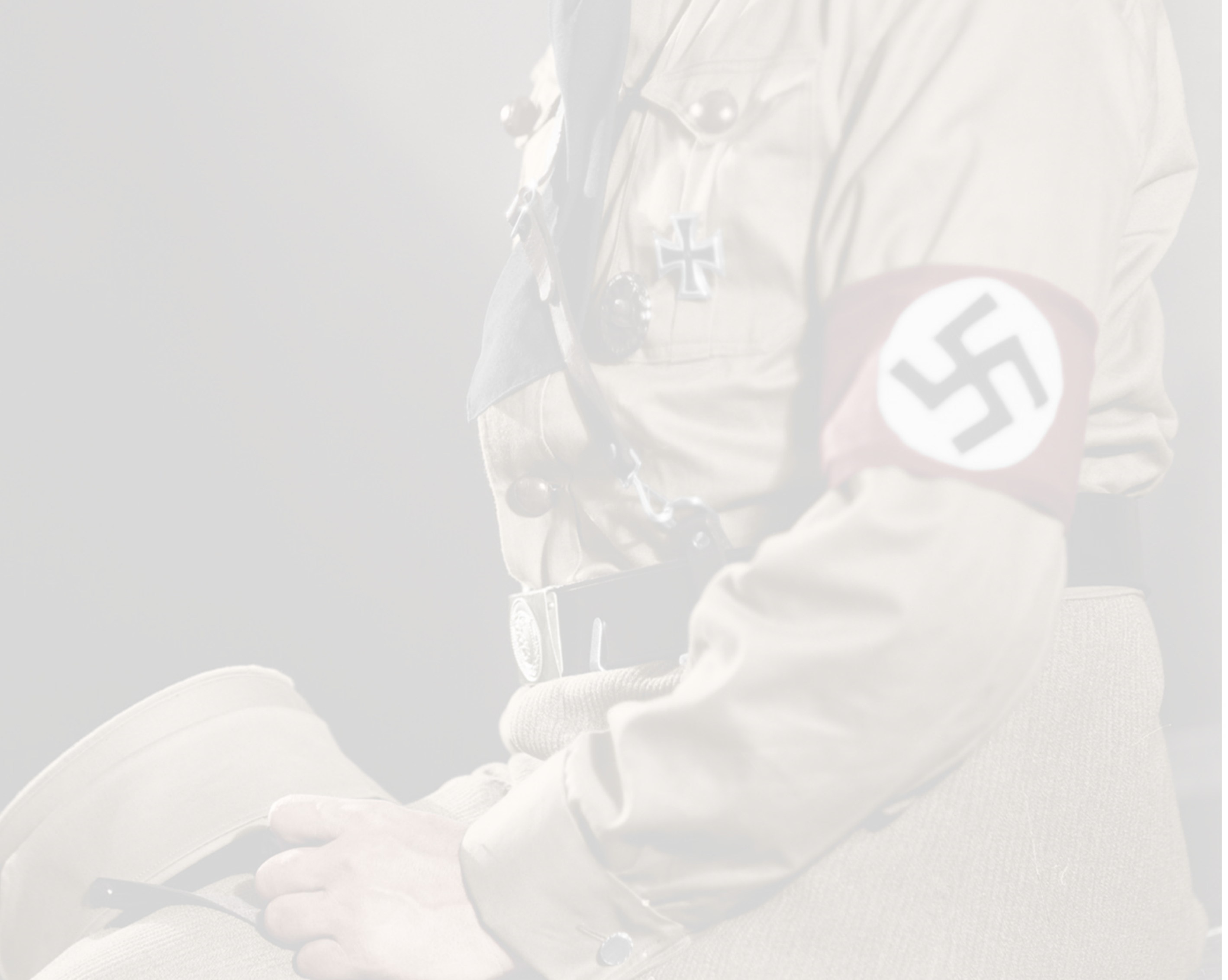
De voluntario de guerra a viejo soldado 181

Después de cuatro días regresamos. Incluso la patada había cambiado ahora. Los muchachos de diecisiete años ahora parecían hombres.
Los voluntarios del regimiento de la Lista tal vez no habían aprendido realmente a luchar, pero sabían morir como viejos soldados.
Ese fue el comienzo.
Así fue año tras año; Pero el romance de la batalla había sido reemplazado por el horror. El entusiasmo se fue enfriando poco a poco y el exuberante júbilo fue sofocado por el miedo a la muerte. Llegó el momento en que todos tuvieron que luchar entre el instinto de conservación y el recordatorio del deber. Yo tampoco me libré de esta pelea. Cada vez que la muerte estaba a la caza, un algo indeterminado trataba de rebelarse, luego trataba de presentarse como razón al débil cuerpo, y sin embargo, era sólo la cobardía la que trataba de enredar al individuo bajo tales disfraces. Entonces comenzó un fuerte tirón y advertencia, y sólo el último remanente de conciencia a menudo inclinaba la balanza. Pero cuanto más se esforzaba esta voz, que instaba a la prudencia, cuanto más fuerte e insistentemente llamaba, más aguda se volvía la resistencia, hasta que por fin, después de una larga lucha interior, el sentido del deber ganó el día. Ya en el invierno de 1915/16 esta batalla estaba decidida para mí. La voluntad finalmente se había dominado por completo. Si bien fui capaz de irrumpir entre vítores y risas durante los primeros días, ahora estaba tranquilo y decidido. Pero esto era lo permanente. Sólo ahora el destino podía proceder a los últimos ensayos sin que se rompieran los nervios o fallara la mente.
El joven voluntario de guerra se había convertido en un viejo soldado.

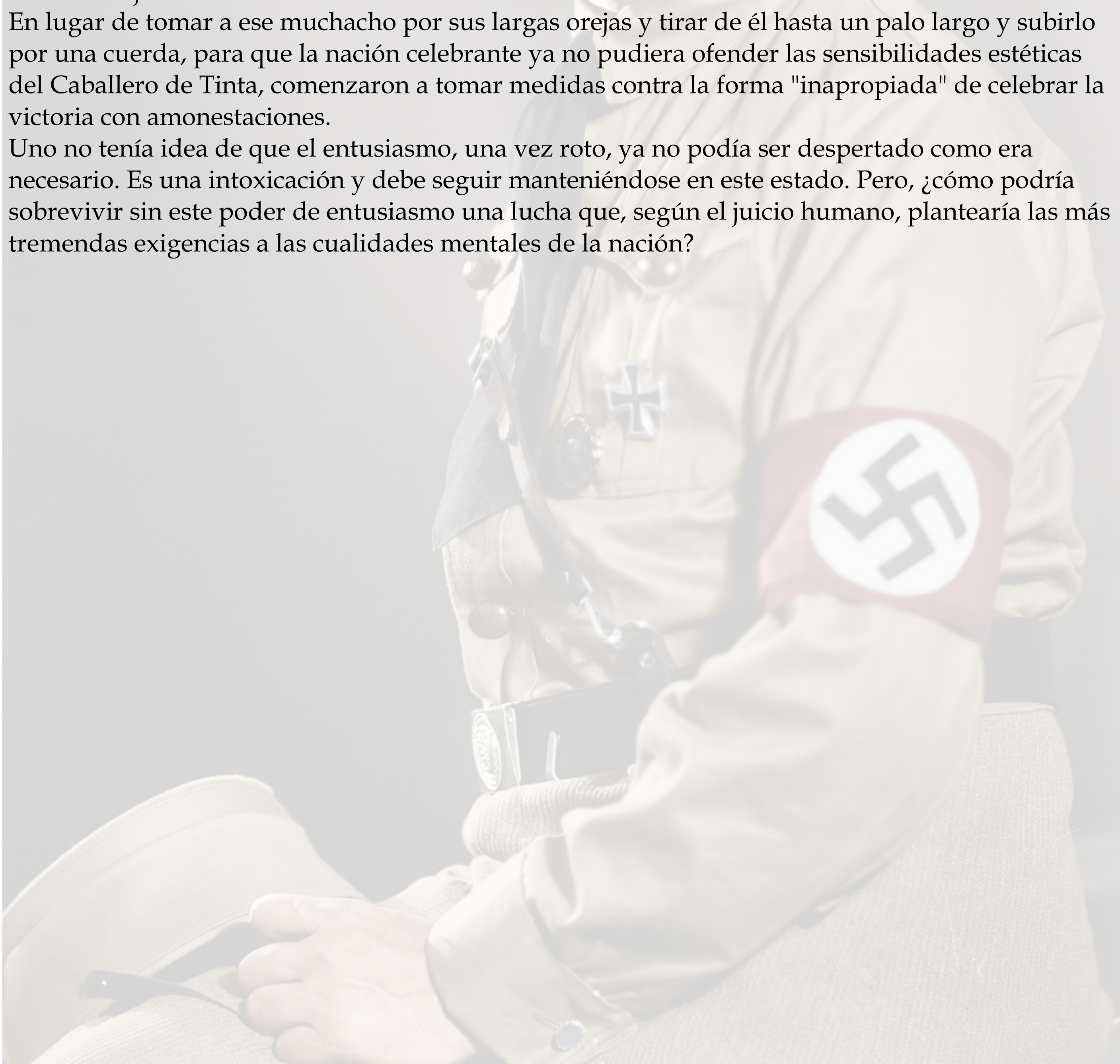


182 Un monumento a la inmortalidad

Pero este cambio se había producido en todo el ejército. Había salido viejo y duro de las luchas eternas, y lo que no pudo resistir la tormenta fue roto por ella.
Pero sólo ahora había que juzgar a este ejército. Ahora, después de dos o tres años, durante los cuales fue arrojado de una batalla a otra, luchando siempre contra la superioridad numérica y armamentística, sufriendo hambre y soportando privaciones, ahora era el momento de probar la bondad de este ejército único.
Pueden pasar miles de años, nunca se permitirá hablar y hablar de heroísmo sin recordar al ejército alemán de la Guerra Mundial. Entonces, fuera del velo del pasado, el frente de hierro del casco de acero gris se hará visible, sin tambalearse ni ceder, un monumento a la inmortalidad. Pero mientras los alemanes vivan, recordarán que estos fueron una vez hijos de su pueblo.
Yo era soldado en ese momento y no quería que me politizaran. Realmente no era el momento para eso. Todavía hoy tengo la convicción de que el último carretero prestó servicios más valiosos a la patria que incluso los primeros, digamos, "parlamentarios". Nunca odié a estos chismosos más que en el momento en que todo hombre verdadero que tenía algo que decir lo gritaba en la cara del enemigo, o de otra manera dejaba su boca en casa, y silenciosamente cumplía con su deber en algún lugar. Sí, odiaba a todos estos "políticos" en ese momento, y si hubiera sido por mí, se habría formado de inmediato un batallón parlamentario de Schipper; Entonces habrían podido chismorrear entre ellos hasta el hartazgo y la necesidad, sin molestar ni siquiera herir a la humanidad decente y honesta.
Así que no quería saber nada de política en ese momento, pero no pude evitar comentar ciertos fenómenos que afectaban a toda la nación, pero nos afectaban especialmente a los soldados.

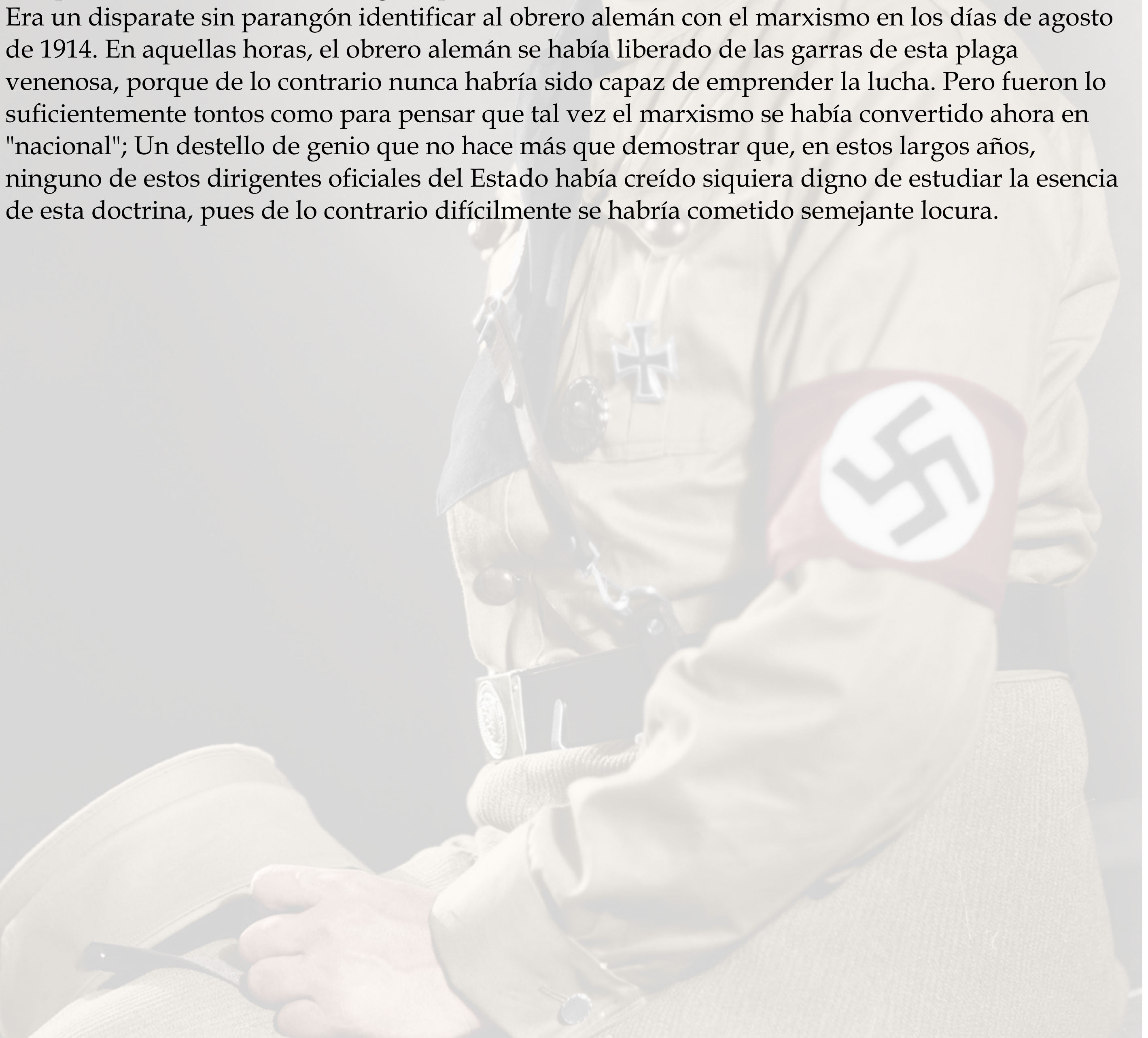


Había dos cosas que me molestaban interiormente en ese momento y que consideré dañinas.
Ya después de las primeras noticias de la victoria, cierta prensa lenta y tal vez inicialmente irreconocible para muchos comenzó a pesar algunas gotas de amargura en el entusiasmo general. Esto se hizo bajo la máscara de cierta benevolencia y bienintención, incluso una cierta ansiedad. Había preocupaciones sobre el exceso de exuberancia en la celebración de las victorias. Se temía que esto en esta forma no era digno de una nación tan grande y, por lo tanto, no era apropiado. La valentía y el heroísmo del soldado alemán eran algo completamente natural, de modo que uno no debía quedar tan embelesado por arrebatos irreflexivos de alegría, aunque sólo fuera por el bien de los países extranjeros, para quienes una forma tranquila y digna de alegría atraía más que un regocijo incontenible, etc. Por último, nosotros, los alemanes, no debemos olvidar que la guerra no era nuestra intención y, por lo tanto, no debemos avergonzarnos de confesar abierta y virilmente que siempre haremos nuestra parte para reconciliar a la humanidad. Por esta razón, sin embargo, no sería prudente estropear la pureza de las hazañas del ejército gritando demasiado, ya que el resto del mundo tendría poco entendimiento para tal comportamiento. Nada es más admirado que la modestia con la que un verdadero héroe olvida sus hazañas en silencio y sereno, porque a eso se redujo todo.
En lugar de tomar a ese muchacho por sus largas orejas y tirar de él hasta un palo largo y subirlo por una cuerda, para que la nación celebrante ya no pudiera ofender las sensibilidades estéticas del Caballero de Tinta, comenzaron a tomar medidas contra la forma "inapropiada" de celebrar la victoria con amonestaciones.
Uno no tenía idea de que el entusiasmo, una vez roto, ya no podía ser despertado como era necesario. Es una intoxicación y debe seguir manteniéndose en este estado. Pero, ¿cómo podría sobrevivir sin este poder de entusiasmo una lucha que, según el juicio humano, plantearía las más tremendas exigencias a las cualidades mentales de la nación?

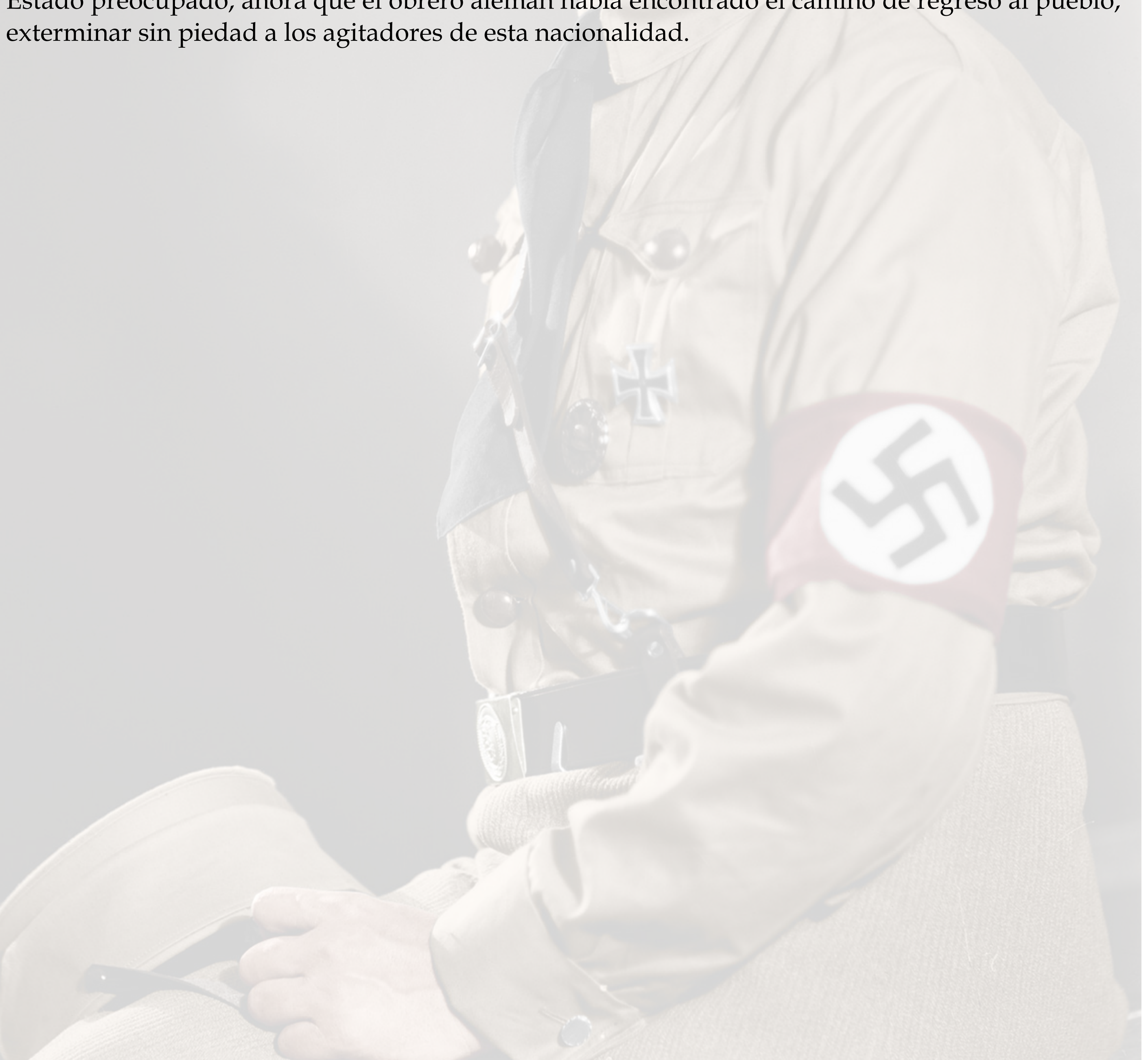


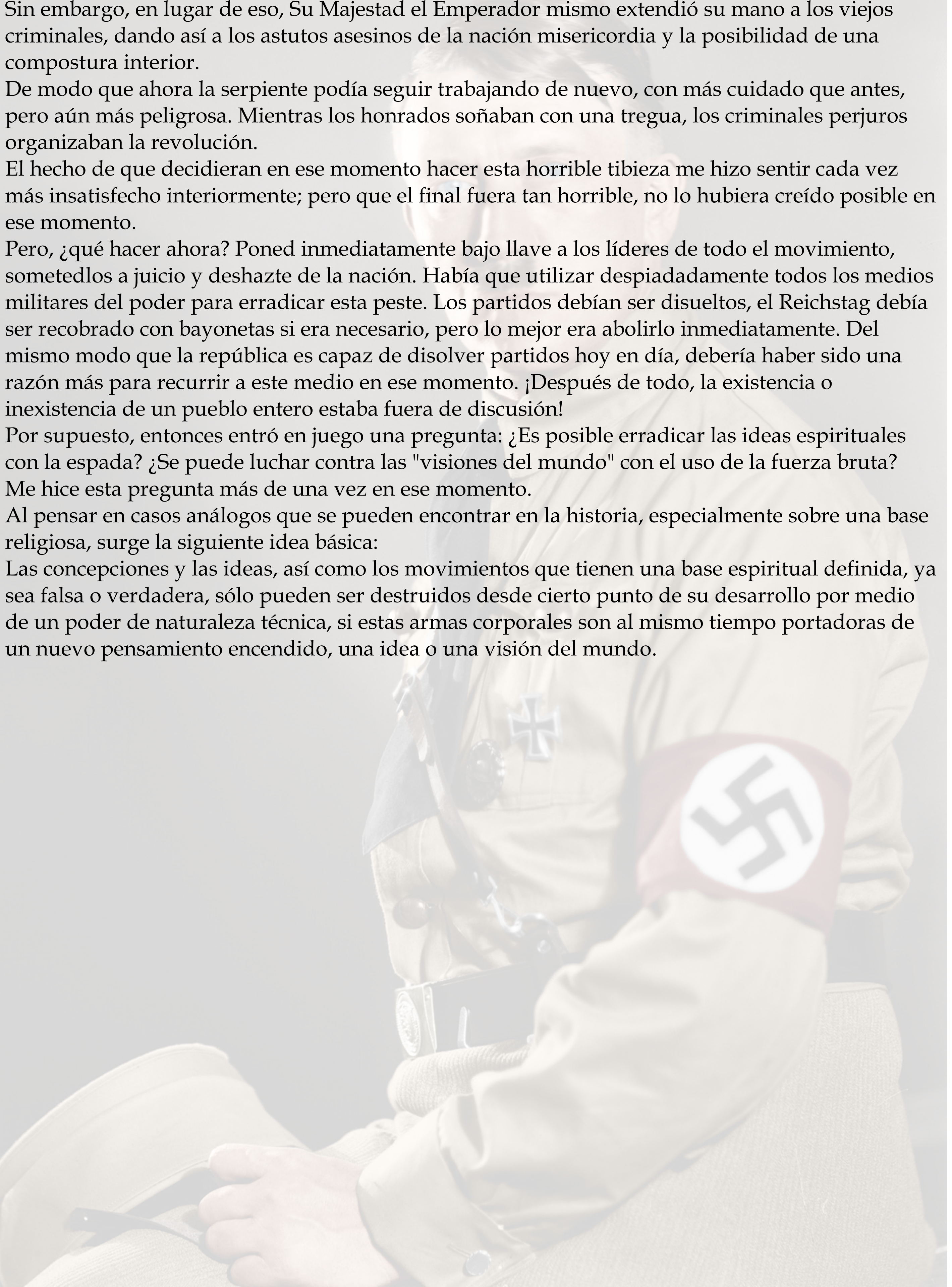
184 La incomprensión del marxismo

Conocía demasiado bien la psique de las masas como para no saber que uno no sería capaz de avivar el fuego necesario para mantener caliente este hierro con una elevación "estética". Era una locura a mis ojos que no se hiciera nada para aumentar el calor hirviente de la pasión; Pero que el que felizmente existía también fuera podado, no podía entenderlo en absoluto.
En segundo lugar, lo que me molestaba era la forma en que ahora se consideraba bueno oponerse al marxismo. A mis ojos, esto solo probaba que no tenían la menor idea de esta peste. Parecían creer con toda seriedad que, al asegurarles que ya no conocían a ningún partido, habían llevado al marxismo a la comprensión y la moderación.
Que esto no es un partido en absoluto, sino una doctrina que debe conducir a la destrucción de toda la humanidad, se comprendió tanto menos cuanto que esto no se oye en las universidades judaizadas, pero por lo demás, demasiados, especialmente nuestros altos funcionarios, no consideran que valga la pena la molestia por una presunción estúpida y educada. para tomar un libro y aprender algo que no formaba parte del plan de estudios de su universidad. La conmoción más poderosa pasa por estas "cabezas" sin dejar rastro, por lo que las instituciones estatales también están en su mayoría rezagadas con respecto a las privadas. De ellos, Dios verdadero, se aplica sobre todo el proverbio popular: Lo que el campesino no sabe, no come. Unas pocas excepciones solo confirman la regla aquí también.
Era un disparate sin parangón identificar al obrero alemán con el marxismo en los días de agosto de 1914. En aquellas horas, el obrero alemán se había liberado de las garras de esta plaga venenosa, porque de lo contrario nunca habría sido capaz de emprender la lucha. Pero fueron lo suficientemente tontos como para pensar que tal vez el marxismo se había convertido ahora en "nacional"; Un destello de genio que no hace más que demostrar que, en estos largos años, ninguno de estos dirigentes oficiales del Estado había creído siquiera digno de estudiar la esencia de esta doctrina, pues de lo contrario difícilmente se habría cometido semejante locura.



El marxismo, cuyo objetivo final es y sigue siendo la aniquilación de todos los Estados-nación no judíos, tuvo que encargarse con horror de que en las jornadas de julio de 1914 la clase obrera alemana, atrapada por él, despertara y comenzara a ponerse más rápidamente al servicio de la patria de hora en hora. En unos pocos días, toda la neblina y la estafa de este infame engaño al pueblo se habían desvanecido, y el liderazgo judío de repente se quedó solo y desamparado, como si no hubiera quedado ni rastro de las tonterías y engaños que se habían inculcado a las masas en sesenta años. Era un mal momento para los estafadores de la clase obrera del pueblo alemán. Pero tan pronto como los líderes reconocieron el peligro que los amenazaba, rápidamente se taparon las orejas con el manto de invisibilidad de las mentiras e imitaron descaradamente el levantamiento nacional.
Pero ahora había llegado el momento de tomar medidas contra toda la asociación fraudulenta de estos envenenadores judíos del pueblo. Ahora tenían que ser juzgados sin la menor consideración por los gritos o lloriqueos. En agosto de 1914, el murmullo de la solidaridad internacional había desaparecido de la mente de la clase obrera alemana de un solo golpe, y en su lugar, sólo unas semanas más tarde, la metralla estadounidense comenzó a derramar las bendiciones de la hermandad sobre los cascos de las columnas en marcha. Habría sido el deber de un gobierno de Estado preocupado, ahora que el obrero alemán había encontrado el camino de regreso al pueblo, exterminar sin piedad a los agitadores de esta nacionalidad.





186 El uso de la fuerza desnuda

Si los mejores caían en el frente, al menos las alimañas podían ser exterminadas en casa.
Sin embargo, en lugar de eso, Su Majestad el Emperador mismo extendió su mano a los viejos criminales, dando así a los astutos asesinos de la nación misericordia y la posibilidad de una compostura interior.
De modo que ahora la serpiente podía seguir trabajando de nuevo, con más cuidado que antes, pero aún más peligrosa. Mientras los honrados soñaban con una tregua, los criminales perjuros organizaban la revolución.
El hecho de que decidieran en ese momento hacer esta horrible tibieza me hizo sentir cada vez más insatisfecho interiormente; pero que el final fuera tan horrible, no lo hubiera creído posible en ese momento.
Pero, ¿qué hacer ahora? Poned inmediatamente bajo llave a los líderes de todo el movimiento, sometedlos a juicio y deshazte de la nación. Había que utilizar despiadadamente todos los medios militares del poder para erradicar esta peste. Los partidos debían ser disueltos, el Reichstag debía ser recobrado con bayonetas si era necesario, pero lo mejor era abolirlo inmediatamente. Del mismo modo que la república es capaz de disolver partidos hoy en día, debería haber sido una razón más para recurrir a este medio en ese momento. ¡Después de todo, la existencia o inexistencia de un pueblo entero estaba fuera de discusión!
Por supuesto, entonces entró en juego una pregunta: ¿Es posible erradicar las ideas espirituales con la espada? ¿Se puede luchar contra las "visiones del mundo" con el uso de la fuerza bruta?
Me hice esta pregunta más de una vez en ese momento.
Al pensar en casos análogos que se pueden encontrar en la historia, especialmente sobre una base religiosa, surge la siguiente idea básica:
Las concepciones y las ideas, así como los movimientos que tienen una base espiritual definida, ya sea falsa o verdadera, sólo pueden ser destruidos desde cierto punto de su desarrollo por medio de un poder de naturaleza técnica, si estas armas corporales son al mismo tiempo portadoras de un nuevo pensamiento encendido, una idea o una visión del mundo.

El uso de la fuerza desnuda 187

El uso de la fuerza por sí solo, sin la fuerza motriz de una concepción espiritual básica como presuposición, nunca puede conducir a la destrucción de una idea y su difusión, excepto en la forma de una erradicación completa del último portador y la destrucción de la tradición última. Sin embargo, esto suele significar la retirada de dicho cuerpo de Estado del círculo de la importancia política del poder durante un tiempo a menudo interminable, a veces para siempre; Porque la experiencia ha demostrado que tal sacrificio de sangre afecta a la mejor parte del pueblo, ya que toda persecución que se lleva a cabo sin presupuestos espirituales no parece estar moralmente justificada, y ahora azuza los bienes más valiosos de un pueblo para protestar, lo que, sin embargo, resulta en una apropiación del contenido espiritual del movimiento injustamente perseguido. Para muchos, esto se debe simplemente a un sentimiento de oposición al intento de golpear una idea a través de la fuerza bruta.

Como resultado, sin embargo, el número de seguidores internos crece en la misma medida en que aumenta la persecución. Por consiguiente, la destrucción completa de la nueva doctrina sólo puede llevarse a cabo por medio de un exterminio tan grande y cada vez mayor que toda sangre verdaderamente valiosa sea finalmente retirada del pueblo o del Estado en cuestión. Esto, sin embargo, toma su venganza, en el hecho de que ahora puede tener lugar una purificación llamada "interior", únicamente a expensas de una impotencia general. Pero tal proceso siempre será en vano desde el principio, si la doctrina a combatir ya ha cruzado un cierto círculo pequeño.

Por lo tanto, como con todo crecimiento, es más probable que el primer período de la infancia esté expuesto a la posibilidad de aniquilación, mientras que con el aumento de los años aumenta el poder de resistencia, solo para dar paso a una nueva juventud nuevamente cuando se acerca la vejez, aunque en una forma diferente y por diferentes razones.



188 El uso de la fuerza desnuda

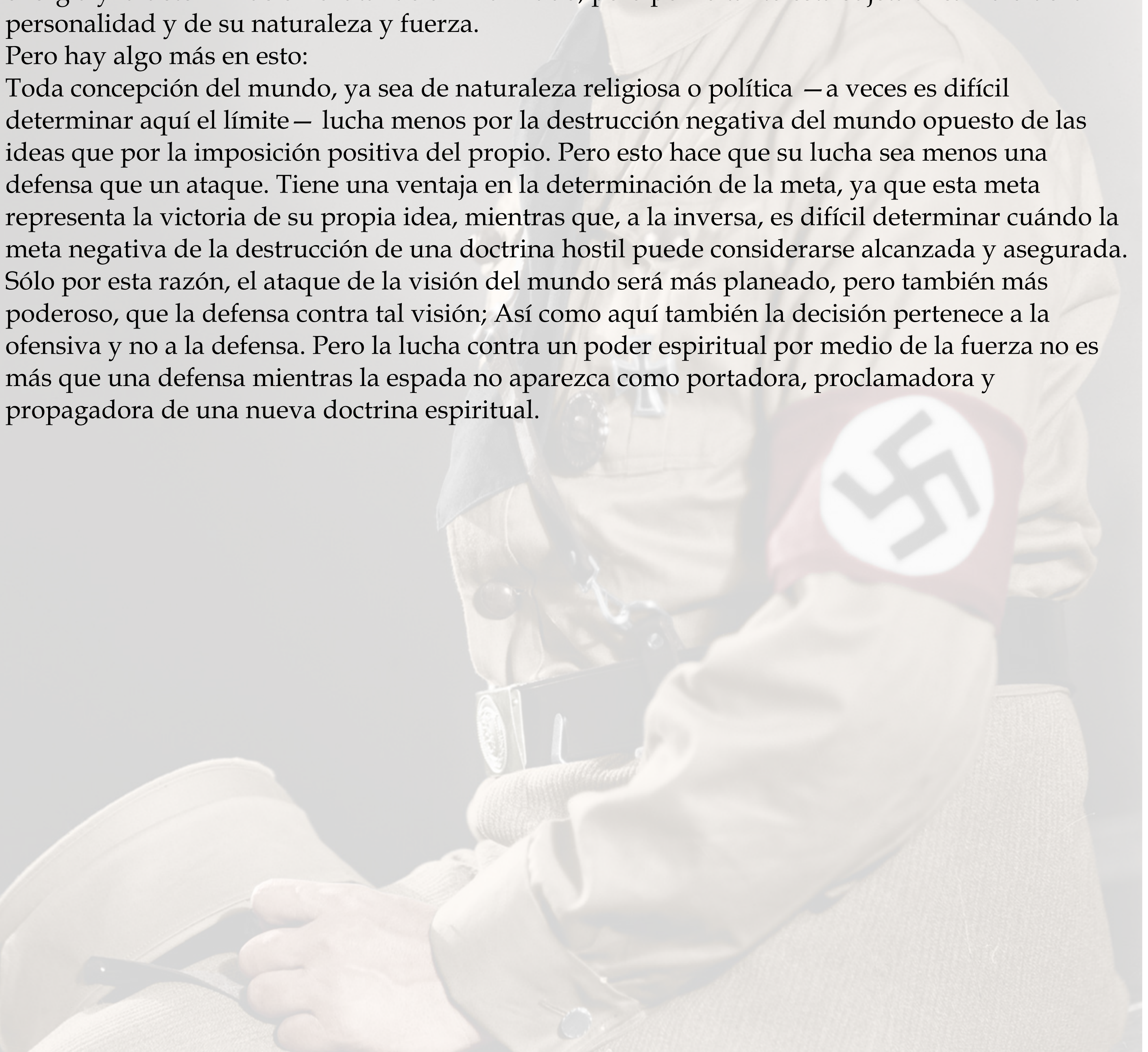
De hecho, sin embargo, casi todos los intentos de erradicar una doctrina y su efecto organizativo por la fuerza sin una base espiritual conducen al fracaso, y no pocas veces terminan exactamente lo contrario de lo que se desea, por la siguiente razón:

El primer requisito previo para una forma de luchar con las armas de la fuerza desnuda es y sigue siendo la perseverancia. Esto significa que sólo en la aplicación constante y uniforme de los métodos para la supresión de una doctrina, etc., reside la posibilidad del éxito de la intención. Pero en la medida en que la violencia se alterne con la indulgencia, no sólo se recuperará siempre la doctrina que se quiere suprimir, sino que incluso podrá extraer nuevos valores de cada persecución, ya que después de que tal ola de presión haya disminuido, la indignación por el sufrimiento soportado conducirá a nuevos adeptos a la vieja doctrina. Pero los que ya existen se aferrarán a ella con mayor desafío y odio más profundo que antes, e incluso los apóstatas escindidos tratarán de volver a su antigua actitud después de que el peligro haya sido eliminado.

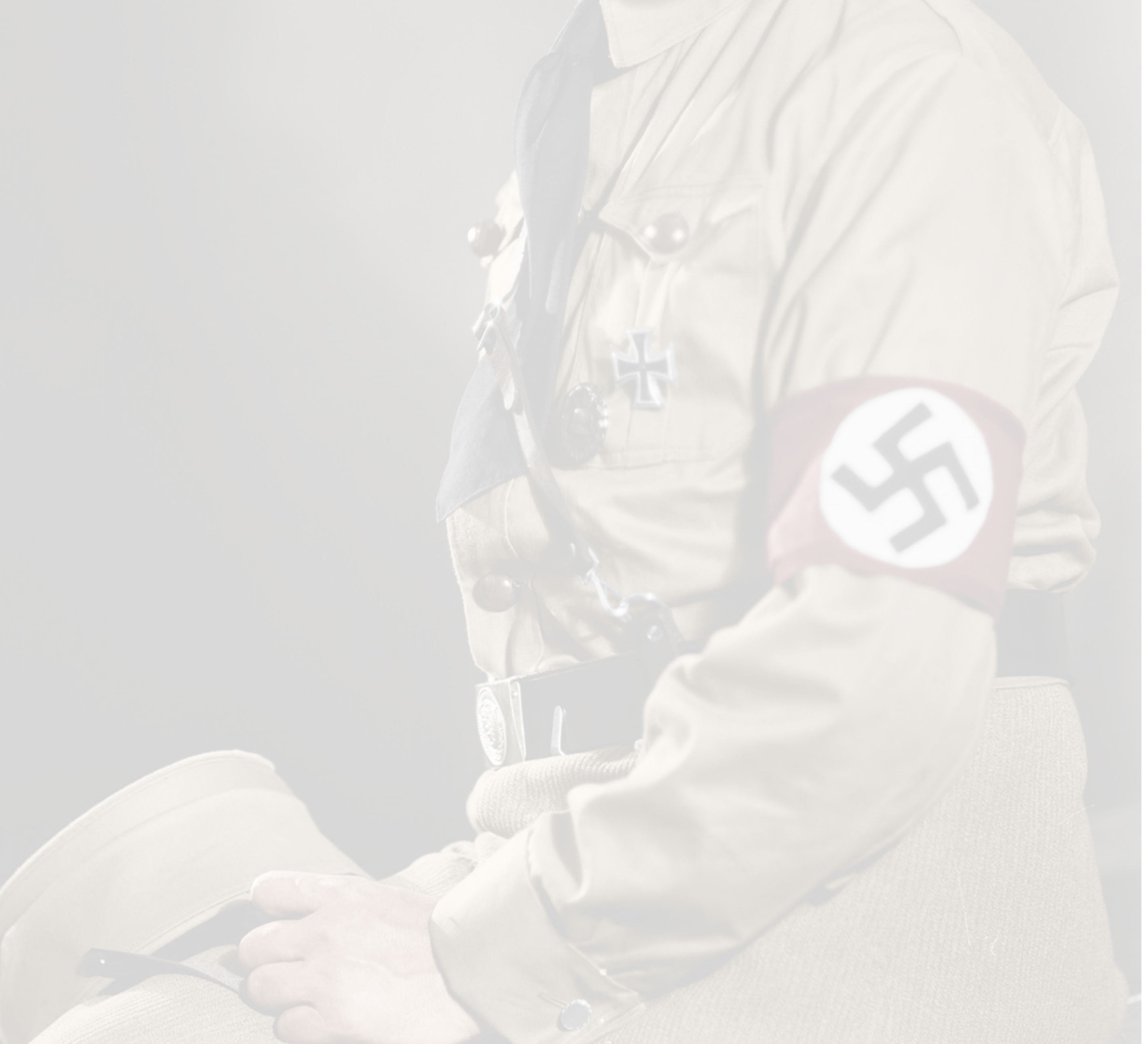
Sólo en el uso eternamente uniforme de la fuerza reside el primer requisito previo para el éxito. Esta perseverancia, sin embargo, es siempre sólo el resultado de una cierta convicción espiritual. Cualquier poder que no brote de una base espiritual sólida será vacilante e incierto. Carece de la estabilidad que sólo puede descansar en una visión fanática del mundo. Es la emanación de la energía y la determinación brutal de un individuo, pero por lo tanto está sujeta al cambio de la personalidad y de su naturaleza y fuerza.

Pero hay algo más en esto:

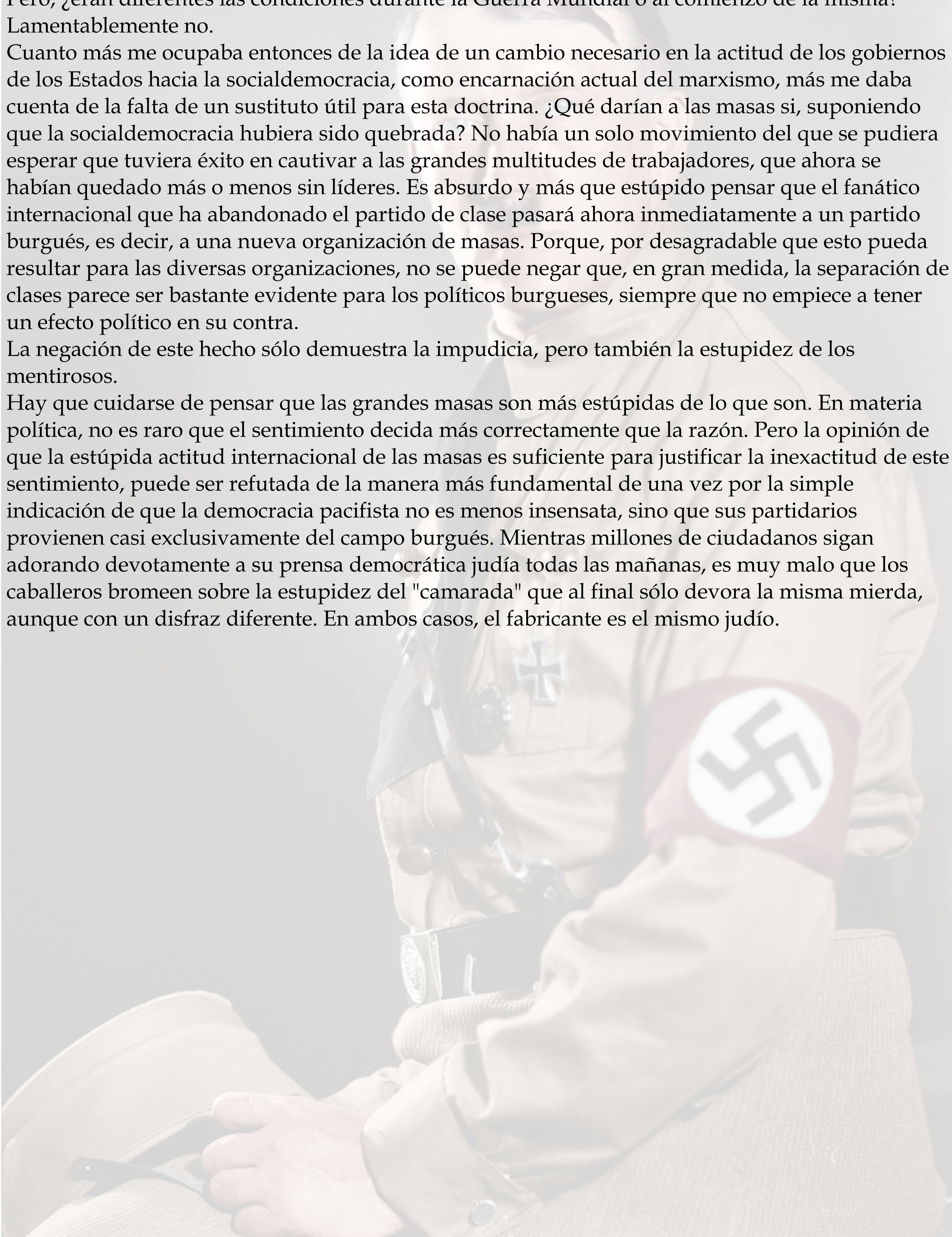
Toda concepción del mundo, ya sea de naturaleza religiosa o política —a veces es difícil determinar aquí el límite— lucha menos por la destrucción negativa del mundo opuesto de las ideas que por la imposición positiva del propio. Pero esto hace que su lucha sea menos una defensa que un ataque. Tiene una ventaja en la determinación de la meta, ya que esta meta representa la victoria de su propia idea, mientras que, a la inversa, es difícil determinar cuándo la meta negativa de la destrucción de una doctrina hostil puede considerarse alcanzada y asegurada. Sólo por esta razón, el ataque de la visión del mundo será más planeado, pero también más poderoso, que la defensa contra tal visión; Así como aquí también la decisión pertenece a la ofensiva y no a la defensa. Pero la lucha contra un poder espiritual por medio de la fuerza no es más que una defensa mientras la espada no aparezca como portadora, proclamadora y propagadora de una nueva doctrina espiritual.



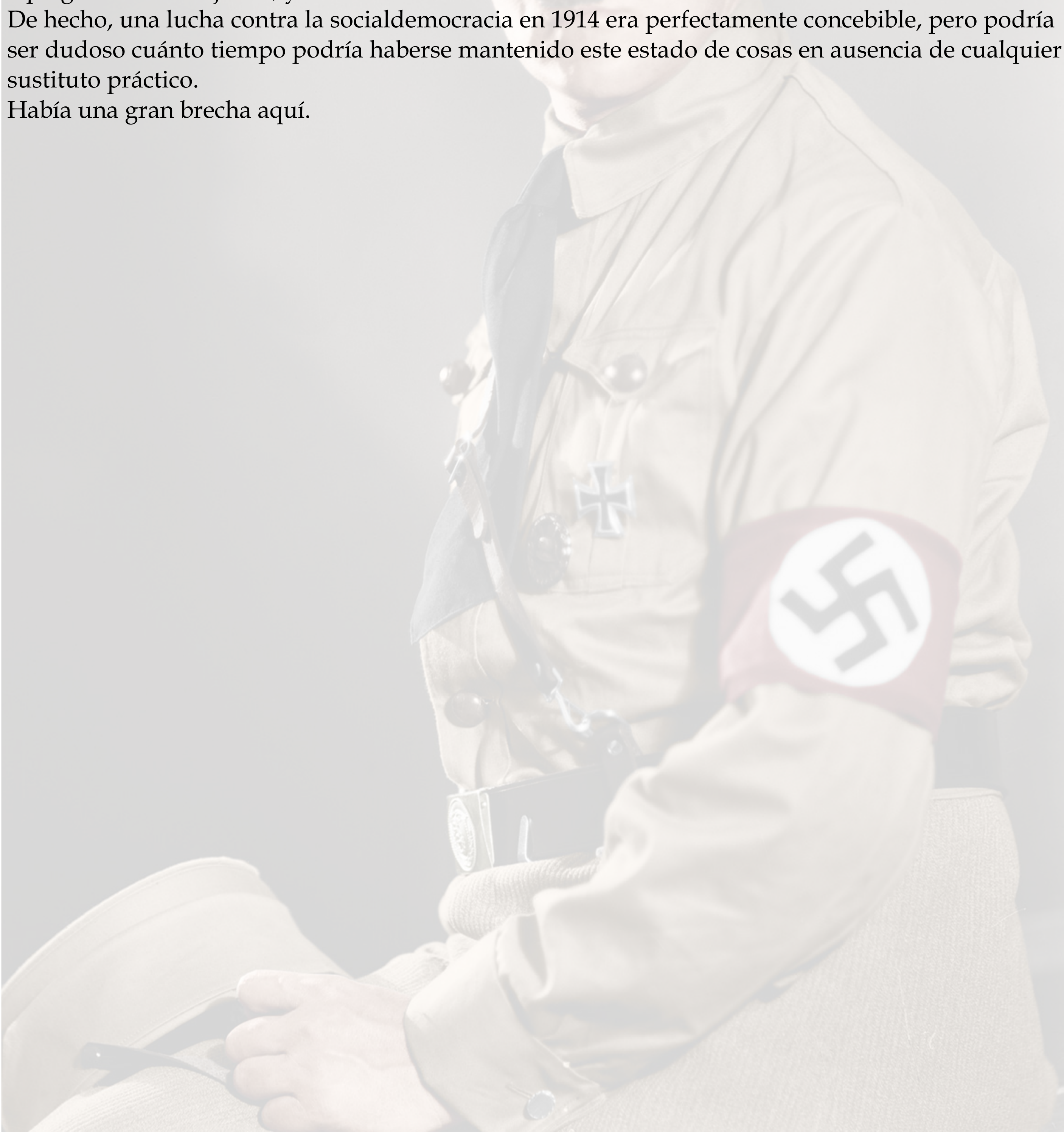
Así que pueden sentarse juntos y decir lo siguiente:
Todo intento de combatir una visión del mundo por medio del poder fracasa al final mientras la lucha no tome la forma de un ataque por una nueva actitud mental. Sólo en la lucha de dos visiones del mundo entre sí, el arma de la fuerza bruta, utilizada de manera persistente y despiadada, puede provocar la decisión para el lado al que apoya.
Pero esta ha sido siempre la razón por la que la lucha contra el marxismo ha fracasado.
Esa fue la razón por la que la legislación antisocialista de Bismarck finalmente fracasó y tuvo que fracasar a pesar de todo. No había una plataforma para una nueva visión del mundo, por cuyo surgimiento se podría haber librado la lucha. Porque el absurdo de una supuesta "autoridad estatal" o de "paz y orden" pueda ser una base adecuada para el impulso intelectual de una lucha a vida o muerte sólo podrá convencer a la sabiduría proverbial de los altos funcionarios ministeriales.
Pero como no había un verdadero portador intelectual de esta lucha, Bismarck tuvo que dejar la aplicación de su legislación antisocialista a la discreción y a la voluntad de esa institución que ya era a su vez el producto del pensamiento marxista. Al entregar el destino de su guerra marxista a la benevolencia de la democracia burguesa, el Canciller de Hierro convirtió a la cabra en el jardinero.



Todo esto, sin embargo, no era más que la consecuencia inevitable de la falta de una nueva visión fundamental del mundo, de una voluntad tormentosa de conquista que se opusiera al marxismo. De modo que el resultado de la lucha de Bismarck no fue más que una grave decepción.
Pero, ¿eran diferentes las condiciones durante la Guerra Mundial o al comienzo de la misma? Lamentablemente no.
Cuanto más me ocupaba entonces de la idea de un cambio necesario en la actitud de los gobiernos de los Estados hacia la socialdemocracia, como encarnación actual del marxismo, más me daba cuenta de la falta de un sustituto útil para esta doctrina. ¿Qué darían a las masas si, suponiendo que la socialdemocracia hubiera sido quebrada? No había un solo movimiento del que se pudiera esperar que tuviera éxito en cautivar a las grandes multitudes de trabajadores, que ahora se habían quedado más o menos sin líderes. Es absurdo y más que estúpido pensar que el fanático internacional que ha abandonado el partido de clase pasará ahora inmediatamente a un partido burgués, es decir, a una nueva organización de masas. Porque, por desagradable que esto pueda resultar para las diversas organizaciones, no se puede negar que, en gran medida, la separación de clases parece ser bastante evidente para los políticos burgueses, siempre que no empiece a tener un efecto político en su contra.
La negación de este hecho sólo demuestra la impudicia, pero también la estupidez de los mentirosos.
Hay que cuidarse de pensar que las grandes masas son más estúpidas de lo que son. En materia política, no es raro que el sentimiento decida más correctamente que la razón. Pero la opinión de que la estúpida actitud internacional de las masas es suficiente para justificar la inexactitud de este sentimiento, puede ser refutada de la manera más fundamental de una vez por la simple indicación de que la democracia pacifista no es menos insensata, sino que sus partidarios provienen casi exclusivamente del campo burgués. Mientras millones de ciudadanos sigan adorando devotamente a su prensa democrática judía todas las mañanas, es muy malo que los caballeros bromeen sobre la estupidez del "camarada" que al final sólo devora la misma mierda, aunque con un disfraz diferente. En ambos casos, el fabricante es el mismo judío.



Por lo tanto, uno debe tener mucho cuidado de no negar las cosas que simplemente suceden. No se puede negar el hecho de que la cuestión de clase no es en modo alguno sólo una cuestión de problemas idealistas, como siempre se quiere creer, sobre todo antes de las elecciones. La presunción de clase de una gran parte de nuestro pueblo, así como, sobre todo, la baja estimación del trabajador manual, es un fenómeno que no tiene su origen en la imaginación de un lunático. Pero, aparte de eso, indica la baja capacidad de pensamiento de nuestra llamada intelectualidad si no se comprende en estos círculos que un estado de cosas que no pudo evitar la aparición de una plaga como el marxismo, ahora será aún más incapaz de recuperar lo que se ha perdido.
Los partidos "burgueses", como se llaman a sí mismos, no podrán volver a atar a las masas "proletarias" a su campo, ya que aquí se enfrentan dos mundos, en parte naturalmente, en parte artificialmente separados, cuyo estado de actitud recíproca no puede ser más que la lucha. Pero aquí ganará el más joven, y eso sería el marxismo.
De hecho, una lucha contra la socialdemocracia en 1914 era perfectamente concebible, pero podría ser dudoso cuánto tiempo podría haberse mantenido este estado de cosas en ausencia de cualquier sustituto práctico.
Había una gran brecha aquí.



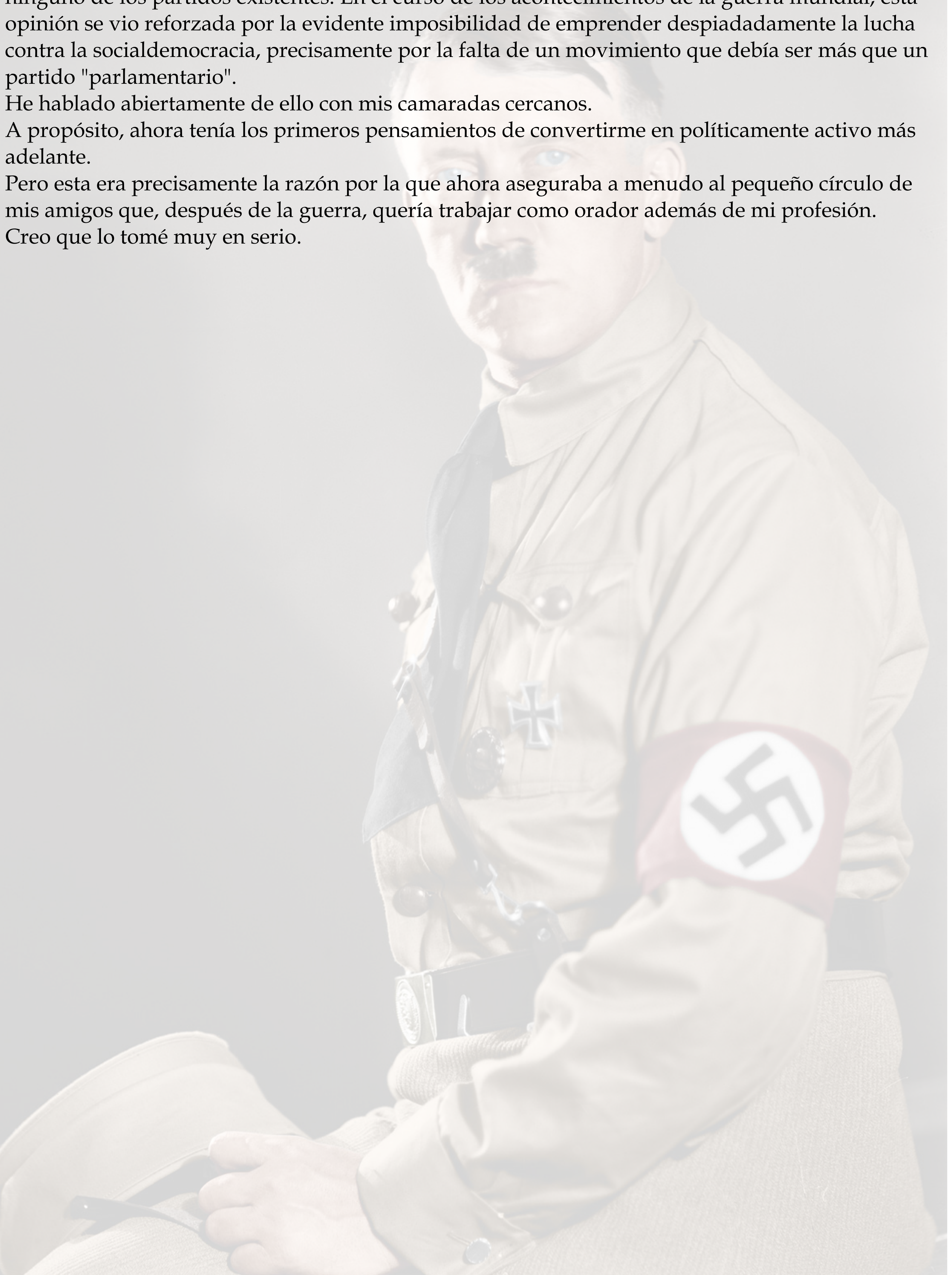
Yo tenía esta opinión mucho antes de la guerra y, por lo tanto, no podía decidirme a acercarme a ninguno de los partidos existentes. En el curso de los acontecimientos de la guerra mundial, esta opinión se vio reforzada por la evidente imposibilidad de emprender despiadadamente la lucha contra la socialdemocracia, precisamente por la falta de un movimiento que debía ser más que un partido "parlamentario".

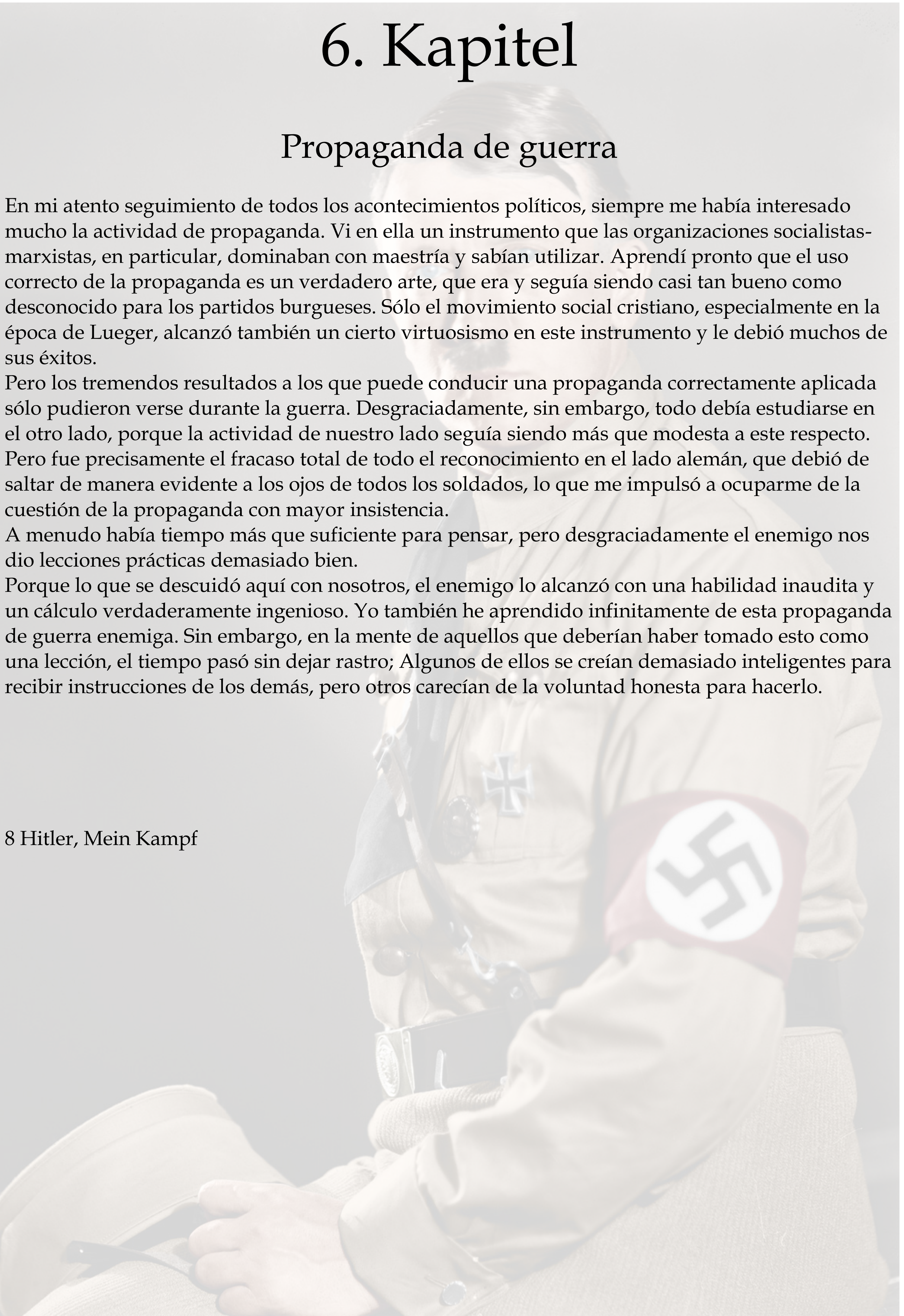
He hablado abiertamente de ello con mis camaradas cercanos.

A propósito, ahora tenía los primeros pensamientos de convertirme en políticamente activo más adelante.

Pero esta era precisamente la razón por la que ahora aseguraba a menudo al pequeño círculo de mis amigos que, después de la guerra, quería trabajar como orador además de mi profesión.

Creo que lo tomé muy en serio.



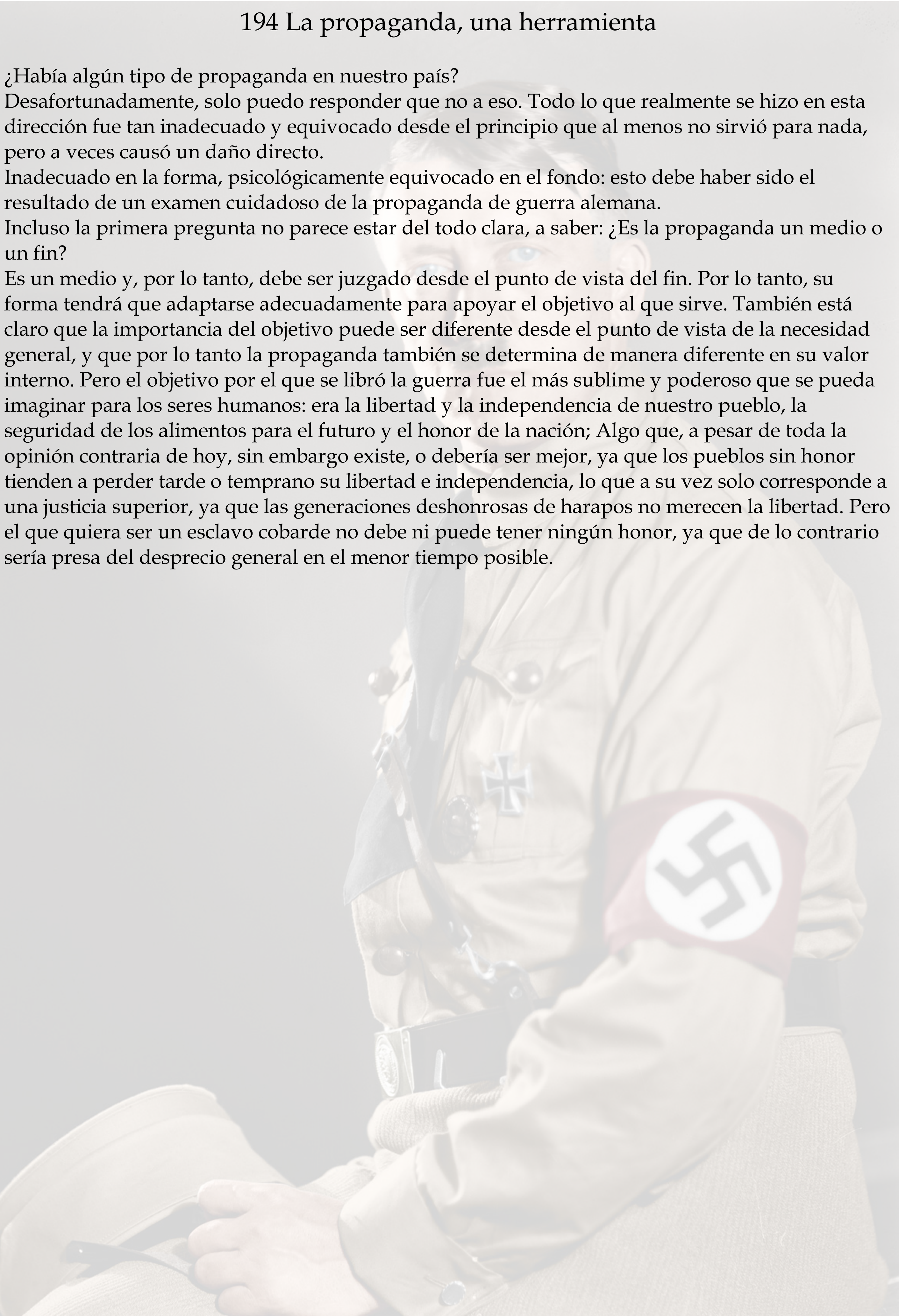


6. Kapitel

Propaganda de guerra

En mi atento seguimiento de todos los acontecimientos políticos, siempre me había interesado mucho la actividad de propaganda. Vi en ella un instrumento que las organizaciones socialistas-marxistas, en particular, dominaban con maestría y sabían utilizar. Aprendí pronto que el uso correcto de la propaganda es un verdadero arte, que era y seguía siendo casi tan bueno como desconocido para los partidos burgueses. Sólo el movimiento social cristiano, especialmente en la época de Lueger, alcanzó también un cierto virtuosismo en este instrumento y le debió muchos de sus éxitos.
Pero los tremendos resultados a los que puede conducir una propaganda correctamente aplicada sólo pudieron verse durante la guerra. Desgraciadamente, sin embargo, todo debía estudiarse en el otro lado, porque la actividad de nuestro lado seguía siendo más que modesta a este respecto. Pero fue precisamente el fracaso total de todo el reconocimiento en el lado alemán, que debió de saltar de manera evidente a los ojos de todos los soldados, lo que me impulsó a ocuparme de la cuestión de la propaganda con mayor insistencia.
A menudo había tiempo más que suficiente para pensar, pero desgraciadamente el enemigo nos dio lecciones prácticas demasiado bien.
Porque lo que se descuidó aquí con nosotros, el enemigo lo alcanzó con una habilidad inaudita y un cálculo verdaderamente ingenioso. Yo también he aprendido infinitamente de esta propaganda de guerra enemiga. Sin embargo, en la mente de aquellos que deberían haber tomado esto como una lección, el tiempo pasó sin dejar rastro; Algunos de ellos se creían demasiado inteligentes para recibir instrucciones de los demás, pero otros carecían de la voluntad honesta para hacerlo.

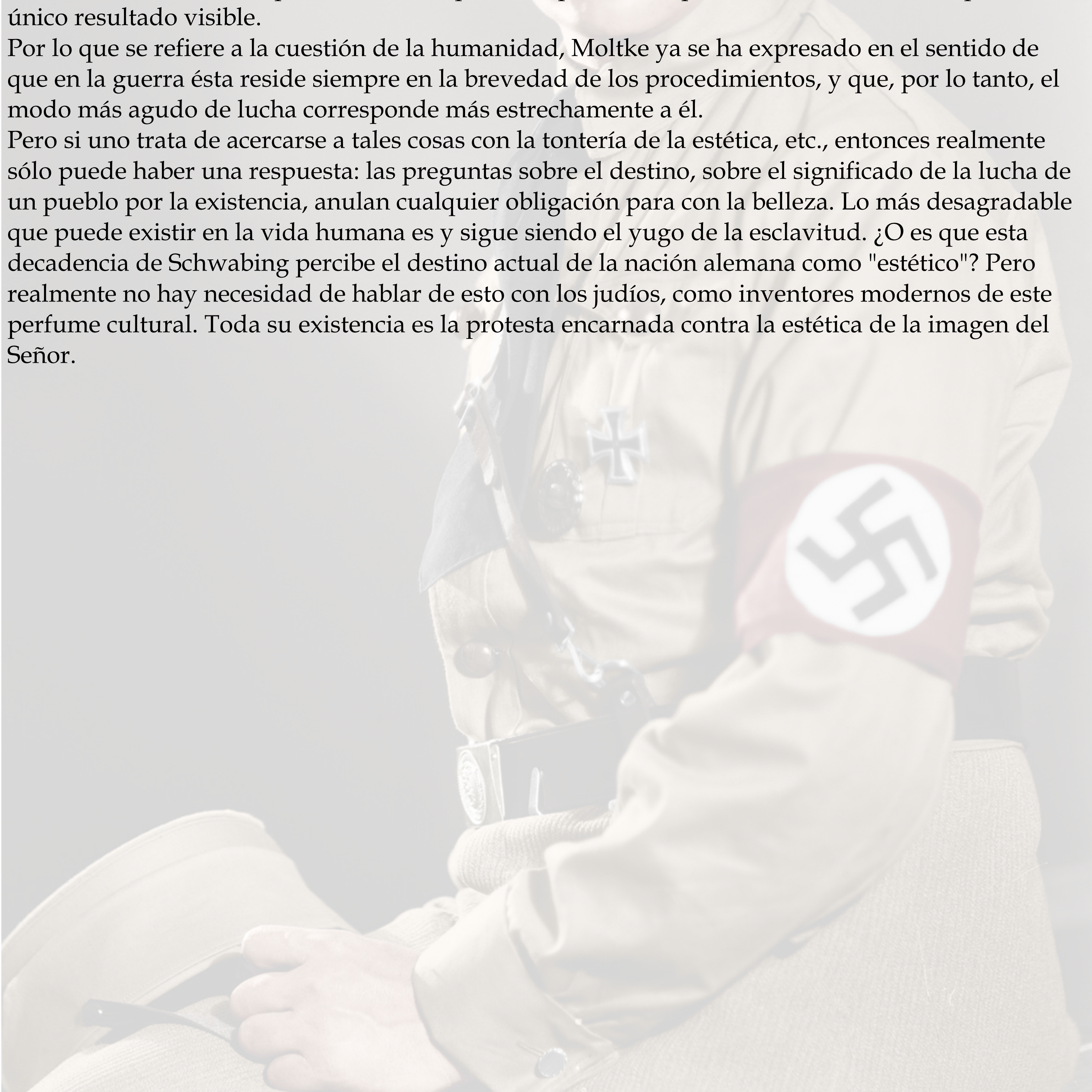
8 Hitler, Mein Kampf

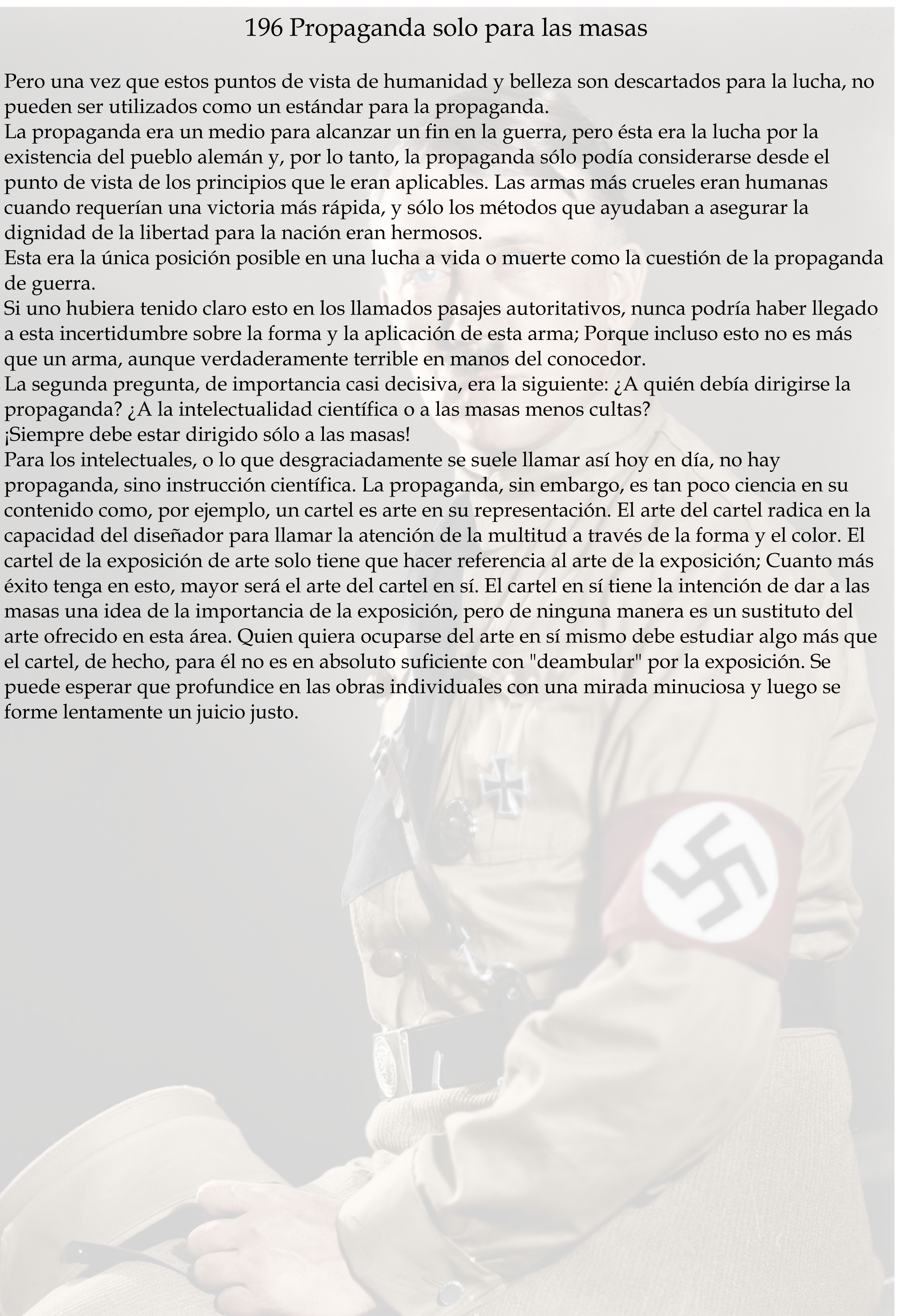


194 La propaganda, una herramienta

¿Había algún tipo de propaganda en nuestro país?
Desafortunadamente, solo puedo responder que no a eso. Todo lo que realmente se hizo en esta dirección fue tan inadecuado y equivocado desde el principio que al menos no sirvió para nada, pero a veces causó un daño directo.
Inadecuado en la forma, psicológicamente equivocado en el fondo: esto debe haber sido el resultado de un examen cuidadoso de la propaganda de guerra alemana.
Incluso la primera pregunta no parece estar del todo clara, a saber: ¿Es la propaganda un medio o un fin?
Es un medio y, por lo tanto, debe ser juzgado desde el punto de vista del fin. Por lo tanto, su forma tendrá que adaptarse adecuadamente para apoyar el objetivo al que sirve. También está claro que la importancia del objetivo puede ser diferente desde el punto de vista de la necesidad general, y que por lo tanto la propaganda también se determina de manera diferente en su valor interno. Pero el objetivo por el que se libró la guerra fue el más sublime y poderoso que se pueda imaginar para los seres humanos: era la libertad y la independencia de nuestro pueblo, la seguridad de los alimentos para el futuro y el honor de la nación; Algo que, a pesar de toda la opinión contraria de hoy, sin embargo existe, o debería ser mejor, ya que los pueblos sin honor tienden a perder tarde o temprano su libertad e independencia, lo que a su vez solo corresponde a una justicia superior, ya que las generaciones deshonrosas de harapos no merecen la libertad. Pero el que quiera ser un esclavo cobarde no debe ni puede tener ningún honor, ya que de lo contrario sería presa del desprecio general en el menor tiempo posible.

El pueblo alemán luchó en la lucha por una existencia humana, y apoyar esta lucha habría sido el propósito de la propaganda de la guerra; Ayudarlo a alcanzar la victoria debe ser la meta.
Pero cuando los pueblos luchan por su existencia en este planeta, y así se enfrentan a la fatídica cuestión de si ser o no ser, todas las consideraciones de humanidad o estética se derrumban en la nada; Porque todas estas ideas no flotan en el mundo, sino que se originan de la imaginación del hombre y están ligadas a él. Su partida de este mundo también disuelve estos conceptos en la nada, porque la naturaleza no los conoce. Pero también encuentra entre los hombres sólo unos pocos pueblos o los mejores descansan, y en la medida en que se originan en el sentimiento del pueblo mismo. La humanidad y la estética perecerían incluso en un mundo habitado por el hombre, así como perderían los restos que son los creadores y portadores de estos conceptos.
De este modo, sin embargo, todos estos conceptos no tienen más que un significado secundario en la lucha de un pueblo por su existencia en este mundo, de hecho, quedan completamente excluidos como determinantes de las formas de lucha, tan pronto como el poder de autoconservación de un pueblo en lucha pudo ser paralizado por ellos. Pero ese es siempre el único resultado visible.
Por lo que se refiere a la cuestión de la humanidad, Moltke ya se ha expresado en el sentido de que en la guerra ésta reside siempre en la brevedad de los procedimientos, y que, por lo tanto, el modo más agudo de lucha corresponde más estrechamente a él.
Pero si uno trata de acercarse a tales cosas con la tontería de la estética, etc., entonces realmente sólo puede haber una respuesta: las preguntas sobre el destino, sobre el significado de la lucha de un pueblo por la existencia, anulan cualquier obligación para con la belleza. Lo más desagradable que puede existir en la vida humana es y sigue siendo el yugo de la esclavitud. ¿O es que esta decadencia de Schwabing percibe el destino actual de la nación alemana como "estético"? Pero realmente no hay necesidad de hablar de esto con los judíos, como inventores modernos de este perfume cultural. Toda su existencia es la protesta encarnada contra la estética de la imagen del Señor.



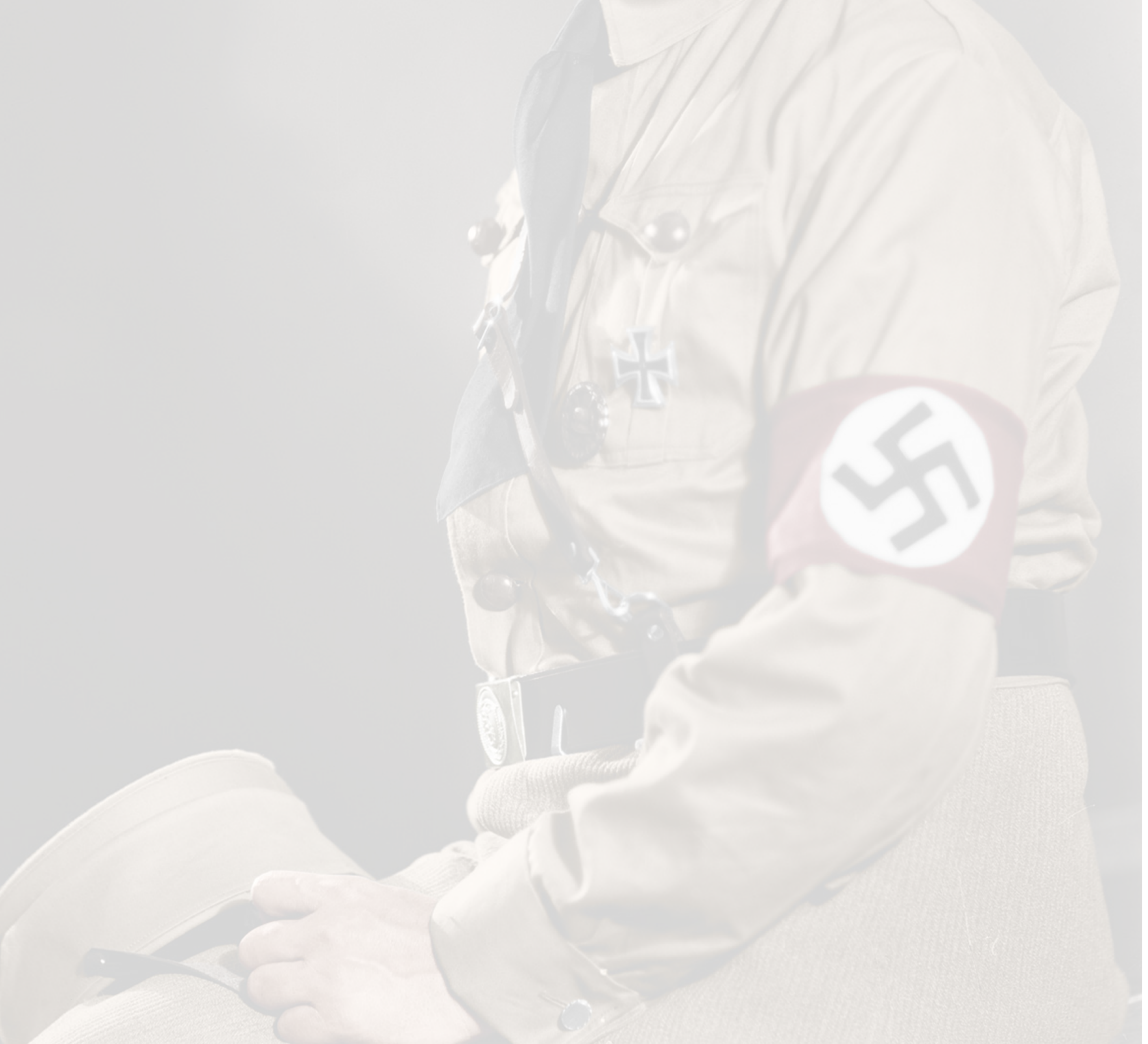


196 Propaganda solo para las masas

Pero una vez que estos puntos de vista de humanidad y belleza son descartados para la lucha, no pueden ser utilizados como un estándar para la propaganda.
La propaganda era un medio para alcanzar un fin en la guerra, pero ésta era la lucha por la existencia del pueblo alemán y, por lo tanto, la propaganda sólo podía considerarse desde el punto de vista de los principios que le eran aplicables. Las armas más crueles eran humanas cuando requerían una victoria más rápida, y sólo los métodos que ayudaban a asegurar la dignidad de la libertad para la nación eran hermosos.
Esta era la única posición posible en una lucha a vida o muerte como la cuestión de la propaganda de guerra.
Si uno hubiera tenido claro esto en los llamados pasajes autoritativos, nunca podría haber llegado a esta incertidumbre sobre la forma y la aplicación de esta arma; Porque incluso esto no es más que un arma, aunque verdaderamente terrible en manos del conocedor.
La segunda pregunta, de importancia casi decisiva, era la siguiente: ¿A quién debía dirigirse la propaganda? ¿A la intelectualidad científica o a las masas menos cultas?
¡Siempre debe estar dirigido sólo a las masas!
Para los intelectuales, o lo que desgraciadamente se suele llamar así hoy en día, no hay propaganda, sino instrucción científica. La propaganda, sin embargo, es tan poco ciencia en su contenido como, por ejemplo, un cartel es arte en su representación. El arte del cartel radica en la capacidad del diseñador para llamar la atención de la multitud a través de la forma y el color. El cartel de la exposición de arte solo tiene que hacer referencia al arte de la exposición; Cuanto más éxito tenga en esto, mayor será el arte del cartel en sí. El cartel en sí tiene la intención de dar a las masas una idea de la importancia de la exposición, pero de ninguna manera es un sustituto del arte ofrecido en esta área. Quien quiera ocuparse del arte en sí mismo debe estudiar algo más que el cartel, de hecho, para él no es en absoluto suficiente con "deambular" por la exposición. Se puede esperar que profundice en las obras individuales con una mirada minuciosa y luego se forme lentamente un juicio justo.

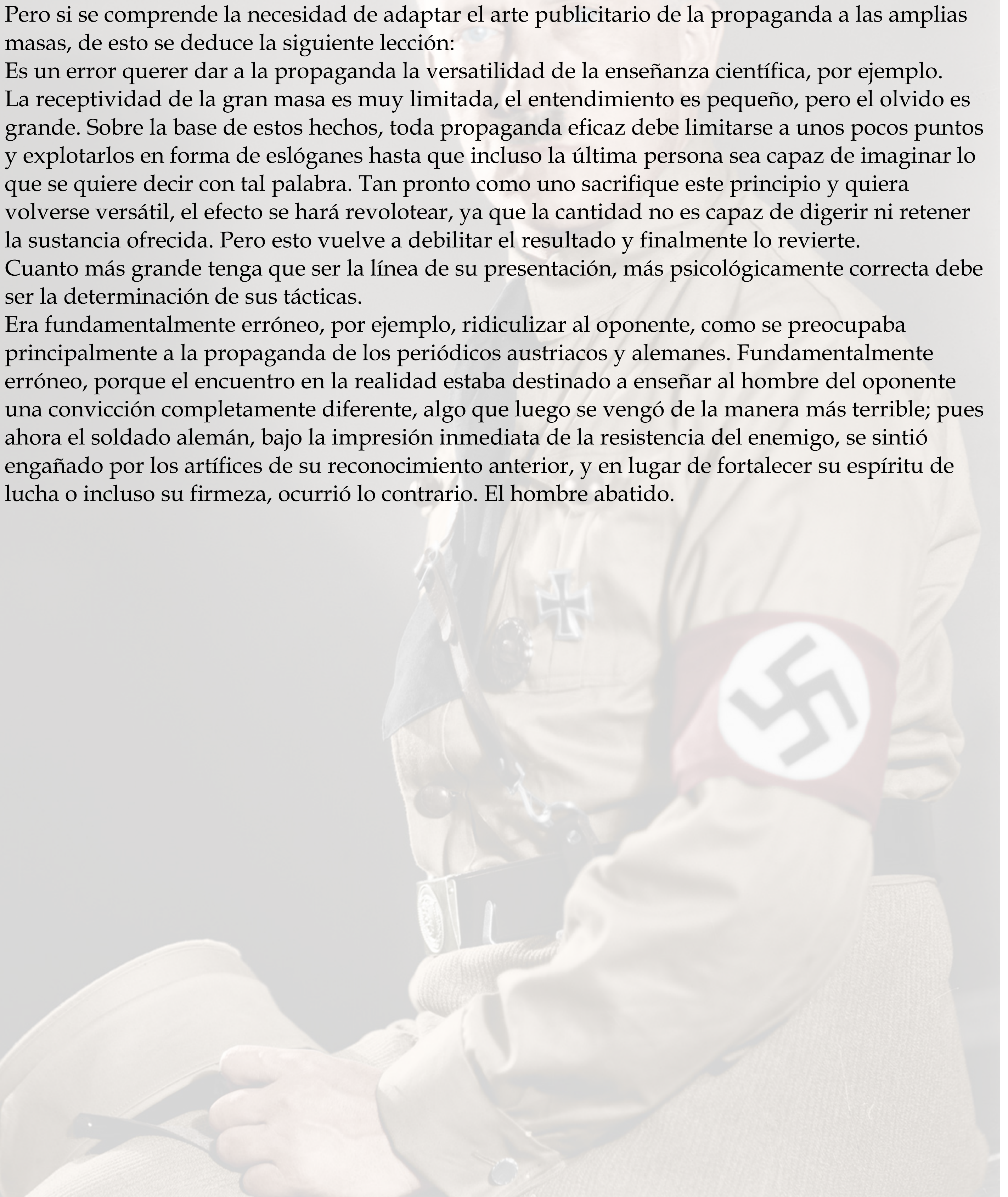
La tarea de la propaganda 197

La situación es similar a la de lo que hoy llamamos propaganda.
La tarea de la propaganda no consiste en una educación científica del individuo, sino en señalar a las masas ciertos hechos, préstamos, necesidades, etc., cuya importancia debe ser llevada así a la esfera de la vista de las masas.
El arte consiste ahora exclusivamente en hacer esto de una manera tan excelente que surge una convicción general de la realidad de un hecho, de la necesidad de un proceso, de la exactitud de algo necesario, etc. Pero como no es ni puede ser una necesidad en sí misma, puesto que su tarea debe consistir, como en el caso del cartel, en llamar la atención de la multitud, y no en instruir a los que ya tienen experiencia científica o se esfuerzan por educarse y comprenderse, su acción debe dirigirse también cada vez más hacia el sentimiento y sólo muy condicionalmente hacia el llamado intelecto.
Toda propaganda debe ser popular y ajustar su nivel intelectual de acuerdo con la receptividad de los más limitados entre aquellos a quienes se pretende dirigir. Por lo tanto, su altura puramente espiritual tendrá que ser rebajada cuanto mayor sea la masa de hombres para ser comprendidos. Pero si, como en el caso de la propaganda para la resistencia de una guerra, se trata de atraer a todo un pueblo a su esfera de influencia, entonces la cautela para evitar presuposiciones intelectuales demasiado elevadas no puede ser suficiente.



198 La psicología de la propaganda

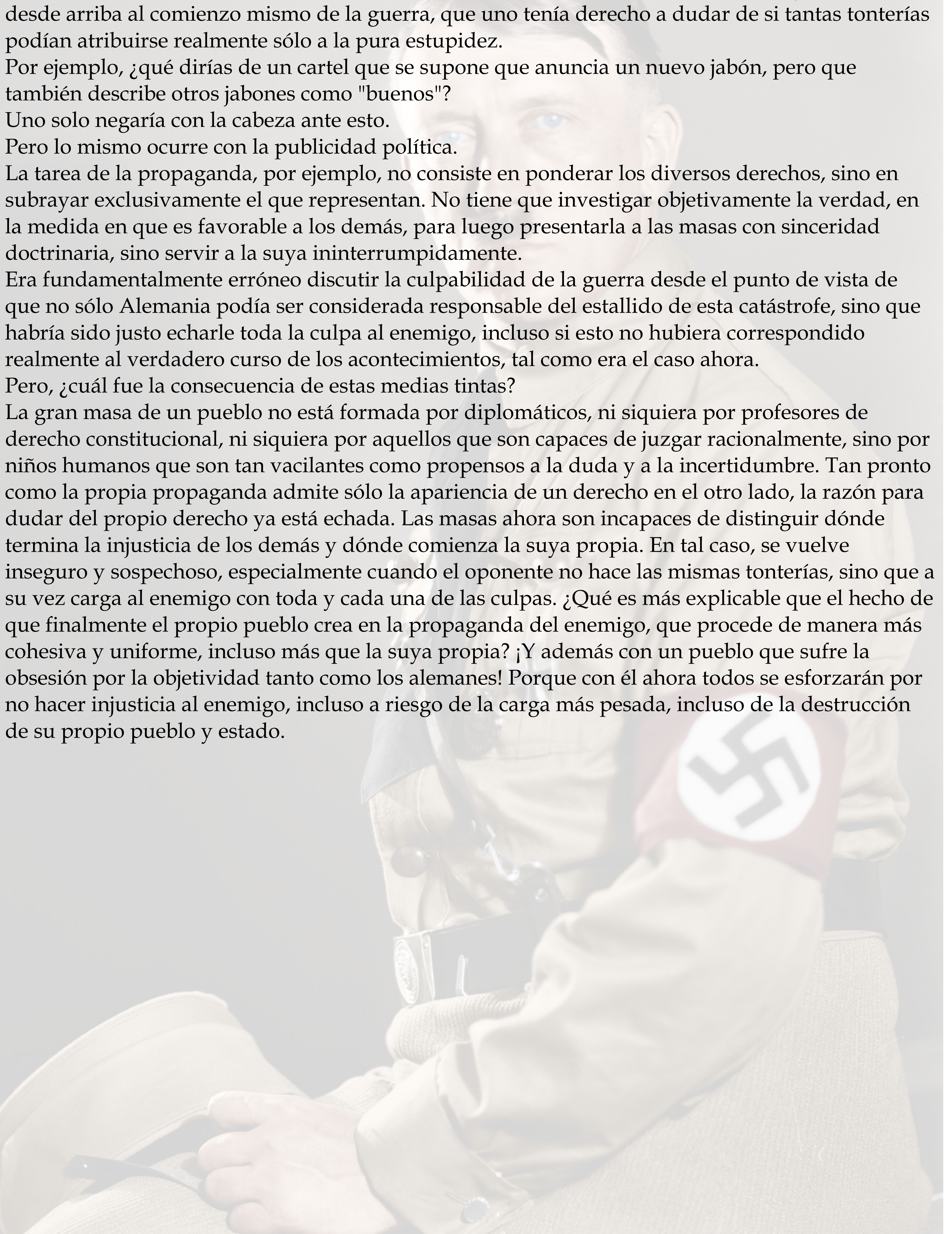
Cuanto más modesto es su lastre científico, y cuanto más tiene en cuenta el sentir de las masas, más rotundo es el éxito. Esto, sin embargo, es la mejor prueba de lo correcto o incorrecto de la propaganda, y no la satisfacción exitosa de unos pocos eruditos o jóvenes estéticos.
Este es precisamente el arte de la propaganda, que llega a la atención y al corazón de las grandes masas en una forma psicológicamente correcta, comprendiendo el mundo emocional de las grandes masas. El hecho de que esto no sea entendido por nuestros sabios sólo demuestra su pereza de pensamiento o imaginación.
Pero si se comprende la necesidad de adaptar el arte publicitario de la propaganda a las amplias masas, de esto se deduce la siguiente lección:
Es un error querer dar a la propaganda la versatilidad de la enseñanza científica, por ejemplo.
La receptividad de la gran masa es muy limitada, el entendimiento es pequeño, pero el olvido es grande. Sobre la base de estos hechos, toda propaganda eficaz debe limitarse a unos pocos puntos y explotarlos en forma de eslóganes hasta que incluso la última persona sea capaz de imaginar lo que se quiere decir con tal palabra. Tan pronto como uno sacrifique este principio y quiera volverse versátil, el efecto se hará revolotear, ya que la cantidad no es capaz de digerir ni retener la sustancia ofrecida. Pero esto vuelve a debilitar el resultado y finalmente lo revierte.
Cuanto más grande tenga que ser la línea de su presentación, más psicológicamente correcta debe ser la determinación de sus tácticas.
Era fundamentalmente erróneo, por ejemplo, ridiculizar al oponente, como se preocupaba principalmente a la propaganda de los periódicos austriacos y alemanes. Fundamentalmente erróneo, porque el encuentro en la realidad estaba destinado a enseñar al hombre del oponente una convicción completamente diferente, algo que luego se vengó de la manera más terrible; pues ahora el soldado alemán, bajo la impresión inmediata de la resistencia del enemigo, se sintió engañado por los artífices de su reconocimiento anterior, y en lugar de fortalecer su espíritu de lucha o incluso su firmeza, ocurrió lo contrario. El hombre abatido.



En contraste, la propaganda bélica de los británicos y estadounidenses era psicológicamente correcta. Al presentar a los alemanes a su propio pueblo como bárbaros y hunos, preparó al soldado individual para los horrores de la guerra y, por lo tanto, ayudó a protegerlo de la decepción. El arma más horrible que ahora se usaba contra él le parecía sólo la confirmación de su iluminación, que ya se había hecho, y fortalecía su fe en la exactitud de las afirmaciones de su gobierno, así como, por otro lado, aumentaba la ira y el odio contra el malvado enemigo. Porque el cruel efecto del arma, que ahora conocía por parte del enemigo, se le presentaba poco a poco como una prueba de la brutalidad "huna" del enemigo bárbaro, con la que ya estaba familiarizado, sin que se le hubiera hecho pensar ni por un momento que sus armas podrían tener tal vez, incluso probablemente, un efecto aún más horrible.
Sobre todo, el soldado inglés nunca pudo sentir que le habían enseñado falsamente desde casa, lo que desgraciadamente era tan cierto con el soldado alemán que finalmente rechazó todo lo que venía de este lado como "estafa" y "calambre". Nada más que las consecuencias del hecho de que uno creyera que podía enviar al siguiente mejor burro (o incluso a personas "por lo demás" inteligentes) para hacer propaganda, en lugar de entender que los conocedores más alergénicos del alma son lo suficientemente buenos para esto.
Así, la propaganda bélica alemana ofrecía un ejemplo insuperable de enseñanza y enseñanza de una "ilustración" que funcionaba de manera opuesta en sus efectos, como resultado de la ausencia total de cualquier consideración psicológicamente correcta.
Pero había una cantidad infinita de cosas que aprender del enemigo para aquellos que, con los ojos abiertos y los sentimientos no calcificados, procesaban la marea de propaganda enemiga que había estado asaltando durante cuatro años y medio.

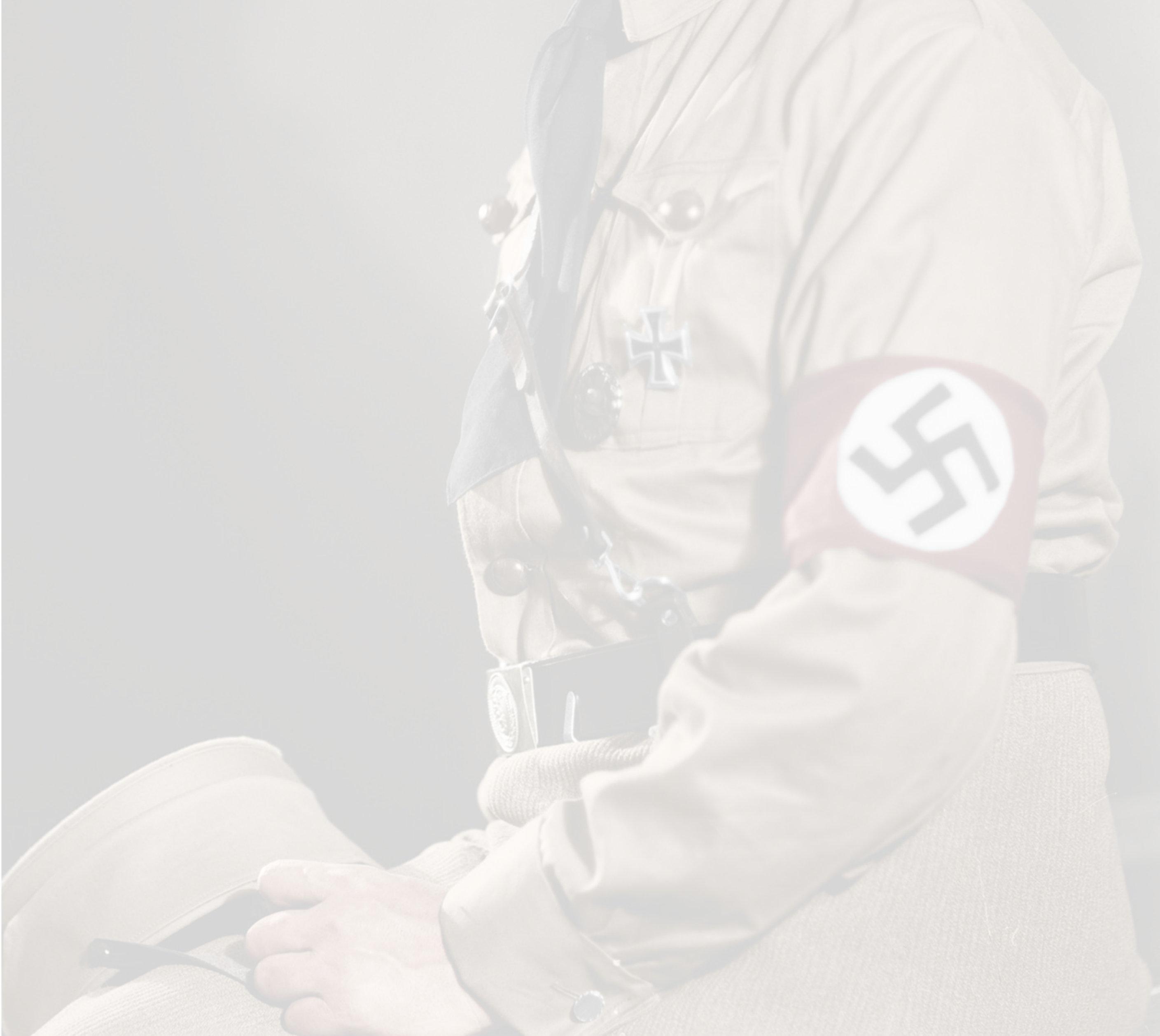


200 Subjetivo, unilateral, incondicional



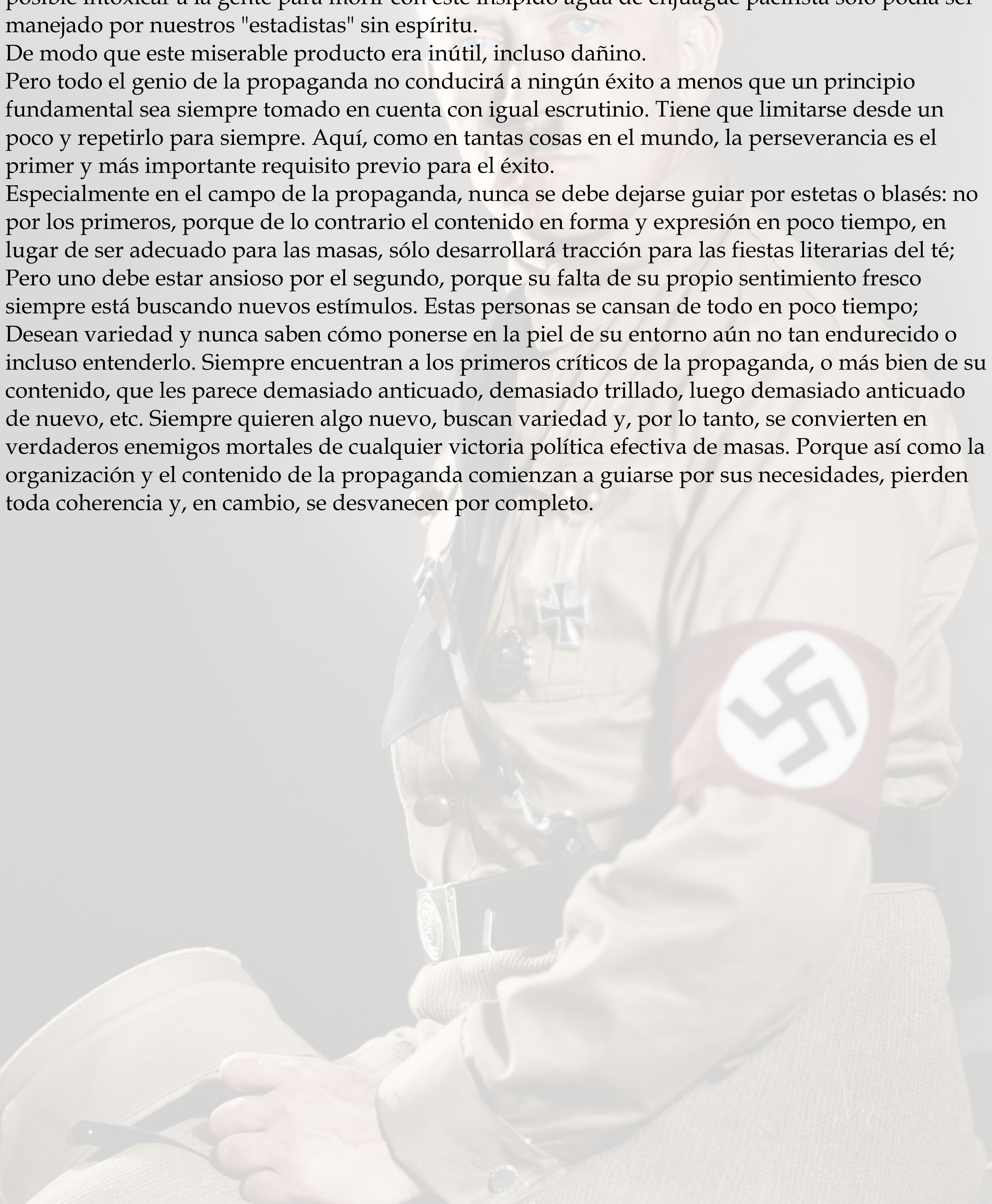
Lo peor de todo, sin embargo, era el primer requisito previo de toda actividad propagandística: a saber, la actitud fundamentalmente subjetivamente unilateral de la actividad propagandística hacia cada cuestión que trataba. En esta zona se cometieron pecados de tal manera, y de hecho desde arriba al comienzo mismo de la guerra, que uno tenía derecho a dudar de si tantas tonterías podían atribuirse realmente sólo a la pura estupidez.
Por ejemplo, ¿qué dirías de un cartel que se supone que anuncia un nuevo jabón, pero que también describe otros jabones como "buenos"?
Uno solo negaría con la cabeza ante esto.
Pero lo mismo ocurre con la publicidad política.
La tarea de la propaganda, por ejemplo, no consiste en ponderar los diversos derechos, sino en subrayar exclusivamente el que representan. No tiene que investigar objetivamente la verdad, en la medida en que es favorable a los demás, para luego presentarla a las masas con sinceridad doctrinaria, sino servir a la suya ininterrumpidamente.
Era fundamentalmente erróneo discutir la culpabilidad de la guerra desde el punto de vista de que no sólo Alemania podía ser considerada responsable del estallido de esta catástrofe, sino que habría sido justo echarle toda la culpa al enemigo, incluso si esto no hubiera correspondido realmente al verdadero curso de los acontecimientos, tal como era el caso ahora.
Pero, ¿cuál fue la consecuencia de estas medias tintas?
La gran masa de un pueblo no está formada por diplomáticos, ni siquiera por profesores de derecho constitucional, ni siquiera por aquellos que son capaces de juzgar racionalmente, sino por niños humanos que son tan vacilantes como propensos a la duda y a la incertidumbre. Tan pronto como la propia propaganda admite sólo la apariencia de un derecho en el otro lado, la razón para dudar del propio derecho ya está echada. Las masas ahora son incapaces de distinguir dónde termina la injusticia de los demás y dónde comienza la suya propia. En tal caso, se vuelve inseguro y sospechoso, especialmente cuando el oponente no hace las mismas tonterías, sino que a su vez carga al enemigo con toda y cada una de las culpas. ¿Qué es más explicable que el hecho de que finalmente el propio pueblo crea en la propaganda del enemigo, que procede de manera más cohesiva y uniforme, incluso más que la suya propia? ¡Y además con un pueblo que sufre la obsesión por la objetividad tanto como los alemanes! Porque con él ahora todos se esforzarán por no hacer injusticia al enemigo, incluso a riesgo de la carga más pesada, incluso de la destrucción de su propio pueblo y estado.

El hecho de que, por supuesto, esto no se pretenda de esta manera en los puntos de autoridad, ni siquiera llega a la conciencia de las masas.
La abrumadora mayoría de las personas son tan femeninas en disposición y actitud que sus pensamientos y acciones están determinados no tanto por una reflexión sobria como por un sentimiento emocional.
Esta sensación, sin embargo, no es complicada, sino muy sencilla y cerrada. Aquí no hay mucha diferenciación, sino una positiva o una negativa, el amor o el odio, lo correcto o lo incorrecto, la verdad y la mentira, pero nunca a medias eso y mitad aquel, o parcialmente, etc.
Todo esto ha sido entendido —y tenido en cuenta— por la propaganda inglesa en particular de la manera más ingeniosa. Realmente no había medias tintas que pudieran haber despertado dudas.
El signo del brillante conocimiento del primitivismo de los sentimientos de las amplias masas residía en la propaganda de las atrocidades adaptada a este estado de cosas, que, de una manera tan despiadada como ingeniosa, aseguraba las condiciones previas para la firmeza moral en el frente, incluso en las mayores derrotas reales, así como en la igualmente contundente identificación del enemigo alemán como único culpable en el estallido de la guerra: Una mentira que solo tuvo en cuenta la actitud emocional, siempre extrema, de los grandes personajes a través de la terquedad incondicional, impúdica y unilateral con la que se presentó, y por lo tanto también fue creída.



202 Limitación de la perseverancia

La eficacia de este tipo de propaganda quedó demostrada de la manera más notable por el hecho de que, al cabo de cuatro años, no sólo fue capaz de mantener al enemigo estrictamente a raya, sino que incluso comenzó a devorar a nuestro propio pueblo.
El hecho de que a nuestra propaganda no se le haya concedido este éxito no debería sorprender a nadie. Llevaba ya el germen de la ineficacia en su ambigüedad interior. Por último, no era muy probable, por su contenido, que causara la impresión necesaria en las masas. Esperar que fuera posible intoxicar a la gente para morir con este insípido agua de enjuague pacifista solo podía ser manejado por nuestros "estadistas" sin espíritu.
De modo que este miserable producto era inútil, incluso dañino.
Pero todo el genio de la propaganda no conducirá a ningún éxito a menos que un principio fundamental sea siempre tomado en cuenta con igual escrutinio. Tiene que limitarse desde un poco y repetirlo para siempre. Aquí, como en tantas cosas en el mundo, la perseverancia es el primer y más importante requisito previo para el éxito.
Especialmente en el campo de la propaganda, nunca se debe dejarse guiar por estetas o blasés: no por los primeros, porque de lo contrario el contenido en forma y expresión en poco tiempo, en lugar de ser adecuado para las masas, sólo desarrollará tracción para las fiestas literarias del té; Pero uno debe estar ansioso por el segundo, porque su falta de su propio sentimiento fresco siempre está buscando nuevos estímulos. Estas personas se cansan de todo en poco tiempo; Desean variedad y nunca saben cómo ponerse en la piel de su entorno aún no tan endurecido o incluso entenderlo. Siempre encuentran a los primeros críticos de la propaganda, o más bien de su contenido, que les parece demasiado anticuado, demasiado trillado, luego demasiado anticuado de nuevo, etc. Siempre quieren algo nuevo, buscan variedad y, por lo tanto, se convierten en verdaderos enemigos mortales de cualquier victoria política efectiva de masas. Porque así como la organización y el contenido de la propaganda comienzan a guiarse por sus necesidades, pierden toda coherencia y, en cambio, se desvanecen por completo.



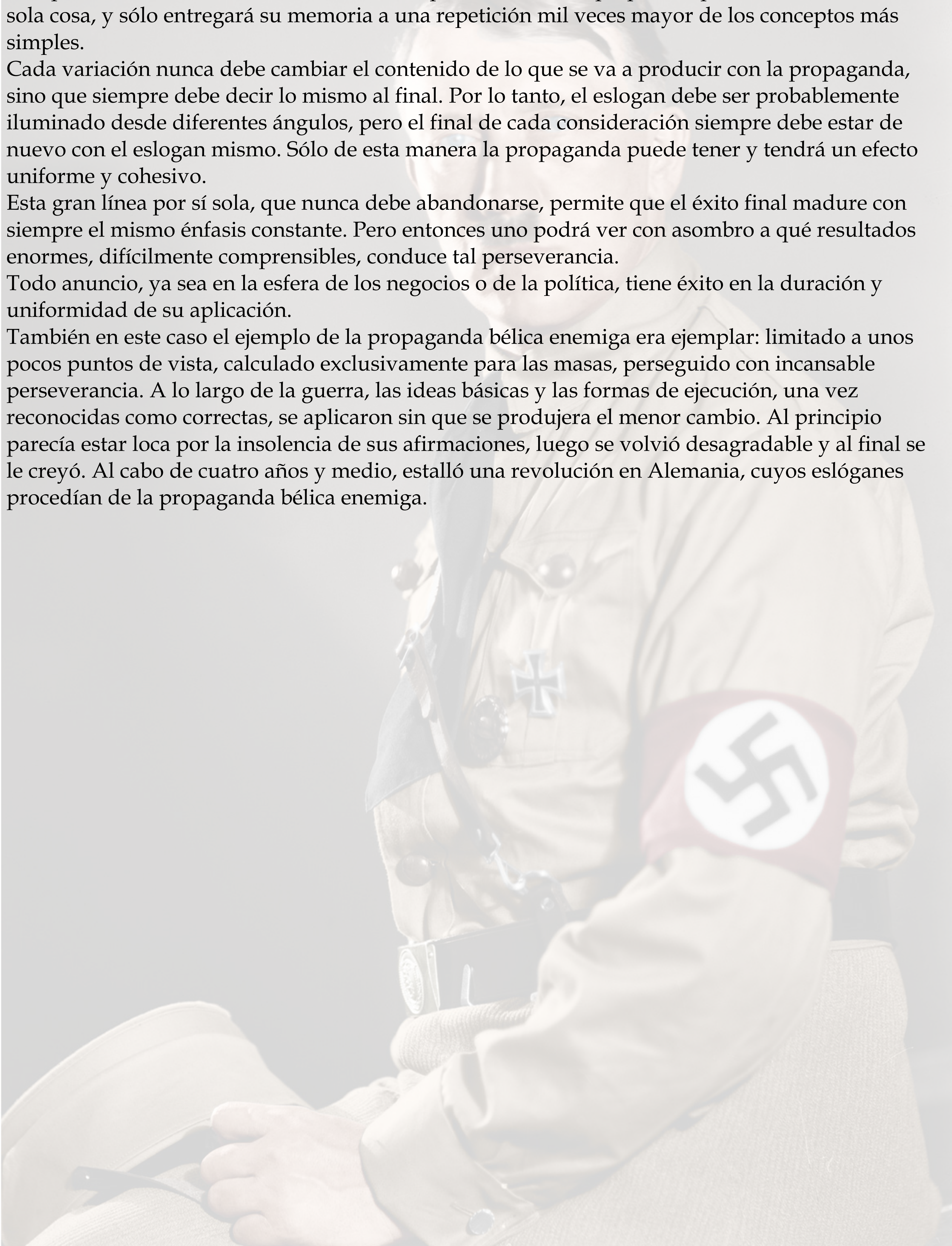
La propaganda, sin embargo, no está ahí para proporcionar constantemente a los amos indiferentes una variedad interesante, sino para convencer a las masas. Pero en su lentitud, siempre necesita una cierta cantidad de tiempo antes de estar preparado para tomar nota de una sola cosa, y sólo entregará su memoria a una repetición mil veces mayor de los conceptos más simples.

Cada variación nunca debe cambiar el contenido de lo que se va a producir con la propaganda, sino que siempre debe decir lo mismo al final. Por lo tanto, el eslogan debe ser probablemente iluminado desde diferentes ángulos, pero el final de cada consideración siempre debe estar de nuevo con el eslogan mismo. Sólo de esta manera la propaganda puede tener y tendrá un efecto uniforme y cohesivo.

Esta gran línea por sí sola, que nunca debe abandonarse, permite que el éxito final madure con siempre el mismo énfasis constante. Pero entonces uno podrá ver con asombro a qué resultados enormes, difícilmente comprensibles, conduce tal perseverancia.

Todo anuncio, ya sea en la esfera de los negocios o de la política, tiene éxito en la duración y uniformidad de su aplicación.

También en este caso el ejemplo de la propaganda bélica enemiga era ejemplar: limitado a unos pocos puntos de vista, calculado exclusivamente para las masas, perseguido con incansable perseverancia. A lo largo de la guerra, las ideas básicas y las formas de ejecución, una vez reconocidas como correctas, se aplicaron sin que se produjera el menor cambio. Al principio parecía estar loca por la insolencia de sus afirmaciones, luego se volvió desagradable y al final se le creyó. Al cabo de cuatro años y medio, estalló una revolución en Alemania, cuyos eslóganes procedían de la propaganda bélica enemiga.



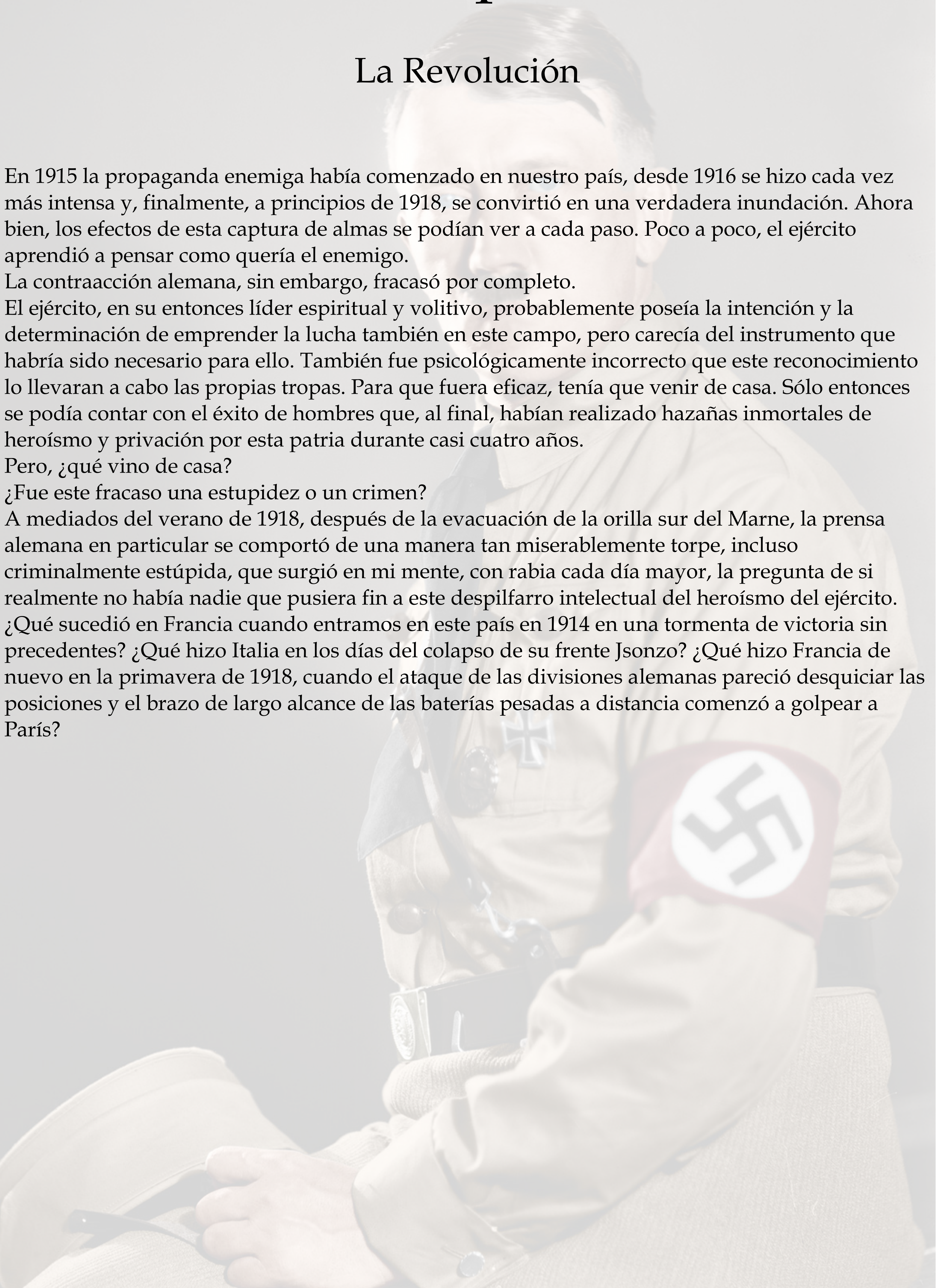
204 La propaganda bélica enemiga

En Inglaterra, sin embargo, se comprendía algo diferente, a saber, que el éxito posible de esta arma intelectual reside sólo en la masa de su uso, pero que el éxito cubre ampliamente todos los costos. Allí se consideraba a la propaganda como un arma de primer orden, mientras que en nuestro país era el último pan de los políticos desocupados y los puestos impresos de los héroes modestos. Con todo, su éxito fue nulo.



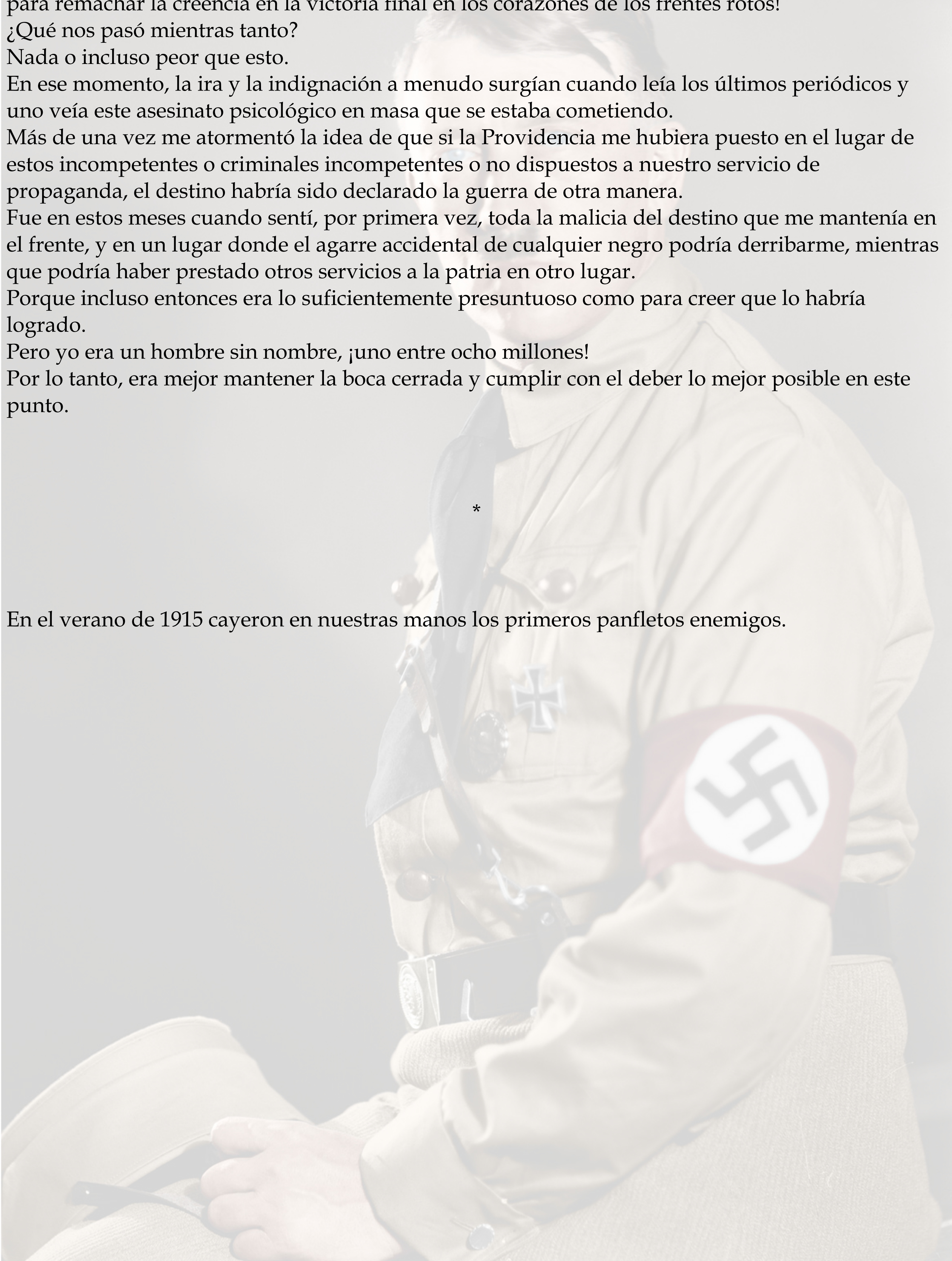
7. Kapitel

La Revolución



En 1915 la propaganda enemiga había comenzado en nuestro país, desde 1916 se hizo cada vez más intensa y, finalmente, a principios de 1918, se convirtió en una verdadera inundación. Ahora bien, los efectos de esta captura de almas se podían ver a cada paso. Poco a poco, el ejército aprendió a pensar como quería el enemigo.
La contraacción alemana, sin embargo, fracasó por completo.
El ejército, en su entonces líder espiritual y volitivo, probablemente poseía la intención y la determinación de emprender la lucha también en este campo, pero carecía del instrumento que habría sido necesario para ello. También fue psicológicamente incorrecto que este reconocimiento lo llevaran a cabo las propias tropas. Para que fuera eficaz, tenía que venir de casa. Sólo entonces se podía contar con el éxito de hombres que, al final, habían realizado hazañas inmortales de heroísmo y privación por esta patria durante casi cuatro años.
Pero, ¿qué vino de casa?
¿Fue este fracaso una estupidez o un crimen?
A mediados del verano de 1918, después de la evacuación de la orilla sur del Marne, la prensa alemana en particular se comportó de una manera tan miserablemente torpe, incluso criminalmente estúpida, que surgió en mi mente, con rabia cada día mayor, la pregunta de si realmente no había nadie que pusiera fin a este despilfarro intelectual del heroísmo del ejército. ¿Qué sucedió en Francia cuando entramos en este país en 1914 en una tormenta de victoria sin precedentes? ¿Qué hizo Italia en los días del colapso de su frente Jsonzo? ¿Qué hizo Francia de nuevo en la primavera de 1918, cuando el ataque de las divisiones alemanas pareció desquiciar las posiciones y el brazo de largo alcance de las baterías pesadas a distancia comenzó a golpear a París?

206 Asesinato en masa psicológico



¡Cómo el calor hirviente de la pasión nacional se había azotado siempre en los rostros de los regimientos en retirada! ¡Cómo la propaganda y la ingeniosa influencia de las masas trabajaron para remachar la creencia en la victoria final en los corazones de los frentes rotos!
¿Qué nos pasó mientras tanto?
Nada o incluso peor que esto.
En ese momento, la ira y la indignación a menudo surgían cuando leía los últimos periódicos y uno veía este asesinato psicológico en masa que se estaba cometiendo.
Más de una vez me atormentó la idea de que si la Providencia me hubiera puesto en el lugar de estos incompetentes o criminales incompetentes o no dispuestos a nuestro servicio de propaganda, el destino habría sido declarado la guerra de otra manera.
Fue en estos meses cuando sentí, por primera vez, toda la malicia del destino que me mantenía en el frente, y en un lugar donde el agarre accidental de cualquier negro podría derribarme, mientras que podría haber prestado otros servicios a la patria en otro lugar.
Porque incluso entonces era lo suficientemente presuntuoso como para creer que lo habría logrado.
Pero yo era un hombre sin nombre, ¡uno entre ocho millones!
Por lo tanto, era mejor mantener la boca cerrada y cumplir con el deber lo mejor posible en este punto.

*

En el verano de 1915 cayeron en nuestras manos los primeros panfletos enemigos.

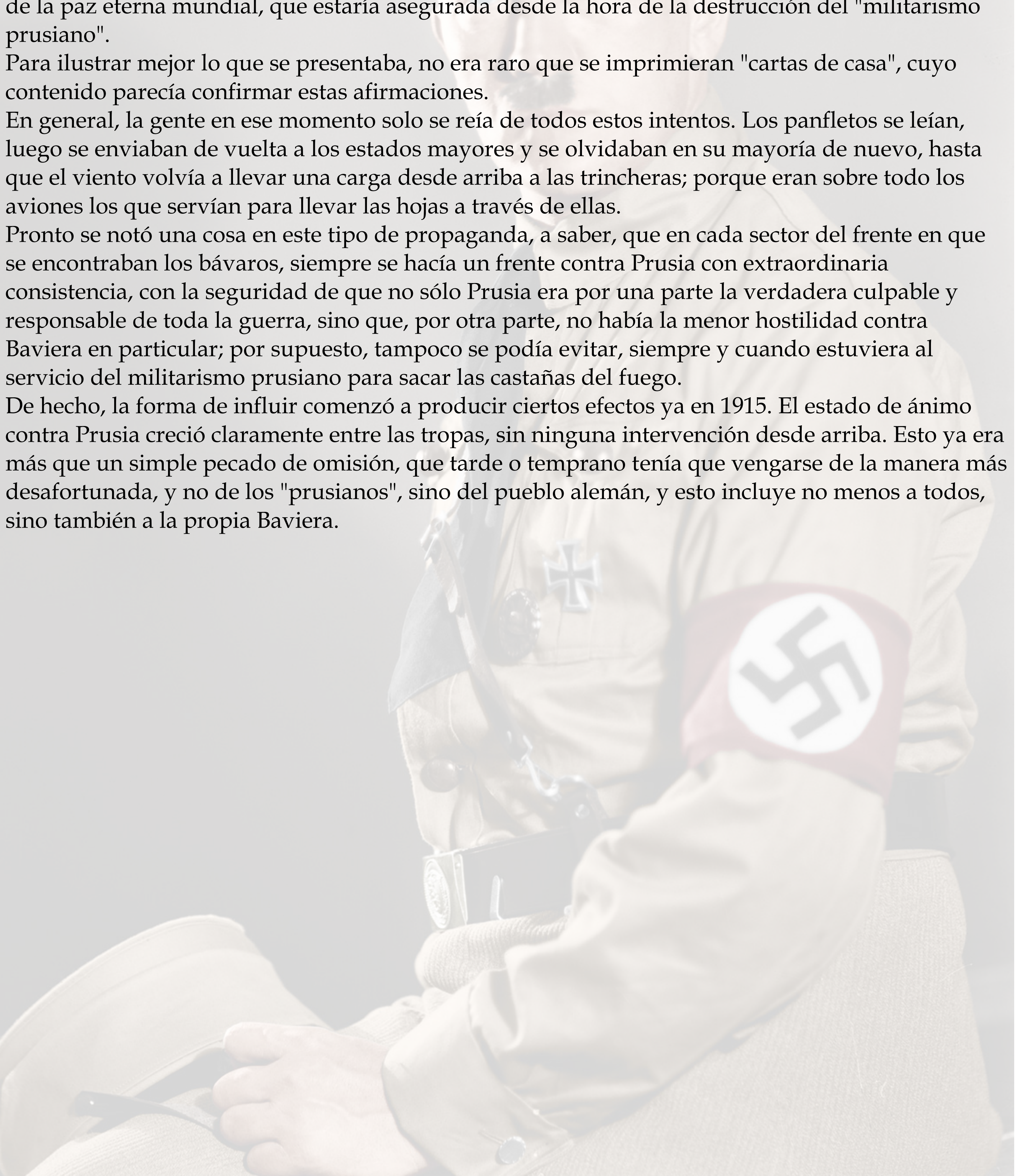
Su contenido era casi siempre el mismo, aunque con algunas variaciones en la forma de presentación, a saber: que la necesidad en Alemania era cada vez mayor; La duración de la guerra es interminable, mientras que la perspectiva de ganarla se desvanece cada vez más; Por lo tanto, el pueblo de la patria también anhelaba la paz, pero el "militarismo" y el "emperador" no lo permitieron; por lo tanto, el mundo entero —que lo sabe bien— no está haciendo la guerra contra el pueblo alemán, sino exclusivamente contra el único culpable, el Káiser; La lucha, por lo tanto, no terminará hasta que este enemigo de la humanidad pacífica haya sido eliminado; pero después del fin de la guerra, las naciones libres y democráticas aceptarían al pueblo alemán en la alianza de la paz eterna mundial, que estaría asegurada desde la hora de la destrucción del "militarismo prusiano".

Para ilustrar mejor lo que se presentaba, no era raro que se imprimieran "cartas de casa", cuyo contenido parecía confirmar estas afirmaciones.

En general, la gente en ese momento solo se reía de todos estos intentos. Los panfletos se leían, luego se enviaban de vuelta a los estados mayores y se olvidaban en su mayoría de nuevo, hasta que el viento volvía a llevar una carga desde arriba a las trincheras; porque eran sobre todo los aviones los que servían para llevar las hojas a través de ellas.

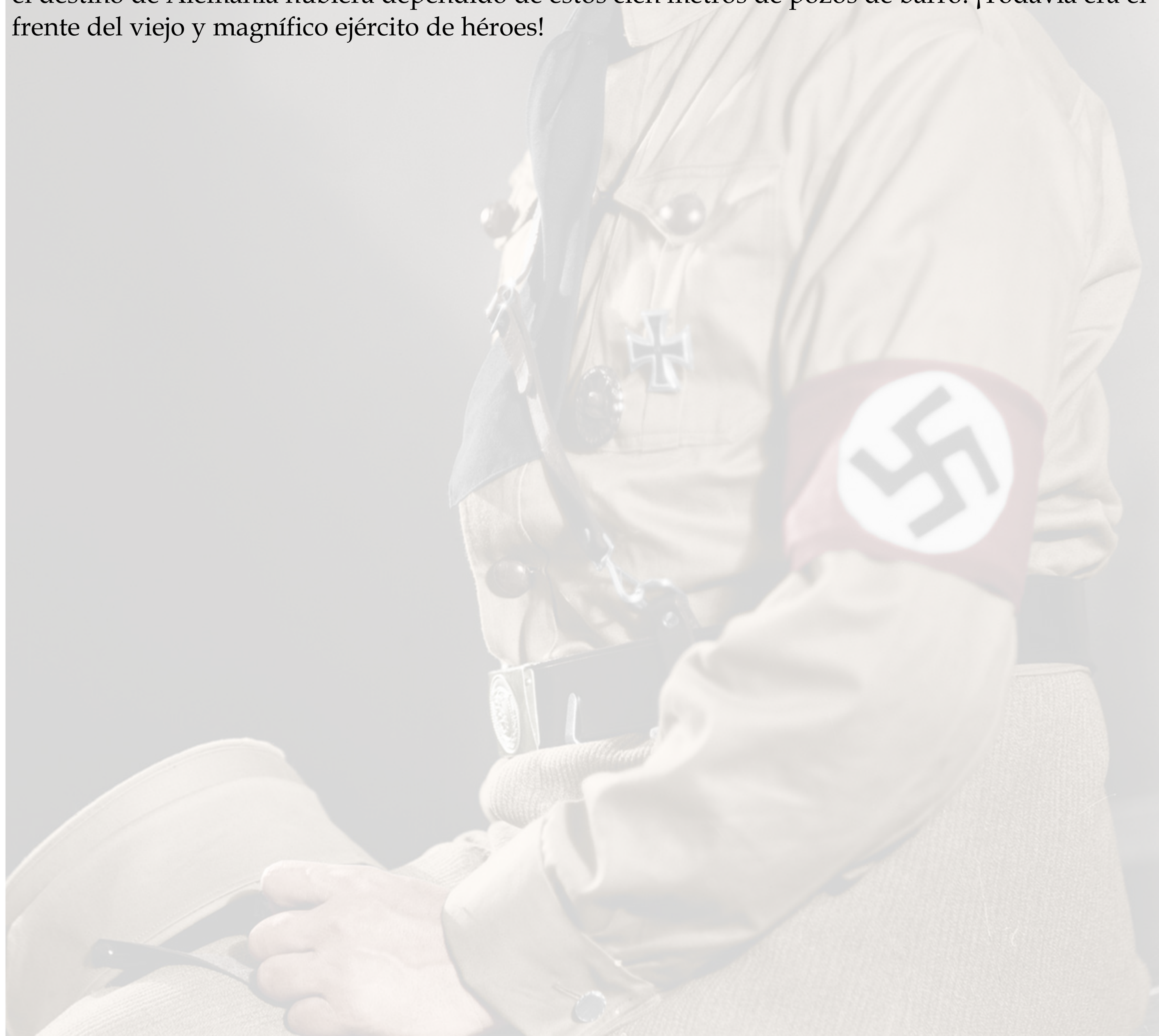
Pronto se notó una cosa en este tipo de propaganda, a saber, que en cada sector del frente en que se encontraban los bávaros, siempre se hacía un frente contra Prusia con extraordinaria consistencia, con la seguridad de que no sólo Prusia era por una parte la verdadera culpable y responsable de toda la guerra, sino que, por otra parte, no había la menor hostilidad contra Baviera en particular; por supuesto, tampoco se podía evitar, siempre y cuando estuviera al servicio del militarismo prusiano para sacar las castañas del fuego.

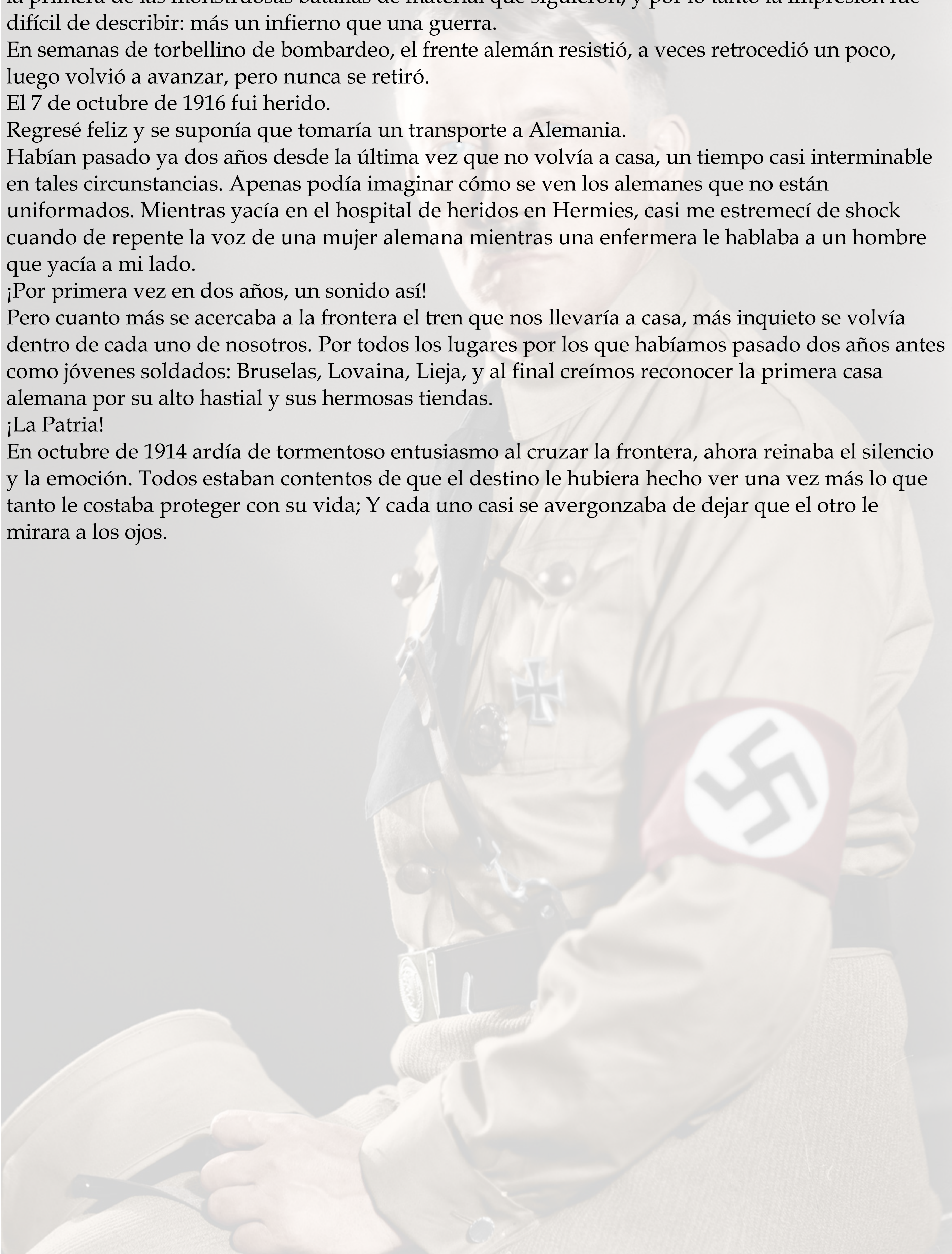
De hecho, la forma de influir comenzó a producir ciertos efectos ya en 1915. El estado de ánimo contra Prusia creció claramente entre las tropas, sin ninguna intervención desde arriba. Esto ya era más que un simple pecado de omisión, que tarde o temprano tenía que vengarse de la manera más desafortunada, y no de los "prusianos", sino del pueblo alemán, y esto incluye no menos a todos, sino también a la propia Baviera.



208 Las cartas lloronas de casa

En esta dirección, la propaganda enemiga comenzó a producir un éxito incondicional ya en 1916. Del mismo modo, las cartas de lamentación directamente desde casa habían tenido su efecto desde hacía mucho tiempo. Ya no era necesario que el enemigo los llevara al frente, especialmente por medio de panfletos, etc. Nada sucedió contra esto tampoco, excepto algunas "advertencias" psicológicamente estúpidas del "lado del gobierno". El frente estaba todavía inundado de este veneno, que las mujeres irreflexivas preparaban en casa, sin sospechar, por supuesto, que este era el medio de fortalecer al máximo la confianza del enemigo en la victoria y, por lo tanto, de prolongar y agravar los sufrimientos de sus parientes en el frente de batalla. Las cartas insensatas de las mujeres alemanas costaron posteriormente la vida de cientos de miles de hombres.
Así, en 1916 ya aparecieron varios fenómenos alarmantes. El frente regañado y "masacrado", ya estaba insatisfecho en muchas cosas y a veces indignado con razón. Mientras ella se moría de hambre y toleraba, sus parientes se sentaban en casa en la miseria, había abundancia y fastuosidad en otras partes. Sí, incluso en el propio frente de batalla, no todo estaba en orden en esta dirección. Por lo tanto, ya era bastante fácil entrar en crisis en ese momento, pero todavía se trataba de asuntos "internos". El mismo hombre que había regañado y gruñido al principio cumplió con su deber unos minutos después en silencio, como si hubiera sido algo natural. La misma compañía, que al principio estaba insatisfecha, se aferró al trozo de trinchera que tenía que proteger, como si el destino de Alemania hubiera dependido de estos cien metros de pozos de barro. ¡Todavía era el frente del viejo y magnífico ejército de héroes!



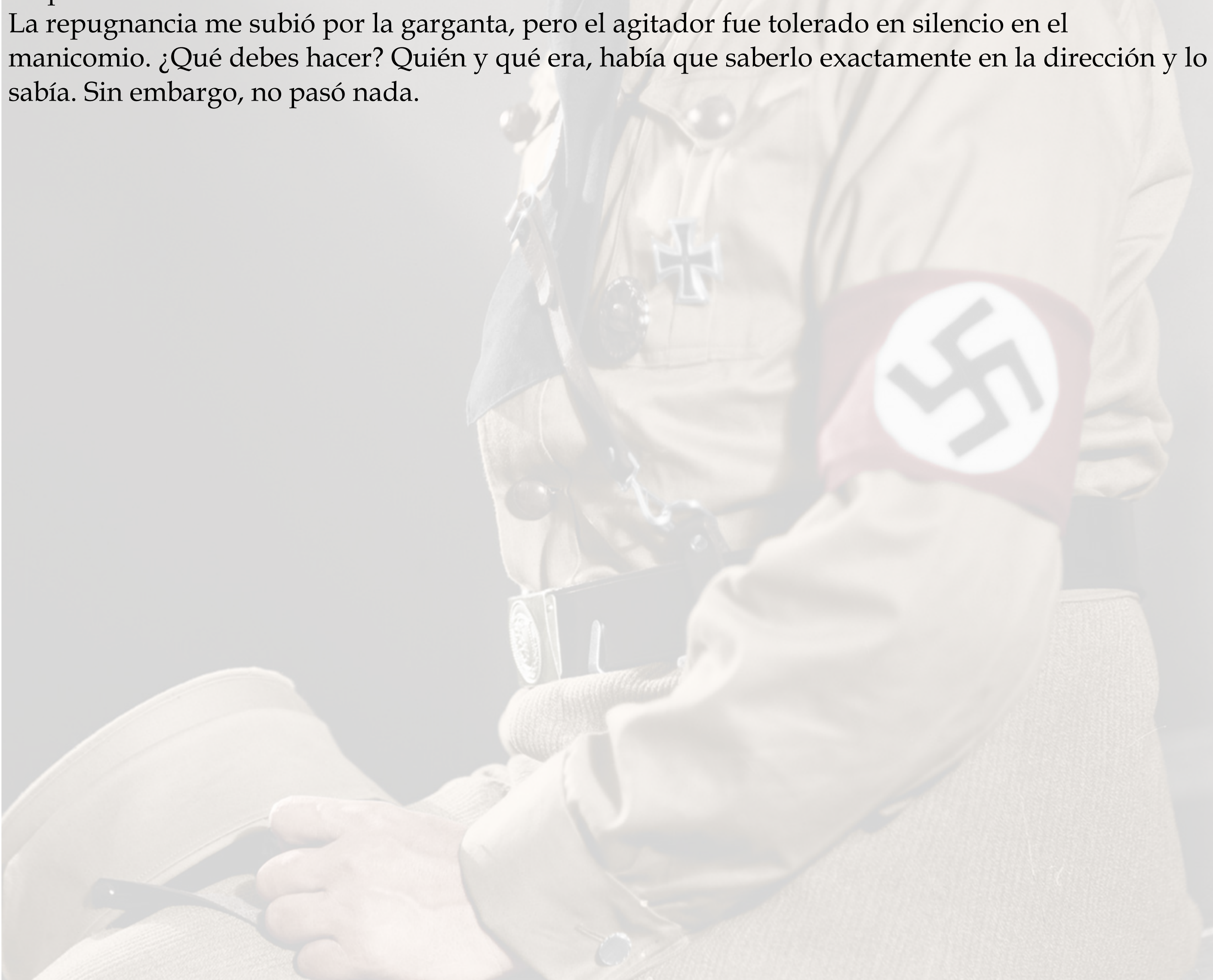


Herido 209

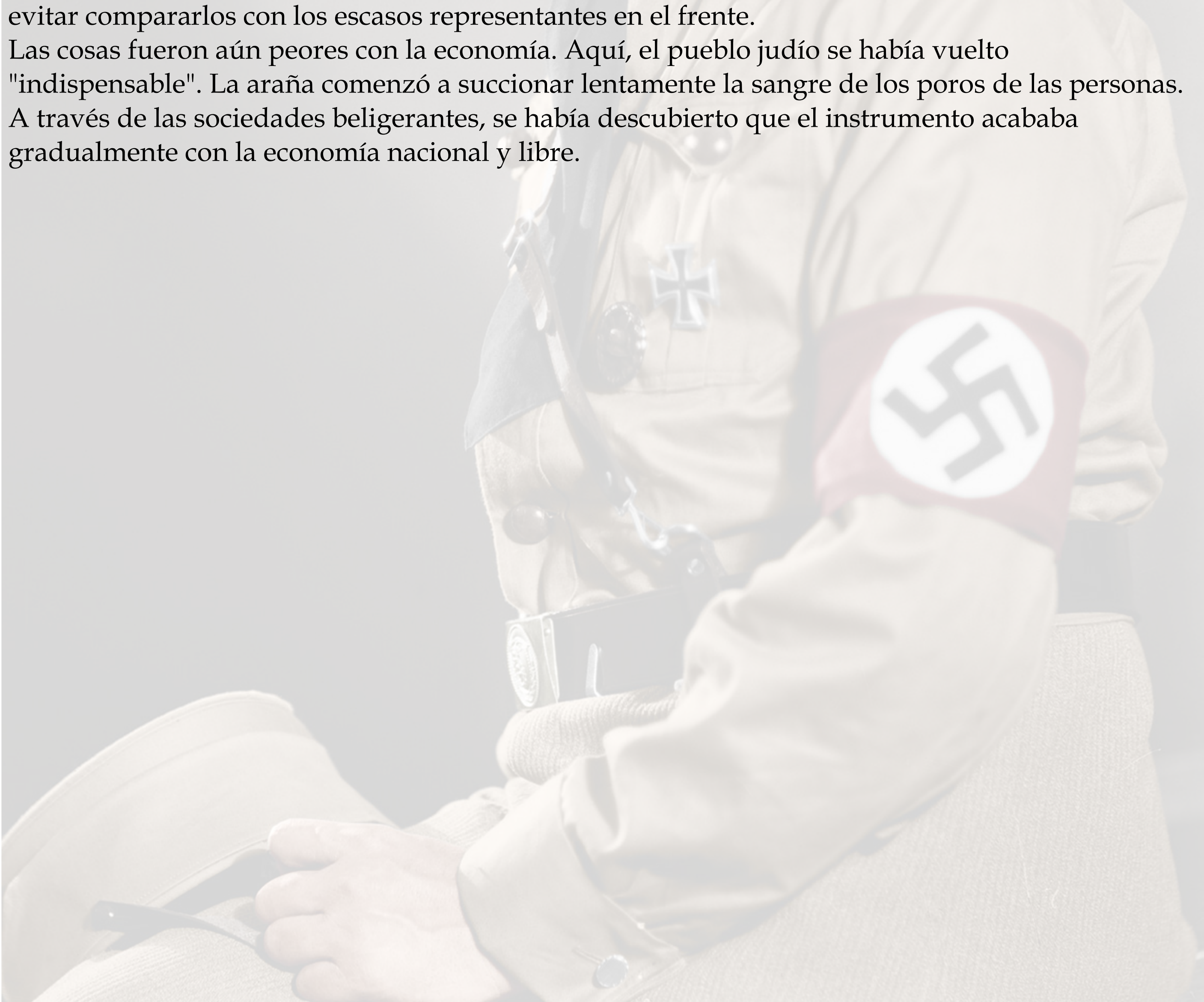
Iba a conocer la diferencia entre ella y su hogar en una evidente alternancia.
A finales de septiembre de 1916, mi división se trasladó a la batalla del Somme. Fue para nosotros la primera de las monstruosas batallas de material que siguieron, y por lo tanto la impresión fue difícil de describir: más un infierno que una guerra.
En semanas de torbellino de bombardeo, el frente alemán resistió, a veces retrocedió un poco, luego volvió a avanzar, pero nunca se retiró.
El 7 de octubre de 1916 fui herido.
Regresé feliz y se suponía que tomaría un transporte a Alemania.
Habían pasado ya dos años desde la última vez que no volvía a casa, un tiempo casi interminable en tales circunstancias. Apenas podía imaginar cómo se ven los alemanes que no están uniformados. Mientras yacía en el hospital de heridos en Hermies, casi me estremecí de shock cuando de repente la voz de una mujer alemana mientras una enfermera le hablaba a un hombre que yacía a mi lado.
¡Por primera vez en dos años, un sonido así!
Pero cuanto más se acercaba a la frontera el tren que nos llevaría a casa, más inquieto se volvía dentro de cada uno de nosotros. Por todos los lugares por los que habíamos pasado dos años antes como jóvenes soldados: Bruselas, Lovaina, Lieja, y al final creímos reconocer la primera casa alemana por su alto hastial y sus hermosas tiendas.
¡La Patria!
En octubre de 1914 ardía de tormentoso entusiasmo al cruzar la frontera, ahora reinaba el silencio y la emoción. Todos estaban contentos de que el destino le hubiera hecho ver una vez más lo que tanto le costaba proteger con su vida; Y cada uno casi se avergonzaba de dejar que el otro le mirara a los ojos.

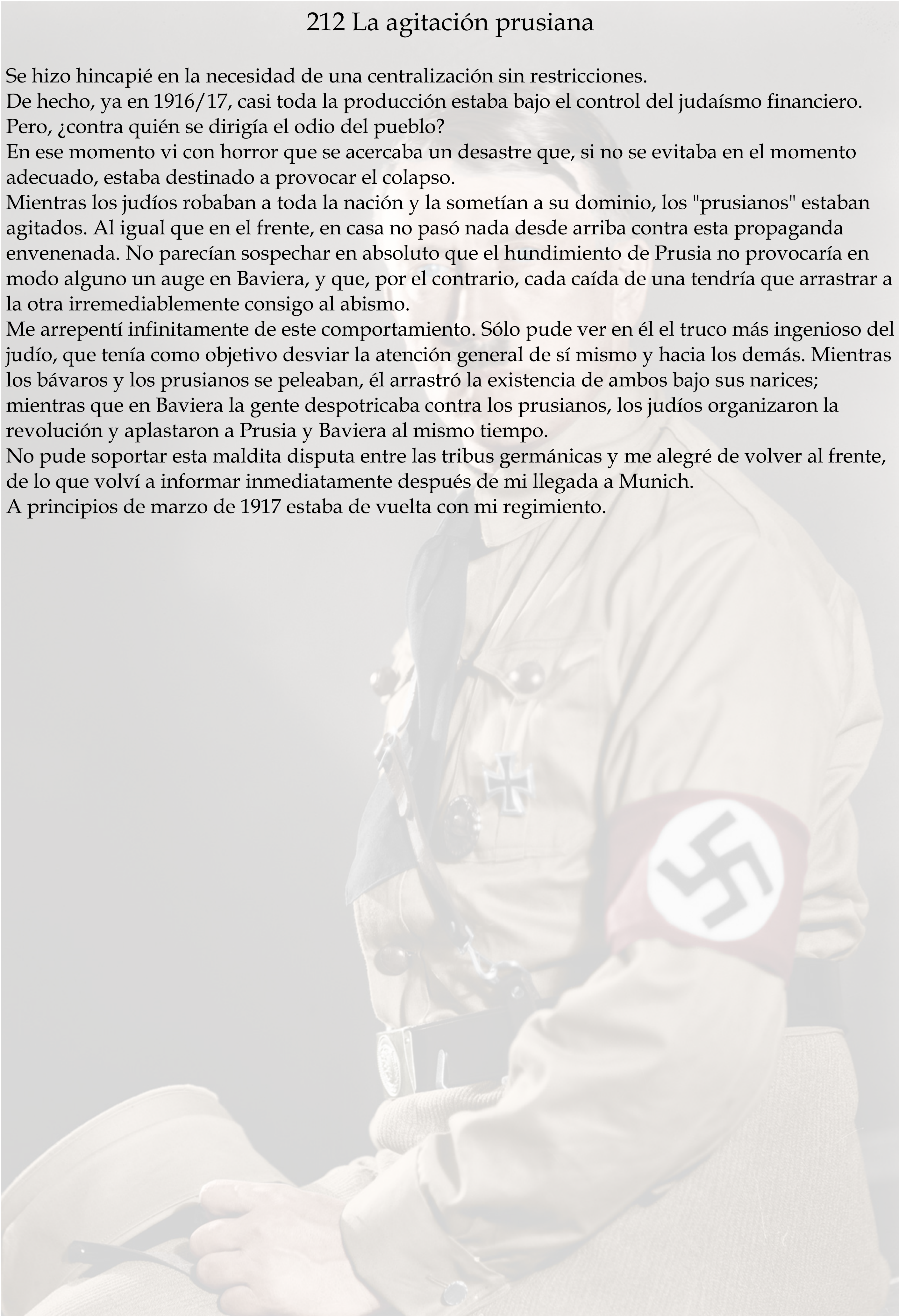
210 Alarde de la propia cobardía

Casi en el aniversario de mi marcha, me enviaron al hospital militar de Beelitz, cerca de Berlín. ¡Qué cambio! ¡Desde el barro de la batalla del Somme hasta los lechos blancos de este maravilloso edificio! Al principio, uno apenas se atrevía a acostarse correctamente. Sólo poco a poco fue posible volver a acostumbrarse a este nuevo mundo.
Desgraciadamente, sin embargo, este mundo también era nuevo en otros aspectos.
El espíritu del ejército en el frente ya no parecía ser un invitado aquí. Algo que todavía era desconocido en el frente, escuché aquí por primera vez: ¡el elogio de la propia cobardía! Porque lo que se escuchaba afuera regañando y "desorden" nunca fue una invitación a derivar el deber, ni siquiera una glorificación del gato asustadizo. ¡No! El cobarde seguía siendo considerado un cobarde, y nada más; Y el desprecio que le causaba seguía siendo universal, al igual que la admiración que se tributaba al verdadero héroe. Aquí, sin embargo, en el hospital era en parte casi lo contrario: los agitadores más carentes de principios tenían la gran palabra, y trataban con todos los medios de su miserable elocuencia de presentar las nociones del soldado decente como ridículas y la falta de carácter del cobarde como ejemplar. Unos pocos miserables en particular marcaron la pauta. Uno de ellos se jactó de que él mismo había arrastrado su mano a través de la cerca de alambre para ingresar al hospital; a pesar de esta ridícula lesión, parecía haber estado aquí durante un tiempo interminable, ya que solo consiguió entrar en el transporte a Alemania por una estafa. Pero este hombre venenoso ya ha ido tan lejos como para representar su propia cobardía con una frente insolente como el resultado de un coraje superior a la muerte heroica del soldado honrado. Muchos escucharon en silencio, otros se fueron, pero algunos también aceptaron.
La repugnancia me subió por la garganta, pero el agitador fue tolerado en silencio en el manicomio. ¿Qué debes hacer? Quién y qué era, había que saberlo exactamente en la dirección y lo sabía. Sin embargo, no pasó nada.



Cuando pude volver a caminar correctamente, recibí permiso para ir a Berlín.
Obviamente, la necesidad era muy severa en todas partes. La ciudad de millones de habitantes padeció hambre. La insatisfacción era grande. En varias casas frecuentadas por soldados, el tono era similar al del hospital militar. Parecía como si estos tipos estuvieran visitando deliberadamente esos lugares con el fin de difundir sus puntos de vista.
Sin embargo, las condiciones en Múnich eran aún mucho, mucho peores.
Cuando me dieron de alta del hospital después de curarme y me trasladaron al batallón de reemplazo, pensé que ya no reconocía la ciudad. ¡Ira, disgusto y regaños dondequiera que uno fuera! En el propio batallón de reemplazo, el ambiente estaba más allá de cualquier crítica. Aquí, la forma infinitamente torpe de tratar a los soldados de campaña por parte de los viejos oficiales de instrucción, que aún no habían estado en el campo una hora, y solo por esta razón solo podían establecer una relación decente con los viejos soldados hasta cierto punto. Éstas poseían ciertas peculiaridades que podían explicarse por el servicio en el frente, pero que seguían siendo completamente incomprensibles para los jefes de estas tropas de reemplazo, mientras que el oficial, que también había venido del frente, al menos sabía cómo explicarlas. Por supuesto, este último era respetado por los equipos de manera muy diferente al comandante de escena. Pero aparte de eso, el estado de ánimo general era miserable; Esquivar era casi considerado como un signo de mayor prudencia, pero la resistencia leal era un signo de debilidad interior y estrechez de miras. Las cancillerías estaban ocupadas por judíos. Casi todos los escritores son judíos y todos los judíos son escritores. Me asombró esta abundancia de combatientes del pueblo elegido y no pude evitar compararlos con los escasos representantes en el frente.
Las cosas fueron aún peores con la economía. Aquí, el pueblo judío se había vuelto "indispensable". La araña comenzó a succionar lentamente la sangre de los poros de las personas. A través de las sociedades beligerantes, se había descubierto que el instrumento acababa gradualmente con la economía nacional y libre.



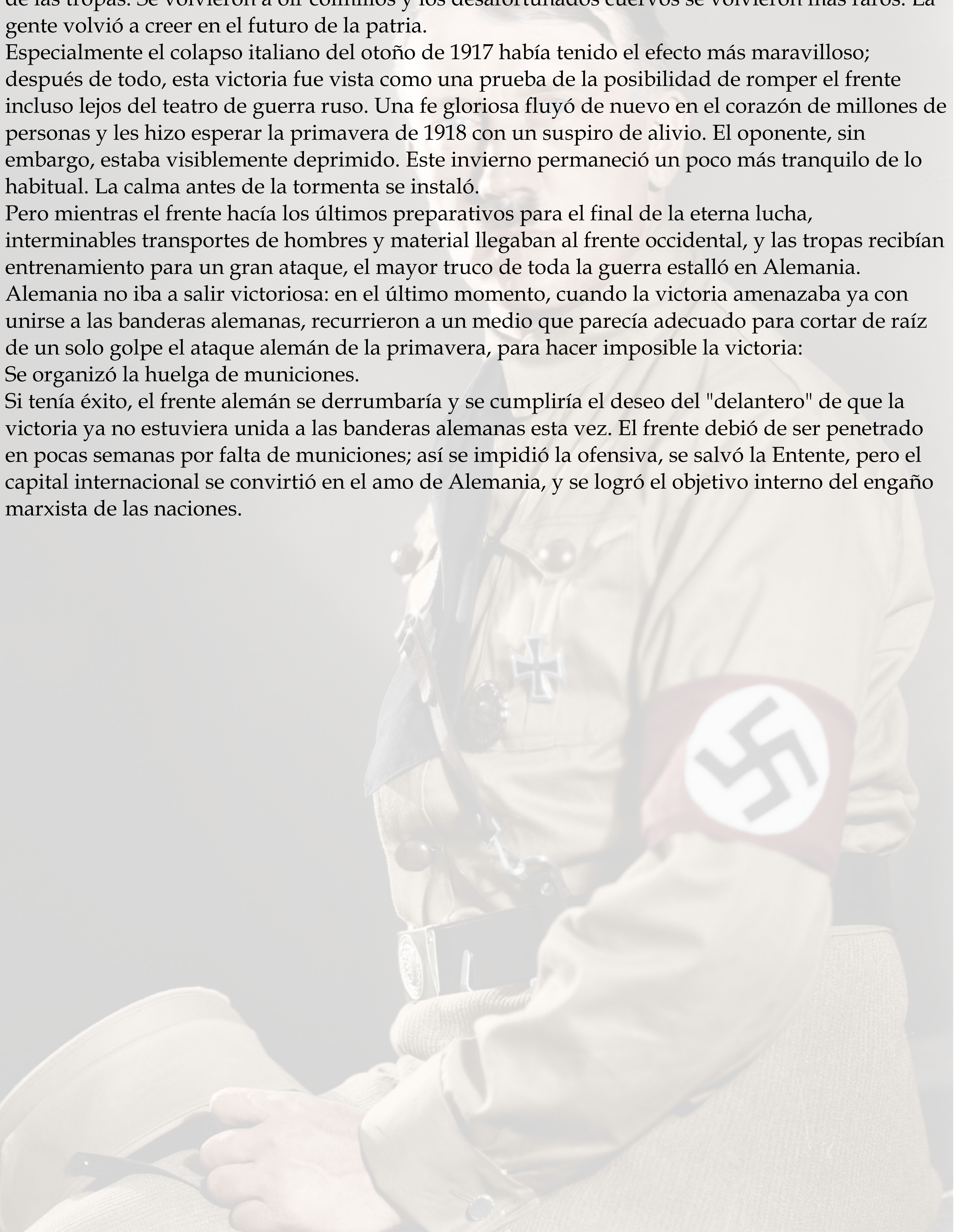


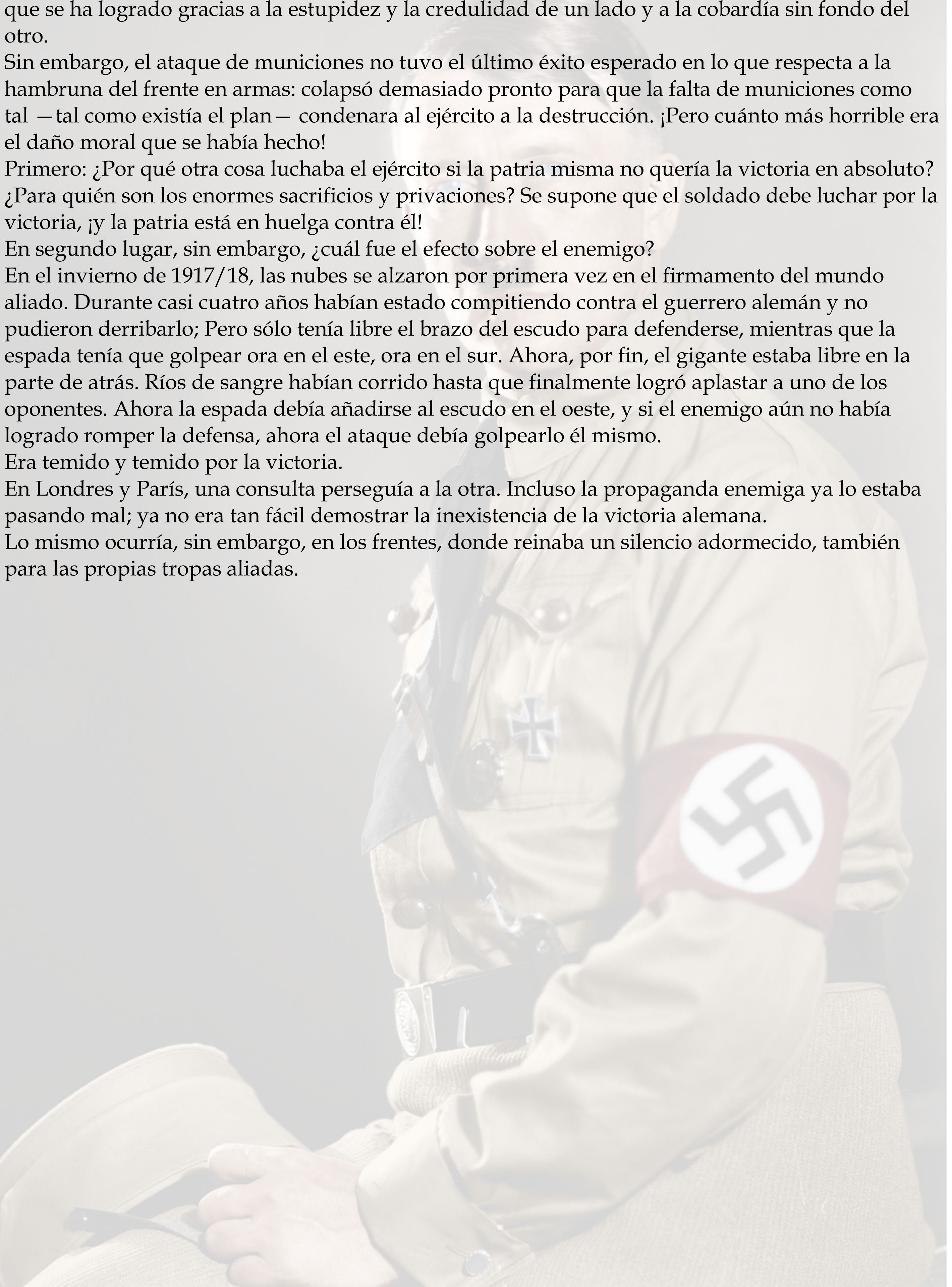
212 La agitación prusiana

Se hizo hincapié en la necesidad de una centralización sin restricciones.
De hecho, ya en 1916/17, casi toda la producción estaba bajo el control del judaísmo financiero.
Pero, ¿contra quién se dirigía el odio del pueblo?
En ese momento vi con horror que se acercaba un desastre que, si no se evitaba en el momento adecuado, estaba destinado a provocar el colapso.
Mientras los judíos robaban a toda la nación y la sometían a su dominio, los "prusianos" estaban agitados. Al igual que en el frente, en casa no pasó nada desde arriba contra esta propaganda envenenada. No parecían sospechar en absoluto que el hundimiento de Prusia no provocaría en modo alguno un auge en Baviera, y que, por el contrario, cada caída de una tendría que arrastrar a la otra irremediablemente consigo al abismo.
Me arrepentí infinitamente de este comportamiento. Sólo pude ver en él el truco más ingenioso del judío, que tenía como objetivo desviar la atención general de sí mismo y hacia los demás. Mientras los bávaros y los prusianos se peleaban, él arrastró la existencia de ambos bajo sus narices; mientras que en Baviera la gente despotricaba contra los prusianos, los judíos organizaron la revolución y aplastaron a Prusia y Baviera al mismo tiempo.
No pude soportar esta maldita disputa entre las tribus germánicas y me alegré de volver al frente, de lo que volví a informar inmediatamente después de mi llegada a Munich.
A principios de marzo de 1917 estaba de vuelta con mi regimiento.

Nuevas esperanzas del ejército 213

Hacia finales de 1917, el punto más bajo del abatimiento del ejército parecía haber sido superado. Todo el ejército recuperó nuevas esperanzas y coraje después del colapso ruso. La convicción de que la lucha terminaría ahora con una victoria para Alemania comenzó a apoderarse cada vez más de las tropas. Se volvieron a oír colmillos y los desafortunados cuervos se volvieron más raros. La gente volvió a creer en el futuro de la patria.
Especialmente el colapso italiano del otoño de 1917 había tenido el efecto más maravilloso; después de todo, esta victoria fue vista como una prueba de la posibilidad de romper el frente incluso lejos del teatro de guerra ruso. Una fe gloriosa fluyó de nuevo en el corazón de millones de personas y les hizo esperar la primavera de 1918 con un suspiro de alivio. El oponente, sin embargo, estaba visiblemente deprimido. Este invierno permaneció un poco más tranquilo de lo habitual. La calma antes de la tormenta se instaló.
Pero mientras el frente hacía los últimos preparativos para el final de la eterna lucha, interminables transportes de hombres y material llegaban al frente occidental, y las tropas recibían entrenamiento para un gran ataque, el mayor truco de toda la guerra estalló en Alemania.
Alemania no iba a salir victoriosa: en el último momento, cuando la victoria amenazaba ya con unirse a las banderas alemanas, recurrieron a un medio que parecía adecuado para cortar de raíz de un solo golpe el ataque alemán de la primavera, para hacer imposible la victoria:
Se organizó la huelga de municiones.
Si tenía éxito, el frente alemán se derrumbaría y se cumpliría el deseo del "delantero" de que la victoria ya no estuviera unida a las banderas alemanas esta vez. El frente debió de ser penetrado en pocas semanas por falta de municiones; así se impidió la ofensiva, se salvó la Entente, pero el capital internacional se convirtió en el amo de Alemania, y se logró el objetivo interno del engaño marxista de las naciones.





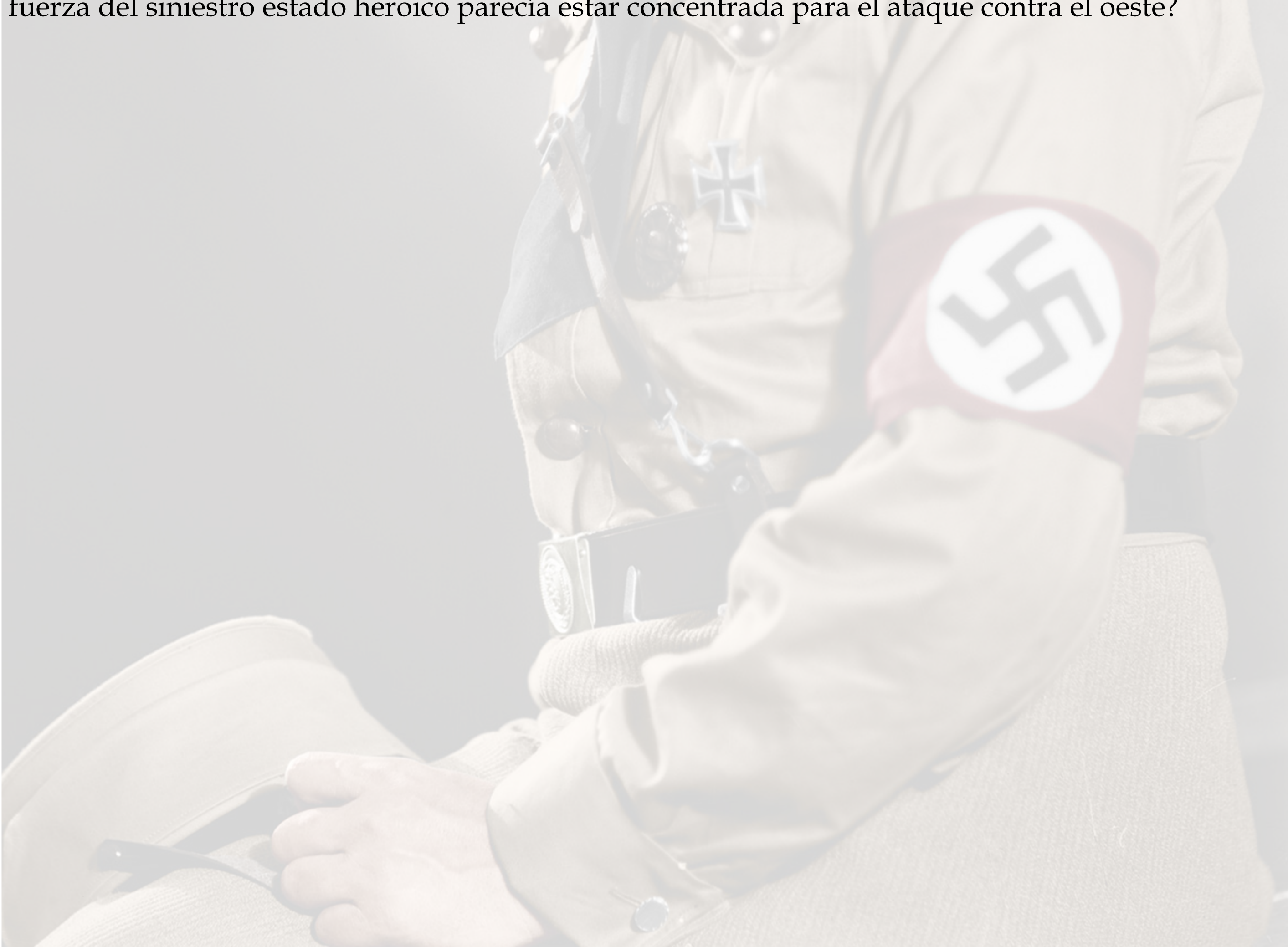
214 El colapso de Rusia

Desmantelar la economía nacional para establecer el dominio del capital internacional, un objetivo que se ha logrado gracias a la estupidez y la credulidad de un lado y a la cobardía sin fondo del otro.
Sin embargo, el ataque de municiones no tuvo el último éxito esperado en lo que respecta a la hambruna del frente en armas: colapsó demasiado pronto para que la falta de municiones como tal —tal como existía el plan— condenara al ejército a la destrucción. ¡Pero cuánto más horrible era el daño moral que se había hecho!
Primero: ¿Por qué otra cosa luchaba el ejército si la patria misma no quería la victoria en absoluto? ¿Para quién son los enormes sacrificios y privaciones? Se supone que el soldado debe luchar por la victoria, ¡y la patria está en huelga contra él!
En segundo lugar, sin embargo, ¿cuál fue el efecto sobre el enemigo?
En el invierno de 1917/18, las nubes se alzaron por primera vez en el firmamento del mundo aliado. Durante casi cuatro años habían estado compitiendo contra el guerrero alemán y no pudieron derribarlo; Pero sólo tenía libre el brazo del escudo para defenderse, mientras que la espada tenía que golpear ora en el este, ora en el sur. Ahora, por fin, el gigante estaba libre en la parte de atrás. Ríos de sangre habían corrido hasta que finalmente logró aplastar a uno de los oponentes. Ahora la espada debía añadirse al escudo en el oeste, y si el enemigo aún no había logrado romper la defensa, ahora el ataque debía golpearlo él mismo.
Era temido y temido por la victoria.
En Londres y París, una consulta perseguía a la otra. Incluso la propaganda enemiga ya lo estaba pasando mal; ya no era tan fácil demostrar la inexistencia de la victoria alemana.
Lo mismo ocurría, sin embargo, en los frentes, donde reinaba un silencio adormecido, también para las propias tropas aliadas.

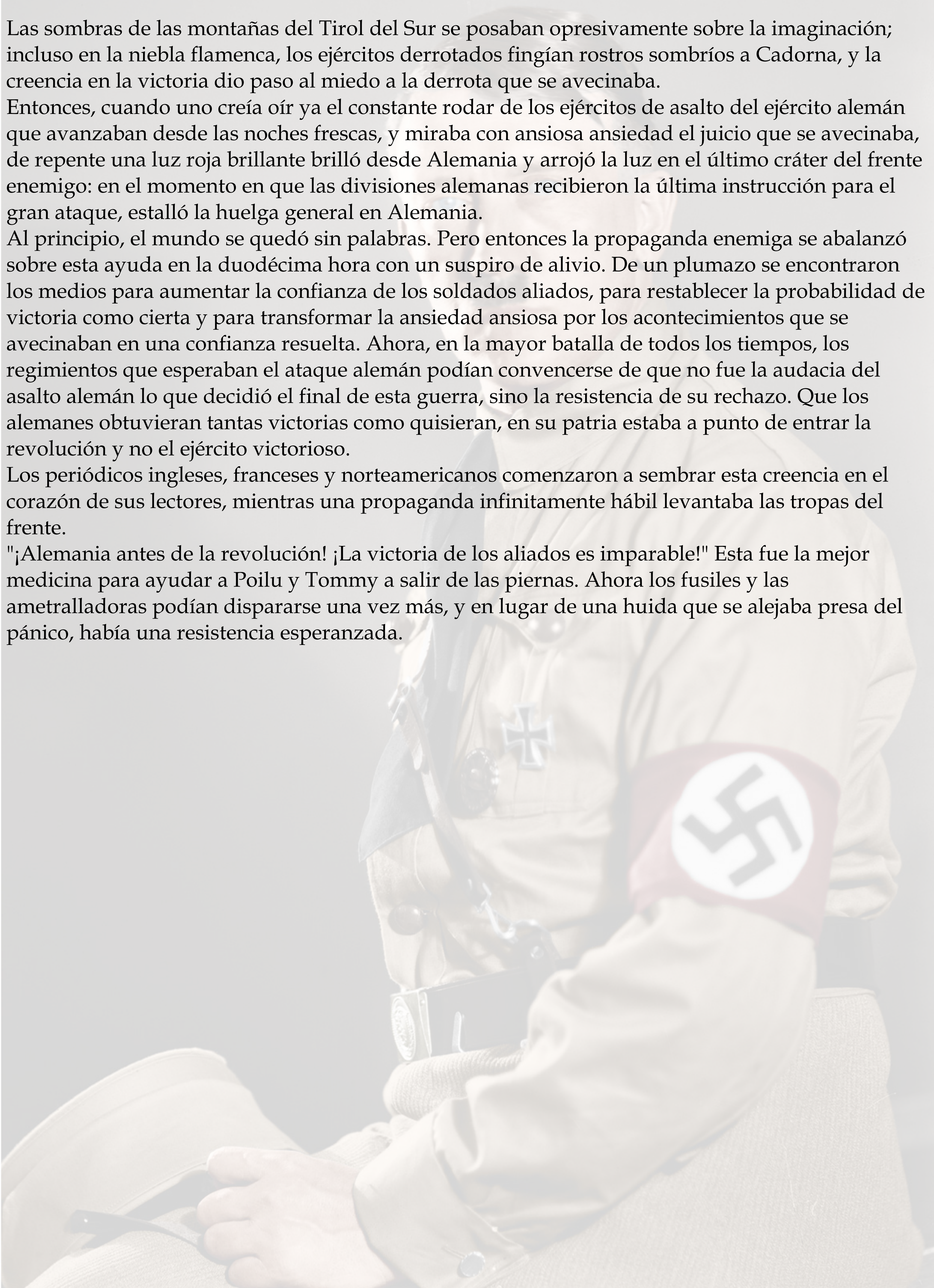
Los caballeros habían perdido de repente su descaro. Ellos también empezaron a ver lentamente una luz espeluznante. Su actitud interior hacia el soldado alemán había cambiado. Hasta entonces podía haber sido considerado por ellos como un tonto destinado a la derrota; pero ahora el destructor del aliado ruso estaba frente a ellos. La restricción de las ofensivas alemanas hacia el Este, nacida de la necesidad, parecía ahora una táctica ingeniosa. Durante tres años, estos alemanes habían estado compitiendo contra Rusia, al principio aparentemente sin el menor éxito. Casi se rieron de este inútil comienzo; porque al final el gigante ruso tenía que seguir siendo el vencedor en la mayoría de su pueblo. sino para quebrar a Alemania de la desangración. La realidad parecía confirmar esta esperanza.

Desde los días de septiembre de 1914, cuando por primera vez los interminables montones de prisioneros rusos de la batalla de Tannenberg comenzaron a llegar a Alemania por carreteras y ferrocarriles, este flujo apenas se detuvo, pero por cada ejército derrotado y aniquilado surgió uno nuevo. Inagotablemente, el gigantesco imperio daba al zar siempre nuevos soldados, y la guerra sus nuevas víctimas. ¿Durante cuánto tiempo pudo Alemania participar en esta carrera? ¿No llegaría el día en que, después de una última victoria alemana, los últimos ejércitos rusos todavía no se alinearan para la última batalla? ¿Y luego qué? Según el juicio humano, la victoria de Rusia podía posponerse, pero tenía que llegar.

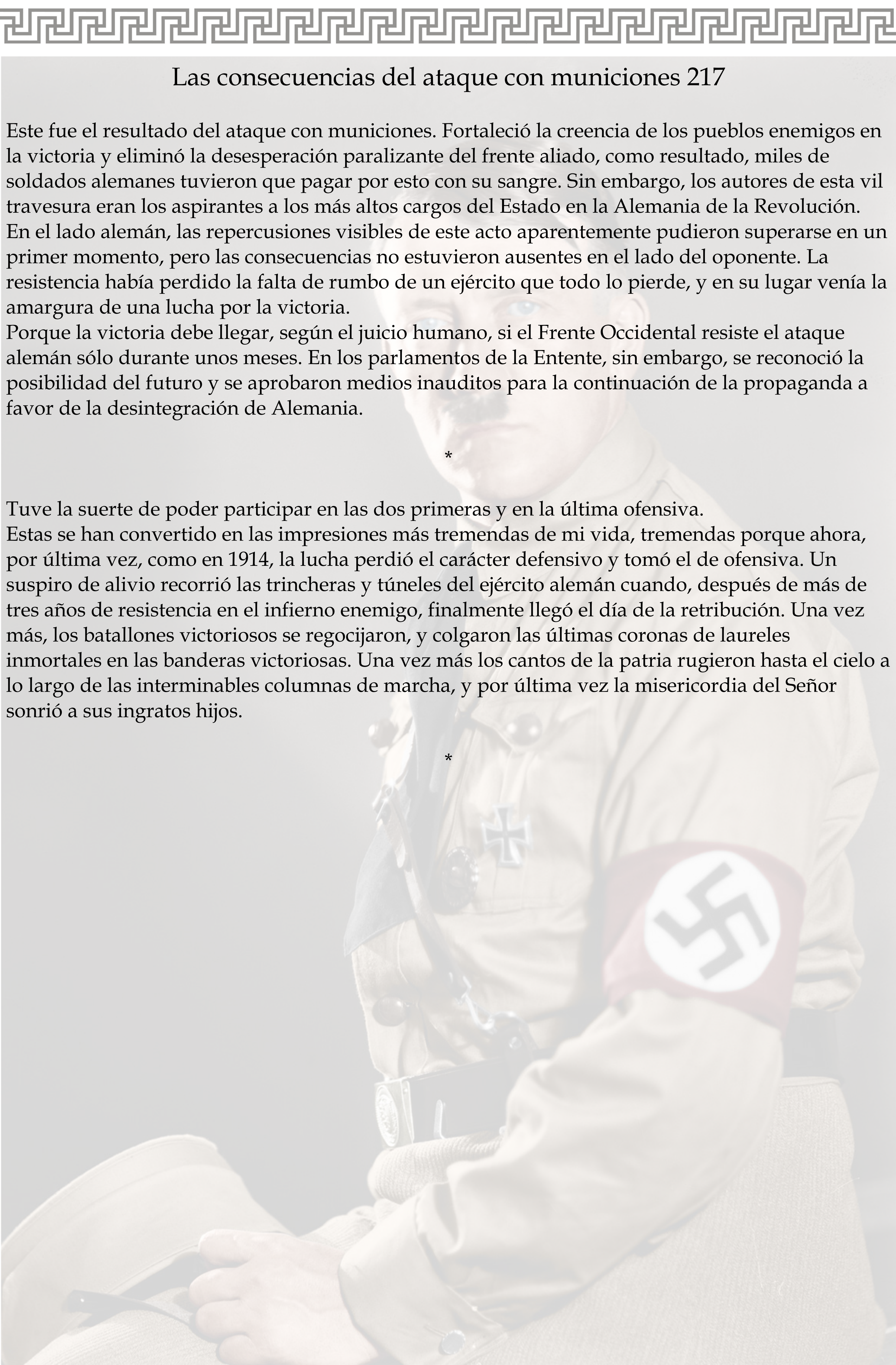
Ahora todas estas esperanzas habían llegado a su fin: el aliado que había puesto los mayores sacrificios de sangre en el altar de los intereses comunes estaba al final de sus fuerzas, y yacía ante el implacable agresor desde el suelo. El miedo y el horror se deslizaron en los corazones de los soldados, hasta entonces ciegamente creyentes. Temían la llegada de la primavera. Porque si todavía no ha sido posible vencer al alemán, puesto que sólo ha sido capaz de situarse parcialmente en el frente occidental, ¿cómo podemos esperar ahora la victoria, ya que toda la fuerza del siniestro estado heroico parecía estar concentrada para el ataque contra el oeste?



 "¡Alemania antes de la revolución!"



Las sombras de las montañas del Tirol del Sur se posaban opresivamente sobre la imaginación; incluso en la niebla flamenca, los ejércitos derrotados fingían rostros sombríos a Cadorna, y la creencia en la victoria dio paso al miedo a la derrota que se avecinaba.
Entonces, cuando uno creía oír ya el constante rodar de los ejércitos de asalto del ejército alemán que avanzaban desde las noches frescas, y miraba con ansiosa ansiedad el juicio que se avecinaba, de repente una luz roja brillante brilló desde Alemania y arrojó la luz en el último cráter del frente enemigo: en el momento en que las divisiones alemanas recibieron la última instrucción para el gran ataque, estalló la huelga general en Alemania.
Al principio, el mundo se quedó sin palabras. Pero entonces la propaganda enemiga se abalanzó sobre esta ayuda en la duodécima hora con un suspiro de alivio. De un plumazo se encontraron los medios para aumentar la confianza de los soldados aliados, para restablecer la probabilidad de victoria como cierta y para transformar la ansiedad ansiosa por los acontecimientos que se avecinaban en una confianza resuelta. Ahora, en la mayor batalla de todos los tiempos, los regimientos que esperaban el ataque alemán podían convencerse de que no fue la audacia del asalto alemán lo que decidió el final de esta guerra, sino la resistencia de su rechazo. Que los alemanes obtuvieran tantas victorias como quisieran, en su patria estaba a punto de entrar la revolución y no el ejército victorioso.
Los periódicos ingleses, franceses y norteamericanos comenzaron a sembrar esta creencia en el corazón de sus lectores, mientras una propaganda infinitamente hábil levantaba las tropas del frente.
"¡Alemania antes de la revolución! ¡La victoria de los aliados es imparable!" Esta fue la mejor medicina para ayudar a Poilu y Tommy a salir de las piernas. Ahora los fusiles y las ametralladoras podían dispararse una vez más, y en lugar de una huida que se alejaba presa del pánico, había una resistencia esperanzada.



Este fue el resultado del ataque con municiones. Fortaleció la creencia de los pueblos enemigos en la victoria y eliminó la desesperación paralizante del frente aliado, como resultado, miles de soldados alemanes tuvieron que pagar por esto con su sangre. Sin embargo, los autores de esta vil travesura eran los aspirantes a los más altos cargos del Estado en la Alemania de la Revolución.
En el lado alemán, las repercusiones visibles de este acto aparentemente pudieron superarse en un primer momento, pero las consecuencias no estuvieron ausentes en el lado del oponente. La resistencia había perdido la falta de rumbo de un ejército que todo lo pierde, y en su lugar venía la amargura de una lucha por la victoria.
Porque la victoria debe llegar, según el juicio humano, si el Frente Occidental resiste el ataque alemán sólo durante unos meses. En los parlamentos de la Entente, sin embargo, se reconoció la posibilidad del futuro y se aprobaron medios inauditos para la continuación de la propaganda a favor de la desintegración de Alemania.

*

Tuve la suerte de poder participar en las dos primeras y en la última ofensiva.
Estas se han convertido en las impresiones más tremendas de mi vida, tremendas porque ahora, por última vez, como en 1914, la lucha perdió el carácter defensivo y tomó el de ofensiva. Un suspiro de alivio recorrió las trincheras y túneles del ejército alemán cuando, después de más de tres años de resistencia en el infierno enemigo, finalmente llegó el día de la retribución. Una vez más, los batallones victoriosos se regocijaron, y colgaron las últimas coronas de laureles inmortales en las banderas victoriosas. Una vez más los cantos de la patria rugieron hasta el cielo a lo largo de las interminables columnas de marcha, y por última vez la misericordia del Señor sonrió a sus ingratos hijos.

*

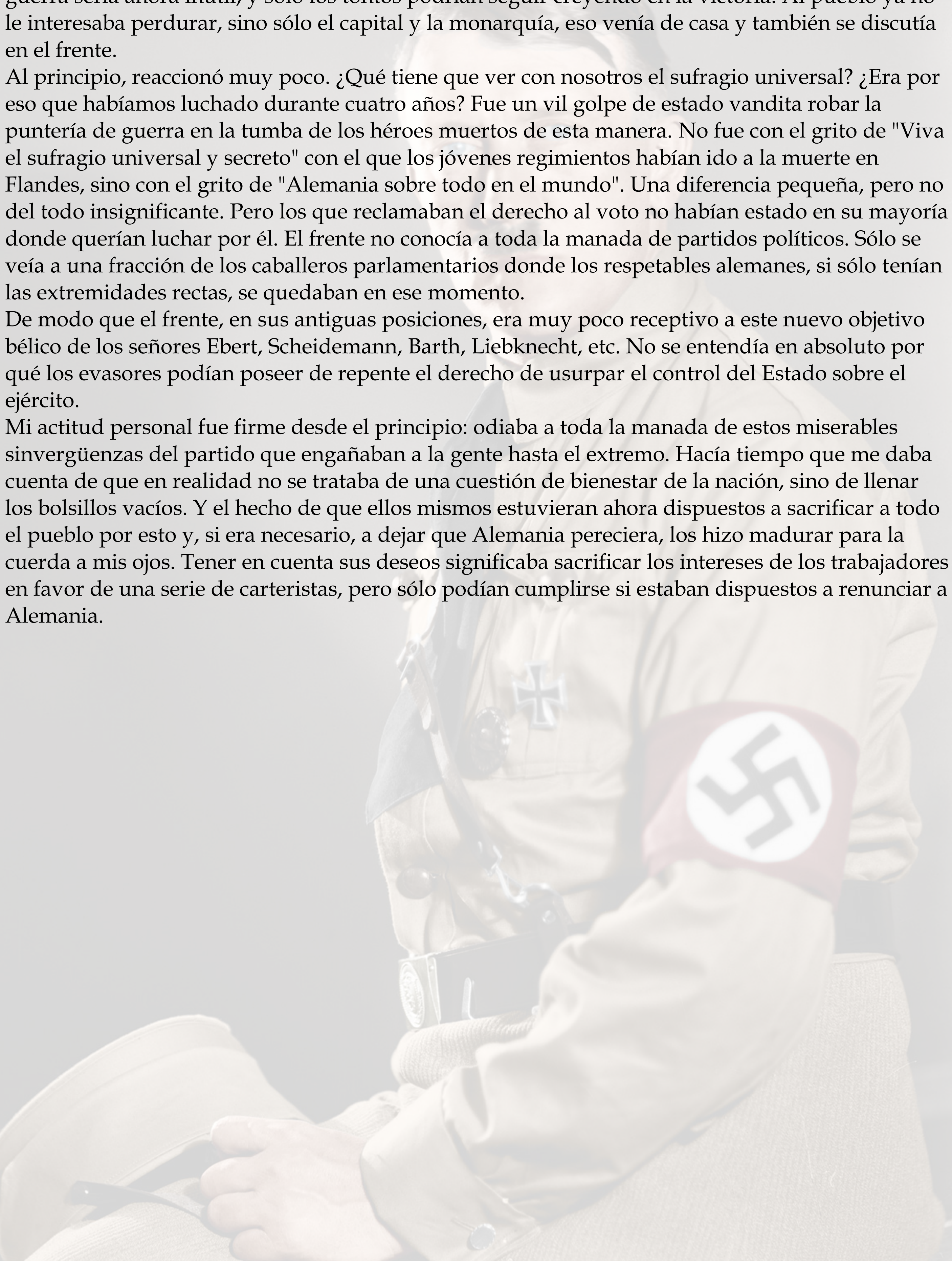
218 Últimas coronas de laureles inmortales

A mediados del verano de 1918, un bochorno apagado se extendía sobre el frente. La patria se peleó. ¿Sobre qué? Mucho se contaba en las unidades individuales del ejército de campaña. La guerra sería ahora inútil, y sólo los tontos podrían seguir creyendo en la victoria. Al pueblo ya no le interesaba perdurar, sino sólo el capital y la monarquía, eso venía de casa y también se discutía en el frente.

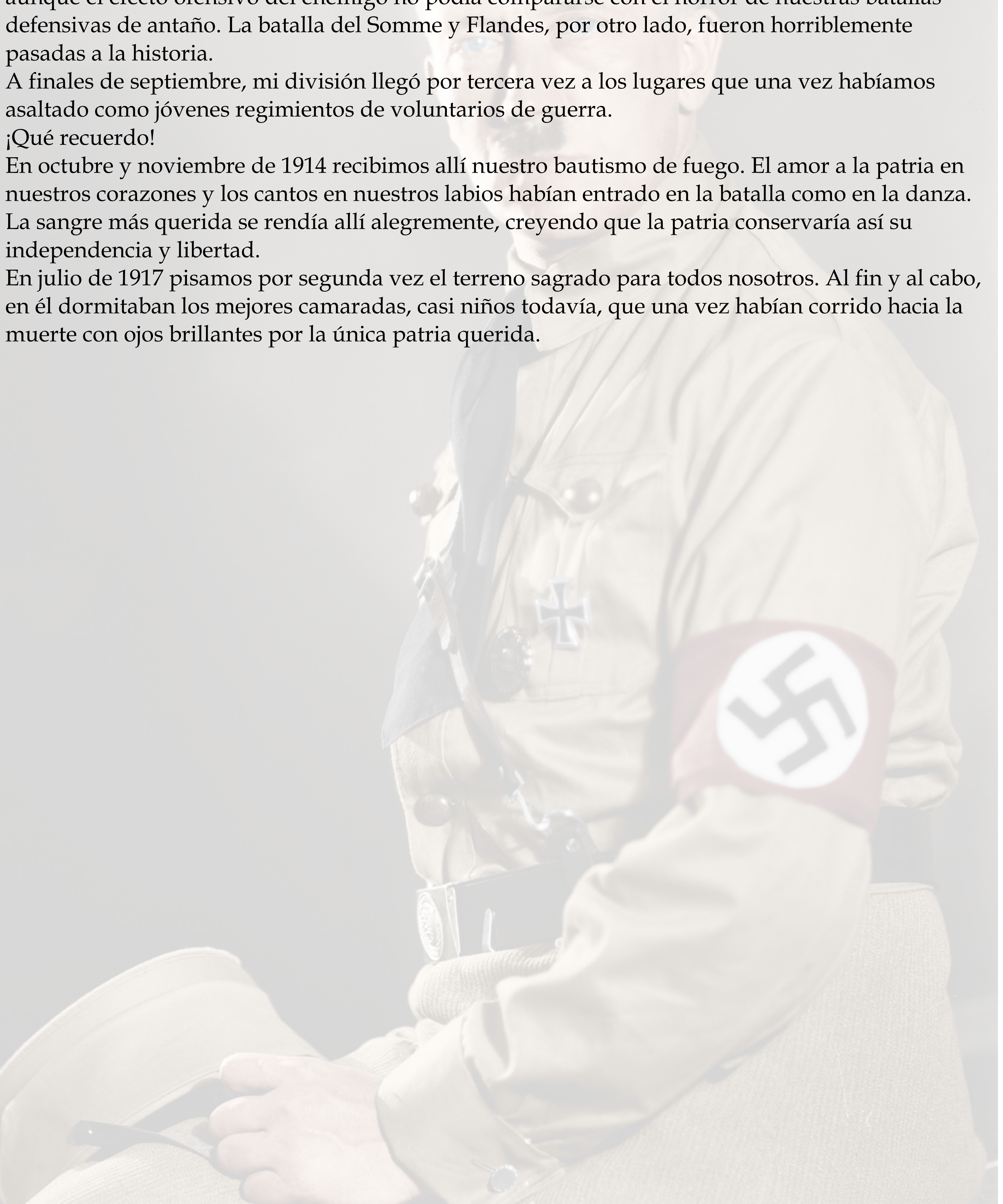
Al principio, reaccionó muy poco. ¿Qué tiene que ver con nosotros el sufragio universal? ¿Era por eso que habíamos luchado durante cuatro años? Fue un vil golpe de estado vandita robar la puntería de guerra en la tumba de los héroes muertos de esta manera. No fue con el grito de "Viva el sufragio universal y secreto" con el que los jóvenes regimientos habían ido a la muerte en Flandes, sino con el grito de "Alemania sobre todo en el mundo". Una diferencia pequeña, pero no del todo insignificante. Pero los que reclamaban el derecho al voto no habían estado en su mayoría donde querían luchar por él. El frente no conocía a toda la manada de partidos políticos. Sólo se veía a una fracción de los caballeros parlamentarios donde los respetables alemanes, si sólo tenían las extremidades rectas, se quedaban en ese momento.

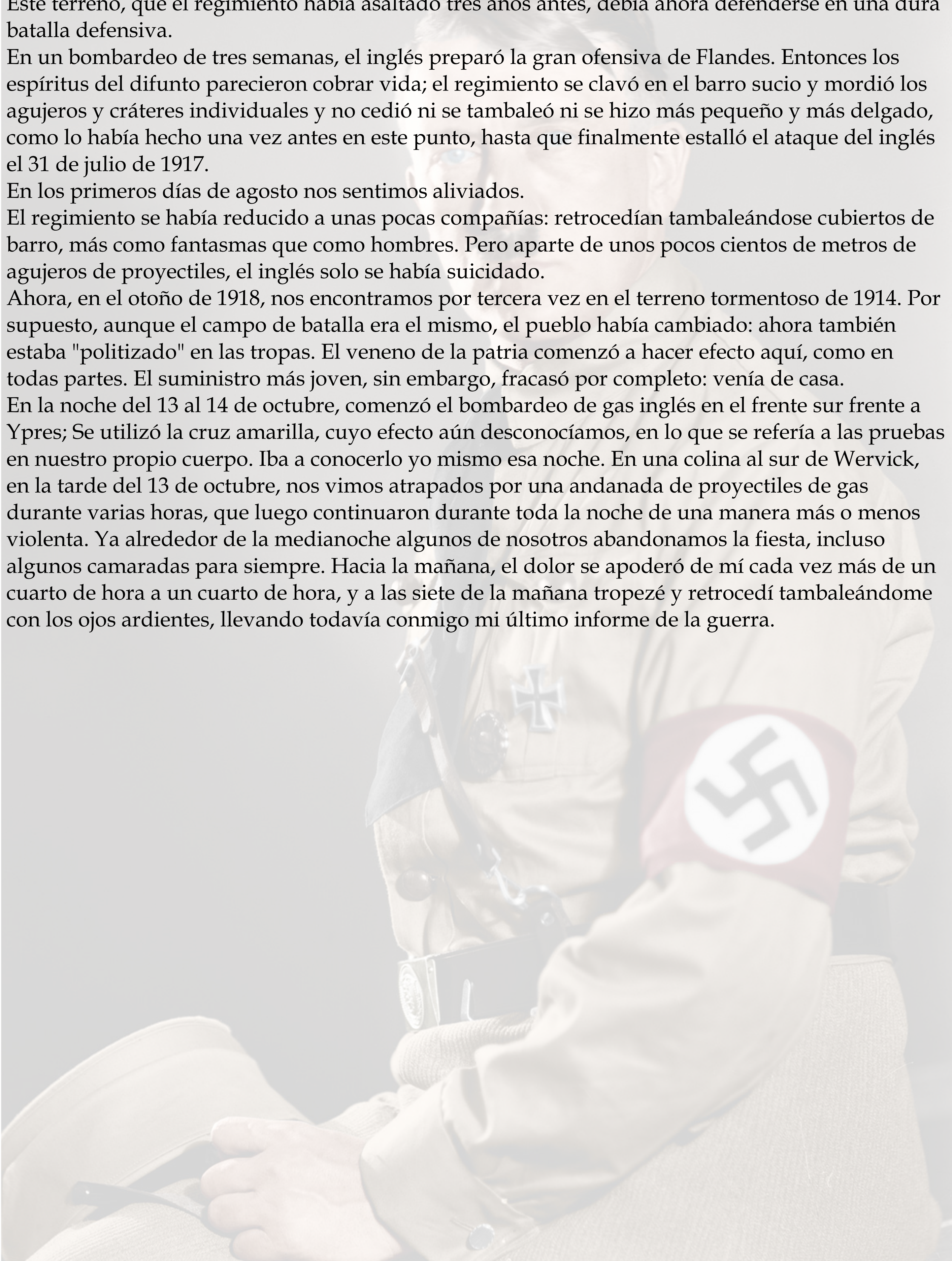
De modo que el frente, en sus antiguas posiciones, era muy poco receptivo a este nuevo objetivo bélico de los señores Ebert, Scheidemann, Barth, Liebknecht, etc. No se entendía en absoluto por qué los evasores podían poseer de repente el derecho de usurpar el control del Estado sobre el ejército.

Mi actitud personal fue firme desde el principio: odiaba a toda la manada de estos miserables sinvergüenzas del partido que engañaban a la gente hasta el extremo. Hacía tiempo que me daba cuenta de que en realidad no se trataba de una cuestión de bienestar de la nación, sino de llenar los bolsillos vacíos. Y el hecho de que ellos mismos estuvieran ahora dispuestos a sacrificar a todo el pueblo por esto y, si era necesario, a dejar que Alemania pereciera, los hizo madurar para la cuerda a mis ojos. Tener en cuenta sus deseos significaba sacrificar los intereses de los trabajadores en favor de una serie de carteristas, pero sólo podían cumplirse si estaban dispuestos a renunciar a Alemania.



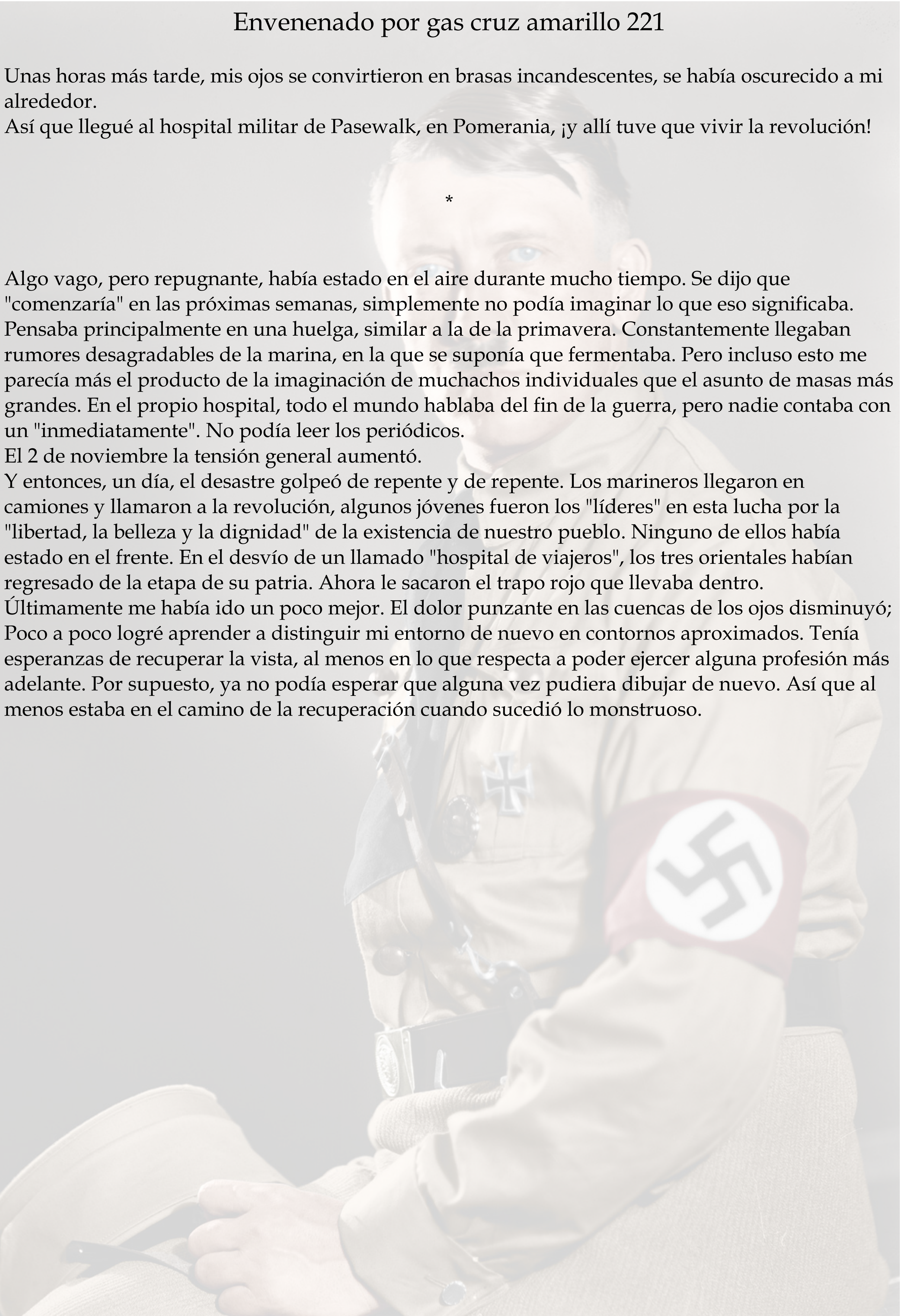
Pero así seguía pensando la gran mayoría del ejército combatiente. Sólo los suministros que llegaban de casa empeoraron cada vez más, de modo que su llegada no significó un fortalecimiento, sino un debilitamiento de la fuerza de combate. Especialmente los suministros jóvenes eran en gran parte inútiles. A menudo era difícil creer que se tratara de hijos del mismo pueblo que una vez había enviado a su juventud a luchar por Ypres.
En agosto y septiembre, los signos de desintegración aumentaron cada vez más rápidamente, aunque el efecto ofensivo del enemigo no podía compararse con el horror de nuestras batallas defensivas de antaño. La batalla del Somme y Flandes, por otro lado, fueron horriblemente pasadas a la historia.
A finales de septiembre, mi división llegó por tercera vez a los lugares que una vez habíamos asaltado como jóvenes regimientos de voluntarios de guerra.
¡Qué recuerdo!
En octubre y noviembre de 1914 recibimos allí nuestro bautismo de fuego. El amor a la patria en nuestros corazones y los cantos en nuestros labios habían entrado en la batalla como en la danza. La sangre más querida se rendía allí alegremente, creyendo que la patria conservaría así su independencia y libertad.
En julio de 1917 pisamos por segunda vez el terreno sagrado para todos nosotros. Al fin y al cabo, en él dormitaban los mejores camaradas, casi niños todavía, que una vez habían corrido hacia la muerte con ojos brillantes por la única patria querida.





220 La oferta más joven falla

Nosotros, los viejos, que una vez marchamos con el regimiento, nos quedamos de pie con reverente emoción ante este lugar de juramento de "lealtad y obediencia hasta la muerte".
Este terreno, que el regimiento había asaltado tres años antes, debía ahora defenderse en una dura batalla defensiva.
En un bombardeo de tres semanas, el inglés preparó la gran ofensiva de Flandes. Entonces los espíritus del difunto parecieron cobrar vida; el regimiento se clavó en el barro sucio y mordió los agujeros y cráteres individuales y no cedió ni se tambaleó ni se hizo más pequeño y más delgado, como lo había hecho una vez antes en este punto, hasta que finalmente estalló el ataque del inglés el 31 de julio de 1917.
En los primeros días de agosto nos sentimos aliviados.
El regimiento se había reducido a unas pocas compañías: retrocedían tambaleándose cubiertos de barro, más como fantasmas que como hombres. Pero aparte de unos pocos cientos de metros de agujeros de proyectiles, el inglés solo se había suicidado.
Ahora, en el otoño de 1918, nos encontramos por tercera vez en el terreno tormentoso de 1914. Por supuesto, aunque el campo de batalla era el mismo, el pueblo había cambiado: ahora también estaba "politizado" en las tropas. El veneno de la patria comenzó a hacer efecto aquí, como en todas partes. El suministro más joven, sin embargo, fracasó por completo: venía de casa.
En la noche del 13 al 14 de octubre, comenzó el bombardeo de gas inglés en el frente sur frente a Ypres; Se utilizó la cruz amarilla, cuyo efecto aún desconocíamos, en lo que se refería a las pruebas en nuestro propio cuerpo. Iba a conocerlo yo mismo esa noche. En una colina al sur de Wervick, en la tarde del 13 de octubre, nos vimos atrapados por una andanada de proyectiles de gas durante varias horas, que luego continuaron durante toda la noche de una manera más o menos violenta. Ya alrededor de la medianoche algunos de nosotros abandonamos la fiesta, incluso algunos camaradas para siempre. Hacia la mañana, el dolor se apoderó de mí cada vez más de un cuarto de hora a un cuarto de hora, y a las siete de la mañana tropezé y retrocedí tambaleándome con los ojos ardientes, llevando todavía conmigo mi último informe de la guerra.

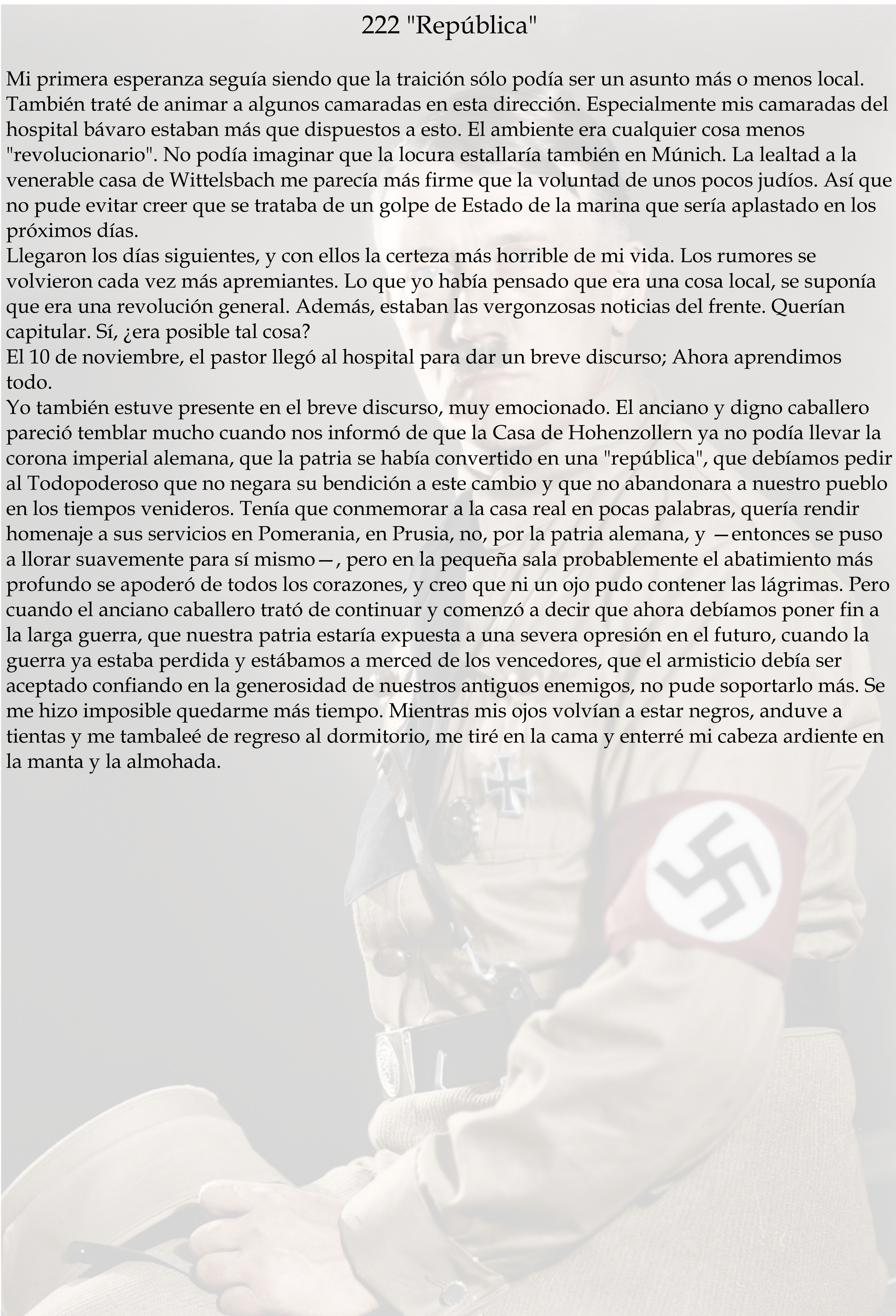


Envenenado por gas cruz amarillo 221

Unas horas más tarde, mis ojos se convirtieron en brasas incandescentes, se había oscurecido a mi alrededor.
Así que llegué al hospital militar de Pasewalk, en Pomerania, ¡y allí tuve que vivir la revolución!

*

Algo vago, pero repugnante, había estado en el aire durante mucho tiempo. Se dijo que "comenzaría" en las próximas semanas, simplemente no podía imaginar lo que eso significaba. Pensaba principalmente en una huelga, similar a la de la primavera. Constantemente llegaban rumores desagradables de la marina, en la que se suponía que fermentaba. Pero incluso esto me parecía más el producto de la imaginación de muchachos individuales que el asunto de masas más grandes. En el propio hospital, todo el mundo hablaba del fin de la guerra, pero nadie contaba con un "inmediatamente". No podía leer los periódicos.
El 2 de noviembre la tensión general aumentó.
Y entonces, un día, el desastre golpeó de repente y de repente. Los marineros llegaron en camiones y llamaron a la revolución, algunos jóvenes fueron los "líderes" en esta lucha por la "libertad, la belleza y la dignidad" de la existencia de nuestro pueblo. Ninguno de ellos había estado en el frente. En el desvío de un llamado "hospital de viajeros", los tres orientales habían regresado de la etapa de su patria. Ahora le sacaron el trapo rojo que llevaba dentro.
Últimamente me había ido un poco mejor. El dolor punzante en las cuencas de los ojos disminuyó; Poco a poco logré aprender a distinguir mi entorno de nuevo en contornos aproximados. Tenía esperanzas de recuperar la vista, al menos en lo que respecta a poder ejercer alguna profesión más adelante. Por supuesto, ya no podía esperar que alguna vez pudiera dibujar de nuevo. Así que al menos estaba en el camino de la recuperación cuando sucedió lo monstruoso.



222 "República"

Mi primera esperanza seguía siendo que la traición sólo podía ser un asunto más o menos local. También traté de animar a algunos camaradas en esta dirección. Especialmente mis camaradas del hospital bávaro estaban más que dispuestos a esto. El ambiente era cualquier cosa menos "revolucionario". No podía imaginar que la locura estallaría también en Múnich. La lealtad a la venerable casa de Wittelsbach me parecía más firme que la voluntad de unos pocos judíos. Así que no pude evitar creer que se trataba de un golpe de Estado de la marina que sería aplastado en los próximos días.

Llegaron los días siguientes, y con ellos la certeza más horrible de mi vida. Los rumores se volvieron cada vez más apremiantes. Lo que yo había pensado que era una cosa local, se suponía que era una revolución general. Además, estaban las vergonzosas noticias del frente. Querían capitular. Sí, ¿era posible tal cosa?

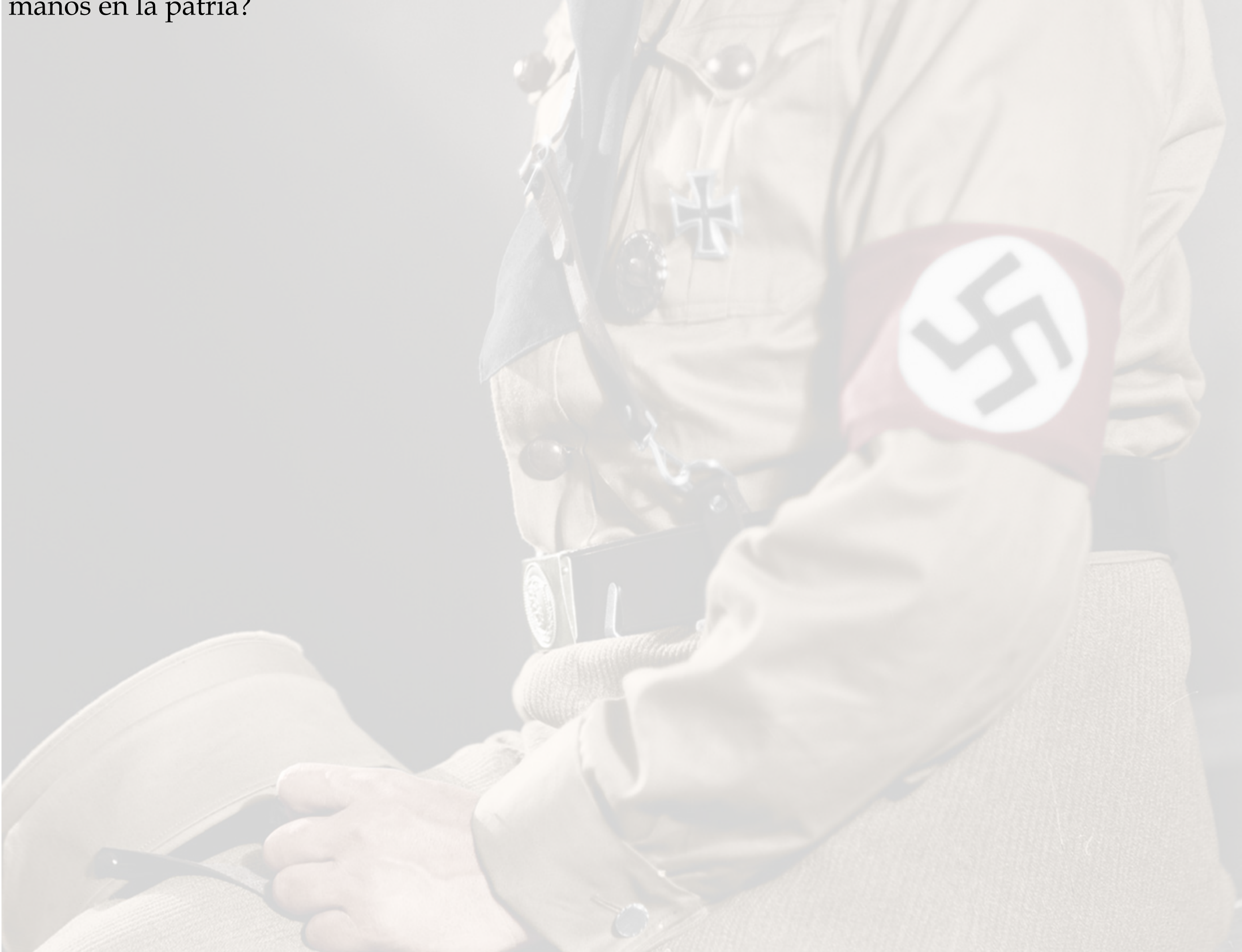
El 10 de noviembre, el pastor llegó al hospital para dar un breve discurso; Ahora aprendimos todo.

Yo también estuve presente en el breve discurso, muy emocionado. El anciano y digno caballero pareció temblar mucho cuando nos informó de que la Casa de Hohenzollern ya no podía llevar la corona imperial alemana, que la patria se había convertido en una "república", que debíamos pedir al Todopoderoso que no negara su bendición a este cambio y que no abandonara a nuestro pueblo en los tiempos venideros. Tenía que conmemorar a la casa real en pocas palabras, quería rendir homenaje a sus servicios en Pomerania, en Prusia, no, por la patria alemana, y —entonces se puso a llorar suavemente para sí mismo—, pero en la pequeña sala probablemente el abatimiento más profundo se apoderó de todos los corazones, y creo que ni un ojo pudo contener las lágrimas. Pero cuando el anciano caballero trató de continuar y comenzó a decir que ahora debíamos poner fin a la larga guerra, que nuestra patria estaría expuesta a una severa opresión en el futuro, cuando la guerra ya estaba perdida y estábamos a merced de los vencedores, que el armisticio debía ser aceptado confiando en la generosidad de nuestros antiguos enemigos, no pude soportarlo más. Se me hizo imposible quedarme más tiempo. Mientras mis ojos volvían a estar negros, anduve a tientas y me tambaleé de regreso al dormitorio, me tiré en la cama y enterré mi cabeza ardiente en la manta y la almohada.

Todas las víctimas en vano 223

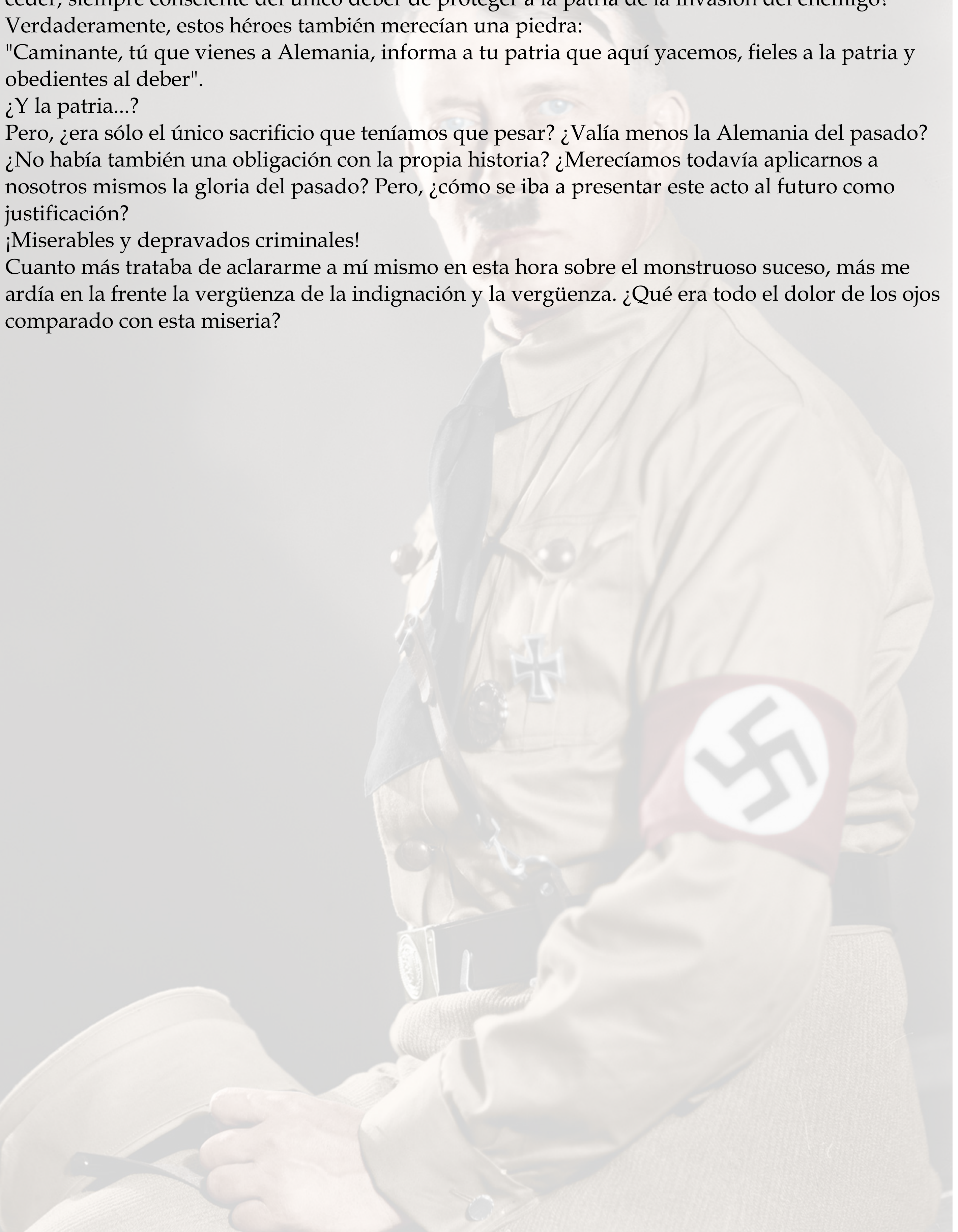
Desde el día en que estuve junto a la tumba de mi madre, no había llorado. Cuando el destino me golpeó sin piedad en mi juventud, mi desafío creció. Cuando la muerte se llevó a muchos camaradas y amigos queridos de nuestras filas durante los largos años de guerra, casi me pareció un pecado quejarme, después de todo, ¡murieron por Alemania! Y cuando por fin, incluso en los últimos días de la terrible lucha, el gas rastrero me atacó y comenzó a devorarme los ojos, y quise desesperarme por un momento bajo el terror de quedar ciego para siempre, la voz de la conciencia me tronó: ¡Miserable desgraciado, quieres aullar, mientras que miles están cien veces peor que tú! y así soporté mi suerte torpe y mudo. Pero ahora no podía evitarlo. Ahora vi por primera vez cuánto se hunde todo sufrimiento personal ante la desgracia de la patria.

Así que todo había sido en vano. En vano todos los sacrificios y privaciones, en vano el hambre y la sed de meses a veces interminables, en vano las horas en que, atenazados por el miedo a la muerte, cumplimos sin embargo con nuestro deber, y en vano la muerte de dos millones de personas que murieron en el proceso. ¿No habría que abrir las tumbas de todos los centenares de miles de personas que una vez salieron creyendo en la patria para no volver jamás? ¿No deberían abrirse y enviar a casa a los héroes silenciosos, embarrados y cubiertos de sangre como espíritus de venganza, que tan desdeñosamente los habían engañado con el mayor sacrificio que un hombre puede hacer a su pueblo en este mundo? Si por esto habían muerto los soldados de agosto y septiembre de 1914, ¿seguían los regimientos de voluntarios a sus antiguos camaradas en el otoño del mismo año? ¿Se hundieron estos muchachos de diecisiete años en la tierra flamenca para esto? ¿Era éste el sentido del sacrificio que la madre alemana hizo a la patria cuando, con el corazón afligido, dejó ir a sus hijos más queridos en ese momento, para no volver a verlos nunca más? ¿Se hizo todo esto para que un puñado de miserables criminales pudiese ahora poner sus manos en la patria?



224 Todas las víctimas en vano

Entonces, ¿había soportado el soldado alemán en medio de las quemaduras del sol y la tormenta de nieve, hambriento, sediento y helado, cansado de noches de insomnio y marchas interminables? ¿Había yacido en el infierno de la barrera y en la fiebre de la lucha contra el gas, sin ceder, siempre consciente del único deber de proteger a la patria de la invasión del enemigo?
Verdaderamente, estos héroes también merecían una piedra:
"Caminante, tú que vienes a Alemania, informa a tu patria que aquí yacemos, fieles a la patria y obedientes al deber".
¿Y la patria...?
Pero, ¿era sólo el único sacrificio que teníamos que pesar? ¿Valía menos la Alemania del pasado? ¿No había también una obligación con la propia historia? ¿Merecíamos todavía aplicarnos a nosotros mismos la gloria del pasado? Pero, ¿cómo se iba a presentar este acto al futuro como justificación?
¡Miserables y depravados criminales!
Cuanto más trataba de aclararme a mí mismo en esta hora sobre el monstruoso suceso, más me ardía en la frente la vergüenza de la indignación y la vergüenza. ¿Qué era todo el dolor de los ojos comparado con esta miseria?



Decisión de convertirse en político 225

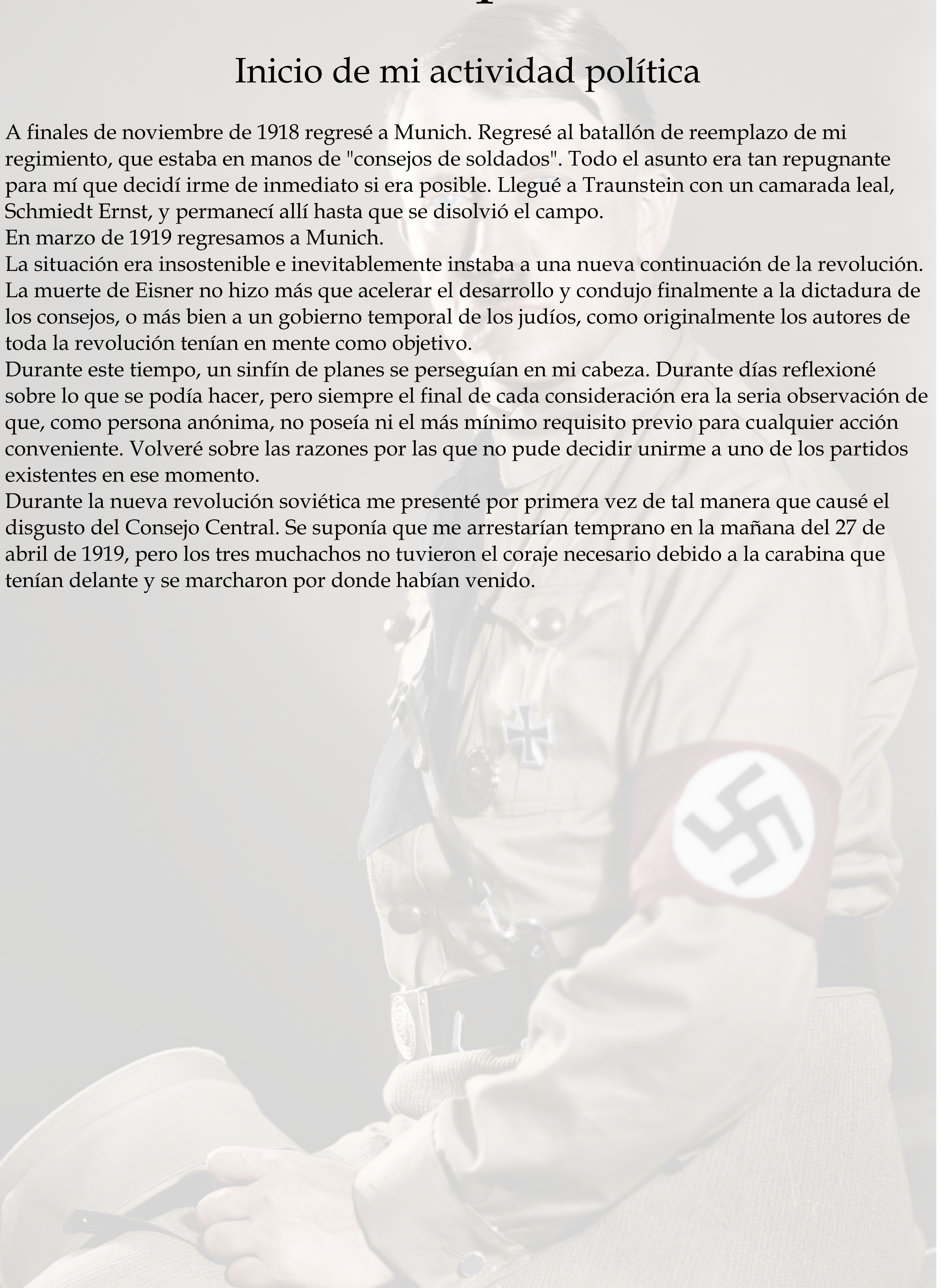
Lo que siguió fueron días terribles y noches aún peores: supe que todo estaba perdido. Esperar la misericordia del enemigo sólo podía ser lograda por necios o mentirosos y criminales. Durante esas noches crecía mi odio, el odio contra los autores de este hecho.
En los días que siguieron, también me di cuenta de mi destino. Ahora tenía que reírme al pensar en mi propio futuro, que me había causado tan amargas preocupaciones hacía poco tiempo. ¿No era ridículo querer construir casas en ese terreno? Por fin me quedó claro que sólo lo que tantas veces había temido, sólo emocionalmente no podía creer, se había cumplido.
El káiser Guillermo II fue el primer emperador alemán que se acercó a los líderes del marxismo para reconciliarse, sin sospechar que los sinvergüenzas no tienen honor. Mientras aún sostenían la mano imperial en la suya, el otro ya estaba buscando la daga.
No hay pacto con el judío, sino sólo con el duro "o lo uno o lo otro".
Pero decidí convertirme en político.

9 Hitler, Mein Kampf



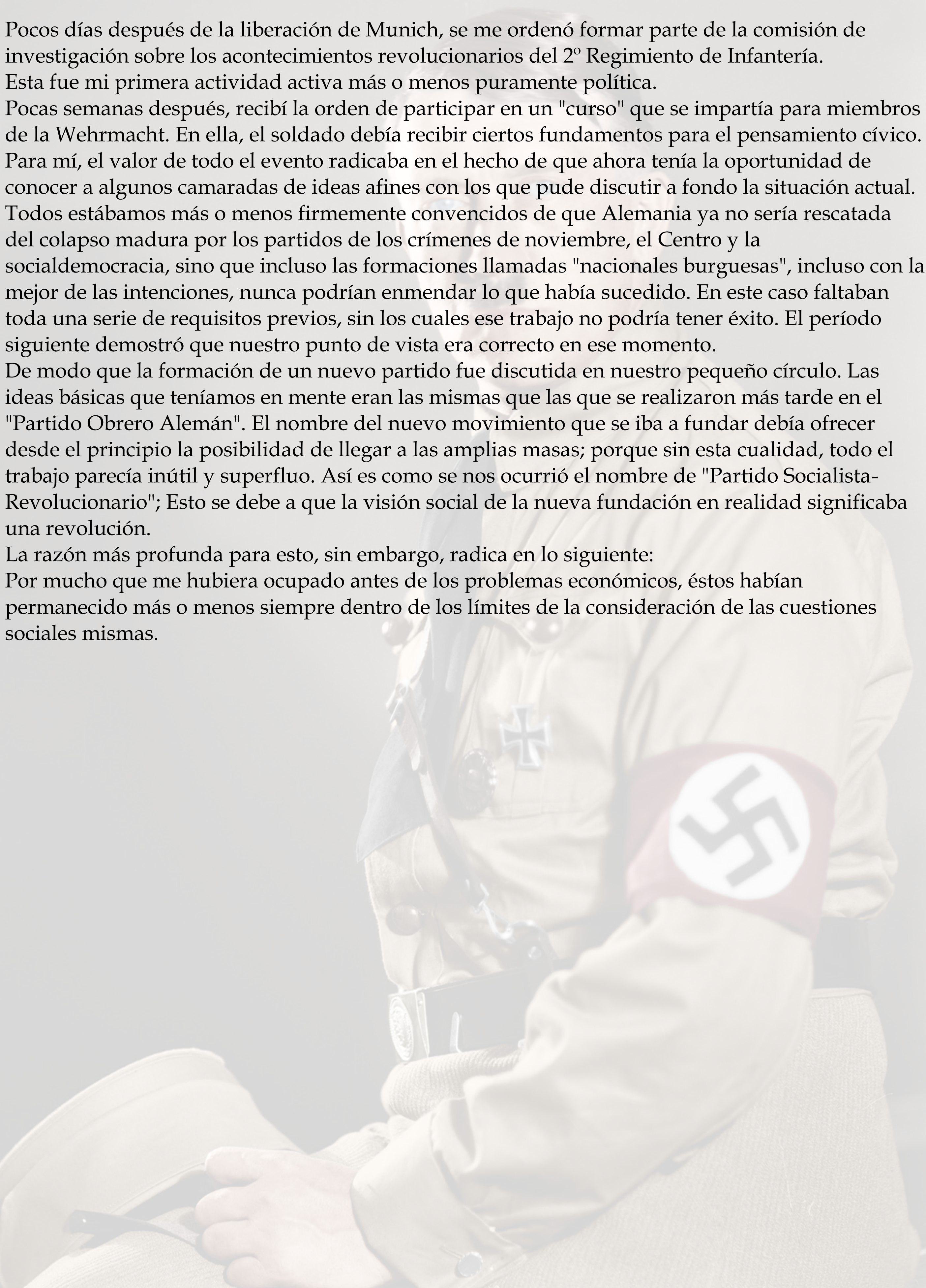
8. Kapitel

Inicio de mi actividad política



A finales de noviembre de 1918 regresé a Munich. Regresé al batallón de reemplazo de mi regimiento, que estaba en manos de "consejos de soldados". Todo el asunto era tan repugnante para mí que decidí irme de inmediato si era posible. Llegué a Traunstein con un camarada leal, Schmiedt Ernst, y permanecí allí hasta que se disolvió el campo.
En marzo de 1919 regresamos a Munich.
La situación era insostenible e inevitablemente instaba a una nueva continuación de la revolución. La muerte de Eisner no hizo más que acelerar el desarrollo y condujo finalmente a la dictadura de los consejos, o más bien a un gobierno temporal de los judíos, como originalmente los autores de toda la revolución tenían en mente como objetivo.
Durante este tiempo, un sinfín de planes se perseguían en mi cabeza. Durante días reflexioné sobre lo que se podía hacer, pero siempre el final de cada consideración era la seria observación de que, como persona anónima, no poseía ni el más mínimo requisito previo para cualquier acción conveniente. Volveré sobre las razones por las que no pude decidir unirme a uno de los partidos existentes en ese momento.
Durante la nueva revolución soviética me presenté por primera vez de tal manera que causé el disgusto del Consejo Central. Se suponía que me arrestarían temprano en la mañana del 27 de abril de 1919, pero los tres muchachos no tuvieron el coraje necesario debido a la carabina que tenían delante y se marcharon por donde habían venido.

Discusión sobre la formación de un nuevo partido 227

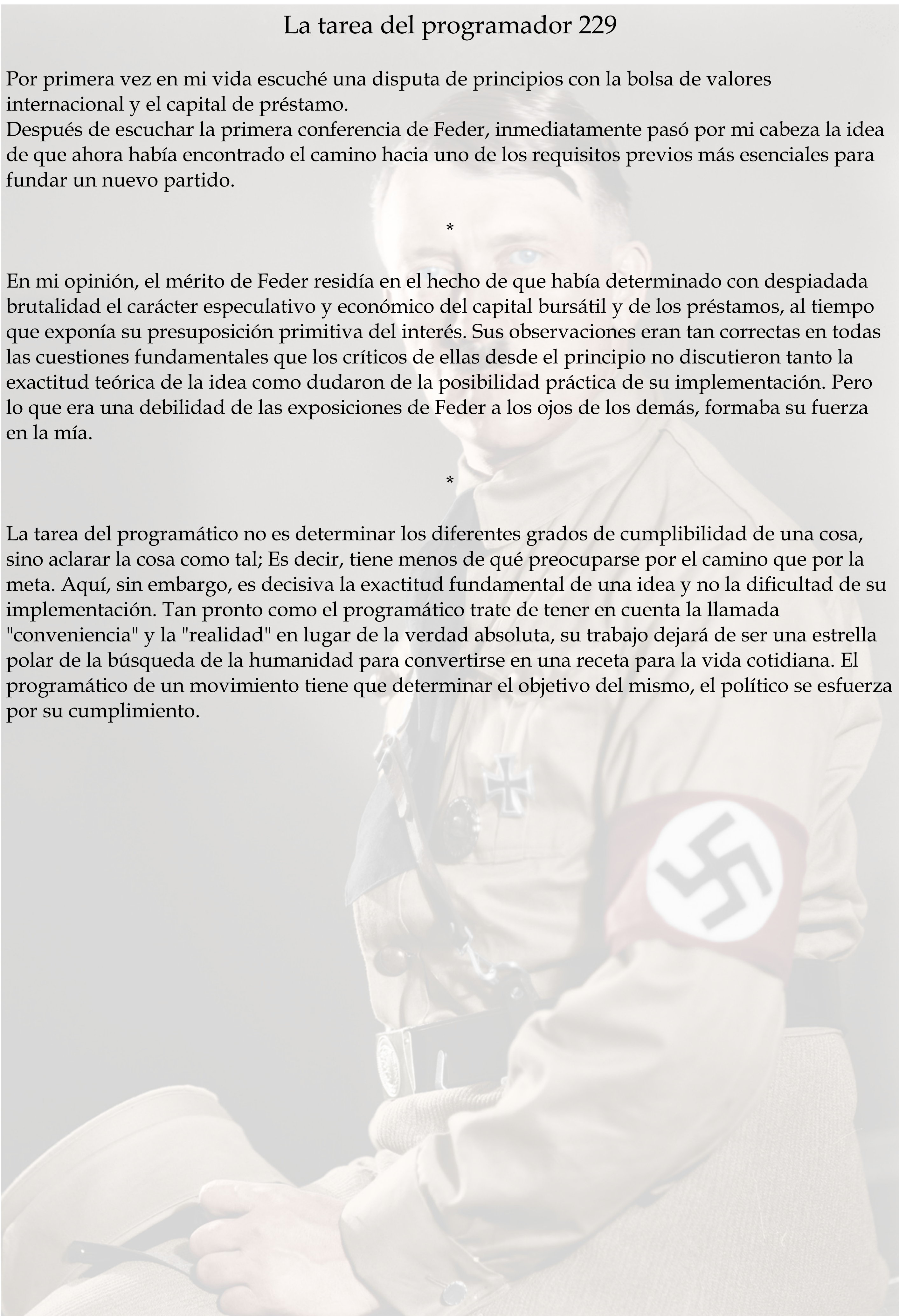


Pocos días después de la liberación de Munich, se me ordenó formar parte de la comisión de investigación sobre los acontecimientos revolucionarios del 2º Regimiento de Infantería.
Esta fue mi primera actividad activa más o menos puramente política.
Pocas semanas después, recibí la orden de participar en un "curso" que se impartía para miembros de la Wehrmacht. En ella, el soldado debía recibir ciertos fundamentos para el pensamiento cívico. Para mí, el valor de todo el evento radicaba en el hecho de que ahora tenía la oportunidad de conocer a algunos camaradas de ideas afines con los que pude discutir a fondo la situación actual. Todos estábamos más o menos firmemente convencidos de que Alemania ya no sería rescatada del colapso madura por los partidos de los crímenes de noviembre, el Centro y la socialdemocracia, sino que incluso las formaciones llamadas "nacionales burguesas", incluso con la mejor de las intenciones, nunca podrían enmendar lo que había sucedido. En este caso faltaban toda una serie de requisitos previos, sin los cuales ese trabajo no podría tener éxito. El período siguiente demostró que nuestro punto de vista era correcto en ese momento.
De modo que la formación de un nuevo partido fue discutida en nuestro pequeño círculo. Las ideas básicas que teníamos en mente eran las mismas que las que se realizaron más tarde en el "Partido Obrero Alemán". El nombre del nuevo movimiento que se iba a fundar debía ofrecer desde el principio la posibilidad de llegar a las amplias masas; porque sin esta cualidad, todo el trabajo parecía inútil y superfluo. Así es como se nos ocurrió el nombre de "Partido Socialista-Revolucionario"; Esto se debe a que la visión social de la nueva fundación en realidad significaba una revolución.
La razón más profunda para esto, sin embargo, radica en lo siguiente:
Por mucho que me hubiera ocupado antes de los problemas económicos, éstos habían permanecido más o menos siempre dentro de los límites de la consideración de las cuestiones sociales mismas.

228 Los dos tipos de capital

Sólo más tarde este marco se amplió como resultado del examen de la política de alianzas alemana. Fue en gran medida el resultado de una evaluación equivocada de la economía, así como de la falta de claridad sobre los posibles fundamentos de la alimentación del pueblo alemán en el futuro. Sin embargo, todos estos pensamientos se basaban todavía en la opinión de que el capital no era en ningún caso más que el resultado del trabajo y, por lo tanto, como el trabajo mismo, estaba sujeto a la corrección de todos los factores que pueden promover o dificultar la actividad humana. La significación nacional del capital consistiría también en el hecho de que él mismo depende tan completamente del tamaño, de la libertad y del poder del Estado, es decir, de la nación, que sólo esta esclavitud debe conducir a una promoción del Estado y de la nación por parte de este capital, por el simple impulso de la autoconservación o de un mayor aumento. Esta dependencia del capital del Estado libre independiente obliga al Estado, a su vez, a defender esta libertad, poder, fuerza, etc., de la nación.
Así, pues, la tarea del Estado frente al capital era relativamente sencilla y clara: no tenía más que velar por que siguiera siendo el servidor del Estado y no se imaginaba que era el dueño de la nación. Esta opinión podría sostenerse en dos líneas: por un lado, la preservación de una economía nacional viable e independiente y, por otro, la salvaguardia de los derechos sociales de los trabajadores.
La diferencia entre este capital puro, como resultado último del trabajo creativo, y un capital cuya existencia y esencia se basan exclusivamente en la especulación, no era capaz de reconocerla antes con la claridad deseada. Me faltó la primera sugerencia para esto, que no me llegó.
De esto se ocupaba ahora de la manera más minuciosa uno de los varios caballeros que daban conferencias en los cursos ya mencionados: Gottfried Feder.





La tarea del programador 229

Por primera vez en mi vida escuché una disputa de principios con la bolsa de valores internacional y el capital de préstamo.
Después de escuchar la primera conferencia de Feder, inmediatamente pasó por mi cabeza la idea de que ahora había encontrado el camino hacia uno de los requisitos previos más esenciales para fundar un nuevo partido.

*

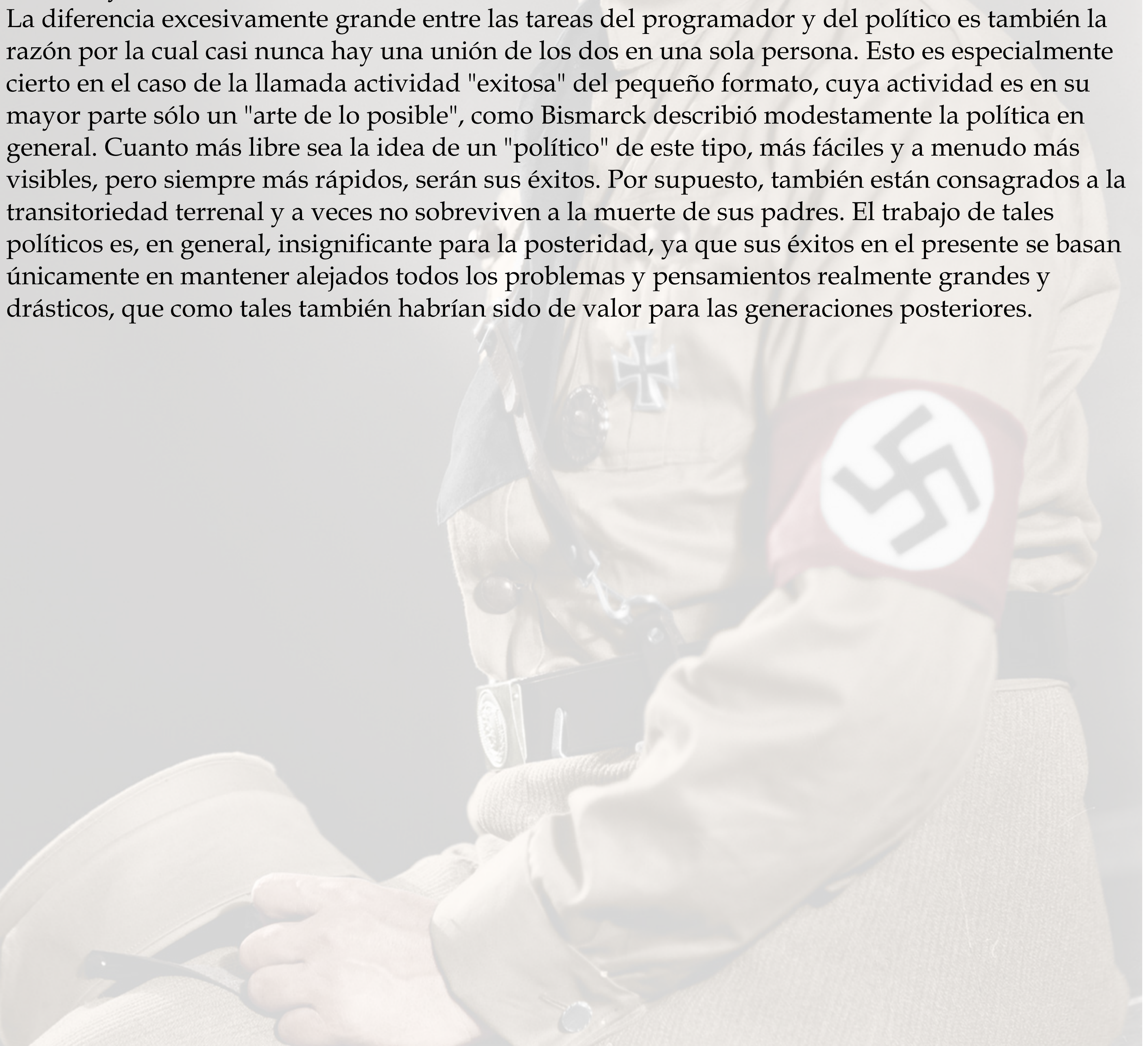
En mi opinión, el mérito de Feder residía en el hecho de que había determinado con despiadada brutalidad el carácter especulativo y económico del capital bursátil y de los préstamos, al tiempo que exponía su presuposición primitiva del interés. Sus observaciones eran tan correctas en todas las cuestiones fundamentales que los críticos de ellas desde el principio no discutieron tanto la exactitud teórica de la idea como dudaron de la posibilidad práctica de su implementación. Pero lo que era una debilidad de las exposiciones de Feder a los ojos de los demás, formaba su fuerza en la mía.

*

La tarea del programático no es determinar los diferentes grados de cumplibilidad de una cosa, sino aclarar la cosa como tal; Es decir, tiene menos de qué preocuparse por el camino que por la meta. Aquí, sin embargo, es decisiva la exactitud fundamental de una idea y no la dificultad de su implementación. Tan pronto como el programático trate de tener en cuenta la llamada "conveniencia" y la "realidad" en lugar de la verdad absoluta, su trabajo dejará de ser una estrella polar de la búsqueda de la humanidad para convertirse en una receta para la vida cotidiana. El programático de un movimiento tiene que determinar el objetivo del mismo, el político se esfuerza por su cumplimiento.

En consecuencia, el uno está determinado en su pensamiento por la verdad eterna, el otro en la absoluta exactitud abstracta de su idea, el del otro en la actitud correcta hacia los hechos dados y en un uso útil de ellos, por lo que el objetivo del programático tiene que servirle de estrella guía. Si bien el éxito de los planes y acciones de un político puede considerarse como una piedra de toque para la importancia de un político, es decir, la realización de su devenir en realidad, la realización de la intención final del programador nunca puede tener lugar, ya que el pensamiento humano es capaz de captar verdades, de establecer metas claras, pero el cumplimiento completo de estas fracasará debido a la incompletitud e insuficiencia humanas generales. Cuanto más abstractamente correcta y, por lo tanto, más poderosa sea la idea, más imposible será su completa realización mientras dependa de los seres humanos. Por lo tanto, la importancia del programador no debe medirse por el cumplimiento de sus objetivos, sino por la exactitud de estos objetivos y la influencia que han tenido en el desarrollo de la humanidad. Si fuera de otro modo, los fundadores de las religiones no deberían contarse entre las personas más grandes de esta tierra, ya que el cumplimiento de sus intenciones éticas nunca será ni remotamente completo. Incluso la religión del amor no es en su obra más que un débil reflejo de la voluntad de su sublime fundador; Pero su importancia radica en la dirección que trató de dar a un desarrollo general de la cultura humana, la moral y la moralidad.

La diferencia excesivamente grande entre las tareas del programador y del político es también la razón por la cual casi nunca hay una unión de los dos en una sola persona. Esto es especialmente cierto en el caso de la llamada actividad "exitosa" del pequeño formato, cuya actividad es en su mayor parte sólo un "arte de lo posible", como Bismarck describió modestamente la política en general. Cuanto más libre sea la idea de un "político" de este tipo, más fáciles y a menudo más visibles, pero siempre más rápidos, serán sus éxitos. Por supuesto, también están consagrados a la transitoriedad terrenal y a veces no sobreviven a la muerte de sus padres. El trabajo de tales políticos es, en general, insignificante para la posteridad, ya que sus éxitos en el presente se basan únicamente en mantener alejados todos los problemas y pensamientos realmente grandes y drásticos, que como tales también habrían sido de valor para las generaciones posteriores.



La realización de tales objetivos, que todavía tienen valor y significado para los tiempos más lejanos, no suele ser muy gratificante para quien los propone, y sólo rara vez encuentra comprensión entre las grandes masas, para las cuales los decretos y los decretos de leche son al principio más plausibles que los planes previsores para el futuro, cuya realización sólo puede ocurrir tarde, pero cuyo beneficio sólo beneficia a la posteridad en primer lugar.
Así, por cierta vanidad, que es siempre pariente de la estupidez, la gran masa de los políticos se mantendrá alejada de todos los designios realmente difíciles para el futuro, a fin de no perder la simpatía momentánea de la gran multitud. El éxito y la importancia de tal político residen exclusivamente en el presente y no existen para la posteridad. Los cabecillas no suelen avergonzarse de esto; Están satisfechos con ello.
La situación es diferente con el programador. Su importancia casi siempre reside sólo en el futuro, ya que no es raro que sea lo que la palabra "no mundano" describe. Porque si el arte del político se considera realmente como un arte de lo posible, entonces el programador es uno de aquellos de quienes se dice que los dioses sólo les agradan cuando exigen y quieren lo imposible. Casi siempre tendrá que renunciar al reconocimiento del presente, pero a cambio, si sus pensamientos son inmortales, cosecha la gloria de la posteridad.
Dentro de largos períodos de humanidad, puede suceder que el político se case con el programador. Pero cuanto más íntima es esta fusión, mayor es la resistencia que se opone entonces al trabajo del político. Ya no trabaja por requisitos que son obvios para todos los mejores filisteos, sino por objetivos que solo unos pocos entienden. Por lo tanto, su vida está destrozada por el amor y el odio. La protesta del presente, que no comprende al hombre, lucha por el reconocimiento de la posteridad, para la que también trabaja.



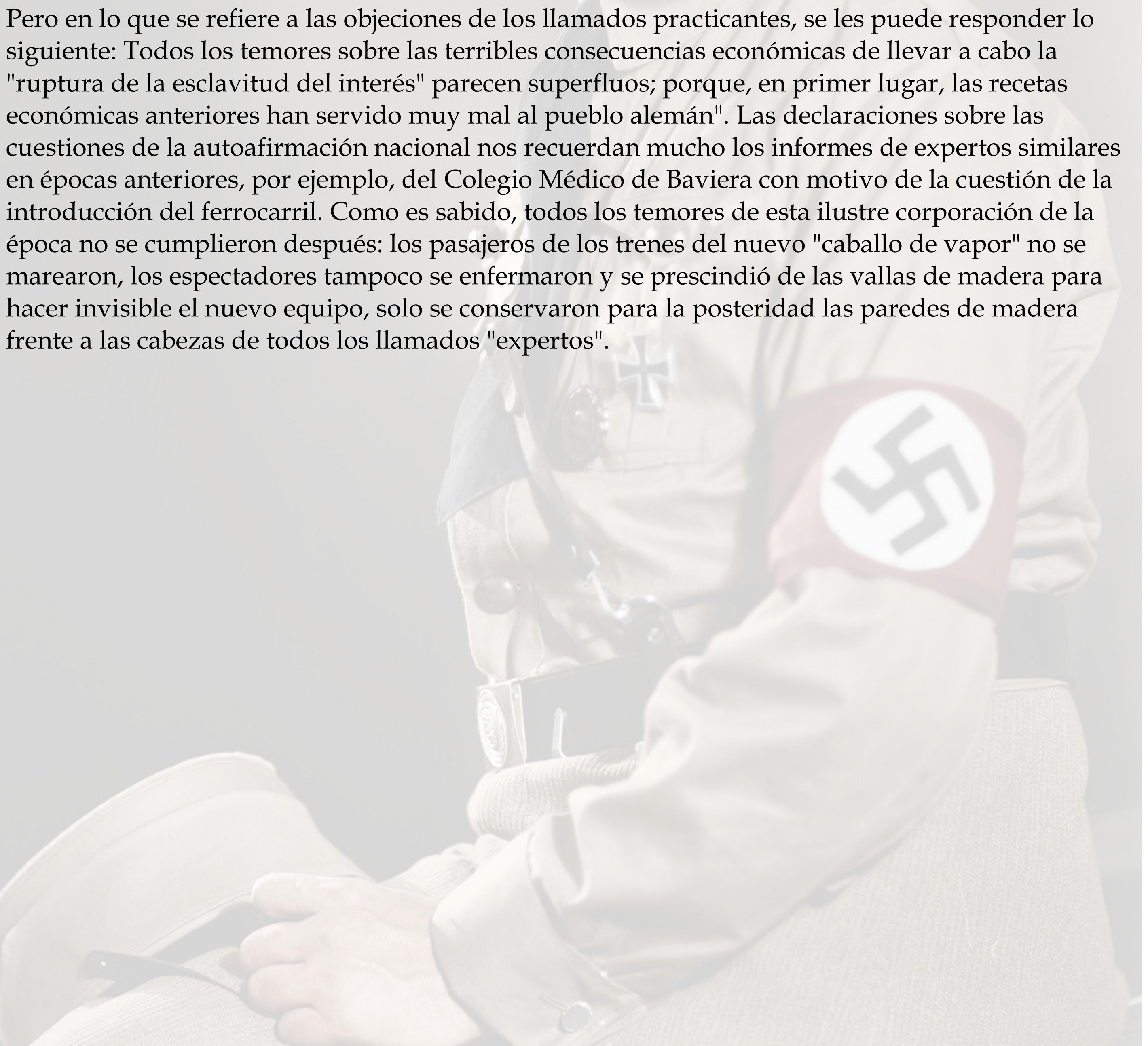
232 Los maratonistas de la historia

Porque cuanto más grandes son las obras de un hombre para el futuro, cuanto menos capaz es el presente de comprenderlas, tanto más difícil es la lucha y más raro es el éxito. Pero si, a pesar de todo, florece en siglos, entonces tal vez en sus últimos días un tenue destello de gloria venidera pueda brillar a su alrededor. Sin duda, estos grandes hombres son los corredores de maratón de la historia; La corona de laurel del presente solo toca las sienes del héroe moribundo.
A ellos, sin embargo, hay que contar los grandes guerreros de este mundo, que, no comprendidos por el presente, se encuentran sin embargo dispuestos a luchar a través de la disputa sobre sus ideas e ideales. Ellos son los que un día estarán más cerca del corazón de la gente; Casi parece como si cada individuo sintiera entonces el deber de enmendar al pasado lo que el presente había pecado una vez contra los grandes. Su vida y su obra son seguidas con una admiración conmovedoramente agradecida y son capaces de elevar los corazones rotos y las almas desesperadas, especialmente en los días sombríos.
Sin embargo, esto incluye no sólo a los grandes estadistas, sino también a todos los demás grandes reformadores. Además de Federico el Grande, aquí se encuentran Martín Lutero y Richard Wagner.



Lucha contra el capital financiero internacional 233

Cuando escuché la primera conferencia de Gottfried Feder sobre "La ruptura de la esclavitud de intereses", supe de inmediato que se trataba de una verdad teórica que tendría que ser de inmensa importancia para el futuro del pueblo alemán. La separación tajante del capital bursátil de la economía nacional ofrecía la posibilidad de oponerse a la internacionalización de la economía alemana sin amenazar al mismo tiempo la base de la autoconservación nacional independiente con la lucha contra el capital en general. El desarrollo de Alemania era ya demasiado claro para mí como para no saber que la lucha más difícil ya no tendría que librarse contra los pueblos enemigos, sino contra el capital internacional. En la conferencia de Feder, percibí una poderosa consigna para esta lucha que se avecina.
Y aquí, también, los acontecimientos posteriores demostraron cuán correcto era nuestro sentir en ese momento. Hoy ya no se ríen de nosotros las mentes inteligentes de nuestros políticos burgueses; Hoy en día, incluso éstos, en la medida en que no son mentirosos conscientes, ven que el capital bursátil internacional no sólo fue el mayor agitador de la guerra, sino que precisamente ahora, después del fin de la lucha, se abstiene de convertir la paz en un infierno.
La lucha contra las finanzas internacionales y los préstamos del capital se ha convertido en la parte más importante de la lucha de la nación alemana por su independencia económica y su libertad.
Pero en lo que se refiere a las objeciones de los llamados practicantes, se les puede responder lo siguiente: Todos los temores sobre las terribles consecuencias económicas de llevar a cabo la "ruptura de la esclavitud del interés" parecen superfluos; porque, en primer lugar, las recetas económicas anteriores han servido muy mal al pueblo alemán". Las declaraciones sobre las cuestiones de la autoafirmación nacional nos recuerdan mucho los informes de expertos similares en épocas anteriores, por ejemplo, del Colegio Médico de Baviera con motivo de la cuestión de la introducción del ferrocarril. Como es sabido, todos los temores de esta ilustre corporación de la época no se cumplieron después: los pasajeros de los trenes del nuevo "caballo de vapor" no se marearon, los espectadores tampoco se enfermaron y se prescindió de las vallas de madera para hacer invisible el nuevo equipo, solo se conservaron para la posteridad las paredes de madera frente a las cabezas de todos los llamados "expertos".

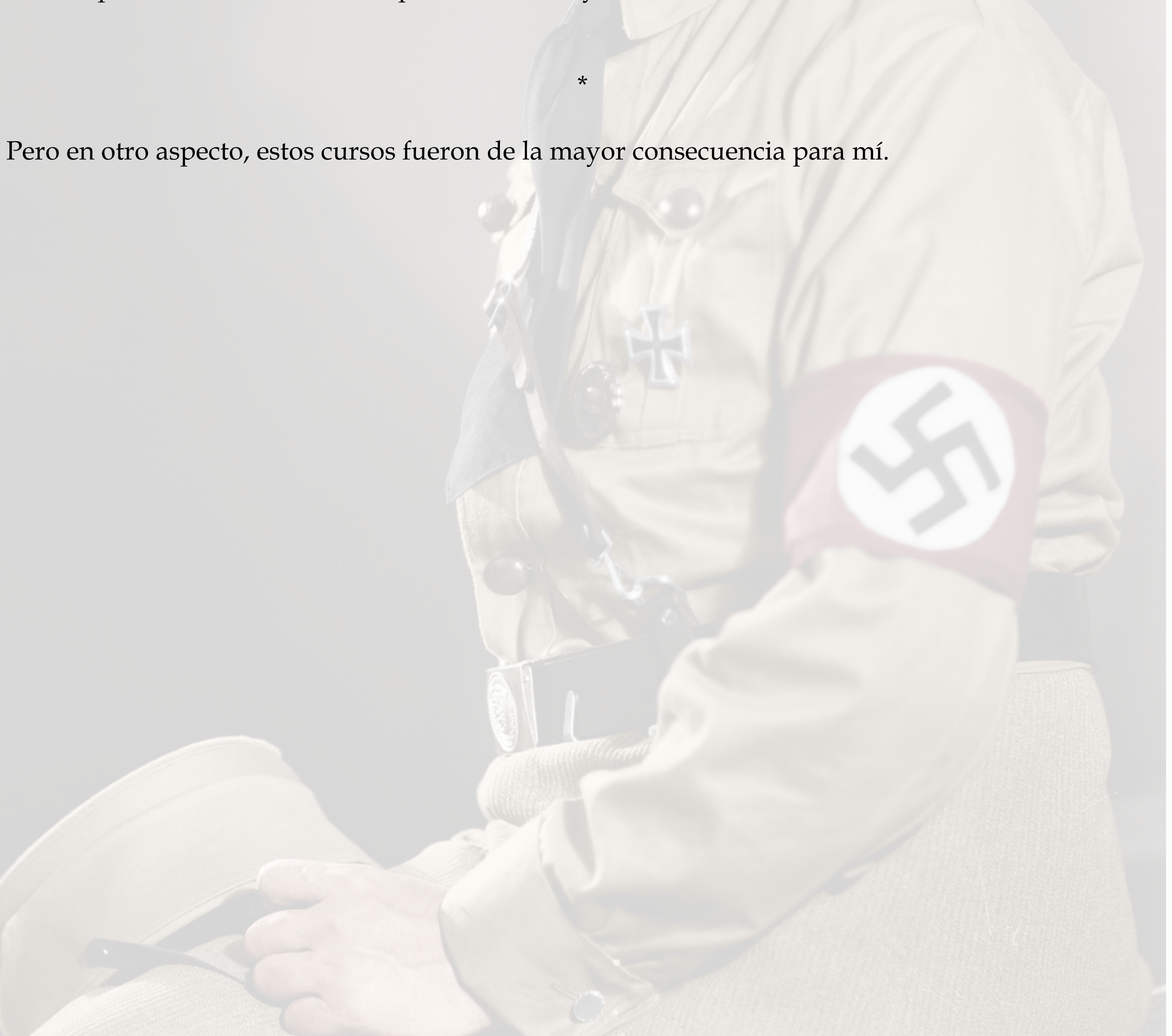


234 Una sola doctrina: pueblo y patria

En segundo lugar, sin embargo, hay que recordar lo siguiente: toda idea, incluso la mejor, se convierte en un peligro cuando se imagina a sí misma como un fin en sí misma, pero en realidad representa sólo un medio para alcanzarla, pero para mí y para todos los verdaderos nacionalsocialistas no hay más que una doctrina: el pueblo y la patria.
Por lo que tenemos que luchar es por asegurar la existencia y reproducción de nuestra raza y de nuestro pueblo, la alimentación de sus hijos y la purificación de la sangre, la libertad y la independencia de la patria, para que nuestro pueblo madure al cumplimiento de la misión que le asignó el Creador del universo.
Cada pensamiento e idea, cada enseñanza y todo conocimiento tienen que servir a este propósito. Desde este punto de vista, todo debe ser examinado y usado o rechazado según su conveniencia. Por lo tanto, ninguna teoría puede convertirse en una doctrina mortal, ya que todo tiene que servir a la vida.
Así que los descubrimientos de Gottfried Feder fueron la razón para que me ocupara de manera exhaustiva de este campo, que hasta entonces me había sido poco familiar.
Comencé a aprender de nuevo y ahora llegué a comprender aún más el contenido de la voluntad de la obra de la vida del judío Karl Marx. Su "Capital" se me hizo ahora más comprensible, al igual que la lucha de la socialdemocracia contra la economía nacional, que sólo tiene que preparar el terreno para la dominación del capital financiero y bursátil verdaderamente internacional.

*

Pero en otro aspecto, estos cursos fueron de la mayor consecuencia para mí.



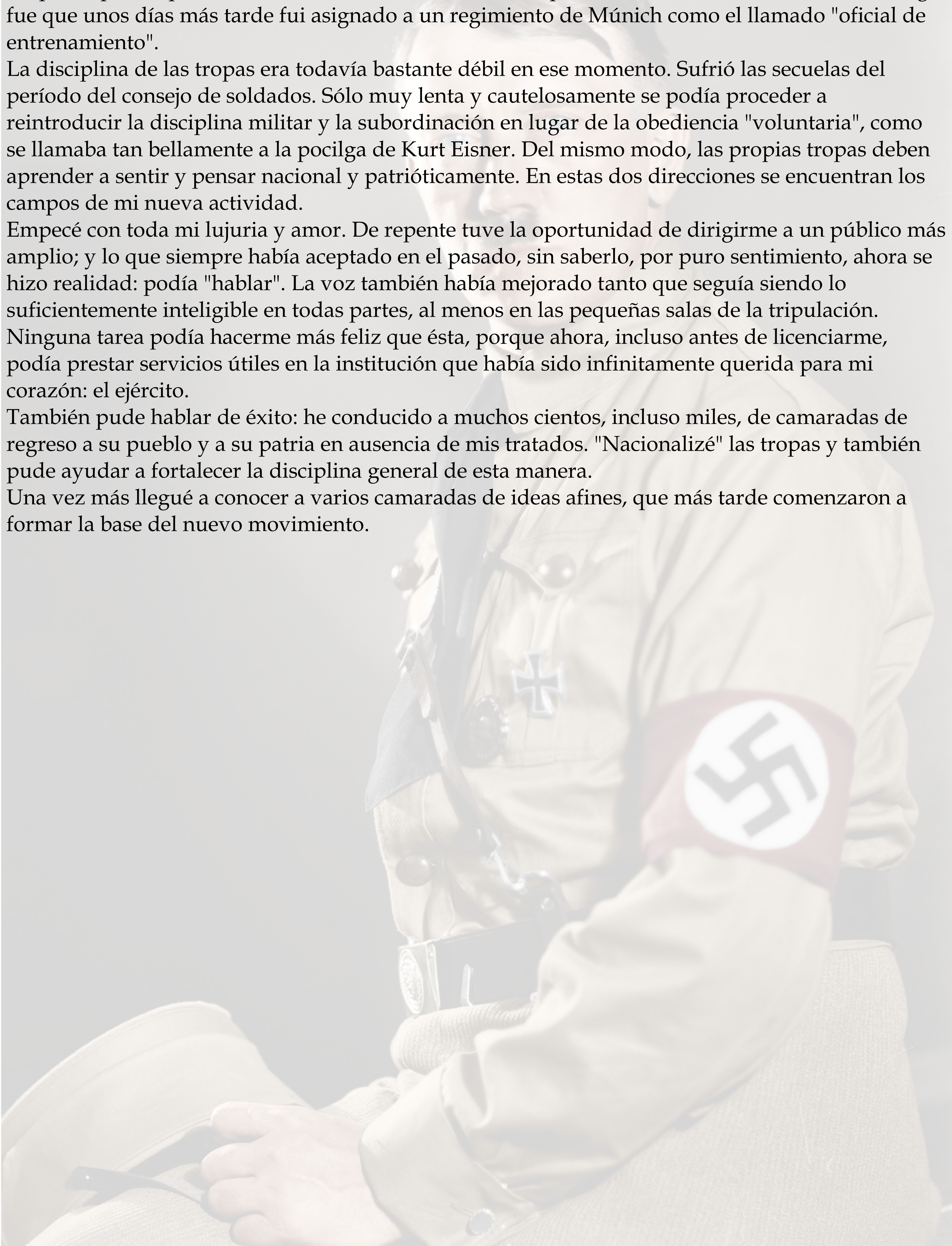
Un día pedí hablar. Uno de los participantes creyó que tenía que tomar las riendas de los judíos y comenzó a defenderlos con largas explicaciones. Esto me llevó a responder. La gran mayoría de los participantes presentes en el curso vinieron desde mi punto de vista. El resultado, sin embargo, fue que unos días más tarde fui asignado a un regimiento de Múnich como el llamado "oficial de entrenamiento".

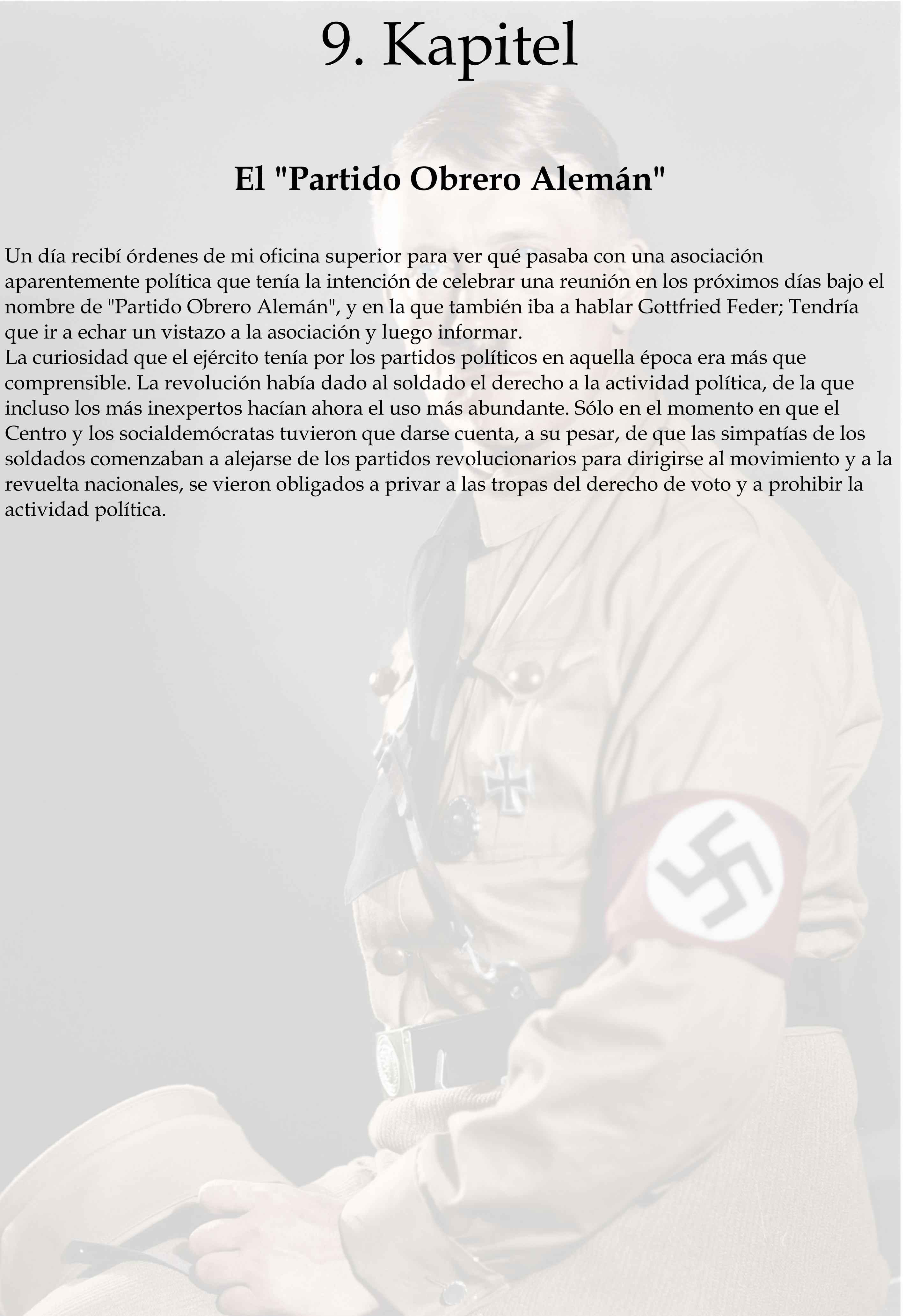
La disciplina de las tropas era todavía bastante débil en ese momento. Sufrió las secuelas del período del consejo de soldados. Sólo muy lenta y cautelosamente se podía proceder a reintroducir la disciplina militar y la subordinación en lugar de la obediencia "voluntaria", como se llamaba tan bellamente a la pocilga de Kurt Eisner. Del mismo modo, las propias tropas deben aprender a sentir y pensar nacional y patrióticamente. En estas dos direcciones se encuentran los campos de mi nueva actividad.

Empecé con toda mi lujuria y amor. De repente tuve la oportunidad de dirigirme a un público más amplio; y lo que siempre había aceptado en el pasado, sin saberlo, por puro sentimiento, ahora se hizo realidad: podía "hablar". La voz también había mejorado tanto que seguía siendo lo suficientemente inteligible en todas partes, al menos en las pequeñas salas de la tripulación. Ninguna tarea podía hacerme más feliz que ésta, porque ahora, incluso antes de licenciarme, podía prestar servicios útiles en la institución que había sido infinitamente querida para mi corazón: el ejército.

También pude hablar de éxito: he conducido a muchos cientos, incluso miles, de camaradas de regreso a su pueblo y a su patria en ausencia de mis tratados. "Nacionalizé" las tropas y también pude ayudar a fortalecer la disciplina general de esta manera.

Una vez más llegué a conocer a varios camaradas de ideas afines, que más tarde comenzaron a formar la base del nuevo movimiento.





9. Kapitel

El "Partido Obrero Alemán"

Un día recibí órdenes de mi oficina superior para ver qué pasaba con una asociación aparentemente política que tenía la intención de celebrar una reunión en los próximos días bajo el nombre de "Partido Obrero Alemán", y en la que también iba a hablar Gottfried Feder; Tendría que ir a echar un vistazo a la asociación y luego informar.

La curiosidad que el ejército tenía por los partidos políticos en aquella época era más que comprensible. La revolución había dado al soldado el derecho a la actividad política, de la que incluso los más inexpertos hacían ahora el uso más abundante. Sólo en el momento en que el Centro y los socialdemócratas tuvieron que darse cuenta, a su pesar, de que las simpatías de los soldados comenzaban a alejarse de los partidos revolucionarios para dirigirse al movimiento y a la revuelta nacionales, se vieron obligados a privar a las tropas del derecho de voto y a prohibir la actividad política.

Era obvio que el Centro y el marxismo recurrían a esta medida, porque si no se hubiera llevado a cabo esta nevada de los "derechos civiles" —como se llamó a la igualdad política del soldado después de la revolución—, no habría habido el Estado de Noviembre pocos años después, pero con él no habría habido más deshonra y desgracia nacional. En ese momento, las tropas estaban en camino de deshacerse de los chupasangres de la nación y de los secuaces de la Entente en casa. Pero el hecho de que los partidos llamados "nacionales" votaran también con entusiasmo a favor de la corrección de las opiniones anteriores de los criminales de noviembre, y contribuyeran así a hacer inofensivo el instrumento de una insurrección nacional, demostró una vez más a dónde pueden conducir las ideas siempre doctrinarias de estos tan inofensivos de los inofensivos. Esta burguesía, que sufría realmente de senilidad mental, era muy seria de la opinión de que el ejército volvería a ser lo que era, es decir, un baluarte de la defensiva alemana, mientras que el centro y el marxismo sólo pretendían arrancarle el peligroso diente venenoso nacional, sin el cual, sin embargo, un ejército seguiría siendo para siempre policía, pero no sería una tropa capaz de luchar contra el enemigo; algo que probablemente ha demostrado ser suficiente en el período siguiente. ¿O es que nuestros "políticos nacionales" creían que el desarrollo del ejército podía haber sido diferente del nacional? Eso se parecería muchísimo a estos señores, y es lo que sucede cuando en la guerra, en lugar de ser soldado, uno es un charlatán, es decir, un parlamentario, y ya no tiene idea de lo que puede estar pasando en los pechos de los hombres que recuerdan el pasado más poderoso de haber sido una vez los primeros soldados del mundo.

Así que decidí ir a la ya mencionada reunión de este partido, que además había sido completamente desconocida para mí hasta entonces.

Cuando llegué por la noche al "Leiberzimmer" de la antigua Sterneckerbräu en Múnich, que más tarde se convirtió en histórico para nosotros, me encontré con unas 20 o 25 personas presentes, principalmente de los estratos más bajos de la población.

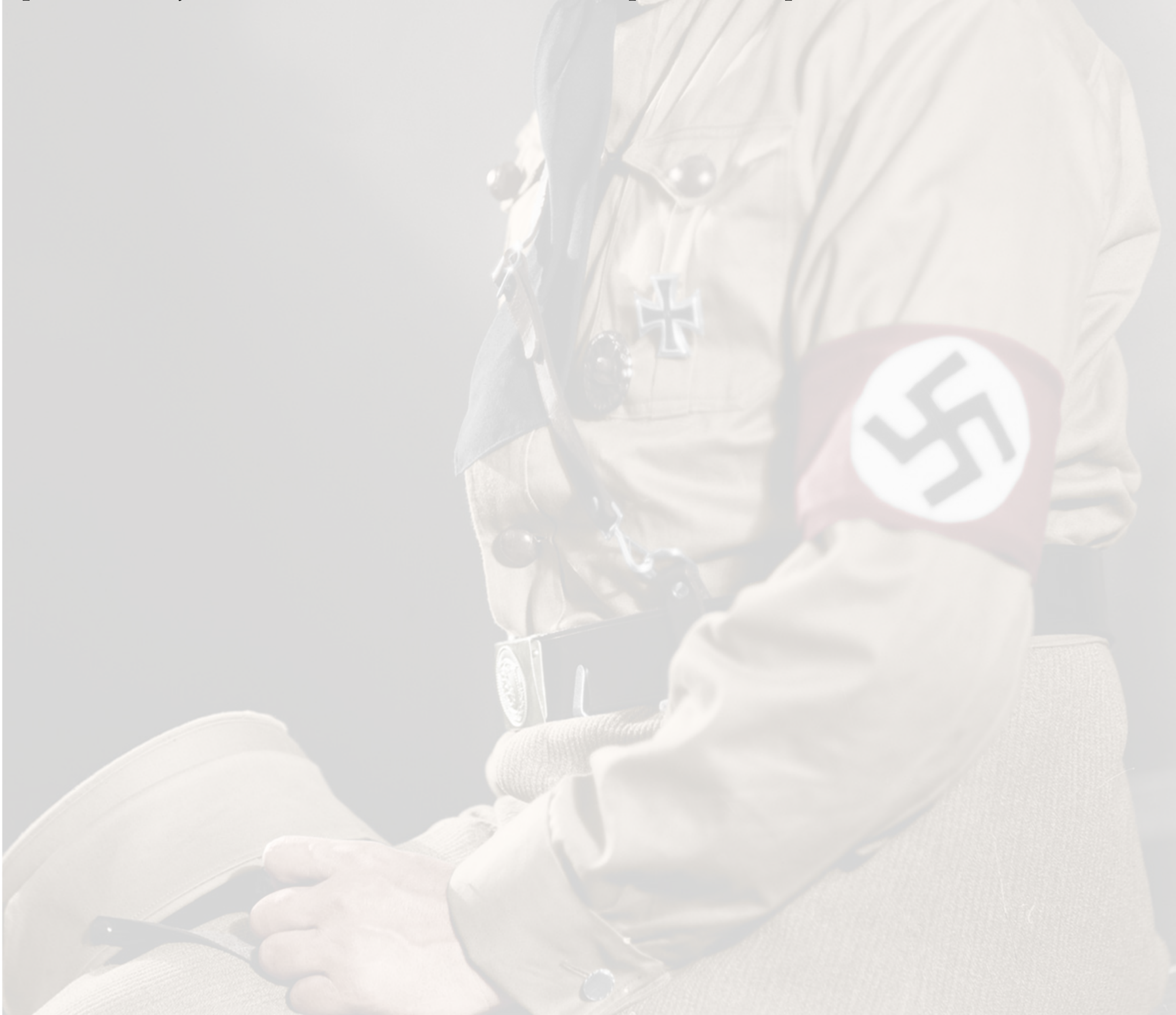
Ya estaba familiarizado con la conferencia de Feder de los cursos, por lo que pude dedicarme más a la consideración de la asociación en sí.

La impresión que me causó no fue ni buena ni mala; Una nueva fundación, como tantas otras. Fue precisamente en ese momento cuando todos se sintieron llamados a abrir un nuevo partido que no estaba satisfecho con el desarrollo anterior y ya no tenía confianza en los partidos existentes. De modo que en todas partes estos garrotes brotaban de la tierra, sólo para desaparecer de nuevo después de algún tiempo sin hacer ruido. La mayoría de los fundadores no tenían ni idea de lo que significaba convertir una asociación en un partido o incluso en un movimiento. Así, estas fundaciones casi siempre se asfixiaban por sí mismas en su ridículo filisteísmo.

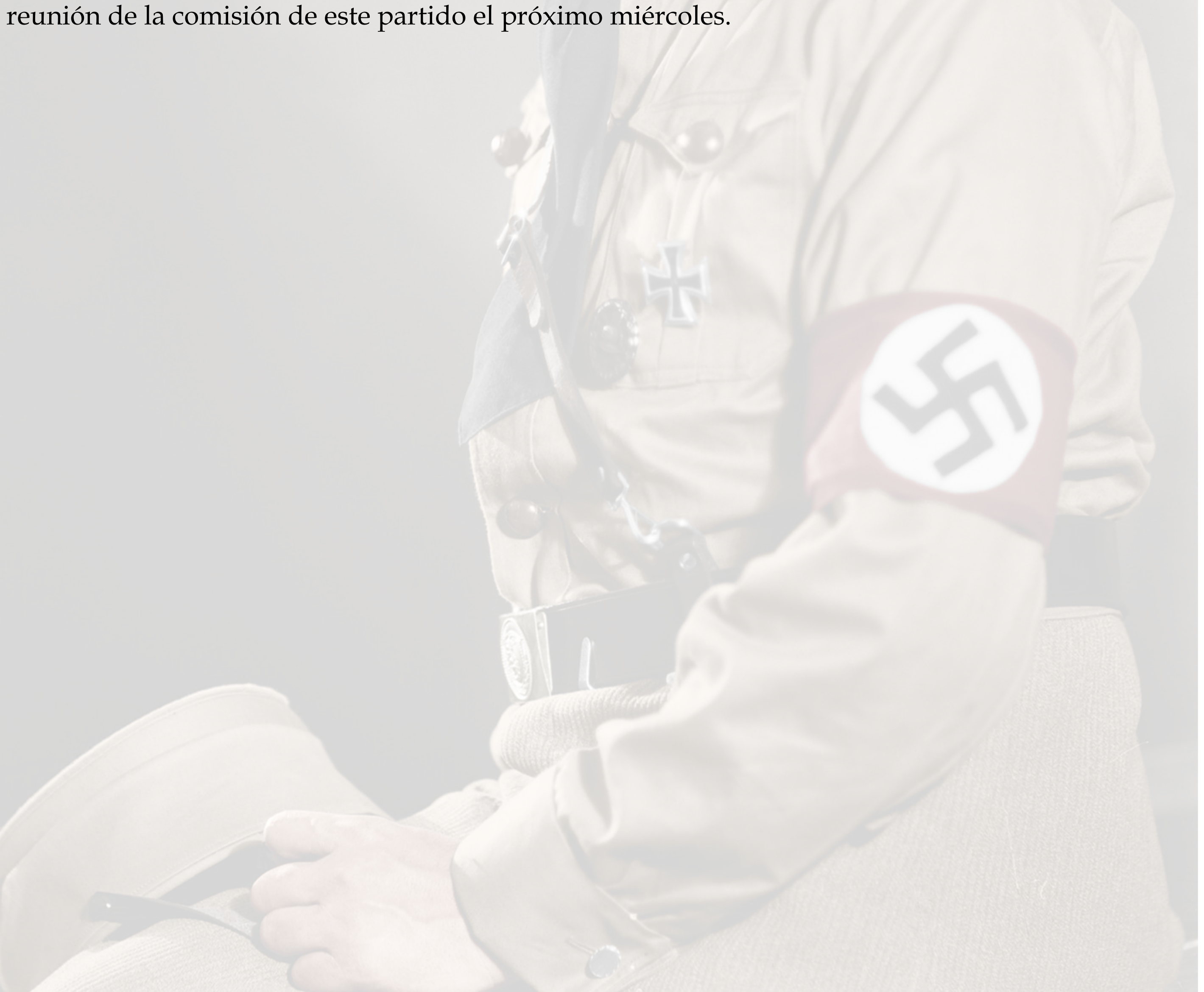


238 El "Partido Obrero Alemán"

Después de escucharlo durante unas dos horas, juzgué al "Partido Obrero Alemán" de la misma manera. Cuando Feder finalmente cerró, me alegré. Ya había visto suficiente y estaba a punto de irme, cuando el debate libre que ahora se anunciaba me indujo a quedarme. Pero también en este caso todo parecía carecer de sentido, hasta que de repente se pronunció un "profesor" que, al principio, dudó de la exactitud de las razones de Feder, pero luego, después de una muy buena respuesta de Feder, se situó de repente en el "terreno de los hechos", pero no sin recomendar encarecidamente al joven partido que la lucha por la "separación" de Baviera de "Prusia" se abordara como un punto particularmente importante del programa. El hombre afirmaba con el ceño insolente que en este caso la Austria alemana en particular se uniría inmediatamente a Baviera, que la paz sería entonces mucho mejor y un disparate similar. Entonces no pude evitar hablar y decirle al caballero cojo mi opinión sobre este punto, con el resultado de que el orador anterior abandonó el restaurante como un caniche regado antes de que yo terminara. Cuando hablé, me habían escuchado con rostros asombrados, y no fue hasta que estuve a punto de dar las buenas noches a la asamblea y marcharme, que otro hombre vino corriendo detrás de mí, se presentó (no había entendido muy bien el nombre) y puso en mi mano un librito, evidentemente un folleto político, con la petición urgente de que para leer esto.
Esto fue muy agradable para mí, porque ahora podía esperar conocer el aburrido club de una manera más sencilla, sin tener que seguir asistiendo a reuniones tan interesantes. Además, este aparente trabajador me había causado una buena impresión. Así que con eso fui.



En aquella época yo vivía todavía en el cuartel del 2º Regimiento de Infantería, en una pequeña habitación que aún conservaba muy claramente las huellas de la revolución. Durante el día estaba fuera, la mayor parte del tiempo con el 41º Regimiento de Fusileros o también en reuniones, en conferencias con alguna otra unidad de las tropas, etc. Solo por la noche dormía en mi casa. Desde que me levantaba temprano todas las mañanas antes de las 5 en punto, me había acostumbrado al juego de poner algunos trozos de trozos de pan duro o cortezas en el suelo para los ratoncitos que hablaban en la pequeña habitación, y ahora veía cómo los lindos animalitos se perseguían entre sí alrededor de estos pocos manjares. Ya había tenido tantos problemas en mi vida que apenas podía imaginar el hambre y, por lo tanto, el placer de las pequeñas criaturas.
Incluso la mañana después de esta reunión, me quedé despierto en la solapa alrededor de las 5 en punto y observé el ajetreo y el ajetreo. Como ya no podía conciliar el sueño, de repente recordé la noche anterior, y ahora recordé el cuaderno que me había regalado uno de los trabajadores. Así que me puse a leer. Era un pequeño folleto en el que el autor, este mismo obrero, describía cómo había vuelto al pensamiento nacional a partir del revoltijo de frases marxistas y sindicales; de ahí el título "Mi despertar político". Como acababa de empezar, leí el folleto con interés; reflejaba un proceso por el que tuve que pasar en mi propio cuerpo de manera similar doce años antes. Involuntariamente, vi cómo mi propio desarrollo volvía a cobrar vida ante mí. Reflexioné sobre el asunto varias veces a lo largo del día, y estaba a punto de dejarlo de nuevo a un lado, cuando, para mi asombro, recibí una postal menos de una semana después en la que se decía que había sido excluido del Partido Obrero Alemán: me gustaría comentarlo y, por lo tanto, asistir a una reunión de la comisión de este partido el próximo miércoles.



240 La “reunión del comité”

Sin embargo, estaba más que asombrado por esta forma de "ganar" miembros y no sabía si molestarme por ello o si reírme de ello. Ni siquiera pensé en unirme a una fiesta ya hecha, sino que quería fundar la mía propia. Esta solicitud estaba realmente fuera de discusión para mí. Estaba a punto de enviar mi respuesta a los caballeros por escrito, cuando prevaleció la curiosidad, y decidí presentarme el día señalado para explicar oralmente mis razones.
Llegó el miércoles. La posada en la que iba a tener lugar el encuentro consciente era la "Alte Rosenbad" en Herrnstraße; Un lugar muy pobre, en el que sólo cada tiempo santo parecía perderse alguien. No es de extrañar en 1919, ya que el menú de incluso los restaurantes más grandes solo podía atraer de manera muy modesta y pobre. Pero yo no conocía esta economía en absoluto hasta entonces.
Caminé a través de la habitación de invitados mal iluminada, donde no había nadie sentado, busqué la puerta de la habitación contigua y luego tuve la "conferencia" frente a mí. En el crepúsculo de una lámpara de gas medio derruida, cuatro jóvenes se sentaron a una mesa, entre ellos el autor del pequeño folleto, que inmediatamente me saludó con gran alegría y me dio la bienvenida como a un nuevo miembro del Partido Obrero Alemán.
Estaba un poco desconcertado. Dado que me informaron de que el verdadero "Presidente del Reich" aún no había llegado, quise esperar con mi explicación. Por fin apareció. Fue el presidente de la reunión en el Sterneckerbräu con motivo de la conferencia de Feder.
Mientras tanto, había vuelto a sentir curiosidad y esperaba las cosas que estaban por venir. Ahora, por lo menos, llegué a conocer los nombres de cada uno de los caballeros. El líder de la "Organización del Reich" era un tal Mr. Harrer, el de Munich Anton Drexler.

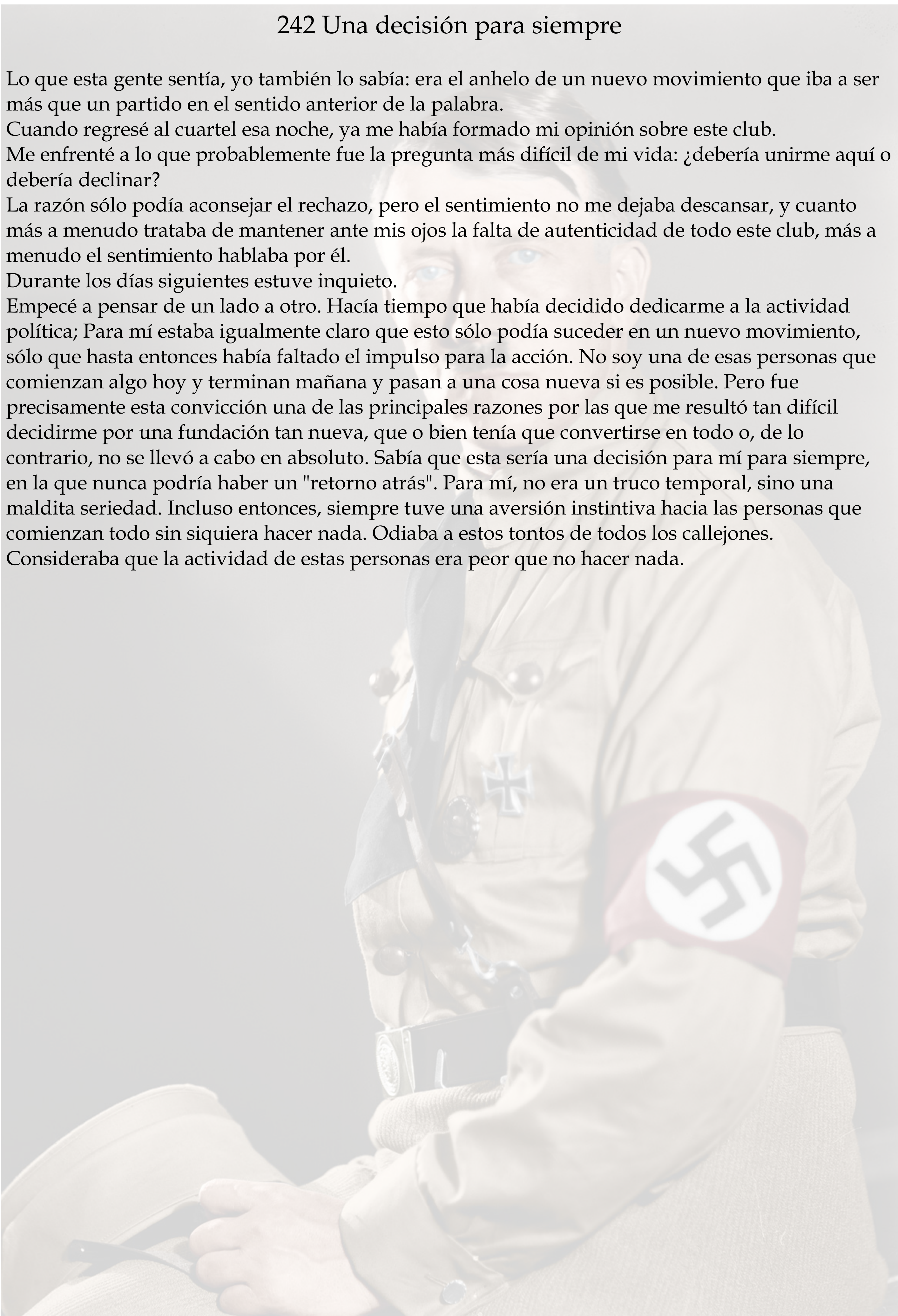


Se leyó el acta de la última reunión y se dio un voto de confianza al secretario. Luego vino el informe de caja —había un total de 7 marcos y 50 pfennigs en posesión de la asociación— por lo que el tesorero recibió la garantía de confianza mutua. Esto volvió a quedar registrado. A continuación, el primer presidente leyó las respuestas a una carta de Kiel, una de Düsseldorf y otra de Berlín, todos estuvieron de acuerdo con ellas. Ahora se anunciaba la llegada: una carta de Berlín, otra de Düsseldorf y otra de Kiel, cuya llegada parecía ser recibida con gran satisfacción. Se declaró que esta correspondencia creciente era el signo mejor y visible de la creciente importancia del "Partido Obrero Alemán", y entonces se llevó a cabo una larga consulta sobre las nuevas respuestas que debían darse.
Terrible, terrible. Fue una discoteca de la peor especie. ¿Así que iba a unirme a este club?
Luego vinieron los nuevos ingresos, es decir, mi captura salió para el tratamiento.
Entonces comencé a preguntar, pero aparte de unos pocos principios rectores, no había nada, ni programa, ni folleto, ni nada impreso, ni tarjetas de membresía, ni siquiera un sello de mala calidad, solo una buena fe y buena voluntad evidentes.
Mi sonrisa había desaparecido de nuevo, pues ¿qué era esto sino el típico signo de completa impotencia y completo desaliento por todas las fiestas anteriores, sus programas, sus intenciones y sus actividades? Lo que llevó a estos pocos jóvenes a una actividad tan aparentemente ridícula fue sólo la efusión de su voz interior, que, probablemente más emocionalmente que conscientemente, hizo que todo el sistema de partidos anterior les pareciera ya no adecuado para un levantamiento de la nación alemana o para la curación de sus daños internos. Leí rápidamente los principios rectores, que estaban disponibles en la mecanografía, y vi en ellos más una búsqueda que un conocimiento. Mucho estaba borroso o poco claro, faltaba algo, pero no había nada que no pudiera ser considerado de nuevo como un signo de conocimiento en dificultades.



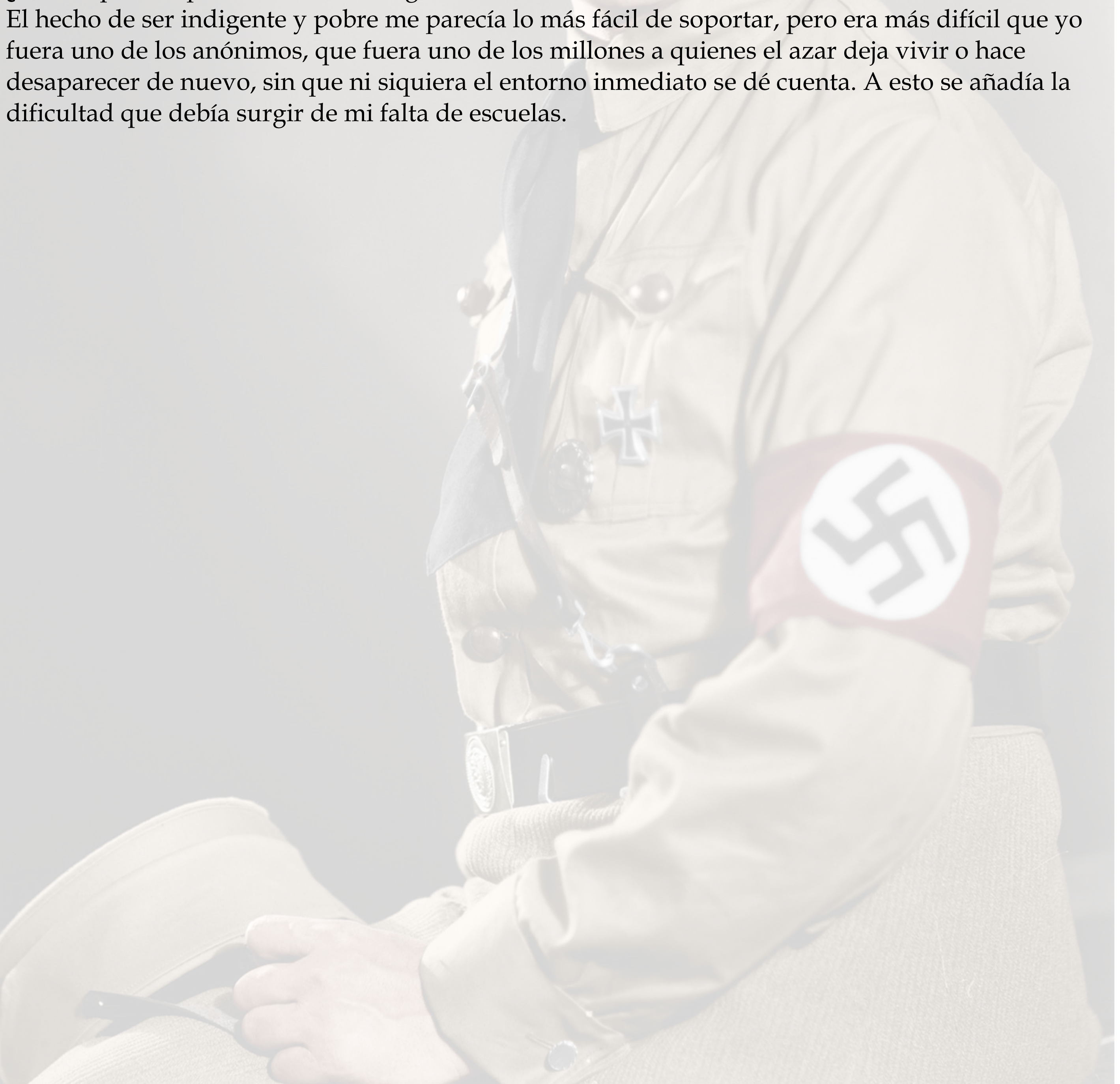
242 Una decisión para siempre

Lo que esta gente sentía, yo también lo sabía: era el anhelo de un nuevo movimiento que iba a ser más que un partido en el sentido anterior de la palabra.
Cuando regresé al cuartel esa noche, ya me había formado mi opinión sobre este club.
Me enfrenté a lo que probablemente fue la pregunta más difícil de mi vida: ¿debería unirme aquí o debería declinar?
La razón sólo podía aconsejar el rechazo, pero el sentimiento no me dejaba descansar, y cuanto más a menudo trataba de mantener ante mis ojos la falta de autenticidad de todo este club, más a menudo el sentimiento hablaba por él.
Durante los días siguientes estuve inquieto.
Empecé a pensar de un lado a otro. Hacía tiempo que había decidido dedicarme a la actividad política; Para mí estaba igualmente claro que esto sólo podía suceder en un nuevo movimiento, sólo que hasta entonces había faltado el impulso para la acción. No soy una de esas personas que comienzan algo hoy y terminan mañana y pasan a una cosa nueva si es posible. Pero fue precisamente esta convicción una de las principales razones por las que me resultó tan difícil decidirme por una fundación tan nueva, que o bien tenía que convertirse en todo o, de lo contrario, no se llevó a cabo en absoluto. Sabía que esta sería una decisión para mí para siempre, en la que nunca podría haber un "retorno atrás". Para mí, no era un truco temporal, sino una maldita seriedad. Incluso entonces, siempre tuve una aversión instintiva hacia las personas que comienzan todo sin siquiera hacer nada. Odiaba a estos tontos de todos los callejones.
Consideraba que la actividad de estas personas era peor que no hacer nada.



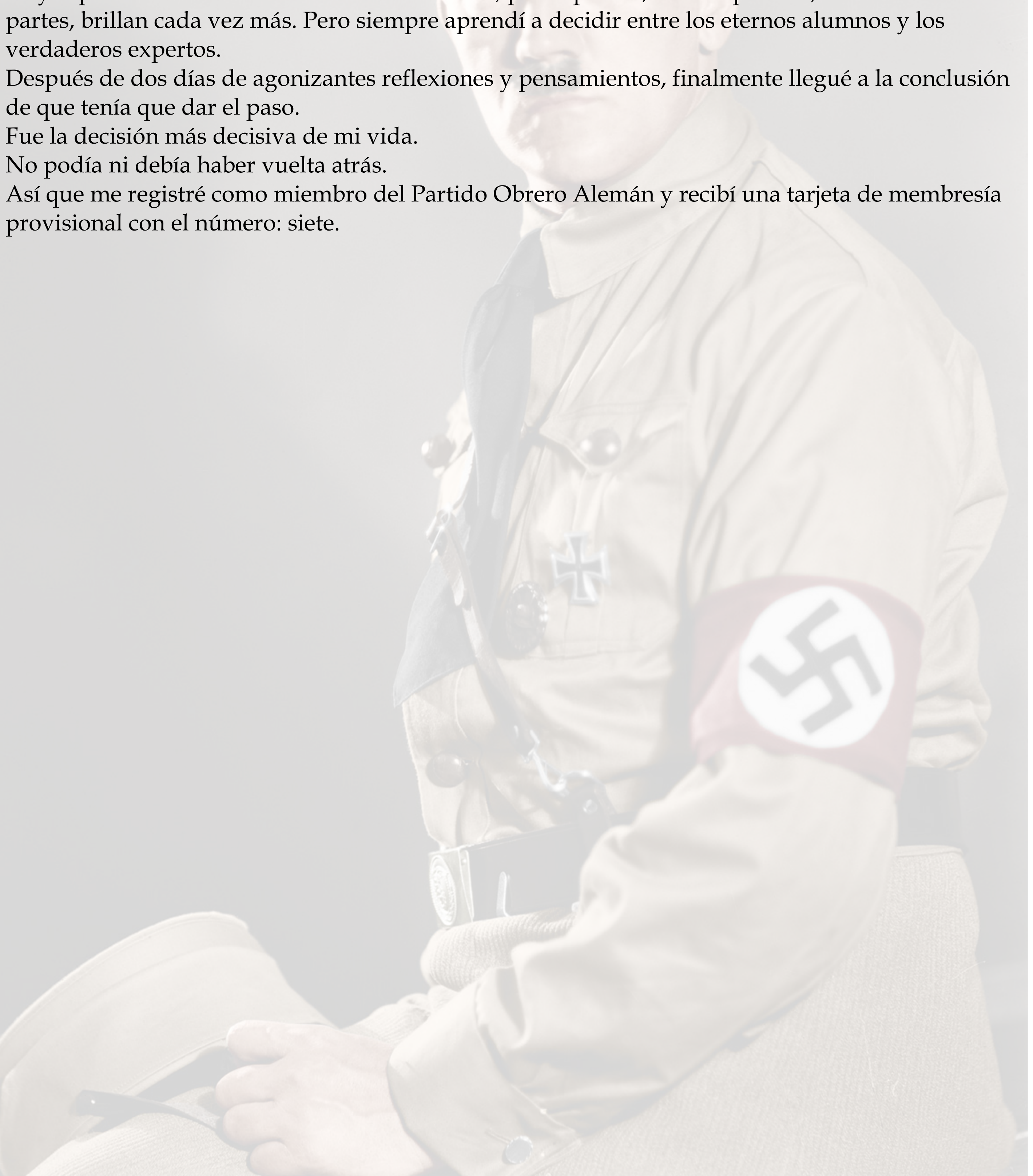
Un sin nombre 243

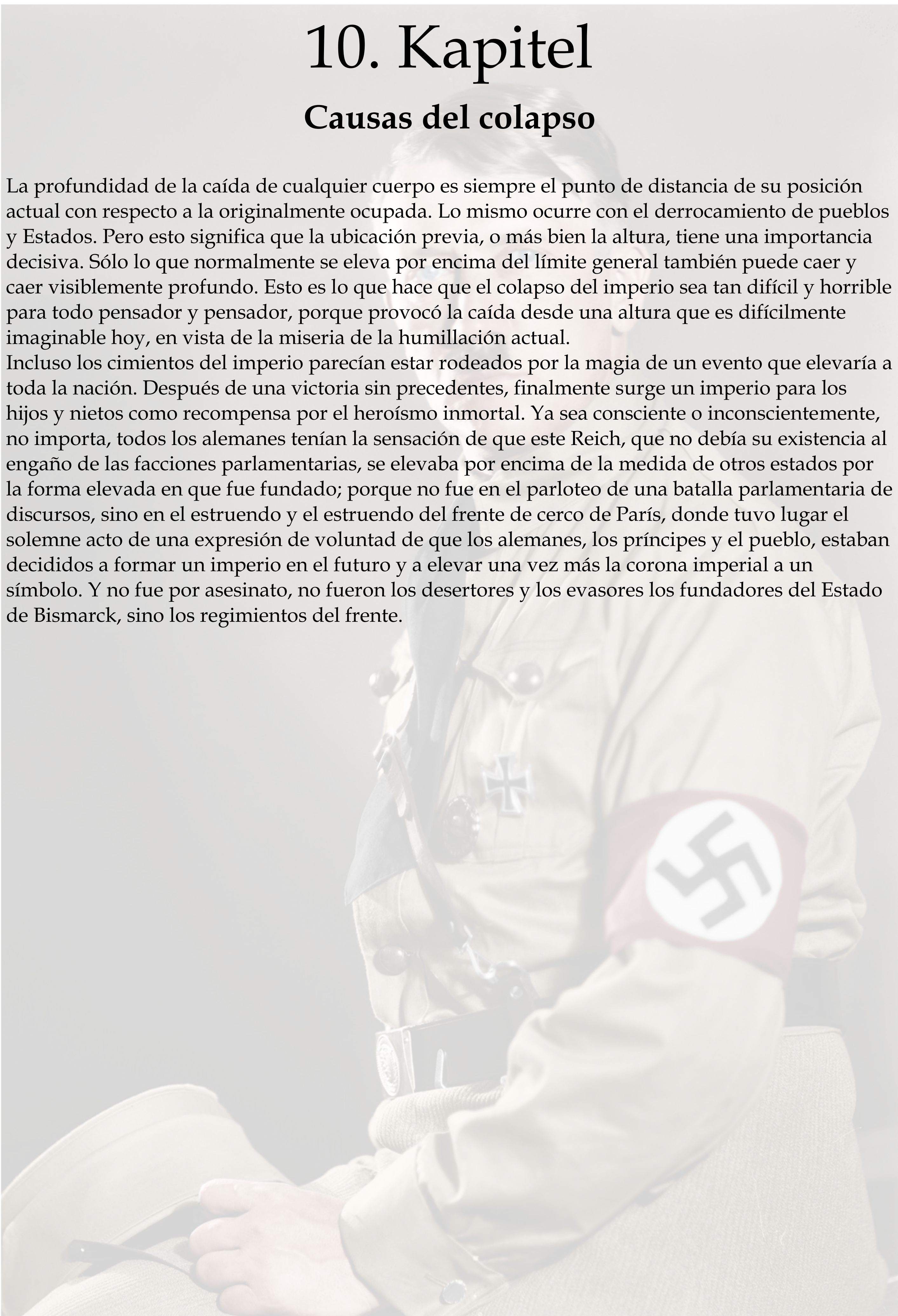
El propio destino parecía ahora darme una pista. Nunca habría ido a uno de los principales partidos existentes y explicaré las razones de esto con más detalle. Esta pequeña y ridícula creación, con sus pocos miembros, me pareció que tenía la única ventaja de no haberse consolidado todavía en una "organización", sino de dejar la posibilidad de una verdadera actividad personal al individuo. Aquí todavía se podía trabajar, y cuanto más pequeño era el movimiento, más pronto se le podía dar la forma correcta. Aquí todavía se podía determinar el contenido, el objetivo y el camino, lo que no era el caso de los grandes partidos existentes desde el principio.
Cuanto más trataba de pensar, más me convencía de que era precisamente a partir de un movimiento tan pequeño que se podía preparar algún día el levantamiento de la nación, pero nunca más de los partidos políticos parlamentarios que se aferraban demasiado a las viejas ideas o incluso participaban de los beneficios del nuevo gobierno. Porque lo que había que proclamar aquí era una nueva visión del mundo y no un nuevo eslogan electoral.
Sin embargo, fue una decisión infinitamente difícil querer convertir esta intención en realidad.
¿Qué requisitos previos llevé conmigo a esta tarea?
El hecho de ser indigente y pobre me parecía lo más fácil de soportar, pero era más difícil que yo fuera uno de los anónimos, que fuera uno de los millones a quienes el azar deja vivir o hace desaparecer de nuevo, sin que ni siquiera el entorno inmediato se dé cuenta. A esto se añadía la dificultad que debía surgir de mi falta de escuelas.



244 Miembro número siete

La llamada "inteligencia" siempre mira hacia abajo con una condescendencia verdaderamente infinita a todos los que no han sido arrastrados a través de las escuelas obligatorias y, por lo tanto, no han permitido que se bombeen los conocimientos necesarios. La pregunta nunca es: ¿qué puede hacer el hombre, sino qué ha aprendido? Para estas personas "educadas", el cabeza hueca más grande, si tan solo está envuelto en suficientes certificados, es más importante que el niño más brillante, que simplemente carece de estas preciosas bolsas. De modo que podía imaginar fácilmente cómo me enfrentaría este mundo "educado", y sólo me equivoqué en la medida en que todavía consideraba que la gente de entonces era mejor de lo que desgraciadamente son en su mayor parte en la sobria realidad. Tal como son, por supuesto, las excepciones, como en todas partes, brillan cada vez más. Pero siempre aprendí a decidir entre los eternos alumnos y los verdaderos expertos.
Después de dos días de agonizantes reflexiones y pensamientos, finalmente llegué a la conclusión de que tenía que dar el paso.
Fue la decisión más decisiva de mi vida.
No podía ni debía haber vuelta atrás.
Así que me registré como miembro del Partido Obrero Alemán y recibí una tarjeta de membresía provisional con el número: siete.





10. Kapitel

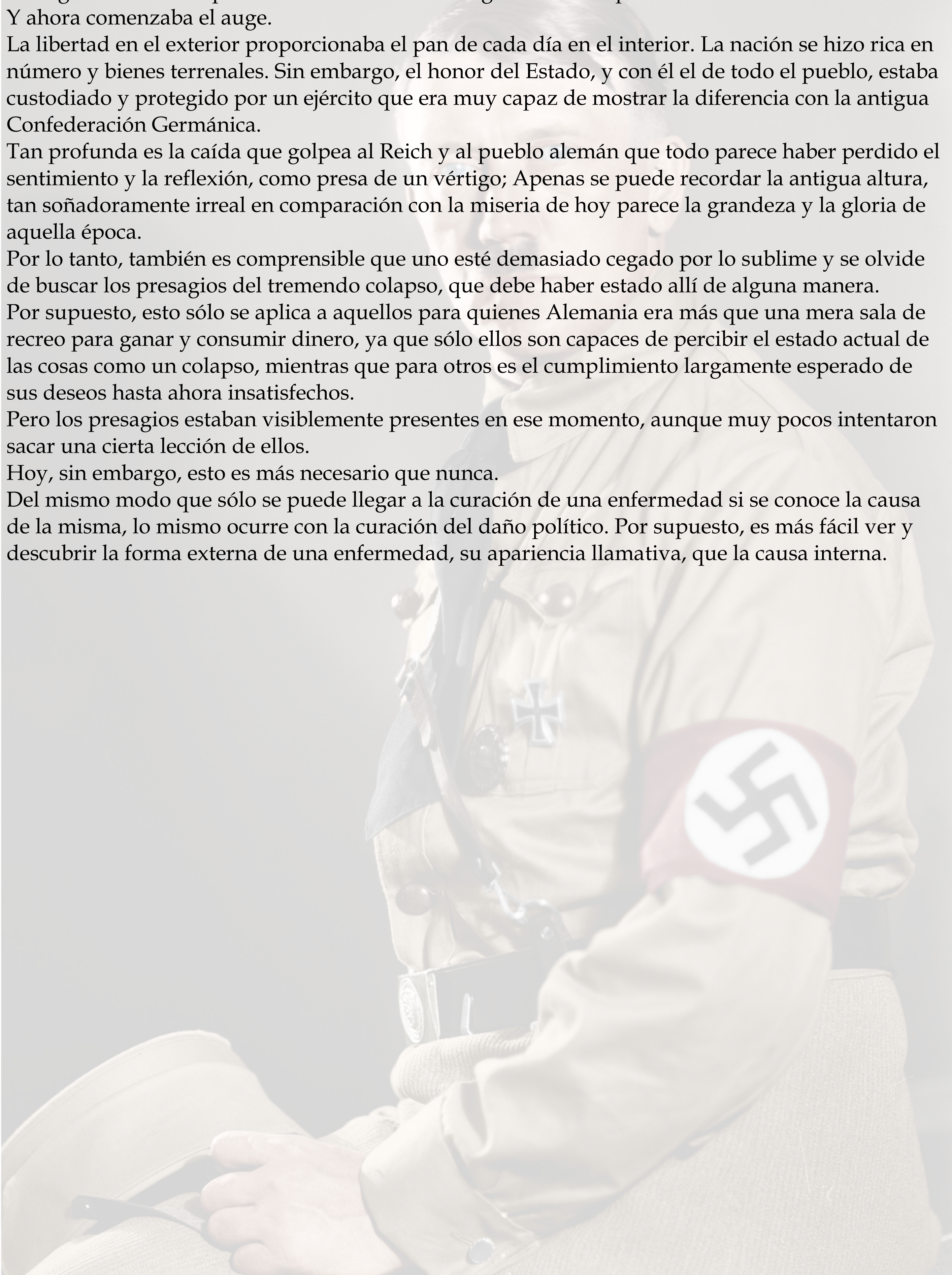
Causas del colapso

La profundidad de la caída de cualquier cuerpo es siempre el punto de distancia de su posición actual con respecto a la originalmente ocupada. Lo mismo ocurre con el derrocamiento de pueblos y Estados. Pero esto significa que la ubicación previa, o más bien la altura, tiene una importancia decisiva. Sólo lo que normalmente se eleva por encima del límite general también puede caer y caer visiblemente profundo. Esto es lo que hace que el colapso del imperio sea tan difícil y horrible para todo pensador y pensador, porque provocó la caída desde una altura que es difícilmente imaginable hoy, en vista de la miseria de la humillación actual.

Incluso los cimientos del imperio parecían estar rodeados por la magia de un evento que elevaría a toda la nación. Después de una victoria sin precedentes, finalmente surge un imperio para los hijos y nietos como recompensa por el heroísmo inmortal. Ya sea consciente o inconscientemente, no importa, todos los alemanes tenían la sensación de que este Reich, que no debía su existencia al engaño de las facciones parlamentarias, se elevaba por encima de la medida de otros estados por la forma elevada en que fue fundado; porque no fue en el parloteo de una batalla parlamentaria de discursos, sino en el estruendo y el estruendo del frente de cerco de París, donde tuvo lugar el solemne acto de una expresión de voluntad de que los alemanes, los príncipes y el pueblo, estaban decididos a formar un imperio en el futuro y a elevar una vez más la corona imperial a un símbolo. Y no fue por asesinato, no fueron los desertores y los evasores los fundadores del Estado de Bismarck, sino los regimientos del frente.

246 Los presagios del colapso

Este único nacimiento y bautismo ardiente por sí solos entrelazaron el imperio con el resplandor de la gloria histórica que sólo los estados más antiguos rara vez podían recibir.
Y ahora comenzaba el auge.
La libertad en el exterior proporcionaba el pan de cada día en el interior. La nación se hizo rica en número y bienes terrenales. Sin embargo, el honor del Estado, y con él el de todo el pueblo, estaba custodiado y protegido por un ejército que era muy capaz de mostrar la diferencia con la antigua Confederación Germánica.
Tan profunda es la caída que golpea al Reich y al pueblo alemán que todo parece haber perdido el sentimiento y la reflexión, como presa de un vértigo; Apenas se puede recordar la antigua altura, tan soñadoramente irreal en comparación con la miseria de hoy parece la grandeza y la gloria de aquella época.
Por lo tanto, también es comprensible que uno esté demasiado cegado por lo sublime y se olvide de buscar los presagios del tremendo colapso, que debe haber estado allí de alguna manera.
Por supuesto, esto sólo se aplica a aquellos para quienes Alemania era más que una mera sala de recreo para ganar y consumir dinero, ya que sólo ellos son capaces de percibir el estado actual de las cosas como un colapso, mientras que para otros es el cumplimiento largamente esperado de sus deseos hasta ahora insatisfechos.
Pero los presagios estaban visiblemente presentes en ese momento, aunque muy pocos intentaron sacar una cierta lección de ellos.
Hoy, sin embargo, esto es más necesario que nunca.
Del mismo modo que sólo se puede llegar a la curación de una enfermedad si se conoce la causa de la misma, lo mismo ocurre con la curación del daño político. Por supuesto, es más fácil ver y descubrir la forma externa de una enfermedad, su apariencia llamativa, que la causa interna.



Esta es la razón por la cual muchas personas nunca van más allá del conocimiento de los efectos externos, e incluso los confunden con la causa, e incluso tratan de negar la existencia de tales efectos por completo. Por lo tanto, incluso ahora, la mayoría de nosotros vemos el colapso alemán principalmente solo en las dificultades económicas generales y las consecuencias que resultan de él. Casi todo el mundo tiene que soportar esto personalmente, una buena razón para entender la catástrofe de cada individuo. Mucho menos, sin embargo, la gran masa ve el colapso en términos políticos, culturales, morales y morales. Aquí, el sentimiento y también la mente fallan por completo para muchos.

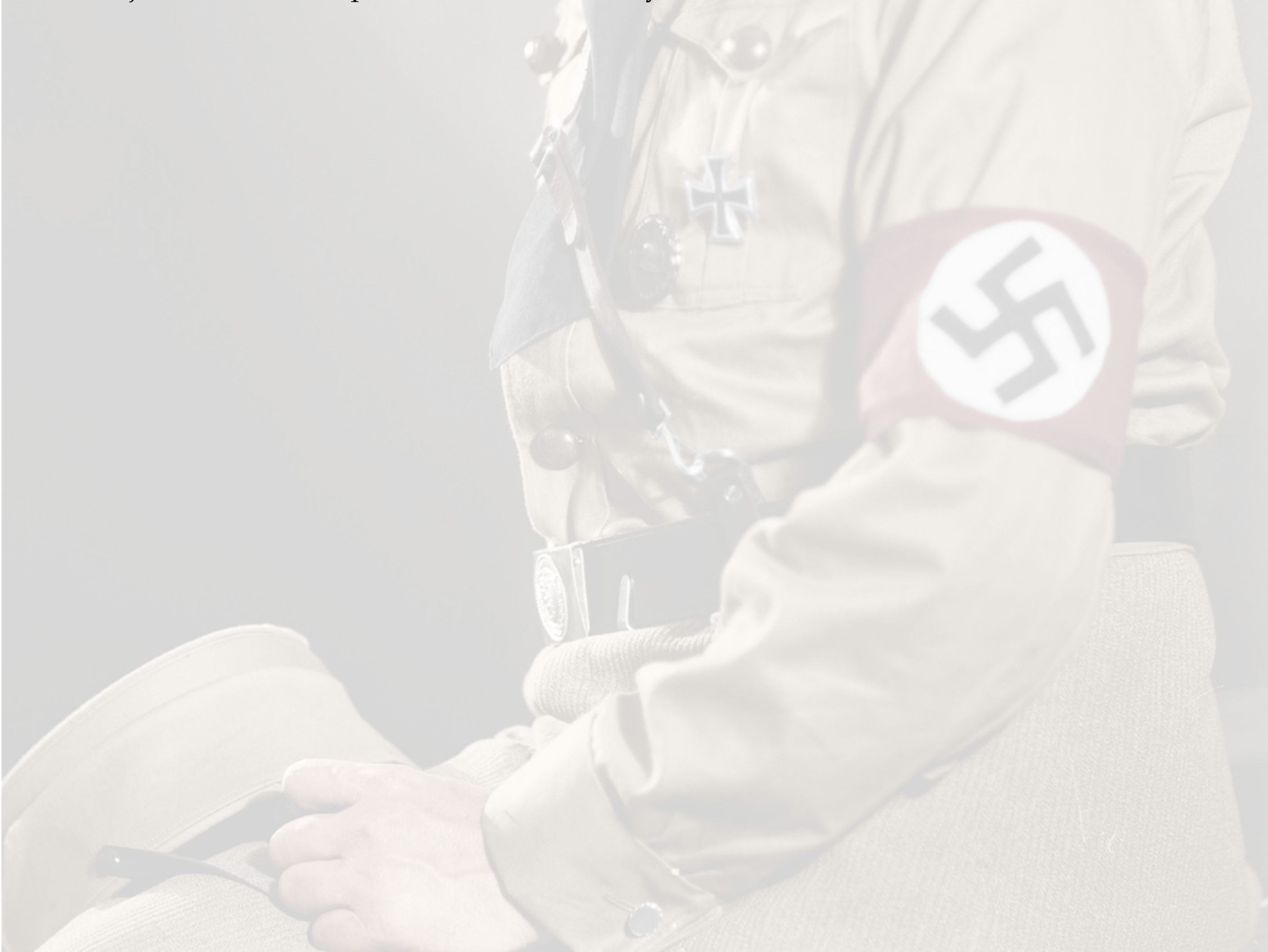
Que este sea el caso de las grandes masas puede ser todavía aceptable, pero el hecho de que incluso en los círculos de la intelectualidad el colapso alemán sea considerado principalmente como una "catástrofe económica" y, por lo tanto, se espera el remedio de la economía, es una de las razones por las que todavía no ha sido posible recuperarse en absoluto. Sólo cuando se comprenda que también aquí la economía tiene un segundo o incluso un tercer papel y los factores políticos, moral-morales y sanguíneos el primero, se llegará a comprender las causas de la desgracia de hoy y así también se podrán encontrar los caminos y los medios de curación.

La cuestión de las causas del colapso alemán es, por lo tanto, de importancia decisiva, especialmente para un movimiento político cuyo objetivo es precisamente superar la derrota.

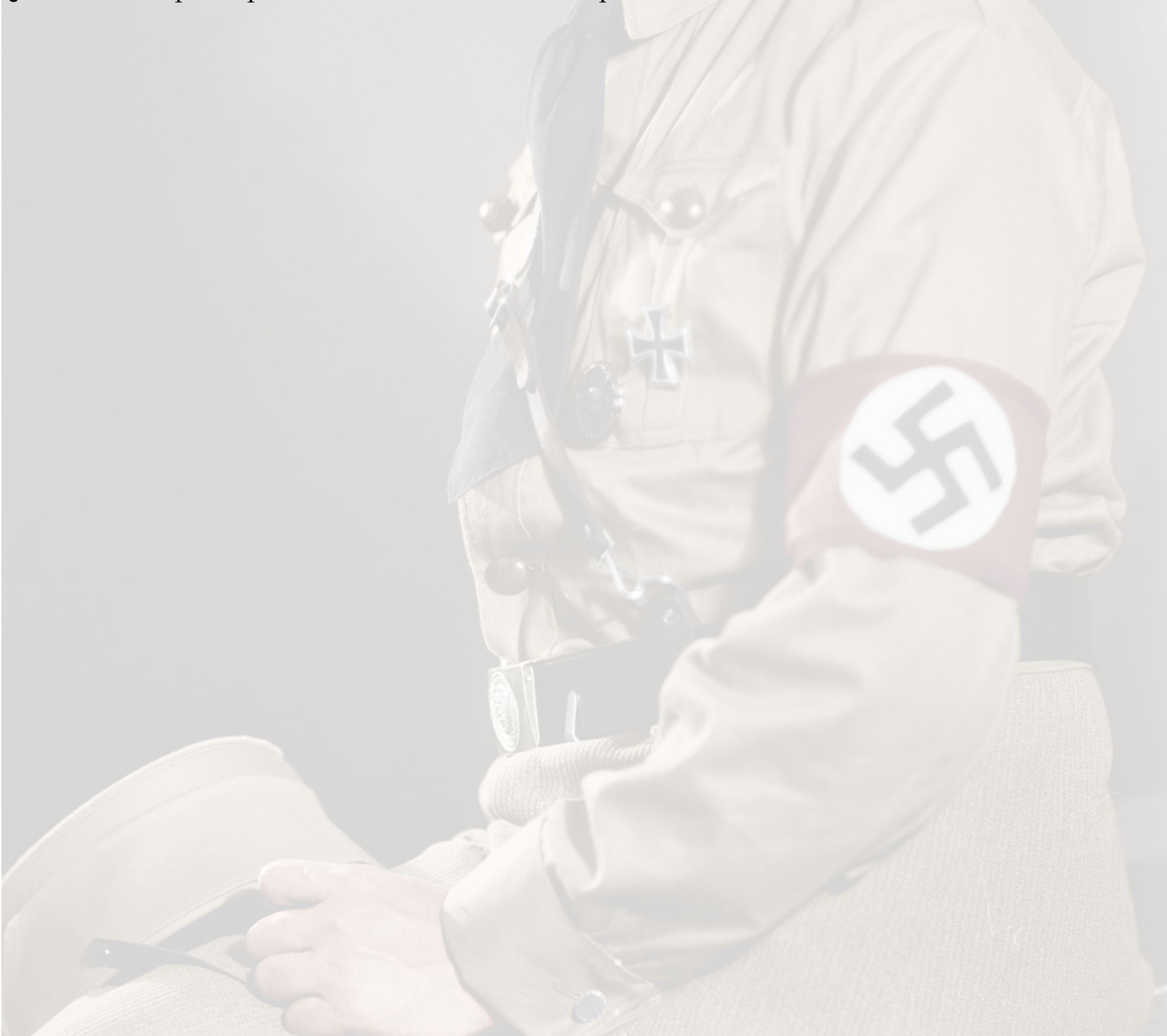
Pero incluso en una investigación de este tipo en el pasado, hay que tener mucho cuidado de no confundir los efectos más conspicuos con las causas menos visibles.

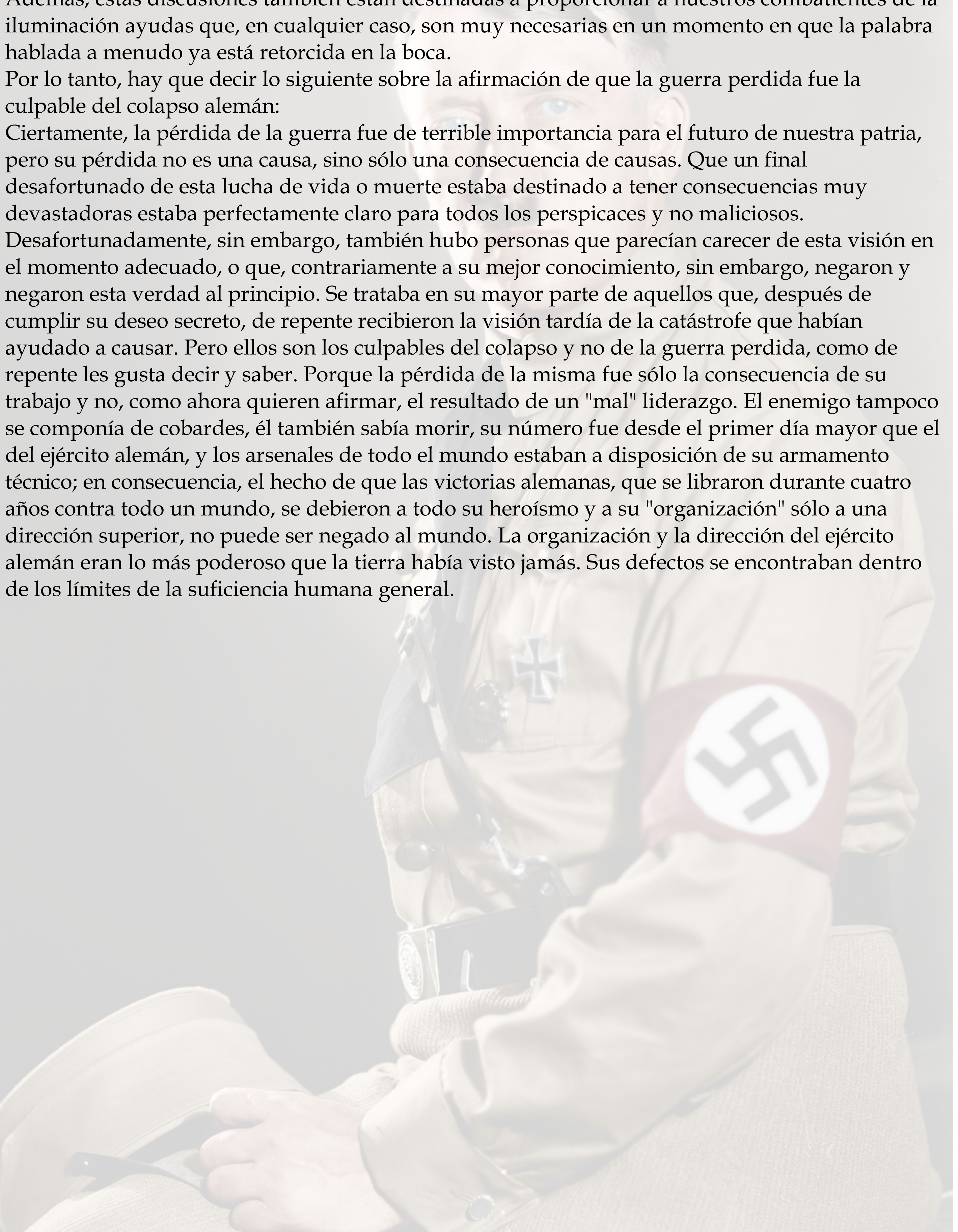
La razón más fácil y, por lo tanto, más extendida para la desgracia de hoy es que es el resultado de la guerra que se acaba de perder y que, por lo tanto, es la causa del desastre presente.

Puede haber muchos que creerán seriamente en estas tonterías, pero todavía hay más de cuyos labios tal justificación sólo puede ser una mentira y una falsedad deliberada.

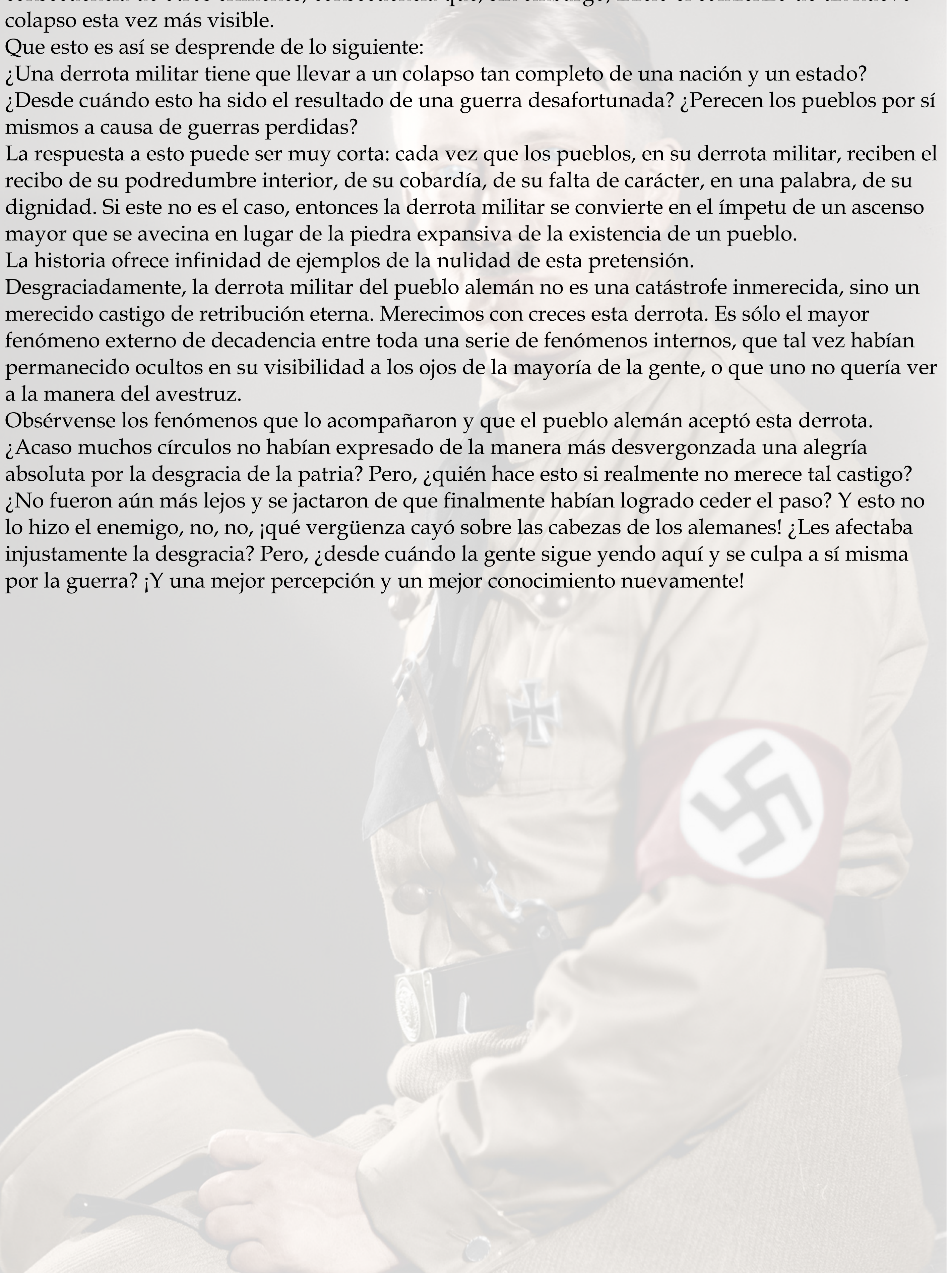


Esto último se aplica a todos los que hoy están en la dirección del gobierno. Porque, ¿acaso los heraldos de la revolución no reprochaban una y otra vez al pueblo de la manera más enérgica que el resultado de esta guerra siguiera siendo completamente igual para las grandes masas? Por el contrario, ¿no han afirmado con la mayor seriedad que sólo el "gran capitalista" puede tener interés en el final victorioso de la monstruosa lucha entre las naciones, pero nunca el pueblo alemán en cuanto tal, ni siquiera el obrero alemán? En efecto, ¿no declararon estos apóstoles de la reconciliación mundial, por el contrario, que con la derrota alemana sólo se destruiría el "militarismo", sino que el pueblo alemán celebraría su gloriosa resurrección? ¿No se alababa la bondad de la Entente en estos círculos, y no echaban la culpa de toda la sangrienta lucha a Alemania? Pero, ¿podría haberse hecho sin la declaración de que incluso la derrota militar no tendría consecuencias especiales para la nación? ¿Acaso toda la revolución no estaba disfrazada con la frase de que impediría la victoria de la bandera alemana, pero que el pueblo alemán avanzaría aún más hacia su libertad interior y exterior?
¿No era así, miserables y mentirosos?
Se necesita una verdadera desfachatez judía para culpar a la derrota militar por el colapso, mientras que el órgano central de todos los traidores, los delanteros de Berlín, escribió que esta vez el pueblo alemán ya no debe traer a casa victorioso.
¿Y ahora se supone que es la razón de nuestro colapso?





Por supuesto, sería completamente inútil querer discutir con tales mentirosos olvidadizos, y por lo tanto no diría nada al respecto si esta tontería no fuera, por desgracia, repetida también por tantos individuos completamente irreflexivos, sin que la malicia o la falsedad deliberada den lugar a ella. Además, estas discusiones también están destinadas a proporcionar a nuestros combatientes de la iluminación ayudas que, en cualquier caso, son muy necesarias en un momento en que la palabra hablada a menudo ya está retorcida en la boca.
Por lo tanto, hay que decir lo siguiente sobre la afirmación de que la guerra perdida fue la culpable del colapso alemán:
Ciertamente, la pérdida de la guerra fue de terrible importancia para el futuro de nuestra patria, pero su pérdida no es una causa, sino sólo una consecuencia de causas. Que un final desafortunado de esta lucha de vida o muerte estaba destinado a tener consecuencias muy devastadoras estaba perfectamente claro para todos los perspicaces y no maliciosos. Desafortunadamente, sin embargo, también hubo personas que parecían carecer de esta visión en el momento adecuado, o que, contrariamente a su mejor conocimiento, sin embargo, negaron y negaron esta verdad al principio. Se trataba en su mayor parte de aquellos que, después de cumplir su deseo secreto, de repente recibieron la visión tardía de la catástrofe que habían ayudado a causar. Pero ellos son los culpables del colapso y no de la guerra perdida, como de repente les gusta decir y saber. Porque la pérdida de la misma fue sólo la consecuencia de su trabajo y no, como ahora quieren afirmar, el resultado de un "mal" liderazgo. El enemigo tampoco se componía de cobardes, él también sabía morir, su número fue desde el primer día mayor que el del ejército alemán, y los arsenales de todo el mundo estaban a disposición de su armamento técnico; en consecuencia, el hecho de que las victorias alemanas, que se libraron durante cuatro años contra todo un mundo, se debieron a todo su heroísmo y a su "organización" sólo a una dirección superior, no puede ser negado al mundo. La organización y la dirección del ejército alemán eran lo más poderoso que la tierra había visto jamás. Sus defectos se encontraban dentro de los límites de la suficiencia humana general.

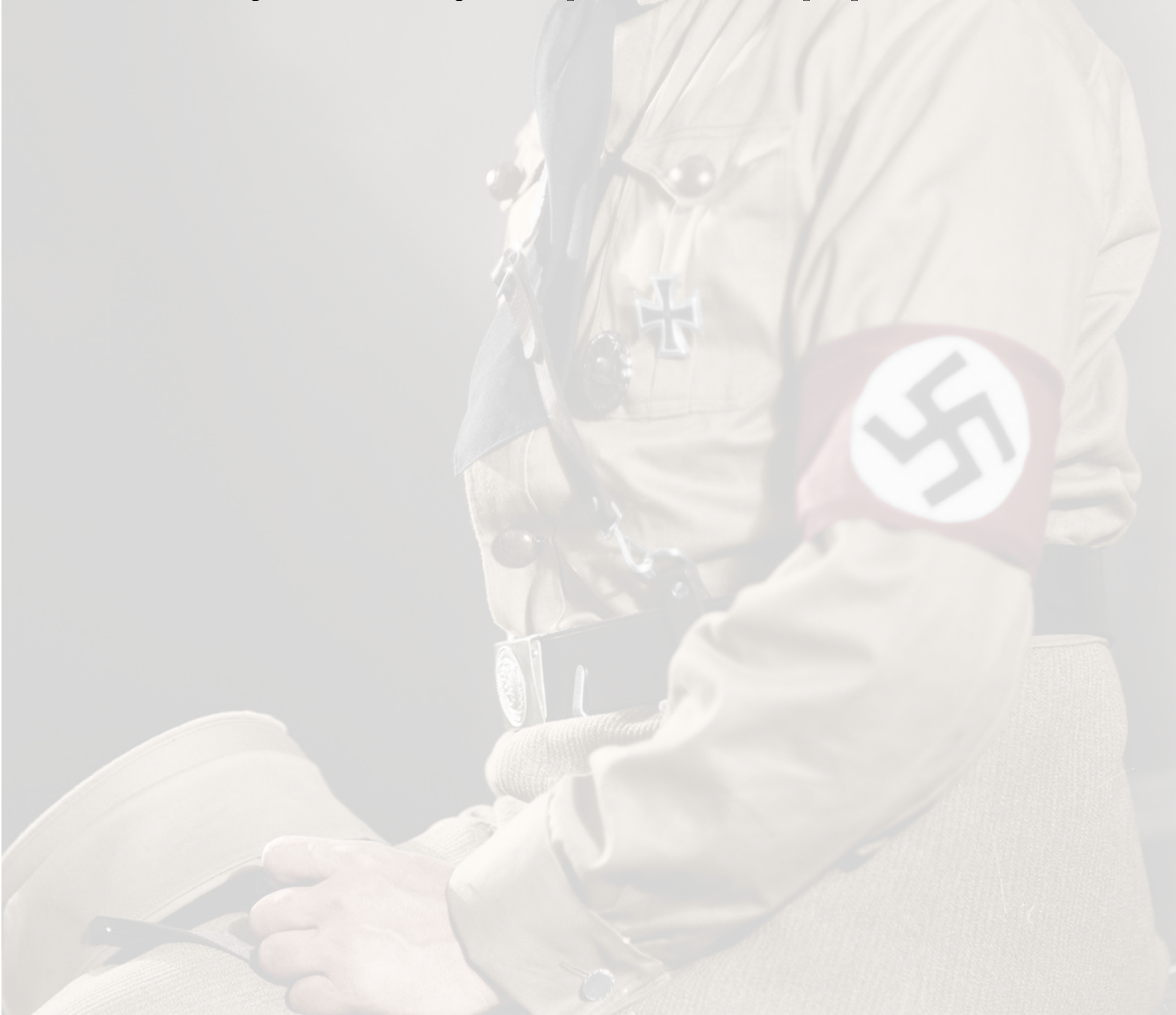


250 ¿Perecen los pueblos a causa de las guerras perdidas?

El hundimiento de este ejército no fue la causa de nuestra desgracia presente, sino sólo la consecuencia de otros crímenes, consecuencia que, sin embargo, inició el comienzo de un nuevo colapso esta vez más visible.
Que esto es así se desprende de lo siguiente:
¿Una derrota militar tiene que llevar a un colapso tan completo de una nación y un estado?
¿Desde cuándo esto ha sido el resultado de una guerra desafortunada? ¿Perecen los pueblos por sí mismos a causa de guerras perdidas?
La respuesta a esto puede ser muy corta: cada vez que los pueblos, en su derrota militar, reciben el recibo de su podredumbre interior, de su cobardía, de su falta de carácter, en una palabra, de su dignidad. Si este no es el caso, entonces la derrota militar se convierte en el ímpetu de un ascenso mayor que se avecina en lugar de la piedra expansiva de la existencia de un pueblo.
La historia ofrece infinidad de ejemplos de la nulidad de esta pretensión.
Desgraciadamente, la derrota militar del pueblo alemán no es una catástrofe inmerecida, sino un merecido castigo de retribución eterna. Merecimos con creces esta derrota. Es sólo el mayor fenómeno externo de decadencia entre toda una serie de fenómenos internos, que tal vez habían permanecido ocultos en su visibilidad a los ojos de la mayoría de la gente, o que uno no quería ver a la manera del avestruz.
Obsérvense los fenómenos que lo acompañaron y que el pueblo alemán aceptó esta derrota.
¿Acaso muchos círculos no habían expresado de la manera más desvergonzada una alegría absoluta por la desgracia de la patria? Pero, ¿quién hace esto si realmente no merece tal castigo?
¿No fueron aún más lejos y se jactaron de que finalmente habían logrado ceder el paso? Y esto no lo hizo el enemigo, no, no, ¡qué vergüenza cayó sobre las cabezas de los alemanes! ¿Les afectaba injustamente la desgracia? Pero, ¿desde cuándo la gente sigue yendo aquí y se culpa a sí misma por la guerra? ¡Y una mejor percepción y un mejor conocimiento nuevamente!

Uno de cada tres alemanes es un traidor 251

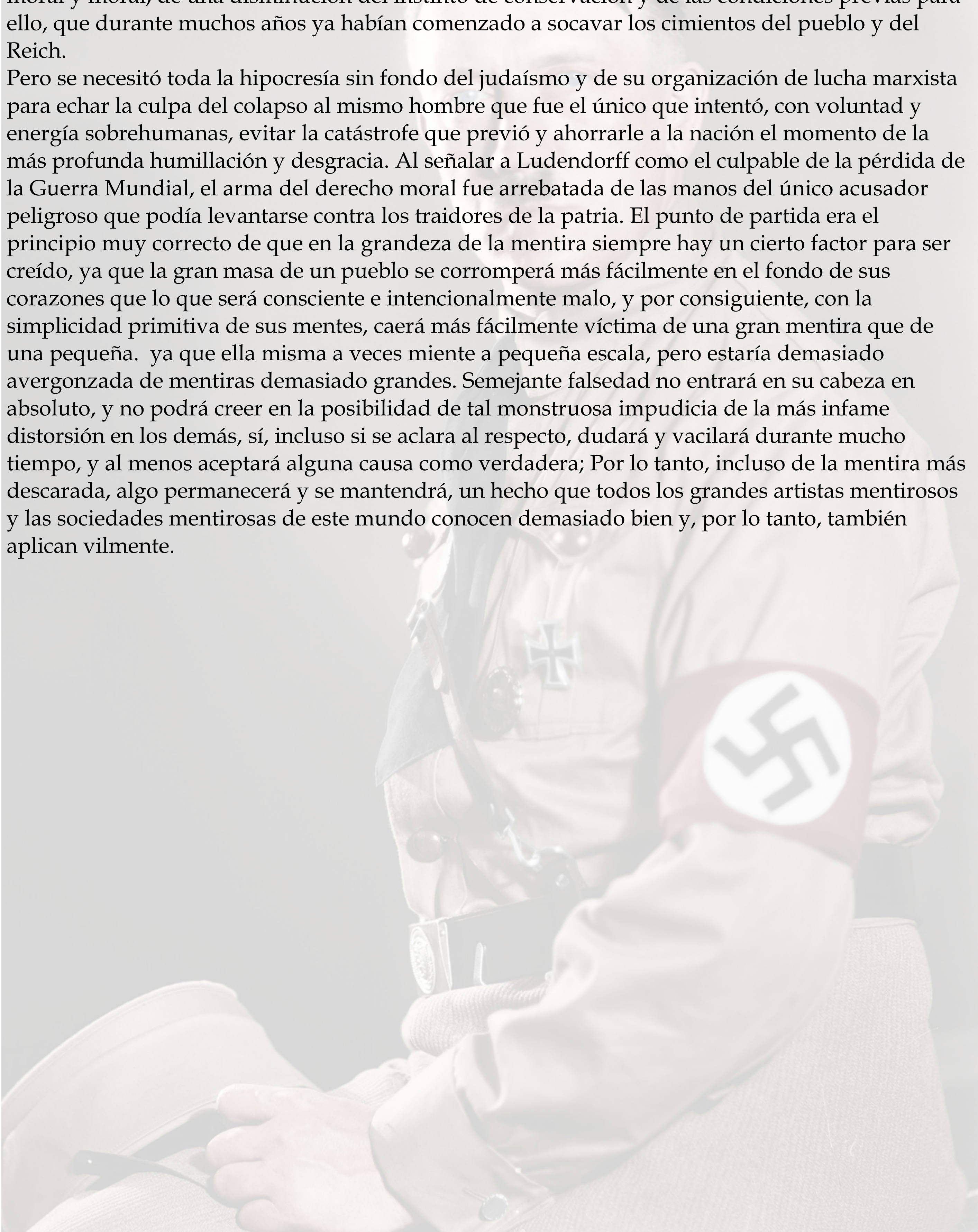
No, y de nuevo no: en la forma en que el pueblo alemán recibió su derrota, se puede ver con toda claridad que la verdadera causa de nuestro colapso se encuentra en algún lugar completamente diferente de la pérdida puramente militar de algunas posiciones o del fracaso de una ofensiva; porque si el frente hubiera fracasado realmente como tal, y si su desgracia hubiera causado la suerte de la patria, el pueblo alemán habría aceptado la derrota de manera muy diferente. Entonces uno habría soportado la siguiente desgracia con los dientes apretados o lamentado abrumado por el dolor; entonces la rabia y la rabia habrían llenado los corazones contra el enemigo que había salido victorioso por la malicia del azar o del destino; entonces la nación, como el Senado romano, se habría opuesto a las divisiones derrotadas con la gratitud de la patria por los sacrificios hechos hasta entonces, y la petición de no desesperar del imperio. Pero incluso la capitulación se habría firmado sólo con el intelecto, mientras que el corazón de la insurrección que se avecinaba ya habría latido.
De este modo, se habría exceptuado una derrota, que sólo se habría debido al destino. Entonces no habrían reído y bailado, no se habrían jactado de cobardía y glorificado la derrota, no se habrían burlado de las tropas combatientes y arrastrado su bandera y su escarapela al barro, pero, sobre todo, nunca habría habido esa horrible aparición que hizo que un oficial inglés, el coronel Repington, hiciera el comentario despectivo: "De los alemanes, uno de cada tres hombres es un traidor". No, esta plaga nunca habría podido estar a la altura de esa marea asfixiante que, desde hace cinco años, ahoga el último vestigio de respeto hacia nosotros por parte del resto del mundo.



282 Desarme moral del peligroso acusador

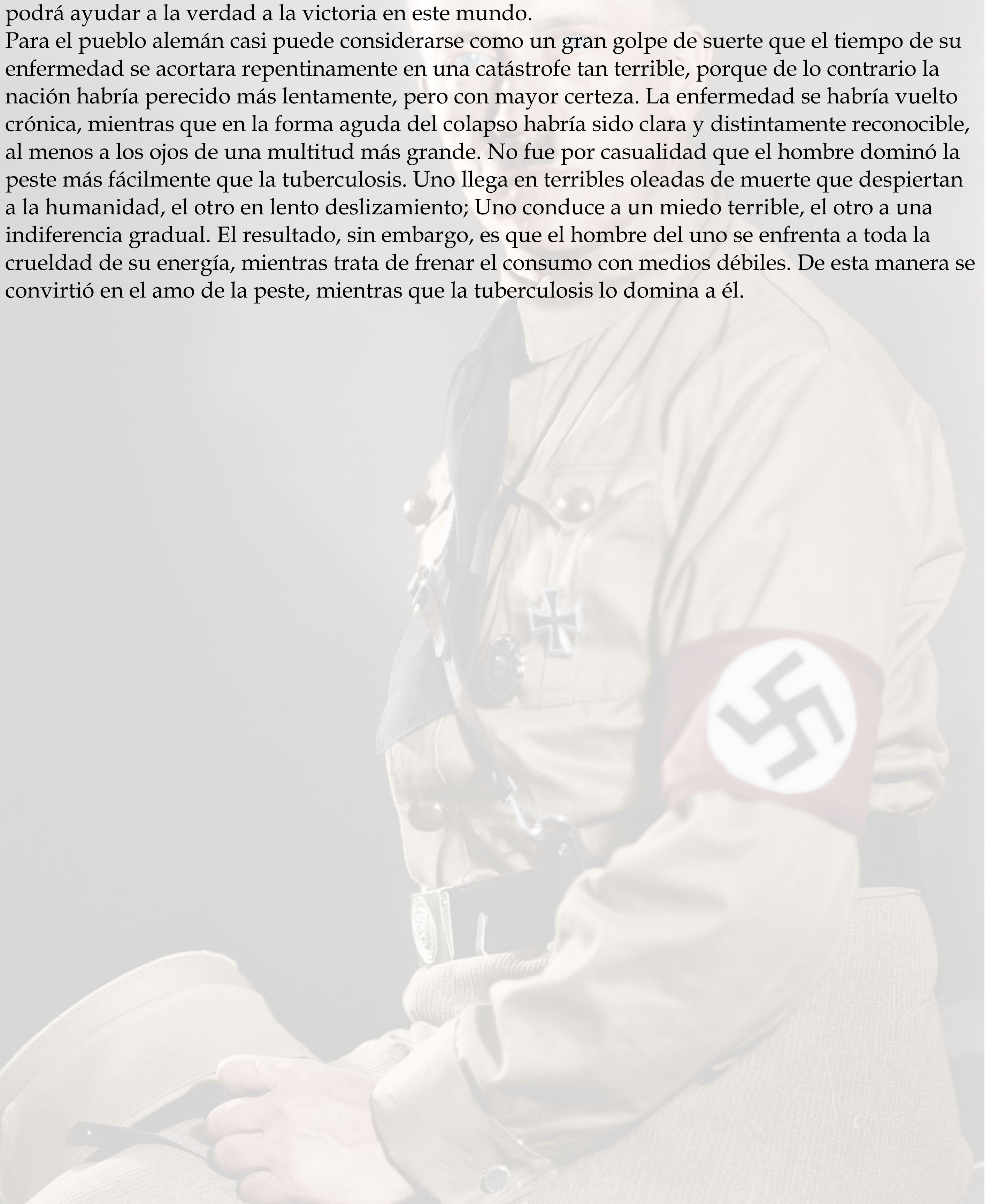
Esta es la mejor manera de ver la mentira de la afirmación de que la guerra perdida fue la causa del colapso alemán. No, este colapso militar fue en sí mismo sólo el resultado de toda una serie de síntomas de enfermedad y sus patógenos, que ya habían afligido a la nación alemana en tiempos de paz. Esta fue la primera consecuencia catastrófica visible para todos de un envenenamiento moral y moral, de una disminución del instinto de conservación y de las condiciones previas para ello, que durante muchos años ya habían comenzado a socavar los cimientos del pueblo y del Reich.

Pero se necesitó toda la hipocresía sin fondo del judaísmo y de su organización de lucha marxista para echar la culpa del colapso al mismo hombre que fue el único que intentó, con voluntad y energía sobrehumanas, evitar la catástrofe que previó y ahorrarle a la nación el momento de la más profunda humillación y desgracia. Al señalar a Ludendorff como el culpable de la pérdida de la Guerra Mundial, el arma del derecho moral fue arrebatada de las manos del único acusador peligroso que podía levantarse contra los traidores de la patria. El punto de partida era el principio muy correcto de que en la grandeza de la mentira siempre hay un cierto factor para ser creído, ya que la gran masa de un pueblo se corromperá más fácilmente en el fondo de sus corazones que lo que será consciente e intencionalmente malo, y por consiguiente, con la simplicidad primitiva de sus mentes, caerá más fácilmente víctima de una gran mentira que de una pequeña. ya que ella misma a veces miente a pequeña escala, pero estaría demasiado avergonzada de mentiras demasiado grandes. Semejante falsedad no entrará en su cabeza en absoluto, y no podrá creer en la posibilidad de tal monstruosa impudicia de la más infame distorsión en los demás, sí, incluso si se aclara al respecto, dudará y vacilará durante mucho tiempo, y al menos aceptará alguna causa como verdadera; Por lo tanto, incluso de la mentira más descarada, algo permanecerá y se mantendrá, un hecho que todos los grandes artistas mentirosos y las sociedades mentirosas de este mundo conocen demasiado bien y, por lo tanto, también aplican vilmente.



Pero los mejores conocedores de esta verdad sobre las posibilidades de aplicar la falsedad y la calumnia han sido siempre los judíos; Después de todo, toda su existencia ya está construida sobre una gran mentira, a saber, que son una sociedad religiosa, mientras que es una raza, y qué tipo de raza, por cierto. Como tal, sin embargo, una de las mentes más grandes de la humanidad los ha clavado para siempre en una proposición eternamente correcta de verdad fundamental: los llamó "los grandes maestros de la mentira". Cualquiera que no reconozca esto o no quiera creerlo, nunca podrá ayudar a la verdad a la victoria en este mundo.

Para el pueblo alemán casi puede considerarse como un gran golpe de suerte que el tiempo de su enfermedad se acortara repentinamente en una catástrofe tan terrible, porque de lo contrario la nación habría perecido más lentamente, pero con mayor certeza. La enfermedad se habría vuelto crónica, mientras que en la forma aguda del colapso habría sido clara y distintamente reconocible, al menos a los ojos de una multitud más grande. No fue por casualidad que el hombre dominó la peste más fácilmente que la tuberculosis. Uno llega en terribles oleadas de muerte que despiertan a la humanidad, el otro en lento deslizamiento; Uno conduce a un miedo terrible, el otro a una indiferencia gradual. El resultado, sin embargo, es que el hombre del uno se enfrenta a toda la crueldad de su energía, mientras trata de frenar el consumo con medios débiles. De esta manera se convirtió en el amo de la peste, mientras que la tuberculosis lo domina a él.



254 Patógenos y síntomas

Lo mismo ocurre con las enfermedades de los organismos nacionales. Si no se producen catastróficamente, el hombre comienza a acostumbrarse lentamente a ellas y finalmente perece a causa de ellas, aunque sólo sea después de un tiempo, al menos con mayor certeza. Es entonces una buena fortuna —ciertamente amarga— cuando el destino decide intervenir en este lento proceso de decadencia y con un golpe repentino hace claro el fin de la enfermedad a la persona a la que se ha apoderado. Porque a eso se reduce una catástrofe así más de una vez. Entonces puede convertirse fácilmente en la causa de una curación que ahora comienza con extrema determinación.

Pero incluso en tal caso, el requisito previo es, de nuevo, el reconocimiento de las razones internas que dieron origen a la enfermedad en cuestión.

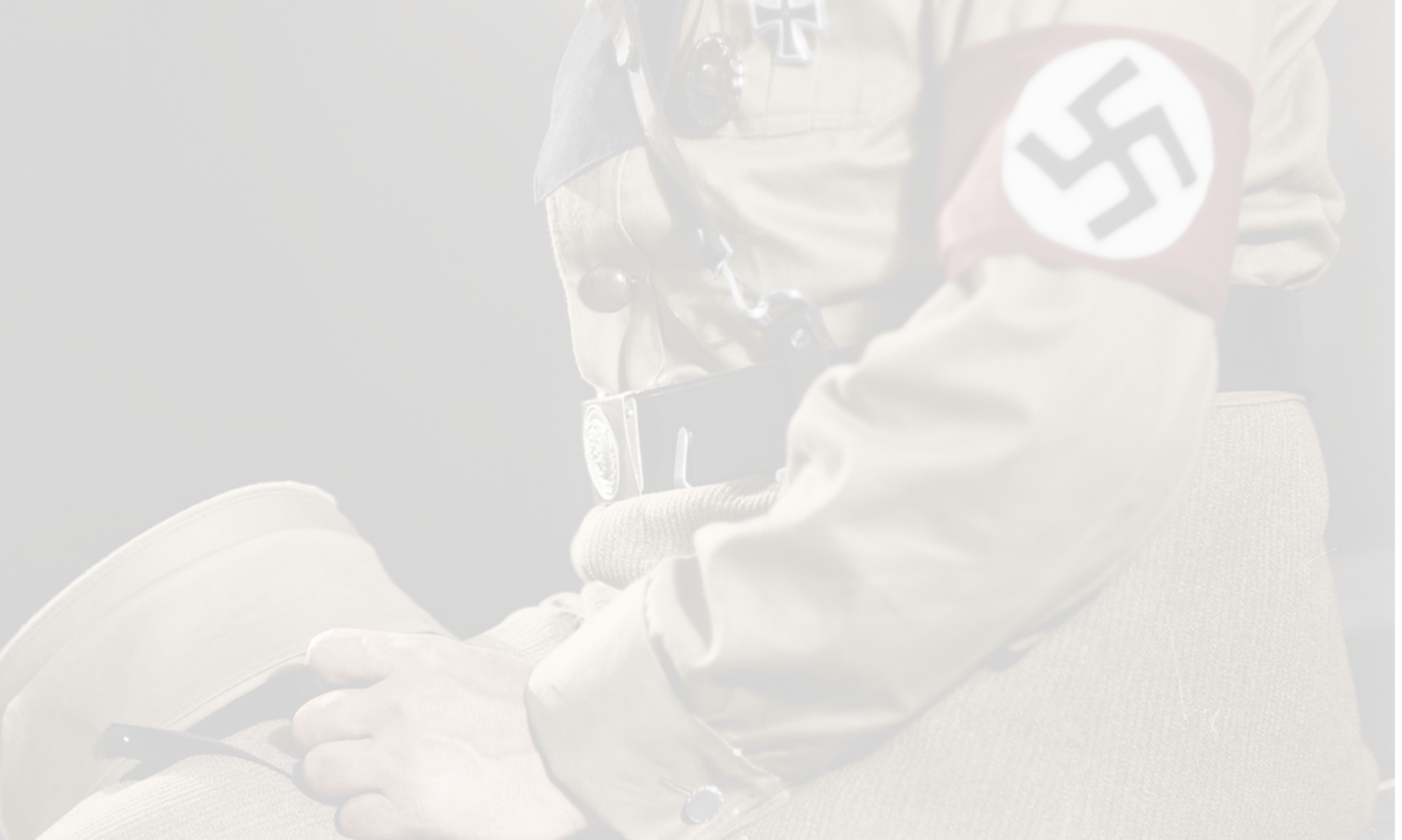
Lo más importante aquí sigue siendo la distinción entre los patógenos y las condiciones que causan. Esto será tanto más difícil cuanto más tiempo hayan permanecido las sustancias enfermas en el cuerpo de la gente, y cuanto más se hayan convertido ya en una parte natural de él. En efecto, puede suceder muy fácilmente que, después de cierto tiempo, uno considere que los venenos absolutamente dañinos forman parte de su propia nacionalidad, o al menos los tolere como un mal necesario, de modo que ya no se considere necesaria la búsqueda del patógeno extranjero.

Así, en la larga paz de los años anteriores a la guerra, se habían producido ciertos daños y se les había reconocido como tales, aunque apenas se atendía al patógeno del mismo, con algunas excepciones. Una vez más, estas excepciones eran principalmente los fenómenos de la vida económica, de los que el individuo se hizo más consciente que el daño en toda una serie de otras áreas.

Había muchos signos de decadencia que deberían haber provocado una seria reflexión.

*

Desde el punto de vista económico, hay que decir lo siguiente al respecto:



Debido al rápido aumento del número de alemanes antes de la guerra, la cuestión de la creación del pan de cada día necesario pasó a ocupar un primer plano de todo el pensamiento y la acción política y económica de una manera cada vez más aguda. Desafortunadamente, no pudieron decidirse por la única solución correcta, sino que creyeron que el objetivo se podía lograr de una manera más barata. La renuncia a la extracción de nuevas tierras y su sustitución por la ilusión de una conquista económica mundial estaba destinada a conducir, en última instancia, a una industrialización tan desenfrenada como perjudicial.

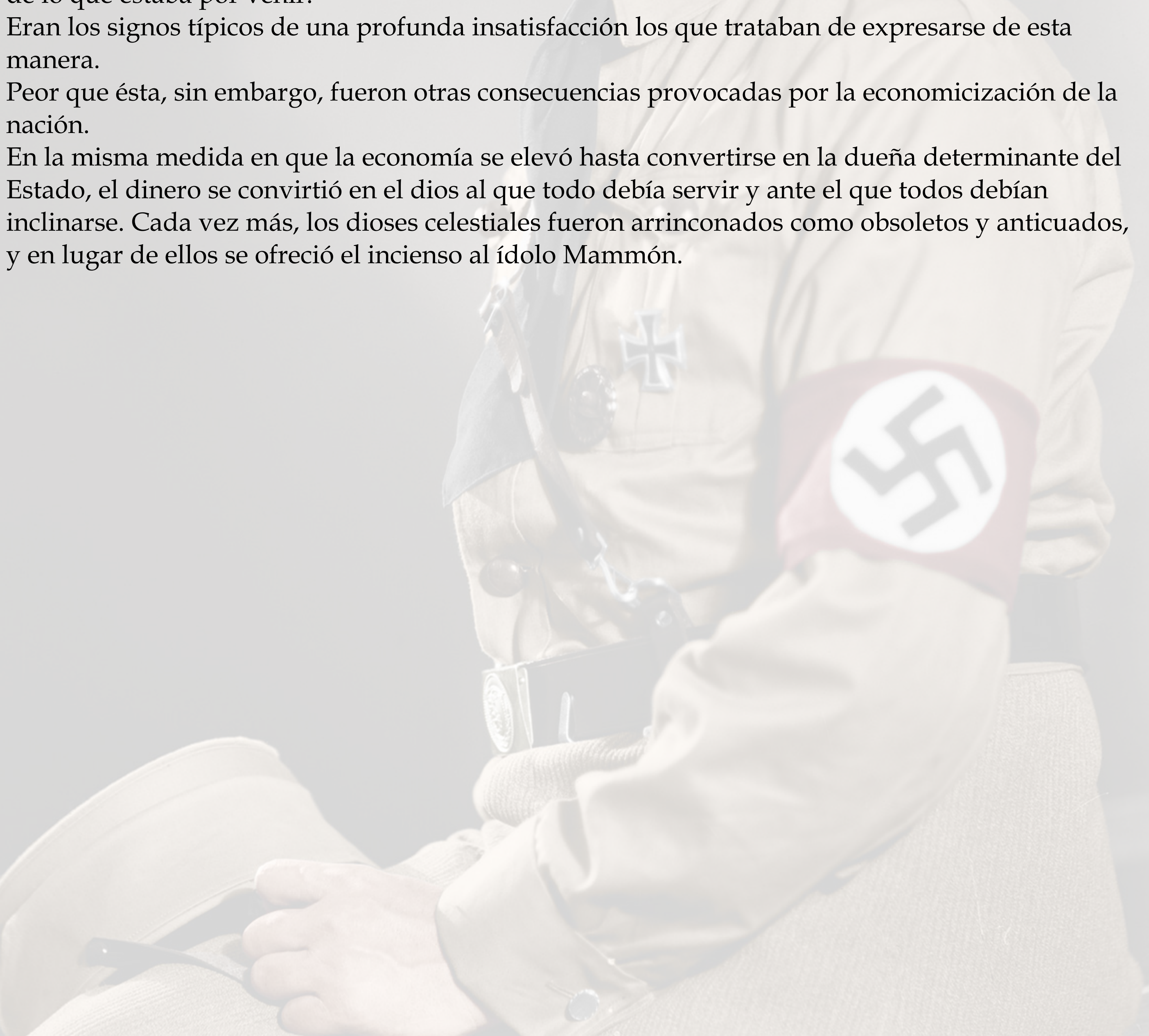
La primera consecuencia de la más seria importancia fue el debilitamiento del campesinado causado por ella. A medida que disminuía, la masa del proletariado metropolitano crecía más y más, hasta que por fin se perdió por completo el equilibrio.

Ahora el cambio abrupto entre ricos y pobres realmente salió a la luz. La abundancia y la miseria vivían tan juntas que las consecuencias de ella podían y debían ser muy tristes. Las penurias y el frecuente desempleo comenzaron su juego con el pueblo, dejando como recuerdo la insatisfacción y la amargura. La consecuencia de esto parecía ser la división de la clase política. A pesar de toda la prosperidad económica, el resentimiento se hizo cada vez más grande y más profundo, de hecho, llegó al punto de que la convicción de que "esto no podía seguir así por mucho tiempo más" se generalizó, pero sin que la gente se formara o pudiera siquiera formarse una idea definida de lo que estaba por venir.

Eran los signos típicos de una profunda insatisfacción los que trataban de expresarse de esta manera.

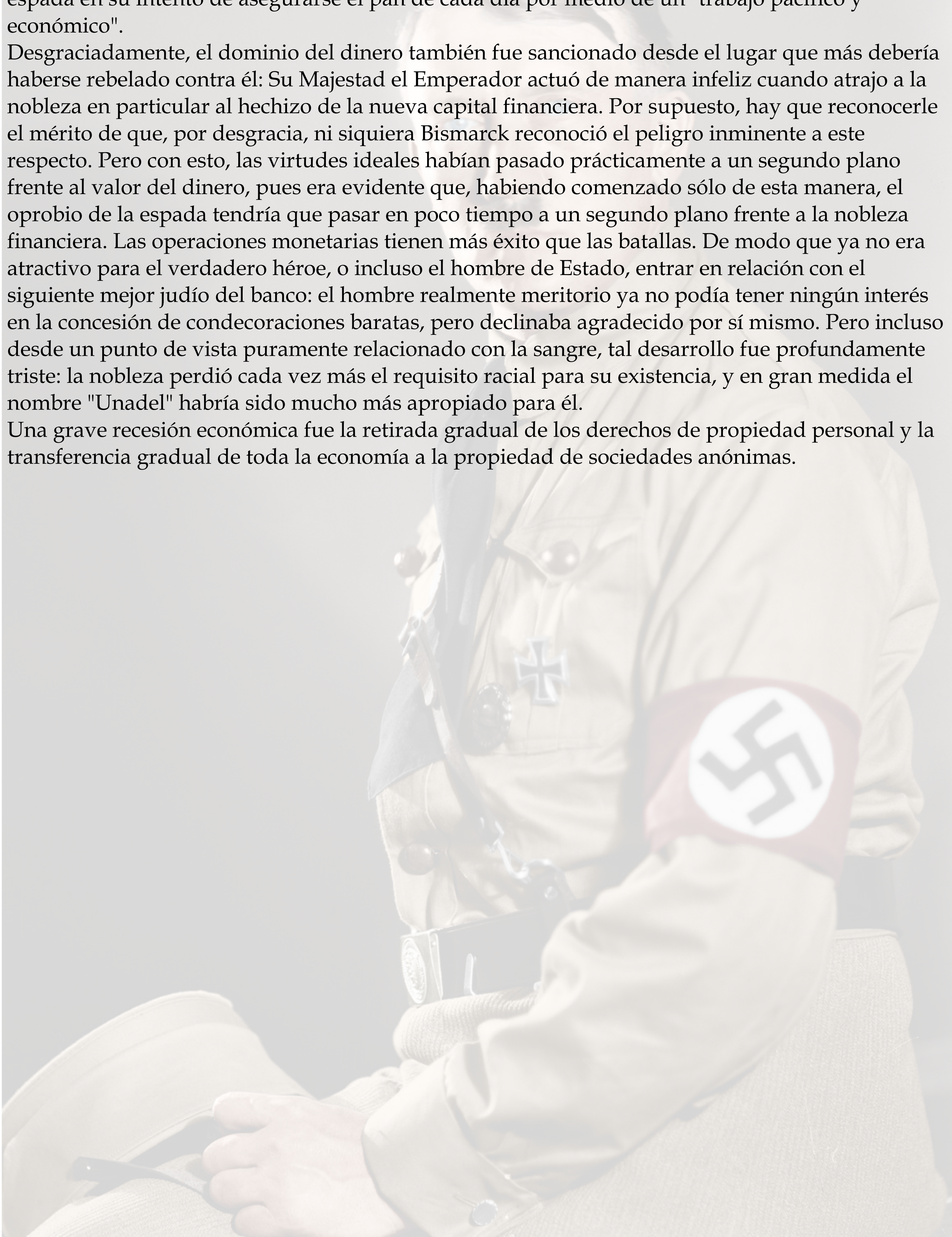
Peor que ésta, sin embargo, fueron otras consecuencias provocadas por la economicización de la nación.

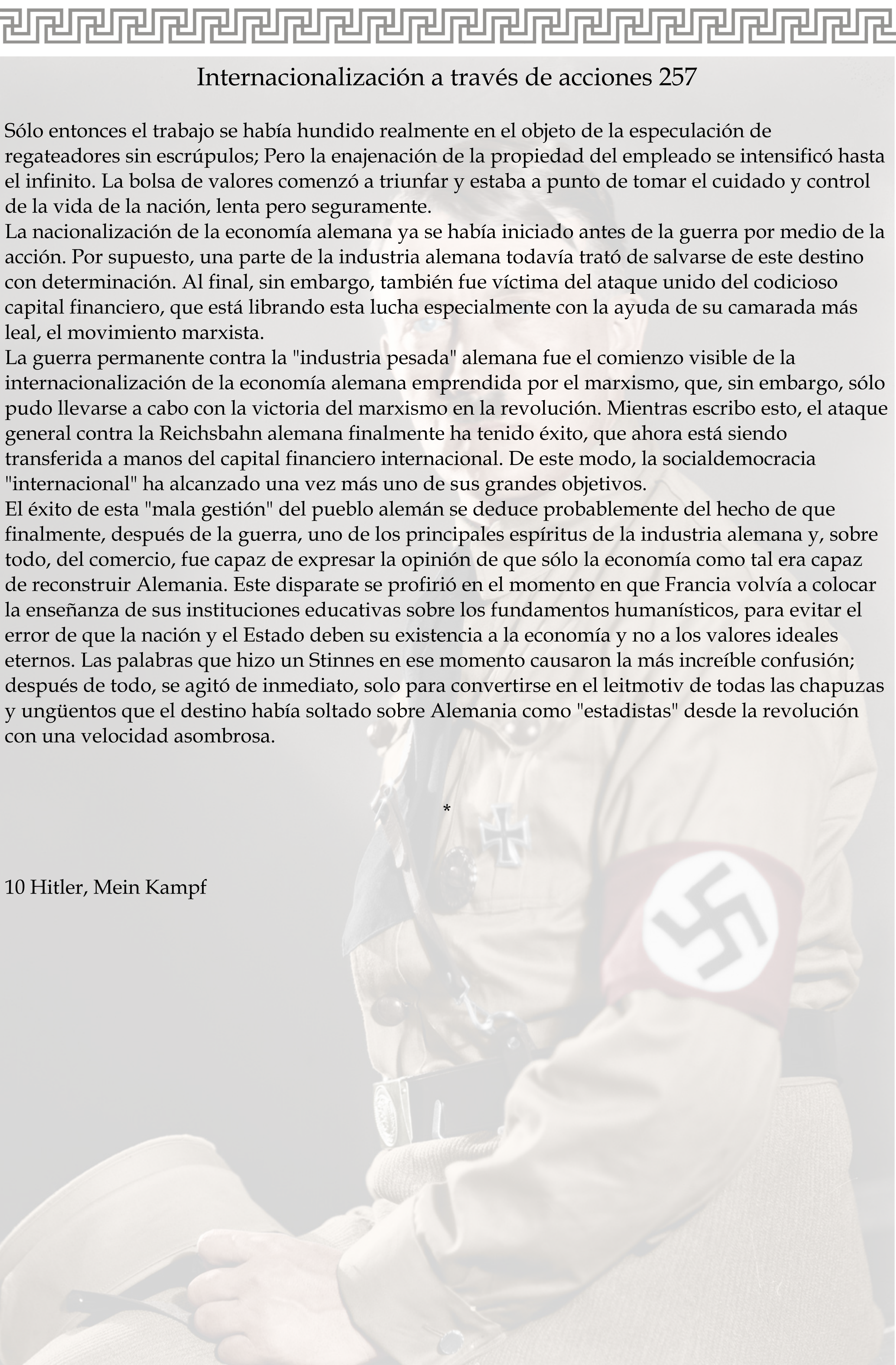
En la misma medida en que la economía se elevó hasta convertirse en la dueña determinante del Estado, el dinero se convirtió en el dios al que todo debía servir y ante el que todos debían inclinarse. Cada vez más, los dioses celestiales fueron arrinconados como obsoletos y anticuados, y en lugar de ellos se ofreció el incienso al ídolo Mammón.



256 El reino del dinero

Se produjo una degeneración verdaderamente terrible, especialmente mala porque ocurrió en un momento en que la nación estaba más necesitada de la más alta actitud heroica en una hora crítica presumiblemente amenazante. Alemania tenía que estar preparada para levantarse un día con la espada en su intento de asegurarse el pan de cada día por medio de un "trabajo pacífico y económico".
Desgraciadamente, el dominio del dinero también fue sancionado desde el lugar que más debería haberse rebelado contra él: Su Majestad el Emperador actuó de manera infeliz cuando atrajo a la nobleza en particular al hechizo de la nueva capital financiera. Por supuesto, hay que reconocerle el mérito de que, por desgracia, ni siquiera Bismarck reconoció el peligro inminente a este respecto. Pero con esto, las virtudes ideales habían pasado prácticamente a un segundo plano frente al valor del dinero, pues era evidente que, habiendo comenzado sólo de esta manera, el oprobio de la espada tendría que pasar en poco tiempo a un segundo plano frente a la nobleza financiera. Las operaciones monetarias tienen más éxito que las batallas. De modo que ya no era atractivo para el verdadero héroe, o incluso el hombre de Estado, entrar en relación con el siguiente mejor judío del banco: el hombre realmente meritorio ya no podía tener ningún interés en la concesión de condecoraciones baratas, pero declinaba agradecido por sí mismo. Pero incluso desde un punto de vista puramente relacionado con la sangre, tal desarrollo fue profundamente triste: la nobleza perdió cada vez más el requisito racial para su existencia, y en gran medida el nombre "Unadel" habría sido mucho más apropiado para él.
Una grave recesión económica fue la retirada gradual de los derechos de propiedad personal y la transferencia gradual de toda la economía a la propiedad de sociedades anónimas.





Sólo entonces el trabajo se había hundido realmente en el objeto de la especulación de regateadores sin escrúpulos; Pero la enajenación de la propiedad del empleado se intensificó hasta el infinito. La bolsa de valores comenzó a triunfar y estaba a punto de tomar el cuidado y control de la vida de la nación, lenta pero seguramente.
La nacionalización de la economía alemana ya se había iniciado antes de la guerra por medio de la acción. Por supuesto, una parte de la industria alemana todavía trató de salvarse de este destino con determinación. Al final, sin embargo, también fue víctima del ataque unido del codicioso capital financiero, que está librando esta lucha especialmente con la ayuda de su camarada más leal, el movimiento marxista.
La guerra permanente contra la "industria pesada" alemana fue el comienzo visible de la internacionalización de la economía alemana emprendida por el marxismo, que, sin embargo, sólo pudo llevarse a cabo con la victoria del marxismo en la revolución. Mientras escribo esto, el ataque general contra la Reichsbahn alemana finalmente ha tenido éxito, que ahora está siendo transferida a manos del capital financiero internacional. De este modo, la socialdemocracia "internacional" ha alcanzado una vez más uno de sus grandes objetivos.
El éxito de esta "mala gestión" del pueblo alemán se deduce probablemente del hecho de que finalmente, después de la guerra, uno de los principales espíritus de la industria alemana y, sobre todo, del comercio, fue capaz de expresar la opinión de que sólo la economía como tal era capaz de reconstruir Alemania. Este disparate se profirió en el momento en que Francia volvía a colocar la enseñanza de sus instituciones educativas sobre los fundamentos humanísticos, para evitar el error de que la nación y el Estado deben su existencia a la economía y no a los valores ideales eternos. Las palabras que hizo un Stinnes en ese momento causaron la más increíble confusión; después de todo, se agitó de inmediato, solo para convertirse en el leitmotiv de todas las chapuzas y ungüentos que el destino había soltado sobre Alemania como "estadistas" desde la revolución con una velocidad asombrosa.

*

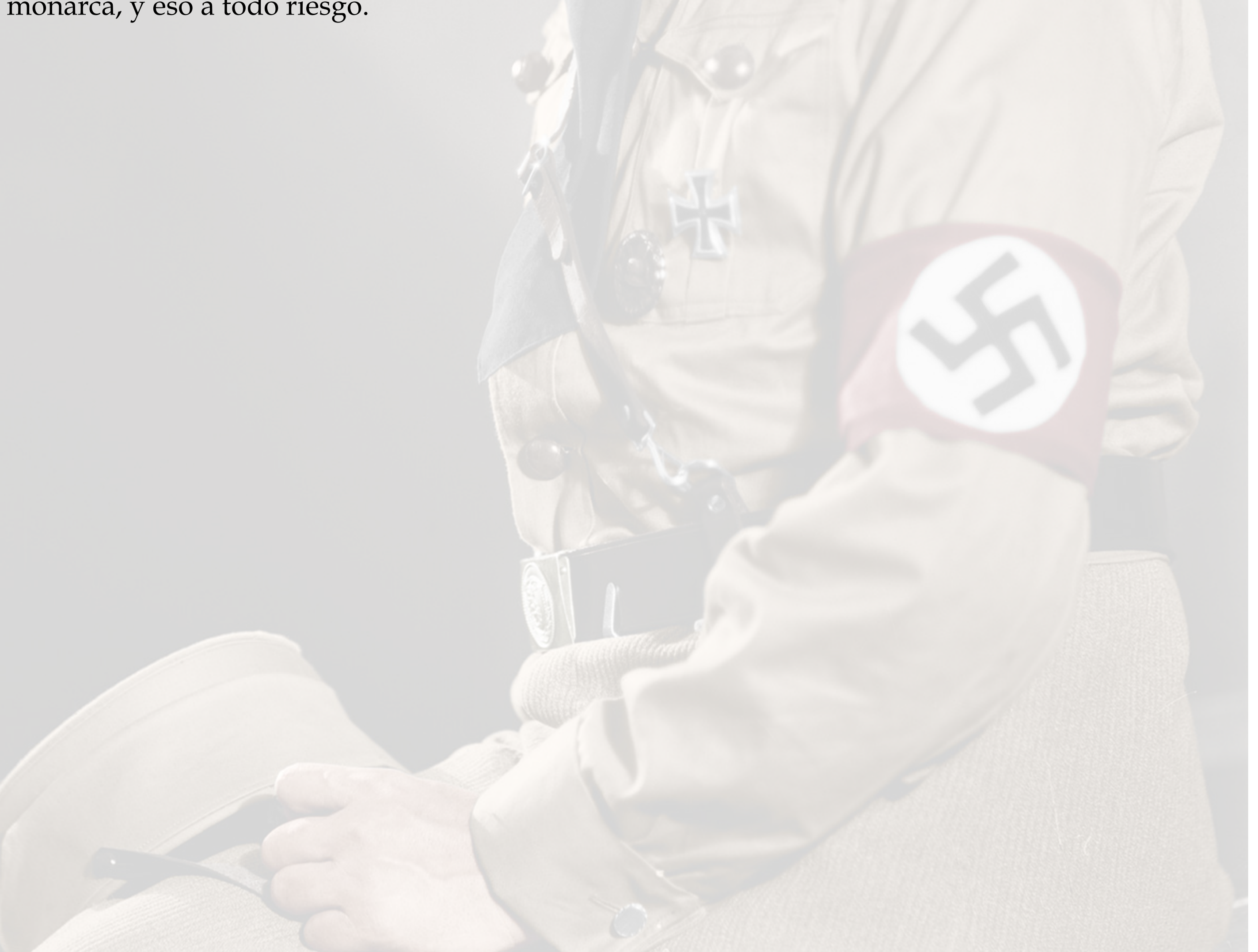
10 Hitler, Mein Kampf

258 Media medida — Errores de crianza

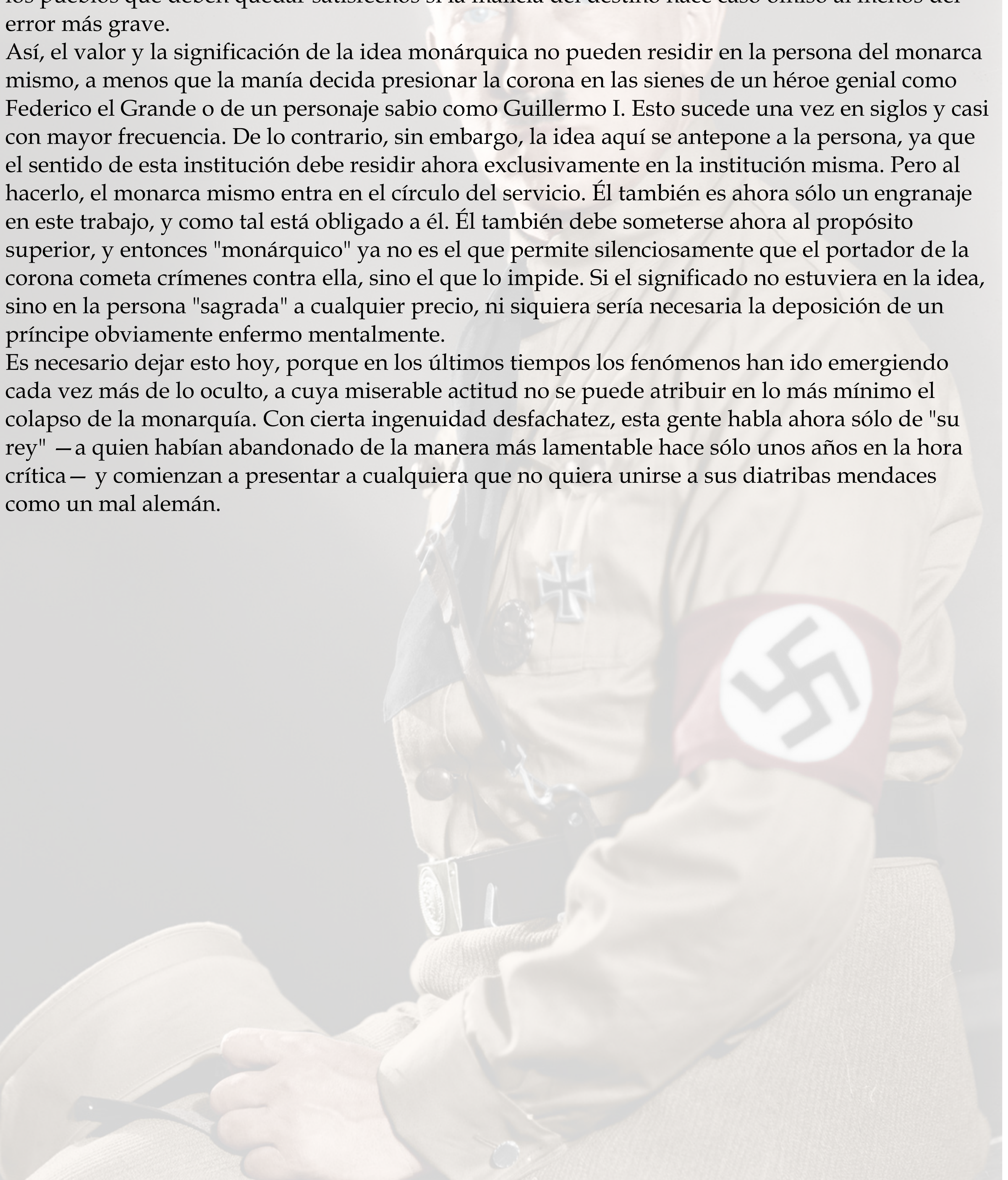
Uno de los signos más perversos de la decadencia de la Alemania de antes de la guerra era la tibieza de todo y de todos, que se extendía cada vez más por todas partes. Siempre es consecuencia de la propia inseguridad sobre algo, así como de la cobardía resultante de estas y otras razones. Esta enfermedad fue promovida por la educación.
La educación alemana antes de la guerra estaba plagada de un número extraordinario de debilidades. Se adaptó de una manera muy unilateral al cultivo del "conocimiento" puro y menos a la "habilidad". Se ponía aún menos énfasis en el desarrollo del carácter del individuo —en la medida de lo posible—, muy poco en el fomento de la responsabilidad, y en absoluto en la educación de la voluntad y del poder de decisión. Sus resultados no fueron realmente los de los fuertes, sino más bien los dóciles "sabelotodo", como se nos consideraba generalmente a los alemanes antes de la guerra y se nos evaluaba en consecuencia. El alemán era querido porque era muy fácil de usar, pero se le tenía en poca estima, precisamente por su debilidad de voluntad. No en vano fue la nacionalidad y la patria que más fácilmente se perdió entre casi todos los pueblos. El hermoso dicho "Con un sombrero en la mano puedes atravesar todo el país" lo dice todo.



Pero esta sociedad se volvió francamente desastrosa cuando también determinó la forma bajo la cual sólo se le permitía oponerse al monarca. La forma, en consecuencia, exigía: Nunca contradecir, sino aprobar todo y todo lo que Su Majestad se digna dignar. Pero era precisamente en este punto donde la virilidad libre era más necesaria, de lo contrario, la institución monárquica perecería un día a causa de esta adulación; porque era adulador y nada más. ¡Y sólo para los miserables aduladores e damanes, en fin, de toda decadencia, que siempre se han sentido más cómodos en los tronos más altos que las almas honestas y decentemente honestas, puede considerarse como la única forma dada de relacionarse con los portadores de una corona! Sin embargo, estas criaturas "sumisísimas", con toda su humildad ante su Señor y dador de pan, han mostrado siempre la mayor insolencia hacia el resto de la humanidad, con mayor fuerza cuando les gustaba presentarse con frente insolente como la única "monárquica" ante los demás pecadores; ¡Una verdadera impertinencia, como sólo puede lograr un gusano redondo ennoblecido o no ennoblecido! Porque, en verdad, estas personas han sido todavía los sepultureros de la monarquía y, especialmente, de la idea monárquica. Y esto no es concebible de otra manera: un hombre que está dispuesto a defender una causa nunca será ni podrá ser un adulador sin carácter. Cualquiera que se tome realmente en serio la conservación y promoción de una institución se aferrará a ella hasta la última fibra de su corazón y no podrá superarla si se muestra algún daño en ella. Sin embargo, no gritará en público, como lo hicieron los "amigos" democráticos de la monarquía de la misma manera mendaz, sino que advertirá y tratará de determinar a Su Majestad, el portador de la corona misma, de la manera más seria. No se le permitirá adoptar la posición de que Su Majestad sigue siendo libre de actuar de acuerdo con su voluntad, incluso si esto debe conducir y obviamente conducirá al desastre, pero en tal caso tendrá que proteger a la monarquía del monarca, y eso a todo riesgo.



260 La idea monárquica

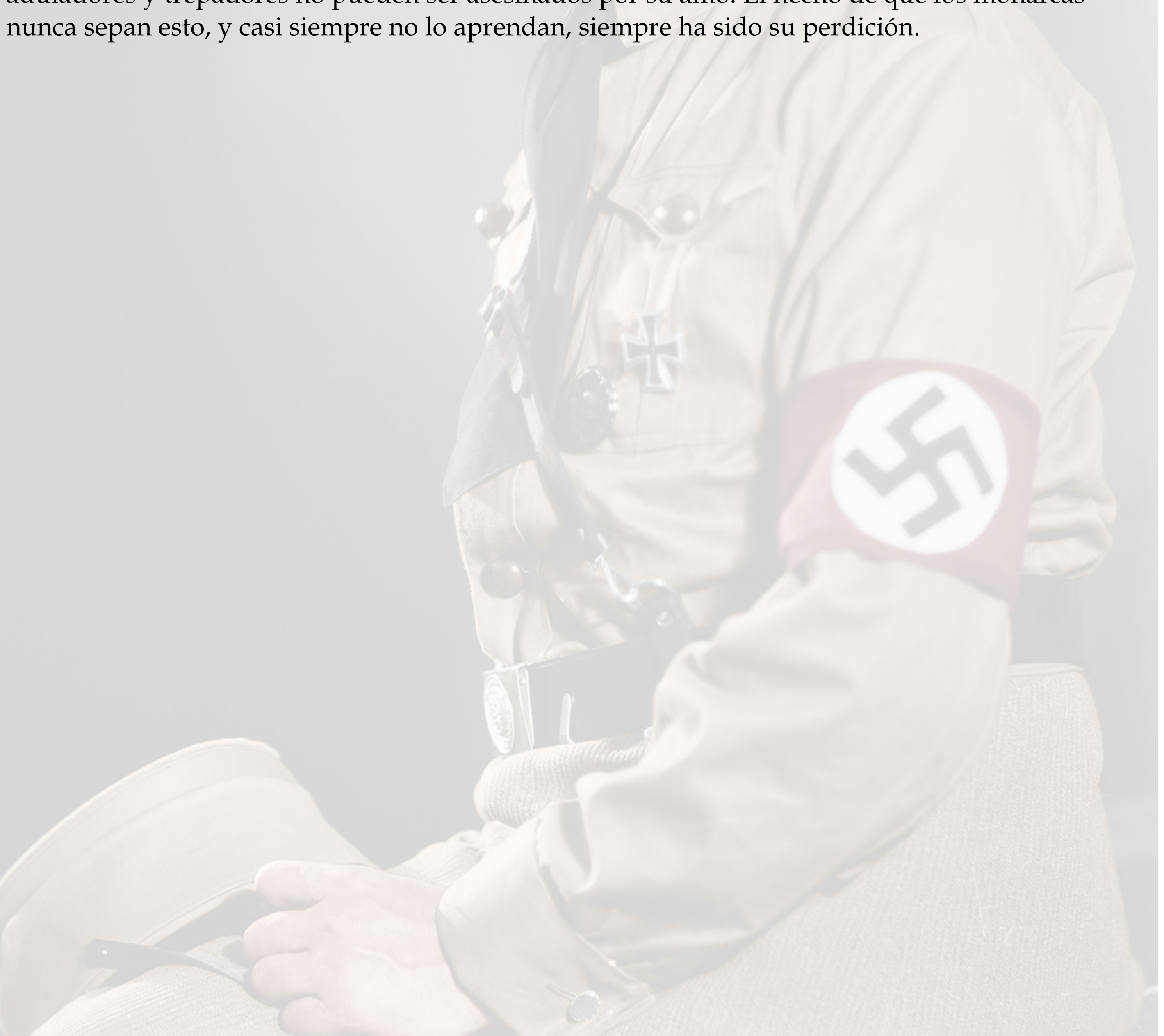


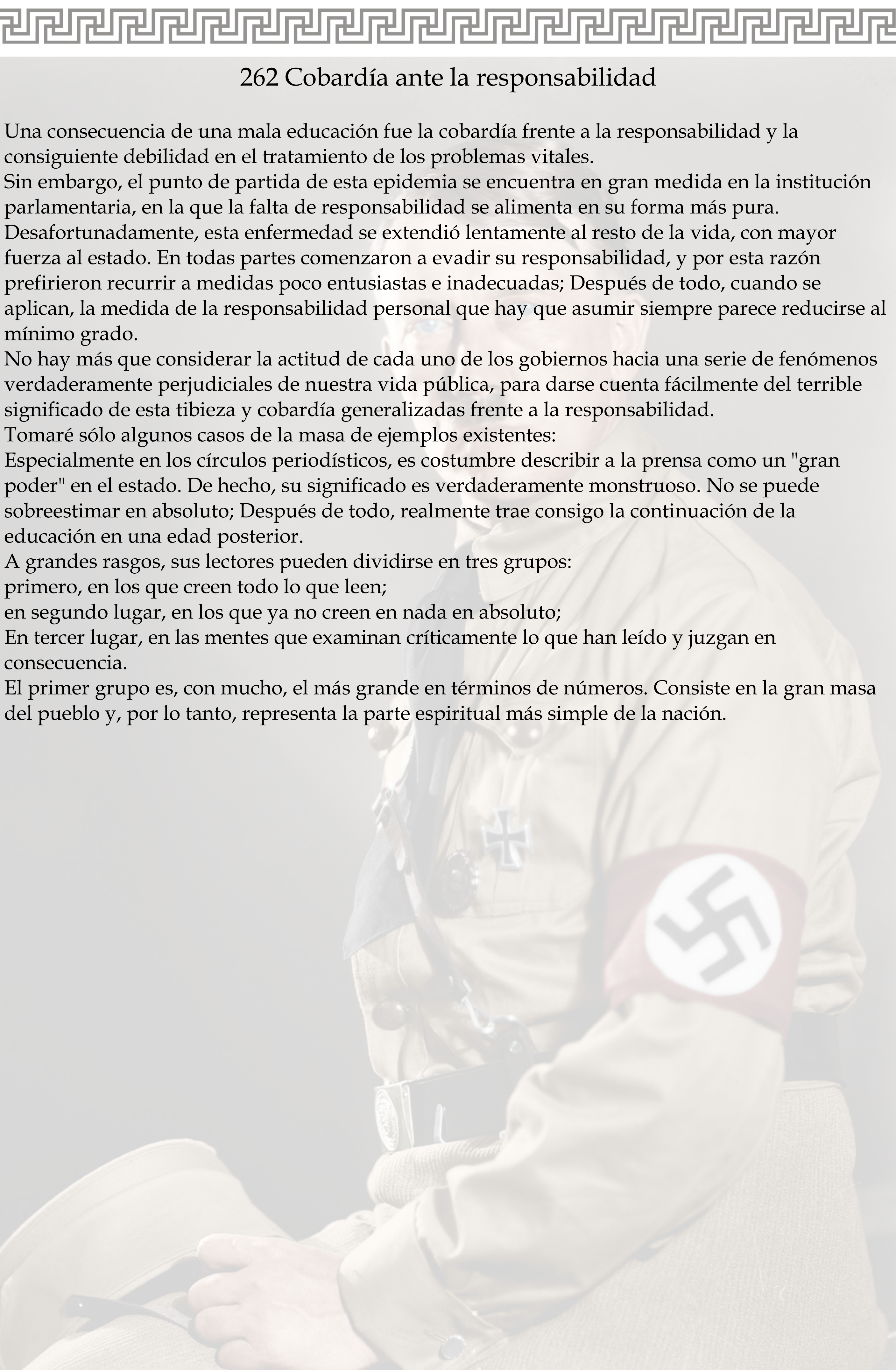
Si el valor de esta institución residiera en la persona respectiva del monarca, entonces ésta sería la peor institución que pueda imaginarse; Porque los monarcas no son más que en los casos más raros la elección de la sabiduría y de la razón, o incluso del carácter, como se quiera hacer ver. Solo los aduladores y trepadores profesionales creen esto, pero todas las personas heterosexuales -y estas siguen siendo las más valiosas del estado- solo se sentirán repelidas por la representación de tales tonterías. Para ellos, la historia es historia y la verdad es la verdad, aunque sean monarcas. No, la felicidad de poseer a un gran monarca como a un gran hombre se concede tan raramente a los pueblos que deben quedar satisfechos si la malicia del destino hace caso omiso al menos del error más grave.
Así, el valor y la significación de la idea monárquica no pueden residir en la persona del monarca mismo, a menos que la manía decida presionar la corona en las sienes de un héroe genial como Federico el Grande o de un personaje sabio como Guillermo I. Esto sucede una vez en siglos y casi con mayor frecuencia. De lo contrario, sin embargo, la idea aquí se antepone a la persona, ya que el sentido de esta institución debe residir ahora exclusivamente en la institución misma. Pero al hacerlo, el monarca mismo entra en el círculo del servicio. Él también es ahora sólo un engranaje en este trabajo, y como tal está obligado a él. Él también debe someterse ahora al propósito superior, y entonces "monárquico" ya no es el que permite silenciosamente que el portador de la corona cometa crímenes contra ella, sino el que lo impide. Si el significado no estuviera en la idea, sino en la persona "sagrada" a cualquier precio, ni siquiera sería necesaria la deposición de un príncipe obviamente enfermo mentalmente.
Es necesario dejar esto hoy, porque en los últimos tiempos los fenómenos han ido emergiendo cada vez más de lo oculto, a cuya miserable actitud no se puede atribuir en lo más mínimo el colapso de la monarquía. Con cierta ingenuidad desfachatez, esta gente habla ahora sólo de "su rey" —a quien habían abandonado de la manera más lamentable hace sólo unos años en la hora crítica— y comienzan a presentar a cualquiera que no quiera unirse a sus diatribas mendaces como un mal alemán.

Y en verdad, estas son exactamente las mismas patas de conejo que en 1918 volaron y se alejaron de cada brazalete rojo, dejaron que su rey fuera rey, cambiaron rápidamente la alabarda por un bastón, se ataron corbatas neutrales alrededor del cuello y desaparecieron sin dejar rastro como "ciudadanos" pacíficos. De un plumazo desaparecieron, estos combatientes reales, y sólo después de que el viento de la tormenta revolucionaria, gracias a la actividad de otros, había disminuido hasta tal punto que uno podía volver a lanzar al aire el "Salve al Rey, Salve", estos "servidores y consejeros" de la corona comenzaron a reaparecer cautelosamente. Pero ahora todos están allí y miran hacia atrás con nostalgia a las ollas de carne de Egipto, apenas pueden contenerse con lealtad al rey y entusiasmo por la acción, hasta que un día vuelva a aparecer la primera venda roja y todo el fantasma de la antigua monarquía huya de nuevo, como ratones ante un gato.

Si los monarcas no tuvieran la culpa de estas cosas, no sería más que compadecerse de ellos de todo corazón por sus defensores de hoy. Pero, en todo caso, podéis estar persuadidos de que con tales caballeros se pierden tronos, pero no se ganan coronas.

Esta sumisión, sin embargo, fue un error de toda nuestra educación, que ahora se vengó de una manera particularmente horrible en este punto. Porque, según ella, estos lamentables fenómenos pudieron persistir en todos los tribunales y socavar gradualmente los cimientos de la monarquía. Cuando el edificio finalmente comenzó a tambalearse, quedaron impresionados. Por supuesto: los aduladores y trepadores no pueden ser asesinados por su amo. El hecho de que los monarcas nunca sepan esto, y casi siempre no lo aprendan, siempre ha sido su perdición.





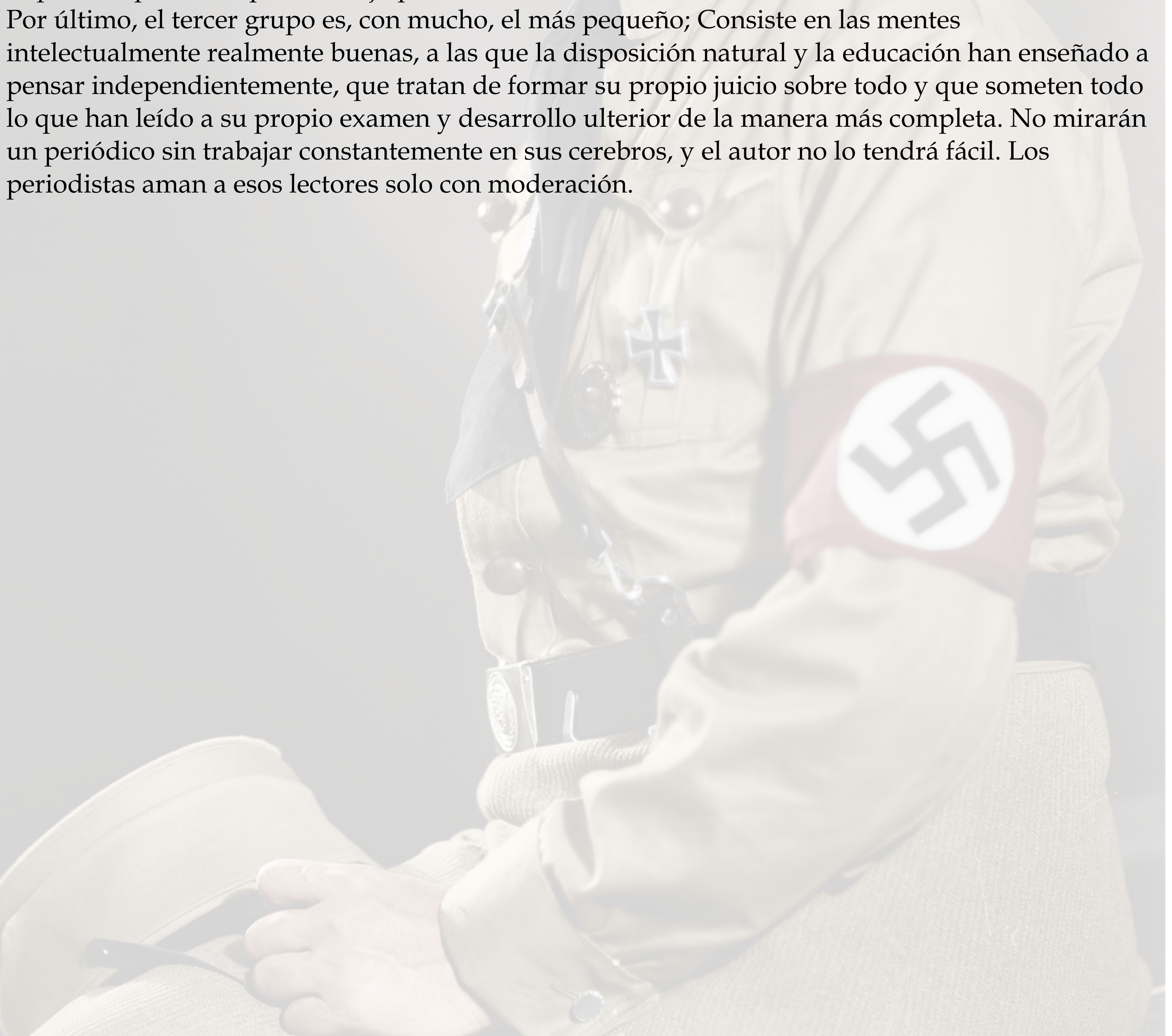
262 Cobardía ante la responsabilidad

Una consecuencia de una mala educación fue la cobardía frente a la responsabilidad y la consiguiente debilidad en el tratamiento de los problemas vitales.
Sin embargo, el punto de partida de esta epidemia se encuentra en gran medida en la institución parlamentaria, en la que la falta de responsabilidad se alimenta en su forma más pura.
Desafortunadamente, esta enfermedad se extendió lentamente al resto de la vida, con mayor fuerza al estado. En todas partes comenzaron a evadir su responsabilidad, y por esta razón prefirieron recurrir a medidas poco entusiastas e inadecuadas; Después de todo, cuando se aplican, la medida de la responsabilidad personal que hay que asumir siempre parece reducirse al mínimo grado.
No hay más que considerar la actitud de cada uno de los gobiernos hacia una serie de fenómenos verdaderamente perjudiciales de nuestra vida pública, para darse cuenta fácilmente del terrible significado de esta tibieza y cobardía generalizadas frente a la responsabilidad.
Tomaré sólo algunos casos de la masa de ejemplos existentes:
Especialmente en los círculos periodísticos, es costumbre describir a la prensa como un "gran poder" en el estado. De hecho, su significado es verdaderamente monstruoso. No se puede sobreestimar en absoluto; Después de todo, realmente trae consigo la continuación de la educación en una edad posterior.
A grandes rasgos, sus lectores pueden dividirse en tres grupos:
primero, en los que creen todo lo que leen;
en segundo lugar, en los que ya no creen en nada en absoluto;
En tercer lugar, en las mentes que examinan críticamente lo que han leído y juzgan en consecuencia.
El primer grupo es, con mucho, el más grande en términos de números. Consiste en la gran masa del pueblo y, por lo tanto, representa la parte espiritual más simple de la nación.

Sin embargo, no se puede nombrar en las ocupaciones, sino a lo sumo en los grados generales de la juventud. Incluye a todos aquellos para quienes el pensamiento independiente no es ni innato ni inculcado, y que, en parte por incapacidad, en parte por incapacidad, creen todo lo que se les presenta en blanco y negro. También incluye a ese tipo de persona perezosa que probablemente podría pensar por sí misma, pero por pura pereza mental capta con gratitud todo lo que otra persona ya ha pensado, en la modesta suposición de que ya habrá hecho un esfuerzo real. Ahora, con toda esta gente que representa a las grandes masas, la influencia de la prensa será enorme. Son incapaces o reacios a examinar por sí mismos lo que se les presenta, de modo que toda su actitud hacia todos los problemas del día se debe casi exclusivamente a la influencia externa de los demás. Esto puede ser ventajoso si su iluminación es llevada a cabo por un lado serio y veraz, pero es de desastre, así como de sinvergüenzas y mentirosos.

El segundo grupo es mucho más pequeño en número. Se compone en parte de elementos que primero pertenecieron al primer grupo, solo para convertirse en lo opuesto después de largas y amargas decepciones y ya no creen nada en absoluto, siempre y cuando se presente ante sus ojos en forma impresa. Odian todos los periódicos, o bien no los leen en absoluto, o les molesta invariablemente el contenido, ya que en su opinión sólo se compone de mentiras y falsedades. Estas personas son muy difíciles de tratar, porque siempre desconfiarán de la verdad. Por lo tanto, se pierden para cualquier trabajo positivo.

Por último, el tercer grupo es, con mucho, el más pequeño; Consiste en las mentes intelectualmente realmente buenas, a las que la disposición natural y la educación han enseñado a pensar independientemente, que tratan de formar su propio juicio sobre todo y que someten todo lo que han leído a su propio examen y desarrollo ulterior de la manera más completa. No mirarán un periódico sin trabajar constantemente en sus cerebros, y el autor no lo tendrá fácil. Los periodistas aman a esos lectores solo con moderación.



264 Estado y prensa

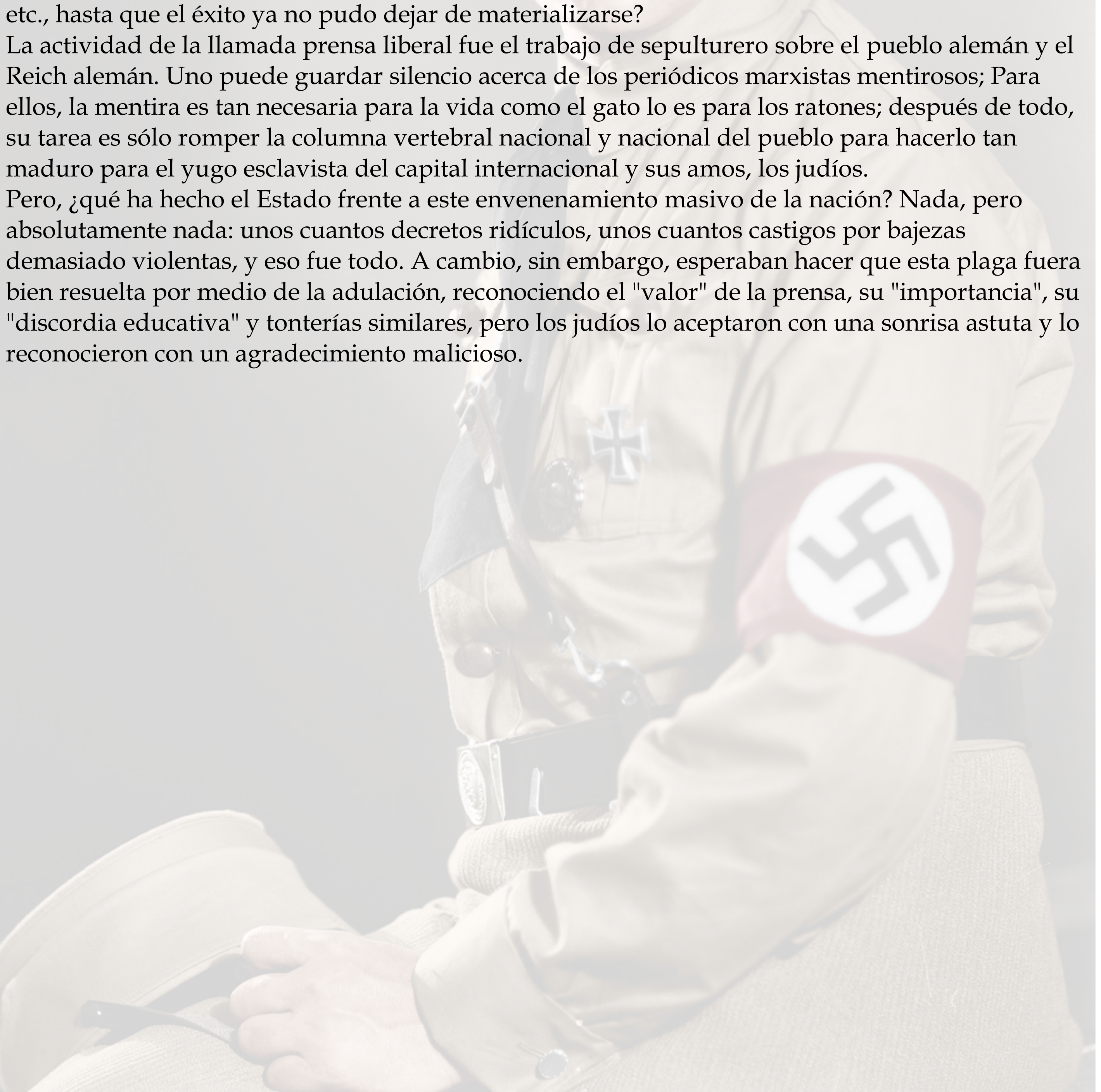
Para los miembros de este tercer grupo, sin embargo, el disparate que un periódico puede desprestigiar no es muy peligroso ni siquiera significativo. A lo largo de su vida, por lo general se han acostumbrado a ver a cada periodista como un bribón que solo a veces dice la verdad. Desafortunadamente, sin embargo, la importancia de estas magníficas personas radica solo en su inteligencia y no en su número, ¡una desgracia en una época en la que la sabiduría no es nada y la mayoría lo es todo! Hoy, cuando el voto de las masas decide, el valor decisivo reside precisamente en el grupo más numeroso, y éste es el primero: la multitud de los ingenuos o crédulos.
Es un interés estatal y nacional de primer orden evitar que estas personas caigan en manos de educadores malos, ignorantes o incluso malintencionados. Por lo tanto, el Estado tiene el deber de vigilar su educación y prevenir cualquier daño. Tiene que vigilar de cerca a la prensa; porque su influencia sobre estas personas es, con mucho, la más fuerte y contundente, ya que no se usa temporalmente, sino continuamente. En la regularidad y eterna repetición de esta instrucción reside su inaudita importancia. Por lo tanto, si es en alguna parte donde el Estado no debe olvidar que todos los medios deben servir a un fin; No debe dejarse engañar por la mentira de la llamada "libertad de prensa" y ser persuadido a descuidar su deber y privar a la nación de los alimentos que necesita y que son buenos para ella; Debe, con implacable determinación, asegurar este medio de educación del pueblo y ponerlo al servicio del Estado y de la nación.



Pero, ¿qué le servía a la población la prensa alemana de antes de la guerra? ¿No era el peor veneno que te puedas imaginar? ¿No se inculcó el peor pacifismo en el corazón de nuestro pueblo en un momento en que el otro mundo ya se preparaba para estrangular a Alemania lenta pero seguramente? ¿Acaso esta prensa, ya en tiempo de paz, no había inculcado en el cerebro del pueblo la duda del derecho de su propio Estado, para restringirlo desde el principio en la elección de los medios de defenderlo? ¿No fue la prensa alemana la que supo hacer aceptables a nuestro pueblo las tonterías de la "democracia occidental", hasta que al fin, atrapado en todas las diatribas entusiastas, creyó que podía confiar su futuro a una Sociedad de Naciones? ¿No ha ayudado a educar a nuestro pueblo en una moral miserable? ¿No fueron ridiculizadas por ella la moral y las costumbres, interpretadas como atrasadas y burguesas, hasta que finalmente nuestro pueblo también se volvió "moderno"? ¿No ha socavado los cimientos de la autoridad estatal en un ataque constante hasta que un solo golpe fue suficiente para derribar este edificio? ¿No luchó una vez con todos los medios contra toda voluntad para dar al Estado lo que es de éste, no redujo al ejército a una crítica constante, saboteó el servicio militar obligatorio, llamó a rechazar los créditos militares, etc., hasta que el éxito ya no pudo dejar de materializarse?

La actividad de la llamada prensa liberal fue el trabajo de sepulturero sobre el pueblo alemán y el Reich alemán. Uno puede guardar silencio acerca de los periódicos marxistas mentirosos; Para ellos, la mentira es tan necesaria para la vida como el gato lo es para los ratones; después de todo, su tarea es sólo romper la columna vertebral nacional y nacional del pueblo para hacerlo tan maduro para el yugo esclavista del capital internacional y sus amos, los judíos.

Pero, ¿qué ha hecho el Estado frente a este envenenamiento masivo de la nación? Nada, pero absolutamente nada: unos cuantos decretos ridículos, unos cuantos castigos por bajezas demasiado violentas, y eso fue todo. A cambio, sin embargo, esperaban hacer que esta plaga fuera bien resuelta por medio de la adulación, reconociendo el "valor" de la prensa, su "importancia", su "discordia educativa" y tonterías similares, pero los judíos lo aceptaron con una sonrisa astuta y lo reconocieron con un agradecimiento malicioso.

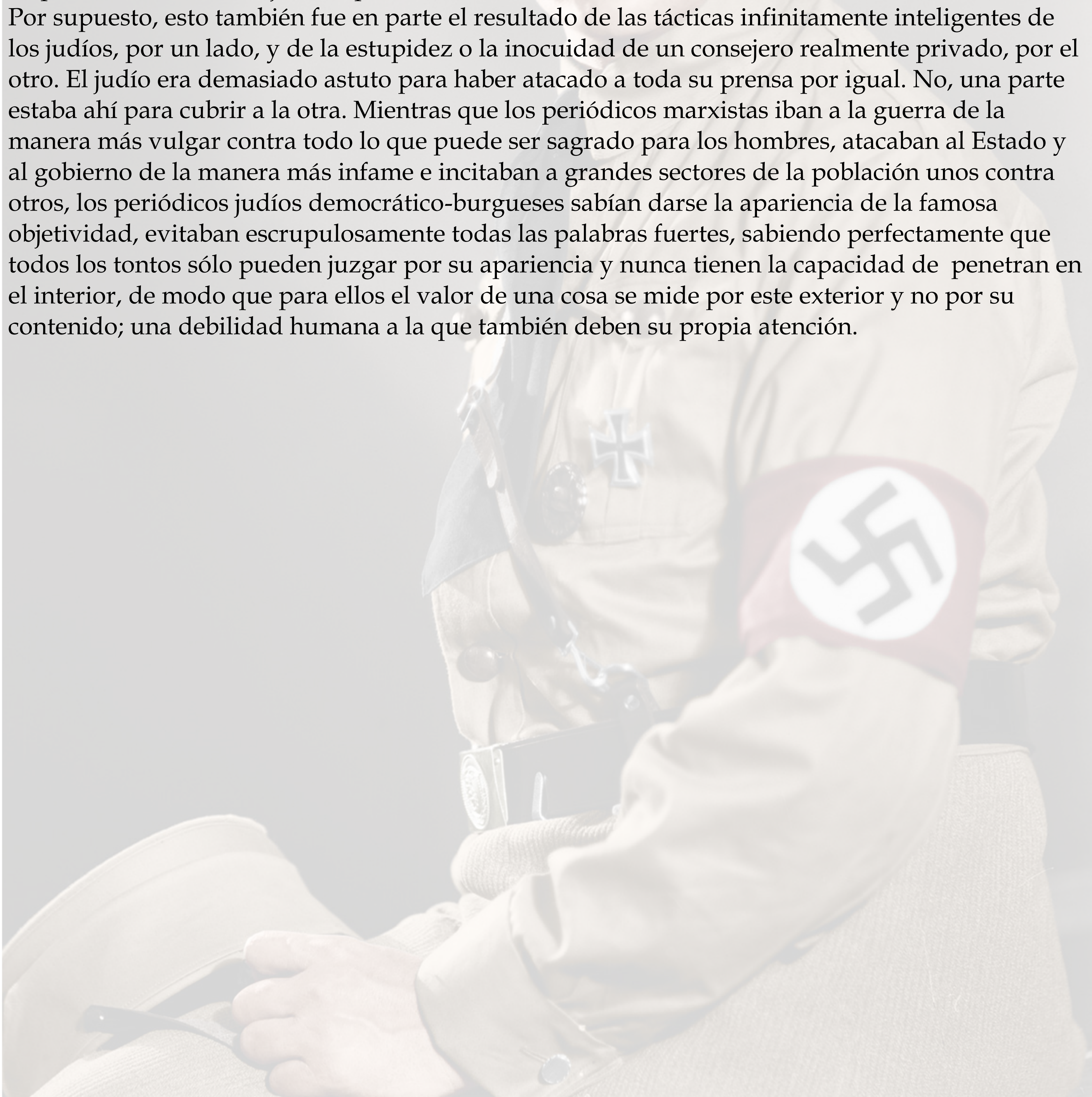


266 Las tácticas de la prensa judía

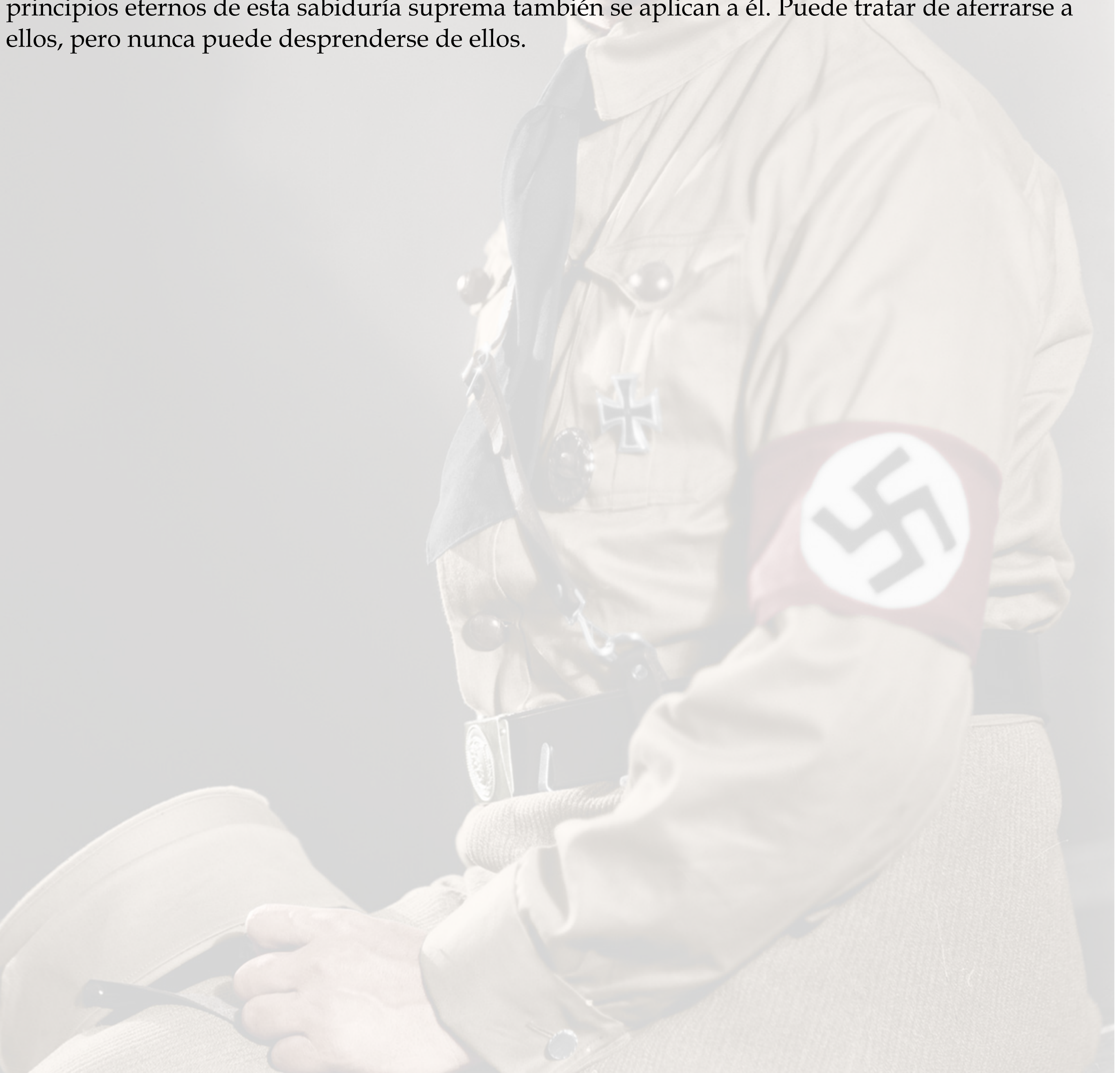
Sin embargo, la razón de este vergonzoso fracaso del Estado no radica tanto en la falta de reconocimiento del peligro, sino más bien en la cobardía que clama al cielo y en la tibieza de todas las decisiones y medidas nacidas de ella. Nadie tuvo el coraje de usar remedios radicales, pero aquí, como en todas partes, se metieron con nada más que recetas a medias, y, en lugar de enviar el golpe al corazón, a lo sumo irritaron a la víbora, con el resultado de que no solo todo permaneció igual, sino que, por el contrario, el poder de las instituciones a combatir aumentó de año en año.

La lucha defensiva de los gobiernos alemanes de la época contra la prensa, principalmente de origen judío, que poco a poco corrompía a la nación, no tenía ninguna línea recta, no tenía determinación, pero sobre todo no tenía ningún objetivo visible. Aquí el intelecto del consejero secreto falló por completo, tanto en la estimación de la importancia de esta lucha como en la elección de los medios y en la determinación de un plan claro. A veces, si los mordían demasiado, encerraban a una víbora periodística durante unas semanas o incluso meses, pero el nido de la serpiente como tal se dejaba en paz.

Por supuesto, esto también fue en parte el resultado de las tácticas infinitamente inteligentes de los judíos, por un lado, y de la estupidez o la inocuidad de un consejero realmente privado, por el otro. El judío era demasiado astuto para haber atacado a toda su prensa por igual. No, una parte estaba ahí para cubrir a la otra. Mientras que los periódicos marxistas iban a la guerra de la manera más vulgar contra todo lo que puede ser sagrado para los hombres, atacaban al Estado y al gobierno de la manera más infame e incitaban a grandes sectores de la población unos contra otros, los periódicos judíos democrático-burgueses sabían darse la apariencia de la famosa objetividad, evitaban escrupulosamente todas las palabras fuertes, sabiendo perfectamente que todos los tontos sólo pueden juzgar por su apariencia y nunca tienen la capacidad de penetran en el interior, de modo que para ellos el valor de una cosa se mide por este exterior y no por su contenido; una debilidad humana a la que también deben su propia atención.



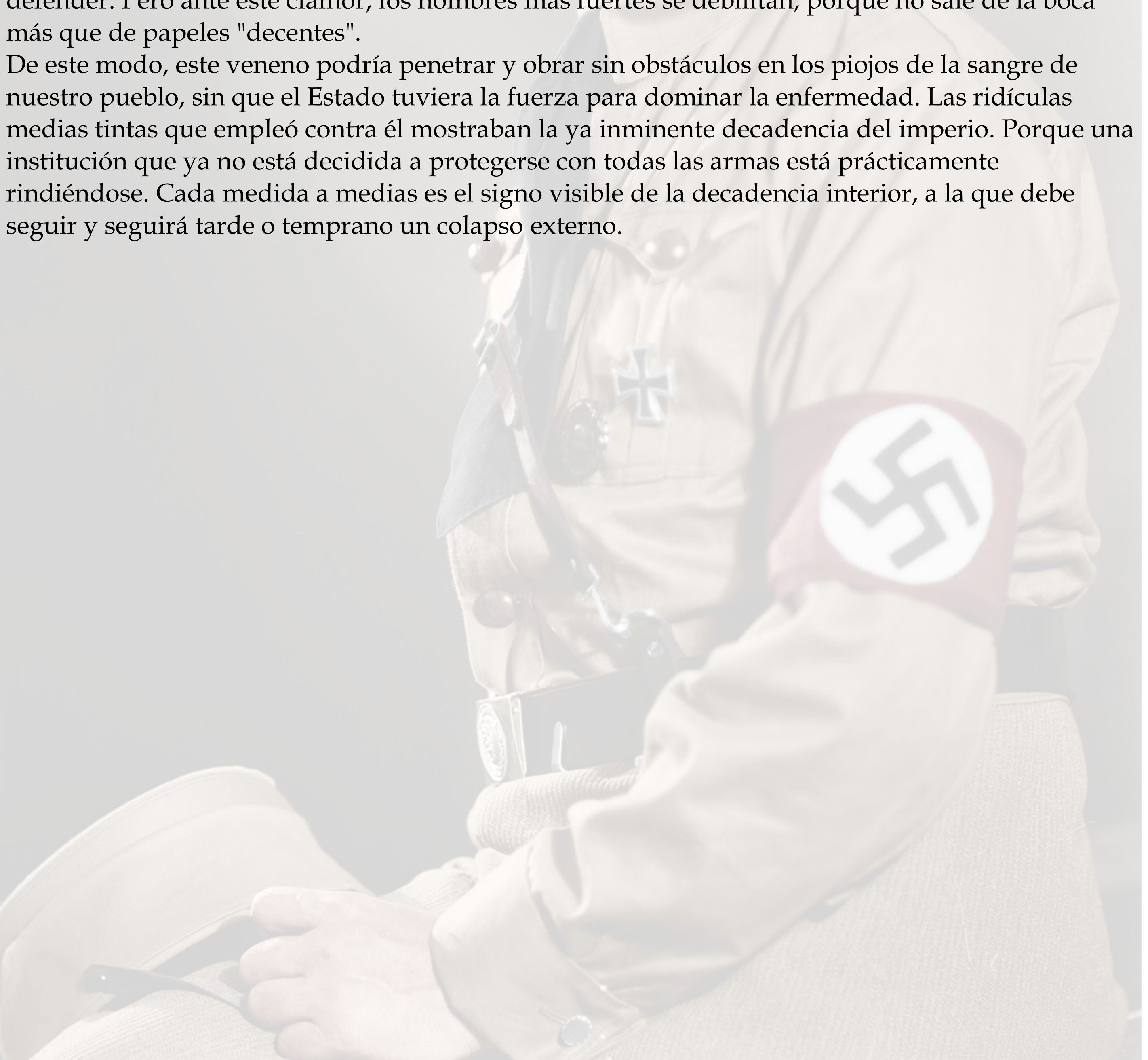
Para esta gente, por supuesto, el "Frankfurter Zeitung" era y es el epítome de toda decencia. Nunca usa expresiones groseras, rechaza toda brutalidad física y siempre apela a la lucha con las armas "espirituales", que, por extraño que parezca, es la más querida por el corazón de las personas más desalmadas. Esto es el resultado de nuestra educación a medias, que separa a los hombres del instinto de la naturaleza, les inculca un cierto conocimiento, pero sin poder conducirlos al conocimiento último, ya que para este fin sólo la diligencia y la buena voluntad no pueden ser útiles, sino que el intelecto necesario, y de hecho como innato, debe estar allí. Sin embargo, el conocimiento supremo es siempre la comprensión de las causas del instinto, es decir, el hombre nunca debe caer en la locura de creer que realmente se ha elevado al señor y amo de la naturaleza, como lo expresa tan fácilmente la presunción de una educación a medias, sino que debe comprender y comprender la necesidad fundamental del imperio de la naturaleza. ¡Hasta qué punto su existencia está también sujeta a estas leyes de eterna lucha y lucha hacia arriba! Entonces sentirá que en un mundo en el que los planetas y los soles giran, en el que las lunas y los planetas se mueven, en el que sólo el poder es siempre el dueño de la debilidad y la obliga o la rompe a ser un sirviente obediente, no se pueden aplicar al hombre leyes especiales. Los principios eternos de esta sabiduría suprema también se aplican a él. Puede tratar de aferrarse a ellos, pero nunca puede desprenderse de ellos.

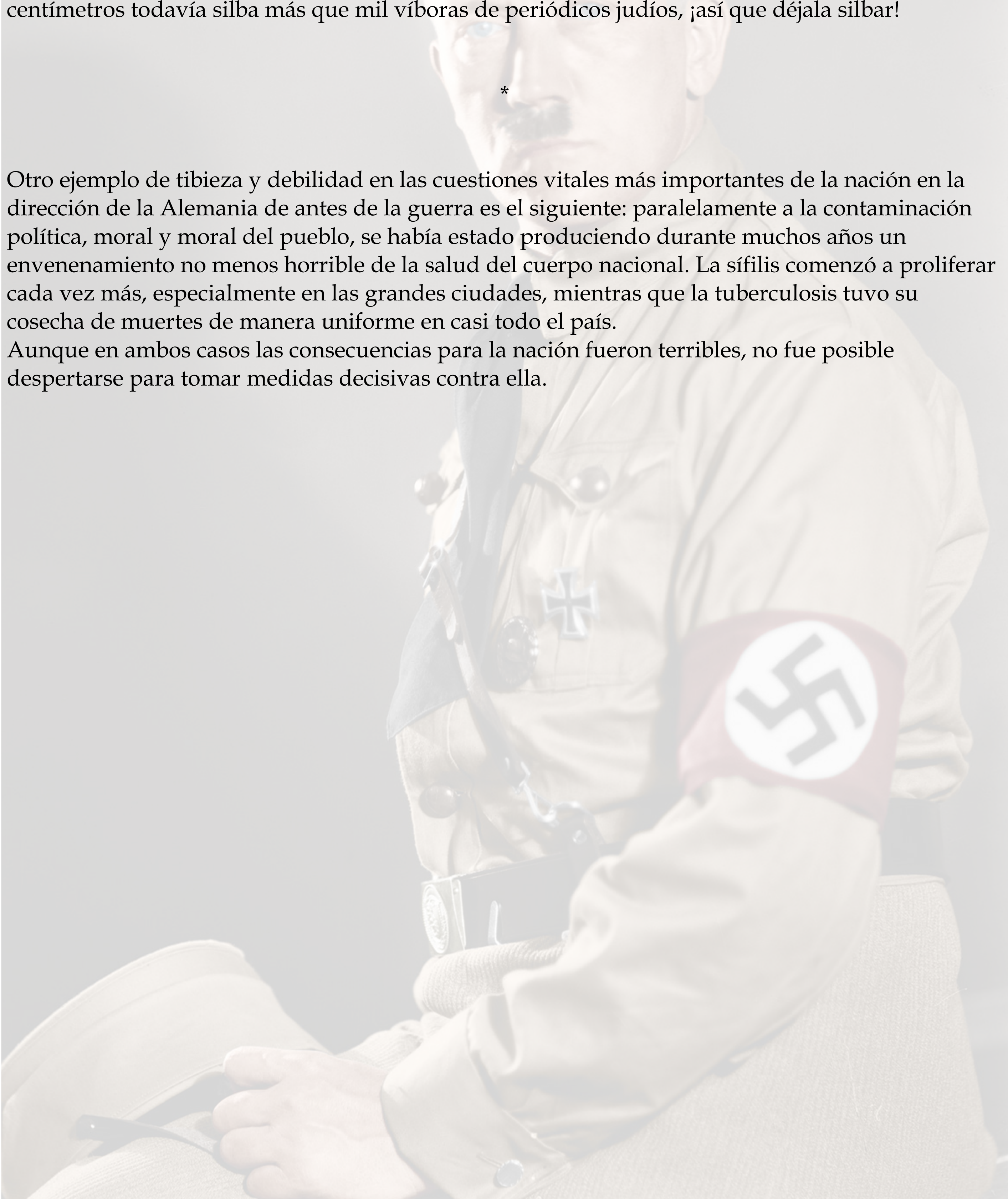


268 La prensa "decente"

Pero es precisamente para nuestro demimonde espiritual que el judío escribe su llamada Jntelligency press. El "Frankfurter Zeitung" y el "Berliner Tageblatt" están hechos para ellos, su tono está afinado para ellos y ejercen su efecto sobre ellos. Al evitar cuidadosamente todas las formas aparentemente crudas, sin embargo, vierten el veneno de otros recipientes en los corazones de sus lectores. En medio de un murmullo de hermosos tonos y frases, los adormecen haciéndoles creer que la ciencia pura, o incluso la moral, son las fuerzas motrices de su acción, mientras que en realidad es solo el arte, tan ingenioso como astuto, robar el arma contra la prensa de la mano del oponente de esta manera. Porque, como unos rebosan decencia, todos los imbéciles están más dispuestos a creer que los otros no son más que ligeros excesos, pero que nunca deben conducir a una violación de la libertad de prensa, como se llama el sinsentido de esta mentira impune al pueblo y envenenamiento del pueblo. Por lo tanto, uno rehúye tomar medidas contra este bandolerismo, porque teme que en tal caso tendrá inmediatamente la prensa "decente" contra sí mismo; Un temor demasiado fundado. Porque tan pronto como uno trata de tomar medidas contra uno de estos periódicos vergonzosos, todos los demás se pondrán inmediatamente de su lado, de ninguna manera para aprobar su forma de luchar, Dios no lo quiera, se trata solo del principio de la libertad de prensa y la libertad de opinión pública; Esto es lo único que hay que defender. Pero ante este clamor, los hombres más fuertes se debilitan, porque no sale de la boca más que de papeles "decentes".

De este modo, este veneno podría penetrar y obrar sin obstáculos en los piojos de la sangre de nuestro pueblo, sin que el Estado tuviera la fuerza para dominar la enfermedad. Las ridículas medias tintas que empleó contra él mostraban la ya inminente decadencia del imperio. Porque una institución que ya no está decidida a protegerse con todas las armas está prácticamente rindiéndose. Cada medida a medias es el signo visible de la decadencia interior, a la que debe seguir y seguirá tarde o temprano un colapso externo.





Creo que la generación actual, debidamente guiada, dominará más fácilmente este peligro. Fue testigo de varias cosas que fueron capaces de fortalecer los nervios de aquellos que no los perdieron en absoluto. Ciertamente, también en el tiempo venidero el judío levantará una tremenda protesta en sus periódicos, una vez que ponga la mano en su nido favorito, ponga fin a las tonterías de la prensa, ponga este medio de educación al servicio del Estado y ya no lo deje en manos de extranjeros y enemigos del pueblo. Pero creo que esto nos molestará menos a nosotros, los más jóvenes, de lo que alguna vez lo hicieron nuestros padres. Una granada de treinta centímetros todavía silba más que mil víboras de periódicos judíos, ¡así que déjala silbar!

*

Otro ejemplo de tibieza y debilidad en las cuestiones vitales más importantes de la nación en la dirección de la Alemania de antes de la guerra es el siguiente: paralelamente a la contaminación política, moral y moral del pueblo, se había estado produciendo durante muchos años un envenenamiento no menos horrible de la salud del cuerpo nacional. La sífilis comenzó a proliferar cada vez más, especialmente en las grandes ciudades, mientras que la tuberculosis tuvo su cosecha de muertes de manera uniforme en casi todo el país.

Aunque en ambos casos las consecuencias para la nación fueron terribles, no fue posible despertarse para tomar medidas decisivas contra ella.

270 Desprecio por los prerrequisitos naturales del matrimonio

Especialmente con respecto a la sífilis, el comportamiento de los líderes populares y estatales solo puede describirse como una capitulación completa. En el caso de una pelea seria, habría que ir un poco más allá de lo que se hizo en la realidad. La invención de un remedio de un tipo cuestionable, así como su aplicación orientada a los negocios, solo puede ayudar poco con esta plaga. También en este caso sólo se podía poner en cuestión la lucha contra las causas y no la eliminación de los fenómenos. La causa, sin embargo, radica principalmente en nuestra prostitución del amor. Incluso si su resultado no fuera esta terrible plaga, sería del más profundo daño para el pueblo, porque la devastación moral que esta degeneración trae consigo es suficiente para arruinar lenta pero seguramente a un pueblo. Esta judaización de nuestra vida psíquica y la estupidización de nuestro instinto de apareamiento acabarán tarde o temprano con toda nuestra descendencia, porque en lugar de hijos poderosos de un sentimiento natural, sólo aparecerán los lamentables fenómenos de la conveniencia financiera. Porque esto se está convirtiendo cada vez más en la base y el único requisito previo de nuestros matrimonios. Pero el amor campa a sus anchas en otros lugares.

Durante un cierto tiempo, por supuesto, también se puede burlar de la naturaleza aquí, pero la venganza no está ausente, solo aparece aquí más tarde, o mejor: a menudo es reconocida demasiado tarde por las personas.

Pero cuán devastadoras son las consecuencias de un constante desprecio por los requisitos naturales para el matrimonio, se puede ver en nuestra nobleza. Aquí tenemos ante nosotros los resultados de una reproducción que se basó en parte en la compulsión puramente social y en parte en razones financieras. El uno conduce al debilitamiento en general, el otro al envenenamiento de la sangre, ya que cada judía de los grandes almacenes se considera adecuada para complementar a la descendencia de Su Alteza Serenísima, que, sin embargo, luego lo padece. En ambos casos, el resultado es una degeneración completa.

Nuestra burguesía hoy se esfuerza por seguir el mismo camino y terminará en la misma meta.

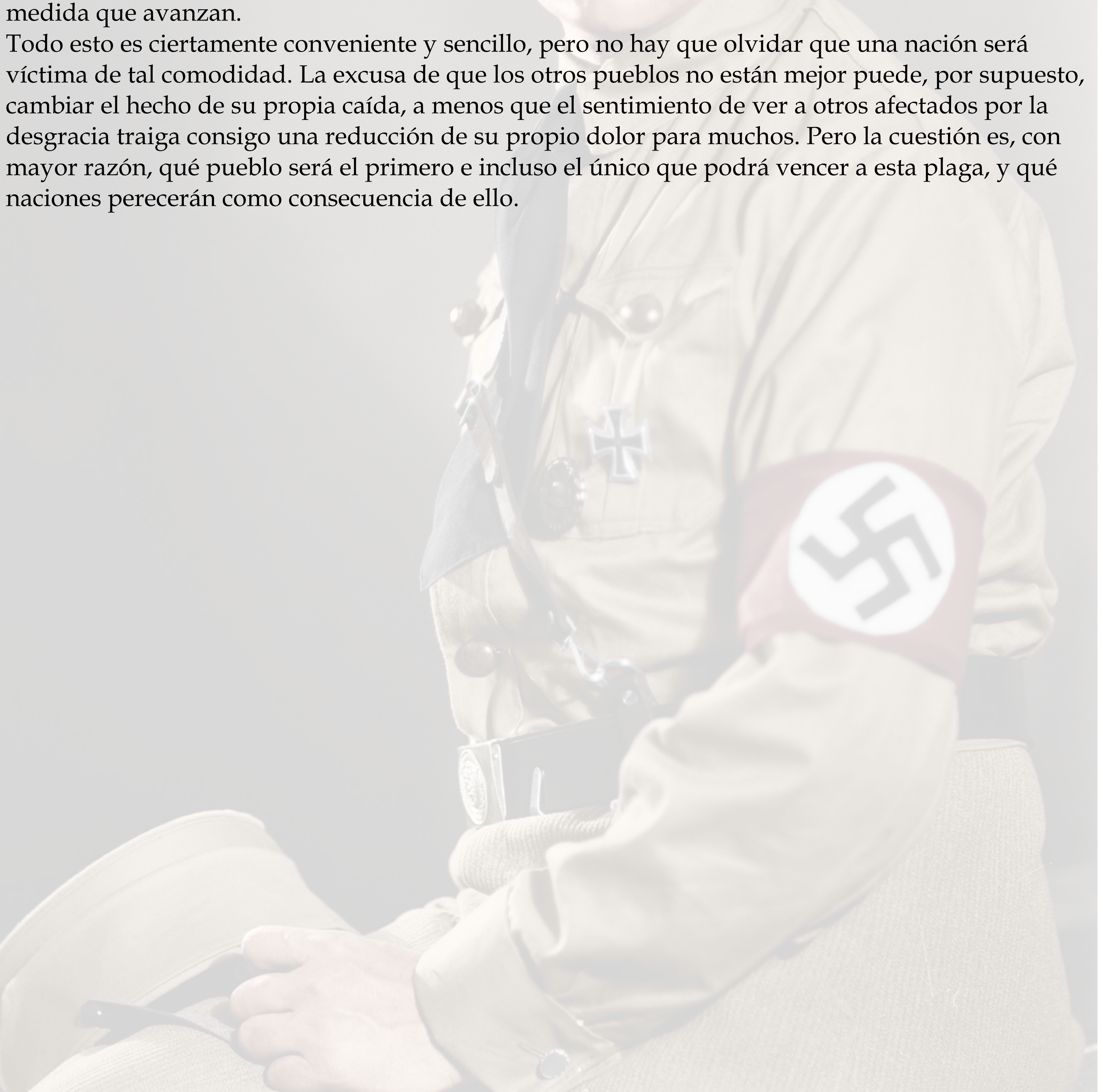
Con indiferente prisa uno trata de pasar por alto las verdades desagradables, como si uno pudiera deshacer las cosas mismas con tal postura. No, el hecho de que nuestra población metropolitana esté cada vez más prostituida en su vida amorosa y que sea precisamente por ello que sea presa de la epidemia sifilítica en círculos cada vez más amplios no se puede negar sin más, pero está ahí.



Los resultados más visibles de esta contaminación del mástil se encuentran, por un lado, en los manicomios, pero por otro lado, por desgracia, en nuestros hijos. Estos en particular son el triste producto de la contaminación irresistiblemente avanzada de nuestra vida sexual, y los vicios de los padres se revelan en las enfermedades de los hijos.

Hay varias maneras de reconciliarse con este hecho desagradable, incluso terrible: algunos no ven nada en absoluto, o más bien no quieren ver nada; Esta es, por supuesto, la "opinión" más simple y barata. Los demás se envuelven en el manto de una mojigatería tan ridícula como mendaz, hablan de toda la zona como de un gran pecado y, sobre todo, expresan su profunda indignación ante cada pecador que es atrapado, y luego cierran los ojos con piadosa repugnancia ante esta plaga impía y rezan a Dios: le gustaría, si es posible después de su propia muerte, hacer llover azufre y brea en toda esta Sodoma y Gomorra, para volver a ser un ejemplo edificante de esta humanidad desvergonzada. Los terceras, por último, ven muy bien las terribles consecuencias que esta plaga debe traer y traerá consigo un día, pero se limitan a encogerse de hombros, convencidos de que de todos modos no pueden hacer nada contra el peligro, de modo que las cosas deben ser cargadas a medida que avanzan.

Todo esto es ciertamente conveniente y sencillo, pero no hay que olvidar que una nación será víctima de tal comodidad. La excusa de que los otros pueblos no están mejor puede, por supuesto, cambiar el hecho de su propia caída, a menos que el sentimiento de ver a otros afectados por la desgracia traiga consigo una reducción de su propio dolor para muchos. Pero la cuestión es, con mayor razón, qué pueblo será el primero e incluso el único que podrá vencer a esta plaga, y qué naciones perecerán como consecuencia de ello.



272 El pecado contra la sangre y la raza

Pero al final todo se reduce a eso. Esto, también, es solo una prueba de valor racial: la raza que no pase la prueba morirá y dará paso a otras más saludables o al menos más duras y resistentes.
Porque, puesto que esta cuestión concierne principalmente a la descendencia, es de aquellos de quienes se dice con tan terrible justificación que los pecados de los padres son vengados hasta la décima generación, una verdad que sólo se aplica a la iniquidad de sangre y raza.
El pecado contra la sangre y la raza es el pecado original de este mundo y el fin de una humanidad que se rinde a él.
Pero, ¿hasta qué punto la verdaderamente lamentable Alemania de antes de la guerra se enfrentaba precisamente a esta pregunta? ¿Qué pasó para detener la contaminación de nuestra juventud en las grandes ciudades? ¿Qué llegar al fondo de la contaminación y mammonización de nuestra vida amorosa? ¿Qué combatir la versifilitización resultante del cuerpo del pueblo?
La respuesta es más fácil para averiguar qué debería haber sucedido.
Esta cuestión no debía tomarse a la ligera al principio, pero había que comprender que la felicidad o la desgracia de las generaciones dependerían de su solución, y que podría, si no se tenía que hacerlo, determinar todo el futuro de nuestro pueblo. Sin embargo, tal constatación obligó a tomar medidas e intervenciones despiadadas. En primer plano de todas las consideraciones estaba la convicción de que la atención de toda la nación debía concentrarse en primer lugar en este terrible peligro, a fin de que cada individuo pudiera tomar conciencia interior de la importancia de esta lucha. Las obligaciones y cargas verdaderamente drásticas y a veces difíciles de soportar sólo pueden tener un efecto general si, además de la coerción, se imparte al individuo el conocimiento de la necesidad. Pero esto requiere una tremenda iluminación, eliminando todas las demás preguntas distractoras del día.



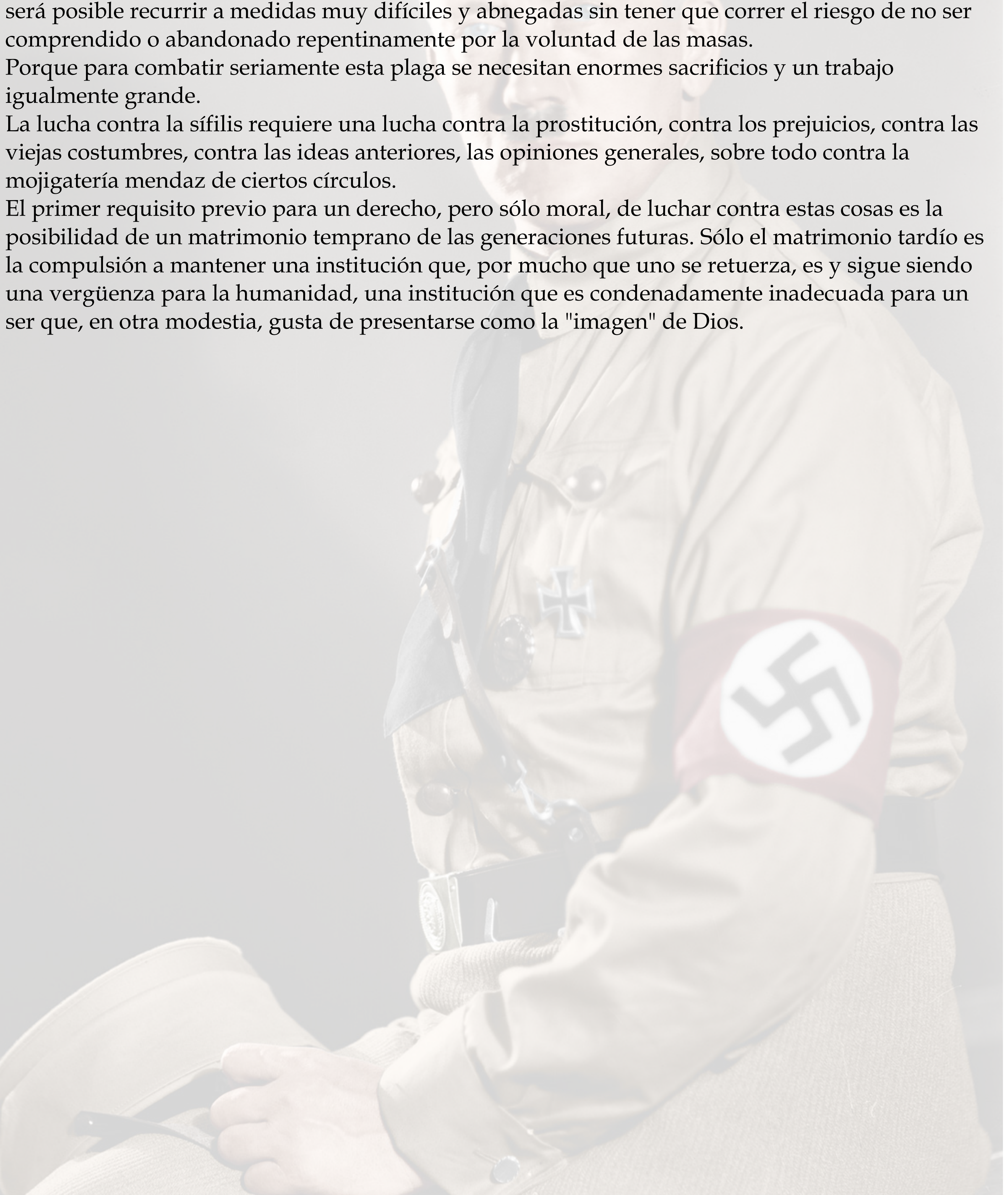
Concentración en una tarea 273

En todos los casos en que se trata de la realización de exigencias o tareas aparentemente imposibles, toda la atención de un pueblo debe estar unida por esta única cuestión, como si el ser o no ser dependiera de su solución. Sólo de esta manera un pueblo estará dispuesto y será capaz de realizar logros y esfuerzos verdaderamente grandes.
Este principio también se aplica al individuo si quiere alcanzar grandes metas. Él también sólo será capaz de hacer esto en etapas escalonadas, y él también siempre tendrá que concentrar todos sus esfuerzos en el logro de una tarea definida y limitada, hasta que parezca estar cumplida, y se pueda emprender el replanteo de una nueva fase. Quien no emprenda esta división del camino a conquistar en etapas individuales y luego se esfuerce por superarlas individualmente de una manera planificada con la más aguda concentración de todas las fuerzas, nunca podrá llegar a la meta final, sino que permanecerá en algún lugar del camino, tal vez incluso fuera de los caminos trillados. Este acercamiento a la meta es un arte y requiere el compromiso de la última energía para poder superar el camino paso a paso.
Por lo tanto, el primer prerrequisito que es necesario para atacar una sección tan difícil del camino humano, es que la dirección logre presentar a la medida del pueblo precisamente la meta parcial que ahora se va a alcanzar, la mejor por la que se debe luchar, como la única digna de atención humana, de cuya conquista depende todo. En cualquier caso, la gran masa del pueblo nunca puede ver todo el camino que tiene ante sí sin cansarse y desesperarse de la tarea. Mantendrá un ojo en la meta hasta cierto punto, pero solo podrá pasar por alto el camino en pequeños tramos, similar al caminante que también conoce y conoce el final de su viaje, pero que supera mejor el camino interminable si lo divide en secciones y marcha hacia cada individuo como si él mismo fuera ya la meta deseada. Esta es la única forma en que puede avanzar sin desesperación.



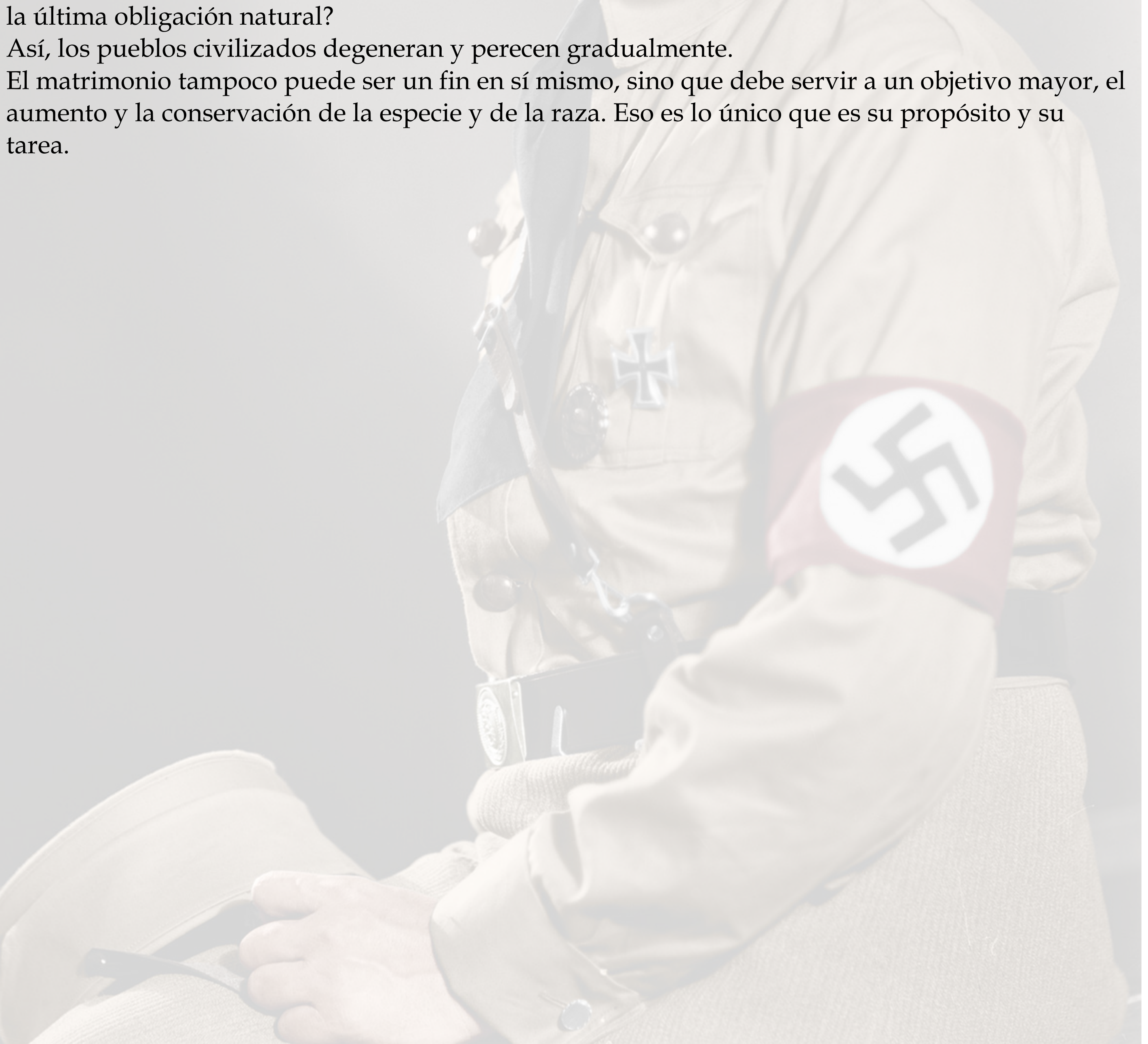
274 La lucha contra la sífilis como tarea

Por lo tanto, utilizando todos los medios propagandísticos, la cuestión de la lucha contra la sífilis debería haberse hecho aparecer como una tarea de la nación, no también como una tarea. Con este fin, habría sido necesario martillar sus daños en las mentes de los hombres en su totalidad como la desgracia más terrible, y de hecho con el uso de todos los medios, hasta que toda la nación hubiera llegado a la convicción de que todo dependía de la solución de esta cuestión, futura o ruina.
Sólo después de semejante preparación, si es necesario de años de preparación, se despertará la atención y, por lo tanto, también la determinación de todo un pueblo hasta tal punto que ahora será posible recurrir a medidas muy difíciles y abnegadas sin tener que correr el riesgo de no ser comprendido o abandonado repentinamente por la voluntad de las masas.
Porque para combatir seriamente esta plaga se necesitan enormes sacrificios y un trabajo igualmente grande.
La lucha contra la sífilis requiere una lucha contra la prostitución, contra los prejuicios, contra las viejas costumbres, contra las ideas anteriores, las opiniones generales, sobre todo contra la mojigatería mendaz de ciertos círculos.
El primer requisito previo para un derecho, pero sólo moral, de luchar contra estas cosas es la posibilidad de un matrimonio temprano de las generaciones futuras. Sólo el matrimonio tardío es la compulsión a mantener una institución que, por mucho que uno se retuerza, es y sigue siendo una vergüenza para la humanidad, una institución que es condenadamente inadecuada para un ser que, en otra modestia, gusta de presentarse como la "imagen" de Dios.



Lucha contra la prostitución 275

La prostitución es una vergüenza para la humanidad, pero no puede ser abolida por medio de sermones morales, voluntad piadosa, etc., pero su restricción y su desmantelamiento final presuponen la abolición de toda una miríada de condiciones previas. La primera, sin embargo, es y sigue siendo la creación de la posibilidad de un matrimonio precoz, especialmente del hombre, de acuerdo con la naturaleza humana, porque la mujer es sólo la parte pasiva aquí.
Cuán perdida, incluso incomprensible, se ha vuelto la gente de hoy, puede ser evidente por el hecho de que no es raro escuchar a las madres de la llamada sociedad "mejor" decir que estarían agradecidas de encontrar un esposo para su hijo que "ya le ha quitado los cuernos", etc. Puesto que por lo general hay menos falta de esto que al revés, la pobre muchacha se alegrará de encontrar a un Sigfrido tan descornado, y los hijos serán el resultado visible de este matrimonio sensato. Si consideramos que, además, existe la mayor restricción posible de la procreación misma, de modo que toda selección está impedida por parte de la naturaleza, ya que, por supuesto, todo ser, por miserable que sea, debe ser preservado, la única pregunta que realmente queda es por qué tal institución sigue existiendo, y ¿qué propósito debería tener? ¿No es entonces exactamente lo mismo que la prostitución misma? ¿El deber para con la posteridad ya no desempeña ningún papel? ¿O acaso no sabemos la maldición que uno descarga sobre el hijo y el nieto de una manera tan criminalmente imprudente en la preservación del derecho natural supremo, pero también de la última obligación natural?
Así, los pueblos civilizados degeneran y perecen gradualmente.
El matrimonio tampoco puede ser un fin en sí mismo, sino que debe servir a un objetivo mayor, el aumento y la conservación de la especie y de la raza. Eso es lo único que es su propósito y su tarea.



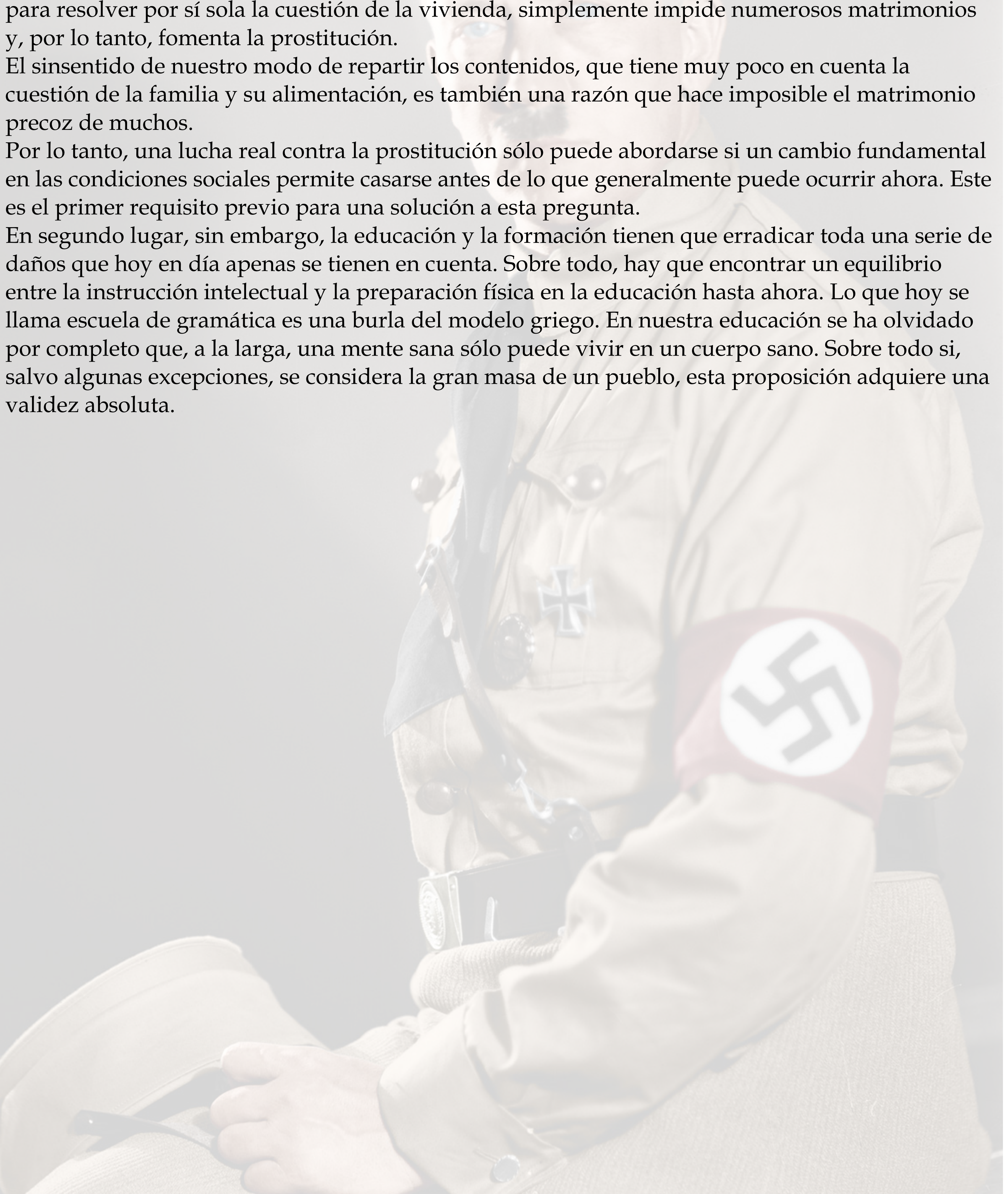
276 Matrimonio precoz

En estas condiciones, sin embargo, su exactitud sólo puede medirse por la forma en que cumple esta tarea. Por esta razón, el matrimonio precoz es correcto, ya que todavía le da al matrimonio joven esa fuerza de la que solo puede surgir una descendencia sana y resistente. Por supuesto, para hacerlo posible es necesaria toda una serie de requisitos sociales, sin los cuales el matrimonio precoz está fuera de discusión. En consecuencia, la solución de esta pequeña cuestión no puede tener lugar sin medidas drásticas en términos sociales. La importancia de éstas debe comprenderse sobre todo en un momento en que la llamada república "social", por su incapacidad para resolver por sí sola la cuestión de la vivienda, simplemente impide numerosos matrimonios y, por lo tanto, fomenta la prostitución.

El sinsentido de nuestro modo de repartir los contenidos, que tiene muy poco en cuenta la cuestión de la familia y su alimentación, es también una razón que hace imposible el matrimonio precoz de muchos.

Por lo tanto, una lucha real contra la prostitución sólo puede abordarse si un cambio fundamental en las condiciones sociales permite casarse antes de lo que generalmente puede ocurrir ahora. Este es el primer requisito previo para una solución a esta pregunta.

En segundo lugar, sin embargo, la educación y la formación tienen que erradicar toda una serie de daños que hoy en día apenas se tienen en cuenta. Sobre todo, hay que encontrar un equilibrio entre la instrucción intelectual y la preparación física en la educación hasta ahora. Lo que hoy se llama escuela de gramática es una burla del modelo griego. En nuestra educación se ha olvidado por completo que, a la larga, una mente sana sólo puede vivir en un cuerpo sano. Sobre todo si, salvo algunas excepciones, se considera la gran masa de un pueblo, esta proposición adquiere una validez absoluta.

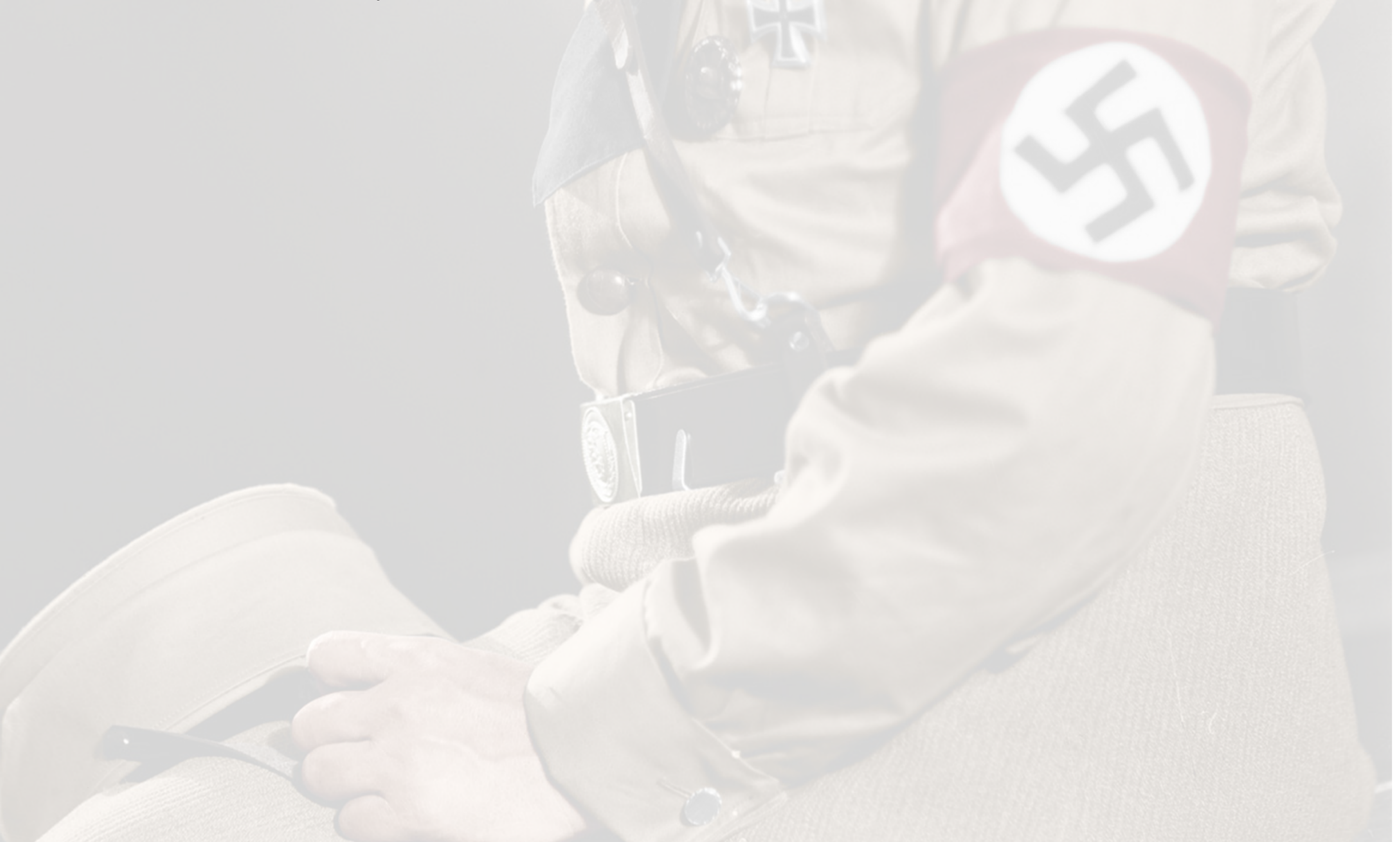


Mente sana solo en un cuerpo sano 277

Hubo un tiempo en la Alemania de antes de la guerra en que a la gente ya no le importaba esta verdad en absoluto. Simplemente pecaban contra el cuerpo y creían que en el desarrollo unilateral del "espíritu" tenían una garantía segura de la grandeza de la nación. Un error que comenzó a vengarse más rápido de lo que nadie pensaba. No es casualidad que la oleada bolchevique no encontrara en ningún lugar un terreno mejor que en los lugares donde habita una población degenerada por el hambre y la desnutrición permanente: en Alemania Central, Sajonia y el Ruhr. En todas estas áreas, sin embargo, incluso por parte de la llamada intelectualidad, apenas hay resistencia seria a esta enfermedad judía, por la sencilla razón de que la intelectualidad misma se ha deteriorado completamente físicamente, aunque no tanto por razones de necesidad como por razones de educación. La actitud exclusivamente espiritual de nuestra educación en las clases altas la hace incapaz en tiempos en que no es el espíritu sino el puño el que decide incluso mantenerse, y mucho menos imponerse. Las enfermedades físicas son a menudo la primera razón de la cobardía personal.

Sin embargo, el énfasis excesivo en la instrucción puramente intelectual y el descuido de la educación física también promueven el surgimiento de ideas sexuales en la juventud demasiado temprana. El niño que es llevado a un endurecimiento de hierro en los deportes y la gimnasia está menos sujeto a la necesidad de satisfacción sensual que el adicto a la televisión que se alimenta exclusivamente con alimento intelectual. Una educación sensata, sin embargo, debe tener esto en cuenta. No debe perder de vista el hecho de que las expectativas de un joven sano de una mujer serán diferentes de las de un debilucho malcriado prematuramente.

Por lo tanto, toda la educación debe estar orientada a utilizar el tiempo libre del niño para un ejercicio útil de su cuerpo. No tiene derecho a quedarse de brazos cruzados en estos años, a hacer que las calles y los cines sean inseguros, sino a endurecer y endurecer el cuerpo joven de acuerdo con su trabajo habitual de la mañana, para que un día la vida no lo encuentre demasiado blando. Iniciar y también llevar a cabo, dirigir y guiar esto es la tarea de la educación de los jóvenes y no el bombeo exclusivo de la llamada sabiduría. También tiene que ver con la idea de que el tratamiento de su cuerpo era cada cosa individual en sí misma. No hay libertad para pecar a expensas de la posteridad y, por lo tanto, de la raza.

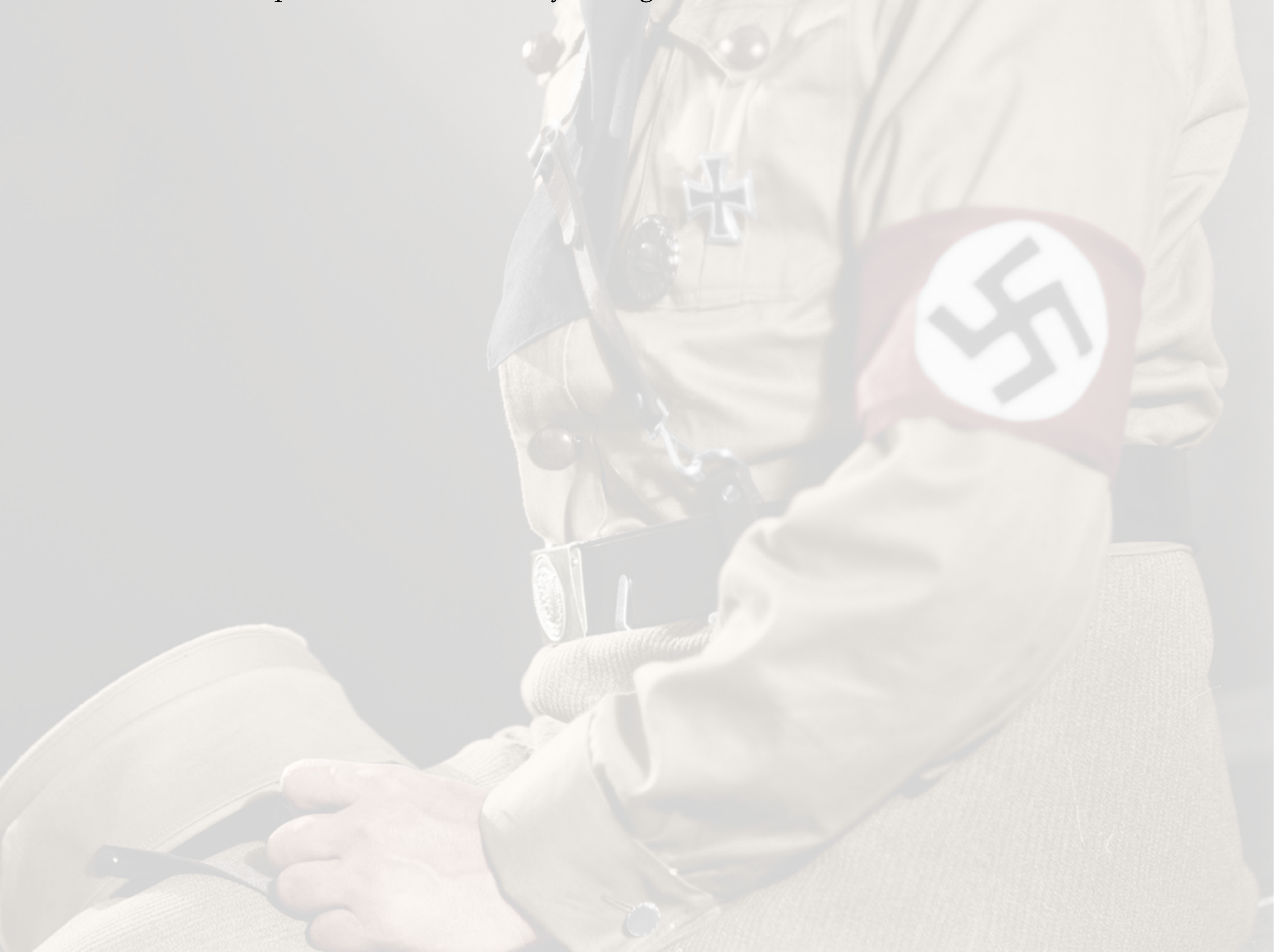


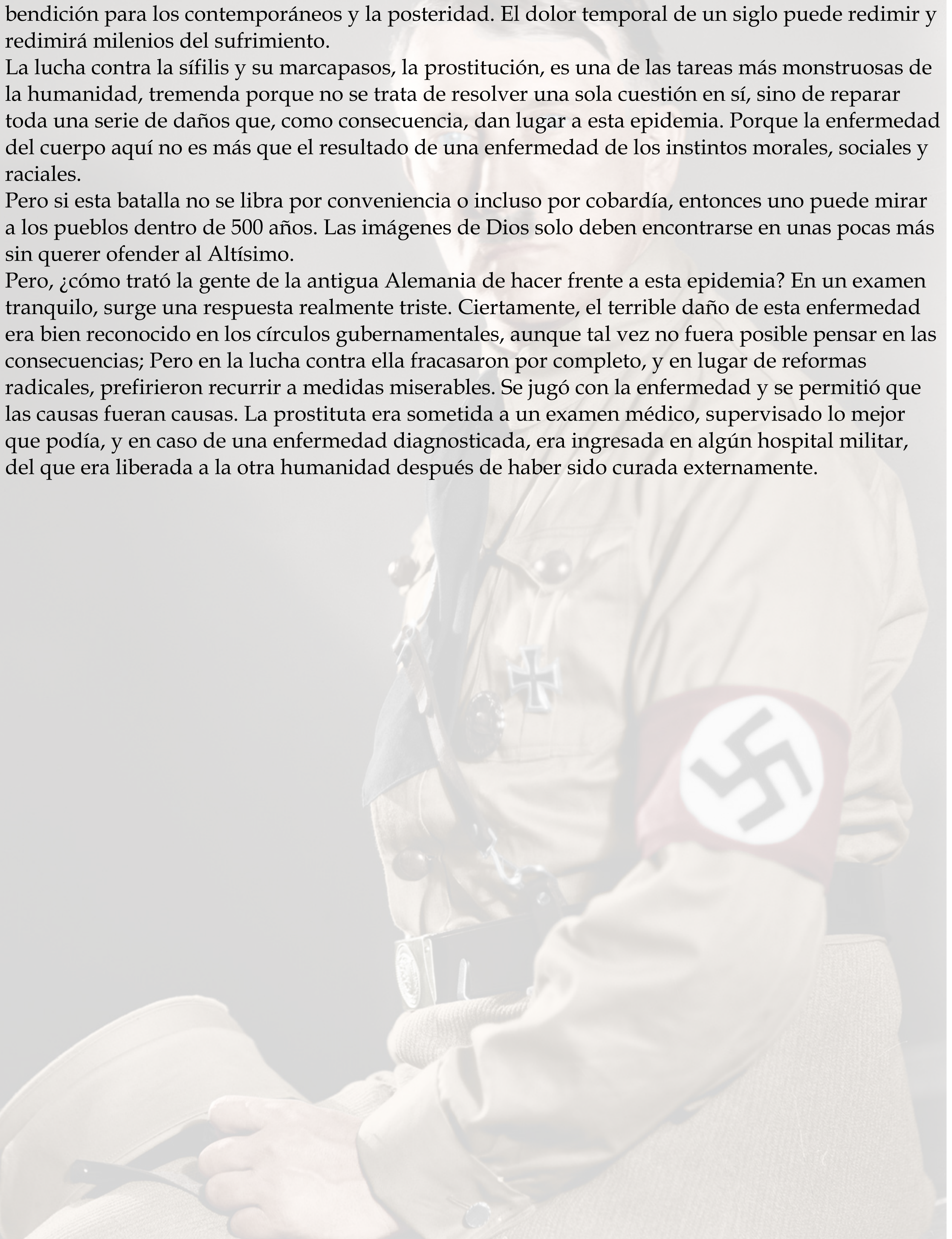
278 Lucha contra el envenenamiento del alma

Paralelamente a la educación del cuerpo, debe comenzar la lucha contra el envenenamiento del alma. Toda nuestra vida pública hoy en día se asemeja a un hervidero de ideas y estímulos sexuales. Basta con mirar la carta de nuestros cines, espectáculos de variedades y teatros, para decir que no es la adecuada, especialmente para los jóvenes. En las exhibiciones y en las vallas publicitarias, se utilizan los medios más bajos para atraer la atención de la multitud. Que esto conduzca a un daño extraordinariamente grave a la juventud es comprensible para cualquiera que no haya perdido la capacidad de pensar en sus almas. Esta atmósfera sensualmente sensual conduce a ideas y emoción en un momento en que el niño aún no tiene ninguna comprensión de tales cosas. El resultado de este tipo de educación puede ser estudiado en la juventud de hoy de una manera no precisamente agradable. Es precoz y, por lo tanto, también prematuramente anciana. Desde los tribunales, a veces llegan al público acontecimientos que permiten una visión truculenta de la vida interior de nuestros jóvenes de 14 y 15 años. ¿A quién le puede sorprender que la sífilis ya esté empezando a buscar sus víctimas en estos grupos de edad? ¿Y no es una lástima ver cuántos jóvenes físicamente débiles, pero mentalmente depravados, reciben su introducción al matrimonio como una prostituta de la gran ciudad?



No, quien quiera familiarizarse con la prostitución debe, en primer lugar, ayudar a eliminar el requisito mental para ello. Debe acabar con los escombros de nuestra contaminación moral de la "cultura" metropolitana, y debe hacerlo sin piedad y sin vacilar ante todos los gritos y clamores, que por supuesto se desatarán. Si no sacamos a los jóvenes de la ciénaga de su entorno actual, se hundirán en él. Aquellos que no quieren ver estas cosas los apoyan y así se hacen cómplices de la lenta prostitución de nuestro futuro, que está en la próxima generación. Esta limpieza de nuestra cultura debe extenderse a casi todos los ámbitos. El teatro, el arte, la literatura, el cine, la prensa, los carteles y las exhibiciones deben ser purificados de los fenómenos de un mundo podrido y puestos al servicio de una idea moral del Estado y de la cultura. La vida pública debe ser liberada del perfume sofocante de nuestro erotismo moderno, así como de toda insinceridad mojigata y poco varonil. En todas estas cosas, la meta y el camino deben estar determinados por el cuidado de la preservación de la salud de nuestro pueblo en cuerpo y alma. El derecho a la libertad personal pasa a un segundo plano frente al deber de preservar la raza.
Sólo después de que se hayan llevado a cabo estas medidas, la lucha médica contra la epidemia misma puede llevarse a cabo con alguna perspectiva de éxito. Pero incluso aquí no se puede ser una cuestión de medias tintas, sino que también aquí habrá que tomar las decisiones más difíciles y drásticas. Es una medida a medias para conceder a los enfermos terminales la posibilidad permanente de contaminar al resto de los sanos. Esto corresponde a una humanidad que, para no herir a uno, permite que perezcan otros cien. La exigencia de que los seres humanos defectuosos sean impedidos de procrear a otros descendientes igualmente defectuosos es una exigencia de la razón más clara, y en su ejecución sistemática significa el acto más humano de la humanidad. Ahorrará sufrimiento inmerecido a millones de personas desafortunadas, pero posteriormente conducirá a una recuperación cada vez mayor en general.





280 Fracaso de la vieja Alemania

La determinación de avanzar en esta dirección también proporcionará un dique a la propagación de enfermedades venéreas. Porque aquí, si es necesario, habrá que recurrir a la segregación despiadada de los enfermos terminales, una medida bárbara para el desafortunado, pero una bendición para los contemporáneos y la posteridad. El dolor temporal de un siglo puede redimir y redimirá milenios del sufrimiento.

La lucha contra la sífilis y su marcapasos, la prostitución, es una de las tareas más monstruosas de la humanidad, tremenda porque no se trata de resolver una sola cuestión en sí, sino de reparar toda una serie de daños que, como consecuencia, dan lugar a esta epidemia. Porque la enfermedad del cuerpo aquí no es más que el resultado de una enfermedad de los instintos morales, sociales y raciales.

Pero si esta batalla no se libra por conveniencia o incluso por cobardía, entonces uno puede mirar a los pueblos dentro de 500 años. Las imágenes de Dios solo deben encontrarse en unas pocas más sin querer ofender al Altísimo.

Pero, ¿cómo trató la gente de la antigua Alemania de hacer frente a esta epidemia? En un examen tranquilo, surge una respuesta realmente triste. Ciertamente, el terrible daño de esta enfermedad era bien reconocido en los círculos gubernamentales, aunque tal vez no fuera posible pensar en las consecuencias; Pero en la lucha contra ella fracasaron por completo, y en lugar de reformas radicales, prefirieron recurrir a medidas miserables. Se jugó con la enfermedad y se permitió que las causas fueran causas. La prostituta era sometida a un examen médico, supervisado lo mejor que podía, y en caso de una enfermedad diagnosticada, era ingresada en algún hospital militar, del que era liberada a la otra humanidad después de haber sido curada externamente.

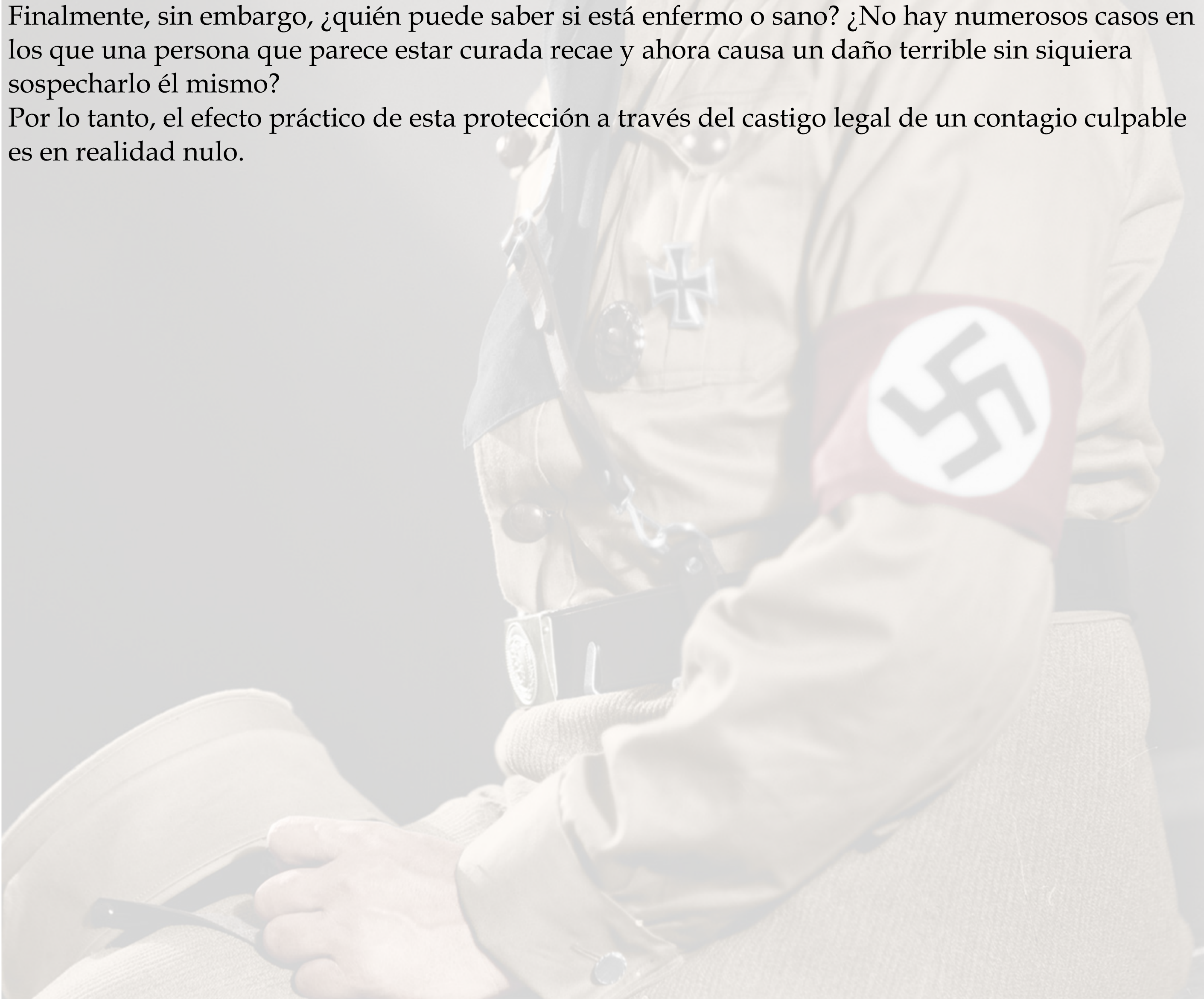
El “párrafo de protección” 281

Por supuesto, se había introducido un "párrafo protector", según el cual la persona no del todo sana o curada tenía que evitar las relaciones sexuales bajo pena de muerte. Ciertamente, esta medida es correcta en sí misma, pero en la aplicación práctica fracasó casi por completo. En primer lugar, en el caso de que le ocurra una desgracia como consecuencia de ello —aunque sólo sea como resultado de nuestra educación, o más bien de su educación—, en la mayoría de los casos la mujer se negará a permitir que la arrastren a la sala del tribunal como testigo contra el miserable ladrón de su salud, en circunstancias a menudo embarazosas. Esto le sirve de muy poco, en la mayoría de los casos será ella la que más lo sufra de todos modos, después de todo, el desprecio por su entorno sin amor la golpea aún más severamente de lo que sería el caso con el hombre. Por último, imagínense su situación cuando el portador de la enfermedad es el propio marido. ¿Debería demandar ahora? ¿O qué debería hacer entonces?

En el caso del hombre, sin embargo, también está el hecho de que, por desgracia, se encuentra con demasiada frecuencia en el camino de esta plaga precisamente después de haber bebido mucho alcohol, ya que en este estado es menos capaz de juzgar las cualidades de sus "bellezas", lo que es demasiado conocido por la prostituta ya enferma y, por lo tanto, siempre la hace para pescar hombres en esta condición ideal. El final, sin embargo, es que la persona que luego se sorprende desagradablemente, incluso con la reflexión más diligente, ya no es capaz de recordar su feliz misericordioso, lo que no debería sorprender a uno en una ciudad como Berlín o incluso Munich. Además, a menudo son visitantes de las provincias, que de todos modos están completamente perdidos frente a toda la magia de la gran ciudad.

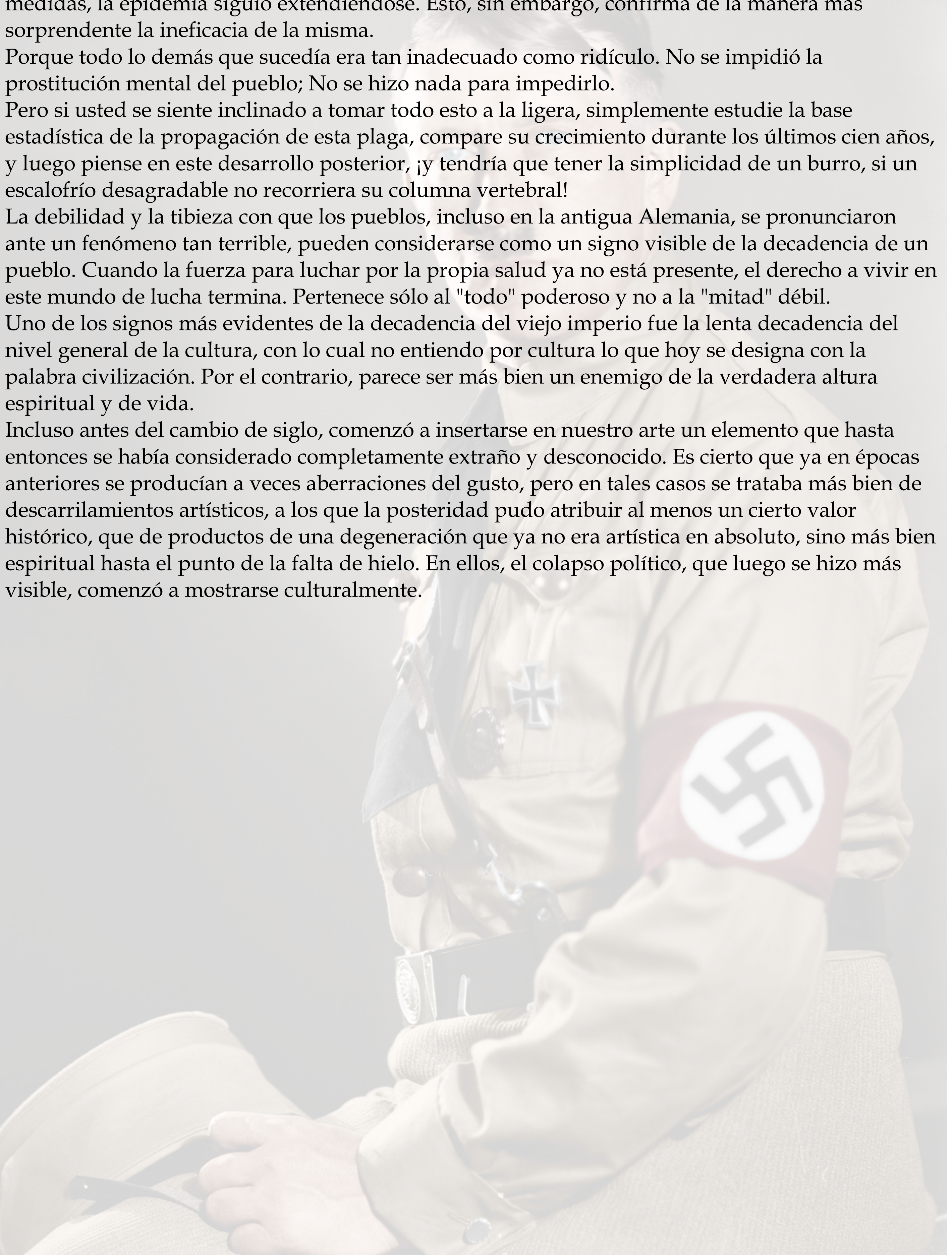
Finalmente, sin embargo, ¿quién puede saber si está enfermo o sano? ¿No hay numerosos casos en los que una persona que parece estar curada recae y ahora causa un daño terrible sin siquiera sospecharlo él mismo?

Por lo tanto, el efecto práctico de esta protección a través del castigo legal de un contagio culpable es en realidad nulo.



282 La prostitución del alma del pueblo

Lo mismo puede decirse de la supervisión de las prostitutas y, por último, la curación misma sigue siendo incierta y dudosa incluso hoy en día. Solo una cosa es cierta: a pesar de todas las medidas, la epidemia siguió extendiéndose. Esto, sin embargo, confirma de la manera más sorprendente la ineficacia de la misma.
Porque todo lo demás que sucedía era tan inadecuado como ridículo. No se impidió la prostitución mental del pueblo; No se hizo nada para impedirlo.
Pero si usted se siente inclinado a tomar todo esto a la ligera, simplemente estudie la base estadística de la propagación de esta plaga, compare su crecimiento durante los últimos cien años, y luego piense en este desarrollo posterior, ¡y tendría que tener la simplicidad de un burro, si un escalofrío desagradable no recorriera su columna vertebral!
La debilidad y la tibieza con que los pueblos, incluso en la antigua Alemania, se pronunciaron ante un fenómeno tan terrible, pueden considerarse como un signo visible de la decadencia de un pueblo. Cuando la fuerza para luchar por la propia salud ya no está presente, el derecho a vivir en este mundo de lucha termina. Pertenece sólo al "todo" poderoso y no a la "mitad" débil.
Uno de los signos más evidentes de la decadencia del viejo imperio fue la lenta decadencia del nivel general de la cultura, con lo cual no entiendo por cultura lo que hoy se designa con la palabra civilización. Por el contrario, parece ser más bien un enemigo de la verdadera altura espiritual y de vida.
Incluso antes del cambio de siglo, comenzó a insertarse en nuestro arte un elemento que hasta entonces se había considerado completamente extraño y desconocido. Es cierto que ya en épocas anteriores se producían a veces aberraciones del gusto, pero en tales casos se trataba más bien de descarrilamientos artísticos, a los que la posteridad pudo atribuir al menos un cierto valor histórico, que de productos de una degeneración que ya no era artística en absoluto, sino más bien espiritual hasta el punto de la falta de hielo. En ellos, el colapso político, que luego se hizo más visible, comenzó a mostrarse culturalmente.



El bolchevismo del arte 283

El bolchevismo del arte es la única forma cultural posible de vida y expresión espiritual del bolchevismo.
Cualquiera que encuentre esto extraño no tiene más que examinar el arte de los Estados felizmente bolcheviques, y podrá admirar con horror los excesos mórbidos de los dementes y depravados, a los que hemos llegado a conocer desde el cambio de siglo bajo los términos colectivos del cubismo y el dadaísmo, como el arte oficialmente reconocido por el Estado. Incluso en el corto período de la República Soviética de Baviera, este fenómeno ya había salido a la luz. Ya aquí se podía ver cómo todos los carteles oficiales, los dibujos de propaganda en los periódicos, etc., llevaban el sello no sólo de la decadencia política, sino también de la decadencia cultural misma.
Del mismo modo que hace sesenta años no habría sido concebible un colapso político de la magnitud que hemos alcanzado, ni siquiera un colapso cultural, tal como comenzó a manifestarse en las representaciones futuristas y cubistas a partir de 1900. Hace sesenta años, una exposición de las llamadas "experiencias" dadaístas habría parecido simplemente imposible y los organizadores habrían acudido al manicomio, mientras que hoy incluso presiden asociaciones artísticas. Esta epidemia no pudo aparecer en ese momento porque ni la opinión pública la habría tolerado ni el Estado lo habría mirado con calma. Porque es tarea de la dirigencia del Estado impedir que un pueblo sea arrojado a los brazos de la locura espiritual. Con este, sin embargo, tal desarrollo tendría que terminar algún día. Porque el día en que este tipo de arte correspondiera realmente a la concepción general, se habría producido uno de los cambios más graves de la humanidad; La regresión del cerebro humano habría comenzado con él, pero el final difícilmente podía imaginarse.

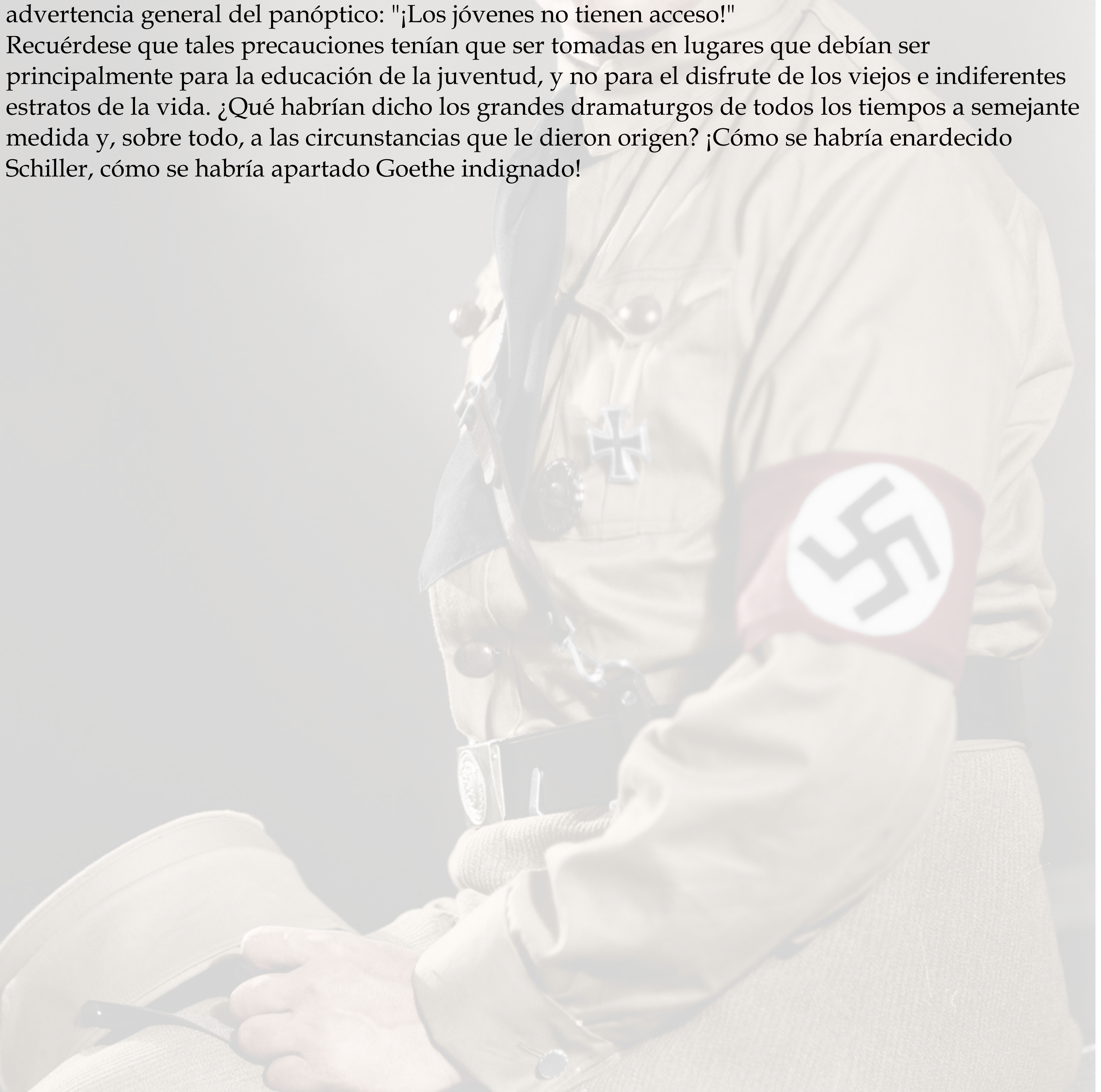


284 La decadencia del teatro

Tan pronto como permitamos que el desarrollo de nuestra vida cultural durante los últimos veintiocho años pase ante nuestros ojos desde este punto de vista, veremos con horror cuánto estamos ya en el proceso de esta regresión. En todas partes emergen gérmenes que causan el comienzo de crecimientos de los que nuestra cultura ha de perecer tarde o temprano. En ellos, también, podemos ver los signos de decadencia de un mundo que se pudre lentamente. ¡Ay de los pueblos que ya no son capaces de controlar esta enfermedad!

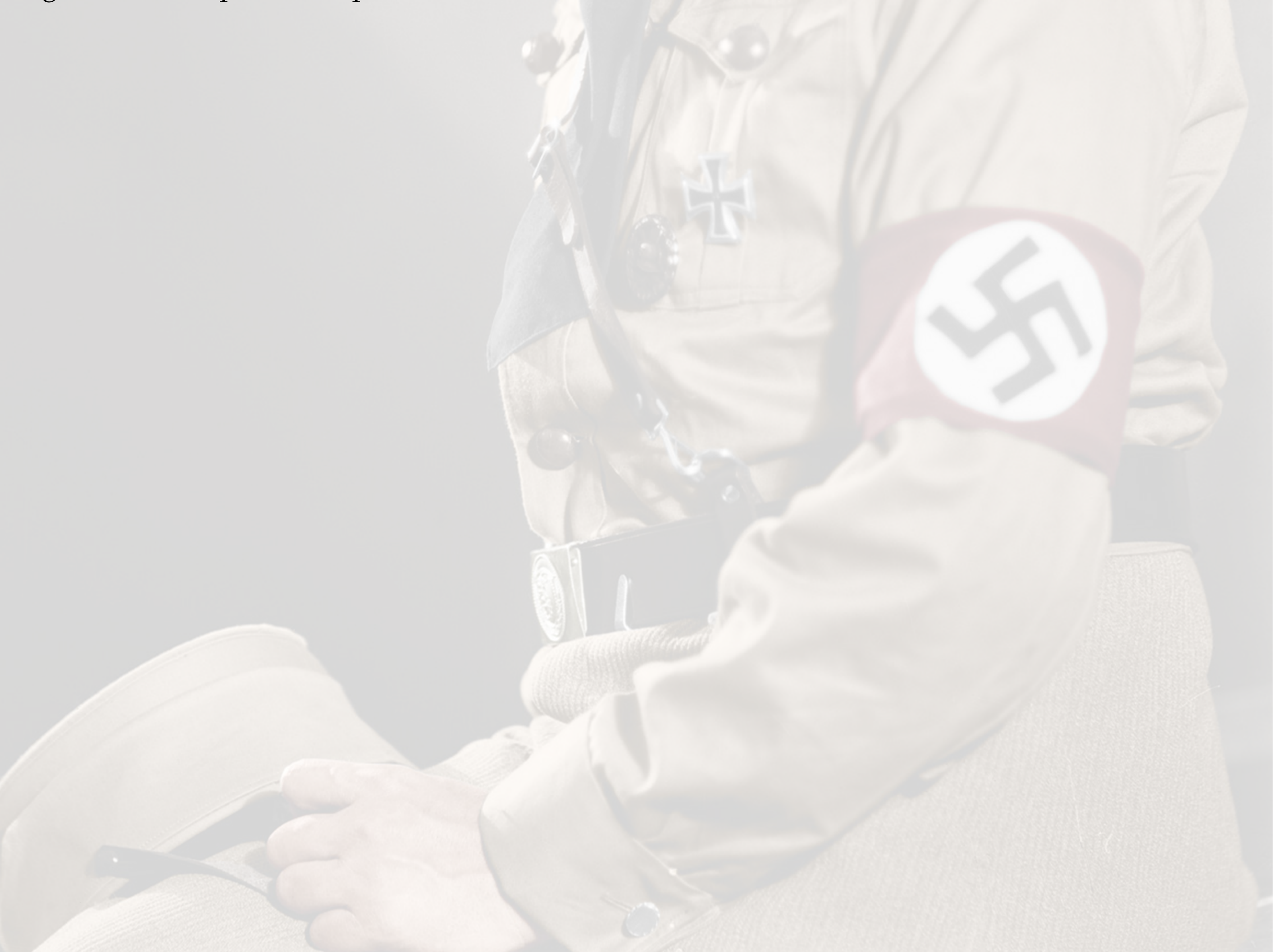
Tales enfermedades se podían encontrar en Alemania en casi todas las áreas del arte y la cultura. Todo parecía haber pasado su clímax aquí y se precipitaba hacia el abismo. El teatro se hundió visiblemente más profundamente y probablemente habría sido completamente eliminado como factor cultural incluso entonces, si al menos los teatros de la corte no se hubieran vuelto contra la prostitución del arte. Aparte de ellos y de algunas otras excepciones loables, las actuaciones de la Schaubühne fueron tales que habría sido más conveniente para la nación evitar su visita por completo. Fue un triste signo de decadencia interior que ya no se permitiera enviar a los jóvenes a la mayoría de estos llamados "lugares de arte", lo que también se admitió abiertamente con la advertencia general del panóptico: "¡Los jóvenes no tienen acceso!"

Recuérdese que tales precauciones tenían que ser tomadas en lugares que debían ser principalmente para la educación de la juventud, y no para el disfrute de los viejos e indiferentes estratos de la vida. ¿Qué habrían dicho los grandes dramaturgos de todos los tiempos a semejante medida y, sobre todo, a las circunstancias que le dieron origen? ¡Cómo se habría enardecido Schiller, cómo se habría apartado Goethe indignado!



Pero, por supuesto, ¿qué son Schiller, Goethe o Shakespeare comparados con los héroes de la poesía alemana moderna? Viejas apariciones desgastadas y sobrevividas, no, superadas. Porque esa era la característica de esta época: no sólo producía más suciedad en sí misma, sino que también mancillaba todo lo realmente grande del pasado. Sin embargo, este es un fenómeno que siempre se puede observar en esos momentos. Cuanto más viles y miserables son los productos de una época y de su gente, más se odia a los testigos de una antigua mayor altura y dignidad. En esos tiempos, uno preferiría borrar la memoria del pasado de la humanidad por completo, con el fin de seguir fingiendo el propio kitsch como "arte" eliminando cualquier posibilidad de comparación. Por lo tanto, cada nueva institución, por más miserable y miserable que sea, se esforzará aún más por borrar las últimas huellas del tiempo pasado, mientras que cada renovación realmente valiosa de la humanidad también puede construir alegremente sobre los buenos logros de las generaciones pasadas, y a menudo trata de llevarlos a cabo por primera vez. No tiene por qué temer que se desvanezca del pasado, pero da una contribución tan valiosa al tesoro general de la cultura humana que a menudo quiere mantener viva la memoria de las conquistas pasadas precisamente para apreciarlas plenamente, a fin de asegurar al nuevo don la plena comprensión del presente. Sólo aquellos que no son capaces de dar nada valioso al mundo por sí mismos, sino que tratan de actuar como si quisieran dárselo Dios sabe qué, odiarán todo lo que realmente ya se ha dado, y preferirían negarlo o incluso destruirlo.

Esto no sólo es cierto para las nuevas publicaciones en el campo de la cultura general, sino también para las de política. Los nuevos movimientos revolucionarios odiarán las viejas formas tanto más cuanto más inferiores sean ellas mismas. También aquí se puede ver cómo la preocupación de hacer aparecer el propio kitsch como algo digno de mención conduce al odio ciego del bien superior del pasado.

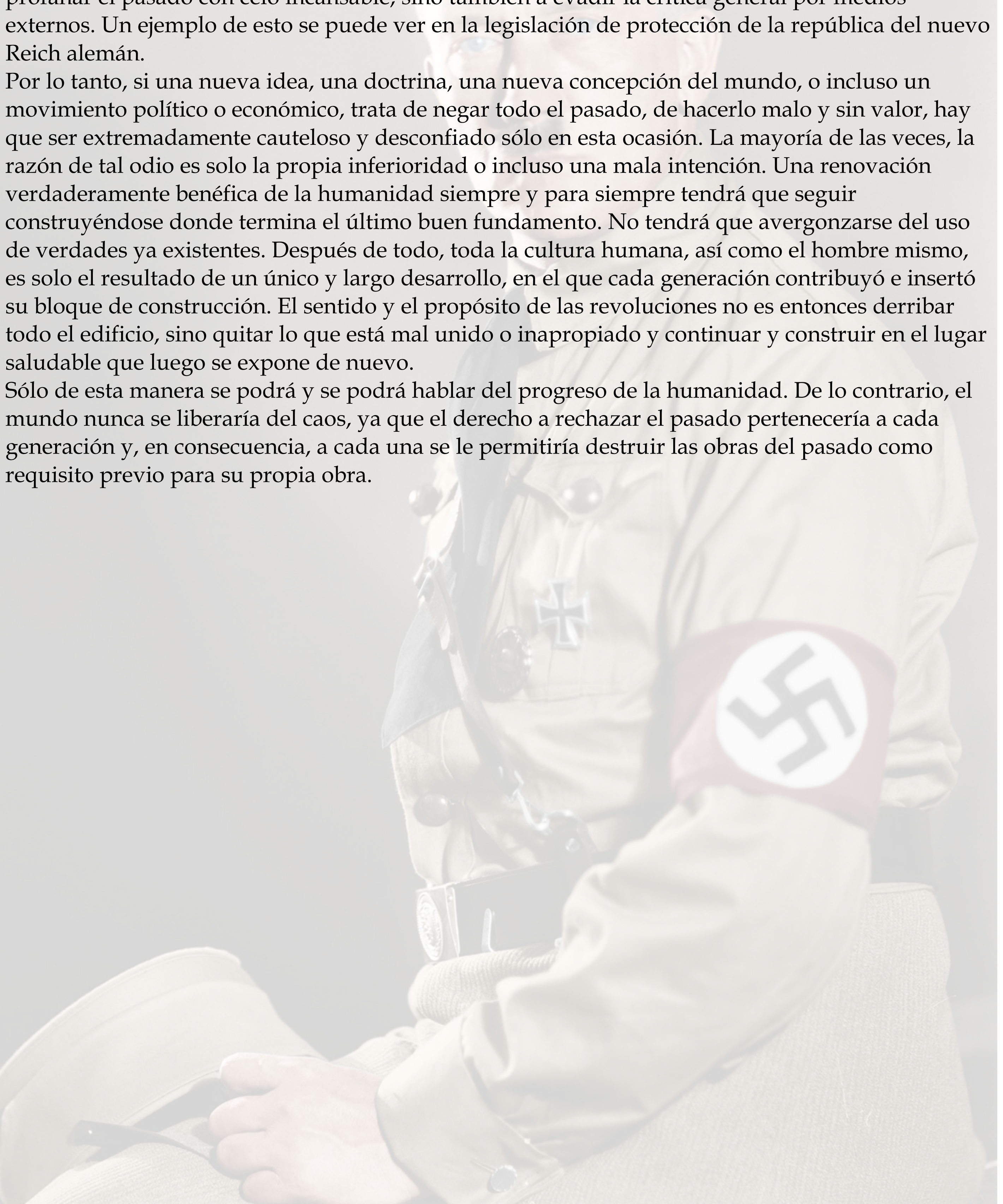


288 El vilipendio de un gran pasado

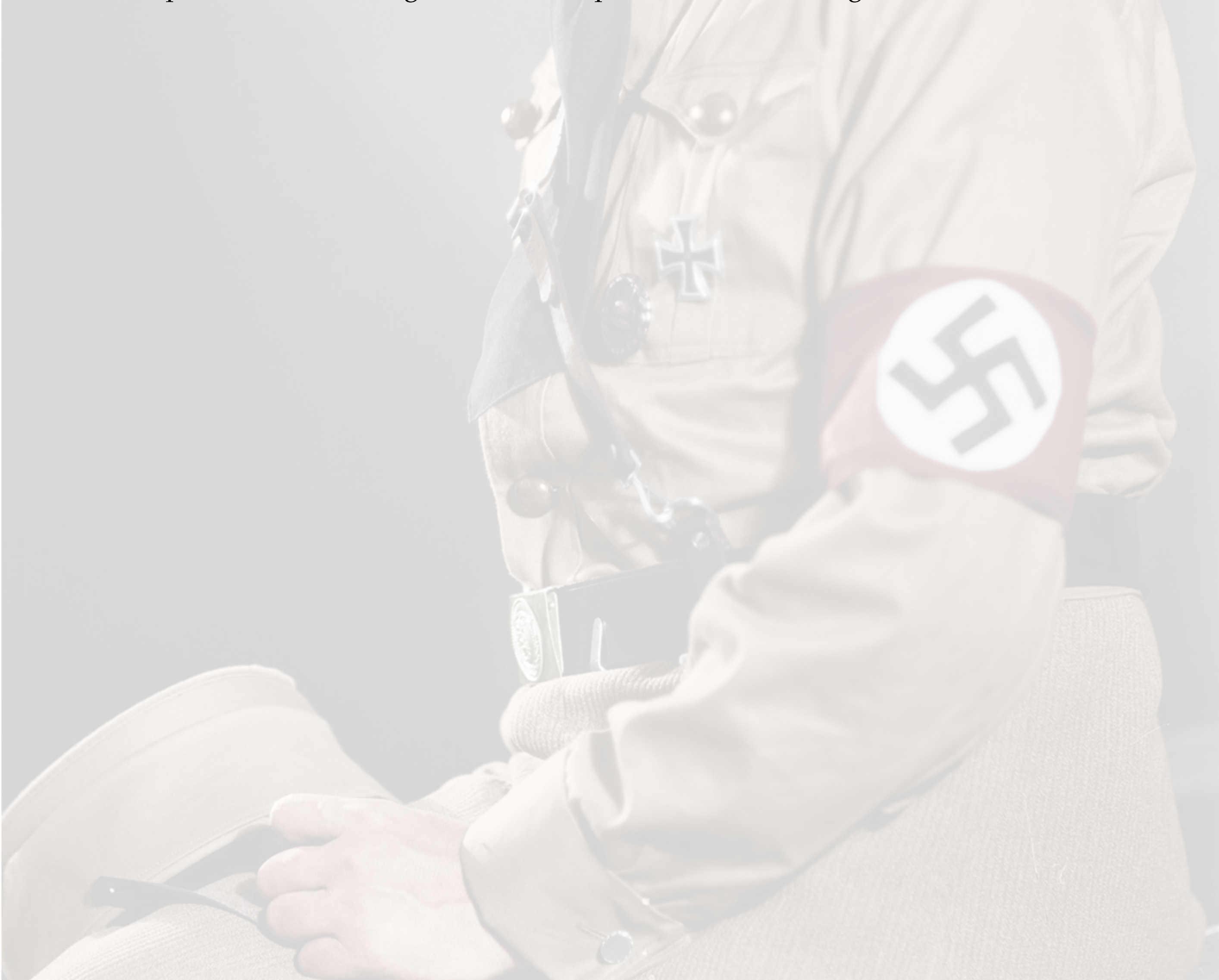
Mientras la memoria histórica de Federico el Grande, por ejemplo, no haya muerto, Friedrich Ebert sólo puede causar un asombro limitado. El héroe de Sanssouci se comporta con el antiguo dueño de un pub de Bremen como el sol lo hace con la luna; Solo cuando se apagan los rayos del sol puede brillar la luna. Por lo tanto, el odio de todas las lunas nuevas de la humanidad contra las estrellas fijas es demasiado comprensible. En la vida política, cuando el destino arroja temporalmente el poder en su regazo, tales ceros están acostumbrados no sólo a mancillar y profanar el pasado con celo incansable, sino también a evadir la crítica general por medios externos. Un ejemplo de esto se puede ver en la legislación de protección de la república del nuevo Reich alemán.

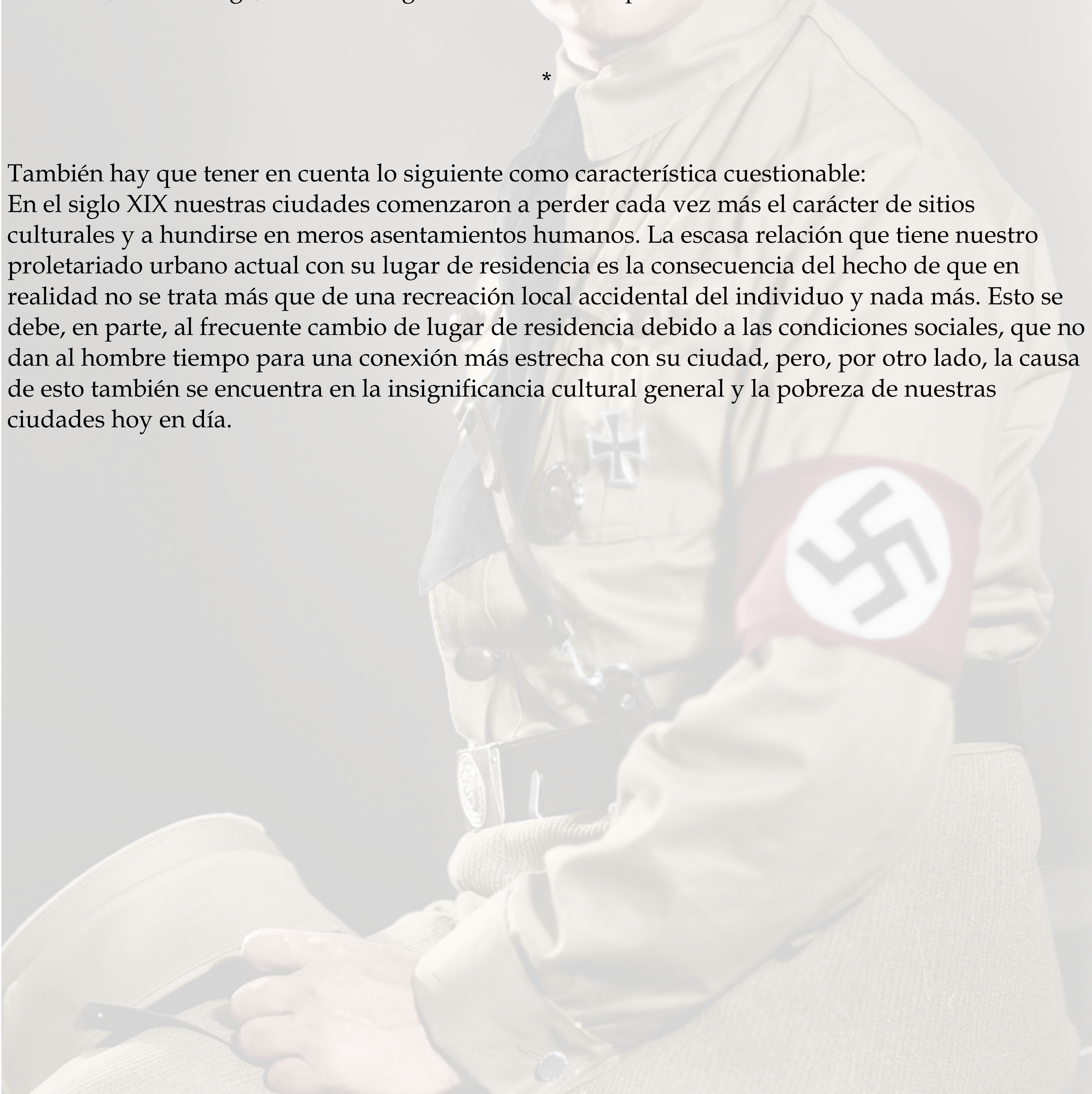
Por lo tanto, si una nueva idea, una doctrina, una nueva concepción del mundo, o incluso un movimiento político o económico, trata de negar todo el pasado, de hacerlo malo y sin valor, hay que ser extremadamente cauteloso y desconfiado sólo en esta ocasión. La mayoría de las veces, la razón de tal odio es solo la propia inferioridad o incluso una mala intención. Una renovación verdaderamente benéfica de la humanidad siempre y para siempre tendrá que seguir construyéndose donde termina el último buen fundamento. No tendrá que avergonzarse del uso de verdades ya existentes. Después de todo, toda la cultura humana, así como el hombre mismo, es solo el resultado de un único y largo desarrollo, en el que cada generación contribuyó e insertó su bloque de construcción. El sentido y el propósito de las revoluciones no es entonces derribar todo el edificio, sino quitar lo que está mal unido o inapropiado y continuar y construir en el lugar saludable que luego se expone de nuevo.

Sólo de esta manera se podrá y se podrá hablar del progreso de la humanidad. De lo contrario, el mundo nunca se liberaría del caos, ya que el derecho a rechazar el pasado pertenecería a cada generación y, en consecuencia, a cada una se le permitiría destruir las obras del pasado como requisito previo para su propia obra.



Así, lo más triste del estado de nuestra cultura en su conjunto en el período anterior a la guerra no fue sólo la completa impotencia de la creatividad artística y cultural en general, sino el odio con el que se mancilló y borró la memoria del pasado mayor. En casi todos los campos del arte, especialmente en el teatro y la literatura, la gente comenzó a producir a principios de siglo cosas nuevas menos importantes que menospreciar a las mejores viejas y retratarlas como inferiores y vencidas; como si este tiempo de la más vergonzosa inferioridad pudiera vencer cualquier cosa. Pero en este esfuerzo por ocultar el pasado a los ojos del presente, las malas intenciones de estos apóstoles del futuro eran clara y distintamente evidentes. Esto debería haber dejado claro que no se trataba de nuevas concepciones culturales, aunque erróneas, sino de un proceso de destrucción de los fundamentos de la cultura en general, de un enamoramiento del sano sentimiento por el arte que se hizo posible como resultado, y de la preparación intelectual del bolchevismo político. Porque si la Edad de Pericles parece estar encarnada por el Partenón, entonces el presente bolchevique está encarnado por una mueca cubista.
A este respecto, también hay que señalar que se trata de una vez más una cobardía visible por parte de nuestro pueblo que, debido a su educación y posición, se habría visto obligado a tomar una posición contra esta vergüenza cultural. Por puro miedo al clamor de los apóstoles bolcheviques del arte, que atacaban a todo aquel que no quería reconocer en ellos la corona de la creación con la mayor vehemencia y los clavaban como filisteos atrasados, renunciaron a toda resistencia seria y se sometieron a lo que parecía inevitable. Uno tenía mucho miedo de ser acusado de incomprensión por estos tontos o sinvergüenzas; como si fuera una vergüenza no entender los productos de las degeneraciones espirituales o de los engañadores astutos.





288 "Experiencia interior"

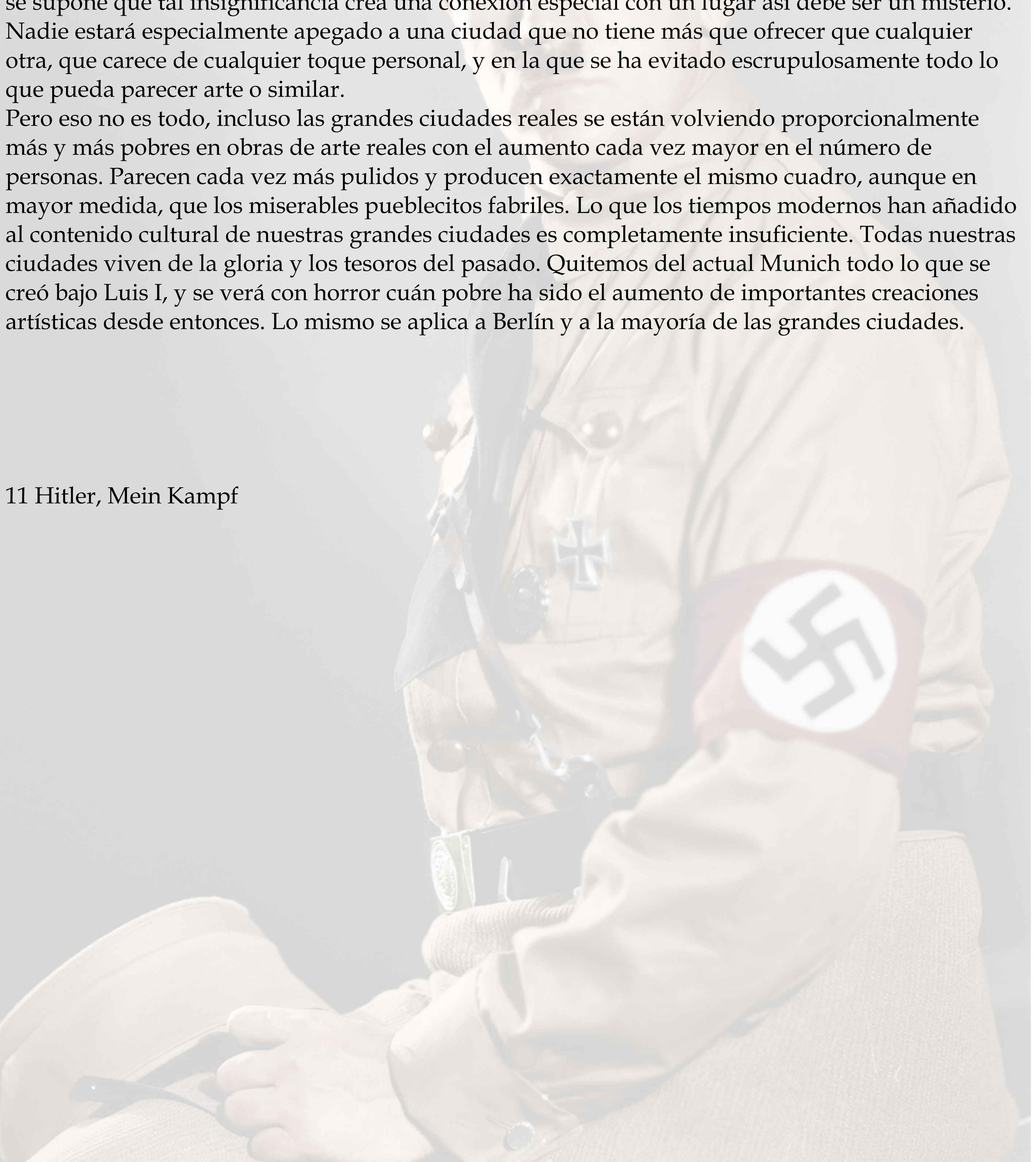
Estos discípulos de la civilización poseían, ciertamente, un medio muy simple de estampar sus tonterías en algo que Dios sabe cuán poderoso: presentaban cada cosa incomprensible y obviamente loca como una supuesta experiencia interna del mundo asombrado, de una manera tan barata que quitaba la palabra de refutación de la boca de la mayoría de la gente desde el principio. Porque no había duda de que esto también podía ser una experiencia interior, pero no había duda de si era posible presentar las alucinaciones de los enfermos mentales o criminales al mundo sano. Las obras de Moritz von Schwind o Böcklin también fueron experiencias interiores, sólo que de artistas de un tipo divinamente dotado y no de bufones.
Pero entonces se podría estudiar realmente la lamentable cobardía de nuestra llamada intelectualidad, que evitó toda resistencia seria a este envenenamiento del sano instinto de nuestro pueblo, y dejó que el pueblo mismo se resignara a este insolente disparate. Con el fin de no ser visto como ininteligible acerca del arte, uno aceptaba cualquier burla del arte con el fin de finalmente volverse realmente inseguro en la evaluación del bien y el mal.
Con todo, sin embargo, estos eran signos de un mal tiempo.

*

También hay que tener en cuenta lo siguiente como característica cuestionable:
En el siglo XIX nuestras ciudades comenzaron a perder cada vez más el carácter de sitios culturales y a hundirse en meros asentamientos humanos. La escasa relación que tiene nuestro proletariado urbano actual con su lugar de residencia es la consecuencia del hecho de que en realidad no se trata más que de una recreación local accidental del individuo y nada más. Esto se debe, en parte, al frecuente cambio de lugar de residencia debido a las condiciones sociales, que no dan al hombre tiempo para una conexión más estrecha con su ciudad, pero, por otro lado, la causa de esto también se encuentra en la insignificancia cultural general y la pobreza de nuestras ciudades hoy en día.

Incluso en la época de las guerras de liberación, las ciudades alemanas no sólo eran pequeñas en número, sino también modestas en tamaño. Las pocas grandes ciudades reales eran en su mayor parte residencias y, como tales, casi siempre tenían un cierto valor cultural y, por lo general, también una cierta imagen artística. Los pocos lugares de más de cincuenta mil habitantes eran ricos en tesoros científicos y artísticos en comparación con las ciudades con la misma población de hoy. Cuando Múnich contaba con sesenta mil almas, ya se preparaba para convertirse en uno de los primeros lugares de arte alemanes; Hoy en día, casi todas las ciudades fabriles han alcanzado este número, si no lo han superado muchas veces, pero a veces sin poder llamar suyo el más mínimo valor real. Puras acumulaciones de bloques de viviendas y conventillos, nada más. Cómo se supone que tal insignificancia crea una conexión especial con un lugar así debe ser un misterio. Nadie estará especialmente apegado a una ciudad que no tiene más que ofrecer que cualquier otra, que carece de cualquier toque personal, y en la que se ha evitado escrupulosamente todo lo que pueda parecer arte o similar.

Pero eso no es todo, incluso las grandes ciudades reales se están volviendo proporcionalmente más y más pobres en obras de arte reales con el aumento cada vez mayor en el número de personas. Parecen cada vez más pulidos y producen exactamente el mismo cuadro, aunque en mayor medida, que los miserables pueblecitos fabriles. Lo que los tiempos modernos han añadido al contenido cultural de nuestras grandes ciudades es completamente insuficiente. Todas nuestras ciudades viven de la gloria y los tesoros del pasado. Quitemos del actual Munich todo lo que se creó bajo Luis I, y se verá con horror cuán pobre ha sido el aumento de importantes creaciones artísticas desde entonces. Lo mismo se aplica a Berlín y a la mayoría de las grandes ciudades.



Pero lo esencial sigue siendo lo siguiente: nuestras grandes ciudades de hoy no tienen monumentos que dominen todo el paisaje urbano y que de alguna manera puedan abordarse como hitos de toda la época. Pero este era el caso en las ciudades de la antigüedad, ya que casi cada una poseía un monumento especial de su orgullo. No era en los edificios privados donde residía la característica de la ciudad antigua, sino en los monumentos del público en general, que parecían estar destinados no para el momento, sino para la eternidad, porque no se suponía que reflejaran la riqueza de un solo propietario, sino la grandeza e importancia del público en general. De esta manera, se crearon monumentos que eran muy adecuados para conectar al habitante individual con su ciudad de una manera que a veces nos parece casi incomprensible hoy en día. Porque lo que él tenía en mente no eran tanto las pobres casas de los propietarios privados como los magníficos edificios de toda la comunidad. Comparada con ellos, la casa de habitación realmente se hundió en una trivialidad insignificante.

Si se comparan las proporciones de los antiguos edificios estatales con las viviendas simultáneas, sólo se comprenderá la fuerza y la violencia supremas de este énfasis en el principio de asignar el primer lugar a las obras públicas. Lo que hoy admiramos en los montones de ruinas y ruinas del mundo antiguo como algunos colosos aún imponentes no son antiguos palacios comerciales, sino templos y edificios estatales; es decir, obras cuyo propietario era el público en general. Incluso en el esplendor de la Roma del Período Tardío, el primer lugar no lo ocuparon las villas y palacios de los ciudadanos individuales, sino los templos y baños, los estadios, los circos, los acueductos, las basílicas, etc., del Estado, es decir, de todo el pueblo. Incluso la Edad Media germánica mantuvo el mismo principio rector, aunque bajo concepciones completamente diferentes del arte. Lo que en la antigüedad encontraba su expresión en la Acrópolis o el Panteón, ahora estaba envuelto en las formas de la catedral gótica.



Como gigantes, estos edificios monumentales se elevaban sobre el pequeño enjambre de edificios con entramado de madera, madera o ladrillo de la ciudad medieval y se convirtieron así en hitos que aún hoy, a medida que las viviendas suben más y más alto junto a ellos, determinan el carácter y la imagen de estos lugares. Las catedrales, los ayuntamientos y los Schrannenhallen, así como las torres defensivas, encuentran el signo visible de una concepción que, en última instancia, sólo correspondía a la de la antigüedad.

Pero cuán lamentable se ha vuelto hoy la relación entre el Estado y la construcción privada. Si el destino de Roma cayera en Berlín, la posteridad podría admirar un día los grandes almacenes de algunos judíos y los hoteles de algunas sociedades como las obras más poderosas de nuestro tiempo como expresión característica de la cultura de nuestros días. Compárese la perversa desproporción que prevalece en una ciudad como Berlín entre los edificios del Reich y los de las finanzas y el comercio.

Incluso la cantidad que se gasta en edificios estatales suele ser verdaderamente ridícula e insuficiente. Las obras no se crean para la eternidad, sino principalmente para las necesidades inmediatas. Cualquier pensamiento superior no prevalece en absoluto. En el momento de su construcción, el Palacio de Berlín era una obra de diferente significación que, por ejemplo, la nueva biblioteca es en el contexto del presente. Mientras que un solo acorazado valía alrededor de sesenta millones, apenas se aprobó la mitad del primer edificio magnífico del imperio, que iba a estar destinado a la eternidad, el edificio del Reichstag. Sí, cuando se llegó a la decisión sobre la cuestión del mobiliario interior, la Cámara votó en contra del uso de la piedra y ordenó que las paredes se cubrieran con yeso; Esta vez, sin embargo, los parlamentarios habían hecho lo correcto por una vez: las cabezas de yeso tampoco deben estar entre los muros de piedra.



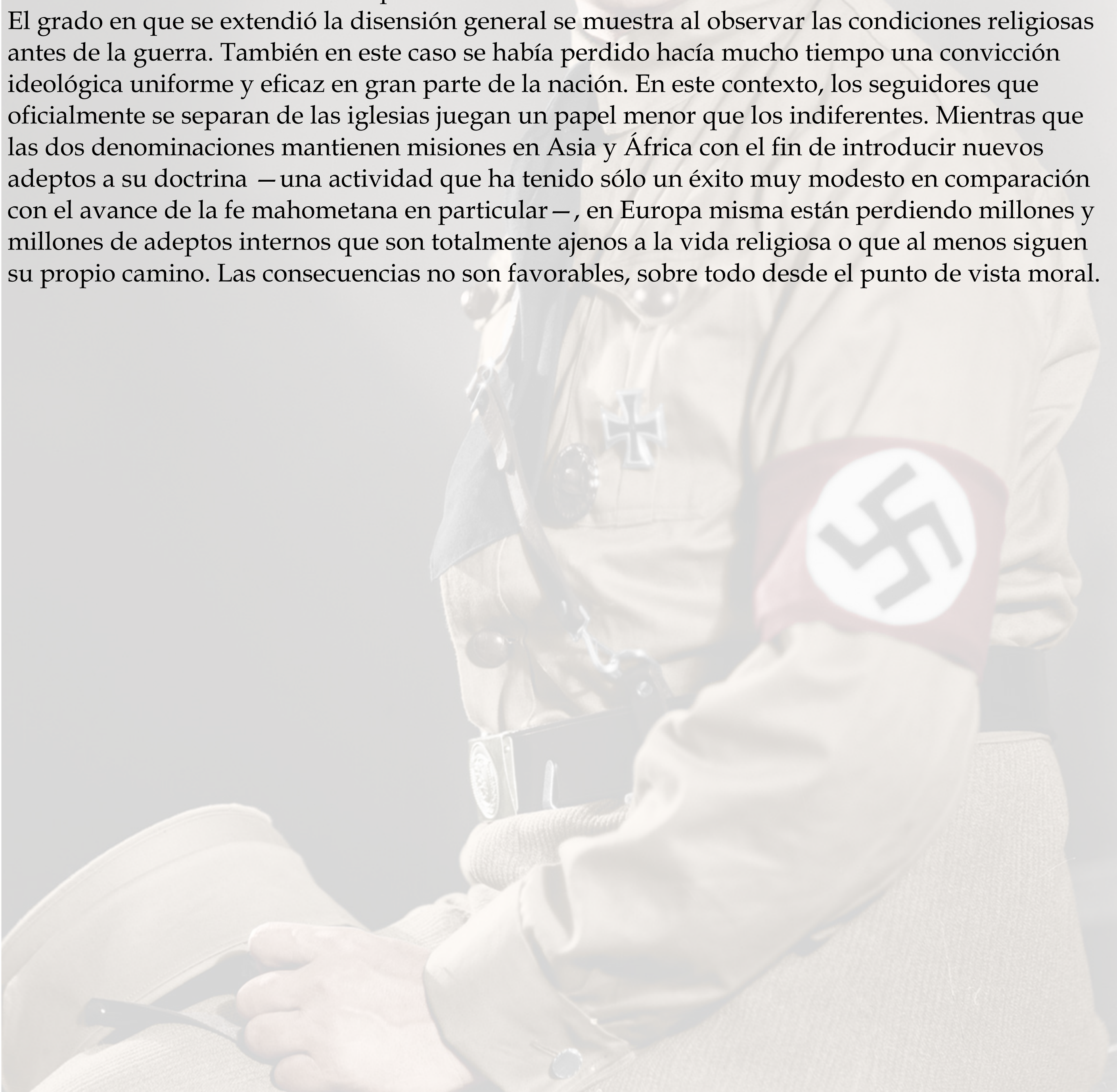
292 Condiciones religiosas

Así, nuestras ciudades del presente carecen del emblema sobresaliente de la comunidad nacional y, por lo tanto, no debería sorprenderse si éste no se presenta en sus ciudades como un hito de sí mismo. Tiene que haber una desolación, que tiene un efecto práctico en la completa falta de participación del habitante de la ciudad de hoy en el destino de su ciudad.

Esto también es un signo de nuestra cultura en decadencia y de nuestro colapso general. El tiempo asfixia en la más mínima practicidad, mejor dicho al servicio del dinero. Pero uno no debería sorprenderse si queda poco sentido de heroísmo bajo tal deidad. El presente de hoy sólo cosecha lo que el pasado anterior ha sembrado.

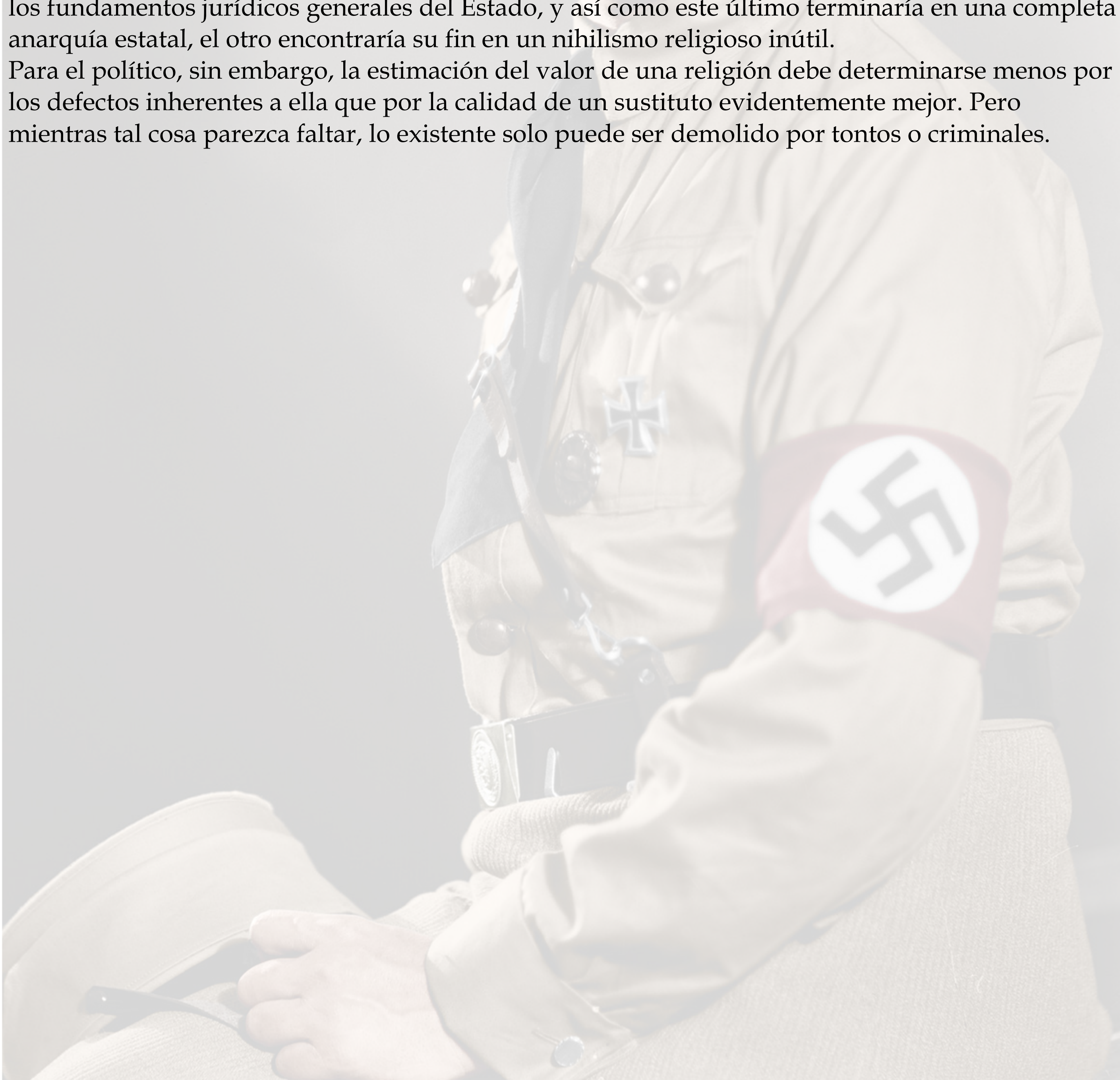
Todos estos signos de decadencia no son, en última instancia, más que las consecuencias de la falta de una visión del mundo definida y uniformemente reconocida, y de la incertidumbre general que de ella resulta en el juicio y la actitud hacia las grandes cuestiones individuales de la época. Por lo tanto, a partir de la educación, todo es poco entusiasta y fluctuante, rehúye la responsabilidad y, por lo tanto, termina en la tolerancia cobarde del daño autoreconocido. La estupidez de la humanidad se pone de moda, y al ceder débilmente a los excesos y perdonar a los individuos, se sacrifica el futuro de millones de personas.

El grado en que se extendió la disensión general se muestra al observar las condiciones religiosas antes de la guerra. También en este caso se había perdido hacía mucho tiempo una convicción ideológica uniforme y eficaz en gran parte de la nación. En este contexto, los seguidores que oficialmente se separan de las iglesias juegan un papel menor que los indiferentes. Mientras que las dos denominaciones mantienen misiones en Asia y África con el fin de introducir nuevos adeptos a su doctrina —una actividad que ha tenido sólo un éxito muy modesto en comparación con el avance de la fe mahometana en particular—, en Europa misma están perdiendo millones y millones de adeptos internos que son totalmente ajenos a la vida religiosa o que al menos siguen su propio camino. Las consecuencias no son favorables, sobre todo desde el punto de vista moral.

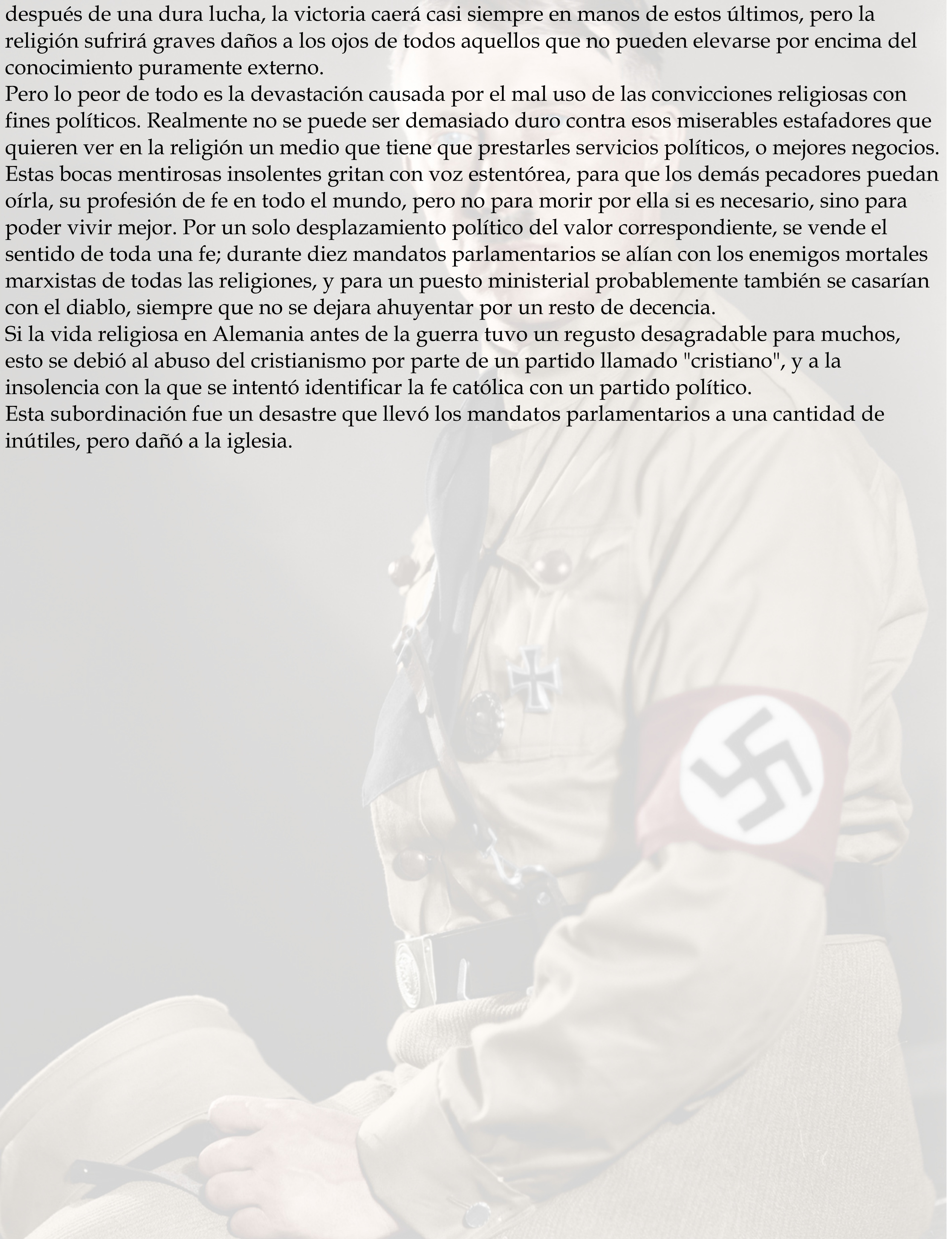


Es digna de mención también la lucha cada vez más encarnizada contra los fundamentos dogmáticos de cada una de las Iglesias, sin los cuales, sin embargo, la existencia práctica de una fe religiosa es inconcebible en este mundo de los seres humanos. La gran masa de un pueblo no está formada por filósofos; Pero especialmente para las masas, la fe es a menudo la única base de una visión moral del mundo. Los diversos medios sustitutivos no han demostrado ser tan útiles en su éxito como para ser considerados como un reemplazo útil de las confesiones religiosas anteriores. Pero si la doctrina religiosa y la fe han de abarcar realmente los amplios estratos, entonces la autoridad incondicional del contenido de esta fe es el fundamento de toda eficacia. Lo que es, entonces, el estilo de vida respectivo para la vida general, sin el cual cientos de miles de personas de alto rango ciertamente vivirían sensata e inteligentemente, pero millones de otros no lo harían, son las leyes básicas del estado para el estado y los dogmas para la religión respectiva. Sólo a través de ella se vislumbra la idea vacilante e infinitamente interpretable, puramente espiritual, que se perfila definitivamente y se lleva a una forma sin la cual nunca podría ser creída. En el otro caso, la idea nunca se elevaría más allá de una visión metafísica, sí, en resumen, de una opinión filosófica. El ataque contra los dogmas en sí mismo es, por lo tanto, muy parecido a la lucha contra los fundamentos jurídicos generales del Estado, y así como este último terminaría en una completa anarquía estatal, el otro encontraría su fin en un nihilismo religioso inútil.

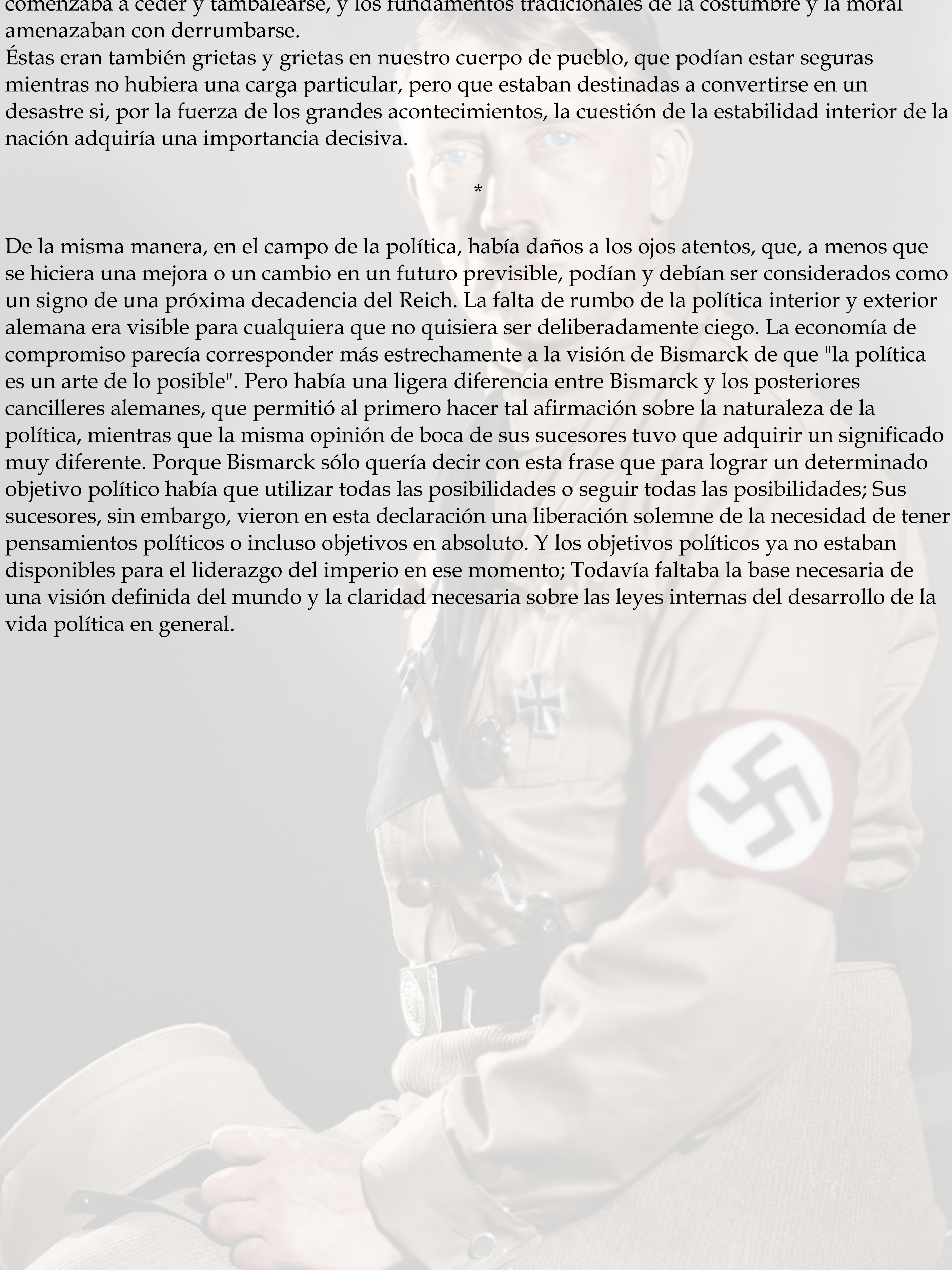
Para el político, sin embargo, la estimación del valor de una religión debe determinarse menos por los defectos inherentes a ella que por la calidad de un sustituto evidentemente mejor. Pero mientras tal cosa parezca faltar, lo existente solo puede ser demolido por tontos o criminales.



294 Abuso político de la religión



Por supuesto, no es el menor culpable de las condiciones religiosas no muy agradables aquellos que cargan demasiado la imaginación religiosa con cosas puramente terrenales y tan a menudo la llevan a un conflicto completamente innecesario con la llamada ciencia exacta. Aquí, incluso después de una dura lucha, la victoria caerá casi siempre en manos de estos últimos, pero la religión sufrirá graves daños a los ojos de todos aquellos que no pueden elevarse por encima del conocimiento puramente externo.
Pero lo peor de todo es la devastación causada por el mal uso de las convicciones religiosas con fines políticos. Realmente no se puede ser demasiado duro contra esos miserables estafadores que quieren ver en la religión un medio que tiene que prestarles servicios políticos, o mejores negocios. Estas bocas mentirosas insolentes gritan con voz estentórea, para que los demás pecadores puedan oírla, su profesión de fe en todo el mundo, pero no para morir por ella si es necesario, sino para poder vivir mejor. Por un solo desplazamiento político del valor correspondiente, se vende el sentido de toda una fe; durante diez mandatos parlamentarios se alían con los enemigos mortales marxistas de todas las religiones, y para un puesto ministerial probablemente también se casarían con el diablo, siempre que no se dejara ahuyentar por un resto de decencia.
Si la vida religiosa en Alemania antes de la guerra tuvo un regusto desagradable para muchos, esto se debió al abuso del cristianismo por parte de un partido llamado "cristiano", y a la insolencia con la que se intentó identificar la fe católica con un partido político.
Esta subordinación fue un desastre que llevó los mandatos parlamentarios a una cantidad de inútiles, pero dañó a la iglesia.



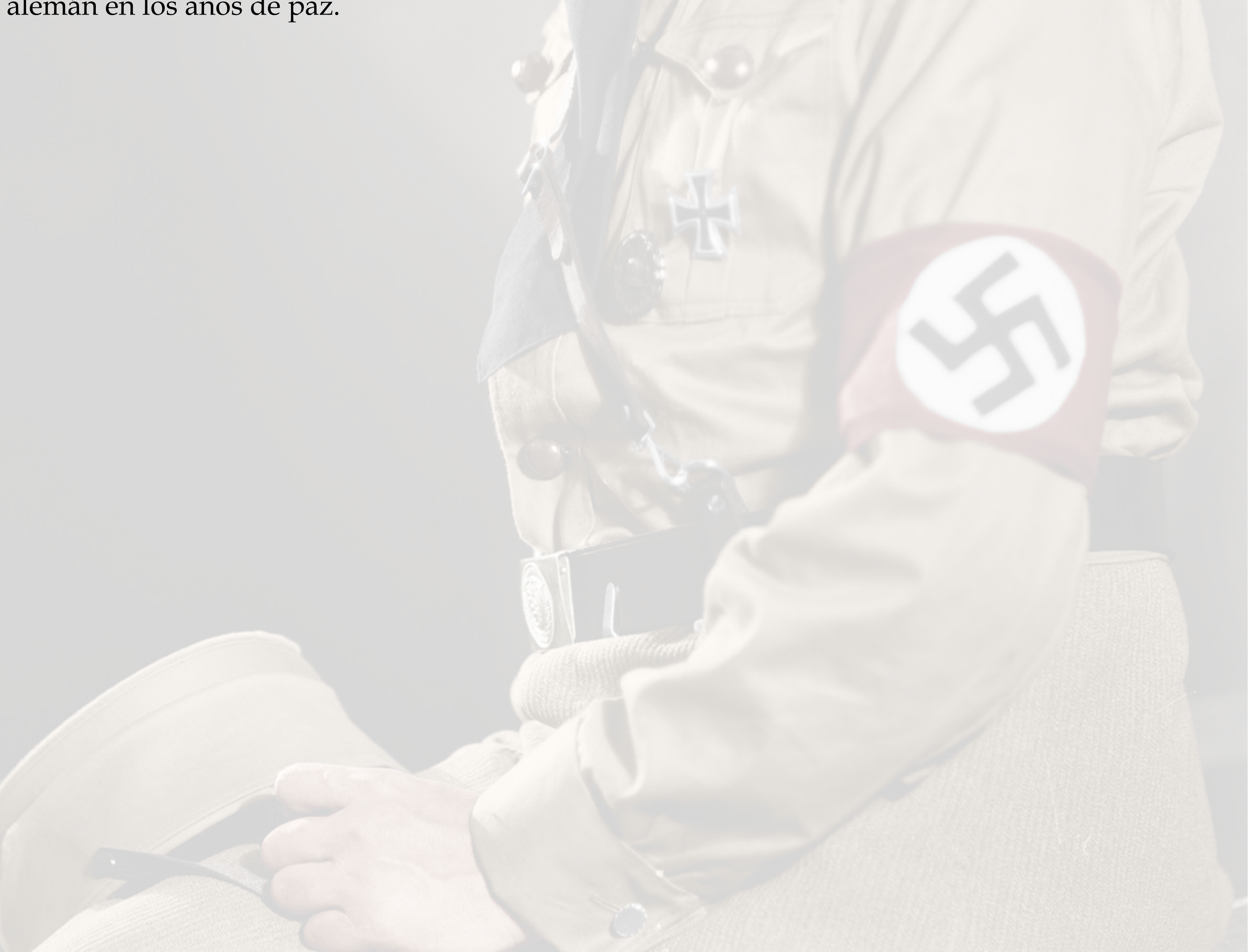
El resultado, sin embargo, tuvo que ser soportado por toda la nación, ya que las consecuencias de la consiguiente relajación de la vida religiosa cayeron precisamente en un momento en que todo comenzaba a ceder y tambalearse, y los fundamentos tradicionales de la costumbre y la moral amenazaban con derrumbarse.
Éstas eran también grietas y grietas en nuestro cuerpo de pueblo, que podían estar seguras mientras no hubiera una carga particular, pero que estaban destinadas a convertirse en un desastre si, por la fuerza de los grandes acontecimientos, la cuestión de la estabilidad interior de la nación adquiría una importancia decisiva.

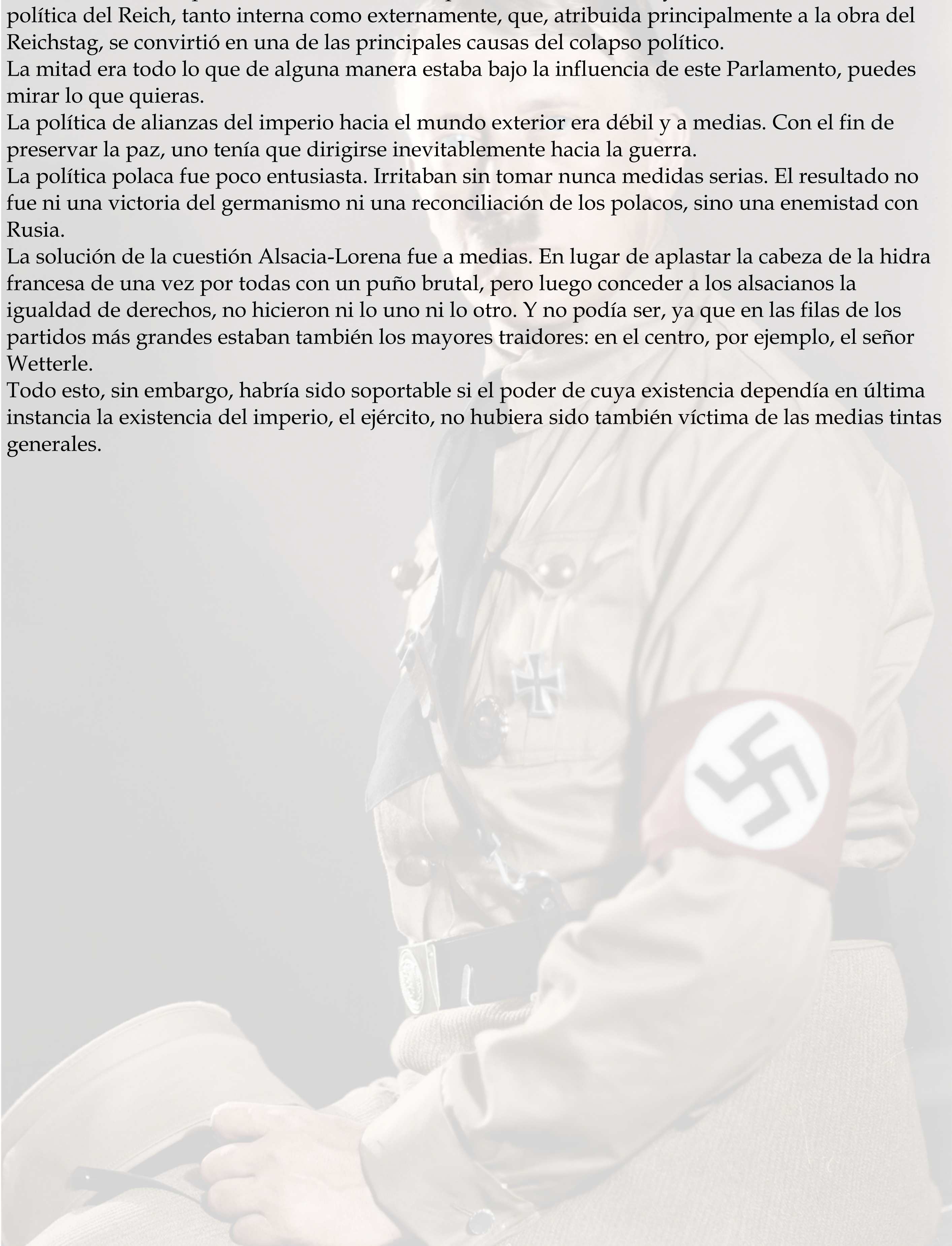
*

De la misma manera, en el campo de la política, había daños a los ojos atentos, que, a menos que se hiciera una mejora o un cambio en un futuro previsible, podían y debían ser considerados como un signo de una próxima decadencia del Reich. La falta de rumbo de la política interior y exterior alemana era visible para cualquiera que no quisiera ser deliberadamente ciego. La economía de compromiso parecía corresponder más estrechamente a la visión de Bismarck de que "la política es un arte de lo posible". Pero había una ligera diferencia entre Bismarck y los posteriores cancilleres alemanes, que permitió al primero hacer tal afirmación sobre la naturaleza de la política, mientras que la misma opinión de boca de sus sucesores tuvo que adquirir un significado muy diferente. Porque Bismarck sólo quería decir con esta frase que para lograr un determinado objetivo político había que utilizar todas las posibilidades o seguir todas las posibilidades; Sus sucesores, sin embargo, vieron en esta declaración una liberación solemne de la necesidad de tener pensamientos políticos o incluso objetivos en absoluto. Y los objetivos políticos ya no estaban disponibles para el liderazgo del imperio en ese momento; Todavía faltaba la base necesaria de una visión definida del mundo y la claridad necesaria sobre las leyes internas del desarrollo de la vida política en general.

296 Fracaso del parlamentarismo de antes de la guerra

No fueron pocos los que miraron con tristeza en esta dirección y criticaron la falta de plan y la irreflexión de la política imperial, reconociendo así muy bien su debilidad interna y su vacuidad, pero estos no eran más que los forasteros de la vida política; las autoridades oficiales del gobierno pasaron por alto los hallazgos de Houston Stewart Chamberlain con la misma indiferencia con que todavía lo hacen hoy. Esta gente es demasiado estúpida para pensar algo por sí misma, y demasiado engreída para aprender lo que es necesario de los demás, una antigua verdad que hizo exclamar a Oxenstierna: "El mundo está gobernado sólo por una fracción de sabiduría", de la cual, por supuesto, casi todos los consejeros ministeriales encarnan sólo un átomo. Sin embargo, desde que Alemania se convirtió en una república, este ya no es el caso, por lo tanto, también está prohibido por la Ley de Protección de la República creer o incluso decir tal cosa. Para Oxenstierna, sin embargo, fue una suerte vivir incluso entonces, y no en esta inteligente república de hoy.
Incluso en el período anterior a la guerra, la institución en la que debía encarnarse la fuerza del Reich era a menudo reconocida como el mayor momento de debilidad: el parlamento, el Reichstag. La cobardía y la irresponsabilidad se unieron aquí de una manera perfecta.
Es una de las tonterías que se oyen a menudo hoy en día: que el parlamentarismo en Alemania ha "fracasado desde la revolución". Es demasiado fácil dar la impresión de que las cosas habían sido diferentes antes de la revolución. En realidad, esta institución no puede dejar de tener un efecto devastador, y lo hizo incluso en el momento en que la mayoría de las personas todavía colgadas con anteojeras no veían nada o no querían ver nada. Porque el hecho de que Alemania haya sido derrocada no se debe en lo más mínimo a esta institución; pero el hecho de que la catástrofe no ocurriera antes no puede considerarse como un mérito del Reichstag, sino que debe atribuirse a la resistencia que resistió a las actividades de este sepulturero de la nación alemana y del Reich alemán en los años de paz.





De la vasta suma de daños devastadores causados directa o indirectamente a esta institución, destacaré solo un desastre que corresponde más estrechamente a la esencia interna de esta institución tan irresponsable de todos los tiempos: la horrible tibieza y debilidad de la dirección política del Reich, tanto interna como externamente, que, atribuida principalmente a la obra del Reichstag, se convirtió en una de las principales causas del colapso político.

La mitad era todo lo que de alguna manera estaba bajo la influencia de este Parlamento, puedes mirar lo que quieras.

La política de alianzas del imperio hacia el mundo exterior era débil y a medias. Con el fin de preservar la paz, uno tenía que dirigirse inevitablemente hacia la guerra.

La política polaca fue poco entusiasta. Irritaban sin tomar nunca medidas serias. El resultado no fue ni una victoria del germanismo ni una reconciliación de los polacos, sino una enemistad con Rusia.

La solución de la cuestión Alsacia-Lorena fue a medias. En lugar de aplastar la cabeza de la hidra francesa de una vez por todas con un puño brutal, pero luego conceder a los alsacianos la igualdad de derechos, no hicieron ni lo uno ni lo otro. Y no podía ser, ya que en las filas de los partidos más grandes estaban también los mayores traidores: en el centro, por ejemplo, el señor Wetterle.

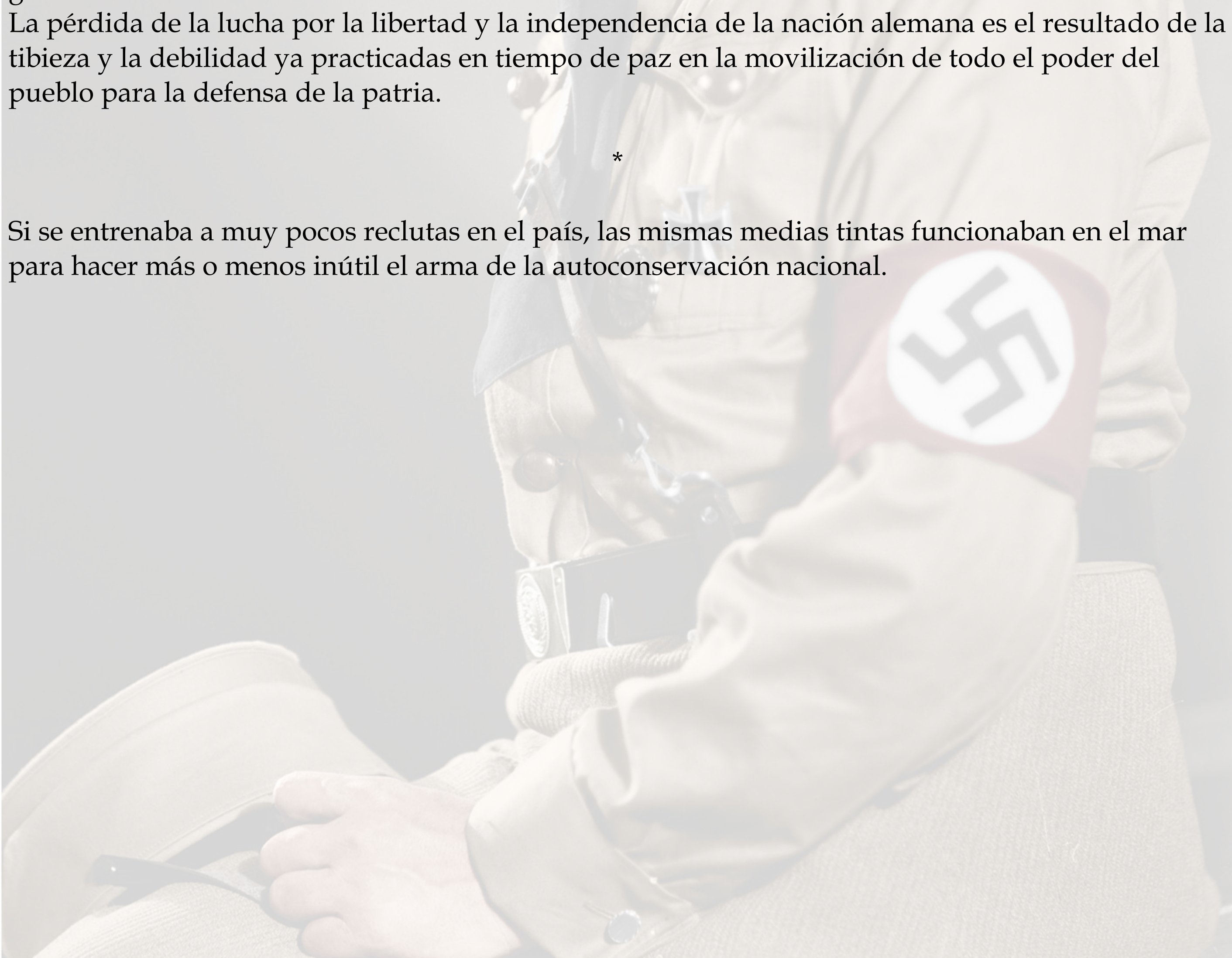
Todo esto, sin embargo, habría sido soportable si el poder de cuya existencia dependía en última instancia la existencia del imperio, el ejército, no hubiera sido también víctima de las medias tintas generales.

298 Delitos de parlamentarismo contra el ejército

Lo que el llamado "Reichstag alemán" ha cometido aquí por sí solo es suficiente para cargarlo con la maldición de la nación alemana para siempre. Por las más miserables razones, estos sinvergüenzas del partido parlamentario han robado de las manos de la nación el arma de la autoconservación, la única protección de la libertad y la independencia de nuestro pueblo, y la han golpeado. Si hoy se abrieran las tumbas de la llanura flamenca, se levantarían de ellas los sangrientos acusadores, centenares de miles de los mejores jóvenes alemanes, que fueron arrojados a los brazos de la muerte por la falta de escrúpulos de estos criminales parlamentarios, mal educados y a medias; La patria los ha perdido a ellos y a millones de lisiados y muertos sólo para permitir que unos pocos centenares de estafadores del pueblo realicen deportaciones políticas, chantajes, o incluso reciten teorías doctrinarias.
Mientras que los judíos, a través de su prensa marxista y democrática, proclamaban la mentira del "militarismo" alemán en todo el mundo y así trataban de agobiar a Alemania por todos los medios, los partidos marxistas y democráticos se negaban a cualquier desarrollo integral del poder popular alemán. Al mismo tiempo, el monstruoso crimen que se cometió de esta manera debió quedar inmediatamente claro para cualquiera que sólo pensara que en el caso de una guerra próxima toda la nación tendría que tomar las armas, y así millones de alemanes serían empujados ante el enemigo en forma pobre y a medias educada por los canallas de estos limpios representantes de su propia llamada "representación del pueblo". Pero incluso si se ignoraran por completo las consecuencias resultantes de la brutal y grosera falta de escrúpulos de estos proxenetas parlamentarios, esta falta de soldados entrenados al comienzo de la guerra sólo podría conducir fácilmente a la pérdida de la misma, que luego se confirmó tan terriblemente en la gran guerra mundial.
La pérdida de la lucha por la libertad y la independencia de la nación alemana es el resultado de la tibieza y la debilidad ya practicadas en tiempo de paz en la movilización de todo el poder del pueblo para la defensa de la patria.

*

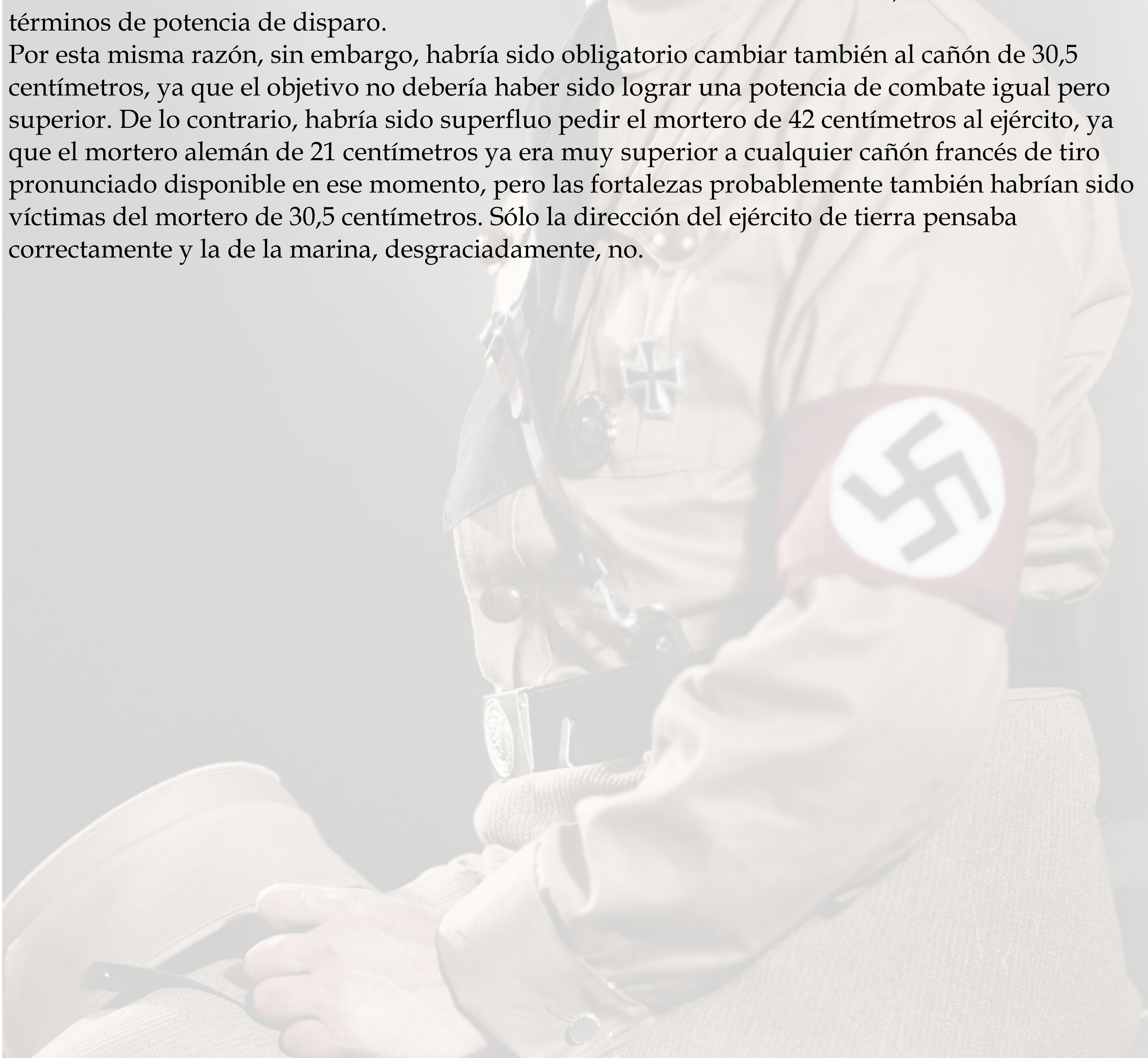
Si se entrenaba a muy pocos reclutas en el país, las mismas medias tintas funcionaban en el mar para hacer más o menos inútil el arma de la autoconservación nacional.



Desgraciadamente, sin embargo, la propia cúpula de la Armada estaba contagiada por el espíritu de las medias tintas. La tendencia a construir siempre todos los barcos que se colocaban en una pila un poco más pequeña que los barcos ingleses botados al mismo tiempo no era muy previsora y aún menos ingeniosa. Es precisamente una flota que, desde el principio, no puede ser llevada al mismo nivel que su probable oponente en términos puramente numéricos, debe esforzarse por compensar la falta de número con el extraordinario poder de combate de los barcos individuales. Lo que cuenta es el poder de combate superior y no una fabulosa superioridad de "bondad". De hecho, la tecnología moderna ha llegado a ser tan avanzada y ha llegado a un acuerdo tan grande en los estados civilizados individuales que debe considerarse imposible dar a los barcos de una potencia un valor mucho mayor que a los barcos del mismo tonelaje de otro estado. Pero es aún menos concebible lograr la superioridad con un desplazamiento más pequeño que uno más grande.

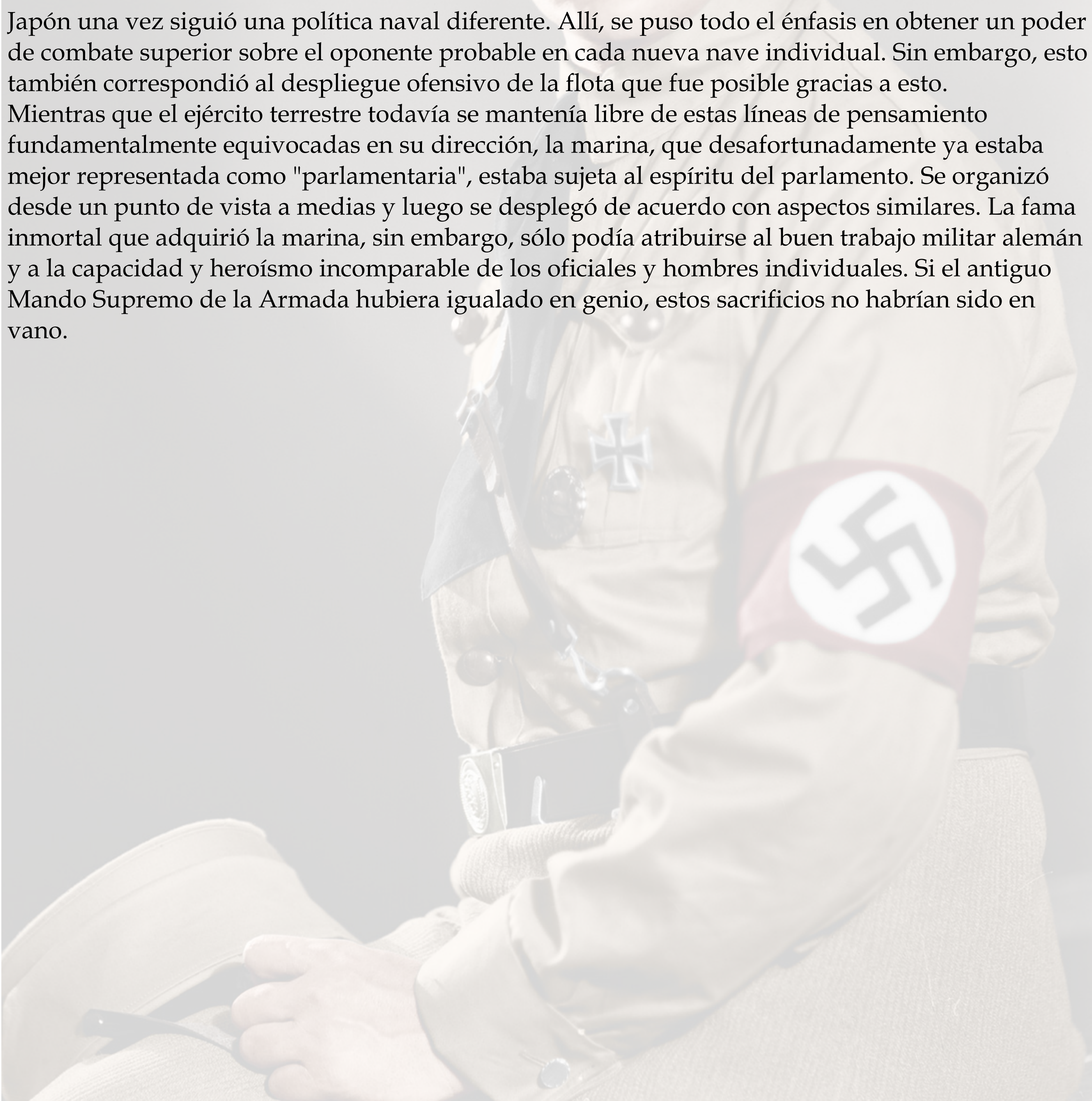
De hecho, el menor tonelaje de los barcos alemanes sólo podía lograrse a expensas de la velocidad y el blindaje. La frase con la que se intentó justificar este hecho, sin embargo, ya mostraba una muy perversa falta de lógica por parte de la autoridad que gobernaba esto en tiempo de paz. Se declaró que el material del cañón alemán era tan obviamente superior al británico que el cañón alemán de 28 centímetros no era en absoluto inferior al cañón británico de 30,5 centímetros en términos de potencia de disparo.

Por esta misma razón, sin embargo, habría sido obligatorio cambiar también al cañón de 30,5 centímetros, ya que el objetivo no debería haber sido lograr una potencia de combate igual pero superior. De lo contrario, habría sido superfluo pedir el mortero de 42 centímetros al ejército, ya que el mortero alemán de 21 centímetros ya era muy superior a cualquier cañón francés de tiro pronunciado disponible en ese momento, pero las fortalezas probablemente también habrían sido víctimas del mortero de 30,5 centímetros. Sólo la dirección del ejército de tierra pensaba correctamente y la de la marina, desgraciadamente, no.



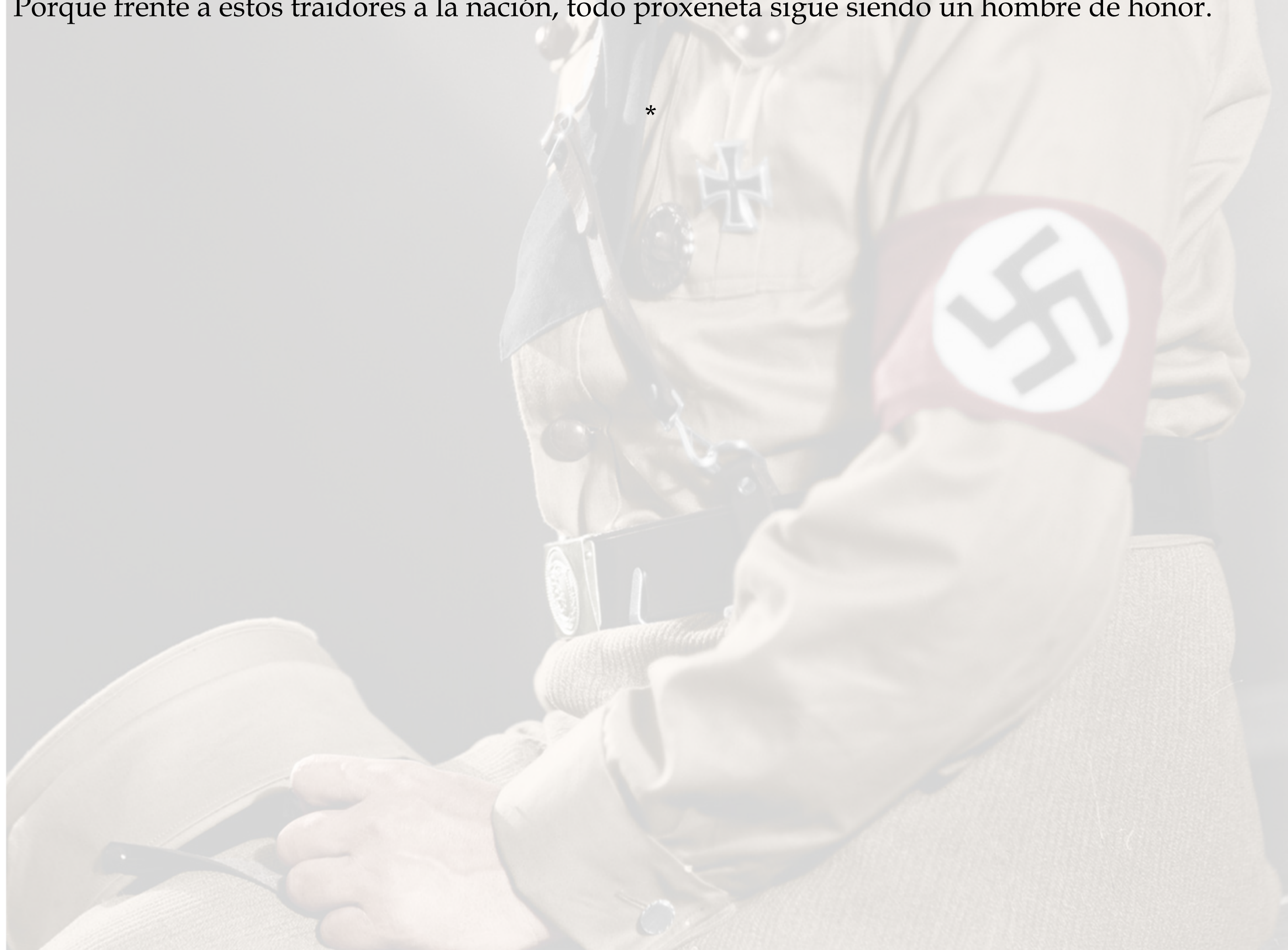
300 Política incorrecta de construcción de flotas

Sin embargo, la renuncia a un efecto de artillería sobresaliente y a una velocidad superior se basó enteramente en la llamada "idea de riesgo" fundamentalmente equivocada. El mando naval renunció al ataque debido a la forma de expansión de la flota y, por lo tanto, inevitablemente se desplazó a la defensiva desde el principio. Pero esto también significó que renunciaron al último éxito, que es y solo puede ser en ataque para siempre.
Un barco con menos velocidad y blindaje más débil generalmente será disparado al suelo por el enemigo más rápido y mejor equipado a la distancia de disparo más favorable para él. Un gran número de nuestros cruceros deben haber sentido esto de la manera más amarga. La guerra, que obligó, siempre que fue posible, a abrazar los viejos barcos y a armar los nuevos, lo fundamentalmente erróneo que era la visión de la paz del mando naval. Sin embargo, si en la batalla del Skagerrak los barcos alemanes hubieran poseído el mismo tonelaje, el mismo armamento y la misma velocidad que los ingleses, entonces la flota británica se habría hundido en la tumba acuática bajo el huracán de los precisos y más efectivos proyectiles alemanes de 38 centímetros.
Japón una vez siguió una política naval diferente. Allí, se puso todo el énfasis en obtener un poder de combate superior sobre el oponente probable en cada nueva nave individual. Sin embargo, esto también correspondió al despliegue ofensivo de la flota que fue posible gracias a esto.
Mientras que el ejército terrestre todavía se mantenía libre de estas líneas de pensamiento fundamentalmente equivocadas en su dirección, la marina, que desafortunadamente ya estaba mejor representada como "parlamentaria", estaba sujeta al espíritu del parlamento. Se organizó desde un punto de vista a medias y luego se desplegó de acuerdo con aspectos similares. La fama inmortal que adquirió la marina, sin embargo, sólo podía atribuirse al buen trabajo militar alemán y a la capacidad y heroísmo incomparable de los oficiales y hombres individuales. Si el antiguo Mando Supremo de la Armada hubiera igualado en genio, estos sacrificios no habrían sido en vano.



Así, tal vez, fue precisamente la superior habilidad parlamentaria del jefe principal de la marina en tiempos de paz lo que se convirtió en su desastre, ya que lamentablemente los puntos de vista parlamentarios comenzaron a desempeñar el papel decisivo en su estructura en lugar de los puramente militares. La tibieza y la debilidad, así como la baja lógica de pensamiento propia de la institución parlamentaria, se contagiaron al mando de la flota.
El Ejército de Tierra, como ya se ha enfatizado, todavía se mantenía al margen de tales líneas de pensamiento fundamentalmente equivocadas. En particular, el entonces coronel del Gran Estado Mayor, Ludendorff, libró una lucha desesperada contra la tibieza y la debilidad criminales con las que el Reichstag se enfrentaba a las cuestiones vitales de la nación y las negaba en su mayoría. Si la lucha que este oficial libró en ese momento fue en vano, entonces la culpa recaía en el parlamento, por un lado, y por otro lado, en la actitud y debilidad del canciller del Reich Bethmann Hollweg, si es posible aún más miserable. Esto, sin embargo, no impide en lo más mínimo que los culpables del hundimiento alemán quieran culpar hoy precisamente a aquellos que fueron los únicos que se opusieron a este descuido de los intereses nacionales: un engaño más o menos importante nunca es importante para estos estafadores natos.
Cualquiera que piense en todos los sacrificios que han sido impuestos a la nación por la imprudencia criminal de estos irresponsables, que piense en todos los muertos y lisiados sacrificados sin propósito, así como en la vergüenza y la desgracia sin límites, la miseria inconmensurable que ahora nos ha sobrevenido, y sepa que todo esto vino solo para despejar el camino para que un grupo de nerds sin escrúpulos y buscadores de empleo lleguen a las sillas ministeriales, Comprenderá que estas criaturas realmente solo pueden ser descritas con palabras como sinvergüenza, sinvergüenza, sinvergüenza y criminal, de lo contrario, el significado y el propósito de la existencia de estas expresiones en el uso lingüístico serían incomprensibles. Porque frente a estos traidores a la nación, todo proxeneta sigue siendo un hombre de honor.

*



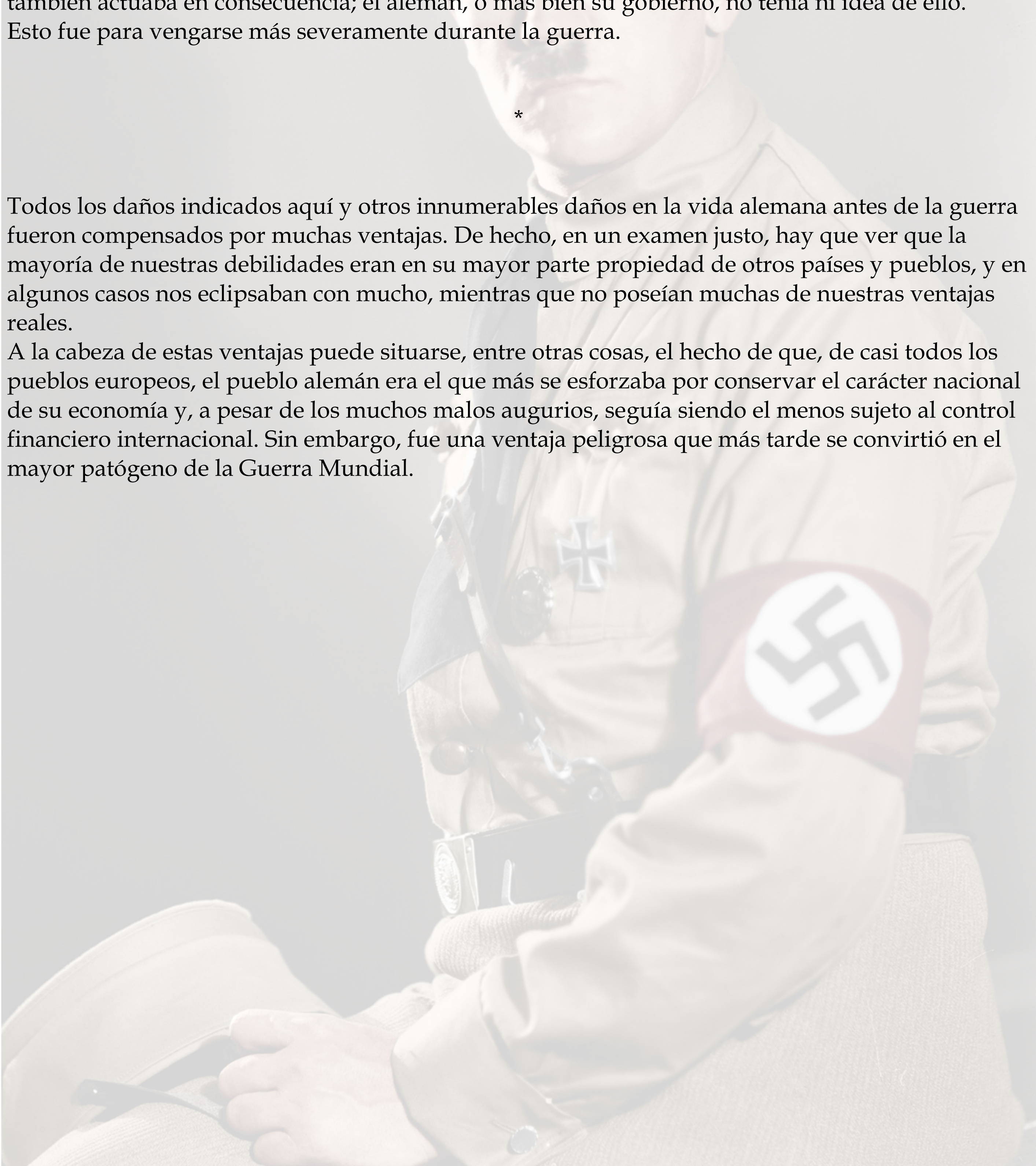
302 Las ventajas alemanas

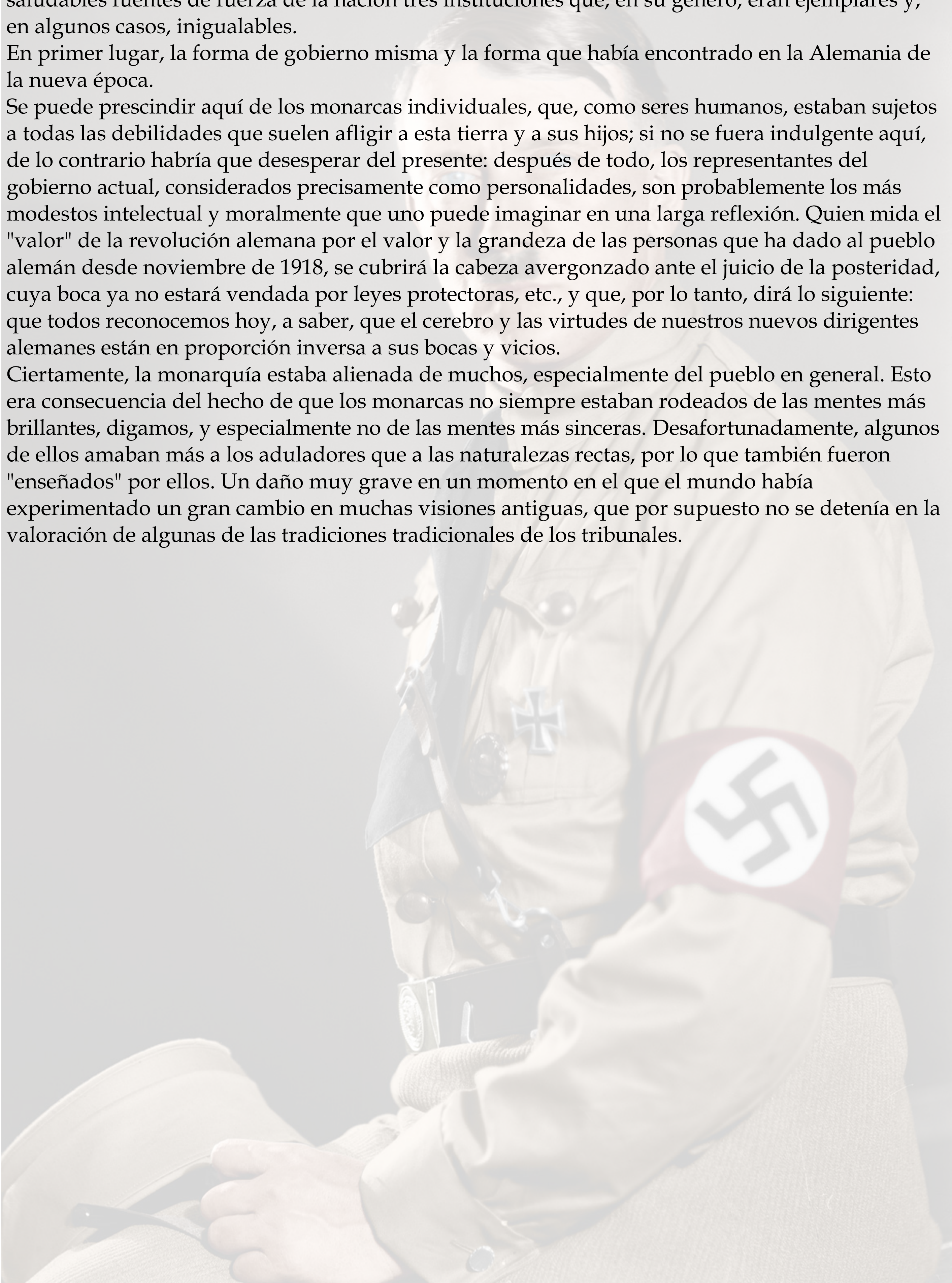
Sin embargo, todos los verdaderos lados oscuros de la vieja Alemania, por extraño que parezca, sólo se notaban cuando la solidez interna de la nación tenía que sufrir daños como consecuencia de ello. Sí, en tales casos las verdades desagradables eran virtualmente gritadas a las masas, mientras que por lo demás muchas cosas eran vergonzosamente ocultadas, a veces incluso simplemente negadas. Este era el caso si el tratamiento abierto de una cuestión podría haber conducido a una mejora. Al mismo tiempo, las autoridades autoritativas del gobierno no comprendieron casi nada del valor y la naturaleza de la propaganda. Que por la aplicación astuta y constante de la propaganda, incluso el cielo puede ser engañado para convertirse en el infierno de un pueblo y, a la inversa, en la vida más miserable como el paraíso, sólo lo sabía el judío, que también actuaba en consecuencia; el alemán, o más bien su gobierno, no tenía ni idea de ello. Esto fue para vengarse más severamente durante la guerra.

*

Todos los daños indicados aquí y otros innumerables daños en la vida alemana antes de la guerra fueron compensados por muchas ventajas. De hecho, en un examen justo, hay que ver que la mayoría de nuestras debilidades eran en su mayor parte propiedad de otros países y pueblos, y en algunos casos nos eclipsaban con mucho, mientras que no poseían muchas de nuestras ventajas reales.

A la cabeza de estas ventajas puede situarse, entre otras cosas, el hecho de que, de casi todos los pueblos europeos, el pueblo alemán era el que más se esforzaba por conservar el carácter nacional de su economía y, a pesar de los muchos malos augurios, seguía siendo el menos sujeto al control financiero internacional. Sin embargo, fue una ventaja peligrosa que más tarde se convirtió en el mayor patógeno de la Guerra Mundial.



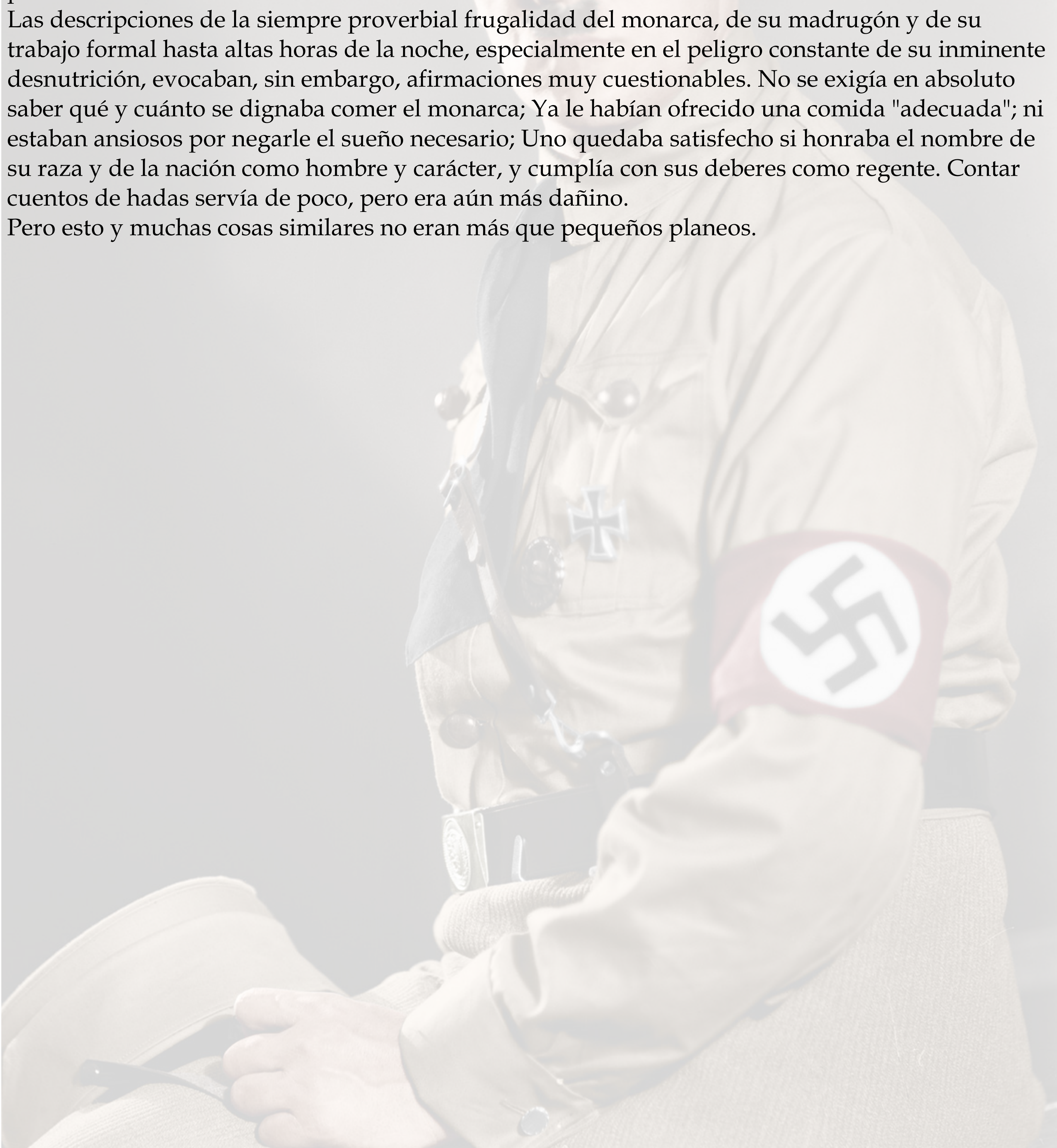


Representantes del antiguo y nuevo regimiento 303

Pero si prescindimos de esto y de muchas otras cosas, hay que sacar de las innumerables y saludables fuentes de fuerza de la nación tres instituciones que, en su género, eran ejemplares y, en algunos casos, inigualables.
En primer lugar, la forma de gobierno misma y la forma que había encontrado en la Alemania de la nueva época.
Se puede prescindir aquí de los monarcas individuales, que, como seres humanos, estaban sujetos a todas las debilidades que suelen afligir a esta tierra y a sus hijos; si no se fuera indulgente aquí, de lo contrario habría que desesperar del presente: después de todo, los representantes del gobierno actual, considerados precisamente como personalidades, son probablemente los más modestos intelectual y moralmente que uno puede imaginar en una larga reflexión. Quien mida el "valor" de la revolución alemana por el valor y la grandeza de las personas que ha dado al pueblo alemán desde noviembre de 1918, se cubrirá la cabeza avergonzado ante el juicio de la posteridad, cuya boca ya no estará vendada por leyes protectoras, etc., y que, por lo tanto, dirá lo siguiente: que todos reconocemos hoy, a saber, que el cerebro y las virtudes de nuestros nuevos dirigentes alemanes están en proporción inversa a sus bocas y vicios.
Ciertamente, la monarquía estaba alienada de muchos, especialmente del pueblo en general. Esto era consecuencia del hecho de que los monarcas no siempre estaban rodeados de las mentes más brillantes, digamos, y especialmente no de las mentes más sinceras. Desafortunadamente, algunos de ellos amaban más a los aduladores que a las naturalezas rectas, por lo que también fueron "enseñados" por ellos. Un daño muy grave en un momento en el que el mundo había experimentado un gran cambio en muchas visiones antiguas, que por supuesto no se detenía en la valoración de algunas de las tradiciones tradicionales de los tribunales.

304 Errores psicológicos del antiguo regimiento

Así, a principios de siglo, el hombre común y el hombre ya no podían encontrar ninguna admiración especial por la princesa que cabalgaba por el frente en uniforme, y parecía que no se podía formar una idea real sobre el efecto de tal desfile a los ojos de la gente, porque de lo contrario tales apariciones desafortunadas probablemente nunca habrían ocurrido. Incluso el humanitarismo no siempre genuino de estos círculos parecía más repulsivo que atractivo. Si, por ejemplo, la princesa X se dignara a hacer la cata en una cocina popular con el conocido resultado, podría haber quedado bastante bien en el pasado, pero luego el éxito fue todo lo contrario. Puede suponerse sin más preámbulo que la Alteza realmente no tenía idea de que la comida el día de su examen era un poco diferente de lo que solía ser; Pero bastaba con que el pueblo lo supiera.
Así que lo que podría haber sido la mejor intención se volvió ridículo, si no francamente provocador.
Las descripciones de la siempre proverbial frugalidad del monarca, de su madrugón y de su trabajo formal hasta altas horas de la noche, especialmente en el peligro constante de su inminente desnutrición, evocaban, sin embargo, afirmaciones muy cuestionables. No se exigía en absoluto saber qué y cuánto se dignaba comer el monarca; Ya le habían ofrecido una comida "adecuada"; ni estaban ansiosos por negarle el sueño necesario; Uno quedaba satisfecho si honraba el nombre de su raza y de la nación como hombre y carácter, y cumplía con sus deberes como regente. Contar cuentos de hadas servía de poco, pero era aún más dañino.
Pero esto y muchas cosas similares no eran más que pequeños planeos.

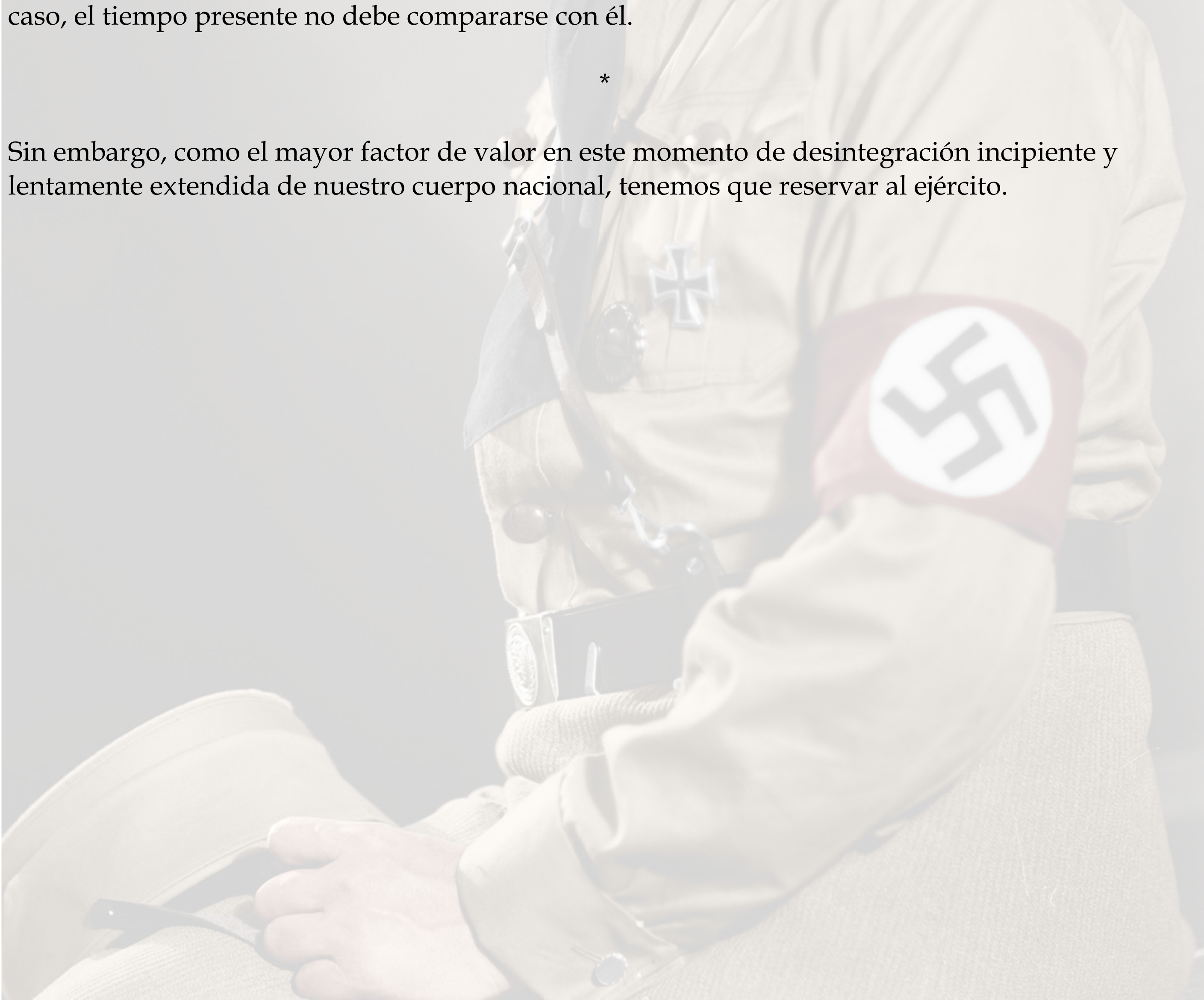


La estabilidad de la forma monárquica de gobierno 305

Peor y peor, en desgraciadamente muy grandes partes de la nación, era la convicción de que uno era gobernado desde arriba de todos modos y que, por lo tanto, el individuo no tenía nada más de qué preocuparse. Mientras el gobierno era realmente bueno, o al menos quería lo mejor, el asunto seguía funcionando. Pero ¡ay de nosotros si el antiguo gobierno, que en sí mismo tenía la intención de hacer el bien, fuera reemplazado por uno nuevo menos ordenado! Entonces, la docilidad sin voluntad y la fe infantil eran las desgracias más graves que podían imaginarse.
Pero todas estas y muchas otras debilidades fueron contrarrestadas por valores indiscutibles.
Por un lado, la estabilidad de toda la cúpula estatal provocada por la forma monárquica de gobierno, así como la retirada de los últimos cargos estatales del ajetreo de la especulación de políticos ambiciosos. Luego está la venerabilidad de la institución misma, así como la autoridad de la institución misma establecida por ella, así como la elevación del cuerpo de funcionarios, y especialmente del ejército, por encima del nivel de las obligaciones político-partidistas. Además, estaba la ventaja de la encarnación personal del jefe de Estado por parte del monarca como persona y el ejemplo de una responsabilidad que el monarca tiene que soportar más que el montón de posibilidades de una mayoría parlamentaria: la proverbial limpieza de la administración alemana se debió principalmente a esto. Finalmente, sin embargo, el valor cultural de la monarquía para el pueblo alemán era alto y podía muy bien compensar otras desventajas. Las residencias alemanas seguían siendo el baluarte de una mentalidad artística que, en cualquier caso, corre el riesgo de extinguirse cada vez más en nuestra era materializada. Lo que los príncipes alemanes hicieron por el arte y la ciencia, especialmente en el siglo XIX, fue ejemplar. En cualquier caso, el tiempo presente no debe compararse con él.

*

Sin embargo, como el mayor factor de valor en este momento de desintegración incipiente y lentamente extendida de nuestro cuerpo nacional, tenemos que reservar al ejército.



306 El Ejército — La escuela insustituible

Era la escuela más poderosa de la nación alemana, y no en vano el odio de todos los enemigos se dirigía contra este mismo paraguas de la autoconservación y la libertad nacionales. No se puede otorgar a esta institución un monumento más glorioso que la declaración de verdad de que ha sido calumniada, odiada, combatida, pero también temida por todos los inferiores. El hecho de que la furia de los explotadores internacionales del pueblo en Versalles se dirigiera principalmente contra el viejo ejército alemán lo hace aún más reconocible como un baluarte de la libertad de nuestro pueblo del poder de la bolsa. Sin este poder de advertencia, el significado de Versalles se habría cumplido en nuestro pueblo hace mucho tiempo. Lo que el pueblo alemán debe al ejército se puede resumir brevemente en una sola palabra, a saber: todo.

El ejército fue educado en la responsabilidad incondicional en una época en que esta cualidad se había vuelto ya muy rara, y su supresión se había convertido cada vez más en la orden del día, a partir del modelo de toda irresponsabilidad, el parlamento; continuaba educando el coraje personal en una época en la que la cobardía amenazaba con convertirse en una enfermedad desenfrenada, y la voluntad de sacrificarse para defender el bien común se consideraba casi como una estupidez, y el prudente parecía ser sólo el que mejor sabía cómo ahorrar y promover el propio "yo"; era la escuela que todavía enseñaba al alemán individual a buscar la salvación de la nación, no en las frases mendaces de una fraternidad internacional entre negros, alemanes, chinos, franceses, ingleses, etc., sino en la fuerza y la unidad de su propio pueblo.

El ejército educó en el poder de decisión, mientras que en el resto de la vida, la indecisión y la duda ya comenzaban a determinar las acciones de los hombres.

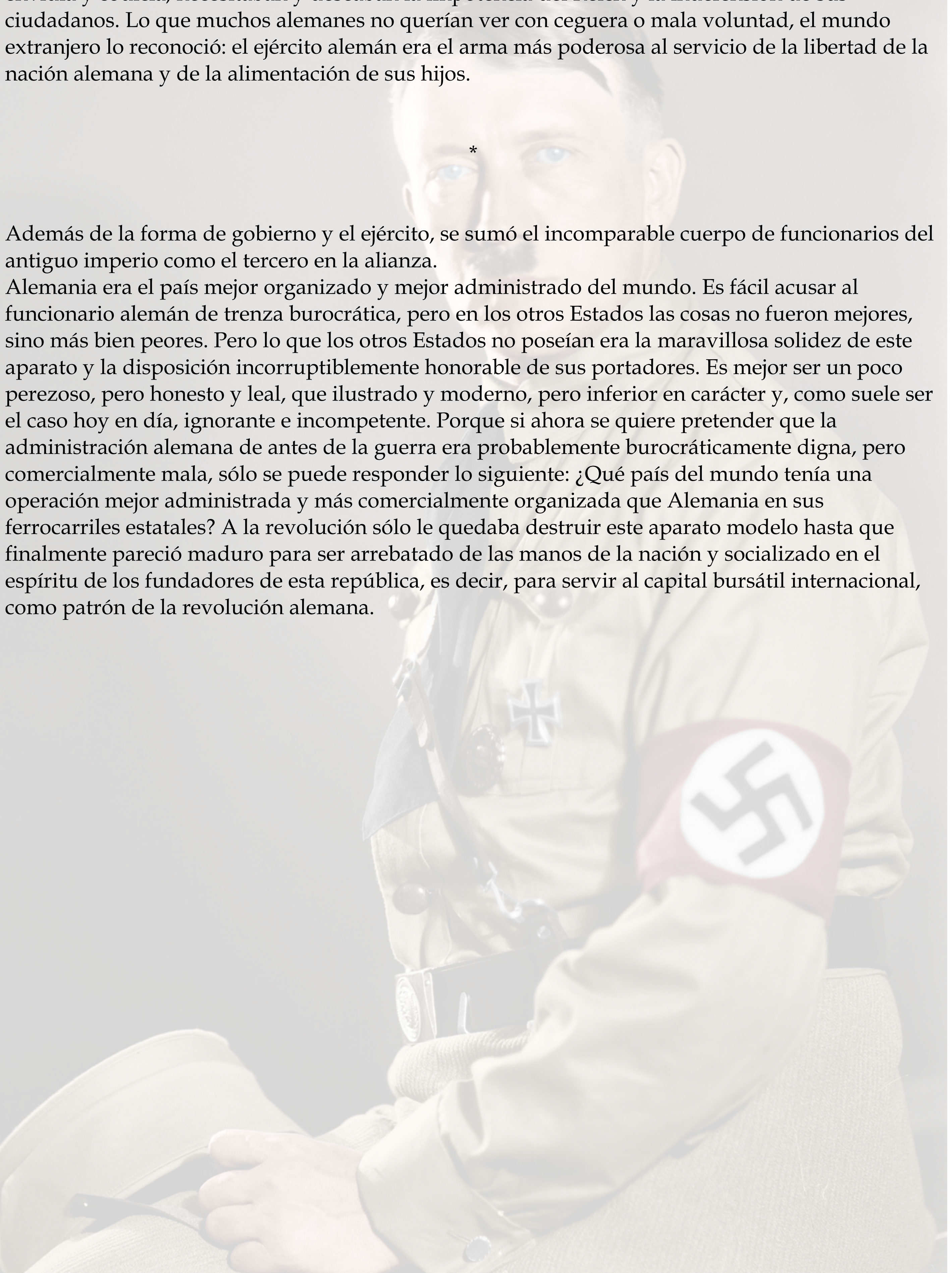


Significaba algo, en una época en la que los sabios de todo el mundo marcaban la pauta, defender el principio de que un orden es siempre mejor que ninguno. En este único principio había una salud todavía intacta y robusta, que se habría perdido por el resto de nuestras vidas hace mucho tiempo, si el ejército y su educación no hubieran provisto para la renovación perpetua de esta fuerza primordial. No hay más que ver la espantosa indecisión de nuestra actual dirección del Reich, que es incapaz de despertarse a ningún acto, excepto en la cuestión de la firma forzada de un nuevo dictado de saqueo; En este caso, por supuesto, rechaza toda responsabilidad, y firma con la firmeza de un taquígrafo de cámara todo lo que se considera bueno presentarle, porque en este caso la decisión es fácil de tomar: se le dicta a ella.

El ejército educaba en el idealismo y la devoción a la patria y su grandeza, mientras que en el resto de la vida se había apoderado la codicia y el materialismo. Educó a un pueblo unido contra la separación en clases y tuvo tal vez como único defecto la institución voluntaria de un año. Errores porque rompieron el principio de igualdad incondicional y colocaron a la persona más educada fuera del marco del entorno general, mientras que lo contrario habría sido ventajoso. En vista de la ya gran falta de mundanidad de nuestras clases superiores y de la alienación cada vez mayor de su propio pueblo, el ejército habría podido tener un efecto particularmente beneficioso si hubiera evitado, al menos en sus filas, cualquier separación de la llamada intelectualidad. Que esto no se hiciera fue un error; Pero, ¿qué institución en este mundo será perfecta? En esta última, sin embargo, lo bueno superaba a lo bueno tanto que las pocas debilidades estaban muy por debajo del grado medio de insuficiencia humana.

Pero el mérito supremo del ejército del antiguo imperio debe atribuirse el hecho de que, en una época de mayoritización general de los espíritus, colocó sus cabezas por encima de la mayoría. En contraste con la idea democrática judía del culto ciego a los números, el ejército mantuvo la creencia en la personalidad. Así que sacó a relucir lo que los tiempos modernos más necesitaban: los hombres. En el pantano de un afeminamiento y una evasión generalmente extendidos, cada año se reclutaban de las filas del ejército 350.000 jóvenes vigorosos que habían perdido la suavidad de la juventud en dos años de entrenamiento y habían adquirido cuerpos duros como el acero. Pero el joven que practicó la obediencia durante este tiempo solo pudo aprender a mandar. Por el escalón se podía reconocer al soldado que había servido.





308 El cuerpo incomparable de un funcionario público

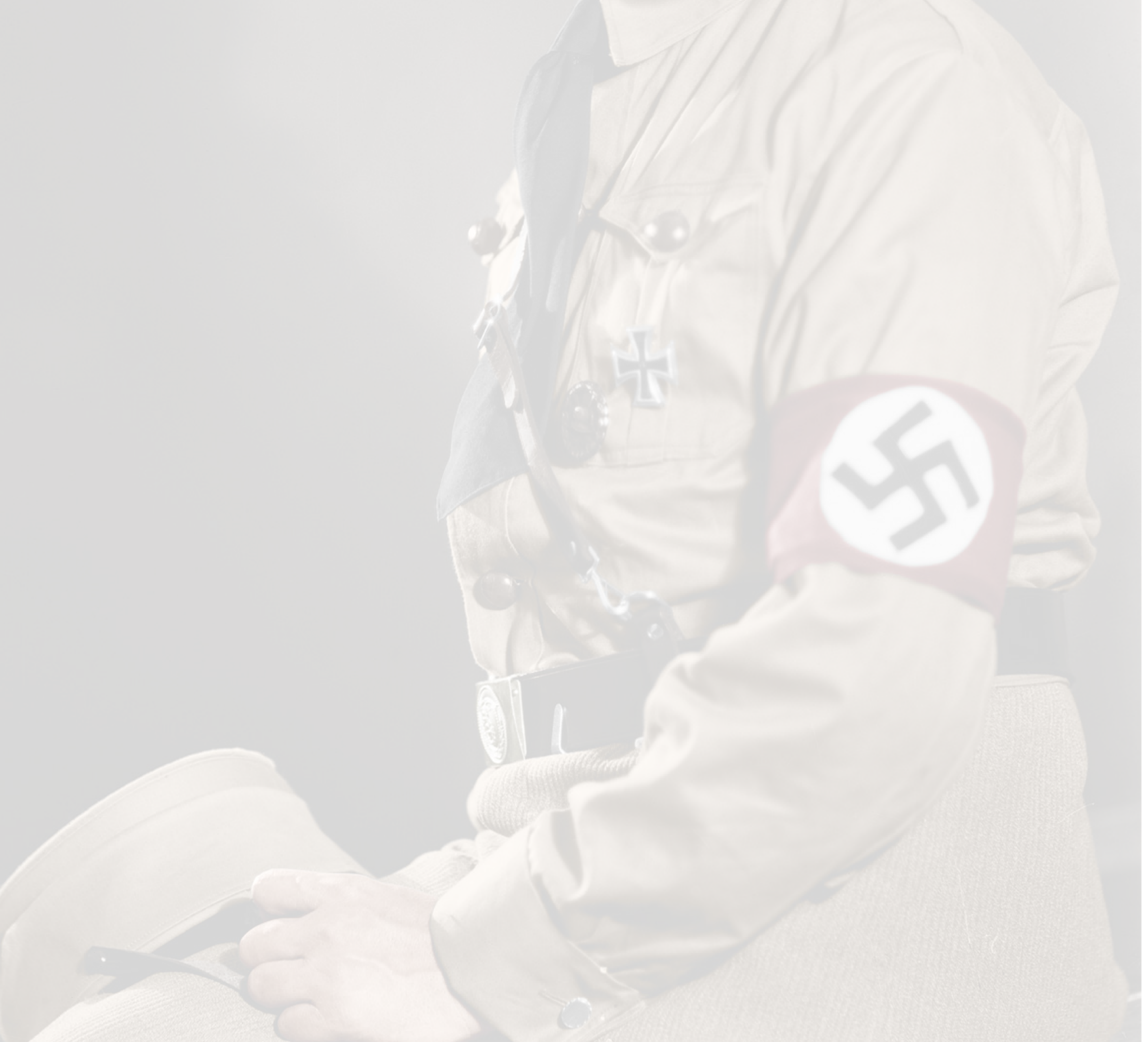
Esta era la escuela superior de la nación alemana, y no en vano el odio feroz de aquellos que, por envidia y codicia, necesitaban y deseaban la impotencia del Reich y la indefensión de sus ciudadanos. Lo que muchos alemanes no querían ver con ceguera o mala voluntad, el mundo extranjero lo reconoció: el ejército alemán era el arma más poderosa al servicio de la libertad de la nación alemana y de la alimentación de sus hijos.

*

Además de la forma de gobierno y el ejército, se sumó el incomparable cuerpo de funcionarios del antiguo imperio como el tercero en la alianza.
Alemania era el país mejor organizado y mejor administrado del mundo. Es fácil acusar al funcionario alemán de trenza burocrática, pero en los otros Estados las cosas no fueron mejores, sino más bien peores. Pero lo que los otros Estados no poseían era la maravillosa solidez de este aparato y la disposición incorruptiblemente honorable de sus portadores. Es mejor ser un poco perezoso, pero honesto y leal, que ilustrado y moderno, pero inferior en carácter y, como suele ser el caso hoy en día, ignorante e incompetente. Porque si ahora se quiere pretender que la administración alemana de antes de la guerra era probablemente burocráticamente digna, pero comercialmente mala, sólo se puede responder lo siguiente: ¿Qué país del mundo tenía una operación mejor administrada y más comercialmente organizada que Alemania en sus ferrocarriles estatales? A la revolución sólo le quedaba destruir este aparato modelo hasta que finalmente pareció maduro para ser arrebatado de las manos de la nación y socializado en el espíritu de los fundadores de esta república, es decir, para servir al capital bursátil internacional, como patrón de la revolución alemana.

La autoridad estatal 309

Lo que distinguía particularmente al cuerpo de la administración pública y al aparato administrativo alemán era su independencia de los gobiernos individuales, cuyas respectivas convicciones políticas no podían ejercer ninguna influencia en la posición del funcionario alemán. Desde la revolución, sin embargo, esto ha cambiado radicalmente. La habilidad y la habilidad fueron reemplazadas por una actitud de partido, y un carácter independiente se convirtió más en un obstáculo que en un apoyo.
El maravilloso poder y la fuerza del antiguo imperio descansaban en la forma de gobierno, el ejército y el cuerpo de funcionarios. Estas fueron las causas principales de una cualidad que está completamente ausente en el estado actual: ¡la autoridad estatal! Porque esto no se basa en las tallas en los parlamentos o en los parlamentos de los estados, ni en leyes para su protección o en fallos judiciales para disuadir a los desvergonzantes que las niegan, etc., sino en la confianza general que puede y puede depositarse en el liderazgo y la administración de una comunidad. Esta confianza, sin embargo, no es más que el resultado de una inquebrantable convicción interna del desinterés y de la honradez del gobierno y de la administración de un país, y de la conformidad del sentido de las leyes con el sentimiento de la opinión moral general. Porque, a la larga, los sistemas de gobierno no se sostienen por la presión de la fuerza, sino por la creencia en su bondad y en la veracidad en la representación y promoción de los intereses de un pueblo.



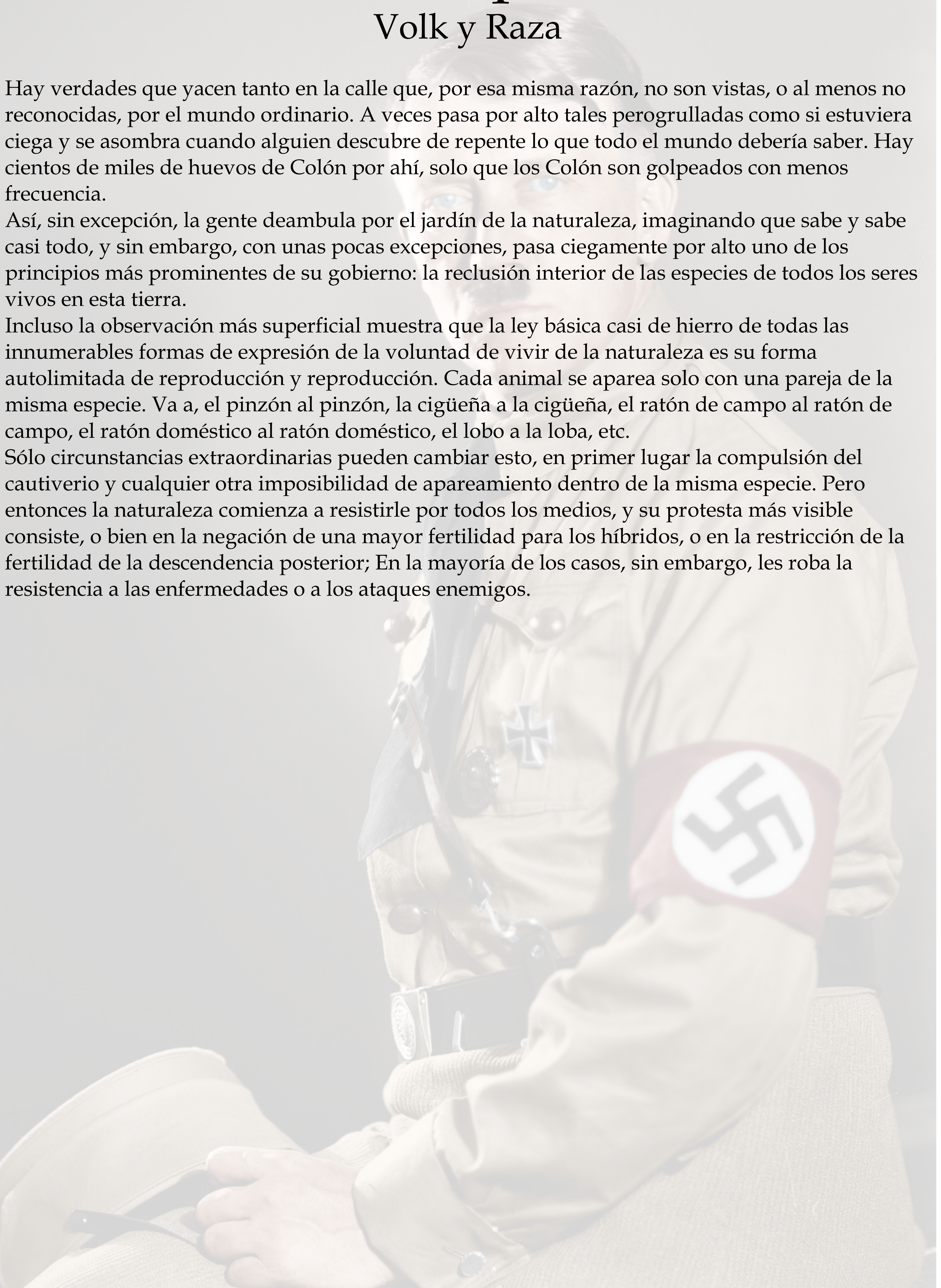
310 La causa más profunda del colapso

Por muy graves que fueran algunos daños en el período anterior a la guerra que amenazaban con erosionar y socavar la fuerza interior de la nación, no hay que olvidar que otros Estados padecían la mayoría de estas enfermedades incluso más que Alemania y, sin embargo, no fallaron ni perecieron en la hora crítica del peligro. Pero si se tiene en cuenta que las debilidades alemanas antes de la guerra también fueron contrarrestadas por fortalezas igualmente grandes, entonces la causa última del colapso puede y debe estar en otra área; Y este es el caso.
La razón más profunda y última de la caída del antiguo Reich radicó en la falta de reconocimiento del problema racial y su importancia para el desarrollo histórico de los pueblos. En efecto, todos los acontecimientos de la vida de las naciones no son expresiones de la casualidad, sino procesos naturales del impulso de autoconservación y de crecimiento de las especies y de la raza, aunque los hombres sean incapaces de tomar conciencia de la razón interna de sus acciones.



11. Kapitel

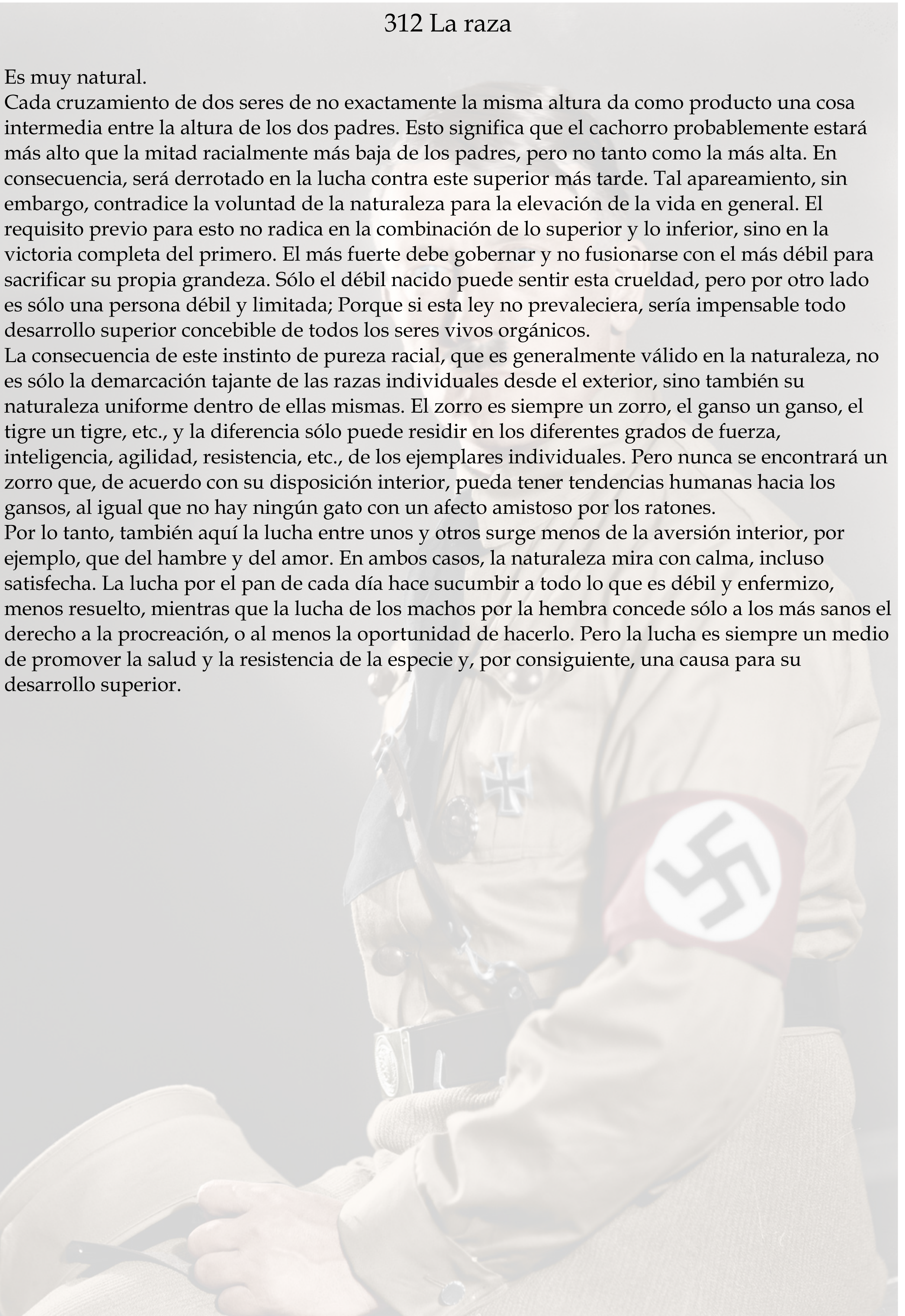
Volk y Raza



Hay verdades que yacen tanto en la calle que, por esa misma razón, no son vistas, o al menos no reconocidas, por el mundo ordinario. A veces pasa por alto tales perogrulladas como si estuviera ciega y se asombra cuando alguien descubre de repente lo que todo el mundo debería saber. Hay cientos de miles de huevos de Colón por ahí, solo que los Colón son golpeados con menos frecuencia.
Así, sin excepción, la gente deambula por el jardín de la naturaleza, imaginando que sabe y sabe casi todo, y sin embargo, con unas pocas excepciones, pasa ciegamente por alto uno de los principios más prominentes de su gobierno: la reclusión interior de las especies de todos los seres vivos en esta tierra.
Incluso la observación más superficial muestra que la ley básica casi de hierro de todas las innumerables formas de expresión de la voluntad de vivir de la naturaleza es su forma autolimitada de reproducción y reproducción. Cada animal se aparea solo con una pareja de la misma especie. Va a, el pinzón al pinzón, la cigüeña a la cigüeña, el ratón de campo al ratón de campo, el ratón doméstico al ratón doméstico, el lobo a la loba, etc.
Sólo circunstancias extraordinarias pueden cambiar esto, en primer lugar la compulsión del cautiverio y cualquier otra imposibilidad de apareamiento dentro de la misma especie. Pero entonces la naturaleza comienza a resistirle por todos los medios, y su protesta más visible consiste, o bien en la negación de una mayor fertilidad para los híbridos, o en la restricción de la fertilidad de la descendencia posterior; En la mayoría de los casos, sin embargo, les roba la resistencia a las enfermedades o a los ataques enemigos.

312 La raza

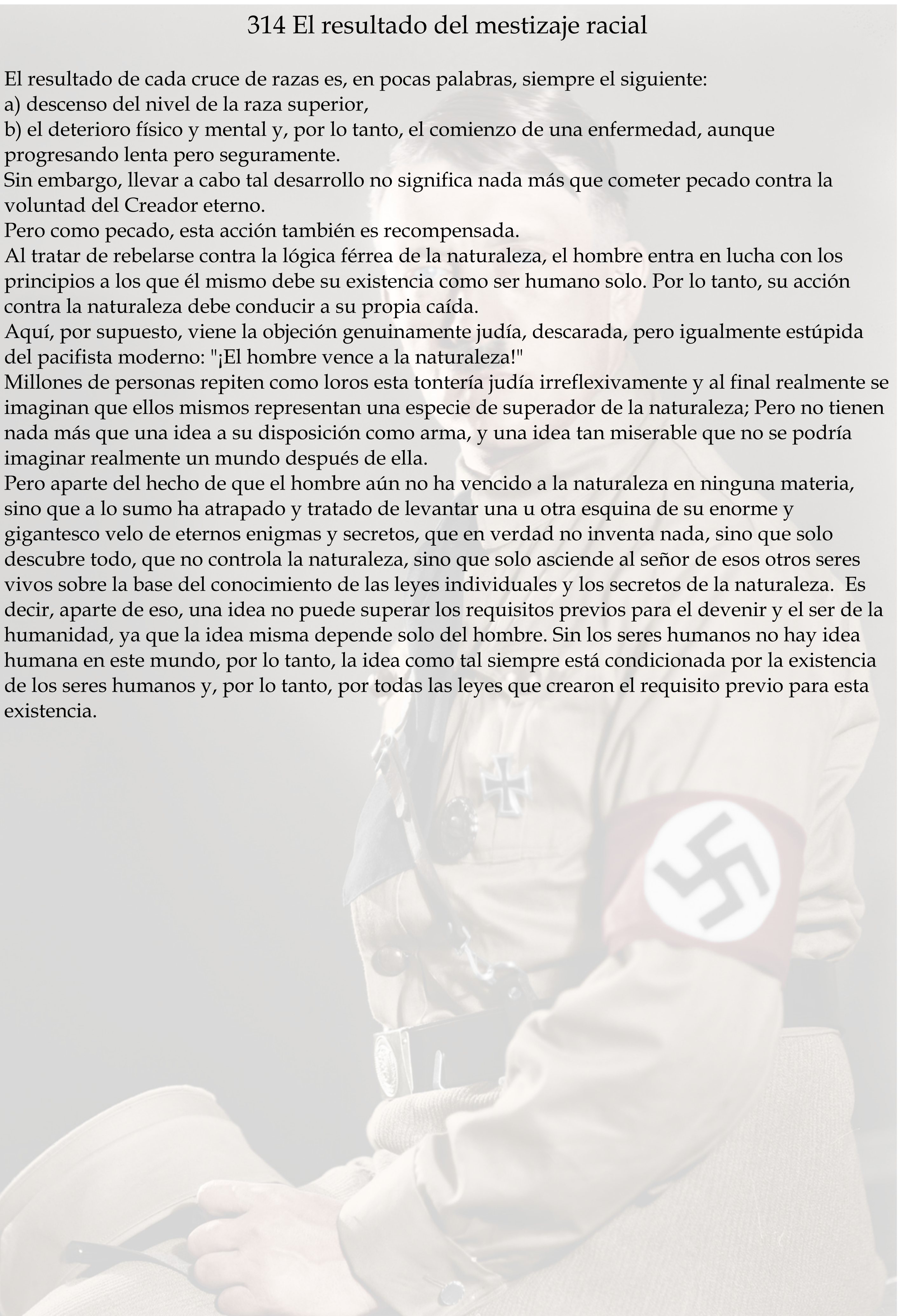
Es muy natural.
Cada cruzamiento de dos seres de no exactamente la misma altura da como producto una cosa intermedia entre la altura de los dos padres. Esto significa que el cachorro probablemente estará más alto que la mitad racialmente más baja de los padres, pero no tanto como la más alta. En consecuencia, será derrotado en la lucha contra este superior más tarde. Tal apareamiento, sin embargo, contradice la voluntad de la naturaleza para la elevación de la vida en general. El requisito previo para esto no radica en la combinación de lo superior y lo inferior, sino en la victoria completa del primero. El más fuerte debe gobernar y no fusionarse con el más débil para sacrificar su propia grandeza. Sólo el débil nacido puede sentir esta crueldad, pero por otro lado es sólo una persona débil y limitada; Porque si esta ley no prevaleciera, sería impensable todo desarrollo superior concebible de todos los seres vivos orgánicos.
La consecuencia de este instinto de pureza racial, que es generalmente válido en la naturaleza, no es sólo la demarcación tajante de las razas individuales desde el exterior, sino también su naturaleza uniforme dentro de ellas mismas. El zorro es siempre un zorro, el ganso un ganso, el tigre un tigre, etc., y la diferencia sólo puede residir en los diferentes grados de fuerza, inteligencia, agilidad, resistencia, etc., de los ejemplares individuales. Pero nunca se encontrará un zorro que, de acuerdo con su disposición interior, pueda tener tendencias humanas hacia los gansos, al igual que no hay ningún gato con un afecto amistoso por los ratones.
Por lo tanto, también aquí la lucha entre unos y otros surge menos de la aversión interior, por ejemplo, que del hambre y del amor. En ambos casos, la naturaleza mira con calma, incluso satisfecha. La lucha por el pan de cada día hace sucumbir a todo lo que es débil y enfermizo, menos resuelto, mientras que la lucha de los machos por la hembra concede sólo a los más sanos el derecho a la procreación, o al menos la oportunidad de hacerlo. Pero la lucha es siempre un medio de promover la salud y la resistencia de la especie y, por consiguiente, una causa para su desarrollo superior.



La raza 313

Si el proceso fuera diferente, toda la educación superior cesaría y ocurriría lo contrario. Porque, como el inferior siempre supera en número al mejor, el peor se multiplicaría mucho más rápidamente con la misma conservación de la vida y la misma posibilidad de reproducción que, finalmente, el mejor tendría que pasar inevitablemente a un segundo plano. Por lo tanto, hay que hacer una corrección a mejor. La naturaleza, sin embargo, se encarga de ellos sometiendo a la parte más débil a condiciones de vida tan difíciles que el número está limitado por ello, pero finalmente no permite que el resto se multiplique indiscriminadamente, sino que aquí hace una nueva y despiadada selección según la fuerza y la salud.
Pero por poco que desee el apareamiento de los individuos más débiles con los más fuertes, tanto menos la fusión de la raza superior con la raza inferior, ya que de lo contrario todos sus otros trabajos, tal vez de siglos, de cría superior volverían a ser inválidos de un solo golpe.
La experiencia histórica ofrece innumerables pruebas de ello. Demuestra con una claridad espantosa que toda mezcla de sangre entre los arios y los pueblos inferiores tenía como resultado el fin del portador de la cultura. América del Norte, cuya población se compone en su mayor parte de elementos germánicos, que se mezclaron muy poco con los pueblos de color inferior, muestra una humanidad y una cultura diferentes de América Central y del Sur, en la que los inmigrantes principalmente romances se habían mezclado con los nativos, a veces en gran medida. Este ejemplo por sí solo muestra el efecto de la mezcla racial. El germánico racialmente puro y sin mezclar del continente americano se ha elevado hasta convertirse en el amo de él; Seguirá siendo el amo mientras no sea víctima del incesto.





314 El resultado del mestizaje racial

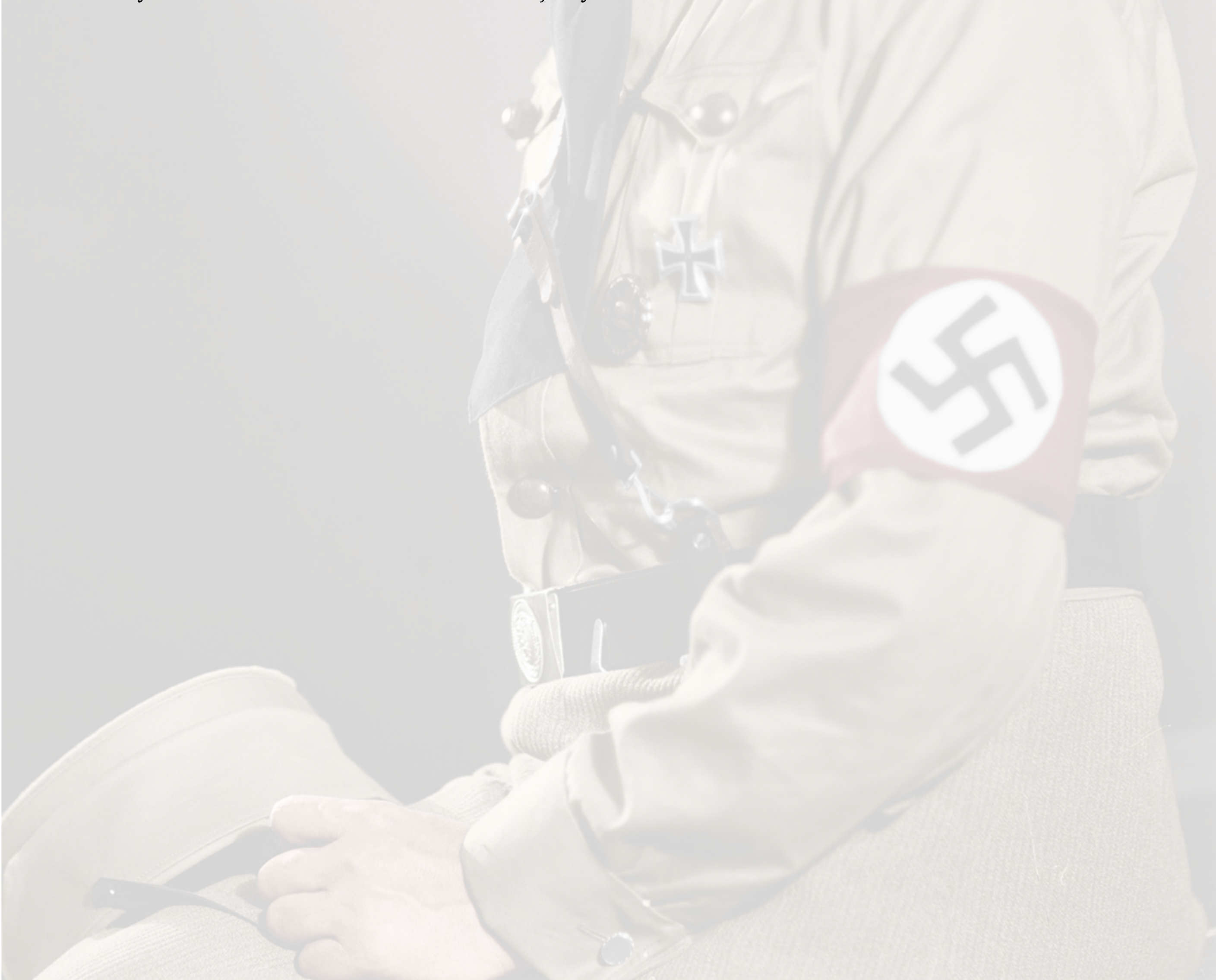
El resultado de cada cruce de razas es, en pocas palabras, siempre el siguiente:
a) descenso del nivel de la raza superior,
b) el deterioro físico y mental y, por lo tanto, el comienzo de una enfermedad, aunque progresando lenta pero seguramente.
Sin embargo, llevar a cabo tal desarrollo no significa nada más que cometer pecado contra la voluntad del Creador eterno.
Pero como pecado, esta acción también es recompensada.
Al tratar de rebelarse contra la lógica férrea de la naturaleza, el hombre entra en lucha con los principios a los que él mismo debe su existencia como ser humano solo. Por lo tanto, su acción contra la naturaleza debe conducir a su propia caída.
Aquí, por supuesto, viene la objeción genuinamente judía, descarada, pero igualmente estúpida del pacifista moderno: "¡El hombre vence a la naturaleza!"
Millones de personas repiten como loros esta tontería judía irreflexivamente y al final realmente se imaginan que ellos mismos representan una especie de superador de la naturaleza; Pero no tienen nada más que una idea a su disposición como arma, y una idea tan miserable que no se podría imaginar realmente un mundo después de ella.
Pero aparte del hecho de que el hombre aún no ha vencido a la naturaleza en ninguna materia, sino que a lo sumo ha atrapado y tratado de levantar una u otra esquina de su enorme y gigantesco velo de eternos enigmas y secretos, que en verdad no inventa nada, sino que solo descubre todo, que no controla la naturaleza, sino que solo asciende al señor de esos otros seres vivos sobre la base del conocimiento de las leyes individuales y los secretos de la naturaleza. Es decir, aparte de eso, una idea no puede superar los requisitos previos para el devenir y el ser de la humanidad, ya que la idea misma depende solo del hombre. Sin los seres humanos no hay idea humana en este mundo, por lo tanto, la idea como tal siempre está condicionada por la existencia de los seres humanos y, por lo tanto, por todas las leyes que crearon el requisito previo para esta existencia.

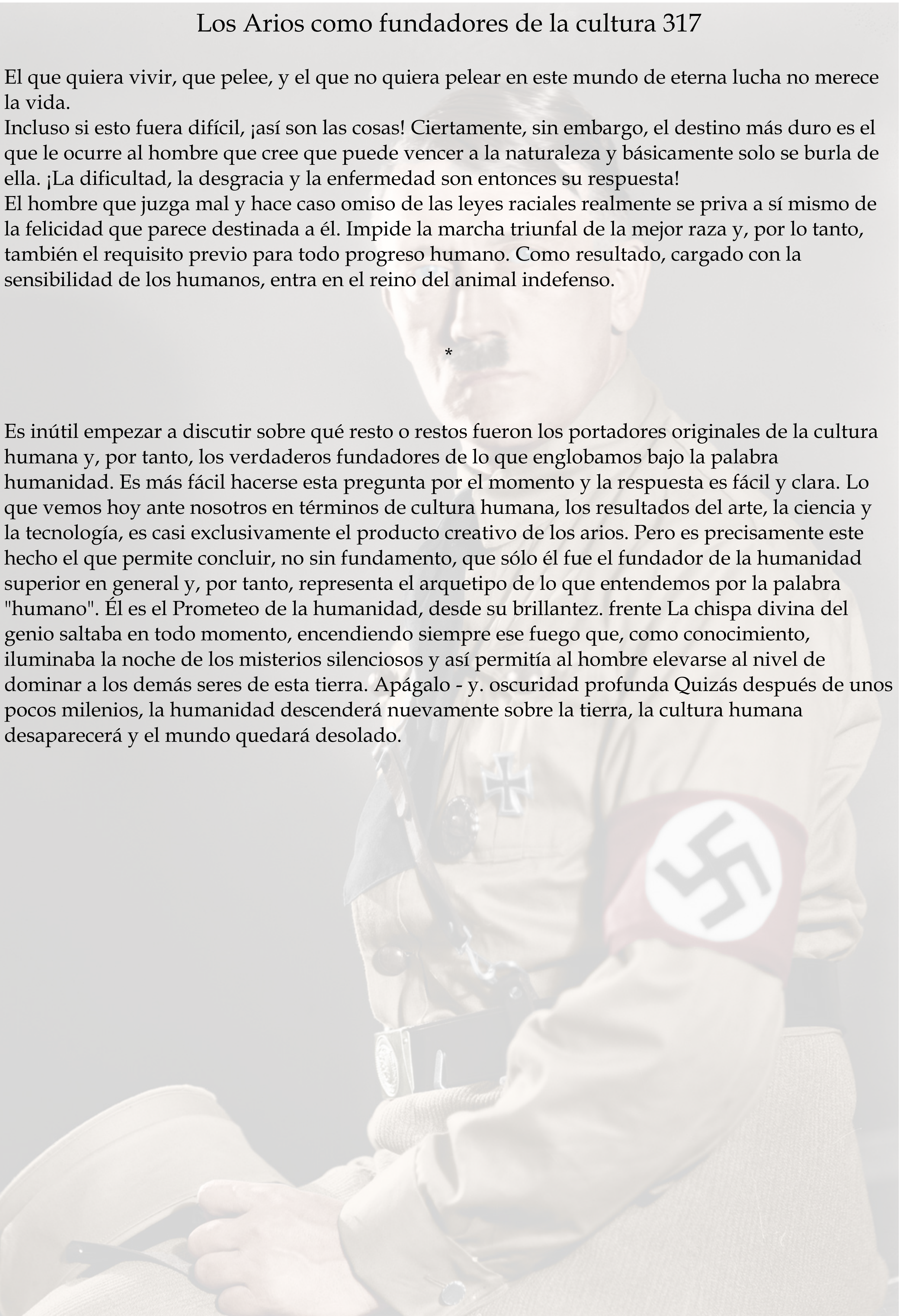
¡Y no solo eso! Ciertas ideas incluso están ligadas a ciertas personas. Esto es lo más cierto de todos aquellos pensamientos cuyo contenido no tiene su origen en una verdad científica exacta, sino en el mundo de los sentimientos, o, como estamos tan acostumbrados a expresarnos tan bella y claramente hoy, refleja una "experiencia interior". Todas estas ideas, que no tienen nada que ver con la fría lógica per se, sino que representan puras expresiones de sentimientos, ideas éticas, etc., están ligadas a la existencia de los seres humanos, a cuya imaginación espiritual y poder creativo deben su propia existencia. Pero es precisamente entonces cuando la conservación de estas razas y hombres particulares es el requisito previo para la existencia de estas ideas. Quien, por ejemplo, quisiera desear realmente desde el fondo de su corazón la victoria del pensamiento pacifista en este mundo, tendría que trabajar por todos los medios para la conquista del mundo por los alemanes; porque si sucediera al revés, el último pacifista se extinguiría muy fácilmente con el último alemán, ya que el resto del mundo casi nunca ha caído tan profundamente en este disparate antinatural e irracional como, por desgracia, nuestro propio pueblo. Por lo tanto, habría que decidir, quiérase o no, con una voluntad seria, hacer la guerra para llegar al pacifismo. Esto y nada más había sido la intención del salvador del mundo estadounidense, Wilson, al menos eso es lo que creían nuestros fantasiosos alemanes, con lo que se logró el propósito.
De hecho, la idea pacifista-humana es tal vez bastante buena si el ser humano más elevado ha conquistado y subyugado previamente el mundo hasta tal punto que se convierte en el único amo de esta tierra. Esta idea, entonces, carece de la posibilidad de un efecto perjudicial en la medida en que su aplicación práctica se vuelve rara y finalmente imposible. Así que primero la lucha y luego tal vez el pacifismo. En el otro caso, la humanidad ha pasado la cima de su desarrollo, y el fin no es la dominación de ninguna idea ética, sino la barbarie y, como resultado, el caos.



316 Raza y cultura

Por supuesto, uno u otro puede reírse aquí, pero este planeta ya ha pasado por el éter para decenas de millones de personas sin hombres, y puede que algún día vuelva a pasar si los hombres olvidan que deben su existencia superior no a las ideas de unos pocos ideólogos locos, sino al conocimiento y a la aplicación despiadada de las leyes de hierro de la naturaleza.
Todo lo que admiramos hoy en esta tierra —la ciencia y el arte, la tecnología y los inventos— es sólo el producto creativo de unos pocos pueblos y tal vez originalmente de una rifa. La existencia de toda esta cultura también depende de ellos. Si perecen, la belleza de esta tierra se hunde con ellos en la tumba.
Por mucho que el suelo, por ejemplo, pueda influir en los hombres, el resultado de la influencia siempre será diferente, de acuerdo con las reuniones que se consideren. La baja fertilidad de un hábitat puede impulsar a una persona a alcanzar los logros más altos, mientras que en otra se convierte únicamente en la causa de la pobreza amarga y la desnutrición finita con todas sus consecuencias. La disposición interna de los pueblos es siempre decisiva para la naturaleza del efecto de las influencias externas. Lo que lleva a la inanición para algunos, educa a otros al trabajo duro.
Todas las grandes culturas del pasado perecieron sólo porque la asamblea creativa original murió de envenenamiento de la sangre.
La causa última de tal caída ha sido siempre el olvido de que toda cultura depende de los seres humanos y no al revés, que por lo tanto, para preservar una determinada cultura, el ser humano que la creó debe ser preservado. Esta conservación, sin embargo, está ligada a la ley de hierro de la necesidad y al derecho de la victoria del mejor y del más fuerte.





El que quiera vivir, que pelee, y el que no quiera pelear en este mundo de eterna lucha no merece la vida.
Incluso si esto fuera difícil, ¡así son las cosas! Ciertamente, sin embargo, el destino más duro es el que le ocurre al hombre que cree que puede vencer a la naturaleza y básicamente solo se burla de ella. ¡La dificultad, la desgracia y la enfermedad son entonces su respuesta!
El hombre que juzga mal y hace caso omiso de las leyes raciales realmente se priva a sí mismo de la felicidad que parece destinada a él. Impide la marcha triunfal de la mejor raza y, por lo tanto, también el requisito previo para todo progreso humano. Como resultado, cargado con la sensibilidad de los humanos, entra en el reino del animal indefenso.

*

Es inútil empezar a discutir sobre qué resto o restos fueron los portadores originales de la cultura humana y, por tanto, los verdaderos fundadores de lo que englobamos bajo la palabra humanidad. Es más fácil hacerse esta pregunta por el momento y la respuesta es fácil y clara. Lo que vemos hoy ante nosotros en términos de cultura humana, los resultados del arte, la ciencia y la tecnología, es casi exclusivamente el producto creativo de los arios. Pero es precisamente este hecho el que permite concluir, no sin fundamento, que sólo él fue el fundador de la humanidad superior en general y, por tanto, representa el arquetipo de lo que entendemos por la palabra "humano". Él es el Prometeo de la humanidad, desde su brillantez. frente La chispa divina del genio saltaba en todo momento, encendiendo siempre ese fuego que, como conocimiento, iluminaba la noche de los misterios silenciosos y así permitía al hombre elevarse al nivel de dominar a los demás seres de esta tierra. Apágalo - y. oscuridad profunda Quizás después de unos pocos milenios, la humanidad descenderá nuevamente sobre la tierra, la cultura humana desaparecerá y el mundo quedará desolado.

318 Los Arios como fundadores de la cultura

Si la humanidad se dividiera en tres tipos: en fundadores de la cultura, en portadores de la cultura y en destructores de la cultura, entonces sólo el ario probablemente entraría en cuestión como representante de los primeros. De él provienen los cimientos y los muros de todas las creaciones humanas, y sólo la forma externa y el color están determinados por los respectivos rasgos de carácter de los pueblos individuales. Él proporciona los poderosos bloques de construcción y planes para todo el progreso humano, y sólo la ejecución corresponde a la naturaleza de las razas respectivas. Dentro de unas pocas décadas, por ejemplo, toda Asia Oriental llamará suya una cultura cuya base última será tanto el espíritu helénico y la tecnología germánica como es el caso nuestro. Sólo la forma exterior llevará, al menos en parte, los rasgos del carácter asiático. No es, como algunos piensan, que Japón tome la tecnología europea como su cultura, sino que la ciencia y la tecnología europeas se visten con peculiaridades japonesas. La base de la vida real ya no es la cultura japonesa especial, aunque determine el color de la vida —porque es más evidente para los europeos por la diferencia interna—, sino el tremendo trabajo científico y técnico de Europa y América, es decir, de los pueblos arios. Sólo con estos logros, Oriente también puede seguir el progreso humano general. Esto forma la base de la lucha por el pan de cada día, crea armas y herramientas para ello, y solo la apariencia externa se adapta gradualmente al carácter japonés.
Si a partir de hoy cesara toda influencia aria sobre Japón, suponiendo que Europa y América perecieran, el actual ascenso de Japón en ciencia y tecnología podría continuar por un corto tiempo; pero en pocos años el Bronnen se secaría, la peculiaridad japonesa ganaría, pero la cultura de hoy se congelaría y se hundiría de nuevo en el sueño del que fue sobresaltada hace siete décadas por la ola aria de cultura.



Por lo tanto, así como el desarrollo japonés de hoy debe su vida a los orígenes arios, así también en el pasado lejano la influencia y el espíritu extranjeros fueron una vez el despertar de la cultura japonesa de ese tiempo. La mejor prueba de esto la proporciona el hecho de que luego se osifica y se vuelve completamente rígido. Sólo puede ocurrir en un pueblo si se ha perdido el núcleo racial creador original, o si la influencia externa que dio el impulso y el material para el primer desarrollo en la esfera cultural ha faltado más tarde. Sin embargo, si se establece que un pueblo recibe, absorbe y procesa su cultura en las materias primas más esenciales de razas extranjeras, y luego se solidifica una y otra vez después de la ausencia de más influencia externa, tal raza puede describirse ciertamente como una raza "portadora de cultura", pero nunca como una raza "culturalmente creativa".

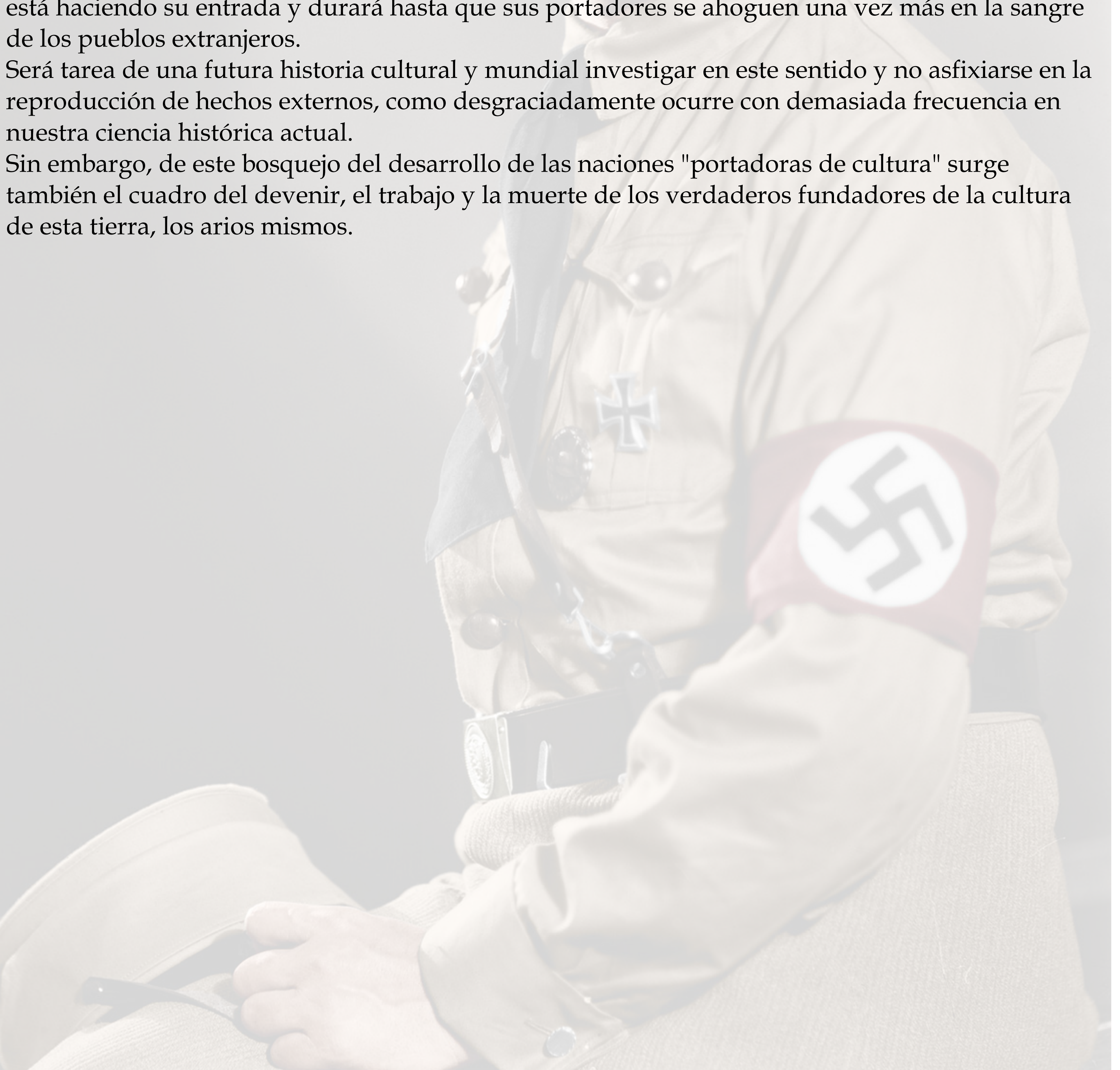
Un examen de cada uno de los pueblos desde este punto de vista revela el hecho de que casi todos ellos no están originariamente fundados en la cultura, sino que casi siempre son portadores de cultura.

Surge siempre el siguiente cuadro de su desarrollo: las tribus arias subyugan a los pueblos extranjeros, a menudo en un número verdaderamente ridículamente pequeño, y ahora, estimuladas por las condiciones especiales de vida de la nueva región (fertilidad, condiciones climáticas, etc.) y favorecidas por el número de fuerzas auxiliares de la clase inferior, desarrollan en ellos sus adormecidas capacidades mentales y organizativas. A menudo, en algunos milenios, incluso siglos, crean culturas que originalmente llevan completamente los rasgos internos de su naturaleza, palmeadas con las características especiales del suelo, así como de los seres humanos subyugados ya indicados anteriormente. Al fin, sin embargo, los conquistadores violan el principio de mantener pura su sangre, que se observó al principio, comienzan a mezclarse con los habitantes subyugados y así terminan su propia existencia; porque a la caída del hombre en el Paraíso todavía le siguió la recolección de él.



320 Los Arios como fundadores de la cultura

Después de mil años y más, el último rastro visible de la antigua raza superior a menudo se muestra en el tono de piel más claro que su sangre dejó atrás para la raza subyugada, y en una cultura petrificada que una vez los fundó como el creador original. Porque así como el conquistador real y espiritual se perdió en la sangre de los subyugados, ¡también se perdió el combustible para la antorcha del progreso cultural humano! Del mismo modo que el color conservaba un tenue brillo a través de la sangre de los antiguos maestros como recordatorio de ellos, así también la noche de la vida cultural se ilumina ligeramente con las creaciones restantes de los antiguos portadores de luz. Brillan a través de toda la barbarie que ha vuelto, y sólo con demasiada frecuencia despiertan en el observador irreflexivo del momento la opinión de que ve ante sí la imagen del pueblo presente, mientras que es sólo el espejo del pasado en el que se mira.
Puede suceder entonces que un pueblo así entre en contacto con la raza de sus antiguos portadores de cultura por segunda vez, incluso más a menudo durante su historia, sin que tenga que estar presente ningún recuerdo de encuentros anteriores. Inconscientemente, el remanente de la sangre del antiguo maestro se volverá hacia el nuevo fenómeno, y lo que al principio sólo era posible por compulsión, ahora puede tener éxito por propia voluntad. Una nueva ola de cultura está haciendo su entrada y durará hasta que sus portadores se ahoguen una vez más en la sangre de los pueblos extranjeros.
Será tarea de una futura historia cultural y mundial investigar en este sentido y no asfixiarse en la reproducción de hechos externos, como desgraciadamente ocurre con demasiada frecuencia en nuestra ciencia histórica actual.
Sin embargo, de este bosquejo del desarrollo de las naciones "portadoras de cultura" surge también el cuadro del devenir, el trabajo y la muerte de los verdaderos fundadores de la cultura de esta tierra, los arios mismos.



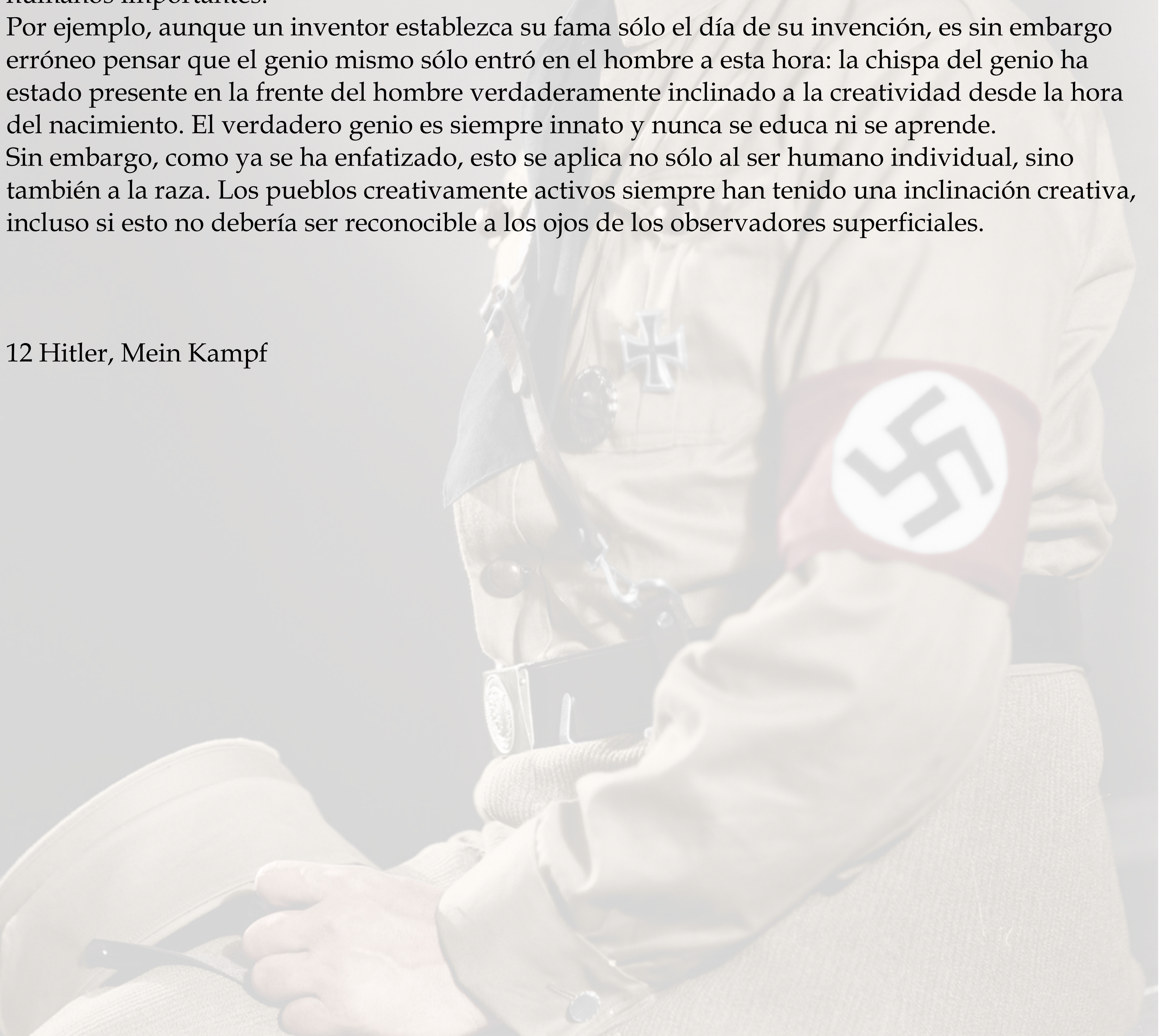
Los Arios como fundadores de la cultura 321

Del mismo modo que en la vida cotidiana el llamado genio necesita una ocasión especial, es más, a menudo un impulso formal, para ser hecho resplandecer, así también en la vida de las naciones la raza del genio. En la monotonía de la vida cotidiana, incluso las personas importantes a menudo parecen insignificantes y apenas se elevan por encima del promedio de su entorno; Pero tan pronto como se acerca a una situación en la que otros se desesperarían o se extraviarían, el genio de la naturaleza surge evidentemente del niño medio discreto, no pocas veces para asombro de todos los que hasta ahora lo han visto en la pequeñez de la vida burguesa, por lo que el profeta rara vez está acostumbrado a contar para algo en su propio país. En ningún lugar hay más oportunidad de observar esto que en la guerra. En horas de necesidad, cuando otros se desesperan, los héroes de la determinación que desafía a la muerte y la frialdad helada de la reflexión surgen de repente de niños aparentemente inofensivos. Si no hubiera llegado esta hora de prueba, casi nadie habría sospechado que un joven héroe se ocultaba en el niño imberbe. Casi siempre se necesita algún tipo de ímpetu para llamar al genio a la escena. El golpe de martillo del destino, que arroja a uno al suelo, golpea de repente el acero en otro, y cuando el caparazón de la vida cotidiana se hace añicos, el núcleo hasta ahora oculto queda expuesto ante los ojos del mundo asombrado. Esta última entonces se resiste y no quiere creer que la especie aparentemente similar a ella deba ser de repente otro ser; Un proceso que probablemente se repite con todos los niños humanos importantes.

Por ejemplo, aunque un inventor establezca su fama sólo el día de su invención, es sin embargo erróneo pensar que el genio mismo sólo entró en el hombre a esta hora: la chispa del genio ha estado presente en la frente del hombre verdaderamente inclinado a la creatividad desde la hora del nacimiento. El verdadero genio es siempre innato y nunca se educa ni se aprende.

Sin embargo, como ya se ha enfatizado, esto se aplica no sólo al ser humano individual, sino también a la raza. Los pueblos creativamente activos siempre han tenido una inclinación creativa, incluso si esto no debería ser reconocible a los ojos de los observadores superficiales.

12 Hitler, Mein Kampf

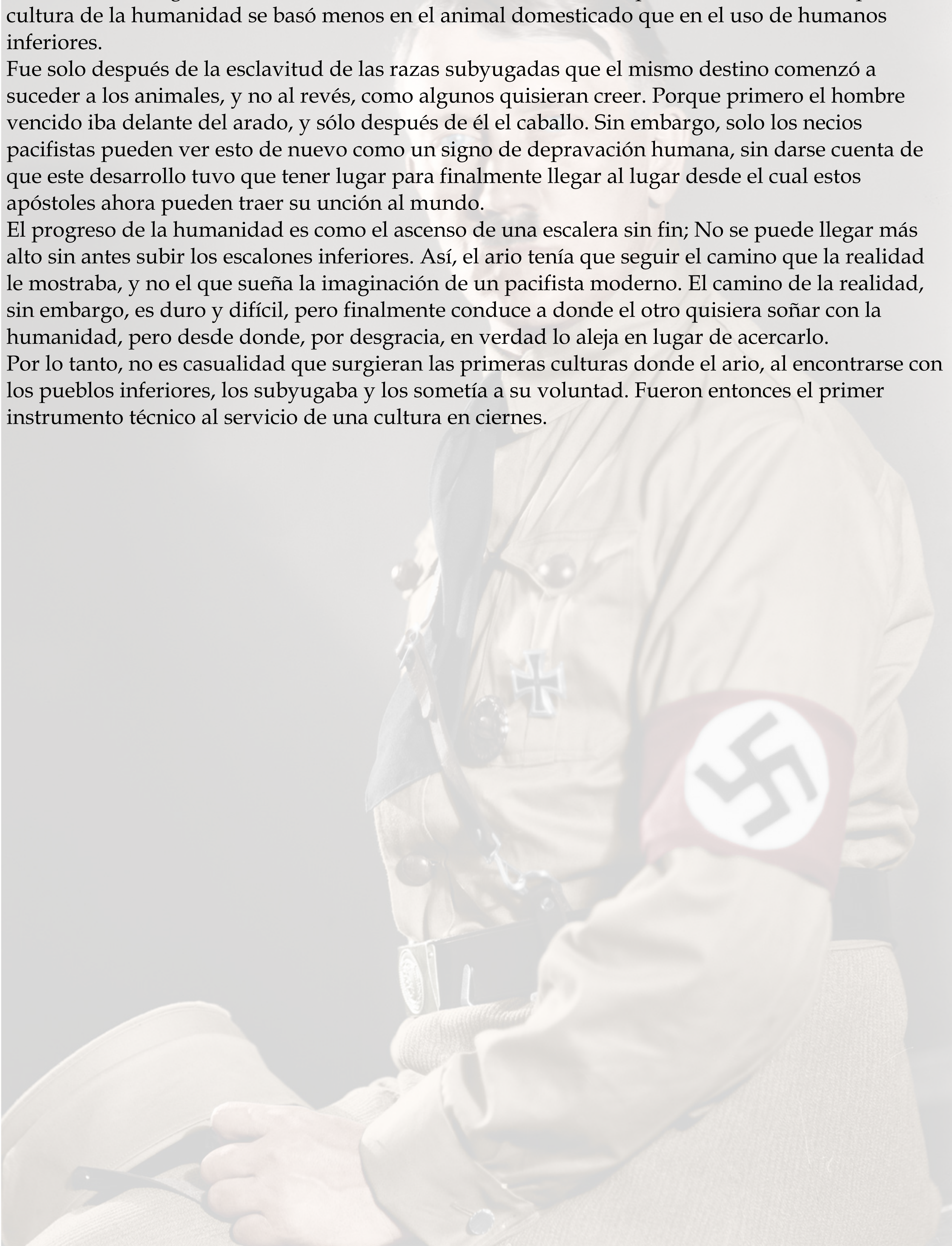


322 Los Arios como fundadores de la cultura

También en este caso, el reconocimiento externo es siempre posible sólo a raíz de las hazañas realizadas, ya que el resto del mundo no es capaz de reconocer el genio como tal, sino que sólo ve sus manifestaciones visibles en forma de invenciones, descubrimientos, edificios, cuadros, etc.; Pero incluso aquí, a menudo pasa mucho tiempo antes de que ella sea capaz de llegar a este conocimiento. Del mismo modo que en la vida de la persona importante el genio o, por lo menos, la disposición extraordinaria, impulsada sólo por ocasiones especiales, se esfuerza por su realización práctica, así también en la vida de las naciones la utilización real de las fuerzas y capacidades creadoras existentes a menudo sólo puede tener lugar cuando ciertos requisitos previos lo invitan.
Vemos esto más claramente en la raza que fue y es la portadora del desarrollo cultural humano: los arios. Tan pronto como el destino los lleva hacia circunstancias especiales, sus habilidades existentes comienzan a desarrollarse en una sucesión cada vez más rápida y a moldearse en formas tangibles. Las culturas que establecen en tales casos están casi siempre determinadas decisivamente por el suelo existente, el clima dado y los pueblos subyugados. Esta última, sin embargo, es casi la más decisiva. Cuanto más primitivos son los requisitos técnicos para la actividad cultural, más necesaria es la presencia de asistentes humanos, quienes, combinados y aplicados organizativamente, tienen que reemplazar el poder de la máquina. Sin esta posibilidad de emplear a personas inferiores, el ario nunca habría podido dar los primeros pasos hacia su cultura posterior; Del mismo modo que no habría llegado a una técnica sin la ayuda de animales individuales adecuados que sabía domesticar, lo que ahora le permite prescindir lentamente de estos mismos animales. Las palabras: "El moro ha cumplido con su deber, el moro puede irse" tienen, por desgracia, un significado demasiado profundo. Durante miles de años, el caballo tuvo que servir al hombre y ayudar a sentar las bases de un desarrollo que ahora, como resultado del automóvil, hace que el caballo en sí mismo sea superfluo. Dentro de unos años habrá cesado su actividad, pero sin su cooperación anterior el hombre podría haber tenido dificultades para llegar a donde está hoy.



Así, la existencia de hombres inferiores era uno de los requisitos más esenciales para la formación de culturas superiores, ya que sólo ellos podían compensar la falta de ayudas técnicas, sin las cuales, sin embargo, no es en absoluto concebible un desarrollo superior. Ciertamente, la primera cultura de la humanidad se basó menos en el animal domesticado que en el uso de humanos inferiores.
Fue solo después de la esclavitud de las razas subyugadas que el mismo destino comenzó a suceder a los animales, y no al revés, como algunos quisieran creer. Porque primero el hombre vencido iba delante del arado, y sólo después de él el caballo. Sin embargo, solo los necios pacifistas pueden ver esto de nuevo como un signo de depravación humana, sin darse cuenta de que este desarrollo tuvo que tener lugar para finalmente llegar al lugar desde el cual estos apóstoles ahora pueden traer su unción al mundo.
El progreso de la humanidad es como el ascenso de una escalera sin fin; No se puede llegar más alto sin antes subir los escalones inferiores. Así, el ario tenía que seguir el camino que la realidad le mostraba, y no el que sueña la imaginación de un pacifista moderno. El camino de la realidad, sin embargo, es duro y difícil, pero finalmente conduce a donde el otro quisiera soñar con la humanidad, pero desde donde, por desgracia, en verdad lo aleja en lugar de acercarlo.
Por lo tanto, no es casualidad que surgieran las primeras culturas donde el ario, al encontrarse con los pueblos inferiores, los subyugaba y los sometía a su voluntad. Fueron entonces el primer instrumento técnico al servicio de una cultura en ciernes.

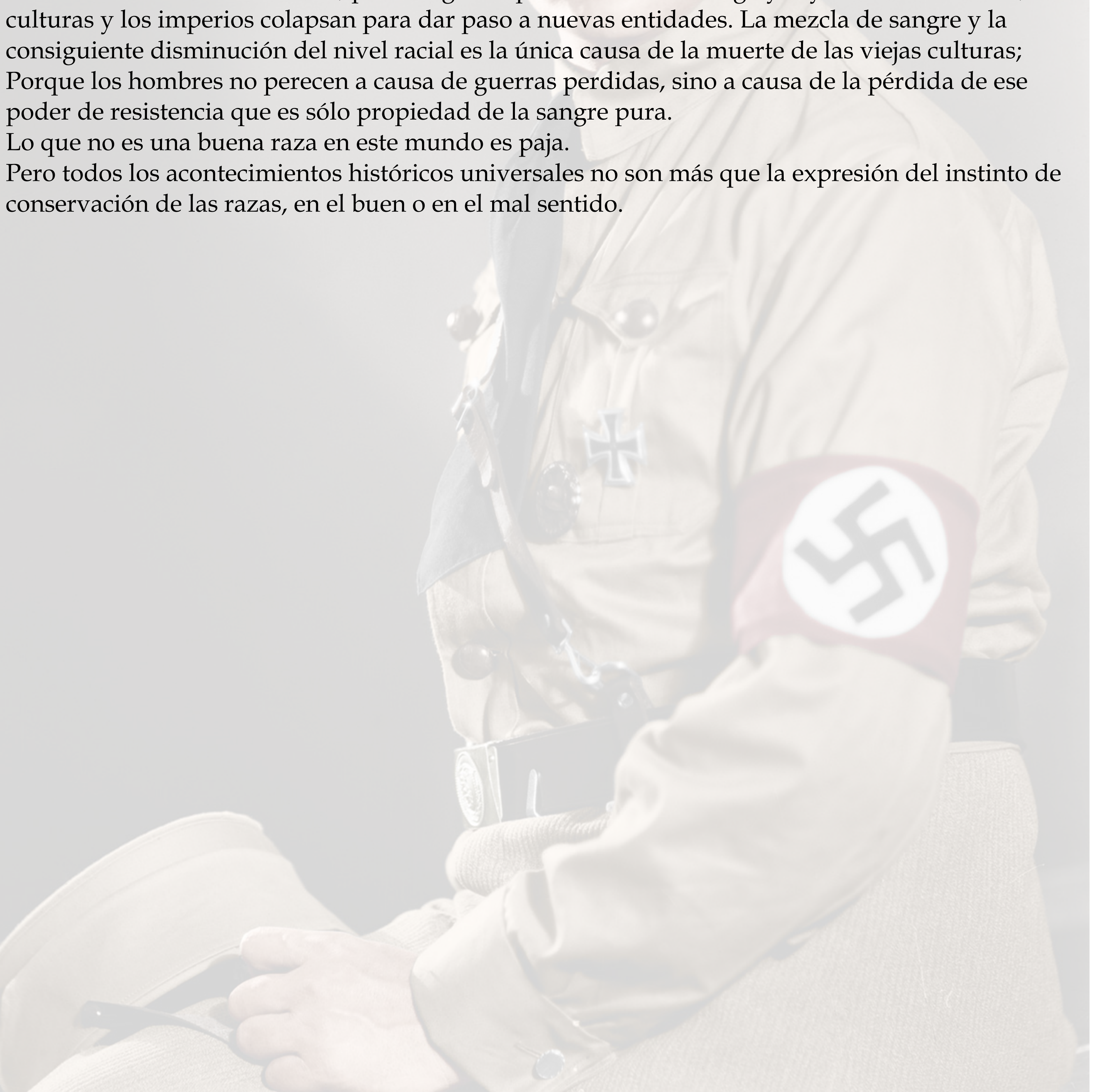


324 Consecuencias de la mezcla de sangre

Pero esto marcaba claramente el camino que el ario tenía que tomar. Como conquistador, sometió a los hombres inferiores y luego reguló sus actividades prácticas bajo su mando, de acuerdo con su voluntad y para sus objetivos. Pero al dirigirlos a una actividad tan útil, aunque dura, no sólo salvó la vida de los subyugados, sino que tal vez incluso les dio mucho mejor que la de su antigua llamada "libertad". Mientras mantuvo despiadadamente el punto de vista del señor, no sólo siguió siendo realmente el amo, sino también el preservador y multiplicador de la cultura. Porque esto se basaba exclusivamente en sus habilidades y, por lo tanto, en su propia conservación. Tan pronto como los subyugados comenzaron a elevarse y probablemente también se acercaron lingüísticamente al conquistador, cayó el agudo muro de separación entre amo y sirviente. El ario renunció a la pureza de su sangre y, a cambio, perdió su morada en el paraíso que había creado para sí mismo. Se hundió en el mestizaje, fue perdiendo poco a poco más y más su capacidad cultural, hasta que por fin empezó a parecerse más a los subyugados y a los nativos que a sus antepasados, no sólo mental sino también físicamente. Durante un tiempo todavía pudo vivir de los bienes culturales existentes, pero luego se apoderó de él el letargo y cayó en el olvido. Así, las culturas y los imperios colapsan para dar paso a nuevas entidades. La mezcla de sangre y la consiguiente disminución del nivel racial es la única causa de la muerte de las viejas culturas; Porque los hombres no perecen a causa de guerras perdidas, sino a causa de la pérdida de ese poder de resistencia que es sólo propiedad de la sangre pura.

Lo que no es una buena raza en este mundo es paja.

Pero todos los acontecimientos históricos universales no son más que la expresión del instinto de conservación de las razas, en el buen o en el mal sentido.

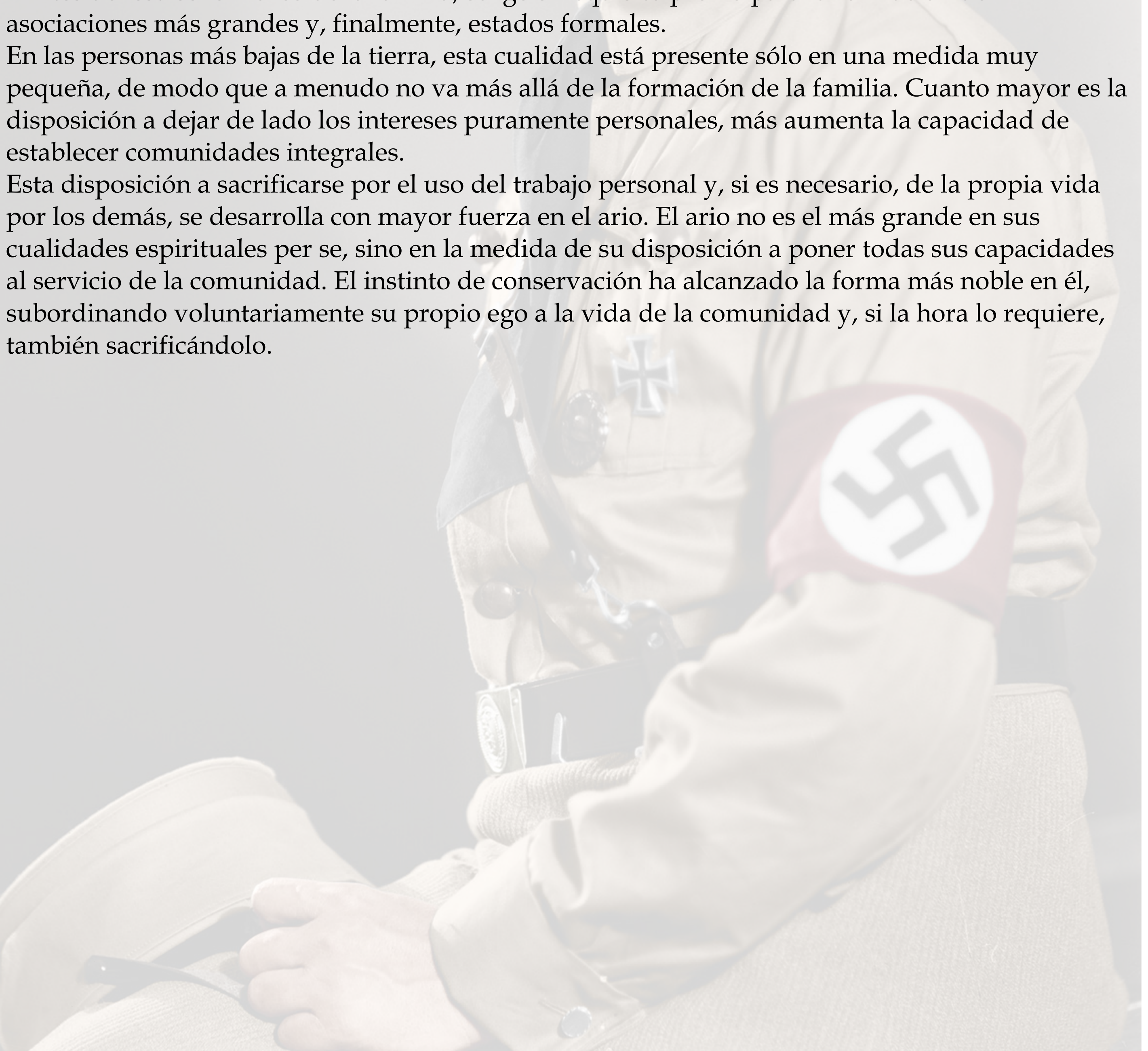


Causas de la importancia de los Arios 325

La cuestión de las causas internas de la importancia suprema del arianismo puede responderse diciendo que éstas deben buscarse menos en una predisposición más fuerte del instinto de conservación como tal, sino más bien en la forma particular en que se expresa. La voluntad de vivir, subjetivamente considerada, es la misma en todas partes y difiere sólo en la forma del efecto real. En los seres vivos más originales, el instinto de conservación no va más allá del cuidado de uno mismo. El egoísmo, como llamamos a esta adicción, llega tan lejos aquí que él mismo abraza el tiempo, de modo que el momento mismo vuelve a reclamarlo todo y no quiere conceder las horas venideras. En este estado, el animal vive sólo para sí mismo, busca alimento sólo para su hambre y lucha sólo por su propia vida. Pero mientras el instinto de conservación se exprese de esta manera, no hay base para la formación de una comunidad, aunque sea la forma más primitiva de la familia. Incluso la comunión entre macho y hembra más allá del mero apareamiento exige una extensión del instinto de conservación, en el sentido de que el cuidado y la lucha por el propio ego se dirigen también a la segunda parte; El macho a veces también busca alimento para la hembra, pero por lo general ambos buscan alimento para las crías. La protección de uno está casi siempre apoyada por el otro, de modo que aquí surgen las primeras formas, aunque infinitamente simples, de un sentido de sacrificio. Tan pronto como este significado se expande más allá de los límites del estrecho marco de la familia, surge el requisito previo para la formación de asociaciones más grandes y, finalmente, estados formales.

En las personas más bajas de la tierra, esta cualidad está presente sólo en una medida muy pequeña, de modo que a menudo no va más allá de la formación de la familia. Cuanto mayor es la disposición a dejar de lado los intereses puramente personales, más aumenta la capacidad de establecer comunidades integrales.

Esta disposición a sacrificarse por el uso del trabajo personal y, si es necesario, de la propia vida por los demás, se desarrolla con mayor fuerza en el ario. El ario no es el más grande en sus cualidades espirituales per se, sino en la medida de su disposición a poner todas sus capacidades al servicio de la comunidad. El instinto de conservación ha alcanzado la forma más noble en él, subordinando voluntariamente su propio ego a la vida de la comunidad y, si la hora lo requiere, también sacrificándolo.



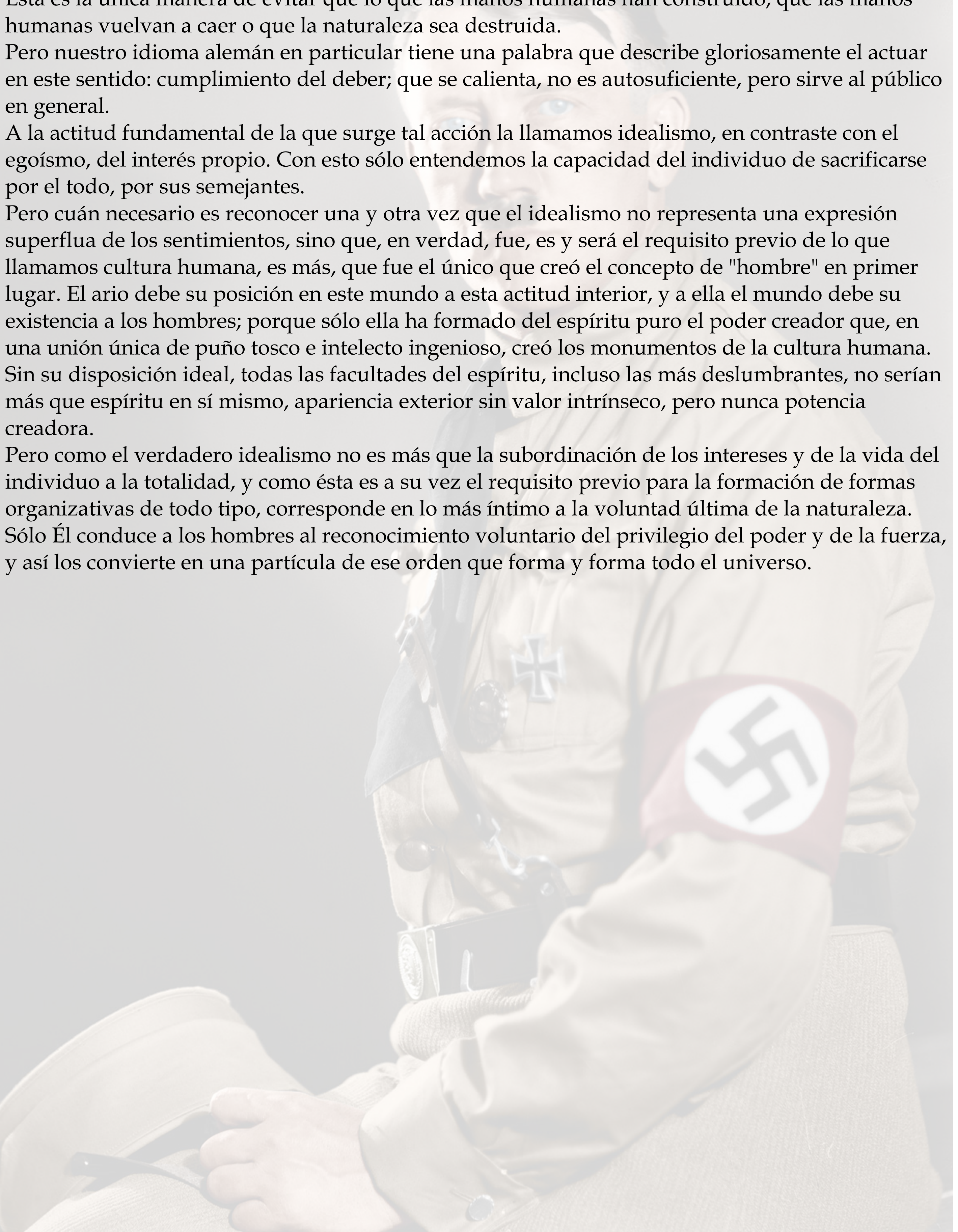
326 Servicio a la comunidad

No es en los dones intelectuales donde reside la causa de la formación de la cultura y de la capacidad constructiva del ario. Si sólo tuviera esto, sólo podría tener un efecto destructivo, pero en ningún caso sería capaz de organizarlo; Porque la esencia más íntima de toda organización descansa en el hecho de que el individuo renuncia a la representación de su opinión personal así como de sus intereses, y sacrifica ambos en beneficio de la mayoría de las personas. Sólo a través del desvío de esta generalidad recupera su parte. Ya no trabaja directamente para sí mismo, sino que se integra con su actividad en el marco del todo, no sólo para su propio beneficio, sino para el beneficio de todos. La explicación más maravillosa de esta actitud la proporciona su palabra "trabajo", con la que no se refiere a una actividad para la preservación de la vida en sí misma, sino sólo a una obra que no contradice los intereses del público en general. En el otro caso, describe la actividad humana, en la medida en que sirve al instinto de conservación sin tener en cuenta el bienestar del mundo que le rodea, como robo, usura, robo, hurto, etc.

Esta actitud, que hace retroceder el interés propio en favor de la conservación de la comunidad, es realmente el primer requisito previo de toda cultura verdaderamente humana. Sólo de ella pueden surgir todas las grandes obras de la humanidad, que traen poca recompensa al fundador, pero las más ricas bendiciones a la posteridad. Sí, sólo de esto se comprende cómo tantos son capaces de soportar una vida miserable en la honradez, que sólo les impone la pobreza y la modestia, pero asegura los cimientos de la existencia para la comunidad. Cada obrero, cada granjero, cada inventor, funcionario, etc., que crea sin ser capaz de alcanzar nunca la felicidad y la prosperidad por sí mismo, es un portador de esta alta idea, incluso si el significado más profundo de sus acciones siempre permanezca oculto para él.

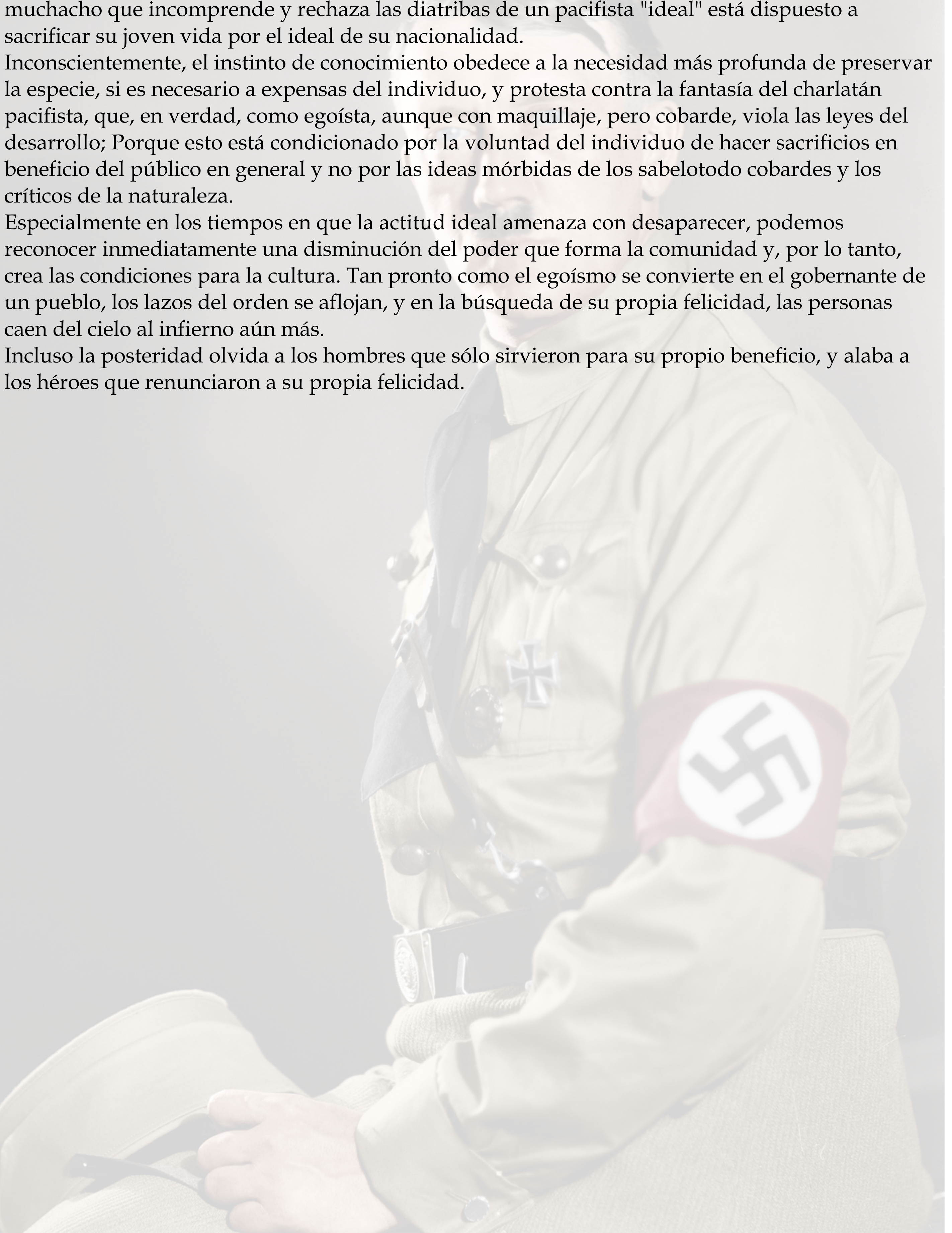


Pero lo que se aplica al trabajo como base de la nutrición humana y de todo progreso humano se aplica en un grado aún mayor a la protección del hombre y de su cultura. En el sacrificio de la propia vida por la existencia de la comunidad reside la coronación de todo sentido del sacrificio. Esta es la única manera de evitar que lo que las manos humanas han construido, que las manos humanas vuelvan a caer o que la naturaleza sea destruida.
Pero nuestro idioma alemán en particular tiene una palabra que describe gloriosamente el actuar en este sentido: cumplimiento del deber; que se calienta, no es autosuficiente, pero sirve al público en general.
A la actitud fundamental de la que surge tal acción la llamamos idealismo, en contraste con el egoísmo, del interés propio. Con esto sólo entendemos la capacidad del individuo de sacrificarse por el todo, por sus semejantes.
Pero cuán necesario es reconocer una y otra vez que el idealismo no representa una expresión superflua de los sentimientos, sino que, en verdad, fue, es y será el requisito previo de lo que llamamos cultura humana, es más, que fue el único que creó el concepto de "hombre" en primer lugar. El ario debe su posición en este mundo a esta actitud interior, y a ella el mundo debe su existencia a los hombres; porque sólo ella ha formado del espíritu puro el poder creador que, en una unión única de puño tosco e intelecto ingenioso, creó los monumentos de la cultura humana. Sin su disposición ideal, todas las facultades del espíritu, incluso las más deslumbrantes, no serían más que espíritu en sí mismo, apariencia exterior sin valor intrínseco, pero nunca potencia creadora.
Pero como el verdadero idealismo no es más que la subordinación de los intereses y de la vida del individuo a la totalidad, y como ésta es a su vez el requisito previo para la formación de formas organizativas de todo tipo, corresponde en lo más íntimo a la voluntad última de la naturaleza. Sólo Él conduce a los hombres al reconocimiento voluntario del privilegio del poder y de la fuerza, y así los convierte en una partícula de ese orden que forma y forma todo el universo.



328 Idealismo puro, perspicacia más profunda

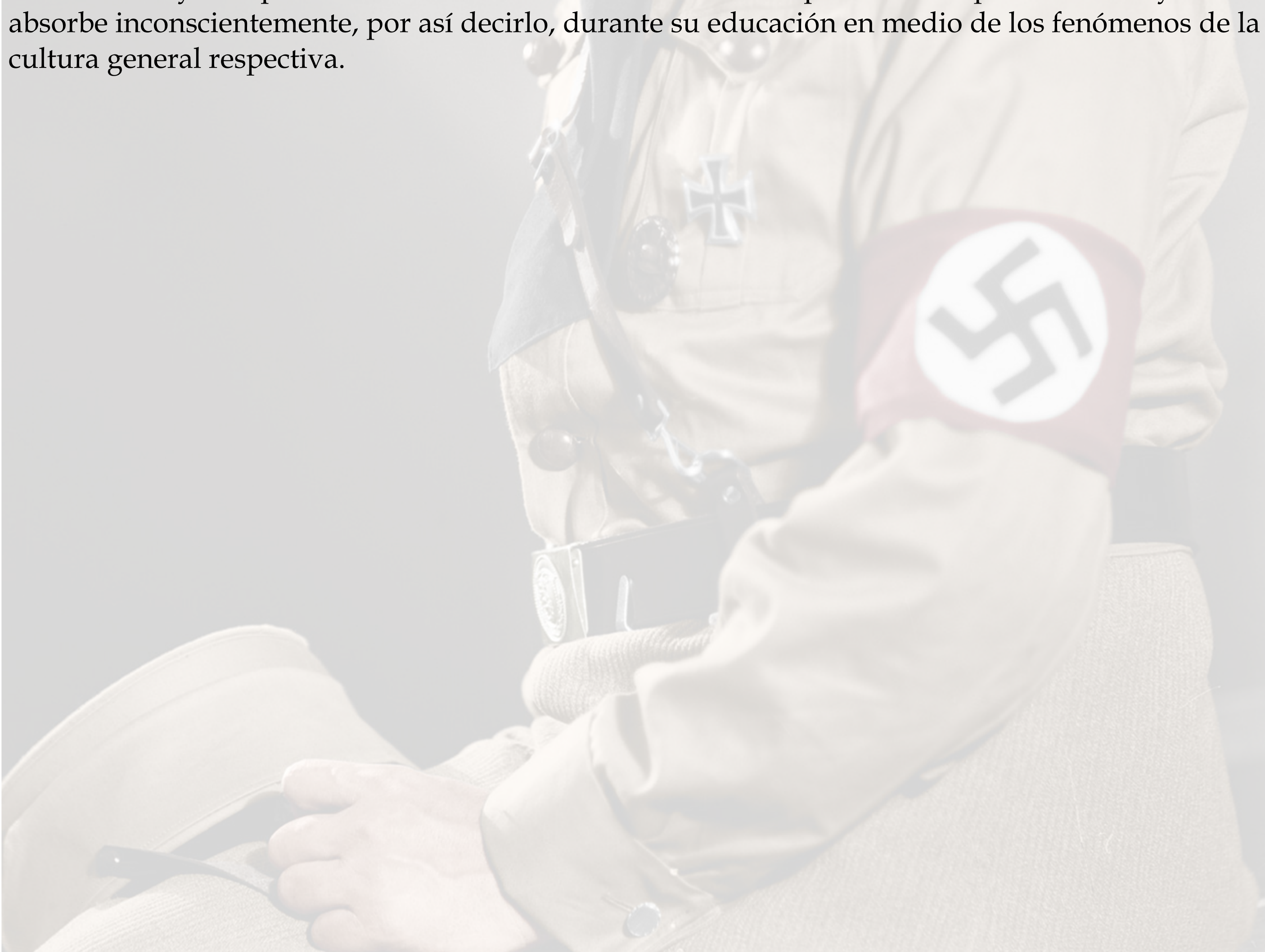
El idealismo más puro coincide inconscientemente con el conocimiento más profundo.
Hasta qué punto esto es cierto, y cuán poco tiene que ver el verdadero idealismo con la fantasía lúdica, se puede ver de inmediato si se deja juzgar al niño inmaculado, al niño sano. El mismo muchacho que incomprende y rechaza las diatribas de un pacifista "ideal" está dispuesto a sacrificar su joven vida por el ideal de su nacionalidad.
Inconscientemente, el instinto de conocimiento obedece a la necesidad más profunda de preservar la especie, si es necesario a expensas del individuo, y protesta contra la fantasía del charlatán pacifista, que, en verdad, como egoísta, aunque con maquillaje, pero cobarde, viola las leyes del desarrollo; Porque esto está condicionado por la voluntad del individuo de hacer sacrificios en beneficio del público en general y no por las ideas mórbidas de los sabelotodo cobardes y los críticos de la naturaleza.
Especialmente en los tiempos en que la actitud ideal amenaza con desaparecer, podemos reconocer inmediatamente una disminución del poder que forma la comunidad y, por lo tanto, crea las condiciones para la cultura. Tan pronto como el egoísmo se convierte en el gobernante de un pueblo, los lazos del orden se aflojan, y en la búsqueda de su propia felicidad, las personas caen del cielo al infierno aún más.
Incluso la posteridad olvida a los hombres que sólo sirvieron para su propio beneficio, y alaba a los héroes que renunciaron a su propia felicidad.



Arios y judíos 329

El contraste más poderoso con el ario es el judío. En casi ningún otro pueblo del mundo está más desarrollado el instinto de conservación que en el llamado elegido. La mejor prueba de ello puede ser el simple hecho de la existencia de esta raza. ¿Dónde está el pueblo judío que ha estado expuesto a tan pocos cambios en su carácter interno, carácter, etc., en los últimos dos mil años? Finalmente, ¿qué pueblo ha sufrido mayores convulsiones que éste y, sin embargo, siempre ha emergido como el mismo de las mayores catástrofes de la humanidad? ¡Qué voluntad infinitamente tenaz de vivir, de preservar la especie, habla de estos hechos!

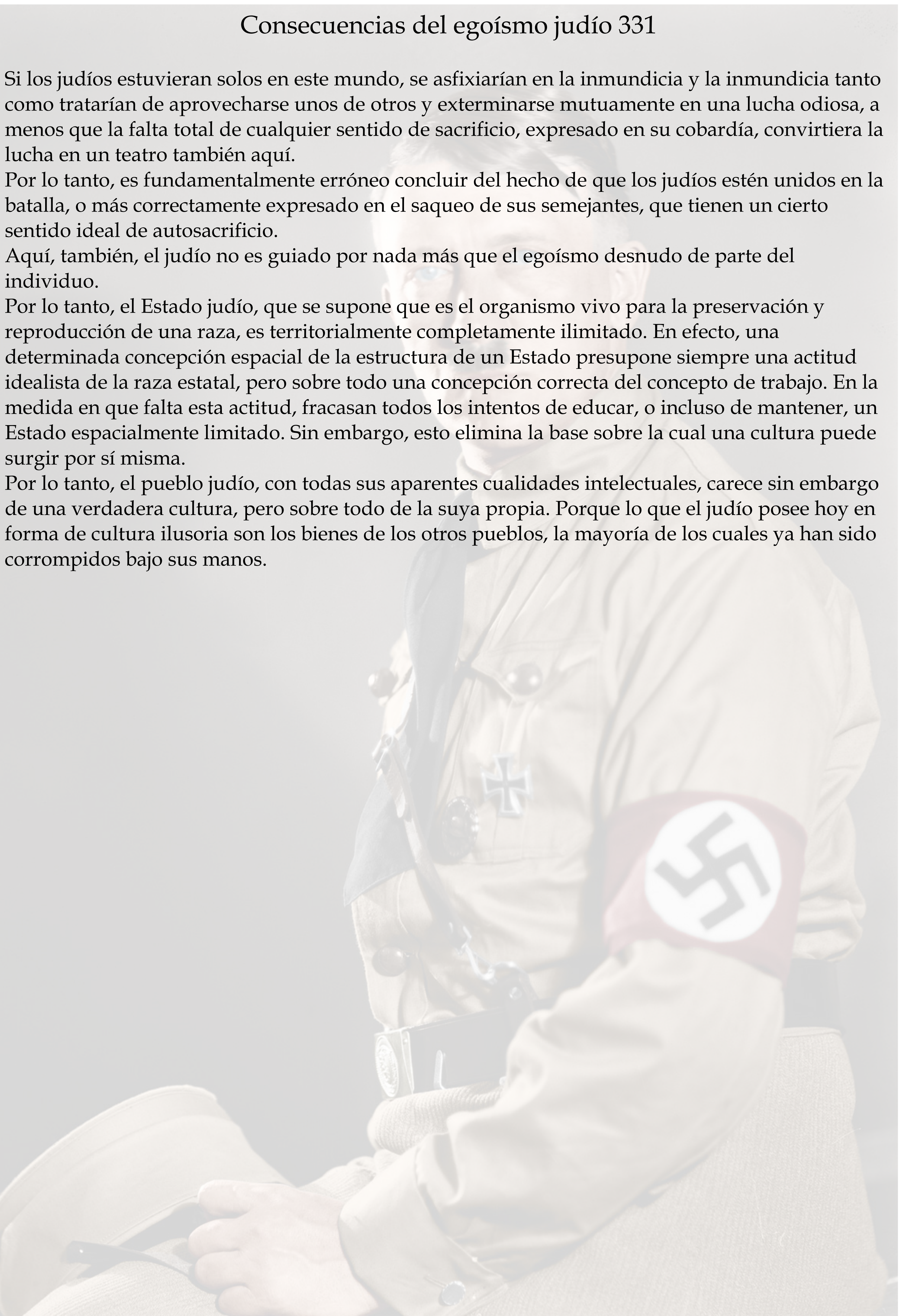
Las cualidades intelectuales del judío se han desarrollado a lo largo de miles de años. Hoy en día se le considera "inteligente" y, en cierto sentido, siempre lo ha sido. Pero su intelecto no es el resultado de su propio desarrollo, sino de una lección objetiva de extraños. Incluso la mente humana no puede subir a la cima sin escalones; Para cada paso que da necesita el fundamento del pasado, y eso en ese sentido amplio en el que sólo puede revelarse en la cultura general. Todo pensamiento descansa sólo en una pequeña parte en el propio conocimiento, pero en su mayor parte en las experiencias del tiempo precedente. El nivel general de la cultura proporciona al individuo tal riqueza de conocimientos previos, sin que éste les preste la mayor atención, que, equipado de esta manera, puede dar más fácilmente nuevos pasos por sí mismo. El niño de hoy, por ejemplo, crece bajo una verdadera multitud de logros técnicos de los últimos siglos, de modo que ya no da por sentado muchas cosas que hace cien años todavía eran un misterio para las mentes más grandes, aunque sean de importancia decisiva para que él siga y comprenda nuestros progresos en el campo en cuestión. Si incluso una mente brillante de los años veinte del siglo pasado abandonara repentinamente su tumba hoy, incluso su intelectual encuentra un camino más difícil en el momento actual de lo que es el caso de un niño de quince años medianamente dotado de hoy. Porque carecería de toda la educación infinita que el contemporáneo de hoy absorbe inconscientemente, por así decirlo, durante su educación en medio de los fenómenos de la cultura general respectiva.



330 Arios y judíos

Ahora bien, puesto que el judío —por razones que se expondrán inmediatamente— nunca estuvo en posesión de su propia cultura, los fundamentos de su trabajo intelectual siempre han sido dados por otros. Su intelecto siempre se ha desarrollado en el mundo cultural que le rodea.
El proceso inverso nunca tuvo lugar.
En efecto, aunque el instinto de conservación del pueblo judío no sea menor, sino incluso mayor que el de los demás pueblos, aunque sus facultades intelectuales puedan dar muy fácilmente la impresión de que está a la par con la disposición intelectual de las demás razas, falta por completo el requisito más esencial para un pueblo civilizado, la actitud idealista.
La voluntad de sacrificio en el pueblo judío no va más allá del instinto desnudo de autoconservación del individuo. El aparentemente gran sentimiento de unión se basa en un instinto gregario muy primitivo, ya que es similar a muchos otros seres vivos en este mundo. Es digno de notar que el instinto gregario siempre conduce al apoyo mutuo sólo en la medida en que un peligro común lo hace parecer conveniente o inevitable. La misma manada de lobos, que acaba de atacar a sus presas juntas, se disuelve de nuevo en sus animales individuales cuando el hambre disminuye. Lo mismo ocurre con los caballos, que tratan de defenderse del asaltante en su conjunto, sólo para dispersarse de nuevo después de que se ha superado el peligro.
La situación es similar con el judío. Su sentido de autosacrificio es sólo aparente. Sólo existe en la medida en que la existencia de cada individuo lo hace absolutamente necesario. Sin embargo, tan pronto como el enemigo común ha sido derrotado, el peligro que lo amenaza a todos ha sido eliminado, y el robo ha sido asegurado, la aparente armonía de los judíos entre sí cesa para dar paso de nuevo a las predisposiciones causalmente existentes. El judío sólo se une cuando un peligro común lo obliga a hacerlo o una presa común lo atrae; Si ambas razones se desvanecen, las características del egoísmo más descarado se manifiestan, y el pueblo se convierte en un abrir y cerrar de ojos en una sangrienta pandilla de ratas luchadoras.



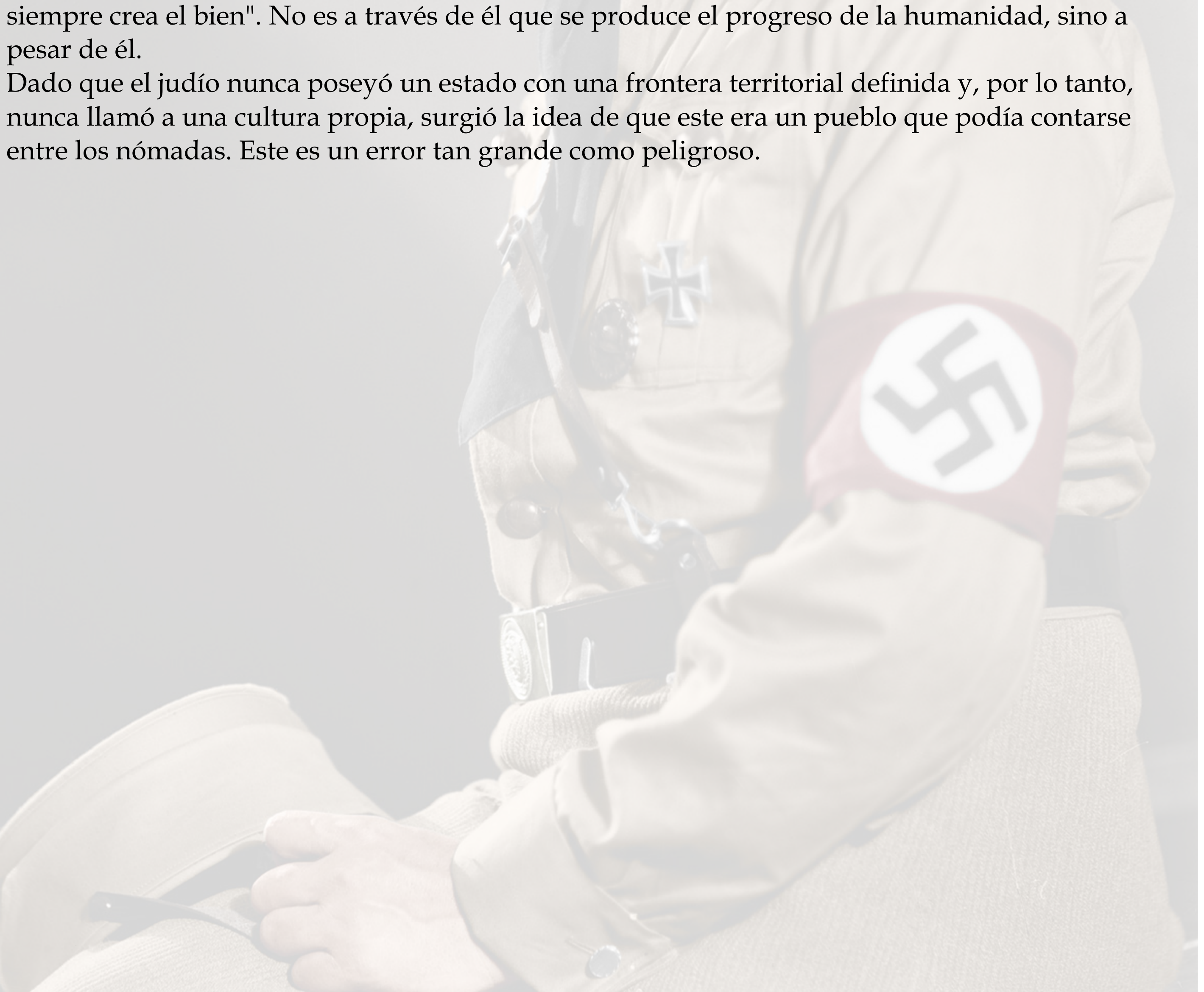


Consecuencias del egoísmo judío 331

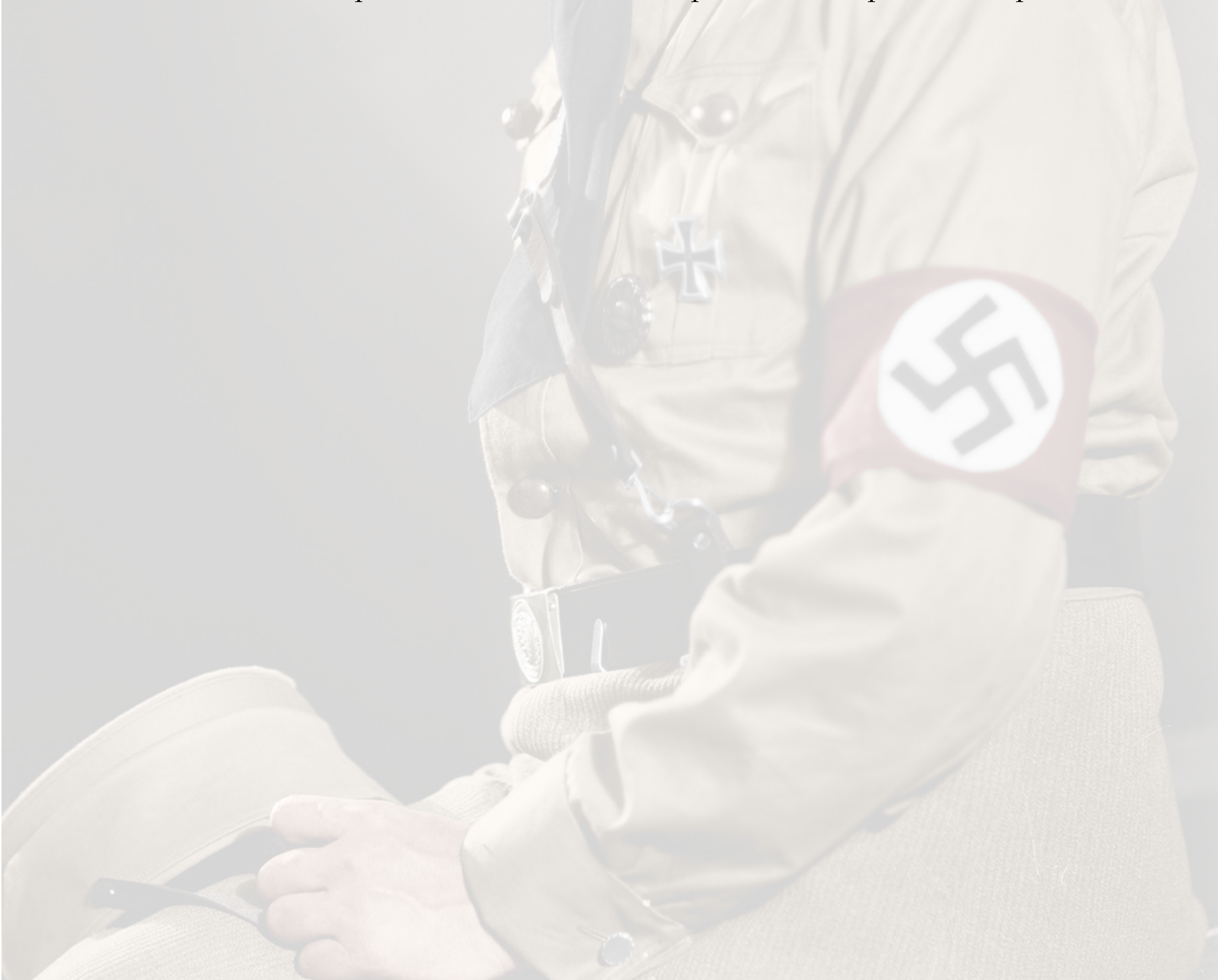
Si los judíos estuvieran solos en este mundo, se asfixiarían en la inmundicia y la inmundicia tanto como tratarían de aprovecharse unos de otros y exterminarse mutuamente en una lucha odiosa, a menos que la falta total de cualquier sentido de sacrificio, expresado en su cobardía, convirtiera la lucha en un teatro también aquí.
Por lo tanto, es fundamentalmente erróneo concluir del hecho de que los judíos estén unidos en la batalla, o más correctamente expresado en el saqueo de sus semejantes, que tienen un cierto sentido ideal de autosacrificio.
Aquí, también, el judío no es guiado por nada más que el egoísmo desnudo de parte del individuo.
Por lo tanto, el Estado judío, que se supone que es el organismo vivo para la preservación y reproducción de una raza, es territorialmente completamente ilimitado. En efecto, una determinada concepción espacial de la estructura de un Estado presupone siempre una actitud idealista de la raza estatal, pero sobre todo una concepción correcta del concepto de trabajo. En la medida en que falta esta actitud, fracasan todos los intentos de educar, o incluso de mantener, un Estado espacialmente limitado. Sin embargo, esto elimina la base sobre la cual una cultura puede surgir por sí misma.
Por lo tanto, el pueblo judío, con todas sus aparentes cualidades intelectuales, carece sin embargo de una verdadera cultura, pero sobre todo de la suya propia. Porque lo que el judío posee hoy en forma de cultura ilusoria son los bienes de los otros pueblos, la mayoría de los cuales ya han sido corrompidos bajo sus manos.

332 La cultura ilusoria de los judíos

Como característica esencial para juzgar al judaísmo en su posición sobre la cuestión de la cultura humana, hay que tener siempre en cuenta que el arte judío nunca existió y, por lo tanto, no existe hoy, y que, sobre todo, las dos reinas de todas las artes, la arquitectura y la música, no deben nada original al judaísmo. Lo que hace en el campo del arte es o bien una hornificación verbal o un robo intelectual. Pero esto significa que el judío carece de las cualidades que distinguen a las razas creativamente dotadas y, por lo tanto, culturalmente dotadas.
La medida en que el judío adopta la cultura extranjera sólo con empatía, pero más bien de una manera corruptora, es evidente por el hecho de que se le encuentra más en el arte, que también parece menos en sintonía con su propia invención, el arte de actuar. Pero incluso aquí no es más que el "malabarista", el mejor de los imitadores; porque aún aquí le falta el último tiro a la verdadera grandeza; Incluso aquí no es el ingenioso diseñador, sino un imitador externo, por lo que todas las travesuras y trucos utilizados en este proceso no son capaces de ocultar la falta de vida interior de su talento creativo. Aquí la prensa judía ayuda de la manera más afectuosa, lanzando tal grito de hosannage a todo el mundo, incluso al más mediocre chapucero, con tal de que sea sólo un judío, que el resto del mundo finalmente piensa que está viendo a un artista, cuando en realidad no es más que un comediante lamentable.
No, el judío no tiene ningún poder formador de cultura, ya que el idealismo, sin el cual no hay verdadero desarrollo superior del hombre, no está presente en él y nunca lo estuvo. Por lo tanto, su intelecto nunca tendrá un efecto edificante, sino que será destructivo y, en casos muy raros, tal vez a lo sumo azuzador, pero entonces como el arquetipo del "poder que siempre quiere el mal y siempre crea el bien". No es a través de él que se produce el progreso de la humanidad, sino a pesar de él.
Dado que el judío nunca poseyó un estado con una frontera territorial definida y, por lo tanto, nunca llamó a una cultura propia, surgió la idea de que este era un pueblo que podía contarse entre los nómadas. Este es un error tan grande como peligroso.

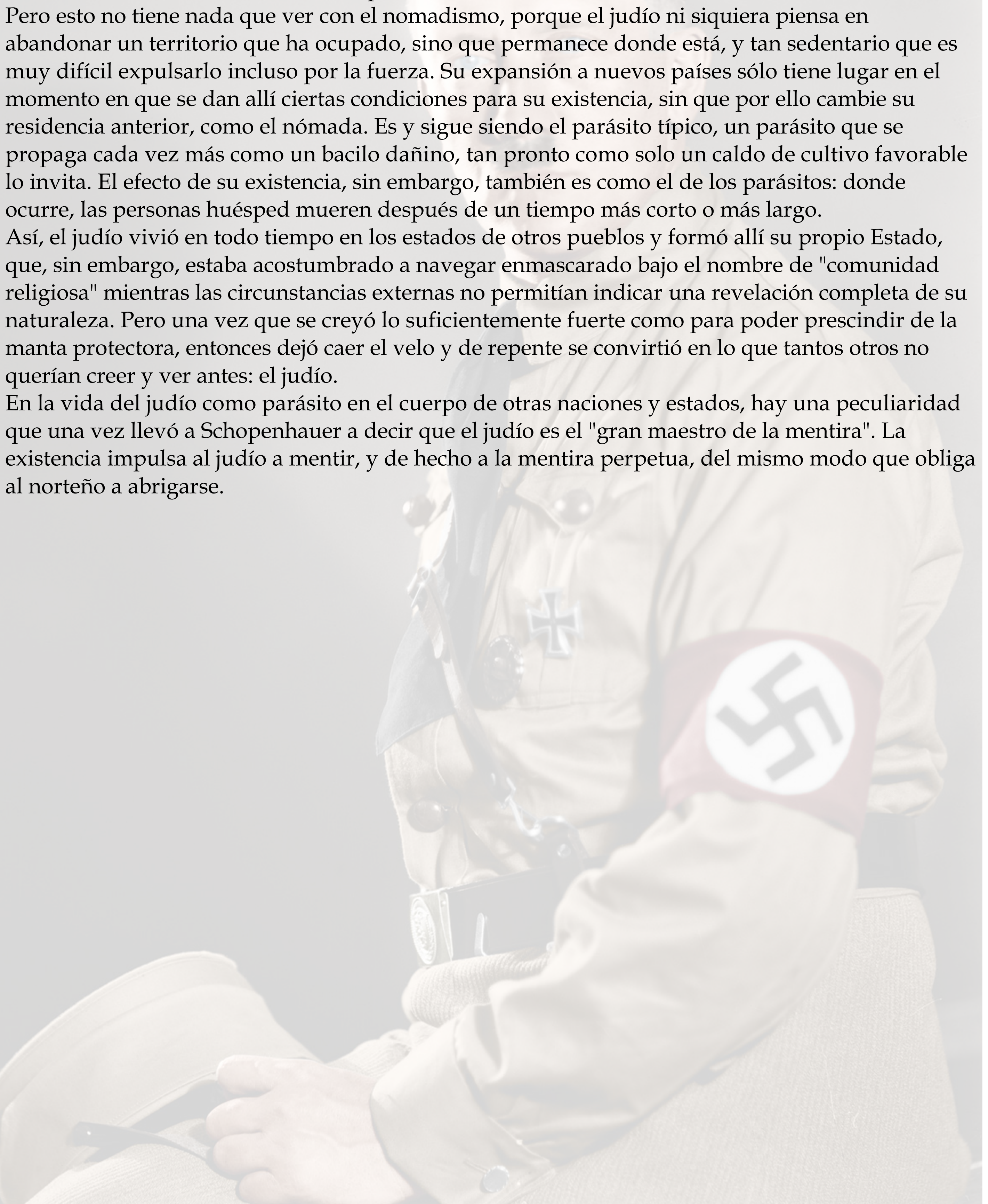


En efecto, el nómada posee un hábitat bien definido, pero no lo cultiva como un agricultor sedentario, sino que vive de los productos de sus rebaños con los que deambula por su territorio. La razón externa de esto se ve en la baja fertilidad de un suelo que simplemente no permite el emplumado. La causa más profunda, sin embargo, reside en la desproporción entre la cultura técnica de una época o de un pueblo y la pobreza natural de un espacio vital. Hay zonas en las que el ario sólo es capaz de dominar el amplio terreno en asentamientos cerrados y de satisfacer las necesidades de la vida a partir de él sólo a través de su técnica, que se ha desarrollado a lo largo de más de mil años. Si no poseía esta técnica, tendría que evitar estas áreas o también ganarse la vida de nómada en constante vagabundeo, siempre que su educación milenaria y su habituación a la vida sedentaria no le parecieran simplemente insoportable. Hay que recordar que en la época de la apertura del continente americano numerosos arios luchaban por su vida como tramperos, cazadores, etc., y a menudo en tropas más grandes con esposas e hijos, siempre deambulando, por lo que su existencia era completamente similar a la de los nómadas. Pero tan pronto como su creciente número y mejores recursos permitieron despejar el suelo salvaje y resistir a los nativos, surgieron más y más asentamientos en el país.
Probablemente el ario también fue un nómada al principio y se estableció con el transcurso del tiempo, ¡pero sólo por esa razón nunca fue judío! No, el judío no es un nómada; Porque el nómada también tenía una cierta actitud hacia el concepto de "trabajo", que podía servir de base para un desarrollo posterior, siempre que estuvieran presentes los requisitos intelectuales necesarios para ello. La visión idealista de Erund, sin embargo, se da en él, aunque en infinita dilución, y por lo tanto, en toda su naturaleza parece tal vez extraño a los pueblos arios, pero no antipático.

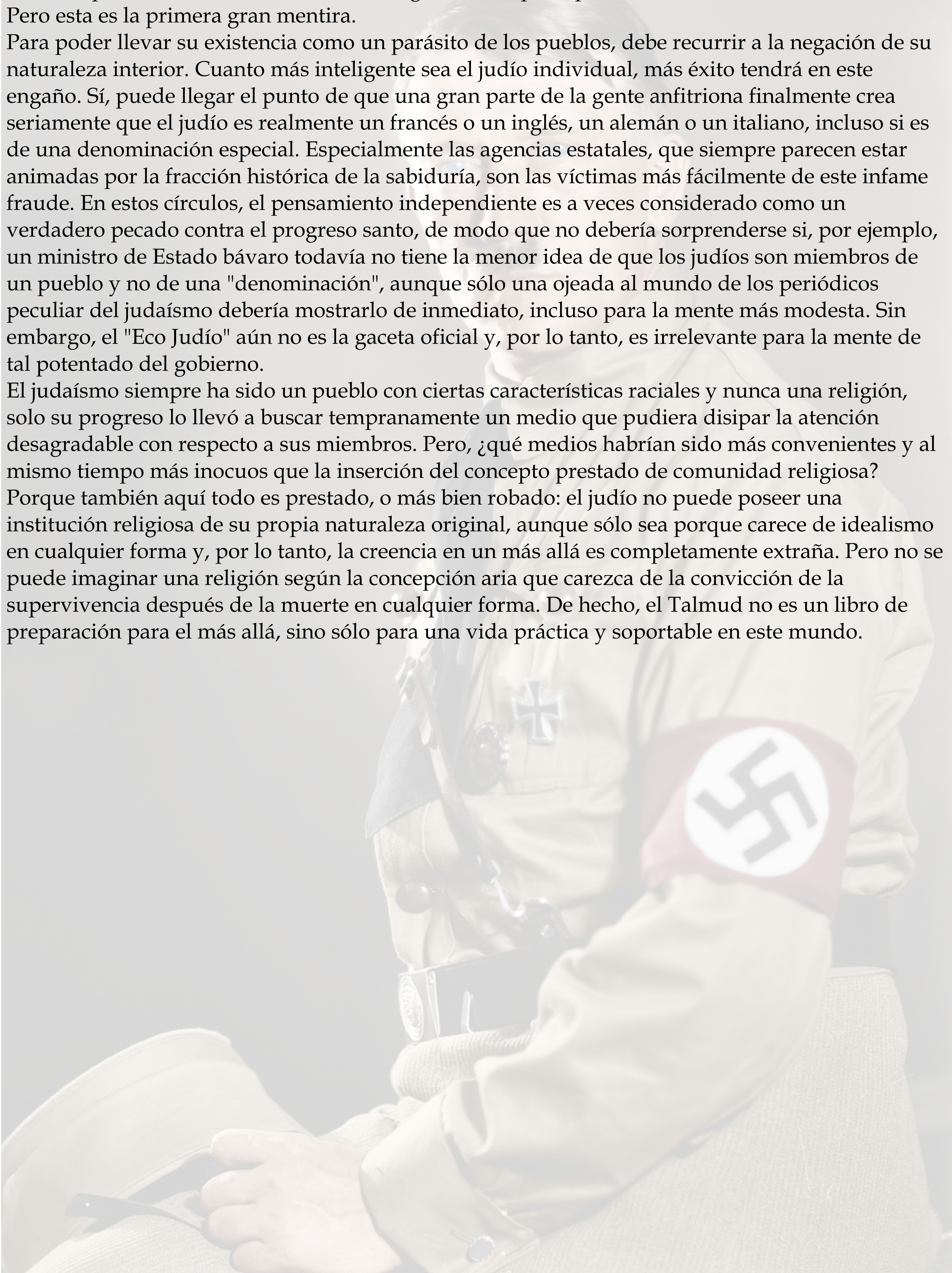


334 El judío es un parásito

En el caso del judío, en cambio, esta actitud no existe en absoluto; Por lo tanto, nunca fue un nómada, sino siempre sólo un parásito en los cuerpos de otros pueblos. El hecho de que a veces abandonara su hábitat anterior en el proceso no está relacionado con su intención, sino que es el resultado de la expulsión que experimenta de vez en cuando por parte de los pueblos orientales maltratados. Pero su propagación es un fenómeno típico de todos los parásitos; Siempre está buscando un nuevo caldo de cultivo para su raza.
Pero esto no tiene nada que ver con el nomadismo, porque el judío ni siquiera piensa en abandonar un territorio que ha ocupado, sino que permanece donde está, y tan sedentario que es muy difícil expulsarlo incluso por la fuerza. Su expansión a nuevos países sólo tiene lugar en el momento en que se dan allí ciertas condiciones para su existencia, sin que por ello cambie su residencia anterior, como el nómada. Es y sigue siendo el parásito típico, un parásito que se propaga cada vez más como un bacilo dañino, tan pronto como solo un caldo de cultivo favorable lo invita. El efecto de su existencia, sin embargo, también es como el de los parásitos: donde ocurre, las personas huésped mueren después de un tiempo más corto o más largo.
Así, el judío vivió en todo tiempo en los estados de otros pueblos y formó allí su propio Estado, que, sin embargo, estaba acostumbrado a navegar enmascarado bajo el nombre de "comunidad religiosa" mientras las circunstancias externas no permitían indicar una revelación completa de su naturaleza. Pero una vez que se creyó lo suficientemente fuerte como para poder prescindir de la manta protectora, entonces dejó caer el velo y de repente se convirtió en lo que tantos otros no querían creer y ver antes: el judío.
En la vida del judío como parásito en el cuerpo de otras naciones y estados, hay una peculiaridad que una vez llevó a Schopenhauer a decir que el judío es el "gran maestro de la mentira". La existencia impulsa al judío a mentir, y de hecho a la mentira perpetua, del mismo modo que obliga al norteño a abrigarse.



Su vida entre los demás pueblos sólo puede durar a largo plazo si logra suscitar la opinión de que no es un pueblo, sino una "comunidad religiosa", aunque especial.
Pero esta es la primera gran mentira.
Para poder llevar su existencia como un parásito de los pueblos, debe recurrir a la negación de su naturaleza interior. Cuanto más inteligente sea el judío individual, más éxito tendrá en este engaño. Sí, puede llegar el punto de que una gran parte de la gente anfitriona finalmente crea seriamente que el judío es realmente un francés o un inglés, un alemán o un italiano, incluso si es de una denominación especial. Especialmente las agencias estatales, que siempre parecen estar animadas por la fracción histórica de la sabiduría, son las víctimas más fácilmente de este infame fraude. En estos círculos, el pensamiento independiente es a veces considerado como un verdadero pecado contra el progreso santo, de modo que no debería sorprenderse si, por ejemplo, un ministro de Estado bávaro todavía no tiene la menor idea de que los judíos son miembros de un pueblo y no de una "denominación", aunque sólo una ojeada al mundo de los periódicos peculiar del judaísmo debería mostrarlo de inmediato, incluso para la mente más modesta. Sin embargo, el "Eco Judío" aún no es la gaceta oficial y, por lo tanto, es irrelevante para la mente de tal potentado del gobierno.
El judaísmo siempre ha sido un pueblo con ciertas características raciales y nunca una religión, solo su progreso lo llevó a buscar tempranamente un medio que pudiera disipar la atención desagradable con respecto a sus miembros. Pero, ¿qué medios habrían sido más convenientes y al mismo tiempo más inocuos que la inserción del concepto prestado de comunidad religiosa? Porque también aquí todo es prestado, o más bien robado: el judío no puede poseer una institución religiosa de su propia naturaleza original, aunque sólo sea porque carece de idealismo en cualquier forma y, por lo tanto, la creencia en un más allá es completamente extraña. Pero no se puede imaginar una religión según la concepción aria que carezca de la convicción de la supervivencia después de la muerte en cualquier forma. De hecho, el Talmud no es un libro de preparación para el más allá, sino sólo para una vida práctica y soportable en este mundo.



336 Doctrina Religiosa Judía

La doctrina religiosa judía es, ante todo, una instrucción para mantener pura la sangre del judaísmo y regular las relaciones de los judíos entre sí, pero aún más con el resto del mundo, es decir, con los no judíos. Pero tampoco en este caso se trata de problemas éticos, sino económicos extraordinariamente modestos. Hay, y siempre ha habido, estudios bastante detallados sobre el valor moral de la instrucción religiosa judía (no en el lado judío; las divagaciones de los mismos judíos sobre el tema son, por supuesto, torpes para el propósito), que hacen que este tipo de religión parezca francamente extraña de acuerdo con los conceptos arios. La mejor caracterización, sin embargo, la da el producto de esta educación religiosa, el judío mismo. Su vida es sólo de este mundo, y su fino espíritu es interiormente tan ajeno al verdadero cristianismo como lo fue su naturaleza dos mil años antes al gran fundador de la nueva doctrina. Por supuesto, no ocultó su actitud hacia el pueblo judío, e incluso tomó el látigo si era necesario, para expulsar del templo del Señor a este adversario de toda la humanidad, que en ese momento, como siempre, veía la religión solo como un medio de existencia comercial. Por esto, por supuesto, Cristo fue clavado en la cruz, mientras que nuestro actual partido, el cristianismo, se degrada a sí mismo, mendiga votos judíos en las elecciones y luego trata de reconciliar las deportaciones políticas con partidos judíos ateos, e incluso contra su propia nacionalidad.



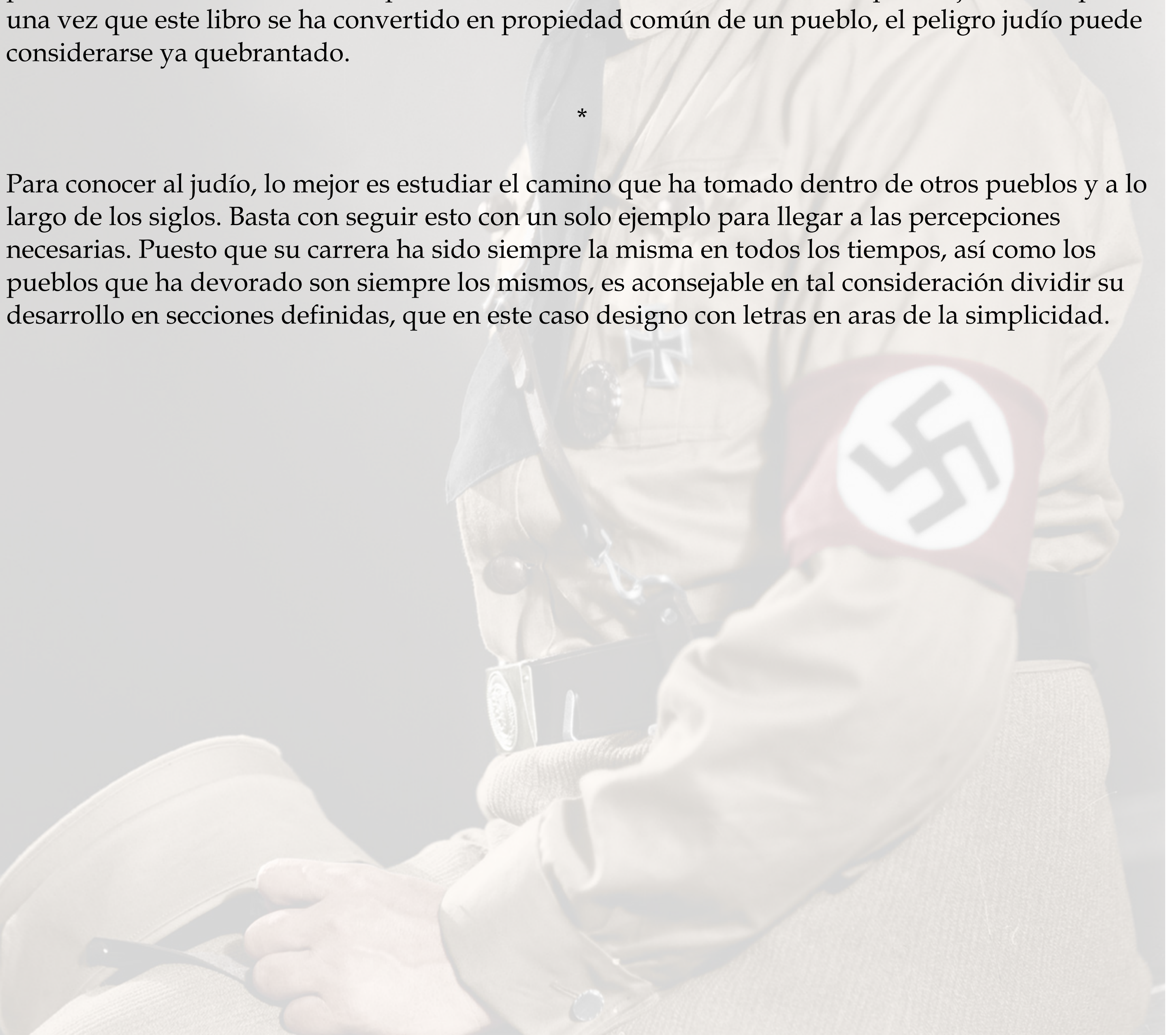
Los "Sabios de Sión" 337

Sobre esta primera y más grande mentira, que el judaísmo no es una raza sino una religión, inevitablemente se construyen más y más mentiras. Entre ellas está la mentira sobre el idioma de los judíos. No es el medio de expresar sus pensamientos, sino el medio de ocultarlos. Al hablar francés, piensa judío, y mientras lee versos alemanes, sólo vive la esencia de su nacionalidad. Mientras el judío no se haya convertido en el amo de los otros pueblos, debe, quiérase o no, hablar sus idiomas, pero tan pronto como fueran sus siervos, todos tendrían que aprender un idioma universal (por ejemplo, ¡el esperanto!), para que también por este medio, el judaísmo pudiera dominarlos más fácilmente.

Hasta qué punto toda la existencia de este pueblo descansa sobre una mentira continua, se muestra de una manera incomparable en los "Protocolos de los Sabios de Sión", tan infinitamente odiados por los judíos. Se supone que se basan en una falsificación, el "Frankfurter Zeitung" se queja una y otra vez al mundo: la mejor prueba de que son genuinos. Lo que muchos judíos pueden hacer inconscientemente se aclara aquí conscientemente. Pero eso es lo que importa. No importa de quién sea la cabeza judía que se originen estas revelaciones, pero lo decisivo es que revelan con una certeza casi horrible la naturaleza y la actividad del pueblo judío y las presentan en sus conexiones internas, así como en sus objetivos finales. La mejor crítica a ellos, sin embargo, es la realidad. Cualquiera que examine el desarrollo histórico de los últimos cien años desde el punto de vista de este libro, comprenderá inmediatamente el clamor de la prensa judía. Porque una vez que este libro se ha convertido en propiedad común de un pueblo, el peligro judío puede considerarse ya quebrantado.

*

Para conocer al judío, lo mejor es estudiar el camino que ha tomado dentro de otros pueblos y a lo largo de los siglos. Basta con seguir esto con un solo ejemplo para llegar a las percepciones necesarias. Puesto que su carrera ha sido siempre la misma en todos los tiempos, así como los pueblos que ha devorado son siempre los mismos, es aconsejable en tal consideración dividir su desarrollo en secciones definidas, que en este caso designo con letras en aras de la simplicidad.

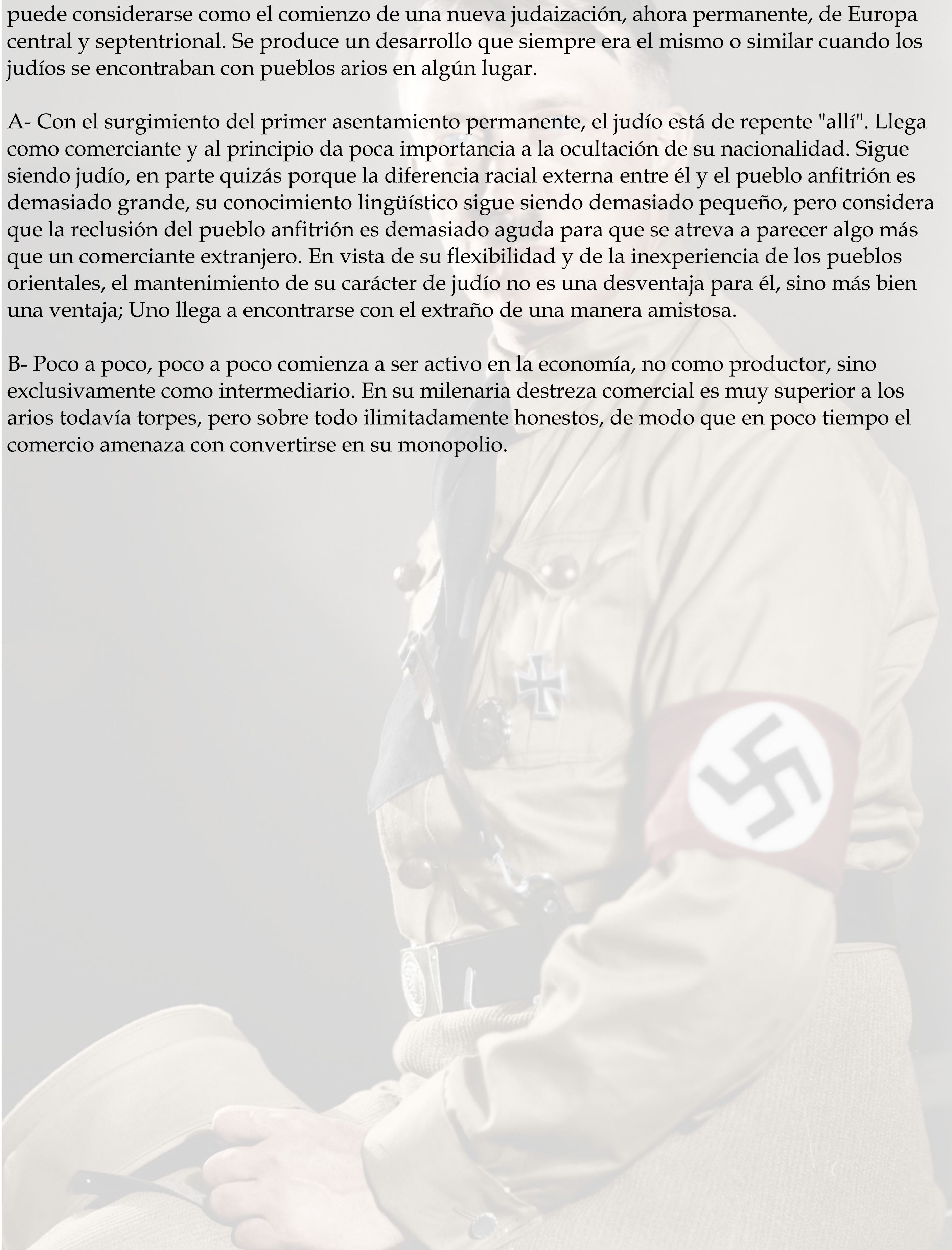


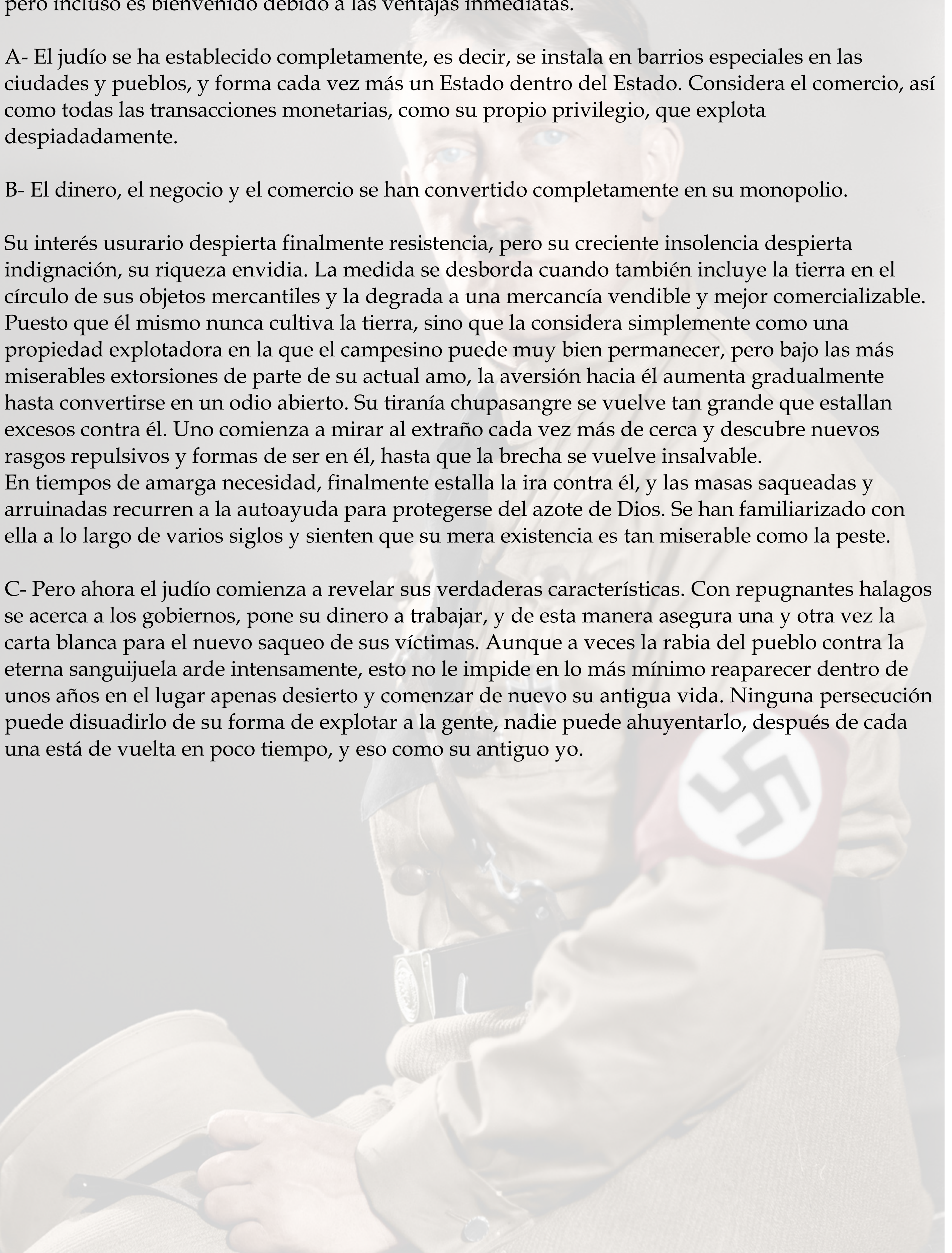
338 El desarrollo del judaísmo

Los primeros judíos llegaron a Germania en el curso del avance de los romanos, y como siempre como comerciantes. Sin embargo, en las tormentas de las emigraciones de los pueblos, parecen haber desaparecido de nuevo, y así el momento de la primera formación del Estado germánico puede considerarse como el comienzo de una nueva judaización, ahora permanente, de Europa central y septentrional. Se produce un desarrollo que siempre era el mismo o similar cuando los judíos se encontraban con pueblos arios en algún lugar.

A- Con el surgimiento del primer asentamiento permanente, el judío está de repente "allí". Llega como comerciante y al principio da poca importancia a la ocultación de su nacionalidad. Sigue siendo judío, en parte quizás porque la diferencia racial externa entre él y el pueblo anfitrión es demasiado grande, su conocimiento lingüístico sigue siendo demasiado pequeño, pero considera que la reclusión del pueblo anfitrión es demasiado aguda para que se atreva a parecer algo más que un comerciante extranjero. En vista de su flexibilidad y de la inexperiencia de los pueblos orientales, el mantenimiento de su carácter de judío no es una desventaja para él, sino más bien una ventaja; Uno llega a encontrarse con el extraño de una manera amistosa.

B- Poco a poco, poco a poco comienza a ser activo en la economía, no como productor, sino exclusivamente como intermediario. En su milenaria destreza comercial es muy superior a los arios todavía torpes, pero sobre todo ilimitadamente honestos, de modo que en poco tiempo el comercio amenaza con convertirse en su monopolio.





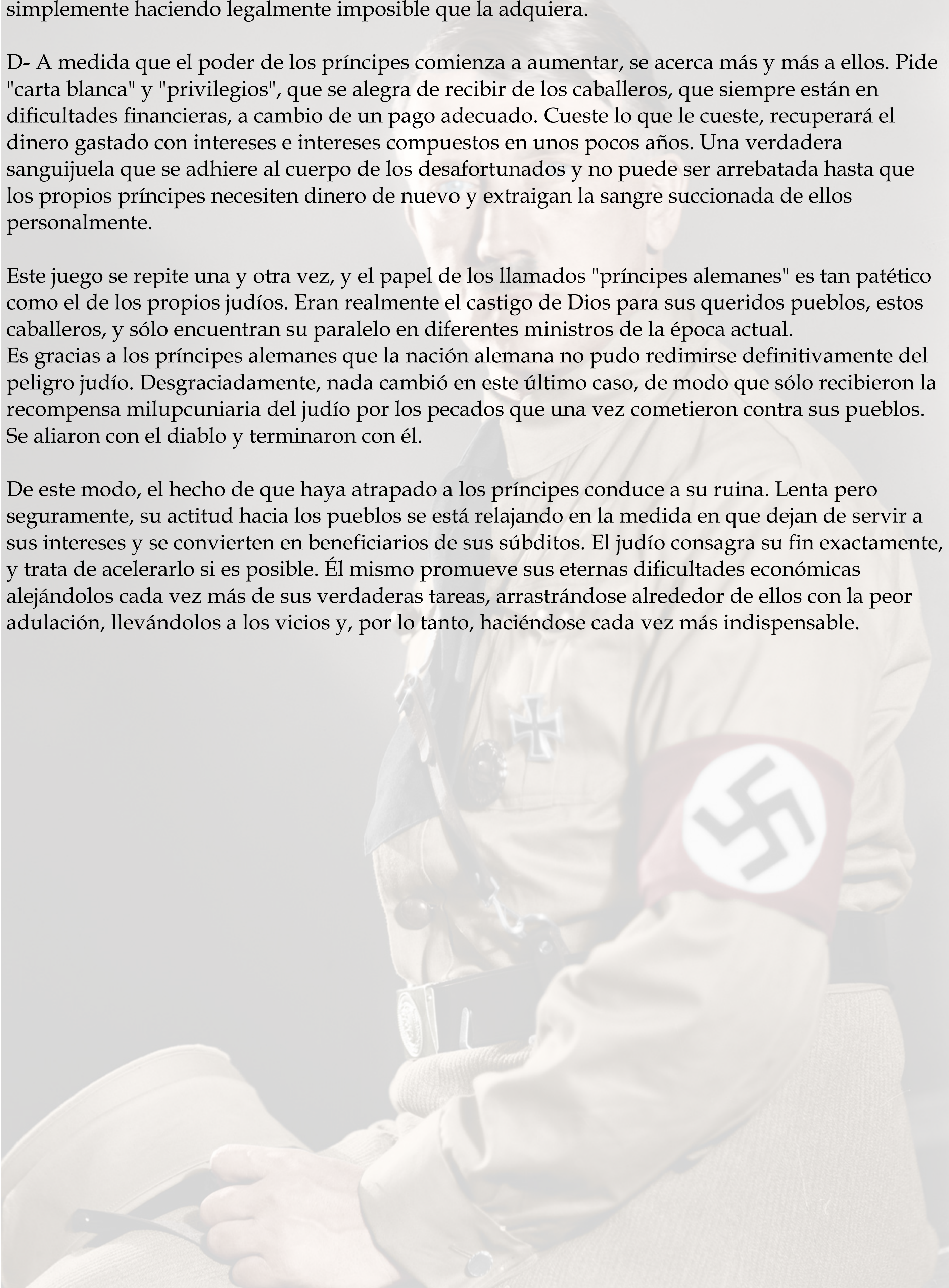
Comienza prestando dinero, como siempre a tasas de interés usurarias. De hecho, también introduce interés a través de esto. El peligro de esta nueva instalación no se reconoce al principio, pero incluso es bienvenido debido a las ventajas inmediatas.

A- El judío se ha establecido completamente, es decir, se instala en barrios especiales en las ciudades y pueblos, y forma cada vez más un Estado dentro del Estado. Considera el comercio, así como todas las transacciones monetarias, como su propio privilegio, que explota despiadadamente.

B- El dinero, el negocio y el comercio se han convertido completamente en su monopolio.

Su interés usurario despierta finalmente resistencia, pero su creciente insolencia despierta indignación, su riqueza envidia. La medida se desborda cuando también incluye la tierra en el círculo de sus objetos mercantiles y la degrada a una mercancía vendible y mejor comercializable. Puesto que él mismo nunca cultiva la tierra, sino que la considera simplemente como una propiedad explotadora en la que el campesino puede muy bien permanecer, pero bajo las más miserables extorsiones de parte de su actual amo, la aversión hacia él aumenta gradualmente hasta convertirse en un odio abierto. Su tiranía chupasangre se vuelve tan grande que estallan excesos contra él. Uno comienza a mirar al extraño cada vez más de cerca y descubre nuevos rasgos repulsivos y formas de ser en él, hasta que la brecha se vuelve insalvable.
En tiempos de amarga necesidad, finalmente estalla la ira contra él, y las masas saqueadas y arruinadas recurren a la autoayuda para protegerse del azote de Dios. Se han familiarizado con ella a lo largo de varios siglos y sienten que su mera existencia es tan miserable como la peste.

C- Pero ahora el judío comienza a revelar sus verdaderas características. Con repugnantes halagos se acerca a los gobiernos, pone su dinero a trabajar, y de esta manera asegura una y otra vez la carta blanca para el nuevo saqueo de sus víctimas. Aunque a veces la rabia del pueblo contra la eterna sanguijuela arde intensamente, esto no le impide en lo más mínimo reaparecer dentro de unos años en el lugar apenas desierto y comenzar de nuevo su antigua vida. Ninguna persecución puede disuadirlo de su forma de explotar a la gente, nadie puede ahuyentarlo, después de cada una está de vuelta en poco tiempo, y eso como su antiguo yo.



Con el fin de prevenir al menos lo peor, uno comienza a retirar la tierra de su mano usurera simplemente haciendo legalmente imposible que la adquiera.

D- A medida que el poder de los príncipes comienza a aumentar, se acerca más y más a ellos. Pide "carta blanca" y "privilegios", que se alegra de recibir de los caballeros, que siempre están en dificultades financieras, a cambio de un pago adecuado. Cueste lo que le cueste, recuperará el dinero gastado con intereses e intereses compuestos en unos pocos años. Una verdadera sanguijuela que se adhiere al cuerpo de los desafortunados y no puede ser arrebatada hasta que los propios príncipes necesiten dinero de nuevo y extraigan la sangre succionada de ellos personalmente.

Este juego se repite una y otra vez, y el papel de los llamados "príncipes alemanes" es tan patético como el de los propios judíos. Eran realmente el castigo de Dios para sus queridos pueblos, estos caballeros, y sólo encuentran su paralelo en diferentes ministros de la época actual.
Es gracias a los príncipes alemanes que la nación alemana no pudo redimirse definitivamente del peligro judío. Desgraciadamente, nada cambió en este último caso, de modo que sólo recibieron la recompensa milupcuniaria del judío por los pecados que una vez cometieron contra sus pueblos. Se aliaron con el diablo y terminaron con él.

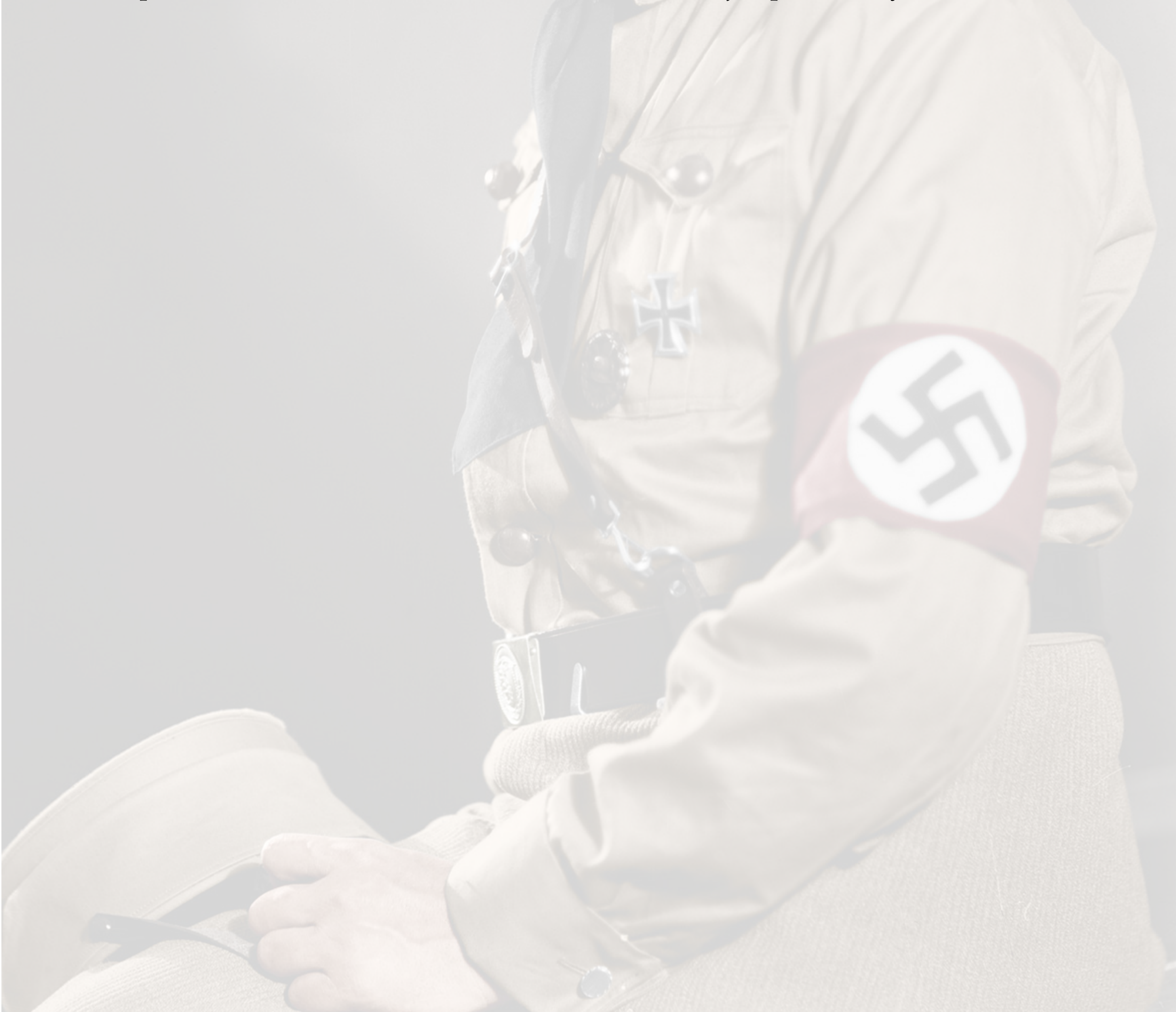
De este modo, el hecho de que haya atrapado a los príncipes conduce a su ruina. Lenta pero seguramente, su actitud hacia los pueblos se está relajando en la medida en que dejan de servir a sus intereses y se convierten en beneficiarios de sus súbditos. El judío consagra su fin exactamente, y trata de acelerarlo si es posible. Él mismo promueve sus eternas dificultades económicas alejándolos cada vez más de sus verdaderas tareas, arrastrándose alrededor de ellos con la peor adulación, llevándolos a los vicios y, por lo tanto, haciéndose cada vez más indispensable.

Su destreza, o más bien su falta de escrúpulos en todos los asuntos financieros, sabe cómo exprimir siempre nuevos medios de los sujetos saqueados, más aún, extraerlos, que en períodos de tiempo cada vez más cortos siguen el camino de todas las cosas terrenales. De modo que cada corte tiene su "judío de la corte", como se llama a los monstruos, que atormentan a la gente querida hasta la desesperación y dan a los príncipes el placer eterno. ¿Quién puede sorprenderse de que estos ornamentos de la raza humana finalmente se adornen exteriormente y se eleven a la nobleza hereditaria, ayudando no solo a exponer esta institución al ridículo, sino incluso a envenenarla?
Ahora, por supuesto, es aún más capaz de usar su posición a favor de su avance.
Al fin y al cabo, sólo necesita ser bautizado para poder entrar en posesión de todas las posibilidades y derechos de los hijos del país. A menudo se encarga de este negocio para deleite de las iglesias sobre el hijo ganado e Israel sobre la estafa exitosa.

F- Un cambio está empezando a producirse en el judaísmo. Hasta ahora habían sido judíos, es decir, no daban ninguna importancia al querer aparecer como otra cosa, y no podían hacerlo con las características raciales extremadamente pronunciadas de ambos lados. Incluso en la época de Federico el Grande no se le ocurría a nadie ver en los judíos otra cosa que no fuera el pueblo "extranjero", e incluso Goethe se horrorizaba ante la idea de que en el futuro el matrimonio entre cristianos y judíos ya no estaría prohibido por la ley. Pero Goethe, verdadero Dios, no era un retrógrado, ni siquiera un ilota; Lo que hablaba de él no era más que la voz de la sangre y de la razón. Así, a pesar de todas las acciones vergonzosas de los tribunales, el pueblo vio instintivamente en el judío el cuerpo extraño en su propio cuerpo y, en consecuencia, se adaptó a él.

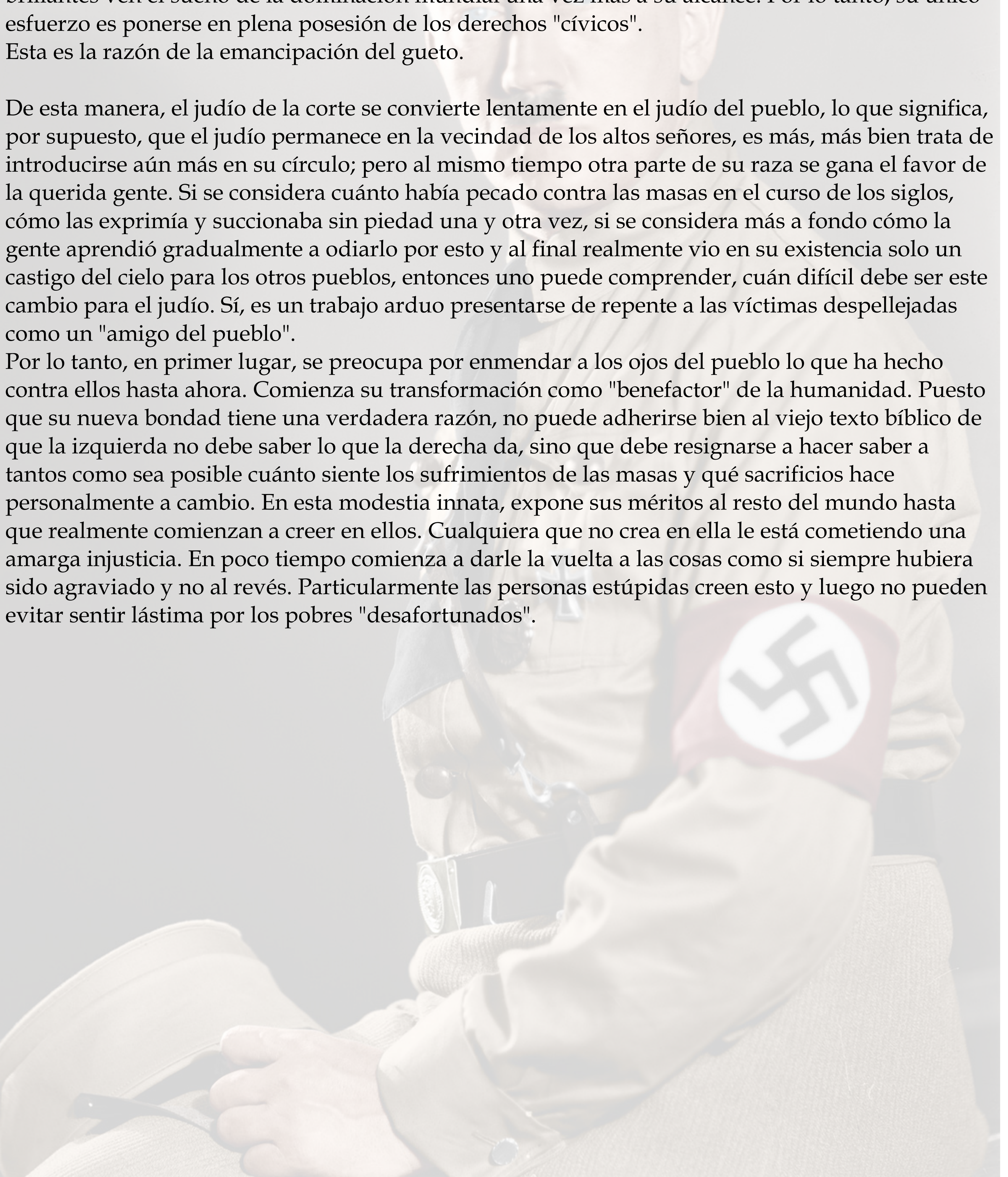


Ahora, sin embargo, esto iba a cambiar. En el transcurso de más de mil años, ha aprendido a dominar el idioma del pueblo anfitrión hasta tal punto que ahora cree que puede atreverse a enfatizar su judaísmo un poco menos en el futuro y a poner su "germanidad" más en primer plano; porque, por ridículo, incluso ridículo que pueda parecer al principio, sin embargo toma la impudicia y se transforma en un "alemán", en este caso en un "alemán". Este es el comienzo de uno de los engaños más infames que se puedan imaginar. Puesto que en realidad no posee nada de germanismo, excepto el arte de romper su lengua —de un modo terrible—, pero por lo demás nunca mezclada con ella, toda su germanidad se basa, por lo tanto, únicamente en el lenguaje. La raza, sin embargo, no reside en la lengua, sino exclusivamente en la sangre, algo que nadie conoce mejor que el judío, que concede muy poca importancia a la conservación de su lengua, pero todo valor a la purificación de su sangre. Un hombre puede cambiar fácilmente de lenguaje, es decir, puede usar otro; pero entonces expresará los viejos pensamientos en su nuevo idioma; Su naturaleza interna no cambia. Esto se muestra mejor en el judío, que puede hablar en mil idiomas y, sin embargo, siempre sigue siendo el único judío. Sus rasgos de carácter han permanecido igual, ya sea que hablara romano hace dos mil años como comerciante de granos en Ostia, o que murmurara alemán como un vendedor de harina de hoy. Siempre es el mismo judío. Por supuesto, también es evidente que este hecho evidente no es comprendido por un consejero ministerial normal hoy en día o por altos oficiales de policía, ya que no hay nada más instintivo e insensato, que estos servidores de nuestra autoridad estatal ejemplar de hoy.



La razón por la que el judío decide convertirse de repente en "alemán" es obvia. Siente cómo el poder de los príncipes se tambalea lentamente y, por lo tanto, intenta poner una plataforma bajo sus pies en una etapa temprana. Además, sin embargo, su dominio monetario de toda la economía está ya tan avanzado que, sin la posesión de todos los derechos "cívicos", ya no puede sostener el enorme edificio y, en cualquier caso, no puede tener lugar un nuevo aumento de su influencia. Pero él quiere las dos cosas; Porque cuanto más alto sube, más seductora es su antigua meta, que una vez se le prometió, se eleva del velo del pasado, y con huevos febriles sus mentes más brillantes ven el sueño de la dominación mundial una vez más a su alcance. Por lo tanto, su único esfuerzo es ponerse en plena posesión de los derechos "cívicos".
Esta es la razón de la emancipación del gueto.

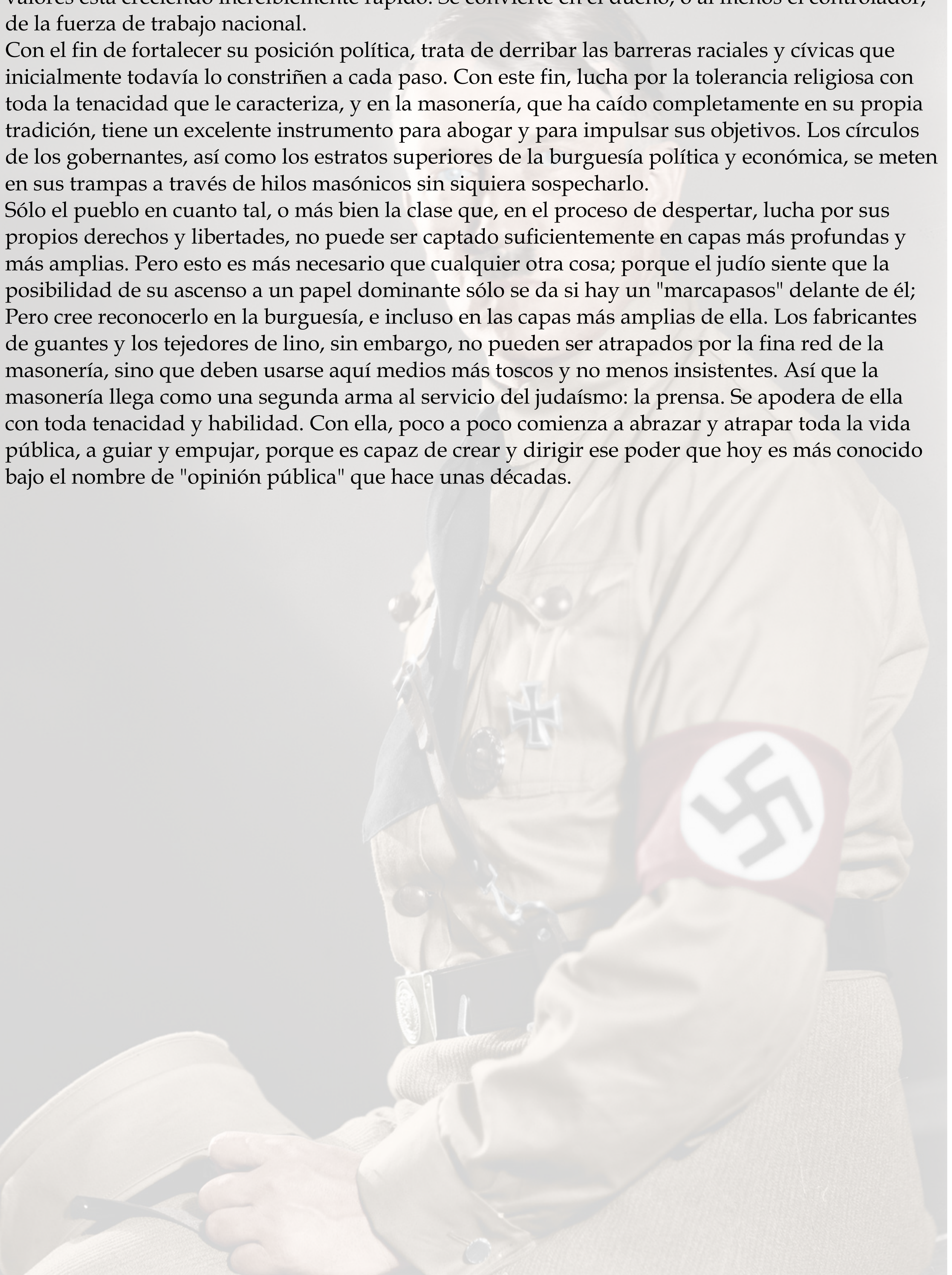
De esta manera, el judío de la corte se convierte lentamente en el judío del pueblo, lo que significa, por supuesto, que el judío permanece en la vecindad de los altos señores, es más, más bien trata de introducirse aún más en su círculo; pero al mismo tiempo otra parte de su raza se gana el favor de la querida gente. Si se considera cuánto había pecado contra las masas en el curso de los siglos, cómo las exprimía y succionaba sin piedad una y otra vez, si se considera más a fondo cómo la gente aprendió gradualmente a odiarlo por esto y al final realmente vio en su existencia solo un castigo del cielo para los otros pueblos, entonces uno puede comprender, cuán difícil debe ser este cambio para el judío. Sí, es un trabajo arduo presentarse de repente a las víctimas despellejadas como un "amigo del pueblo".
Por lo tanto, en primer lugar, se preocupa por enmendar a los ojos del pueblo lo que ha hecho contra ellos hasta ahora. Comienza su transformación como "benefactor" de la humanidad. Puesto que su nueva bondad tiene una verdadera razón, no puede adherirse bien al viejo texto bíblico de que la izquierda no debe saber lo que la derecha da, sino que debe resignarse a hacer saber a tantos como sea posible cuánto siente los sufrimientos de las masas y qué sacrificios hace personalmente a cambio. En esta modestia innata, expone sus méritos al resto del mundo hasta que realmente comienzan a creer en ellos. Cualquiera que no crea en ella le está cometiendo una amarga injusticia. En poco tiempo comienza a darle la vuelta a las cosas como si siempre hubiera sido agraviado y no al revés. Particularmente las personas estúpidas creen esto y luego no pueden evitar sentir lástima por los pobres "desafortunados".



344 El desarrollo del judaísmo

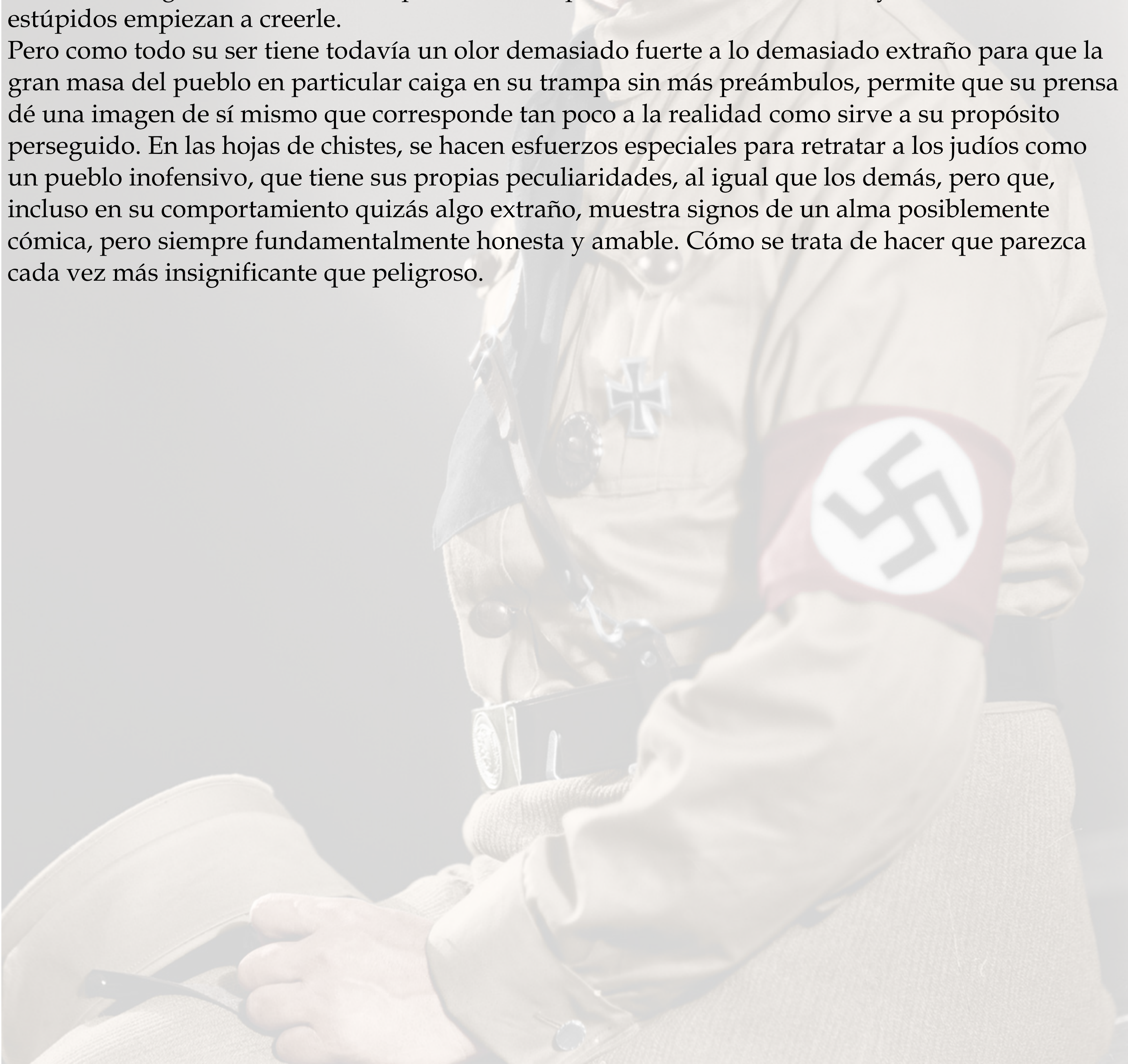
Incidentalmente, debe notarse aquí que el judío, a pesar de toda su disposición a hacer sacrificios, nunca se empobrece personalmente. Sabe repartir; De hecho, a veces su beneficio solo puede compararse con el estiércol, que no se rocía en el campo por amor a él, sino por precaución para el propio bienestar futuro. En cualquier caso, en un tiempo relativamente corto, todo el mundo sabe que el judío se ha convertido en un "benefactor y filántropo". ¡Qué cambio tan extraño!
Pero lo que es más o menos dado por sentado por los demás, despierta el mayor asombro, incluso la admiración evidente en muchos, porque no es evidente en él. Así es como cada una de estas acciones se le atribuye a él mucho más que al resto de la humanidad.
Pero aún más: el judío de repente se vuelve liberal y comienza a delirar sobre el progreso necesario de la humanidad.
Poco a poco, se está convirtiendo en el portavoz de una nueva era.
Por supuesto, también destruye cada vez más a fondo los cimientos de una economía verdaderamente útil, por medio de la participación que inserta en el ciclo de la producción nacional, la convierte en un objeto de negociación adquirible y más negociable, y así roba a las empresas la base de la propiedad personal. Sólo entonces se produce esa alienación interna entre el empleador y el empleado, que conduce a la posterior división de la clase política.

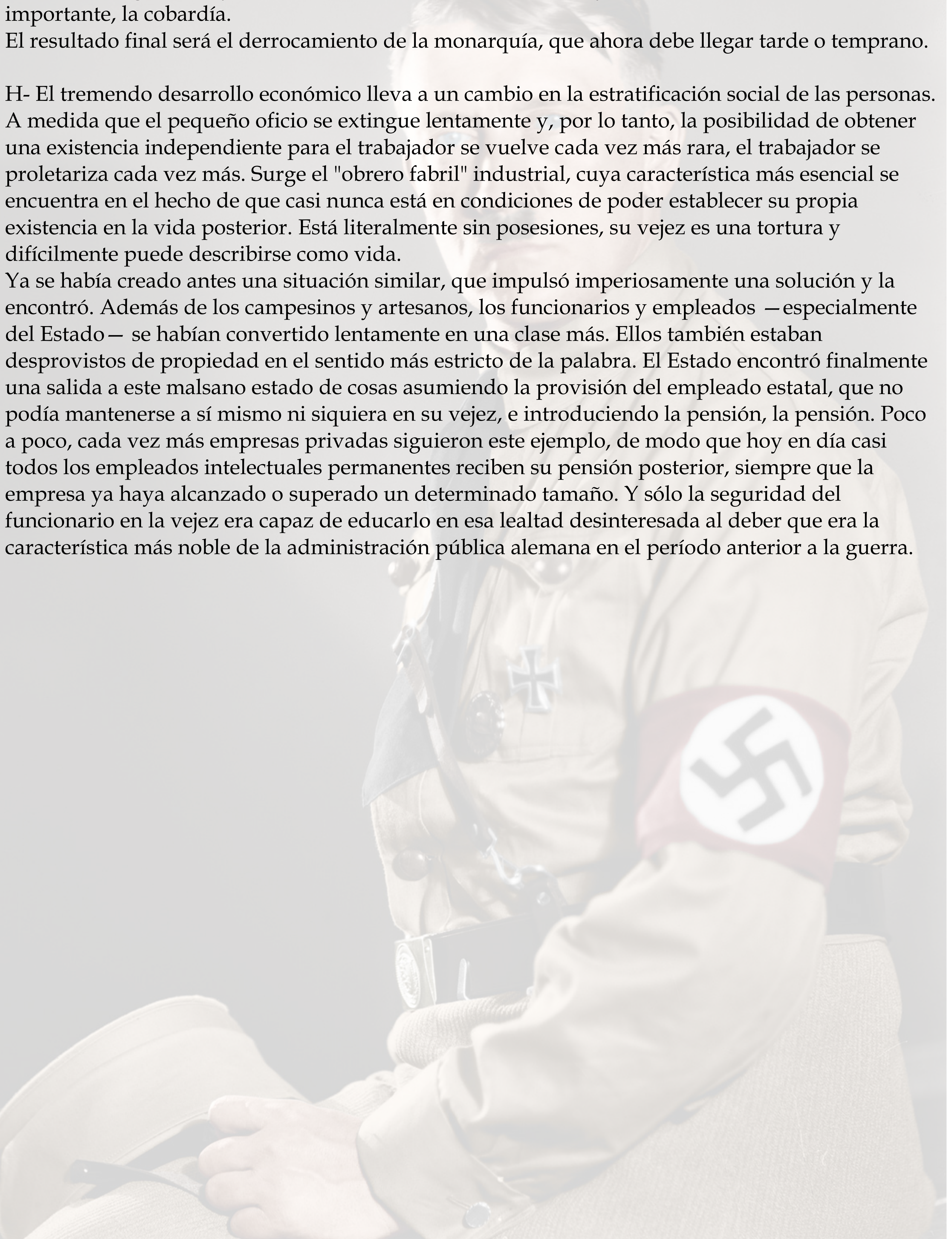




Finalmente, sin embargo, la influencia judía en los asuntos económicos a través de la bolsa de valores está creciendo increíblemente rápido. Se convierte en el dueño, o al menos el controlador, de la fuerza de trabajo nacional.
Con el fin de fortalecer su posición política, trata de derribar las barreras raciales y cívicas que inicialmente todavía lo constriñen a cada paso. Con este fin, lucha por la tolerancia religiosa con toda la tenacidad que le caracteriza, y en la masonería, que ha caído completamente en su propia tradición, tiene un excelente instrumento para abogar y para impulsar sus objetivos. Los círculos de los gobernantes, así como los estratos superiores de la burguesía política y económica, se meten en sus trampas a través de hilos masónicos sin siquiera sospecharlo.
Sólo el pueblo en cuanto tal, o más bien la clase que, en el proceso de despertar, lucha por sus propios derechos y libertades, no puede ser captado suficientemente en capas más profundas y más amplias. Pero esto es más necesario que cualquier otra cosa; porque el judío siente que la posibilidad de su ascenso a un papel dominante sólo se da si hay un "marcapasos" delante de él; Pero cree reconocerlo en la burguesía, e incluso en las capas más amplias de ella. Los fabricantes de guantes y los tejedores de lino, sin embargo, no pueden ser atrapados por la fina red de la masonería, sino que deben usarse aquí medios más toscos y no menos insistentes. Así que la masonería llega como una segunda arma al servicio del judaísmo: la prensa. Se apodera de ella con toda tenacidad y habilidad. Con ella, poco a poco comienza a abrazar y atrapar toda la vida pública, a guiar y empujar, porque es capaz de crear y dirigir ese poder que hoy es más conocido bajo el nombre de "opinión pública" que hace unas décadas.

Al hacerlo, él personalmente se presenta siempre como infinitamente sediento, alaba todos los progresos, pero sobre todo los que conducen a la ruina de los demás; Porque siempre juzga todo conocimiento y cada desarrollo sólo según la posibilidad de promover su nacionalidad, y cuando ésta falta, es el enemigo mortal implacable de toda luz, el odiador de toda verdadera cultura. De modo que utiliza todo el conocimiento que adquiere en las escuelas de otros sólo al servicio de su raza.
Pero él guarda esta nacionalidad como nunca antes. Mientras parece rebosar de "iluminación", "progreso", "libertad", "humanidad", etc., él mismo practica el más estricto aislamiento de su raza. Es cierto que a veces une a sus esposas con cristianos influyentes, pero siempre mantiene pura su estirpe masculina como una cuestión de principios. Envenena la sangre de los demás, pero conserva la suya. El judío casi nunca se casa con una cristiana, pero el cristiano se casa con la judía. Los bastardos, sin embargo, arremeten contra el lado judío. En particular, una parte de la alta nobleza degenera por completo. El judío lo sabe muy bien y, por lo tanto, persigue sistemáticamente este tipo de "desarme" del liderazgo espiritual de sus oponentes raciales. Sin embargo, con el fin de enmascarar los acontecimientos y dormir a sus víctimas, habla cada vez más sobre la igualdad de todas las personas, independientemente de su raza y color. Los estúpidos empiezan a creerle.
Pero como todo su ser tiene todavía un olor demasiado fuerte a lo demasiado extraño para que la gran masa del pueblo en particular caiga en su trampa sin más preámbulos, permite que su prensa dé una imagen de sí mismo que corresponde tan poco a la realidad como sirve a su propósito perseguido. En las hojas de chistes, se hacen esfuerzos especiales para retratar a los judíos como un pueblo inofensivo, que tiene sus propias peculiaridades, al igual que los demás, pero que, incluso en su comportamiento quizás algo extraño, muestra signos de un alma posiblemente cómica, pero siempre fundamentalmente honesta y amable. Cómo se trata de hacer que parezca cada vez más insignificante que peligroso.





Su objetivo final en esta etapa, sin embargo, es la victoria de la democracia o, como él lo entiende, el imperio del parlamentarismo. Es el que más satisface sus necesidades; Elimina la personalidad y pone en su lugar la mayoría de la estupidez, la incompetencia y, por último, pero no menos importante, la cobardía.
El resultado final será el derrocamiento de la monarquía, que ahora debe llegar tarde o temprano.

H- El tremendo desarrollo económico lleva a un cambio en la estratificación social de las personas. A medida que el pequeño oficio se extingue lentamente y, por lo tanto, la posibilidad de obtener una existencia independiente para el trabajador se vuelve cada vez más rara, el trabajador se proletariza cada vez más. Surge el "obrero fabril" industrial, cuya característica más esencial se encuentra en el hecho de que casi nunca está en condiciones de poder establecer su propia existencia en la vida posterior. Está literalmente sin posesiones, su vejez es una tortura y difícilmente puede describirse como vida.
Ya se había creado antes una situación similar, que impulsó imperiosamente una solución y la encontró. Además de los campesinos y artesanos, los funcionarios y empleados —especialmente del Estado— se habían convertido lentamente en una clase más. Ellos también estaban desprovistos de propiedad en el sentido más estricto de la palabra. El Estado encontró finalmente una salida a este malsano estado de cosas asumiendo la provisión del empleado estatal, que no podía mantenerse a sí mismo ni siquiera en su vejez, e introduciendo la pensión, la pensión. Poco a poco, cada vez más empresas privadas siguieron este ejemplo, de modo que hoy en día casi todos los empleados intelectuales permanentes reciben su pensión posterior, siempre que la empresa ya haya alcanzado o superado un determinado tamaño. Y sólo la seguridad del funcionario en la vejez era capaz de educarlo en esa lealtad desinteresada al deber que era la característica más noble de la administración pública alemana en el período anterior a la guerra.

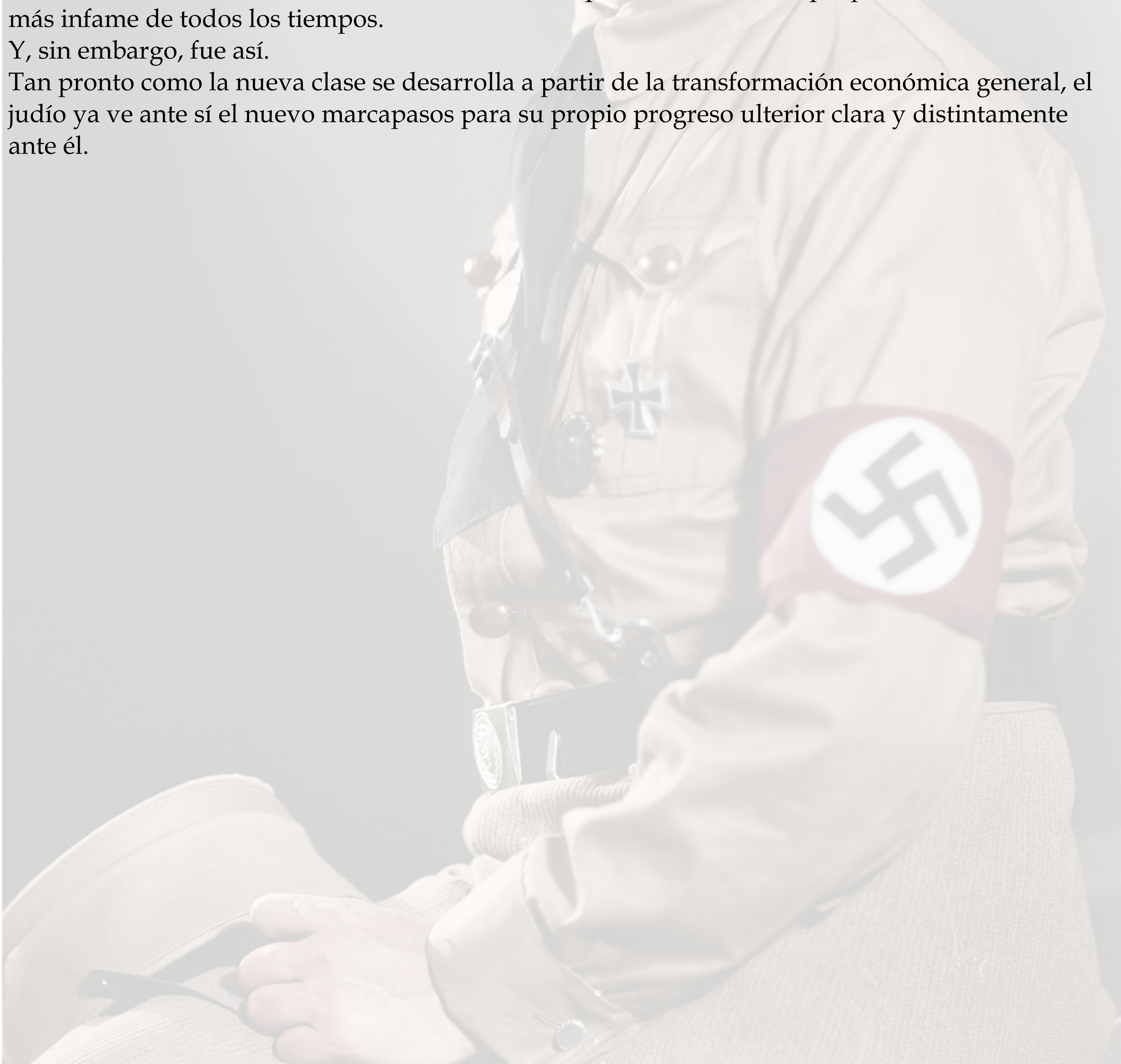
348 La situación del trabajador de la fábrica

De este modo, todo un estamento, que permanecía sin propiedad, fue hábilmente arrebatado de la miseria social y así integrado en el conjunto nacional.
Ahora bien, esta cuestión se había planteado recientemente ante el Estado y la nación, y esta vez en una escala mucho mayor. Masas cada vez más nuevas, que se contaban por millones, se trasladaban de las aldeas rurales a las grandes ciudades para ganarse el pan de cada día como obreros de las fábricas en las industrias recién fundadas. Las condiciones de trabajo y de vida de la nueva clase eran peores que tristes. Incluso la transferencia más o menos mecánica de los antiguos métodos de trabajo del antiguo artesano o incluso del campesino a la nueva forma no fracasó en absoluto. La actividad de uno y otro ya no podía compararse con los esfuerzos del obrero de la fábrica industrial. Con el viejo oficio, el tiempo puede haber jugado un papel menor, pero con los nuevos métodos de trabajo jugó un papel aún más importante. La adopción formal de las antiguas horas de trabajo en la gran empresa industrial tuvo un efecto francamente desastroso; Porque la producción real de trabajo del pasado fue pequeña como resultado de la falta de los métodos de trabajo intensivos de hoy. Por lo tanto, si uno podía soportar la jornada laboral de catorce o quince horas anterior, entonces ciertamente ya no podría soportarla en un momento en que cada minuto se aprovecha al máximo. De hecho, el resultado de esta transferencia insensata de las viejas horas de trabajo a la nueva actividad industrial fue desafortunado en dos direcciones: se destruyó la salud y se destruyó la creencia en un derecho superior. Por último, estaba la miserable remuneración, por un lado, y la correspondiente posición mucho mejor del empleador, por el otro. En el campo no podía haber ninguna cuestión social, ya que el amo y el sirviente hacían el mismo trabajo y, sobre todo, comían de los mismos cuencos. Pero esto también cambió.
La separación del empleado del empleador ahora parece haberse completado en todas las áreas de la vida. Hasta qué punto ha progresado ya la judaización interna de nuestro pueblo se puede ver en el poco respeto, si no desprecio, que se le da al trabajo manual mismo. Esto no es alemán. Fue sólo el marchitamiento de nuestras vidas, que en realidad era una judaización, lo que cambió el antiguo respeto por el oficio en un cierto desprecio por todo trabajo físico en general.



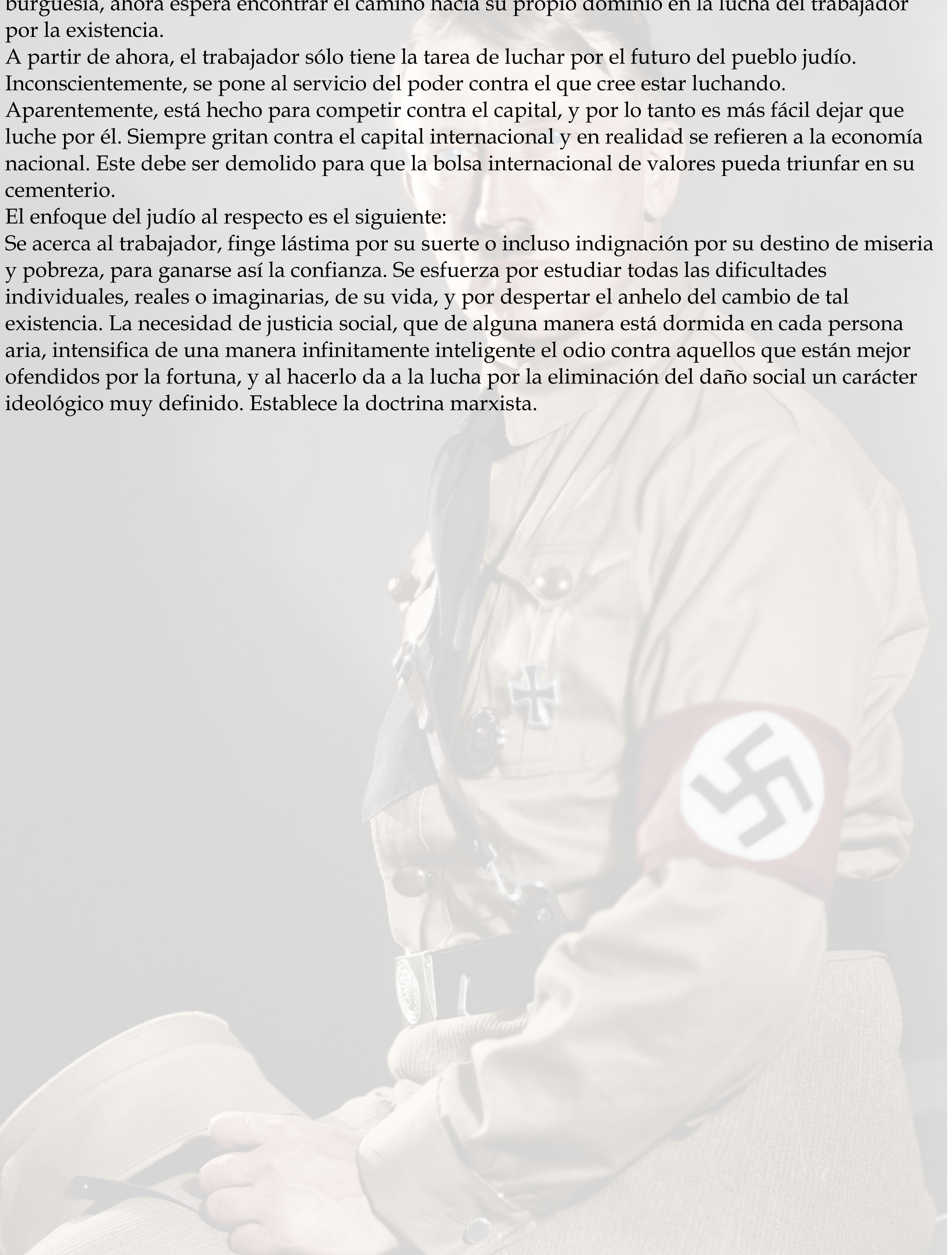
La situación del trabajador de la fábrica 349

Surge así una nueva clase, que es muy poco respetada, y un día debe surgir la cuestión de si la nación poseerá la fuerza para reintegrar a la nueva clase en la sociedad general por sí misma, o si la distinción de clases se ampliará hasta convertirse en una división de clase.
Pero una cosa es cierta: la nueva clase no poseía en sus filas los peores elementos, sino, por el contrario, los más enérgicos. Los refinamientos de la llamada cultura aún no habían ejercido aquí sus efectos corrosivos y destructivos. La nueva clase no estaba todavía enferma en su amplia masa con el veneno de la debilidad pacifista, sino robusta y, si era necesario, brutal.
Mientras que la burguesía no se ocupa en absoluto de esta grave cuestión, sino que deja que las cosas sigan su curso indiferentemente, el judío capta la incalculable posibilidad que se le ofrece aquí para el futuro, y organizando los métodos capitalistas de explotación humana hasta las últimas consecuencias desde un lado, se acerca a las víctimas de su espíritu y se gobierna a sí mismo y en poco tiempo se convierte en el jefe de su lucha contra sí mismo. Por supuesto, esto significa, sólo en sentido figurado, "contra uno mismo"; Porque el gran maestro de la mentira sabe cómo hacerse ver puro, como siempre, y echarle la culpa a los demás. Dado que tiene la desfachatez de liderar a la multitud él mismo, ni siquiera se les ocurre que podría ser el fraude más infame de todos los tiempos.
Y, sin embargo, fue así.
Tan pronto como la nueva clase se desarrolla a partir de la transformación económica general, el judío ya ve ante sí el nuevo marcapasos para su propio progreso ulterior clara y distintamente ante él.



350 Las tácticas del judaísmo

Primero utilizó a la burguesía como ariete contra el mundo feudal, ahora al obrero contra el mundo burgués. Pero si una vez supo obtener los derechos civiles a escondidas a la sombra de la burguesía, ahora espera encontrar el camino hacia su propio dominio en la lucha del trabajador por la existencia.
A partir de ahora, el trabajador sólo tiene la tarea de luchar por el futuro del pueblo judío.
Inconscientemente, se pone al servicio del poder contra el que cree estar luchando.
Aparentemente, está hecho para competir contra el capital, y por lo tanto es más fácil dejar que luche por él. Siempre gritan contra el capital internacional y en realidad se refieren a la economía nacional. Este debe ser demolido para que la bolsa internacional de valores pueda triunfar en su cementerio.
El enfoque del judío al respecto es el siguiente:
Se acerca al trabajador, finge lástima por su suerte o incluso indignación por su destino de miseria y pobreza, para ganarse así la confianza. Se esfuerza por estudiar todas las dificultades individuales, reales o imaginarias, de su vida, y por despertar el anhelo del cambio de tal existencia. La necesidad de justicia social, que de alguna manera está dormida en cada persona aria, intensifica de una manera infinitamente inteligente el odio contra aquellos que están mejor ofendidos por la fortuna, y al hacerlo da a la lucha por la eliminación del daño social un carácter ideológico muy definido. Establece la doctrina marxista.

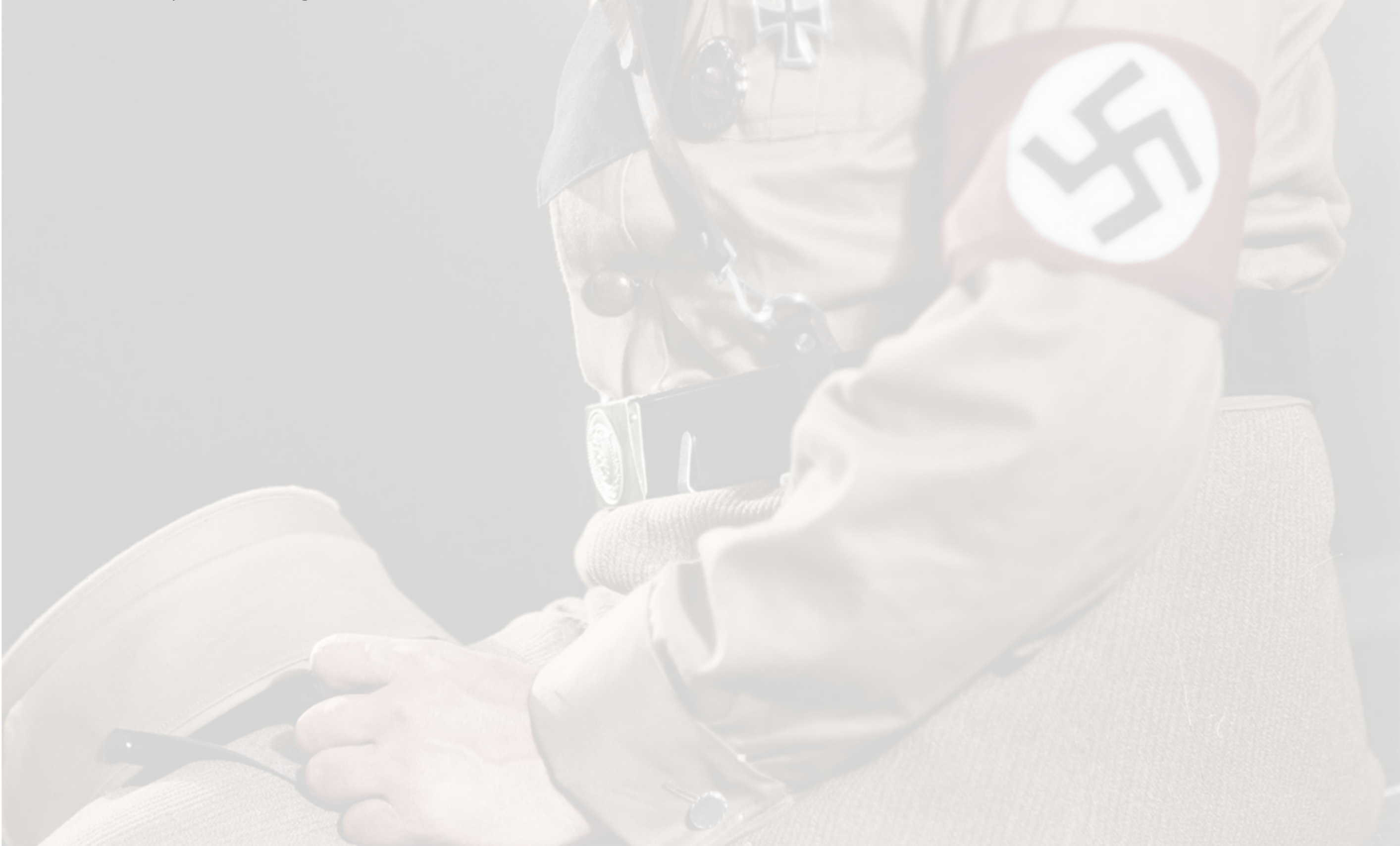


Al presentarlas como inseparablemente ligadas a toda una serie de exigencias socialmente justas, promueve su difusión del mismo modo que, a la inversa, la reticencia de la humanidad decente a acceder a exigencias que, planteadas en tal forma y acompañamiento, parecen desde el principio injustas, incluso imposibles de cumplir. Porque bajo este manto de pensamientos puramente sociales se esconden intenciones verdaderamente diabólicas, sí, también se presentan con la más descarada claridad en pleno público. Esta doctrina representa una mezcla inseparable de razón y locura humana, pero siempre de tal manera que sólo la locura puede convertirse en realidad, nunca la razón. Al rechazar categóricamente la personalidad y, por lo tanto, la nación y su contenido racial, destruye los fundamentos elementales de toda la cultura humana, que depende precisamente de estos factores. Este es el verdadero núcleo interno de la visión marxista del mundo, en la medida en que este engendro de un cerebro criminal puede llamarse una "visión del mundo". Con la destrucción de la personalidad y de la raza, cae el obstáculo esencial para el dominio de los inferiores, pero éste es el judío.

Es precisamente en la locura económica y política donde reside el significado de esta lección. Porque a pesar de todo, las personas verdaderamente inteligentes se ven impedidas de ponerse a su servicio, mientras que los menos activos intelectualmente y menos educados económicamente se precipitan a él con banderas ondeando. Pero la inteligencia para el movimiento —porque este movimiento también necesita inteligencia para su existencia— es "sacrificada" por el judío de sus propias filas.

Así surge un movimiento puramente obrero manual bajo la dirección judía, aparentemente con el objetivo de mejorar la condición del trabajador, pero en realidad con la intención de esclavizar y, por lo tanto, aniquilar a todos los pueblos no judíos.

Lo que la masonería inicia en los círculos de la llamada intelectualidad en forma de parálisis pacifista general del instinto nacional de autoconservación, se transmite a las masas más amplias, pero sobre todo a la burguesía, a través de la actividad de la gran prensa, hoy siempre judía. A estas dos armas de subversión se suma ahora la tercera y más terrible organización de la fuerza bruta. El marxismo debe completarse como una columna de asalto y asalto, que ya ha permitido que el trabajo de desgaste de las dos primeras armas madure hasta el colapso.



352 La organización de la doctrina marxista mundial

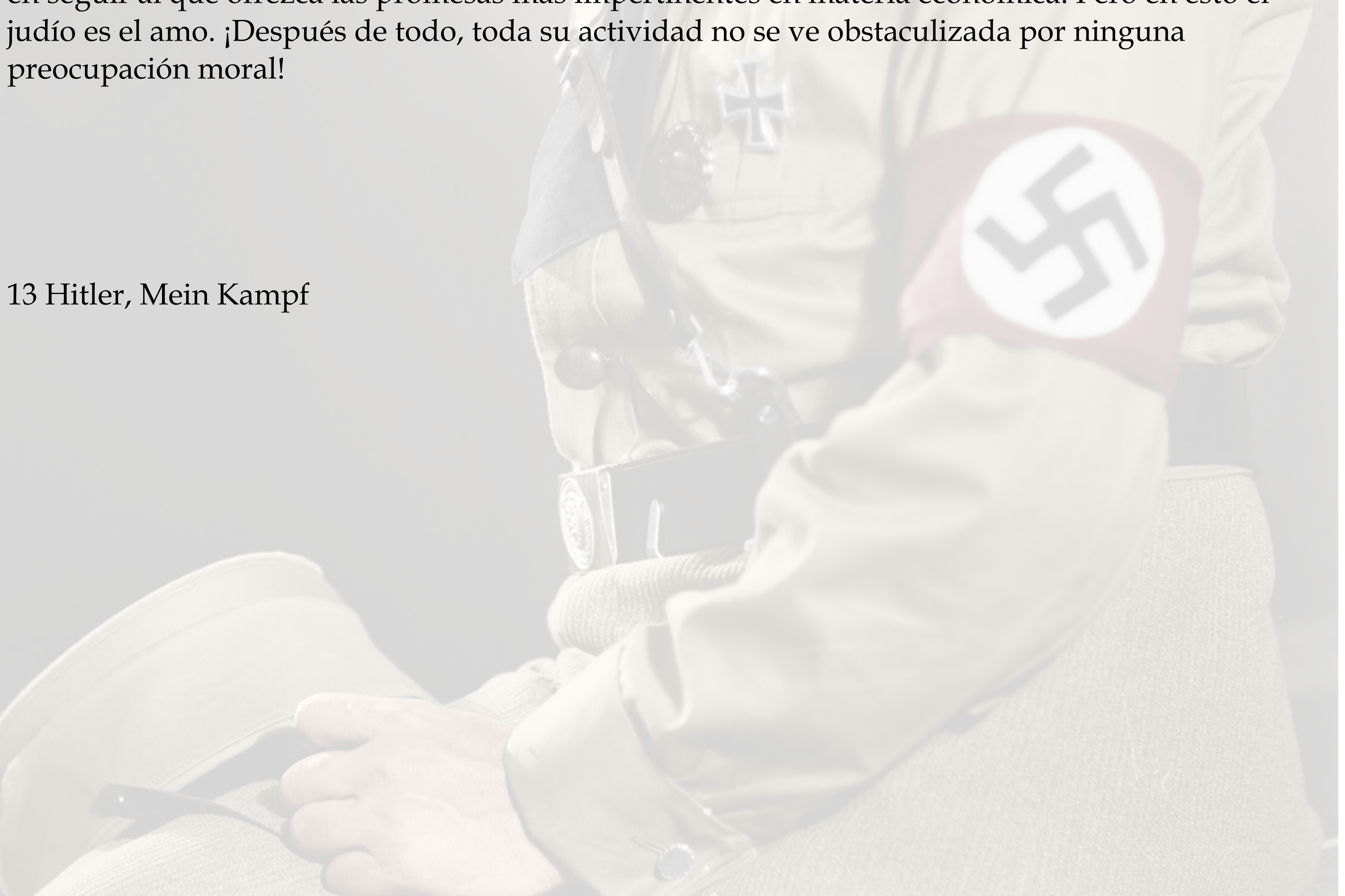
Se produce una interacción verdaderamente magistral, de modo que no hay que sorprenderse si, por el contrario, son precisamente las instituciones que más fracasan las que siempre quieren presentarse como portadoras de la autoridad estatal más o menos legendaria. En nuestra alta y más alta burocracia del Estado, el judío siempre ha encontrado (con algunas excepciones) el partidario más dócil de su obra de destrucción. La sumisión progresiva "hacia arriba" y el esnobismo arrogante "hacia abajo" caracterizan a esta clase tanto como una estrechez de miras a menudo flagrante, que solo es superada por la imaginación a veces francamente asombrosa. Pero estas son cualidades que el judío necesita en nuestras autoridades y, por lo tanto, también ama.

La lucha práctica que ahora comienza, trazada a grandes rasgos, procede de la siguiente manera: De acuerdo con los objetivos finales de la lucha judía, que no sólo se agotan en la conquista económica del mundo, sino que también exigen su sometimiento político, el judío divide la organización de su teoría marxista del mundo en dos mitades, que, aparentemente separadas entre sí, pero que en realidad forman un todo inseparable: el movimiento político y el movimiento sindical.

El movimiento sindical es el publicitario. Ofrece al trabajador ayuda y protección en su difícil lucha por la existencia, que tiene que librar gracias a la codicia y la miopía de muchos empresarios, y por lo tanto la posibilidad de luchar por mejores condiciones de vida. Si el trabajador no quiere entregar la representación de sus derechos humanos a la vida en un momento en que la comunidad nacional organizada, el Estado, apenas se preocupa por él, a la ciega arbitrariedad de personas en parte irresponsables, a menudo desalmadas, debe tomar su defensa en sus propias manos.

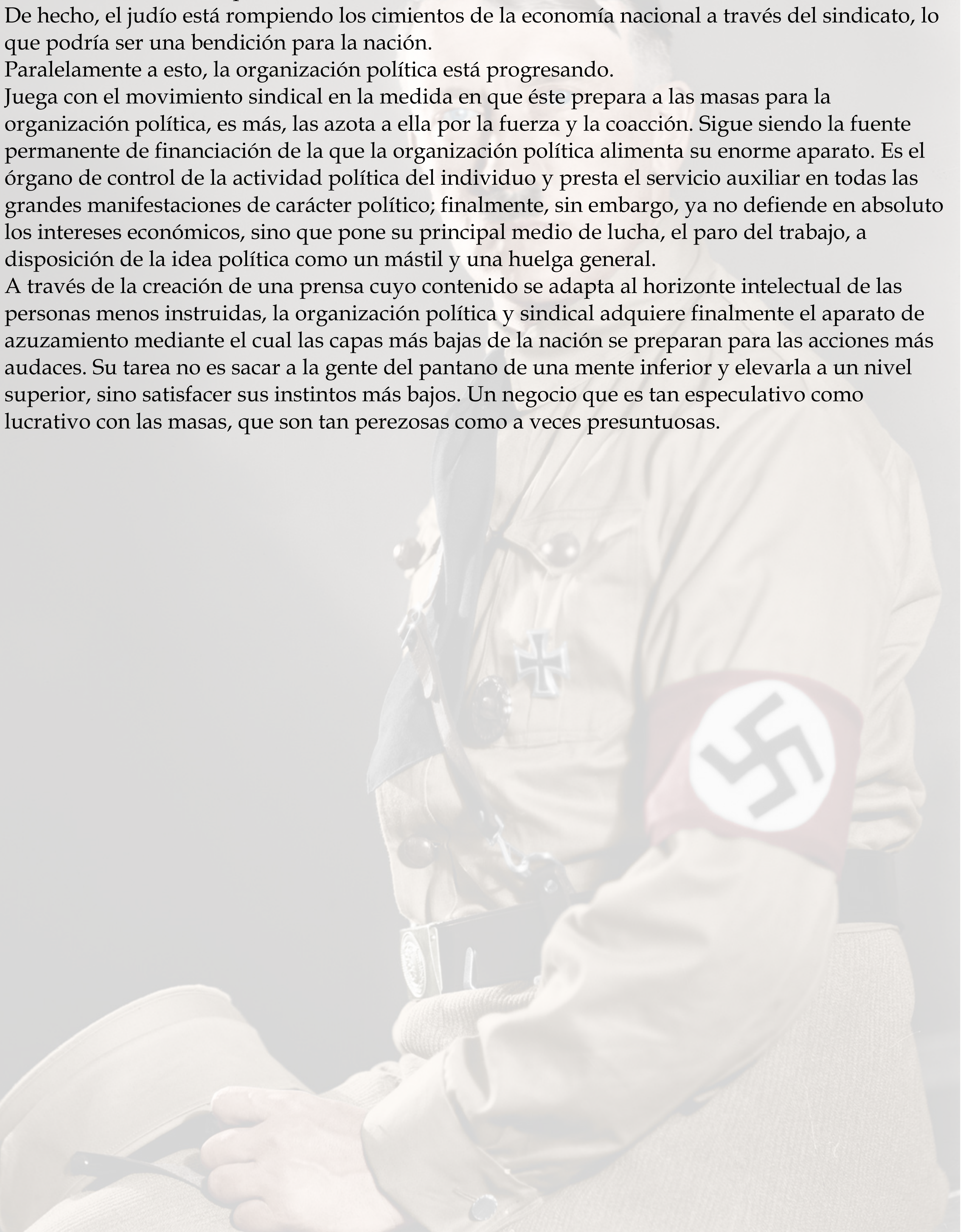


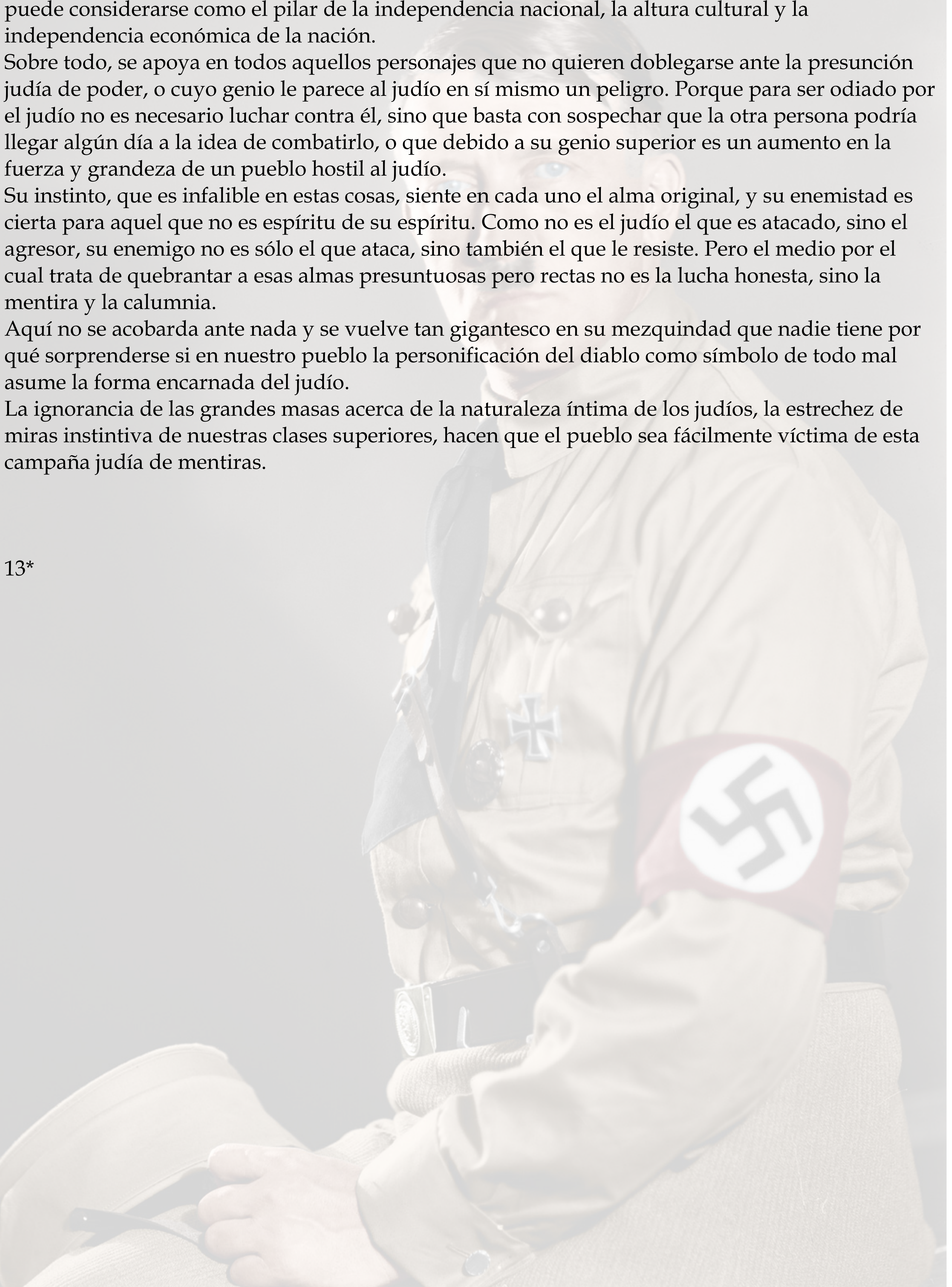
Ahora, en el mismo laberinto en el que la llamada burguesía nacional, cegada por nobles intereses, pone los obstáculos más serios en el camino de esta lucha por la vida, no sólo se opone a todos los intentos de reducir las jornadas de trabajo inhumanamente largas, de acabar con el trabajo infantil, de asegurar y proteger a la mujer, de mejorar las condiciones de salud en los talleres y en los hogares, sino que a menudo las sabotea, el judío más sabio cuida de los oprimidos de esta manera. Poco a poco se va convirtiendo en el líder del movimiento sindical, y esto es tanto más fácil cuanto que no se preocupa por la reparación real del daño social en el sentido honesto, sino sólo por la formación de una fuerza de lucha económica ciegamente dedicada a él para la destrucción de la independencia económica nacional. Porque mientras que la conducción de una política social sana oscilará constantemente entre las directrices de preservar la salud pública, por un lado, y asegurar una economía nacional independiente, por el otro, para el judío en su lucha estos dos aspectos no sólo se desvanecen, sino que su eliminación es uno de los objetivos de su vida. No quiere la preservación de una economía nacional independiente, sino su destrucción. En consecuencia, ningún remordimiento puede librarle, como dirigente del movimiento sindical, de plantear reivindicaciones que no sólo van más allá de lo previsto, sino que su cumplimiento es prácticamente imposible o significa la ruina de la economía nacional. Pero tampoco quiere tener una raza sana y robusta frente a él, sino un rebaño podrido capaz de subyugar. Este deseo le permite, una vez más, hacer exigencias de la clase más insensata, cuyo cumplimiento práctico es imposible según su propio conocimiento, y que, por consiguiente, no podría conducir a ningún cambio de las cosas, sino a lo sumo a una salvaje agitación de las masas. Pero eso es lo que le interesa, y no la mejora real y honesta de su situación social.
Por lo tanto, el liderazgo del judaísmo en asuntos sindicales es indiscutible mientras una enorme obra educativa no influya en las amplias masas, no les enseñe mejor sobre su miseria interminable, o el Estado no se ocupe de los judíos y su trabajo. Mientras la perspicacia de las masas permanezca tan baja como ahora, y el Estado tan indiferente como lo es hoy, esta masa será siempre la primera en seguir al que ofrezca las promesas más impertinentes en materia económica. Pero en esto el judío es el amo. ¡Después de todo, toda su actividad no se ve obstaculizada por ninguna preocupación moral!



13 Hitler, Mein Kampf

Entonces, en este campo, inevitablemente supera a todos los competidores en poco tiempo. De acuerdo con toda su brutalidad rapaz interior, al mismo tiempo prepara al movimiento sindical para el uso más brutal de la fuerza. Quienquiera que se resista a la ocupación judía, su desafío y conocimiento son rotos por el terror. Los éxitos de esta actividad son tremendos.
De hecho, el judío está rompiendo los cimientos de la economía nacional a través del sindicato, lo que podría ser una bendición para la nación.
Paralelamente a esto, la organización política está progresando.
Juega con el movimiento sindical en la medida en que éste prepara a las masas para la organización política, es más, las azota a ella por la fuerza y la coacción. Sigue siendo la fuente permanente de financiación de la que la organización política alimenta su enorme aparato. Es el órgano de control de la actividad política del individuo y presta el servicio auxiliar en todas las grandes manifestaciones de carácter político; finalmente, sin embargo, ya no defiende en absoluto los intereses económicos, sino que pone su principal medio de lucha, el paro del trabajo, a disposición de la idea política como un mástil y una huelga general.
A través de la creación de una prensa cuyo contenido se adapta al horizonte intelectual de las personas menos instruidas, la organización política y sindical adquiere finalmente el aparato de azuzamiento mediante el cual las capas más bajas de la nación se preparan para las acciones más audaces. Su tarea no es sacar a la gente del pantano de una mente inferior y elevarla a un nivel superior, sino satisfacer sus instintos más bajos. Un negocio que es tan especulativo como lucrativo con las masas, que son tan perezosas como a veces presuntuosas.





Es sobre todo esta prensa la que, en una batalla casi fanática de calumnias, derriba todo lo que puede considerarse como el pilar de la independencia nacional, la altura cultural y la independencia económica de la nación.
Sobre todo, se apoya en todos aquellos personajes que no quieren doblegarse ante la presunción judía de poder, o cuyo genio le parece al judío en sí mismo un peligro. Porque para ser odiado por el judío no es necesario luchar contra él, sino que basta con sospechar que la otra persona podría llegar algún día a la idea de combatirlo, o que debido a su genio superior es un aumento en la fuerza y grandeza de un pueblo hostil al judío.
Su instinto, que es infalible en estas cosas, siente en cada uno el alma original, y su enemistad es cierta para aquel que no es espíritu de su espíritu. Como no es el judío el que es atacado, sino el agresor, su enemigo no es sólo el que ataca, sino también el que le resiste. Pero el medio por el cual trata de quebrantar a esas almas presuntuosas pero rectas no es la lucha honesta, sino la mentira y la calumnia.
Aquí no se acobarda ante nada y se vuelve tan gigantesco en su mezquindad que nadie tiene por qué sorprenderse si en nuestro pueblo la personificación del diablo como símbolo de todo mal asume la forma encarnada del judío.
La ignorancia de las grandes masas acerca de la naturaleza íntima de los judíos, la estrechez de miras instintiva de nuestras clases superiores, hacen que el pueblo sea fácilmente víctima de esta campaña judía de mentiras.

356 Palestina como centro organizativo

Mientras las clases altas, por cobardía innata, se alejan de un hombre a quien los judíos atacan de esta manera con mentiras y calumnias, las amplias masas están acostumbradas a creerlo todo por estupidez o por sencillez. Las autoridades estatales, sin embargo, o bien se han envuelto en silencio o, como suele ser el caso, para poner fin a la campaña de prensa judía, han perseguido a los injustamente atacados, lo que a los ojos de un burro tan oficial parece ser la preservación de la autoridad estatal y la salvaguardia de la paz y el orden.
Poco a poco, el miedo al arma marxista del judaísmo se asienta como una pesadilla en el cerebro y el alma de la gente decente.
Uno comienza a temblar ante el terrible enemigo y así se ha convertido en su última víctima.
El gobierno del judío en el estado ya parece tan seguro que ahora no sólo se le permite llamarse judío de nuevo, sino que también admite sin piedad sus últimos pensamientos nacionales y políticos. Parte de su raza ya profesa abiertamente ser un pueblo extranjero, no sin mentir una vez más. Porque cuando el sionismo trata de hacer creer al otro mundo que la autorreflexión nacional de los judíos encontraría su satisfacción en la creación de un Estado palestino, los judíos están una vez más engañando a los estúpidos Goyim de la manera más astuta. Ni siquiera piensan en construir un Estado judío en Palestina para habitarla, sino que sólo quieren un centro organizativo de su fraude mundial internacional, dotado de sus propios derechos soberanos y alejado del alcance de otros Estados: un refugio para los sinvergüenzas convictos y una universidad para los aspirantes a ladrones.
Pero es el signo no sólo de su creciente confianza, sino también del sentimiento de su seguridad, cuando audaz y abiertamente, en un momento en que una parte todavía imita mendazmente a los alemanes, franceses o ingleses, la otra se documenta como una raza judía.



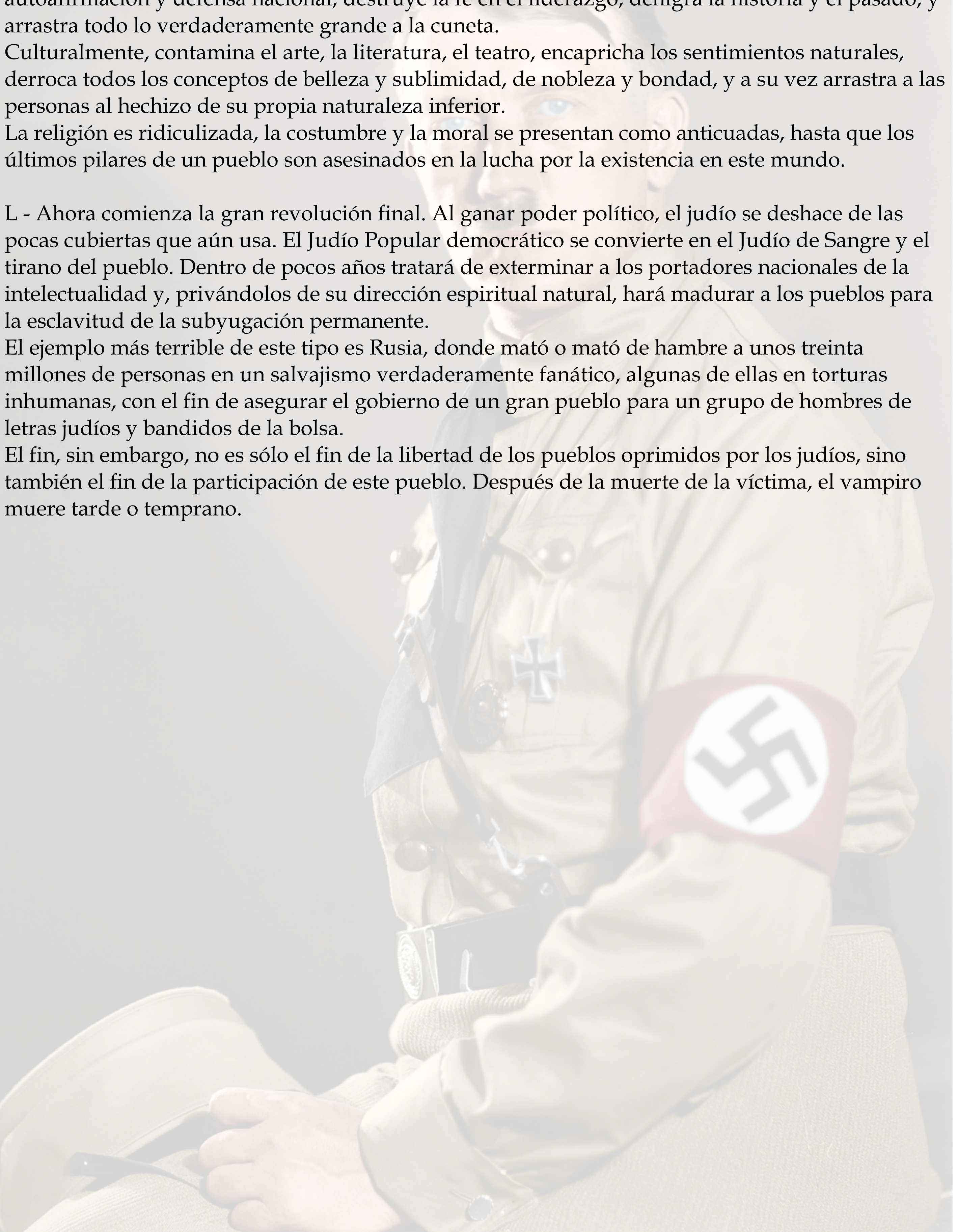
Cuánto ven ya la victoria que se acerca ante sus ojos es evidente por la terrible manera en que se comporta con los miembros de las otras naciones.
El pelo negro acecha durante horas, con una alegría satánica en su rostro, por la chica desprevenida, a la que profana con su sangre y así roba a la suya, a la gente de la chica. Por todos los medios, trata de corromper los cimientos raciales del pueblo para subyugarlo. Así como él mismo corrompe sistemáticamente a las mujeres y las niñas, tampoco se rehúye a derribar las barreras de sangre para los demás, incluso a mayor escala. Fueron y son los judíos los que llevan al negro al Rin, siempre con el mismo motivo oculto y el mismo objetivo claro: destruir a la raza blanca que odian mediante la bastardización que inevitablemente se produce, derrocarla de su altura cultural y política, y elevarse para convertirse ellos mismos en sus amos.
Porque un pueblo racialmente puro, consciente de su sangre, nunca podrá ser subyugado por el judío. Él siempre será solo el señor de los bastardos en este mundo.
Por lo tanto, trata sistemáticamente de rebajar el nivel del resto envenenando constantemente a los individuos.
Políticamente, sin embargo, está empezando a sustituir la idea de democracia por la de dictadura del proletariado.
En la masa organizada del marxismo ha encontrado el arma que lo priva de la democracia y le permite subyugar y gobernar dictatorialmente a los pueblos con un puño brutal.
Está trabajando sistemáticamente para revolucionar en dos direcciones: económica y política.
Gracias a sus influencias internacionales, teje una red de enemigos en torno a los pueblos que resisten el ataque desde dentro con una feroz resistencia, los incita a las guerras y, finalmente, si es necesario, planta la bandera de la revolución en los campos de batalla.

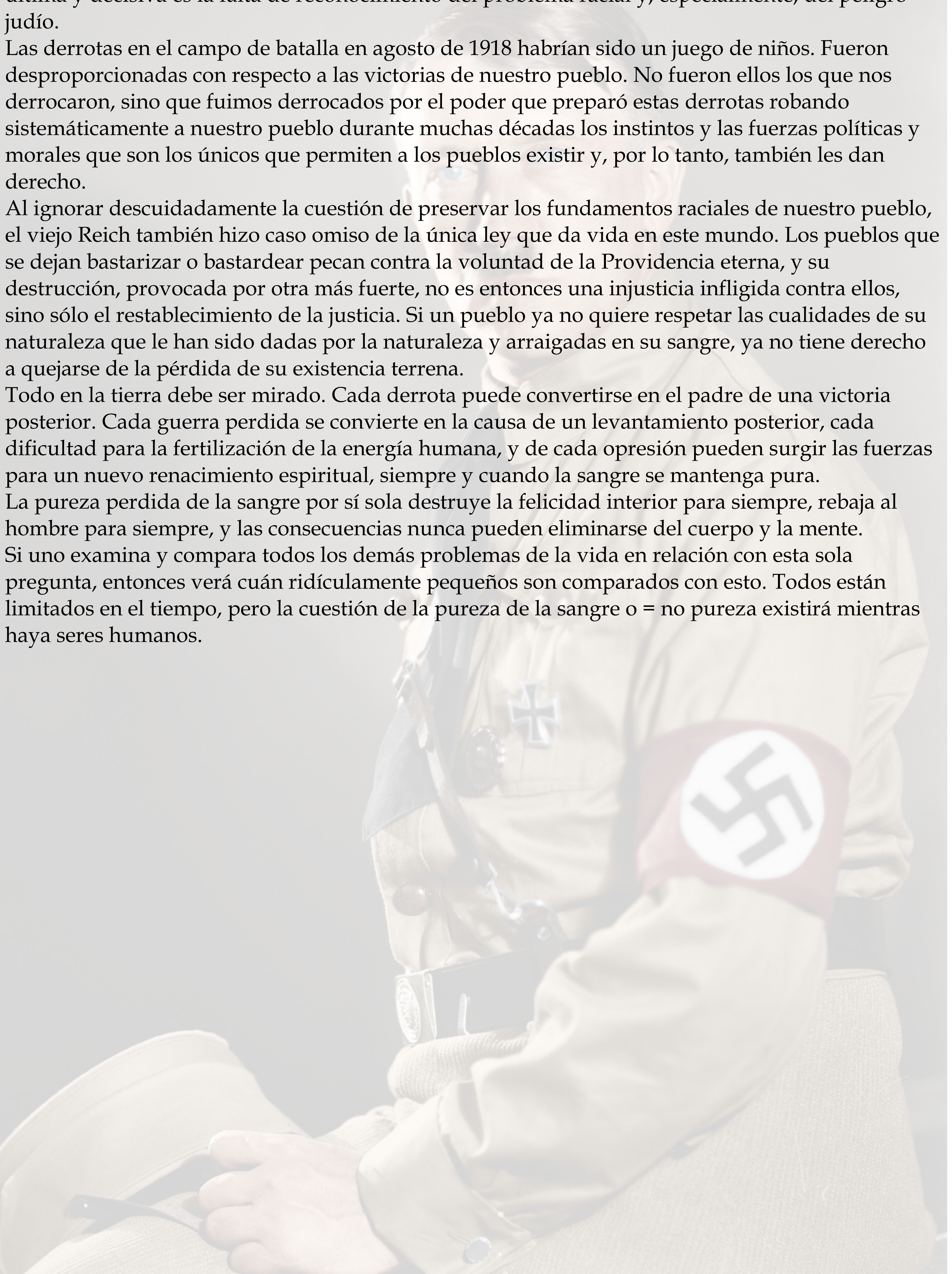


358 De judío del pueblo a judío de sangre

Económicamente, sacude a los estados hasta que las empresas sociales que se han vuelto no rentables son desnacionalizadas y puestas bajo su control financiero.
Políticamente, niega al Estado los medios de autoconservación, destruye los cimientos de toda autoafirmación y defensa nacional, destruye la fe en el liderazgo, denigra la historia y el pasado, y arrastra todo lo verdaderamente grande a la cuneta.
Culturalmente, contamina el arte, la literatura, el teatro, encapricha los sentimientos naturales, derroca todos los conceptos de belleza y sublimidad, de nobleza y bondad, y a su vez arrastra a las personas al hechizo de su propia naturaleza inferior.
La religión es ridiculizada, la costumbre y la moral se presentan como anticuadas, hasta que los últimos pilares de un pueblo son asesinados en la lucha por la existencia en este mundo.

L - Ahora comienza la gran revolución final. Al ganar poder político, el judío se deshace de las pocas cubiertas que aún usa. El Judío Popular democrático se convierte en el Judío de Sangre y el tirano del pueblo. Dentro de pocos años tratará de exterminar a los portadores nacionales de la intelectualidad y, privándolos de su dirección espiritual natural, hará madurar a los pueblos para la esclavitud de la subyugación permanente.
El ejemplo más terrible de este tipo es Rusia, donde mató o mató de hambre a unos treinta millones de personas en un salvajismo verdaderamente fanático, algunas de ellas en torturas inhumanas, con el fin de asegurar el gobierno de un gran pueblo para un grupo de hombres de letras judíos y bandidos de la bolsa.
El fin, sin embargo, no es sólo el fin de la libertad de los pueblos oprimidos por los judíos, sino también el fin de la participación de este pueblo. Después de la muerte de la víctima, el vampiro muere tarde o temprano.



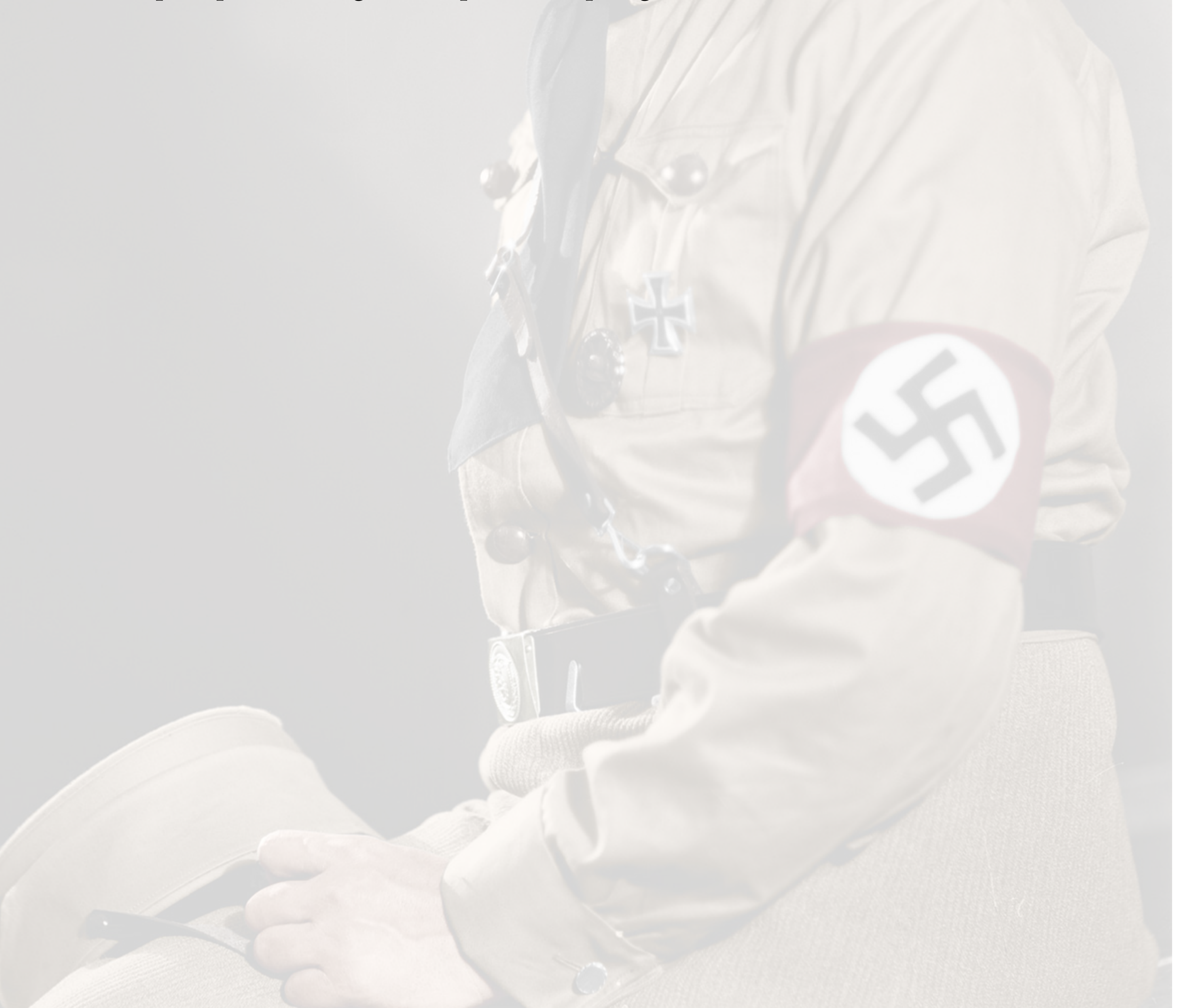


Pueblos bastardizados 359

Si permitimos que todas las causas del colapso alemán pasen ante nuestros ojos, entonces la última y decisiva es la falta de reconocimiento del problema racial y, especialmente, del peligro judío.
Las derrotas en el campo de batalla en agosto de 1918 habrían sido un juego de niños. Fueron desproporcionadas con respecto a las victorias de nuestro pueblo. No fueron ellos los que nos derrocaron, sino que fuimos derrocados por el poder que preparó estas derrotas robando sistemáticamente a nuestro pueblo durante muchas décadas los instintos y las fuerzas políticas y morales que son los únicos que permiten a los pueblos existir y, por lo tanto, también les dan derecho.
Al ignorar descuidadamente la cuestión de preservar los fundamentos raciales de nuestro pueblo, el viejo Reich también hizo caso omiso de la única ley que da vida en este mundo. Los pueblos que se dejan bastarizar o bastardear pecan contra la voluntad de la Providencia eterna, y su destrucción, provocada por otra más fuerte, no es entonces una injusticia infligida contra ellos, sino sólo el restablecimiento de la justicia. Si un pueblo ya no quiere respetar las cualidades de su naturaleza que le han sido dadas por la naturaleza y arraigadas en su sangre, ya no tiene derecho a quejarse de la pérdida de su existencia terrena.
Todo en la tierra debe ser mirado. Cada derrota puede convertirse en el padre de una victoria posterior. Cada guerra perdida se convierte en la causa de un levantamiento posterior, cada dificultad para la fertilización de la energía humana, y de cada opresión pueden surgir las fuerzas para un nuevo renacimiento espiritual, siempre y cuando la sangre se mantenga pura.
La pureza perdida de la sangre por sí sola destruye la felicidad interior para siempre, rebaja al hombre para siempre, y las consecuencias nunca pueden eliminarse del cuerpo y la mente.
Si uno examina y compara todos los demás problemas de la vida en relación con esta sola pregunta, entonces verá cuán ridículamente pequeños son comparados con esto. Todos están limitados en el tiempo, pero la cuestión de la pureza de la sangre o = no pureza existirá mientras haya seres humanos.

360 El falso florecimiento del viejo imperio

Todos los signos realmente significativos de decadencia del período anterior a la guerra se deben, en última instancia, a causas raciales.
Ya se trate de una cuestión de derecho general o de excesos de la vida económica, de decadencia cultural o de degeneración política, de cuestiones de una educación escolar fallida o de una mala influencia de la prensa sobre los adultos, etc., siempre y en todas partes se trata fundamentalmente de la indiferencia de los intereses raciales del propio pueblo o de la imposibilidad de ver a un extranjero. peligro racial.
Por lo tanto, todos los intentos de reforma, todas las organizaciones de ayuda social y esfuerzos políticos, todo progreso económico y cada aumento aparente en el conocimiento espiritual fueron, sin embargo, intrascendentes en sus consecuencias. La nación y su organismo, el Estado, que permite y sostiene la vida en esta tierra, no se volvieron más sanos por dentro, sino que se enfermaron visiblemente cada vez más. Todo el florecimiento ilusorio del viejo imperio no podía ocultar su debilidad interior, y todos los intentos de un verdadero fortalecimiento del imperio fracasaban una y otra vez debido a la cuestión más importante.
Sería un error creer que los partidarios de las diversas tendencias políticas que manipulaban el cuerpo del pueblo alemán, e incluso los dirigentes hasta cierto punto, eran en sí mismos personas malas o mal intencionadas. Su actividad estaba condenada a la esterilidad sólo porque, en el mejor de los casos, veían a lo sumo las manifestaciones de nuestra enfermedad general y trataban de combatirlas, pero pasaban ciegamente por alto el patógeno.



Incapacidad para reconocer al enemigo interior 361

Cualquiera que siga sistemáticamente la línea del desarrollo político del antiguo Reich debe llegar a la conclusión de que incluso en la época de la unificación y, por lo tanto, del ascenso de la nación alemana, la decadencia interna estaba ya en pleno apogeo, y que a pesar de todos los éxitos políticos aparentes y a pesar del aumento de la riqueza económica, la situación general se deterioraba de año en año. Incluso las elecciones al Reichstag, con su aumento externo de los votos marxistas, indicaban el colapso interno y, por lo tanto, también externo, que se acercaba cada vez más. Todos los éxitos de los llamados partidos burgueses fueron inútiles, no sólo porque no pudieron frenar el crecimiento numérico de la marea marxista, ni siquiera en el caso de las llamadas bandas electorales burguesas, sino sobre todo porque ellos mismos ya llevaban los fermentos de la descomposición. Sin sospecharlo, el propio mundo burgués estaba ya interiormente infectado por el veneno cadavérico de las ideas marxistas, y su resistencia surgía a menudo más de la envidia competitiva de los dirigentes ambiciosos que de un rechazo de principios a los oponentes decididos a luchar hasta el final. Sólo uno luchó con inquebrantable regularidad durante estos largos años, y ese fue el judío. Su estrella de David se elevó más y más a medida que disminuía la voluntad de autoconservación de nuestro pueblo.

Por lo tanto, en agosto de 1914 no fue un pueblo decidido a atacar el que irrumpió en Walstatt, sino sólo el último estallido del instinto nacional de autoconservación frente a la parálisis pacifista-marxista progresista de nuestro cuerpo nacional. Puesto que incluso en estos días fatídicos no se reconocía al enemigo interno, toda resistencia externa fue en vano, y la Providencia no dio su recompensa a la espada victoriosa, sino que siguió la ley de la retribución eterna.



362 Un Estado germánico de la nación alemana

A partir de esta comprensión interior, se nos formarían los principios rectores y la tendencia del nuevo movimiento, que, en nuestra convicción, eran capaces no sólo de detener la decadencia del pueblo alemán, sino de crear los cimientos de granito de los que un día podrá estar compuesto el Estado, que no tenga un mecanismo de preocupaciones e intereses económicos ajenos al pueblo. pero representa un organismo völkisch:

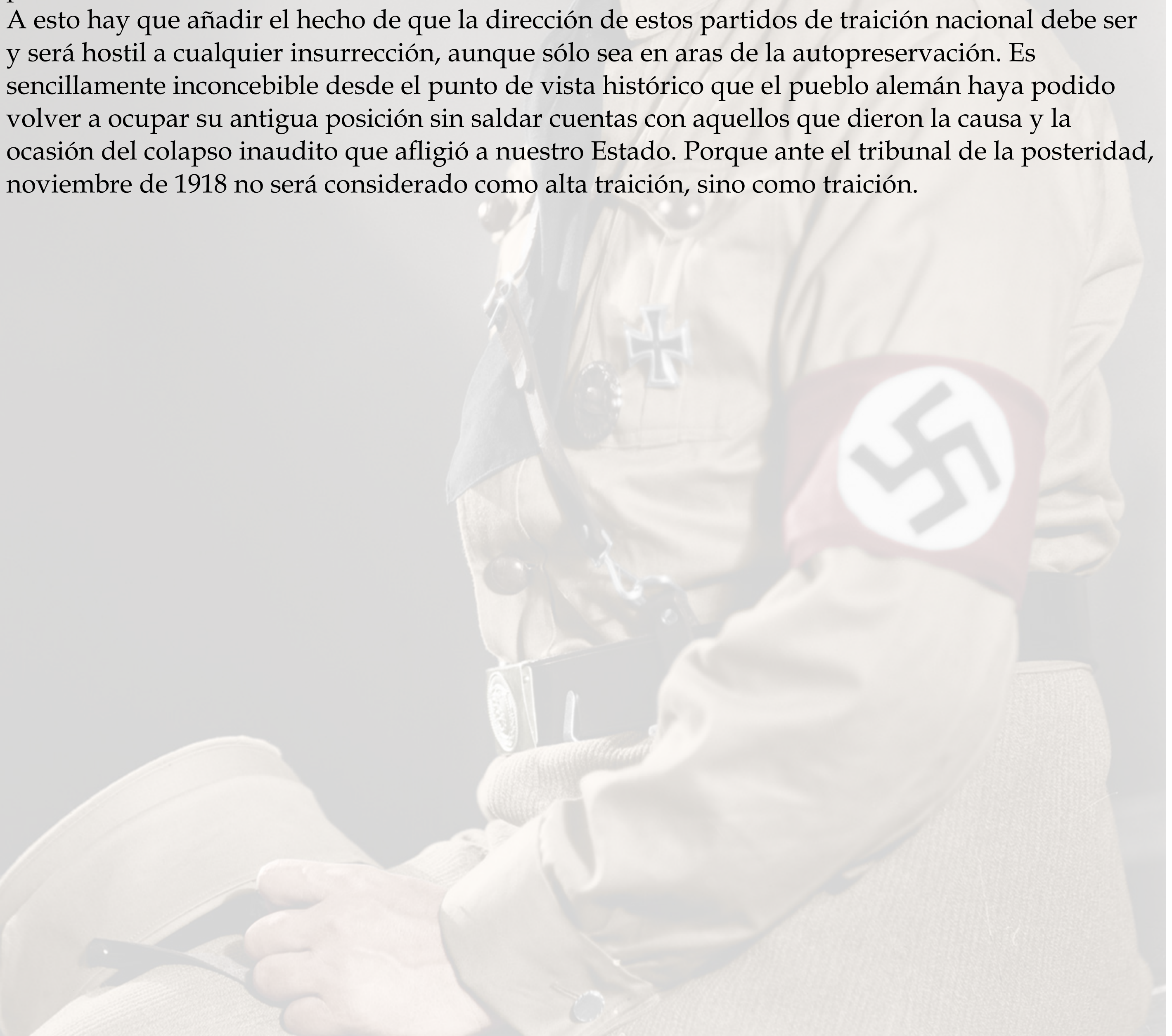
Un Estado germánico de la nación alemana.



La "burguesía" de Nale es, por muy inadecuados que parezcan sus sentimientos nacionales, no cabe esperar de este lado una resistencia seria a una poderosa política nacional interior y exterior. Aun cuando, por las conocidas razones de estrechez de miras y miopía, la burguesía alemana permanezca en resistencia pasiva, como lo hizo una vez frente a Bismarck, en la hora de la liberación que se avecina, nunca hay temor de una resistencia activa a ella, dada su reconocida cobardía proverbial.

La situación es diferente con la masa de nuestros camaradas de mentalidad internacional. No sólo están más en sintonía con la idea de la violencia en su primitivismo primitivo, sino que su liderazgo judío es más brutal y despiadado. Aplastarán cada levantamiento alemán de la misma manera que una vez rompieron la espalda del ejército alemán. Pero, sobre todo, en virtud de su mayoría numérica, no sólo impedirán cualquier política exterior nacional en este estado gobernado parlamentariamente, sino que también excluirán cualquier estimación más alta de la fuerza alemana y, por lo tanto, cualquier capacidad para formar alianzas. Porque no sólo somos conscientes del momento de debilidad que yacen en nuestros 15 millones de marxistas, demócratas, pacifistas y aplastadores, sino que es aún más reconocido por los países extranjeros, que miden el valor de una posible alianza con nosotros por el peso de esta carga. No se puede aliar con un Estado cuya parte activa del pueblo se opone, al menos pasivamente, a cualquier política exterior resuelta.

A esto hay que añadir el hecho de que la dirección de estos partidos de traición nacional debe ser y será hostil a cualquier insurrección, aunque sólo sea en aras de la autopreservación. Es sencillamente inconcebible desde el punto de vista histórico que el pueblo alemán haya podido volver a ocupar su antigua posición sin saldar cuentas con aquellos que dieron la causa y la ocasión del colapso inaudito que afligió a nuestro Estado. Porque ante el tribunal de la posteridad, noviembre de 1918 no será considerado como alta traición, sino como traición.



368 Ganarse a las grandes masas

Por lo tanto, toda recuperación de la independencia alemana en el exterior está ligada principalmente a la recuperación de la unidad interna de nuestro pueblo, basada en la voluntad. Pero desde un punto de vista puramente técnico, la idea de la liberación alemana parece absurda para el mundo exterior mientras las amplias masas no estén dispuestas a ponerse al servicio de esta idea de libertad. Desde un punto de vista puramente militar, será evidente para todo oficial, sobre todo, con un poco de reflexión, que no es posible librar una lucha externa con batallones de estudiantes, pero que para este fin se necesita no sólo el cerebro de un pueblo, sino también los puños. También hay que tener en cuenta que una defensa nacional basada únicamente en los círculos de la llamada intelectualidad llevaría a cabo un verdadero agotamiento de bienes insustituibles. Los jóvenes intelectuales alemanes, que murieron en los regimientos de voluntarios de guerra en el otoño de 1914 en la llanura flamenca, fueron más tarde echados de menos. Era el mejor activo que poseía la nación, y su pérdida ya no podía ser reemplazada en el curso de la guerra. Pero no sólo la lucha misma es impracticable si los batallones de asalto no ven las dimensiones de los obreros en sus filas, sino que también la preparación de carácter técnico es impracticable sin la unidad interna de la voluntad de nuestro cuerpo nacional. Nuestro mismo pueblo, que tiene que vivir desarmado bajo los mil ojos del tratado de paz de Versalles, sólo puede hacer preparativos técnicos para el logro de la libertad y la independencia humana si el ejército de espías internos es diezmado a aquellos cuya falta innata de carácter les permite traicionar cualquier cosa y todo por las conocidas treinta piezas de plata. Pero puedes hacer frente a estos. Por otro lado, los millones de personas que se oponen al levantamiento nacional por convicción política parecen insuperables, insuperables mientras la causa de su oposición, la concepción marxista internacional del mundo, no sea combatida y arrancada de sus corazones y mentes.

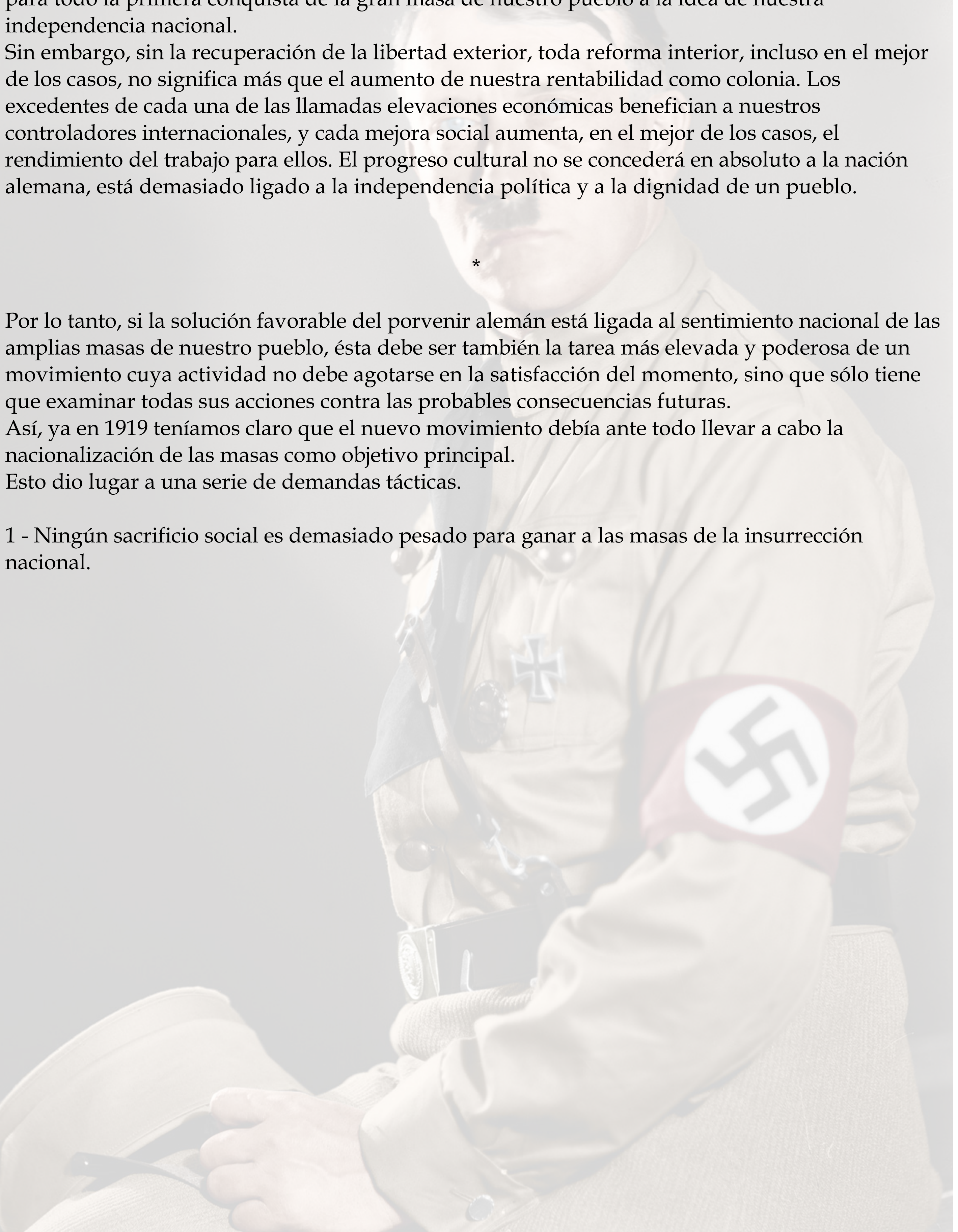


Cualquiera que sea el punto de vista desde el que se examine la posibilidad de recuperar nuestra independencia estatal y nacional, ya sea desde el punto de vista de la preparación de la política exterior, del armamento técnico o del de la lucha misma, siempre queda como requisito previo para todo la primera conquista de la gran masa de nuestro pueblo a la idea de nuestra independencia nacional.
Sin embargo, sin la recuperación de la libertad exterior, toda reforma interior, incluso en el mejor de los casos, no significa más que el aumento de nuestra rentabilidad como colonia. Los excedentes de cada una de las llamadas elevaciones económicas benefician a nuestros controladores internacionales, y cada mejora social aumenta, en el mejor de los casos, el rendimiento del trabajo para ellos. El progreso cultural no se concederá en absoluto a la nación alemana, está demasiado ligado a la independencia política y a la dignidad de un pueblo.

*

Por lo tanto, si la solución favorable del porvenir alemán está ligada al sentimiento nacional de las amplias masas de nuestro pueblo, ésta debe ser también la tarea más elevada y poderosa de un movimiento cuya actividad no debe agotarse en la satisfacción del momento, sino que sólo tiene que examinar todas sus acciones contra las probables consecuencias futuras.
Así, ya en 1919 teníamos claro que el nuevo movimiento debía ante todo llevar a cabo la nacionalización de las masas como objetivo principal.
Esto dio lugar a una serie de demandas tácticas.

1 - Ningún sacrificio social es demasiado pesado para ganar a las masas de la insurrección nacional.

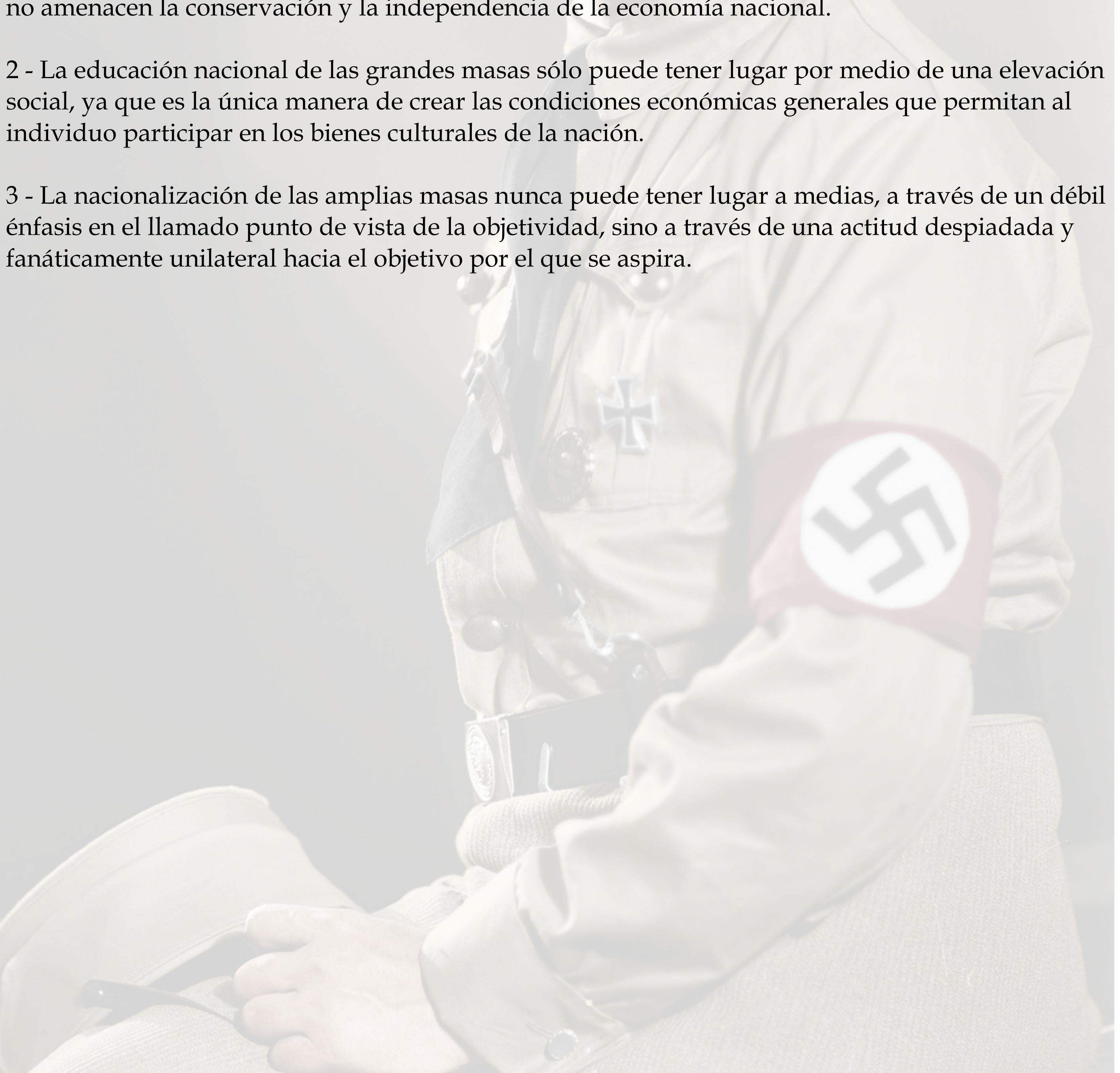


370 La nacionalización de las masas

Cualesquiera que sean las concesiones económicas que se hagan hoy a nuestros trabajadores, son desproporcionadas con respecto a los beneficios de la nación en su conjunto, si ayudan a restaurar a las amplias capas a su nacionalidad. Sólo la estrechez de miras miope, que desgraciadamente se encuentra a menudo en nuestros círculos empresariales, puede dejar de reconocer que a largo plazo no habrá un repunte económico para ellos y, por lo tanto, ningún beneficio económico, si no se restablece la solidaridad étnica interna de nuestra nación.
Si los sindicatos alemanes hubieran protegido los intereses de la clase obrera de la manera más despiadada durante la guerra, si ellos mismos hubieran arrancado mil veces por medio de la huelga la aprobación de las reivindicaciones de los obreros a los obreros que representaban, pero si hubieran profesado con el mismo fanatismo su germanidad en interés de la defensa nacional, y los hubieran entregado a la patria con la misma crueldad. Lo que es de la patria, la guerra no se habría perdido. Pero qué ridículas habrían sido todas ellas, incluso las mayores concesiones económicas, en comparación con la enorme importancia de la guerra ganada.
Por lo tanto, un movimiento que se proponga devolver al obrero alemán al pueblo alemán debe darse cuenta de que los sacrificios económicos no juegan ningún papel en esta cuestión mientras no amenacen la conservación y la independencia de la economía nacional.

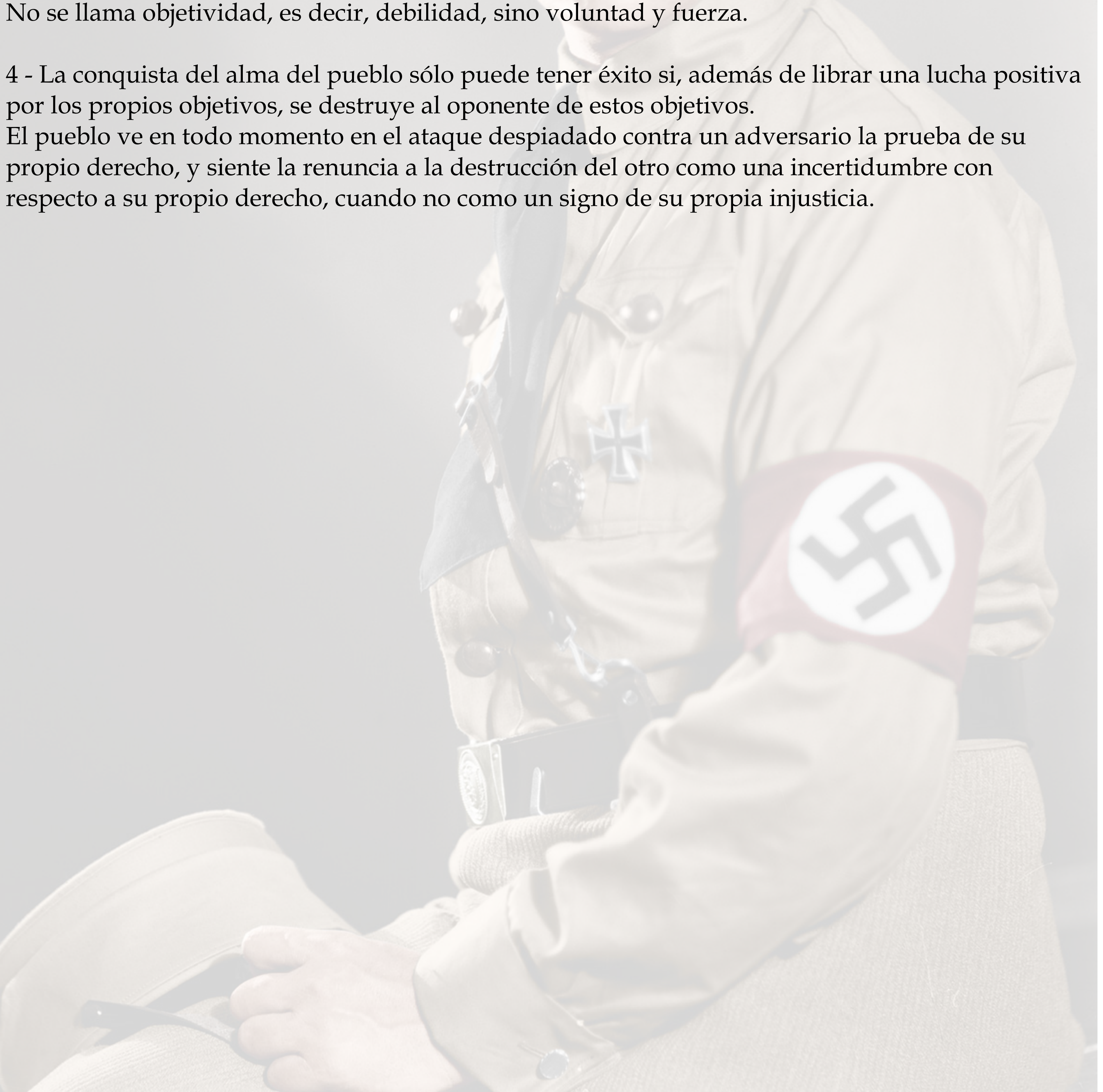
2 - La educación nacional de las grandes masas sólo puede tener lugar por medio de una elevación social, ya que es la única manera de crear las condiciones económicas generales que permitan al individuo participar en los bienes culturales de la nación.

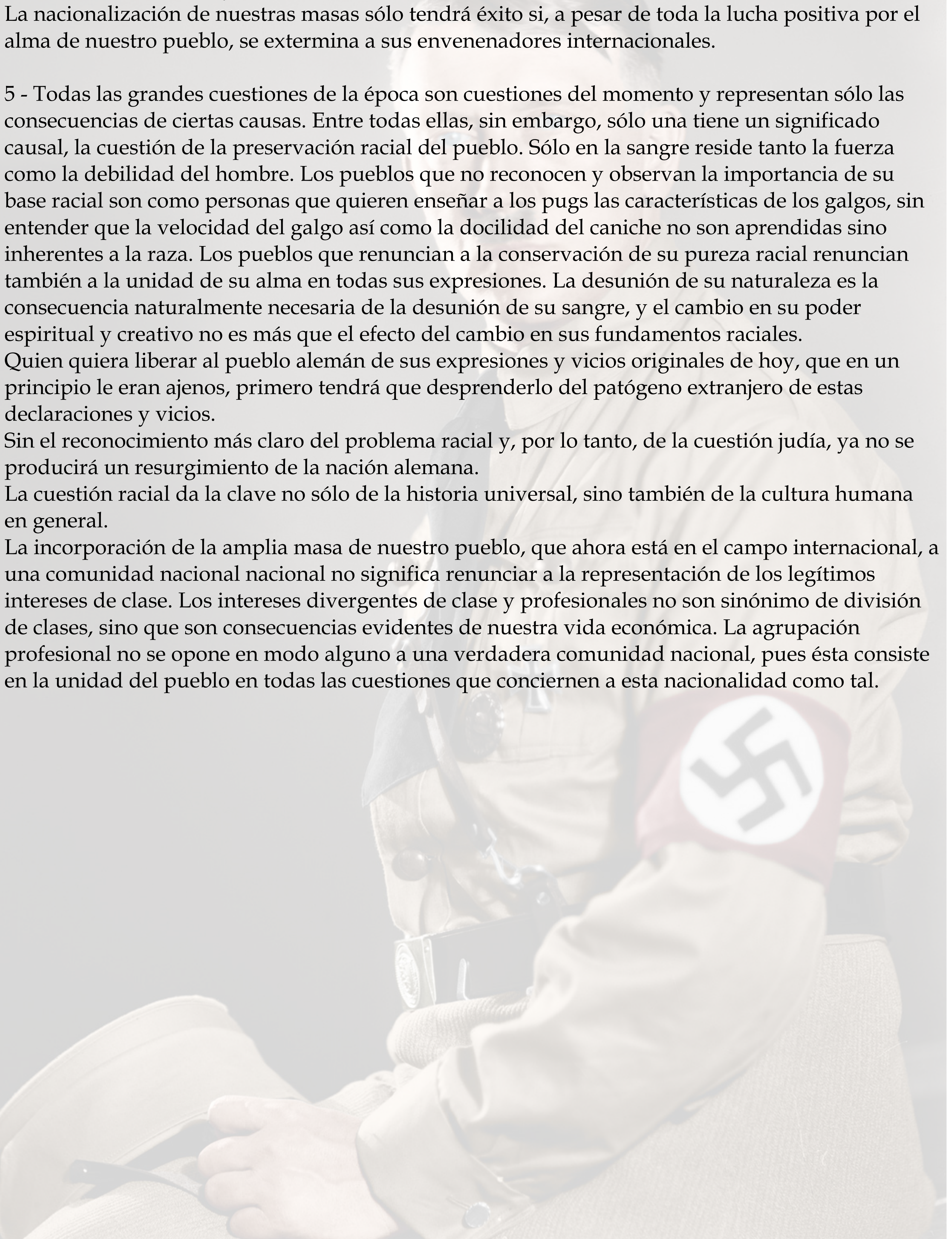
3 - La nacionalización de las amplias masas nunca puede tener lugar a medias, a través de un débil énfasis en el llamado punto de vista de la objetividad, sino a través de una actitud despiadada y fanáticamente unilateral hacia el objetivo por el que se aspira.



Esto significa que no se puede hacer a un pueblo "nacional" en el sentido de nuestra burguesía actual, es decir, con tantas restricciones, sino sólo nacionalistamente con toda la vehemencia inherente a los extremos. El veneno sólo se rompe con el antídoto, y sólo la obviedad de una mente burguesa puede considerar la línea media como el camino al reino de los cielos.
La gran masa de un pueblo no se compone ni de profesores ni de diplomáticos. El poco conocimiento abstracto que posee apunta sus sensaciones más hacia el mundo de los sentimientos. Ahí descansa su actitud positiva o negativa. Es receptivo sólo a una expresión de fuerza en una de estas dos direcciones y nunca a una tibieza que se cierne entre las dos. Su actitud emocional, sin embargo, también determina su extraordinaria estabilidad. La fe es más difícil de sacudir que el conocimiento, el amor está menos sujeto al cambio que al respeto, el odio es más duradero que la aversión, y la fuerza motriz de las revoluciones más poderosas de esta tierra siempre ha estado menos en un conocimiento científico que domina a las masas que en un fanatismo que lo anima, y a veces en una histeria que lo impulsa hacia adelante.
Quien quiera ganarse a las amplias masas debe conocer la llave que abre la puerta de su corazón. No se llama objetividad, es decir, debilidad, sino voluntad y fuerza.

4 - La conquista del alma del pueblo sólo puede tener éxito si, además de librar una lucha positiva por los propios objetivos, se destruye al oponente de estos objetivos.
El pueblo ve en todo momento en el ataque despiadado contra un adversario la prueba de su propio derecho, y siente la renuncia a la destrucción del otro como una incertidumbre con respecto a su propio derecho, cuando no como un signo de su propia injusticia.



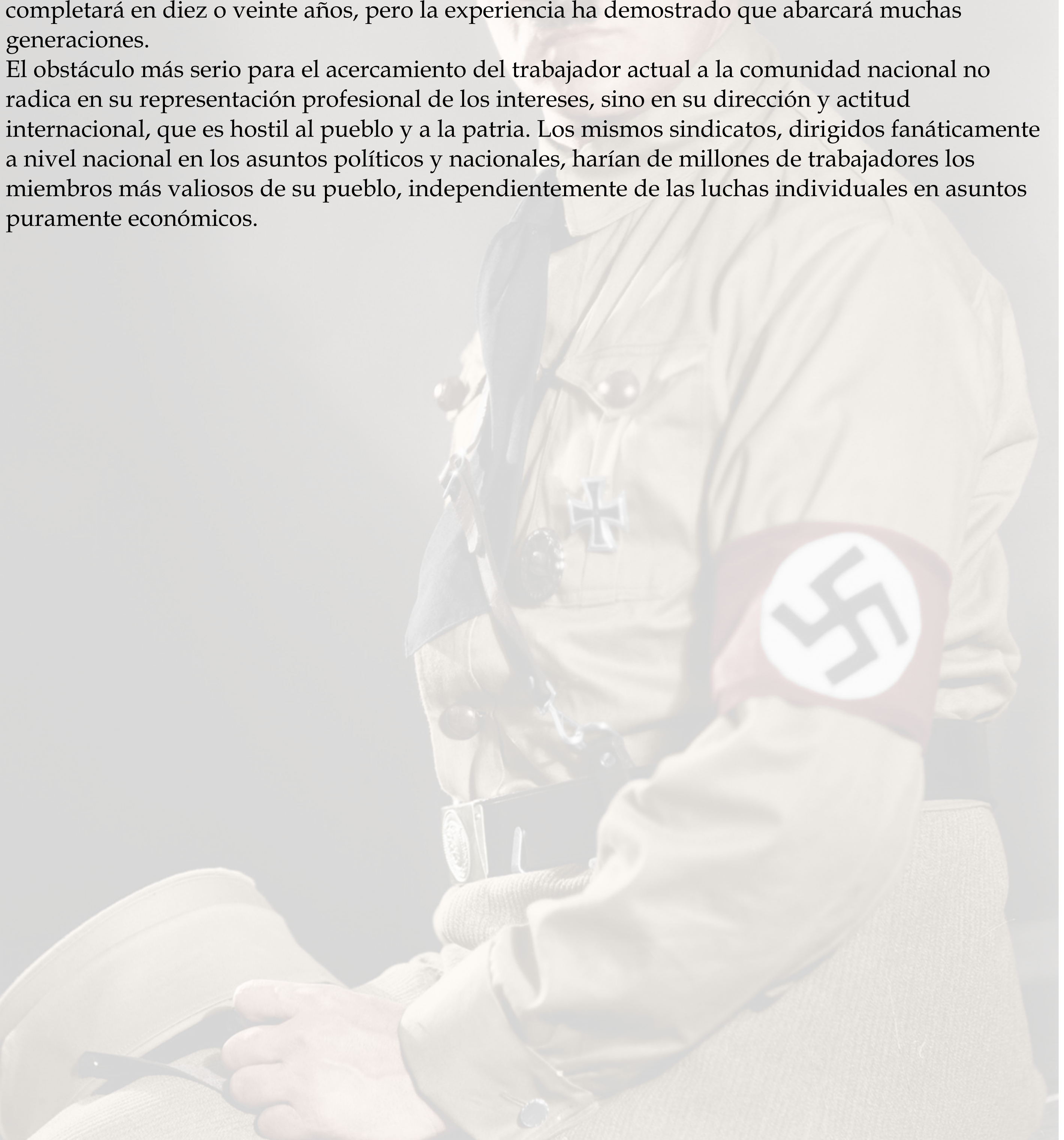


372 La nacionalización de las masas

Las grandes masas no son más que un pedazo de la naturaleza, y sus sentimientos no comprenden el mutuo apretón de manos de las personas que afirman querer opuestos. Lo que desea es la victoria del más fuerte y la destrucción del débil, o su sumisión incondicional.
La nacionalización de nuestras masas sólo tendrá éxito si, a pesar de toda la lucha positiva por el alma de nuestro pueblo, se extermina a sus envenenadores internacionales.

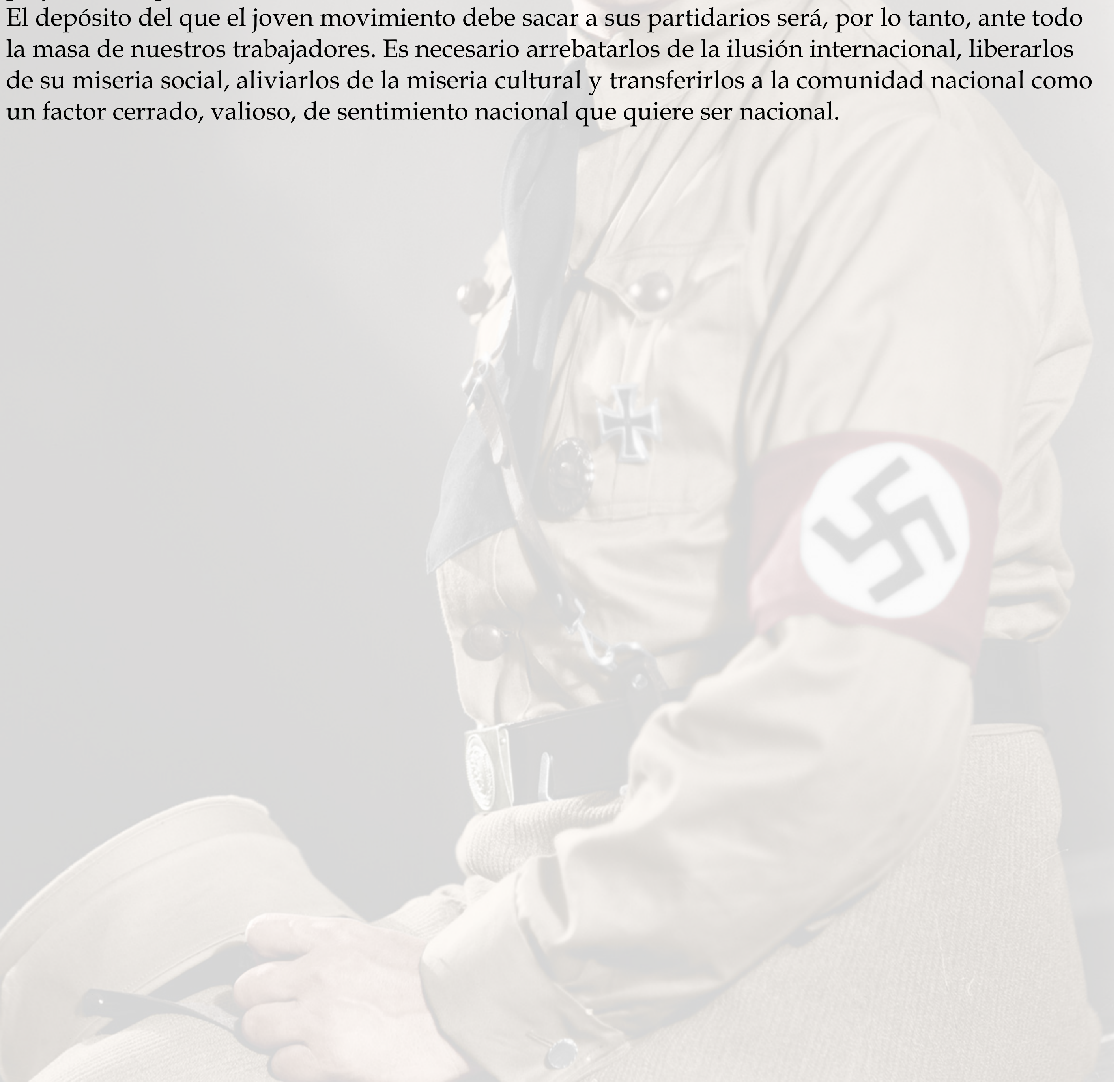
5 - Todas las grandes cuestiones de la época son cuestiones del momento y representan sólo las consecuencias de ciertas causas. Entre todas ellas, sin embargo, sólo una tiene un significado causal, la cuestión de la preservación racial del pueblo. Sólo en la sangre reside tanto la fuerza como la debilidad del hombre. Los pueblos que no reconocen y observan la importancia de su base racial son como personas que quieren enseñar a los pugs las características de los galgos, sin entender que la velocidad del galgo así como la docilidad del caniche no son aprendidas sino inherentes a la raza. Los pueblos que renuncian a la conservación de su pureza racial renuncian también a la unidad de su alma en todas sus expresiones. La desunión de su naturaleza es la consecuencia naturalmente necesaria de la desunión de su sangre, y el cambio en su poder espiritual y creativo no es más que el efecto del cambio en sus fundamentos raciales.
Quien quiera liberar al pueblo alemán de sus expresiones y vicios originales de hoy, que en un principio le eran ajenos, primero tendrá que desprenderlo del patógeno extranjero de estas declaraciones y vicios.
Sin el reconocimiento más claro del problema racial y, por lo tanto, de la cuestión judía, ya no se producirá un resurgimiento de la nación alemana.
La cuestión racial da la clave no sólo de la historia universal, sino también de la cultura humana en general.
La incorporación de la amplia masa de nuestro pueblo, que ahora está en el campo internacional, a una comunidad nacional nacional no significa renunciar a la representación de los legítimos intereses de clase. Los intereses divergentes de clase y profesionales no son sinónimo de división de clases, sino que son consecuencias evidentes de nuestra vida económica. La agrupación profesional no se opone en modo alguno a una verdadera comunidad nacional, pues ésta consiste en la unidad del pueblo en todas las cuestiones que conciernen a esta nacionalidad como tal.

La incorporación de una clase que se ha convertido en clase a la comunidad nacional, o incluso sólo al Estado, no se produce mediante el descenso de las clases superiores, sino mediante la elevación de las clases inferiores. Una vez más, la clase alta nunca puede ser la portadora de este proceso, sino la clase baja, que lucha por su igualdad. La burguesía de hoy no estaba integrada en el Estado por medidas de la nobleza, sino por su propia energía bajo su propia dirección.
El obrero alemán no se eleva en el marco de la comunidad nacional alemana por medio de débiles escenas de confraternización, sino por una elevación consciente de su posición social y cultural, hasta que las diferencias más graves puedan considerarse superadas. Un movimiento que se fije como objetivo este desarrollo tendrá que conseguir sus partidarios principalmente del campo obrero. Sólo puede recurrir a la inteligencia en la medida en que ya haya comprendido completamente la meta a la que se aspira. Este proceso de transformación y acercamiento no se completará en diez o veinte años, pero la experiencia ha demostrado que abarcará muchas generaciones.
El obstáculo más serio para el acercamiento del trabajador actual a la comunidad nacional no radica en su representación profesional de los intereses, sino en su dirección y actitud internacional, que es hostil al pueblo y a la patria. Los mismos sindicatos, dirigidos fanáticamente a nivel nacional en los asuntos políticos y nacionales, harían de millones de trabajadores los miembros más valiosos de su pueblo, independientemente de las luchas individuales en asuntos puramente económicos.



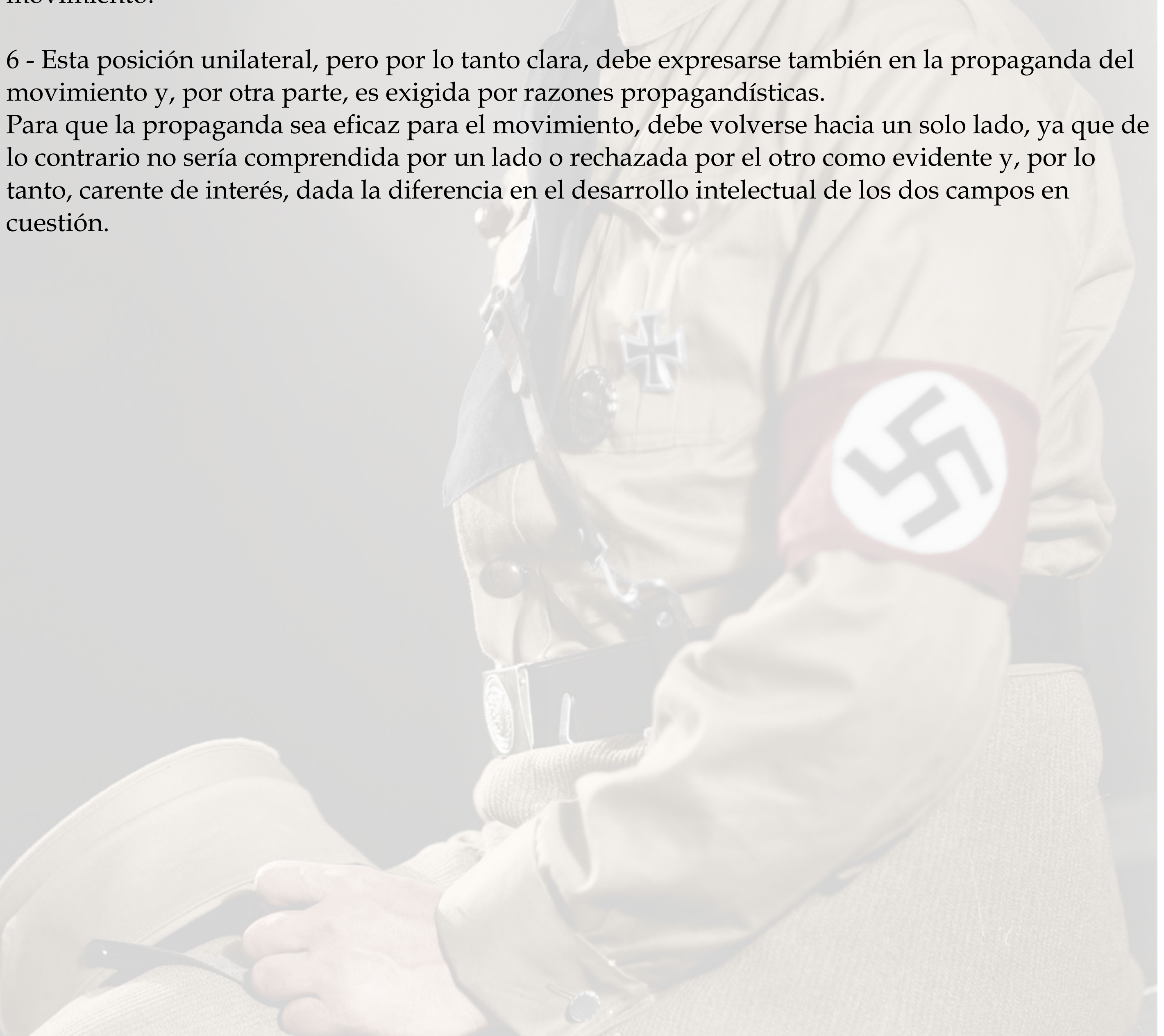
374 La nacionalización de las masas

Un movimiento que quiera devolver al obrero alemán a su pueblo de una manera honesta y arrebatarlo de la locura internacional, debe adoptar la posición más enérgica contra una opinión, especialmente en los círculos empresariales, que entiende por Volksgemeinschaft la rendición económica sin resistencia del empleado al empleador, y que en cada intento de proteger incluso los intereses económicos legítimos del empleado es un ataque a la sociedad. Volksgemeinschaft. La representación de este punto de vista representa la representación de una mentira deliberada; La comunidad nacional impone sus obligaciones no sólo a una parte, sino también a la otra.
Con la misma certeza que un trabajador peca contra el espíritu de una verdadera comunidad nacional cuando hace demandas extorsivas sin tener en cuenta el bien común y la existencia de una economía nacional, respaldada por su poder, así un empresario rompe esta comunidad cuando abusa de la fuerza laboral nacional a través de una forma inhumana y explotadora de administrar su negocio y cultiva millones con su sudor. Entonces no tiene derecho a llamarse nacional, no tiene derecho a hablar de una comunidad nacional, pero es un sinvergüenza egoísta que, al introducir luchas sociales, provoca luchas posteriores que, de un modo u otro, deben ser perjudiciales para la nación.
El depósito del que el joven movimiento debe sacar a sus partidarios será, por lo tanto, ante todo la masa de nuestros trabajadores. Es necesario arrebatarlos de la ilusión internacional, liberarlos de su miseria social, aliviarlos de la miseria cultural y transferirlos a la comunidad nacional como un factor cerrado, valioso, de sentimiento nacional que quiere ser nacional.

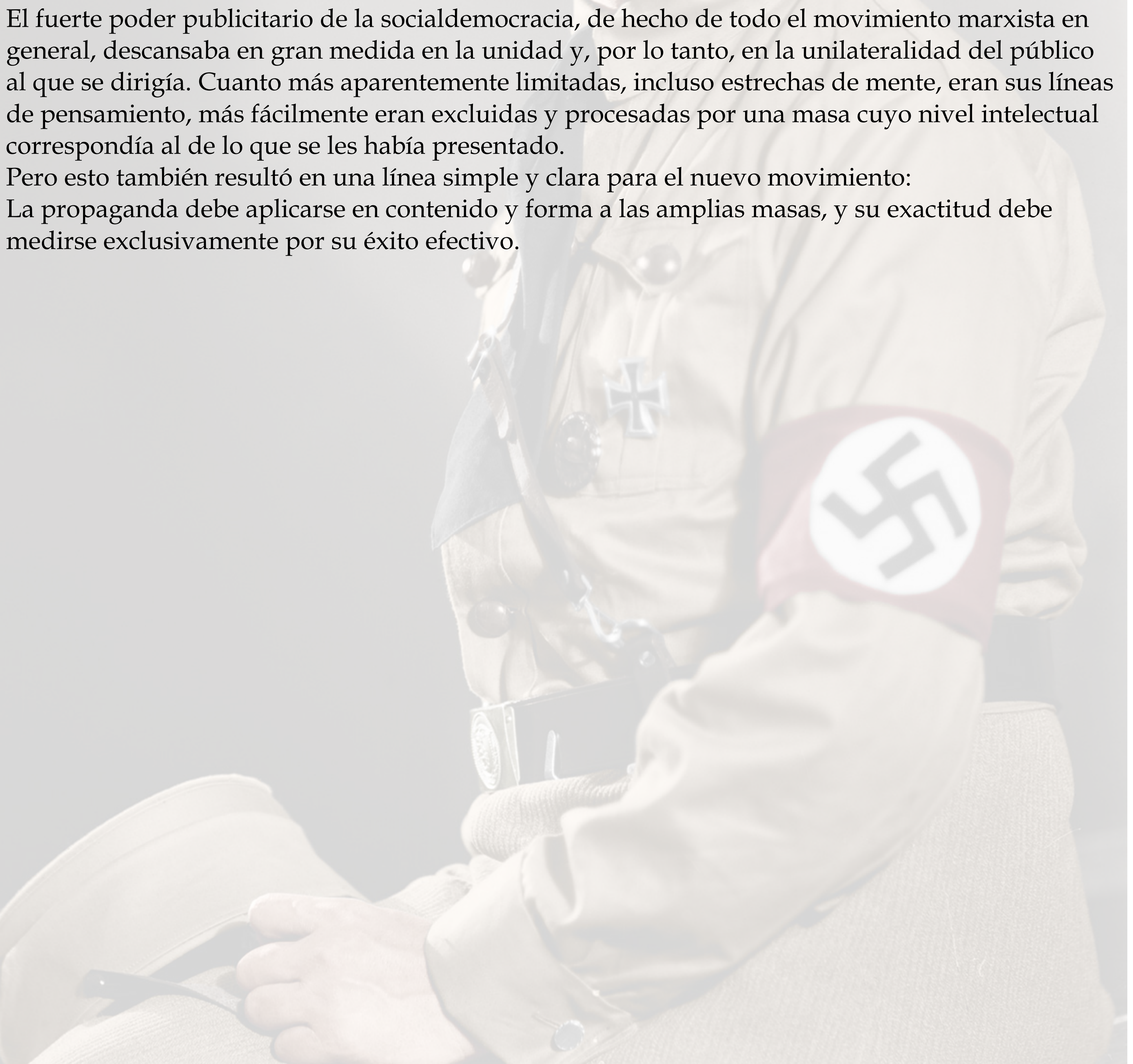


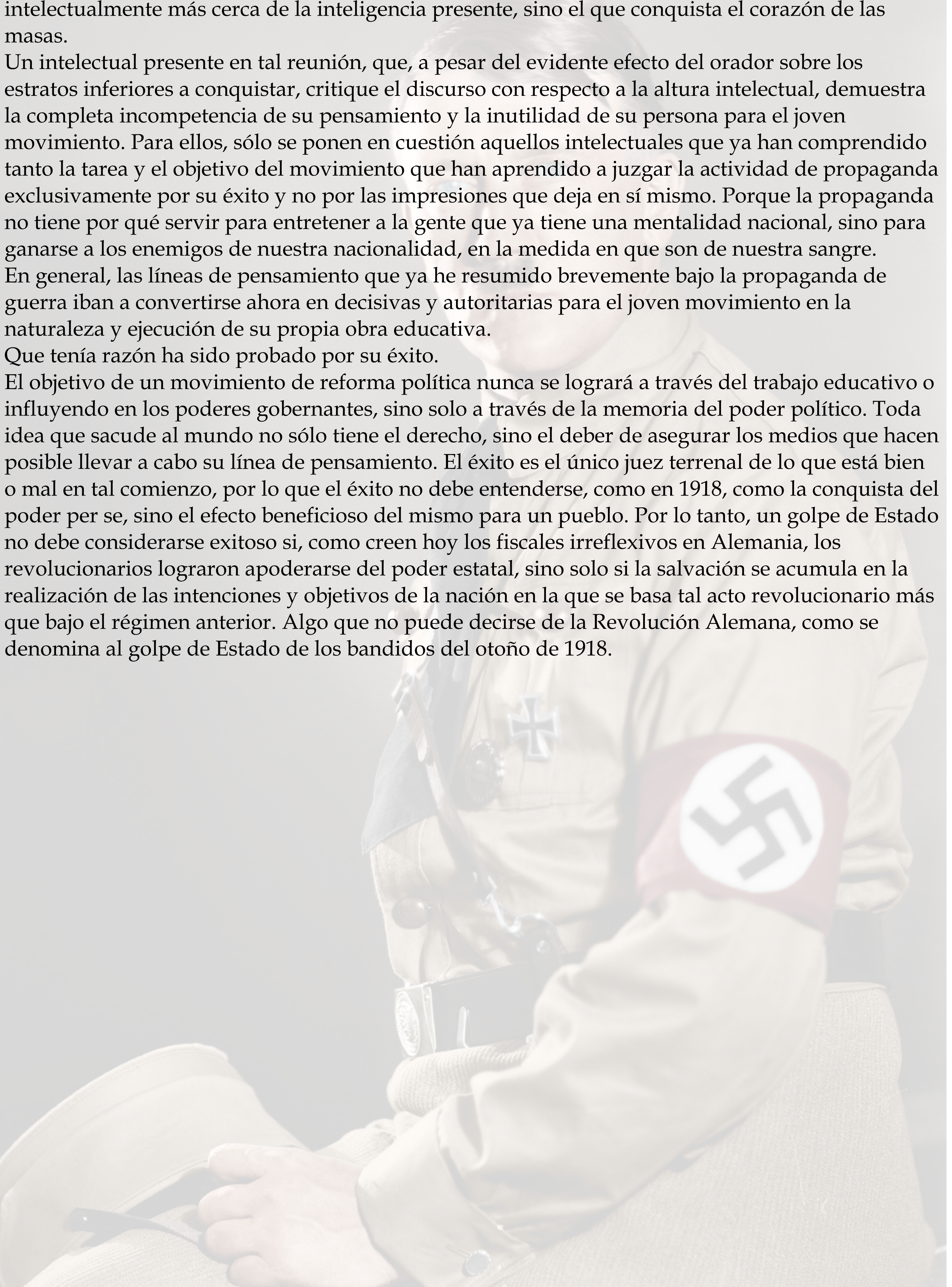
Si en los círculos de la intelectualidad nacional hay personas con el corazón más cálido por su pueblo y su futuro, llenas del más profundo reconocimiento de la importancia de la lucha por el alma de esta masa, son muy bienvenidos en las filas de este movimiento como una valiosa columna vertebral espiritual. Pero ganarse al ganado electoral burgués nunca debe ser el objetivo de este movimiento. En tal caso, se cargaría con una masa que, de acuerdo con toda su naturaleza, paralizaría la locura publicitaria frente a las amplias capas. Porque, a pesar de la belleza teórica de la idea de agrupar a las más amplias masas de abajo y de arriba ya en el marco del movimiento, no deja de estar el hecho de que influyendo psicológicamente en las masas burguesas en las manifestaciones generales se pueden crear estados de ánimo, incluso difundir la comprensión, pero no se hacen desaparecer los rasgos de carácter o, mejor dicho, los vicios. cuyo desarrollo y surgimiento abarcó siglos. La diferencia en el nivel cultural de ambas partes y en la actitud mutua hacia las cuestiones económicas sigue siendo en la actualidad tan grande que tan pronto como haya pasado la embriaguez de las manifestaciones, aparecería inmediatamente como un obstáculo.
Finalmente, sin embargo, no se trata de llevar a cabo una reestructuración en el campo intrínsecamente nacional, sino de ganarse al campo antinacional.
Y este punto de vista es, en última instancia, decisivo para la actitud táctica de todo el movimiento.

6 - Esta posición unilateral, pero por lo tanto clara, debe expresarse también en la propaganda del movimiento y, por otra parte, es exigida por razones propagandísticas.
Para que la propaganda sea eficaz para el movimiento, debe volverse hacia un solo lado, ya que de lo contrario no sería comprendida por un lado o rechazada por el otro como evidente y, por lo tanto, carente de interés, dada la diferencia en el desarrollo intelectual de los dos campos en cuestión.



Incluso la forma de expresión y el tono en los detalles no pueden ser igualmente efectivos para dos capas tan extremas. Si la propaganda renuncia al carácter primitivo del modo de expresión, no llega a los sentimientos de las amplias masas. Si, por el contrario, utiliza en la palabra y en el gesto la tosquedad de los sentimientos de las masas y de sus expresiones, es rechazada por la llamada intelectualidad como tosca y vulgar. Apenas hay diez entre el centenar de supuestos oradores que serían capaces de hablar con la misma eficacia hoy a un auditorio de barrenderos, cerrajeros, limpiadores de alcantarillas, etc., y mañana dar una conferencia con necesariamente el mismo contenido intelectual ante un auditorio de profesores y estudiantes universitarios. Pero tal vez solo haya uno entre mil oradores que logre hablar a cerrajeros y profesores universitarios al mismo tiempo de una forma que no solo corresponda a ambas partes en su comprensión, sino que también influya en ambas partes con la misma eficacia o incluso las lleve consigo en la tormenta rugiente de aplausos. Pero siempre hay que tener en cuenta que incluso la idea más bella de una teoría sublime puede, en la mayoría de los casos, encontrar su difusión sólo a través de mentes pequeñas y pequeñas. No se trata de lo que el ingenioso creador de una idea tiene en mente, sino de qué, en qué forma y con qué éxito transmiten los proclamadores de esta idea a las amplias masas.
El fuerte poder publicitario de la socialdemocracia, de hecho de todo el movimiento marxista en general, descansaba en gran medida en la unidad y, por lo tanto, en la unilateralidad del público al que se dirigía. Cuanto más aparentemente limitadas, incluso estrechas de mente, eran sus líneas de pensamiento, más fácilmente eran excluidas y procesadas por una masa cuyo nivel intelectual correspondía al de lo que se les había presentado.
Pero esto también resultó en una línea simple y clara para el nuevo movimiento:
La propaganda debe aplicarse en contenido y forma a las amplias masas, y su exactitud debe medirse exclusivamente por su éxito efectivo.



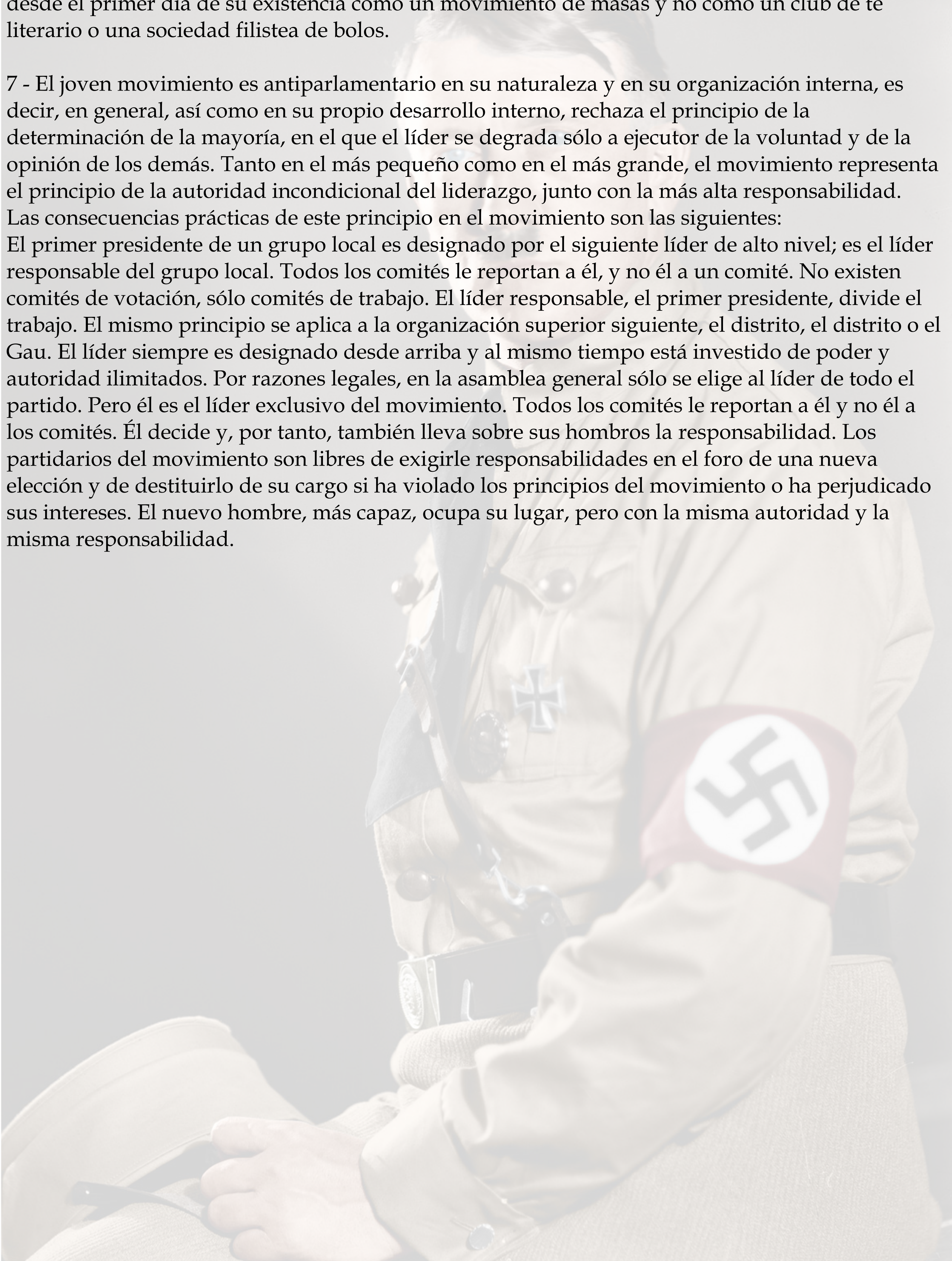


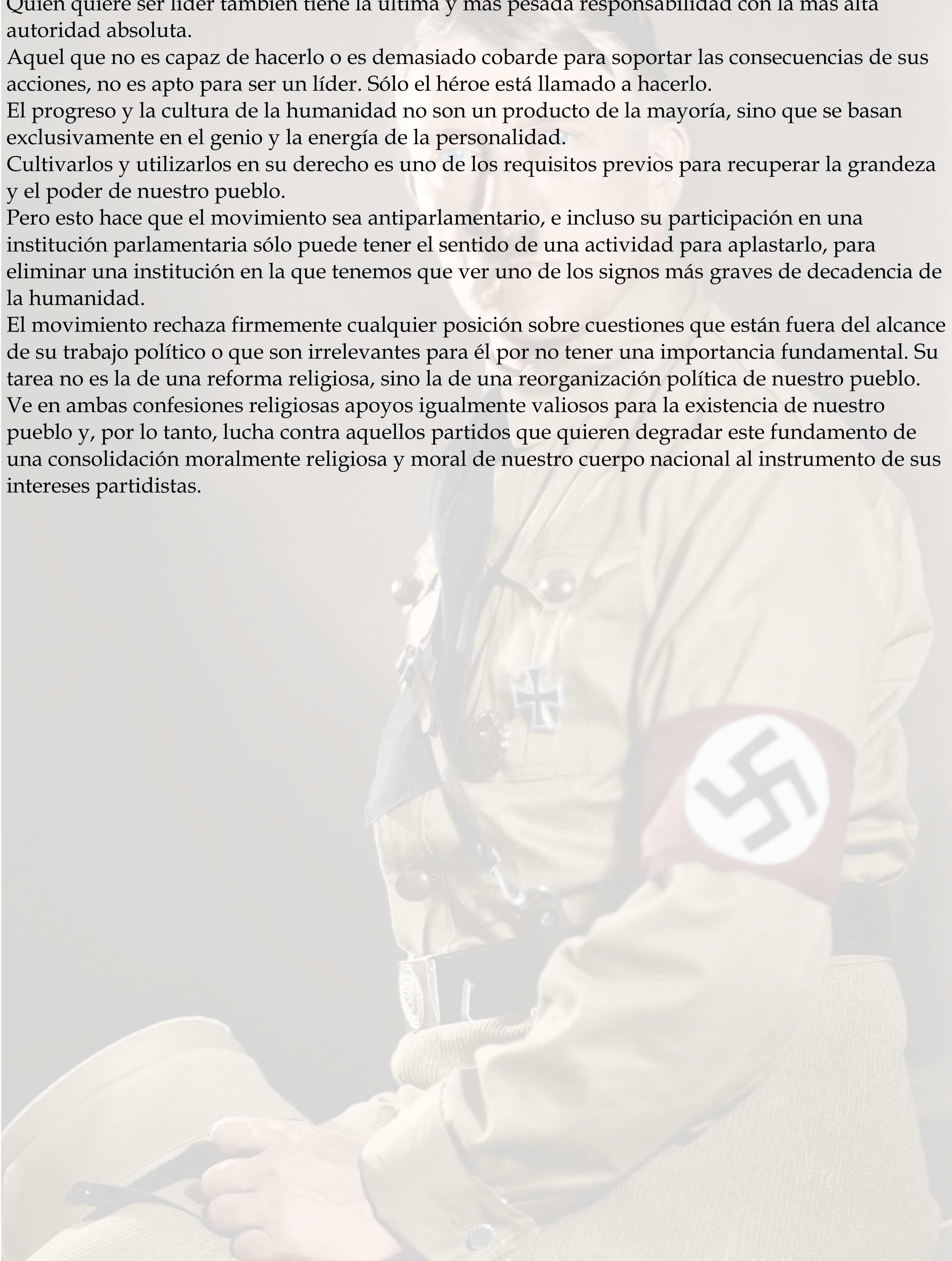
En una asamblea popular de las amplias capas, no es el orador que habla mejor el que está intelectualmente más cerca de la inteligencia presente, sino el que conquista el corazón de las masas.
Un intelectual presente en tal reunión, que, a pesar del evidente efecto del orador sobre los estratos inferiores a conquistar, critique el discurso con respecto a la altura intelectual, demuestra la completa incompetencia de su pensamiento y la inutilidad de su persona para el joven movimiento. Para ellos, sólo se ponen en cuestión aquellos intelectuales que ya han comprendido tanto la tarea y el objetivo del movimiento que han aprendido a juzgar la actividad de propaganda exclusivamente por su éxito y no por las impresiones que deja en sí mismo. Porque la propaganda no tiene por qué servir para entretener a la gente que ya tiene una mentalidad nacional, sino para ganarse a los enemigos de nuestra nacionalidad, en la medida en que son de nuestra sangre.
En general, las líneas de pensamiento que ya he resumido brevemente bajo la propaganda de guerra iban a convertirse ahora en decisivas y autoritarias para el joven movimiento en la naturaleza y ejecución de su propia obra educativa.
Que tenía razón ha sido probado por su éxito.
El objetivo de un movimiento de reforma política nunca se logrará a través del trabajo educativo o influyendo en los poderes gobernantes, sino solo a través de la memoria del poder político. Toda idea que sacude al mundo no sólo tiene el derecho, sino el deber de asegurar los medios que hacen posible llevar a cabo su línea de pensamiento. El éxito es el único juez terrenal de lo que está bien o mal en tal comienzo, por lo que el éxito no debe entenderse, como en 1918, como la conquista del poder per se, sino el efecto beneficioso del mismo para un pueblo. Por lo tanto, un golpe de Estado no debe considerarse exitoso si, como creen hoy los fiscales irreflexivos en Alemania, los revolucionarios lograron apoderarse del poder estatal, sino solo si la salvación se acumula en la realización de las intenciones y objetivos de la nación en la que se basa tal acto revolucionario más que bajo el régimen anterior. Algo que no puede decirse de la Revolución Alemana, como se denomina al golpe de Estado de los bandidos del otoño de 1918.

378 Máxima autoridad, máxima responsabilidad

Pero si la conquista del poder político es el prerrequisito para la implementación práctica de las intenciones de la Reforma, entonces un movimiento con intenciones de la Reforma debe sentirse desde el primer día de su existencia como un movimiento de masas y no como un club de té literario o una sociedad filistea de bolos.

7 - El joven movimiento es antiparlamentario en su naturaleza y en su organización interna, es decir, en general, así como en su propio desarrollo interno, rechaza el principio de la determinación de la mayoría, en el que el líder se degrada sólo a ejecutor de la voluntad y de la opinión de los demás. Tanto en el más pequeño como en el más grande, el movimiento representa el principio de la autoridad incondicional del liderazgo, junto con la más alta responsabilidad.
Las consecuencias prácticas de este principio en el movimiento son las siguientes:
El primer presidente de un grupo local es designado por el siguiente líder de alto nivel; es el líder responsable del grupo local. Todos los comités le reportan a él, y no él a un comité. No existen comités de votación, sólo comités de trabajo. El líder responsable, el primer presidente, divide el trabajo. El mismo principio se aplica a la organización superior siguiente, el distrito, el distrito o el Gau. El líder siempre es designado desde arriba y al mismo tiempo está investido de poder y autoridad ilimitados. Por razones legales, en la asamblea general sólo se elige al líder de todo el partido. Pero él es el líder exclusivo del movimiento. Todos los comités le reportan a él y no él a los comités. Él decide y, por tanto, también lleva sobre sus hombros la responsabilidad. Los partidarios del movimiento son libres de exigirle responsabilidades en el foro de una nueva elección y de destituirlo de su cargo si ha violado los principios del movimiento o ha perjudicado sus intereses. El nuevo hombre, más capaz, ocupa su lugar, pero con la misma autoridad y la misma responsabilidad.



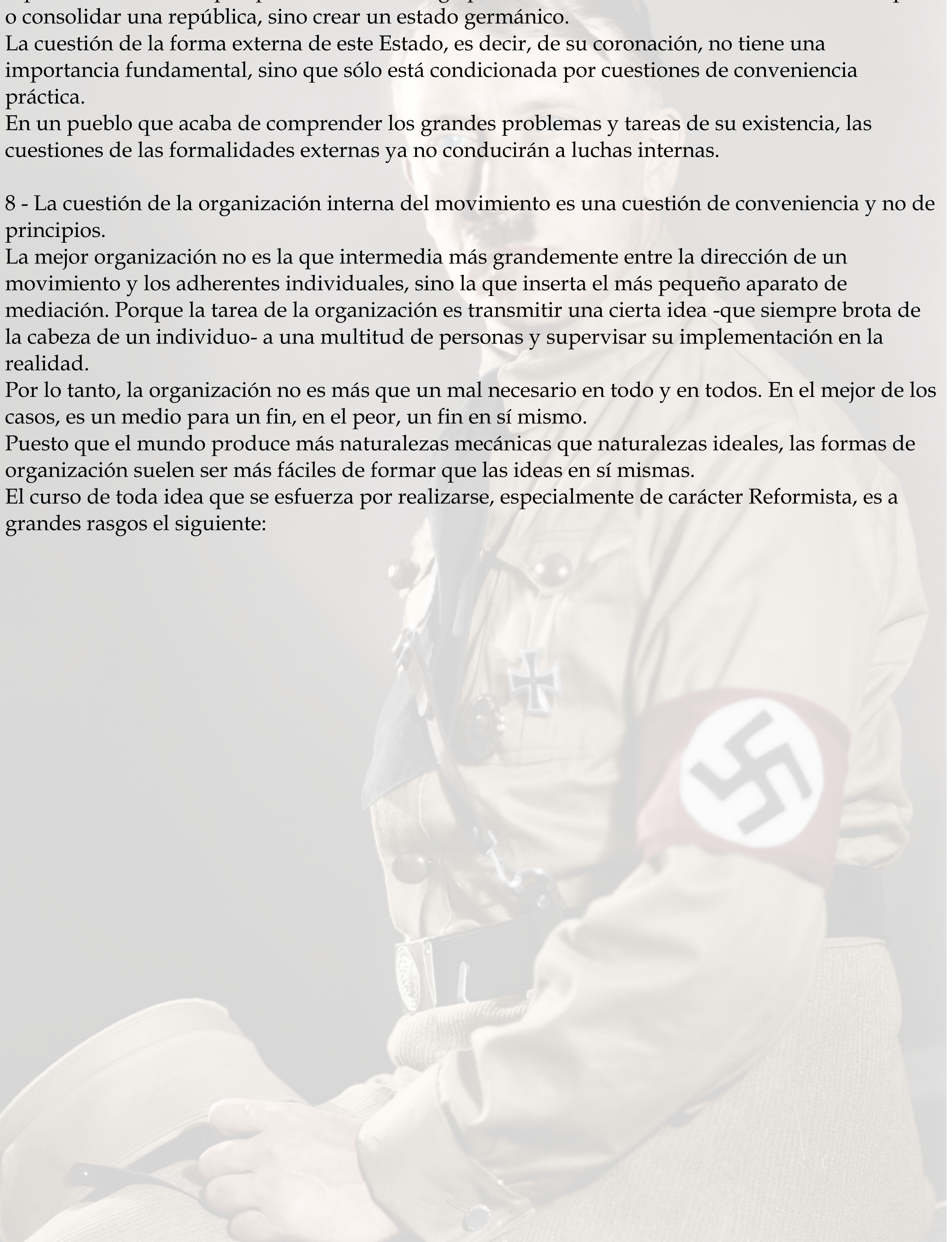


Una de las tareas supremas del movimiento es hacer de este principio el principio determinante, no sólo dentro de sus propias filas, sino también para el Estado en su conjunto.
Quien quiere ser líder también tiene la última y más pesada responsabilidad con la más alta autoridad absoluta.
Aquel que no es capaz de hacerlo o es demasiado cobarde para soportar las consecuencias de sus acciones, no es apto para ser un líder. Sólo el héroe está llamado a hacerlo.
El progreso y la cultura de la humanidad no son un producto de la mayoría, sino que se basan exclusivamente en el genio y la energía de la personalidad.
Cultivarlos y utilizarlos en su derecho es uno de los requisitos previos para recuperar la grandeza y el poder de nuestro pueblo.
Pero esto hace que el movimiento sea antiparlamentario, e incluso su participación en una institución parlamentaria sólo puede tener el sentido de una actividad para aplastarlo, para eliminar una institución en la que tenemos que ver uno de los signos más graves de decadencia de la humanidad.
El movimiento rechaza firmemente cualquier posición sobre cuestiones que están fuera del alcance de su trabajo político o que son irrelevantes para él por no tener una importancia fundamental. Su tarea no es la de una reforma religiosa, sino la de una reorganización política de nuestro pueblo.
Ve en ambas confesiones religiosas apoyos igualmente valiosos para la existencia de nuestro pueblo y, por lo tanto, lucha contra aquellos partidos que quieren degradar este fundamento de una consolidación moralmente religiosa y moral de nuestro cuerpo nacional al instrumento de sus intereses partidistas.

380 Ni monárquico ni republicano

Por último, el movimiento no ve su tarea en la restauración de una forma particular de Estado y en la lucha contra otra, sino en la creación de esos fundamentos fundamentales sin los cuales ni la república ni la monarquía pueden existir a largo plazo. Su misión no es establecer una monarquía o consolidar una república, sino crear un estado germánico.
La cuestión de la forma externa de este Estado, es decir, de su coronación, no tiene una importancia fundamental, sino que sólo está condicionada por cuestiones de conveniencia práctica.
En un pueblo que acaba de comprender los grandes problemas y tareas de su existencia, las cuestiones de las formalidades externas ya no conducirán a luchas internas.

8 - La cuestión de la organización interna del movimiento es una cuestión de conveniencia y no de principios.
La mejor organización no es la que intermedia más grandemente entre la dirección de un movimiento y los adherentes individuales, sino la que inserta el más pequeño aparato de mediación. Porque la tarea de la organización es transmitir una cierta idea -que siempre brota de la cabeza de un individuo- a una multitud de personas y supervisar su implementación en la realidad.
Por lo tanto, la organización no es más que un mal necesario en todo y en todos. En el mejor de los casos, es un medio para un fin, en el peor, un fin en sí mismo.
Puesto que el mundo produce más naturalezas mecánicas que naturalezas ideales, las formas de organización suelen ser más fáciles de formar que las ideas en sí mismas.
El curso de toda idea que se esfuerza por realizarse, especialmente de carácter Reformista, es a grandes rasgos el siguiente:

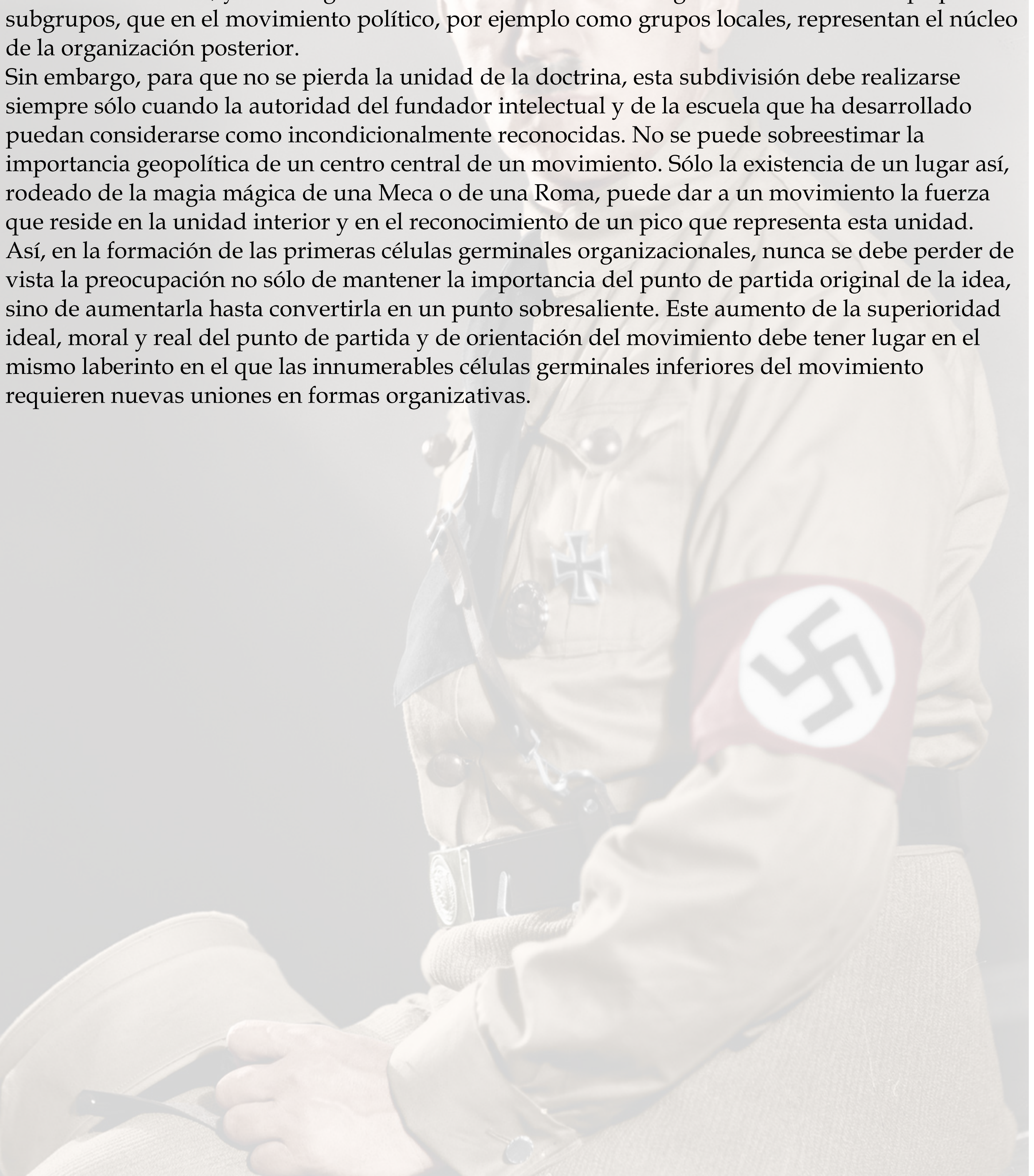


El mal necesario de la organización 381

Algún pensamiento ingenioso surge en el cerebro de una persona que se siente llamada a impartir sus conocimientos al resto de la humanidad. Predica sus puntos de vista y poco a poco gana un cierto círculo de seguidores. Este proceso de transmisión directa y personal de las ideas de una persona al otro mundo es el más ideal y natural. A medida que aumenta el número de adeptos a la nueva doctrina, gradualmente se hace imposible que el portador de la idea continúe teniendo una influencia personal directa sobre los innumerables adherentes, para guiarlos y guiarlos. En el mismo laberinto en el que, como resultado del crecimiento de la comunidad, se elimina el intercambio directo y más corto, surge la necesidad de una estructura unificadora: el estado ideal de cosas termina así, y en su lugar viene el mal necesario de la organización. Se forman pequeños subgrupos, que en el movimiento político, por ejemplo como grupos locales, representan el núcleo de la organización posterior.

Sin embargo, para que no se pierda la unidad de la doctrina, esta subdivisión debe realizarse siempre sólo cuando la autoridad del fundador intelectual y de la escuela que ha desarrollado puedan considerarse como incondicionalmente reconocidas. No se puede sobreestimar la importancia geopolítica de un centro central de un movimiento. Sólo la existencia de un lugar así, rodeado de la magia mágica de una Meca o de una Roma, puede dar a un movimiento la fuerza que reside en la unidad interior y en el reconocimiento de un pico que representa esta unidad.

Así, en la formación de las primeras células germinales organizacionales, nunca se debe perder de vista la preocupación no sólo de mantener la importancia del punto de partida original de la idea, sino de aumentarla hasta convertirla en un punto sobresaliente. Este aumento de la superioridad ideal, moral y real del punto de partida y de orientación del movimiento debe tener lugar en el mismo laberinto en el que las innumerables células germinales inferiores del movimiento requieren nuevas uniones en formas organizativas.



382 La autoridad de la oficina central

Del mismo modo que el aumento del número de adeptos individuales y la imposibilidad de un contacto directo ulterior con ellos conduce a la formación de las asociaciones más bajas, así también la multiplicación finita e innumerable de estas formas inferiores de organización obliga a su vez a asociaciones superiores, que pueden ser abordadas políticamente, por ejemplo, como asociaciones de distrito o de distrito.

Por fácil que sea mantener la autoridad del Comité Central original frente a los grupos locales más bajos, será difícil mantener esta posición frente a las formas superiores de organización que se están formando ahora. Esto, sin embargo, es el prerrequisito para la existencia uniforme de un movimiento y, por lo tanto, para la implementación de una idea.

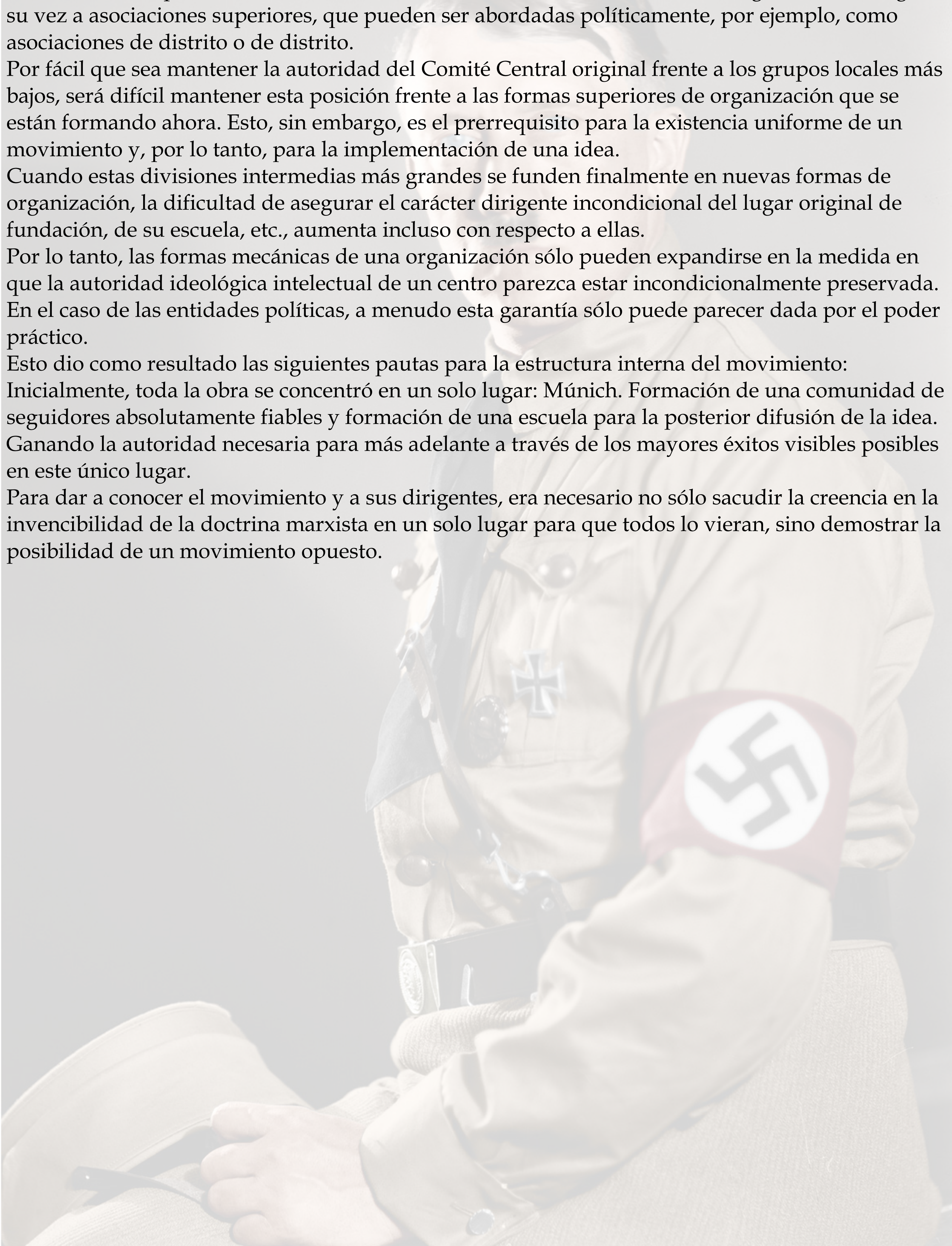
Cuando estas divisiones intermedias más grandes se funden finalmente en nuevas formas de organización, la dificultad de asegurar el carácter dirigente incondicional del lugar original de fundación, de su escuela, etc., aumenta incluso con respecto a ellas.

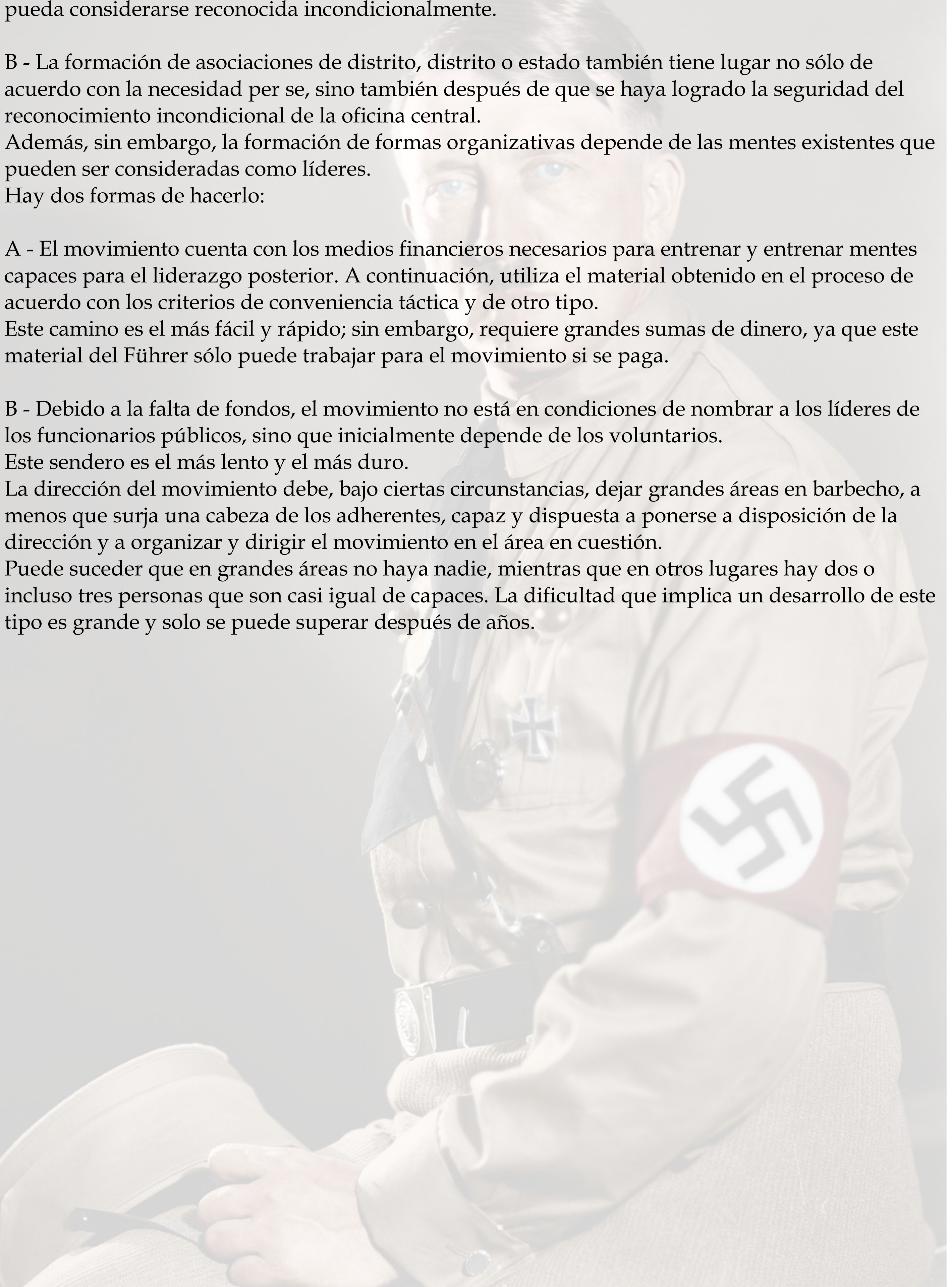
Por lo tanto, las formas mecánicas de una organización sólo pueden expandirse en la medida en que la autoridad ideológica intelectual de un centro parezca estar incondicionalmente preservada. En el caso de las entidades políticas, a menudo esta garantía sólo puede parecer dada por el poder práctico.

Esto dio como resultado las siguientes pautas para la estructura interna del movimiento:

Inicialmente, toda la obra se concentró en un solo lugar: Múnich. Formación de una comunidad de seguidores absolutamente fiables y formación de una escuela para la posterior difusión de la idea. Ganando la autoridad necesaria para más adelante a través de los mayores éxitos visibles posibles en este único lugar.

Para dar a conocer el movimiento y a sus dirigentes, era necesario no sólo sacudir la creencia en la invencibilidad de la doctrina marxista en un solo lugar para que todos lo vieran, sino demostrar la posibilidad de un movimiento opuesto.



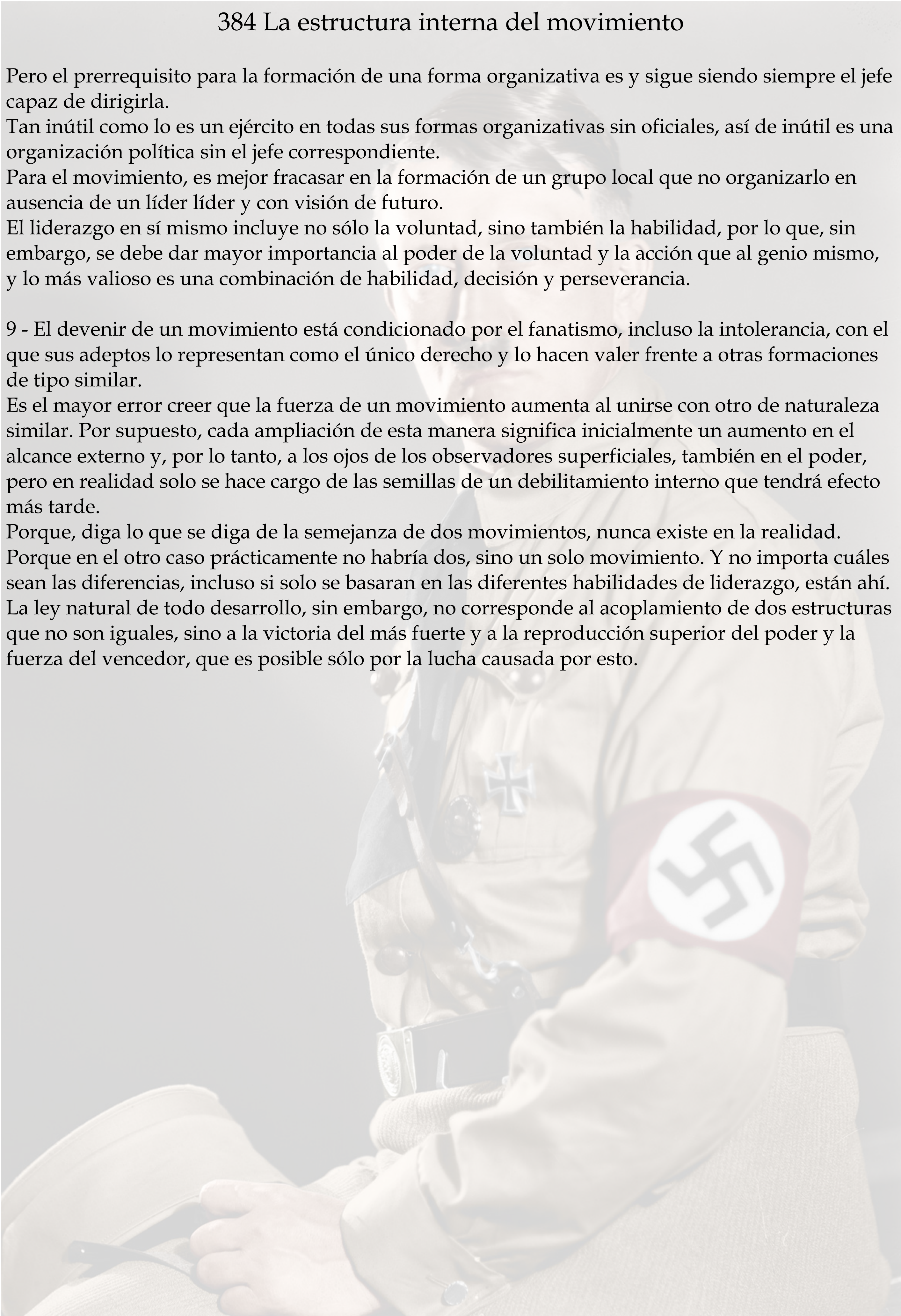


A - Formación de grupos locales sólo cuando la autoridad de la dirección central de Múnich pueda considerarse reconocida incondicionalmente.

B - La formación de asociaciones de distrito, distrito o estado también tiene lugar no sólo de acuerdo con la necesidad per se, sino también después de que se haya logrado la seguridad del reconocimiento incondicional de la oficina central.
Además, sin embargo, la formación de formas organizativas depende de las mentes existentes que pueden ser consideradas como líderes.
Hay dos formas de hacerlo:

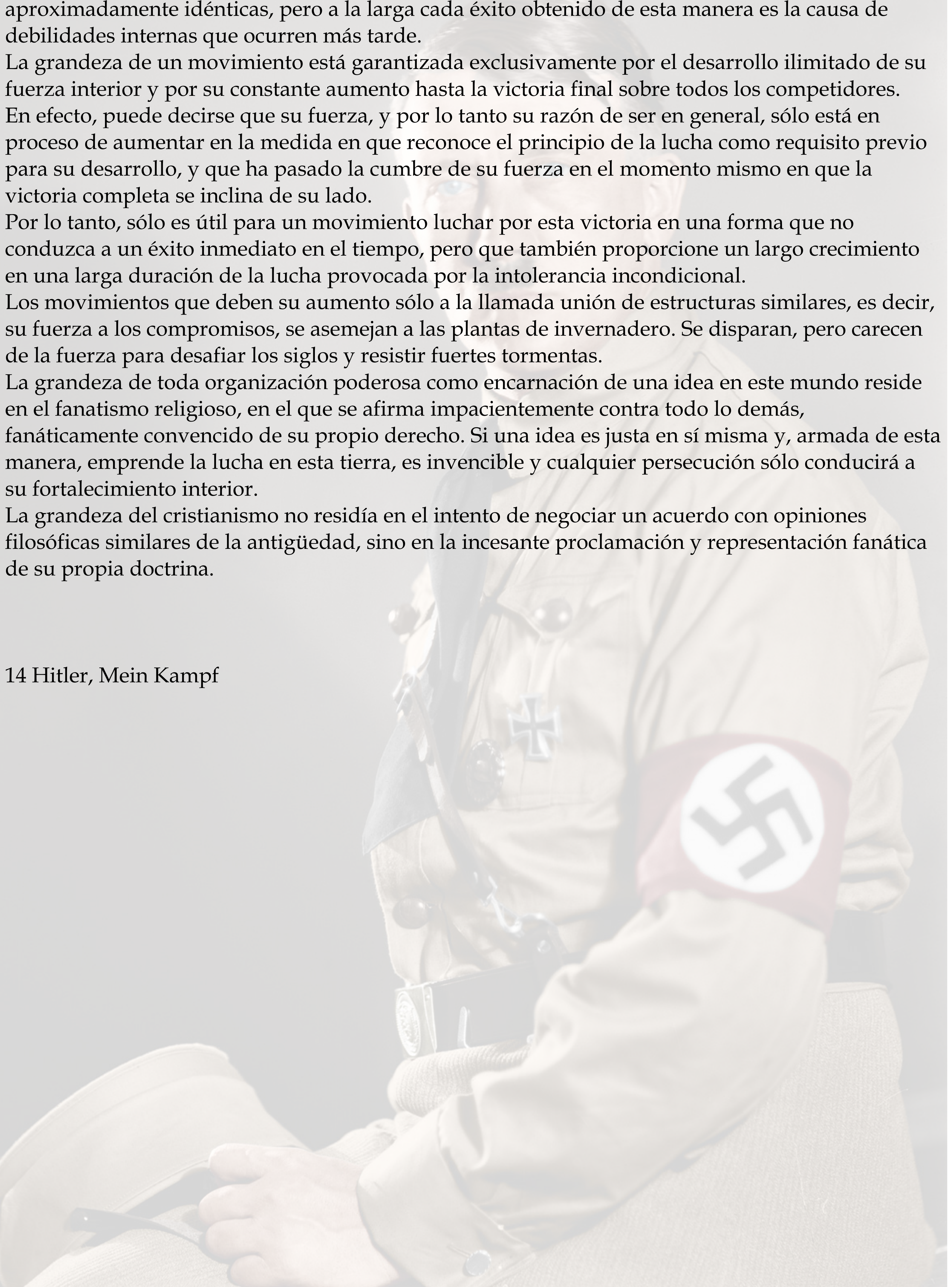
A - El movimiento cuenta con los medios financieros necesarios para entrenar y entrenar mentes capaces para el liderazgo posterior. A continuación, utiliza el material obtenido en el proceso de acuerdo con los criterios de conveniencia táctica y de otro tipo.
Este camino es el más fácil y rápido; sin embargo, requiere grandes sumas de dinero, ya que este material del Führer sólo puede trabajar para el movimiento si se paga.

B - Debido a la falta de fondos, el movimiento no está en condiciones de nombrar a los líderes de los funcionarios públicos, sino que inicialmente depende de los voluntarios.
Este sendero es el más lento y el más duro.
La dirección del movimiento debe, bajo ciertas circunstancias, dejar grandes áreas en barbecho, a menos que surja una cabeza de los adherentes, capaz y dispuesta a ponerse a disposición de la dirección y a organizar y dirigir el movimiento en el área en cuestión.
Puede suceder que en grandes áreas no haya nadie, mientras que en otros lugares hay dos o incluso tres personas que son casi igual de capaces. La dificultad que implica un desarrollo de este tipo es grande y solo se puede superar después de años.



Pero el prerrequisito para la formación de una forma organizativa es y sigue siendo siempre el jefe capaz de dirigirla.
Tan inútil como lo es un ejército en todas sus formas organizativas sin oficiales, así de inútil es una organización política sin el jefe correspondiente.
Para el movimiento, es mejor fracasar en la formación de un grupo local que no organizarlo en ausencia de un líder líder y con visión de futuro.
El liderazgo en sí mismo incluye no sólo la voluntad, sino también la habilidad, por lo que, sin embargo, se debe dar mayor importancia al poder de la voluntad y la acción que al genio mismo, y lo más valioso es una combinación de habilidad, decisión y perseverancia.

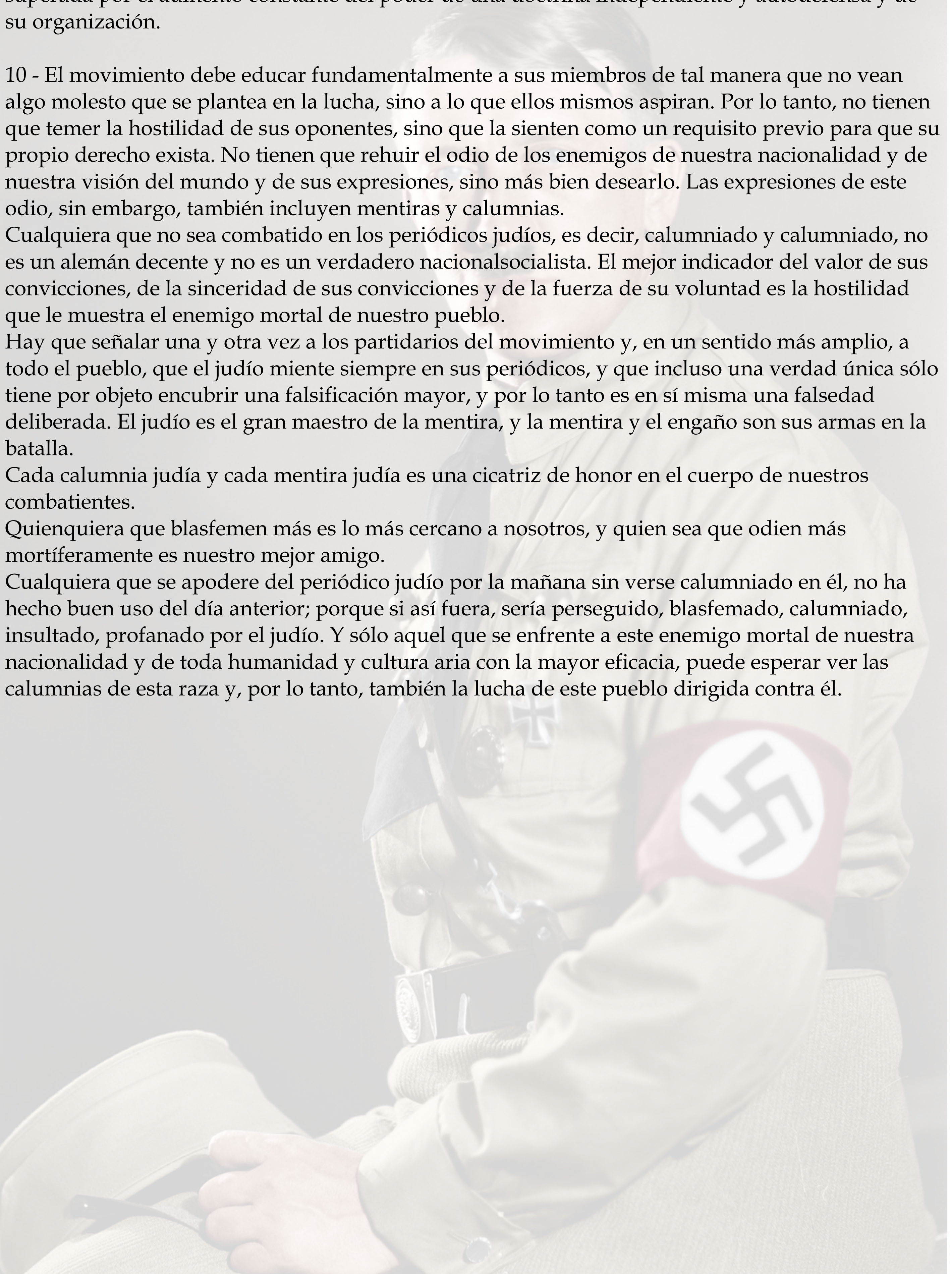
9 - El devenir de un movimiento está condicionado por el fanatismo, incluso la intolerancia, con el que sus adeptos lo representan como el único derecho y lo hacen valer frente a otras formaciones de tipo similar.
Es el mayor error creer que la fuerza de un movimiento aumenta al unirse con otro de naturaleza similar. Por supuesto, cada ampliación de esta manera significa inicialmente un aumento en el alcance externo y, por lo tanto, a los ojos de los observadores superficiales, también en el poder, pero en realidad solo se hace cargo de las semillas de un debilitamiento interno que tendrá efecto más tarde.
Porque, diga lo que se diga de la semejanza de dos movimientos, nunca existe en la realidad. Porque en el otro caso prácticamente no habría dos, sino un solo movimiento. Y no importa cuáles sean las diferencias, incluso si solo se basaran en las diferentes habilidades de liderazgo, están ahí.
La ley natural de todo desarrollo, sin embargo, no corresponde al acoplamiento de dos estructuras que no son iguales, sino a la victoria del más fuerte y a la reproducción superior del poder y la fuerza del vencedor, que es posible sólo por la lucha causada por esto.



Fanatismo intolerante 385

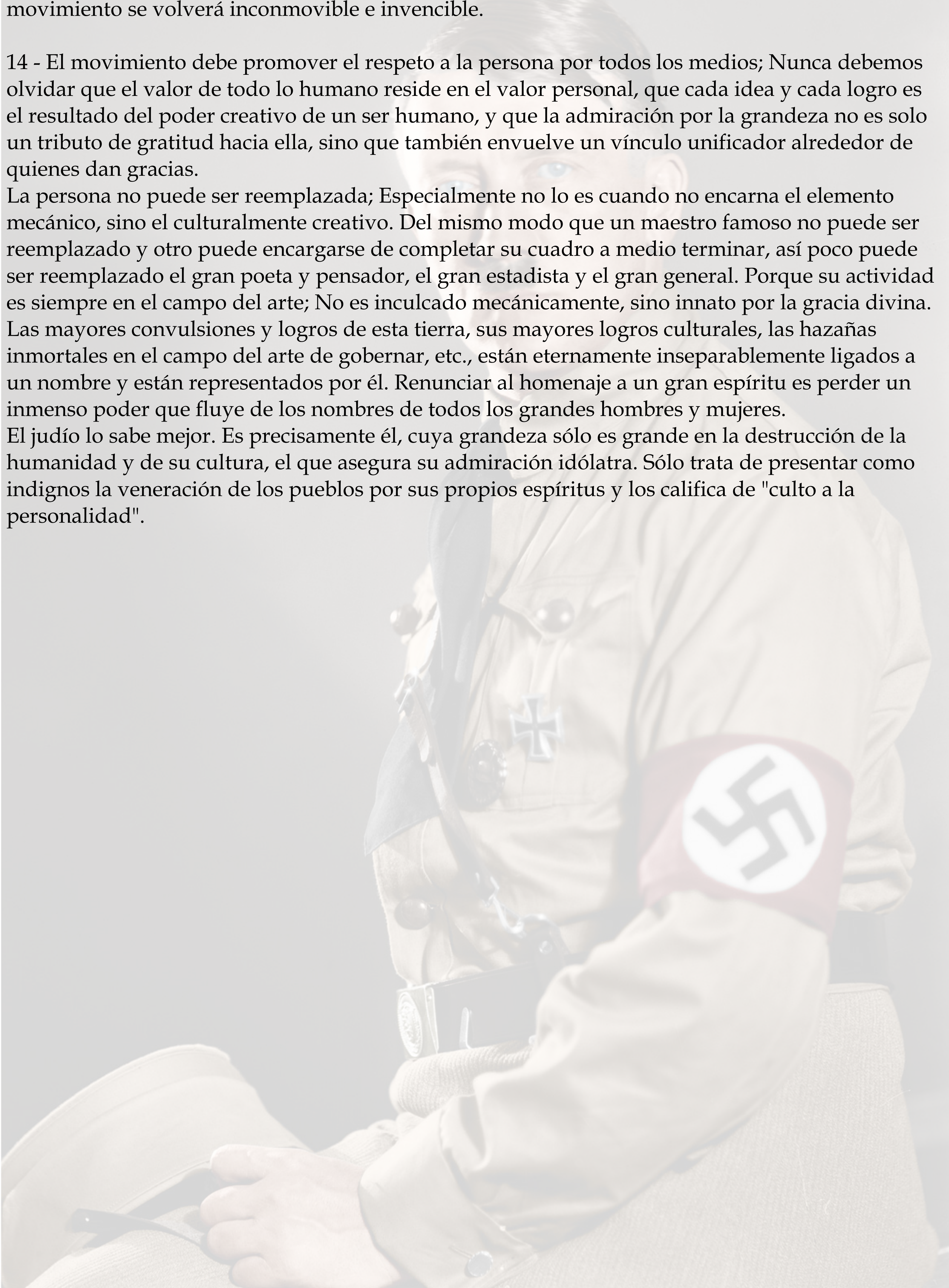
Las ventajas inmediatas pueden derivarse de la unión de dos formaciones de partidos políticos aproximadamente idénticas, pero a la larga cada éxito obtenido de esta manera es la causa de debilidades internas que ocurren más tarde.
La grandeza de un movimiento está garantizada exclusivamente por el desarrollo ilimitado de su fuerza interior y por su constante aumento hasta la victoria final sobre todos los competidores.
En efecto, puede decirse que su fuerza, y por lo tanto su razón de ser en general, sólo está en proceso de aumentar en la medida en que reconoce el principio de la lucha como requisito previo para su desarrollo, y que ha pasado la cumbre de su fuerza en el momento mismo en que la victoria completa se inclina de su lado.
Por lo tanto, sólo es útil para un movimiento luchar por esta victoria en una forma que no conduzca a un éxito inmediato en el tiempo, pero que también proporcione un largo crecimiento en una larga duración de la lucha provocada por la intolerancia incondicional.
Los movimientos que deben su aumento sólo a la llamada unión de estructuras similares, es decir, su fuerza a los compromisos, se asemejan a las plantas de invernadero. Se disparan, pero carecen de la fuerza para desafiar los siglos y resistir fuertes tormentas.
La grandeza de toda organización poderosa como encarnación de una idea en este mundo reside en el fanatismo religioso, en el que se afirma impacientemente contra todo lo demás, fanáticamente convencido de su propio derecho. Si una idea es justa en sí misma y, armada de esta manera, emprende la lucha en esta tierra, es invencible y cualquier persecución sólo conducirá a su fortalecimiento interior.
La grandeza del cristianismo no residía en el intento de negociar un acuerdo con opiniones filosóficas similares de la antigüedad, sino en la incesante proclamación y representación fanática de su propia doctrina.

14 Hitler, Mein Kampf



La ventaja aparente que los movimientos obtienen a través de las asociaciones es ampliamente superada por el aumento constante del poder de una doctrina independiente y autodefensa y de su organización.

10 - El movimiento debe educar fundamentalmente a sus miembros de tal manera que no vean algo molesto que se plantea en la lucha, sino a lo que ellos mismos aspiran. Por lo tanto, no tienen que temer la hostilidad de sus oponentes, sino que la sienten como un requisito previo para que su propio derecho exista. No tienen que rehuir el odio de los enemigos de nuestra nacionalidad y de nuestra visión del mundo y de sus expresiones, sino más bien desearlo. Las expresiones de este odio, sin embargo, también incluyen mentiras y calumnias.
Cualquiera que no sea combatido en los periódicos judíos, es decir, calumniado y calumniado, no es un alemán decente y no es un verdadero nacionalsocialista. El mejor indicador del valor de sus convicciones, de la sinceridad de sus convicciones y de la fuerza de su voluntad es la hostilidad que le muestra el enemigo mortal de nuestro pueblo.
Hay que señalar una y otra vez a los partidarios del movimiento y, en un sentido más amplio, a todo el pueblo, que el judío miente siempre en sus periódicos, y que incluso una verdad única sólo tiene por objeto encubrir una falsificación mayor, y por lo tanto es en sí misma una falsedad deliberada. El judío es el gran maestro de la mentira, y la mentira y el engaño son sus armas en la batalla.
Cada calumnia judía y cada mentira judía es una cicatriz de honor en el cuerpo de nuestros combatientes.
Quienquiera que blasfemen más es lo más cercano a nosotros, y quien sea que odien más mortíferamente es nuestro mejor amigo.
Cualquiera que se apodere del periódico judío por la mañana sin verse calumniado en él, no ha hecho buen uso del día anterior; porque si así fuera, sería perseguido, blasfemado, calumniado, insultado, profanado por el judío. Y sólo aquel que se enfrente a este enemigo mortal de nuestra nacionalidad y de toda humanidad y cultura aria con la mayor eficacia, puede esperar ver las calumnias de esta raza y, por lo tanto, también la lucha de este pueblo dirigida contra él.



Cuando estos principios se conviertan en una segunda naturaleza para nuestros seguidores, el movimiento se volverá inconmovible e invencible.

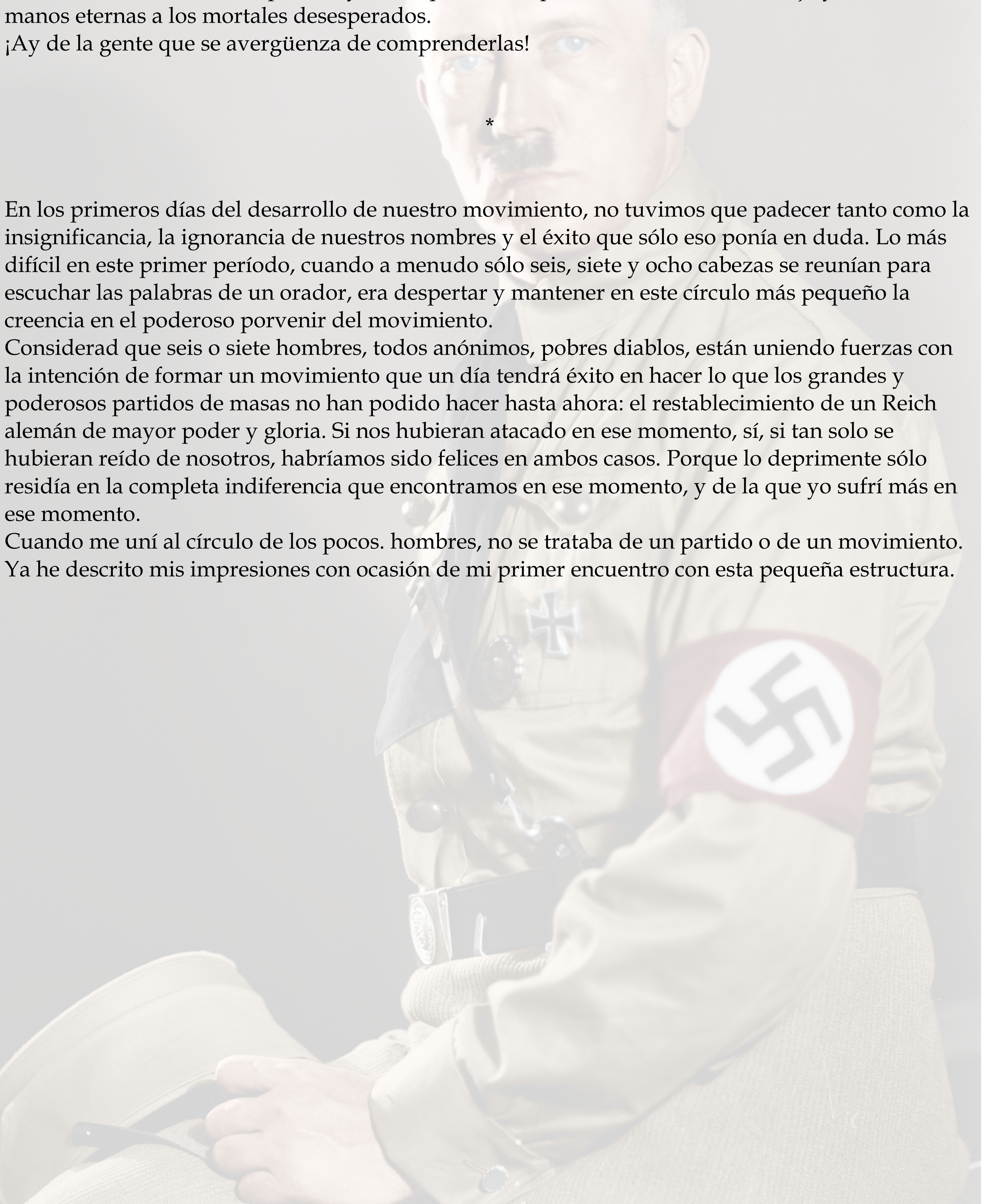
14 - El movimiento debe promover el respeto a la persona por todos los medios; Nunca debemos olvidar que el valor de todo lo humano reside en el valor personal, que cada idea y cada logro es el resultado del poder creativo de un ser humano, y que la admiración por la grandeza no es solo un tributo de gratitud hacia ella, sino que también envuelve un vínculo unificador alrededor de quienes dan gracias.
La persona no puede ser reemplazada; Especialmente no lo es cuando no encarna el elemento mecánico, sino el culturalmente creativo. Del mismo modo que un maestro famoso no puede ser reemplazado y otro puede encargarse de completar su cuadro a medio terminar, así poco puede ser reemplazado el gran poeta y pensador, el gran estadista y el gran general. Porque su actividad es siempre en el campo del arte; No es inculcado mecánicamente, sino innato por la gracia divina. Las mayores convulsiones y logros de esta tierra, sus mayores logros culturales, las hazañas inmortales en el campo del arte de gobernar, etc., están eternamente inseparablemente ligados a un nombre y están representados por él. Renunciar al homenaje a un gran espíritu es perder un inmenso poder que fluye de los nombres de todos los grandes hombres y mujeres.
El judío lo sabe mejor. Es precisamente él, cuya grandeza sólo es grande en la destrucción de la humanidad y de su cultura, el que asegura su admiración idólatra. Sólo trata de presentar como indignos la veneración de los pueblos por sus propios espíritus y los califica de "culto a la personalidad".

388 El peligro de ignorar el movimiento

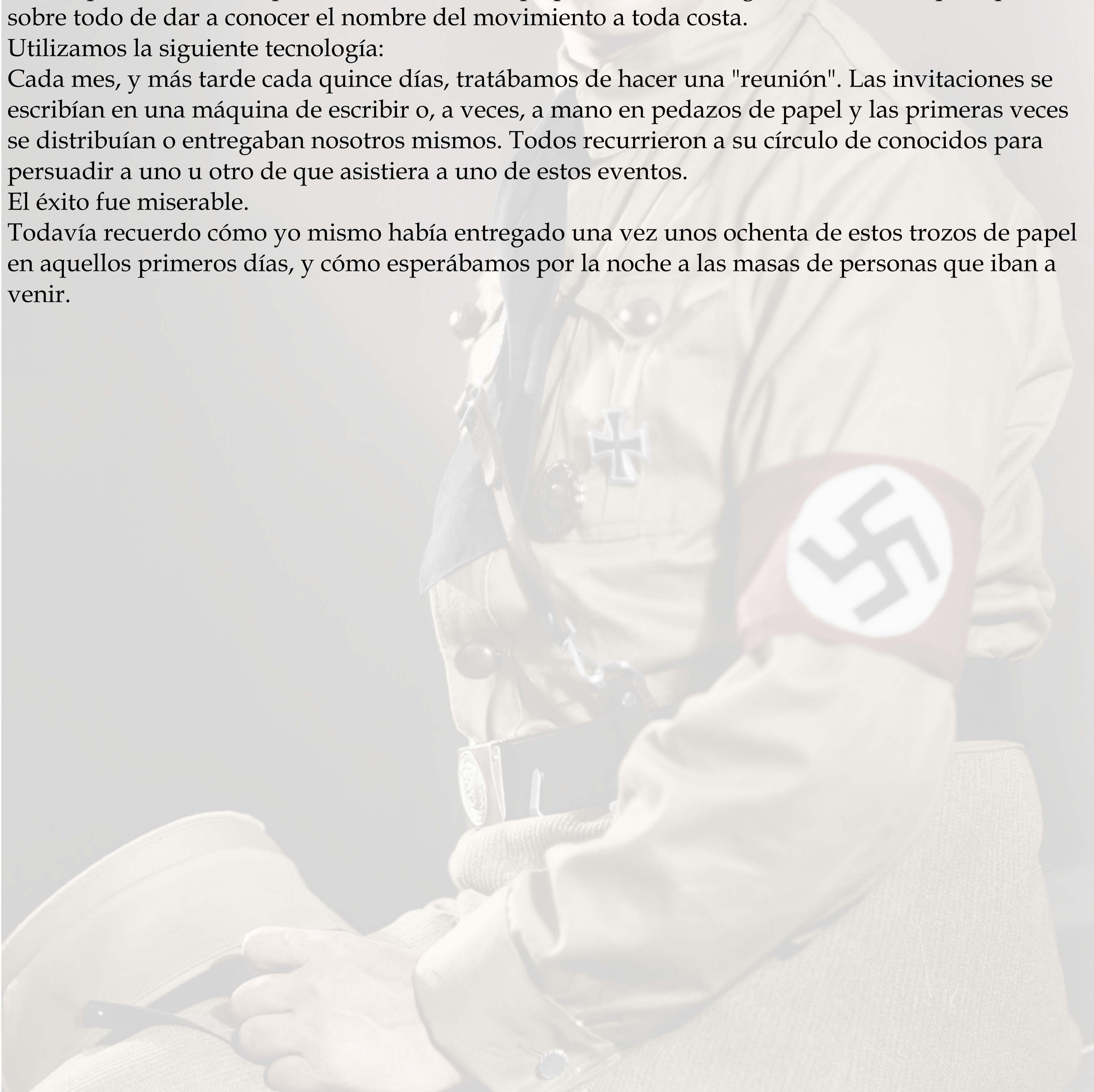
Tan pronto como un pueblo se vuelve tan cobarde como para sucumbir a esta presunción e insolencia judías, renuncia al poder más poderoso que posee; porque esto no se basa en el respeto a las masas, sino en la veneración del genio y en la elevación y edificación del mismo.
Cuando los corazones humanos se rompen y las almas humanas se desesperan, entonces, desde el crepúsculo del pasado, los grandes vencedores de la necesidad y el dolor, de la vergüenza y la miseria, de la esclavitud espiritual y la compulsión corporal, los miran desde abajo y extienden sus manos eternas a los mortales desesperados.
¡Ay de la gente que se avergüenza de comprenderlas!

*

En los primeros días del desarrollo de nuestro movimiento, no tuvimos que padecer tanto como la insignificancia, la ignorancia de nuestros nombres y el éxito que sólo eso ponía en duda. Lo más difícil en este primer período, cuando a menudo sólo seis, siete y ocho cabezas se reunían para escuchar las palabras de un orador, era despertar y mantener en este círculo más pequeño la creencia en el poderoso porvenir del movimiento.
Considerad que seis o siete hombres, todos anónimos, pobres diablos, están uniendo fuerzas con la intención de formar un movimiento que un día tendrá éxito en hacer lo que los grandes y poderosos partidos de masas no han podido hacer hasta ahora: el restablecimiento de un Reich alemán de mayor poder y gloria. Si nos hubieran atacado en ese momento, sí, si tan solo se hubieran reído de nosotros, habríamos sido felices en ambos casos. Porque lo deprimente sólo residía en la completa indiferencia que encontramos en ese momento, y de la que yo sufrí más en ese momento.
Cuando me uní al círculo de los pocos. hombres, no se trataba de un partido o de un movimiento. Ya he descrito mis impresiones con ocasión de mi primer encuentro con esta pequeña estructura.



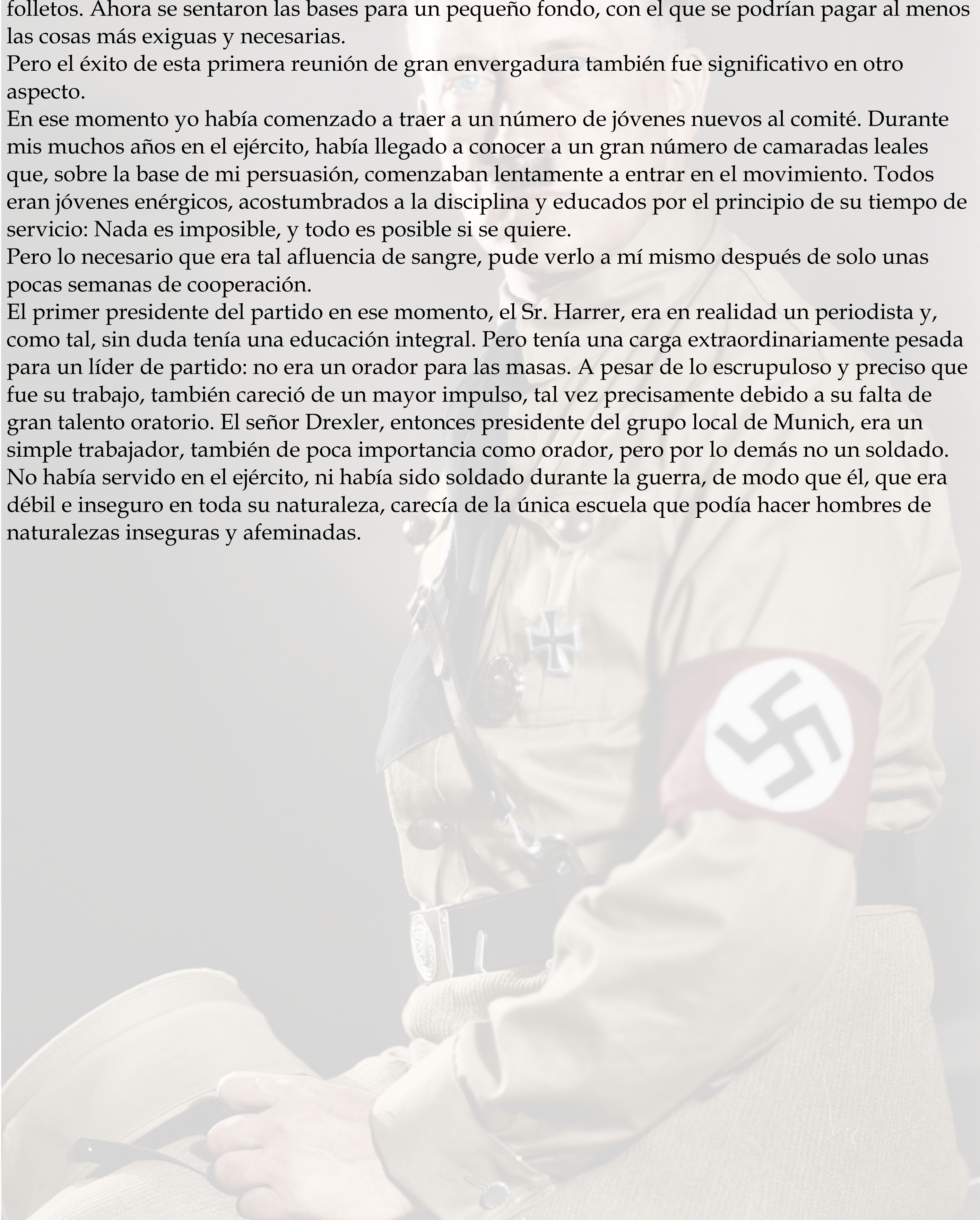
En las semanas que siguieron, tuve tiempo y oportunidad de estudiar la apariencia inicialmente imposible de este llamado partido. La imagen era, Dios verdadero, una imagen opresivamente deprimente. No había nada, absolutamente nada. El nombre de un partido cuya protección representaba prácticamente a la totalidad de la militancia, que era de una u otra forma lo que intentaba combatir, un parlamento en el más pequeño. También en este caso prevaleció el voto, y si los parlamentos malhumorados al menos gritaron con la garganta ronca durante meses por problemas importantes, en este pequeño círculo estalló un diálogo interminable sobre la respuesta a una carta que había llegado felizmente.
El público, por supuesto, no sabía nada de todo esto. Nadie en Múnich conocía al partido ni siquiera por su nombre, excepto sus pocos partidarios y los pocos conocidos de él.
Todos los miércoles se celebraba en un café de Múnich una reunión del comité, una vez a la semana una noche de consulta. Dado que todos los miembros del "movimiento" estaban inicialmente representados en el comité, las personas eran, por supuesto, siempre las mismas. Había que tratar de romper definitivamente el pequeño círculo, de ganar nuevos adeptos, pero sobre todo de dar a conocer el nombre del movimiento a toda costa.
Utilizamos la siguiente tecnología:
Cada mes, y más tarde cada quince días, tratábamos de hacer una "reunión". Las invitaciones se escribían en una máquina de escribir o, a veces, a mano en pedazos de papel y las primeras veces se distribuían o entregaban nosotros mismos. Todos recurrieron a su círculo de conocidos para persuadir a uno u otro de que asistiera a uno de estos eventos.
El éxito fue miserable.
Todavía recuerdo cómo yo mismo había entregado una vez unos ochenta de estos trozos de papel en aquellos primeros días, y cómo esperábamos por la noche a las masas de personas que iban a venir.



390 La Primera Asamblea

Con un retraso de una hora, el "presidente" finalmente tuvo que abrir la "reunión". Volvimos a ser siete hombres, los siete de siempre.
Procedimos a escribir las hojas de invitación desde la máquina en una papelería de Munich y reproducirlas. El éxito de la siguiente reunión consistió en unos pocos oyentes más. De modo que el número fue subiendo lentamente de once a trece, finalmente a diecisiete, a veintitrés, a treinta y cuatro oyentes.
A través de colectas muy pequeñas de dinero en el círculo de nosotros, pobres diablos, se recaudaron los fondos para finalmente poder anunciar una reunión en Munich por medio de un anuncio del entonces independiente "Münchener Beobachter". Esta vez, sin embargo, el éxito fue asombroso. Habíamos programado la reunión en el Hofbräuhauskeller de Múnich (no confundir con el salón de baile de la Hofbräuhaus de Múnich), una pequeña sala con capacidad para poco menos de ciento treinta personas. A mí, la habitación me parecía un gran salón, y cada uno de nosotros temía si sería posible llenar este "poderoso" edificio de gente la noche en cuestión.
A las siete de la tarde se presentaron ciento once personas y se abrió la sesión.
Un profesor de Munich dio la conferencia principal, y yo iba a ser el segundo en hablar en público por primera vez.
El primer presidente del partido en ese momento, el Sr. Harrer, consideró que el asunto era un gran riesgo. El caballero, por lo demás honrado, estaba convencido de que yo podía hacer varias cosas, pero no hablar. No pudo ser disuadido de esta opinión en el período siguiente.
Las cosas resultaron de otra manera. Se me habían concedido veinte minutos de tiempo de uso de la palabra en esta primera sesión, en la que iba a intervenir el público.
Hablé durante treinta minutos, y lo que antes había sentido interiormente, sin saberlo de ninguna manera, ahora estaba demostrado por la realidad:





¡Podía hablar! Al cabo de treinta minutos, la gente de la pequeña sala estaba electrizada, y el entusiasmo se expresó, en primer lugar, en el hecho de que mi llamamiento a la voluntad de sacrificio de los presentes se tradujo en una donación de trescientos marcos. Pero eso me quitó mucha preocupación. Las limitaciones financieras eran tan grandes en ese momento que ni siquiera tuvimos la oportunidad de imprimir consignas para el movimiento o incluso de publicar folletos. Ahora se sentaron las bases para un pequeño fondo, con el que se podrían pagar al menos las cosas más exiguas y necesarias.

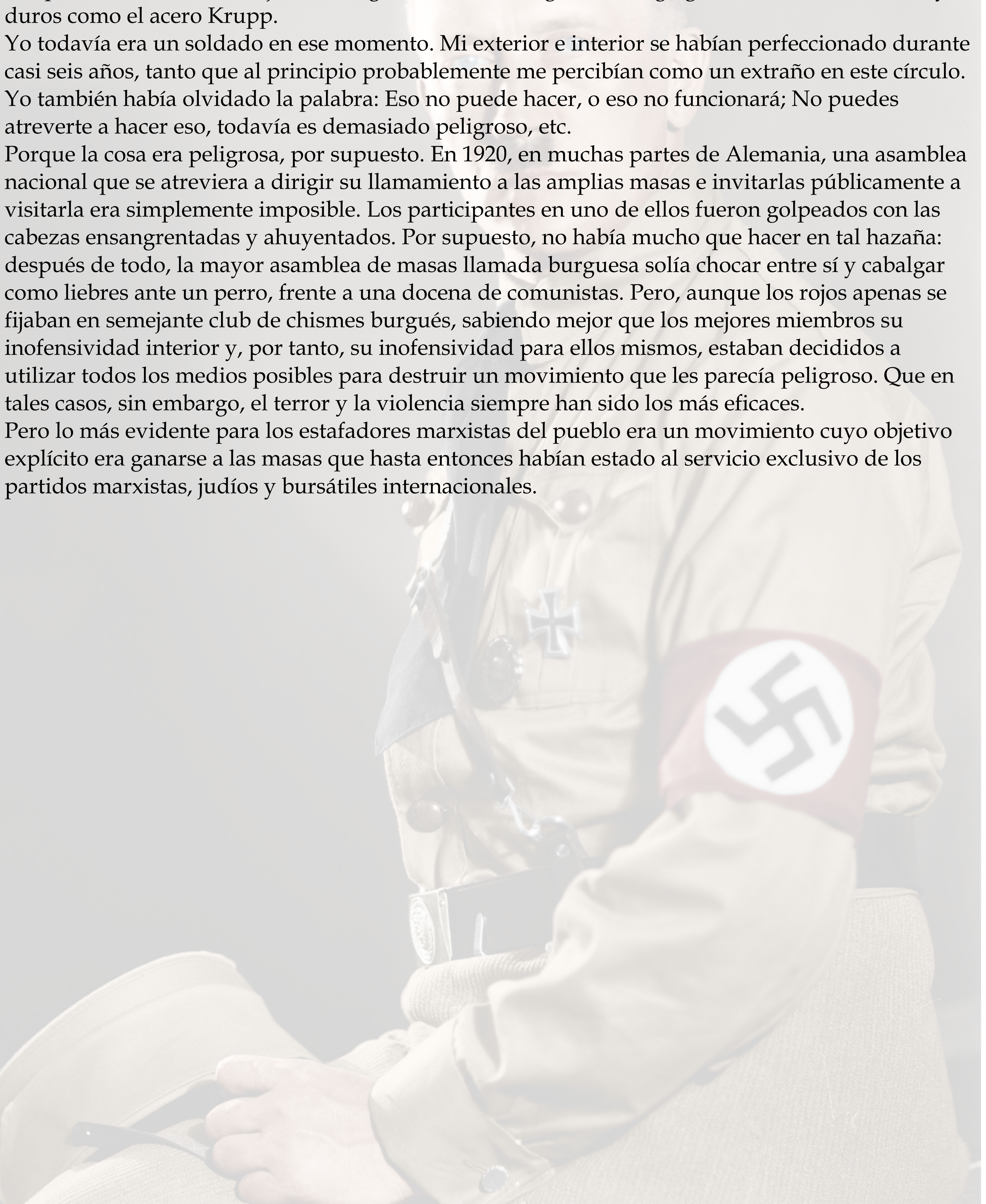
Pero el éxito de esta primera reunión de gran envergadura también fue significativo en otro aspecto.

En ese momento yo había comenzado a traer a un número de jóvenes nuevos al comité. Durante mis muchos años en el ejército, había llegado a conocer a un gran número de camaradas leales que, sobre la base de mi persuasión, comenzaban lentamente a entrar en el movimiento. Todos eran jóvenes enérgicos, acostumbrados a la disciplina y educados por el principio de su tiempo de servicio: Nada es imposible, y todo es posible si se quiere.

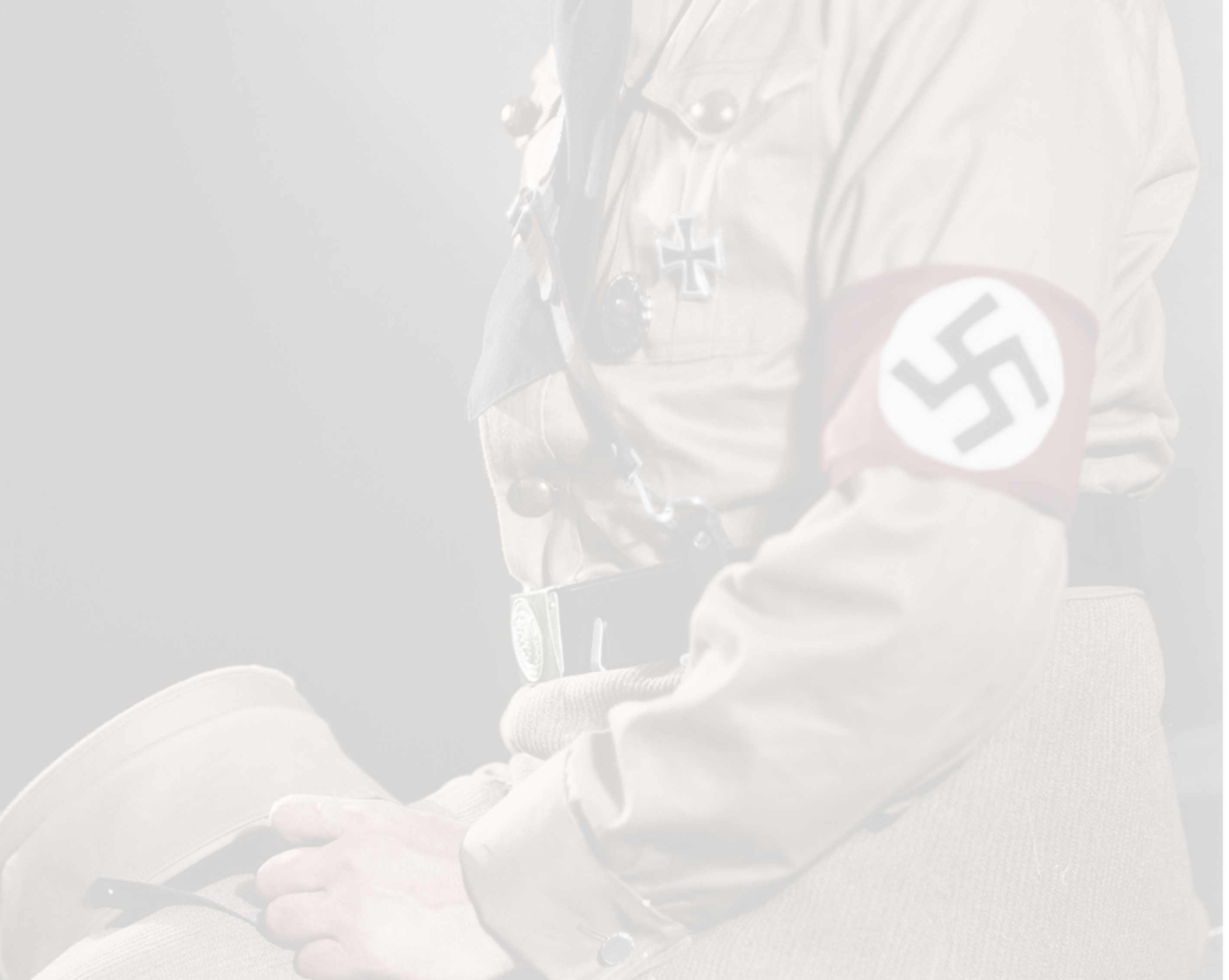
Pero lo necesario que era tal afluencia de sangre, pude verlo a mí mismo después de solo unas pocas semanas de cooperación.

El primer presidente del partido en ese momento, el Sr. Harrer, era en realidad un periodista y, como tal, sin duda tenía una educación integral. Pero tenía una carga extraordinariamente pesada para un líder de partido: no era un orador para las masas. A pesar de lo escrupuloso y preciso que fue su trabajo, también careció de un mayor impulso, tal vez precisamente debido a su falta de gran talento oratorio. El señor Drexler, entonces presidente del grupo local de Munich, era un simple trabajador, también de poca importancia como orador, pero por lo demás no un soldado. No había servido en el ejército, ni había sido soldado durante la guerra, de modo que él, que era débil e inseguro en toda su naturaleza, carecía de la única escuela que podía hacer hombres de naturalezas inseguras y afeminadas.

De este modo, ambos hombres no estaban cortados por la misma tela que les hubiera permitido no sólo llevar en sus corazones la creencia fanática en la victoria de un movimiento, sino también eliminar con una fuerza de voluntad inquebrantable y, si era necesario, con la más brutal crueldad, la resistencia que pudiera interponerse en el camino del surgimiento de la nueva idea. Además, sólo seres en los que la mente y el cuerpo habían adoptado esas virtudes militares que tal vez puedan describirse mejor de la siguiente manera: ágiles como galgos, duros como el cuero y duros como el acero Krupp.
Yo todavía era un soldado en ese momento. Mi exterior e interior se habían perfeccionado durante casi seis años, tanto que al principio probablemente me percibían como un extraño en este círculo. Yo también había olvidado la palabra: Eso no puede hacer, o eso no funcionará; No puedes atreverte a hacer eso, todavía es demasiado peligroso, etc.
Porque la cosa era peligrosa, por supuesto. En 1920, en muchas partes de Alemania, una asamblea nacional que se atreviera a dirigir su llamamiento a las amplias masas e invitarlas públicamente a visitarla era simplemente imposible. Los participantes en uno de ellos fueron golpeados con las cabezas ensangrentadas y ahuyentados. Por supuesto, no había mucho que hacer en tal hazaña: después de todo, la mayor asamblea de masas llamada burguesa solía chocar entre sí y cabalgar como liebres ante un perro, frente a una docena de comunistas. Pero, aunque los rojos apenas se fijaban en semejante club de chismes burgués, sabiendo mejor que los mejores miembros su inofensividad interior y, por tanto, su inofensividad para ellos mismos, estaban decididos a utilizar todos los medios posibles para destruir un movimiento que les parecía peligroso. Que en tales casos, sin embargo, el terror y la violencia siempre han sido los más eficaces.
Pero lo más evidente para los estafadores marxistas del pueblo era un movimiento cuyo objetivo explícito era ganarse a las masas que hasta entonces habían estado al servicio exclusivo de los partidos marxistas, judíos y bursátiles internacionales.



Incluso el título de "Partido Obrero Alemán" tuvo un efecto provocador. De modo que era fácil imaginar que en la primera oportunidad adecuada comenzaría el enfrentamiento con los conductores marxistas, que todavía estaban ebrios de victoria en ese momento.
En el pequeño círculo del movimiento en ese momento, había un cierto temor a tal lucha. Querían hacerlo público lo menos posible por miedo a ser golpeados. Uno veía el primer gran encuentro ya interrumpido en su mente, y entonces tal vez el movimiento terminaba para siempre. Me costó mucho mi opinión de que no hay que evitar esta lucha, sino que hay que oponerse a ella y, por lo tanto, adquirir el armamento que es el único que garantiza la protección contra la fuerza. El terror no se rompe con el espíritu, sino con el terror. El éxito de la primera reunión reforzó mi posición en esta dirección. Tuvieron el coraje de hacer una segunda, algo más grande.
Alrededor de octubre de 1919, la segunda reunión más grande tuvo lugar en el Eberlbräukeller. Tema: Brest-Litovsk y Versalles. Cuatro caballeros comparecieron como oradores. Yo mismo hablé durante casi una hora, y el éxito fue mayor que en el primer rally. El número de visitantes había aumentado a más de ciento treinta. Un intento de interrupción fue inmediatamente cortado de raíz por mis camaradas. Los alborotadores bajaron volando las escaleras con la cabeza abollada.
Quince días después tuvo lugar otra reunión en el mismo salón. El número de visitantes había aumentado a más de ciento setenta, una buena ocupación de la sala. Había vuelto a hablar, y de nuevo el éxito fue mayor que en la reunión anterior.
Presioné para que se construyera una sala más grande. Finalmente encontramos uno en el otro extremo de la ciudad en el "Reich Alemán" en Dachauer Straße. La primera reunión en la nueva sala fue menos concurrida que la anterior:



Poco menos de ciento cuarenta personas. En el refugio, la esperanza comenzó a hundirse de nuevo, y los eternos escépticos creyeron que la causa de la mala asistencia debía ser vista como la repetición demasiado frecuente de nuestros "mítines". Había disputas feroces en las que yo opinaba que una ciudad de setecientos mil habitantes debía soportar no sólo una reunión cada quince días, sino diez reuniones cada semana, que uno no debía ser extraviado por los contratiempos, que el camino tomado era el correcto, y que tarde o temprano el éxito debía llegar con perseverancia constante. En general, todo este período del invierno de 1919-1920 fue una gran lucha para fortalecer la confianza en la violencia victoriosa del joven movimiento y para aumentar su grado de fanatismo que, como fe, puede mover montañas.

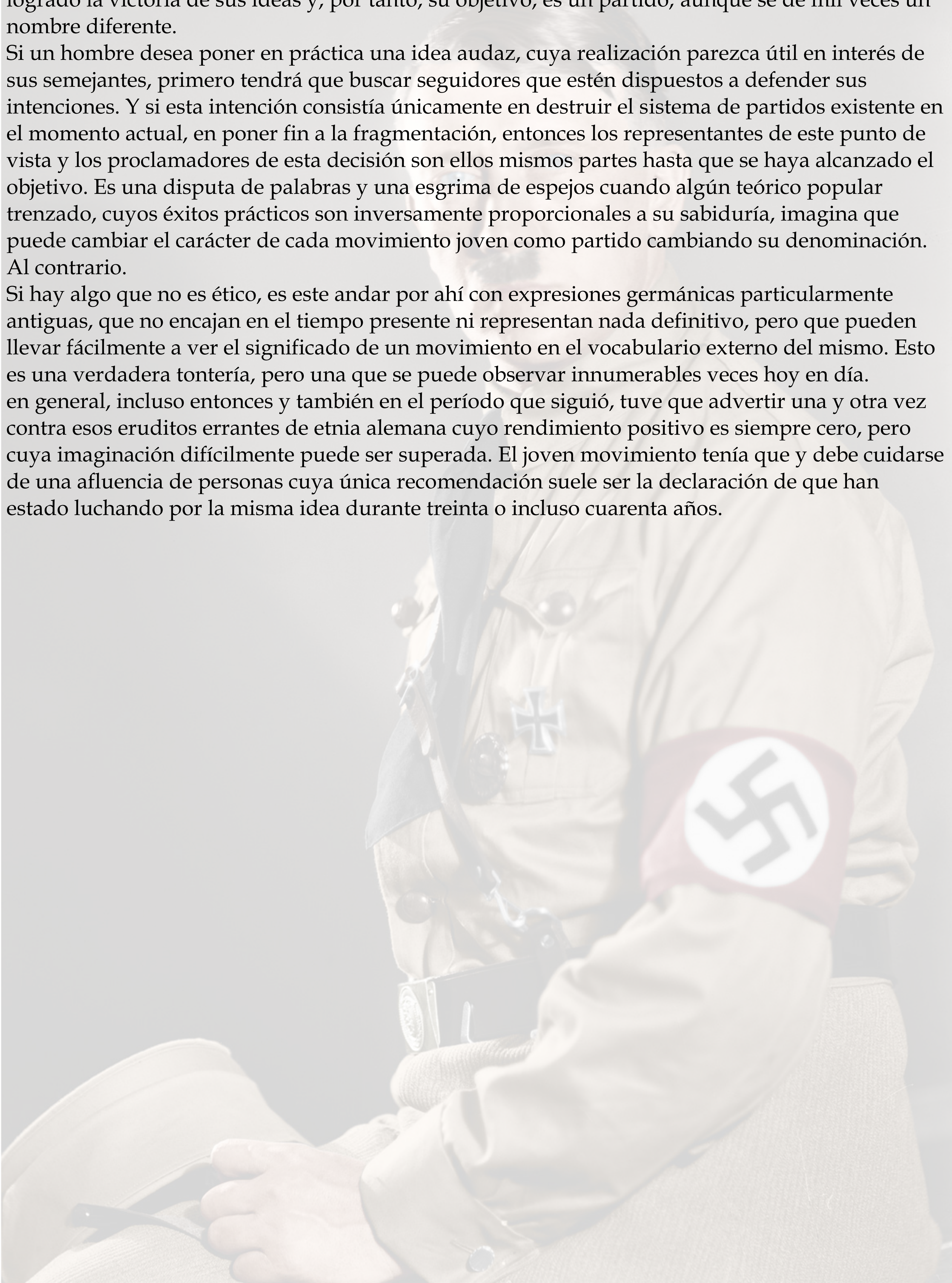
La siguiente reunión en la misma sala me dio la razón una vez más. El número de visitantes había aumentado a más de doscientos, el éxito externo y financiero era brillante.

Insté a que se programara de inmediato otro evento. Tuvo lugar apenas quince días después y la audiencia se elevó a más de doscientas setenta cabezas.

Quince días después reunimos por séptima vez a partidarios y amigos del joven movimiento, y en la misma sala apenas podía contener a la gente, eran más de cuatrocientos.

Fue durante este tiempo que tuvo lugar la formación interna del joven movimiento. A veces había disputas más o menos violentas en el pequeño círculo. Desde varios ángulos —así como hoy, así ya entonces— se criticó la designación del joven movimiento como partido. Siempre he visto en tal concepción sólo la prueba de la incompetencia práctica y la pequeñez mental de la persona en cuestión. Siempre han sido y son las personas que son incapaces de distinguir lo externo de lo interno y las que tratan de estimar el valor de un movimiento de acuerdo con las designaciones más pomposas posibles, por lo que, para empeorar las cosas, el vocabulario de nuestros antepasados tiene que servir más.





En aquella época era difícil hacer comprender a la gente que todo movimiento, mientras no haya logrado la victoria de sus ideas y, por tanto, su objetivo, es un partido, aunque se dé mil veces un nombre diferente.
Si un hombre desea poner en práctica una idea audaz, cuya realización parezca útil en interés de sus semejantes, primero tendrá que buscar seguidores que estén dispuestos a defender sus intenciones. Y si esta intención consistía únicamente en destruir el sistema de partidos existente en el momento actual, en poner fin a la fragmentación, entonces los representantes de este punto de vista y los proclamadores de esta decisión son ellos mismos partes hasta que se haya alcanzado el objetivo. Es una disputa de palabras y una esgrima de espejos cuando algún teórico popular trenzado, cuyos éxitos prácticos son inversamente proporcionales a su sabiduría, imagina que puede cambiar el carácter de cada movimiento joven como partido cambiando su denominación. Al contrario.
Si hay algo que no es ético, es este andar por ahí con expresiones germánicas particularmente antiguas, que no encajan en el tiempo presente ni representan nada definitivo, pero que pueden llevar fácilmente a ver el significado de un movimiento en el vocabulario externo del mismo. Esto es una verdadera tontería, pero una que se puede observar innumerables veces hoy en día.
en general, incluso entonces y también en el período que siguió, tuve que advertir una y otra vez contra esos eruditos errantes de etnia alemana cuyo rendimiento positivo es siempre cero, pero cuya imaginación difícilmente puede ser superada. El joven movimiento tenía que y debe cuidarse de una afluencia de personas cuya única recomendación suele ser la declaración de que han estado luchando por la misma idea durante treinta o incluso cuarenta años.

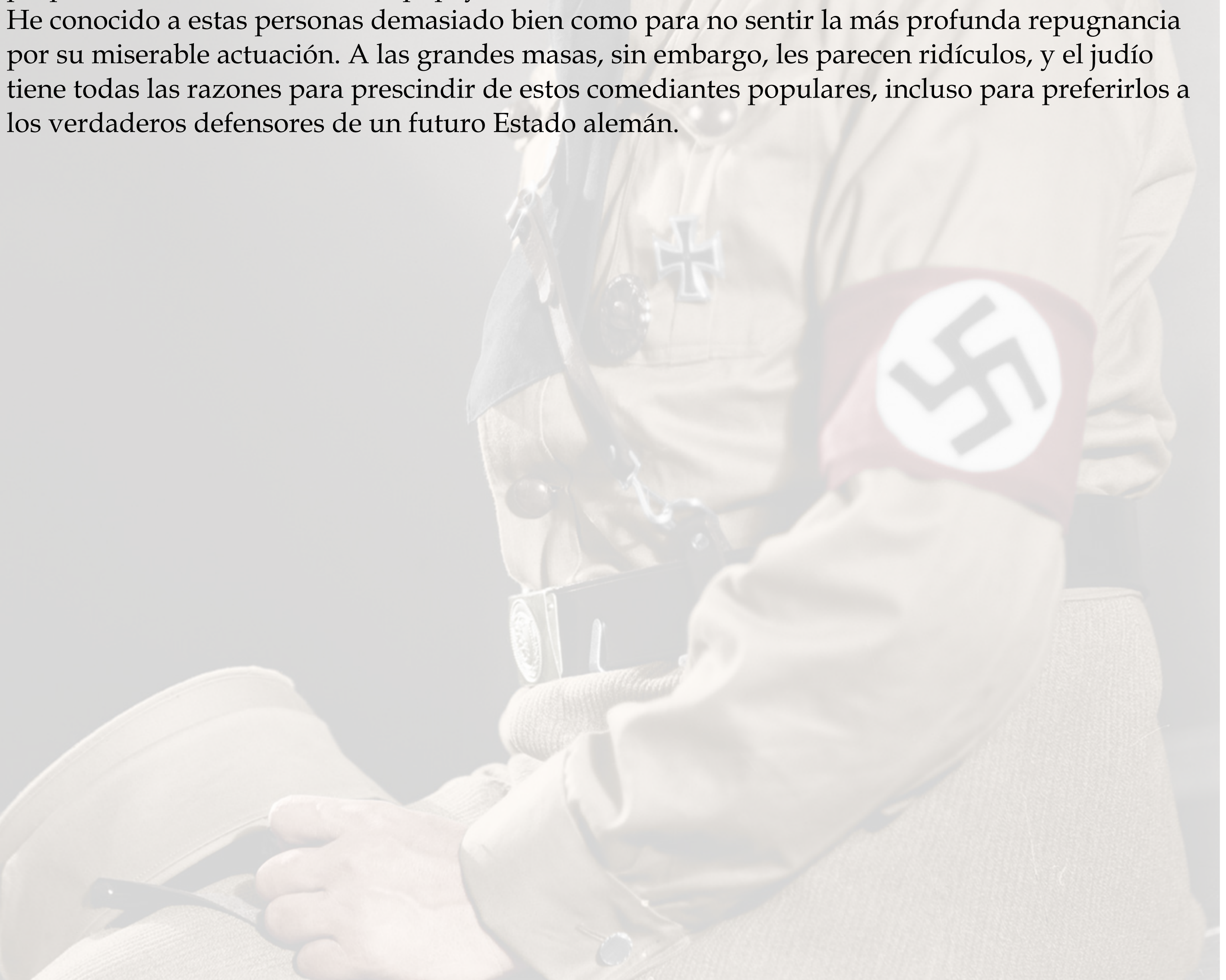
396 Espadas de hojalata y pieles de oso preparadas

Pero el que ha defendido una supuesta idea durante cuarenta años sin ser capaz de lograr el menor éxito, es más, sin haber impedido la victoria de la contraria, ha demostrado la verdad de su propia incompetencia en cuarenta años de actividad. El peligro estriba, sobre todo, en el hecho de que tales naturalezas no quieren encajar en el movimiento como miembros, sino que hablan de círculos de dirección en los que sólo ellos pueden ver un lugar adecuado para una actividad ulterior sobre la base de su antigua actividad. Pero, ¡ay de vosotros si entregas un movimiento joven a semejantes gentes! Del mismo modo que un hombre de negocios que en cuarenta años de actividad ha destruido sistemáticamente una gran empresa no es apto para ser el fundador de una nueva, así tampoco un völkisch Matusalén, que en este mismo período metió la pata en una gran idea y la hizo calcificar, se equivoca al dirigir un nuevo y joven movimiento.

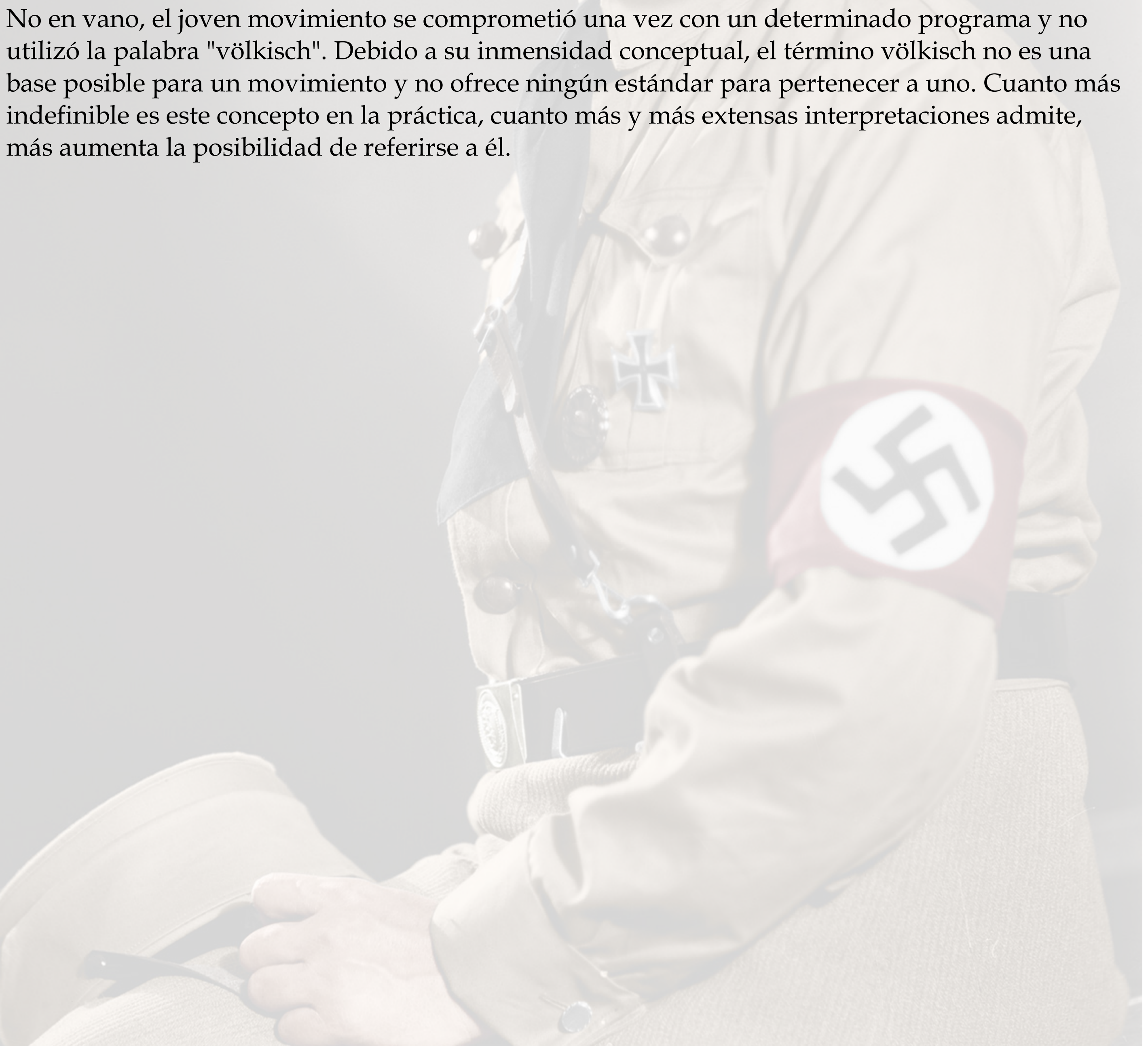
Por lo demás, sólo una fracción de todas estas personas entran en el nuevo movimiento para servirle y beneficiarse de la idea de la nueva doctrina, pero en la mayoría de los casos para hacer que la humanidad vuelva a estar descontenta con sus propias ideas bajo su protección o con las posibilidades que ofrece. Pero cuáles son estas ideas es difícil de reproducir.

La característica de estas naturalezas es que deliran sobre el antiguo heroísmo germánico, sobre la antigüedad gris, las hachas de piedra, la lanza y el escudo, pero en realidad son los mayores cobardes que se puedan imaginar. Porque la misma gente que agita en el aire con viejas espadas de hojalata alemanas, imitadas precautoriamente, una piel de oso preparada con cuernos de toro sobre su cabeza barbuda, siempre predica por el momento solo la lucha con armas espirituales y huye de toda porra de goma comunista. La posteridad tendrá pocas razones para glorificar su propio heroísmo en una nueva epopeya.

He conocido a estas personas demasiado bien como para no sentir la más profunda repugnancia por su miserable actuación. A las grandes masas, sin embargo, les parecen ridículos, y el judío tiene todas las razones para prescindir de estos comediantes populares, incluso para preferirlos a los verdaderos defensores de un futuro Estado alemán.



Al mismo tiempo, estas personas siguen siendo inconmensurablemente engreídas, quieren comprender todo mejor, a pesar de todas las pruebas de su completa incompetencia, y se convierten en una verdadera plaga para todos los luchadores honestos y honestos, para quienes el heroísmo no solo parece digno de veneración en el pasado, sino que también se esfuerzan por dar a la posteridad la misma imagen con sus propias acciones.
También suele ser difícil distinguir cuál de estas personas actúa por estupidez o incompetencia interior, o quién sólo pretende hacerlo por ciertas razones. Especialmente con los llamados reformadores religiosos basados en los antiguos orígenes germánicos, siempre tengo la sensación de que fueron enviados por esas potencias que no quieren que nuestro pueblo vuelva a surgir. Al fin y al cabo, toda su actividad aleja al pueblo de la lucha común contra el enemigo común, los judíos, para dejarles consumir sus energías en disputas religiosas internas tan insensatas como lamentables. Pero es precisamente por estas razones que es necesario el establecimiento de un poder central fuerte en el sentido de la autoridad incondicional de la dirección en el movimiento. Sólo a través de ellos se puede detener a estos elementos perniciosos. Por esta razón, sin embargo, los mayores enemigos de un movimiento unificado, fuertemente dirigido y dirigido se encuentran también en los círculos de estos völkisch Ahasvere. Odian el poder del movimiento que controla sus travesuras.
No en vano, el joven movimiento se comprometió una vez con un determinado programa y no utilizó la palabra "völkisch". Debido a su inmensidad conceptual, el término völkisch no es una base posible para un movimiento y no ofrece ningún estándar para pertenecer a uno. Cuanto más indefinible es este concepto en la práctica, cuanto más y más extensas interpretaciones admite, más aumenta la posibilidad de referirse a él.



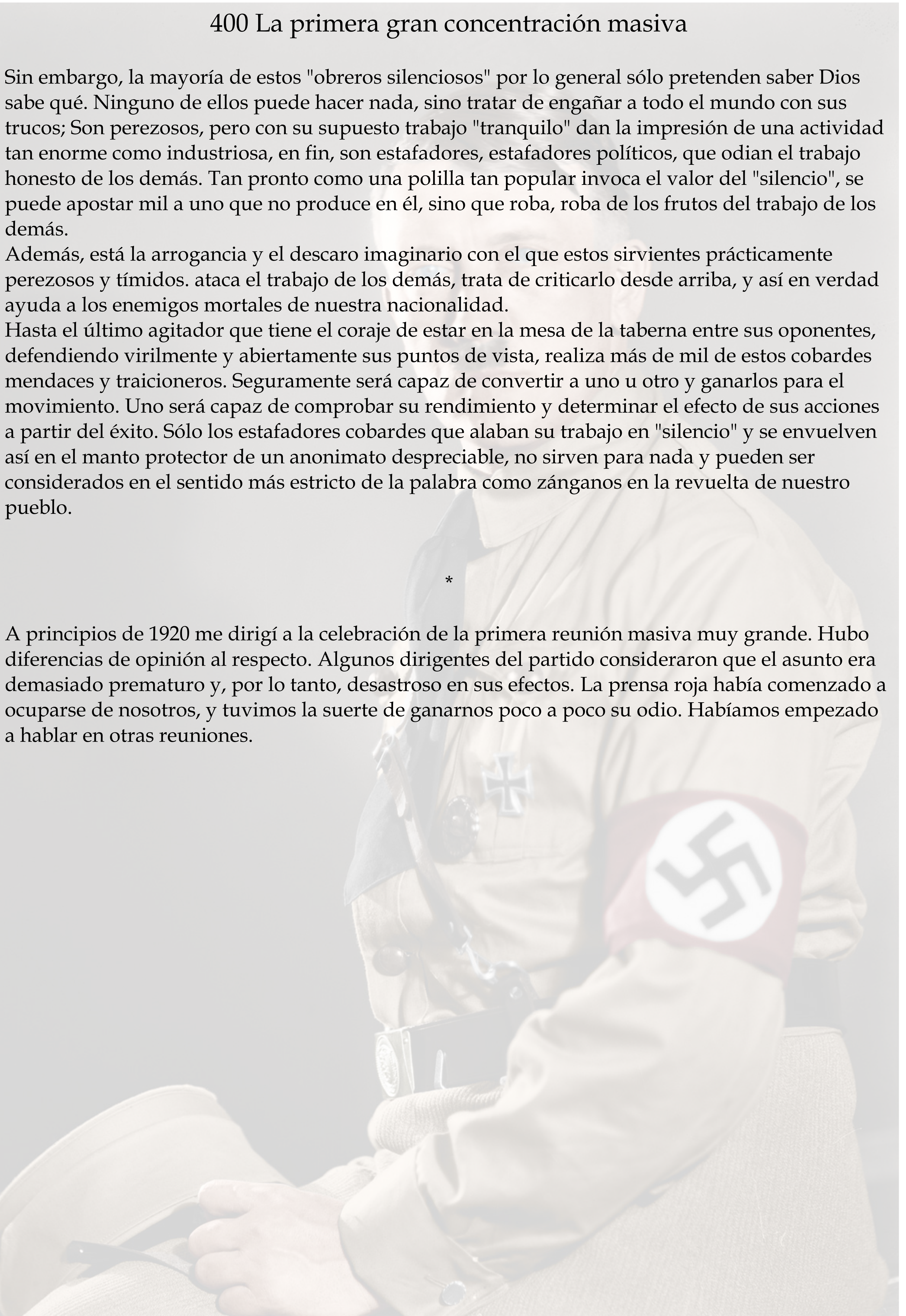
398 Rechazo de la palabra "völkisch"

La inserción en la lucha política de una interpretación tan indefinible y multifacética de tal concepto conduce a la abolición de toda estricta comunidad de lucha, ya que no puede soportar dejar la determinación de su fe y voluntad al individuo mismo.
También es vergonzoso quien hoy anda por ahí con la palabra "völkisch" en su gorra, cuánta gente tiene su propia opinión sobre este término. Un conocido profesor de Baviera, un famoso luchador con armas intelectuales y rico en marchas igualmente intelectuales a Berlín, equipara el término con una actitud monárquica völkisch. La cabeza coja, por supuesto, se ha olvidado hasta ahora de explicar con más detalle la identidad de nuestras monarquías alemanas del pasado con una concepción völkisch de hoy. También temo que al Señor le resulte difícil hacerlo. Porque no se puede imaginar nada más antinacionalista que la mayoría de las estructuras monárquicas del Estado alemán. Si no fuera así, nunca habrían desaparecido, o de lo contrario su desaparición ofrecería una prueba de la inexactitud de la visión völkisch del mundo.
Así que cada uno interpreta este término tal y como lo entiende. Pero tal diversidad de opiniones no puede ser considerada como la base de un movimiento de lucha política.
Voy a hacer caso omiso de la falta de mundanidad y, sobre todo, de la ignorancia del alma nacional de este völkisch Johannesse del siglo XX. Lo ilustra suficientemente la ridiculez con la que se les trata desde la izquierda. Se les permite chismorrear y reírse de ellos.
Pero cualquiera en este mundo que no logre ser odiado por sus oponentes no me parece que valga mucho como amigo. Y así, la amistad de esta gente no sólo era inútil para nuestro joven movimiento, sino siempre sólo perjudicial, y también fue la razón principal por la que, en primer lugar, elegimos el nombre de "Partido" —podíamos esperar que sólo esto ahuyentaría a todo un enjambre de estos sonámbulos étnicos— y, en segundo lugar, por qué nos llamábamos Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán.



La primera expresión se deshizo de los anticuarios, de los traficantes de palabras y de los eslóganes externos de la llamada "idea völkisch", pero la segunda nos liberó de toda la fila de caballeros con la espada "espiritual", de todos los quejumbrosos que tienen el "arma espiritual" como escudo contra su verdadera cobardía.
Huelga decir que en el período siguiente fuimos atacados con mayor severidad por este último, por supuesto no físicamente, sino sólo con la pluma, como es de esperar de una pluma de ganso tan völkisch. Para ellos, por supuesto, nuestro principio "Quien nos enfrenta con violencia, nosotros nos defendemos con violencia" tenía algo de siniestro. Nos reprocharon enfáticamente, no sólo el grosero culto al garrote de caucho, sino la falta de espíritu misma. El hecho de que un Demóstenes pueda ser silenciado en una asamblea popular, si sólo cincuenta idiotas, apoyados por sus bocas y puños, se niegan a dejarlo hablar, no afecta en lo más mínimo a semejante charlatán. Su cobardía innata nunca le permite meterse en semejante peligro. Porque no trabaja de forma "ruidosa" e "intrusiva", sino en "silencio".
Incluso hoy, no puedo advertir lo suficiente a nuestro joven movimiento para que no caiga en las redes de estos llamados "trabajadores silenciosos". No solo son cobardes, sino también siempre incompetentes y ociosos. Una persona que conoce una cosa, conoce un peligro dado, la posibilidad de un remedio está en sus ojos, tiene el maldito deber y la obligación de no trabajar "en silencio", sino de levantarse contra el mal frente a todo el público y defender su curación. Si no lo hace, entonces es un debilucho negligente y miserable, que fracasa ya sea por cobardía o por pereza e incapacidad.





Sin embargo, la mayoría de estos "obreros silenciosos" por lo general sólo pretenden saber Dios sabe qué. Ninguno de ellos puede hacer nada, sino tratar de engañar a todo el mundo con sus trucos; Son perezosos, pero con su supuesto trabajo "tranquilo" dan la impresión de una actividad tan enorme como industriosa, en fin, son estafadores, estafadores políticos, que odian el trabajo honesto de los demás. Tan pronto como una polilla tan popular invoca el valor del "silencio", se puede apostar mil a uno que no produce en él, sino que roba, roba de los frutos del trabajo de los demás.

Además, está la arrogancia y el descaro imaginario con el que estos sirvientes prácticamente perezosos y tímidos. ataca el trabajo de los demás, trata de criticarlo desde arriba, y así en verdad ayuda a los enemigos mortales de nuestra nacionalidad.

Hasta el último agitador que tiene el coraje de estar en la mesa de la taberna entre sus oponentes, defendiendo virilmente y abiertamente sus puntos de vista, realiza más de mil de estos cobardes mendaces y traicioneros. Seguramente será capaz de convertir a uno u otro y ganarlos para el movimiento. Uno será capaz de comprobar su rendimiento y determinar el efecto de sus acciones a partir del éxito. Sólo los estafadores cobardes que alaban su trabajo en "silencio" y se envuelven así en el manto protector de un anonimato despreciable, no sirven para nada y pueden ser considerados en el sentido más estricto de la palabra como zánganos en la revuelta de nuestro pueblo.

*

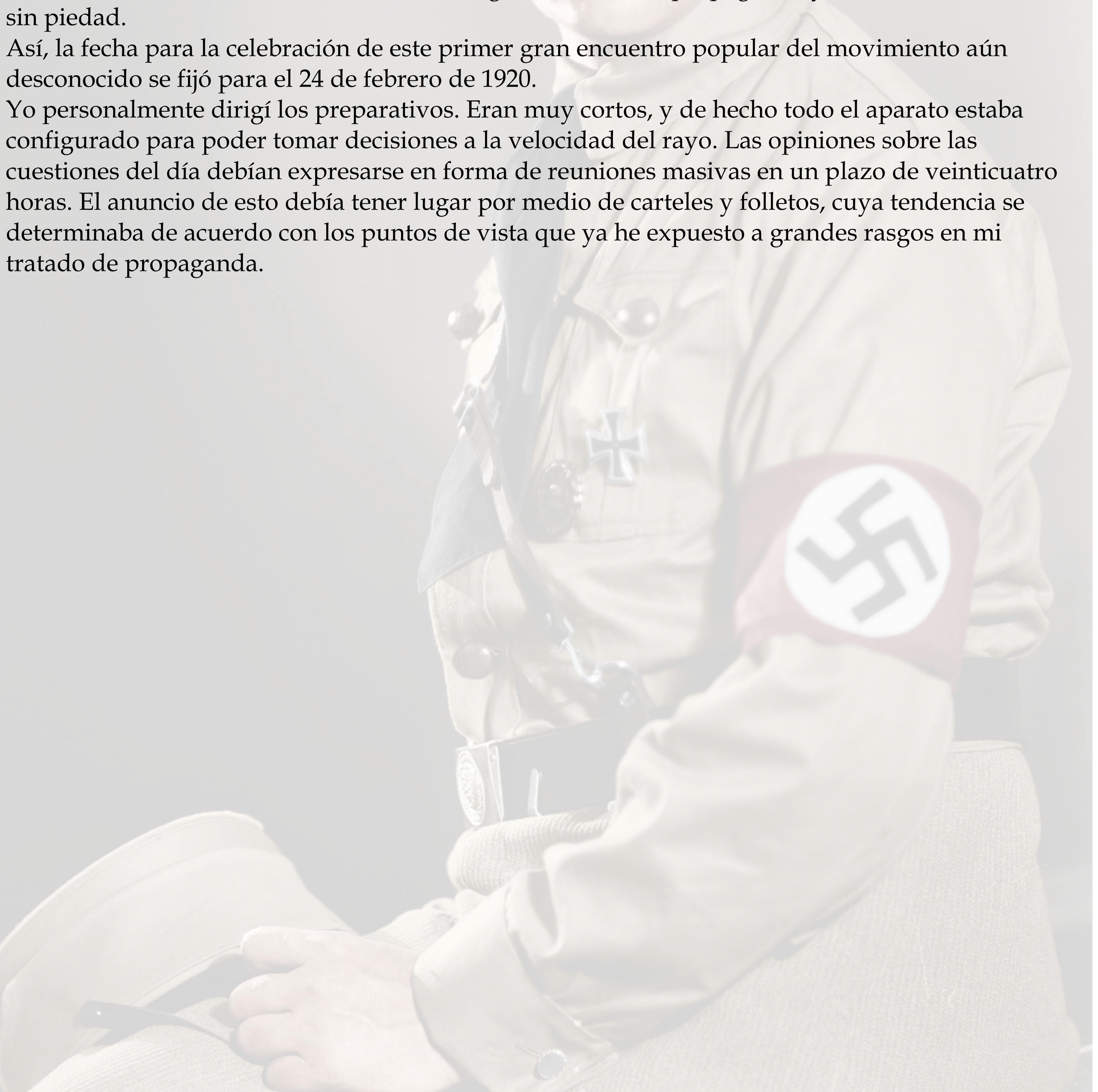
A principios de 1920 me dirigí a la celebración de la primera reunión masiva muy grande. Hubo diferencias de opinión al respecto. Algunos dirigentes del partido consideraron que el asunto era demasiado prematuro y, por lo tanto, desastroso en sus efectos. La prensa roja había comenzado a ocuparse de nosotros, y tuvimos la suerte de ganarnos poco a poco su odio. Habíamos empezado a hablar en otras reuniones.

Por supuesto, a cada uno de nosotros nos gritaron de inmediato. Solo hubo un éxito. Llegaron a conocernos, y en el mismo laberinto en el que se profundizó este conocimiento, la aversión y la ira contra nosotros aumentaron. De modo que probablemente podríamos esperar recibir la visita de nuestros amigos del campamento rojo en gran escala en nuestra primera gran reunión de masas. También era consciente de que la probabilidad de una explosión era alta. Pero la lucha había que librarla, si no ahora, sí unos meses después. Dependía enteramente de nosotros perpetuar el movimiento el primer día defendiéndolo ciega y despiadadamente. Sobre todo, conocía demasiado bien la mentalidad de los seguidores de las Páginas Rojas como para no saber que la resistencia al extremo no sólo tiene probabilidades de impresionar, sino también de ganar adeptos. Había que estar decidido a resistir esto.

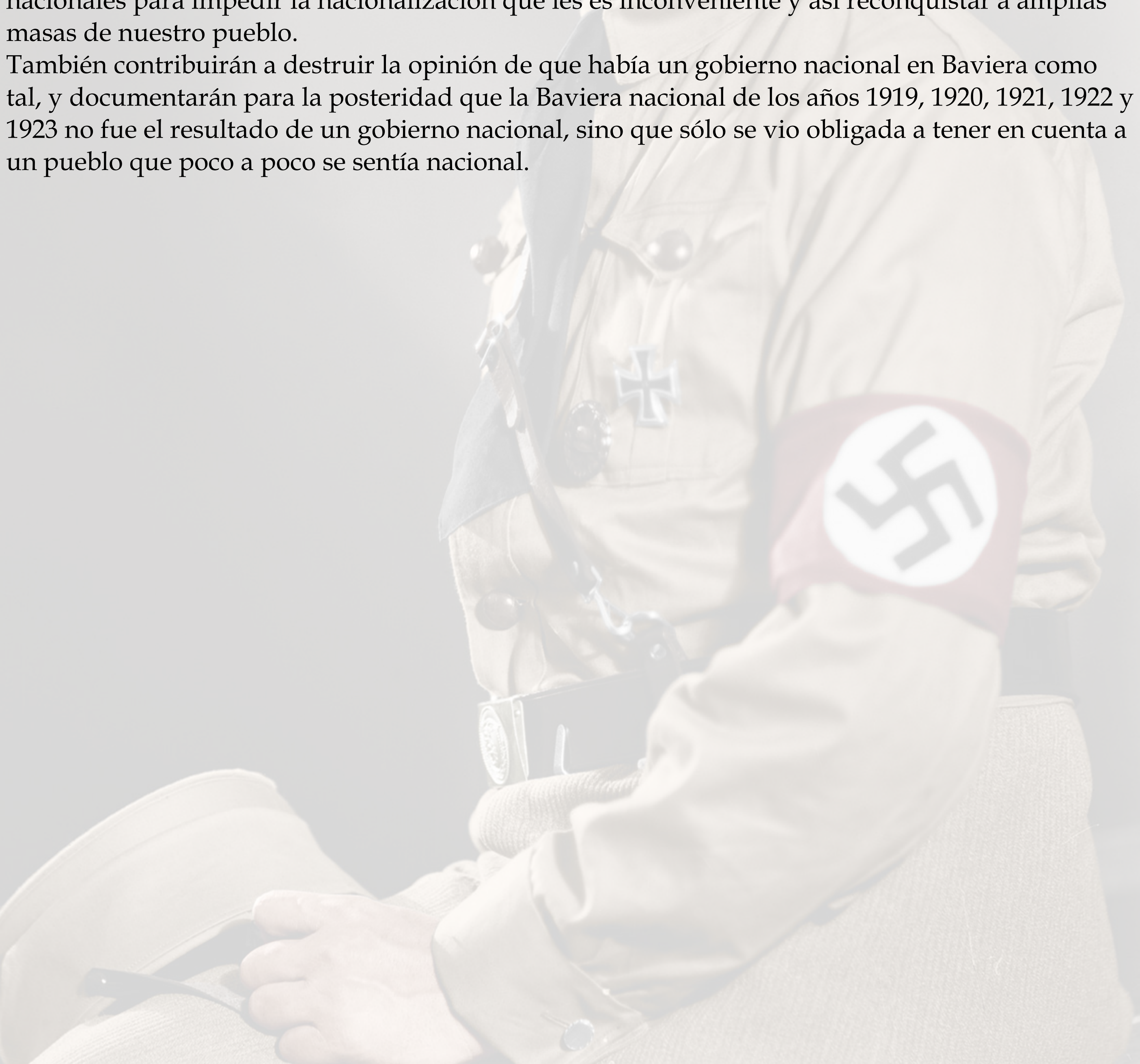
El primer presidente del partido en ese momento, el Sr. Harrer, no creía que pudiera estar de acuerdo con mis puntos de vista con respecto al momento elegido y posteriormente renunció a la dirección del movimiento como un hombre honesto y recto. En su lugar avanzó el señor Anton Drexler. Yo mismo me había reservado la organización de la propaganda y ahora la llevaba a cabo sin piedad.

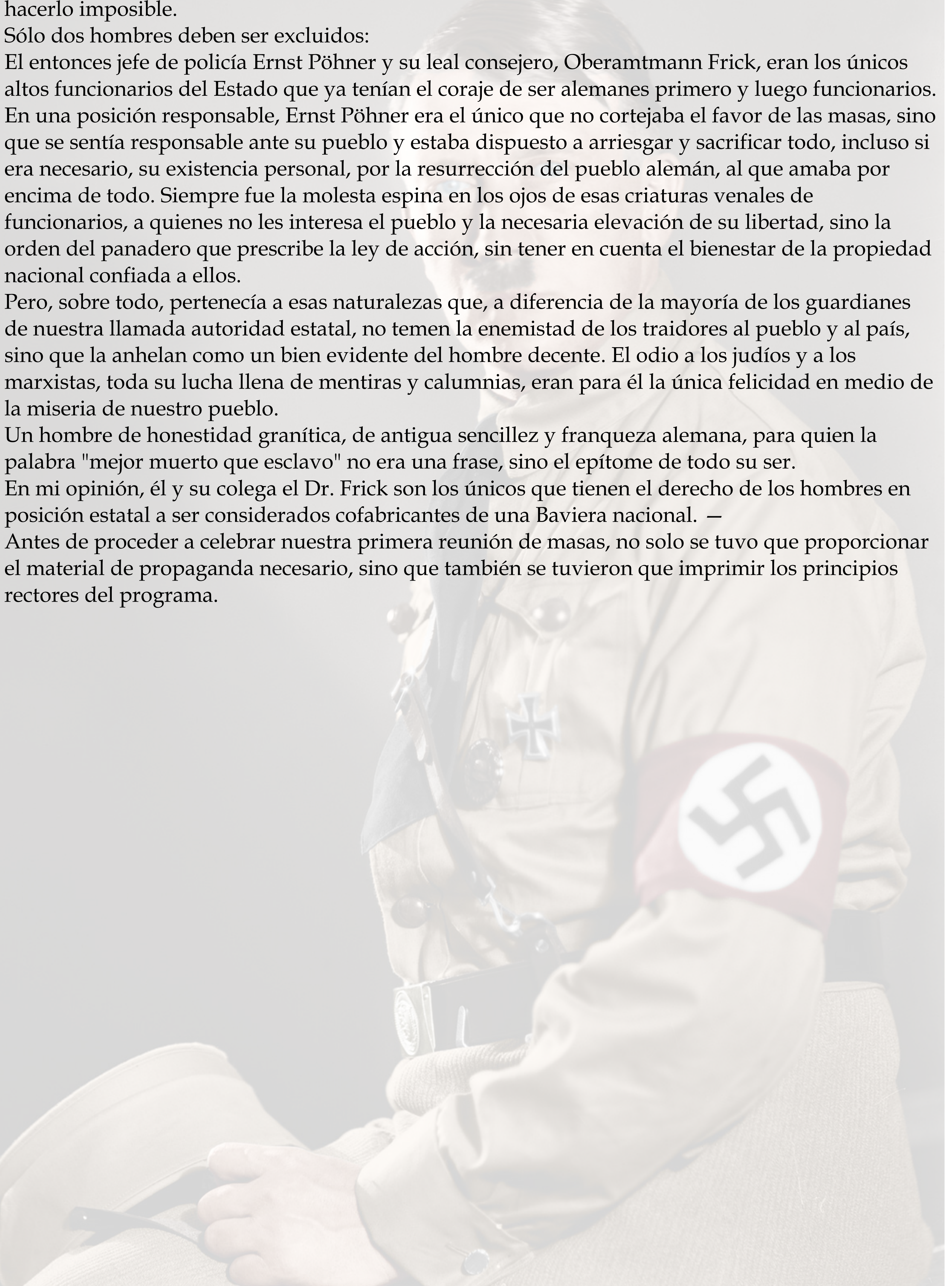
Así, la fecha para la celebración de este primer gran encuentro popular del movimiento aún desconocido se fijó para el 24 de febrero de 1920.

Yo personalmente dirigí los preparativos. Eran muy cortos, y de hecho todo el aparato estaba configurado para poder tomar decisiones a la velocidad del rayo. Las opiniones sobre las cuestiones del día debían expresarse en forma de reuniones masivas en un plazo de veinticuatro horas. El anuncio de esto debía tener lugar por medio de carteles y folletos, cuya tendencia se determinaba de acuerdo con los puntos de vista que ya he expuesto a grandes rasgos en mi tratado de propaganda.



Efecto sobre las grandes masas, concentración en unos pocos puntos, repetición perpetua de la misma, formulación del texto segura de sí misma y segura de sí misma en forma de afirmación apodíctica, la mayor perseverancia en la difusión y paciencia en esperar el efecto.
El color elegido fue básicamente el rojo, es el más incitador y debe haber indignado y provocado más a nuestros oponentes, y con ello nos llama su atención y nos recuerda de una forma u otra.
En el período siguiente, la confraternización interna entre el marxismo y el centro como partido político se hizo también más evidente en Baviera en la preocupación con la que el Partido Popular Bávaro, que estaba en el poder aquí, trató de debilitar y más tarde impedir el efecto de nuestros carteles en las masas trabajadoras rojas. Si la policía no encontraba otro medio de intervenir contra esto, al final había que recurrir a las "consideraciones de tráfico", hasta que finalmente, por el bien del aliado interno, silencioso y rojo, con el apoyo del llamado Partido Nacional Popular Alemán, estos carteles, que centenares de miles de trabajadores internacionales, incitados y seducidos habían devuelto al pueblo alemán, fueron completamente prohibidos. Estos carteles, adjuntos a la primera y segunda edición de este libro, son la mejor evidencia de la tremenda lucha que el joven movimiento libró durante este período. Pero también darán testimonio ante la posteridad de la voluntad y sinceridad de nuestras actitudes y de la arbitrariedad de las llamadas autoridades nacionales para impedir la nacionalización que les es inconveniente y así reconquistar a amplias masas de nuestro pueblo.
También contribuirán a destruir la opinión de que había un gobierno nacional en Baviera como tal, y documentarán para la posteridad que la Baviera nacional de los años 1919, 1920, 1921, 1922 y 1923 no fue el resultado de un gobierno nacional, sino que sólo se vio obligada a tener en cuenta a un pueblo que poco a poco se sentía nacional.

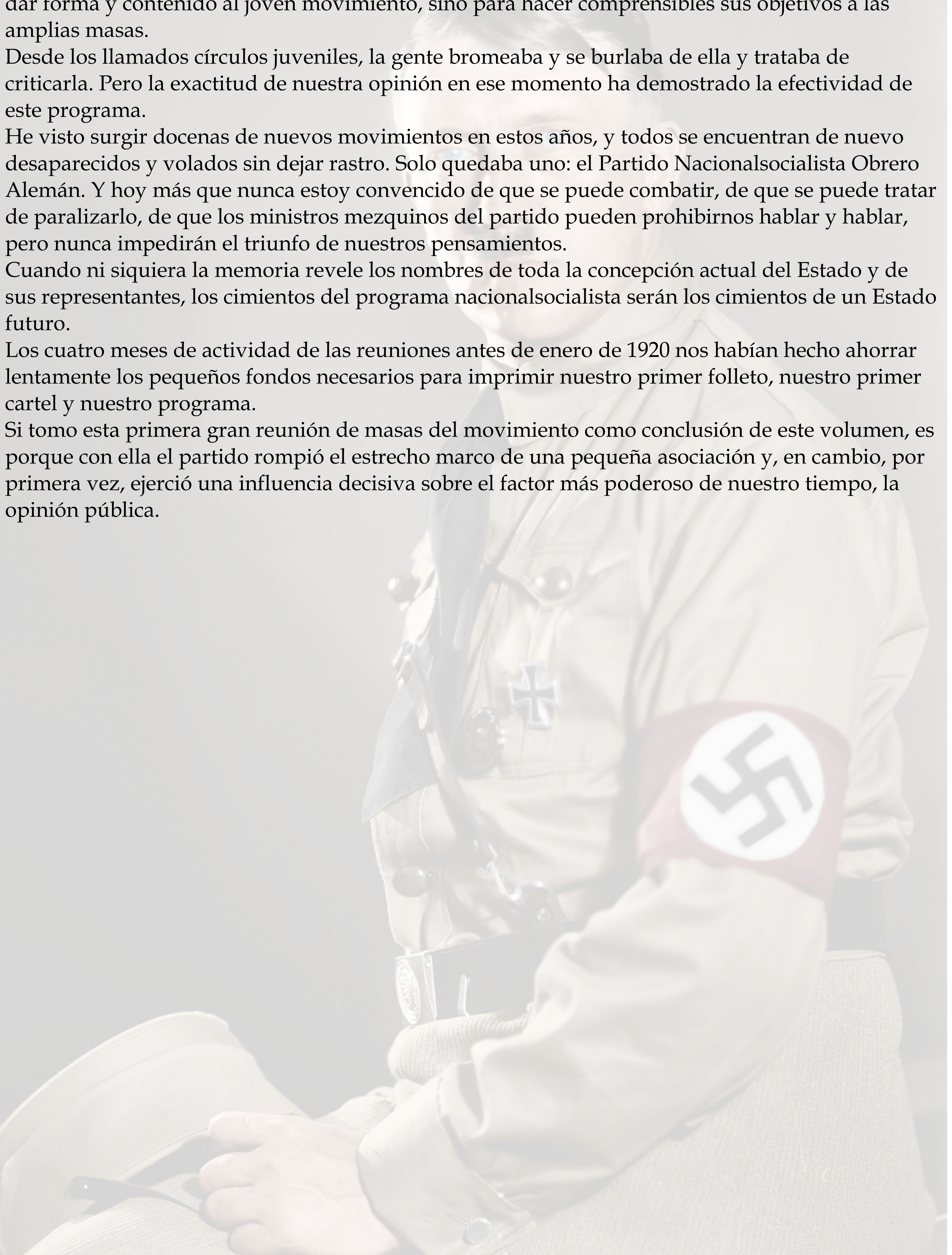




Los propios gobiernos hicieron todo lo posible para impedir este proceso de recuperación y hacerlo imposible.
Sólo dos hombres deben ser excluidos:
El entonces jefe de policía Ernst Pöhner y su leal consejero, Oberamtmann Frick, eran los únicos altos funcionarios del Estado que ya tenían el coraje de ser alemanes primero y luego funcionarios. En una posición responsable, Ernst Pöhner era el único que no cortejaba el favor de las masas, sino que se sentía responsable ante su pueblo y estaba dispuesto a arriesgar y sacrificar todo, incluso si era necesario, su existencia personal, por la resurrección del pueblo alemán, al que amaba por encima de todo. Siempre fue la molesta espina en los ojos de esas criaturas venales de funcionarios, a quienes no les interesa el pueblo y la necesaria elevación de su libertad, sino la orden del panadero que prescribe la ley de acción, sin tener en cuenta el bienestar de la propiedad nacional confiada a ellos.
Pero, sobre todo, pertenecía a esas naturalezas que, a diferencia de la mayoría de los guardianes de nuestra llamada autoridad estatal, no temen la enemistad de los traidores al pueblo y al país, sino que la anhelan como un bien evidente del hombre decente. El odio a los judíos y a los marxistas, toda su lucha llena de mentiras y calumnias, eran para él la única felicidad en medio de la miseria de nuestro pueblo.
Un hombre de honestidad granítica, de antigua sencillez y franqueza alemana, para quien la palabra "mejor muerto que esclavo" no era una frase, sino el epítome de todo su ser.
En mi opinión, él y su colega el Dr. Frick son los únicos que tienen el derecho de los hombres en posición estatal a ser considerados cofabricantes de una Baviera nacional. —
Antes de proceder a celebrar nuestra primera reunión de masas, no solo se tuvo que proporcionar el material de propaganda necesario, sino que también se tuvieron que imprimir los principios rectores del programa.

404 La elaboración del programa

En el segundo volumen desarrollaré las orientaciones que teníamos en mente, especialmente cuando estábamos elaborando el programa. Sólo quiero decir aquí que fue creado, no sólo para dar forma y contenido al joven movimiento, sino para hacer comprensibles sus objetivos a las amplias masas.
Desde los llamados círculos juveniles, la gente bromeaba y se burlaba de ella y trataba de criticarla. Pero la exactitud de nuestra opinión en ese momento ha demostrado la efectividad de este programa.
He visto surgir docenas de nuevos movimientos en estos años, y todos se encuentran de nuevo desaparecidos y volados sin dejar rastro. Solo quedaba uno: el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. Y hoy más que nunca estoy convencido de que se puede combatir, de que se puede tratar de paralizarlo, de que los ministros mezquinos del partido pueden prohibirnos hablar y hablar, pero nunca impedirán el triunfo de nuestros pensamientos.
Cuando ni siquiera la memoria revele los nombres de toda la concepción actual del Estado y de sus representantes, los cimientos del programa nacionalsocialista serán los cimientos de un Estado futuro.
Los cuatro meses de actividad de las reuniones antes de enero de 1920 nos habían hecho ahorrar lentamente los pequeños fondos necesarios para imprimir nuestro primer folleto, nuestro primer cartel y nuestro programa.
Si tomo esta primera gran reunión de masas del movimiento como conclusión de este volumen, es porque con ella el partido rompió el estrecho marco de una pequeña asociación y, en cambio, por primera vez, ejerció una influencia decisiva sobre el factor más poderoso de nuestro tiempo, la opinión pública.



Primera explicación del programa 405

Yo mismo sólo tenía una preocupación en ese momento: ¿Se llenará la sala o hablaremos frente a un vacío que bosteza? Tenía la firme convicción interna de que si la gente venía, el día tendría que ser un gran éxito para el joven movimiento. Así que estaba ansioso por esa noche.
La inauguración estaba prevista para las 7.30 horas. A las 7.15 de la mañana entré en el salón de baile de la Hofbräuhaus am Platzl de Múnich, y mi corazón casi quería estallar de alegría. La enorme sala, porque todavía me parecía enorme en ese momento, estaba abarrotada de gente, cabeza a cabeza, una masa de casi dos mil personas. Y, sobre todo, aquellos a los que queríamos recurrir habían llegado. Más de la mitad de la sala parecía estar ocupada por comunistas e independientes. Nuestro primer gran rally había sido determinado por ellos para llegar a un final rápido.
Pero las cosas resultaron de otra manera. Una vez que terminó el primer orador, tomé la palabra. Unos minutos más tarde, hubo una lluvia de abucheos, estallaron enfrentamientos violentos en la sala, un puñado de los camaradas de guerra más leales y otros partidarios lucharon con los alborotadores y solo gradualmente pudieron restaurar algo de calma. Pude seguir hablando. Después de media hora, los aplausos comenzaron lentamente a ahogar los gritos y rugidos.
Y ahora tomé el programa y comencé a explicarlo por primera vez.
De un cuarto de hora a un cuarto de hora, las interjecciones fueron cada vez más empujadas por gritos de aplauso. Y cuando, por fin, presenté las veinticinco tesis a las masas, punto por punto, y les pedí que ellas mismas pronunciaran un juicio sobre ellas, fueron aceptadas una tras otra con más y más vítores crecientes, unánimemente y una y otra vez por unanimidad, y cuando la última tesis llegó así al corazón de las masas. Una sala llena de gente se paró ante mí, unida por una nueva convicción, una nueva fe, una nueva voluntad.



406 El movimiento sigue su curso

Cuando, después de casi cuatro horas, la sala comenzó a vaciarse y la multitud rodó cabeza a cabeza como una corriente lenta hacia la salida, empujada y empujada hacia adelante, supe que los principios de un movimiento se estaban extendiendo hacia el pueblo alemán, que ya no podía olvidarse.
Se había encendido un fuego, de cuyas brasas saldría un día la espada, que ganaría la libertad para el germánico Sigfrido y la vida de la nación alemana.
Y junto a la insurrección que se avecinaba, sentí a la diosa de la venganza implacable caminando por el perjurio del 9 de noviembre de 1918.

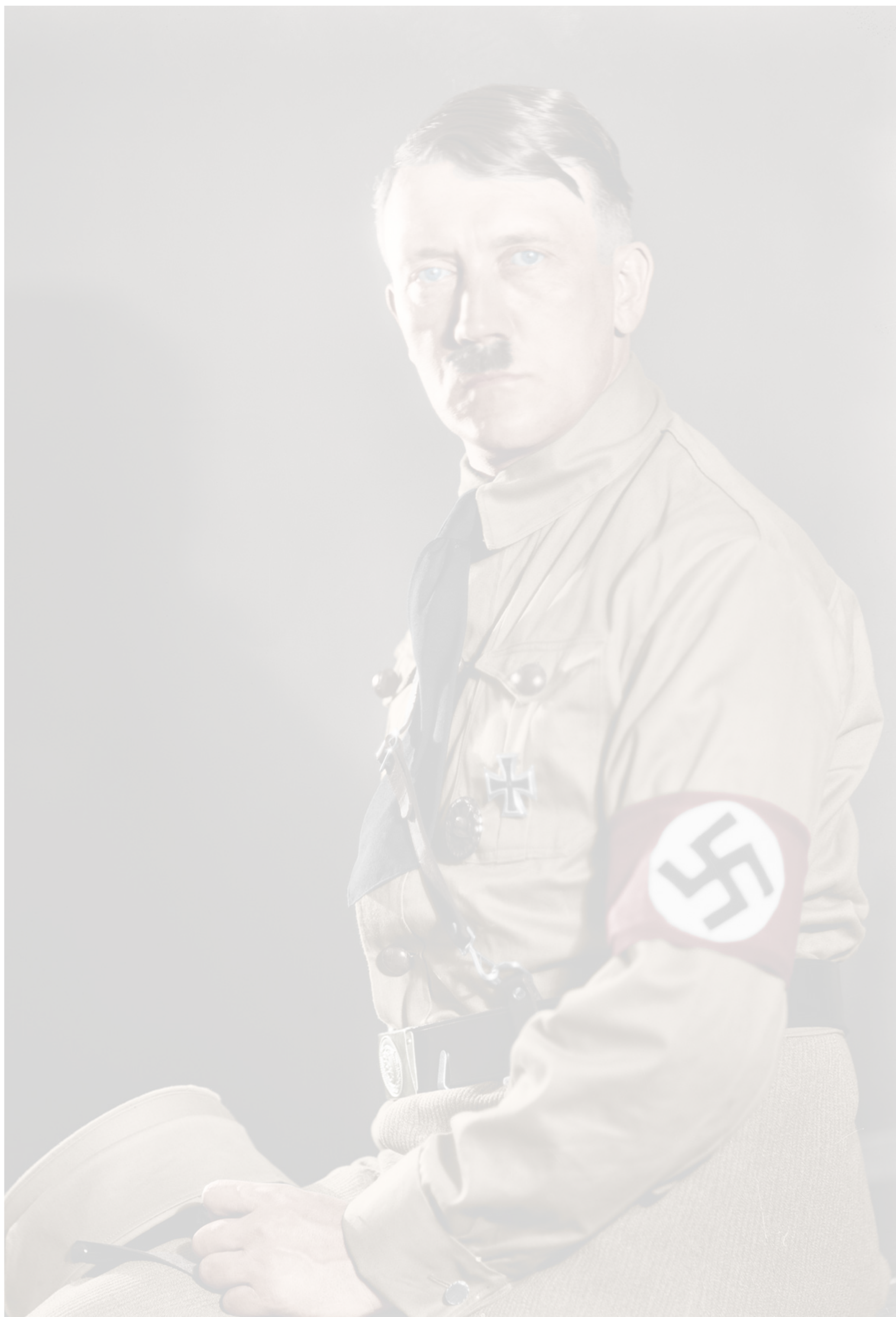
Así que lentamente la sala se vació.

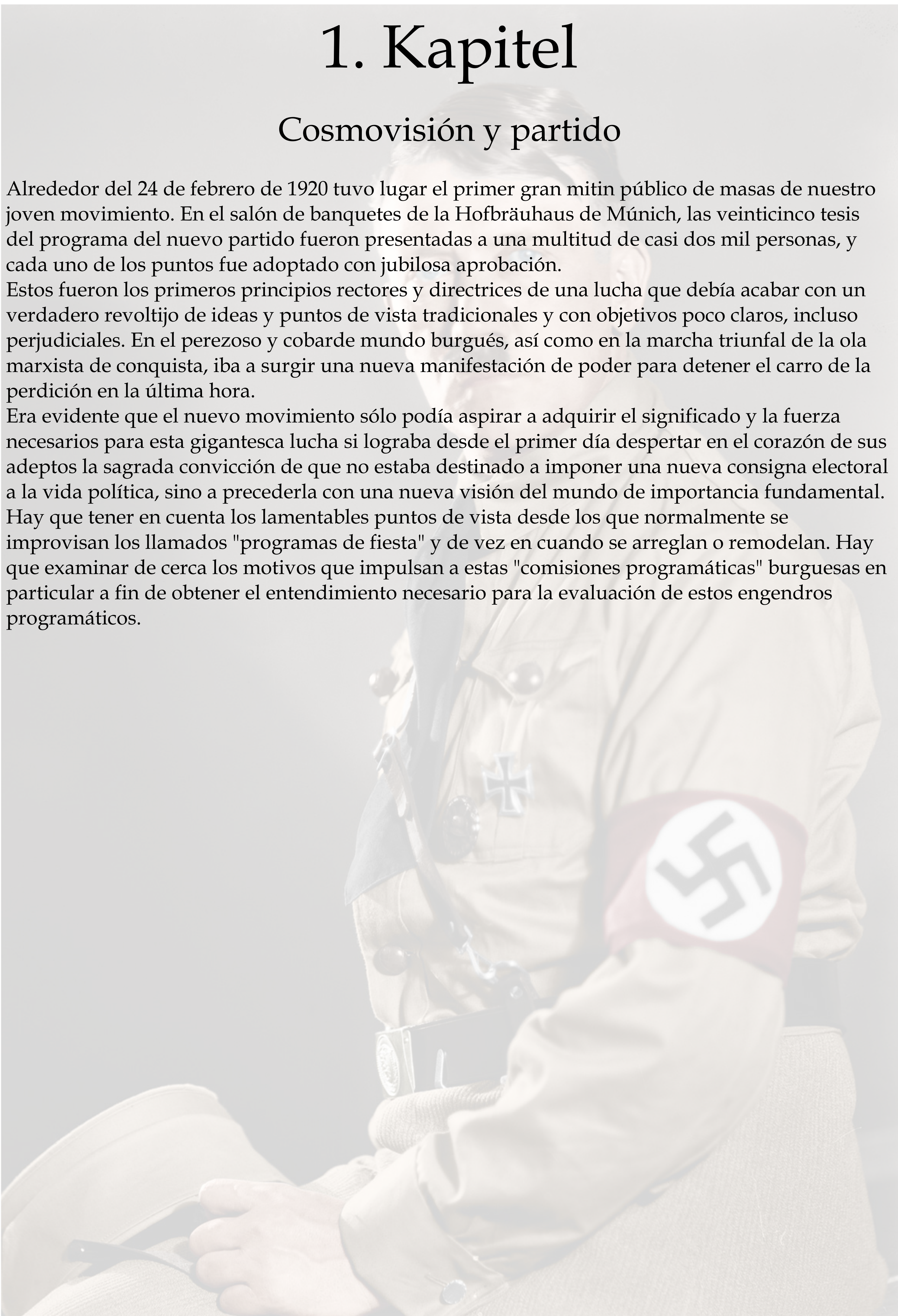
El movimiento siguió su curso.



Segundo Volumen
El Movimiento Nacionalsocialista







1. Kapitel

Cosmovisión y partido

Alrededor del 24 de febrero de 1920 tuvo lugar el primer gran mitin público de masas de nuestro joven movimiento. En el salón de banquetes de la Hofbräuhaus de Múnich, las veinticinco tesis del programa del nuevo partido fueron presentadas a una multitud de casi dos mil personas, y cada uno de los puntos fue adoptado con jubilosa aprobación.

Estos fueron los primeros principios rectores y directrices de una lucha que debía acabar con un verdadero revoltijo de ideas y puntos de vista tradicionales y con objetivos poco claros, incluso perjudiciales. En el perezoso y cobarde mundo burgués, así como en la marcha triunfal de la ola marxista de conquista, iba a surgir una nueva manifestación de poder para detener el carro de la perdición en la última hora.

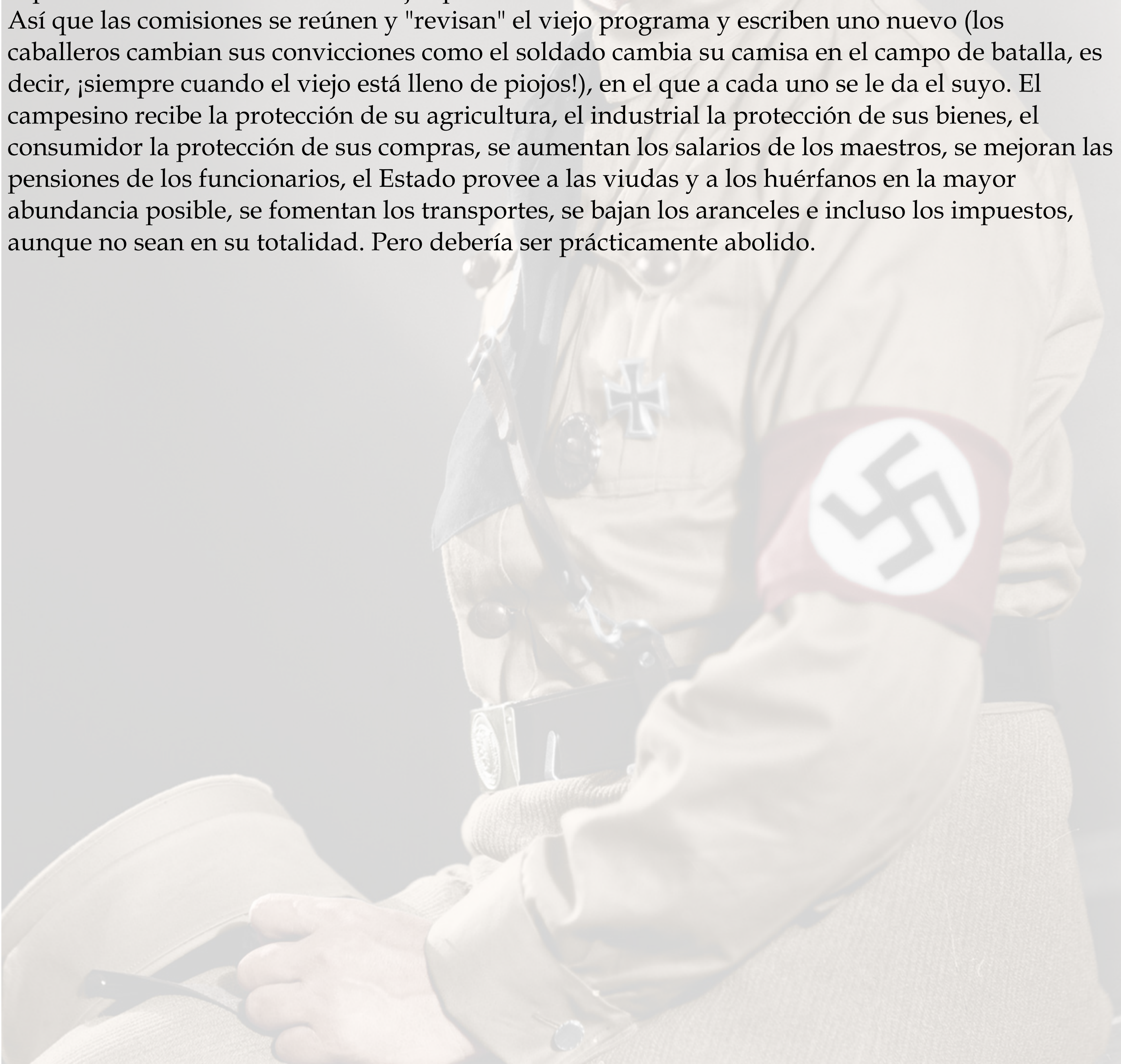
Era evidente que el nuevo movimiento sólo podía aspirar a adquirir el significado y la fuerza necesarios para esta gigantesca lucha si lograba desde el primer día despertar en el corazón de sus adeptos la sagrada convicción de que no estaba destinado a imponer una nueva consigna electoral a la vida política, sino a precederla con una nueva visión del mundo de importancia fundamental.

Hay que tener en cuenta los lamentables puntos de vista desde los que normalmente se improvisan los llamados "programas de fiesta" y de vez en cuando se arreglan o remodelan. Hay que examinar de cerca los motivos que impulsan a estas "comisiones programáticas" burguesas en particular a fin de obtener el entendimiento necesario para la evaluación de estos engendros programáticos.

410 Las “comisiones de programa” civiles

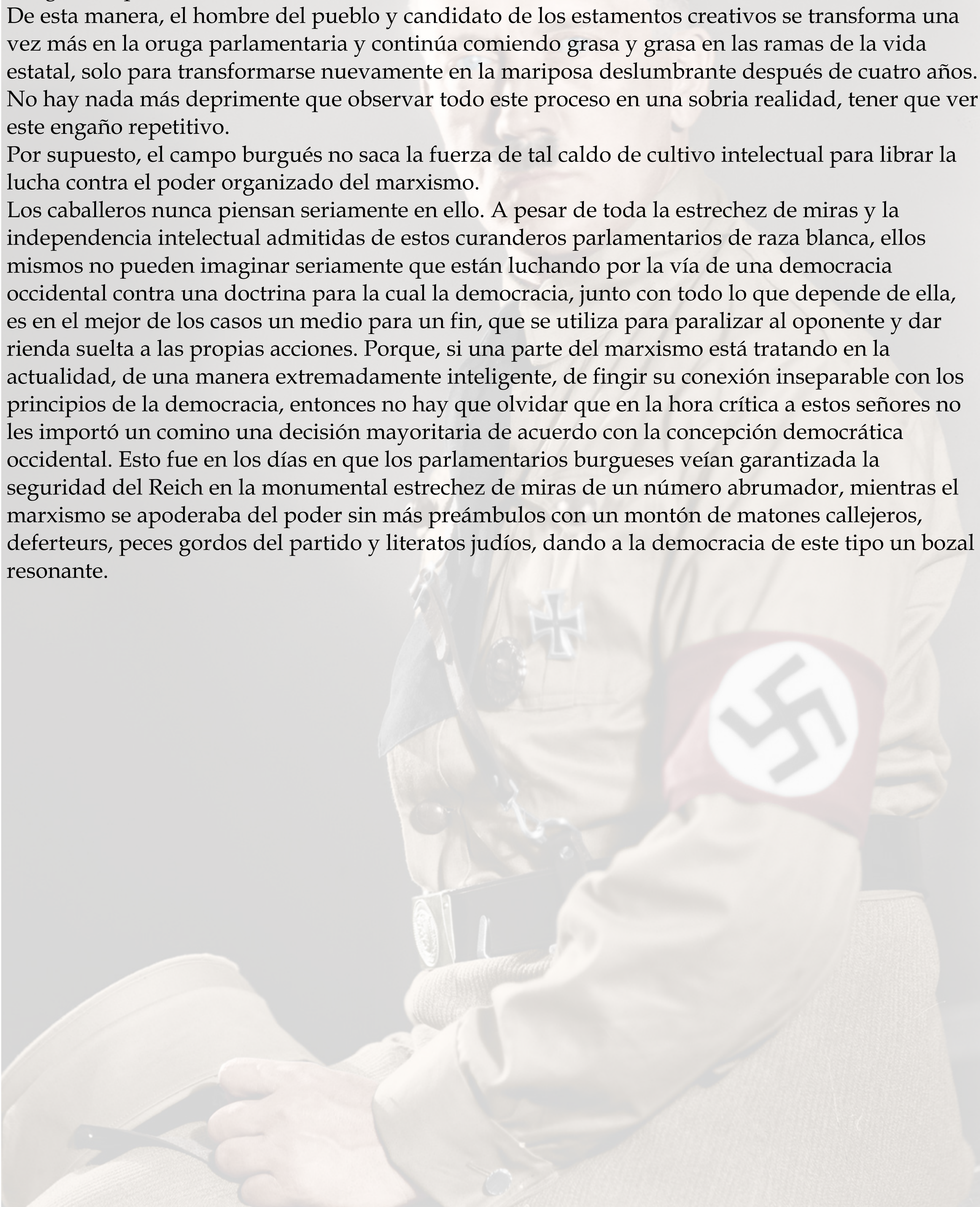
Siempre hay una sola preocupación que impulsa la reorganización de los programas o la modificación de los existentes: la preocupación por el resultado de las próximas elecciones. Tan pronto como se presenta en la mente de estos estadistas parlamentarios el presentimiento de que el querido pueblo se está rebelando una vez más y quiere desprenderse del arnés del viejo coche de la fiesta, tienen la costumbre de volver a pintar las barras de tiro. Luego vienen los astrónomos de estrellas y de fiesta, los llamados "experimentados" y "acunados", en su mayoría viejos parlamentarios, que en su "rico aprendizaje político" son capaces de recordar casos análogos, ya que las masas han perdido finalmente los hilos de su paciencia, y que de nuevo sienten algo amenazadoramente cercano. Así que echan mano de las viejas recetas, forman una "comisión", escuchan a su alrededor entre la gente querida, olfatean los productos de la prensa y huelen lentamente lo que a la querida gente en general le gustaría tener, lo que detestan y lo que esperan. Cada grupo ocupacional, de hecho, cada clase de empleados, es estudiado en detalle e investigado en sus deseos más secretos. Incluso las "consignas malvadas" de la peligrosa oposición están súbitamente maduras para el escrutinio, y no pocas veces, para gran asombro de sus inventores y difusores originales, aparecen de manera bastante inofensiva, como si fuera algo natural, en la riqueza del conocimiento de los viejos partidos.

Así que las comisiones se reúnen y "revisan" el viejo programa y escriben uno nuevo (los caballeros cambian sus convicciones como el soldado cambia su camisa en el campo de batalla, es decir, ¡siempre cuando el viejo está lleno de piojos!), en el que a cada uno se le da el suyo. El campesino recibe la protección de su agricultura, el industrial la protección de sus bienes, el consumidor la protección de sus compras, se aumentan los salarios de los maestros, se mejoran las pensiones de los funcionarios, el Estado provee a las viudas y a los huérfanos en la mayor abundancia posible, se fomentan los transportes, se bajan los aranceles e incluso los impuestos, aunque no sean en su totalidad. Pero debería ser prácticamente abolido.



A veces sucede que, después de todo, uno se ha olvidado de una posición, o no ha oído hablar de una demanda que circula entre la gente. Luego, en un último apuro, se va metiendo todo lo que tiene espacio, hasta que uno puede esperar con la conciencia tranquila haber calmado al ejército de filisteos normales y a sus esposas y verlos muy satisfechos. Así, armado interiormente, confiando en el buen Dios y en la inquebrantable estupidez de los ciudadanos con derecho a voto, se puede iniciar la lucha por la "nueva formación" del Reich, como se suele decir.
Terminada la jornada electoral, y los parlamentarios han celebrado su última asamblea popular durante cinco años, para pasar de la formación de la plebe al cumplimiento de sus tareas más elevadas y agradables, la comisión programática se disuelve de nuevo, y la lucha por la reorganización de las cosas vuelve a tomar la forma de la lucha por el querido pan de cada día: Pero para los parlamentarios, a esto se le llama dietas.
Todas las mañanas el representante del pueblo entra en la Cámara, y si no hasta el fondo, al menos hasta la antesala donde se exhiben las listas de asistencia. En el servicio ofensivo del pueblo, él inscribe su nombre allí y acepta una pequeña compensación como una recompensa bien merecida por estos continuos y agotadores esfuerzos.
Al cabo de cuatro años, o en otras semanas críticas, cuando la disolución de los cuerpos parlamentarios comienza a acercarse cada vez más, un impulso incontenible se apodera de repente de los caballeros. Al igual que la larva no puede evitar convertirse en un escarabajo, estas orugas parlamentarias abandonan la gran casa de muñecas común y revolotean hacia la gente querida, dotada de alas. Vuelven a hablar a sus electores, hablan de su propio enorme trabajo y de la terquedad maliciosa de los demás, pero en lugar de aplausos agradecidos, a veces reciben expresiones groseras, incluso rencorosas, lanzadas a la cabeza por las masas ignorantes.

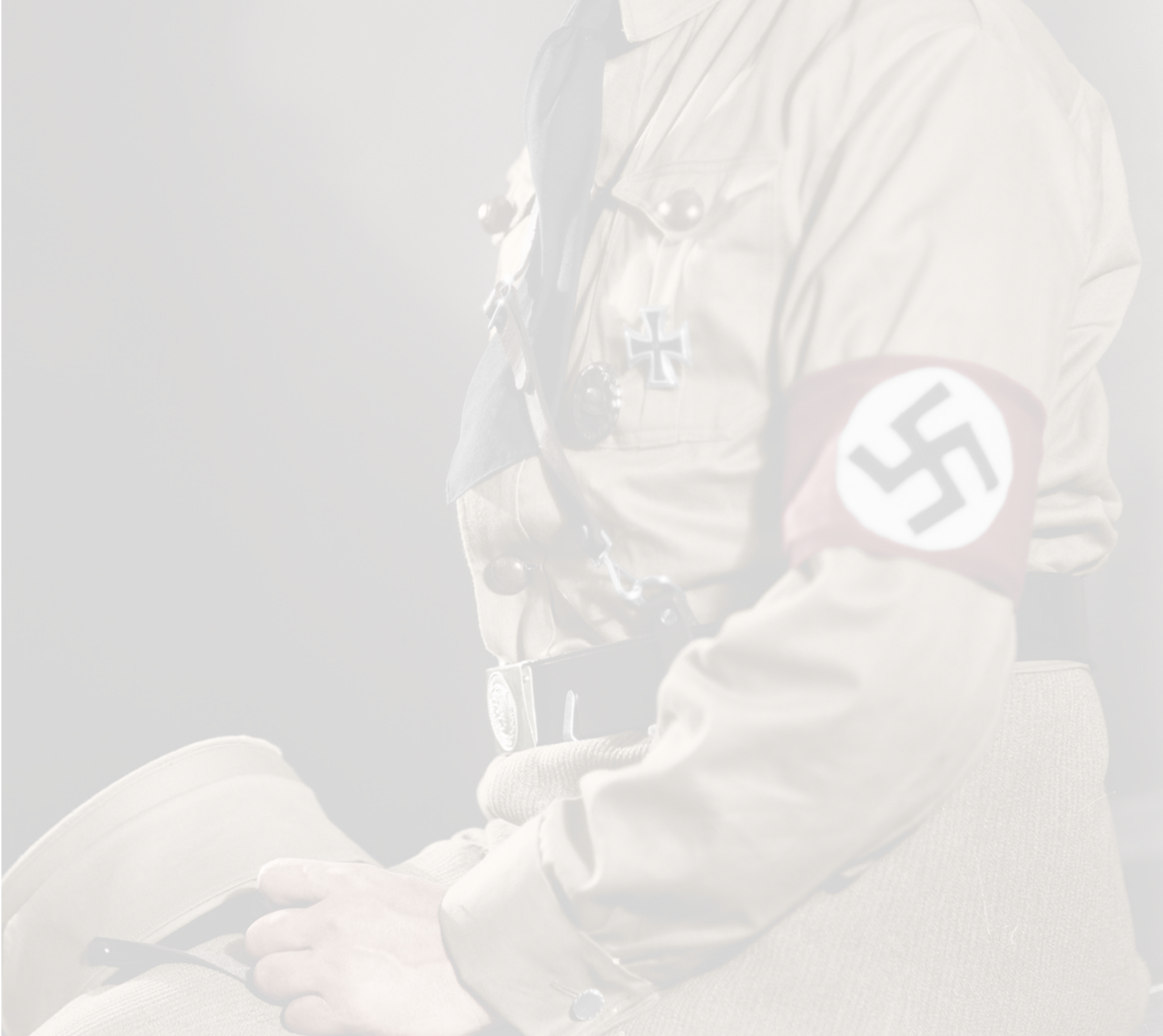




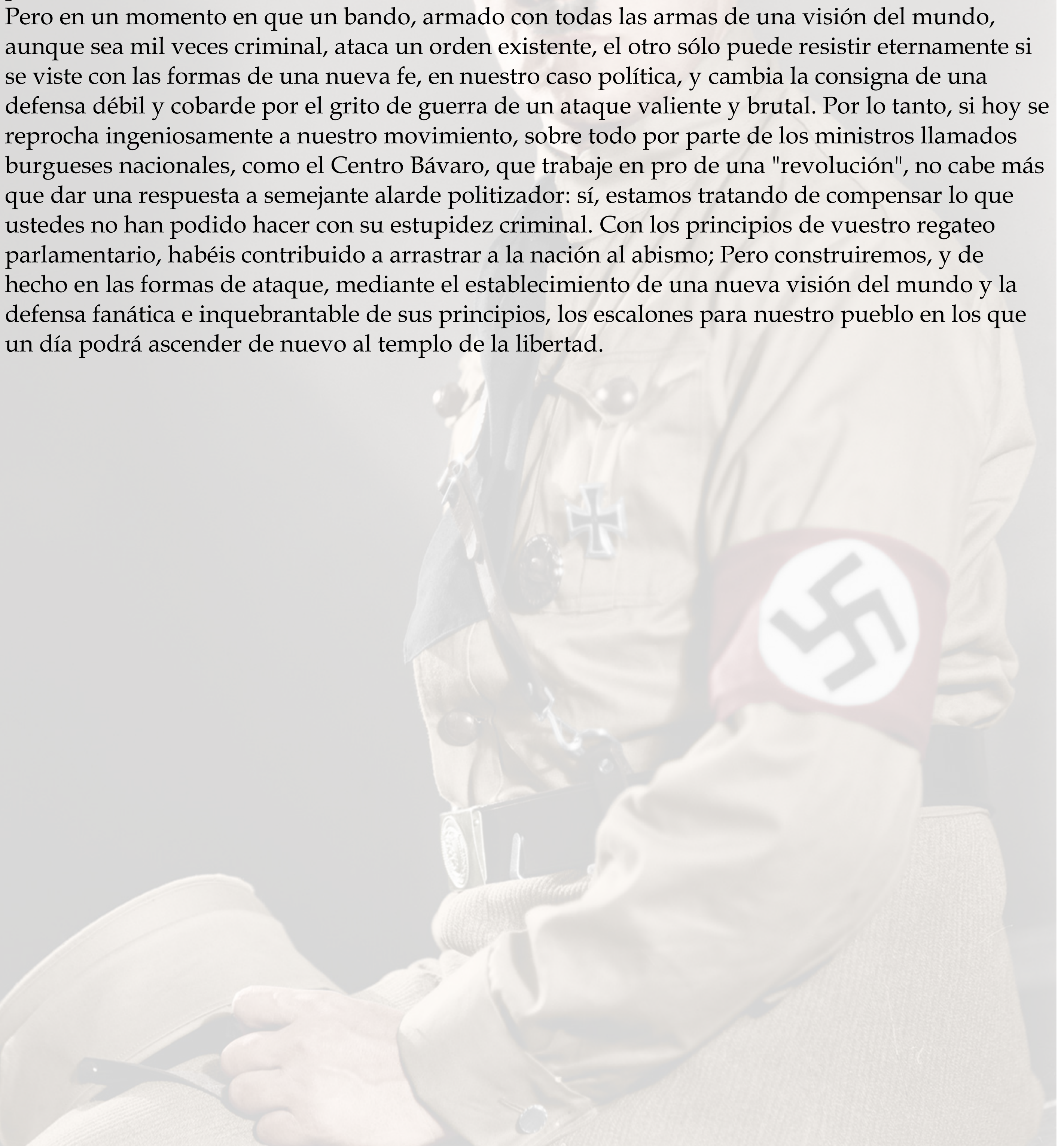
Si esta ingratitud del pueblo se acrecienta hasta cierto punto, sólo un remedio puede ayudar: hay que redimensionar el esplendor del Partido, mejorar el programa, restablecer la Comisión y comenzar de nuevo la estafa. En vista de la estupidez granítica de nuestra humanidad, uno no debería sorprenderse por el éxito. Guiados por su prensa y deslumbrados por el nuevo programa tentador, el ganado votante "burgués" y "proletario" regresa al establo común y elige a sus antiguos impostores.
De esta manera, el hombre del pueblo y candidato de los estamentos creativos se transforma una vez más en la oruga parlamentaria y continúa comiendo grasa y grasa en las ramas de la vida estatal, solo para transformarse nuevamente en la mariposa deslumbrante después de cuatro años.
No hay nada más deprimente que observar todo este proceso en una sobria realidad, tener que ver este engaño repetitivo.
Por supuesto, el campo burgués no saca la fuerza de tal caldo de cultivo intelectual para librar la lucha contra el poder organizado del marxismo.
Los caballeros nunca piensan seriamente en ello. A pesar de toda la estrechez de miras y la independencia intelectual admitidas de estos curanderos parlamentarios de raza blanca, ellos mismos no pueden imaginar seriamente que están luchando por la vía de una democracia occidental contra una doctrina para la cual la democracia, junto con todo lo que depende de ella, es en el mejor de los casos un medio para un fin, que se utiliza para paralizar al oponente y dar rienda suelta a las propias acciones. Porque, si una parte del marxismo está tratando en la actualidad, de una manera extremadamente inteligente, de fingir su conexión inseparable con los principios de la democracia, entonces no hay que olvidar que en la hora crítica a estos señores no les importó un comino una decisión mayoritaria de acuerdo con la concepción democrática occidental. Esto fue en los días en que los parlamentarios burgueses veían garantizada la seguridad del Reich en la monumental estrechez de miras de un número abrumador, mientras el marxismo se apoderaba del poder sin más preámbulos con un montón de matones callejeros, deferteurs, peces gordos del partido y literatos judíos, dando a la democracia de este tipo un bozal resonante.

Por lo tanto, se necesita la mente creyente de un sacerdote hechicero parlamentario de la democracia burguesa para imaginar que ahora o en el futuro la brutal determinación de las partes interesadas y portadoras de esa plaga mundial podría ser simplemente desterrada por los encantamientos del parlamentarismo occidental.

El marxismo seguirá marchando con la democracia hasta que logre obtener indirectamente, para sus fines criminales, el apoyo de la competencia intelectual nacional que ha destinado a exterminar. Pero si hoy llegara a la conclusión de que de repente se puede urdir una mayoría en el caldero de nuestra democracia parlamentaria, lo que atacaría seriamente al marxismo —aunque sólo fuera sobre la base de su mayoría con derecho a legislar—, entonces el malabarismo parlamentario habría terminado de inmediato. Los abanderados de la Internacional Roja, en vez de apelar a la conciencia democrática, lanzarían entonces un llamamiento incendiario a las masas proletarias, y su lucha sería trasplantada de un plumazo del aire mohoso de las cámaras de nuestros parlamentos a las fábricas y a las calles. La democracia se acabaría entonces inmediatamente; y lo que la flexibilidad intelectual de aquellos apóstoles de las naciones en los parlamentos no había logrado, la palanca y el martillo del herrero de las masas proletarias incitadas triunfarían en un instante tan rápidamente como en el otoño de 1918: enseñarían al mundo burgués lo loco que es imaginar que pueden oponerse a la conquista del mundo judío por medio de la democracia occidental.



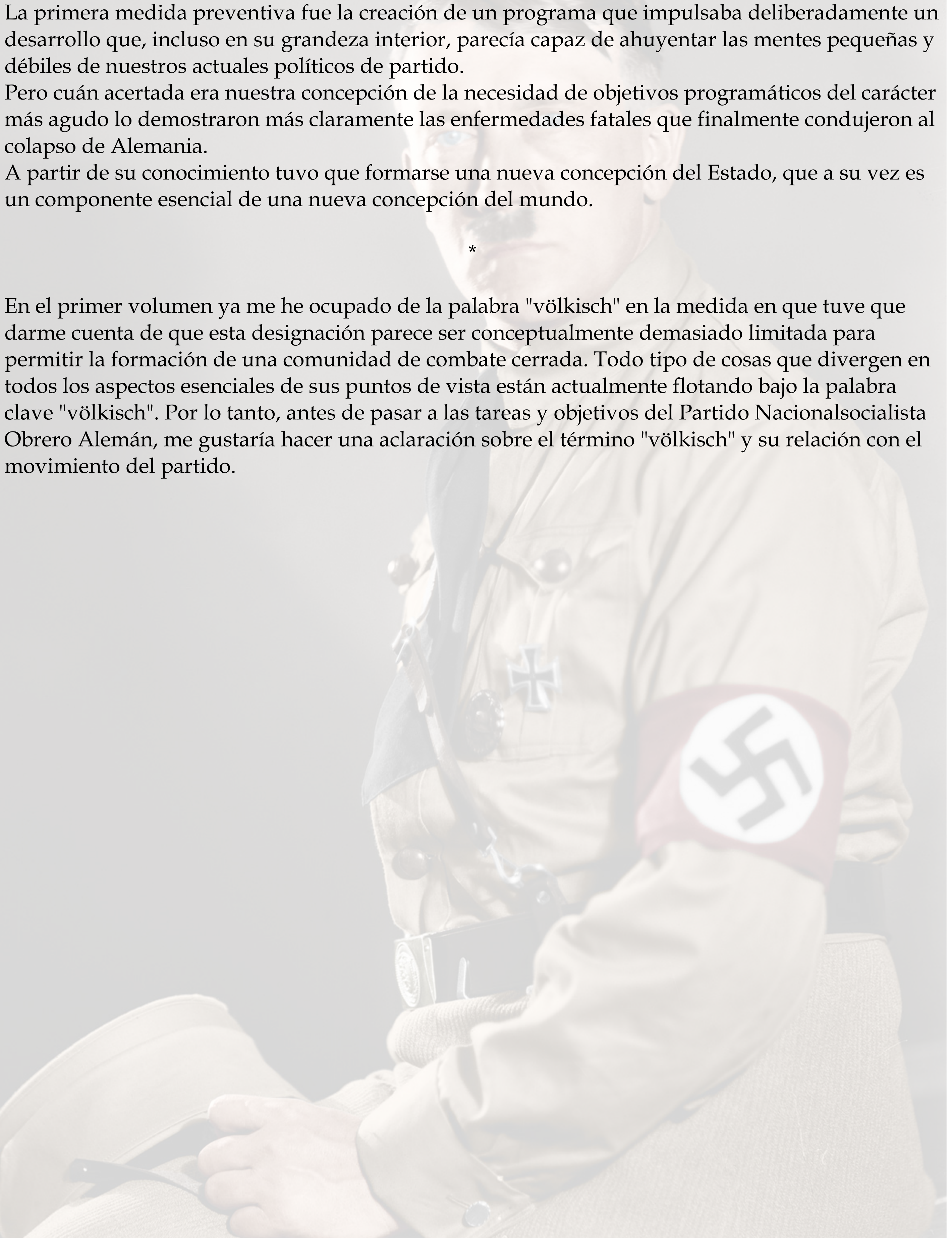
Como dije, se necesita una mente creyente para atarse a las reglas hacia un jugador así, que siempre están disponibles para él solo para farolear o para su propio beneficio, que se tiran por la borda tan pronto como ya no corresponden a sus ventajas.
Puesto que, en el caso de todos los partidos de las llamadas actitudes burguesas, toda la lucha política consiste en realidad sólo en la lucha por los escaños parlamentarios individuales, en la que las actitudes y los principios se arrojan por la borda como lastre de arena según la conveniencia, sus programas se coordinan naturalmente también en consecuencia y, a la inversa, sus fuerzas también se miden en consecuencia. Carecen de esa gran atracción magnética que las grandes masas siempre siguen sólo bajo la impresión convincente de grandes puntos de vista sobresalientes, la persuasión de la fe incondicional en ellos, junto con el coraje fanático de lucha para defenderlos.
Pero en un momento en que un bando, armado con todas las armas de una visión del mundo, aunque sea mil veces criminal, ataca un orden existente, el otro sólo puede resistir eternamente si se viste con las formas de una nueva fe, en nuestro caso política, y cambia la consigna de una defensa débil y cobarde por el grito de guerra de un ataque valiente y brutal. Por lo tanto, si hoy se reprocha ingeniosamente a nuestro movimiento, sobre todo por parte de los ministros llamados burgueses nacionales, como el Centro Bávaro, que trabaje en pro de una "revolución", no cabe más que dar una respuesta a semejante alarde politizador: sí, estamos tratando de compensar lo que ustedes no han podido hacer con su estupidez criminal. Con los principios de vuestro regateo parlamentario, habéis contribuido a arrastrar a la nación al abismo; Pero construiremos, y de hecho en las formas de ataque, mediante el establecimiento de una nueva visión del mundo y la defensa fanática e inquebrantable de sus principios, los escalones para nuestro pueblo en los que un día podrá ascender de nuevo al templo de la libertad.



Así, en el período de desarrollo de nuestro movimiento, nuestra primera preocupación debió ser siempre impedir que el ejército de combatientes por una nueva convicción noble se convirtiera en una mera asociación para el avance de los intereses parlamentarios.
La primera medida preventiva fue la creación de un programa que impulsaba deliberadamente un desarrollo que, incluso en su grandeza interior, parecía capaz de ahuyentar las mentes pequeñas y débiles de nuestros actuales políticos de partido.
Pero cuán acertada era nuestra concepción de la necesidad de objetivos programáticos del carácter más agudo lo demostraron más claramente las enfermedades fatales que finalmente condujeron al colapso de Alemania.
A partir de su conocimiento tuvo que formarse una nueva concepción del Estado, que a su vez es un componente esencial de una nueva concepción del mundo.

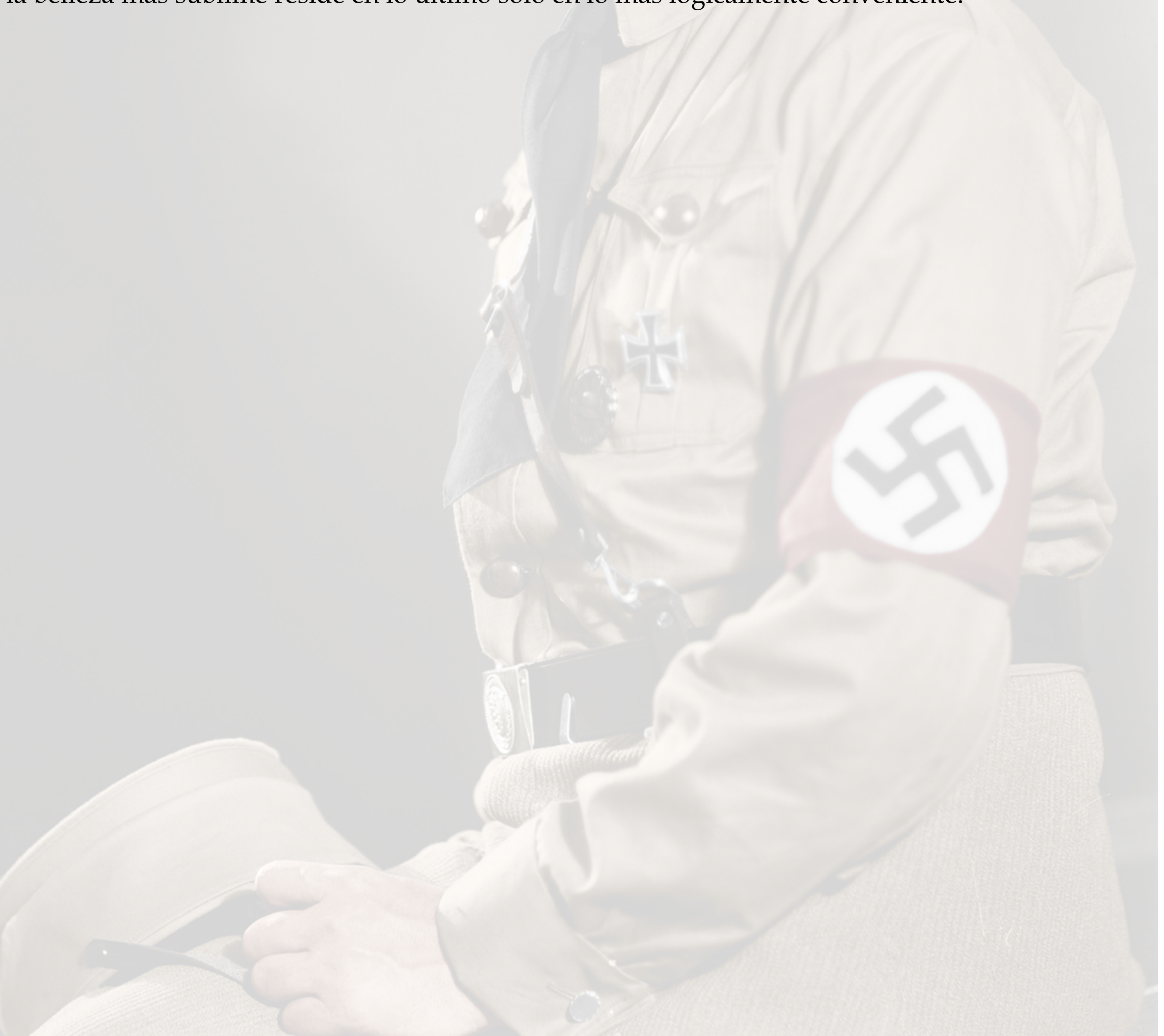
*

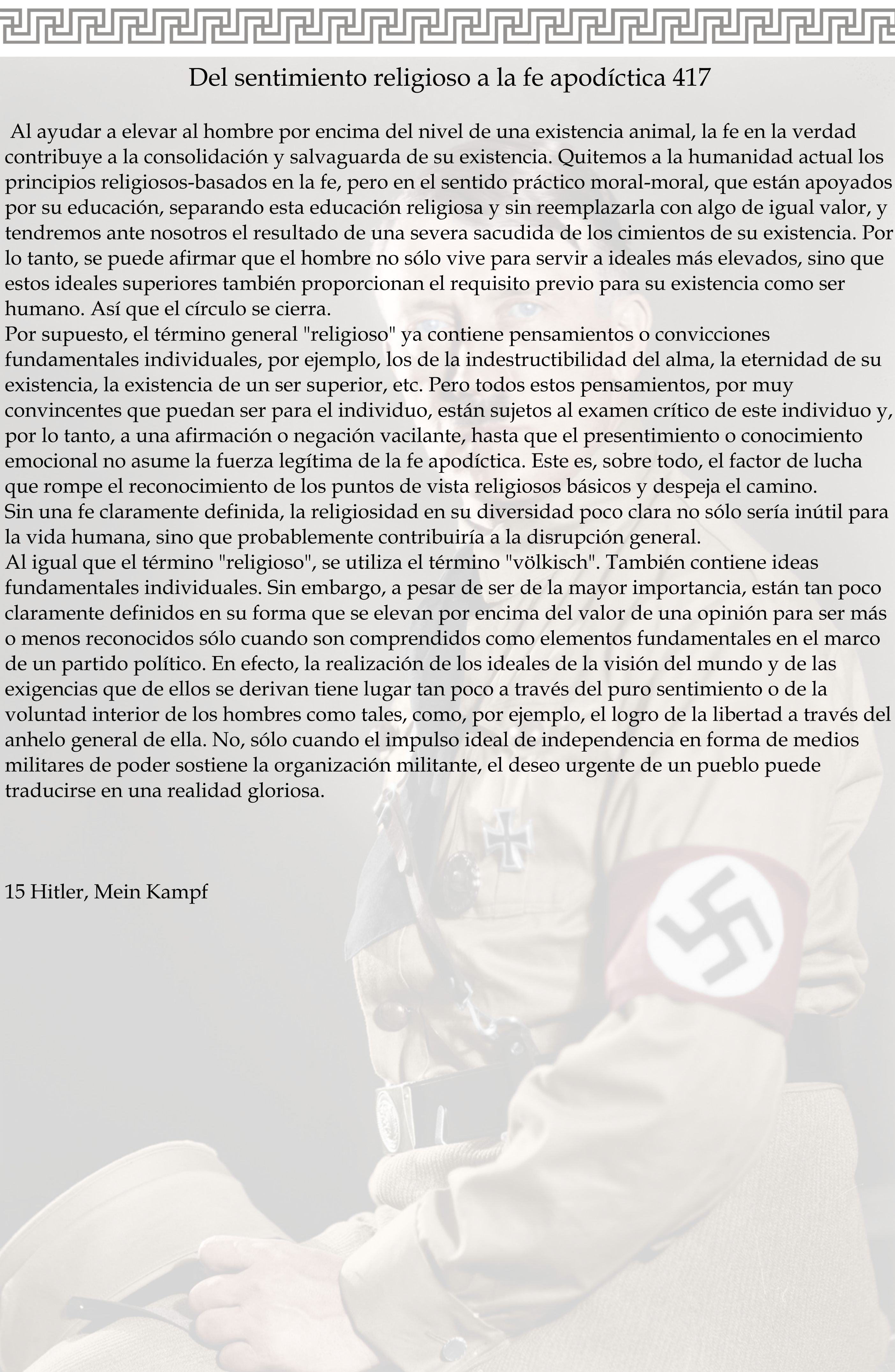
En el primer volumen ya me he ocupado de la palabra "völkisch" en la medida en que tuve que darme cuenta de que esta designación parece ser conceptualmente demasiado limitada para permitir la formación de una comunidad de combate cerrada. Todo tipo de cosas que divergen en todos los aspectos esenciales de sus puntos de vista están actualmente flotando bajo la palabra clave "völkisch". Por lo tanto, antes de pasar a las tareas y objetivos del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, me gustaría hacer una aclaración sobre el término "völkisch" y su relación con el movimiento del partido.



416 El término "völkisch"

El término "völkisch" parece tan poco claro, tan versátil de interpretar y tan ilimitado en su aplicación práctica como, por ejemplo, la palabra "religioso". Es muy difícil imaginar algo completamente preciso bajo esta designación, ni en el sentido de la comprensión mental ni en el efecto práctico. La denominación religiosa sólo se hace comprensible en el momento en que se combina con una forma definida de su efecto. Es una explicación muy bonita, pero por lo general también barata cuando uno describe la naturaleza de una persona como "profundamente religiosa". Es posible que también haya algunos que se sientan satisfechos con una designación tan general, y a quienes incluso sea capaz de transmitir una imagen definida, más o menos nítida, de ese estado de ánimo. Pero como la gran masa no se compone ni de filósofos ni de santos, una idea religiosa tan general no significará generalmente para el individuo más que la liberación de sus pensamientos y acciones individuales, sin conducir, sin embargo, a esa eficacia que nace del anhelo religioso interior en el momento en que se forma una fe claramente definida a partir del mundo puramente metafísico e ilimitado del pensamiento. Ciertamente, este no es el fin en sí mismo, sino sólo un medio para un fin; pero es el medio indispensable para poder alcanzar el fin. Este propósito, sin embargo, no es sólo ideal, sino también eminentemente práctico en última instancia. Del mismo modo que hay que darse cuenta en general de que los ideales más elevados corresponden siempre a la necesidad más profunda de la vida, del mismo modo que la nobleza de la belleza más sublime reside en lo último sólo en lo más lógicamente conveniente.





Del sentimiento religioso a la fe apodíctica 417

Al ayudar a elevar al hombre por encima del nivel de una existencia animal, la fe en la verdad contribuye a la consolidación y salvaguarda de su existencia. Quitemos a la humanidad actual los principios religiosos-basados en la fe, pero en el sentido práctico moral-moral, que están apoyados por su educación, separando esta educación religiosa y sin reemplazarla con algo de igual valor, y tendremos ante nosotros el resultado de una severa sacudida de los cimientos de su existencia. Por lo tanto, se puede afirmar que el hombre no sólo vive para servir a ideales más elevados, sino que estos ideales superiores también proporcionan el requisito previo para su existencia como ser humano. Así que el círculo se cierra.

Por supuesto, el término general "religioso" ya contiene pensamientos o convicciones fundamentales individuales, por ejemplo, los de la indestructibilidad del alma, la eternidad de su existencia, la existencia de un ser superior, etc. Pero todos estos pensamientos, por muy convincentes que puedan ser para el individuo, están sujetos al examen crítico de este individuo y, por lo tanto, a una afirmación o negación vacilante, hasta que el presentimiento o conocimiento emocional no asume la fuerza legítima de la fe apodíctica. Este es, sobre todo, el factor de lucha que rompe el reconocimiento de los puntos de vista religiosos básicos y despeja el camino.

Sin una fe claramente definida, la religiosidad en su diversidad poco clara no sólo sería inútil para la vida humana, sino que probablemente contribuiría a la disrupción general.

Al igual que el término "religioso", se utiliza el término "völkisch". También contiene ideas fundamentales individuales. Sin embargo, a pesar de ser de la mayor importancia, están tan poco claramente definidos en su forma que se elevan por encima del valor de una opinión para ser más o menos reconocidos sólo cuando son comprendidos como elementos fundamentales en el marco de un partido político. En efecto, la realización de los ideales de la visión del mundo y de las exigencias que de ellos se derivan tiene lugar tan poco a través del puro sentimiento o de la voluntad interior de los hombres como tales, como, por ejemplo, el logro de la libertad a través del anhelo general de ella. No, sólo cuando el impulso ideal de independencia en forma de medios militares de poder sostiene la organización militante, el deseo urgente de un pueblo puede traducirse en una realidad gloriosa.

15 Hitler, Mein Kampf

418 Del sentimiento völkisch a la confesión política

Toda concepción del mundo, ya sea mil veces correcta y del mayor beneficio para la humanidad, carecerá de importancia para la organización práctica de la vida de un pueblo, mientras sus principios no se hayan convertido en el estandarte de un movimiento combativo, que a su vez volverá a ser un partido mientras su trabajo no se haya completado en la victoria de sus ideas, y sus dogmas de partido formen los nuevos principios estatales de la comunidad de un solo pueblo. Pero para que una concepción espiritual de carácter general sirva de fundamento para un desarrollo futuro, entonces la primera condición previa es la creación de una claridad absoluta en cuanto a la naturaleza, la naturaleza y el alcance de esta concepción, ya que sólo sobre esta base puede formarse un movimiento que sea capaz de desarrollar la fuerza necesaria para la lucha en la homogeneidad interna de sus convicciones. Un programa político debe ser moldeado a partir de ideas generales, una fe política definida debe ser moldeada a partir de una visión general del mundo. Puesto que su objetivo es ser alcanzable en la práctica, no sólo tendrá que servir a la idea misma, sino que también tendrá que tener en cuenta los medios de lucha que están disponibles y deben ser utilizados para lograr la victoria de esta idea. Una idea espiritual abstractamente correcta, que el programador tiene que proclamar, debe ir unida del conocimiento práctico del político. De este modo, un ideal eterno como estrella guía de la humanidad, desgraciadamente, tiene que resignarse a tener en cuenta las debilidades de esta humanidad para no fracasar desde el principio a causa de la insuficiencia humana general. El conocedor de la psique popular tiene que unirse al investigador de la verdad para sacar del reino de lo eternamente verdadero e ideal lo que es humanamente posible para los pequeños mortales y dejar que tome forma.



Esta transformación de una idea ideal ideológica general de la más alta veracidad en una comunidad política de fe y lucha definidamente limitada, estrechamente organizada, espiritual y voluntariamente unificada, es el logro más significativo, ya que la posibilidad de una victoria de la idea depende únicamente de su feliz solución. Aquí, del ejército de millones de personas que a menudo sospechan estas verdades más o menos clara y definitivamente, y en algunos casos tal vez las comprenden, hay que surgir para formar principios de granito con fuerza apodíctica en el mundo fluctuante de las ideas de las amplias masas y emprender la lucha por su única exactitud hasta que una roca de hierro de fe unificada y solidaridad basada en la voluntad se levante de las ondas de un mundo libre de pensamiento.

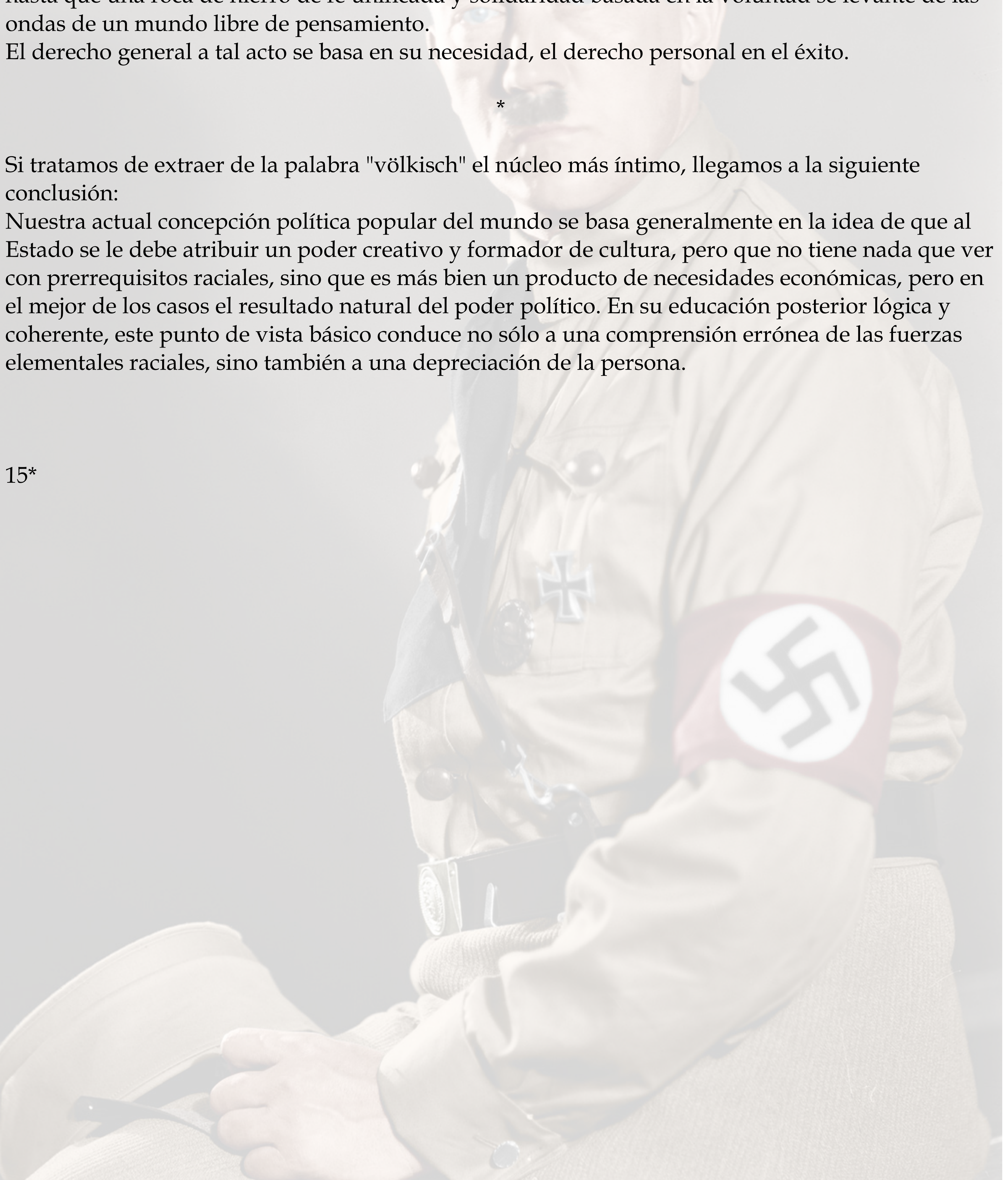
El derecho general a tal acto se basa en su necesidad, el derecho personal en el éxito.

*

Si tratamos de extraer de la palabra "völkisch" el núcleo más íntimo, llegamos a la siguiente conclusión:

Nuestra actual concepción política popular del mundo se basa generalmente en la idea de que al Estado se le debe atribuir un poder creativo y formador de cultura, pero que no tiene nada que ver con prerrequisitos raciales, sino que es más bien un producto de necesidades económicas, pero en el mejor de los casos el resultado natural del poder político. En su educación posterior lógica y coherente, este punto de vista básico conduce no sólo a una comprensión errónea de las fuerzas elementales raciales, sino también a una depreciación de la persona.

15*



420 El marxismo contra la raza y la personalidad

En efecto, la negación de la diversidad de las razas individuales en relación con sus poderes generales formadores de cultura, debe necesariamente trasladar este gran error también al juicio del individuo. La suposición de la semejanza de las razas se convierte entonces en la base de una manera igual de mirar a los pueblos y, más allá, a los pueblos individuales. Por lo tanto, el marxismo internacional en sí mismo no es más que la transferencia por parte del judío Karl Marx de una actitud y una concepción de la visión del mundo que ha existido realmente durante mucho tiempo a la forma de un credo político definido. Sin el trasfondo de tal envenenamiento, que ya está presente en general, el asombroso éxito político de esta doctrina nunca habría sido posible. Karl Marx fue realmente sólo uno de los millones que, con el ojo seguro de un profeta, reconoció las toxinas más esenciales en el pantano de un mundo que se descomponía lentamente, las eliminó para llevarlas, como un artista negro, a una solución concentrada para la destrucción más rápida de la existencia independiente de las naciones libres en esta tierra. Pero todo esto al servicio de su raza.

Así, la doctrina marxista es el extracto espiritual conciso de la visión del mundo que es generalmente válida hoy en día. Sólo por esta razón, cualquier lucha de nuestro llamado mundo burgués contra él es imposible, incluso ridícula, ya que este mundo burgués también está esencialmente impregnado de todas estas sustancias venenosas y rinde homenaje a una visión del mundo que difiere del mundo marxista en general sólo en grados y personas. El mundo burgués es marxista, pero cree en la posibilidad del dominio de ciertos grupos de personas (burguesía), mientras que el marxismo mismo busca sistemáticamente transferir el mundo a las manos del judaísmo.

En contraste, la visión del mundo völkisch reconoce la importancia de la humanidad en sus elementos raciales primordiales.



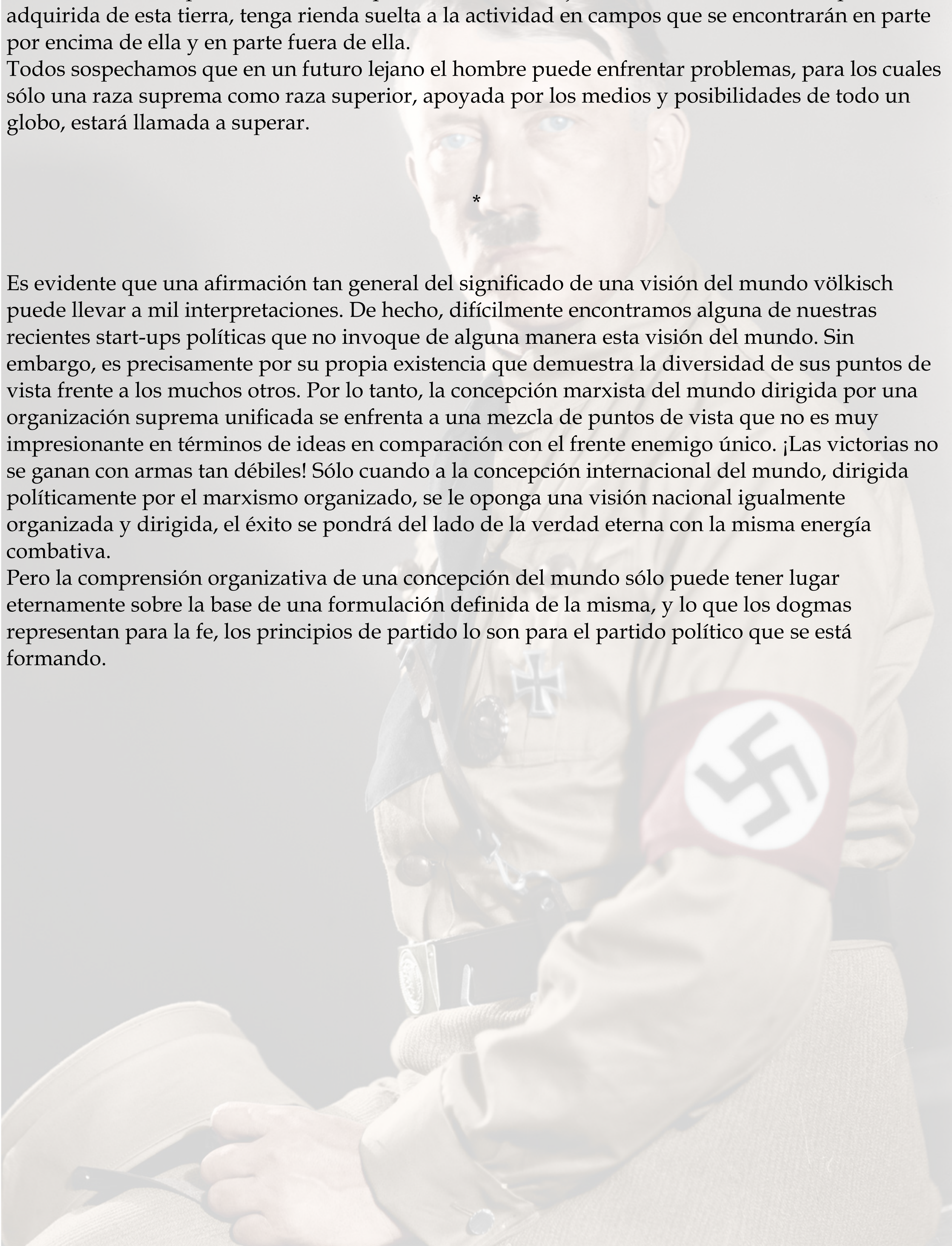
En principio, no ve en el Estado más que un medio para un fin y concibe como fin la conservación de la existencia racial de los hombres. Por lo tanto, no cree en la igualdad de las razas, sino que reconoce con su diferencia también su valor superior o menor, y a través de este conocimiento se siente obligado, de acuerdo con la voluntad eterna que gobierna este universo, a promover la victoria de los mejores y más fuertes, a exigir la subordinación de los peores y más débiles. Al hacerlo, rinde homenaje en principio a la idea aristocrática básica de la naturaleza y cree en la validez de esta ley hasta el último individuo. Ve no sólo el diferente valor de las razas, sino también el diferente valor de los individuos. Para ellos, la significación de la persona emerge de las masas, pero de esta manera tienen un efecto organizativo frente al marxismo desorganizador. Cree en la necesidad de una idealización de la humanidad, ya que sólo ve en ella el requisito previo para la existencia de la humanidad. Pero no puede conceder a una idea ética el derecho a existir si esta idea representa un peligro para la vida racial de los portadores de una ética superior; Porque en un mundo bastardo y negado, todos los conceptos de lo humanamente bello y sublime, así como todas las ideas de un futuro idealizado de nuestra humanidad, se perderían para siempre.

La cultura y la civilización humanas en este continente están inseparablemente ligadas a la existencia del ario. Su extinción o extinción bajará una vez más los velos oscuros de una era sin cultura en este globo.

Pero el socavamiento de la existencia de la cultura humana mediante la destrucción de su portador parece ser a los ojos de una visión popular del mundo el crimen más maldito. Quien se atreve a poner su mano sobre la imagen más alta del Señor, transgrede al benevolente Creador de este milagro y ayuda en la expulsión del paraíso.



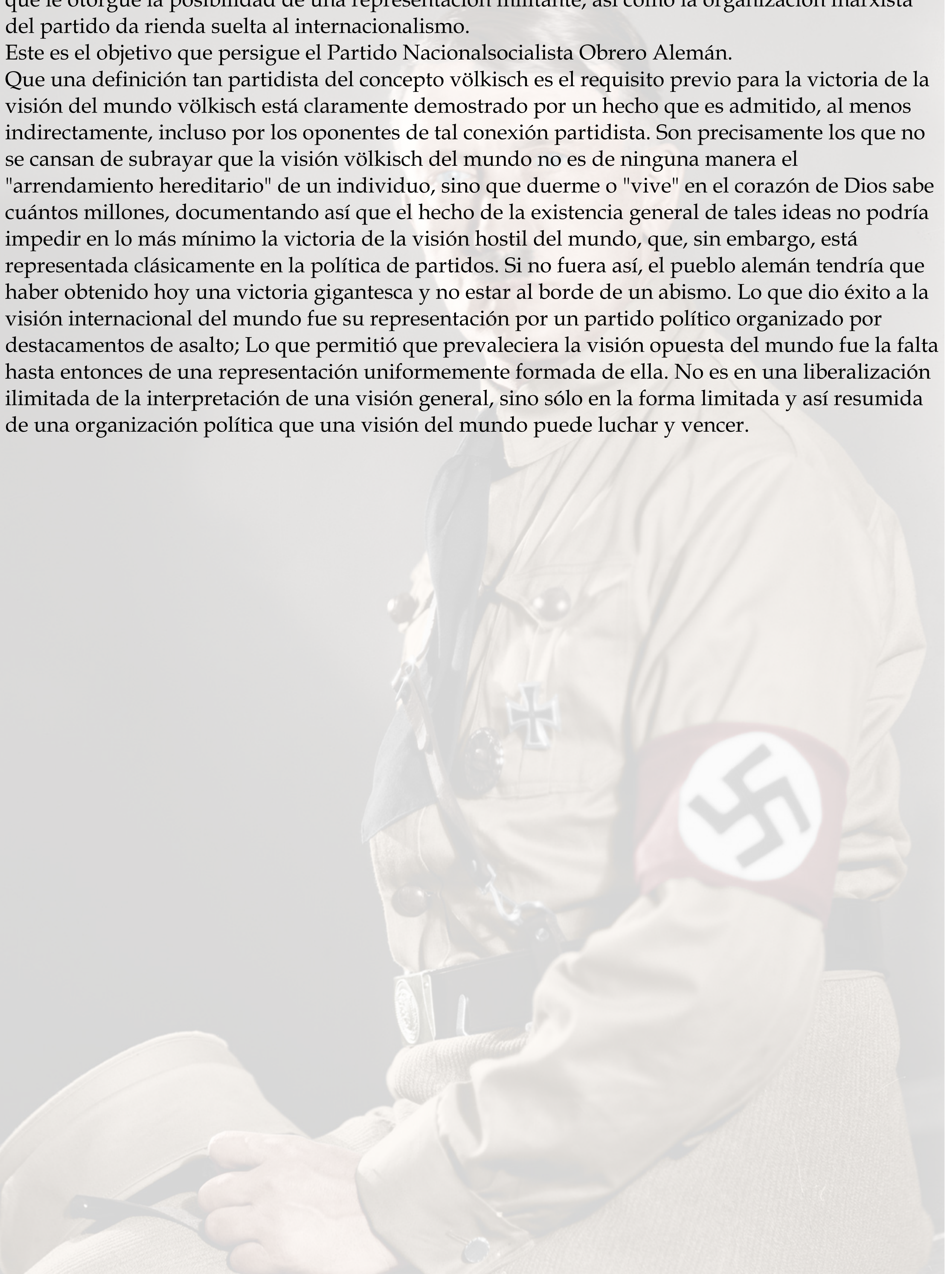
422 Exigencia del libre juego de fuerzas



De este modo, la concepción popular del mundo corresponde a la volición más íntima de la naturaleza, ya que restablece el libre juego de las fuerzas que debe conducir a una reproducción mutua ascendente permanente, hasta que finalmente la mejor humanidad, mediante la posesión adquirida de esta tierra, tenga rienda suelta a la actividad en campos que se encontrarán en parte por encima de ella y en parte fuera de ella.
Todos sospechamos que en un futuro lejano el hombre puede enfrentar problemas, para los cuales sólo una raza suprema como raza superior, apoyada por los medios y posibilidades de todo un globo, estará llamada a superar.

*

Es evidente que una afirmación tan general del significado de una visión del mundo völkisch puede llevar a mil interpretaciones. De hecho, difícilmente encontramos alguna de nuestras recientes start-ups políticas que no invoque de alguna manera esta visión del mundo. Sin embargo, es precisamente por su propia existencia que demuestra la diversidad de sus puntos de vista frente a los muchos otros. Por lo tanto, la concepción marxista del mundo dirigida por una organización suprema unificada se enfrenta a una mezcla de puntos de vista que no es muy impresionante en términos de ideas en comparación con el frente enemigo único. ¡Las victorias no se ganan con armas tan débiles! Sólo cuando a la concepción internacional del mundo, dirigida políticamente por el marxismo organizado, se le oponga una visión nacional igualmente organizada y dirigida, el éxito se pondrá del lado de la verdad eterna con la misma energía combativa.
Pero la comprensión organizativa de una concepción del mundo sólo puede tener lugar eternamente sobre la base de una formulación definida de la misma, y lo que los dogmas representan para la fe, los principios de partido lo son para el partido político que se está formando.

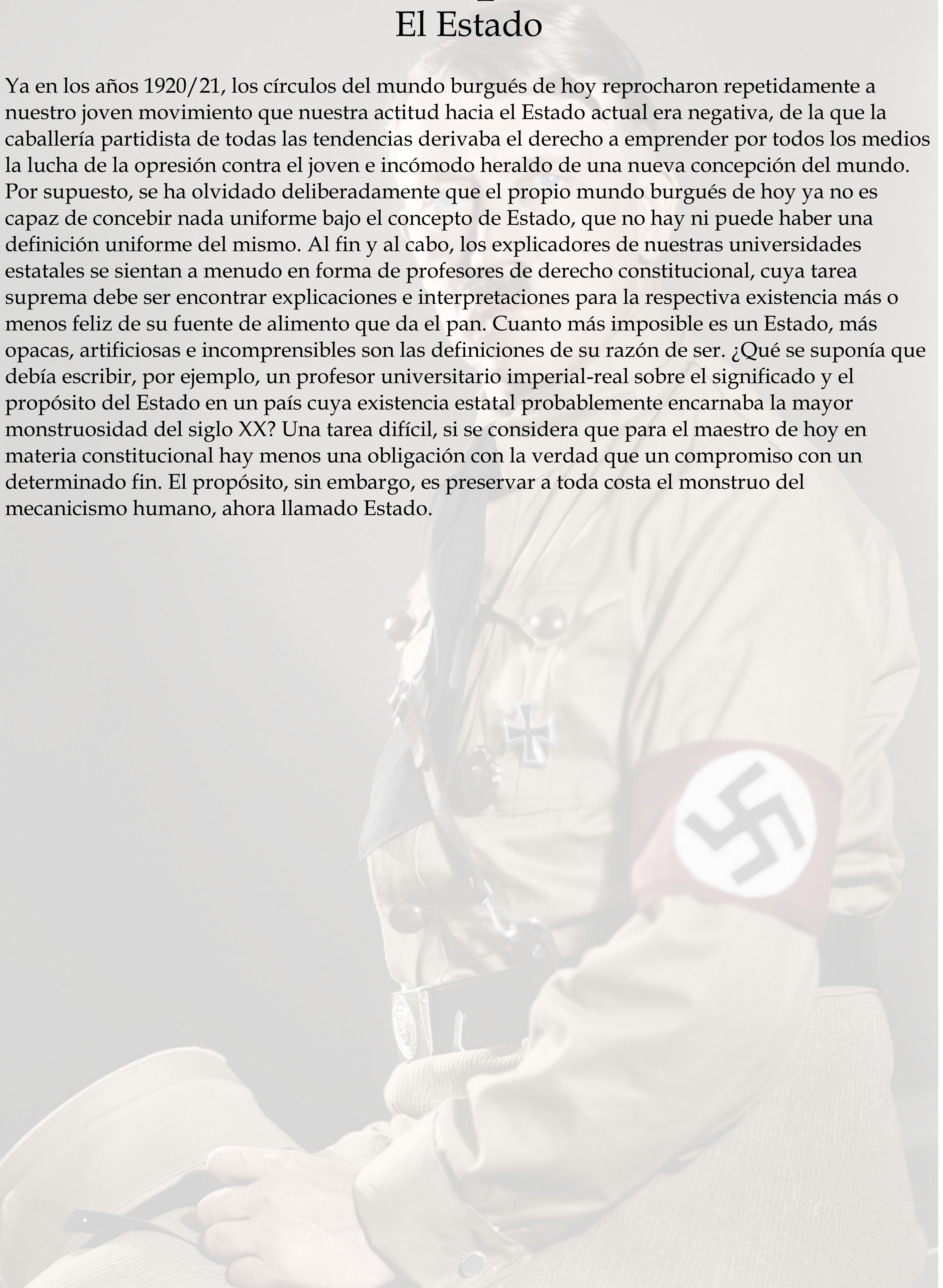


Resumen del partido 423

De esta manera, por lo tanto, se debe crear un instrumento para la visión nacionalista del mundo que le otorgue la posibilidad de una representación militante, así como la organización marxista del partido da rienda suelta al internacionalismo.
Este es el objetivo que persigue el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán.
Que una definición tan partidista del concepto völkisch es el requisito previo para la victoria de la visión del mundo völkisch está claramente demostrado por un hecho que es admitido, al menos indirectamente, incluso por los oponentes de tal conexión partidista. Son precisamente los que no se cansan de subrayar que la visión völkisch del mundo no es de ninguna manera el "arrendamiento hereditario" de un individuo, sino que duerme o "vive" en el corazón de Dios sabe cuántos millones, documentando así que el hecho de la existencia general de tales ideas no podría impedir en lo más mínimo la victoria de la visión hostil del mundo, que, sin embargo, está representada clásicamente en la política de partidos. Si no fuera así, el pueblo alemán tendría que haber obtenido hoy una victoria gigantesca y no estar al borde de un abismo. Lo que dio éxito a la visión internacional del mundo fue su representación por un partido político organizado por destacamentos de asalto; Lo que permitió que prevaleciera la visión opuesta del mundo fue la falta hasta entonces de una representación uniformemente formada de ella. No es en una liberalización ilimitada de la interpretación de una visión general, sino sólo en la forma limitada y así resumida de una organización política que una visión del mundo puede luchar y vencer.

Es por eso que vi mi propia tarea especialmente en extraer del material extenso e informe de una visión general del mundo esas ideas centrales y moldearlas en formas más o menos dogmáticas que, en sus claras limitaciones, son adecuadas para unir a las personas que se comprometen con ellas. En otras palabras, el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán se hace cargo de los rasgos esenciales de la idea básica de una concepción general völkisch del mundo, formando a partir de ellos, teniendo en cuenta la realidad práctica, el tiempo y el material humano disponible, así como sus debilidades, un credo político, que a su vez cumple ahora el requisito previo para la estricta reunión organizativa de grandes masas de personas así posibilitada. lucha victoriosa a través de esta visión del mundo misma.

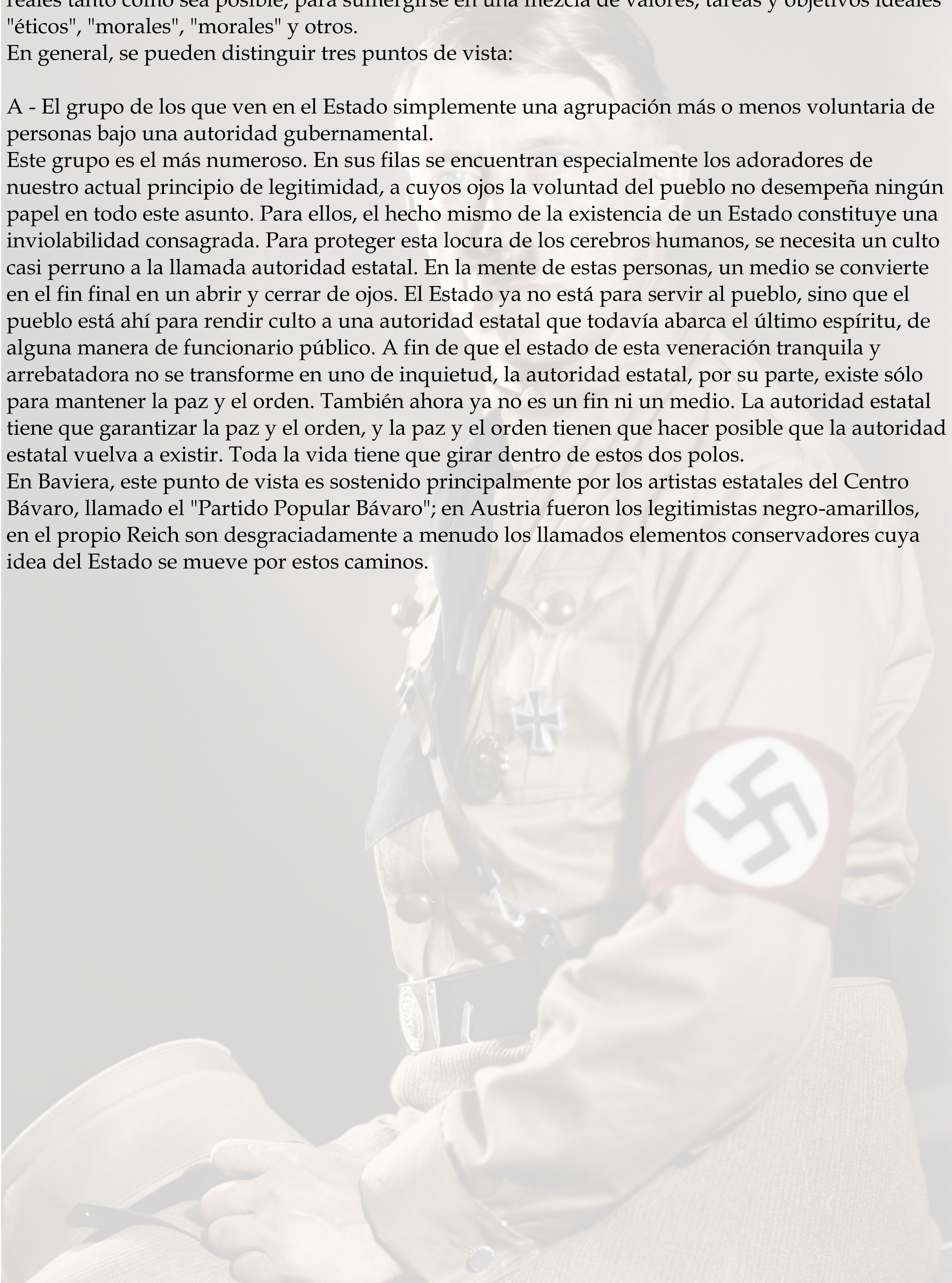




2. Kapitel

El Estado

Ya en los años 1920/21, los círculos del mundo burgués de hoy reprocharon repetidamente a nuestro joven movimiento que nuestra actitud hacia el Estado actual era negativa, de la que la caballería partidista de todas las tendencias derivaba el derecho a emprender por todos los medios la lucha de la opresión contra el joven e incómodo heraldo de una nueva concepción del mundo. Por supuesto, se ha olvidado deliberadamente que el propio mundo burgués de hoy ya no es capaz de concebir nada uniforme bajo el concepto de Estado, que no hay ni puede haber una definición uniforme del mismo. Al fin y al cabo, los explicadores de nuestras universidades estatales se sientan a menudo en forma de profesores de derecho constitucional, cuya tarea suprema debe ser encontrar explicaciones e interpretaciones para la respectiva existencia más o menos feliz de su fuente de alimento que da el pan. Cuanto más imposible es un Estado, más opacas, artificiosas e incomprensibles son las definiciones de su razón de ser. ¿Qué se suponía que debía escribir, por ejemplo, un profesor universitario imperial-real sobre el significado y el propósito del Estado en un país cuya existencia estatal probablemente encarnaba la mayor monstruosidad del siglo XX? Una tarea difícil, si se considera que para el maestro de hoy en materia constitucional hay menos una obligación con la verdad que un compromiso con un determinado fin. El propósito, sin embargo, es preservar a toda costa el monstruo del mecanicismo humano, ahora llamado Estado.

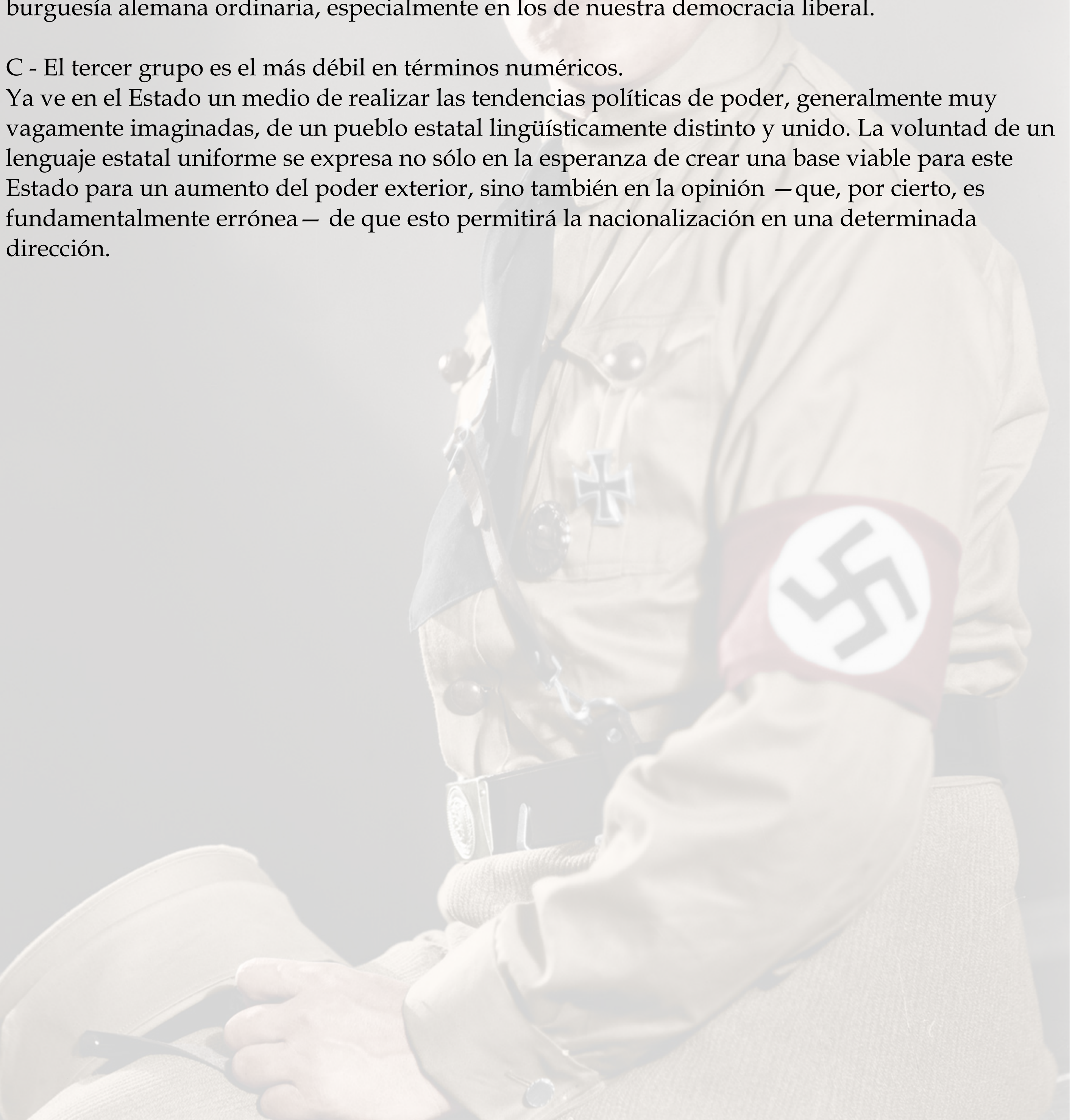


Por lo tanto, no es sorprendente que en la discusión de este problema se eviten los puntos de vista reales tanto como sea posible, para sumergirse en una mezcla de valores, tareas y objetivos ideales "éticos", "morales", "morales" y otros.
En general, se pueden distinguir tres puntos de vista:

A - El grupo de los que ven en el Estado simplemente una agrupación más o menos voluntaria de personas bajo una autoridad gubernamental.
Este grupo es el más numeroso. En sus filas se encuentran especialmente los adoradores de nuestro actual principio de legitimidad, a cuyos ojos la voluntad del pueblo no desempeña ningún papel en todo este asunto. Para ellos, el hecho mismo de la existencia de un Estado constituye una inviolabilidad consagrada. Para proteger esta locura de los cerebros humanos, se necesita un culto casi perruno a la llamada autoridad estatal. En la mente de estas personas, un medio se convierte en el fin final en un abrir y cerrar de ojos. El Estado ya no está para servir al pueblo, sino que el pueblo está ahí para rendir culto a una autoridad estatal que todavía abarca el último espíritu, de alguna manera de funcionario público. A fin de que el estado de esta veneración tranquila y arrebatadora no se transforme en uno de inquietud, la autoridad estatal, por su parte, existe sólo para mantener la paz y el orden. También ahora ya no es un fin ni un medio. La autoridad estatal tiene que garantizar la paz y el orden, y la paz y el orden tienen que hacer posible que la autoridad estatal vuelva a existir. Toda la vida tiene que girar dentro de estos dos polos.
En Baviera, este punto de vista es sostenido principalmente por los artistas estatales del Centro Bávaro, llamado el "Partido Popular Bávaro"; en Austria fueron los legitimistas negro-amarillos, en el propio Reich son desgraciadamente a menudo los llamados elementos conservadores cuya idea del Estado se mueve por estos caminos.

B - El segundo grupo de personas es algo menor en número, ya que aquellos que imponen al menos algunas condiciones a la existencia de un Estado deben contarse entre ellos. Quieren no sólo la misma administración, sino también, si es posible, el mismo idioma, aunque sólo sea desde un punto de vista administrativo general. La autoridad estatal ya no es el fin único y exclusivo del Estado, sino que se añade la promoción del bienestar de los súbditos. Las ideas de "libertad", y en su mayor parte de tipo mal entendido, se insertan en la concepción del Estado en estos círculos. La forma de gobierno ya no parece inviolable por el hecho mismo de su existencia, sino que se comprueba su conveniencia. La sacralidad de la vejez no protege contra la crítica del presente. Dicho sea de paso, es un punto de vista que espera que el Estado, ante todo, moldee la vida económica del individuo de una manera favorable y que, por lo tanto, juzga desde un punto de vista práctico y de acuerdo con las concepciones económicas generales de la rentabilidad. Los principales representantes de estos puntos de vista se encuentran en los círculos de nuestra burguesía alemana ordinaria, especialmente en los de nuestra democracia liberal.

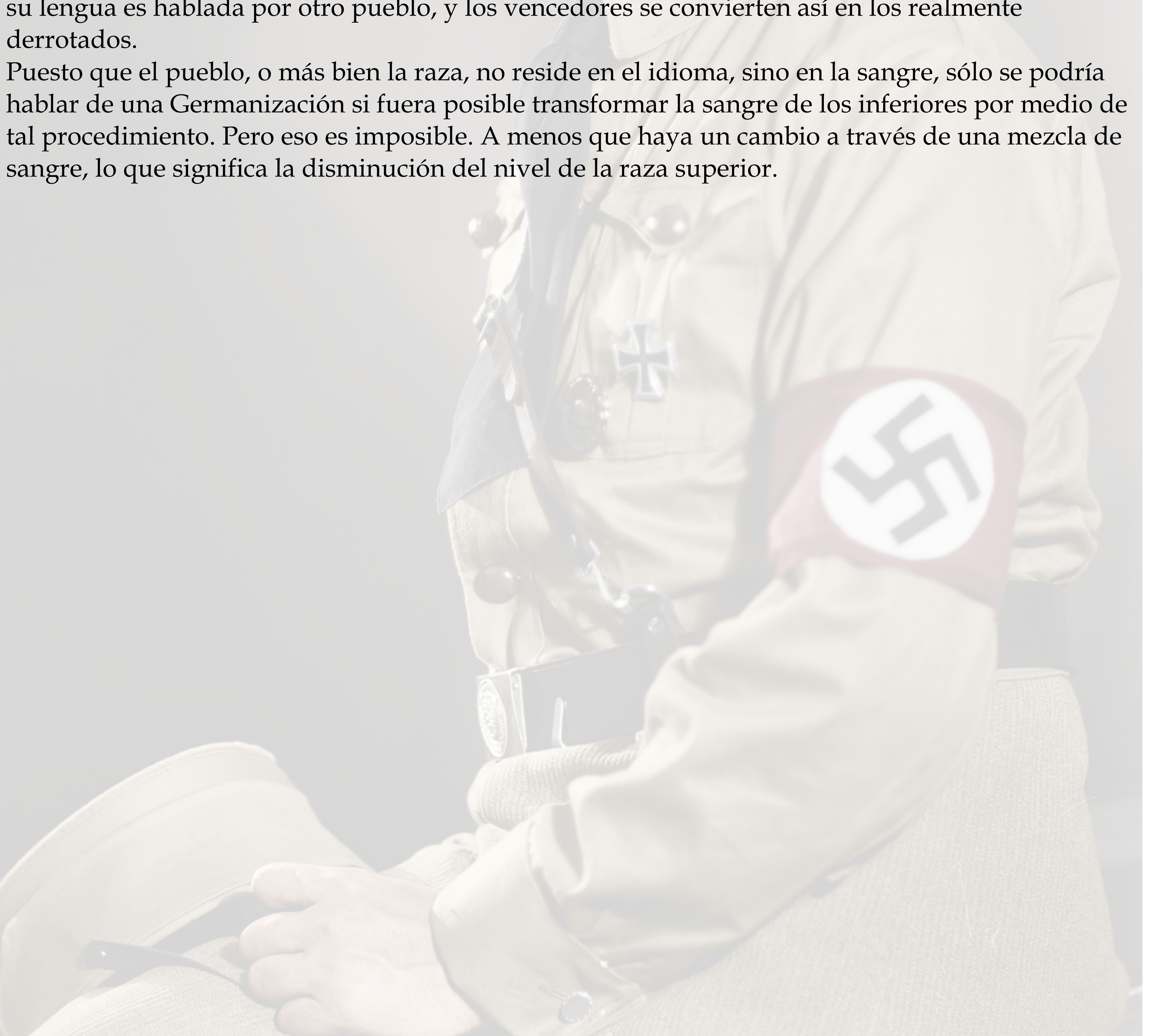
C - El tercer grupo es el más débil en términos numéricos.
Ya ve en el Estado un medio de realizar las tendencias políticas de poder, generalmente muy vagamente imaginadas, de un pueblo estatal lingüísticamente distinto y unido. La voluntad de un lenguaje estatal uniforme se expresa no sólo en la esperanza de crear una base viable para este Estado para un aumento del poder exterior, sino también en la opinión —que, por cierto, es fundamentalmente errónea— de que esto permitirá la nacionalización en una determinada dirección.

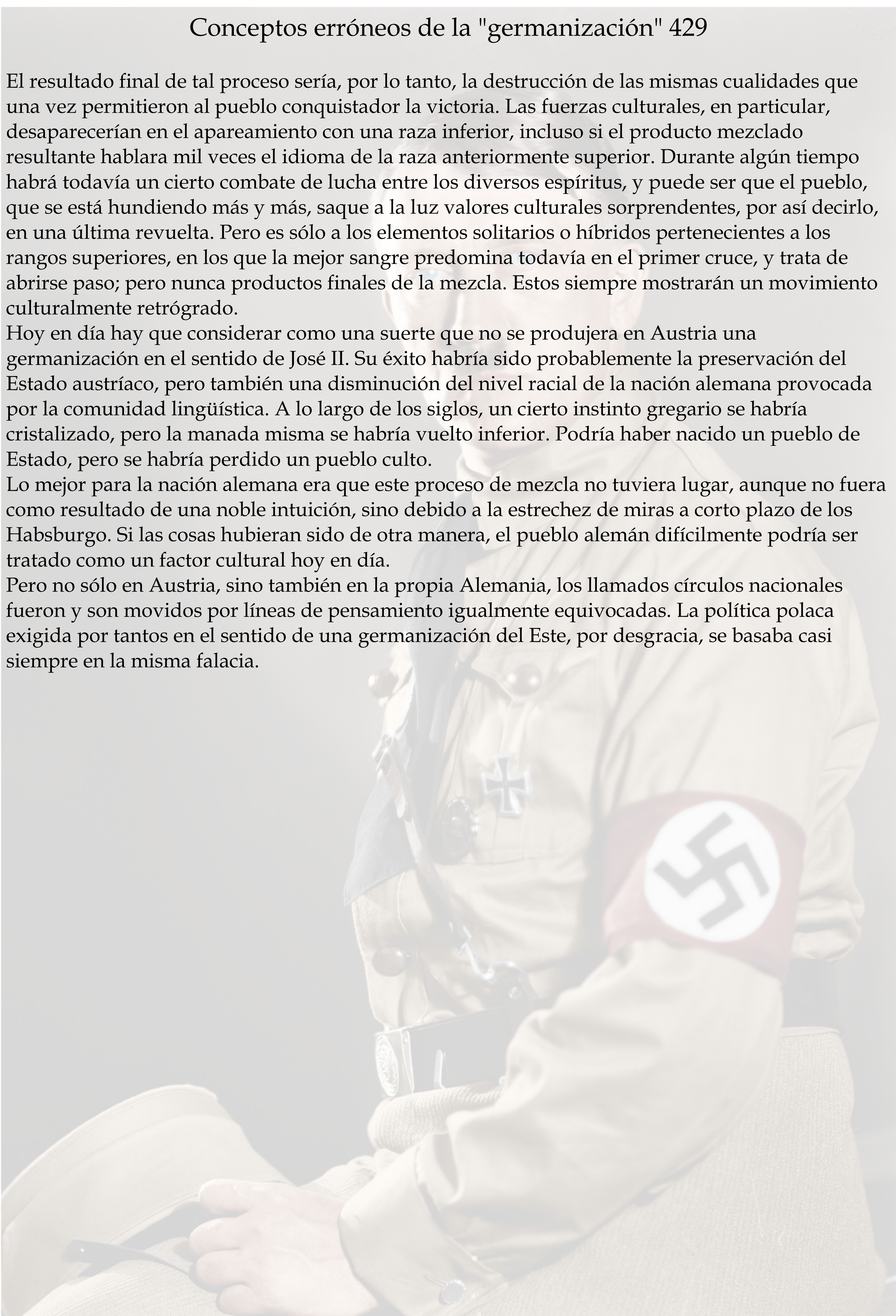


428 Conceptos erróneos de la "germanización"

En los últimos cien años ha sido una verdadera lástima ver cómo se jugaba con la palabra "germanizar" en estos círculos, a veces con la mejor de las fes. Yo mismo todavía recuerdo cómo, en mi juventud, este mismo término me llevó a ideas increíblemente equivocadas. Incluso en todos los círculos alemanes se podía oír la opinión de que el germanismo austríaco podía muy bien tener éxito en germanizar el eslavismo austríaco con el apoyo del gobierno, aunque no estaba en absoluto claro que la germanización sólo podía llevarse a cabo sobre el terreno y nunca sobre los seres humanos. Porque lo que generalmente se entendía por esta palabra no era más que la aceptación externa forzada de la lengua alemana. Pero es un error de pensamiento inconcebible creer que, por ejemplo, un negro o un chino se convierten en alemanes porque aprenden alemán y están dispuestos a hablar el idioma alemán en el futuro y a dar su voto a un partido político alemán. Que toda germanización de este tipo sea en realidad una desgermanización nunca ha estado claro para nuestro mundo nacional burgués. En efecto, si hoy, mediante la imposición de una lengua general, se superan y finalmente se difuminan las diferencias entre los diferentes pueblos, que antes eran visiblemente evidentes, esto significa el comienzo de una bastardización, y por lo tanto, en nuestro caso, no una germanización, sino una aniquilación del elemento germánico. Sucede con demasiada frecuencia en la historia que los medios externos de poder de un pueblo conquistador logran imponer su lengua a los oprimidos, pero que después de mil años su lengua es hablada por otro pueblo, y los vencedores se convierten así en los realmente derrotados.

Puesto que el pueblo, o más bien la raza, no reside en el idioma, sino en la sangre, sólo se podría hablar de una Germanización si fuera posible transformar la sangre de los inferiores por medio de tal procedimiento. Pero eso es imposible. A menos que haya un cambio a través de una mezcla de sangre, lo que significa la disminución del nivel de la raza superior.





El resultado final de tal proceso sería, por lo tanto, la destrucción de las mismas cualidades que una vez permitieron al pueblo conquistador la victoria. Las fuerzas culturales, en particular, desaparecerían en el apareamiento con una raza inferior, incluso si el producto mezclado resultante hablara mil veces el idioma de la raza anteriormente superior. Durante algún tiempo habrá todavía un cierto combate de lucha entre los diversos espíritus, y puede ser que el pueblo, que se está hundiendo más y más, saque a la luz valores culturales sorprendentes, por así decirlo, en una última revuelta. Pero es sólo a los elementos solitarios o híbridos pertenecientes a los rangos superiores, en los que la mejor sangre predomina todavía en el primer cruce, y trata de abrirse paso; pero nunca productos finales de la mezcla. Estos siempre mostrarán un movimiento culturalmente retrógrado.
Hoy en día hay que considerar como una suerte que no se produjera en Austria una germanización en el sentido de José II. Su éxito habría sido probablemente la preservación del Estado austríaco, pero también una disminución del nivel racial de la nación alemana provocada por la comunidad lingüística. A lo largo de los siglos, un cierto instinto gregario se habría cristalizado, pero la manada misma se habría vuelto inferior. Podría haber nacido un pueblo de Estado, pero se habría perdido un pueblo culto.
Lo mejor para la nación alemana era que este proceso de mezcla no tuviera lugar, aunque no fuera como resultado de una noble intuición, sino debido a la estrechez de miras a corto plazo de los Habsburgo. Si las cosas hubieran sido de otra manera, el pueblo alemán difícilmente podría ser tratado como un factor cultural hoy en día.
Pero no sólo en Austria, sino también en la propia Alemania, los llamados círculos nacionales fueron y son movidos por líneas de pensamiento igualmente equivocadas. La política polaca exigida por tantos en el sentido de una germanización del Este, por desgracia, se basaba casi siempre en la misma falacia.

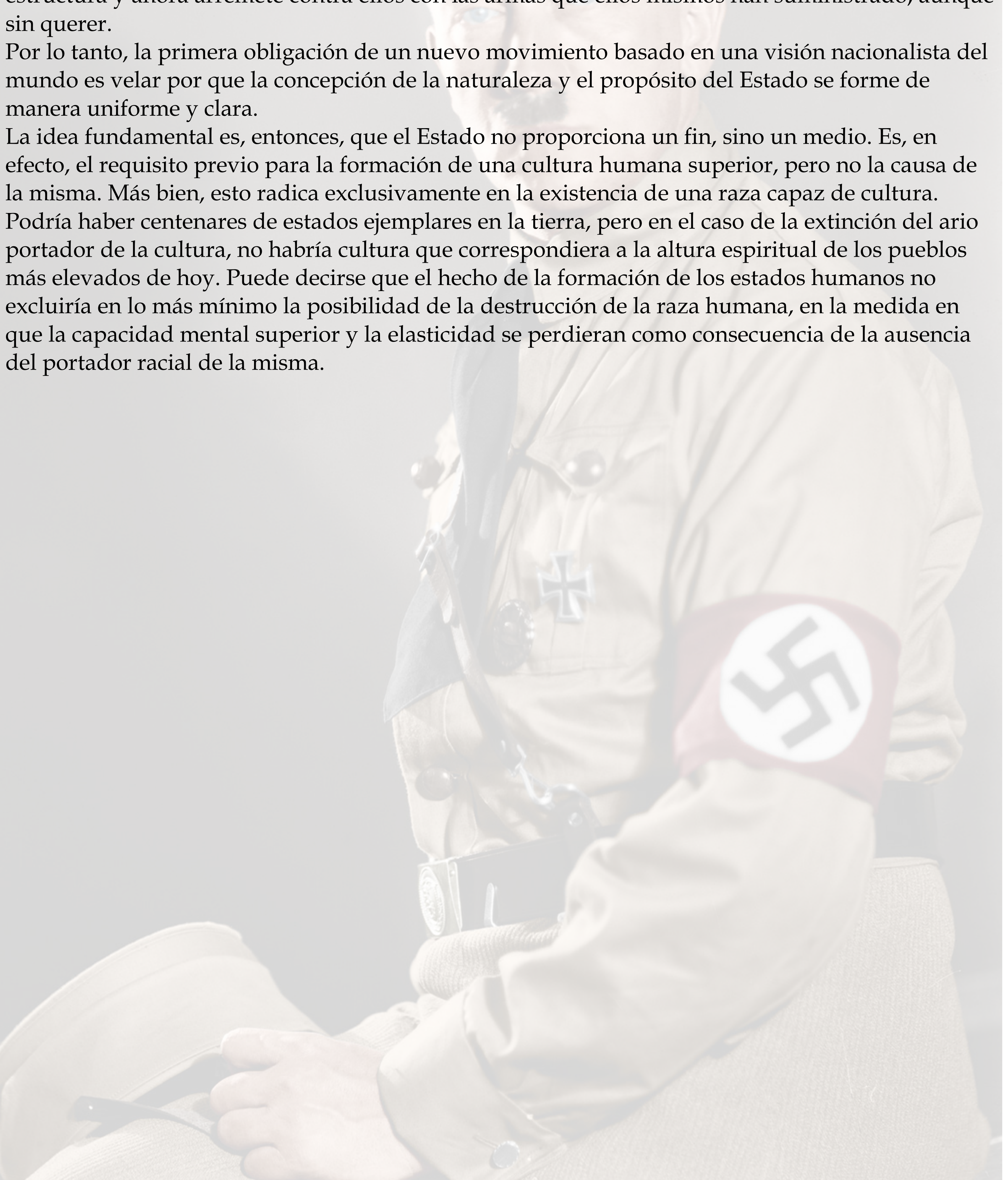
430 Sólo el suelo debe ser germanizado

También en este caso se creía que una germanización del elemento polaco podía producirse mediante una germanización puramente lingüística del mismo. También en este caso el resultado habría sido desafortunado: un pueblo de raza extranjera expresando sus pensamientos extranjeros en el idioma alemán, comprometiendo la elevación y la dignidad de nuestra propia nacionalidad con su propia inferioridad.
¡Cuán espantoso es el daño que se inflige indirectamente a nuestra germanidad por el hecho de que el judaísmo alemán se escriba por nuestra cuenta alemana cuando pisa suelo estadounidense como resultado de la ignorancia de muchos estadounidenses! Pero a nadie se le ocurrirá ver en el hecho puramente externo que esta migración plagada de piojos de los pueblos del Este habla mayoritariamente alemán como prueba de su ascendencia y etnia alemana.
Lo que se germanizó útilmente en la historia fue la tierra que nuestros antepasados adquirieron con la espada y se asentaron con agricultores alemanes. En la medida en que suministraron sangre extranjera a nuestro cuerpo nacional, contribuyeron a esa desafortunada fragmentación de nuestro ser interior que tiene un efecto en el superindividualismo alemán, desgraciadamente a menudo incluso alabado.
También en este tercer grupo se considera el Estado, en cierto sentido, como un fin en sí mismo, y la conservación del Estado es, por tanto, la tarea más elevada de la existencia humana.
En resumen, se puede afirmar que todos estos puntos de vista no tienen sus raíces más profundas en el reconocimiento de que las fuerzas de la cultura y la formación de valores se basan esencialmente en elementos raciales y que, por lo tanto, el Estado debe considerar como su tarea suprema la preservación y el mejoramiento de la raza, esta condición básica de todo desarrollo cultural humano.



El Estado no es un fin en sí mismo 431

La conclusión final de estas concepciones y puntos de vista erróneos sobre la naturaleza y el propósito de un Estado podría ser extraída por el judío Marx: al separar el concepto de Estado de las obligaciones raciales, sin poder llegar a ninguna otra formulación igualmente reconocida, el mundo burgués mismo allanó el camino para una doctrina que niega el Estado como tal.
Por lo tanto, sólo en esta esfera, la lucha del mundo burgués contra la Internacional marxista debe fracasar de plano. Hace tiempo que sacrificó los cimientos, que serían indispensables para sostener su propio mundo de ideas. Su astuto oponente ha reconocido las debilidades de su propia estructura y ahora arremete contra ellos con las armas que ellos mismos han suministrado, aunque sin querer.
Por lo tanto, la primera obligación de un nuevo movimiento basado en una visión nacionalista del mundo es velar por que la concepción de la naturaleza y el propósito del Estado se forme de manera uniforme y clara.
La idea fundamental es, entonces, que el Estado no proporciona un fin, sino un medio. Es, en efecto, el requisito previo para la formación de una cultura humana superior, pero no la causa de la misma. Más bien, esto radica exclusivamente en la existencia de una raza capaz de cultura. Podría haber centenares de estados ejemplares en la tierra, pero en el caso de la extinción del ario portador de la cultura, no habría cultura que correspondiera a la altura espiritual de los pueblos más elevados de hoy. Puede decirse que el hecho de la formación de los estados humanos no excluiría en lo más mínimo la posibilidad de la destrucción de la raza humana, en la medida en que la capacidad mental superior y la elasticidad se perdieran como consecuencia de la ausencia del portador racial de la misma.

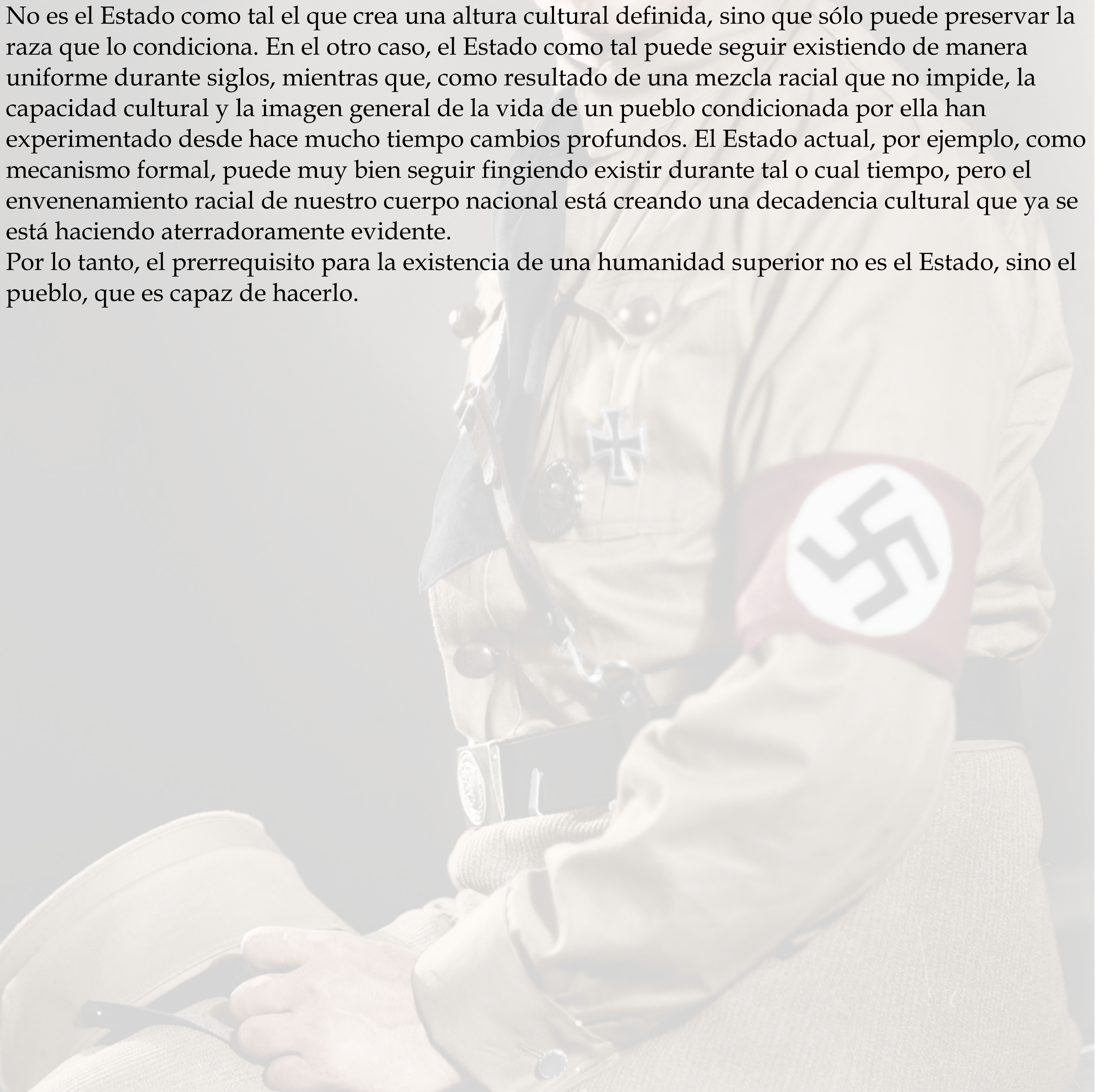


432 La estatura cultural está determinada por la raza

Si, por ejemplo, la superficie de la tierra fuera perturbada hoy por algún evento tectónico, y un nuevo Himalaya se levantara de las aguas del océano, la cultura sería destruida en una sola catástrofe cruel de la humanidad. Ya no existiría ningún Estado, se disolverían los lazos de todo orden, se romperían los documentos de un desarrollo milenario, un solo gran campo de cadáveres inundados de agua y lodo. Pero si sólo unas pocas personas de cierta raza culturalmente capaz hubieran sobrevivido a este caos de horror, la tierra volvería a recibir testimonios de poder humano y creativo después de que se haya calmado, incluso si se hubiera calmado. Sólo la destrucción de la última raza capaz de cultura y de sus portadores individuales desolaría finalmente la tierra. A la inversa, nosotros mismos vemos en los ejemplos del presente que las formaciones estatales en sus comienzos tribales no son capaces de salvarlos de la extinción debido a la falta de genio de sus portadores raciales. Así como las grandes especies animales de la antigüedad tuvieron que ceder el paso a otras y perecieron por completo, así también el hombre debe ceder si le falta un cierto poder espiritual que es el único que le permite encontrar las armas necesarias para su propia conservación.

No es el Estado como tal el que crea una altura cultural definida, sino que sólo puede preservar la raza que lo condiciona. En el otro caso, el Estado como tal puede seguir existiendo de manera uniforme durante siglos, mientras que, como resultado de una mezcla racial que no impide, la capacidad cultural y la imagen general de la vida de un pueblo condicionada por ella han experimentado desde hace mucho tiempo cambios profundos. El Estado actual, por ejemplo, como mecanismo formal, puede muy bien seguir fingiendo existir durante tal o cual tiempo, pero el envenenamiento racial de nuestro cuerpo nacional está creando una decadencia cultural que ya se está haciendo aterradoramente evidente.

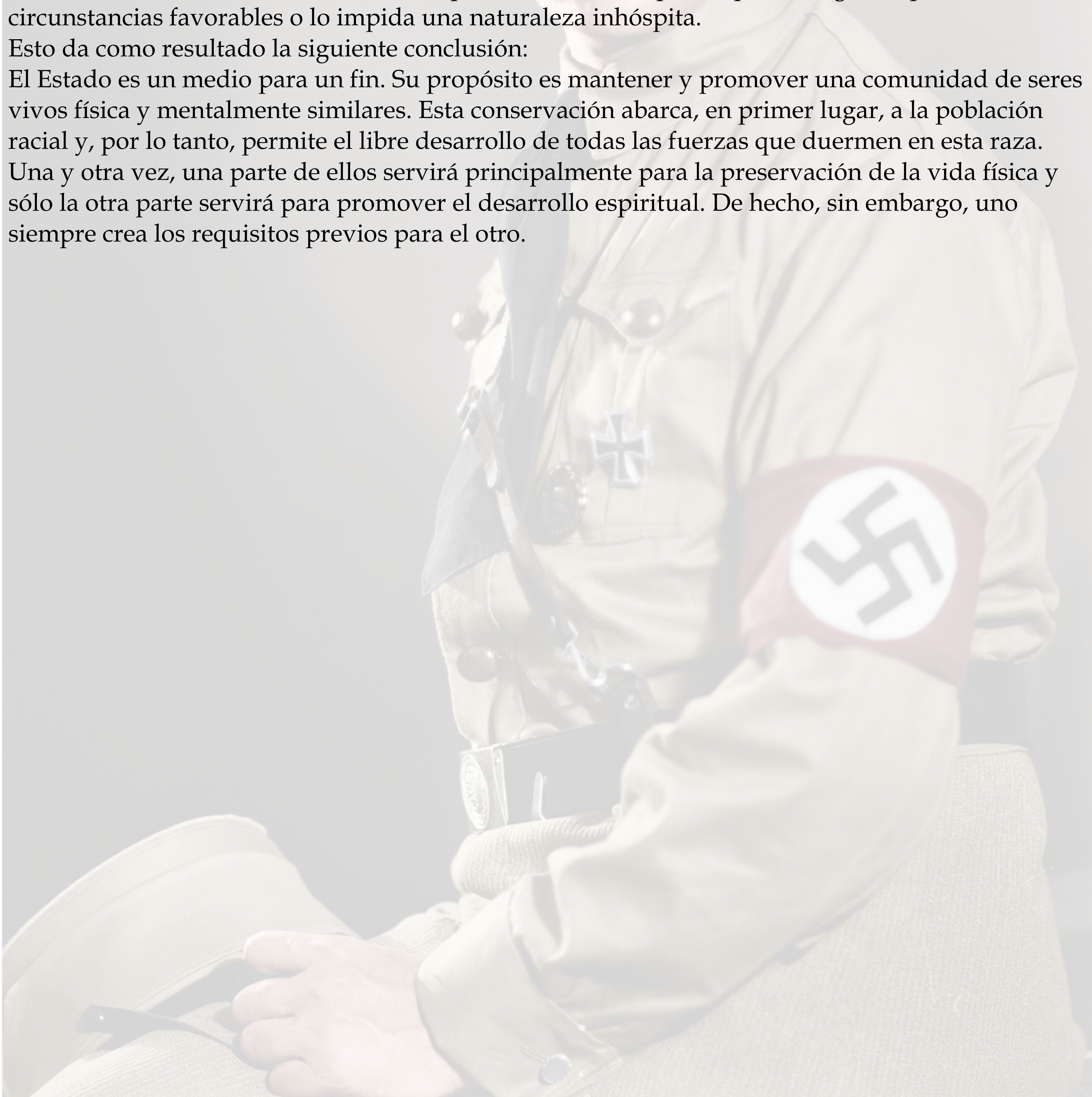
Por lo tanto, el prerrequisito para la existencia de una humanidad superior no es el Estado, sino el pueblo, que es capaz de hacerlo.



Esta capacidad siempre estará presente en principio y sólo debe ser despertada con efecto práctico por ciertas condiciones externas. Las naciones, o más bien las razas, cultural y creativamente dotadas, llevan latente en sí estas utilidades, aunque por el momento las circunstancias externas desfavorables no permitan la realización de estos talentos. Por lo tanto, también es un absurdo increíble retratar a las tribus germánicas del período precristiano como "incultas", como bárbaras. Nunca lo fueron. Sólo la dureza de su tierra nórdica la obligó a vivir en condiciones que dificultaban el desarrollo de sus facultades creativas. Si, sin ningún mundo antiguo, hubieran llegado a las regiones más favorables del sur y hubieran recibido las primeras ayudas técnicas en el material de los pueblos inferiores, la facultad formadora de la cultura que dormitaba en ellos habría crecido hasta alcanzar la flor más luminosa, como sucedió, por ejemplo, con los helenos. Pero esta fuerza elemental creadora de cultura no surge únicamente de su clima nórdico. Los lapones, traídos al sur, tendrían tan poco efecto formador de cultura como, por ejemplo, los esquimales. No, esta magnífica habilidad creadoramente formativa se concede al ario, ya sea que la lleve dentro de sí mientras duerme o que la dé a la vida que despierta, según lo permitan las circunstancias favorables o lo impida una naturaleza inhóspita.

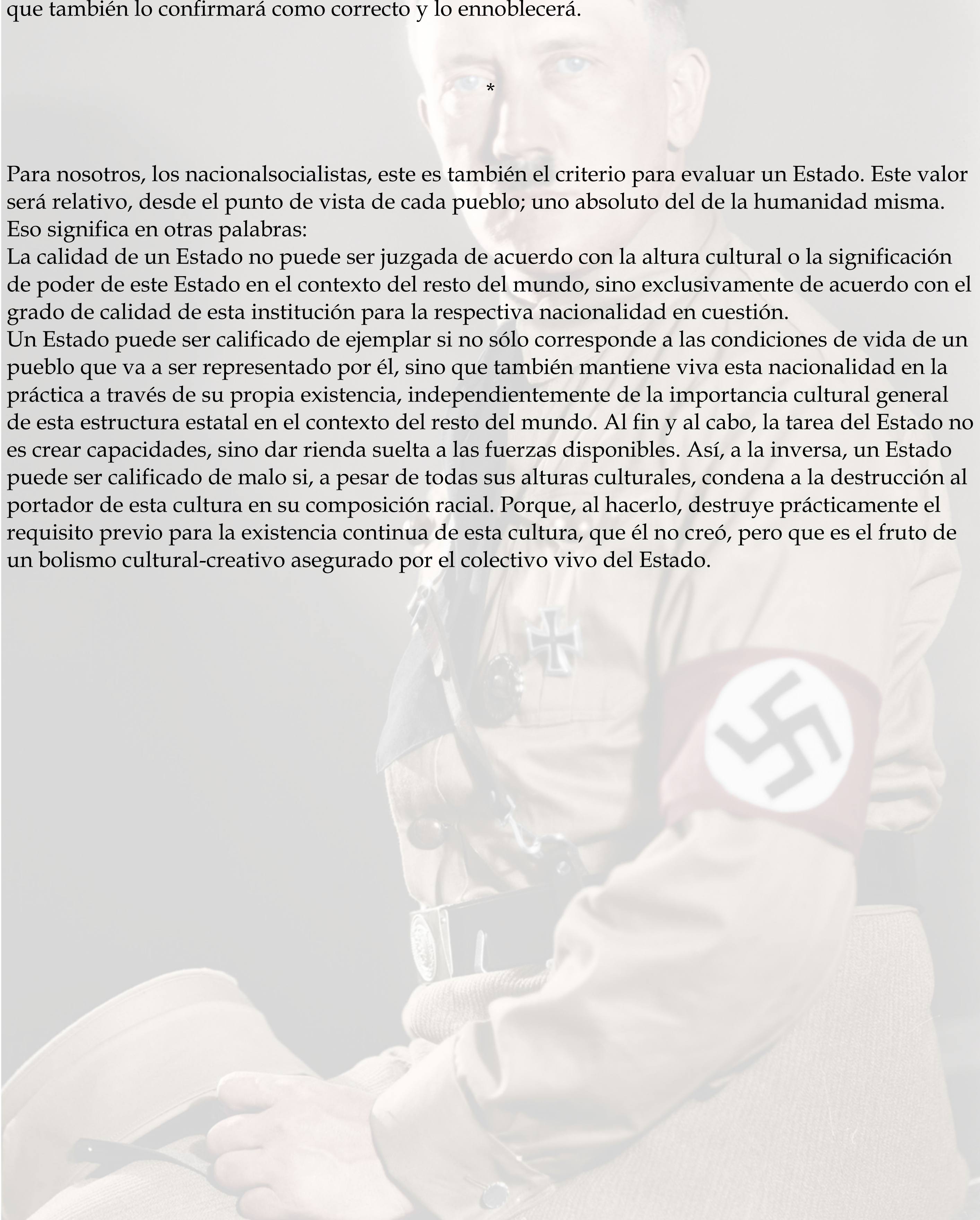
Esto da como resultado la siguiente conclusión:

El Estado es un medio para un fin. Su propósito es mantener y promover una comunidad de seres vivos física y mentalmente similares. Esta conservación abarca, en primer lugar, a la población racial y, por lo tanto, permite el libre desarrollo de todas las fuerzas que duermen en esta raza. Una y otra vez, una parte de ellos servirá principalmente para la preservación de la vida física y sólo la otra parte servirá para promover el desarrollo espiritual. De hecho, sin embargo, uno siempre crea los requisitos previos para el otro.



Los Estados que no sirven a este propósito son disfuncionales, incluso monstruosos. El hecho de su existencia cambia tan poco como, por ejemplo, el éxito de una comunidad de flibustier puede justificar el robo.
Como partidarios de una nueva visión del mundo, nosotros, los nacionalsocialistas, nunca debemos situarnos en ese famoso "terreno de los hechos falsos". En este caso, ya no seríamos los partidarios de una nueva gran idea, sino los coolies de la mentira de hoy. Tenemos que distinguir claramente entre el Estado como vehículo y la raza como contenido. Esta vasija sólo tiene sentido si es capaz de conservar y proteger su contenido; de lo contrario, no vale nada.
Así, el fin supremo del Estado nacional es el cuidado de la conservación de los elementos raciales primordiales que, como cultura, crean la belleza y la dignidad de una humanidad superior. Nosotros, como arios, sólo podemos, por tanto, hacer progresar bajo un Estado el organismo vivo de un pueblo, que no sólo asegura la conservación de este pueblo, sino que también lo conduce a la más alta libertad mediante el desarrollo ulterior de sus facultades intelectuales e ideales.
Sin embargo, lo que se está tratando de imponernos como estado hoy en día suele ser solo el engendro de la aberración humana más profunda con un sufrimiento indescriptible como consecuencia.





Aspectos para la valoración de un estado 435

Nosotros, los nacionalsocialistas, sabemos que, con este punto de vista, nos erigimos como revolucionarios en el mundo de hoy y también se nos marca como tales. Nuestros pensamientos y acciones no deben estar determinados por el aplauso o el rechazo de nuestro tiempo, sino por el compromiso vinculante con una verdad que hemos reconocido. Entonces podemos convencernos de que la perspicacia superior de la posteridad no sólo comprenderá nuestro enfoque actual, sino que también lo confirmará como correcto y lo ennoblecerá.

*

Para nosotros, los nacionalsocialistas, este es también el criterio para evaluar un Estado. Este valor será relativo, desde el punto de vista de cada pueblo; uno absoluto del de la humanidad misma.
Eso significa en otras palabras:
La calidad de un Estado no puede ser juzgada de acuerdo con la altura cultural o la significación de poder de este Estado en el contexto del resto del mundo, sino exclusivamente de acuerdo con el grado de calidad de esta institución para la respectiva nacionalidad en cuestión.
Un Estado puede ser calificado de ejemplar si no sólo corresponde a las condiciones de vida de un pueblo que va a ser representado por él, sino que también mantiene viva esta nacionalidad en la práctica a través de su propia existencia, independientemente de la importancia cultural general de esta estructura estatal en el contexto del resto del mundo. Al fin y al cabo, la tarea del Estado no es crear capacidades, sino dar rienda suelta a las fuerzas disponibles. Así, a la inversa, un Estado puede ser calificado de malo si, a pesar de todas sus alturas culturales, condena a la destrucción al portador de esta cultura en su composición racial. Porque, al hacerlo, destruye prácticamente el requisito previo para la existencia continua de esta cultura, que él no creó, pero que es el fruto de un bolismo cultural-creativo asegurado por el colectivo vivo del Estado.

436 Aspectos para la valoración de un estado

El Estado no representa un contenido, sino una forma. Por lo tanto, el nivel cultural respectivo de un pueblo no proporciona la medida del valor del estado en el que vive. Es muy comprensible que un pueblo culturalmente dotado presente una imagen más alta que una tribu negra; sin embargo, el organismo estatal del primero, considerado en el cumplimiento de su propósito, puede ser peor que el del negro. Aunque el mejor Estado y la mejor forma de gobierno no están en condiciones de extraer de un pueblo habilidades que simplemente faltan y que nunca han existido, un mal Estado ciertamente está en condiciones de hacer que las habilidades originalmente existentes mueran en el período siguiente, permitiendo o incluso promoviendo la destrucción del portador de la cultura racial.

Por consiguiente, el juicio sobre la bondad de un Estado sólo puede determinarse en primer lugar por el beneficio relativo que posee para una nacionalidad determinada y de ninguna manera por la significación que tiene en sí mismo en el mundo.

Este juicio relativo se puede hacer rápidamente y bien; Es muy difícil juzgar el valor absoluto, ya que este juicio absoluto ya no está determinado simplemente por el Estado, sino más bien por la calidad y la altura de la nacionalidad respectiva.

Por lo tanto, cuando se habla de una discordancia superior del Estado, no se debe olvidar nunca que la misión superior reside esencialmente en el pueblo, para el cual el Estado, por la fuerza orgánica de su existencia, no tiene más que permitir el libre desarrollo.

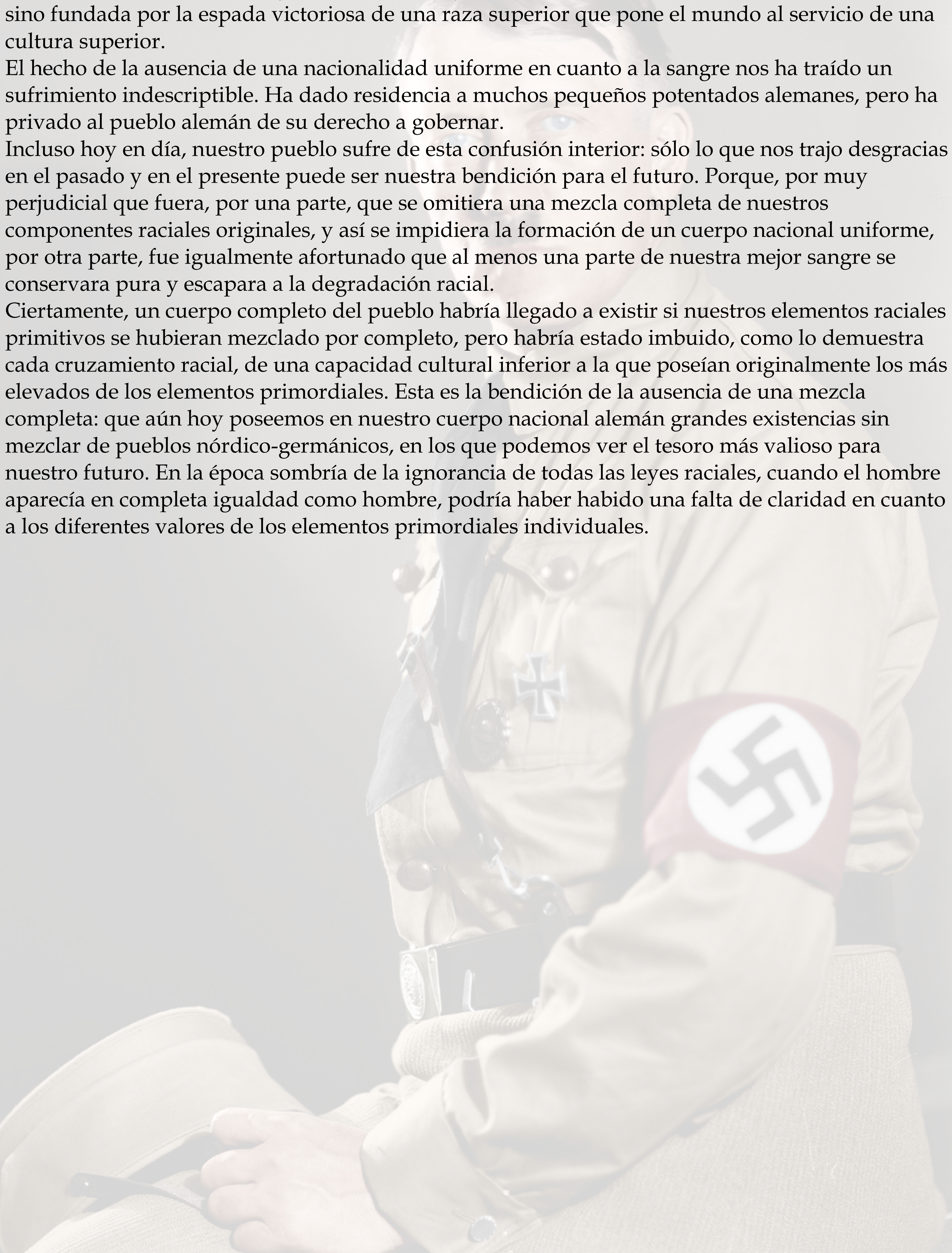
Por lo tanto, si nos planteamos la cuestión de cuál debe constituirse el Estado que necesitamos los alemanes, primero debemos tener claro qué tipo de personas debe abarcar y qué propósito debe servir.

Desafortunadamente, nuestra etnia alemana ya no se basa en un núcleo racial uniforme.



El proceso de fusión de los diversos componentes originales no ha progresado aún tanto como para que se pueda hablar de una raza recién formada. Por el contrario, el envenenamiento de la sangre que ha golpeado nuestro cuerpo nacional, especialmente desde la Guerra de los Treinta Años, ha llevado no sólo a una descomposición de nuestra sangre, sino también a una descomposición de nuestra alma. Las fronteras abiertas de nuestra patria, el apoyo a cuerpos extranjeros no germánicos a lo largo de estas fronteras, pero sobre todo la fuerte afluencia continua de sangre extranjera al interior del Reich mismo, no dejan tiempo para una fusión absoluta como consecuencia de su constante renovación. No se cocina una nueva raza, sino que las partes de la raza permanecen una al lado de la otra, con el resultado de que, especialmente en los momentos críticos, cuando una manada suele reunirse, el pueblo alemán diverge en todas las direcciones. Los elementos raciales básicos no solo son diferentes en términos de territorio, sino también en detalle, dentro de la misma área. Al lado de los nórdicos están los ostienses, al lado del Dinar ostiense, al lado de los occidentales, y entre mezclas. Por una parte, se trata de una gran desventaja: el pueblo alemán carece de ese instinto gregario seguro que se basa en la unidad de sangre y que protege a las naciones de la destrucción, especialmente en los momentos de peligro amenazante, en la medida en que entre estos pueblos todas las pequeñas diferencias internas tienden a desaparecer inmediatamente y el enemigo común se enfrenta al frente unido de un rebaño unido. En la coexistencia de nuestros elementos raciales básicos de diversas clases, que han permanecido sin mezclar, reside lo que llamamos superindividualismo. En tiempos de paz, a veces puede servirnos bien, pero en general nos ha privado de la dominación mundial. Si el pueblo alemán hubiera poseído en su desarrollo histórico la unidad de rebaño de la que se han beneficiado otros pueblos, entonces el Reich alemán sería probablemente el dueño del globo hoy.





438 Consecuencias de nuestras divisiones raciales

La historia mundial habría tomado un curso diferente, y nadie puede decidir si lo que tantos pacifistas ilusos de hoy esperan mendigar con lloriqueos y mendicidades no se habría cumplido de esta manera: una paz apoyada no por las hojas de palma de los plañideros pacifistas llorosos, sino fundada por la espada victoriosa de una raza superior que pone el mundo al servicio de una cultura superior.
El hecho de la ausencia de una nacionalidad uniforme en cuanto a la sangre nos ha traído un sufrimiento indescriptible. Ha dado residencia a muchos pequeños potentados alemanes, pero ha privado al pueblo alemán de su derecho a gobernar.
Incluso hoy en día, nuestro pueblo sufre de esta confusión interior: sólo lo que nos trajo desgracias en el pasado y en el presente puede ser nuestra bendición para el futuro. Porque, por muy perjudicial que fuera, por una parte, que se omitiera una mezcla completa de nuestros componentes raciales originales, y así se impidiera la formación de un cuerpo nacional uniforme, por otra parte, fue igualmente afortunado que al menos una parte de nuestra mejor sangre se conservara pura y escapara a la degradación racial.
Ciertamente, un cuerpo completo del pueblo habría llegado a existir si nuestros elementos raciales primitivos se hubieran mezclado por completo, pero habría estado imbuido, como lo demuestra cada cruzamiento racial, de una capacidad cultural inferior a la que poseían originalmente los más elevados de los elementos primordiales. Esta es la bendición de la ausencia de una mezcla completa: que aún hoy poseemos en nuestro cuerpo nacional alemán grandes existencias sin mezclar de pueblos nórdico-germánicos, en los que podemos ver el tesoro más valioso para nuestro futuro. En la época sombría de la ignorancia de todas las leyes raciales, cuando el hombre aparecía en completa igualdad como hombre, podría haber habido una falta de claridad en cuanto a los diferentes valores de los elementos primordiales individuales.

Hoy sabemos que una mezcla completa de los componentes de nuestro cuerpo nacional podría habernos dado un poder externo como resultado de la unidad que así había surgido, pero que la meta suprema de la humanidad habría sido inalcanzable, ya que el único portador que el destino había elegido evidentemente para esta perfección habría perecido en la mezcolanza racial general del pueblo unificado.

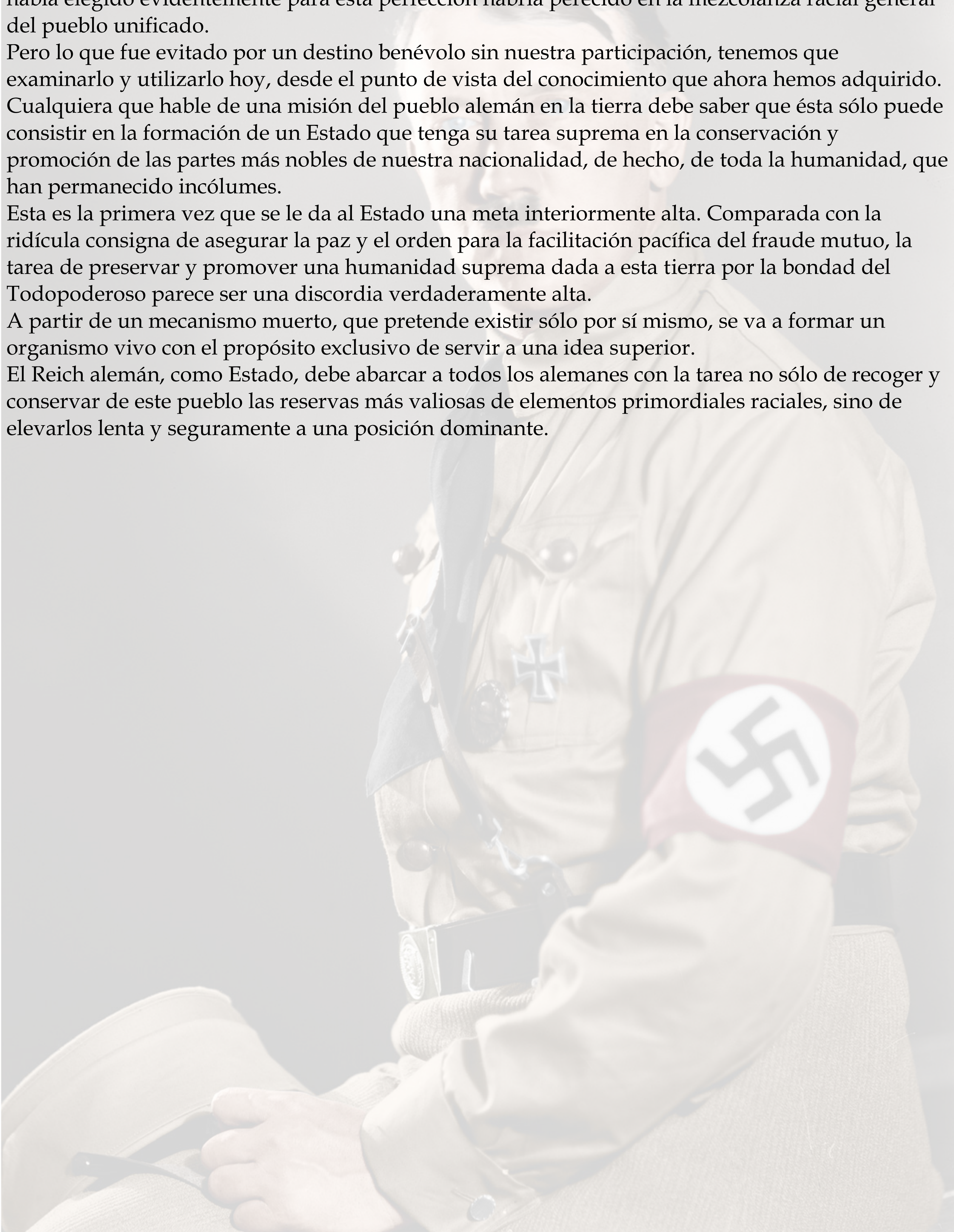
Pero lo que fue evitado por un destino benévolo sin nuestra participación, tenemos que examinarlo y utilizarlo hoy, desde el punto de vista del conocimiento que ahora hemos adquirido.

Cualquiera que hable de una misión del pueblo alemán en la tierra debe saber que ésta sólo puede consistir en la formación de un Estado que tenga su tarea suprema en la conservación y promoción de las partes más nobles de nuestra nacionalidad, de hecho, de toda la humanidad, que han permanecido incólumes.

Esta es la primera vez que se le da al Estado una meta interiormente alta. Comparada con la ridícula consigna de asegurar la paz y el orden para la facilitación pacífica del fraude mutuo, la tarea de preservar y promover una humanidad suprema dada a esta tierra por la bondad del Todopoderoso parece ser una discordia verdaderamente alta.

A partir de un mecanismo muerto, que pretende existir sólo por sí mismo, se va a formar un organismo vivo con el propósito exclusivo de servir a una idea superior.

El Reich alemán, como Estado, debe abarcar a todos los alemanes con la tarea no sólo de recoger y conservar de este pueblo las reservas más valiosas de elementos primordiales raciales, sino de elevarlos lenta y seguramente a una posición dominante.

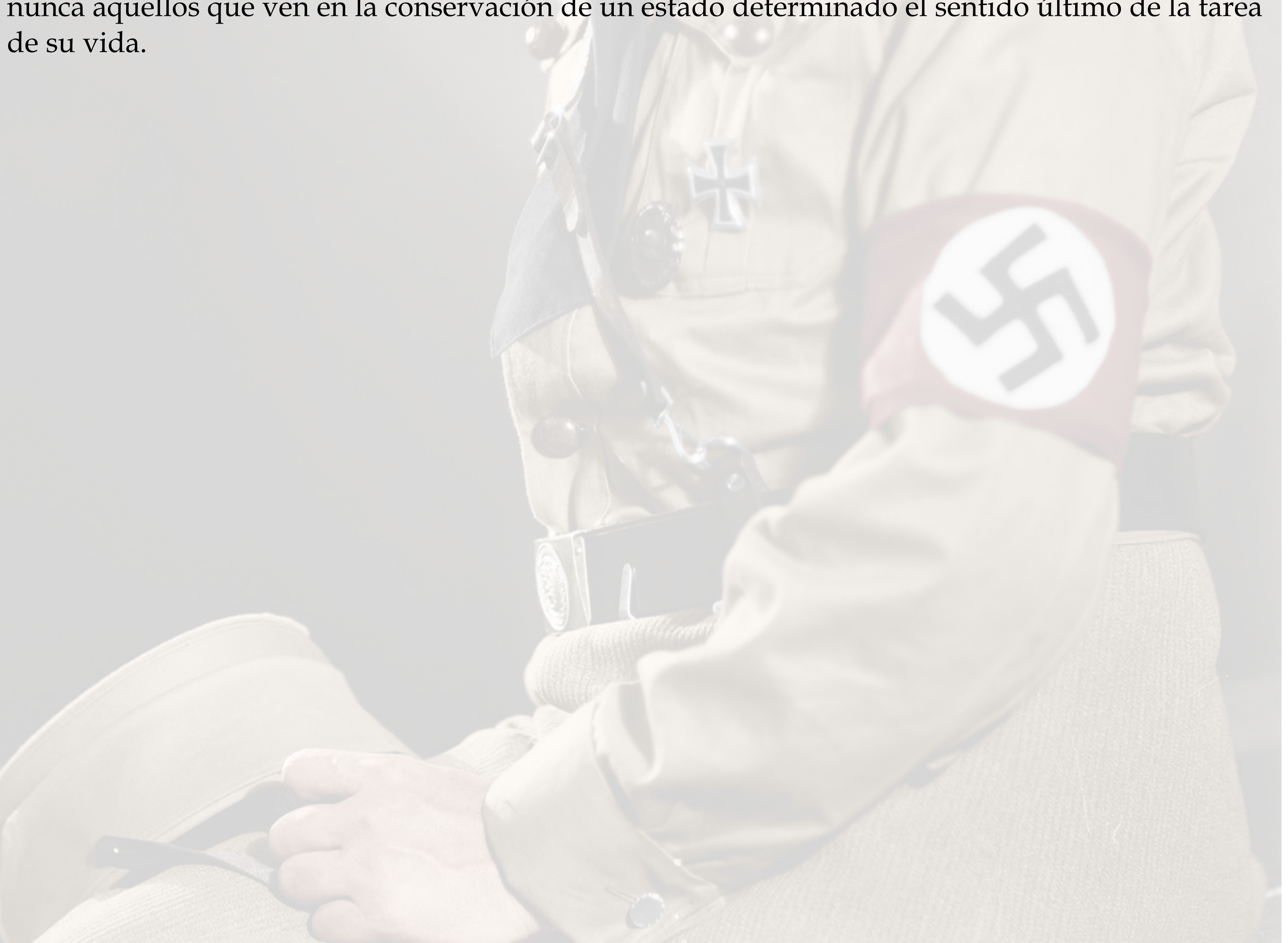


440 El Estado, un arma en la lucha por la vida

De esta manera, un período de lucha toma el lugar de un estado básicamente osificado. Pero como siempre y en todo en este mundo, el dicho de que "el que descansa, se oxida" también seguirá siendo válido aquí, y además que la victoria es eternamente solo en el ataque. Cuanto mayor sea el objetivo de la lucha que se cierne ante nuestros ojos, y cuanto menor sea la comprensión de ella por parte de las grandes masas en este momento, tanto más enormes, de acuerdo con la experiencia de la historia universal, serán los éxitos, y la importancia de estos éxitos, si se capta correctamente la meta y se lleva a cabo la lucha con perseverancia inquebrantable.

Por supuesto, puede ser más tranquilizador para muchos de nuestros líderes actuales trabajar por la preservación de un determinado estado de cosas que tener que luchar por uno futuro. Les resultará mucho más fácil ver en el Estado un mecanismo que simplemente está ahí para mantenerse vivos, del mismo modo que sus vidas "pertenecen al Estado", como suelen expresarse. Como si lo que ha brotado de la vida del pueblo pudiera servir lógicamente a algo diferente del pueblo, o como si el hombre pudiera trabajar para algo más que sólo para el hombre. Como ya he dicho, es naturalmente más fácil ver en la autoridad del Estado sólo el mecanismo formal de una organización que la encarnación soberana del instinto de autoconservación de un pueblo en la tierra. Porque en el primer caso, para estos espíritus débiles, el Estado, al igual que la autoridad estatal, es el fin en sí mismo, pero en el otro caso no es más que el arma poderosa al servicio de la gran lucha eterna por la existencia, un arma a la que todos deben someterse, porque no es formalmente mecanicista, sino la expresión de una voluntad común de preservar la vida.

Por lo tanto, en la lucha por nuestra nueva concepción, que corresponde enteramente al sentido original de las cosas, no encontraremos más que unos pocos camaradas de armas de una sociedad que no sólo es físicamente sino desgraciadamente demasiado a menudo mentalmente obsoleta. Sólo las excepciones, los grifos de corazón joven y de mente fresca, nos llegarán de esos estratos, nunca aquellos que ven en la conservación de un estado determinado el sentido último de la tarea de su vida.

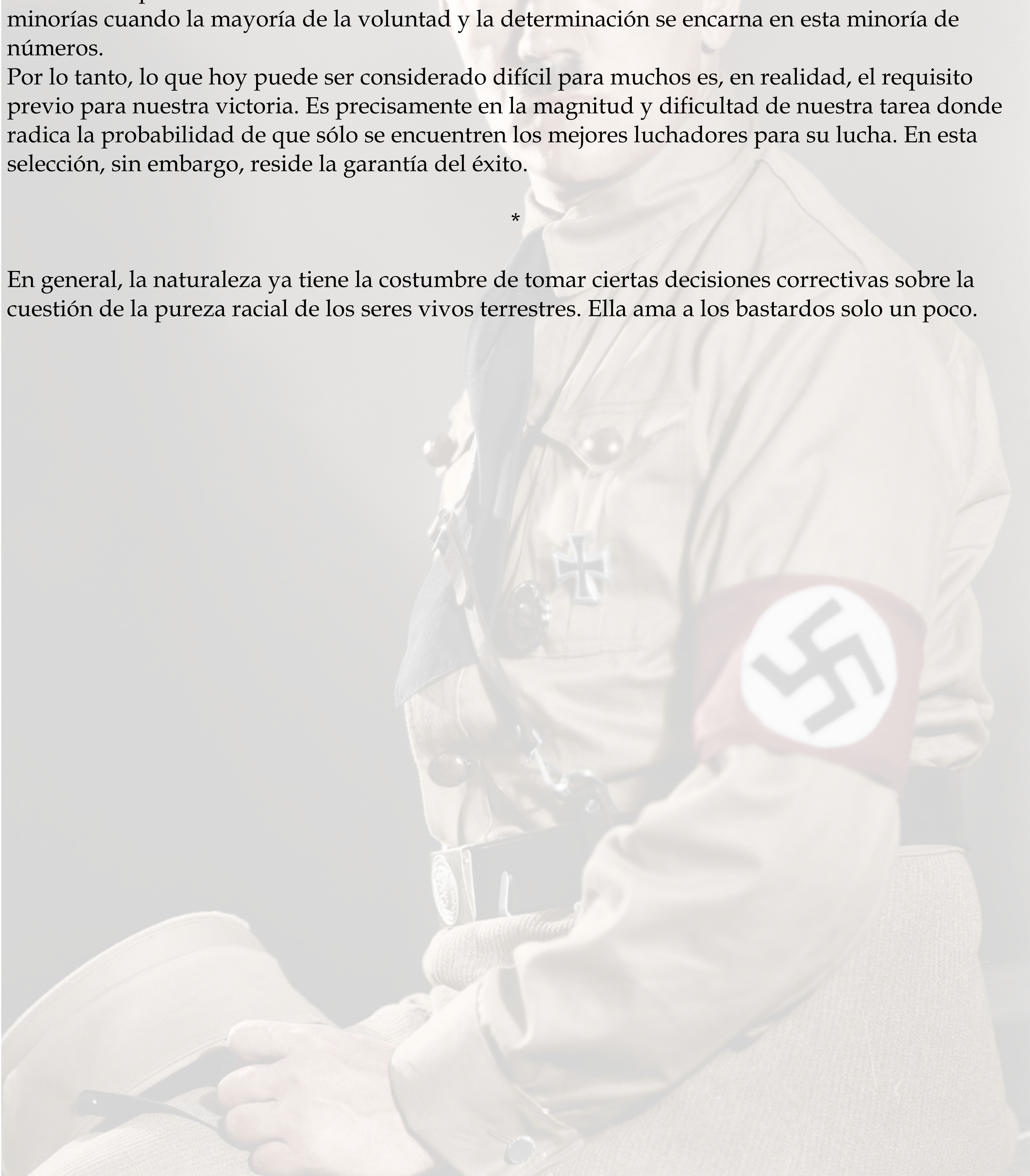


La historia del mundo la hacen las minorías 441

Frente a nosotros está el ejército infinito, menos de los maliciosamente malos que de los perezosos, indiferentes e incluso de los interesados en la conservación del estado actual. Pero es precisamente en esta aparente desesperanza de nuestra poderosa lucha donde se funda la grandeza de nuestra tarea y también la posibilidad de éxito. El grito de guerra, que ahuyenta a los pequeños espíritus desde el principio o pronto los hace desesperar, se convierte en una señal de la unión de verdaderas naturalezas combativas. Y hay que tener esto claro: cuando una cierta suma de la energía y de la energía más elevadas parece unirse de un pueblo hacia una sola meta y, por consiguiente, se retira finalmente de la inercia de las grandes masas, estos pocos porcentajes se han elevado para convertirse en dueños de todo el número. La historia del mundo la hacen las minorías cuando la mayoría de la voluntad y la determinación se encarna en esta minoría de números.
Por lo tanto, lo que hoy puede ser considerado difícil para muchos es, en realidad, el requisito previo para nuestra victoria. Es precisamente en la magnitud y dificultad de nuestra tarea donde radica la probabilidad de que sólo se encuentren los mejores luchadores para su lucha. En esta selección, sin embargo, reside la garantía del éxito.

*

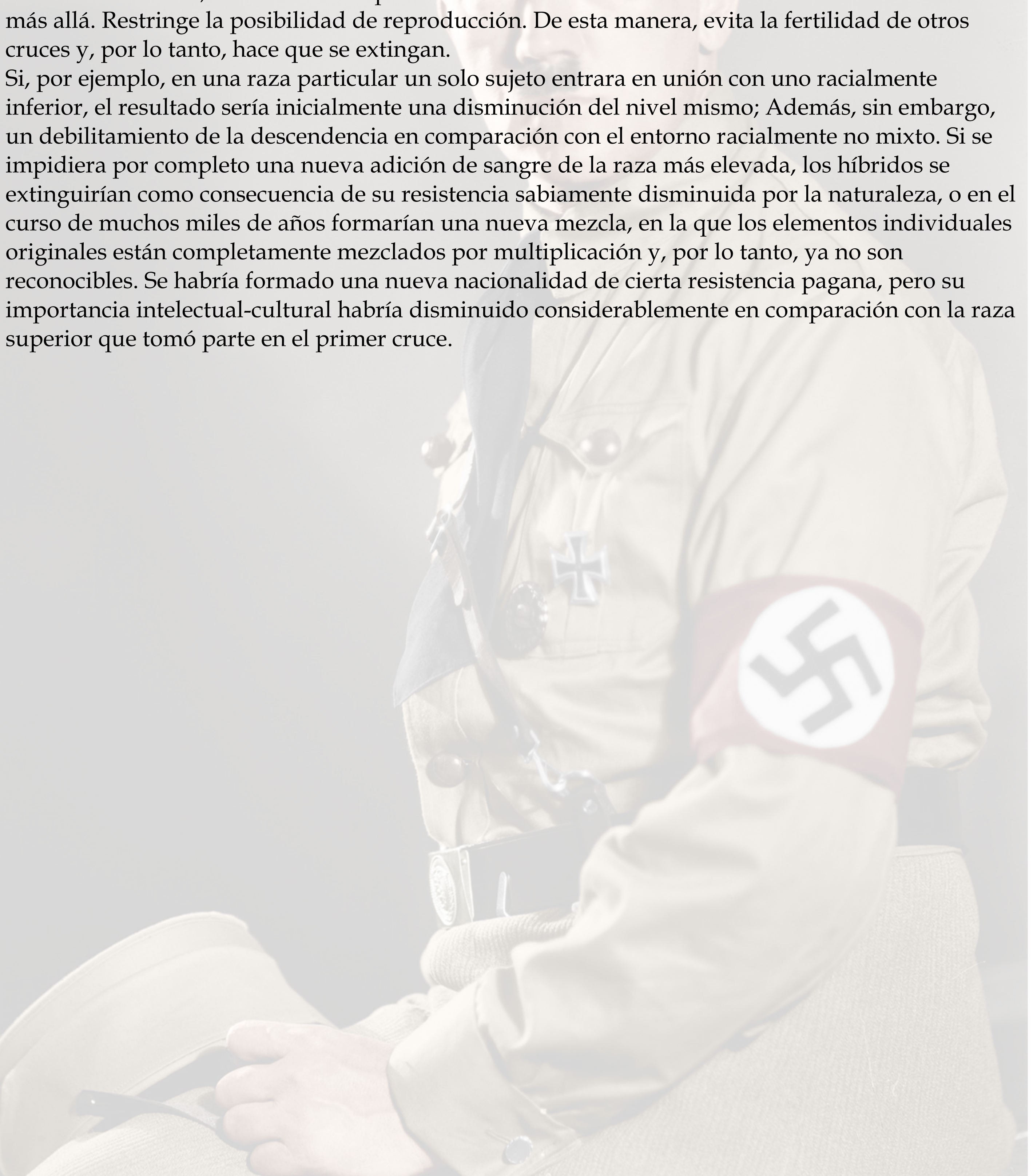
En general, la naturaleza ya tiene la costumbre de tomar ciertas decisiones correctivas sobre la cuestión de la pureza racial de los seres vivos terrestres. Ella ama a los bastardos solo un poco.



442 Inferioridad del bastardo

Especialmente los primeros productos de tales cruces, por ejemplo en la tercera, cuarta y quinta ramas, sufren amargamente. No sólo se les priva de la importancia del componente originalmente más elevado del mestizaje, sino que, en la falta de unidad de sangre, también carecen de la unidad del poder de la voluntad y de la determinación para la vida en general. En todos los momentos críticos en los que el ser racialmente unificado toma decisiones correctas, y de hecho uniformes, el desgarrado racialmente se volverá incierto o llegará a medias tintas. En conjunto, esto significa no sólo una cierta superioridad de los racialmente desgarrados sobre los racialmente unificados, sino también en la práctica la posibilidad de una caída más rápida. En innumerables casos, en los que la humedad resiste, el Bastardo colapsa. Esta es la corrección de la naturaleza. Pero a menudo va más allá. Restringe la posibilidad de reproducción. De esta manera, evita la fertilidad de otros cruces y, por lo tanto, hace que se extingan.

Si, por ejemplo, en una raza particular un solo sujeto entrara en unión con uno racialmente inferior, el resultado sería inicialmente una disminución del nivel mismo; Además, sin embargo, un debilitamiento de la descendencia en comparación con el entorno racialmente no mixto. Si se impidiera por completo una nueva adición de sangre de la raza más elevada, los híbridos se extinguirían como consecuencia de su resistencia sabiamente disminuida por la naturaleza, o en el curso de muchos miles de años formarían una nueva mezcla, en la que los elementos individuales originales están completamente mezclados por multiplicación y, por lo tanto, ya no son reconocibles. Se habría formado una nueva nacionalidad de cierta resistencia pagana, pero su importancia intelectual-cultural habría disminuido considerablemente en comparación con la raza superior que tomó parte en el primer cruce.



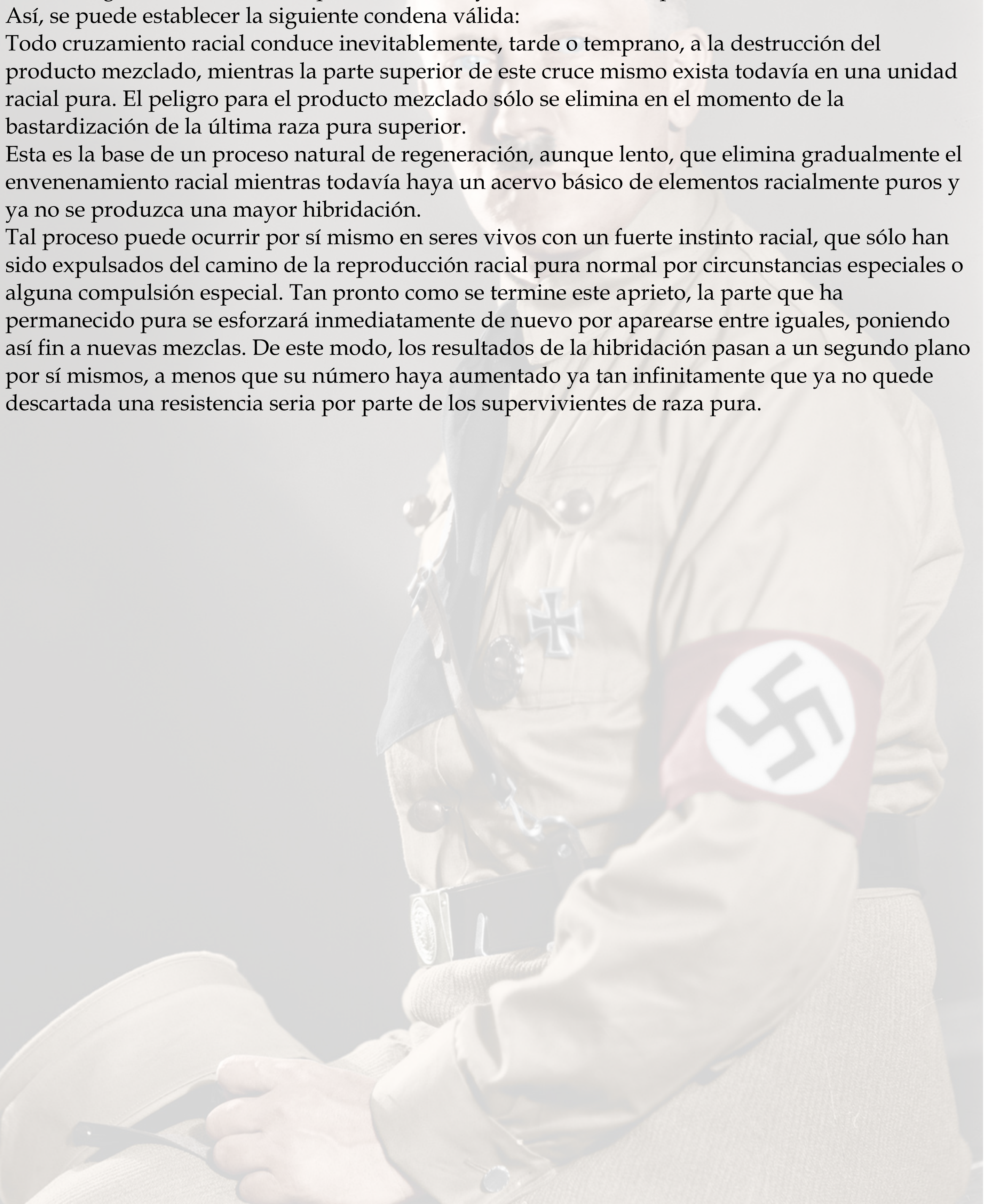
Pero incluso en este último caso, el producto mezclado sería derrotado en la lucha mutua por la existencia, mientras exista todavía una unidad racial superior, no mezclada, como oponente. Toda la unidad interna gregaria de este nuevo cuerpo de gente, formada en el curso de mil años, no bastaría, sin embargo, como resultado de la disminución general del nivel racial y la consiguiente disminución de la elasticidad mental y de la capacidad creativa, para tener éxito en la lucha con una raza igualmente unificada, pero intelectual y culturalmente superior.

Así, se puede establecer la siguiente condena válida:

Todo cruzamiento racial conduce inevitablemente, tarde o temprano, a la destrucción del producto mezclado, mientras la parte superior de este cruce mismo exista todavía en una unidad racial pura. El peligro para el producto mezclado sólo se elimina en el momento de la bastardización de la última raza pura superior.

Esta es la base de un proceso natural de regeneración, aunque lento, que elimina gradualmente el envenenamiento racial mientras todavía haya un acervo básico de elementos racialmente puros y ya no se produzca una mayor hibridación.

Tal proceso puede ocurrir por sí mismo en seres vivos con un fuerte instinto racial, que sólo han sido expulsados del camino de la reproducción racial pura normal por circunstancias especiales o alguna compulsión especial. Tan pronto como se termine este aprieto, la parte que ha permanecido pura se esforzará inmediatamente de nuevo por aparearse entre iguales, poniendo así fin a nuevas mezclas. De este modo, los resultados de la hibridación pasan a un segundo plano por sí mismos, a menos que su número haya aumentado ya tan infinitamente que ya no quede descartada una resistencia seria por parte de los supervivientes de raza pura.



444 Peligros del mestizaje

El ser humano, que una vez se ha vuelto insensato y no reconoce la obligación que le impone la necesidad, no debe, en general, esperar tal corrección por parte de la naturaleza, mientras no haya reemplazado su instinto perdido por el conocimiento; A continuación, le corresponde a ella realizar el trabajo de reparación necesario. Pero el peligro es muy grande de que el hombre, una vez que se haya quedado ciego, derribe las barreras raciales cada vez más, hasta que finalmente se pierda el último vestigio de su mejor parte. Entonces, en realidad, sólo queda una mezcolanza uniforme, tal como la conciben como un ideal los famosos bienhechores de nuestros días; Pero él perseguiría los ideales de este mundo en poco tiempo. Por supuesto, se podría formar una gran manada de esta manera, se puede elaborar un animal de rebaño, pero tal mezcla nunca resulta en un ser humano como portador de cultura, y aún mejor como fundador y creador de cultura. De este modo, se podría considerar que la misión de la humanidad había terminado.

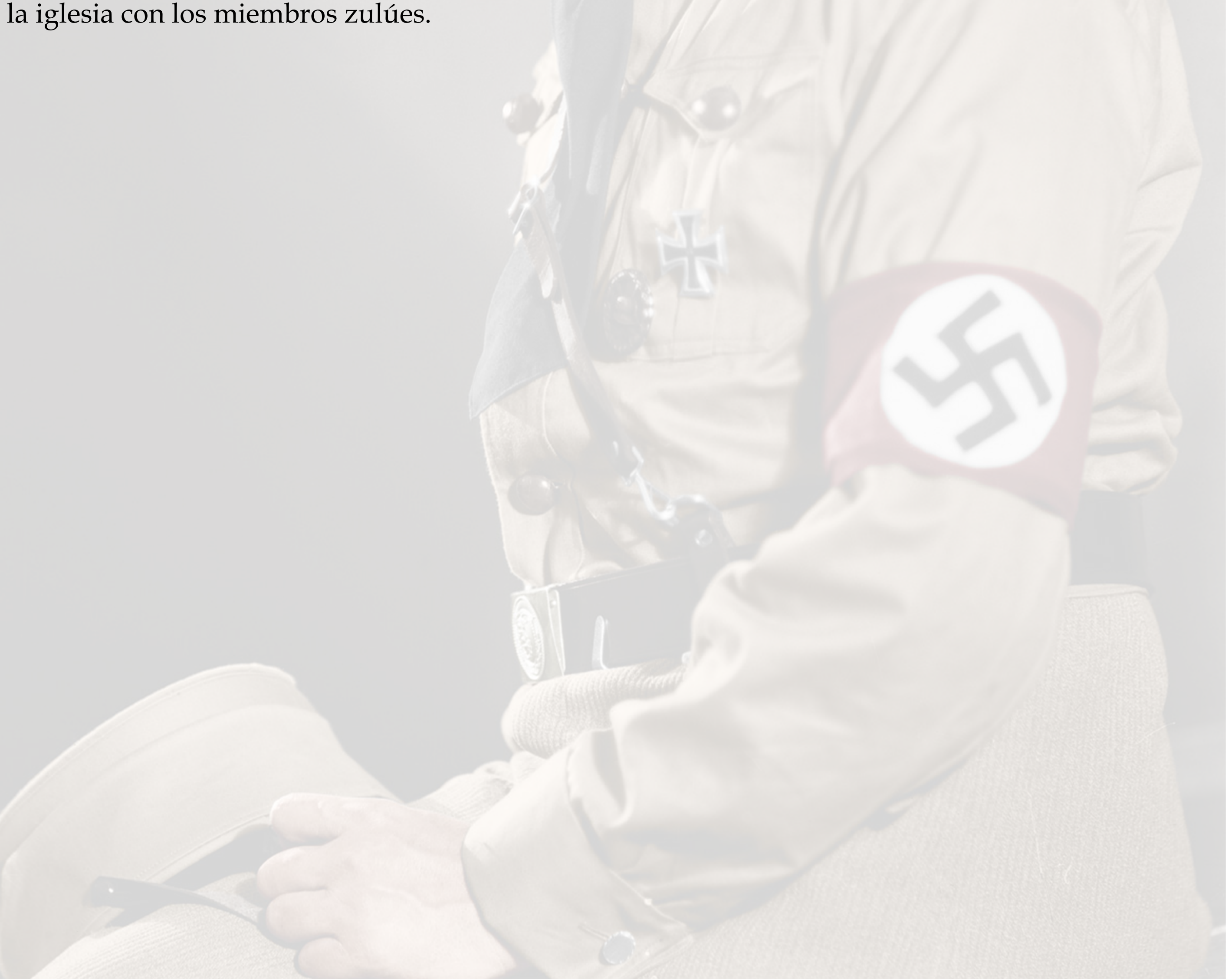
Cualquiera que no quiera que la tierra se mueva hacia este estado de cosas debe convertirse a la opinión de que es tarea de los estados germánicos en particular asegurarse ante todo de que se detenga fundamentalmente una nueva bastardización.

Por supuesto, la generación de los notorios débiles de hoy clamará inmediatamente contra ella y se quejará y se quejará de las invasiones de los derechos humanos más sagrados. No, no hay más que un derecho humano muy sagrado, y este derecho es al mismo tiempo la obligación más sagrada, a saber: velar por la pureza de la sangre, a fin de admitir la posibilidad de un desarrollo más noble de estos seres mediante la conservación de la mejor humanidad.

Un Estado nacional tendrá, pues, que elevar el matrimonio en primer lugar del nivel de una impureza racial permanente, a fin de darle la consagración de esa institución que está llamada a engendrar imágenes del Señor y no deformidades entre el hombre y el mono.

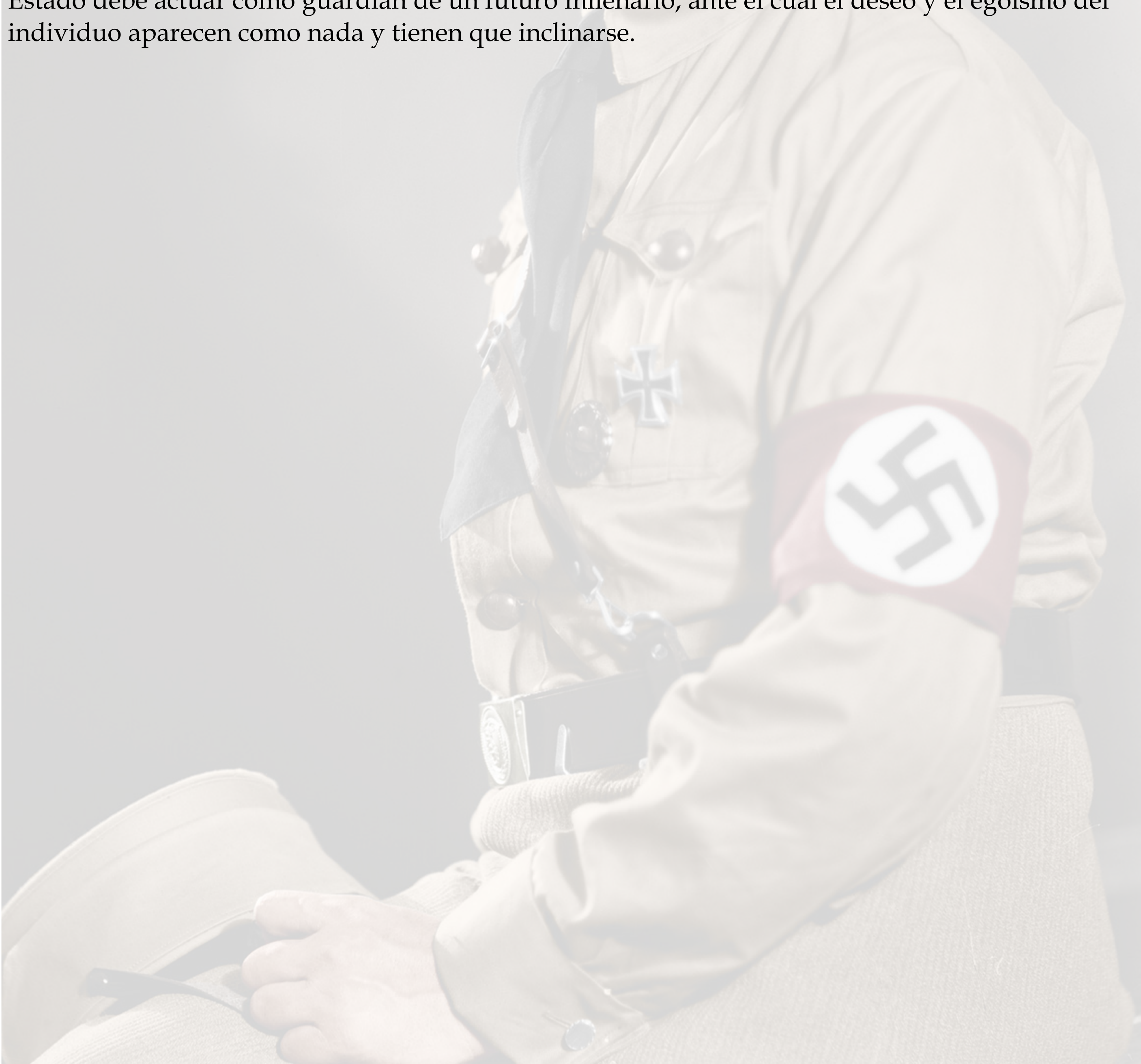


La protesta contra esto por motivos llamados humanitarios es condenadamente mala, especialmente para la época, que, por un lado, da a cada degenerado depravado la oportunidad de multiplicarse, causando un sufrimiento indescriptible a los productos mismos y a sus contemporáneos, mientras que, por otro lado, en todas las farmacias e incluso de los vendedores ambulantes, las ayudas para prevenir los nacimientos son ofrecidas a la venta incluso por los padres más sanos. En este estado actual de paz y orden, a los ojos de sus representantes, de este valiente mundo nacional-burgués, la prevención de la fertilidad entre los sifilíticos, los tuberculosos, los hereditarios, los lisiados y los cretinos es un crimen, pero la prevención práctica de la fertilidad no se considera como algo malo en millones de los mejores y no viola las buenas costumbres de esta sociedad hipócrita. más bien beneficia la pereza mental miope. Porque, de lo contrario, al menos habría que devanarse los sesos para ver cómo se van a crear las condiciones para la alimentación y la conservación de esos seres que, como portadores sanos de nuestro pueblo, un día han de cumplir la misma tarea con respecto a la generación venidera.
¡Cuán ilimitadamente antiideal e innoble es todo este sistema! Ya no se esfuerza por cultivar lo mejor para la posteridad, sino que deja que las cosas sigan como van. El hecho de que nuestras Iglesias pequen también contra la imagen del Señor, cuya importancia siguen subrayando sobre todo, está totalmente en línea con su trabajo actual, que siempre habla del espíritu y permite que su portador, el ser humano, degenere en un proletario depravado. Entonces, sin embargo, uno se maravilla con caras estúpidas del pequeño efecto de la fe cristiana en su propio país, de la espantosa "impiedad" de esta jauría de miserables físicamente chapucera y, por lo tanto, por supuesto también espiritualmente andrajosa, y trata de compensarse por ello con la bendición de la iglesia con los miembros zulúes.



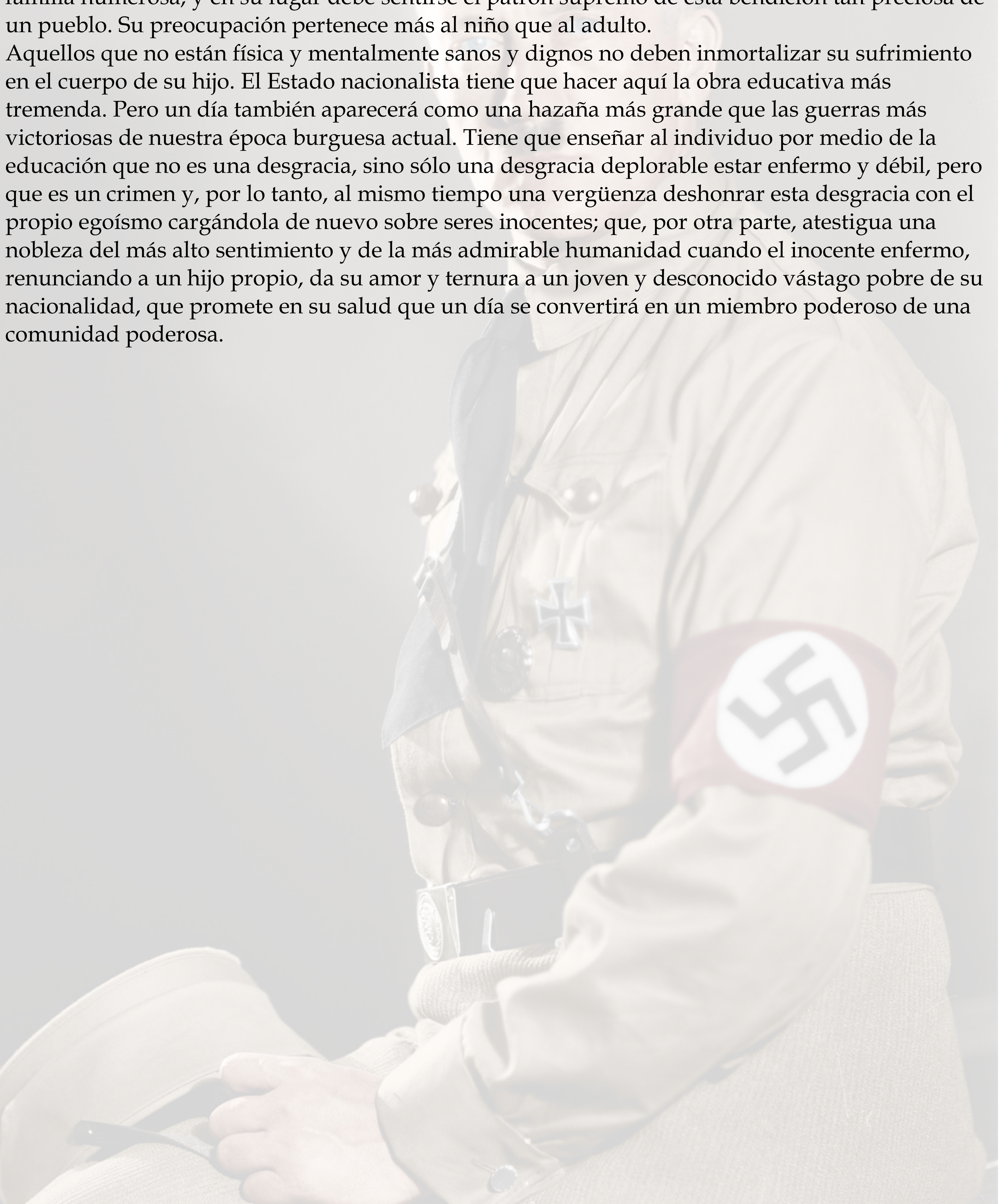
446 Estado étnico e higiene racial

Mientras nuestros pueblos europeos caen en un estado de lepra corporal y moral, alabado sea Dios, el piadoso misionero vaga por el África Central y establece misiones negras, hasta que nuestra "cultura superior" haya hecho una pútrida camada híbrida de niños humanos sanos, aunque primitivos e inferiores.
Sería más acorde con el espíritu de la cosa más noble de este mundo si, en lugar de molestar a los negros con misiones que no desean ni comprenden, nuestras dos iglesias cristianas enseñaran amable pero seriamente a nuestra humanidad europea que es una obra agradable a Dios en el caso de padres enfermos tener misericordia de un pobre huérfano sano. para dar a este padre y a esta madre, como un niño enfermo él mismo, que solo trae desgracias y sufrimientos para sí mismo y para el otro mundo.
Lo que hoy es descuidado por todas las partes en este campo debe ser compensado por el estado völkisch. Tiene que poner la raza en el centro de la vida general. Tiene que velar por su conservación. Tiene que declarar que el niño es la posesión más preciosa de un pueblo. Debe procurar que sólo los sanos engendren hijos; que solo hay una vergüenza: traer hijos al mundo a pesar de la propia enfermedad y los propios defectos, pero un honor supremo: renunciar a ellos. A la inversa, sin embargo, debe considerarse reprensible negar a los niños sanos de la nación. El Estado debe actuar como guardián de un futuro milenario, ante el cual el deseo y el egoísmo del individuo aparecen como nada y tienen que inclinarse.

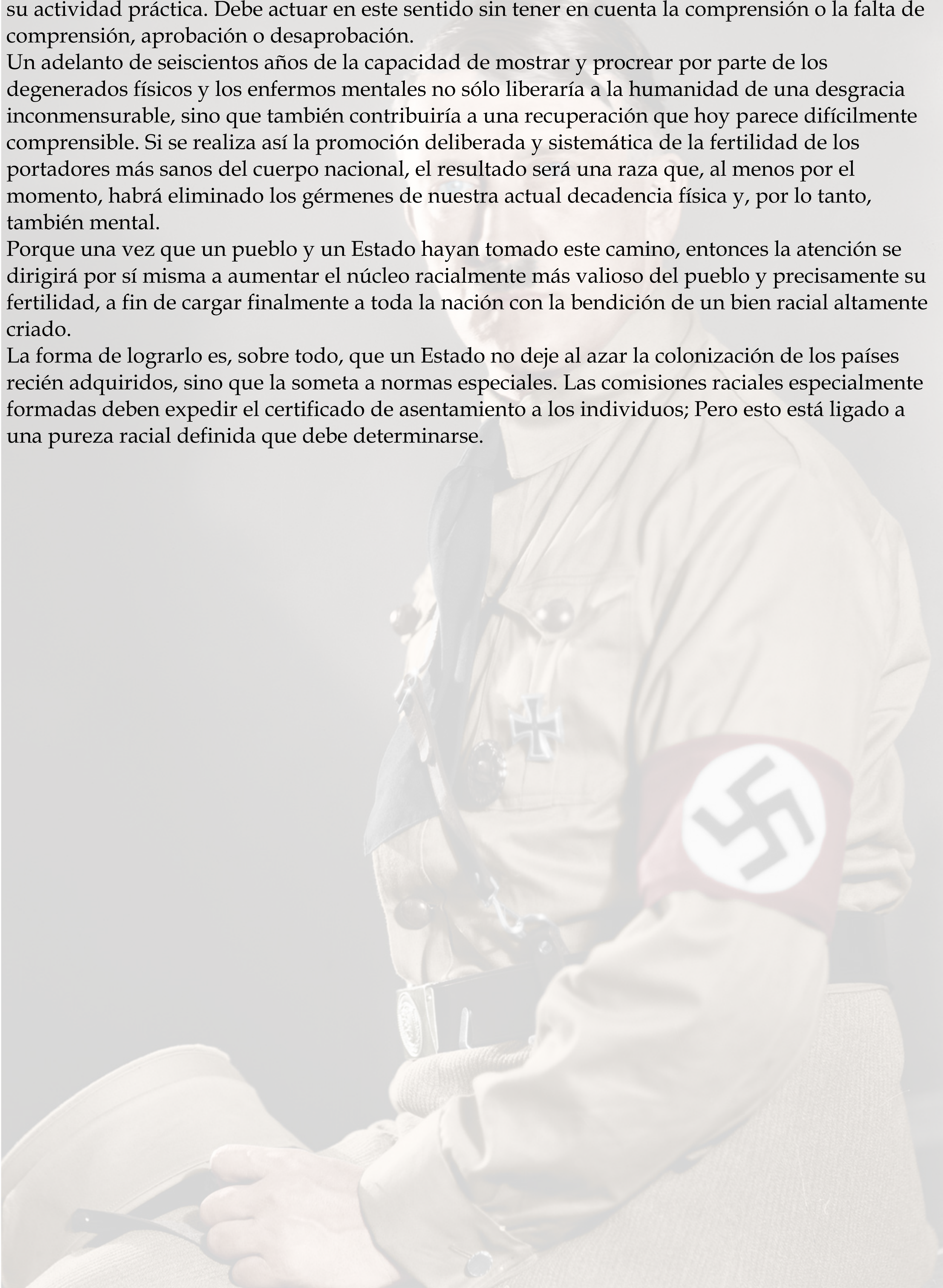


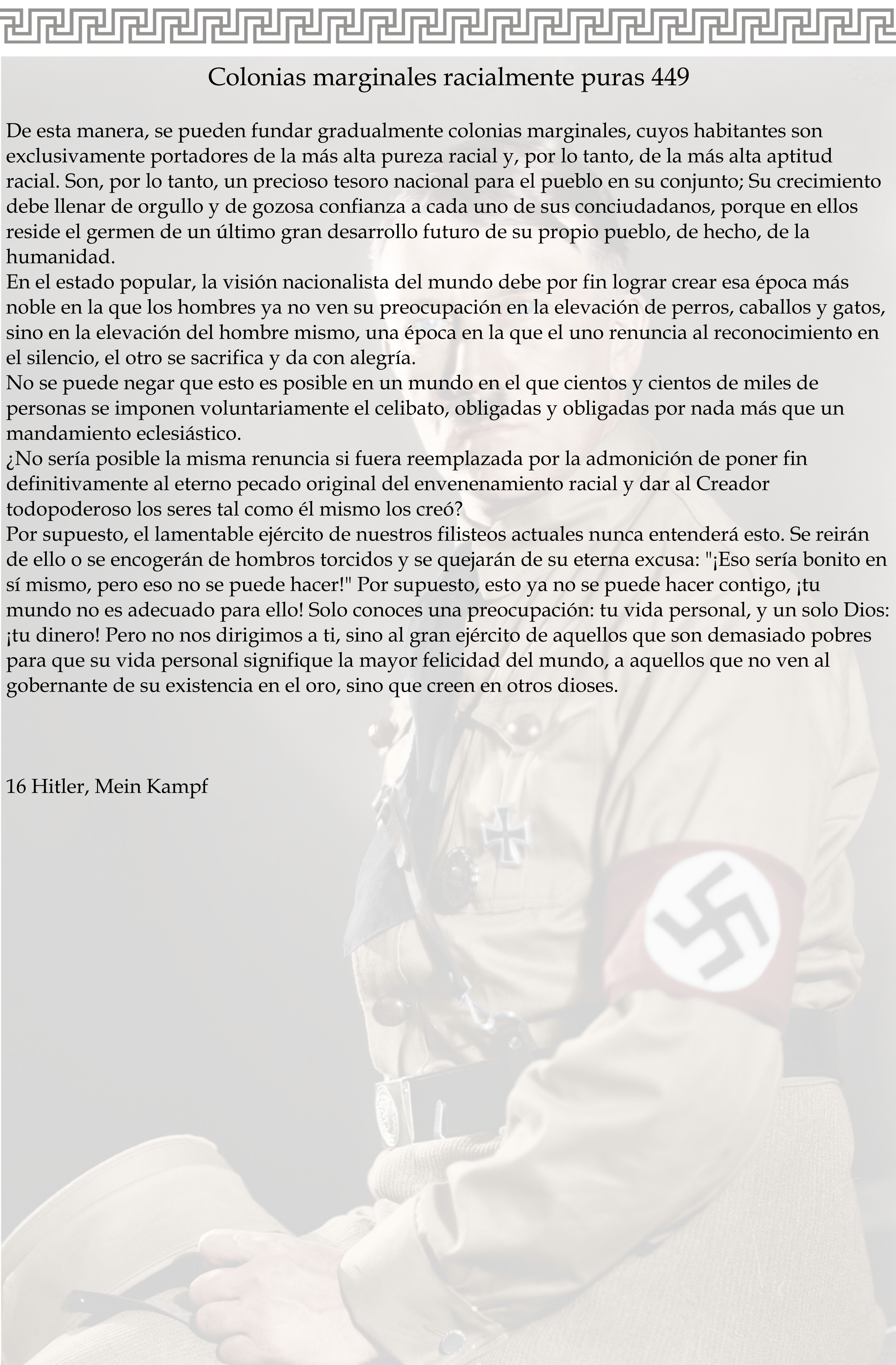
Tiene que utilizar las ayudas médicas más modernas al servicio de este conocimiento. Tiene que declarar infértil lo que de alguna manera es obviamente enfermo y hereditariamente cargado y, por lo tanto, aún más oneroso, y hacer cumplir esto en la práctica. Por otro lado, debe asegurarse de que la fertilidad de la mujer sana no esté restringida por la economía financiera de un gobierno estatal que convierte la bendición de los hijos en una maldición para los padres. Tiene que acabar con esa indiferencia perezosa, incluso criminal, con la que se trata hoy la condición social de una familia numerosa, y en su lugar debe sentirse el patrón supremo de esta bendición tan preciosa de un pueblo. Su preocupación pertenece más al niño que al adulto.

Aquellos que no están física y mentalmente sanos y dignos no deben inmortalizar su sufrimiento en el cuerpo de su hijo. El Estado nacionalista tiene que hacer aquí la obra educativa más tremenda. Pero un día también aparecerá como una hazaña más grande que las guerras más victoriosas de nuestra época burguesa actual. Tiene que enseñar al individuo por medio de la educación que no es una desgracia, sino sólo una desgracia deplorable estar enfermo y débil, pero que es un crimen y, por lo tanto, al mismo tiempo una vergüenza deshonrar esta desgracia con el propio egoísmo cargándola de nuevo sobre seres inocentes; que, por otra parte, atestigua una nobleza del más alto sentimiento y de la más admirable humanidad cuando el inocente enfermo, renunciando a un hijo propio, da su amor y ternura a un joven y desconocido vástago pobre de su nacionalidad, que promete en su salud que un día se convertirá en un miembro poderoso de una comunidad poderosa.



Y en esta obra educativa el Estado tiene que proporcionar el complemento puramente intelectual a su actividad práctica. Debe actuar en este sentido sin tener en cuenta la comprensión o la falta de comprensión, aprobación o desaprobación.
Un adelanto de seiscientos años de la capacidad de mostrar y procrear por parte de los degenerados físicos y los enfermos mentales no sólo liberaría a la humanidad de una desgracia inconmensurable, sino que también contribuiría a una recuperación que hoy parece difícilmente comprensible. Si se realiza así la promoción deliberada y sistemática de la fertilidad de los portadores más sanos del cuerpo nacional, el resultado será una raza que, al menos por el momento, habrá eliminado los gérmenes de nuestra actual decadencia física y, por lo tanto, también mental.
Porque una vez que un pueblo y un Estado hayan tomado este camino, entonces la atención se dirigirá por sí misma a aumentar el núcleo racialmente más valioso del pueblo y precisamente su fertilidad, a fin de cargar finalmente a toda la nación con la bendición de un bien racial altamente criado.
La forma de lograrlo es, sobre todo, que un Estado no deje al azar la colonización de los países recién adquiridos, sino que la someta a normas especiales. Las comisiones raciales especialmente formadas deben expedir el certificado de asentamiento a los individuos; Pero esto está ligado a una pureza racial definida que debe determinarse.





De esta manera, se pueden fundar gradualmente colonias marginales, cuyos habitantes son exclusivamente portadores de la más alta pureza racial y, por lo tanto, de la más alta aptitud racial. Son, por lo tanto, un precioso tesoro nacional para el pueblo en su conjunto; Su crecimiento debe llenar de orgullo y de gozosa confianza a cada uno de sus conciudadanos, porque en ellos reside el germen de un último gran desarrollo futuro de su propio pueblo, de hecho, de la humanidad.
En el estado popular, la visión nacionalista del mundo debe por fin lograr crear esa época más noble en la que los hombres ya no ven su preocupación en la elevación de perros, caballos y gatos, sino en la elevación del hombre mismo, una época en la que el uno renuncia al reconocimiento en el silencio, el otro se sacrifica y da con alegría.
No se puede negar que esto es posible en un mundo en el que cientos y cientos de miles de personas se imponen voluntariamente el celibato, obligadas y obligadas por nada más que un mandamiento eclesiástico.
¿No sería posible la misma renuncia si fuera reemplazada por la admonición de poner fin definitivamente al eterno pecado original del envenenamiento racial y dar al Creador todopoderoso los seres tal como él mismo los creó?
Por supuesto, el lamentable ejército de nuestros filisteos actuales nunca entenderá esto. Se reirán de ello o se encogerán de hombros torcidos y se quejarán de su eterna excusa: "¡Eso sería bonito en sí mismo, pero eso no se puede hacer!" Por supuesto, esto ya no se puede hacer contigo, ¡tu mundo no es adecuado para ello! Solo conoces una preocupación: tu vida personal, y un solo Dios: ¡tu dinero! Pero no nos dirigimos a ti, sino al gran ejército de aquellos que son demasiado pobres para que su vida personal signifique la mayor felicidad del mundo, a aquellos que no ven al gobernante de su existencia en el oro, sino que creen en otros dioses.

450 Llamamiento a la juventud alemana

Sobre todo, nos dirigimos al poderoso ejército de nuestra juventud alemana. Se está convirtiendo en un gran punto de inflexión, y lo que causó la indolencia y la indiferencia de sus padres lo obligará a luchar él mismo. La juventud alemana será un día la constructora de un nuevo Estado völkisch o experimentará el colapso total, el fin del mundo burgués, como último testigo.
Porque si una generación sufre de defectos que reconoce, incluso admite, y luego se contenta, como está sucediendo hoy por parte de nuestro mundo burgués, con la declaración barata de que no se puede hacer nada al respecto, entonces tal sociedad está condenada. Pero el rasgo característico de nuestro mundo burgués es precisamente que ya no es capaz de negar las debilidades mismas. Tiene que admitir que muchas cosas están podridas y malas, pero ya no encuentra la resolución de rebelarse contra el mal, de reunir la fuerza de una nación de sesenta o setenta millones de habitantes con una energía tenaz y así contrarrestar el peligro. Por el contrario, si sucede en otra parte, entonces se hacen glosas estúpidas al respecto, y se intenta demostrar la imposibilidad teórica del procedimiento, al menos desde la distancia, y declarar su éxito impensable. Ninguna razón es lo suficientemente ingenua como para no servir de apoyo a la propia enanismo y a su actitud mental. Si, por ejemplo, un continente entero declara finalmente la guerra a la intoxicación etílica para liberar a un pueblo de las garras de este vicio devastador, entonces a nuestro mundo burgués europeo no le queda más que una mirada y un movimiento de cabeza sin sentido, una ridiculez superior, que se ve particularmente bien en esta sociedad tan ridícula. Pero si todo es inútil y la sublime e inviolable dejadez se opone, sin embargo, en algún lugar del mundo, e incluso con éxito, entonces, como ya he dicho, al menos hay que dudar de esto y menospreciarlo, por lo que ni siquiera se rehúye poner en juego los puntos de vista morales burgueses contra una lucha que trata de acabar con la mayor inmoralidad.



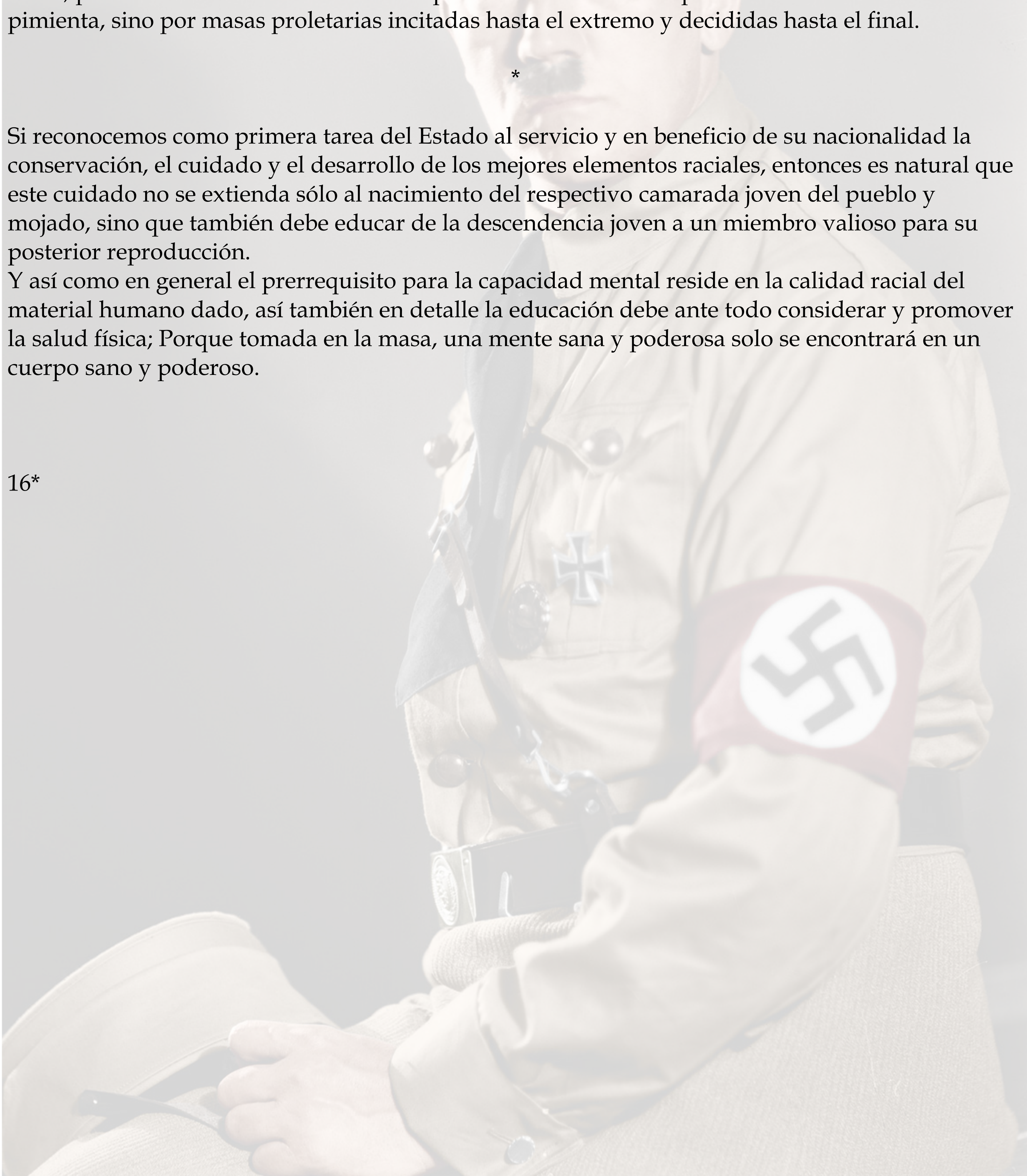
Falta de energía de la burguesía 451

No, no debemos engañarnos en absoluto: nuestra burguesía actual ya se ha vuelto inútil para todas las tareas sublimes de la humanidad, simplemente porque no tiene ninguna calidad, demasiado mal; Y es una lástima, no tanto por mala salud, si se quiere, sino más bien por una juventud increíble y todo lo que de ella se deriva. Por esta razón, incluso los clubes políticos que se agrupan bajo el término colectivo de "partidos burgueses" se han convertido desde hace mucho tiempo en nada más que comunidades de intereses de ciertos grupos de intereses y clases de clase, y su tarea más sublime es sólo la mejor representación egoísta posible de los intereses. Es obvio que semejante prisa "burguesa" politizadora es más adecuada para cualquier cosa que para la lucha; pero sobre todo cuando el bando opuesto no está formado por cautelosos sacos de pimienta, sino por masas proletarias incitadas hasta el extremo y decididas hasta el final.

*

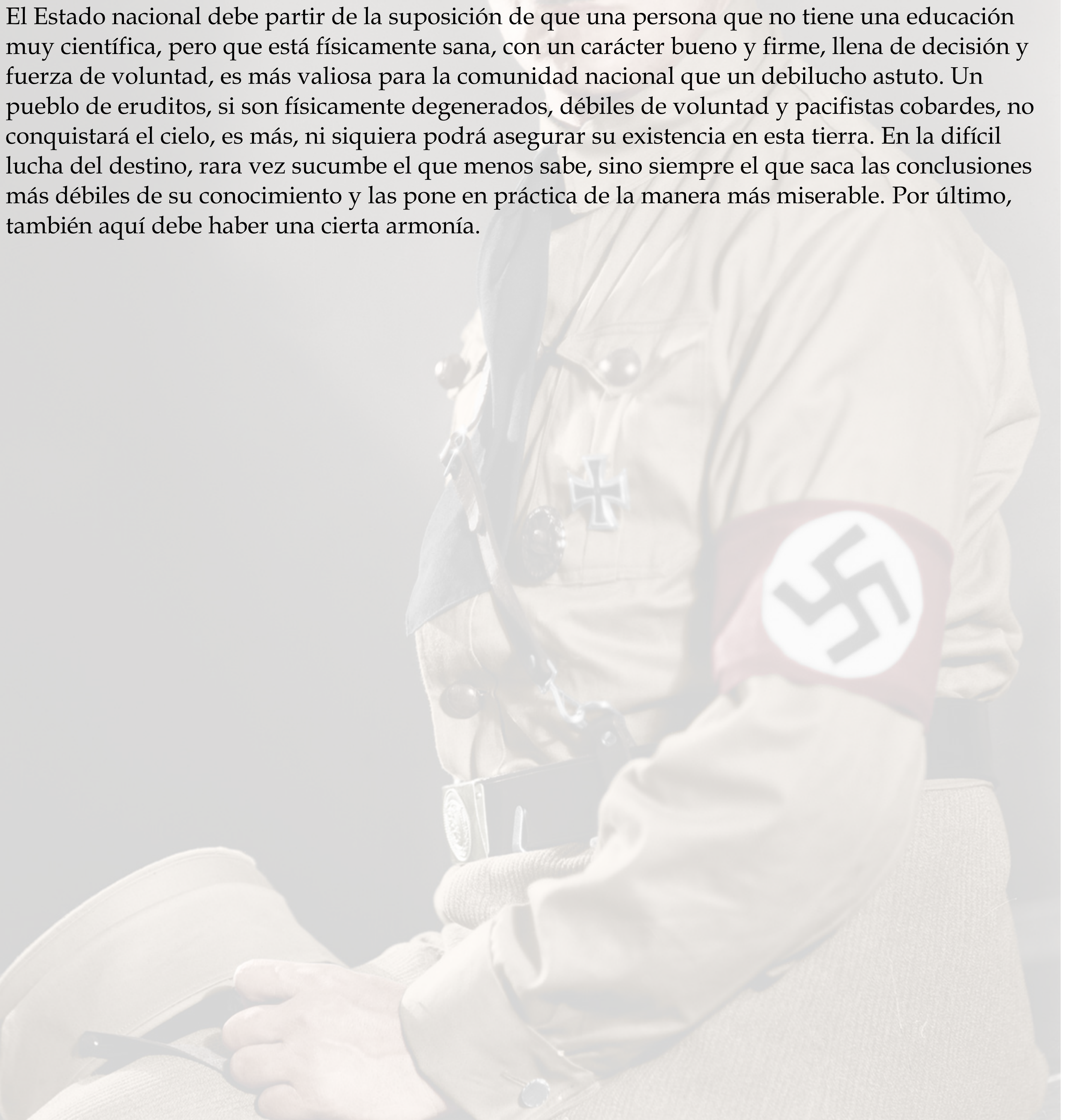
Si reconocemos como primera tarea del Estado al servicio y en beneficio de su nacionalidad la conservación, el cuidado y el desarrollo de los mejores elementos raciales, entonces es natural que este cuidado no se extienda sólo al nacimiento del respectivo camarada joven del pueblo y mojado, sino que también debe educar de la descendencia joven a un miembro valioso para su posterior reproducción.
Y así como en general el prerrequisito para la capacidad mental reside en la calidad racial del material humano dado, así también en detalle la educación debe ante todo considerar y promover la salud física; Porque tomada en la masa, una mente sana y poderosa solo se encontrará en un cuerpo sano y poderoso.

16*

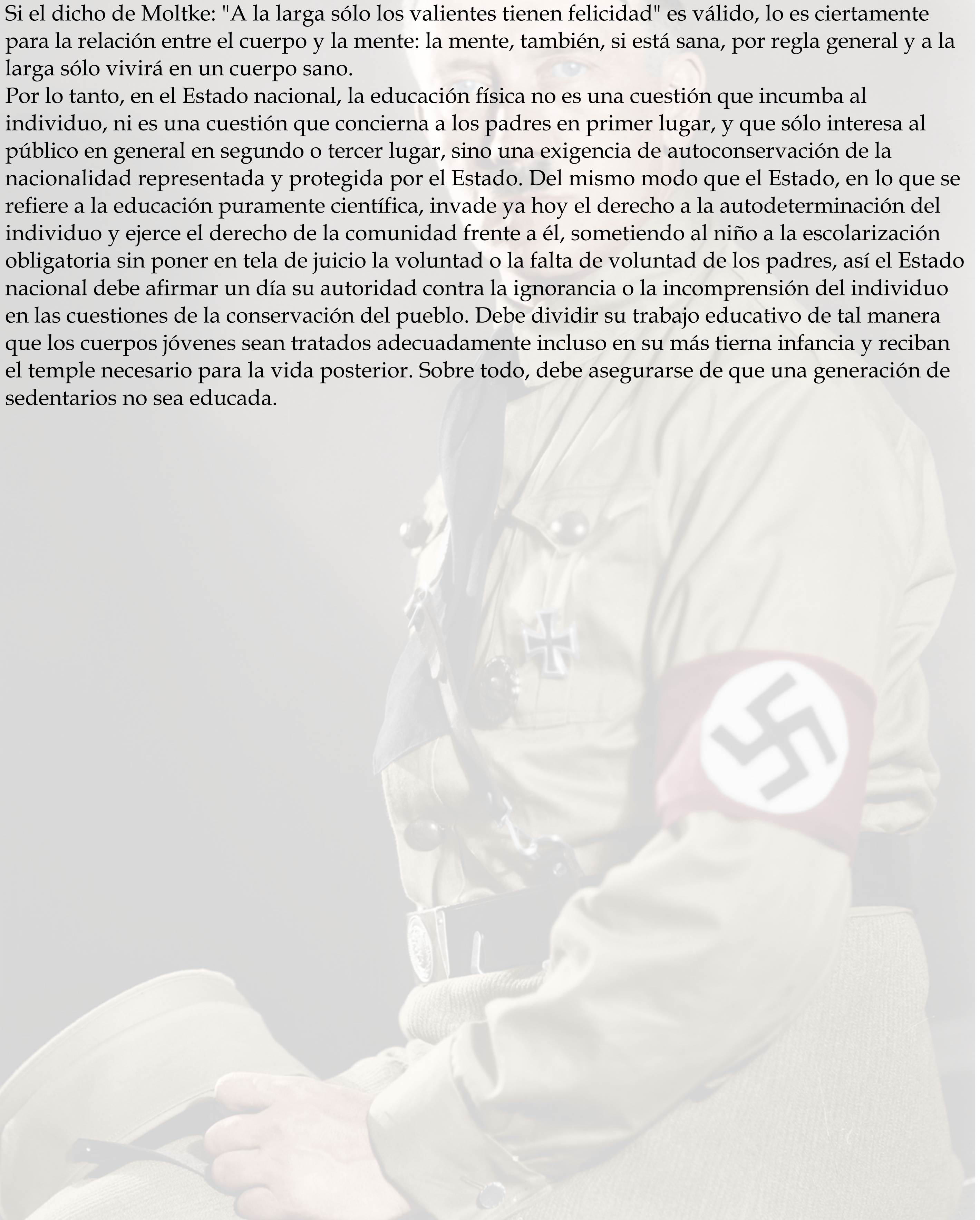


452 Principios pedagógicos del estado de völkisch

El hecho de que los genios a veces estén mal entrenados físicamente, incluso seres enfermos, no tiene nada que decir en contra. Se trata de excepciones que, como en todas partes, no hacen más que confirmar la regla. Pero si un pueblo consiste en una masa de degenerados corporales, sólo muy raramente surgirá de este pantano un espíritu realmente grande. Pero es probable que su trabajo no sea un gran éxito bajo ninguna circunstancia. La manada decrépita no lo entenderá en absoluto, o estará tan debilitada en voluntad que ya no podrá seguir el vuelo de tal águila.
Al reconocer esto, el Estado nacional debe basar toda su labor educativa principalmente no en el bombeo de meros conocimientos, sino en el cultivo de cuerpos perfectamente sanos. En segundo lugar, está el desarrollo de las facultades mentales. Aquí, sin embargo, de nuevo en la cima está el desarrollo del carácter, especialmente la promoción del poder de la voluntad y la determinación, combinado con la educación del gozo de la responsabilidad, y sólo por último de toda la formación científica.
El Estado nacional debe partir de la suposición de que una persona que no tiene una educación muy científica, pero que está físicamente sana, con un carácter bueno y firme, llena de decisión y fuerza de voluntad, es más valiosa para la comunidad nacional que un debilucho astuto. Un pueblo de eruditos, si son físicamente degenerados, débiles de voluntad y pacifistas cobardes, no conquistará el cielo, es más, ni siquiera podrá asegurar su existencia en esta tierra. En la difícil lucha del destino, rara vez sucumbe el que menos sabe, sino siempre el que saca las conclusiones más débiles de su conocimiento y las pone en práctica de la manera más miserable. Por último, también aquí debe haber una cierta armonía.

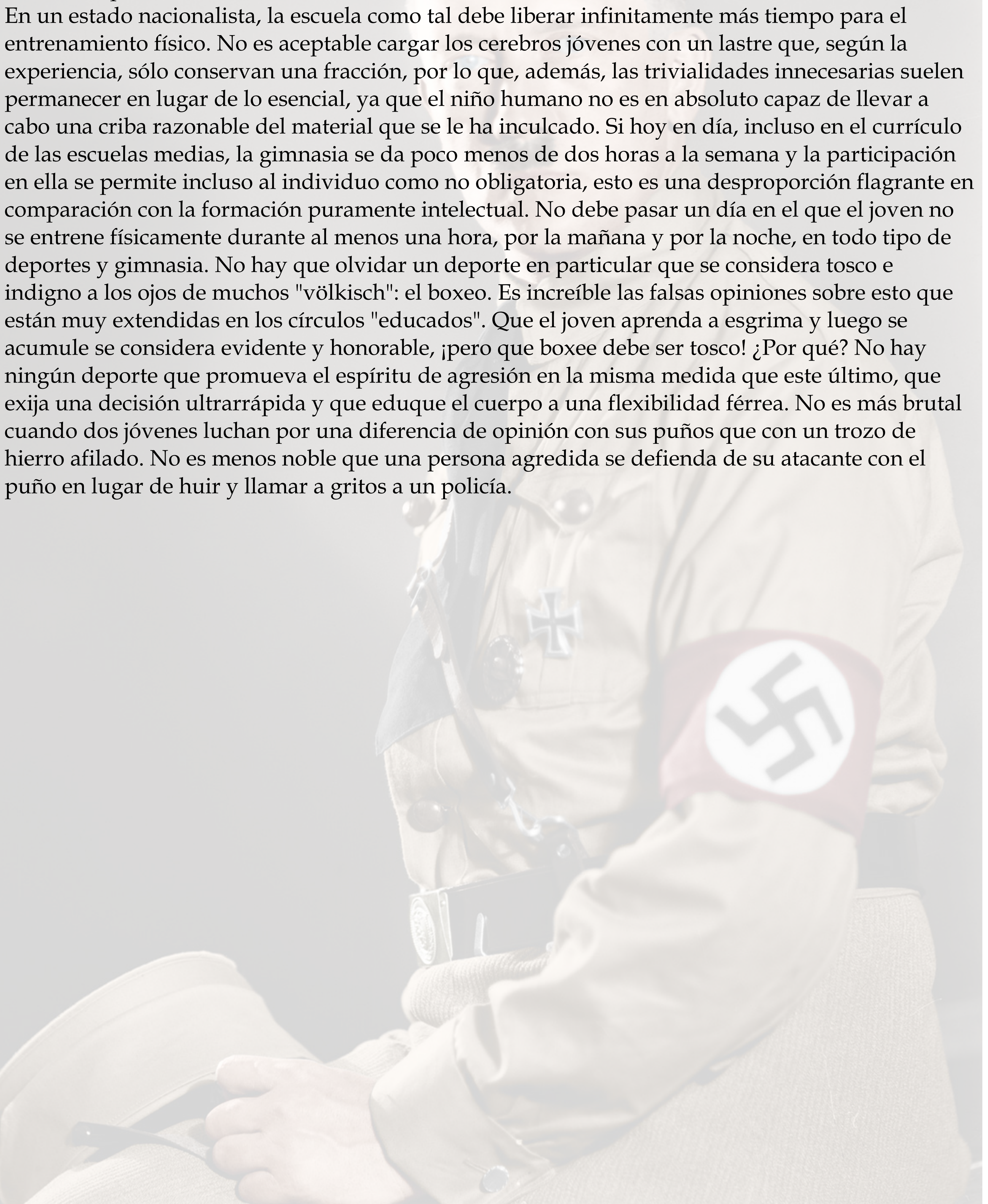


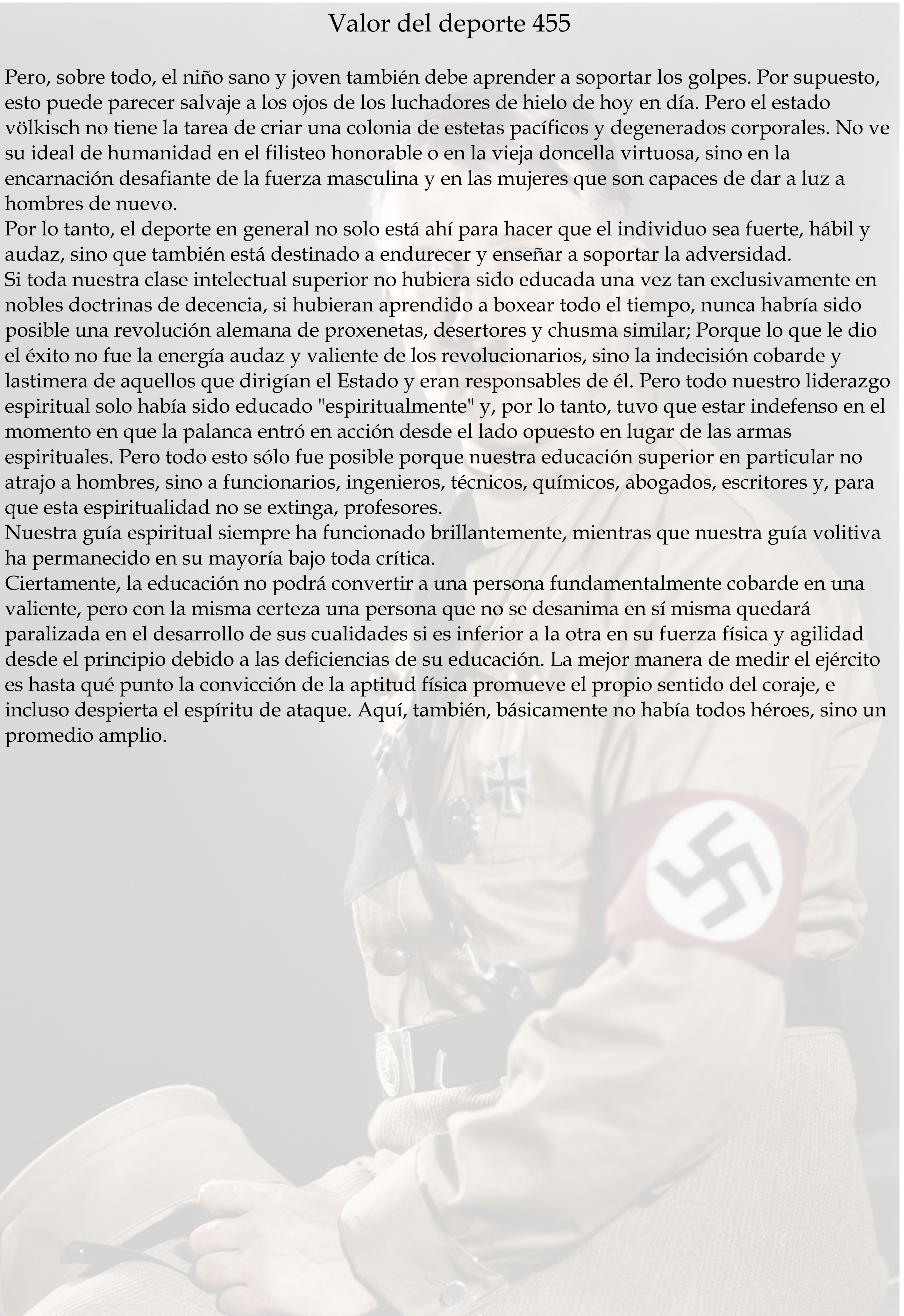
Un cuerpo podrido no se hace en lo más mínimo más estético por un espíritu radiante, de hecho, el más alto desarrollo intelectual no podría justificarse en absoluto si sus portadores fueran al mismo tiempo físicamente depravados y lisiados, débiles de carácter, súbditos vacilantes y cobardes. Lo que hace inmortal el ideal griego de belleza es la maravillosa combinación de la belleza física más gloriosa con un espíritu radiante y el alma más noble.
Si el dicho de Moltke: "A la larga sólo los valientes tienen felicidad" es válido, lo es ciertamente para la relación entre el cuerpo y la mente: la mente, también, si está sana, por regla general y a la larga sólo vivirá en un cuerpo sano.
Por lo tanto, en el Estado nacional, la educación física no es una cuestión que incumba al individuo, ni es una cuestión que concierna a los padres en primer lugar, y que sólo interesa al público en general en segundo o tercer lugar, sino una exigencia de autoconservación de la nacionalidad representada y protegida por el Estado. Del mismo modo que el Estado, en lo que se refiere a la educación puramente científica, invade ya hoy el derecho a la autodeterminación del individuo y ejerce el derecho de la comunidad frente a él, sometiendo al niño a la escolarización obligatoria sin poner en tela de juicio la voluntad o la falta de voluntad de los padres, así el Estado nacional debe afirmar un día su autoridad contra la ignorancia o la incomprensión del individuo en las cuestiones de la conservación del pueblo. Debe dividir su trabajo educativo de tal manera que los cuerpos jóvenes sean tratados adecuadamente incluso en su más tierna infancia y reciban el temple necesario para la vida posterior. Sobre todo, debe asegurarse de que una generación de sedentarios no sea educada.



Este trabajo de cuidado y educación tiene que comenzar con la joven madre. Del mismo modo que en el curso de décadas de trabajo cuidadoso fue posible lograr una limpieza libre de infecciones en el nacimiento y limitar la fiebre puerperal a unos pocos casos, así también debe ser posible y será posible llevar a cabo un tratamiento en los primeros años del niño mediante una formación exhaustiva de las hermanas y de las propias madres, que sirve como una excelente base para el desarrollo posterior.

En un estado nacionalista, la escuela como tal debe liberar infinitamente más tiempo para el entrenamiento físico. No es aceptable cargar los cerebros jóvenes con un lastre que, según la experiencia, sólo conservan una fracción, por lo que, además, las trivialidades innecesarias suelen permanecer en lugar de lo esencial, ya que el niño humano no es en absoluto capaz de llevar a cabo una criba razonable del material que se le ha inculcado. Si hoy en día, incluso en el currículo de las escuelas medias, la gimnasia se da poco menos de dos horas a la semana y la participación en ella se permite incluso al individuo como no obligatoria, esto es una desproporción flagrante en comparación con la formación puramente intelectual. No debe pasar un día en el que el joven no se entrene físicamente durante al menos una hora, por la mañana y por la noche, en todo tipo de deportes y gimnasia. No hay que olvidar un deporte en particular que se considera tosco e indigno a los ojos de muchos "völkisch": el boxeo. Es increíble las falsas opiniones sobre esto que están muy extendidas en los círculos "educados". Que el joven aprenda a esgrima y luego se acumule se considera evidente y honorable, ¡pero que boxee debe ser tosco! ¿Por qué? No hay ningún deporte que promueva el espíritu de agresión en la misma medida que este último, que exija una decisión ultrarrápida y que eduque el cuerpo a una flexibilidad férrea. No es más brutal cuando dos jóvenes luchan por una diferencia de opinión con sus puños que con un trozo de hierro afilado. No es menos noble que una persona agredida se defienda de su atacante con el puño en lugar de huir y llamar a gritos a un policía.





Pero, sobre todo, el niño sano y joven también debe aprender a soportar los golpes. Por supuesto, esto puede parecer salvaje a los ojos de los luchadores de hielo de hoy en día. Pero el estado völkisch no tiene la tarea de criar una colonia de estetas pacíficos y degenerados corporales. No ve su ideal de humanidad en el filisteo honorable o en la vieja doncella virtuosa, sino en la encarnación desafiante de la fuerza masculina y en las mujeres que son capaces de dar a luz a hombres de nuevo.
Por lo tanto, el deporte en general no solo está ahí para hacer que el individuo sea fuerte, hábil y audaz, sino que también está destinado a endurecer y enseñar a soportar la adversidad.
Si toda nuestra clase intelectual superior no hubiera sido educada una vez tan exclusivamente en nobles doctrinas de decencia, si hubieran aprendido a boxear todo el tiempo, nunca habría sido posible una revolución alemana de proxenetas, desertores y chusma similar; Porque lo que le dio el éxito no fue la energía audaz y valiente de los revolucionarios, sino la indecisión cobarde y lastimera de aquellos que dirigían el Estado y eran responsables de él. Pero todo nuestro liderazgo espiritual solo había sido educado "espiritualmente" y, por lo tanto, tuvo que estar indefenso en el momento en que la palanca entró en acción desde el lado opuesto en lugar de las armas espirituales. Pero todo esto sólo fue posible porque nuestra educación superior en particular no atrajo a hombres, sino a funcionarios, ingenieros, técnicos, químicos, abogados, escritores y, para que esta espiritualidad no se extinga, profesores.
Nuestra guía espiritual siempre ha funcionado brillantemente, mientras que nuestra guía volitiva ha permanecido en su mayoría bajo toda crítica.
Ciertamente, la educación no podrá convertir a una persona fundamentalmente cobarde en una valiente, pero con la misma certeza una persona que no se desanima en sí misma quedará paralizada en el desarrollo de sus cualidades si es inferior a la otra en su fuerza física y agilidad desde el principio debido a las deficiencias de su educación. La mejor manera de medir el ejército es hasta qué punto la convicción de la aptitud física promueve el propio sentido del coraje, e incluso despierta el espíritu de ataque. Aquí, también, básicamente no había todos héroes, sino un promedio amplio.

456 Poder sugestivo de la confianza en sí mismo

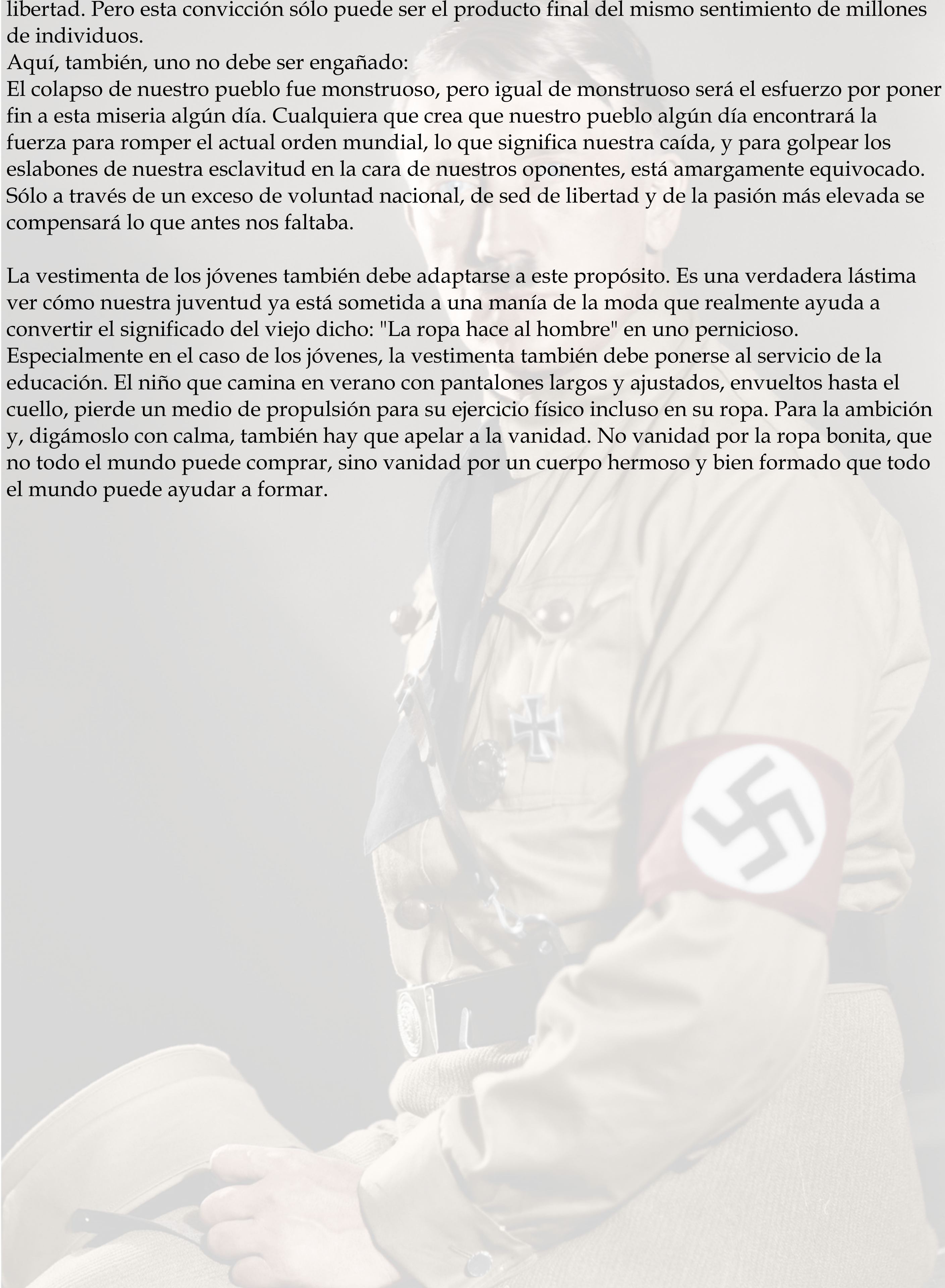
Sólo el entrenamiento superior del soldado alemán en tiempo de paz inculcaba en todo el organismo que estornudaba esa creencia sugestiva en su propia superioridad hasta un punto que ni siquiera nuestros oponentes habían creído posible. Porque lo que se logró en todos los meses del verano y el otoño de 1914 por el avance de los ejércitos alemanes en el camino de un espíritu inmortal de agresión y coraje, fue el resultado de esa educación incansable que, en los largos, largos años de paz, extrajo los logros más increíbles de los cuerpos a menudo débiles, y así educó esa confianza en sí mismo que no se perdió ni siquiera en el horror de las batallas más grandes. Es precisamente nuestro pueblo alemán, que hoy yace desplomado, expuesto a las patadas del otro mundo, el que necesita el poder sugestivo que reside en la confianza en sí mismo. Esta confianza en sí mismo, sin embargo, debe ser inculcada desde la infancia al joven camarada. Toda su educación y entrenamiento deben estar diseñados para darle la convicción de que es absolutamente superior a los demás. En su fuerza física y agilidad debe recuperar la fe en la invencibilidad de toda su nacionalidad. Porque lo que una vez llevó al ejército alemán a la victoria fue la suma total de la confianza que cada individuo tenía en sí mismo y en su liderazgo.



La vanidad al servicio de la educación 457

Lo que levantará de nuevo al pueblo alemán es la convicción de la posibilidad de recuperar la libertad. Pero esta convicción sólo puede ser el producto final del mismo sentimiento de millones de individuos.
Aquí, también, uno no debe ser engañado:
El colapso de nuestro pueblo fue monstruoso, pero igual de monstruoso será el esfuerzo por poner fin a esta miseria algún día. Cualquiera que crea que nuestro pueblo algún día encontrará la fuerza para romper el actual orden mundial, lo que significa nuestra caída, y para golpear los eslabones de nuestra esclavitud en la cara de nuestros oponentes, está amargamente equivocado. Sólo a través de un exceso de voluntad nacional, de sed de libertad y de la pasión más elevada se compensará lo que antes nos faltaba.

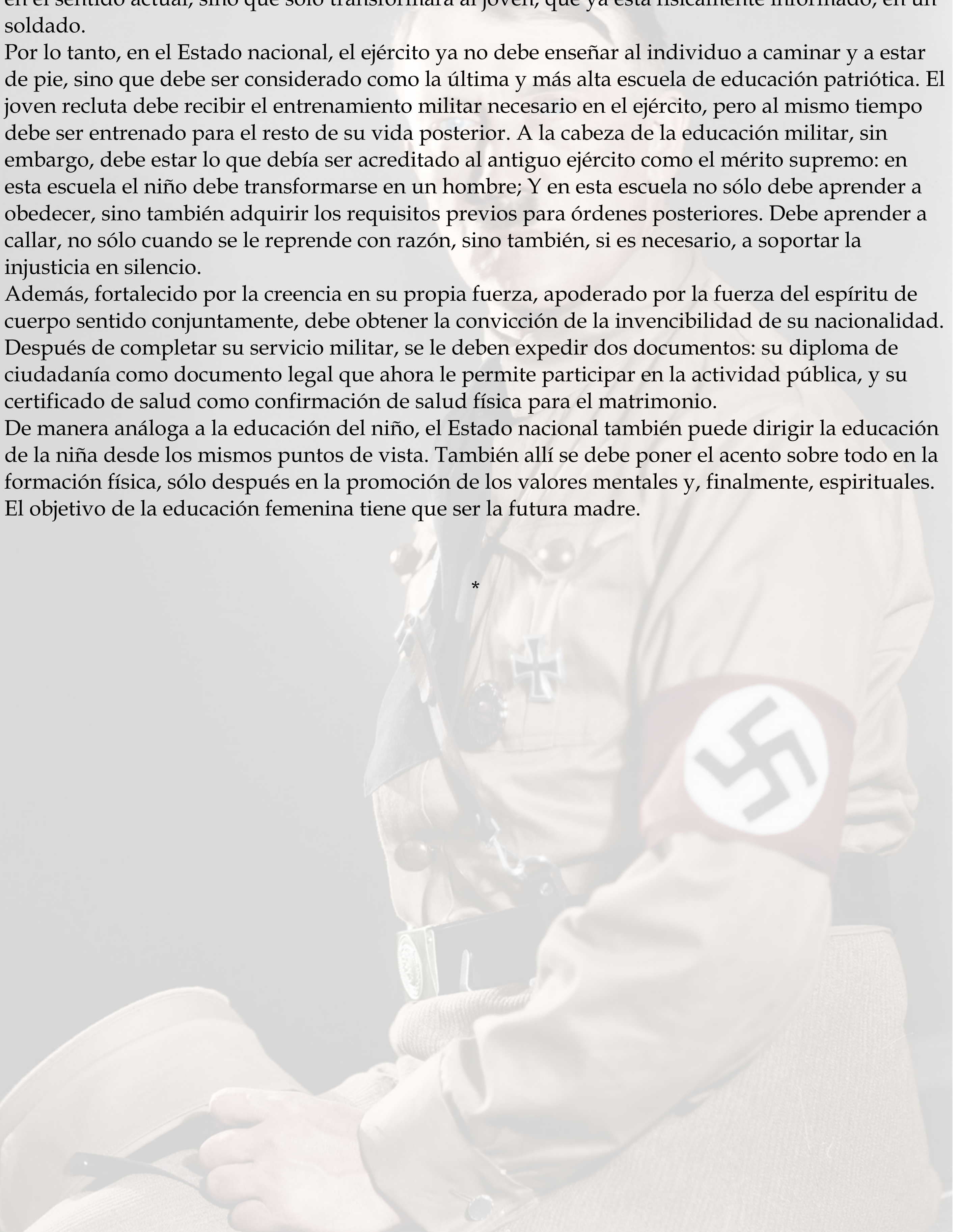
La vestimenta de los jóvenes también debe adaptarse a este propósito. Es una verdadera lástima ver cómo nuestra juventud ya está sometida a una manía de la moda que realmente ayuda a convertir el significado del viejo dicho: "La ropa hace al hombre" en uno pernicioso.
Especialmente en el caso de los jóvenes, la vestimenta también debe ponerse al servicio de la educación. El niño que camina en verano con pantalones largos y ajustados, envueltos hasta el cuello, pierde un medio de propulsión para su ejercicio físico incluso en su ropa. Para la ambición y, digámoslo con calma, también hay que apelar a la vanidad. No vanidad por la ropa bonita, que no todo el mundo puede comprar, sino vanidad por un cuerpo hermoso y bien formado que todo el mundo puede ayudar a formar.



458 Supervisión entre la escuela y el tiempo militar

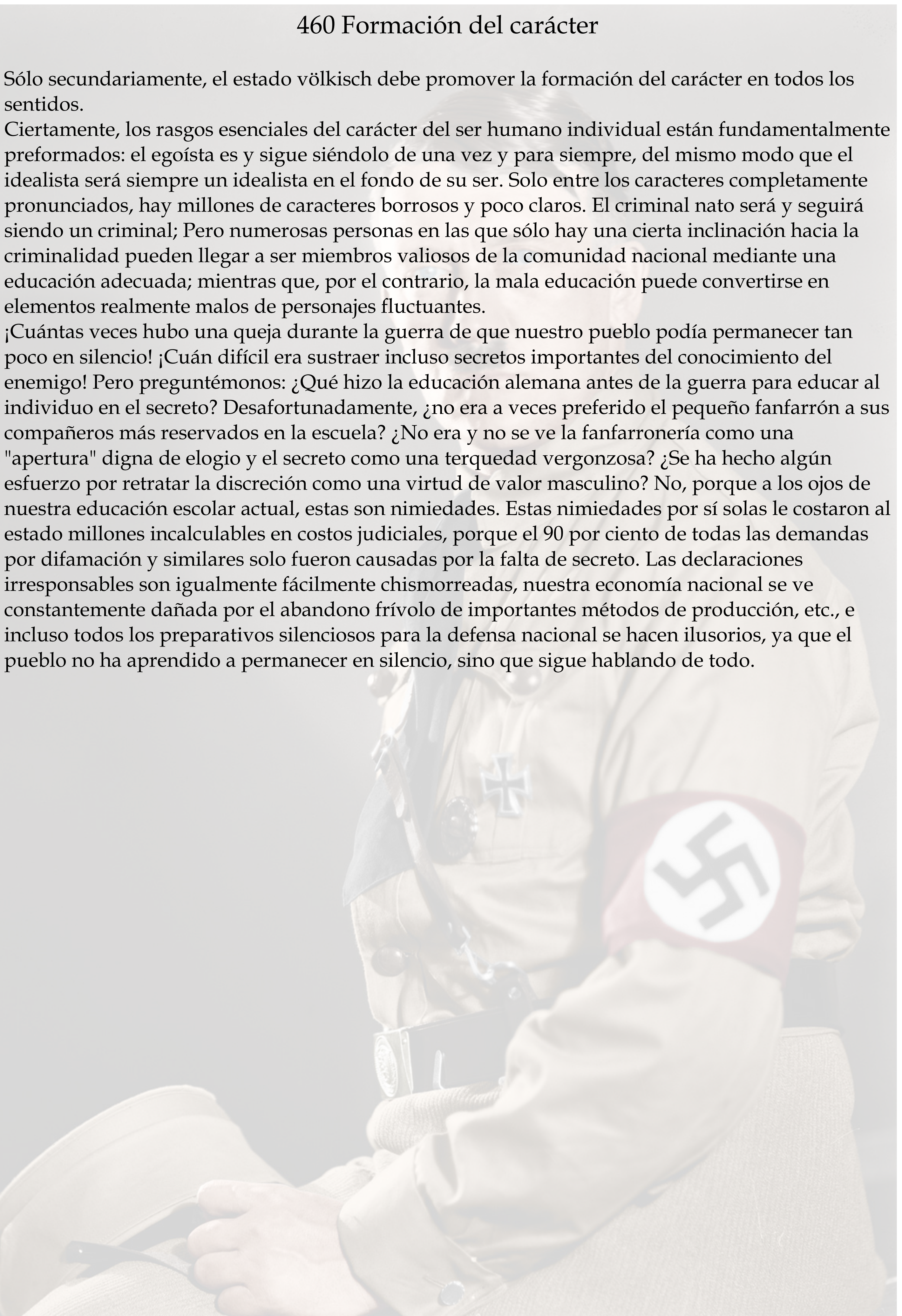
Esto también es útil para más adelante. Se supone que la chica debe conocer a su caballero. Si la belleza física no fuera completamente relegada a un segundo plano hoy por nuestra moda casual, la seducción de cientos de miles de chicas por banqueros judíos repugnantes y de piernas torcidas no sería posible en absoluto. Esto, también, está en el interés de la nación que se encuentren los cuerpos más hermosos y así ayudar a dar nueva belleza a la gente.
Hoy, por supuesto, todo esto sería muy necesario, porque falta la educación militar, y así se ha eliminado la única institución que, en tiempos de paz, al menos parcialmente alcanzó lo que fue descuidado por nuestra otra educación. Y también en este caso había que buscar el éxito no sólo en la formación del individuo como tal, sino en la influencia que ejercía sobre la relación entre los dos sexos. La joven prefería al soldado que al no soldado.
El Estado nacional no sólo debe llevar a cabo y supervisar la educación física en los años escolares oficiales, sino que también debe velar por que, en el período postescolar, mientras un niño esté en proceso de desarrollo físico, este desarrollo resulte de su bendición. Es absurdo creer que al final de la escolarización cesa de repente el derecho del Estado a supervisar a sus jóvenes ciudadanos, sólo para volver al servicio militar. Este derecho es un deber, y como tal existe siempre por igual.
El Estado actual, que no tiene ningún interés en las personas sanas, sólo ha despreciado criminalmente este deber. Deja que los jóvenes de hoy degeneren en las calles y en los burdeles, en lugar de tomarlos por las riendas y desarrollarlos físicamente hasta que un día un hombre sano y una mujer sana salgan de ello.
La forma en que el Estado continúe esta educación puede ser un tema indiferente hoy, lo esencial es que lo haga y busque los caminos que le sean útiles. El Estado nacional, al igual que la educación intelectual, también tendrá que considerar la formación física del período postescolar como una tarea estatal y tendrá que llevarla a cabo a través de las instituciones estatales.





A grandes rasgos, esta educación puede ser ya el entrenamiento preparatorio para el servicio militar posterior. Entonces el ejército ya no tendrá que enseñar al joven los conceptos básicos de los reglamentos de instrucción más simples, como ha sido el caso hasta ahora, ni recibirá reclutas en el sentido actual, sino que solo transformará al joven, que ya está físicamente informado, en un soldado.
Por lo tanto, en el Estado nacional, el ejército ya no debe enseñar al individuo a caminar y a estar de pie, sino que debe ser considerado como la última y más alta escuela de educación patriótica. El joven recluta debe recibir el entrenamiento militar necesario en el ejército, pero al mismo tiempo debe ser entrenado para el resto de su vida posterior. A la cabeza de la educación militar, sin embargo, debe estar lo que debía ser acreditado al antiguo ejército como el mérito supremo: en esta escuela el niño debe transformarse en un hombre; Y en esta escuela no sólo debe aprender a obedecer, sino también adquirir los requisitos previos para órdenes posteriores. Debe aprender a callar, no sólo cuando se le reprende con razón, sino también, si es necesario, a soportar la injusticia en silencio.
Además, fortalecido por la creencia en su propia fuerza, apoderado por la fuerza del espíritu de cuerpo sentido conjuntamente, debe obtener la convicción de la invencibilidad de su nacionalidad.
Después de completar su servicio militar, se le deben expedir dos documentos: su diploma de ciudadanía como documento legal que ahora le permite participar en la actividad pública, y su certificado de salud como confirmación de salud física para el matrimonio.
De manera análoga a la educación del niño, el Estado nacional también puede dirigir la educación de la niña desde los mismos puntos de vista. También allí se debe poner el acento sobre todo en la formación física, sólo después en la promoción de los valores mentales y, finalmente, espirituales.
El objetivo de la educación femenina tiene que ser la futura madre.

*



460 Formación del carácter

Sólo secundariamente, el estado völkisch debe promover la formación del carácter en todos los sentidos.
Ciertamente, los rasgos esenciales del carácter del ser humano individual están fundamentalmente preformados: el egoísta es y sigue siéndolo de una vez y para siempre, del mismo modo que el idealista será siempre un idealista en el fondo de su ser. Solo entre los caracteres completamente pronunciados, hay millones de caracteres borrosos y poco claros. El criminal nato será y seguirá siendo un criminal; Pero numerosas personas en las que sólo hay una cierta inclinación hacia la criminalidad pueden llegar a ser miembros valiosos de la comunidad nacional mediante una educación adecuada; mientras que, por el contrario, la mala educación puede convertirse en elementos realmente malos de personajes fluctuantes.
¡Cuántas veces hubo una queja durante la guerra de que nuestro pueblo podía permanecer tan poco en silencio! ¡Cuán difícil era sustraer incluso secretos importantes del conocimiento del enemigo! Pero preguntémonos: ¿Qué hizo la educación alemana antes de la guerra para educar al individuo en el secreto? Desafortunadamente, ¿no era a veces preferido el pequeño fanfarrón a sus compañeros más reservados en la escuela? ¿No era y no se ve la fanfarronería como una "apertura" digna de elogio y el secreto como una terquedad vergonzosa? ¿Se ha hecho algún esfuerzo por retratar la discreción como una virtud de valor masculino? No, porque a los ojos de nuestra educación escolar actual, estas son nimiedades. Estas nimiedades por sí solas le costaron al estado millones incalculables en costos judiciales, porque el 90 por ciento de todas las demandas por difamación y similares solo fueron causadas por la falta de secreto. Las declaraciones irresponsables son igualmente fácilmente chismorreadas, nuestra economía nacional se ve constantemente dañada por el abandono frívolo de importantes métodos de producción, etc., e incluso todos los preparativos silenciosos para la defensa nacional se hacen ilusorios, ya que el pueblo no ha aprendido a permanecer en silencio, sino que sigue hablando de todo.

En la guerra, sin embargo, este chisme puede conducir a la pérdida de batallas y, por lo tanto, contribuir esencialmente al desafortunado resultado de la batalla. También en este caso hay que convencerse de que lo que no se practicó en la juventud no podrá hacerlo en la vejez. También pertenece a esto el hecho de que el maestro, por ejemplo, no trate de adquirir conocimiento de las estúpidas travesuras infantiles engendrando una mala jactancia. Los jóvenes tienen su Estado para sí mismos, se mantienen en una cierta solidaridad cerrada con los adultos, y esto es algo natural. El vínculo del niño de diez años con su compañero de la misma edad es más natural y mayor que el de los adultos. Un muchacho que declara a su camarada comete traición, reforzando así una actitud que, expresada con dureza y trasladada en gran medida, corresponde exactamente a la del traidor. Un niño así no puede ser considerado de ninguna manera como un niño "bueno y decente", sino como un niño con rasgos de carácter poco valiosos. Puede ser conveniente que el maestro se sirva de tales vicios para aumentar su autoridad, pero en el corazón juvenil se planta el germen de una actitud que más tarde puede tener un efecto desastroso. ¡Más de una vez, un pequeño fanfarrón se ha convertido en un gran sinvergüenza!
Este es solo un ejemplo para muchos. Hoy en día, el desarrollo consciente de rasgos de carácter buenos y nobles en la escuela es nulo. Un día habrá que poner un énfasis muy diferente en ello. La lealtad, la disposición a oponerse, la discreción son virtudes que necesita un gran pueblo, y cuya educación y formación en la escuela es más importante que gran parte de lo que actualmente llena nuestros planes de estudio. El cultivo de lamentaciones llorosas, de aullidos lúgubres, etc., también pertenece a esta área.

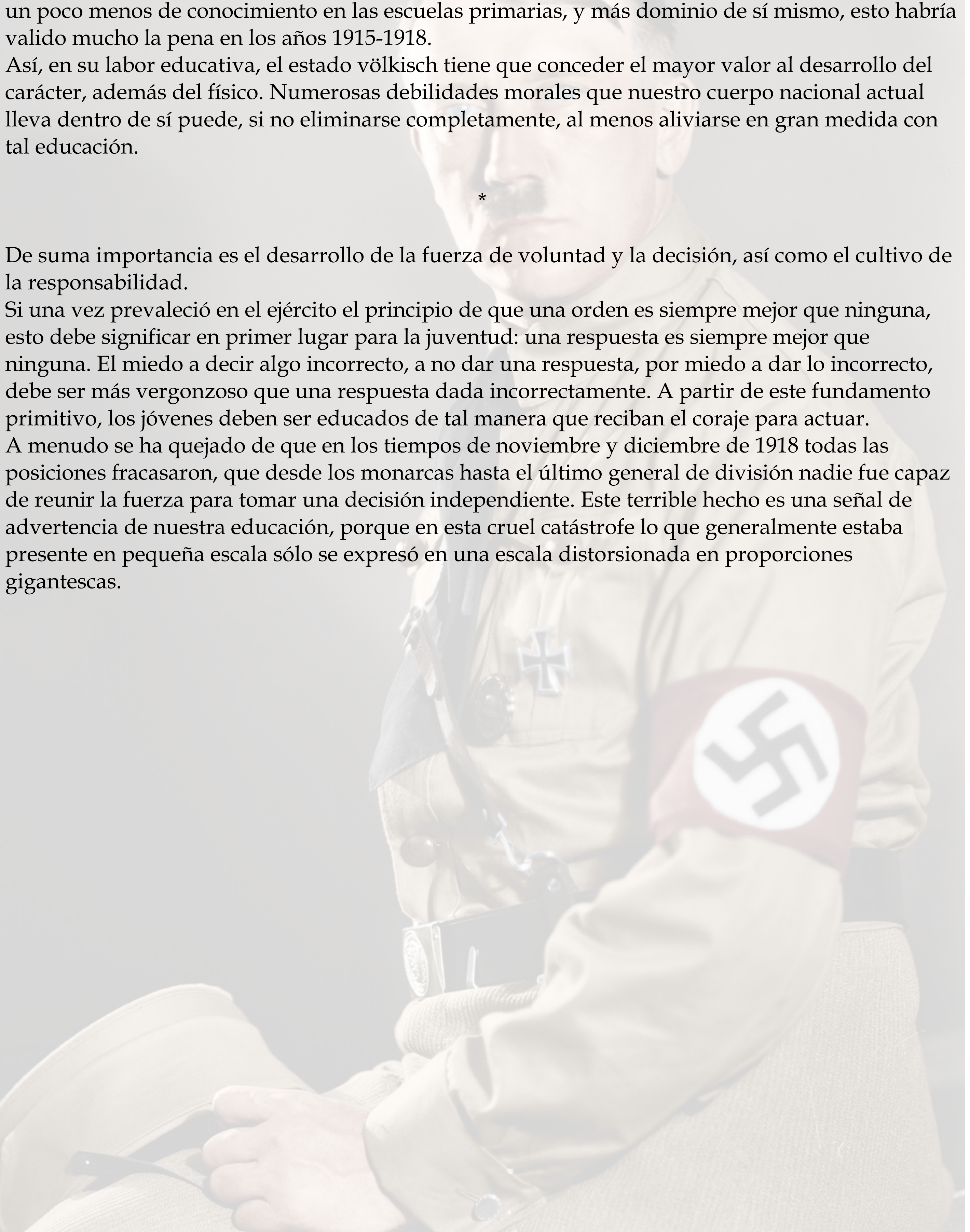


462 Entrenamiento de la fuerza de voluntad y la determinación

Si una educación se olvida de trabajar con el niño de modo que incluso el sufrimiento y la injusticia deben ser soportados en silencio, no debe sorprenderse si más tarde, en una hora crítica, especialmente cuando el hombre está en el frente, todo el tráfico postal sirve únicamente para el transporte de cartas de lamento y lloriqueos mutuos. Si a nuestra juventud se le hubiera enseñado un poco menos de conocimiento en las escuelas primarias, y más dominio de sí mismo, esto habría valido mucho la pena en los años 1915-1918.
Así, en su labor educativa, el estado völkisch tiene que conceder el mayor valor al desarrollo del carácter, además del físico. Numerosas debilidades morales que nuestro cuerpo nacional actual lleva dentro de sí puede, si no eliminarse completamente, al menos aliviarse en gran medida con tal educación.

*

De suma importancia es el desarrollo de la fuerza de voluntad y la decisión, así como el cultivo de la responsabilidad.
Si una vez prevaleció en el ejército el principio de que una orden es siempre mejor que ninguna, esto debe significar en primer lugar para la juventud: una respuesta es siempre mejor que ninguna. El miedo a decir algo incorrecto, a no dar una respuesta, por miedo a dar lo incorrecto, debe ser más vergonzoso que una respuesta dada incorrectamente. A partir de este fundamento primitivo, los jóvenes deben ser educados de tal manera que reciban el coraje para actuar.
A menudo se ha quejado de que en los tiempos de noviembre y diciembre de 1918 todas las posiciones fracasaron, que desde los monarcas hasta el último general de división nadie fue capaz de reunir la fuerza para tomar una decisión independiente. Este terrible hecho es una señal de advertencia de nuestra educación, porque en esta cruel catástrofe lo que generalmente estaba presente en pequeña escala sólo se expresó en una escala distorsionada en proporciones gigantescas.

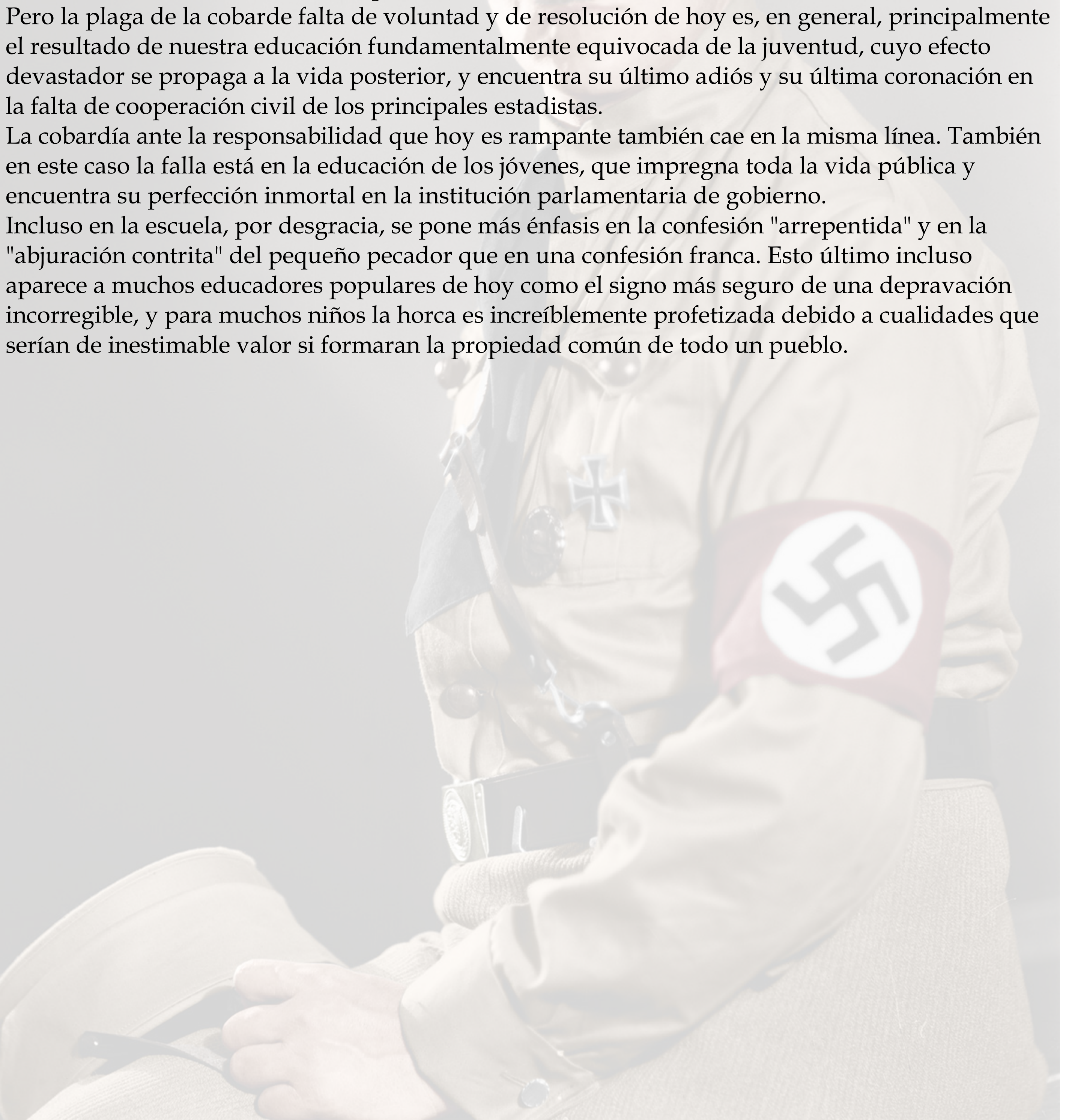


Es esta falta de voluntad, y no la falta de armas, lo que nos hace hoy incapaces de cualquier resistencia seria. Es parte de todo nuestro pueblo, previniendo cualquier decisión que implique riesgo, como si la magnitud de un hecho no consistiera precisamente en riesgo. Sin sospecharlo, un general alemán logró encontrar la fórmula clásica para esta miserable falta de voluntad: "Sólo actúo cuando puedo contar con un cincuenta y uno por ciento de probabilidades de éxito". En este "cincuenta y uno por ciento" se encuentra la tragedia del colapso alemán; Aquel que primero exige del destino la garantía del éxito, renuncia automáticamente a la importancia de una gesta heroica. Pues esto radica en el hecho de que, en la convicción del peligro mortal de una condición, se da el paso que tal vez pueda conducir al éxito. Un paciente de cáncer, cuya muerte es por lo demás segura, no tiene que calcular el cincuenta y uno por ciento para atreverse a una operación. Y si esto promete una curación con medio por ciento de probabilidad, un hombre valiente se atreverá a hacerlo, de lo contrario, no llorará por su vida.

Pero la plaga de la cobarde falta de voluntad y de resolución de hoy es, en general, principalmente el resultado de nuestra educación fundamentalmente equivocada de la juventud, cuyo efecto devastador se propaga a la vida posterior, y encuentra su último adiós y su última coronación en la falta de cooperación civil de los principales estadistas.

La cobardía ante la responsabilidad que hoy es rampante también cae en la misma línea. También en este caso la falla está en la educación de los jóvenes, que impregna toda la vida pública y encuentra su perfección inmortal en la institución parlamentaria de gobierno.

Incluso en la escuela, por desgracia, se pone más énfasis en la confesión "arrepentida" y en la "abjuración contrita" del pequeño pecador que en una confesión franca. Esto último incluso aparece a muchos educadores populares de hoy como el signo más seguro de una depravación incorregible, y para muchos niños la horca es increíblemente profetizada debido a cualidades que serían de inestimable valor si formaran la propiedad común de todo un pueblo.

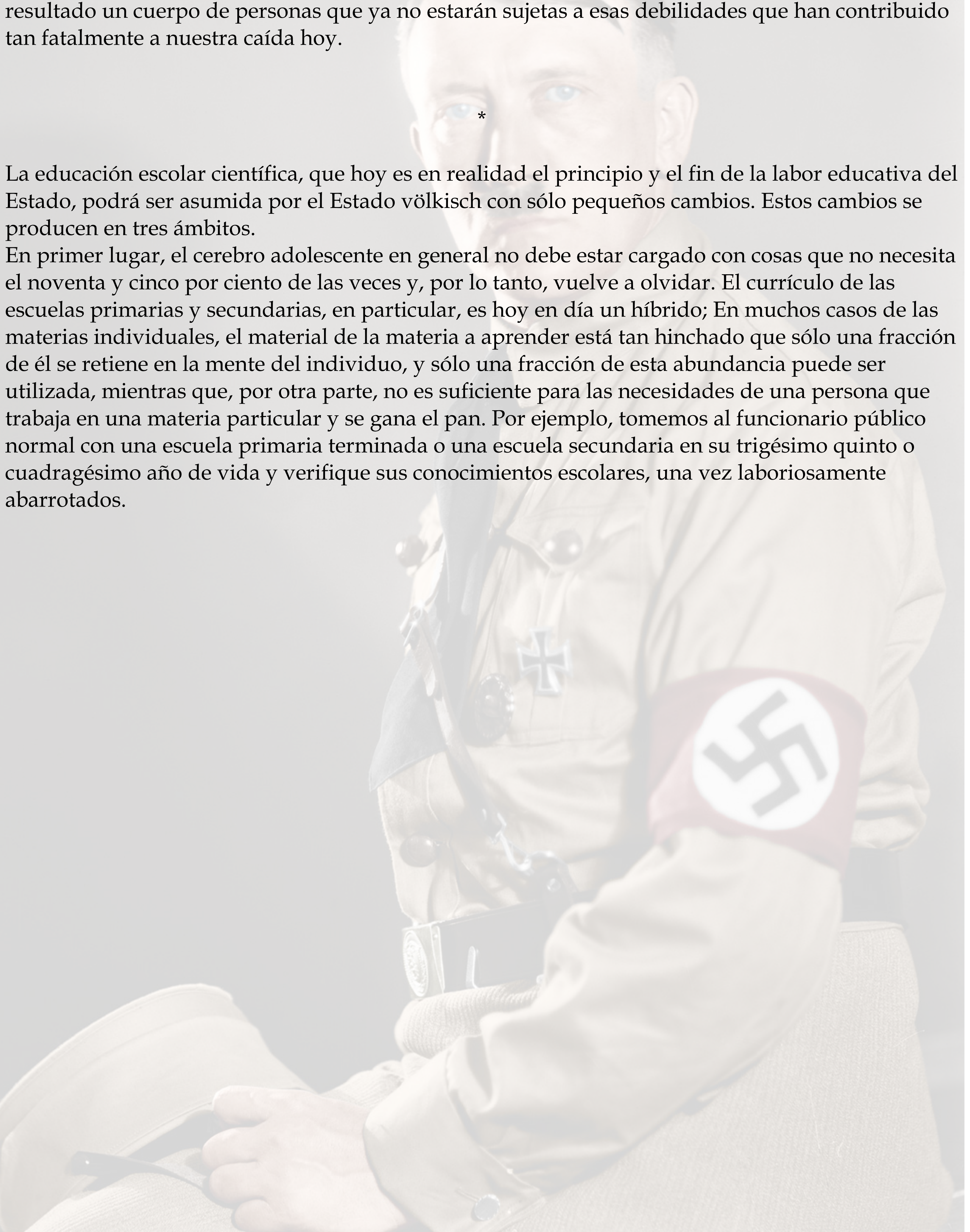


464 Principios para la Formación Científica

Del mismo modo que el Estado nacional debe dedicar un día la máxima atención a la educación de la voluntad y del poder de decisión, así también debe desde temprana edad hundir en el corazón de los jóvenes la alegría de la responsabilidad y la valentía de la confesión. Sólo cuando reconozca esta necesidad en su pleno significado, después de siglos de trabajo educativo, recibirá como resultado un cuerpo de personas que ya no estarán sujetas a esas debilidades que han contribuido tan fatalmente a nuestra caída hoy.

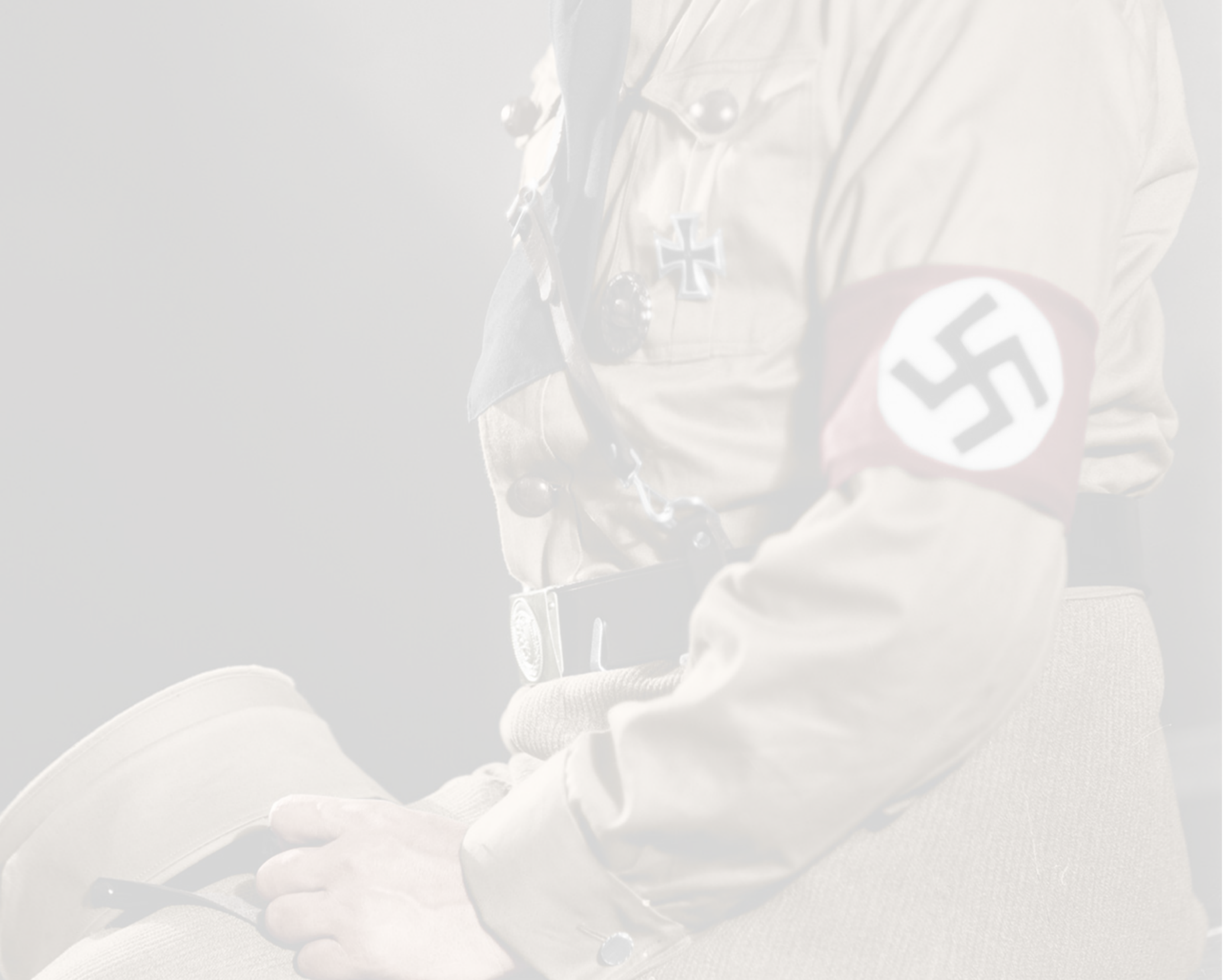
*

La educación escolar científica, que hoy es en realidad el principio y el fin de la labor educativa del Estado, podrá ser asumida por el Estado völkisch con sólo pequeños cambios. Estos cambios se producen en tres ámbitos.
En primer lugar, el cerebro adolescente en general no debe estar cargado con cosas que no necesita el noventa y cinco por ciento de las veces y, por lo tanto, vuelve a olvidar. El currículo de las escuelas primarias y secundarias, en particular, es hoy en día un híbrido; En muchos casos de las materias individuales, el material de la materia a aprender está tan hinchado que sólo una fracción de él se retiene en la mente del individuo, y sólo una fracción de esta abundancia puede ser utilizada, mientras que, por otra parte, no es suficiente para las necesidades de una persona que trabaja en una materia particular y se gana el pan. Por ejemplo, tomemos al funcionario público normal con una escuela primaria terminada o una escuela secundaria en su trigésimo quinto o cuadragésimo año de vida y verifique sus conocimientos escolares, una vez laboriosamente abarrotados.

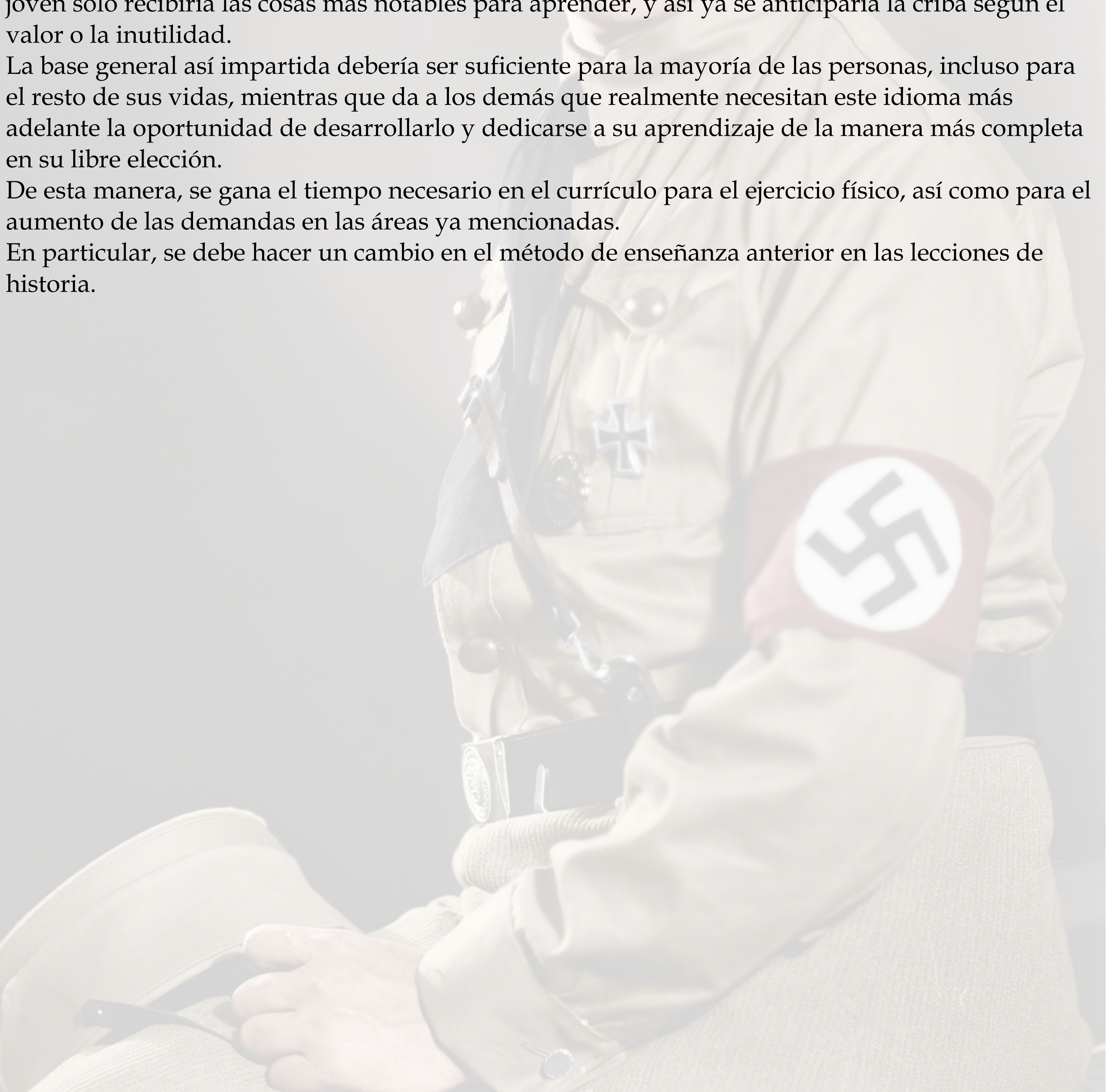


Sin sobrecarga del cerebro 465

¡Qué poco de todas las cosas que nos inculcaron en ese momento queda! Por supuesto, uno obtendrá la respuesta: "Sí, la cantidad de material aprendido en ese momento no solo tenía el propósito de la posesión posterior de múltiples conocimientos, sino también de entrenar la receptividad mental, la capacidad de pensar y, especialmente, la memoria del cerebro". Esto es en parte cierto. Sin embargo, existe el peligro de que el cerebro juvenil se vea inundado por un torrente de impresiones, con las que rara vez se enfrenta, y cuyos elementos individuales no sabe cómo cribar ni evaluar según su mayor o menor importancia; por lo que, además, no suele ser lo inesencial, sino lo esencial lo que se olvida y se sacrifica. De este modo, el objetivo principal de tanto aprendizaje se pierde de nuevo; porque no puede consistir en hacer que el cerebro, como tal, sea capaz de aprender por medio de una acumulación inconmensurable de material didáctico; sino en impartir a la vida posterior ese tesoro de conocimiento que el individuo necesita y que a su vez beneficia al público en general a través de él. Pero esto se vuelve ilusorio cuando, como resultado de la abundancia del material que se le impuso en la juventud, el hombre más tarde ya no lo posee en absoluto, o hace mucho tiempo que dejó de poseer la esencia del mismo. Es incomprensible, por ejemplo, que millones de personas tengan que aprender dos o tres lenguas extranjeras a lo largo de los años, que luego sólo pueden utilizar en una fracción y, por lo tanto, olvidar por completo en la mayoría, porque de cien mil alumnos que aprenden francés, por ejemplo, apenas dos mil tendrán más tarde un uso serio de este conocimiento. mientras que noventa y ocho mil ya no están en condiciones de poner en práctica lo que una vez han aprendido en todo su curso de vida. Por lo tanto, en su juventud, han dedicado miles de horas a algo que luego no tendrá valor ni importancia para ellos.



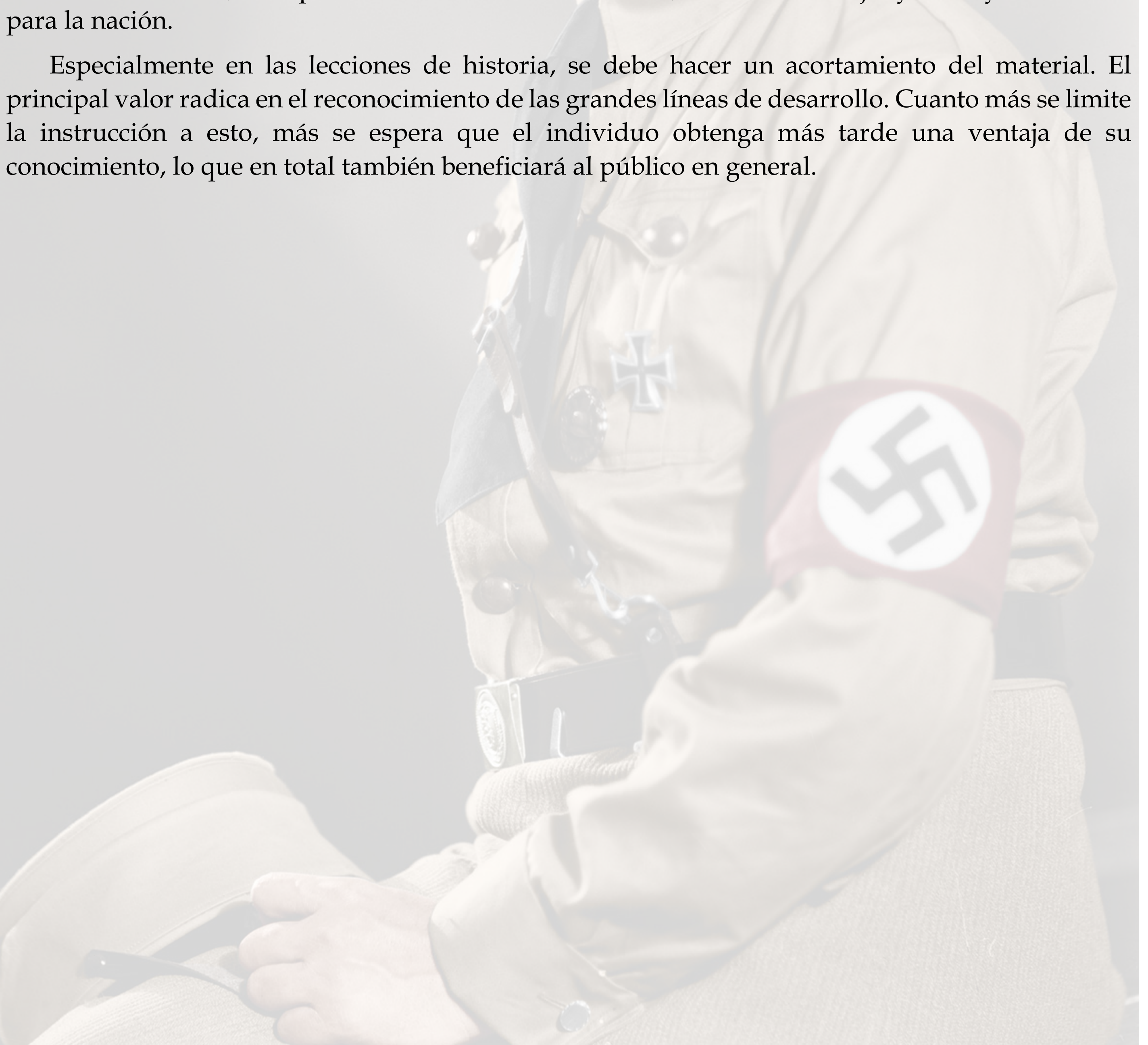
La objeción de que este material pertenece a la educación general también es incorrecta, ya que sólo podría argumentarse si las personas tuvieran lo que han aprendido a lo largo de sus vidas. Así, debido a las dos mil personas para quienes el conocimiento de este idioma es útil, noventa y ocho mil deben ser atormentadas en vano y sacrificar un tiempo valioso.
En este caso, se trata de una lengua de la que ni siquiera se puede decir que signifique un entrenamiento de pensamiento lógico agudo, como es el caso del latín, por ejemplo. Por lo tanto, sería mucho más conveniente que tal lengua se impartiera al joven estudiante sólo en sus líneas generales, o mejor dicho, en su esquema interior, es decir, si se le diera conocimiento de la naturaleza sobresaliente de esta lengua, y tal vez se le introdujera en los fundamentos de su gramática y pronunciación, formación de oraciones, etc., por medio de ejemplos ejemplares. Esto era suficiente para las necesidades generales y, debido a que era más fácil de examinar y recordar, sería más valioso que el abarrotamiento actual de todo el idioma, que no se domina realmente y luego se olvida. Al hacerlo, también se evitaría el peligro de que, de la abrumadora abundancia de material, solo quedaran en la memoria trozos individuales accidentales e incoherentes, ya que el joven solo recibiría las cosas más notables para aprender, y así ya se anticiparía la criba según el valor o la inutilidad.
La base general así impartida debería ser suficiente para la mayoría de las personas, incluso para el resto de sus vidas, mientras que da a los demás que realmente necesitan este idioma más adelante la oportunidad de desarrollarlo y dedicarse a su aprendizaje de la manera más completa en su libre elección.
De esta manera, se gana el tiempo necesario en el currículo para el ejercicio físico, así como para el aumento de las demandas en las áreas ya mencionadas.
En particular, se debe hacer un cambio en el método de enseñanza anterior en las lecciones de historia.



Principios para la enseñanza de la historia 467

Es probable que casi ningún pueblo aprenda más de la historia que los alemanes; pero difícilmente habrá un pueblo que lo use peor que el nuestro. Si la política es historia en construcción, entonces nuestra educación histórica está dirigida por la naturaleza de nuestra actividad política. Tampoco en este caso es aceptable quejarse de los miserables resultados de nuestros logros políticos si no estamos decididos a proporcionar una mejor educación en política. El resultado de nuestras lecciones de historia actual es miserable uno de cada noventa y nueve casos de cada cien. Pocas fechas, números de nacimiento y nombres tienden a permanecer, mientras que no hay una línea grande y clara en absoluto. Todas las cosas esenciales que realmente importan no se enseñan en absoluto, sino que se deja a la disposición más o menos ingeniosa del individuo descubrir los motivos internos a partir de la avalancha de datos, de la secuencia de los acontecimientos. Uno puede resistirse a esta amarga declaración tanto como quiera; no hay más que leer con detenimiento los discursos de nuestros diputados en una sola sesión sobre problemas políticos, como los de política exterior; Hay que tener en cuenta que aquí se trata, al menos en aseveración, de la selección de la nación alemana, y que, en todo caso, una gran parte de este pueblo ocupaba los tribunales de nuestras escuelas medias, algunos de ellos incluso estaban en universidades, y de ello se deduce lo completamente inadecuada que es la educación histórica de este pueblo. Si no hubieran estudiado historia en absoluto, sino que sólo tuvieran un instinto sano, sería mucho mejor y de mayor beneficio para la nación.

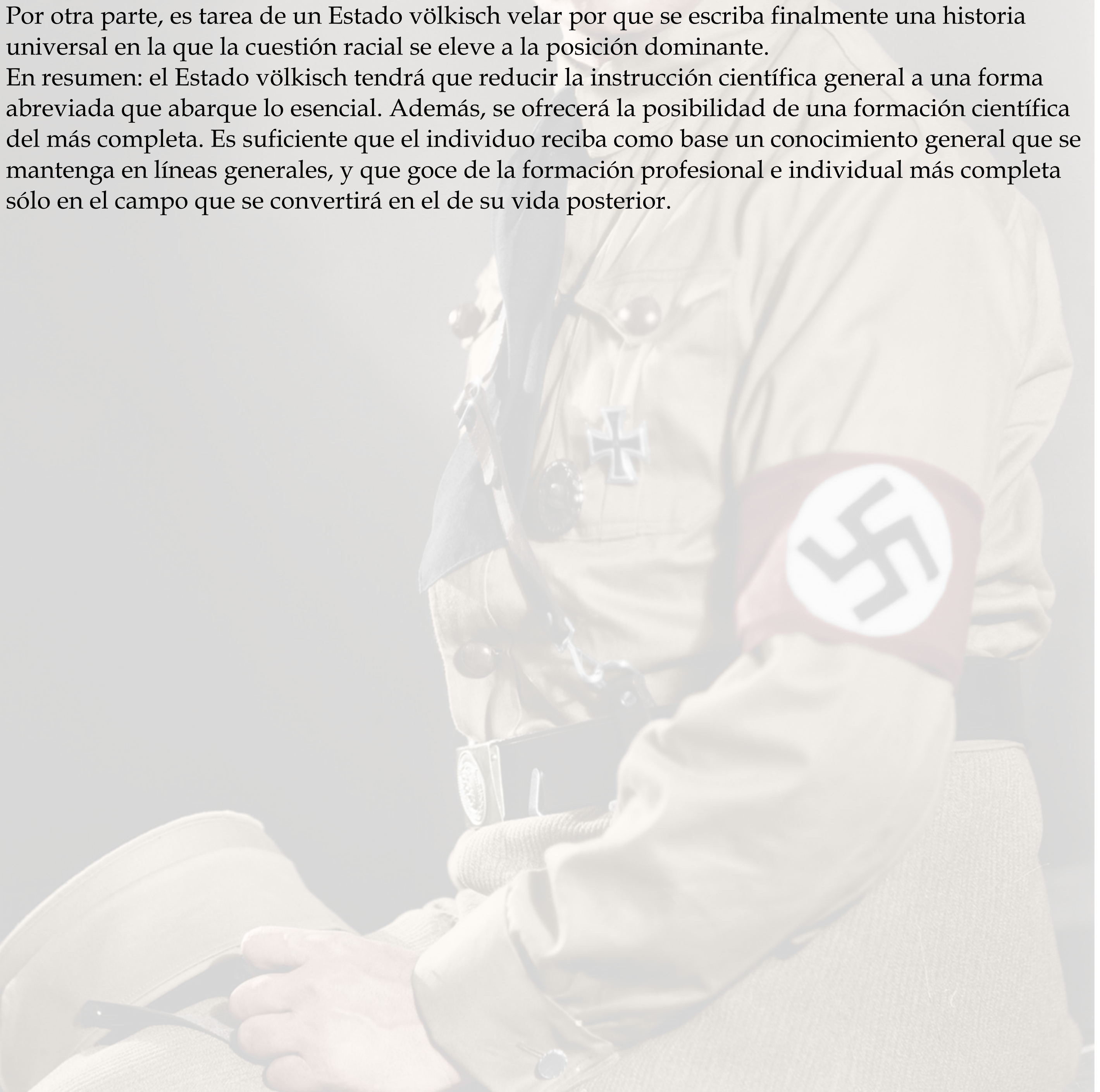
Especialmente en las lecciones de historia, se debe hacer un acortamiento del material. El principal valor radica en el reconocimiento de las grandes líneas de desarrollo. Cuanto más se limite la instrucción a esto, más se espera que el individuo obtenga más tarde una ventaja de su conocimiento, lo que en total también beneficiará al público en general.

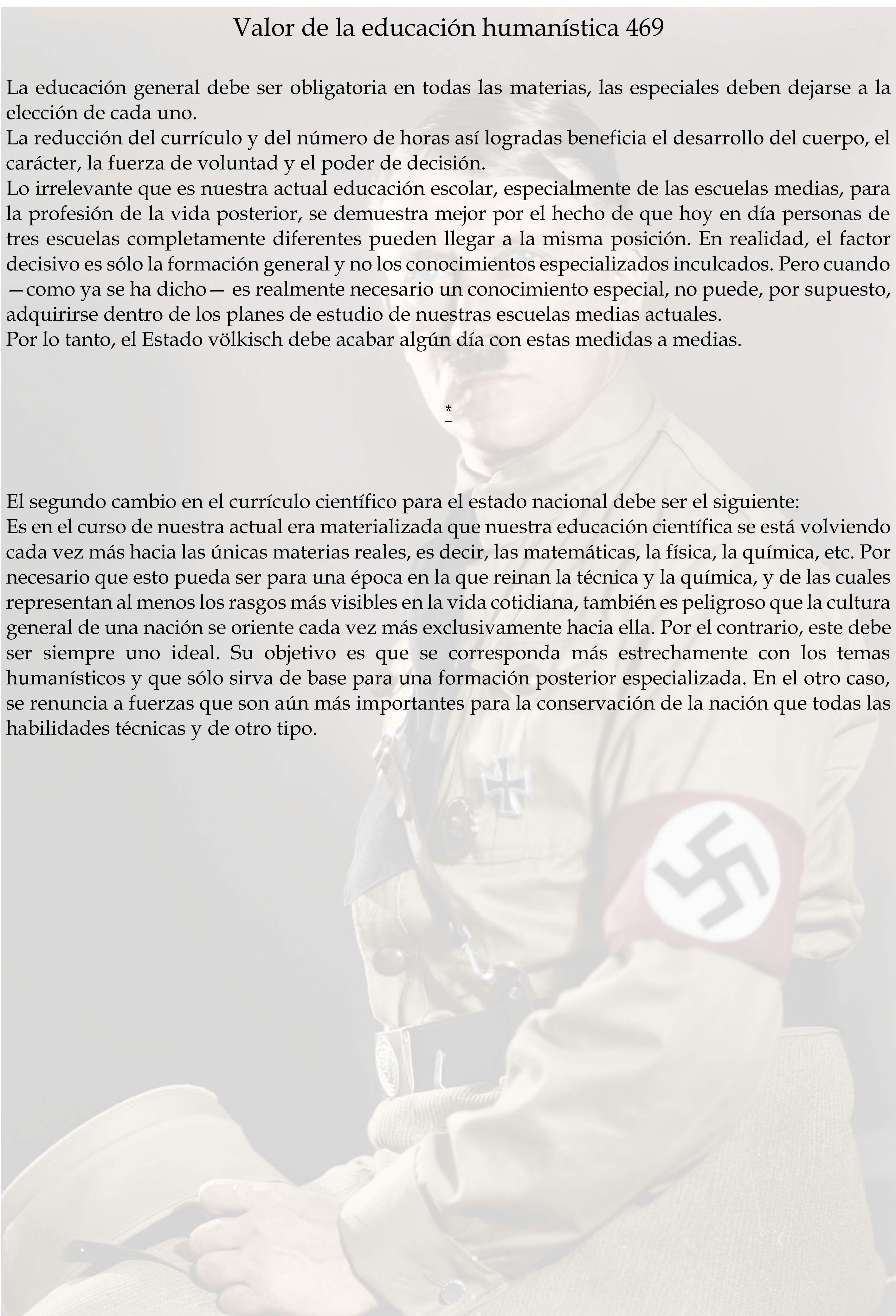


Porque la historia no se aprende sólo para saber lo que ha sido, sino que se aprende la historia para recibir en ella un maestro para el futuro y para la existencia continuada de la propia nacionalidad. Ese es el fin, y la instrucción histórica es sólo un medio para alcanzarlo. Hoy, sin embargo, los medios se han convertido en un fin también aquí, el fin está completamente fuera de discusión. No debe decirse que un estudio minucioso de la historia requiere la ocupación de todos estos datos individuales, ya que sólo a partir de ellos puede tener lugar la determinación de la línea principal. Esta determinación es tarea de la ciencia especializada. Pero la persona promedio normal no es un profesor de historia. Para él, la historia está ahí principalmente para transmitirle la medida de comprensión histórica que es necesaria para su propia posición en los asuntos políticos de su nacionalidad. Cualquiera que quiera convertirse en profesor de historia puede dedicarse más tarde a este estudio de la manera más completa. Por supuesto, también tendrá que ocuparse de todos y hasta los detalles más pequeños. Pero ni siquiera nuestras lecciones de historia actuales pueden bastar para esto; porque es demasiado extenso para la persona promedio normal, pero aún así demasiado limitado para el experto.

Por otra parte, es tarea de un Estado völkisch velar por que se escriba finalmente una historia universal en la que la cuestión racial se eleve a la posición dominante.

En resumen: el Estado völkisch tendrá que reducir la instrucción científica general a una forma abreviada que abarque lo esencial. Además, se ofrecerá la posibilidad de una formación científica del más completa. Es suficiente que el individuo reciba como base un conocimiento general que se mantenga en líneas generales, y que goce de la formación profesional e individual más completa sólo en el campo que se convertirá en el de su vida posterior.





La educación general debe ser obligatoria en todas las materias, las especiales deben dejarse a la elección de cada uno.
La reducción del currículo y del número de horas así logradas beneficia el desarrollo del cuerpo, el carácter, la fuerza de voluntad y el poder de decisión.
Lo irrelevante que es nuestra actual educación escolar, especialmente de las escuelas medias, para la profesión de la vida posterior, se demuestra mejor por el hecho de que hoy en día personas de tres escuelas completamente diferentes pueden llegar a la misma posición. En realidad, el factor decisivo es sólo la formación general y no los conocimientos especializados inculcados. Pero cuando —como ya se ha dicho— es realmente necesario un conocimiento especial, no puede, por supuesto, adquirirse dentro de los planes de estudio de nuestras escuelas medias actuales.
Por lo tanto, el Estado völkisch debe acabar algún día con estas medidas a medias.

*

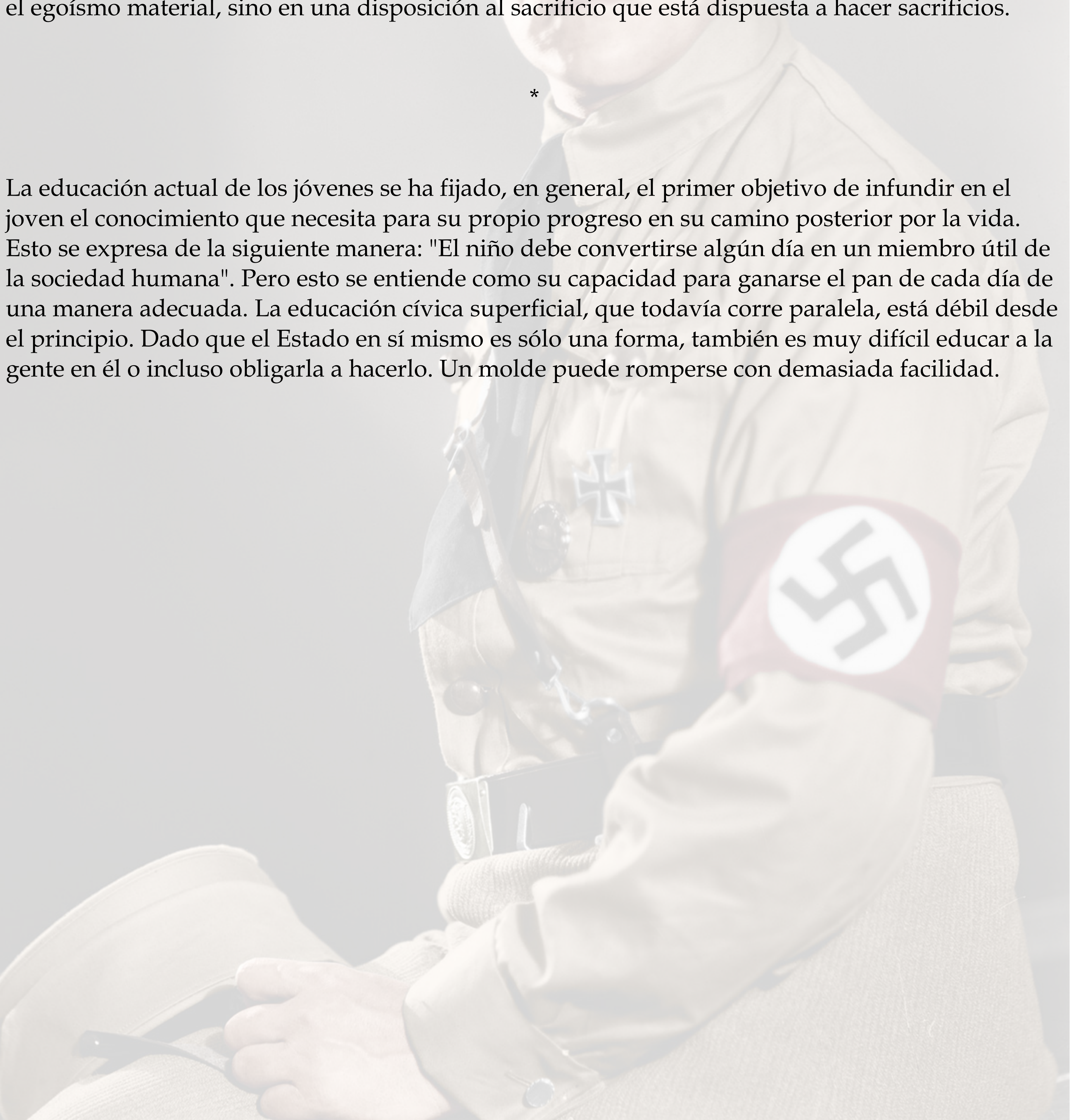
El segundo cambio en el currículo científico para el estado nacional debe ser el siguiente:
Es en el curso de nuestra actual era materializada que nuestra educación científica se está volviendo cada vez más hacia las únicas materias reales, es decir, las matemáticas, la física, la química, etc. Por necesario que esto pueda ser para una época en la que reinan la técnica y la química, y de las cuales representan al menos los rasgos más visibles en la vida cotidiana, también es peligroso que la cultura general de una nación se oriente cada vez más exclusivamente hacia ella. Por el contrario, este debe ser siempre uno ideal. Su objetivo es que se corresponda más estrechamente con los temas humanísticos y que sólo sirva de base para una formación posterior especializada. En el otro caso, se renuncia a fuerzas que son aún más importantes para la conservación de la nación que todas las habilidades técnicas y de otro tipo.

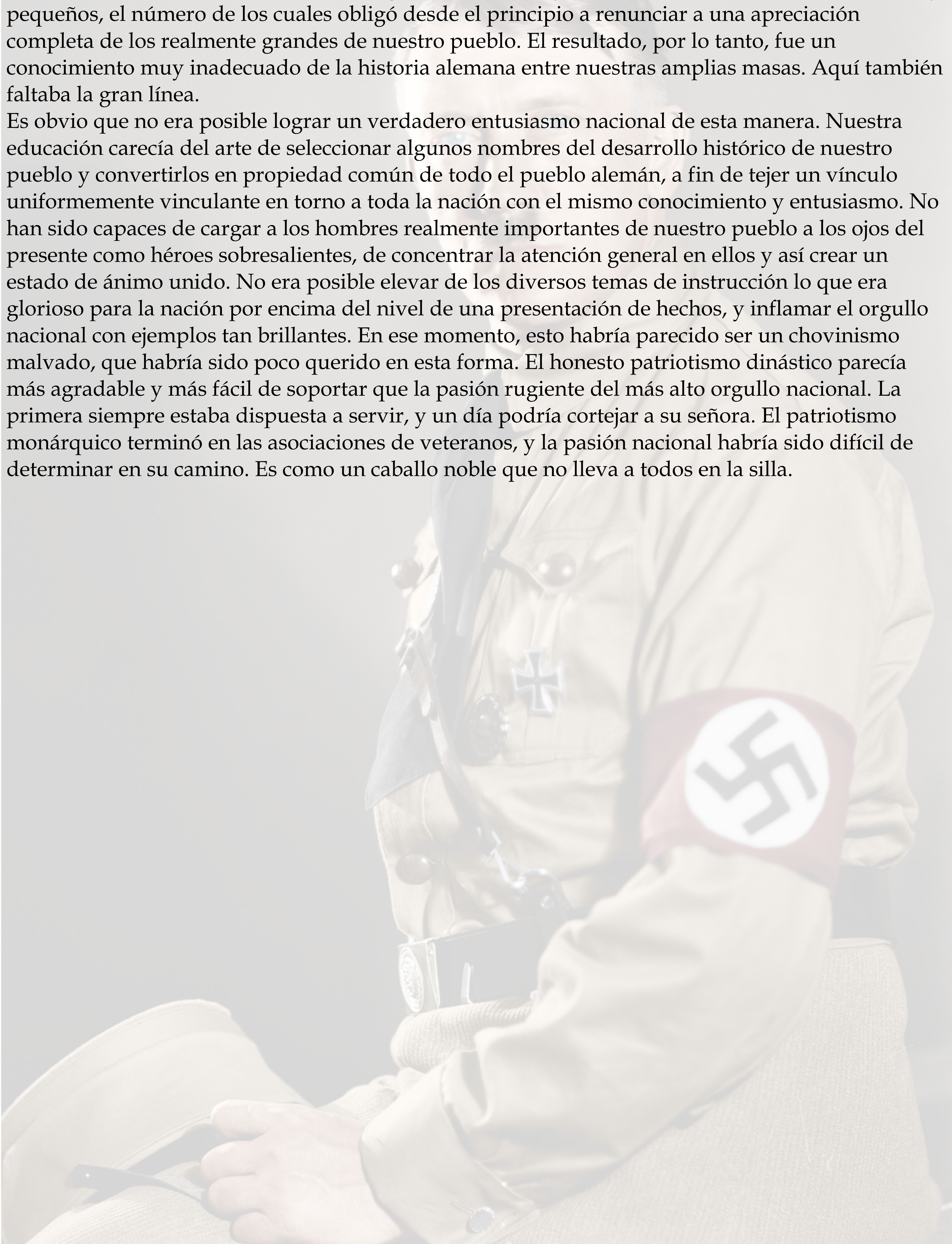
470 Valor de la educación humanística

La historia romana en particular, bien entendida a grandes rasgos, es y sigue siendo la mejor maestra no sólo de hoy, sino probablemente de todos los tiempos. El ideal cultural helénico también debe ser preservado para nosotros en su belleza ejemplar. No se debe permitir que la gran comunidad racial sea desgarrada por las diferencias de los pueblos individuales. La batalla que se libra hoy en día se trata de objetivos muy grandes: una cultura está luchando por su existencia que conecta milenios y abraza la grenegidad y el germanismo juntos.
Se dice que hay una clara distinción entre la educación general y la experiencia especial. Puesto que esta última amenaza con hundirse cada vez más al servicio de las riquezas puras, la educación general, al menos en su actitud más ideal, debe ser conservada como contrapeso. También en este caso hay que inculcarse constantemente el principio de que la industria y la tecnología, el comercio y el comercio sólo pueden florecer en la medida en que una comunidad nacional de tendencia idealista ofrezca las condiciones necesarias para ello. Estos, sin embargo, no radican en el egoísmo material, sino en una disposición al sacrificio que está dispuesta a hacer sacrificios.

*

La educación actual de los jóvenes se ha fijado, en general, el primer objetivo de infundir en el joven el conocimiento que necesita para su propio progreso en su camino posterior por la vida. Esto se expresa de la siguiente manera: "El niño debe convertirse algún día en un miembro útil de la sociedad humana". Pero esto se entiende como su capacidad para ganarse el pan de cada día de una manera adecuada. La educación cívica superficial, que todavía corre paralela, está débil desde el principio. Dado que el Estado en sí mismo es sólo una forma, también es muy difícil educar a la gente en él o incluso obligarla a hacerlo. Un molde puede romperse con demasiada facilidad.



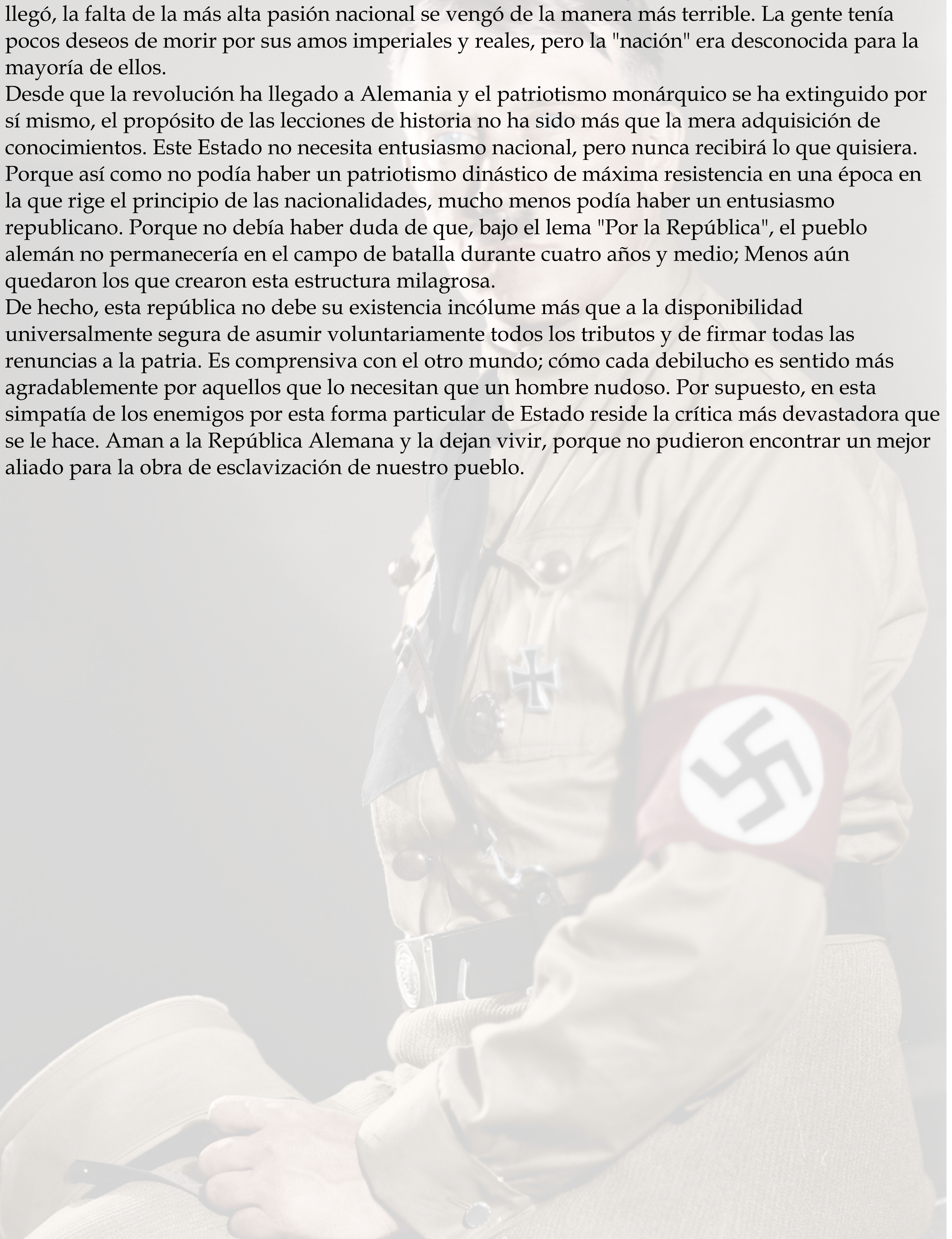


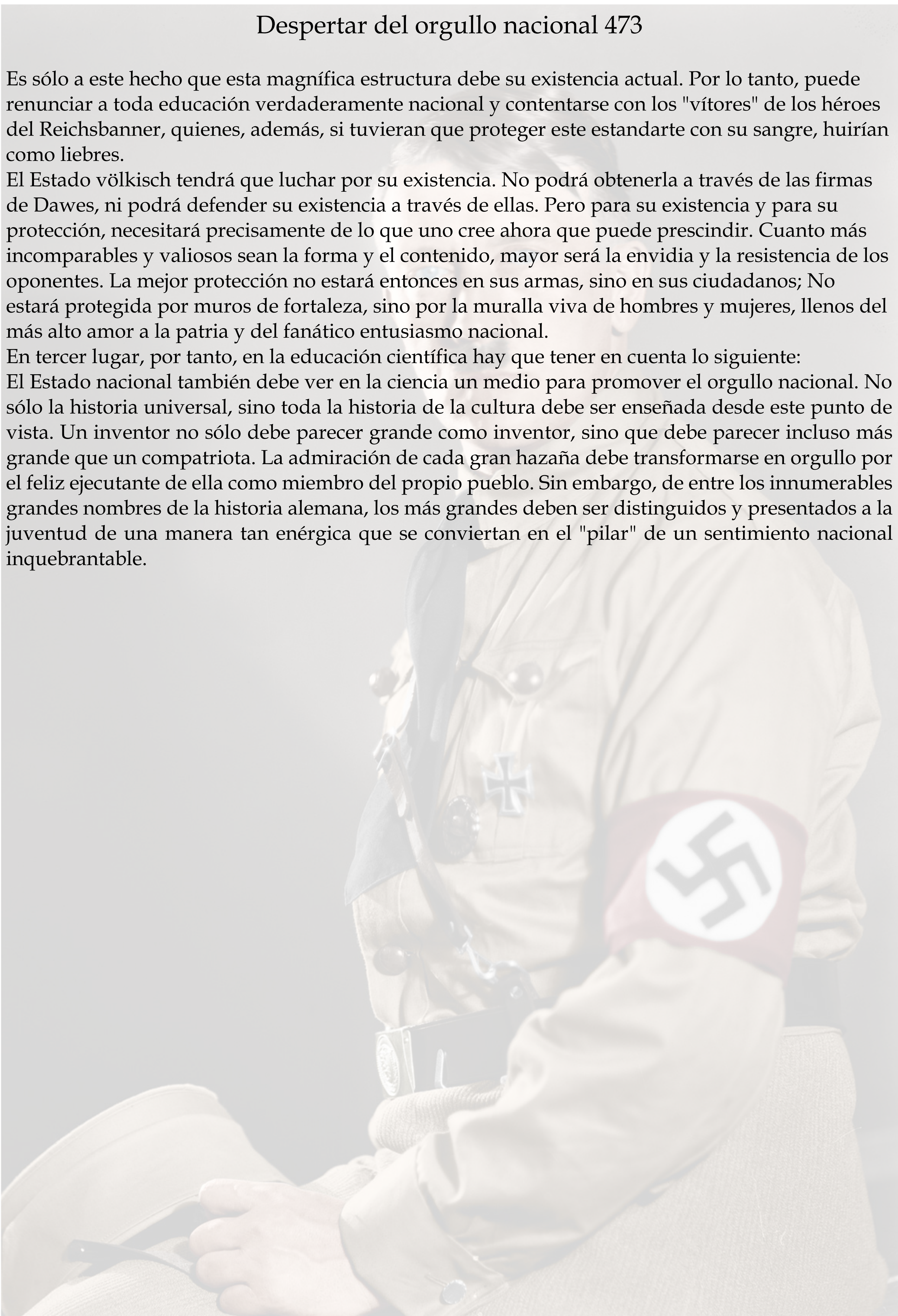
Pero como hemos visto, el concepto de "Estado" no tiene hoy un contenido claro. De modo que no queda más que la educación "patriótica" común. En la vieja Alemania, su énfasis principal residía en una idolatría a menudo tímida, pero generalmente muy insípida, de los potentados pequeños y pequeños, el número de los cuales obligó desde el principio a renunciar a una apreciación completa de los realmente grandes de nuestro pueblo. El resultado, por lo tanto, fue un conocimiento muy inadecuado de la historia alemana entre nuestras amplias masas. Aquí también faltaba la gran línea.

Es obvio que no era posible lograr un verdadero entusiasmo nacional de esta manera. Nuestra educación carecía del arte de seleccionar algunos nombres del desarrollo histórico de nuestro pueblo y convertirlos en propiedad común de todo el pueblo alemán, a fin de tejer un vínculo uniformemente vinculante en torno a toda la nación con el mismo conocimiento y entusiasmo. No han sido capaces de cargar a los hombres realmente importantes de nuestro pueblo a los ojos del presente como héroes sobresalientes, de concentrar la atención general en ellos y así crear un estado de ánimo unido. No era posible elevar de los diversos temas de instrucción lo que era glorioso para la nación por encima del nivel de una presentación de hechos, y inflamar el orgullo nacional con ejemplos tan brillantes. En ese momento, esto habría parecido ser un chovinismo malvado, que habría sido poco querido en esta forma. El honesto patriotismo dinástico parecía más agradable y más fácil de soportar que la pasión rugiente del más alto orgullo nacional. La primera siempre estaba dispuesta a servir, y un día podría cortejar a su señora. El patriotismo monárquico terminó en las asociaciones de veteranos, y la pasión nacional habría sido difícil de determinar en su camino. Es como un caballo noble que no lleva a todos en la silla.

472 Educación "patriótica" común

No es de extrañar que uno prefiriera contenerse de semejante peligro. Nadie parecía pensar que fuera posible que un día llegara una guerra que llevaría a cabo un examen exhaustivo de la durabilidad interna de los sentimientos patrióticos en un aluvión y en franjas de eas. Pero cuando llegó, la falta de la más alta pasión nacional se vengó de la manera más terrible. La gente tenía pocos deseos de morir por sus amos imperiales y reales, pero la "nación" era desconocida para la mayoría de ellos.
Desde que la revolución ha llegado a Alemania y el patriotismo monárquico se ha extinguido por sí mismo, el propósito de las lecciones de historia no ha sido más que la mera adquisición de conocimientos. Este Estado no necesita entusiasmo nacional, pero nunca recibirá lo que quisiera. Porque así como no podía haber un patriotismo dinástico de máxima resistencia en una época en la que rige el principio de las nacionalidades, mucho menos podía haber un entusiasmo republicano. Porque no debía haber duda de que, bajo el lema "Por la República", el pueblo alemán no permanecería en el campo de batalla durante cuatro años y medio; Menos aún quedaron los que crearon esta estructura milagrosa.
De hecho, esta república no debe su existencia incólume más que a la disponibilidad universalmente segura de asumir voluntariamente todos los tributos y de firmar todas las renuncias a la patria. Es comprensiva con el otro mundo; cómo cada debilucho es sentido más agradablemente por aquellos que lo necesitan que un hombre nudoso. Por supuesto, en esta simpatía de los enemigos por esta forma particular de Estado reside la crítica más devastadora que se le hace. Aman a la República Alemana y la dejan vivir, porque no pudieron encontrar un mejor aliado para la obra de esclavización de nuestro pueblo.





Es sólo a este hecho que esta magnífica estructura debe su existencia actual. Por lo tanto, puede renunciar a toda educación verdaderamente nacional y contentarse con los "vítores" de los héroes del Reichsbanner, quienes, además, si tuvieran que proteger este estandarte con su sangre, huirían como liebres.

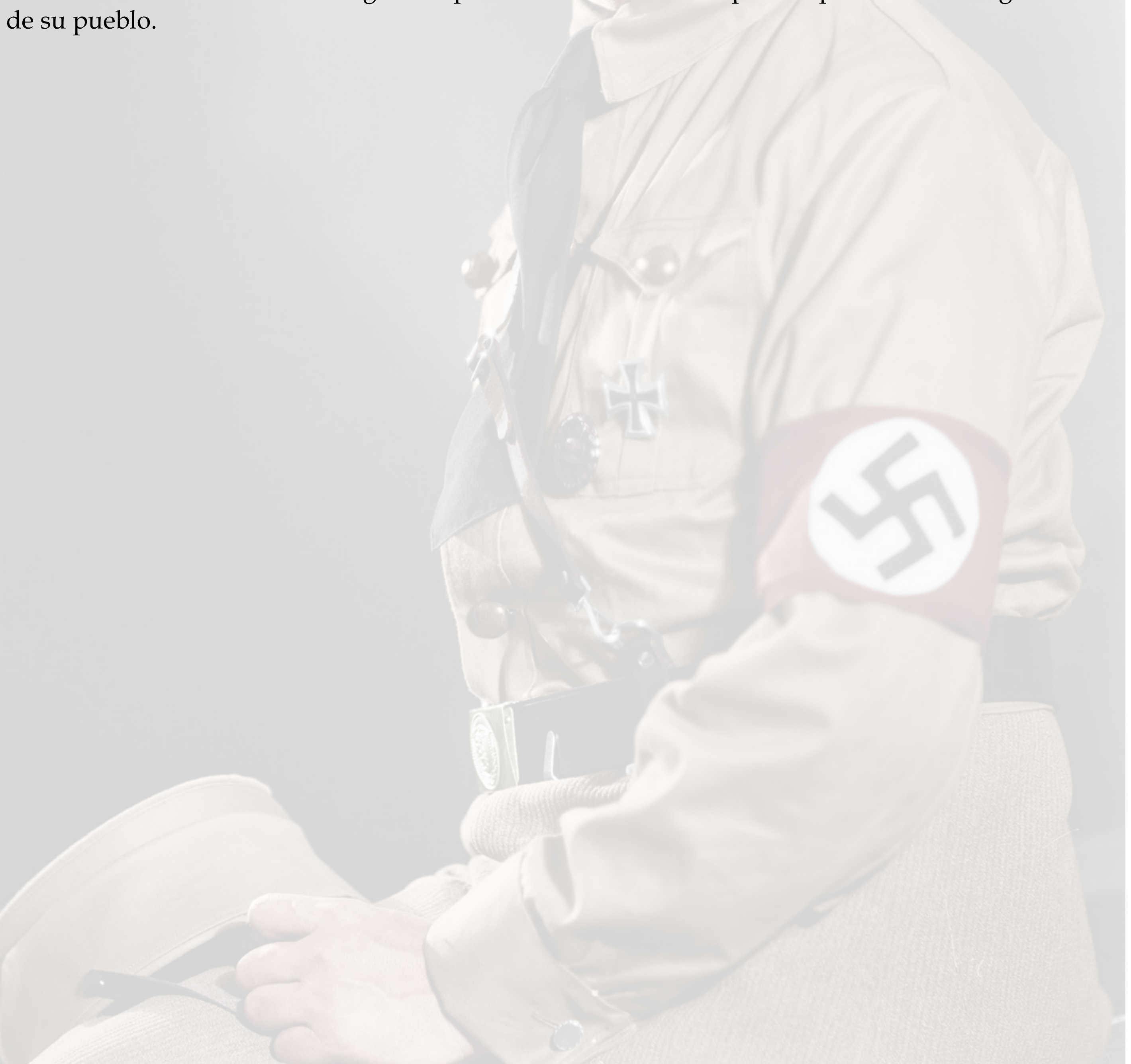
El Estado völkisch tendrá que luchar por su existencia. No podrá obtenerla a través de las firmas de Dawes, ni podrá defender su existencia a través de ellas. Pero para su existencia y para su protección, necesitará precisamente de lo que uno cree ahora que puede prescindir. Cuanto más incomparables y valiosos sean la forma y el contenido, mayor será la envidia y la resistencia de los oponentes. La mejor protección no estará entonces en sus armas, sino en sus ciudadanos; No estará protegida por muros de fortaleza, sino por la muralla viva de hombres y mujeres, llenos del más alto amor a la patria y del fanático entusiasmo nacional.

En tercer lugar, por tanto, en la educación científica hay que tener en cuenta lo siguiente:

El Estado nacional también debe ver en la ciencia un medio para promover el orgullo nacional. No sólo la historia universal, sino toda la historia de la cultura debe ser enseñada desde este punto de vista. Un inventor no sólo debe parecer grande como inventor, sino que debe parecer incluso más grande que un compatriota. La admiración de cada gran hazaña debe transformarse en orgullo por el feliz ejecutante de ella como miembro del propio pueblo. Sin embargo, de entre los innumerables grandes nombres de la historia alemana, los más grandes deben ser distinguidos y presentados a la juventud de una manera tan enérgica que se conviertan en el "pilar" de un sentimiento nacional inquebrantable.

474 Despertar del orgullo nacional

De acuerdo con el plan, la materia debe estructurarse de acuerdo con estos puntos de vista, y la educación debe diseñarse sistemáticamente de tal manera que el joven no sea medio pacifista, demócrata u otra cosa cuando salga de la escuela, sino un alemán completo.
Para que este sentimiento nacional sea auténtico desde el principio y no consista en meras apariencias huecas, es necesario inculcar un principio de hierro en las mentes de aquellos que todavía son capaces de educarse incluso en su juventud: el que ama a su pueblo lo demuestra sólo con los sacrificios que está dispuesto a hacer por él. No hay un sentimiento nacional que solo tenga como objetivo la ganancia. Tampoco existe el nacionalismo que sólo abarca las clases. Gritar hurra no da testimonio de nada, y no da derecho a llamarse a sí mismo nacional, a menos que detrás de él esté el gran cuidado amoroso por la preservación de una nacionalidad general y saludable. No hay razón para estar orgulloso de su pueblo hasta que ya no tenga que avergonzarse de ninguna clase. Pero un pueblo, la mitad del cual es miserable y demacrado, o incluso degenerado, da una imagen tan mala que nadie debería sentirse orgulloso de ello. Sólo cuando una nación está sana en todos sus miembros, en cuerpo y alma, puede el gozo de pertenecer a ella aumentar justamente en todos a ese alto sentimiento que orgullosamente llamamos nacional. Pero este orgullo supremo solo lo sentirán aquellos que conozcan la grandeza de su pueblo.

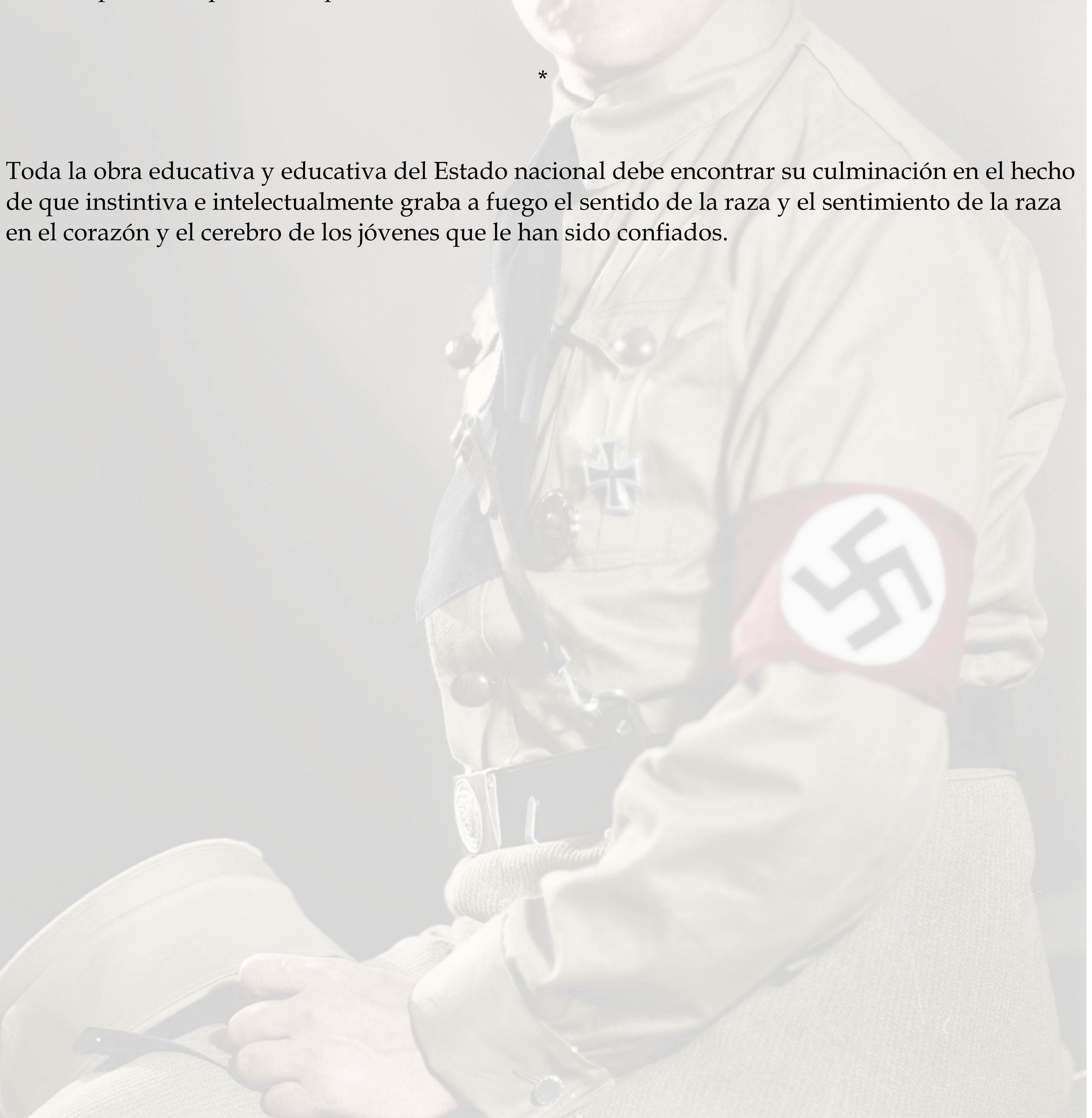


El miedo al machismo es impotencia 475

El matrimonio íntimo del nacionalismo y el sentido de la justicia social está ya por plantar en el corazón de los jóvenes. Entonces, un día se levantará un pueblo de ciudadanos, unidos y forjados por un amor y un orgullo comunes, inconmovibles e invencibles para siempre.
El miedo de nuestro tiempo al chovinismo es el signo de su impotencia. Dado que no solo carece de cualquier poder exuberante, sino que incluso parece desagradable, ya no está destinada por el destino a una gran hazaña. Porque las mayores convulsiones de esta tierra no habrían sido concebibles si la fuerza motriz de las pasiones estadísticamente fanáticas y jáyas hubiera sido sólo las virtudes burguesas de la paz y el orden.
Pero este mundo ciertamente se dirige hacia una gran conmoción. Y sólo puede ser una cuestión si resulta para la salvación de la humanidad aria o para el beneficio del judío eterno.
El Estado völkisch tendrá que velar por que, mediante una educación adecuada de la juventud, la generación madura para las últimas y más grandes decisiones en este globo sea preservada un día. Pero las personas que entren primero en este camino serán victoriosas.

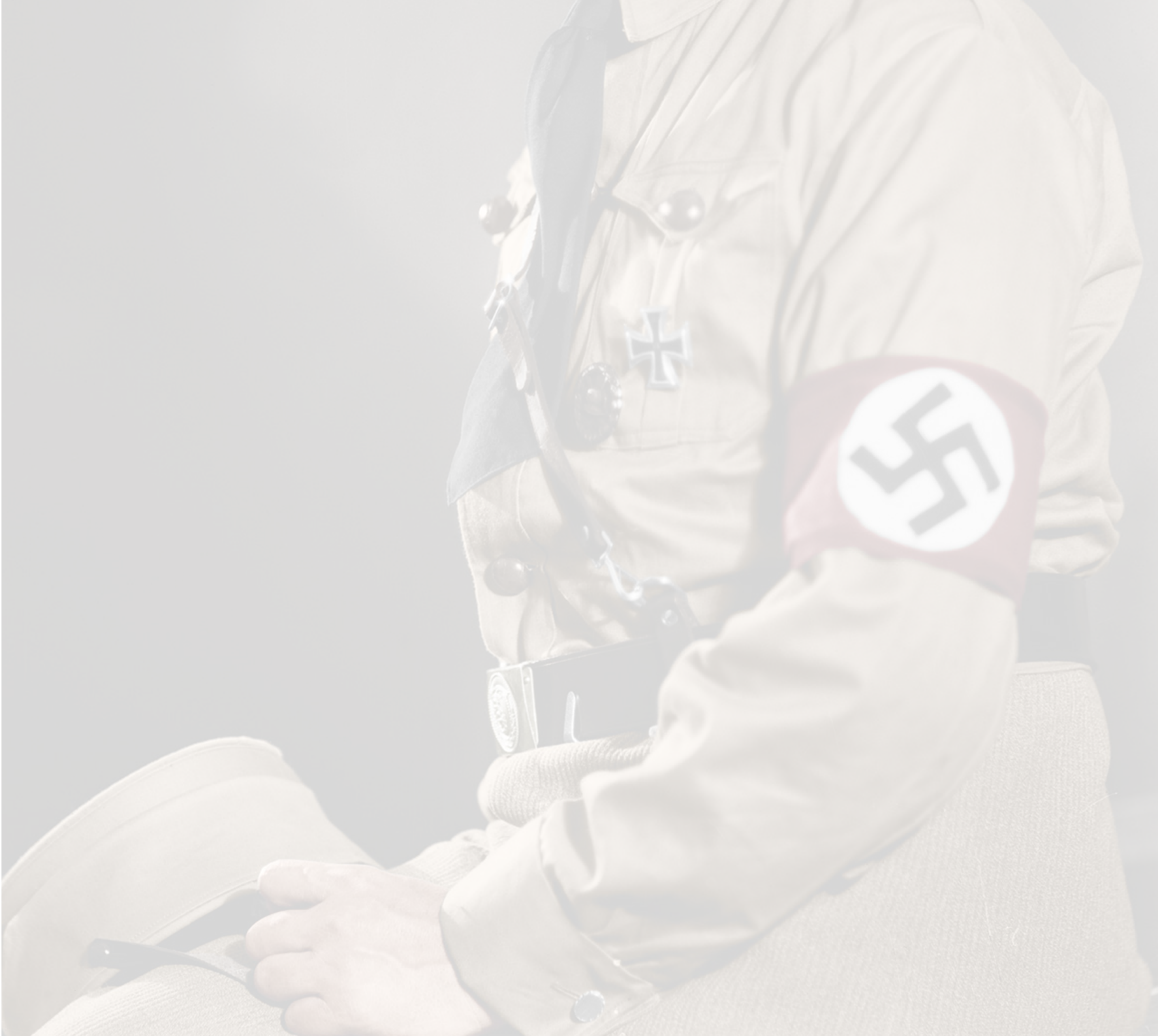
*

Toda la obra educativa y educativa del Estado nacional debe encontrar su culminación en el hecho de que instintiva e intelectualmente graba a fuego el sentido de la raza y el sentimiento de la raza en el corazón y el cerebro de los jóvenes que le han sido confiados.

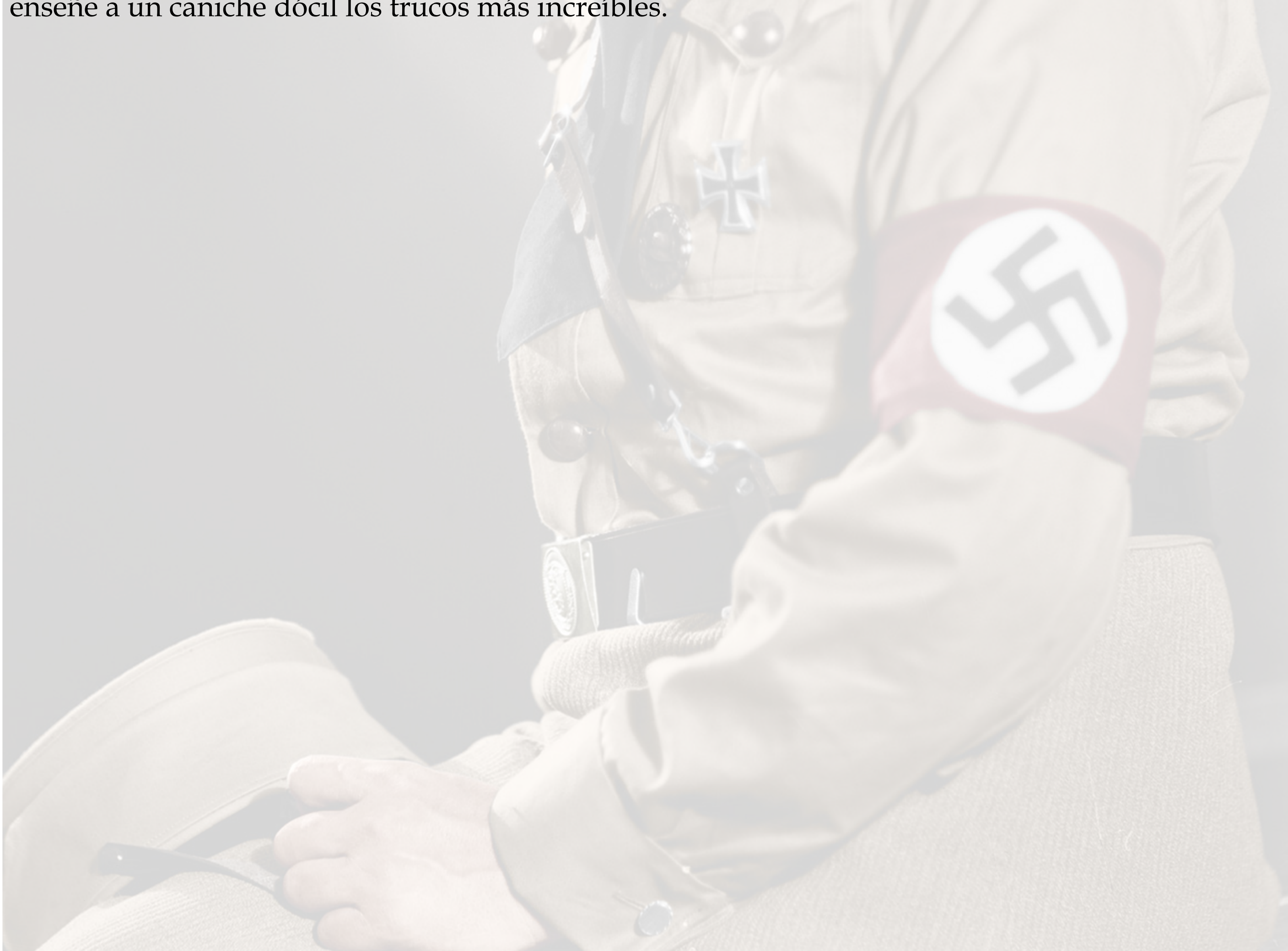


476 Educación del sentido racial

Ningún niño o niña debe abandonar la escuela sin haber sido conducido al conocimiento final de la necesidad y naturaleza de la pureza de la sangre. Esto crea el requisito previo para la preservación de los fundamentos raciales de nuestra nacionalidad y, a través de ellos, a su vez, el aseguramiento de los requisitos previos para el desarrollo cultural posterior.
Porque, sin embargo, todo desarrollo físico y todo desarrollo mental seguirían siendo inútiles en última instancia si no beneficiaran a un ser que está fundamentalmente preparado y decidido a conservarse a sí mismo y a su individualidad.
En el otro caso, ocurriría lo que nosotros, los alemanes, ya tenemos que deplorar en gran escala, sin que se haya comprendido aún la magnitud de esta trágica desgracia: que en el futuro seguiremos siendo sólo abonos culturales, no sólo en el sentido de la concepción limitada de nuestra actual visión burguesa, que ve en el individuo a los camaradas perdidos sólo al ciudadano perdido. sino en el sentido de la más dolorosa comprensión, que entonces, a pesar de todo nuestro conocimiento y habilidad, nuestra sangre está destinada a ser bajada. Al aparearnos una y otra vez con otras razas, las elevamos de su nivel anterior de cultura a un nivel superior, pero nos hundimos desde nuestras propias alturas por la eternidad.
Dicho sea de paso, esta educación también debe recibir su perfección final desde el punto de vista de la raza en el servicio militar. Del mismo modo que el servicio militar debe ser considerado como la conclusión de la educación normal del alemán medio.

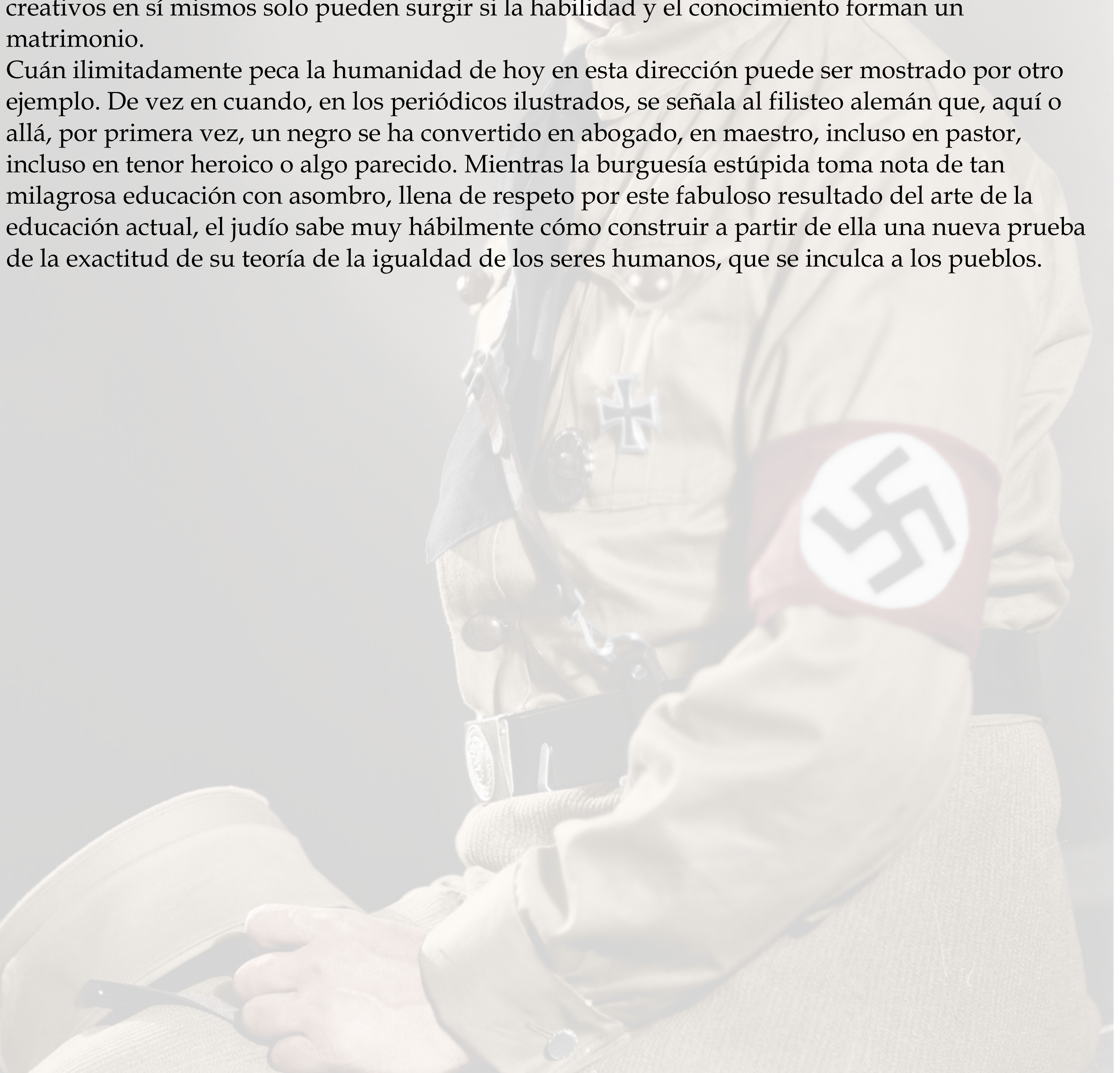


Por grande que sea la naturaleza de la educación física y mental en el Estado nacional, la selección de los seres humanos en sí misma será igualmente importante para él. Hoy en día es fácil hacer esto. En general, son los hijos de padres de mayor posición, actualmente acomodados, los que se consideran dignos de una educación superior. Las cuestiones de talento juegan un papel secundario. En sí mismo, el talento solo puede ser evaluado relativamente. Un niño campesino puede poseer muchos más talentos que el hijo de sus padres, desde una posición en la vida que ha sido elevada durante muchas generaciones, incluso si es inferior al niño burgués en el conocimiento general. Pero el mayor conocimiento del niño no tiene nada que ver con un mayor o menor talento, sino que está enraizado en la abundancia mucho mayor de impresiones que el niño recibe ininterrumpidamente como resultado de su educación más variada y de su rico entorno de vida. Si el talentoso campesino también hubiera crecido en ese entorno desde una edad temprana, su capacidad mental sería bastante diferente. Quizás hoy en día solo haya un área en la que el propio talento innato es realmente menos decisivo que el propio talento innato: el campo del arte. Aquí, donde no se puede simplemente "aprender", sino que todo debe ser originariamente innato y sólo más tarde estar sujeto a un desarrollo más o menos favorable en el sentido de una sabia promoción de los talentos existentes, el dinero y la propiedad de los padres están casi fuera de discusión. Por lo tanto, se muestra mejor aquí que el genio no está ligado a las clases superiores de la vida, ni siquiera a la riqueza. Los más grandes artistas suelen provenir de las casas más pobres. Y más de un pueblerino se convirtió más tarde en un maestro muy célebre.
No habla exactamente de la gran profundidad del pensamiento de la época el hecho de que tal conocimiento no se utilice para toda la vida espiritual. Se piensa que lo que no se puede negar en el arte no se aplica a las llamadas ciencias reales. No hay duda de que ciertas habilidades mecánicas pueden ser entrenadas en el hombre, al igual que es posible que una doma experta le enseñe a un caniche dócil los trucos más increíbles.

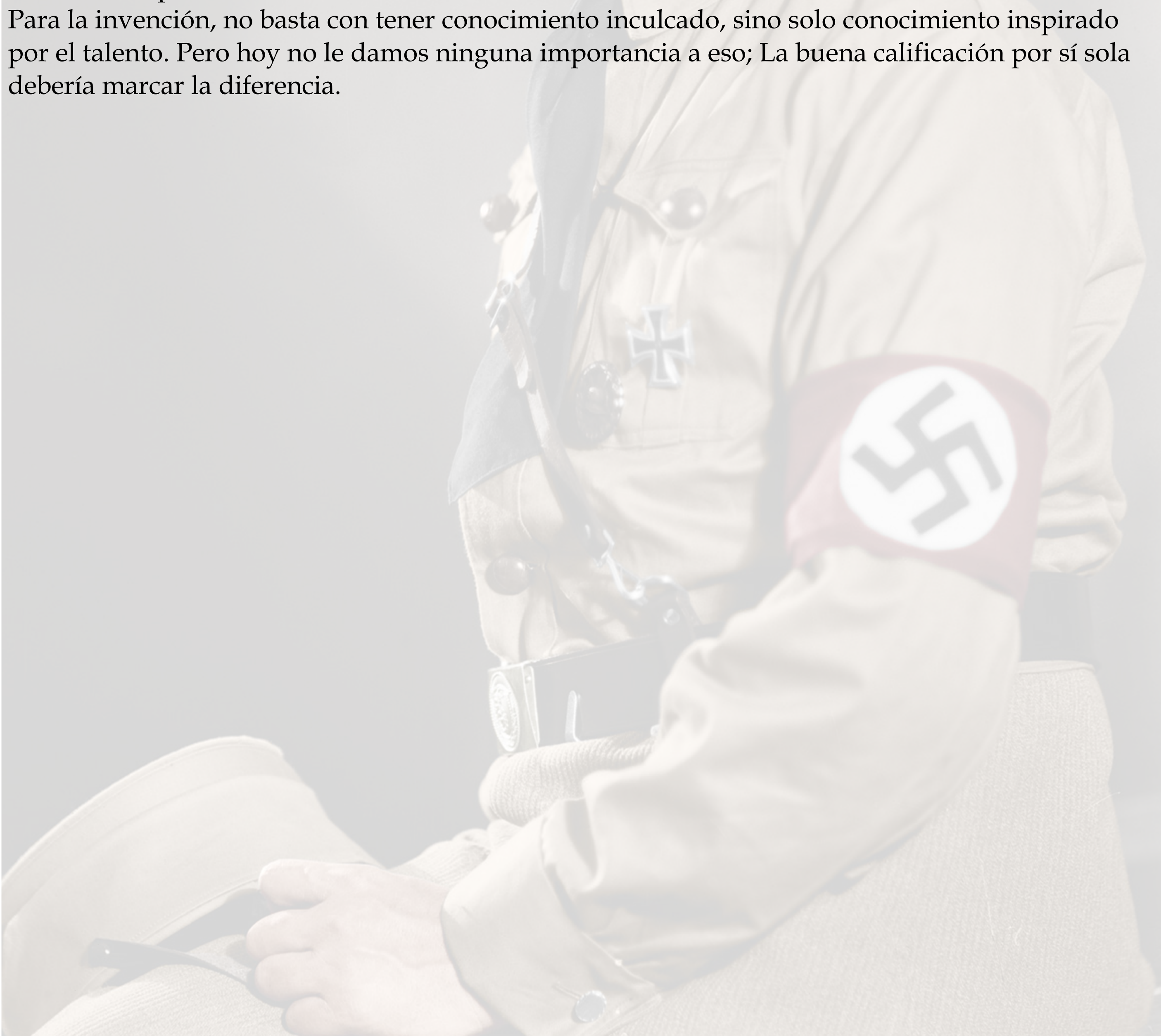


478 Selección de estado de la capacidad

Pero así como en este adiestramiento animal la comprensión del animal no conduce a tales ejercicios por sí mismo, así también en los humanos. También se pueden enseñar al hombre ciertos trucos científicos sin tener en cuenta ningún otro talento, pero el proceso es entonces exactamente el mismo sin vida, interiormente inanimado, que en el caso de los animales. Sobre la base de un cierto ejercicio intelectual, uno puede incluso martillar un conocimiento por encima del promedio en una persona promedio; Pero eso sigue muerto y, en última instancia, es un conocimiento estéril. El resultado es esa persona que puede ser una enciclopedia viviente, pero que, sin embargo, fracasa estrepitosamente en todas las situaciones especiales y en los momentos decisivos de la vida; Siempre tendrá que ser entrenado una y otra vez para cada requerimiento, incluso el más modesto, pero por otro lado no podrá hacer la más mínima contribución al desarrollo posterior de la humanidad. Semejante conocimiento perforado mecánicamente es, a lo sumo, suficiente para ocupar cargos estatales en nuestro tiempo.
Es evidente que en la suma total de la población de una nación habrá talentos para todo tipo de áreas de la vida diaria. También es evidente que el valor del conocimiento será tanto mayor cuanto más animado esté el conocimiento muerto por el talento correspondiente del individuo. Los logros creativos en sí mismos solo pueden surgir si la habilidad y el conocimiento forman un matrimonio.
Cuán ilimitadamente peca la humanidad de hoy en esta dirección puede ser mostrado por otro ejemplo. De vez en cuando, en los periódicos ilustrados, se señala al filisteo alemán que, aquí o allá, por primera vez, un negro se ha convertido en abogado, en maestro, incluso en pastor, incluso en tenor heroico o algo parecido. Mientras la burguesía estúpida toma nota de tan milagrosa educación con asombro, llena de respeto por este fabuloso resultado del arte de la educación actual, el judío sabe muy hábilmente cómo construir a partir de ella una nueva prueba de la exactitud de su teoría de la igualdad de los seres humanos, que se inculca a los pueblos.



No se da cuenta en este depravado mundo burgués de que esto es realmente un pecado contra toda razón; que es una locura criminal entrenar a un semimono nacido hasta que uno crea que ha sido abogado, mientras que millones de miembros de la más alta raza civilizada deben permanecer en puestos completamente indignos; que es un pecado contra la voluntad del Creador eterno permitir que cientos y cientos de miles de sus seres más dotados se deterioren en el pantano proletario actual, mientras los zulúes son entrenados en vocaciones intelectuales. Porque se trata de una doma, igual que la del caniche, y no de un "entrenamiento" científico. El mismo esfuerzo y cuidado aplicado a las razas jóvenes tendría mil veces más probabilidades de permitir que cada individuo se desempeñara por igual.
Pero por intolerable que fuera este estado de cosas, si alguna vez se tratara de algo más que excepciones, ya es intolerable hoy en día donde el talento y la disposición no deciden por la educación superior. Sí, es intolerable pensar que cada año se honra a cientos de miles de personas completamente inactivas de la educación superior, mientras que otros cientos de miles de grandes talentos permanecen sin ninguna educación superior. No se puede estimar la pérdida que sufre la nación como resultado. Si la riqueza de inventos importantes ha aumentado extraordinariamente en las últimas décadas, especialmente en América del Norte, no es menos porque muchos más talentos de las clases más bajas encuentran allí la oportunidad de una educación superior que en el caso de Europa.
Para la invención, no basta con tener conocimiento inculcado, sino solo conocimiento inspirado por el talento. Pero hoy no le damos ninguna importancia a eso; La buena calificación por sí sola debería marcar la diferencia.



También en este caso, el Estado völkisch tendrá que intervenir un día de forma educativa. No tiene la tarea de mantener la influencia decisiva de una clase social existente, sino la tarea de extraer las mentes más capaces de la suma de todos los camaradas del pueblo y llevarlas a los cargos y a la dignidad. No solo tiene la obligación de darle al niño promedio una cierta educación en la escuela primaria, sino también el deber de poner el talento en el camino al que pertenece. Por encima de todo, tiene que considerar como su tarea más alta abrir las puertas de las instituciones estatales de educación superior a todos los talentos, sin importar de qué círculos provengan. Debe cumplir esta tarea, porque sólo así puede surgir el ingenioso liderazgo de la nación de la capa de representantes de un conocimiento muerto.
Hay otra razón por la que el Estado debe tomar precauciones en esta dirección: nuestros estratos intelectuales, especialmente en Alemania, son tan autónomos y calcificados que carecen de una conexión viva con el fondo. Esto pasa factura a dos bandos: en primer lugar, carecen de comprensión y sensibilidad por las amplias masas. Han sido arrancados de este contexto durante demasiado tiempo para tener la comprensión psicológica necesaria de la gente. Se han vuelto ajenos al pueblo. En segundo lugar, sin embargo, estas clases altas también carecen de la fuerza de voluntad necesaria. Porque esto es siempre más débil en los círculos castos de la juventud que en la masa de los pueblos primitivos. Pero a nosotros, los alemanes, verdadero Dios, nunca nos ha faltado educación científica; pero más aún en fuerza de voluntad y determinación. Cuanto más "ingeniosos" eran nuestros estadistas, por ejemplo, más débil era su actuación real. La preparación política, así como el armamento técnico para la guerra mundial, fueron insuficientes, no porque nuestro pueblo estuviera gobernado por mentes demasiado poco educadas, sino más bien porque los gobernantes eran personas sobreeducadas, llenas de conocimiento e intelecto, pero desprovistas de todo instinto sano y desprovistas de toda energía y audacia.



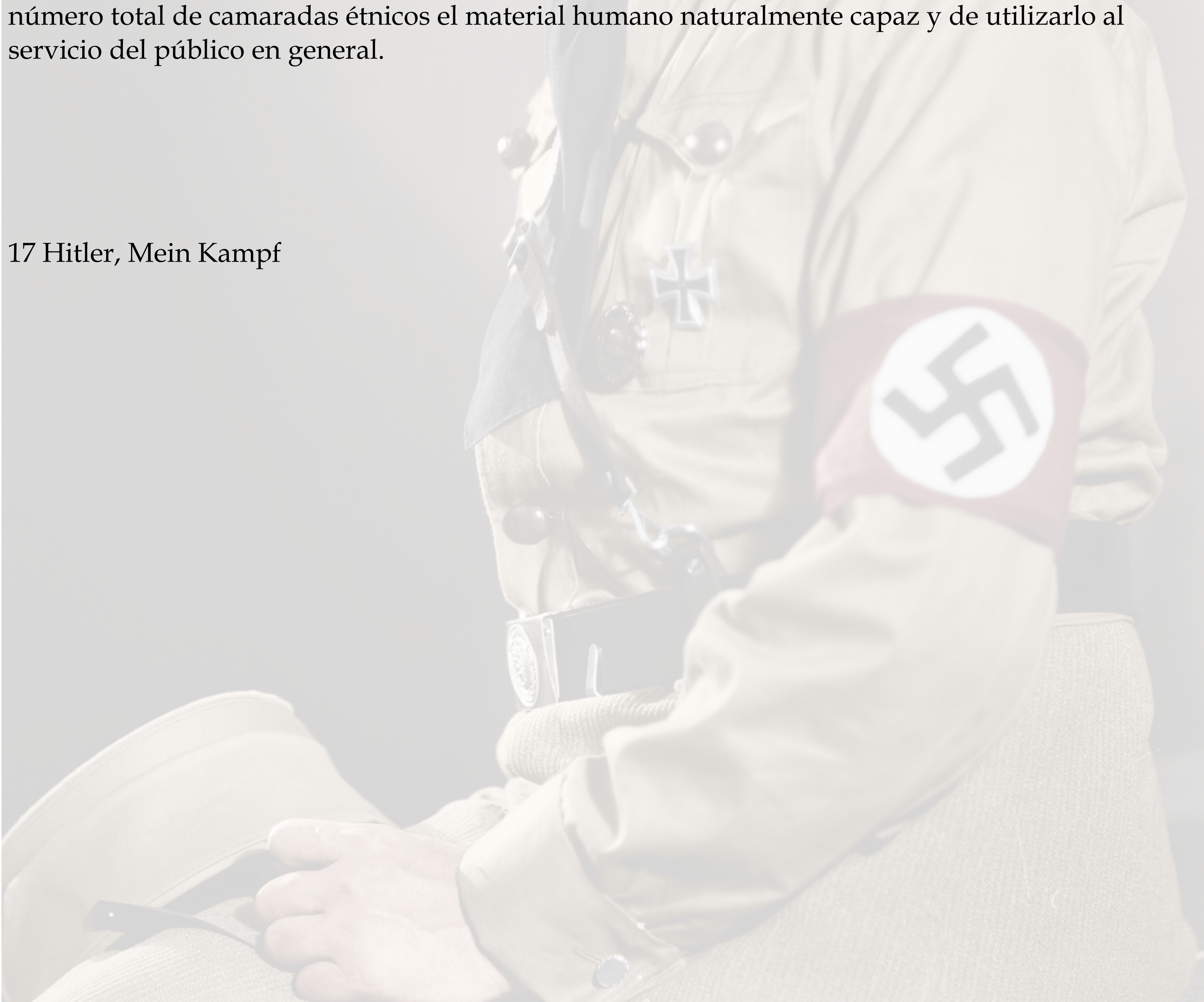
La solidaridad de la Iglesia Católica con el pueblo 481

Fue un desastre que nuestro pueblo tuviera que librar su lucha por la existencia bajo la cancillería de un debilucho filosófico. Si hubiéramos tenido a un hombre del pueblo más robusto como nuestro líder en lugar de Bethmann Hollweg, la sangre heroica del granadero común no habría corrido en vano. De la misma manera, el cultivo espiritual exageradamente puro de nuestro material guía fue el mejor aliado para los revolucionarios harapos de noviembre. Al retener el bien nacional que se le confió de la manera más vergonzosa, en lugar de aprovecharlo plenamente, esta espiritualidad misma creó las condiciones previas para el éxito de los demás.

En este sentido, la Iglesia católica puede ser considerada como un ejemplo ejemplar de enseñanza. El celibato de sus sacerdotes es la razón de la compulsión de tener que buscar la próxima generación para el clero de la masa del pueblo en lugar de de sus propias filas. Sin embargo, es precisamente este significado del celibato el que la mayoría de la gente ni siquiera reconoce. Es la causa del poder increíblemente vivaz que reside en esta antigua institución. En efecto, por el hecho de que este gigantesco ejército de dignatarios eclesiásticos se complementa constantemente con los estratos más bajos del pueblo, la Iglesia no sólo conserva la conexión instintiva con el mundo afectivo del pueblo, sino que también se asegura una suma de energía y energía que existirá eternamente en tal forma sólo en la amplia masa del pueblo. De ahí la asombrosa juventud de este gigantesco organismo, la flexibilidad mental y la férrea fuerza de voluntad.

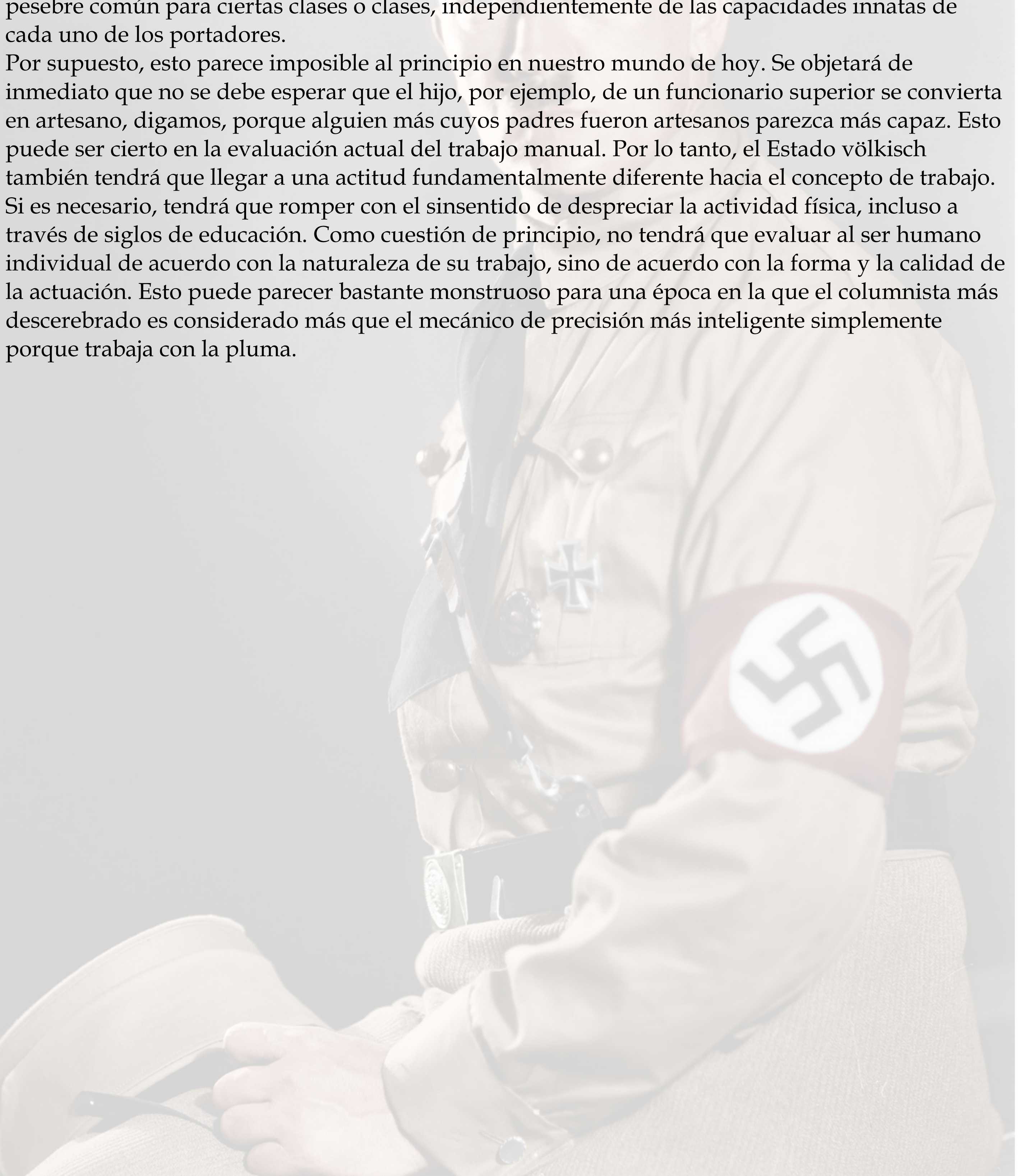
Será tarea de un Estado nacional velar en su sistema educativo por que se lleve a cabo una renovación permanente de los estratos espirituales existentes a través de un nuevo suministro de sangre desde abajo. El Estado tiene la obligación de extraer con el mayor cuidado y exactitud del número total de camaradas étnicos el material humano naturalmente capaz y de utilizarlo al servicio del público en general.

17 Hitler, Mein Kampf

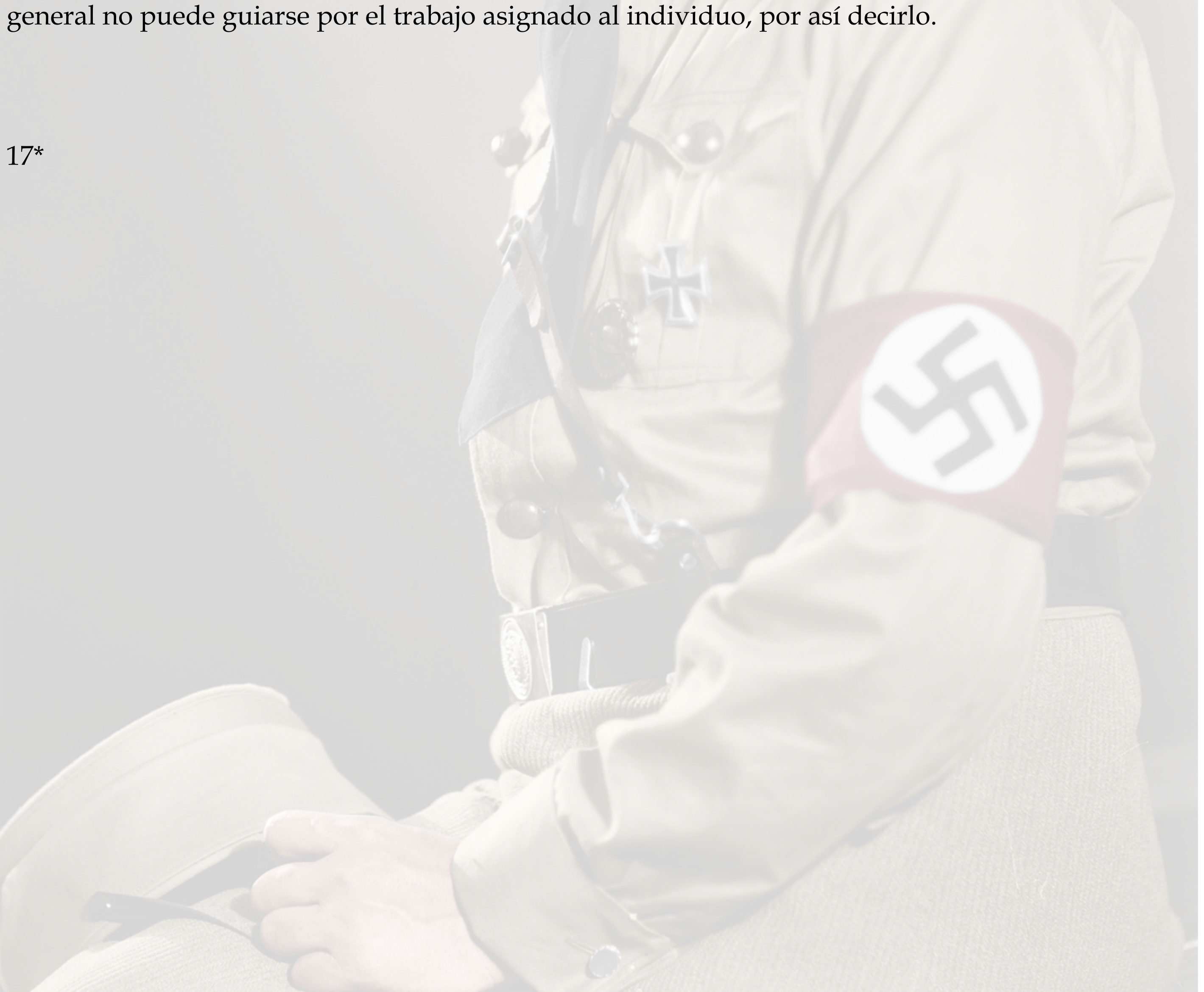


482 Evaluación del trabajo

Porque el Estado y los estadistas no están ahí para dar cabida a clases individuales, sino para satisfacer las tareas que se les asignan. Pero esto solo será posible si solo se entrenan personalidades capaces y de voluntad fuerte como sus portadores. Esto se aplica no solo a todos los funcionarios públicos, sino al liderazgo espiritual de la nación en general en todas las esferas. Otro factor en la grandeza de un pueblo es que es posible formar las mentes más capaces para las áreas que se encuentran en él y ponerlas al servicio de la comunidad nacional. Si compiten entre sí dos pueblos igualmente bien dispuestos, la victoria la obtendrá aquel que haya representado sus mejores talentos en toda su dirección espiritual, y aquel cuya dirección no sea más que un gran pesebre común para ciertas clases o clases, independientemente de las capacidades innatas de cada uno de los portadores.
Por supuesto, esto parece imposible al principio en nuestro mundo de hoy. Se objetará de inmediato que no se debe esperar que el hijo, por ejemplo, de un funcionario superior se convierta en artesano, digamos, porque alguien más cuyos padres fueron artesanos parezca más capaz. Esto puede ser cierto en la evaluación actual del trabajo manual. Por lo tanto, el Estado völkisch también tendrá que llegar a una actitud fundamentalmente diferente hacia el concepto de trabajo. Si es necesario, tendrá que romper con el sinsentido de despreciar la actividad física, incluso a través de siglos de educación. Como cuestión de principio, no tendrá que evaluar al ser humano individual de acuerdo con la naturaleza de su trabajo, sino de acuerdo con la forma y la calidad de la actuación. Esto puede parecer bastante monstruoso para una época en la que el columnista más descerebrado es considerado más que el mecánico de precisión más inteligente simplemente porque trabaja con la pluma.



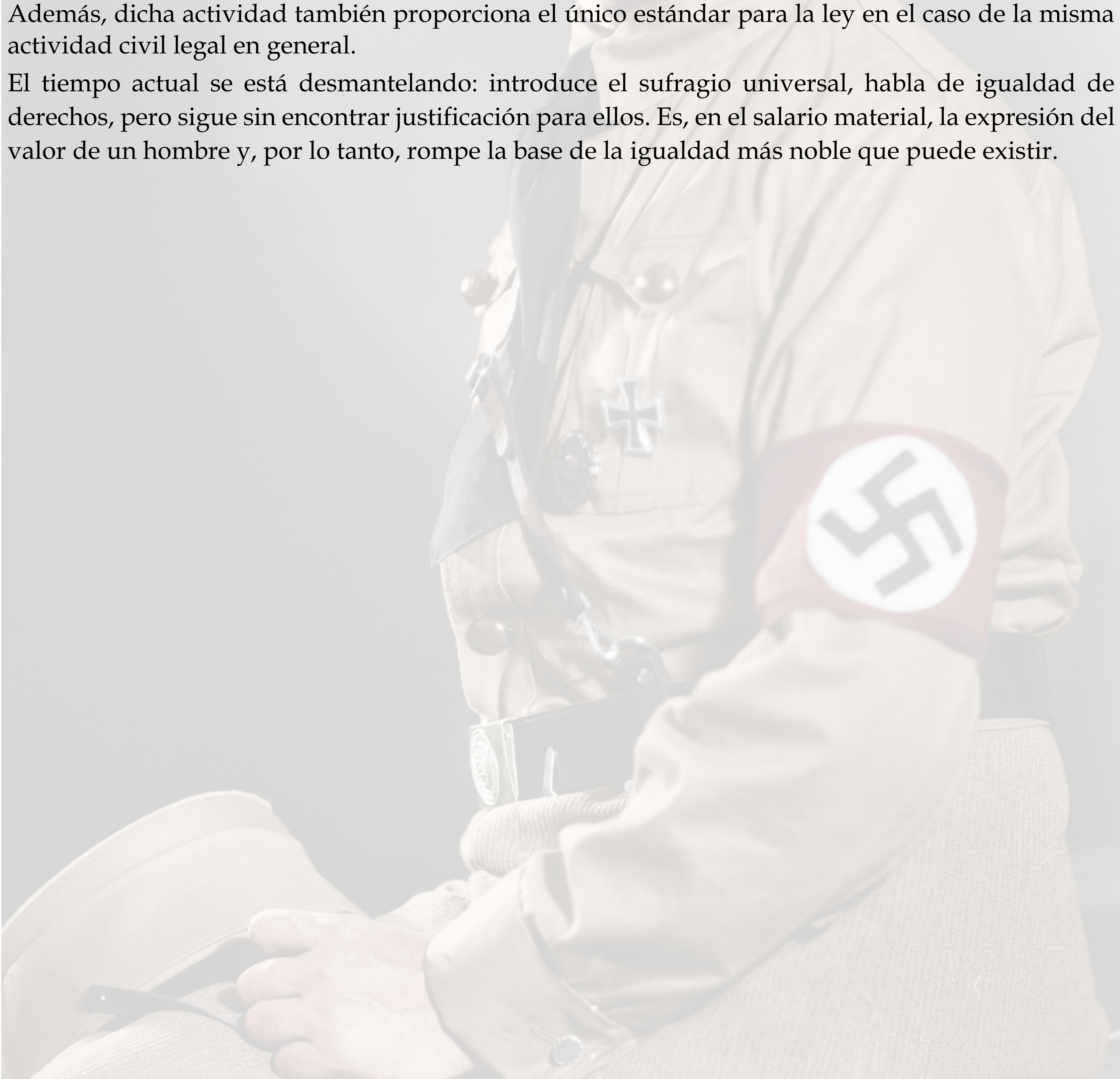
Sin embargo, como he dicho, esta falsa evaluación no está en la naturaleza de las cosas, sino que está inculcada artificialmente y no existía en el pasado. El actual estado antinatural de las cosas se basa precisamente en los síntomas generales de la enfermedad de nuestra era materializada. Básicamente, el valor de cada obra es doble: uno puramente material y uno ideal. El valor material se basa en el significado, es decir, el significado material, de una obra para la vida del conjunto. Cuanto más se beneficien los camaradas de un determinado logro alcanzado, tanto directa como indirectamente, mayor será el valor material a estimar. Esta valoración, a su vez, encuentra su expresión plástica en la recompensa material que el individuo recibe por su trabajo. Este valor puramente material se opone ahora al valor ideal. No se basa en la importancia del trabajo realizado materialmente, sino en su necesidad misma. Tan cierto como que el beneficio material de una invención puede ser mayor que el del servicio de un secuaz común, el todo depende tan seguramente de este servicio más pequeño como del más grande. Puede marcar una diferencia sustancial en la evaluación del beneficio del trabajo individual para el conjunto y puede expresarlo a través de la remuneración respectiva; pero idealmente debe establecer la igualdad de todos en el momento en que cada individuo se esfuerza por hacer lo mejor que puede en su propio campo, cualquiera que sea. Pero el aprecio de una persona debe basarse en esto, y no en la remuneración. Puesto que, en un estado racional, el cuidado debe consistir en asignar al individuo la actividad que corresponde a su capacidad, o, en otras palabras, en preparar las mentes capaces para el trabajo que tienen por delante, pero en principio la habilidad no debe enseñarse sino ser innata, y por lo tanto es un don de la naturaleza y no un mérito del hombre, la apreciación burguesa general no puede guiarse por el trabajo asignado al individuo, por así decirlo.



Pues esta labor se debe a su nacimiento y a la educación que recibió del público en general. La apreciación del hombre debe basarse en el modo en que cumple la tarea que le confía el público en general. Porque la actividad que el individuo realiza no es el fin de su existencia, sino sólo el medio para alcanzarla. Más bien, debe continuar educándose y ennobleciéndose como ser humano, pero solo puede hacerlo en el marco de su comunidad cultural, que siempre debe basarse en la fundación de un Estado. Tiene que hacer su contribución a la preservación de esta fundación. La forma de esta contribución determina la naturaleza; A él sólo le corresponde retribuir a la comunidad nacional con diligencia y honestidad lo que ella misma le ha dado. Cualquiera que haga esto merece el mayor aprecio y el mayor respeto. El salario material puede concederse a aquellos cuya realización sea de correspondiente beneficio para la comunidad; El valor ideal, sin embargo, debe residir en la estima que puede reclamar cualquiera que dedique al servicio de su nacionalidad las fuerzas que la naturaleza le dio y que llevaron a la comunidad nacional al desarrollo. Pero entonces ya no es una vergüenza ser un artesano de verdad, sino ciertamente uno que roba el día de Dios y el pan de cada día de la buena gente como un funcionario incompetente. Entonces también se dará por sentado que a una persona no se le asignan tareas que no está haciendo desde el principio.

Además, dicha actividad también proporciona el único estándar para la ley en el caso de la misma actividad civil legal en general.

El tiempo actual se está desmantelando: introduce el sufragio universal, habla de igualdad de derechos, pero sigue sin encontrar justificación para ellos. Es, en el salario material, la expresión del valor de un hombre y, por lo tanto, rompe la base de la igualdad más noble que puede existir.



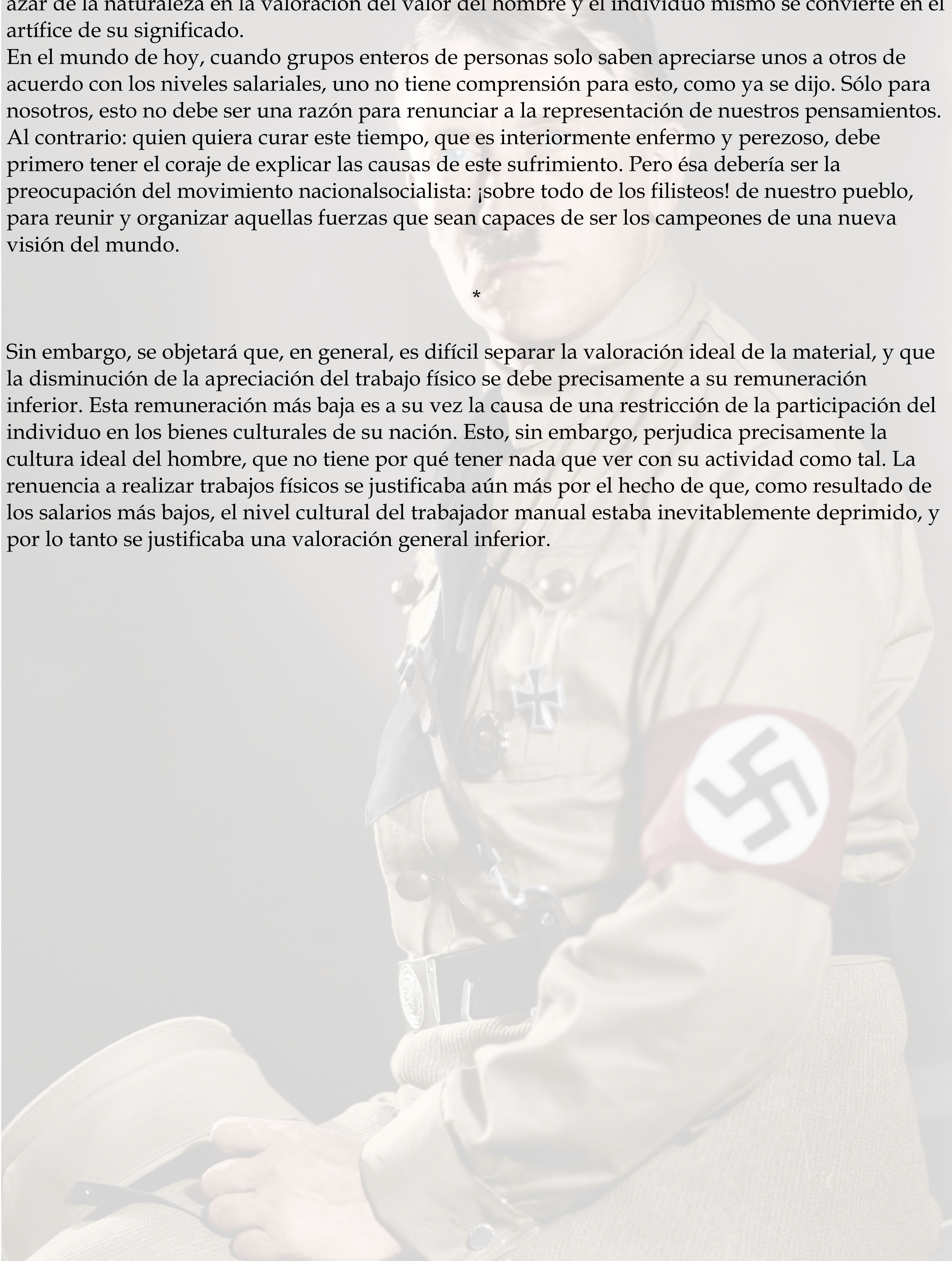
Evaluación de la tesis 485

Porque la igualdad no se basa ni puede basarse nunca en los logros del individuo per se, sino que es posible en la forma en que cada uno cumple sus obligaciones particulares. Sólo así se elimina el azar de la naturaleza en la valoración del valor del hombre y el individuo mismo se convierte en el artífice de su significado.

En el mundo de hoy, cuando grupos enteros de personas solo saben apreciarse unos a otros de acuerdo con los niveles salariales, uno no tiene comprensión para esto, como ya se dijo. Sólo para nosotros, esto no debe ser una razón para renunciar a la representación de nuestros pensamientos. Al contrario: quien quiera curar este tiempo, que es interiormente enfermo y perezoso, debe primero tener el coraje de explicar las causas de este sufrimiento. Pero ésa debería ser la preocupación del movimiento nacionalsocialista: ¡sobre todo de los filisteos! de nuestro pueblo, para reunir y organizar aquellas fuerzas que sean capaces de ser los campeones de una nueva visión del mundo.

*

Sin embargo, se objetará que, en general, es difícil separar la valoración ideal de la material, y que la disminución de la apreciación del trabajo físico se debe precisamente a su remuneración inferior. Esta remuneración más baja es a su vez la causa de una restricción de la participación del individuo en los bienes culturales de su nación. Esto, sin embargo, perjudica precisamente la cultura ideal del hombre, que no tiene por qué tener nada que ver con su actividad como tal. La renuencia a realizar trabajos físicos se justificaba aún más por el hecho de que, como resultado de los salarios más bajos, el nivel cultural del trabajador manual estaba inevitablemente deprimido, y por lo tanto se justificaba una valoración general inferior.



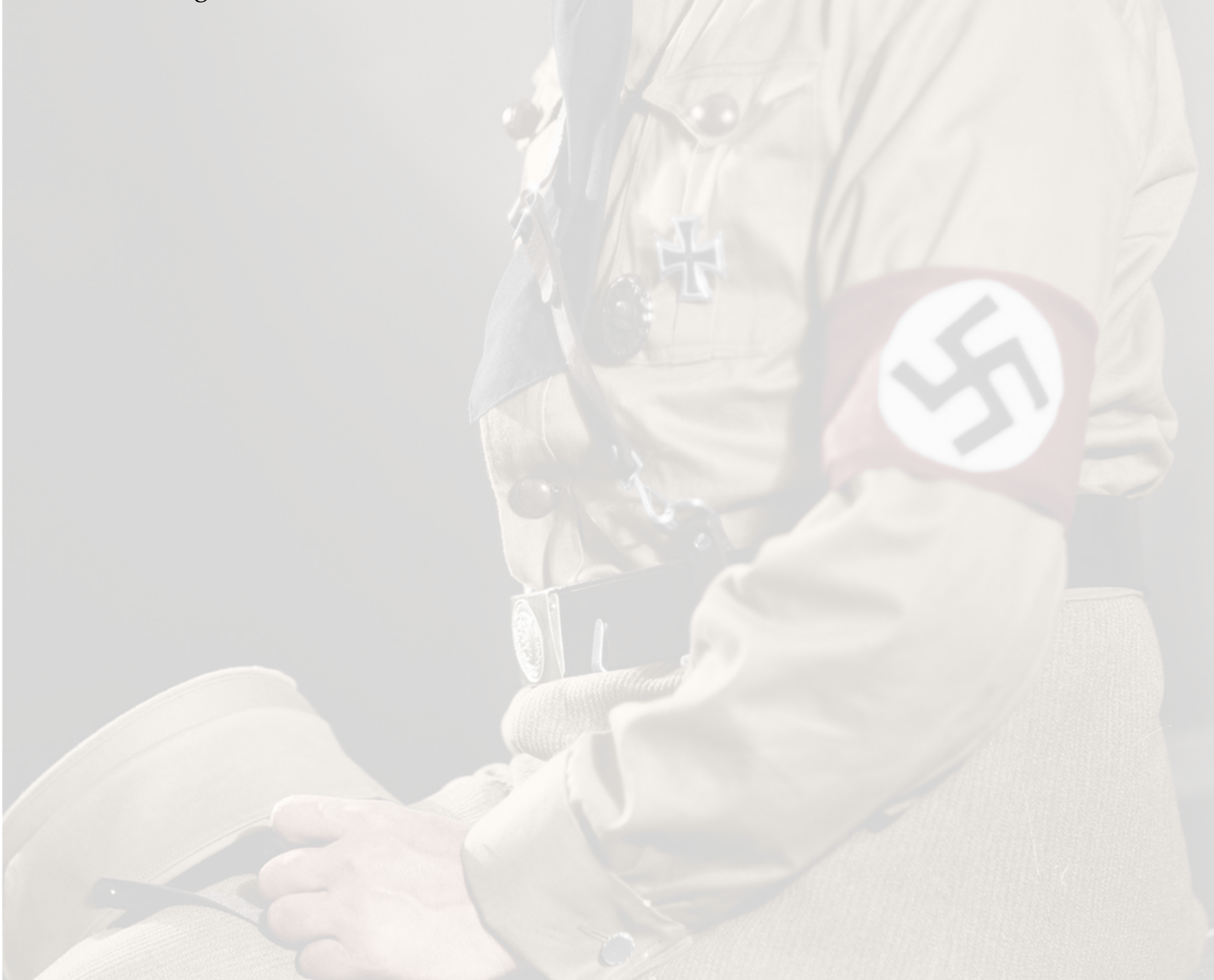
486 Escalonamiento de las ganancias

Hay mucho de verdad en eso. Por esta misma razón, sin embargo, hay que tener cuidado en el futuro contra una diferenciación demasiado grande de las relaciones salariales. No se dice que los beneficios no se vayan a materializar. Ese sería el signo más triste de la decadencia de una época, si el impulso hacia un logro intelectual más alto residiera sólo en salarios más altos. Si este punto de vista hubiera sido hasta ahora el único punto de vista autorizado de este mundo, la humanidad nunca habría recibido sus mayores bienes científicos y culturales. Porque los más grandes inventos, los más grandes descubrimientos, las obras científicas más revolucionarias, los monumentos más magníficos de la cultura humana no han sido dados al mundo por el afán de dinero. Por el contrario, su nacimiento significó a menudo la renuncia a la felicidad terrena de la riqueza.

Puede ser que hoy en día el oro se haya convertido en el gobernante exclusivo de la vida, pero un día el hombre se inclinará de nuevo ante dioses superiores. Mucho puede deberse su existencia hoy en día sólo al anhelo de dinero y riqueza, pero probablemente sólo hay unos pocos entre ellos, cuya ausencia haría a la humanidad más pobre.

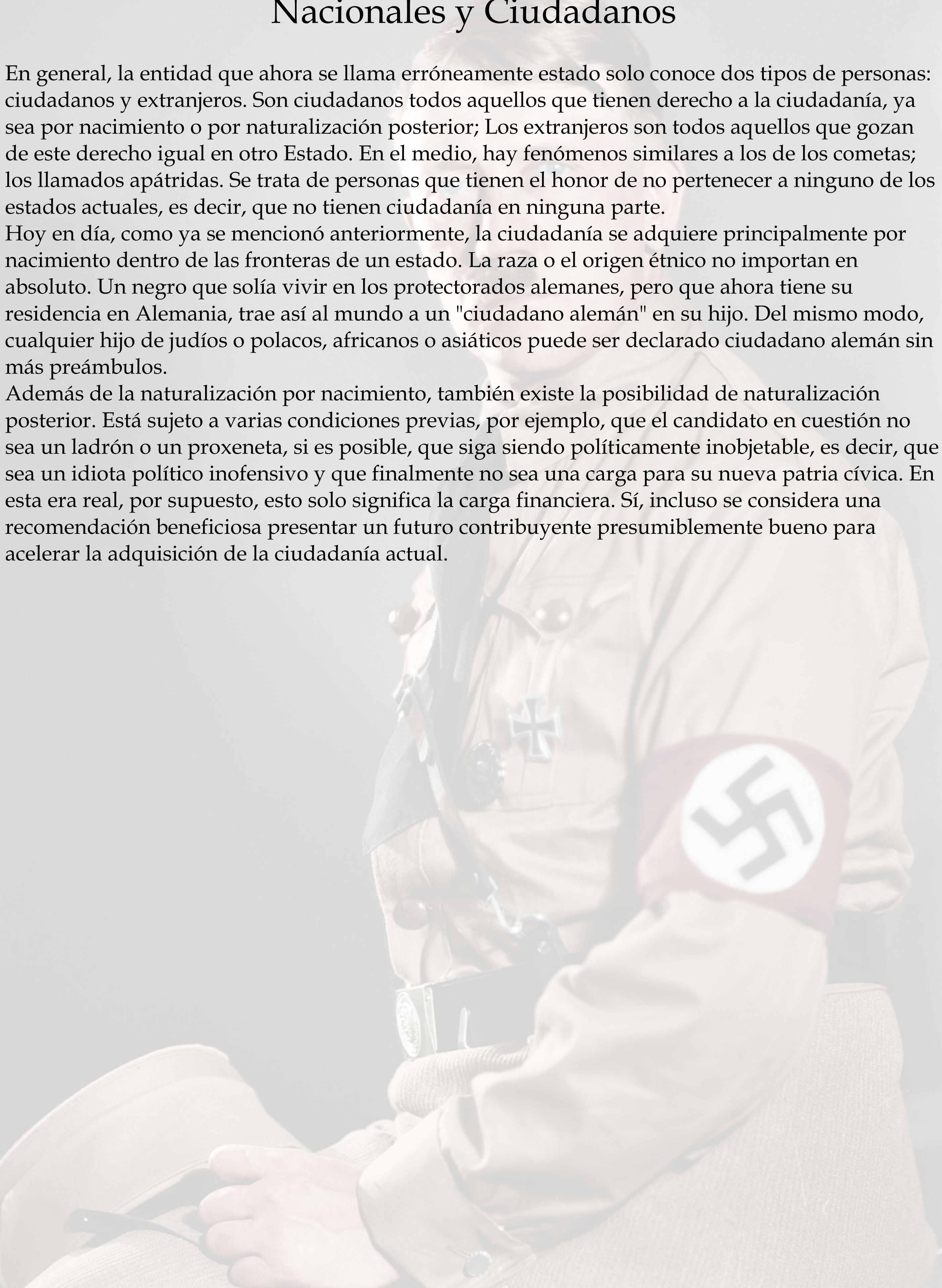
Esta es también una tarea de nuestro movimiento, que ya hoy proclama un tiempo que dará al individuo lo que necesita para vivir, pero al mismo tiempo sostiene el principio de que el hombre no vive exclusivamente para los placeres materiales. Esto debería expresarse algún día en una gradación de méritos sabiamente limitada, que permita incluso al último trabajador honesto vivir una existencia honesta y ordenada como camarada nacional y ser humano en todos los casos.

Uno no dice que este es un estado de cosas como este mundo prácticamente no puede tolerar y de hecho nunca logrará.



Tampoco somos tan tontos como para creer que alguna vez podremos tener éxito en producir una era perfecta. Esto por sí solo no nos exime de la obligación de luchar contra los errores reconocidos, superar las debilidades y esforzarnos por alcanzar el ideal. La dura realidad solo traerá demasiadas restricciones por sí sola. Pero precisamente por esta razón, el hombre debe tratar de servir a la meta final, y los fracasos no deben disuadirlo de su intención más de lo que puede hacerlo sin la justicia, simplemente porque también comete errores, y tan poco como uno rechaza la medicina, porque, sin embargo, siempre habrá enfermedad.
Hay que cuidarse de subestimar el poder de un ideal. A aquellos que hoy se vuelven pusilánimes a este respecto, si alguna vez fueron soldados, quisiera recordarles una época en la que el heroísmo representó la confesión más abrumadora del poder de los motivos ideales. Porque lo que hizo morir al pueblo en aquel tiempo no fue el cuidado del pan de cada día, sino el amor a la patria, la creencia en su grandeza, el sentimiento general por el honor de la nación. Y sólo cuando el pueblo alemán se distanció de estos ideales para seguir las verdaderas promesas de la revolución, y cambió sus armas por sus mochilas, entró en el purgatorio del desprecio universal y no menos de la miseria universal, en lugar de en un cielo terrenal.
Por esta razón, sin embargo, es aún más necesario contrastar los maestros aritméticos de la actual república real con la creencia en un imperio ideal.





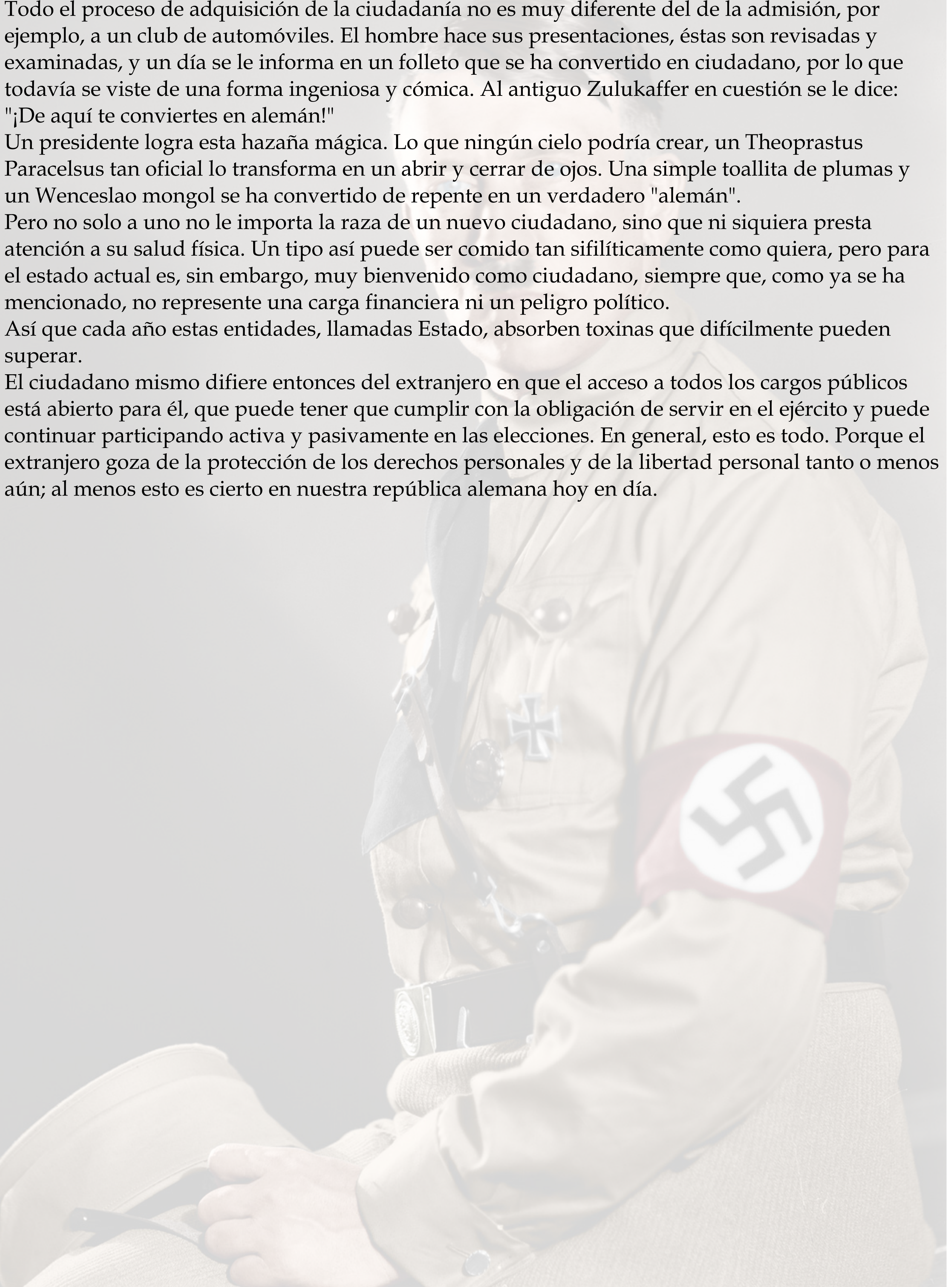
3 kapitel

Nacionales y Ciudadanos

En general, la entidad que ahora se llama erróneamente estado solo conoce dos tipos de personas: ciudadanos y extranjeros. Son ciudadanos todos aquellos que tienen derecho a la ciudadanía, ya sea por nacimiento o por naturalización posterior; Los extranjeros son todos aquellos que gozan de este derecho igual en otro Estado. En el medio, hay fenómenos similares a los de los cometas; los llamados apátridas. Se trata de personas que tienen el honor de no pertenecer a ninguno de los estados actuales, es decir, que no tienen ciudadanía en ninguna parte.

Hoy en día, como ya se mencionó anteriormente, la ciudadanía se adquiere principalmente por nacimiento dentro de las fronteras de un estado. La raza o el origen étnico no importan en absoluto. Un negro que solía vivir en los protectorados alemanes, pero que ahora tiene su residencia en Alemania, trae así al mundo a un "ciudadano alemán" en su hijo. Del mismo modo, cualquier hijo de judíos o polacos, africanos o asiáticos puede ser declarado ciudadano alemán sin más preámbulos.

Además de la naturalización por nacimiento, también existe la posibilidad de naturalización posterior. Está sujeto a varias condiciones previas, por ejemplo, que el candidato en cuestión no sea un ladrón o un proxeneta, si es posible, que siga siendo políticamente inobjetable, es decir, que sea un idiota político inofensivo y que finalmente no sea una carga para su nueva patria cívica. En esta era real, por supuesto, esto solo significa la carga financiera. Sí, incluso se considera una recomendación beneficiosa presentar un futuro contribuyente presumiblemente bueno para acelerar la adquisición de la ciudadanía actual.



Cómo convertirse en ciudadano hoy 489

Las preocupaciones raciales no juegan ningún papel en absoluto.
Todo el proceso de adquisición de la ciudadanía no es muy diferente del de la admisión, por ejemplo, a un club de automóviles. El hombre hace sus presentaciones, éstas son revisadas y examinadas, y un día se le informa en un folleto que se ha convertido en ciudadano, por lo que todavía se viste de una forma ingeniosa y cómica. Al antiguo Zulukaffer en cuestión se le dice: "¡De aquí te conviertes en alemán!"
Un presidente logra esta hazaña mágica. Lo que ningún cielo podría crear, un Theoprastus Paracelsus tan oficial lo transforma en un abrir y cerrar de ojos. Una simple toallita de plumas y un Wenceslao mongol se ha convertido de repente en un verdadero "alemán".
Pero no solo a uno no le importa la raza de un nuevo ciudadano, sino que ni siquiera presta atención a su salud física. Un tipo así puede ser comido tan sifilíticamente como quiera, pero para el estado actual es, sin embargo, muy bienvenido como ciudadano, siempre que, como ya se ha mencionado, no represente una carga financiera ni un peligro político.
Así que cada año estas entidades, llamadas Estado, absorben toxinas que difícilmente pueden superar.
El ciudadano mismo difiere entonces del extranjero en que el acceso a todos los cargos públicos está abierto para él, que puede tener que cumplir con la obligación de servir en el ejército y puede continuar participando activa y pasivamente en las elecciones. En general, esto es todo. Porque el extranjero goza de la protección de los derechos personales y de la libertad personal tanto o menos aún; al menos esto es cierto en nuestra república alemana hoy en día.

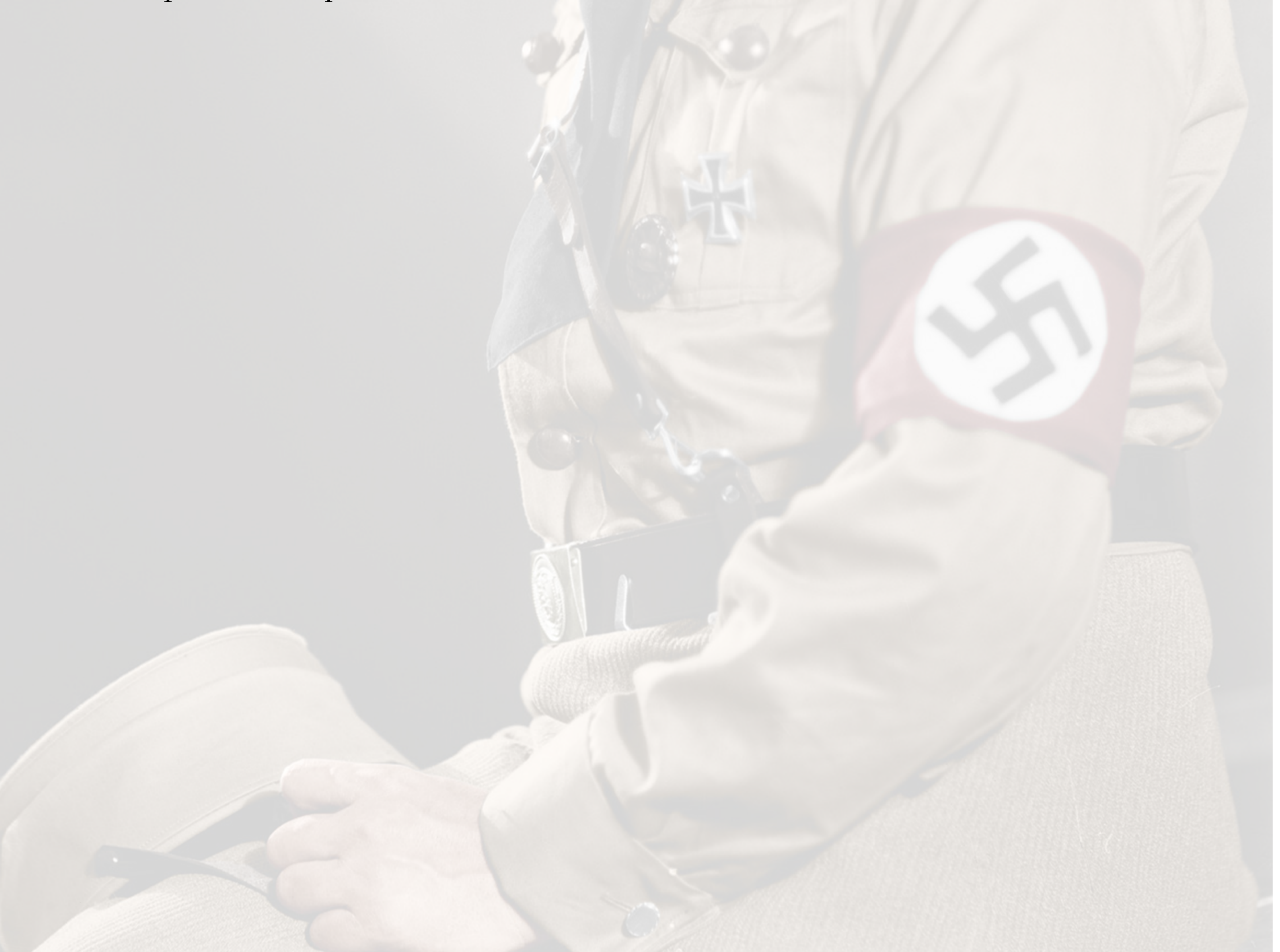
490 Ciudadano — Nacional — Extranjero

Sé que a uno no le gusta oír todo esto; Pero no hay nada más irreflexivo, incluso más quemador de cerebros, que nuestra actual ley de ciudadanía. Actualmente hay un estado en el que se notan al menos comienzos débiles para una mejor comprensión. Por supuesto, no se trata de nuestra ejemplar República Alemana, sino de la Unión Americana, en la que se están haciendo esfuerzos para volver a consultar a la razón, al menos en parte. Al negar la inmigración como una cuestión de principio a los elementos con mala salud, pero simplemente excluir a ciertas razas de la naturalización, la Unión Americana ya está profesando una visión que es inherente al concepto völkisch del Estado.

El estado étnico divide a sus habitantes en tres clases: ciudadanos, nacionales y extranjeros.

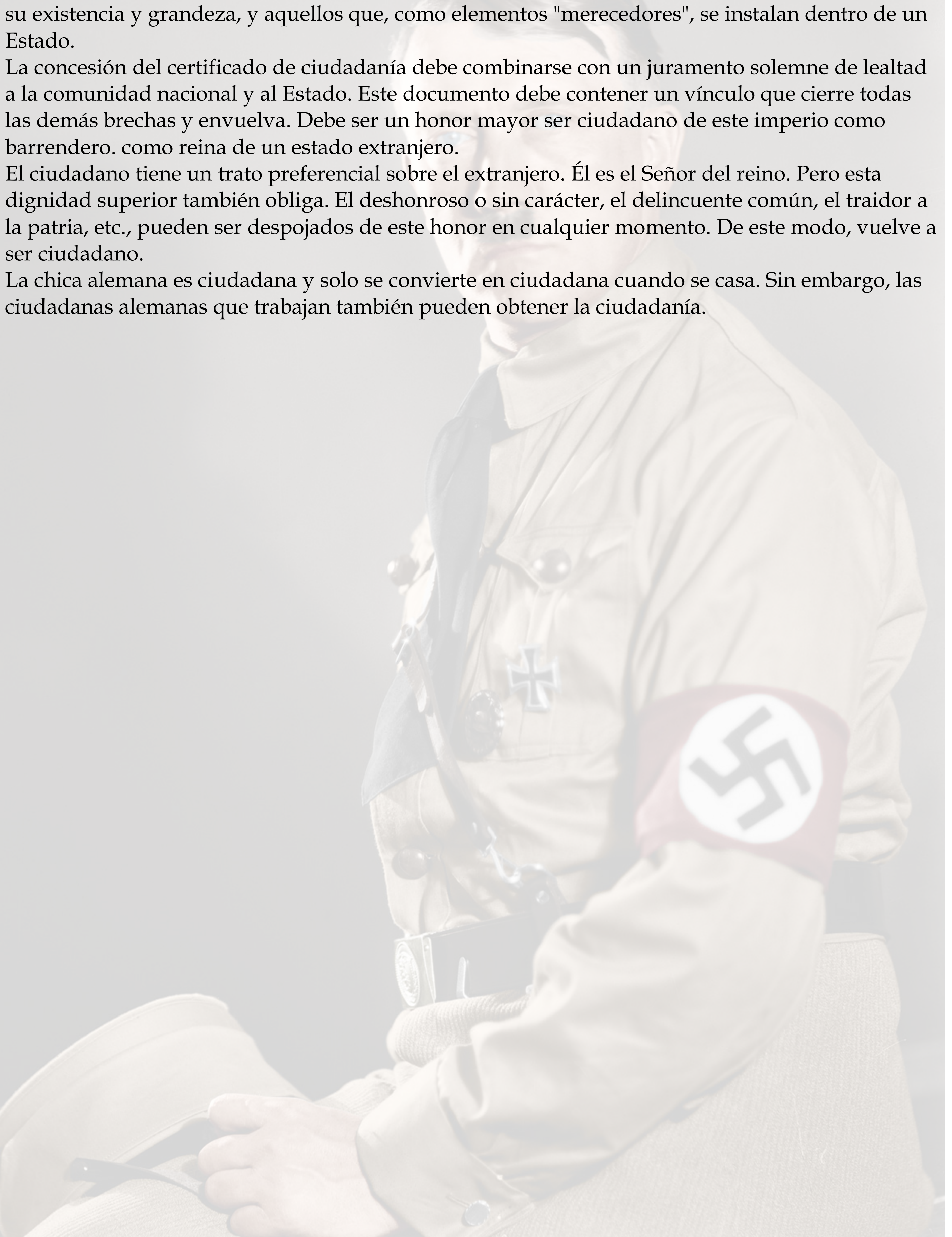
En principio, sólo la ciudadanía se adquiere por nacimiento. La ciudadanía como tal no otorga a su titular el derecho a ocupar cargos públicos, ni a participar en la actividad política en el sentido de participar en las elecciones, tanto activa como pasivamente. En principio, la raza y la nacionalidad de cada ciudadano deben ser determinadas. El nacional podrá en todo momento renunciar a su nacionalidad y convertirse en ciudadano del país cuya nacionalidad corresponda a él. El extranjero difiere de un ciudadano sólo en que tiene una nacionalidad en un Estado extranjero.

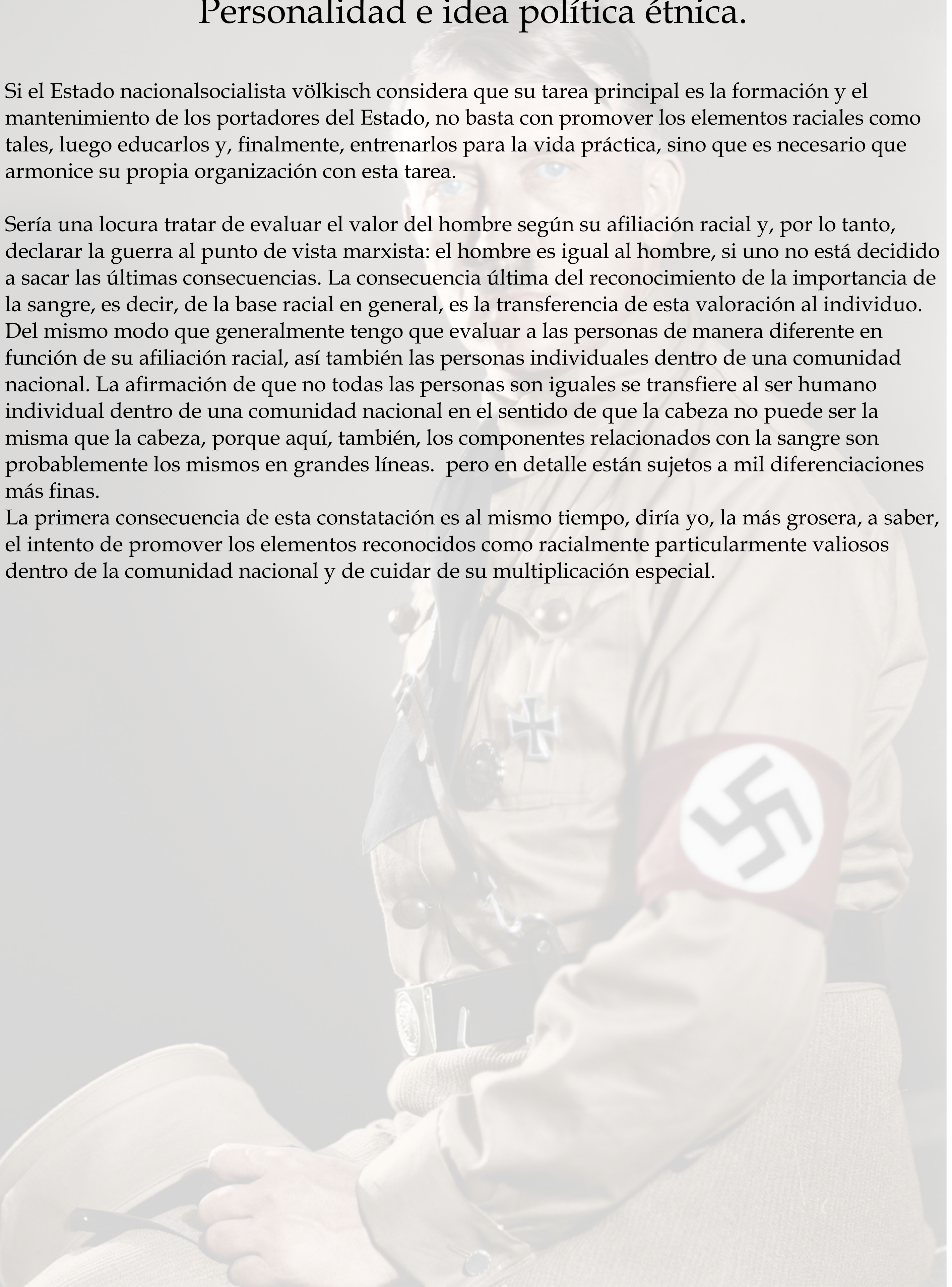
El joven ciudadano de nacionalidad alemana está obligado a cursar la educación escolar prescrita para todo alemán. Por lo tanto, se somete a la educación de un camarada protegido racial y nacionalmente. Más tarde tiene que realizar los ejercicios físicos adicionales prescritos por el estado y finalmente ingresa en el ejército. La formación en el ejército es general; debe registrar a cada alemán individual y educarlo para el área militar posible de uso de acuerdo con su capacidad física y mental. Al joven irreprochable y saludable se le concede la ciudadanía de la manera más solemne después de completar su servicio militar.



El Señor Ciudadano del Imperio 491

Es el documento más valioso para toda su vida terrena. De este modo, entra en todos los derechos del ciudadano y participa en todos los derechos del ciudadano. En efecto, el Estado debe hacer una distinción tajante entre aquellos que, como miembros del pueblo, son la causa y el portador de su existencia y grandeza, y aquellos que, como elementos "merecedores", se instalan dentro de un Estado.
La concesión del certificado de ciudadanía debe combinarse con un juramento solemne de lealtad a la comunidad nacional y al Estado. Este documento debe contener un vínculo que cierre todas las demás brechas y envuelva. Debe ser un honor mayor ser ciudadano de este imperio como barrendero. como reina de un estado extranjero.
El ciudadano tiene un trato preferencial sobre el extranjero. Él es el Señor del reino. Pero esta dignidad superior también obliga. El deshonroso o sin carácter, el delincuente común, el traidor a la patria, etc., pueden ser despojados de este honor en cualquier momento. De este modo, vuelve a ser ciudadano.
La chica alemana es ciudadana y solo se convierte en ciudadana cuando se casa. Sin embargo, las ciudadanas alemanas que trabajan también pueden obtener la ciudadanía.



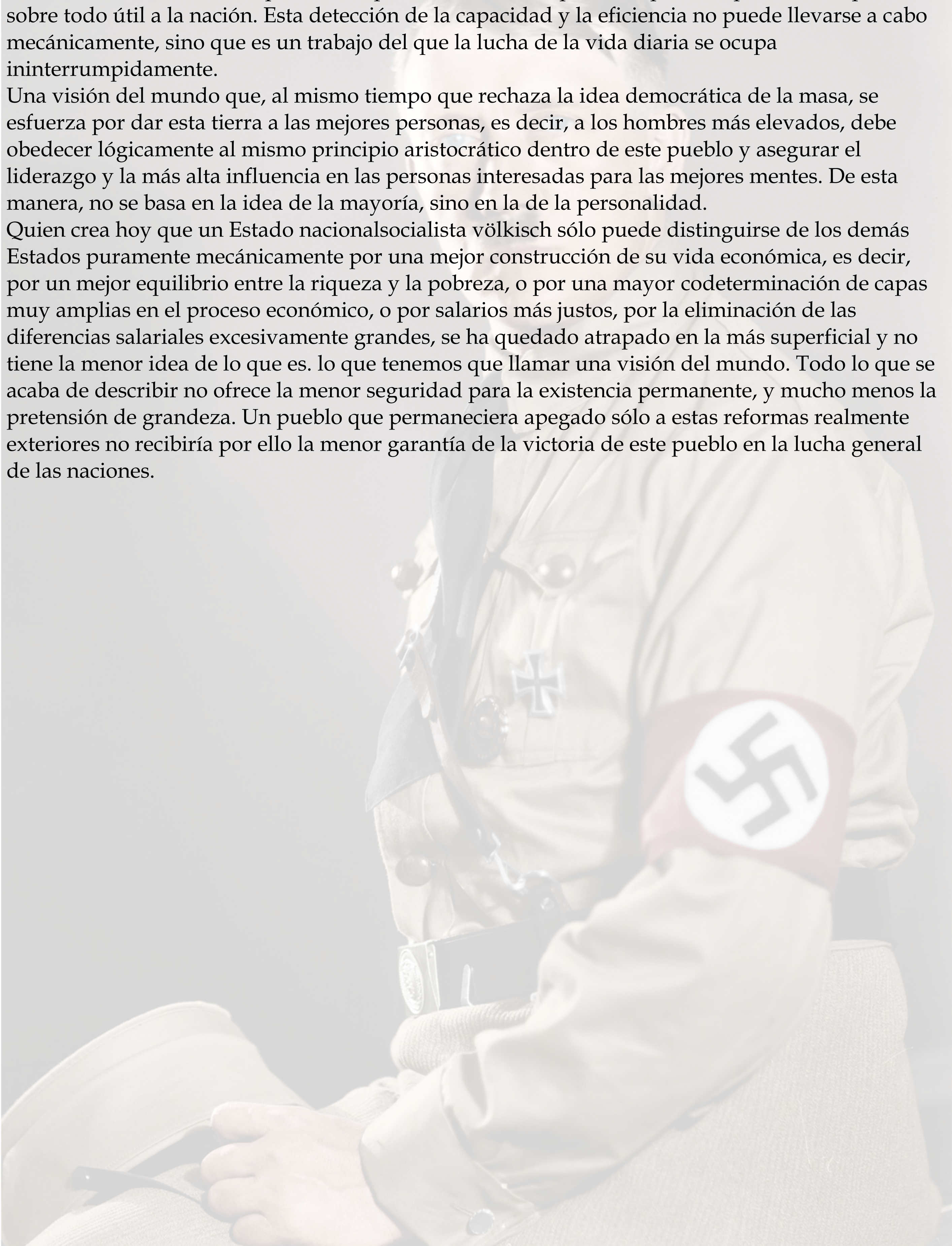


4 Kapitel

Personalidad e idea política étnica.

Si el Estado nacionalsocialista völkisch considera que su tarea principal es la formación y el mantenimiento de los portadores del Estado, no basta con promover los elementos raciales como tales, luego educarlos y, finalmente, entrenarlos para la vida práctica, sino que es necesario que armonice su propia organización con esta tarea.

Sería una locura tratar de evaluar el valor del hombre según su afiliación racial y, por lo tanto, declarar la guerra al punto de vista marxista: el hombre es igual al hombre, si uno no está decidido a sacar las últimas consecuencias. La consecuencia última del reconocimiento de la importancia de la sangre, es decir, de la base racial en general, es la transferencia de esta valoración al individuo. Del mismo modo que generalmente tengo que evaluar a las personas de manera diferente en función de su afiliación racial, así también las personas individuales dentro de una comunidad nacional. La afirmación de que no todas las personas son iguales se transfiere al ser humano individual dentro de una comunidad nacional en el sentido de que la cabeza no puede ser la misma que la cabeza, porque aquí, también, los componentes relacionados con la sangre son probablemente los mismos en grandes líneas. pero en detalle están sujetos a mil diferenciaciones más finas.
La primera consecuencia de esta constatación es al mismo tiempo, diría yo, la más grosera, a saber, el intento de promover los elementos reconocidos como racialmente particularmente valiosos dentro de la comunidad nacional y de cuidar de su multiplicación especial.



La tarea es más tosca porque se puede reconocer y resolver casi mecánicamente. Es más difícil reconocer de la totalidad de todos los espíritus intelectual e ideológicamente realmente valiosos y concederles esa influencia que no sólo pertenece a estos espíritus superiores per se, sino que es sobre todo útil a la nación. Esta detección de la capacidad y la eficiencia no puede llevarse a cabo mecánicamente, sino que es un trabajo del que la lucha de la vida diaria se ocupa ininterrumpidamente.

Una visión del mundo que, al mismo tiempo que rechaza la idea democrática de la masa, se esfuerza por dar esta tierra a las mejores personas, es decir, a los hombres más elevados, debe obedecer lógicamente al mismo principio aristocrático dentro de este pueblo y asegurar el liderazgo y la más alta influencia en las personas interesadas para las mejores mentes. De esta manera, no se basa en la idea de la mayoría, sino en la de la personalidad.

Quien crea hoy que un Estado nacionalsocialista völkisch sólo puede distinguirse de los demás Estados puramente mecánicamente por una mejor construcción de su vida económica, es decir, por un mejor equilibrio entre la riqueza y la pobreza, o por una mayor codeterminación de capas muy amplias en el proceso económico, o por salarios más justos, por la eliminación de las diferencias salariales excesivamente grandes, se ha quedado atrapado en la más superficial y no tiene la menor idea de lo que es. lo que tenemos que llamar una visión del mundo. Todo lo que se acaba de describir no ofrece la menor seguridad para la existencia permanente, y mucho menos la pretensión de grandeza. Un pueblo que permaneciera apegado sólo a estas reformas realmente exteriores no recibiría por ello la menor garantía de la victoria de este pueblo en la lucha general de las naciones.

494 Estructura según el principio aristocrático

Un movimiento que sólo siente el contenido de su misión en un desarrollo tan equilibrado y ciertamente justo no llevará a cabo en realidad una reforma poderosa y no real, porque no profunda, de las condiciones existentes, ya que al final toda su acción se queda estancada sólo en las apariencias externas, sin dar al pueblo esa emérito interior que, casi podría decir con inevitable certeza, vencer finalmente esas debilidades que hoy padecemos.
Para comprender esto más fácilmente, puede ser útil echar otro vistazo a los verdaderos orígenes y causas del desarrollo de la cultura humana.
El primer paso que distanció al hombre del animal de una manera visible hacia el exterior fue el de la invención. La invención en sí se basó originalmente en el descubrimiento de la astucia y las fintas, cuyo uso facilita la lucha por la vida con otros seres y, a veces, permite que proceda favorablemente en primer lugar. Estas invenciones primitivas no permiten todavía que la persona aparezca con suficiente claridad, porque naturalmente sólo llegan a la conciencia del observador retrospectivo, o más bien del observador humano actual, como un fenómeno de masas. Ciertas medidas astutas y astutas, que el hombre puede observar en los animales, por ejemplo, sólo llaman su atención como hechos en resumen, y ya no está en condiciones de determinar o investigar su origen, sino que simplemente se las arregla llamando "instintivos" a tales procesos.
Esta última palabra no significa nada en absoluto en nuestro caso. Porque el que cree en un desarrollo superior de los seres vivos debe admitir que toda manifestación de su impulso y lucha por la vida debe haber tenido un comienzo en algún punto; que un sujeto debía haberlo iniciado, y que tal proceso se repetía más y más a menudo y se extendía más y más, hasta que al final pasaba casi al subconsciente de todos los miembros de cierta especie, y entonces aparecía como instinto.



Será más fácil entender y creer esto en el caso del hombre mismo. Sus primeras medidas inteligentes en la lucha con otros animales eran, sin duda, en su origen, las acciones de sujetos individuales particularmente capaces. En el pasado, también, la personalidad era el factor indispensable para las decisiones y ejecuciones que más tarde fueron adoptadas como algo natural por toda la humanidad. Del mismo modo que cierta autoevidencia militar, que hoy se ha convertido en la base de toda estrategia para mí, originalmente debió su origen a una mente muy específica y solo se aceptó generalmente como algo natural a lo largo de muchos, tal vez incluso miles de años.
El hombre complementa este primer invento con un segundo: aprende a poner otras cosas y también seres vivos al servicio de su propia lucha por sostener la vida; Y este es el comienzo de la verdadera actividad inventiva de los seres humanos, que hoy tenemos ante nuestros ojos. Estas invenciones materiales, que proceden del uso de la piedra como arma, que conducen a la domesticación de los animales, dan fuego al hombre por la producción artificial, y así sucesivamente, hasta las múltiples y asombrosas invenciones de nuestros días, hacen que la persona portadora de tal creación sea tanto más claramente reconocible cuanto más cercanas estén las invenciones individuales de nuestro tiempo presente, o cuanto más importantes e incisivas sean. En cualquier caso, sabemos que lo que vemos a nuestro alrededor en términos de invenciones materiales es el resultado del poder creativo y la habilidad de la persona individual. Y todas estas invenciones contribuyen, en última instancia, a elevar al hombre cada vez más por encima del nivel del mundo animal, más aún, a alejarlo de él de una vez por todas.

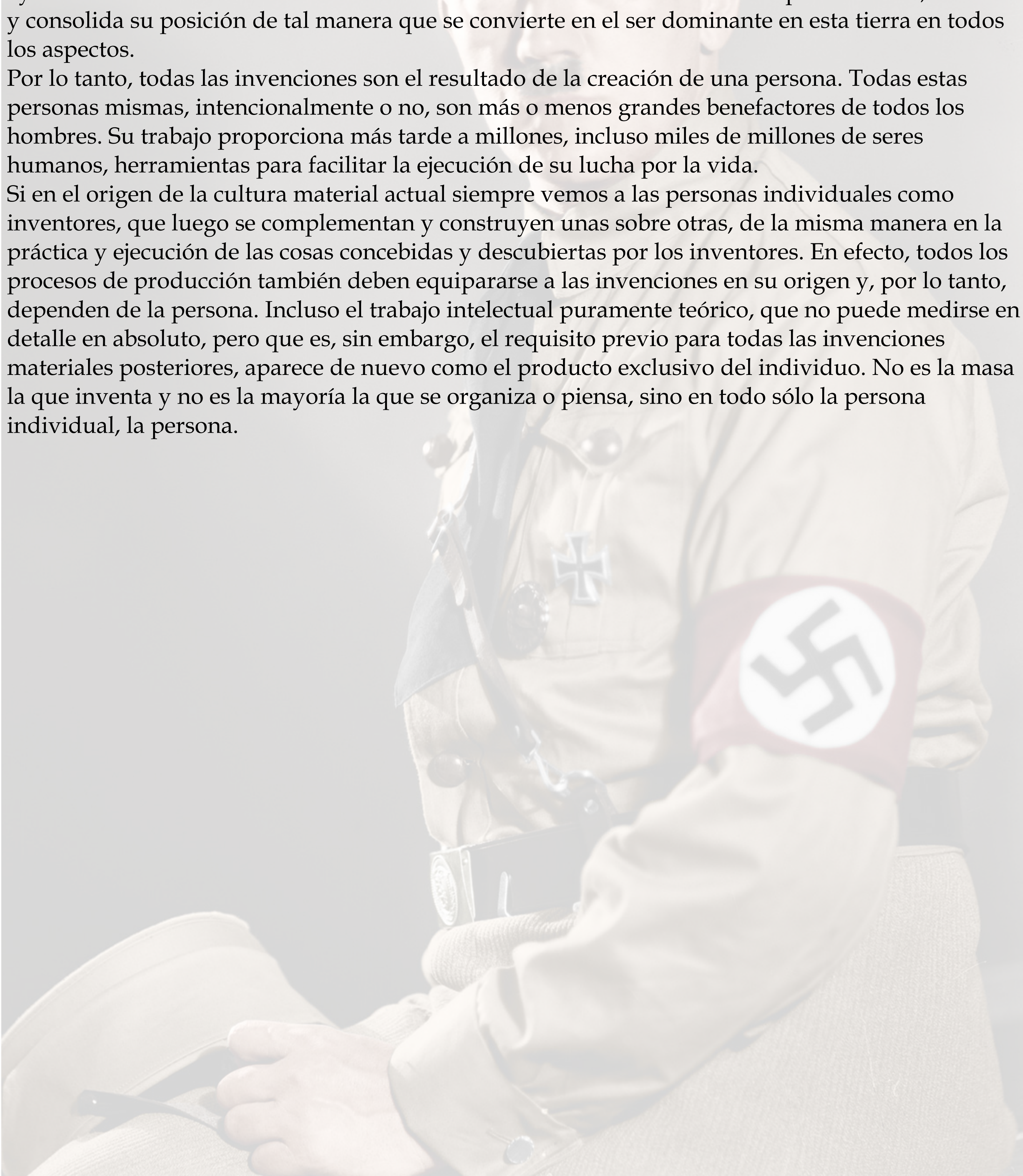


496 Valor de la personalidad

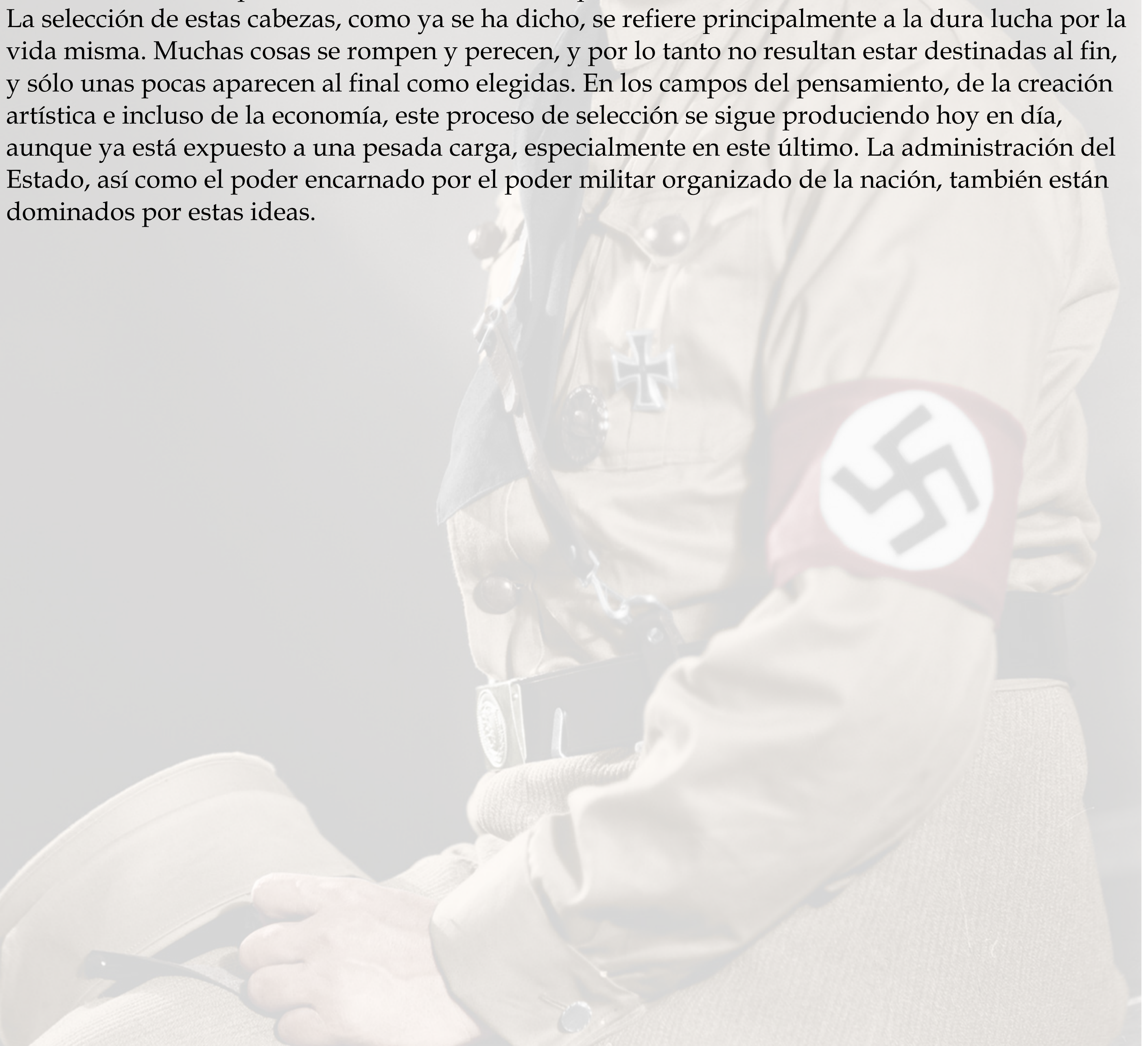
De este modo, sirven en las profundidades más profundas a la encarnación superior que tiene lugar permanentemente. Pero incluso lo que, como la más simple finta, una vez facilitó la lucha por la existencia de la gente que cazaba en la selva, en la forma de los descubrimientos científicos más ingeniosos del tiempo presente, ayuda nuevamente a facilitar la lucha de la humanidad por su existencia presente y a forjar las armas para las luchas del futuro. Todo el pensamiento y la invención humana en sus efectos finales sirven en primer lugar a la lucha por la vida del hombre en este planeta, incluso si el llamado beneficio real de una invención o un descubrimiento o una profunda comprensión científica de la esencia de las cosas no es visible en este momento. Al ayudar a elevar al hombre cada vez más fuera del marco de los seres vivos que lo rodean, fortalece y consolida su posición de tal manera que se convierte en el ser dominante en esta tierra en todos los aspectos.

Por lo tanto, todas las invenciones son el resultado de la creación de una persona. Todas estas personas mismas, intencionalmente o no, son más o menos grandes benefactores de todos los hombres. Su trabajo proporciona más tarde a millones, incluso miles de millones de seres humanos, herramientas para facilitar la ejecución de su lucha por la vida.

Si en el origen de la cultura material actual siempre vemos a las personas individuales como inventores, que luego se complementan y construyen unas sobre otras, de la misma manera en la práctica y ejecución de las cosas concebidas y descubiertas por los inventores. En efecto, todos los procesos de producción también deben equipararse a las invenciones en su origen y, por lo tanto, dependen de la persona. Incluso el trabajo intelectual puramente teórico, que no puede medirse en detalle en absoluto, pero que es, sin embargo, el requisito previo para todas las invenciones materiales posteriores, aparece de nuevo como el producto exclusivo del individuo. No es la masa la que inventa y no es la mayoría la que se organiza o piensa, sino en todo sólo la persona individual, la persona.



Una comunidad humana parece estar bien organizada sólo si facilita el trabajo de estas fuerzas creativas de la manera más complaciente posible y lo aplica en beneficio del conjunto. Lo más valioso de la invención en sí, ya sea en el material o en el mundo del pensamiento, es en primer lugar el inventor como persona. Aplicarla en beneficio del conjunto es, por lo tanto, la primera y más alta tarea de la organización de una comunidad nacional. Sí, la organización en sí misma tiene que ser sólo una aplicación de este principio. Sólo entonces se libera de la maldición del mecanismo y se convierte en algo vivo en sí mismo. Debe ser en sí mismo una encarnación del esfuerzo por empujar las cabezas por encima de las masas y así subordinarlas a las cabezas.
En consecuencia, la organización no sólo no debe impedir que las mentes salgan de la multitud, sino que, por el contrario, debe, por la naturaleza de su propia naturaleza, hacer esto posible y facilitarlo en el más alto grado. Al hacerlo, debe partir del principio de que la bendición para la humanidad nunca reside en las masas, sino que descansa en sus mentes creativas, a las que, por lo tanto, en realidad se deben tratar como los benefactores de la raza humana. Asegurarles la influencia más decisiva y facilitar su trabajo redunda en interés de la comunidad. Ciertamente, este interés no está satisfecho y no es servido por el gobierno de las masas que no son capaces de pensar o que no son capaces, pero en ningún caso dotadas, sino sólo por la guía de aquellos que son naturalmente capaces de hacerlo con dones especiales.
La selección de estas cabezas, como ya se ha dicho, se refiere principalmente a la dura lucha por la vida misma. Muchas cosas se rompen y perecen, y por lo tanto no resultan estar destinadas al fin, y sólo unas pocas aparecen al final como elegidas. En los campos del pensamiento, de la creación artística e incluso de la economía, este proceso de selección se sigue produciendo hoy en día, aunque ya está expuesto a una pesada carga, especialmente en este último. La administración del Estado, así como el poder encarnado por el poder militar organizado de la nación, también están dominados por estas ideas.

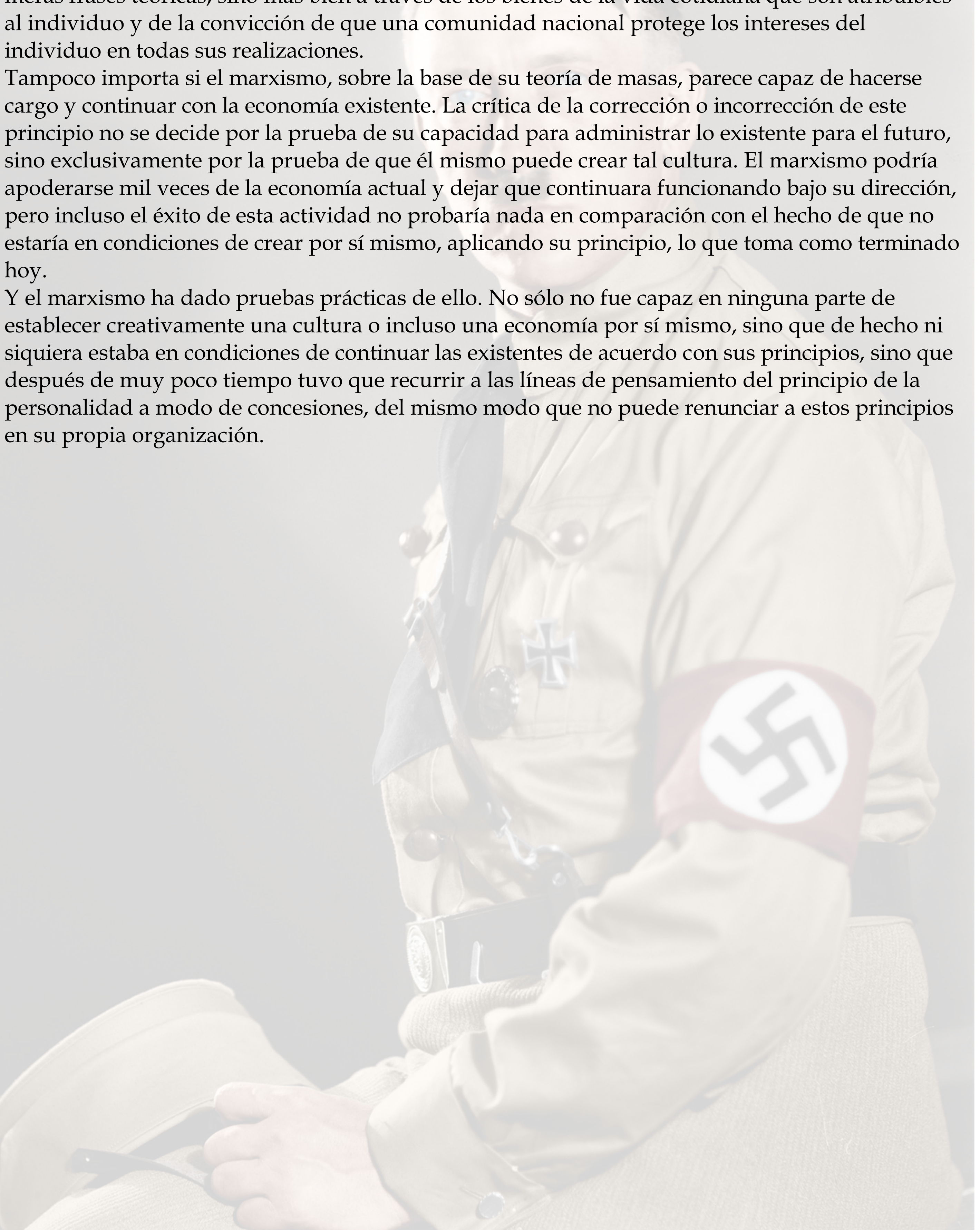


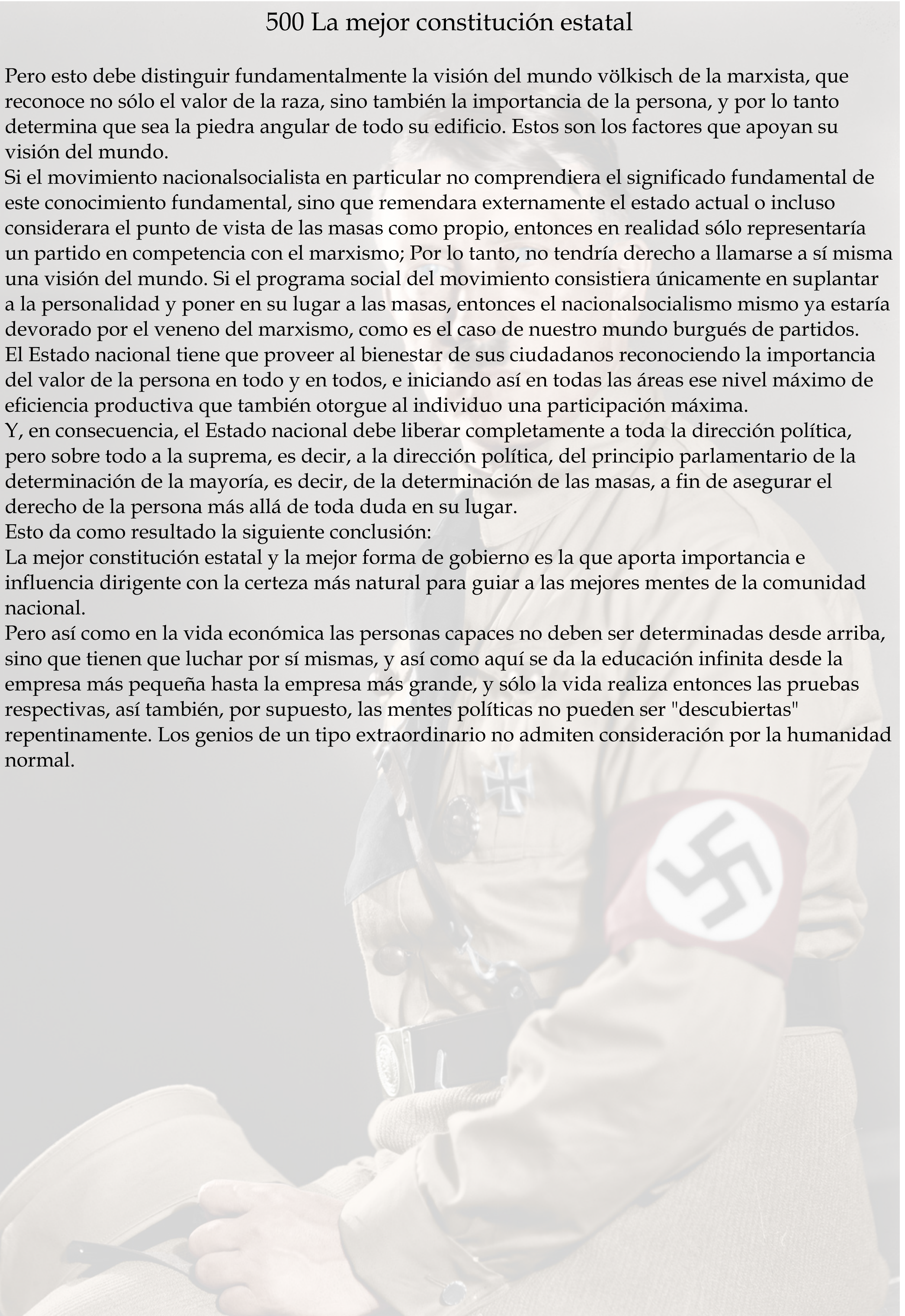
498 El principio de la mayoría

En todas partes todavía domina la idea de la personalidad, la autoridad de la personalidad hacia abajo y la responsabilidad hacia la persona superior hacia arriba. Sólo la vida política de hoy se ha apartado ya por completo de este principio naturalísimo. Mientras que toda la cultura humana no es más que el resultado de la actividad creadora de la persona, en su totalidad, pero sobre todo en la dirección suprema de la comunidad nacional, el principio del valor de la mayoría aparece decisivamente y, a partir de ahí, comienza gradualmente a envenenar toda la vida, es decir, a disolverla en la realidad. El efecto destructivo de la actividad del judaísmo en otros organismos nacionales también puede atribuirse fundamentalmente a sus eternos intentos de socavar la importancia de la persona entre los pueblos que la acogen y de poner en su lugar la de las masas. Pero de esta manera el principio organizativo de la humanidad aria es reemplazado por el principio destructivo del judío. Se convierte así en "el fermento de la descomposición" de los pueblos y de los humedales y, en un sentido más amplio, en el disolvente de la cultura humana. El marxismo, sin embargo, se presenta como el intento del judío, llevado a su forma más pura, de eliminar la importancia primordial de la personalidad en todas las esferas de la vida humana y reemplazarla por el número de las masas. Políticamente, esto corresponde a la forma parlamentaria de gobierno que vemos funcionar tan desastrosamente, desde las más pequeñas células germinales de la comunidad hasta la dirección suprema de todo el Reich, y económicamente al sistema de un movimiento sindical que no sirve a los intereses reales del trabajador, sino exclusivamente a las intenciones destructivas del judío mundial internacional. En la misma medida en que la economía se retira del efecto del principio de la personalidad y se entrega sólo a las influencias y a las influencias de las masas, debe perder su capacidad de eficiencia, que está al servicio de todos y es valiosa para todos, y debe caer gradualmente presa de una cierta regresión.



Todas las organizaciones de ventas que, en lugar de velar por los intereses de sus empleados, tratan de ganar influencia sobre la producción misma, sirven al mismo propósito destructivo. Dañan el rendimiento general, pero en realidad dañan al individuo. En efecto, la satisfacción de los miembros de un cuerpo del pueblo no se efectúa a largo plazo exclusivamente a través de meras frases teóricas, sino más bien a través de los bienes de la vida cotidiana que son atribuibles al individuo y de la convicción de que una comunidad nacional protege los intereses del individuo en todas sus realizaciones.
Tampoco importa si el marxismo, sobre la base de su teoría de masas, parece capaz de hacerse cargo y continuar con la economía existente. La crítica de la corrección o incorrección de este principio no se decide por la prueba de su capacidad para administrar lo existente para el futuro, sino exclusivamente por la prueba de que él mismo puede crear tal cultura. El marxismo podría apoderarse mil veces de la economía actual y dejar que continuara funcionando bajo su dirección, pero incluso el éxito de esta actividad no probaría nada en comparación con el hecho de que no estaría en condiciones de crear por sí mismo, aplicando su principio, lo que toma como terminado hoy.
Y el marxismo ha dado pruebas prácticas de ello. No sólo no fue capaz en ninguna parte de establecer creativamente una cultura o incluso una economía por sí mismo, sino que de hecho ni siquiera estaba en condiciones de continuar las existentes de acuerdo con sus principios, sino que después de muy poco tiempo tuvo que recurrir a las líneas de pensamiento del principio de la personalidad a modo de concesiones, del mismo modo que no puede renunciar a estos principios en su propia organización.



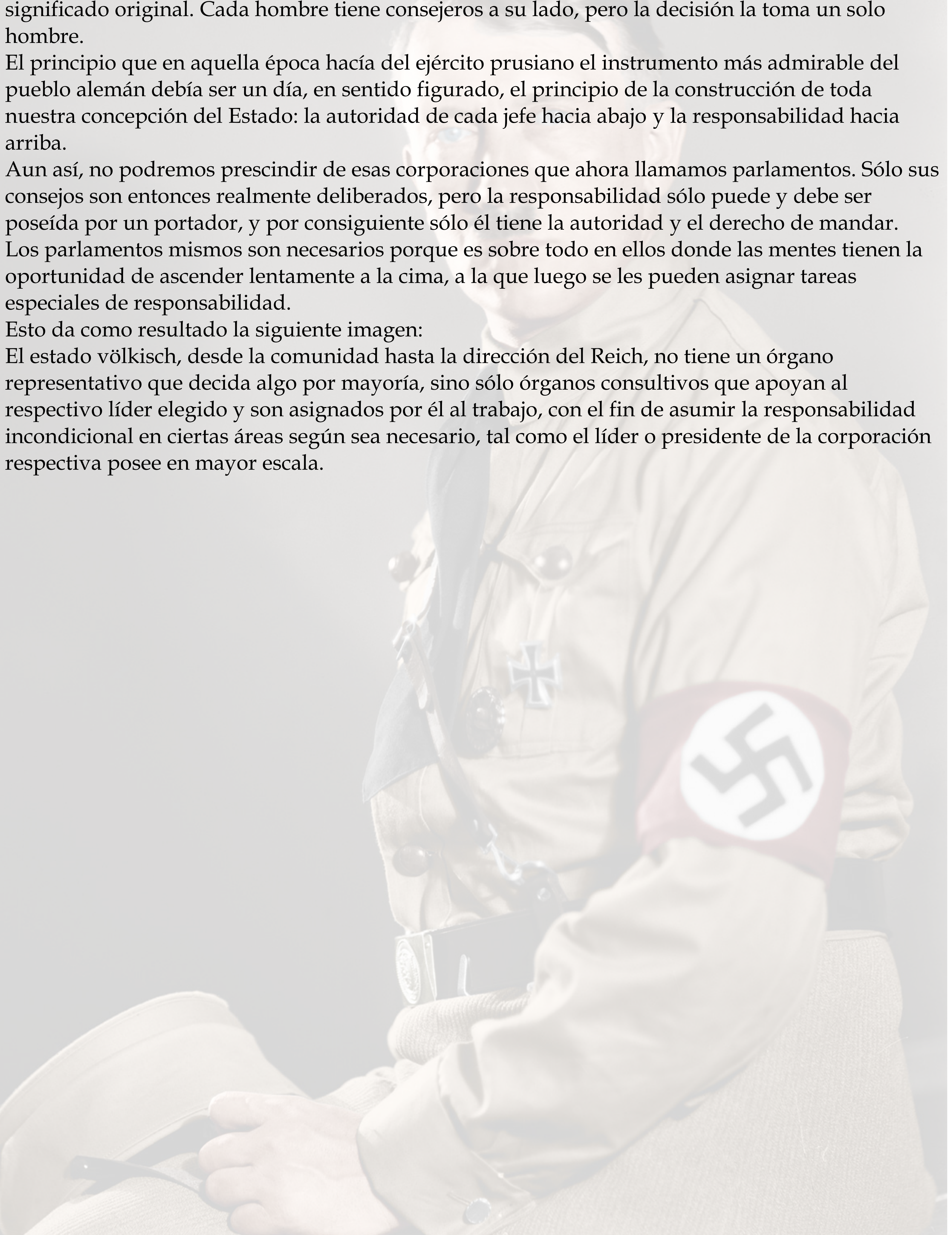


500 La mejor constitución estatal

Pero esto debe distinguir fundamentalmente la visión del mundo völkisch de la marxista, que reconoce no sólo el valor de la raza, sino también la importancia de la persona, y por lo tanto determina que sea la piedra angular de todo su edificio. Estos son los factores que apoyan su visión del mundo.
Si el movimiento nacionalsocialista en particular no comprendiera el significado fundamental de este conocimiento fundamental, sino que remendara externamente el estado actual o incluso considerara el punto de vista de las masas como propio, entonces en realidad sólo representaría un partido en competencia con el marxismo; Por lo tanto, no tendría derecho a llamarse a sí misma una visión del mundo. Si el programa social del movimiento consistiera únicamente en suplantar a la personalidad y poner en su lugar a las masas, entonces el nacionalsocialismo mismo ya estaría devorado por el veneno del marxismo, como es el caso de nuestro mundo burgués de partidos.
El Estado nacional tiene que proveer al bienestar de sus ciudadanos reconociendo la importancia del valor de la persona en todo y en todos, e iniciando así en todas las áreas ese nivel máximo de eficiencia productiva que también otorgue al individuo una participación máxima.
Y, en consecuencia, el Estado nacional debe liberar completamente a toda la dirección política, pero sobre todo a la suprema, es decir, a la dirección política, del principio parlamentario de la determinación de la mayoría, es decir, de la determinación de las masas, a fin de asegurar el derecho de la persona más allá de toda duda en su lugar.
Esto da como resultado la siguiente conclusión:
La mejor constitución estatal y la mejor forma de gobierno es la que aporta importancia e influencia dirigente con la certeza más natural para guiar a las mejores mentes de la comunidad nacional.
Pero así como en la vida económica las personas capaces no deben ser determinadas desde arriba, sino que tienen que luchar por sí mismas, y así como aquí se da la educación infinita desde la empresa más pequeña hasta la empresa más grande, y sólo la vida realiza entonces las pruebas respectivas, así también, por supuesto, las mentes políticas no pueden ser "descubiertas" repentinamente. Los genios de un tipo extraordinario no admiten consideración por la humanidad normal.

La mejor constitución estatal 501

El Estado debe haber anclado el principio de la personalidad en su organización, desde la más pequeña célula de la comunidad hasta la dirección suprema de todo el Reich.
No hay decisiones por mayoría, solo personas responsables, y la palabra "consejo" vuelve a su significado original. Cada hombre tiene consejeros a su lado, pero la decisión la toma un solo hombre.
El principio que en aquella época hacía del ejército prusiano el instrumento más admirable del pueblo alemán debía ser un día, en sentido figurado, el principio de la construcción de toda nuestra concepción del Estado: la autoridad de cada jefe hacia abajo y la responsabilidad hacia arriba.
Aun así, no podremos prescindir de esas corporaciones que ahora llamamos parlamentos. Sólo sus consejos son entonces realmente deliberados, pero la responsabilidad sólo puede y debe ser poseída por un portador, y por consiguiente sólo él tiene la autoridad y el derecho de mandar.
Los parlamentos mismos son necesarios porque es sobre todo en ellos donde las mentes tienen la oportunidad de ascender lentamente a la cima, a la que luego se les pueden asignar tareas especiales de responsabilidad.
Esto da como resultado la siguiente imagen:
El estado völkisch, desde la comunidad hasta la dirección del Reich, no tiene un órgano representativo que decida algo por mayoría, sino sólo órganos consultivos que apoyan al respectivo líder elegido y son asignados por él al trabajo, con el fin de asumir la responsabilidad incondicional en ciertas áreas según sea necesario, tal como el líder o presidente de la corporación respectiva posee en mayor escala.

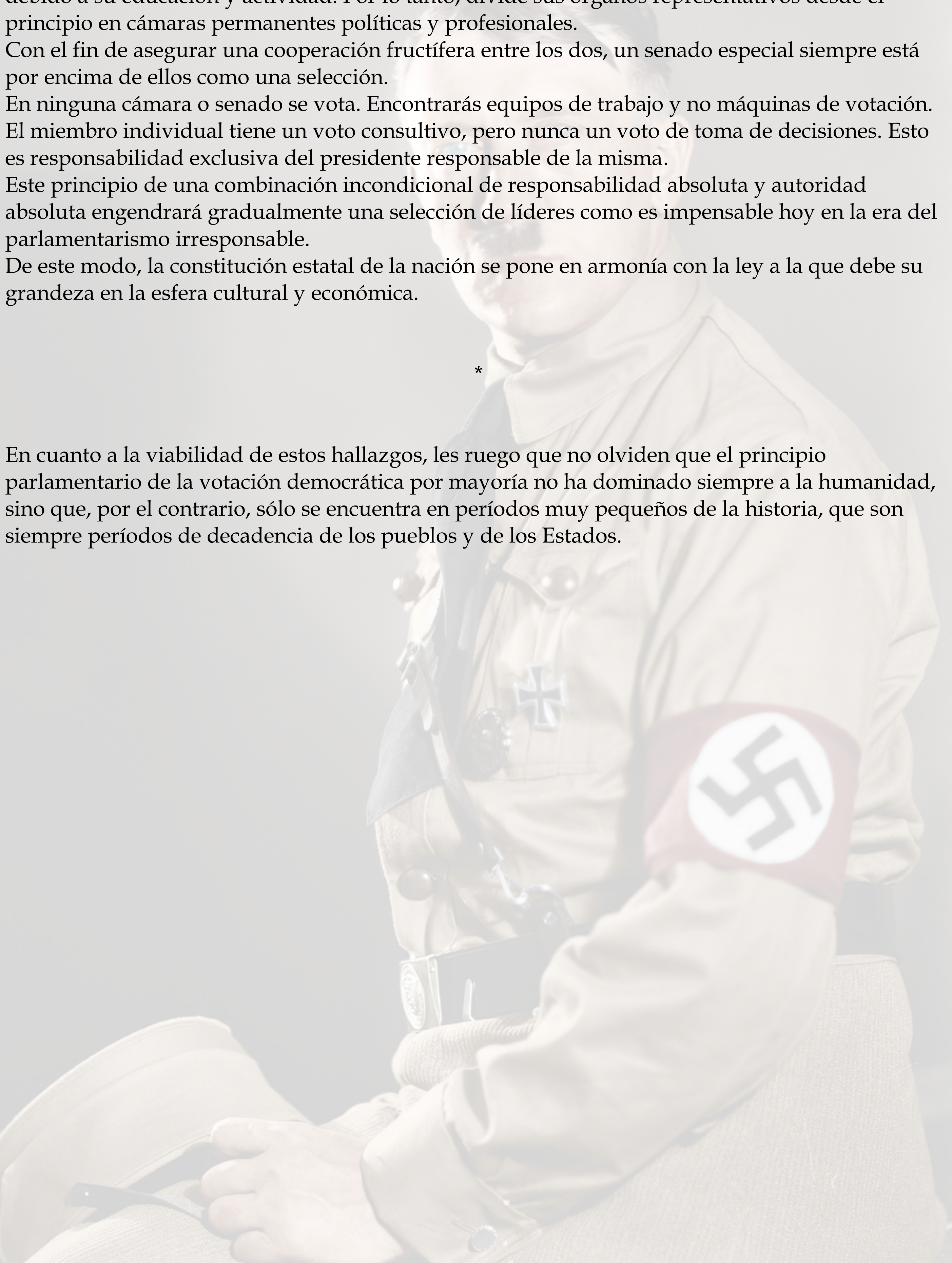


502 Cámaras Consultivas — Líderes responsables

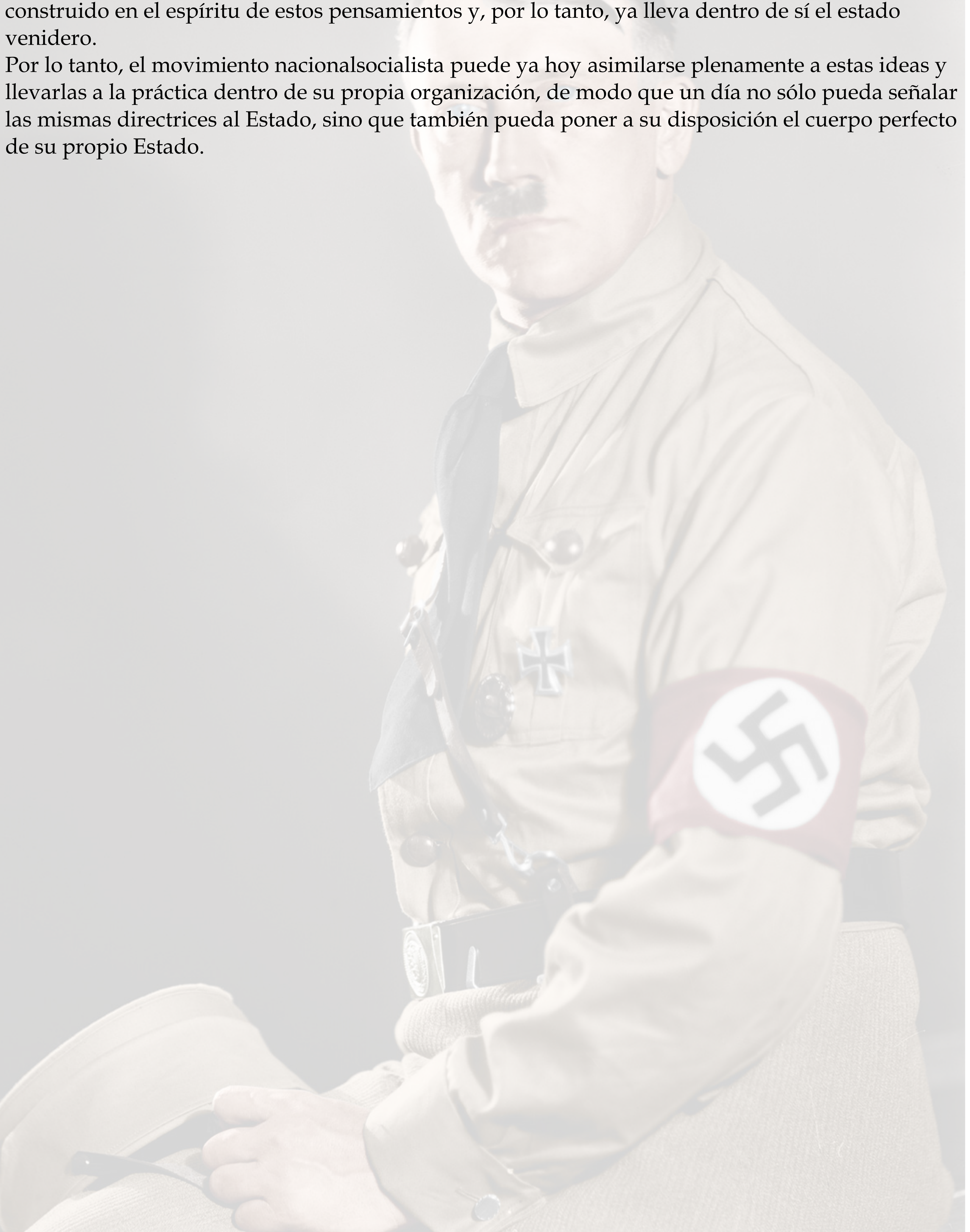
Por principio, el Estado völkisch no tolera que se consulte o juzgue a personas sobre asuntos de naturaleza especial, por ejemplo económicos, que no pueden entender nada sobre el asunto debido a su educación y actividad. Por lo tanto, divide sus órganos representativos desde el principio en cámaras permanentes políticas y profesionales.
Con el fin de asegurar una cooperación fructífera entre los dos, un senado especial siempre está por encima de ellos como una selección.
En ninguna cámara o senado se vota. Encontrarás equipos de trabajo y no máquinas de votación.
El miembro individual tiene un voto consultivo, pero nunca un voto de toma de decisiones. Esto es responsabilidad exclusiva del presidente responsable de la misma.
Este principio de una combinación incondicional de responsabilidad absoluta y autoridad absoluta engendrará gradualmente una selección de líderes como es impensable hoy en la era del parlamentarismo irresponsable.
De este modo, la constitución estatal de la nación se pone en armonía con la ley a la que debe su grandeza en la esfera cultural y económica.

*

En cuanto a la viabilidad de estos hallazgos, les ruego que no olviden que el principio parlamentario de la votación democrática por mayoría no ha dominado siempre a la humanidad, sino que, por el contrario, sólo se encuentra en períodos muy pequeños de la historia, que son siempre períodos de decadencia de los pueblos y de los Estados.



Sin embargo, no se debe pensar que tal cambio puede lograrse con medidas puramente teóricas desde arriba, ya que lógicamente no debe detenerse ni siquiera en la constitución del Estado, sino que también debe impregnar todas las demás legislaciones, más aún, la vida civil en general.
Semejante revolución sólo puede tener lugar, y lo hará, a través de un movimiento que ya está construido en el espíritu de estos pensamientos y, por lo tanto, ya lleva dentro de sí el estado venidero.
Por lo tanto, el movimiento nacionalsocialista puede ya hoy asimilarse plenamente a estas ideas y llevarlas a la práctica dentro de su propia organización, de modo que un día no sólo pueda señalar las mismas directrices al Estado, sino que también pueda poner a su disposición el cuerpo perfecto de su propio Estado.



5 kapitel

Visión del mundo y organización

El estado völkisch, cuyo cuadro general he tratado de trazar a grandes rasgos, no se realiza por sí mismo mediante el mero conocimiento de lo que es necesario para este estado. No basta con saber cómo debe ser un Estado nacionalista. Mucho más importante es el problema de su origen. No es de esperar que las partes actuales, que son las principales beneficiarias del estado actual, cambien por su propia voluntad y cambien su actitud actual por su propia voluntad. Esto es tanto menos posible cuanto que sus verdaderos elementos rectores son siempre sólo judíos y de nuevo judíos. Pero el desarrollo por el que estamos pasando en este momento, si continúa sin control, un día terminaría con la profecía de todos los judíos: que el judío realmente devoraría a los pueblos de la tierra, se convertiría en su amo.
Así, frente a los millones de "burgueses" y "proletarios" alemanes, la mayoría de los cuales trotaron hacia su perdición por indolencia y estupidez unidas a cobardía, inevitablemente sigue su camino con la más alta conciencia de su objetivo para el futuro. Por lo tanto, un partido dirigido por él no puede defender otros intereses que los suyos propios; pero éstos no tienen nada en común con los intereses de los pueblos arios.
Por lo tanto, si se quiere tratar de trasladar la imagen ideal de un Estado völkisch a la realidad real, hay que buscar una nueva fuerza, independiente de los poderes de la vida pública hasta ahora, que esté dispuesta y sea capaz de emprender la lucha por tal ideal.

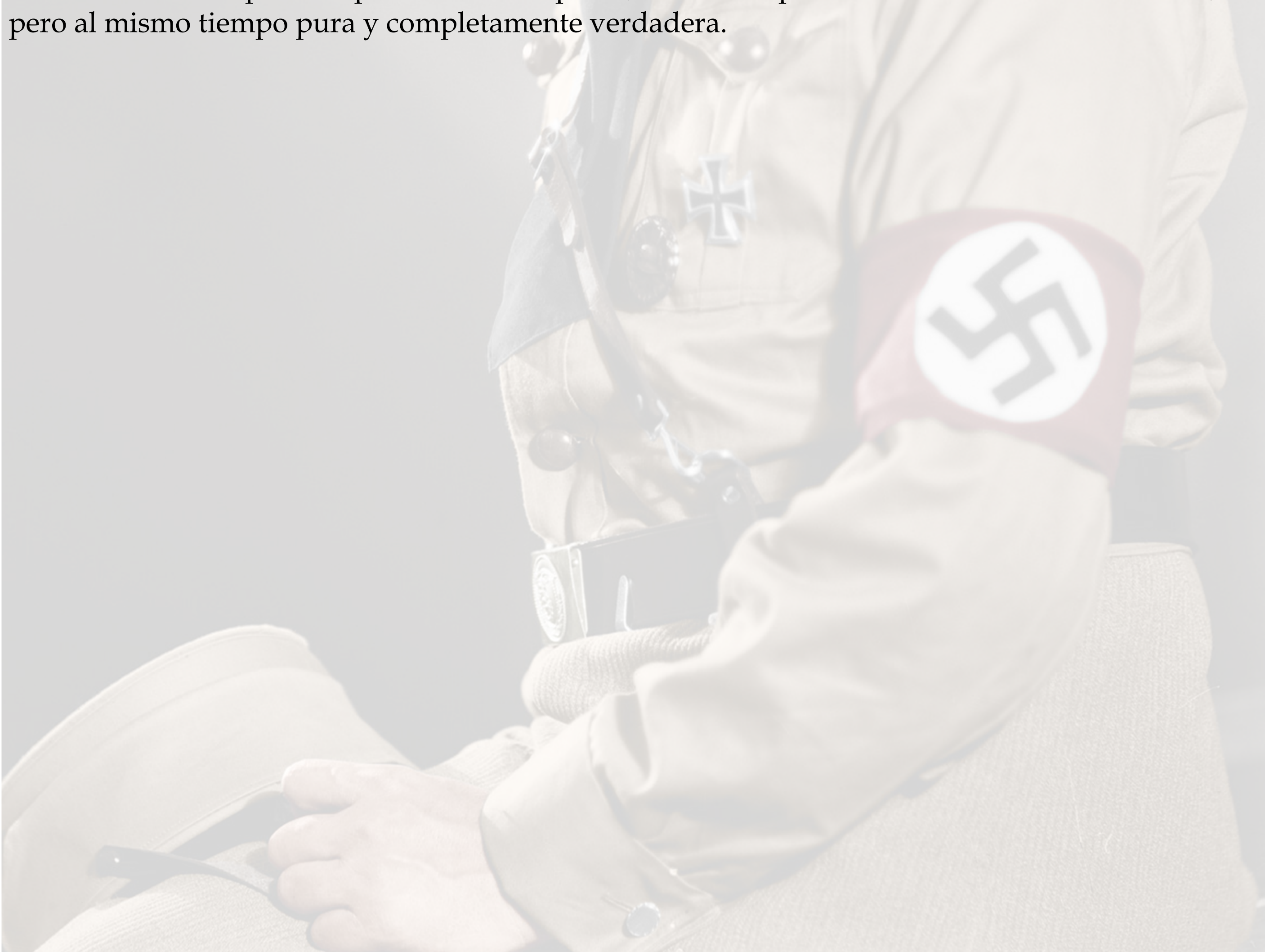


Porque se trata de una lucha, en la medida en que la primera tarea no es crear una concepción völkisch del Estado, sino sobre todo eliminar la judía existente. Como tantas veces en la historia, la principal dificultad no reside en dar forma al nuevo Estado, sino en hacerle espacio. Prejuicios e intereses se unen para formar una falange cerrada y tratan por todos los medios de impedir el triunfo de una idea que les resulta desagradable o amenazante.
De este modo, el luchador por este nuevo ideal se ve desgraciadamente obligado por Dios, con todo el énfasis positivo que hay en él, a luchar ante todo a través de la parte negativa de la lucha, la que ha de conducir a la abolición del actual estado de cosas.
Una doctrina joven de gran y nueva importancia fundamental, por desagradable que esto pueda ser para el individuo, tendrá que usar la sonda de la crítica con toda agudeza como su primera arma.
Da testimonio de una escasa comprensión profunda de los acontecimientos históricos, cuando hoy en día los llamados völkisch conceden repetidamente importancia a afirmar que no tienen la intención de participar en una crítica negativa, sino sólo en un trabajo constructivo; Un tartamudeo tan puerilmente estúpido como genuinamente "völkisch", y una prueba de cómo incluso la historia de nuestro tiempo ha pasado por estas cabezas sin dejar rastro. El marxismo también tenía un objetivo, y también conoce una actividad expansiva (¡aunque sólo se trate de establecer un despotismo del judaísmo financiero mundial internacional!); pero, sin embargo, ha criticado desde setenta años antes; Y, de hecho, críticas devastadoras y corrosivas y críticas una y otra vez, hasta que el viejo estado fue desgastado y derribado por este ácido eternamente consumidor. Solo entonces comenzó su llamada "acumulación". Y eso era natural, correcto y lógico. Un estado de cosas existente no se elimina por el mero énfasis y representación de uno futuro.



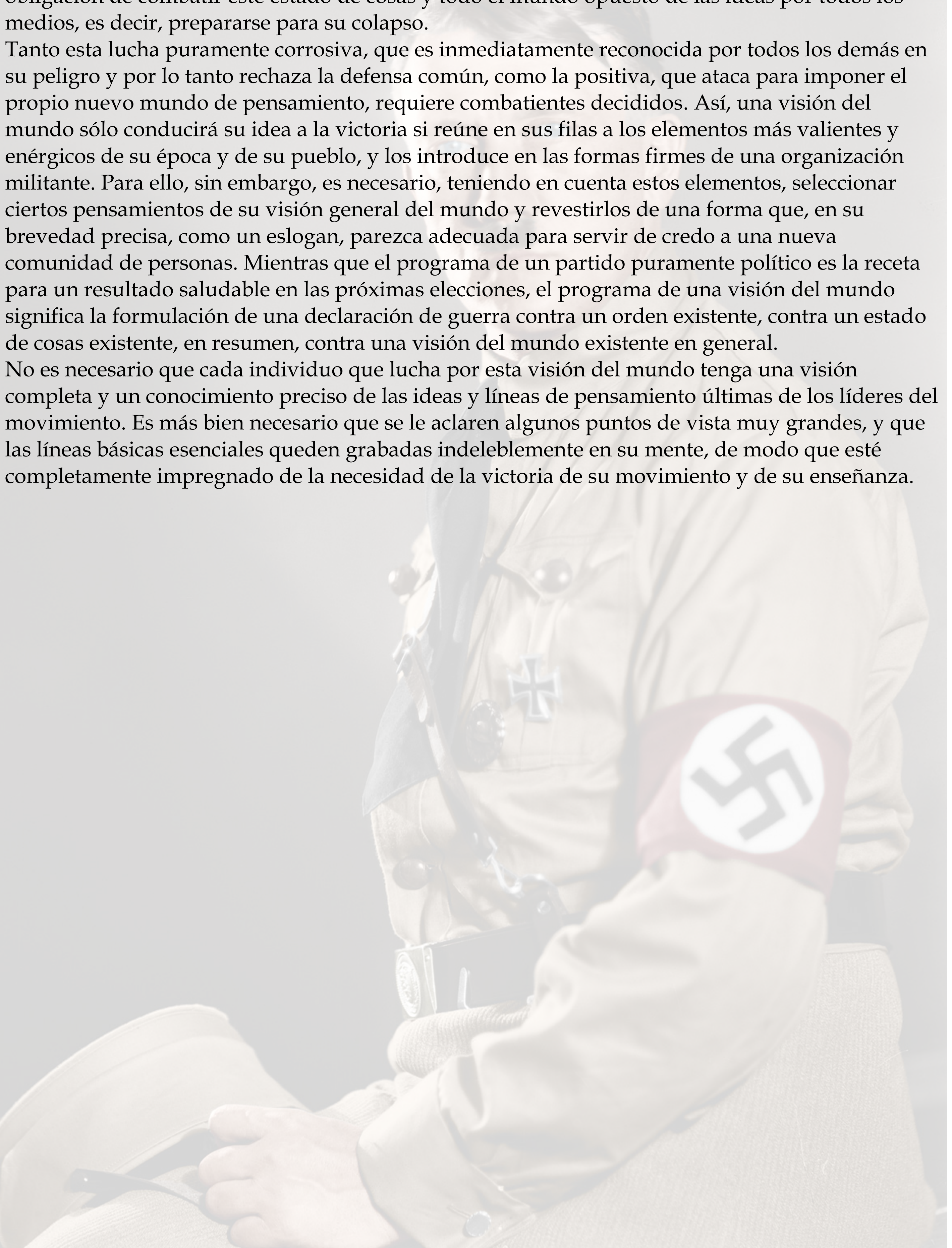
506 Las visiones del mundo son intolerantes

En efecto, no es de suponer que los partidarios, o incluso los interesados, del estado de cosas existente puedan convertirse completamente y ser ganados al nuevo por la determinación de una sola necesidad, sino que, por el contrario, puede suceder con demasiada facilidad que dos condiciones continúen coexistiendo una al lado de la otra, y así la llamada visión del mundo se convierta en una parte. de la que es incapaz de levantarse de nuevo. Porque la Weltanschauung es intolerante y no puede contentarse con el papel de "partido entre los demás", sino que exige imperiosamente su propio reconocimiento exclusivo y completo, así como la conversión completa de toda la vida pública según sus opiniones. Por lo tanto, no puede tolerar la existencia simultánea y continuada de una representación de la situación anterior.
Esto es igualmente cierto para las religiones.
El cristianismo no podía contentarse con construir su propio altar, sino que tenía que proceder inevitablemente a la destrucción de los altares paganos. Sólo a partir de esta intolerancia fanática pudo formarse la fe apodíctica, y esta intolerancia es incluso el requisito previo absoluto para ella. Uno puede muy bien plantear la objeción de que tales fenómenos en la historia del mundo son en su mayoría de una forma de pensar específicamente judía, de hecho, que este tipo de intolerancia y fanatismo encarna una forma de ser francamente judía. Esto puede ser cierto mil veces, y uno puede lamentar profundamente este hecho y notar con una inquietud demasiado justificada su aparición en la historia de la humanidad como algo que hasta ahora le había sido ajeno, pero esto no altera el hecho de que este estado de cosas es precisamente eso hoy. Los hombres que quieren redimir a nuestro pueblo alemán de su estado actual no tienen que devanarse los sesos pensando en lo bonito que sería que esto o aquello no fuera el caso, sino que deben tratar de determinar cómo eliminar lo dado. Pero una visión del mundo llena de intolerancia infernal sólo será rota por una nueva idea impulsada por el mismo espíritu, defendida por la misma voluntad más fuerte, pero al mismo tiempo pura y completamente verdadera.



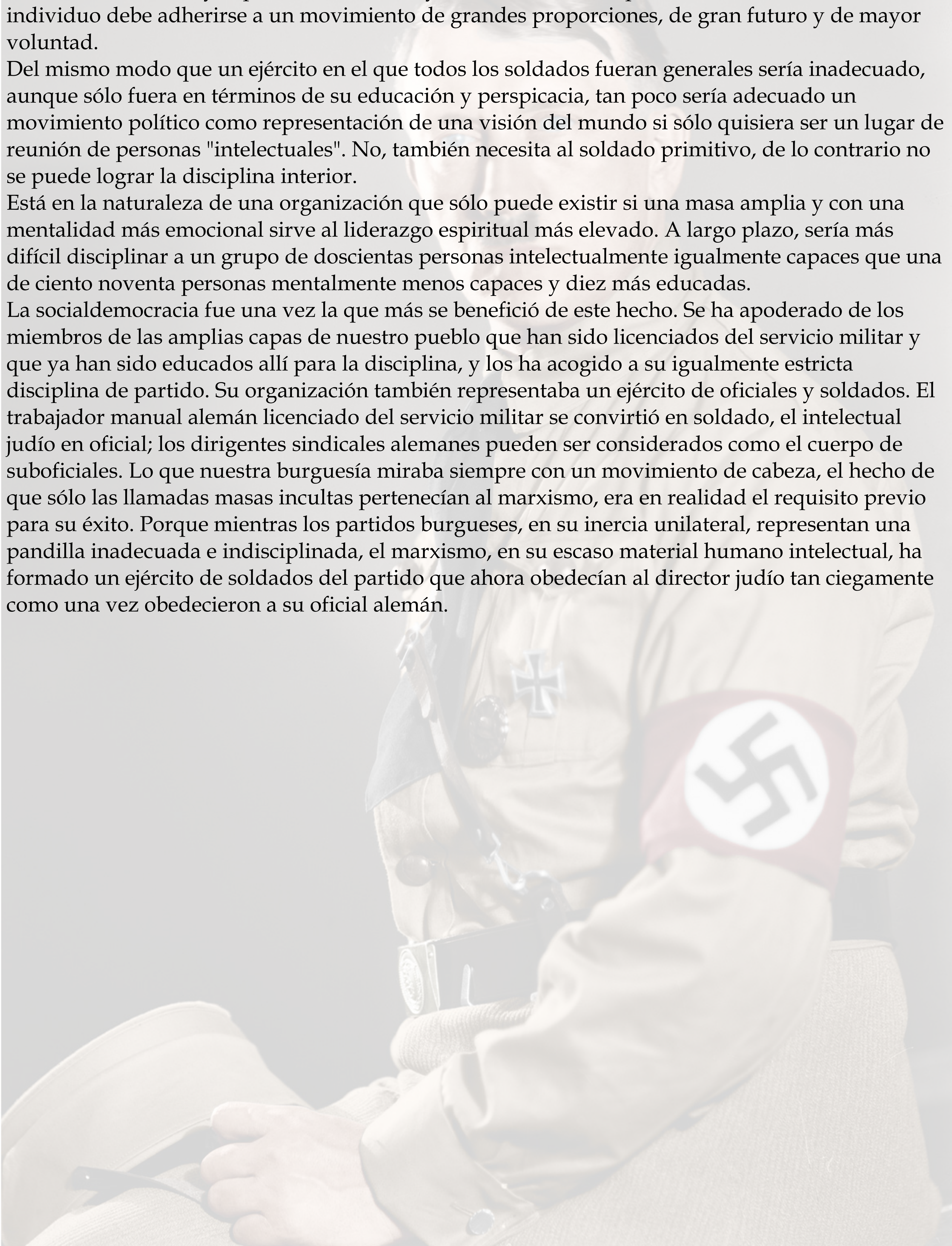
El individuo de hoy puede darse cuenta dolorosamente de que el primer terror espiritual llegó al mundo antiguo mucho más libre con la aparición del cristianismo, pero no podrá negar el hecho de que el mundo ha sido oprimido y dominado por esta compulsión desde entonces, y que la coerción sólo puede romperse de nuevo mediante la coerción, y el terror sólo mediante el terror. Sólo entonces se puede crear un nuevo estado de forma constructiva.
Los partidos políticos se inclinan por el compromiso, las visiones del mundo nunca. Los propios partidos políticos cuentan con sus oponentes, las visiones del mundo proclaman su infalibilidad. También los partidos políticos han tenido la intención casi siempre de lograr un gobierno despótico único; Casi siempre hay en ellos un pequeño impulso hacia una visión del mundo. Sin embargo, la estrechez de su programa les roba el heroísmo que exige una visión del mundo. La conciliación de su voluntad los conduce a los espíritus pequeños y débiles con los que no es posible llevar a cabo cruzadas. Por lo tanto, generalmente se quedan atrapados en su propia pequeñez patética a una edad temprana. Al hacerlo, sin embargo, renuncian a la lucha por una visión del mundo y, en lugar de tratar de conquistar un lugar en el abrevadero de las instituciones existentes lo más rápido posible a través de la llamada "cooperación positiva" y permanecer en ella durante el mayor tiempo posible. Ese es todo su esfuerzo. Y si alguna vez se ven empujados fuera de este pesebre general por un huésped competidor con inclinaciones un tanto brutales, entonces sus pensamientos y aspiraciones sólo se orientan a adelantarse de nuevo, ya sea por la fuerza o por la astucia, también en la manada de los hambrientos, para finalmente poder refrescarse en la amada fuente de alimento, incluso si cuesta su convicción más sagrada. ¡Chacales de la política!





508 Comunidad sobre la base de una nueva visión del mundo

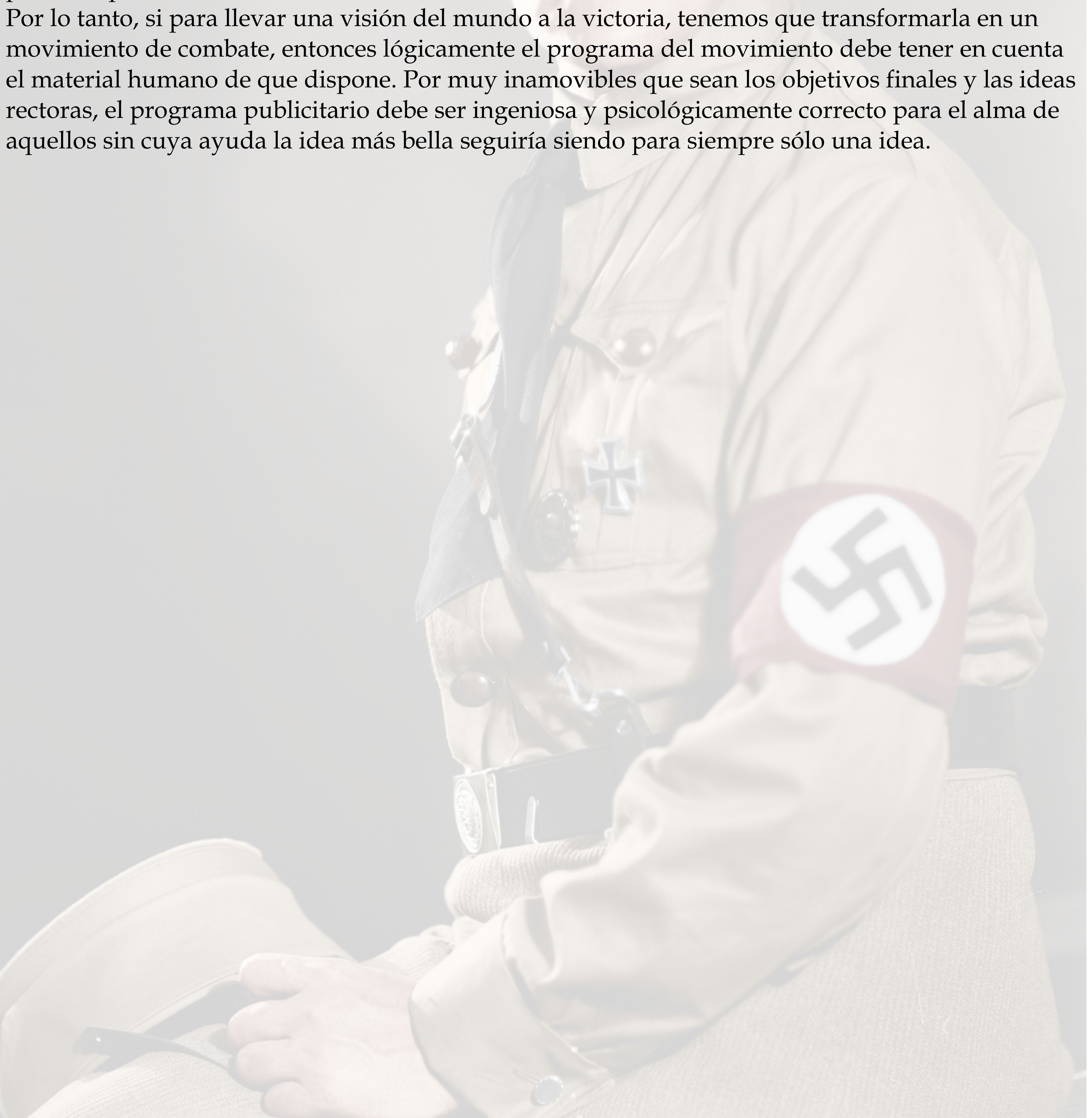
Puesto que una visión del mundo nunca está dispuesta a compartir con una segunda persona, no puede estar dispuesta a cooperar en un estado de cosas existente que condena, sino que siente la obligación de combatir este estado de cosas y todo el mundo opuesto de las ideas por todos los medios, es decir, prepararse para su colapso.
Tanto esta lucha puramente corrosiva, que es inmediatamente reconocida por todos los demás en su peligro y por lo tanto rechaza la defensa común, como la positiva, que ataca para imponer el propio nuevo mundo de pensamiento, requiere combatientes decididos. Así, una visión del mundo sólo conducirá su idea a la victoria si reúne en sus filas a los elementos más valientes y enérgicos de su época y de su pueblo, y los introduce en las formas firmes de una organización militante. Para ello, sin embargo, es necesario, teniendo en cuenta estos elementos, seleccionar ciertos pensamientos de su visión general del mundo y revestirlos de una forma que, en su brevedad precisa, como un eslogan, parezca adecuada para servir de credo a una nueva comunidad de personas. Mientras que el programa de un partido puramente político es la receta para un resultado saludable en las próximas elecciones, el programa de una visión del mundo significa la formulación de una declaración de guerra contra un orden existente, contra un estado de cosas existente, en resumen, contra una visión del mundo existente en general.
No es necesario que cada individuo que lucha por esta visión del mundo tenga una visión completa y un conocimiento preciso de las ideas y líneas de pensamiento últimas de los líderes del movimiento. Es más bien necesario que se le aclaren algunos puntos de vista muy grandes, y que las líneas básicas esenciales queden grabadas indeleblemente en su mente, de modo que esté completamente impregnado de la necesidad de la victoria de su movimiento y de su enseñanza.



Tampoco se inicia al soldado individual en los procesos de pensamiento de una estrategia superior. Por el contrario, así como se le educa en una disciplina estricta y en una convicción fanática del derecho y el poder de su causa, y en una actitud completa hacia ella, así también el individuo debe adherirse a un movimiento de grandes proporciones, de gran futuro y de mayor voluntad.
Del mismo modo que un ejército en el que todos los soldados fueran generales sería inadecuado, aunque sólo fuera en términos de su educación y perspicacia, tan poco sería adecuado un movimiento político como representación de una visión del mundo si sólo quisiera ser un lugar de reunión de personas "intelectuales". No, también necesita al soldado primitivo, de lo contrario no se puede lograr la disciplina interior.
Está en la naturaleza de una organización que sólo puede existir si una masa amplia y con una mentalidad más emocional sirve al liderazgo espiritual más elevado. A largo plazo, sería más difícil disciplinar a un grupo de doscientas personas intelectualmente igualmente capaces que una de ciento noventa personas mentalmente menos capaces y diez más educadas.
La socialdemocracia fue una vez la que más se benefició de este hecho. Se ha apoderado de los miembros de las amplias capas de nuestro pueblo que han sido licenciados del servicio militar y que ya han sido educados allí para la disciplina, y los ha acogido a su igualmente estricta disciplina de partido. Su organización también representaba un ejército de oficiales y soldados. El trabajador manual alemán licenciado del servicio militar se convirtió en soldado, el intelectual judío en oficial; los dirigentes sindicales alemanes pueden ser considerados como el cuerpo de suboficiales. Lo que nuestra burguesía miraba siempre con un movimiento de cabeza, el hecho de que sólo las llamadas masas incultas pertenecían al marxismo, era en realidad el requisito previo para su éxito. Porque mientras los partidos burgueses, en su inercia unilateral, representan una pandilla inadecuada e indisciplinada, el marxismo, en su escaso material humano intelectual, ha formado un ejército de soldados del partido que ahora obedecían al director judío tan ciegamente como una vez obedecieron a su oficial alemán.

510 Liderazgo y seguidores

La burguesía alemana, que nunca se ha preocupado por los problemas psicológicos porque son muy elevados, no ha creído necesario pensar para reconocer el sentido más profundo y el peligro secreto de este hecho. Por el contrario, se creía que un movimiento político formado sólo por círculos de la "intelectualidad" era por esta sola razón más valioso y tenía más pretensiones, incluso más probabilidades, de llegar al poder en el gobierno que una masa inculta. Nunca se entendió que la fuerza de un partido político no reside en la mayor espiritualidad posible e independiente de cada uno de sus miembros, sino en la obediencia disciplinada con la que sus miembros siguen el liderazgo espiritual. El factor decisivo es el propio liderazgo. Cuando dos cuerpos de tropas luchan juntos, el ganador no será aquel en quien cada uno haya recibido el entrenamiento estratégico más elevado, sino el que tenga el liderazgo más superior y, al mismo tiempo, las tropas más disciplinadas, ciegamente obedientes y mejor entrenadas.
Esta es una idea fundamental que siempre debemos tener en cuenta al examinar la posibilidad de poner en práctica una visión del mundo.
Por lo tanto, si para llevar una visión del mundo a la victoria, tenemos que transformarla en un movimiento de combate, entonces lógicamente el programa del movimiento debe tener en cuenta el material humano de que dispone. Por muy inamovibles que sean los objetivos finales y las ideas rectoras, el programa publicitario debe ser ingeniosa y psicológicamente correcto para el alma de aquellos sin cuya ayuda la idea más bella seguiría siendo para siempre sólo una idea.



Los principios rectores del movimiento 511

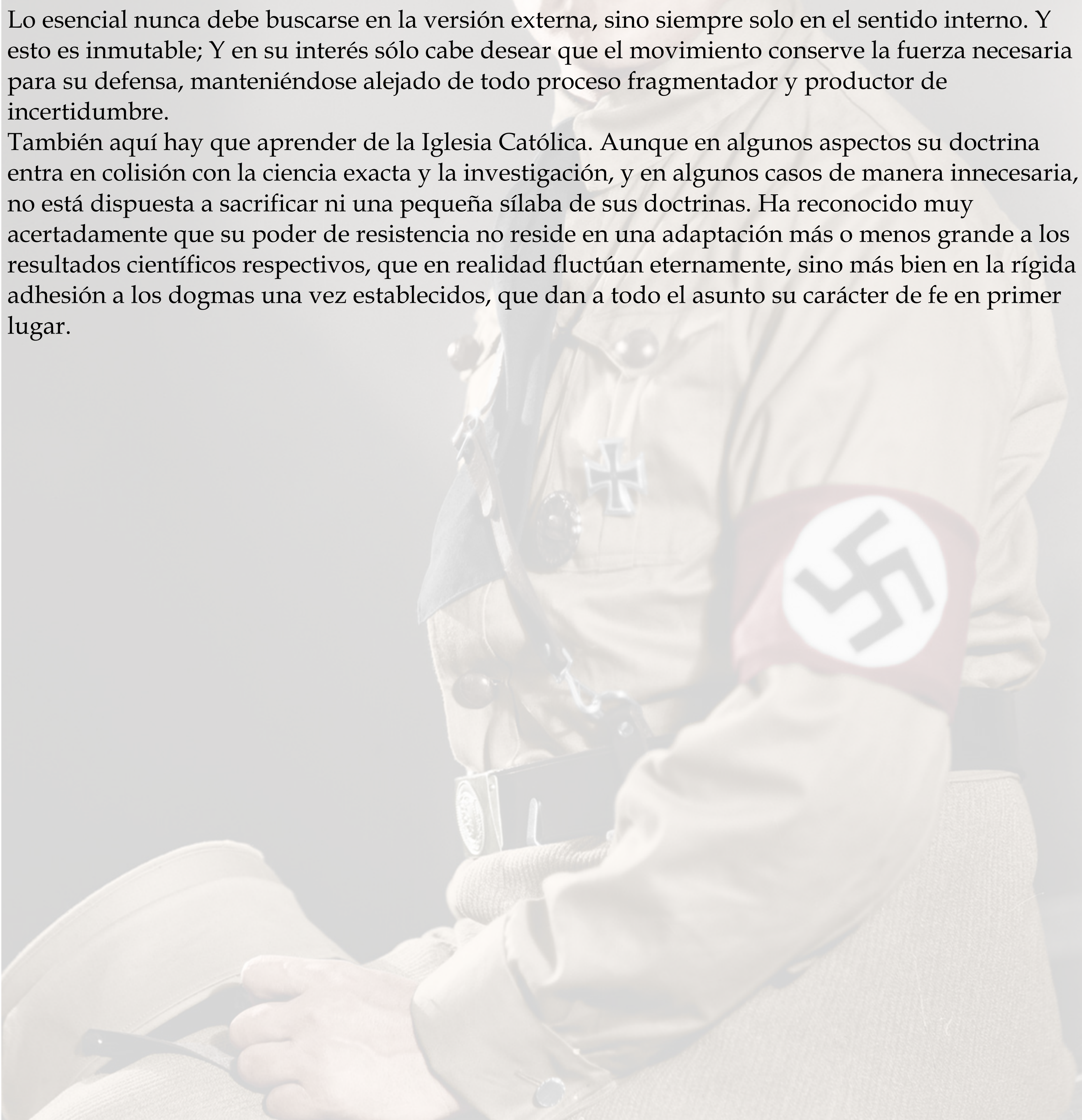
Si la idea völkisch quiere lograr un éxito claro a partir de la vaga voluntad de hoy, entonces debe seleccionar de su amplio mundo de pensamiento ciertos principios que, por su naturaleza y contenido, sean adecuados para obligar a una masa más amplia de personas a sí misma, es decir, lo único que garantiza la lucha ideológica de esta idea. Esta es la clase obrera alemana.

Por esta razón, el programa del nuevo movimiento se resumió en unos pocos, un total de veinticinco principios rectores. Su objetivo principal es dar al hombre del pueblo una imagen aproximada de la voluntad del movimiento. Son, en cierto sentido, un credo político que, por un lado, promueve el movimiento y, por otro lado, es adecuado para conectar y unir a los reclutados a través de un compromiso reconocido conjuntamente.

Puesto que el llamado programa del movimiento es absolutamente correcto en sus objetivos finales, pero en su formulación tuvo que tener en cuenta factores psicológicos, con el paso del tiempo puede muy bien surgir la convicción de que ciertos principios rectores tal vez deberían formularse de manera diferente en detalle, que tal vez habría que dar una formulación mejor. Sin embargo, cada intento de hacerlo suele tener un efecto desastroso. De este modo, algo que debería ser inconmoviblemente firme se deja a la discusión, la cual, una vez que se retira un solo punto de la determinación dogmática de la fe, no desembocará automáticamente en una nueva determinación, mejor y, sobre todo, uniforme, sino que conducirá a debates interminables y a una confusión general. En tal caso, siempre queda sopesar lo que es mejor: una nueva formulación, más feliz, que dé lugar a una confrontación dentro del movimiento, o una forma que puede no ser la mejor en este momento, pero que representa un organismo autónomo, inquebrantable, interiormente bastante unificado.



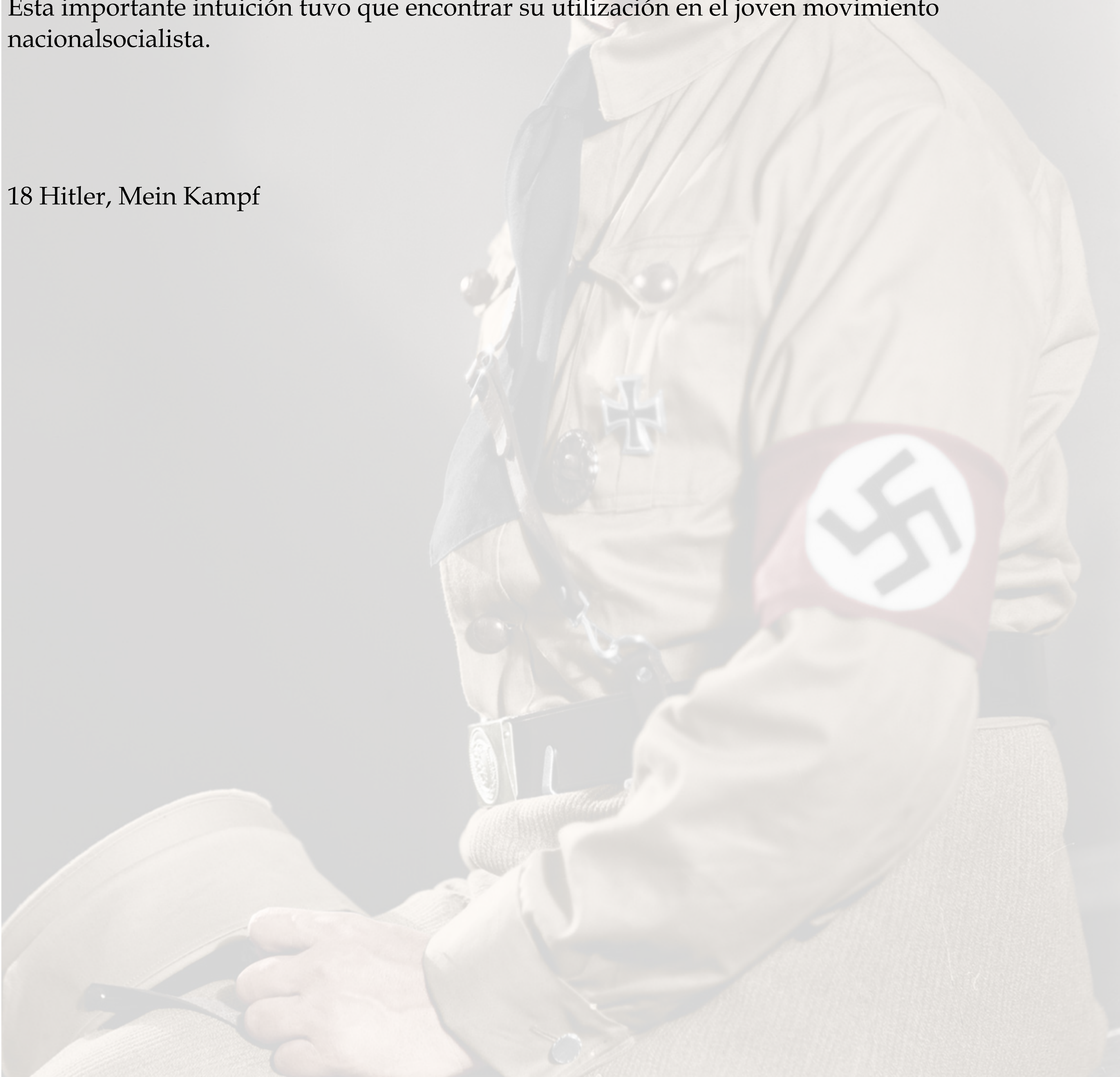
Y cada examen demostrará que esto último es preferible. Debido a que los cambios siempre tienen que ver solo con el diseño externo, tales correcciones siempre parecerán posibles o deseables. Por último, sin embargo, hay un gran peligro en la superficialidad de los hombres de que vean en esta formulación puramente externa de un programa la tarea más esencial de un movimiento. Con esto, la voluntad y la fuerza para defender la idea misma retrocederán, y la actividad que debería volverse hacia afuera se desgastará en luchas programáticas internas.
En el caso de una doctrina que es realmente correcta a grandes rasgos, es menos perjudicial retener una versión, incluso si ya no correspondiera enteramente a la realidad, que entregar una ley fundamental del movimiento, hasta ahora considerada como granito, a la discusión general con sus peores consecuencias, mejorándola. Es imposible, sobre todo, mientras un movimiento mismo esté luchando por la victoria. Porque, ¿cómo se puede llenar a la gente con una fe ciega en la exactitud de una doctrina si se propaga la incertidumbre y la duda mediante cambios constantes en la estructura externa de la misma?
Lo esencial nunca debe buscarse en la versión externa, sino siempre solo en el sentido interno. Y esto es inmutable; Y en su interés sólo cabe desear que el movimiento conserve la fuerza necesaria para su defensa, manteniéndose alejado de todo proceso fragmentador y productor de incertidumbre.
También aquí hay que aprender de la Iglesia Católica. Aunque en algunos aspectos su doctrina entra en colisión con la ciencia exacta y la investigación, y en algunos casos de manera innecesaria, no está dispuesta a sacrificar ni una pequeña sílaba de sus doctrinas. Ha reconocido muy acertadamente que su poder de resistencia no reside en una adaptación más o menos grande a los resultados científicos respectivos, que en realidad fluctúan eternamente, sino más bien en la rígida adhesión a los dogmas una vez establecidos, que dan a todo el asunto su carácter de fe en primer lugar.



Los principios rectores del movimiento 513

Así que hoy se mantiene más firme que nunca. Se puede profetizar que en el mismo laberinto en que huyen las apariciones, ella misma, como el polo de descanso en el vuelo de las apariciones, alcanzará un apego cada vez más ciego.
Por lo tanto, quienquiera que desee real y fervientemente el triunfo de una concepción nacionalista del mundo, no sólo debe reconocer que, en primer lugar, sólo un movimiento militante es adecuado para lograr tal éxito, sino, en segundo lugar, que tal movimiento mismo sólo se mantendrá firme sobre la base de una certeza y firmeza inquebrantables de su programa. No debe presumir de hacer concesiones al espíritu de la época en su formulación, sino que debe conservar para siempre una forma una vez que se haya encontrado favorable, pero en todo caso hasta que haya sido coronada por la victoria. Antes de eso, cualquier intento de provocar disputas sobre la conveniencia de uno u otro punto del programa fragmenta la unidad y el poder de lucha del movimiento en el laberinto en la que sus adherentes participan en tal discusión interna. Esto no significa que una "mejora" llevada a cabo hoy no pueda ser sometida a exámenes críticos mañana para encontrar un mejor reemplazo pasado mañana. Cualquiera que entre en las barreras aquí libera un ferrocarril, cuyo principio es conocido, pero cuyo final se pierde en lo ilimitado. Esta importante intuición tuvo que encontrar su utilización en el joven movimiento nacionalsocialista.

18 Hitler, Mein Kampf



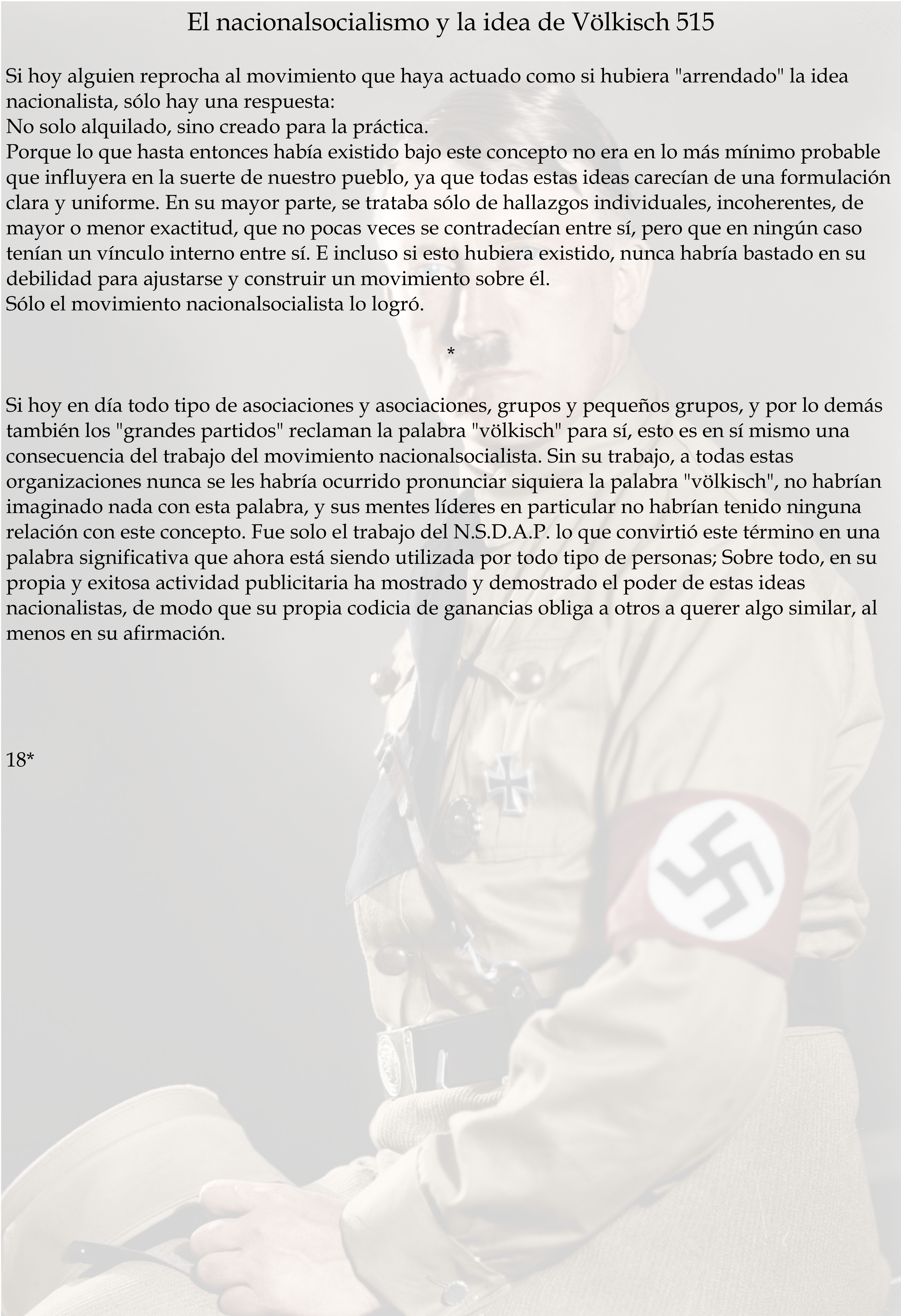
514 Los principios rectores del movimiento

Con su programa de veinticinco tesis, el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán recibió una base que debe ser inquebrantable. La tarea de los miembros presentes y futuros de nuestro movimiento no debe ser una revisión crítica de estos principios, sino su compromiso con ellos. De lo contrario, la próxima generación, con el mismo derecho, podría volver a malgastar su energía en un trabajo puramente formal dentro del partido, en lugar de traer nuevos adeptos y, por lo tanto, nuevas fuerzas al movimiento. Para el gran número de adeptos, la esencia de nuestro movimiento no residirá tanto en la letra de nuestros principios rectores como en el significado que seamos capaces de darles.

El joven movimiento debió una vez su nombre a estos hallazgos, el programa fue luego desvirtuado de ellos, y es en ellos donde también se funda la forma de su difusión. Para ayudar a que las ideas nacionalistas triunfaran, había que crear un partido popular, un partido formado no sólo por líderes intelectuales, sino también por trabajadores manuales.

Cualquier intento de lograr la realización de las líneas de pensamiento nacionalistas sin una organización tan poderosa sería un fracaso tanto hoy como en el pasado. Sin embargo, esto significa que el movimiento no sólo tiene el derecho, sino el deber, de sentirse pionero y, por lo tanto, representante de estas ideas. Así como las ideas básicas del movimiento nacionalsocialista son völkisch, también lo son los pensamientos völkisch al mismo tiempo nacionalsocialistas. Pero si el nacionalsocialismo quiere triunfar, debe profesar incondicional y exclusivamente esta afirmación. También en este caso tiene el derecho, sino también el deber, de subrayar en los términos más enérgicos posibles el hecho de que cualquier intento de representar la idea nacionalista fuera del marco del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán es imposible, y en la mayoría de los casos se basa en una estafa descarada.





Si hoy alguien reprocha al movimiento que haya actuado como si hubiera "arrendado" la idea nacionalista, sólo hay una respuesta:
No solo alquilado, sino creado para la práctica.
Porque lo que hasta entonces había existido bajo este concepto no era en lo más mínimo probable que influyera en la suerte de nuestro pueblo, ya que todas estas ideas carecían de una formulación clara y uniforme. En su mayor parte, se trataba sólo de hallazgos individuales, incoherentes, de mayor o menor exactitud, que no pocas veces se contradecían entre sí, pero que en ningún caso tenían un vínculo interno entre sí. E incluso si esto hubiera existido, nunca habría bastado en su debilidad para ajustarse y construir un movimiento sobre él.
Sólo el movimiento nacionalsocialista lo logró.

*

Si hoy en día todo tipo de asociaciones y asociaciones, grupos y pequeños grupos, y por lo demás también los "grandes partidos" reclaman la palabra "völkisch" para sí, esto es en sí mismo una consecuencia del trabajo del movimiento nacionalsocialista. Sin su trabajo, a todas estas organizaciones nunca se les habría ocurrido pronunciar siquiera la palabra "völkisch", no habrían imaginado nada con esta palabra, y sus mentes líderes en particular no habrían tenido ninguna relación con este concepto. Fue solo el trabajo del N.S.D.A.P. lo que convirtió este término en una palabra significativa que ahora está siendo utilizada por todo tipo de personas; Sobre todo, en su propia y exitosa actividad publicitaria ha mostrado y demostrado el poder de estas ideas nacionalistas, de modo que su propia codicia de ganancias obliga a otros a querer algo similar, al menos en su afirmación.

18*

516 El nacionalsocialismo y la idea de Völkisch

Del mismo modo que hasta ahora lo han puesto todo al servicio de su mezquina especulación electoral, para estos partidos el término völkisch no ha sido hoy más que un eslogan completamente externo y vacío con el que intentan equilibrar el poder publicitario del movimiento nacionalsocialista entre sus propios miembros. Porque sólo la preocupación por su propia existencia y el miedo al surgimiento de nuestro movimiento, que se apoya en una nueva visión del mundo, cuyo significado universal intuyen, así como su peligrosa exclusividad, pone en sus bocas palabras que no sabían hace ocho años, de las que se reían hace siete años, que llamaban tonterías hace seis años, contra las que luchaban hace cinco años. Cuatro odiados, tres perseguidos, solo para finalmente anexionarlos ellos mismos hace dos años y, combinado con su otro vocabulario, usarlos como gritos de guerra en la batalla.

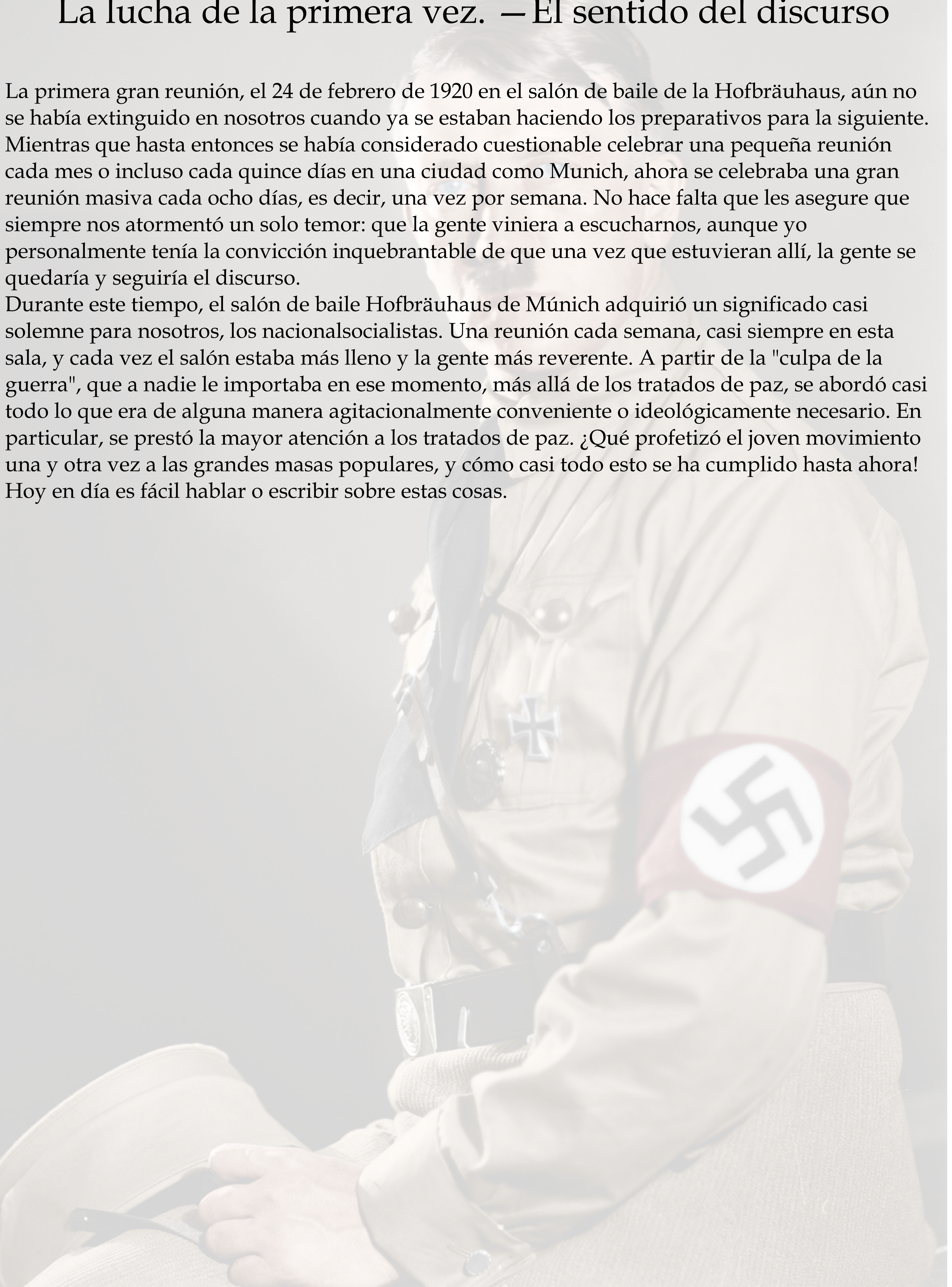
E incluso hoy en día hay que señalar una y otra vez que todos estos partidos carecen de toda idea de lo que necesita el pueblo alemán. La prueba más contundente de esto es la superficialidad con la que se llevan a la boca la palabra "völkisch".

No menos peligrosos son todos aquellos que, como seudonacionales, deambulan, forjan planes fantásticos, generalmente basados en nada más que una idea fija, que en sí misma podría ser correcta, pero que en su aislamiento no tiene importancia para la formación de una gran comunidad unificada de lucha, y en ningún caso adecuada para construirla. Estas personas, que elaboran un programa en parte a partir de su propio pensamiento, en parte de lo que han leído, son a menudo más peligrosas que los enemigos declarados de la idea nacionalista. En el mejor de los casos, son teóricos estériles, pero en su mayoría escuadrones devastadores, y no es raro que crean que pueden enmascarar la vacuidad intelectual e intelectual de sus acciones y habilidades con barbas sueltas y posturas germánicas primitivas.



En contraste con todos estos intentos inútiles, es bueno recordar el momento en que el joven movimiento nacionalsocialista comenzó su lucha.





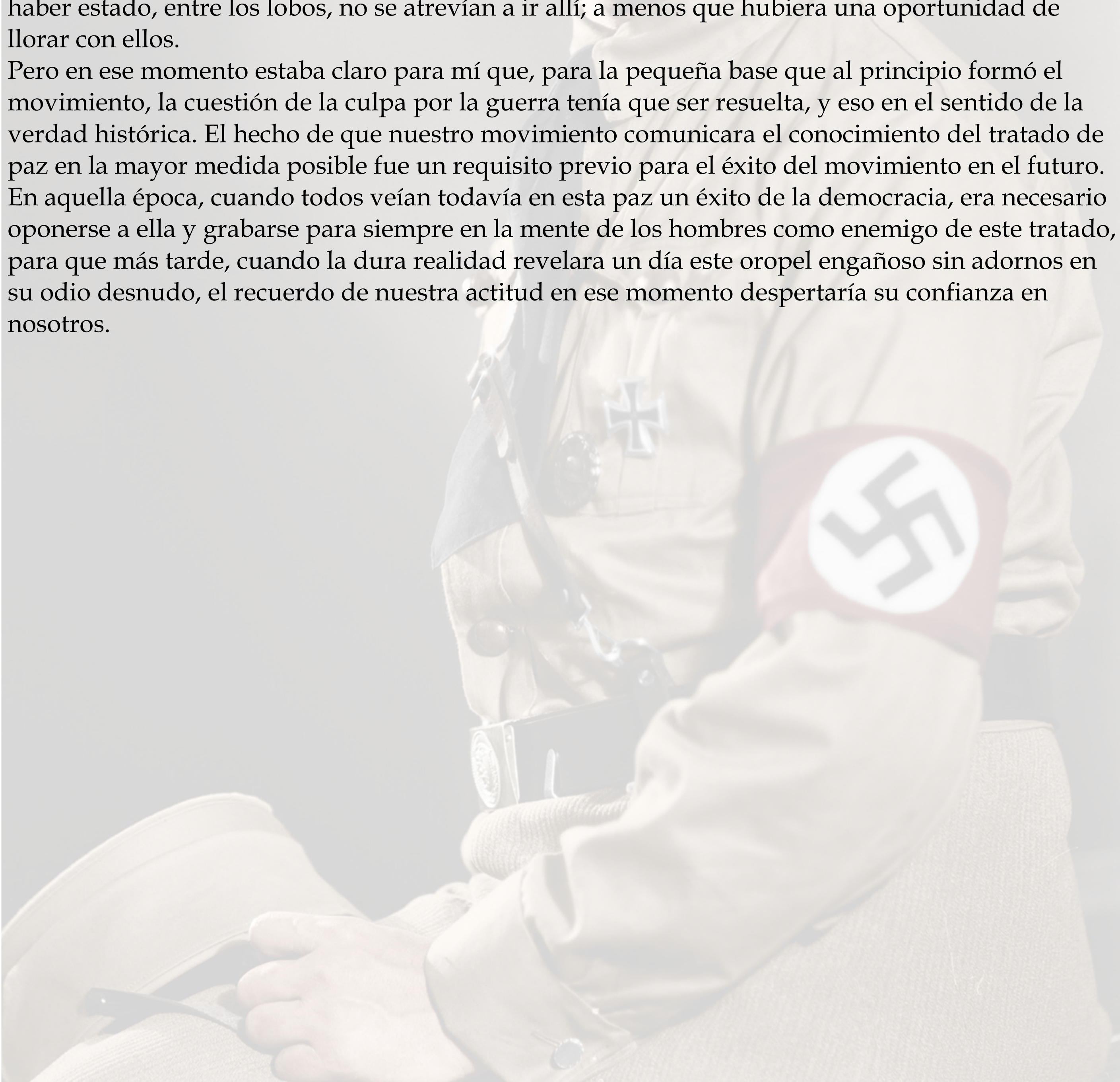
6 kapitel

La lucha de la primera vez. —El sentido del discurso

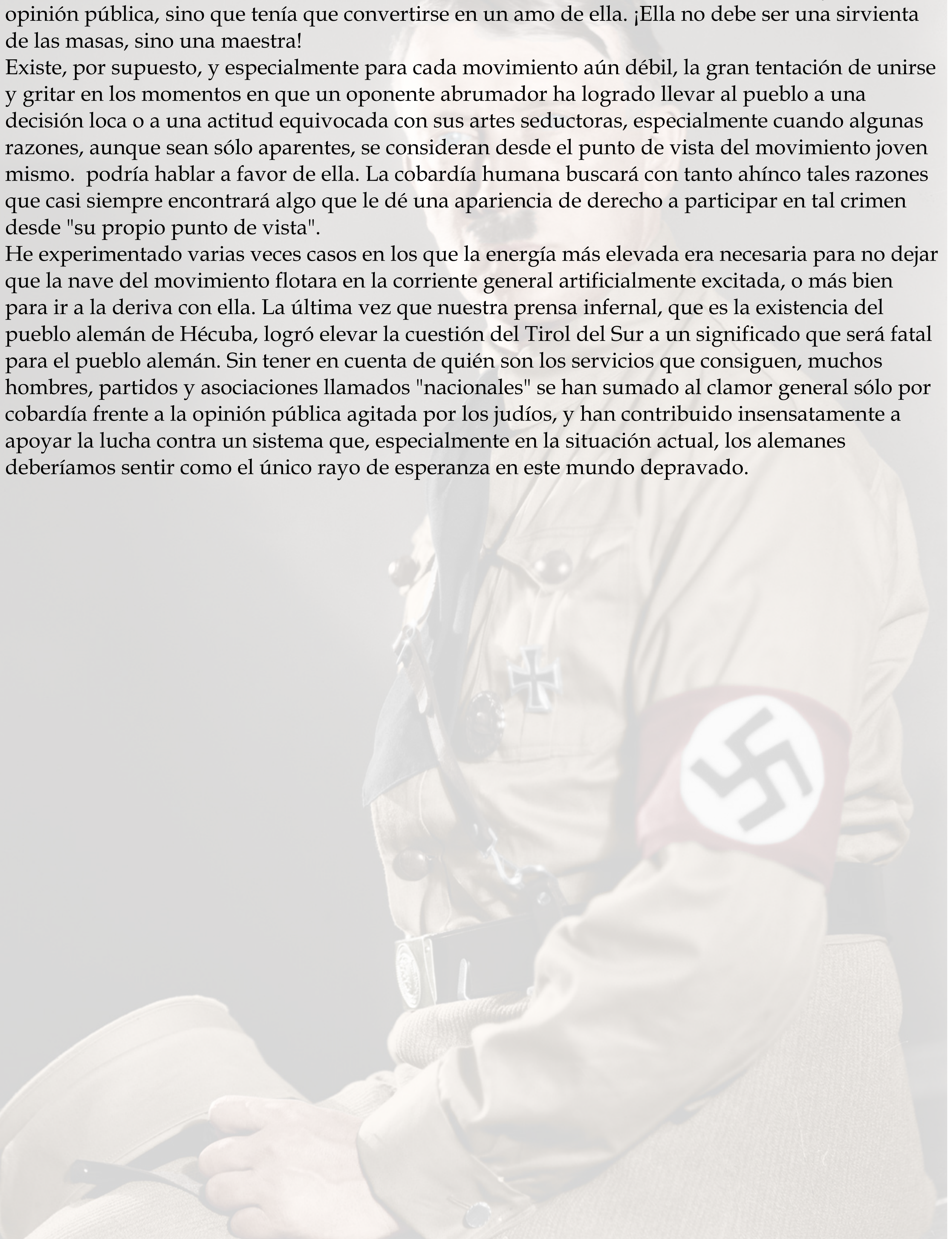
La primera gran reunión, el 24 de febrero de 1920 en el salón de baile de la Hofbräuhaus, aún no se había extinguido en nosotros cuando ya se estaban haciendo los preparativos para la siguiente. Mientras que hasta entonces se había considerado cuestionable celebrar una pequeña reunión cada mes o incluso cada quince días en una ciudad como Munich, ahora se celebraba una gran reunión masiva cada ocho días, es decir, una vez por semana. No hace falta que les asegure que siempre nos atormentó un solo temor: que la gente viniera a escucharnos, aunque yo personalmente tenía la convicción inquebrantable de que una vez que estuvieran allí, la gente se quedaría y seguiría el discurso.
Durante este tiempo, el salón de baile Hofbräuhaus de Múnich adquirió un significado casi solemne para nosotros, los nacionalsocialistas. Una reunión cada semana, casi siempre en esta sala, y cada vez el salón estaba más lleno y la gente más reverente. A partir de la "culpa de la guerra", que a nadie le importaba en ese momento, más allá de los tratados de paz, se abordó casi todo lo que era de alguna manera agitacionalmente conveniente o ideológicamente necesario. En particular, se prestó la mayor atención a los tratados de paz. ¿Qué profetizó el joven movimiento una y otra vez a las grandes masas populares, y cómo casi todo esto se ha cumplido hasta ahora! Hoy en día es fácil hablar o escribir sobre estas cosas.

En aquella época, sin embargo, una reunión pública de masas, en la que no había filisteos burgueses, sino proletarios agitados, bajo el lema "El Tratado de Paz de Versalles" significaba un ataque a la república y un signo de sentimiento reaccionario, cuando no monárquico. Ya en la primera frase, que contenía una crítica a Versalles, se oía la interjección estereotipada: «¿Y Brest-Litovsk?» —¿Brest-Litovsk? Así que la multitud rugió una y otra vez, hasta que poco a poco se volvió ronca o el orador finalmente dejó de intentar convencer. ¡Uno podría haberse golpeado la cabeza contra la pared con desesperación ante un pueblo así! No querían oír, no querían entender, que Versalles era una vergüenza y una vergüenza, o incluso que este dictado significaba un saqueo inaudito de nuestro pueblo. La obra marxista de destrucción y la propaganda enemiga de envenenamiento habían expulsado a estas personas de toda razón. Y ni siquiera te permitían quejarte. ¡Cuán inconmensurablemente grande era la culpa del otro lado! ¿Qué había hecho la burguesía para poner fin a esta terrible desintegración, para oponerse a ella y para despejar el camino con una explicación mejor y más completa de la verdad? ¡Nada y nada más! Yo no los vi por ningún lado entonces, a todos los grandes apóstoles étnicos de hoy. Tal vez hablaban en pequeños círculos, en mesas de té o en círculos de personas de ideas afines, pero donde deberían haber estado, entre los lobos, no se atrevían a ir allí; a menos que hubiera una oportunidad de llorar con ellos.

Pero en ese momento estaba claro para mí que, para la pequeña base que al principio formó el movimiento, la cuestión de la culpa por la guerra tenía que ser resuelta, y eso en el sentido de la verdad histórica. El hecho de que nuestro movimiento comunicara el conocimiento del tratado de paz en la mayor medida posible fue un requisito previo para el éxito del movimiento en el futuro. En aquella época, cuando todos veían todavía en esta paz un éxito de la democracia, era necesario oponerse a ella y grabarse para siempre en la mente de los hombres como enemigo de este tratado, para que más tarde, cuando la dura realidad revelara un día este oropel engañoso sin adornos en su odio desnudo, el recuerdo de nuestra actitud en ese momento despertaría su confianza en nosotros.



520 A contracorriente

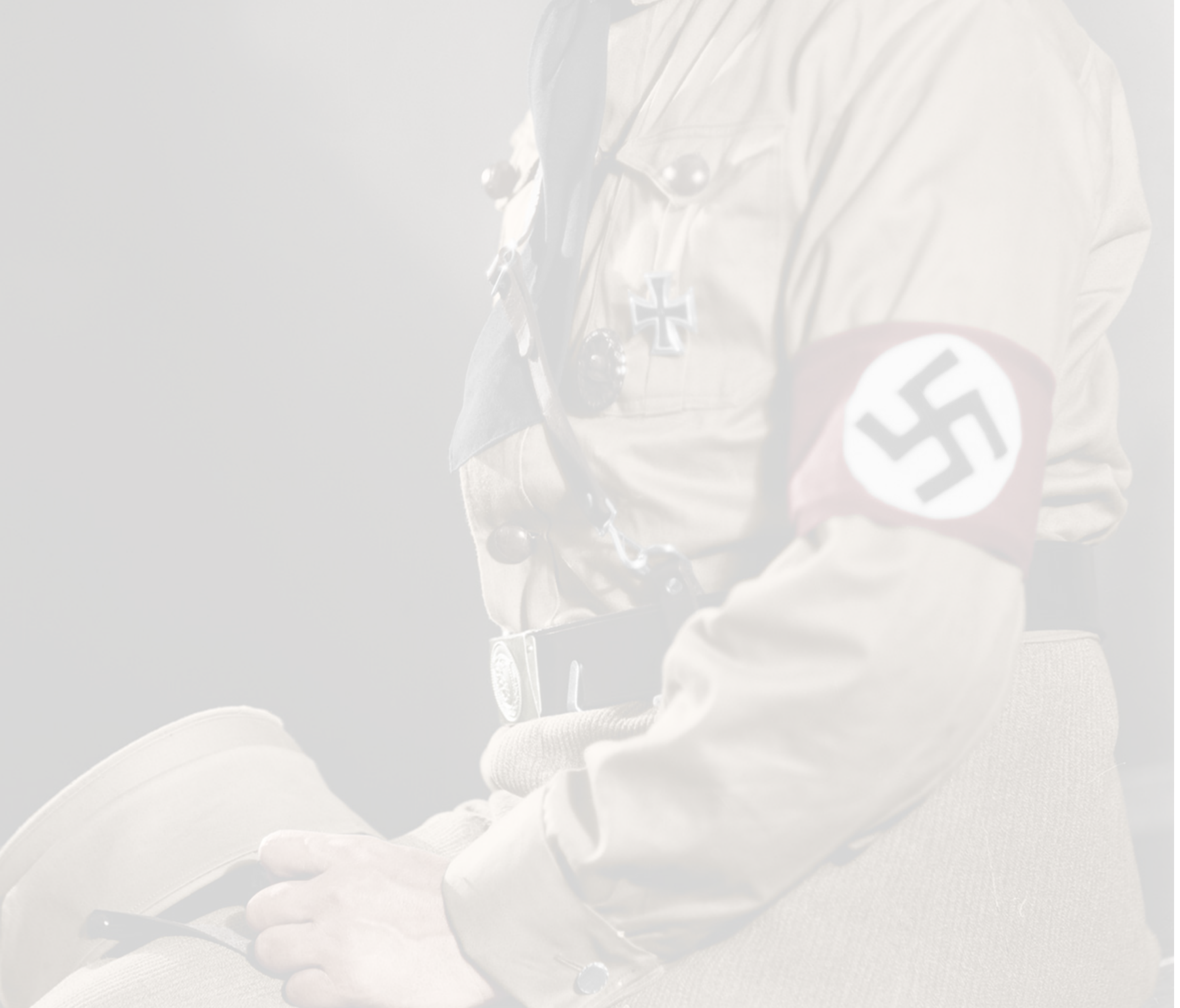


Incluso en aquella época siempre me puse a favor de esto, en importantes cuestiones de principio en las que toda la opinión pública adoptaba una posición equivocada. sin tener en cuenta la popularidad, el odio o la lucha contra ellos. Al N.S.D.A.P. no se le permitía ser un lacayo de la opinión pública, sino que tenía que convertirse en un amo de ella. ¡Ella no debe ser una sirvienta de las masas, sino una maestra!

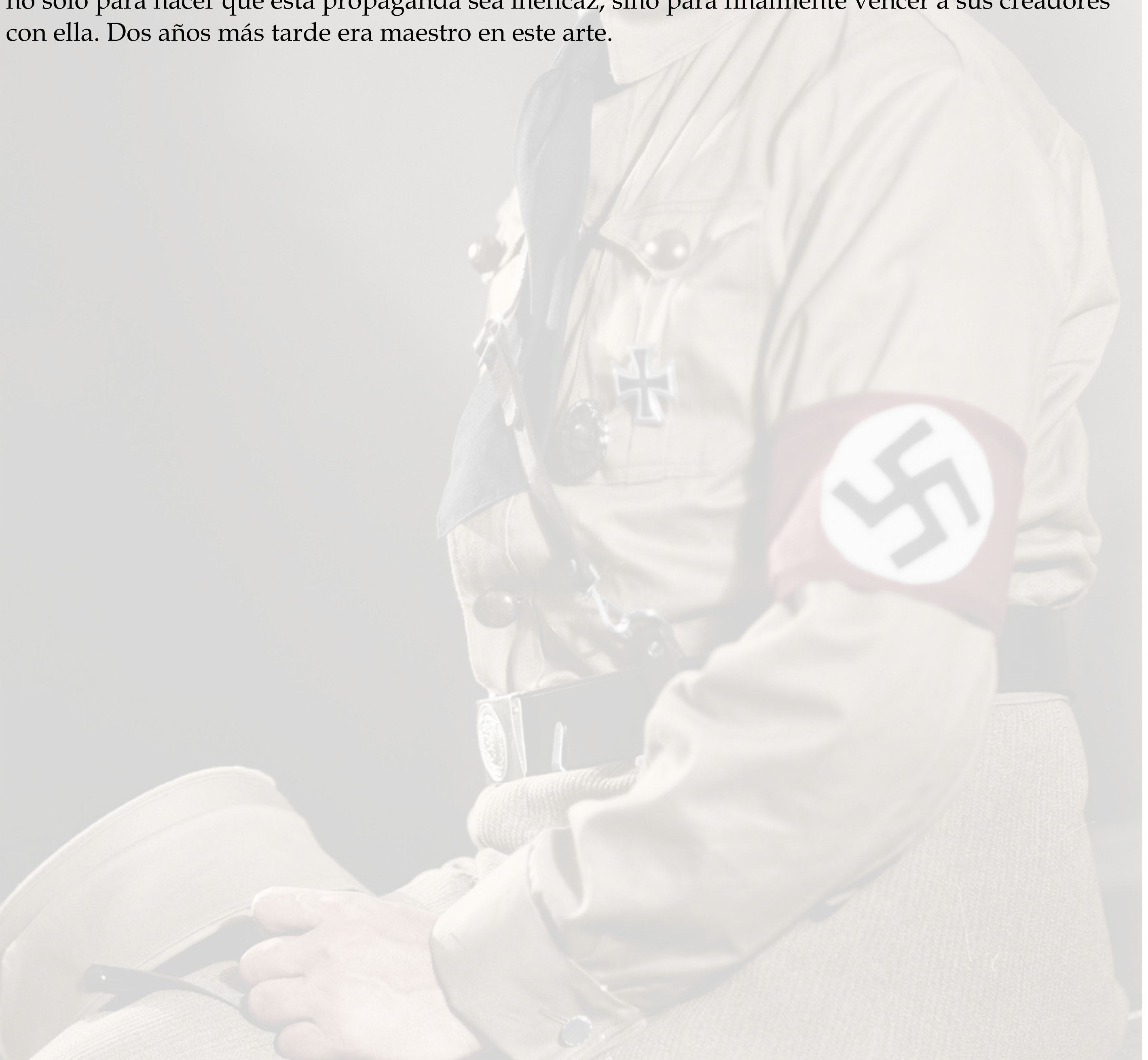
Existe, por supuesto, y especialmente para cada movimiento aún débil, la gran tentación de unirse y gritar en los momentos en que un oponente abrumador ha logrado llevar al pueblo a una decisión loca o a una actitud equivocada con sus artes seductoras, especialmente cuando algunas razones, aunque sean sólo aparentes, se consideran desde el punto de vista del movimiento joven mismo. podría hablar a favor de ella. La cobardía humana buscará con tanto ahínco tales razones que casi siempre encontrará algo que le dé una apariencia de derecho a participar en tal crimen desde "su propio punto de vista".

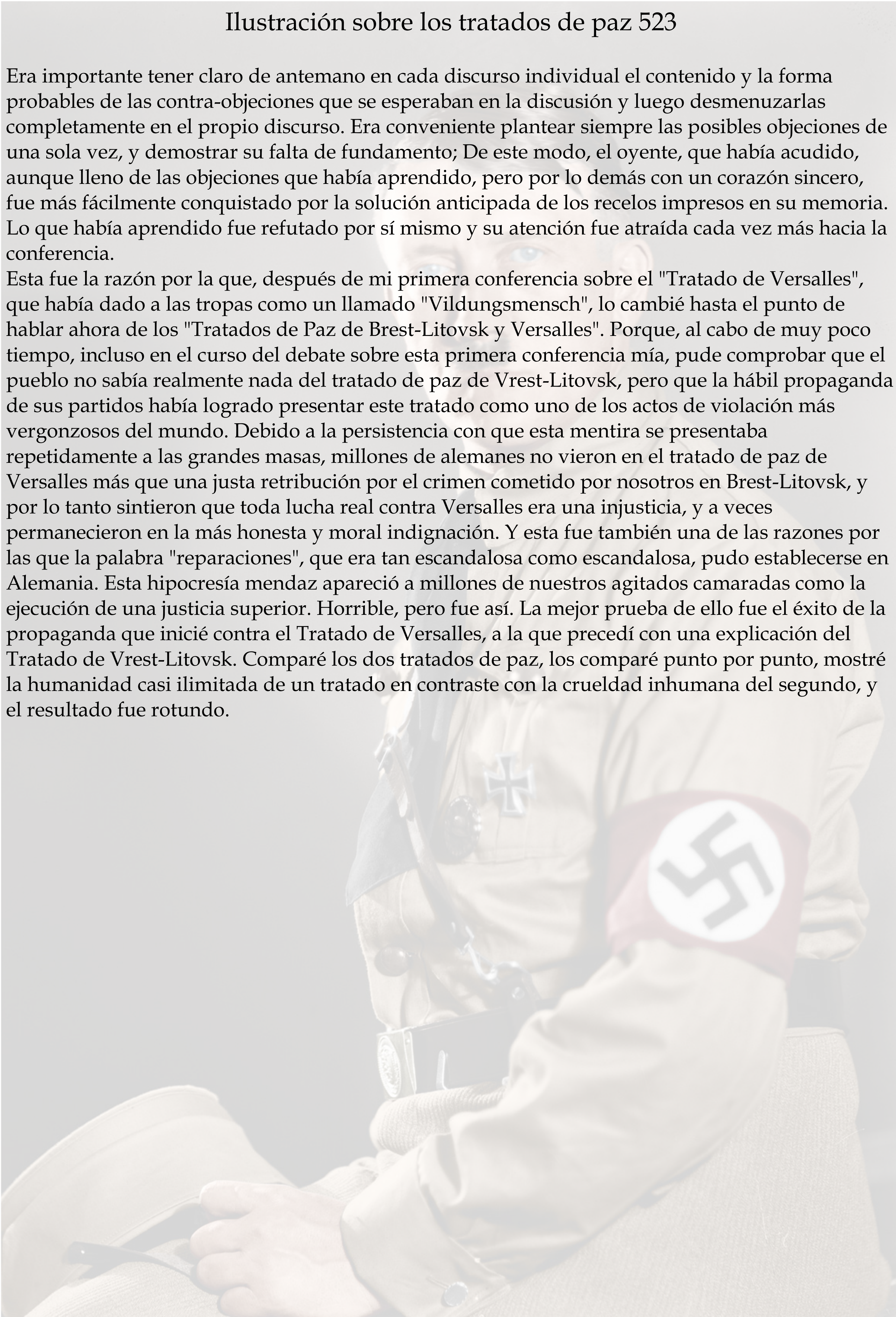
He experimentado varias veces casos en los que la energía más elevada era necesaria para no dejar que la nave del movimiento flotara en la corriente general artificialmente excitada, o más bien para ir a la deriva con ella. La última vez que nuestra prensa infernal, que es la existencia del pueblo alemán de Hécuba, logró elevar la cuestión del Tirol del Sur a un significado que será fatal para el pueblo alemán. Sin tener en cuenta de quién son los servicios que consiguen, muchos hombres, partidos y asociaciones llamados "nacionales" se han sumado al clamor general sólo por cobardía frente a la opinión pública agitada por los judíos, y han contribuido insensatamente a apoyar la lucha contra un sistema que, especialmente en la situación actual, los alemanes deberíamos sentir como el único rayo de esperanza en este mundo depravado.

Mientras el mundo judío internacional nos aprieta la garganta lenta pero seguramente, nuestros llamados patriotas rugen contra el hombre y el sistema que se han atrevido a retirarse del abrazo judeo-masónico al menos en un lugar de la tierra y a oponerse a este envenenamiento mundial internacional con resistencia nacionalista. Pero era demasiado tentador para los personajes débiles simplemente zarpar al viento y capitular ante el clamor de la opinión pública. ¡Y fue una capitulación! Incluso si los hombres, en su mendacidad y maldad interiores, no lo admitan, tal vez ni siquiera para sí mismos, sigue siendo cierto que fue solo la cobardía y el miedo al estado de ánimo popular agitado por los judíos lo que los llevó a participar. Todas las demás justificaciones son lamentables excusas del pequeño pecador culpable.
Entonces fue necesario agitar el movimiento con mano de hierro para salvarlo de la ruina en esta dirección. Intentar tal cambio en el momento en que la opinión pública, avivada por todas las fuerzas motrices, arde como una gran llama en una sola dirección, ciertamente no es muy popular en este momento, y a veces es casi mortalmente peligroso para los audaces. Pero no pocos hombres en la historia han sido apedreados en tales momentos por una acción por la que la posteridad tuvo más tarde todos los motivos para agradecerles de rodillas.
Pero esto es con lo que debe contar un movimiento, y no con los aplausos momentáneos del presente. Puede darse el caso entonces de que en tales horas el individuo se sienta ansioso; Pero nunca debe olvidar que después de cada hora llega la redención, y que un movimiento que quiere renovar un mundo no debe servir al momento, sino al futuro.



Se puede decir que los éxitos más grandes y duraderos de la historia tienden a ser aquellos que encontraron la menor comprensión en su comienzo, porque estaban en el contraste más agudo con la opinión pública general, con su perspicacia y con su voluntad.
Pudimos experimentar esto incluso entonces, el primer día de nuestra aparición pública. Verdaderamente no hemos "cortejado el favor de las masas", sino que nos hemos opuesto a la locura de este pueblo, en todas partes. Casi siempre sucedía que en esos años me encontraba frente a una reunión de personas que creían en lo contrario de lo que yo quería decir, y querían lo contrario de lo que yo creía. Luego fue la tarea de dos horas levantar a dos o tres mil personas de sus convicciones anteriores, romper golpe a golpe los cimientos de sus percepciones anteriores y, finalmente, llevarlas al terreno de nuestras convicciones y nuestra visión del mundo.
En ese momento aprendí algo importante en poco tiempo, a saber, a golpear yo mismo el contador de armas del enemigo. Pronto se hizo evidente que nuestros oponentes, especialmente en la forma de sus oradores, aparecían con un "repertorio" muy específico en el que se planteaban objeciones recurrentes contra nuestras afirmaciones, por lo que la similitud de este proceso apuntaba a un entrenamiento intencional y uniforme. Y así fue. Aquí pudimos conocer la increíble disciplina de la propaganda de nuestros oponentes, y todavía hoy me enorgullece haber encontrado los medios no sólo para hacer que esta propaganda sea ineficaz, sino para finalmente vencer a sus creadores con ella. Dos años más tarde era maestro en este arte.





Era importante tener claro de antemano en cada discurso individual el contenido y la forma probables de las contra-objeciones que se esperaban en la discusión y luego desmenuzarlas completamente en el propio discurso. Era conveniente plantear siempre las posibles objeciones de una sola vez, y demostrar su falta de fundamento; De este modo, el oyente, que había acudido, aunque lleno de las objeciones que había aprendido, pero por lo demás con un corazón sincero, fue más fácilmente conquistado por la solución anticipada de los recelos impresos en su memoria. Lo que había aprendido fue refutado por sí mismo y su atención fue atraída cada vez más hacia la conferencia.
Esta fue la razón por la que, después de mi primera conferencia sobre el "Tratado de Versalles", que había dado a las tropas como un llamado "Vildungsmensch", lo cambié hasta el punto de hablar ahora de los "Tratados de Paz de Brest-Litovsk y Versalles". Porque, al cabo de muy poco tiempo, incluso en el curso del debate sobre esta primera conferencia mía, pude comprobar que el pueblo no sabía realmente nada del tratado de paz de Vrest-Litovsk, pero que la hábil propaganda de sus partidos había logrado presentar este tratado como uno de los actos de violación más vergonzosos del mundo. Debido a la persistencia con que esta mentira se presentaba repetidamente a las grandes masas, millones de alemanes no vieron en el tratado de paz de Versalles más que una justa retribución por el crimen cometido por nosotros en Brest-Litovsk, y por lo tanto sintieron que toda lucha real contra Versalles era una injusticia, y a veces permanecieron en la más honesta y moral indignación. Y esta fue también una de las razones por las que la palabra "reparaciones", que era tan escandalosa como escandalosa, pudo establecerse en Alemania. Esta hipocresía mendaz apareció a millones de nuestros agitados camaradas como la ejecución de una justicia superior. Horrible, pero fue así. La mejor prueba de ello fue el éxito de la propaganda que inicié contra el Tratado de Versalles, a la que precedí con una explicación del Tratado de Vrest-Litovsk. Comparé los dos tratados de paz, los comparé punto por punto, mostré la humanidad casi ilimitada de un tratado en contraste con la crueldad inhumana del segundo, y el resultado fue rotundo.

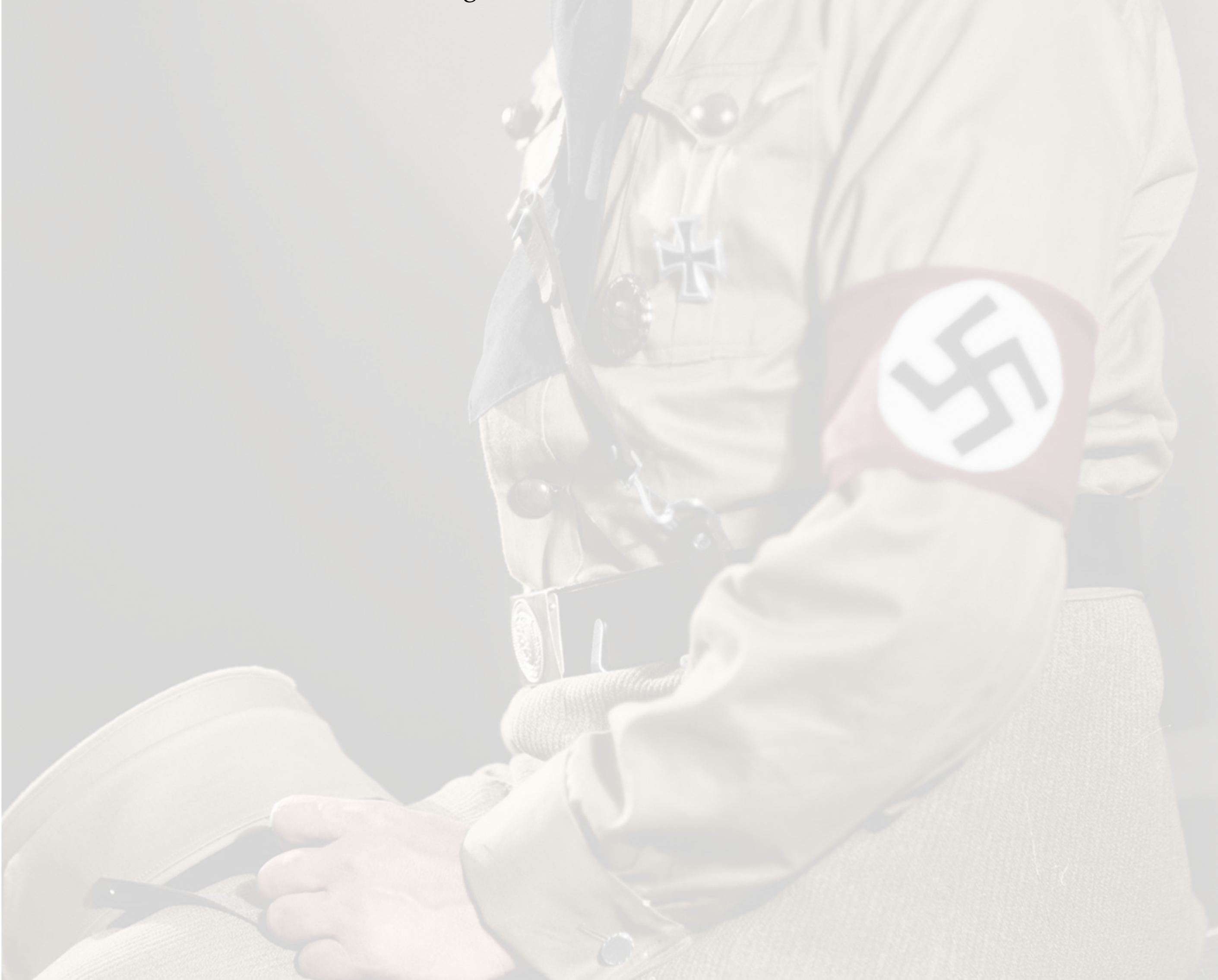
524 Ilustración sobre los tratados de paz

Hablé sobre este tema en aquel tiempo en asambleas de dos mil personas, en las que a menudo me encontraba con los ojos de tres mil seiscientas miradas hostiles. Y tres horas más tarde tenía ante mí una masa creciente de la más santa indignación y de la más inconmensurable rabia. Una vez más, una gran mentira había sido arrancada de los corazones y mentes de una multitud que se contaba por miles, y una verdad había sido implantada en su lugar.

Las dos conferencias, a saber, sobre "Las verdaderas causas de la guerra mundial" y sobre "Los tratados de paz de Brest-Litovsk y Versalles", las consideré las más importantes de la época, de modo que las repetí y repetí decenas de veces en versiones siempre nuevas, hasta que, al menos en este punto, se difundió una cierta concepción clara y uniforme entre los pueblos de los que el movimiento extrajo sus primeros miembros.

Estas reuniones seguían teniendo la bondad para mí de que poco a poco me convertí en un orador de una reunión masiva, de que me familiaricé con el patetismo y el gesto que requería la gran sala de mil personas.

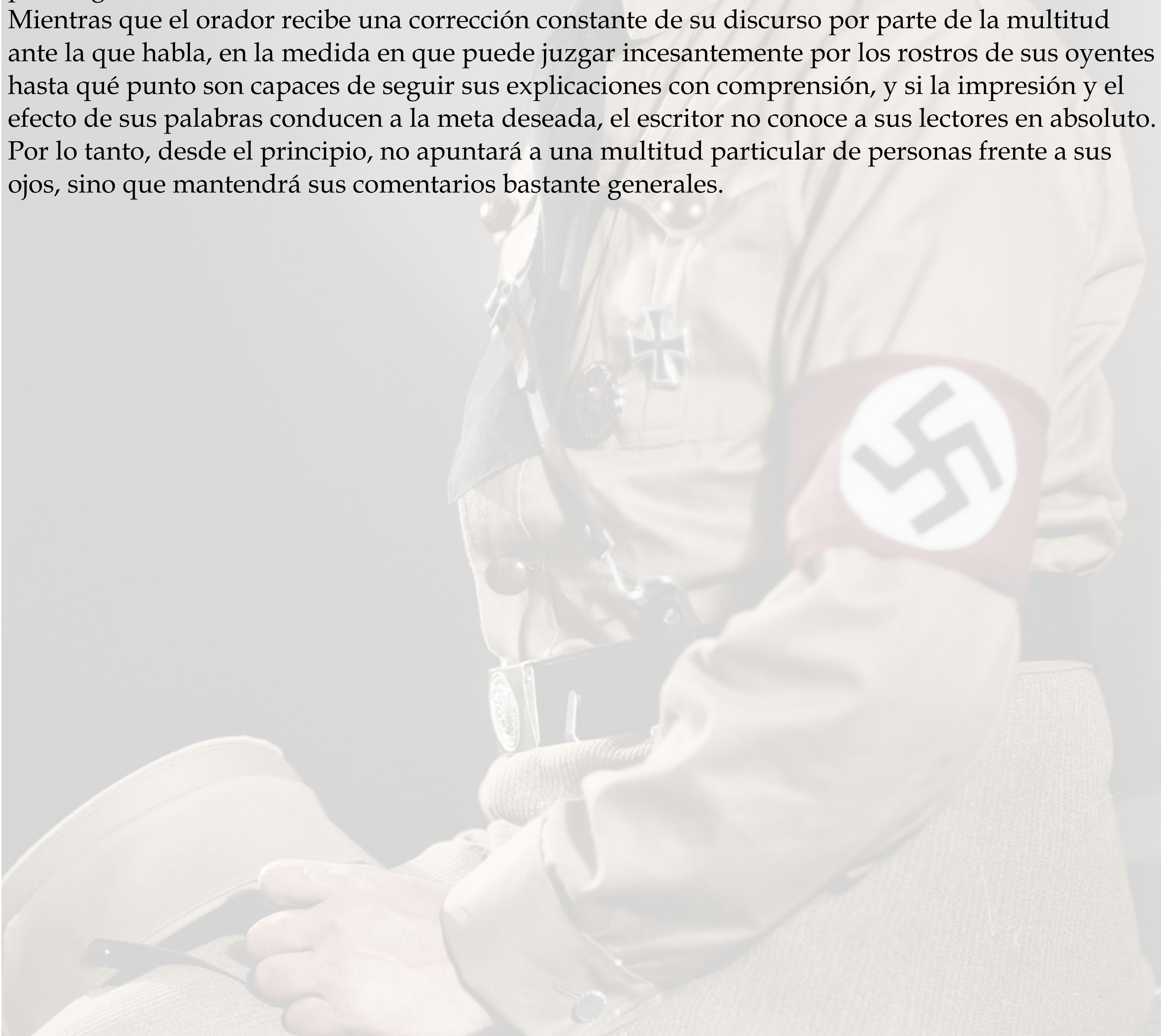
En aquella época, excepto, como ya se ha señalado, en pequeños círculos, no vi ninguna iluminación en este sentido por parte de los partidos que hoy hablan y pretenden haber producido un cambio en la opinión pública. Pero si un llamado político nacional daba una conferencia en este sentido en cualquier lugar, entonces sólo a los círculos que estaban mayoritariamente convencidos de él, y en los que lo que se decía representaba a lo sumo un fortalecimiento de las propias convicciones. Pero ese no era el punto en ese momento, sino sólo el de ganar a aquellas personas a través de la ilustración y la propaganda que, de acuerdo con su educación y perspicacia, habían estado hasta entonces en suelo enemigo.



También ponemos el folleto al servicio de esta iluminación. Ya en las tropas, yo había escrito un folleto con una comparación de los tratados de paz de Brest-Litovsk y Versalles, que se distribuyó en grandes cantidades. Más tarde me hice cargo de las existencias para la fiesta, y aquí también el efecto fue bueno. Las primeras reuniones se caracterizaron por el hecho de que las mesas estaban cubiertas con todo tipo de folletos, periódicos, folletos, etc. Pero el énfasis principal se puso en la palabra hablada. Y, de hecho, sólo esto es capaz de provocar grandes trastornos, y de hecho por razones psicológicas generales.

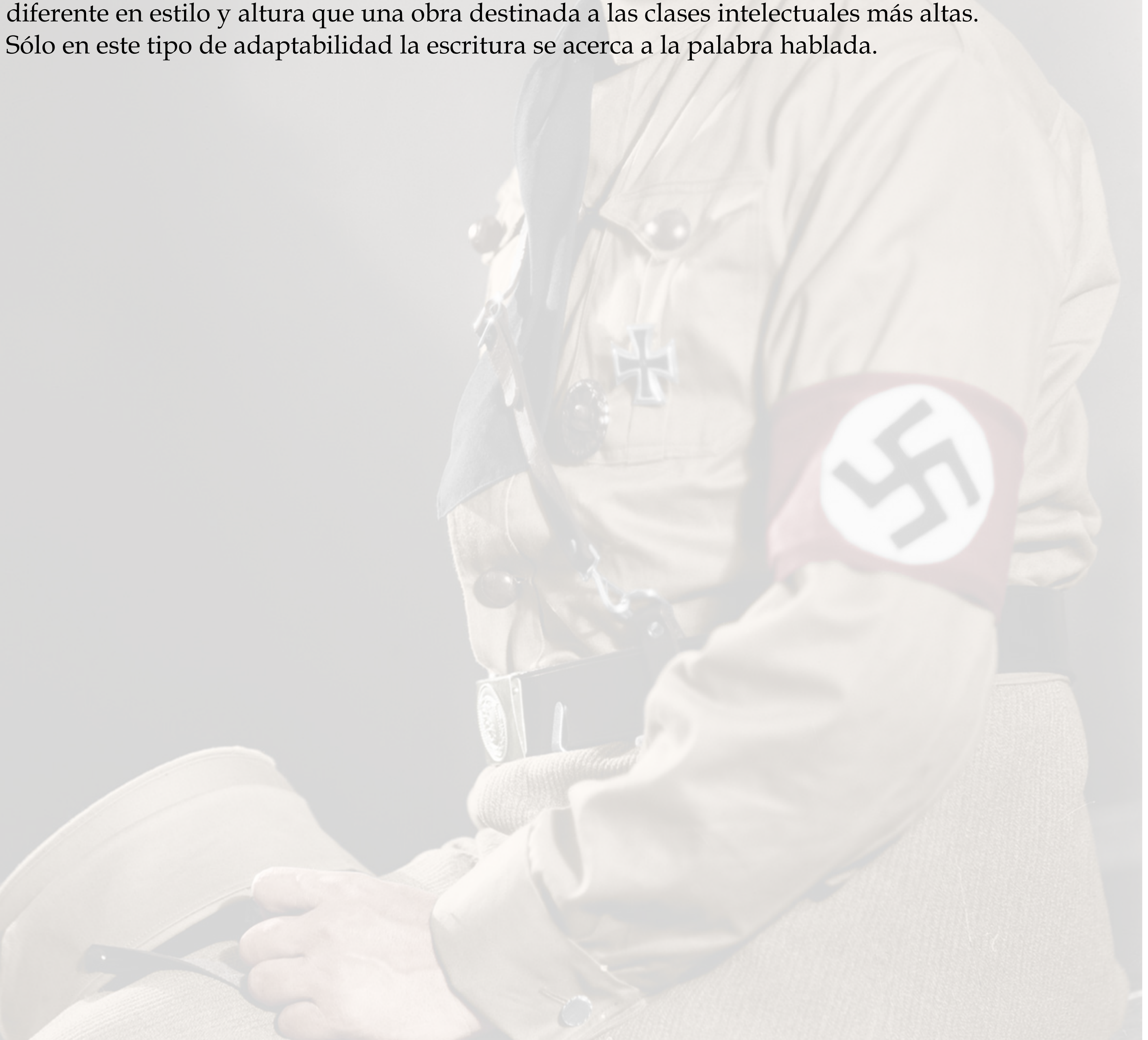
Ya he dicho en el primer volumen que todos los acontecimientos poderosos que cambian el mundo no han sido provocados por la escritura, sino por la palabra hablada. A esto siguió una larga discusión en una sección de la prensa, en la que, por supuesto, especialmente por parte de nuestro pueblo burgués inteligente, se adoptó una posición muy dura contra tal afirmación. La razón por la que esto sucedió por sí sola refuta a los escépticos. En efecto, la intelectualidad burguesa protesta contra esta concepción sólo porque ella misma carece manifiestamente de la fuerza y de la capacidad de influir sobre las masas a través de la palabra hablada, ya que la gente se ha entregado cada vez más a la actividad puramente literaria y ha renunciado a la verdadera actividad de agitación de la palabra. Con el paso del tiempo, sin embargo, esta costumbre conduce inevitablemente a lo que distingue hoy a nuestra burguesía, a saber, a la pérdida del instinto psicológico de acción e influencia de masas.

Mientras que el orador recibe una corrección constante de su discurso por parte de la multitud ante la que habla, en la medida en que puede juzgar incesantemente por los rostros de sus oyentes hasta qué punto son capaces de seguir sus explicaciones con comprensión, y si la impresión y el efecto de sus palabras conducen a la meta deseada, el escritor no conoce a sus lectores en absoluto. Por lo tanto, desde el principio, no apuntará a una multitud particular de personas frente a sus ojos, sino que mantendrá sus comentarios bastante generales.



526 Hablar más que escribir

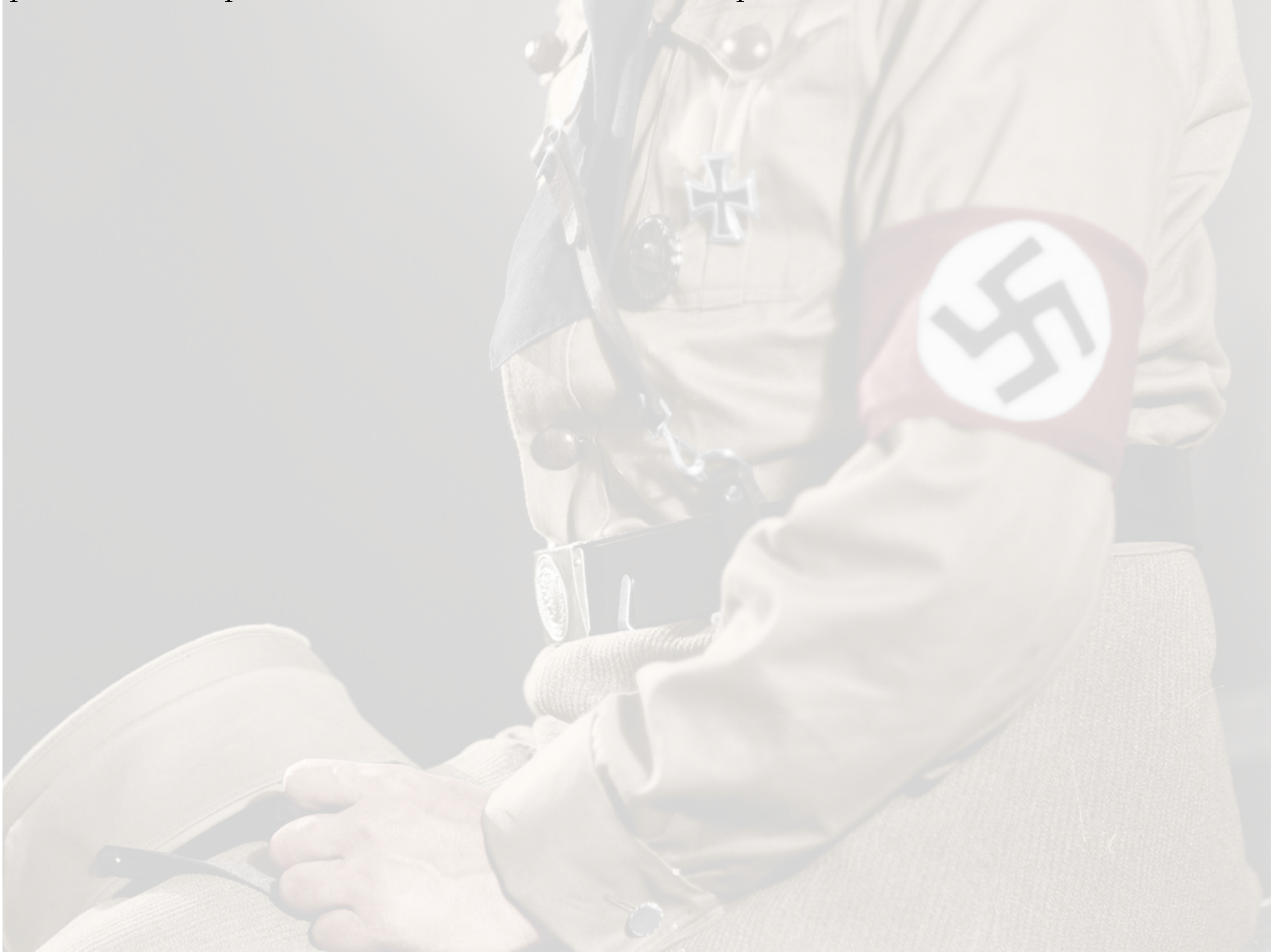
Sin embargo, pierde un cierto grado de sutileza psicológica y, en consecuencia, flexibilidad. Así, en general, un orador brillante podrá escribir mejor que un escritor brillante para hablar, a menos que esté constantemente practicando este arte. Además, la masa de la gente es perezosa en sí misma, permanece perezosa en la pista de los viejos hábitos, y es reacia a recurrir a algo escrito por su propia voluntad si no corresponde a lo que uno cree y no aporta lo que uno espera. Por lo tanto, un guión con una cierta tendencia generalmente solo será leído por personas que ya pueden atribuirse a esta dirección. A lo sumo, un folleto o un cartel pueden esperar atraer la atención de un disidente por un momento debido a su brevedad. La imagen en todas sus formas, hasta la película, ya tiene una visión más amplia. Aquí el hombre necesita trabajar aún menos intelectualmente; Basta mirar, a lo sumo leer textos muy cortos, y así muchos estarán más dispuestos a asumir una representación pictórica que a leer un documento más largo. En un tiempo mucho más corto, casi me gustaría decir de un solo golpe, la imagen brinda al hombre una iluminación que solo recibe de lo que ha escrito a través de una lectura prolongada.
Pero lo más esencial es que un documento nunca sabe en qué manos caerá y, sin embargo, debe conservar su versión definitiva. El efecto será, por lo general, tanto mayor cuanto más corresponda esta versión al nivel intelectual y a la naturaleza de quienes serán sus lectores. Por lo tanto, un libro destinado a grandes masas debe tratar desde el principio de tener un efecto diferente en estilo y altura que una obra destinada a las clases intelectuales más altas.
Sólo en este tipo de adaptabilidad la escritura se acerca a la palabra hablada.



Hablar más que escribir 527

En lo que a mí respecta, el orador puede tratar el mismo tema que el libro, pero si es un gran e ingenioso orador del pueblo, difícilmente repetirá el mismo reproche y el mismo material dos veces en la misma forma. Siempre se dejará llevar por las amplias masas de tal manera que las mismas palabras que necesita hablar a los corazones de sus respectivos oyentes se volverán emocionalmente fluidas a partir de ello. Pero no importa cuán levemente se equivoque, siempre tiene la corrección viviente ante él. Como ya se mencionó anteriormente, puede leer en las expresiones faciales de sus oyentes si comprenden en primer lugar lo que está diciendo, en segundo lugar, si son capaces de seguir el conjunto y, en tercer lugar, hasta qué punto los ha convencido de la exactitud de lo que se está diciendo. Si, en primer lugar, ve que no le entienden, se volverá tan primitivo y claro en su explicación que incluso el último debe entenderlo; En segundo lugar, si siente que no pueden seguirlo, construirá sus pensamientos tan cuidadosa y lentamente que incluso el más débil de todos ellos ya no se quedará atrás, y en tercer lugar, tan pronto como sospeche que no parecen estar convencidos de la exactitud de lo que se ha dicho, lo repetirá con la misma frecuencia y en ejemplos siempre nuevos. sus propias objeciones, que siente tácitas, y refuta y fragmenta hasta que finalmente incluso el último grupo de una oposición le hace reconocer la capitulación a su argumento por su actitud y sus expresiones faciales.

No es raro que las personas se preocupen por superar prejuicios que no se basan en su intelecto, sino que suelen ser inconscientes, apoyados solo por el sentimiento. Superar esta barrera de la aversión instintiva, del odio emocional, del rechazo prejuicioso es mil veces más difícil que la corrección de una opinión científica errónea o errónea. Los conceptos erróneos y los malos conocimientos pueden ser eliminados por la instrucción, la resistencia o el sentimiento nunca. Sólo una apelación a estas fuerzas misteriosas mismas puede tener un efecto aquí; Y esto casi nunca puede ser hecho por el escritor, sino casi exclusivamente por el orador.



528 Éxitos del marxismo a través de la palabra

La prueba más contundente de esto es el hecho de que, a pesar de una prensa burguesa a menudo muy hábilmente diseñada, que inunda a nuestro pueblo con gastos millonarios inauditos, esta prensa no pudo impedir que las amplias masas se convirtieran en el enemigo más agudo de este mundo tan burgués. Toda la avalancha de periódicos y todos los libros producidos por el intelectualismo año tras año se escapan de los millones de las clases bajas como el agua del cuero aceitado. Esto sólo puede probar dos cosas: o bien la inexactitud del contenido de toda esta obra literaria de nuestro mundo burgués, o bien la imposibilidad de llegar al corazón de las grandes masas sólo a través de la literatura. Sin embargo, especialmente si esta literatura en sí misma está tan poco orientada psicológicamente como es el caso aquí.

Simplemente no responda (como intentó hacer un gran periódico nacionalista alemán en Berlín) que el marxismo mismo proporciona la contraprueba de esta afirmación precisamente a través de su literatura, especialmente a través del efecto de la obra fundamental de Karl Marx. Rara vez se ha hecho un intento de apoyar un punto de vista erróneo de manera más superficial. Lo que ha dado al marxismo el asombroso poder sobre las amplias masas no es de ninguna manera la obra formal y escrita del pensamiento judío, sino más bien la monstruosa ola de propaganda oratoria que se ha apoderado de las amplias masas en el curso de los años. De cien mil obreros alemanes, por término medio, no hay todavía un centenar que esté familiarizado con esta obra, que siempre ha sido estudiada por mil veces más intelectuales, y sobre todo por judíos, que por verdaderos partidarios de este movimiento en las grandes capas inferiores. Esta obra no fue escrita para las grandes masas en absoluto, sino exclusivamente para la dirección intelectual de esa máquina judía conquistadora del mundo; Luego se calentaba con un material completamente diferente: la prensa.

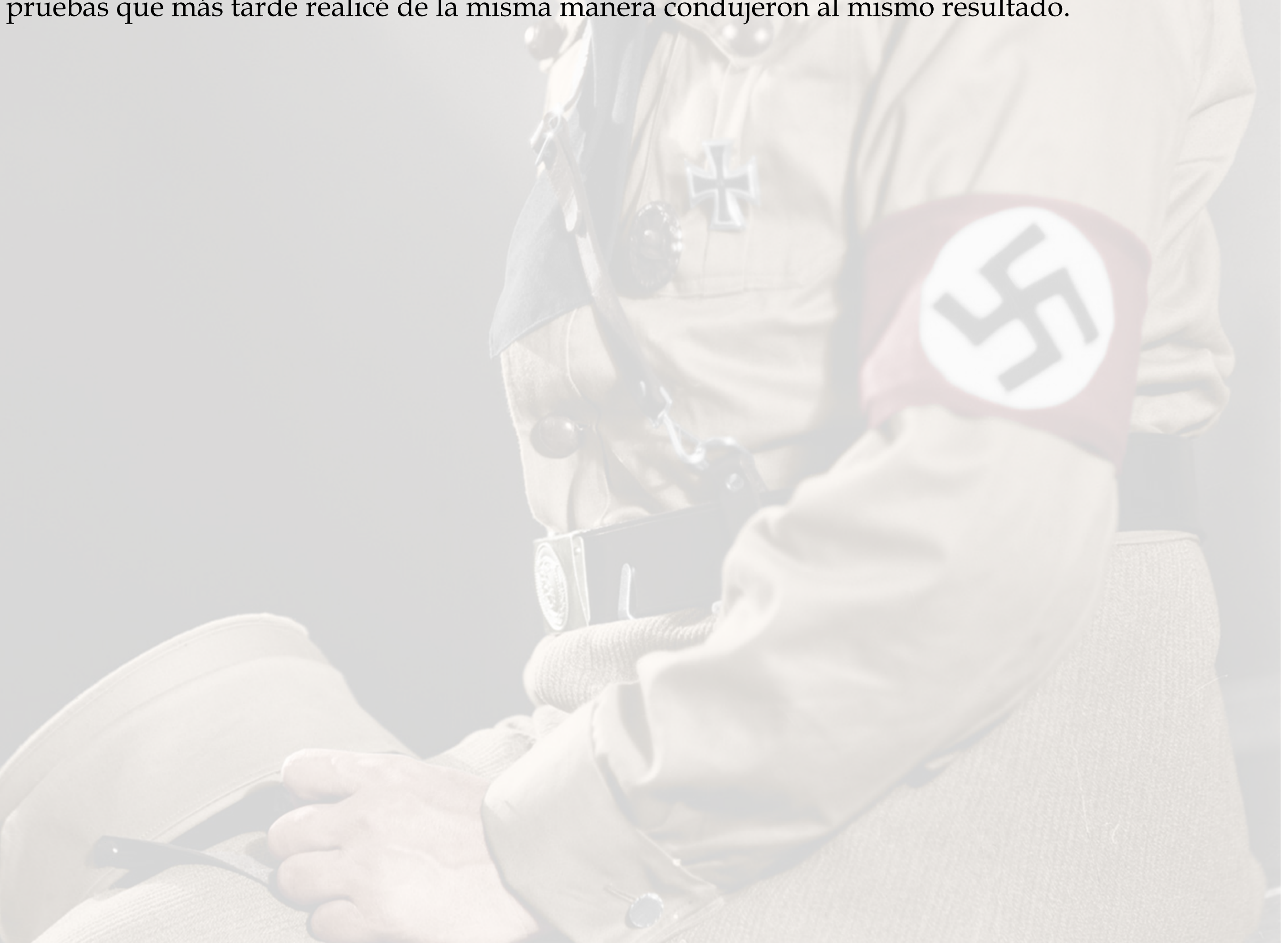


Porque eso es lo que distingue a la prensa marxista de nuestra prensa burguesa. La prensa marxista está escrita por agitadores, y la prensa burguesa quiere llevar a cabo la agitación a través de los escritores. El editor de ángulo socialdemócrata, que casi siempre viene de la sala de reuniones a la redacción, conoce a sus Pappenheimer como ningún otro. Sin embargo, el garabateador burgués, que sale de su despacho ante las grandes masas, se enferma por sus meros vapores y, por lo tanto, se ve impotente frente a ellos incluso con la palabra escrita.
Lo que ha ganado a los millones de obreros para el marxismo no es tanto el estilo de escritura de los Padres de la Iglesia marxista, sino más bien el incansable y verdaderamente poderoso trabajo de propaganda de decenas de miles de agitadores infatigables, desde el gran agitador hasta el pequeño funcionario sindical y el delegado sindical y orador de debate; Estos son los centenares de miles de mítines en los que, de pie sobre la mesa de una taberna humeante, estos oradores populares martilleaban a las masas, y así supieron adquirir un conocimiento fabuloso de este material humano, que les permitió elegir aún más las armas de ataque más correctas contra la fortaleza de la opinión pública. Y estas eran también las gigantescas manifestaciones de masas, esas procesiones de cien mil hombres, que grababan a fuego en el pobre hombrecillo la orgullosa convicción de que, como un pequeño gusano, era sin embargo miembro de un gran dragón, bajo cuyo aliento resplandeciente el odiado mundo burgués ardearía un día en llamas y fuego y la dictadura del proletariado celebraría su victoria final.
De esta propaganda salía el pueblo que estaba dispuesto y preparado a leer una prensa socialdemócrata, pero una prensa que no se escribía en sí misma, sino que se hablaba. Porque mientras que en el campo burgués los profesores y los escribas, los teóricos y los escribas de todo tipo tratan a veces de hablar, en el marxismo los oradores a veces tratan de escribir.



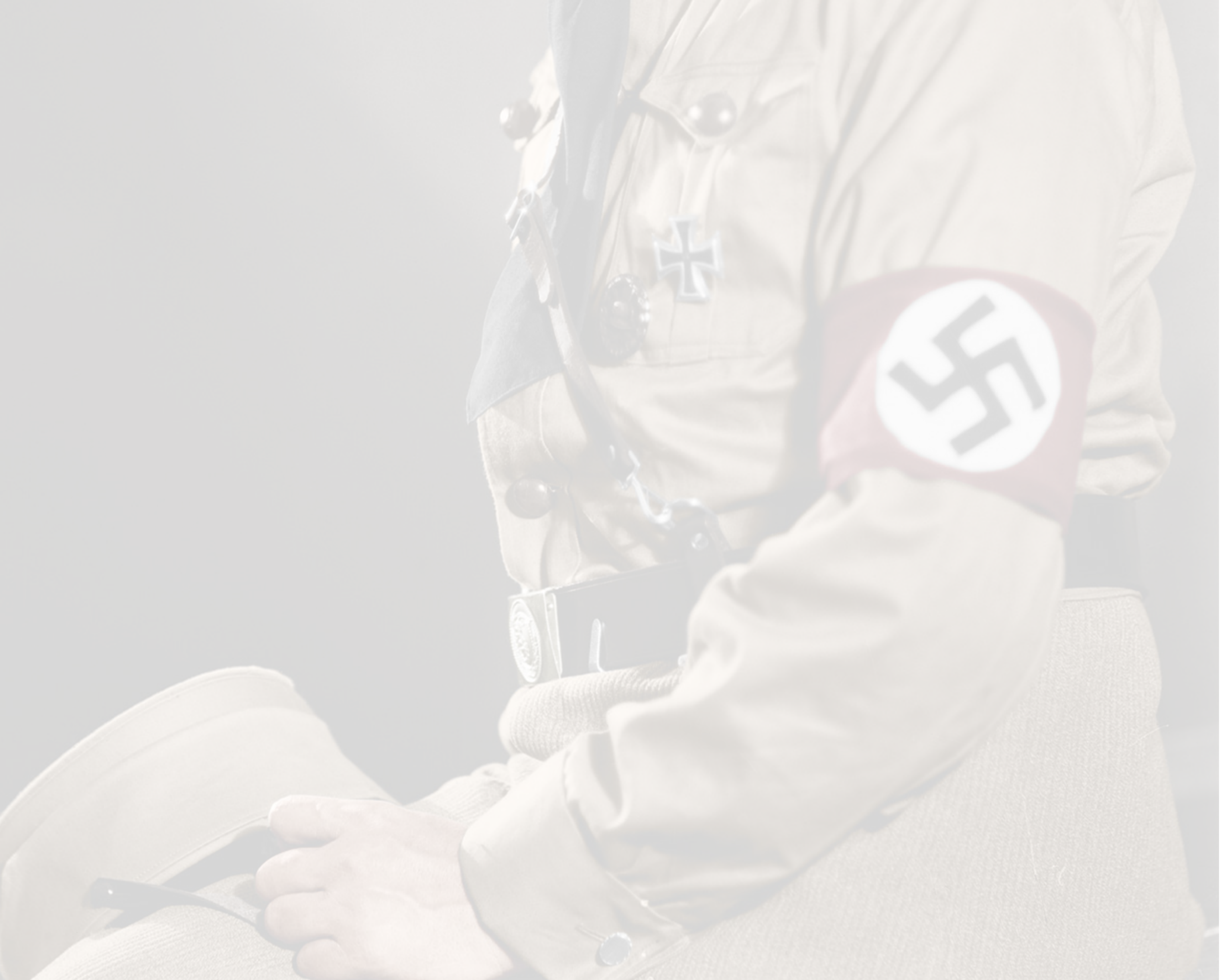
530 Condiciones psicológicas del efecto del habla

Y es precisamente el judío, que sigue siendo particularmente relevante aquí, en general, en virtud de su destreza dialéctica mendaz y su flexibilidad, que como escritor será más un orador agitador que un escritor de escritura.
Esta es la razón por la que el mundo periodístico burgués (aparte del hecho de que él mismo está en su mayor parte judaizado y, por lo tanto, no tiene ningún interés en instruir realmente a las amplias masas) no puede ejercer la menor influencia en la actitud de las capas más amplias de nuestro pueblo.
Cuán difícil es derribar los prejuicios emocionales, los estados de ánimo, los sentimientos, etc., y reemplazarlos por otros, cuántas influencias y condiciones apenas mensurables dependen del éxito, puede ser juzgado por el orador sensible por el hecho de que incluso la hora del día en que tiene lugar la conferencia puede tener una influencia decisiva en su efecto. La misma conferencia, el mismo orador, el mismo tema tienen un efecto muy diferente a las diez de la mañana, a las tres de la tarde o por la noche. Como principiante, yo mismo todavía programaba reuniones para la mañana y recuerdo en particular una manifestación que celebramos en München-Kindl-Keller como protesta "contra la opresión de los territorios alemanes". Era la sala más grande de Múnich en ese momento y el riesgo parecía muy grande. Con el fin de facilitar especialmente la visita a los seguidores del movimiento y a todos los que venían de otra manera, fijé la reunión para un domingo por la mañana, a las diez. El resultado fue deprimente, pero al mismo tiempo extraordinariamente instructivo: la sala estaba llena, la impresión era verdaderamente abrumadora, pero el ambiente era gélido; Nadie se calentó, y yo mismo, como orador, me sentí profundamente infeliz de no poder establecer ninguna conexión, ni el más mínimo contacto, con mis oyentes. Pensé que no había hablado peor que de costumbre; Pero el efecto parecía ser nulo. Completamente insatisfecho, aunque enriquecido por una experiencia, abandoné la reunión. Las pruebas que más tarde realicé de la misma manera condujeron al mismo resultado.



Esto no debería ser una sorpresa. Vaya a una representación teatral y vea una obra a las tres de la tarde y la misma obra con el mismo elenco a las ocho de la noche, y se sorprenderá de la diferencia de efecto e impresión. Una persona con un buen presentimiento y la capacidad de aclarar este estado de ánimo podrá determinar sin más preámbulos que la impresión de la actuación de la tarde no es tan grande como la de la noche. La misma afirmación se aplica incluso a una obra de teatro. Esto es importante porque en el teatro se podría decir que quizás el actor no se esfuerza tanto por la tarde como por la noche. La película, sin embargo, no es diferente por la tarde que a las nueve de la noche. No, el tiempo mismo tiene un cierto efecto aquí, al igual que el espacio lo hace en mí. Hay espacios que también te dejan frío por razones difíciles de reconocer, que de alguna manera se resisten a toda creación de estado de ánimo de la manera más violenta. Los recuerdos e ideas tradicionales que están presentes en el hombre también pueden determinar decisivamente una impresión. Por lo tanto, una representación de Parsifal en Bayreuth siempre tendrá un efecto diferente al de cualquier otro lugar del mundo. La misteriosa magia de la casa en la colina del festival de la antigua ciudad margrave no puede ser reemplazada por el exterior ni siquiera alcanzada.

En todos estos casos, se trata de menoscabaciones del libre albedrío del ser humano. Por supuesto, esto se aplica sobre todo a las asambleas a las que acuden personas de disposición opuesta a la voluntad, y que ahora deben ser ganadas a una nueva voluntad. Por la mañana e incluso durante el día, las fuerzas volitivas de los hombres todavía parecen resistir con la más alta energía contra el intento de imponer una voluntad y una opinión extrañas. Por la noche, en cambio, sucumben más fácilmente a la fuerza controladora de una voluntad más fuerte.

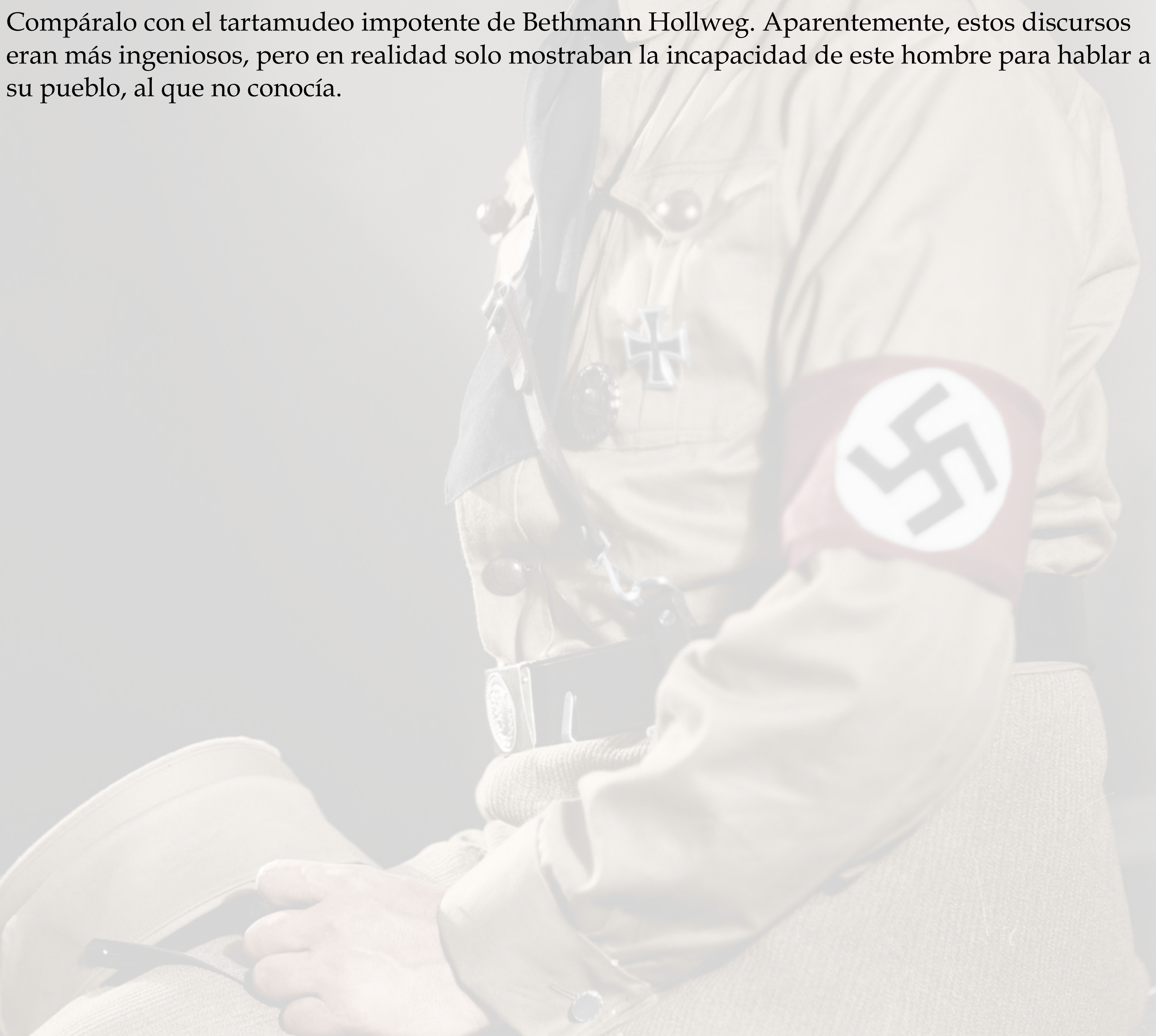


532 Los oradores y la revolución

Porque, en verdad, cada reunión de este tipo representa un combate de lucha libre entre dos fuerzas opuestas. Ahora será más fácil para la oratoria sobresaliente de una naturaleza de apóstol dominante ganarse a la nueva volición a las personas que ya han experimentado un debilitamiento de su poder de resistencia de la manera más natural que a aquellos que todavía están en plena posesión de su resistencia espiritual y basada en la voluntad.
El crepúsculo artificialmente hecho y sin embargo misterioso de las iglesias católicas, las luces ardientes, el incienso, los quemadores de incienso, etc., sirven para el mismo propósito.
En este combate de lucha entre el orador y los adversarios a los que hay que convertir, estos últimos adquirirán poco a poco esa maravillosa sensibilidad para las condiciones psicológicas de la propaganda de la que casi siempre carece el escritor. Por lo tanto, lo que se escribe, en su efecto limitado, generalmente servirá más para preservar, consolidar y profundizar una actitud o punto de vista ya existente. Todas las grandes convulsiones históricas no han sido provocadas por la palabra escrita, sino que a lo sumo han ido acompañadas de ella.
No se creería que la Revolución Francesa hubiera sido llevada a cabo por teorías filosóficas, si no hubiera encontrado un ejército de agitadores dirigidos por demagogos del más alto estilo, que azuzaron las pasiones de los pueblos atormentados, hasta que por fin se produjo esa terrible erupción volcánica que aterrorizó a toda Europa. Y de la misma manera, la mayor conmoción revolucionaria de los últimos tiempos, la revolución bolchevique en Rusia, no fue provocada por los escritos de Lenin, sino por la agitada actividad oratoria de innumerables agitadores grandes y pequeños.
En realidad, el pueblo analfabeto no se inspiraba en la lectura teórica de Karl Marx sobre la revolución comunista, sino sólo en el cielo deslumbrante con el que miles de agitadores, todos al servicio de una idea, hablaban al pueblo.



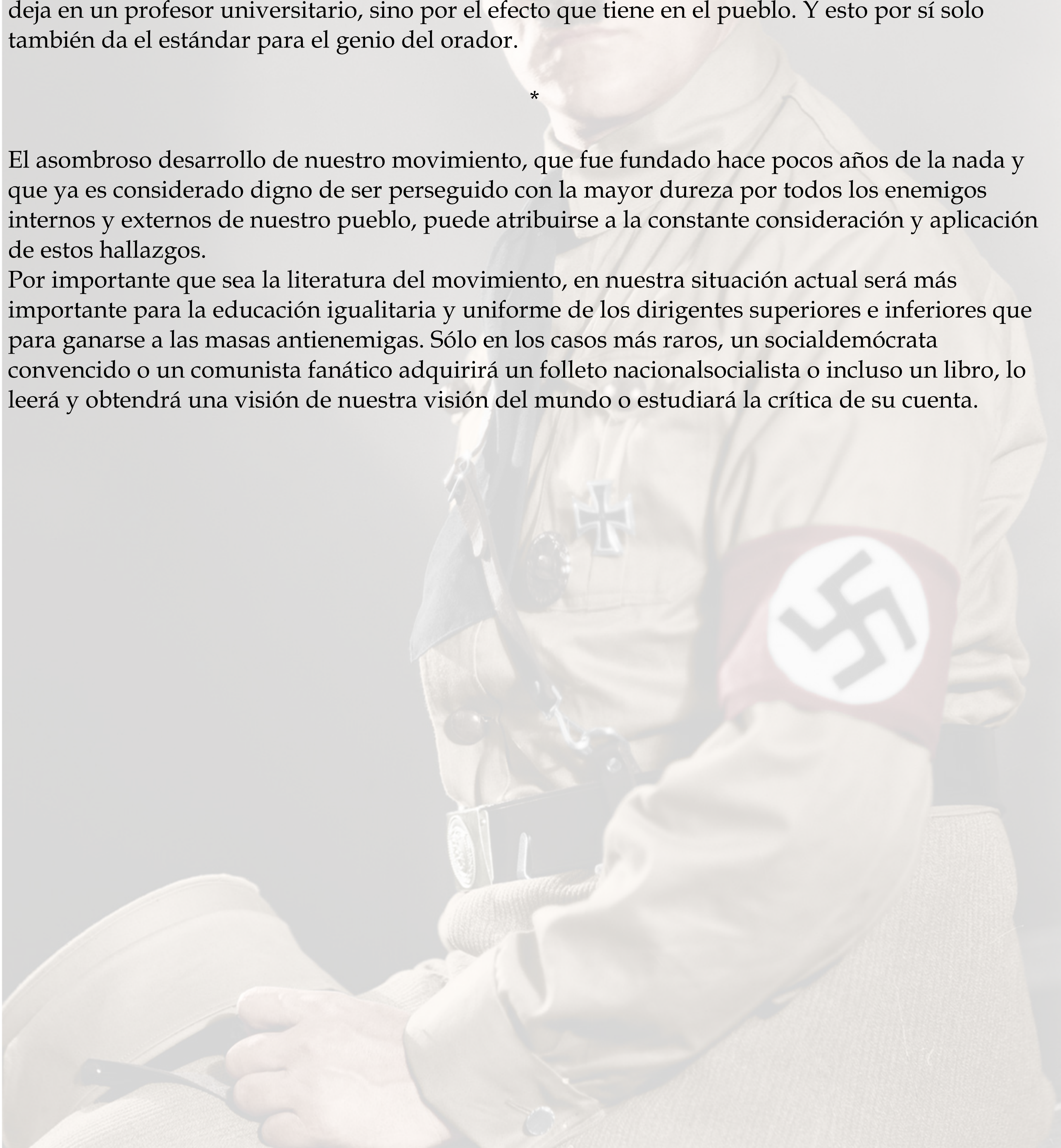
Y así siguió siendo y seguirá siendo así para siempre.
Está enteramente en consonancia con la obstinada falta de mundanidad de nuestra intelectualidad alemana creer que el escritor debe ser necesariamente superior al orador en intelecto. Este punto de vista se ilustra de la manera más deliciosa con una crítica del periódico nacional ya mencionado, en la que se afirma que uno se siente muy a menudo decepcionado al ver el discurso de un gran orador reconocido de repente impreso. Esto me recuerda otra crítica que tuve en mis manos en el curso de la guerra; examinó los discursos de Lloyd George, que todavía era Ministro de Municiones en ese momento, para llegar a la ingeniosa conclusión de que estos discursos eran intelectual y científicamente inferiores, y por lo demás banales y evidentes. Entonces conseguí que algunos de estos discursos llegaran a mis manos en la forma de un pequeño Vändlein y tuve que reírme salvajemente del hecho de que un caballero de tinta alemán normal no entendiera estas obras maestras psicológicas de influencia psíquica de masas. Este hombre juzgaba estos discursos exclusivamente por la impresión que dejaban en su propia blasfemia, mientras que el gran demagogo inglés sólo se había propuesto ejercer el mayor efecto posible sobre la masa de sus oyentes y, en el sentido más amplio, sobre todo el pueblo inglés inferior. Vistos desde este punto de vista, sin embargo, los discursos de este inglés fueron los logros más maravillosos, ya que testimoniaron un conocimiento casi asombroso del alma de las amplias capas del pueblo. Su efecto ha sido realmente rotundo.
Compáralo con el tartamudeo impotente de Bethmann Hollweg. Aparentemente, estos discursos eran más ingeniosos, pero en realidad solo mostraban la incapacidad de este hombre para hablar a su pueblo, al que no conocía.



Sin embargo, el cerebro de un gorrión medio con alma de escritor alemán, que es, por supuesto, altamente educado científicamente, logra estimar la intelectualidad del ministro inglés de acuerdo con la impresión que deja un discurso dirigido al efecto de masa en un interior finamente calcificado por la pura ciencia, y compararlo con el de un estadista alemán, cuya ingeniosa charla se encuentra naturalmente con él en un terreno más receptivo. Que Lloyd George no sólo era igual en genio a Bethmann Hollweg, sino mil veces superior, lo demostró precisamente encontrando en sus discursos esa forma y expresión que le abrieron el corazón de su pueblo y finalmente hicieron que este pueblo sirviera completamente a su voluntad. Es precisamente en el primitivismo de esta lengua, en la originalidad de sus formas de expresión y en el uso de los ejemplos más sencillos y fácilmente comprensibles que demuestran la extraordinaria capacidad política de este inglés.
Porque el discurso de un hombre de Estado a su pueblo no debe ser juzgado por la impresión que deja en un profesor universitario, sino por el efecto que tiene en el pueblo. Y esto por sí solo también da el estándar para el genio del orador.

*

El asombroso desarrollo de nuestro movimiento, que fue fundado hace pocos años de la nada y que ya es considerado digno de ser perseguido con la mayor dureza por todos los enemigos internos y externos de nuestro pueblo, puede atribuirse a la constante consideración y aplicación de estos hallazgos.
Por importante que sea la literatura del movimiento, en nuestra situación actual será más importante para la educación igualitaria y uniforme de los dirigentes superiores e inferiores que para ganarse a las masas antienemigas. Sólo en los casos más raros, un socialdemócrata convencido o un comunista fanático adquirirá un folleto nacionalsocialista o incluso un libro, lo leerá y obtendrá una visión de nuestra visión del mundo o estudiará la crítica de su cuenta.



Necesidad de la asamblea masiva 535

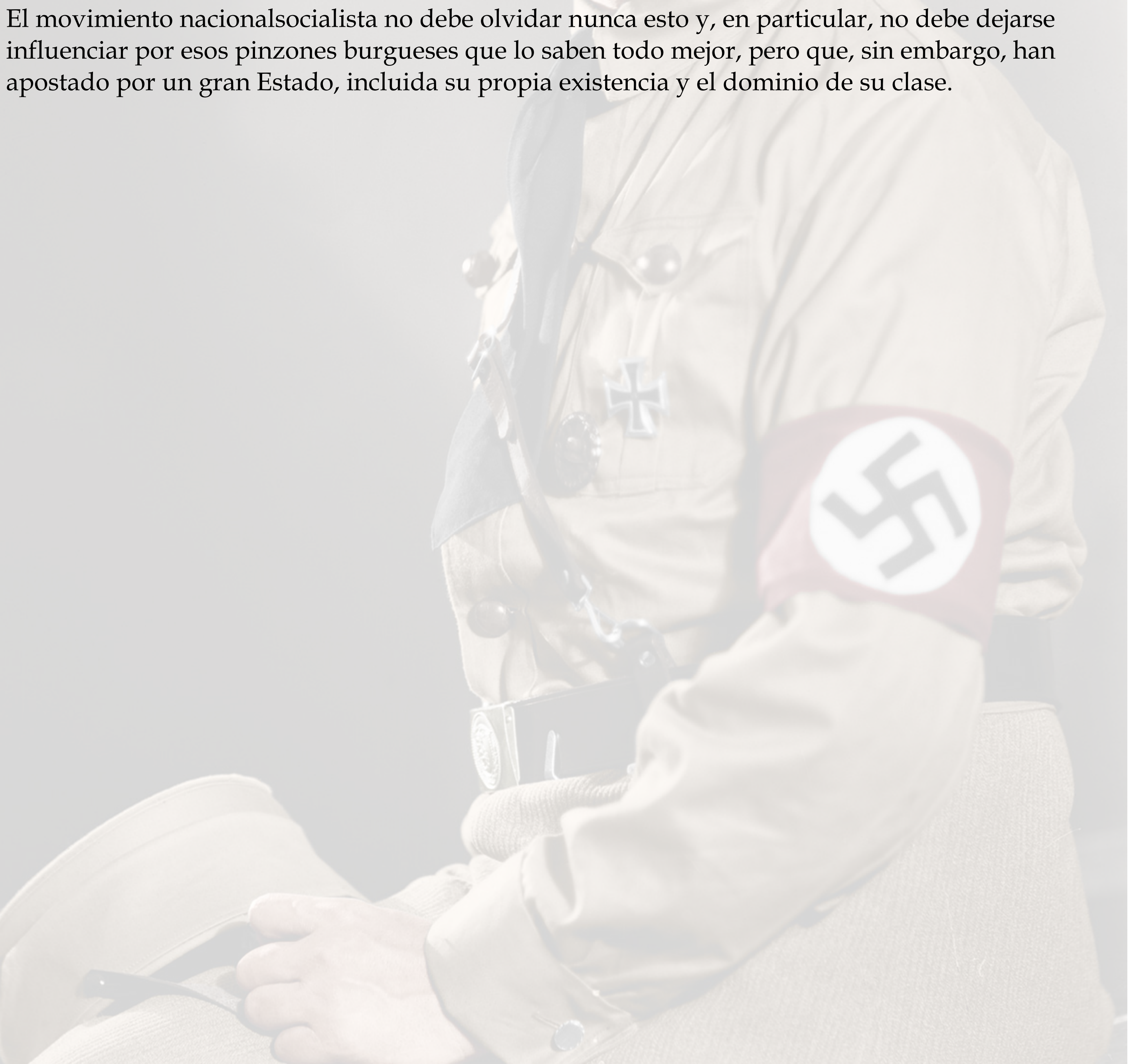
Incluso un periódico sólo se leerá muy raramente si no lleva el sello de la afiliación partidista desde el principio, por cierto, esto tampoco serviría de mucho; Porque el cuadro general de un solo número de periódico está tan desgarrado y tan fragmentado en sus efectos que no se puede esperar ninguna influencia en el lector de un solo reconocimiento. Pero uno no debe esperar y no debe esperar que alguien para quien los centavos ya juegan un papel se suscriba constantemente a un periódico opositor, solo por el impulso de una iluminación objetiva. Casi nadie entre decenas de miles hará esto. Sólo aquellos que ya se han ganado al movimiento leerán constantemente el órgano del partido y, de hecho, como el servicio informativo permanente de su movimiento.
¡Es muy diferente con el folleto "hablado"! Uno u otro, sobre todo si lo obtiene de forma gratuita, será mucho más probable que lo tome en sus manos, más aún si el titular ya trata de un tema que actualmente está en boca de todos. Después de una lectura más o menos minuciosa, tal vez pueda darse cuenta de nuevos puntos de vista y actitudes, incluso de un nuevo movimiento, por medio de un folleto de este tipo. Pero incluso en este caso, incluso en el mejor de los casos, sólo se da un ligero impulso, pero nunca se crea un hecho consumado. Porque incluso el folleto sólo puede inspirar algo o señalar algo, y su efecto sólo ocurrirá en relación con una instrucción e iluminación posteriores más completas de sus lectores. Pero esta es y siempre será la asamblea de masas.
La asamblea de masas también es necesaria porque en ella el individuo, que al principio se siente solo como adherente en desarrollo de un movimiento joven y cae fácilmente en el miedo de estar solo, recibe por primera vez la imagen de una comunidad más grande, que tiene un efecto vigorizante y alentador en la mayoría de las personas. El mismo hombre, en el marco de una compañía o de un batallón, rodeado de todos sus camaradas, entraría en el asalto con el corazón más ligero que si se le dejara completamente solo. Todavía se siente un poco seguro en el pelotón, aunque en realidad había mil razones en contra.



536 Necesidad de la asamblea masiva

Sin embargo, la similitud de la gran manifestación no solo fortalece al individuo, sino que también une y ayuda a crear espíritu de cuerpo. El hombre que, como primer representante de un nuevo aprendizaje, se ve expuesto a severas dificultades en su empresa o en su taller, necesita necesariamente ese fortalecimiento que reside en la convicción de que es miembro y luchador de un gran cuerpo integral. Por primera vez, sin embargo, sólo tiene la impresión de este cuerpo en el mitin masivo conjunto. Cuando entra por primera vez en la asamblea de masas desde su pequeño lugar de trabajo o desde la gran fábrica en la que se siente completamente pequeño, y ahora tiene a su alrededor a miles y miles de personas de la misma mentalidad, cuando es arrastrado como un buscador por el tremendo efecto de la intoxicación sugestiva y el entusiasmo de otras tres o cuatro mil personas, Cuando el éxito visible y el asentimiento de miles de personas le confirman la exactitud de la nueva doctrina y por primera vez despiertan dudas sobre la verdad de su anterior convicción, entonces él mismo sucumbe a la influencia mágica de lo que llamamos sugestión masiva. La voluntad, el anhelo, pero también la fuerza de miles se acumula en cada individuo. El hombre que entra en tal asamblea dudoso y vacilante, la deja interiormente firme: se ha convertido en miembro de una comunidad.

El movimiento nacionalsocialista no debe olvidar nunca esto y, en particular, no debe dejarse influenciar por esos pinzones burgueses que lo saben todo mejor, pero que, sin embargo, han apostado por un gran Estado, incluida su propia existencia y el dominio de su clase.



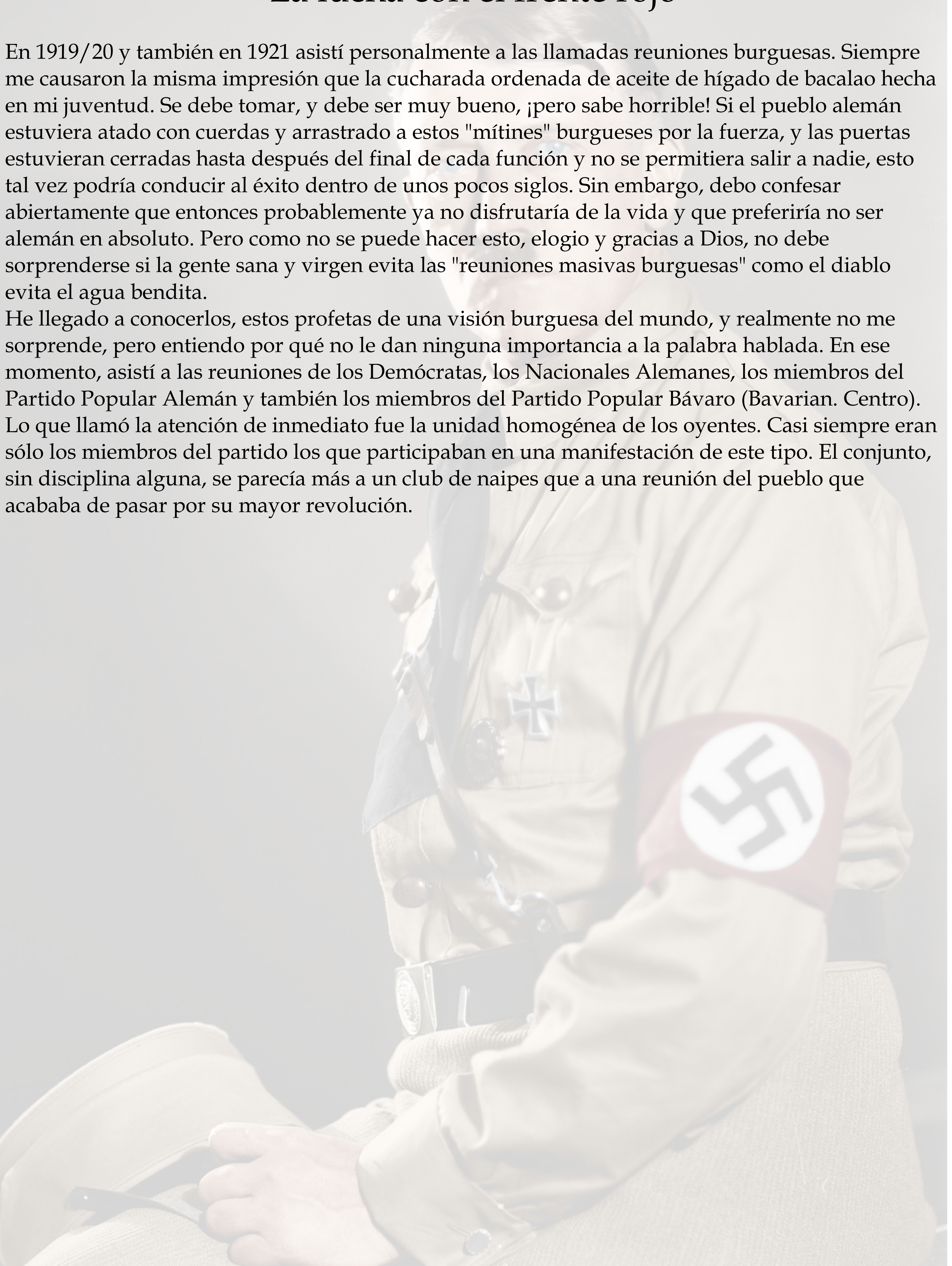
Necesidad de la asamblea masiva 537

Sí, son tremendamente listos, pueden hacer todo, pueden entenderlo todo, sólo una cosa que no entendieron, a saber, evitar que el pueblo alemán cayera en los brazos del marxismo. Allí han fracasado miserable y miserablemente, de modo que su presunción actual no es más que una presunción que, como es bien sabido, florece siempre como orgullo en un trozo de madera.
Si estas personas hoy no atribuyen ningún valor especial a la palabra hablada, lo hacen sólo porque ya se han convencido completamente de la ineficacia de sus propios discursos, elogio a Dios y gracias.



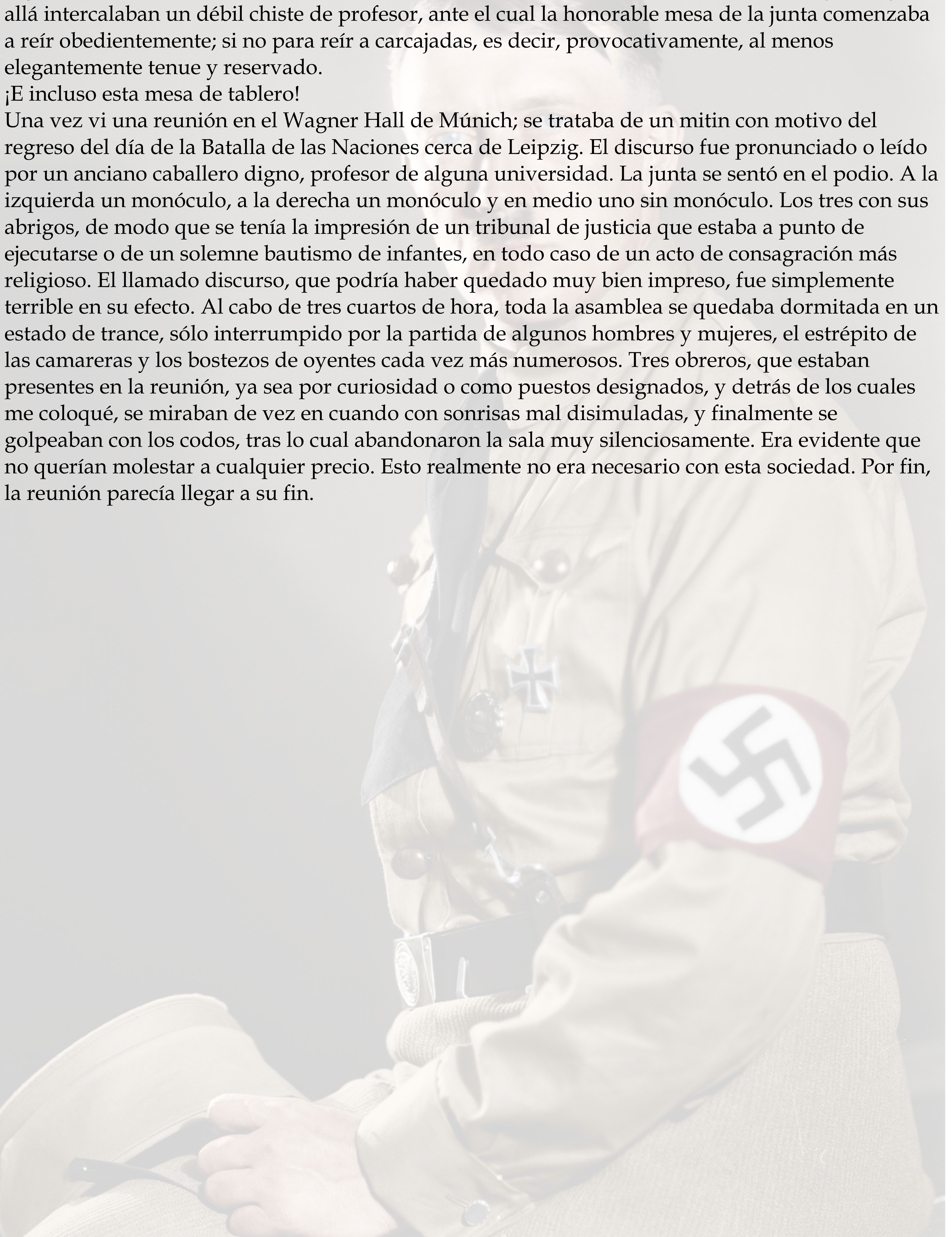
7 kapitel

La lucha con el frente rojo



En 1919/20 y también en 1921 asistí personalmente a las llamadas reuniones burguesas. Siempre me causaron la misma impresión que la cucharada ordenada de aceite de hígado de bacalao hecha en mi juventud. Se debe tomar, y debe ser muy bueno, ¡pero sabe horrible! Si el pueblo alemán estuviera atado con cuerdas y arrastrado a estos "mítines" burgueses por la fuerza, y las puertas estuvieran cerradas hasta después del final de cada función y no se permitiera salir a nadie, esto tal vez podría conducir al éxito dentro de unos pocos siglos. Sin embargo, debo confesar abiertamente que entonces probablemente ya no disfrutaría de la vida y que preferiría no ser alemán en absoluto. Pero como no se puede hacer esto, elogio y gracias a Dios, no debe sorprenderse si la gente sana y virgen evita las "reuniones masivas burguesas" como el diablo evita el agua bendita.

He llegado a conocerlos, estos profetas de una visión burguesa del mundo, y realmente no me sorprende, pero entiendo por qué no le dan ninguna importancia a la palabra hablada. En ese momento, asistí a las reuniones de los Demócratas, los Nacionales Alemanes, los miembros del Partido Popular Alemán y también los miembros del Partido Popular Bávaro (Bavarian. Centro). Lo que llamó la atención de inmediato fue la unidad homogénea de los oyentes. Casi siempre eran sólo los miembros del partido los que participaban en una manifestación de este tipo. El conjunto, sin disciplina alguna, se parecía más a un club de naipes que a una reunión del pueblo que acababa de pasar por su mayor revolución.



Con el fin de mantener este estado de ánimo pacífico, todo lo que se podía hacer fue hecho por pocos de los oradores. Hablaban, o mejor dicho, leían sobre todo discursos, al estilo de un ingenioso artículo de periódico o de un tratado científico, evitaban toda palabra fuerte y aquí y allá intercalaban un débil chiste de profesor, ante el cual la honorable mesa de la junta comenzaba a reír obedientemente; si no para reír a carcajadas, es decir, provocativamente, al menos elegantemente tenue y reservado.
¡E incluso esta mesa de tablero!
Una vez vi una reunión en el Wagner Hall de Múnich; se trataba de un mitin con motivo del regreso del día de la Batalla de las Naciones cerca de Leipzig. El discurso fue pronunciado o leído por un anciano caballero digno, profesor de alguna universidad. La junta se sentó en el podio. A la izquierda un monóculo, a la derecha un monóculo y en medio uno sin monóculo. Los tres con sus abrigos, de modo que se tenía la impresión de un tribunal de justicia que estaba a punto de ejecutarse o de un solemne bautismo de infantes, en todo caso de un acto de consagración más religioso. El llamado discurso, que podría haber quedado muy bien impreso, fue simplemente terrible en su efecto. Al cabo de tres cuartos de hora, toda la asamblea se quedaba dormitada en un estado de trance, sólo interrumpido por la partida de algunos hombres y mujeres, el estrépito de las camareras y los bostezos de oyentes cada vez más numerosos. Tres obreros, que estaban presentes en la reunión, ya sea por curiosidad o como puestos designados, y detrás de los cuales me coloqué, se miraban de vez en cuando con sonrisas mal disimuladas, y finalmente se golpeaban con los codos, tras lo cual abandonaron la sala muy silenciosamente. Era evidente que no querían molestar a cualquier precio. Esto realmente no era necesario con esta sociedad. Por fin, la reunión parecía llegar a su fin.

540 "asambleas de masas" burguesas

Después de que el profesor, cuya voz se había vuelto cada vez más tranquila, hubo concluido su conferencia, el presidente de la reunión, que llevaba entre los dos monóculos, se levantó y gritó a las «hermanas alemanas» y «hermanos» presentes cuán grande era su sentimiento de gratitud y cuánto debían sentirse en esta dirección por la conferencia única y maravillosa que el profesor X les había dado aquí de una manera tan agradable como completa y profunda y que era, en el sentido más estricto de la palabra, una "experiencia interior", incluso un "hecho". Significaría una profanación de esta hora solemne si a estas brillantes explicaciones se añadiera una discusión, de modo que se abstuviera de tal debate en interés de todos los presentes, y en su lugar pidiera a todos que se levantaran de sus asientos para unirse al grito "Encontramos un pueblo unido de hermanos", etc. Por último, como conclusión, pidió que se cantara el Deutschlied.

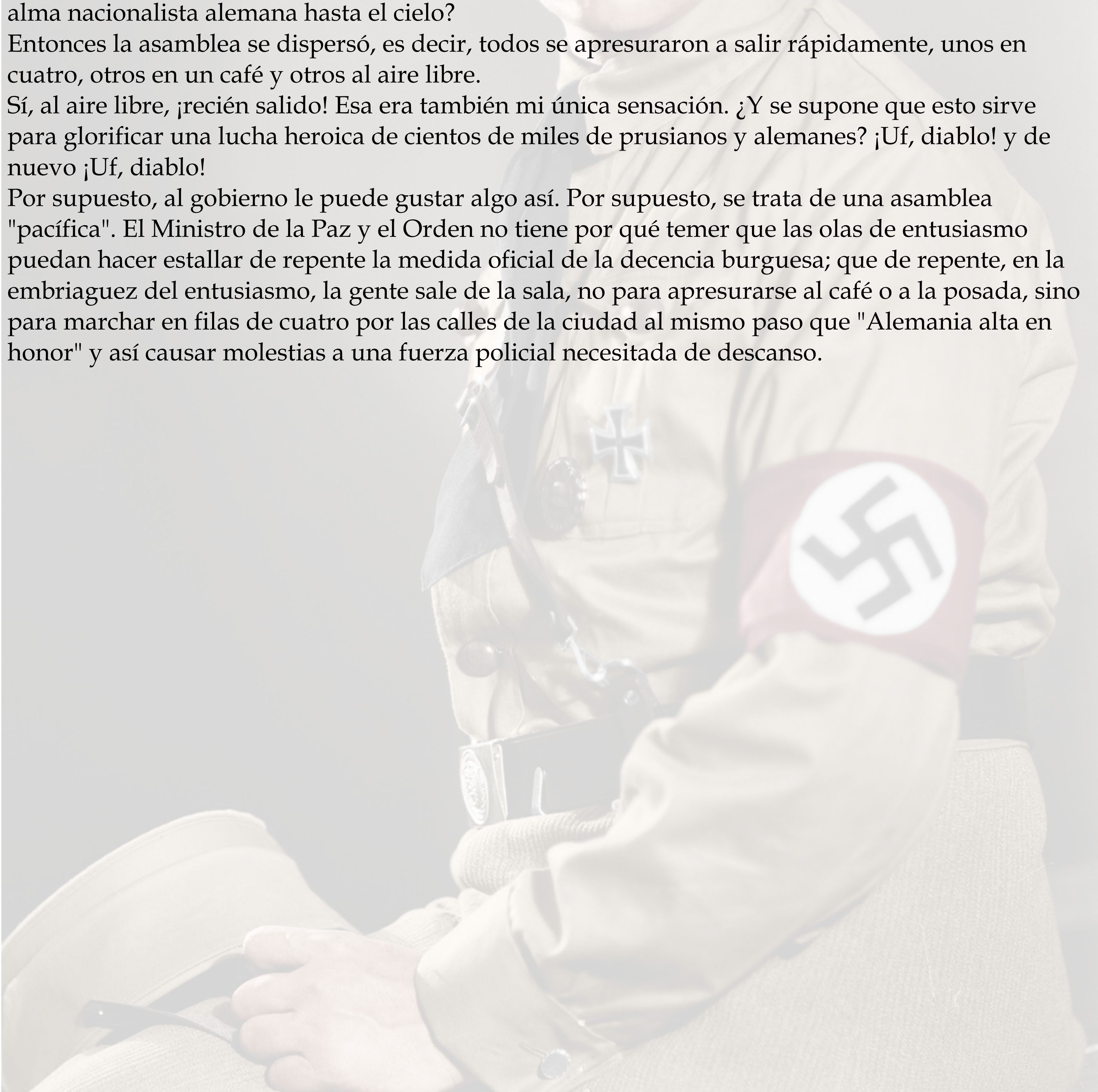
Y luego cantaron, y me pareció como si las voces se redujeran un poco más en la segunda estrofa, y sólo se hincharan poderosamente en el estribillo, y en la tercera esta sensación se intensificó, de modo que pensé que no todos estaban muy seguros del texto.

Pero, ¿qué importa esto cuando una canción así suena con todo fervor desde el corazón de un alma nacionalista alemana hasta el cielo?

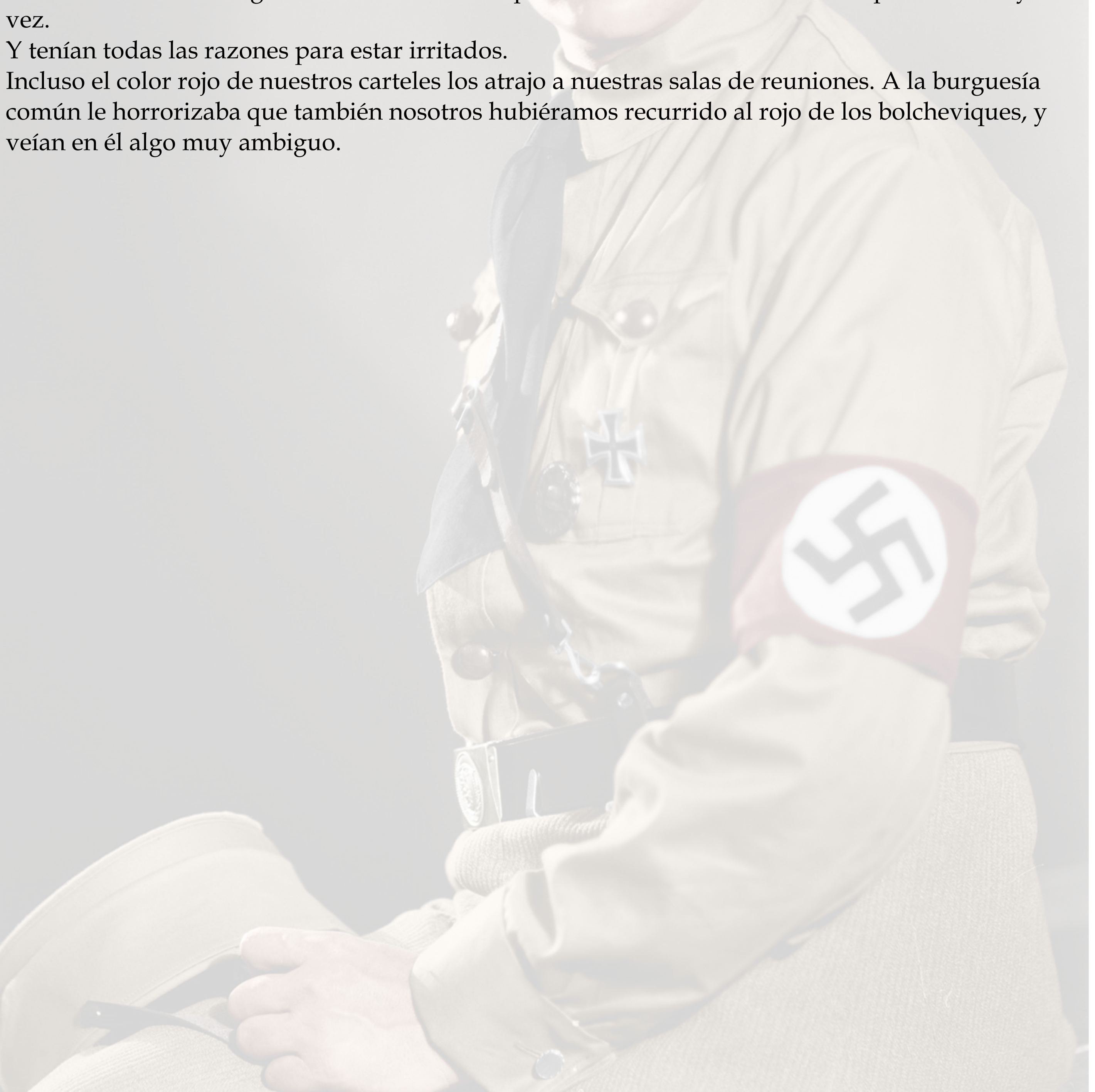
Entonces la asamblea se dispersó, es decir, todos se apresuraron a salir rápidamente, unos en cuatro, otros en un café y otros al aire libre.

Sí, al aire libre, ¡recién salido! Esa era también mi única sensación. ¿Y se supone que esto sirve para glorificar una lucha heroica de cientos de miles de prusianos y alemanes? ¡Uf, diablo! y de nuevo ¡Uf, diablo!

Por supuesto, al gobierno le puede gustar algo así. Por supuesto, se trata de una asamblea "pacífica". El Ministro de la Paz y el Orden no tiene por qué temer que las olas de entusiasmo puedan hacer estallar de repente la medida oficial de la decencia burguesa; que de repente, en la embriaguez del entusiasmo, la gente sale de la sala, no para apresurarse al café o a la posada, sino para marchar en filas de cuatro por las calles de la ciudad al mismo paso que "Alemania alta en honor" y así causar molestias a una fuerza policial necesitada de descanso.

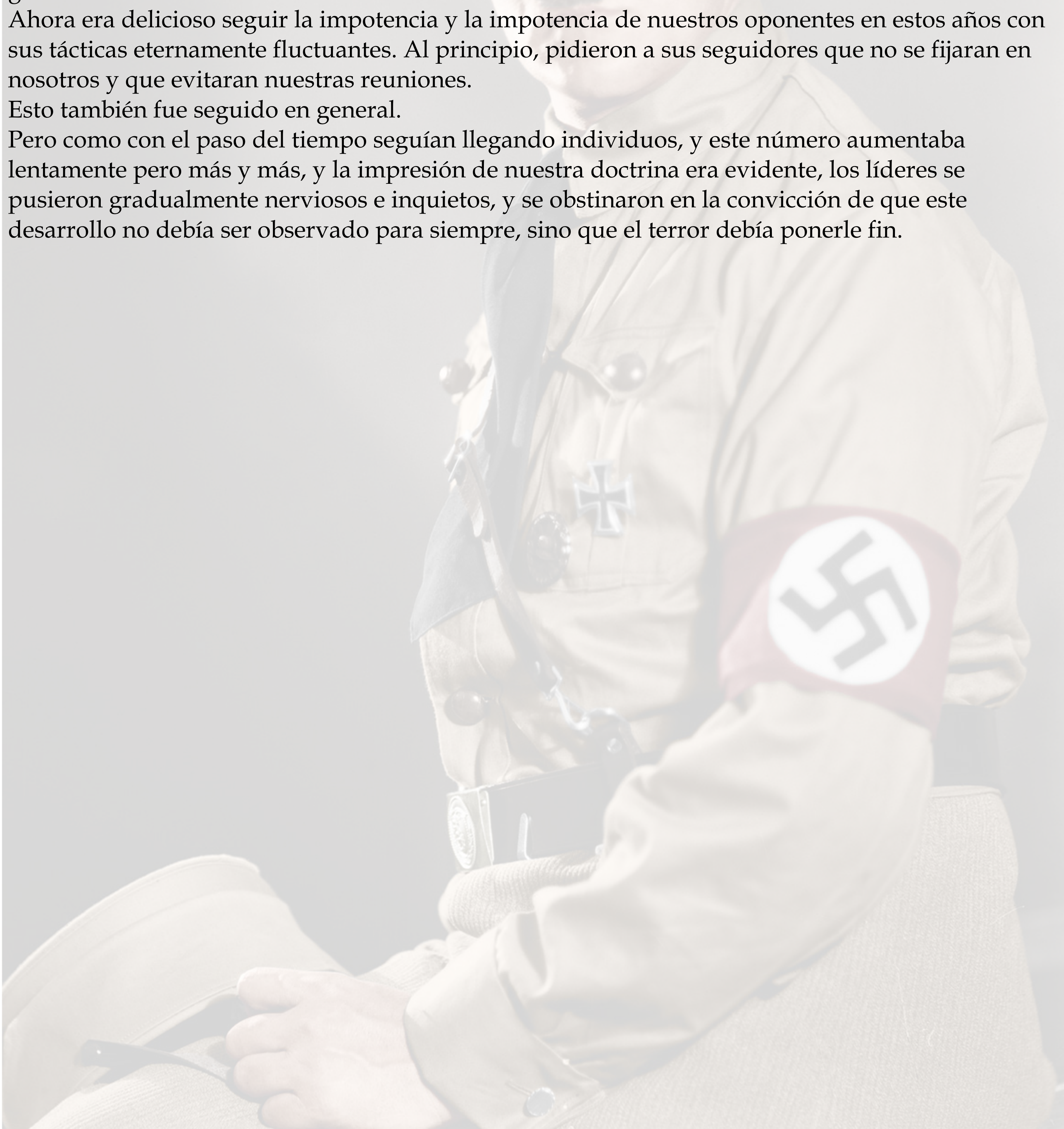


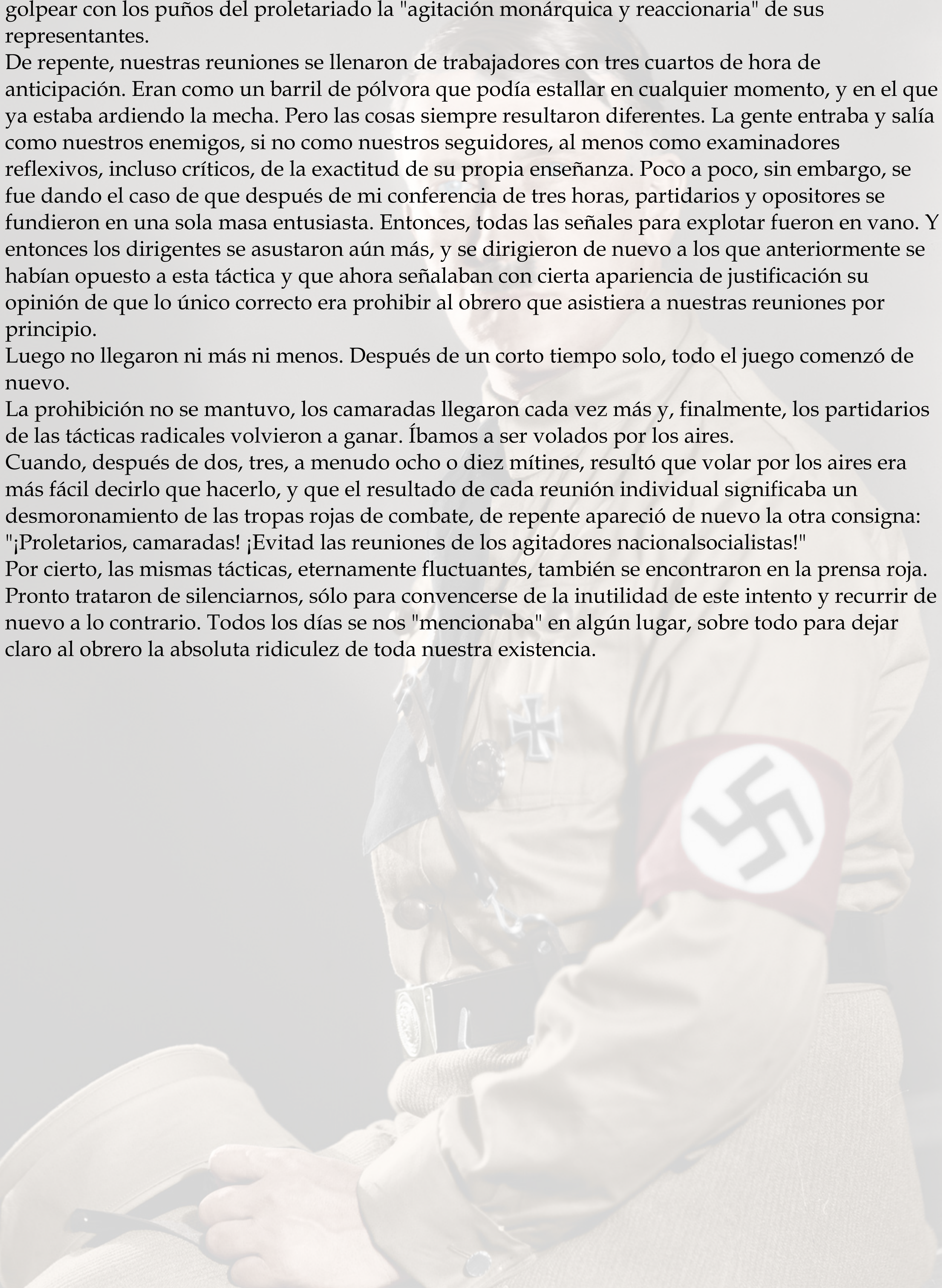
No, uno puede estar satisfecho con tales ciudadanos.
En contraste, las asambleas nacionalsocialistas no eran asambleas "pacíficas". Las olas de dos visiones del mundo chocaron entre sí, y no terminaron con la insípida recitación de alguna canción patriótica, sino con el estallido fanático de la pasión popular y nacional.
Era importante desde el principio introducir la disciplina ciega en nuestras asambleas y asegurar que la autoridad de la dirección de la asamblea estuviera estrictamente salvaguardada. Porque de lo que hablábamos no era de la débil tontería de un "orador" burgués, sino que siempre era apto por su contenido y forma para provocar al oponente a responder. ¡Y había oponentes en nuestras congregaciones! ¡Cuántas veces llegaban en gran número, agitadores individuales entre ellos y en todos los rostros reflejaban la convicción: ¡Hoy vamos a acabar con vosotros!
Sí, cuántas veces fueron literalmente conducidos en columnas en aquel entonces, nuestros amigos del color rojo, con la tarea de cortar todas las cosas esta noche y poner fin a la historia. Y cuántas veces todo estaba en su punto, y solo la energía despiadada de nuestra dirección de asamblea y la brutal audacia de la seguridad de nuestra sala podían frustrar la intención del oponente una y otra vez.
Y tenían todas las razones para estar irritados.
Incluso el color rojo de nuestros carteles los atrajo a nuestras salas de reuniones. A la burguesía común le horrorizaba que también nosotros hubiéramos recurrido al rojo de los bolcheviques, y veían en él algo muy ambiguo.



542 Los sospechosos carteles rojos

Los espíritus nacionalistas alemanes se susurraban una y otra vez la sospecha de que no éramos más que una variedad del marxismo, tal vez sólo marxistas disfrazados o los mejores socialistas. Porque estas mentes aún no han comprendido la diferencia entre el socialismo y el marxismo. Sobre todo cuando se descubrió que en nuestras reuniones no saludábamos a las "señoras y señores", sino sólo a los "camaradas del pueblo", y que entre nosotros sólo hablábamos de los camaradas de partido, el espectro marxista parecía haberse demostrado para muchos de nuestros adversarios. ¡Cuántas veces nos hemos sacudido de risa ante estos ingenuos cobardes burgueses, frente a las ingeniosas conjeturas sobre nuestros orígenes, nuestras intenciones y nuestro objetivo!
Hemos elegido el color rojo de nuestros carteles después de una cuidadosa y minuciosa consideración, con el fin de irritar a la parte izquierda, indignarla y atraerla a venir a nuestras reuniones, aunque sólo sea para disolverla, de modo que de esta manera pudiéramos hablar con la gente.
Ahora era delicioso seguir la impotencia y la impotencia de nuestros oponentes en estos años con sus tácticas eternamente fluctuantes. Al principio, pidieron a sus seguidores que no se fijaran en nosotros y que evitaran nuestras reuniones.
Esto también fue seguido en general.
Pero como con el paso del tiempo seguían llegando individuos, y este número aumentaba lentamente pero más y más, y la impresión de nuestra doctrina era evidente, los líderes se pusieron gradualmente nerviosos e inquietos, y se obstinaron en la convicción de que este desarrollo no debía ser observado para siempre, sino que el terror debía ponerle fin.

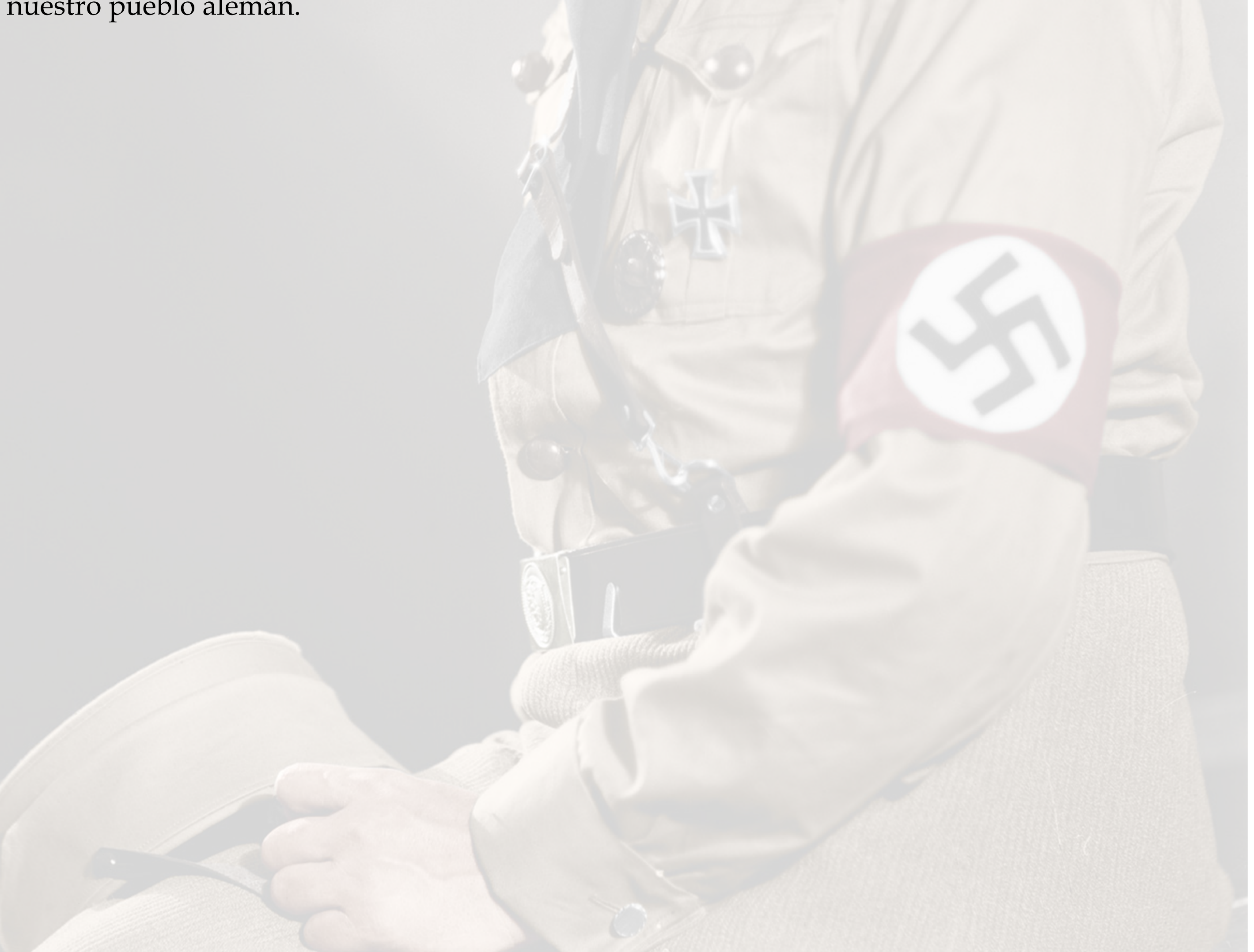


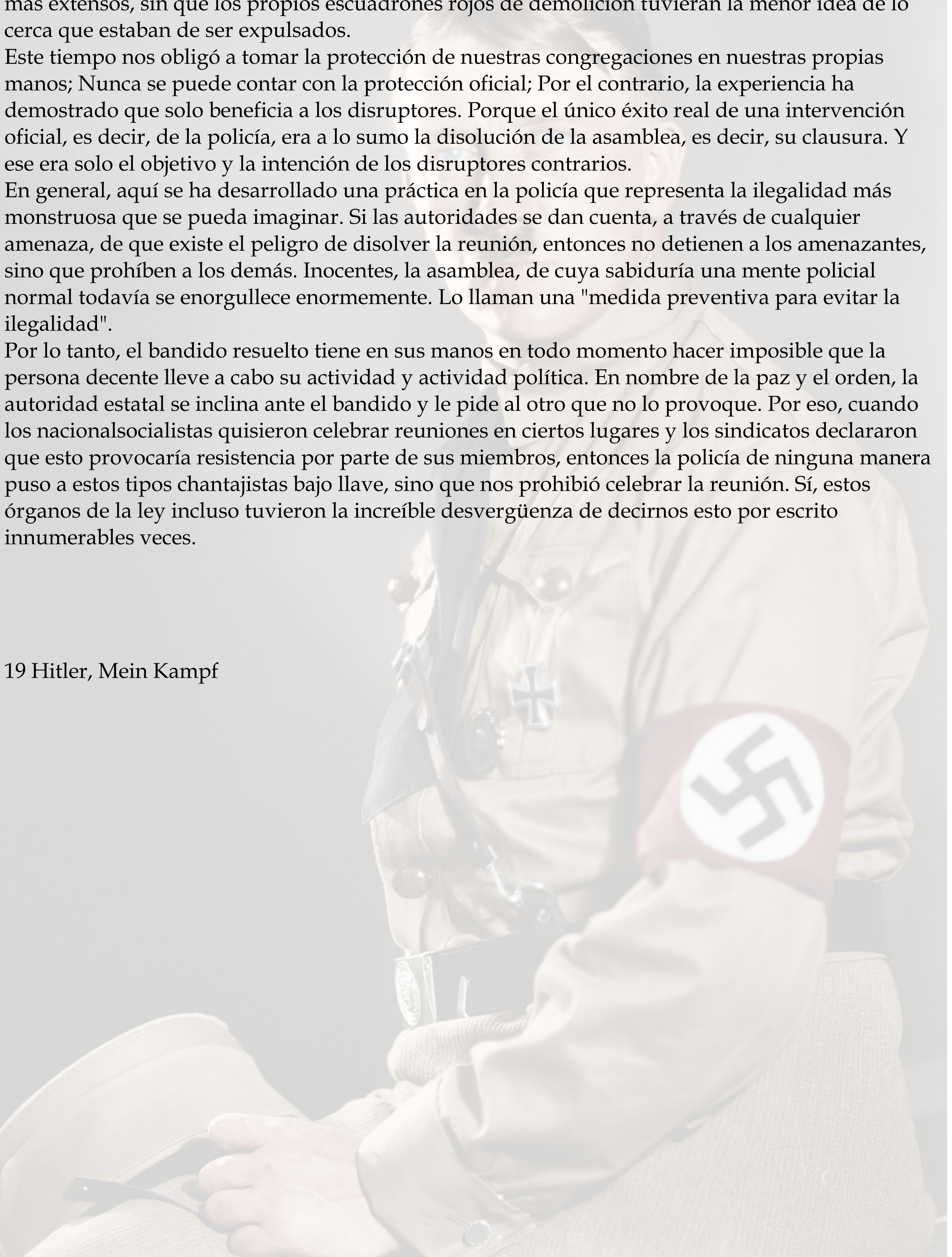


En consecuencia, se llamó a los "proletarios conscientes" a acudir en masa a nuestros mítines para golpear con los puños del proletariado la "agitación monárquica y reaccionaria" de sus representantes.
De repente, nuestras reuniones se llenaron de trabajadores con tres cuartos de hora de anticipación. Eran como un barril de pólvora que podía estallar en cualquier momento, y en el que ya estaba ardiendo la mecha. Pero las cosas siempre resultaron diferentes. La gente entraba y salía como nuestros enemigos, si no como nuestros seguidores, al menos como examinadores reflexivos, incluso críticos, de la exactitud de su propia enseñanza. Poco a poco, sin embargo, se fue dando el caso de que después de mi conferencia de tres horas, partidarios y opositores se fundieron en una sola masa entusiasta. Entonces, todas las señales para explotar fueron en vano. Y entonces los dirigentes se asustaron aún más, y se dirigieron de nuevo a los que anteriormente se habían opuesto a esta táctica y que ahora señalaban con cierta apariencia de justificación su opinión de que lo único correcto era prohibir al obrero que asistiera a nuestras reuniones por principio.
Luego no llegaron ni más ni menos. Después de un corto tiempo solo, todo el juego comenzó de nuevo.
La prohibición no se mantuvo, los camaradas llegaron cada vez más y, finalmente, los partidarios de las tácticas radicales volvieron a ganar. Íbamos a ser volados por los aires.
Cuando, después de dos, tres, a menudo ocho o diez mítines, resultó que volar por los aires era más fácil decirlo que hacerlo, y que el resultado de cada reunión individual significaba un desmoronamiento de las tropas rojas de combate, de repente apareció de nuevo la otra consigna: "¡Proletarios, camaradas! ¡Evitad las reuniones de los agitadores nacionalsocialistas!"
Por cierto, las mismas tácticas, eternamente fluctuantes, también se encontraron en la prensa roja. Pronto trataron de silenciarnos, sólo para convencerse de la inutilidad de este intento y recurrir de nuevo a lo contrario. Todos los días se nos "mencionaba" en algún lugar, sobre todo para dejar claro al obrero la absoluta ridiculez de toda nuestra existencia.

544 Los oponentes nos dan a conocer

Al cabo de algún tiempo, sin embargo, los caballeros debieron de sentir que esto no sólo no nos perjudicaba, sino que, por el contrario, nos beneficiaba en la medida en que muchos individuos tenían que preguntarse, naturalmente, por qué se dedicaban tantas palabras a una aparición si era tan ridícula. A la gente le entró la curiosidad. Entonces, de repente, se balancearon y comenzaron a tratarnos durante un tiempo como verdaderos criminales generales de la humanidad. Artículo tras artículo, en el que se explicaba y demostraba una y otra vez nuestra criminalidad, las historias escandalosas, aunque se chuparan de los dedos de la A a la Z, deberían hacer el resto. Pero la ineficacia de estos ataques parecía haber quedado convencida al poco tiempo; Básicamente, todo esto solo ayudó a concentrar la atención general en nosotros.
En ese momento, tomé la posición: no importa si se ríen o nos regañan, si nos hacen pasar por bufones o criminales; Lo principal es que nos mencionen, que se ocupen de nosotros una y otra vez, y que poco a poco aparezcamos a los ojos de los propios obreros como el único poder con el que todavía se está librando un conflicto en este momento. Lo que realmente somos y lo que realmente queremos, se lo mostraremos a la prensa judía un buen día.
Sin embargo, una de las razones por las que no se solía hacer estallar directamente a nuestras congregaciones en ese momento era también la increíble cobardía de los líderes de nuestros oponentes. En todos los casos críticos, enviaron conejitos por delante, a lo sumo esperando fuera de los pasillos el resultado de la voladura.
Casi siempre estábamos muy bien informados de las intenciones de los caballeros. No sólo porque, por razones de conveniencia, nosotros mismos dejamos a muchos camaradas del Partido dentro de las formaciones rojas, sino porque los propios tiradores de cables rojos fueron presa de una verbosidad, en este caso muy útil para nosotros, como desgraciadamente muy común entre nuestro pueblo alemán.

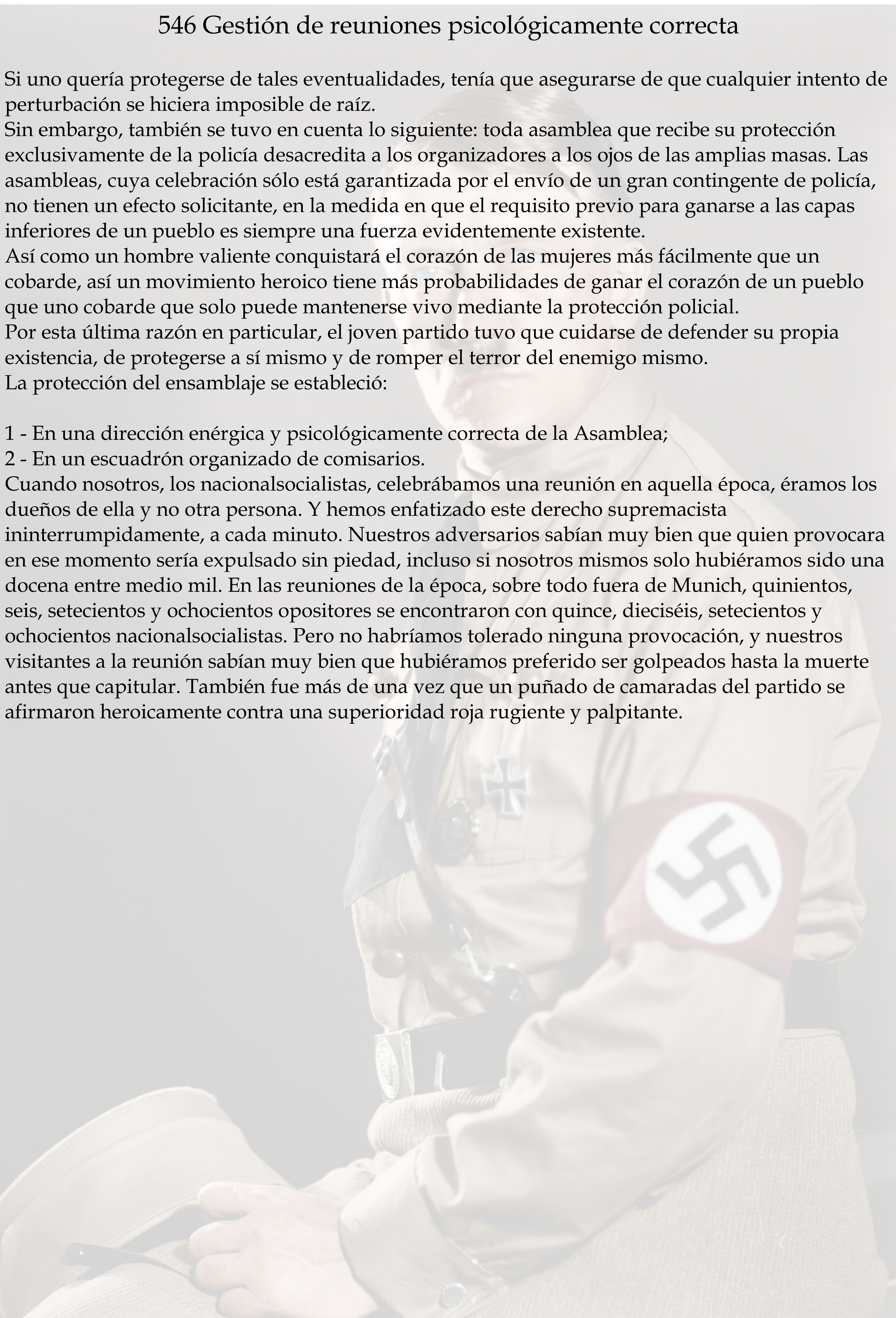




Práctica policial ilegal 545

No podían mantenerse firmes cuando habían incubado tal cosa, y por lo general cacareaban antes de que se pusiera el huevo. De este modo, a menudo y a menudo habíamos hecho los preparativos más extensos, sin que los propios escuadrones rojos de demolición tuvieran la menor idea de lo cerca que estaban de ser expulsados.
Este tiempo nos obligó a tomar la protección de nuestras congregaciones en nuestras propias manos; Nunca se puede contar con la protección oficial; Por el contrario, la experiencia ha demostrado que solo beneficia a los disruptores. Porque el único éxito real de una intervención oficial, es decir, de la policía, era a lo sumo la disolución de la asamblea, es decir, su clausura. Y ese era solo el objetivo y la intención de los disruptores contrarios.
En general, aquí se ha desarrollado una práctica en la policía que representa la ilegalidad más monstruosa que se pueda imaginar. Si las autoridades se dan cuenta, a través de cualquier amenaza, de que existe el peligro de disolver la reunión, entonces no detienen a los amenazantes, sino que prohíben a los demás. Inocentes, la asamblea, de cuya sabiduría una mente policial normal todavía se enorgullece enormemente. Lo llaman una "medida preventiva para evitar la ilegalidad".
Por lo tanto, el bandido resuelto tiene en sus manos en todo momento hacer imposible que la persona decente lleve a cabo su actividad y actividad política. En nombre de la paz y el orden, la autoridad estatal se inclina ante el bandido y le pide al otro que no lo provoque. Por eso, cuando los nacionalsocialistas quisieron celebrar reuniones en ciertos lugares y los sindicatos declararon que esto provocaría resistencia por parte de sus miembros, entonces la policía de ninguna manera puso a estos tipos chantajistas bajo llave, sino que nos prohibió celebrar la reunión. Sí, estos órganos de la ley incluso tuvieron la increíble desvergüenza de decirnos esto por escrito innumerables veces.

19 Hitler, Mein Kampf

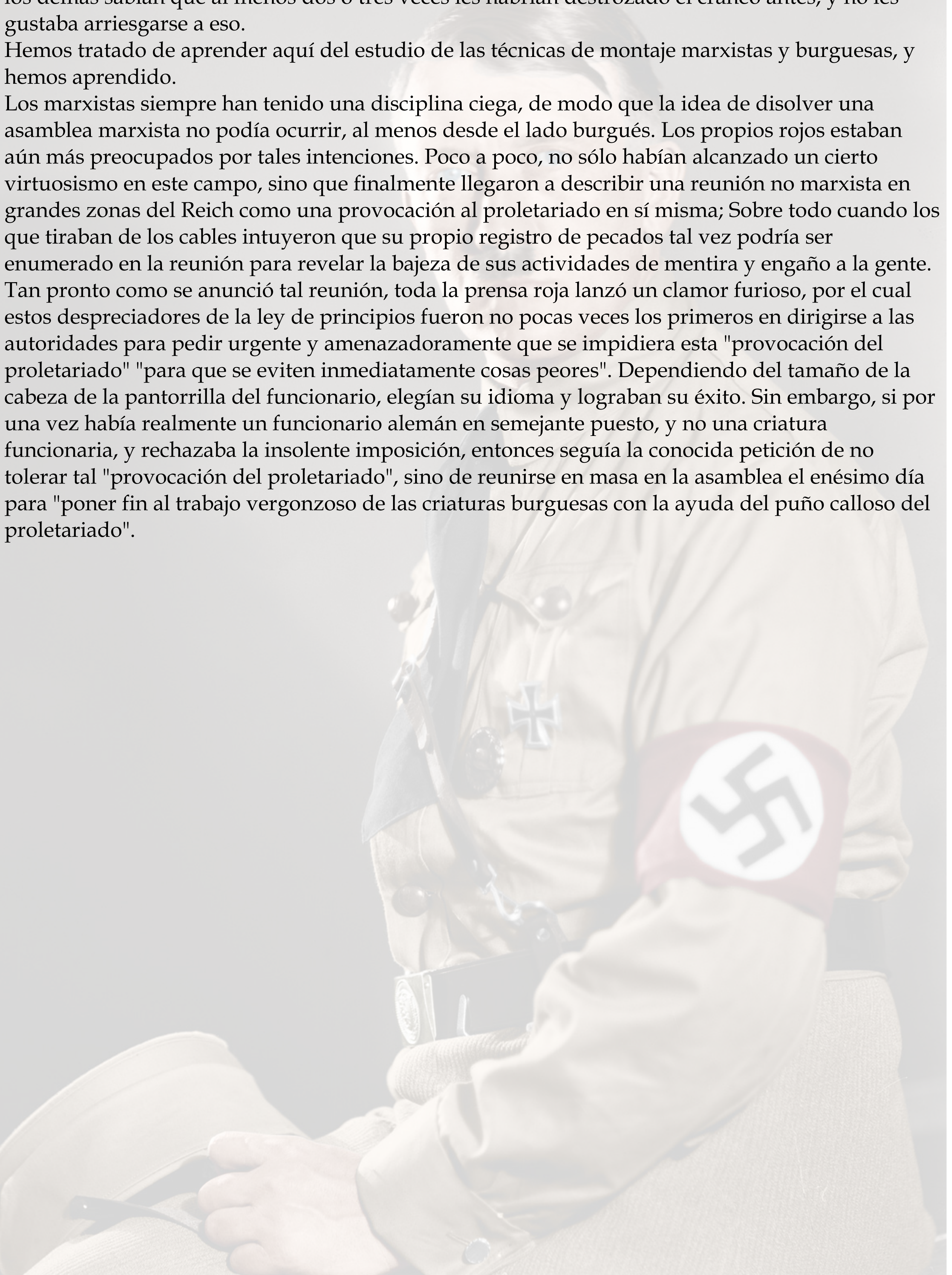


546 Gestión de reuniones psicológicamente correcta

Si uno quería protegerse de tales eventualidades, tenía que asegurarse de que cualquier intento de perturbación se hiciera imposible de raíz.
Sin embargo, también se tuvo en cuenta lo siguiente: toda asamblea que recibe su protección exclusivamente de la policía desacredita a los organizadores a los ojos de las amplias masas. Las asambleas, cuya celebración sólo está garantizada por el envío de un gran contingente de policía, no tienen un efecto solicitante, en la medida en que el requisito previo para ganarse a las capas inferiores de un pueblo es siempre una fuerza evidentemente existente.
Así como un hombre valiente conquistará el corazón de las mujeres más fácilmente que un cobarde, así un movimiento heroico tiene más probabilidades de ganar el corazón de un pueblo que uno cobarde que solo puede mantenerse vivo mediante la protección policial.
Por esta última razón en particular, el joven partido tuvo que cuidarse de defender su propia existencia, de protegerse a sí mismo y de romper el terror del enemigo mismo.
La protección del ensamblaje se estableció:

1 - En una dirección enérgica y psicológicamente correcta de la Asamblea;
2 - En un escuadrón organizado de comisarios.
Cuando nosotros, los nacionalsocialistas, celebrábamos una reunión en aquella época, éramos los dueños de ella y no otra persona. Y hemos enfatizado este derecho supremacista ininterrumpidamente, a cada minuto. Nuestros adversarios sabían muy bien que quien provocara en ese momento sería expulsado sin piedad, incluso si nosotros mismos solo hubiéramos sido una docena entre medio mil. En las reuniones de la época, sobre todo fuera de Munich, quinientos, seis, setecientos y ochocientos opositores se encontraron con quince, dieciséis, setecientos y ochocientos nacionalsocialistas. Pero no habríamos tolerado ninguna provocación, y nuestros visitantes a la reunión sabían muy bien que hubiéramos preferido ser golpeados hasta la muerte antes que capitular. También fue más de una vez que un puñado de camaradas del partido se afirmaron heroicamente contra una superioridad roja rugiente y palpitante.

Ciertamente, en tales casos, estos quince o veinte hombres habrían sido abrumados al final. Pero los demás sabían que al menos dos o tres veces les habrían destrozado el cráneo antes, y no les gustaba arriesgarse a eso.
Hemos tratado de aprender aquí del estudio de las técnicas de montaje marxistas y burguesas, y hemos aprendido.
Los marxistas siempre han tenido una disciplina ciega, de modo que la idea de disolver una asamblea marxista no podía ocurrir, al menos desde el lado burgués. Los propios rojos estaban aún más preocupados por tales intenciones. Poco a poco, no sólo habían alcanzado un cierto virtuosismo en este campo, sino que finalmente llegaron a describir una reunión no marxista en grandes zonas del Reich como una provocación al proletariado en sí misma; Sobre todo cuando los que tiraban de los cables intuyeron que su propio registro de pecados tal vez podría ser enumerado en la reunión para revelar la bajeza de sus actividades de mentira y engaño a la gente. Tan pronto como se anunció tal reunión, toda la prensa roja lanzó un clamor furioso, por el cual estos despreciadores de la ley de principios fueron no pocas veces los primeros en dirigirse a las autoridades para pedir urgente y amenazadoramente que se impidiera esta "provocación del proletariado" "para que se eviten inmediatamente cosas peores". Dependiendo del tamaño de la cabeza de la pantorrilla del funcionario, elegían su idioma y lograban su éxito. Sin embargo, si por una vez había realmente un funcionario alemán en semejante puesto, y no una criatura funcionaria, y rechazaba la insolente imposición, entonces seguía la conocida petición de no tolerar tal "provocación del proletariado", sino de reunirse en masa en la asamblea el enésimo día para "poner fin al trabajo vergonzoso de las criaturas burguesas con la ayuda del puño calloso del proletariado".

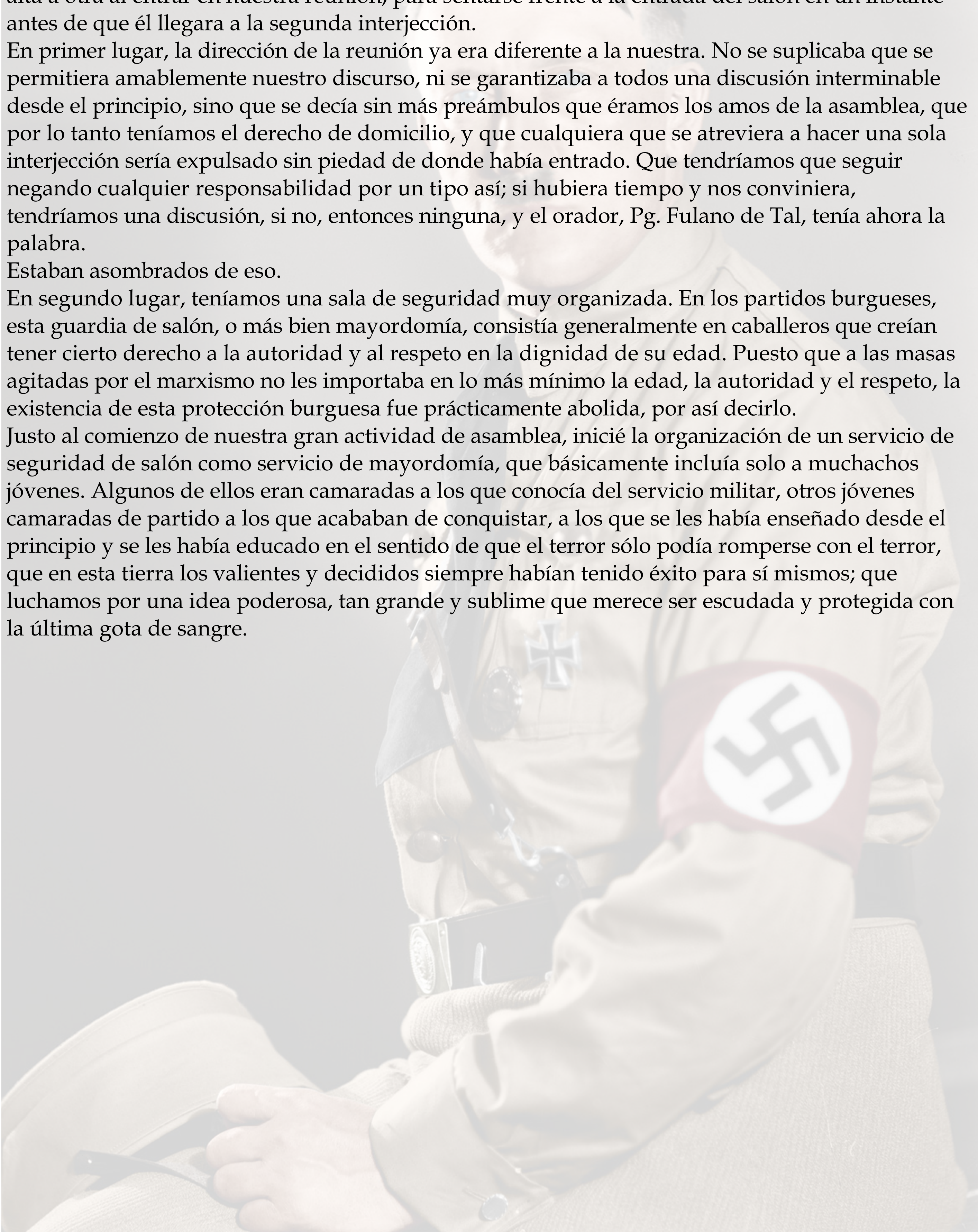


548 Técnica de montaje cívico

Ahora bien, hay que haber visto semejante asamblea burguesa, hay que haber presenciado su dirección en toda su miseria y miedo. Muy a menudo, una reunión se cancelaba por completo en respuesta a tales amenazas. Pero el miedo era siempre tan grande que, en lugar de las ocho, rara vez se llegaba a la apertura antes de las nueve menos cuarto o las nueve. El presidente trató entonces de dejar claro a los "caballeros de la oposición" presentes, por medio de veintinueve cumplidos, cuánto él y todos los demás presentes estaban interiormente contentos (¡mentira descarada!) por la visita de hombres que aún no estaban en su terreno, porque sólo a través de la discusión mutua (que prometió solemnemente desde el principio) se podrían acercar los puntos de vista. Se podría despertar el entendimiento mutuo y se podría construir un puente. Con lo cual aseguró de paso que no era de ninguna manera la intención de la asamblea alejar a la gente de su opinión anterior. De ninguna manera no, cada uno debe salvarse a su manera, sino también dejar que el otro se salve, y por lo tanto, pidió que se permitiera al orador completar sus observaciones, que de todos modos no serían muy largas, y que no se ofreciera al mundo el vergonzoso espectáculo de la lucha fraternal interna alemana también en esta reunión. Brrrr.
Sin embargo, la gente fraternal de la izquierda generalmente no entendía esto; Pero antes de que el orador hubiera comenzado, tuvo que empacar bajo los insultos más salvajes; Y a menudo se tenía la impresión de que todavía estaba agradecido al destino por el rápido acortamiento del torturado procedimiento. Tales altares burgueses de la asamblea abandonaban la arena en un tremendo espectáculo, a menos que volaran por las escaleras con las cabezas abolladas, lo que a menudo ocurría.

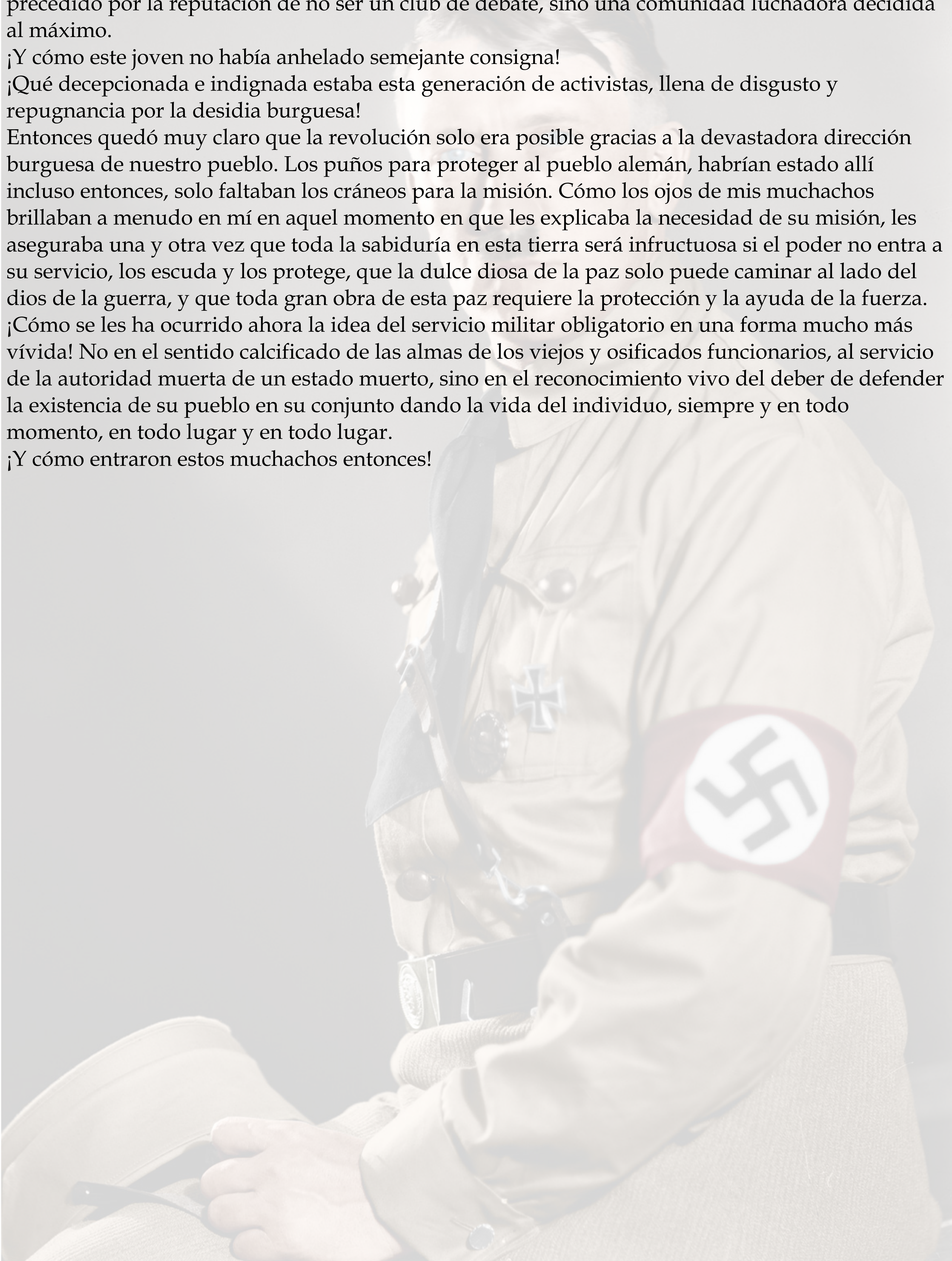


De modo que significó algo nuevo para los marxistas cuando nosotros, los nacionalsocialistas, establecimos nuestros primeros mítines, y sobre todo cómo los planteamos. Entraron convencidos de que, por supuesto, podían repetir el pequeño juego que tantas veces habían jugado con nosotros. "¡Hoy vamos a dar por terminado el día!" Cuántas personas no gritaron esta frase en voz alta a otra al entrar en nuestra reunión, para sentarse frente a la entrada del salón en un instante antes de que él llegara a la segunda interjección.
En primer lugar, la dirección de la reunión ya era diferente a la nuestra. No se suplicaba que se permitiera amablemente nuestro discurso, ni se garantizaba a todos una discusión interminable desde el principio, sino que se decía sin más preámbulos que éramos los amos de la asamblea, que por lo tanto teníamos el derecho de domicilio, y que cualquiera que se atreviera a hacer una sola interjección sería expulsado sin piedad de donde había entrado. Que tendríamos que seguir negando cualquier responsabilidad por un tipo así; si hubiera tiempo y nos conviniera, tendríamos una discusión, si no, entonces ninguna, y el orador, Pg. Fulano de Tal, tenía ahora la palabra.
Estaban asombrados de eso.
En segundo lugar, teníamos una sala de seguridad muy organizada. En los partidos burgueses, esta guardia de salón, o más bien mayordomía, consistía generalmente en caballeros que creían tener cierto derecho a la autoridad y al respeto en la dignidad de su edad. Puesto que a las masas agitadas por el marxismo no les importaba en lo más mínimo la edad, la autoridad y el respeto, la existencia de esta protección burguesa fue prácticamente abolida, por así decirlo.
Justo al comienzo de nuestra gran actividad de asamblea, inicié la organización de un servicio de seguridad de salón como servicio de mayordomía, que básicamente incluía solo a muchachos jóvenes. Algunos de ellos eran camaradas a los que conocía del servicio militar, otros jóvenes camaradas de partido a los que acababan de conquistar, a los que se les había enseñado desde el principio y se les había educado en el sentido de que el terror sólo podía romperse con el terror, que en esta tierra los valientes y decididos siempre habían tenido éxito para sí mismos; que luchamos por una idea poderosa, tan grande y sublime que merece ser escudada y protegida con la última gota de sangre.



550 Tropas de orden Nacionalsocialistas

Estaban imbuidos de la doctrina de que cuando la razón calla y la fuerza tiene la decisión final, la mejor arma de defensa reside en la ofensiva; y que nuestro grupo de comisarios debe estar precedido por la reputación de no ser un club de debate, sino una comunidad luchadora decidida al máximo.
¡Y cómo este joven no había anhelado semejante consigna!
¡Qué decepcionada e indignada estaba esta generación de activistas, llena de disgusto y repugnancia por la desidia burguesa!
Entonces quedó muy claro que la revolución solo era posible gracias a la devastadora dirección burguesa de nuestro pueblo. Los puños para proteger al pueblo alemán, habrían estado allí incluso entonces, solo faltaban los cráneos para la misión. Cómo los ojos de mis muchachos brillaban a menudo en mí en aquel momento en que les explicaba la necesidad de su misión, les aseguraba una y otra vez que toda la sabiduría en esta tierra será infructuosa si el poder no entra a su servicio, los escuda y los protege, que la dulce diosa de la paz solo puede caminar al lado del dios de la guerra, y que toda gran obra de esta paz requiere la protección y la ayuda de la fuerza.
¡Cómo se les ha ocurrido ahora la idea del servicio militar obligatorio en una forma mucho más vívida! No en el sentido calcificado de las almas de los viejos y osificados funcionarios, al servicio de la autoridad muerta de un estado muerto, sino en el reconocimiento vivo del deber de defender la existencia de su pueblo en su conjunto dando la vida del individuo, siempre y en todo momento, en todo lugar y en todo lugar.
¡Y cómo entraron estos muchachos entonces!



Significado del símbolo unificado 551

Como un enjambre de avispas, volaban contra los perturbadores de nuestras reuniones, sin importarle su superioridad, y por grande que fuera, sin importar las heridas y las víctimas sangrientas, estaban completamente imbuidos de la gran idea de dar rienda suelta a la sagrada misión de nuestro movimiento.

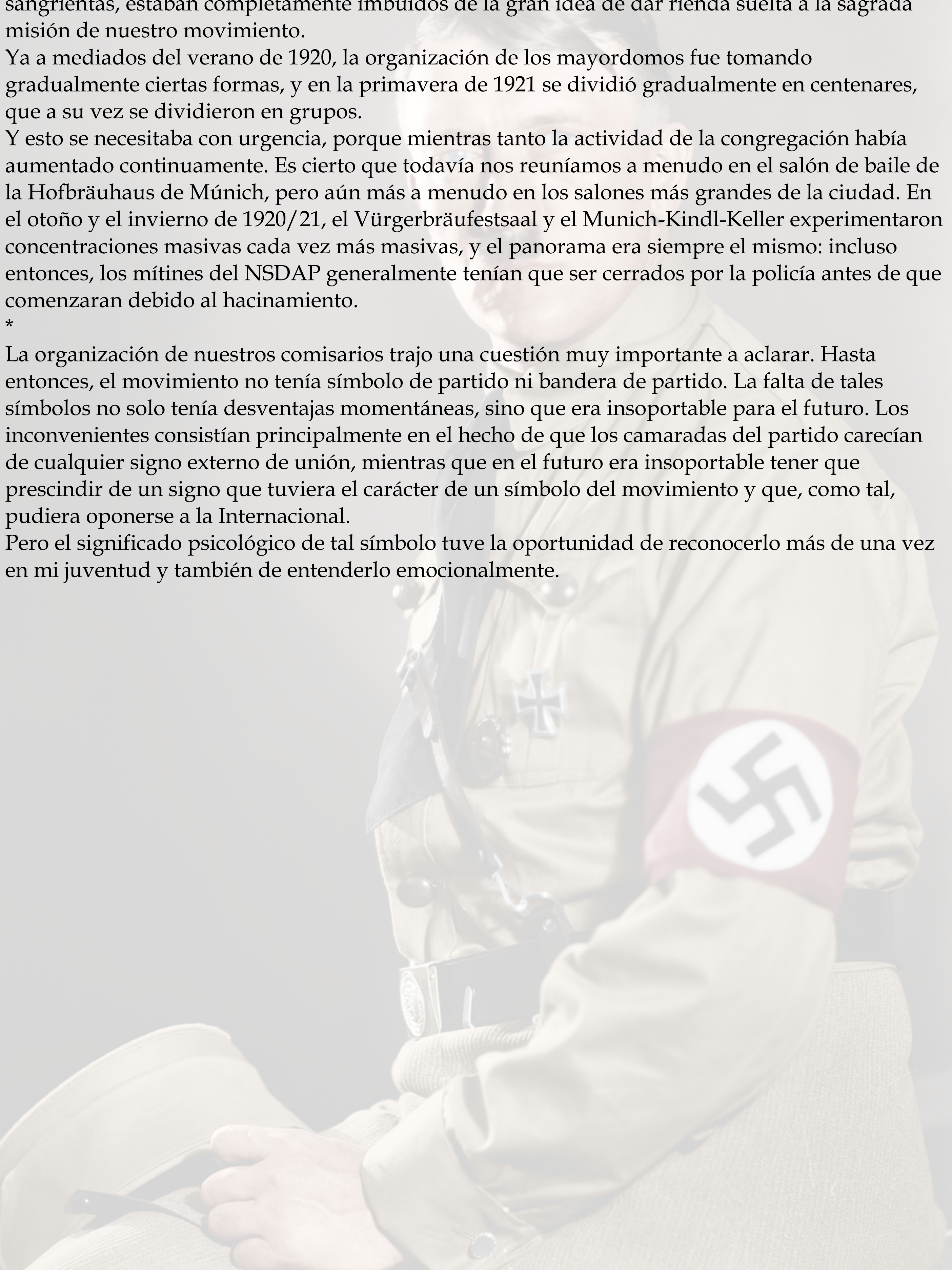
Ya a mediados del verano de 1920, la organización de los mayordomos fue tomando gradualmente ciertas formas, y en la primavera de 1921 se dividió gradualmente en centenares, que a su vez se dividieron en grupos.

Y esto se necesitaba con urgencia, porque mientras tanto la actividad de la congregación había aumentado continuamente. Es cierto que todavía nos reuníamos a menudo en el salón de baile de la Hofbräuhaus de Múnich, pero aún más a menudo en los salones más grandes de la ciudad. En el otoño y el invierno de 1920/21, el Vürgerbräufestsaal y el Munich-Kindl-Keller experimentaron concentraciones masivas cada vez más masivas, y el panorama era siempre el mismo: incluso entonces, los mítines del NSDAP generalmente tenían que ser cerrados por la policía antes de que comenzaran debido al hacinamiento.

*

La organización de nuestros comisarios trajo una cuestión muy importante a aclarar. Hasta entonces, el movimiento no tenía símbolo de partido ni bandera de partido. La falta de tales símbolos no solo tenía desventajas momentáneas, sino que era insoportable para el futuro. Los inconvenientes consistían principalmente en el hecho de que los camaradas del partido carecían de cualquier signo externo de unión, mientras que en el futuro era insoportable tener que prescindir de un signo que tuviera el carácter de un símbolo del movimiento y que, como tal, pudiera oponerse a la Internacional.

Pero el significado psicológico de tal símbolo tuve la oportunidad de reconocerlo más de una vez en mi juventud y también de entenderlo emocionalmente.



552 Viejo y nuevo negro-rojo-oro

Después de la guerra viví una manifestación masiva de marxismo en Berlín frente al Palacio Real y Lustgarten. Un mar de banderas rojas, vendas rojas y flores rojas dieron a esta manifestación, en la que participaron unas ciento veinte mil personas, una apariencia puramente poderosa en apariencia. Pude sentir y comprender por mí mismo la facilidad con que el hombre del pueblo sucumbe a la magia sugestiva de un espectáculo de aspecto tan grandioso.

La burguesía, que no presenta ni representa ninguna visión del mundo en la política de partidos, no tenía, por lo tanto, una bandera propia. Estaba formado por "patriotas" y, por lo tanto, caminaba con los colores del imperio. Si estos hubieran sido ellos mismos el símbolo de una cierta visión del mundo, entonces se podría haber entendido que los poseedores del estado también veían en su bandera al representante de su visión del mundo, ya que el símbolo de su visión del mundo se había convertido en el estado y la bandera imperial a través de su propia actividad. Pero no fue así como se comportaron las cosas.

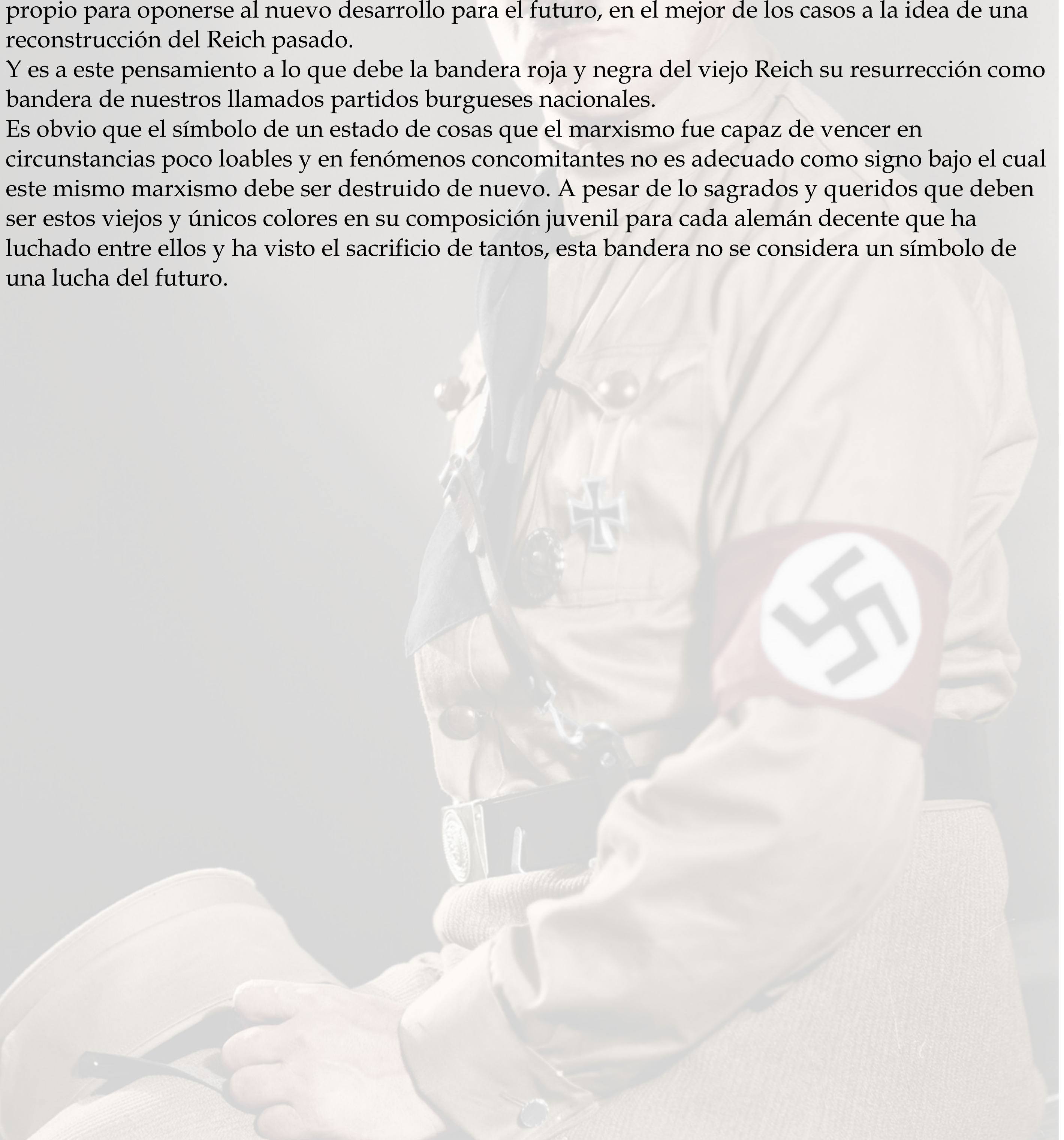
El Reich había sido construido sin la ayuda de la burguesía alemana, y la bandera misma había nacido del vientre de la guerra. Por lo tanto, sin embargo, en realidad era sólo una bandera de Estado y no tenía ningún significado en el sentido de una misión ideológica especial.

Sólo en un lugar de la zona de habla alemana había algo parecido a la bandera de un partido burgués, en la Austria alemana. Al elegir los colores de la década de 1940, Negro-Rojo-Eold, como bandera de su partido, una parte de la burguesía nacional creó allí un símbolo que, aunque ideológicamente sin ningún significado, tenía sin embargo un carácter revolucionario en términos de política estatal. Los enemigos más acérrimos de esta bandera negra y roja eran en aquel momento —y esto no debe olvidarse hoy— los socialdemócratas y los socialistas cristianos o los clérigos. Fueron ellos los que insultaron, mancillaron y ensuciaron estos colores en ese momento, al igual que más tarde, en 1918, arrastraron al negro, blanco y rojo a la cuneta.



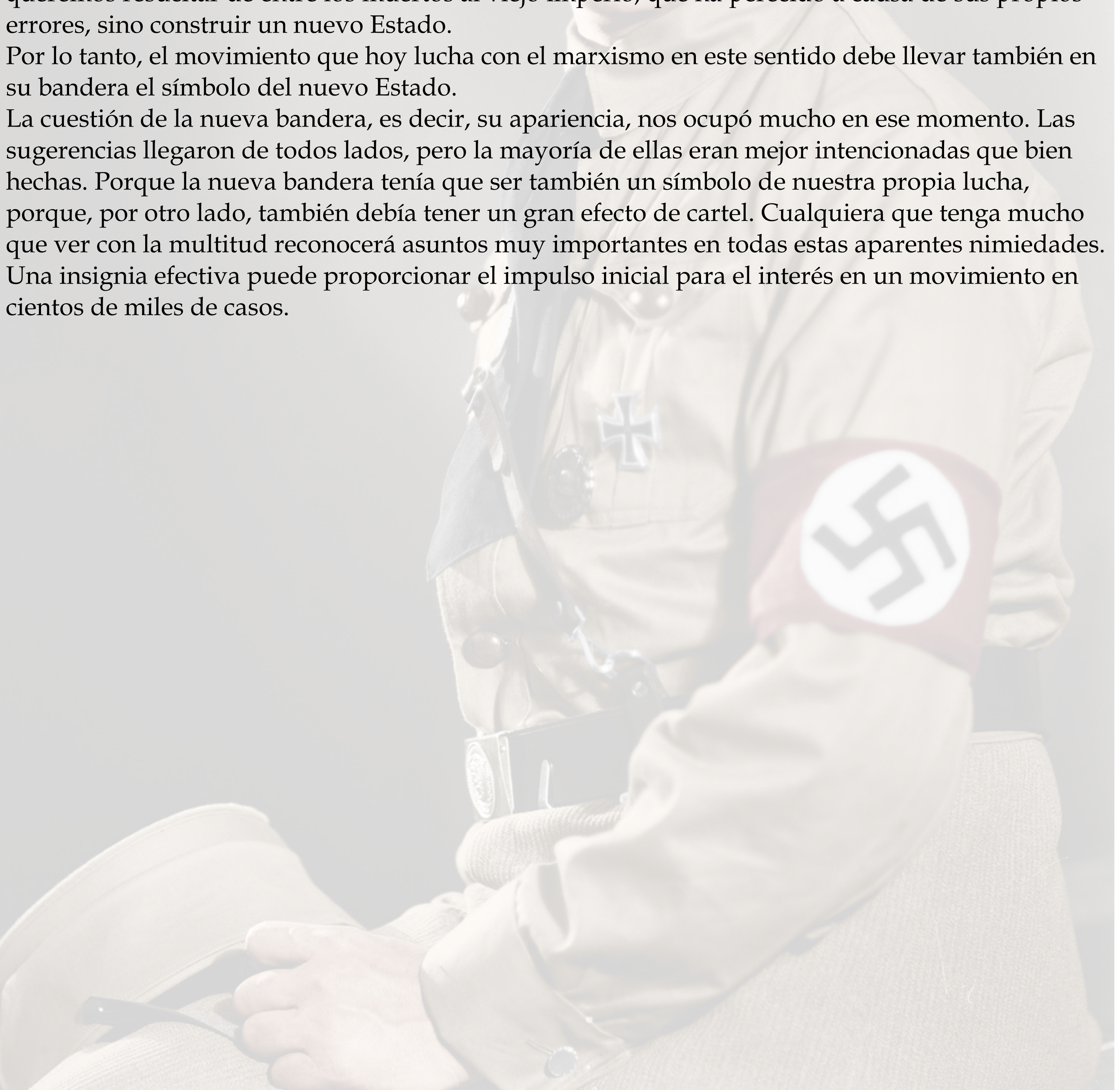
Vieja y nueva bandera imperial 553

Ciertamente, el negro-rojo-oro de los partidos alemanes de la vieja Austria era el color del año 48, es decir, de una época que pudo haber sido fantástica, pero que en detalle poseía a las almas alemanas más honestas como representantes, incluso si el judío permanecía invisiblemente en el fondo como el autor intelectual. En consecuencia, fue sólo la traición a la patria y el desvergonzado trueque del pueblo alemán y de la propiedad alemana lo que hizo que estas banderas simpatizaran tanto con el marxismo y el Centro que ahora las veneran como el santuario más alto y establecen sus propias banderas para proteger la bandera que una vez escupieron.
Así, hasta 1920, al marxismo no se le oponía de hecho una bandera que hubiera encarnado ideológicamente la oposición polar a él. Porque, aunque la burguesía alemana, en sus mejores partidos después de 1918, ya no quería aceptar como símbolo propio la bandera imperial negra, roja y dorada, que ahora se había descubierto de repente, ella misma no tenía ningún programa propio para oponerse al nuevo desarrollo para el futuro, en el mejor de los casos a la idea de una reconstrucción del Reich pasado.
Y es a este pensamiento a lo que debe la bandera roja y negra del viejo Reich su resurrección como bandera de nuestros llamados partidos burgueses nacionales.
Es obvio que el símbolo de un estado de cosas que el marxismo fue capaz de vencer en circunstancias poco loables y en fenómenos concomitantes no es adecuado como signo bajo el cual este mismo marxismo debe ser destruido de nuevo. A pesar de lo sagrados y queridos que deben ser estos viejos y únicos colores en su composición juvenil para cada alemán decente que ha luchado entre ellos y ha visto el sacrificio de tantos, esta bandera no se considera un símbolo de una lucha del futuro.



554 Vieja y nueva bandera imperial

A diferencia de los políticos burgueses, en nuestro movimiento siempre he sido de la opinión de que es un verdadero golpe de suerte para la nación alemana haber perdido la vieja bandera. Lo que la república hace bajo su bandera puede seguir siendo lo mismo para nosotros. Sin embargo, desde el fondo de nuestros corazones, debemos agradecer al destino por haber salvado amablemente la bandera de guerra más gloriosa de todos los tiempos de ser utilizada como lecho de la prostitución más vergonzosa. El imperio de hoy, que se vende a sí mismo y a sus ciudadanos, nunca debería enarbolar la bandera negra, blanca y roja de honor y héroe.
Mientras dure la desgracia de noviembre, también puede llevar su cáscara exterior y no tratar de robársela a un pasado aún más honesto. Nuestros políticos burgueses deberían inculcar en sus conciencias que quien quiera la bandera negra, blanca y roja para este Estado está cometiendo un robo de nuestro pasado. En realidad, la antigua bandera sólo era adecuada para el antiguo Reich, del mismo modo que, elogio a Dios y gracias, la República eligió la que le convenía.
Esa fue también la razón por la que nosotros, los nacionalsocialistas, no hubiéramos podido ver en el izamiento de la vieja bandera un símbolo expresivo de nuestra propia actividad. Porque no queremos resucitar de entre los muertos al viejo imperio, que ha perecido a causa de sus propios errores, sino construir un nuevo Estado.
Por lo tanto, el movimiento que hoy lucha con el marxismo en este sentido debe llevar también en su bandera el símbolo del nuevo Estado.
La cuestión de la nueva bandera, es decir, su apariencia, nos ocupó mucho en ese momento. Las sugerencias llegaron de todos lados, pero la mayoría de ellas eran mejor intencionadas que bien hechas. Porque la nueva bandera tenía que ser también un símbolo de nuestra propia lucha, porque, por otro lado, también debía tener un gran efecto de cartel. Cualquiera que tenga mucho que ver con la multitud reconocerá asuntos muy importantes en todas estas aparentes nimiedades. Una insignia efectiva puede proporcionar el impulso inicial para el interés en un movimiento en cientos de miles de casos.



Por esta razón, hemos tenido que rechazar todas las propuestas de identificar nuestro movimiento con el viejo Estado o, más exactamente, con aquellos partidos débiles cuyo único objetivo político es el restablecimiento de las condiciones pasadas por medio de una bandera blanca, como han propuesto muchos sectores. Además, el blanco no es un color cautivador. Es adecuado para las asociaciones de vírgenes castas, pero no para los movimientos revolucionarios de una época revolucionaria.

Schwarz también hizo una sugerencia: en sí misma adecuada para los tiempos actuales, pero no daba ningún tipo de representación interpretable de la voluntad de nuestro movimiento. Finalmente, este color no se ve lo suficientemente emocionante.

El blanco-azul fue descartado, a pesar de su efecto estéticamente maravilloso, como el color de un solo estado alemán y una actitud política hacia la estrechez de miras particularista que, por desgracia, no tenía la mejor reputación. Por lo demás, tampoco habría sido muy difícil encontrar aquí una referencia a nuestro movimiento. Lo mismo ocurría con el blanco y negro.

El negro, el rojo y el dorado estaban fuera de discusión.

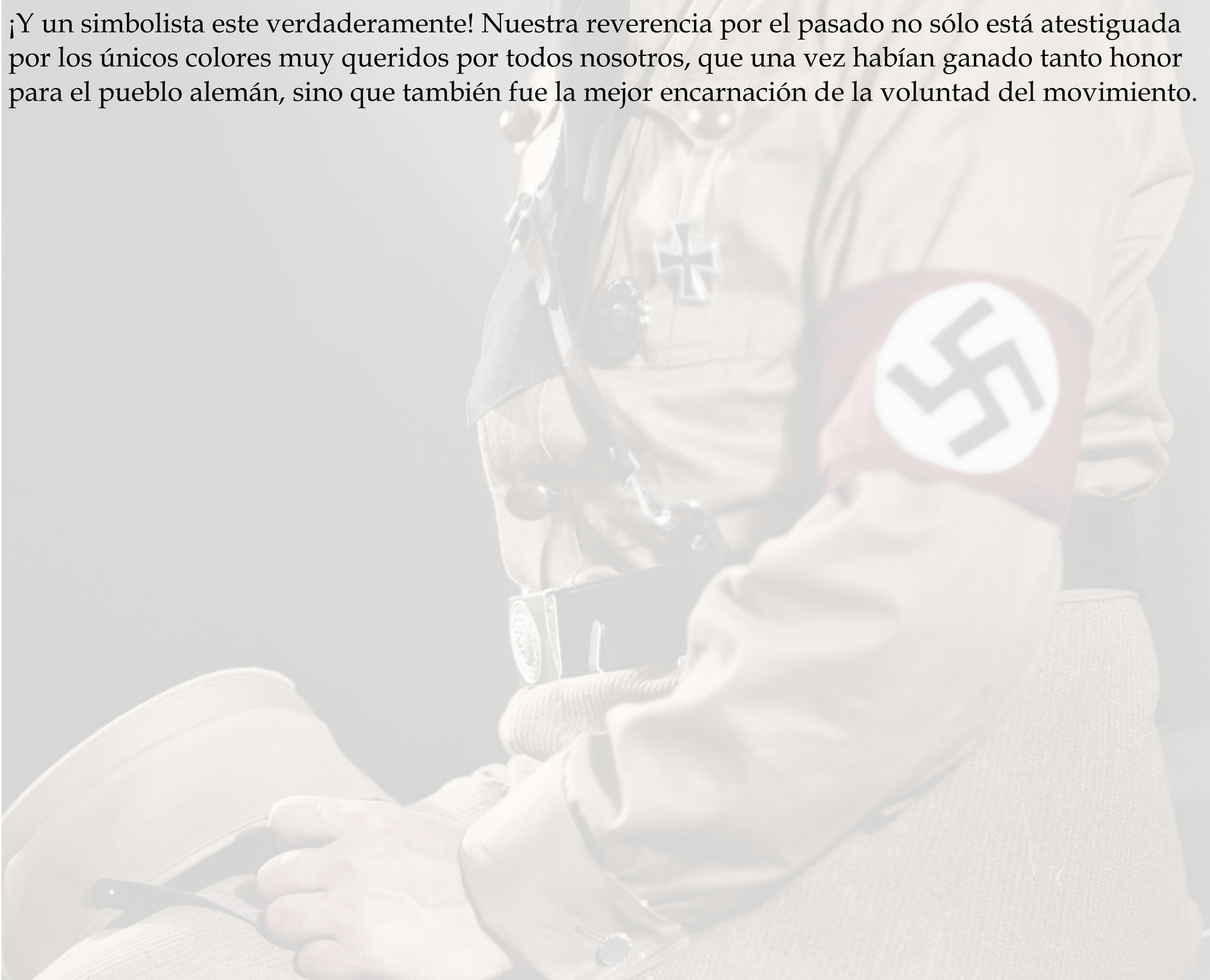
Ni siquiera negro-blanco-rojo, por las razones ya mencionadas, al menos no en la versión anterior. Sin embargo, en términos de efecto, esta combinación de colores está muy por encima de todas las demás. Es el acorde más radiante que existe.

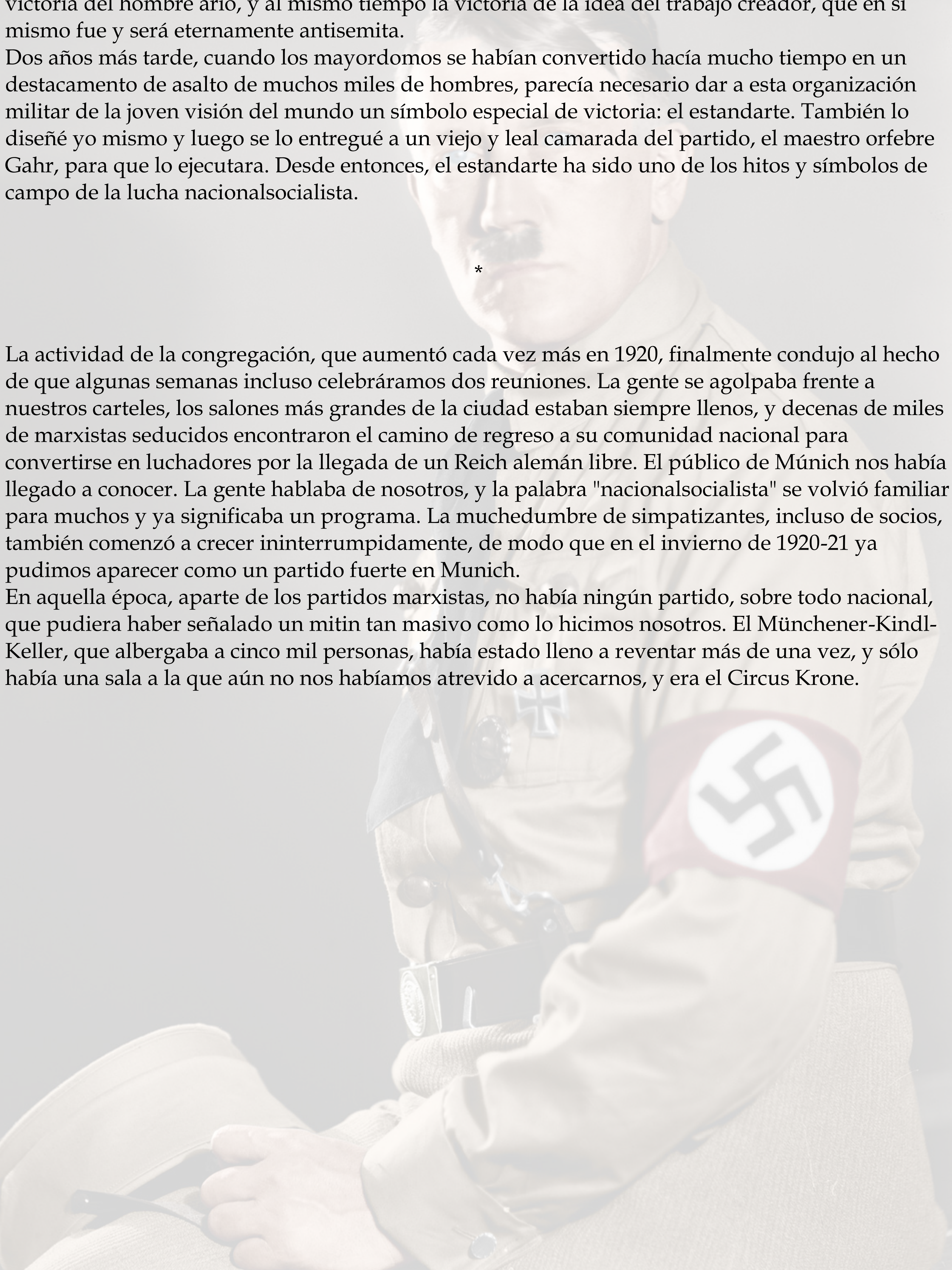
Yo mismo siempre he abogado por el mantenimiento de los viejos colores, no sólo porque son lo más sagrado que conozco para mí como soldado, sino también porque corresponden más estrechamente a mis sentimientos en su efecto estético. Sin embargo, tuve que rechazar sin excepción los innumerables borradores que llegaban de los círculos del movimiento juvenil de la época, y la mayoría de los cuales habían dibujado la cruz de gancho en la vieja bandera.



556 La bandera nacionalsocialista

Yo mismo, como guía, no quise hacer público mi propio borrador de inmediato, ya que era posible que alguien más trajera uno igual de bueno o tal vez mejor. De hecho, un dentista de Starnberg también entregó un diseño que no estaba nada mal, que, por cierto, era bastante parecido al mío, con el único defecto de que la esvástica estaba compuesta en un panel blanco con ganchos curvos. Mientras tanto, después de innumerables intentos, yo mismo había establecido una forma final; Una bandera hecha de tela roja con un disco blanco y en el centro de él una esvástica negra. Después de largos ensayos, también encontré una cierta relación entre el tamaño de la bandera y el tamaño del disco blanco, así como la forma y el grosor de la esvástica.
Y así se quedó.
Con el mismo espíritu, se encargaron inmediatamente brazaletes para los equipos de seguridad, a saber, un brazalete rojo, en el que también se encuentra el disco blanco con una esvástica negra.
La insignia del partido también se diseñó de acuerdo con las mismas pautas: un disco blanco sobre un campo rojo y la cruz de gancho en el medio. Un orfebre de Múnich, Füß, proporcionó el primer diseño utilizable y luego conservado.
A mediados del verano de 1920, la nueva bandera se presentó al público por primera vez. Le convenía eminentemente a nuestro joven movimiento. Así como era joven y nuevo, así era. Nadie la había visto antes; En ese momento actuaba como una antorcha incendiaria. Todos sentimos una alegría casi infantil cuando un leal camarada del partido llevó a cabo el diseño por primera vez y entregó la bandera. Solo unos meses más tarde teníamos media docena de ellos en Múnich, y el número cada vez mayor de comisarios en particular contribuyó a difundir el nuevo símbolo del movimiento.
¡Y un simbolista este verdaderamente! Nuestra reverencia por el pasado no sólo está atestiguada por los únicos colores muy queridos por todos nosotros, que una vez habían ganado tanto honor para el pueblo alemán, sino que también fue la mejor encarnación de la voluntad del movimiento.





Como nacionalsocialistas, vemos nuestro programa en nuestra bandera. En rojo vemos la idea social del movimiento, en blanco la idea nacionalista, en la esvástica la misión de la lucha por la victoria del hombre ario, y al mismo tiempo la victoria de la idea del trabajo creador, que en sí mismo fue y será eternamente antisemita.

Dos años más tarde, cuando los mayordomos se habían convertido hacía mucho tiempo en un destacamento de asalto de muchos miles de hombres, parecía necesario dar a esta organización militar de la joven visión del mundo un símbolo especial de victoria: el estandarte. También lo diseñé yo mismo y luego se lo entregué a un viejo y leal camarada del partido, el maestro orfebre Gahr, para que lo ejecutara. Desde entonces, el estandarte ha sido uno de los hitos y símbolos de campo de la lucha nacionalsocialista.

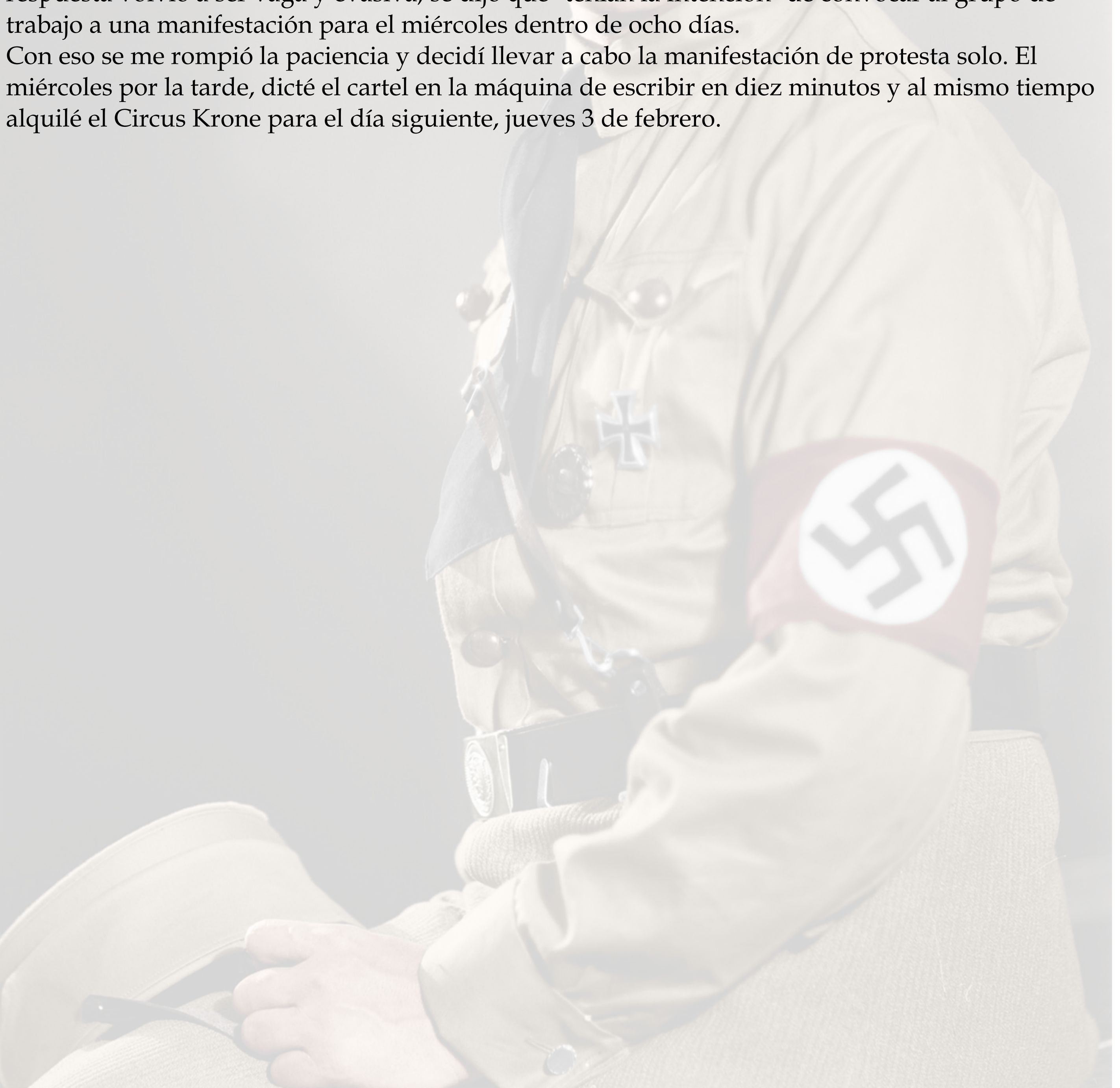
*

La actividad de la congregación, que aumentó cada vez más en 1920, finalmente condujo al hecho de que algunas semanas incluso celebráramos dos reuniones. La gente se agolpaba frente a nuestros carteles, los salones más grandes de la ciudad estaban siempre llenos, y decenas de miles de marxistas seducidos encontraron el camino de regreso a su comunidad nacional para convertirse en luchadores por la llegada de un Reich alemán libre. El público de Múnich nos había llegado a conocer. La gente hablaba de nosotros, y la palabra "nacionalsocialista" se volvió familiar para muchos y ya significaba un programa. La muchedumbre de simpatizantes, incluso de socios, también comenzó a crecer ininterrumpidamente, de modo que en el invierno de 1920-21 ya pudimos aparecer como un partido fuerte en Munich.

En aquella época, aparte de los partidos marxistas, no había ningún partido, sobre todo nacional, que pudiera haber señalado un mitin tan masivo como lo hicimos nosotros. El Münchener-Kindl-Keller, que albergaba a cinco mil personas, había estado lleno a reventar más de una vez, y sólo había una sala a la que aún no nos habíamos atrevido a acercarnos, y era el Circus Krone.

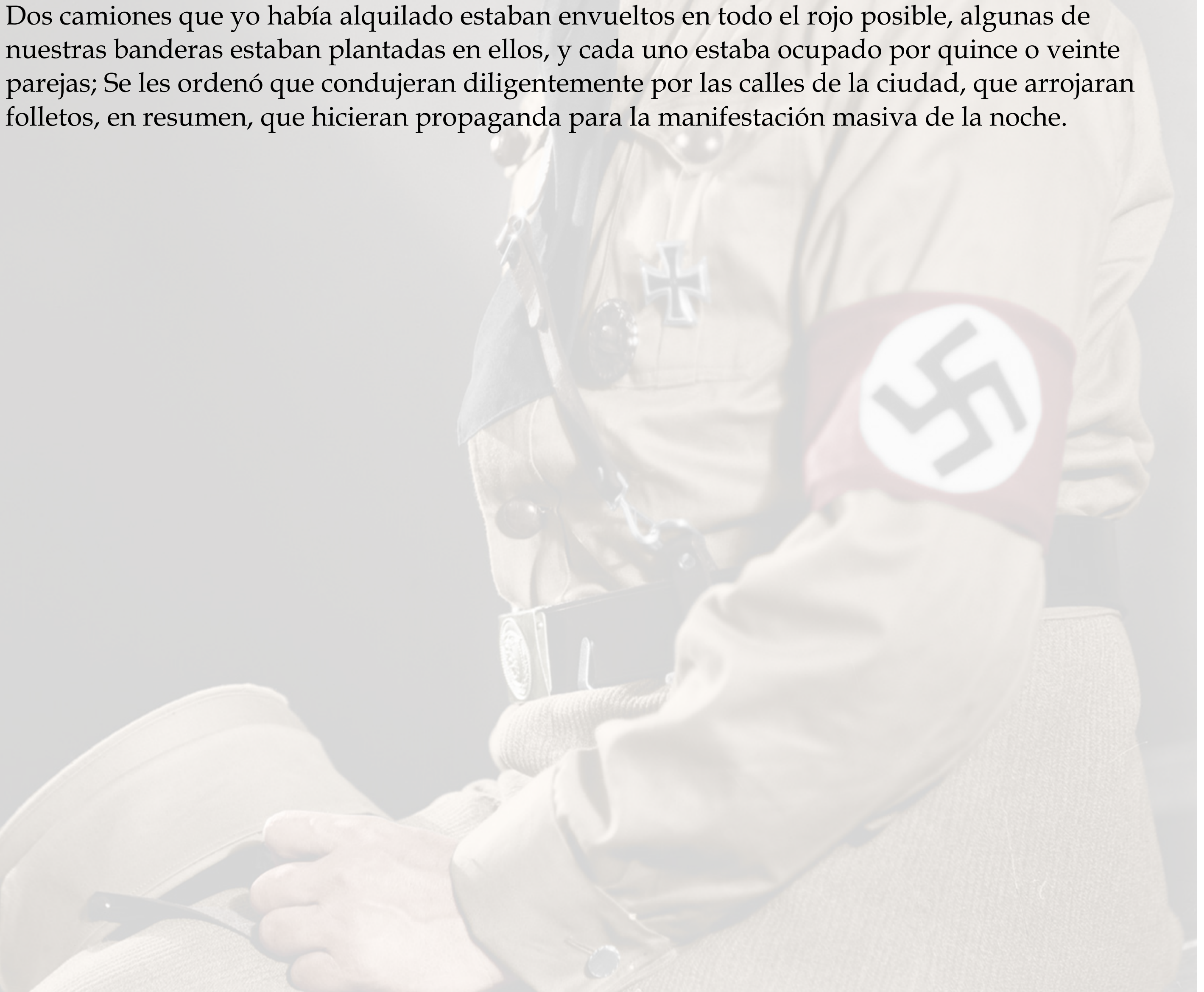
558 La primera reunión de circo

A finales de enero de 1921, volvieron a surgir serias preocupaciones para Alemania. El Acuerdo de París, sobre la base del cual Alemania se comprometió a pagar la insensata suma de cien mil millones de marcos oro, se convertiría en realidad en la forma del Dictado de Londres.
Un grupo de trabajo de larga data de las llamadas asociaciones völkisch en Múnich quería invitar a la gente a una protesta conjunta más grande en esta ocasión. El tiempo apremiaba, y yo mismo estaba nervioso en vista de las constantes vacilaciones y vacilaciones para llevar a cabo las decisiones que se habían tomado. Al principio se habló de una concentración en Königsplatz, pero se abstuvieron porque temían ser destrozados por los rojos, y se planeó una manifestación de protesta frente a la Feldherrnhalle. Pero incluso esto se abandonó de nuevo y finalmente se propuso una reunión conjunta en el München-Kindl-Keller. Mientras tanto, día tras día, los principales partidos no habían prestado atención al terrible acontecimiento, y el propio grupo de trabajo no podía decidirse a fijar una fecha fija para la manifestación prevista.
El martes 1 de febrero de 1921 exigí urgentemente una decisión final. Me pospusieron hasta el miércoles. El miércoles, exigí información clara sobre si la reunión debía celebrarse y cuándo. La respuesta volvió a ser vaga y evasiva; se dijo que "tenían la intención" de convocar al grupo de trabajo a una manifestación para el miércoles dentro de ocho días.
Con eso se me rompió la paciencia y decidí llevar a cabo la manifestación de protesta solo. El miércoles por la tarde, dicté el cartel en la máquina de escribir en diez minutos y al mismo tiempo alquilé el Circus Krone para el día siguiente, jueves 3 de febrero.



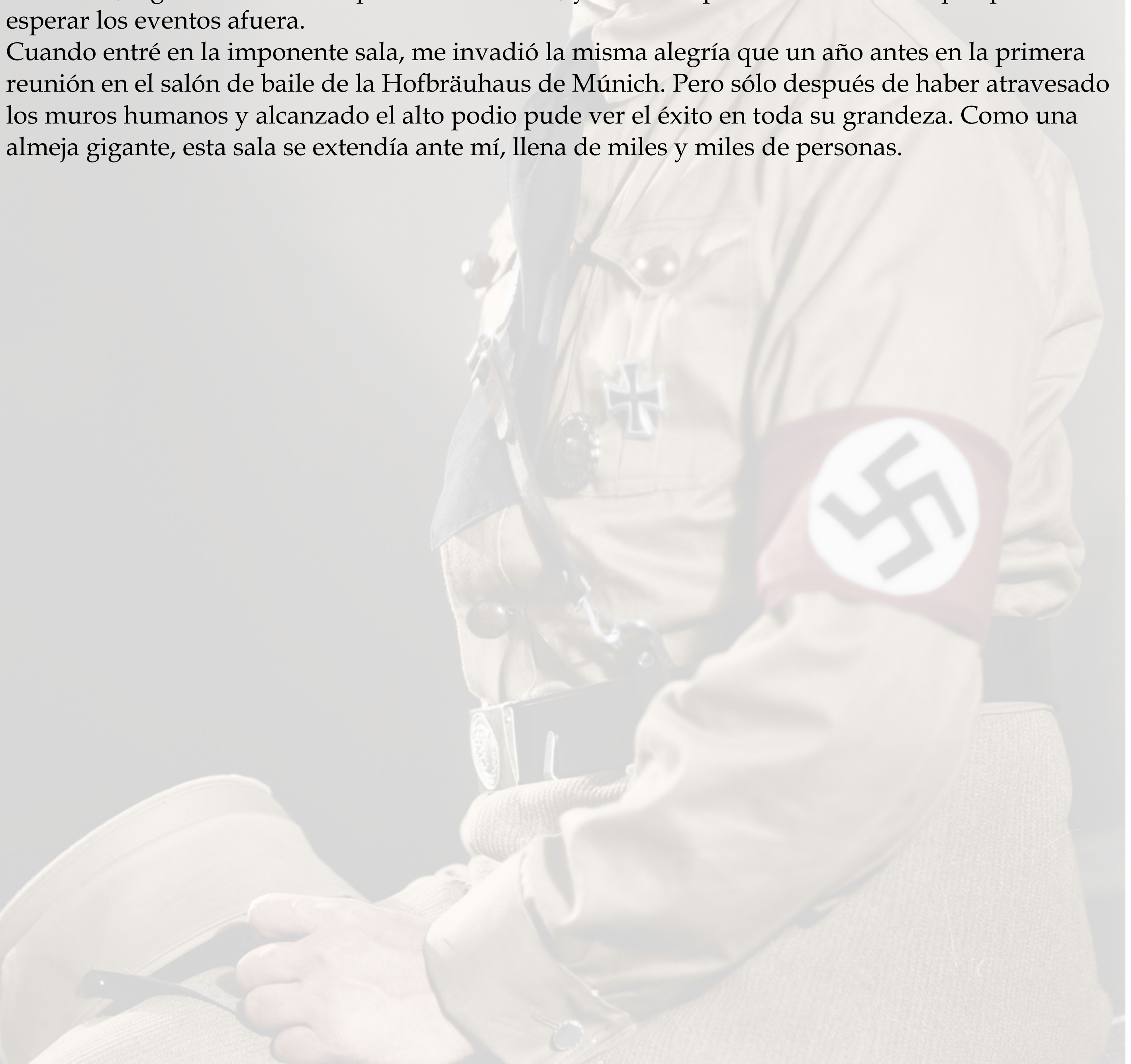
La primera reunión de circo 559

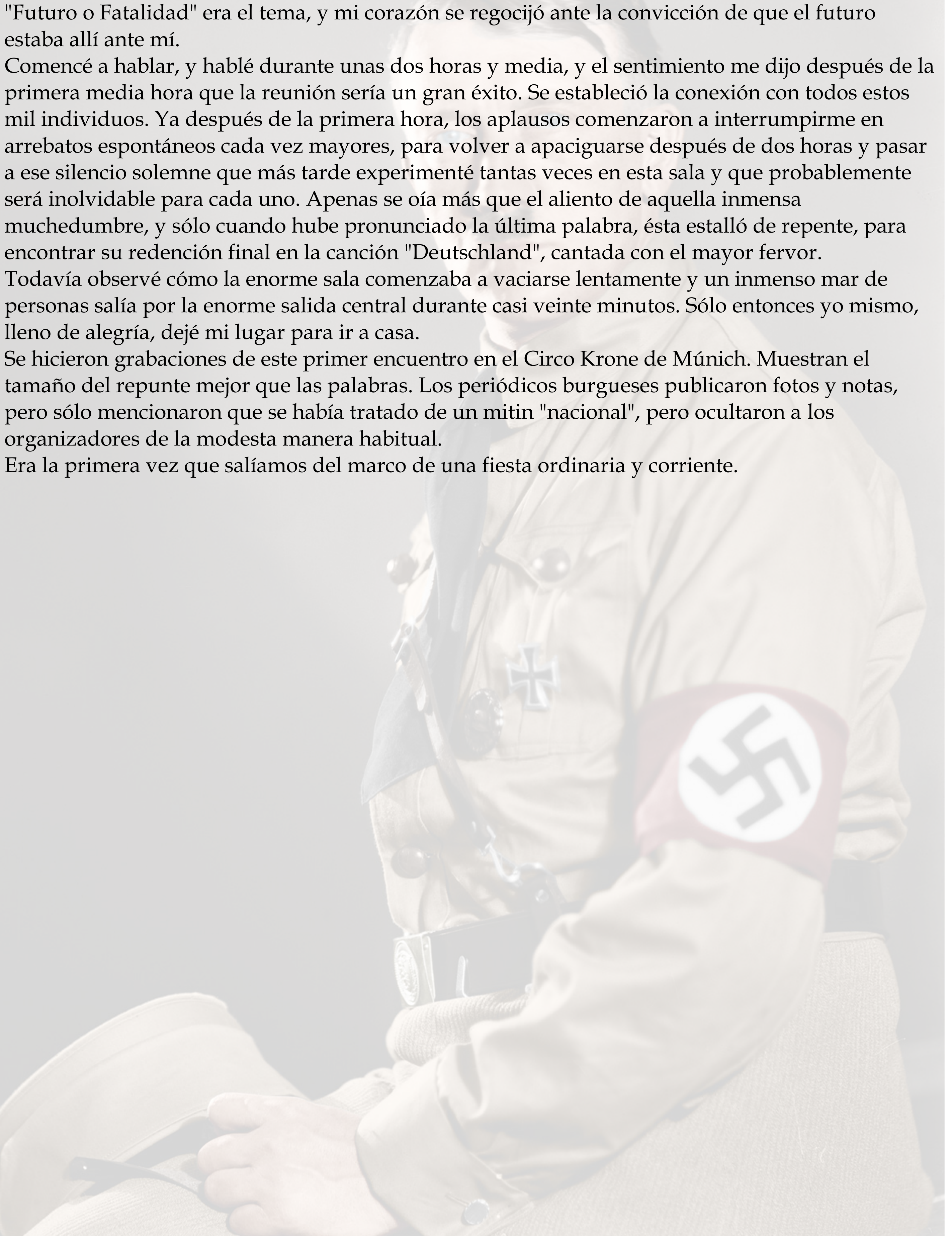
En ese momento, esto era un riesgo infinitamente grande. No solo parecía cuestionable llenar el gigantesco espacio, sino que también existía el riesgo de ser volado.
Nuestro grupo de mayordomos estaba lejos de ser suficiente para esta colosal habitación. Tampoco tenía una idea real del posible procedimiento en caso de una explosión. En ese momento, pensé que era mucho más difícil en el edificio del circo que en una sala normal. Pero resultó que esto era todo lo contrario. En la enorme sala, era más fácil dominar un escuadrón de demolición que en pasillos estrechos.
Solo una cosa era segura: cada fracaso podía hacernos retroceder durante mucho tiempo. Porque una sola explosión exitosa habría destruido nuestro nimbo de un solo golpe y habría alentado a los oponentes a intentar una y otra vez lo que una vez habían logrado. Esto podría haber llevado al sabotaje de todas nuestras actividades congregacionales posteriores, lo cual solo podría haber sido superado después de muchos meses y después de la lucha más difícil.
Solo teníamos un día para pegar carteles, el jueves mismo. Desafortunadamente, ya estaba lloviendo por la mañana y el temor parecía justificado de que en tales circunstancias muchas personas no preferirían quedarse en casa en lugar de correr a una reunión bajo la lluvia y la nieve, donde posiblemente podría haber asesinato y homicidio involuntario.
En general, el jueves por la mañana de repente tuve miedo de que la sala no estuviera llena (habría sido yo el avergonzado frente al grupo de trabajo), por lo que ahora dicté rápidamente algunos folletos y los imprimí para que se distribuyeran por la tarde. Por supuesto, contenían la invitación a asistir a la reunión.
Dos camiones que yo había alquilado estaban envueltos en todo el rojo posible, algunas de nuestras banderas estaban plantadas en ellos, y cada uno estaba ocupado por quince o veinte parejas; Se les ordenó que condujeran diligentemente por las calles de la ciudad, que arrojaran folletos, en resumen, que hicieran propaganda para la manifestación masiva de la noche.



560 La primera reunión de circo

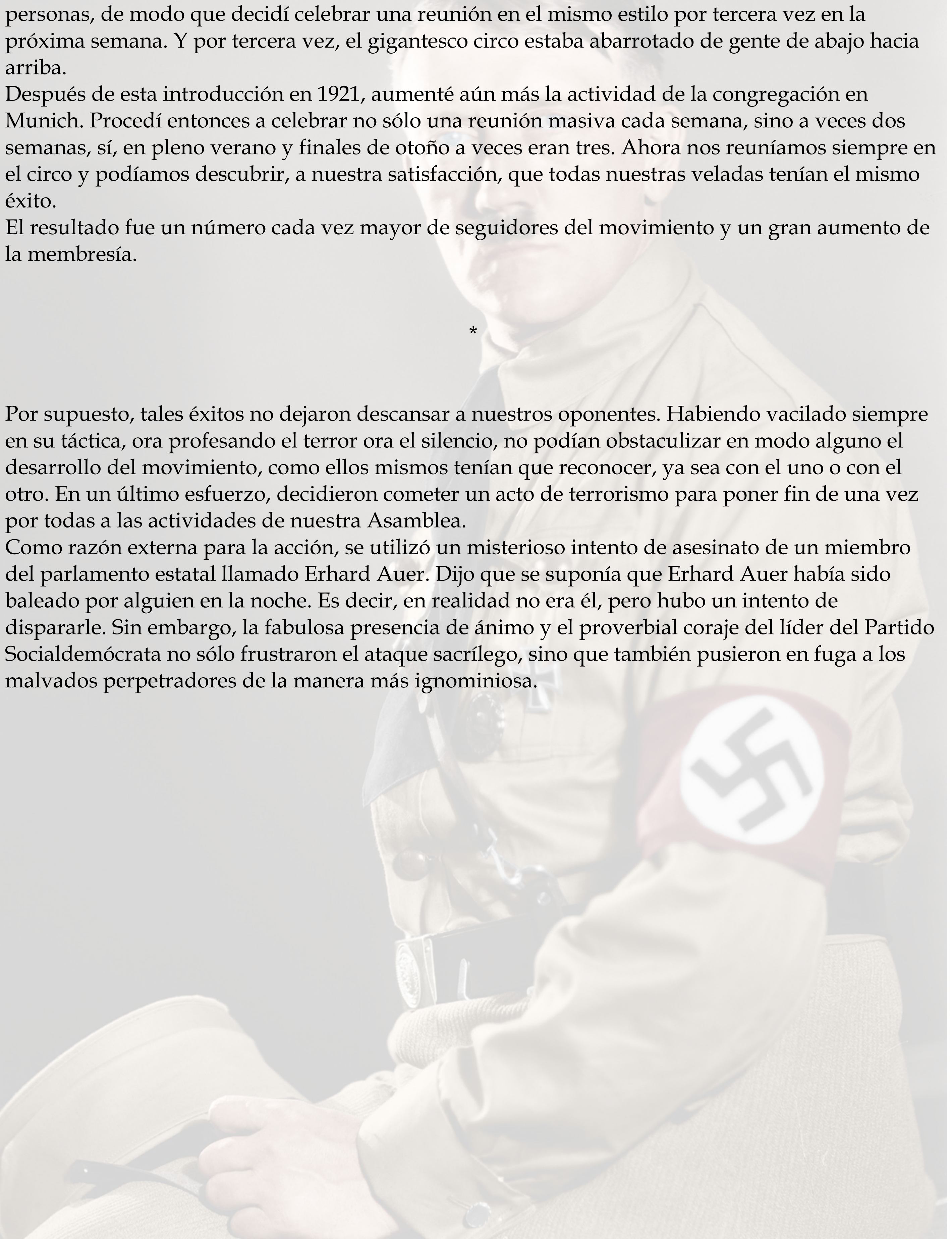
Era la primera vez que circulaban por la ciudad camiones con banderas en las que no había marxistas. Por lo tanto, la burguesía miraba con la boca abierta los vagones decorados de rojo y adornados con banderas esvásticas ondeantes, mientras que en los cuarteles exteriores se levantaban innumerables puños cerrados, cuyos propietarios parecían visiblemente enfurecidos por la última "provocación del proletariado". Porque sólo el marxismo tenía derecho a celebrar reuniones, como lo hacía en los camiones.
A las siete de la tarde, el circo aún no estaba bien ocupado. Me informaban por teléfono cada diez minutos, y yo mismo estaba bastante inquieto; porque a las siete o a las siete y cuarto las demás salas solían estar ya medio llenas, y a menudo casi llenas. Sin embargo, esto pronto quedó claro. No me esperaba las enormes dimensiones de la nueva sala: un millar de personas hicieron que la Hofbräuhaussaal pareciera muy bien ocupada, mientras que simplemente fueron tragadas por el Circus Krone. Apenas se les veía. Poco tiempo después, sin embargo, llegaron informes más favorables, y a las ocho menos cuarto se dijo que la sala estaba llena en tres cuartas partes y que grandes masas estaban de pie frente a los mostradores de boletos. Luego me fui.
Dos minutos después de las ocho llegué frente al circo. Todavía había una multitud de personas frente a él, algunas de ellas simplemente curiosas, y muchos oponentes entre ellos que querían esperar los eventos afuera.
Cuando entré en la imponente sala, me invadió la misma alegría que un año antes en la primera reunión en el salón de baile de la Hofbräuhaus de Múnich. Pero sólo después de haber atravesado los muros humanos y alcanzado el alto podio pude ver el éxito en toda su grandeza. Como una almeja gigante, esta sala se extendía ante mí, llena de miles y miles de personas.





La primera reunión de circo 561

Incluso la cuadrilla estaba ocupada por negros, se habían emitido más de cinco mil seiscientas multas, y si se cuenta el número total de desempleados, estudiantes pobres y nuestros equipos de seguridad, deben haber sido unas seis mil quinientas personas.
"Futuro o Fatalidad" era el tema, y mi corazón se regocijó ante la convicción de que el futuro estaba allí ante mí.
Comencé a hablar, y hablé durante unas dos horas y media, y el sentimiento me dijo después de la primera media hora que la reunión sería un gran éxito. Se estableció la conexión con todos estos mil individuos. Ya después de la primera hora, los aplausos comenzaron a interrumpirme en arrebatos espontáneos cada vez mayores, para volver a apaciguarse después de dos horas y pasar a ese silencio solemne que más tarde experimenté tantas veces en esta sala y que probablemente será inolvidable para cada uno. Apenas se oía más que el aliento de aquella inmensa muchedumbre, y sólo cuando hube pronunciado la última palabra, ésta estalló de repente, para encontrar su redención final en la canción "Deutschland", cantada con el mayor fervor.
Todavía observé cómo la enorme sala comenzaba a vaciarse lentamente y un inmenso mar de personas salía por la enorme salida central durante casi veinte minutos. Sólo entonces yo mismo, lleno de alegría, dejé mi lugar para ir a casa.
Se hicieron grabaciones de este primer encuentro en el Circo Krone de Múnich. Muestran el tamaño del repunte mejor que las palabras. Los periódicos burgueses publicaron fotos y notas, pero sólo mencionaron que se había tratado de un mitin "nacional", pero ocultaron a los organizadores de la modesta manera habitual.
Era la primera vez que salíamos del marco de una fiesta ordinaria y corriente.



562 La asamblea sigue a la reunión

Ya no era posible pasar de largo. Para no dar la impresión de que este éxito de la reunión fue solo un destello en la sartén, programé inmediatamente un mitin en el circo por segunda vez para la próxima semana, y el éxito fue el mismo. Una vez más, la enorme sala se llenó de multitudes de personas, de modo que decidí celebrar una reunión en el mismo estilo por tercera vez en la próxima semana. Y por tercera vez, el gigantesco circo estaba abarrotado de gente de abajo hacia arriba.

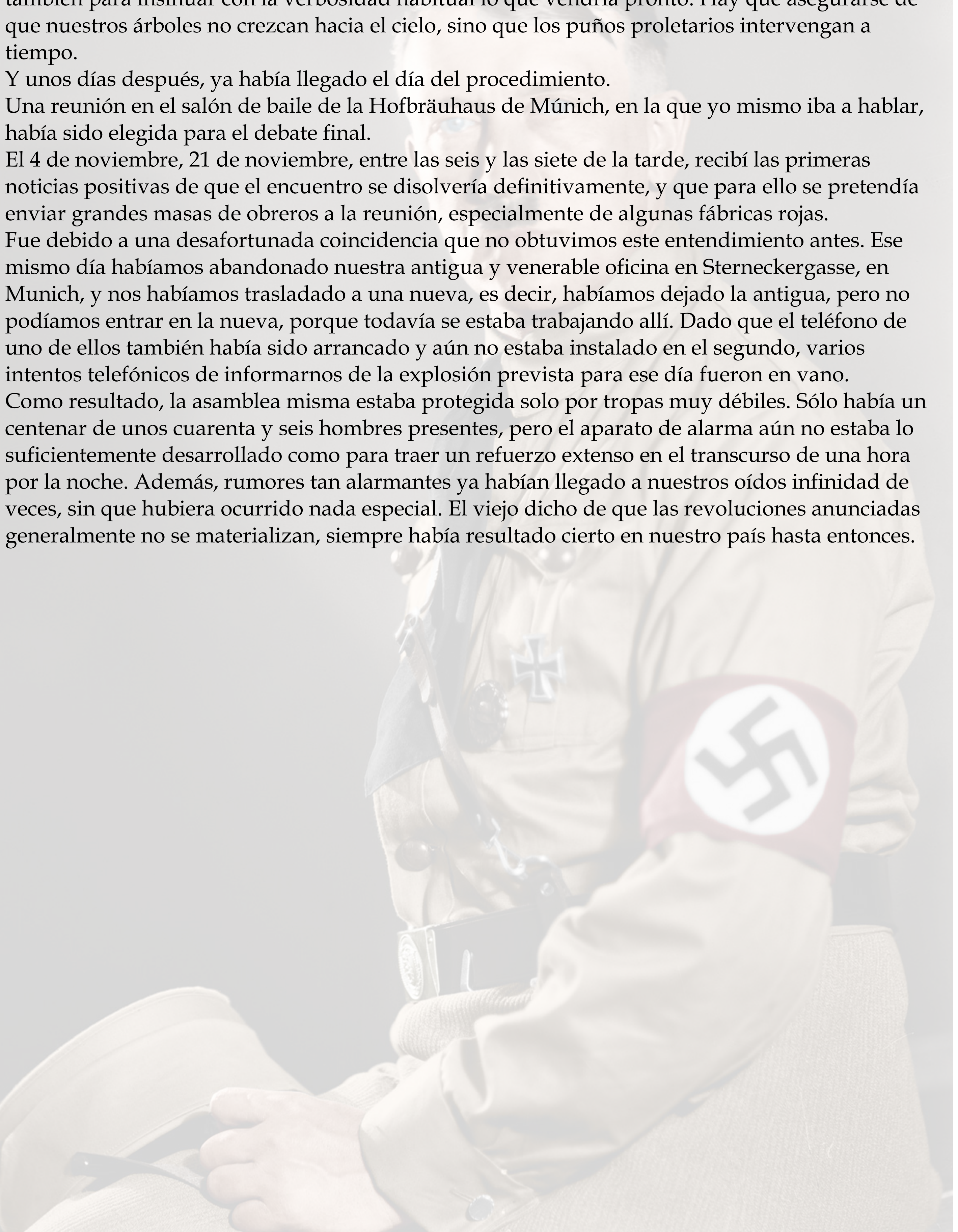
Después de esta introducción en 1921, aumenté aún más la actividad de la congregación en Munich. Procedí entonces a celebrar no sólo una reunión masiva cada semana, sino a veces dos semanas, sí, en pleno verano y finales de otoño a veces eran tres. Ahora nos reuníamos siempre en el circo y podíamos descubrir, a nuestra satisfacción, que todas nuestras veladas tenían el mismo éxito.

El resultado fue un número cada vez mayor de seguidores del movimiento y un gran aumento de la membresía.

*

Por supuesto, tales éxitos no dejaron descansar a nuestros oponentes. Habiendo vacilado siempre en su táctica, ora profesando el terror ora el silencio, no podían obstaculizar en modo alguno el desarrollo del movimiento, como ellos mismos tenían que reconocer, ya sea con el uno o con el otro. En un último esfuerzo, decidieron cometer un acto de terrorismo para poner fin de una vez por todas a las actividades de nuestra Asamblea.

Como razón externa para la acción, se utilizó un misterioso intento de asesinato de un miembro del parlamento estatal llamado Erhard Auer. Dijo que se suponía que Erhard Auer había sido baleado por alguien en la noche. Es decir, en realidad no era él, pero hubo un intento de dispararle. Sin embargo, la fabulosa presencia de ánimo y el proverbial coraje del líder del Partido Socialdemócrata no sólo frustraron el ataque sacrílego, sino que también pusieron en fuga a los malvados perpetradores de la manera más ignominiosa.



El inútil intento de explosión 563

Habían huido tan apresuradamente y tan lejos que la policía no pudo atrapar el menor rastro de ellos después. Este misterioso proceso fue utilizado ahora por el órgano del Partido Socialdemócrata en Munich para agitar contra el movimiento de la manera más inmoderada, y también para insinuar con la verbosidad habitual lo que vendría pronto. Hay que asegurarse de que nuestros árboles no crezcan hacia el cielo, sino que los puños proletarios intervengan a tiempo.

Y unos días después, ya había llegado el día del procedimiento.

Una reunión en el salón de baile de la Hofbräuhaus de Múnich, en la que yo mismo iba a hablar, había sido elegida para el debate final.

El 4 de noviembre, 21 de noviembre, entre las seis y las siete de la tarde, recibí las primeras noticias positivas de que el encuentro se disolvería definitivamente, y que para ello se pretendía enviar grandes masas de obreros a la reunión, especialmente de algunas fábricas rojas.

Fue debido a una desafortunada coincidencia que no obtuvimos este entendimiento antes. Ese mismo día habíamos abandonado nuestra antigua y venerable oficina en Sterneckergasse, en Munich, y nos habíamos trasladado a una nueva, es decir, habíamos dejado la antigua, pero no podíamos entrar en la nueva, porque todavía se estaba trabajando allí. Dado que el teléfono de uno de ellos también había sido arrancado y aún no estaba instalado en el segundo, varios intentos telefónicos de informarnos de la explosión prevista para ese día fueron en vano.

Como resultado, la asamblea misma estaba protegida solo por tropas muy débiles. Sólo había un centenar de unos cuarenta y seis hombres presentes, pero el aparato de alarma aún no estaba lo suficientemente desarrollado como para traer un refuerzo extenso en el transcurso de una hora por la noche. Además, rumores tan alarmantes ya habían llegado a nuestros oídos infinidad de veces, sin que hubiera ocurrido nada especial. El viejo dicho de que las revoluciones anunciadas generalmente no se materializan, siempre había resultado cierto en nuestro país hasta entonces.

564 El inútil intento de explosión

Por esta razón, también, tal vez no sucedió todo lo que podría haber sucedido ese día para enfrentar una explosión con la determinación más brutal.
Por último, consideramos que el salón de baile de la Hofbräuhaus de Múnich no era apto para ser volado. Les habíamos temido más por las salas más grandes, sobre todo por el circo. En este sentido, este día nos ha dejado una valiosa lección. Más tarde, puedo decir, estudiamos todas las cuestiones con metodología científica y llegamos a resultados que eran en parte tan increíbles como interesantes, y que posteriormente se convirtieron en de importancia fundamental para la gestión organizativa y táctica de nuestros departamentos ofensivos.
Sin embargo, cuando llegué al vestíbulo de la Hofbräuhaus a las ocho menos cuarto, ya no podía haber ninguna duda sobre la intención existente. La sala estaba abarrotada y, por lo tanto, fue cerrada por la policía. Los opositores, que habían aparecido muy temprano, estaban en la sala y nuestros partidarios estaban en su mayoría fuera. La pequeña S.A. me esperaba en el vestíbulo. Cerré las puertas del gran salón y ordené a los cuarenta y cinco o cuarenta y seis hombres que se pusieran en fila. Les refiguré a los muchachos que probablemente tendrían que permanecer leales al movimiento por primera vez, por las buenas o por las malas, y que a ninguno de nosotros se nos permitiría salir de la sala a menos que nos sacaran muertos; Yo mismo me quedaba en la sala, sin creer que ni uno solo de ellos me abandonara; pero si yo mismo viera a uno que demostrara ser un cobarde, yo personalmente le arrancaría el brazalete y le quitaría la insignia. Entonces les dije que actuaran de inmediato al menor intento de hacerlo estallar, recordando que la mejor manera de defenderse es atacarse a sí mismo.

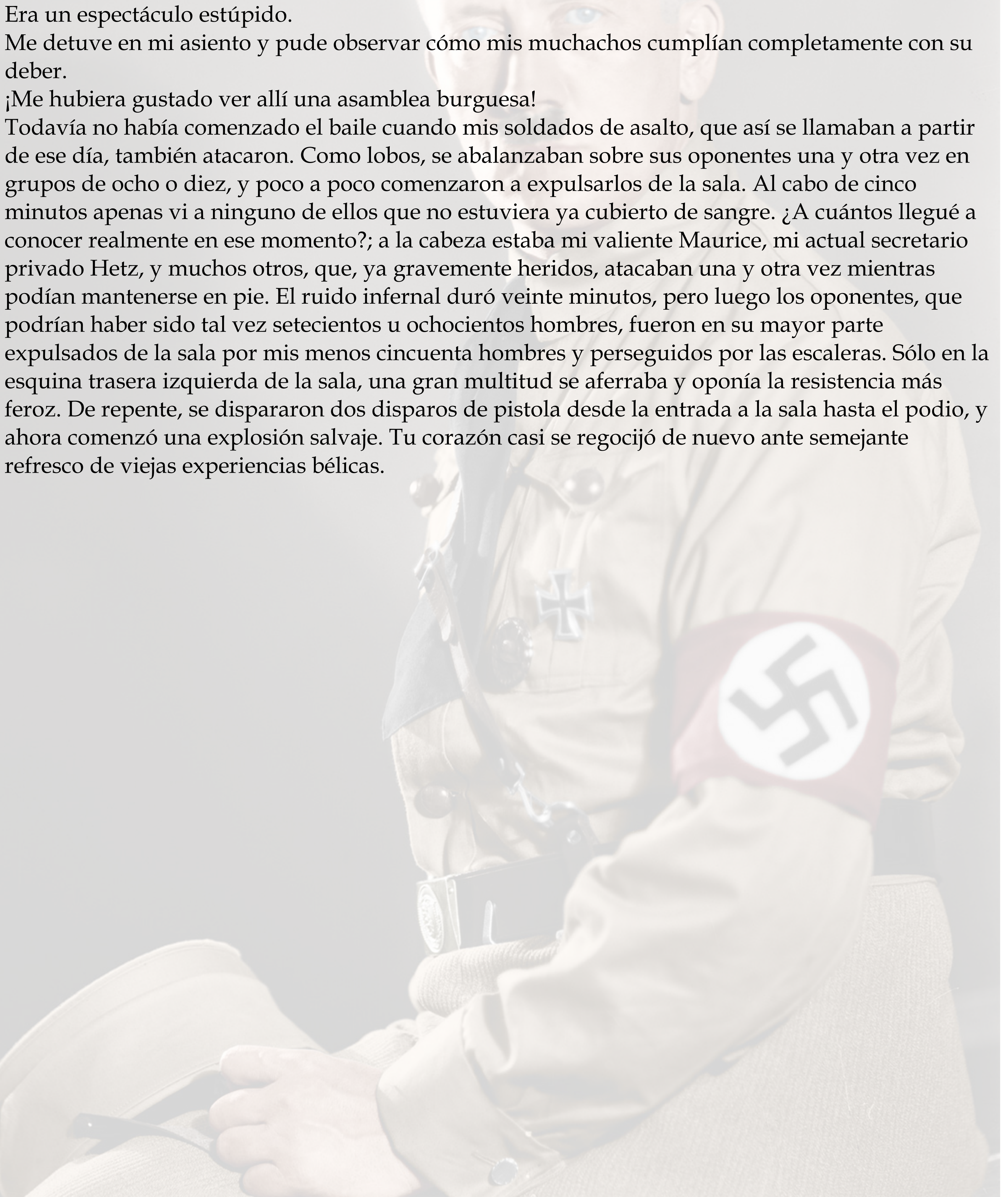


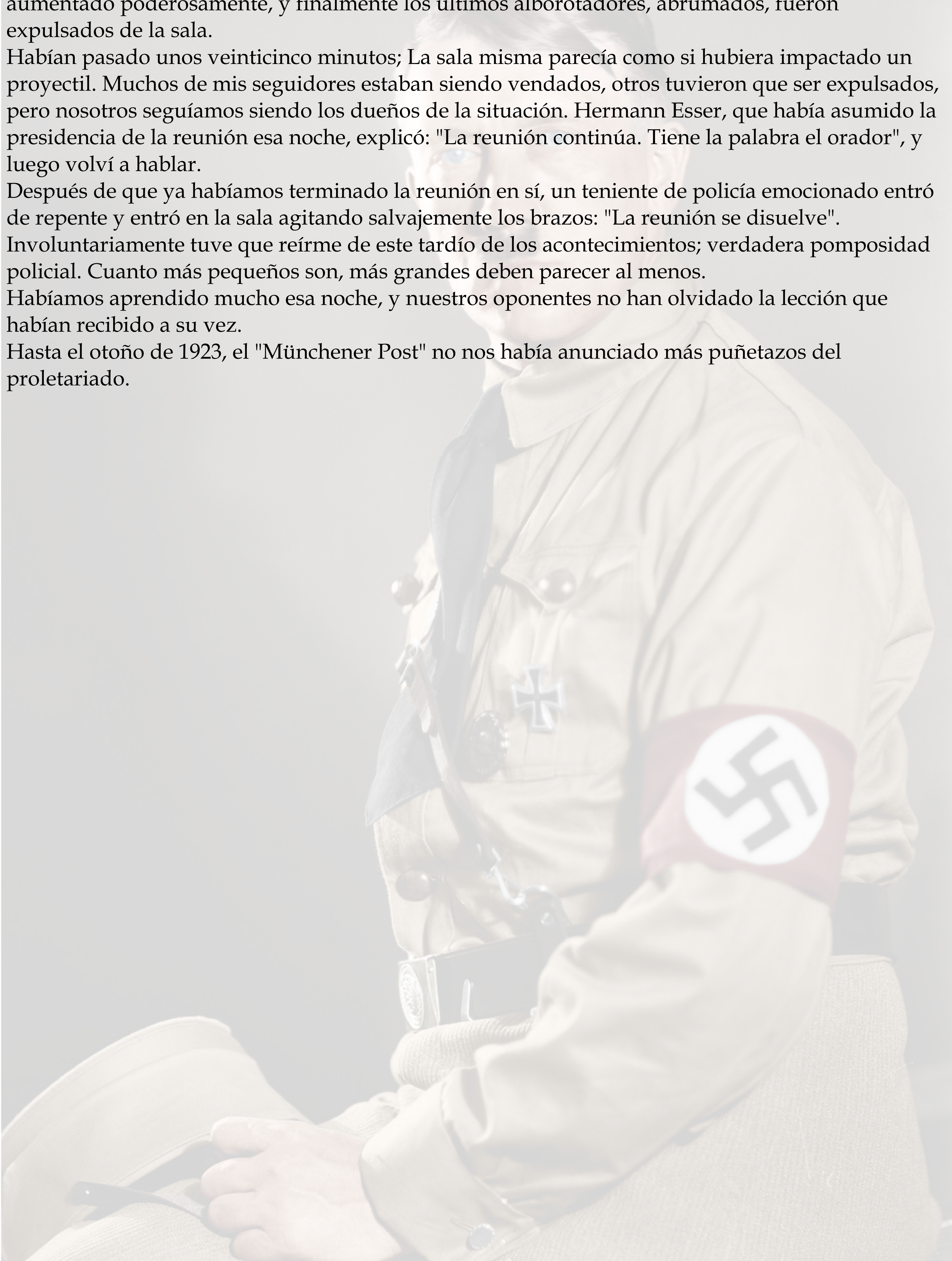
Una triple salvación, que esta vez sonó más áspera y ronca que de costumbre, fue la respuesta. Luego entré en el vestíbulo y ahora podía examinar la situación con mis propios ojos. Se sentaron gruesos por dentro, y ya estaban tratando de perforarme con sus ojos. Innumerables rostros se volvieron hacia mí con odio obstinado, mientras que otros, con muecas burlonas, soltaron gritos muy claros. Hoy estaríamos "acabados con nosotros", deberíamos cuidar nuestros intestinos, se nos taparía la boca para siempre, y todo lo que hubiera con tan hermosos dichos. Eran conscientes de su superioridad y sentían que así era.
Sin embargo, se pudo abrir la reunión y comencé a hablar. En el salón de baile de la Hofbräuhaus, siempre me paraba en uno de los largos frentes de la sala, y mi podio era una mesa de cerveza. Así que en realidad estaba en medio de la gente. Tal vez esta circunstancia contribuyó a la creación de una atmósfera en esta sala como nunca he encontrado en un lugar similar.
Frente a mí, especialmente a la izquierda frente a mí, había muchos oponentes sentados y de pie. Eran hombres y muchachos bastante robustos, en su mayoría de la fábrica Maffei, de Kustermann, de las fábricas de medidores Jsaria, etc. A lo largo de la pared izquierda de la sala ya se habían acercado mucho a mi mesa y ahora comenzaron a recoger jarras de cerveza, es decir, pidieron cuatro una y otra vez y colocaron las jarras borrachas debajo de la mesa. Baterías enteras se crearon de esta manera, y me habría sorprendido que las cosas hubieran terminado bien de nuevo hoy.
Después de aproximadamente una hora y media, tanto tiempo que pude hablar, a pesar de todos los abucheos, era casi como si tuviera el control de la situación. Los jefes de los escuadrones de demolición parecían sentirlo ellos mismos; Porque se volvían cada vez más inquietos, salían más a menudo, volvían a entrar y hablaban con su gente de una manera visiblemente nerviosa.



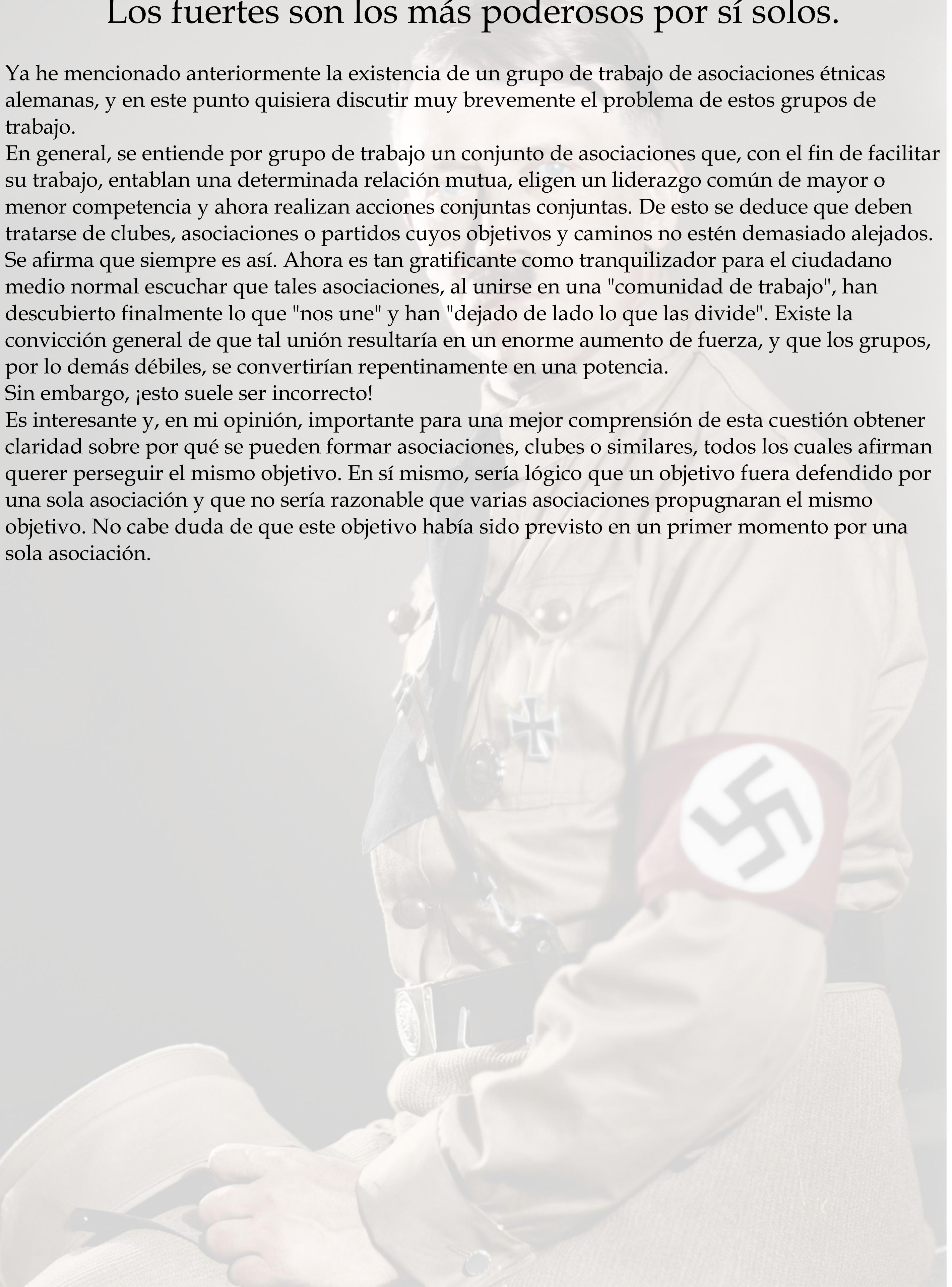
566 El inútil intento de explosión

Un pequeño error psicológico, que cometí para defenderme de una interjección, y del que me di cuenta tan pronto como salí de mi boca la palabra, dio la señal para atacar.
Unas pocas interjecciones de ira, y un hombre de repente saltó sobre una silla y rugió en el pasillo: "¡Libertad!" A esta señal los luchadores por la libertad comenzaron su trabajo.
En pocos segundos, toda la sala se llenó de una multitud de personas que rugían y gritaban, sobre las cuales, como disparos de obuses, volaban innumerables jarras de cerveza; entre el crujido de las patas de las sillas, el chapoteo de las jarras, los gritos, los ululares y los gritos.
Era un espectáculo estúpido.
Me detuve en mi asiento y pude observar cómo mis muchachos cumplían completamente con su deber.
¡Me hubiera gustado ver allí una asamblea burguesa!
Todavía no había comenzado el baile cuando mis soldados de asalto, que así se llamaban a partir de ese día, también atacaron. Como lobos, se abalanzaban sobre sus oponentes una y otra vez en grupos de ocho o diez, y poco a poco comenzaron a expulsarlos de la sala. Al cabo de cinco minutos apenas vi a ninguno de ellos que no estuviera ya cubierto de sangre. ¿A cuántos llegué a conocer realmente en ese momento?; a la cabeza estaba mi valiente Maurice, mi actual secretario privado Hetz, y muchos otros, que, ya gravemente heridos, atacaban una y otra vez mientras podían mantenerse en pie. El ruido infernal duró veinte minutos, pero luego los oponentes, que podrían haber sido tal vez setecientos u ochocientos hombres, fueron en su mayor parte expulsados de la sala por mis menos cincuenta hombres y perseguidos por las escaleras. Sólo en la esquina trasera izquierda de la sala, una gran multitud se aferraba y oponía la resistencia más feroz. De repente, se dispararon dos disparos de pistola desde la entrada a la sala hasta el podio, y ahora comenzó una explosión salvaje. Tu corazón casi se regocijó de nuevo ante semejante refresco de viejas experiencias bélicas.





A partir de entonces, ya no fue posible distinguir quién disparaba; Sólo una cosa podía determinarse: que a partir de ese momento la rabia de mis muchachos sangrantes había aumentado poderosamente, y finalmente los últimos alborotadores, abrumados, fueron expulsados de la sala.
Habían pasado unos veinticinco minutos; La sala misma parecía como si hubiera impactado un proyectil. Muchos de mis seguidores estaban siendo vendados, otros tuvieron que ser expulsados, pero nosotros seguíamos siendo los dueños de la situación. Hermann Esser, que había asumido la presidencia de la reunión esa noche, explicó: "La reunión continúa. Tiene la palabra el orador", y luego volví a hablar.
Después de que ya habíamos terminado la reunión en sí, un teniente de policía emocionado entró de repente y entró en la sala agitando salvajemente los brazos: "La reunión se disuelve". Involuntariamente tuve que reírme de este tardío de los acontecimientos; verdadera pomposidad policial. Cuanto más pequeños son, más grandes deben parecer al menos.
Habíamos aprendido mucho esa noche, y nuestros oponentes no han olvidado la lección que habían recibido a su vez.
Hasta el otoño de 1923, el "Münchener Post" no nos había anunciado más puñetazos del proletariado.



8 kapitel

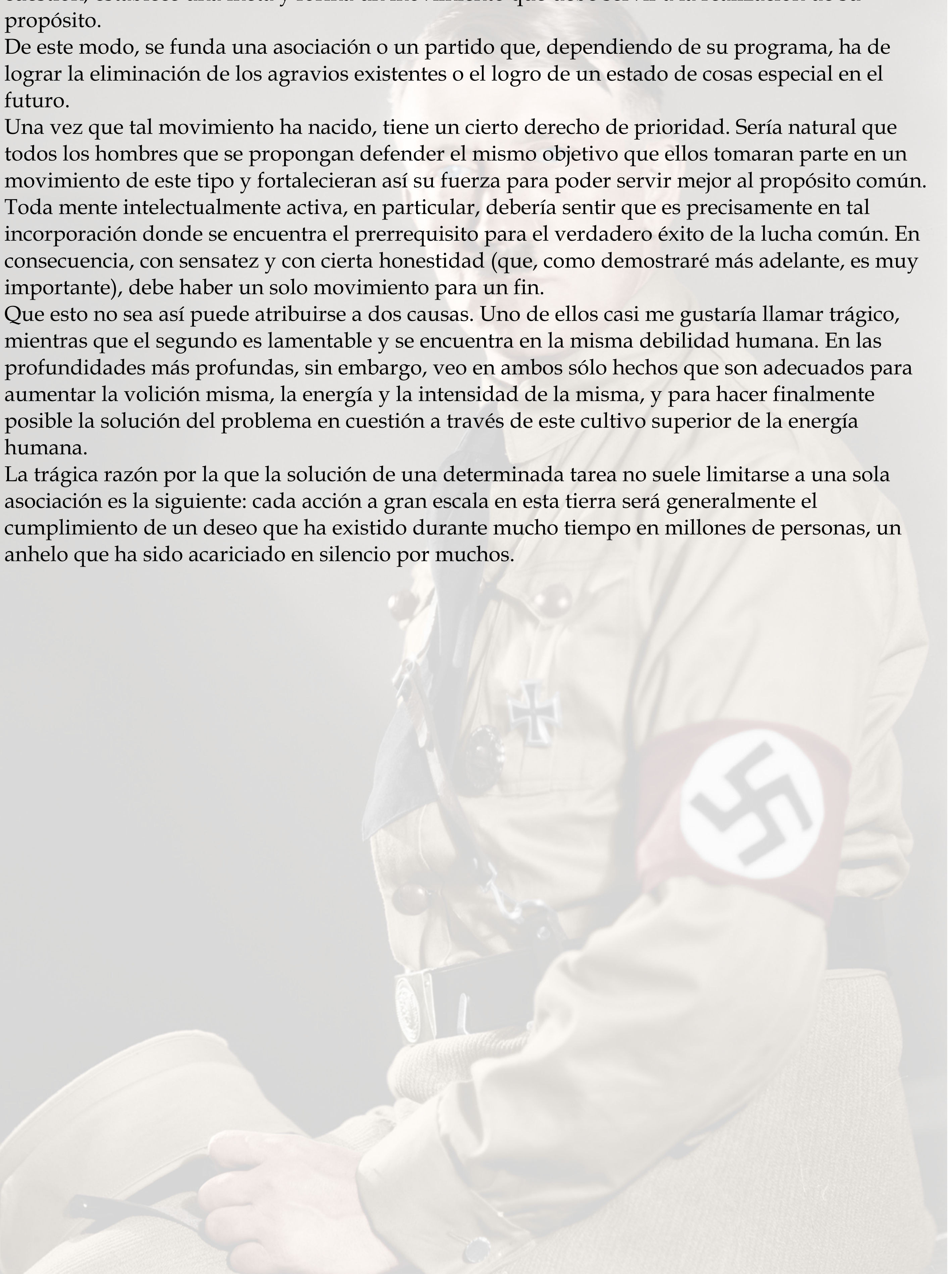
Los fuertes son los más poderosos por sí solos.

Ya he mencionado anteriormente la existencia de un grupo de trabajo de asociaciones étnicas alemanas, y en este punto quisiera discutir muy brevemente el problema de estos grupos de trabajo.

En general, se entiende por grupo de trabajo un conjunto de asociaciones que, con el fin de facilitar su trabajo, entablan una determinada relación mutua, eligen un liderazgo común de mayor o menor competencia y ahora realizan acciones conjuntas conjuntas. De esto se deduce que deben tratarse de clubes, asociaciones o partidos cuyos objetivos y caminos no estén demasiado alejados. Se afirma que siempre es así. Ahora es tan gratificante como tranquilizador para el ciudadano medio normal escuchar que tales asociaciones, al unirse en una "comunidad de trabajo", han descubierto finalmente lo que "nos une" y han "dejado de lado lo que las divide". Existe la convicción general de que tal unión resultaría en un enorme aumento de fuerza, y que los grupos, por lo demás débiles, se convertirían repentinamente en una potencia.

Sin embargo, ¡esto suele ser incorrecto!

Es interesante y, en mi opinión, importante para una mejor comprensión de esta cuestión obtener claridad sobre por qué se pueden formar asociaciones, clubes o similares, todos los cuales afirman querer perseguir el mismo objetivo. En sí mismo, sería lógico que un objetivo fuera defendido por una sola asociación y que no sería razonable que varias asociaciones propugnaran el mismo objetivo. No cabe duda de que este objetivo había sido previsto en un primer momento por una sola asociación.

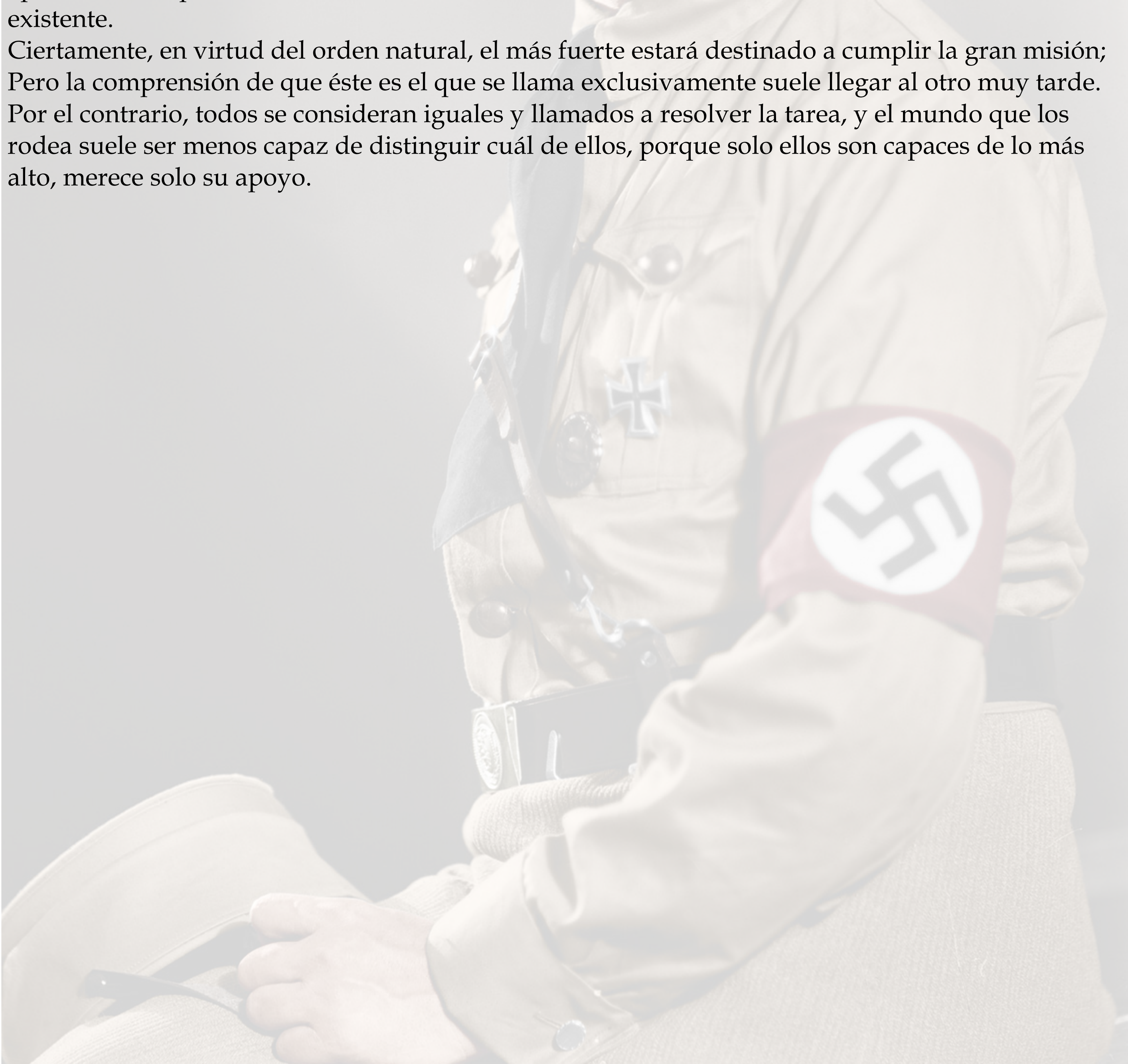


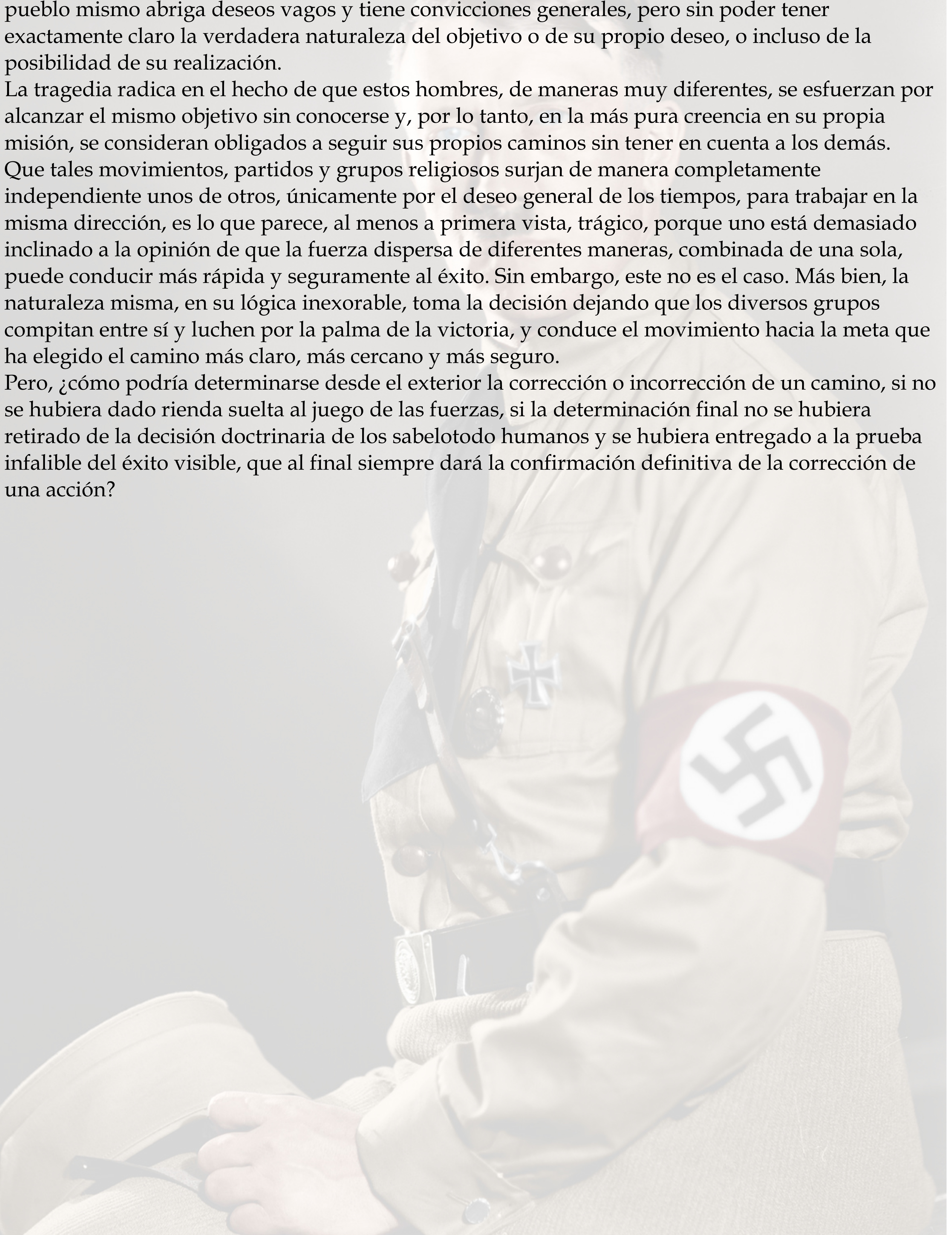
Derecho de prioridad de un movimiento 569

Un hombre proclama una verdad en algún momento, pide la solución de una determinada cuestión, establece una meta y forma un movimiento que debe servir a la realización de su propósito.
De este modo, se funda una asociación o un partido que, dependiendo de su programa, ha de lograr la eliminación de los agravios existentes o el logro de un estado de cosas especial en el futuro.
Una vez que tal movimiento ha nacido, tiene un cierto derecho de prioridad. Sería natural que todos los hombres que se propongan defender el mismo objetivo que ellos tomaran parte en un movimiento de este tipo y fortalecieran así su fuerza para poder servir mejor al propósito común. Toda mente intelectualmente activa, en particular, debería sentir que es precisamente en tal incorporación donde se encuentra el prerrequisito para el verdadero éxito de la lucha común. En consecuencia, con sensatez y con cierta honestidad (que, como demostraré más adelante, es muy importante), debe haber un solo movimiento para un fin.
Que esto no sea así puede atribuirse a dos causas. Uno de ellos casi me gustaría llamar trágico, mientras que el segundo es lamentable y se encuentra en la misma debilidad humana. En las profundidades más profundas, sin embargo, veo en ambos sólo hechos que son adecuados para aumentar la volición misma, la energía y la intensidad de la misma, y para hacer finalmente posible la solución del problema en cuestión a través de este cultivo superior de la energía humana.
La trágica razón por la que la solución de una determinada tarea no suele limitarse a una sola asociación es la siguiente: cada acción a gran escala en esta tierra será generalmente el cumplimiento de un deseo que ha existido durante mucho tiempo en millones de personas, un anhelo que ha sido acariciado en silencio por muchos.

570 La lucha por el liderazgo

En efecto, puede suceder que los siglos deseen anhelantemente la solución de una determinada cuestión, porque gimen ante la intolerabilidad de un estado de cosas existente, sin que aparezca la realización de este anhelo general. Los pueblos que ya no pueden encontrar una solución heroica a semejante angustia pueden ser calificados de impotentes, mientras que vemos la vitalidad de un pueblo y el destino de la vida que todavía garantiza cuando se le da la oportunidad de liberarse de una gran compulsión, o de eliminar una amarga necesidad, o de satisfacer sus inquietos. Debido a que el alma se ha vuelto insegura, el destino un día le dará al hombre que está dotado para ello, quien finalmente traerá la realización tan esperada.
Está ahora enteramente en la naturaleza de las llamadas grandes cuestiones de la época que miles están empeñadas en su solución, que muchos se creen llamados, más aún, que el destino mismo propone varios para la elección, a fin de dar finalmente la victoria al más fuerte, más capaz en el libre juego de las fuerzas, y confiarle la solución del problema.
Así puede suceder que los siglos, insatisfechos con la organización de su vida religiosa, anhelen una renovación, y que de este impulso espiritual surjan docenas y más de hombres que, sobre la base de su perspicacia y conocimiento, se crean llamados a resolver esta angustia religiosa, a aparecer como profetas de una nueva doctrina o, al menos, como combatientes contra una existente.
Ciertamente, en virtud del orden natural, el más fuerte estará destinado a cumplir la gran misión; Pero la comprensión de que éste es el que se llama exclusivamente suele llegar al otro muy tarde. Por el contrario, todos se consideran iguales y llamados a resolver la tarea, y el mundo que los rodea suele ser menos capaz de distinguir cuál de ellos, porque solo ellos son capaces de lo más alto, merece solo su apoyo.



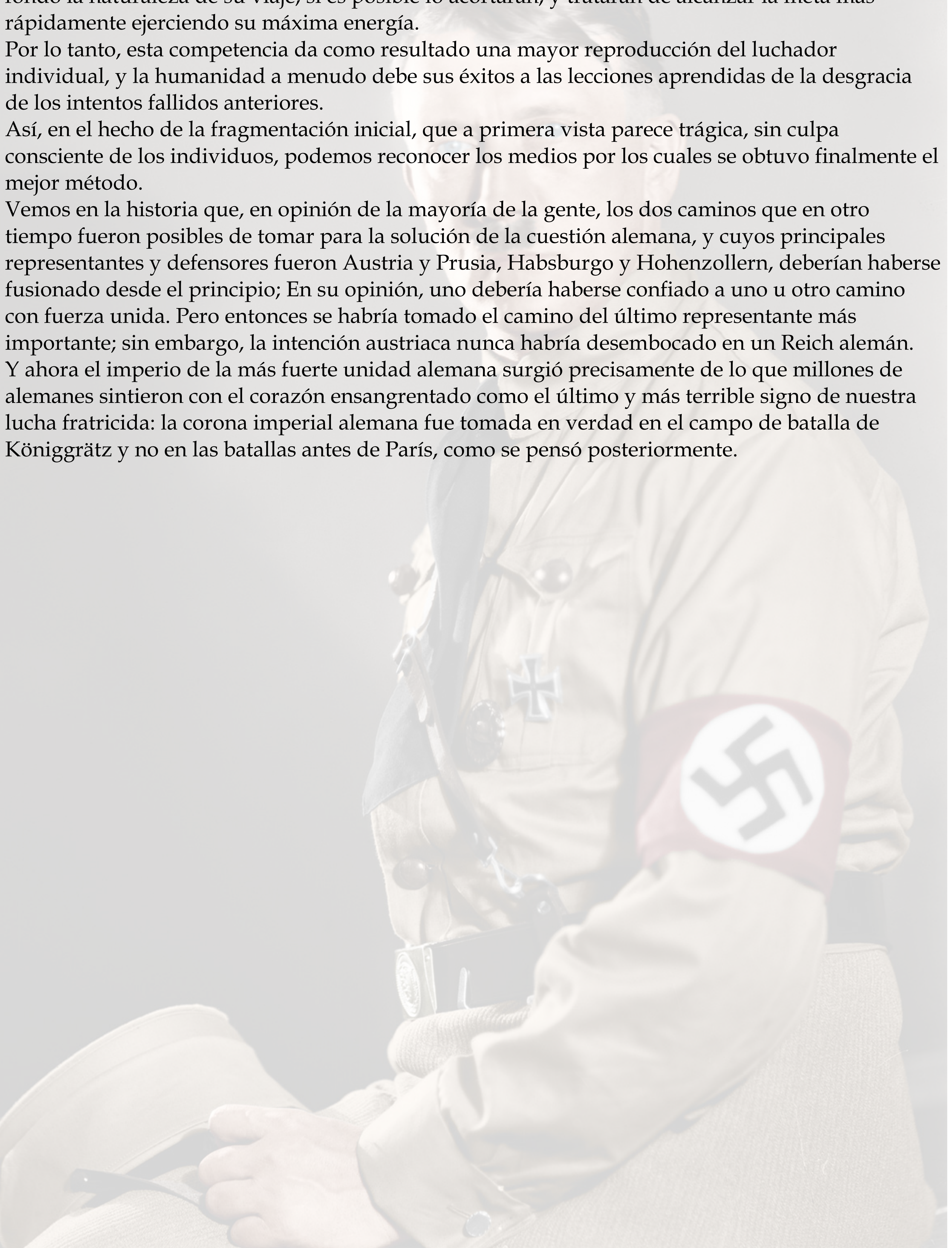


Así, en el curso de los siglos, es más, a menudo dentro del mismo período de tiempo, aparecen diferentes hombres, que forman movimientos para defender objetivos que, al menos en su afirmación, son los mismos, o al menos son sentidos como los mismos por las grandes masas. El pueblo mismo abriga deseos vagos y tiene convicciones generales, pero sin poder tener exactamente claro la verdadera naturaleza del objetivo o de su propio deseo, o incluso de la posibilidad de su realización.

La tragedia radica en el hecho de que estos hombres, de maneras muy diferentes, se esfuerzan por alcanzar el mismo objetivo sin conocerse y, por lo tanto, en la más pura creencia en su propia misión, se consideran obligados a seguir sus propios caminos sin tener en cuenta a los demás.

Que tales movimientos, partidos y grupos religiosos surjan de manera completamente independiente unos de otros, únicamente por el deseo general de los tiempos, para trabajar en la misma dirección, es lo que parece, al menos a primera vista, trágico, porque uno está demasiado inclinado a la opinión de que la fuerza dispersa de diferentes maneras, combinada de una sola, puede conducir más rápida y seguramente al éxito. Sin embargo, este no es el caso. Más bien, la naturaleza misma, en su lógica inexorable, toma la decisión dejando que los diversos grupos compitan entre sí y luchen por la palma de la victoria, y conduce el movimiento hacia la meta que ha elegido el camino más claro, más cercano y más seguro.

Pero, ¿cómo podría determinarse desde el exterior la corrección o incorrección de un camino, si no se hubiera dado rienda suelta al juego de las fuerzas, si la determinación final no se hubiera retirado de la decisión doctrinaria de los sabelotodo humanos y se hubiera entregado a la prueba infalible del éxito visible, que al final siempre dará la confirmación definitiva de la corrección de una acción?



Por lo tanto, si diferentes grupos marchan por caminos separados hacia la misma meta, en la medida en que se hayan dado cuenta de la existencia de empresas similares, examinarán más a fondo la naturaleza de su viaje, si es posible lo acortarán, y tratarán de alcanzar la meta más rápidamente ejerciendo su máxima energía.
Por lo tanto, esta competencia da como resultado una mayor reproducción del luchador individual, y la humanidad a menudo debe sus éxitos a las lecciones aprendidas de la desgracia de los intentos fallidos anteriores.
Así, en el hecho de la fragmentación inicial, que a primera vista parece trágica, sin culpa consciente de los individuos, podemos reconocer los medios por los cuales se obtuvo finalmente el mejor método.
Vemos en la historia que, en opinión de la mayoría de la gente, los dos caminos que en otro tiempo fueron posibles de tomar para la solución de la cuestión alemana, y cuyos principales representantes y defensores fueron Austria y Prusia, Habsburgo y Hohenzollern, deberían haberse fusionado desde el principio; En su opinión, uno debería haberse confiado a uno u otro camino con fuerza unida. Pero entonces se habría tomado el camino del último representante más importante; sin embargo, la intención austriaca nunca habría desembocado en un Reich alemán.
Y ahora el imperio de la más fuerte unidad alemana surgió precisamente de lo que millones de alemanes sintieron con el corazón ensangrentado como el último y más terrible signo de nuestra lucha fratricida: la corona imperial alemana fue tomada en verdad en el campo de batalla de Königgrätz y no en las batallas antes de París, como se pensó posteriormente.

Así, la fundación del Reich alemán no fue en sí misma el resultado de una voluntad común por caminos comunes, sino más bien el resultado de una lucha consciente, a veces inconsciente, por la hegemonía, de la que Prusia finalmente salió victoriosa. Y el que no renuncie a la verdad en la ceguera partidista tendrá que afirmar que la llamada sabiduría de los hombres nunca habría tomado la misma sabia decisión que la sabiduría de la vida, es decir, del libre juego de las fuerzas, la ha hecho finalmente realidad. Porque, ¿quién en tierras alemanas hace doscientos años habría creído seriamente que la Prusia de Hohenzollern sería un día el núcleo, el fundador y el maestro del nuevo Reich y no los Habsburgo? Quién, en cambio, negaría hoy que el destino actuó mejor de esta manera; de hecho, ¿quién podría siquiera imaginar un Imperio Alemán hoy, respaldado por los principios de una dinastía podrida y depravada?

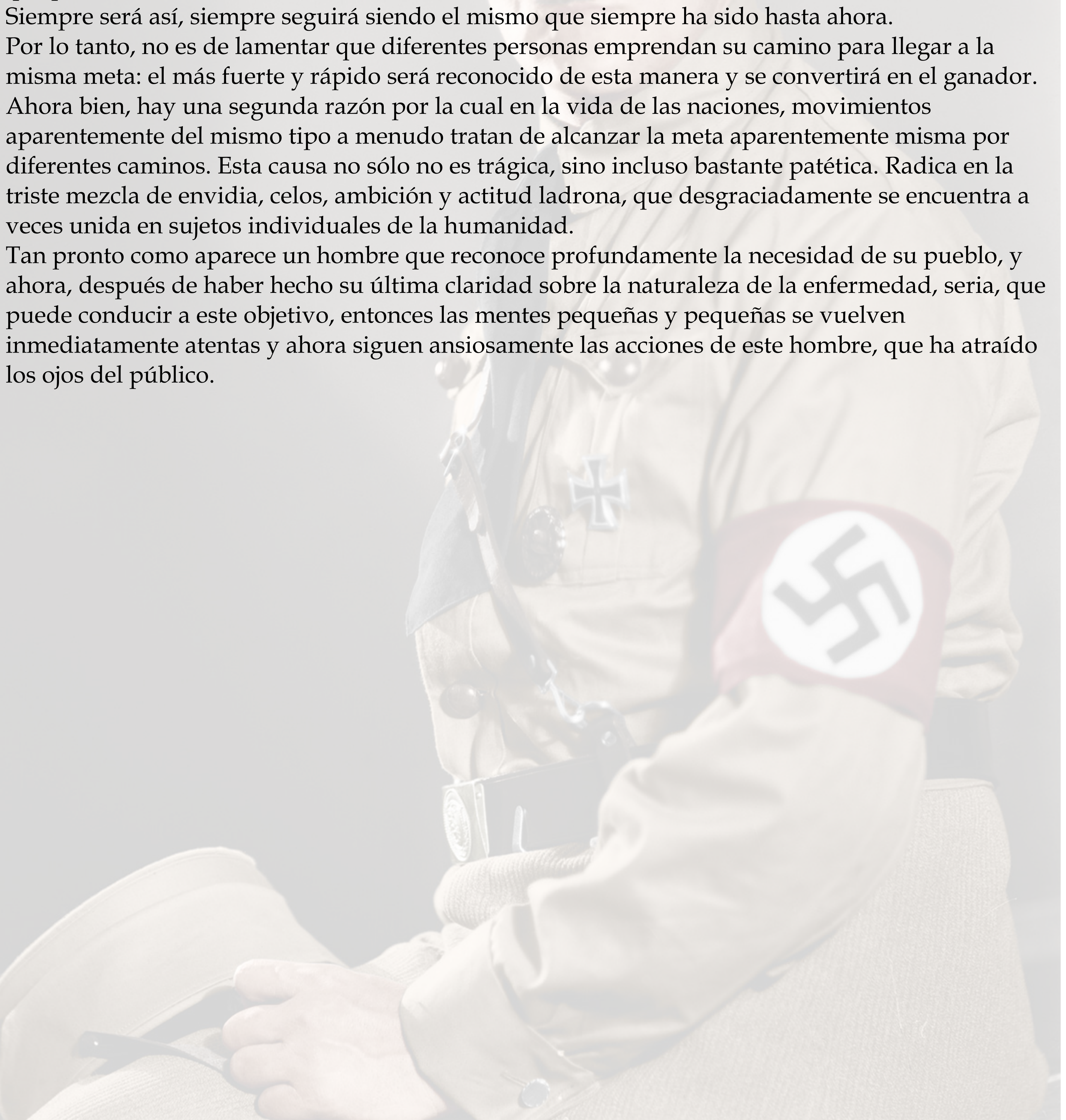
No, el desarrollo natural, aunque después de siglos de lucha, ha traído por fin lo mejor al lugar al que pertenecía.

Siempre será así, siempre seguirá siendo el mismo que siempre ha sido hasta ahora.

Por lo tanto, no es de lamentar que diferentes personas emprendan su camino para llegar a la misma meta: el más fuerte y rápido será reconocido de esta manera y se convertirá en el ganador.

Ahora bien, hay una segunda razón por la cual en la vida de las naciones, movimientos aparentemente del mismo tipo a menudo tratan de alcanzar la meta aparentemente misma por diferentes caminos. Esta causa no sólo no es trágica, sino incluso bastante patética. Radica en la triste mezcla de envidia, celos, ambición y actitud ladrona, que desgraciadamente se encuentra a veces unida en sujetos individuales de la humanidad.

Tan pronto como aparece un hombre que reconoce profundamente la necesidad de su pueblo, y ahora, después de haber hecho su última claridad sobre la naturaleza de la enfermedad, seria, que puede conducir a este objetivo, entonces las mentes pequeñas y pequeñas se vuelven inmediatamente atentas y ahora siguen ansiosamente las acciones de este hombre, que ha atraído los ojos del público.



574 Causas de la fragmentación étnica

Trata de remediarlos cuando se ha fijado una meta y ha elegido el camino, al igual que los gorriones que, aparentemente desinteresados, pero en realidad extremadamente excitados, observan constantemente a un camarada más feliz que ha encontrado un pedazo de pan, solo para robar de repente en un momento irreflexivo, así lo hacen estas personas. Todo lo que se necesita es que uno se embarque en un nuevo camino, y muchos merodeadores perezosos sospecharán y olerán algún bocado que valga la pena que podría estar al final de este camino. Tan pronto como han sacado el lugar donde se puede encontrar, se ponen en marcha con entusiasmo para llegar a su objetivo por otro camino, posiblemente más rápido.

Ahora bien, cuando el nuevo movimiento ha sido fundado y ha recibido su programa definido, entonces esa gente viene y dice defender este mismo objetivo; Pero de ninguna manera colocándose honestamente en las filas de tal movimiento y reconociendo así su prioridad, sino robando el programa y fundando un nuevo partido propio sobre él. Son lo suficientemente insolentes como para asegurar al mundo irreflexivo que habrían deseado exactamente lo mismo que el otro mucho antes, y no pocas veces logran ponerse bajo una luz favorable en lugar de caer justificadamente en el desprecio general. Porque, ¿no es una gran desfachatez pretender escribir por su cuenta la tarea que otro ha escrito en su estandarte, tomar prestados sus puntos de referencia programáticos, y luego, como si él hubiera creado todo esto, seguir su propio camino? Pero la insolencia es particularmente evidente en el hecho de que los mismos elementos que primero causaron la dispersión con sus nuevos fundamentos, hablan sobre todo de la necesidad de la unidad, y de la unidad tan pronto como creen darse cuenta de que la ventaja del enemigo ya no puede ser superada.

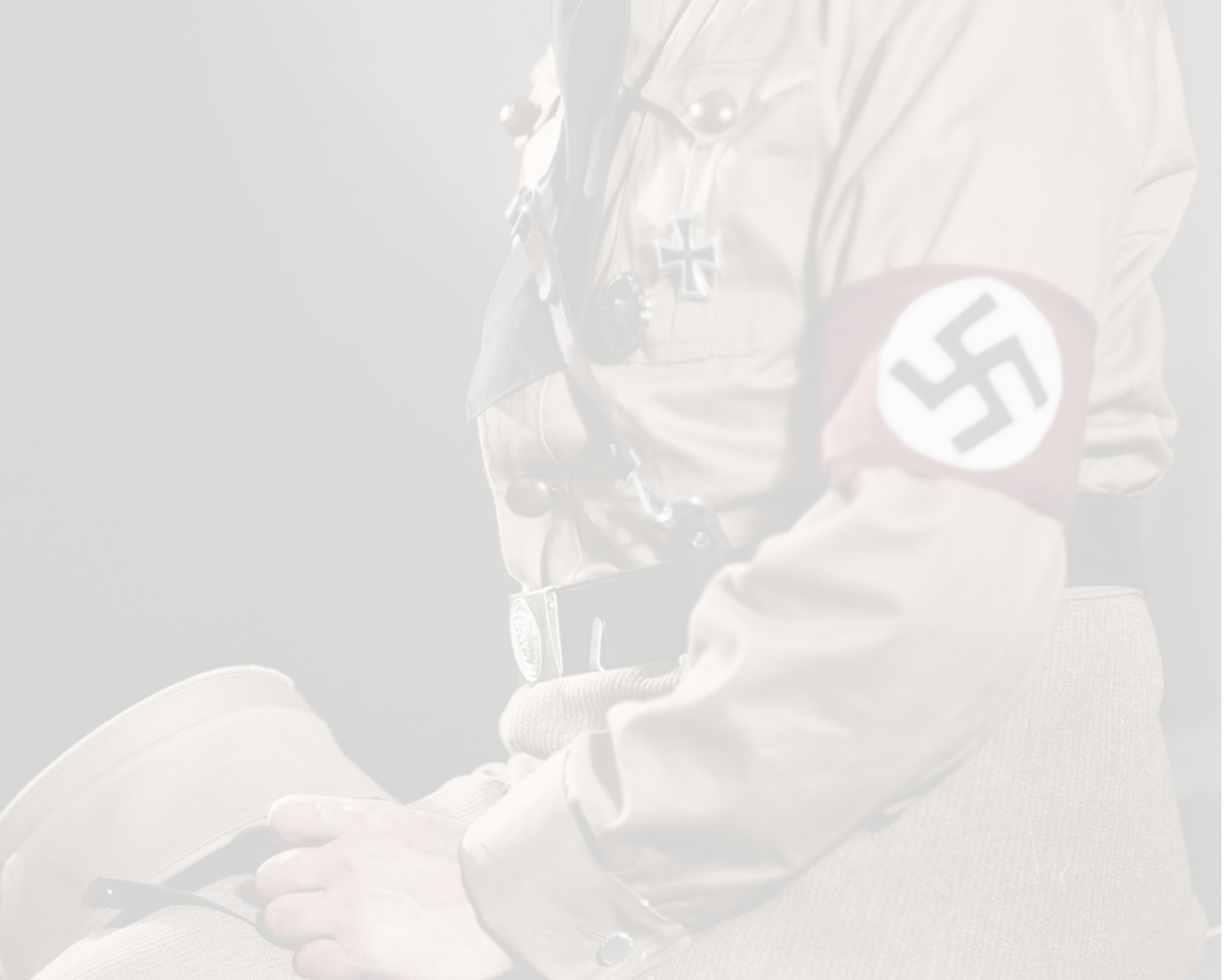


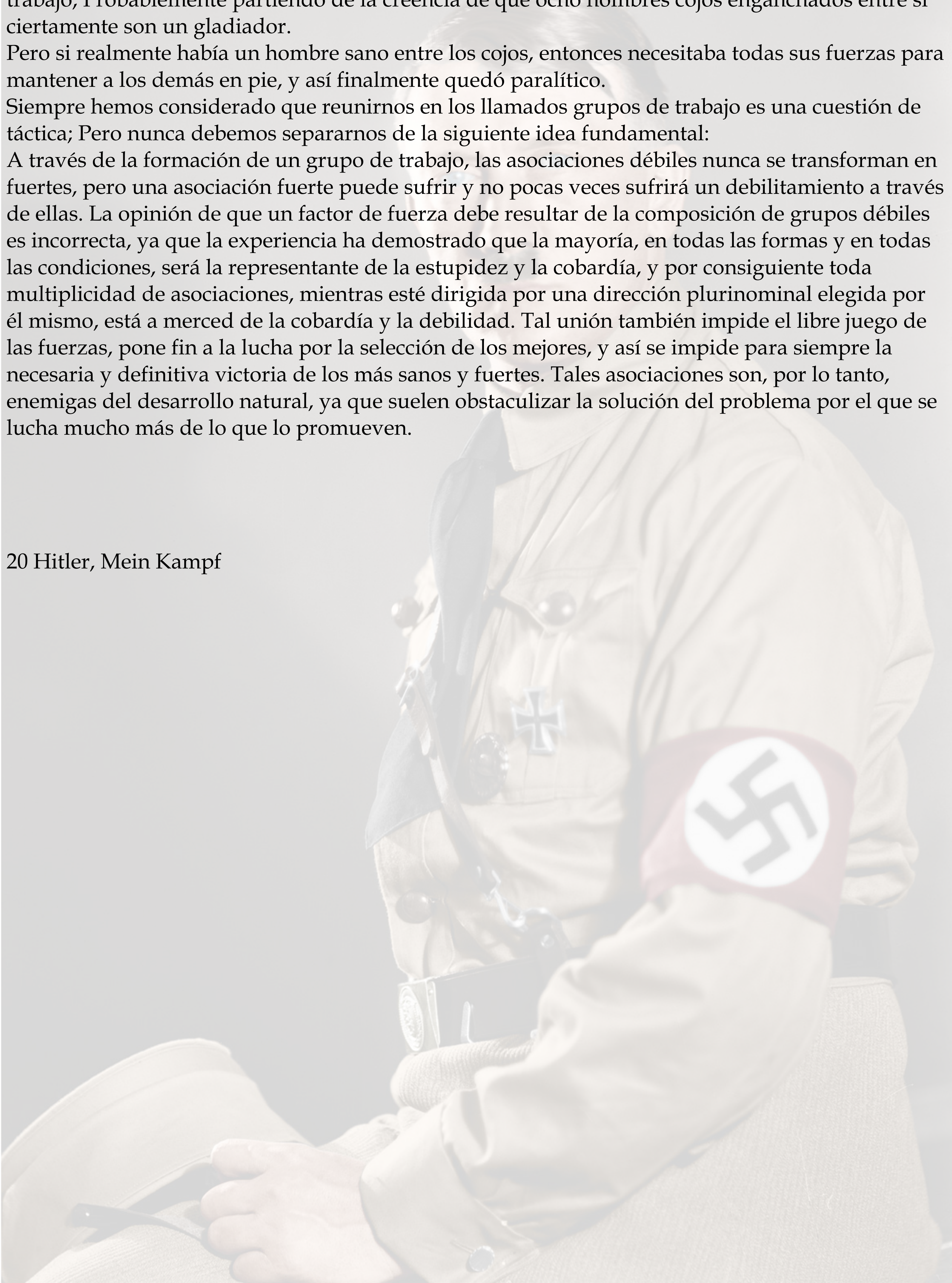
Es a este proceso a quien hay que atribuir la llamada "fragmentación étnica".
Sin embargo, en 1918-1919 la formación de toda una serie de grupos, partidos, etc., descritos como völkisch, había tenido lugar por los fundadores sin culpa suya en el desarrollo natural de las cosas. De todos ellos, el N.S.D.A.P. ya había emergido lentamente como el ganador en 1920. La honradez fundamental de cada uno de los fundadores no podía ser demostrada ahora por nada más brillantemente que por la decisión, verdaderamente admirable entre muchos, de sacrificar su propio movimiento, obviamente menos exitoso, por el movimiento más fuerte, es decir, de disolverlo o de integrarlo incondicionalmente.
Esto es especialmente cierto para el principal luchador del entonces Partido Socialista Alemán en Nuremberg, Julius Streicher. El N.S.D.A.P. y el D.S.P. habían nacido con los mismos objetivos finales, pero completamente independientes el uno del otro. El principal pionero de la D.S.P. fue, como ya se ha mencionado, el entonces maestro Julius Streicher en Nuremberg. Al principio, él también estaba sagradamente convencido de la misión y el futuro de su movimiento. Sin embargo, tan pronto como pudo reconocer clara e inequívocamente la mayor fuerza y crecimiento del NSDAP, cesó su actividad para el DSP y la Werkgemeinschaft y llamó a sus seguidores a unirse al NSDP, que había salido victorioso de la lucha mutua y ahora continúa luchando en sus filas por el objetivo común. Una decisión tan difícil como fundamentalmente decente.
De este primer período del movimiento no queda fragmentación, pero casi siempre la voluntad honesta de los hombres de esa época también condujo a un final honesto, recto y recto. Lo que ahora llamamos "fragmentación étnica" debe su existencia, como ya se ha subrayado, sin excepción a la segunda de las causas que he mencionado: hombres ambiciosos, que nunca habían tenido sus propios pensamientos, y mucho menos sus propios objetivos, se sintieron "llamados" en el mismo momento en que vieron madurar innegablemente el éxito del NSDAP.



576 "Grupos de trabajo"

De repente, surgieron programas que fueron completamente copiados de los nuestros, se defendieron ideas que se tomaron prestadas de nosotros, se establecieron metas por las que habíamos estado luchando durante años, se eligieron caminos que el NSDAP había recorrido desde hacía mucho tiempo. Trataron por todos los medios de justificar por qué se habían visto obligados a formar estos nuevos partidos, a pesar del N.S.D.A.P. de larga existencia; Pero cuanto más nobles eran los motivos, más falsas eran esas frases.
En realidad, sólo había una razón decisiva: la ambición personal de los fundadores de querer desempeñar un papel al que su propia apariencia de enano no aportaba realmente nada más que una gran audacia para adoptar los pensamientos de los demás, una audacia que en el resto de la vida burguesa suele describirse como un robo.
En ese momento, no había nada en el camino de las ideas y las ideas de los demás que un cleptómano tan político no hubiera acumulado en muy poco tiempo para su nuevo negocio. Pero los que lo hicieron fueron los mismos que, más tarde, con lágrimas en los ojos, lamentaron profundamente la "fragmentación étnica" y hablaron incesantemente de la "necesidad de la unidad" con la tranquila esperanza de poder engañar finalmente a los demás hasta el punto de que, cansados de los eternos gritos acusatorios, arrojaran a los ladrones, además de las ideas que hasta entonces habían robado, los movimientos creados para su implementación.
Sin embargo, si no lo conseguían, y la rentabilidad de las nuevas empresas, gracias a las pequeñas dimensiones intelectuales de sus propietarios, no mantenía lo que se esperaba de ella, entonces se acostumbraba a darla más barata, y ya se alegraba de que uno pudiera acabar en una de las llamadas comunidades de trabajo.





"Grupos de trabajo" 577

Todo lo que no era capaz de valerse por sí mismo en ese momento se unió en tales grupos de trabajo; Probablemente partiendo de la creencia de que ocho hombres cojos enganchados entre sí ciertamente son un gladiador.
Pero si realmente había un hombre sano entre los cojos, entonces necesitaba todas sus fuerzas para mantener a los demás en pie, y así finalmente quedó paralítico.
Siempre hemos considerado que reunirnos en los llamados grupos de trabajo es una cuestión de táctica; Pero nunca debemos separarnos de la siguiente idea fundamental:
A través de la formación de un grupo de trabajo, las asociaciones débiles nunca se transforman en fuertes, pero una asociación fuerte puede sufrir y no pocas veces sufrirá un debilitamiento a través de ellas. La opinión de que un factor de fuerza debe resultar de la composición de grupos débiles es incorrecta, ya que la experiencia ha demostrado que la mayoría, en todas las formas y en todas las condiciones, será la representante de la estupidez y la cobardía, y por consiguiente toda multiplicidad de asociaciones, mientras esté dirigida por una dirección plurinominal elegida por él mismo, está a merced de la cobardía y la debilidad. Tal unión también impide el libre juego de las fuerzas, pone fin a la lucha por la selección de los mejores, y así se impide para siempre la necesaria y definitiva victoria de los más sanos y fuertes. Tales asociaciones son, por lo tanto, enemigas del desarrollo natural, ya que suelen obstaculizar la solución del problema por el que se lucha mucho más de lo que lo promueven.

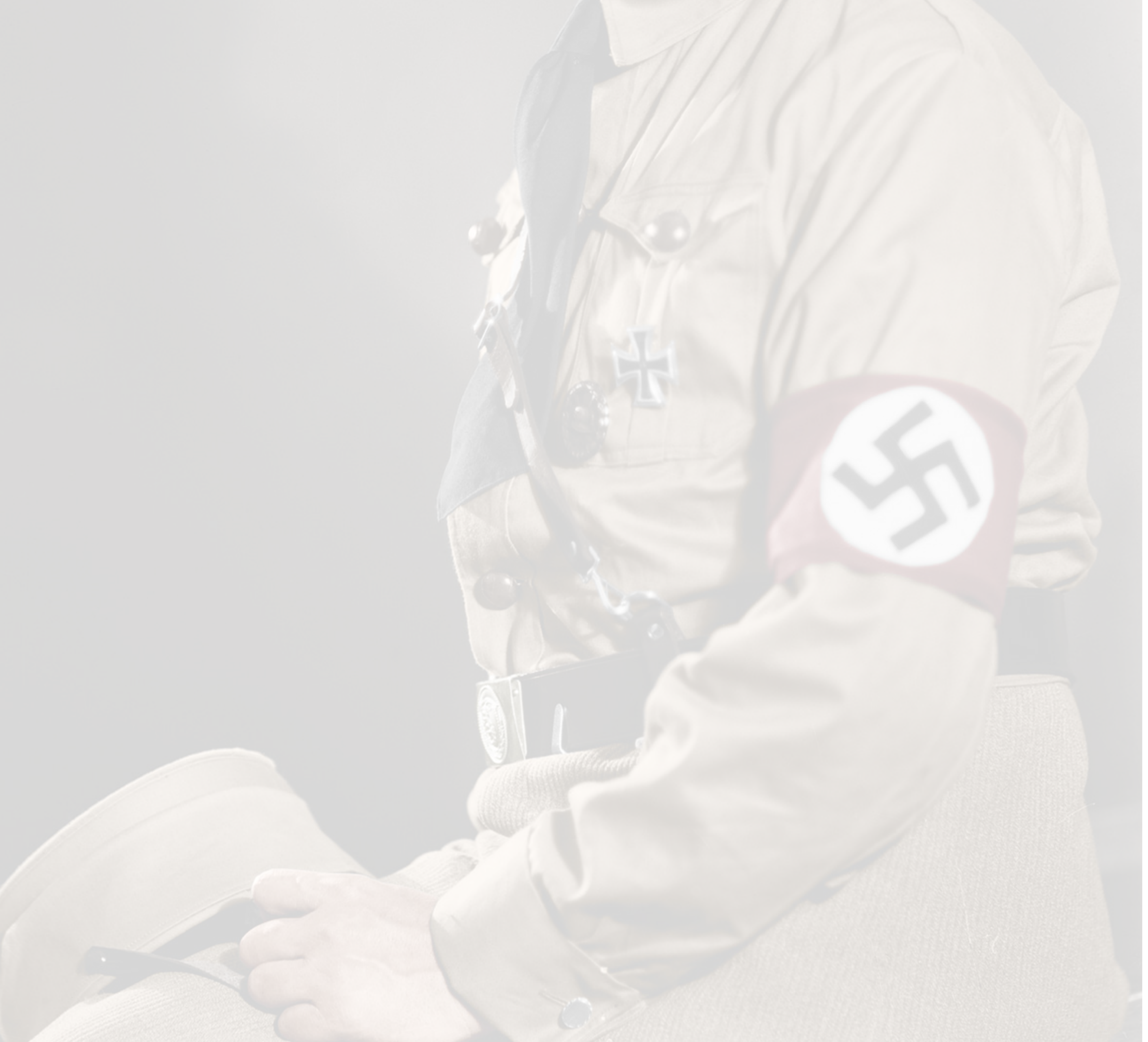
20 Hitler, Mein Kampf

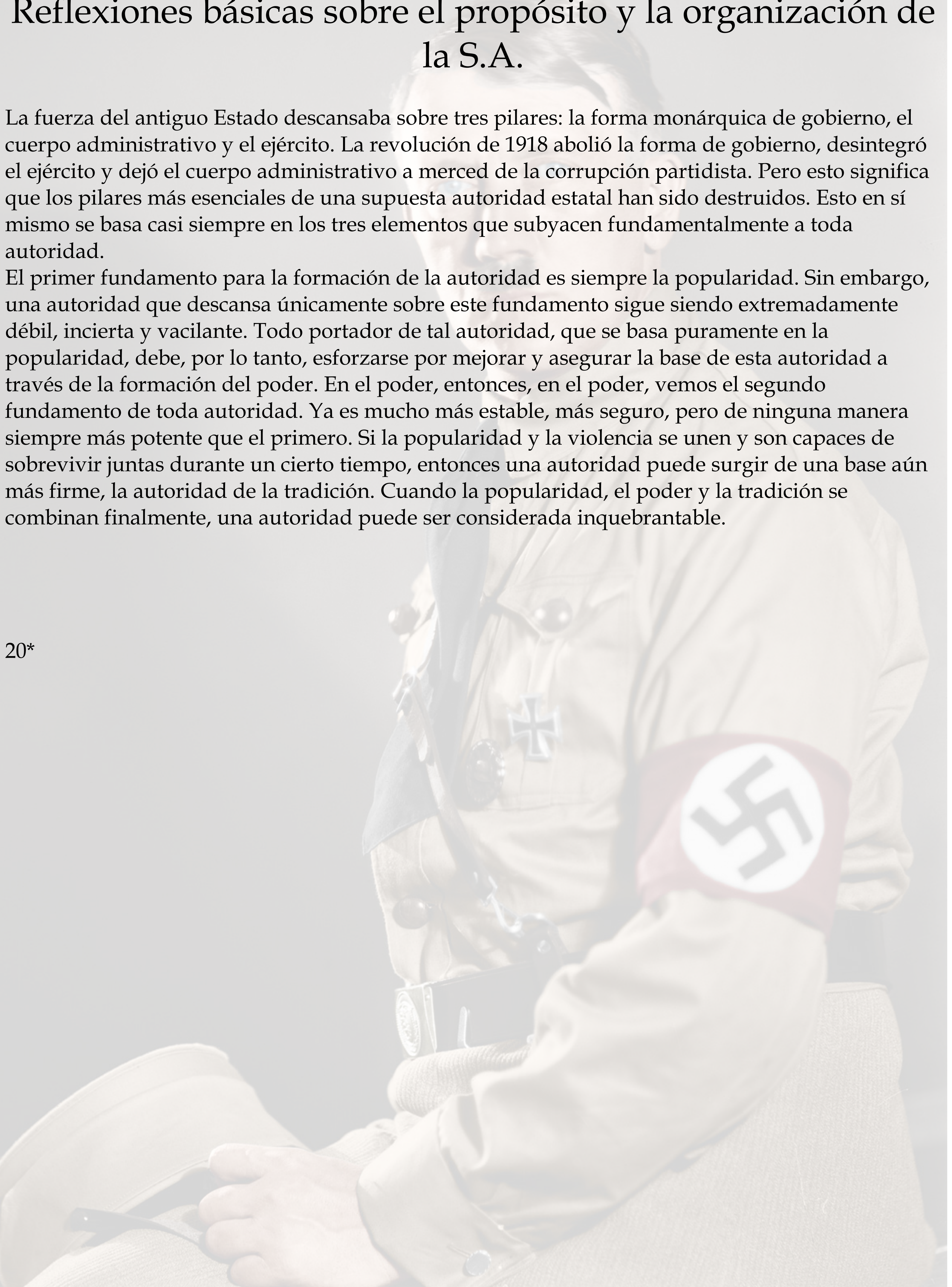
578 "Grupos de trabajo"

Puede suceder que, por razones puramente tácticas, la dirección suprema de un movimiento que mira hacia el futuro llegue a un acuerdo con asociaciones similares sobre el tratamiento de ciertas cuestiones durante un período muy corto, y tal vez también tome medidas conjuntas. Pero esto nunca debe conducir a la perpetuación de tal estado de cosas, si el movimiento mismo no quiere renunciar a su misión redentora. Porque una vez que finalmente se ha enredado en tal unión, pierde la posibilidad y también el derecho de dejar que su propio poder surta pleno efecto en el sentido de un desarrollo natural, superando así a sus rivales y alcanzando la meta establecida como un vencedor.

Nunca hay que olvidar que todo lo realmente grande de este mundo no se luchaba por coaliciones, sino que siempre era el éxito de un solo vencedor. Los éxitos de las coaliciones, por la propia naturaleza de sus orígenes, llevan la semilla de un futuro desmoronamiento, incluso de la pérdida de lo que ya se ha logrado. Las grandes revoluciones de naturaleza espiritual, verdaderamente mundiales, son concebibles y sólo pueden realizarse como luchas titánicas de individuos, pero nunca como empresas de coaliciones.

De la misma manera, por encima de todo, el Estado völkisch nunca será creado por la voluntad transigida de una comunidad obrera völkisch, sino sólo por la voluntad férrea de un solo movimiento que se haya abierto camino contra todos.





9 kapitel

Reflexiones básicas sobre el propósito y la organización de la S.A.

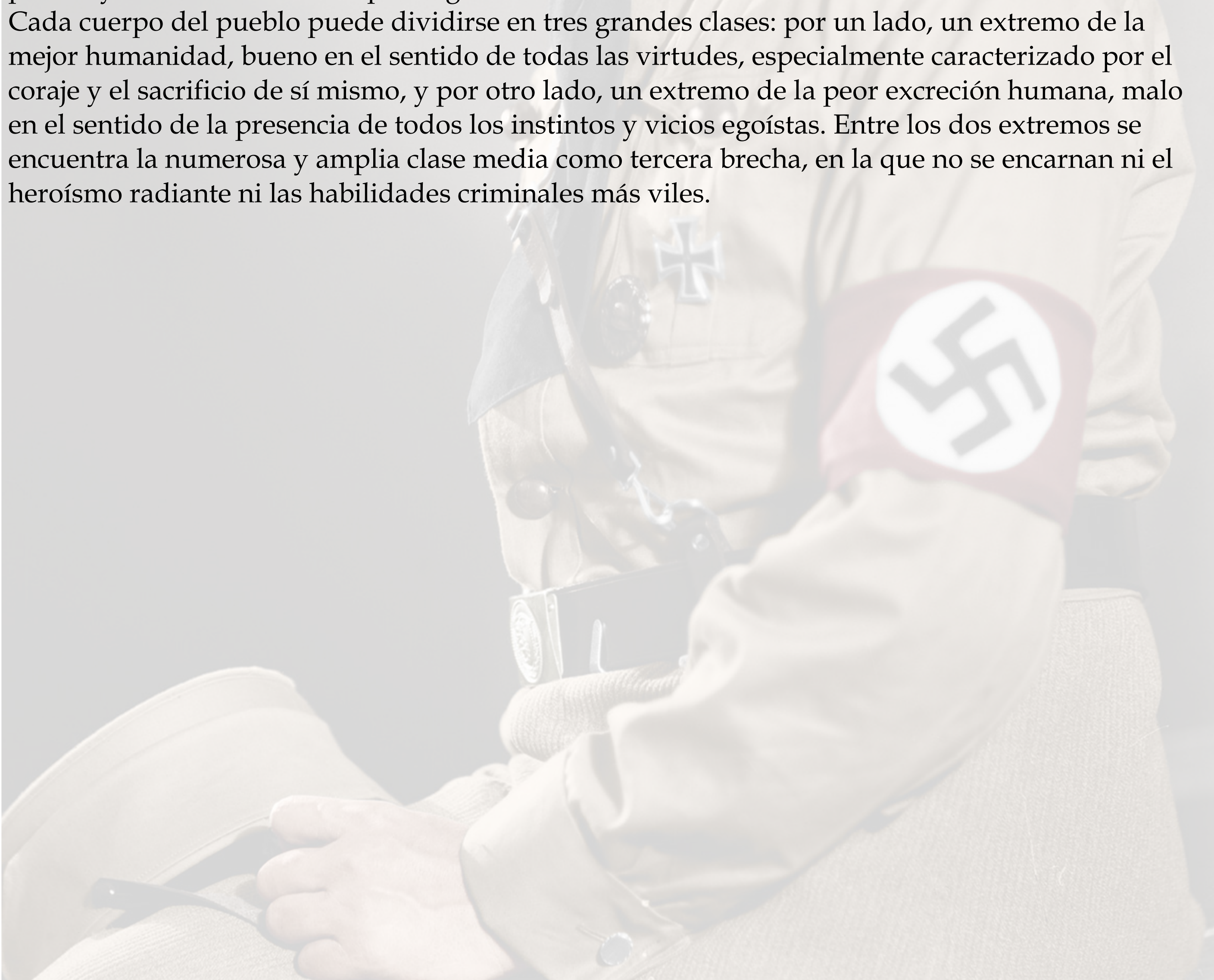
La fuerza del antiguo Estado descansaba sobre tres pilares: la forma monárquica de gobierno, el cuerpo administrativo y el ejército. La revolución de 1918 abolió la forma de gobierno, desintegró el ejército y dejó el cuerpo administrativo a merced de la corrupción partidista. Pero esto significa que los pilares más esenciales de una supuesta autoridad estatal han sido destruidos. Esto en sí mismo se basa casi siempre en los tres elementos que subyacen fundamentalmente a toda autoridad.

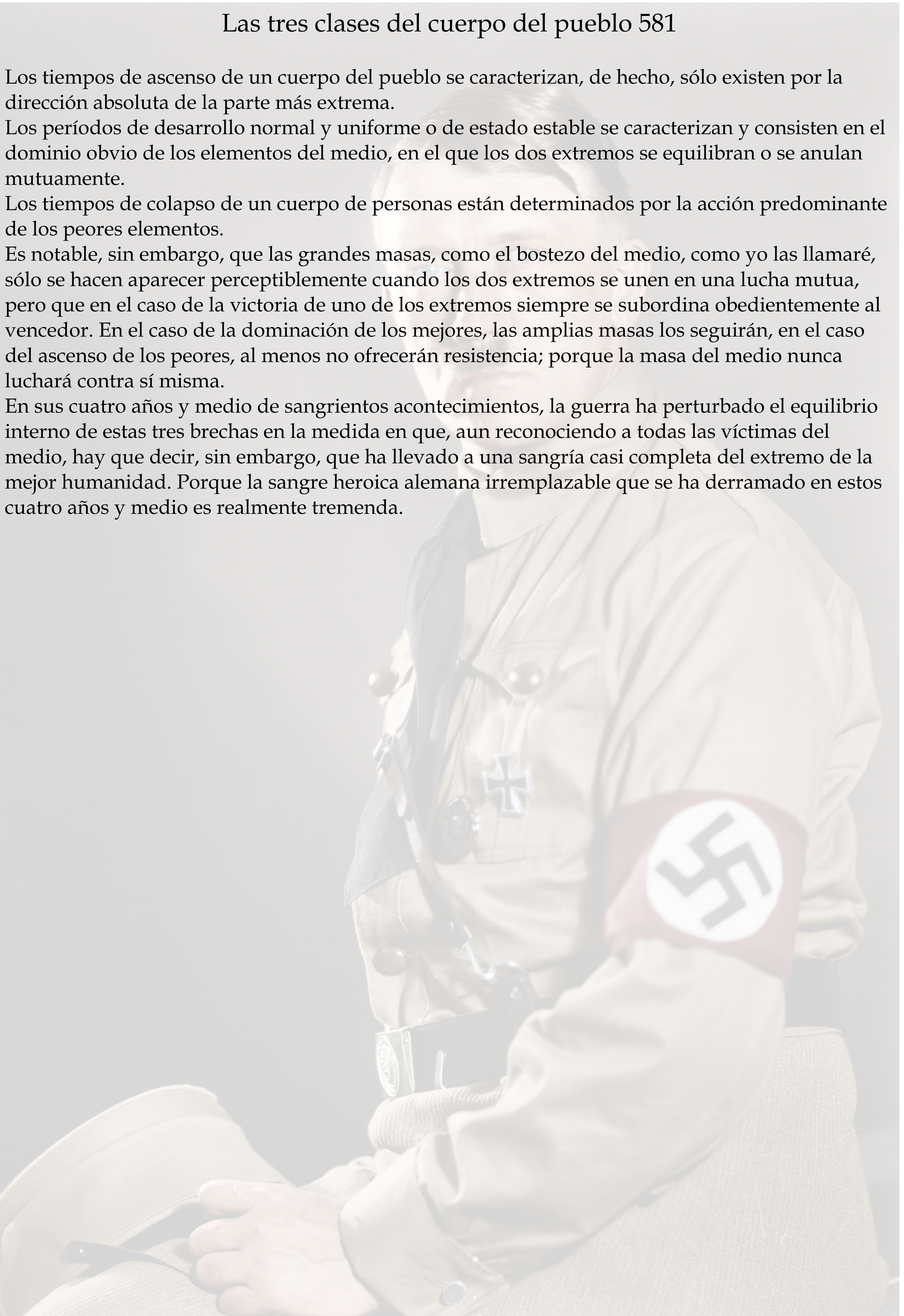
El primer fundamento para la formación de la autoridad es siempre la popularidad. Sin embargo, una autoridad que descansa únicamente sobre este fundamento sigue siendo extremadamente débil, incierta y vacilante. Todo portador de tal autoridad, que se basa puramente en la popularidad, debe, por lo tanto, esforzarse por mejorar y asegurar la base de esta autoridad a través de la formación del poder. En el poder, entonces, en el poder, vemos el segundo fundamento de toda autoridad. Ya es mucho más estable, más seguro, pero de ninguna manera siempre más potente que el primero. Si la popularidad y la violencia se unen y son capaces de sobrevivir juntas durante un cierto tiempo, entonces una autoridad puede surgir de una base aún más firme, la autoridad de la tradición. Cuando la popularidad, el poder y la tradición se combinan finalmente, una autoridad puede ser considerada inquebrantable.

20*

580 Los tres fundamentos de la autoridad

La revolución ha eliminado por completo este último caso. Sí, ya ni siquiera había una autoridad de la tradición. Con el colapso del antiguo Reich, la abolición de la antigua forma de gobierno, la destrucción de los antiguos emblemas y símbolos imperiales, la tradición se rompió abruptamente. La consecuencia de esto fue el golpe más severo a la autoridad del Estado.
Incluso el segundo pilar de la autoridad estatal, la violencia, ya no estaba presente. Para poder llevar a cabo la revolución, se había visto obligado a desintegrar la encarnación de la fuerza organizada y de la fuerza del Estado, es decir, el ejército; De hecho, las partes corroídas del ejército mismo tuvieron que ser utilizadas como elementos revolucionarios de lucha. Si bien los ejércitos en el frente habían sido presa de esta desintegración de una manera no uniforme, cuanto más dejaban tras de sí los lugares gloriosos de su heroica lucha de cuatro años y medio, eran carcomidos por el ácido de la desorganización de la patria y, cuando llegaban a las organizaciones de desmovilización, también terminaban en la confusión de la llamada época de la obediencia voluntaria del consejo de soldados.
Sin embargo, la autoridad ya no podía basarse en estas turbas amotinadas de soldados, que entendían el servicio militar en el sentido de un tiempo de trabajo de ocho horas. De este modo, el segundo elemento, el que garantiza la firmeza de la autoridad en primer lugar, fue también abolido, y la revolución sólo poseyó realmente la más original, la popularidad, para construir su autoridad sobre ella. Pero era precisamente esta base la que era extraordinariamente incierta. Es cierto que la revolución logró derribar el viejo edificio del Estado con un solo golpe poderoso, pero en lo más profundo sólo porque el equilibrio normal dentro de la estructura de nuestro pueblo ya había sido abolido por la guerra.
Cada cuerpo del pueblo puede dividirse en tres grandes clases: por un lado, un extremo de la mejor humanidad, bueno en el sentido de todas las virtudes, especialmente caracterizado por el coraje y el sacrificio de sí mismo, y por otro lado, un extremo de la peor excreción humana, malo en el sentido de la presencia de todos los instintos y vicios egoístas. Entre los dos extremos se encuentra la numerosa y amplia clase media como tercera brecha, en la que no se encarnan ni el heroísmo radiante ni las habilidades criminales más viles.



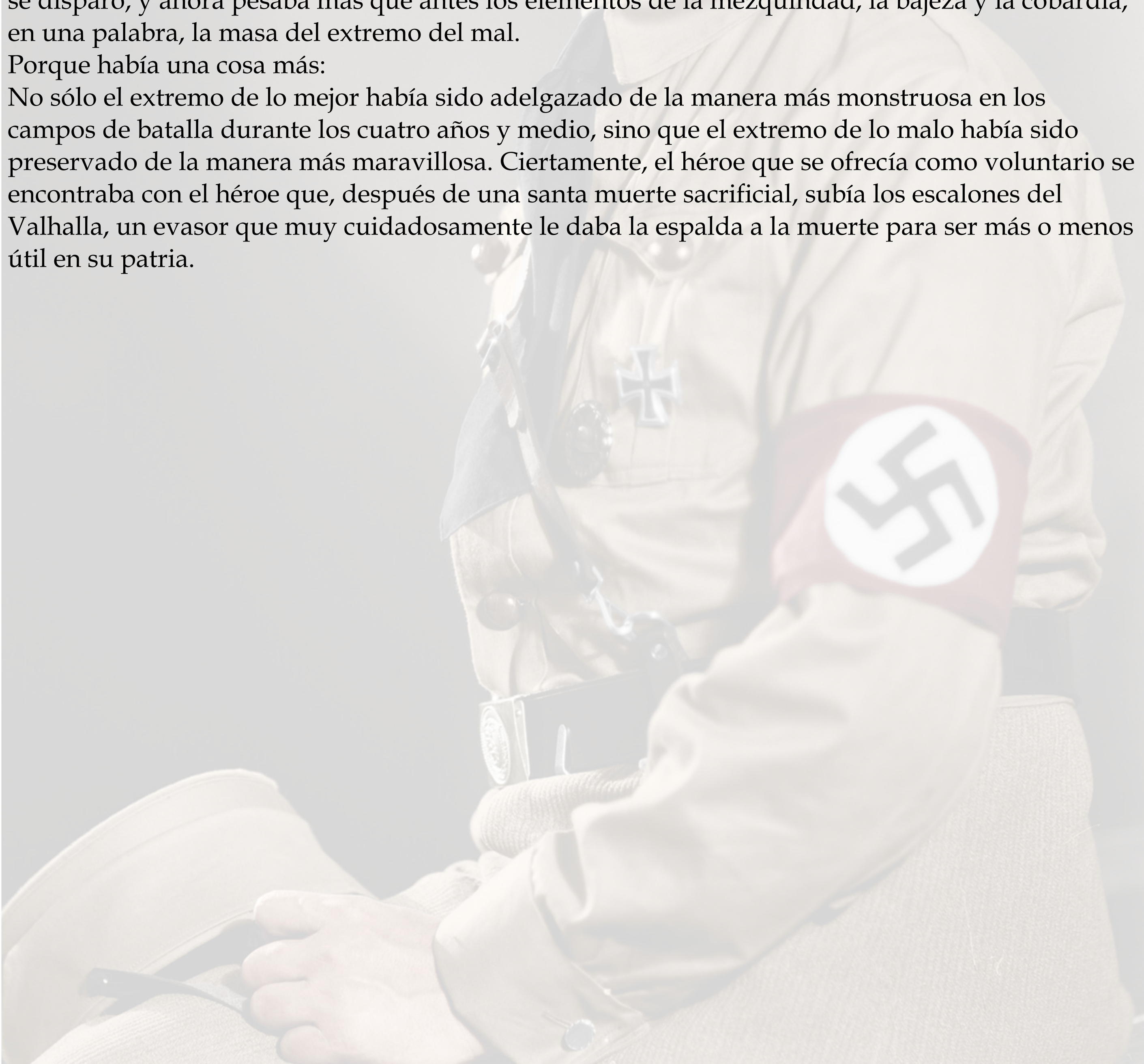


Las tres clases del cuerpo del pueblo 581

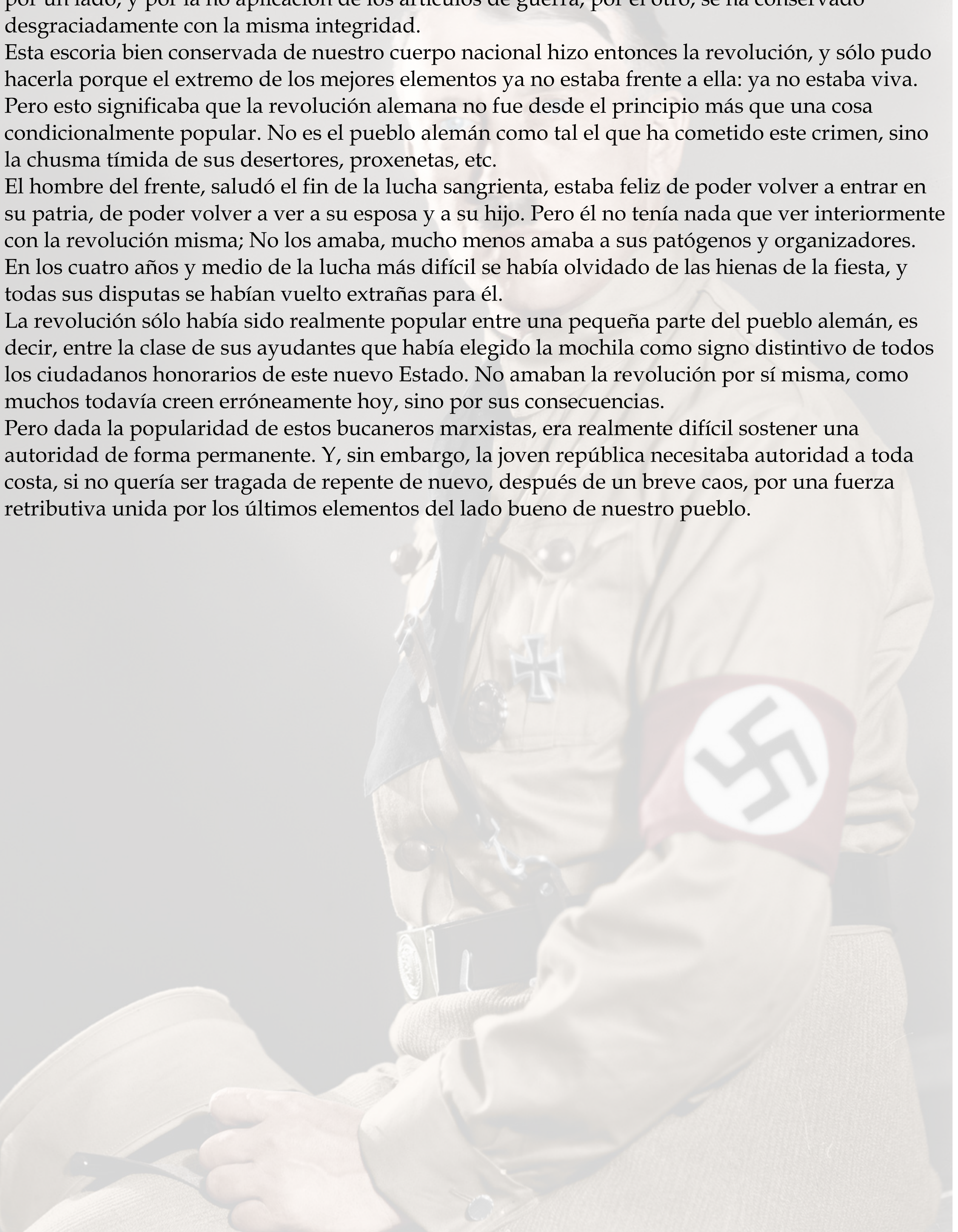
Los tiempos de ascenso de un cuerpo del pueblo se caracterizan, de hecho, sólo existen por la dirección absoluta de la parte más extrema.
Los períodos de desarrollo normal y uniforme o de estado estable se caracterizan y consisten en el dominio obvio de los elementos del medio, en el que los dos extremos se equilibran o se anulan mutuamente.
Los tiempos de colapso de un cuerpo de personas están determinados por la acción predominante de los peores elementos.
Es notable, sin embargo, que las grandes masas, como el bostezo del medio, como yo las llamaré, sólo se hacen aparecer perceptiblemente cuando los dos extremos se unen en una lucha mutua, pero que en el caso de la victoria de uno de los extremos siempre se subordina obedientemente al vencedor. En el caso de la dominación de los mejores, las amplias masas los seguirán, en el caso del ascenso de los peores, al menos no ofrecerán resistencia; porque la masa del medio nunca luchará contra sí misma.
En sus cuatro años y medio de sangrientos acontecimientos, la guerra ha perturbado el equilibrio interno de estas tres brechas en la medida en que, aun reconociendo a todas las víctimas del medio, hay que decir, sin embargo, que ha llevado a una sangría casi completa del extremo de la mejor humanidad. Porque la sangre heroica alemana irremplazable que se ha derramado en estos cuatro años y medio es realmente tremenda.

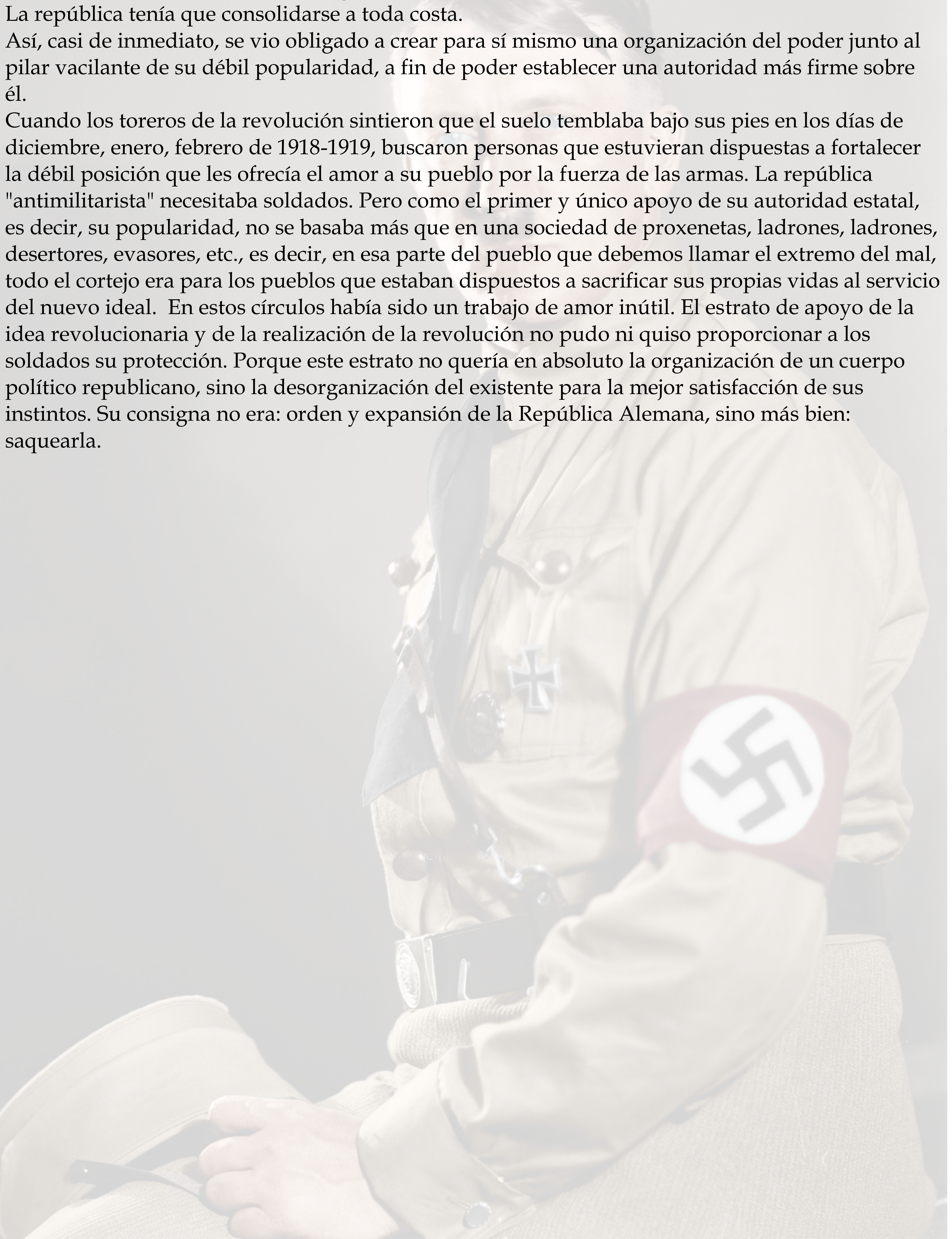
582 El sacrificio de los mejores

Añádase todos los centenares de miles de casos individuales en los que se ha repetido una y otra vez: voluntarios frente al frente, patrulleros voluntarios, reporteros voluntarios, voluntarios para escuadras telefónicas, voluntarios para cruces de puentes, voluntarios para submarinos, voluntarios para aviones, voluntarios para batallones de asalto, etc. —una y otra vez durante cuatro años y medio, en mil ocasiones, voluntarios y otra vez voluntarios— y siempre se ve el mismo resultado: El joven imberbe o el hombre maduro, ambos llenos de ardiente patriotismo, de gran coraje personal o del más alto sentido del deber, se daban a conocer. Decenas de miles, incluso cientos de miles, de tales casos ocurrieron, y gradualmente esta humanidad se volvió más y más delgada. Lo que no caía era o bien quedaba inválido o se desmoronaba poco a poco como consecuencia de la pequeñez del número de los que quedaban. Pero, sobre todo, hay que tener en cuenta que el año 1914 levantó ejércitos enteros de los llamados voluntarios, que, gracias a la criminal falta de escrúpulos de nuestros inútiles parlamentarios, no habían recibido ninguna formación válida para la paz, y por lo tanto estaban ahora expuestos al enemigo como carne de cañón indefensa. Los cuatrocientos mil que cayeron o quedaron lisiados en los combates de Flandes en ese momento ya no podían ser reemplazados. Su pérdida fue más que la eliminación de un simple número. A través de su muerte, la balanza, demasiado poco pesada en el lado bueno, se disparó, y ahora pesaba más que antes los elementos de la mezquindad, la bajeza y la cobardía, en una palabra, la masa del extremo del mal.
Porque había una cosa más:
No sólo el extremo de lo mejor había sido adelgazado de la manera más monstruosa en los campos de batalla durante los cuatro años y medio, sino que el extremo de lo malo había sido preservado de la manera más maravillosa. Ciertamente, el héroe que se ofrecía como voluntario se encontraba con el héroe que, después de una santa muerte sacrificial, subía los escalones del Valhalla, un evasor que muy cuidadosamente le daba la espalda a la muerte para ser más o menos útil en su patria.



Así, el final de la guerra pinta el siguiente cuadro: el estrato medio de la nación ha pagado su precio con obedientes sacrificios de sangre; el extremo de los mejores se ha sacrificado casi por completo en un heroísmo ejemplar; El extremo de lo malo, apoyado por las leyes más absurdas, por un lado, y por la no aplicación de los artículos de guerra, por el otro, se ha conservado desgraciadamente con la misma integridad.
Esta escoria bien conservada de nuestro cuerpo nacional hizo entonces la revolución, y sólo pudo hacerla porque el extremo de los mejores elementos ya no estaba frente a ella: ya no estaba viva.
Pero esto significaba que la revolución alemana no fue desde el principio más que una cosa condicionalmente popular. No es el pueblo alemán como tal el que ha cometido este crimen, sino la chusma tímida de sus desertores, proxenetas, etc.
El hombre del frente, saludó el fin de la lucha sangrienta, estaba feliz de poder volver a entrar en su patria, de poder volver a ver a su esposa y a su hijo. Pero él no tenía nada que ver interiormente con la revolución misma; No los amaba, mucho menos amaba a sus patógenos y organizadores. En los cuatro años y medio de la lucha más difícil se había olvidado de las hienas de la fiesta, y todas sus disputas se habían vuelto extrañas para él.
La revolución sólo había sido realmente popular entre una pequeña parte del pueblo alemán, es decir, entre la clase de sus ayudantes que había elegido la mochila como signo distintivo de todos los ciudadanos honorarios de este nuevo Estado. No amaban la revolución por sí misma, como muchos todavía creen erróneamente hoy, sino por sus consecuencias.
Pero dada la popularidad de estos bucaneros marxistas, era realmente difícil sostener una autoridad de forma permanente. Y, sin embargo, la joven república necesitaba autoridad a toda costa, si no quería ser tragada de repente de nuevo, después de un breve caos, por una fuerza retributiva unida por los últimos elementos del lado bueno de nuestro pueblo.



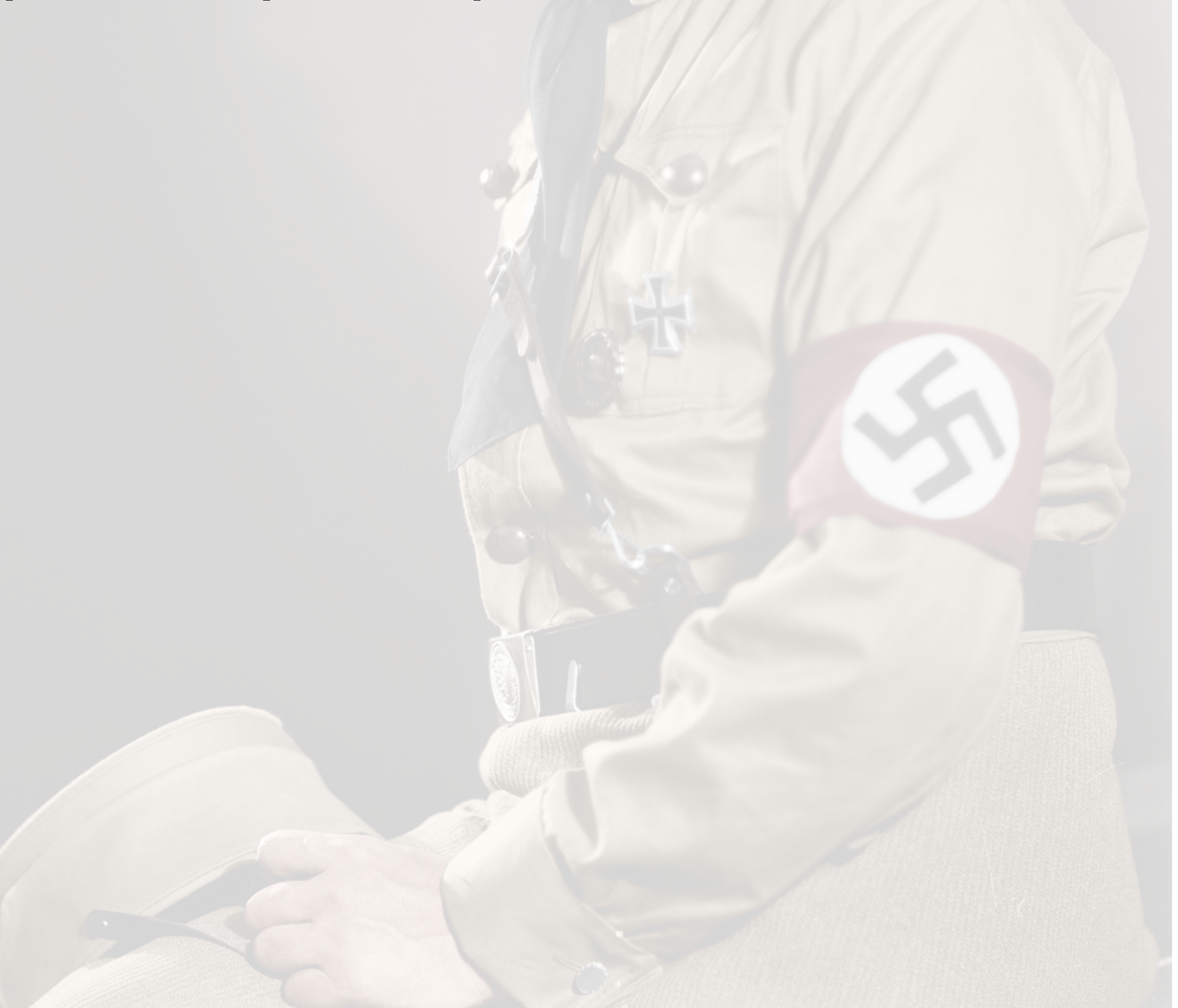


584 Desorganización como consecuencia

En aquel tiempo, aquellos portadores de la revolución, nada temían más que perder todo terreno en el remolino de su propia confusión y ser de repente agarrados y colocados en otro terreno por un puño de hierro, como el que surge de la vida de los pueblos más de una vez en tales tiempos. La república tenía que consolidarse a toda costa.
Así, casi de inmediato, se vio obligado a crear para sí mismo una organización del poder junto al pilar vacilante de su débil popularidad, a fin de poder establecer una autoridad más firme sobre él.
Cuando los toreros de la revolución sintieron que el suelo temblaba bajo sus pies en los días de diciembre, enero, febrero de 1918-1919, buscaron personas que estuvieran dispuestas a fortalecer la débil posición que les ofrecía el amor a su pueblo por la fuerza de las armas. La república "antimilitarista" necesitaba soldados. Pero como el primer y único apoyo de su autoridad estatal, es decir, su popularidad, no se basaba más que en una sociedad de proxenetas, ladrones, ladrones, desertores, evasores, etc., es decir, en esa parte del pueblo que debemos llamar el extremo del mal, todo el cortejo era para los pueblos que estaban dispuestos a sacrificar sus propias vidas al servicio del nuevo ideal. En estos círculos había sido un trabajo de amor inútil. El estrato de apoyo de la idea revolucionaria y de la realización de la revolución no pudo ni quiso proporcionar a los soldados su protección. Porque este estrato no quería en absoluto la organización de un cuerpo político republicano, sino la desorganización del existente para la mejor satisfacción de sus instintos. Su consigna no era: orden y expansión de la República Alemana, sino más bien: saquearla.

Origen de los Freikorps 585

De modo que el grito de auxilio que los representantes del pueblo prorrumpían entonces con mil temores, estaba destinado a ser desatendido en este estrato y, por el contrario, a desencadenar resistencia y amargura. Porque en semejante comienzo se sentía una falta a la buena fe, pues se percibía en la formación de una autoridad que ya no se basaba únicamente en su popularidad, sino que se apoyaba en el poder, el comienzo de la lucha contra lo único decisivo para estos elementos: contra el derecho a robar y el dominio desenfrenado de una horda de ladrones y saqueadores que habían roto los muros de las penitenciarías y se habían liberado de sus cadenas, en fin, mala chusma.
Los diputados del pueblo gritaron todo lo que quisieron, pero nadie salió de sus filas, y sólo el "traidor" contrarruso les dio la opinión de aquellos portadores suyos. popularidad.
En ese momento, por primera vez, numerosos jóvenes alemanes estaban dispuestos a abotonar una vez más los abrigos de sus soldados, llevar carabinas y fusiles al hombro al servicio de la "paz y el orden", como pensaban, para enfrentarse a los destructores de su patria con sus cascos de acero puestos. Como soldados voluntarios, formaron cuerpos libres y, aunque odiaban ferozmente a la revolución, comenzaron a protegerla y, por lo tanto, a consolidarla en la práctica.
De la mejor fe, actuaron de esta manera.
El verdadero organizador de la revolución y su verdadero cerebro, el judío internacional, había evaluado correctamente la situación en ese momento. El pueblo alemán aún no estaba preparado para ser arrastrado al pantano bolchevique, como era el caso en Rusia.

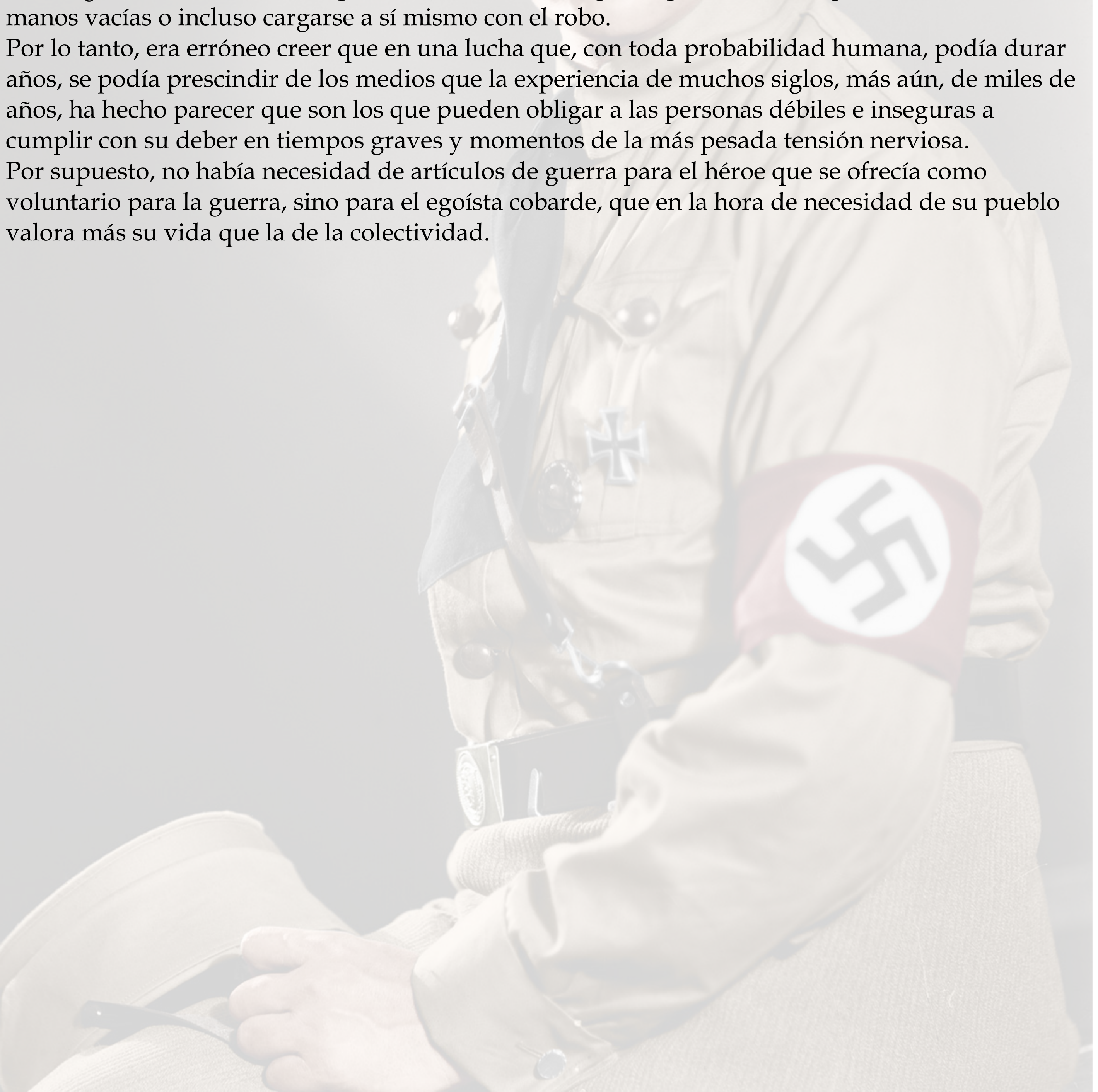


586 Indulgencia inapropiada contra los desertores

Esto se debió en gran parte a la unidad racialmente aún mayor entre la intelectualidad alemana y el trabajador manual alemán. Además, en la gran penetración de incluso los estratos más amplios de la población con elementos de asentamiento, como es igualmente el caso sólo en los otros estados de Europa occidental, pero estaba completamente ausente en Rusia. Allí, la propia intelectualidad era en su mayor parte de nacionalidad no rusa o, al menos, de carácter racial no eslavo. El delgado estrato intelectual superior de Rusia en ese momento podía ser levantado en cualquier momento como resultado de la ausencia total de componentes intermedios que lo conectaran con la masa del gran pueblo. El nivel intelectual y moral de este último, sin embargo, era terriblemente bajo allí.
Tan pronto como Rusia logró incitar a las masas incultas, analfabetas y analfabetas en las amplias masas contra la escasa clase superior intelectual, que no tenía ninguna relación ni conexión con ella, se decidió la suerte de este país, la revolución triunfó; el analfabeto ruso se convirtió así en un esclavo indefenso de sus dictadores judíos, quienes, sin embargo, fueron lo suficientemente astutos como para permitir que esta dictadura fuera llevada por la frase "dictadura popular".
En Alemania se producía también lo siguiente: así como la revolución sólo podía triunfar como resultado de la desintegración gradual del ejército, así también el verdadero portador de la revolución y de la desintegración del ejército no había sido el soldado del frente, sino la chusma más o menos tímida, que o bien vagaba por las guarniciones nacionales o servía de "indispensable" en algún lugar de la economía. Este ejército fue reforzado por decenas de miles de desertores que pudieron dar la espalda al frente sin ningún riesgo particular. El verdadero cobarde en todo momento, por supuesto, no teme a nada más que a la muerte. Pero tenía la muerte ante sus ojos día tras día en el frente en mil apariciones.



Si, a pesar de todo, se quiere animar a los débiles, vacilantes o incluso cobardes a cumplir con su deber, entonces siempre ha habido una sola posibilidad: el desertor debe saber que su deserción trae consigo exactamente lo que quiere huir. Puedes morir en el frente, como desertor tienes que morir. Sólo a través de una amenaza tan draconiana a cualquier intento de deserción se puede lograr un efecto disuasorio no sólo para el individuo, sino también para el conjunto.
Y este era el sentido y el propósito de los artículos de guerra.
Era una hermosa creencia poder librar la gran lucha por la existencia de un pueblo, sostenido sólo por una lealtad voluntaria nacida y mantenida del reconocimiento de la necesidad. El cumplimiento voluntario del deber siempre ha determinado lo mejor en sus acciones; pero no la media. Por eso son necesarias leyes como las que se prohíben el robo, que no fueron creadas para los fundamentalmente honestos, sino para los elementos volubles y débiles. Tales leyes, al disuadir a los malvados, están destinadas a evitar que se desarrolle un estado de cosas en el que el hombre honesto sea finalmente considerado como el más estúpido y, por consiguiente, cada vez más llegue a la conclusión de que es más conveniente participar en el robo que mirar con las manos vacías o incluso cargarse a sí mismo con el robo.
Por lo tanto, era erróneo creer que en una lucha que, con toda probabilidad humana, podía durar años, se podía prescindir de los medios que la experiencia de muchos siglos, más aún, de miles de años, ha hecho parecer que son los que pueden obligar a las personas débiles e inseguras a cumplir con su deber en tiempos graves y momentos de la más pesada tensión nerviosa.
Por supuesto, no había necesidad de artículos de guerra para el héroe que se ofrecía como voluntario para la guerra, sino para el egoísta cobarde, que en la hora de necesidad de su pueblo valora más su vida que la de la colectividad.



588 El miedo del soldado de primera línea

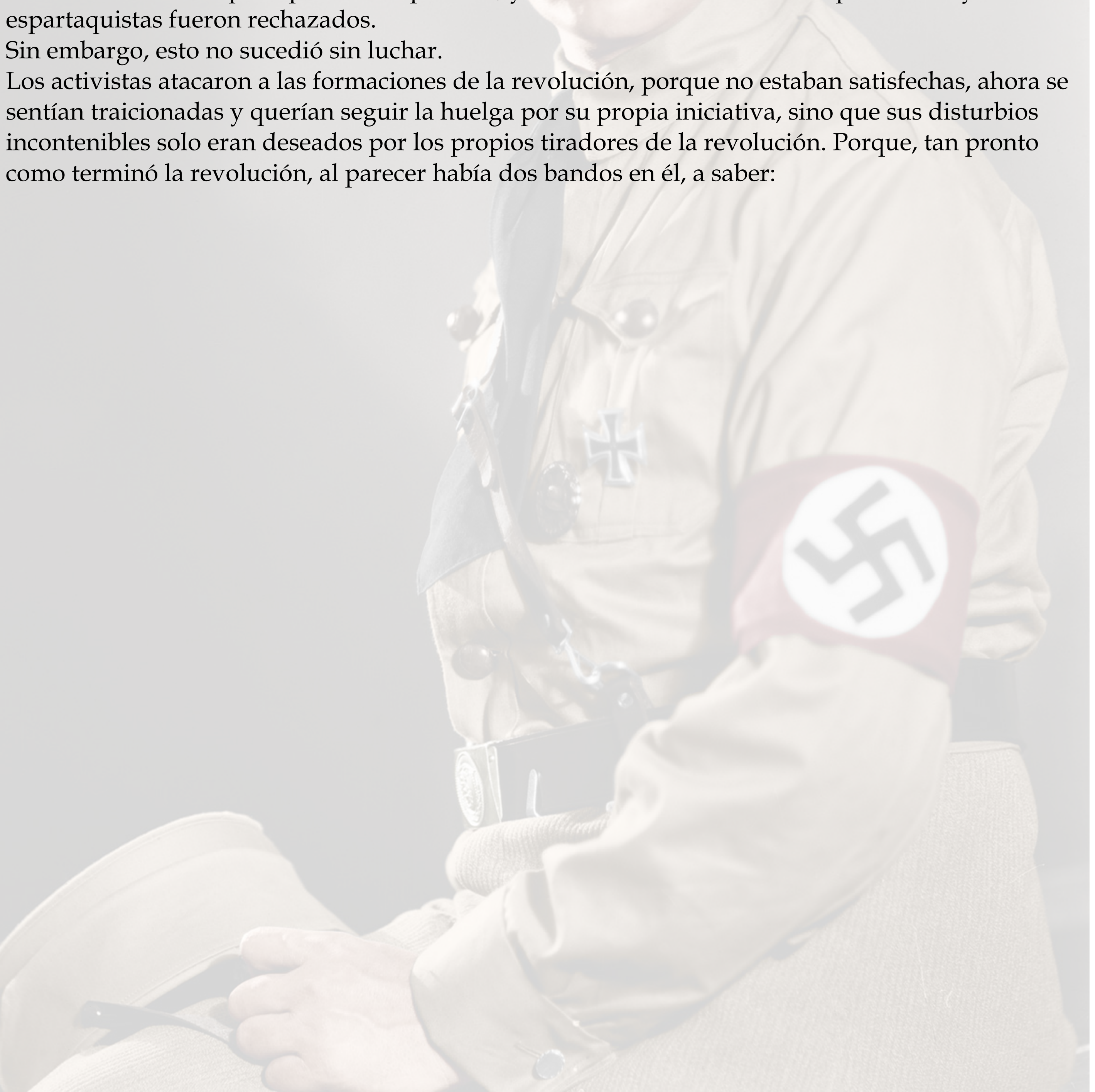
Sin embargo, a un debilucho tan descarado sólo se le puede impedir que ceda a su cobardía aplicando el castigo más severo. Cuando los hombres luchan constantemente con la muerte y tienen que soportar inquietos durante semanas en embudos llenos de barro, a veces con la peor comida, el cantonista inseguro no puede ser mantenido a raya mediante amenazas de prisión o incluso de prisión, sino sólo mediante la aplicación despiadada de la pena de muerte. Porque la experiencia ha demostrado que en un momento así ve la cárcel como un lugar que es todavía mil veces más agradable que el campo de batalla, ya que al menos su inestimable vida no se ve amenazada en la cárcel. Pero el hecho de que la pena de muerte haya sido prácticamente eliminada durante la guerra, y que los artículos de guerra hayan sido de hecho puestos fuera de circulación, ha tomado una terrible venganza. Un ejército de desertores irrumpió en el escenario y en la patria, especialmente en 1918, y ayudó a formar esa gran organización criminal que de repente vimos ante nosotros como la artífice de la revolución después del 7 de noviembre de 1918. El frente en sí no tenía nada que ver con eso. Por supuesto, sus familiares solo han sentido un anhelo de paz. Pero era precisamente este hecho el que planteaba un peligro extraordinario para la revolución. Porque cuando los ejércitos alemanes comenzaron a acercarse a casa después del armisticio, la pregunta ansiosa de los revolucionarios de esa época era siempre la misma: ¿Qué harán las tropas de primera línea? ¿Tolerarán esto los Grises de Campo?
Durante estas semanas, la revolución en Alemania tenía que parecer moderada, al menos en apariencia, si no quería correr el riesgo de ser golpeada de repente por algunas divisiones alemanas a la velocidad del rayo. Porque si en aquel tiempo un solo conductor se hubiera decidido a derribar los trapos rojos con su división leal y hacer que los "consejos" se levantaran contra la pared, pero para romper cualquier resistencia con morteros y granadas de mano, esta división habría aumentado a un ejército de sesenta divisiones en menos de cuatro semanas.



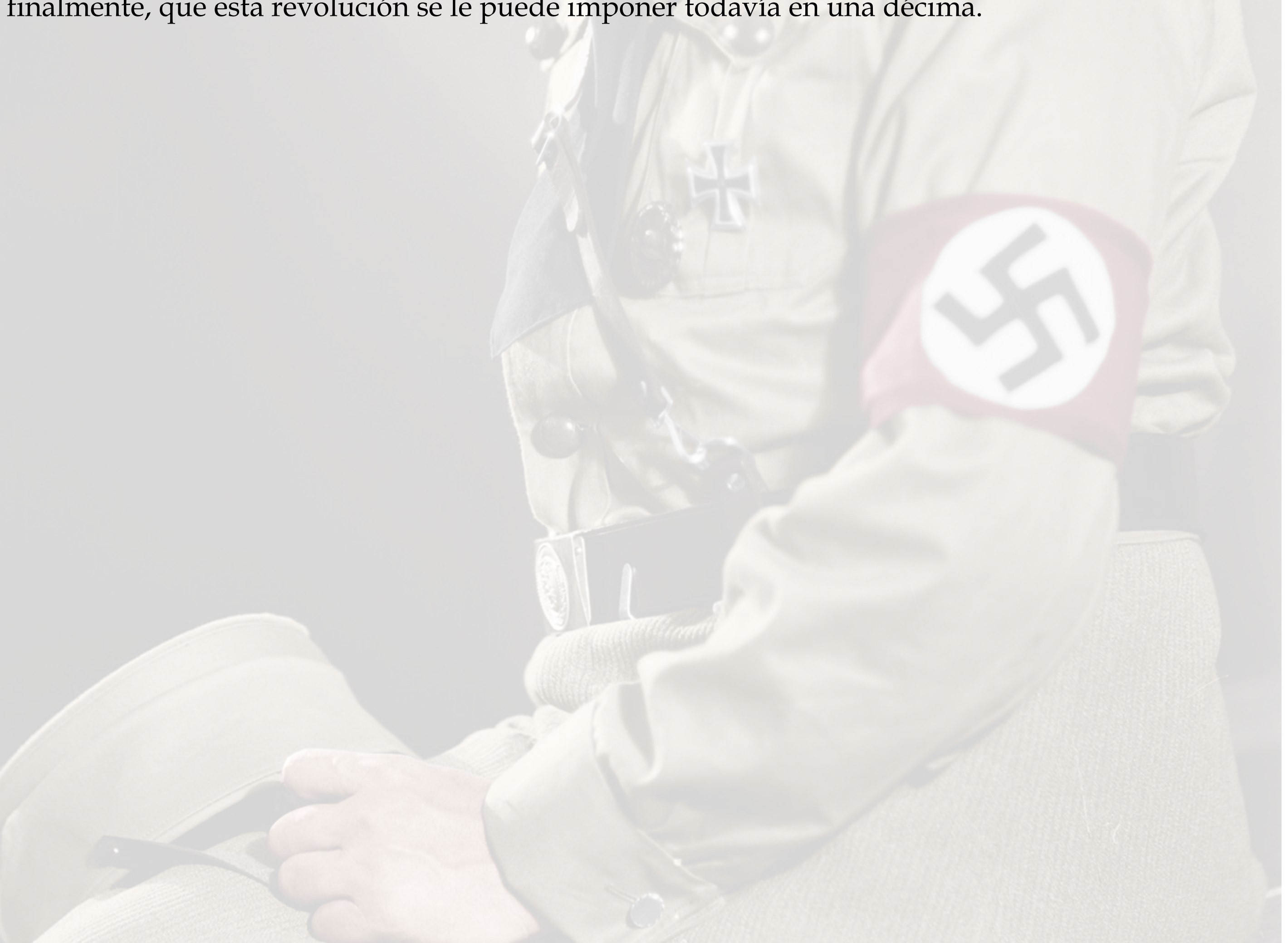
Los cerebros judíos temblaron más que cualquier otra cosa. Y precisamente para impedirlo había que imponer a la revolución una cierta moderación, no se le permitía degenerar en bolchevismo, sino que había que fingir "paz y orden", tal como estaban las cosas. De ahí las numerosas y grandes concesiones, la apelación al viejo cuerpo de funcionarios, a los viejos jefes del ejército. Eran necesarios al menos durante cierto tiempo, y sólo cuando los moros hubiesen cumplido con su deber se podría atreverse a darles las patadas oportunas y arrebatar la república de las manos de los viejos funcionarios y entregarla a las garras de los buitres revolucionarios.
Sólo de esta manera se podía esperar engañar a los viejos generales y a los viejos funcionarios del Estado, a fin de desarmar cualquier resistencia contra ellos desde el principio por la aparente inocuidad y suavidad del nuevo estado de cosas.
La práctica ha demostrado hasta qué punto esto ha tenido éxito.
Pero la revolución no había sido hecha por elementos de paz y orden, sino por elementos de sedición, robo y saqueo. Y para ellos, el desarrollo de la revolución no estaba de acuerdo con su propia voluntad, ni se les podía explicar el curso y simplificarlo por razones tácticas.
Con el crecimiento gradual de la socialdemocracia, había perdido cada vez más el carácter de un partido revolucionario brutal. No es que tuvieran en mente otro objetivo que el de la revolución, o que sus jefes hubieran tenido alguna vez otras intenciones; a través de no fuera. Pero lo que finalmente quedó fue sólo la intención y un cuerpo que ya no era adecuado para la ejecución de la misma. Ya no se puede hacer una revolución con un partido de diez millones. En tal movimiento, uno ya no tiene ante sí un extremo de actividad, sino la amplia masa del medio, es decir, la inercia.



Al darse cuenta de esto, la famosa escisión de la socialdemocracia por parte de los judíos tuvo lugar durante la guerra, es decir, mientras el Partido Socialdemócrata, de acuerdo con la inercia de sus masas, se aferraba como un peso de plomo a la defensa nacional, los elementos activistas radicales eran extraídos de él y formados en nuevas columnas de ataque particularmente poderosas. El Partido Independiente y la Liga Espartaco fueron los batallones de asalto del marxismo revolucionario. Tenían que crear el hecho consumado, en cuyo suelo podía pisar la masa del Partido Socialdemócrata, que había estado preparado durante décadas para ello. La burguesía cobarde fue correctamente evaluada por el marxismo y tratada simplemente "en canaille". No le prestaron atención en absoluto, sabiendo que el servilismo perruno de las entidades políticas de una vieja generación en desuso nunca sería capaz de una resistencia seria.
Tan pronto como la revolución hubo triunfado y los principales pilares del antiguo estado pudieron considerarse rotos, pero el ejército del frente en marcha comenzó a aparecer como una esfinge siniestra, el desarrollo natural de la revolución tuvo que ser frenado; el grueso del ejército socialdemócrata ocupó la posición capturada, y los batallones de asalto independientes y espartaquistas fueron rechazados.
Sin embargo, esto no sucedió sin luchar.
Los activistas atacaron a las formaciones de la revolución, porque no estaban satisfechas, ahora se sentían traicionadas y querían seguir la huelga por su propia iniciativa, sino que sus disturbios incontenibles solo eran deseados por los propios tiradores de la revolución. Porque, tan pronto como terminó la revolución, al parecer había dos bandos en él, a saber:



El Partido de la Paz y el Orden y el sangriento grupo terrorista. Pero, ¿qué era más natural que nuestra burguesía entrara inmediatamente en el campo de la paz y el orden con las banderas enarboladas? Ahora bien, de repente, se presentaba la posibilidad de que estas miserables organizaciones políticas se dedicaran a una actividad en la que, sin tener que decirlo, ya habían encontrado tranquilamente terreno bajo sus pies y habían llegado a una cierta solidaridad con el poder que odiaban, pero que temían aún más fervientemente. La burguesía política alemana había recibido el alto honor de que se le permitiera sentarse a la misma mesa con los tres veces malditos líderes marxistas para luchar contra los bolcheviques.
Así, ya en diciembre de 1918 y enero de 1919, se produjo la siguiente situación:
Una revolución fue llevada a cabo por una minoría de los peores elementos, detrás de la cual entraron inmediatamente todos los partidos marxistas. La revolución en sí tiene un carácter aparentemente moderado, que atrae la hostilidad de los extremistas fanáticos. Comienzan a golpear con granadas de mano y ametralladoras, a ocupar edificios estatales, en una palabra, a amenazar a la revolución moderada. Con el fin de evitar el horror de un desarrollo posterior, se concluye una tregua entre los portadores del nuevo estado de cosas y los partidarios del antiguo, a fin de poder luchar juntos contra los extremistas. El resultado es que los enemigos de la República han cesado así su lucha contra la República como tal y están contribuyendo a someter a aquellos que también son enemigos de esta República, aunque desde puntos de vista muy diferentes. El resultado ulterior, sin embargo, es que el peligro de una lucha entre los partidarios del viejo Estado y el del nuevo parece haberse evitado de una vez por todas.
No se puede tener en cuenta este hecho con la suficiente frecuencia y agudeza. Sólo los que la comprenden comprenden cómo es posible que un pueblo que no ha hecho una revolución en sus nueve décimas partes, que siete décimas partes la rechaza, que seis décimas partes la odian y, finalmente, que esta revolución se le puede imponer todavía en una décima.



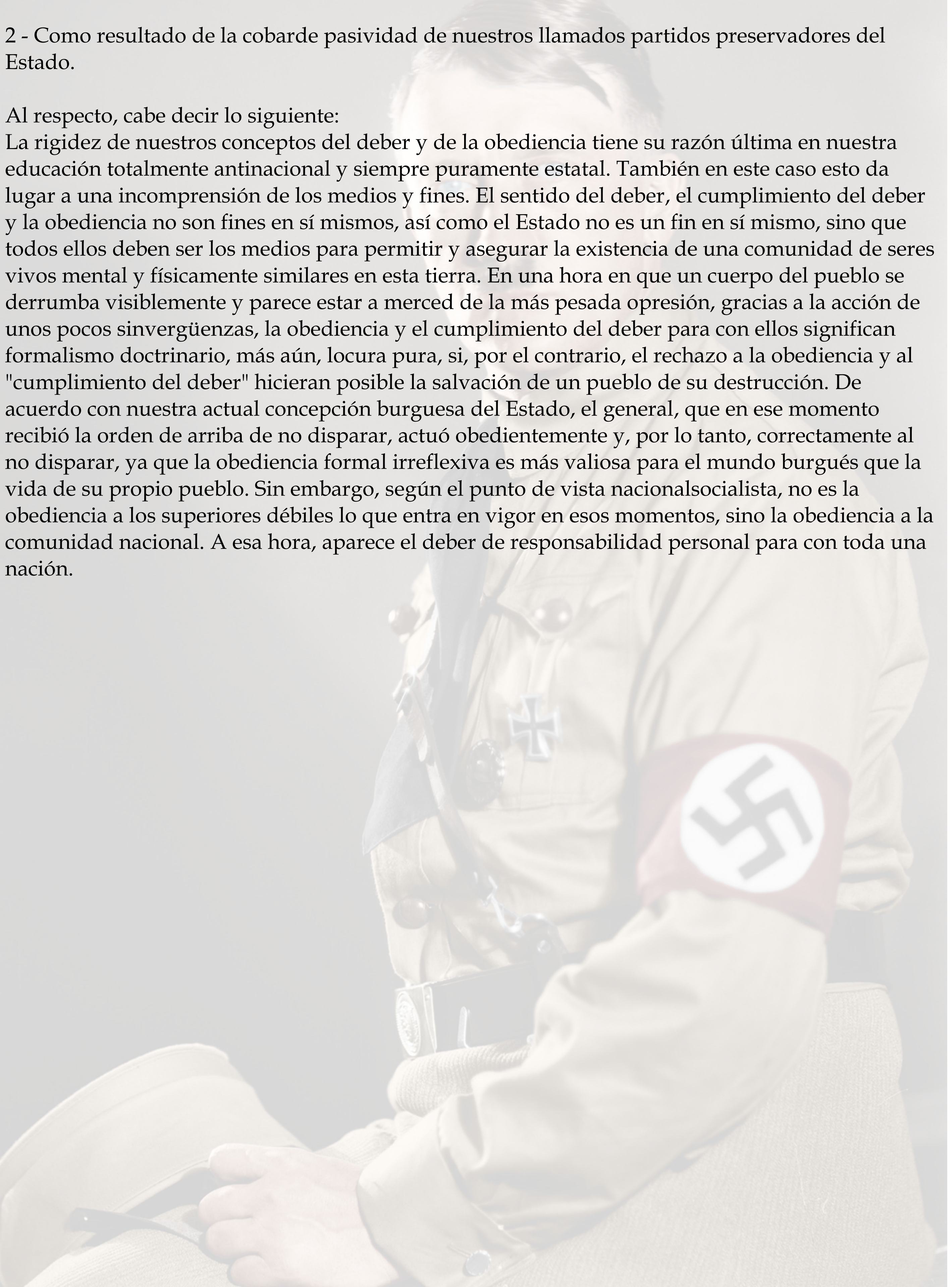
592 Capitulación de la burguesía

Poco a poco, los combatientes espartaquistas de las barricadas, por un lado, y los fanáticos nacionalistas e idealistas, por el otro, se desangraron hasta morir, y en la misma medida en que estos dos extremos se desgastaban mutuamente, la masa del centro ganó, como siempre. La burguesía y el marxismo se encontraron sobre la base de los hechos dados, y la república comenzó a "consolidarse". Sin embargo, esto no impidió inicialmente que los partidos burgueses, especialmente antes de las elecciones, citaran la idea monárquica durante un tiempo para conjurar y recapturar los espíritus más pequeños de sus partidarios con los fantasmas del mundo pasado. Esto no era honesto. Hacía tiempo que todos ellos habían roto con la monarquía, y la impureza del nuevo estado de cosas comenzó a afirmar sus efectos seductores incluso en el campo burgués del partido. El político burgués de hoy se siente más cómodo en el fango de la corrupción de la república que en la limpia dureza que aún recuerda del estado pasado.

*

Como ya se ha dicho, después del aplastamiento del antiguo ejército, la revolución se vio obligada a crear un nuevo factor de poder para sí misma con el fin de fortalecer su autoridad estatal. Tal como estaban las cosas, sólo podía ganarlo de los partidarios de una visión del mundo que en realidad se oponía a ella. Sólo de ellos podía surgir lentamente un nuevo cuerpo militar que, limitado externamente por los tratados de paz, tuvo que transformarse en su actitud con el curso del tiempo en un instrumento de la nueva concepción del Estado.
Si uno se pregunta cómo —aparte de todos los errores reales del viejo Estado, que se convirtieron en la causa— pudo triunfar como acción, se llega a la conclusión:

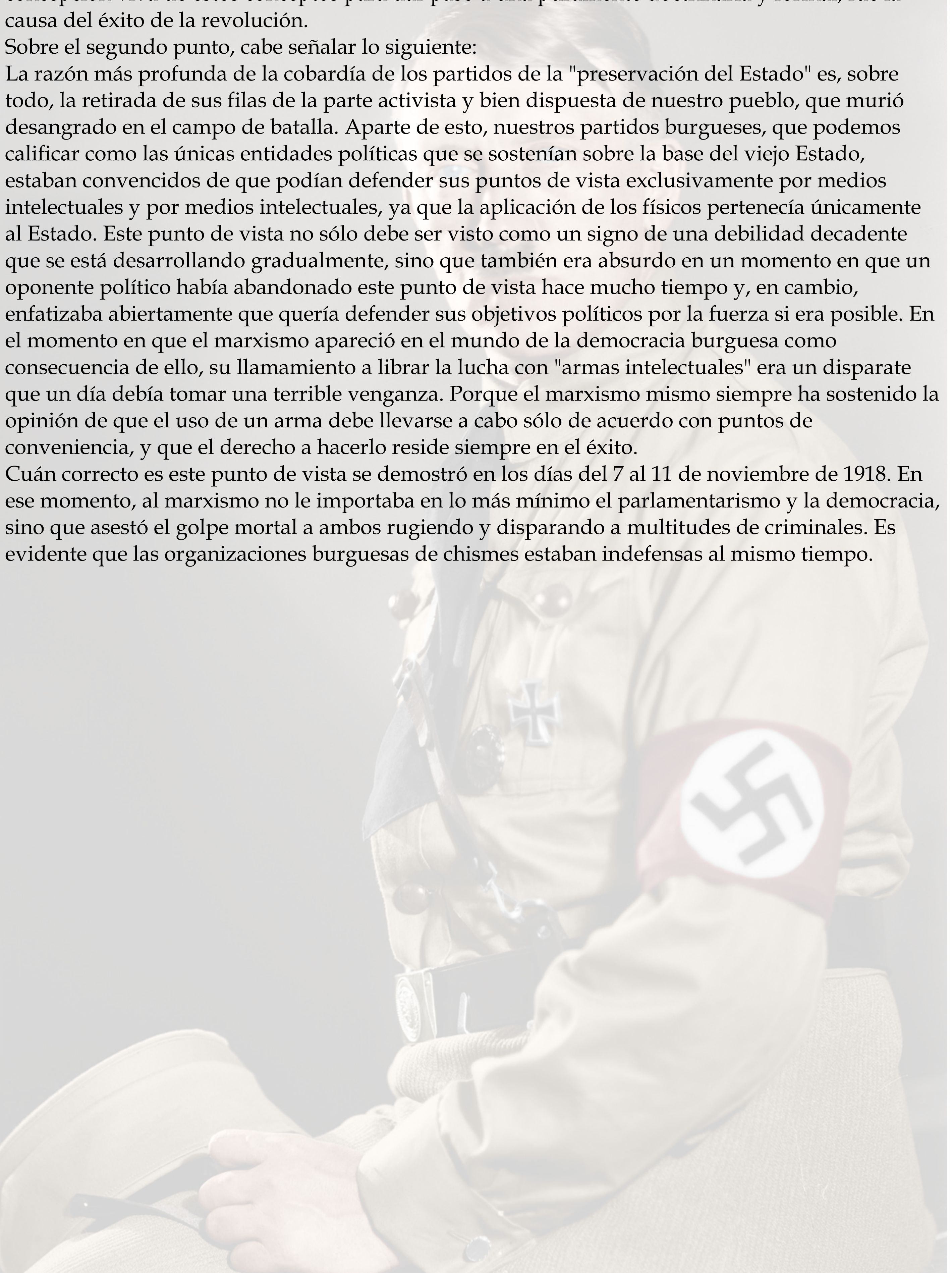




1 - como resultado de la rigidez de nuestros conceptos del deber y la obediencia, y.

2 - Como resultado de la cobarde pasividad de nuestros llamados partidos preservadores del Estado.

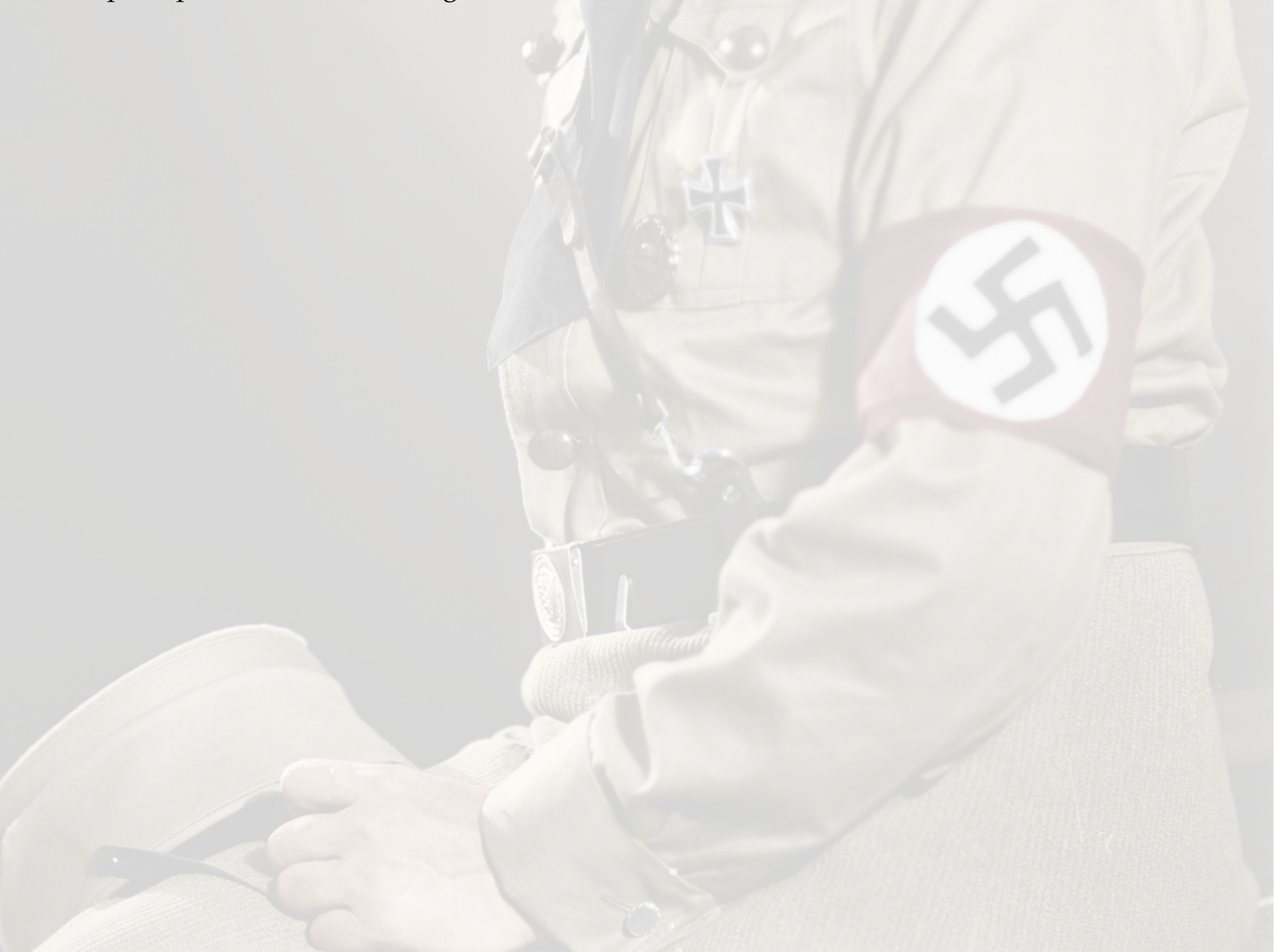
Al respecto, cabe decir lo siguiente:
La rigidez de nuestros conceptos del deber y de la obediencia tiene su razón última en nuestra educación totalmente antinacional y siempre puramente estatal. También en este caso esto da lugar a una incomprensión de los medios y fines. El sentido del deber, el cumplimiento del deber y la obediencia no son fines en sí mismos, así como el Estado no es un fin en sí mismo, sino que todos ellos deben ser los medios para permitir y asegurar la existencia de una comunidad de seres vivos mental y físicamente similares en esta tierra. En una hora en que un cuerpo del pueblo se derrumba visiblemente y parece estar a merced de la más pesada opresión, gracias a la acción de unos pocos sinvergüenzas, la obediencia y el cumplimiento del deber para con ellos significan formalismo doctrinario, más aún, locura pura, si, por el contrario, el rechazo a la obediencia y al "cumplimiento del deber" hicieran posible la salvación de un pueblo de su destrucción. De acuerdo con nuestra actual concepción burguesa del Estado, el general, que en ese momento recibió la orden de arriba de no disparar, actuó obedientemente y, por lo tanto, correctamente al no disparar, ya que la obediencia formal irreflexiva es más valiosa para el mundo burgués que la vida de su propio pueblo. Sin embargo, según el punto de vista nacionalsocialista, no es la obediencia a los superiores débiles lo que entra en vigor en esos momentos, sino la obediencia a la comunidad nacional. A esa hora, aparece el deber de responsabilidad personal para con toda una nación.

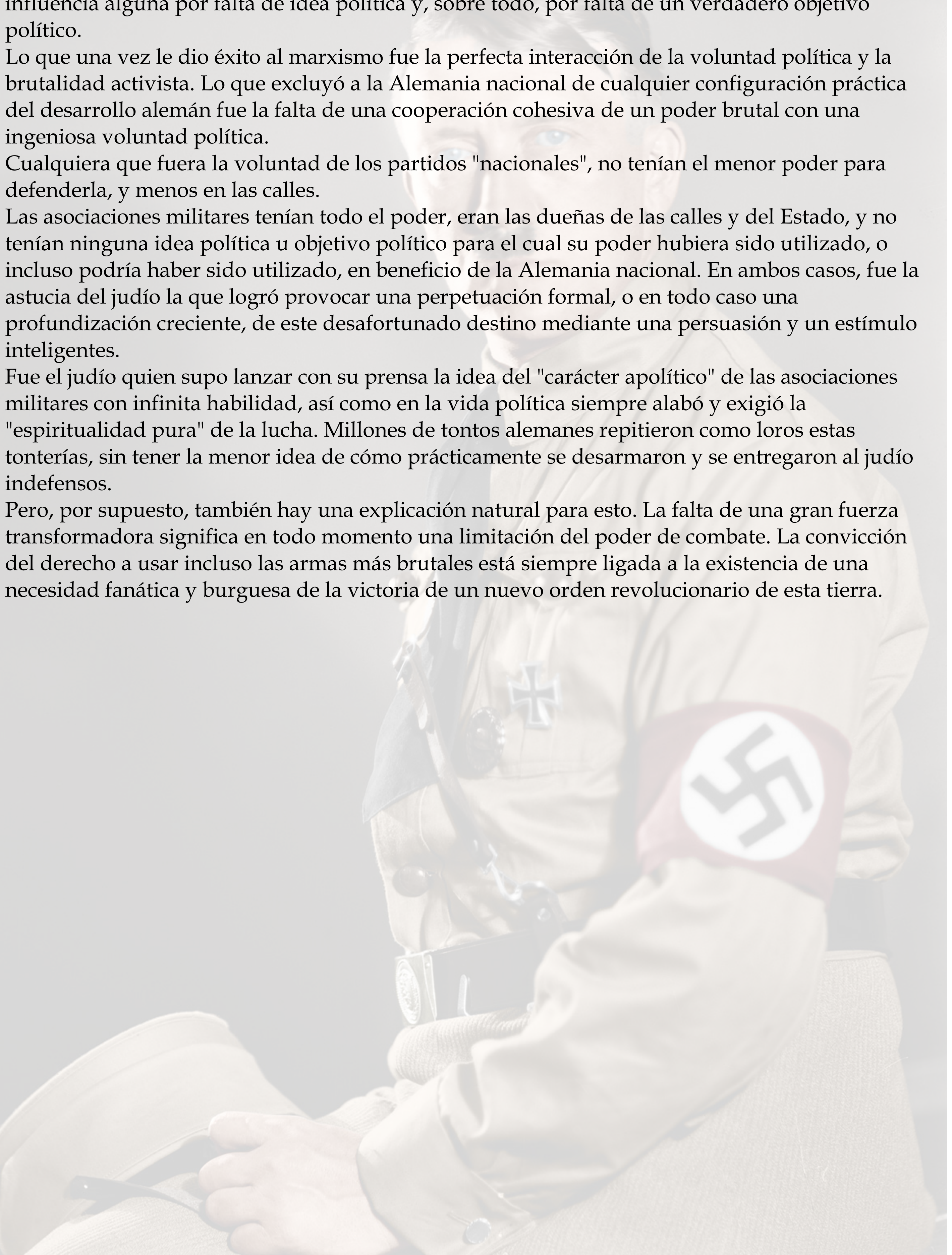


594 Pasividad de los "conservacionistas del Estado"

El hecho de que se hubiera perdido en nuestro pueblo, o más bien en nuestros gobiernos, una concepción viva de estos conceptos para dar paso a una puramente doctrinaria y formal, fue la causa del éxito de la revolución.
Sobre el segundo punto, cabe señalar lo siguiente:
La razón más profunda de la cobardía de los partidos de la "preservación del Estado" es, sobre todo, la retirada de sus filas de la parte activista y bien dispuesta de nuestro pueblo, que murió desangrado en el campo de batalla. Aparte de esto, nuestros partidos burgueses, que podemos calificar como las únicas entidades políticas que se sostenían sobre la base del viejo Estado, estaban convencidos de que podían defender sus puntos de vista exclusivamente por medios intelectuales y por medios intelectuales, ya que la aplicación de los físicos pertenecía únicamente al Estado. Este punto de vista no sólo debe ser visto como un signo de una debilidad decadente que se está desarrollando gradualmente, sino que también era absurdo en un momento en que un oponente político había abandonado este punto de vista hace mucho tiempo y, en cambio, enfatizaba abiertamente que quería defender sus objetivos políticos por la fuerza si era posible. En el momento en que el marxismo apareció en el mundo de la democracia burguesa como consecuencia de ello, su llamamiento a librar la lucha con "armas intelectuales" era un disparate que un día debía tomar una terrible venganza. Porque el marxismo mismo siempre ha sostenido la opinión de que el uso de un arma debe llevarse a cabo sólo de acuerdo con puntos de conveniencia, y que el derecho a hacerlo reside siempre en el éxito.
Cuán correcto es este punto de vista se demostró en los días del 7 al 11 de noviembre de 1918. En ese momento, al marxismo no le importaba en lo más mínimo el parlamentarismo y la democracia, sino que asestó el golpe mortal a ambos rugiendo y disparando a multitudes de criminales. Es evidente que las organizaciones burguesas de chismes estaban indefensas al mismo tiempo.

Después de la revolución, cuando los partidos burgueses reaparecieron de repente, aunque con un cambio en sus placas de identificación, y sus valientes jefes salieron sigilosamente de la clandestinidad de los sótanos sombríos y de los almacenes aireados, ellos, como todos los representantes de esas viejas estructuras, no habían olvidado sus defectos, ni habían aprendido nada nuevo. Su programa político estaba en el pasado, en la medida en que no se habían reconciliado interiormente con el nuevo estado de cosas, pero su objetivo era que se les permitiera participar en el nuevo estado de cosas si era posible, y sus únicas armas seguían siendo sus palabras.
Incluso después de la revolución, los partidos burgueses capitularon a las calles de una manera lamentable en todo momento.
Cuando se iba a aprobar la Ley de Protección de la República, inicialmente no había mayoría para ella. Los "estadistas" burgueses estaban tan asustados por los doscientos mil marxistas que se manifestaban solamente, que aceptaron la ley en contra de sus convicciones, con el temor edificante de que, de lo contrario, serían golpeados hasta los huesos por la multitud enfurecida cuando abandonaran el Reichstag. Desafortunadamente, esto no sucedió debido a la aceptación.
—
De este modo, el desarrollo del nuevo Estado se desarrolló como si no hubiera habido oposición nacional alguna.
Las únicas organizaciones que tuvieron el coraje y la fuerza para oponerse al marxismo y a sus masas agitadas en este momento fueron primero los Freikorps, luego las organizaciones de autodefensa, las milicias de vecinos, etc., y finalmente las asociaciones tradicionales.
Pero la razón por la que su existencia en el desarrollo de la historia alemana no produjo ningún cambio perceptible se debió a lo siguiente:





596 Fracaso de los partidos nacionales

Del mismo modo que los llamados partidos nacionales no pudieron ejercer influencia alguna por falta de poder amenazante en las calles, las llamadas asociaciones militares no pudieron ejercer influencia alguna por falta de idea política y, sobre todo, por falta de un verdadero objetivo político.

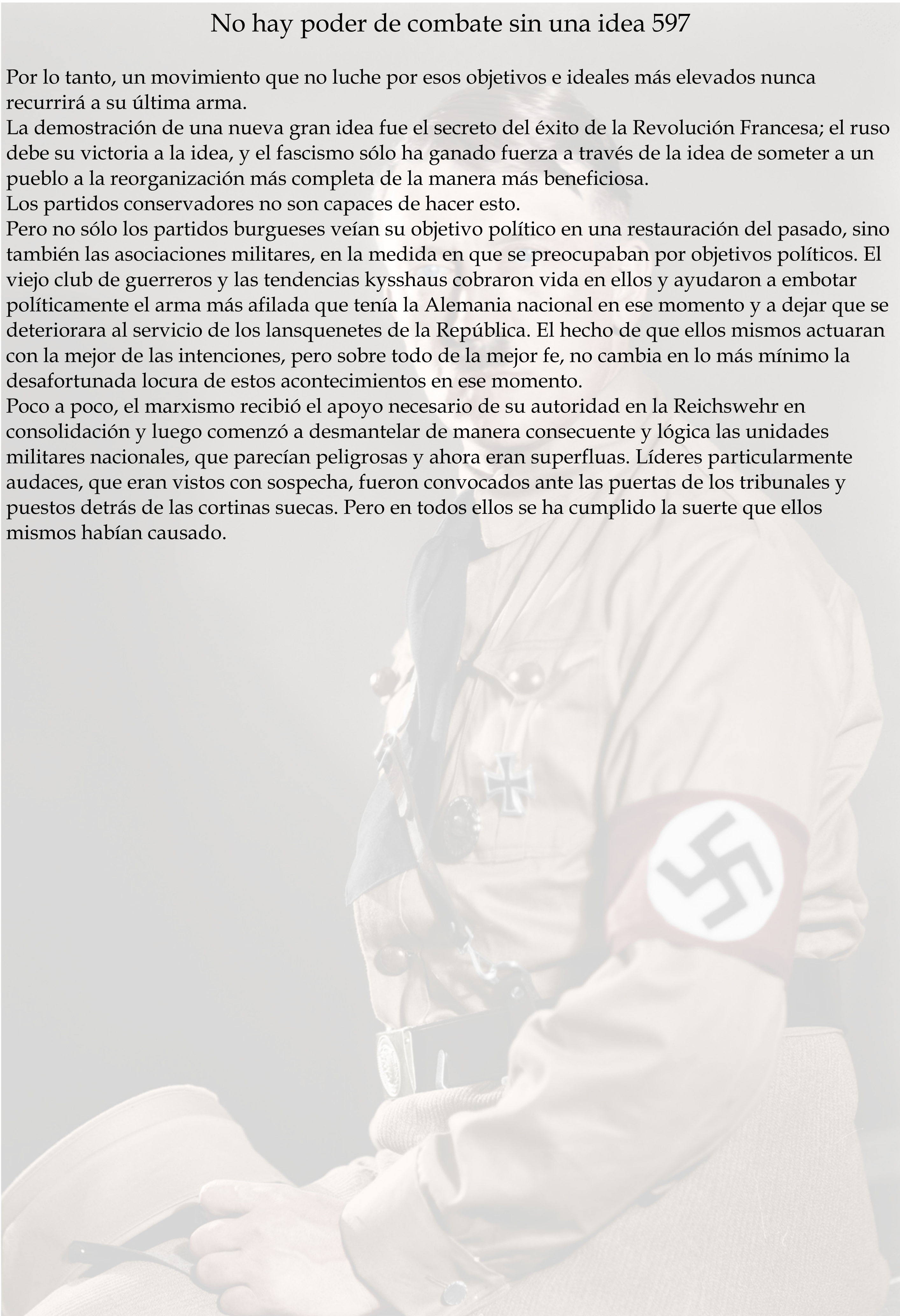
Lo que una vez le dio éxito al marxismo fue la perfecta interacción de la voluntad política y la brutalidad activista. Lo que excluyó a la Alemania nacional de cualquier configuración práctica del desarrollo alemán fue la falta de una cooperación cohesiva de un poder brutal con una ingeniosa voluntad política.

Cualquiera que fuera la voluntad de los partidos "nacionales", no tenían el menor poder para defenderla, y menos en las calles.

Las asociaciones militares tenían todo el poder, eran las dueñas de las calles y del Estado, y no tenían ninguna idea política u objetivo político para el cual su poder hubiera sido utilizado, o incluso podría haber sido utilizado, en beneficio de la Alemania nacional. En ambos casos, fue la astucia del judío la que logró provocar una perpetuación formal, o en todo caso una profundización creciente, de este desafortunado destino mediante una persuasión y un estímulo inteligentes.

Fue el judío quien supo lanzar con su prensa la idea del "carácter apolítico" de las asociaciones militares con infinita habilidad, así como en la vida política siempre alabó y exigió la "espiritualidad pura" de la lucha. Millones de tontos alemanes repitieron como loros estas tonterías, sin tener la menor idea de cómo prácticamente se desarmaron y se entregaron al judío indefensos.

Pero, por supuesto, también hay una explicación natural para esto. La falta de una gran fuerza transformadora significa en todo momento una limitación del poder de combate. La convicción del derecho a usar incluso las armas más brutales está siempre ligada a la existencia de una necesidad fanática y burguesa de la victoria de un nuevo orden revolucionario de esta tierra.



Por lo tanto, un movimiento que no luche por esos objetivos e ideales más elevados nunca recurrirá a su última arma.

La demostración de una nueva gran idea fue el secreto del éxito de la Revolución Francesa; el ruso debe su victoria a la idea, y el fascismo sólo ha ganado fuerza a través de la idea de someter a un pueblo a la reorganización más completa de la manera más beneficiosa.

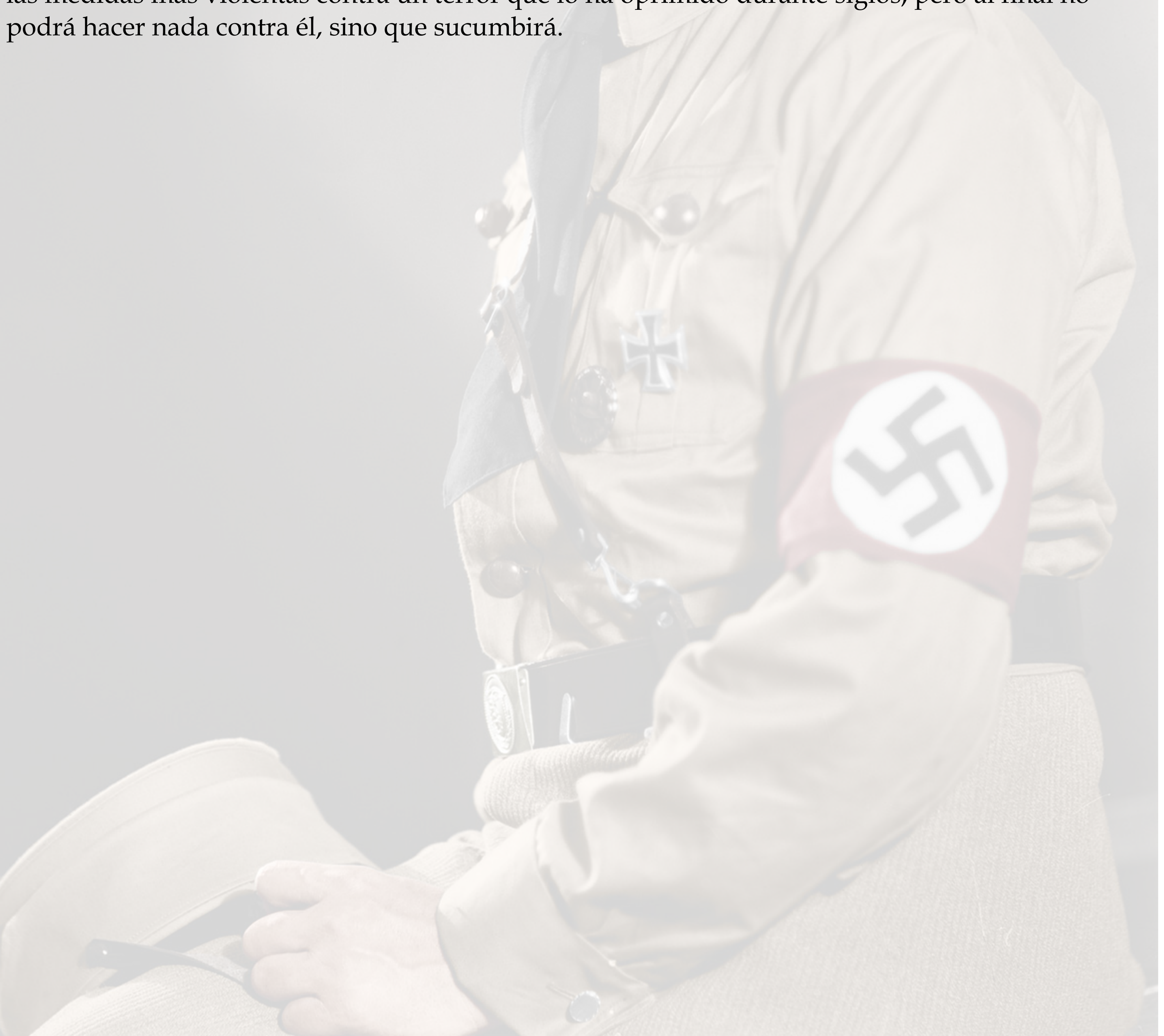
Los partidos conservadores no son capaces de hacer esto.

Pero no sólo los partidos burgueses veían su objetivo político en una restauración del pasado, sino también las asociaciones militares, en la medida en que se preocupaban por objetivos políticos. El viejo club de guerreros y las tendencias kysshaus cobraron vida en ellos y ayudaron a embotar políticamente el arma más afilada que tenía la Alemania nacional en ese momento y a dejar que se deteriorara al servicio de los lansquenetes de la República. El hecho de que ellos mismos actuaran con la mejor de las intenciones, pero sobre todo de la mejor fe, no cambia en lo más mínimo la desafortunada locura de estos acontecimientos en ese momento.

Poco a poco, el marxismo recibió el apoyo necesario de su autoridad en la Reichswehr en consolidación y luego comenzó a desmantelar de manera consecuente y lógica las unidades militares nacionales, que parecían peligrosas y ahora eran superfluas. Líderes particularmente audaces, que eran vistos con sospecha, fueron convocados ante las puertas de los tribunales y puestos detrás de las cortinas suecas. Pero en todos ellos se ha cumplido la suerte que ellos mismos habían causado.

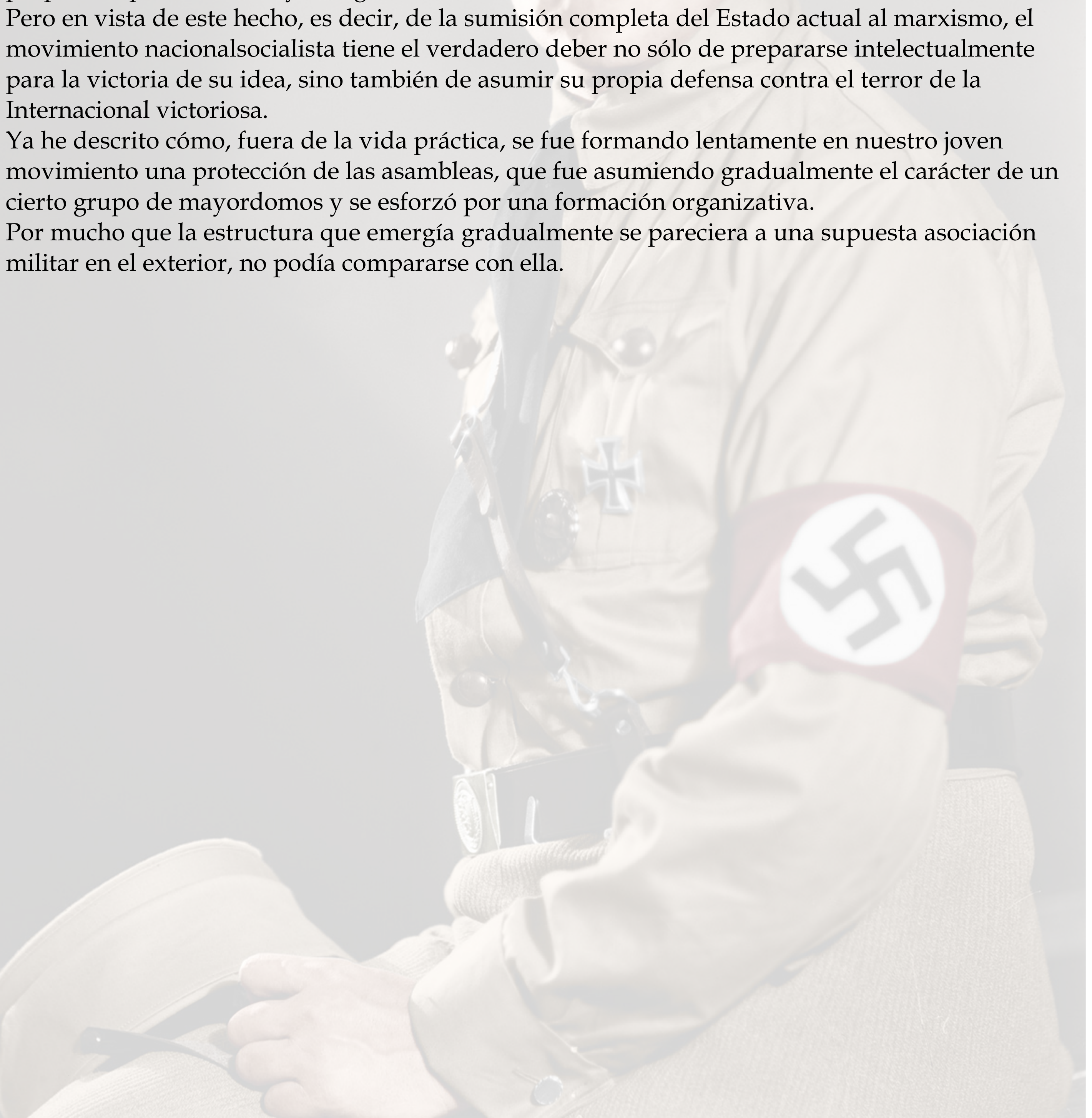
598 Representación de la idea völkisch

Con la fundación del N.S.D.A.P. apareció por primera vez un movimiento cuyo objetivo no era una restauración mecánica del pasado, como era el caso de los partidos burgueses, sino el esfuerzo por establecer un Estado nacionalista orgánico en lugar del absurdo mecanismo estatal actual. Desde el primer día, el joven movimiento fue de la opinión de que su idea era intelectualmente justificable, pero que la protección de esta representación tenía que ser asegurada, si era necesario, por la fuerza bruta. Fiel a su convicción de la inmensa importancia de la nueva doctrina, le parece evidente que ningún sacrificio debe ser demasiado grande para el logro de la meta.
Ya me he referido a los momentos en que un movimiento, si quiere conquistar el corazón de un pueblo, lo obliga a hacerse cargo de la defensa de sus propias filas contra las tentativas terroristas de sus adversarios. Es también una experiencia eterna de la historia mundial que un terror representado por una visión del mundo nunca puede ser roto por un poder estatal formal, sino que sólo puede estar sujeto a una nueva visión del mundo, igualmente audaz y resuelta. Esto será desagradable para el sentir de los funcionarios del Estado en todo momento, pero no eliminará el hecho. El poder estatal sólo puede garantizar la paz y el orden si el contenido del estado coincide con la visión del mundo predominante, de modo que los elementos violentos sólo poseen el carácter de naturalezas criminales individuales y no son considerados como representantes de una idea que es extremadamente opuesta a las visiones estatales. En tal caso, el Estado puede utilizar las medidas más violentas contra un terror que lo ha oprimido durante siglos, pero al final no podrá hacer nada contra él, sino que sucumbirá.



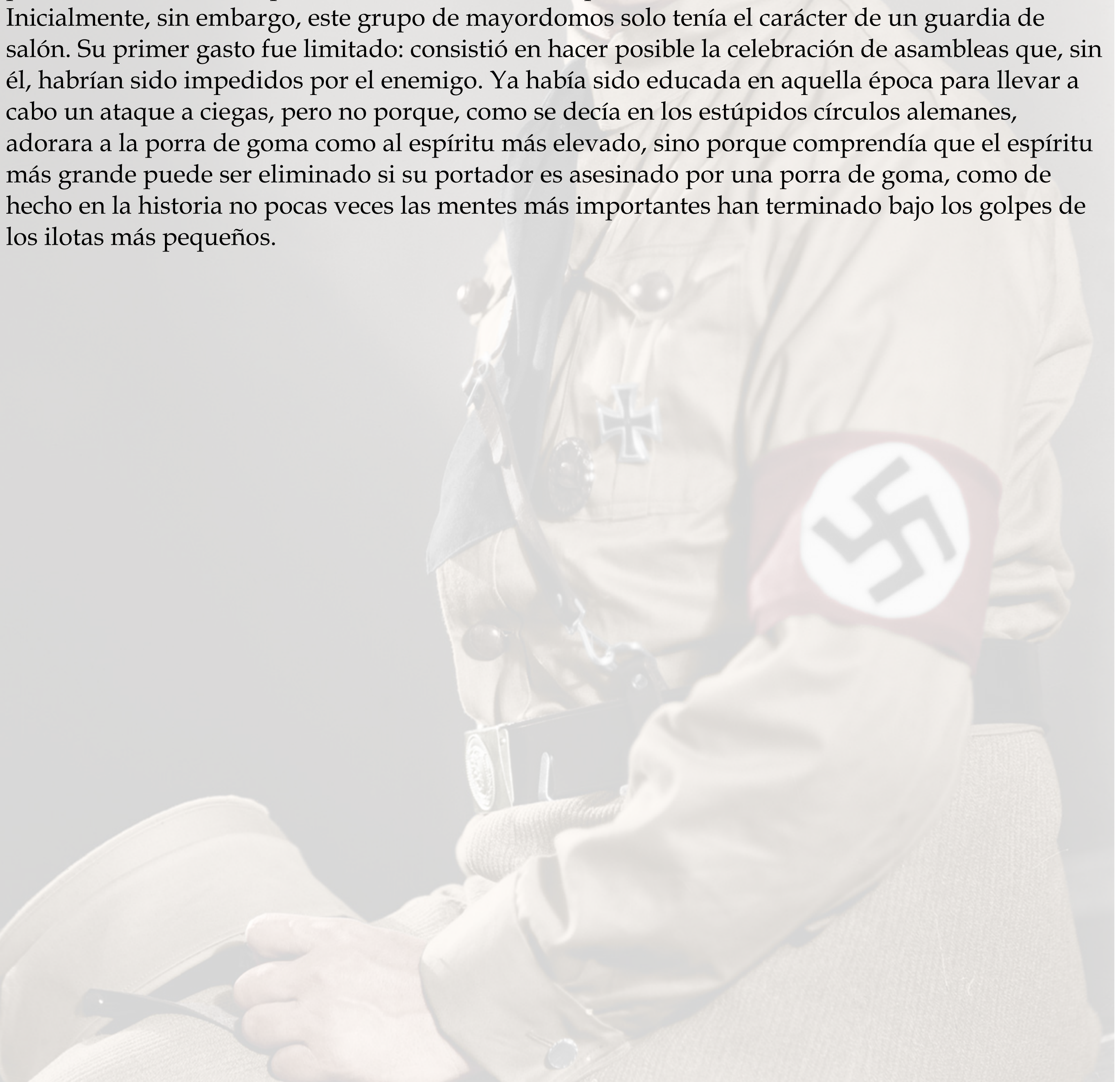
Necesidad de la Schutztruppe 599

El Estado alemán es el más severamente atacado por el marxismo. En sus setenta años de lucha, no pudo impedir la victoria de esta visión del mundo, pero sin embargo se vio obligado a una capitulación casi completa a pesar de un total de miles de años de condenas de prisión y las medidas más sangrientas, que impuso en innumerables casos a los combatientes de la visión marxista del mundo que lo amenazaban. (El jefe de Estado burgués normal también querrá negar esto, por supuesto sin poder convencer).
Pero el Estado, que el 9 de noviembre de 1918 se arrastró incondicionalmente hasta la cruz ante el marxismo, no se levantará de repente mañana como su conquistador, sino que, por el contrario, los imbéciles burgueses en los sillones ministeriales ya parlotean sobre la necesidad de no gobernar contra los obreros, con lo cual el marxismo es lo que tienen en mente bajo el término "obrero". Pero al identificar al obrero alemán con el marxismo, no sólo están cometiendo una falsificación de la verdad que es tan cobarde como mendaz, sino que están tratando de ocultar su propio colapso de la idea y la organización marxistas con su motivación.
Pero en vista de este hecho, es decir, de la sumisión completa del Estado actual al marxismo, el movimiento nacionalsocialista tiene el verdadero deber no sólo de prepararse intelectualmente para la victoria de su idea, sino también de asumir su propia defensa contra el terror de la Internacional victoriosa.
Ya he descrito cómo, fuera de la vida práctica, se fue formando lentamente en nuestro joven movimiento una protección de las asambleas, que fue asumiendo gradualmente el carácter de un cierto grupo de mayordomos y se esforzó por una formación organizativa.
Por mucho que la estructura que emergía gradualmente se pareciera a una supuesta asociación militar en el exterior, no podía compararse con ella.

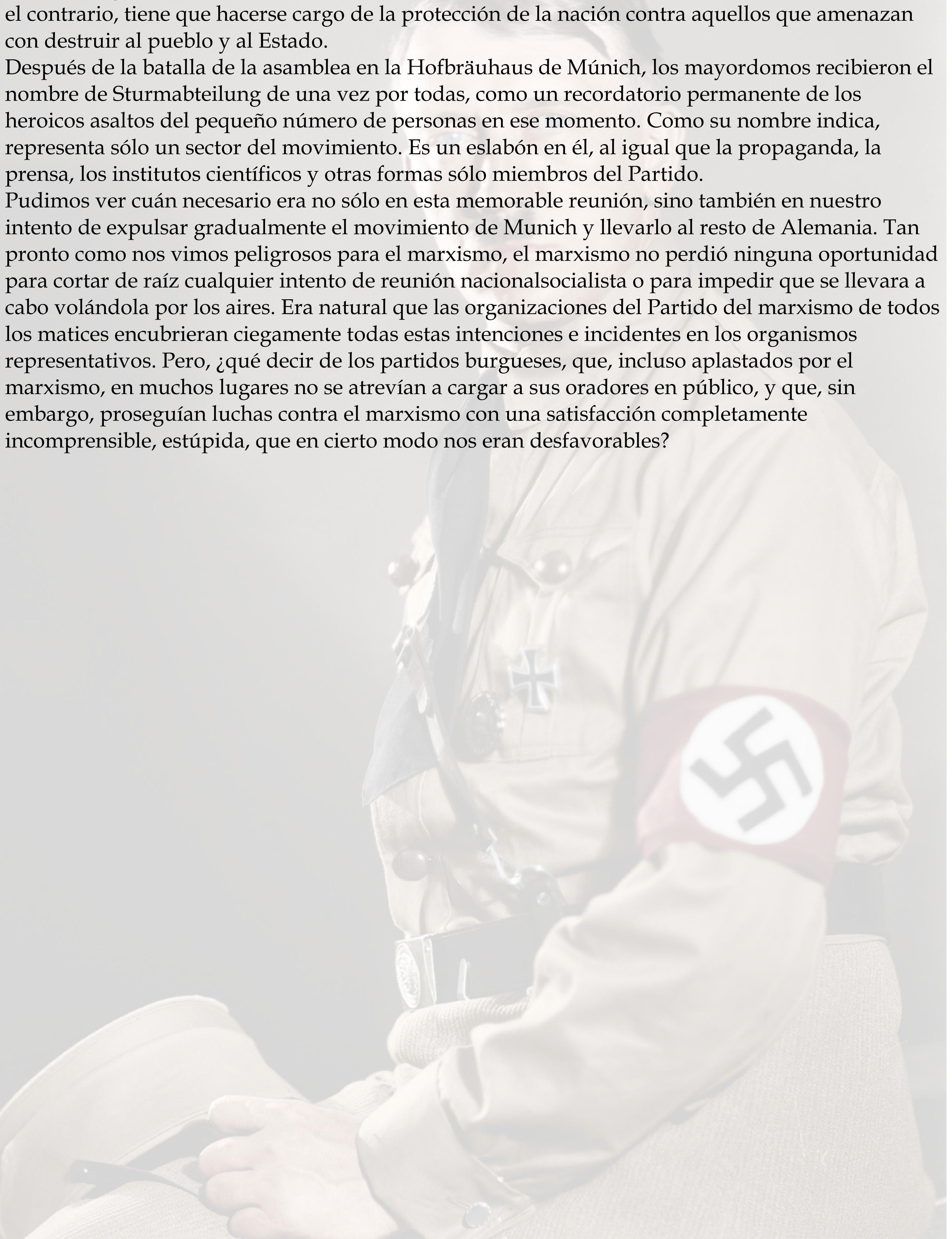


600 Tarea de la Schutztruppe

Como ya se ha mencionado, las organizaciones militares alemanas no tenían un pensamiento político propio definido. En realidad, no eran más que asociaciones de autodefensa con una formación y organización más o menos intencionadas, de modo que en realidad representaban un complemento ilegal de los respectivos medios legales de poder del Estado. Su carácter de Freikorps sólo se justificaba por la naturaleza de su formación y por el estado del Estado en ese momento, pero de ninguna manera tienen tal título, como formaciones libres de la lucha por una convicción libre y propia. A pesar de toda la postura opositora de los líderes individuales y de asociaciones enteras contra la república, no la poseían. Porque no basta con estar convencido de la inferioridad de un estado existente para poder hablar de una convicción en el sentido más elevado, sino que ésta sólo tiene sus raíces en el conocimiento de un nuevo estado y en la percepción interna de un estado que uno siente necesario alcanzar, y para cuya realización se considera la tarea más elevada de la vida.
Esto distingue fundamentalmente a los partidarios del movimiento nacionalsocialista de la época de todas las asociaciones militares, que no era en absoluto un servidor de las condiciones creadas por la revolución, sino que luchaba exclusivamente por una nueva Alemania.
Inicialmente, sin embargo, este grupo de mayordomos solo tenía el carácter de un guardia de salón. Su primer gasto fue limitado: consistió en hacer posible la celebración de asambleas que, sin él, habrían sido impedidos por el enemigo. Ya había sido educada en aquella época para llevar a cabo un ataque a ciegas, pero no porque, como se decía en los estúpidos círculos alemanes, adorara a la porra de goma como al espíritu más elevado, sino porque comprendía que el espíritu más grande puede ser eliminado si su portador es asesinado por una porra de goma, como de hecho en la historia no pocas veces las mentes más importantes han terminado bajo los golpes de los ilotas más pequeños.



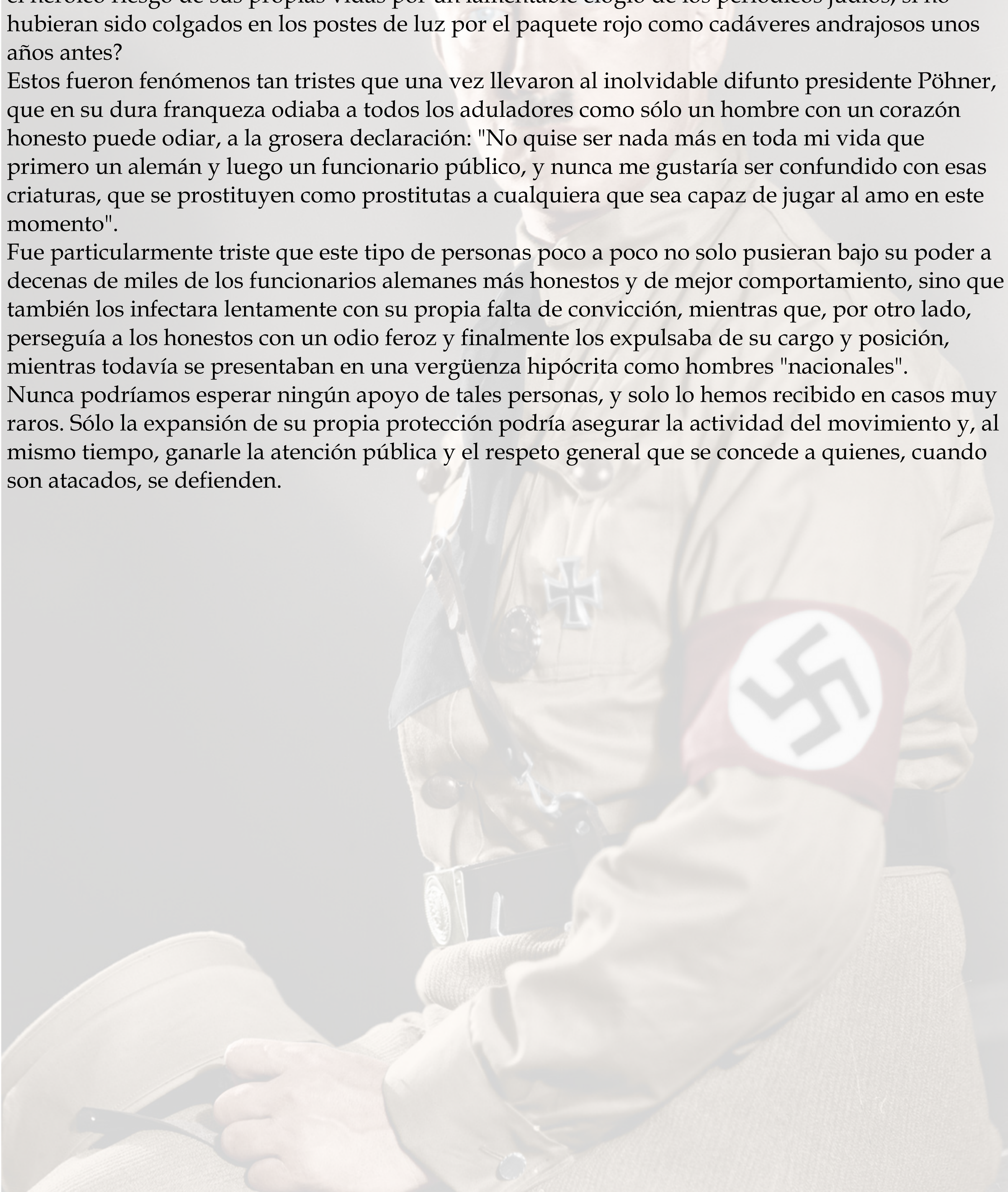
Protección de la nación, no del Estado 601



No quería presentar la violencia como meta, sino proteger a los proclamadores de la meta espiritual de la opresión de la violencia. Y al hacerlo, ha comprendido que no está obligado a hacerse cargo de la protección de un Estado que no concede protección a la nación, sino que, por el contrario, tiene que hacerse cargo de la protección de la nación contra aquellos que amenazan con destruir al pueblo y al Estado.
Después de la batalla de la asamblea en la Hofbräuhaus de Múnich, los mayordomos recibieron el nombre de Sturmabteilung de una vez por todas, como un recordatorio permanente de los heroicos asaltos del pequeño número de personas en ese momento. Como su nombre indica, representa sólo un sector del movimiento. Es un eslabón en él, al igual que la propaganda, la prensa, los institutos científicos y otras formas sólo miembros del Partido.
Pudimos ver cuán necesario era no sólo en esta memorable reunión, sino también en nuestro intento de expulsar gradualmente el movimiento de Munich y llevarlo al resto de Alemania. Tan pronto como nos vimos peligrosos para el marxismo, el marxismo no perdió ninguna oportunidad para cortar de raíz cualquier intento de reunión nacionalsocialista o para impedir que se llevara a cabo volándola por los aires. Era natural que las organizaciones del Partido del marxismo de todos los matices encubrieran ciegamente todas estas intenciones e incidentes en los organismos representativos. Pero, ¿qué decir de los partidos burgueses, que, incluso aplastados por el marxismo, en muchos lugares no se atrevían a cargar a sus oradores en público, y que, sin embargo, proseguían luchas contra el marxismo con una satisfacción completamente incomprensible, estúpida, que en cierto modo nos eran desfavorables?

602 Fracaso de los órganos del Estado

Estaban felices de que aquel que no podía ser conquistado por ellos mismos, sino que más bien los conquistó él mismo, no pudiera ser quebrantado por nosotros. ¿Qué decir a los funcionarios del Estado, a los jefes de policía, incluso a los ministros, que, con una falta de convicción realmente indecente, querían presentarse ante el mundo exterior como hombres "nacionales", pero en todos los conflictos que los nacionalsocialistas tuvimos con el marxismo, convirtieron al marxismo en los más vergonzosos sirvientes? ¿Qué se podía decir a la gente que llegó tan lejos en su autohumillación que persiguió sin más preámbulos a los hombres a quienes se debieron en parte el heroico riesgo de sus propias vidas por un lamentable elogio de los periódicos judíos, si no hubieran sido colgados en los postes de luz por el paquete rojo como cadáveres andrajosos unos años antes?
Estos fueron fenómenos tan tristes que una vez llevaron al inolvidable difunto presidente Pöhner, que en su dura franqueza odiaba a todos los aduladores como sólo un hombre con un corazón honesto puede odiar, a la grosera declaración: "No quise ser nada más en toda mi vida que primero un alemán y luego un funcionario público, y nunca me gustaría ser confundido con esas criaturas, que se prostituyen como prostitutas a cualquiera que sea capaz de jugar al amo en este momento".
Fue particularmente triste que este tipo de personas poco a poco no solo pusieran bajo su poder a decenas de miles de los funcionarios alemanes más honestos y de mejor comportamiento, sino que también los infectara lentamente con su propia falta de convicción, mientras que, por otro lado, perseguía a los honestos con un odio feroz y finalmente los expulsaba de su cargo y posición, mientras todavía se presentaban en una vergüenza hipócrita como hombres "nacionales".
Nunca podríamos esperar ningún apoyo de tales personas, y solo lo hemos recibido en casos muy raros. Sólo la expansión de su propia protección podría asegurar la actividad del movimiento y, al mismo tiempo, ganarle la atención pública y el respeto general que se concede a quienes, cuando son atacados, se defienden.



Como principio rector de la formación interna de esta Sturmabteilung, la intención predominante fue siempre educarla, además de toda la formación física, para que se convirtiera en un representante inquebrantablemente convencido de la idea nacionalsocialista y, finalmente, para consolidar su disciplina en el más alto grado. No debía tener nada que ver con una organización militar de concepción burguesa, pero tampoco con una organización secreta.
La razón por la que en ese momento me opuse más firmemente a que las SA del NSDAP se establecieran como una asociación militar llamada se basaba en la siguiente consideración:
Desde un punto de vista puramente fáctico, la formación militar de un pueblo no puede ser llevada a cabo por asociaciones privadas, excepto con la ayuda de enormes fondos estatales. Todas las demás religiones se basan en una gran sobreestimación de la propia capacidad. Es simplemente imposible que con la llamada "disciplina voluntaria" se puedan construir organizaciones más allá de cierto punto que tengan valor militar. Aquí falta el pilar más importante del poder de la mala conducta, a saber, el poder de castigar. Ciertamente, en el otoño, o mejor aún, en la primavera de 1919, era posible levantar los llamados "Freikorps", pero no sólo poseían en ese momento en su mayor parte soldados de primera línea que habían pasado por la escuela del antiguo ejército, sino que la naturaleza de la obligación que imponían a los individuos los sometía a la obediencia militar, al menos por un tiempo limitado, igual de incondicionalmente.
Esto está completamente ausente en una "organización militar" voluntaria de hoy. Cuanto más grande sea su asociación, más débil se vuelva la disciplina, más bajas serán las exigencias que se hagan al pueblo en detalle, y más el conjunto asumirá el carácter de las viejas asociaciones de guerreros y veteranos no políticos.
La educación voluntaria para el servicio militar sin garantía de mala conducta incondicional nunca será posible en grandes masas.



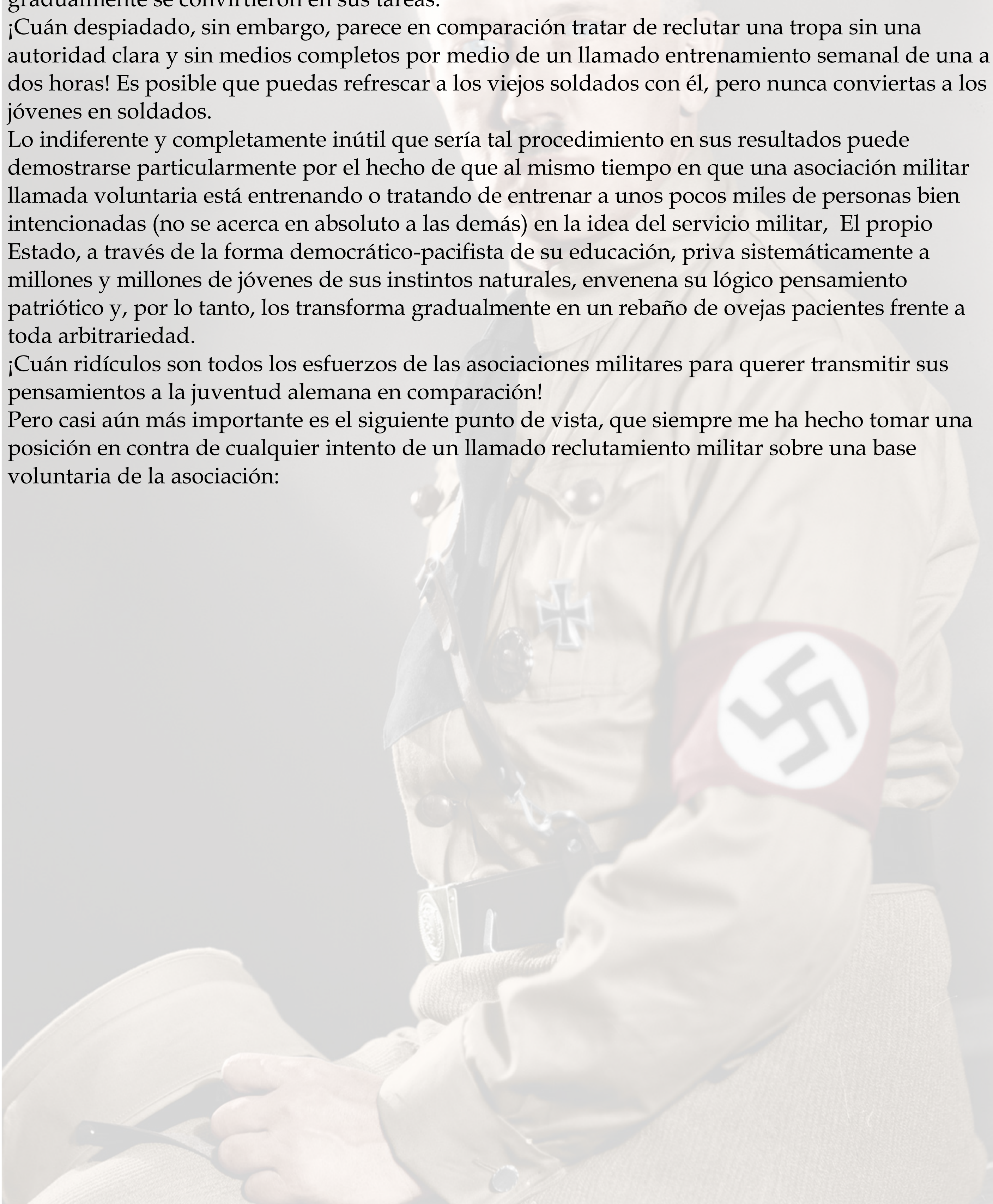
604 ¿Por qué no hay asociaciones militares?

Sólo unos pocos tendrán la voluntad de someterse por su propia voluntad a la compulsión a la obediencia, tal como se daba por sentada y era natural en el ejército.
Además, no se puede llevar a cabo un verdadero entrenamiento debido a los ridículamente pequeños medios de que dispone para tal fin una supuesta asociación militar. Pero la mejor y más confiable educación debería ser precisamente la tarea principal de una institución de este tipo.
Han pasado ya ocho años desde la guerra, y desde entonces ningún año de nuestra juventud alemana ha sido entrenado según lo previsto. Sin embargo, no puede ser tarea de una asociación militar registrar las cohortes ya entrenadas de antaño, porque de lo contrario se puede calcular matemáticamente de una vez cuándo dejará esta corporación el último miembro. Incluso el soldado más joven de 1918 quedará incapacitado dentro de veinte años, y nos estamos acercando a ese punto con una rapidez alarmante. Así, cada asociación llamada militar asumirá inevitablemente cada vez más el carácter de una antigua asociación guerrera. Pero este no puede ser el sentido de una institución que no se llama a sí misma una asociación militar, sino una asociación militar, y que se esfuerza por expresar con su propio nombre que ve su misión no sólo en la conservación de la tradición y la unión de los ex soldados, sino también en el desarrollo de la idea militar y en la representación práctica de esta idea. Es decir, en la creación de un cuerpo defensivo.
Esta tarea, sin embargo, requiere necesariamente el entrenamiento de elementos que aún no han sido entrenados militarmente, y esto es realmente imposible en la práctica. Realmente no puedes hacer un soldado con un entrenamiento semanal de una o dos horas. En vista de las exigencias cada vez mayores que el servicio militar impone al hombre individual, un período de servicio de dos años es quizás suficiente para transformar al joven inexperto en un soldado entrenado.



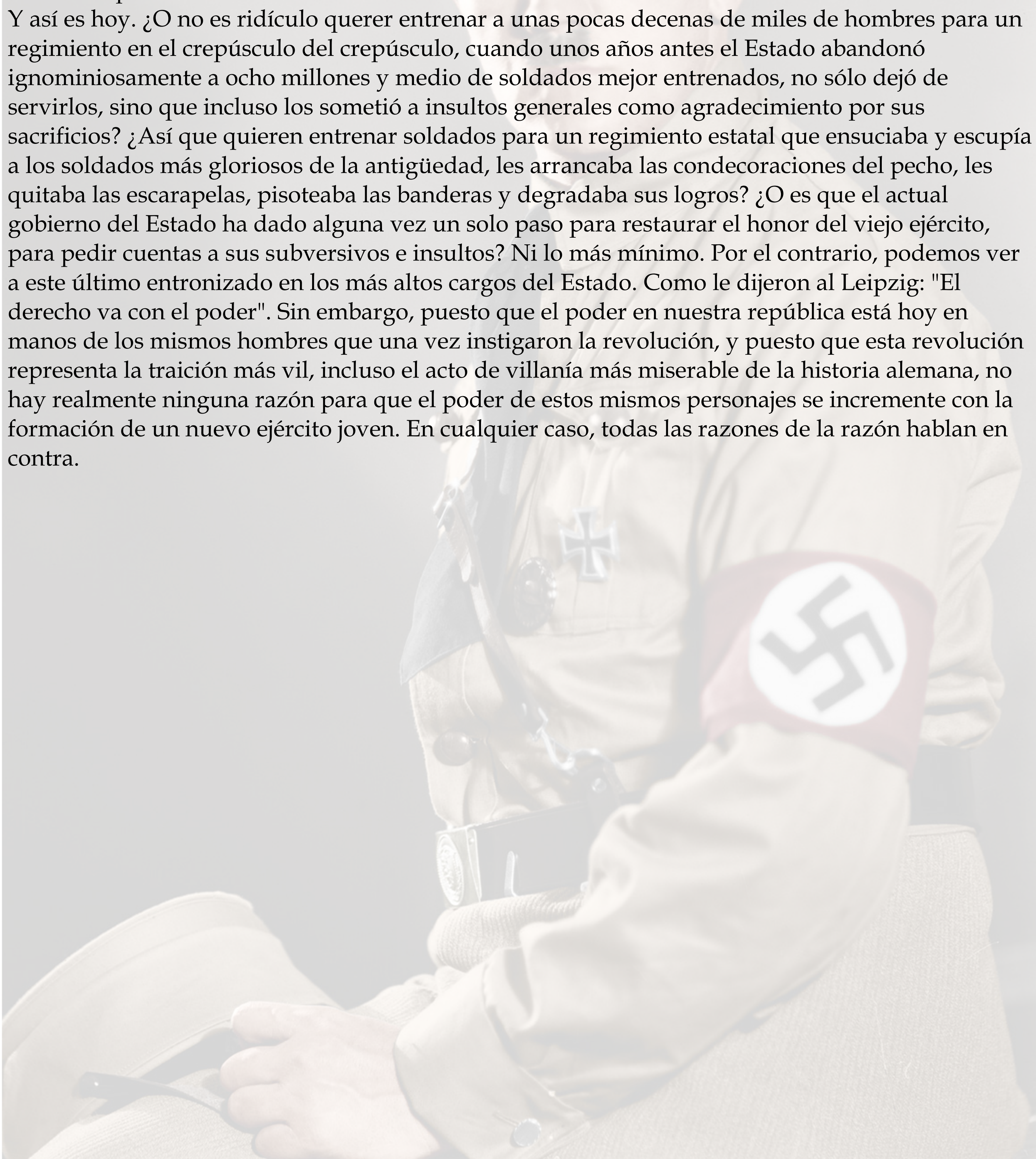
¿Por qué no hay asociaciones militares? 605

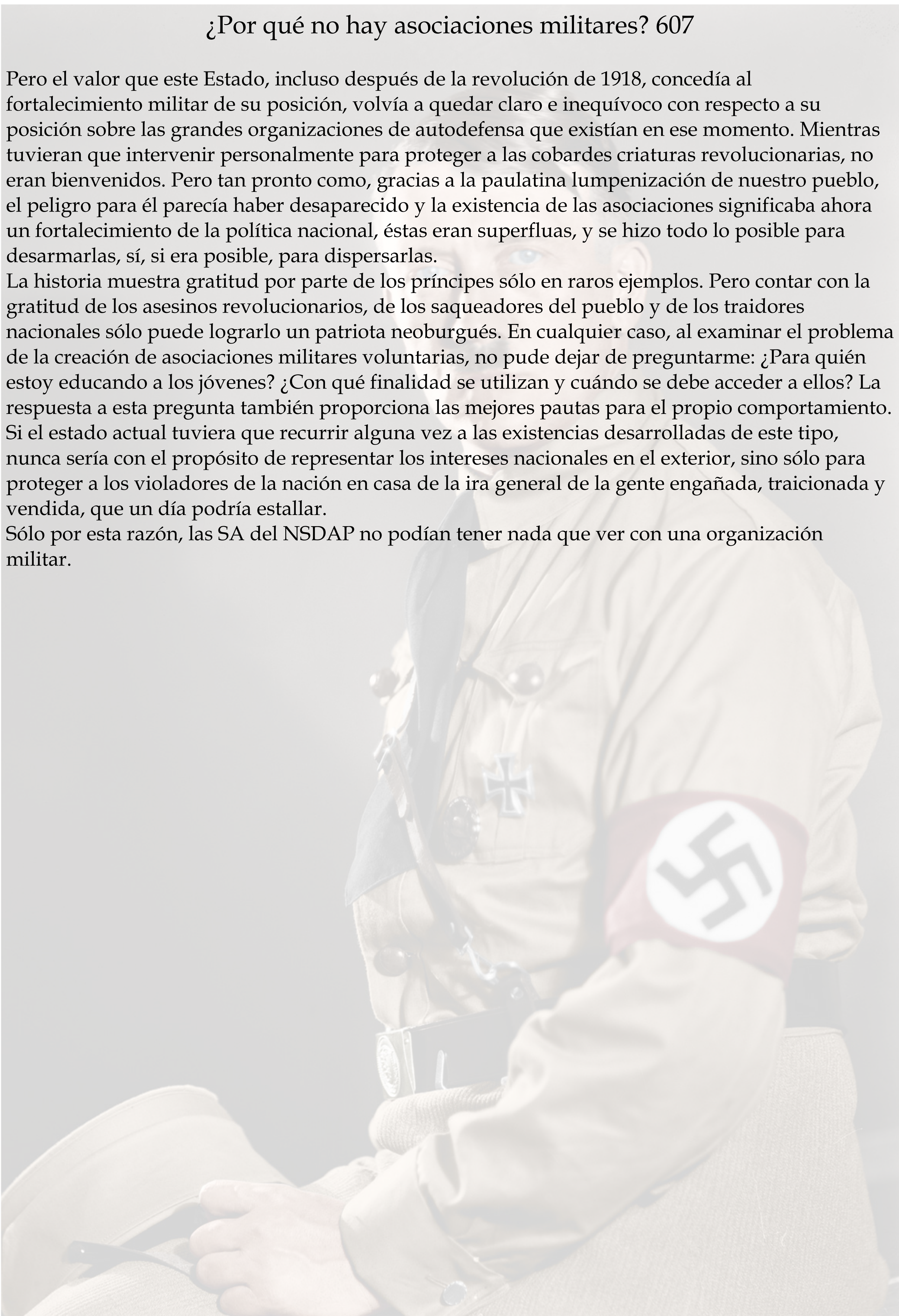
Todos hemos visto en el campo de batalla las terribles consecuencias que se produjeron para los jóvenes soldados que no habían sido entrenados a fondo en el arte de la guerra. Las formaciones de voluntarios, entrenadas durante quince y veinte semanas con férrea determinación y devoción sin límites, no eran, sin embargo, más que carne de cañón en el frente. Asignados sólo a las filas de los viejos soldados experimentados, los reclutas más jóvenes, entrenados de cuatro a seis meses, podían ser miembros útiles de un regimiento; Fueron guiados por los "antiguos" y luego gradualmente se convirtieron en sus tareas.
¡Cuán despiadado, sin embargo, parece en comparación tratar de reclutar una tropa sin una autoridad clara y sin medios completos por medio de un llamado entrenamiento semanal de una a dos horas! Es posible que puedas refrescar a los viejos soldados con él, pero nunca conviertas a los jóvenes en soldados.
Lo indiferente y completamente inútil que sería tal procedimiento en sus resultados puede demostrarse particularmente por el hecho de que al mismo tiempo en que una asociación militar llamada voluntaria está entrenando o tratando de entrenar a unos pocos miles de personas bien intencionadas (no se acerca en absoluto a las demás) en la idea del servicio militar, El propio Estado, a través de la forma democrático-pacifista de su educación, priva sistemáticamente a millones y millones de jóvenes de sus instintos naturales, envenena su lógico pensamiento patriótico y, por lo tanto, los transforma gradualmente en un rebaño de ovejas pacientes frente a toda arbitrariedad.
¡Cuán ridículos son todos los esfuerzos de las asociaciones militares para querer transmitir sus pensamientos a la juventud alemana en comparación!
Pero casi aún más importante es el siguiente punto de vista, que siempre me ha hecho tomar una posición en contra de cualquier intento de un llamado reclutamiento militar sobre una base voluntaria de la asociación:



606 ¿Por qué no hay asociaciones militares?

Suponiendo que, a pesar de las dificultades antes mencionadas, una asociación lograra, sin embargo, entrenar año tras año a un cierto número de alemanes para que se convirtieran en hombres capaces de hacer el servicio militar, tanto en lo que se refiere a su actitud como a su aptitud física y a su entrenamiento en armas, el resultado tendría que ser nulo en un Estado que, de acuerdo con toda su tendencia, no desea en absoluto tal reclutamiento militar. Sí, porque contradice completamente el objetivo más íntimo de sus líderes: los corruptores de este Estado. En cualquier caso, sin embargo, tal resultado sería inútil entre los gobiernos que no sólo han demostrado con hechos que no les importa nada el poder militar de la nación, sino que, sobre todo, nunca estarían dispuestos a apelar a esta fuerza, excepto a lo sumo para apoyar su propia existencia perniciosa.
Y así es hoy. ¿O no es ridículo querer entrenar a unas pocas decenas de miles de hombres para un regimiento en el crepúsculo del crepúsculo, cuando unos años antes el Estado abandonó ignominiosamente a ocho millones y medio de soldados mejor entrenados, no sólo dejó de servirlos, sino que incluso los sometió a insultos generales como agradecimiento por sus sacrificios? ¿Así que quieren entrenar soldados para un regimiento estatal que ensuciaba y escupía a los soldados más gloriosos de la antigüedad, les arrancaba las condecoraciones del pecho, les quitaba las escarapelas, pisoteaba las banderas y degradaba sus logros? ¿O es que el actual gobierno del Estado ha dado alguna vez un solo paso para restaurar el honor del viejo ejército, para pedir cuentas a sus subversivos e insultos? Ni lo más mínimo. Por el contrario, podemos ver a este último entronizado en los más altos cargos del Estado. Como le dijeron al Leipzig: "El derecho va con el poder". Sin embargo, puesto que el poder en nuestra república está hoy en manos de los mismos hombres que una vez instigaron la revolución, y puesto que esta revolución representa la traición más vil, incluso el acto de villanía más miserable de la historia alemana, no hay realmente ninguna razón para que el poder de estos mismos personajes se incremente con la formación de un nuevo ejército joven. En cualquier caso, todas las razones de la razón hablan en contra.

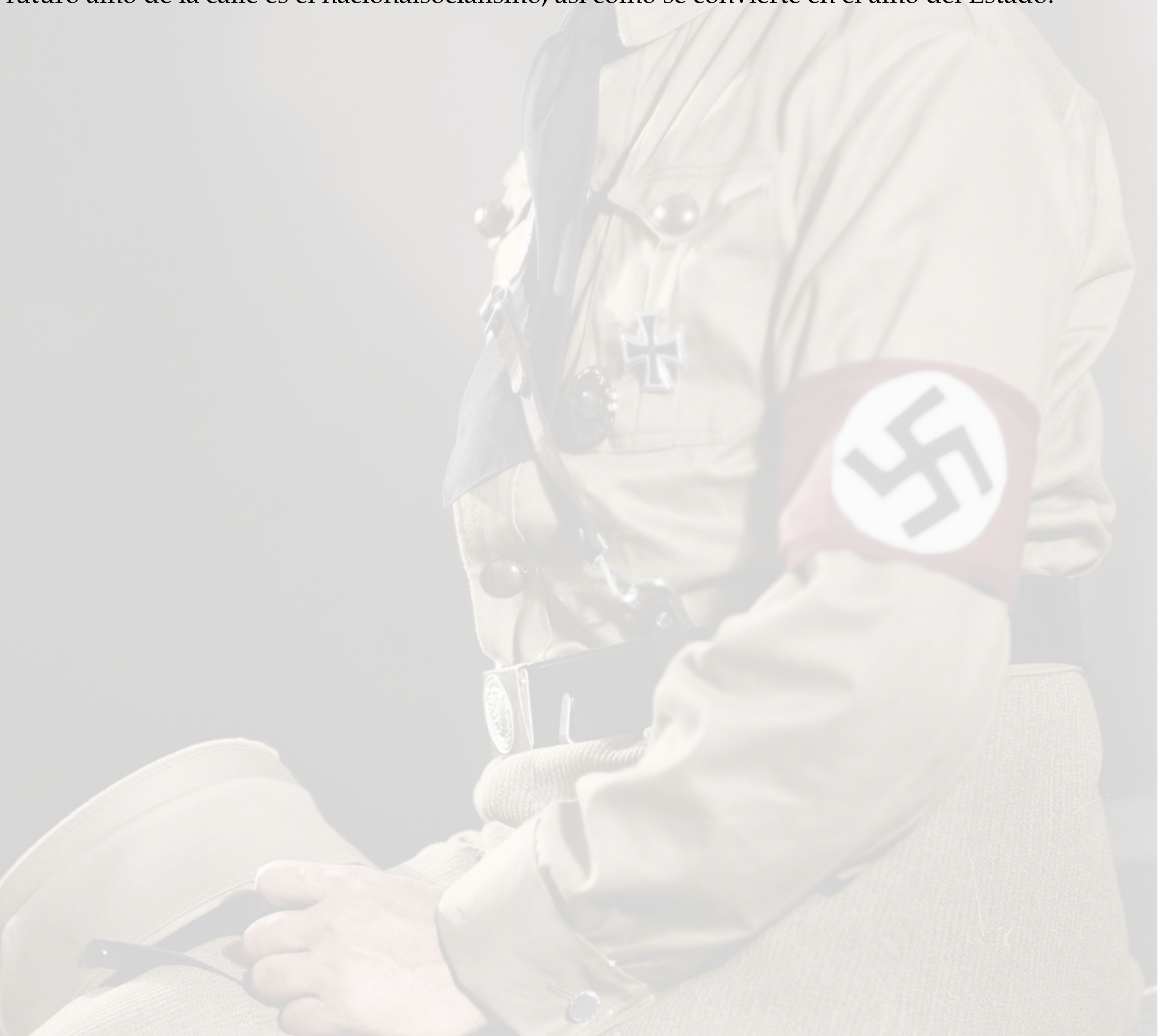




Pero el valor que este Estado, incluso después de la revolución de 1918, concedía al fortalecimiento militar de su posición, volvía a quedar claro e inequívoco con respecto a su posición sobre las grandes organizaciones de autodefensa que existían en ese momento. Mientras tuvieran que intervenir personalmente para proteger a las cobardes criaturas revolucionarias, no eran bienvenidos. Pero tan pronto como, gracias a la paulatina lumpenización de nuestro pueblo, el peligro para él parecía haber desaparecido y la existencia de las asociaciones significaba ahora un fortalecimiento de la política nacional, éstas eran superfluas, y se hizo todo lo posible para desarmarlas, sí, si era posible, para dispersarlas.
La historia muestra gratitud por parte de los príncipes sólo en raros ejemplos. Pero contar con la gratitud de los asesinos revolucionarios, de los saqueadores del pueblo y de los traidores nacionales sólo puede lograrlo un patriota neoburgués. En cualquier caso, al examinar el problema de la creación de asociaciones militares voluntarias, no pude dejar de preguntarme: ¿Para quién estoy educando a los jóvenes? ¿Con qué finalidad se utilizan y cuándo se debe acceder a ellos? La respuesta a esta pregunta también proporciona las mejores pautas para el propio comportamiento. Si el estado actual tuviera que recurrir alguna vez a las existencias desarrolladas de este tipo, nunca sería con el propósito de representar los intereses nacionales en el exterior, sino sólo para proteger a los violadores de la nación en casa de la ira general de la gente engañada, traicionada y vendida, que un día podría estallar.
Sólo por esta razón, las SA del NSDAP no podían tener nada que ver con una organización militar.

608 No hay organizaciones secretas

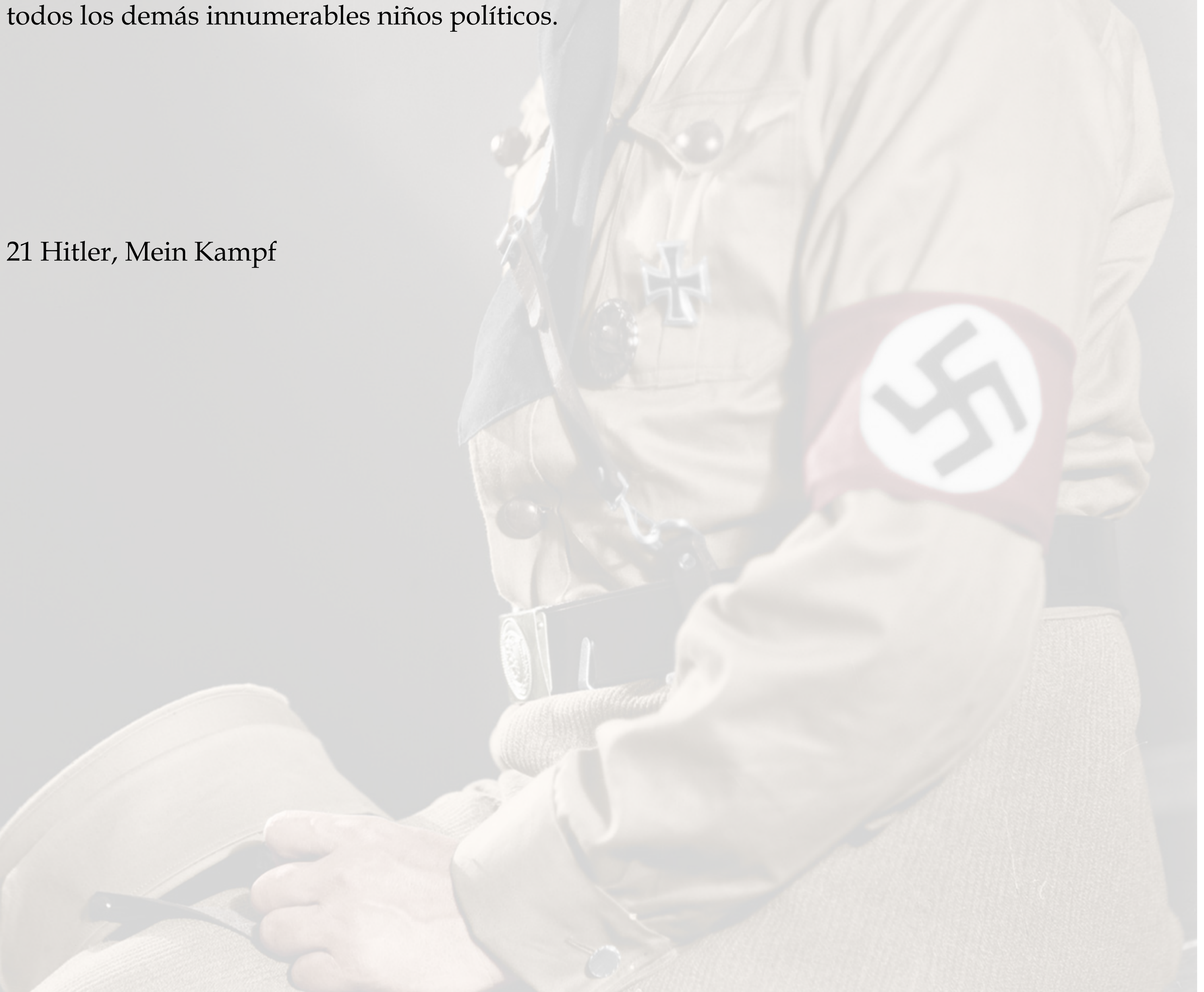
Era un medio de protección y educación del movimiento nacionalsocialista, y sus tareas se encontraban en un campo completamente diferente al de las llamadas asociaciones militares. Pero tampoco pretendía ser una organización secreta. El propósito de las organizaciones domésticas sólo puede ser ilegal. Pero esto limita el alcance de tal organización por sí misma. Sobre todo en vista de la locuacidad del pueblo alemán, no es posible construir una organización de cualquier tamaño y, al mismo tiempo, mantenerla en secreto para el mundo exterior, ni siquiera ocultar sus objetivos. Cualquier intención de este tipo se verá frustrada mil veces. ¡No solo eso, nuestras autoridades policiales hoy tienen un personal de proxenetas y sirvientes similares! que revelan lo que pueden encontrar por la recompensa de Judas de treinta piezas de plata e inventan lo que va a ser revelado, sus propios seguidores nunca pueden ser llevados al silencio necesario en tal caso. Solo grupos muy pequeños pueden adquirir el carácter de verdaderas organizaciones domésticas a través de años de cribado. Pero incluso la pequeñez de tales estructuras anularía su valor para el movimiento nacionalsocialista. Lo que necesitábamos y necesitábamos no eran ni somos cien o doscientos conspiradores audaces, sino cien mil y cien mil luchadores fanáticos por nuestra visión del mundo. El trabajo no se hace en conventículos secretos, sino en grandes procesiones masivas, y no es con puñal, veneno o pistola que se puede despejar el camino para el movimiento, sino mediante la conquista de la calle. Tenemos que enseñar al marxismo que el futuro amo de la calle es el nacionalsocialismo, así como se convierte en el amo del Estado.



El peligro de las organizaciones secretas hoy en día reside todavía en el hecho de que la magnitud de la tarea es a menudo completamente errónea juzgada entre los miembros, y en cambio se forma la opinión de que el destino de un pueblo podría decidirse de repente en un sentido favorable por un solo acto de asesinato. Semejante opinión puede tener su justificación histórica, a saber, cuando un pueblo languidece bajo la tiranía de algún opresor astuto, de quien se sabe que sólo su personalidad sobresaliente garantiza la firmeza interior y el temor de la presión del enemigo. En tal caso, un hombre abnegado puede surgir repentinamente de un pueblo para clavar el acero de la muerte en el pecho del odiado. Y sólo la mente republicana de los pequeños sinvergüenzas culpables considerará tal acto como el más detestable, mientras que el más grande cantante de la libertad de nuestro pueblo se ha atrevido a dar una glorificación de tal acción en su "Tell".

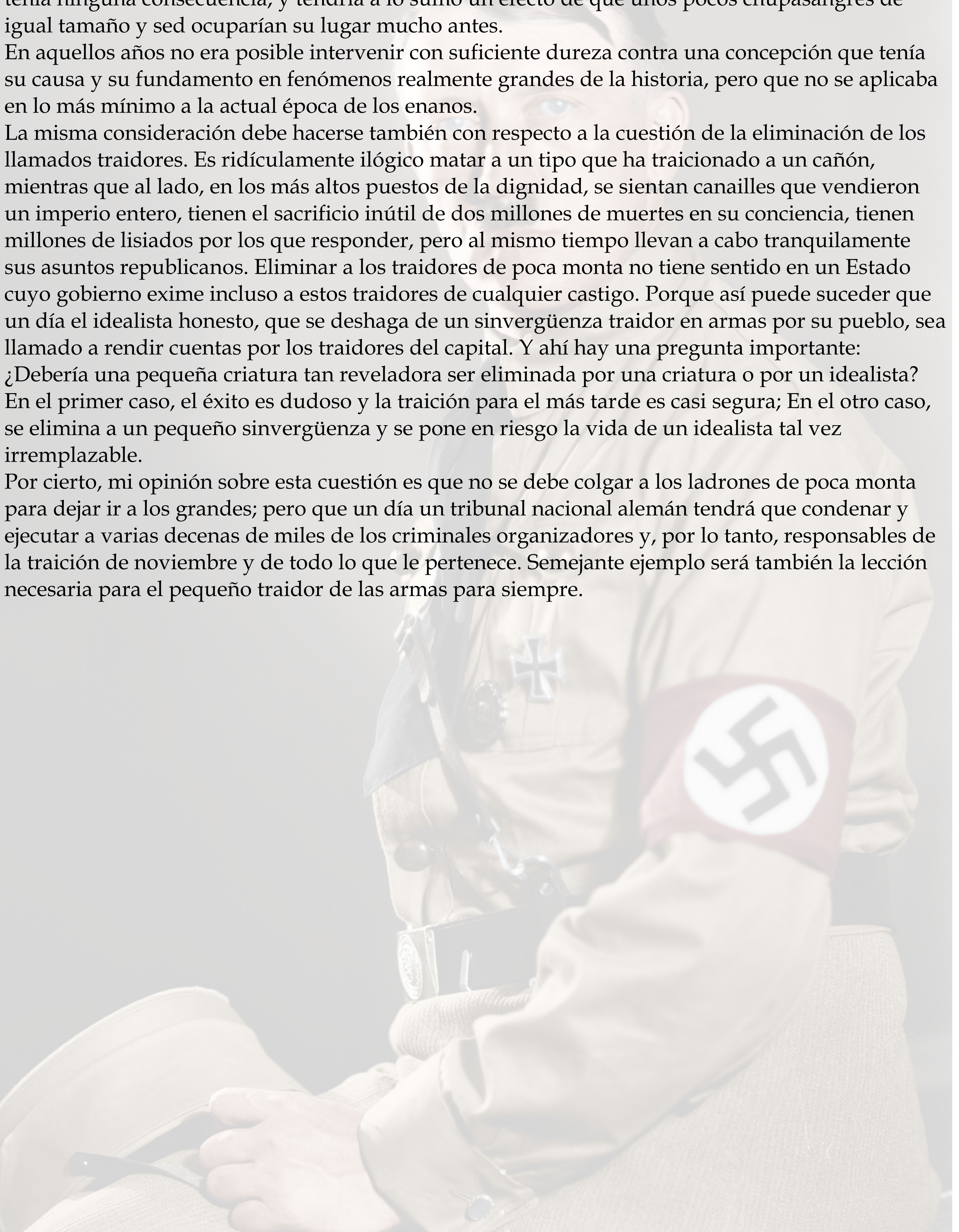
En los años 1919 y 1920 existía el peligro de que los miembros de las organizaciones secretas, arrastrados por los grandes modelos de la historia y estremecidos por la desgracia sin límites de la patria, trataran de vengarse de los corruptores de la patria, creyendo que con ello pondría fin a la miseria de su pueblo. Pero cada uno de estos intentos era un disparate, porque el marxismo no había triunfado en absoluto gracias al genio superior y a la importancia personal de un individuo, sino más bien a través de la miseria sin límites, del fracaso cobarde del mundo burgués. La crítica más cruel que se puede hacer a nuestra burguesía es la observación de que la revolución misma no ha producido una sola cabeza de ningún tamaño y, sin embargo, se ha sometido a ella. Todavía es comprensible capitular ante un Robespierre, un Danton o un Maral, pero es devastador haber llegado a la cruz ante el escuálido Scheidemann, el robusto señor Erzberger y un Friedrich Ebert y todos los demás innumerables niños políticos.

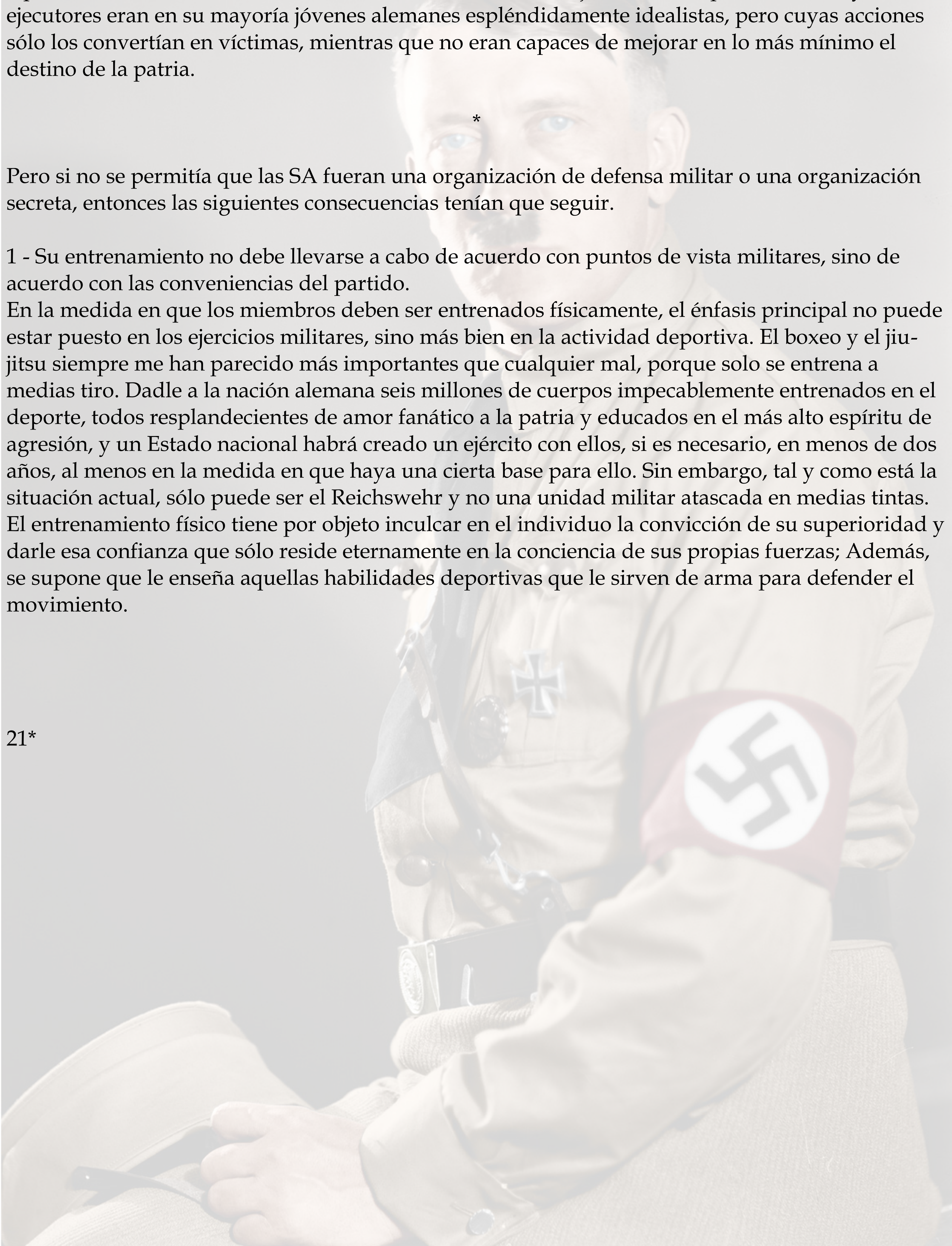
21 Hitler, Mein Kampf



610 ¿Hay que "eliminar" a los traidores?

Realmente no había una sola cabeza en la que se pudiera ver al hombre brillante de la revolución y, por lo tanto, la desgracia de la patria, pero no había más que bichos revolucionarios, espartaquistas de mochila a granel y en detalle. Quitarse de en medio a cualquiera de ellos no tenía ninguna consecuencia, y tendría a lo sumo un efecto de que unos pocos chupasangres de igual tamaño y sed ocuparían su lugar mucho antes.
En aquellos años no era posible intervenir con suficiente dureza contra una concepción que tenía su causa y su fundamento en fenómenos realmente grandes de la historia, pero que no se aplicaba en lo más mínimo a la actual época de los enanos.
La misma consideración debe hacerse también con respecto a la cuestión de la eliminación de los llamados traidores. Es ridículamente ilógico matar a un tipo que ha traicionado a un cañón, mientras que al lado, en los más altos puestos de la dignidad, se sientan canailles que vendieron un imperio entero, tienen el sacrificio inútil de dos millones de muertes en su conciencia, tienen millones de lisiados por los que responder, pero al mismo tiempo llevan a cabo tranquilamente sus asuntos republicanos. Eliminar a los traidores de poca monta no tiene sentido en un Estado cuyo gobierno exime incluso a estos traidores de cualquier castigo. Porque así puede suceder que un día el idealista honesto, que se deshaga de un sinvergüenza traidor en armas por su pueblo, sea llamado a rendir cuentas por los traidores del capital. Y ahí hay una pregunta importante: ¿Debería una pequeña criatura tan reveladora ser eliminada por una criatura o por un idealista? En el primer caso, el éxito es dudoso y la traición para el más tarde es casi segura; En el otro caso, se elimina a un pequeño sinvergüenza y se pone en riesgo la vida de un idealista tal vez irremplazable.
Por cierto, mi opinión sobre esta cuestión es que no se debe colgar a los ladrones de poca monta para dejar ir a los grandes; pero que un día un tribunal nacional alemán tendrá que condenar y ejecutar a varias decenas de miles de los criminales organizadores y, por lo tanto, responsables de la traición de noviembre y de todo lo que le pertenece. Semejante ejemplo será también la lección necesaria para el pequeño traidor de las armas para siempre.





Todas estas son consideraciones que me han llevado a prohibir repetidamente la participación en organizaciones domésticas y a proteger a la SA misma del carácter de tales organizaciones. En aquellos años, mantuve al movimiento nacionalsocialista alejado de los experimentos, cuyos ejecutores eran en su mayoría jóvenes alemanes espléndidamente idealistas, pero cuyas acciones sólo los convertían en víctimas, mientras que no eran capaces de mejorar en lo más mínimo el destino de la patria.

*

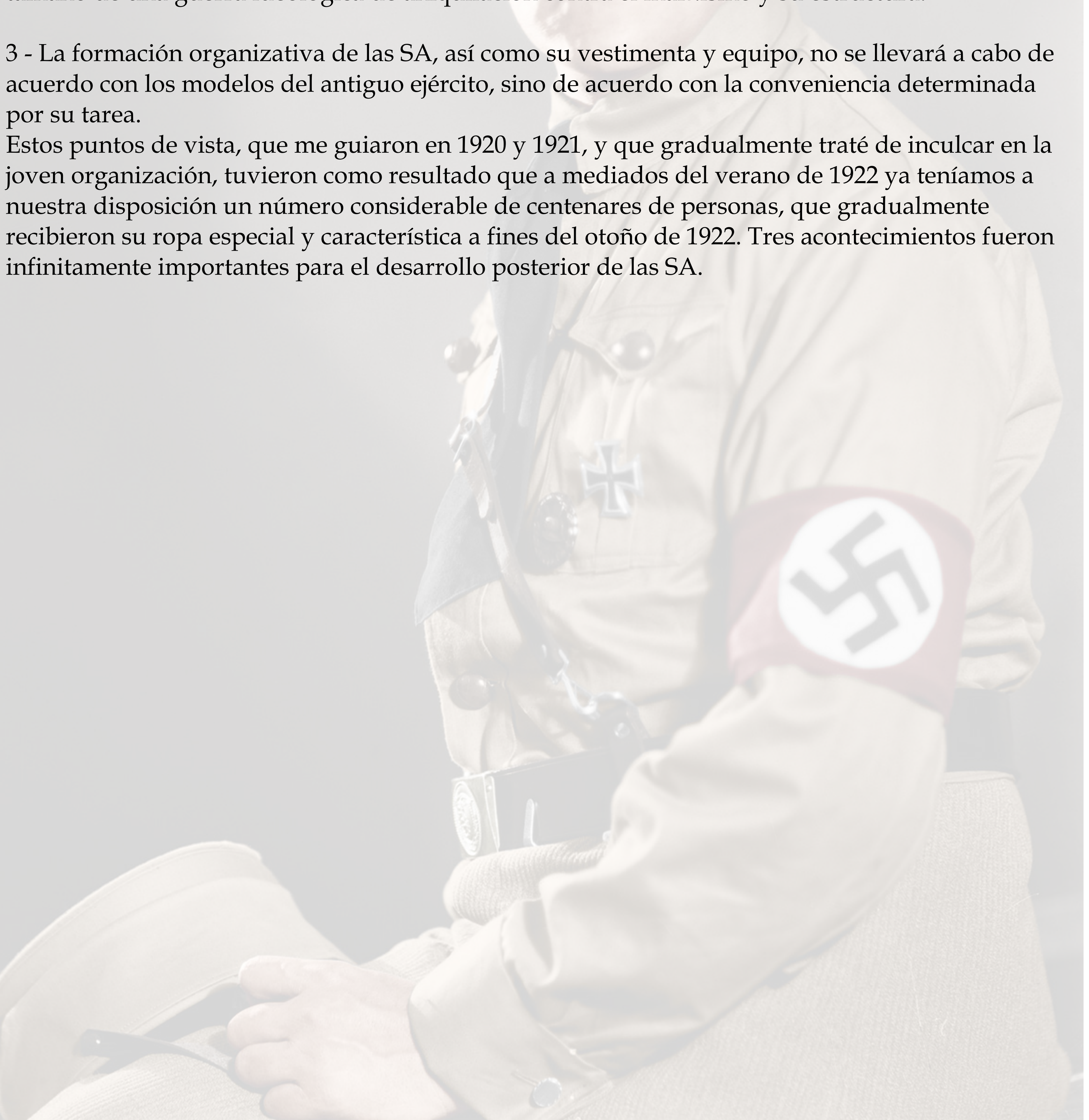
Pero si no se permitía que las SA fueran una organización de defensa militar o una organización secreta, entonces las siguientes consecuencias tenían que seguir.

1 - Su entrenamiento no debe llevarse a cabo de acuerdo con puntos de vista militares, sino de acuerdo con las conveniencias del partido.
En la medida en que los miembros deben ser entrenados físicamente, el énfasis principal no puede estar puesto en los ejercicios militares, sino más bien en la actividad deportiva. El boxeo y el jiu-jitsu siempre me han parecido más importantes que cualquier mal, porque solo se entrena a medias tiro. Dadle a la nación alemana seis millones de cuerpos impecablemente entrenados en el deporte, todos resplandecientes de amor fanático a la patria y educados en el más alto espíritu de agresión, y un Estado nacional habrá creado un ejército con ellos, si es necesario, en menos de dos años, al menos en la medida en que haya una cierta base para ello. Sin embargo, tal y como está la situación actual, sólo puede ser el Reichswehr y no una unidad militar atascada en medias tintas.
El entrenamiento físico tiene por objeto inculcar en el individuo la convicción de su superioridad y darle esa confianza que sólo reside eternamente en la conciencia de sus propias fuerzas; Además, se supone que le enseña aquellas habilidades deportivas que le sirven de arma para defender el movimiento.

21*

2 - Con el fin de evitar desde el principio cualquier carácter secreto de las SA, aparte de su vestimenta, que es inmediatamente reconocible por todos, el tamaño de sus posesiones debe mostrar por sí mismo el camino que es útil al movimiento y es conocido por todo el público. No debe reunirse en secreto, sino que debe marchar al aire libre y así estar claramente comprometido en una actividad que finalmente destruirá todas las leyendas de "organización secreta". Con el fin de alejarlo intelectualmente de todos los intentos de satisfacer su activismo por medio de pequeñas conspiraciones, tuvo que ser completamente iniciado en la gran idea del movimiento desde el principio, y tan completamente entrenado en la tarea de defender esta idea, que desde el principio el horizonte se ensanchó y el hombre individual no vio su misión en la eliminación de ningún sinvergüenza, pequeño o grande. sino en el compromiso con el establecimiento de un nuevo estado völkisch nacionalsocialista. De esta manera, sin embargo, la lucha contra el Estado actual fue levantada de la atmósfera de pequeñas venganzas y acciones conspirativas hasta el tamaño de una guerra ideológica de aniquilación contra el marxismo y su estructura.

3 - La formación organizativa de las SA, así como su vestimenta y equipo, no se llevará a cabo de acuerdo con los modelos del antiguo ejército, sino de acuerdo con la conveniencia determinada por su tarea.
Estos puntos de vista, que me guiaron en 1920 y 1921, y que gradualmente traté de inculcar en la joven organización, tuvieron como resultado que a mediados del verano de 1922 ya teníamos a nuestra disposición un número considerable de centenares de personas, que gradualmente recibieron su ropa especial y característica a fines del otoño de 1922. Tres acontecimientos fueron infinitamente importantes para el desarrollo posterior de las SA.



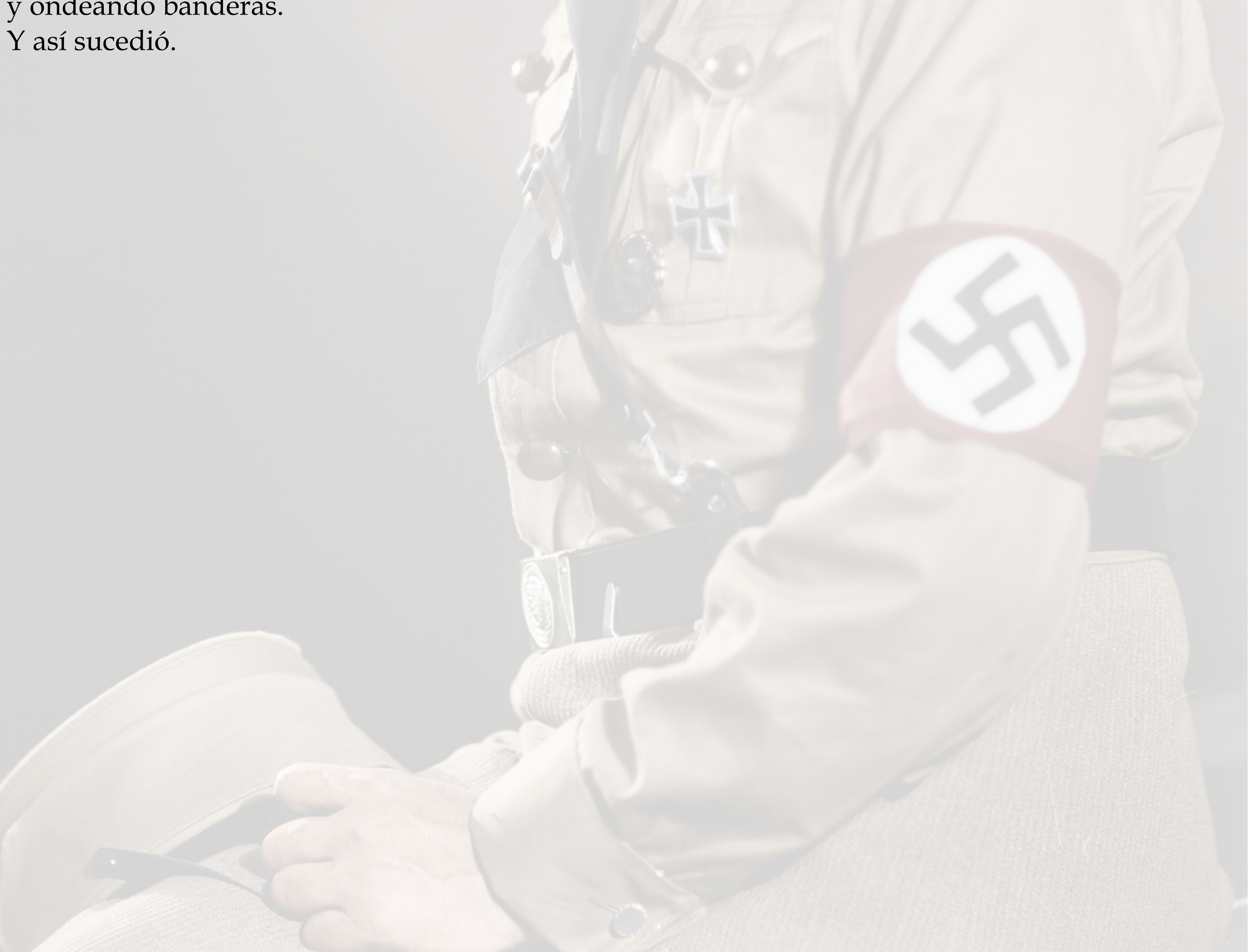
4 - La gran manifestación general de todas las asociaciones patrióticas contra la Ley de Protección de la República a finales del verano de 1922 en la Königsplatz de Múnich.
Las asociaciones patrióticas de Múnich habían hecho un llamamiento en ese momento, en el que se convocaba una gran manifestación en Múnich como protesta contra la introducción de la Ley de Protección de la República. El movimiento nacionalsocialista también iba a participar en ella.
La marcha unida del partido fue iniciada por seis centenares de Múnich, que luego fueron seguidos por las secciones del partido político. En la procesión propiamente dicha, marcharon dos bandas de música y se llevaron unas quince banderas. La llegada de los nacionalsocialistas a la gran plaza, que ya estaba medio llena, por lo demás vacía de banderas, despertó un entusiasmo inconmensurable. Yo mismo tuve el honor de hablar como uno de los oradores ante la multitud de sesenta mil personas.
El éxito del evento fue abrumador, sobre todo porque, a pesar de todas las amenazas rojas, se demostró por primera vez que incluso el Múnich "nacional" podía marchar por las calles. Los miembros de la Schutzbund Republicana Roja, que trataron de usar el terror contra las columnas que avanzaban, fueron dispersados a los pocos minutos por cientos de personas de las SA con cráneos ensangrentados. En ese momento, el movimiento nacionalsocialista mostró por primera vez su determinación de reclamar el derecho a la calle para sí en el futuro y así arrebatar este monopolio de las manos de los traidores internacionales al pueblo y enemigos de la patria.
El resultado de este día fue la prueba indiscutible de la corrección psicológica y organizativa de nuestros puntos de vista sobre la expansión de las SA.
Ahora se expandía enérgicamente sobre la base que había demostrado ser tan exitosa, de modo que solo unas semanas más tarde se estableció en Munich el doble del número de centenares.



614 Tren a Koburg

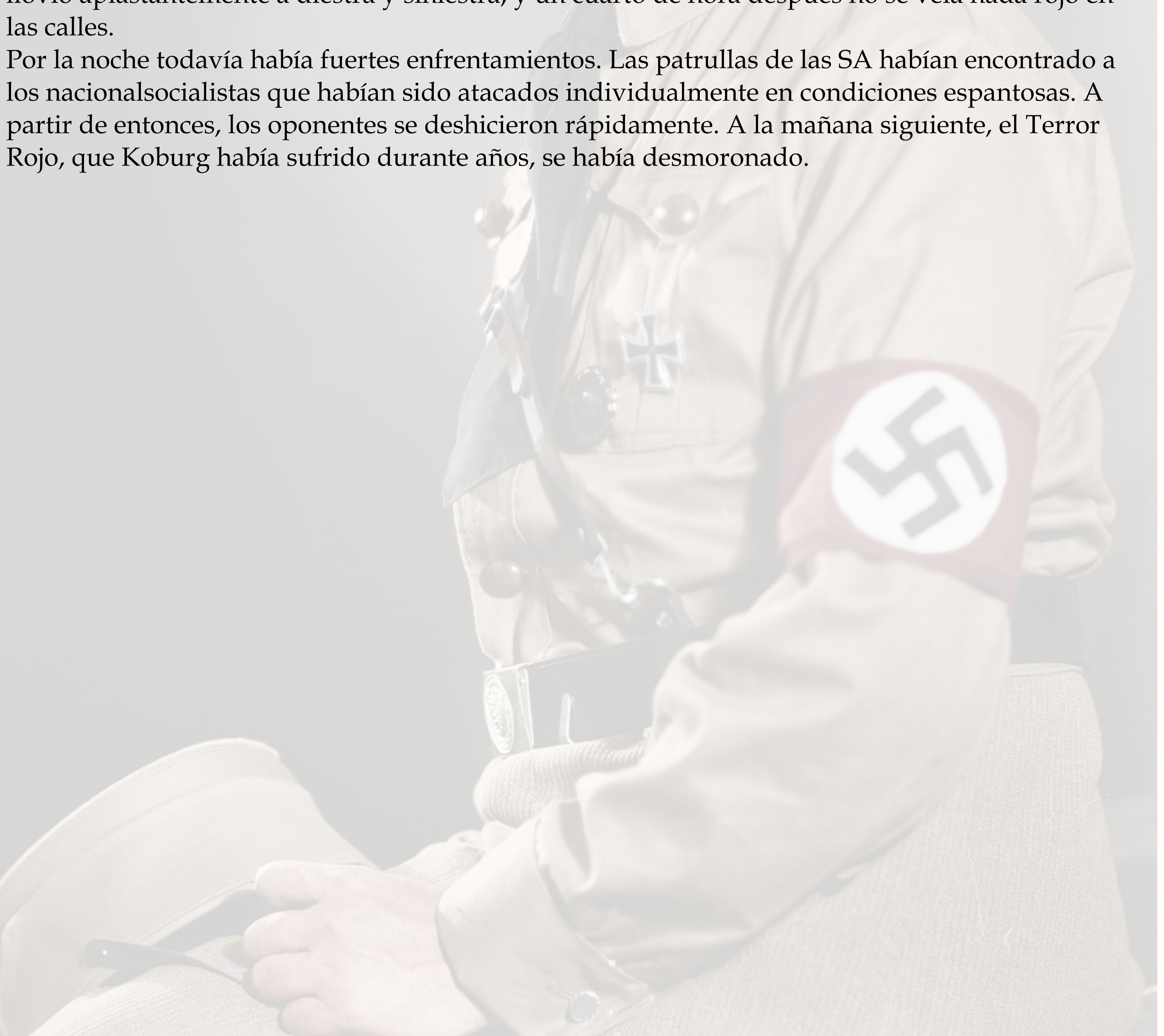
2 El tren a Koburgo en octubre de 1922.

Las asociaciones "Völkisch" tenían la intención de celebrar el llamado "Día Alemán" en Koburgo. Yo mismo recibí una invitación para esto con la nota de que sería deseable que trajera algo más de compañía conmigo. Esta petición, que recibí en mi mano a las once de la mañana, me resultó muy conveniente. Apenas una hora después, se emitieron las órdenes para una visita a este día alemán. Como "acompañante" designé a ochocientos hombres de las SA, que debían ser transportados en unas mil cuatrocientas unidades desde Munich en un tren especial hasta la pequeña ciudad que se había convertido en bávara. Se emitieron las órdenes correspondientes a los grupos nacionalsocialistas de las SA, que mientras tanto se habían formado en otros lugares.
Era la primera vez que un tren tan especial circulaba en Alemania. En todos los lugares donde embarcaban nuevas personas de las SA, el transporte causaba un gran revuelo. Muchos nunca habían visto nuestras banderas antes; La impresión fue muy grande.
Cuando llegamos a la estación de Koburg, fuimos recibidos por una delegación de la dirección de la fiesta del "Día Alemán", que nos transmitió una orden de los sindicatos locales o del Partido Independiente y Comunista, que se llamó un "acuerdo", en el sentido de que no se nos permitía entrar en la ciudad con las banderas desplegadas, ni con música (habíamos llevado nuestra propia banda de cuarenta y dos hombres) y no en una procesión cerrada.
Rechacé inmediatamente estas condiciones vergonzosas, pero no dejé de expresar a los señores de la dirección de esta conferencia presentes mi asombro por el hecho de que se estuvieran llevando a cabo negociaciones y se estuvieran haciendo acuerdos con estas personas, y declaré que las SA se alinearían inmediatamente en centenares y marcharían hacia la ciudad con el sonido de la música y ondeando banderas.
Y así sucedió.



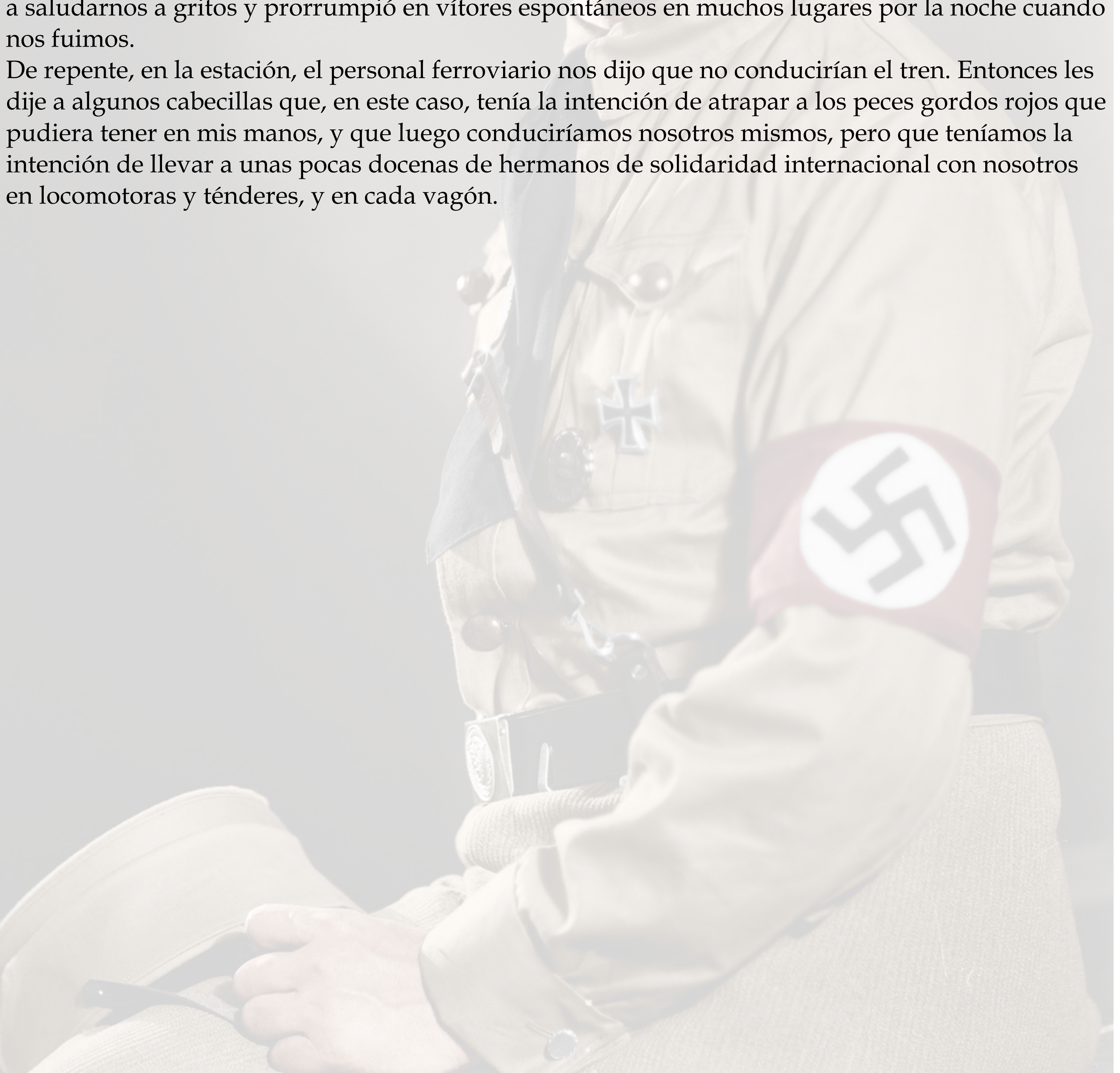
Tren a Koburg 615

Ya en la plaza de la estación fuimos recibidos por una multitud de miles de personas, gritando y vitoreando. "Asesinos", "bandidos", "ladrones", "criminales" fueron los apodos cariñosos con los que los ejemplares fundadores de la República Alemana nos colmaron amorosamente. Los jóvenes de las SA mantuvieron un orden ejemplar, los centenares se formaron en la plaza frente a la estación de tren y al principio no se dieron cuenta de los abusos. Por medio de ansiosos órganos policiales, la procesión de la ciudad, que era completamente extraña para todos nosotros, no se dirigía a nuestros cuarteles, una sala de tiro en las afueras de Koburgo, como se había decidido, sino a la Hofbräuhauskeller, cerca del centro de la ciudad. A izquierda y derecha de la procesión, el desvarío de las masas de personas que lo acompañaban aumentaba cada vez más. Tan pronto como los últimos cien entraron en el patio de la bodega, grandes masas trataron de empujar con gritos ensordecedores. Para evitarlo, la policía cerró el sótano. Puesto que este estado de cosas era insoportable, hice que las SA se alinearan de nuevo, les amonesté brevemente y exigí que la policía abriera las puertas inmediatamente. Después de un largo período de vacilación, ella obedeció. Marchamos de regreso por donde habíamos venido, a fin de llegar a nuestros cuarteles, y allí fue por fin necesario hacer un frente. Después de que los centenares de personas no fueron molestadas por gritos e insultos, los representantes del verdadero socialismo, de la igualdad y de la fraternidad, tomaron piedras. Ese fue el final de nuestra paciencia, y durante diez minutos llovió aplastantemente a diestra y siniestra, y un cuarto de hora después no se veía nada rojo en las calles.
Por la noche todavía había fuertes enfrentamientos. Las patrullas de las SA habían encontrado a los nacionalsocialistas que habían sido atacados individualmente en condiciones espantosas. A partir de entonces, los oponentes se deshicieron rápidamente. A la mañana siguiente, el Terror Rojo, que Koburg había sufrido durante años, se había desmoronado.

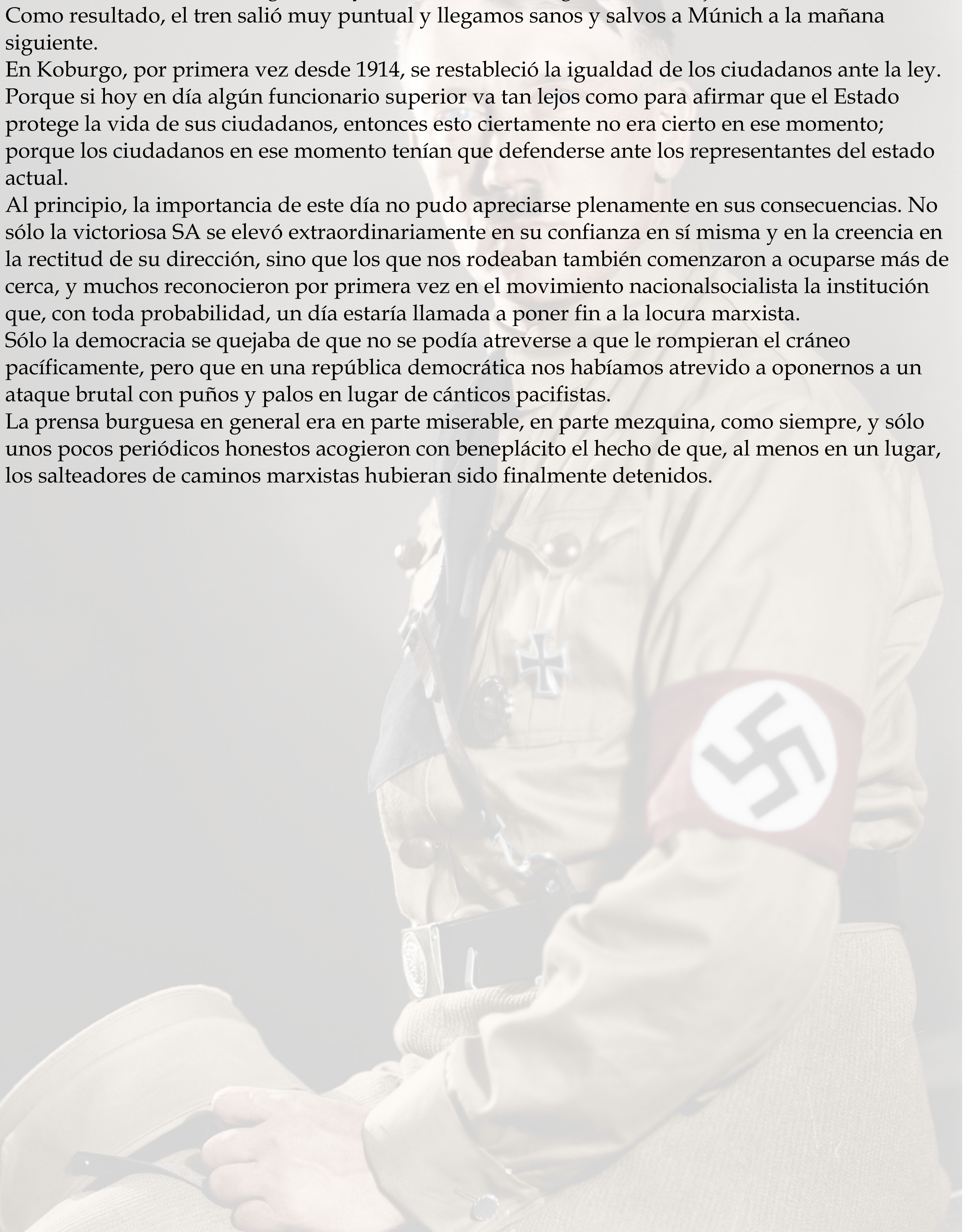


616 Tren a Koburg

Con genuina mendacidad marxista-judía, se intentó incitar una vez más a los "camaradas del proletariado internacional" a la calle por medio de panfletos, afirmando, con total tergiversación de los hechos, que nuestras "bandas asesinas" habían comenzado la "guerra de exterminio contra los trabajadores pacíficos" en Coburgo. A las dos y media de la tarde iba a tener lugar la gran "manifestación popular", a la que se esperaba la asistencia de decenas de miles de obreros de toda la zona. Por lo tanto, decidido a poner fin al Terror Rojo de una vez por todas, ordené a las SA que se alinearan a las doce, que mientras tanto habían aumentado a casi mil quinientos hombres, y partí con ellos en la marcha hacia la fortaleza de Koburgo, a través de la gran plaza donde iba a tener lugar la manifestación roja. Quería ver si se atrevían a molestarnos de nuevo. Cuando entramos en la plaza, en lugar de los diez mil anunciados, sólo había unos pocos centenares presentes, que generalmente permanecían en silencio a medida que nos acercábamos, y en algunos casos huían. Sólo en algunos lugares las tropas rojas, que entretanto habían venido de fuera y aún no nos conocían, trataron de molestarnos de nuevo; pero en un abrir y cerrar de ojos se vieron completamente privados del deseo de hacerlo. Y ahora se podía ver cómo la población, que hasta entonces había sido ansiosamente intimidada, se despertó lentamente, se armó de valor, se atrevió a saludarnos a gritos y prorrumpió en vítores espontáneos en muchos lugares por la noche cuando nos fuimos.
De repente, en la estación, el personal ferroviario nos dijo que no conducirían el tren. Entonces les dije a algunos cabecillas que, en este caso, tenía la intención de atrapar a los peces gordos rojos que pudiera tener en mis manos, y que luego conduciríamos nosotros mismos, pero que teníamos la intención de llevar a unas pocas docenas de hermanos de solidaridad internacional con nosotros en locomotoras y ténderes, y en cada vagón.



Tampoco dejé de llamar la atención de los caballeros sobre el hecho de que el viaje con nuestras propias fuerzas sería, por supuesto, una empresa infinitamente arriesgada, y que no era imposible que todos nos rompiéramos el cuello y los huesos a la vez. Pero estaríamos felices de ir al más allá, al menos no solos, sino en igualdad y hermandad con los gobernantes rojos.
Como resultado, el tren salió muy puntual y llegamos sanos y salvos a Múnich a la mañana siguiente.
En Koburgo, por primera vez desde 1914, se restableció la igualdad de los ciudadanos ante la ley. Porque si hoy en día algún funcionario superior va tan lejos como para afirmar que el Estado protege la vida de sus ciudadanos, entonces esto ciertamente no era cierto en ese momento; porque los ciudadanos en ese momento tenían que defenderse ante los representantes del estado actual.
Al principio, la importancia de este día no pudo apreciarse plenamente en sus consecuencias. No sólo la victoriosa SA se elevó extraordinariamente en su confianza en sí misma y en la creencia en la rectitud de su dirección, sino que los que nos rodeaban también comenzaron a ocuparse más de cerca, y muchos reconocieron por primera vez en el movimiento nacionalsocialista la institución que, con toda probabilidad, un día estaría llamada a poner fin a la locura marxista.
Sólo la democracia se quejaba de que no se podía atreverse a que le rompieran el cráneo pacíficamente, pero que en una república democrática nos habíamos atrevido a oponernos a un ataque brutal con puños y palos en lugar de cánticos pacifistas.
La prensa burguesa en general era en parte miserable, en parte mezquina, como siempre, y sólo unos pocos periódicos honestos acogieron con beneplácito el hecho de que, al menos en un lugar, los salteadores de caminos marxistas hubieran sido finalmente detenidos.



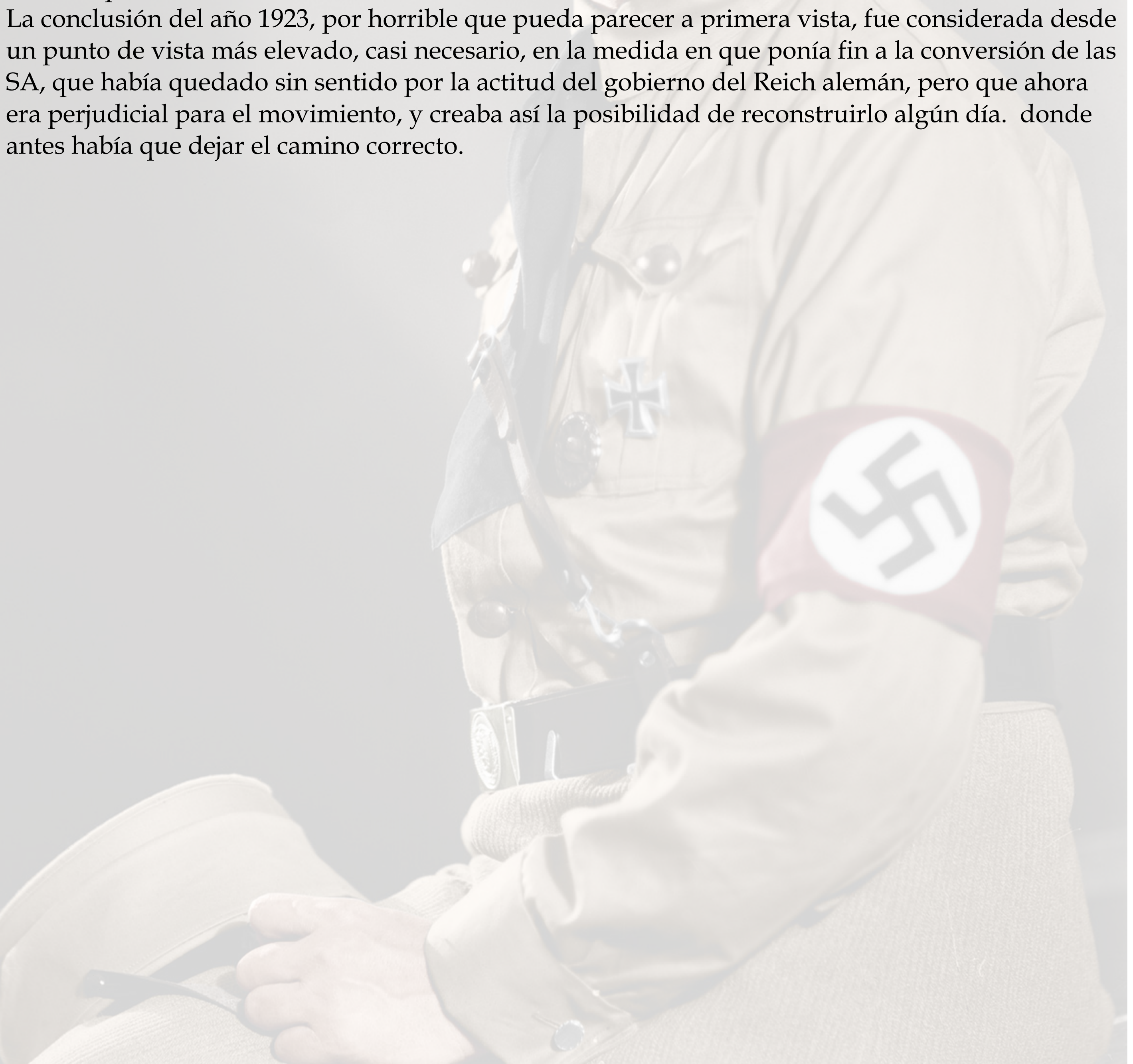
618 Demostrar que las SA son una organización de lucha

Sin embargo, en la misma Koburgo, una parte de la clase obrera marxista, a la que, por cierto, no había que considerar más que como seducida, ha aprendido a ver a través de los puños de los obreros nacionalsocialistas que estos obreros también luchan por ideales, ya que la experiencia demuestra que sólo luchan por algo en lo que creen y aman.
Sin embargo, la propia S.A. ha sido la que más se ha beneficiado. Creció muy rápidamente, de modo que en el congreso del partido del 27 de enero de 1923, unos seis mil hombres pudieron participar en la consagración de la bandera, y los primeros centenares fueron completamente vestidos con sus nuevos trajes.
La experiencia de Coburgo acababa de demostrar lo necesario que es, no sólo para fortalecer el espíritu del cuerpo, sino también para evitar confusiones y para evitar el desconocimiento mutuo, introducir un traje uniforme para las SA. Hasta entonces, solo llevaba el brazalete, ahora se le añadió el cortavientos y la conocida gorra.
Pero las experiencias de Koburgo tenían una importancia aún mayor que ahora nos propusimos romperla y establecer la libertad de reunión en todos los lugares donde el Terror Rojo había impedido toda reunión de disidentes durante muchos años. A partir de entonces, los batallones nacionalsocialistas se reunieron repetidamente en esos lugares, y gradualmente un bastión rojo tras otro fue víctima de la propaganda nacionalsocialista en Baviera. Las SA se habían dedicado cada vez más a su tarea, y así se habían alejado cada vez más del carácter de un movimiento militar insensato, sin importancia vital, y se habían elevado hasta convertirse en una organización viva de lucha para el establecimiento de un nuevo Estado alemán.
Este desarrollo lógico duró hasta marzo de 1923. Entonces ocurrió un acontecimiento que me obligó a sacar el movimiento de su curso anterior y a conducirlo a una transformación.



La graduación en 1923 619

1 - La ocupación de la cuenca del Ruhr por los franceses en los primeros meses de 1923 fue de gran importancia para el desarrollo de las S.A.
Incluso hoy en día no es posible, y sobre todo en interés nacional, no es conveniente, hablar o escribir sobre ello en público. Sólo puedo comentar en la medida en que este tema ya se ha abordado en negociaciones públicas y, por lo tanto, se ha llamado la atención de la opinión pública.
La ocupación del Ruhr, que no nos sorprendió, hizo surgir la esperanza fundada de que la cobarde política de retirada se rompería definitivamente y que una tarea muy definida recaería en las unidades militares. Ni siquiera las SA, que en aquel momento contaban ya con muchos miles de hombres jóvenes y poderosos, podían ser retiradas de este servicio nacional. En la primavera y mediados del verano de 1923, se convirtió en una organización militar de combate. Se debió en gran parte al desarrollo posterior de 1923 en lo que se refería a nuestro movimiento.
Puesto que en otro lugar me ocupo a grandes líneas del desarrollo del año 1923, sólo diré aquí que la transformación de la entonces SA si no se cumplían las condiciones que habían conducido a su transformación, es decir, el comienzo de una resistencia activa contra Francia, era perjudicial desde el punto de vista del movimiento.
La conclusión del año 1923, por horrible que pueda parecer a primera vista, fue considerada desde un punto de vista más elevado, casi necesario, en la medida en que ponía fin a la conversión de las SA, que había quedado sin sentido por la actitud del gobierno del Reich alemán, pero que ahora era perjudicial para el movimiento, y creaba así la posibilidad de reconstruirlo algún día. donde antes había que dejar el camino correcto.



620 La nueva S.A. de 1925

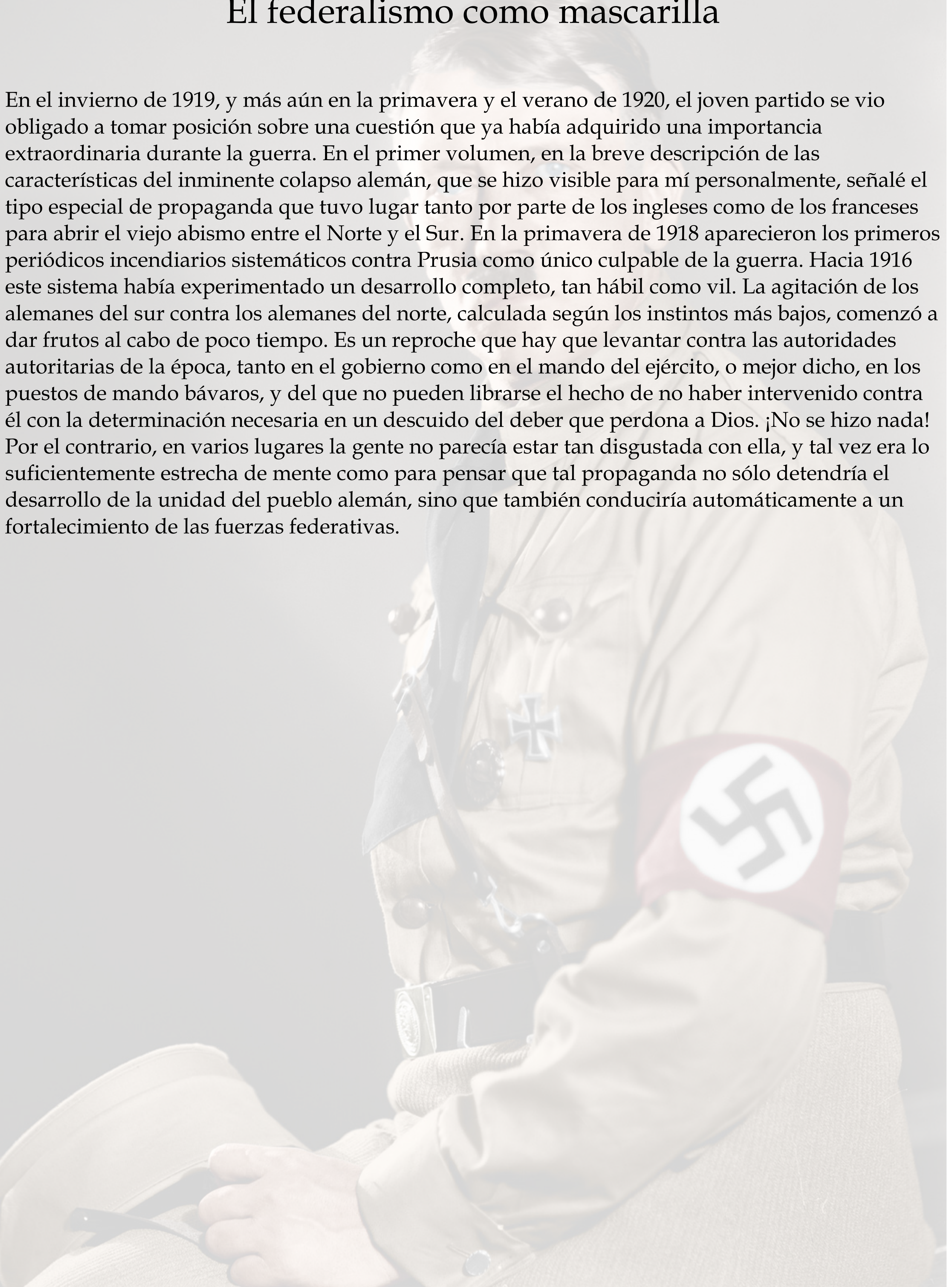
La N.S.D.A.P., recién fundada en 1925, tiene ahora que establecer, entrenar y organizar de nuevo su S.A. de acuerdo con los principios mencionados al principio. Por lo tanto, debe volver a sus puntos de vista originalmente sanos, y ahora debe considerar de nuevo como su tarea suprema crear en su SA un instrumento para la representación y el fortalecimiento de la lucha ideológica del movimiento.

No debe tolerar que las SA se hundan en una especie de unidad militar o en una organización secreta; más bien, debe esforzarse por formar en ella a cien mil hombres de la idea nacionalsocialista y, por lo tanto, profundamente nacionalista.



10 Kapitel

El federalismo como mascarilla



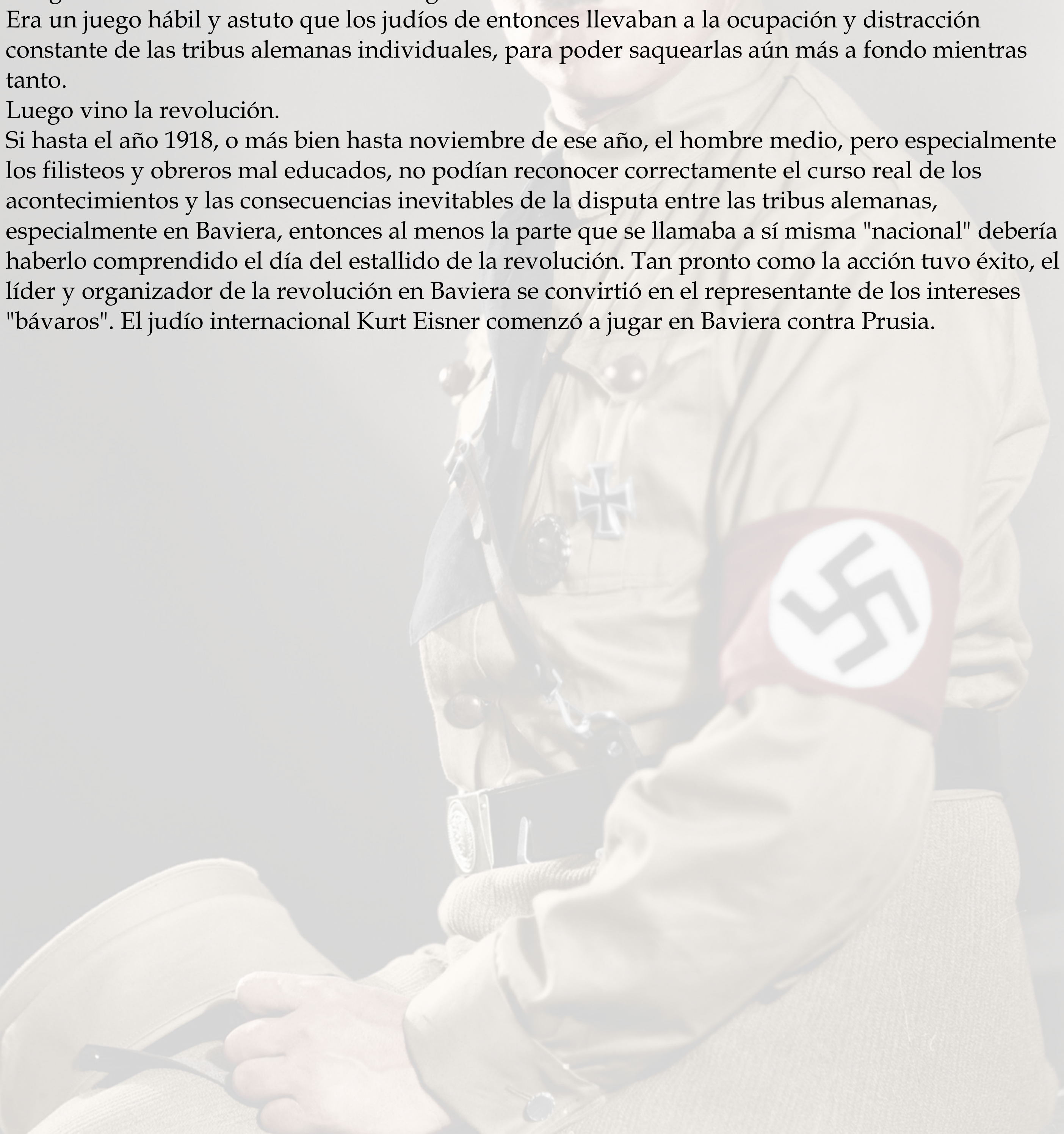
En el invierno de 1919, y más aún en la primavera y el verano de 1920, el joven partido se vio obligado a tomar posición sobre una cuestión que ya había adquirido una importancia extraordinaria durante la guerra. En el primer volumen, en la breve descripción de las características del inminente colapso alemán, que se hizo visible para mí personalmente, señalé el tipo especial de propaganda que tuvo lugar tanto por parte de los ingleses como de los franceses para abrir el viejo abismo entre el Norte y el Sur. En la primavera de 1918 aparecieron los primeros periódicos incendiarios sistemáticos contra Prusia como único culpable de la guerra. Hacia 1916 este sistema había experimentado un desarrollo completo, tan hábil como vil. La agitación de los alemanes del sur contra los alemanes del norte, calculada según los instintos más bajos, comenzó a dar frutos al cabo de poco tiempo. Es un reproche que hay que levantar contra las autoridades autoritarias de la época, tanto en el gobierno como en el mando del ejército, o mejor dicho, en los puestos de mando bávaros, y del que no pueden librarse el hecho de no haber intervenido contra él con la determinación necesaria en un descuido del deber que perdona a Dios. ¡No se hizo nada! Por el contrario, en varios lugares la gente no parecía estar tan disgustada con ella, y tal vez era lo suficientemente estrecha de mente como para pensar que tal propaganda no sólo detendría el desarrollo de la unidad del pueblo alemán, sino que también conduciría automáticamente a un fortalecimiento de las fuerzas federativas.

622 Sociedades de guerra y sentimiento antiprusiano

Casi nunca en la historia una omisión maliciosa ha sido vengada de manera más maliciosa. El debilitamiento que se creía que infligía a Prusia afectó a toda Alemania. Su consecuencia, sin embargo, fue la aceleración del colapso, que, sin embargo, no sólo destrozó a Alemania, sino sobre todo a los propios Estados.
En la ciudad en la que el odio artificialmente agitado contra Prusia hacía estragos más violentamente, la revolución contra la casa real ancestral fue la primera en estallar.
Ahora bien, sería ciertamente erróneo creer que la propaganda de guerra del enemigo fue la única responsable de la fabricación de este sentimiento antiprusiano, y que no había excusas para el pueblo que se apoderó de él. La increíble forma en que se organizó nuestra economía de guerra, que patrocinó y estafó todo el territorio del Reich en una centralización casi insensata, fue una de las principales razones del surgimiento de este sentimiento antiprusiano. Para el hombrecito normal, las sociedades de guerra que tenían su cuartel general en Berlín eran idénticas a Berlín, y Berlín mismo era sinónimo de Prusia. El hecho de que los organizadores de este instituto de robo, llamados sociedades de guerra, no fueran ni berlineses ni prusianos, y de hecho no alemanes en absoluto, apenas se le ocurrió al individuo en ese momento. No veía más que la grosera defectuosidad y las constantes usurpaciones de esta odiada institución en la capital imperial, y ahora, naturalmente, trasladaba todo su odio a esta capital imperial y a Prusia al mismo tiempo, tanto más cuanto que no sólo no se había hecho nada al respecto en ciertos ámbitos, sino que tal interpretación era incluso acogida discretamente con una sonrisa.
El judío era demasiado astuto para no comprender incluso entonces que la infame incursión que organizó contra el pueblo alemán bajo el disfraz de sociedades de guerra provocaría, de hecho debía, provocar resistencia.



Mientras este último no saltara a su garganta él mismo, no tenía por qué temerle. Pero para evitar una explosión de las masas, empujadas a la desesperación y a la indignación, en esta dirección, no podía haber mejor receta que dejar que su cólera estallara en otra parte y así consumirla.
¡Que Baviera luche contra Prusia y que Prusia luche contra Baviera, cuantos más, mejor! La pelea más encarnizada entre los dos significaba la paz más segura para los judíos. De este modo, la atención general se desvió por completo del gusano internacional, parecía haber sido olvidado. Y si parecía surgir el peligro de que los elementos prudentes, que también eran numerosos en Baviera, instaran a la perspicacia, a la contemplación y a la moderación, y de que la amarga lucha amenazara con amainar, entonces el judío de Berlín no tenía más que montar una nueva provocación y esperar el éxito. Al instante, todos los beneficiarios de la disputa entre el Norte y el Sur se abalanzaron sobre cada incidente de este tipo y soplaron hasta que las brasas de la indignación se elevaron de nuevo a fuego brillante.
Era un juego hábil y astuto que los judíos de entonces llevaban a la ocupación y distracción constante de las tribus alemanas individuales, para poder saquearlas aún más a fondo mientras tanto.
Luego vino la revolución.
Si hasta el año 1918, o más bien hasta noviembre de ese año, el hombre medio, pero especialmente los filisteos y obreros mal educados, no podían reconocer correctamente el curso real de los acontecimientos y las consecuencias inevitables de la disputa entre las tribus alemanas, especialmente en Baviera, entonces al menos la parte que se llamaba a sí misma "nacional" debería haberlo comprendido el día del estallido de la revolución. Tan pronto como la acción tuvo éxito, el líder y organizador de la revolución en Baviera se convirtió en el representante de los intereses "bávaros". El judío internacional Kurt Eisner comenzó a jugar en Baviera contra Prusia.



624 Kurt Eisner, "particularista bávaro"

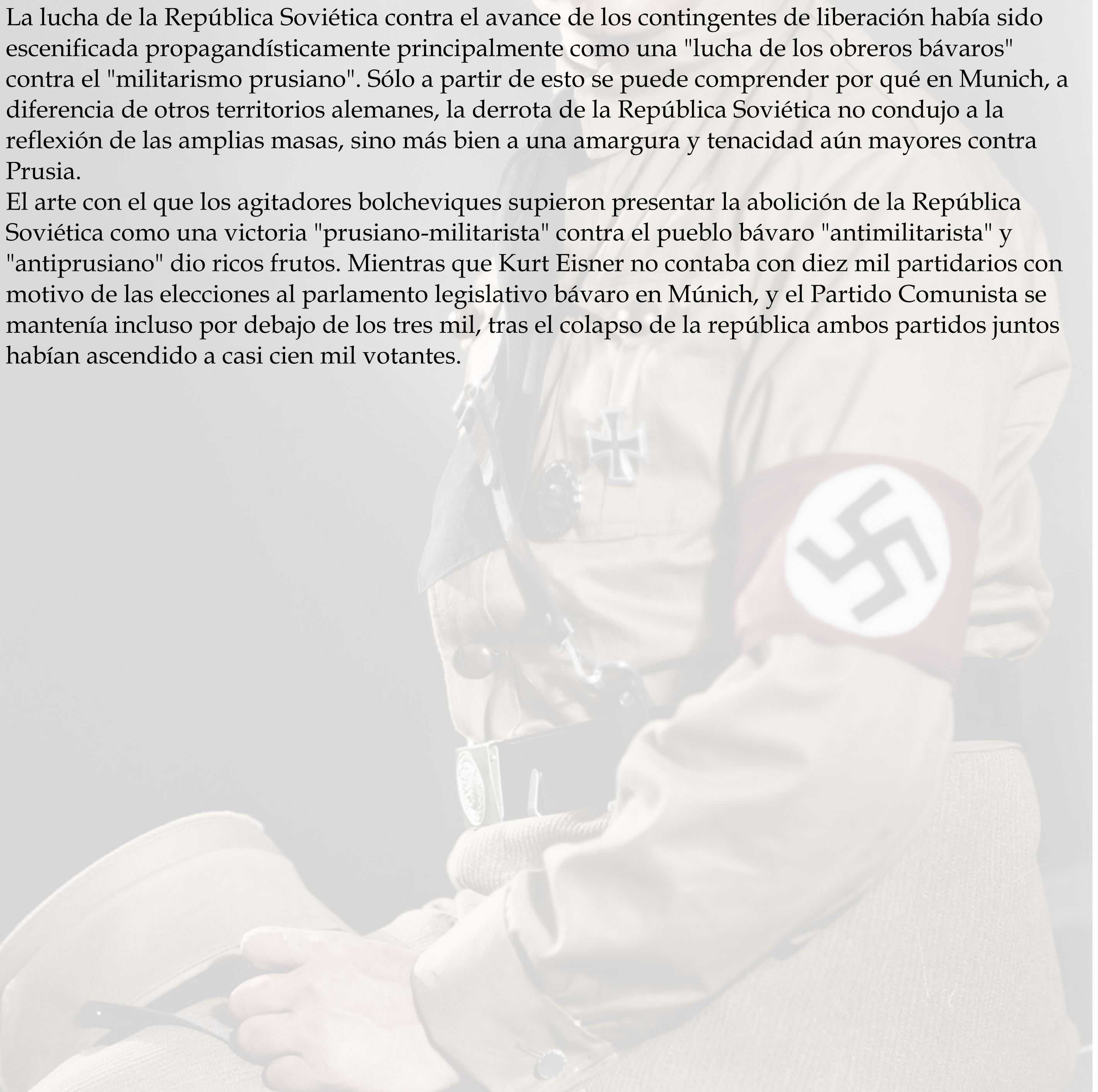
Pero era evidente que este oriental, de entre todos los pueblos, que deambulaba constantemente por aquí y por allá en el resto de Alemania como periodista periodístico, probablemente habría sido el último en ser llamado para proteger los intereses bávaros, y que podía ser el más indiferente a Baviera que existía en el ancho mundo de Dios.

Al dar al levantamiento revolucionario de Baviera una ventaja muy consciente sobre el resto del Reich, Kurt Eisner no actuó en lo más mínimo desde un punto de vista bávaro, sino sólo como representante del judaísmo. Utilizó los instintos y aversiones existentes en el pueblo bávaro para poder aplastar a Alemania más fácilmente por medio de ellos. El Reich destrozado, sin embargo, se habría convertido fácilmente en presa del bolchevismo.

Las tácticas que utilizó inicialmente continuaron incluso después de su muerte. El marxismo, que siempre había colmado de los Estados individuales y de sus príncipes en Alemania con el más sangriento desprecio, ahora apelaba de repente, como "Partido Independiente", a aquellos sentimientos e instintos que tenían sus raíces más fuertes en las casas principescas y en los Estados individuales.

La lucha de la República Soviética contra el avance de los contingentes de liberación había sido escenificada propagandísticamente principalmente como una "lucha de los obreros bávaros" contra el "militarismo prusiano". Sólo a partir de esto se puede comprender por qué en Munich, a diferencia de otros territorios alemanes, la derrota de la República Soviética no condujo a la reflexión de las amplias masas, sino más bien a una amargura y tenacidad aún mayores contra Prusia.

El arte con el que los agitadores bolcheviques supieron presentar la abolición de la República Soviética como una victoria "prusiano-militarista" contra el pueblo bávaro "antimilitarista" y "antiprusiano" dio ricos frutos. Mientras que Kurt Eisner no contaba con diez mil partidarios con motivo de las elecciones al parlamento legislativo bávaro en Múnich, y el Partido Comunista se mantenía incluso por debajo de los tres mil, tras el colapso de la república ambos partidos juntos habían ascendido a casi cien mil votantes.

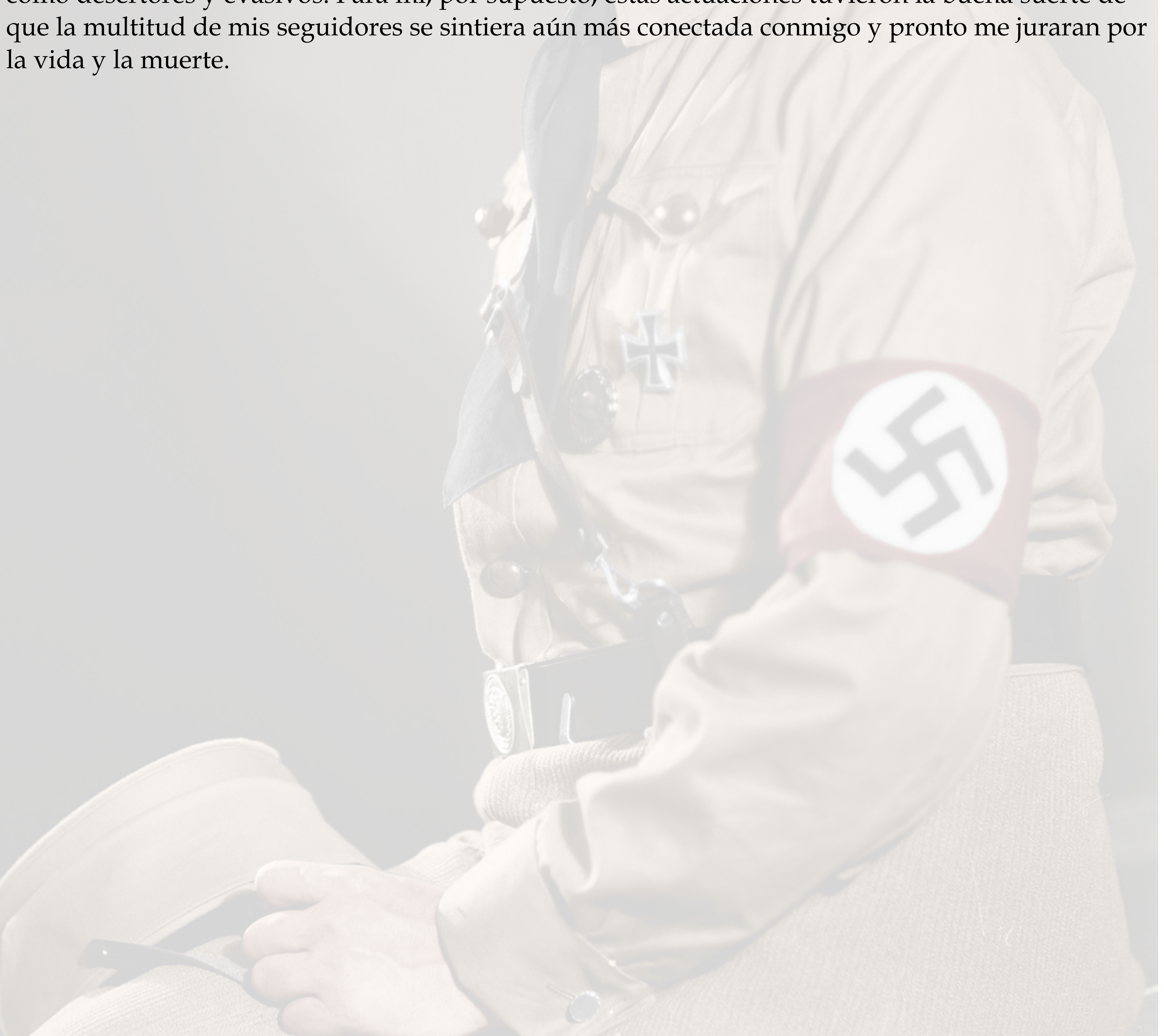


Mi lucha contra la incitación a Prusia 625

Ya en esta época comenzó mi lucha personal contra la incitación insana de las tribus germánicas entre sí.

No creo haber comenzado nunca una cosa más impopular en mi vida que mi resistencia a la agitación de Preutzen en ese momento. En Munich ya se habían celebrado los primeros mítines de masas durante el período soviético, en los que el odio contra el resto de Alemania, pero especialmente contra Prusia, se avivaba hasta tal punto que no sólo se asociaba con un peligro mortal que un alemán del norte asistiera a una reunión de este tipo, sino que la conclusión de tales manifestaciones solía terminar abiertamente con los gritos enloquecidos: «¡Lejos de Prusia!», «¡Abajo Prusia!», «¡Guerra contra Prusia!», un estado de ánimo que un representante particularmente brillante de los intereses soberanos bávaros en el Reichstag alemán resumió en el grito de guerra: «Mejor morir bávaro que perecer prusiano».

Hay que haber vivido las reuniones de la época para entender lo que significó para mí cuando me defendí de esta locura por primera vez, rodeado de un puñado de amigos, en una reunión en el Löwenbräukeller de Múnich. Fueron los camaradas de guerra los que me ayudaron en aquel momento, y tal vez uno pueda ponerse en nuestros sentimientos cuando una masa que se había vuelto irracional rugió contra nosotros y amenazó con derribarnos, y que, durante el tiempo en que habíamos defendido la patria, en su mayor parte había vagado por etapas o por nuestra patria como desertores y evasivos. Para mí, por supuesto, estas actuaciones tuvieron la buena suerte de que la multitud de mis seguidores se sintiera aún más conectada conmigo y pronto me juraran por la vida y la muerte.



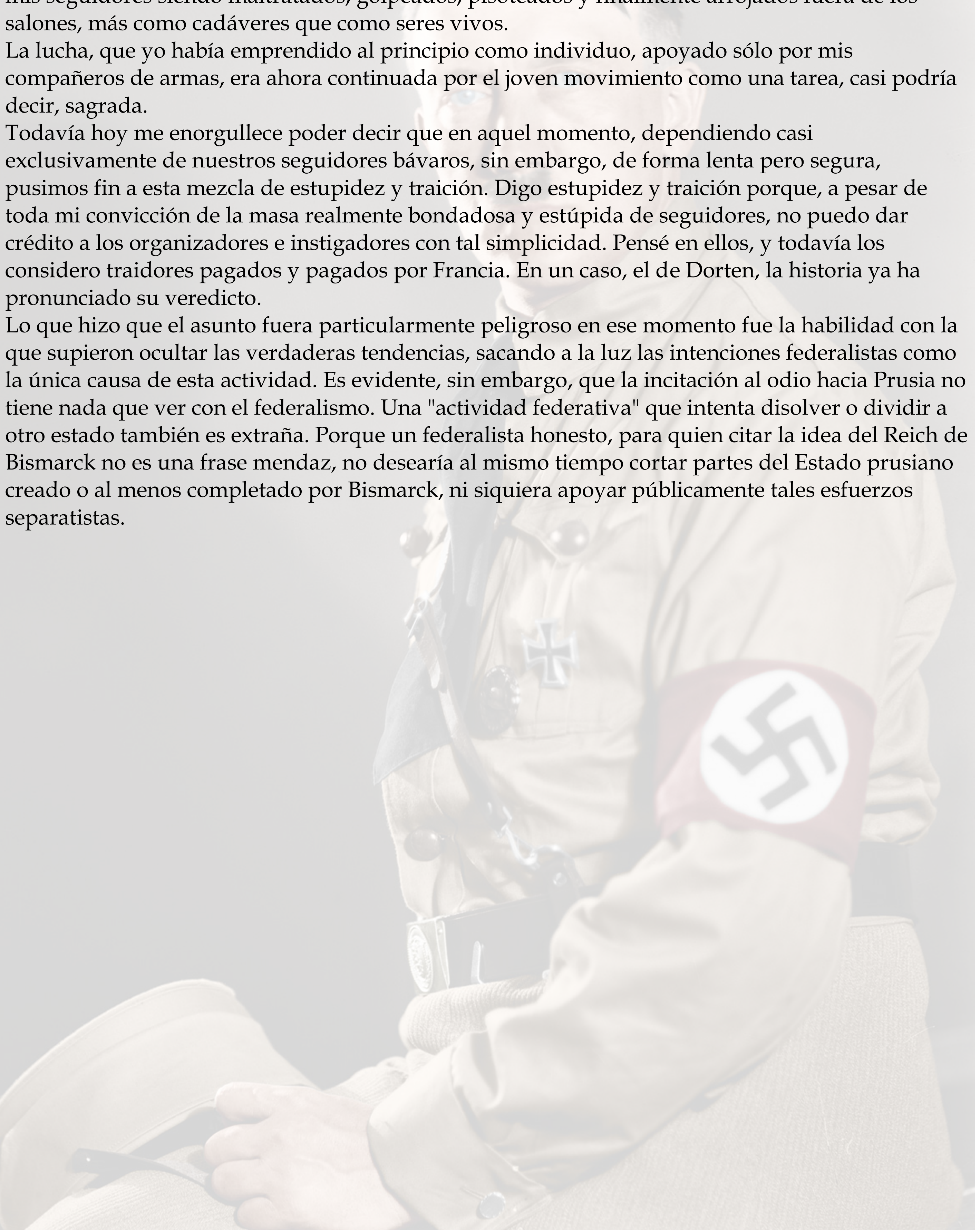
626 Mi lucha contra la agitación prusiana

Estas luchas, que se repitieron una y otra vez y se prolongaron a lo largo de 1919, parecieron intensificarse a principios de 1920. Hubo reuniones —recuerdo una en particular en la Sala Wagner de la Sonnenstratze de Munich— en las que mi grupo, que había crecido en tamaño en el ínterin, tuvo que soportar los combates más duros, que no pocas veces terminaron con docenas de mis seguidores siendo maltratados, golpeados, pisoteados y finalmente arrojados fuera de los salones, más como cadáveres que como seres vivos.

La lucha, que yo había emprendido al principio como individuo, apoyado sólo por mis compañeros de armas, era ahora continuada por el joven movimiento como una tarea, casi podría decir, sagrada.

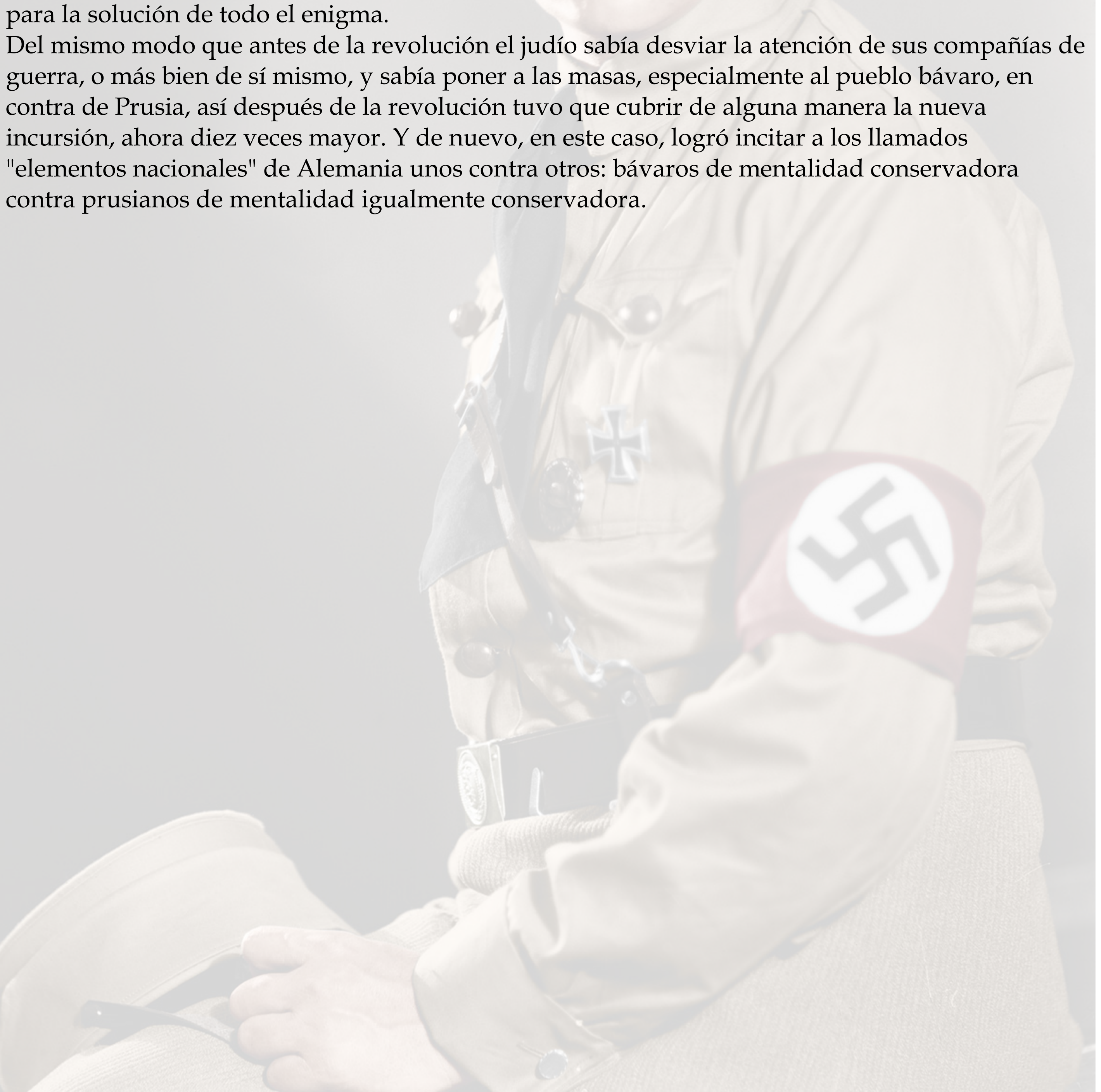
Todavía hoy me enorgullece poder decir que en aquel momento, dependiendo casi exclusivamente de nuestros seguidores bávaros, sin embargo, de forma lenta pero segura, pusimos fin a esta mezcla de estupidez y traición. Digo estupidez y traición porque, a pesar de toda mi convicción de la masa realmente bondadosa y estúpida de seguidores, no puedo dar crédito a los organizadores e instigadores con tal simplicidad. Pensé en ellos, y todavía los considero traidores pagados y pagados por Francia. En un caso, el de Dorten, la historia ya ha pronunciado su veredicto.

Lo que hizo que el asunto fuera particularmente peligroso en ese momento fue la habilidad con la que supieron ocultar las verdaderas tendencias, sacando a la luz las intenciones federalistas como la única causa de esta actividad. Es evidente, sin embargo, que la incitación al odio hacia Prusia no tiene nada que ver con el federalismo. Una "actividad federativa" que intenta disolver o dividir a otro estado también es extraña. Porque un federalista honesto, para quien citar la idea del Reich de Bismarck no es una frase mendaz, no desearía al mismo tiempo cortar partes del Estado prusiano creado o al menos completado por Bismarck, ni siquiera apoyar públicamente tales esfuerzos separatistas.



Cómo habría gritado la gente en Múnich si un partido conservador prusiano hubiera favorecido la secesión de Franconia de Baviera o incluso la hubiera exigido y promovido en acción pública. En todo esto, uno realmente solo podía sentir lástima por las naturalezas honestamente federalistas que no habían visto a través de este perverso juego de eauner; porque ellos eran ante todo los engañados. Al cargar la idea federativa de esta manera, sus propios partidarios cavaron su tumba. No se puede propagar una organización federalista del Reich si el miembro más esencial de tal estructura estatal, a saber, Prusia, es a su vez menospreciado, insultado y mancillado, en una palabra, hecho imposible como estado federal, si es posible. Esto era tanto más increíble cuanto que la lucha de estos llamados federalistas se dirigía contra Prusia, que es la que menos puede relacionarse con la democracia de noviembre. En efecto, los insultos y los ataques de estos llamados "federalistas" no se dirigían contra los padres de la Constitución de Weimar, que, por cierto, eran en su mayor parte alemanes del sur o judíos, sino contra los representantes de la antigua Prusia conservadora, es decir, las antípodas de la Constitución de Weimar. No es sorprendente que se tuviera especial cuidado en tocar al judío, pero tal vez proporcione la clave para la solución de todo el enigma.

Del mismo modo que antes de la revolución el judío sabía desviar la atención de sus compañías de guerra, o más bien de sí mismo, y sabía poner a las masas, especialmente al pueblo bávaro, en contra de Prusia, así después de la revolución tuvo que cubrir de alguna manera la nueva incursión, ahora diez veces mayor. Y de nuevo, en este caso, logró incitar a los llamados "elementos nacionales" de Alemania unos contra otros: bávaros de mentalidad conservadora contra prusianos de mentalidad igualmente conservadora.

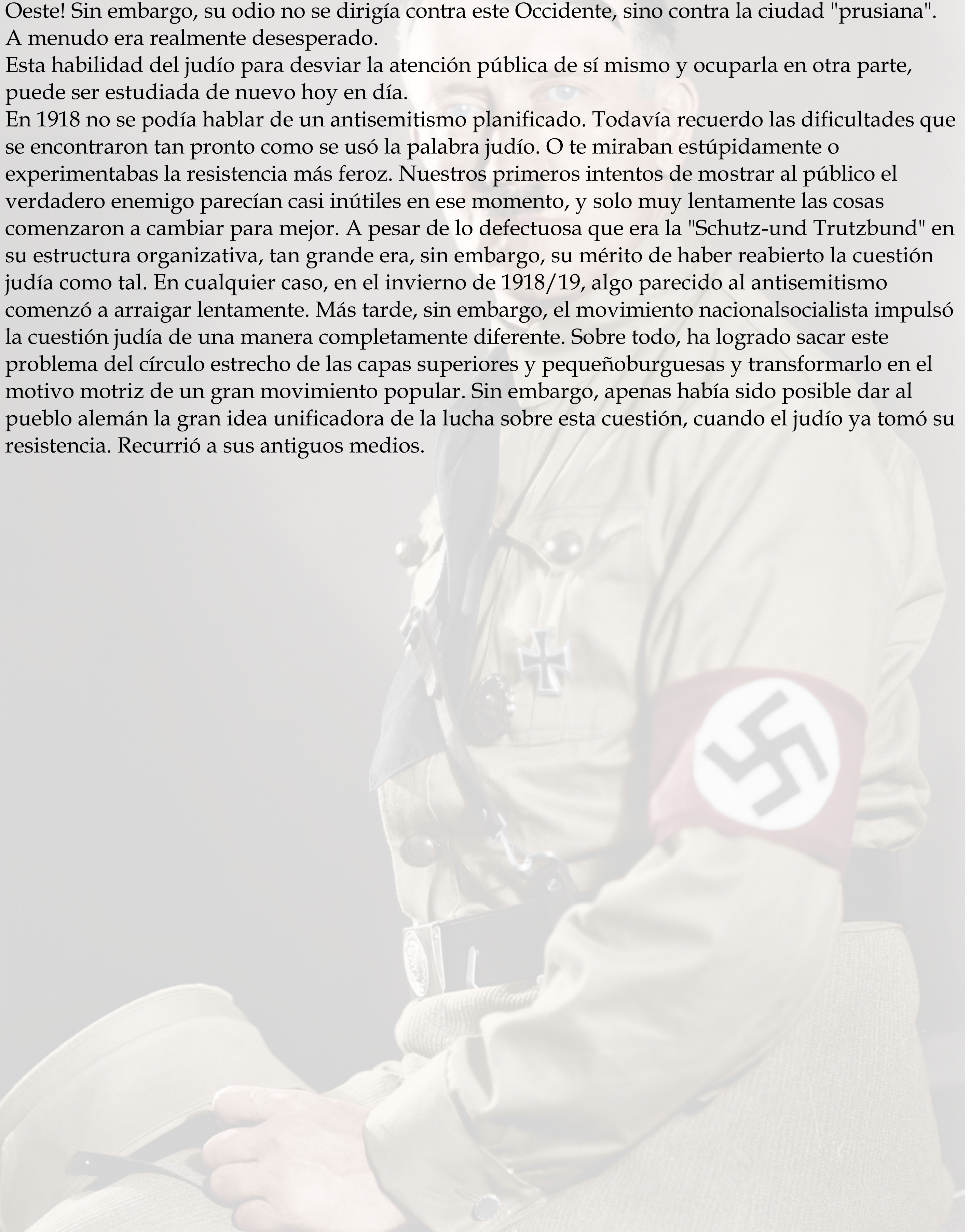


628 Tácticas de incitación judía

Y de nuevo lo persiguió de la manera más astuta, provocando invasiones tan toscas y sin tacto que la sangre de los afectados estaba destinada a hervir de nuevo como resultado. Pero nunca contra el judío, sino siempre contra el hermano alemán. ¡El bávaro no vio el Berlín de cuatro millones de personas trabajadoras, laboriosas y creativas, sino el Berlín perezoso y descompuesto del peor Oeste! Sin embargo, su odio no se dirigía contra este Occidente, sino contra la ciudad "prusiana". A menudo era realmente desesperado.

Esta habilidad del judío para desviar la atención pública de sí mismo y ocuparla en otra parte, puede ser estudiada de nuevo hoy en día.

En 1918 no se podía hablar de un antisemitismo planificado. Todavía recuerdo las dificultades que se encontraron tan pronto como se usó la palabra judío. O te miraban estúpidamente o experimentabas la resistencia más feroz. Nuestros primeros intentos de mostrar al público el verdadero enemigo parecían casi inútiles en ese momento, y solo muy lentamente las cosas comenzaron a cambiar para mejor. A pesar de lo defectuosa que era la "Schutz-und Trutzbund" en su estructura organizativa, tan grande era, sin embargo, su mérito de haber reabierto la cuestión judía como tal. En cualquier caso, en el invierno de 1918/19, algo parecido al antisemitismo comenzó a arraigar lentamente. Más tarde, sin embargo, el movimiento nacionalsocialista impulsó la cuestión judía de una manera completamente diferente. Sobre todo, ha logrado sacar este problema del círculo estrecho de las capas superiores y pequeñoburguesas y transformarlo en el motivo motriz de un gran movimiento popular. Sin embargo, apenas había sido posible dar al pueblo alemán la gran idea unificadora de la lucha sobre esta cuestión, cuando el judío ya tomó su resistencia. Recurrió a sus antiguos medios.



Discordia sectaria 629

Con maravillosa rapidez arrojó al propio movimiento nacional la antorcha incendiaria de la contienda y sembró la discordia. El planteamiento de la cuestión ultramontana y la consiguiente lucha mutua entre el catolicismo y el protestantismo era, tal como estaban las cosas, la única manera de ocupar la atención pública con otros problemas para mantener alejada la embestida concentrada del judaísmo. Cómo pecaron contra ella los hombres que lanzaron esta misma cuestión a nuestro pueblo, nunca podrán enmendarla. En cualquier caso, el judío ha logrado el objetivo deseado: católicos y protestantes están librando una alegre guerra entre sí, y el enemigo mortal de la humanidad aria y del cristianismo en su conjunto se ríe en su puño.

Del mismo modo que antes era posible ocupar a la opinión pública durante años con la lucha entre el federalismo y el unitarismo y desgastarla en el proceso, mientras el judío trocaba la libertad de la nación y traicionaba a nuestra patria a las altas finanzas internacionales, ahora vuelve a tener éxito en dejar que las dos denominaciones alemanas se enfrenten entre sí, mientras que ambas fundaciones son carcomidas y socavadas por el veneno del judío mundial internacional.

Consideremos la devastación que la bastardización judía causa en nuestro pueblo todos los días, y consideremos que este envenenamiento de la sangre solo puede eliminarse de nuestro cuerpo nacional después de siglos o no puede eliminarse en absoluto; también hay que tener en cuenta cómo la descomposición racial está arrastrando a la ruina los últimos valores arios de nuestro pueblo alemán, y a menudo destruyéndolos, de modo que nuestra fuerza como nación portadora de cultura está evidentemente en retroceso cada vez más, y corremos el peligro de llegar a donde ya está el sur de Italia, al menos en nuestras grandes ciudades. Pero esta contaminación de nuestra sangre, por la que cientos de miles de nuestro pueblo pasan ciegamente, es llevada a cabo por los judíos hoy en día de una manera sistemática.

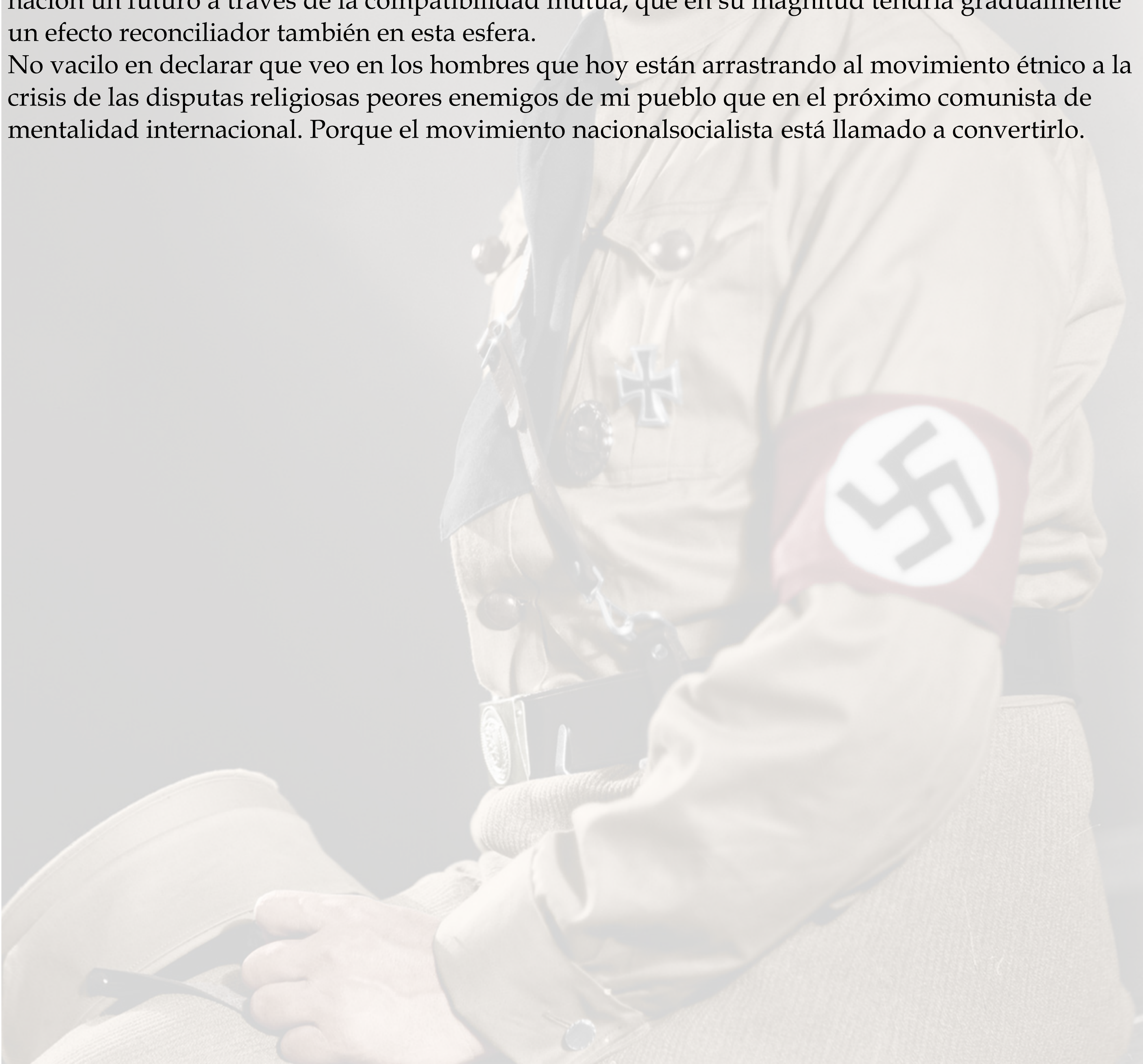


630 Discordia sectaria

Según el plan, estos parásitos de la colonia negra profanan a nuestras jóvenes rubias inexpertas y, por lo tanto, destruyen algo que ya no puede ser reemplazado en este mundo. Ambas, sí, ambas denominaciones cristianas miran con indiferencia esta profanación y destrucción de un ser viviente noble y único dado a la tierra por la gracia de Dios. Para el futuro de la tierra, sin embargo, la importancia no radica en si los protestantes derrotan a los católicos o los católicos derrotan a los protestantes, sino en si el hombre ario permanece con ella o se extingue. Sin embargo, las dos denominaciones hoy en día no están luchando contra el destructor de este hombre, sino que están tratando de destruirse mutuamente. Es precisamente el nacionalista el que tiene la obligación más sagrada de velar, cada uno en su propia denominación, de que no sólo se hable siempre exteriormente de la voluntad de Dios, sino que también se cumpla realmente la voluntad de Dios y no se permita que se profane la obra de Dios. Porque la voluntad de Dios una vez dio a las personas su forma, su esencia y sus habilidades. Quien destruye su obra con ello declara la guerra a la creación del Señor, la voluntad divina. Es por eso que todos son activos, y de hecho todos, amablemente, en su propia denominación, y todos sienten como su primer y más sagrado deber tomar una posición contra quien, en su trabajo, a través de la palabra o la acción, se sale del marco de su propia comunidad de fe y trata de interferir con el otro. Porque la lucha contra las características de una denominación dentro de nuestra división religiosa una vez existente conduce inevitablemente a una guerra de aniquilación entre las dos denominaciones en Alemania. Nuestras condiciones no permiten ninguna comparación aquí con Francia, España o incluso Italia. Es posible, por ejemplo, propagar una lucha contra el clericalismo o el ultramontanismo en los tres países sin correr el riesgo de que los franceses, los españoles o los italianos se desmoronen.



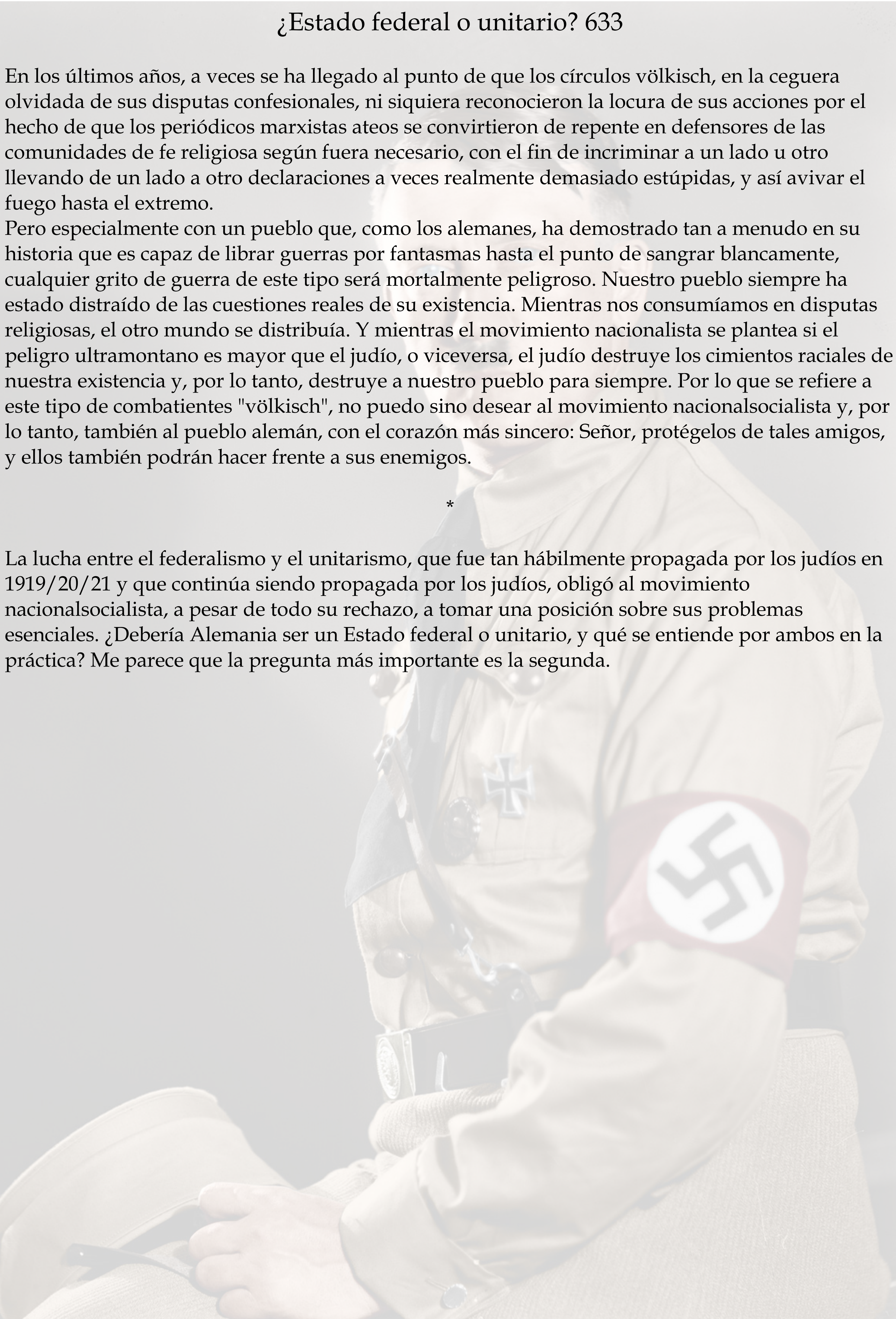
Sin embargo, esto no está permitido en Alemania, ya que aquí los protestantes ciertamente también participarían en tal comienzo. De este modo, sin embargo, la resistencia, que en otro lugar sólo tendría lugar por parte de los católicos contra los ataques de carácter político de sus propios pastores, adquiere inmediatamente el carácter de un ataque del protestantismo contra el catolicismo. Lo que todavía sufren los miembros de la propia denominación, incluso si es injusto, es rechazado inmediatamente en los términos más duros desde el principio, tan pronto como el luchador proviene de otra comunidad religiosa. Esto va tan lejos que incluso las personas que estarían dispuestas a remediar un agravio obvio dentro de su propia comunidad de fe religiosa lo abandonan inmediatamente y dirigen su resistencia hacia el exterior, tan pronto como tal corrección es recomendada o incluso exigida por una autoridad que no pertenece a su comunidad. Perciben esto como un intento tan injustificado como inadmisible, incluso indecente, de inmiscuirse en cosas que no conciernen a la persona en cuestión. Tales tentativas no son excusadas, aunque estén justificadas por el derecho superior de los intereses de la comunidad nacional, ya que hoy los sentimientos religiosos son todavía más profundos que toda conveniencia nacional y política. Y esto no se vería alterado por el hecho de que las dos denominaciones se vieran ahora empujadas a una guerra mutua amarga, sino que sólo podría cambiarse dando a la nación un futuro a través de la compatibilidad mutua, que en su magnitud tendría gradualmente un efecto reconciliador también en esta esfera.
No vacilo en declarar que veo en los hombres que hoy están arrastrando al movimiento étnico a la crisis de las disputas religiosas peores enemigos de mi pueblo que en el próximo comunista de mentalidad internacional. Porque el movimiento nacionalsocialista está llamado a convertirlo.



632 Discordia sectaria

Pero quien los remueva de sus propias filas, de su verdadero tono discordante, actúa de la manera más reprensible. Ya sea consciente o inconscientemente, es un luchador por los intereses judíos. Porque está en el interés judío hoy en día cargar al movimiento völkisch con la muerte desangrada en una lucha religiosa en el momento en que comienza a convertirse en un peligro para los judíos. Y subrayo expresamente la palabra sangrar a la carga; Porque sólo un hombre que no tiene mucha educación en historia puede imaginar que con este movimiento puede resolver hoy una cuestión que ha destrozado siglos y a grandes estadistas.
Por lo demás, los hechos hablan por sí solos. Los señores que descubrieron de repente en 1924 que la discordia suprema del movimiento nacionalista era la lucha contra el "altradmontanismo", no rompieron el ultramontanismo, sino que lo destrozaron. También debo cuidarme del hecho de que en las filas del movimiento nacionalista algún cabeza inmaduro piense que puede hacer lo que ni siquiera Bismarck pudo. Será siempre el deber supremo de la dirección del movimiento nacionalsocialista poner la fachada más dura contra cualquier intento de poner el movimiento nacionalsocialista al servicio de tales luchas, y eliminar inmediatamente de las filas del movimiento a los propagandistas de tal intención. De hecho, había tenido un éxito completo en el otoño de 1923. En las filas de nuestro movimiento, el protestante más devoto podía sentarse al lado del católico más devoto sin tener que entrar en el menor conflicto de conciencia con sus convicciones religiosas. Por el contrario, la poderosa lucha que los dos libraron contra el destructor de la humanidad aria les había enseñado a respetarse y apreciarse mutuamente. Y fue precisamente en estos años cuando el movimiento libró la batalla más feroz contra el centro, pero nunca por razones religiosas, sino exclusivamente por razones nacionales, rastronómicas y económicas. El éxito habló por nosotros entonces, al igual que lo hace hoy contra los sabelotodos.

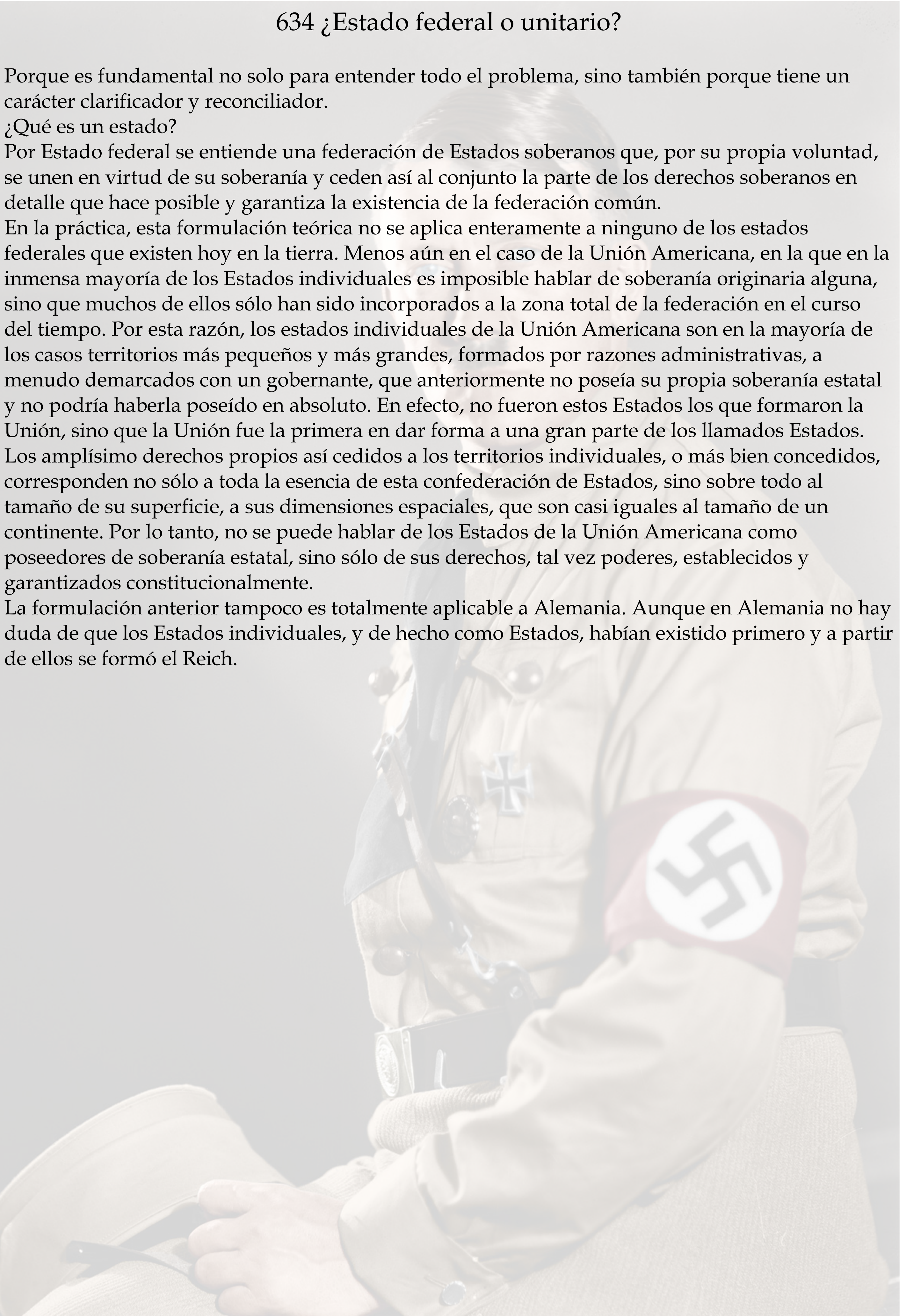




En los últimos años, a veces se ha llegado al punto de que los círculos völkisch, en la ceguera olvidada de sus disputas confesionales, ni siquiera reconocieron la locura de sus acciones por el hecho de que los periódicos marxistas ateos se convirtieron de repente en defensores de las comunidades de fe religiosa según fuera necesario, con el fin de incriminar a un lado u otro llevando de un lado a otro declaraciones a veces realmente demasiado estúpidas, y así avivar el fuego hasta el extremo.
Pero especialmente con un pueblo que, como los alemanes, ha demostrado tan a menudo en su historia que es capaz de librar guerras por fantasmas hasta el punto de sangrar blancamente, cualquier grito de guerra de este tipo será mortalmente peligroso. Nuestro pueblo siempre ha estado distraído de las cuestiones reales de su existencia. Mientras nos consumíamos en disputas religiosas, el otro mundo se distribuía. Y mientras el movimiento nacionalista se plantea si el peligro ultramontano es mayor que el judío, o viceversa, el judío destruye los cimientos raciales de nuestra existencia y, por lo tanto, destruye a nuestro pueblo para siempre. Por lo que se refiere a este tipo de combatientes "völkisch", no puedo sino desear al movimiento nacionalsocialista y, por lo tanto, también al pueblo alemán, con el corazón más sincero: Señor, protégelos de tales amigos, y ellos también podrán hacer frente a sus enemigos.

*

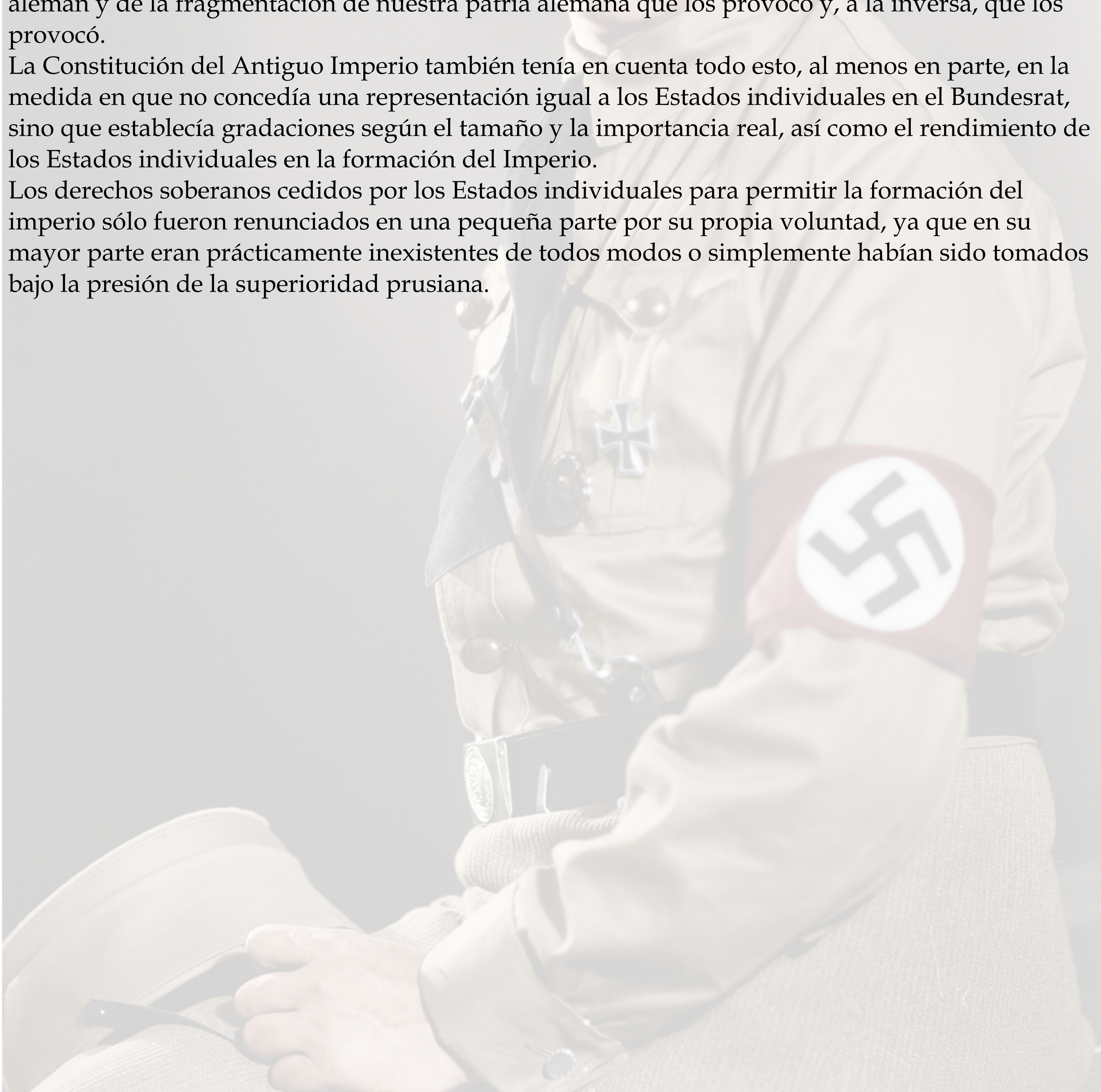
La lucha entre el federalismo y el unitarismo, que fue tan hábilmente propagada por los judíos en 1919/20/21 y que continúa siendo propagada por los judíos, obligó al movimiento nacionalsocialista, a pesar de todo su rechazo, a tomar una posición sobre sus problemas esenciales. ¿Debería Alemania ser un Estado federal o unitario, y qué se entiende por ambos en la práctica? Me parece que la pregunta más importante es la segunda.



634 ¿Estado federal o unitario?

Porque es fundamental no solo para entender todo el problema, sino también porque tiene un carácter clarificador y reconciliador.
¿Qué es un estado?
Por Estado federal se entiende una federación de Estados soberanos que, por su propia voluntad, se unen en virtud de su soberanía y ceden así al conjunto la parte de los derechos soberanos en detalle que hace posible y garantiza la existencia de la federación común.
En la práctica, esta formulación teórica no se aplica enteramente a ninguno de los estados federales que existen hoy en la tierra. Menos aún en el caso de la Unión Americana, en la que en la inmensa mayoría de los Estados individuales es imposible hablar de soberanía originaria alguna, sino que muchos de ellos sólo han sido incorporados a la zona total de la federación en el curso del tiempo. Por esta razón, los estados individuales de la Unión Americana son en la mayoría de los casos territorios más pequeños y más grandes, formados por razones administrativas, a menudo demarcados con un gobernante, que anteriormente no poseía su propia soberanía estatal y no podría haberla poseído en absoluto. En efecto, no fueron estos Estados los que formaron la Unión, sino que la Unión fue la primera en dar forma a una gran parte de los llamados Estados. Los amplísimo derechos propios así cedidos a los territorios individuales, o más bien concedidos, corresponden no sólo a toda la esencia de esta confederación de Estados, sino sobre todo al tamaño de su superficie, a sus dimensiones espaciales, que son casi iguales al tamaño de un continente. Por lo tanto, no se puede hablar de los Estados de la Unión Americana como poseedores de soberanía estatal, sino sólo de sus derechos, tal vez poderes, establecidos y garantizados constitucionalmente.
La formulación anterior tampoco es totalmente aplicable a Alemania. Aunque en Alemania no hay duda de que los Estados individuales, y de hecho como Estados, habían existido primero y a partir de ellos se formó el Reich.

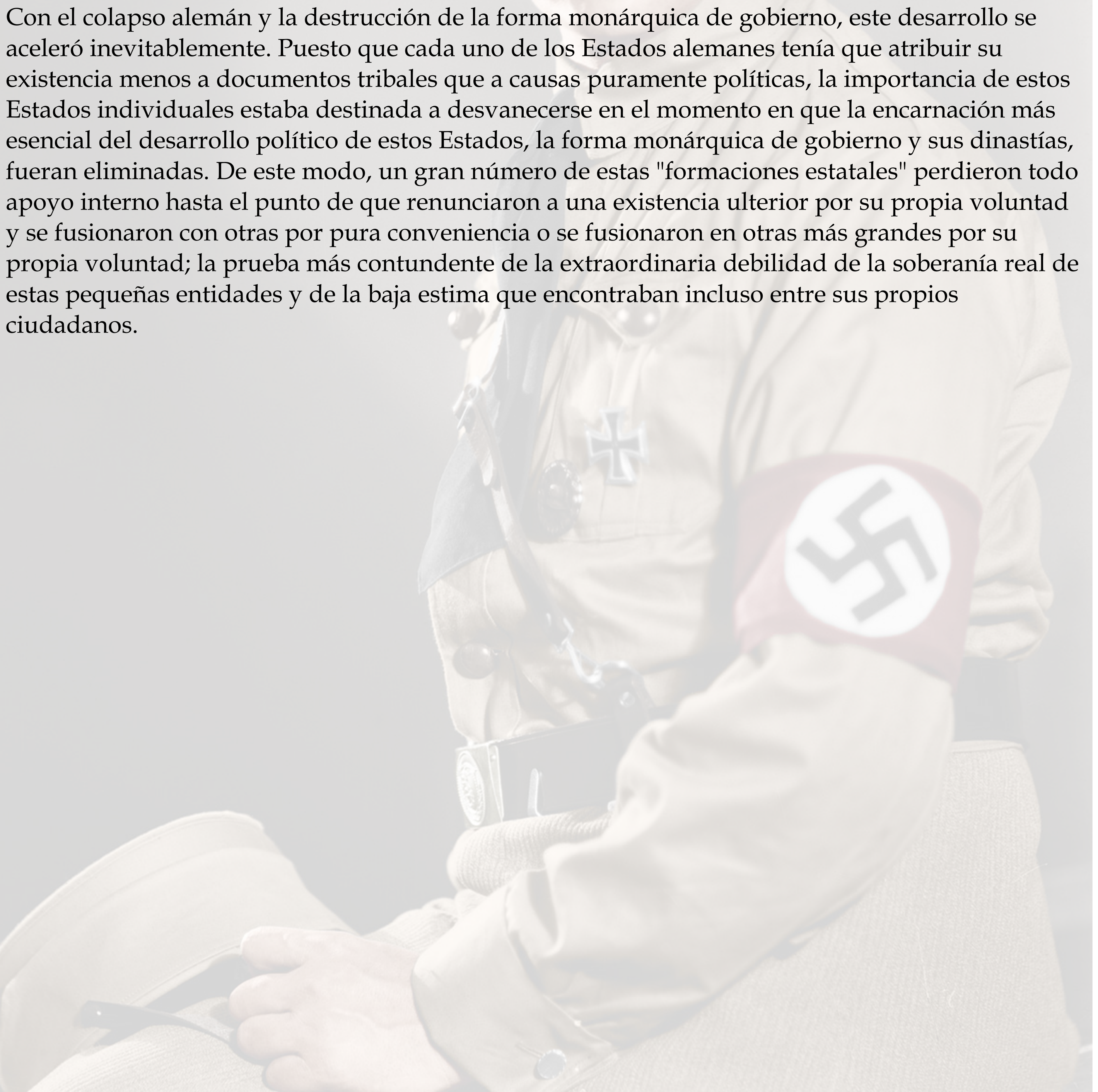
Pero la formación del Reich no tuvo lugar sobre la base de la libre voluntad o de la contribución igualitaria de los Estados individuales, sino por efecto de la hegemonía de un Estado entre ellos, Prusia. La gran diversidad territorial de los Estados alemanes por sí sola no permite una comparación con la estructura de la Unión Americana, por ejemplo. La diferencia de tamaño entre los antiguos estados federales alemanes más pequeños y los más grandes o incluso los más grandes demuestra la falta de uniformidad de los logros, pero también la participación desigual en la fundación del Reich, en la formación del Estado federal. De hecho, sin embargo, tampoco se puede hablar de soberanía real en la mayoría de estos Estados, a menos que la palabra soberanía estatal no tenga otro significado que el de una frase oficial. En realidad, no sólo el pasado, sino también el presente habían eliminado a muchos de estos llamados "Estados soberanos", demostrando así de la manera más clara la debilidad de estas entidades "soberanas".
No se ha de establecer aquí en detalle cómo se formaron históricamente estos estados, pero sí hay que determinar que casi en ningún caso coinciden con las fronteras tribales. Son fenómenos puramente políticos y suelen tener sus raíces en la época más triste de la impotencia del Reich alemán y de la fragmentación de nuestra patria alemana que los provocó y, a la inversa, que los provocó.
La Constitución del Antiguo Imperio también tenía en cuenta todo esto, al menos en parte, en la medida en que no concedía una representación igual a los Estados individuales en el Bundesrat, sino que establecía gradaciones según el tamaño y la importancia real, así como el rendimiento de los Estados individuales en la formación del Imperio.
Los derechos soberanos cedidos por los Estados individuales para permitir la formación del imperio sólo fueron renunciados en una pequeña parte por su propia voluntad, ya que en su mayor parte eran prácticamente inexistentes de todos modos o simplemente habían sido tomados bajo la presión de la superioridad prusiana.



636 ¿Estado federal o unitario?

Sin embargo, Bismarck no partía del principio de dar al Reich lo que se podía tomar de los Estados individuales, sino de exigir de los Estados individuales sólo lo que el Reich necesitaba absolutamente. Un principio tan moderado como sabio que, por una parte, daba la máxima consideración a la costumbre y a la tradición y, por otra, aseguraba al nuevo Reich una gran cantidad de amor y gozosa cooperación desde el principio. Pero es fundamentalmente erróneo atribuir la decisión de Bismarck a su convicción de que el Reich poseería así suficientes derechos soberanos para siempre. Bismarck no tenía tal convicción en absoluto; Por el contrario, sólo quería dejar para el futuro lo que habría sido difícil de llevar a cabo y soportar en ese momento. Esperaba el lento efecto de equilibrio del tiempo y la presión del propio desarrollo, que creía que tendría más fuerza a largo plazo que un intento de romper inmediatamente la resistencia momentánea de los estados individuales. De este modo, ha demostrado la grandeza de su arte de estadista y lo ha demostrado mejor. En realidad, la soberanía del Reich ha aumentado constantemente a expensas de la soberanía de los Estados individuales. El tiempo ha cumplido lo que Bismarck esperaba que hiciera.

Con el colapso alemán y la destrucción de la forma monárquica de gobierno, este desarrollo se aceleró inevitablemente. Puesto que cada uno de los Estados alemanes tenía que atribuir su existencia menos a documentos tribales que a causas puramente políticas, la importancia de estos Estados individuales estaba destinada a desvanecerse en el momento en que la encarnación más esencial del desarrollo político de estos Estados, la forma monárquica de gobierno y sus dinastías, fueran eliminadas. De este modo, un gran número de estas "formaciones estatales" perdieron todo apoyo interno hasta el punto de que renunciaron a una existencia ulterior por su propia voluntad y se fusionaron con otras por pura conveniencia o se fusionaron en otras más grandes por su propia voluntad; la prueba más contundente de la extraordinaria debilidad de la soberanía real de estas pequeñas entidades y de la baja estima que encontraban incluso entre sus propios ciudadanos.



Por lo tanto, si la abolición de la forma monárquica de gobierno y de sus portadores ya ha asestado un duro golpe al carácter federal del imperio, con mayor razón lo es la asunción de las obligaciones derivadas del tratado de "paz".
El hecho de que la soberanía financiera de los Länder, hasta entonces ostentada por los Länder, fuera perdida por el Reich era natural y evidente en el mismo momento en que el Reich estaba sujeto por la guerra perdida a una obligación financiera que nunca más habría sido cubierta por las contribuciones individuales de los Länder. Los pasos posteriores que condujeron a la toma de posesión de la oficina de correos y el ferrocarril por parte del Reich también fueron efectos inevitables de la esclavitud de nuestro pueblo que se inició gradualmente con los tratados de paz. El Reich se vio obligado a apoderarse de valores cada vez más nuevos para poder cumplir con las obligaciones que surgían como resultado de nuevas extorsiones.
Por muy insensatamente frecuentes que fueran las formas bajo las cuales se producía la abunificación, el proceso en sí mismo era lógico y evidente. Los partidos y los hombres que una vez no habían hecho todo lo posible para terminar la guerra victoriosamente eran los culpables de esto. Los culpables de esto, especialmente en Baviera, fueron aquellos que, en pos de sus propios objetivos egoístas, se habían retirado de la idea del Reich durante la guerra, que tuvieron que reemplazar diez veces después de perderlo. ¡Vengando la historia! Pero el castigo del cielo rara vez ha llegado tan abruptamente después del pecado como en este caso. Los mismos partidos que pocos años antes habían puesto los intereses de cada uno de los Estados —y especialmente en Baviera— por encima de los intereses del Reich, ahora tenían que experimentar cómo, bajo la presión de los acontecimientos, los intereses del Reich estrangulaban la existencia de los Estados individuales. Todo por su propia negligencia contributiva.



638 ¿Estado federal o unitario?

Es una hipocresía sin parangón quejarse a las masas del electorado (pues sólo a ellas se dirige la agitación de nuestros partidos actuales) de la pérdida de los derechos soberanos de cada uno de los Estados, mientras que todos estos partidos, sin excepción, se han superado mutuamente en una política de realización que, en sus últimas consecuencias, estaba destinada a conducir, por supuesto, a profundos cambios en la Alemania interna. El imperio de Bismarck era libre y no estaba ligado al mundo exterior. Este Reich no poseía obligaciones financieras de una naturaleza tan seria y al mismo tiempo completamente improductiva como la que hoy tiene que soportar la Alemania de Dawes. Pero incluso dentro de ella estaba limitada en su competencia a unas pocas y absolutamente necesarias preocupaciones. Por lo tanto, podría muy bien prescindir de su propia soberanía financiera y vivir de las contribuciones de los Estados; Y es evidente que, por un lado, la preservación de la posesión de sus propios derechos soberanos y, por otro lado, las contribuciones financieras comparativamente pequeñas al Imperio eran muy beneficiosas para el gozo imperial de los estados. Pero es incorrecto, incluso falso, querer hacer propaganda hoy con la afirmación de que la actual falta de entusiasmo por el Reich debe atribuirse únicamente a la servidumbre financiera de los Estados al Reich. No, realmente no es el caso. La menor alegría de la idea del Reich no debe atribuirse a la pérdida de derechos soberanos por parte de los Estados, sino más bien el resultado de la miserable representación que el pueblo alemán está experimentando actualmente a través de su Estado. A pesar de todas las celebraciones de la bandera imperial y de la constitución, el Reich actual ha permanecido ajeno a los corazones de los pueblos de todas las clases, y las leyes protectoras republicanas pueden, en efecto, disuadir una violación de las instituciones republicanas, pero nunca pueden ganarse el amor de un solo alemán. En la preocupación abrumadora por proteger a la república de sus propios ciudadanos por medio de párrafos y prisiones radica la crítica y el menosprecio más despectivos de toda la institución misma.



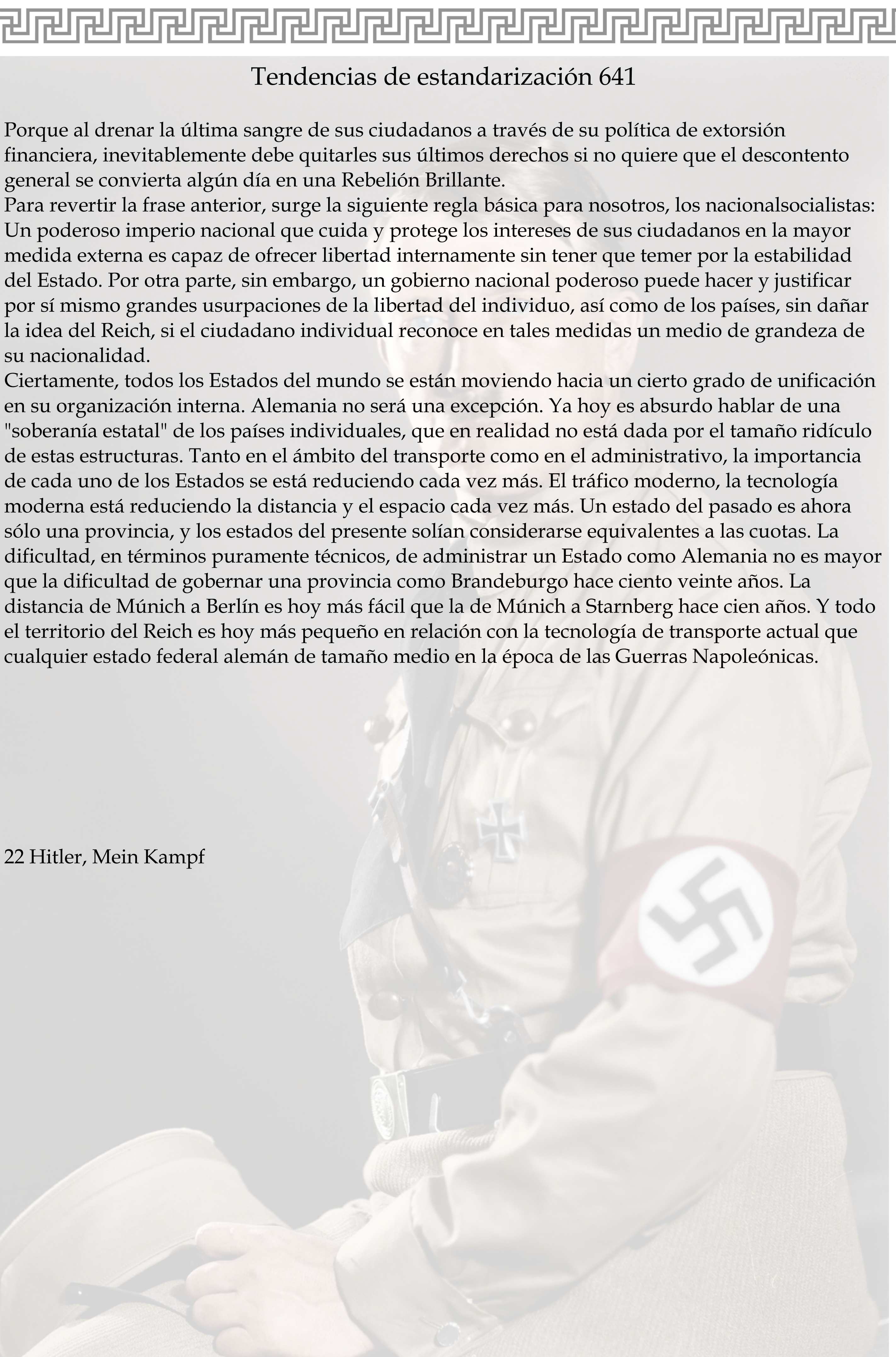
Pero también por otra razón, la afirmación hecha hoy por ciertos partidos de que la disminución de la alegría del Reich debe atribuirse a las usurpaciones del Reich en ciertos derechos soberanos de los Länder es falsa. Suponiendo que el Reich no hubiera emprendido la extensión de sus poderes, no se supondría que el amor de los países individuales por el Reich sería mayor, si, a pesar de todo, los impuestos totales tuvieran que ser los mismos que ahora. Por el contrario, si los países individuales tuvieran que soportar hoy impuestos en la cantidad que el Reich necesita para cumplir con los dictados de la esclavitud, la hostilidad hacia el Reich sería infinitamente mayor. Las contribuciones de los Länder al Reich no sólo serían muy difíciles de recaudar, sino que tendrían que ser recaudadas por medio de la ejecución forzosa. Puesto que la república se basa en los tratados de paz y no tiene ni el valor ni la intención de romperlos, debe contar con sus obligaciones. Una vez más, sin embargo, sólo los culpables de esto son los partidos, que hablan incesantemente a las masas pacientes de votantes sobre la necesaria independencia de los Länder, pero al mismo tiempo promueven y apoyan una política del Reich que debe conducir inevitablemente a la abolición incluso del último de estos llamados "derechos soberanos".
Digo necesariamente porque el Reich de hoy no tiene otra manera de hacer justicia a las cargas impuestas por una política interior y exterior perversa.



640 ¿Estado-nación o colonia de esclavos?

También en este caso, una cuña empuja a la otra, y cada nueva culpa en la que incurre el Reich externamente a través de su representación criminal de los intereses alemanes debe ser compensada internamente por una presión descendente más fuerte, que a su vez requiere la abolición gradual de todos los derechos soberanos de los Estados individuales, a fin de no permitir que surjan células germinales de resistencia o incluso que existan en ellos.
En general, hay que señalar como una diferencia característica entre la política imperial actual y la de antaño: el antiguo Reich otorgaba libertad en casa y demostraba fuerza en el extranjero, mientras que la república mostraba debilidad en el exterior y oprimía a los ciudadanos en casa. En ambos casos, el uno requiere del otro: el poderoso Estado-nación necesita menos leyes internamente debido al mayor amor y apego de sus ciudadanos, el Estado esclavista internacional sólo puede obligar a sus súbditos a realizar trabajos forzados por la fuerza. Porque es una de las más escandalosas impurias del regimiento actual hablar de "ciudadanos libres". Sólo la antigua Alemania poseía algo así. La república, como colonia de esclavos de países extranjeros, no tiene ciudadanos, sino, en el mejor de los casos, súbditos. Por lo tanto, no tiene una bandera nacional, sino solo una marca de diseño introducida y custodiada por órdenes oficiales y disposiciones legales. Por lo tanto, este símbolo, que se siente como el sombrero Gessler de la democracia alemana, siempre será interiormente extraño a nuestro pueblo. La república, que en aquel tiempo pisoteaba sus símbolos en el barro sin ningún sentido de tradición y sin ninguna reverencia por la grandeza del pasado, un día se asombrará de cuán superficialmente se aferran los súbditos a sus propios símbolos. Se ha dado a sí mismo el carácter de un intermezzo en la historia alemana.
Así, por el bien de su propia existencia, este Estado se ve obligado a restringir cada vez más los derechos soberanos de los países individuales, no sólo desde un punto de vista material general, sino también desde un punto de vista ideal.





Tendencias de estandarización 641

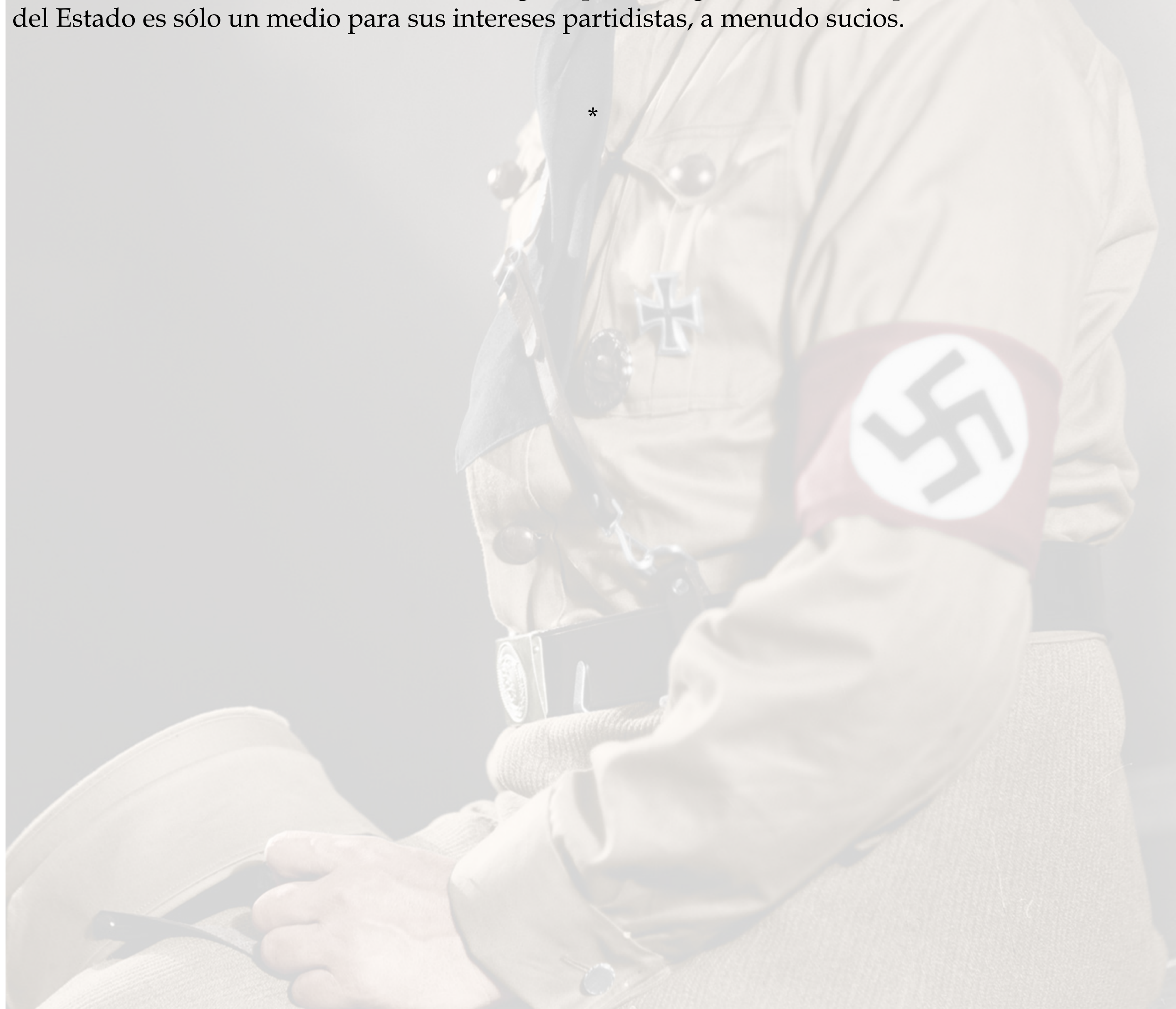
Porque al drenar la última sangre de sus ciudadanos a través de su política de extorsión financiera, inevitablemente debe quitarles sus últimos derechos si no quiere que el descontento general se convierta algún día en una Rebelión Brillante.
Para revertir la frase anterior, surge la siguiente regla básica para nosotros, los nacionalsocialistas: Un poderoso imperio nacional que cuida y protege los intereses de sus ciudadanos en la mayor medida externa es capaz de ofrecer libertad internamente sin tener que temer por la estabilidad del Estado. Por otra parte, sin embargo, un gobierno nacional poderoso puede hacer y justificar por sí mismo grandes usurpaciones de la libertad del individuo, así como de los países, sin dañar la idea del Reich, si el ciudadano individual reconoce en tales medidas un medio de grandeza de su nacionalidad.
Ciertamente, todos los Estados del mundo se están moviendo hacia un cierto grado de unificación en su organización interna. Alemania no será una excepción. Ya hoy es absurdo hablar de una "soberanía estatal" de los países individuales, que en realidad no está dada por el tamaño ridículo de estas estructuras. Tanto en el ámbito del transporte como en el administrativo, la importancia de cada uno de los Estados se está reduciendo cada vez más. El tráfico moderno, la tecnología moderna está reduciendo la distancia y el espacio cada vez más. Un estado del pasado es ahora sólo una provincia, y los estados del presente solían considerarse equivalentes a las cuotas. La dificultad, en términos puramente técnicos, de administrar un Estado como Alemania no es mayor que la dificultad de gobernar una provincia como Brandeburgo hace ciento veinte años. La distancia de Múnich a Berlín es hoy más fácil que la de Múnich a Starnberg hace cien años. Y todo el territorio del Reich es hoy más pequeño en relación con la tecnología de transporte actual que cualquier estado federal alemán de tamaño medio en la época de las Guerras Napoleónicas.

22 Hitler, Mein Kampf

642 Abuso de la centralización

Cualquiera que se cierre a las consecuencias que resultan de los hechos, una vez dados, simplemente se queda atrás en el tiempo. Las personas que hacen esto han existido en todo momento y siempre existirán en el futuro. Sin embargo, difícilmente pueden inhibir la rueda de la historia, nunca detenerla.
Nosotros, los nacionalsocialistas, no debemos ignorar ciegamente las consecuencias de estas verdades. Tampoco en este caso debemos dejarnos atrapar por las frases de nuestros llamados partidos burgueses nacionales. Utilizo el término frases porque estos mismos partidos no creen seriamente en la posibilidad de llevar a cabo sus intenciones y, en segundo lugar, porque ellos mismos son conjunta y principalmente culpables de los acontecimientos actuales. Especialmente en Baviera, el grito por el desmantelamiento de la centralización no es más que propaganda de partido sin ningún motivo oculto serio. En todos los momentos en que estos partidos deberían haber hecho realmente serias sus frases, invariablemente fracasaron estrepitosamente. Todos los llamados "robos de los derechos soberanos" del Estado bávaro por parte del Reich fueron aceptados prácticamente sin resistencia, aparte de un grito repugnante. Sí, si alguien realmente se atrevía a hacer un frente serio contra este sistema demente, entonces era condenado al ostracismo y condenado por los mismos partidos "por no estar en el terreno del estado actual" y perseguido hasta que hubiera sido silenciado ya sea por la cárcel o por una prohibición ilegal de expresión. Es precisamente a partir de esto que nuestros partidarios deben reconocer más la mendacidad interna de estos llamados círculos federalistas. Al igual que la religión hasta cierto punto, la idea federal del Estado es sólo un medio para sus intereses partidistas, a menudo sucios.

*



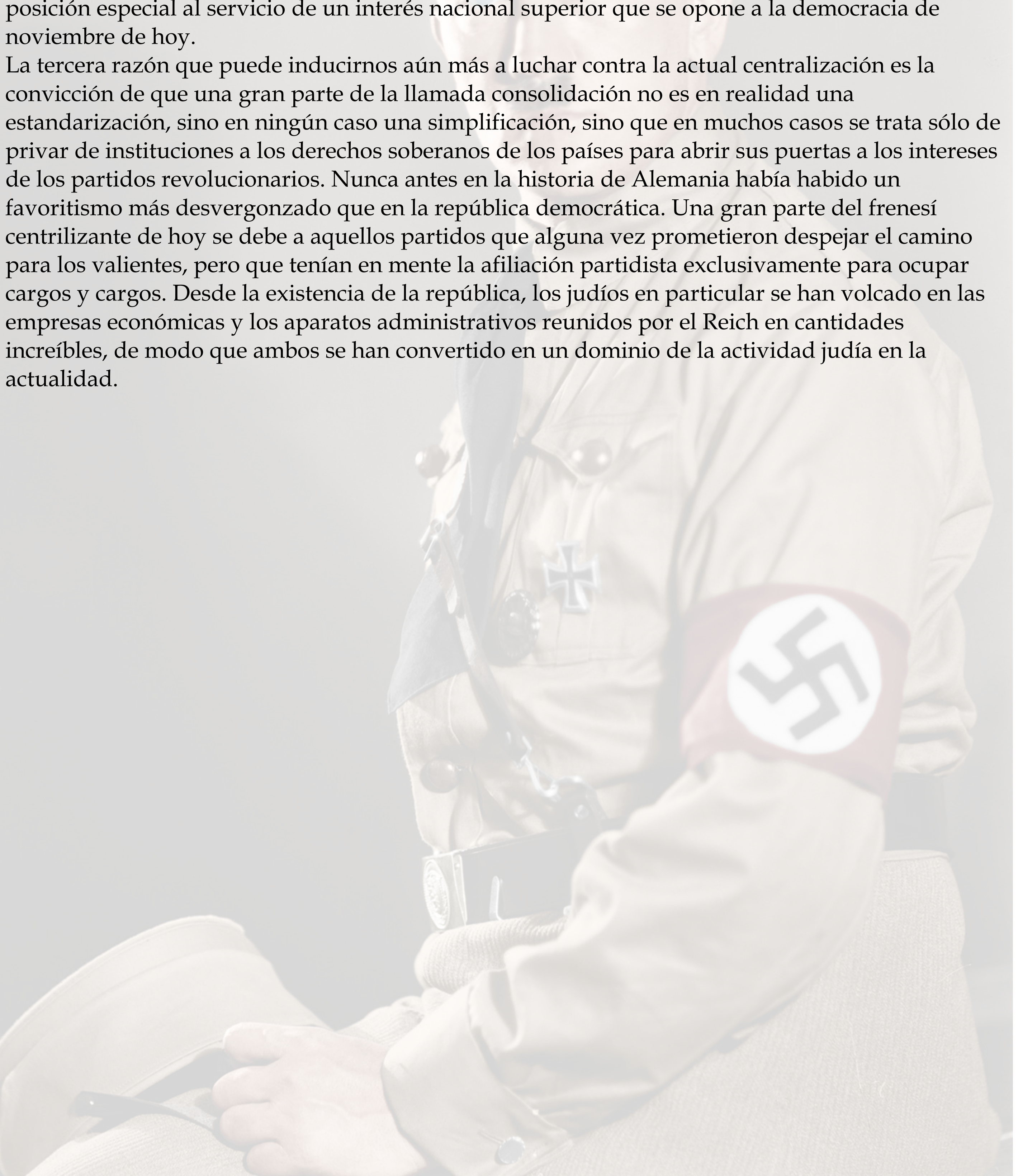
Opresión del Estado 643

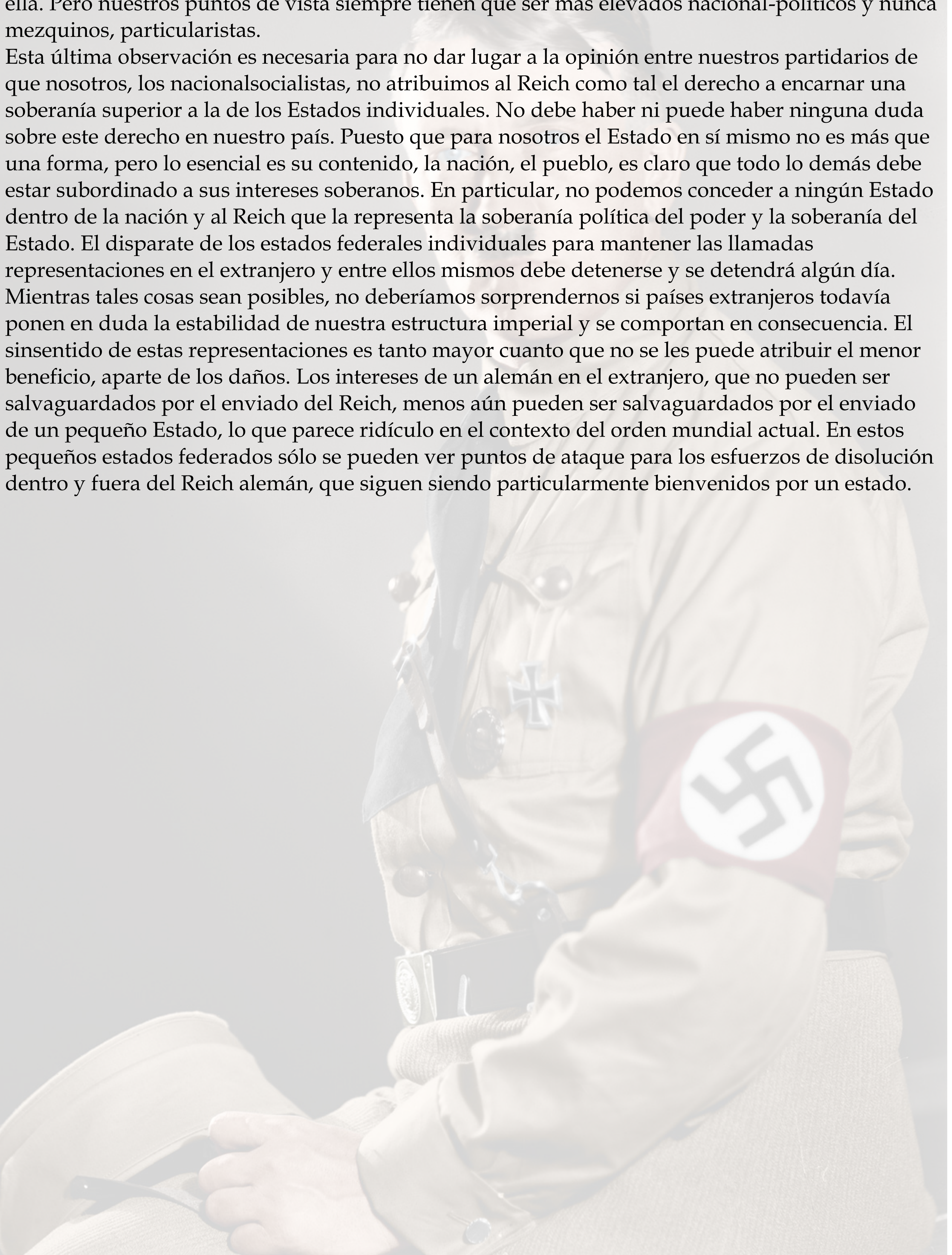
Por mucho que parezca natural una cierta normalización, sobre todo en el campo de los transportes, puede ser el deber de nosotros, los nacionalsocialistas, adoptar una posición más enérgica contra tal desarrollo en el estado actual, es decir, si las medidas sólo tienen el propósito de encubrir y hacer posible una política exterior desastrosa. Precisamente porque el Reich actual no ha emprendido la llamada abunificación de los ferrocarriles, de los correos, de las finanzas, etc., desde un punto de vista político nacional más elevado, sino sólo para apoderarse de los medios y de las promesas de una política ilimitada de cumplimiento, nosotros, los nacionalsocialistas, debemos hacer todo lo que nos parezca adecuado para hacer más difícil la aplicación de tal política, si es posible para impedirla. Pero esto incluye la lucha contra la actual centralización de las instituciones vitales de nuestro pueblo, que sólo se lleva a cabo con el fin de liquidar los miles de millones y los peones de nuestra política de posguerra frente a los países extranjeros.
Por esta razón, el movimiento nacionalsocialista también se ha posicionado en contra de tales intentos.
La segunda razón que puede inducirnos a resistir a tal centralización es que podría consolidar el poder interno de un sistema de gobierno que, en su totalidad, ha traído sobre la nación alemana la más grave desgracia.



644 La centralización favorece la economía partidaria

El actual Reich judeo-democrático, que se ha convertido en una verdadera maldición para la nación alemana, trata de hacer ineficaz la crítica de los Estados individuales, que todavía no están todos llenos de este espíritu de los tiempos, reduciéndolos a una completa falta de sentido. Por otra parte, nosotros, los nacionalsocialistas, tenemos todas las razones para tratar no sólo de dar a la oposición de estos Estados individuales la base de una fuerza estatal prometedora, sino también de hacer de su lucha contra la centralización en general la expresión de un interés nacional alemán superior. Así, mientras el Partido Popular Bávaro se esfuerza por obtener derechos especiales para el Estado bávaro desde un punto de vista mezquino y particularista, tenemos que utilizar esta posición especial al servicio de un interés nacional superior que se opone a la democracia de noviembre de hoy.
La tercera razón que puede inducirnos aún más a luchar contra la actual centralización es la convicción de que una gran parte de la llamada consolidación no es en realidad una estandarización, sino en ningún caso una simplificación, sino que en muchos casos se trata sólo de privar de instituciones a los derechos soberanos de los países para abrir sus puertas a los intereses de los partidos revolucionarios. Nunca antes en la historia de Alemania había habido un favoritismo más desvergonzado que en la república democrática. Una gran parte del frenesí centrilizante de hoy se debe a aquellos partidos que alguna vez prometieron despejar el camino para los valientes, pero que tenían en mente la afiliación partidista exclusivamente para ocupar cargos y cargos. Desde la existencia de la república, los judíos en particular se han volcado en las empresas económicas y los aparatos administrativos reunidos por el Reich en cantidades increíbles, de modo que ambos se han convertido en un dominio de la actividad judía en la actualidad.





Soberanía estatal del imperio 648

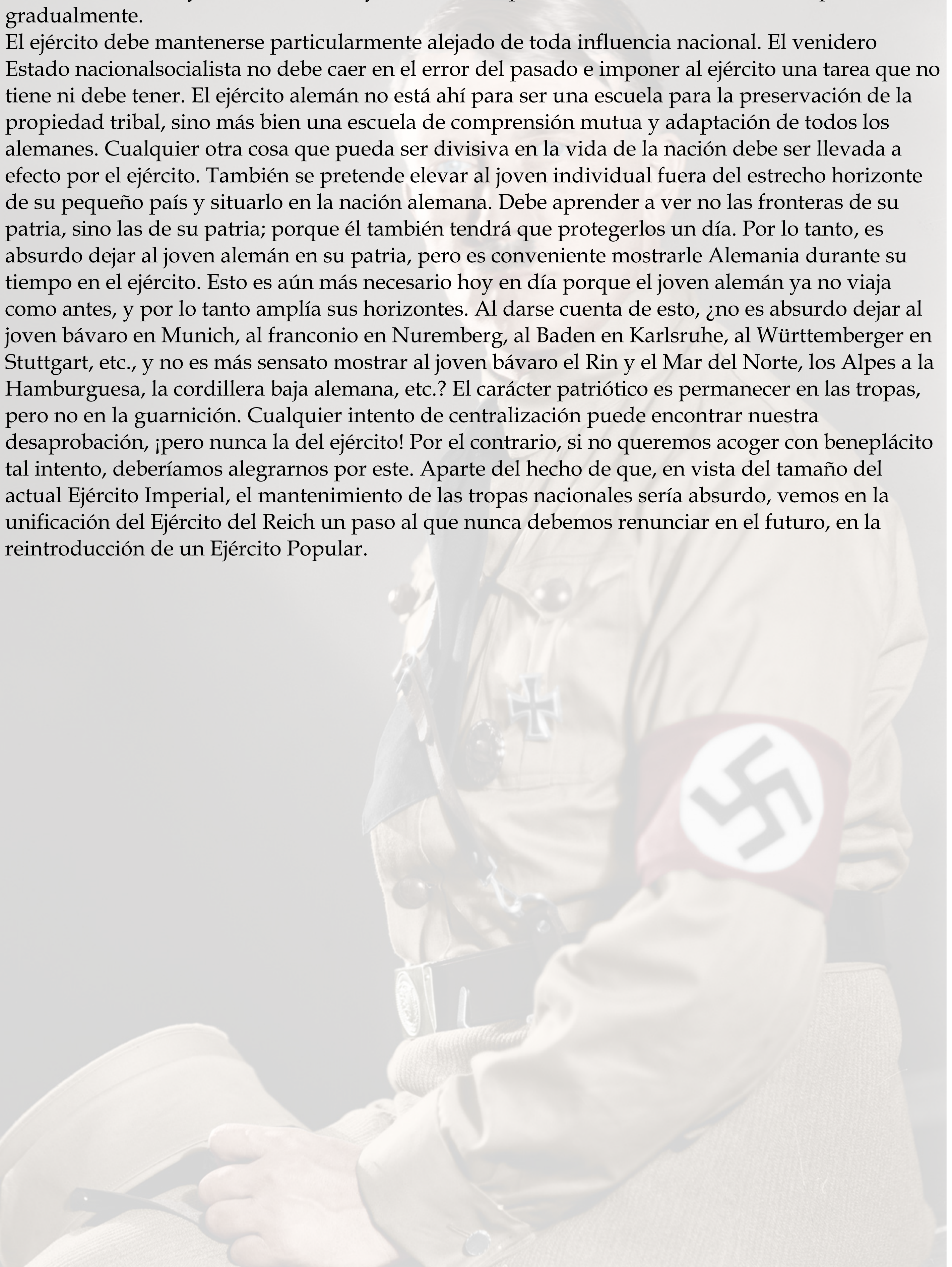
Sobre todo, esta tercera consideración debe obligarnos, por razones tácticas, a examinar cada medida ulterior por medio de la centralización y, si es necesario, a tomar una posición contraria a ella. Pero nuestros puntos de vista siempre tienen que ser más elevados nacional-políticos y nunca mezquinos, particularistas.

Esta última observación es necesaria para no dar lugar a la opinión entre nuestros partidarios de que nosotros, los nacionalsocialistas, no atribuimos al Reich como tal el derecho a encarnar una soberanía superior a la de los Estados individuales. No debe haber ni puede haber ninguna duda sobre este derecho en nuestro país. Puesto que para nosotros el Estado en sí mismo no es más que una forma, pero lo esencial es su contenido, la nación, el pueblo, es claro que todo lo demás debe estar subordinado a sus intereses soberanos. En particular, no podemos conceder a ningún Estado dentro de la nación y al Reich que la representa la soberanía política del poder y la soberanía del Estado. El disparate de los estados federales individuales para mantener las llamadas representaciones en el extranjero y entre ellos mismos debe detenerse y se detendrá algún día. Mientras tales cosas sean posibles, no deberíamos sorprendernos si países extranjeros todavía ponen en duda la estabilidad de nuestra estructura imperial y se comportan en consecuencia. El sinsentido de estas representaciones es tanto mayor cuanto que no se les puede atribuir el menor beneficio, aparte de los daños. Los intereses de un alemán en el extranjero, que no pueden ser salvaguardados por el enviado del Reich, menos aún pueden ser salvaguardados por el enviado de un pequeño Estado, lo que parece ridículo en el contexto del orden mundial actual. En estos pequeños estados federados sólo se pueden ver puntos de ataque para los esfuerzos de disolución dentro y fuera del Reich alemán, que siguen siendo particularmente bienvenidos por un estado.

646 Tareas culturales de los Länder

Nosotros, los nacionalsocialistas, tampoco debemos comprender el hecho de que una noble tribu, que se ha vuelto decrépita en la vejez, dé a su arroz, que por lo general ya se ha convertido en un caldo de cultivo muy seco, un nuevo caldo de cultivo con la ropa del Eesandtenpost. Nuestras misiones diplomáticas en el extranjero ya eran tan miserables durante la época del Antiguo Reich que las adiciones adicionales a la experiencia adquirida en ese momento son altamente superfluas. En el futuro, la importancia de cada uno de los países tendrá que desplazarse definitivamente más al ámbito de la política cultural. El monarca que más hizo por la importancia de Baviera no fue un particularista obstinado y antialemán, sino Luis I, que era tan alemán como amante del arte. Al utilizar las fuerzas del Estado principalmente para expandir la posición cultural de Baviera y no para fortalecer su posición política de poder, ha logrado cosas mejores y más duraderas de lo que hubiera sido posible de otro modo. Al empujar a Múnich del marco de una residencia provincial menor al formato de una gran metrópolis artística alemana, creó un centro intelectual que todavía hoy es capaz de vincular a los franconios esencialmente diferentes a este estado. Suponiendo que Munich hubiera seguido siendo lo que era, el mismo proceso se habría repetido en Baviera que en Sajonia, sólo que con la diferencia de que el Leipzig bávaro, Nuremberg, no se habría convertido en una ciudad bávara, sino en una ciudad de Franconia. No fueron los pregoneros del "Bajo con Prusia" los que hicieron grande a Múnich, sino que fue el rey quien le dio importancia a esta ciudad, quien quiso dar a la nación alemana una joya artística en ella, que tenía que ser vista y observada y ser vista y observada. Y esta es también una lección para el futuro. En el futuro, la importancia de las posiciones individuales ya no radicará en absoluto en el campo de la política de Estado y de poder; Los veo en la esfera tribal o en la cultural-política. Pero incluso aquí, el tiempo tendrá un efecto nivelador.



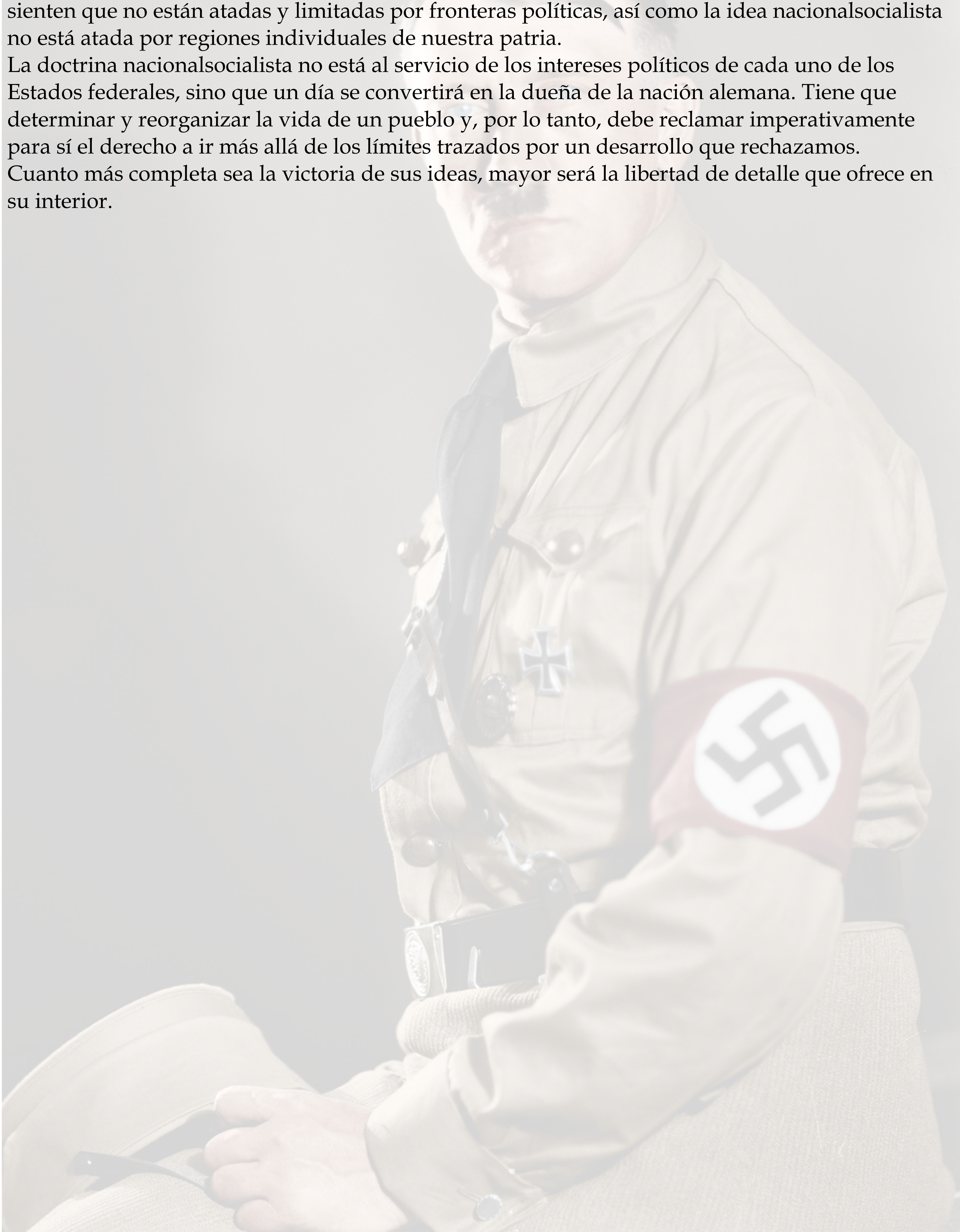


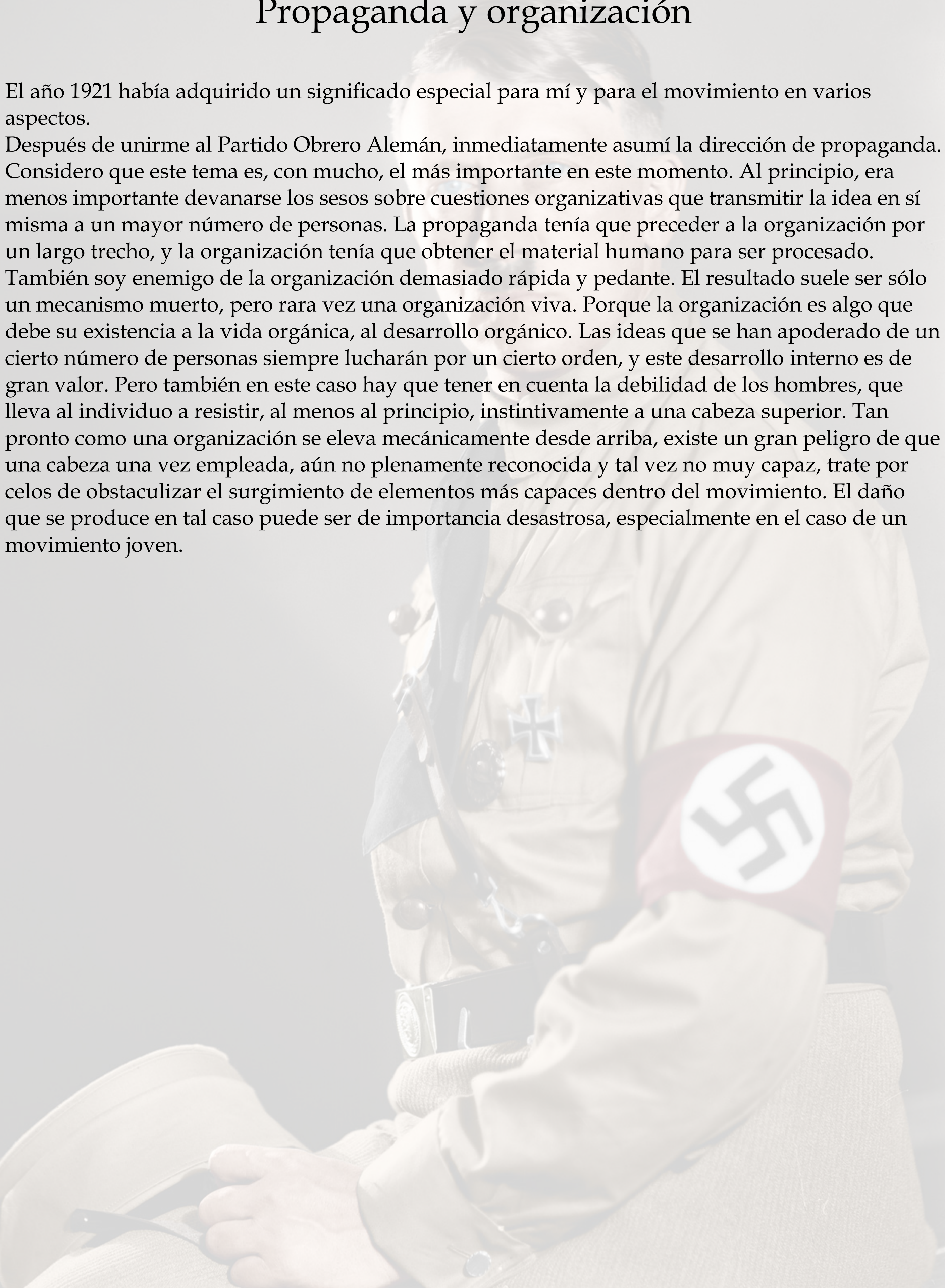
Ejército y estados individuales 647

La facilidad de las relaciones modernas sacude a la gente hasta tal punto que las fronteras tribales se difuminan lenta y constantemente, y así incluso el panorama cultural comienza a equilibrarse gradualmente.

El ejército debe mantenerse particularmente alejado de toda influencia nacional. El venidero Estado nacionalsocialista no debe caer en el error del pasado e imponer al ejército una tarea que no tiene ni debe tener. El ejército alemán no está ahí para ser una escuela para la preservación de la propiedad tribal, sino más bien una escuela de comprensión mutua y adaptación de todos los alemanes. Cualquier otra cosa que pueda ser divisiva en la vida de la nación debe ser llevada a efecto por el ejército. También se pretende elevar al joven individual fuera del estrecho horizonte de su pequeño país y situarlo en la nación alemana. Debe aprender a ver no las fronteras de su patria, sino las de su patria; porque él también tendrá que protegerlos un día. Por lo tanto, es absurdo dejar al joven alemán en su patria, pero es conveniente mostrarle Alemania durante su tiempo en el ejército. Esto es aún más necesario hoy en día porque el joven alemán ya no viaja como antes, y por lo tanto amplía sus horizontes. Al darse cuenta de esto, ¿no es absurdo dejar al joven bávaro en Munich, al franconio en Nuremberg, al Baden en Karlsruhe, al Württemberger en Stuttgart, etc., y no es más sensato mostrar al joven bávaro el Rin y el Mar del Norte, los Alpes a la Hamburguesa, la cordillera baja alemana, etc.? El carácter patriótico es permanecer en las tropas, pero no en la guarnición. Cualquier intento de centralización puede encontrar nuestra desaprobación, ¡pero nunca la del ejército! Por el contrario, si no queremos acoger con beneplácito tal intento, deberíamos alegrarnos por este. Aparte del hecho de que, en vista del tamaño del actual Ejército Imperial, el mantenimiento de las tropas nacionales sería absurdo, vemos en la unificación del Ejército del Reich un paso al que nunca debemos renunciar en el futuro, en la reintroducción de un Ejército Popular.

Por lo demás, una joven idea victoriosa tendrá que rechazar todo trabazo que pueda paralizar su actividad en el impulso de sus pensamientos. El nacionalsocialismo debe, en principio, reivindicar el derecho de imponer sus principios a toda la nación alemana, independientemente de las fronteras federales anteriores, y de educarla en sus ideas y pensamientos. Así como las iglesias sienten que no están atadas y limitadas por fronteras políticas, así como la idea nacionalsocialista no está atada por regiones individuales de nuestra patria.
La doctrina nacionalsocialista no está al servicio de los intereses políticos de cada uno de los Estados federales, sino que un día se convertirá en la dueña de la nación alemana. Tiene que determinar y reorganizar la vida de un pueblo y, por lo tanto, debe reclamar imperativamente para sí el derecho a ir más allá de los límites trazados por un desarrollo que rechazamos.
Cuanto más completa sea la victoria de sus ideas, mayor será la libertad de detalle que ofrece en su interior.

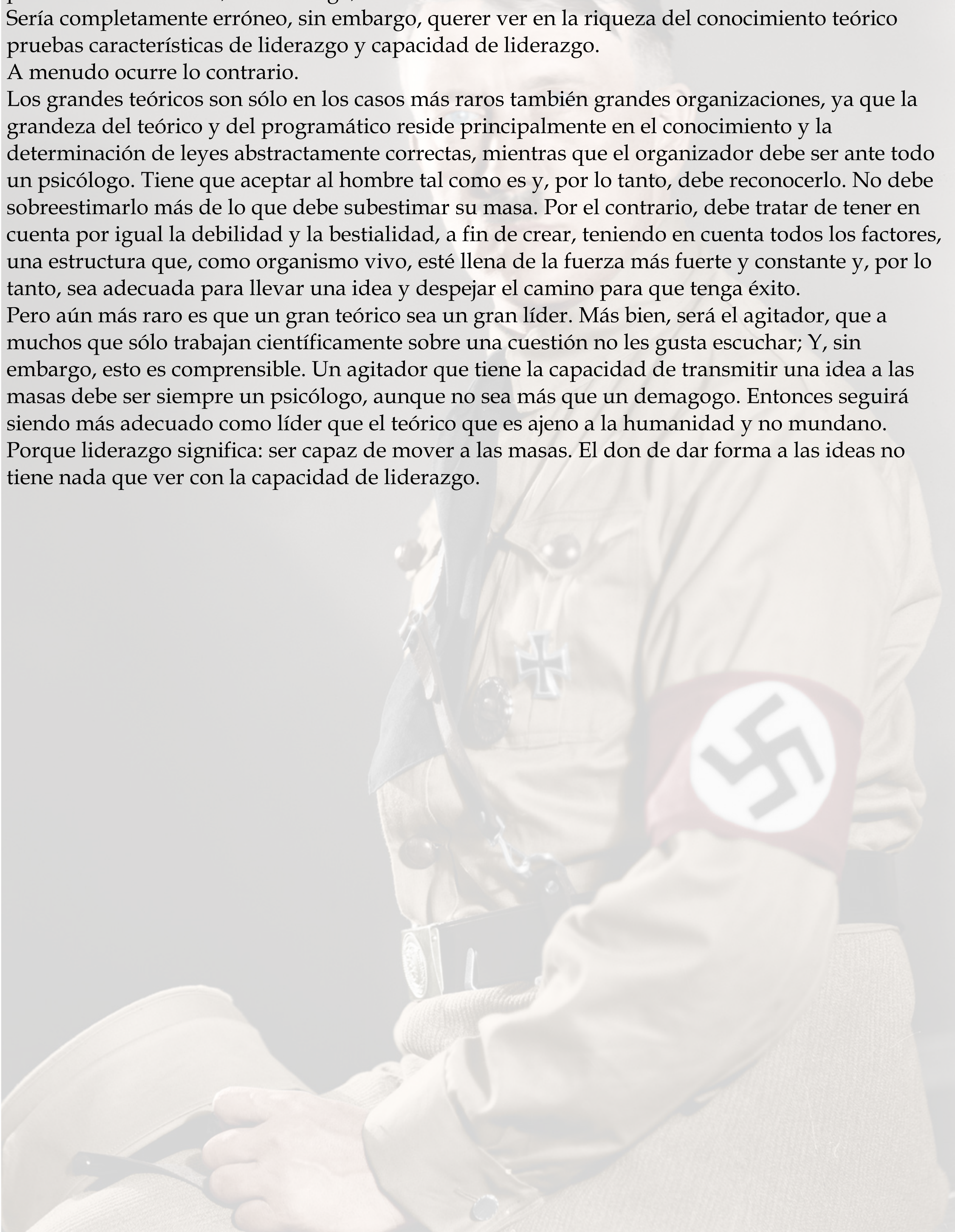




11 kapitel

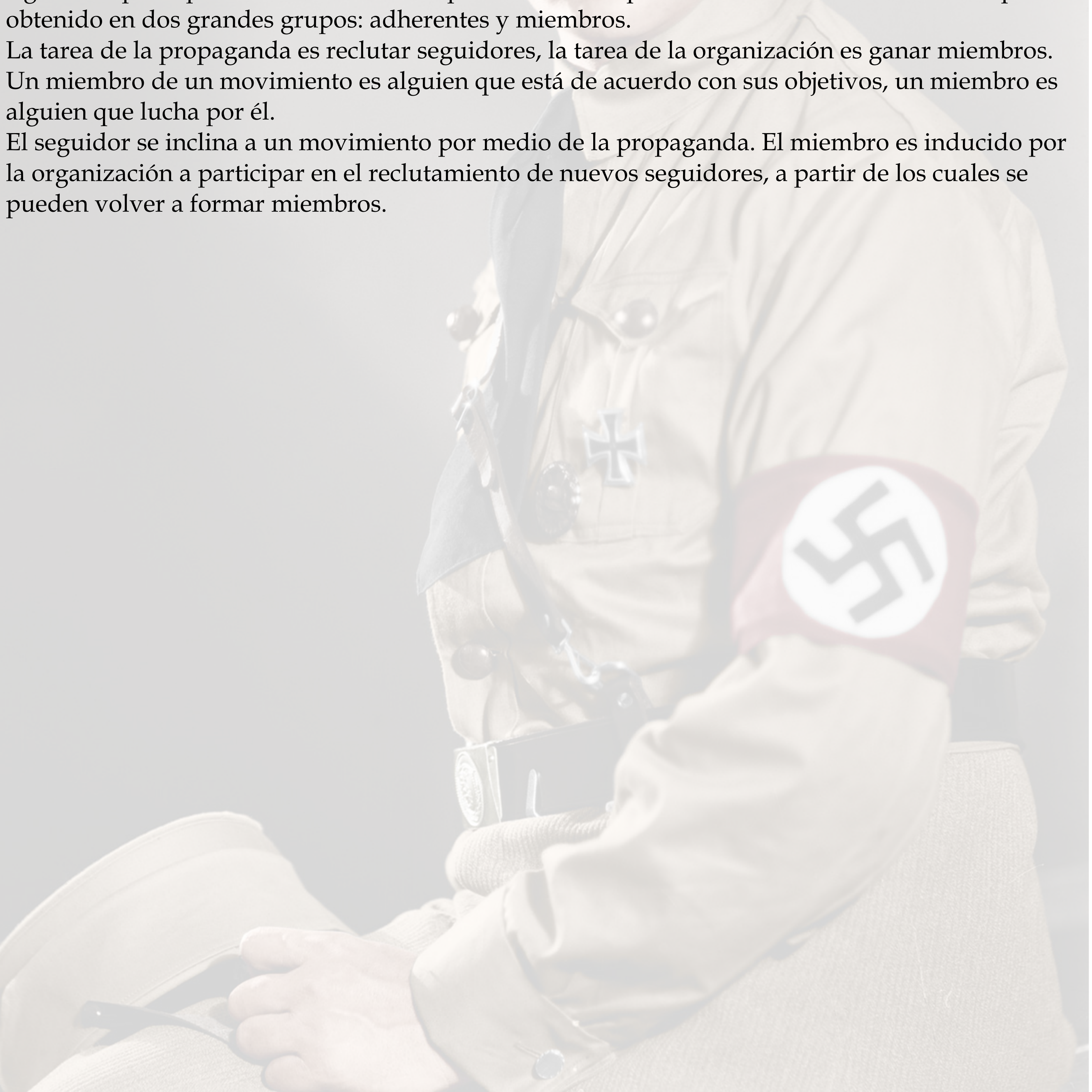
Propaganda y organización

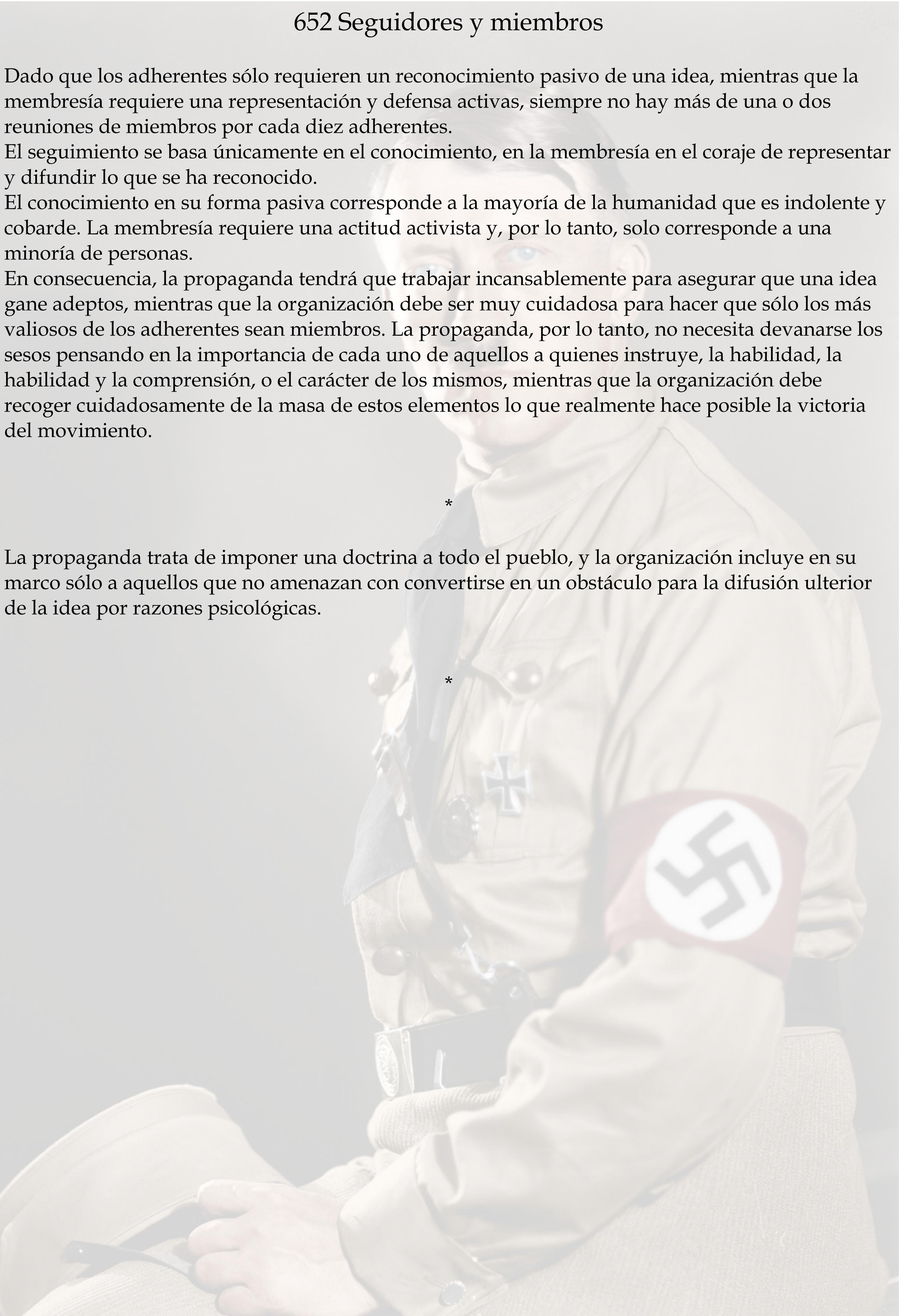
El año 1921 había adquirido un significado especial para mí y para el movimiento en varios aspectos.
Después de unirme al Partido Obrero Alemán, inmediatamente asumí la dirección de propaganda. Considero que este tema es, con mucho, el más importante en este momento. Al principio, era menos importante devanarse los sesos sobre cuestiones organizativas que transmitir la idea en sí misma a un mayor número de personas. La propaganda tenía que preceder a la organización por un largo trecho, y la organización tenía que obtener el material humano para ser procesado. También soy enemigo de la organización demasiado rápida y pedante. El resultado suele ser sólo un mecanismo muerto, pero rara vez una organización viva. Porque la organización es algo que debe su existencia a la vida orgánica, al desarrollo orgánico. Las ideas que se han apoderado de un cierto número de personas siempre lucharán por un cierto orden, y este desarrollo interno es de gran valor. Pero también en este caso hay que tener en cuenta la debilidad de los hombres, que lleva al individuo a resistir, al menos al principio, instintivamente a una cabeza superior. Tan pronto como una organización se eleva mecánicamente desde arriba, existe un gran peligro de que una cabeza una vez empleada, aún no plenamente reconocida y tal vez no muy capaz, trate por celos de obstaculizar el surgimiento de elementos más capaces dentro del movimiento. El daño que se produce en tal caso puede ser de importancia desastrosa, especialmente en el caso de un movimiento joven.



Por esta razón, es más conveniente difundir primero una idea durante un tiempo desde una estación central con fines propagandísticos, y luego buscar y examinar cuidadosamente el material humano que se acumula gradualmente para las cabezas de los líderes. A veces resultará que las personas discretas son, sin embargo, consideradas como líderes natos.
Sería completamente erróneo, sin embargo, querer ver en la riqueza del conocimiento teórico pruebas características de liderazgo y capacidad de liderazgo.
A menudo ocurre lo contrario.
Los grandes teóricos son sólo en los casos más raros también grandes organizaciones, ya que la grandeza del teórico y del programático reside principalmente en el conocimiento y la determinación de leyes abstractamente correctas, mientras que el organizador debe ser ante todo un psicólogo. Tiene que aceptar al hombre tal como es y, por lo tanto, debe reconocerlo. No debe sobreestimarlo más de lo que debe subestimar su masa. Por el contrario, debe tratar de tener en cuenta por igual la debilidad y la bestialidad, a fin de crear, teniendo en cuenta todos los factores, una estructura que, como organismo vivo, esté llena de la fuerza más fuerte y constante y, por lo tanto, sea adecuada para llevar una idea y despejar el camino para que tenga éxito.
Pero aún más raro es que un gran teórico sea un gran líder. Más bien, será el agitador, que a muchos que sólo trabajan científicamente sobre una cuestión no les gusta escuchar; Y, sin embargo, esto es comprensible. Un agitador que tiene la capacidad de transmitir una idea a las masas debe ser siempre un psicólogo, aunque no sea más que un demagogo. Entonces seguirá siendo más adecuado como líder que el teórico que es ajeno a la humanidad y no mundano.
Porque liderazgo significa: ser capaz de mover a las masas. El don de dar forma a las ideas no tiene nada que ver con la capacidad de liderazgo.

Es completamente inútil discutir sobre lo que es de mayor importancia, para establecer ideales de humanidad y metas o para realizarlos. Como tantas veces en la vida, uno carecería por completo de sentido sin el otro. La más bella visión teórica carece de propósito y valor a menos que el Führer ponga en movimiento los mástiles hacia ella. Y a la inversa, ¿de qué serviría todo el genio del líder y todo el impulso del líder si el ingenioso teórico no estableciera las metas de la lucha humana? Pero la unión del teórico, el organizador y el líder en una sola persona es la cosa más rara que se puede encontrar en esta tierra; Esta unión crea al gran hombre.
En el primer período de mi actividad en el movimiento, como ya he dicho, me dediqué a la propaganda. Tuvo que lograr llenar gradualmente a un pequeño núcleo de personas con la nueva doctrina para formar el material que más tarde podría proporcionar los primeros elementos de una organización. El objetivo de la propaganda solía ir más allá del de la organización.
Si un movimiento tiene la intención de derribar un mundo y construir uno nuevo en su lugar, entonces debe haber una perfecta claridad en las filas de su propia dirección en cuanto a los siguientes principios: Cada movimiento primero tendrá que examinar el material humano que ha obtenido en dos grandes grupos: adherentes y miembros.
La tarea de la propaganda es reclutar seguidores, la tarea de la organización es ganar miembros. Un miembro de un movimiento es alguien que está de acuerdo con sus objetivos, un miembro es alguien que lucha por él.
El seguidor se inclina a un movimiento por medio de la propaganda. El miembro es inducido por la organización a participar en el reclutamiento de nuevos seguidores, a partir de los cuales se pueden volver a formar miembros.





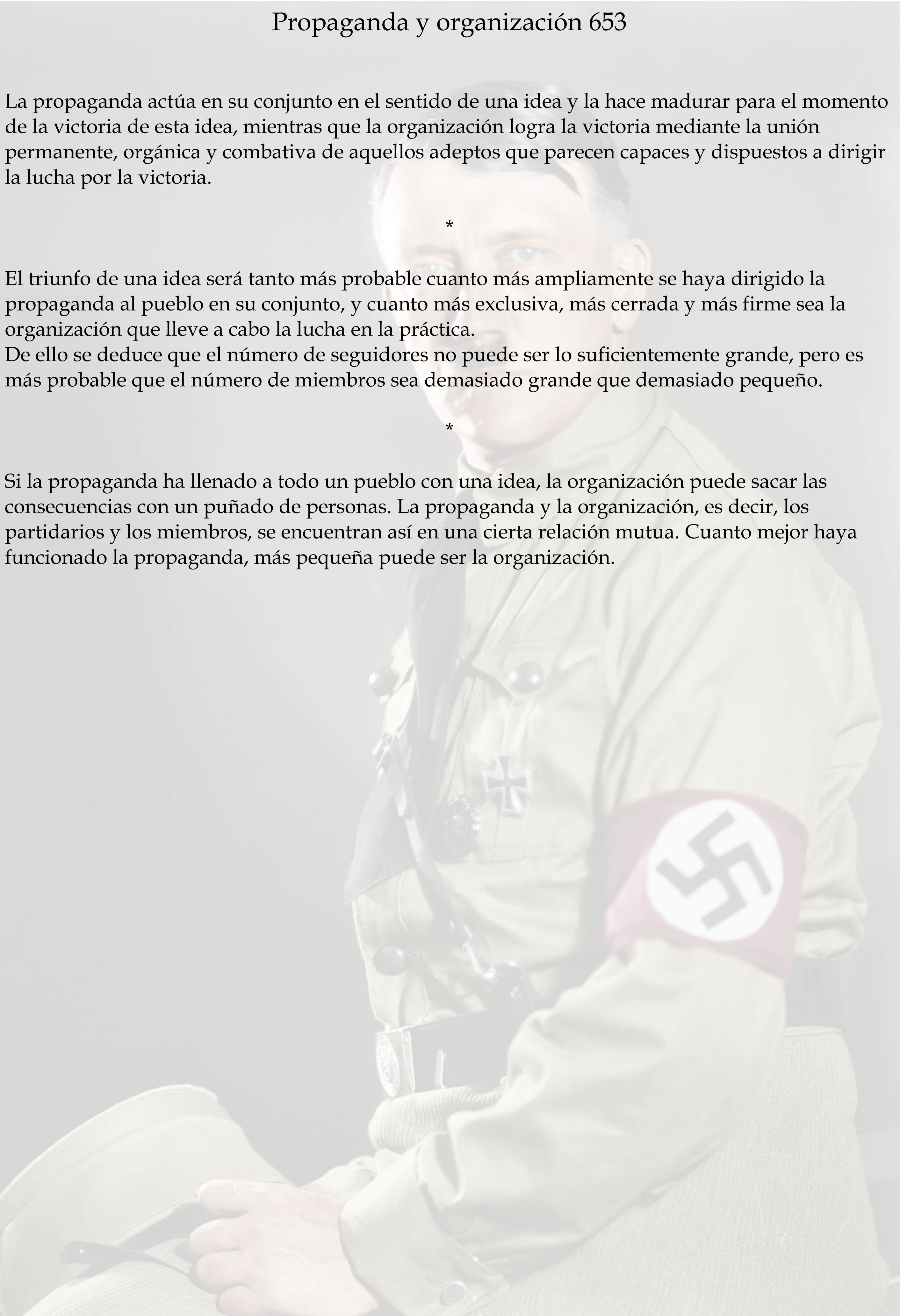
652 Seguidores y miembros

Dado que los adherentes sólo requieren un reconocimiento pasivo de una idea, mientras que la membresía requiere una representación y defensa activas, siempre no hay más de una o dos reuniones de miembros por cada diez adherentes.
El seguimiento se basa únicamente en el conocimiento, en la membresía en el coraje de representar y difundir lo que se ha reconocido.
El conocimiento en su forma pasiva corresponde a la mayoría de la humanidad que es indolente y cobarde. La membresía requiere una actitud activista y, por lo tanto, solo corresponde a una minoría de personas.
En consecuencia, la propaganda tendrá que trabajar incansablemente para asegurar que una idea gane adeptos, mientras que la organización debe ser muy cuidadosa para hacer que sólo los más valiosos de los adherentes sean miembros. La propaganda, por lo tanto, no necesita devanarse los sesos pensando en la importancia de cada uno de aquellos a quienes instruye, la habilidad, la habilidad y la comprensión, o el carácter de los mismos, mientras que la organización debe recoger cuidadosamente de la masa de estos elementos lo que realmente hace posible la victoria del movimiento.

*

La propaganda trata de imponer una doctrina a todo el pueblo, y la organización incluye en su marco sólo a aquellos que no amenazan con convertirse en un obstáculo para la difusión ulterior de la idea por razones psicológicas.

*



Propaganda y organización 653

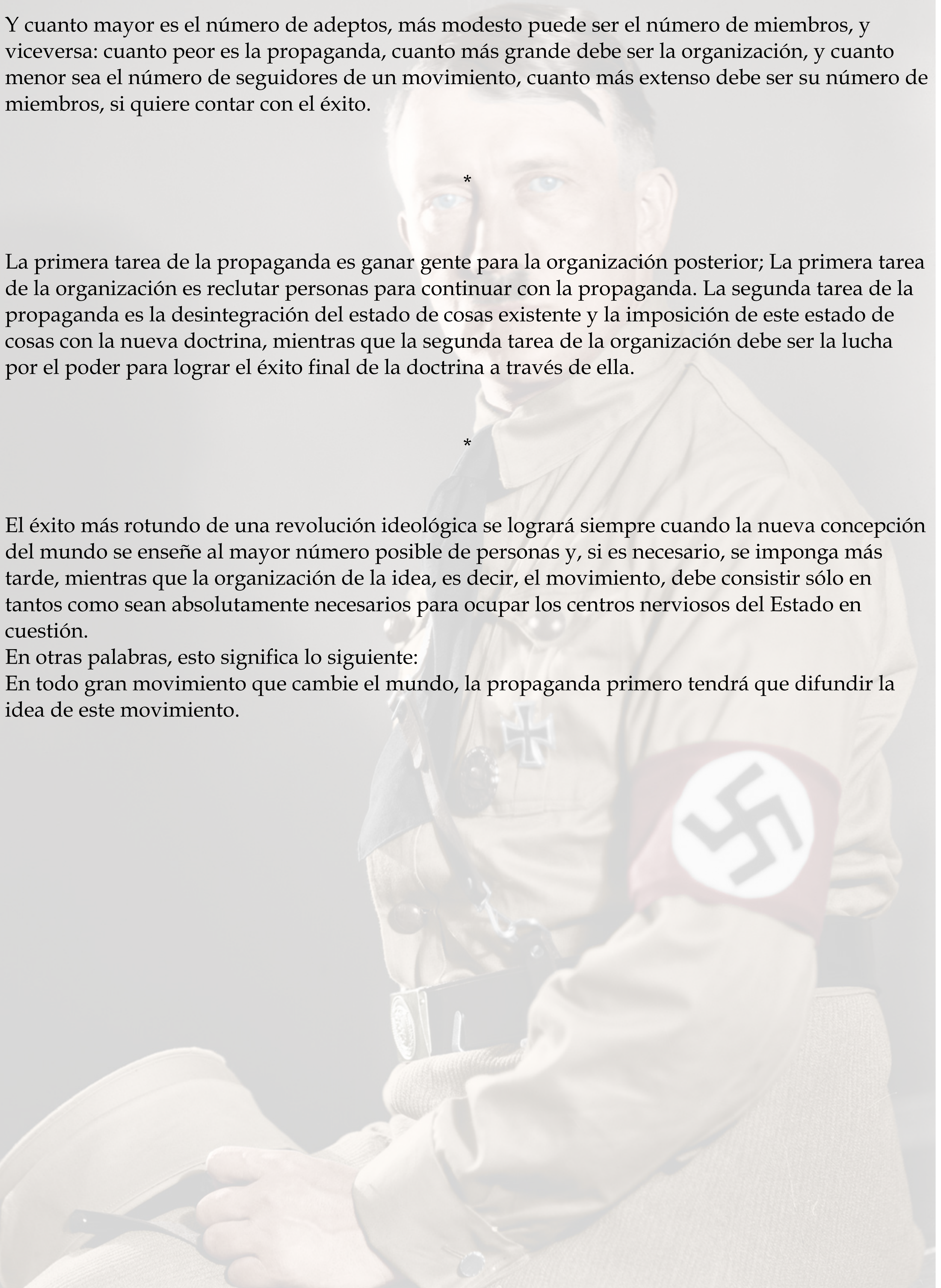
La propaganda actúa en su conjunto en el sentido de una idea y la hace madurar para el momento de la victoria de esta idea, mientras que la organización logra la victoria mediante la unión permanente, orgánica y combativa de aquellos adeptos que parecen capaces y dispuestos a dirigir la lucha por la victoria.

*

El triunfo de una idea será tanto más probable cuanto más ampliamente se haya dirigido la propaganda al pueblo en su conjunto, y cuanto más exclusiva, más cerrada y más firme sea la organización que lleve a cabo la lucha en la práctica.
De ello se deduce que el número de seguidores no puede ser lo suficientemente grande, pero es más probable que el número de miembros sea demasiado grande que demasiado pequeño.

*

Si la propaganda ha llenado a todo un pueblo con una idea, la organización puede sacar las consecuencias con un puñado de personas. La propaganda y la organización, es decir, los partidarios y los miembros, se encuentran así en una cierta relación mutua. Cuanto mejor haya funcionado la propaganda, más pequeña puede ser la organización.



Y cuanto mayor es el número de adeptos, más modesto puede ser el número de miembros, y viceversa: cuanto peor es la propaganda, cuanto más grande debe ser la organización, y cuanto menor sea el número de seguidores de un movimiento, cuanto más extenso debe ser su número de miembros, si quiere contar con el éxito.

*

La primera tarea de la propaganda es ganar gente para la organización posterior; La primera tarea de la organización es reclutar personas para continuar con la propaganda. La segunda tarea de la propaganda es la desintegración del estado de cosas existente y la imposición de este estado de cosas con la nueva doctrina, mientras que la segunda tarea de la organización debe ser la lucha por el poder para lograr el éxito final de la doctrina a través de ella.

*

El éxito más rotundo de una revolución ideológica se logrará siempre cuando la nueva concepción del mundo se enseñe al mayor número posible de personas y, si es necesario, se imponga más tarde, mientras que la organización de la idea, es decir, el movimiento, debe consistir sólo en tantos como sean absolutamente necesarios para ocupar los centros nerviosos del Estado en cuestión.
En otras palabras, esto significa lo siguiente:
En todo gran movimiento que cambie el mundo, la propaganda primero tendrá que difundir la idea de este movimiento.

Por lo tanto, tratará incansablemente de hacer que las nuevas líneas de pensamiento sean claras para los demás, y así atraerlos a su terreno, o al menos hacerlo incierto en su propia convicción anterior. Puesto que la difusión de una doctrina, es decir, de esta propaganda, debe tener una columna vertebral, la doctrina tendrá que darse a sí misma una organización firme. La organización recibe a sus miembros de la base de seguidores obtenidos por medio de la propaganda. Esto crecerá tanto más rápidamente cuanto más intensamente se lleve a cabo la propaganda, y la propaganda podrá funcionar tanto mejor cuanto más fuerte y más poderosa sea la organización que la sustenta.

Por lo tanto, la tarea más importante de la organización es asegurar que cualquier desacuerdo interno dentro de los miembros del movimiento no conduzca a una escisión y, por lo tanto, al debilitamiento del trabajo en el movimiento; Además, que el espíritu de ataque resuelto no se extingue, sino que se renueva y fortalece constantemente. El número de miembros no tiene por qué crecer descontroladamente, al contrario; Puesto que sólo una fracción de la humanidad es enérgica y audaz, un movimiento que amplía sin cesar su organización se debilitaría inevitablemente algún día. Las organizaciones, es decir, el número de miembros que crece por encima de un cierto nivel, pierden gradualmente su poder de lucha y ya no son capaces de apoyar o evaluar la propaganda de una idea de manera decisiva y ofensiva.

Cuanto más grande e interiormente revolucionaria sea una idea, más activistas se volverán sus miembros, ya que el poder derrocador de la doctrina está ligado a un peligro para sus portadores, que parece adecuado para mantener alejados de ella a los filisteos pequeños y cobardes. Se sentirán silenciosamente como seguidores, pero se negarán a confesar esto en público a través de la membresía.



656 Restricción de la admisión de socios

De este modo, sin embargo, la organización de una idea realmente revolucionaria sólo obtiene como miembros a los más activos de los adeptos, ganados por la propaganda. Pero es precisamente en esta actividad de pertenencia a un movimiento, garantizada por la selección natural, donde se encuentra la condición previa para una propagación ulterior igualmente activa del movimiento, así como para la lucha victoriosa por la realización de la idea.
El mayor peligro que puede amenazar a un movimiento es un aumento anormal del número de miembros debido a un éxito demasiado rápido. En efecto, así como todos los hombres cobardes y egoístas evitan un movimiento en la medida en que tiene que luchar encarnizadamente, tienen la costumbre de adquirir miembros con la misma rapidez si un gran éxito del partido se ha hecho probable o ya se ha producido como resultado del desarrollo.
Es por esta razón que muchos movimientos victoriosos, antes del éxito, o más bien antes de la finalización final de su volición, se atrasan repentinamente, por una debilidad interior inexplicable, cesan la lucha y finalmente se extinguen. Como resultado de su primera victoria, han entrado en su organización tantos elementos malos, indignos, pero sobre todo cobardes, que estos inferiores finalmente ganan la partida a los combativos, y ahora obligan al movimiento a ponerse al servicio de sus propios intereses, los reducen al nivel de su propio bajo heroísmo y no hacen nada para completar la victoria de la idea original. De este modo, se ha destruido el objetivo fanático, se ha paralizado la fuerza de combate o, como suele decir muy acertadamente el mundo burgués en este caso: "El agua ha entrado también en el vino". Y entonces, sin embargo, los árboles ya no pueden crecer hacia el cielo.
Por lo tanto, es muy necesario que un movimiento por puro instinto de conservación, tan pronto como el éxito se ponga de su parte, bloquee inmediatamente la admisión de miembros y continúe ampliando su organización solo con la mayor cautela y después del examen más completo.



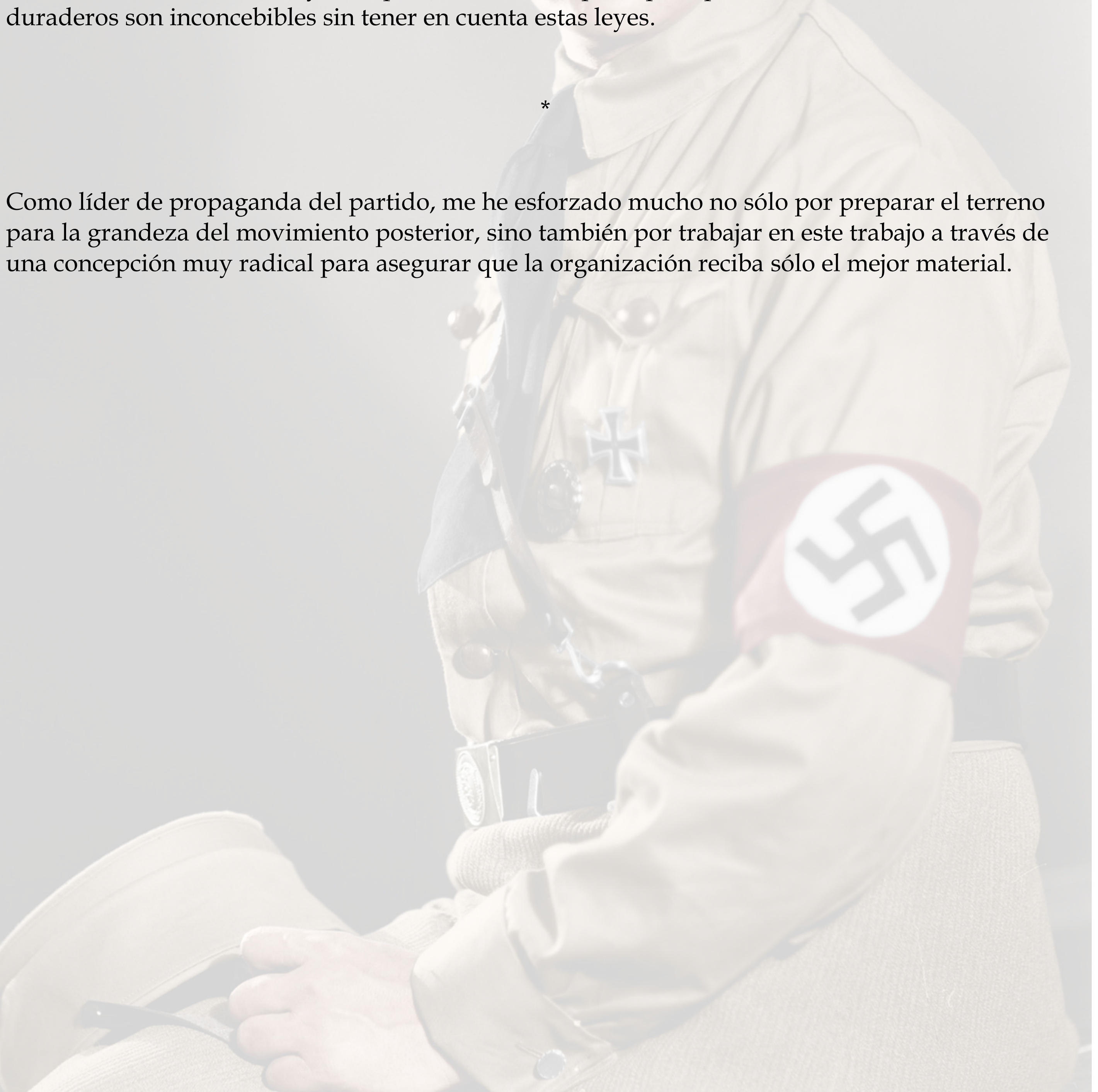
Solo así será capaz de mantener el núcleo del movimiento sin adulterar, fresco y sano. A continuación, debe procurar que este núcleo sea el único que dirija el movimiento, es decir, que determine la propaganda que ha de conducir a su reconocimiento general y, como detentador del poder, que lleve a cabo las acciones necesarias para la realización práctica de sus ideas.

Desde la línea básica del viejo movimiento, no sólo tiene que ocupar todos los puestos importantes del territorio conquistado, sino también formar toda la dirección. Y esto continuará hasta que los principios y enseñanzas anteriores del partido se hayan convertido en la base y el contenido del nuevo estado. Sólo entonces se le pueden dar lentamente las riendas a la constitución especial de este Estado, nacida de su espíritu. Pero, por lo general, esto sólo tiene lugar en la lucha mutua, ya que no se trata tanto de una cuestión de perspicacia humana como del juego y la acción de fuerzas que pueden reconocerse de antemano, pero que no pueden ser dirigidas para siempre.

Todos los grandes movimientos, ya sean religiosos o políticos, tienen que atribuir sus tremendos éxitos sólo al conocimiento y a la aplicación de estos principios, pero sobre todo todos los éxitos duraderos son inconcebibles sin tener en cuenta estas leyes.

*

Como líder de propaganda del partido, me he esforzado mucho no sólo por preparar el terreno para la grandeza del movimiento posterior, sino también por trabajar en este trabajo a través de una concepción muy radical para asegurar que la organización reciba sólo el mejor material.



658 Disuasión de los tibios

Cuanto más radical e incitadora era mi propaganda, más repelía a los débiles y a las naturalezas tímidas e impedía su penetración en el primer núcleo de nuestra organización. Es posible que siguieran siendo partidarios, pero ciertamente no con un fuerte énfasis, sino con un ansioso ocultamiento de este hecho. Cuántos miles no me aseguraron en aquel momento que estaban en sí mismos de acuerdo con todo, pero que, sin embargo, no podían ser miembros bajo ninguna circunstancia. El movimiento sería tan radical que la pertenencia a él expondría al individuo a las quejas más serias, incluso a los peligros, de modo que no se debería culpar al ciudadano respetable y pacífico por haberse hecho a un lado, al menos inicialmente, incluso si su corazón pertenecía completamente a la causa.

Y eso fue algo bueno.

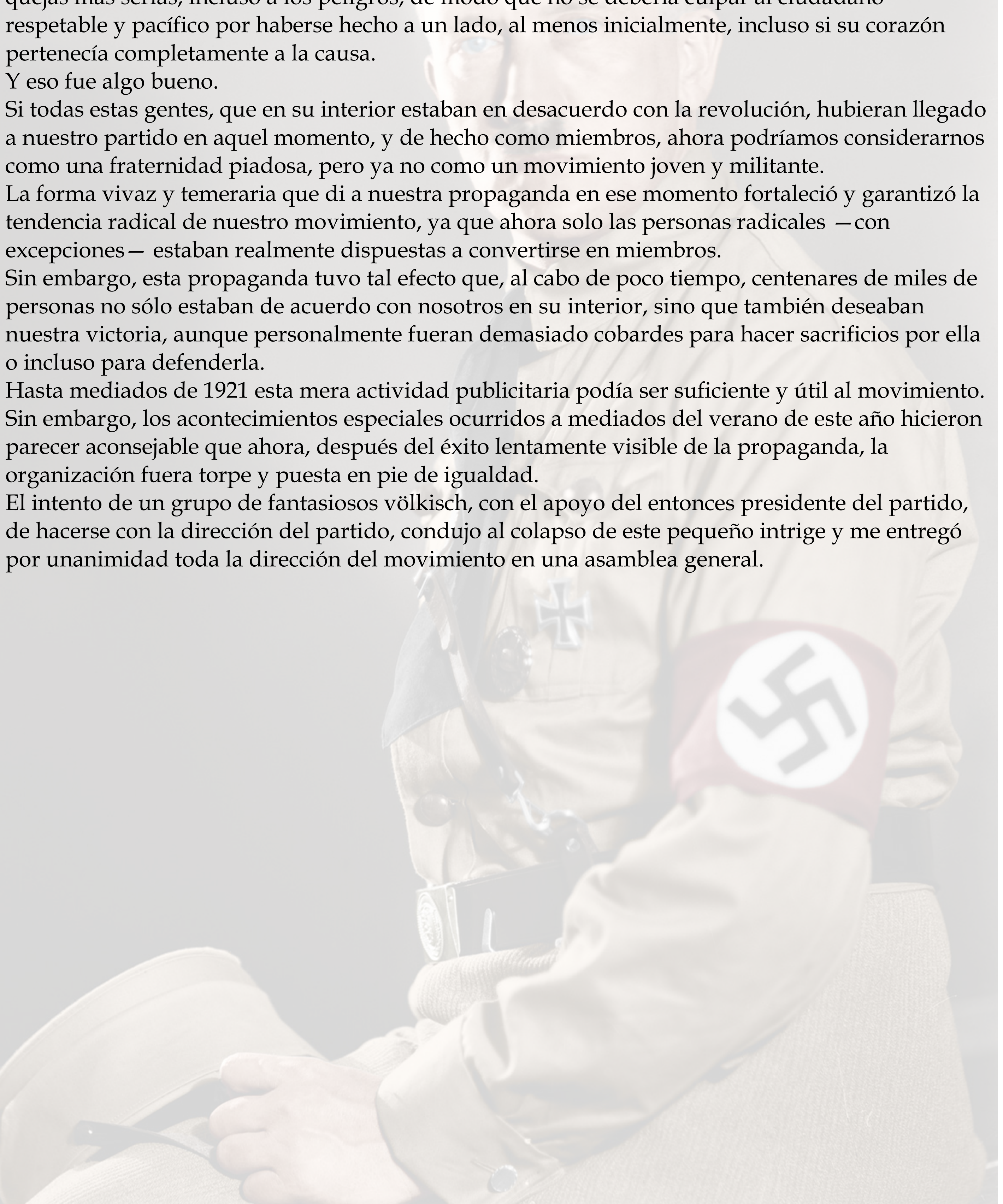
Si todas estas gentes, que en su interior estaban en desacuerdo con la revolución, hubieran llegado a nuestro partido en aquel momento, y de hecho como miembros, ahora podríamos considerarnos como una fraternidad piadosa, pero ya no como un movimiento joven y militante.

La forma vivaz y temeraria que di a nuestra propaganda en ese momento fortaleció y garantizó la tendencia radical de nuestro movimiento, ya que ahora solo las personas radicales —con excepciones— estaban realmente dispuestas a convertirse en miembros.

Sin embargo, esta propaganda tuvo tal efecto que, al cabo de poco tiempo, centenares de miles de personas no sólo estaban de acuerdo con nosotros en su interior, sino que también deseaban nuestra victoria, aunque personalmente fueran demasiado cobardes para hacer sacrificios por ella o incluso para defenderla.

Hasta mediados de 1921 esta mera actividad publicitaria podía ser suficiente y útil al movimiento. Sin embargo, los acontecimientos especiales ocurridos a mediados del verano de este año hicieron parecer aconsejable que ahora, después del éxito lentamente visible de la propaganda, la organización fuera torpe y puesta en pie de igualdad.

El intento de un grupo de fantasiosos völkisch, con el apoyo del entonces presidente del partido, de hacerse con la dirección del partido, condujo al colapso de este pequeño intrige y me entregó por unanimidad toda la dirección del movimiento en una asamblea general.



Reorganización del movimiento 659

Al mismo tiempo, se aprobó un nuevo estatuto que transfiere la plena responsabilidad al primer presidente del movimiento, suprime las resoluciones de principio sobre la exclusión e introduce en su lugar un sistema de división del trabajo, que desde entonces ha demostrado ser de la manera más beneficiosa.

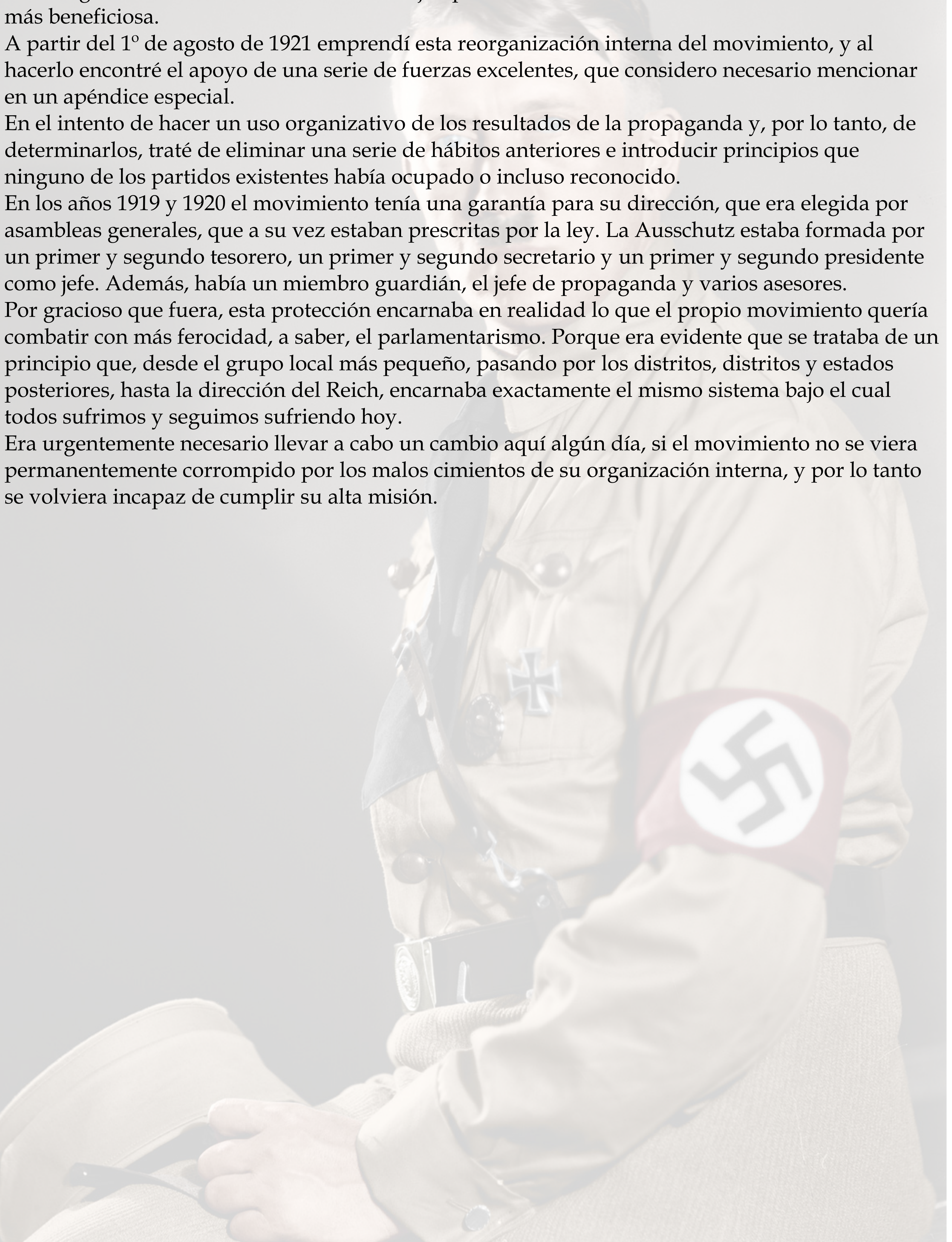
A partir del 1º de agosto de 1921 emprendí esta reorganización interna del movimiento, y al hacerlo encontré el apoyo de una serie de fuerzas excelentes, que considero necesario mencionar en un apéndice especial.

En el intento de hacer un uso organizativo de los resultados de la propaganda y, por lo tanto, de determinarlos, traté de eliminar una serie de hábitos anteriores e introducir principios que ninguno de los partidos existentes había ocupado o incluso reconocido.

En los años 1919 y 1920 el movimiento tenía una garantía para su dirección, que era elegida por asambleas generales, que a su vez estaban prescritas por la ley. La Ausschutz estaba formada por un primer y segundo tesorero, un primer y segundo secretario y un primer y segundo presidente como jefe. Además, había un miembro guardián, el jefe de propaganda y varios asesores.

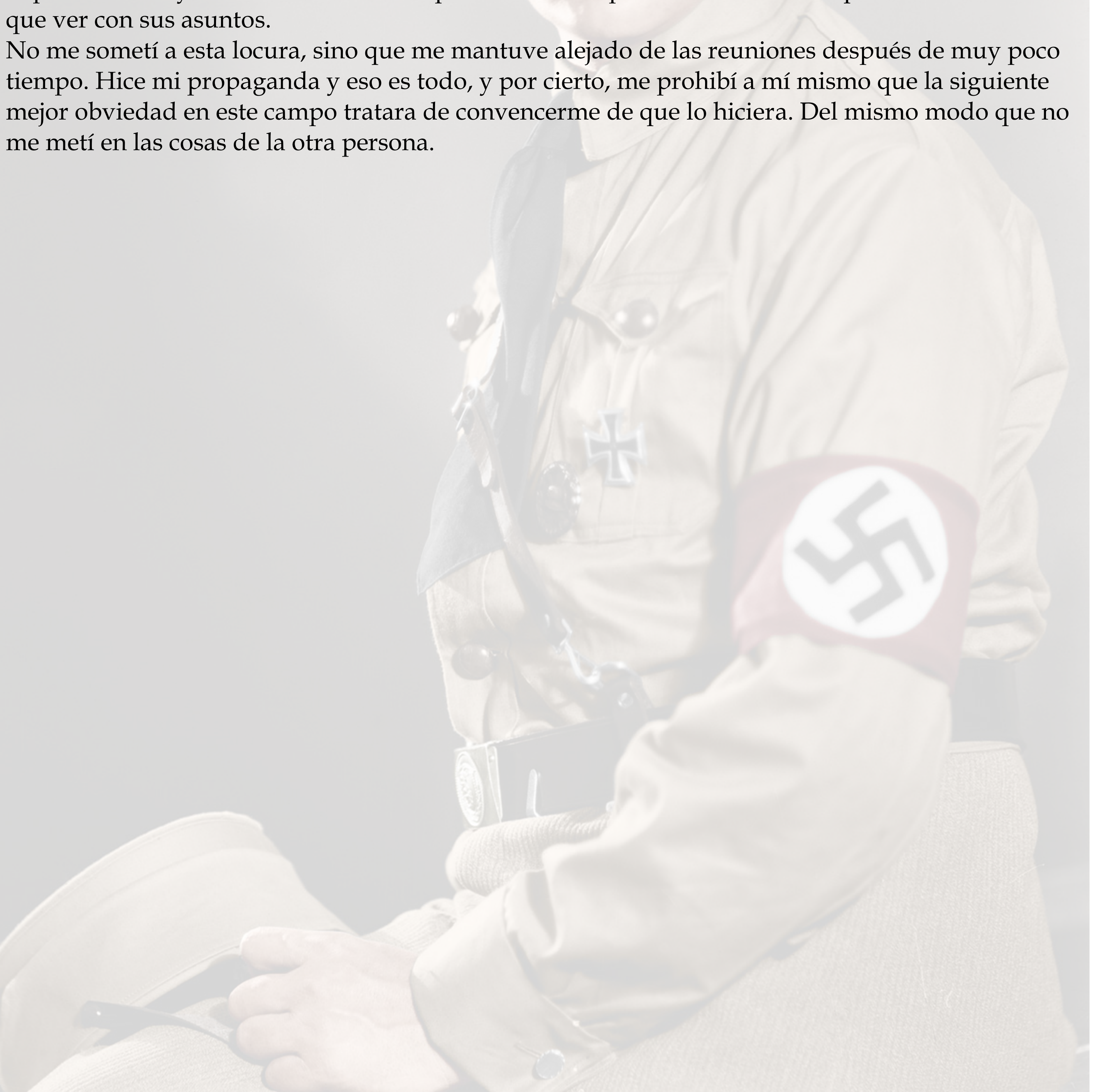
Por gracioso que fuera, esta protección encarnaba en realidad lo que el propio movimiento quería combatir con más ferocidad, a saber, el parlamentarismo. Porque era evidente que se trataba de un principio que, desde el grupo local más pequeño, pasando por los distritos, distritos y estados posteriores, hasta la dirección del Reich, encarnaba exactamente el mismo sistema bajo el cual todos sufrimos y seguimos sufriendo hoy.

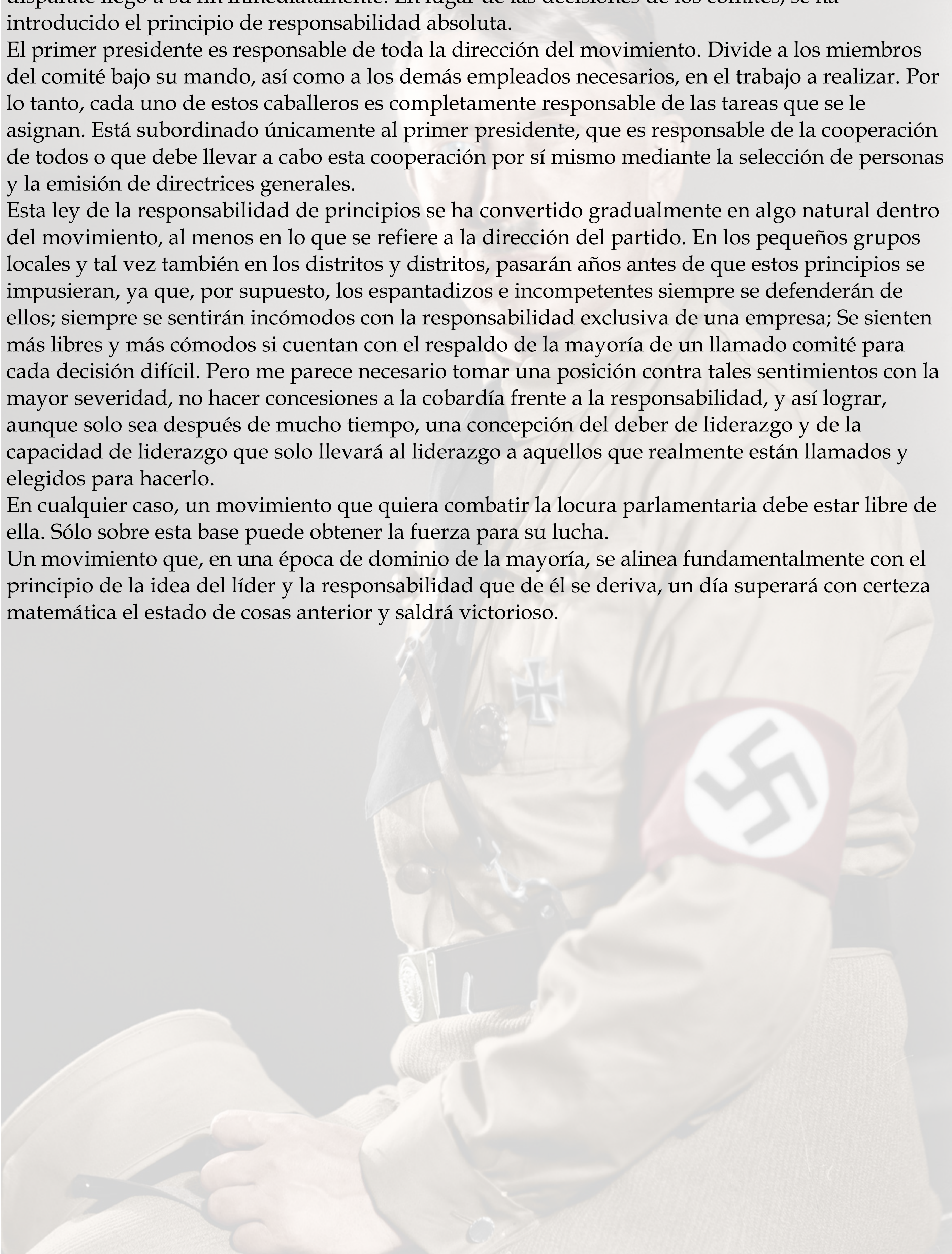
Era urgentemente necesario llevar a cabo un cambio aquí algún día, si el movimiento no se viera permanentemente corrompido por los malos cimientos de su organización interna, y por lo tanto se volviera incapaz de cumplir su alta misión.



660 Abolición del "parlamentarismo"

Las reuniones de las comisiones, de las que se llevaban actas y en las que se votaban y se tomaban decisiones por mayoría, eran en realidad un parlamento en miniatura. Aquí, también, hubo una falta de responsabilidad personal y rendición de cuentas. También aquí reinaba el mismo absurdo y la misma irracionalidad que en nuestros grandes órganos representativos del Estado.
Nombraron secretarios para este comité, hombres para la tesorería, hombres para los miembros de la organización, hombres para la propaganda y para Dios sabe qué más, pero luego se les permitió a todos tomar una posición sobre cada cuestión individual y decidir por votación. Así que el hombre que estaba allí para la propaganda votó sobre un asunto que concernía al hombre de finanzas, y él a su vez votó sobre un asunto que concernía a la organización, y la organización votó sobre un asunto que debería haber concernido solo a los secretarios, y así sucesivamente.
Pero por qué sólo se nombraba a un hombre especial para la propaganda cuando los cajeros, los empleados, los miembros, etc., tenían que juzgar estas cuestiones, parece tan incomprensible para un cerebro sano como lo sería si en una gran fábrica los directores o diseñadores de otros departamentos y otras ramas tuvieran que decidir siempre sobre cuestiones que no tenían nada que ver con sus asuntos.
No me sometí a esta locura, sino que me mantuve alejado de las reuniones después de muy poco tiempo. Hice mi propaganda y eso es todo, y por cierto, me prohibí a mí mismo que la siguiente mejor obviedad en este campo tratara de convencerme de que lo hiciera. Del mismo modo que no me metí en las cosas de la otra persona.





Responsabilidad del guía 661

Puesto que la aceptación de los nuevos estatutos y mi nombramiento para el cargo de primer presidente me habían dado entretanto la autoridad necesaria y el derecho correspondiente, este disparate llegó a su fin inmediatamente. En lugar de las decisiones de los comités, se ha introducido el principio de responsabilidad absoluta.

El primer presidente es responsable de toda la dirección del movimiento. Divide a los miembros del comité bajo su mando, así como a los demás empleados necesarios, en el trabajo a realizar. Por lo tanto, cada uno de estos caballeros es completamente responsable de las tareas que se le asignan. Está subordinado únicamente al primer presidente, que es responsable de la cooperación de todos o que debe llevar a cabo esta cooperación por sí mismo mediante la selección de personas y la emisión de directrices generales.

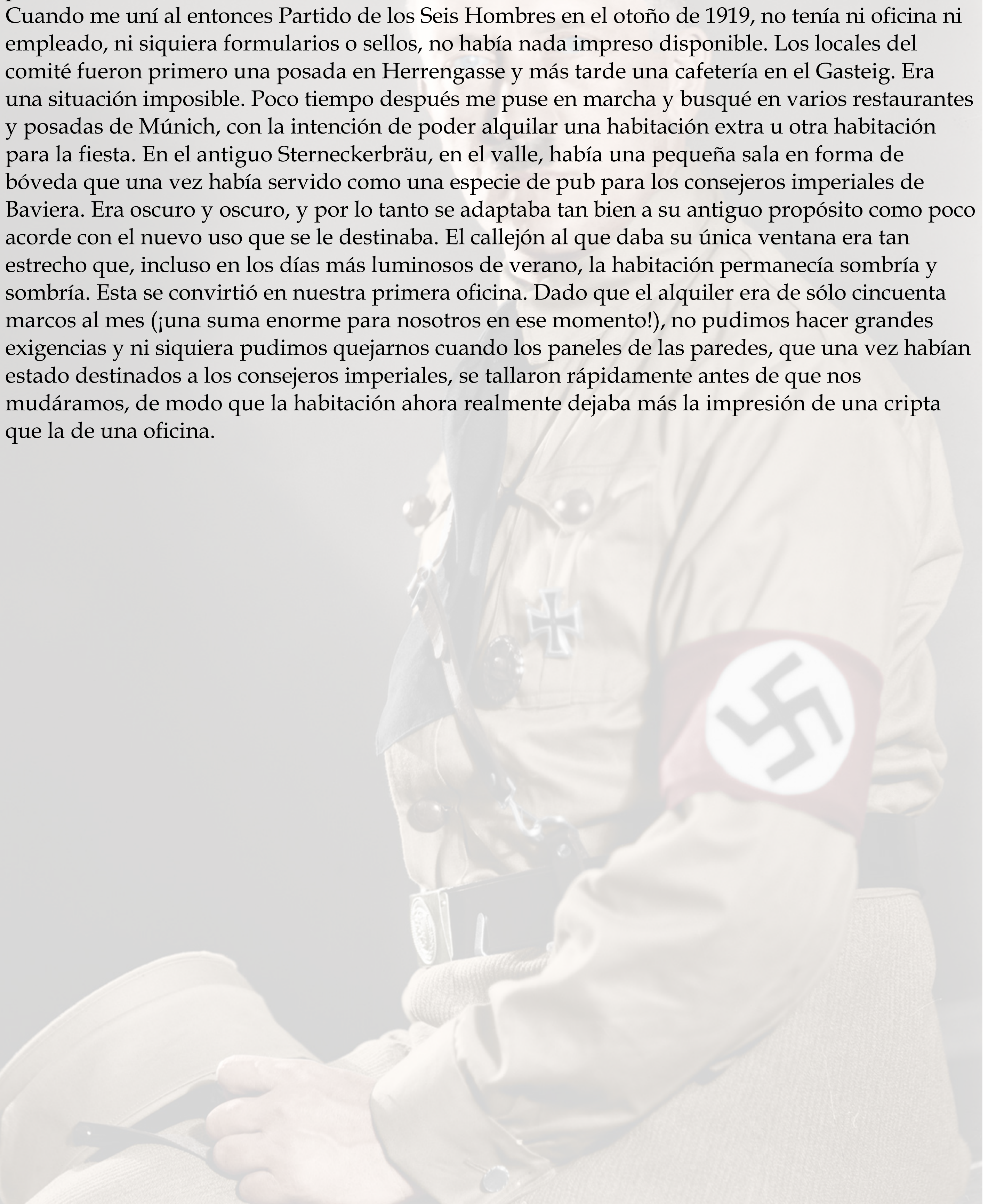
Esta ley de la responsabilidad de principios se ha convertido gradualmente en algo natural dentro del movimiento, al menos en lo que se refiere a la dirección del partido. En los pequeños grupos locales y tal vez también en los distritos y distritos, pasarán años antes de que estos principios se impusieran, ya que, por supuesto, los espantadizos e incompetentes siempre se defenderán de ellos; siempre se sentirán incómodos con la responsabilidad exclusiva de una empresa; Se sienten más libres y más cómodos si cuentan con el respaldo de la mayoría de un llamado comité para cada decisión difícil. Pero me parece necesario tomar una posición contra tales sentimientos con la mayor severidad, no hacer concesiones a la cobardía frente a la responsabilidad, y así lograr, aunque solo sea después de mucho tiempo, una concepción del deber de liderazgo y de la capacidad de liderazgo que solo llevará al liderazgo a aquellos que realmente están llamados y elegidos para hacerlo.

En cualquier caso, un movimiento que quiera combatir la locura parlamentaria debe estar libre de ella. Sólo sobre esta base puede obtener la fuerza para su lucha.

Un movimiento que, en una época de dominio de la mayoría, se alinea fundamentalmente con el principio de la idea del líder y la responsabilidad que de él se deriva, un día superará con certeza matemática el estado de cosas anterior y saldrá victorioso.

Esta idea llevó a una reorganización completa del movimiento dentro de ella. Y en su consecuencia lógica también a una separación muy tajante de las empresas comerciales del movimiento de la dirección política general. En principio, la idea de la responsabilidad se extendió también a toda la empresa del partido y ahora conducía inevitablemente a su recuperación en la misma medida en que se les liberaba de las influencias políticas y se adaptaba a puntos de vista puramente económicos.

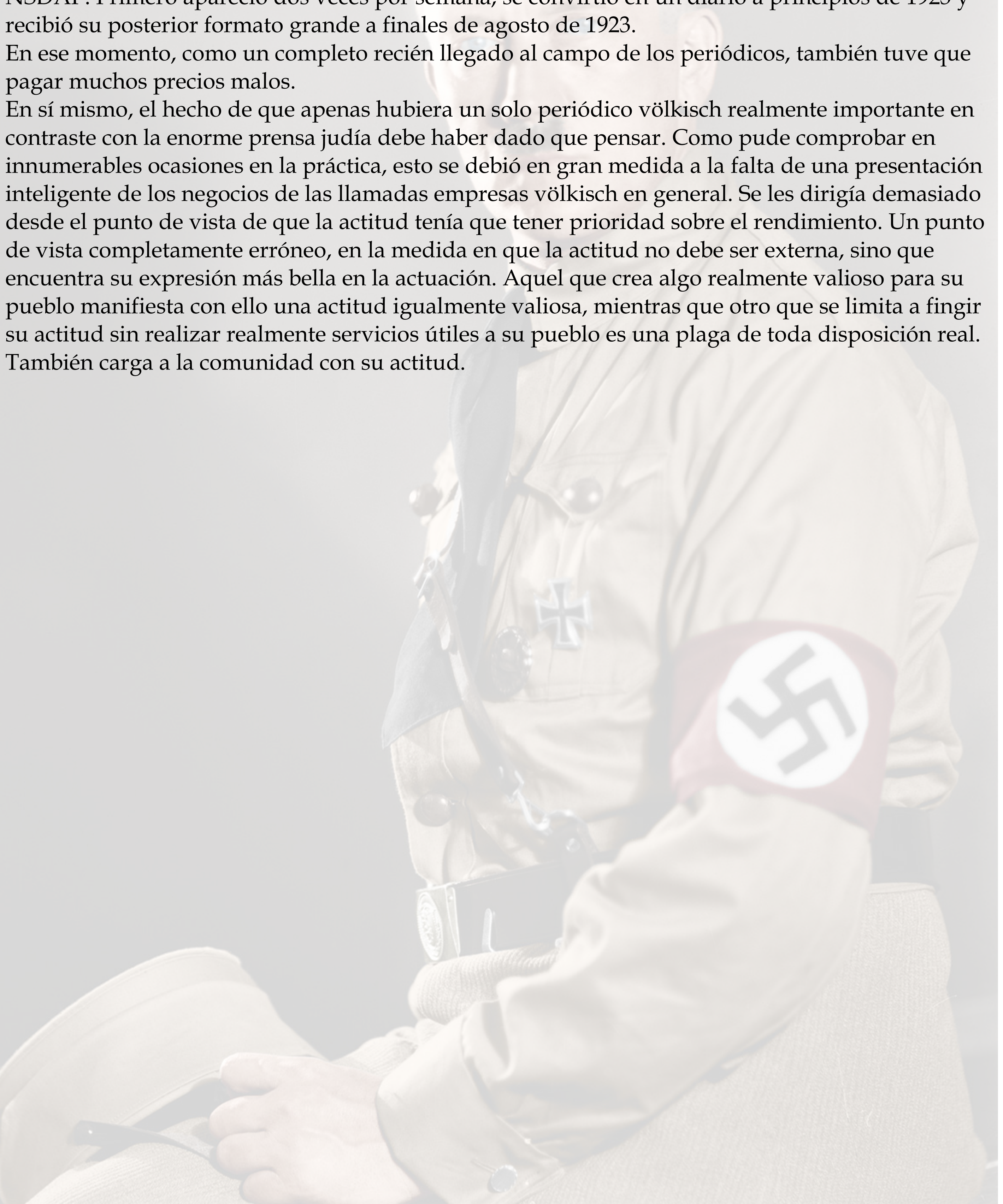
Cuando me uní al entonces Partido de los Seis Hombres en el otoño de 1919, no tenía ni oficina ni empleado, ni siquiera formularios o sellos, no había nada impreso disponible. Los locales del comité fueron primero una posada en Herrengasse y más tarde una cafetería en el Gasteig. Era una situación imposible. Poco tiempo después me puse en marcha y busqué en varios restaurantes y posadas de Múnich, con la intención de poder alquilar una habitación extra u otra habitación para la fiesta. En el antiguo Sterneckerbräu, en el valle, había una pequeña sala en forma de bóveda que una vez había servido como una especie de pub para los consejeros imperiales de Baviera. Era oscuro y oscuro, y por lo tanto se adaptaba tan bien a su antiguo propósito como poco acorde con el nuevo uso que se le destinaba. El callejón al que daba su única ventana era tan estrecho que, incluso en los días más luminosos de verano, la habitación permanecía sombría y sombría. Esta se convirtió en nuestra primera oficina. Dado que el alquiler era de sólo cincuenta marcos al mes (¡una suma enorme para nosotros en ese momento!), no pudimos hacer grandes exigencias y ni siquiera pudimos quejarnos cuando los paneles de las paredes, que una vez habían estado destinados a los consejeros imperiales, se tallaron rápidamente antes de que nos mudáramos, de modo que la habitación ahora realmente dejaba más la impresión de una cripta que la de una oficina.



Y, sin embargo, esto ya era un tremendo paso adelante. Poco a poco recibimos luz eléctrica, y aún más lentamente un teléfono; entró una mesa con algunas sillas prestadas, finalmente un estante abierto, y un poco más tarde un armario; Dos credenzas, que pertenecían al posadero, debían servirse para guardar folletos, carteles, etc.
La operación anterior, es decir, la dirección del movimiento a través de una reunión del comité que se celebraba una vez por semana, era insostenible a largo plazo. Solo un funcionario pagado por el movimiento podía garantizar la continuidad de las operaciones comerciales.
Eso era muy difícil en ese momento. El movimiento todavía tenía tan pocos miembros que era un arte encontrar entre ellos a un hombre adecuado que pudiera satisfacer las múltiples demandas del movimiento con las más mínimas demandas para su propia persona.
En un soldado, un antiguo camarada mío, Schübler, se encontró al primer director general del partido después de una larga búsqueda. Venía a nuestra nueva oficina todos los días entre las seis y las ocho, más tarde entre las cinco y las ocho, y finalmente todas las tardes, y poco tiempo después fue asumido en su totalidad y ahora desempeñaba su deber desde la mañana hasta altas horas de la noche. Era un hombre tan laborioso como honesto, fundamentalmente honesto, que personalmente se esforzaba y que era especialmente leal al movimiento mismo. Schuessler trajo consigo una pequeña máquina de escribir Adler, que era de su propiedad. Fue el primer instrumento de este tipo al servicio de nuestro movimiento. Más tarde fue adquirida por el partido en cuotas. Una pequeña caja fuerte parecía ser necesaria para proteger la biblioteca de tarjetas y los libros de membresía de los dedos de los ladrones. Por lo tanto, la compra no se hizo para depositar los grandes fondos que hubiéramos tenido en ese momento. Por el contrario, todo era infinitamente pobre, y a menudo aumentaba mis pequeños ahorros.



Un año y medio más tarde, la oficina era demasiado pequeña y la empresa se trasladó a las nuevas instalaciones de la Corneliusstraße. De nuevo fue una posada a la que nos mudamos, pero ahora ya no teníamos una sola habitación, sino ya tres habitaciones y un gran mostrador. En ese momento, eso nos pareció mucho. Estuvimos aquí hasta noviembre de 1923.
En diciembre de 1920, se adquirió el "Völkischer Beobachter". Este último, que, según su propio nombre, defendía generalmente los intereses de Völkisch, iba a convertirse ahora en el órgano del NSDAP. Primero apareció dos veces por semana, se convirtió en un diario a principios de 1923 y recibió su posterior formato grande a finales de agosto de 1923.
En ese momento, como un completo recién llegado al campo de los periódicos, también tuve que pagar muchos precios malos.
En sí mismo, el hecho de que apenas hubiera un solo periódico völkisch realmente importante en contraste con la enorme prensa judía debe haber dado que pensar. Como pude comprobar en innumerables ocasiones en la práctica, esto se debió en gran medida a la falta de una presentación inteligente de los negocios de las llamadas empresas völkisch en general. Se les dirigía demasiado desde el punto de vista de que la actitud tenía que tener prioridad sobre el rendimiento. Un punto de vista completamente erróneo, en la medida en que la actitud no debe ser externa, sino que encuentra su expresión más bella en la actuación. Aquel que crea algo realmente valioso para su pueblo manifiesta con ello una actitud igualmente valiosa, mientras que otro que se limita a fingir su actitud sin realizar realmente servicios útiles a su pueblo es una plaga de toda disposición real. También carga a la comunidad con su actitud.



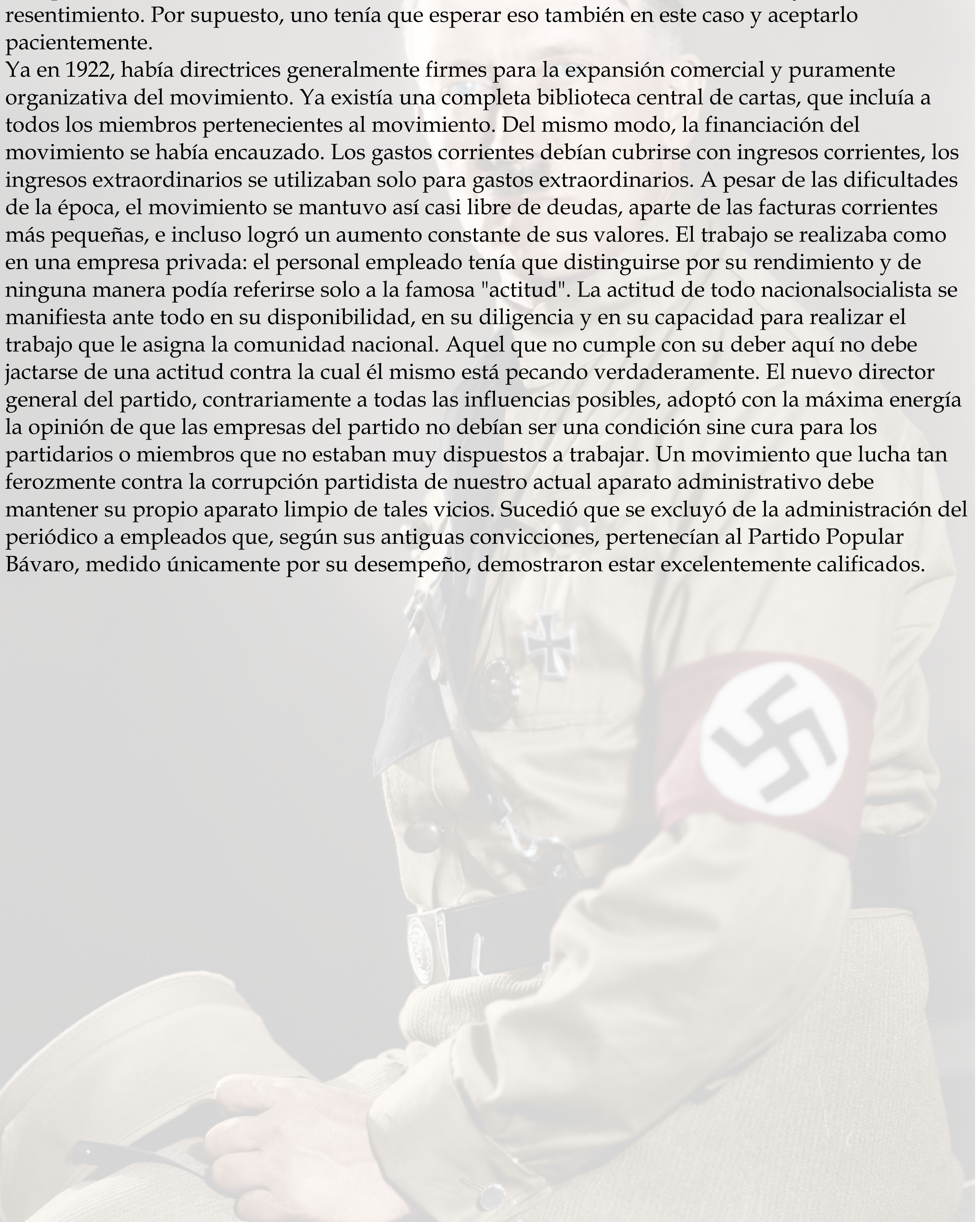
El "Völkischer Beobachter" era también, como su nombre indica, un órgano llamado "völkisch" con todas las ventajas e incluso más errores y debilidades que se aferraban a las instituciones völkisch. A pesar de lo honorable que era su contenido, la gestión de la empresa era comercialmente imposible. Él también era de la opinión de que los periódicos nacionalistas deberían ser mantenidos por donaciones nacionalistas, en lugar de tener que afirmarse en competencia con los demás, y que es una indecencia tratar de encubrir la negligencia o los errores de la gestión comercial de la empresa con donaciones de patriotas bien intencionados.
En cualquier caso, me he esforzado por eliminar este estado de cosas, que pronto reconocí en su precariedad, y la fortuna me ayudó en la medida en que me permitió conocer al hombre que desde entonces ha hecho un trabajo infinitamente meritorio para el movimiento, no sólo como director comercial del periódico, sino también como director general del partido. En 1914, es decir, en el campo de batalla, conocí (en ese momento todavía como mi superior) al actual director general del partido, Max Amann. Durante los cuatro años de la guerra tuve la oportunidad de observar casi constantemente la extraordinaria habilidad, la diligencia y la escrupulosa escrupulosidad de mi futuro colaborador.
A mediados del verano de 1921, cuando el movimiento se encontraba en una grave crisis y yo ya no podía estar satisfecho con una serie de empleados, y había tenido la experiencia más amarga con uno de ellos, me dirigí a mi antiguo camarada de regimiento, a quien la casualidad me trajo un día, con la petición de que se convirtiera ahora en el líder del movimiento. Después de una larga vacilación —Amann se encontraba en una posición prometedora—, finalmente aceptó, pero con la condición expresa de que nunca tendría que dar un alguacil para ningún comité incompetente, sino que reconocería solo a un caballero.



666 Construyendo el Movimiento

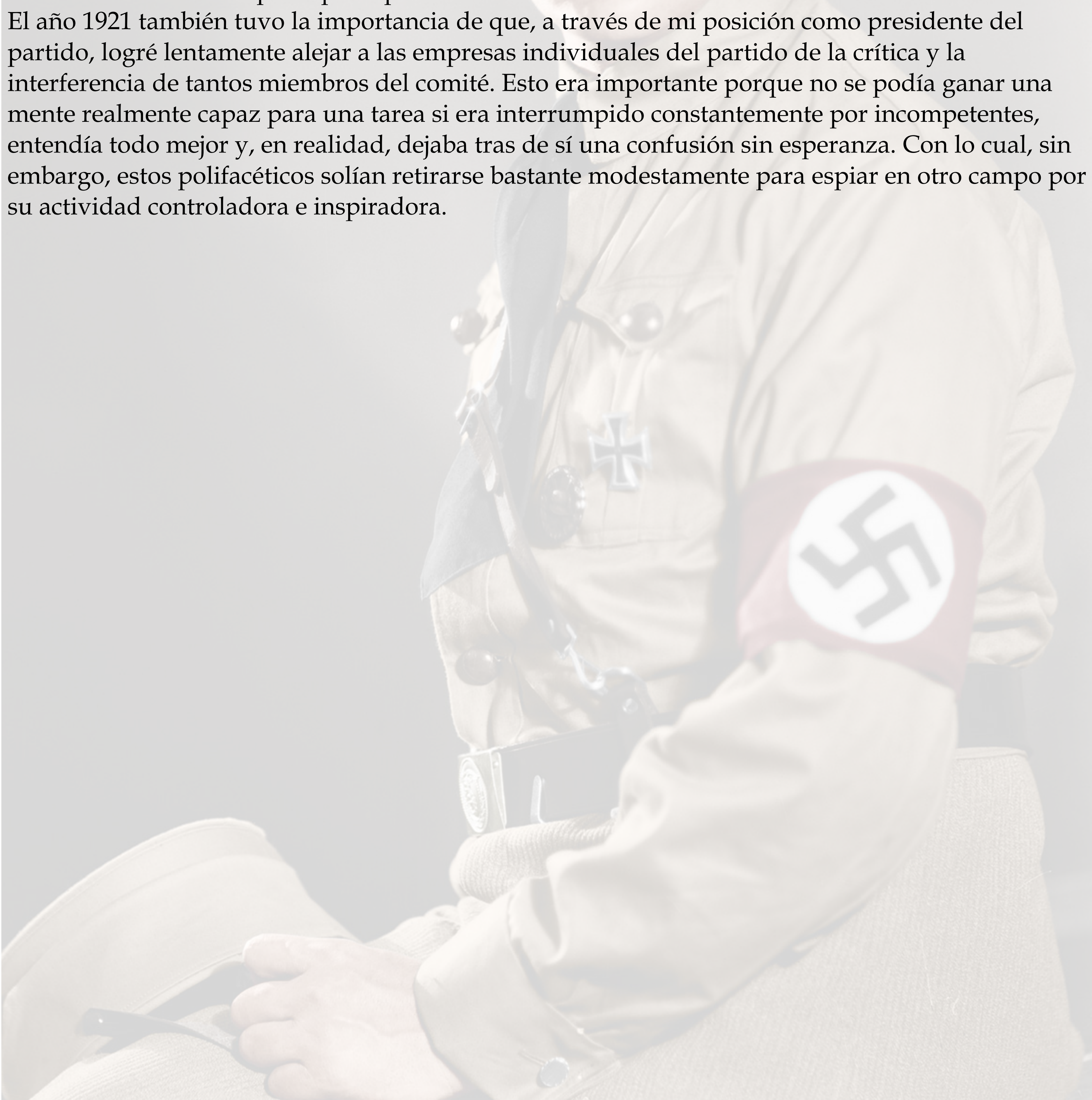
El mérito indeleble de este primer director general del movimiento, que recibió una formación realmente completa en materia de negocios, es el haber puesto orden y limpieza en las empresas del Partido. Han seguido siendo ejemplares desde entonces y no han podido ser igualados, y mucho menos superados, por ninguna de las subdivisiones del movimiento. Sin embargo, como siempre en la vida, la eficiencia sobresaliente es a menudo la causa de la envidia y el resentimiento. Por supuesto, uno tenía que esperar eso también en este caso y aceptarlo pacientemente.

Ya en 1922, había directrices generalmente firmes para la expansión comercial y puramente organizativa del movimiento. Ya existía una completa biblioteca central de cartas, que incluía a todos los miembros pertenecientes al movimiento. Del mismo modo, la financiación del movimiento se había encauzado. Los gastos corrientes debían cubrirse con ingresos corrientes, los ingresos extraordinarios se utilizaban solo para gastos extraordinarios. A pesar de las dificultades de la época, el movimiento se mantuvo así casi libre de deudas, aparte de las facturas corrientes más pequeñas, e incluso logró un aumento constante de sus valores. El trabajo se realizaba como en una empresa privada: el personal empleado tenía que distinguirse por su rendimiento y de ninguna manera podía referirse solo a la famosa "actitud". La actitud de todo nacionalsocialista se manifiesta ante todo en su disponibilidad, en su diligencia y en su capacidad para realizar el trabajo que le asigna la comunidad nacional. Aquel que no cumple con su deber aquí no debe jactarse de una actitud contra la cual él mismo está pecando verdaderamente. El nuevo director general del partido, contrariamente a todas las influencias posibles, adoptó con la máxima energía la opinión de que las empresas del partido no debían ser una condición sine cura para los partidarios o miembros que no estaban muy dispuestos a trabajar. Un movimiento que lucha tan ferozmente contra la corrupción partidista de nuestro actual aparato administrativo debe mantener su propio aparato limpio de tales vicios. Sucedió que se excluyó de la administración del periódico a empleados que, según sus antiguas convicciones, pertenecían al Partido Popular Bávaro, medido únicamente por su desempeño, demostraron estar excelentemente calificados.



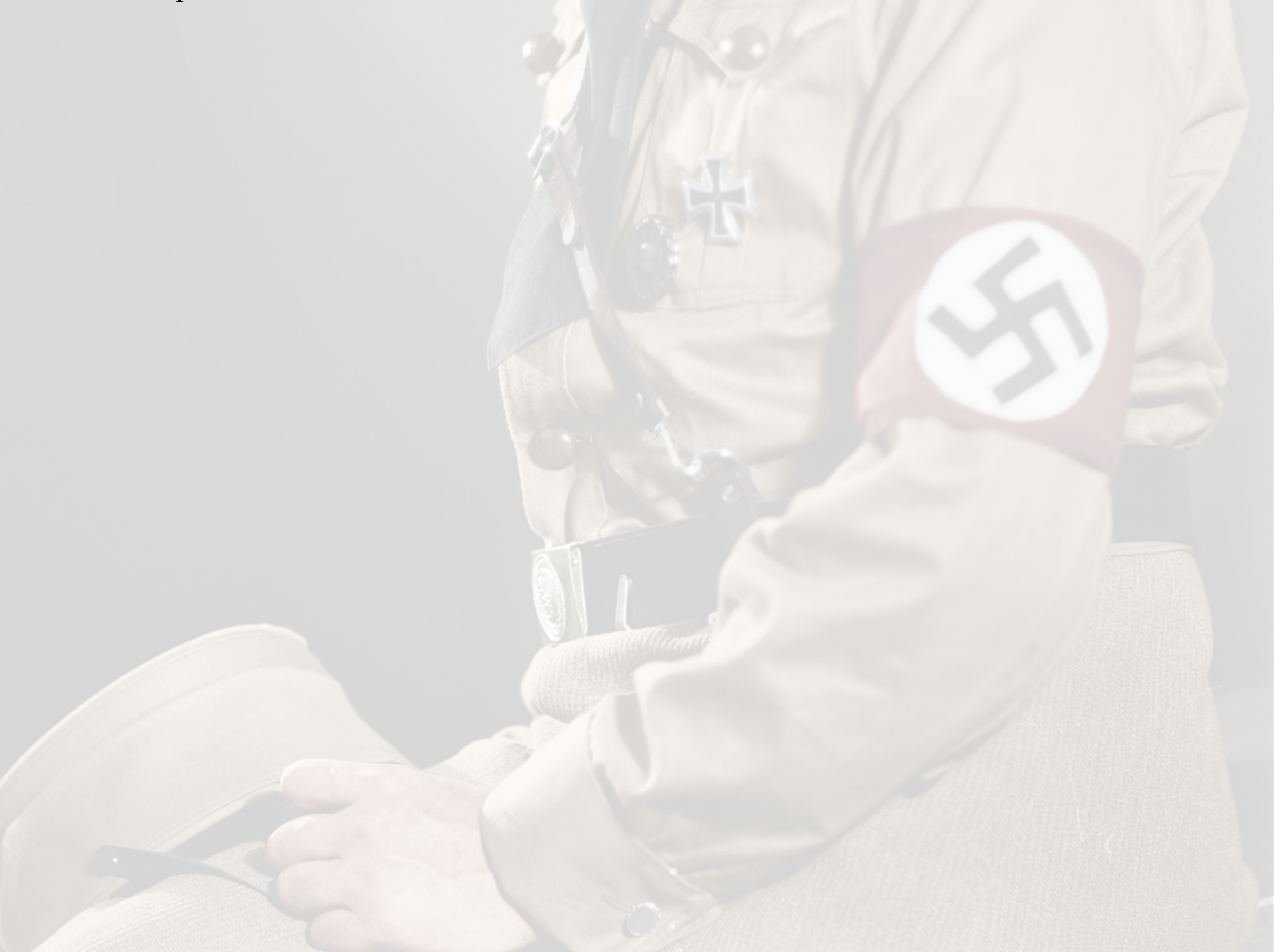
El resultado de este experimento fue en general excelente. Es precisamente a través de este reconocimiento honesto y abierto de la realización real del individuo que el movimiento ha conquistado los corazones de estos empleados más rápida y completamente de lo que habría sido el caso. Más tarde se convirtieron en buenos nacionalsocialistas y lo siguieron siendo, no sólo en sus bocas, sino que lo atestiguaron con el trabajo concienzudo, ordenado y honesto que realizaron al servicio del nuevo movimiento. Es evidente que se prefería al camarada de partido bien calificado que al camarada sin partido, al que se dirigía igual de bien. Pero nadie recibió un trabajo solo por su afiliación partidista. La decisión con la que el nuevo director general representó estos principios y los hizo cumplir gradualmente, a pesar de todas las resistencias, fue más tarde de gran beneficio para el movimiento. Sólo así fue posible que en el difícil período inflacionista, en el que decenas de miles de empresas quebraron y miles de periódicos tuvieron que cerrar, la dirección del movimiento no sólo se detuviera y pudiera cumplir sus tareas, sino que el "Völkischer Beobachter" experimentara una expansión cada vez mayor. En ese momento se había unido a las filas de los principales periódicos.

El año 1921 también tuvo la importancia de que, a través de mi posición como presidente del partido, logré lentamente alejar a las empresas individuales del partido de la crítica y la interferencia de tantos miembros del comité. Esto era importante porque no se podía ganar una mente realmente capaz para una tarea si era interrumpido constantemente por incompetentes, entendía todo mejor y, en realidad, dejaba tras de sí una confusión sin esperanza. Con lo cual, sin embargo, estos polifacéticos solían retirarse bastante modestamente para espiar en otro campo por su actividad controladora e inspiradora.



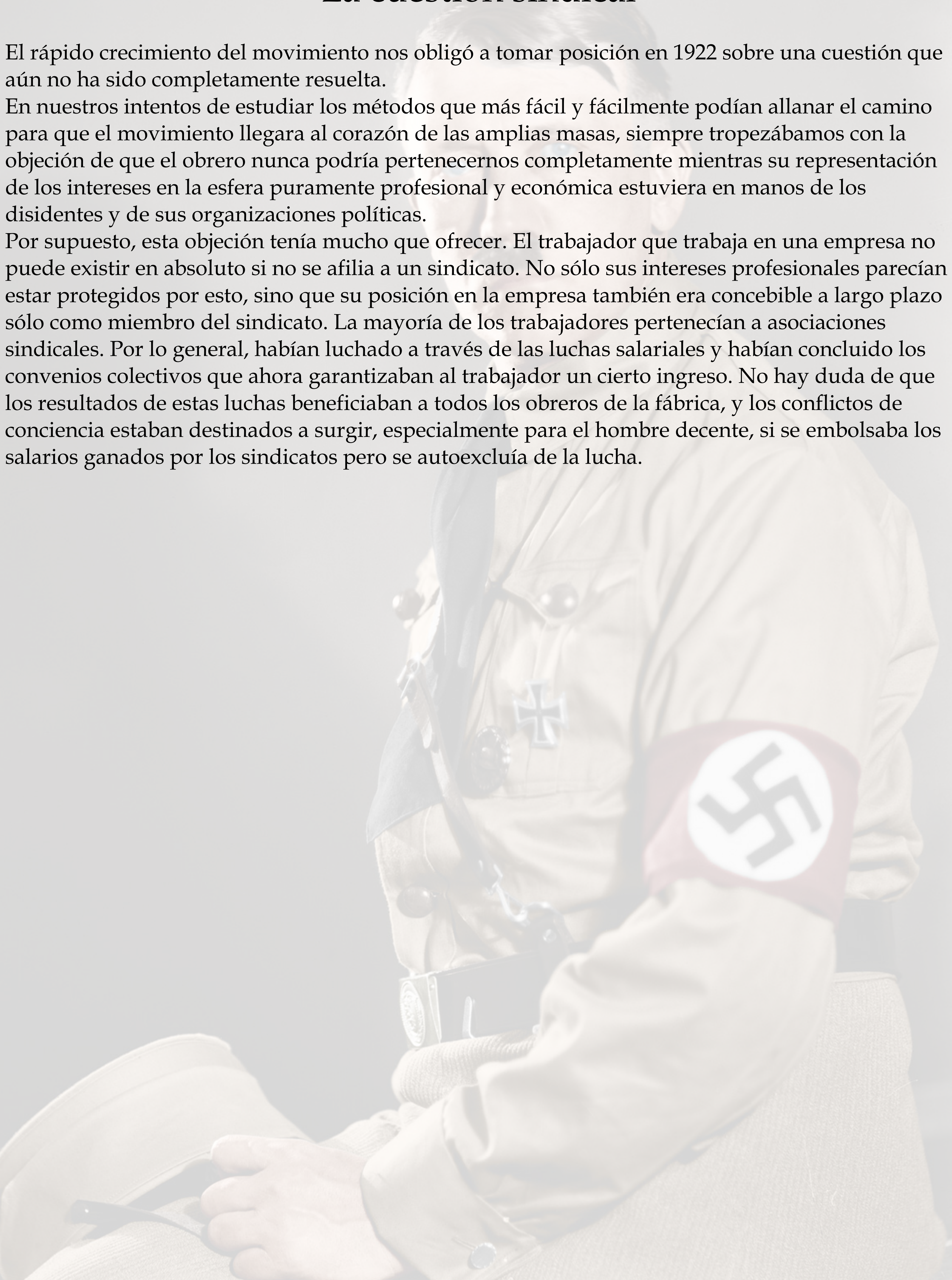
668 Construyendo el Movimiento

Había personas que estaban obsesionadas con una enfermedad formal de encontrar algo detrás de todo y de todos, y que estaban en una especie de embarazo permanente de excelentes planes, pensamientos, proyectos, métodos. Su objetivo más ideal y supremo solía ser la formación de un comité que, como órgano de control, debía olfatear con pericia el trabajo ordenado de los demás. Pero cuán insultante y cuán antinacionalsocialista es que personas que no entienden un asunto hablen constantemente con los verdaderos expertos, probablemente no se les ocurrió a algunos de estos comités. En cualquier caso, he considerado mi deber en estos años proteger a todas las fuerzas del movimiento que trabajan correctamente y están cargadas de responsabilidad, para proporcionarles el apoyo necesario y el libre campo de trabajo hacia adelante.
El mejor medio de hacer inofensivos a esos comités, que no hacían nada o sólo inventaban decisiones prácticamente impracticables, era asignarles algún trabajo real. Era ridículo la forma silenciosa en que un club así se evaporaba y de repente se volvía completamente imposible de rastrear. Estaba pensando en nuestra mayor institución de este tipo, el Reichstag. De repente, todos se evaporarían si solo se les asignara trabajo real en lugar de hablar; y, en efecto, un trabajo que cada uno de estos escuadrones tendría que realizar bajo la responsabilidad más personal. Incluso entonces, siempre exigí que, como en todas partes en la vida privada, también en el movimiento, fuera necesario buscar a las empresas individuales hasta encontrar al funcionario, administrador o líder obviamente capaz y honesto. Sin embargo, a este último se le daría entonces una autoridad incondicional y libertad de acción hacia abajo, con una responsabilidad completa que se cargaría hacia arriba, de modo que no se diera autoridad a nadie sobre sus subordinados que no fuera él mismo un mejor experto en el trabajo en cuestión. En el transcurso de dos años he afirmado mi punto de vista cada vez más, y hoy ya es una cuestión de rutina en el movimiento, al menos en lo que se refiere a la alta dirección.



El éxito visible de esta actitud, sin embargo, se hizo evidente el 9 de noviembre de 1923: cuando me uní al movimiento cuatro años antes, no había ni siquiera un sello. El 9 de noviembre de 1923 se produjo la disolución del partido y la confiscación de sus bienes. Esto, incluyendo todos los objetos de valor y el periódico, ascendía ya a más de ciento setenta mil Goldmarks.

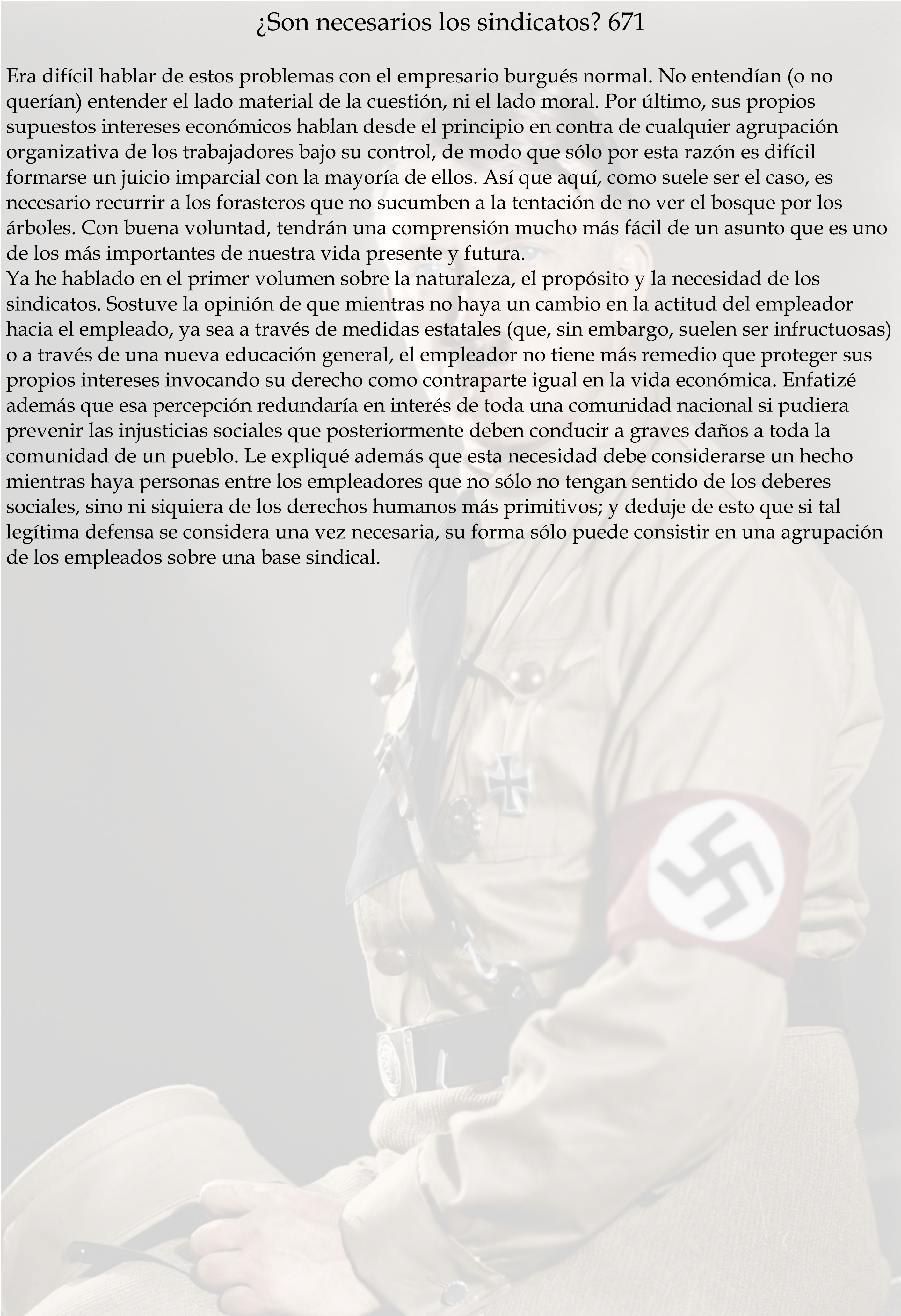




12 kapitel

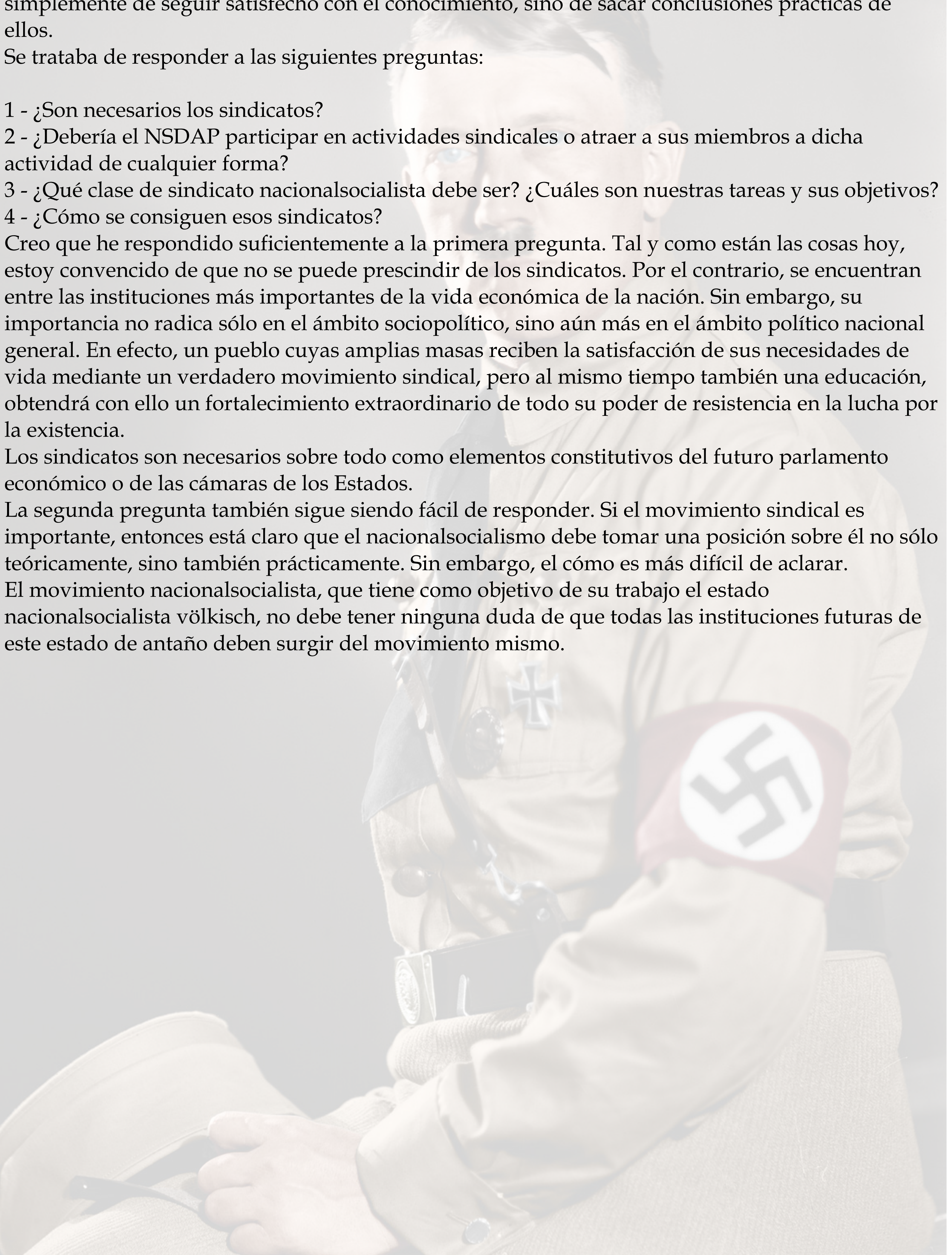
La cuestión sindical

El rápido crecimiento del movimiento nos obligó a tomar posición en 1922 sobre una cuestión que aún no ha sido completamente resuelta.
En nuestros intentos de estudiar los métodos que más fácil y fácilmente podían allanar el camino para que el movimiento llegara al corazón de las amplias masas, siempre tropezábamos con la objeción de que el obrero nunca podría pertenecernos completamente mientras su representación de los intereses en la esfera puramente profesional y económica estuviera en manos de los disidentes y de sus organizaciones políticas.
Por supuesto, esta objeción tenía mucho que ofrecer. El trabajador que trabaja en una empresa no puede existir en absoluto si no se afilia a un sindicato. No sólo sus intereses profesionales parecían estar protegidos por esto, sino que su posición en la empresa también era concebible a largo plazo sólo como miembro del sindicato. La mayoría de los trabajadores pertenecían a asociaciones sindicales. Por lo general, habían luchado a través de las luchas salariales y habían concluido los convenios colectivos que ahora garantizaban al trabajador un cierto ingreso. No hay duda de que los resultados de estas luchas beneficiaban a todos los obreros de la fábrica, y los conflictos de conciencia estaban destinados a surgir, especialmente para el hombre decente, si se embolsaba los salarios ganados por los sindicatos pero se autoexcluía de la lucha.



Era difícil hablar de estos problemas con el empresario burgués normal. No entendían (o no querían) entender el lado material de la cuestión, ni el lado moral. Por último, sus propios supuestos intereses económicos hablan desde el principio en contra de cualquier agrupación organizativa de los trabajadores bajo su control, de modo que sólo por esta razón es difícil formarse un juicio imparcial con la mayoría de ellos. Así que aquí, como suele ser el caso, es necesario recurrir a los forasteros que no sucumben a la tentación de no ver el bosque por los árboles. Con buena voluntad, tendrán una comprensión mucho más fácil de un asunto que es uno de los más importantes de nuestra vida presente y futura.

Ya he hablado en el primer volumen sobre la naturaleza, el propósito y la necesidad de los sindicatos. Sostuve la opinión de que mientras no haya un cambio en la actitud del empleador hacia el empleado, ya sea a través de medidas estatales (que, sin embargo, suelen ser infructuosas) o a través de una nueva educación general, el empleador no tiene más remedio que proteger sus propios intereses invocando su derecho como contraparte igual en la vida económica. Enfatizé además que esa percepción redundaría en interés de toda una comunidad nacional si pudiera prevenir las injusticias sociales que posteriormente deben conducir a graves daños a toda la comunidad de un pueblo. Le expliqué además que esta necesidad debe considerarse un hecho mientras haya personas entre los empleadores que no sólo no tengan sentido de los deberes sociales, sino ni siquiera de los derechos humanos más primitivos; y deduje de esto que si tal legítima defensa se considera una vez necesaria, su forma sólo puede consistir en una agrupación de los empleados sobre una base sindical.



672 ¿Son necesarios los sindicatos?

Esta opinión general no cambió de opinión ni siquiera en 1922. Sin embargo, ahora era necesario buscar una formulación clara y definida de la actitud frente a estos problemas. No se trata simplemente de seguir satisfecho con el conocimiento, sino de sacar conclusiones prácticas de ellos.
Se trataba de responder a las siguientes preguntas:

1 - ¿Son necesarios los sindicatos?
2 - ¿Debería el NSDAP participar en actividades sindicales o atraer a sus miembros a dicha actividad de cualquier forma?
3 - ¿Qué clase de sindicato nacionalsocialista debe ser? ¿Cuáles son nuestras tareas y sus objetivos?
4 - ¿Cómo se consiguen esos sindicatos?

Creo que he respondido suficientemente a la primera pregunta. Tal y como están las cosas hoy, estoy convencido de que no se puede prescindir de los sindicatos. Por el contrario, se encuentran entre las instituciones más importantes de la vida económica de la nación. Sin embargo, su importancia no radica sólo en el ámbito sociopolítico, sino aún más en el ámbito político nacional general. En efecto, un pueblo cuyas amplias masas reciben la satisfacción de sus necesidades de vida mediante un verdadero movimiento sindical, pero al mismo tiempo también una educación, obtendrá con ello un fortalecimiento extraordinario de todo su poder de resistencia en la lucha por la existencia.
Los sindicatos son necesarios sobre todo como elementos constitutivos del futuro parlamento económico o de las cámaras de los Estados.
La segunda pregunta también sigue siendo fácil de responder. Si el movimiento sindical es importante, entonces está claro que el nacionalsocialismo debe tomar una posición sobre él no sólo teóricamente, sino también prácticamente. Sin embargo, el cómo es más difícil de aclarar.
El movimiento nacionalsocialista, que tiene como objetivo de su trabajo el estado nacionalsocialista völkisch, no debe tener ninguna duda de que todas las instituciones futuras de este estado de antaño deben surgir del movimiento mismo.

¿Sindicatos nacionalsocialistas? 673

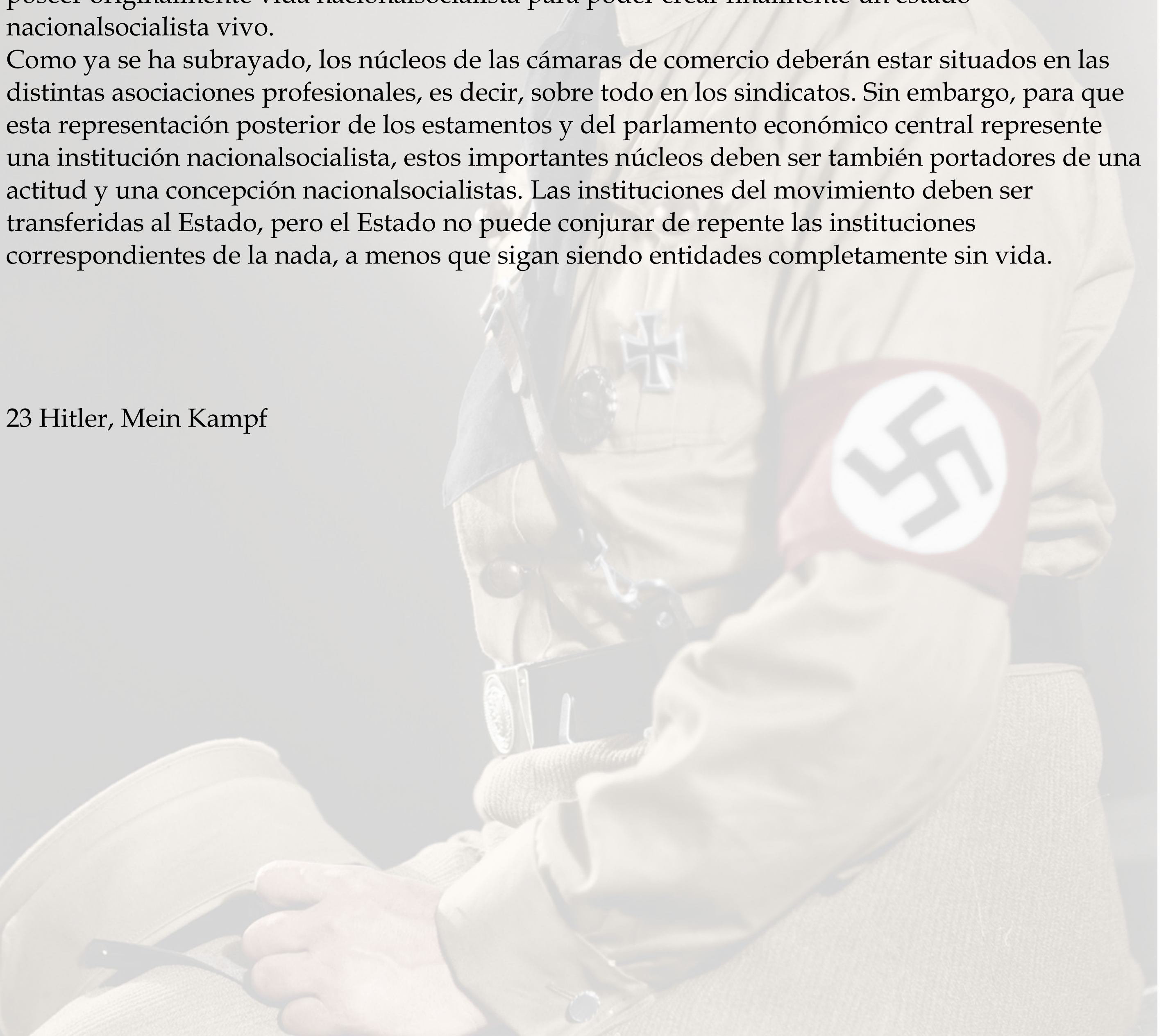
Es el mayor de los errores creer que se puede llevar a cabo de repente una cierta reorganización de la nada, sólo en posesión del poder, sin tener un cierto acervo básico de personas que estén sobre todo mentalmente entrenadas. Aquí también se aplica el principio de que más importante que la forma externa, que puede ser creada mecánicamente muy rápidamente, es siempre el espíritu que cumple tal forma. Por orden, por ejemplo, se puede muy bien injertar dictatorialmente el principio del Führer en un organismo estatal. Pero esto sólo estará vivo si se ha formado gradualmente en su propio desarrollo a partir de lo más pequeño y ha recibido en el curso de muchos años el material guía necesario para la aplicación de este principio a través de la selección constante que la dura realidad de la vida hace constantemente.

Por lo tanto, no hay que imaginar que de repente se puedan sacar de un maletín los borradores de una nueva constitución estatal y luego "introducirlos" por medio de un decreto de poder desde arriba. Puedes intentar algo así, pero el resultado ciertamente no será viable, por lo general un niño nacido muerto. Esto me recuerda mucho a la creación de la Constitución de Weimar y al intento de dar al pueblo alemán una nueva bandera con una nueva constitución, que no tenía ninguna conexión interna con la experiencia de nuestro pueblo en el último medio siglo.

El Estado nacionalsocialista también debe cuidarse de tales experimentos. Un día, solo puede surgir de una organización que ya ha existido durante mucho tiempo. Esta organización debe poseer originalmente vida nacionalsocialista para poder crear finalmente un estado nacionalsocialista vivo.

Como ya se ha subrayado, los núcleos de las cámaras de comercio deberán estar situados en las distintas asociaciones profesionales, es decir, sobre todo en los sindicatos. Sin embargo, para que esta representación posterior de los estamentos y del parlamento económico central represente una institución nacionalsocialista, estos importantes núcleos deben ser también portadores de una actitud y una concepción nacionalsocialistas. Las instituciones del movimiento deben ser transferidas al Estado, pero el Estado no puede conjurar de repente las instituciones correspondientes de la nada, a menos que sigan siendo entidades completamente sin vida.

23 Hitler, Mein Kampf



674 ¿Sindicatos nacionalsocialistas?

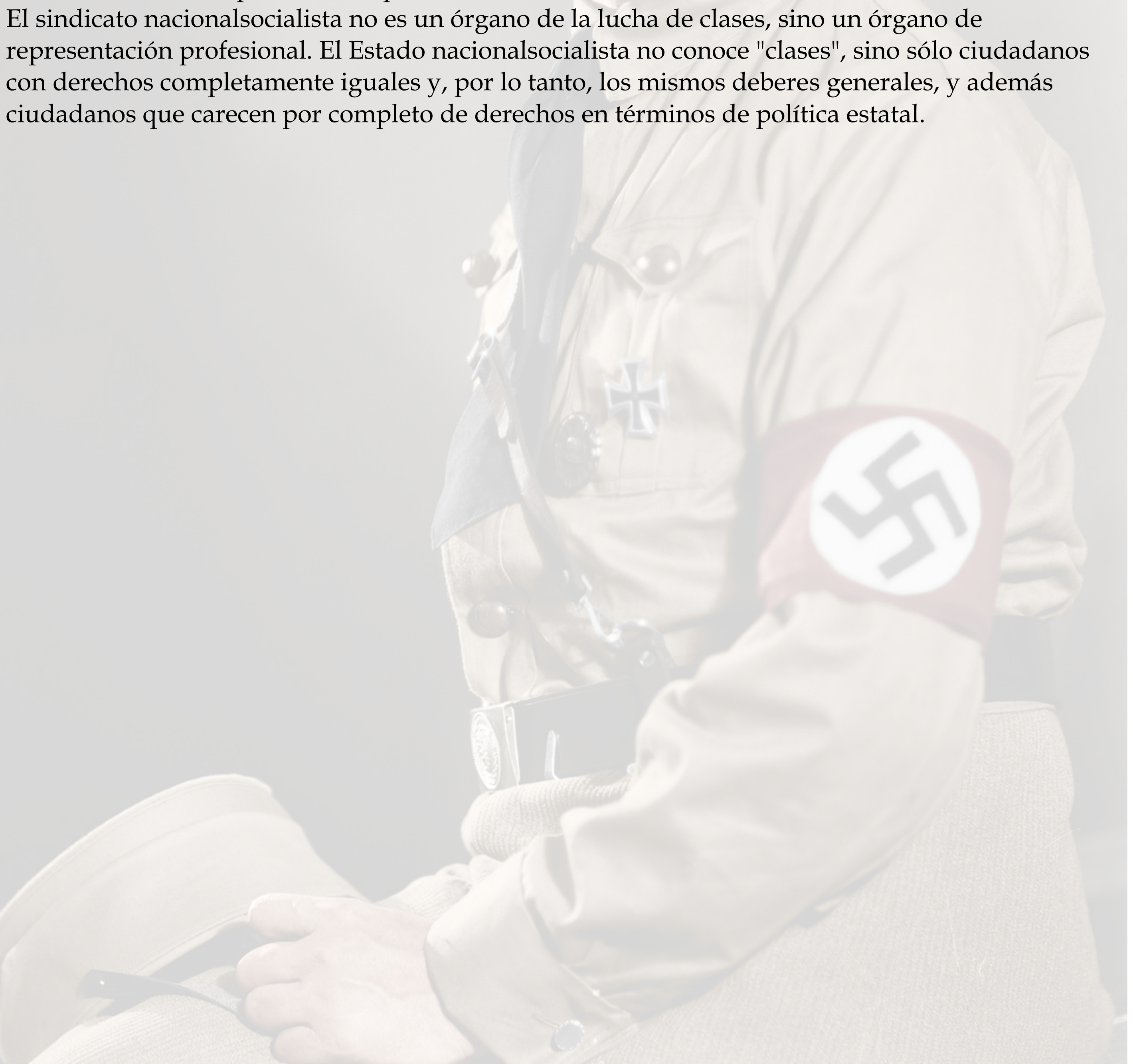
Sólo desde este punto de vista superior, el movimiento nacionalsocialista debe reconocer la necesidad de su propia actividad sindical.

Debe seguir haciéndolo porque una educación verdaderamente nacionalsocialista de los empresarios y de los trabajadores, en el sentido de la integración mutua en el marco común de la comunidad nacional, no se lleva a cabo a través de instrucciones teóricas, llamamientos o advertencias, sino a través de la lucha de la vida cotidiana. Es por él y a través de él que el movimiento tiene que educar a los grandes grupos económicos individuales y acercarlos en los grandes aspectos. Sin esos trabajos preparatorios, cualquier esperanza de que surja una antigua verdadera comunidad nacional sigue siendo una mera ilusión. Sólo el gran ideal ideológico que propugna el movimiento puede formar lentamente ese estilo general que un día hará que la nueva era aparezca como una época realmente bien fundada interiormente y no como una época hecha sólo externamente.

Por lo tanto, el movimiento no sólo debe adoptar una actitud afirmativa hacia la idea del sindicato como tal, sino que también debe proporcionar a la vasta suma de sus miembros y adherentes la educación necesaria para el futuro estado nacionalsocialista en la actividad práctica.

De lo anterior se desprende la respuesta a la tercera cuestión.

El sindicato nacionalsocialista no es un órgano de la lucha de clases, sino un órgano de representación profesional. El Estado nacionalsocialista no conoce "clases", sino sólo ciudadanos con derechos completamente iguales y, por lo tanto, los mismos deberes generales, y además ciudadanos que carecen por completo de derechos en términos de política estatal.



¿Sindicatos nacionalsocialistas? 675

El sindicato, en el sentido nacionalsocialista, no tiene la tarea de transformar gradualmente a ciertas personas en una clase, uniendo a ciertas personas dentro de un cuerpo del pueblo, para luego emprender la lucha contra otras estructuras organizadas de manera similar dentro de la comunidad nacional. No podemos atribuir esta tarea al sindicato como tal, pero sólo se le confió en el momento en que se convirtió en el instrumento de lucha del marxismo. No es el sindicato lo que es "lucha de clases", pero el marxismo lo ha convertido en un instrumento para su lucha de clases. Creó el arma económica que el judaísmo mundial internacional utiliza para destruir la base económica de los estados nacionales libres e independientes, para destruir su industria nacional y su comercio nacional, y así esclavizar a los pueblos libres al servicio de la judería financiera mundial supranacional.

El sindicato nacionalsocialista, por otra parte, tiene que aumentar la seguridad de la economía nacional misma, organizando a ciertos grupos de participantes en el proceso económico nacional, y fortalecer su fuerza corrigiendo la eliminación de todos aquellos agravios que, en sus últimas consecuencias, tienen un efecto destructivo sobre el cuerpo nacional del pueblo, dañan la fuerza viva de la comunidad nacional, pero por lo tanto también la del Estado, y no finalmente han llegado al desastre y a la ruina de la economía misma.

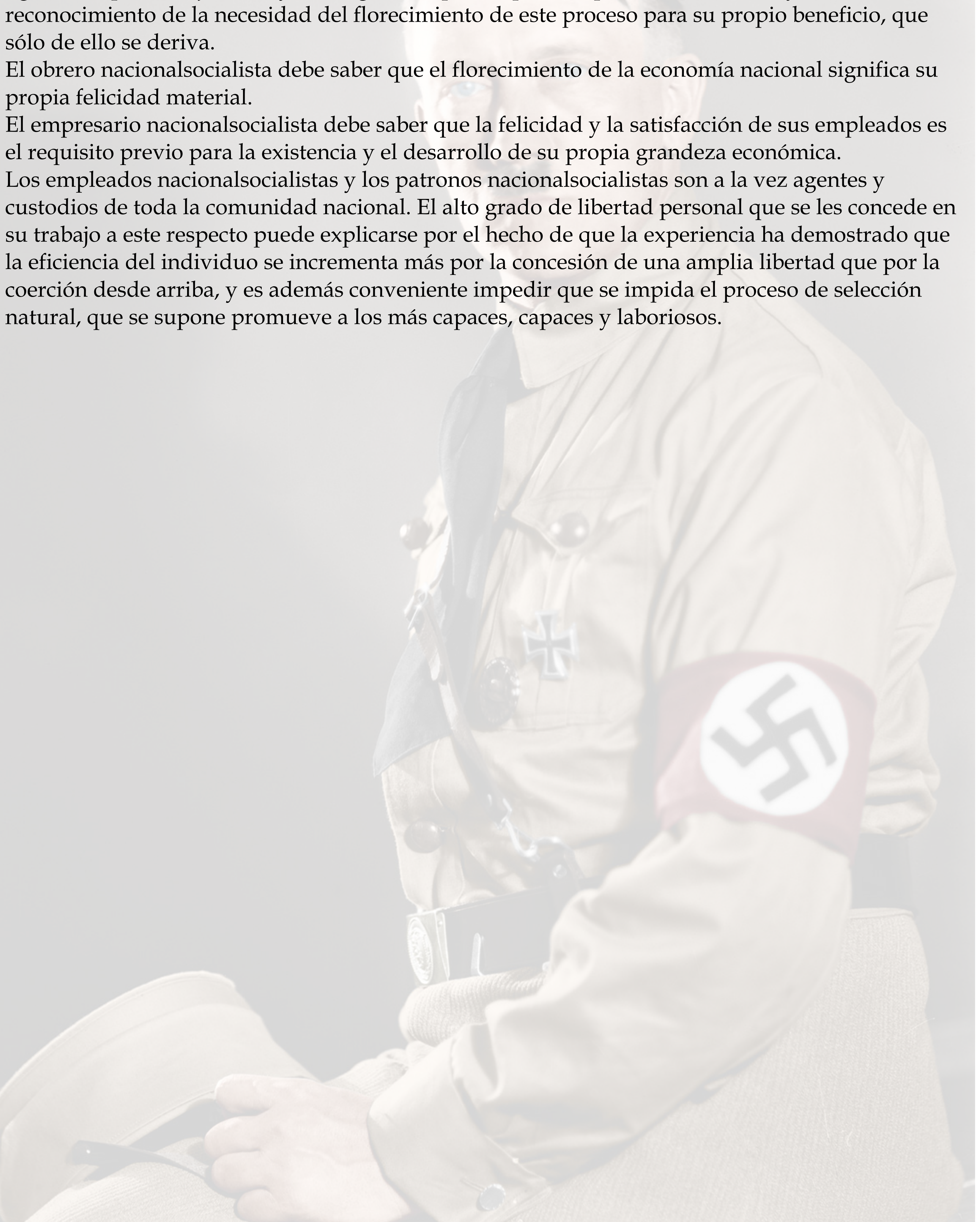


Por lo tanto, para el sindicato nacionalsocialista, la huelga no es un medio de aplastar y sacudir la producción nacional, sino de aumentarla y liquidarla combatiendo todos los agravios que, por su carácter antisocial, obstaculizan la eficacia de la economía y, por lo tanto, la existencia de la comunidad. En efecto, la capacidad del individuo para desempeñarse está siempre causalmente ligada a la posición jurídica y social general que ocupa en el proceso económico y al reconocimiento de la necesidad del florecimiento de este proceso para su propio beneficio, que sólo de ello se deriva.

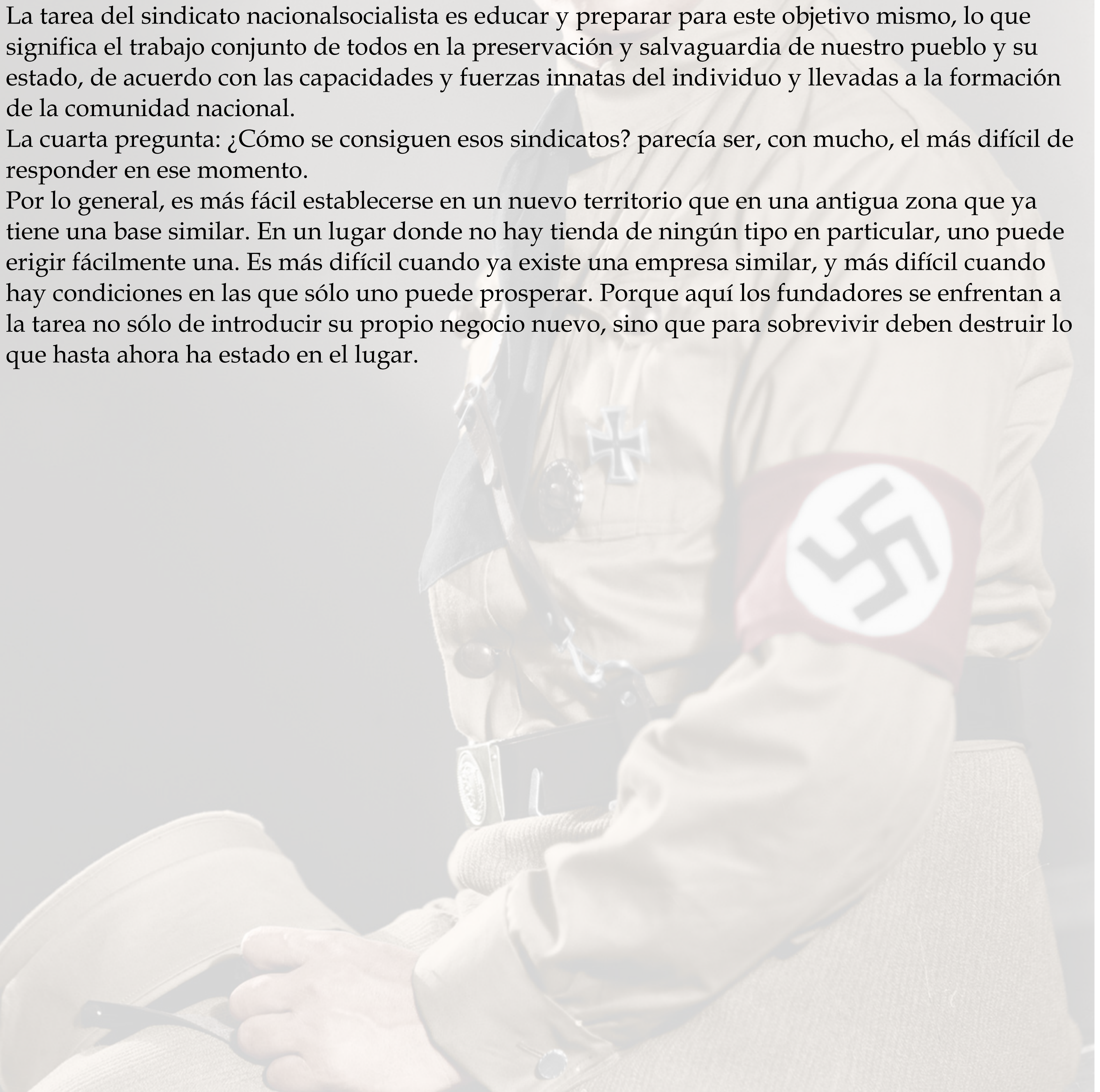
El obrero nacionalsocialista debe saber que el florecimiento de la economía nacional significa su propia felicidad material.

El empresario nacionalsocialista debe saber que la felicidad y la satisfacción de sus empleados es el requisito previo para la existencia y el desarrollo de su propia grandeza económica.

Los empleados nacionalsocialistas y los patronos nacionalsocialistas son a la vez agentes y custodios de toda la comunidad nacional. El alto grado de libertad personal que se les concede en su trabajo a este respecto puede explicarse por el hecho de que la experiencia ha demostrado que la eficiencia del individuo se incrementa más por la concesión de una amplia libertad que por la coerción desde arriba, y es además conveniente impedir que se impida el proceso de selección natural, que se supone promueve a los más capaces, capaces y laboriosos.



Por lo tanto, para el sindicato nacionalsocialista, la huelga es un medio que sólo puede y debe utilizarse mientras no exista un Estado völkisch nacionalsocialista. Por supuesto, en lugar de la lucha de masas de los dos grandes grupos, patronos y asalariados, (que en sus consecuencias como reducción de la producción siempre perjudica a la comunidad nacional en su conjunto), este último debe hacerse cargo de la custodia legal y de la protección legal de todos. Las propias Cámaras de Comercio estarán obligadas a mantener el funcionamiento de la economía nacional y a remediar las deficiencias y errores que la perjudiquen. Lo que se libra hoy por las luchas de millones de personas tiene que encontrar un día su solución en las cámaras de los Estados y en el parlamento económico central. De esta manera, los empleadores y los trabajadores ya no se enfrentan entre sí en la negociación salarial y colectiva, dañando la existencia económica de ambos, sino que resuelven estos problemas juntos a un nivel superior, que siempre debe tener el bienestar del pueblo en su conjunto y del Estado en letras brillantes.
También aquí, como siempre, debe aplicarse el principio férreo de que primero es la patria y luego el partido.
La tarea del sindicato nacionalsocialista es educar y preparar para este objetivo mismo, lo que significa el trabajo conjunto de todos en la preservación y salvaguardia de nuestro pueblo y su estado, de acuerdo con las capacidades y fuerzas innatas del individuo y llevadas a la formación de la comunidad nacional.
La cuarta pregunta: ¿Cómo se consiguen esos sindicatos? parecía ser, con mucho, el más difícil de responder en ese momento.
Por lo general, es más fácil establecerse en un nuevo territorio que en una antigua zona que ya tiene una base similar. En un lugar donde no hay tienda de ningún tipo en particular, uno puede erigir fácilmente una. Es más difícil cuando ya existe una empresa similar, y más difícil cuando hay condiciones en las que sólo uno puede prosperar. Porque aquí los fundadores se enfrentan a la tarea no sólo de introducir su propio negocio nuevo, sino que para sobrevivir deben destruir lo que hasta ahora ha estado en el lugar.

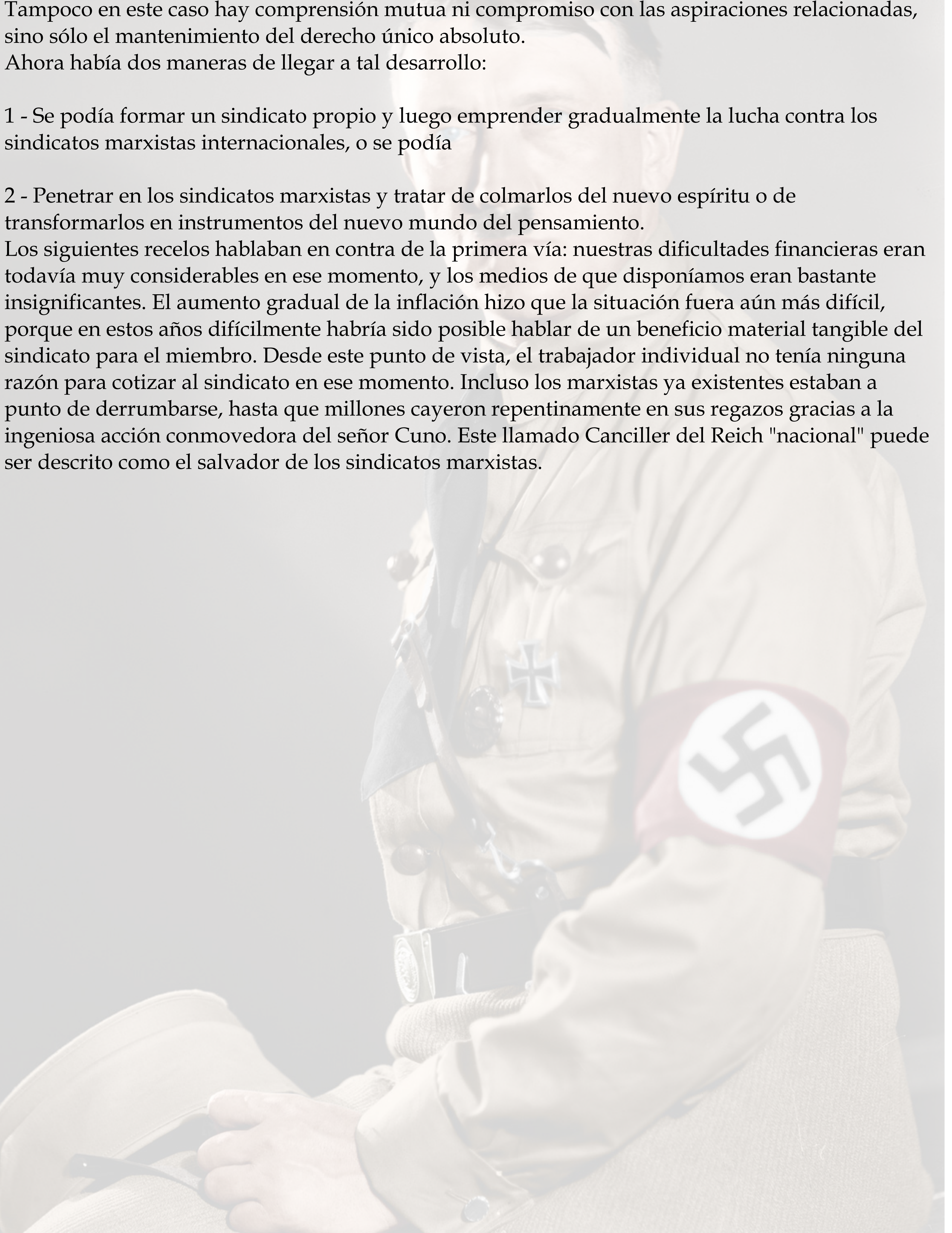


678 No hay dobles uniones

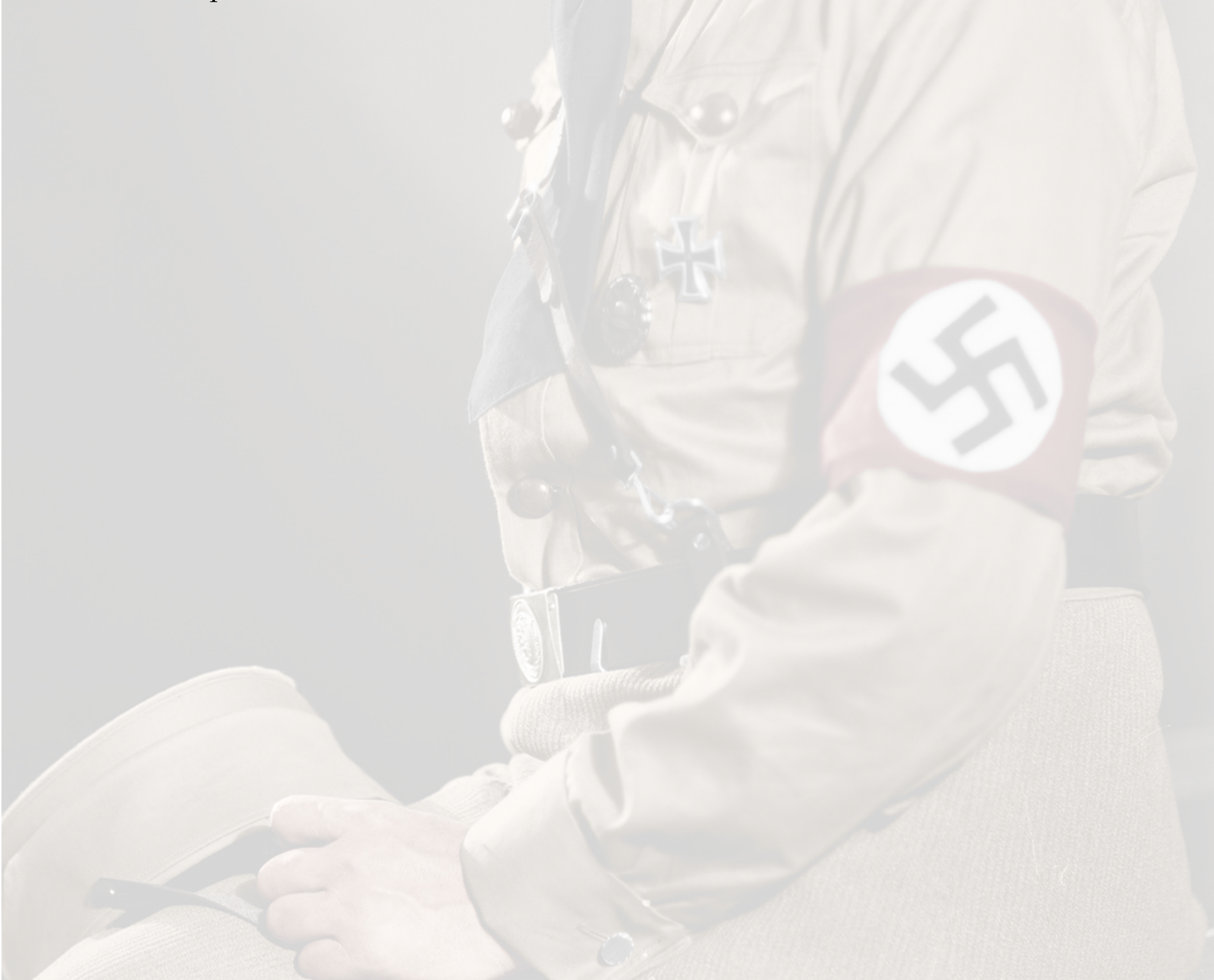
Un sindicato nacionalsocialista junto a otros sindicatos no tiene sentido. Porque también ella debe sentirse impregnada de su tarea ideológica y de la obligación que de ella nace: ser intolerante con otras estructuras similares o incluso hostiles y subrayar la necesidad exclusiva de su propio yo. Tampoco en este caso hay comprensión mutua ni compromiso con las aspiraciones relacionadas, sino sólo el mantenimiento del derecho único absoluto.
Ahora había dos maneras de llegar a tal desarrollo:

1 - Se podía formar un sindicato propio y luego emprender gradualmente la lucha contra los sindicatos marxistas internacionales, o se podía

2 - Penetrar en los sindicatos marxistas y tratar de colmarlos del nuevo espíritu o de transformarlos en instrumentos del nuevo mundo del pensamiento.
Los siguientes recelos hablaban en contra de la primera vía: nuestras dificultades financieras eran todavía muy considerables en ese momento, y los medios de que disponíamos eran bastante insignificantes. El aumento gradual de la inflación hizo que la situación fuera aún más difícil, porque en estos años difícilmente habría sido posible hablar de un beneficio material tangible del sindicato para el miembro. Desde este punto de vista, el trabajador individual no tenía ninguna razón para cotizar al sindicato en ese momento. Incluso los marxistas ya existentes estaban a punto de derrumbarse, hasta que millones cayeron repentinamente en sus regazos gracias a la ingeniosa acción conmovedora del señor Cuno. Este llamado Canciller del Reich "nacional" puede ser descrito como el salvador de los sindicatos marxistas.

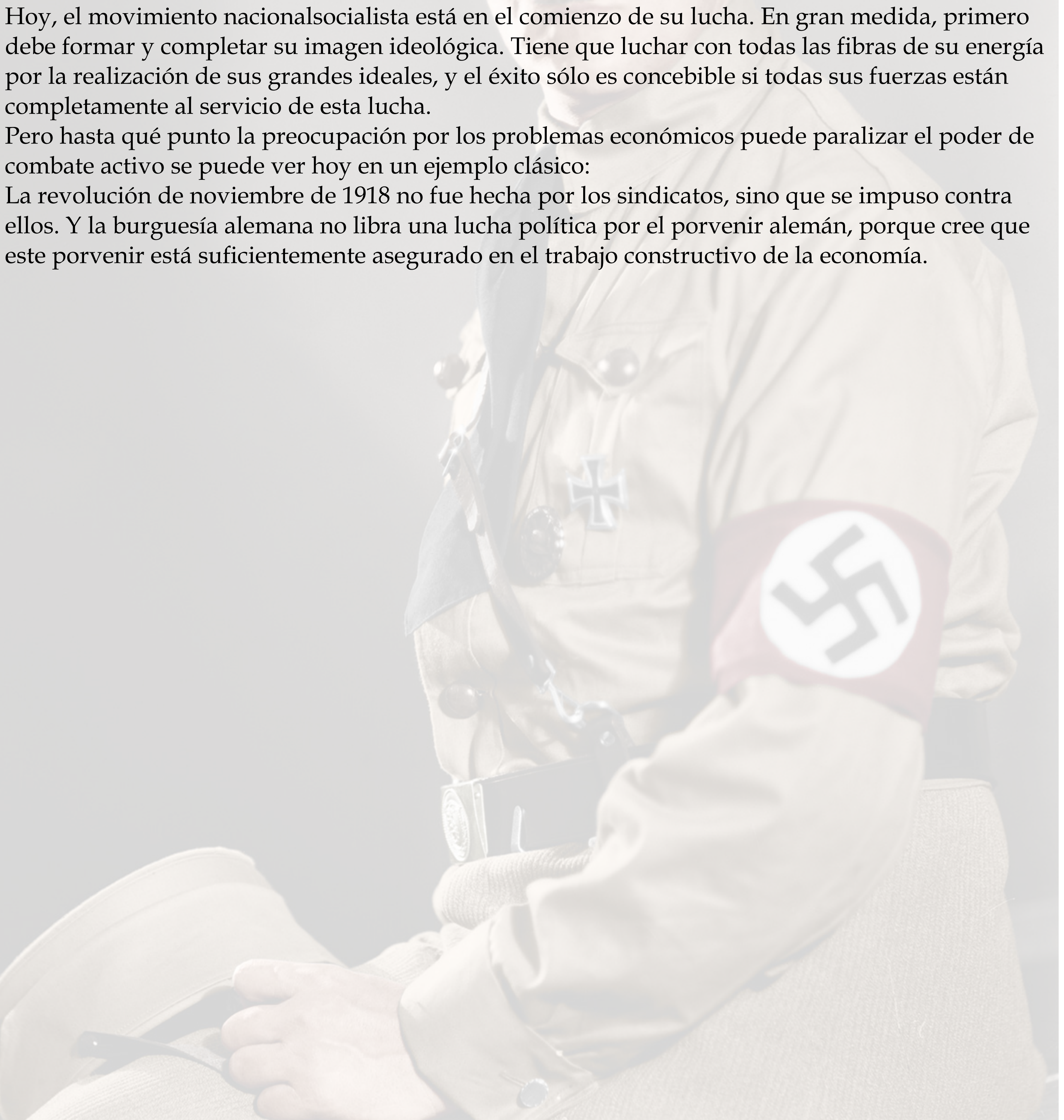


No podíamos contar con tales posibilidades financieras en ese momento; Y no podía tentar a nadie a unirse a una nueva unión que, debido a su impotencia financiera, no habría sido capaz de ofrecerle la más mínima cosa. Por otra parte, debo negarme rotundamente a crear en una organización tan nueva sólo un pequeño puesto para mentes más o menos grandes. -
En general, la cuestión de las personas desempeñó uno de los papeles más importantes. En ese momento no tenía una sola cabeza en la que hubiera confiado para resolver esta enorme tarea. Cualquiera que hubiera destrozado realmente a los sindicatos marxistas en ese momento para ayudar a que la idea sindical nacionalsocialista triunfara en lugar de esta institución de la lucha de clases devastadora, pertenecía a los grandes hombres de nuestro pueblo, y su busto tendría que haber sido dedicado un día a la posteridad en el Walhalla de Ratisbona.
Pero no conocía ningún cráneo que hubiera cabido en semejante pedestal.
Es totalmente erróneo dejarse engañar en este punto de vista por el hecho de que los propios sindicatos internacionales no tienen más que cabezas medias. Esto realmente no significa nada; porque una vez fundados, no había nada más. Hoy el movimiento nacionalsocialista tiene que luchar contra una organización gigantesca que existe desde hace mucho tiempo y que se ha desarrollado hasta el más mínimo detalle. Pero el conquistador debe ser siempre más ingenioso que el defensor si quiere conquistar a este último. El castillo sindical marxista de hoy probablemente puede ser administrado por peces gordos comunes; Pero solo es asaltado por la energía salvaje y la ingeniosa habilidad de un grande sobresaliente del otro lado. Si no se encuentra a una persona así, es inútil discutir con el destino, y aún más absurdo tratar de forzar el asunto con reemplazos inadecuados.



680 Primera lucha ideológica

Aquí es necesario hacer uso del conocimiento de que en la vida a veces es mejor dejar algo por ahí por el momento que comenzar solo a medias o mal por falta de fuerza adecuada.
Se añadió otra consideración, que no debe calificarse de demagógica. En aquel momento tenía, y sigo teniendo, la convicción inquebrantable de que es peligroso vincular demasiado pronto una gran lucha político-ideológica con cuestiones económicas. Esto es especialmente cierto en el caso de nuestro pueblo alemán. Porque, en tal caso, la lucha económica desviará inmediatamente la energía de la lucha política. Tan pronto como el pueblo se haya convencido de que también puede conseguir una casita por medio del ahorro, se dedicará sólo a esta tarea y no perderá más tiempo para la lucha política contra aquellos que un día pretenden recuperar los centavos que ha ahorrado. En lugar de luchar en la lucha política por la perspicacia y la convicción que han obtenido, entonces sólo están absortos en sus pensamientos de "asentamiento" y al final suelen sentarse entre todos los taburetes.
Hoy, el movimiento nacionalsocialista está en el comienzo de su lucha. En gran medida, primero debe formar y completar su imagen ideológica. Tiene que luchar con todas las fibras de su energía por la realización de sus grandes ideales, y el éxito sólo es concebible si todas sus fuerzas están completamente al servicio de esta lucha.
Pero hasta qué punto la preocupación por los problemas económicos puede paralizar el poder de combate activo se puede ver hoy en un ejemplo clásico:
La revolución de noviembre de 1918 no fue hecha por los sindicatos, sino que se impuso contra ellos. Y la burguesía alemana no libra una lucha política por el porvenir alemán, porque cree que este porvenir está suficientemente asegurado en el trabajo constructivo de la economía.



Debemos aprender de esas experiencias; Porque para nosotros tampoco sería diferente. Cuanto más concentremos toda la fuerza de nuestro movimiento en la lucha política, más pronto podremos contar con el éxito en toda la línea; Pero cuanto más nos carguemos prematuramente con problemas de agricultura, colonización y otros semejantes, menos beneficio será para nuestra causa tomada en su conjunto. Porque, por importantes que sean estas preocupaciones, su realización sólo se producirá a gran escala si ya estamos en condiciones de poner el poder público al servicio de estas ideas. Hasta entonces, estos problemas paralizarían aún más el movimiento, cuanto antes se ocuparan de ellos y más se verían perjudicados por ellos su voluntad ideológica. Entonces podría llegar fácilmente al punto de que los elementos sindicales guiarían el movimiento político en lugar de que la visión del mundo obligara al sindicato a seguir sus caminos.
Sin embargo, un beneficio real para el movimiento, así como para nuestro pueblo en general, sólo puede surgir de un movimiento sindical nacionalsocialista si ya está tan imbuido ideológicamente de nuestras ideas nacionalsocialistas que ya no corre el riesgo de caer en las huellas marxistas. Para un sindicato nacionalsocialista que sólo ve su misión en competencia con el sindicato marxista sería peor que ninguno. Tiene que anunciar su lucha al sindicato marxista no sólo como organización, sino sobre todo como idea.



682 Es mejor que no haya cimientos que cimientos incorrectos

Debe hacer en él las "proclamas" de la lucha de clases y del pensamiento de clase, y en su lugar debe convertirse en el guardián de los intereses profesionales de los ciudadanos alemanes.
Todos estos puntos de vista hablaban entonces y hablan todavía en contra de la fundación de sindicatos separados, a menos que de repente aparezca un jefe que esté obviamente llamado por el destino a resolver esta misma cuestión.
De modo que sólo había otras dos opciones: o bien recomendar a los propios camaradas del partido que abandonaran los sindicatos, o bien permanecer en los existentes para tener un efecto lo más destructivo posible.
Por lo general, he recomendado esta última forma.
Especialmente en 1922/23 esto se pudo hacer sin más preámbulos; Porque el beneficio financiero que la Unión recibió durante el período inflacionario de los miembros de sus filas, que aún no eran muy numerosos debido a la juventud de nuestro movimiento, fue nulo. El daño para ellos, sin embargo, fue muy grande, porque los partidarios nacionalsocialistas eran sus críticos más duros y, por lo tanto, sus descomponedores internos.
En ese momento rechacé por completo todos los experimentos que eran un fracaso desde el principio. Habría considerado un crimen tomar tanto del exiguo salario de un trabajador para una institución en cuyo beneficio para sus miembros no tenía la convicción interior.
Si un nuevo partido político desaparece un día, casi nunca es un perjuicio, sino casi siempre un beneficio, y nadie tiene derecho a quejarse de ello; Porque lo que el individuo da a un movimiento político, da un fonds perdu. Sin embargo, toda persona que afilie a un sindicato tiene derecho a que se le cumplan las prestaciones que se le han concedido. Si esto no se tiene en cuenta, entonces los creadores de tal unión son estafadores, o al menos personas frívolas que deben rendir cuentas.



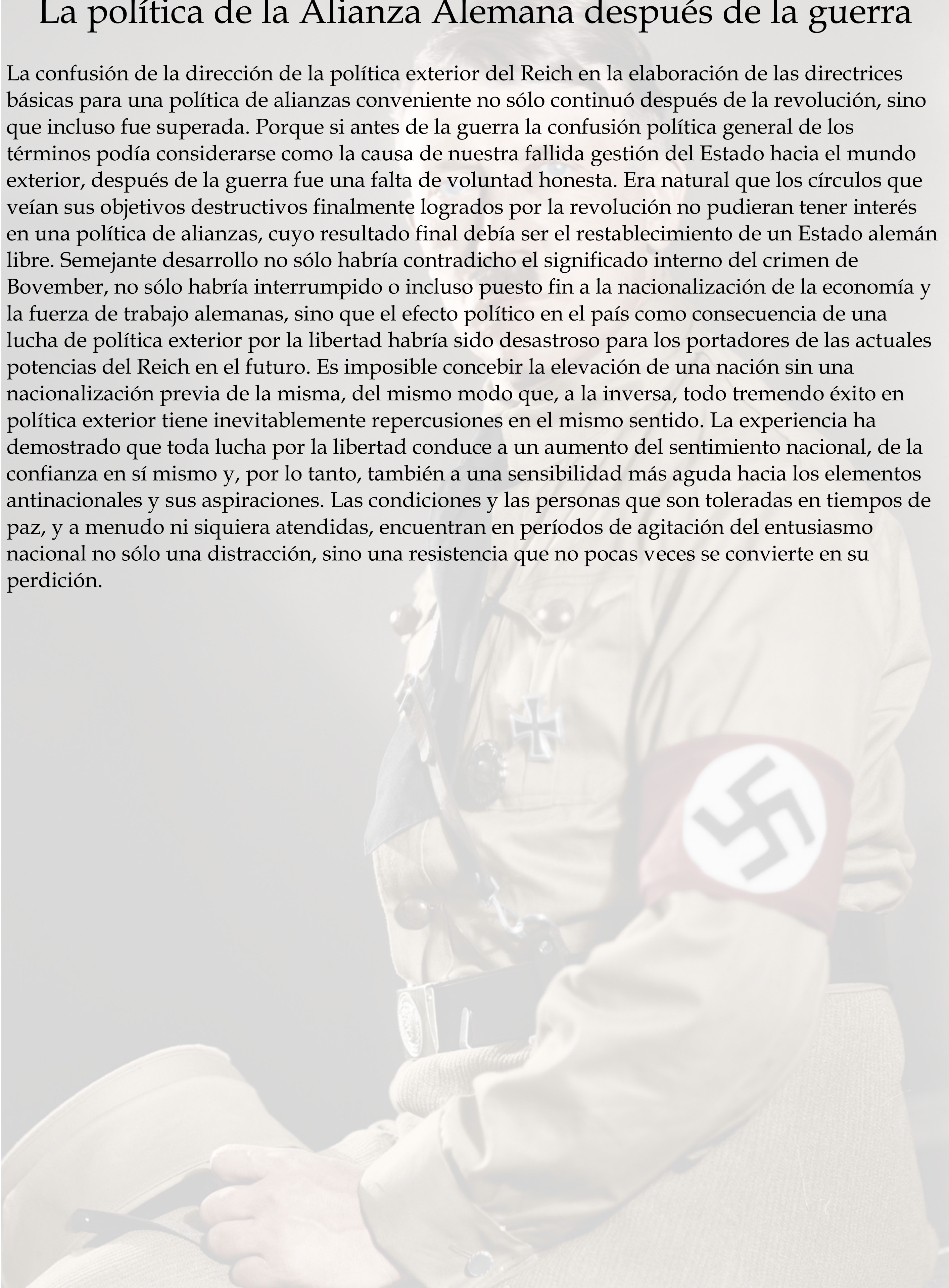
Es mejor que no haya cimientos que cimientos incorrectos 683

En 1922 actuamos de acuerdo con este punto de vista. Otros parecieron entenderlo mejor y fundaron sindicatos. Nos reprochaban la falta de tal cosa como el signo más visible de nuestro entendimiento erróneo y limitado. Pero no pasó mucho tiempo para que estas propias fundaciones volvieran a desaparecer, por lo que el resultado final fue el mismo que con nosotros. Solo con la única diferencia, que no nos habíamos engañado a nosotros mismos ni a los demás.



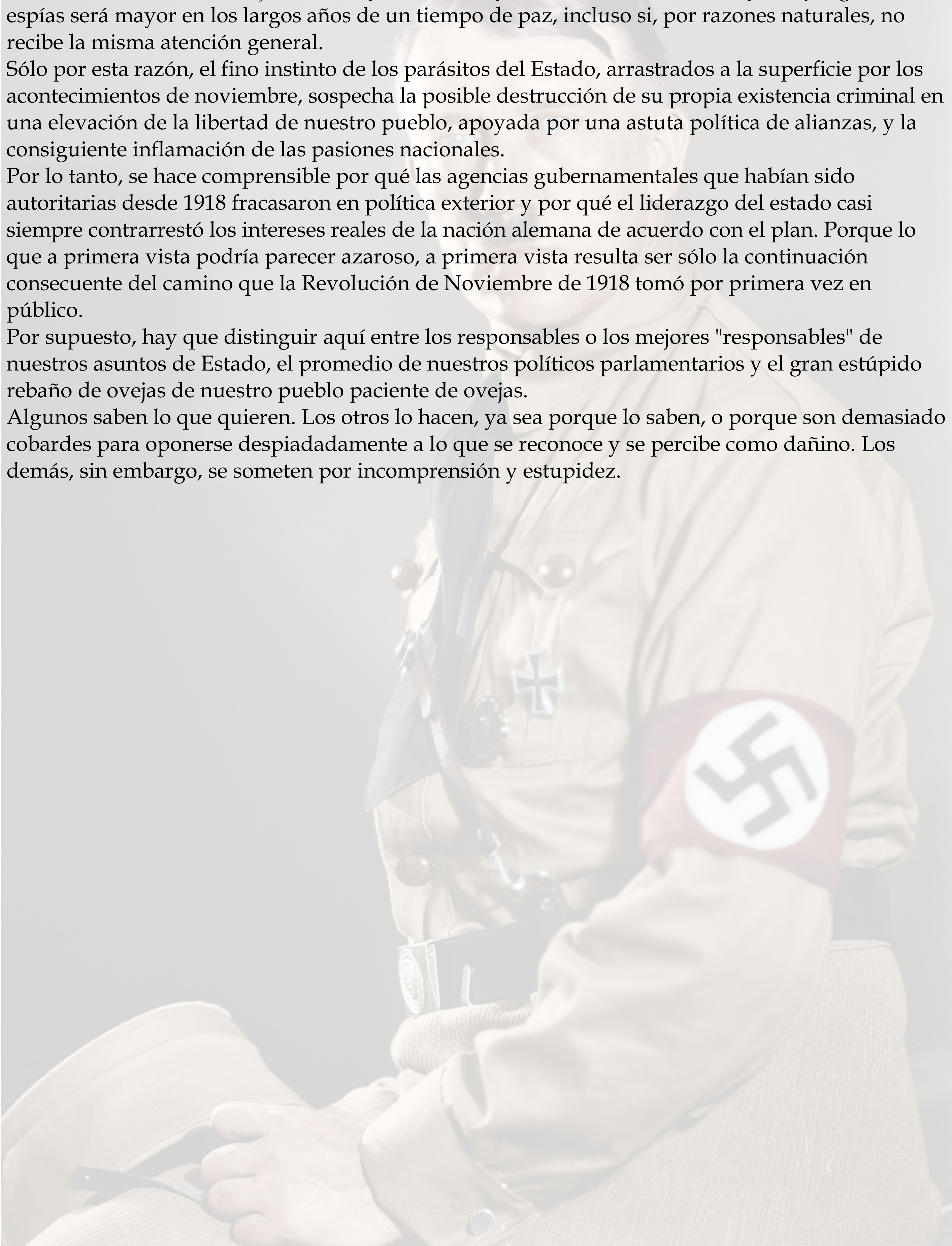
13 kapitel

La política de la Alianza Alemana después de la guerra



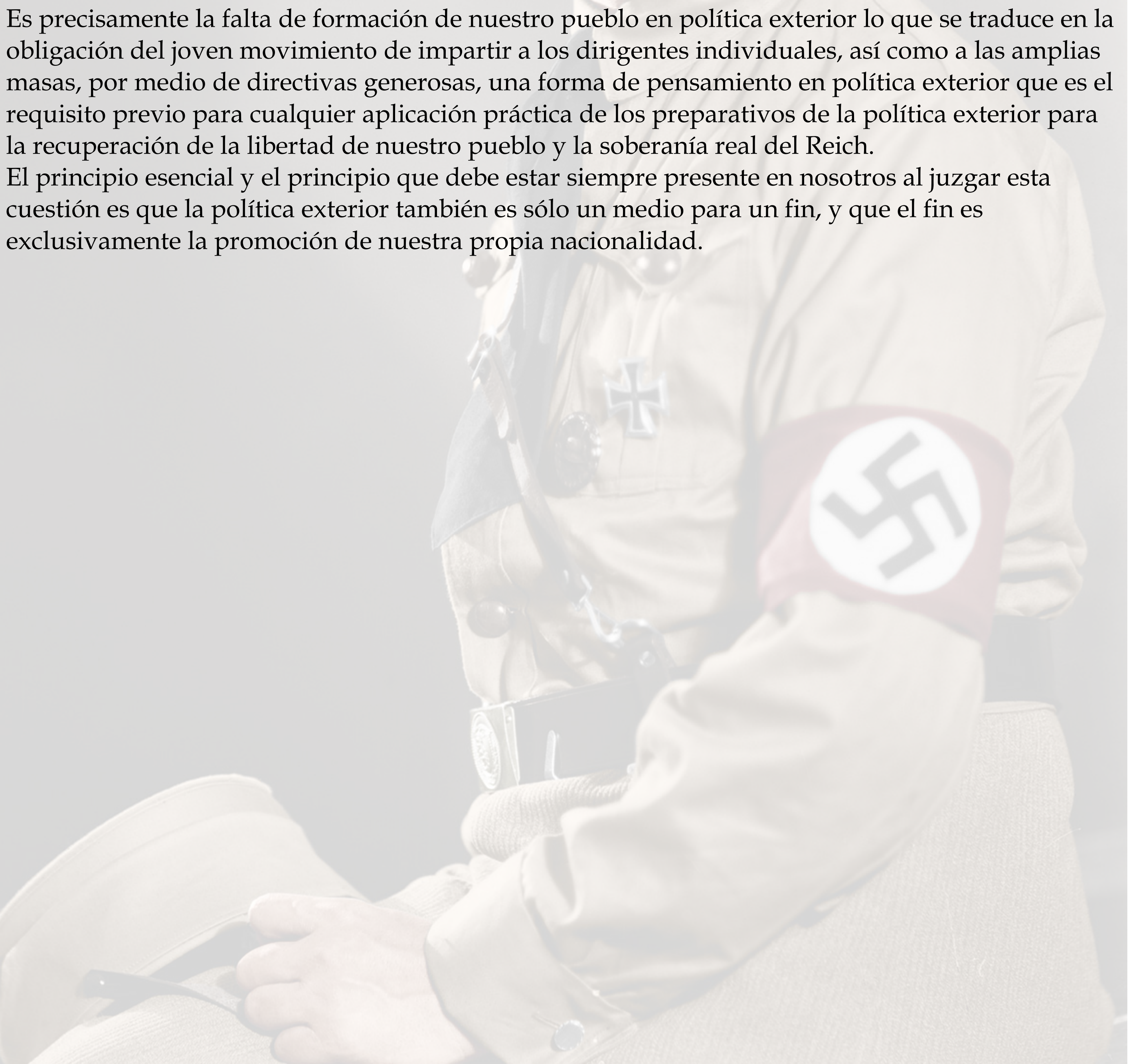
La confusión de la dirección de la política exterior del Reich en la elaboración de las directrices básicas para una política de alianzas conveniente no sólo continuó después de la revolución, sino que incluso fue superada. Porque si antes de la guerra la confusión política general de los términos podía considerarse como la causa de nuestra fallida gestión del Estado hacia el mundo exterior, después de la guerra fue una falta de voluntad honesta. Era natural que los círculos que veían sus objetivos destructivos finalmente logrados por la revolución no pudieran tener interés en una política de alianzas, cuyo resultado final debía ser el restablecimiento de un Estado alemán libre. Semejante desarrollo no sólo habría contradicho el significado interno del crimen de Bovember, no sólo habría interrumpido o incluso puesto fin a la nacionalización de la economía y la fuerza de trabajo alemanas, sino que el efecto político en el país como consecuencia de una lucha de política exterior por la libertad habría sido desastroso para los portadores de las actuales potencias del Reich en el futuro. Es imposible concebir la elevación de una nación sin una nacionalización previa de la misma, del mismo modo que, a la inversa, todo tremendo éxito en política exterior tiene inevitablemente repercusiones en el mismo sentido. La experiencia ha demostrado que toda lucha por la libertad conduce a un aumento del sentimiento nacional, de la confianza en sí mismo y, por lo tanto, también a una sensibilidad más aguda hacia los elementos antinacionales y sus aspiraciones. Las condiciones y las personas que son toleradas en tiempos de paz, y a menudo ni siquiera atendidas, encuentran en períodos de agitación del entusiasmo nacional no sólo una distracción, sino una resistencia que no pocas veces se convierte en su perdición.

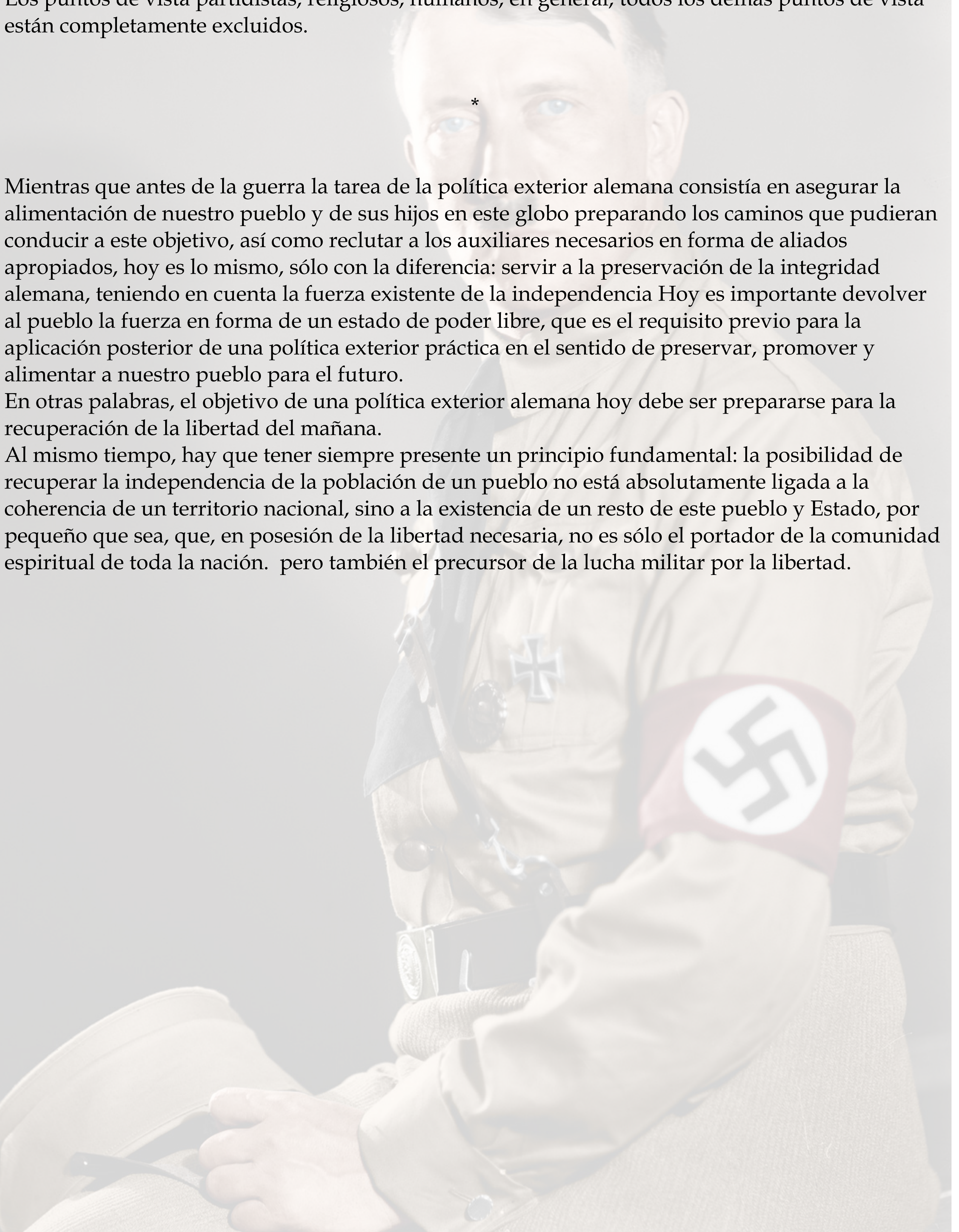
No hay más que recordar, por ejemplo, el miedo general a los espías, que, al estallar las guerras en el calor hirviente de las pasiones humanas, estalla de repente y conduce a las persecuciones más brutales, a veces incluso injustas, aunque cada uno pueda decirse a sí mismo que el peligro de los espías será mayor en los largos años de un tiempo de paz, incluso si, por razones naturales, no recibe la misma atención general.
Sólo por esta razón, el fino instinto de los parásitos del Estado, arrastrados a la superficie por los acontecimientos de noviembre, sospecha la posible destrucción de su propia existencia criminal en una elevación de la libertad de nuestro pueblo, apoyada por una astuta política de alianzas, y la consiguiente inflamación de las pasiones nacionales.
Por lo tanto, se hace comprensible por qué las agencias gubernamentales que habían sido autoritarias desde 1918 fracasaron en política exterior y por qué el liderazgo del estado casi siempre contrarrestó los intereses reales de la nación alemana de acuerdo con el plan. Porque lo que a primera vista podría parecer azaroso, a primera vista resulta ser sólo la continuación consecuente del camino que la Revolución de Noviembre de 1918 tomó por primera vez en público.
Por supuesto, hay que distinguir aquí entre los responsables o los mejores "responsables" de nuestros asuntos de Estado, el promedio de nuestros políticos parlamentarios y el gran estúpido rebaño de ovejas de nuestro pueblo paciente de ovejas.
Algunos saben lo que quieren. Los otros lo hacen, ya sea porque lo saben, o porque son demasiado cobardes para oponerse despiadadamente a lo que se reconoce y se percibe como dañino. Los demás, sin embargo, se someten por incomprensión y estupidez.



686 El objetivo de la política exterior: la libertad para el mañana

Mientras el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán tuviera sólo el tamaño de una asociación pequeña y poco conocida, los problemas de política exterior podían ser de importancia secundaria a los ojos de algunos partidarios. Esto se debe, sobre todo, a que nuestro movimiento siempre ha sostenido y debe sostener la visión fundamental de que la libertad externa no es dada ni por el cielo ni por los poderes terrenales como un don, sino que sólo puede ser el fruto de un desarrollo interior del poder. Sólo la eliminación de las causas de nuestro colapso y la destrucción de los beneficiarios del mismo puede crear las condiciones previas para la lucha externa por la libertad.
Por lo tanto, es comprensible que, desde tales puntos de vista, en los primeros días del joven movimiento, el valor de las cuestiones de política exterior estuviera subordinado a la importancia de sus intenciones reformadoras internas.
Sin embargo, tan pronto como el marco de la pequeña e insignificante asociación se amplió y finalmente saltó por los aires, y la joven estructura adquirió la importancia de una gran asociación, surgió la necesidad de tomar posición sobre las cuestiones de los desarrollos de la política exterior. Era necesario establecer pautas que no solo no contradijeran las visiones fundamentales de nuestra visión del mundo, sino que incluso representaran una salida de esta forma de ver las cosas.
Es precisamente la falta de formación de nuestro pueblo en política exterior lo que se traduce en la obligación del joven movimiento de impartir a los dirigentes individuales, así como a las amplias masas, por medio de directivas generosas, una forma de pensamiento en política exterior que es el requisito previo para cualquier aplicación práctica de los preparativos de la política exterior para la recuperación de la libertad de nuestro pueblo y la soberanía real del Reich.
El principio esencial y el principio que debe estar siempre presente en nosotros al juzgar esta cuestión es que la política exterior también es sólo un medio para un fin, y que el fin es exclusivamente la promoción de nuestra propia nacionalidad.





El objetivo de la política exterior: la libertad para el mañana 687

Ninguna consideración de política exterior puede ser guiada desde otro punto de vista que éste: ¿Beneficiará a nuestro pueblo ahora o en el futuro, o será perjudicial para él?
Esta es la única opinión preconcebida que puede ser aceptada en el tratamiento de esta cuestión. Los puntos de vista partidistas, religiosos, humanos, en general, todos los demás puntos de vista están completamente excluidos.

*

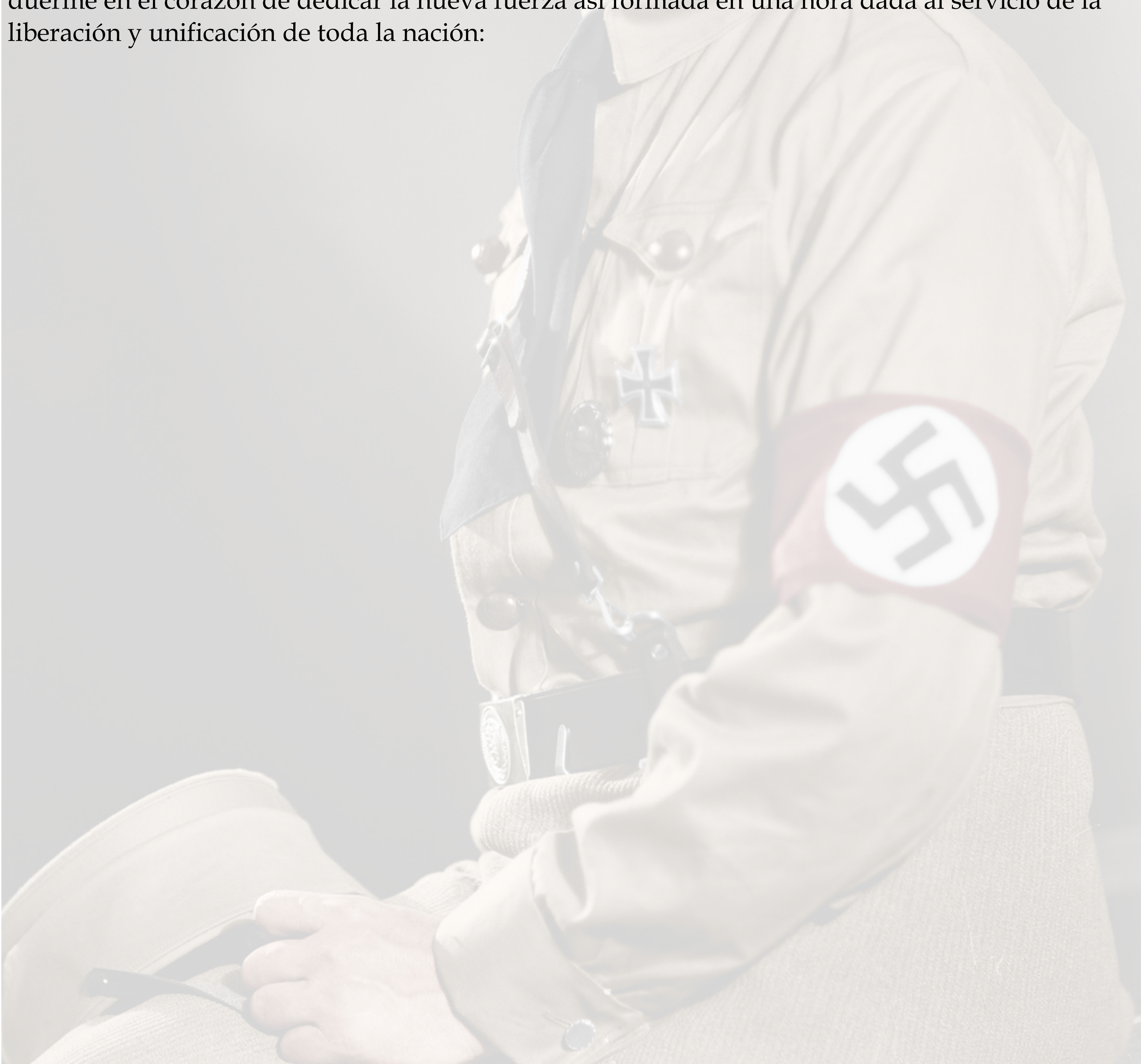
Mientras que antes de la guerra la tarea de la política exterior alemana consistía en asegurar la alimentación de nuestro pueblo y de sus hijos en este globo preparando los caminos que pudieran conducir a este objetivo, así como reclutar a los auxiliares necesarios en forma de aliados apropiados, hoy es lo mismo, sólo con la diferencia: servir a la preservación de la integridad alemana, teniendo en cuenta la fuerza existente de la independencia Hoy es importante devolver al pueblo la fuerza en forma de un estado de poder libre, que es el requisito previo para la aplicación posterior de una política exterior práctica en el sentido de preservar, promover y alimentar a nuestro pueblo para el futuro.
En otras palabras, el objetivo de una política exterior alemana hoy debe ser prepararse para la recuperación de la libertad del mañana.
Al mismo tiempo, hay que tener siempre presente un principio fundamental: la posibilidad de recuperar la independencia de la población de un pueblo no está absolutamente ligada a la coherencia de un territorio nacional, sino a la existencia de un resto de este pueblo y Estado, por pequeño que sea, que, en posesión de la libertad necesaria, no es sólo el portador de la comunidad espiritual de toda la nación. pero también el precursor de la lucha militar por la libertad.

688 Requisito previo para la liberación de los territorios perdidos

Si un pueblo de cien millones de habitantes, para conservar la unidad del Estado, soporta juntos el yugo de la esclavitud, es peor que si tal Estado y tal pueblo hubieran sido aplastados y sólo una parte de ellos quedara en posesión de la plena libertad. A condición, por supuesto, de que este último resto se cumpliera con la sagrada misión no sólo de proclamar permanentemente la inseparabilidad espiritual y cultural, sino también de hacer los preparativos en armas para la liberación final y la reunificación de las desafortunadas partes oprimidas.

También hay que tener en cuenta que la cuestión de la recuperación de las partes territoriales perdidas de un pueblo y de un Estado es siempre ante todo la cuestión de la recuperación del poder político y de la independencia de la madre patria, y que, en consecuencia, en tal caso los intereses de los territorios perdidos deben subordinarse despiadadamente al único interés de recuperar la libertad del territorio principal. Porque la liberación de los fragmentos oprimidos y escindidos de una nacionalidad o de las provincias de un imperio no se realiza sobre la base de la voluntad de los oprimidos o de la protesta de los que han quedado atrás, sino por los medios de poder de los restos de la antigua patria común que han permanecido más o menos soberanos.

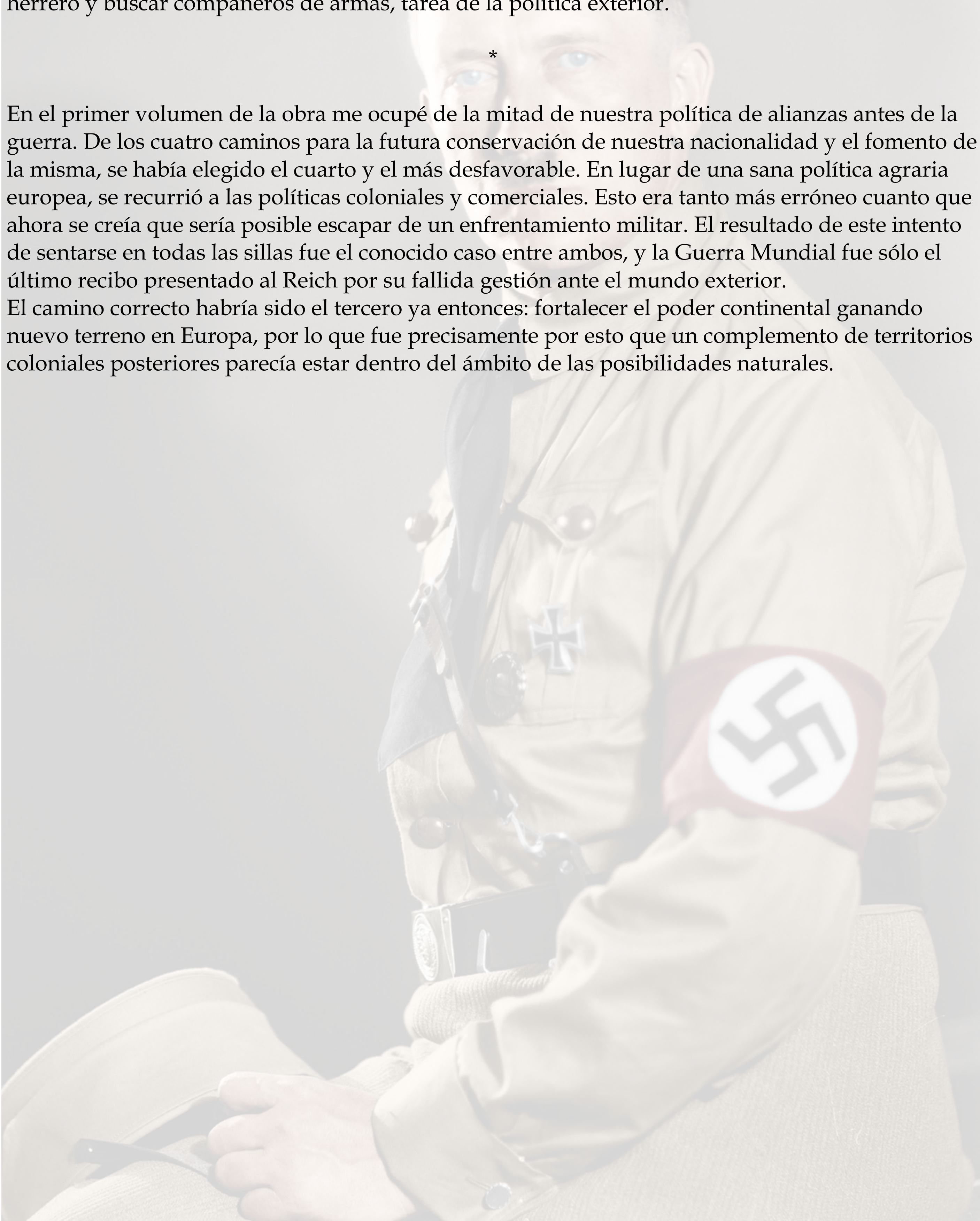
En consecuencia, el requisito previo para la adquisición de los territorios perdidos es la promoción y el fortalecimiento intensivos del estado restante, así como la decisión inquebrantable que duerme en el corazón de dedicar la nueva fuerza así formada en una hora dada al servicio de la liberación y unificación de toda la nación:



En otras palabras, los intereses de los territorios separados se dejan de lado por el único interés de ganar para el resto de la medida de poder político y de poder que es el requisito previo para corregir la voluntad de los vencedores enemigos. Porque los países oprimidos no son conducidos de vuelta al seno de un imperio común por protestas ardientes, sino por una espada poderosa. Forjar esta espada es tarea de la dirección política interna de un pueblo; asegurar el trabajo del herrero y buscar compañeros de armas, tarea de la política exterior.

*

En el primer volumen de la obra me ocupé de la mitad de nuestra política de alianzas antes de la guerra. De los cuatro caminos para la futura conservación de nuestra nacionalidad y el fomento de la misma, se había elegido el cuarto y el más desfavorable. En lugar de una sana política agraria europea, se recurrió a las políticas coloniales y comerciales. Esto era tanto más erróneo cuanto que ahora se creía que sería posible escapar de un enfrentamiento militar. El resultado de este intento de sentarse en todas las sillas fue el conocido caso entre ambos, y la Guerra Mundial fue sólo el último recibo presentado al Reich por su fallida gestión ante el mundo exterior.
El camino correcto habría sido el tercero ya entonces: fortalecer el poder continental ganando nuevo terreno en Europa, por lo que fue precisamente por esto que un complemento de territorios coloniales posteriores parecía estar dentro del ámbito de las posibilidades naturales.

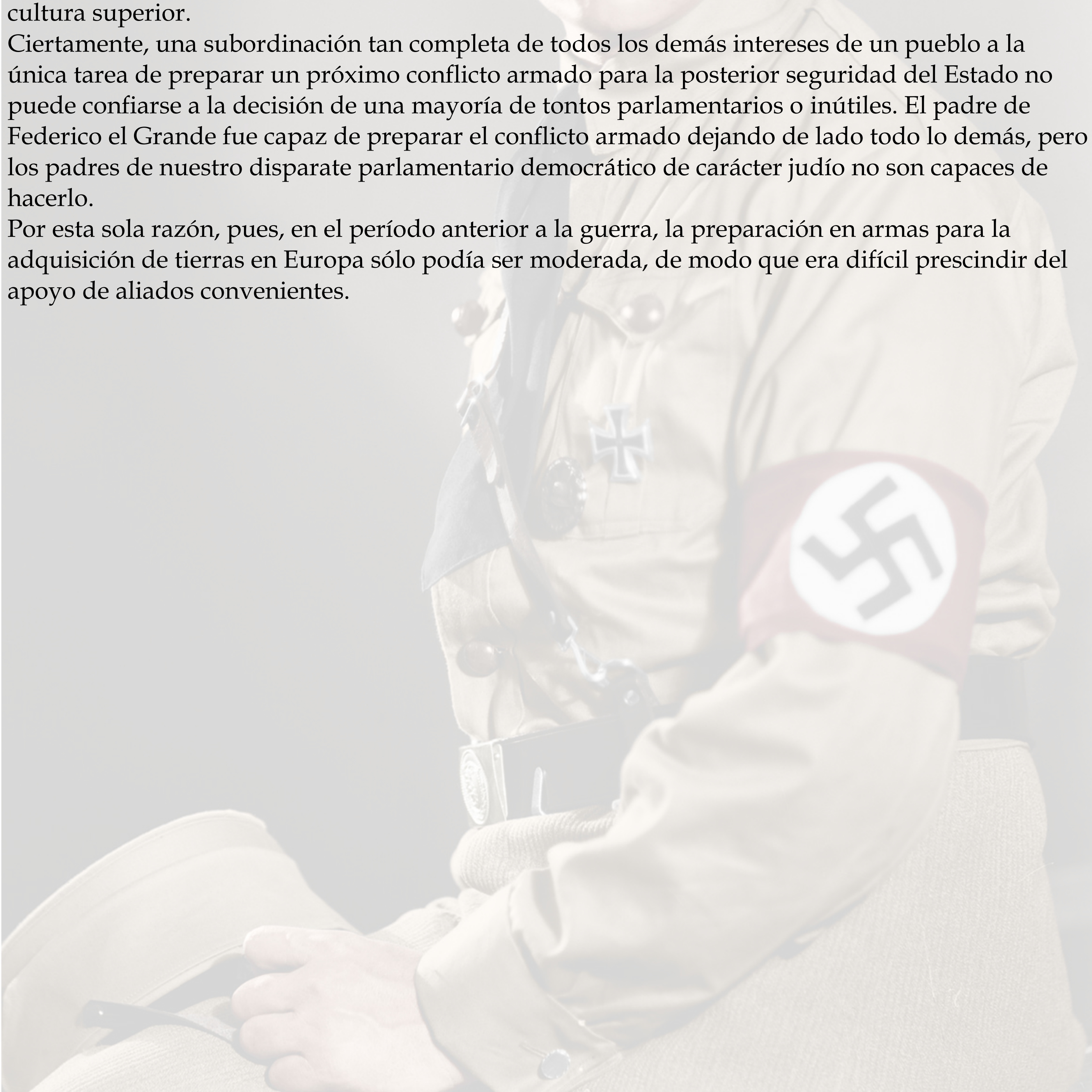


690 Política continental equivocada antes de la guerra

Esta política, sin embargo, sólo podría haberse llevado a cabo en alianza con Inglaterra, o bajo una promoción tan anormal de los medios de poder militar que las tareas culturales habrían quedado completamente relegadas a un segundo plano durante cuarenta o cincuenta años. Esto bien podría haber estado justificado. La significación cultural de una nación está casi siempre ligada a su libertad política y a su independencia, y por consiguiente ésta es el requisito previo para la existencia o el mejor surgimiento de la primera. Por lo tanto, ningún sacrificio puede ser demasiado grande para asegurar la libertad política. Lo que se retira de los intereses culturales generales por una promoción excesiva de los medios militares de poder del Estado, puede ser recuperado más tarde de la manera más abundante. De hecho, puede decirse que, después de un esfuerzo tan comprimido, una cierta relajación o compensación se produce generalmente sólo en el sentido de la conservación de la independencia del Estado, a través de un florecimiento, a menudo casi sorprendente, de las fuerzas culturales de un pueblo, hasta ahora descuidadas. De la miseria de las guerras persas surgió el florecimiento de la Edad de Pericles, y por encima de las preocupaciones de las guerras púnicas, el Estado romano comenzó a dedicarse al servicio de una cultura superior.

Ciertamente, una subordinación tan completa de todos los demás intereses de un pueblo a la única tarea de preparar un próximo conflicto armado para la posterior seguridad del Estado no puede confiarse a la decisión de una mayoría de tontos parlamentarios o inútiles. El padre de Federico el Grande fue capaz de preparar el conflicto armado dejando de lado todo lo demás, pero los padres de nuestro disparate parlamentario democrático de carácter judío no son capaces de hacerlo.

Por esta sola razón, pues, en el período anterior a la guerra, la preparación en armas para la adquisición de tierras en Europa sólo podía ser moderada, de modo que era difícil prescindir del apoyo de aliados convenientes.



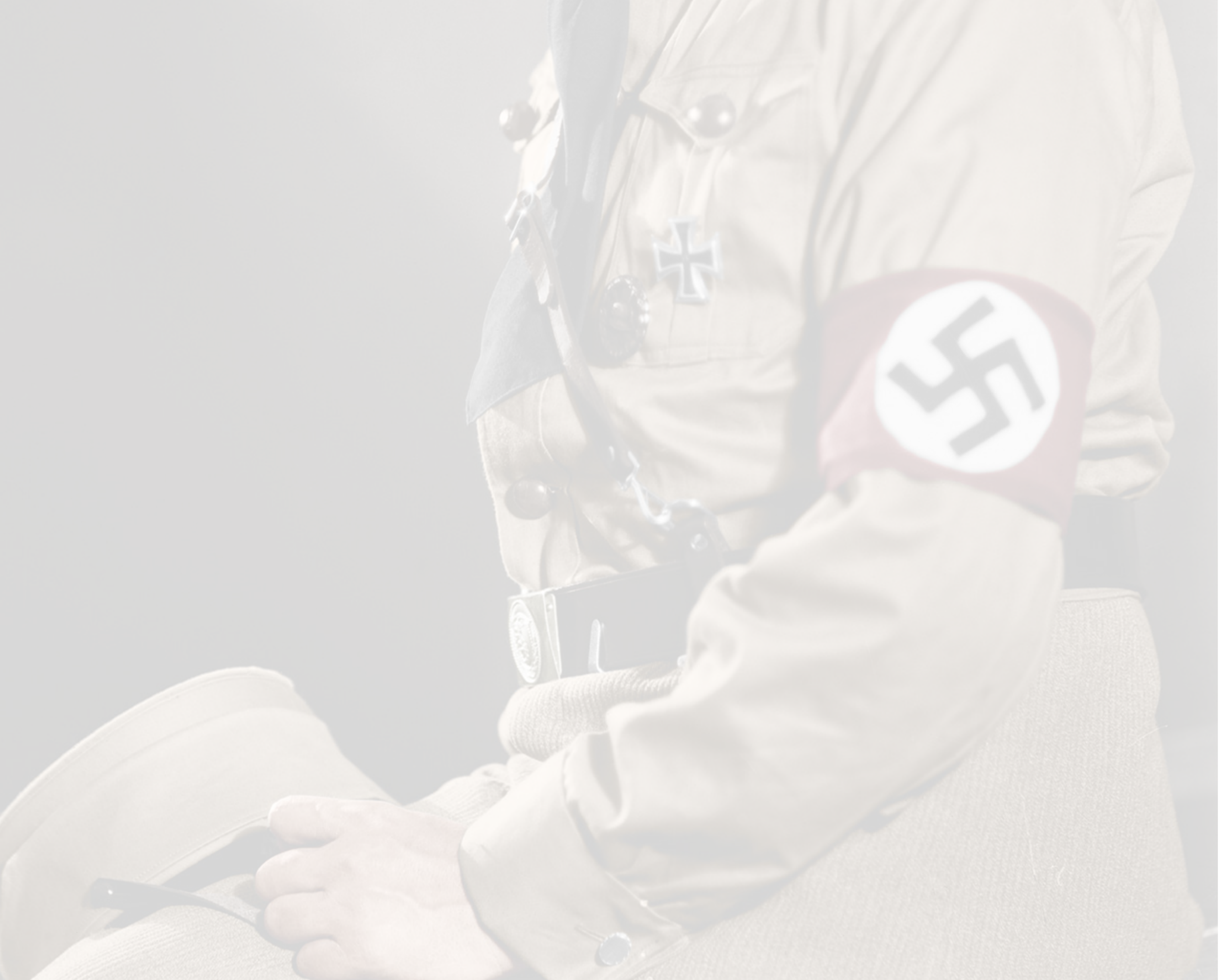
Pero como no querían tener nada que ver con una preparación planificada para la guerra, renunciaron a la adquisición de tierras en Europa y, recurriendo en cambio a la política colonial y comercial, sacrificaron la alianza que de otro modo sería posible con Inglaterra, pero sin apoyarse ahora lógicamente en Rusia, y finalmente tropezaron, abandonados por todos, excepto por el mal hereditario de los Habsburgo. en la Guerra Mundial.

*

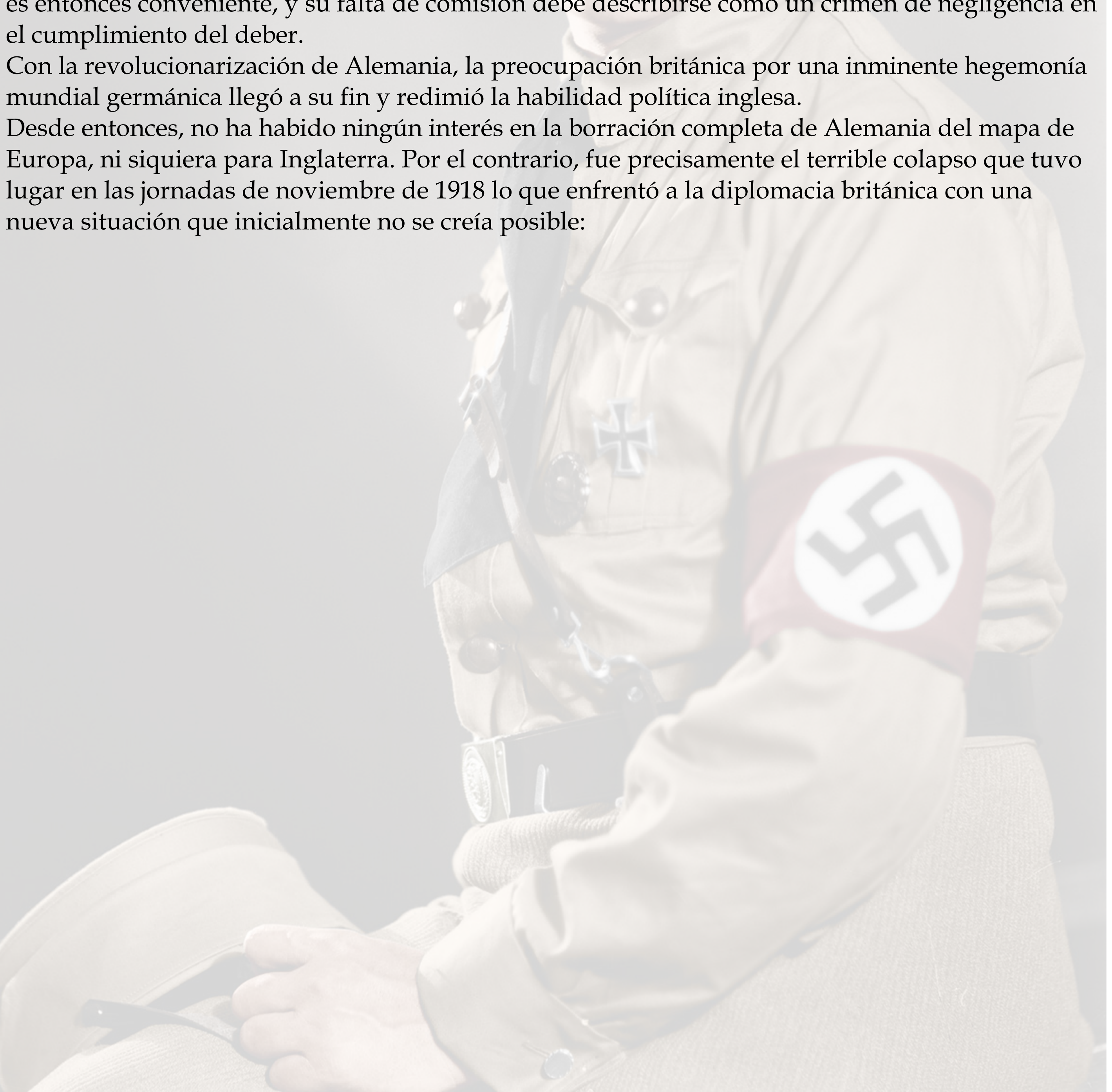
Por lo que se refiere a las características de nuestra política exterior actual, hay que decir que no existe ninguna directiva que sea de ninguna manera visible o incluso inteligible. Si antes de la guerra se tomaba erróneamente el cuarto camino, pero sólo a mitad y mitad a lo largo de él, desde la revolución ya no es reconocible ni siquiera para el ojo más agudo. Aún más que antes de la guerra, no hay ninguna consideración prevista, excepto la de intentar aplastar incluso la última posibilidad de una revuelta de nuestro pueblo.
Un examen sereno del actual equilibrio de poder europeo lleva a la siguiente conclusión:
Durante trescientos años, la historia de nuestro continente ha estado determinada decisivamente por el intento de Inglaterra de asegurar el respaldo necesario para los grandes objetivos británicos en la política mundial por medio de relaciones de poder equilibradas y mutuamente vinculantes entre los estados europeos.
La tendencia tradicional de la diplomacia británica, que en Alemania sólo puede contrastarse con la tradición del ejército prusiano, ha tenido como resultado, desde el trabajo de la reina Isabel, impedir sistemáticamente por todos los medios cualquier ascenso de una gran potencia europea más allá del marco del orden general de magnitud y, si es necesario, romperla mediante una intervención militar. Los medios de poder que Inglaterra estaba acostumbrada a emplear en este caso variaban, según la situación en cuestión o la tarea que se les proponía; Pero la determinación y la fuerza de voluntad para usarlo son siempre las mismas. De hecho, cuanto más difícil se volvía la situación de Inglaterra con el paso del tiempo, más necesario le parecía a los dirigentes del Reich británico mantener el estado de parálisis general de las fuerzas nacionales de Europa como resultado de una grandeza mutuamente rival.

692 Inglaterra y Alemania

La separación política del antiguo territorio colonial norteamericano condujo en el período siguiente a los mayores esfuerzos por mantener el apoyo incondicional europeo. Así, después de la destrucción de España y de los Países Bajos como grandes potencias marítimas, la fuerza del Estado inglés se concentró contra la Francia en ascenso, hasta que finalmente, con la caída de Napoleón I, el peligro de la hegemonía de esta potencia militar tan peligrosa para Inglaterra pudo considerarse quebrado.
El cambio de estadista británico contra Alemania se llevó a cabo sólo lentamente, no sólo porque, al principio, no había ningún peligro evidente para Inglaterra como resultado de la falta de unificación nacional de la nación alemana, sino también porque la opinión pública, levantada propagandísticamente para un propósito estatal definido, sólo lentamente es capaz de perseguir nuevos objetivos. El conocimiento sobrio del estadista aparece aquí traducido en valores emocionales que no sólo son más sostenibles en su respectiva efectividad, sino también más estables en cuanto a su duración. Por consiguiente, el hombre de Estado, después de haber logrado una intención, puede, sin más preámbulos, orientar sus líneas de pensamiento hacia nuevos objetivos, pero las masas sólo pueden transformarse emocionalmente en un instrumento de la nueva visión de su vida en un trabajo lento y propagandístico.
Ya en 1870-71, sin embargo, Inglaterra había establecido su nueva posición. Las fluctuaciones, que ocurrieron varias veces como resultado de la importancia económica global de Estados Unidos y el desarrollo de la política de poder de Rusia, desafortunadamente no fueron utilizadas por Alemania, por lo que la tendencia original del estadismo británico tuvo que fortalecerse cada vez más.



Inglaterra vio en Alemania una potencia cuya importancia comercial y, por lo tanto, política mundial, sobre todo como resultado de su enorme industrialización, aumentó hasta tal punto amenazador que ya era posible ponderar la fuerza de los dos Estados en áreas iguales. La conquista "económicamente pacífica" del mundo, que a nuestros dirigentes les parecía la máxima sabiduría, se convirtió en la razón para que el político inglés organizara la resistencia contra ella. El hecho de que esta resistencia tomara la forma de un ataque ampliamente organizado estaba entonces completamente en consonancia con la esencia de un estadista cuyos objetivos no eran preservar una paz mundial cuestionable, sino consolidar la dominación mundial británica. El hecho de que Inglaterra se sirviera de todos los Estados como aliados que podían considerarse militarmente correspondía tanto a su tradicional cautela al estimar la fuerza del enemigo como a la percepción de su propia debilidad momentánea. Esto no puede describirse como "falta de escrúpulos" porque una organización tan amplia de una guerra no debe juzgarse según puntos de vista heroicos, sino según los convenientes. La diplomacia tiene que procurar que un pueblo no perezca heroicamente, sino que sea prácticamente preservado. Todo camino que conduzca a esto es entonces conveniente, y su falta de comisión debe describirse como un crimen de negligencia en el cumplimiento del deber.
Con la revolucionarización de Alemania, la preocupación británica por una inminente hegemonía mundial germánica llegó a su fin y redimió la habilidad política inglesa.
Desde entonces, no ha habido ningún interés en la borración completa de Alemania del mapa de Europa, ni siquiera para Inglaterra. Por el contrario, fue precisamente el terrible colapso que tuvo lugar en las jornadas de noviembre de 1918 lo que enfrentó a la diplomacia británica con una nueva situación que inicialmente no se creía posible:



694 Cambiar el "equilibrio"

Durante cuatro años y medio, el Imperio Británico había luchado para romper la supuesta preponderancia de una potencia continental. De repente se produjo una caída que pareció eliminar por completo este poder de la escena. Había tal falta incluso del instinto más primitivo de conservación, que el equilibrio de Europa pareció desquiciarse por un acto de apenas cuarenta y ocho horas: Alemania fue destruida y Francia fue la primera potencia política continental de Europa.

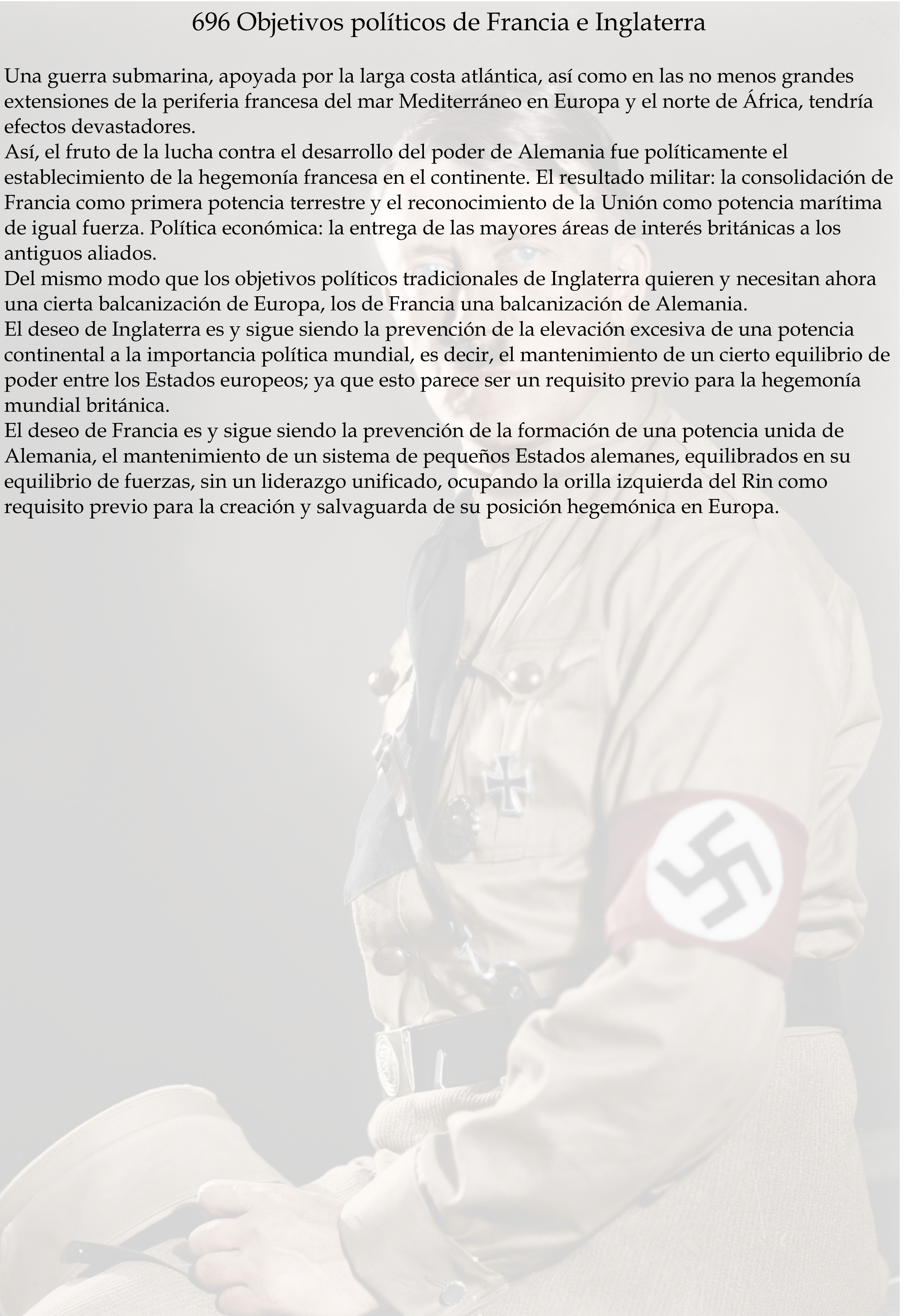
La enorme propaganda que en esta guerra mantuvo al pueblo británico a raya para perseverar, lo incitó excesivamente, lo agitó en todos sus instintos y pasiones primarias, ahora tenía que pesar como un peso de plomo sobre las decisiones de los estadistas británicos. Con la aniquilación colonial, económica y comercial de Alemania, se logró el objetivo bélico británico, pero lo que fue más allá fue una disminución de los intereses ingleses. A través de la extinción de un estado de potencia alemán en Europa continental, solo los enemigos de Inglaterra podían ganar. Sin embargo, en los días de noviembre de 1918 y hasta mediados del verano de 1919, ya no era posible un cambio en la diplomacia británica, que en esta larga guerra había utilizado las fuerzas emocionales de las amplias masas más que nunca. No es posible desde el punto de vista de la actitud del propio pueblo, y no es posible en vista de la estabilidad del equilibrio de poder militar. Francia había usurpado la ley de la acción y podía dictar a los demás. Sin embargo, la única potencia que podía haber producido un cambio en estos meses de regateo y negociación, la propia Alemania, yacía en las convulsiones de la guerra civil interna y proclamaba una y otra vez por boca de sus llamados estadistas su disposición a aceptar cualquier dictado.



El objetivo bélico de Inglaterra no se logró 695

Cuando, en la vida de las naciones, una nación, debido a la falta total de su propio instinto de conservación, deja de ser un posible aliado "activo", está acostumbrada a hundirse al nivel de un pueblo esclavo, y su país a la suerte de una colonia.
Precisamente para evitar que el poder de Francia creciera excesivamente, la participación de Inglaterra en sus deseos depredadores era la única forma posible de sus propias acciones.
De hecho, Inglaterra no logró su objetivo bélico. El ascenso de una potencia europea por encima de la fuerza del sistema de estados continentales de Europa no sólo no se impidió, sino que se justificó en mayor medida.
En 1914, Alemania, como estado militar, estaba atrapada entre dos países, uno de los cuales tenía el mismo poder y el otro uno mayor. A esto se añadía el prestigio naval superior de Inglaterra, Francia y Rusia eran las únicas que ofrecían obstáculos y resistencias a cualquier desarrollo excesivo de la grandeza alemana. La posición militar-geográfica extraordinariamente desfavorable del imperio podría considerarse como un coeficiente de seguridad adicional frente a un aumento demasiado grande del poder de este país. Desde el punto de vista militar, la zona costera en particular era desfavorable para un combate con Inglaterra, pequeña y estrecha, mientras que el frente terrestre era excesivamente ancho y abierto.
La posición de Francia hoy es diferente: militarmente la primera potencia, sin un rival serio en el continente; en sus fronteras del sur contra España e Italia tan bien como protegidas; asegurados contra Alemania por la impotencia de nuestra patria; en su costa en un largo frente ante los nervios vitales del Imperio Británico. Los centros de vida ingleses no sólo son objetivos dignos para los aviones y las baterías de larga distancia, sino que, además, ante el efecto de los submarinos, las líneas de tráfico de la acción británica quedarían expuestas.





696 Objetivos políticos de Francia e Inglaterra

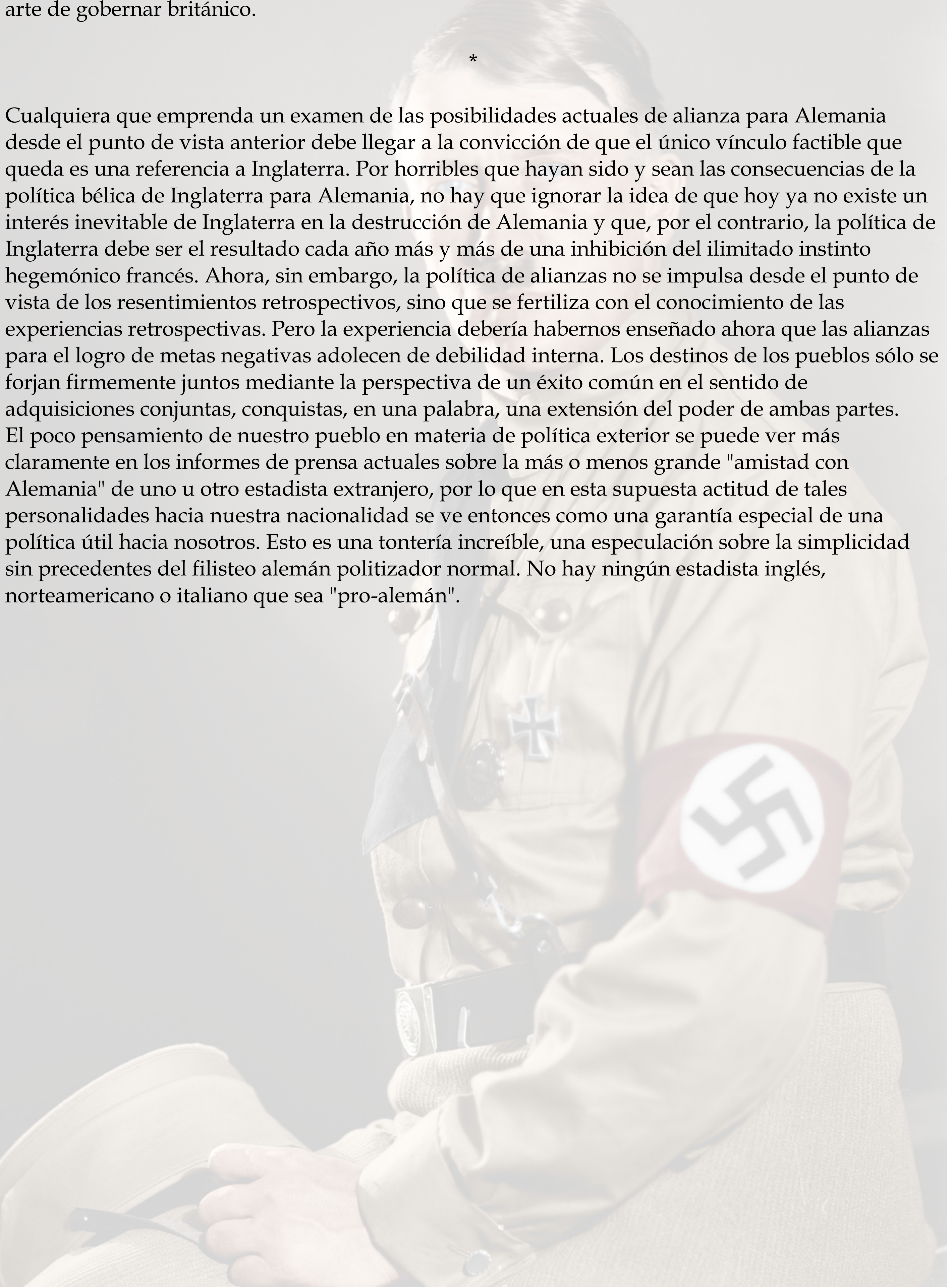
Una guerra submarina, apoyada por la larga costa atlántica, así como en las no menos grandes extensiones de la periferia francesa del mar Mediterráneo en Europa y el norte de África, tendría efectos devastadores.

Así, el fruto de la lucha contra el desarrollo del poder de Alemania fue políticamente el establecimiento de la hegemonía francesa en el continente. El resultado militar: la consolidación de Francia como primera potencia terrestre y el reconocimiento de la Unión como potencia marítima de igual fuerza. Política económica: la entrega de las mayores áreas de interés británicas a los antiguos aliados.

Del mismo modo que los objetivos políticos tradicionales de Inglaterra quieren y necesitan ahora una cierta balcanización de Europa, los de Francia una balcanización de Alemania.

El deseo de Inglaterra es y sigue siendo la prevención de la elevación excesiva de una potencia continental a la importancia política mundial, es decir, el mantenimiento de un cierto equilibrio de poder entre los Estados europeos; ya que esto parece ser un requisito previo para la hegemonía mundial británica.

El deseo de Francia es y sigue siendo la prevención de la formación de una potencia unida de Alemania, el mantenimiento de un sistema de pequeños Estados alemanes, equilibrados en su equilibrio de fuerzas, sin un liderazgo unificado, ocupando la orilla izquierda del Rin como requisito previo para la creación y salvaguarda de su posición hegemónica en Europa.



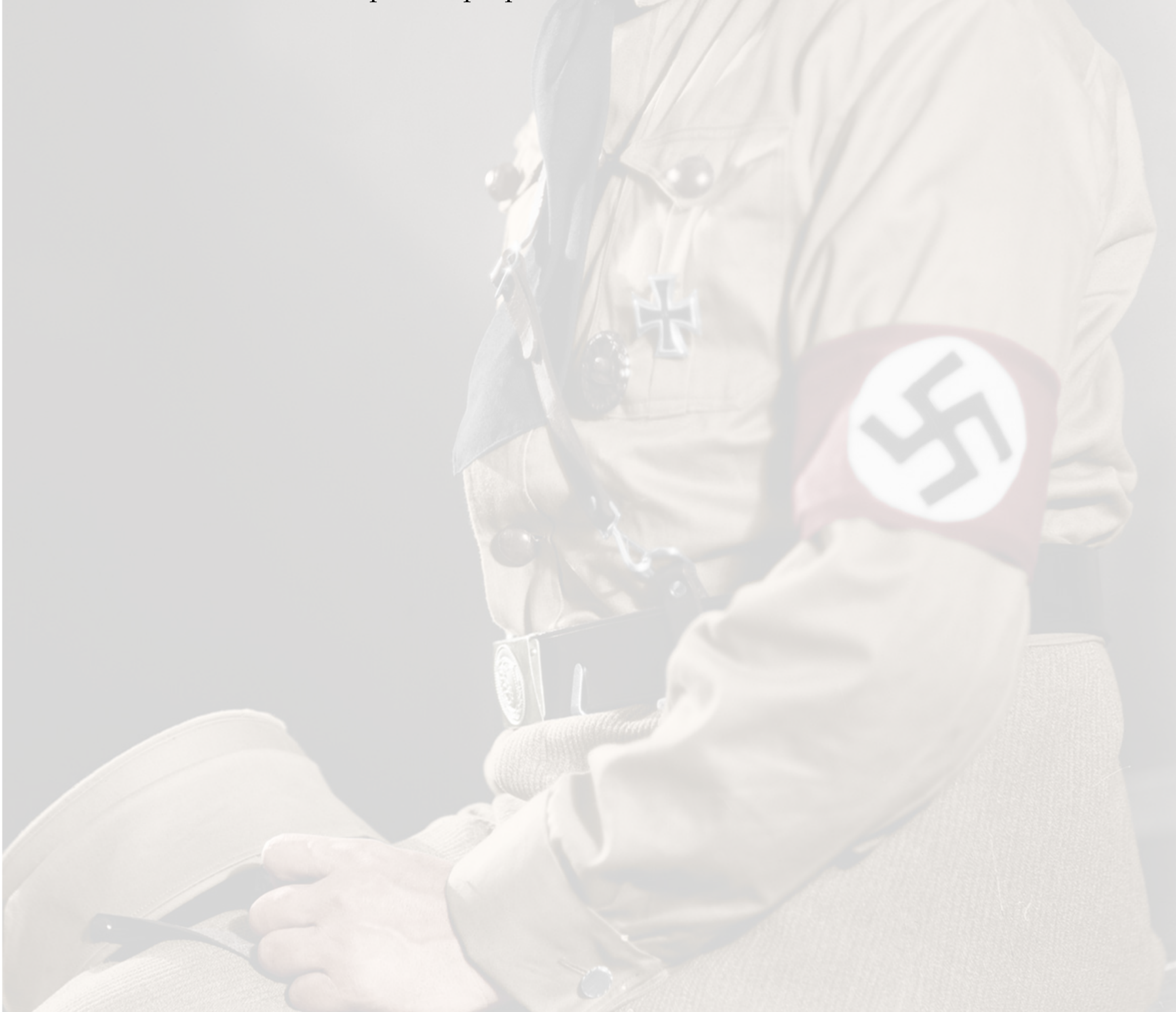
El objetivo final de la diplomacia francesa siempre estará en oposición a la tendencia última del arte de gobernar británico.

*

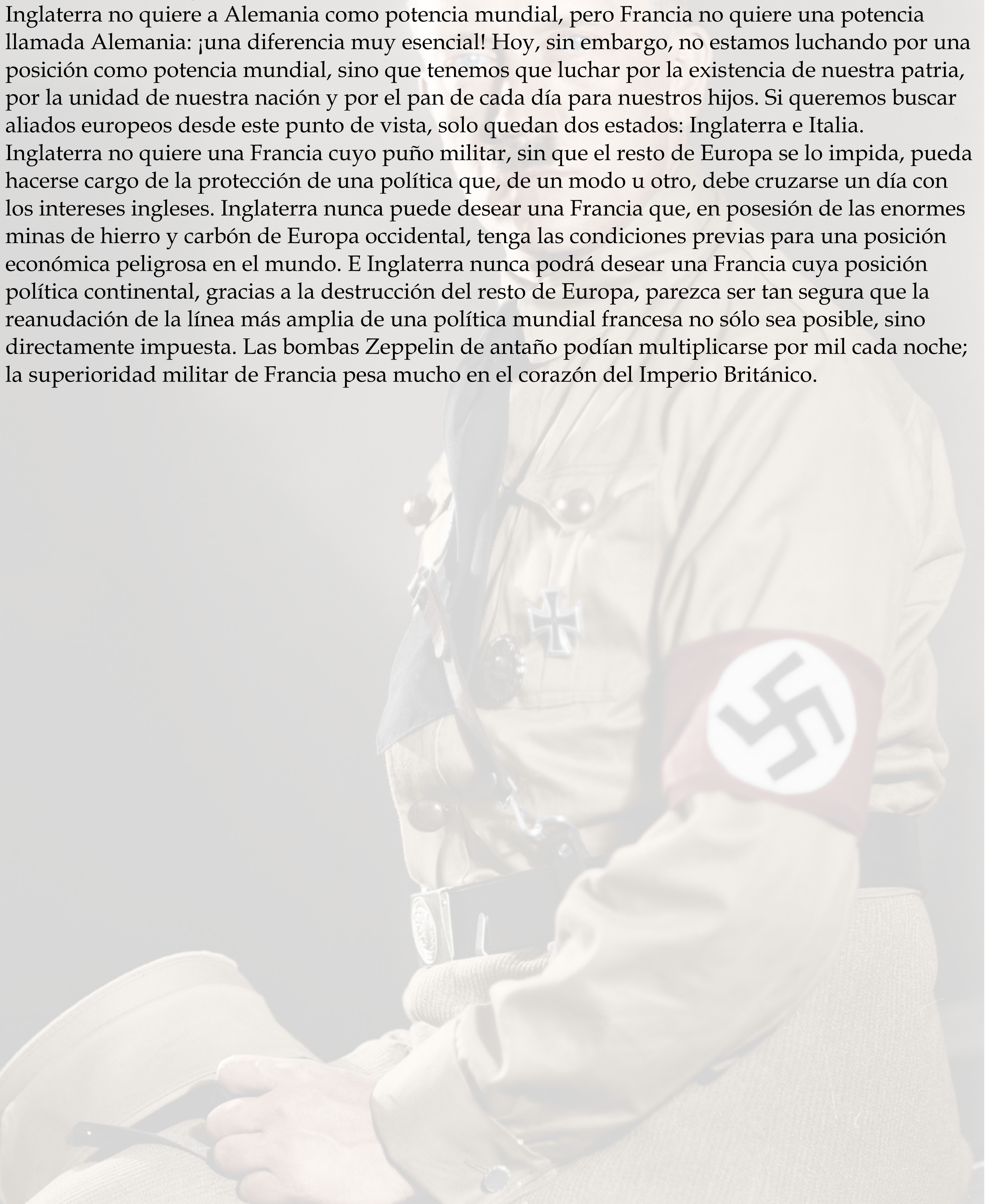
Cualquiera que emprenda un examen de las posibilidades actuales de alianza para Alemania desde el punto de vista anterior debe llegar a la convicción de que el único vínculo factible que queda es una referencia a Inglaterra. Por horribles que hayan sido y sean las consecuencias de la política bélica de Inglaterra para Alemania, no hay que ignorar la idea de que hoy ya no existe un interés inevitable de Inglaterra en la destrucción de Alemania y que, por el contrario, la política de Inglaterra debe ser el resultado cada año más y más de una inhibición del ilimitado instinto hegemónico francés. Ahora, sin embargo, la política de alianzas no se impulsa desde el punto de vista de los resentimientos retrospectivos, sino que se fertiliza con el conocimiento de las experiencias retrospectivas. Pero la experiencia debería habernos enseñado ahora que las alianzas para el logro de metas negativas adolecen de debilidad interna. Los destinos de los pueblos sólo se forjan firmemente juntos mediante la perspectiva de un éxito común en el sentido de adquisiciones conjuntas, conquistas, en una palabra, una extensión del poder de ambas partes.
El poco pensamiento de nuestro pueblo en materia de política exterior se puede ver más claramente en los informes de prensa actuales sobre la más o menos grande "amistad con Alemania" de uno u otro estadista extranjero, por lo que en esta supuesta actitud de tales personalidades hacia nuestra nacionalidad se ve entonces como una garantía especial de una política útil hacia nosotros. Esto es una tontería increíble, una especulación sobre la simplicidad sin precedentes del filisteo alemán politizador normal. No hay ningún estadista inglés, norteamericano o italiano que sea "pro-alemán".

Por supuesto, cada inglés como estadista será un inglés, cada estadounidense un estadounidense, y ningún italiano estará dispuesto a seguir una política que no sea pro-italiana. Cualquiera que crea que puede construir alianzas con naciones extranjeras sobre la base de una actitud pro-alemana de los principales estadistas de allí es un burro o una persona falsa. El requisito previo para la yuxtaposición de los destinos de los pueblos nunca se basa en el respeto mutuo o incluso en el afecto, sino en la previsión de la conveniencia para ambos oponentes. Es decir, por mucho que un estadista inglés siempre siga una política pro-inglesa y nunca una política pro-alemana, del mismo modo que ciertos intereses pueden parecerse a los intereses pro-ingleses por una variedad de razones. Por supuesto, esto sólo tiene que ser así hasta cierto punto y puede que algún día se convierta en todo lo contrario; Pero el arte de un estadista dirigente se muestra precisamente en el hecho de que, para la realización de sus propias necesidades en ciertos períodos, siempre encuentra aquellos socios que deben seguir el mismo camino para la representación de sus intereses.

Sin embargo, la aplicación práctica para el presente sólo puede resultar de la respuesta a las siguientes preguntas: ¿Qué Estados actualmente no tienen interés en la vida? que a través de la eliminación completa de una Europa Central alemana, el poder económico y militar francés alcanzará una posición hegemónica incondicional y dominante? Sí, ¿qué Estados, sobre la base de sus propias condiciones de existencia y de su anterior liderazgo político tradicional, verán tal desarrollo como una amenaza para su propio futuro?



Porque, por fin, hay que tener muy claro esto: el implacable enemigo mortal del pueblo alemán es y sigue siendo Francia. Independientemente de quién haya gobernado o vaya a gobernar en Francia, ya sean Borbones o jacobinos, napoleónicos o demócratas burgueses, republicanos clericales o bolcheviques rojos, el objetivo final de su actividad en política exterior será siempre el intento de apoderarse de la frontera del Rin y asegurar este río para Francia a través de una Alemania disuelta y destrozada.
Inglaterra no quiere a Alemania como potencia mundial, pero Francia no quiere una potencia llamada Alemania: ¡una diferencia muy esencial! Hoy, sin embargo, no estamos luchando por una posición como potencia mundial, sino que tenemos que luchar por la existencia de nuestra patria, por la unidad de nuestra nación y por el pan de cada día para nuestros hijos. Si queremos buscar aliados europeos desde este punto de vista, solo quedan dos estados: Inglaterra e Italia.
Inglaterra no quiere una Francia cuyo puño militar, sin que el resto de Europa se lo impida, pueda hacerse cargo de la protección de una política que, de un modo u otro, debe cruzarse un día con los intereses ingleses. Inglaterra nunca puede desear una Francia que, en posesión de las enormes minas de hierro y carbón de Europa occidental, tenga las condiciones previas para una posición económica peligrosa en el mundo. E Inglaterra nunca podrá desear una Francia cuya posición política continental, gracias a la destrucción del resto de Europa, parezca ser tan segura que la reanudación de la línea más amplia de una política mundial francesa no sólo sea posible, sino directamente impuesta. Las bombas Zeppelin de antaño podían multiplicarse por mil cada noche; la superioridad militar de Francia pesa mucho en el corazón del Imperio Británico.



Pero Italia no puede querer y no querrá una mayor consolidación de la supremacía francesa en Europa. El futuro de Italia siempre estará condicionado por un desarrollo que se agrupe territorialmente en torno a la cuenca mediterránea. Lo que llevó a Italia a la guerra no fue realmente el deseo de ampliar Francia, sino más bien la intención de dar el golpe mortal al odiado rival del Adriático. Sin embargo, cualquier nuevo fortalecimiento continental de Francia significa un obstáculo para Italia en el futuro, y nunca se debe engañar a sí mismo de que las relaciones familiares entre los pueblos no pueden de ninguna manera eliminar las rivalidades.
En la reflexión más sobria y fría, encuentra hoy en primer lugar a estos dos Estados: Inglaterra e Italia, cuyos intereses propios más naturales no se oponen a las condiciones de existencia de la nación alemana, al menos de la manera más esencial, e incluso hasta cierto punto se identifican con ellas.

*

Sin embargo, no hay que pasar por alto tres factores a la hora de valorar una oportunidad de alianza de este tipo. La primera recae en nosotros, las otras dos en los propios Estados en cuestión. ¿Es posible aliarse con la Alemania de hoy? ¿Puede una potencia que quiere ver en una alianza una ayuda para el logro de sus propios objetivos ofensivos aliarse con un Estado cuya dirección ha presentado durante años un cuadro de la más lamentable incompetencia, de la cobardía pacifista, y cuya mayor parte de la población traiciona los intereses de su propio pueblo y de su país de una manera flagrante en una ceguera democrático-marxista? ¿Puede alguna potencia esperar hoy poder establecer una relación valiosa con un Estado, creyendo que un día también defenderá juntos los intereses comunes, cuando este Estado obviamente no tiene ni el coraje ni el deseo de mover un dedo en defensa de su propia vida? ¿Acaso cualquier potencia para la cual una alianza es y debe ser más que un tratado de garantías para el mantenimiento de un estado de lenta decadencia, similar al significado de la desastrosa vieja Triple Alianza, se comprometerá para bien o para mal con un Estado cuyas expresiones características de la vida consisten sólo en un servilismo servil hacia el mundo exterior y en una vergonzosa supresión de las virtudes nacionales desde dentro? un Estado que ya no posee grandeza, puesto que ya no la merece por toda su conducta; ¿Con gobiernos que no pueden jactarse de ningún respeto por parte de sus ciudadanos, de modo que es imposible que los países extranjeros tengan una mayor admiración por ellos?

¿Es Alemania capaz de formar una alianza hoy? 701

No, una potencia que se mantiene en prestigio y que espera más de las alianzas que de las comisiones para parlamentarios hambrientos de botín, no se aliará con la Alemania actual, es más, no puede hacerlo. En nuestra actual incapacidad para formar alianzas reside la razón más profunda y última de la solidaridad de los ladrones enemigos. Puesto que Alemania nunca se defiende a sí misma, excepto a través de algunas "protestas" ardientes de nuestra selección parlamentaria, pero el resto del mundo no tiene ninguna razón para luchar por nuestra protección, y el buen Dios no hace libres a los pueblos cobardes en principio —contrariamente a los esfuerzos de nuestras asociaciones patrióticas— incluso aquellos Estados que no tienen ningún interés directo en nuestra completa aniquilación permanecen no quedaba más remedio que tomar parte en las incursiones de Francia, aunque sólo fuera por la razón de impedir al menos el fortalecimiento exclusivo de Francia mediante tal participación y participación en el saqueo.

En segundo lugar, no hay que pasar por alto la dificultad de llevar a cabo un cambio en las grandes capas de la población, influidas por la propaganda de masas en una determinada dirección, en los países hasta ahora hostiles a nosotros. No se puede presentar durante años a una nacionalidad como "huna", "depredadora", "vandálica", etc., para descubrir de repente lo contrario de la noche a la mañana y recomendar al antiguo enemigo como aliado del mañana.

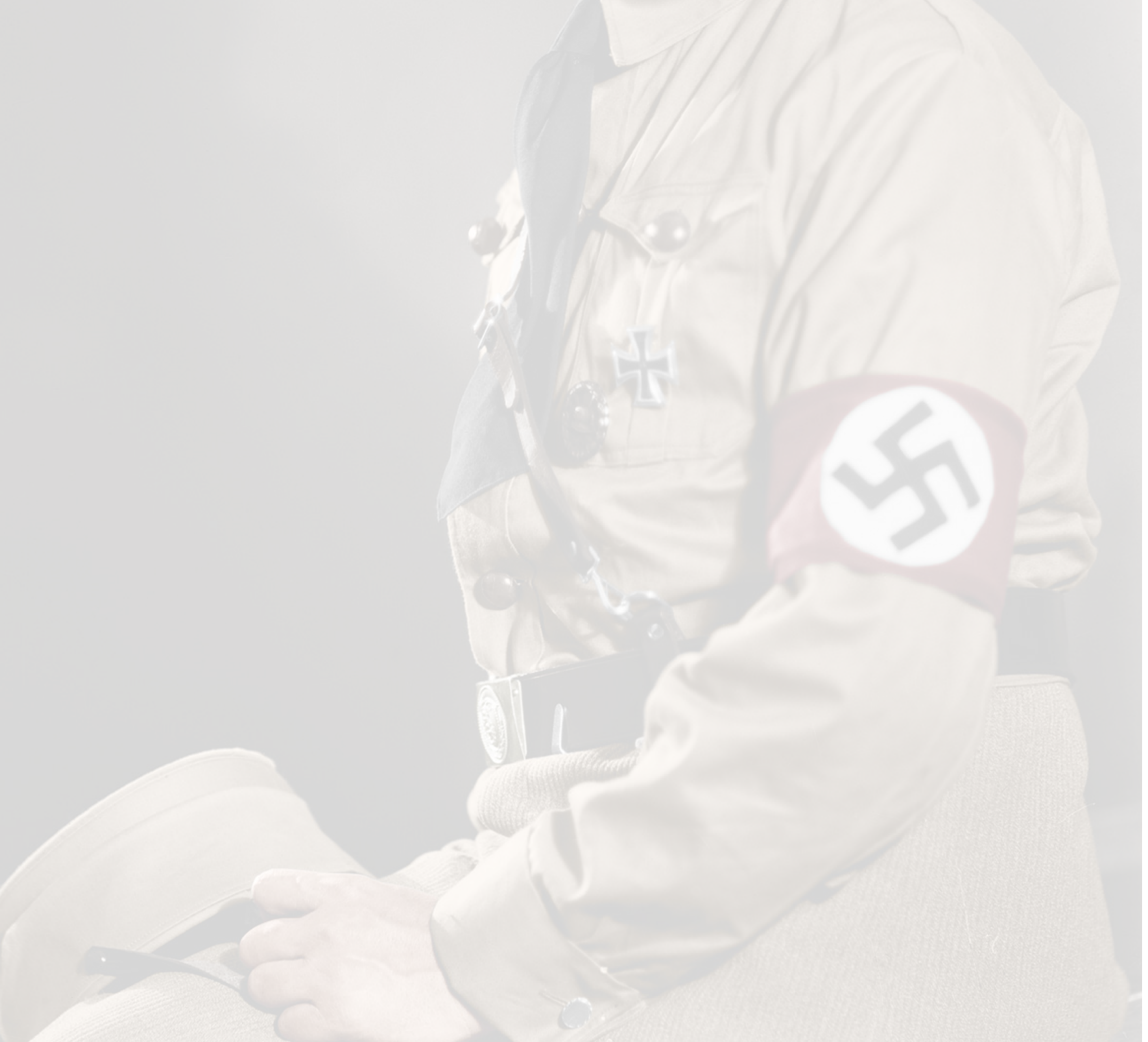


702 Divergencia de intereses británicos y judíos

Sin embargo, hay que prestar aún más atención a un tercer hecho que será de importancia esencial para la configuración de las futuras relaciones de alianza europea:
Por pequeño que sea el interés de Inglaterra en una nueva aniquilación de Alemania, desde el punto de vista del Estado británico, tan grande es el de la bolsa internacional de judíos en tal desarrollo. El conflicto entre el estadista oficial, o más bien tradicional, británico y las fuerzas autorizadas de la bolsa de valores judía no se muestra en ninguna parte mejor que en las diversas posiciones sobre las cuestiones de la política exterior británica. El judaísmo financiero, en contra de los intereses del Estado británico, desea no sólo la irresolente destrucción económica de Alemania, sino también la completa esclavitud política. La nacionalización de nuestra economía alemana, es decir, la toma de posesión de la fuerza de trabajo alemana en posesión de las finanzas mundiales judías, sólo puede llevarse a cabo enteramente en un Estado políticamente bolchevique. Pero si la fuerza de combate marxista del capital bursátil judío internacional ha de romper finalmente la espalda del Estado nación alemán, esto sólo puede suceder con la ayuda amistosa del exterior. Por lo tanto, los ejércitos de Francia deben continuar calentando el estado alemán hasta que el imperio, que se ha debilitado por dentro, sucumba a las tropas de combate bolcheviques de la judería financiera mundial internacional.
De modo que el judío de hoy es el gran agitador de la destrucción completa de Alemania. Dondequiera que leemos ataques contra Alemania en el mundo, los judíos son sus fabricantes, así como en la paz y durante la guerra la bolsa judía y la prensa marxista agitaron sistemáticamente el odio contra Alemania, hasta que un Estado tras otro abandonó la neutralidad y, renunciando a los verdaderos intereses de los pueblos, entró al servicio de la coalición de la Segunda Guerra Mundial.



Las ideas del judaísmo son claras. La bolchevización de Alemania, es decir, el exterminio de la intelectualidad étnica alemana y el consiguiente exprimimiento de la fuerza de trabajo alemana bajo el yugo de las finanzas mundiales judías, sólo pretende ser el preludio de una mayor difusión de esta tendencia judía a conquistar el mundo. Como tantas veces en la historia, Alemania es el gran eje de la enorme lucha. Si nuestro pueblo y nuestro estado se convierten en víctimas de estos tiranos judíos de naciones sedientos de sangre y hambrientos de dinero, la tierra entera se hundirá en el enredo de este pólipo; si Alemania se libera de este yugo, entonces este mayor peligro para las naciones puede ser considerado como roto para el mundo entero.
Tan cierto como que el judaísmo empleará toda su obra subversiva no sólo para mantener la enemistad de las naciones contra Alemania, sino también para aumentarla aún más, así también es cierto que esta actividad coincide sólo en una fracción con los intereses reales de los pueblos envenenados por ella. En general, el judaísmo siempre luchará en los cuerpos nacionales individuales con aquellas armas que, sobre la base de la mentalidad reconocida de estas naciones, parezcan más efectivas y prometan el mayor éxito. En nuestro cuerpo de pueblo, extraordinariamente desgarrado por la sangre, son, pues, las ideas pacifistas-ideológicas más o menos "cosmopolitas" que brotaron de él, en suma, las tendencias internacionales, de las que se sirve en su lucha por el poder:



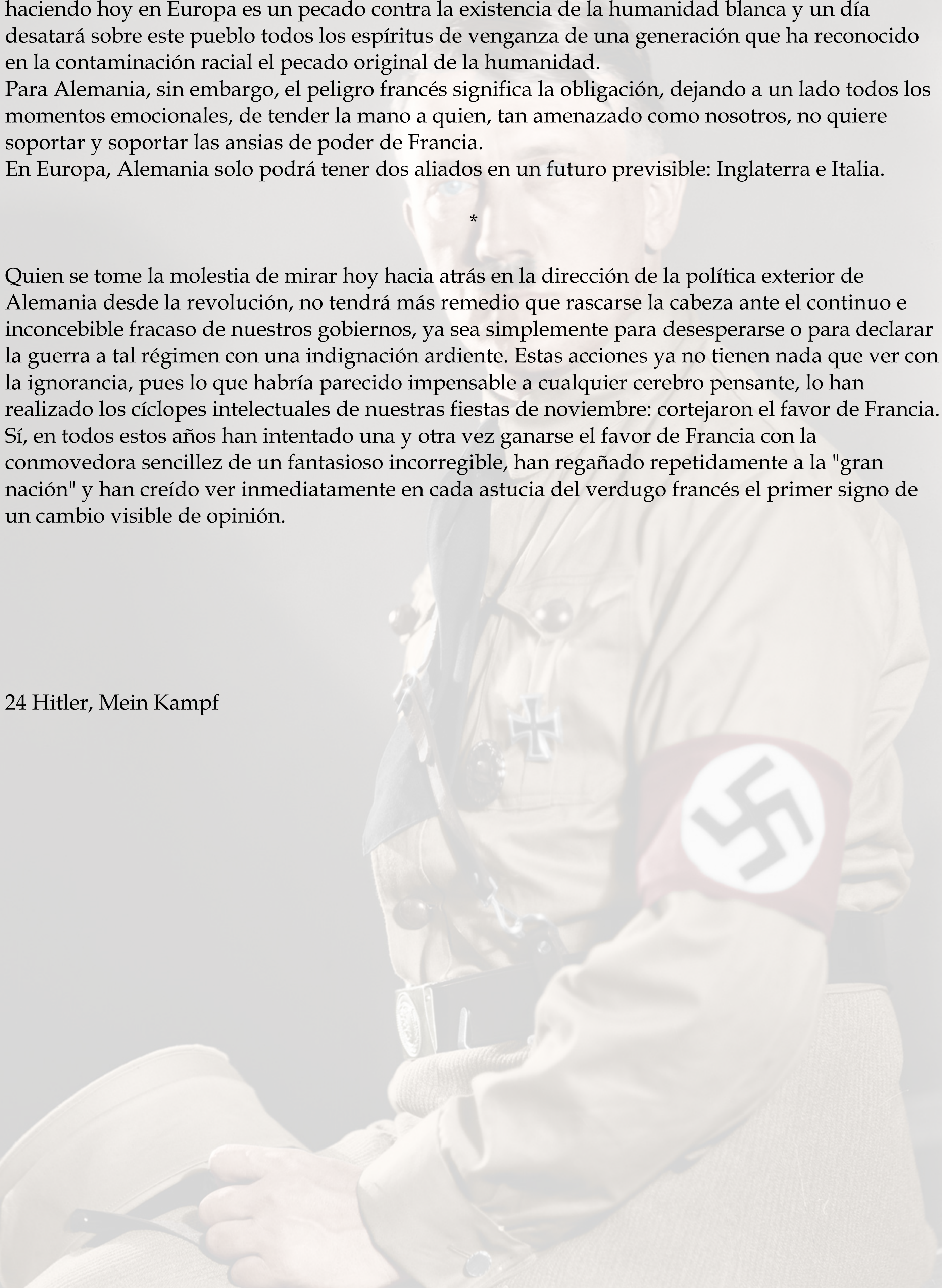
704 Convergencia de los intereses franceses y judíos

En Francia trabaja con el chovinismo reconocido y correctamente evaluado; en Inglaterra con aspectos económicos y políticos globales; En resumen, siempre hace uso de las características más esenciales que representan la mentalidad de un pueblo. Sólo cuando ha adquirido de este modo una cierta influencia creciente del poder económico y político, se libera de las cadenas de estas armas adoptadas, y ahora, en la misma medida, saca a la luz las verdaderas intenciones internas de su voluntad y de su lucha. Ahora destruye cada vez más rápidamente, hasta transformar un estado tras otro en un campo de ruinas, sobre el cual se establecerá la soberanía del eterno reino judío.

Tanto en Inglaterra como en Italia, el conflicto entre los puntos de vista de un estadista mejor y más realista y la voluntad de la bolsa mundial judía es claro, a veces incluso descaradamente obvio.

Sólo en Francia existe, más que nunca, una correspondencia interna entre las intenciones de la bolsa, los judíos que la apoyan, y los deseos de un estadista nacional de mentalidad chovinista. Es precisamente esta identidad la que representa un inmenso peligro para Alemania. Es precisamente por esta razón que Francia es y sigue siendo, con mucho, el enemigo más formidable. Este pueblo, que en sí mismo está cayendo cada vez más presa de la negación, en su compromiso con los objetivos de la dominación mundial judía, representa un peligro acechante para la existencia de la raza blanca de Europa. Porque la contaminación por sangre negra en el Rin, en el corazón de Europa, corresponde tanto a la venganza sádico-perversa de este enemigo hereditario chovinista de nuestro pueblo, como a la fría y gélida consideración del judío de iniciar de esta manera la bastardización del continente europeo en el centro y de privar a la raza blanca de la base para una existencia autocrática por medio de la jnfificación con la humanidad inferior.





Dos aliados posibles: Inglaterra — Italia 705

Lo que Francia, espoleada por su propia venganza, dirigida sistemáticamente por los judíos, está haciendo hoy en Europa es un pecado contra la existencia de la humanidad blanca y un día desatará sobre este pueblo todos los espíritus de venganza de una generación que ha reconocido en la contaminación racial el pecado original de la humanidad.

Para Alemania, sin embargo, el peligro francés significa la obligación, dejando a un lado todos los momentos emocionales, de tender la mano a quien, tan amenazado como nosotros, no quiere soportar y soportar las ansias de poder de Francia.

En Europa, Alemania solo podrá tener dos aliados en un futuro previsible: Inglaterra e Italia.

*

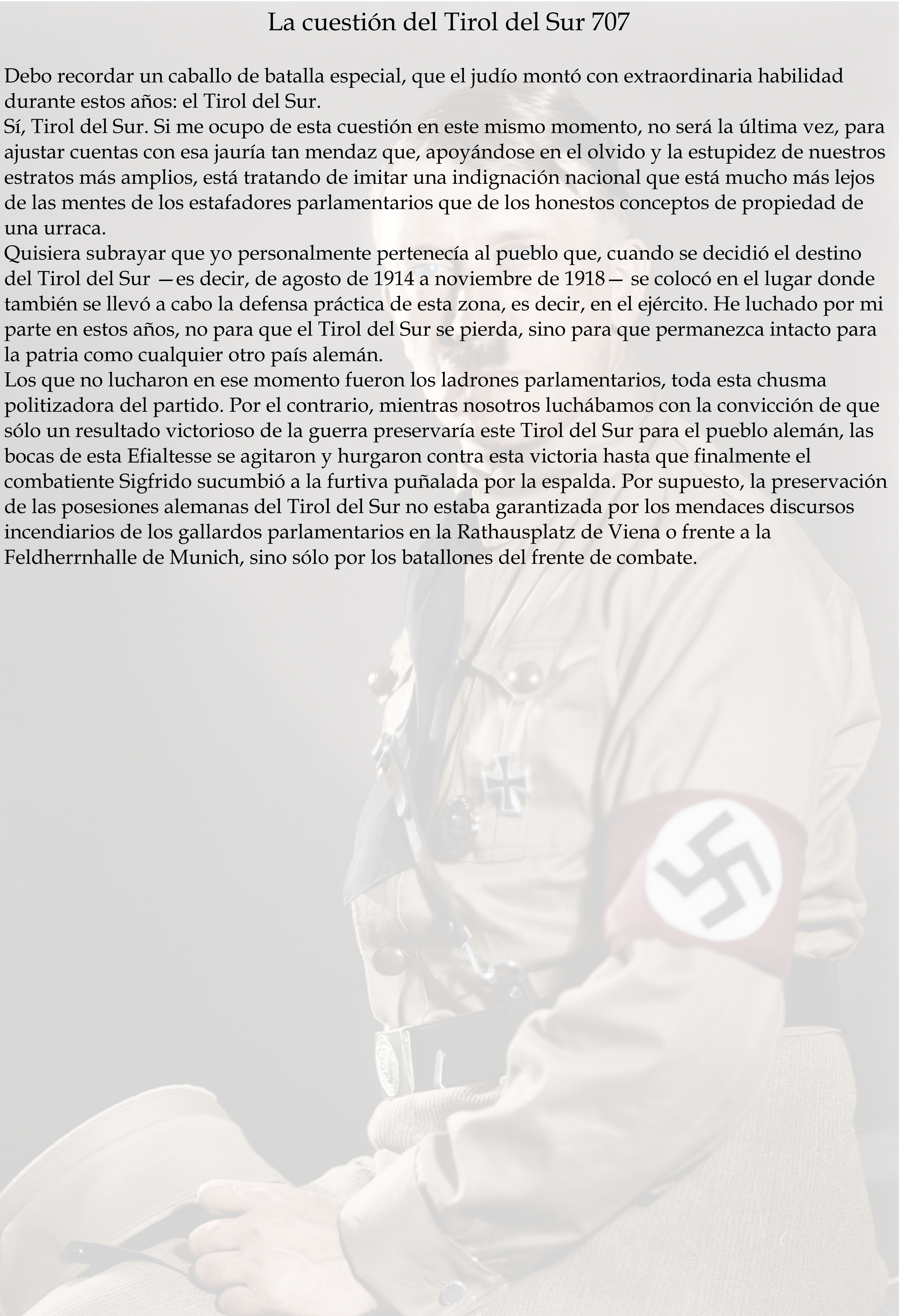
Quien se tome la molestia de mirar hoy hacia atrás en la dirección de la política exterior de Alemania desde la revolución, no tendrá más remedio que rascarse la cabeza ante el continuo e inconcebible fracaso de nuestros gobiernos, ya sea simplemente para desesperarse o para declarar la guerra a tal régimen con una indignación ardiente. Estas acciones ya no tienen nada que ver con la ignorancia, pues lo que habría parecido impensable a cualquier cerebro pensante, lo han realizado los cíclopes intelectuales de nuestras fiestas de noviembre: cortejaron el favor de Francia. Sí, en todos estos años han intentado una y otra vez ganarse el favor de Francia con la conmovedora sencillez de un fantasioso incorregible, han regañado repetidamente a la "gran nación" y han creído ver inmediatamente en cada astucia del verdugo francés el primer signo de un cambio visible de opinión.

24 Hitler, Mein Kampf

706 Ganarse el favor de Francia

Por supuesto, los verdaderos cerebros de nuestra política nunca han rendido homenaje a esta insensata creencia. Para ellos, ganarse el favor de Francia no era más que el medio natural de sabotear cualquier política de alianza práctica de esta manera. Nunca tuvieron claros los objetivos de Francia y de sus patrocinadores. Lo que les obligó a fingir que, a pesar de todo, creían sinceramente en la posibilidad de un cambio en el destino de Alemania fue la sobria comprensión de que, en el otro caso, nuestro propio pueblo probablemente habría tomado un camino diferente.
Por supuesto, también nos resulta difícil presentar a Inglaterra como un posible aliado para el futuro en las filas de nuestro propio movimiento. Nuestra prensa judía siempre supo concentrar el odio, especialmente en Inglaterra, donde más de un buen camachuelo alemán voló voluntariamente hacia el palo de cal ofrecido a los judíos, vilipendió el "resurgimiento" de una potencia naval alemana, protestó contra el robo de nuestras colonias, recomendó su recuperación, y así ayudó a suministrar el material que el sinvergüenza judío podría transferir a sus compañeros de tribu en Inglaterra para uso propagandístico práctico. Porque el hecho de que hoy no tenemos que luchar por la "posición naval", etc., debería ir desapareciendo poco a poco en la mente de nuestros simplones burgueses politizados. La actitud de las fuerzas nacionales alemanas hacia estos objetivos, sin la más completa salvaguarda previa de nuestra posición en Europa, era una tontería incluso antes de la guerra. Hoy en día, tal esperanza es una de esas estupideces que se llaman crímenes en el ámbito de la política.
A veces era realmente desesperante ver cómo los cerebros judíos se las arreglaban para ocupar a nuestro pueblo con asuntos que hoy son de la mayor importancia, para incitarlo a manifestaciones y protestas, mientras que en las mismas horas Francia se arrancaba del cuerpo de nuestro pueblo pedazo a pedazo y los cimientos de nuestra independencia nos eran sistemáticamente arrancados.





La cuestión del Tirol del Sur 707

Debo recordar un caballo de batalla especial, que el judío montó con extraordinaria habilidad durante estos años: el Tirol del Sur.

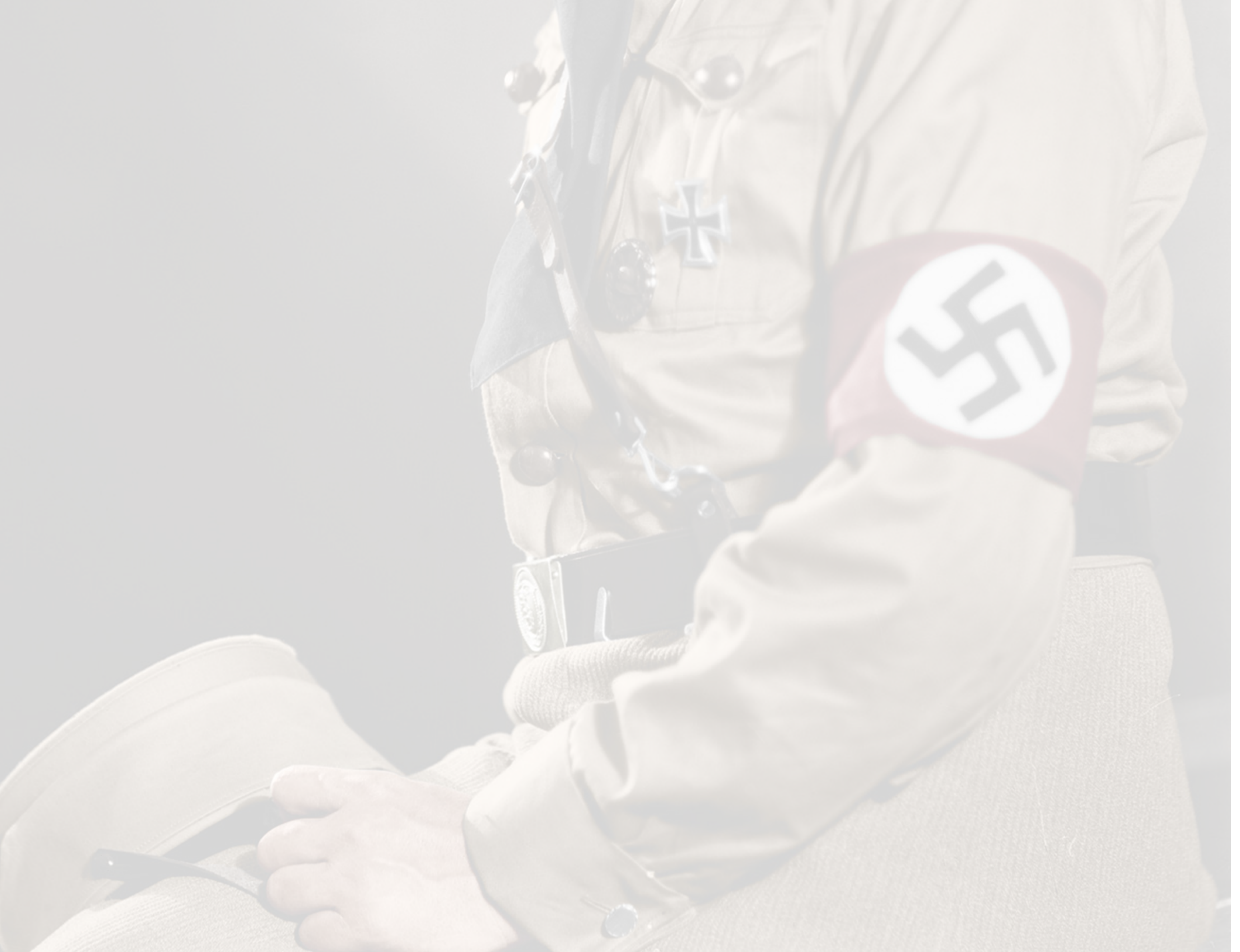
Sí, Tirol del Sur. Si me ocupo de esta cuestión en este mismo momento, no será la última vez, para ajustar cuentas con esa jauría tan mendaz que, apoyándose en el olvido y la estupidez de nuestros estratos más amplios, está tratando de imitar una indignación nacional que está mucho más lejos de las mentes de los estafadores parlamentarios que de los honestos conceptos de propiedad de una urraca.

Quisiera subrayar que yo personalmente pertenecía al pueblo que, cuando se decidió el destino del Tirol del Sur —es decir, de agosto de 1914 a noviembre de 1918— se colocó en el lugar donde también se llevó a cabo la defensa práctica de esta zona, es decir, en el ejército. He luchado por mi parte en estos años, no para que el Tirol del Sur se pierda, sino para que permanezca intacto para la patria como cualquier otro país alemán.

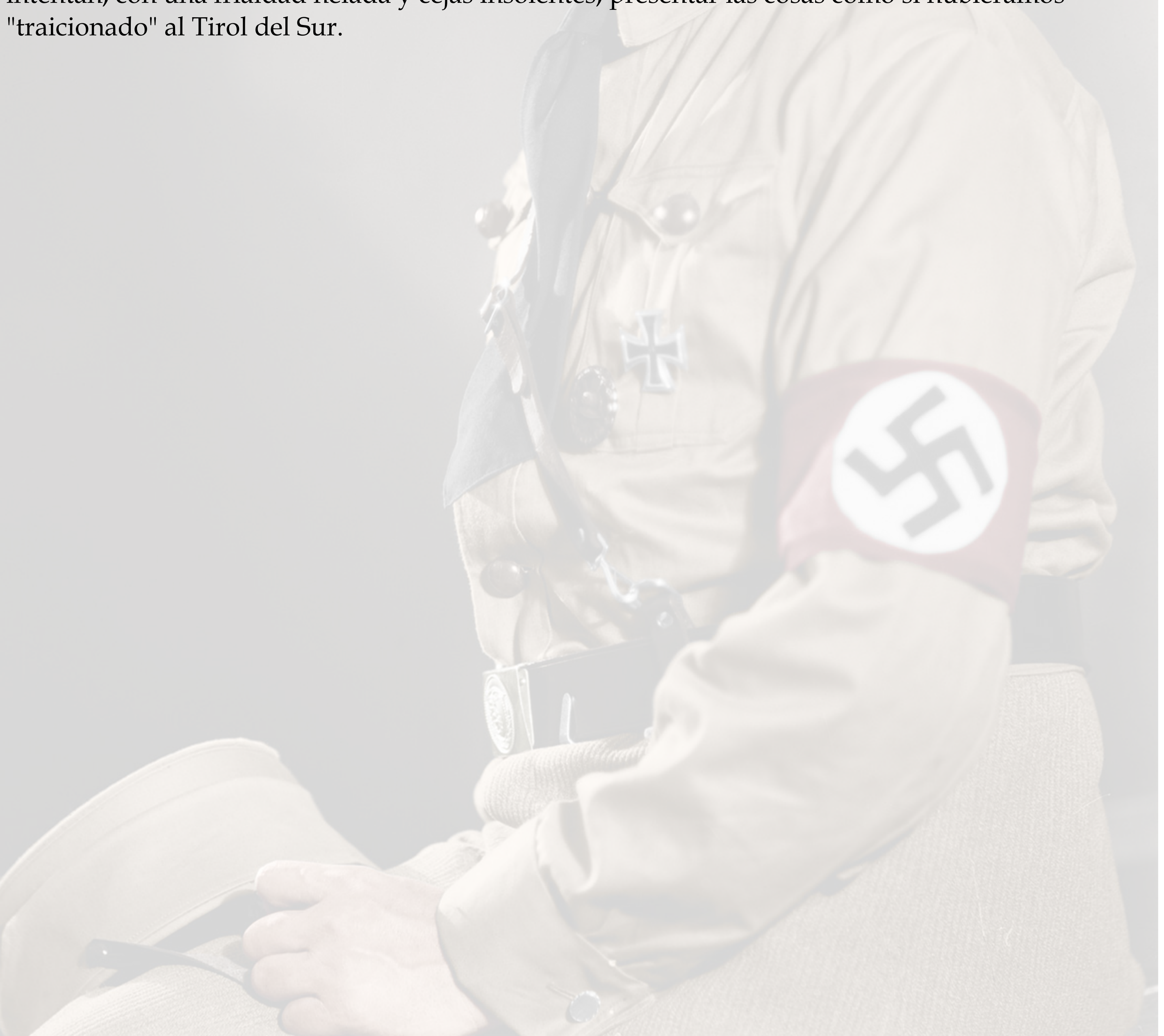
Los que no lucharon en ese momento fueron los ladrones parlamentarios, toda esta chusma politizadora del partido. Por el contrario, mientras nosotros luchábamos con la convicción de que sólo un resultado victorioso de la guerra preservaría este Tirol del Sur para el pueblo alemán, las bocas de esta Efialtesse se agitaron y hurgaron contra esta victoria hasta que finalmente el combatiente Sigfrido sucumbió a la furtiva puñalada por la espalda. Por supuesto, la preservación de las posesiones alemanas del Tirol del Sur no estaba garantizada por los mendaces discursos incendiarios de los gallardos parlamentarios en la Rathausplatz de Viena o frente a la Feldherrnhalle de Munich, sino sólo por los batallones del frente de combate.

708 La cuestión del Tirol del Sur

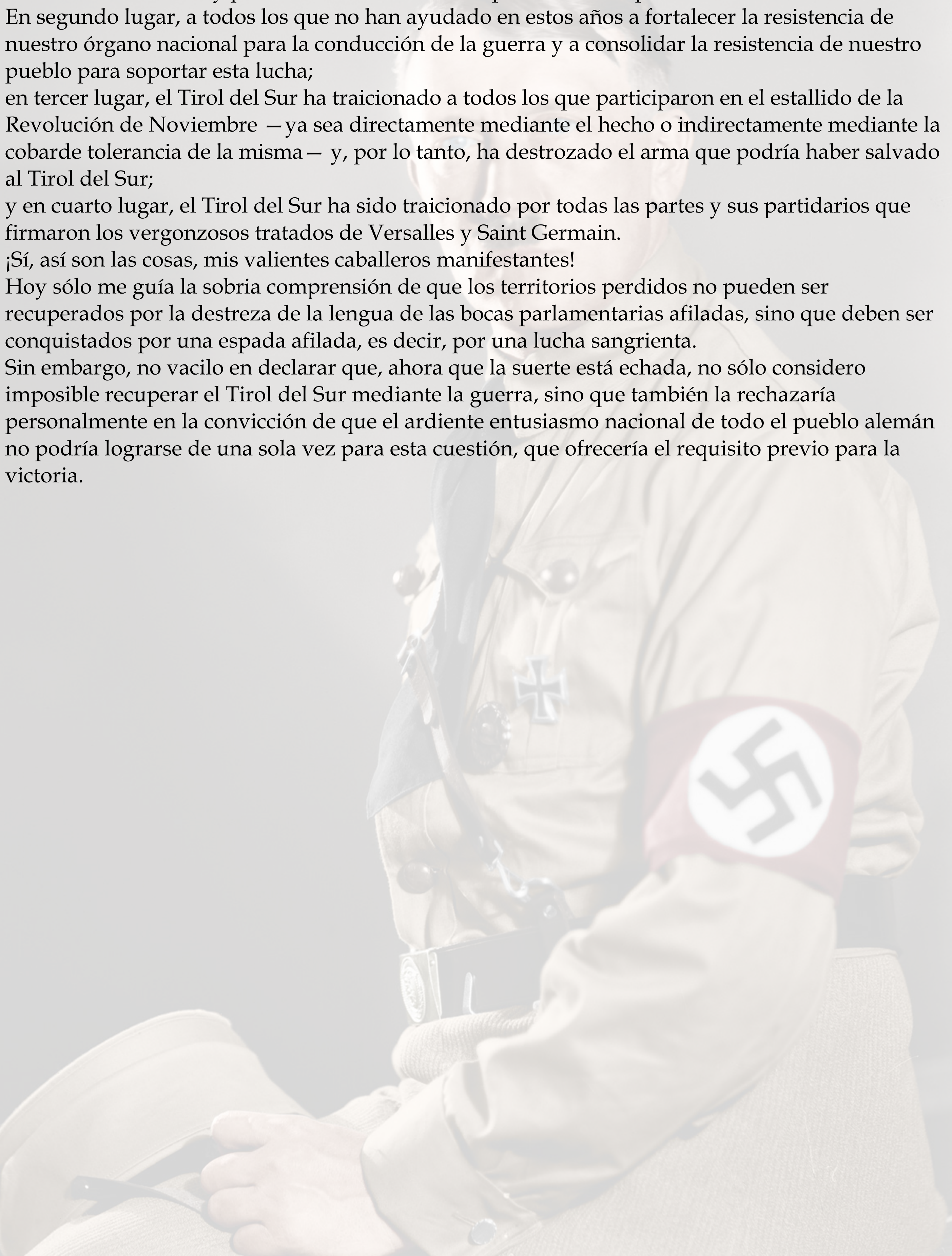
Quienquiera que lo rompa ha traicionado al Tirol del Sur, al igual que a todos los demás territorios alemanes.
Pero cualquiera que crea hoy que puede resolver la cuestión del Tirol del Sur mediante protestas, declaraciones, desfiles de clubes, etc., es un sinvergüenza muy especial o un filisteo alemán.
Debe quedar claro que la recuperación de los territorios perdidos no se efectuará mediante invocaciones solemnes del buen Dios o con piadosas esperanzas de una Sociedad de las Naciones, sino sólo por la fuerza de las armas.
Así que la única pregunta es quién está dispuesto a usar la fuerza de las armas para recuperar estos territorios perdidos.
En lo que se refiere a mi persona, podría asegurarle con la conciencia tranquila que todavía tendría el coraje suficiente para participar en la conquista victoriosa del Tirol del Sur a la cabeza de un batallón de asalto parlamentario que se formaría, compuesto por charlatanes parlamentarios y otros líderes del partido, así como varios consejeros privados. El diablo sabe, me alegraría si de repente unas cuantas metrallas se deshicieran por encima de las cabezas de una manifestación de protesta tan "en llamas". Creo que si un zorro irrumpiera en un gallinero, el cloqueo no podría ser peor, y el retorcimiento de seguridad de las aves de corral individuales no podría ser más acelerado que el préstamo de una "asociación de protesta" tan magnífica.
Pero lo vil del asunto es que los propios caballeros no creen que puedan lograr nada de esta manera. Ellos conocen mejor la imposibilidad e inofensiva de todo su alboroto. Pero lo hacen porque, por supuesto, hoy en día es un poco más fácil hablar de la recuperación del Tirol del Sur que luchar por su preservación. Cada uno hace su parte; Luego sacrificamos nuestra sangre, y hoy esta sociedad afila sus picos.



Es particularmente delicioso ver cómo la cresta de los círculos legitimistas vieneses se hincha literalmente en su trabajo de reconquista del Tirol del Sur en la actualidad. Hace siete años, sin embargo, su exaltada e ilustre casa gobernante ayudó a la coalición mundial a ganar al Tirol del Sur como vencedor a través del malvado acto de perjurio. En ese momento, estos círculos apoyaban las políticas de su dinastía traicionera y no les importaba un comino el Tirol del Sur. Por supuesto, hoy en día es más fácil emprender la lucha por estas zonas, puesto que ahora sólo se libra con armas "intelectuales", y es por lo menos más fácil hablar con la garganta ronca en una "manifestación de protesta" —por una indignación sublime interior— y embadurnarse los dedos doloridos en un artículo de periódico que, por ejemplo, durante la ocupación de la cuenca del Ruhr. Digamos que volando puentes.
La razón por la que en los últimos años la cuestión del "Tirol del Sur" se ha convertido en el punto central de las relaciones germano-italianas desde ciertos círculos es obvia. Los judíos y los legitimistas de los Habsburgo tienen el mayor interés en impedir una política de alianzas de Alemania que algún día podría conducir a la resurrección de una patria libre alemana. No es por amor al Tirol del Sur que la gente está haciendo este alboroto hoy —porque no lo ayuda, sino solo lo perjudica—, sino por miedo a un posible entendimiento germano-italiano.
Está en línea con la tendencia general a la mendacidad y a la calumnia de estos círculos cuando intentan, con una frialdad helada y cejas insolentes, presentar las cosas como si hubiéramos "traicionado" al Tirol del Sur.



710 ¿Quién traicionó al Tirol del Sur?



Esto hay que decirles a estos señores con toda claridad: el Tirol del Sur ha sido "traicionado" en primer lugar por todos los alemanes que en los años 1914-1918 no se situaron en algún lugar del frente con filas rectas y pusieron sus servicios a disposición de su patria;
En segundo lugar, a todos los que no han ayudado en estos años a fortalecer la resistencia de nuestro órgano nacional para la conducción de la guerra y a consolidar la resistencia de nuestro pueblo para soportar esta lucha;
en tercer lugar, el Tirol del Sur ha traicionado a todos los que participaron en el estallido de la Revolución de Noviembre —ya sea directamente mediante el hecho o indirectamente mediante la cobarde tolerancia de la misma— y, por lo tanto, ha destrozado el arma que podría haber salvado al Tirol del Sur;
y en cuarto lugar, el Tirol del Sur ha sido traicionado por todas las partes y sus partidarios que firmaron los vergonzosos tratados de Versalles y Saint Germain.
¡Sí, así son las cosas, mis valientes caballeros manifestantes!
Hoy sólo me guía la sobria comprensión de que los territorios perdidos no pueden ser recuperados por la destreza de la lengua de las bocas parlamentarias afiladas, sino que deben ser conquistados por una espada afilada, es decir, por una lucha sangrienta.
Sin embargo, no vacilo en declarar que, ahora que la suerte está echada, no sólo considero imposible recuperar el Tirol del Sur mediante la guerra, sino que también la rechazaría personalmente en la convicción de que el ardiente entusiasmo nacional de todo el pueblo alemán no podría lograrse de una sola vez para esta cuestión, que ofrecería el requisito previo para la victoria.

No la fuerza armada, sino la política de alianzas 711

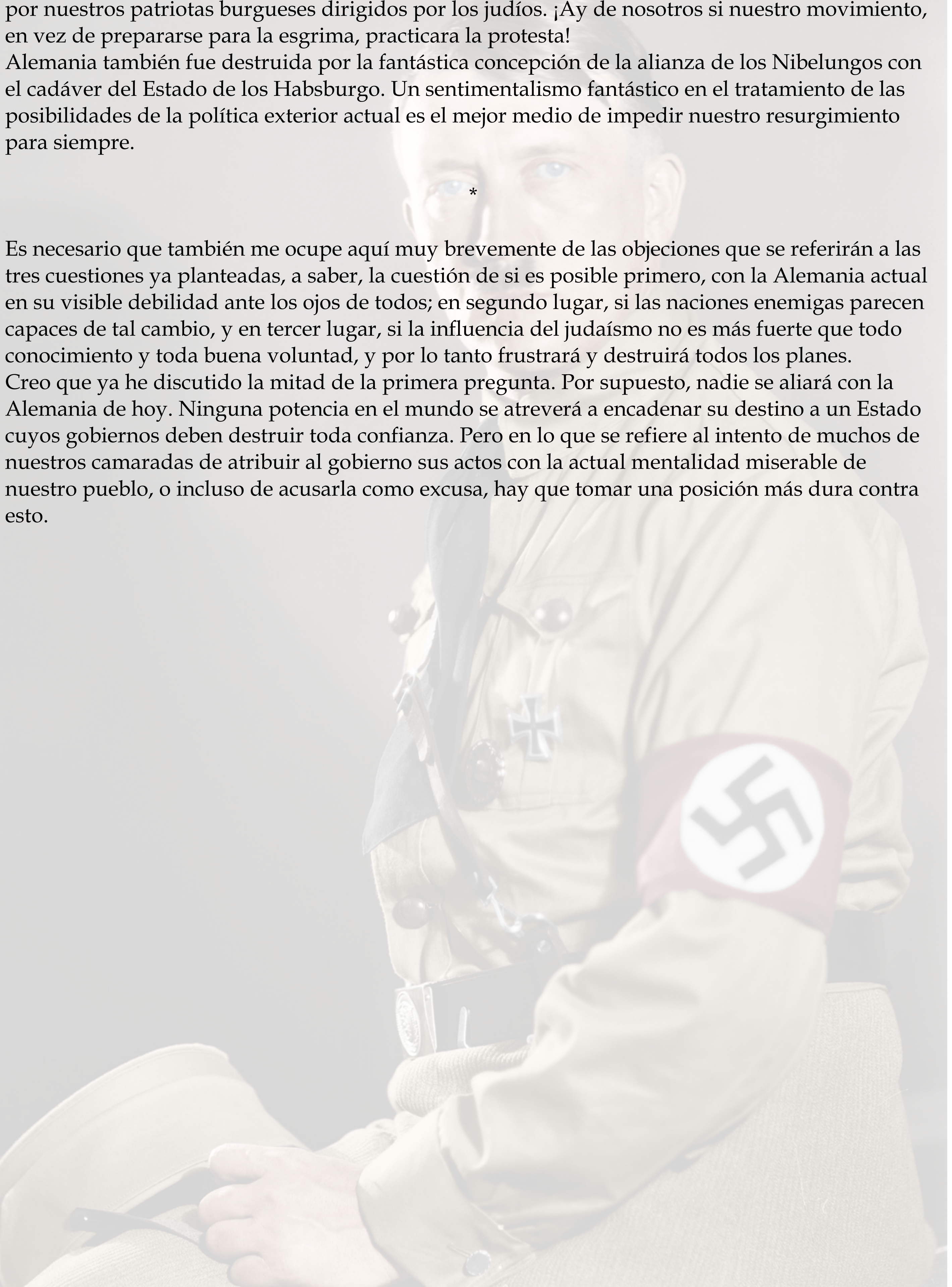
Por el contrario, creo que si este día se usara esta sangre, sería un crimen cumplir el compromiso de doscientos mil alemanes, mientras que al lado más de siete millones languidecen bajo el dominio extranjero, y el sustento del pueblo alemán pasa por el patio de recreo de las hordas de negros africanos.

Si la nación alemana quiere poner fin al estado de su inminente exterminio en Europa, entonces no debe caer en el error del período anterior a la guerra y convertirse en enemiga de Dios y del mundo, sino que entonces tendrá que reconocer al oponente más peligroso para golpearlo con todas sus fuerzas concentradas. Y si esta victoria se obtiene con sacrificios en otros lugares, entonces las generaciones venideras de nuestro pueblo todavía no nos condenarán. Apreciarán las severas dificultades y las profundas tristezas y la amarga resolución que ha surgido de ellas tanto más cuanto más radiante se vuelve el éxito que ha brotado de ellas.

Lo que debe guiarnos hoy es, una y otra vez, la intuición fundamental de que la recuperación de los territorios perdidos de un imperio es ante todo la cuestión de recuperar la independencia política y el poder de la patria.

Permitir y asegurar esto a través de una inteligente política de alianzas es la primera tarea de una poderosa gestión externa de nuestro Estado.





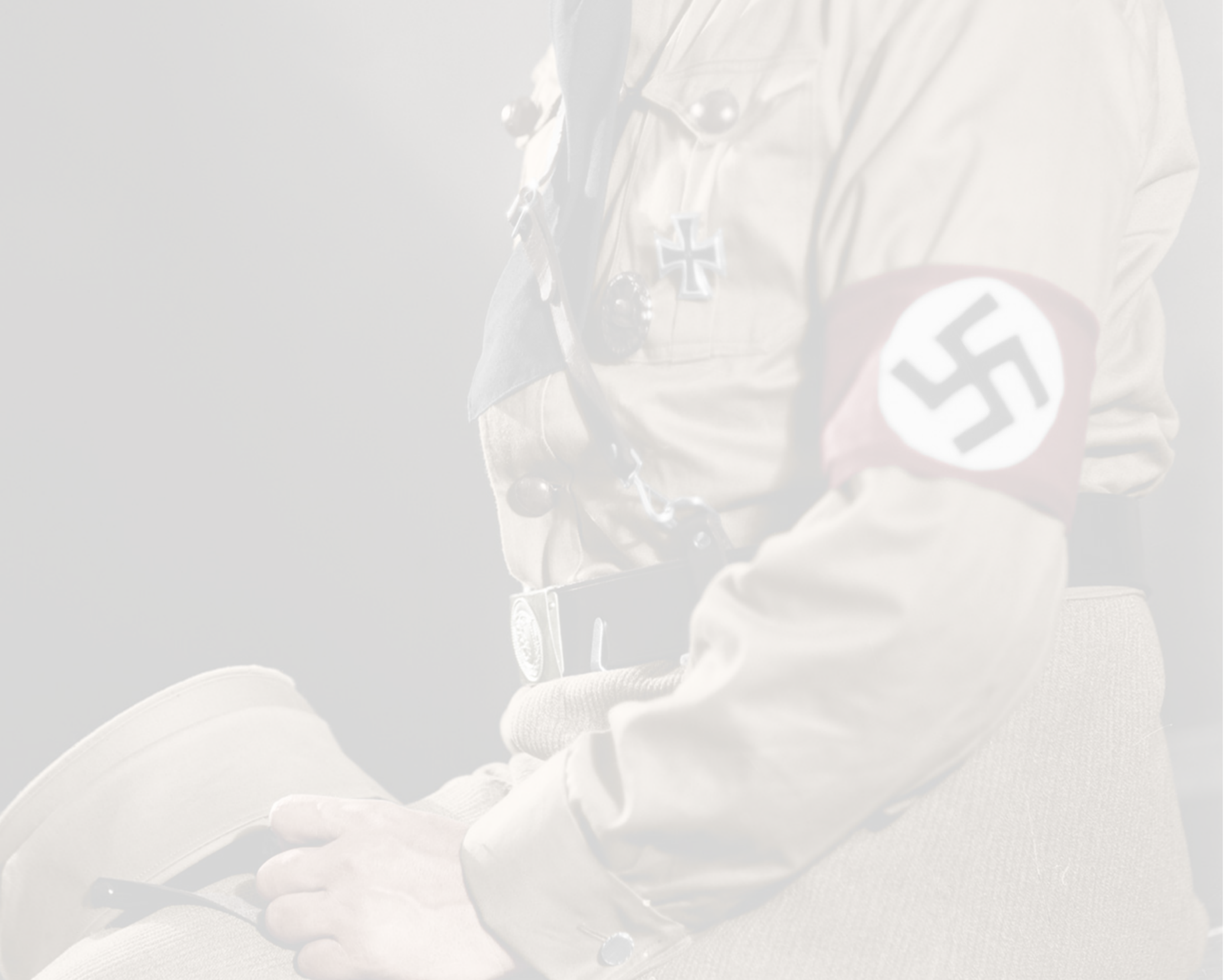
712 Tres preguntas sobre la política de alianzas

Pero nosotros, los nacionalsocialistas, en particular, debemos tener cuidado de no dejarnos llevar por nuestros patriotas burgueses dirigidos por los judíos. ¡Ay de nosotros si nuestro movimiento, en vez de prepararse para la esgrima, practicara la protesta!
Alemania también fue destruida por la fantástica concepción de la alianza de los Nibelungos con el cadáver del Estado de los Habsburgo. Un sentimentalismo fantástico en el tratamiento de las posibilidades de la política exterior actual es el mejor medio de impedir nuestro resurgimiento para siempre.

*

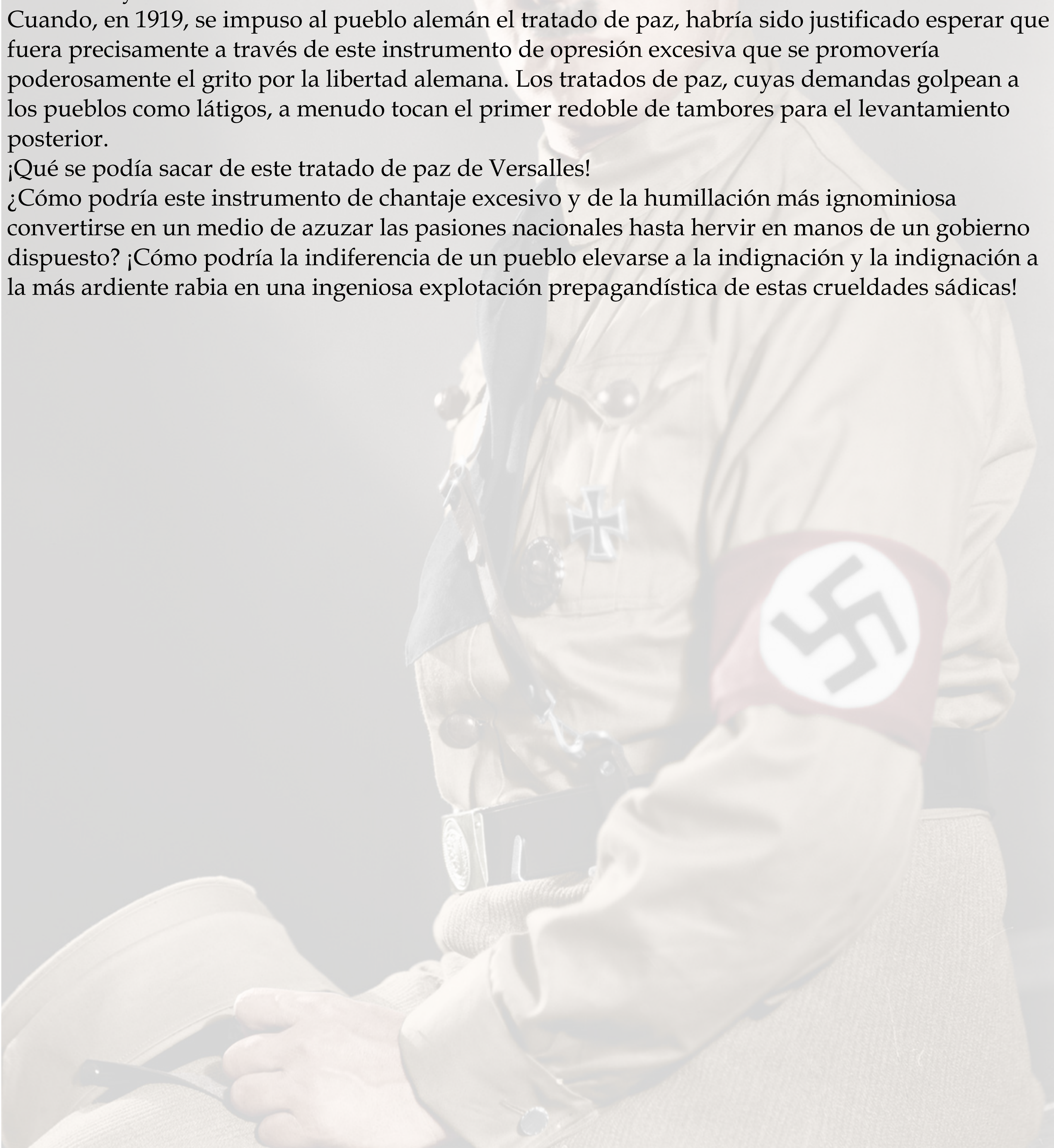
Es necesario que también me ocupe aquí muy brevemente de las objeciones que se referirán a las tres cuestiones ya planteadas, a saber, la cuestión de si es posible primero, con la Alemania actual en su visible debilidad ante los ojos de todos; en segundo lugar, si las naciones enemigas parecen capaces de tal cambio, y en tercer lugar, si la influencia del judaísmo no es más fuerte que todo conocimiento y toda buena voluntad, y por lo tanto frustrará y destruirá todos los planes.
Creo que ya he discutido la mitad de la primera pregunta. Por supuesto, nadie se aliará con la Alemania de hoy. Ninguna potencia en el mundo se atreverá a encadenar su destino a un Estado cuyos gobiernos deben destruir toda confianza. Pero en lo que se refiere al intento de muchos de nuestros camaradas de atribuir al gobierno sus actos con la actual mentalidad miserable de nuestro pueblo, o incluso de acusarla como excusa, hay que tomar una posición más dura contra esto.

Ciertamente, la falta de carácter de nuestro pueblo durante los últimos seis años ha sido profundamente triste, la indiferencia hacia las preocupaciones más importantes del pueblo es verdaderamente deprimente, pero la cobardía a veces clama al cielo. Pero no hay que olvidar nunca que se trata, sin embargo, de un pueblo que, pocos años antes, había ofrecido al mundo el ejemplo más admirable de las más altas virtudes humanas. Desde los días de agosto de 1914 hasta el fin de la poderosa lucha de las naciones, ningún pueblo de la tierra ha manifestado más coraje varonil, resistencia tenaz y paciencia que nuestro pueblo alemán, que hoy se ha vuelto tan pobre. Nadie querrá afirmar que la desgracia de nuestro tiempo presente es la expresión característica de nuestra nacionalidad. Lo que tenemos que experimentar hoy a nuestro alrededor y dentro de nosotros es sólo la horrible influencia destructora del significado y la racionalidad del perjurio del 9 de noviembre de 1918. Más que nunca, se aplican aquí las palabras del poeta sobre el mal, que debe dar a luz al mal a perpetuidad. Pero incluso en esta época, los buenos elementos básicos no se habían perdido del todo para nuestro pueblo, sólo dormitaban sin despertar en las profundidades, y a veces se veían virtudes brillar como un relámpago en el firmamento negro, que más tarde Alemania recordará un día como los primeros signos de una incipiente recuperación. Más de una vez, miles y miles de jóvenes alemanes se han reunido con la abnegada decisión de volver a sacrificar su vida juvenil voluntaria y alegremente en el altar de la patria amada, como lo hicieron en 1914. Una vez más, millones de personas están trabajando diligente y diligentemente, como si nunca hubiera habido la destrucción causada por una revolución. El herrero se para de nuevo en el yunque, el granjero camina detrás del arado y el erudito se sienta en el estudio, todos con el mismo esfuerzo y la misma devoción a su deber.

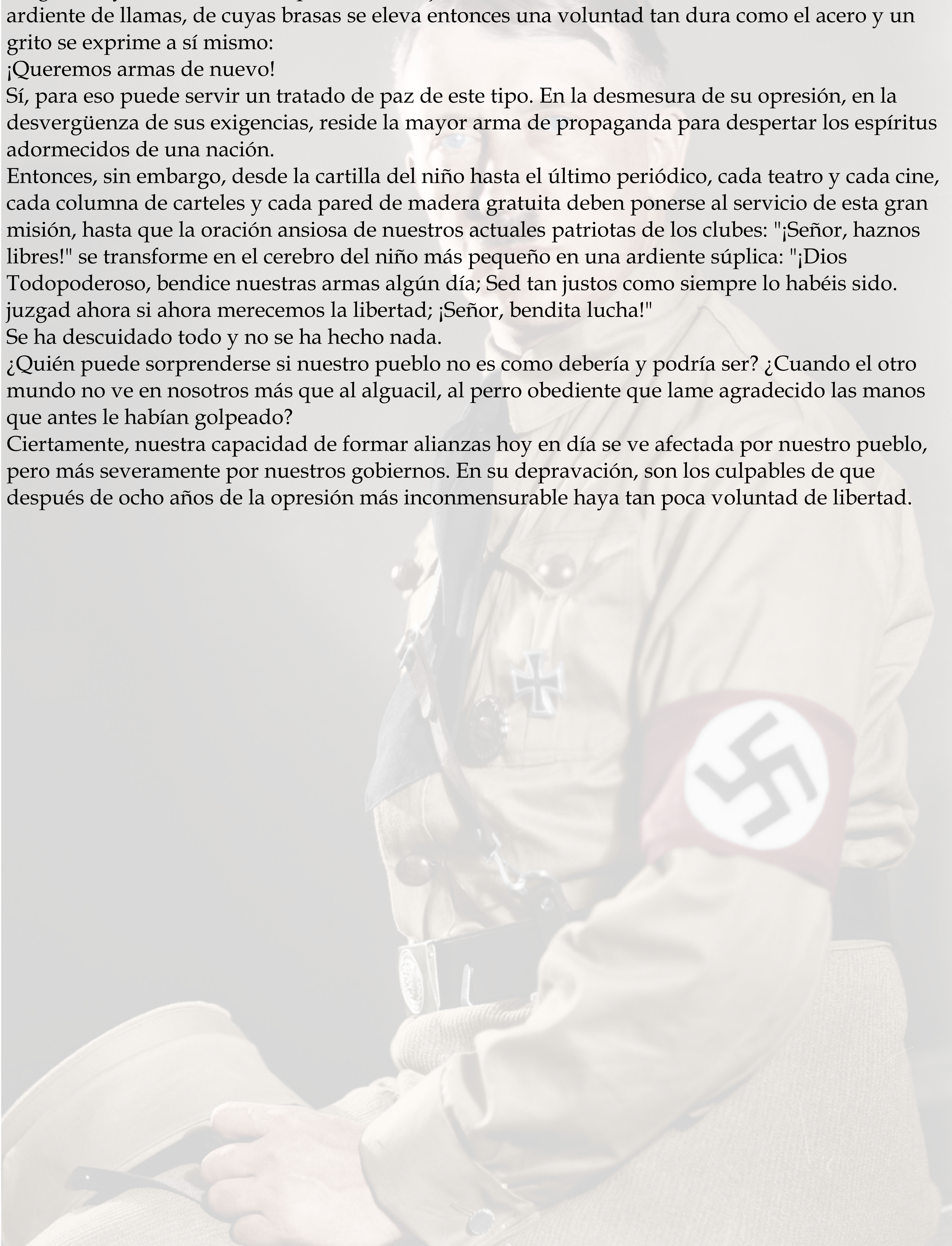


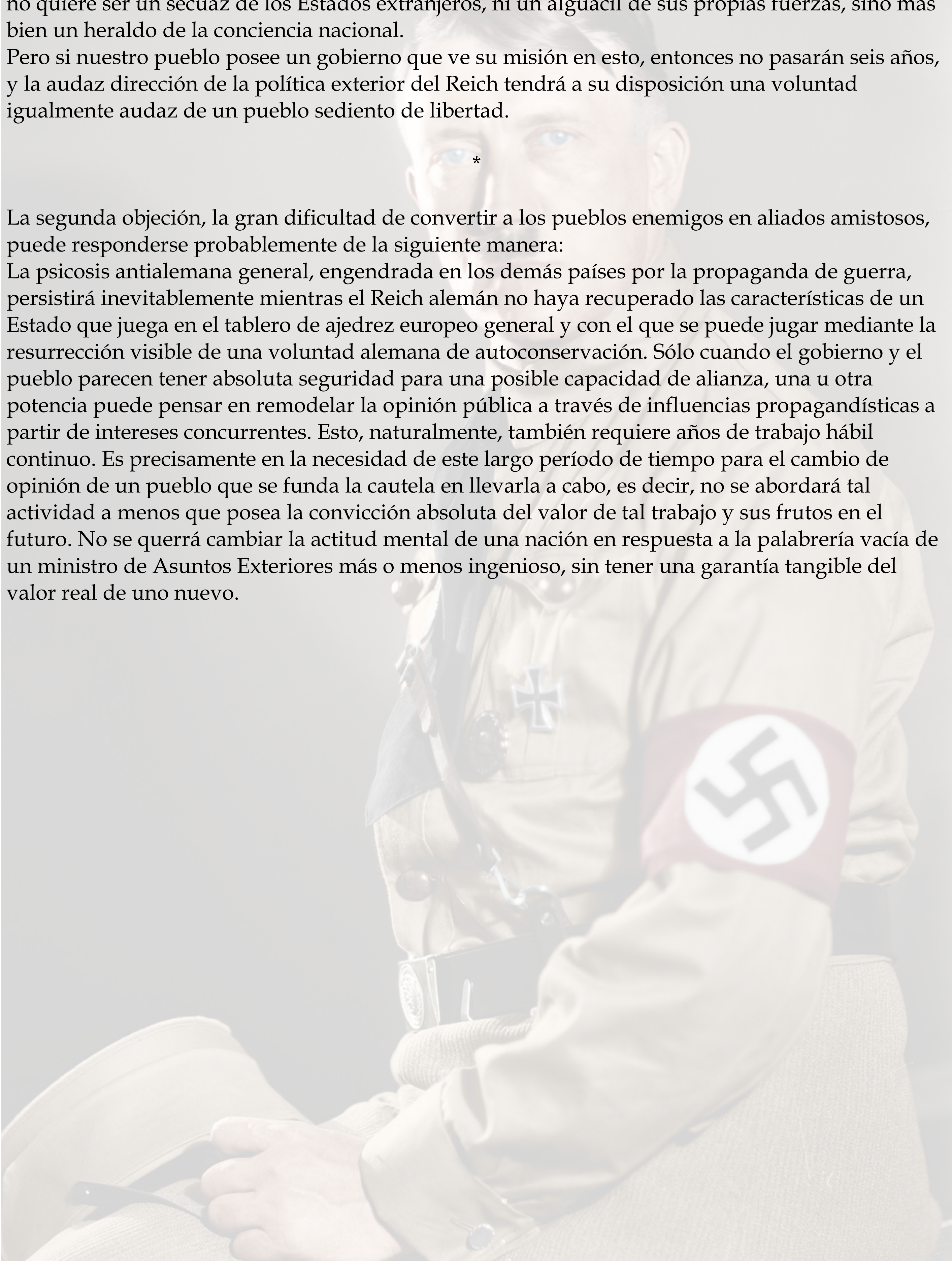
714 Evaluación fallida del Tratado de Versalles

Las opresiones de nuestros enemigos ya no encuentran la risa justa de antaño, sino rostros amargados y entristecidos. No cabe duda de que se ha producido un gran cambio de opinión.
Si todo esto todavía no se expresa hoy en un renacer de la idea política del poder y del instinto de conservación de nuestro pueblo, entonces la culpa de esto es de quienes han gobernado a nuestro pueblo hasta la muerte desde 1918, no tanto por vocación celestial como por su propia vocación.
Sí, si uno se lamenta de nuestra nación hoy, sin embargo, puede preguntarse: ¿Qué se hizo para mejorarla? ¿La falta de apoyo de los pueblos a las decisiones de nuestros gobiernos, que en realidad apenas existían, es sólo un signo de la baja vitalidad de nuestra nacionalidad, o no es aún más un signo del fracaso total del tratamiento de este precioso bien? ¿Qué han hecho nuestros gobiernos para replantar en este pueblo el espíritu de orgullosa autoafirmación, de desafío masculino y de odio furioso?
Cuando, en 1919, se impuso al pueblo alemán el tratado de paz, habría sido justificado esperar que fuera precisamente a través de este instrumento de opresión excesiva que se promovería poderosamente el grito por la libertad alemana. Los tratados de paz, cuyas demandas golpean a los pueblos como látigos, a menudo tocan el primer redoble de tambores para el levantamiento posterior.
¡Qué se podía sacar de este tratado de paz de Versalles!
¿Cómo podría este instrumento de chantaje excesivo y de la humillación más ignominiosa convertirse en un medio de azuzar las pasiones nacionales hasta hervir en manos de un gobierno dispuesto? ¡Cómo podría la indiferencia de un pueblo elevarse a la indignación y la indignación a la más ardiente rabia en una ingeniosa explotación prepagandística de estas crueldades sádicas!



¿Cómo podría cada uno de estos puntos ser grabados a fuego en los cerebros y sentimientos de este pueblo hasta que por fin, en sesenta millones de mentes, entre hombres y mujeres, la vergüenza y el odio comunes que se sentían juntos se hubieran convertido en ese único mar ardiente de llamas, de cuyas brasas se eleva entonces una voluntad tan dura como el acero y un grito se exprime a sí mismo:
¡Queremos armas de nuevo!
Sí, para eso puede servir un tratado de paz de este tipo. En la desmesura de su opresión, en la desvergüenza de sus exigencias, reside la mayor arma de propaganda para despertar los espíritus adormecidos de una nación.
Entonces, sin embargo, desde la cartilla del niño hasta el último periódico, cada teatro y cada cine, cada columna de carteles y cada pared de madera gratuita deben ponerse al servicio de esta gran misión, hasta que la oración ansiosa de nuestros actuales patriotas de los clubes: "¡Señor, haznos libres!" se transforme en el cerebro del niño más pequeño en una ardiente súplica: "¡Dios Todopoderoso, bendice nuestras armas algún día; Sed tan justos como siempre lo habéis sido. juzgad ahora si ahora merecemos la libertad; ¡Señor, bendita lucha!"
Se ha descuidado todo y no se ha hecho nada.
¿Quién puede sorprenderse si nuestro pueblo no es como debería y podría ser? ¿Cuando el otro mundo no ve en nosotros más que al alguacil, al perro obediente que lame agradecido las manos que antes le habían golpeado?
Ciertamente, nuestra capacidad de formar alianzas hoy en día se ve afectada por nuestro pueblo, pero más severamente por nuestros gobiernos. En su depravación, son los culpables de que después de ocho años de la opresión más inconmensurable haya tan poca voluntad de libertad.





716 La conversión de la psicosis antialemana

En la medida en que una política de alianzas activas está ligada a la necesaria apreciación de nuestro pueblo, ésta también está condicionada por la existencia de un poder gubernamental que no quiere ser un secuaz de los Estados extranjeros, ni un alguacil de sus propias fuerzas, sino más bien un heraldo de la conciencia nacional.
Pero si nuestro pueblo posee un gobierno que ve su misión en esto, entonces no pasarán seis años, y la audaz dirección de la política exterior del Reich tendrá a su disposición una voluntad igualmente audaz de un pueblo sediento de libertad.

*

La segunda objeción, la gran dificultad de convertir a los pueblos enemigos en aliados amistosos, puede responderse probablemente de la siguiente manera:
La psicosis antialemana general, engendrada en los demás países por la propaganda de guerra, persistirá inevitablemente mientras el Reich alemán no haya recuperado las características de un Estado que juega en el tablero de ajedrez europeo general y con el que se puede jugar mediante la resurrección visible de una voluntad alemana de autoconservación. Sólo cuando el gobierno y el pueblo parecen tener absoluta seguridad para una posible capacidad de alianza, una u otra potencia puede pensar en remodelar la opinión pública a través de influencias propagandísticas a partir de intereses concurrentes. Esto, naturalmente, también requiere años de trabajo hábil continuo. Es precisamente en la necesidad de este largo período de tiempo para el cambio de opinión de un pueblo que se funda la cautela en llevarla a cabo, es decir, no se abordará tal actividad a menos que posea la convicción absoluta del valor de tal trabajo y sus frutos en el futuro. No se querrá cambiar la actitud mental de una nación en respuesta a la palabrería vacía de un ministro de Asuntos Exteriores más o menos ingenioso, sin tener una garantía tangible del valor real de uno nuevo.

De lo contrario, esto conduciría a la fragmentación completa de la opinión pública. Sin embargo, la certeza más fiable de la posibilidad de una conexión posterior con un Estado no reside en las frases pomposas de los miembros individuales del gobierno, sino más bien en la evidente estabilidad de una cierta tendencia gubernamental que parece conveniente, así como en una opinión pública análoga. La creencia en esto será tanto más fuerte cuanto mayor sea la actividad visible de un poder gubernamental en la esfera de la preparación propagandística y del apoyo a su trabajo, y cuanto más inequívocamente se refleje la voluntad de la opinión pública en la tendencia del gobierno.

Por lo tanto, un pueblo, en nuestra situación, se considerará capaz de formar alianzas si el gobierno y la opinión pública proclaman y representan la voluntad de luchar por la libertad en términos fanáticos y de igualdad. Este es el requisito previo para un cambio en la opinión pública de otros Estados que, sobre la base de sus conocimientos, están dispuestos a tomar un camino al lado del socio que consideren adecuado para este fin con el fin de representar sus propios intereses, es decir, para concluir una alianza.

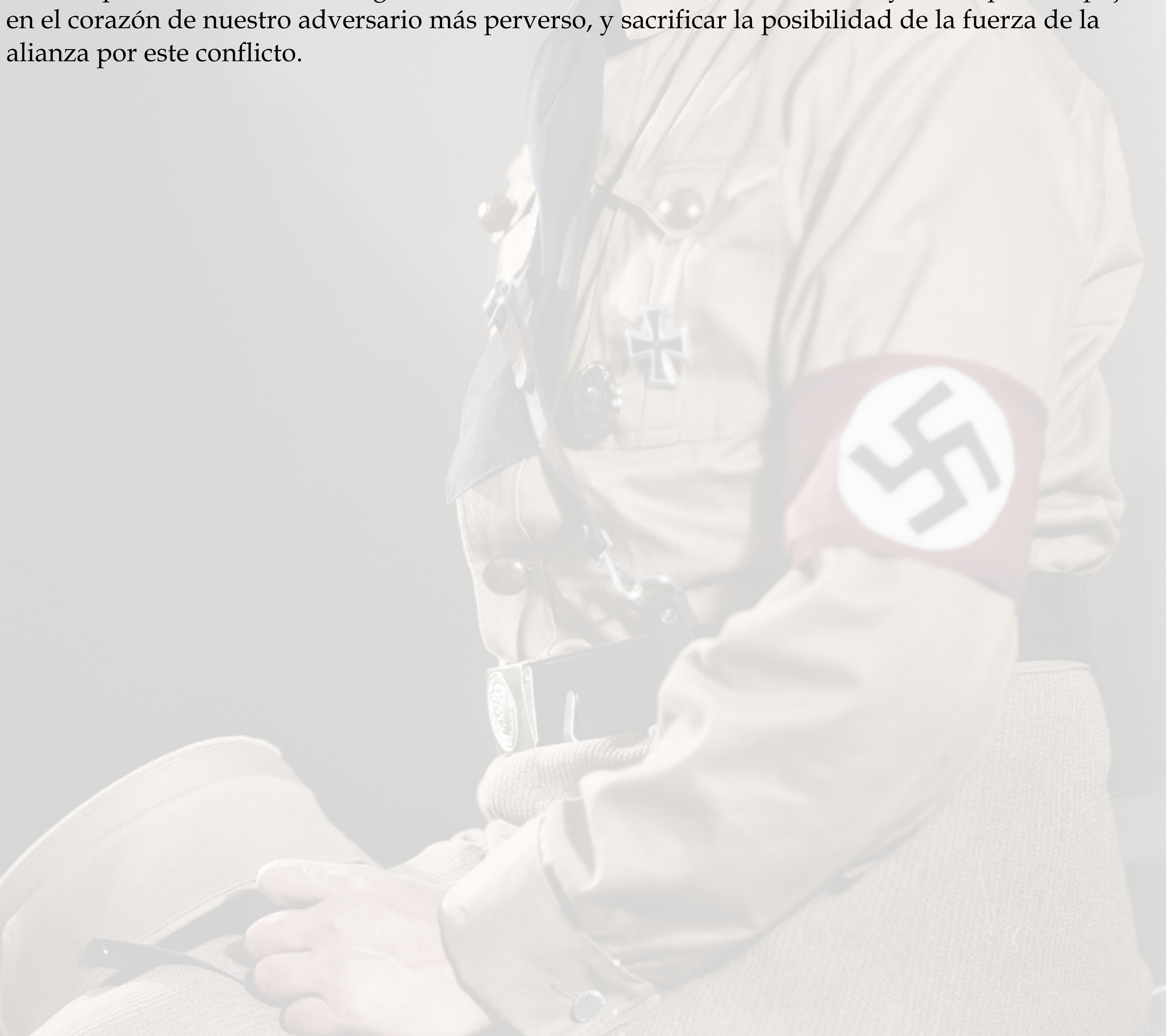
Pero ahora hay una cosa más que decir acerca de esto: puesto que la conversión de una cierta constitución mental de un pueblo requiere en sí misma un trabajo duro y no será comprendida por muchos al principio, es tanto un crimen como una tontería suministrar a estos elementos faltantes armas para su contratrabajo a través de los propios errores.

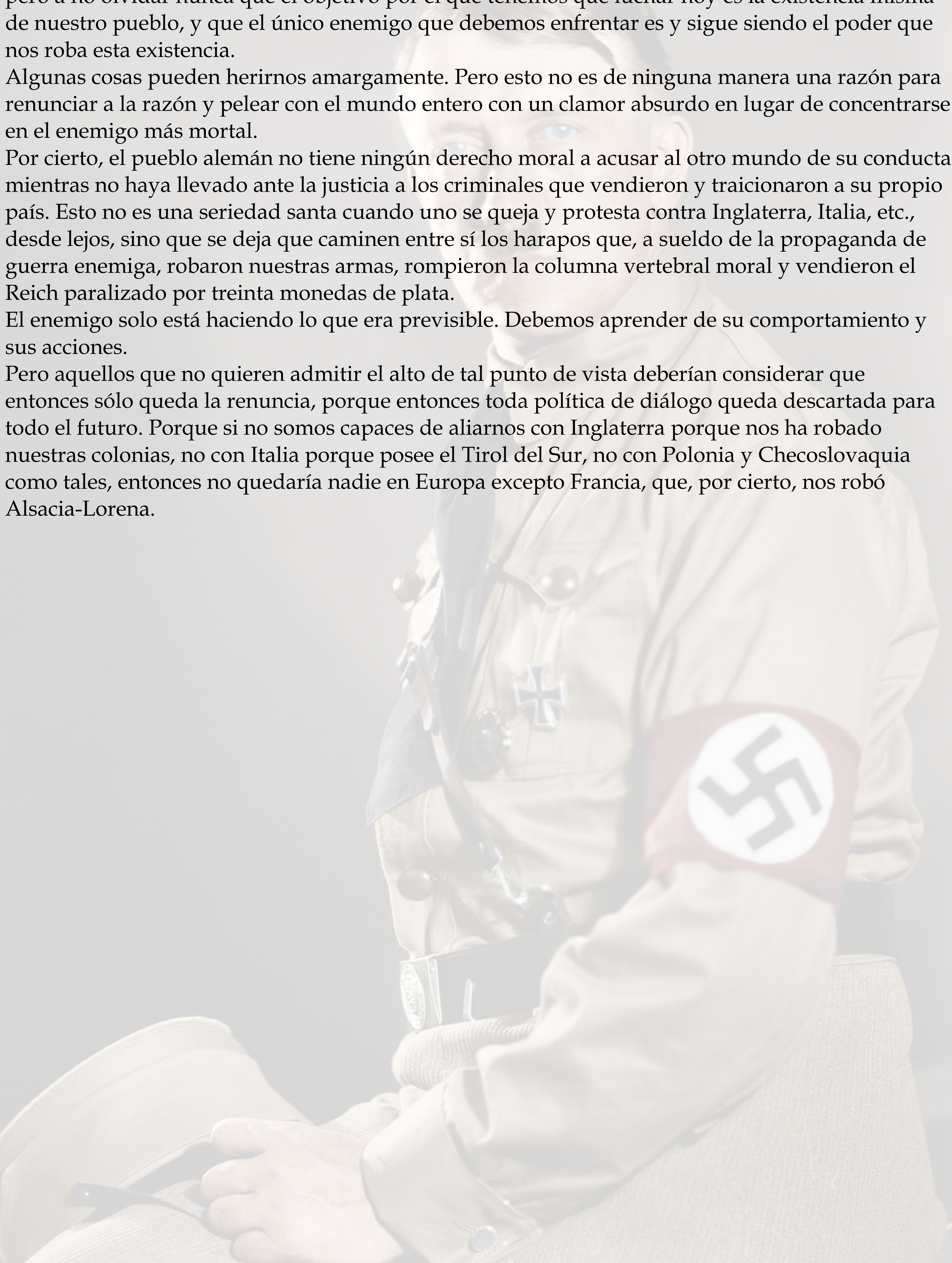
Hay que comprender que a un pueblo le llevará necesariamente algún tiempo comprender plenamente las intenciones internas de un gobierno, ya que no se pueden dar explicaciones de los objetivos finales de un determinado trabajo político preparatorio, sino que sólo se puede contar con la fe ciega de las masas o con la intuición de las clases dominantes intelectualmente superiores.



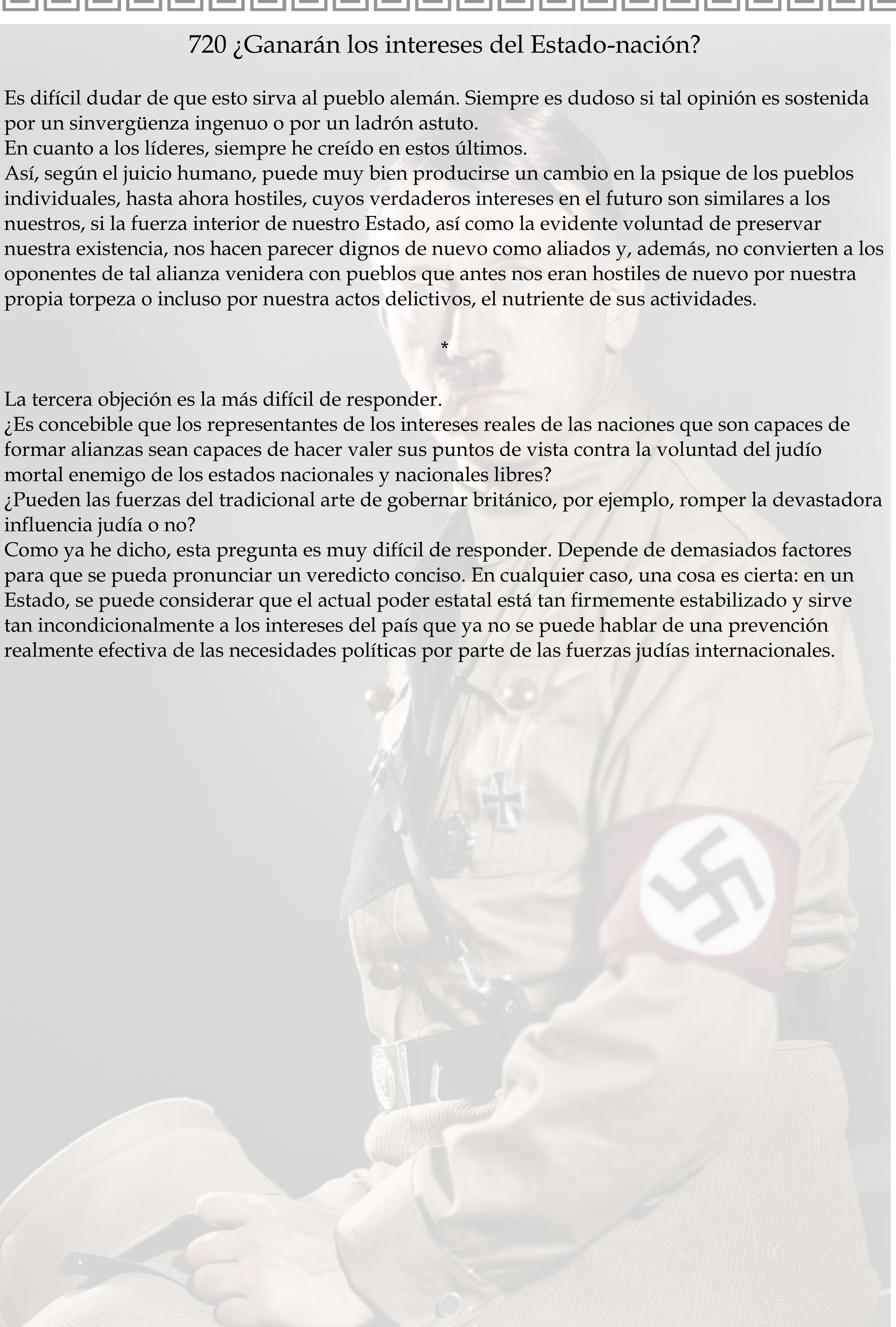
718 Concentración en un oponente

Sin embargo, dado que este sentimiento e intuición política clarividente no está presente en muchas personas, pero no se pueden dar explicaciones por razones políticas, una parte de la dirigencia intelectual siempre se volverá en contra de las nuevas tendencias que, por su insufreza, pueden interpretarse fácilmente como meros experimentos. De esta manera, se despierta la resistencia de los elementos estatales conservadores interesados.
Por esta razón, sin embargo, es aún más una obligación suprema asegurarse de que todas las armas utilizables sean arrebatadas de las manos de tales perturbadores del inicio de la comprensión mutua en la medida de lo posible, especialmente cuando, como en nuestros casos, en cualquier caso se trata sólo de una charla completamente irrealizable, puramente fantástica, de pomposos patriotas de club y políticos filisteos de café. Porque el clamor por una nueva armada, por la recuperación de nuestras colonias, etc., no es en realidad más que una charla tonta, sin tener ni siquiera una idea de viabilidad práctica, difícilmente puede negarse con una reflexión serena. Pero cómo se explotan políticamente en Inglaterra estas absurdas manifestaciones de luchadores de protesta, algunas inofensivas, otras locas, pero siempre al servicio silencioso de nuestros enemigos mortales, no puede describirse como favorable a Alemania. De este modo, uno se agota en demostraciones dañinas contra Dios y contra todo el mundo, y olvida el primer principio que es el requisito previo para todo éxito, a saber: Haz lo que haces, hazlo completamente. Frente a cinco o quince Estados, no se logra concentrar todas las fuerzas voluntarias y físicas para empujar en el corazón de nuestro adversario más perverso, y sacrificar la posibilidad de la fuerza de la alianza por este conflicto.





Aquí también reside una misión del movimiento nacionalsocialista. Debe enseñar a nuestro pueblo a mirar más allá de las nimiedades hacia lo más grande, a no dividirse en trivialidades, pero a no olvidar nunca que el objetivo por el que tenemos que luchar hoy es la existencia misma de nuestro pueblo, y que el único enemigo que debemos enfrentar es y sigue siendo el poder que nos roba esta existencia.
Algunas cosas pueden herirnos amargamente. Pero esto no es de ninguna manera una razón para renunciar a la razón y pelear con el mundo entero con un clamor absurdo en lugar de concentrarse en el enemigo más mortal.
Por cierto, el pueblo alemán no tiene ningún derecho moral a acusar al otro mundo de su conducta mientras no haya llevado ante la justicia a los criminales que vendieron y traicionaron a su propio país. Esto no es una seriedad santa cuando uno se queja y protesta contra Inglaterra, Italia, etc., desde lejos, sino que se deja que caminen entre sí los harapos que, a sueldo de la propaganda de guerra enemiga, robaron nuestras armas, rompieron la columna vertebral moral y vendieron el Reich paralizado por treinta monedas de plata.
El enemigo solo está haciendo lo que era previsible. Debemos aprender de su comportamiento y sus acciones.
Pero aquellos que no quieren admitir el alto de tal punto de vista deberían considerar que entonces sólo queda la renuncia, porque entonces toda política de diálogo queda descartada para todo el futuro. Porque si no somos capaces de aliarnos con Inglaterra porque nos ha robado nuestras colonias, no con Italia porque posee el Tirol del Sur, no con Polonia y Checoslovaquia como tales, entonces no quedaría nadie en Europa excepto Francia, que, por cierto, nos robó Alsacia-Lorena.



720 ¿Ganarán los intereses del Estado-nación?

Es difícil dudar de que esto sirva al pueblo alemán. Siempre es dudoso si tal opinión es sostenida por un sinvergüenza ingenuo o por un ladrón astuto.
En cuanto a los líderes, siempre he creído en estos últimos.
Así, según el juicio humano, puede muy bien producirse un cambio en la psique de los pueblos individuales, hasta ahora hostiles, cuyos verdaderos intereses en el futuro son similares a los nuestros, si la fuerza interior de nuestro Estado, así como la evidente voluntad de preservar nuestra existencia, nos hacen parecer dignos de nuevo como aliados y, además, no convierten a los oponentes de tal alianza venidera con pueblos que antes nos eran hostiles de nuevo por nuestra propia torpeza o incluso por nuestra actos delictivos, el nutriente de sus actividades.

*

La tercera objeción es la más difícil de responder.
¿Es concebible que los representantes de los intereses reales de las naciones que son capaces de formar alianzas sean capaces de hacer valer sus puntos de vista contra la voluntad del judío mortal enemigo de los estados nacionales y nacionales libres?
¿Pueden las fuerzas del tradicional arte de gobernar británico, por ejemplo, romper la devastadora influencia judía o no?
Como ya he dicho, esta pregunta es muy difícil de responder. Depende de demasiados factores para que se pueda pronunciar un veredicto conciso. En cualquier caso, una cosa es cierta: en un Estado, se puede considerar que el actual poder estatal está tan firmemente estabilizado y sirve tan incondicionalmente a los intereses del país que ya no se puede hablar de una prevención realmente efectiva de las necesidades políticas por parte de las fuerzas judías internacionales.

La Italia fascista y el judaísmo 721

La lucha que la Italia fascista está librando contra las tres armas principales del judaísmo, aunque tal vez en las profundidades más profundas (lo que personalmente no creo), es el mejor indicio de que los colmillos venenosos de este poder supranacional se están rompiendo, aunque sea indirectamente. La prohibición de las sociedades secretas masónicas, la persecución de la prensa supranacional, la ruptura permanente del marxismo internacional y, a la inversa, la consolidación constante de la concepción fascista del Estado, permitirán, en el curso de los años, que el gobierno italiano sirva cada vez más a los intereses del pueblo italiano, a pesar de los silbidos de la hidra mundial judía.

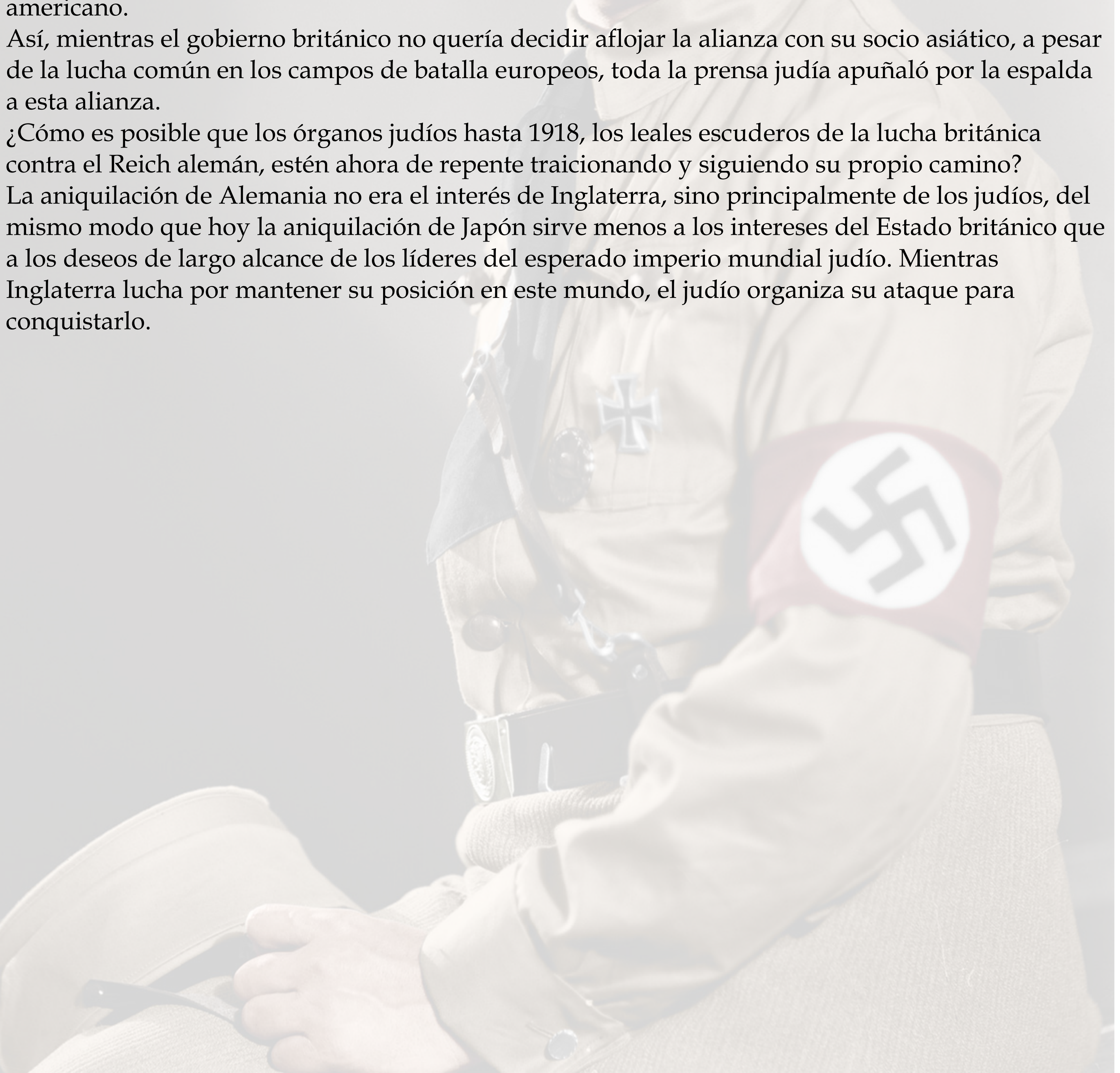
Las cosas son más difíciles en Inglaterra. En este país de la "democracia más libre", el judío sigue dictando casi sin restricciones a través de la opinión pública. Y, sin embargo, allí también hay una lucha ininterrumpida entre los representantes de los intereses del Estado británico y los partidarios de una dictadura mundial judía.

La dureza del choque de estas contradicciones pudo verse más claramente por primera vez después de la guerra en las diferentes actitudes del gobierno británico, por un lado, y de la prensa, por el otro, hacia el problema japonés.

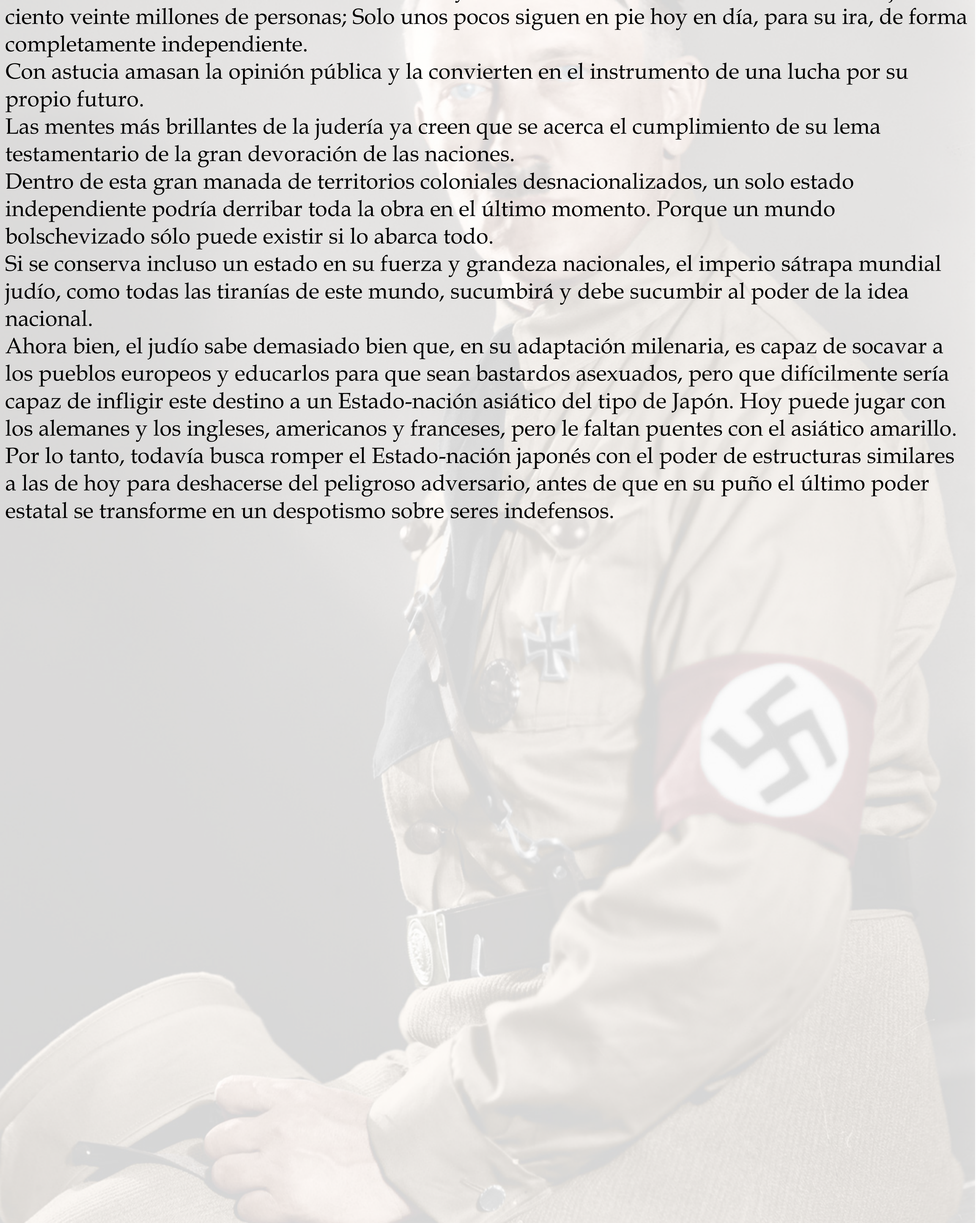


722 Inglaterra y el judaísmo

Inmediatamente después del final de la guerra, la vieja irritación mutua entre Estados Unidos y Japón comenzó a reaparecer. Por supuesto, las grandes potencias mundiales europeas no podían permanecer indiferentes ante este nuevo peligro inminente de guerra. Sin embargo, todos los lazos familiares no pueden evitar un cierto sentimiento de envidia en Inglaterra por el crecimiento de la Unión Americana en todas las áreas de la política económica y de poder internacional. Del antiguo país colonial, hijo de la gran madre, parece surgir una nueva señora del mundo. Es comprensible que Inglaterra esté hoy desbordando sus viejas alianzas en una ansiosa inquietud, y que la política británica esté mirando con inquietud a un momento en el que ya no se dirá:
«¡Inglaterra sobre los mares!», sino: «¡Los mares de la Unión!»
El gigantesco coloso de los estados americanos, con sus enormes riquezas de una tierra virgen, es más difícil de tratar que el exprimido Reich alemán. Si alguna vez se lanzaran los dados y la decisión final saliera también aquí, Inglaterra, si se la dejara a su suerte, estaría condenada. De modo que con entusiasmo alcanzan el puño amarillo y se aferran a una alianza que, racialmente pensada, tal vez irresponsable, pero en términos de política de Estado representa la única posibilidad de fortalecer la posición de Gran Bretaña en el mundo frente al aspirante continente americano.
Así, mientras el gobierno británico no quería decidir aflojar la alianza con su socio asiático, a pesar de la lucha común en los campos de batalla europeos, toda la prensa judía apuñaló por la espalda a esta alianza.
¿Cómo es posible que los órganos judíos hasta 1918, los leales escuderos de la lucha británica contra el Reich alemán, estén ahora de repente traicionando y siguiendo su propio camino?
La aniquilación de Alemania no era el interés de Inglaterra, sino principalmente de los judíos, del mismo modo que hoy la aniquilación de Japón sirve menos a los intereses del Estado británico que a los deseos de largo alcance de los líderes del esperado imperio mundial judío. Mientras Inglaterra lucha por mantener su posición en este mundo, el judío organiza su ataque para conquistarlo.



Inglaterra y el judaísmo 723



Ya se encuentra en su puño como herramientas sin voluntad de los estados europeos de hoy, ya sea a través de una llamada democracia occidental o en forma de dominación directa por parte del bolchevismo ruso. Pero no solo atrapa al viejo mundo, sino que el nuevo también se ve amenazado con el mismo destino. Los judíos son los gobernantes de las fuerzas bursátiles de la Unión Americana. Cada año lo convierte más y más en el controlador de la fuerza de trabajo de ciento veinte millones de personas; Solo unos pocos siguen en pie hoy en día, para su ira, de forma completamente independiente.

Con astucia amasan la opinión pública y la convierten en el instrumento de una lucha por su propio futuro.

Las mentes más brillantes de la judería ya creen que se acerca el cumplimiento de su lema testamentario de la gran devoración de las naciones.

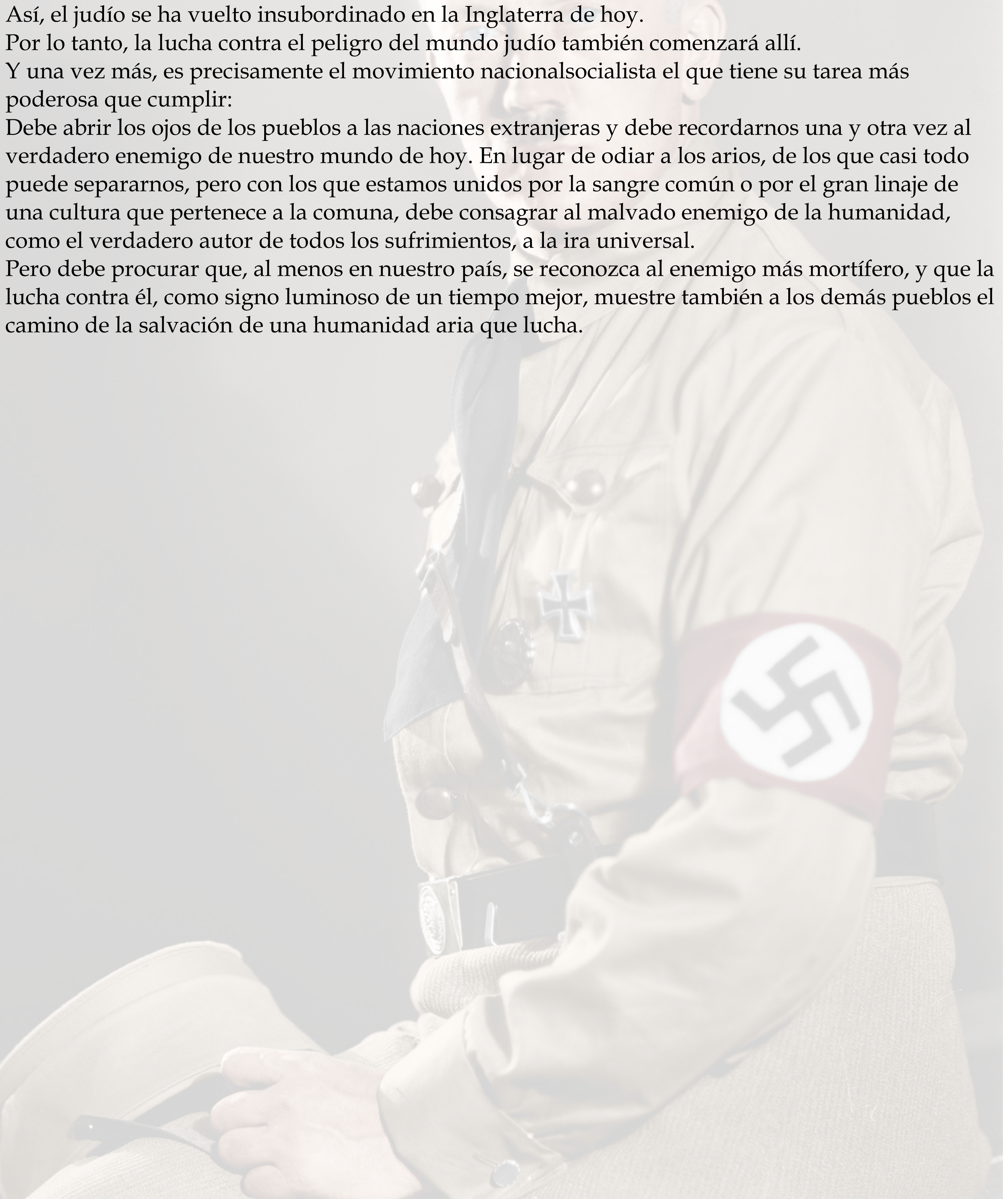
Dentro de esta gran manada de territorios coloniales desnacionalizados, un solo estado independiente podría derribar toda la obra en el último momento. Porque un mundo bolschevizado sólo puede existir si lo abarca todo.

Si se conserva incluso un estado en su fuerza y grandeza nacionales, el imperio sátrapa mundial judío, como todas las tiranías de este mundo, sucumbirá y debe sucumbir al poder de la idea nacional.

Ahora bien, el judío sabe demasiado bien que, en su adaptación milenaria, es capaz de socavar a los pueblos europeos y educarlos para que sean bastardos asexuados, pero que difícilmente sería capaz de infligir este destino a un Estado-nación asiático del tipo de Japón. Hoy puede jugar con los alemanes y los ingleses, americanos y franceses, pero le faltan puentes con el asiático amarillo. Por lo tanto, todavía busca romper el Estado-nación japonés con el poder de estructuras similares a las de hoy para deshacerse del peligroso adversario, antes de que en su puño el último poder estatal se transforme en un despotismo sobre seres indefensos.

724 Japón y el judaísmo

En su imperio judío milenario, se aleja de un estado-nación japonés y, por lo tanto, desea su destrucción incluso antes de que se funde su propia dictadura.
De este modo, ahora está incitando a los pueblos contra Japón como lo hizo una vez contra Alemania, y así puede suceder que, mientras el arte de gobernar británico todavía está tratando de construir su alianza con Japón, la prensa judía británica ya está llamando a una lucha contra su aliado, y bajo la proclamación de la democracia y bajo el grito de guerra: ¡Abajo el militarismo y el imperialismo japoneses! preparó la guerra de aniquilación.
Así, el judío se ha vuelto insubordinado en la Inglaterra de hoy.
Por lo tanto, la lucha contra el peligro del mundo judío también comenzará allí.
Y una vez más, es precisamente el movimiento nacionalsocialista el que tiene su tarea más poderosa que cumplir:
Debe abrir los ojos de los pueblos a las naciones extranjeras y debe recordarnos una y otra vez al verdadero enemigo de nuestro mundo de hoy. En lugar de odiar a los arios, de los que casi todo puede separarnos, pero con los que estamos unidos por la sangre común o por el gran linaje de una cultura que pertenece a la comuna, debe consagrar al malvado enemigo de la humanidad, como el verdadero autor de todos los sufrimientos, a la ira universal.
Pero debe procurar que, al menos en nuestro país, se reconozca al enemigo más mortífero, y que la lucha contra él, como signo luminoso de un tiempo mejor, muestre también a los demás pueblos el camino de la salvación de una humanidad aria que lucha.

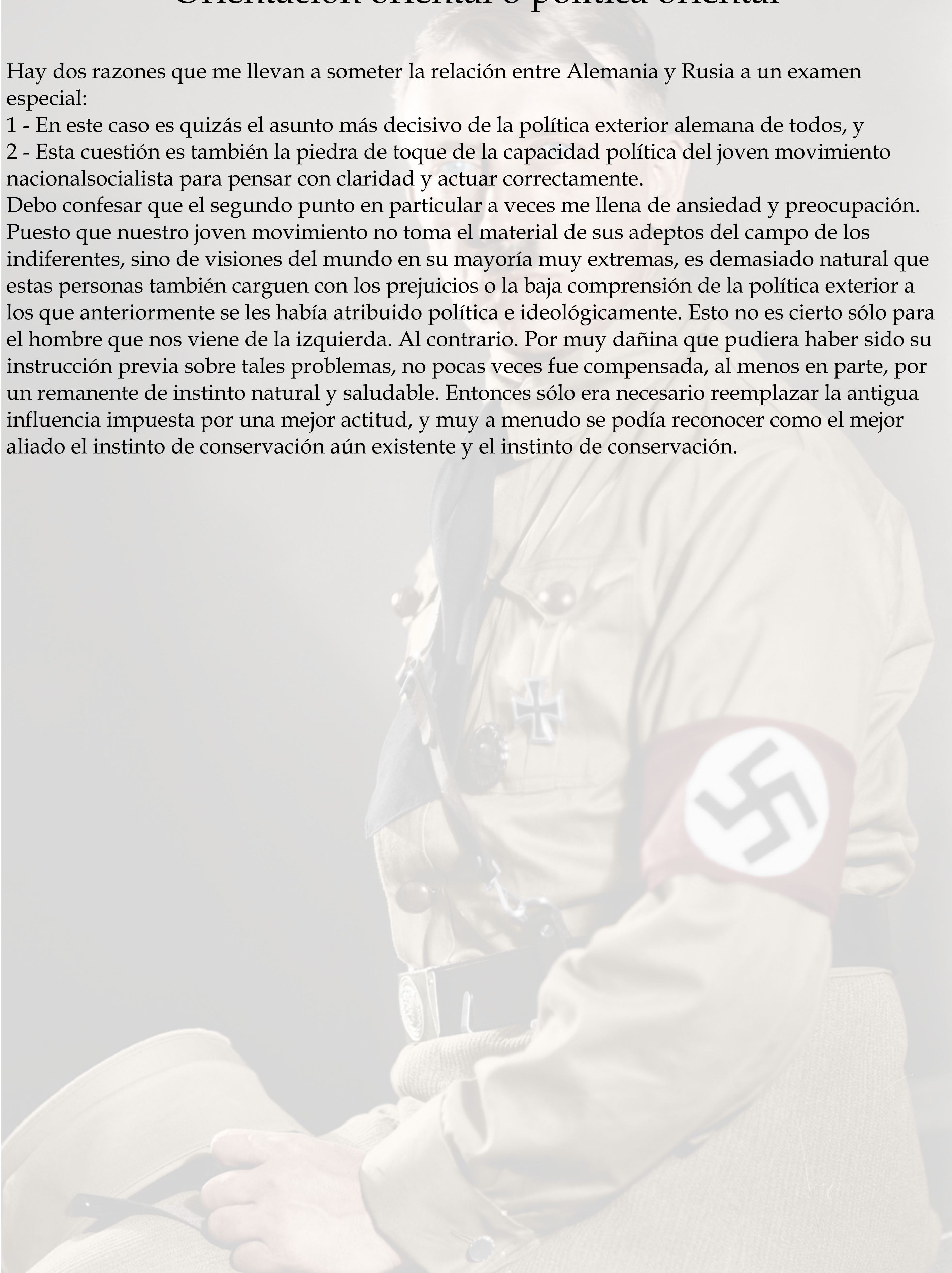


Por lo demás, la razón puede ser entonces nuestra guía, la voluntad nuestra fuerza. Que el sagrado deber de actuar de esta manera nos dé perseverancia, y nuestra fe siga siendo el patrón supremo.



14 kapitel

Orientación oriental o política oriental



Hay dos razones que me llevan a someter la relación entre Alemania y Rusia a un examen especial:

1 - En este caso es quizás el asunto más decisivo de la política exterior alemana de todos, y

2 - Esta cuestión es también la piedra de toque de la capacidad política del joven movimiento nacionalsocialista para pensar con claridad y actuar correctamente.

Debo confesar que el segundo punto en particular a veces me llena de ansiedad y preocupación. Puesto que nuestro joven movimiento no toma el material de sus adeptos del campo de los indiferentes, sino de visiones del mundo en su mayoría muy extremas, es demasiado natural que estas personas también carguen con los prejuicios o la baja comprensión de la política exterior a los que anteriormente se les había atribuido política e ideológicamente. Esto no es cierto sólo para el hombre que nos viene de la izquierda. Al contrario. Por muy dañina que pudiera haber sido su instrucción previa sobre tales problemas, no pocas veces fue compensada, al menos en parte, por un remanente de instinto natural y saludable. Entonces sólo era necesario reemplazar la antigua influencia impuesta por una mejor actitud, y muy a menudo se podía reconocer como el mejor aliado el instinto de conservación aún existente y el instinto de conservación.

Sesgo de la política exterior 727

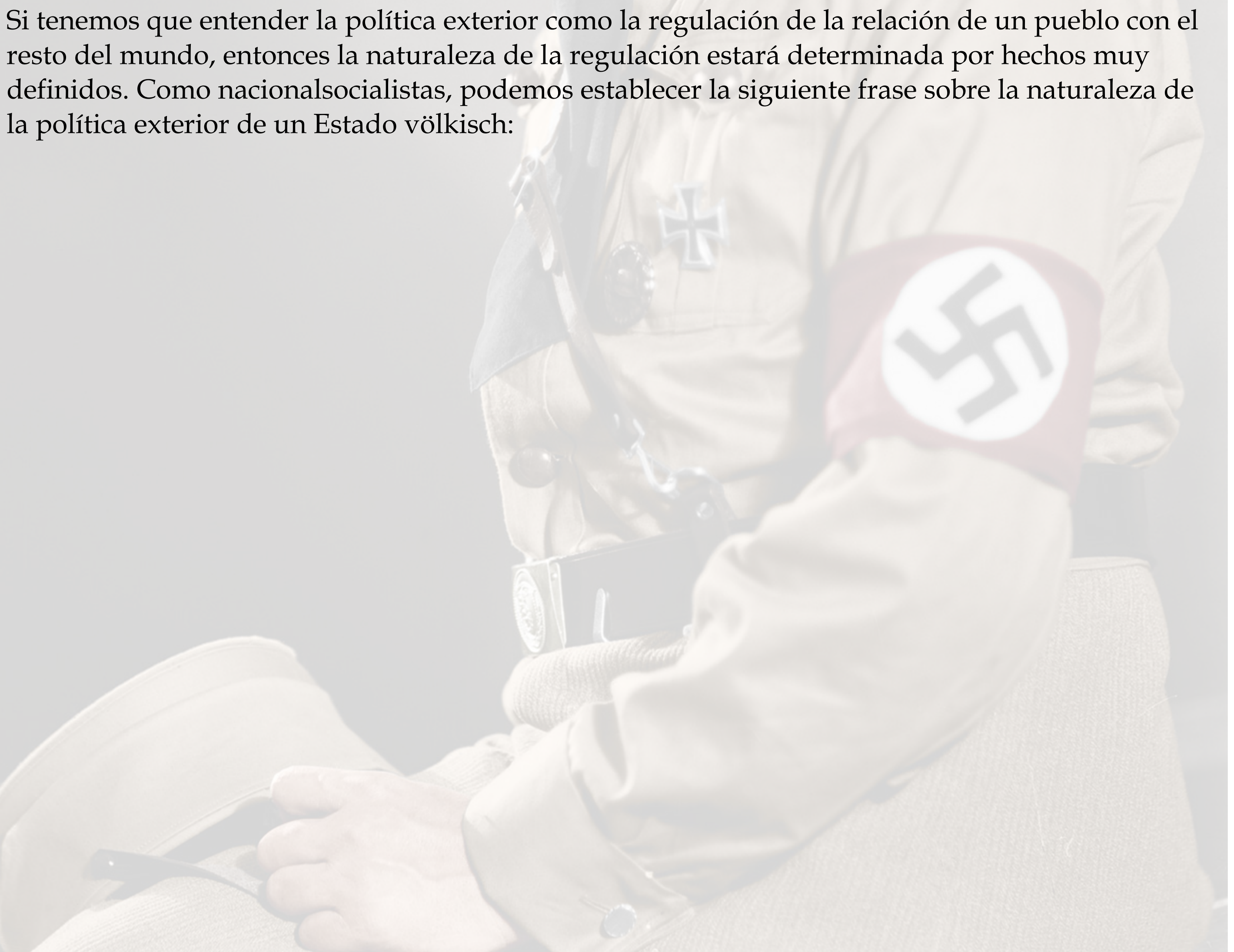
Es mucho más difícil, por otra parte, inducir a un pensamiento político claro a un hombre cuya educación previa en este campo no estaba menos desprovista de toda razón y lógica, pero que, para colmo, había sacrificado el último resto del instinto natural en el altar de la objetividad. Son precisamente los miembros de nuestra llamada intelectualidad a los que es más difícil persuadir para que representen sus intereses y los intereses de su pueblo de una manera realmente clara y lógica ante el mundo exterior. No sólo se encuentran cargados con un verdadero peso de plomo de las ideas y prejuicios más absurdos, sino que, para empeorar las cosas, han perdido y abandonado todo impulso saludable de autoconservación. El movimiento nacionalsocialista también tiene que soportar luchas difíciles con estas personas, difíciles porque, desgraciadamente, a pesar de su completa incapacidad, no es raro que estén poseídas por una imaginación extraordinaria que les hace mirar desde lo alto a otras personas, generalmente incluso más sanas, sin ninguna justificación interna. Presumidos, arrogantes sabelotodos, sin ninguna capacidad para controlar y sopesar con frialdad, pero que deben considerarse como un requisito previo para toda voluntad y acción en política exterior.

Puesto que son precisamente estos círculos los que hoy comienzan a desviar la dirección de nuestra política exterior de la manera más lamentable, alejándose de una representación real de los intereses nacionales de nuestro pueblo, para ponerlos al servicio de su fantástica ideología, me siento obligado a tratar la cuestión más importante de la política exterior, a saber, la relación con Rusia, de una manera especial y tan minuciosa ante mis seguidores. de lo que es necesario para la comprensión general y posible en el marco de tal trabajo.

En general, me gustaría hacer la siguiente afirmación:

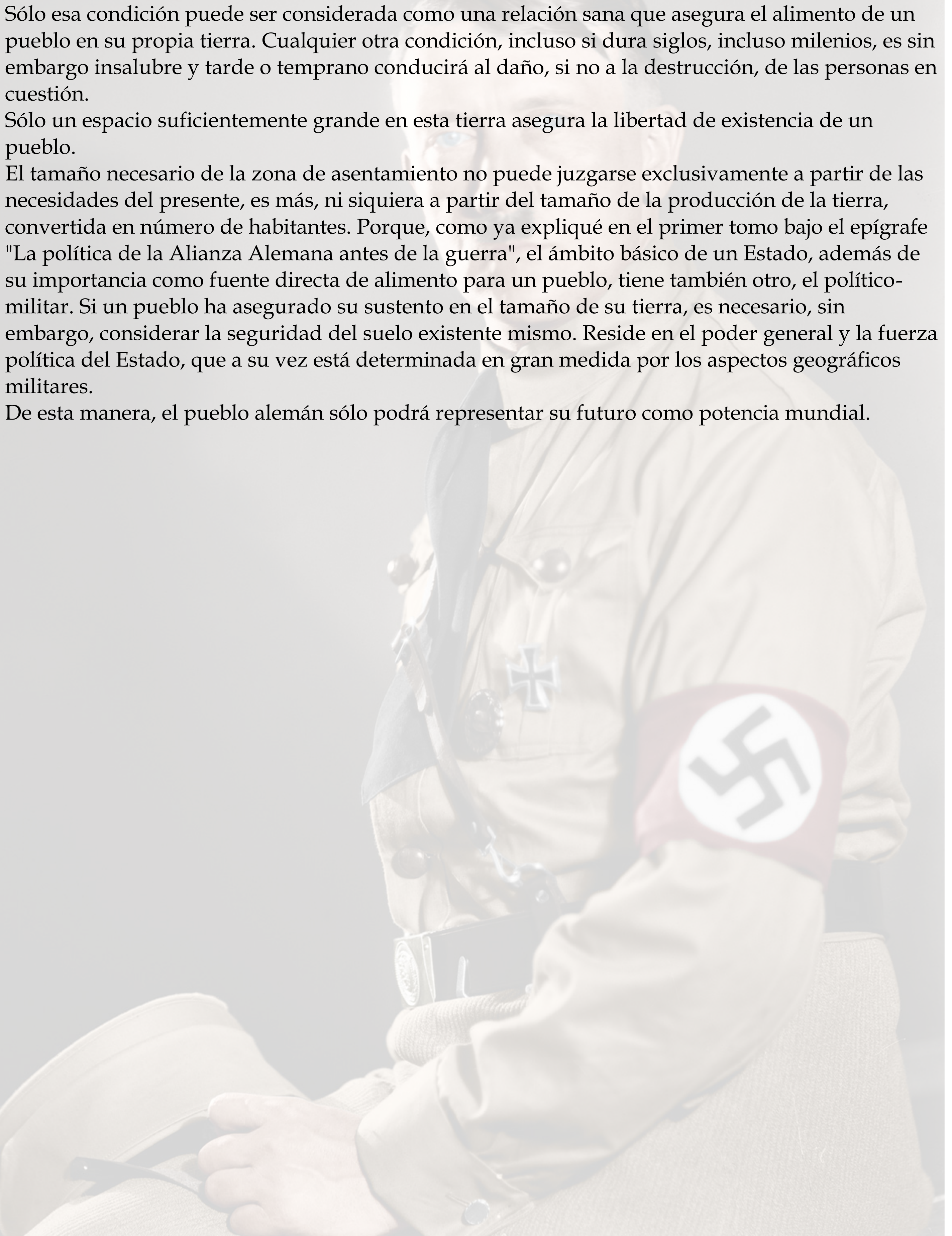
Enviar:

Si tenemos que entender la política exterior como la regulación de la relación de un pueblo con el resto del mundo, entonces la naturaleza de la regulación estará determinada por hechos muy definidos. Como nacionalsocialistas, podemos establecer la siguiente frase sobre la naturaleza de la política exterior de un Estado völkisch:



728 Importancia de la superficie básica del estado

La política exterior del estado nacional debe asegurar la existencia de la raza unida por el estado en este planeta mediante la creación de una relación sana, viable y natural entre el número y el crecimiento de la gente, por un lado, y el tamaño y la calidad de la tierra, por el otro.
Sólo esa condición puede ser considerada como una relación sana que asegura el alimento de un pueblo en su propia tierra. Cualquier otra condición, incluso si dura siglos, incluso milenios, es sin embargo insalubre y tarde o temprano conducirá al daño, si no a la destrucción, de las personas en cuestión.
Sólo un espacio suficientemente grande en esta tierra asegura la libertad de existencia de un pueblo.
El tamaño necesario de la zona de asentamiento no puede juzgarse exclusivamente a partir de las necesidades del presente, es más, ni siquiera a partir del tamaño de la producción de la tierra, convertida en número de habitantes. Porque, como ya expliqué en el primer tomo bajo el epígrafe "La política de la Alianza Alemana antes de la guerra", el ámbito básico de un Estado, además de su importancia como fuente directa de alimento para un pueblo, tiene también otro, el político-militar. Si un pueblo ha asegurado su sustento en el tamaño de su tierra, es necesario, sin embargo, considerar la seguridad del suelo existente mismo. Reside en el poder general y la fuerza política del Estado, que a su vez está determinada en gran medida por los aspectos geográficos militares.
De esta manera, el pueblo alemán sólo podrá representar su futuro como potencia mundial.



Durante casi dos mil años, la representación de los intereses de nuestro pueblo, como llamaríamos a nuestra más o menos afortunada actividad en política exterior, fue historia mundial. Nosotros mismos somos testigos de ello, pues la gigantesca lucha de los pueblos de los años 1914-1918 no fue más que la lucha del pueblo alemán por su existencia en el globo, pero llamamos a la naturaleza misma una guerra mundial.
El pueblo alemán entró en esta lucha como una supuesta potencia mundial. Digo supuestos aquí, porque en realidad no lo era. Si el pueblo alemán en 1914 hubiera tenido una proporción diferente de superficie terrestre en relación con la población, Alemania habría sido realmente una potencia mundial, y la guerra, aparte de todos los demás factores, podría haber terminado favorablemente. No es mi tarea, ni siquiera mi intención aquí, señalar el "si" si el "pero" no hubiera sido. Sin embargo, creo que es absolutamente necesario presentar el estado de cosas existente de una manera seria y sin adornos, para señalar su aterradora debilidad, con el fin de profundizar la comprensión de lo que es necesario, al menos en las filas del movimiento nacionalsocialista.
Alemania no es hoy una potencia mundial. Incluso si se superara nuestra actual impotencia militar, ya no tendríamos ningún derecho a este título. ¿Qué significa hoy en el planeta una estructura que es tan lamentable en su relación entre población y superficie como el actual Reich alemán? En una época en la que la tierra se está dividiendo gradualmente en posesión de Estados, algunos de los cuales se extienden por casi continentes, no se puede hablar de poder mundial en el caso de una entidad cuya patria política está confinada a la ridícula superficie de apenas quinientos mil kilómetros cuadrados.

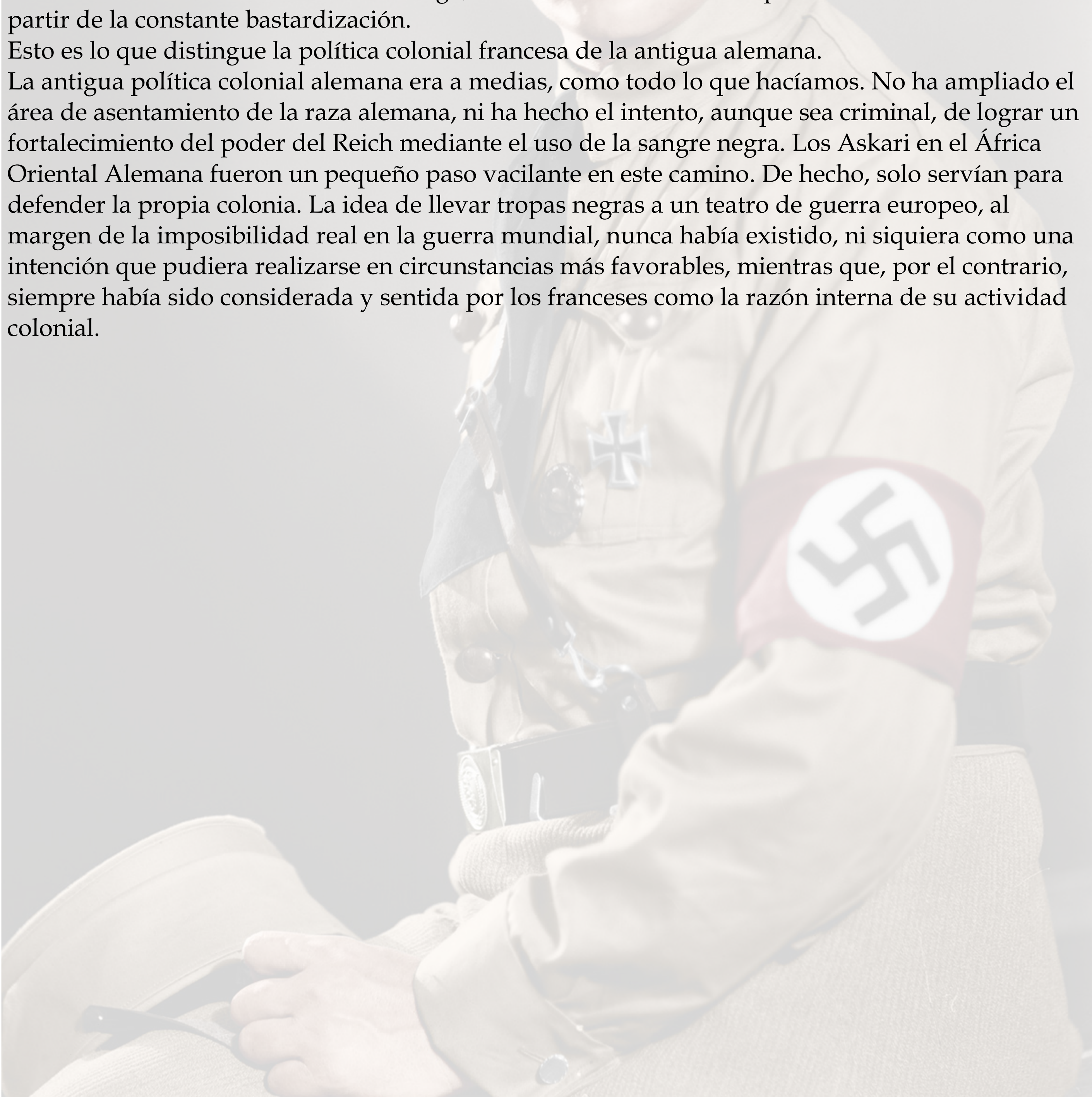


730 La política colonial francesa y alemana

Desde un punto de vista puramente territorial, el área del Reich alemán desaparece por completo en comparación con la de las llamadas potencias mundiales. No citemos a Inglaterra como prueba de lo contrario, porque la madre patria inglesa no es en realidad más que la gran capital del Imperio Británico, que considera suya casi la cuarta parte de toda la superficie de la tierra. Además, debemos mirar a la Unión Americana como Estados gigantes en primer lugar, luego a Rusia y China. Nada más que estructuras espaciales, algunas de las cuales son más de diez veces más grandes que el actual Reich alemán. E incluso Francia debe contarse entre estos Estados. No sólo complementa al ejército en una medida cada vez mayor con las poblaciones humanas de color de su gigantesco imperio, sino que también hace un progreso racial tan rápido en su negación que se puede hablar de la aparición de un estado africano en suelo europeo. La política colonial de la Francia actual no puede compararse con la de la Alemania del pasado. Si el desarrollo de Francia continuara en el estilo actual durante otros trescientos años, los últimos restos de sangre franca habrían perecido en el emergente estado mulato europeo-africano. Una enorme y cerrada zona de asentamiento desde el Rin hasta el Congo, llena de una raza inferior que se forma lentamente a partir de la constante bastardización.

Esto es lo que distingue la política colonial francesa de la antigua alemana.

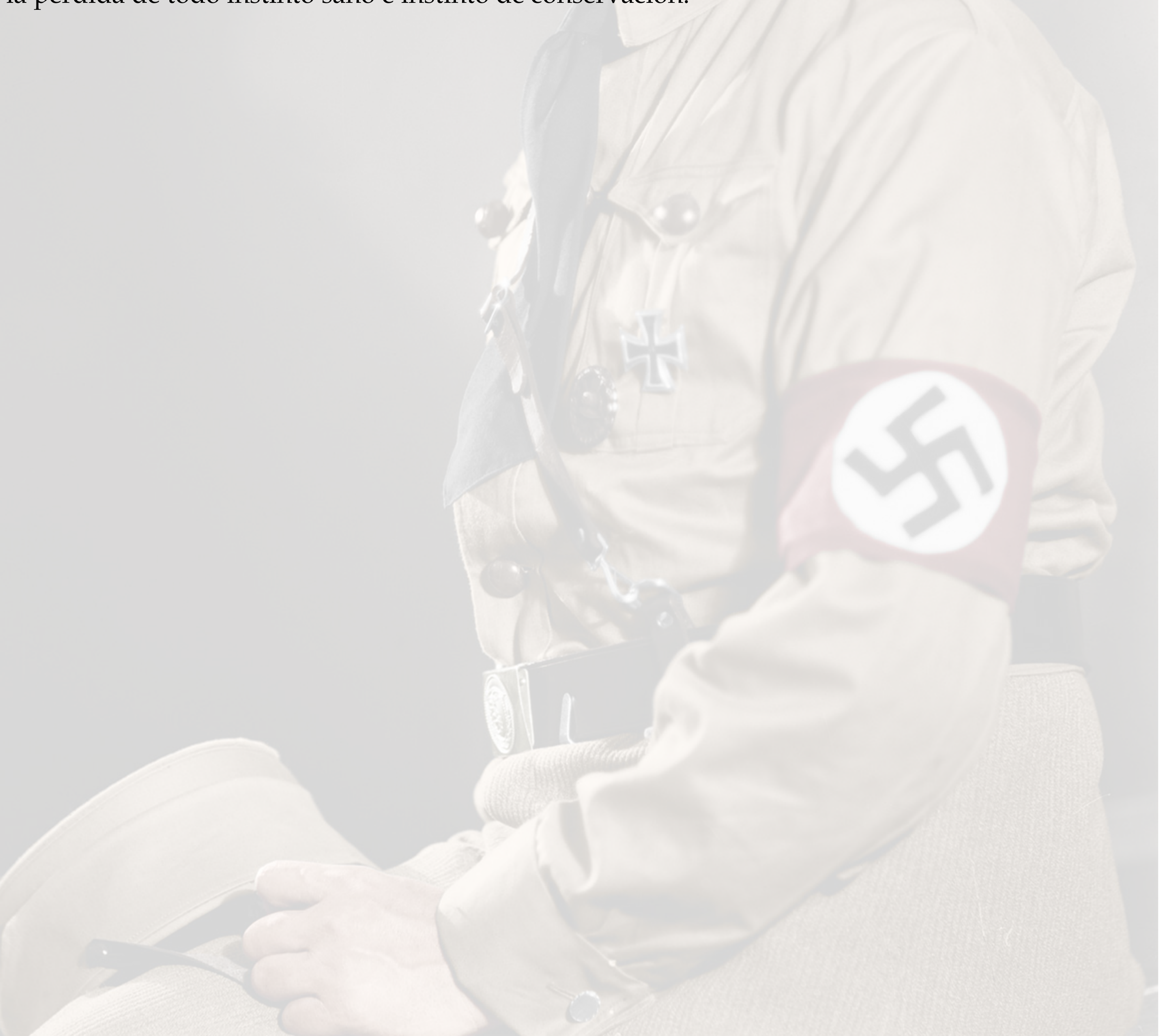
La antigua política colonial alemana era a medias, como todo lo que hacíamos. No ha ampliado el área de asentamiento de la raza alemana, ni ha hecho el intento, aunque sea criminal, de lograr un fortalecimiento del poder del Reich mediante el uso de la sangre negra. Los Askari en el África Oriental Alemana fueron un pequeño paso vacilante en este camino. De hecho, solo servían para defender la propia colonia. La idea de llevar tropas negras a un teatro de guerra europeo, al margen de la imposibilidad real en la guerra mundial, nunca había existido, ni siquiera como una intención que pudiera realizarse en circunstancias más favorables, mientras que, por el contrario, siempre había sido considerada y sentida por los franceses como la razón interna de su actividad colonial.

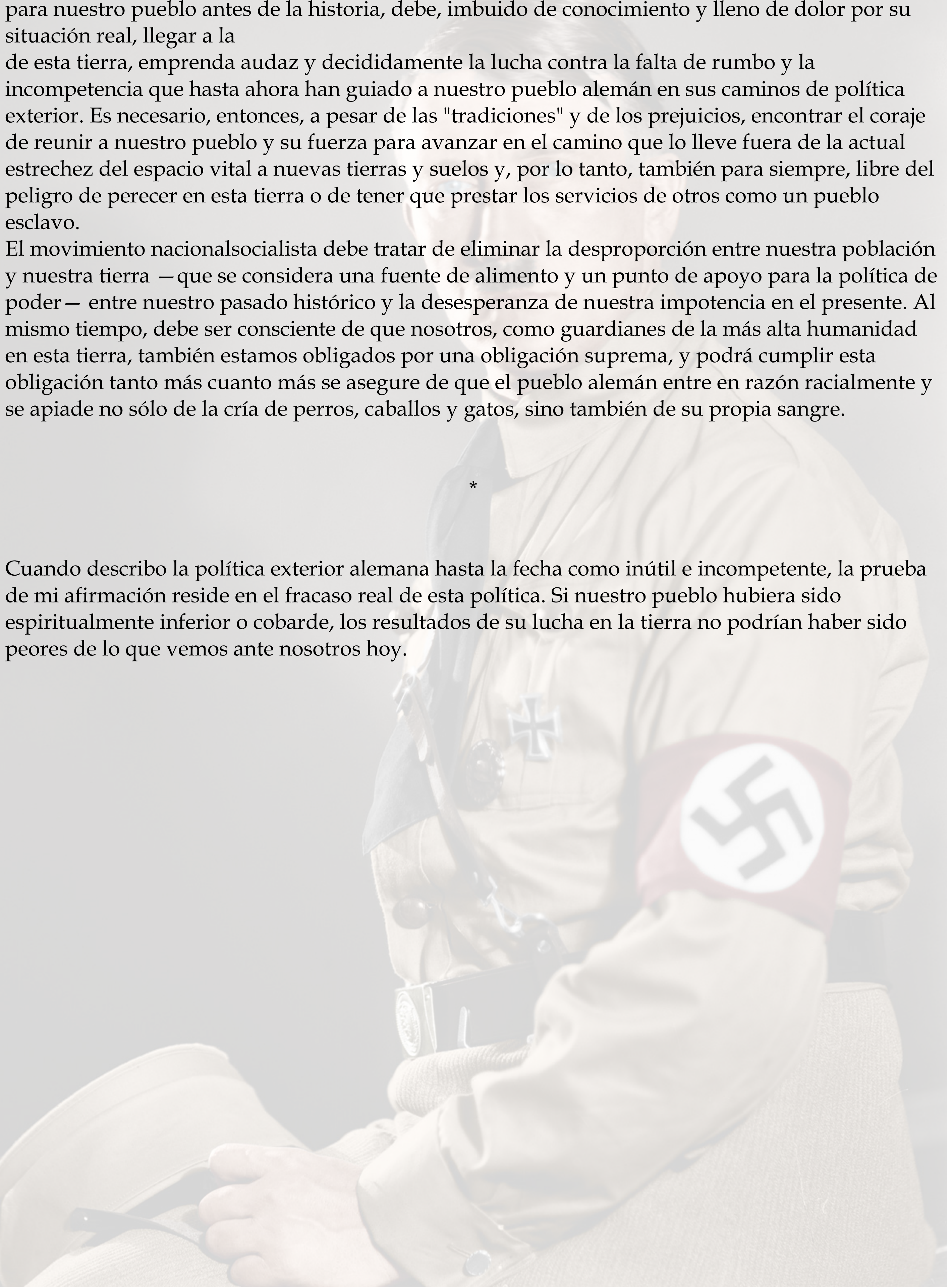


Así, vemos hoy en la tierra una serie de Estados poderosos que no sólo superan en población en algunos casos con creces la fuerza de nuestro pueblo alemán, sino que, sobre todo en su área básica, poseen el mayor apoyo de su posición política de poder. Nunca antes, medido en términos de superficie y población, la relación del Reich alemán con otros Estados emergentes del mundo ha sido tan desfavorable como al comienzo de nuestra historia, hace dos mil años, y de nuevo hoy. En ese momento, como jóvenes, entramos en un mundo de grandes formaciones estatales en decadencia, cuyo último gigante, Roma, nosotros mismos ayudamos a cazar. Hoy nos encontramos en un mundo de estados emergentes de grandes potencias, en el que nuestro propio imperio está cada vez más reducido a la insignificancia.

Es necesario que mantengamos esta amarga verdad fría y sobria ante nuestros ojos. Es necesario que sigamos y comparemos el Reich alemán en términos de población y superficie en su relación con otros estados a lo largo de los siglos. Sé que todo el mundo se sentirá consternado al llegar a la conclusión que ya expresé al principio de esta consideración: Alemania ya no es una potencia mundial, independientemente de si es militarmente fuerte o débil.

Hemos perdido toda relación con los otros grandes Estados del mundo, y esto sólo gracias a la francamente desastrosa gestión de la política exterior de nuestro pueblo, gracias a la ausencia total de, casi diría, compromiso testamentario con un objetivo definido de política exterior, y gracias a la pérdida de todo instinto sano e instinto de conservación.





732 Misión histórica del nacionalsocialismo

Si el movimiento nacionalsocialista quiere realmente obtener la consagración de una gran misión para nuestro pueblo antes de la historia, debe, imbuido de conocimiento y lleno de dolor por su situación real, llegar a la
de esta tierra, emprenda audaz y decididamente la lucha contra la falta de rumbo y la incompetencia que hasta ahora han guiado a nuestro pueblo alemán en sus caminos de política exterior. Es necesario, entonces, a pesar de las "tradiciones" y de los prejuicios, encontrar el coraje de reunir a nuestro pueblo y su fuerza para avanzar en el camino que lo lleve fuera de la actual estrechez del espacio vital a nuevas tierras y suelos y, por lo tanto, también para siempre, libre del peligro de perecer en esta tierra o de tener que prestar los servicios de otros como un pueblo esclavo.
El movimiento nacionalsocialista debe tratar de eliminar la desproporción entre nuestra población y nuestra tierra —que se considera una fuente de alimento y un punto de apoyo para la política de poder— entre nuestro pasado histórico y la desesperanza de nuestra impotencia en el presente. Al mismo tiempo, debe ser consciente de que nosotros, como guardianes de la más alta humanidad en esta tierra, también estamos obligados por una obligación suprema, y podrá cumplir esta obligación tanto más cuanto más se asegure de que el pueblo alemán entre en razón racialmente y se apiade no sólo de la cría de perros, caballos y gatos, sino también de su propia sangre.

*

Cuando describo la política exterior alemana hasta la fecha como inútil e incompetente, la prueba de mi afirmación reside en el fracaso real de esta política. Si nuestro pueblo hubiera sido espiritualmente inferior o cobarde, los resultados de su lucha en la tierra no podrían haber sido peores de lo que vemos ante nosotros hoy.

Los frutos duraderos de la política milenaria 733

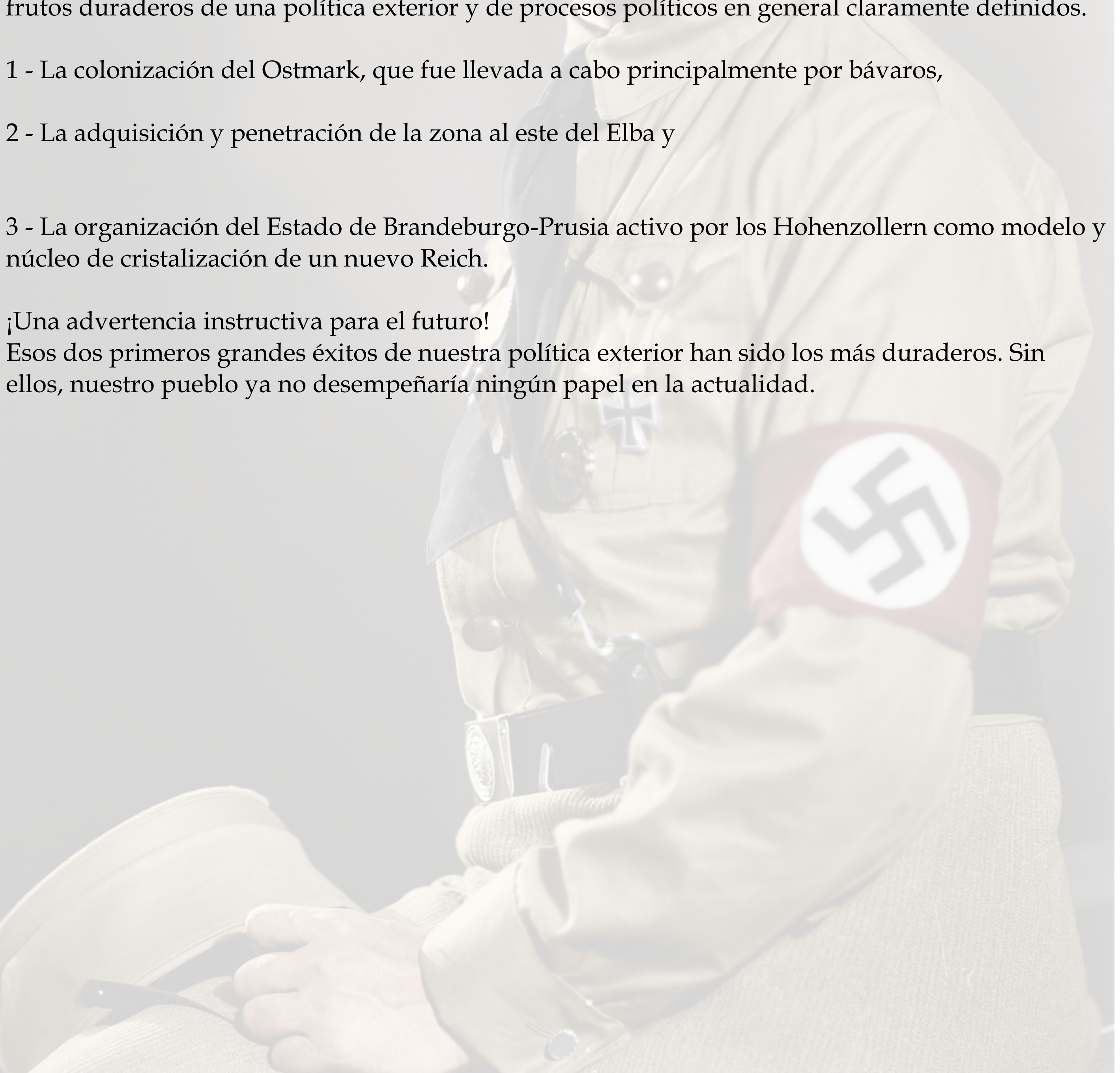
Ni siquiera el desarrollo de las últimas décadas antes de la guerra debe engañarnos en esto; Porque no se puede medir la fuerza de un imperio por sí mismo, sino sólo por vía de comparación con otros Estados. Pero es precisamente esta comparación la que proporciona la prueba de que el aumento de la fuerza de otros Estados no sólo fue más uniforme, sino también mayor en su efecto final; que, por lo tanto, el camino de Alemania, a pesar de todo su aparente ascenso, en realidad se alejaba cada vez más del de los otros Estados y se quedaba muy atrás, en una palabra, la diferencia en Erötzen se ensanchaba en nuestra desventaja. Sí, incluso en términos de población, cuanto más tiempo nos quedamos atrás, más nos quedamos atrás. Puesto que nuestro pueblo ciertamente no es superado en heroísmo por ningún otro en la tierra, y en general, ciertamente dio la sangre más grande de todos los pueblos de la tierra para la preservación de su existencia, el fracaso sólo puede residir en la naturaleza equivocada del esfuerzo.
Si, a este respecto, examinamos las experiencias políticas de nuestro pueblo durante más de mil años, dejamos pasar ante nuestros ojos todas las innumerables guerras y batallas y examinamos el resultado final creado por ellas y que hoy tenemos ante nosotros, tendremos que admitir que de este mar de sangre sólo han surgido realmente tres fenómenos, a los que podemos referirnos como frutos duraderos de una política exterior y de procesos políticos en general claramente definidos.

1 - La colonización del Ostmark, que fue llevada a cabo principalmente por bávaros,

2 - La adquisición y penetración de la zona al este del Elba y

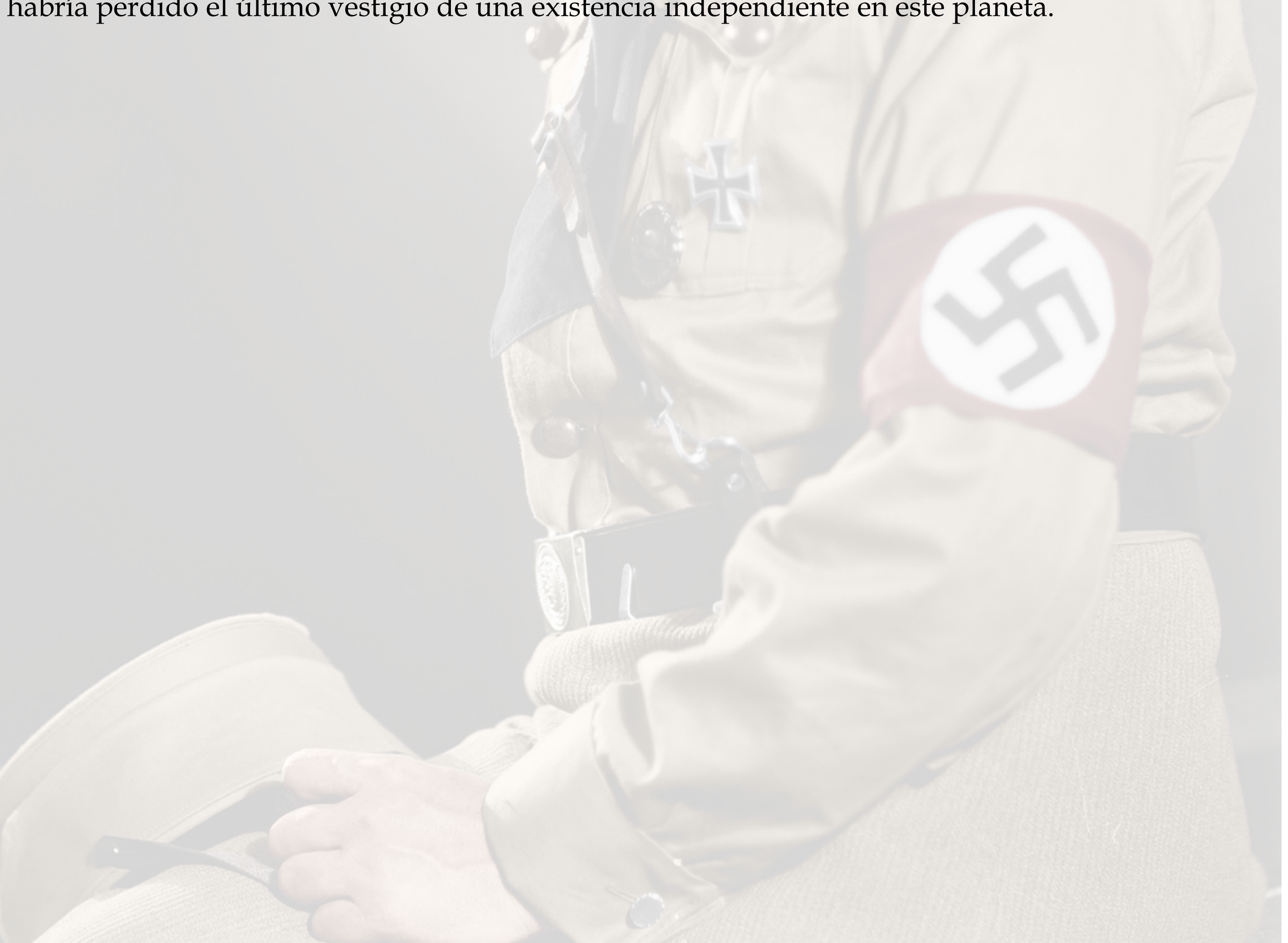
3 - La organización del Estado de Brandeburgo-Prusia activo por los Hohenzollern como modelo y núcleo de cristalización de un nuevo Reich.

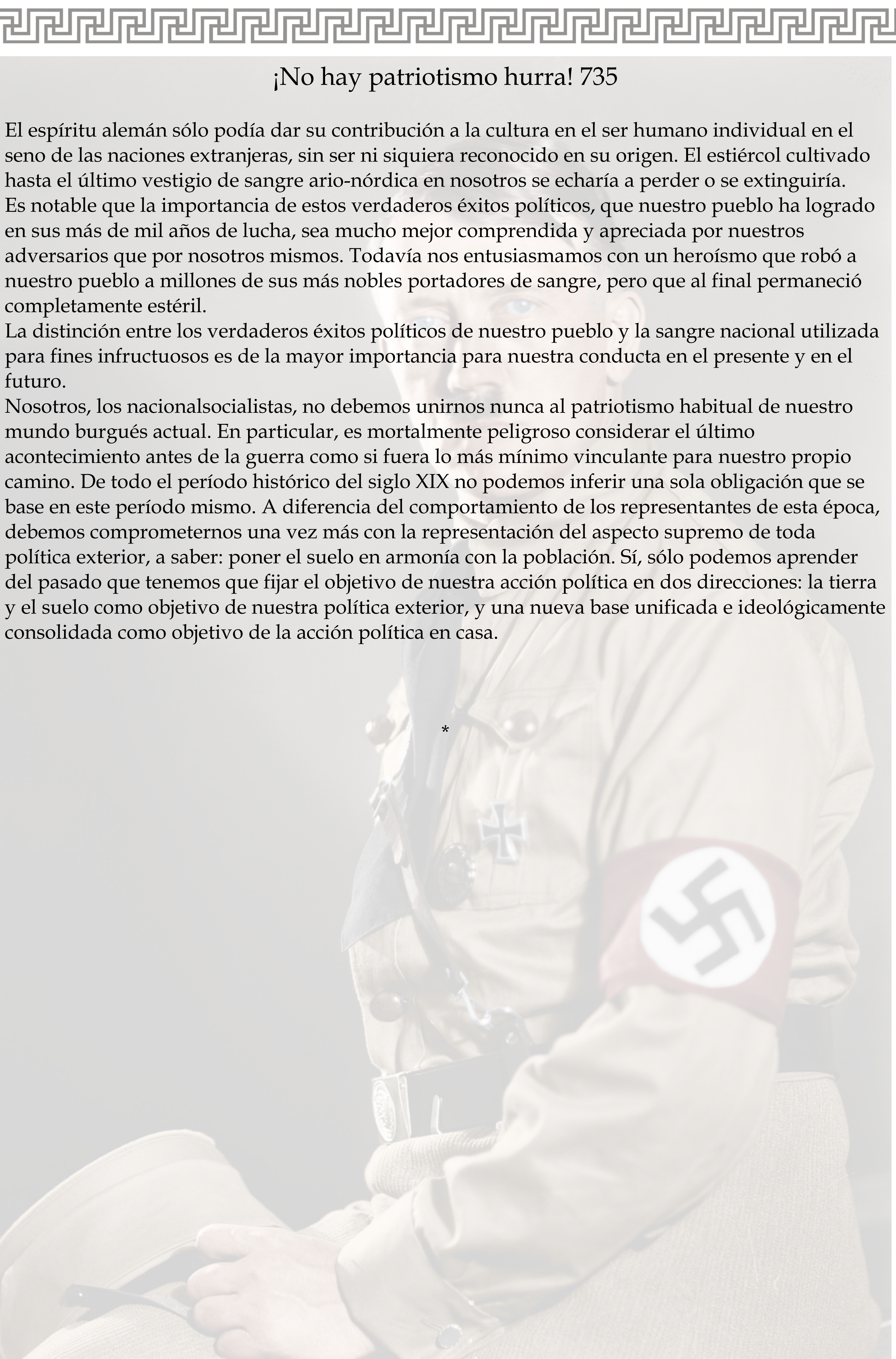
¡Una advertencia instructiva para el futuro!
Esos dos primeros grandes éxitos de nuestra política exterior han sido los más duraderos. Sin ellos, nuestro pueblo ya no desempeñaría ningún papel en la actualidad.



734 Los frutos duraderos de la política milenaria

Fueron el primer, pero desgraciadamente también el único intento exitoso de reconciliar el creciente número de personas con el tamaño de la tierra. Y hay que considerar verdaderamente desastroso que nuestra historiografía alemana no haya sido nunca capaz de apreciar adecuadamente estos dos logros, con mucho los más poderosos y significativos para la posteridad, sino que, por otro lado, glorifique todo tipo de cosas, elogie con admiración el heroísmo fantástico, las innumerables luchas aventureras y guerras, en lugar de reconocer finalmente cuán insignificantes han sido la mayoría de estos acontecimientos para la gran línea de desarrollo de la nación.
El tercer gran éxito de nuestra actividad política reside en la formación del Estado prusiano y en el cultivo de una idea especial del Estado que éste ha producido, así como en el instinto de conservación y de autodefensa del ejército alemán, adaptado al mundo moderno y llevado a la forma organizada. La conversión de la idea del servicio militar del individuo a la conscripción de la nación ha surgido de esta estructura estatal y de su nueva concepción del Estado. No se puede sobreestimar la importancia de este proceso. Fue precisamente el pueblo alemán, que había sido desintegrado de manera demasiado individualista por su desunión basada en la sangre, el que recuperó al menos una parte de la capacidad organizativa que había perdido hacía mucho tiempo por medio de la disciplina del organismo militar prusiano. Lo que todavía está presente originalmente entre los otros pueblos en el impulso de su comunalidad gregaria, lo hemos recibido, al menos en parte, artificialmente para nuestra comunidad nacional a través del proceso de entrenamiento militar. Por lo tanto, la abolición del servicio militar obligatorio —que no puede tener consecuencias para docenas de otros pueblos— es de la mayor importancia para nosotros. Diez generaciones alemanas sin formación militar correctiva y educativa, abandonadas a los efectos perversos de su desunión sanguínea y, por lo tanto, ideológica, y nuestro pueblo realmente habría perdido el último vestigio de una existencia independiente en este planeta.

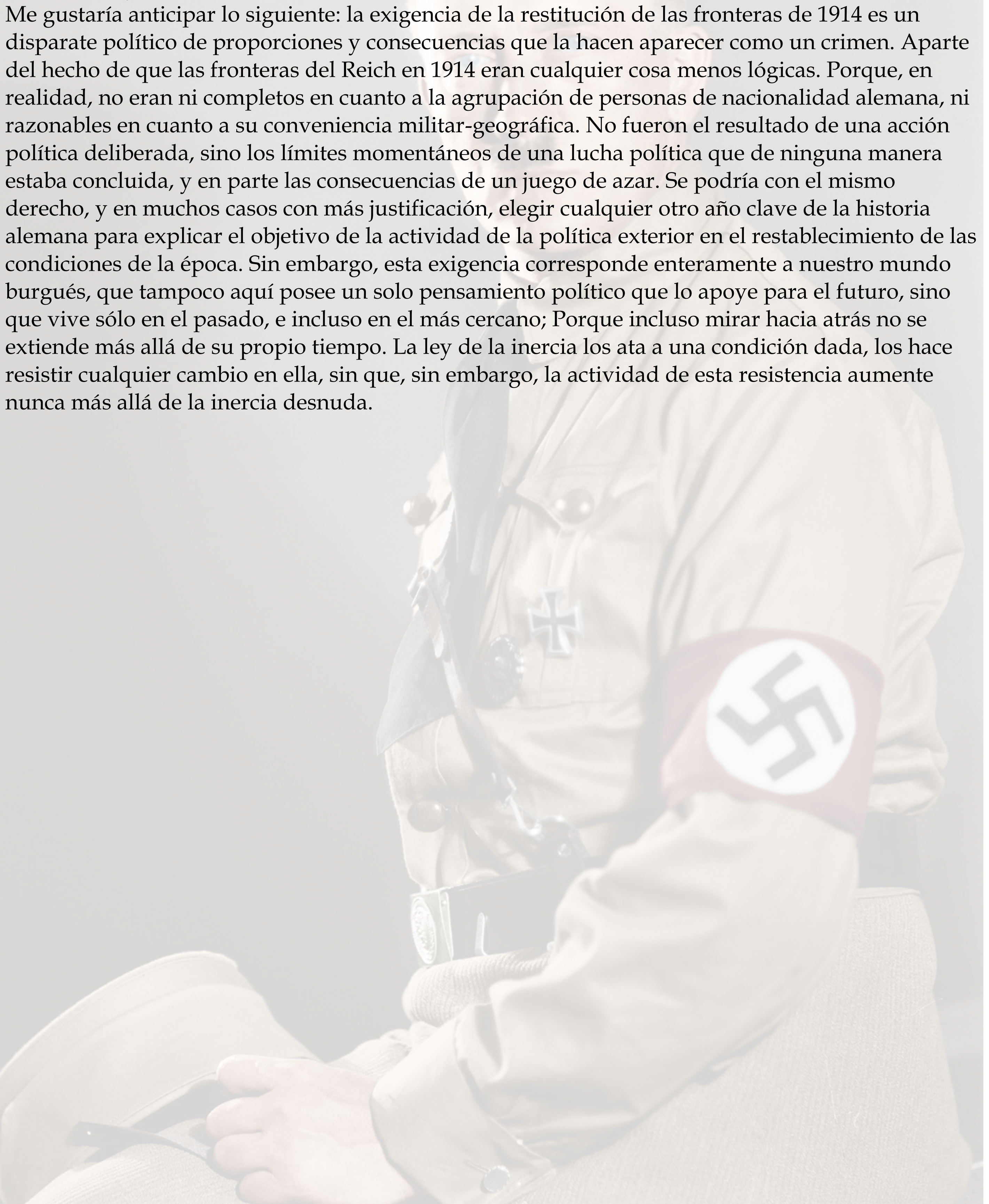




El espíritu alemán sólo podía dar su contribución a la cultura en el ser humano individual en el seno de las naciones extranjeras, sin ser ni siquiera reconocido en su origen. El estiércol cultivado hasta el último vestigio de sangre ario-nórdica en nosotros se echaría a perder o se extinguiría.
Es notable que la importancia de estos verdaderos éxitos políticos, que nuestro pueblo ha logrado en sus más de mil años de lucha, sea mucho mejor comprendida y apreciada por nuestros adversarios que por nosotros mismos. Todavía nos entusiasmamos con un heroísmo que robó a nuestro pueblo a millones de sus más nobles portadores de sangre, pero que al final permaneció completamente estéril.
La distinción entre los verdaderos éxitos políticos de nuestro pueblo y la sangre nacional utilizada para fines infructuosos es de la mayor importancia para nuestra conducta en el presente y en el futuro.
Nosotros, los nacionalsocialistas, no debemos unirnos nunca al patriotismo habitual de nuestro mundo burgués actual. En particular, es mortalmente peligroso considerar el último acontecimiento antes de la guerra como si fuera lo más mínimo vinculante para nuestro propio camino. De todo el período histórico del siglo XIX no podemos inferir una sola obligación que se base en este período mismo. A diferencia del comportamiento de los representantes de esta época, debemos comprometernos una vez más con la representación del aspecto supremo de toda política exterior, a saber: poner el suelo en armonía con la población. Sí, sólo podemos aprender del pasado que tenemos que fijar el objetivo de nuestra acción política en dos direcciones: la tierra y el suelo como objetivo de nuestra política exterior, y una nueva base unificada e ideológicamente consolidada como objetivo de la acción política en casa.

*

736 La llamada a las viejas fronteras



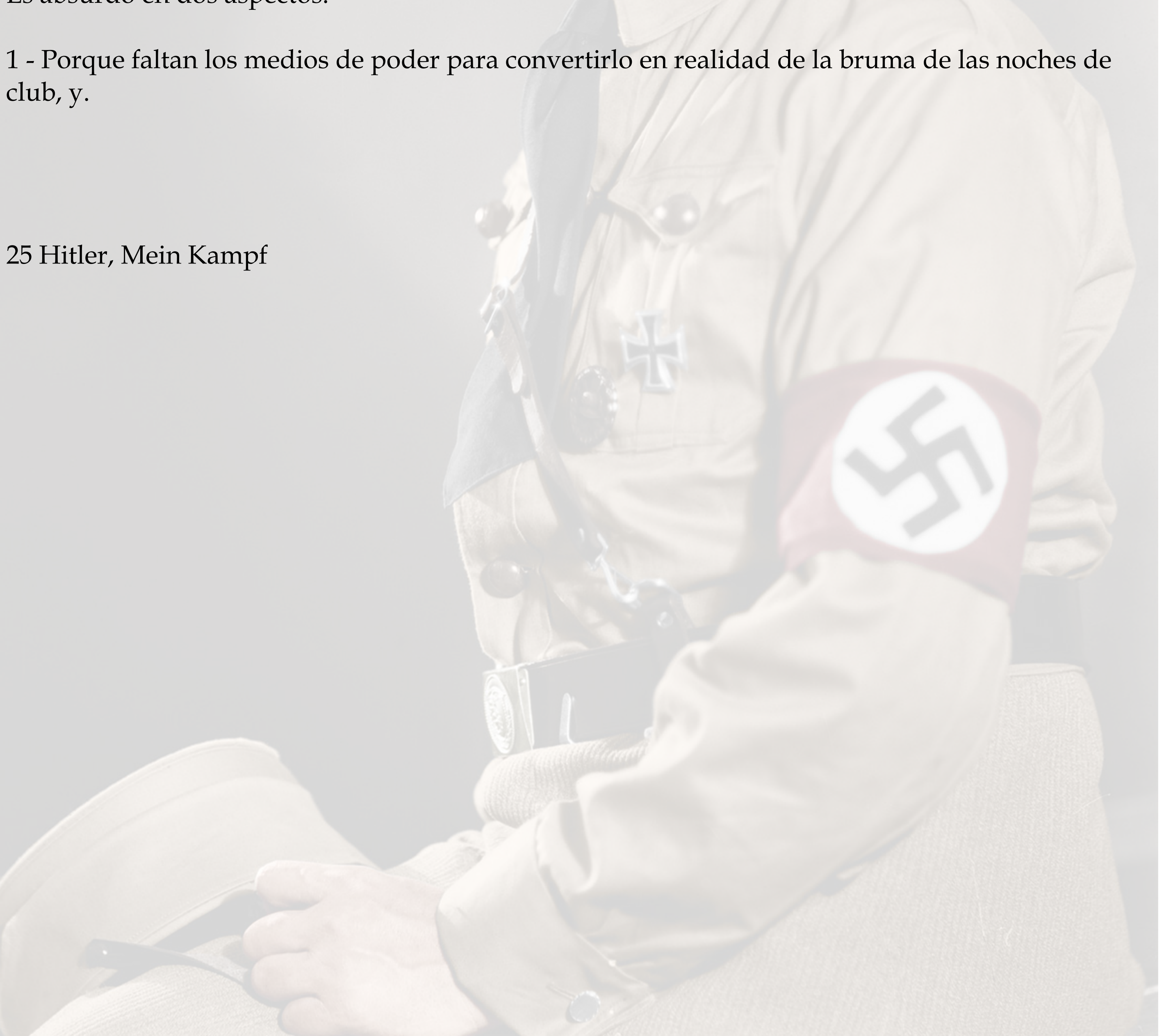
Quisiera referirme brevemente a la cuestión de hasta qué punto la demanda de tierras parece moral y moralmente justificada. Esto es necesario porque, desgraciadamente, incluso en los llamados círculos völkisch, hay todo tipo de charlatanes untuosos que intentan hacer de la reparación de la injusticia de 1918 el objetivo del pueblo alemán como objetivo de sus actividades de política exterior, pero que también consideran necesario asegurar a todo el mundo la hermandad y la simpatía völkisch.

Me gustaría anticipar lo siguiente: la exigencia de la restitución de las fronteras de 1914 es un disparate político de proporciones y consecuencias que la hacen aparecer como un crimen. Aparte del hecho de que las fronteras del Reich en 1914 eran cualquier cosa menos lógicas. Porque, en realidad, no eran ni completos en cuanto a la agrupación de personas de nacionalidad alemana, ni razonables en cuanto a su conveniencia militar-geográfica. No fueron el resultado de una acción política deliberada, sino los límites momentáneos de una lucha política que de ninguna manera estaba concluida, y en parte las consecuencias de un juego de azar. Se podría con el mismo derecho, y en muchos casos con más justificación, elegir cualquier otro año clave de la historia alemana para explicar el objetivo de la actividad de la política exterior en el restablecimiento de las condiciones de la época. Sin embargo, esta exigencia corresponde enteramente a nuestro mundo burgués, que tampoco aquí posee un solo pensamiento político que lo apoye para el futuro, sino que vive sólo en el pasado, e incluso en el más cercano; Porque incluso mirar hacia atrás no se extiende más allá de su propio tiempo. La ley de la inercia los ata a una condición dada, los hace resistir cualquier cambio en ella, sin que, sin embargo, la actividad de esta resistencia aumente nunca más allá de la inercia desnuda.

La llamada a las viejas fronteras 737

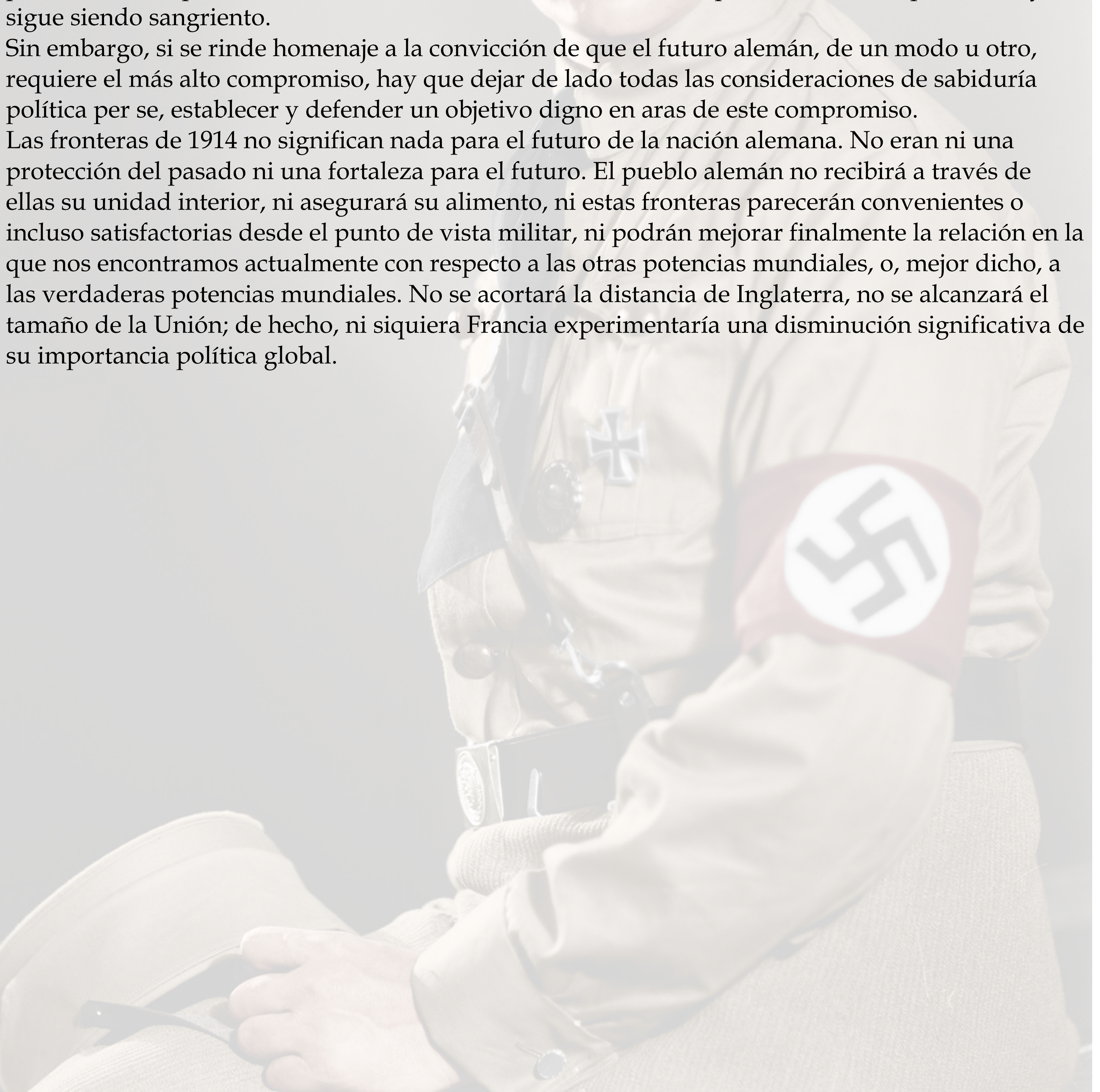
De modo que es evidente que el horizonte político de estos pueblos no se extiende más allá de la frontera de 1914. Pero al proclamar el restablecimiento de esas fronteras como el objetivo político de su acción, están constantemente reunificando la alianza desintegradora de nuestros oponentes. Sólo así se explica que, ocho años después de una lucha mundial en la que participaron Estados con los deseos y objetivos más heterogéneos, la coalición de los vencedores de entonces sigue siendo capaz de mantenerse en una forma más o menos cohesionada.
Todos estos estados se beneficiaron del colapso alemán en su momento. El miedo a nuestra fuerza en ese momento hizo que la avaricia y la envidia de los grandes hombres individuales se alejaran unos de otros. Veían en la herencia más general de nuestro imperio como posible la mejor protección contra una insurrección que se avecinaba. La conciencia culpable y el miedo a la fuerza de nuestro pueblo es el pegamento más duradero para mantener unidos a los miembros individuales de este pacto incluso hoy en día.
Y no los engañamos. Al establecer el restablecimiento de las fronteras de 1914 como un programa político para Alemania, nuestro mundo burgués ahuyenta a cualquier socio que quiera saltar fuera de la liga de nuestros enemigos, porque debe tener miedo de ser atacado aisladamente y perder así la protección de sus aliados individuales. Todos y cada uno de los Estados se sienten afectados y amenazados por esta consigna.
Es absurdo en dos aspectos:

1 - Porque faltan los medios de poder para convertirlo en realidad de la bruma de las noches de club, y.



738 La llamada a las viejas fronteras

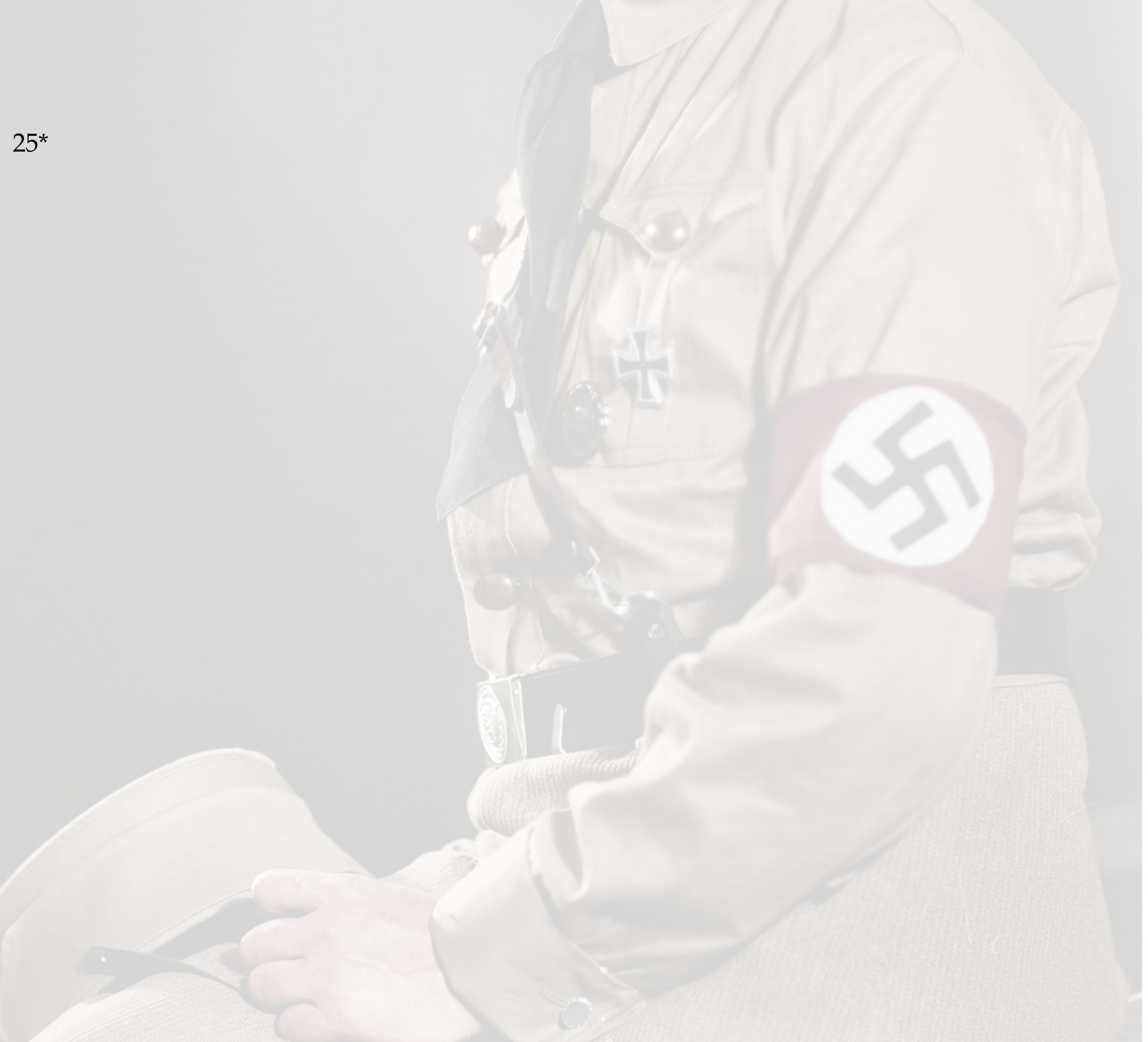
2 - Porque, si se pudiera realizar económicamente, el resultado sería tan miserable que no valdría la pena, Dios verdadero, volver a usar la sangre de nuestro pueblo para ello.
Porque el hecho de que el restablecimiento de las fronteras de 1914 sólo pudo lograrse con sangre no parece cuestionable a nadie. Sólo las mentes infantilmente ingenuas pueden ser adormecidas para que piensen que pueden llevar a cabo una corrección de Versalles mediante el sigilo y el engaño. Aparte del hecho de que tal intento presupondría una naturaleza Talleyrand, que nosotros no poseemos. Una mitad de nuestra existencia política consiste en elementos muy aplastados, pero igualmente descarados y generalmente hostiles a nuestro pueblo, mientras que la otra mitad está compuesta por imbéciles bondadosos, inofensivos y obedientes. Además, los tiempos han cambiado desde el Congreso de Viena: no son los príncipes y las amantes principescas los que regatean y regatean las fronteras estatales, sino el implacable judío mundial que lucha por su dominio sobre los pueblos. Ninguna nación quita este puño de su garganta sino por la espada. Sólo la fuerza reunida y concentrada de una pasión nacional que levanta poderosamente puede desafiar la esclavitud internacional de los pueblos. Pero ese proceso es y sigue siendo sangriento.
Sin embargo, si se rinde homenaje a la convicción de que el futuro alemán, de un modo u otro, requiere el más alto compromiso, hay que dejar de lado todas las consideraciones de sabiduría política per se, establecer y defender un objetivo digno en aras de este compromiso.
Las fronteras de 1914 no significan nada para el futuro de la nación alemana. No eran ni una protección del pasado ni una fortaleza para el futuro. El pueblo alemán no recibirá a través de ellas su unidad interior, ni asegurará su alimento, ni estas fronteras parecerán convenientes o incluso satisfactorias desde el punto de vista militar, ni podrán mejorar finalmente la relación en la que nos encontramos actualmente con respecto a las otras potencias mundiales, o, mejor dicho, a las verdaderas potencias mundiales. No se acortará la distancia de Inglaterra, no se alcanzará el tamaño de la Unión; de hecho, ni siquiera Francia experimentaría una disminución significativa de su importancia política global.



Sólo una cosa sería segura: incluso si tuviera éxito, tal intento de restaurar las fronteras de 1914 conduciría a una nueva desangración de nuestro cuerpo nacional hasta tal punto que ya no habría sangre valiosa para las decisiones y acciones que realmente asegurarían la vida y el futuro de la nación. Por el contrario, en la embriaguez de un éxito tan superficial, uno renunciaría con tanto gusto a cualquier otro objetivo, ya que el "honor nacional" sería reparado y se abrirían de nuevo algunas puertas para el desarrollo comercial, al menos por el momento.

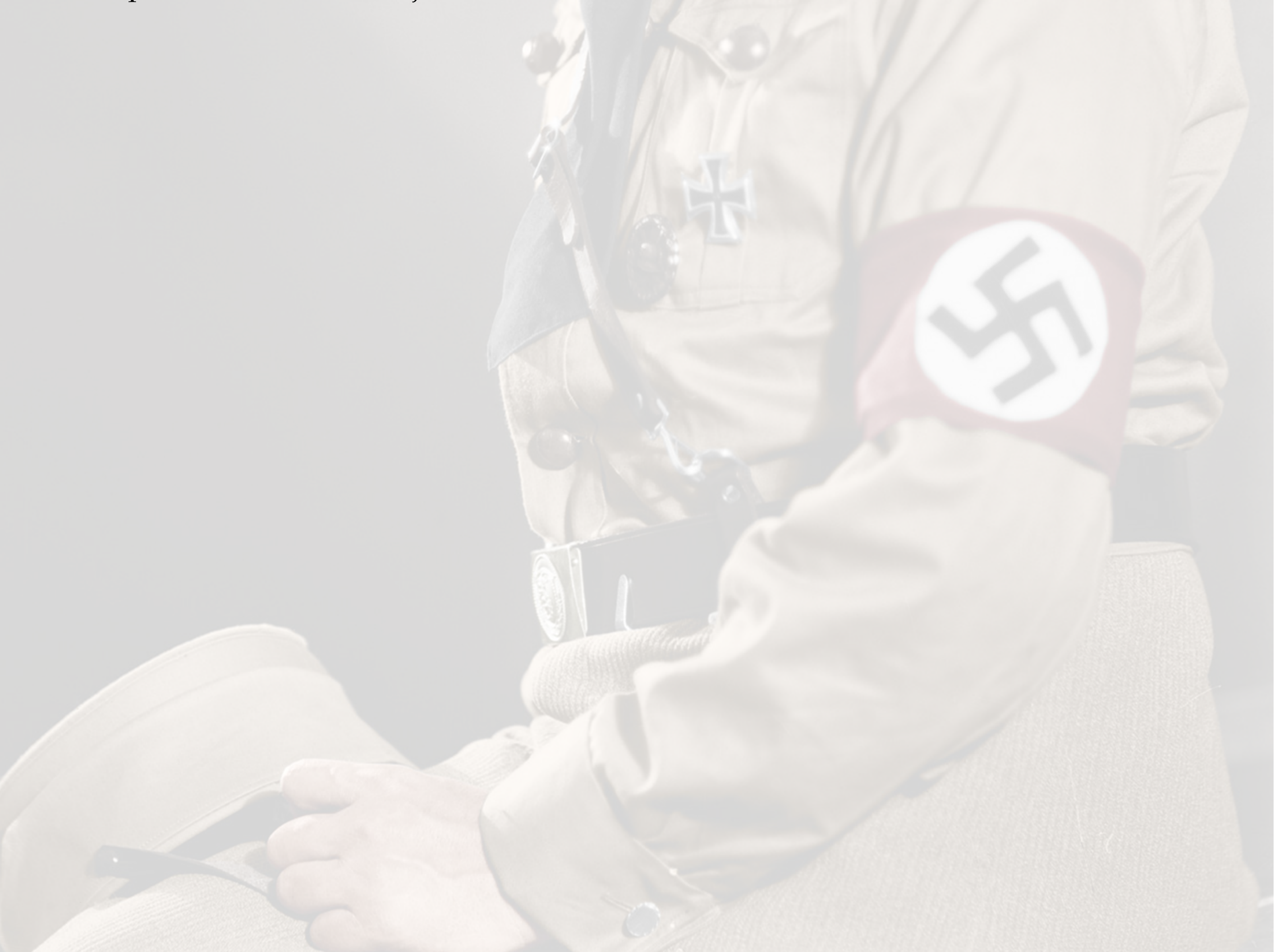
Por otra parte, nosotros, los nacionalsocialistas, debemos adherirnos firmemente a nuestro objetivo de política exterior, es decir, asegurar al pueblo alemán la tierra que merece en esta tierra. Y esta acción es la única que hace que el uso de la sangre parezca justificado ante Dios y ante nuestra posteridad alemana: ante Dios, en la medida en que estamos colocados en este mundo con el destino de la eterna lucha por el pan de cada día, como seres a los que nada se les da, y que deben su posición de dueños de la tierra sólo al genio y al valor, con el que saben luchar por ellas y preservarlas; pero ante nuestra posteridad alemana, en la medida en que no hemos derramado la sangre de un ciudadano del que no se dan a la posteridad otros mil. La tierra en la que las familias campesinas alemanas podrán producir un día hijos vigorosos permitirá la aprobación del compromiso de los hijos de hoy, pero los estadistas responsables, aunque perseguidos por el presente, los absolverán un día de la culpa de sangre y del sacrificio del pueblo.

25*



740 Nada de sentimentalismo en política exterior

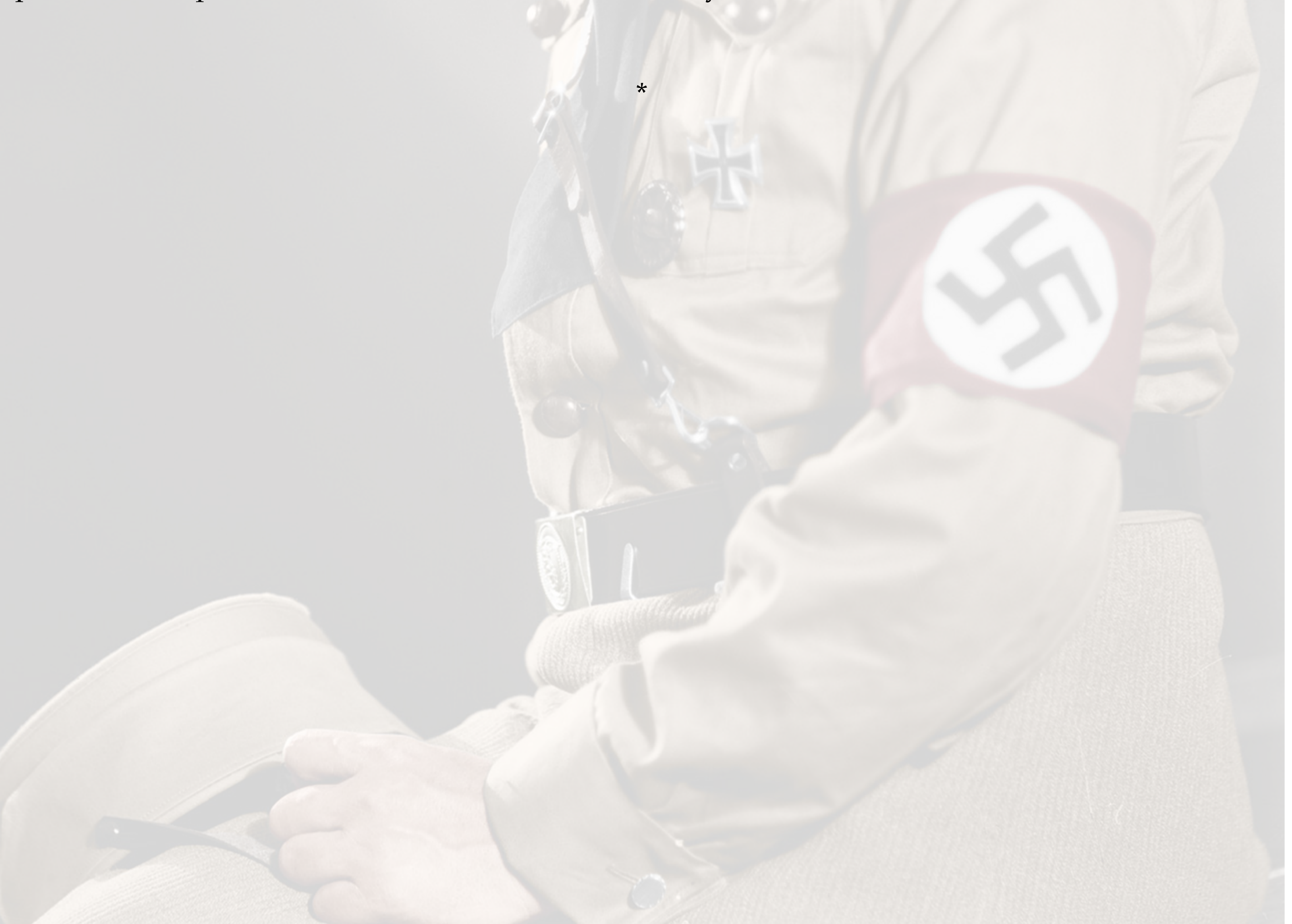
Al hacerlo, debo volverme tajantemente contra las almas de los escritores völkisch que pretenden ver en tal adquisición de tierras una "violación de los sagrados derechos humanos" y, en consecuencia, aplican sus garabatos contra ella. Nunca se sabe quién está detrás de un tipo así. Lo único cierto es que la confusión que son capaces de causar es deseable y conveniente para los enemigos de nuestro pueblo. Con tal actitud están ayudando sacrílegamente a debilitar y eliminar la voluntad de nuestro pueblo desde adentro por la única forma correcta de representar sus necesidades de vida. Porque ningún pueblo en esta tierra posee ni siquiera un metro cuadrado de tierra por deseo superior y de acuerdo con la ley superior. Del mismo modo que las fronteras de Alemania son límites de azar y límites momentáneos en las respectivas luchas políticas de la época, también lo son las fronteras de los espacios vitales de otros pueblos. Y así como la formación de la superficie de nuestra tierra puede parecer inmutable sólo para el imbécil irreflexivo como el granito, pero en realidad sólo representa para cada vez un punto de reposo aparente en un desarrollo en curso, creado en constante desarrollo por las poderosas fuerzas de la naturaleza, para tal vez experimentar la destrucción o la transformación mañana por fuerzas mayores, así también en la vida de las naciones los límites de los hábitats.
Las fronteras estatales son creadas por las personas y cambiadas por las personas.
El hecho del éxito de una adquisición excesiva de tierras por parte de un pueblo no es una obligación superior para el reconocimiento eterno de la misma. A lo sumo, demuestra la fuerza de los vencedores y la debilidad de los que sufren. Y sólo en este poder reside el derecho. Si el pueblo alemán de hoy, hacinado en un terreno imposible, se dirige hacia un futuro miserable, esto no es más un dictado del destino que una rebelión contra él es un desaire hacia él. Tan poco como, por ejemplo, una potencia superior ha concedido a otro pueblo más tierras que el alemán, o se siente ofendida por el hecho de esta injusta distribución de la tierra.



Nada de sentimentalismo en política exterior 741

Así como nuestros antepasados no recibieron del cielo el suelo en el que vivimos hoy, sino que tuvieron que luchar por él a riesgo de la vida, así en el futuro el suelo y, por lo tanto, la vida de nuestro pueblo no nos será asignada por misericordia nacional, sino solo por el poder de una espada victoriosa.
Por mucho que todos reconozcamos la necesidad de una confrontación con Francia hoy, seguiría siendo ineficaz en el gran esquema si agotara nuestro objetivo de política exterior. Solo puede tener sentido, y lo tendrá, si proporciona el respaldo para un aumento del espacio vital de nuestros ciudadanos en Europa. Porque no tenemos que ver la solución de esta cuestión en una adquisición colonial, sino exclusivamente en la adquisición de un área de asentamiento que aumente la superficie de la tierra madre misma y con ello no sólo conserve a los nuevos colonos en la comunión más íntima con la tierra madre, sino que asegure a toda la cantidad de espacio las ventajas que radican en su tamaño combinado.
El movimiento völkisch no debe ser el defensor de otros pueblos, sino el campeón de su propio pueblo. De lo contrario, es superfluo y, sobre todo, no tiene derecho a quejarse del pasado. Porque entonces ella se comporta como ellos. Del mismo modo que la vieja política alemana estaba justificadamente determinada por puntos de vista dinásticos, el futuro no debe guiarse por sentimientos nacionalistas corrientes. En particular, sin embargo, no somos los policías de los conocidos "pueblos pobres y pequeños", sino nuestros propios soldados.
Sin embargo, nosotros, los nacionalsocialistas, tenemos que ir aún más lejos: el derecho a la tierra puede convertirse en un deber si un gran pueblo parece condenado a la expansión de la tierra. Sobre todo cuando no se trata de un pueblo negro cualquiera, sino de la madre germánica de toda la vida que ha dado al mundo de hoy su imagen cultural. Alemania será una potencia mundial o no será en absoluto. Para convertirse en una potencia mundial, sin embargo, necesita la grandeza que le da la importancia necesaria en el mundo actual y da vida a sus ciudadanos.

*



742 Reanudación de la política de Ostland

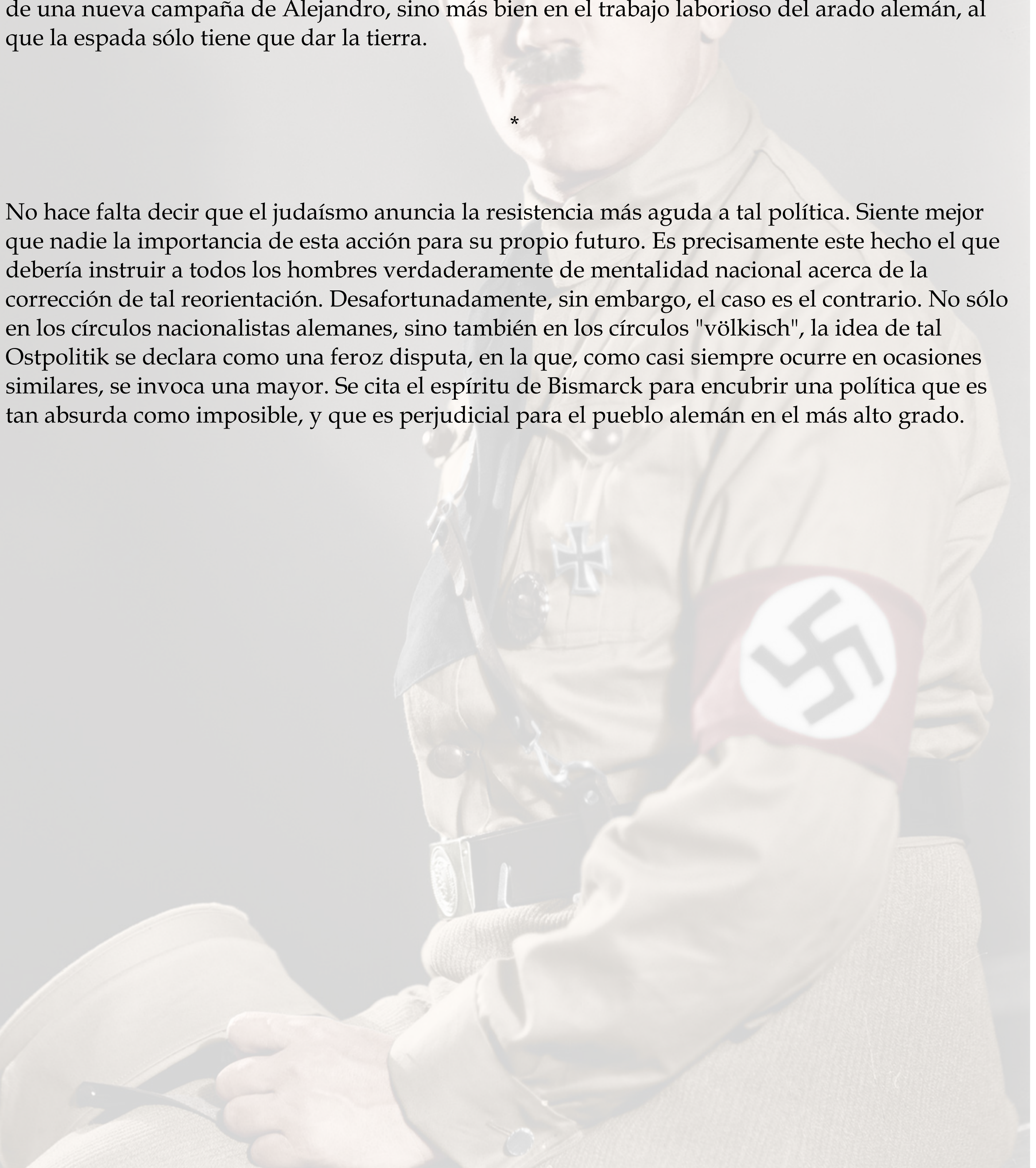
Al hacerlo, nosotros, los nacionalsocialistas, estamos trazando deliberadamente una línea divisoria bajo la dirección de la política exterior de nuestro período anterior a la guerra. Empezamos donde terminamos hace seis siglos. Detenemos la eterna migración germánica hacia el sur y el oeste de Europa y dirigimos la mirada a la tierra del este. Por fin, concluimos la política colonial y comercial del período anterior a la guerra y pasamos a la política agraria del futuro.
Pero cuando hablamos de nuevas tierras en Europa hoy en día, solo podemos pensar principalmente en Rusia y los estados fronterizos sujetos a ellas.
El propio destino parece querer darnos una pista aquí. Al entregar Rusia al bolchevismo, le robó al pueblo ruso la inteligencia que hasta entonces había creado y garantizado su condición de Estado. Porque la organización de una estructura estatal rusa no fue el resultado de la habilidad política de los eslavos en Rusia, sino más bien un maravilloso ejemplo de la eficacia formadora de estados del elemento germánico en una raza inferior. Así, se han creado numerosos imperios poderosos de la tierra. Los pueblos inferiores, con organizadores y señores germánicos como líderes de ellos, a menudo se encuentran hinchados más de una vez en poderosas formaciones estatales, y permanecieron en existencia mientras se conservó el núcleo racial de la raza estatal formativa. Durante siglos, Rusia había vivido en este núcleo germánico de sus estratos superiores dirigentes.



Hoy en día se puede considerar casi completamente erradicada y extinguida. El judío ha ocupado su lugar. Tan imposible como es para los rusos sacudirse el yugo de los judíos por sus propios esfuerzos, es imposible para los judíos mantener el poderoso imperio a largo plazo. Él mismo no es un elemento de organización, sino un fermento de descomposición. El gigantesco imperio del este está a punto de colapsar. Y el fin del dominio judío en Rusia será también el fin de Rusia como Estado. Nos encontramos destinados por el destino a presenciar una catástrofe que será la confirmación más poderosa de la exactitud de la teoría nacionalista de la raza.
Pero nuestra tarea, la misión del movimiento nacionalsocialista, es llevar a nuestro propio pueblo a la comprensión política de que no ve cumplido su objetivo futuro en la impresión embriagadora de una nueva campaña de Alejandro, sino más bien en el trabajo laborioso del arado alemán, al que la espada sólo tiene que dar la tierra.

*

No hace falta decir que el judaísmo anuncia la resistencia más aguda a tal política. Siente mejor que nadie la importancia de esta acción para su propio futuro. Es precisamente este hecho el que debería instruir a todos los hombres verdaderamente de mentalidad nacional acerca de la corrección de tal reorientación. Desafortunadamente, sin embargo, el caso es el contrario. No sólo en los círculos nacionalistas alemanes, sino también en los círculos "völkisch", la idea de tal Ostpolitik se declara como una feroz disputa, en la que, como casi siempre ocurre en ocasiones similares, se invoca una mayor. Se cita el espíritu de Bismarck para encubrir una política que es tan absurda como imposible, y que es perjudicial para el pueblo alemán en el más alto grado.



744 La política de Bismarck hacia Rusia

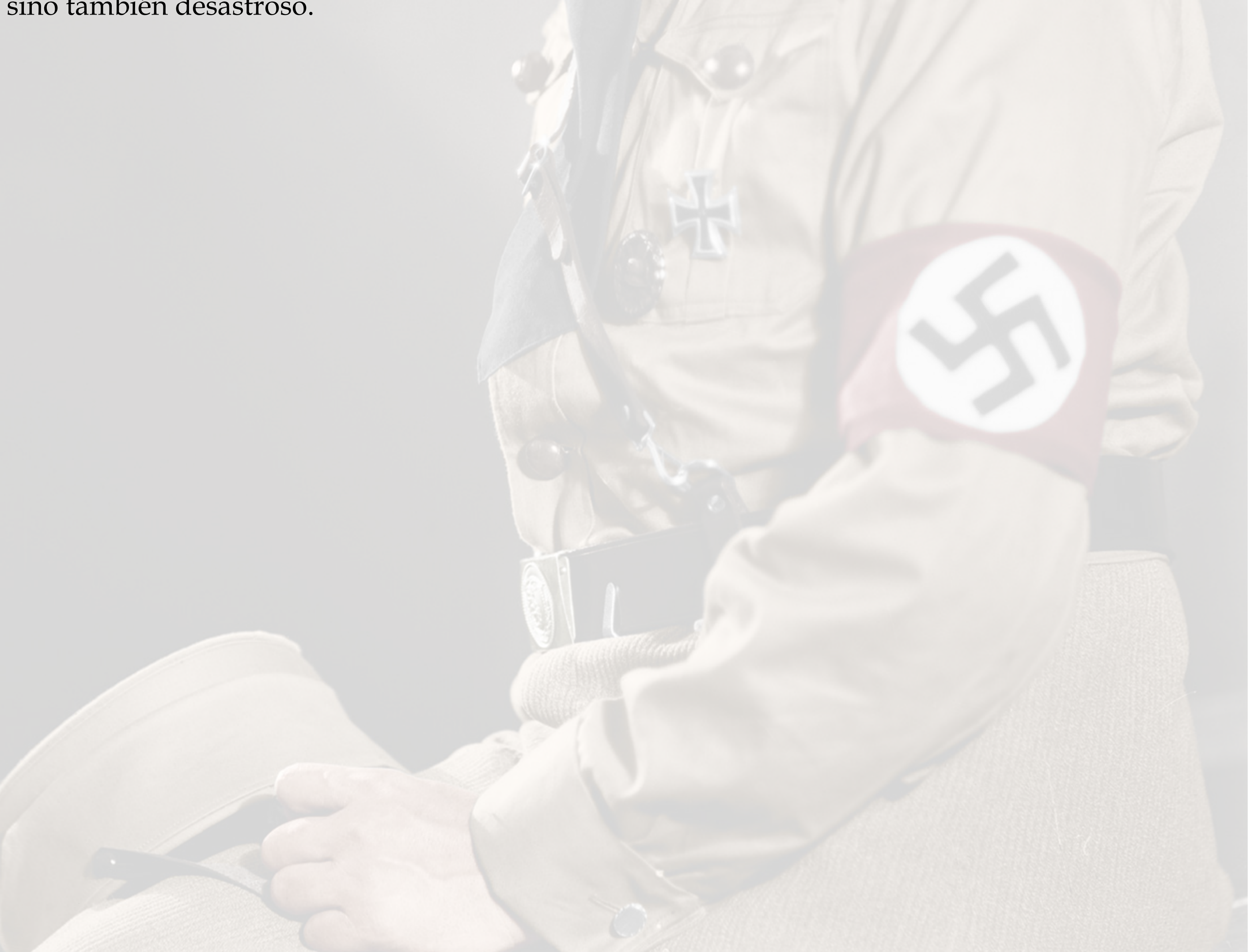
El propio Bismarck siempre había dado importancia a las buenas relaciones con Rusia. Eso es en parte cierto. Pero se olvida mencionar que concedía la misma importancia a las buenas relaciones con Italia, por ejemplo, y que el mismo Herr von Bismarck se alió una vez con Italia para poder tratar mejor con Austria. ¿Por qué no continuar con esta política también? "Porque la Italia de hoy no es la Italia de ayer", dirán. Bien. Pero entonces, señores, admitan la objeción de que la Rusia de hoy ya no es la Rusia de entonces. A Bismarck nunca se le ocurrió querer determinar un camino político tácticamente en principio para siempre. Era demasiado dueño del momento como para imponerse semejante vínculo. Así que la pregunta no debe ser: ¿Qué hizo Bismarck en ese momento? sino más bien: ¿Qué haría hoy? Y esta pregunta es más fácil de responder. Con su sabiduría política nunca se asociaría con un Estado que está condenado a perecer.

Por cierto, Bismarck ya en ese momento veía con sentimientos encontrados la política colonial y comercial alemana, ya que inicialmente solo se preocupaba por hacer posible la consolidación y consolidación interna de la estructura estatal que había creado de la manera más segura. Esta fue también la única razón por la que acogió con agrado el respaldo ruso en ese momento, lo que le dio el brazo a Occidente. Solo lo que era útil para Alemania en ese momento traería daño hoy.

Ya en 1920/21, cuando el joven movimiento nacionalsocialista comenzó a despuntar lentamente en el horizonte político y fue abordado aquí y allá como el movimiento de liberación de la nación alemana, el partido fue abordado desde varios ángulos con el intento de establecer una cierta conexión entre él y los movimientos de libertad de otros países. Esto estaba en línea con la "Liga de las Naciones Oprimidas" propagada por muchos.



Se trataba principalmente de representantes de los Estados balcánicos, así como de Egipto y la India, que siempre me dieron la impresión de ser unos entrometidos chismosos, desprovistos de cualquier trasfondo real. Pero no fueron pocos los alemanes, sobre todo en el campo nacional, que se dejaron cegar por tan pomposos orientales y creyeron que en algún estudiante indio o egipcio eran ahora, sin más, un "representante" de la India o de Egipto. La gente no se daba cuenta de que se trataba en su mayoría de personas detrás de las cuales no había nada en absoluto, que sobre todo no estaban autorizadas por nadie para celebrar ningún contrato con nadie, de modo que el resultado práctico de cualquier relación con tales elementos era cero, a menos que uno quisiera registrar el tiempo perdido como una pérdida. Siempre me he resistido a tales intentos. No sólo tenía mejores cosas que hacer que pasar semanas entretenidas en tales "discusiones" infructuosas, sino que incluso si hubieran sido representantes autorizados de tales naciones, también consideraba que todo el asunto era inadecuado, incluso perjudicial.
Ya era bastante malo, incluso en tiempos de paz, que la política de alianzas alemanas terminara en un reinado defensivo de los viejos Estados históricamente retirados del mundo debido a la falta de sus propias intenciones activas de agresión. Tanto la alianza con Austria como con Turquía tenían poco que fomentar. Mientras los estados militares e industriales más grandes del mundo se unían para formar una unidad de ataque activa, se reunieron algunas viejas e impotentes estructuras estatales y se trató de hacer frente a una coalición mundial activa con esta basura destinada a la destrucción. Alemania ha recibido el amargo recibo de este error de política exterior. Pero este recibo no parece haber sido lo suficientemente amargo como para salvar a nuestros eternos soñadores de caer en el mismo error en un abrir y cerrar de ojos. Porque el intento de desarmar a los todopoderosos vencedores por medio de una "liga de naciones oprimidas" no solo es ridículo, sino también desastroso.

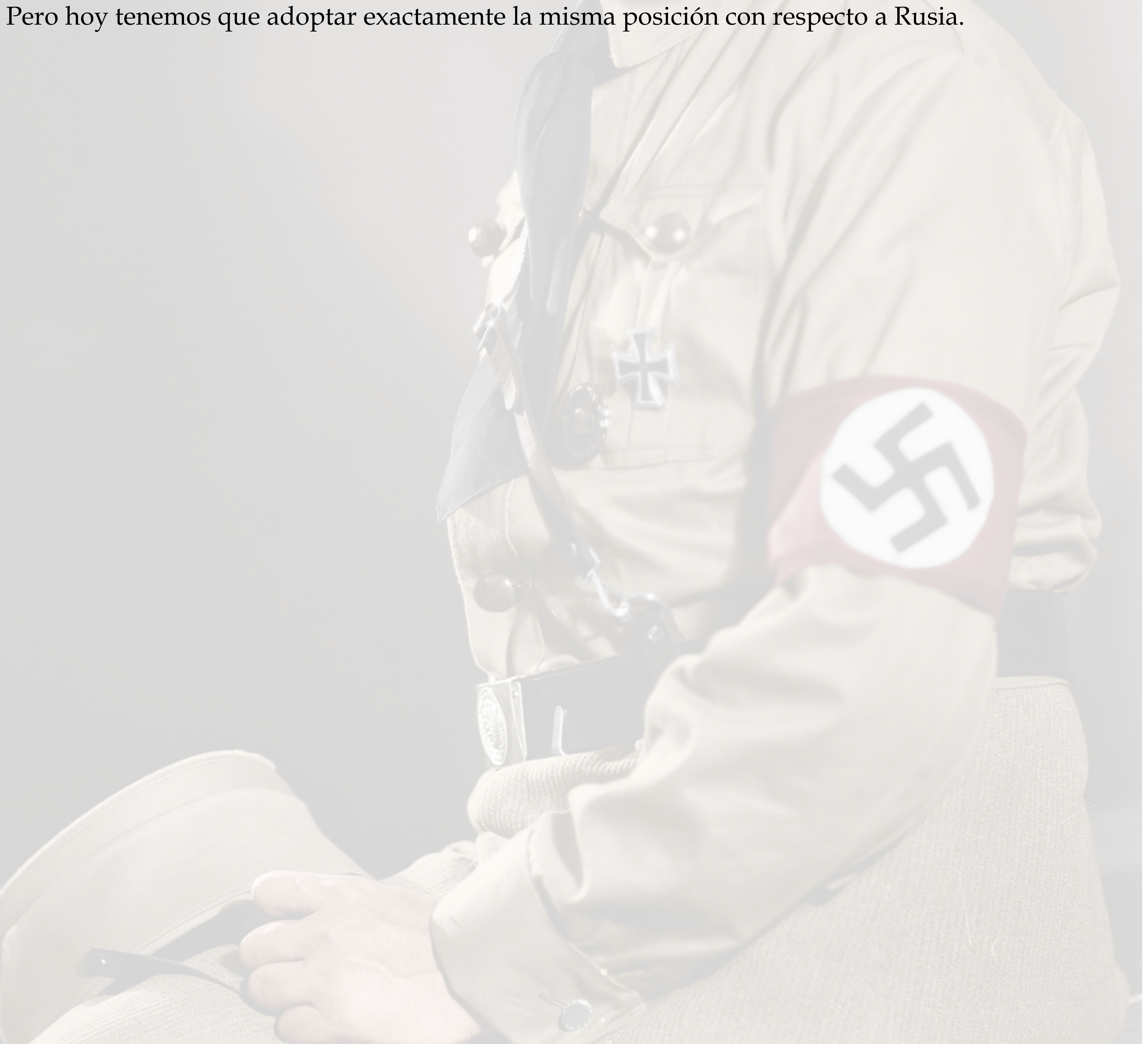


746 ¿Se tambalea el dominio indio de Inglaterra?

Es desastroso porque distrae repetidamente a nuestro pueblo de las posibilidades reales, de modo que en su lugar se entrega a esperanzas e ilusiones imaginativas pero infructuosas. El alemán de hoy se parece mucho al hombre que se ahoga y se agarra a cada paja. Por lo demás, pueden ser personas muy educadas. Tan pronto como el fuego fatuo de una esperanza, no importa cuán irreal sea, se hace visible en algún lugar, estas personas rápidamente comienzan a trotar y perseguir al fantasma. Ya sea que se trate de una liga de naciones oprimidas, una liga de naciones, o alguna otra nueva invención fantástica, sin embargo, encontrará miles de almas creyentes.
Todavía recuerdo las esperanzas, tan infantiles como incomprensibles, que surgieron de repente en los círculos nacionalistas en 1920/21 de que Inglaterra estaba al borde del colapso en la India. Algunos malabaristas asiáticos, tal vez también verdaderos "luchadores por la libertad" indios que entonces merodeaban por Europa, habían logrado llenar incluso a personas bastante sensatas con la idea fija de que el Imperio Británico, que tenía su pivote en la India, estaba al borde del colapso allí mismo. Por supuesto, no se dieron cuenta de que en este caso sólo su propio deseo era el padre de todos los pensamientos. Tampoco lo es el absurdo de sus propias esperanzas. Porque, mientras esperan el fin del Imperio Británico y del poder inglés de un colapso del dominio inglés en la India, ellos mismos admiten que la India es de la mayor importancia para Inglaterra.
Esta cuestión vital, sin embargo, es probablemente conocida no sólo por un profeta alemán völkisch como el secreto más profundo, sino probablemente también por los propios gobernantes de la historia inglesa. Es realmente infantil suponer que la gente en Inglaterra no sabe cómo evaluar adecuadamente la importancia del Imperio Indio para la Unión Mundial Británica. Y no es más que una mala señal del absoluto no aprendizaje de la Guerra Mundial y de la completa incomprensión y no reconocimiento de la determinación anglosajona imaginar que Inglaterra, sin utilizar esta última, cargaría a la India con la vela.

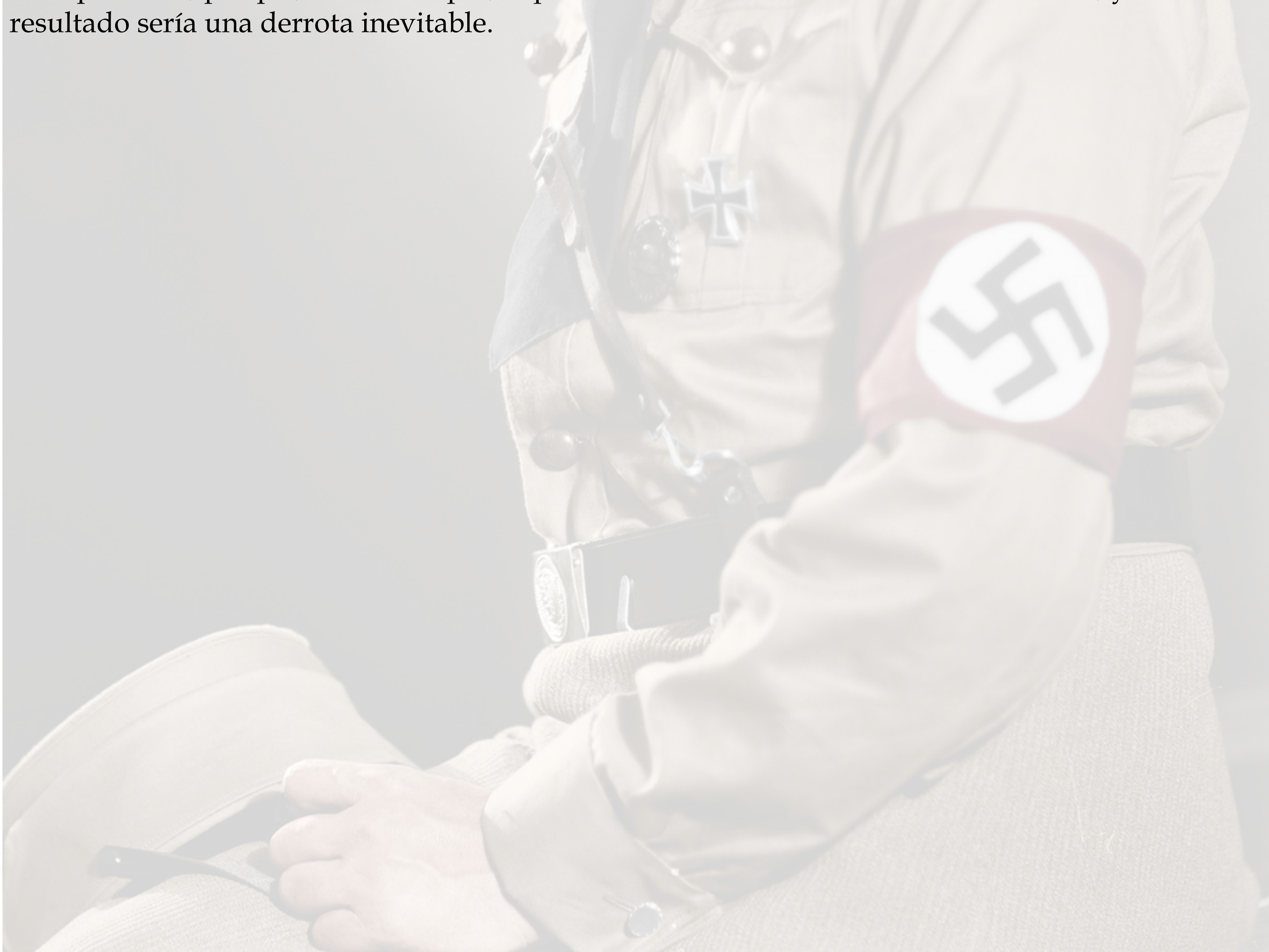


Es una prueba más de la ignorancia que los alemanes tienen de toda la naturaleza de la penetración y administración británica en este Reich. Inglaterra perderá la India sólo si ella misma cae presa de la desintegración racial en su maquinaria administrativa (algo que en la actualidad está completamente fuera de discusión en la India), o si es derrotada por la espada de un enemigo poderoso. Pero los insurgentes indios nunca tendrán éxito. Lo difícil que es conquistar Inglaterra, nosotros, los alemanes, ya lo hemos experimentado bastante. Aparte del hecho de que, como alemán, sigo prefiriendo ver la India bajo el dominio inglés que bajo cualquier otro.
Igual de pobres son las esperanzas de la legendaria insurrección en Egipto. La "guerra santa" puede enseñar a nuestros jugadores alemanes el agradable horror de que otros estén ahora dispuestos a desangrarse por nosotros —pues esta cobarde especulación, para ser honestos, siempre ha sido el padre silencioso de tales esperanzas—, en realidad llegaría a un final infernal bajo el bombardeo de las compañías de ametralladoras inglesas y la lluvia de bombas explosivas. Es simplemente una imposibilidad de dirigir un estado poderoso, que está decidido a usar hasta la última gota de sangre para su existencia, si es necesario, por una coalición de lisiados. Como hombre völkisch que evalúa el valor de la humanidad de acuerdo con fundamentos raciales, no debo encadenar el destino de mi propio pueblo con el suyo por el reconocimiento de la inferioridad racial de estas llamadas "naciones oprimidas".
Pero hoy tenemos que adoptar exactamente la misma posición con respecto a Rusia.



748 ¿Alianza alemana con Rusia?

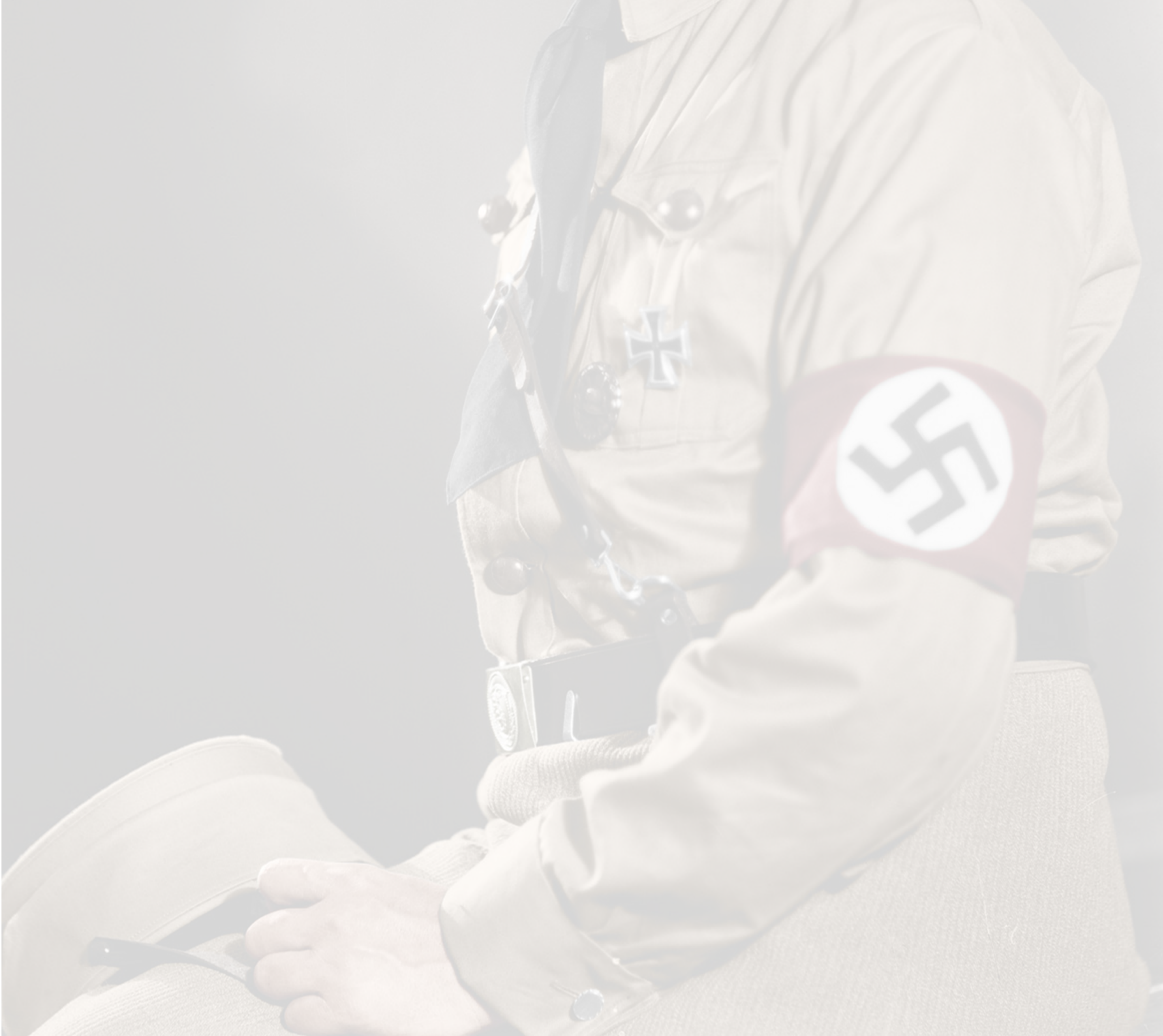
La Rusia actual, despojada de su clase superior germánica, no es, aparte de las intenciones internas de sus nuevos amos, un aliado para la lucha por la libertad de la nación alemana. Desde un punto de vista puramente militar, las condiciones en caso de una guerra entre Alemania y Rusia contra Europa Occidental, pero probablemente contra el resto del mundo, serían francamente catastróficas. La lucha no tendría lugar en suelo ruso sino alemán, sin que Alemania pudiera recibir el más mínimo apoyo efectivo de Rusia. Los medios de poder del actual Reich alemán son tan miserables y tan imposibles para una lucha contra el mundo exterior que cualquier protección fronteriza contra el oeste de Europa, incluida Inglaterra, no podría llevarse a cabo, y la zona industrial alemana en particular quedaría indefensa expuesta a las armas ofensivas concentradas de nuestros oponentes. Además, entre Alemania y Rusia se encuentra el Estado polaco, que descansa enteramente en manos francesas. En el caso de una guerra entre Alemania y Rusia contra Europa Occidental, Rusia primero tendría que derrotar a Polonia para llevar el primer soldado a un frente alemán. Sin embargo, no se trata tanto de soldados como de armaduras técnicas. A este respecto, sólo que mucho más horroroso, se repetiría el estado de cosas en la Guerra Mundial. Del mismo modo que la industria alemana fue entonces elegida por nuestros gloriosos aliados, y Alemania tuvo que librar la guerra técnica casi completamente sola, Rusia sería completamente eliminada como factor técnico en esta lucha. A la motorización general del mundo, que ya aparecerá de manera abrumadora en la próxima guerra, difícilmente podríamos oponernos. Porque Alemania no sólo está vergonzosamente atrasada incluso en este campo tan importante, sino que tendría que recibir a Rusia de lo poco que posee, que aún hoy no tiene una sola fábrica en la que se pueda producir un vehículo de motor realmente operativo. Pero eso sólo le daría a tal pelea el carácter de una matanza. La juventud alemana se desangraría aún más que antes, porque, como siempre, el peso de la lucha recaería sólo sobre nosotros, y el resultado sería una derrota inevitable.

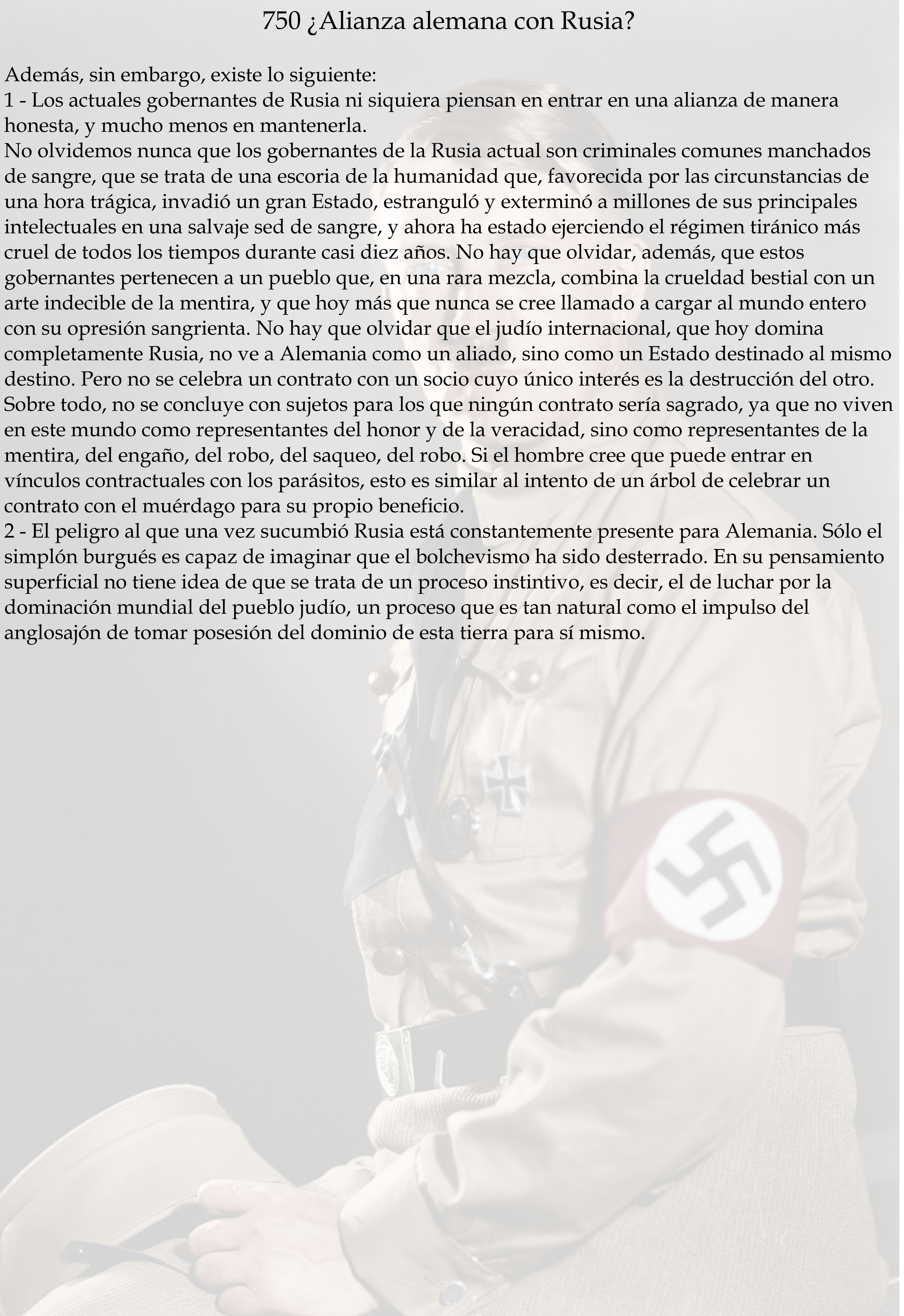


Pero incluso si ocurriera un milagro y tal lucha no terminara con la destrucción completa de Alemania, el éxito final sólo sería que el pueblo alemán desangrado continuaría rodeado por grandes estados militares y, en consecuencia, su situación real no habría cambiado de ninguna manera.

Que no se objete que una alianza con Rusia no significa inmediatamente que haya que pensar en una guerra, o que si lo hace, uno puede prepararse para tal guerra a fondo. No. Una alianza cuyo objetivo no incluye la intención de guerra carece de sentido y de valor. Las alianzas solo se hacen por el hecho de luchar. Y aunque el conflicto esté tan lejano en el momento de la conclusión de un tratado de alianza, la perspectiva de un enredo militar es, sin embargo, la causa interna del mismo. Y uno no pensaría que ninguna potencia entendería el significado de tal pacto de manera diferente. O bien una coalición germano-rusa se mantendría sola sobre el papel, en cuyo caso carecería de sentido y valor para nosotros, o bien se traduciría de la letra del tratado a una realidad visible, y el resto del mundo quedaría advertido. Qué ingenuo pensar que, en tal caso, Gran Bretaña y Francia esperarían una década hasta que la alianza germano-rusa hubiera terminado sus preparativos técnicos para la batalla. No, la tormenta se desataría sobre Alemania a la velocidad del rayo.

Por lo tanto, el hecho mismo de concluir una alianza con Rusia es la orden para la próxima guerra. Su resultado sería el fin de Alemania.





750 ¿Alianza alemana con Rusia?

Además, sin embargo, existe lo siguiente:
1 - Los actuales gobernantes de Rusia ni siquiera piensan en entrar en una alianza de manera honesta, y mucho menos en mantenerla.
No olvidemos nunca que los gobernantes de la Rusia actual son criminales comunes manchados de sangre, que se trata de una escoria de la humanidad que, favorecida por las circunstancias de una hora trágica, invadió un gran Estado, estranguló y exterminó a millones de sus principales intelectuales en una salvaje sed de sangre, y ahora ha estado ejerciendo el régimen tiránico más cruel de todos los tiempos durante casi diez años. No hay que olvidar, además, que estos gobernantes pertenecen a un pueblo que, en una rara mezcla, combina la crueldad bestial con un arte indecible de la mentira, y que hoy más que nunca se cree llamado a cargar al mundo entero con su opresión sangrienta. No hay que olvidar que el judío internacional, que hoy domina completamente Rusia, no ve a Alemania como un aliado, sino como un Estado destinado al mismo destino. Pero no se celebra un contrato con un socio cuyo único interés es la destrucción del otro. Sobre todo, no se concluye con sujetos para los que ningún contrato sería sagrado, ya que no viven en este mundo como representantes del honor y de la veracidad, sino como representantes de la mentira, del engaño, del robo, del saqueo, del robo. Si el hombre cree que puede entrar en vínculos contractuales con los parásitos, esto es similar al intento de un árbol de celebrar un contrato con el muérdago para su propio beneficio.
2 - El peligro al que una vez sucumbió Rusia está constantemente presente para Alemania. Sólo el simplón burgués es capaz de imaginar que el bolchevismo ha sido desterrado. En su pensamiento superficial no tiene idea de que se trata de un proceso instintivo, es decir, el de luchar por la dominación mundial del pueblo judío, un proceso que es tan natural como el impulso del anglosajón de tomar posesión del dominio de esta tierra para sí mismo.

Y así como el anglosajón sigue este camino a su manera y libra la batalla con sus armas, también lo hace el judío. Sigue su camino, el camino de infiltrarse en los pueblos y de vaciarlos por dentro, y lucha con sus armas, con la mentira y la calumnia, el envenenamiento y la subversión, aumentando la lucha hasta el exterminio sangriento de los adversarios que odia. En el bolchevismo ruso tenemos que ver el intento del judaísmo del siglo XX de apropiarse de la dominación mundial, al igual que en otros períodos buscó alcanzar el mismo objetivo mediante otros procesos, aunque internamente relacionados. Su esfuerzo está profundamente arraigado en la naturaleza de su naturaleza. Del mismo modo que ningún otro pueblo renuncia por su propia voluntad a ceder al impulso de la expansión de su especie y de su poder, sino que se ve obligado a hacerlo por circunstancias externas o cae en la impotencia por el fenómeno de la vejez, del mismo modo que el judío no interrumpe su camino hacia la dictadura mundial por renuncia voluntaria, o porque reprime su impulso eterno. Él también es rechazado en su curso por fuerzas externas a él, o todo su esfuerzo por dominar el mundo es realizado por su propia muerte. Pero la impotencia de los pueblos, su propia muerte en la vejez, consiste en el abandono de la pureza de su sangre. Y el judío conserva esto mejor que cualquier otro pueblo en la tierra. Así continúa su fatídico camino, hasta que otra fuerza se enfrenta a él y arroja al tormento celestial de vuelta a Lucifer en una poderosa lucha.

Alemania es hoy el próximo gran objetivo del bolchevismo. Se necesita toda la fuerza de una joven idea misionera para levantar a nuestro pueblo una vez más, para liberarlo de las entrañas de esta serpiente internacional y para poner fin a la contaminación de nuestra sangre interior, para que las fuerzas de la nación así liberada puedan ser utilizadas para asegurar nuestra nacionalidad, que pueda evitar que se repitan las últimas catástrofes hasta los tiempos más lejanos.



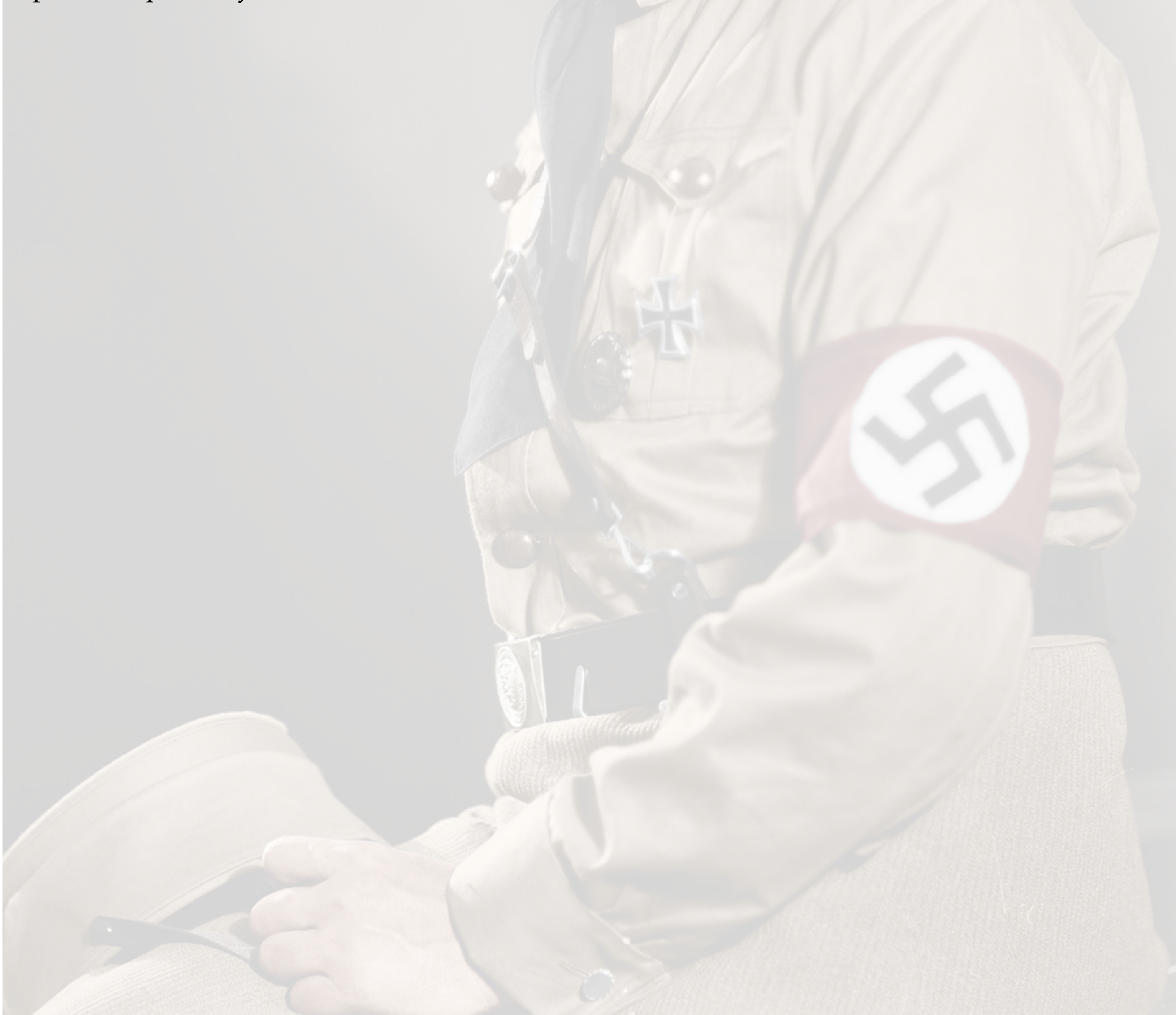
752 ¿Alianza alemana con Rusia?

Pero si uno persigue este objetivo, es una locura aliarse con un poder que tiene por amo al enemigo mortal de nuestro propio futuro. ¿Cómo podemos liberar a nuestro propio pueblo de los grilletes de este abrazo envenenado si nosotros mismos entramos en él? ¿Cómo se puede poner en claro al obrero alemán que el bolchevismo es un maldito crimen contra la humanidad, si uno se alía con las organizaciones de este engendro del infierno, es decir, si las reconoce en gran escala? ¿Con qué derecho se condena a un miembro de las grandes masas por su simpatía por una visión del mundo, cuando los mismos jefes del Estado eligen a los representantes de esta visión del mundo como aliados?

La lucha contra la bolchevización del mundo judío requiere una actitud clara hacia la Rusia soviética. No se puede jugar al diablo con Belcebú.

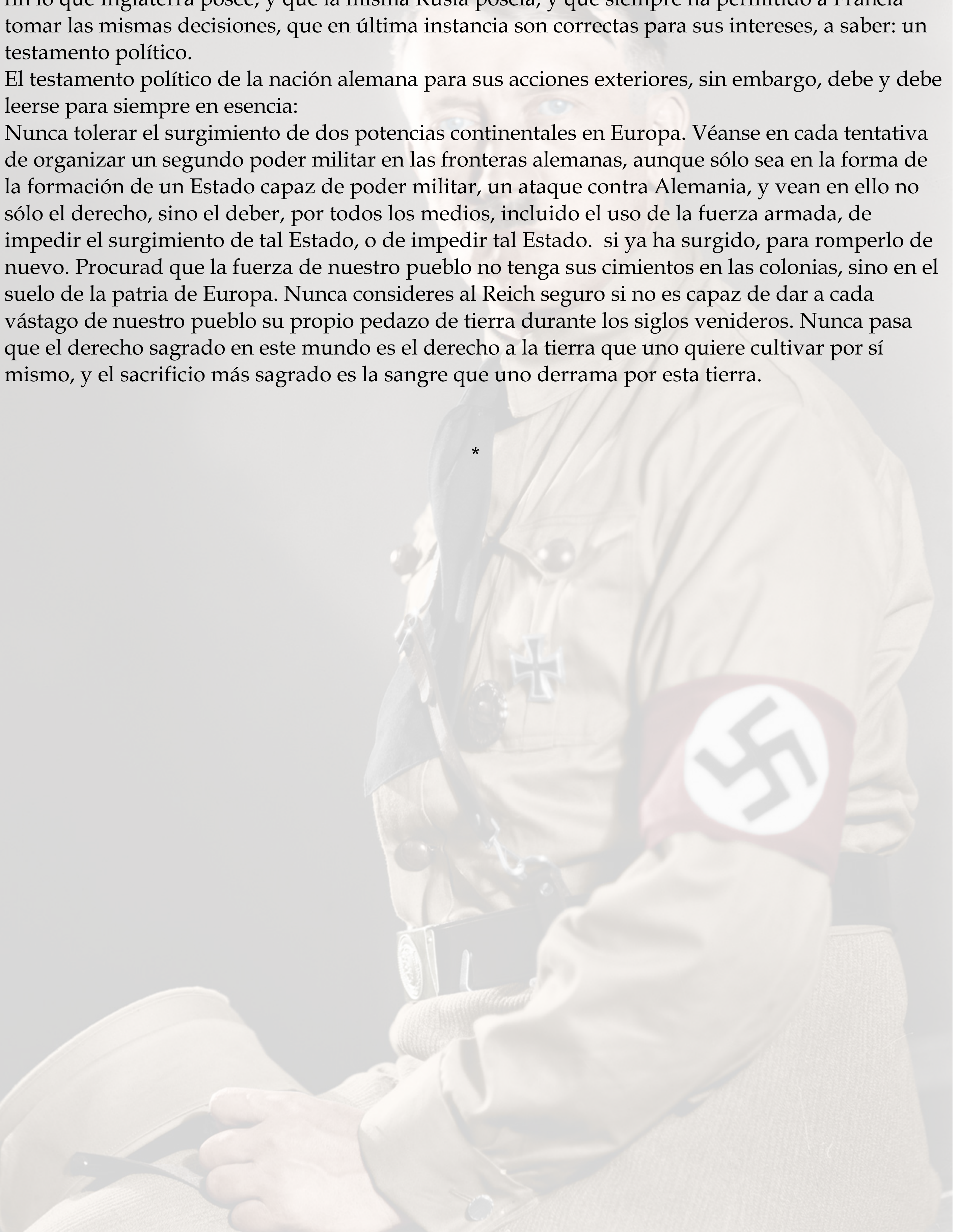
Si incluso los círculos nacionalistas de hoy hablan maravillas de una alianza con Rusia, entonces sólo deberían mirar alrededor de Alemania y darse cuenta de quién será el apoyo que encontrarán en sus comienzos. ¿O es que los völkisch consideran recientemente beneficiosa para el pueblo alemán una acción recomendada y exigida por la prensa marxista internacional? ¿Desde cuándo los völkisch luchan con la armadura que el judío nos tiende como un escudero?

Se podría hacer un reproche principal al viejo Reich alemán con respecto a su política de alianzas: que estropeó su relación con todos, como resultado de una constante oscilación de un lado a otro, en la debilidad mórbida de mantener la paz mundial a toda costa. Pero una cosa no se le podía reprochar, que ella ya no mantenía las buenas relaciones con Rusia.



Confieso francamente que, incluso en el período anterior a la guerra, habría creído más correcto que Alemania, renunciando a la absurda política colonial y a la marina mercante y de guerra, se hubiera opuesto a Rusia, con Inglaterra en alianza, y hubiera pasado así de la política débil y corriente a una política europea resuelta de adquisición de tierras continentales.
No olvido la constante e insolente amenaza que la Rusia paneslavista de entonces se atrevía a ofrecer a Alemania; No olvidaré las constantes movilizaciones de prueba, cuyo único propósito era desairar a Alemania; No puedo olvidar el estado de ánimo de la opinión pública en Rusia, que incluso antes de la guerra se superaba a sí misma en ataques odiosos contra nuestro pueblo y el Reich, no puedo olvidar a la gran prensa rusa, que siempre se mostró más entusiasta con Francia que con nosotros.
Pero, a pesar de todo esto, habría habido una segunda vía antes de la guerra, y habría sido posible confiar en que Rusia se volvería contra Inglaterra.
Hoy, la situación es diferente. Si antes de la guerra se podía ir con Rusia estrangulando todo tipo de sentimientos, hoy ya no se puede hacer. Desde entonces, la manecilla del reloj mundial ha avanzado aún más, y con grandes trazos nos anuncia la hora en que el destino de nuestro pueblo debe decidirse de una manera u otra. La consolidación en la que se encuentran actualmente los grandes estados de la tierra es la última señal de alerta para que nos detengamos y devolvamos a nuestro pueblo del mundo de los sueños a la dura realidad y señalemos el camino hacia el futuro, que es el único que conduce al viejo Reich a una nueva prosperidad.
Si el movimiento nacionalsocialista se libera de todas las ilusiones con respecto a la gran y más importante tarea y acepta a la razón como el único líder, la catástrofe de 1918 puede ser un día de bendición infinita para el futuro de nuestro pueblo.





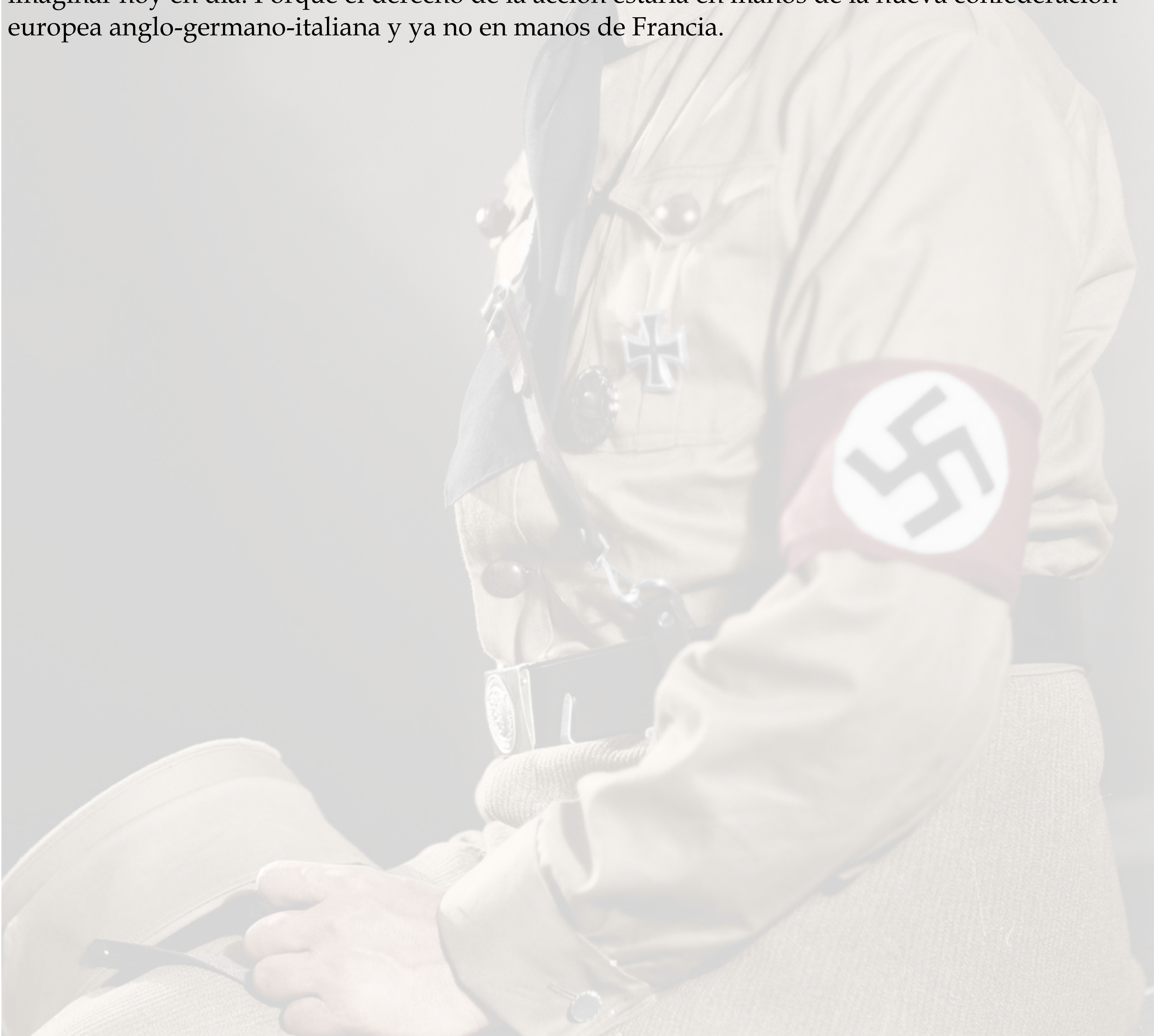
754 Testamento político futuro

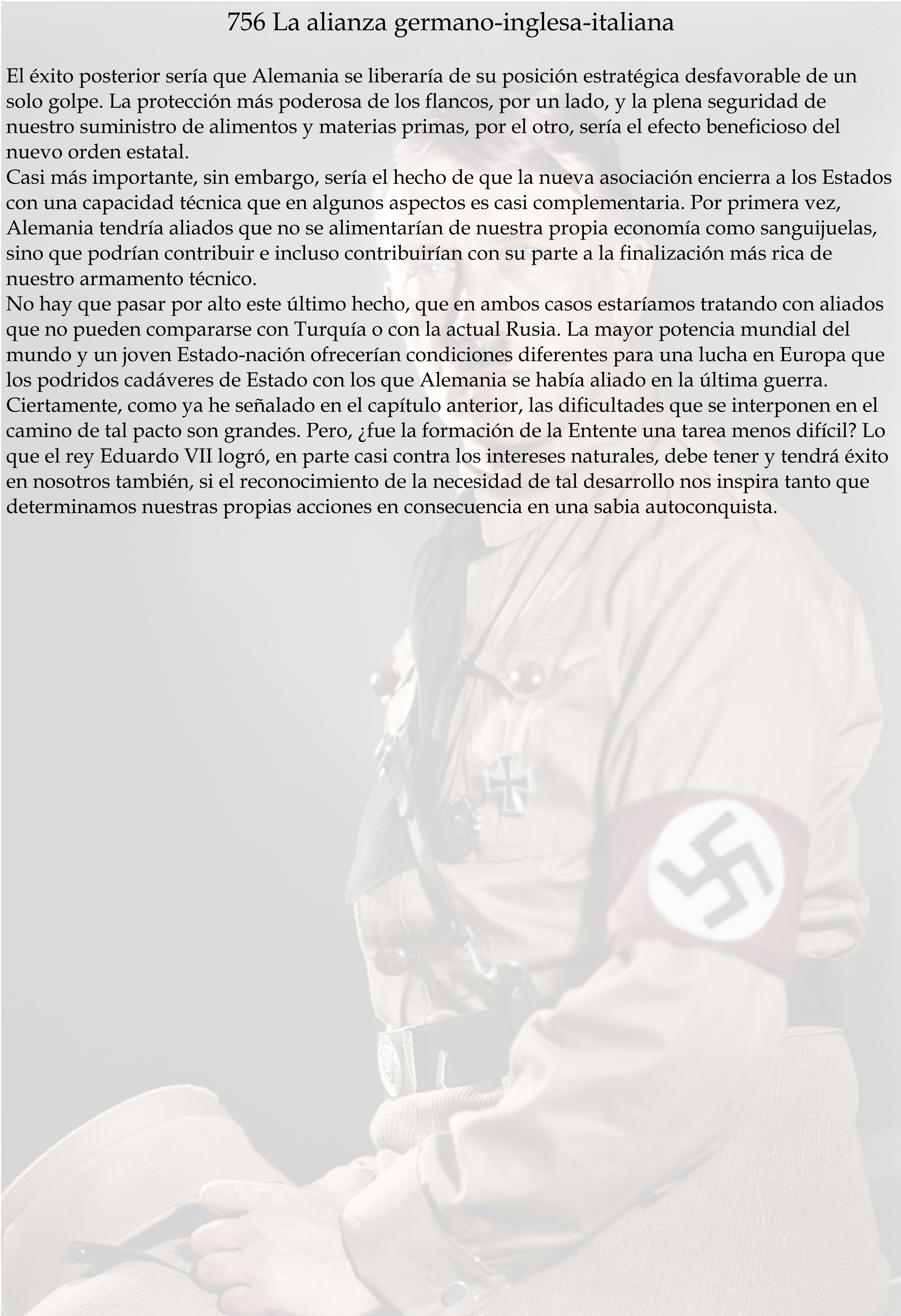
A partir de este colapso, nuestro pueblo puede entonces lograr una reorientación completa de sus actividades de política exterior y, fortalecido por su nueva visión del mundo en casa, también llegar a una estabilización final de su política exterior en el extranjero. Entonces podrá recibir por fin lo que Inglaterra posee, y que la misma Rusia poseía, y que siempre ha permitido a Francia tomar las mismas decisiones, que en última instancia son correctas para sus intereses, a saber: un testamento político.
El testamento político de la nación alemana para sus acciones exteriores, sin embargo, debe y debe leerse para siempre en esencia:
Nunca tolerar el surgimiento de dos potencias continentales en Europa. Véanse en cada tentativa de organizar un segundo poder militar en las fronteras alemanas, aunque sólo sea en la forma de la formación de un Estado capaz de poder militar, un ataque contra Alemania, y vean en ello no sólo el derecho, sino el deber, por todos los medios, incluido el uso de la fuerza armada, de impedir el surgimiento de tal Estado, o de impedir tal Estado. si ya ha surgido, para romperlo de nuevo. Procurad que la fuerza de nuestro pueblo no tenga sus cimientos en las colonias, sino en el suelo de la patria de Europa. Nunca consideres al Reich seguro si no es capaz de dar a cada vástago de nuestro pueblo su propio pedazo de tierra durante los siglos venideros. Nunca pasa que el derecho sagrado en este mundo es el derecho a la tierra que uno quiere cultivar por sí mismo, y el sacrificio más sagrado es la sangre que uno derrama por esta tierra.

*

La alianza germano-inglesa-italiana 755

No quiero terminar estas consideraciones sin reiterar la única posibilidad de alianza que tenemos actualmente en Europa. En el capítulo precedente sobre el problema de la alianza alemana, ya he descrito a Inglaterra e Italia como los dos únicos Estados de Europa con los que sería deseable y prometedor que entráramos en una relación más estrecha. Llegados a este punto, me gustaría referirme brevemente a la importancia militar de dicha confederación.
Las consecuencias militares de concluir esta alianza serían en todo y en todos opuestas a las de una alianza con Rusia. Lo más importante es, en primer lugar, el hecho de que un acercamiento con Inglaterra e Italia no evoca en modo alguno un peligro de guerra en sí mismo. La única potencia que podría ser considerada para una posición contra la Confederación, Francia, no estaría en condiciones de hacerlo. Al hacerlo, sin embargo, la Confederación daría a Alemania la oportunidad de hacer con calma los preparativos que tendrían que hacerse de una manera u otra en el marco de tal coalición para un ajuste de cuentas con Francia. Porque la importancia de tal alianza reside precisamente en el hecho de que Alemania no se ve expuesta de repente a una invasión enemiga con la conclusión, sino que la alianza contraria misma se rompe, la Entente, a la que debemos tantas desgracias, se disuelve, y así el enemigo mortal de nuestro pueblo, Francia, cae presa del aislamiento. Incluso si este éxito hubiera sido inicialmente sólo de efecto moral, sería suficiente para dar a Alemania un laberinto de libertad de movimiento que difícilmente se puede imaginar hoy en día. Porque el derecho de la acción estaría en manos de la nueva confederación europea anglo-germano-italiana y ya no en manos de Francia.





756 La alianza germano-inglesa-italiana

El éxito posterior sería que Alemania se liberaría de su posición estratégica desfavorable de un solo golpe. La protección más poderosa de los flancos, por un lado, y la plena seguridad de nuestro suministro de alimentos y materias primas, por el otro, sería el efecto beneficioso del nuevo orden estatal.

Casi más importante, sin embargo, sería el hecho de que la nueva asociación encierra a los Estados con una capacidad técnica que en algunos aspectos es casi complementaria. Por primera vez, Alemania tendría aliados que no se alimentarían de nuestra propia economía como sanguijuelas, sino que podrían contribuir e incluso contribuirían con su parte a la finalización más rica de nuestro armamento técnico.

No hay que pasar por alto este último hecho, que en ambos casos estaríamos tratando con aliados que no pueden compararse con Turquía o con la actual Rusia. La mayor potencia mundial del mundo y un joven Estado-nación ofrecerían condiciones diferentes para una lucha en Europa que los podridos cadáveres de Estado con los que Alemania se había aliado en la última guerra.

Ciertamente, como ya he señalado en el capítulo anterior, las dificultades que se interponen en el camino de tal pacto son grandes. Pero, ¿fue la formación de la Entente una tarea menos difícil? Lo que el rey Eduardo VII logró, en parte casi contra los intereses naturales, debe tener y tendrá éxito en nosotros también, si el reconocimiento de la necesidad de tal desarrollo nos inspira tanto que determinamos nuestras propias acciones en consecuencia en una sabia autoconquista.

Y esto es posible precisamente en el momento en que, lleno de la necesidad apremiante, en lugar de la falta de rumbo de la política exterior de las últimas décadas, se describe un único camino con propósito y se persevera en él. El objetivo futuro de nuestra política exterior no debe ser orientarnos hacia el Oeste o hacia el Este, sino perseguir la política oriental en el sentido de adquirir el suelo necesario para nuestro pueblo alemán. Puesto que esto requiere fuerza, pero el enemigo mortal de nuestro pueblo, Francia, nos estrangula implacablemente y nos roba nuestras fuerzas, debemos asumir todos los sacrificios que, en sus consecuencias, puedan contribuir a la destrucción de los franceses que luchan por la hegemonía en Europa. Cada potencia es hoy nuestro aliado natural, que, como nosotros, encuentra intolerable el ansia de poder de Francia en el continente. Ningún camino hacia tal poder debe ser demasiado difícil para nosotros, y ninguna renuncia debe parecer inefable, si el resultado final ofrece solo la posibilidad de derrocar a nuestro más feroz odiador. Dejemos entonces tranquilamente la curación de nuestras heridas más pequeñas a los efectos mitigadores del tiempo, cuando seamos capaces de quemarnos y cerrar las más grandes.

Por supuesto, hoy sucumbimos a los ladridos odiosos de los enemigos de nuestro pueblo interior. Pero dejémonos engañar por esto para proclamar lo que es absolutamente necesario en nuestra convicción más íntima. Es cierto que hoy tenemos que prepararnos contra la corriente de la opinión pública, que ha sido engañada por la astucia judía en la explotación de la irreflexión alemana, es cierto que a veces las olas se agitan a nuestro alrededor mal y malvadamente, pero el que nada en la corriente se traducirá más fácilmente que el que se apoya contra las aguas. Hoy nos encontramos con un acantilado, en pocos años el destino puede elevarnos a un dique donde la corriente general brilla para desembocar en un nuevo lecho.



758 Sello de la política exterior del nacionalsocialismo

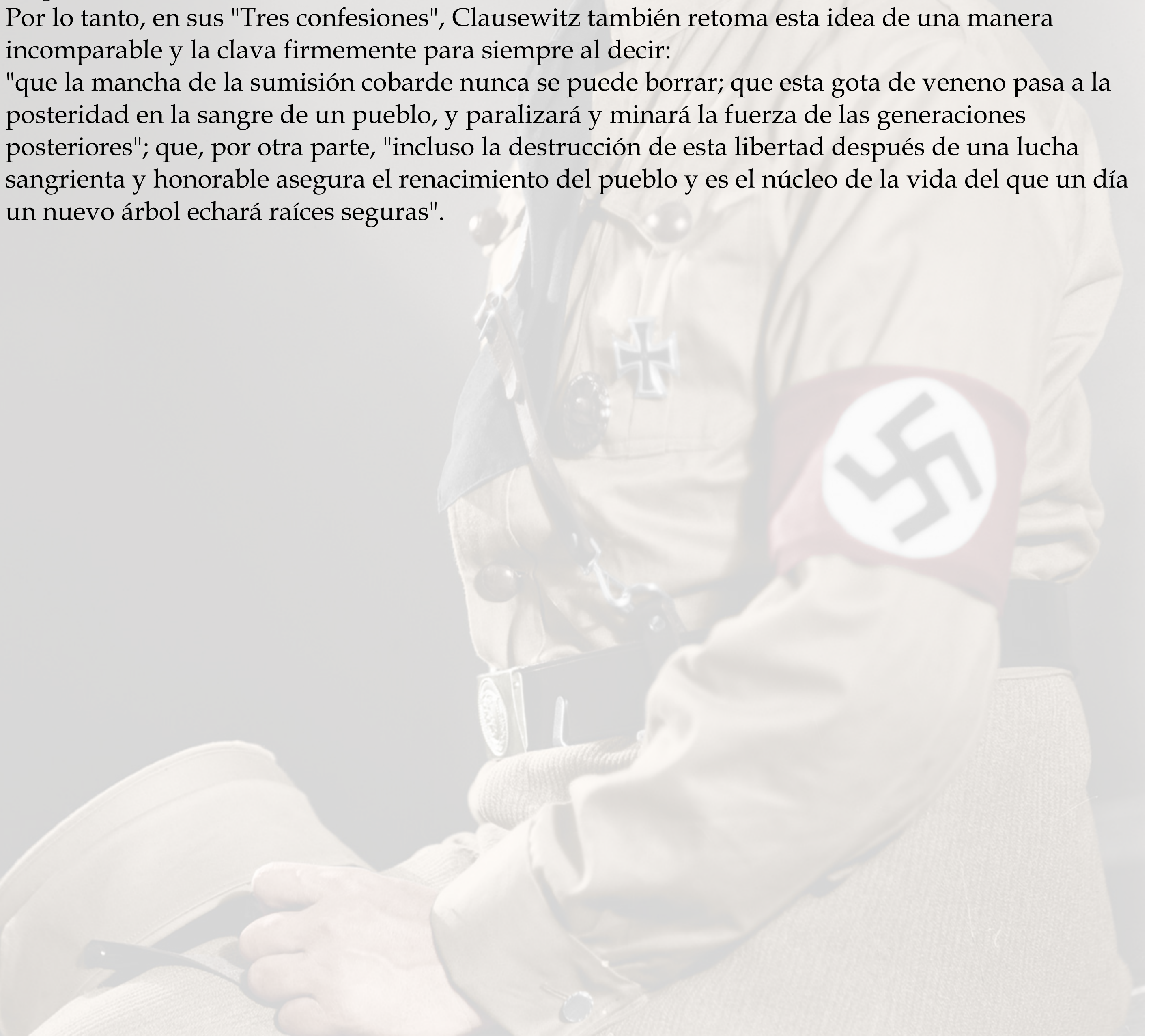
Por lo tanto, es necesario que el movimiento nacionalsocialista sea reconocido y establecido a los ojos del resto del mundo como portador de una intención política definida. Sea lo que sea lo que el cielo tenga en mente para nosotros, debemos ser reconocidos por la visera.
Tan pronto como nosotros mismos reconozcamos la gran necesidad que tiene que determinar nuestras acciones en política exterior, el poder de la perseverancia fluirá de este reconocimiento, que a veces necesitamos cuando uno u otro se siente ansioso bajo el aluvión de nuestro grupo de prensa oponente y se acerca a él la ligera inclinación de no tenerlo todo en su contra. conceder una concesión al menos en tal o cual zona y aullar con los lobos.



15 kapitel

La autodefensa como una pica

Con el desagüe en noviembre de 1918, se inició una política que, según la previsión humana, estaba destinada a conducir lentamente a la sumisión completa. Ejemplos históricos de este tipo muestran que los pueblos que toman las armas por primera vez sin las razones más convincentes prefieren aceptar las mayores humillaciones y chantajes en el período siguiente antes que tratar de cambiar su destino mediante un nuevo llamamiento a la fuerza. Esto es humanamente explicable. Un vencedor astuto, si es posible, siempre impondrá partes de sus exigencias a los vencidos. Entonces puede darse cuenta de que un pueblo que se ha vuelto insensible —y esto es todo lo que se somete voluntariamente— que en cada una de estas opresiones individuales ya no siente razón suficiente para tomar las armas una vez más. Pero cuanto más se acepta de este modo el chantaje, más injustificado le parece a la gente defenderse finalmente a causa de una nueva opresión, aparentemente individual, pero ciertamente siempre recurrente, sobre todo cuando, en conjunto, ya se ha soportado tanto más y más desgracia en el silencio y la tolerancia.
La caída de Cartago es la representación más horrible de una ejecución tan lenta y autoinfligida de un pueblo.
Por lo tanto, en sus "Tres confesiones", Clausewitz también retoma esta idea de una manera incomparable y la clava firmemente para siempre al decir:
"que la mancha de la sumisión cobarde nunca se puede borrar; que esta gota de veneno pasa a la posteridad en la sangre de un pueblo, y paralizará y minará la fuerza de las generaciones posteriores"; que, por otra parte, "incluso la destrucción de esta libertad después de una lucha sangrienta y honorable asegura el renacimiento del pueblo y es el núcleo de la vida del que un día un nuevo árbol echará raíces seguras".



760 La sumisión cobarde no traería piedad

Por supuesto, una nación que se ha vuelto deshonrosa y sin carácter no se preocupará por tal doctrina. Porque los que se los toman a pecho no pueden hundirse tanto, sino que sólo se derrumban los que los olvidan o ya no quieren conocerlos. Por lo tanto, uno no debe esperar que los portadores de la sumisión sin carácter de repente entren en sí mismos para actuar de manera diferente a como lo han hecho hasta ahora sobre la base de la razón y toda la experiencia humana. Por el contrario, rechazarán cualquier doctrina de este tipo hasta que el pueblo se acostumbre finalmente a su yugo de esclavitud, o hasta que fuerzas superiores salgan a la superficie para arrebatar el poder de las manos del malvado corruptor. En el primer caso, estas gentes no suelen sentirse tan mal, ya que no es raro que los astutos vencedores les otorguen el oficio de capataces de esclavos, que estas naturalezas insensibles suelen ejercer sobre su propio pueblo más despiadadamente que cualquier bestia extranjera introducida por el enemigo mismo.
Los acontecimientos ocurridos desde 1918 nos muestran ahora que en Alemania la esperanza de poder ganarse el favor de los vencedores mediante la sumisión voluntaria determina, desgraciadamente, de la manera más desastrosa, la perspicacia política y la acción de las amplias masas. Por lo tanto, quisiera enfatizar el énfasis en las amplias masas, porque no puedo afirmar que esté convencido de que las acciones de los líderes de nuestro pueblo deban atribuirse a la misma ilusión perniciosa. Puesto que la dirección de nuestros destinos ha sido tomada por los judíos desde el final de la guerra, ahora sin disimulo, no se puede suponer realmente que sólo el conocimiento erróneo es la causa de nuestra desgracia, sino que, por el contrario, hay que estar convencido de que la intención consciente está arruinando a nuestro pueblo.



7 años hasta 1813 — 7 años hasta Locarno 761

Y tan pronto como uno examina la aparente locura de la dirección de la política exterior de nuestro pueblo desde este punto de vista, se revela como una lógica altamente refinada y helada al servicio de la idea judía y la lucha por la conquista del mundo.
De modo que también parece comprensible que el mismo período de tiempo que había bastado de 1806 a 1813 para llenar a Prusia, que se había derrumbado por completo, de nueva vitalidad y determinación para luchar, no sólo haya pasado hoy sin uso, sino que, por el contrario, haya conducido a un debilitamiento cada vez mayor de nuestro Estado.
¡Siete años después de noviembre de 1918, se firmó el Tratado de Locarno!
El curso de los acontecimientos fue el ya indicado anteriormente: una vez firmado el vergonzoso armisticio, ni la energía ni el coraje se reunieron para resistir repentinamente las repetidas medidas de represión de los oponentes. Pero eran demasiado astutos para exigir demasiado a la vez. Siempre limitaron sus chantajes a tal punto que, en su propia opinión —y en la de nuestros dirigentes alemanes— sería tan tolerable en ese momento que no había necesidad de temer una explosión del sentimiento popular. Pero cuanto más se habían firmado y ahogado esos dictados individuales, menos justificado parecía hacerlo de repente por un nuevo chantaje o exigía una humillación lo que no se hacía por tantos otros: resistir. Esta es precisamente la "gota de veneno" de la que habla Clausewitz: la falta de carácter cometida al principio, que debe seguir aumentando y que poco a poco carga cada decisión futura como la peor herencia. Puede convertirse en un terrible peso de plomo del que un pueblo apenas puede desprenderse, pero que finalmente es arrastrado a la existencia de una raza esclava.

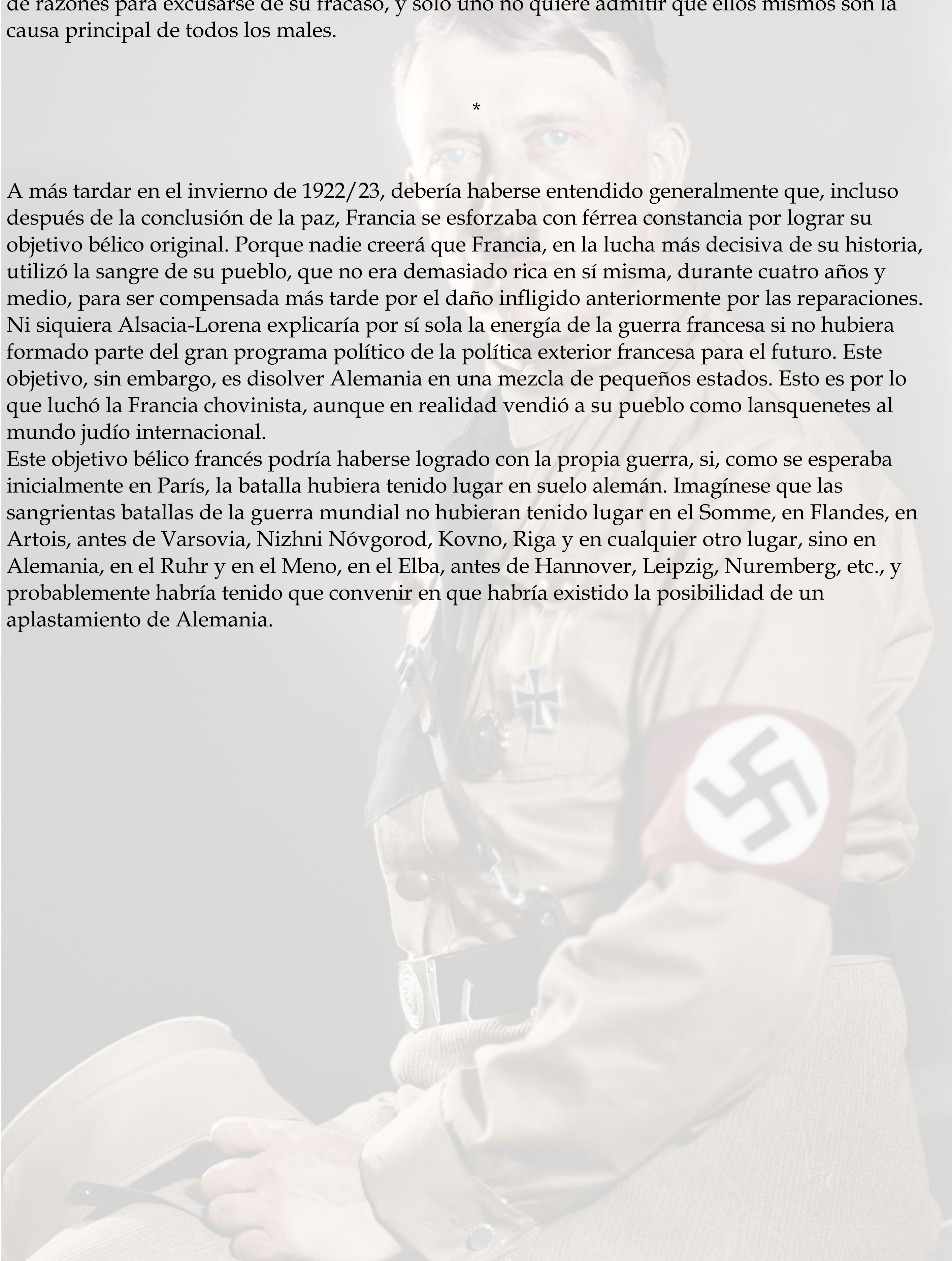


762 Enjuiciamiento de advertidores no deseados

Así, también en Alemania, los edictos de desarme y esclavitud, la indefensión política y el saqueo económico se alternaron entre sí para producir finalmente el espíritu moral que puede ver la felicidad en el informe Dawes y el éxito en el Tratado de Locarno. Por supuesto, desde un punto de vista más elevado, uno puede entonces librarse de una sola felicidad en esta miseria, la felicidad de que uno podría engañar a la gente, pero no podría sobornar al cielo. Porque su bendición no se materializó: la necesidad y la preocupación se han convertido desde entonces en compañeras constantes de nuestro pueblo, y nuestro único aliado fiel es la miseria. El destino tampoco ha sido una excepción en este caso, sino que nos ha dado lo que merecíamos. Puesto que ya no sabemos apreciar el honor, al menos nos enseña a apreciar la libertad del pan. La gente ya ha aprendido a pedir pan, pero un día rezará por la libertad.

A pesar de lo amargo y obvio que fue el colapso de nuestro pueblo en los años posteriores a 1918, fue precisamente en este momento que todos los que se atrevieron a profetizar en ese momento lo que siempre sucedía después fueron perseguidos más violentamente. A pesar de lo lastimosamente malo que ha sido el liderazgo de nuestro pueblo, fue igual de engreído, y especialmente cuando se trataba de descartar a los advertidores desagradables porque desagradables. Allí se podía vivir (¡y se sigue viviendo hoy!) que los más grandes cabezas de paja parlamentarias, verdaderos padrinos, maestros guarnicioneros y guantes, no sólo en términos de profesión, que no significaría nada en absoluto, se subían de repente al pedestal del estadista, para luego denunciar desde allí a los pequeños mortales. ¡No importó en absoluto que tal "hombre de Estado" esté ya en el sexto mes de su arte desenmascarado como el más ventoso sinvergüenza, rodeado por el ridículo y el desprecio de todo el resto del mundo, no conoce ni dentro ni fuera y ha proporcionado de manera concluyente la prueba inequívoca de su completa incompetencia! No, eso no importa en absoluto, al contrario: cuanto más carecen los estadistas parlamentarios de esta república de logros reales, más furiosamente persiguen a aquellos que esperan logros de ellos, que se atreven a establecer el fracaso de su actividad anterior y predecir el fracaso de las futuras.





Pero si una vez se logra finalmente a un caballero parlamentario así, y si el artista del Estado ya no puede negar el colapso de toda su actividad y sus resultados, entonces encuentran miles y miles de razones para excusarse de su fracaso, y sólo uno no quiere admitir que ellos mismos son la causa principal de todos los males.

*

A más tardar en el invierno de 1922/23, debería haberse entendido generalmente que, incluso después de la conclusión de la paz, Francia se esforzaba con férrea constancia por lograr su objetivo bélico original. Porque nadie creerá que Francia, en la lucha más decisiva de su historia, utilizó la sangre de su pueblo, que no era demasiado rica en sí misma, durante cuatro años y medio, para ser compensada más tarde por el daño infligido anteriormente por las reparaciones. Ni siquiera Alsacia-Lorena explicaría por sí sola la energía de la guerra francesa si no hubiera formado parte del gran programa político de la política exterior francesa para el futuro. Este objetivo, sin embargo, es disolver Alemania en una mezcla de pequeños estados. Esto es por lo que luchó la Francia chovinista, aunque en realidad vendió a su pueblo como lansquenetes al mundo judío internacional.
Este objetivo bélico francés podría haberse logrado con la propia guerra, si, como se esperaba inicialmente en París, la batalla hubiera tenido lugar en suelo alemán. Imagínese que las sangrientas batallas de la guerra mundial no hubieran tenido lugar en el Somme, en Flandes, en Artois, antes de Varsovia, Nizhni Nóvgorod, Kovno, Riga y en cualquier otro lugar, sino en Alemania, en el Ruhr y en el Meno, en el Elba, antes de Hannover, Leipzig, Nuremberg, etc., y probablemente habría tenido que convenir en que habría existido la posibilidad de un aplastamiento de Alemania.

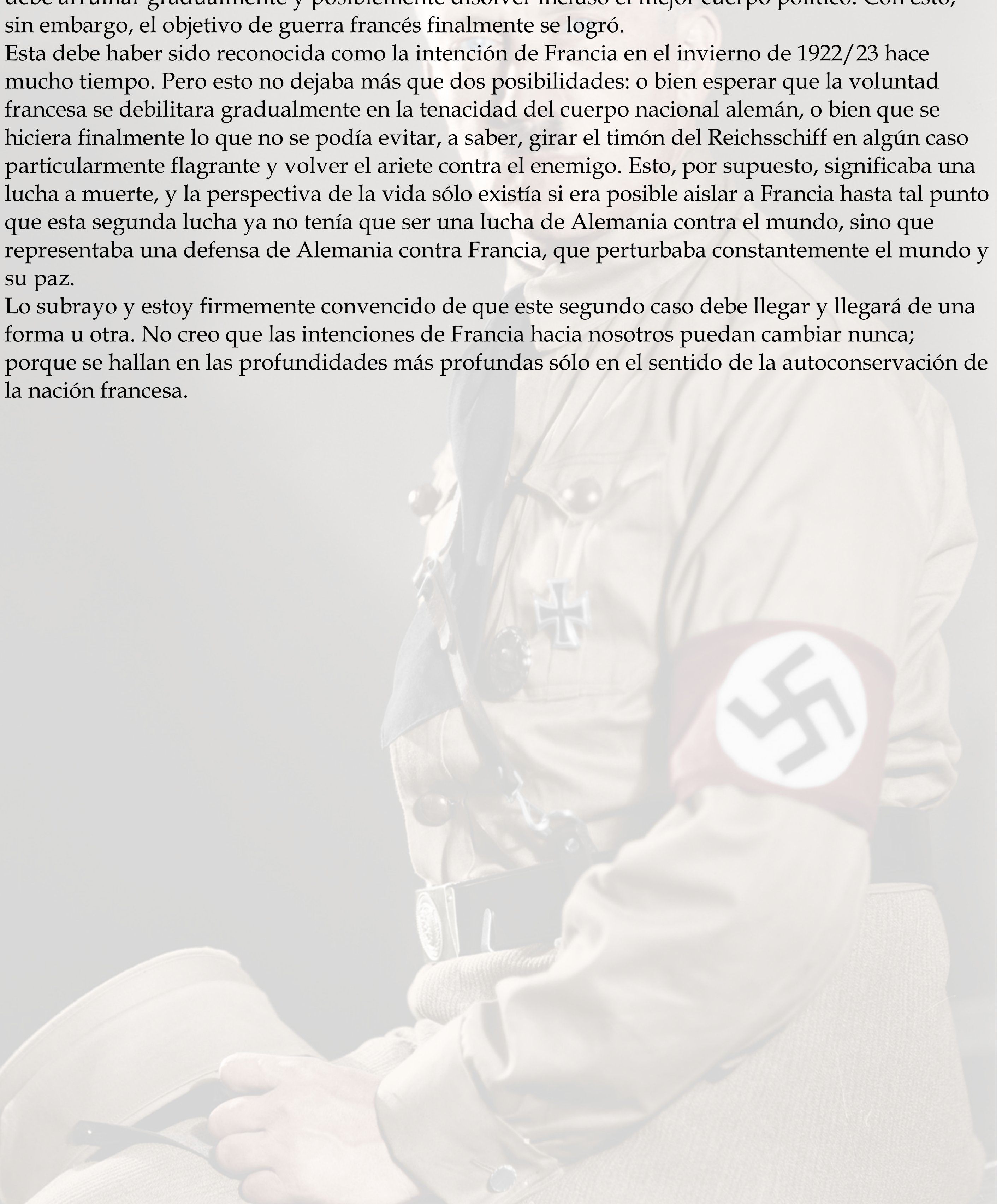
764 El objetivo político inamovible de Francia

Es muy cuestionable que nuestro joven estado federal hubiera soportado la misma prueba de resistencia durante cuatro años y medio que Francia, que ha estado estrechamente centralizada durante siglos y solo mira al centro indiscutible de París. El hecho de que esta lucha tan poderosa de las naciones tuviera lugar fuera de las fronteras de nuestra patria no sólo era el mérito inmortal del único ejército antiguo, sino también la mayor felicidad para el porvenir alemán. Es mi firme convicción, a veces casi opresiva, que en el otro caso no habría habido Reich alemán durante mucho tiempo, sino sólo "Estados alemanes". Esta es también la única razón por la que la sangre de nuestros amigos y hermanos caídos no ha fluido completamente en vano.
¡Así que todo resultó diferente! Alemania se derrumbó en un instante en noviembre de 1918. Pero cuando ocurrió la catástrofe en casa, los ejércitos del ejército de campaña todavía eran nueve en tierras enemigas. La primera preocupación de Francia en ese momento no era la disolución de Alemania, sino más bien la siguiente: ¿Cómo sacar a los ejércitos alemanes de Francia y Bélgica lo más rápido posible? Y así, la primera tarea del gobierno de París para poner fin a la Guerra Mundial fue desarmar a los ejércitos alemanes y, si era posible, empujarlos primero hacia Alemania; Y sólo secundariamente se podía dedicar a la realización del objetivo original y real de la guerra. Sin embargo, Francia ya estaba paralizada en esto. En Inglaterra, con la destrucción de Alemania como potencia colonial y comercial y su supresión hasta el rango de Estado de segunda clase, la guerra fue realmente victoriosa. No sólo no tenían interés en la erradicación completa del Estado alemán, sino que incluso tenían todas las razones para desear un rival contra Francia en Europa para el futuro. De este modo, la política francesa debía continuar primero lo que la guerra había iniciado en un trabajo de paz decidido, y la afirmación de Clemenceau de que para él la paz no era más que la continuación de la guerra cobró cada vez más importancia.



El objetivo político inamovible de Francia 765

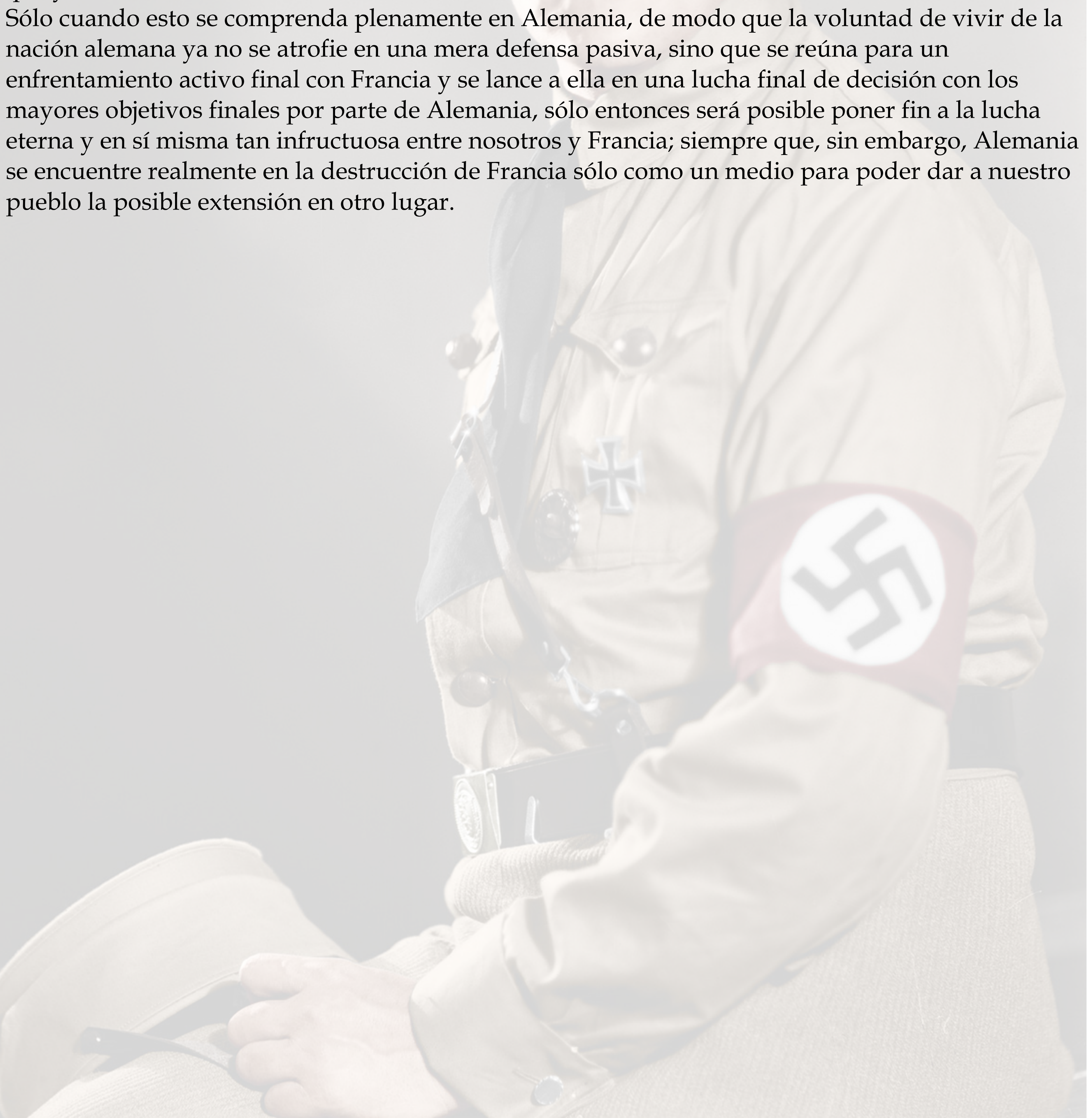
Constantemente, en todas las ocasiones posibles, la estructura del imperio tenía que ser sacudida. Mediante la imposición de nuevas notas de desarme, por un lado, y por la extorsión económica que esto permitía, por el otro, se esperaba en París que la estructura imperial pudiera aflojarse lentamente. Cuanto más se extinguiera el honor nacional en Alemania, más pronto la presión económica y las eternas penurias podrían provocar efectos políticamente destructivos. Semejante política de represión política y de saqueo económico, llevada a cabo durante diez o veinte años, debe arruinar gradualmente y posiblemente disolver incluso el mejor cuerpo político. Con esto, sin embargo, el objetivo de guerra francés finalmente se logró.
Esta debe haber sido reconocida como la intención de Francia en el invierno de 1922/23 hace mucho tiempo. Pero esto no dejaba más que dos posibilidades: o bien esperar que la voluntad francesa se debilitara gradualmente en la tenacidad del cuerpo nacional alemán, o bien que se hiciera finalmente lo que no se podía evitar, a saber, girar el timón del Reichsschiff en algún caso particularmente flagrante y volver el ariete contra el enemigo. Esto, por supuesto, significaba una lucha a muerte, y la perspectiva de la vida sólo existía si era posible aislar a Francia hasta tal punto que esta segunda lucha ya no tenía que ser una lucha de Alemania contra el mundo, sino que representaba una defensa de Alemania contra Francia, que perturbaba constantemente el mundo y su paz.
Lo subrayo y estoy firmemente convencido de que este segundo caso debe llegar y llegará de una forma u otra. No creo que las intenciones de Francia hacia nosotros puedan cambiar nunca; porque se hallan en las profundidades más profundas sólo en el sentido de la autoconservación de la nación francesa.



766 Enfrentamiento final con Francia

Si yo mismo fuera francés, y si la grandeza de Francia me fuera tan querida como la de Alemania es sagrada para mí, no podría ni querría actuar de otra manera que lo hace un Clemenceau al final. El afrancesamiento, que se está extinguiendo lentamente, no sólo en su población, sino especialmente en sus mejores elementos raciales, sólo puede mantener su importancia en el mundo a largo plazo si Alemania es aplastada. La política francesa puede dar mil rodeos, pero al final este objetivo siempre estará presente como el cumplimiento de los últimos deseos y los anhelos más profundos. Pero es erróneo creer que una voluntad puramente pasiva, que sólo quiere conservarse a sí misma, pueda resistir a la larga a una voluntad no menos poderosa, pero activa. Mientras el eterno conflicto entre Alemania y Francia se lleve a cabo sólo bajo la forma de una defensa alemana contra la agresión francesa, nunca se decidirá, pero Alemania perderá una posición tras otra de siglo en siglo. Siga el deambular de la frontera de la lengua alemana desde el siglo XII hasta nuestros días, y difícilmente se confiará en el éxito de una actitud y un desarrollo que ya nos han hecho tanto daño.

Sólo cuando esto se comprenda plenamente en Alemania, de modo que la voluntad de vivir de la nación alemana ya no se atrofie en una mera defensa pasiva, sino que se reúna para un enfrentamiento activo final con Francia y se lance a ella en una lucha final de decisión con los mayores objetivos finales por parte de Alemania, sólo entonces será posible poner fin a la lucha eterna y en sí misma tan infructuosa entre nosotros y Francia; siempre que, sin embargo, Alemania se encuentre realmente en la destrucción de Francia sólo como un medio para poder dar a nuestro pueblo la posible extensión en otro lugar.



La ocupación de la cuenca del Ruhr 767

¡Hoy contamos con ochenta millones de alemanes en Europa! Sin embargo, sólo entonces se reconocerá como correcta esa política exterior cuando, al cabo de apenas cien años, doscientos cincuenta millones de alemanes vivan en este continente, y no apretujados como culíes de fábrica del otro mundo, sino como campesinos y obreros que se dan la vida unos a otros con su trabajo.

En diciembre de 1922, la situación entre Alemania y Francia parecía haber escalado de nuevo a una agudeza amenazadora. Francia tenía en mente nuevas extorsiones de gran envergadura y necesitaba promesas para ello. El saqueo económico tenía que ir precedido de presiones políticas, y a los franceses sólo les parecía suficiente un violento control del centro neurálgico de toda nuestra vida alemana para poder someter a nuestro pueblo "recalcitrante" a un yugo más agudo.

Con la ocupación de la cuenca del Ruhr, Francia esperaba no sólo romper de una vez por todas la columna vertebral moral de Alemania, sino también ponernos en un aprieto económico en el que tendríamos que asumir cualquier obligación, incluso la más difícil, quiérase o no.

Fue por las buenas o por las malas. Y Alemania se dobló justo al principio, solo para terminar más tarde con un descanso completo.

Con la ocupación de la cuenca del Ruhr, el destino volvió a ofrecer al pueblo alemán su mano en resurgimiento. Porque lo que a primera vista debió parecer una grave desgracia, si se examinaba más de cerca, incluía la posibilidad infinitamente prometedora de poner fin al sufrimiento alemán en general.

En política exterior, la ocupación del Ruhr ha alejado realmente por primera vez a Francia de Inglaterra, no sólo de los círculos de la diplomacia inglesa, que sólo habían concluido, considerado y mantenido la alianza francesa como tal con el ojo sobrio de los fríos calculadores, sino también de los círculos más amplios del pueblo inglés.

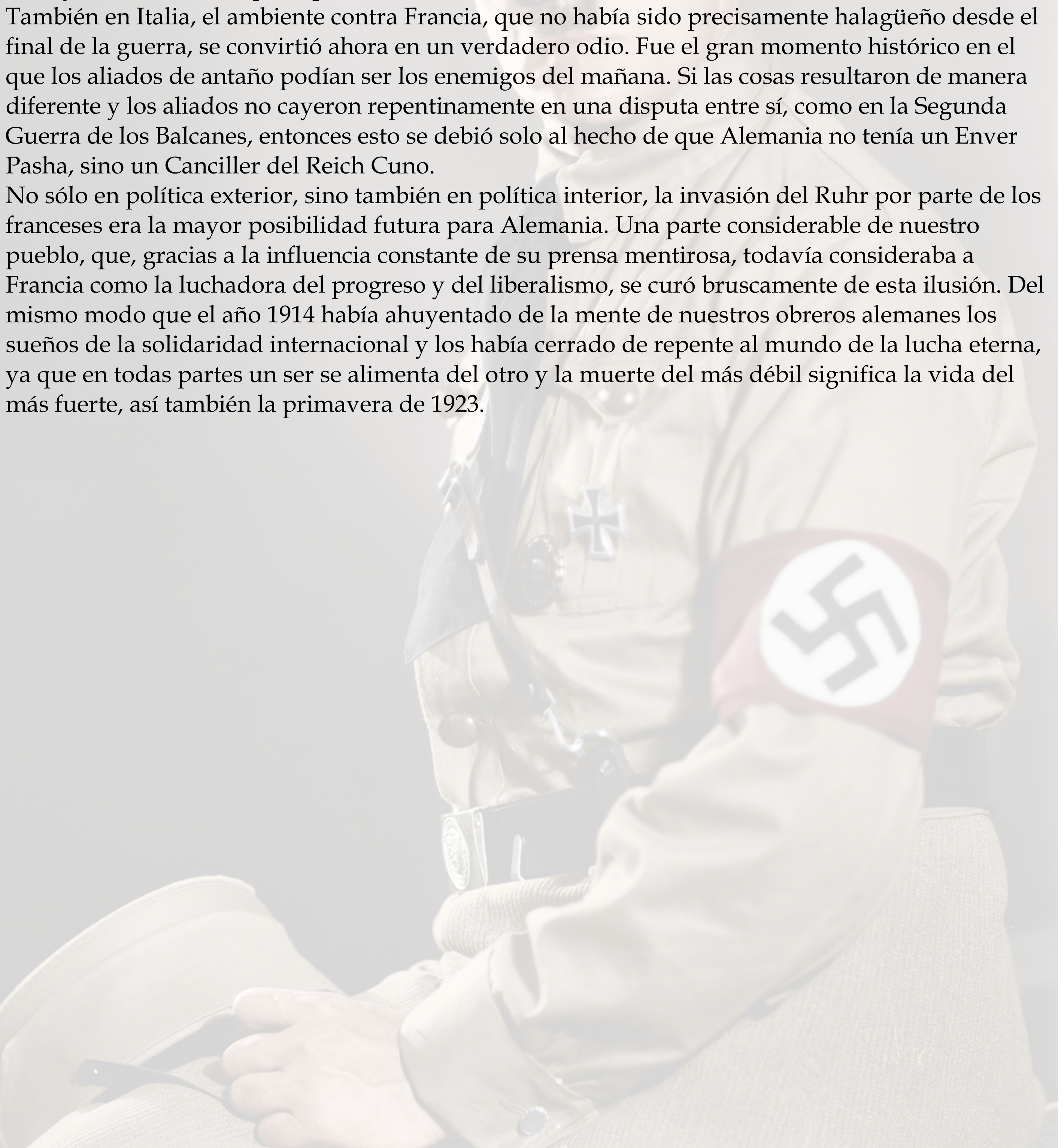


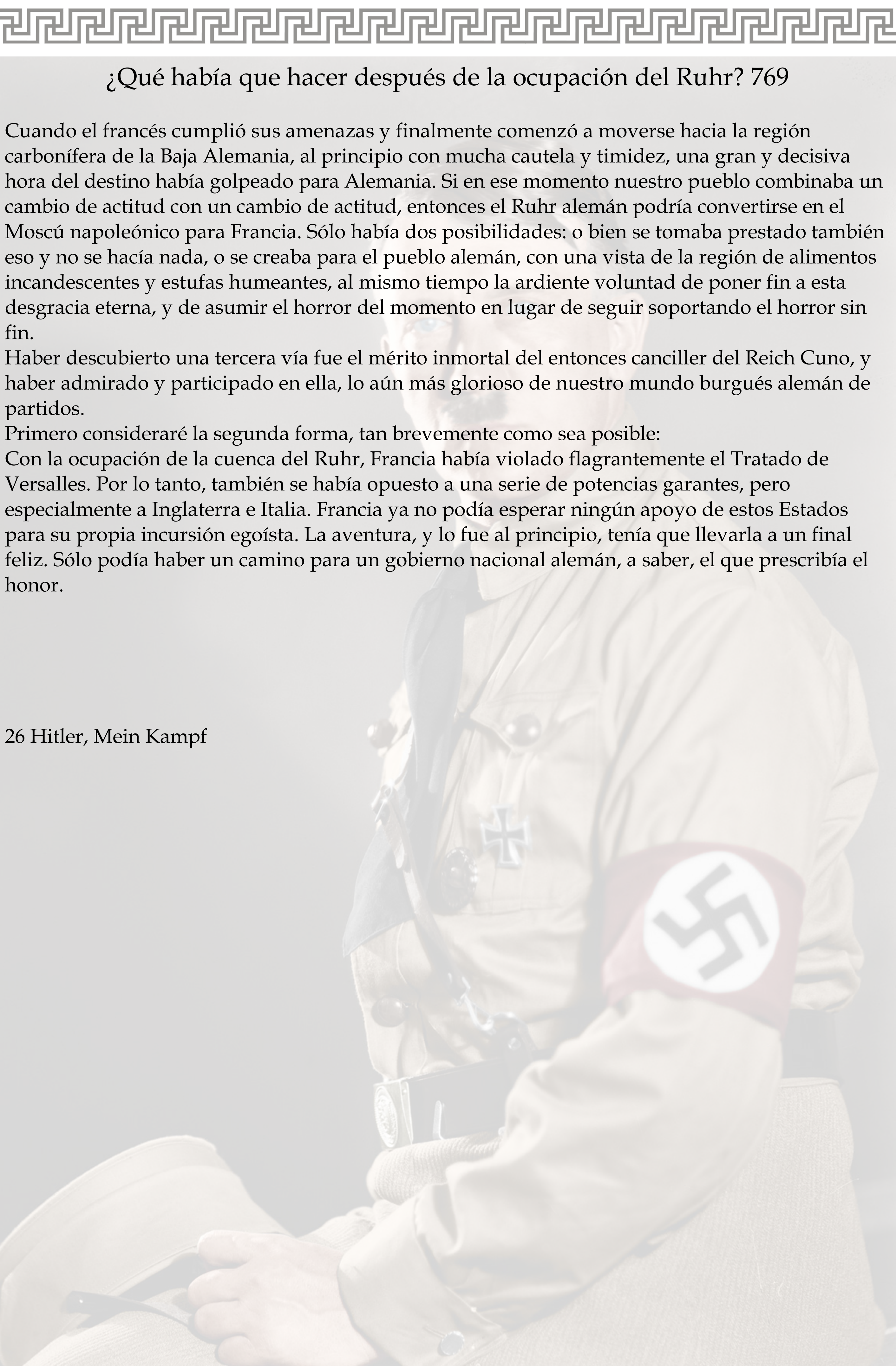
768 La ocupación de la cuenca del Ruhr

La economía inglesa, en particular, sintió con mal disimulado malestar este nuevo e increíble fortalecimiento del poder continental francés. Porque Francia, desde un punto de vista puramente político-militar, no sólo ocupaba ahora una posición en Europa que ni siquiera Alemania había poseído antes, sino que ahora también recibía documentos económicos que combinaban su competitividad política económica con una posición casi monopolista. Las minas de hierro y los yacimientos de carbón más grandes de Europa quedaron así unidos en manos de una nación que, a diferencia de Alemania, había sido hasta entonces tan decidida como activista, y que trajo su fiabilidad militar en la gran guerra fresca a la memoria de todo el mundo. Con la ocupación de los yacimientos de carbón del Ruhr por Francia, todo el éxito de la guerra fue arrebatado de las manos de Inglaterra, y el vencedor ya no fue la laboriosa y activa diplomacia británica, sino el mariscal Foch y su Francia, a la que representaba.

También en Italia, el ambiente contra Francia, que no había sido precisamente halagüeño desde el final de la guerra, se convirtió ahora en un verdadero odio. Fue el gran momento histórico en el que los aliados de antaño podían ser los enemigos del mañana. Si las cosas resultaron de manera diferente y los aliados no cayeron repentinamente en una disputa entre sí, como en la Segunda Guerra de los Balcanes, entonces esto se debió solo al hecho de que Alemania no tenía un Enver Pasha, sino un Canciller del Reich Cuno.

No sólo en política exterior, sino también en política interior, la invasión del Ruhr por parte de los franceses era la mayor posibilidad futura para Alemania. Una parte considerable de nuestro pueblo, que, gracias a la influencia constante de su prensa mentirosa, todavía consideraba a Francia como la luchadora del progreso y del liberalismo, se curó bruscamente de esta ilusión. Del mismo modo que el año 1914 había ahuyentado de la mente de nuestros obreros alemanes los sueños de la solidaridad internacional y los había cerrado de repente al mundo de la lucha eterna, ya que en todas partes un ser se alimenta del otro y la muerte del más débil significa la vida del más fuerte, así también la primavera de 1923.





¿Qué había que hacer después de la ocupación del Ruhr? 769

Cuando el francés cumplió sus amenazas y finalmente comenzó a moverse hacia la región carbonífera de la Baja Alemania, al principio con mucha cautela y timidez, una gran y decisiva hora del destino había golpeado para Alemania. Si en ese momento nuestro pueblo combinaba un cambio de actitud con un cambio de actitud, entonces el Ruhr alemán podría convertirse en el Moscú napoleónico para Francia. Sólo había dos posibilidades: o bien se tomaba prestado también eso y no se hacía nada, o se creaba para el pueblo alemán, con una vista de la región de alimentos incandescentes y estufas humeantes, al mismo tiempo la ardiente voluntad de poner fin a esta desgracia eterna, y de asumir el horror del momento en lugar de seguir soportando el horror sin fin.

Haber descubierto una tercera vía fue el mérito inmortal del entonces canciller del Reich Cuno, y haber admirado y participado en ella, lo aún más glorioso de nuestro mundo burgués alemán de partidos.

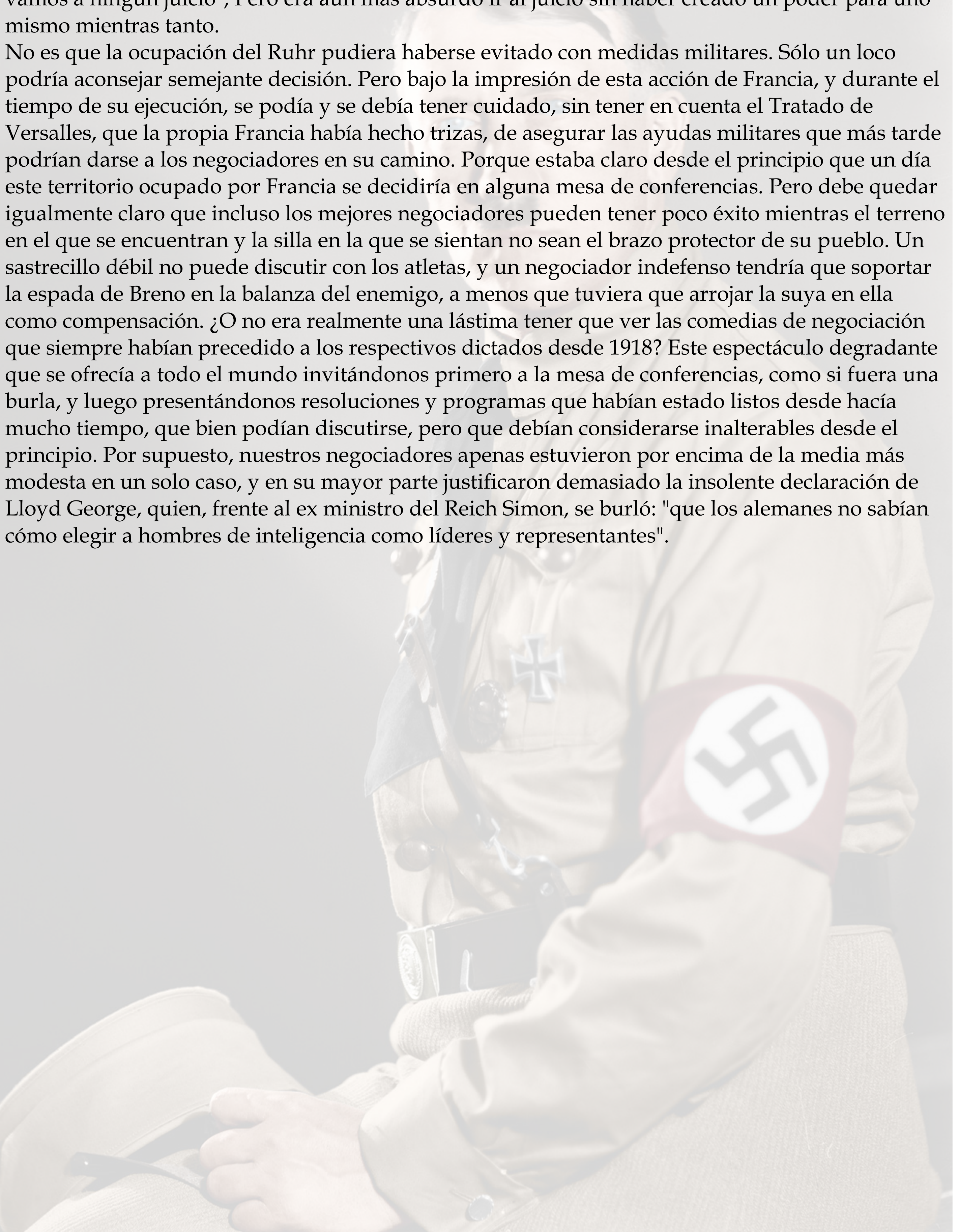
Primero consideraré la segunda forma, tan brevemente como sea posible:

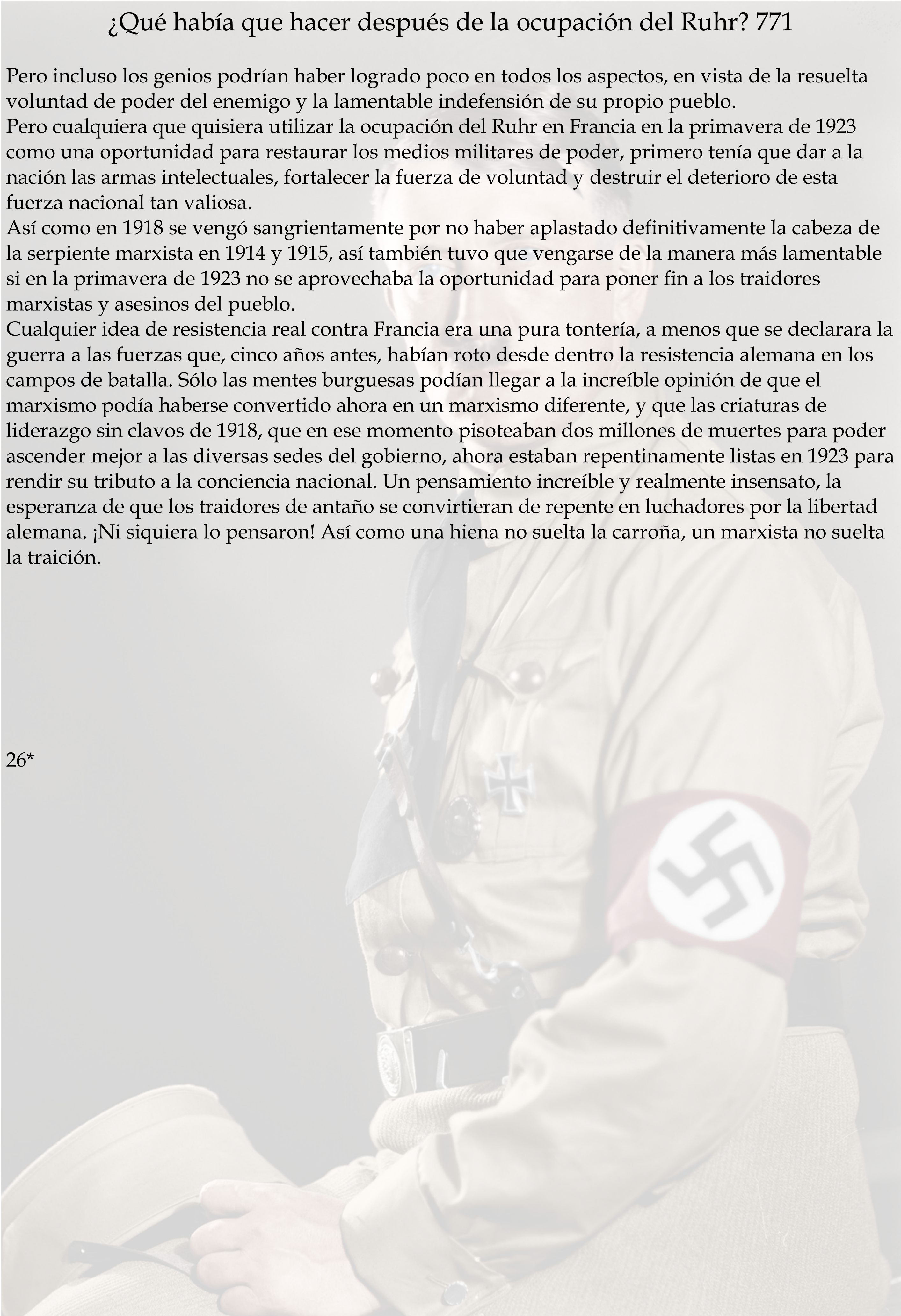
Con la ocupación de la cuenca del Ruhr, Francia había violado flagrantemente el Tratado de Versalles. Por lo tanto, también se había opuesto a una serie de potencias garantes, pero especialmente a Inglaterra e Italia. Francia ya no podía esperar ningún apoyo de estos Estados para su propia incursión egoísta. La aventura, y lo fue al principio, tenía que llevarla a un final feliz. Sólo podía haber un camino para un gobierno nacional alemán, a saber, el que prescribía el honor.

26 Hitler, Mein Kampf

770 ¿Qué había que hacer después de la ocupación del Ruhr?

Era cierto que al principio no era posible oponerse a Francia por la fuerza activa de las armas; Pero era necesario darse cuenta de que toda negociación sin poder de por medio sería ridícula e infructuosa. Era absurdo adoptar el punto de vista sin posibilidad de resistencia activa: "No vamos a ningún juicio"; Pero era aún más absurdo ir al juicio sin haber creado un poder para uno mismo mientras tanto.
No es que la ocupación del Ruhr pudiera haberse evitado con medidas militares. Sólo un loco podría aconsejar semejante decisión. Pero bajo la impresión de esta acción de Francia, y durante el tiempo de su ejecución, se podía y se debía tener cuidado, sin tener en cuenta el Tratado de Versalles, que la propia Francia había hecho trizas, de asegurar las ayudas militares que más tarde podrían darse a los negociadores en su camino. Porque estaba claro desde el principio que un día este territorio ocupado por Francia se decidiría en alguna mesa de conferencias. Pero debe quedar igualmente claro que incluso los mejores negociadores pueden tener poco éxito mientras el terreno en el que se encuentran y la silla en la que se sientan no sean el brazo protector de su pueblo. Un sastrecillo débil no puede discutir con los atletas, y un negociador indefenso tendría que soportar la espada de Breno en la balanza del enemigo, a menos que tuviera que arrojar la suya en ella como compensación. ¿O no era realmente una lástima tener que ver las comedias de negociación que siempre habían precedido a los respectivos dictados desde 1918? Este espectáculo degradante que se ofrecía a todo el mundo invitándonos primero a la mesa de conferencias, como si fuera una burla, y luego presentándonos resoluciones y programas que habían estado listos desde hacía mucho tiempo, que bien podían discutirse, pero que debían considerarse inalterables desde el principio. Por supuesto, nuestros negociadores apenas estuvieron por encima de la media más modesta en un solo caso, y en su mayor parte justificaron demasiado la insolente declaración de Lloyd George, quien, frente al ex ministro del Reich Simon, se burló: "que los alemanes no sabían cómo elegir a hombres de inteligencia como líderes y representantes".

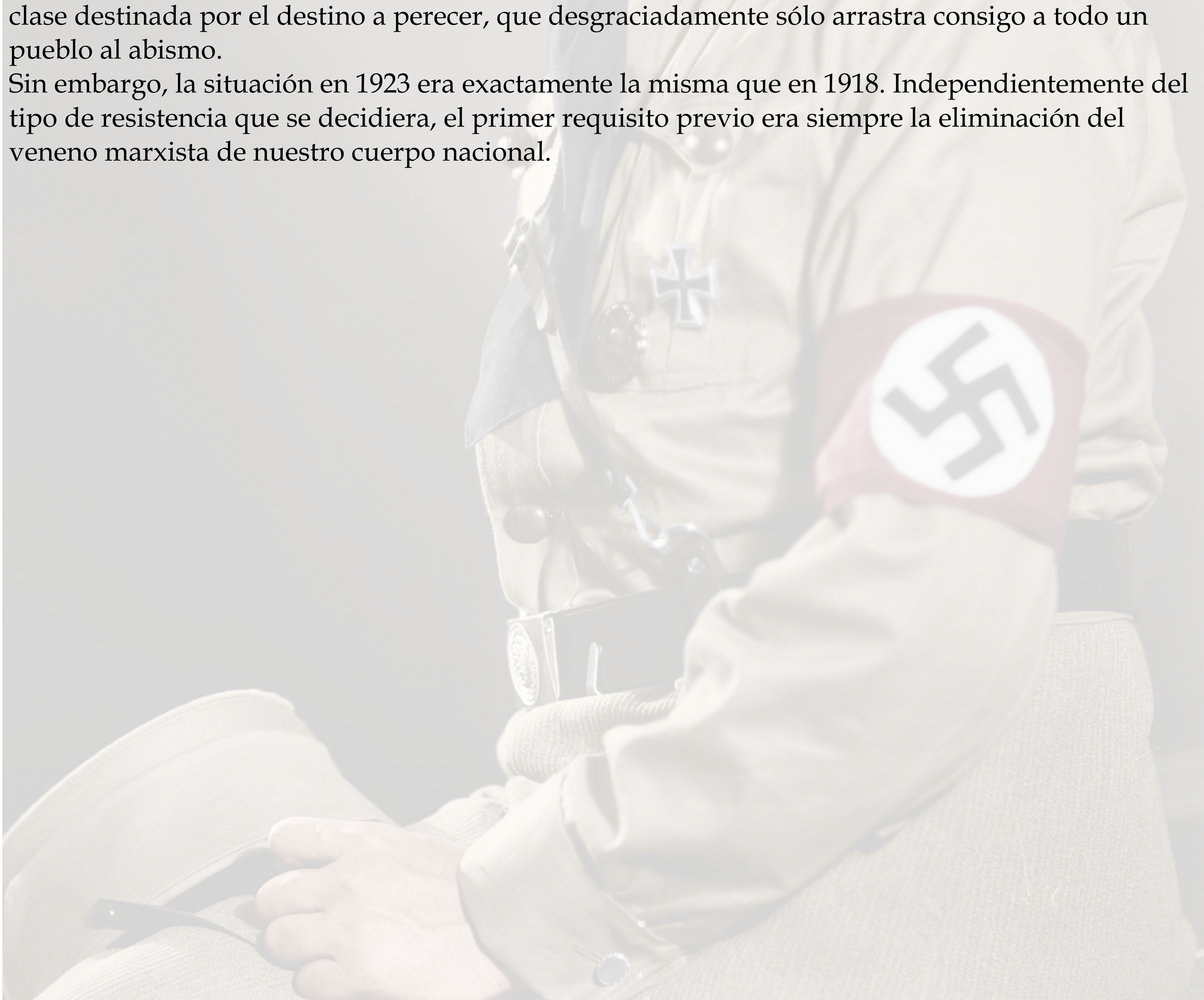




Pero incluso los genios podrían haber logrado poco en todos los aspectos, en vista de la resuelta voluntad de poder del enemigo y la lamentable indefensión de su propio pueblo.
Pero cualquiera que quisiera utilizar la ocupación del Ruhr en Francia en la primavera de 1923 como una oportunidad para restaurar los medios militares de poder, primero tenía que dar a la nación las armas intelectuales, fortalecer la fuerza de voluntad y destruir el deterioro de esta fuerza nacional tan valiosa.
Así como en 1918 se vengó sangrientamente por no haber aplastado definitivamente la cabeza de la serpiente marxista en 1914 y 1915, así también tuvo que vengarse de la manera más lamentable si en la primavera de 1923 no se aprovechaba la oportunidad para poner fin a los traidores marxistas y asesinos del pueblo.
Cualquier idea de resistencia real contra Francia era una pura tontería, a menos que se declarara la guerra a las fuerzas que, cinco años antes, habían roto desde dentro la resistencia alemana en los campos de batalla. Sólo las mentes burguesas podían llegar a la increíble opinión de que el marxismo podía haberse convertido ahora en un marxismo diferente, y que las criaturas de liderazgo sin clavos de 1918, que en ese momento pisoteaban dos millones de muertes para poder ascender mejor a las diversas sedes del gobierno, ahora estaban repentinamente listas en 1923 para rendir su tributo a la conciencia nacional. Un pensamiento increíble y realmente insensato, la esperanza de que los traidores de antaño se convirtieran de repente en luchadores por la libertad alemana. ¡Ni siquiera lo pensaron! Así como una hiena no suelta la carroña, un marxista no suelta la traición.

772 El fallido ajuste de cuentas con el marxismo

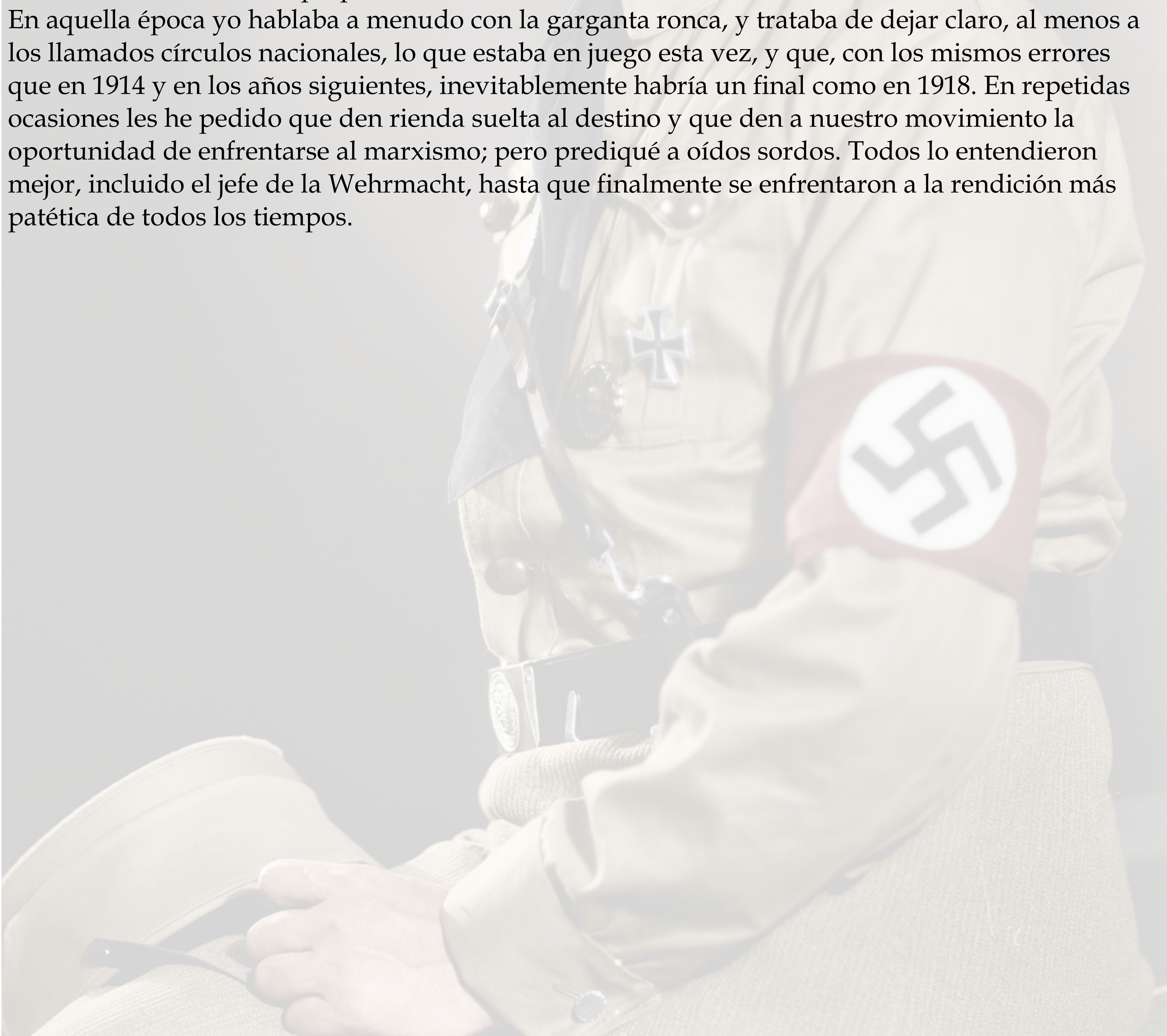
Uno debería tener la amabilidad de mantenerse alejado de la objeción más estúpida, que tantos trabajadores hayan sangrado una vez por Alemania. Obreros alemanes, sí, pero ya no eran marxistas internacionales. Si en 1914 la clase obrera alemana se hubiera compuesto todavía de marxistas en cuanto a su actitud interna, la guerra habría terminado en tres semanas. Alemania se habría derrumbado antes de que el primer soldado hubiera puesto un pie en la frontera. No, el hecho de que el pueblo alemán todavía estuviera luchando en ese momento demostraba que la ilusión marxista aún no había sido capaz de penetrar en su última profundidad. Pero en la misma medida en que en el curso de la guerra el obrero y el soldado alemanes volvieron a manos de los dirigentes marxistas, en la misma medida en que se perdieron para la patria. Si, al principio de la guerra y durante la guerra, doce o quince mil de estos corruptores hebreos del pueblo hubieran sido mantenidos bajo gas envenenado de la misma manera que cientos de miles de nuestros mejores trabajadores alemanes de todas las clases y profesiones tuvieron que soportar en el campo de batalla, entonces el sacrificio de millones en el frente no habría sido en vano. Al contrario: doce mil sinvergüenzas eliminados en el momento adecuado tal vez habrían salvado la vida de un millón de alemanes decentes que eran valiosos para el futuro. Pero también era parte de la "habilidad política" burguesa sin pestañear para entregar a millones de personas a un final sangriento en el campo de batalla, pero considerar a diez o doce mil traidores al pueblo, estafadores, usureros y estafadores como un precioso santuario nacional y así proclamar abiertamente su inviolabilidad. Uno no sabe qué es más grande en este mundo burgués, si la insensatez, la debilidad y la cobardía, o la actitud completamente harapienta. Es realmente una clase destinada por el destino a perecer, que desgraciadamente sólo arrastra consigo a todo un pueblo al abismo.
Sin embargo, la situación en 1923 era exactamente la misma que en 1918. Independientemente del tipo de resistencia que se decidiera, el primer requisito previo era siempre la eliminación del veneno marxista de nuestro cuerpo nacional.



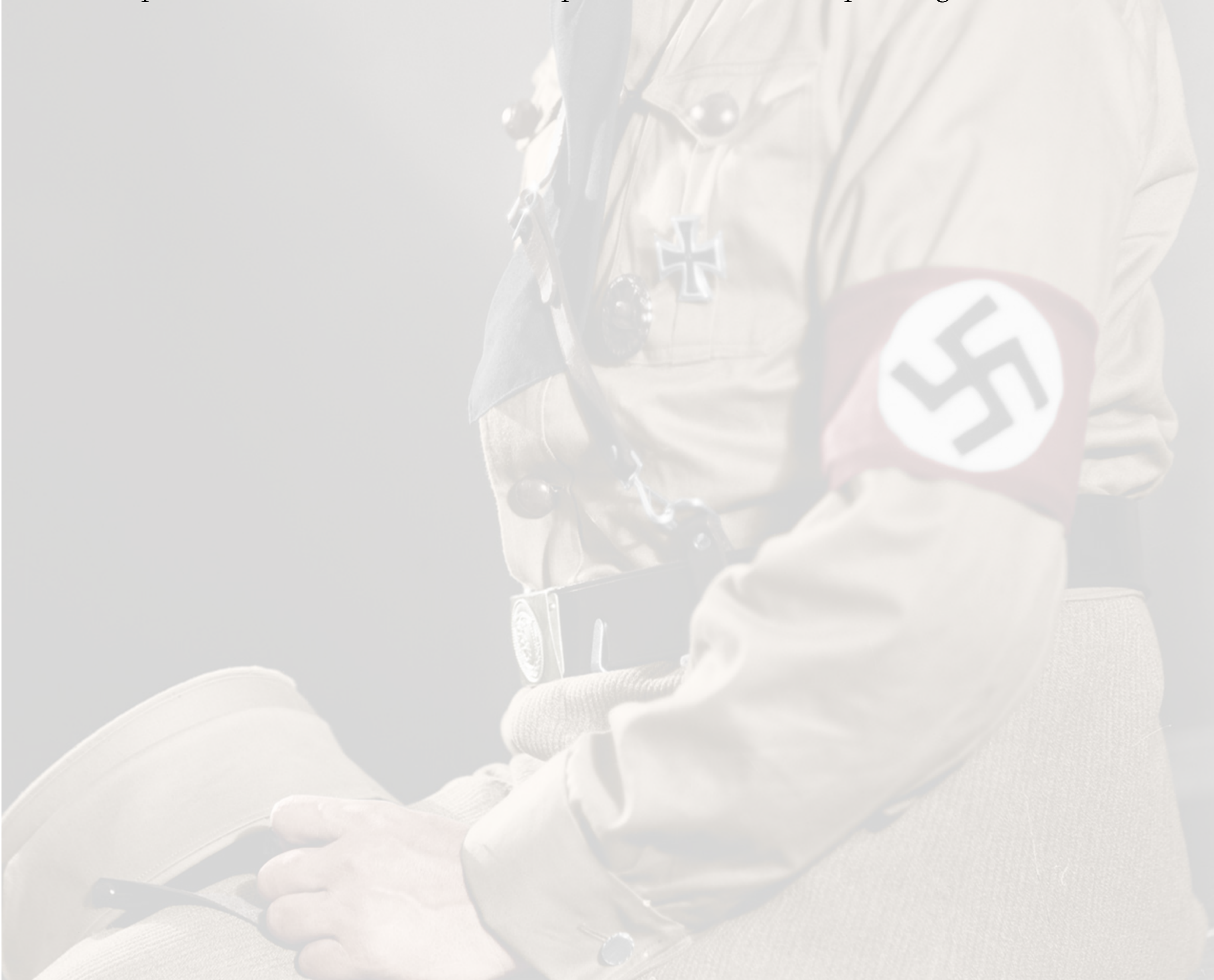
Y fue, en mi opinión, la primera tarea de un gobierno verdaderamente nacional en ese momento buscar y encontrar a las fuerzas que estaban decididas a declarar una guerra de aniquilación contra el marxismo, y luego dar rienda suelta a estas fuerzas; Era su deber no rendir culto a las tonterías de la "paz y el orden" en un momento en que el enemigo externo infligía el golpe más devastador a la patria, y la traición acechaba en cada esquina de su interior. No, un gobierno verdaderamente nacional en ese momento tenía que desear el desorden y la inquietud, aunque sólo fuera bajo su agitación un ajuste de cuentas de principios con los enemigos mortales marxistas de nuestro pueblo finalmente se hizo posible y tuvo lugar. Si esto no se hacía, entonces cualquier pensamiento de resistencia, no importa de qué tipo, era pura locura.

Semejante ajuste de cuentas de la verdadera grandeza histórica mundial no se lleva a cabo de acuerdo con el plan de algún consejero privado o de una vieja alma ministerial sedienta, sino de acuerdo con las leyes eternas de la vida en esta tierra, que son y siguen siendo una lucha por esta vida. Había que tener en cuenta que de las guerras civiles más sangrientas a menudo surgía un cuerpo nacional duro como el acero y sano, mientras que de los estados de paz artificialmente acariciados más de una vez apestaba la putrefacción hasta el cielo. Los destinos de los pueblos no se convierten en guantes de helado. Así, en 1923, había que agarrar con el agarre más brutal para apoderarse de las víboras que estaban comiendo nuestro cuerpo nacional. Si esto tenía éxito, sólo entonces tenía sentido la preparación de una resistencia activa.

En aquella época yo hablaba a menudo con la garganta ronca, y trataba de dejar claro, al menos a los llamados círculos nacionales, lo que estaba en juego esta vez, y que, con los mismos errores que en 1914 y en los años siguientes, inevitablemente habría un final como en 1918. En repetidas ocasiones les he pedido que den rienda suelta al destino y que den a nuestro movimiento la oportunidad de enfrentarse al marxismo; pero prediqué a oídos sordos. Todos lo entendieron mejor, incluido el jefe de la Wehrmacht, hasta que finalmente se enfrentaron a la rendición más patética de todos los tiempos.



En ese momento me di cuenta hasta la médula de que la burguesía alemana estaba al final de una misión y ya no estaba llamada a realizar ninguna otra tarea. En aquella época vi cómo todos estos partidos se peleaban con el marxismo sólo por envidia competitiva, sin querer siquiera seriamente destruirlo; Hacía mucho tiempo que habían aceptado la destrucción de la patria, y lo que los conmovía era sólo la gran ansiedad de que se les permitiera participar en el banquete fúnebre. Solo "lucharon" por eso.
Fue en esta época —lo confieso francamente— cuando sentí la más profunda admiración por el gran hombre al sur de los Alpes, que, en su ardiente amor por su pueblo, no hizo un pacto con los enemigos internos de Italia, sino que luchó por su destrucción por todos los medios y por todos los medios. Lo que colocará a Mussolini entre los grandes hombres del mundo es la determinación de no dividir a Italia con el marxismo, sino de salvar a la patria de él abandonando el internacionalismo a la aniquilación.
¡Cuán lastimosamente enanos parecen nuestros estadistas alemanes en comparación, y cuánto disgusto debe ahogarse a uno cuando estos ceros se atreven a criticar al que es mil veces más grande con la presunción más traviesa; y qué doloroso es pensar que esto está sucediendo en un país que, hace apenas medio siglo, todavía se permitía llamar a Bismarck su líder. —
Sin embargo, con esta actitud de la burguesía y el abandono del marxismo, se decidió desde el principio en 1923 la suerte de cualquier resistencia activa del Ruhr. Querer luchar contra Francia con el enemigo mortal en las propias filas era una pura tontería. Lo que se hizo entonces podría ser, a lo sumo, una valla de espejos, realizada para satisfacer un poco al elemento nacionalista en Alemania, para calmar el "alma hirviente del pueblo" o, en realidad, para engañarlo.



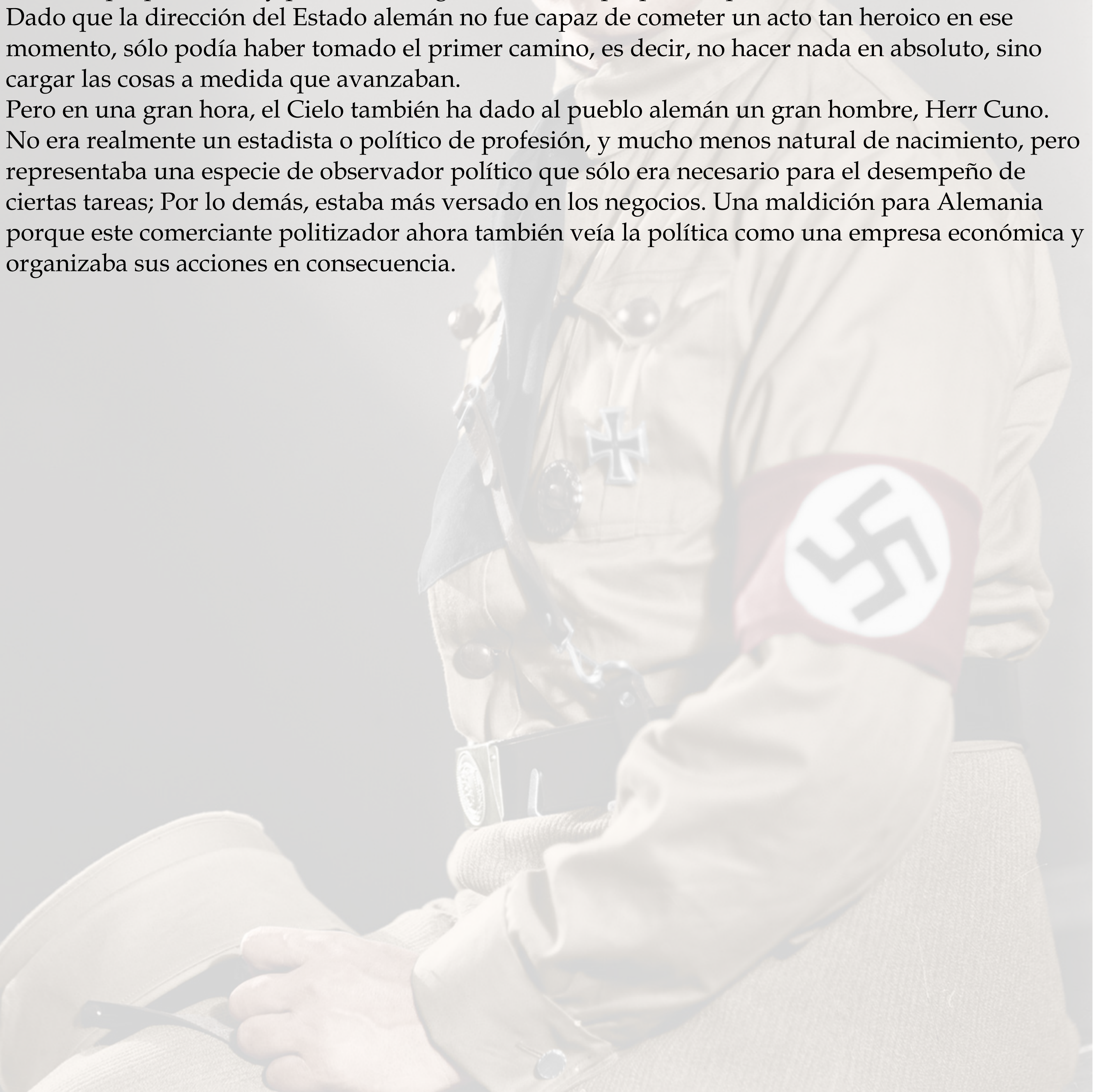
No son decisivas las armas, sino la voluntad 775

Si hubieran creído seriamente en lo que estaban haciendo, se habrían dado cuenta de que la fuerza de un pueblo no reside principalmente en sus armas, sino en su voluntad, y que antes de vencer a los enemigos externos, primero hay que destruir al enemigo interior; De lo contrario, ¡ay de mí si la victoria no recompensa la lucha del primer día! Tan pronto como incluso la sombra de la derrota pase sobre un pueblo que no está internamente libre de enemigos, su resistencia se romperá y el oponente finalmente se convertirá en el vencedor.

Esto podría predecirse ya en la primavera de 1923. ¡No hablemos en absoluto de la naturaleza dudosa de un éxito militar contra Francia! Porque si el resultado de la acción alemana frente a la invasión francesa del Ruhr hubiera sido sólo la destrucción del marxismo en casa, el éxito habría estado de nuestro lado incluso con eso. Una Alemania, redimida de estos enemigos mortales de su existencia y de su futuro, poseería fuerzas que ningún mundo sería capaz de sofocar. El día en que el marxismo se rompa en Alemania, sus cadenas se romperán para siempre. Porque nunca en nuestra historia hemos sido vencidos por la fuerza de nuestros adversarios, sino siempre sólo por nuestros propios vicios y por los enemigos de nuestro propio campo.

Dado que la dirección del Estado alemán no fue capaz de cometer un acto tan heroico en ese momento, sólo podía haber tomado el primer camino, es decir, no hacer nada en absoluto, sino cargar las cosas a medida que avanzaban.

Pero en una gran hora, el Cielo también ha dado al pueblo alemán un gran hombre, Herr Cuno. No era realmente un estadista o político de profesión, y mucho menos natural de nacimiento, pero representaba una especie de observador político que sólo era necesario para el desempeño de ciertas tareas; Por lo demás, estaba más versado en los negocios. Una maldición para Alemania porque este comerciante politizador ahora también veía la política como una empresa económica y organizaba sus acciones en consecuencia.



776 El camino de Cuno

"Francia ocupó la zona del Ruhr; ¿Qué hay en la cuenca del Ruhr? Carbón. ¿Entonces Francia ocupa la zona del Ruhr por el carbón? ¿Qué era más natural para el señor Cuno que la idea de ir a la huelga ahora para que los franceses no consiguieran carbón, con lo cual, en opinión del señor Cuno, seguramente algún día volverían a desbrozar la cuenca del Ruhr como resultado de la falta de rentabilidad de la empresa? Este fue más o menos el proceso de e-pensamiento de este "importante" "estadista" "nacional", que fue hecho hablar a "su pueblo" en Stuttgart y otros lugares, y de quien esta gente se maravilló muy felizmente.
Pero, por supuesto, los marxistas también eran necesarios para la huelga, porque ante todo los obreros tenían que hacer huelga. Por lo tanto, era necesario llevar al obrero (y en el cerebro de un estadista burgués es siempre sinónimo de marxista) a un frente único con todos los demás alemanes. ¡En ese momento uno realmente debe haber visto el resplandor de estas culturas burguesas de moldes políticos de partidos frente a un eslogan tan ingenioso! Nacionales y brillantes al mismo tiempo: ¡por fin tenían lo que habían estado buscando todo el tiempo! El puente hacia el marxismo había sido encontrado, y ahora era posible que el estafador nacional extendiera su mano honesta al traidor internacional con aire "alemán" y frases nacionales. Y atacó lo más rápido posible. Porque así como Cuno necesitaba a los líderes marxistas para su "frente único", los líderes marxistas necesitaban el dinero de Cuno. Esto ayudó a ambas partes. Cuno recibió su frente único, formado por charlatanes nacionales y sinvergüenzas antinacionales, y los estafadores internacionales pudieron cumplir su más sublime misión de lucha, es decir, destruir la economía nacional, y esta vez incluso a expensas del Estado. Una idea inmortal para salvar a una nación mediante una huelga general pagada, pero en cualquier caso la consigna a la que incluso el más indiferente que no sirve para nada puede unirse con todo su entusiasmo.

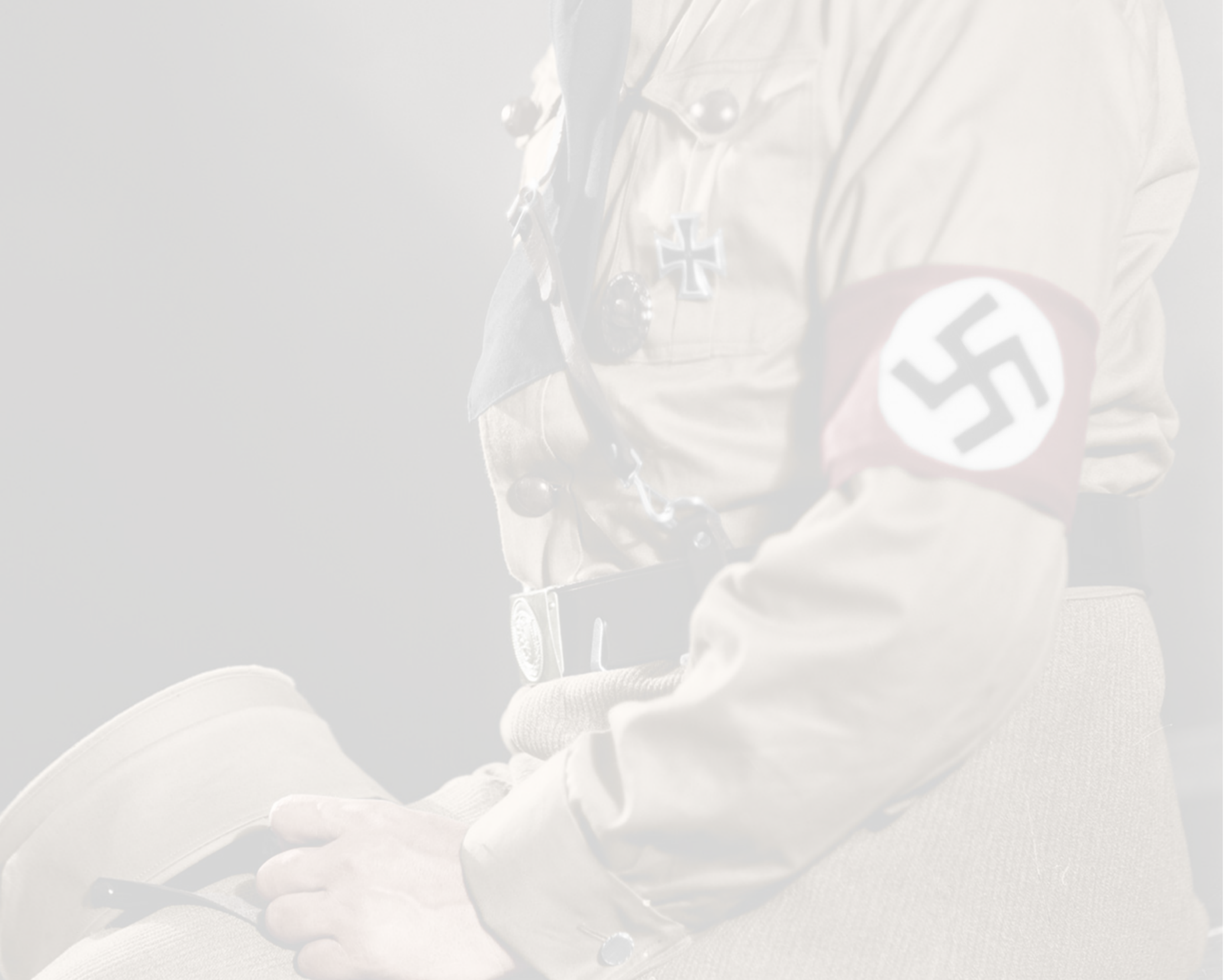


El "frente único" 777

Es bien sabido que un pueblo no se libera por medio de la oración. Pero si uno no podía holgazanear libremente después de todo, eso todavía tenía que ser probado históricamente. Si, en lugar de convocar una huelga general pagada y constituirla así en la base del "frente único", el señor Cuno hubiera exigido a cada alemán sólo dos horas más de trabajo, entonces el fraude de este "frente único" se habría resuelto por sí solo al tercer día. Los pueblos no se liberan sin hacer nada, sino con sacrificio.

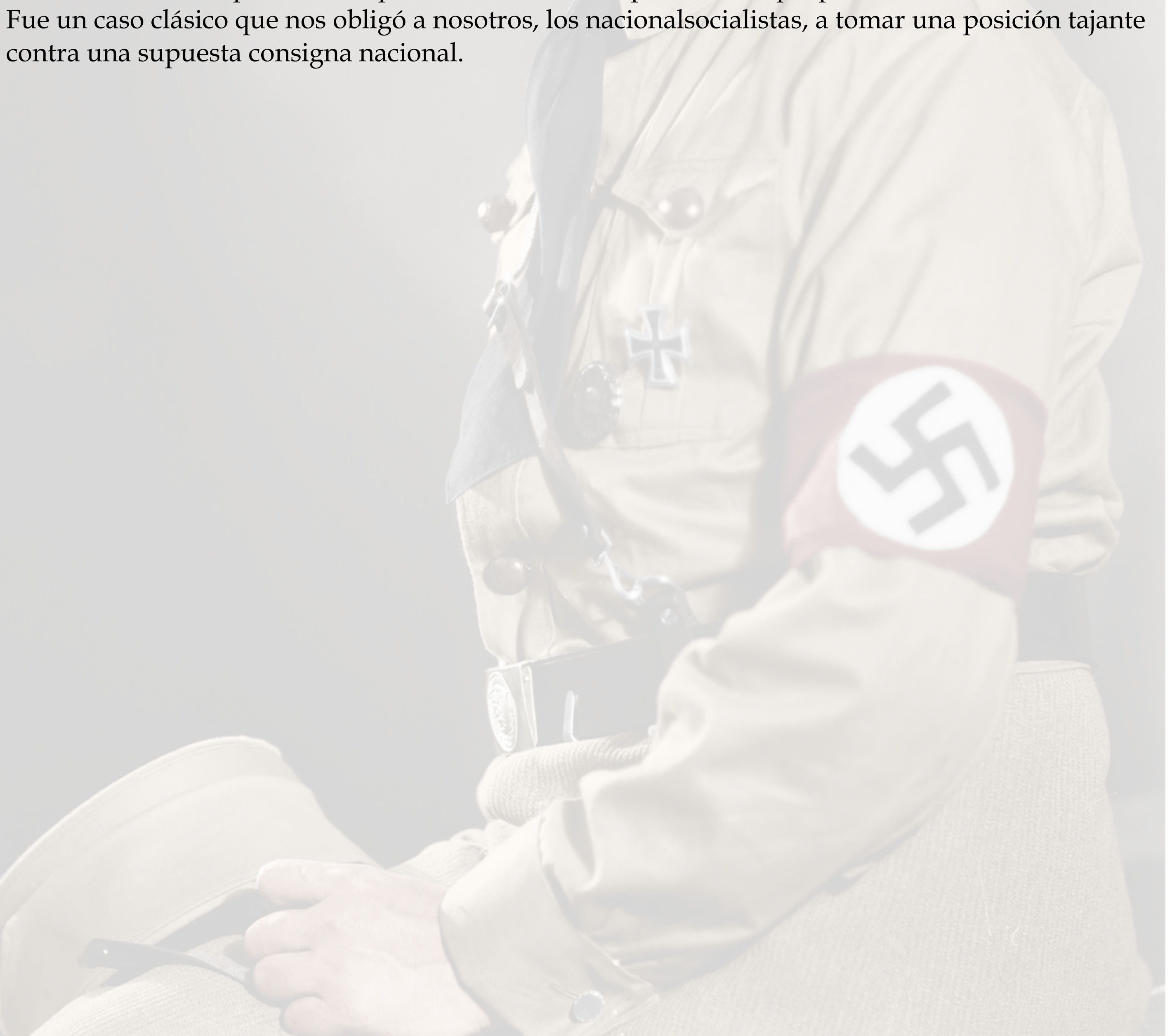
Sin embargo, esta llamada resistencia pasiva no pudo sostenerse por mucho tiempo. Porque solo una persona completamente ajena a la guerra podía imaginar que podía ahuyentar a los ejércitos de ocupación con medios tan ridículos. Pero sólo ese podría haber sido el sentido de una acción cuyos costos ascendieron a miles de millones y que contribuyó significativamente a la destrucción de la moneda nacional hasta sus cimientos.

Por supuesto, los franceses pudieron sentirse como en casa en la región del Ruhr con una cierta tranquilidad interior en el momento en que vieron que la resistencia hacía uso de tales medios. Precisamente a través de nosotros tenían en sus manos las mejores recetas para hacer entrar en razón a una población civil obstinada cuando su comportamiento representaba una grave amenaza para las autoridades ocupantes. Nueve años antes, la rapidez con que habíamos dividido en dos los disturbios franco-belgas y habíamos dejado claro a la población civil la gravedad de la situación, cuando, bajo su actividad, los ejércitos alemanes corrían el peligro de sufrir graves daños. Tan pronto como la resistencia pasiva del Ruhr se hubiera vuelto realmente peligrosa para Francia, las tropas de ocupación habrían puesto un cruel fin a todas estas tonterías infantiles en el curso de menos de ocho días con una facilidad juguetona.



778 La resistencia pasiva

Porque esa es siempre la última pregunta: ¿Qué quieres hacer si la resistencia pasiva realmente pone de los nervios a un oponente al final y ahora emprende la lucha contra ella con una fuerza bruta sangrienta? ¿Está uno entonces decidido a seguir resistiendo? Si es así, uno debe tomar sobre sí mismo las persecuciones más pesadas y sangrientas. Pero esto te pone donde estás en resistencia activa, es decir, antes de la lucha. Por lo tanto, toda llamada resistencia pasiva tiene un significado interno sólo si hay una determinación detrás de ella para continuar esta resistencia, si es necesario en la lucha abierta o en la pequeña guerra encubierta. En general, cualquier lucha de este tipo estará ligada a la convicción de un posible éxito. Tan pronto como una fortaleza sitiada, que es severamente atacada por el enemigo, se ve obligada a renunciar a la última esperanza de alivio, prácticamente se abandona a sí misma, especialmente si en tal caso el defensor es tentado por una vida segura en lugar de una muerte probable. Priva a la guarnición de un castillo cerrado de la creencia en la posible liberación, y todas las fuerzas de defensa colapsarán abruptamente.
Por lo tanto, en vista de las consecuencias finales que podía y tenía que traer consigo, la resistencia pasiva en el Ruhr sólo tenía sentido si se quería tener realmente éxito si se construía un frente activo detrás de él. Entonces, sin embargo, se habrían podido sacar cosas inconmensurables de nuestro pueblo. ¿Habría sabido cada uno de estos westfalianos que su patria es una. ejército de ochenta o cien divisiones, los franceses habrían pisado espinos. Pero cada vez son más los hombres valientes que están dispuestos a sacrificarse por el éxito que por una evidente inutilidad. Fue un caso clásico que nos obligó a nosotros, los nacionalsocialistas, a tomar una posición tajante contra una supuesta consigna nacional.



Y lo hicimos. Durante estos meses fui atacado no poco por personas cuyo sentimiento nacional no era más que una mezcla de estupidez y apariencias externas, que sólo gritaban porque sucumbían a la agradable emoción de poder actuar de repente sin peligro. He considerado el más lamentable de todos los frentes unidos como uno de los fenómenos más ridículos, y la historia me ha dado la razón.

Tan pronto como los sindicatos casi habían llenado sus arcas con el dinero de Cuno, y la resistencia pasiva precedió a la decisión de pasar de la defensiva perezosa al ataque activo, las hienas rojas salieron inmediatamente del rebaño nacional de ovejas y volvieron a ser lo que siempre habían sido. Sin hacer ruido, el señor Cuno volvió a sus barcos, pero Alemania se había hecho más rica por una experiencia y más pobre por una gran esperanza.

Hasta finales del verano, muchos oficiales, y desde luego no eran los peores, no habían creído interiormente en tan vergonzoso acontecimiento. Todos esperaban que se hicieran preparativos, si no abiertamente, al menos en secreto, para hacer de esta invasión tan descarada de Francia un punto de inflexión en la historia alemana. También había muchos en nuestras filas que al menos depositaban su confianza en el Ejército Imperial. Y esta convicción estaba tan viva que determinó de la manera más decisiva las acciones y, sobre todo, la educación de los innumerables jóvenes.

Pero cuando se produjo el colapso más ignominioso, y después del sacrificio de miles de millones de fortunas y de muchos miles de jóvenes alemanes —que habían sido lo suficientemente tontos como para tomar en serio las promesas de los líderes del Reich— capitularon de una manera tan devastadoramente ignominiosa, la indignación contra tal tipo de traición a nuestro desdichado pueblo se encendió. En millones de mentes en ese momento hubo de repente una clara convicción de que solo una eliminación radical de todo el sistema gobernante podría salvar a Alemania.



780 Noviembre de 1923

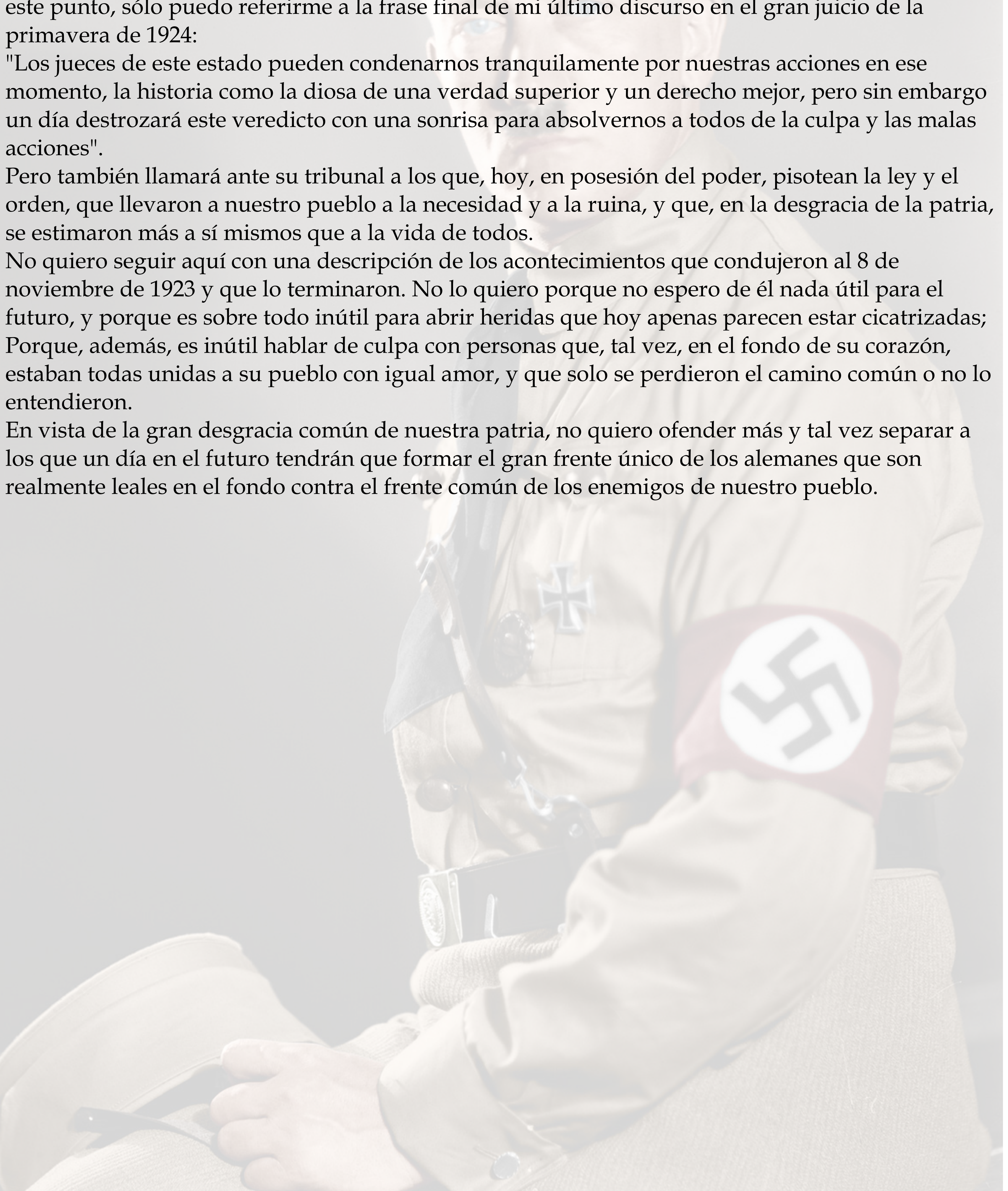
Nunca fue el momento más maduro, más aún, más imperiosamente el de clamar por tal solución, que en el momento en que, por un lado, se revelaba descaradamente la traición descarada a la patria, mientras que, por el otro, un pueblo estaba económicamente a merced de una lenta hambruna. Puesto que el Estado mismo pisoteaba todas las leyes de la buena fe, ridiculizaba los derechos de sus ciudadanos, estafaba a millones de sus hijos más fieles y robaba a millones de sus últimos centavos, no tenía derecho a esperar otra cosa que el odio de sus parientes. Y este odio a los corruptores del pueblo y de la patria impulsaba de un modo u otro a su descargo. Llegados a este punto, sólo puedo referirme a la frase final de mi último discurso en el gran juicio de la primavera de 1924:

"Los jueces de este estado pueden condenarnos tranquilamente por nuestras acciones en ese momento, la historia como la diosa de una verdad superior y un derecho mejor, pero sin embargo un día destrozará este veredicto con una sonrisa para absolvernos a todos de la culpa y las malas acciones".

Pero también llamará ante su tribunal a los que, hoy, en posesión del poder, pisotean la ley y el orden, que llevaron a nuestro pueblo a la necesidad y a la ruina, y que, en la desgracia de la patria, se estimaron más a sí mismos que a la vida de todos.

No quiero seguir aquí con una descripción de los acontecimientos que condujeron al 8 de noviembre de 1923 y que lo terminaron. No lo quiero porque no espero de él nada útil para el futuro, y porque es sobre todo inútil para abrir heridas que hoy apenas parecen estar cicatrizadas; Porque, además, es inútil hablar de culpa con personas que, tal vez, en el fondo de su corazón, estaban todas unidas a su pueblo con igual amor, y que solo se perdieron el camino común o no lo entendieron.

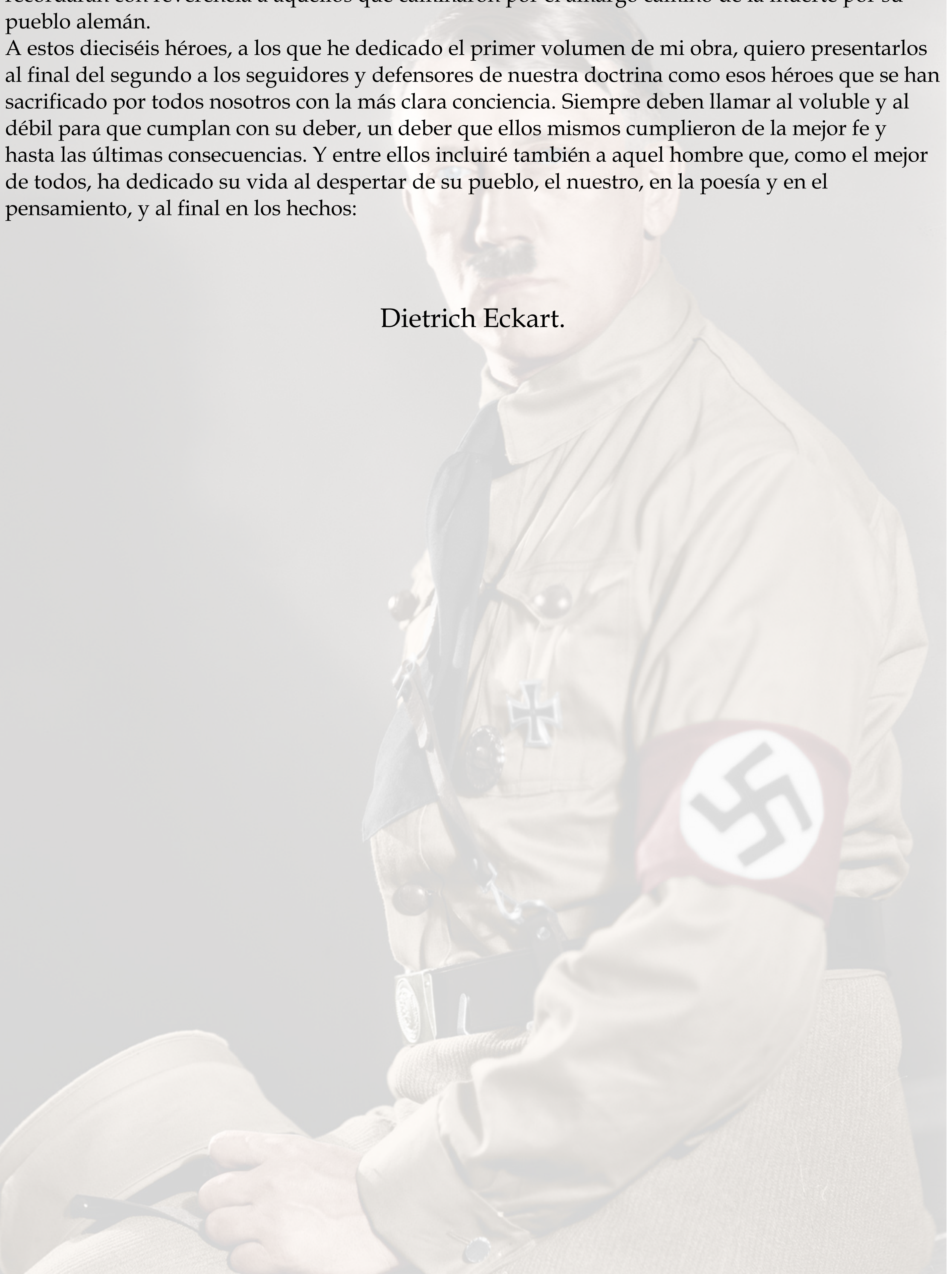
En vista de la gran desgracia común de nuestra patria, no quiero ofender más y tal vez separar a los que un día en el futuro tendrán que formar el gran frente único de los alemanes que son realmente leales en el fondo contra el frente común de los enemigos de nuestro pueblo.



Nuestros muertos como amonestadores del deber 781

Porque sé que llegará el momento en que incluso aquellos que nos fueron hostiles en ese momento recordarán con reverencia a aquellos que caminaron por el amargo camino de la muerte por su pueblo alemán.
A estos dieciséis héroes, a los que he dedicado el primer volumen de mi obra, quiero presentarlos al final del segundo a los seguidores y defensores de nuestra doctrina como esos héroes que se han sacrificado por todos nosotros con la más clara conciencia. Siempre deben llamar al voluble y al débil para que cumplan con su deber, un deber que ellos mismos cumplieron de la mejor fe y hasta las últimas consecuencias. Y entre ellos incluiré también a aquel hombre que, como el mejor de todos, ha dedicado su vida al despertar de su pueblo, el nuestro, en la poesía y en el pensamiento, y al final en los hechos:

Dietrich Eckart.



Conclusión

El 9 de noviembre de 1923, en el cuarto año de su existencia, el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán fue disuelto y prohibido en todo el territorio del Reich. Hoy, en noviembre de 1926, vuelve a estar libre ante nosotros en todo el Reich, más fuerte e interiormente más firme que nunca.

Todas las persecuciones del movimiento y de cada uno de sus dirigentes, todas las blasfemias y calumnias, no pudieron dañarlo. La rectitud de sus ideas, la pureza de su voluntad, la disposición de sus seguidores a hacer sacrificios, los han hecho hasta ahora más fuertes que nunca de todas las opresiones.

Si, en el mundo de nuestra actual corrupción parlamentaria, reflexiona cada vez más sobre la esencia más profunda de su lucha, y se siente la encarnación pura del valor de la raza y de la persona, y se organiza en consecuencia, un día saldrá victoriosa en su lucha sobre la base de una ley casi matemática. Del mismo modo que Alemania debe necesariamente obtener el lugar que merece de esta tierra, si es dirigida y organizada de acuerdo con los mismos principios.

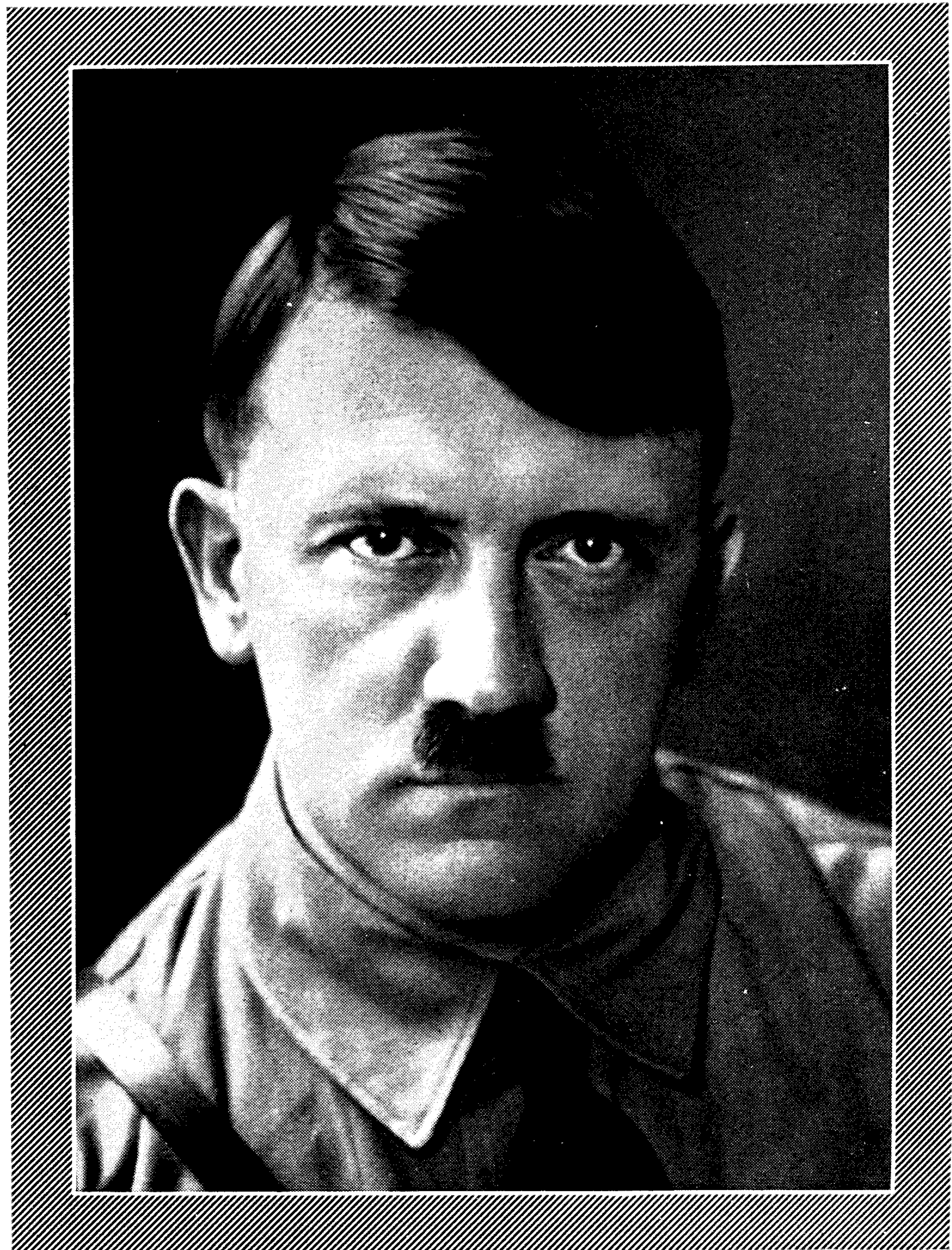
Un Estado que se dedica al cultivo de sus mejores elementos raciales en la era del envenenamiento racial debe convertirse algún día en el amo de la tierra.

Los seguidores de nuestro movimiento no pueden olvidar nunca esto, si alguna vez el tamaño de las víctimas los tienta a compararlas ansiosamente con el éxito posible.





Adolf Hitler / Mein Kampf



Mein Kampf

Von

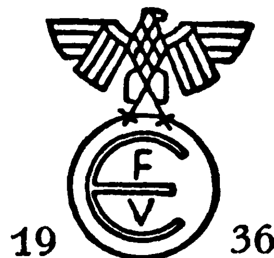
Adolf Hitler

Zwei Bände in einem Band
Ungekürzte Ausgabe

Erster Band:
Eine Abrechnung

Zweiter Band:
Die nationalsozialistische Bewegung

172.—173. Auflage



Zentralverlag der N.S.D.A.P. Frz. Eher Nachf.,
München

Gesamtauflage
sämtlicher Ausgaben 2 180 000 Exemplare

Münchner Buchgewerbehaus M. Müller & Sohn K. G., München

Inhaltsverzeichnis

Personen- und Sachverzeichnis

Fettgedruckte Ziffern bedeuten, daß dem Gegenstand ein ganzes Kapitel gewidmet ist. — Durch s. (= siehe) und vgl. (= vergleiche) wird auf andere Stichworte des Verzeichnisses verwiesen. — Die Seitenbezeichnung gibt vielfach nicht den Ort, wo das Stichwort im Text erscheint, sondern den Anfang zusammenhängender Ausführungen über das Stichwort an. Es empfiehlt sich daher, nicht nur die angegebene Seite, sondern den ganzen Abschnitt nachzulesen.

Vorwort

Am 1. April 1924 hatte ich, auf Grund des Urteilsspruches des Münchner Volksgerichts von diesem Tage, meine Festungshaft zu Landsberg am Lech anzutreten.

Damit bot sich mir nach Jahren ununterbrochener Arbeit zum ersten Male die Möglichkeit, an ein Werk heranzugehen, das von vielen gefordert und von mir selbst als zweckmäßig für die Bewegung empfunden wurde. So habe ich mich entschlossen, in zwei Bänden nicht nur die Ziele unserer Bewegung klarzulegen, sondern auch ein Bild der Entwicklung derselben zu zeichnen. Aus ihr wird mehr zu lernen sein als aus jeder rein doktrinären Abhandlung.

Ich hatte dabei auch die Gelegenheit, eine Darstellung meines eigenen Werdens zu geben, soweit dies zum Verständnis sowohl des ersten als auch des zweiten Bandes nötig ist und zur Zerstörung der von der jüdischen Presse betriebenen üblen Legendenbildung über meine Person dienen kann.

Ich wende mich dabei mit diesem Werk nicht an Fremde, sondern an diejenigen Anhänger der Bewegung, die mit dem Herzen ihr gehören und deren Verstand nun nach innigerer Aufklärung strebt.

Ich weiß, daß man Menschen weniger durch das geschriebene Wort als vielmehr durch das gesprochene zu gewinnen vermag, daß jede große Bewegung auf dieser Erde ihr Wachsen den großen Rednern und nicht den großen Schreibern verdankt.

Dennoch muß zur gleichmäßigen und einheitlichen Vertretung einer Lehre das Grundsätzliche derselben niedergelegt werden für immer. Hierbei sollen diese beiden Bände als Bausteine gelten, die ich dem gemeinsamen Werke beifüge.

Landsberg am Lech,
Festungshaftanstalt.

Der Verfasser.

Am 9. November 1923, 12 Uhr 30 Minuten nachmittags, fielen vor der Feldherrnhalle sowie im Hofe des ehemaligen Kriegsministeriums zu München folgende Männer im treuen Glauben an die Wiederauferstehung ihres Volkes:

Alfarth, Felix, Kaufmann, geb. 5. Juli 1901
Bauriedl, Andreas, Hutmacher, geb. 4. Mai 1879
Casella, Theodor, Bankbeamter, geb. 8. Aug. 1900
Ehrlich, Wilhelm, Bankbeamter, geb. 19. Aug. 1894
Faust, Martin, Bankbeamter, geb. 27. Januar 1901
Hechenberger, Ant., Schlosser, geb. 28. Sept. 1902
Körner, Oskar, Kaufmann, geb. 4. Januar 1875
Kuhn, Karl, Oberkellner, geb. 26. Juli 1897
Laforce, Karl, stud. ing., geb. 28. Oktober 1904
Neubauer, Kurt, Diener, geb. 27. März 1899
Pape, Claus von, Kaufmann, geb. 16. Aug. 1904
Pfordten, Theodor von der, Rat am obersten Landesgericht, geb. 14. Mai 1873
Rickmers, Joh., Rittmeister a. D., geb. 7. Mai 1881
Scheubner-Richter, Max Erwin von, Dr. ing., geb. 9. Januar 1884
Stransky, Lorenz, Ritter von, Ingenieur, geb. 14. März 1899
Wolf, Wilhelm, Kaufmann, geb. 19. Oktober 1898

Sogenannte nationale Behörden verweigerten den toten Helden ein gemeinsames Grab.

So widme ich ihnen zur gemeinsamen Erinnerung den ersten Band dieses Werkes, als dessen Blutzeugen sie den Anhängern unserer Bewegung dauernd voranleuchten mögen.

Landsberg a. L., Festungshaftanstalt, 16. Oktober 1924.

Adolf Hitler.

Erster Band

Eine Abrechnung

1. Kapitel

Im Elternhaus

Als glückliche Bestimmung gilt es mir heute, daß das Schicksal mir zum Geburtsort gerade Braunau am Inn zuwies. Liegt doch dieses Städtchen an der Grenze jener zwei deutschen Staaten, deren Wiedervereinigung mindestens uns Jüngeren als eine mit allen Mitteln durchzuführende Lebensaufgabe erscheint!

Deutschösterreich muß wieder zurück zum großen deutschen Mutterlande, und zwar nicht aus Gründen irgendwelcher wirtschaftlichen Erwägungen heraus. Nein, nein: Auch wenn diese Vereinigung, wirtschaftlich gedacht, gleichgültig, ja selbst wenn sie schädlich wäre, sie müßte dennoch stattfinden. *Gleiches Blut gehört in ein gemeinsames Reich.* Das deutsche Volk besitzt solange kein moralisches Recht zu kolonialpolitischer Tätigkeit, solange es nicht einmal seine eigenen Söhne in einen gemeinsamen Staat zu fassen vermag. Erst wenn des Reiches Grenze auch den letzten Deutschen umschließt, ohne mehr die Sicherheit seiner Ernährung bieten zu können, ersteht aus der Not des eigenen Volkes das moralische Recht zur Erwerbung fremden Grund und Bodens. Der Pflug ist dann das Schwert, und aus den Tränen des Krieges erwächst für die Nachwelt das tägliche Brot. So scheint mir dieses kleine Grenzstädtchen das Symbol einer großen Aufgabe zu sein. Allein auch noch in einer anderen Hinsicht ragt es mahnend in unsere heutige Zeit. Vor mehr als hundert Jahren hatte dieses unscheinbare Nest, als Schauplatz eines die ganze deutsche Nation ergreifenden tragischen Unglücks, den Vorzug, für immer in den Annalen wenigstens der deutschen Geschichte verewigt zu werden. In der Zeit der tiefsten Er-

niederung unseres Vaterlandes fiel dort für sein auch im Unglück heißgeliebtes Deutschland der Nürnberger Johannes Palm, bürgerlicher Buchhändler, verstockter „Nationalist“ und Franzosenfeind. Hartnäckig hatte er sich geweigert, seine Mit-, besser Hauptschuldigen anzugeben. Also wie Leo Schlageter. Er wurde allerdings auch, genau wie dieser, durch einen Regierungsvertreter an Frankreich denunziert. Ein Augsburger Polizeidirektor erwarb sich diesen traurigen Ruhm und gab so das Vorbild neudeutscher Behörden im Reiche des Herrn Severing.

In diesem von den Strahlen deutschen Märtyrertums vergoldeten Innstädtchen, bayrisch dem Blut, österreichisch dem Staate nach, wohnten am Ende der achtziger Jahre des vergangenen Jahrhunderts meine Eltern; der Vater als pflichtgetreuer Staatsbeamter, die Mutter im Haushalt aufgehend und vor allem uns Kindern in ewig gleicher liebevoller Sorge zugetan. Nur wenig haftet aus dieser Zeit noch in meiner Erinnerung, denn schon nach wenigen Jahren mußte der Vater das liebgewonnene Grenzstädtchen wieder verlassen, um innabwärts zu gehen und in Passau eine neue Stelle zu beziehen; also in Deutschland selber.

Allein das Los eines österreichischen Zollbeamten hieß damals häufig „wandern“. Schon kurze Zeit später kam der Vater nach Linz und ging endlich dort auch in Pension. Freilich „Ruhe“ sollte dies für den alten Herrn nicht bedeuten. Als Sohn eines armen, kleinen Häuslers hatte es ihn schon einst nicht zu Hause gelitten. Mit noch nicht einmal dreizehn Jahren schnürte der damalige kleine Junge sein Ränzlein und lief aus der Heimat, dem Waldviertel, fort. Trotz des Abratens „erfahrener“ Dorfinsassen war er nach Wien gewandert, um dort ein Handwerk zu lernen. Das war in den fünfziger Jahren des vergangenen Jahrhunderts. Ein bitterer Entschluß, sich mit drei Gulden Wegzehrung so auf die Straße zu machen, ins Ungewisse hinein. Als der Dreizehnjährige aber siebzehn alt geworden war, hatte er seine Gesellenprüfung abgelegt, jedoch nicht die Zufriedenheit gewonnen. Eher das Gegenteil. Die lange Zeit der damaligen Not, des ewigen Elends und Jammers

festigte den Entschluß, das Handwerk nun doch wieder aufzugeben, um etwas „Höheres“ zu werden. Wenn einst dem armen Jungen im Dorfe der Herr Pfarrer als Inbegriff aller menschlich erreichbaren Höhe erschien, so nun in der den Gesichtskreis mächtig erweiternden Großstadt die Würde eines Staatsbeamten. Mit der ganzen Zähigkeit eines durch Not und Harm schon in halber Kindheit „alt“ Gewordenen verbohrte sich der Siebzehnjährige in seinen neuen Entschluß — und wurde Beamter. Nach fast dreiundzwanzig Jahren, glaube ich, war das Ziel erreicht. Nun schien auch die Voraussetzung zu einem Gelübde erfüllt, das sich der arme Junge einst gelobt hatte, nämlich nicht eher in das liebe väterliche Dorf zurückzukehren, als bis er etwas geworden wäre.

Jetzt war das Ziel erreicht; allein aus dem Dorfe konnte sich niemand mehr des einstigen kleinen Knaben erinnern, und ihm selber war das Dorf fremd geworden.

Da er endlich als Sechsundfünfzigjähriger in den Ruhestand ging, hätte er doch diese Ruhe keinen Tag als „Nichtstuer“ zu ertragen vermocht. Er kaufte in der Nähe des oberösterreichischen Marktfleckens Lambach ein Gut, bewirtschaftete es und kehrte so im Kreislaufe eines langen, arbeitsreichen Lebens wieder zum Ursprung seiner Väter zurück.

In dieser Zeit bildeten sich mir wohl die ersten Ideale. Das viele Herumtollen im Freien, der weite Weg zur Schule sowie ein besonders die Mutter manchmal mit bitterer Sorge erfüllender Umgang mit äußerst robusten Jungen, ließ mich zu allem anderen eher werden als zu einem Stubenhocker. Wenn ich mir also auch damals kaum ernstliche Gedanken über meinen einstigen Lebensberuf machte, so lag doch von vornherein meine Sympathie auf keinen Fall in der Linie des Lebenslaufes meines Vaters. Ich glaube, daß schon damals mein rednerisches Talent sich in Form mehr oder minder eindringlicher Auseinandersetzungen mit meinen Kameraden schulte. Ich war ein kleiner Rädelsführer geworden, der in der Schule leicht und damals auch sehr gut lernte, sonst aber ziemlich schwierig zu behandeln war. Da ich in meiner freien Zeit im Chor-

herrenstift zu Lambach Gesangsunterricht erhielt, hatte ich beste Gelegenheit, mich oft und oft am feierlichen Prunke der äußerst glanzvollen kirchlichen Feste zu berauschen. Was war natürlicher, als daß, genau so wie einst dem Vater der kleine Herr Dorfpfarrer, nun mir der Herr Abt als höchst erstrebenswertes Ideal erschien. Wenigstens zeitweise war dies der Fall. Nachdem aber der Herr Vater bei seinem streitsüchtigen Jungen die rednerischen Talente aus begreiflichen Gründen nicht so zu schätzen vermochte, um aus ihnen etwa günstige Schlüsse für die Zukunft seines Sprößlings zu ziehen, konnte er natürlich auch ein Verständnis für solche Jugendgedanken nicht gewinnen. Besorgt beobachtete er wohl diesen Zwiespalt der Natur.

Tatsächlich verlor sich denn auch die zeitweilige Sehnsucht nach diesem Berufe sehr bald, um nun meinem Temperamente besser entsprechenden Hoffnungen Platz zu machen. Beim Durchstöbern der väterlichen Bibliothek war ich über verschiedene Bücher militärischen Inhalts gekommen, darunter eine Volksausgabe des Deutsch-Französischen Krieges 1870/71. Es waren zwei Bände einer illustrierten Zeitschrift aus diesen Jahren, die nun meine Lieblingslektüre wurden. Nicht lange dauerte es, und der große Heldenkampf war mir zum größten inneren Erlebnis geworden. Von nun an schwärmte ich mehr und mehr für alles, was irgendwie mit Krieg oder doch mit Soldatentum zusammenhing.

Aber auch in anderer Hinsicht sollte dies von Bedeutung für mich werden. Zum ersten Male wurde mir, wenn auch in noch unklarer Vorstellung, die Frage aufgedrängt, ob und welch ein Unterschied denn zwischen den diese Schlachten schlagenden Deutschen und den anderen sei? Warum hat denn nicht auch Österreich mitgekämpft in diesem Kriege, warum nicht der Vater und nicht all die anderen auch?

Sind wir denn nicht auch dasselbe wie eben alle anderen Deutschen?

Gehören wir denn nicht alle zusammen? Dieses Problem begann zum ersten Male in meinem kleinen Gehirn zu

wühlen. Mit innerem Neide mußte ich auf vorsichtige Fragen die Antwort vernehmen, daß nicht jeder Deutsche das Glück besitze, dem Reich Bismarcks anzugehören.

Ich konnte dies nicht begreifen.

*

Ich sollte studieren.

Aus meinem ganzen Wesen und noch mehr aus meinem Temperament glaubte der Vater den Schluß ziehen zu können, daß das humanistische Gymnasium einen Widerspruch zu meiner Veranlagung darstellen würde. Besser schien ihm eine Realschule zu entsprechen. Besonders wurde er in dieser Meinung noch bestärkt durch eine ersichtliche Fähigkeit zum Zeichnen; ein Gegenstand, der in den österreichischen Gymnasien seiner Überzeugung nach vernachlässigt wurde. Vielleicht war aber auch seine eigene schwere Lebensarbeit noch mitbestimmend, die ihn das humanistische Studium, als in seinen Augen unpraktisch, weniger schätzen ließ. Grundsätzlich war er aber der Willensmeinung, daß, so wie er, natürlich auch sein Sohn Staatsbeamter werden würde, ja müßte. Seine bittere Jugend ließ ihm ganz natürlich das später Erreichte um so größer erscheinen, als dieses doch nur ausschließliches Ergebnis seines eisernen Fleißes und eigener Tatkraft war. Es war der Stolz des Selbstgewordenen, der ihn bewog, auch seinen Sohn in die gleiche, wenn möglich natürlich höhere Lebensstellung bringen zu wollen, um so mehr, als er doch durch den Fleiß des eigenen Lebens seinem Kinde das Werden um so viel zu erleichtern vermochte.

Der Gedanke einer Ablehnung dessen, was ihm einst zum Inhalt seines ganzen Lebens wurde, erschien ihm doch als unfaßbar. So war der Entschluß des Vaters einfach, bestimmt und klar, in seinen eigenen Augen selbstverständlich. Endlich wäre es seiner in dem bitteren Existenzkampfe eines ganzen Lebens herrisch gewordenen Natur aber auch ganz unerträglich vorgekommen, in solchen Dingen etwa die letzte Entscheidung dem in seinen Augen unerfahrenen und damit eben noch nicht verantwortlichen Jungen selber zu

überlassen. Es würde dies auch als schlechte und verwerfliche Schwäche in der Ausübung der ihm zukommenden väterlichen Autorität und Verantwortung für das spätere Leben seines Kindes unmöglich zu seiner sonstigen Auffassung von Pflichterfüllung gepaßt haben.

Und dennoch sollte es anders kommen.

Zum ersten Male in meinem Leben wurde ich, als damals noch kaum Elfjähriger, in Opposition gedrängt. So hart und entschlossen auch der Vater sein mochte in der Durchsetzung einmal ins Auge gefaßter Pläne und Absichten, so verbohrt und widerspenstig war aber auch sein Junge in der Ablehnung eines ihm nicht oder nur wenig zusagenden Gedankens.

Ich wollte nicht Beamter werden.

Weder Zureden noch „ernste“ Vorstellungen vermochten an diesem Widerstande etwas zu ändern. Ich wollte nicht Beamter werden, nein und nochmals ein. Alle Versuche, mir durch Schilderungen aus des Vaters eigenem Leben Liebe oder Lust zu diesem Berufe erwecken zu wollen, schlugen in das Gegenteil um. Mir wurde gähnend übel bei dem Gedanken, als unfreier Mann einst in einem Büro sitzen zu dürfen; nicht Herr sein zu können der eigenen Zeit, sondern in auszufüllende Formulare den Inhalt eines ganzen Lebens zwängen zu müssen.

Welche Gedanken konnte dies auch erwecken bei einem Jungen, der doch wirklich alles andere war, aber nur nicht „brav“ im landläufigem Sinne! Das lächerlich leichte Lernen in der Schule gab mir so viel freie Zeit, daß mich mehr die Sonne als das Zimmer sah. Wenn mir heute durch meine politischen Gegner in liebevoller Aufmerksamkeit mein Leben durchgeprüft wird bis in die Zeit meiner damaligen Jugend, um endlich mit Erleichterung feststellen zu können, welch unerträgliche Streiche dieser „Hitler“ schon in seiner Jugend verübt hatte, so danke ich dem Himmel, daß er mir so auch jetzt noch etwas abgibt aus den Erinnerungen dieser glückseligen Zeit. Wiese und Wald waren damals der Fechtboden, auf dem die immer vorhandenen „Gegensätze“ zur Austragung kamen.

Auch der nun erfolgende Besuch der Realschule konnte dem wenig Einhalt tun.

Freilich mußte nun aber auch ein anderer Gegensatz ausgefochten werden.

Solange der Absicht des Vaters, mich Staatsbeamter werden zu lassen, nur meine prinzipielle Abneigung zum Beamtenberuf an sich gegenüber stand, war der Konflikt leicht erträglich. Ich konnte solange auch mit meinen inneren Anschauungen etwas zurückhalten, brauchte ja nicht immer gleich zu widersprechen. Es genügte mein eigener fester Entschluß, später einmal nicht Beamter zu werden, um mich innerlich vollständig zu beruhigen. Diesen Entschluß besaß ich aber unabänderlich. Schwerer wurde die Frage, wenn dem Plane des Vaters ein eigener gegenübertrat. Schon mit zwölf Jahren traf dies ein. Wie es nun kam, weiß ich heute selber nicht, aber eines Tages war es mir klar, daß ich Maler werden würde, Kunstmaler. Mein Talent zum Zeichnen stand allerdings fest, war es doch sogar mit ein Grund für den Vater, mich auf die Realschule zu schicken, allein nie und niemals hätte dieser daran gedacht, mich etwa beruflich in einer solchen Richtung ausbilden zu lassen. Im Gegenteil. Als ich zum ersten Male, nach erneuter Ablehnung des väterlichen Lieblingsgedankens, die Frage gestellt bekam, was ich denn nun eigentlich selber werden wollte und ziemlich unvermittelt mit meinem unterdessen fest gefaßten Entschluß herausplatzte, war der Vater zunächst sprachlos.

„Maler? Kunstmaler?“

Er zweifelte an meiner Vernunft, glaubte vielleicht auch, nicht recht gehört oder verstanden zu haben. Nachdem er allerdings darüber aufgeklärt war und besonders die Ernsthaftigkeit meiner Absicht fühlte, warf er sich denn auch mit der ganzen Entschlossenheit seines Wesens dagegen. Seine Entscheidung war hier nur sehr einfach, wobei irgendein Abwägen meiner etwa wirklich vorhandenen Fähigkeiten gar nicht in Frage kommen konnte.

„Kunstmaler, nein, solange ich lebe, niemals.“ Da nun aber sein Sohn eben mit verschiedenen sonstigen Eigen-

schaften wohl auch die einer ähnlichen Starrheit geerbt haben möchte, so kam auch eine ähnliche Antwort zurück. Nur natürlich umgekehrt dem Sinne nach.

Auf beiden Seiten blieb es dabei bestehen. Der Vater verließ nicht sein „Niemals" und ich verstärkte mein „Trotzdem".

Freilich hatte dies nun nicht sehr erfreuliche Folgen. Der alte Herr ward verbittert und, so sehr ich ihn auch liebte, ich auch. Der Vater verbat sich jede Hoffnung, daß ich jemals zum Maler ausgebildet werden würde. Ich ging einen Schritt weiter und erklärte, daß ich dann überhaupt nicht mehr lernen wollte. Da ich nun natürlich mit solchen „Erklärungen" doch den Kürzeren zog, insoferne der alte Herr jetzt seine Autorität rücksichtslos durchzusetzen sich anschickte, schwieg ich künftig, setzte meine Drohung aber in die Wirklichkeit um. Ich glaubte, daß, wenn der Vater erst den mangelnden Fortschritt in der Realschule sähe, er gut oder übel eben doch mich meinem erträumten Glück würde zugehen lassen.

Ich weiß nicht, ob diese Rechnung gestimmt hätte. Sicher war zunächst nur mein ersichtlicher Mißerfolg in der Schule. Was mich freute, lernte ich, vor allem auch alles, was ich meiner Meinung nach später als Maler brauchen würde. Was mir in dieser Hinsicht bedeutungslos erschien oder mich auch sonst nicht so anzog, sabotierte ich vollkommen. Meine Zeugnisse in dieser Zeit stellten, je nach dem Gegenstande und seiner Einschätzung, immer Extreme dar. Neben „lobenswert" und „vorzüglich" „genügend" oder auch „nicht genügend". Am weitaus besten waren meine Leistungen in Geographie und mehr noch in Weltgeschichte. Die beiden Lieblingsfächer, in denen ich der Klasse vorschoß.

Wenn ich nun nach so viel Jahren mir das Ergebnis dieser Zeit prüfend vor Augen halte, so sehe ich zwei hervorstechende Tatsachen als besonders bedeutungsvoll an:

Erstens: ich wurde Nationalist.

Zweitens: ich lernte Geschichte ihrem Sinne nach verstehen und begreifen.

Das alte Österreich war ein „Nationalitätenstaat“.

Der Angehörige des Deutschen Reiches konnte im Grunde genommen, wenigstens damals, gar nicht erfassen, welche Bedeutung diese Tatsache für das alltägliche Leben des einzelnen in einem solchen Staate besitzt. Man hatte sich nach dem wundervollen Siegeszuge der Heldenheere im Deutsch-Französischen Kriege allmählich immer mehr dem Deutschtum des Auslandes entfremdet, zum Teil dieses auch gar nicht mehr zu würdigen vermocht oder wohl auch nicht mehr gekonnt. Man verwechselte besonders in bezug auf den Deutschösterreicher nur zu leicht die verkommene Dynastie mit dem im Kerne urgesunden Volke.

Man begriff nicht, daß, wäre nicht der Deutsche in Österreich wirklich noch von bestem Blute, er niemals die Kraft hätte besitzen können, einem 52-Millionen-Staate so sehr seinen Stempel aufzuprägen, daß ja gerade in Deutschland sogar die irrige Meinung entstehen konnte, Österreich wäre ein deutscher Staat. Ein Unsinn von schwersten Folgen, aber ein doch glänzendes Zeugnis für die zehn Millionen Deutschen der Ostmark. Von dem ewigen unerbittlichen Kampfe um die deutsche Sprache, um deutsche Schule und deutsches Wesen hatten nur ganz wenige Deutsche aus dem Reiche eine Ahnung. Erst heute, da diese traurige Not vielen Millionen unseres Volkes aus dem Reiche selber aufgezwungen ist, die unter fremder Herrschaft vom gemeinsamen Vaterlande träumen und, sich sehnend nach ihm, wenigstens das heilige Anspruchsrecht der Muttersprache zu erhalten versuchen, versteht man in größerem Kreise, was es heißt, für sein Volkstum kämpfen zu müssen. Nun vermag auch vielleicht der eine oder andere die Größe des Deutschtums aus der alten Ostmark des Reiches zu messen, das, nur auf sich selbst gestellt, Jahrhunderte lang das Reich erst nach Osten beschirmte, um endlich in zermürbendem Kleinkrieg die deutsche Sprachgrenze zu halten, in einer Zeit, da das Reich sich wohl für Kolonien interessierte, aber nicht für das eigene Fleisch und Blut von seinen Türen.

Wie überall und immer, in jeglichem Kampf, gab es

auch im Sprachenkampf des alten Österreich drei Schichten: die Kämpfer, die Lauen und die Verräter.

Schon in der Schule begann diese Siebung einzutreten. Denn es ist das Bemerkenswerte des Sprachenkampfes wohl überhaupt, daß seine Wellen vielleicht am schwersten gerade die Schule, als Pflanzstätte der kommenden Generation, umspülen. Um das Kind wird dieser Kampf geführt, und an das Kind richtet sich der erste Appell dieses Streites:

„Deutscher Knabe, vergiß nicht, daß du ein Deutscher bist", und „Mädchen, gedenke, daß du eine deutsche Mutter werden sollst".

Wer der Jugend Seele kennt, der wird verstehen können, daß gerade sie am freudigsten die Ohren für einen solchen Kampfruf öffnet. In hunderterlei Formen pflegt sie diesen Kampf dann zu führen, auf ihre Art und mit ihren Waffen. Sie lehnt es ab, undeutsche Lieder zu singen, schwärmt um so mehr für deutsche Heldengröße, je mehr man versucht, sie dieser zu entfremden; sammelt an vom Munde abgesparten Hellern zum Kampfschatz der Großen; sie ist unglaublich hellhörig dem undeutschen Lehrer gegenüber und widerhaarig zugleich; trägt die verbotenen Abzeichen des eigenen Volkstums und ist glücklich, dafür bestraft oder gar geschlagen zu werden. Sie ist also im kleinen ein getreues Spiegelbild der Großen, nur oft in besserer und aufrichtigerer Gesinnung.

Auch ich hatte so einst die Möglichkeit, schon in verhältnismäßig früher Jugend am Nationalitätenkampf des alten Österreich teilzunehmen. Für Südmark und Schulverein wurde da gesammelt, durch Kornblumen und schwarzrotgoldne Farben die Gesinnung betont, mit „Heil" begrüßt, und statt des Kaiserliedes lieber „Deutschland über alles" gesungen, trotz Verwarnung und Strafen. Der Junge ward dabei politisch geschult in einer Zeit, da der Angehörige eines sogenannten Nationalstaates meist noch von seinem Volkstum wenig mehr als die Sprache kennt. Daß ich damals schon nicht zu den Lauen gehört habe, versteht sich von selbst. In kurzer Zeit war ich zum fanatischen „Deutsch-

nationalen“ geworden, wobei dies allerdings nicht identisch ist mit unserem heutigen Parteibegriff.

Diese Entwicklung machte bei mir sehr schnelle Fortschritte, so daß ich schon mit fünfzehn Jahren zum Verständnis des Unterschiedes von dynastischem „Patriotismus“ und völkischem „Nationalismus“ gelangte; und ich kannte damals schon nur mehr das letztere.

Für den, der sich niemals die Mühe nahm, die inneren Verhältnisse der Habsburgermonarchie zu studieren, mag ein solcher Vorgang vielleicht nicht ganz erklärlich sein. Nur der Unterricht in der Schule über die Weltgeschichte mußte in diesem Staate schon den Keim zu dieser Entwicklung legen, gibt es doch eine spezifisch österreichische Geschichte nur im kleinsten Maße. Das Schicksal dieses Staates ist so sehr mit dem Leben und Wachsen des ganzen Deutschtums verbunden, daß eine Scheidung der Geschichte etwa in eine deutsche und österreichische gar nicht denkbar erscheint. Ja, als endlich Deutschland sich in zwei Machtbereiche zu trennen begann, wurde eben diese Trennung zur deutschen Geschichte.

Die zu Wien bewahrten Kaiserinsignien einstiger Reichsherrlichkeit scheinen als wundervoller Zauber weiter zu wirken als Unterpfand einer ewigen Gemeinschaft.

Der elementare Aufschrei des deutschösterreichischen Volkes in den Tagen des Zusammenbruches des Habsburgerstaates nach Vereinigung mit dem deutschen Mutterland war ja nur das Ergebnis eines tief im Herzen des gesamten Volkes schlummernden Gefühls der Sehnsucht nach dieser Rückkehr in das nie vergessene Vaterhaus. Niemals aber würde dies erklärlich sein, wenn nicht die geschichtliche Erziehung des einzelnen Deutschösterreichers Ursache einer solchen allgemeinen Sehnsucht gewesen wäre. In ihr liegt ein Brunnen, der nie versiegt; der besonders in Zeiten des Vergessens als stiller Mahner, über augenblickliches Wohlleben hinweg, immer wieder durch die Erinnerung an die Vergangenheit von neuer Zukunft raunen wird.

Der Unterricht über Weltgeschichte in den sogenannten Mittelschulen liegt nun freilich auch heute noch sehr im

Argen. Wenige Lehrer begreifen, daß das Ziel gerade des geschichtlichen Unterrichtes nie und nimmer im Auswendiglernen und Herunterhaspeln geschichtlicher Daten und Ereignisse liegen kann; daß es nicht darauf ankommt, ob der Junge nun genau weiß, wann diese oder jene Schlacht geschlagen, ein Feldherr geboren wurde, oder gar ein (meistens sehr unbedeutender) Monarch die Krone seiner Ahnen auf das Haupt gesetzt erhielt. Nein, wahrhaftiger Gott, darauf kommt es wenig an.

Geschichte „lernen" heißt die Kräfte suchen und finden, die als Ursachen zu jenen Wirkungen führen, die wir dann als geschichtliche Ereignisse vor unseren Augen sehen.

Die Kunst des Lesens wie des Lernens ist auch hier: Wesentliches behalten, Unwesentliches vergessen.

Es wurde vielleicht bestimmend für mein ganzes späteres Leben, daß mir das Glück einst gerade für Geschichte einen Lehrer gab, der es als einer der ganz wenigen verstand, für Unterricht und Prüfung diesen Gesichtspunkt zum beherrschenden zu machen. In meinem damaligen Professor Dr. Leopold Pötsch, an der Realschule zu Linz, war diese Forderung in wahrhaft idealer Weise verkörpert. Ein alter Herr, von ebenso gütigem als aber auch bestimmtem Auftreten, vermochte er besonders durch eine blendende Beredsamkeit uns nicht nur zu fesseln, sondern wahrhaft mitzureißen. Noch heute erinnere ich mich mit leiser Rührung an den grauen Mann, der uns im Feuer seiner Darstellung manchmal die Gegenwart vergessen ließ, uns zurückzauberte in vergangene Zeiten und aus dem Nebelschleier der Jahrtausende die trockene geschichtliche Erinnerung zur lebendigen Wirklichkeit formt. Wir saßen dann da, oft zu heller Glut begeistert, mitunter sogar zu Tränen gerührt.

Das Glück ward um so größer, als dieser Lehrer es verstand, aus Gegenwart Vergangenes zu erleuchten, aus Vergangenheit aber die Konsequenzen für die Gegenwart zu ziehen. So brachte er denn auch, mehr als sonst einer, Verständnis auf für all die Tagesprobleme, die uns damals in Atem hielten. Unser kleiner nationaler Fanatismus

wird ihm ein Mittel zu unserer Erziehung, indem er öfters als einmal an das nationale Ehrgefühl appellierend, dadurch allein uns Rangen schneller in Ordnung brachte, als dies durch andere Mittel je möglich gewesen wäre.

Mir hat dieser Lehrer Geschichte zum Lieblingsfach gemacht.

Freilich wurde ich, wohl ungewollt von ihm, auch damals schon zum jungen Revolutionär.

Wer konnte auch unter einem solchen Lehrer deutsche Geschichte studieren, ohne zum Feinde des Staates zu werden, der durch sein Herrscherhaus in so unheilvoller Weise die Schicksale der Nation beeinflußte?

Wer endlich konnte noch Kaisertreue bewahren einer Dynastie gegenüber, die in Vergangenheit und Gegenwart die Belange des deutschen Volkes immer und immer wieder um schmählicher eigener Vorteile wegen verriet?

Wußten wir nicht als Jungen schon, daß dieser österreichische Staat keine Liebe zu uns, Deutschen, besaß, ja überhaupt gar nicht besitzen konnte?

Die geschichtliche Erkenntnis des Wirkens des Habsburgerhauses wurde noch unterstützt durch die tägliche Erfahrung. Im Norden und im Süden fraß das fremde Völkergift am Körper unseres Volkstums, und selbst Wien wurde zusehends mehr und mehr zur undeutschen Stadt. Das „Erzhaus“ tschechisierte, wo immer nur möglich, und es war die Faust der Göttin ewigen Rechtes und unerbittlicher Vergeltung, die den tödlichsten Feind des österreichischen Deutschtums, Erzherzog Franz Ferdinand, gerade durch die Kugeln fallen ließ, die er selber mithalf zu gießen. War er doch der Patronatsherr der von oben herunter betätigten Slawisierung Österreichs!

Ungeheuer waren die Lasten, die man dem deutschen Volke zumutete, unerhört seine Opfer an Steuern und an Blut, und dennoch mußte jeder nicht gänzlich Blinde erkennen, daß dieses alles umsonst sein würde. Was uns dabei am meisten schmerzte, war noch die Tatsache, daß dieses ganze System moralisch gedeckt wurde durch das Bündnis mit Deutschland, womit der langsamen Ausrottung des

Deutschtums in der alten Monarchie auch noch gewissermaßen von Deutschland aus selber die Sanktion erteilt wurde. Die habsburgische Heuchelei, mit der man es verstand, nach außen den Anschein zu erwecken, als ob Österreich noch immer ein deutscher Staat wäre, steigerte den Haß gegen dieses Haus zur hellen Empörung und Verachtung zugleich.

Nur im Reiche selber sahen die auch damals schon allein „Berufenen" von all dem nichts. Wie mit Blindheit geschlagen wandelten sie an der Seite eines Leichnams und glaubten in den Anzeichen der Verwesung gar noch Merkmale „neuen" Lebens zu entdecken.

In der unseligen Verbindung des jungen Reiches mit dem österreichischen Scheinstaat lag der Keim zum späteren Weltkrieg, aber auch zum Zusammenbruch.

Ich werde im Verlaufe dieses Buches mich noch gründlich mit diesem Problem zu beschäftigen haben. Es genügt hier nur festzustellen, daß ich im Grunde genommen schon in der frühesten Jugend zu einer Einsicht kam, die mich niemals mehr verließ, sondern sich nur noch vertiefte:

Daß nämlich die Sicherung des Deutschtums die Vernichtung Österreichs voraussetzte, und daß weiter Nationalgefühl in nichts identisch ist mit dynastischem Patriotismus; daß vor allem das habsburgische Erzhaus zum Unglück der deutschen Nation bestimmt war.

Ich hatte schon damals die Konsequenzen aus dieser Erkenntnis gezogen: heiße Liebe zu meiner deutschösterreichischen Heimat, tiefen Haß gegen den österreichischen Staat.

*

Die Art des geschichtlichen Denkens, die mir so in der Schule beigebracht wurde, hat mich in der Folgezeit nicht mehr verlassen. Weltgeschichte ward mir immer mehr zu einem unerschöpflichen Quell des Verständnisses für das geschichtliche Handeln der Gegenwart, also für Politik. Ich will sie dabei nicht „lernen", sondern sie soll mich lehren.

War ich so frühzeitig zum politischen „Revolutionär“ geworden, so nicht minder früh auch zum künstlerischen.

Die oberösterreichische Landeshauptstadt besaß damals ein verhältnismäßig nicht schlechtes Theater. Gespielt wurde so ziemlich alles. Mit zwölf Jahren sah ich da zum ersten Male „Wilhelm Tell“, wenige Monate darauf als erste Oper meines Lebens „Lohengrin“. Mit einem Schlage war ich gefesselt. Die jugendliche Begeisterung für den Bayreuther Meister kannte keine Grenzen. Immer wieder zog es mich zu seinen Werken, und ich empfinde es heute als besonderes Glück, daß mir durch die Bescheidenheit der provinzialen Aufführung die Möglichkeit einer späteren Steigerung erhalten blieb.

Dies alles festigte, besonders nach Überwindung der Flegeljahre (was bei mir sich nur sehr schmerzlich vollzog), meine tiefinnere Abneigung gegen einen Beruf, wie ihn der Vater für mich erwählt hatte. Immer mehr kam ich zur Überzeugung, daß ich als Beamter niemals glücklich werden würde. Seit nun auch in der Realschule meine zeichnerische Begabung anerkannt wurde, stand mein Entschluß nur noch fester.

Daran konnten weder Bitten noch Drohungen mehr etwas ändern.

Ich wollte Maler werden und um keine Macht der Welt Beamter.

Eigentümlich war es nur, daß mit steigenden Jahren sich immer mehr Interesse für Baukunst einstellte.

Ich hielt dies damals für die selbstverständliche Ergänzung meiner malerischen Befähigung und freute mich nur innerlich über diese Erweiterung meines künstlerischen Rahmens.

Daß es einmal anders kommen sollte, ahnte ich nicht.

*

Die Frage meines Berufes sollte nun doch schneller entschieden werden, als ich vorher erwarten durfte.

Mit dem 13. Lebensjahr verlor ich urplötzlich den Vater. Ein Schlaganfall traf den sonst noch so rüstigen Herrn und

beendete auf schmerzloseste Weise seine irdische Wanderung, uns alle in tiefstes Leid versenkend. Was er am meisten ersehnte, seinem Kinde die Existenz mitzuschaffen, um es so vor dem eigenen bitteren Werdegang zu bewahren, schien ihm damals wohl nicht gelungen zu sein. Allein er legte, wenn auch gänzlich unbewußt, die Keime für eine Zukunft, die damals weder er noch ich begriffen hätte.

Zunächst änderte sich ja äußerlich nichts.

Die Mutter fühlte sich wohl verpflichtet, gemäß dem Wunsche des Vaters meine Erziehung weiter zu leiten, d. h. also mich für die Beamtenlaufbahn studieren zu lassen. Ich selber war mehr als je zuvor entschlossen, unter keinen Umständen Beamter zu werden. In eben dem Maße nun, in dem die Mittelschule sich in Lehrstoff und Ausbildung von meinem Ideal entfernte, wurde ich innerlich gleichgültiger. Da kam mir plötzlich eine Krankheit zu Hilfe und entschied in wenigen Wochen über meine Zukunft und die dauernde Streitfrage des väterlichen Hauses. Mein schweres Lungenleiden ließ einen Arzt der Mutter auf das dringendste anraten, mich später einmal unter keinen Umständen in ein Bureau zu geben. Der Besuch der Realschule mußte ebenfalls auf mindestens ein Jahr eingestellt werden. Was ich so lange im stillen ersehnt, für was ich immer gestritten hatte, war nun durch dieses Ereignis mit einem Male fast von selber zur Wirklichkeit geworden.

Unter dem Eindruck meiner Erkrankung willigte die Mutter endlich ein, mich später aus der Realschule nehmen zu wollen und die Akademie besuchen zu lassen.

Es waren die glücklichsten Tage, die mir nahezu als ein schöner Traum erschienen; und ein Traum sollte es ja auch nur sein. Zwei Jahre später machte der Tod der Mutter all den schönen Plänen ein jähes Ende.

Es war der Abschluß einer langen, schmerzhaften Krankheit, die von Anfang an wenig Aussicht auf Genesung ließ. Dennoch traf besonders mich der Schlag entsetzlich. Ich hatte den Vater verehrt, die Mutter jedoch geliebt.

Not und harte Wirklichkeit zwangen mich nun, einen schnellen Entschluß zu fassen. Die geringen väterlichen Mit-

tel waren durch die schwere Krankheit der Mutter zum großen Teile verbraucht worden; die mir zukommende Waisenpension genügte nicht, um auch nur leben zu können, also war ich nun angewiesen, mir irgendwie mein Brot selber zu verdienen.

Einen Koffer mit Kleidern und Wäsche in den Händen, mit einem unerschütterlichen Willen im Herzen, fuhr ich so nach Wien. Was dem Vater 50 Jahre vorher gelungen, hoffte auch ich dem Schicksal abzujagen; auch ich wollte „etwas" werden, allerdings — auf keinen Fall Beamter.

2. Kapitel

Wiener Lehr- und Leidensjahre

Als die Mutter starb, hatte das Schicksal in einer Hinsicht bereits seine Entscheidung getroffen.

In deren letzten Leidensmonaten war ich nach Wien gefahren, um die Aufnahmeprüfung in die Akademie zu machen. Ausgerüstet mit einem dicken Pack von Zeichnungen, hatte ich mich damals auf den Weg gemacht, überzeugt, die Prüfung spielend leicht bestehen zu können. In der Realschule war ich schon weitaus der beste Zeichner meiner Klasse gewesen; seitdem war meine Fähigkeit noch ganz außerordentlich weiter entwickelt worden, so daß meine eigene Zufriedenheit mich stolz und glücklich das Beste hoffen ließ.

Eine einzige Trübung trat manchmal ein: mein malerisches Talent schien übertroffen zu werden von meinem zeichnerischen, besonders auf fast allen Gebieten der Architektur. Ebenso aber wuchs auch mein Interesse für die Baukunst an und für sich immer mehr. Beschleunigt wurde dies noch, seit ich, noch nicht 16 Jahre alt, zum ersten Male zu einem Besuche auf zwei Wochen nach Wien fahren durfte. Ich fuhr hin, um die Gemäldegalerie des Hofmuseums zu studieren, hatte aber fast nur Augen für das Museum selber. Ich lief die Tage vom frühen Morgen bis in die späte Nacht von einer Sehenswürdigkeit zur anderen, allein es waren immer nur Bauten, die mich in erster Linie fesselten. Stundenlang konnte ich so vor der Oper stehen, stundenlang das Parlament bewundern; die ganze Ringstraße wirkte auf mich wie ein Zauber aus Tausendundeiner Nacht.

Nun also war ich zum zweiten Male in der schönen Stadt und wartete mit brennender Ungeduld, aber auch stolzer

Zuversicht auf das Ergebnis meiner Aufnahmeprüfung. Ich war vom Erfolge so überzeugt, daß die mir verkündete Ablehnung mich wie ein jäher Schlag aus heiterem Himmel traf. Und doch war es so. Als ich mich dem Rektor vorstellen ließ und die Bitte um Erklärung der Gründe wegen meiner Nichtaufnahme in die allgemeine Malerschule der Akademie vorbrachte, versicherte mir der Herr, daß aus meinen mitgebrachten Zeichnungen einwandfrei meine Nichteignung zum Maler hervorgehe, sondern meine Fähigkeit doch ersichtlich auf dem Gebiete der Architektur liege; für mich käme niemals die Malerschule, sondern nur die Architekturschule der Akademie in Frage. Daß ich bisher weder eine Bauschule besucht noch sonst einen Unterricht in Architektur erhalten hatte, konnte man zunächst gar nicht verstehen.

Geschlagen verließ ich den Hansenschen Prachtbau am Schillerplatz, zum ersten Male in meinem jungen Leben uneins mit mir selber. Denn was ich über meine Fähigkeit gehört hatte, schien mir nun auf einmal wie ein greller Blitz einen Zwiespalt aufzudecken, unter dem ich schon längst gelitten hatte, ohne bisher mir eine klare Rechenschaft über das Warum und Weshalb geben zu können.

In wenigen Tagen wußte ich nun auch selber, daß ich einst Baumeister werden würde.

Freilich war der Weg unerhört schwer; denn was ich bisher aus Trotz in der Realschule versäumt hatte, sollte sich nun bitter rächen. Der Besuch der Architekturschule der Akademie war abhängig vom Besuch der Bauschule der Technik, und den Eintritt in diese bedingte eine vorher abgelegte Matura an einer Mittelschule. Dieses alles fehlte mir vollständig. Nach menschlichem Ermessen also war eine Erfüllung meines Künstlertraumes nicht mehr möglich.

Als ich nun nach dem Tode der Mutter zum dritten Male nach Wien und dieses Mal für viele Jahre zog, war bei mir mit der unterdessen verstrichenen Zeit Ruhe und Entschlossenheit zurückgekehrt. Der frühere Trotz war wieder gekommen und mein Ziel endgültig ins Auge gefaßt. Ich wollte Baumeister werden, und Widerstände sind nicht da, daß

man vor ihnen kapituliert, sondern daß man sie bricht. Und brechen wollte ich diese Widerstände, immer das Bild des Vaters vor Augen, der sich einst vom armen Dorf- und Schusterjungen zum Staatsbeamten emporgerungen hatte. Da war mein Boden doch schon besser, die Möglichkeit des Kampfes um so viel leichter; und was damals mir als Härte des Schicksals erschien, preise ich heute als Weisheit der Vorsehung. Indem mich die Göttin der Not in ihre Arme nahm und mich oft zu zerbrechen drohte, wuchs der Wille zum Widerstand, und endlich blieb der Wille Sieger.

Das danke ich der damaligen Zeit, daß ich hart geworden bin und hart sein kann. Und mehr noch als dieses preise ich sie dafür, daß sie mich losriß von der Hohlheit des gemächlichen Lebens, daß sie das Muttersöhnchen aus den weichen Daunen zog und ihm Frau Sorge zur neuen Mutter gab, daß sie den Widerstrebenden hineinwarf in die Welt des Elends und der Armut und ihn so die kennenlernen ließ, für die er später kämpfen sollte.

*

In dieser Zeit sollte mir auch das Auge geöffnet werden für zwei Gefahren, die ich beide vordem kaum dem Namen nach kannte, auf keinen Fall aber in ihrer entsetzlichen Bedeutung für die Existenz des deutschen Volkes begriff: Marxismus und Judentum.

Wien, die Stadt, die so vielen als Inbegriff harmloser Fröhlichkeit gilt, als festlicher Raum vergnügter Menschen, ist für mich leider nur die lebendige Erinnerung an die traurigste Zeit meines Lebens.

Auch heute noch kann diese Stadt nur trübe Gedanken in mir erwecken. Fünf Jahre Elend und Jammer sind im Namen dieser Phäakenstadt für mich enthalten. Fünf Jahre, in denen ich erst als Hilfsarbeiter, dann als kleiner Maler mir mein Brot verdienen mußte; mein wahrhaft kärglich Brot, das doch nie langte, um auch nur den gewöhnlichen Hunger zu stillen. Er war damals mein getreuer Wächter, der mich als einziger fast nie verließ, der in allem redlich mit mir

teilte. Jedes Buch, das ich mir erwarb, erregte seine Teilnahme; ein Besuch der Oper ließ ihn mir dann wieder Gesellschaft leisten auf Tage hinaus; es war ein dauernder Kampf mit meinem mitleidslosen Freunde. Und doch habe ich in dieser Zeit gelernt, wie nie zuvor. Außer meiner Baukunst, dem seltenen, vom Munde abgesparten Besuch der Oper, hatte ich als einzige Freude nur mehr Bücher.

Ich las damals unendlich viel, und zwar gründlich. Was mir so an freier Zeit von meiner Arbeit übrig blieb, ging restlos für mein Studium auf. In wenigen Jahren schuf ich mir damit die Grundlagen eines Wissens, von denen ich auch heute noch zehre.

Aber mehr noch als dieses.

In dieser Zeit bildete sich mir ein Weltbild und eine Weltanschauung, die zum granitenen Fundament meines derzeitigen Handelns wurden. Ich habe zu dem, was ich mir so einst schuf, nur weniges hinzulernen müssen, zu ändern brauchte ich nichts.

Im Gegenteil.

Ich glaube heute fest daran, daß im allgemeinen sämtliche schöpferischen Gedanken schon in der Jugend grundsätzlich erscheinen, soferne solche überhaupt vorhanden sind. Ich unterscheide zwischen der Weisheit des Alters, die nur in einer größeren Gründlichkeit und Vorsicht als Ergebnis der Erfahrungen eines langen Lebens gelten kann, und der Genialität der Jugend, die in unerschöpflicher Fruchtbarkeit Gedanken und Ideen ausschüttet, ohne sie zunächst auch nur verarbeiten zu können, infolge der Fülle ihrer Zahl. Sie liefert die Baustoffe und Zukunftspläne, aus denen das weisere Alter die Steine nimmt, behaut und den Bau aufführt, soweit nicht die sogenannte Weisheit des Alters die Genialität der Jugend erstickt hat.

*

Das Leben, das ich bis dorthin im väterlichen Hause geführt hatte, unterschied sich eben wenig oder in nichts von dem all der anderen. Sorgenlos konnte ich den neuen Tag erwarten, und ein soziales Problem gab es für mich nicht.

Die Umgebung meiner Jugend setzte sich zusammen aus den Kreisen kleinen Bürgertums, also aus einer Welt, die zu dem reinen Handarbeiter nur sehr wenig Beziehungen besitzt. Denn so sonderbar es auch auf den ersten Blick scheinen mag, so ist doch die Kluft gerade zwischen diesen durchaus wirtschaftlich nicht glänzend gestellten Schichten und dem Arbeiter der Faust oft tiefer, als man denkt. Der Grund dieser, sagen wir fast Feindschaft, liegt in der Furcht einer Gesellschaftsgruppe, die sich erst ganz kurze Zeit aus dem Niveau der Handarbeiter herausgehoben hat, wieder zurückzusinken in den alten, wenig geachteten Stand, oder wenigstens noch zu ihm gerechnet zu werden. Dazu kommt noch bei vielen die widerliche Erinnerung an das kulturelle Elend dieser unteren Klasse, die häufige Roheit des Umgangs untereinander, wobei die eigene, auch noch so geringe Stellung im gesellschaftlichen Leben jede Berührung mit dieser überwundenen Kultur- und Lebensstufe zu einer unerträglichen Belastung werden läßt.

So kommt es, daß häufig der Höherstehende unbefangener zu seinem letzten Mitmenschen herabsteigt, als es dem „Emporkömmling“ auch nur möglich erscheint.

Denn Emporkömmling ist nun einmal jeder, der sich durch eigene Tatkraft aus einer bisherigen Lebensstellung in eine höhere emporringt.

Endlich aber läßt dieser häufig sehr herbe Kampf das Mitleid absterben. Das eigene schmerzliche Ringen um das Dasein tötet die Empfindung für das Elend der Zurückgebliebenen.

Mit mir besaß das Schicksal in dieser Hinsicht Erbarmen Indem es mich zwang, wieder in diese Welt der Armut und der Unsicherheit zurückzukehren, die einst der Vater im Laufe seines Lebens schon verlassen hatte, zog es mir die Scheuklappen einer beschränkten kleinbürgerlichen Erziehung von den Augen. Nun erst lernte ich die Menschen kennen; lernte unterscheiden zwischen hohlem Scheine oder brutalem Äußeren und ihrem inneren Wesen.

Wien gehörte nach der Jahrhundertwende schon zu den sozial ungünstigen Städten.

Strahlender Reichtum und abstoßende Armut lösten einander in schroffem Wechsel ab. Im Zentrum und in den inneren Bezirken fühlte man so recht den Pulsschlag des 52-Millionen-Reiches, mit all dem bedenklichen Zauber des Nationalitätenstaates. Der Hof in seiner blendenden Pracht wirkte ähnlich einem Magneten auf Reichtum und Intelligenz des übrigen Staates. Dazu kam noch die starke Zentralisierung der Habsburger Monarchie an und für sich.

In ihr bot sich die einzige Möglichkeit, diesen Völkerbrei in fester Form zusammenzuhalten. Die Folge davon aber war eine außerordentliche Konzentration von hohen und höchsten Behörden in der Haupt- und Residenzstadt.

Doch Wien war nicht nur politisch und geistig die Zentrale der alten Donaumonarchie, sondern auch wirtschaftlich. Dem Heer von hohen Offizieren, Staatsbeamten, Künstlern und Gelehrten stand eine noch größere Armee von Arbeitern gegenüber, dem Reichtum der Aristokratie und des Handels eine blutige Armut. Vor den Palästen der Ringstraße lungerten Tausende von Arbeitslosen, und unter dieser via triumphalis des alten Österreich hausten im Zwielicht und Schlamm der Kanäle die Obdachlosen.

Kaum in einer deutschen Stadt war die soziale Frage besser zu studieren als in Wien. Aber man täusche sich nicht. Dieses „Studieren" kann nicht von oben herunter geschehen. Wer nicht selber in den Klammern dieser würgenden Natter sich befindet, lernt ihre Giftzähne niemals kennen. Im anderen Falle kommt nichts heraus als oberflächliches Geschwätz oder verlogene Sentimentalität. Beides ist von Schaden. Das eine, weil es nie bis zum Kerne des Problems zu dringen vermag, das andere, weil es an ihm vorübergeht. Ich weiß nicht, was verheerender ist: die Nichtbeachtung der sozialen Not, wie dies die Mehrzahl der vom Glück Begünstigten oder auch durch eigenes Verdienst Gehobenen tagtäglich sehen läßt, oder jene ebenso hochnäsige wie manchmal wieder zudringlich taktlose, aber immer gnädige Herablassung gewisser mit dem „Volk empfindender" Modeweiber in Röcken und Hosen. Diese Menschen sündigen jedenfalls mehr, als sie in ihrem instinktlosen Verstande

überhaupt nur zu begreifen vermögen. Daher ist dann zu ihrem eigenen Erstaunen das Ergebnis einer durch sie betätigten sozialen „Gesinnung“ immer null, häufig aber sogar empörte Ablehnung; was dann freilich als Beweis der Undankbarkeit des Volkes gilt.

Daß eine soziale Tätigkeit damit gar nichts zu tun hat, vor allem auf Dank überhaupt keinen Anspruch erheben darf, da sie ja nicht Gnaden verteilen, sondern Rechte herstellen soll, leuchtet einer solchen Art von Köpfen nur ungernein.

Ich wurde bewahrt davor, die soziale Frage in solcher Weise zu lernen. Indem sie mich in den Bannkreis ihres Leidens zog, schien sie mich nicht zum „Lernen“ einzuladen, als vielmehr sich an mir selber erproben zu wollen. Es war nicht ihr Verdienst, daß das Kaninchen dennoch heil und gesund die Operationen überstand.

*

Wenn ich nun versuchen will, die Reihe meiner damaligen Empfindungen heute wiederzugeben, so kann dies niemals auch nur annähernd vollständig sein; nur die wesentlichsten und für mich oft erschütterndsten Eindrücke sollen hier dargestellt werden mit den wenigen Lehren, wie ich sie in dieser Zeit schon zog.

*

Es wurde mir damals meist nicht sehr schwer, Arbeit an sich zu finden, da ich ja nicht gelernter Handwerker war, sondern nur als sogenannter Hilfsarbeiter und manches Mal als Gelegenheitsarbeiter versuchen mußte, mir das tägliche Brot zu schaffen.

Ich stellte mich dabei auf den Standpunkt aller jener, die den Staub Europas von den Füßen schütteln, mit dem unerbittlichen Vorsatz, sich in der Neuen Welt auch eine neue Existenz zu gründen, eine neue Heimat zu erobern. Losgelöst von allen bisherigen lähmenden Vorstellungen des Be-

rufes und Standes, von Umgebung und Tradition, greifen sie nun nach jedem Verdienst, der sich ihnen bietet, packen jede Arbeit an, sich so immer mehr zur Auffassung durchringend, daß ehrliche Arbeit niemals schändet, ganz gleich, welcher Art sie auch sein möge. So war auch ich entschlossen, mit beiden Füßen in die für mich neue Welt hineinzuspringen und mich durchzuschlagen.

Daß es da irgendeine Arbeit immer gibt, lernte ich bald kennen, allein ebenso schnell auch, wie leicht sie wieder zu verlieren ist.

Die Unsicherheit des täglichen Brotverdienstes erschien mir in kurzer Zeit als eine der schwersten Schattenseiten des neuen Lebens.

Wohl wird der „gelernte" Arbeiter nicht so häufig auf die Straße gesetzt sein, als dies beim ungelernten der Fall ist; allein ganz ist doch auch er nicht vor diesem Schicksal gefeit. Bei ihm tritt eben an Stelle des Brotverlustes aus Arbeitsmangel die Aussperrung oder sein eigener Streik.

Hier rächt sich die Unsicherheit des täglichen Verdienstes schon auf das bitterste an der ganzen Wirtschaft selber.

Der Bauernbursche, der in die Großstadt wandert, angezogen von der vermeintlich oder wohl auch wirklich leichteren Arbeit, der kürzeren Arbeitszeit, am meisten aber durch das blendende Licht, das die Großstadt nun einmal auszustrahlen vermag, ist noch an eine gewisse Sicherheit des Verdienstes gewöhnt. Er pflegt den alten Posten auch nur dann zu verlassen, wenn ein neuer mindestens in Aussicht steht. Endlich ist der Mangel an Landarbeitern groß, die Wahrscheinlichkeit eines längeren Arbeitsmangels also an und für sich sehr gering. Es ist nun ein Fehler, zu glauben, daß der sich in die Großstadt begebende junge Bursche etwa schon von vornherein aus schlechterem Holze geschnitzt wäre, als der sich auch weiter redlich auf der bäuerlichen Scholle ernährende. Nein, im Gegenteil: die Erfahrung zeigt, daß alle auswandernden Elemente eher aus den gesündesten und tatkräftigsten Naturen bestehen, als etwa umgekehrt. Zu diesen „Auswanderern" aber zählt nicht nur der Amerikawanderer, sondern auch schon der junge Knecht, der

sich entschließt, das heimatliche Dorf zu verlassen, um nach der fremden Großstadt zu ziehen. Auch er ist bereit, ein ungewisses Schicksal auf sich zu nehmen. Meist kommt er mit etwas Geld in die große Stadt, braucht also nicht schon am ersten Tage zu verzagen, wenn das Unglück ihn längere Zeit keine Arbeit finden läßt. Schlimmer aber wird es, wenn er eine gefundene Arbeitsstelle in kurzer Zeit wieder verliert. Das Finden einer neuen ist besonders im Winter häufig schwer, wenn nicht unmöglich. Die ersten Wochen geht es dann noch. Er erhält Arbeitslosenunterstützung aus den Kassen seiner Gewerkschaft und schlägt sich durch so gut als eben möglich. Allein, wenn der letzte eigene Heller und Pfennig verbraucht ist, die Kasse infolge der langen Dauer der Arbeitslosigkeit die Unterstützung auch einstellt, kommt die große Not. Nun lungert er hungernd herum, versetzt und verkauft oft noch das Letzte, kommt so in seiner Kleidung immer mehr herunter und sinkt damit auch äußerlich in eine Umgebung herab, die ihn nun zum körperlichen Unglück noch seelisch vergiftet. Wird er dann noch obdachlos, und ist dies (wie es oft der Fall zu sein pflegt) im Winter, so wird der Jammer schon sehr groß. Endlich findet er wieder irgendeine Arbeit. Allein, das Spiel wiederholt sich. Ein zweites Mal trifft es ihn ähnlich, ein drittes Mal vielleicht noch schwerer, so daß er das ewig Unsichere nach und nach gleichgültiger ertragen lernt. Endlich wird die Wiederholung zur Gewohnheit.

So lockert sich der sonst fleißige Mensch in seiner ganzen Lebensauffassung, um allmählich zum Instrument jener heranzureifen, die sich seiner nur bedienen um niedriger Vorteile willen. Er war so oft ohne eigenes Verschulden arbeitslos, daß es nun auf einmal mehr oder weniger auch nicht ankommt, selbst wenn es sich dabei nicht mehr um das Erkämpfen wirtschaftlicher Rechte, sondern um das Vernichten staatlicher, gesellschaftlicher oder allgemein kultureller Werte handelt. Er wird, wenn schon nicht streiklustig, so doch streikgleichgültig sein.

Diesen Prozeß konnte ich an tausend Beispielen mit offenen Augen verfolgen. Je länger ich das Spiel sah, um so

mehr wuchs meine Abneigung gegen die Millionenstadt, die die Menschen erst gierig an sich zog, um sie dann so grausam zu zerreiben.

Wenn sie kamen, zählten sie noch immer zu ihrem Volke; wenn sie blieben, gingen sie ihm verloren.

Auch ich war so vom Leben in der Weltstadt herumgeworfen worden und konnte also am eigenen Leibe die Wirkungen dieses Schicksals erproben und seelisch durchkosten. Ich sah da noch eines: der schnelle Wechsel von Arbeit zur Nichtarbeit und umgekehrt, sowie die dadurch bedingte ewige Schwankung des Ein- und Auskommens, zerstört auf die Dauer bei vielen das Gefühl für Sparsamkeit ebenso wie das Verständnis für eine kluge Lebenseinteilung. Der Körper gewöhnt sich scheinbar langsam daran, in guten Zeiten aus dem Vollen zu leben und in schlechten zu hungern. Ja, der Hunger wirft jeden Vorsatz für spätere vernünftige Einteilung in der besseren Zeit des Verdienstes um, indem er dem von ihm Gequälten in einer dauernden Fata Morgana die Bilder eines satten Wohllebens vorgaukelt und diesen Traum zu einer solchen Sehnsucht zu steigern versteht, daß solch ein krankhaftes Verlangen zum Ende jeder Selbstbeschränkung wird, sobald Verdienst und Lohn dies irgendwie gestatten. Daher kommt es, daß der kaum eine Arbeit Erlangende sofort auf das unvernünftigste jede Einteilung vergißt, um statt dessen aus vollen Zügen in den Tag hinein zu leben. Dies führt selbst bis zur Umstoßung des kleinen Wochenhaushaltes, da sogar hier die kluge Einteilung ausbleibt; es langt anfangs noch für fünf Tage statt für sieben, später nur mehr für drei, endlich für kaum noch einen Tag, um am Schlusse in der ersten Nacht schon verjubelt zu werden.

Zu Hause sind dann oft Weib und Kinder. Manches Mal werden auch sie von diesem Leben angesteckt, besonders wenn der Mann zu ihnen an und für sich gut ist, ja sie auf seine Art und Weise sogar liebt. Dann wird der Wochenlohn in zwei, drei Tagen zu Hause gemeinsam vertan; es wird gegessen und getrunken, solange das Geld hält, und die letzten Tage werden ebenso gemeinsam durchgehungert.

Dann schleicht die Frau in die Nachbarschaft und Umgebung, borgt sich ein weniges aus, macht kleine Schulden beim Krämer und sucht so die bösen letzten Tage der Woche durchzuhalten. Mittags sitzen sie alle beisammen vor mageren Schüsseln, manchmal auch vor nichts, und warten auf den kommenden Lohntag, reden von ihm, machen Pläne, und während sie hungern, träumen sie schon wieder vom kommenden Glück.

So werden die kleinen Kinder in ihrer frühesten Jugend mit diesem Jammer vertraut gemacht.

Übel aber endet es, wenn der Mann von Anfang an seine eigenen Wege geht und das Weib, gerade den Kindern zuliebe, dagegen auftritt. Dann gibt es Streit und Hader, und in dem Maße, in dem der Mann der Frau nun fremder wird, kommt er dem Alkohol näher. Jeden Samstag ist er nun betrunken, und im Selbsterhaltungstrieb für sich und ihre Kinder rauft sich das Weib um die wenigen Groschen, die sie ihm, noch dazu meistens auf dem Wege von der Fabrik zur Spelunke, abjagen muß. Kommt er endlich Sonntag oder Montag nachts selber nach Hause, betrunken und brutal, immer aber befreit vom letzten Heller und Pfennig, dann spielen sich oft Szenen ab, daß Gott erbarm.

In Hunderten von Beispielen habe ich dieses alles miterlebt, anfangs angewidert oder wohl auch empört, um später die ganze Tragik dieses Leides zu begreifen, die tieferen Ursachen zu verstehen. Unglückliche Opfer schlechter Verhältnisse.

Fast trüber noch waren damals die Wohnungsverhältnisse. Das Wohnungselend des Wiener Hilfsarbeiters war ein entsetzliches. Mich schaudert noch heute, wenn ich an diese jammervollen Wohnhöhlen denke, an Herberge und Massenquartier, an diese düsteren Bilder von Unrat, widerlichem Schmutz und Ärgerem.

Wie mußte und wie muß dies einst werden, wenn aus diesen Elendshöhlen der Strom losgelassener Sklaven über die andere, so gedankenlose Mitwelt und Mitmenschheit sich ergießt!

Denn gedankenlos ist diese andere Welt.

Gedankenlos läßt sie die Dinge eben treiben, ohne in ihrer Instinktlosigkeit auch nur zu ahnen, daß früher oder später das Schicksal zur Vergeltung schreiten muß, wenn nicht die Menschen zur Zeit noch das Schicksal versöhnen.

Wie bin ich heute dankbar jener Vorsehung, die mich in diese Schule gehen hieß. In ihr konnte ich nicht mehr sabotieren, was mir nicht gefiel. Sie hat mich schnell und gründlich erzogen.

Wollte ich nicht verzweifeln an den Menschen meiner Umgebung von damals, mußte ich unterscheiden lernen zwischen ihrem äußeren Wesen und Leben und den Gründen ihrer Entwicklung. Nur dann ließ sich dies alles ertragen, ohne verzagen zu müssen. Dann wuchsen aus all dem Unglück und Jammer, aus Unrat und äußerer Verkommenheit nicht mehr Menschen heraus, sondern traurige Ergebnisse trauriger Gesetze; wobei mich die Schwere des eigenen, doch nicht leichteren Lebenskampfes davor bewahrte, nun etwa in jämmerlicher Sentimentalität vor den verkommenen Schlußprodukten dieses Entwicklungsprozesses zu kapitulieren.

Nein, so soll dies nicht verstanden werden.

Schon damals ersah ich, daß hier nur ein doppelter Weg zum Ziele einer Besserung dieser Zustände führen könne:

Tiefstes soziales Verantwortungsgefühl zur Herstellung besserer Grundlagen unserer Entwicklung, gepaart mit brutaler Entschlossenheit in der Niederbrechung unverbesserlicher Auswüchslinge.

So wie die Natur ihre größte Aufmerksamkeit nicht auf die Erhaltung des Bestehenden, sondern auf die Züchtung des Nachwuchses, als des Trägers der Art, konzentriert, so kann es sich auch im menschlichen Leben weniger darum handeln, bestehendes Schlechtes künstlich zu veredeln, was bei der Veranlagung des Menschen zu neunundneunzig Prozent unmöglich ist, als darum, einer kommenden Entwicklung gesündere Bahnen von Anfang an zu sichern.

Schon während meines Wiener Existenzkampfes war mir klar geworden, daß

die soziale Tätigkeit nie und nimmer in ebenso lächerlichen wie zwecklosen Wohlfahrtsduseleien ihre Aufgabe zu erblicken hat, als vielmehr in der Beseitigung solcher grundsätzlicher Mängel in der Organisation unseres Wirtschafts- und Kulturlebens, die zu Entartungen einzelner führen müssen oder wenigstens verleiten können.

Die Schwierigkeit des Vorgehens mit letzten und brutalsten Mitteln gegen das staatsfeindliche Verbrechertum liegt ja nicht zum wenigsten gerade in der Unsicherheit des Urteils über die inneren Beweggründe oder Ursachen solcher Zeiterscheinungen.

Diese Unsicherheit ist nur zu begründet im Gefühl einer eigenen Schuld an solchen Tragödien der Verkommenheit; sie lähmt aber nun jeden ernsten und festen Entschluß und hilft so mit an der, weil schwankend, auch schwachen und halben Durchführung selbst der notwendigsten Maßnahmen der Selbsterhaltung.

Erst wenn einmal eine Zeit nicht mehr von den Schatten des eigenen Schuldbewußtseins umgeistert ist, erhält sie mit der inneren Ruhe auch die äußere Kraft, brutal und rücksichtslos die wilden Schößlinge herauszuschneiden, das Unkraut auszujäten.

Da der österreichische Staat eine soziale Rechtssprechung und Gesetzgebung überhaupt so gut als gar nicht kannte, war auch seine Schwäche in der Niederkämpfung selbst böser Auswüchse in die Augen springend groß.

*

Ich weiß nicht, was mich nun zu dieser Zeit am meisten entsetzte: das wirtschaftliche Elend meiner damaligen Mitgefährten, die sittliche und moralische Roheit oder der Tiefstand ihrer geistigen Kultur.

Wie oft fährt nicht unser Bürgertum in aller moralischen Entrüstung empor, wenn es aus dem Munde irgendeines jämmerlichen Landstreichers die Äußerung vernimmt, daß es sich ihm gleich bleibe, Deutscher zu sein oder auch nicht, daß er sich überall gleich wohl fühle, soferne er nur sein nötiges Auskommen habe.

Dieser Mangel an „Nationalstolz“ wird dann auf das tiefste beklagt und dem Abscheu vor einer solchen Gesinnung kräftig Ausdruck gegeben.

Wie viele haben sich aber schon die Frage vorgelegt, was denn nun eigentlich bei ihnen selber die Ursache ihrer besseren Gesinnung bildet?

Wie viele begreifen denn die Unzahl einzelner Erinnerungen an die Größe des Vaterlandes, der Nation, auf allen Gebieten des kulturellen und künstlerischen Lebens, die ihnen als Sammelergebnis eben den berechtigten Stolz vermitteln, Angehörige eines so begnadeten Volkes sein zu dürfen?

Wie viele ahnen denn, wie sehr der Stolz auf das Vaterland abhängig ist von der Kenntnis der Größe desselben auf allen diesen Gebieten?

Denken nun unsere bürgerlichen Kreise darüber nach, in welch lächerlichem Umfange diese Voraussetzung zum Stolz auf das Vaterland dem „Volke“ vermittelt wird?

Man rede sich nicht darauf hinaus, daß in „anderen Ländern dies ja auch nicht anders“ sei, der Arbeiter dort aber „dennoch“ zu seinem Volkstum stände. Selbst wenn dies so wäre, würde es nicht zur Entschuldigung eigener Versäumnisse dienen können. Es ist aber nicht so. Denn was wir immer mit einer „chauvinistischen“ Erziehung z. B. des französischen Volkes bezeichnen, ist doch nichts anderes, als das übermäßige Herausheben der Größe Frankreichs auf allen Gebieten der Kultur, oder wie der Franzose zu sagen pflegt, der „Zivilisation“. Der junge Franzose wird eben nicht zur Objektivität erzogen, sondern zur subjektivsten Ansicht, die man sich nur denken kann, soferne es sich um die Bedeutung der politischen oder kulturellen Größe seines Vaterlandes handelt.

Diese Erziehung wird sich dabei immer auf allgemeine, ganz große Gesichtspunkte zu beschränken haben, die, wenn nötig, in ewiger Wiederholung dem Gedächtnis und dem Empfinden des Volkes einzuprägen sind.

Nun kommt aber bei uns zur negativen Unterlassungssünde noch die positive Zerstörung des Wenigen, das der einzelne das Glück hat, in der Schule zu lernen. Die Ratten der politischen Vergiftung unseres Volkes fressen auch dieses Wenige noch aus dem Herzen und der Erinnerung der breiten Masse heraus, soweit nicht Not und Jammer schon das Ihrige besorgten.

Man stelle sich doch einmal folgendes vor:

In einer Kellerwohnung, aus zwei dumpfen Zimmern bestehend, haust eine siebenköpfige Arbeiterfamilie. Unter den fünf Kindern auch ein Junge von, nehmen wir an, drei Jahren. Es ist dies das Alter, in dem die ersten Eindrücke einem Kinde zum Bewußtsein kommen. Bei Begabten finden sich noch bis in das hohe Alter Spuren der Erinnerung aus dieser Zeit. Schon die Enge und Überfüllung des Raumes führt nicht zu günstigen Verhältnissen. Streit und Hader werden sehr häufig schon auf diese Weise entstehen. Die Menschen leben ja so nicht miteinander, sondern drücken aufeinander. Jede, wenn auch kleinste Auseinandersetzung, die in geräumiger Wohnung schon durch ein leichtes Absondern ausgeglichen werden kann, sich so von selbst wieder löst, führt hier zu einem nicht mehr ausgehenden widerlichen Streit. Bei den Kindern ist dies natürlich noch erträglich; sie streiten in solchen Verhältnissen ja immer und vergessen es untereinander wieder schnell und gründlich. Wenn aber dieser Kampf unter den Eltern selber ausgefochten wird, und zwar fast jeden Tag, in Formen, die an innerer Roheit oft wirklich nichts zu wünschen übriglassen, dann müssen sich, wenn auch noch so langsam, endlich die Resultate eines solchen Anschauungsunterrichtes bei den Kleinen zeigen. Welcher Art sie sein müssen, wenn dieser gegenseitige Zwist die Form roher Ausschreitungen des Vaters gegen die Mutter annimmt, zu Mißhandlungen in betrunkenem Zustande führt, kann sich

der ein solches Milieu eben nicht Kennende nur schwer vorstellen. Mit sechs Jahren ahnt der kleine, zu bedauernde Junge Dinge, vor denen auch ein Erwachsener nur Grauen empfinden kann. Moralisch angegiftet, körperlich unterernährt, das arme Köpfchen verlaust, so wandert der junge „Staatsbürger" in die Volksschule. Daß es mit Ach und Krach bis zum Lesen und Schreiben kommt, ist auch so ziemlich alles. Von einem Lernen zu Hause kann keine Rede sein. Im Gegenteil. Mutter und Vater reden ja selbst, und zwar den Kindern gegenüber, in nicht wiederzugebender Weise über Lehrer und Schule, sind viel eher bereit, jenen Grobheiten zu sagen, als etwa ihren kleinen Sprößling über das Knie zu legen und zur Vernunft zu bringen. Was der kleine Kerl sonst noch alles zu Hause hört, führt auch nicht zu einer Stärkung der Achtung vor der lieben Mitwelt. Nichts Gutes wird hier an der Menschheit gelassen, keine Institution bleibt unangefochten; vom Lehrer angefangen bis hinauf zur Spitze des Staates. Mag es sich um Religion handeln oder um Moral an sich, um den Staat oder die Gesellschaft, einerlei, es wird alles beschimpft, in der unflätigsten Weise in den Schmutz einer niedrigsten Gesinnung gezerrt. Wenn der junge Mensch nun mit vierzehn Jahren aus der Schule entlassen wird, ist es schon schwer mehr zu entscheiden, was größer ist an ihm: die unglaubliche Dummheit, insoferne es sich um wirkliches Wissen und Können handelt, oder die ätzende Frechheit seines Auftretens, verbunden mit einer Unmoral schon in diesem Alter, daß einem die Haare zu Berge stehen könnten.

Welche Stellung aber kann dieser Mensch, dem jetzt schon kaum mehr etwas heilig ist, der ebensosehr nichts Großes kennengelernt hat, wie er umgekehrt jede Niederung des Lebens ahnt und weiß, im Leben einnehmen, in das er ja nun hinauszutreten sich anschickt?

Aus dem dreijährigen Kinde ist ein fünfzehnjähriger Verächter jeder Autorität geworden. Außer Schmutz und Unrat hat der junge Mensch noch nichts kennengelernt, das ihn zu irgendeiner höheren Begeisterung anzuregen vermöchte.

Jetzt aber kommt er erst noch in die hohe Schule dieses Daseins.

Nun setzt das gleiche Leben ein, das er vom Vater die Jahre der Kindheit entlang in sich aufgenommen hatte. Er streunt herum und kommt weiß Gott wann nach Hause, prügelt zur Abwechslung auch noch selber das zusammengerissene Wesen, das einst seine Mutter war, flucht über Gott und die Welt und wird endlich aus irgendeinem besonderen Anlaß verurteilt und in ein Jugendlichengefängnis verbracht.

Dort erhält er den letzten Schliff.

Die liebe bürgerliche Mitwelt aber ist ganz erstaunt über die mangelnde „nationale Begeisterung“ dieses jungen „Staatsbürgers“.

Sie sieht, wie in Theater und Kino, in Schundliteratur und Schmutzpresse Tag für Tag das Gift kübelweise in das Volk hineingeschüttet wird und erstaunt dann über den geringen „sittlichen Gehalt“, die „nationale Gleichgültigkeit“ der Massen dieses Volkes. Als ob Kinokitsch, Schundpresse und Ähnliches die Grundlagen der Erkenntnis vaterländischer Größe abgeben würden. Von den früheren Erziehung des einzelnen ganz abgesehen.

Was ich ehedem nie geahnt hatte, lernte ich damals schnell und gründlich verstehen:

Die Frage der „Nationalisierung“ eines Volkes ist mit in erster Linie eine Frage der Schaffung gesunder sozialer Verhältnisse als Fundament einer Erziehungsmöglichkeit des einzelnen. Denn nur wer durch Erziehung und Schule die kulturelle, wirtschaftliche, vor allem aber politische Größe des eigenen Vaterlandes kennenlernt, vermag und wird auch jenen inneren Stolz gewinnen, Angehöriger eines solchen Volkes sein zu dürfen. Und kämpfen kann ich nur für etwas, das ich liebe, lieben nur, was ich

achte, und achten, was ich mindestens kenne.

*

Sowie mein Interesse für die soziale Frage erweckt war, begann ich sie auch mit aller Gründlichkeit zu studieren. Es war eine neue, bisher unbekannte Welt, die sich mir so erschloß.

In den Jahren 1909 auf 1910 hatte sich auch meine eigene Lage insofern etwas geändert, als ich nun selber nicht mehr als Hilfsarbeiter mir mein tägliches Brot zu verdienen brauchte. Ich arbeitete damals schon selbständig als kleiner Zeichner und Aquarellist. So bitter dies in bezug auf den Verdienst war — es langte wirklich kaum zum Leben — so gut war es aber für meinen erwählten Beruf. Nun war ich nicht mehr wie früher des Abends nach der Rückkehr von der Arbeitsstelle todmüde, unfähig, in ein Buch zu sehen, ohne in kurzer Zeit einzunicken. Meine jetzige Arbeit verlief ja parallel meinem künftigen Berufe. Auch konnte ich nun als Herr meiner eigenen Zeit mir diese wesentlich besser einteilen, als dies früher möglich war.

Ich malte zum Brotverdienen und lernte zur Freude.

So war es mir auch möglich, zu meinem Anschauungsunterricht über das soziale Problem die notwendige theoretische Ergänzung gewinnen zu können. Ich studierte so ziemlich alles, was ich über dieses ganze Gebiet an Büchern erhalten konnte, und vertiefte mich im übrigen in meine eigenen Gedanken.

Ich glaube, meine Umgebung von damals hielt mich wohl für einen Sonderling.

Daß ich dabei mit Feuereifer meiner Liebe zur Baukunst diente, war natürlich. Sie erschien mir neben der Musik als die Königin der Künste: meine Beschäftigung mit ihr war unter solchen Umständen auch keine „Arbeit“, sondern höchstens Glück. Ich konnte bis in die späte Nacht hinein lesen oder zeichnen, müde wurde ich da nie. So verstärkte sich mein Glaube, daß mir mein schöner Zukunftstraum, wenn auch nach langen Jahren, doch Wirklichkeit werden

würde. Ich war fest überzeugt, als Baumeister mir dereinst einen Namen zu machen.

Daß ich nebenbei auch das größte Interesse für alles, was mit Politik zusammenhing, besaß, schien mir nicht viel zu bedeuten. Im Gegenteil: dies war in meinen Augen ja die selbstverständliche Pflicht jedes denkenden Menschen überhaupt. Wer dafür kein Verständnis besaß, verlor eben das Recht zu jeglicher Kritik und jeglicher Beschwerde.

Auch hier las und lernte ich also viel.

Freilich verstehe ich unter „lesen" vielleicht etwas anderes als der große Durchschnitt unserer sogenannten „Intelligenz".

Ich kenne Menschen, die unendlich viel „lesen", und zwar Buch für Buch, Buchstaben um Buchstaben, und die ich doch nicht als „belesen" bezeichnen möchte. Sie besitzen freilich eine Unmenge von „Wissen", allein ihr Gehirn versteht nicht, eine Einteilung und Registratur dieses in sich aufgenommenen Materials durchzuführen. Es fehlt ihnen die Kunst, im Buche das für sie Wertvolle vom Wertlosen zu sondern, das eine dann im Kopfe zu behalten für immer, das andere, wenn möglich, gar nicht zu sehen, auf jeden Fall aber nicht als zwecklosen Ballast mitzuschleppen. Auch das Lesen ist ja nicht Selbstzweck, sondern Mittel zu einem solchen. Es soll in erster Linie mithelfen, den Rahmen zu füllen, den Veranlagung und Befähigung jedem ziehen; mithin soll es Werkzeug und Baustoffe liefern, die der einzelne zu seinem Lebensberufe nötig hat, ganz gleich, ob dieser nur dem primitiven Broterwerbe dient oder die Befriedigung einer höheren Bestimmung darstellt; in zweiter Linie aber soll es ein allgemeines Weltbild vermitteln. In beiden Fällen ist es aber nötig, daß der Inhalt des jeweilig Gelesenen nicht in der Reihenfolge des Buches oder gar der Bücherfolge dem Gedächtnis zur Aufbewahrung übergeben wird, sondern als Mosaiksteinchen in dem allgemeinen Weltbilde seinen Platz an der ihm zukommenden Stelle erhält und so eben mithilft, dieses Bild im Kopfe des Lesers zu formen. Im anderen Falle entsteht ein wirres Durcheinander von eingelerntem Zeug, das ebenso

wertlos ist, wie es andererseits den unglücklichen Besitzer eingebildet macht. Denn dieser glaubt nun wirklich allen Ernstes, „gebildet" zu sein, vom Leben etwas zu verstehen, Kenntnisse zu besitzen, während er mit jedem neuen Zuwachs dieser Art von „Bildung" in Wahrheit der Welt sich mehr und mehr entfremdet, bis er nicht selten entweder in einem Sanatorium oder als „Politiker" in einem Parlamente endet.

Niemals wird es so einem Kopfe gelingen, aus dem Durcheinander seines „Wissens" das für die Forderung einer Stunde Passende herauszuholen, da ja sein geistiger Ballast nicht in den Linien des Lebens geordnet liegt, sondern in der Reihenfolge der Bücher, wie er sie las und wie ihr Inhalt ihm nun im Kopfe sitzt. Würde das Schicksal bei seinen Anforderungen des täglichen Lebens ihn immer an die richtige Anwendung des einst Gelesenen erinnern, so müßte es aber auch noch Buch und Seitenzahl erwähnen, da der arme Tropf sonst in aller Ewigkeit das Richtige nicht finden würde. Da es dies nun aber nicht tut, geraten diese neunmal Klugen bei jeder kritischen Stunde in die schrecklichste Verlegenheit, suchen krampfhaft nach analogen Fällen und erwischen mit tödlicher Sicherheit natürlich die falschen Rezepte.

Wäre es nicht so, könnte man die politischen Leistungen unserer gelehrten Regierungsheroen in höchsten Stellen nicht begreifen, außer man entschlösse sich, anstatt pathologischer Veranlagung schurkenhafte Niedertracht anzunehmen.

Wer aber die Kunst des richtigen Lesens inne hat, den wird das Gefühl beim Studieren jedes Buches, jeder Zeitschrift oder Broschüre augenblicklich auf all das aufmerksam machen, was seiner Meinung nach für ihn zur dauernden Festhaltung geeignet ist, weil entweder zweckmäßig oder allgemein wissenswert. Sowie das auf solche Weise Gewonnene seine sinngemäße Eingliederung in das immer schon irgendwie vorhandene Bild, das sich die Vorstellung von dieser oder jener Sache geschaffen hat, findet, wird es entweder korrigierend oder ergänzend wirken, also

entweder die Richtigkeit oder Deutlichkeit desselben erhöhen. Legt nun das Leben plötzlich irgendeine Frage zur Prüfung oder Beantwortung vor, so wird bei einer solchen Art des Lesens das Gedächtnis augenblicklich zum Maßstabe des schon vorhandenen Anschauungsbildes greifen und aus ihm alle die in Jahrzehnten gesammelten einzelnen diese Fragen betreffenden Beiträge herausholen, dem Verstande unterbreiten zur Prüfung und neuen Einsichtnahme, bis die Frage geklärt oder beantwortet ist.

Nur so hat das Lesen dann Sinn und Zweck.

Ein Redner zum Beispiel, der nicht auf solche Weise seinem Verstande die nötigen Unterlagen liefert, wird nie in der Lage sein, bei Widerspruch zwingend seine Ansicht zu vertreten, mag sie auch tausendmal der Wahrheit oder Wirklichkeit entsprechen. Bei jeder Diskussion wird ihn das Gedächtnis schnöde im Stiche lassen; er wird weder Gründe zur Erhärtung des von ihm selbst Behaupteten, noch solche zur Widerlegung des Gegners finden. Solange es sich dabei, wie bei einem Redner, in erster Linie nur um die Blamage der eigenen Person handelt, mag dies noch hingehen, böse aber wird es, wenn das Schicksal einen solchen Vielwisser aber Nichtskönner zum Leiter eines Staates bestellt.

Ich habe mich seit früher Jugend bemüht, auf richtige Art zu lesen und wurde dabei in glücklichster Weise von Gedächtnis und Verstand unterstützt. Und in solchem Sinne betrachtet, war für mich besonders die Wiener Zeit fruchtbar und wertvoll. Die Erfahrungen des täglichen Lebens bildeten die Anregung zu immer neuem Studium der verschiedensten Probleme. Indem ich endlich so in der Lage war, die Wirklichkeit theoretisch zu begründen, die Theorie an der Wirklichkeit zu prüfen, wurde ich davor bewahrt, entweder in der Theorie zu ersticken oder in der Wirklichkeit zu verflachen.

So wurde in dieser Zeit in zwei wichtigsten Fragen, außer der sozialen, die Erfahrung des täglichen Lebens bestimmend und anregend für gründlichstes theoretisches Studium.

Wer weiß, wann ich mich in die Lehren und das Wesen des Marxismus einmal vertieft hätte, wenn mich nicht die damalige Zeit förmlich mit dem Kopfe auf dieses Problem gestoßen hätte!

*

Was ich in meiner Jugend von der Sozialdemokratie wußte, war herzlich wenig und reichlich unrichtig.

Daß sie den Kampf um das allgemeine und geheime Wahlrecht führte, freute mich innerlich. Sagte mir doch mein Verstand schon damals, daß dies zu einer Schwächung des mir so sehr verhaßten Habsburgerregiments führen müßte. In der Überzeugung, daß der Donaustaat, außer unter Opferung des Deutschtums, doch nie zu halten sein werde, daß aber selbst der Preis einer langsamen Slawisierung des deutschen Elements noch keineswegs die Garantie eines dann auch wirklich lebensfähigen Reiches bedeutet hätte, da die staatserhaltende Kraft des Slawentums höchst zweifelhaft eingeschätzt werden muß, begrüßte ich jede Entwicklung, die meiner Überzeugung nach zum Zusammenbruch dieses unmöglichen, das Deutschtum in zehn Millionen Menschen zum Tode verurteilenden Staates führen mußte. Je mehr das Sprachentohuwabohu auch das Parlament zerfraß und zerfetzte, mußte die Stunde des Zerfalles dieses babylonischen Reiches näherrücken und damit aber auch die Stunde der Freiheit meines deutschösterreichischen Volkes. Nur so konnte dann dereinst der Anschluß an das alte Mutterland wiederkommen.

So war mir also diese Tätigkeit der Sozialdemokratie nicht unsympathisch. Daß sie endlich, wie mein damaliges harmloses Gemüt noch dumm genug war zu glauben, die Lebensbedingungen des Arbeiters zu heben trachtete, schien mir ebenfalls eher für sie, als gegen sie zu sprechen. Was mich am meisten abstieß, war ihre feindselige Stellung gegenüber dem Kampf um die Erhaltung des Deutschtums, das jämmerliche Buhlen um die Gunst der slawischen „Genossen", die diese Liebeswerbung, sofern sie mit praktischen Zugeständnissen verbunden war, wohl entgegen-

nahmen, sonst sich aber arrogant hochnäsig zurückhielten, den zudringlichen Bettlern auf diese Weise den verdienten Lohn gebend.

So war mir im Alter von siebzehn Jahren das Wort „Marxismus“ noch wenig bekannt, während mir „Sozialdemokratie“ und Sozialismus als identische Begriffe erschienen. Es bedurfte auch hier erst der Faust des Schicksals, um mir das Auge über diesen unerhörtesten Völkerbetrug zu öffnen.

Hatte ich bis dorthin die Sozialdemokratische Partei nur als Zuschauer bei einigen Massendemonstrationen kennengelernt, ohne auch nur den geringsten Einblick in die Mentalität ihrer Anhänger oder gar in das Wesen der Lehre zu besitzen, so kam ich nun mit einem Schlage mit den Produkten ihrer Erziehung und „Weltanschauung“ in Berührung. Und was sonst vielleicht erst nach Jahrzehnten eingetreten wäre, erhielt ich jetzt im Laufe weniger Monate: das Verständnis für eine unter der Larve sozialer Tugend und Nächstenliebe wandelnde Pestilenz, von der möglichst die Menschheit schnell die Erde befreien möge, da sonst gar leicht die Erde von der Menschheit frei werden könnte.

Am Bau fand mein erstes Zusammentreffen mit Sozialdemokraten statt.

Es war schon von Anfang an nicht sehr erfreulich. Meine Kleidung war noch etwas in Ordnung, meine Sprache gepflegt und mein Wesen zurückhaltend. Ich hatte mit meinem Schicksal noch so viel zu tun, daß ich mich um meine Umwelt nur wenig zu kümmern vermochte. Ich suchte nur nach Arbeit, um nicht zu verhungern, um damit die Möglichkeit einer wenn auch noch so langsamen Weiterbildung zu erhalten. Ich würde mich um meine neue Umgebung vielleicht überhaupt nicht gekümmert haben, wenn nicht schon am dritten oder vierten Tage ein Ereignis eingetreten wäre, das mich sofort zu einer Stellungnahme zwang. Ich wurde aufgefordert, in die Organisation einzutreten.

Meine Kenntnisse der gewerkschaftlichen Organisation waren damals noch gleich Null. Weder die Zweckmäßigkeit noch die Unzweckmäßigkeit ihres Bestehens hätte ich zu be-

weisen vermocht. Da man mir erklärte, daß ich eintreten müsse, lehnte ich ab. Ich begründete dies damit, daß ich die Sache nicht verstünde, mich aber überhaupt zu nichts zwingen lasse. Vielleicht war das erstere der Grund, warum man mich nicht sofort hinauswarf. Man mochte vielleicht hoffen, mich in einigen Tagen bekehrt oder mürbe gemacht zu haben. Jedenfalls hatte man sich darin gründlich getäuscht. Nach vierzehn Tagen konnte ich dann aber nicht mehr, auch wenn ich sonst noch gewollt hätte. In diesen vierzehn Tagen lernte ich meine Umgebung näher kennen, so daß mich keine Macht der Welt mehr zum Eintritt in eine Organisation hätte bewegen können, deren Träger mir inzwischen in so ungünstigem Lichte erschienen waren.

Die ersten Tage war ich ärgerlich.

Mittags ging ein Teil in die zunächst gelegenen Wirtshäuser, während ein anderer am Bauplatz verblieb und dort ein meist sehr ärmliches Mittagsmahl verzehrte. Es waren dies die Verheirateten, denen ihre Frauen in armseligen Geschirren die Mittagssuppe brachten. Gegen Ende der Woche wurde diese Zahl immer größer; warum, begriff ich erst später. Nun wurde politisiert.

Ich trank meine Flasche Milch und aß mein Stück Brot irgendwo seitwärts und studierte vorsichtig meine neue Umgebung oder dachte über mein elendes Los nach. Dennoch hörte ich mehr als genug; auch schien es mir oft, als ob man mit Absicht an mich heranrückte, um mich so vielleicht zu einer Stellungnahme zu veranlassen. Jedenfalls war das, was ich so vernahm, geeignet, mich aufs äußerste aufzureizen. Man lehnte da alles ab: die Nation, als eine Erfindung der „kapitalistischen" — wie oft mußte ich nur allein dieses Wort hören — Klassen; das Vaterland, als Instrument der Bourgeoisie zur Ausbeutung der Arbeiterschaft; die Autorität des Gesetzes, als Mittel zur Unterdrückung des Proletariats; die Schule, als Institut zur Züchtung des Sklavenmaterials, aber auch der Sklavenhalter; die Religion, als Mittel der Verblödung des zur Ausbeutung bestimmten Volkes; die Moral, als Zeichen dummer Schafsgeduld usw. Es gab da aber rein gar nichts,

was so nicht in den Kot einer entsetzlichen Tiefe gezogen wurde.

Anfangs versuchte ich zu schweigen. Endlich ging es aber nicht mehr. Ich begann Stellung zu nehmen, begann zu widersprechen. Da mußte ich allerdings erkennen, daß dies solange vollkommen aussichtslos war, solange ich nicht wenigstens bestimmte Kenntnisse über die nun einmal umstrittenen Punkte besaß. So begann ich in den Quellen zu spüren, aus denen sie ihre vermeintliche Weisheit zogen. Buch um Buch, Broschüre um Broschüre kam jetzt an die Reihe.

Am Bau aber ging es nun oft heiß her. Ich stritt, von Tag zu Tag besser auch über ihr eigenes Wissen informiert als meine Widersacher selber, bis eines Tages jenes Mittel zur Anwendung kam, das freilich die Vernunft am leichtesten besiegt: der Terror, die Gewalt. Einige der Wortführer der Gegenseite zwangen mich, entweder den Bau sofort zu verlassen oder vom Gerüst hinunterzufliegen. Da ich allein war, Widerstand aussichtslos erschien, zog ich es, um eine Erfahrung reicher, vor, dem ersten Rat zu folgen.

Ich ging, von Ekel erfüllt, aber zugleich doch so ergriffen, daß es mir ganz unmöglich gewesen wäre, der ganzen Sache nun den Rücken zu kehren. Nein, nach dem Aufschießen der ersten Empörung gewann die Halsstarrigkeit wieder die Oberhand. Ich war fest entschlossen, dennoch wieder auf einen Bau zu gehen. Bestärkt wurde ich in diesem Entschlusse noch durch die Not, die einige Wochen später, nach dem Verzehren des geringen ersparten Lohnes, mich in ihre herzlosen Arme schloß. Nun mußte ich, ob ich wollte oder nicht. Und das Spiel ging denn auch wieder von vorne los, um ähnlich wie beim ersten Male zu enden.

Damals rang ich mit meinem Inneren: Sind dies noch Menschen, wert, einem großen Volke anzugehören?!

Eine qualvolle Frage; denn wird sie mit Ja beantwortet, so ist der Kampf um ein Volkstum wirklich nicht mehr der Mühen und Opfer wert, die die Besten für einen solchen Auswurf zu bringen haben; heißt die Antwort aber Nein, dann ist unser Volk schon arm an M e n s c h e n.

Mit unruhiger Beklommenheit sah ich in solchen Tagen des Grübelns und Hineinbohrens die Masse der nicht mehr zu ihrem Volke zu Rechnenden anschwellen zu einem bedrohlichen Heere.

Mit welch anderen Gefühlen starrte ich nun in die endlosen Viererreihen einer eines Tages stattfindenden Massendemonstration Wiener Arbeiter. Fast zwei Stunden lang stand ich so da und beobachtete mit angehaltenem Atem den ungeheuren menschlichen Drachenwurm, der sich da langsam vorbeiwälzte. In banger Gedrücktheit verließ ich endlich den Platz und wanderte heimwärts. Unterwegs erblickte ich in einem Tabakladen die „Arbeiterzeitung", das Zentralorgan der alten österreichischen Sozialdemokratie. In einem billigen Volkscafé, in das ich öfters ging, um Zeitungen zu lesen, lag sie auch auf; allein ich konnte es bisher nicht über mich bringen, in das elende Blatt, dessen ganzer Ton auf mich wie geistiges Vitriol wirkte, länger als zwei Minuten hineinzusehen. Unter dem deprimierenden Eindruck der Demonstration trieb mich nun eine innere Stimme an, das Blatt einmal zu kaufen und es dann gründlich zu lesen. Abends besorgte ich dies denn auch unter Überwindung des in mir manchmal aufsteigenden Jähzorns über diese konzentrierte Lügenlösung.

Mehr als aus aller theoretischen Literatur konnte ich nun aus dem täglichen Lesen der sozialdemokratischen Presse das innere Wesen dieser Gedankengänge studieren.

Denn welch ein Unterschied zwischen den in der theoretischen Literatur schillernden Phrasen von Freiheit, Schönheit und Würde, dem irrlichternden, scheinbar tiefste Weisheit mühsam ausdrückenden Wortgeflunker, der widerlich humanen Moral — alles mit der eisernen Stirne einer prophetischen Sicherheit hingeschrieben — und der brutalen, vor keiner Niedertracht zurückschreckenden, mit jedem Mittel der Verleumdung und einer wahrhaft balkenbiegenden Lügenvirtuosität arbeitenden Tagespresse dieser Heilslehre der neuen Menschheit! Das eine ist bestimmt für die dummen Gimpel aus mittleren und natürlich auch höheren „Intelligenzschichten", das andere für die Masse.

Für mich bedeutete das Vertiefen in Literatur und Presse dieser Lehre und Organisation das Wiederfinden zu meinem Volke.

Was mir erst als unüberbrückbare Kluft erschien, sollte nun Anlaß zu einer größeren Liebe als jemals zuvor werden.

Nur ein Narr vermag bei Kenntnis dieser ungeheuren Vergiftungsarbeit das Opfer auch noch zu verdammen. Je mehr ich mich in den nächsten Jahren selbständig machte, um so mehr wuchs mit steigender Entfernung der Blick für die inneren Ursachen der sozialdemokratischen Erfolge. Nun begriff ich die Bedeutung der brutalen Forderung, nur rote Zeitungen zu halten, nur rote Versammlungen zu besuchen, rote Bücher zu lesen usw. In plastischer Klarheit sah ich das zwangsläufige Ergebnis dieser Lehre der Unduldsamkeit vor Augen.

Die Psyche der breiten Masse ist nicht empfänglich für alles Halbe und Schwache.

Gleich dem Weibe, dessen seelisches Empfinden weniger durch Gründe abstrakter Vernunft bestimmt wird, als durch solche einer undefinierbaren, gefühlsmäßigen Sehnsucht nach ergänzender Kraft, und das sich deshalb lieber dem Starken beugt, als den Schwächling beherrscht, liebt auch die Masse mehr den Herrscher als den Bittenden, und fühlt sich im Inneren mehr befriedigt durch eine Lehre, die keine andere neben sich duldet, als durch die Genehmigung liberaler Freiheit; sie weiß mit ihr auch meist nur wenig anzufangen und fühlt sich sogar leicht verlassen. Die Unverschämtheit ihrer geistigen Terrorisierung kommt ihr ebensowenig zum Bewußtsein, wie die empörende Mißhandlung ihrer menschlichen Freiheit, ahnt sie doch den inneren Irrsinn der ganzen Lehre in keiner Weise. So sieht sie nur die rücksichtslose Kraft und Brutalität ihrer zielbewußten Äußerungen, der sie sich endlich immer beugt.

Wird der Sozialdemokratie eine Lehre von besserer Wahrhaftigkeit aber gleicher Brutalität der Durchführung entgegen-

gestellt, wird diese siegen, wenn auch nach schwerstem Kampfe.

Ehe nur zwei Jahre vergangen waren, war mir sowohl die Lehre als auch das technische Werkzeug der Sozialdemokratie klar.

Ich begriff den infamen geistigen Terror, den diese Bewegung vor allem auf das solchen Angriffen weder moralisch noch seelisch gewachsene Bürgertum ausübt, indem sie auf ein gegebenes Zeichen immer ein förmliches Trommelfeuer von Lügen und Verleumdungen gegen den ihr am gefährlichsten erscheinenden Gegner losprasseln läßt, so lange, bis die Nerven der Angegriffenen brechen, und sie, um nur wieder Ruhe zu haben, den Verhaßten opfern.

Allein die Ruhe erhalten die Toren dennoch nicht.

Das Spiel beginnt von neuem und wird so oft wiederholt, bis die Furcht vor dem wilden Köter zur suggestiven Lähmung wird.

Da die Sozialdemokratie den Wert der Kraft aus eigener Erfahrung am besten kennt, läuft sie auch am meisten Sturm gegen diejenigen, in deren Wesen sie etwas von diesem ohnehin so seltenen Stoffe wittert. Umgekehrt lobt sie jeden Schwächling der anderen Seite, bald vorsichtig, bald lauter, je nach der erkannten oder vermuteten geistigen Qualität.

Sie fürchtet ein ohnmächtiges, willenloses Genie weniger als eine Kraftnatur, wenn auch bescheidenen Geistes.

Am eindringlichsten empfiehlt sie Schwächlinge an Geist und Kraft zusammen.

Sie versteht es, den Anschein zu erwecken, als ob nur so die Ruhe zu erhalten wäre, während sie dabei in kluger Vorsicht, aber dennoch unentwegt, eine Position nach der anderen erobert, bald durch stille Erpressung, bald durch tatsächlichen Diebstahl in Momenten, da die allgemeine Aufmerksamkeit anderen Dingen zugewendet, entweder nicht gestört sein will oder die Angelegenheit für zu klein hält, um großes Aufsehen zu erregen und den bösen Gegner neu zu reizen.

Es ist eine unter genauer Berechnung aller menschlichen

Schwächen gefundene Taktik, deren Ergebnis fast mathematisch zum Erfolge führen muß, wenn eben nicht auch die Gegenseite lernt, gegen Giftgas mit Giftgas zu kämpfen.

Schwächlichen Naturen muß dabei gesagt werden, daß es sich hierbei eben um Sein oder Nichtsein handelt.

Nicht minder verständlich wurde mir die Bedeutung des körperlichen Terrors dem einzelnen, der Masse gegenüber.

Auch hier genaue Berechnung der psychologischen Wirkung.

Der Terror auf der Arbeitsstätte, in der Fabrik, im Versammlungslokal und anläßlich der Massenkundgebung wird immer von Erfolg begleitet sein, solange nicht ein gleich großer Terror entgegentritt.

Dann freilich wird die Partei in entsetzlichem Geschrei Zeter und Mordio jammern, wird als alte Verächterin jeder Staatsautorität kreischend nach dieser rufen, um in den meisten Fällen in der allgemeinen Verwirrung tatsächlich das Ziel zu erreichen — nämlich: sie wird das Hornvieh eines höheren Beamten finden, der, in der blödseligen Hoffnung, sich vielleicht dadurch für später den gefürchteten Gegner geneigt zu machen, den Widersacher dieser Weltpest brechen hilft.

Welchen Eindruck ein solcher Erfolg auf die Sinne der breiten Masse sowohl der Anhänger als auch der Gegner ausübt, kann dann nur der ermessen, der die Seele eines Volkes nicht aus Büchern, sondern aus dem Leben kennt. Denn während in den Reihen ihrer Anhänger der erlangte Sieg nunmehr als ein Triumph des Rechtes der eigenen Sache gilt, verzweifelt der geschlagene Gegner in den meisten Fällen am Gelingen eines weiteren Widerstandes überhaupt.

Je mehr ich vor allem die Methoden des körperlichen Terrors kennenlernte, um so größer wurde meine Abbitte den Hunderttausenden gegenüber, die ihm erlagen.

Das danke ich am inständigsten meiner damaligen Leidenszeit, daß sie allein mir mein Volk wiedergegeben

hat, daß ich die Opfer unterscheiden lernte von den Verführern.

Anders als Opfer sind die Ergebnisse dieser Menschenverführung nicht zu bezeichnen. Denn wenn ich nun in einigen Bildern mich bemühte, das Wesen dieser „untersten“ Schichten aus dem Leben heraus zu zeichnen, so würde dies nicht vollständig sein, ohne die Versicherung, daß ich aber in diesen Tiefen auch wieder Lichter fand in den Formen einer oft seltenen Opferwilligkeit, treuester Kameradschaft, außerordentlicher Genügsamkeit und zurückhaltender Bescheidenheit, besonders soweit es die damals ältere Arbeiterschaft betraf. Wenn auch diese Tugenden in der jungen Generation mehr und mehr, schon durch die allgemeinen Einwirkungen der Großstadt, verloren wurden, so gab es selbst hier noch viele, bei denen das vorhandene kerngesunde Blut über die gemeinen Niederträchtigkeiten des Lebens Herr wurde. Wenn dann diese oft seelenguten, braven Menschen in ihrer politischen Betätigung dennoch in die Reihen der Todfeinde unseres Volkstums eintraten und diese so schließen halfen, dann lag dies daran, daß sie ja die Niedertracht der neuen Lehre weder verstanden noch verstehen konnten, daß niemand sonst sich die Mühe nahm, sich um sie zu kümmern, und daß endlich die sozialen Verhältnisse stärker waren als aller sonstige etwa vorhandene gegenteilige Wille. Die Not, der sie eines Tages so oder so verfielen, trieb sie in das Lager der Sozialdemokratie doch noch hinein.

Da nun das Bürgertum unzählige Male in der ungeschicktesten, aber auch unmoralischsten Weise gegen selbst allgemein menschlich berechtigte Forderungen Front machte, ja oft ohne einen Nutzen aus einer solchen Haltung zu erlangen oder gar überhaupt erwarten zu dürfen, wurde selbst der anständigste Arbeiter aus der gewerkschaftlichen Organisation in die politische Tätigkeit hineingetrieben.

Millionen von Arbeitern waren sicher in ihrem Inneren

anfangs Feinde der sozialdemokratischen Partei, wurden aber in ihrem Widerstande besiegt durch eine manches Mal denn doch irrsinnige Art und Weise, in der seitens der bürgerlichen Parteien gegen jede Forderung sozialer Art Stellung genommen wurde. Die einfach bornierte Ablehnung aller Versuche einer Besserung der Arbeitsverhältnisse, der Schutzvorrichtungen an Maschinen, der Unterbindung von Kinderarbeit sowie des Schutzes der Frau wenigstens in den Monaten, da sie unter dem Herzen schon den kommenden Volksgenossen trägt, half mit, der Sozialdemokratie, die dankbar jeden solchen Fall erbärmlicher Gesinnung aufgriff, die Massen in das Netz zu treiben. Niemals kann unser politisches „Bürgertum" wiedergutmachen, was so gesündigt wurde. Denn indem es gegen alle Versuche einer Beseitigung sozialer Mißstände Widerstand leistete, säte es Haß und rechtfertigte scheinbar selber die Behauptungen der Todfeinde des ganzen Volkstums, daß nur die sozialdemokratische Partei allein die Interessen des schaffenden Volkes verträte.

Es schuf so in erster Linie die moralische Begründung für den tatsächlichen Bestand der Gewerkschaften, der Organisation, die der politischen Partei die größten Zutreiberdienste von jeher geleistet hat.

In meinen Wiener Lehrjahren wurde ich gezwungen, ob ich wollte oder nicht, auch zur Frage der Gewerkschaften Stellung zu nehmen.

Da ich sie als einen unzertrennlichen Bestandteil der sozialdemokratischen Partei an sich ansah, war meine Entscheidung schnell und — falsch.

Ich lehnte sie selbstverständlich glatt ab.

Auch in dieser so unendlich wichtigen Frage gab mir das Schicksal selber Unterricht.

Das Ergebnis war ein Umsturz meines ersten Urteils.

Mit zwanzig Jahren hatte ich unterscheiden gelernt zwischen der Gewerkschaft als Mittel zur Verteidigung allgemeiner sozialer Rechte des Arbeitnehmers und zur Erkämpfung besserer Lebensbedingungen desselben im einzel-

nen und der Gewerkschaft als Instrument der Partei des politischen Klassenkampfes.

Daß die Sozialdemokratie die enorme Bedeutung der gewerkschaftlichen Bewegung begriff, sicherte ihr das Instrument und damit den Erfolg; daß das Bürgertum dies nicht verstand, kostete es seine politische Stellung. Es glaubte, mit einer naseweisen „Ablehnung" einer logischen Entwicklung den Garaus machen zu können, um in Wirklichkeit dieselbe nun in unlogische Bahnen zu zwingen. Denn daß die Gewerkschaftsbewegung etwa an sich vaterlandsfeindlich sei, ist ein Unsinn und außerdem eine Unwahrheit. Richtig ist eher das Gegenteil. Wenn eine gewerkschaftliche Betätigung als Ziel die Besserstellung eines mit zu den Grundpfeilern der Nation gehörenden Standes im Auge hat und durchführt, wirkt sie nicht nur nicht vaterlands- oder staatsfeindlich, sondern im wahrsten Sinne des Wortes „national". Hilft sie doch so mit, die sozialen Voraussetzungen zu schaffen, ohne die eine allgemein nationale Erziehung gar nicht zu denken ist. Sie erwirbt sich höchstes Verdienst, indem sie durch Beseitigung sozialer Krebsschäden sowohl geistigen als aber auch körperlichen Krankheitserregern an den Leib rückt und so zu einer allgemeinen Gesundheit des Volkskörpers mit beiträgt.

Die Frage nach ihrer Notwendigkeit also ist wirklich überflüssig.

Solange es unter Arbeitgebern Menschen mit geringem sozialen Verständnis oder gar mangelndem Rechts- und Billigkeitsgefühl gibt, ist es nicht nur das Recht, sondern die Pflicht der von ihnen Angestellten, die doch einen Teil unseres Volkstums bilden, die Interessen der Allgemeinheit gegenüber der Habsucht oder der Unvernunft eines einzelnen zu schützen; denn die Erhaltung von Treu und Glauben in einem Volkskörper ist im Interesse der Nation, genau so wie die Erhaltung der Gesundheit des Volkes.

Beides wird durch unwürdige Unternehmer, die sich nicht als Glied der ganzen Volksgemeinschaft fühlen, schwer bedroht. Aus dem üblen Wirken ihrer Habsucht oder Rücksichtslosigkeit erwachsen tiefe Schäden für die Zukunft.

Die Ursachen einer solchen Entwicklung beseitigen, heißt sich ein Verdienst um die Nation erwerben, und nicht etwa umgekehrt.

Man sage dabei nicht, daß es ja jedem einzelnen freistünde, die Folgerungen aus einem ihm tatsächlich oder vermeintlich zugefügten Unrecht zu ziehen, also zu gehen. Nein! Dies ist Spiegelfechterei und muß als Versuch angesehen werden, die Aufmerksamkeit abzulenken. Entweder ist die Beseitigung schlechter, unsozialer Vorgänge im Interesse der Nation gelegen oder nicht. Wenn ja, dann muß der Kampf gegen sie mit den Waffen aufgenommen werden, die die Aussicht auf Erfolg bieten. Der einzelne Arbeiter aber ist niemals in der Lage, sich gegenüber der Macht des großen Unternehmers durchzusetzen, da es sich hier nicht um eine Frage des Sieges des höheren Rechtes handeln kann — da ja bei Anerkennung desselben der ganze Streit infolge des Mangels jeder Veranlassung gar nicht vorhanden wäre —, sondern um die Frage der größeren Macht. Im anderen Falle würde das vorhandene Rechtsgefühl allein schon den Streit in ehrlicher Weise beenden, oder richtiger, es könnte nie zu einem solchen kommen.

Nein, *wenn unsoziale oder unwürdige Behandlung von Menschen zum Widerstande auffordert, dann kann dieser Kampf, solange nicht gesetzliche, richterliche Behörden zur Beseitigung dieser Schäden geschaffen werden, nur durch die größere Macht zur Entscheidung kommen. Damit aber ist es selbstverständlich, daß der Einzelperson und mithin konzentrierten Kraft des Unternehmers allein die zur Einzelperson zusammengefaßte Zahl der Arbeitnehmer gegenübertreten kann, um nicht von Anbeginn schon auf die Möglichkeit des Sieges verzichten zu müssen.*

So kann die gewerkschaftliche Organisation zu einer Stärkung des sozialen Gedankens in dessen praktischer Auswirkung im täglichen Leben führen und damit zu einer Be-

seitigung von Reizursachen, die immer wieder die Veranlassung zur Unzufriedenheit und zu Klagen geben.

Daß es nicht so ist, kommt zu einem sehr großen Teil auf das Schuldkonto derjenigen, die jeder gesetzlichen Regelung sozialer Mißstände Hindernisse in den Weg zu legen verstanden oder sie mittels ihres politischen Einflusses unterbanden.

In eben dem Maße, in dem das politische Bürgertum dann die Bedeutung der gewerkschaftlichen Organisation nicht verstand, oder besser, nicht verstehen wollte, und sich zum Widerstand dagegen stemmte, nahm sich die Sozialdemokratie der umstrittenen Bewegung an. Sie schuf damit weitschauend eine feste Unterlage, die sich schon einigemal in kritischen Stunden als letzte Stütze bewährte. Freilich ging damit der innere Zweck allmählich unter, um neuen Zielen Raum zu geben.

Die Sozialdemokratie dachte nie daran, die von ihr umfaßte Berufsbewegung der ursprünglichen Aufgabe zu erhalten.

Nein, so meinte sie dies allerdings nicht.

In wenigen Jahrzehnten war unter ihrer kundigen Hand aus dem Hilfsmittel einer Verteidigung sozialer Menschenrechte das Instrument zur Zertrümmerung der nationalen Wirtschaft geworden. Die Interessen der Arbeiter sollten sie dabei nicht im geringsten behindern. Denn auch politisch gestattet die Anwendung wirtschaftlicher Druckmittel, jederzeit Erpressungen auszuüben, sowie nur die nötige Gewissenlosigkeit auf der einen und dumme Schafsgeduld auf der anderen Seite in ausreichendem Maße vorhanden ist.

Etwas, das in diesem Falle beiderseits zutrifft.

*

Schon um die Jahrhundertwende hatte die Gewerkschaftsbewegung längst aufgehört, ihrer früheren Aufgabe zu dienen. Von Jahr zu Jahr war sie mehr und mehr in den Bannkreis sozialdemokratischer Politik geraten, um endlich nur noch als Ramme des Klassenkampfes Anwendung zu finden. Sie sollte den ganzen, mühselig aufgebauten Wirt-

schaftskörper durch dauernde Stöße endlich zum Einsturz bringen, um so dem Staatsbau, nach Entzug seiner wirtschaftlichen Grundmauern, das gleiche Schicksal leichter zufügen zu können. Die Vertretung aller wirklichen Bedürfnisse der Arbeiterschaft kam damit immer weniger in Frage, bis die politische Klugheit es endlich überhaupt nicht mehr als wünschenswert erscheinen ließ, die sozialen und gar kulturellen Nöte der breiten Masse zu beheben, da man sonst ja gar Gefahr lief, diese, in ihren Wünschen befriedigt, nicht mehr als willenlose Kampftruppe ewig weiterbenützen zu können.

Eine derartige, ahnungsvoll gewitterte Entwicklung jagte den klassenkämpferischen Führern solche Furcht ein, daß sie endlich kurzerhand jede wirklich segensvolle soziale Hebung ablehnten, ja auf das entschlossenste dagegen Stellung nahmen.

Um eine Begründung eines vermeintlich so unverständlichen Verhaltens brauchte ihnen dabei nie bange zu sein.

Indem man die Forderungen immer höher spannte, erschien die mögliche Erfüllung derselben so klein und unbedeutend, daß man der Masse jederzeit einzureden vermochte, es handle sich hierbei nur um den teuflischen Versuch, durch solch eine lächerliche Befriedigung heiligster Anrechte die Stoßkraft der Arbeiterschaft auf billige Weise zu schwächen, ja wenn möglich lahmzulegen. Bei der geringen Denkfähigkeit der breiten Masse wundere man sich nicht über den Erfolg.

Im bürgerlichen Lager war man empört über solche ersichtliche Unwahrhaftigkeit sozialdemokratischer Taktik, ohne daraus aber auch nur die geringsten Schlüsse zu ziehen für die Richtlinien eines eigenen Handelns. Gerade die Furcht der Sozialdemokratie vor jeder tatsächlichen Hebung der Arbeiterschaft aus der Tiefe ihres bisherigen kulturellen und sozialen Elends hätte zu größten Anstrengungen eben in dieser Zielrichtung führen müssen, um nach und nach den Vertretern des Klassenkampfes das Instrument aus der Hand zu winden.

Dies geschah jedoch nicht.

Statt in eigenem Angriff die gegnerische Stellung zu nehmen, ließ man sich lieber drücken und drängen, um endlich zu gänzlich unzureichenden Aushilfen zu greifen, die, weil zu spät, wirkungslos blieben, weil zu unbedeütend, auch noch leicht abzulehnen waren. So blieb in Wahrheit alles beim alten, nur die Unzufriedenheit war größer als vorher.

Gleich einer drohenden Gewitterwolke hing schon damals die „freie Gewerkschaft" über dem politischen Horizont und über dem Dasein des einzelnen.

Sie war eines der fürchterlichsten Terrorinstrumente gegen die Sicherheit und Unabhängigkeit der nationalen Wirtschaft, die Festigkeit des Staates und die Freiheit der Person.

Sie war es vor allem, die den Begriff der Demokratie zu einer widerlich-lächerlichen Phrase machte, die Freiheit schändete und die Brüderlichkeit in dem Satze „Und willst du nicht Genosse sein, so schlagen wir dir den Schädel ein" unsterblich verhöhnte.

So lernte ich damals diese Menschheitsfreundin kennen. Im Laufe der Jahre hat sich meine Anschauung über sie erweitert und vertieft, zu ändern brauchte ich sie nicht.

*

Je mehr ich Einblick in das äußere Wesen der Sozialdemokratie erhielt, um so größer wurde die Sehnsucht, den inneren Kern dieser Lehre zu erfassen.

Die offizielle Parteiliteratur konnte hierbei freilich nur wenig nützen. Sie ist, soweit es sich um wirtschaftliche Fragen handelt, unrichtig in Behauptung und Beweis; soweit die politischen Ziele behandelt werden, verlogen. Dazu kam, daß ich mich besonders von der neueren rabulistischen Ausdrucksweise und der Art der Darstellung innerlich abgestoßen fühlte. Mit einem ungeheuren Aufwand von Worten unklaren Inhalts oder unverständlicher Bedeutung werden da Sätze zusammengestammelt, die ebenso geistreich sein sollen, wie sie sinnlos sind. Nur die Dekadenz unserer Großstadtbohème mag sich in diesen Irrgarten der Ver-

nunft wohlig zu Hause fühlen, um aus dem Mist dieses literarischen Dadaismus „inneres Erleben“ herauszuklauben, unterstützt von der sprichwörtlichen Bescheidenheit eines Teiles unseres Volkes, die im persönlich Unverständlichsten immer um so tiefere Weisheit wittert.

Allein, indem ich so theoretische Unwahrheit und Unsinn dieser Lehre abwog mit der Wirklichkeit ihrer Erscheinung, bekam ich allmählich ein klares Bild ihres inneren Wollens.

In solchen Stunden beschlichen mich trübe Ahnungen und böse Furcht. Ich sah dann eine Lehre vor mir, bestehend aus Egoismus und Haß, die nach mathematischen Gesetzen zum Siege führen kann, der Menschheit aber damit auch das Ende bringen muß.

Ich hatte ja unterdessen den Zusammenhang zwischen dieser Lehre der Zerstörung und dem Wesen eines Volkes verstehen gelernt, das mir bis dahin so gut wie unbekannt war.

Nur die Kenntnis des Judentums allein bietet den Schlüssel zum Erfassen der inneren und damit wirklichen Absichten der Sozialdemokratie.

Wer dieses Volk kennt, dem sinken die Schleier irriger Vorstellungen über Ziel und Sinn dieser Partei vom Auge, und aus dem Dunst und Nebel sozialer Phrasen erhebt sich grinsend die Fratze des Marxismus.

*

Es ist für mich heute schwer, wenn nicht unmöglich, zu sagen, wann mir zum ersten Male das Wort „Jude“ Anlaß zu besonderen Gedanken gab. Im väterlichen Hause erinnere ich mich überhaupt nicht, zu Lebzeiten des Vaters das Wort auch nur gehört zu haben. Ich glaube, der alte Herr würde schon in der besonderen Betonung dieser Bezeichnung eine kulturelle Rückständigkeit erblickt haben. Er war im Laufe seines Lebens zu mehr oder minder weltbürgerlichen Anschauungen gelangt, die sich bei schroffster nationaler Gesinnung nicht nur erhalten hatten, sondern auch auf mich abfärbten.

Auch in der Schule fand sich keine Veranlassung, die bei mir zu einer Veränderung dieses übernommenen Bildes hätte führen können.

In der Realschule lernte ich wohl einen jüdischen Knaben kennen, der von uns allen mit Vorsicht behandelt wurde, jedoch nur, weil wir ihm in bezug auf seine Schweigsamkeit, durch verschiedene Erfahrungen gewitzigt, nicht sonderlich vertrauten; irgendein Gedanke kam mir dabei so wenig wie den anderen.

Erst in meinem vierzehnten bis fünfzehnten Jahre stieß ich öfters auf das Wort Jude, zum Teil im Zusammenhange mit politischen Gesprächen. Ich empfand dagegen eine leichte Abneigung und konnte mich eines unangenehmen Gefühls nicht erwehren, das mich immer beschlich, wenn konfessionelle Stänkereien vor mir ausgetragen wurden.

Als etwas anderes sah ich aber damals die Frage nicht an.

Linz besaß nur sehr wenig Juden. Im Laufe der Jahrhunderte hatte sich ihr Äußeres europäisiert und war menschlich geworden; ja ich hielt sie sogar für Deutsche. Der Unsinn dieser Einbildung war mir wenig klar, weil ich das einzige Unterscheidungsmerkmal ja nur in der fremden Konfession erblickte. Daß sie deshalb verfolgt worden waren, wie ich glaubte, ließ manchmal meine Abneigung gegenüber ungünstigen Äußerungen über sie fast zum Abscheu werden.

Vom Vorhandensein einer planmäßigen Judengegnerschaft ahnte ich überhaupt noch nichts.

So kam ich nach Wien.

Befangen von der Fülle der Eindrücke auf architektonischem Gebiete, niedergedrückt von der Schwere des eigenen Loses, besaß ich in der ersten Zeit keinen Blick für die innere Schichtung des Volkes in der Riesenstadt. Trotzdem Wien in diesen Jahren schon nahe an die zweihunderttausend Juden unter seinen zwei Millionen Menschen zählte, sah ich diese nicht. Mein Auge und mein Sinn waren dem Einstürmen so vieler Werte und Gedanken in den ersten Wochen noch nicht gewachsen. Erst als all-

mählich die Ruhe wiederkehrte und sich das aufgeregte Bild zu klären begann, sah ich mich in meiner neuen Welt gründlicher um und stieß nun auch auf die Judenfrage.

Ich will nicht behaupten, daß die Art und Weise, in der ich sie kennenlernen sollte, mir besonders angenehm erschien. Noch sah ich im Juden nur die Konfession und hielt deshalb aus Gründen menschlicher Toleranz die Ablehnung religiöser Bekämpfung auch in diesem Falle aufrecht. So erschien mir der Ton, vor allem der, den die antisemitische Wiener Presse anschlug, unwürdig der kulturellen Überlieferung eines großen Volkes. Mich bedrückte die Erinnerung an gewisse Vorgänge des Mittelalters, die ich nicht gerne wiederholt sehen wollte. Da die betreffenden Zeitungen allgemein als nicht hervorragend galten — woher dies kam, wußte ich damals selber nicht genau —, sah ich in ihnen mehr die Produkte ärgerlichen Neides als Ergebnisse einer grundsätzlichen, wenn auch falschen Anschauung überhaupt.

Bestärkt wurde ich in dieser meiner Meinung durch die, wie mir schien, unendlich würdigere Form, in der die wirklich große Presse auf all diese Angriffe antwortete oder sie, was mir noch dankenswerter vorkam, gar nicht erwähnte, sondern einfach totschwieg.

Ich las eifrig die sogenannte Weltpresse („Neue Freie Presse", „Wiener Tagblatt" usw.) und erstaunte über den Umfang des in ihr dem Leser Gebotenen sowie über die Objektivität der Darstellung im einzelnen. Ich würdigte den vornehmen Ton und war eigentlich nur von der Überschwenglichkeit des Stils manches Mal innerlich nicht recht befriedigt oder selbst unangenehm berührt. Doch mochte dies im Schwunge der ganzen Weltstadt liegen.

Da ich Wien damals für eine solche hielt, glaubte ich diese mir selbst gegebene Erklärung wohl als Entschuldigung gelten lassen zu dürfen.

Was mich aber wiederholt abstieß, war die unwürdige Form, in der diese Presse den Hof umbuhlte. Es gab kaum ein Ereignis in der Hofburg, das da nicht dem Leser entweder in Tönen verzückter Begeisterung oder klagender

Betroffenheit mitgeteilt wurde, ein Getue, das besonders, wenn es sich um den „weisesten Monarchen“ aller Zeiten selber handelte, fast dem Balzen eines Auerhahnes glich.

Mir schien die Sache gemacht.

Damit erhielt die liberale Demokratie in meinen Augen Flecken.

Um die Gunst dieses Hofes buhlen und in so unanständigen Formen hieß die Würde der Nation preisgeben.

Dies war der erste Schatten, der mein geistiges Verhältnis zur „großen“ Wiener Presse trüben sollte.

Wie vorher schon immer, verfolgte ich auch in Wien alle Ereignisse in Deutschland mit größtem Feuereifer, ganz gleich, ob es sich dabei um politische oder kulturelle Fragen handeln mochte. In stolzer Bewunderung verglich ich den Aufstieg des Reiches mit dem Dahinsiechen des österreichischen Staates. Wenn aber die außenpolitischen Vorgänge meist ungeteilte Freude erregten, dann die nicht so erfreulichen des innenpolitischen Lebens oft trübe Bekümmernis. Der Kampf, der zu dieser Zeit gegen Wilhelm II. geführt wurde, fand damals nicht meine Billigung. Ich sah in ihm nicht nur den Deutschen Kaiser, sondern in erster Linie den Schöpfer einer deutschen Flotte. Die Redeverbote, die dem Kaiser vom Reichstag auferlegt wurden, ärgerten mich deshalb so außerordentlich, weil sie von einer Stelle ausgingen, die in meinen Augen dazu aber auch wirklich keine Veranlassung besaß, sintemalen doch in einer einzigen Sitzungsperiode diese parlamentarischen Gänseriche mehr Unsinn zusammenschnatterten, als dies einer ganzen Dynastie von Kaisern in Jahrhunderten, eingerechnet ihre allerschwächsten Nummern, je gelingen konnte.

Ich war empört, daß in einem Staat, in dem jeder Halbnarr nicht nur das Wort zu seiner Kritik für sich in Anspruch nahm, ja im Reichstag sogar als „Gesetzgeber“ auf die Nation losgelassen wurde, der Träger der Kaiserkrone von der seichtesten Schwätzerinstitution aller Zeiten „Verweise“ erhalten konnte.

Ich war aber noch mehr entrüstet, daß die gleiche Wiener Presse, die doch vor dem letzten Hofgaul noch die ehr-

erbietigste Verbeugung riß und über ein zufälliges Schweif-wedeln außer Rand und Band geriet, nun mit scheinbar besorgter Miene, aber, wie mir schien, schlecht verhehlter Boshaftigkeit ihren Bedenken gegen den Deutschen Kaiser Ausdruck verlieh. Es läge ihr ferne, sich etwa in die Verhältnisse des Deutschen Reiches einmischen zu wollen — nein, Gott bewahre —, aber indem man in so freundschaftlicher Weise die Finger auf diese Wunden lege, erfülle man ebensosehr die Pflicht, die der Geist des gegenseitigen Bündnisses auferlege, wie man umgekehrt auch der journalistischen Wahrheit genüge usw. Und nun bohrte dann dieser Finger in der Wunde nach Herzenslust herum.

Mir schoß in solchen Fällen das Blut in den Kopf.

Das war es, was mich die große Presse schon nach und nach vorsichtiger betrachten ließ.

Daß eine der antisemitischen Zeitungen, das „Deutsche Volksblatt", anläßlich einer solchen Angelegenheit sich anständiger verhielt, mußte ich einmal anerkennen.

Was mir weiter auf die Nerven ging, war der doch widerliche Kult, den die große Presse schon damals mit Frankreich trieb. Man mußte sich geradezu schämen, Deutscher zu sein, wenn man diese süßlichen Lobeshymnen auf die „große Kulturnation" zu Gesicht bekam. Dieses erbärmliche Französeln ließ mich öfter als einmal eine dieser „Weltzeitungen" aus der Hand legen. Ich griff nun überhaupt manchmal nach dem „Volksblatt", das mir freilich viel kleiner, aber in diesen Dingen etwas reinlicher vorkam. Mit dem scharfen antisemitischen Tone war ich nicht einverstanden, allein ich las auch hin und wieder Begründungen, die mir einiges Nachdenken verursachten.

Jedenfalls lernte ich aus solchen Anlässen langsam den Mann und die Bewegung kennen, die damals Wiens Schicksal bestimmten: Dr. Karl Lueger und die christlich-soziale Partei.

Als ich nach Wien kam, stand ich beiden feindselig gegenüber.

Der Mann und die Bewegung galten in meinen Augen als „reaktionär".

Das gewöhnliche Gerechtigkeitsgefühl aber mußte dieses Urteil in eben dem Maße abändern, in dem ich Gelegenheit erhielt, Mann und Werk kennenzulernen; und langsam wuchs die gerechte Beurteilung zur unverhohlenen Bewunderung. Heute sehe ich in dem Manne mehr noch als früher den gewaltigsten deutschen Bürgermeister aller Zeiten.

Wie viele meiner vorsätzlichen Anschauungen wurden aber durch eine solche Änderung meiner Stellungnahme zur christlich-sozialen Bewegung umgeworfen!

Wenn dadurch langsam auch meine Ansichten in bezug auf den Antisemitismus dem Wechsel der Zeit unterlagen, dann war dies wohl meine schwerste Wandlung überhaupt.

Sie hat mir die meisten inneren seelischen Kämpfe gekostet, und erst nach monatelangem Ringen zwischen Verstand und Gefühl begann der Sieg sich auf die Seite des Verstandes zu schlagen. Zwei Jahre später war das Gefühl dem Verstande gefolgt, um von nun an dessen treuester Wächter und Warner zu sein.

In der Zeit dieses bitteren Ringens zwischen seelischer Erziehung und kalter Vernunft hatte mir der Anschauungsunterricht der Wiener Straße unschätzbare Dienste geleistet. Es kam die Zeit, da ich nicht mehr wie in den ersten Tagen blind durch die mächtige Stadt wandelte, sondern mit offenem Auge außer den Bauten auch die Menschen besah.

Als ich einmal so durch die innere Stadt strich, stieß ich plötzlich auf eine Erscheinung in langem Kaftan mit schwarzen Locken.

Ist dies auch ein Jude? war mein erster Gedanke.

So sahen sie freilich in Linz nicht aus. Ich beobachtete den Mann verstohlen und vorsichtig, allein je länger ich in dieses fremde Gesicht starrte und forschend Zug um Zug prüfte, um so mehr wandelte sich in meinem Gehirn die erste Frage zu einer anderen Fassung:

Ist dies auch ein Deutscher?

Wie immer in solchen Fällen begann ich nun zu versuchen, mir die Zweifel durch Bücher zu beheben. Ich kaufte mir damals um wenige Heller die ersten antisemitischen

Broschüren meines Lebens. Sie gingen leider nur alle von dem Standpunkt aus, daß im Prinzip der Leser wohl schon die Judenfrage bis zu einem gewissen Grade mindestens kenne oder gar begreife. Endlich war die Tonart meistens so, daß mir wieder Zweifel kamen infolge der zum Teil so flachen und außerordentlich unwissenschaftlichen Beweisführung für die Behauptung.

Ich wurde dann wieder rückfällig auf Wochen, ja einmal auf Monate hinaus.

Die Sache schien mir so ungeheuerlich, die Bezichtigung so maßlos zu sein, daß ich, gequält von der Furcht, Unrecht zu tun, wieder ängstlich und unsicher wurde.

Freilich daran, daß es sich hier nicht um Deutsche einer besonderen Konfession handelte, sondern um ein Volk für sich, konnte auch ich nicht mehr gut zweifeln; denn seit ich mich mit dieser Frage zu beschäftigen begonnen hatte, auf den Juden erst einmal aufmerksam wurde, erschien mir Wien in einem anderen Lichte als vorher. Wo immer ich ging, sah ich nun Juden, und je mehr ich sah, um so schärfer sonderten sie sich für das Auge von den anderen Menschen ab. Besonders die innere Stadt und die Bezirke nördlich des Donaukanals wimmelten von einem Volke, das schon äußerlich eine Ähnlichkeit mit dem deutschen nicht mehr besaß.

Aber wenn ich daran noch gezweifelt hätte, so wurde das Schwanken endgültig behoben durch die Stellungnahme eines Teiles der Juden selber.

Eine große Bewegung unter ihnen, die in Wien nicht wenig umfangreich war, trat auf das schärfste für die Bestätigung des völkischen Charakters der Judenschaft ein: der Zionismus.

Wohl hatte es den Anschein, als ob nur ein Teil der Juden diese Stellungnahme billigen würde, die große Mehrheit aber eine solche Festlegung verurteile, ja innerlich ablehne. Bei näherem Hinsehen zerflatterte aber dieser Anschein in einen üblen Dunst von aus reinen Zweckmäßigkeitsgründen vorgebrachten Ausreden, um nicht zu sagen Lügen. Denn das sogenannte Judentum liberaler

Denkart lehnte ja die Zionisten nicht als Nichtjuden ab, sondern nur als Juden von einem unpraktischen, ja vielleicht sogar gefährlichen öffentlichen Bekenntnis zu ihrem Judentum.

An ihrer inneren Zusammengehörigkeit änderte sich gar nichts.

Dieser scheinbare Kampf zwischen zionistischen und liberalen Juden ekelte mich in kurzer Zeit schon an; war er doch durch und durch unwahr, mithin verlogen und dann aber wenig passend zu der immer behaupteten sittlichen Höhe und Reinheit dieses Volkes.

Überhaupt war die sittliche und sonstige Reinlichkeit dieses Volkes ein Punkt für sich. Daß es sich hier um keine Wasserliebhaber handelte, konnte man ihnen ja schon am Äußeren ansehen, leider sehr oft sogar bei geschlossenem Auge. Mir wurde bei dem Geruche dieser Kaftanträger später manchmal übel. Dazu kam noch die unsaubere Kleidung und die wenig heldische Erscheinung.

Dies alles konnte schon nicht sehr anziehend wirken; abgestoßen mußte man aber werden, wenn man über die körperliche Unsauberkeit hinaus plötzlich die moralischen Schmutzflecken des auserwählten Volkes entdeckte.

Nichts hatte mich in kurzer Zeit so nachdenklich gestimmt als die langsam aufsteigende Einsicht in die Art der Betätigung der Juden auf gewissen Gebieten.

Gab es denn da einen Unrat, eine Schamlosigkeit in irgendeiner Form, vor allem des kulturellen Lebens, an der nicht wenigstens ein Jude beteiligt gewesen wäre?

Sowie man nur vorsichtig in eine solche Geschwulst hineinschnitt, fand man, wie die Made im faulenden Leibe, oft ganz geblendet vom plötzlichen Lichte, ein Jüdlein.

Es war eine schwere Belastung, die das Judentum in meinen Augen erhielt, als ich seine Tätigkeit in der Presse, in Kunst, Literatur und Theater kennenlernte. Da konnten nun alle salbungsvollen Beteuerungen wenig oder nichts mehr nützen. Es genügte schon, eine der Anschlagsäulen zu betrachten, die Namen der geistigen Erzeuger dieser gräßlichen Machwerke für Kino und Theater, die da ange-

priesen wurden, zu studieren, um auf längere Zeit hart zu werden. Das war Pestilenz, geistige Pestilenz, schlimmer als der schwarze Tod von einst, mit der man da das Volk infizierte. Und in welcher Menge dabei dieses Gift erzeugt und verbreitet wurde! Natürlich, je niedriger das geistige und sittliche Niveau eines solchen Kunstfabrikanten ist, um so unbegrenzter aber seine Fruchtbarkeit, bis so ein Bursche schon mehr wie eine Schleudermaschine seinen Unrat der anderen Menschheit ins Antlitz spritzt. Dabei bedenke man noch die Unbegrenztheit ihrer Zahl; man bedenke, daß auf einen Goethe die Natur immer noch leicht zehntausend solcher Schmierer der Mitwelt in den Pelz setzt, die nun als Bazillenträger schlimmster Art die Seelen vergiften.

Es war entsetzlich, aber nicht zu übersehen, daß gerade der Jude in überreichlicher Anzahl von der Natur zu dieser schmachvollen Bestimmung auserlesen schien.

Sollte seine Auserwähltheit darin zu suchen sein?

Ich begann damals sorgfältig die Namen all der Erzeuger dieser unsauberen Produkte des öffentlichen Kunstlebens zu prüfen. Das Ergebnis war ein immer böseres für meine bisherige Haltung den Juden gegenüber. Mochte sich da das Gefühl auch noch tausendmal sträuben, der Verstand mußte seine Schlüsse ziehen.

Die Tatsache, daß neun Zehntel alles literarischen Schmutzes, künstlerischen Kitsches und theatralischen Blödsinns auf das Schuldkonto eines Volkes zu schreiben sind, das kaum ein Hundertstel aller Einwohner im Lande beträgt, ließ sich einfach nicht wegleugnen; es war eben so.

Auch meine liebe „Weltpresse“ begann ich nun von solchen Gesichtspunkten aus zu prüfen.

Je gründlicher ich aber hier die Sonde anlegte, um so mehr schrumpfte der Gegenstand meiner einstigen Bewunderung zusammen. Der Stil ward immer unerträglicher, den Inhalt mußte ich als innerlich seicht und flach ablehnen, die Objektivität der Darstellung schien mir nun mehr Lüge zu sein als ehrliche Wahrheit; die Verfasser aber waren — Juden.

Tausend Dinge, die ich früher kaum gesehen, fielen mir nun als bemerkenswert auf, andere wieder, die mir schon einst zu denken gaben, lernte ich begreifen und verstehen.

Die liberale Gesinnung dieser Presse sah ich nun in einem anderen Lichte, ihr vornehmer Ton im Beantworten von Angriffen sowie das Totschweigen derselben enthüllte sich mir jetzt als ebenso kluger wie niederträchtiger Trick; ihre verklärt geschriebenen Theaterkritiken galten immer dem jüdischen Verfasser, und nie traf ihre Ablehnung jemand anderen als den Deutschen. Das leise Sticheln gegen Wilhelm II. ließ in der Beharrlichkeit die Methode erkennen, genau so wie das Empfehlen französischer Kultur und Zivilisation. Der kitschige Inhalt der Novelle wurde nun zur Unanständigkeit, und aus der Sprache vernahm ich Laute eines fremden Volkes; der Sinn des Ganzen aber war dem Deutschtum so ersichtlich abträglich, daß dies nur gewollt sein konnte.

Wer aber besaß daran ein Interesse?

War dies alles nur Zufall?

So wurde ich langsam unsicher.

Beschleunigt wurde die Entwicklung aber durch Einblicke, die ich in eine Reihe anderer Vorgänge erhielt. Es war dies die allgemeine Auffassung von Sitte und Moral, wie man sie von einem großen Teil des Judentums ganz offen zur Schau getragen und betätigt sehen konnte.

Hier bot wieder die Straße einen manchmal wahrhaft bösen Anschauungsunterricht.

Das Verhältnis des Judentums zur Prostitution und mehr noch zum Mädchenhandel selber konnte man in Wien studieren wie wohl in keiner sonstigen westeuropäischen Stadt, südfranzösische Hafenorte vielleicht ausgenommen. Wenn man abends so durch die Straßen und Gassen der Leopoldstadt lief, wurde man auf Schritt und Tritt, ob man wollte oder nicht, Zeuge von Vorgängen, die dem Großteil des deutschen Volkes verborgen geblieben waren, bis der Krieg den Kämpfern an der Ostfront Gelegenheit gab, Ähnliches ansehen zu können, besser gesagt, ansehen zu müssen.

Als ich zum ersten Male den Juden in solcher Weise als den ebenso eisig kalten wie schamlos geschäftstüchtigen Dirigenten dieses empörenden Lasterbetriebes des Auswurfes der Großstadt erkannte, lief mir ein leichtes Frösteln über den Rücken.

Dann aber flammte es auf.

Nun wich ich der Erörterung der Judenfrage nicht mehr aus, nein, nun wollte ich sie. Wie ich aber so in allen Richtungen des kulturellen und künstlerischen Lebens und seinen verschiedenen Äußerungen nach dem Juden suchen lernte, stieß ich plötzlich an einer Stelle auf ihn, an der ich ihn am wenigsten vermutet hätte.

Indem ich den Juden als Führer der Sozialdemokratie erkannte, begann es mir wie Schuppen von den Augen zu fallen. Ein langer innerer Seelenkampf fand damit seinen Abschluß.

Schon im tagtäglichen Verkehr mit meinen Arbeitsgenossen fiel mir die erstaunliche Wandlungsfähigkeit auf, mit der sie zu einer gleichen Frage verschiedene Stellungen einnahmen, manchmal in einem Zeitraume von wenigen Tagen, oft auch nur wenigen Stunden. Ich konnte schwer verstehen, wie Menschen, die, allein gesprochen, immer noch vernünftige Anschauungen besaßen, diese plötzlich verloren, sowie sie in den Bannkreis der Masse gelangten. Es war oft zum Verzweifeln. Wenn ich nach stundenlangem Zureden schon überzeugt war, dieses Mal endlich das Eis gebrochen oder einen Unsinn aufgeklärt zu haben und mich schon des Erfolges herzlich freute, dann mußte ich zu meinem Jammer am nächsten Tage wieder von vorne beginnen; es war alles umsonst gewesen. Wie ein ewiges Pendel schien der Wahnsinn ihrer Anschauungen immer von neuem zurückzuschlagen.

Alles vermochte ich dabei noch zu begreifen: daß sie mit ihrem Lose unzufrieden waren, das Schicksal verdammten, welches sie oft so herbe schlug; die Unternehmer haßten, die ihnen als herzlose Zwangsvollstrecker dieses Schicksals erschienen; auf die Behörden schimpften, die in ihren Augen kein Gefühl für die Lage besaßen; daß sie gegen Lebens-

mittelpreise demonstrierten und für ihre Forderungen auf die Straße zogen, alles dies konnte man ohne Rücksicht auf Vernunft mindestens noch verstehen. Was aber unverständlich bleiben mußte, war der grenzenlose Haß, mit dem sie ihr eigenes Volkstum belegten, die Größe desselben schmähten, seine Geschichte verunreinigten und große Männer in die Gosse zogen.

Dieser Kampf gegen die eigene Art, das eigene Nest, die eigene Heimat war ebenso sinnlos wie unbegreiflich. Das war natürlich.

Man konnte sie von diesem Laster vorübergehend heilen, jedoch nur auf Tage, höchstens Wochen. Traf man aber später den vermeintlichen Bekehrten, dann war er wieder der alte geworden.

Die Unnatur hatte ihn wieder in ihrem Besitze.

*

Daß die sozialdemokratische Presse überwiegend von Juden geleitet war, lernte ich allmählich kennen; allein, ich schrieb diesem Umstande keine besondere Bedeutung zu, lagen doch die Verhältnisse bei den anderen Zeitungen genau so. Nur eines war vielleicht auffallend: es gab nicht ein Blatt, bei dem sich Juden befanden, das als wirklich national angesprochen hätte werden können, so wie dies in der Linie meiner Erziehung und Auffassung gelegen war.

Da ich mich nun überwand und diese Art von marxistischen Presseerzeugnissen zu lesen versuchte, die Abneigung aber in eben diesem Maße ins Unendliche wuchs, suchte ich nun auch die Fabrikanten dieser zusammengefaßten Schurkereien näher kennenzulernen.

Es waren, vom Herausgeber angefangen, lauter Juden.

Ich nahm die mir irgendwie erreichbaren sozialdemokratischen Broschüren und suchte die Namen ihrer Verfasser: Juden. Ich merkte mir die Namen fast aller Führer; es waren zum weitaus größten Teil ebenfalls Angehörige des „auserwählten Volkes“, mochte es sich dabei um die Vertreter im Reichsrat handeln oder um die Sekretäre der

Gewerkschaften, die Vorsitzenden der Organisationen oder die Agitatoren der Straße. Es ergab sich immer das gleiche unheimliche Bild. Die Namen der Austerlitz, David, Adler, Ellenbogen usw. werden mir ewig in Erinnerung bleiben. Das eine war mir nun klar geworden: die Partei, mit deren kleinen Vertretern ich seit Monaten den heftigsten Kampf auszufechten hatte, lag in ihrer Führung fast ausschließlich in den Händen eines fremden Volkes; denn daß der Jude kein Deutscher war, wußte ich zu meiner inneren glücklichen Zufriedenheit schon endgültig.

Nun aber erst lernte ich den Verführer unseres Volkes ganz kennen.

Schon ein Jahr meines Wiener Aufenthaltes hatte genügt, um mir die Überzeugung beizubringen, daß kein Arbeiter so verbohrt sein konnte, als daß er nicht besserem Wissen und besserer Erklärung erlegen wäre, Ich war langsam Kenner ihrer eigenen Lehre geworden und verwendete sie als Waffe im Kampfe für meine innere Überzeugung.

Fast immer legte sich nun der Erfolg auf meine Seite.

Die große Masse war zu retten, wenn auch nur nach schwersten Opfern an Zeit und Geduld.

Niemals aber war ein Jude von seiner Anschauung zu befreien.

Ich war damals noch kindlich genug, ihnen den Wahnsinn ihrer Lehre klarmachen zu wollen, redete mir in meinem kleinen Kreise die Zunge wund und die Kehle heiser und vermeinte, es müßte mir gelingen, sie von der Verderblichkeit ihres marxistischen Irrsinns zu überzeugen; allein dann erreichte ich erst recht nur das Gegenteil. Es schien, als ob die steigende Einsicht von der vernichtenden Wirkung sozialdemokratischer Theorien und ihrer Erfüllung nur zur Verstärkung ihrer Entschlossenheit dienen würde.

Je mehr ich dann so mit ihnen stritt, um so mehr lernte ich ihre Dialektik kennen. Erst rechneten sie mit der Dummheit ihres Gegners, um dann, wenn sich ein Ausweg nicht mehr fand, sich selber einfach dumm zu stellen. Nützte alles nicht, so verstanden sie nicht recht oder sprangen, gestellt,

augenblicklich auf ein anderes Gebiet über, brachten nun Selbstverständlichkeiten, deren Annahme sie aber sofort wieder auf wesentlich andere Stoffe bezogen, um nun, wieder angefaßt, auszuweichen und nichts Genaues zu wissen. Wo immer man so einen Apostel angriff, umschloß die Hand qualligen Schleim; das quoll einem geteilt durch die Finger, um sich im nächsten Moment schon wieder zusammenzuschließen. Schlug man aber einen wirklich so vernichtend, daß er, von der Umgebung beobachtet, nicht mehr anders als zustimmen konnte, und glaubte man, so wenigstens einen Schritt vorwärtsgekommen zu sein, so war das Erstaunen am nächsten Tag groß. Der Jude wußte nun von gestern nicht mehr das geringste, erzählte seinen alten Unfug wieder weiter, als ob überhaupt nichts vorgefallen wäre und tat, empört zur Rede gestellt, erstaunt, konnte sich an rein gar nichts erinnern, außer an die doch schon am Vortage bewiesene Richtigkeit seiner Behauptungen.

Ich stand manches Mal starr da.

Man wußte nicht, was man mehr bestaunen sollte: ihre Zungenfertigkeit oder ihre Kunst der Lüge.

Ich begann sie allmählich zu hassen.

Dies alles hatte nun das eine Gute, daß in eben dem Umfange, in dem mir die eigentlichen Träger oder wenigstens die Verbreiter der Sozialdemokratie ins Auge fielen, die Liebe zu meinem Volke wachsen mußte. Wer konnte auch bei der teuflischen Gewandtheit dieser Verführer das unselige Opfer verfluchen? Wie schwer war es doch mir selber, der dialektischen Verlogenheit dieser Rasse Herr zu werden! Wie vergeblich aber war ein solcher Erfolg bei Menschen, die die Wahrheit im Munde verdrehen, das soeben gesprochene Wort glatt verleugnen, um es schon in der nächsten Minute für sich selbst in Anspruch zu nehmen.

Nein. Je mehr ich den Juden kennenlernte, um so mehr mußte ich dem Arbeiter verzeihen.

Die schwerste Schuld lag nun in meinen Augen nicht mehr bei ihm, sondern bei all denen, die es nicht der Mühe wert fanden, sich seiner zu erbarmen, in eiserner Gerechtigkeit dem Sohne des Volkes zu geben, was ihm gebührt,

den Verführer und Verderber aber an die Wand zu schlagen.

Von der Erfahrung des täglichen Lebens angeregt, begann ich nunmehr, den Quellen der marxistischen Lehre selber nachzuspüren. Ihr Wirken war mir im einzelnen klargeworden, der Erfolg davon zeigte sich mir täglich vor dem aufmerksamen Blick, die Folgen vermochte ich bei einiger Phantasie mir auszumalen. Die Frage war nur noch, ob den Begründern das Ergebnis ihrer Schöpfung, schon in seiner letzten Form gesehen, vorschwebte, oder ob sie selber das Opfer eines Irrtums wurden.

Beides war nach meinem Empfinden möglich.

Im einen Falle war es Pflicht eines jeden denkenden Menschen, sich in die Front der unseligen Bewegung zu drängen, um so vielleicht doch das Äußerste zu verhindern, im andern aber mußten die einstigen Urheber dieser Völkerkrankheit wahre Teufel gewesen sein; denn nur in dem Gehirne eines Ungeheuers — nicht eines Menschen — konnte dann der Plan zu einer Organisation sinnvolle Gestalt annehmen, deren Tätigkeit als Schlußergebnis zum Zusammenbruch der menschlichen Kultur und damit zur Verödung der Welt führen muß.

In diesem Falle blieb als letzte Rettung noch der Kampf, der Kampf mit allen Waffen, die menschlicher Geist, Verstand und Wille zu erfassen vermögen, ganz gleich, wem das Schicksal dann seinen Segen in die Waagschale senkt.

So begann ich nun, mich mit den Begründern dieser Lehre vertraut zu machen, um so die Grundlagen der Bewegung zu studieren. Daß ich hier schneller zum Ziele kam, als ich vielleicht erst selber zu denken wagte, hatte ich allein meiner nun gewonnenen, wenn auch damals noch wenig vertieften Kenntnis der Judenfrage zu danken. Sie allein ermöglichte mir den praktischen Vergleich der Wirklichkeit mit dem theoretischen Geflunker der Gründungsapostel der Sozialdemokratie, da sie mich die Sprache des jüdischen Volkes verstehen gelehrt hatte, das redet, um die Gedanken zu verbergen oder mindestens zu verschleiern;

und sein wirkliches Ziel ist mithin nicht in den Zeilen zu finden, sondern schlummert wohlverborgen zwischen ihnen.

Es war für mich die Zeit der größten Umwälzung gekommen, die ich im Inneren jemals durchzumachen hatte.

Ich war vom schwächlichen Weltbürger zum fanatischen Antisemiten geworden.

Nur einmal noch — es war das letztemal — kamen mir in tiefster Beklommenheit ängstlich drückende Gedanken.

Als ich so durch lange Perioden menschlicher Geschichte das Wirken des jüdischen Volkes forschend betrachtete, stieg mir plötzlich die bange Frage auf, ob nicht doch vielleicht das unerforschliche Schicksal aus Gründen, die uns armseligen Menschen unbekannt, den Endsieg dieses kleinen Volkes in ewig unabänderlichem Beschlusse wünsche?

Sollte diesem Volke, das ewig nur dieser Erde lebt, die Erde als Belohnung zugesprochen sein?

Haben wir ein objektives Recht zum Kampf für unsere Selbsterhaltung, oder ist auch dies nur subjektiv in uns begründet?

Indem ich mich in die Lehre des Marxismus vertiefte und so das Wirken des jüdischen Volkes in ruhiger Klarheit einer Betrachtung unterzog, gab mir das Schicksal selber seine Antwort.

Die jüdische Lehre des Marxismus lehnt das aristokratische Prinzip der Natur ab und setzt an Stelle des ewigen Vorrechtes der Kraft und Stärke die Masse der Zahl und ihr totes Gewicht. Sie leugnet so im Menschen den Wert der Person, bestreitet die Bedeutung von Volkstum und Rasse und entzieht der Menschheit damit die Voraussetzung ihres Bestehens und ihrer Kultur. Sie würde als Grundlage des Universums zum Ende jeder gedanklich für Menschen faßlichen Ordnung führen. Und so wie in diesem größten erkennbaren Organismus nur Chaos das Ergebnis der Anwendung eines solchen Gesetzes sein könnte, so auf der Erde für die Bewohner dieses Sternes nur ihr eigener Untergang.

Siegt der Jude mit Hilfe seines marxistischen Glaubensbekenntnisses über die Völker dieser Welt, dann wird seine

Krone der Totenkranz der Menschheit sein, dann wird dieser Planet wieder wie einst vor Jahrmillionen menschenleer durch den Äther ziehen.

Die ewige Natur rächt unerbittlich die Übertretung ihrer Gebote.

So glaube ich heute im Sinne des allmächtigen Schöpfers zu handeln: Indem ich mich des Juden erwehre, kämpfe ich für das Werk des Herrn.

3. Kapitel

Allgemeine politische Betrachtungen aus meiner Wiener Zeit

Ich bin heute der Überzeugung, daß der Mann sich im allgemeinen, Fälle ganz besonderer Begabung ausgenommen, nicht vor seinem dreißigsten Jahre in der Politik öffentlich betätigen soll. Er soll dies nicht, da ja bis in diese Zeit hinein zumeist erst die Bildung einer allgemeinen Plattform stattfindet, von der aus er nun die verschiedenen politischen Probleme prüft und seine eigene Stellung zu ihnen endgültig festlegt. Erst nach dem Gewinnen einer solchen grundlegenden Weltanschauung und der dadurch erreichten Stetigkeit der eigenen Betrachtungsweise gegenüber den einzelnen Fragen des Tages soll oder darf der nun wenigstens innerlich ausgereifte Mann sich an der politischen Führung des Gemeinwesens beteiligen.

Ist dies anders, so läuft er Gefahr, eines Tages seine bisherige Stellung in wesentlichen Fragen entweder ändern zu müssen oder wider sein besseres Wissen und Erkennen bei einer Anschauung stehenzubleiben, die Verstand und Überzeugung bereits längst ablehnen. Im ersteren Falle ist dies sehr peinlich für ihn persönlich, da er nun, als selber schwankend, mit Recht nicht mehr erwarten darf, daß der Glaube seiner Anhänger ihm in gleicher unerschütterlicher Festigkeit gehöre wie vordem; für die von ihm Geführten jedoch bedeutet ein solcher Umfall des Führers Ratlosigkeit sowie nicht selten das Gefühl einer gewissen Beschämung den bisher von ihnen Bekämpften gegenüber. Im zweiten Falle aber tritt ein, was wir besonders heute so oft sehen: in eben dem Maße, in dem der Führer nicht mehr an das von ihm Gesagte glaubt, wird seine Ver-

teidigung hohl und flach, dafür aber gemein in der Wahl der Mittel. Während er selber nicht mehr daran denkt, für seine politischen Offenbarungen ernstlich einzutreten (man stirbt nicht für etwas, an das man selber nicht glaubt), werden die Anforderungen an seine Anhänger jedoch in eben diesem Verhältnis immer größer und unverschämter, bis er endlich den letzten Rest des Führers opfert, um beim „Politiker" zu landen; das heißt bei jener Sorte von Menschen, deren einzige wirkliche Gesinnung die Gesinnungslosigkeit ist, gepaart mit frecher Aufdringlichkeit und einer oft schamlos entwickelten Kunst der Lüge.

Kommt so ein Bursche dann zum Unglück der anständigen Menschheit auch noch in ein Parlament, so soll man schon von Anfang an wissen, daß das Wesen der Politik für ihn nur noch im heroischen Kampf um den dauernden Besitz dieser Milchflasche seines Lebens und seiner Familie besteht. Je mehr dann Weib und Kind an ihr hängen, um so zäher wird er für sein Mandat streiten. Jeder sonstige Mensch mit politischen Instinkten ist damit allein schon sein persönlicher Feind; in jeder neuen Bewegung wittert er den möglichen Beginn seines Endes und in jedem größeren Manne die wahrscheinlich von diesem noch einmal drohende Gefahr.

Ich werde auf diese Sorte von Parlamentswanzen noch gründlich zu sprechen kommen.

Auch der Dreißigjährige wird im Laufe seines Lebens noch vieles zu lernen haben, allein es wird dies nur eine Ergänzung und Ausfüllung des Rahmens sein, den die grundsätzlich angenommene Weltanschauung ihm vorlegt. Sein Lernen wird kein prinzipielles Umlernen mehr sein, sondern ein Hinzulernen, und seine Anhänger werden nicht das beklommene Gefühl hinunterwürgen müssen, von ihm bisher falsch unterrichtet worden zu sein, sondern im Gegenteil: das ersichtliche organische Wachsen des Führers wird ihnen Befriedigung gewähren, da sein Lernen ja nur die Vertiefung ihrer eigenen Lehre bedeutet. Dies aber ist in ihren Augen ein Beweis für die Richtigkeit ihrer bisherigen Anschauungen.

Ein Führer, der die Plattform seiner allgemeinen Weltanschauung an sich, weil als falsch erkannt, verlassen muß, handelt nur dann mit Anstand, wenn er in der Erkenntnis seiner bisherigen fehlerhaften Einsicht die letzte Folgerung zu ziehen bereit ist. Er muß in einem solchen Falle mindestens der öffentlichen Ausübung einer weiteren politischen Betätigung entsagen. Denn da er schon einmal in grundlegenden Erkenntnissen einem Irrtum verfiel, ist die Möglichkeit auch ein zweites Mal gegeben. Auf keinen Fall aber hat er noch das Recht, weiterhin das Vertrauen der Mitbürger in Anspruch zu nehmen oder gar ein solches zu fordern.

Wie wenig nun allerdings heute einem solchen Anstand entsprochen wird, bezeugt nur die allgemeine Verworfenheit des Packs, das sich zur Zeit berufen fühlt, in Politik zu „machen".

Auserwählt dazu ist von ihnen kaum einer.

Ich hatte mich einst gehütet, irgendwie öffentlich aufzutreten, obwohl ich glaube, mich mehr mit Politik beschäftigt zu haben als so viele andere. Nur im kleinsten Kreise sprach ich von dem, was mich innerlich bewegte oder anzog. Dieses Sprechen im engsten Rahmen hatte viel Gutes für sich: ich lernte so wohl weniger „reden", dafür aber die Menschen in ihren oft unendlich primitiven Anschauungen und Einwänden kennen. Dabei schulte ich mich, ohne Zeit und Möglichkeit zu verlieren, zur eigenen Weiterbildung. Die Gelegenheit dazu war sicher nirgends in Deutschland so günstig wie damals in Wien.

*

Das allgemeine politische Denken in der alten Donaumonarchie war zunächst seinem Umfange nach größer und umspannender als im alten Deutschland der gleichen Zeit — Teile von Preußen, Hamburg und die Küste der Nordsee ausgenommen. Ich verstehe nun allerdings unter der Bezeichnung „Österreich" in diesem Falle jenes Gebiet des großen Habsburgerreiches, das infolge seiner deutschen Besiedelung in jeglicher Hinsicht nicht nur die historische

Veranlassung der Bildung dieses Staates überhaupt war, sondern das in seiner Bevölkerung auch ausschließlich jene Kraft aufwies, die diesem politisch so künstlichen Gebilde das innere kulturelle Leben auf viele Jahrhunderte zu schenken vermochte. Je mehr die Zeit fortschritt, um so mehr war Bestand und Zukunft dieses Staates gerade von der Erhaltung dieser Keimzelle des Reiches abhängig.

Waren die alten Erblande das Herz des Reiches, das immer wieder frisches Blut in den Kreislauf des staatlichen und kulturellen Lebens trieb, dann aber war Wien Gehirn und Wille zugleich.

Schon in ihrer äußeren Aufmachung durfte man dieser Stadt die Kraft zusprechen, in einem solchen Völkerkonglomerat als einigende Königin zu thronen, um so durch die Pracht der eigenen Schönheit die bösen Alterserscheinungen des Gesamten vergessen zu lassen.

Mochte das Reich in seinem Innern noch so heftig zucken unter den blutigen Kämpfen der einzelnen Nationalitäten, das Ausland, und besonders Deutschland, sah nur das liebenswürdige Bild dieser Stadt. Die Täuschung war um so größer, als Wien in dieser Zeit vielleicht den letzten und größten sichtbaren Aufschwung zu nehmen schien. Unter der Herrschaft eines wahrhaft genialen Bürgermeisters erwachte die ehrwürdige Residenz der Kaiser des alten Reiches noch einmal zu einem wundersamen jungen Leben. Der letzte große Deutsche, den das Kolonistenvolk der Ostmark aus seinen Reihen gebar, zählte offiziell nicht zu den sogenannten „Staatsmännern“; aber indem dieser Dr. Lueger als Bürgermeister der „Reichshaupt- und Residenzstadt“ Wien eine unerhörte Leistung nach der anderen auf, man darf sagen, allen Gebieten kommunaler Wirtschafts- und Kulturpolitik hervorzauberte, stärkte er das Herz des gesamten Reiches und wurde über diesen Umweg zum größeren Staatsmann, als die sogenannten „Diplomaten“ es alle zusammen damals waren.

Wenn das Völkergebilde, „Österreich“ genannt, endlich dennoch zugrunde ging, dann spricht dies nicht im geringsten gegen die politische Fähigkeit des Deutschtums in der

alten Ostmark, sondern war das zwangsläufige Ergebnis der Unmöglichkeit, mit zehn Millionen Menschen einen Fünfzig-Millionen-Staat von verschiedenen Nationen auf die Dauer halten zu können, wenn eben nicht ganz bestimmte Voraussetzungen rechtzeitig gegeben wurden.

Der Deutschösterreicher dachte mehr als groß.

Er war immer gewohnt, im Rahmen eines großen Reiches zu leben und hatte das Gefühl für die damit verbundenen Aufgaben nie verloren. Er war der einzige in diesem Staate, der über die Grenzen des engeren Kronlandes hinaus noch die Reichsgrenze sah; ja, als das Schicksal ihn schließlich vom gemeinsamen Vaterlande trennen sollte, da versuchte er immer noch, der ungeheuren Aufgabe Herr zu werden und dem Deutschtum zu erhalten, was die Väter in unendlichen Kämpfen dem Osten einst abgerungen hatten. Wobei noch zu bedenken ist, daß dies nur noch mit geteilter Kraft geschehen konnte; denn Herz und Erinnerung der Besten hörten niemals auf, für das gemeinsame Mutterland zu empfinden, und nur ein Rest blieb der Heimat.

Schon der allgemeine Gesichtskreis des Deutschösterreichers war ein verhältnismäßig weiter. Seine wirtschaftlichen Beziehungen umfaßten häufig nahezu das ganze vielgestaltige Reich. Fast alle wirklich großen Unternehmungen befanden sich in seinen Händen, das leitende Personal an Technikern und Beamten ward zum größten Teil von ihm gestellt. Er war aber auch der Träger des Außenhandels, soweit nicht das Judentum auf die ureigenste Domäne seine Hand gelegt hatte. Politisch hielt er allein noch den Staat zusammen. Schon die Dienstzeit beim Heere warf ihn über die engen Grenzen der Heimat weit hinaus. Der deutschösterreichische Rekrut rückte wohl vielleicht bei einem deutschen Regimente ein, allein das Regimt selber konnte ebensogut in der Herzegowina liegen wie in Wien oder Galizien. Das Offizierkorps war immer noch deutsch, das höhere Beamtentum vorherrschend. Deutsch aber war endlich Kunst und Wissenschaft. Abgesehen vom Kitsch der neueren Kunstentwicklung, dessen Produktion allerdings

auch einem Negervolke ohne weiteres möglich sein dürfte, war der Besitzer und auch Verbreiter wahrer Kunstgesinnung nur der Deutsche allein. In Musik, Baukunst, Bildhauerei und Malerei war Wien der Brunnen, der in unerschöpflicher Fülle die ganze Doppelmonarchie versorgte, ohne jemals selber sichtlich zu versiegen.

Das Deutschtum war endlich noch der Träger der gesamten Außenpolitik, wenn man von den der Zahl nach wenigen Ungarn absieht.

Dennoch war jeder Versuch, dieses Reich zu erhalten, vergeblich, da die wesentlichste Voraussetzung fehlte.

Für den österreichischen Völkerstaat gab es nur eine Möglichkeit, die zentrifugalen Kräfte bei den einzelnen Nationen zu überwinden. Der Staat wurde entweder zentral regiert und damit aber auch ebenso innerlich organisiert, oder er war überhaupt nicht denkbar.

In verschiedenen lichten Augenblicken kam diese Einsicht auch der „Allerhöchsten“ Stelle, um aber zumeist schon nach kurzer Zeit vergessen oder als schwer durchführbar wieder beiseitegetan zu werden. Jeder Gedanke einer mehr föderativen Ausgestaltung des Reiches mußte zwangsläufig infolge des Fehlens einer starken staatlichen Keimzelle von überragender Macht fehlschlagen. Dazu kamen noch die wesentlich anderen inneren Voraussetzungen des österreichischen Staates gegenüber dem Deutschen Reiche Bismarckscher Fassung. In Deutschland handelte es sich nur darum, politische Traditionen zu überwinden, da kulturell eine gemeinsame Grundlage immer vorlag. Vor allem besaß das Reich, von kleinen fremden Splittern abgesehen, nur Angehörige eines Volkes.

In Österreich lagen die Verhältnisse umgekehrt.

Hier fiel die politische Erinnerung eigener Größe bei den einzelnen Ländern, von Ungarn abgesehen, entweder ganz fort, oder sie war vom Schwamm der Zeit gelöscht, mindestens aber verwischt und undeutlich. Dafür entwickelten sich nun im Zeitalter des Nationalitätenprinzips in den verschiedenen Ländern völkische Kräfte, deren Überwindung in eben dem Maße schwer werden mußte, als sich am Rande

der Monarchie Nationalstaaten zu bilden begannen, deren Staatsvölker, rassisch mit den einzelnen österreichischen Volkssplittern verwandt oder gleich, nunmehr ihrerseits mehr Anziehungskraft auszuüben vermochten, als dies umgekehrt dem Deutschösterreicher noch möglich war.

Selbst Wien konnte auf die Dauer diesen Kampf nicht mehr bestehen.

Mit der Entwicklung von Budapest zur Großstadt hatte es zum ersten Male eine Rivalin erhalten, deren Aufgabe nicht mehr die Zusammenfassung der Gesamtmonarchie war, sondern vielmehr die Stärkung eines Teiles derselben. In kurzer Zeit schon sollte Prag dem Beispiel folgen, dann Lemberg, Laibach usw. Mit dem Aufstieg dieser einstmaligen Provinzstädte zu nationalen Hauptstädten einzelner Länder bildeten sich nun auch Mittelpunkte für ein mehr und mehr selbständiges Kulturleben derselben. Erst dadurch aber erhielten die völkisch-politischen Instinkte ihre geistige Grundlage und Vertiefung. Es mußte so einmal der Zeitpunkt herannahen, da diese Triebkräfte der einzelnen Völker mächtiger wurden als die Kraft der gemeinsamen Interessen, und dann war es um Österreich geschehen.

Diese Entwicklung ließ sich seit dem Tode Josephs II. in ihrem Laufe sehr deutlich feststellen. Ihre Schnelligkeit war von einer Reihe von Faktoren abhängig, die zum Teil in der Monarchie selber lagen, zum anderen Teil aber das Ergebnis der jeweiligen außenpolitischen Stellung des Reiches bildeten.

Wollte man den Kampf für die Erhaltung dieses Staates ernstlich aufnehmen und durchfechten, dann konnte nur eine ebenso rücksichtslose wie beharrliche Zentralisierung allein zum Ziele führen. Dann mußte aber vor allem durch die prinzipielle Festlegung einer einheitlichen Staatssprache die rein formelle Zusammengehörigkeit betont, der Verwaltung aber das technische Hilfsmittel in die Hand gedrückt werden, ohne das ein einheitlicher Staat nun einmal nicht zu bestehen vermag. Ebenso konnte nur dann auf die Dauer durch Schule und Unterricht eine einheitliche Staatsgesinnung herangezüchtet werden. Dies war nicht in zehn oder

zwanzig Jahren zu erreichen, sondern hier mußte man mit Jahrhunderten rechnen, wie denn überhaupt in allen kolonisatorischen Fragen der Beharrlichkeit eine größere Bedeutung zukommt als der Energie des Augenblicks.

Daß dann die Verwaltung sowohl als auch die politische Leitung in strengster Einheitlichkeit zu führen sind, versteht sich von selbst.

Es war nun für mich unendlich lehrreich, festzustellen, warum dies nicht geschah, oder besser, warum man dies nicht getan. Nur der Schuldige an dieser Unterlassung war der Schuldige am Zusammenbruche des Reiches.

Das alte Österreich war mehr als ein anderer Staat gebunden an die Größe seiner Leitung. Hier fehlte ja das Fundament des Nationalstaates, der in der völkischen Grundlage immer noch eine Kraft der Erhaltung besitzt, wenn die Führung als solche auch noch so sehr versagt. Der einheitliche Volksstaat kann vermöge der natürlichen Trägheit seiner Bewohner und der damit verbundenen Widerstandskraft manchmal erstaunlich lange Perioden schlechtester Verwaltung oder Leitung ertragen, ohne daran innerlich zugrunde zu gehen. Es ist dann oft so, als befinde sich in einem solchen Körper keinerlei Leben mehr, als wäre er tot und abgestorben, bis plötzlich der Totgewähnte sich wieder erhebt und nun staunenswerte Zeichen seiner unverwüstlichen Lebenskraft der übrigen Menschheit gibt.

Anders aber ist dies bei einem Reiche, das aus nicht gleichen Völkern zusammengesetzt, nicht durch das gemeinsame Blut als vielmehr durch eine gemeinsame Faust gehalten wird. Hier wird jede Schwäche der Leitung nicht zu einem Winterschlaf des Staates führen, sondern zu einem Erwachen all der individuellen Instinkte Anlaß geben, die blutsmäßig vorhanden sind, ohne sich in Zeiten eines überragenden Willens entfalten zu können. Nur durch jahrhundertelange gemeinsame Erziehung, durch gemeinsame Tradition, gemeinsame Interessen usw. kann diese Gefahr gemildert werden. Daher werden solche Staatsgebilde, je jünger sie sind, um so mehr von der Größe der Führung abhängen, ja als Werk überragender Gewaltmenschen und

Geistesheroen oft schon nach dem Tode des einsamen großen Begründers wieder zerfallen. Aber noch nach Jahrhunderten können diese Gefahren nicht als überwunden gelten, sie schlummern nur, um oft ganz plötzlich zu erwachen, sobald die Schwäche der gemeinsamen Leitung und die Kraft der Erziehung, die Erhabenheit aller Tradition nicht mehr den Schwung des eigenen Lebensdranges der verschiedenen Stämme zu überwinden vermag.

Dies nicht begriffen zu haben, ist die vielleicht tragische Schuld des Hauses Habsburg.

Einem einzigen unter ihnen hielt das Schicksal noch einmal die Fackel über die Zukunft seines Landes empor, dann verlosch sie für immer.

Joseph II., römischer Kaiser der deutschen Nation, sah in fliegender Angst, wie sein Haus, auf die äußerste Kante des Reiches gedrängt, dereinst im Strudel eines Völkerbabylons verschwinden müßte, wenn nicht in letzter Stunde das Versäumte der Väter wieder gutgemacht würde. Mit übermenschlicher Kraft stemmte sich der „Freund der Menschen" gegen die Fahrlässigkeit der Vorfahren und suchte in einem Jahrzehnt einzuholen, was Jahrhunderte vordem versäumten. Wären ihm nur vierzig Jahre vergönnt gewesen zu seiner Arbeit, und hätten nach ihm auch nur zwei Generationen in gleicher Weise das begonnene Werk fortgeführt, so würde das Wunder wahrscheinlich gelungen sein. Als er aber nach kaum zehn Jahren Regierung, zermürbt an Leib und Seele, starb, sank mit ihm auch sein Werk in das Grab, um, nicht mehr wiedererweckt, in der Kapuzinergruft auf ewig zu entschlafen.

Seine Nachfolger waren der Aufgabe weder geistig noch willensmäßig gewachsen.

Als nun durch Europa die ersten revolutionären Wetterzeichen einer neuen Zeit flammten, da begann auch Österreich langsam nach und nach Feuer zu fangen. Allein als der Brand endlich ausbrach, da wurde die Glut schon weniger durch soziale, gesellschaftliche oder auch allgemein politische Ursachen angefacht als vielmehr durch Triebkräfte völkischen Ursprungs.

Die Revolution des Jahres 1848 konnte überall Klassenkampf sein, in Österreich jedoch war sie schon der Beginn eines neuen Rassenstreites. Indem damals der Deutsche, diesen Ursprung vergessend oder nicht erkennend, sich in den Dienst der revolutionären Erhebung stellte, besiegelte er damit sein eigenes Los. Er half mit, den Geist der westlichen Demokratie zu erwecken, der in kurzer Zeit ihm die Grundlagen der eigenen Existenz entzog.

Mit der Bildung eines parlamentarischen Vertretungskörpers ohne die vorhergehende Niederlegung und Festigung einer gemeinsamen Staatssprache war der Grundstein zum Ende der Vorherrschaft des Deutschtums in der Monarchie gelegt worden. Von diesem Augenblick an war damit aber auch der Staat selber verloren. Alles, was nun noch folgte, war nur die historische Abwicklung eines Reiches.

Diese Auflösung zu verfolgen, war ebenso erschütternd wie lehrreich. In tausend und aber tausend Formen vollzog sich im einzelnen diese Vollstreckung eines geschichtlichen Urteils. Daß ein großer Teil der Menschen blind durch die Erscheinungen des Zerfalls wandelte, bewies nur den Willen der Götter zu Österreichs Vernichtung.

Ich will hier nicht in Einzelheiten mich verlieren, da dies nicht die Aufgabe dieses Buches ist. Ich will nur jene Vorgänge in den Kreis einer gründlicheren Betrachtung ziehen, die als immer gleichbleibende Ursachen des Verfalles von Völkern und Staaten auch für unsere heutige Zeit Bedeutung besitzen, und die endlich mithalfen, meiner politischen Denkweise die Grundlagen zu sichern.

*

Unter den Einrichtungen, die am deutlichsten die Zerfressung der österreichischen Monarchie auch dem sonst nicht mit scharfen Augen gesegneten Spießbürger aufzeigen konnten, befand sich an der Spitze diejenige, die am meisten Stärke ihr eigen nennen sollte — das Parlament oder, wie es in Österreich hieß, der Reichsrat.

Ersichtlich war das Muster dieser Körperschaft in England, dem Lande der klassischen „Demokratie“, gelegen. Von dort übernahm man die ganze beglückende Anordnung und setzte sie so unverändert als möglich nach Wien.

Im Abgeordneten- und Herrenhaus feierte das englische Zweikammersystem seine Wiederauferstehung. Nur die „Häuser“ selber waren etwas verschieden. Als Barry einst seinen Parlamentspalast aus den Fluten der Themse herauswachsen ließ, da griff er in die Geschichte des britischen Weltreichs hinein und holte sich aus ihr den Schmuck für die 1200 Nischen, Konsolen und Säulen seines Prachtbaues heraus. In Bildwerk und Malerkunst wurde so das Haus der Lords und des Volkes zum Ruhmestempel der Nation.

Hier kam die erste Schwierigkeit für Wien. Denn als der Däne Hansen die letzten Giebel am Marmorhaus der neuen Volksvertretung vollendet hatte, da blieb ihm auch zur Zierde nichts anderes übrig, als Entlehnungen bei der Antike zu versuchen. Römische und griechische Staatsmänner und Philosophen verschönern nun dieses Theatergebäude der „westlichen Demokratie“, und in symbolischer Ironie ziehen über den zwei Häusern die Quadrigen nach den vier Himmelsrichtungen auseinander, auf solche Art dem damaligen Treiben im Innern auch nach außen den besten Ausdruck verleihend.

Die „Nationalitäten“ hatten es sich als Beleidigung und Provokation verbeten, daß in diesem Werke österreichische Geschichte verherrlicht würde, so wie man im Reiche selbst ja auch erst unter dem Donner der Weltkriegsschlachten wagte, den Wallotschen Bau des Reichstags durch Inschrift dem deutschen Volke zu weihen.

Als ich, noch nicht zwanzig Jahre alt, zum ersten Male in den Prachtbau am Franzensring ging, um als Zuschauer und Hörer einer Sitzung des Abgeordnetenhauses beizuwohnen, ward ich von den widerstrebendsten Gefühlen erfaßt.

Ich hatte schon von jeher das Parlament gehaßt, jedoch durchaus nicht als Institution an sich. Im Gegenteil, als freiheitlich empfindender Mensch konnte ich mir eine andere

Möglichkeit der Regierung gar nicht vorstellen, denn der Gedanke irgendeiner Diktatur wäre mir bei meiner Haltung zum Hause Habsburg als Verbrechen wider die Freiheit und gegen jede Vernunft vorgekommen.

Nicht wenig trug dazu bei, daß mir als jungem Menschen infolge meines vielen Zeitungslesens, ohne daß ich dies wohl selber ahnte, eine gewisse Bewunderung für das englische Parlament eingeimpft worden war, die ich nicht so ohne weiteres zu verlieren vermochte. Die Würde, mit der dort auch das Unterhaus seinen Aufgaben oblag (wie dies unsere Presse so schön zu schildern verstand), imponierte mir mächtig. Konnte es denn überhaupt eine erhabenere Form der Selbstregierung eines Volkstums geben?

Gerade deshalb aber war ich ein Feind des österreichischen Parlaments. Ich hielt die Form des ganzen Auftretens für unwürdig des großen Vorbildes. Nun trat aber noch folgendes hinzu:

Das Schicksal des Deutschtums im österreichischen Staate war abhängig von seiner Stellung im Reichsrat. Bis zur Einführung des allgemeinen und geheimen Wahlrechts war noch eine, wenn auch unbedeutende deutsche Majorität im Parlament vorhanden. Schon dieser Zustand war bedenklich, da bei der national unzuverlässigen Haltung der Sozialdemokratie diese in kritischen, das Deutschtum betreffenden Fragen — um sich nicht die Anhänger in den einzelnen Fremdvölkern abspenstig zu machen — immer gegen die deutschen Belange auftrat. Die Sozialdemokratie konnte schon damals nicht als deutsche Partei betrachtet werden. Mit der Einführung des allgemeinen Wahlrechtes aber hörte die deutsche Überlegenheit auch rein ziffernmäßig auf. Nun war der weiteren Entdeutschung des Staates kein Hindernis mehr im Wege.

Der nationale Selbsterhaltungstrieb ließ mich schon damals aus diesem Grunde eine Volksvertretung wenig lieben, in der das Deutschtum immer statt vertreten verraten wurde. Allein dies waren Mängel, die, wie so vieles andere eben auch, nicht der Sache an sich, sondern dem österreichischen Staate zuzuschreiben waren. Ich glaubte früher noch,

daß mit einer Wiederherstellung der deutschen Mehrheit in den Vertretungskörpern zu einer prinzipiellen Stellungnahme dagegen kein Anlaß mehr vorhanden wäre, solange der alte Staat eben überhaupt noch bestünde.

So also innerlich eingestellt, betrat ich zum ersten Male die ebenso geheiligten wie umstrittenen Räume. Allerdings waren sie mir nur geheiligt durch die erhabene Schönheit des herrlichen Baues. Ein hellenisches Wunderwerk auf deutschem Boden.

In wie kurzer Zeit aber war ich empört, als ich das jämmerliche Schauspiel sah, das sich nun unter meinen Augen abrollte!

Es waren einige Hundert dieser Volksvertreter anwesend, die eben zu einer Frage von wichtiger wirtschaftlicher Bedeutung Stellung zu nehmen hatten.

Mir genügte schon dieser erste Tag, um mich zum Denken auf Wochen hindurch anzuregen.

Der geistige Gehalt des Vorgebrachten lag auf einer wahrhaft niederdrückenden „Höhe“, soweit man das Gerede überhaupt verstehen konnte; denn einige der Herren sprachen nicht deutsch, sondern in ihren slawischen Muttersprachen oder besser Dialekten. Was ich bis dahin nur aus dem Lesen der Zeitungen wußte, hatte ich nun Gelegenheit, mit meinen eigenen Ohren zu hören. Eine gestikulierende, in allen Tonarten durcheinander schreiende, wildbewegte Masse, darüber einen harmlosen alten Onkel, der sich im Schweiße seines Angesichts bemühte, durch heftiges Schwingen einer Glocke und bald begütigende, bald ermahnende ernste Zurufe die Würde des Hauses wieder in Fluß zu bringen.

Ich mußte lachen.

Einige Wochen später war ich neuerdings in dem Hause. Das Bild war verändert, nicht zum Wiedererkennen. Der Saal ganz leer. Man schlief da unten. Einige Abgeordnete waren auf ihren Plätzen und gähnten sich gegenseitig an, einer „redete“. Ein Vizepräsident des Hauses war anwesend und sah ersichtlich gelangweilt in den Saal.

Die ersten Bedenken stiegen mir auf. Nun lief ich, wenn mir die Zeit nur irgendwie die Möglichkeit bot, immer wieder hin und betrachtete mir still und aufmerksam das jeweilige Bild, hörte die Reden an, soweit sie zu verstehen waren, studierte die mehr oder minder intelligenten Gesichter dieser Auserkorenen der Nationen dieses traurigen Staates — und machte mir dann allmählich meine eigenen Gedanken.

Ein Jahr dieser ruhigen Beobachtung genügte, um meine frühere Ansicht über das Wesen dieser Institution aber auch restlos zu ändern oder zu beseitigen. Mein Inneres nahm nicht mehr Stellung gegen die mißgestaltete Form, die dieser Gedanke in Österreich angenommen hatte; nein, nun konnte ich das Parlament als solches nicht mehr anerkennen. Bis dahin sah ich das Unglück des österreichischen Parlaments im Fehlen einer deutschen Majorität, nun aber sah ich das Verhängnis in der ganzen Art und dem Wesen dieser Einrichtung überhaupt.

Eine ganze Reihe von Fragen stieg mir damals auf.

Ich begann mich mit dem demokratischen Prinzip der Mehrheitsbestimmung, als der Grundlage dieser ganzen Einrichtung, vertraut zu machen, schenkte aber auch nicht weniger Aufmerksamkeit den geistigen und moralischen Werten der Herren, die als Auserwählte der Nationen diesem Zwecke dienen sollten.

So lernte ich Institution und Träger derselben zugleich kennen.

Im Verlauf einiger Jahre bildete sich mir dann in Erkenntnis und Einsicht der Typ der würdevollsten Erscheinung der neueren Zeit in plastischer Deutlichkeit aus: der Parlamentarier. Er begann sich mir einzuprägen in einer Form, die niemals mehr einer wesentlichen Änderung unterworfen wurde.

Auch dieses Mal hatte mich der Anschauungsunterricht der praktischen Wirklichkeit davor bewahrt, in einer Theorie zu ersticken, die auf den ersten Blick so vielen verführerisch erscheint, die aber nichtsdestoweniger zu den Verfallserscheinungen der Menschheit zu rechnen ist.

Die Demokratie des heutigen Westens ist der Vorläufer des Marxismus, der ohne sie gar nicht denkbar wäre. Sie gibt erst dieser Weltpest den Nährboden, auf dem sich dann die Seuche auszubreiten vermag. In ihrer äußeren Ausdrucksform, dem Parlamentarismus, schuf sie sich noch eine „Spottgeburt aus Dreck und Feuer“, bei der mir nur leider das „Feuer“ im Augenblick ausgebrannt zu sein scheint.

Ich muß dem Schicksal mehr als dankbar sein, daß es mir auch diese Frage noch in Wien zur Prüfung vorlegte, denn ich fürchte, daß ich mir in Deutschland damals die Antwort zu leicht gemacht haben würde. Hätte ich die Lächerlichkeit dieser Institution, „Parlament“ genannt, zuerst in Berlin kennengelernt, so würde ich vielleicht in das Gegenteil verfallen sein und mich, nicht ohne scheinbar guten Grund, auf die Seite derjenigen gestellt haben, die des Volkes und Reiches Heil in der ausschließlichen Förderung der Macht des Kaisergedankens allein erblickten und so der Zeit und den Menschen dennoch fremd und blind zugleich gegenüberstanden.

In Österreich war dies unmöglich.

Hier konnte man nicht so leicht von einem Fehler in den anderen verfallen. Wenn das Parlament nichts taugte, dann taugten die Habsburger noch viel weniger — auf gar keinen Fall mehr. Mit der Ablehnung des „Parlamentarismus“ war es hier allein nicht getan; denn dann blieb immer noch die Frage offen: was nun? Die Ablehnung und Beseitigung des Reichsrates würde als einzige Regierungsgewalt ja nur das Haus Habsburg übriggelassen haben, ein besonders für mich ganz unerträglicher Gedanke.

Die Schwierigkeit dieses besonderen Falles führte mich zu einer gründlicheren Betrachtung des Problems an sich, als dies sonst wohl in so jungen Jahren eingetreten wäre.

Was mir zu allererst und am allermeisten zu denken gab, war das ersichtliche Fehlen jeder Verantwortlichkeit einer einzelnen Person.

Das Parlament faßt irgendeinen Beschluß, dessen Folgen noch so verheerend sein mögen — niemand trägt dafür eine Verantwortung, niemand kann je zur Rechenschaft gezogen

werden. Denn heißt dies etwa Verantwortung übernehmen, wenn nach einem Zusammenbruch sondergleichen die schuldige Regierung zurücktritt? Oder die Koalition sich ändert, ja das Parlament sich auflöst?

Kann denn überhaupt eine schwankende Mehrheit von Menschen jemals verantwortlich gemacht werden?

Ist denn nicht der Gedanke jeder Verantwortlichkeit an die Person gebunden?

Kann man aber praktisch die leitende Person einer Regierung haftbar machen für Handlungen, deren Werden und Durchführung ausschließlich auf das Konto des Wollens und der Geneigtheit einer Vielheit von Menschen zu setzen sind?

Oder: Wird nicht die Aufgabe des leitenden Staatsmannes, statt in der Geburt des schöpferischen Gedankens oder Planes an sich, vielmehr nur in der Kunst gesehen, die Genialität seiner Entwürfe einer Hammelherde von Hohlköpfen verständlich zu machen, um dann deren gütige Zustimmung zu erbetteln?

Ist dies das Kriterium des Staatsmannes, daß er die Kunst der Überredung in ebenso hohem Maße besitze wie die der staatsmännischen Klugheit im Fassen großer Richtlinien oder Entscheidungen?

Ist die Unfähigkeit eines Führers dadurch bewiesen, daß es ihm nicht gelingt, die Mehrheit eines durch mehr oder minder saubere Zufälle zusammengebeulten Haufens für eine bestimmte Idee zu gewinnen?

Ja, hat denn dieser Haufe überhaupt schon einmal eine Idee begriffen, ehe der Erfolg zum Verkünder ihrer Größe wurde?

Ist nicht jede geniale Tat auf dieser Welt der sichtbare Protest des Genies gegen die Trägheit der Masse?

Was aber soll der Staatsmann tun, dem es nicht gelingt, die Gunst dieses Haufens für seine Pläne zu erschmeicheln?

Soll er sie erkaufen?

Oder soll er angesichts der Dummheit seiner Mitbürger auf die Durchführung der als Lebensnotwendigkeiten er-

kannten Aufgaben verzichten, sich zurückziehen, oder soll er dennoch bleiben?

Kommt nicht in einem solchen Falle der wirkliche Charakter in einen unlösbaren Konflikt zwischen Erkenntnis und Anstand oder besser gesagt ehrlicher Gesinnung?

Wo liegt hier die Grenze, die die Pflicht der Allgemeinheit gegenüber scheidet von der Verpflichtung der persönlichen Ehre?

Muß nicht jeder wahrhaftige Führer es sich verbitten, auf solche Weise zum politischen Schieber degradiert zu werden?

Und muß nicht umgekehrt jeder Schieber sich nun berufen fühlen, in Politik zu „machen", da die letzte Verantwortung niemals er, sondern irgendein unfaßbarer Haufe zu tragen hat?

Muß nicht unser parlamentarisches Mehrheitsprinzip zur Demolierung des Führergedankens überhaupt führen?

Glaubt man aber, daß der Fortschritt dieser Welt etwa aus dem Gehirn von Mehrheiten stammt und nicht aus den Köpfen einzelner?

Oder vermeint man, vielleicht für die Zukunft dieser Voraussetzung menschlicher Kultur entbehren zu können?

Scheint sie nicht im Gegenteil heute nötiger zu sein als je?

Indem das parlamentarische Prinzip der Majoritätsbestimmung die Autorität der Person ablehnt und an deren Stelle die Zahl des jeweiligen Haufens setzt, sündigt es wider den aristokratischen Grundgedanken der Natur, wobei allerdings deren Anschauung vom Adel in keinerlei Weise etwa in der heutigen Dekadenz unserer oberen Zehntausend verkörpert zu sein braucht.

Welche Verwüstungen diese Einrichtung moderner demokratischer Parlamentsherrschaft anrichtet, kann sich freilich der Leser jüdischer Zeitungen schwer vorstellen, soferne er nicht selbständig denken und prüfen gelernt hat. Sie ist in erster Linie der Anlaß für die unglaubliche Überschwemmung des gesamten politischen Lebens mit den minderwertigsten Erscheinungen unserer Tage. So sehr sich der

wahrhaftige Führer von einer politischen Betätigung zurückziehen wird, die zu ihrem größten Teile nicht in schöpferischer Leistung und Arbeit bestehen kann, als vielmehr im Feilschen und Handeln um die Gunst einer Mehrheit, so sehr wird gerade diese Tätigkeit dem kleinen Geist entsprechen und diesen mithin auch anziehen.

Je zwergenhafter ein solcher Lederhändler heute an Geist und Können ist, je klarer ihm die eigene Einsicht die Jämmerlichkeit seiner tatsächlichen Erscheinung zum Bewußtsein bringt, um so mehr wird er ein System preisen, das von ihm gar nicht die Kraft und Genialität eines Riesen verlangt, sondern vielmehr mit der Pfiffigkeit eines Dorfschulzen vorliebnimmt, ja, eine solche Art von Weisheit lieber sieht als die eines Perikles. Dabei braucht solch ein Tropf sich nie mit der Verantwortung seines Wirkens abquälen. Er ist dieser Sorge schon deshalb gründlich enthoben, da er ja genau weiß, daß, ganz gleich, wie immer auch das Ergebnis seiner „staatsmännischen" Murkserei sein wird, sein Ende ja doch schon längst in den Sternen verzeichnet steht: er wird eines Tages einem anderen ebenso großen Geist den Platz zu räumen haben. Denn dies ist mit ein Kennzeichen eines solchen Verfalls, daß die Menge großer Staatsmänner in eben dem Maße zunimmt, in dem der Maßstab des einzelnen zusammenschrumpft. Er wird aber mit zunehmender Abhängigkeit von parlamentarischen Mehrheiten immer kleiner werden müssen, da sowohl die großen Geister es ablehnen werden, die Büttel blöder Nichtskönner und Schwätzer zu sein, wie umgekehrt die Repräsentanten der Majorität, das ist also der Dummheit, nichts inständiger hassen als den überlegenen Kopf.

Es ist immer ein tröstliches Gefühl für solch eine Ratsversammlung Schildaer Stadtverordneter, einen Führer an der Spitze zu wissen, dessen Weisheit dem Niveau der Anwesenden entspricht: hat doch so jeder die Freude, von Zeit zu Zeit auch seinen Geist dazwischen blitzen lassen zu können — und vor allem aber, wenn Hinze Meister sein kann, warum dann nicht auch einmal Peter?

Am innigsten entspricht diese Erfindung der Demokratie aber einer Eigenschaft, die in letzter Zeit zu einer wahren Schande ausgewachsen ist, nämlich der Feigheit eines großen Teils unseres sogenannten „Führertums“. Welch ein Glück, sich in allen wirklichen Entscheidungen von einiger Bedeutung hinter den Rockschößen einer sogenannten Majorität verstecken zu können!

Man sehe sich nur solch einen politischen Strauchdieb einmal an, wie er besorgt zu jeder Verrichtung sich die Zustimmung der Mehrheit erbettelt, um sich so die notwendigen Spießgesellen zu sichern und damit jederzeit die Verantwortung abladen zu können. Dies aber ist mit der Hauptgrund, warum eine solche Art von politischer Betätigung einem innerlich anständigen und damit aber auch mutigen Mann widerlich und verhaßt ist, während es alle elenden Charaktere — und wer nicht für seine Handlung persönlich auch die Verantwortung übernehmen will, sondern nach Deckung sucht, ist ein feiger Lump — anzieht. Sowie aber erst einmal die Leiter einer Nation aus solchen Jämmerlingen bestehen, dann wird sich dies schon in kurzer Zeit böse rächen. Man wird dann zu keiner entschlossenen Handlung mehr den Mut aufbringen, wird jede, auch noch so schmähliche Entehrung lieber hinnehmen, als sich zu einem Entschlusse aufzuraffen; ist doch niemand mehr da, der von sich aus bereit ist, seine Person und seinen Kopf für die Durchführung einer rücksichtslosen Entscheidung einzusetzen.

Denn eines soll und darf man nie vergessen: Die Majorität kann auch hier den Mann niemals ersetzen. Sie ist nicht nur immer eine Vertreterin der Dummheit, sondern auch der Feigheit. Und so wenig hundert Hohlköpfe einen Weisen ergeben, so wenig kommt aus hundert Feiglingen ein heldenhafter Entschluß.

Je leichter aber die Verantwortung des einzelnen Führers ist, um so mehr wird die Zahl derjenigen wachsen, die selbst bei jämmerlichsten Ausmaßen sich berufen fühlen werden, ebenfalls der Nation ihre unsterblichen Kräfte zur Verfügung zu stellen. Ja, sie werden es gar nicht mehr

erwarten können, endlich einmal auch an die Reihe zu kommen; sie stehen an in einer langen Kolonne und zählen mit schmerzlichem Bedauern die Zahl der vor ihnen Wartenden und rechnen die Stunde fast aus, die menschlichem Ermessen nach sie zum Zuge bringen wird. Daher ersehnen sie jeden Wechsel in dem ihnen vorschwebenden Amte und sind dankbar für jeden Skandal, der die Reihe vor ihnen lichtet. Will jedoch einmal einer nicht von der eingenommenen Stelle wieder weichen, so empfinden sie dies fast als Bruch eines heiligen Abkommens gemeinsamer Solidarität. Dann werden sie bösartig und ruhen nicht eher, als bis der Unverschämte, endlich gestürzt, seinen warmen Platz der Allgemeinheit wieder zur Verfügung stellt. Er wird dafür nicht so schnell wieder an diese Stelle gelangen. Denn sowie eine dieser Kreaturen ihren Posten aufzugeben gezwungen ist, wird sie sich sofort wieder in die allgemeine Reihe der Wartenden einzuschieben versuchen, soferne nicht das dann anhebende Geschrei und Geschimpfe der anderen sie davon abhält.

Die Folge von dem allen ist der erschreckend schnelle Wechsel in den wichtigsten Stellen und Ämtern eines solchen Staatswesens, ein Ergebnis, das in jedem Falle ungünstig, manchmal aber geradezu katastrophal wirkt. Denn nun wird ja nicht nur der Dummkopf und Unfähige dieser Sitte zum Opfer fallen, sondern noch mehr der wirkliche Führer, wenn das Schicksal einen solchen an diese Stelle zu setzen überhaupt noch fertigbringt. Sowie man nur einmal dieses erkannt hat, wird sich sofort eine geschlossene Front zur Abwehr bilden, besonders, wenn ein solcher Kopf, ohne aus den eigenen Reihen zu stammen, dennoch sich untersteht, in diese erhabene Gesellschaft einzudringen. Man will da grundsätzlich nur unter sich sein und haßt als gemeinsamen Feind jeden Schädel, der unter den Nullen etwa einen Einser ergeben könnte. Und in dieser Richtung ist der Instinkt um so schärfer, je mehr er auch in allem anderen fehlen mag.

So wird die Folge eine immer mehr um sich greifende geistige Verarmung der führenden Schichten sein. Was

dabei für die Nation und den Staat herauskommt, kann jeder selbst ermessen, soweit er nicht persönlich zu dieser Sorte von „Führern" gehört.

Das alte Österreich besaß das parlamentarische Regiment bereits in Reinkultur.

Wohl wurden die jeweiligen Ministerpräsidenten vom Kaiser und König ernannt, allein schon diese Ernennung war nichts anderes als die Vollstreckung parlamentarischen Wollens. Das Feilschen und Handeln aber um die einzelnen Ministerposten war schon westliche Demokratie von reinstem Wasser. Die Ergebnisse entsprachen auch den angewandten Grundsätzen. Besonders der Wechsel der einzelnen Persönlichkeit trat schon in immer kürzeren Fristen ein, um endlich zu einem wahrhaftigen Jagen zu werden. In demselben Maße sank die Größe der jeweiligen „Staatsmänner" immer mehr zusammen, bis endlich überhaupt nur jener kleine Typ von parlamentarischen Schiebern übrigblieb, deren staatsmännischer Wert nur mehr nach ihrer Fähigkeit gemessen und anerkannt wurde, mit der es ihnen gelang, die jeweiligen Koalitionen zusammenzukleistern, also jene kleinsten politischen Handelsgeschäfte durchzuführen, die ja allein die Eignung dieser Volksvertreter für praktische Arbeit zu begründen vermögen.

So konnte einem die Wiener Schule auf diesem Gebiete die besten Einblicke vermitteln.

Was mich nicht weniger anzog, war der Vergleich zwischen dem vorhandenen Können und Wissen dieser Volksvertreter und den Aufgaben, die ihrer harrten. Freilich mußte man sich dann aber, man mochte wollen oder nicht, mit dem geistigen Horizont dieser Auserwählten der Völker selber näher beschäftigen, wobei es sich dann gar nicht mehr umgehen ließ, auch den Vorgängen, die zur Entdeckung dieser Prachterscheinungen unseres öffentlichen Lebens führen, die nötige Beachtung zu schenken.

Auch die Art und Weise, in der das wirkliche Können dieser Herren in den Dienst des Vaterlandes gestellt und angewendet wurde, also der technische Vorgang ihrer

Betätigung, war wert, gründlich untersucht und geprüft zu werden.

Das gesamte Bild des parlamentarischen Lebens ward dann um so jämmerlicher, je mehr man sich entschloß, in diese inneren Verhältnisse einzudringen, Personen und sachliche Grundlagen mit rücksichtslos scharfer Objektivität zu studieren. Ja, dies ist sehr angezeigt einer Institution gegenüber, die sich veranlaßt sieht, durch ihre Träger in jedem zweiten Satze auf „Objektivität“ als die einzige gerechte Grundlage zu jeglicher Prüfung und Stellungnahme überhaupt hinzuweisen. Man prüfe diese Herren selber und die Gesetze ihres bitteren Daseins, und man wird über das Ergebnis nur staunen.

Es gibt gar kein Prinzip, das, objektiv betrachtet, so unrichtig ist als das parlamentarische.

Man darf dabei noch ganz absehen von der Art, in der die Wahl der Herren Volksvertreter stattfindet, wie sie überhaupt zu ihrem Amte und zu ihrer neuen Würde gelangen. Daß es sich hierbei nur zu einem wahrhaft winzigen Bruchteil um die Erfüllung eines allgemeinen Wunsches oder gar eines Bedürfnisses handelt, wird jedem sofort einleuchten, der sich klarmacht, daß das politische Verständnis der breiten Masse gar nicht so entwickelt ist, um von sich aus zu bestimmten allgemein politischen Anschauungen zu gelangen und die dafür in Frage kommenden Personen auszusuchen.

Was wir immer mit dem Worte „öffentliche Meinung“ bezeichnen, beruht nur zu einem kleinsten Teile auf selbstgewonnenen Erfahrungen oder gar Erkenntnissen der einzelnen, zum größten Teil dagegen auf der Vorstellung, die durch eine oft ganz unendlich eindringliche und beharrliche Art von sogenannter „Aufklärung“ hervorgerufen wird.

So wie die konfessionelle Einstellung das Ergebnis der Erziehung ist und nur das religiöse Bedürfnis an sich im Innern des Menschen schlummert, so stellt auch die politische Meinung der Masse nur das Endresultat einer manchmal ganz unglaublich zähen und gründlichen Bearbeitung von Seele und Verstand dar.

Der weitaus gewaltigste Anteil an der politischen „Erziehung", die man in diesem Falle mit dem Wort Propaganda sehr treffend bezeichnet, fällt auf das Konto der Presse. Sie besorgt in erster Linie diese „Aufklärungsarbeit" und stellt damit eine Art von Schule für die Erwachsenen dar. Nur liegt dieser Unterricht nicht in der Hand des Staates, sondern in den Klauen von zum Teil höchst minderwertigen Kräften. Ich hatte gerade in Wien schon als so junger Mensch die allerbeste Gelegenheit, Inhaber und geistige Fabrikanten dieser Massenerziehungsmaschine richtig kennenzulernen. Ich mußte im Anfang staunen, in wie kurzer Zeit es dieser schlimmen Großmacht im Staate möglich wurde, eine bestimmte Meinung zu erzeugen, auch wenn es sich dabei um die vollständige Umfälschung sicher vorhandener innerer Wünsche und Anschauungen der Allgemeinheit handeln mochte. In wenigen Tagen war da aus einer lächerlichen Sache eine bedeutungsvolle Staatsaktion gemacht, während umgekehrt zu gleicher Zeit lebenswichtige Probleme dem allgemeinen Vergessen anheimfielen, besser aber einfach aus dem Gedächtnis und der Erinnerung der Masse gestohlen wurden.

So gelang es, im Verlaufe weniger Wochen Namen aus dem Nichts hervorzuzaubern, unglaubliche Hoffnungen der breiten Öffentlichkeit an sie zu knüpfen, ja ihnen Popularität zu verschaffen, die dem wirklich bedeutenden Manne oft in seinem ganzen Leben nicht zuteil zu werden vermag; Namen, die dabei noch vor einem Monat überhaupt kein Mensch aber auch nur dem Hören nach kannte, während in der gleichen Zeit alte, bewährte Erscheinungen des staatlichen oder sonstigen öffentlichen Lebens bei bester Gesundheit einfach für die Mitwelt abstarben oder mit solch elenden Schmähungen überhäuft wurden, daß ihr Name in kurzem drohte zum Symbol einer ganz bestimmten Niedertracht oder Schurkerei zu werden. Man muß diese infame jüdische Art, ehrlichen Menschen mit einem Male und wie auf Zauberspruch zugleich von hundert und aber hundert Stellen aus die Schmutzkübel niedrigster Verleumdungen und Ehrabschneidungen über das saubere Kleid

zu gießen, studieren, um die ganze Gefahr dieser Presse-lumpen richtig würdigen zu können.

Es gibt dann nichts, das solch einem geistigen Raub-ritter nicht passend wäre, um zu seinen sauberen Zielen zu kommen.

Er wird dann bis in die geheimsten Familienangelegen-heiten hineinschnüffeln und nicht eher ruhen, als bis sein Trüffelsuchinstinkt irgendeinen armseligen Vorfall auf-stöbert, der dann bestimmt ist, dem unglücklichen Opfer den Garaus zu machen. Findet sich aber weder im öffentlichen noch im privaten Leben selbst bei gründlichstem Abriechen rein gar nichts, dann greift so ein Bursche einfach zur Verleumdung in der festen Überzeugung, daß nicht nur an und für sich auch bei tausendfältigem Widerrufe doch immer etwas hängen bleibt, sondern daß infolge der hundertfachen Wiederholung, die die Ehrabschneidung durch alle seine sonstigen Spießgesellen sofort findet, ein Kampf des Opfers dagegen in den meisten Fällen gar nicht möglich ist; wobei aber dieses Lumpenpack niemals etwa aus Motiven, wie sie vielleicht bei der anderen Menschheit glaubhaft oder wenigstens verständlich wären, etwas unternimmt. Gott bewahre! Indem so ein Strolch die liebe Mitwelt in der schurkenhaftesten Weise angreift, hüllt sich dieser Tinten-fisch in eine wahre Wolke von Biederkeit und salbungs-vollen Phrasen, schwatzt von „journalistischer Pflicht“ und ähnlichem verlogenen Zeug, ja versteigt sich sogar noch dazu, bei Tagungen und Kongressen, also Anlässen, die diese Plage in größerer Zahl beisammensehen, von einer ganz besonderen, nämlich der journalistischen „Ehre“ zu salbadern, die sich das versammelte Gesindel dann gravi-tätisch gegenseitig bestätigt.

Dieses Pack aber fabriziert zu mehr als zwei Dritteln die sogenannte „öffentliche Meinung“, deren Schaum dann die parlamentarische Aphrodite entsteigt.

Um dieses Verfahren richtig zu schildern und in seiner ganzen verlogenen Unwahrhaftigkeit darzustellen, müßte man Bände schreiben. Allein, auch wenn man von dem ganz absieht und nur das gegebene Produkt samt seiner

Tätigkeit betrachtet, so scheint mir dies genügend, um den objektivsten Irrsinn dieser Einrichtung auch für das strenggläubige Gemüt aufdämmern zu lassen.

Man wird diese ebenso unsinnige wie gefährliche menschliche Verirrung am ehesten und auch am leichtesten verstehen, sobald man den demokratischen Parlamentarismus in Vergleich bringt mit einer wahrhaften germanischen Demokratie.

Das Bemerkenswerte des ersteren liegt darin, daß eine Zahl von sagen wir fünfhundert Männern, oder in letzter Zeit auch Frauen, gewählt wird, denen nun in allem und jedem die endgültige Entscheidung zu treffen obliegt. Sie sind so praktisch allein die Regierung; denn wenn auch von ihnen ein Kabinett gewählt wird, das nach außen hin die Leitung der Staatsgeschäfte vornimmt, so ist dies trotzdem nur zum Scheine da. In Wirklichkeit kann diese sogenannte Regierung nicht einen Schritt tun, ohne sich nicht vorher erst die Genehmigung von der allgemeinen Versammlung geholt zu haben. Sie ist aber damit auch für gar nichts verantwortlich zu machen, da die letzte Entscheidung ja niemals bei ihr liegt, sondern bei der Majorität des Parlaments. Sie ist in jedem Falle nur die Vollstreckerin des jeweiligen Mehrheitswillens. Man könnte ihre politische Fähigkeit eigentlich nur beurteilen nach der Kunst, mit der sie es versteht, sich entweder dem Willen der Mehrheit anzupassen oder die Mehrheit zu sich herüberzuziehen. Sie sinkt damit aber von der Höhe einer tatsächlichen Regierung herunter zu einer Bettlerin gegenüber der jeweiligen Majorität. Ja, ihre vordringlichste Aufgabe hat nun überhaupt nur mehr darin zu bestehen, von Fall zu Fall sich entweder die Gunst der bestehenden Mehrheit zu sichern oder die Bildung einer besser geneigten neuen zu übernehmen. Gelingt dies, dann darf sie wieder eine kleine Zeit weiter „regieren“, gelingt es nicht, dann kann sie gehen. Die Richtigkeit ihrer Absichten an und für sich spielt dabei gar keine Rolle.

Damit aber wird jede Verantwortlichkeit praktisch ausgeschaltet.

Zu welchen Folgen dies führt, geht schon aus einer ganz einfachen Betrachtung hervor:

Die innere Zusammensetzung der fünfhundert gewählten Volksvertreter nach Beruf oder gar nach den Fähigkeiten der einzelnen ergibt ein ebenso zerrissenes wie meist auch noch kümmerliches Bild. Denn man wird doch nicht etwa glauben, daß diese Auserwählten der Nation auch ebenso Auserwählte des Geistes oder auch nur des Verstandes sind! Man wird hoffentlich nicht meinen, daß aus den Stimmzetteln einer alles eher als greiststreichen Wählerschaft die Staatsmänner gleich zu Hunderten herauswachsen. Überhaupt kann man dem Unsinn gar nicht scharf genug entgegentreten, daß aus allgemeinen Wahlen Genies geboren würden. Zum ersten gibt es in einer Nation nur alle heiligen Zeiten einmal einen wirklichen Staatsmann und nicht gleich an die hundert und mehr auf einmal; und zum zweiten ist die Abneigung der Masse gegen jedes überragende Genie eine geradezu instinktive. Eher geht auch ein Kamel durch ein Nadelöhr, ehe ein großer Mann durch eine Wahl „entdeckt" wird.

Was wirklich über das Normalmaß des breiten Durchschnitts hinausragt, pflegt sich in der Weltgeschichte meistens persönlich anzumelden.

So aber stimmen fünfhundert Menschen von mehr als bescheidenen Ausmaßen über die wichtigsten Belange der Nation ab, setzen Regierungen ein, die sich dann selber wieder in jedem einzelnen Falle und jeder besonderen Frage die Zustimmung der erlauchten Ratsversammlung zu holen haben, mithin wird also tatsächlich die Politik von fünfhundert gemacht.

Und danach sieht sie auch meistens aus.

Aber selbst die Genialität dieser Volksvertreter ganz aus dem Spiele gelassen, bedenke man doch, welch verschiedener Art die Probleme sind, die einer Erledigung harren, auf welch auseinanderliegenden Gebieten Lösungen und Entscheidungen getroffen werden müssen, und man wird wohl begreifen, wie untauglich hierzu eine Regierungseinrichtung sein muß, die das letzte Bestimmungsrecht einer

Massenversammlung von Menschen überträgt, von der immer nur ein ganz winziger Bruchteil Kenntnisse und Erfahrung in der zur Behandlung stehenden Angelegenheit besitzt. Die wichtigsten wirtschaftlichen Maßnahmen werden so einem Forum unterbreitet, das nur zu einem Zehntel seiner Mitglieder wirtschaftliche Vorbildung aufzuweisen hat. Das heißt aber doch nichts anderes, als die letzte Entscheidung in einer Sache in die Hände von Männern legen, denen jegliche Voraussetzung hierzu vollkommen fehlt.

So ist es aber mit jeder anderen Frage auch. Immer wird durch eine Mehrheit von Nichtswissern und Nichtskönnern der Ausschlag gegeben werden, da ja die Zusammensetzung dieser Einrichtung unverändert bleibt, während sich die zur Behandlung stehenden Probleme auf fast alle Gebiete des öffentlichen Lebens erstrecken, mithin einen dauernden Wechsel der über sie urteilenden und bestimmenden Abgeordneten voraussetzen würden. Es ist doch unmöglich, über Verkehrsangelegenheiten dieselben Menschen verfügen zu lassen wie, sagen wir, über eine Frage hoher Außenpolitik. Es müßten dies anders denn lauter Universalgenies sein, wie sie in Jahrhunderten kaum einmal in wirkliche Erscheinung treten. Leider handelt es sich hier aber zumeist überhaupt um keine „Köpfe", sondern um ebenso beschränkte wie eingebildete und aufgeblasene Dilettanten, geistige Halbwelt übelster Sorte. Daher kommt auch die so oft unverständliche Leichtsinnigkeit, mit der diese Herrschaften über Dinge reden und beschließen, die selbst den größten Geistern sorgenvolle Überlegung bereiten würden. Maßnahmen von der schwersten Bedeutung für die Zukunft eines ganzen Staates, ja einer Nation werden da getroffen, als ob eine ihnen sicher besser zustehende Partie Schafkopf oder Tarock auf dem Tische läge und nicht das Schicksal einer Rasse.

Nun wäre es sicher ungerecht, zu glauben, daß jeder der Abgeordneten eines solchen Parlaments von sich aus schon immer mit so geringen Gefühlen für Verantwortung behaftet gewesen sei.

Nein, durchaus nicht.

Aber indem dieses System den einzelnen zwingt, zu solchen ihm gar nicht liegenden Fragen Stellung zu nehmen, verdirbt es allmählich den Charakter. Keiner wird den Mut aufzubringen vermögen, zu erklären: „Meine Herren, ich glaube, wir verstehen von dieser Angelegenheit nichts. Ich persönlich wenigstens auf keinen Fall.“ (Im übrigen würde dies auch nur wenig ändern, denn sicher bliebe diese Art von Aufrichtigkeit nicht nur gänzlich unverstanden, sondern man ließe sich auch wohl kaum durch solch einen ehrlichen Esel das allgemeine Spiel verderben.) Wer die Menschen nun aber kennt, wird begreifen, daß in einer so illustren Gesellschaft nicht gerne einer der Dümmste sein möchte, und in gewissen Kreisen ist Ehrlichkeit immer gleichbedeutend mit Dummheit.

So wird auch der zunächst noch ehrenhafte Vertreter zwangsläufig in diese Bahn der allgemeinen Verlogenheit und Betrügerei geworfen. Gerade die Überzeugung, daß das Nichtmittun eines einzelnen an der Sache an und für sich gar nichts ändern würde, tötet jede ehrliche Regung, die dem einen oder anderen etwa noch aufsteigen mag. Er wird sich zum Schlusse noch einreden, daß er persönlich noch lange nicht der Schlechteste unter den anderen sei und durch sein Mittun nur vielleicht Ärgeres verhüte.

Freilich wird man den Einwand bringen, daß allerdings der einzelne Abgeordnete in dieser oder jener Sache kein besonderes Verständnis besitze, aber seine Stellungnahme ja von der Fraktion als Leiterin der Politik des betreffenden Herrn doch beraten werde; diese habe ihre besonderen Ausschüsse, die von Sachverständigen ohnehin mehr als genügend erleuchtet würden.

Dies scheint auf den ersten Blick zu stimmen. Aber die Frage wäre doch dann die: Warum wählt man fünfhundert, wenn doch nur einige die nötige Weisheit zur Stellungnahme in den wichtigsten Belangen besitzen?

Ja, darin liegt eben des Pudels Kern.

Es ist nicht das Ziel unseres heutigen demokratischen Parlamentarismus, etwa eine Versammlung von Weisen

zu bilden, als vielmehr eine Schar geistig abhängiger Nullen zusammenzustellen, deren Leitung nach bestimmten Richtlinien um so leichter wird, je größer die persönliche Beschränktheit des einzelnen ist. Nur so kann Parteipolitik im heutigen üblen Sinne gemacht werden. Nur so aber ist es auch möglich, daß der eigentliche Drahtzieher immer vorsichtig im Hintergrunde zu bleiben vermag, ohne jemals persönlich zur Verantwortung gezogen werden zu können. Denn nun wird jede der Nation auch noch so schädliche Entscheidung ja nicht auf das Konto eines allen sichtbaren Lumpen kommen, sondern auf die Schultern einer ganzen Fraktion abgeladen werden.

Damit aber fällt jede praktische Verantwortung weg, denn diese kann nur in der Verpflichtung einer einzelnen Person liegen und nicht in der einer parlamentarischen Schwätzervereinigung.

Diese Einrichtung kann nur den allerverlogensten und zugleich besonders das Tageslicht scheuenden Schliefern lieb und wert sein, während sie jedem ehrlichen, gradlinigen, zur persönlichen Verantwortung bereiten Kerl verhaßt sein muß.

Daher ist diese Art von Demokratie auch das Instrument derjenigen Rasse geworden, die ihren inneren Zielen nach die Sonne zu scheuen hat, jetzt und in allen Zeiten der Zukunft. Nur der Jude kann eine Einrichtung preisen, die schmutzig und unwahr ist wie er selber.

*

Dem steht gegenüber die wahrhaftige germanische Demokratie der freien Wahl des Führers, mit dessen Verpflichtung zur vollen Übernahme aller Verantwortung für sein Tun und Lassen. In ihr gibt es keine Abstimmung einer Majorität zu einzelnen Fragen, sondern nur die Bestimmung eines einzigen, der dann mit Vermögen und Leben für seine Entscheidung einzutreten hat.

Wenn man mit dem Einwand kommen wird, daß unter solchen Voraussetzungen sich schwerlich jemand bereitfinden

dürfte, seine Person einer so riskanten Aufgabe zu widmen, so muß darauf nur eines geantwortet werden:

Gott sei gedankt, darin liegt ja eben der Sinn einer germanischen Demokratie, daß nicht der nächstbeste unwürdige Streber und moralische Drückeberger auf Umwegen zur Regierung seiner Volksgenossen kommt, sondern daß schon durch die Größe der zu übernehmenden Verantwortung Nichtskönner und Schwächlinge zurückgeschreckt werden.

Sollte sich aber dennoch einmal ein solcher Bursche einzustehlen versuchen, dann kann man ihn leichter finden und rücksichtslos anfahren: Hinweg, feiger Lump! Ziehe den Fuß zurück, du beschmutzest die Stufen; denn der Vorderaufstieg in das Pantheon der Geschichte ist nicht für Schleicher da, sondern für Helden!

*

Zu dieser Anschauung hatte ich mich nach zweijährigem Besuch des Wiener Parlaments durchgerungen.

Ich ging dann nicht mehr weiter hinein.

Das parlamentarische Regiment hatte mit ein Hauptverdienst an der in den letzten Jahren immer mehr zunehmenden Schwäche des alten habsburgischen Staates. Je mehr durch sein Wirken die Vorherrschaft des Deutschtums gebrochen wurde, um so mehr verfiel man nun einem System der Ausspielung der Nationalitäten untereinander. Im Reichsrat selber ging dies immer auf Kosten der Deutschen und damit allerdings in letzter Linie auf Kosten des Reiches; denn um die Jahrhundertwende schon mußte auch dem Allereinfältigsten einleuchten, daß die Anziehungskraft der Monarchie die Loslösungsbestrebungen der Länder nicht mehr zu bannen vermochte.

Im Gegenteil.

Je armseliger die Mittel wurden, die der Staat zu seiner Erhaltung aufzuwenden hatte, um so mehr stieg die allgemeine Verachtung für ihn. Nicht nur in Ungarn, sondern auch in den einzelnen slawischen Provinzen fühlte man sich mit der gemeinsamen Monarchie so wenig mehr identisch, daß ihre Schwäche keineswegs als eigene Schande emp-

funden wurde. Man freute sich eher noch über solche Anzeichen des eintretenden Alters; hoffte man doch mehr auf ihren Tod als auf ihre Gesundung.

Im Parlament wurde der vollkommene Zusammenbruch noch verhindert durch ein würdeloses Nachgeben und Erfüllen aber auch jeder Erpressung, die dann der Deutsche zu bezahlen hatte; im Lande durch ein möglichst geschicktes Ausspielen der einzelnen Völker gegeneinander. Allein die allgemeine Linie der Entwicklung war dennoch gegen die Deutschen gerichtet. Besonders, seit die Thronfolgerschaft dem Erzherzog Franz Ferdinand einen gewissen Einfluß einzuräumen begann, kam in die von oben herunter betriebene Tschechisierung Plan und Ordnung. Mit allen nur möglichen Mitteln versuchte dieser zukünftige Herrscher der Doppelmonarchie der Entdeutschung Vorschub zu leisten oder sie selber zu fördern, mindestens aber zu decken. Rein deutsche Orte wurden so über den Umweg der staatlichen Beamtenschaft langsam, aber unbeirrt sicher in die gemischtsprachige Gefahrenzone hineingeschoben. Selbst in Niederösterreich begann dieser Prozeß immer schnellere Fortschritte zu machen, und Wien galt vielen Tschechen schon als ihre größte Stadt.

Der leitende Gedanke dieses neuen Habsburgers, dessen Familie nur mehr tschechisch sprach (die Gemahlin des Erzherzogs war als ehemalige tschechische Gräfin dem Prinzen morganatisch angetraut; sie stammte aus Kreisen, deren deutschfeindliche Stellung Tradition bildete), war, in Mitteleuropa allmählich einen slawischen Staat aufzurichten, der zum Schutz gegen das orthodoxe Rußland auf streng katholische Grundlage gestellt werden sollte. Damit wurde, wie schon öfters bei den Habsburgern, die Religion wieder einmal in den Dienst eines rein politischen Gedankens, noch dazu eines — wenigstens von deutschen Gesichtspunkten aus betrachtet — unseligen Gedankens, gestellt.

Das Ergebnis war ein mehr als trauriges in vielfacher Hinsicht.

Weder das Haus Habsburg noch die katholische Kirche bekamen den erwarteten Lohn.

Habsburg verlor den Thron, Rom einen großen Staat.

Denn indem die Krone auch religiöse Momente in den Dienst ihrer politischen Erwägungen stellte, rief sie einen Geist wach, den sie selber zunächst freilich nicht für möglich gehalten hatte.

Aus dem Versuch, mit allen Mitteln das Deutschtum in der alten Monarchie auszurotten, erwuchs als Antwort die alldeutsche Bewegung in Österreich.

Mit den achtziger Jahren hatte der manchesterliche Liberalismus jüdischer Grundeinstellung auch in der Monarchie den Höhepunkt erreicht, wenn nicht schon überschritten. Die Reaktion dagegen kam jedoch, wie bei allem im alten Österreich, nicht aus in erster Linie sozialen Gesichtspunkten heraus, sondern aus nationalen. Der Selbsterhaltungstrieb zwang das Deutschtum, in schärfster Form sich zur Wehr zu setzen. Erst in zweiter Linie begannen langsam auch wirtschaftliche Erwägungen maßgebenden Einfluß zu gewinnen. So schälten sich zwei Parteigebilde aus dem allgemeinen politischen Durcheinander heraus, das eine mehr national, das andere mehr sozial eingestellt, beide aber hochinteressant und lehrreich für die Zukunft.

Nach dem niederdrückenden Ende des Krieges 1866 trug das Haus Habsburg sich mit dem Gedanken einer Wiedervergeltung auf dem Schlachtfelde. Nur der Tod des Kaisers Max von Mexiko, dessen unglückliche Expedition man in erster Linie Napoleon III. zuschrieb, und dessen Fallenlassen durch den Franzosen allgemeine Empörung wachrief, verhinderte ein engeres Zusammengehen mit Frankreich. Dennoch lag Habsburg damals auf der Lauer. Wäre der Krieg von 1870/71 nicht zu einem so einzigartigen Siegeszug geworden, so hätte der Wiener Hof wohl doch noch das blutige Spiel um die Rache für Sadowa gewagt. Als aber die ersten Heldenmären von den Schlachtfeldern eintrafen, wundersam und kaum zu glauben, aber dennoch wahr, da erkannte der „weiseste" aller Monarchen die unpassende Stunde und machte eine möglichst gute Miene zum bösen Spiel.

Der Heldenkampf dieser beiden Jahre hatte aber noch ein

viel gewaltigeres Wunder vollbracht; denn bei den Habsburgern entsprach die veränderte Stellungnahme niemals dem Drang des inneren Herzens, sondern dem Zwang der Verhältnisse. Das deutsche Volk in der alten Ostmark aber wurde von dem Siegesrausche des Reiches mitgerissen und sah mit tiefer Ergriffenheit das Wiederauferstehen des Traumes der Väter zur herrlichsten Wirklichkeit.

Denn man täusche sich nicht: der wahrhaft deutschgesinnte Österreicher hatte auch in Königgrätz von diesen Stunden an nur mehr die ebenso tragische wie aber auch notwendige Voraussetzung erkannt zur Wiederaufrichtung eines Reiches, das nicht mehr mit dem fauligen Marasmus des alten Bundes behaftet sein sollte — und es auch nicht mehr war. Er lernte vor allem auch am gründlichsten am eigenen Leibe zu fühlen, daß das Haus Habsburg seine geschichtliche Sendung endlich beendet hatte und das neue Reich nur mehr den zum Kaiser küren dürfe, der in seiner heldischen Gesinnung der „Krone des Rheines" ein würdiges Haupt zu bieten habe. Wieviel mehr noch aber war das Schicksal zu preisen, da es diese Belehnung an dem Sprossen eines Hauses vollzog, das in Friedrich dem Großen schon einmal der Nation in verschwommener Zeit ein leuchtendes Sinnbild zur Erhebung für immer geschenkt hatte.

Als aber nach dem großen Kriege das Haus Habsburg mit letzter Entschlossenheit daranging, das gefährliche Deutschtum der Doppelmonarchie (dessen innere Gesinnung nicht zweifelhaft sein konnte) langsam aber unerbittlich auszurotten — denn dies mußte das Ende der Slawisierungspolitik sein —, da brannte der Widerstand des zum Ende bestimmten Volkes empor in einer Art, wie die deutsche Geschichte der neueren Zeit dies noch nicht kannte.

Zum ersten Male wurden national und patriotisch gesinnte Männer Rebellen.

Rebellen nicht gegen die Nation, auch nicht gegen den Staat an sich, sondern Rebellen gegen eine Art der Regierung, die ihrer Überzeugung nach zum Untergang des eigenen Volkstums führen mußte.

Zum ersten Male in der neueren deutschen Geschichte

schied sich der landläufige dynastische Patriotismus von nationaler Vaterlands- und Volksliebe.

Es ist das Verdienst der alldeutschen Bewegung Deutschösterreichs der neunziger Jahre gewesen, in klarer und eindeutiger Weise festgestellt zu haben, daß eine Staatsautorität nur dann das Recht hat, Achtung und Schutz zu verlangen, wenn sie den Belangen eines Volkstums entspricht, mindestens ihm nicht Schaden zufügt.

Staatsautorität als Selbstzweck kann es nicht geben, da in diesem Falle jede Tyrannei auf dieser Welt unangreifbar und geheiligt wäre.

Wenn durch die Hilfsmittel der Regierungsgewalt ein Volkstum dem Untergang entgegengeführt wird, dann ist die Rebellion eines jeden Angehörigen eines solchen Volkes nicht nur Recht, sondern Pflicht.

Die Frage aber, wann ein solcher Fall gegeben sei, wird nicht entschieden durch theoretische Abhandlungen, sondern durch die Gewalt und — den Erfolg.

Da jede Regierungsgewalt selbstverständlich die Pflicht der Erhaltung der Staatsautorität für sich in Anspruch nimmt, mag sie auch noch so schlecht sein und die Belange eines Volkstums tausendmal verraten, so wird der völkische Selbsterhaltungstrieb bei Niederkämpfung einer solchen Macht, zur Erringung der Freiheit oder Unabhängigkeit, dieselben Waffen zu führen haben, mittels deren der Gegner sich zu halten versucht. Der Kampf wird demnach solange mit „legalen" Mitteln gekämpft werden, solange auch die zu stürzende Gewalt sich solcher bedient; es wird aber auch nicht vor illegalen zurückzuschrecken sein, wenn auch der Unterdrücker solche anwendet.

Im allgemeinen aber soll nie vergessen werden, daß nicht die Erhaltung eines Staates oder gar die einer Regierung höchster Zweck des Daseins der Menschen ist, sondern die Bewahrung ihrer Art.

Ist aber einmal diese selber in Gefahr, unterdrückt oder gar beseitigt zu werden, dann spielt die Frage der Legalität nur mehr eine untergeordnete Rolle. Es mag dann sein, daß sich die herrschende Macht tausendmal sogenannter

„legaler" Mittel in ihrem Vorgehen bedient, so ist dennoch der Selbsterhaltungstrieb der Unterdrückten immer die erhabenste Rechtfertigung für ihren Kampf mit allen Waffen.

Nur aus der Anerkennung dieses Satzes allein sind die Freiheitskämpfe gegen innere und auch äußere Versklavung von Völkern auf dieser Erde in so gewaltigen historischen Beispielen geliefert worden.

Menschenrecht bricht Staatsrecht.

Unterliegt aber ein Volk in seinem Kampf um die Rechte des Menschen, dann wurde es eben auf der Schicksalswaage zu leicht befunden für das Glück der Forterhaltung auf der irdischen Welt. Denn wer nicht bereit oder fähig ist, für sein Dasein zu streiten, dem hat die ewig gerechte Vorsehung schon das Ende bestimmt.

Die Welt ist nicht da für feige Völker.

*

Wie leicht es einer Tyrannei aber ist, sich das Mäntelchen einer sogenannten „Legalität" umzuhängen, zeigte wieder am klarsten und eindringlichsten das Beispiel Österreichs.

Die legale Staatsgewalt fußte damals auf dem deutschfeindlichen Boden des Parlaments mit seinen nichtdeutschen Majoritäten — und dem ebenso deutschfeindlichen Herrscherhaus. In diesen beiden Faktoren war die gesamte Staatsautorität verkörpert. Von dieser Stelle aus das Los des deutschösterreichischen Volkes ändern zu wollen, war Unsinn. Damit aber wäre nun nach den Meinungen unserer Anbeter des einzig möglichen „legalen" Weges und der Staatsautorität an sich jeder Widerstand, weil mit legalen Mitteln nicht durchführbar, zu unterlassen gewesen. Dieses aber würde das Ende des deutschen Volkes in der Monarchie mit zwingender Notwendigkeit — und zwar in kurzer Zeit — bedeutet haben. Tatsächlich ist das Deutschtum vor diesem Schicksal auch nur durch den Zusammenbruch dieses Staates allein gerettet worden.

Der bebrillte Theoretiker freilich würde immer noch lieber für seine Doktrin sterben als für sein Volk.

Da die Menschen sich erst Gesetze schaffen, glaubt er, sie wären später für diese da.

Mit diesem Unsinn zum Entsetzen aller theoretischen Prinzipienreiter sowie sonstiger staatlicher Fetischinsulaner gründlich aufgeräumt zu haben, war das Verdienst der damaligen alldeutschen Bewegung in Österreich.

Indem die Habsburger versuchten, mit allen Mitteln dem Deutschtum auf den Leib zu rücken, griff diese Partei das „erhabene" Herrscherhaus selber, und zwar rücksichtslos an. Sie hat zum ersten Male die Sonde an diesem faulen Staat gelegt und Hunderttausenden die Augen geöffnet. Es ist ihr Verdienst, den herrlichen Begriff der Vaterlandsliebe aus der Umarmung dieser traurigen Dynastie erlöst zu haben.

Ihr Anhang war in der ersten Zeit ihres Auftretens außerordentlich groß, ja drohte zu einer förmlichen Lawine zu werden. Allein, der Erfolg hielt nicht an. Als ich nach Wien kam, war die Bewegung schon längst von der inzwischen zur Macht gelangten christlich-sozialen Partei überflügelt, ja zu einer nahezu vollständigen Bedeutungslosigkeit herabgedrückt worden.

Dieser ganze Vorgang des Werdens und Vergehens der alldeutschen Bewegung einerseits und des unerhörten Aufstiegs der christlich-sozialen Partei andererseits sollte als klassisches Studienobjekt für mich von tiefster Bedeutung werden.

Als ich nach Wien kam, standen meine Sympathien voll und ganz auf der Seite der alldeutschen Richtung.

Daß man den Mut aufbrachte, im Parlament den Ruf „Hoch Hohenzollern" auszustoßen, imponierte mir ebensosehr, wie es mich freute, daß man sich immer noch als bloß vorübergehend getrennten Bestandteil des Deutschen Reiches betrachtete und keinen Augenblick vergehen ließ, um dieses auch öffentlich zu bekunden, erweckte in mir freudige Zuversicht; daß man in allen das Deutschtum betreffenden Fragen rücksichtslos Farbe bekannte und niemals zu Kompromissen sich herbeiließ, schien mir der einzige noch gangbare Weg zur Rettung unseres Volkes zu sein; daß aber die Bewegung nach ihrem erst so herrlichen Aufstieg nun

so sehr niedersank, konnte ich nicht verstehen. Noch weniger aber, daß die christlich-soziale Partei in dieser gleichen Zeit zu so ungeheurer Macht zu gelangen vermochte. Sie war damals gerade am Gipfel ihres Ruhmes angelangt.

Indem ich daranging, beide Bewegungen zu vergleichen, gab mir auch hier das Schicksal, durch meine sonstige traurige Lage beschleunigt, den besten Unterricht zum Verständnis der Ursachen dieses Rätsels.

Ich beginne mein Abwägen zuerst bei den beiden Männern, die als Führer und Begründer der zwei Parteien anzusehen sind: Georg v. Schönerer und Dr. Karl Lueger.

Rein menschlich genommen ragen sie, einer wie der andere, weit über den Rahmen und das Ausmaß der sogenannten parlamentarischen Erscheinungen hinaus. Im Sumpfe einer allgemeinen politischen Korruption blieb ihr ganzes Leben rein und unantastbar. Dennoch lag meine persönliche Sympathie zuerst auf seiten des Alldeutschen Schönerer, um sich nur nach und nach dem christlich-sozialen Führer ebenfalls zuzuwenden.

In ihren Fähigkeiten verglichen schien mir schon damals Schönerer als der bessere und gründlichere Denker in prinzipiellen Problemen zu sein. Er hat das zwangsläufige Ende des österreichischen Staates richtiger und klarer erkannt als irgendein anderer. Würde man besonders im Reiche seine Warnungen vor der Habsburger Monarchie besser gehört haben, so wäre das Unglück des Weltkrieges Deutschlands gegen ganz Europa nie gekommen.

Allein wenn Schönerer die Probleme ihrem inneren Wesen nach erkannte, dann irrte er sich um so mehr in den Menschen.

Hier lag wieder die Stärke Dr. Luegers.

Dieser war ein seltener Menschenkenner, der sich besonders hütete, die Menschen besser zu sehen, als sie nun einmal sind. Daher rechnete er auch mehr mit den realen Möglichkeiten des Lebens, während Schönerer hierfür nur wenig Verständnis aufbrachte. Alles, was der Alldeutsche auch dachte, war, theoretisch genommen, richtig, allein indem die Kraft und das Verständnis fehlte, die theoretische Er-

kenntnis der Masse zu vermitteln, sie also in solche Form zu bringen, daß sie damit der Aufnahmefähigkeit des breiten Volkes, die nun einmal eine begrenzte ist und bleibt, entsprach, war eben alles Erkennen nur seherische Weisheit, ohne jemals praktische Wirklichkeit werden zu können.

Dieses Fehlen tatsächlicher Menschenkenntnis führte aber im weiteren Verlaufe zu einem Irrtum in der Krafteinschätzung ganzer Bewegungen sowie uralter Institutionen.

Endlich hat Schönerer allerdings erkannt, daß es sich hier um Weltanschauungsfragen handelt, aber nicht begriffen, daß sich zum Träger solcher nahezu religiöser Überzeugungen in erster Linie immer nur die breiten Massen eines Volkes eignen.

Er sah in leider nur sehr kleinem Umfang die außerordentliche Begrenztheit des Kampfwillens der sogenannten „bürgerlichen" Kreise schon infolge ihrer wirtschaftlichen Stellung, die den einzelnen zuviel zu verlieren befürchten läßt und ihn deshalb auch mehr zurückhält.

Und doch wird im allgemeinen eine Weltanschauung nur dann Aussicht auf den Sieg haben, wenn sich die breite Masse als Trägerin der neuen Lehre bereit erklärt, den notwendigen Kampf auf sich zu nehmen.

Diesem Mangel an Verständnis für die Bedeutung der unteren Volksschichten entsprang dann aber auch die vollständig unzureichende Auffassung über die soziale Frage.

In all dem war Dr. Lueger das Gegenteil Schönerers.

Die gründliche Menschenkenntnis ließ ihn die möglichen Kräfte ebenso richtig beurteilen, wie er dadurch aber auch bewahrt blieb vor einer zu niederen Einschätzung vorhandener Institutionen, ja vielleicht gerade aus diesem Grunde sich eher noch solcher als Hilfsmittel zur Erreichung seiner Absichten bedienen lernte.

Er verstand auch nur zu genau, daß die politische Kampfkraft des oberen Bürgertums in der heutigen Zeit nur gering und nicht ausreichend war, einer neuen großen Bewegung den Sieg zu erkämpfen. Daher legte er das Hauptgewicht seiner politischen Tätigkeit auf die Gewinnung von Schichten, deren Dasein bedroht war und mithin eher zu

einem Ansporn als zu einer Lähmung des Kampfwillens wurde. Ebenso war er geneigt, sich all der einmal schon vorhandenen Machtmittel zu bedienen, bestehende mächtige Einrichtungen sich geneigt zu machen, um aus solchen alten Kraftquellen für die eigene Bewegung möglichst großen Nutzen ziehen zu können.

So stellte er seine neue Partei in erster Linie auf den vom Untergange bedrohten Mittelstand ein und sicherte sich dadurch eine nur sehr schwer zu erschütternde Anhängerschaft von ebenso großer Opferwilligkeit wie zäher Kampfkraft. Sein unendlich klug ausgestaltetes Verhältnis zur katholischen Kirche aber gewann ihm in kurzer Zeit die jüngere Geistlichkeit in einem Umfange, daß die alte klerikale Partei entweder das Kampffeld zu räumen gezwungen war, oder, noch klüger, sich der neuen Partei anschloß, um so langsam Position um Position wieder zu gewinnen.

Würde aber dies allein als das charakteristische Wesen des Mannes angesehen werden, dann geschähe ihm schweres Unrecht. Denn zum klugen Taktiker kamen auch die Eigenschaften eines wahrhaft großen und genialen Reformators. Freilich auch hier begrenzt durch eine genaue Kenntnis der nun einmal vorhandenen Möglichkeiten sowie auch der Fähigkeit der eigenen Person.

Es war ein unendlich praktisches Ziel, das sich dieser wahrhaft bedeutende Mann gestellt hatte. Er wollte Wien erobern. Wien war das Herz der Monarchie, von dieser Stadt ging noch das letzte Leben in den krankhaft und alt gewordenen Körper des morschen Reiches hinaus. Je gesünder das Herz würde, um so frischer mußte auch der übrige Körper aufleben. Ein prinzipiell richtiger Gedanke, der aber doch nur eine bestimmte, begrenzte Zeit zur Anwendung kommen konnte.

Und hierin lag die Schwäche dieses Mannes.

Was er als Bürgermeister der Stadt Wien geleistet hat, ist im besten Sinne des Wortes unsterblich; die Monarchie aber vermochte er dadurch nicht mehr zu retten — es war zu spät.

Dieses hatte sein Widersacher Schönerer klarer gesehen.

Was Dr. Lueger praktisch angriff, gelang in wundervoller Weise; was er sich davon erhoffte, blieb aus.

Was Schönerer wollte, gelang ihm nicht, was er befürchtete, traf aber leider in furchtbarer Weise ein.

So haben beide Männer ihr weiteres Ziel nicht erreicht. Lueger konnte Österreich nicht mehr retten und Schönerer das deutsche Volk nicht mehr vor dem Untergange bewahren.

Es ist unendlich lehrreich für unsere heutige Zeit, die Ursachen des Versagens beider Parteien zu studieren. Es ist dies besonders für meine Freunde zweckmäßig, da in vielen Punkten die Verhältnisse heute ähnliche sind wie damals und Fehler dadurch vermieden werden können, die schon einst zum Ende der einen Bewegung und zur Fruchtlosigkeit der anderen geführt hatten.

Der Zusammenbruch der alldeutschen Bewegung in Österreich hatte in meinen Augen drei Ursachen:

Erstens die unklare Vorstellung der Bedeutung des sozialen Problems gerade für eine neue, ihrem inneren Wesen nach revolutionäre Partei.

Indem sich Schönerer und sein Anhang in erster Linie an die bürgerlichen Schichten wandten, konnte das Ergebnis nur ein sehr schwächliches, zahmes sein.

Das deutsche Bürgertum ist besonders in seinen höheren Kreisen, wenn auch von einzelnen ungeahnt, pazifistisch bis zur förmlichen Selbstverleugnung, wenn es sich um innere Angelegenheiten der Nation oder des Staates handelt. In guten Zeiten, das heißt in diesem Falle also in Zeiten einer guten Regierung, ist eine solche Gesinnung ein Grund des außerordentlichen Wertes dieser Schichten für den Staat; in Zeiten schlechterer Herrschaft aber wirkt sie geradezu verheerend. Schon um die Durchführung eines wirklich ernsten Kampfes überhaupt zu ermöglichen, mußte die alldeutsche Bewegung sich vor allem der Gewinnung der Massen widmen. Daß sie dies nicht tat, nahm ihr von vornherein den elementaren Schwung, den eine solche Welle nun einmal braucht, wenn sie nicht in kurzer Zeit schon verebben soll.

Sowie aber dieser Grundsatz nicht von Anfang an ins Auge gefaßt und auch durchgeführt wird, verliert die neue Partei für später jede Möglichkeit eines Nachholens des Versäumten. Denn mit der Aufnahme überaus zahlreicher gemäßigt-bürgerlicher Elemente wird sich die innere Einstellung der Bewegung immer nach diesen richten und so jede weitere Aussicht zum Gewinnen nennenswerter Kräfte aus dem breiten Volke einbüßen. Damit aber wird eine solche Bewegung über bloßes Nörgeln und Kritisieren nicht mehr hinauskommen. Der mehr oder minder fast religiöse Glaube, verbunden mit einer ebensolchen Opferwilligkeit, wird nimmermehr zu finden sein; an dessen Stelle wird aber das Bestreben treten, durch „positive“ Mitarbeit, das heißt in diesem Falle aber durch Anerkennung des Gegebenen, die Härten des Kampfes allmählich abzuschleifen, um endlich bei einem faulen Frieden zu landen.

So ging es auch der alldeutschen Bewegung, weil sie nicht von vornherein das Hauptgewicht auf die Gewinnung ihrer Anhänger aus den Kreisen der breiten Masse gelegt hatte. Sie wurde „bürgerlich, vornehm, gedämpft radikal“.

Aus diesem Fehler erwuchs ihr aber die zweite Ursache des schnellen Untergangs.

Die Lage in Österreich für das Deutschtum war zur Zeit des Auftretens der alldeutschen Bewegung schon verzweifelt. Von Jahr zu Jahr war das Parlament mehr zu einer Einrichtung der langsamen Vernichtung des deutschen Volkes geworden. Jeder Versuch einer Rettung in zwölfter Stunde konnte nur in der Beseitigung dieser Institution eine wenn auch kleine Aussicht auf Erfolg bieten.

Damit trat an die Bewegung eine Frage von prinzipieller Bedeutung heran:

Sollte man, um das Parlament zu vernichten, in das Parlament gehen, um dasselbe, wie man sich auszudrücken pflegte, „von innen heraus auszuhöhlen“, oder sollte man diesen Kampf von außen angriffsweise gegen diese Einrichtung an und für sich führen?

Man ging hinein und kam geschlagen heraus.

Freilich, man mußte hineingehen.

Den Kampf gegen eine solche Macht von außen durchführen, heißt sich mit unerschütterlichem Mute rüsten, aber auch zu unendlichen Opfern bereit sein. Man greift den Stier damit an den Hörnern an und wird viele schwere Stöße erhalten, wird manchmal zu Boden stürzen, um sich vielleicht einmal nur mit gebrochenen Gliedern wieder erheben zu können, und erst nach schwerstem Ringen wird sich der Sieg dem kühnen Angreifer zuwenden. Nur die Größe der Opfer wird neue Kämpfer der Sache gewinnen, bis endlich der Beharrlichkeit der Lohn des Erfolges wird.

Dazu aber braucht man die Kinder des Volkes aus den breiten Massen.

Sie allein sind entschlossen und zähe genug, diesen Streit bis zum blutigen Ende durchzufechten.

Diese breite Masse aber besaß die alldeutsche Bewegung eben nicht; so blieb ihr auch nichts anderes übrig, als in das Parlament zu gehen.

Es wäre falsch, zu glauben, daß dieser Entschluß das Ergebnis langer innerer seelischer Qualen oder auch nur Überlegungen gewesen wäre; nein, man dachte an gar nichts anderes. Die Teilnahme an diesem Unsinn war nur der Niederschlag allgemeiner, unklarer Vorstellungen über die Bedeutung und die Wirkung einer solchen eigenen Beteiligung an der im Prinzip ja schon falsch erkannten Einrichtung. Im allgemeinen erhoffte man sich wohl eine Erleichterung der Aufklärung breiterer Volksmassen, indem man ja nun vor dem „Forum der ganzen Nation" zu sprechen Gelegenheit bekam. Auch schien es einzuleuchten, daß der Angriff an der Wurzel des Übels erfolgreicher sein müsse als das Anstürmen von außen. Durch den Schutz der Immunität glaubte man die Sicherheit des einzelnen Vorkämpfers gestärkt, so daß die Kraft des Angriffes sich dadurch nur erhöhen konnte.

In der Wirklichkeit allerdings kamen die Dinge wesentlich anders.

Das Forum, vor dem die alldeutschen Abgeordneten sprachen, war nicht größer, sondern eher kleiner geworden; denn es spricht jeder nur vor dem Kreis, der ihn zu hören ver-

mag, oder der durch die Berichte der Presse eine Wiedergabe des Gesprochenen erhält.

Das größte unmittelbare Forum an Zuhörern stellt aber nicht der Hörsaal eines Parlamentes dar, sondern die große öffentliche Volksversammlung.

Denn in ihr befinden sich Tausende von Menschen, die nur gekommen sind, um zu vernehmen, was der Redner ihnen zu sagen habe, während im Sitzungssaale des Abgeordnetenhauses nur wenige hundert sind, zumeist auch nur da, um Diäten in Empfang zu nehmen, keineswegs, um etwa die Weisheit des einen oder anderen Herrn „Volksvertreters“ in sich hineinleuchten zu lassen.

Vor allem aber: Es ist dies ja immer das gleiche Publikum, das niemals mehr etwas hinzulernen wird, da ihm hierzu außer dem Verstande ja auch der hierzu nötige, wenn auch noch so bescheidene Wille fehlt.

Niemals wird einer dieser Volksvertreter von sich aus der besseren Wahrheit die Ehre geben, um sich dann auch in ihren Dienst zu stellen. Nein, dies wird nicht ein einziger tun, außer er hat Grund zu hoffen, durch eine solche Wendung sein Mandat für eine weitere Session noch retten zu können. Erst also, wenn es in der Luft liegt, daß die bisherige Partei bei einer kommenden Wahl schlecht abschneiden wird, werden sich diese Zierden von Mannhaftigkeit auf den Weg machen und sehen, ob und wie sie zur anderen, vermutlich besser abschneidenden Partei oder Richtung zu kommen vermögen, wobei dieser Positionswechsel allerdings unter einem Wolkenbruch moralischer Begründungen vor sich zu gehen pflegt. Daher wird immer, wenn eine bestehende Partei der Ungunst des Volkes in so großem Umfange verfallen erscheint, daß die Wahrscheinlichkeit einer vernichtenden Niederlage droht, ein großes Wandern anheben: die parlamentarischen Ratten verlassen das Parteischiff.

Mit besserem Wissen oder Wollen aber hat dies nichts zu tun, sondern nur mit jener hellseherischen Begabung, die solch eine Parlamentswanze gerade noch zur rechten Zeit warnt und so immer wieder auf ein anderes warmes Parteibett fallen läßt.

Vor einem solchen „Forum“ zu sprechen, heißt aber doch wirklich Perlen vor die bekannten Tiere werfen. Das lohnt sich wahrhaftig nicht! Der Erfolg kann hier gar nicht anders als Null sein.

Und so war es auch. Die alldeutschen Abgeordneten mochten sich die Kehlen heiser reden: Die Wirkung blieb völlig aus.

Die Presse aber schwieg sie entweder tot oder zerriß ihre Reden so, daß jeglicher Zusammenhang, ja oft sogar der Sinn verdreht wurde oder ganz verlorenging und dadurch die öffentliche Meinung ein nur sehr schlechtes Bild von den Absichten der neuen Bewegung erhielt. Es war ganz bedeutungslos, was die einzelnen Herren sprachen; die Bedeutung lag in dem, was man von ihnen zu lesen bekam. Dies aber war ein Auszug aus ihren Reden, der in seiner Zerrissenheit nur unsinnig wirken konnte und — sollte. Dabei aber bestand das einzige Forum, vor dem sie nun in Wahrheit sprachen, aus knapp fünfhundert Parlamentariern, und dies besagt genug.

Das Schlimmste aber war folgendes:

Die alldeutsche Bewegung konnte nur dann auf Erfolg rechnen, wenn sie vom ersten Tage an begriff, daß es sich hier nicht um eine neue Partei handeln durfte, als vielmehr um eine neue Weltanschauung. Nur eine solche allein vermochte die innere Kraft aufzubringen, diesen riesenhaften Kampf auszufechten. Dazu aber taugen nun einmal als Führer nur die allerbesten und auch mutigsten Köpfe.

Wenn der Kampf für eine Weltanschauung nicht von aufopferungsbereiten Helden geführt wird, werden sich in kurzer Zeit auch keine todesmutigen Kämpfer mehr finden. Wer hier für sein eigenes Dasein ficht, kann für die Allgemeinheit nicht mehr viel übrig haben.

Um aber diese Voraussetzung sich zu erhalten, ist es notwendig für jedermann, zu wissen, daß die neue Bewegung Ehre und Ruhm vor der Nachwelt, in der Gegenwart aber nichts bieten kann. Je mehr eine Bewegung zu vergeben hat an leicht zu erringenden Posten und Stellen, um so größer wird der Zulauf an Minderwertigen sein, bis endlich

diese politischen Gelegenheitsarbeiter eine erfolgreiche Partei in solcher Zahl überwuchern, daß der redliche Kämpfer von einst die alte Bewegung gar nicht mehr wiedererkennt und die neu Hinzugekommenen ihn selber als lästigen „Unberufenen“ entschieden ablehnen. Damit aber ist die „Mission“ einer solchen Bewegung erledigt.

Sowie die alldeutsche Bewegung sich dem Parlament verschrieb, erhielt sie eben auch „Parlamentarier“ statt Führer und Kämpfer. Sie sank damit auf das Niveau einer der gewöhnlichen politischen Tagesparteien hinab und verlor die Kraft, einem verhängnisvollen Schicksal mit dem Trotz des Märtyrertums entgegenzutreten. Statt zu fechten, lernte sie nun auch „reden“ und „verhandeln“. Der neue Parlamentarier aber empfand es schon in kurzer Zeit als schönere, weil risikolosere, Pflicht, die neue Weltanschauung mit den „geistigen“ Waffen parlamentarischer Beredsamkeit auszufechten, als sich, wenn nötig, unter Einsatz des eigenen Lebens in einen Kampf zu stürzen, dessen Ausgang unsicher war, auf alle Fälle jedoch nichts einbringen konnte.

Da man nun einmal im Parlamente saß, begannen die Anhänger draußen auf Wunder zu hoffen und zu warten, die natürlich nicht eintraten und auch gar nicht eintreten konnten. Man wurde deshalb schon in kurzer Zeit ungeduldig; denn auch das, was man so von den eigenen Abgeordneten zu hören bekam, entsprach in keiner Weise den Erwartungen der Wähler. Dies war leicht erklärlich, da sich die feindliche Presse wohl hütete, ein wahrheitsgetreues Bild des Wirkens der alldeutschen Vertreter dem Volke zu vermitteln.

Je mehr aber die neuen Volksvertreter Geschmack an der noch etwas milderen Art des „revolutionären“ Kampfes in Parlament und Landtagen erhielten, um so weniger fanden sie sich noch bereit, in die gefährlichere Aufklärungsarbeit der breiten Schichten des Volkes zurückzukehren.

Die Massenversammlung, der einzige Weg einer wirklich wirkungsvollen, weil unmittelbar persönlichen Beeinflussung und dadurch allein möglichen Gewinnung großer Volksteile, wurde daher immer mehr zurückgestellt.

Sowie der Biertisch des Versammlungssaales endgültig mit der Tribüne des Parlaments vertauscht war, um von diesem Forum aus die Reden statt in das Volk in die Häupter seiner sogenannten „Auserwählten“ zu gießen, hörte die alldeutsche Bewegung auch auf, eine Volksbewegung zu sein und sank in kurzer Zeit zu einem mehr oder minder ernst zu nehmenden Klub akademischer Erörterungen zusammen.

Der durch die Presse vermittelte schlechte Eindruck wurde demgemäß in keiner Weise mehr durch persönliche Versammlungstätigkeit der einzelnen Herren berichtigt, so daß endlich das Wort „alldeutsch“ einen sehr üblen Klang in den Ohren des breiten Volkes bekam.

Denn das mögen sich alle die schriftstellernden Ritter und Gecken von heute besonders gesagt sein lassen: die größten Umwälzungen auf dieser Welt sind nie durch einen Gänsekiel geleitet worden!

Nein, der Feder blieb es immer nur vorbehalten, sie theoretisch zu begründen.

Die Macht aber, die die großen historischen Lawinen religiöser und politischer Art ins Rollen brachte, war seit urewig nur die Zauberkraft des gesprochenen Wortes.

Die breite Masse eines Volkes vor allem unterliegt immer nur der Gewalt der Rede. Alle großen Bewegungen aber sind Volksbewegungen, sind Vulkanausbrüche menschlicher Leidenschaften und seelischer Empfindungen, aufgerührt entweder durch die grausame Göttin der Not oder durch die Brandfackel des unter die Masse geschleuderten Wortes und sind nicht limonadige Ergüsse ästhetisierender Literaten und Salonhelden.

Völkerschicksale vermag nur ein Sturm von heißer Leidenschaft zu wenden, Leidenschaft erwecken aber kann nur, wer sie selbst im Innern trägt.

Sie allein schenkt dann dem von ihr Erwählten die Worte, die Hammerschlägen ähnlich die Tore zum Herzen eines Volkes zu öffnen vermögen.

Wem aber Leidenschaft versagt und der Mund ver-

schlossen bleibt, den hat der Himmel nicht zum Verkünder seines Willens ausersehen.

Daher möge jeder Schreiber bei seinem Tintenfasse bleiben, um sich „theoretisch“ zu betätigen, wenn Verstand und Können hierfür genügen; zum Führer aber ist er weder geboren noch erwählt.

Eine Bewegung mit großen Zielen muß deshalb ängstlich bemüht sein, den Zusammenhang mit dem breiten Volke nicht zu verlieren.

Sie hat jede Frage in erster Linie von diesem Gesichtspunkte aus zu prüfen und in dieser Richtung ihre Entscheidungen zu treffen.

Sie muß weiter alles vermeiden, was ihre Fähigkeit, auf die Masse zu wirken, mindern oder auch nur schwächen könnte, nicht etwa aus „demagogischen“ Gründen heraus, nein, sondern aus der einfachen Erkenntnis, daß ohne die gewaltige Kraft der Masse eines Volkes keine große Idee, mag sie auch noch so hehr und hoch erscheinen, zu verwirklichen ist.

Die harte Wirklichkeit allein muß den Weg zum Ziel bestimmen; unangenehme Wege nicht gehen wollen, heißt auf dieser Welt nur zu oft auf das Ziel verzichten; man mag dann dies wollen oder nicht.

Sowie die alldeutsche Bewegung durch ihre parlamentarische Einstellung das Schwergewicht ihrer Tätigkeit statt in das Volk in das Parlament verlegte, verlor sie die Zukunft und gewann dafür billige Erfolge des Augenblicks.

Sie wählte den leichteren Kampf und war damit aber des letzten Sieges nicht mehr wert.

Ich habe gerade diese Fragen schon in Wien auf das gründlichste durchgedacht und in ihrem Nichterkennen eine der Hauptursachen des Zusammenbruches der Bewegung gesehen, die in meinen Augen damals berufen war, die Führung des Deutschtums in ihre Hand zu nehmen.

Die beiden ersten Fehler, die die alldeutsche Bewegung scheitern ließen, standen in verwandtschaftlichem Verhältnis zueinander. Die mangelnde Kenntnis der inneren Triebkräfte großer Umwälzungen führte zu einer ungenügenden

Einschätzung der Bedeutung der breiteren Massen des Volkes; daraus ergab sich das geringe Interesse an der sozialen Frage, das mangelhafte und ungenügende Werben um die Seele der unteren Schichten der Nation sowie aber auch die dies nur begünstigende Einstellung zum Parlament.

Hätte man die unerhörte Macht erkannt, die der Masse als Trägerin revolutionären Widerstandes zu allen Zeiten zukommt, so würde man in sozialer wie in propagandistischer Richtung anders gearbeitet haben. Dann wäre auch nicht das Hauptgewicht der Bewegung in das Parlament verlegt worden, sondern auf Werkstatt und Straße.

Aber auch der dritte Fehler trägt den letzten Keim in der Nichterkenntnis des Wertes der Masse, die, durch überlegene Geister erst einmal in einer bestimmten Richtung in Bewegung gesetzt, dann aber auch, einem Schwungrade ähnlich, der Stärke des Angriffs Wucht und gleichmäßige Beharrlichkeit gibt.

Der schwere Kampf, den die alldeutsche Bewegung mit der katholischen Kirche ausfocht, ist nur erklärlich aus dem ungenügenden Verständnis, das man der seelischen Veranlagung des Volkes entgegenzubringen vermochte.

Die Ursachen des heftigen Angriffs der neuen Partei gegen Rom lagen in folgendem:

Sobald das Haus Habsburg sich endgültig entschlossen hatte, Österreich zu einem slawischen Staate umzugestalten, griff man zu jedem Mittel, das in dieser Richtung als irgendwie geeignet erschein. Auch religiöse Institutionen wurden von diesem gewissenlosesten Herrscherhaus skrupellos in den Dienst der neuen „Staatsidee“ gestellt.

Die Verwendung tschechischer Pfarreien und ihrer geistlichen Seelsorger war nur eines der vielen Mittel, um zu diesem Ziele, einer allgemeinen Verslawung Österreichs, zu kommen.

Der Vorgang spielte sich etwa wie folgt ab:

In rein deutsche Gemeinden wurden tschechische Pfarrer eingesetzt, die langsam, aber sicher die Interessen des tschechischen Volkes über die Interessen der Kirchen zu

stellen begannen und zu Keimzellen des Entdeutschungsprozesses wurden.

Die deutsche Geistlichkeit versagte einem solchen Vorgehen gegenüber leider fast vollständig. Nicht nur, daß sie selber zu einem ähnlichen Kampfe im deutschen Sinne gänzlich unbrauchbar war, vermochte sie auch den Angriffen der anderen nicht mit dem nötigen Widerstande zu begegnen. So wurde das Deutschtum, über den Umweg konfessionellen Mißbrauchs auf der einen Seite und durch ungenügende Abwehr auf der anderen, langsam aber unaufhörlich zurückgedrängt.

Fand dies im kleinen wie dargelegt statt, so lagen leider die Verhältnisse im großen nicht viel anders.

Auch hier erfuhren die antideutschen Versuche der Habsburger, durch den höheren Klerus vor allem, nicht die gebotene Abwehr, während die Vertretung der deutschen Interessen selber vollständig in den Hintergrund trat.

Der allgemeine Eindruck konnte nicht anders sein, als daß hier eine grobe Verletzung deutscher Rechte durch die katholische Geistlichkeit als solche vorläge.

Damit aber schien die Kirche eben nicht mit dem deutschen Volke zu fühlen, sondern sich in ungerechter Weise auf die Seite der Feinde desselben zu stellen. Die Wurzel des ganzen Übels aber lag, vor allem nach der Meinung Schönerers, in der nicht in Deutschland befindlichen Leitung der katholischen Kirche sowie der dadurch schon allein bedingten Feindseligkeit den Belangen unseres Volkstums gegenüber.

Die sogenannten kulturellen Probleme traten dabei, wie damals fast bei allem in Österreich, beinahe ganz in den Hintergrund. Maßgebend für die Einstellung der alldeutschen Bewegung zur katholischen Kirche war viel weniger die Haltung derselben etwa zur Wissenschaft usw., als vielmehr ihre ungenügende Vertretung deutscher Rechte und umgekehrt dauernde Förderung besonders slawischer Anmaßung und Begehrlichkeit.

Georg Schönerer war nun nicht der Mann, eine Sache halb zu tun. Er nahm den Kampf gegen die Kirche auf in der Überzeugung, nur durch ihn allein das deutsche Volk

noch retten zu können. Die „Los-von-Rom"-Bewegung schien das gewaltigste, aber freilich auch schwerste Angriffsverfahren, das die feindliche Hochburg zertrümmern mußte. War es erfolgreich, dann war auch die unselige Kirchenspaltung in Deutschland überwunden, und die innere Kraft des Reiches und der deutschen Nation konnte durch einen solchen Sieg nur auf das ungeheuerlichste gewinnen.

Allein weder die Voraussetzung noch die Schlußfolgerung dieses Kampfes war richtig.

Ohne Zweifel war die nationale Widerstandskraft der katholischen Geistlichkeit deutscher Nationalität in allen das Deutschtum betreffenden Fragen geringer als die ihrer nichtdeutschen, besonders tschechischen Amtsbrüder.

Ebenso konnte nur ein Ignorant nicht sehen, daß dem deutschen Klerus eine offensive Vertretung deutscher Interessen fast nie auch nur einfiel.

Allein ebenso mußte jeder nicht Verblendete zugeben, daß dies in erster Linie einem Umstande zuzuschreiben ist, unter dem wir Deutsche alle insgesamt auf das schwerste zu leiden haben: es ist dies unsere Objektivität in der Einstellung zu unserem Volkstum genau so wie zu irgend etwas anderem.

So wie der tschechische Geistliche subjektiv seinem Volke gegenüberstand und nur objektiv der Kirche, so war der deutsche Pfarrer subjektiv der Kirche ergeben und blieb objektiv gegenüber der Nation. Eine Erscheinung, die wir in tausend anderen Fällen zu unserem Unglück genau so beobachten können.

Es ist dies keineswegs nur ein besonderes Erbteil des Katholizismus, sondern frißt bei uns in kurzer Zeit fast jede, besonders staatliche oder ideelle Einrichtung an.

Man vergleiche nur die Stellung, die z. B. unser Beamtentum gegenüber den Versuchen einer nationalen Wiedergeburt einnimmt, mit der, wie sie in solchem Falle die Beamtenschaft eines anderen Volkes einnehmen würde. Oder glaubt man, daß das Offizierskorps der ganzen anderen Welt etwa in ähnlicher Weise die Belange der Nation unter der Phrase der „Staatsautorität" zurückstellen würde, wie dies bei uns seit fünf Jahren selbstverständlich

ist, ja sogar noch als besonders verdienstvoll gilt? Nehmen z. B. in der Judenfrage nicht beide Konfessionen heute einen Standpunkt ein, der weder den Belangen der Nation noch den wirklichen Bedürfnissen der Religion entspricht? Man vergleiche doch die Haltung eines jüdischen Rabbiners in allen Fragen von nur einiger Bedeutung für das Judentum als Rasse mit der Einstellung des weitaus größten Teils unserer Geistlichkeit, aber gefälligst beider Konfessionen!

Wir haben diese Erscheinung immer dann, wenn es sich um die Vertretung einer abstrakten Idee an sich handelt.

„Staatsautorität", „Demokratie", „Pazifismus", „Internationale Solidarität" usw. sind lauter Begriffe, die bei uns fast immer zu so starren, rein doktrinären Vorstellungen werden, daß jede Beurteilung allgemeiner nationaler Lebensnotwendigkeiten ausschließlich nur mehr von ihrem Gesichtspunkte aus erfolgt.

Diese unselige Art der Betrachtung aller Belange unter dem Gesichtswinkel einer einmal vorgefaßten Meinung tötet jedes Vermögen, sich in eine Sache subjektiv hineinzudenken, die objektiv der eigenen Doktrin widerspricht, und führt am Ende zu einer vollständigen Umkehrung von Mittel und Zweck. Man wird sich gegen jeden Versuch einer nationalen Erhebung wenden, wenn diese nur unter vorhergehender Beseitigung eines schlechten, verderblichen Regiments stattfinden könnte, da dies ja ein Verstoß gegen die „Staatsautorität" wäre, „die Staatsautorität" aber nicht ein Mittel zum Zweck ist, als vielmehr in den Augen eines solchen Objektivitäts-Fanatikers den Zweck selber darstellt, der genügend ist, um sein ganzes klägliches Leben auszufüllen. So würde man sich z. B. mit Entrüstung gegen den Versuch einer Diktatur stemmen, selbst wenn ihr Träger ein Friedrich der Große und die augenblicklichen Staatskünstler einer Parlamentsmehrheit nur unfähige Zwerge oder gar minderwertige Subjekte wären, weil das Gesetz der Demokratie einem solchen Prinzipienbock eben heiliger erscheint als die Wohlfahrt einer Nation. Es wird also der eine die schlechteste Tyrannei, die ein Volk zugrunde

richtet, beschirmen, da die „Staatsautorität“ sich augenblicklich in ihr verkörpert, während der andere selbst die segensreichste Regierung ablehnt, sowie sie nicht seiner Vorstellung von „Demokratie“ entspricht.

Genau so wird unser deutscher Pazifist zu jeder auch noch so blutigen Vergewaltigung der Nation, sie mag ruhig von den ärgsten Militärgewalten ausgehen, schweigen, wenn eine Änderung dieses Loses nur durch Widerstand, also Gewalt, zu erreichen wäre, denn dieses würde ja dem Geiste seiner Friedensgesellschaft widersprechen. Der internationale deutsche Sozialist aber kann von der anderen Welt solidarisch ausgeplündert werden, er selber quittiert es mit brüderlicher Zuneigung und denkt nicht an Vergeltung oder auch nur Verwahrung, weil er eben ein — Deutscher ist. —

Dies mag traurig sein, aber eine Sache ändern wollen, heißt, sie vorher erkennen müssen.

Ebenso verhält es sich mit der schwächlichen Vertretung deutscher Belange durch einen Teil des Klerus.

Es ist dies weder boshafter, schlechter Wille an sich, noch bedingt durch, sagen wir Befehle von „oben“, sondern wir sehen in einer solchen mangelhaften nationalen Entschlossenheit nur die Ergebnisse einer ebenso mangelhaften Erziehung zum Deutschtum von Jugend auf, wie andererseits aber einer restlosen Unterwerfung unter die zum Idol gewordene Idee.

Die Erziehung zur Demokratie, zum Sozialismus internationaler Art, zum Pazifismus usw. ist eine so starre und ausschließliche, mithin, von ihnen aus betrachtet, rein subjektive, daß damit auch das allgemeine Bild der übrigen Welt unter dieser grundsätzlichen Vorstellung beeinflußt wird, während die Stellung zum Deutschtum ja von Jugend auf nur eine sehr objektive war. So wird der Pazifist, indem er sich subjektiv seiner Idee restlos ergibt, bei jeder auch noch so ungerechten und schweren Bedrohung seines Volkes (soferne er eben ein Deutscher ist) immer erst nach dem objektiven Rechte suchen und niemals aus reinem Selbsterhaltungstrieb sich in die Reihe seiner Herde stellen und mitfechten.

Wie sehr dies auch für die einzelnen Konfessionen gilt, mag noch folgendes zeigen:

Der Protestantismus vertritt von sich aus die Belange des Deutschtums besser, soweit dies in seiner Geburt und späteren Tradition überhaupt schon begründet liegt; er versagt jedoch in dem Augenblick, wo diese Verteidigung nationaler Interessen auf einem Gebiete stattfinden müßte, das in der allgemeinen Linie seiner Vorstellungswelt und traditionellen Entwicklung entweder fehlt oder gar aus irgendeinem Grunde abgelehnt wird.

So wird der Protestantismus immer für die Förderung alles Deutschtums an sich eintreten, sobald es sich um Dinge der inneren Sauberkeit oder auch nationalen Vertiefung, um die Verteidigung deutschen Wesens, deutscher Sprache und auch deutscher Freiheit handelt, da dieses alles ja fest in ihm selber mit begründet liegt; er bekämpft aber sofort auf das feindseligste jeden Versuch, die Nation aus der Umklammerung ihres tödlichsten Feindes zu retten, da seine Stellung zum Judentum nun einmal mehr oder weniger fest dogmatisch festgelegt ist. Dabei aber dreht es sich hierbei um die Frage, ohne deren Lösung alle anderen Versuche einer deutschen Wiedergeburt oder einer Erhebung vollkommen unsinnig und unmöglich sind und bleiben.

Ich besaß in meiner Wiener Zeit Muße und Gelegenheit genug, auch diese Frage unvoreingenommen zu prüfen und konnte dabei noch im täglichen Verkehr die Richtigkeit dieser Anschauung tausendfältig feststellen.

In diesem Brennpunkt der verschiedensten Nationalitäten zeigte sich sofort am klarsten, daß eben nur der deutsche Pazifist die Belange der eigenen Nation immer objektiv zu betrachten versucht, aber niemals der Jude etwa die des jüdischen Volkes; daß nur der deutsche Sozialist „international" in einem Sinne ist, der ihm dann verbietet, seinem eigenen Volke Gerechtigkeit anders als durch Winseln und Flennen bei den internationalen Genossen zu erbetteln, niemals aber auch der Tscheche oder Pole usw.; kurz, ich erkannte schon damals, daß das Unglück nur zum Teil in diesen Lehren an sich liegt, zum anderen Teil aber

in unserer gänzlich ungenügenden Erziehung zum eigenen Volkstum überhaupt und in einer dadurch bedingten minderen Hingabe an dasselbe.

Damit entfiel die erste rein theoretische Begründung des Kampfes der alldeutschen Bewegung gegen den Katholizismus an sich.

Man erziehe das deutsche Volk schon von Jugend an mit jener ausschließlichen Anerkennung der Rechte des eigenen Volkstums und verpeste nicht schon die Kinderherzen mit dem Fluche unserer „Objektivität“ auch in Dingen der Erhaltung des eigenen Ichs, so wird es sich in kurzer Zeit zeigen, daß (eine dann aber auch radikale nationale Regierung vorausgesetzt) ebenso wie in Irland, Polen oder Frankreich, auch in Deutschland der Katholik immer Deutscher sein wird.

Den gewaltigsten Beweis hierfür hat aber jene Zeit geliefert, die zum letzten Male unser Volk zum Schutze seines Daseins vor dem Richterstuhl der Geschichte antreten ließ zu seinem Kampfe auf Leben und Tod.

Solange nicht die Führung damals von oben fehlte, hat das Volk seine Pflicht und Schuldigkeit in überwältigendster Weise erfüllt. Ob protestantischer Pastor oder katholischer Pfarrer, sie trugen beide gemeinsam unendlich bei zum so langen Erhalten unserer Widerstandskraft, nicht nur an der Front, sondern noch mehr zu Hause. In diesen Jahren, und besonders im ersten Aufflammen, gab es wirklich in beiden Lagern nur ein einziges heiliges deutsches Reich, für dessen Bestehen und Zukunft sich jeder eben an seinen Himmel wandte.

Eine Frage hätte sich die alldeutsche Bewegung in Österreich einst vorlegen müssen: Ist die Erhaltung des österreichischen Deutschtums unter einem katholischen Glauben möglich oder nicht? Wenn ja, dann durfte sich die politische Partei nicht um religiöse oder gar konfessionelle Dinge kümmern; wenn aber nein, dann mußte eine religiöse Reformation einsetzen und niemals eine politische Partei.

Wer über den Umweg einer politischen Organisation zu einer religiösen Reformation kommen zu können glaubt,

zeigt nur, daß ihm auch jeder Schimmer vom Werden religiöser Vorstellungen oder gar Glaubenslehren und deren kirchlichen Auswirkungen abgeht.

Man kann hier wirklich nicht zwei Herren dienen. Wobei ich die Gründung oder Zerstörung einer Religion denn doch als wesentlich größer halte als die Gründung oder Zerstörung eines Staates, geschweige denn einer Partei.

Man sage ja nicht, daß besagte Angriffe nur die Abwehr von Angriffen der anderen Seite waren!

Sicherlich haben zu allen Zeiten gewissenlose Kerle sich nicht gescheut, auch die Religion zum Instrument ihrer politischen Geschäfte (denn um dies handelt es sich bei solchen Burschen fast immer und ausschließlich) zu machen: allein ebenso sicher ist es falsch, die Religion oder auch die Konfession für eine Anzahl von Lumpen, die mit ihr genau so Mißbrauch treiben, wie sie sonst eben wahrscheinlich irgend etwas anderes in den Dienst ihrer niederen Instinkte stellen würden, verantwortlich zu machen.

Nichts kann solch einem parlamentarischen Taugenichts und Tagedieb besser passen, als wenn ihm so Gelegenheit geboten wird, wenigstens nachträglich noch die Rechtfertigung zu seiner politischen Schiebung zu erlangen. Denn sobald man die Religion oder auch die Konfession für seine persönliche Schlechtigkeit verantwortlich macht und sie deshalb angreift, ruft der verlogene Bursche sofort unter riesigem Geschrei alle Welt zum Zeugen an, wie berechtigt sein Vorgehen bisher war, und wie nur ihm und seiner Mundfertigkeit allein die Rettung von Religion und Kirche zu danken sei. Die ebenso dumme wie vergeßliche Mitwelt erkennt dann den wahren Urheber des ganzen Kampfes schon des großen Geschreies wegen meistens nicht oder erinnert sich seiner nicht mehr, und der Lump hat ja nun eigentlich sein Ziel erreicht.

Daß dies mit Religion gar nichts zu tun hat, weiß so ein listiger Fuchs ganz genau; er wird also um so mehr im stillen in das Fäustchen lachen, während sein ehrlicher, aber ungeschickter Gegner das Spiel verliert, um eines Tages,

an Treu und Glauben der Menschheit verzweifelnd, sich von allem zurückzuziehen.

Es wäre aber auch in anderer Hinsicht nur unrecht, die Religion als solche oder selbst die Kirche für die Verfehlungen einzelner verantwortlich zu machen. Man vergleiche die Größe der vor dem Auge stehenden sichtbaren Organisation mit der durchschnittlichen Fehlerhaftigkeit der Menschen im allgemeinen und wird zugeben müssen, daß das Verhältnis von Gutem und Schlechtem dabei besser ist als wohl irgendwo anders. Sicher gibt es auch unter den Priestern selber solche, denen ihr heiliges Amt nur ein Mittel zur Befriedigung ihres politischen Ehrgeizes ist, ja, die im politischen Kampfe in oft mehr als beklagenswerter Weise vergessen, daß sie denn doch die Hüter einer höheren Wahrheit sein sollten und nicht Vertreter von Lüge und Verleumdung — allein auf einen solchen Unwürdigen treffen doch auch wieder tausend und mehr ehrenhafte, ihrer Mission auf das treueste ergebene Seelsorger, die in unserer heutigen ebenso verlogenen als verkommenen Zeit wie kleine Inseln aus einem allgemeinen Sumpfe herausragen.

So wenig ich die Kirche als solche verurteile und verurteilen darf, wenn einmal ein verkommenes Subjekt im Priesterrock sich in schmutziger Weise an der Sittlichkeit verfehlt, so wenig aber auch, wenn ein anderer unter den vielen sein Volkstum besudelt und verrät, in Zeitläuften, in denen dies ohnehin geradezu alltäglich ist. Besonders heute möge man dann nicht vergessen, daß auf einen solchen Ephialtes auch Tausende treffen, die mit blutendem Herzen das Unglück ihres Volkes mitempfinden und genau so wie die Besten unserer Nation die Stunde herbeisehnen, in der auch uns der Himmel wieder einmal lächeln wird.

Wer aber zur Antwort gibt, daß es sich hier nicht um so kleine Probleme des Alltags handelt, sondern um Fragen grundsätzlicher Wahrhaftigkeit oder dogmatischen Inhalts überhaupt, dem kann man nur mit einer anderen Frage die nötige Antwort geben:

Glaubst du dich vom Schicksal ausersehen, hier die Wahrheit zu verkünden, dann tue es; aber habe dann auch den

Mut, dies nicht über den Umweg einer politischen Partei tun zu wollen — denn dies ist auch eine Schiebung —, sondern stelle eben an Stelle des Schlechteren von Jetzt dein Besseres der Zukunft auf.

Fehlt es dir hier an Mut oder ist dir dein Besseres selber nicht ganz klar, dann lasse die Finger davon; auf alle Fälle aber versuche nicht, was du mit offenem Visier nicht zu tun dir getraust, über den Umweg einer politischen Bewegung zu erschleichen.

Politische Parteien haben mit religiösen Problemen, solange sie nicht als volksfremd die Sitte und Moral der eigenen Rasse untergraben, nichts zu schaffen; genau so wie Religion nicht mit politischem Parteiunfug zu verquicken ist.

Wenn kirchliche Würdenträger sich religiöser Einrichtungen oder auch Lehren bedienen, um ihr Volkstum zu schädigen, so darf man ihnen auf diesem Wege niemals folgen und mit gleichen Waffen kämpfen.

Dem politischen Führer haben religiöse Lehren und Einrichtungen seines Volkes immer unantastbar zu sein, sonst darf er nicht Politiker sein, sondern soll Reformator werden, wenn er das Zeug hierzu besitzt!

Eine andere Haltung würde vor allem in Deutschland zu einer Katastrophe führen.

Bei dem Studium der alldeutschen Bewegung und ihres Kampfes gegen Rom bin ich damals und besonders im Laufe späterer Jahre zu folgender Überzeugung gelangt: Das geringe Verständnis dieser Bewegung für die Bedeutung des sozialen Problems kostete sie die wahrhaft kampfkräftige Masse des Volkes; das Hineingehen in das Parlament nahm ihr den gewaltigen Schwung und belastete sie mit allen dieser Institution eigenen Schwächen; der Kampf gegen die katholische Kirche machte sie in zahlreichen kleinen und mittleren Kreisen unmöglich und raubte ihr damit unzählige der besten Elemente, die die Nation überhaupt ihr eigen nennen kann.

Das praktische Ergebnis des österreichischen Kulturkampfes war fast gleich null.

Wohl gelang es, der Kirche gegen 100 000 Mitglieder zu entreißen, allein ohne daß diese dadurch auch nur einen besonderen Schaden erlitten hätte. Sie brauchte den verlorenen „Schäflein“ in diesem Falle wirklich keine Träne nachzuweinen; denn sie verlor nur, was ihr vorher schon längst innerlich nicht mehr voll gehörte. Dies war der Unterschied der neuen Reformation gegenüber der einstigen: daß einst viele der Besten der Kirche sich von ihr wendeten aus innerer religiöser Überzeugung heraus, während jetzt nur die ohnehin Lauen gingen, und zwar aus „Erwägungen“ politischer Natur.

Gerade vom politischen Gesichtspunkte aus aber war das Ergebnis ebenso lächerlich wie doch wieder traurig.

Wieder war eine erfolgversprechende politische Heilsbewegung der deutschen Nation zugrunde gegangen, weil sie nicht mit der nötigen rücksichtslosen Nüchternheit geführt worden war, sondern sich auf Gebiete verlor, die nur zu einer Zersplitterung führen mußten.

Denn eines ist sicher wahr:

Die alldeutsche Bewegung würde diesen Fehler wohl nie gemacht haben, wenn sie nicht zu wenig Verständnis für die Psyche der breiten Masse besessen hätte. Würde ihren Führern bekannt gewesen sein, daß man, um überhaupt Erfolge erringen zu können, schon aus rein seelischen Erwägungen heraus der Masse niemals zwei und mehr Gegner zeigen darf, da dies sonst zu einer vollständigen Zersplitterung der Kampfkraft führt, so wäre schon aus diesem Grunde die Stoßrichtung der alldeutschen Bewegung nur auf einen Gegner allein eingestellt worden. Es ist nichts gefährlicher für eine politische Partei, als wenn sie sich in ihren Entschließungen von jenen Hansdampfgesellen in allen Gassen leiten läßt, die alles wollen, ohne auch nur das Geringste je wirklich erreichen zu können.

Auch wenn an der einzelnen Konfession noch soviel wirklich auszustellen wäre, so darf die politische Partei doch nicht einen Augenblick die Tatsache aus dem Auge

verlieren, daß es nach aller bisherigen Erfahrung der Geschichte noch niemals einer rein politischen Partei in ähnlichen Lagen gelungen war, zu einer religiösen Reformation zu kommen. Man studiert aber nicht Geschichte, um dann, wenn sie zur praktischen Anwendung kommen sollte, sich ihrer Lehren nicht zu erinnern oder zu glauben, daß nun die Dinge eben anders lägen, mithin ihre urewigen Wahrheiten nicht mehr anzuwenden wären; sondern man lernt aus ihr gerade die Nutzanwendung für die Gegenwart. Wer dies nicht fertigbringt, der bilde sich nicht ein, politischer Führer zu sein; er ist in Wahrheit ein seichter, wenn auch meist sehr eingebildeter Tropf, und aller gute Wille entschuldigt nicht seine praktische Unfähigkeit.

Überhaupt besteht die Kunst aller wahrhaft großen Volksführer zu allen Zeiten in erster Linie mit darin, die Aufmerksamkeit eines Volkes nicht zu zersplittern, sondern immer auf einen einzigen Gegner zu konzentrieren. Je einheitlicher dieser Einsatz des Kampfwillens eines Volkes stattfindet, um so größer wird die magnetische Anziehungskraft einer Bewegung sein, und um so gewaltiger die Wucht des Stoßes. Es gehört zur Genialität eines großen Führers, selbst auseinanderliegende Gegner immer als nur zu einer Kategorie gehörend erscheinen zu lassen, weil die Erkenntnis verschiedener Feinde bei schwächlichen und unsicheren Charakteren nur zu leicht zum Anfang des Zweifels am eigenen Rechte führt.

Sowie die schwankende Masse sich im Kampfe gegen zu viele Feinde sieht, wird sich sofort die Objektivität einstellen und die Frage aufwerfen, ob wirklich alle anderen unrecht haben und nur das eigene Volk oder die eigene Bewegung allein sich im Rechte befinde?

Damit aber kommt auch schon die erste Lähmung der eigenen Kraft. Daher muß eine Vielzahl von innerlich verschiedenen Gegnern immer zusammengefaßt werden, so daß in der Einsicht der Masse der eigenen Anhänger der Kampf nur gegen einen Feind allein geführt wird. Dies stärkt den Glauben an das eigene Recht und steigert die Erbitterung gegen den Angreifer auf dasselbe.

Daß die alldeutsche Bewegung von einst dies nicht begriff, kostete sie den Erfolg.

Ihr Ziel war richtig gesehen, das Wollen rein, der eingeschlagene Weg aber falsch. Sie glich einem Bergsteiger, der den zu erklimmenden Gipfel wohl im Auge behält, auch mit größter Entschiedenheit und Kraft sich auf den Weg macht, allein diesem selber keine Beachtung schenkt, sondern, immer den Blick auf das Ziel gerichtet, die Beschaffenheit des Aufstiegs weder sieht noch prüft und daran endlich scheitert.

Umgekehrt schien das Verhältnis bei der großen Konkurrentin, der christlich-sozialen Partei, zu liegen.

Der Weg, den sie einschlug, war klug und richtig gewählt, allein es fehlte die klare Erkenntnis über das Ziel.

In fast allen Belangen, in denen die alldeutsche Bewegung fehlte, war die Einstellung der christlich-sozialen Partei richtig und planvoll.

Sie besaß das nötige Verständnis für die Bedeutung der Masse und sicherte sich wenigstens einen Teil derselben durch offensichtliche Betonung ihres sozialen Charakters vom ersten Tage an. Indem sie sich in wesentlicher Weise auf die Gewinnung des kleinen und unteren Mittel- und Handwerkerstandes einstellte, erhielt sie eine ebenso treue wie ausdauernde und opferwillige Gefolgschaft. Sie vermied jeden Kampf gegen eine religiöse Einrichtung und sicherte sich dadurch die Unterstützung einer so mächtigen Organisation, wie sie die Kirche nun einmal darstellt. Sie besaß demzufolge auch nur einen einzigen wahrhaft großen Hauptgegner. Sie erkannte den Wert einer großzügigen Propaganda und war Virtuosin im Einwirken auf die seelischen Instinkte der breiten Masse ihrer Anhänger.

Daß auch sie dennoch nicht das erträumte Ziel einer Rettung Österreichs zu erreichen vermochte, lag in zwei Mängeln ihres Weges sowie in der Unklarheit über das Ziel selber.

Der Antisemitismus der neuen Bewegung war statt auf rassischer Erkenntnis auf religiöser Vorstellung aufgebaut.

Der Grund, warum dieser Fehler unterlief, war der gleiche, der auch den zweiten Irrtum veranlaßte.

Wollte die christlich-soziale Partei Österreich retten, dann durfte sie sich, nach der Meinung ihrer Begründer, nicht auf den Standpunkt des Rassenprinzips stellen, da sonst in kurzer Zeit eine allgemeine Auflösung des Staates eintreten mußte. Besonders aber die Lage in Wien selber erforderte, nach der Ansicht der Führer der Partei, eine möglichst große Beiseitelassung aller trennenden Momente und an deren Stelle ein Hervorheben aller einigenden Gesichtspunkte.

Wien war zu dieser Zeit schon so stark, besonders mit tschechischen Elementen, durchsetzt, daß nur größte Toleranz in bezug auf alle Rassenprobleme diese noch in einer nicht von vornherein deutsch-feindlichen Partei zu halten vermochte. Wollte man Österreich retten, durfte auf sie nicht verzichtet werden. So versuchte man die besonders sehr zahlreichen tschechischen Kleingewerbetreibenden in Wien zu gewinnen durch den Kampf gegen das liberale Manchestertum und glabte dabei eine über alle Völkerunterschiede des alten Österreich hinwegführende Parole im Kampf gegen das Judentum auf religiöser Grundlage gefunden zu haben.

Daß eine solche Bekämpfung auf solcher Grundlage der Judenheit nur begrenzte Sorge bereitete, liegt auf der Hand. Im schlimmsten Falle rettete ein Guß Taufwasser immer noch Geschäft und Judentum zugleich.

Mit einer solchen oberflächlichen Begründung kam man auch niemals zu einer ernstlichen wissenschaftlichen Behandlung des ganzen Problems und stieß dadurch nur zu viele, denen diese Art von Antisemitismus unverständlich sein mußte, überhaupt zurück. Die werbende Kraft der Idee war damit fast ausschließlich an geistig beschränkte Kreise gebunden, wenn man nicht vom rein gefühlsmäßigen Empfinden hinweg zu einer wirklichen Erkenntnis kommen wollte. Die Intelligenz verhielt sich grundsätzlich ablehnend. Die Sache erhielt so mehr und mehr den Anstrich, als handle es sich bei der ganzen Angelegenheit nur um den

Versuch einer neuen Judenbekehrung oder gar um den Ausdruck eines gewissen Konkurrenzneides. Damit aber verlor der Kampf das Merkmal einer inneren und höheren Weihe und erschien vielen, und nicht gerade den Schlechtesten, als unmoralisch und verwerflich. Es fehlte die Überzeugung, daß es sich hier um eine Lebensfrage der gesamten Menschheit handle, von deren Lösung das Schicksal aller nichtjüdischen Völker abhänge.

An dieser Halbheit ging der Wert der antisemitischen Einstellung der christlich-sozialen Partei verloren.

Es war ein Scheinantisemitismus, der fast schlimmer war als überhaupt keiner; denn so wurde man in Sicherheit eingelullt, glaubte den Gegner an den Ohren zu haben, wurde jedoch in Wirklichkeit selber an der Nase geführt.

Der Jude aber hatte sich schon in kurzer Zeit auch an diese Art von Antisemitismus so gewöhnt, daß ihm sein Wegfall sicher mehr gefehlt haben würde, als ihn sein Vorhandensein behinderte.

Mußte man hier schon dem Nationalitätenstaat ein schweres Opfer bringen, so noch viel mehr der Vertretung des Deutschtums an sich.

Man durfte nicht „nationalistisch" sein, wollte man nicht in Wien selber den Boden unter den Füßen verlieren. Man hoffte durch ein sanftes Umgehen dieser Frage den Habsburgerstaat noch zu retten und trieb ihn gerade dadurch in das Verderben. Die Bewegung aber verlor damit die gewaltige Kraftquelle, die allein auf die Dauer eine politische Partei mit innerer Triebkraft aufzufüllen vermag. Die christlich-soziale Bewegung wurde gerade dadurch zu einer Partei wie eben jede andere auch.

Ich habe beide Bewegungen einst auf das aufmerksamste verfolgt, die eine aus dem Pulsschlag des inneren Herzens heraus, die andere, hingerissen von Bewunderung für den seltenen Mann, der mir schon damals wie ein bitteres Symbol des ganzen österreichischen Deutschtums erschien.

Als der gewaltige Leichenzug den toten Bürgermeister vom Rathaus hinweg der Ringstraße zu fuhr, befand auch

ich mich unter den vielen Hunderttausenden, die dem Trauerspiel zusahen. In innerer Ergriffenheit sagte mir dabei das Gefühl, daß auch das Werk dieses Mannes vergeblich sein müßte durch das Verhängnis, das diesen Staat unweigerlich dem Untergang entgegenführen würde. Hätte Dr. Karl Lueger in Deutschland gelebt, würde er in die Reihe der großen Köpfe unseres Volkes gestellt worden sein; daß er in diesem unmöglichen Staate wirkte, war das Unglück seines Werkes und seiner selbst.

Als er starb, zuckten bereits die Flämmchen auf dem Balkan von Monat zu Monat gieriger hervor, so daß ihm das Schicksal gnädig das zu sehen erließ, was er noch glaubte, verhüten zu können.

Ich aber versuchte, aus dem Versagen der einen Bewegung und dem Mißlingen der zweiten die Ursachen herauszufinden, und kam zur sicheren Überzeugung, daß, ganz abgesehen von der Unmöglichkeit, im alten Österreich noch eine Festigung des Staates zu erreichen, die Fehler der beiden Parteien folgende waren:

Die alldeutsche Bewegung hatte wohl recht in ihrer prinzipiellen Ansicht über das Ziel einer deutschen Erneuerung, war jedoch unglücklich in der Wahl des Weges. Sie war nationalistisch, allein leider nicht sozial genug, um die Masse zu gewinnen. Ihr Antisemitismus aber beruhte auf der richtigen Erkenntnis der Bedeutung des Rassenproblems und nicht auf religiösen Vorstellungen. Ihr Kampf gegen eine bestimmte Konfession war dagegen tatsächlich und taktisch falsch.

Die christlich-soziale Bewegung besaß eine unklare Vorstellung über das Ziel einer deutschen Wiedergeburt, hatte aber Verstand und Glück beim Suchen ihrer Wege als Partei. Sie begriff die Bedeutung der sozialen Frage, irrte in ihrem Kampfe gegen das Judentum und besaß keine Ahnung von der Macht des nationalen Gedankens.

Hätte die christlich-soziale Partei zu ihrer klugen Kenntnis der breiten Masse noch die richtige Vorstellung von der Bedeutung des Rassenproblems, wie dies die alldeutsche Bewegung erfaßt hatte, besessen, und wäre sie

selber endlich nationalistisch gewesen, oder würde die alldeutsche Bewegung zu ihrer richtigen Erkenntnis des Zieles der Judenfrage und der Bedeutung des Nationalgedankens noch die praktische Klugheit der christlich-sozialen Partei, besonders aber deren Einstellung zum Sozialismus, angenommen haben, dann würde dies jene Bewegung ergeben haben, die schon damals meiner Überzeugung nach mit Erfolg in das deutsche Schicksal hätte eingreifen können.

Daß dies nicht so war, lag zum weitaus größten Teil aber am Wesen des österreichischen Staates.

Da ich meine Überzeugung in keiner anderen Partei verwirklicht sah, konnte ich mich in der Folgezeit auch nicht mehr entschließen, in eine der bestehenden Organisationen einzutreten oder gar mitzukämpfen. Ich hielt schon damals sämtliche der politischen Bewegungen für verfehlt und für unfähig, eine nationale Wiedergeburt des deutschen Volkes in größerem und nicht äußerlichem Umfange durchzuführen.

Meine innere Abneigung aber dem habsburgischen Staate gegenüber wuchs in dieser Zeit immer mehr an.

Je mehr ich mich besonders auch mit außenpolitischen Fragen zu beschäftigen begann, um so mehr gewann meine Überzeugung Boden, daß dieses Staatsgebilde nur zum Unglück des Deutschtums werden müßte. Immer klarer sah ich endlich auch, daß das Schicksal der deutschen Nation nicht mehr von dieser Stelle aus entschieden würde, sondern im Reiche selber. Dies galt aber nicht nur für allgemeine politische Fragen, sondern nicht minder auch für alle Erscheinungen des gesamten Kulturlebens überhaupt.

Der österreichische Staat zeigte auch hier auf dem Gebiete rein kultureller oder künstlerischer Angelegenheiten alle Merkmale der Erschlafung, mindestens aber der Bedeutungslosigkeit für die deutsche Nation. Am meisten galt dies für das Gebiet der Architektur. Die neuere Baukunst konnte schon deshalb in Österreich nicht zu besonders großen Erfolgen kommen, weil die Aufgaben seit dem Ausbau der Ringstraße wenigstens in Wien nur mehr unbe-

deutende waren gegenüber den in Deutschland aufsteigenden Plänen.

So begann ich immer mehr ein Doppelleben zu führen; Verstand und Wirklichkeit hießen mich in Österreich eine ebenso bittere wie segensreiche Schule durchmachen, allein das Herz weilte wo anders.

Eine beklemmende Unzufriedenheit hatte damals von mir Besitz ergriffen, je mehr ich die innere Hohlheit dieses Staates erkannte, die Unmöglichkeit, ihn noch zu retten, aber dabei mit aller Sicherheit empfand, daß er in allem und jedem nur noch das Unglück des deutschen Volkes darstellen konnte.

Ich war überzeugt, daß dieser Staat jeden wahrhaft großen Deutschen ebenso beengen und behindern mußte, wie er umgekehrt jede undeutsche Erscheinung fördern würde.

Widerwärtig war mir das Rassenkonglomerat, das die Reichshauptstadt zeigte, widerwärtig dieses ganze Völkergemisch von Tschechen, Polen, Ungarn, Ruthenen, Serben und Kroaten usw., zwischen allem aber als ewiger Spaltpilz der Menschheit — Juden und wieder Juden.

Mir erschien die Riesenstadt als die Verkörperung der Blutschande.

Mein Deutsch der Jugendzeit war der Dialekt, den auch Niederbayern spricht; ich vermochte ihn weder zu vergessen, noch den Wiener Jargon zu lernen. Je länger ich in dieser Stadt weilte, um so mehr stieg mein Haß gegen das fremde Völkergemisch, das diese alte deutsche Kulturstätte zu zerfressen begann.

Der Gedanke aber, daß dieser Staat noch längere Zeit zu halten wäre, erschien mir geradezu lächerlich.

Österreich war damals wie ein altes Mosaikbild, dessen Kitt, der die einzelnen Steinchen zusammenbindet, alt und bröcklig geworden; solange das Kunstwerk nicht berührt wird, vermag es noch sein Dasein weiter vorzutäuschen, sowie es jedoch einen Stoß erhält, bricht es in tausend Scherbchen auseinander. Die Frage war also nur die, wann der Stoß kommen würde. —

Da mein Herz niemals für eine österreichische Monarchie,

sondern immer nur für ein Deutsches Reich schlug, konnte mir die Stunde des Zerfalls dieses Staates nur als der Beginn der Erlösung der deutschen Nation erscheinen.

Aus all diesen Gründen entstand immer stärker die Sehnsucht, endlich dorthin zu gehen, wo seit so früher Jugend mich heimliche Wünsche und heimliche Liebe hinzogen.

Ich hoffte, dereinst als Baumeister mir einen Namen zu machen und so, in kleinem oder großem Rahmen, den mir das Schicksal dann eben schon zuweisen würde, der Nation meinen redlichen Dienst zu weihen.

Endlich aber wollte ich des Glücks teilhaftig werden, an der Stelle sein und wirken zu dürfen, von der einst ja auch mein brennendster Herzenswunsch in Erfüllung gehen mußte: der Anschluß meiner geliebten Heimat an das gemeinsame Vaterland, das Deutsche Reich.

Viele werden die Größe einer solchen Sehnsucht auch heute noch nicht zu begreifen vermögen, allein ich wende mich an die, denen das Schicksal entweder bisher dieses Glück verweigert oder in grausamer Härte wieder genommen hat; ich wende mich an alle die, die losgelöst vom Mutterlande, selbst um das heilige Gut der Sprache zu kämpfen haben, die wegen ihrer Gesinnung der Treue dem Vaterlande gegenüber verfolgt und gepeinigt werden, und die nun in schmerzlicher Ergriffenheit die Stunde ersehnen, die sie wieder an das Herz der treuen Mutter zurückkehren läßt; ich wende mich an alle diese und weiß: Sie werden mich verstehen!

Nur wer selber am eigenen Leibe fühlt, was es heißt, Deutscher zu sein, ohne dem lieben Vaterlande angehören zu dürfen, vermag die tiefe Sehnsucht zu ermessen, die zu allen Zeiten im Herzen der vom Mutterlande getrennten Kinder brennt. Sie quält die von ihr Erfaßten und verweigert ihnen Zufriedenheit und Glück so lange, bis die Tore des Vaterhauses sich öffnen und im gemeinsamen Reiche das gemeinsame Blut Frieden und Ruhe wiederfindet.

Wien aber war und blieb für mich die schwerste, wenn auch gründlichste Schule meines Lebens. Ich hatte diese Stadt einst betreten als ein halber Junge noch und verließ sie als still und ernst gewordener Mensch. Ich erhielt in ihr die Grundlagen für eine Weltanschauung im großen und eine politische Betrachtungsweise im kleinen, die ich später nur noch im einzelnen zu ergänzen brauchte, die mich aber nie mehr verließen. Den rechten Wert der damaligen Lehrjahre vermag ich freilich selber erst heute voll zu schätzen.

Deshalb habe ich diese Zeit etwas ausführlicher behandelt, da sie mir gerade in jenen Fragen den ersten Anschauungsunterricht erteilte, die mit zu den Grundlagen der Partei gehören, die, aus kleinsten Anfängen entstehend, sich im Laufe von kaum fünf Jahren zu einer großen Massenbewegung zu entwickeln anschickt. Ich weiß nicht, wie meine Stellung zum Judentum, zur Sozialdemokratie, besser zum gesamten Marxismus, zur sozialen Frage usw. heute wäre, wenn nicht schon ein Grundstock persönlicher Anschauungen in so früher Zeit durch den Druck des Schicksals — und durch eigenes Lernen sich gebildet hätte.

Denn, wenn auch das Unglück des Vaterlandes Tausende und aber Tausende zum Denken anzuregen vermag über die inneren Gründe des Zusammenbruches, so kann dies doch niemals zu jener Gründlichkeit und tieferen Einsicht führen, die sich dem erschließt, der selber erst nach jahrelangem Ringen Herr des Schicksals wurde.

4. Kapitel

München

Im Frühjahr 1912 kam ich endgültig nach München.

Die Stadt selber war mir so gut bekannt, als ob ich schon seit Jahren in ihren Mauern geweilt hätte. Es lag dies begründet in meinem Studium, das mich auf Schritt und Tritt ja auf diese Metropole der deutschen Kunst hinwies. Man hat nicht nur Deutschland nicht gesehen, wenn man München nicht kennt, nein, man kennt vor allem die deutsche Kunst nicht, wenn man München nicht sah.

Jedenfalls war diese Zeit vor dem Kriege die glücklichste und weitaus zufriedenste meines Lebens. Wenn auch mein Verdienst immer noch sehr kärglich war, so lebte ich ja nicht, um malen zu können, sondern malte, um mir dadurch nur die Möglichkeit meines Lebens zu sichern, besser, um mir damit mein weiteres Studium zu gestatten. Ich besaß die Überzeugung, mein Ziel, das ich mir gesteckt hatte, einst eben dennoch zu erreichen. Und dies ließ mich allein schon alle sonstigen kleinen Sorgen des täglichen Daseins leicht und unbekümmert ertragen.

Dazu aber kam noch die innere Liebe, die mich zu dieser Stadt mehr als zu einem anderen mir bekannten Orte fast schon von der ersten Stunde meines Aufenthalts erfaßte. Eine d e u t s ch e Stadt!! Welch ein Unterschied gegen Wien. Mir wurde schlecht, wenn ich an dieses Rassenbabylon auch nur zurückdachte. Dazu der mir viel näher liegende Dialekt, der mich besonders im Umgang mit Niederbayern an meine einstige Jugendzeit erinnern konnte. Es gab wohl tausend und mehr Dinge, die mir innerlich lieb und teuer waren oder wurden. Am meisten aber zog

mich die wunderbare Vermählung von urwüchsiger Kraft und feiner künstlerischer Stimmung, diese einzige Linie vom Hofbräuhaus zum Odeon, Oktoberfest zur Pinakothek usw. an. Daß ich heute an dieser Stadt hänge, mehr als an irgendeinem anderen Fleck der Erde auf dieser Welt, liegt wohl mitbegründet in der Tatsache, daß sie mit der Entwicklung meines eigenen Lebens unzertrennlich verbunden ist und bleibt; daß ich aber damals schon das Glück einer wahrhaft inneren Zufriedenheit erhielt, war nur dem Zauber zuzuschreiben, den die wunderbare Wittelsbacher-Residenz wohl auf jeden nicht nur mit einem rechnerischen Verstande, sondern auch mit gefühlvollem Gemüt gesegneten Menschen ausübt.

Was mich außer meiner beruflichen Arbeit am meisten anzog, war auch hier wieder das Studium der politischen Tagesereignisse, darunter besonders außenpolitischer Vorgänge. Ich kam zu den letzteren über dem Umweg der deutschen Bündnispolitik, die ich von meinen österreichischen Zeiten her schon für unbedingt falsch hielt. Immerhin war mir in Wien der volle Umfang dieser Selbsttäuschung des Reiches noch nicht ganz klar geworden. Ich war damals geneigt, anzunehmen — oder redete mir es vielleicht auch selber bloß als Entschuldigung vor —, daß man möglicherweise in Berlin schon wisse, wie schwach und wenig verläßlich der Bundesgenosse in Wirklichkeit sein würde, jedoch aus mehr oder minder geheimnisvollen Gründen mit dieser Einsicht zurückhalte, um eine Bündnispolitik zu stützen, die ja Bismarck selber einst begründet hatte und deren plötzlicher Abbruch nicht wünschenswert sein konnte, schon um das lauernde Ausland nicht irgendwie aufzuschrecken oder den inneren Spießer zu beunruhigen.

Freilich der Umgang, vor allem im Volke selber, ließ mich zu meinem Entsetzen schon in kurzer Zeit sehen, daß dieser Glaube falsch war. Zu meinem Erstaunen mußte ich überall feststellen, daß über das Wesen der Habsburger Monarchie selbst in den sonst gut unterrichteten Kreisen aber auch kein blasser Schimmer vorhanden war. Gerade

im Volke war man in dem Wahne verfangen, den Bundesgenossen als eine ernste Macht ansehen zu dürfen, die in der Stunde der Not sicher sofort ihren Mann stellen würde. Man hielt in der Masse die Monarchie immer für einen „deutschen" Staat und glaubte darauf auch bauen zu können. Man war der Meinung, daß die Kraft auch hier nach den Millionen gemessen werden könnte, so wie etwa in Deutschland selber, und vergaß vollständig, daß erstens: Österreich schon längst aufgehört hatte, ein deutsches Staatswesen zu sein; daß aber zweitens: die inneren Verhältnisse dieses Reiches von Stunde zu Stunde mehr der Auflösung entgegendrängten.

Ich hatte damals dieses Staatsgebilde besser gekannt als diese sogenannte offizielle „Diplomatie", die blind, wie fast immer, dem Verhängnis entgegentaumelte; denn die Stimmung des Volkes war immer nur der Ausfluß dessen, was man von oben in die öffentliche Meinung hineintrichterte. Von oben aber trieb man mit dem „Bundesgenossen" einen Kult wie um das goldene Kalb. Man hoffte wohl durch Liebenswürdigkeit zu ersetzen, was an Aufrichtigkeit fehlte. Dabei nahm man immer Worte für bare Werte.

Mich packte schon in Wien der Zorn, wenn ich den Unterschied betrachtete, der zwischen den Reden der offiziellen Staatsmänner und dem Inhalt der Wiener Presse von Zeit zu Zeit in Erscheinung trat. Dabei war Wien aber doch noch, wenigstens dem Scheine nach, eine deutsche Stadt. Wie anders aber lagen die Dinge, wenn man von Wien oder besser von Deutschösterreich weg, in die slawischen Provinzen des Reiches kam. Man brauchte nur Prager Zeitungen in die Hand zu nehmen, um zu wissen, wie das ganze erhabene Gaukelspiel des Dreibundes dort beurteilt wurde. Da war für dieses „staatsmännische Meisterwerk" schon nichts mehr vorhanden als blutiger Spott und Hohn. Man machte im tiefsten Frieden, als die beiden Kaiser gerade die Freundschaftsküsse einander auf die Stirne drückten, gar kein Hehl daraus, daß dieses Bündnis erledigt sei an dem Tage, an dem man versuchen würde,

es aus dem Schimmer des Nibelungen-Ideals in die praktische Wirklichkeit zu überführen.

Wie hatte man sich doch einige Jahre später aufgeregt, als in der endlich gekommenen Stunde, da die Bündnisse sich bewähren sollten, Italien aus dem Dreibunde aussprang und die beiden Genossen ziehen ließ, ja zum Schlusse noch selber zum Feinde wurde. Daß man überhaupt auch nur eine Minute an die Möglichkeit eines solchen Wunders früher zu glauben wagte, nämlich an das Wunder, daß Italien mit Österreich gemeinsam kämpfen würde, konnte jedem eben nicht mit diplomatischer Blindheit Geschlagenen nur einfach unverständlich sein. Allein die Dinge lagen ja in Österreich selber um kein Haar anders.

Träger des Bündnisgedankens waren in Österreich nur die Habsburger und die Deutschen. Die Habsburger aus Berechnung und Zwang, die Deutschen aus gutem Glauben und politischer — Dummheit. Aus gutem Glauben, denn sie vermeinten, durch den Dreibund dem Deutschen Reiche selber einen großen Dienst zu erweisen, es stärken und sichern zu helfen; aus politischer Dummheit aber, weil weder das erst Gemeinte zutraf, sondern im Gegenteil sie dadurch mithalfen, das Reich an einen Staatskadaver zu ketten, der beide in den Abgrund reißen mußte, vor allem aber, weil sie ja selber nur durch dieses Bündnis immer mehr der Entdeutschung anheimfielen. Denn indem die Habsburger durch das Bündnis mit dem Reiche vor einer Einmengung von dieser Seite aus sicher sein zu können glaubten und leider auch mit Recht sein konnten, vermochten sie ihre innere Politik der langsamen Verdrängung des Deutschtums schon wesentlich leichter und risikoloser durchzuführen. Nicht nur, daß man bei der bekannten „Objektivität" einen Einspruch von seiten der Reichsregierung gar nicht zu fürchten brauchte, konnte man auch dem österreichischen Deutschtum selber jederzeit mit dem Hinweis auf das Bündnis den vorlauten Mund, der gegen eine etwa zu niederträchtige Art der Slawisierung sich auftun wollte, sofort zum Schweigen bringen.

Was sollte denn auch der Deutsche in Österreich noch

tun, wenn doch das Deutschtum des Reiches selber der Habsburger-Regierung Anerkennung und Vertrauen aussprach? Sollte er Widerstand leisten, um dann in der ganzen deutschen Öffentlichkeit als Verräter am eigenen Volkstum gebrandmarkt zu werden? Er, der seit Jahrzehnten die unerhörtesten Opfer gerade für sein Volkstum gebracht hatte!

Was aber besaß dieses Bündnis für einen Wert, wenn erst das Deutschtum der Habsburger-Monarchie ausgerottet worden wäre? War nicht der Wert des Dreibundes für Deutschland geradezu abhängig von der Erhaltung der deutschen Vormachtstellung in Österreich? Oder glaubte man wirklich, auch mit einem slawischen Habsburger-Reich noch in einem Bündnis leben zu können?

Die Einstellung der offiziellen deutschen Diplomatie sowie auch die der ganzen öffentlichen Meinung zum innerösterreichischen Nationalitätenproblem war schon nicht mehr dumm, sondern einfach irrsinnig! Man baute auf ein Bündnis, stellte die Zukunft und Sicherheit eines 70-Millionen-Volkes darauf ein — und sah zu, wie die einzige Grundlage für diesen Bund beim Partner von Jahr zu Jahr planmäßig und unbeirrt sicher zerstört wurde. Eines Tages mußte dann ein „Vertrag" mit der Wiener Diplomatie übrigbleiben, die Bundeshilfe eines Reiches aber verloren sein.

Bei Italien war dies ohnehin von Anfang an der Fall.

Hätte man in Deutschland nur etwas klarer Geschichte studiert und Völkerpsychologie getrieben, dann hätte man wohl keine Stunde glauben können, daß jemals Quirinal und Wiener Hofburg in einer gemeinsamen Kampffront stehen würden. Italien wäre ja eher zu einem Vulkan geworden, ehe eine Regierung es hätte wagen dürfen, dem so fanatisch verhaßten Habsburger-Staat aber auch nur einen einzigen Italiener auf das Schlachtfeld zu stellen, außer als Feind. Ich habe die leidenschaftliche Verachtung sowie den bodenlosen Haß, mit dem der Jatilener dem österreichischen Staate „zugetan" war, öfter als einmal in Wien aufbrennen sehen. Was das Haus Habsburg an der

italienischen Freiheit und Unabhängigkeit im Laufe der Jahrhunderte gesündigt hatte, war zu groß, als daß man dies hätte vergessen können, auch wenn der Wille dazu vorhanden gewesen wäre. Er war aber gar nicht vorhanden; weder im Volke noch bei der italienischen Regierung. Für Italien gab es deshalb auch nur zwei Möglichkeiten im Zusammenleben mit Österreich: entweder Bündnis oder Krieg.

Indem man das erstere wählte, vermochte man sich in Ruhe zum zweiten vorzubereiten.

Besonders seitdem das Verhältnis Österreichs zu Rußland immer mehr einer kriegerischen Auseinandersetzung entgegentrieb, war die deutsche Bündnispolitik ebenso sinnlos wie gefährlich.

Es war dies ein klassischer Fall, an dem sich das Fehlen jeder großen und richtigen Linie des Denkens aufzeigen ließ.

Warum schloß man denn überhaupt ein Bündnis? Doch nur, um so die Zukunft des Reiches besser wahren zu können, als es, auf sich allein gestellt, in der Lage gewesen wäre. Diese Zukunft des Reiches aber war doch nichts anderes als die Frage der Erhaltung der Existenzmöglichkeit des deutschen Volkes.

Mithin aber konnte die Frage dann nur lauten: wie muß das Leben der deutschen Nation in einer greifbaren Zukunft sich gestalten, und wie kann man dieser Entwicklung dann die nötigen Grundlagen und die erforderliche Sicherheit gewährleisten im Rahmen der allgemeinen europäischen Machtverhältnisse?

Bei klarer Betrachtung der Voraussetzungen für die außenpolitische Betätigung der deutschen Staatskunst mußte man zu folgender Überzeugung gelangen:

Deutschland hat eine jährliche Bevölkerungszunahme von nahezu 900 000 Seelen. Die Schwierigkeit der Ernährung dieser Armee von neuen Staatsbürgern muß von Jahr zu Jahr größer werden und einmal bei einer Katastrophe enden, falls eben nicht Mittel und Wege gefunden

werden, noch rechtzeitig der Gefahr dieser Hungerverelendung vorzubeugen.

Es gab vier Wege, um einer solchen entsetzlichen Zukunftsentwicklung zu entgehen.

1. Man konnte, nach französischem Vorbilde, die Zunahme der Geburten künstlich einschränken und damit einer Überbevölkerung begegnen.

Die Natur selber pflegt ja in Zeiten großer Not oder böser klimatischer Verhältnisse sowie bei armem Bodenertrag ebenfalls zu einer Einschränkung der Vermehrung der Bevölkerung von bestimmten Ländern oder Rassen zu schreiten; allerdings in ebenso weiser wie rücksichtsloser Methode. Sie behindert nicht die Zeugungsfähigkeit an sich, wohl aber die Forterhaltung des Gezeugten, indem sie dieses so schweren Prüfungen und Entbehrungen aussetzt, daß alles minder Starke, weniger Gesunde, wieder in den Schoß des ewig Unbekannten zurückzukehren gezwungen wird. Was sie dann dennoch die Unbilden des Daseins überdauern läßt, ist tausendfältig erprobt, hart und wohl geeignet, wieder weiter zu zeugen, auf daß die gründliche Auslese von vorne wieder zu beginnen vermag. Indem sie so gegen den einzelnen brutal vorgeht und ihn augenblicklich wieder zu sich ruft, sowie er dem Sturme des Lebens nicht gewachsen ist, erhält sie die Rasse und Art selber kraftvoll, ja steigert sie zu höchsten Leistungen.

Damit ist aber die Verminderung der Zahl eine Stärkung der Person, mithin aber letzten Endes eine Kräftigung der Art.

Anders ist es, wenn der Mensch eine Beschränkung seiner Zahl vorzunehmen sich anschickt. Er ist nicht aus dem Holze der Natur geschnitzt, sondern „human". Er versteht es besser als diese grausame Königin aller Weisheit. Er beschränkt nicht die Forterhaltung des einzelnen als vielmehr die Fortpflanzung selber. Dieses erscheint ihm, der ja immer nur sich selbst und nie die Rasse sieht, menschlicher und gerechtfertigter zu sein als der umgekehrte Weg. Allein leider sind auch die Folgen umgekehrt:

Während die Natur, indem sie die Zeugung freigibt,

jedoch die Forterhaltung einer schwersten Prüfung unterwirft, aus einer Überzahl von Einzelwesen die besten sich als wert zum Leben auserwählt, sie also allein erhält und ebenso zu Trägern der Forterhaltung ihrer Art werden läßt, schränkt der Mensch die Zeugung ein, sorgt jedoch krampfhaft dafür, daß jedes einmal geborene Wesen um jeden Preis auch erhalten werde. Diese Korrektur des göttlichen Willens scheint ihm ebenso weise wie human zu sein, und er freut sich, wieder einmal in einer Sache die Natur übertrumpft, ja ihre Unzulänglichkeit bewiesen zu haben. Daß in Wirklichkeit allerdings wohl die Zahl eingeschränkt, aber dafür auch der Wert des einzelnen vermindert wurde, will das liebe Äffchen des Allvaters freilich nur ungern sehen oder hören.

Denn sowie erst einmal die Zeugung als solche eingeschränkt und die Zahl der Geburten vermindert wird, tritt an Stelle des natürlichen Kampfes um das Dasein, der nur den Allerstärksten und Gesündesten am Leben läßt, die selbstverständliche Sucht, auch das Schwächlichste, ja Krankhafteste um jeden Preis zu „retten“, womit der Keim zu einer Nachkommenschaft gelegt wird, die immer jämmerlicher werden muß, je länger diese Verhöhnung der Natur und ihres Willens anhält.

Das Ende aber wird sein, daß einem solchen Volke eines Tages das Dasein auf dieser Welt genommen werden wird; denn der Mensch kann wohl eine gewisse Zeit den ewigen Gesetzen des Forterhaltungswillens trotzen, allein die Rache kommt früher oder später doch. Ein stärkeres Geschlecht wird die Schwachen verjagen, da der Drang zum Leben in seiner letzten Form alle lächerlichen Fesseln einer sogenannten Humanität der einzelnen immer wieder zerbrechen wird, um an seine Stelle die Humanität der Natur treten zu lassen, die die Schwäche vernichtet, um der Stärke den Platz zu schenken.

Wer also dem deutschen Volke das Dasein sichern will auf dem Wege einer Selbstbeschränkung seiner Vermehrung, raubt ihm damit die Zukunft.

2. Ein zweiter Weg wäre der, den wir auch heute wieder

oft und oft vorgeschlagen und angepriesen hören: die innere Kolonisation. Es ist dies ein Vorschlag, der von ebenso vielen gut gemeint ist, als er von den meisten aber schlecht verstanden zu werden pflegt, um den denkbar größten Schaden anzurichten, den man sich nur vorzustellen vermag.

Ohne Zweifel kann die Erträgnisfähigkeit eines Bodens bis zu einer bestimmten Grenze erhöht werden. Allein eben nur bis zu einer bestimmten Grenze und nicht endlos weiter. Eine gewisse Zeit wird man also ohne Hungersgefahr die Vermehrung des deutschen Volkes durch eine Nutzungssteigerung unseres Bodens auszugleichen vermögen. Allein dem steht die Tatsache gegenüber, daß die Anforderungen an das Leben im allgemeinen schneller steigen, als selbst die Zahl der Bevölkerung. Die Anforderungen der Menschen in bezug auf Nahrung und Kleidung werden von Jahr zu Jahr größer und stehen schon jetzt zum Beispiel in keinem Verhältnis mehr zu den Bedürfnissen unserer Vorfahren etwa vor 100 Jahren. Es ist also irrig zu meinen, daß jede Erhöhung der Produktion einer Vermehrung der Bevölkerung die Voraussetzung schaffe: Nein; dies trifft nur bis zu einem gewissen Grad zu, indem mindestens ein Teil der Mehrerzeugnisse des Bodens zur Befriedigung der erhöhten Bedürfnisse der Menschen aufgebracht wird. Allein selbst bei größter Einschränkung einerseits und emsigstem Fleiße andererseits wird dennoch auch hier einmal eine Grenze kommen, die durch den Boden dann selber gezogen wird. Es wird bei allem Fleiße nicht mehr gelingen, mehr aus ihm herauszuwirtschaften, und dann tritt, wenn auch eine gewisse Zeit hinausgeschoben, das Verhängnis abermals in Erscheinung. Der Hunger wird zunächst von Zeit zu Zeit, wenn Mißernten usw. kommen, sich wieder einstellen. Er wird dies mit steigender Volkszahl immer öfter tun, so daß er endlich nur dann nicht mehr auftritt, wenn seltene reichste Jahre die Speicher füllen. Aber es naht endlich die Zeit, in der auch dann die Not nicht mehr zu befriedigen sein wird, und der Hunger zum ewigen

Begleiter eines solchen Volkes geworden ist. Nun muß wieder die Natur helfen und Auswahl treffen unter den von ihr zum Leben Auserwählten; oder es hilft sich der Mensch wieder selber: das heißt, er greift zur künstlichen Behinderung seiner Vermehrung mit allen ihren schon angedeuteten schweren Folgen für Rasse und Art.

Man wird noch einzuwenden vermögen, daß diese Zukunft ja der ganzen Menschheit einmal so oder so bevorstehe, mithin auch das einzelne Volk diesem Verhängnis natürlich nicht zu entgehen vermöge.

Dies ist auf den ersten Blick ohne weiteres richtig. Dennoch ist aber hier folgendes zu bedenken:

Sicherlich wird zu einem bestimmten Zeitpunkt die gesamte Menschheit gezwungen sein, infolge der Unmöglichkeit, die Fruchtbarkeit des Bodens der weitersteigenden Volkszahl noch länger anzugleichen, die Vermehrung des menschlichen Geschlechtes einzustellen und entweder die Natur wieder entscheiden zu lassen, oder durch Selbsthilfe, wenn möglich, dann freilich schon auf dem richtigeren Wege als heute, den notwendigen Ausgleich zu schaffen. Allein dieses wird dann eben alle Völker treffen, während zur Zeit nur diejenigen Rassen von solcher Not betroffen werden, die nicht mehr Kraft und Stärke genug besitzen, um sich den für sie nötigen Boden auf dieser Welt zu sichern. Denn die Dinge liegen doch so, daß auf dieser Erde zur Zeit noch immer Boden in ganz ungeheuren Flächen ungenützt vorhanden ist und nur des Bebauers harrt. Ebenso aber ist es auch richtig, daß dieser Boden nicht von der Natur an und für sich einer bestimmten Nation oder Rasse als Reservatfläche für die Zukunft aufgehoben wurde, sondern er ist Land und Boden für das Volk, das die Kraft besitzt, ihn zu nehmen, und den Fleiß, ihn zu bebauen.

Die Natur kennt keine politischen Grenzen. Sie setzt die Lebewesen zunächst auf diesen Erdball und sieht dem freien Spiel der Kräfte zu. Der Stärkste an Mut und Fleiß erhält dann als ihr liebstes Kind das Herrenrecht des Daseins zugesprochen.

Wenn ein Volk sich auf innere Kolonisation beschränkt, da andere Rassen sich auf immer größeren Bodenflächen dieser Erde festklammern, wird es zur Selbstbeschränkung schon zu einer Zeit zu greifen gezwungen sein, da die übrigen Völker sich noch dauernd fortvermehren. Einmal tritt aber dieser Fall ein, und zwar um so früher, je kleiner der zur Verfügung stehende Lebensraum eines Volkes ist. Da im allgemeinen leider nur zu häufig die besten Nationen, oder noch richtiger die einzigen wahrhaften Kulturrassen, die Träger alles menschlichen Fortschrittes, sich in ihrer pazifistischen Verblendung entschließen, auf neuen Bodenerwerb Verzicht zu leisten, um sich mit „innerer" Kolonisation zu begnügen, minderwertige Nationen aber ungeheure Lebensflächen auf dieser Welt sich zu sichern verstehen, würde dies zu folgendem Endergebnis führen:

Die kulturell besseren, allein minder rücksichtslosen Rassen müßten schon zu einer Zeit ihre Vermehrung infolge ihres beschränkten Bodens begrenzen, da die kulturell tieferen, aber naturhaft-brutaleren Völker infolge größter Lebensflächen noch ins Unbegrenzte hinein sich fortzuvermehren in der Lage sein würden. Mit anderen Worten: Die Welt wird damit eines Tages in den Besitz der kulturell minderwertigeren, jedoch tatkräftigeren Menschheit kommen.

Dann gibt es in einer, wenn auch noch so fernen Zukunft nur zwei Möglichkeiten: Entweder die Welt wird regiert nach den Vorstellungen unserer modernen Demokratie, dann fällt das Schwergewicht jeder Entscheidung zugunsten der zahlenmäßig stärkeren Rassen aus, oder die Welt wird beherrscht nach den Gesetzen der natürlichen Kraftordnung, dann siegen die Völker des brutalen Willens und mithin eben wieder nicht die Nation der Selbstbeschränkung.

Daß aber diese Welt dereinst noch schwersten Kämpfen um das Dasein der Menschheit ausgesetzt sein wird, kann niemand bezweifeln. Am Ende siegt ewig nur die Sucht der Selbsterhaltung. Unter ihr schmilzt die sogenannte Humanität als Ausdruck einer Mischung von Dummheit, Feigheit und eingebildetem Besserwissen, wie Schnee in der

Märzensonne. Im ewigen Kampfe ist die Menschheit groß geworden — im ewigen Frieden geht sie zugrunde.

Für uns Deutsche aber ist die Parole der „inneren Kolonisation“ schon deshalb unselig, da sie bei uns sofort die Meinung verstärkt, ein Mittel gefunden zu haben, das der pazifistischen Gesinnung entsprechend gestattet, in sanftem Schlummerleben sich das Dasein „erarbeiten“ zu können. Diese Lehre, bei uns erst einmal ernst genommen, bedeutet das Ende jeder Anstrengung, sich auf dieser Welt den Platz zu bewahren, der auch uns gebührt. Sowie erst der Durchschnittsdeutsche die Überzeugung erhielte, auch auf solchem Wege sich das Leben und die Zukunft sichern zu können, würde jeder Versuch einer aktiven und damit allein fruchtbaren Vertretung deutscher Lebensnotwendigkeiten erledigt sein. Jede wirklich nützliche Außenpolitik aber könnte durch eine solche Einstellung der Nation als begraben angesehen werden und mit ihr die Zukunft des deutschen Volkes überhaupt.

In Erkenntnis dieser Folgen ist es nicht zufällig in erster Linie immer der Jude, der solche todgefährliche Gedankengänge in unser Volk hineinzupflanzen versucht und versteht. Er kennt seine Pappenheimer nur zu gut, um nicht zu wissen, daß sie dankbar jedem spanischen Schatzschwindler zum Opfer fallen, der ihnen weiszumachen versteht, daß das Mittel gefunden wäre, der Natur ein Schnippchen zu schlagen, den harten, unerbittlichen Kampf ums Dasein überflüssig zu machen, um an seiner Stelle bald durch Arbeit, manchmal auch schon durch bloßes Nichtstun, je nachdem „wie's trefft“, zum Herrn des Planeten aufzusteigen.

Es kann nicht scharf genug betont werden, daß jede deutsche innere Kolonisation in erster Linie nur dazu zu dienen hat, soziale Mißstände zu beseitigen, vor allem den Boden der allgemeinen Spekulation zu entziehen, niemals aber genügen kann, etwa die Zukunft der Nation ohne neuen Grund und Boden sicherzustellen.

Handeln wir anders, so werden wir in kurzer Zeit nicht nur am Ende unseres Bodens angelangt sein, sondern auch am Ende unserer Kraft.

Schließlich muß noch folgendes festgestellt werden:

Die in der inneren Kolonisation liegende Beschränkung auf eine bestimmte kleine Bodenfläche sowie auch die durch Einengung der Fortpflanzung erfolgende gleiche Schlußwirkung führt zu einer außerordentlich ungünstigen militärpolitischen Lage der betreffenden Nation.

In der Größe des Wohnsitzes eines Volkes liegt allein schon ein wesentlicher Faktor zur Bestimmung seiner äußeren Sicherheit. Je größer die Raummenge ist, die einem Volke zur Verfügung steht, um so größer ist auch dessen natürlicher Schutz; denn noch immer ließen sich militärische Entscheidungen gegen Völker auf kleiner zusammengepreßter Bodenfläche in schnellerer und damit aber auch leichterer und besonders wirksamerer und vollständigerer Weise erzielen, wie dies umgekehrt gegen territorial umfangreiche Staaten möglich sein kann. In der Größe des Staatsgebietes liegt damit immer noch ein gewisser Schutz gegen leichtfertige Angriffe, da ein Erfolg dabei nur nach langen schweren Kämpfen zu erzielen ist, mithin das Risiko eines übermütigen Überfalles zu groß erscheinen wird, sofern nicht ganz außerordentliche Gründe vorliegen. Daher liegt schon in der Größe des Staates an sich ein Grund zur leichteren Erhaltung der Freiheit und Unabhängigkeit eines Volkes, während umgekehrt die Kleinheit eines solchen Gebildes zur Inbesitznahme geradezu herausfordert.

Tatsächlich wurden auch die beiden ersten Möglichkeiten zur Schaffung eines Ausgleiches zwischen der steigenden Volkszahl und dem gleichgroß bleibenden Boden in den sogenannten nationalen Kreisen des Reiches abgelehnt. Die Gründe zu dieser Stellungnahme waren freilich andere als die oben angeführten: Zur Einschränkung der Geburten verhielt man sich in erster Linie ablehnend aus einem gewissen moralischen Gefühl heraus; die innere Kolonisation wies man mit Entrüstung zurück, da man in ihr einen Angriff gegen den Großgrundbesitz witterte und

darin den Beginn eines allgemeinen Kampfes gegen das Privateigentum überhaupt sah. Bei der Form, in der besonders diese letztere Heilslehre empfohlen wurde, konnte man auch ohne weiteres mit einer solchen Annahme recht haben.

Im allgemeinen war die Abwehr der breiten Masse gegenüber nicht sehr geschickt und traf auch in keinerlei Weise den Kern des Problems.

Somit blieben nur noch zwei Wege, der steigenden Volkszahl Arbeit und Brot zu sichern.

3. Man konnte entweder neuen Boden erwerben, um die überschüssigen Millionen jährlich abzuschieben, und so die Nation auch weiter auf der Grundlage einer Selbsternährung erhalten, oder man ging

4. dazu über, durch Industrie und Handel für fremden Bedarf zu schaffen, um vom Erlös das Leben zu bestreiten.

Also: entweder Boden- oder Kolonial- und Handelspolitik.

Beide Wege wurden von verschiedenen Richtungen ins Auge gefaßt, geprüft, empfohlen und bekämpft, bis endlich der letzte endgültig gegangen wurde.

Der gesündere Weg von beiden wäre freilich der erstere gewesen.

Die Erwerbung von neuem Grund und Boden zur Ansiedlung der überlaufenden Volkszahl besitzt unendlich viele Vorzüge, besonders wenn man nicht die Gegenwart, sondern die Zukunft ins Auge faßt.

Schon die Möglichkeit der Erhaltung eines gesunden Bauernstandes als Fundament der gesamten Nation kann niemals hoch genug eingeschätzt werden. Viele unserer heutigen Leiden sind nur die Folge des ungesunden Verhältnisses zwischen Land- und Stadtvolk. Ein fester Stock kleiner und mittlerer Bauern war noch zu allen Zeiten der beste Schutz gegen soziale Erkrankungen, wie wir sie heute besitzen. Dies ist aber auch die einzige Lösung, die eine Nation das tägliche Brot im inneren Kreislauf einer Wirtschaft finden läßt. Industrie und Handel treten von ihrer ungesunden führenden Stellung zurück und gliedern

sich in den allgemeinen Rahmen einer nationalen Bedarfs- und Ausgleichswirtschaft ein. Beide sind damit nicht mehr die Grundlage der Ernährung der Nation, sondern ein Hilfsmittel derselben. Indem sie nur mehr den Ausgleich zwischen eigener Produktion und Bedarf auf allen Gebieten zur Aufgabe haben, machen sie die gesamte Volksernährung mehr oder weniger unabhängig vom Auslande, helfen also mit, die Freiheit des Staates und die Unabhängigkeit der Nation, besonders in schweren Tagen, sicherzustellen.

Allerdings eine solche Bodenpolitik kann nicht etwa in Kamerun ihre Erfüllung finden, sondern heute fast ausschließlich nur mehr in Europa. Man muß sich damit kühl und nüchtern auf den Standpunkt stellen, daß es sicher nicht Absicht des Himmels sein kann, dem einen Volke fünfzigmal soviel an Grund und Boden auf dieser Welt zu geben als dem anderen. Man darf in diesem Falle sich nicht durch politische Grenzen von den Grenzen des ewigen Rechtes abbringen lassen. Wenn diese Erde wirklich für alle Raum zum Leben hat, dann möge man uns also den uns zum Leben nötigen Boden geben.

Man wird das freilich nicht gerne tun. Dann jedoch tritt das Recht der Selbsterhaltung in seine Wirkung; und was der Güte verweigert wird, hat eben die Faust sich zu nehmen. Hätten unsere Vorfahren einst ihre Entscheidungen von dem gleichen pazifistischen Unsinn abhängig gemacht wie die heutige Gegenwart, dann würden wir überhaupt nur ein Drittel unseres jetzigen Bodens zu eigen besitzen; ein deutsches Volk aber dürfte dann kaum mehr Sorgen in Europa zu tragen haben. Nein — der natürlichen Entschlossenheit zum Kampfe für das eigene Dasein verdanken wir die beiden Ostmarken des Reiches und damit jene innere Stärke der Größe unseres Staats- und Volksgebietes, die überhaupt allein uns bis heute bestehen ließ.

Auch aus einem anderen Grunde wäre diese Lösung die richtige gewesen:

Viele europäischen Staaten gleichen heute auf die Spitze gestellten Pyramiden. Ihre europäische Grundfläche ist lächerlich klein gegenüber ihrer übrigen Belastung in Kolo-

nien, Außenhandel usw. Man darf sagen: Spitze in Europa, Basis in der ganzen Welt; zum Unterschiede der amerikanischen Union, die die Basis noch im eigenen Kontinent besitzt und nur mit der Spitze die übrige Erde berührt. Daher kommt aber auch die unerhörte innere Kraft dieses Staates und die Schwäche der meisten europäischen Kolonialmächte.

Auch England ist kein Beweis dagegen, da man nur zu leicht angesichts des britischen Imperiums die angelsächsische Welt als solche vergißt. Die Stellung Englands kann infolge seiner Sprach- und Kulturgemeinschaft mit der amerikanischen Union allein schon mit keinem sonstigen Staat in Europa verglichen werden.

Für Deutschland lag demnach die einzige Möglichkeit zur Durchführung einer gesunden Bodenpolitik nur in der Erwerbung von neuem Lande in Europa selber. Kolonien können diesem Zwecke solange nicht dienen, als sie nicht zur Besiedelung mit Europäern in größtem Maße geeignet erscheinen. Auf friedlichem Wege aber waren solche Kolonialgebiete im neunzehnten Jahrhundert nicht mehr zu erlangen. Es würde mithin auch eine solche Kolonialpolitik nur auf dem Wege eines schweren Kampfes durchzuführen gewesen sein, der aber dann zweckmäßiger nicht für außereuropäische Gebiete, sondern vielmehr für Land im Heimatkontinent selbst ausgefochten worden wäre.

Ein solcher Entschluß erfordert dann freilich ungeteilte Hingabe. Es geht nicht an, mit halben Mitteln oder auch nur zögernd an eine Aufgabe heranzutreten, deren Durchführung nur unter Anspannung aber auch der letzten Energie möglich erscheint. Dann mußte auch die gesamte politische Leitung des Reiches diesem ausschließlichen Zwecke huldigen; niemals durfte ein Schritt erfolgen, von anderen Erwägungen geleitet, als von der Erkenntnis dieser Aufgabe und ihrer Bedingungen. Man hatte sich Klarheit zu verschaffen, daß dieses Ziel nur unter Kampf zu erreichen war und mußte dem Waffengange dann aber auch ruhig und gefaßt ins Auge sehen.

So waren die gesamten Bündnisse ausschließlich von diesem Gesichtspunkte aus zu prüfen und ihrer Verwertbarkeit

nach zu schätzen. Wollte man in Europa Grund und Boden, dann konnte dies im großen und ganzen nur auf Kosten Rußlands geschehen, dann mußte sich das neue Reich wieder auf der Straße der einstigen Ordensritter in Marsch setzen, um mit dem deutschen Schwert dem deutschen Pflug die Scholle, der Nation aber das tägliche Brot zu geben.

Für eine solche Politik allerdings gab es in Europa nur einen einzigen Bundesgenossen: England.

Nur mit England allein vermochte man, den Rücken gedeckt, den neuen Germanenzug zu beginnen. Das Recht hierzu wäre nicht geringer gewesen als das Recht unserer Vorfahren. Keiner unserer Pazifisten weigert sich, das Brot des Ostens zu essen, obwohl der erste Pflug einst „Schwert" hieß!

Englands Geneigtheit zu gewinnen, durfte dann aber kein Opfer zu groß sein. Es war auf Kolonien und Seegeltung zu verzichten, der britischen Industrie aber die Konkurrenz zu ersparen.

Nur unbedingte klare Einstellung allein konnte zu einem solchen Ziele führen: Verzicht auf Welthandel und Kolonien; Verzicht auf eine deutsche Kriegsflotte. Konzentration der gesamten Machtmittel des Staates auf das Landheer.

Das Ergebnis wäre wohl eine augenblickliche Beschränkung gewesen, allein eine große und mächtige Zukunft.

Es gab eine Zeit, da England in diesem Sinne hätte mit sich reden lassen. Da es sehr wohl begriffen hatte, daß Deutschland infolge seiner Bevölkerungszunahme nach irgendeinem Ausweg suchen müsse und entweder mit England diesen in Europa fände, oder ohne England in der Welt.

Dieser Ahnung war es wohl auch in erster Linie zuzuschreiben, wenn um die Jahrhundertwende von London selber aus versucht wurde, Deutschland näherzutreten. Zum ersten Male zeigte sich damals, was wir in den letzten Jahren in wahrhaft erschreckender Weise beobachten konnten. Man war unangenehm berührt bei dem Gedanken, für England Kastanien aus dem Feuer holen zu müssen; als ob es überhaupt ein Bündnis auf einer anderen Grundlage

als der eines gegenseitigen Geschäftes geben könnte. Mit England ließ sich aber ein solches Geschäft sehr wohl machen. Die britische Diplomatie war noch immer klug genug, zu wissen, daß ohne Gegenleistung keine Leistung zu erwarten ist.

Man stelle sich aber vor, daß eine kluge deutsche Außenpolitik die Rolle Japans im Jahre 1904 übernommen hätte, und man kann kaum ermessen, welche Folgen dies für Deutschland gehabt haben würde.

Es wäre niemals zu einem „Weltkriege" gekommen.

Das Blut im Jahre 1904 hätte das Zehnfache der Jahre 1914 bis 1918 erspart.

Welche Stellung aber würde Deutschland heute in der Welt einnehmen!

Allerdings, das Bündnis mit Österreich war dann ein Unsinn.

Denn diese staatliche Mumie verband sich mit Deutschland nicht zum Durchfechten eines Krieges, sondern zur Erhaltung eines ewigen Friedens, der dann in kluger Weise zur langsamen, aber sicheren Ausrottung des Deutschtums der Monarchie verwendet werden konnte.

Dieses Bündnis aber war auch deshalb eine Unmöglichkeit, weil man doch mit einem Staate solange gar keine offensive Vertretung nationaler deutscher Interessen erwarten durfte, als dieser nicht einmal die Kraft und Entschlossenheit besaß, dem Entdeutschungsprozeß an seiner unmittelbaren Grenze ein Ende zu bereiten. Wenn Deutschland nicht soviel nationale Besinnung und auch Rücksichtslosigkeit besaß, dem unmöglichen Habsburger-Staat die Verfügung über das Schicksal der zehn Millionen Stammesgenossen zu entreißen, dann durfte man wahrlich nicht erwarten, daß es jemals zu solch weitausschauenden und verwegenen Plänen die Hand bieten würde. Die Haltung des alten Reiches zur österreichischen Frage war der Prüfstein für sein Verhalten im Schicksalskampf der ganzen Nation.

Auf alle Fälle durfte man nicht zusehen, wie Jahr um Jahr das Deutschtum mehr zurückgedrängt wurde, da ja

der Wert der Bündnisfähigkeit Österreichs ausschließlich von der Erhaltung des deutschen Elements bestimmt wurde.

Allein, man beschritt diesen Weg ja überhaupt nicht.

Man fürchtete nichts so sehr als den Kampf, um endlich in der ungünstigsten Stunde dennoch zu ihm gezwungen zu werden.

Man wollte dem Schicksal enteilen und wurde von ihm ereilt. Man träumte von der Erhaltung des Weltfriedens und landete beim Weltkrieg.

Und dies war der bedeutendste Grund, warum man diesen dritten Weg der Gestaltung einer deutschen Zukunft gar nicht einmal ins Auge faßte. Man wußte, daß die Gewinnung neuen Bodens nur im Osten zu erreichen war, sah den dann nötigen Kampf und wollte um jeden Preis doch den Frieden; denn die Parole der deutschen Außenpolitik hieß schon längst nicht mehr: Erhaltung der deutschen Nation auf allen Wegen, als vielmehr: Erhaltung des Weltfriedens mit allen Mitteln. Wie dies dann gelang, ist bekannt.

Ich werde darauf noch besonders zurückkommen.

So blieb also noch die vierte Möglichkeit: Industrie und Welthandel, Seemacht und Kolonien.

Eine solche Entwicklung war allerdings zunächst leichter und auch wohl schneller zu erreichen. Die Besiedlung von Grund und Boden ist ein langsamer Prozeß, der oft Jahrhunderte dauert; ja darin ist ja gerade seine innere Stärke zu suchen, daß es sich dabei nicht um ein plötzliches Aufflammen, sondern um ein allmähliches aber gründliches und andauerndes Wachsen handelt, zum Unterschiede von einer industriellen Entwicklung, die im Laufe weniger Jahre aufgeblasen werden kann, um dann aber auch mehr einer Seifenblase, als einer gediegenen Stärke zu ähneln. Eine Flotte ist freilich schneller zu bauen, als im zähen Kampfe Bauernhöfe aufzurichten und mit Farmern zu besiedeln, allein sie ist auch schneller zu vernichten als das letztere.

Wenn Deutschland dennoch diesen Weg beschritt, dann mußte man aber wenigstens klar erkennen, daß auch diese Entwicklung eines Tages beim Kampfe enden würde. Nur

Kinder konnten vermeinen, durch freundliches und gesittetes Betragen und dauerndes Betonen friedlicher Gesinnung ihre Bananen holen zu können im „friedlichen Wettbewerb der Völker“, wie man so schön und salbungsvoll daherschwätzte; ohne also je zur Waffe greifen zu müssen.

Nein: wenn wir diesen Weg beschritten, dann mußte eines Tages England unser Feind werden. Es war mehr als unsinnig, sich darüber zu entrüsten — entsprach aber ganz unserer eigenen Harmlosigkeit —, daß England sich die Freiheit nahm, eines Tages unserem friedlichen Treiben mit der Roheit des gewalttätigen Egoisten entgegenzutreten.

Wir hätten dies allerdings nie getan.

Wenn europäische Bodenpolitik nur zu treiben war gegen Rußland mit England im Bunde, dann war aber umgekehrt Kolonial- und Welthandelspolitik nur denkbar gegen England mit Rußland. Dann mußte man aber auch hier rücksichtslos die Konsequenzen ziehen — und vor allem Österreich schleunigst fahren lassen.

Nach jeder Richtung hin betrachtet war dieses Bündnis mit Österreich um die Jahrhundertwende schon ein wahrer Wahnsinn.

Allein man dachte ja auch gar nicht daran, sich mit Rußland gegen England zu verbünden, so wenig wir mit England gegen Rußland, denn in beiden Fällen wäre das Ende ja Krieg gewesen, und um diesen zu verhindern, entschloß man sich ja doch überhaupt erst zur Handels- und Industriepolitik. Man besaß ja nun in der „wirtschaftsfriedlichen“ Eroberung der Welt eine Gebrauchsanweisung, die der bisherigen Gewaltpolitik ein für allemal das Genick brechen sollte. Man war sich manchmal der Sache vielleicht doch wieder nicht ganz sicher, besonders, wenn aus England von Zeit zu Zeit ganz unverständliche Drohungen herüberkamen; darum entschloß man sich auch zum Bau einer Flotte, jedoch auch wieder nicht zum Angriff und zur Vernichtung Englands, sondern zur „Verteidigung“ des schon benannten „Weltfriedens“ und der „friedlichen“ Eroberung der Welt. Daher wurde sie auch in allem und jedem etwas bescheidener gehalten, nicht nur der Zahl, sondern auch

dem Tonnengehalt der einzelnen Schiffe sowie der Armierung nach, um auch so wieder die letzten Endes doch „friedliche“ Absicht durchleuchten zu lassen.

Das Gerede der „wirtschaftsfriedlichen“ Eroberung der Welt war wohl der größte Unsinn, der jemals zum leitenden Prinzip der Staatspolitik erhoben wurde. Dieser Unsinn wurde noch größer dadurch, daß man sich nicht scheute, England als Kronzeugen für die Möglichkeit einer solchen Leistung anzurufen. Was dabei unsere professorale Geschichtslehre und Geschichtsauffassung mitverbrochen hat, kann kaum wieder gutgemacht werden und ist nur der schlagende Beweis dafür, wie viele Leute Geschichte „lernen“, ohne sie zu verstehen oder gar zu begreifen. Gerade in England hätte man die schlagende Widerlegung dieser Theorie erkennen müssen; hat doch kein Volk mit größerer Brutalität seine wirtschaftlichen Eroberungen mit dem Schwerte besser vorbereitet und später rücksichtslos verteidigt, als das englische. Ist es nicht geradezu das Merkmal britischer Staatskunst, aus politischer Kraft wirtschaftliche Erwerbungen zu ziehen und jede wirtschaftliche Stärkung sofort wieder in politische Macht umzugießen? Dabei welch ein Irrtum, zu meinen, daß England etwa persönlich zu f e i g e wäre, für seine Wirtschaftspolitik auch das eigene Blut einzusetzen! Daß das englische Volk kein „Volksheer“ besaß, bewies hier in keiner Weise das Gegenteil; denn nicht auf die jeweilige militärische Form der Wehrmacht kommt es hierbei an, als vielmehr auf den Willen und die Entschlossenheit, die vorhandene einzusetzen. England besaß immer die Rüstung, die es eben nötig hatte. Es kämpfte immer mit den Waffen, die der Erfolg verlangte. Es schlug sich mit Söldnern, solange Söldner genügten; es griff aber auch tief hinein in das wertvolle Blut der ganzen Nation, wenn nur mehr ein solches Opfer den Sieg bringen konnte; immer aber blieb die Entschlossenheit zum Kampf und die Zähigkeit wie rücksichtslose Führung desselben die gleiche.

In Deutschland aber züchtete man allmählich über den Weg der Schule, Presse und Witzblätter von dem Wesen des Engländers und noch mehr fast seines Reiches eine

Vorstellung, die zu einer der bösesten Selbsttäuschungen führen mußte; denn von diesem Unsinn ward langsam alles angesteckt, und die Folge dessen war eine Unterschätzung, die sich dann auch auf das bitterste rächte. Die Tiefe dieser Fälschung war so groß, daß man überzeugt war, im Engländer den ebenso gerissenen wie aber persönlich ganz unglaublich feigen Geschäftsmann vor sich zu haben. Daß man ein Weltreich von der Größe des englischen nicht gut nur zusammenschleichen und -schwindeln konnte, leuchtete unseren erhabenen Lehrern professoraler Wissenschaft leider nicht ein. Die wenigen Warner wurden überhört oder totgeschwiegen. Ich erinnere mich noch genau, wie erstaunt bei meinen Kameraden die Gesichter waren, als wir nun in Flandern den Tommis persönlich gegenübertraten. Schon nach den ersten Schlachttagen dämmerte da wohl im Gehirn eines jeden die Überzeugung auf, daß diese Schottländer nicht gerade denen entsprachen, die man uns in Witzblättern und Depeschenberichten vorzumalen für richtig gefunden hatte.

Ich habe damals meine ersten Betrachtungen über die Zweckmäßigkeit der Form der Propaganda angestellt.

Diese Fälschung aber hatte für die Verbreiter freilich etwas Gutes: man vermochte an diesem, wenn auch unrichtigen Beispiel ja die Richtigkeit der wirtschaftlichen Eroberung der Welt zu demonstrieren. Was dem Engländer gelang, mußte auch uns gelingen, wobei dann als ein ganz besonderes Plus unsere doch bedeutend größere Redlichkeit, das Fehlen jener spezifisch englischen „Perfidie“, angesehen wurde. Hoffte man doch, dadurch die Zuneigung vor allem der kleineren Nationen sowie das Vertrauen der großen nur um so leichter zu gewinnen.

Daß unsere Redlichkeit den anderen ein innerer Greuel war, leuchtete uns dabei schon deshalb nicht ein, weil wir dieses alles ganz ernsthaft selber glaubten, während die andere Welt ein solches Gebaren als Ausdruck einer ganz geriebenen Verlogenheit ansah, bis erst, wohl zum größten Erstaunen, die Revolution einen tieferen Einblick in die unbegrenzte Dummheit unserer „aufrichtigen“ Gesinnung vermittelte.

Allein aus dem Unsinn dieser „wirtschaftsfriedlichen Eroberung“ der Welt heraus war auch sofort der Unsinn des Dreibundes klar und verständlich. Mit welchem Staate konnte man sich denn da überhaupt sonst verbünden? Mit Österreich zusammen vermochte man allerdings nicht auf kriegerische Eroberung, selbst nur in Europa, auszugehen. Gerade darin aber bestand ja vom ersten Tage an die innere Schwäche des Bundes. Ein Bismarck konnte sich diesen Notbehelf erlauben, allein dann noch lange nicht jeder stümperhafte Nachfolger, am wenigsten jedoch zu einer Zeit, da wesentliche Voraussetzungen auch zu dem Bismarckschen Bündnis längst nicht mehr vorhanden waren; denn Bismarck glaubte noch in Österreich einen deutschen Staat vor sich zu haben. Mit der allmählichen Einführung des allgemeinen Wahlrechtes aber war dieses Land zu einem parlamentarisch regierten, undeutschen Wirrwarr herabgesunken.

Nun war das Bündnis mit Österreich auch rassepolitisch einfach verderblich. Man duldete das Werden einer neuen slawischen Großmacht an der Grenze des Reiches, die sich früher oder später ganz anders gegen Deutschland einstellen mußte als z. B. Rußland. Dabei mußte das Bündnis selber von Jahr zu Jahr innerlich hohler und schwächer werden, in demselben Verhältnis, in dem die einzigen Träger dieses Gedankens in der Monarchie an Einfluß verloren und aus den maßgebendsten Stellen verdrängt wurden.

Schon um die Jahrhundertwende war das Bündnis mit Österreich in genau das gleiche Stadium eingetreten wie der Bund Österreichs mit Italien.

Auch hier gab es nur zwei Möglichkeiten: Entweder man war im Bunde mit der Habsburgermonarchie, oder man mußte gegen die Verdrängung des Deutschtums Einspruch erheben. Wenn man aber mit so etwas erst einmal beginnt, pflegt das Ende meistens der offene Kampf zu sein.

Der Wert des Dreibundes war auch schon psychologisch ein bescheidener, da die Festigkeit eines Bundes in eben dem Maße abnimmt, je mehr er sich auf die Erhaltung eines bestehenden Zustandes an sich beschränkt. Ein Bund

wird aber umgekehrt um so stärker sein, je mehr die einzelnen Kontrahenten zu hoffen vermögen, durch ihn bestimmte, greifbare, expansive Ziele erreichen zu können. Auch hier wie überall liegt die Stärke nicht in der Abwehr, sondern im Angriff.

Dies wurde auch von verschiedenen Seiten schon damals erkannt, leider nur nicht von den sogenannten „Berufenen". Besonders der damalige Oberst Ludendorff, Offizier im Großen Generalstab, wies in einer Denkschrift des Jahres 1912 auf diese Schwächen hin. Natürlich wurde der Sache von seiten der „Staatsmänner" keinerlei Wert und Bedeutung zuerkannt; wie denn überhaupt klare Vernunft anscheinend nur für gewöhnliche Sterbliche zweckmäßig in Erscheinung zu treten hat, grundsätzlich aber ausscheiden darf, sowie es sich um „Diplomaten" handelt.

Es war für Deutschland nur ein Glück, daß der Krieg im Jahre 1914 auf dem Umwege über Österreich ausbrach, die Habsburger also mitmachen mußten; wäre es nämlich umgekehrt gekommen, so wäre Deutschland allein gewesen. Niemals hätte der Habsburger-Staat sich an einem Kampfe zu beteiligen vermocht oder auch selbst beteiligen wollen, der durch Deutschland entstanden wäre. Was man später an Italien so verurteilte, wäre dann schon früher bei Österreich eingetreten: man würde „neutral" geblieben sein, um so wenigstens den Staat vor einer Revolution gleich zu Beginn zu retten. Das österreichische Slawentum würde eher die Monarchie schon im Jahre 1914 zerschlagen haben, als daß es die Hilfe für Deutschland zugelassen hätte.

Wie groß aber die Gefahren und Erschwerungen, die der Bund mit der Donaumonarchie mit sich brachte, waren, vermochten damals nur sehr wenige zu begreifen.

Erstens besaß Österreich zu viele Feinde, die den morschen Staat zu beerben gedachten, als daß nicht im Laufe der Zeit ein gewisser Haß gegen Deutschland entstehen mußte, in dem man nun einmal die Ursache der Verhinderung des allseits erhofften und ersehnten Zerfalles der Monarchie erblickte. Man kam zur Überzeugung, daß Wien zum

Schlusse eben nur auf dem Umweg über Berlin zu erreichen sei.

Damit aber verlor zweitens Deutschland die besten und aussichtsreichsten Bundesmöglichkeiten. Ja, an ihre Stelle trat immer größere Spannung mit Rußland und selbst Italien. Dabei war in Rom die allgemeine Stimmung ebensosehr deutschfreundlich, wie sie österreichfeindlich im Herzen auch des letzten Italieners schlummerte, öfters sogar hellauf brannte.

Weil man sich nun einmal auf Handels- und Industriepolitik geworfen hatte, war zu einem Kampfe gegen Rußland ebenfalls nicht der leiseste Anlaß mehr vorhanden. Nur die Feinde beider Nationen konnten daran noch ein lebendiges Interesse besitzen. Tatsächlich waren es auch in erster Linie Juden und Marxisten, die hier mit allen Mitteln zum Kriege zwischen den zwei Staaten schürten und hetzten.

Endlich aber mußte drittens dieser Bund für Deutschland eine ganz unendliche Gefahr deshalb in sich bergen, weil es nun einer dem Bismarckschen Reiche tatsächlich feindlich gegenüberstehenden Großmacht jederzeit mit Leichtigkeit gelingen konnte, eine ganze Reihe von Staaten gegen Deutschland mobil zu machen, indem man ja für jeden auf Kosten des österreichischen Verbündeten Bereicherungen in Aussicht zu stellen in der Lage war.

Gegen die Donaumonarchie war der gesamte Osten Europas in Aufruhr zu bringen, insbesondere aber Rußland und Italien. Niemals würde die sich seit König Eduards einleitendem Wirken bildende Weltkoalition zustande gekommen sein, wenn eben nicht Österreich als der Verbündete Deutschlands ein zu verlockendes Erbe dargestellt hätte. Nur so ward es möglich, Staaten mit sonst so heterogenen Wünschen und Zielen in eine einzige Angriffsfront zu bringen. Jeder konnte hoffen, bei einem allgemeinen Vorgehen gegen Deutschland auch seinerseits eine Bereicherung auf Kosten Österreichs zu erhalten. Daß nun diesem Unglücksbunde auch noch die Türkei als stiller Teilhaber anzugehören schien, verstärkte diese Gefahr auf das außerordentlichste.

Die internationale jüdische Weltfinanz brauchte aber diese Lockmittel, um den langersehnten Plan einer Vernichtung des in die allgemeine überstaatliche Finanz- und Wirtschaftskontrolle noch nicht sich fügenden Deutschlands durchführen zu können. Nur damit konnte man eine Koalition zusammenschmieden, stark und mutig gemacht durch die reine Zahl der nun marschierenden Millionenheere, bereit, dem gehörnten Siegfried endlich auf den Leib zu rücken.

Das Bündnis mit der Habsburgermonarchie, das mich schon in Österreich immer mit Mißmut erfüllt hatte, begann nun zur Ursache langer innerer Prüfungen zu werden, die mich in der Folgezeit nur noch mehr in der schon vorgefaßten Meinung bestärkten.

Ich machte schon damals in den kleinen Kreisen, in denen ich überhaupt verkehrte, kein Hehl aus meiner Überzeugung, daß dieser unselige Vertrag mit einem zum Untergange bestimmten Staat auch zu einem katastrophalen Zusammenbruch Deutschlands führen werde, wenn man sich nicht noch zur rechten Zeit loszulösen verstünde. Ich habe in dieser meiner felsenfesten Überzeugung auch keinen Augenblick geschwankt, als endlich der Sturm des Weltkrieges jede vernünftige Überlegung ausgeschaltet zu haben schien, und der Taumel der Begeisterung die Stellen mitergriffen hatte, für die es nur kälteste Wirklichkeitsbetrachtung geben durfte. Auch während ich selbst an der Front stand, vertrat ich, wo immer über diese Probleme gesprochen wurde, meine Meinung, daß der Bund je schneller desto besser für die deutsche Nation abgebrochen werden müßte, und daß die Preisgabe der Habsburgischen Monarchie dafür überhaupt kein Opfer wäre, wenn Deutschland dadurch eine Beschränkung seiner Gegner erreichen könnte; denn nicht für die Erhaltung einer verluderten Dynastie hatten sich die Millionen den Stahlhelm aufgebunden, sondern vielmehr für die Rettung der deutschen Nation.

Einige Male vor dem Kriege schien es, als ob wenigstens in einem Lager ein leiser Zweifel an der Richtigkeit der eingeschlagenen Bündnispolitik auftauchen wollte. Deutschkonservative Kreise begannen von Zeit zu Zeit vor zu

großer Vertrauensseligkeit zu warnen, allein es war dies wie eben alles Vernünftige in den Wind geschlagen worden. Man war überzeugt, auf dem rechten Weg zu einer „Eroberung“ der Welt zu sein, deren Erfolg ungeheuer, deren Opfer gleich null sein würden.

Den bekannten „Unberufenen“ aber blieb wieder einmal nichts anderes übrig, als schweigend zuzusehen, warum und wie die „Berufenen“ geradewegs in das Verderben marschierten, das liebe Volk wie der Rattenfänger von Hameln hinter sich herziehend.

*

Die tiefere Ursache für die Möglichkeit, den Unsinn einer „wirtschaftlichen Eroberung“ als praktischen politischen Weg, die Erhaltung des „Weltfriedens“ aber als politisches Ziel einem ganzen Volke hinzustellen, ja begreiflich zu machen, lag in der allgemeinen Erkrankung unseres gesamten politischen Denkens überhaupt.

Mit dem Siegeszuge der deutschen Technik und Industrie, den aufstrebenden Erfolgen des deutschen Handels, verlor sich immer mehr die Erkenntnis, daß dies alles doch nur unter der Voraussetzung eines starken Staates allein möglich sei. Im Gegenteil, man ging schon in vielen Kreisen so weit, die Überzeugung zu vertreten, daß der Staat selber nur diesen Erscheinungen sein Dasein verdanke, daß er selber in erster Linie eine wirtschaftliche Institution darstelle, nach wirtschaftlichen Belangen zu regieren sei und demgemäß auch in seinem Bestande von der Wirtschaft abhänge, welcher Zustand dann als der weitaus gesündeste wie natürlichste angesehen und gepriesen wurde.

Der Staat hat aber mit einer bestimmten Wirtschaftsauffassung oder Wirtschaftsentwicklung gar nichts zu tun.

Er ist nicht eine Zusammenfassung wirtschaftlicher Kontrahenten in einem bestimmt umgrenzten Lebensraum zur Erfüllung wirtschaftlicher Aufgaben, sondern die Organisation einer Gemeinschaft physisch und seelisch gleicher Lebewesen zur besseren Ermöglichung der Forterhaltung ihrer Art sowie der Erreichung des dieser von der Vorsehung

vorgezeichneten Zieles ihres Daseins. Dies und nichts anderes ist der Zweck und Sinn eines Staates. Die Wirtschaft ist dabei nur eines der vielen Hilfsmittel, die zur Erreichung dieses Zieles eben erforderlich sind. Sie ist aber niemals Ursache oder Zweck eines Staates, sofern eben dieser nicht von vornherein auf falscher, weil unnatürlicher Grundlage beruht. Nur so ist es erklärlich, daß der Staat als solcher nicht einmal eine territoriale Begrenzung als Voraussetzung zu haben braucht. Es wird dies nur bei den Völkern vonnöten sein, die aus sich selbst heraus die Ernährung der Artgenossen sicherstellen wollen, also durch eigene Arbeit den Kampf mit dem Dasein auszufechten bereit sind. Völker, die sich als Drohnen in die übrige Menschheit einzuschleichen vermögen, um diese unter allerlei Vorwänden für sich schaffen zu lassen, können selbst ohne jeden eigenen, bestimmt begrenzten Lebensraum Staaten bilden. Dies trifft in erster Linie zu bei dem Volke, unter dessen Parasitentum besonders heute die ganze ehrliche Menschheit zu leiden hat: dem Judentum.

Der jüdische Staat war nie in sich räumlich begrenzt, sondern universell unbegrenzt auf den Raum, aber beschränkt auf die Zusammenfassung einer Rasse. Daher bildete dieses Volk auch immer einen Staat innerhalb der Staaten. Es gehört zu den genialsten Tricks, die jemals erfunden worden sind, diesen Staat als „Religion" segeln zu lassen und ihn dadurch der Toleranz zu versichern, die der Arier dem religiösen Bekenntnis immer zuzubilligen bereit ist. Denn tatsächlich ist die mosaische Religion nichts anderes als eine Lehre der Erhaltung der jüdischen Rasse. Sie umfaßt daher auch nahezu alle soziologischen, politischen sowie wirtschaftlichen Wissensgebiete, die hierfür überhaupt nur in Frage zu kommen vermögen.

Der Trieb der Arterhaltung ist die erste Ursache zur Bildung menschlicher Gemeinschaften. Damit aber ist der Staat ein völkischer Organismus und nicht eine wirtschaftliche Organisation. Ein Unterschied, der ebenso groß ist, als er besonders den heutigen sogenannten „Staatsmännern" allerdings unverständlich bleibt. Daher glauben dann diese auch

den Staat durch Wirtschaft aufbauen zu können, während er in Wahrheit ewig nur das Ergebnis der Betätigung jener Eigenschaften ist, die in der Linie des Erhaltungswillens der Art und Rasse liegen. Diese sind aber immer heldische Tugenden und niemals krämerischer Egoismus, da ja die Erhaltung des Daseins einer Art die Bereitwilligkeit zur Aufopferung des einzelnen voraussetzt. Darin liegt ja eben der Sinn des Dichterwortes „Und setzet ihr nicht das Leben ein, nie wird euch das Leben gewonnen sein", daß die Hingabe des persönlichen Daseins notwendig ist, um die Erhaltung der Art zu sichern. Somit aber ist die wesentlichste Voraussetzung zur Bildung und Erhaltung eines Staates das Vorhandensein eines bestimmten Zusammengehörigkeitsgefühls auf Grund gleichen Wesens und gleicher Art, sowie die Bereitwilligkeit, dafür sich mit allen Mitteln einzusetzen. Dies wird bei Völkern auf eigenem Boden zur Bildung heldischer Tugenden, bei Schmarotzern zu verlogener Heuchelei und heimtückischer Grausamkeit führen, wenn nicht diese Eigenschaften schon als Voraussetzung ihres der Form nach so verschiedenen staatlichen Daseins nachweisbar vorhanden sein müssen. Immer aber wird schon die Bildung eines Staates nur durch den Einsatz dieser Eigenschaften mindestens ursprünglich erfolgen, wobei dann im Ringen um die Selbsterhaltung diejenigen Völker unterliegen werden, das heißt der Unterjochung und damit dem früheren oder späteren Aussterben anheimfallen, die im gegenseitigen Kampf das wenigste an heldischen Tugenden ihr eigen nennen oder der verlogenen List des feindlichen Schmarotzers nicht gewachsen sind. Aber auch in diesem Falle ist dies fast immer nicht so sehr einem Mangel an Klugheit als vielmehr einem Mangel an Entschlossenheit und Mut zuzuschreiben, der sich nur unter dem Mantel humaner Gesinnung zu verbergen trachtet.

Wie wenig aber die staatsbildenden und staatserhaltenden Eigenschaften mit Wirtschaft im Zusammenhang stehen, zeigt am klarsten die Tatsache, daß die innere Stärke eines Staates nur in den allerseltensten Fällen mit der sogenannten wirtschaftlichen Blüte zusammenfällt, wohl aber diese in

unendlich vielen Beispielen den bereits nahenden Verfall des Staates anzuzeigen scheint. Würde nun aber die Bildung menschlicher Gemeinwesen in erster Linie wirtschaftlichen Kräften oder auch Antrieben zuzuschreiben sein, dann müßte die höchste wirtschaftliche Entfaltung auch zugleich die gewaltigste Stärke des Staates bedeuten und nicht umgekehrt.

Der Glaube an die staatsbildende und staatserhaltende Kraft der Wirtschaft mutet besonders unverständlich an, wenn er in einem Lande Geltung hat, das in allem und jedem das geschichtliche Gegenteil klar und eindringlich aufzeigt. Gerade Preußen erweist in wundervoller Schärfe, daß nicht materielle Eigenschaften, sondern ideelle Tugenden allein zur Bildung eines Staates befähigen. Erst unter ihrem Schutze vermag dann auch die Wirtschaft emporzublühen, so lange, bis mit dem Zusammenbruche der reinen staatsbildenden Fähigkeiten auch die Wirtschaft wieder zusammenbricht; ein Vorgang, den wir gerade jetzt in so entsetzlich trauriger Weise beobachten können. Immer vermögen die materiellen Interessen der Menschen so lange am besten zu gedeihen, als sie im Schatten heldischer Tugenden bleiben; sowie sie aber in den ersten Kreis des Daseins zu treten versuchen, zerstören sie sich die Voraussetzung zum eigenen Bestand.

Stets, wenn in Deutschland ein Aufschwung machtpolitischer Art stattfand, begann sich auch die Wirtschaft zu heben; immer aber, wenn die Wirtschaft zum einzigen Inhalt des Lebens unseres Volkes wurde und darunter die ideellen Tugenden erstickte, brach der Staat wieder zusammen und riß in einiger Zeit die Wirtschaft mit sich.

Wenn man sich jedoch die Frage vorlegt, was nun die staatsbildenden oder auch nur staatserhaltenden Kräfte in Wirklichkeit sind, so kann man sie unter einer einzigen Bezeichnung zusammenfassen: Aufopferungsfähigkeit und Aufopferungswille des einzelnen für die Gesamtheit. Daß diese Tugenden mit Wirtschaft auch nicht das geringste zu tun haben, geht aus der einfachen Erkenntnis hervor, daß der Mensch sich ja nie für diese aufopfert, das heißt: man stirbt

nicht für Geschäfte, sondern nur für Ideale. Nichts bewies die psychologische Überlegenheit des Engländers in der Erkenntnis der Volksseele besser als die Motivierung, die er seinem Kampfe zu geben verstand. Während wir für Brot fochten, stritt England für die „Freiheit“, und nicht einmal für die eigene, nein, für die der kleinen Nationen. Man lachte bei uns über diese Frechheit oder ärgerte sich darüber und bewies damit, wie gedankenlos dumm die sogenannte Staatskunst Deutschlands schon vor dem Kriege geworden war. Keine blasse Ahnung war mehr vorhanden über das Wesen der Kraft, die Männer aus freiem Willen und Entschluß in den Tod zu führen vermag.

Solange das deutsche Volk im Jahre 1914 noch für Ideale zu fechten glaubte, hielt es stand; sowie man es nur mehr um das tägliche Brot kämpfen ließ, gab es das Spiel lieber auf.

Unsere geistvollen „Staatsmänner“ aber staunten über diesen Wechsel der Gesinnung. Es wurde ihnen niemals klar, daß ein Mensch von dem Augenblick an, in dem er für ein wirtschaftliches Interesse ficht, den Tod möglichst meidet, da ja dieser ihn um den Genuß des Lohnes seines Kampfes für immer bringen würde. Die Sorge um die Rettung des eigenen Kindes läßt die schwächlichste Mutter zur Heldin werden, und nur der Kampf um die Erhaltung der Art und des sie schützenden Herdes oder auch Staates trieb die Männer zu allen Zeiten in die Speere der Feinde.

Man darf folgenden Satz als ewig gültige Wahrheit aufstellen:

Noch niemals wurde ein Staat durch friedliche Wirtschaft gegründet, sondern immer nur durch die Instinkte der Erhaltung der Art, mögen diese nun auf dem Gebiete heldischer Tugend oder listiger Verschlagenheit liegen; das eine ergibt dann eben arische Arbeits- und Kulturstaaten, das andere jüdische Schmarotzerkolonien. Sowie jedoch erst bei einem Volke oder in einem Staate die Wirtschaft als solche diese Triebe zu überwuchern beginnt, wird sie selber zur lockenden Ursache der Unterjochung und Unterdrückung.

Der Glaube der Vorkriegszeit, durch Handels- und Kolonialpolitik auf friedlichem Wege die Welt dem deutschen

Volke erschließen oder gar erobern zu können, war ein klassisches Zeichen für den Verlust der wirklichen staatsbildenden und staatserhaltenden Tugenden und aller daraus folgenden Einsicht, Willenskraft und Tatentschlossenheit; die naturgesetzliche Quittung hierfür aber war der Weltkrieg mit seinen Folgen.

Für den nicht tiefer Forschenden konnte allerdings diese Einstellung der deutschen Nation — denn sie war wirklich so gut als allgemein — nur ein unlösliches Rätsel darstellen: war doch gerade Deutschland ein ganz wundervolles Beispiel eines aus rein machtpolitischen Grundlagen hervorgegangenen Reiches. Preußen, des Reiches Keimzelle, entstand durch strahlendes Heldentum und nicht durch Finanzoperationen oder Handelsgeschäfte, und das Reich selber war wieder nur der herrlichste Lohn machtpolitischer Führung und soldatischen Todesmutes. Wie konnte gerade das deutsche Volk zu einer solchen Erkrankung seines politischen Instinkts kommen? Denn hier handelte es sich nicht um eine einzelne Erscheinung, sondern um Verfallsmomente, die in wahrhaft erschreckender Unzahl bald wie Irrlichter aufflackerten und den Volkskörper auf und ab strichen oder als giftige Geschwüre bald da, bald dort die Nation anfraßen. Es schien, als ob ein immerwährender Giftstrom bis in die äußersten Blutgefäße dieses einstigen Heldenleibes von einer geheimnisvollen Macht getrieben würde, um nun zu immer größeren Lähmungen der gesunden Vernunft, des einfachen Selbsterhaltungstriebes zu führen.

Indem ich alle diese Fragen, bedingt durch meine Stellungnahme zur deutschen Bündnispolitik und Wirtschaftspolitik des Reiches in den Jahren 1912 bis 1914, zahllose Male an mir vorüberziehen ließ, blieb als des Rätsels Lösung immer mehr jene Macht übrig, die ich schon vordem in Wien, von ganz anderen Gesichtspunkten bestimmt, kennengelernt hatte: die marxistische Lehre und Weltanschauung sowie ihre organisatorische Auswirkung.

Zum zweiten Male in meinem Leben bohrte ich mich in diese Lehre der Zerstörung hinein — und diesmal freilich

nicht mehr geleitet durch die Eindrücke und Wirkungen meiner tagtäglichen Umgebung, sondern hingewiesen durch die Beobachtung allgemeiner Vorgänge des politischen Lebens. Indem ich neuerdings mich in die theoretische Literatur dieser neuen Welt vertiefte und mir deren mögliche Auswirkungen klarzumachen versuchte, verglich ich diese dann mit den tatsächlichen Erscheinungen und Ereignissen ihrer Wirksamkeit im politischen, kulturellen und auch wirtschaftlichen Leben.

Zum ersten Male aber wendete ich nun meine Aufmerksamkeit auch den Versuchen zu, dieser Weltpest Herr zu werden.

Ich studierte die Bismarcksche Ausnahmegesetzgebung in Absicht, Kampf und Erfolg. Allmählich erhielt ich dann eine für meine eigene Überzeugung allerdings geradezu granitene Grundlage, so daß ich seit dieser Zeit eine Umstellung meiner inneren Anschauung in dieser Frage niemals mehr vorzunehmen gezwungen wurde. Ebenso ward das Verhältnis von Marxismus und Judentum einer weiteren gründlichen Prüfung unterzogen.

Wenn mir aber früher in Wien vor allem Deutschland als ein unerschütterlicher Koloß erschienen war, so begannen nun doch manchmal bange Bedenken bei mir einzutreten. Ich haderte im stillen und in den kleinen Kreisen meiner Bekannten mit der deutschen Außenpolitik ebenso wie mit der, wie mir schien, unglaublich leichtfertigen Art, in der man das wichtigste Problem, das es überhaupt für Deutschland damals gab, den Marxismus, behandelte. Ich konnte wirklich nicht begreifen, wie man nur so blind einer Gefahr entgegenzutaumeln vermochte, deren Auswirkungen der eigenen Absicht des Marxismus entsprechend einst ungeheuerliche sein mußten. Ich habe schon damals in meiner Umgebung, genau so wie heute im großen, vor dem Beruhigungsspruch aller feigen Jämmerlinge „Uns kann nichts geschehen!“ gewarnt. Ein ähnliche Gesinnungs-Pestilenz hatte schon einst ein Riesenreich zerstört. Sollte Deutschland allein nicht genau den gleichen Gesetzen unterworfen sein wie alle anderen menschlichen Gemeinschaften?

In den Jahren 1913 und 1914 habe ich denn auch zum ersten Male in verschiedenen Kreisen, die heute zum Teil treu zur nationalsozialistischen Bewegung stehen, die Überzeugung ausgesprochen, daß die Frage der Zukunft der deutschen Nation die Frage der Vernichtung des Marxismus ist.

In der unseligen deutschen Bündnispolitik sah ich nur eine der durch die Zersetzungsarbeit dieser Lehre hervorgerufenen Folgeerscheinungen; denn das Fürchterliche war ja eben, daß dieses Gift fast unsichtbar sämtliche Grundlagen einer gesunden Wirtschafts- und Staatsauffassung zerstörte, ohne daß die davon Ergriffenen häufig auch nur selber ahnten, wie sehr ihr Handeln und Wollen bereits der Ausfluß dieser sonst auf das schärfste abgelehnten Weltanschauung war.

Der innere Niedergang des deutschen Volkes hatte damals schon längst begonnen, ohne daß die Menschen, wie so oft im Leben, sich über den Vernichter ihres Daseins klargeworden wären. Manchmal dokterte man wohl auch an der Krankheit herum, verwechselte jedoch dann die Formen der Erscheinung mit dem Erreger. Da man diesen nicht kannte oder erkennen wollte, besaß aber auch der Kampf gegen den Marxismus nur den Wert einer kurpfuscherischen Salbaderei.

5. Kapitel

Der Weltkrieg

Als junger Wildfang hatte mich in meinen ausgelassenen Jahren nichts so sehr betrübt, als gerade in einer Zeit geboren zu sein, die ersichtlich ihre Ruhmestempel nur mehr Krämern oder Staatsbeamten errichten würde. Die Wogen der geschichtlichen Ereignisse schienen sich schon so gelegt zu haben, daß wirklich nur dem „friedlichen Wettbewerb der Völker", daß heißt also einer geruhsamen gegenseitigen Begaunerung unter Ausschaltung gewaltsamer Methoden der Abwehr, die Zukunft zu gehören schien. Die einzelnen Staaten begannen immer mehr Unternehmer zu gleichen, die sich gegenseitig den Boden abgraben, die Kunden und Aufträge wegfangen und einander auf jede Weise zu übervorteilen versuchen, und dies alles unter einem ebenso großen wie harmlosen Geschrei in Szene setzen. Diese Entwicklung aber schien nicht nur anzuhalten, sondern sollte dereinst (nach allgemeiner Empfehlung) die ganze Welt zu einem einzigen großen Warenhaus ummodeln, in dessen Vorhallen dann die Büsten der geriebensten Schieber und harmlosesten Verwaltungsbeamten der Unsterblichkeit aufgespeichert würden. Die Kaufleute könnten dann die Engländer stellen, die Verwaltungsbeamten die Deutschen, zu Inhabern aber müßten sich wohl die Juden aufopfern, da sie nach eigenem Geständnis doch nie etwas verdienen, sondern ewig nur „bezahlen" und außerdem die meisten Sprachen sprechen.

Warum konnte man denn nicht hundert Jahre früher geboren sein? Etwa zur Zeit der Befreiungskriege, da der Mann wirklich, auch ohne „Geschäft", noch etwas wert war?!

Ich hatte mir so über meine, wie mir vorkam, zu spät angetretene irdische Wanderschaft oft ärgerliche Gedanken gemacht und die mir bevorstehende Zeit „der Ruhe und Ordnung“ als eine unverdiente Niedertracht des Schicksals angesehen. Ich war eben schon als Junge kein „Pazifist“, und alle erzieherischen Versuche in dieser Richtung wurden zu Nieten.

Wie ein Wetterleuchten kam mir da der Burenkrieg vor.

Ich lauerte jeden Tag auf die Zeitungen und verschlang Depeschen und Berichte und war schon glücklich, Zeuge dieses Heldenkampfes wenigstens aus der Ferne sein zu dürfen.

Der russisch-japanische Krieg sah mich schon wesentlich reifer, allein auch aufmerksamer. Ich hatte dort bereits aus mehr nationalen Gründen Partei ergriffen und mich damals beim Austrag unserer Meinungen sofort auf Seite der Japaner gestellt. Ich sah in einer Niederlage der Russen auch eine Niederlage des österreichischen Slawentums.

Seitdem waren viele Jahre verflossen, und was mir einst als Junge wie faules Siechtum erschien, empfand ich nun als Ruhe vor dem Sturme. Schon während meiner Wiener Zeit lag über dem Balkan jene fahle Schwüle, die den Orkan anzuzeigen pflegt, und schon zuckte manchmal auch ein hellerer Lichtschein auf, um jedoch rasch in das unheimliche Dunkel sich wieder zurückzuverlieren. Dann aber kam der Balkankrieg, und mit ihm fegte der erste Windstoß über das nervös gewordene Europa hinweg. Die nun kommende Zeit lag wie ein schwerer Alpdruck auf den Menschen, brütend wie fiebrige Tropenglut, so daß das Gefühl der herannahenden Katastrophe infolge der ewigen Sorge endlich zur Sehnsucht wurde: der Himmel möge endlich dem Schicksal, das nicht mehr zu hemmen war, den freien Lauf gewähren. Da fuhr denn auch schon der erste gewaltige Blitzstrahl auf die Erde nieder: das Wetter brach los, und in den Donner des Himmels mengte sich das Dröhnen der Batterien des Weltkriegs.

Als die Nachricht von der Ermordung des Erzherzogs Franz Ferdinand in München eintraf (ich saß gerade zu

Hause und hörte nur ungenau den Hergang der Tat), faßte mich zunächst Sorge, die Kugeln möchten vielleicht aus den Pistolen deutscher Studenten stammen, die aus Empörung über die dauernde Verslawungsarbeit des Thronfolgers das deutsche Volk von diesem inneren Feinde befreien wollten. Was die Folge davon gewesen wäre, konnte man sich sofort ausdenken: eine neue Welle von Verfolgungen, die nun vor der ganzen Welt „gerechtfertigt“ und „begründet“ gewesen wären. Als ich jedoch gleich darauf schon die Namen der vermutlichen Täter hörte und außerdem ihre Feststellung als Serben las, begann mich leises Grauen zu beschleichen über diese Rache des unerforschlichen Schicksals.

Der größte Slawenfreund fiel unter den Kugeln slawischer Fanatiker.

Wer in den letzten Jahren das Verhältnis Österreichs zu Serbien dauernd zu beobachten Gelegenheit besaß, der konnte wohl kaum einen Augenblick darüber im Zweifel sein, daß der Stein in das Rollen gekommen war, bei dem es ein Aufhalten nicht mehr geben konnte.

Man tut der Wiener Regierung Unrecht, sie heute mit Vorwürfen zu überschütten über Form und Inhalt des von ihr gestellten Ultimatums. Keine andere Macht der Welt hätte an gleicher Stelle und in gleicher Lage anders zu handeln vermocht. Österreich besaß an seiner Südostgrenze einen unerbittlichen Todfeind, der in immer kürzeren Perioden die Monarchie herausforderte, und der nimmer locker gelassen hätte, bis endlich der günstige Augenblick zur Zertrümmerung des Reiches doch eingetreten wäre. Man hatte Grund zur Befürchtung, daß dieser Fall spätestens mit dem Tode des alten Kaisers kommen mußte; dann aber war die Monarchie vielleicht überhaupt nicht mehr in der Lage, ernstlichen Widerstand zu leisten. Der ganze Staat stand in den letzten Jahren schon so sehr auf den beiden Augen Franz Josephs, daß der Tod dieser uralten Verkörperung des Reiches in dem Gefühl der breiten Masse von vornherein als der Tod des Reiches selber galt. Ja, es gehörte mit zu den schlauesten Künsten besonders slawischer Politik, den Anschein zu erwecken, daß der österreichische

Staat ohnehin nur mehr der ganz wundervollen, einzigartigen Kunst dieses Monarchen sein Dasein verdanke; eine Schmeichelei, die in der Hofburg um so wohler tat, als sie den wirklichen Verdiensten dieses Kaisers am wenigsten entsprach. Den Stachel, der in dieser Lobpreisung versteckt lauerte, vermochte man nicht herauszufinden. Man sah nicht, oder wollte vielleicht auch dort nicht mehr sehen, daß je mehr die Monarchie nur noch auf die überragende Regierungskunst, wie man sich auszudrücken pflegte, dieses „weisesten Monarchen" aller Zeiten eingestellt war, um so katastrophaler die Lage werden mußte, wenn eines Tages auch hier das Schicksal an die Türe pochte, um seinen Tribut zu holen.

War das alte Österreich ohne den alten Kaiser dann überhaupt noch denkbar?!

Würde sich nicht sofort die Tragödie, die einst Maria Theresia betroffen hatte, wiederholt haben?

Nein, man tut den Wiener Regierungskreisen wirklich Unrecht, wenn ihnen der Vorwurf gemacht wird, daß sie nun zum Kriege trieben, der sonst vielleicht doch noch zu vermeiden gewesen wäre. Er war nicht mehr zu vermeiden, sondern konnte höchstens noch ein oder zwei Jahre hinausgeschoben werden. Allein dies war ja der Fluch der deutschen sowohl als auch der österreichischen Diplomatie, daß sie eben immer schon versucht hatte, die unausbleibliche Abrechnung hinauszuschieben, bis sie endlich gezwungen war, zu der ungünstigsten Stunde zu schlagen. Man kann überzeugt sein, daß ein nochmaliger Versuch, den Frieden zu retten, den Krieg zu noch ungünstigerer Zeit erst recht gebracht haben würde.

Nein, wer diesen Krieg nicht wollte, mußte auch den Mut aufbringen, die Konsequenzen zu ziehen. Diese aber hätten nur in der Opferung Österreichs bestehen können. Der Krieg wäre auch dann noch gekommen, allein wohl nicht mehr als Kampf aller gegen uns, dafür jedoch in der Form einer Zerreißung der Habsburgermonarchie. Dabei mußte man sich dann entschließen, mitzutun oder eben zuzusehen, um mit leeren Händen dem Schicksal seinen Lauf zu lassen.

Gerade diejenigen aber, die heute über den Beginn des Krieges am allermeisten fluchen und am weisesten urteilen, waren diejenigen, die am verhängnisvollsten mithalfen, in ihn hineinzusteuern.

Die Sozialdemokratie hatte seit Jahrzehnten die schurkenhafteste Kriegshetze gegen Rußland getrieben, das Zentrum aber hatte aus religiösen Gesichtspunkten den österreichischen Staat am meisten zum Angel- und Drehpunkt der deutschen Politik gemacht. Nun hatte man die Folgen dieses Irrsinns zu tragen. Was kam, mußte kommen und war unter keinen Umständen mehr zu vermeiden. Die Schuld der deutschen Regierung war dabei, daß sie, um den Frieden nur ja zu erhalten, die günstigen Stunden des Losschlagens immer versäumte, sich in das Bündnis zur Erhaltung des Weltfriedens verstrickte und so endlich das Opfer einer Weltkoalition wurde, die eben dem Drang nach Erhaltung des Weltfriedens die Entschlossenheit zum Weltkrieg entgegenstemmte.

Hätte aber die Wiener Regierung damals dem Ultimatum eine andere, mildere Form gegeben, so würde dies an der Lage gar nichts mehr geändert haben als höchstens das eine, daß sie selber von der Empörung des Volkes weggefegt worden wäre. Denn in den Augen der breiten Masse war der Ton des Ultimatums noch viel zu rücksichtsvoll und keineswegs etwa zu weitgehend oder gar zu brutal. Wer dies heute wegzuleugnen versucht, ist entweder ein vergeßlicher Hohlkopf oder ein ganz bewußter Lügner.

Der Kampf des Jahres 1914 wurde den Massen, wahrhaftiger Gott, nicht aufgezwungen, sondern von dem gesamten Volke selbst begehrt.

Man wollte einer allgemeinen Unsicherheit endlich ein Ende bereiten. Nur so kann man auch verstehen, daß zu diesem schwersten Ringen sich über zwei Millionen deutscher Männer und Knaben freiwillig zur Fahne stellten, bereit, sie zu schirmen mit dem letzten Tropfen Blutes.

*

Mir selber kamen die damaligen Stunden wie eine Erlösung aus den ärgerlichen Empfindungen der Jugend vor. Ich schäme mich auch heute nicht, es zu sagen, daß ich, überwältigt von stürmischer Begeisterung, in die Knie gesunken war und dem Himmel aus übervollem Herzen dankte, daß er mir das Glück geschenkt, in dieser Zeit leben zu dürfen.

Ein Freiheitskampf war angebrochen, wie die Erde noch keinen gewaltigeren bisher gesehen; denn sowie das Verhängnis seinen Lauf auch nur begonnen hatte, dämmerte auch schon den breitesten Massen die Überzeugung auf, daß es sich dieses Mal nicht um Serbiens oder auch Österreichs Schicksal handelte, sondern um Sein oder Nichtsein der deutschen Nation.

Zum letzten Male auf viele Jahre war das Volk hellseherisch über seine eigene Zukunft geworden. So kam denn auch gleich zu Beginn des ungeheuren Ringens in den Rausch einer überschwenglichen Begeisterung der nötige ernste Unterton; denn diese Erkenntnis allein ließ die nationale Erhebung mehr werden als ein bloßes Strohfeuer. Der Ernst aber war nur zu sehr erforderlich; machte man sich doch damals allgemein auch nicht die geringste Vorstellung von der möglichen Länge und Dauer des nun beginnenden Kampfes. Man träumte, den Winter wieder zu Hause zu sein, um dann in erneuter friedlicher Arbeit fortzufahren.

Was der Mensch will, das hofft und glaubt er. Die überwältigende Mehrheit der Nation war des ewigen unsicheren Zustandes schon längst überdrüssig; so war es auch nur zu verständlich, daß man an eine friedliche Beilegung des österreichisch-serbischen Konfliktes gar nicht mehr glaubte, die endgültige Auseinandersetzung aber erhoffte. Zu diesen Millionen gehörte auch ich.

Kaum war die Kunde des Attentates in München bekanntgeworden, so zuckten mir auch sofort zwei Gedanken durch den Kopf: erstens, daß der Krieg endlich unvermeidlich sein würde, weiter aber, daß nun der habsburgische Staat gezwungen sei, den Bund auch zu halten; denn was ich immer am meisten gefürchtet hatte,

war die Möglichkeit, daß Deutschland selber eines Tages, vielleicht gerade infolge dieses Bündnisses, in einen Konflikt geraten konnte, ohne daß aber Österreich die direkte Veranlassung hierzu gegeben hätte, und so der österreichische Staat aus innerpolitischen Gründen nicht die Kraft des Entschlusses aufbringen würde, sich hinter den Bundesgenossen zu stellen. Die slawische Majorität des Reiches würde eine solche selbst gefaßte Absicht sofort zu sabotieren begonnen haben und hätte immer noch lieber den ganzen Staat in Trümmer geschlagen, als dem Bundesgenossen die geforderte Hilfe gewährt. Diese Gefahr war nun aber beseitigt. Der alte Staat mußte fechten, man mochte wollen oder nicht.

Meine eigene Stellung zum Konflikt war mir ebenfalls sehr einfach und klar; für mich stritt nicht Österreich für irgendeine serbische Genugtuung, sondern Deutschland um seinen Bestand, die deutsche Nation um Sein oder Nichtsein, um Freiheit und Zukunft. Bismarcks Werk mußte sich nun schlagen; was die Väter einst mit ihrem Heldenblute in den Schlachten von Weißenburg bis Sedan und Paris erstritten hatten, mußte nun das junge Deutschland sich aufs neue verdienen. Wenn dieser Kampf aber siegreich bestanden wurde, dann war unser Volk in den Kreis der großen Nationen auch wieder an äußerer Macht eingetreten, dann erst wieder konnte das Deutsche Reich als ein mächtiger Hort des Friedens sich bewähren, ohne seinen Kindern das tägliche Brot um des lieben Friedens willen kürzen zu müssen.

Ich hatte einst als Junge und junger Mensch so oft den Wunsch gehabt, doch wenigstens einmal auch durch Taten bezeugen zu können, daß mir die nationale Begeisterung kein leerer Wahn sei. Mir kam es oft fast als Sünde vor, Hurra zu schreien, ohne vielleicht auch nur das innere Recht hierzu zu besitzen; denn wer durfte dieses Wort gebrauchen, ohne es einmal dort erprobt zu haben, wo alle Spielerei zu Ende ist, und die unerbittliche Hand der Schicksalsgöttin Völker und Menschen zu wägen beginnt auf Wahrheit und Bestand ihrer Gesinnung? So quoll mir,

wie Millionen anderen, denn auch das Herz über vor stolzem Glück, mich nun endlich von dieser lähmenden Empfindung erlösen zu können. Ich hatte so oft „Deutschland über alles" gesungen und aus voller Kehle Heil gerufen, daß es mir fast wie eine nachträglich gewährte Gnade erschien, nun im Gottesgericht des ewigen Richters als Zeuge antreten zu dürfen zur Bekundung der Wahrhaftigkeit dieser Gesinnung. Denn es stand bei mir von der ersten Stunde an fest, daß ich im Falle eines Krieges — der mir unausbleiblich schien — so oder so die Bücher sofort verlassen würde. Ebenso aber wußte ich auch, daß mein Platz dann dort sein mußte, wo mich die innere Stimme nun einmal hinwies.

Aus politischen Gründen hatte ich Österreich in erster Linie verlassen; was war aber selbstverständlicher, als daß ich nun, da der Kampf begann, dieser Gesinnung erst recht Rechnung tragen mußte. Ich wollte nicht für den habsburgischen Staat fechten, war aber bereit, für mein Volk und das dieses verkörpernde Reich jederzeit zu sterben.

Am 3. August reichte ich ein Immediatgesuch an Seine Majestät König Ludwig III. ein mit der Bitte, in ein bayerisches Regiment eintreten zu dürfen. Die Kabinettskanzlei hatte in diesen Tagen sicherlich nicht wenig zu tun; um so größer war meine Freude, als ich schon am Tage darauf die Erledigung meines Ansuchens erhielt. Als ich mit zitternden Händen das Schreiben geöffnet hatte und die Genehmigung meiner Bitte mit der Aufforderung las, mich bei einem bayerischen Regiment zu melden, kannte Jubel und Dankbarkeit keine Grenze. Wenige Tage später trug ich dann den Rock, den ich erst nach nahezu sechs Jahren wieder ausziehen sollte.

So, wie wohl für jeden Deutschen, begann nun auch für mich die unvergeßlichste und größte Zeit meines irdischen Lebens. Gegenüber den Ereignissen dieses gewaltigsten Ringens fiel alles Vergangene in ein schales Nichts zurück. Mit stolzer Wehmut denke ich gerade in diesen Tagen, da sich zum zehnten Male das gewaltige Geschehen jährt, zurück an diese Wochen des beginnenden Heldenkampfes un-

seres Volkes, den mitzumachen mir das Schicksal gnädig erlaubte.

Wie gestern erst zieht an mir Bild um Bild vorbei, sehe ich mich im Kreise meiner lieben Kameraden eingekleidet, dann zum ersten Male ausrücken, exerzieren usw., bis endlich der Tag des Ausmarsches kam.

Eine einzige Sorge quälte mich in dieser Zeit, mich wie so viele andere auch, ob wir nicht zu spät zur Front kommen würden. Dies allein ließ mich oft und oft nicht Ruhe finden. So blieb in jedem Siegesjubel über eine neue Heldentat ein leiser Tropfen Bitternis verborgen, schien doch mit jedem neuen Siege die Gefahr unseres Zuspätkommens zu steigen.

Und so kam endlich der Tag, an dem wir München verließen, um anzutreten zur Erfüllung unserer Pflicht. Zum ersten Male sah ich so den Rhein, als wir an seinen stillen Wellen entlang dem Westen entgegenfuhren, um ihn, den deutschen Strom der Ströme zu schirmen vor der Habgier des alten Feindes. Als durch den zarten Schleier des Frühnebels die milden Strahlen der ersten Sonne das Niederwalddenkmal auf uns herabschimmern ließen, da brauste aus dem endlos langen Transportzuge die alte Wacht am Rhein in den Morgenhimmel hinaus, und mir wollte die Brust zu enge werden.

Und dann kommt eine feuchte, kalte Nacht in Flandern, durch die wir schweigend marschieren, und als der Tag sich dann aus den Nebeln zu lösen beginnt, da zischt plötzlich ein eiserner Gruß über unsere Köpfe uns entgegen und schlägt in scharfem Knall die kleinen Kugeln zwischen unsere Reihen, den nassen Boden aufpeitschend; ehe aber die kleine Wolke sich noch verzogen, dröhnt aus zweihundert Kehlen dem ersten Boten des Todes das erste Hurra entgegen. Dann aber begann es zu knattern und zu dröhnen, zu singen und zu heulen, und mit fiebrigen Augen zog es nun jeden nach vorne, immer schneller, bis plötzlich über Rübenfelder und Hecken hinweg der Kampf einsetzte, der Kampf Mann gegen Mann. Aus der Ferne aber drangen die Klänge eines Liedes an unser Ohr und kamen immer

näher und näher, sprangen über von Kompanie zu Kompanie, und da, als der Tod gerade geschäftig hineingriff in unsere Reihen, da erreichte das Lied auch uns, und wir gaben es nun wieder weiter: Deutschland, Deutschland über alles, über alles in der Welt!

Nach vier Tagen kehrten wir zurück. Selbst der Tritt war jetzt anders geworden. Siebzehnjährige Knaben sahen nun Männern ähnlich.

Die Freiwilligen des Regiments List hatten vielleicht nicht recht kämpfen gelernt, allein zu sterben wußten sie wie alte Soldaten.

Das war der Beginn.

So ging es nun weiter Jahr für Jahr; an Stelle der Schlachtenromantik aber war das Grauen getreten. Die Begeisterung kühlte allmählich ab und der überschwengliche Jubel wurde erstickt von der Todesangst. Es kam die Zeit, da jeder zu ringen hatte zwischen dem Trieb der Selbsterhaltung und dem Mahnen der Pflicht. Auch mir blieb dieser Kampf nicht erspart. Immer, wenn der Tod auf Jagd war, versuchte ein unbestimmtes Etwas zu revoltieren, bemühte dann sich als Vernunft dem schwachen Körper vorzustellen und war aber doch nur die Feigheit, die unter solchen Verkleidungen den einzelnen zu umstricken versuchte. Ein schweres Ziehen und Warnen hub dann an, und nur der letzte Rest des Gewissens gab oft noch den Ausschlag. Je mehr sich aber diese Stimme, die zur Vorsicht mahnte, mühte, je lauter und eindringlicher sie lockte, um so schärfer ward dann der Widerstand, bis endlich nach langem inneren Streite das Pflichtbewußtsein den Sieg davontrug. Schon im Winter 1915/16 war bei mir dieser Kampf entschieden. Der Wille war endlich restlos Herr geworden. Konnte ich die ersten Tage mit Jubel und Lachen mitstürmen, so war ich jetzt ruhig und entschlossen. Dieses aber war das Dauerhafte. Nun erst konnte das Schicksal zu den letzten Proben schreiten, ohne daß die Nerven rissen oder der Verstand versagte.

Aus dem jungen Kriegsfreiwilligen war ein alter Soldat geworden.

Dieser Wandel aber hatte sich in der ganzen Armee vollzogen. Sie war alt und hart aus den ewigen Kämpfen hervorgegangen, und was dem Sturme nicht standzuhalten vermochte, wurde eben von ihm gebrochen.

Nun aber erst mußte man dieses Heer beurteilen. Nun, nach zwei, drei Jahren, während deren es von einer Schlacht heraus in die andere hineingeworfen wurde, immer fechtend gegen Übermacht an Zahl und Waffen, Hunger leidend und Entbehrungen ertragend, nun war die Zeit, die Güte dieses einzigen Heeres zu prüfen.

Mögen Jahrtausende vergehen, so wird man nie von Heldentum reden und sagen dürfen, ohne des deutschen Heeres des Weltkrieges zu gedenken. Dann wird aus dem Schleier der Vergangenheit heraus die eiserne Front des grauen Stahlhelms sichtbar werden, nicht wankend und nicht weichend, ein Mahnmal der Unsterblichkeit. Solange aber Deutsche leben, werden sie bedenken, daß dies einst Söhne ihres Volkes waren.

Ich war damals Soldat und wollte nicht politisieren. Es war hierzu auch wirklich nicht die Zeit. Ich hege heute noch die Überzeugung, daß der letzte Fuhrknecht dem Vaterlande noch immer mehr an wertvollen Diensten geleistet hat als selbst der erste, sagen wir „Parlamentarier". Ich haßte diese Schwätzer niemals mehr als gerade in der Zeit, da jeder wahrhaftige Kerl, der etwas zu sagen hatte, dies dem Feinde in das Gesicht schrie, oder sonst zweckmäßig sein Mundwerk zu Hause ließ und schweigend irgendwo seine Pflicht tat. Ja, ich haßte damals alle diese „Politiker", und wäre es auf mich angekommen, so würde sofort ein parlamentarisches Schipperbataillon gebildet worden sein; dann hätten sie unter sich nach Herzenslust und Bedürfnis zu schwätzen vermocht, ohne die anständige und ehrliche Menschheit zu ärgern oder gar zu schädigen.

Ich wollte also damals von Politik nichts wissen, konnte aber doch nicht anders, als zu gewissen Erscheinungen Stellung zu nehmen, die nun einmal die ganze Nation betrafen, besonders aber uns Soldaten angingen.

Zwei Dinge waren es, die mich damals innerlich ärgerten und die ich für schädlich hielt.

Schon nach den ersten Siegesnachrichten begann eine gewisse Presse langsam und vielleicht für viele zunächst unerkennbar einige Wermuttropfen in die allgemeine Begeisterung fallen zu lassen. Es geschah dies unter der Maske eines gewissen Wohlwollens und Gutmeinens, ja einer gewissen Besorgtheit sogar. Man hatte Bedenken gegen eine zu große Überschwenglichkeit im Feiern der Siege. Man befürchtete, daß dieses in dieser Form einer so großen Nation nicht würdig und damit auch nicht entsprechend sei. Die Tapferkeit und der Heldenmut des deutschen Soldaten wären ja etwas ganz Selbstverständliches, so daß man darüber sich nicht so sehr von unüberlegten Freudenausbrüchen hinreißen lassen dürfe, schon um des Auslandes willen, dem eine stille und würdige Form der Freude mehr zusage als ein unbändiges Jauchzen usw. Endlich sollten wir Deutsche doch auch jetzt nicht vergessen, daß der Krieg nicht unsere Absicht war, mithin wir auch uns nicht zu schämen hätten, offen und männlich zu gestehen, daß wir jederzeit zu einer Versöhnung der Menschheit unseren Teil beitragen würden. Deshalb aber wäre es nicht klug, die Reinheit der Taten des Heeres durch zu großes Geschrei zu verrußen, da ja die übrige Welt für ein solches Gehaben nur wenig Verständnis aufbringen würde. Nichts bewundere man mehr als die Bescheidenheit, mit der ein wahrer Held seine Taten schweigend und ruhig — vergesse, denn darauf kam das Ganze hinaus.

Statt daß man nun so einen Burschen bei seinen langen Ohren nahm und zu einem langen Pfahl hin- und an einem Strick aufzog, damit dem Tintenritter die feiernde Nation nicht mehr sein ästhetisches Empfinden zu beleidigen vermochte, begann man tatsächlich gegen die „unpassende“ Art des Siegesjubels mit Ermahnungen vorzugehen.

Man hatte keine blasse Ahnung, daß die Begeisterung, erst einmal geknickt, nicht mehr nach Bedarf zu erwecken ist. Sie ist ein Rausch und ist in diesem Zustande weiter zu erhalten. Wie aber sollte man ohne diese Macht der Be-

geisterung einen Kampf bestehen, der nach menschlichem Ermessen die ungeheuersten Anforderungen an die seelischen Eigenschaften der Nation stellen würde?

Ich kannte die Psyche der breiten Masse nur zu genau, um nicht zu wissen, daß man hier mit „ästhetischer" Gehobenheit nicht das Feuer würde schüren können, das notwendig war, um dieses Eisen in Wärme zu halten. Man war in meinen Augen verrückt, daß man nichts tat, um die Siedehitze der Leidenschaft zu steigern; daß man aber die glücklich vorhandene auch noch beschnitt, vermochte ich schlechterdings nicht zu verstehen.

Was mich dann zum zweiten ärgerte, war die Art und Weise, in der man nun für gut hielt, sich dem Marxismus gegenüber zu stellen. Man bewies damit in meinen Augen nur, daß man von dieser Pestilenz aber auch nicht die geringste Ahnung besaß. Man schien allen Ernstes zu glauben, durch die Versicherung, nun keine Parteien mehr zu kennen, den Marxismus zur Einsicht und Zurückhaltung gebracht zu haben.

Daß es sich hier überhaupt um keine Partei handelt, sondern um eine Lehre, die zur Zerstörung der gesamten Menschheit führen muß, begriff man um so weniger, als dies ja nicht auf den verjudeten Universitäten zu hören ist, sonst aber nur zu viele, besonders unserer höheren Beamten aus anerzogenem blöden Dünkel es ja nicht der Mühe wert finden, ein Buch zur Hand zu nehmen und etwas zu lernen, was eben nicht zum Unterrichtsstoff ihrer Hochschule gehörte. Die gewaltigste Umwälzung geht an diesen „Köpfen" gänzlich spurlos vorüber, weshalb auch die staatlichen Einrichtungen zumeist den privaten nachhinken. Von ihnen gilt, wahrhaftiger Gott, am allermeisten das Volkssprichwort: Was der Bauer nicht kennt, das frißt er nicht. Wenige Ausnahmen bestätigen auch hier nur die Regel.

Es war ein Unsinn sondergleichen, in den Tagen des August 1914 den deutschen Arbeiter mit dem Marxismus zu identifizieren. Der deutsche Arbeiter hatte in den damaligen Stunden sich ja aus der Umarmung dieser giftigen

Seuche gelöst, da er sonst eben niemals hätte zum Kampf überhaupt auch nur anzutreten vermocht. Man war aber dumm genug, zu vermeinen, daß nun vielleicht der Marxismus „national“ geworden sei; ein Geistesblitz, der nur zeigt, daß in diesen langen Jahren es niemand von diesen beamteten Staatslenkern auch nur der Mühe wert gefunden hatte, das Wesen dieser Lehre zu studieren, da sonst denn doch ein solcher Irrsinn schwerlich unterlaufen sein würde.

Der Marxismus, dessen letztes Ziel die Vernichtung aller nichtjüdischen Nationalstaaten ist und bleibt, mußte zu seinem Entsetzen sehen, daß in den Julitagen des Jahres 1914 die von ihm umgarnte deutsche Arbeiterschaft erwachte und sich von Stunde zu Stunde schneller in den Dienst des Vaterlandes zu stellen begann. In wenigen Tagen war der ganze Dunst und Schwindel dieses infamen Volksbetruges zerflattert, und einsam und verlassen stand das jüdische Führerpack nun plötzlich da, als ob nicht eine Spur von dem in sechzig Jahren den Massen eingetrichterten Unsinn und Irrwahn mehr vorhanden gewesen wäre. Es war ein böser Augenblick für die Betrüger der Arbeiterschaft des deutschen Volkes. Sowie aber erst die Führer die ihnen drohende Gefahr erkannten, zogen sie schleunigst die Tarnkappe der Lüge über die Ohren und mimten frech die nationale Erhebung mit.

Nun wäre aber der Zeitpunkt gekommen gewesen, gegen die ganze betrügerische Genossenschaft dieser jüdischen Volksvergifter vorzugehen. Jetzt mußte ihnen kurzerhand der Prozeß gemacht werden, ohne die geringste Rücksicht auf etwa einsetzendes Geschrei oder Gejammer. Im August des Jahres 1914 war das Gemauschel der internationalen Solidarität mit einem Schlage aus den Köpfen der deutschen Arbeiterschaft verschwunden, und statt dessen begannen schon wenige Wochen später amerikanische Schrapnells die Segnungen der Brüderlichkeit über die Helme der Marschkolonnen hinabzugießen. Es wäre die Pflicht einer besorgten Staatsregierung gewesen, nun, da der deutsche Arbeiter wieder den Weg zum Volkstum gefunden hatte, die Verhetzer dieses Volkstums unbarmherzig auszurotten.

Wenn an der Front die Besten fielen, dann konnte man zu Hause wenigstens das Ungeziefer vertilgen.

Statt dessen aber streckte Seine Majestät der Kaiser selber den alten Verbrechern die Hand entgegen und gab den hinterlistigen Meuchelmördern der Nation damit Schonung und Möglichkeit der inneren Fassung.

Nun konnte also die Schlange wieder weiterarbeiten, vorsichtiger als früher, allein nur desto gefährlicher. Während die Ehrlichen vom Burgfrieden träumten, organisierten die meineidigen Verbrecher die Revolution.

Daß man damals sich zu dieser entsetzlichen Halbheit entschloß, machte mich innerlich immer unzufriedener; daß das Ende dessen aber ein so entsetzliches sein würde, hätte auch ich damals noch nicht für möglich gehalten.

Was aber mußte man nun tun? Die Führer der ganzen Bewegung sofort hinter Schloß und Riegel setzen, ihnen den Prozeß machen und der Nation vom Halse schaffen. Man mußte rücksichtslos die gesamten militärischen Machtmittel einsetzen zur Ausrottung dieser Pestilenz. Die Parteien waren aufzulösen, der Reichstag wenn nötig mit Bajonetten zur Vernunft zu bringen, am besten aber sofort aufzuheben. So wie die Republik heute Parteien aufzulösen vermag, so hätte man damals mit mehr Grund zu diesem Mittel greifen müssen. Stand doch Sein oder Nichtsein eines ganzen Volkes auf dem Spiele!

Freilich kam dann aber eine Frage zur Geltung: Kann man denn geistige Ideen überhaupt mit dem Schwerte ausrotten? Kann man mit der Anwendung roher Gewalt „Weltanschauungen" bekämpfen?

Ich habe mir diese Frage schon zu jener Zeit öfters als einmal vorgelegt.

Beim Durchdenken analoger Fälle, die sich besonders auf religiöser Grundlage in der Geschichte auffinden lassen, ergibt sich folgende grundsätzliche Erkenntnis:

Vorstellungen und Ideen, sowie Bewegungen mit bestimmter geistiger Grundlage, mag diese nun falsch sein oder wahr, können von einem gewissen Zeitpunkt ihres Werdens an mit Machtmitteln technischer Art nur mehr

dann gebrochen werden, wenn diese körperlichen Waffen zugleich selber Träger eines neuen zündenden Gedankens, einer Idee oder Weltanschauung sind.

Die Anwendung von Gewalt allein, ohne die Triebkraft einer geistigen Grundvorstellung als Voraussetzung, kann niemals zur Vernichtung einer Idee und deren Verbreitung führen, außer in Form einer restlosen Ausrottung aber auch des letzten Trägers und der Zerstörung der letzten Überlieferung. Dies bedeutet jedoch zumeist das Ausscheiden eines solchen Staatskörpers aus dem Kreise machtpolitischer Bedeutung auf oft endlose Zeit, manchmal auch für immer; denn ein solches Blutopfer trifft ja erfahrungsgemäß den besten Teil des Volkstums, da nämlich jede Verfolgung, die ohne geistige Voraussetzung stattfindet, als sittlich nicht berechtigt erscheint und nun die gerade wertvolleren Bestände eines Volkes zum Protest aufpeitscht, der sich aber in einer Aneignung des geistigen Inhalts der ungerecht verfolgten Bewegung auswirkt. Dies geschieht bei vielen dann einfach aus dem Gefühl der Opposition gegen den Versuch der Niederknüppelung einer Idee durch brutale Gewalt. Dadurch aber wächst die Zahl der inneren Anhänger in eben dem Maße, in dem die Verfolgung zunimmt. Mithin wird die restlose Vernichtung der neuen Lehre nur auf dem Wege einer so großen und sich immer steigernden Ausrottung durchzuführen sein, daß darüber endlich dem betreffenden Volke oder auch Staate alles wahrhaft wertvolle Blut überhaupt entzogen wird. Dies aber rächt sich, indem nun wohl eine sogenannte „innere" Reinigung stattfinden kann, allein auf Kosten einer allgemeinen Ohnmacht. Immer aber wird ein solcher Vorgang von vornherein schon vergeblich sein, wenn die zu bekämpfende Lehre einen gewissen kleinen Kreis schon überschritten hat.

Daher ist auch hier, wie bei allem Wachstum, die erste Zeit der Kindheit noch am ehesten der Möglichkeit einer Vernichtung ausgesetzt, während mit steigenden Jahren die Widerstandskraft zunimmt, um erst bei herannahender Altersschwäche wieder neuer Jugend zu weichen, wenn auch in anderer Form und aus anderen Gründen.

Tatsächlich führen aber fast sämtliche Versuche, durch Gewalt ohne geistige Grundlage eine Lehre und deren organisatorische Auswirkung auszurotten, zu Mißerfolgen, ja enden nicht selten gerade mit dem Gegenteil des Gewünschten aus folgendem Grunde:

Die allererste Voraussetzung zu einer Kampfesweise mit den Waffen der nackten Gewalt ist und bleibt die Beharrlichkeit. Das heißt, daß nur in der dauernd gleichmäßigen Anwendung der Methoden zur Unterdrückung einer Lehre usw. die Möglichkeit eines Gelingens der Absicht liegt. Sobald hier aber auch nur schwankend Gewalt mit Nachsicht wechselt, wird nicht nur die zu unterdrückende Lehre sich immer wieder erholen, sondern sie wird sogar aus jeder Verfolgung neue Werte zu ziehen in der Lage sein, indem nach Abflauen einer solchen Welle des Druckes die Empörung über das erduldete Leid der alten Lehre neue Anhänger zuführt, die bereits vorhandenen aber mit größerem Trotz und tieferem Haß als vordem an ihr hängen werden, ja schon abgesplitterte Abtrünnige wieder nach Beseitigung der Gefahr zur alten Einstellung zurückzukehren versuchen. In der ewig gleichmäßigen Anwendung der Gewalt allein liegt die allererste Voraussetzung zum Erfolge. Diese Beharrlichkeit jedoch ist immer nur das Ergebnis einer bestimmten geistigen Überzeugung. Jede Gewalt, die nicht einer festen geistigen Grundlage entsprießt, wird schwankend und unsicher sein. Ihr fehlt die Stabilität, die nur in einer fanatischen Weltanschauung zu ruhen vermag. Sie ist der Ausfluß der jeweiligen Energie und brutalen Entschlossenheit eines einzelnen, mithin aber eben dem Wechsel der Persönlichkeit und ihrer Wesensart und Stärke unterworfen.

Es kommt aber hierzu noch etwas anderes:

Jede Weltanschauung, mag sie mehr religiöser oder politischer Art sein — manchmal ist hier die Grenze nur schwer festzustellen —, kämpft weniger für die negative Vernichtung der gegnerischen Ideenwelt, als vielmehr für die positive Durchsetzung der eigenen. Damit aber ist ihr Kampf weniger Abwehr als Angriff. Sie ist dabei schon

in der Bestimmung des Zieles im Vorteil, da ja dieses Ziel den Sieg der eigenen Idee darstellt, während umgekehrt es nur schwer zu bestimmen ist, wann das negative Ziel der Vernichtung einer feindlichen Lehre als erreicht und gesichert angesehen werden darf. Schon deshalb wird der Angriff der Weltanschauung planvoller, aber auch gewaltiger sein, als die Abwehr einer solchen; wie denn überhaupt auch hier die Entscheidung dem Angriff zukommt und nicht der Verteidigung. Der Kampf gegen eine geistige Macht mit Mitteln der Gewalt ist aber solange nur Verteidigung, als das Schwert nicht selber als Träger, Verkünder und Verbreiter einer neuen geistigen Lehre auftritt.

Man kann also zusammenfassend folgendes festhalten:

Jeder Versuch, eine Weltanschauung mit Machtmitteln zu bekämpfen, scheitert am Ende, solange nicht der Kampf die Form des Angriffes für eine neue geistige Einstellung erhält. Nur im Ringen zweier Weltanschauungen miteinander vermag die Waffe der brutalen Gewalt, beharrlich und rücksichtslos eingesetzt, die Entscheidung für die von ihr unterstützte Seite herbeizuführen.

Daran aber war bislang noch immer die Bekämpfung des Marxismus gescheitert.

Das war der Grund, warum auch Bismarcks Sozialistengesetzgebung endlich trotz allem versagte und versagen mußte. Es fehlte die Plattform einer neuen Weltanschauung für deren Aufstieg der Kampf hätte gekämpft werden können. Denn daß das Gefasel von einer sogenannten „Staatsautorität" oder der „Ruhe und Ordnung" eine geeignete Grundlage für den geistigen Antrieb eines Kampfes auf Leben und Tod sein könnte, wird nur die sprichwörtliche Weisheit höherer Ministerialbeamter zu vermeinen fertigbringen.

Weil aber eine wirkliche geistige Trägerin dieses Kampfes fehlte, mußte Bismarck auch die Durchführung seiner Sozialistengesetzgebung dem Ermessen und Wollen derjenigen Institution anheimstellen, die selber schon Ausgeburt marxistischer Denkart war. Indem der eiserne Kanzler das Schicksal seines Marxistenkrieges dem Wohlwollen

der bürgerlichen Demokratie überantwortete, machte er den Bock zum Gärtner.

Dieses alles aber war nur die zwangsläufige Folge des Fehlens einer grundsätzlichen, dem Marxismus entgegengesetzten neuen Weltanschauung von stürmischem Eroberungswillen.

So war das Ergebnis des Bismarckschen Kampfes nur eine schwere Enttäuschung.

Lagen aber die Verhältnisse während des Weltkrieges oder zu Beginn desselben etwa anders? Leider nein.

Je mehr ich mich damals mit dem Gedanken einer notwendigen Änderung der Haltung der staatlichen Regierungen zur Sozialdemokratie, als der augenblicklichen Verkörperung des Marxismus beschäftigte, um so mehr erkannte ich das Fehlen eines brauchbaren Ersatzes für diese Lehre. Was wollte man denn den Massen geben, wenn, angenommen, die Sozialdemokratie gebrochen worden wäre? Nicht eine Bewegung war vorhanden, von der man hätte erwarten können, daß es ihr gelingen würde, die großen Scharen der nun mehr oder weniger führerlos gewordenen Arbeiter in ihren Bann zu ziehen. Es ist unsinnig und mehr als dumm, zu meinen, daß der aus der Klassenpartei ausgeschiedene internationale Fanatiker nun augenblicklich in eine bürgerliche Partei, also in eine neue Klassenorganisation, einrücken werde. Denn so unangenehm dies verschiedenen Organisationen auch sein mag, so kann doch nicht weggeleugnet werden, daß den bürgerlichen Politikern die Klassenscheidung zu einem sehr großen Teile so lange als ganz selbstverständlich erscheint, solange sie sich nicht politisch zu ihren Ungunsten auszuwirken beginnt.

Das Ableugnen dieser Tatsache beweist nur die Frechheit, aber auch die Dummheit der Lügner.

Man soll sich überhaupt hüten, die breite Masse für dümmer zu halten, als sie ist. In politischen Angelegenheiten entscheidet nicht selten das Gefühl richtiger als der Verstand. Die Meinung aber, daß für die Unrichtigkeit dieses Gefühls der Masse doch deren dumme internationale Einstellung genügend spräche, kann sofort auf das gründ-

lichste widerlegt werden durch den einfachen Hinweis, daß die pazifistische Demokratie nicht minder irrsinnig ist, ihre Träger aber fast ausschließlich dem bürgerlichen Lager entstammen. Solange noch Millionen von Bürgern jeden Morgen andächtig ihre jüdische Demokratenpresse anbeten, steht es den Herrschaften sehr schlecht an, über die Dummheit des „Genossen" zu witzeln, der zum Schluß nur den gleichen Mist, wenn auch eben in anderer Aufmachung, verschlingt. In beiden Fällen ist der Fabrikant ein und derselbe Jude.

Man soll sich also sehr wohl hüten, Dinge abzustreiten, die nun einmal sind. Die Tatsache, daß es sich bei der Klassenfrage keineswegs nur um ideelle Probleme handelt, wie man besonders vor Wahlen immer gerne weismachen möchte, kann nicht weggeleugnet werden. Der Standesdünkel eines großen Teiles unseres Volkes ist, ebenso wie vor allem die mindere Einschätzung des Handarbeiters, eine Erscheinung, die nicht aus der Phantasie eines Mondsüchtigen stammt.

Es zeigt aber, ganz abgesehen davon, die geringe Denkfähigkeit unserer sogenannten Intelligenz an, wenn gerade in diesen Kreisen nicht begriffen wird, daß ein Zustand, der das Emporkommen einer Pest, wie sie der Marxismus nun einmal ist, nicht zu verhindern vermochte, jetzt aber erst recht nicht mehr in der Lage sein wird, das Verlorene wieder zurückzugewinnen.

Die „bürgerlichen" Parteien, wie sie sich selbst bezeichnen, werden niemals mehr die „proletarischen" Massen an ihr Lager zu fesseln vermögen, da sich hier zwei Welten gegenüberstehen, teils natürlich, teils künstlich getrennt, deren Verhaltungszustand zueinander nur der Kampf sein kann. Siegen aber wird hier der Jüngere — und dies wäre der Marxismus.

Tatsächlich war ein Kampf gegen die Sozialdemokratie im Jahre 1914 wohl denkbar, allein, wie lange dieser Zustand bei dem Fehlen jedes praktischen Ersatzes aufrechtzuerhalten gewesen wäre, konnte zweifelhaft sein.

Hier war eine große Lücke vorhanden.

Ich besaß diese Meinung schon längst vor dem Kriege und konnte mich deshalb auch nicht entschließen, an eine der bestehenden Parteien heranzutreten. Im Verlaufe der Ereignisse des Weltkrieges wurde ich in dieser Meinung noch bestärkt durch die ersichtliche Unmöglichkeit, gerade infolge dieses Fehlens einer Bewegung, die eben mehr sein mußte als „parlamentarische" Partei, den Kampf gegen die Sozialdemokratie rücksichtslos aufzunehmen.

Ich habe mich gegenüber meinen engeren Kameraden offen darüber ausgesprochen.

Im übrigen kamen mir nun auch die ersten Gedanken, mich später einmal doch noch politisch zu betätigen.

Gerade dieses aber war der Anlaß, daß ich nun öfters dem kleinen Kreise meiner Freunde versicherte, nach dem Kriege als Redner neben meinem Berufe wirken zu wollen.

Ich glaube, es war mir damit auch sehr ernst.

6. Kapitel

Kriegspropaganda

Bei meinem aufmerksamen Verfolgen aller politischen Vorgänge hatte mich schon immer die Tätigkeit der Propaganda außerordentlich interessiert. Ich sah in ihr ein Instrument, das gerade die sozialistisch-marxistischen Organisationen mit meisterhafter Geschicklichkeit beherrschten und zur Anwendung zu bringen verstanden. Ich lernte dabei schon frühzeitig verstehen, daß die richtige Verwendung der Propaganda eine wirkliche Kunst darstellt, die den bürgerlichen Parteien fast so gut als unbekannt war und blieb. Nur die christlich-soziale Bewegung, besonders zu Luegers Zeit, brachte es auch auf diesem Instrument zu einer gewissen Virtuosität und verdankte dem auch sehr viele ihrer Erfolge.

Zu welch ungeheuren Ergebnissen aber eine richtig angewendete Propaganda zu führen vermag, konnte man erst während des Krieges ersehen. Leider war jedoch hier wieder alles auf der anderen Seite zu studieren, denn die Tätigkeit auf unserer Seite blieb ja in dieser Beziehung mehr als bescheiden. Allein, gerade das so vollständige Versagen der gesamten Aufklärung auf deutscher Seite, das besonders jedem Soldaten grell in die Augen springen mußte, wurde bei mir der Anlaß, mich nun noch viel eindringlicher mit der Propaganda-Frage zu beschäftigen.

Zeit zum Denken war dabei oft mehr als genug vorhanden, den praktischen Unterricht aber erteilte uns der Feind leider nur zu gut.

Denn was bei uns hier versäumt ward, holte der Gegner mit unerhörter Geschicklichkeit und wahrhaft genialer Berechnung ein. An dieser feindlichen Kriegspropaganda habe

auch ich unendlich gelernt. An den Köpfen derjenigen allerdings, die am ehesten sich dies zur Lehre hätten sein lassen müssen, ging die Zeit spurlos vorüber; man dünkte sich dort zum Teil zu klug, um von den anderen Belehrungen entgegenzunehmen, zum anderen Teil aber fehlte der ehrliche Wille hierzu.

Gab es bei uns überhaupt eine Propaganda?

Leider kann ich darauf nur mit Nein antworten. Alles, was in dieser Richtung wirklich unternommen wurde, war so unzulänglich und falsch von Anfang an, daß es zum mindesten nichts nützte, manchmal aber geradezu Schaden anstiftete.

In der Form ungenügend, im Wesen psychologisch falsch: dies mußte das Ergebnis einer aufmerksamen Prüfung der deutschen Kriegspropaganda sein.

Schon über die erste Frage scheint man sich nicht ganz klargeworden zu sein, nämlich: Ist die Propaganda Mittel oder Zweck?

Sie ist ein Mittel und muß demgemäß beurteilt werden vom Gesichtspunkte des Zweckes aus. Ihre Form wird mithin eine der Unterstützung des Zieles, dem sie dient, zweckmäßig angepaßt sein müssen. Es ist auch klar, daß die Bedeutung des Zieles eine verschiedene sein kann vom Standpunkte des allgemeinen Bedürfnisses aus, und daß damit auch die Propaganda in ihrem inneren Werte verschieden bestimmt wird. Das Ziel, für das im Verlaufe des Krieges aber gekämpft wurde, war das erhabenste und gewaltigste, das sich für Menschen denken läßt: es war die Freiheit und Unabhängigkeit unseres Volkes, die Sicherheit der Ernährung für die Zukunft und — die Ehre der Nation; etwas, das trotz aller gegenteiligen Meinung von heute dennoch vorhanden ist oder besser sein sollte, da eben Völker ohne Ehre die Freiheit und Unabhängigkeit früher oder später zu verlieren pflegen, was wieder nur einer höheren Gerechtigkeit entspricht, da ehrlose Lumpengenerationen keine Freiheit verdienen. Wer aber feiger Sklave sein will, darf und kann gar keine Ehre haben, da ja diese sonst der allgemeinen Mißachtung in kürzester Zeit anheimfiele.

Im Streit für ein menschliches Dasein kämpfte das deutsche Volk, und diesen Streit zu unterstützen, wäre der Zweck der Propaganda des Krieges gewesen; ihm zum Siege zu verhelfen, mußte das Ziel sein.

Wenn aber Völker um ihre Existenz auf diesem Planeten kämpfen, mithin die Schicksalsfrage von Sein oder Nichtsein an sie herantritt, fallen alle Erwägungen von Humanität oder Ästhetik in ein Nichts zusammen; denn alle diese Vorstellungen schweben nicht im Weltäther, sondern stammen aus der Phantasie des Menschen und sind an ihn gebunden. Sein Scheiden von dieser Welt löst auch diese Begriffe wieder in Nichts auf, denn die Natur kennt sie nicht. Sie sind aber auch unter den Menschen nur wenigen Völkern oder besser Rassen zu eigen, und zwar in jenem Maße, in dem sie dem Gefühl derselben selbst entstammen. Humanität und Ästhetik würden sogar in einer menschlich bewohnten Welt vergehen, so wie diese die Rassen verlöre, die Schöpfer und Träger dieser Begriffe sind.

Damit haben aber alle diese Begriffe beim Kampfe eines Volkes um sein Dasein auf dieser Welt nur untergeordnete Bedeutung, ja scheiden als bestimmend für die Formen des Kampfes vollständig aus, sobald durch sie die Selbsterhaltungskraft eines im Kampfe liegenden Volkes gelähmt werden könnte. Das aber ist immer das einzig sichtbare Ergebnis.

Was die Frage der Humanität betrifft, so hat sich schon Moltke dahin geäußert, daß diese beim Kriege immer in der Kürze des Verfahrens liege, also daß ihr die schärfste Kampfesweise am meisten entspräche.

Wenn man aber versucht, in solchen Dingen mit dem Gefasel von Ästhetik usw. anzurücken, dann kann es darauf wirklich nur eine Antwort geben: Schicksalsfragen von der Bedeutung des Existenzkampfes eines Volkes heben jede Verpflichtung zur Schönheit auf. Das Unschönste, was es im menschlichen Leben geben kann, ist und bleibt das Joch der Sklaverei. Oder empfindet diese Schwabinger Dekadenz etwa das heutige Los der deutschen Nation als „ästhetisch"? Mit den Juden, als den modernen Erfindern dieses

Kulturparfüms, braucht man sich aber darüber wahrhaftig nicht zu unterhalten. Ihr ganzes Dasein ist der fleischgewordene Protest gegen die Ästhetik des Ebenbildes des Herrn.

Wenn aber diese Gesichtspunkte von Humanität und Schönheit für den Kampf erst einmal ausscheiden, dann können sie auch nicht als Maßstab für Propaganda Verwendung finden.

Die Propaganda war im Kriege ein Mittel zum Zweck, dieser aber war der Kampf um das Dasein des deutschen Volkes, und somit konnte die Propaganda auch nur von den hierfür gültigen Grundsätzen aus betrachtet werden. Die grausamsten Waffen waren dann human, wenn sie den schnelleren Sieg bedingten, und schön waren nur die Methoden allein, die der Nation die Würde der Freiheit sichern halfen.

Dies war die einzig mögliche Stellung in einem solchen Kampf auf Leben und Tod zur Frage der Kriegspropaganda.

Wäre man sich darüber an den sogenannten maßgebenden Stellen klar geworden, so hätte man niemals in jene Unsicherheit über die Form und Anwendung dieser Waffe kommen können; denn auch dies ist nur eine Waffe, wenn auch eine wahrhaft fürchterliche in der Hand des Kenners.

Die zweite Frage von geradezu ausschlaggebender Bedeutung war folgende: An wen hat sich die Propaganda zu wenden? An die wissenschaftliche Intelligenz oder an die weniger gebildete Masse?

Sie hat sich ewig nur an die Masse zu richten!

Für die Intelligenz, oder was sich heute leider häufig so nennt, ist nicht Propaganda da, sondern wissenschaftliche Belehrung. Propaganda aber ist so wenig Wissenschaft ihrem Inhalte nach, wie etwa ein Plakat Kunst ist in seiner Darstellung an sich. Die Kunst des Plakates liegt in der Fähigkeit des Entwerfers, durch Form und Farbe die Menge aufmerksam zu machen. Das Kunstausstellungsplakat hat nur auf die Kunst der Ausstellung hinzuweisen; je mehr ihm das gelingt, um so größer ist dann die Kunst

des Plakates selber. Das Plakat soll selber der Masse eine Vorstellung von der Bedeutung der Ausstellung vermitteln, keineswegs aber ein Ersatz der in dieser gebotenen Kunst sein. Wer sich deshalb mit der Kunst selber beschäftigen will, muß schon mehr als das Plakat studieren, ja, für den genügt auch keineswegs ein bloßes „Durchwandern" der Ausstellung. Von ihm darf erwartet werden, daß er in gründlichem Schauen sich in die einzelnen Werke vertiefe und sich dann langsam ein gerechtes Urteil bilde.

Ähnlich liegen die Verhältnisse auch bei dem, was wir heute mit dem Worte Propaganda bezeichnen.

Die Aufgabe der Propaganda liegt nicht in einer wissenschaftlichen Ausbildung des einzelnen, sondern in einem Hinweisen der Masse auf bestimmte Tatsachen, Vorgänge, Notwendigkeiten usw., deren Bedeutung dadurch erst in den Gesichtskreis der Masse gerückt werden soll.

Die Kunst liegt nun ausschließlich darin, dies in so vorzüglicher Weise zu tun, daß eine allgemeine Überzeugung von der Wirklichkeit einer Tatsache, der Notwendigkeit eines Vorganges, der Richtigkeit von etwas Notwendigem usw. entsteht. Da sie aber nicht Notwendigkeit an sich ist und sein kann, da ihre Aufgabe ja genau wie bei dem Plakat im Aufmerksammachen der Menge zu bestehen hat und nicht in der Belehrung der wissenschaftlich ohnehin Erfahrenen oder nach Bildung und Einsicht Strebenden, so muß ihr Wirken auch immer mehr auf das Gefühl gerichtet sein und nur sehr bedingt auf den sogenannten Verstand.

Jede Propaganda hat volkstümlich zu sein und ihr geistiges Niveau einzustellen nach der Aufnahmefähigkeit des Beschränktesten unter denen, an die sie sich zu richten gedenkt. Damit wird ihre rein geistige Höhe um so tiefer zu stellen sein, je größer die zu erfassende Masse der Menschen sein soll. Handelt es sich aber, wie bei der Propaganda für die Durchhaltung eines Krieges, darum, ein ganzes Volk in ihren Wirkungsbereich zu ziehen, so kann die Vorsicht bei der Vermeidung zu hoher geistiger Voraussetzungen gar nicht groß genug sein.

Je bescheidener dann ihr wissenschaftlicher Ballast ist, und je mehr sie ausschließlich auf das Fühlen der Masse Rücksicht nimmt, um so durchschlagender der Erfolg. Dieser aber ist der beste Beweis für die Richtigkeit oder Unrichtigkeit einer Propaganda und nicht die gelungene Befriedigung einiger Gelehrter oder ästhetischer Jünglinge.

Gerade darin liegt die Kunst der Propaganda, daß sie, die gefühlsmäßige Vorstellungswelt der großen Masse begreifend, in psychologisch richtiger Form den Weg zur Aufmerksamkeit und weiter zum Herzen der breiten Masse findet. Daß dies von unseren Neunmalklugen nicht begriffen wird, beweist nur deren Denkfaulheit oder Einbildung.

Versteht man aber die Notwendigkeit der Einstellung der Werbekunst der Propaganda auf die breite Masse, so ergibt sich weiter schon daraus folgende Lehre:

Es ist falsch, der Propaganda die Vielseitigkeit etwa des wissenschaftlichen Unterrichts geben zu wollen.

Die Aufnahmefähigkeit der großen Masse ist nur sehr beschränkt, das Verständnis klein, dafür jedoch die Vergeßlichkeit groß. Aus diesen Tatsachen heraus hat sich jede wirkungsvolle Propaganda auf nur sehr wenige Punkte zu beschränken und diese schlagwortartig solange zu verwerten, bis auch bestimmt der Letzte unter einem solchen Worte das Gewollte sich vorzustellen vermag. Sowie man diesen Grundsatz opfert und vielseitig werden will, wird man die Wirkung zum Zerflattern bringen, da die Menge den gebotenen Stoff weder zu verdauen noch zu behalten vermag. Damit aber wird das Ergebnis wieder abgeschwächt und endlich aufgehoben.

Je größer so die Linie ihrer Darstellung zu sein hat, um so psychologisch richtiger muß die Feststellung ihrer Taktik sein.

Es war zum Beispiel grundfalsch, den Gegner lächerlich zu machen, wie dies die österreichische und deutsche Witzblattpropaganda vor allem besorgte. Grundfalsch deshalb, weil das Zusammentreffen in der Wirklichkeit dem Manne vom Gegner sofort eine ganz andere Überzeugung beibringen mußte, etwas, was sich dann auf das fürchterlichste

rächte; denn nun fühlte sich der deutsche Soldat unter dem unmittelbaren Eindruck des Widerstandes des Gegners von den Machern seiner bisherigen Aufklärung getäuscht, und an Stelle einer Stärkung seiner Kampfeslust oder auch nur Festigkeit trat das Gegenteil ein. Der Mann verzagte.

Demgegenüber war die Kriegspropaganda der Engländer und Amerikaner psychologisch richtig. Indem sie dem eigenen Volke den Deutschen als Barbaren und Hunnen vorstellte, bereitete sie den einzelnen Soldaten schon auf die Schrecken des Krieges vor und half so mit, ihr vor Enttäuschungen zu bewahren. Die entsetzlichste Waffe, die nun gegen ihn zur Anwendung kam, erschien ihm nur mehr als die Bestätigung seiner schon gewordenen Aufklärung und stärkte ebenso den Glauben an die Richtigkeit der Behauptungen seiner Regierung, wie sie andererseits Wut und Haß gegen den verruchten Feind steigerte. Denn die grausame Wirkung der Waffe, die er ja nun an sich von seiten des Gegners kennenlernte, erschien ihm allmählich als Beweis der ihm schon bekannten „hunnenhaften" Brutalität des barbarischen Feindes, ohne daß er auch nur einen Augenblick so weit zum Nachdenken gebracht worden wäre, daß seine Waffen vielleicht, ja sogar wahrscheinlich, noch entsetzlicher wirken könnten.

So konnte sich der englische Soldat vor allem nie als von zu Hause unwahr unterrichtet fühlen, was leider beim deutschen so sehr der Fall war, daß er endlich überhaupt alles, was von dieser Seite noch kam, als „Schwindel" und „Krampf" ablehnte. Lauter Folgen davon, daß man glaubte, zur Propaganda den nächstbesten Esel (oder selbst „sonst" gescheiten Menschen) abkommandieren zu können, statt zu begreifen, daß hierfür die allergenialsten Seelenkenner gerade noch gut genug sind.

So bot die deutsche Kriegspropaganda ein unübertreffliches Lehr- und Unterrichtsbeispiel für eine in den Wirkungen geradezu umgekehrt arbeitende „Aufklärung", infolge vollkommenen Fehlens jeder psychologisch richtigen Überlegung.

Am Gegner aber war unendlich viel zu lernen für den,

der mit offenen Augen und unverkalktem Empfinden die viereinhalb Jahre lang anstürmende Flutwelle der feindlichen Propaganda für sich verarbeitete.

Am allerschlechtesten jedoch begriff man die allererste Voraussetzung jeder propagandistischen Tätigkeit überhaupt: nämlich die grundsätzlich subjektiv einseitige Stellungnahme derselben zu jeder von ihr bearbeiteten Frage. Auf diesem Gebiete wurde in einer Weise gesündigt, und zwar gleich zu Beginn des Krieges von oben herunter, daß man wohl das Recht erhielt, zu zweifeln, ob soviel Unsinn wirklich nur reiner Dummheit zugeschrieben werden konnte.

Was würde man zum Beispiel über ein Plakat sagen, das eine neue Seife anpreisen soll, dabei jedoch auch andere Seifen als „gut" bezeichnet?

Man würde darüber nur den Kopf schütteln.

Genau so verhält es sich aber auch mit politischer Reklame.

Die Aufgabe der Propaganda ist z. B. nicht ein Abwägen der verschiedenen Rechte, sondern das ausschließliche Betonen des einen eben durch sie zu vertretenden. Sie hat nicht objektiv auch die Wahrheit, soweit sie den anderen günstig ist, zu erforschen, um sie dann der Masse in doktrinärer Aufrichtigkeit vorzusetzen, sondern ununterbrochen der eigenen zu dienen.

Es war grundfalsch, die Schuld am Kriege von dem Standpunkte aus zu erörtern, daß nicht nur Deutschland allein verantwortlich gemacht werden könnte für den Ausbruch dieser Katastrophe, sondern es wäre richtig gewesen, diese Schuld restlos dem Gegner aufzubürden, selbst wenn dies wirklich nicht so dem wahren Hergange entsprochen hätte, wie es doch nun tatsächlich der Fall war.

Was aber war die Folge dieser Halbheit?

Die breite Masse eines Volkes besteht nicht aus Diplomaten oder auch nur Staatsrechtslehrern, ja nicht einmal aus lauter vernünftig Urteilsfähigen, sondern aus ebenso schwankenden wie zu Zweifel und Unsicherheit geneigten Menschenkindern. Sowie durch die eigene Propaganda erst einmal nur der Schimmer eines Rechtes auch auf der anderen Seite zugegeben wird, ist der Grund zum Zweifel

an dem eigenen Rechte schon gelegt. Die Masse ist nicht in der Lage, nun zu unterscheiden, wo das fremde Unrecht endet und das eigene beginnt. Sie wird in einem solchen Falle unsicher und mißtrauisch, besonders dann, wenn der Gegner eben nicht den gleichen Unsinn macht, sondern seinerseits alle und jede Schuld dem Feinde aufbürdet. Was ist da erklärlicher, als daß endlich das eigene Volk der feindlichen Propaganda, die geschlossener, einheitlicher vorgeht, sogar mehr glaubt als der eigenen? Und noch dazu bei einem Volke, das ohnehin so sehr am Objektivitätsfimmel leidet wie das deutsche! Denn bei ihm wird nun jeder sich bemühen, nur ja dem Feinde nicht Unrecht zu tun, selbst auf die Gefahr der schwersten Belastung, ja Vernichtung des eigenen Volkes und Staates.

Daß an den maßgebenden Stellen dies natürlich nicht so gedacht ist, kommt der Masse gar nicht zum Bewußtsein.

Das Volk ist in seiner überwiegenden Mehrheit so feminin veranlagt und eingestellt, daß weniger nüchterne Überlegung, vielmehr gefühlsmäßige Empfindung sein Denken und Handeln bestimmt.

Diese Empfindung aber ist nicht kompliziert, sondern sehr einfach und geschlossen. Es gibt hierbei nicht viel Differenzierungen, sondern ein Positiv oder ein Negativ, Liebe oder Haß, Recht oder Unrecht, Wahrheit oder Lüge, niemals aber halb so und halb so, oder teilweise usw.

Das alles hat besonders die englische Propaganda in der wahrhaft genialsten Weise verstanden — und berücksichtigt. Dort gab es wirklich keine Halbheiten, die etwa zu Zweifeln hätten anregen können.

Das Zeichen für die glänzende Kenntnis der Primitivität der Empfindung der breiten Masse lag in der diesem Zustande angepaßten Greuelpropaganda, die in ebenso rücksichtsloser wie genialer Art die Vorbedingungen für das moralische Standhalten an der Front sicherte, selbst bei größten tatsächlichen Niederlagen, sowie weiter in der ebenso schlagenden Festnagelung des deutschen Feindes als des allein schuldigen Teils am Ausbruch des Krieges: eine Lüge, die nur durch die unbedingte, freche einseitige Stur-

heit, mit der sie vorgetragen wurde, der gefühlsmäßigen, immer extremen Einstellung des großen Volkes Rechnung trug und deshalb auch geglaubt wurde.

Wie sehr diese Art von Propaganda wirksam war, zeigte am schlagendsten die Tatsache, daß sie nach vier Jahren nicht nur den Gegner noch streng an der Stange zu halten vermochte, sondern sogar unser eigenes Volk anzufressen begann.

Daß unserer Propaganda dieser Erfolg nicht beschieden war, durfte einen wirklich nicht wundern. Sie trug den Keim der Unwirksamkeit schon in ihrer inneren Zweideutigkeit. Endlich war es schon infolge ihres Inhalts wenig wahrscheinlich, daß sie bei den Massen den notwendigen Eindruck erwecken würde. Zu hoffen, daß es mit diesem faden Pazifistenspülwasser gelingen könnte, Menschen zum Sterben zu berauschen, brachten nur unsere geistfreien „Staatsmänner" fertig.

So war dies elende Produkt zwecklos, ja sogar schädlich.

Aber alle Genialität der Aufmachung der Propaganda wird zu keinem Erfolge führen, wenn nicht ein fundamentaler Grundsatz immer gleich scharf berücksichtigt wird. Sie hat sich auf wenig zu beschränken und dieses ewig zu wiederholen. Die Beharrlichkeit ist hier wie bei so vielem auf der Welt die erste und wichtigste Voraussetzung zum Erfolg.

Gerade auf dem Gebiete der Propaganda darf man sich niemals von Ästheten oder Blasierten leiten lassen: Von den ersteren nicht, weil sonst der Inhalt in Form und Ausdruck in kurzer Zeit, statt für die Masse sich zu eignen, nur mehr für literarische Teegesellschaften Zugkraft entwickelt; vor den zweiten aber hüte man sich deshalb ängstlich, weil ihr Mangel an eigenem frischen Empfinden immer nach neuen Reizen sucht. Diesen Leuten wird in kurzer Zeit alles überdrüssig; sie wünschen Abwechslung und verstehen niemals sich in die Bedürfnisse ihrer noch nicht so abgebrühten Mitwelt hineinzuversetzen oder diese gar zu begreifen. Sie sind immer die ersten Kritiker der Propaganda oder besser ihres Inhaltes, der ihnen zu althergebracht, zu abgedroschen, dann wieder zu überlebt usw. erscheint. Sie wollen immer Neues, suchen Abwechslung und werden dadurch zu wahren Tod-

feinden jeder wirksamen politischen Massengewinnung. Denn so wie sich die Organisation und der Inhalt einer Propaganda nach ihren Bedürfnissen zu richten beginnen, verlieren sie jede Geschlossenheit und zerflattern statt dessen vollständig.

Propaganda ist jedoch nicht dazu da, blasierten Herrchen laufend interessante Abwechslung zu verschaffen, sondern zu überzeugen, und zwar die Masse zu überzeugen. Diese aber braucht in ihrer Schwerfälligkeit immer eine bestimmte Zeit, ehe sie auch nur von einer Sache Kenntnis zu nehmen bereit ist, und nur einer tausendfachen Wiederholung einfachster Begriffe wird sie endlich ihr Gedächtnis schenken.

Jede Abwechslung darf nie den Inhalt des durch die Propaganda zu Bringenden verändern, sondern muß stets zum Schlusse das gleiche besagen. So muß das Schlagwort wohl von verschiedenen Seiten aus beleuchtet werden, allein das Ende jeder Betrachtung hat immer von neuem beim Schlagwort selber zu liegen. Nur so kann und wird die Propaganda einheitlich und geschlossen wirken.

Diese große Linie allein, die nie verlassen werden darf, läßt bei immer gleichbleibender konsequenter Betonung den endgültigen Erfolg heranreifen. Dann aber wird man mit Staunen feststellen können, zu welch ungeheuren, kaum verständlichen Ergebnissen solch eine Beharrlichkeit führt.

Jede Reklame, mag sie auf dem Gebiete des Geschäftes oder der Politik liegen, trägt den Erfolg in der Dauer und gleichmäßigen Einheitlichkeit ihrer Anwendung.

Auch hier war das Beispiel der feindlichen Kriegspropaganda vorbildlich: auf wenige Gesichtspunkte beschränkt, ausschließlich berechnet für die Masse, mit unermüdlicher Beharrlichkeit betrieben. Während des ganzen Krieges wurden die einmal als richtig erkannten Grundgedanken und Ausführungsformen angewendet, ohne daß auch nur die geringste Änderung jemals vorgenommen worden wäre. Sie war im Anfang scheinbar verrückt in der Frechheit ihrer Behauptungen, wurde später unangenehm und ward endlich geglaubt. Nach viereinhalb Jahren brach in Deutsch-

land eine Revolution aus, deren Schlagworte der feindlichen Kriegspropaganda entstammten.

In England aber begriff man noch etwas: daß nämlich für diese geistige Waffe der mögliche Erfolg nur in der Masse ihrer Anwendung liegt, der Erfolg jedoch alle Kosten reichlich deckt.

Die Propaganda galt dort als Waffe ersten Ranges, während sie bei uns das letzte Brot stellenloser Politiker und Druckpöstchen bescheidener Helden darstellte.

Ihr Erfolg war denn auch alles in allem genommen gleich null.

7. Kapitel

Die Revolution

Mit dem Jahre 1915 hatte die feindliche Propaganda bei uns eingesetzt, seit 1916 wurde sie immer intensiver, um endlich zu Beginn des Jahres 1918 zu einer förmlichen Flut anzuschwellen. Nun ließen sich auch schon auf Schritt und Tritt die Wirkungen dieses Seelenfanges erkennen. Die Armee lernte allmählich denken, wie der Feind es wollte.

Die deutsche Gegenwirkung aber versagte vollständig.

Die Armee besaß in ihrem damaligen geistigen und willensmäßigen Leiter wohl die Absicht und Entschlossenheit, den Kampf auch auf diesem Felde aufzunehmen, allein ihr fehlte das Instrument, das hierfür nötig gewesen wäre. Auch psychologisch war es falsch, diese Aufklärung durch die Truppe selber vornehmen zu lassen. Sie mußte, wenn sie wirkungsvoll sein sollte, aus der Heimat kommen. Nur dann durfte man auf Erfolg bei Männern rechnen, die zum Schlusse ja für diese Heimat unsterbliche Taten des Heldenmutes und der Entbehrungen seit schon bald vier Jahren vollbracht hatten.

Allein, was kam aus der Heimat?

War dieses Versagen Dummheit oder Verbrechen?

Im Hochsommer 1918, nach dem Räumen des südlichen Marneufers, benahm sich vor allem die deutsche Presse schon so elend ungeschickt, ja verbrecherisch dumm, daß mir mit täglich sich mehrendem Grimme die Frage aufstieg, ob denn wirklich gar niemand da wäre, der dieser geistigen Verprassung des Heldentums der Armee ein Ende bereiten würde?

Was geschah in Frankreich, als wir im Jahre 1914 in unerhörtem Siegessturme in dieses Land hineinfegten? Was tat Italien in den Tagen des Zusammenbruches seiner

Isonzofront? Was Frankreich wieder im Frühjahr 1918, als der Angriff der deutschen Divisionen die Stellungen aus den Angeln zu heben schien, und der weitreichende Arm der schweren Fernkampfbatterien an Paris zu klopfen begann?

Wie war dort immer den zurückhastenden Regimentern die Siedehitze nationaler Leidenschaft in die Gesichter gepeitscht worden! Wie arbeitete dann Propaganda und geniale Massenbeeinflussung, um den Glauben an den endgültigen Sieg erst recht in die Herzen der gebrochenen Fronten wieder hineinzuhämmern!

Was geschah indessen bei uns?

Nichts oder gar noch Schlechteres als dieses.

Damals stiegen mir oft Zorn und Empörung auf, wenn ich die neuesten Zeitungen zu lesen erhielt und man diesen psychologischen Massenmord, der da verbrochen wurde, zu Gesicht bekam.

Öfter als einmal quälte mich der Gedanke, daß, wenn mich die Vorsehung an die Stelle dieser unfähigen oder verbrecherischen Nichtskönner oder Nichtwoller unseres Propagandadienstes gestellt hätte, dem Schicksal der Kampf anders angesagt worden wäre.

In diesen Monaten empfand ich zum ersten Male die ganze Tücke des Verhängnisses, das mich an der Front und in einer Stelle hielt, in der mich der Zufallsgriff jedes Negers zusammenschießen konnte, während ich dem Vaterlande an anderem Orte andere Dienste zu leisten vermocht hätte!

Denn daß mir dieses gelungen sein würde, war ich schon damals vermessen genug zu glauben.

Allein ich war ein Namenloser, einer unter acht Millionen!

So war es besser, den Mund zu halten und so gut als möglich seine Pflicht an dieser Stelle zu tun.

*

Im Sommer 1915 fielen uns die ersten feindlichen Flugblätter in die Hand.

Ihr Inhalt war fast stets, wenn auch mit einigen Abwechslungen in der Form der Darstellung, derselbe, nämlich: daß die Not in Deutschland immer größer werde; die Dauer des Krieges endlos sei, während die Aussicht, ihn zu gewinnen, immer mehr schwinde; das Volk in der Heimat sehne sich deshalb auch nach Frieden, allein der „Militarismus" sowie der „Kaiser" erlaubten dies nicht; die ganze Welt — der dies sehr wohl bekannt sei — führe deshalb auch nicht den Krieg gegen das deutsche Volk, sondern vielmehr ausschließlich gegen den einzig Schuldigen, den Kaiser; der Kampf werde daher nicht früher ein Ende nehmen, bis dieser Feind der friedlichen Menschheit beseitigt sei; die freiheitlichen und demokratischen Nationen würden aber nach Beendigung des Krieges das deutsche Volk in den Bund des ewigen Weltfriedens aufnehmen, der von der Stunde der Vernichtung des „preußischen Militarismus" an gesichert sei.

Zur besseren Illustration des so Vorgebrachten wurden dann nicht selten „Briefe aus der Heimat" abgedruckt, deren Inhalt diese Behauptungen zu bestätigen schien.

Im allgemeinen lachte man damals nur über alle diese Versuche. Die Flugblätter wurden gelesen, dann nach rückwärts geschickt zu den höheren Stäben und meist wieder vergessen, bis der Wind abermals eine Ladung von oben in die Gräben hineinbeförderte; es waren nämlich meistens Flugzeuge, die zum Herüberbringen der Blätter dienten.

Eines mußte bei dieser Art von Propaganda bald auffallen, daß nämlich in jedem Frontabschnitt, in dem sich Bayern befanden, mit außerordentlicher Konsequenz immer gegen Preußen Front gemacht wurde, mit der Versicherung, daß nicht nur einerseits Preußen der eigentlich Schuldige und Verantwortliche für den ganzen Krieg sei, sondern daß andererseits gegen Bayern im besonderen auch nicht das geringste an Feindschaft vorhanden wäre; freilich könnte man ihm aber auch nicht helfen, solange es eben im Dienste des preußischen Militarismus mittue, diesem die Kastanien aus dem Feuer zu holen.

Die Art der Beeinflussung begann tatsächlich schon im

Jahre 1915 bestimmte Wirkungen zu erzielen. Die Stimmung gegen Preußen wuchs unter der Truppe ganz ersichtlich — ohne daß von oben herunter auch nur ein einziges Mal dagegen eingeschritten worden wäre. Dies war schon mehr als eine bloße Unterlassungssünde, die sich früher oder später einmal auf das unseligste rächen mußte, und zwar nicht an den „Preußen“, sondern an dem deutschen Volke, und dazu gehört nicht zum allerletzten denn doch auch Bayern selber.

In dieser Richtung begann die feindliche Propaganda schon vom Jahre 1916 an unbedingte Erfolge zu zeitigen.

Ebenso übten die Jammerbriefe direkt aus der Heimat längst ihre Wirkung aus. Es war nun gar nicht mehr notwendig, daß der Gegner sie noch besonders durch Flugblätter usw. der Front übermittelte. Auch dagegen geschah, außer einigen psychologisch blitzdummen „Ermahnungen“ von „Regierungsseite“ nichts. Die Front wurde nach wie vor mit diesem Gift überschwemmt, das gedankenlose Weiber zu Hause zusammenfabrizierten, ohne natürlich zu ahnen, daß dies das Mittel war, dem Gegner die Siegeszuversicht auf das äußerste zu stärken, also mithin die Leiden ihrer Angehörigen an der Kampffront zu verlängern und zu verschärfen. Die sinnlosen Briefe deutscher Frauen kosteten in der Folgezeit Hunderttausenden von Männern das Leben.

So zeigten sich im Jahre 1916 bereits verschiedene bedenkliche Erscheinungen. Die Front schimpfte und „masselte“, war schon in vielen Dingen unzufrieden und manchmal auch mit Recht empört. Während sie hungerte und duldete, die Angehörigen zu Hause im Elend saßen, gab es an anderer Stelle Überfluß und Prasserei. Ja, sogar an der Kampffront selber war in dieser Richtung nicht alles in Ordnung.

So kriselte es schon damals ganz leicht — allein, dies waren noch immer „interne“ Angelegenheiten. Der gleiche Mann, der erst geschimpft und geknurrt hatte, tat wenige Minuten später schweigend seine Pflicht, als ob es selbstverständlich gewesen wäre. Dieselbe Kompanie, die erst unzufrieden war, klammerte sich an das Stück Graben, das

sie zu schützen hatte, wie wenn Deutschlands Schicksal von diesen hundert Metern Schlammlöchern abhängig gewesen wäre. Es war noch die Front der alten, herrlichen Heldenarmee!

Den Unterschied zwischen ihr und der Heimat sollte ich in grellem Wechsel kennenlernen.

Ende September 1916 rückte meine Division in die Sommeschlacht ab. Sie war für uns die erste der nun folgenden ungeheuren Materialschlachten und der Eindruck denn auch ein nur schwer zu beschreibender — mehr Hölle als Krieg.

In wochenlangem Wirbelsturm des Trommelfeuers hielt die deutsche Front stand, manchmal etwas zurückgedrängt, dann wieder vorstoßend, niemals aber weichend.

Am 7. Oktober 1916 wurde ich verwundet.

Ich kam glücklich nach rückwärts und sollte mit einem Transport nach Deutschland.

Es waren nun zwei Jahre verflossen, seit ich die Heimat nicht mehr gesehen hatte, eine unter solchen Verhältnissen fast endlose Zeit. Ich konte mir kaum mehr vorstellen, wie Deutsche aussehen, die nicht in Uniform stecken. Als ich in Hermies im Verwundeten-Sammellazarett lag, zuckte ich fast wie im Schreck zusammen, als plötzlich die Stimme einer deutschen Frau als Krankenschwester einen neben mir Liegenden ansprach.

Nach zwei Jahren zum erstenmal ein solcher Laut!

Je näher dann aber der Zug, der uns in die Heimat bringen sollte, der Grenze kam, um so unruhiger wurde es nun im Innern eines jeden. Alle die Orte zogen vorüber, durch die wir zwei Jahre vordem als junge Soldaten gefahren waren: Brüssel, Löwen, Lüttich, und endlich glaubten wir das erste deutsche Haus am hohen Giebel und seinen schönen Läden zu erkennen.

Das Vaterland!

Im Oktober 1914 brannten wir vor stürmischer Begeisterung, als wir die Grenze überfuhren, nun herrschte Stille und Ergriffenheit. Jeder war glücklich, daß ihn das Schicksal noch einmal schauen ließ, was er mit seinem Leben so

schwer zu schützen hatte; und jeder schämte sich fast, den andern in sein Auge sehen zu lassen.

Fast am Jahrestage meines Ausmarsches kam ich in das Lazarett zu Beelitz bei Berlin.

Welcher Wandel! Vom Schlamm der Sommeschlacht in die weißen Betten dieses Wunderbaues! Man wagte ja anfangs kaum, sich richtig hineinzulegen. Erst langsam vermochte man sich an diese neue Welt wieder zu gewöhnen.

Leider aber war diese Welt auch in anderer Hinsicht neu.

Der Geist des Heeres an der Front schien hier schon kein Gast mehr zu sein. Etwas, das an der Front noch unbekannt war, hörte ich hier zum ersten Male: das Rühmen der eigenen Feigheit! Denn was man auch draußen schimpfen und „masseln" hören konnte, so war dies doch nie eine Aufforderung zur Pflichtverletzung oder gar eine Verherrlichung des Angsthasen. Nein! Der Feigling galt noch immer als Feigling und sonst eben als weiter nichts; und die Verachtung, die ihn traf, war noch immer allgemein, genau so wie die Bewunderung, die man dem wirklichen Helden zollte. Hier aber im Lazarett war es schon zum Teil fast umgekehrt: Die gesinnungslosesten Hetzer führten das große Wort und versuchten mit allen Mitteln ihrer jämmerlichen Beredsamkeit, die Begriffe des anständigen Soldaten als lächerlich und die Charakterlosigkeit des Feiglings als vorbildlich hinzustellen. Ein paar elende Burschen vor allem gaben den Ton an. Der eine davon rühmte sich, die Hand selber durch das Drahtverhau gezogen zu haben, um so in das Lazarett zu kommen; er schien nun trotz dieser lächerlichen Verletzung schon endlose Zeit hier zu sein, wie er denn ja überhaupt nur durch einen Schwindel in den Transport nach Deutschland kam. Dieser giftige Kerl aber brachte es schon soweit, die eigene Feigheit mit frecher Stirne als den Ausfluß höherer Tapferkeit als den Heldentod des ehrlichen Soldaten hinzustellen. Viele hörten schweigend zu, andere gingen, einige aber stimmten auch bei.

Mir kroch der Ekel zum Halse herauf, allein der Hetzer wurde ruhig in der Anstalt geduldet. Was sollte man

machen? Wer und was er war, mußte man bei der Leitung genau wissen und wußte es auch. Dennoch geschah nichts.

Als ich wieder richtig gehen konnte, erhielt ich Erlaubnis, nach Berlin fahren zu dürfen.

Die Not war ersichtlich überall sehr herbe. Die Millionenstadt litt Hunger. Die Unzufriedenheit war groß. In verschiedenen, von Soldaten besuchten Heimen war der Ton ähnlich dem des Lazaretts. Es machte ganz den Eindruck, als ob mit Absicht diese Burschen gerade solche Stellen aufsuchen würden, um ihre Anschauungen weiterzuverbreiten.

Noch viel, viel ärger waren jedoch die Verhältnisse in München selber!

Als ich nach Ausheilung aus dem Lazarett entlassen und dem Ersatzbataillon überwiesen wurde, glaubte ich die Stadt nicht mehr wieder zu erkennen. Ärger, Mißmut und Geschimpfe, wohin man nur kam! Beim Ersatzbataillon selber war die Stimmung unter jeder Kritik. Hier wirkte noch mit die unendlich ungeschickte Art der Behandlung der Feldsoldaten von seiten alter Instruktionsoffiziere, die noch keine Stunde im Felde waren und schon aus diesem Grunde nur zu einem Teile ein anständiges Verhältnis zu den alten Soldaten herzustellen vermochten. Diese besaßen nun einmal gewisse Eigenheiten, die aus dem Dienste an der Front erklärlich waren, den Leitern dieser Ersatztruppenteile indessen gänzlich unverständlich blieben, während sie der ebenfalls von der Front gekommene Offizier sich wenigstens zu erklären wußte. Letzterer selbst war von den Mannschaften natürlich auch ganz anders geachtet als der Etappenkommandeur. Aber von dem ganz abgesehen, war die allgemeine Stimmung miserabel; die Drückebergerei galt schon fast als Zeichen höherer Klugheit, das treue Ausharren aber als Merkmal innerer Schwäche und Borniertheit. Die Kanzleien waren mit Juden besetzt. Fast jeder Schreiber ein Jude und jeder Jude ein Schreiber. Ich staunte über diese Fülle von Kämpfern des auserwählten Volkes und konnte nicht anders, als sie mit den spärlichen Vertretern an der Front zu vergleichen.

Noch schlimmer lagen die Dinge bei der Wirtschaft. Hier

war das jüdische Volk tatsächlich „unabkömmlich“ geworden. Die Spinne begann, dem Volke langsam das Blut aus den Poren zu saugen. Auf dem Umwege über die Kriegsgesellschaften hatte man das Instrument gefunden, um der nationalen und freien Wirtschaft nach und nach den Garaus zu machen.

Es wurde die Notwendigkeit einer schrankenlosen Zentralisation betont.

So befand sich tatsächlich schon im Jahre 1916/17 fast die gesamte Produktion unter der Kontrolle des Finanzjudentums.

Gegen wen aber richtete sich nun der Haß des Volkes?

In dieser Zeit sah ich mit Entsetzen ein Verhängnis herannahen, das, nicht zur richtigen Stunde noch abgewendet, zum Zusammenbruche führen mußte.

Während der Jude die gesamte Nation bestahl und unter seine Herrschaft preßte, hetzte man gegen die „Preußen“. Genau wie an der Front, geschah auch zu Hause von oben gegen diese Giftpropaganda nichts. Man schien gar nicht zu ahnen, daß der Zusammenbruch Preußens noch lange keinen Aufschwung Bayerns mit sich bringe, ja, daß im Gegenteil jeder Sturz des einen den anderen rettungslos mit sich in den Abgrund reißen mußte.

Mir tat dies Gebaren unendlich leid. Ich konnte in ihm nur den genialsten Trick des Juden sehen, der die allgemeine Aufmerksamkeit von sich ab- und auf andere hinlenken sollte. Während Bayer und Preuße stritten, zog er beiden die Existenz unter der Nase fort; während man in Bayern gegen den Preußen schimpfte, organisierte der Jude die Revolution und zerschlug Preußen und Bayern zugleich.

Ich konnte diesen verfluchten Hader unter den deutschen Stämmen nicht leiden und war froh, wieder an die Front zu kommen, zu der ich mich sofort nach meiner Ankunft in München von neuem meldete.

Anfang März 1917 war ich denn auch wieder bei meinem Regiment.

*

Gegen Ende des Jahres 1917 schien der Tiefpunkt der Niedergeschlagenheit des Heeres überwunden zu sein. Die ganze Armee schöpfte nach dem russischen Zusammenbruch wieder frische Hoffnung und frischen Mut. Die Überzeugung, daß der Kampf nun dennoch mit einem Siege Deutschlands enden würde, begann die Truppe immer mehr zu erfassen. Man konnte wieder singen hören, und die Unglücksraben wurden seltener. Man glaubte wieder an die Zukunft des Vaterlandes.

Besonders der italienische Zusammenbruch des Herbstes 1917 hatte die wundervollste Wirkung ausgeübt; sah man doch in diesem Siege den Beweis für die Möglichkeit, auch abseits des russischen Kriegsschauplatzes die Front durchbrechen zu können. Ein herrlicher Glaube strömte nun wieder in die Herzen der Millionen und ließ sie mit aufatmender Zuversicht dem Frühjahr 1918 entgegenharren. Der Gegner aber war ersichtlich deprimiert. In diesem Winter blieb es etwas ruhiger als sonst. Es trat die Ruhe vor dem Sturme ein.

Doch während gerade die Front die letzten Vorbereitungen zur endlichen Beendigung des ewigen Kampfes vornahm, endlose Transporte an Menschen und Material an die Westfront rollten und die Truppe die Ausbildung zum großen Angriff erhielt, brach in Deutschland das größte Gaunerstück des ganzen Krieges aus.

Deutschland sollte nicht siegen: in letzter Stunde, da der Sieg sich schon an die deutschen Fahnen zu heften drohte, griff man zu einem Mittel, das geeignet erschien, mit einem Schlage den deutschen Angriff des Frühjahrs im Keime zu ersticken, den Sieg unmöglich zu machen:

Man organisierte den Munitionsstreik.

Wenn er gelang, mußte die deutsche Front zusammenbrechen und der Wunsch des „Vorwärts“, daß der Sieg sich dieses Mal nicht mehr an die deutschen Fahnen heften möge, in Erfüllung gehen. Die Front mußte unter dem Mangel an Munition in wenigen Wochen durchstoßen sein; die Offensive war damit verhindert, die Entente gerettet, das internationale Kapital aber zum Herrn Deutschlands

gemacht, das innere Ziel des marxistischen Völkerbetruges erreicht.

Zerbrechung der nationalen Wirtschaft zur Aufrichtung der Herrschaft des internationalen Kapitals — ein Ziel, das dank der Dummheit und Gutgläubigkeit der einen Seite und der bodenlosen Feigheit der anderen ja auch erreicht ist.

Allerdings hatte der Munitionsstreik in bezug auf die Aushungerung der Front an Waffen nicht den letzten gehofften Erfolg: er brach zu frühzeitig zusammen, als daß der Munitionsmangel als solcher — so wie der Plan vorhanden war — das Heer zum Untergange verdammt hätte. Allein um wieviel entsetzlicher war der moralische Schaden, der angerichtet worden war!

Erstens: Für was kämpfte das Heer noch, wenn die Heimat selber den Sieg gar nicht wollte? Für wen die ungeheuren Opfer und Entbehrungen? Der Soldat soll für den Sieg fechten, und die Heimat streikt dagegen!

Zweitens aber: Wie war die Wirkung auf den Feind?

Im Winter 1917/18 stiegen zum ersten Male trübe Wolken am Firmament der alliierten Welt auf. Fast vier Jahre lang war man gegen den deutschen Recken angerannt und konnte ihn nicht zum Sturze bringen; dabei war es aber nur der Schildarm, den dieser frei zur Abwehr hatte, während das Schwert bald im Osten, bald im Süden zum Hiebe ausholen mußte. Nun endlich war der Riese im Rücken frei. Ströme von Blut waren geflossen, bis es ihm gelang, den einen der Gegner endgültig niederzuschlagen. Jetzt sollte im Westen zum Schild das Schwert kommen, und wenn es dem Feinde bisher nicht glückte, die Abwehr zu brechen, nun sollte der Angriff ihn selber treffen.

Man fürchtete ihn und bangte um den Sieg.

In London und Paris jagte eine Beratung die andere. Selbst die feindliche Propaganda tat sich schon schwer; es war nicht mehr so leicht, die Aussichtslosigkeit des deutschen Sieges nachzuweisen.

Das gleiche jedoch galt an den Fronten, an denen dösiges Schweigen herrschte, auch für die alliierten Truppen selber.

Den Herrschaften war die Frechheit plötzlich vergangen. Auch ihnen begann langsam ein unheimliches Licht aufzugehen. Ihre innere Stellung zum deutschen Soldaten hatte sich jetzt geändert. Bisher mochte er ihnen als ein ja doch zur Niederlage bestimmter Narr gelten; nun aber stand vor ihnen der Vernichter des russischen Verbündeten. Die aus der Not geborene Beschränkung der deutschen Offensiven auf den Osten erschien nunmehr als geniale Taktik. Drei Jahre waren diese Deutschen gegen Rußland angerannt, anfangs scheinbar ohne auch nur den geringsten Erfolg. Man lachte fast über dieses zwecklose Beginnen; denn endlich mußte ja doch der russische Riese in der Überzahl seiner Menschen Sieger bleiben. Deutschland aber an Verblutung niederbrechen. Die Wirklichkeit schien dieses Hoffen zu bestätigen.

Seit den Septembertagen 1914, da sich zum ersten Male die endlosen Haufen russischer Gefangener aus der Schlacht von Tannenberg auf Straßen und Bahnen nach Deutschland zu wälzen begannen, nahm dieser Strom kaum mehr ein Ende — allein für jede geschlagene und vernichtete Armee stand eine neue auf. Unerschöpflich gab das Riesenreich dem Zaren immer neue Soldaten und dem Kriege seine neuen Opfer. Wie lange konnte Deutschland dieses Rennen mitmachen? Mußte nicht einmal der Tag kommen, an dem nach einem letzten deutschen Siege immer noch nicht die letzten russischen Armeen zur allerletzten Schlacht antreten würden? Und was dann? Nach menschlichem Ermessen konnte der Sieg Rußlands wohl hinausgeschoben werden, aber er mußte kommen.

Jetzt waren alle diese Hoffnungen zu Ende: der Verbündete, der die größten Blutopfer auf den Altar der gemeinsamen Interessen niedergelegt hatte, war am Ende seiner Kraft und lag vor dem unerbittlichen Angreifer auf dem Boden. Furcht und Grauen schlichen in die Herzen der bisher blindgläubigen Soldaten ein. Man fürchtete das kommende Frühjahr. Denn wenn es bisher nicht gelang, den Deutschen zu besiegen, da er nur zum Teil sich auf der Westfront zu stellen vermochte, wie sollte man jetzt noch

mit dem Siege rechnen, da die gesamte Kraft des unheimlichen Heldenstaates sich zum Angriff gegen den Westen zusammenzuballen schien?

Die Schatten der Südtiroler Berge legten sich beklemmend auf die Phantasie; bis in den flandrischen Nebel gaukelten die geschlagenen Heere Cadornas trübe Gesichter vor, und der Glaube an den Sieg wich der Furcht vor der kommenden Niederlage.

Da — als man aus den kühlen Nächten schon das gleichmäßige Rollen der anrückenden Sturmarmeen des deutschen Heeres zu vernehmen glaubte und in banger Sorge dem kommenden Gericht entgegenstarrte, da zuckte plötzlich ein grellrotes Licht aus Deutschland auf und warf den Schein bis in den letzten Granattrichter der feindlichen Front: im Augenblick, da die deutschen Divisionen den letzten Unterricht zum großen Angriff erhielten, brach in Deutschland der Generalstreik aus.

Zunächst war die Welt sprachlos. Dann aber stürzte sich die feindliche Propaganda erlöst aufatmend auf diese Hilfe in zwölfter Stunde. Mit einem Schlage war das Mittel gefunden, die sinkende Zuversicht der alliierten Soldaten wieder zu heben, die Wahrscheinlichkeit des Sieges aufs neue als sicher hinstellen zu lassen und die bange Sorge vor den kommenden Ereignissen in entschlossene Zuversicht umzuwandeln. Nun durfte man den des deutschen Angriffs harrenden Regimentern die Überzeugung in die größte Schlacht aller Zeiten mitgeben, daß nicht der Verwegenheit des deutschen Sturmes die Entscheidung über das Ende dieses Krieges zukomme, sondern der Ausdauer seiner Abwehr. Mochten die Deutschen nun Siege erringen soviel sie noch wollten, in ihrer Heimat stand die Revolution vor dem Einzug und nicht die siegreiche Armee.

Diesen Glauben begannen englische, französische und amerikanische Zeitungen in die Herzen ihrer Leser zu pflanzen, während eine unendlich geschickte Propaganda die Truppen der Front emporriß.

„Deutschland vor der Revolution! Der Sieg der Alliierten unaufhaltbar!“ Dies war die beste Medizin, um dem schwan-

kenden Poilu und Tommy auf die Beine zu helfen. Nun konnten Gewehre und Maschinengewehre noch einmal zum Feuern gebracht werden, und an Stelle einer in panischem Schrecken davonjagenden Flucht trat hoffnungsvoller Widerstand.

Dieses war das Ergebnis des Munitionsstreiks. Er stärkte den Siegesglauben der feindlichen Völker und behob die lähmende Verzweiflung der alliierten Front — in der Folge hatten Tausende von deutschen Soldaten dies mit ihrem Blute zu bezahlen. Die Urheber dieses niederträchtigsten Schurkenstreiches aber waren die Anwärter auf die höchsten Staatsstellen des Deutschlands der Revolution.

Wohl konnte auf deutscher Seite zunächst die sichtbare Rückwirkung dieser Tat scheinbar überwunden werden, auf der Seite des Gegners jedoch blieben die Folgen nicht aus. Der Widerstand hatte die Ziellosigkeit einer alles verlorengebenden Armee verloren, und an seine Stelle trat die Erbitterung eines Kampfes um den Sieg.

Denn der Sieg mußte nun nach menschlichem Ermessen kommen, wenn die Westfront dem deutschen Angriff auch nur wenige Monate standhielt. In den Parlamenten der Entente aber erkannte man die Möglichkeit der Zukunft und bewilligte unerhörte Mittel zur Fortführung der Propaganda zur Zersetzung Deutschlands.

*

Ich hatte das Glück, die beiden ersten und die letzte Offensive mitmachen zu können.

Es sind dies die ungeheuersten Eindrücke meines Lebens geworden; ungeheuer deshalb, weil nun zum letzten Male ähnlich wie im Jahre 1914 der Kampf den Charakter der Abwehr verlor und den des Angriffs übernahm. Ein Aufatmen ging durch die Gräben und Stollen des deutschen Heeres, als endlich nach mehr als dreijährigem Ausharren in der feindlichen Hölle der Tag der Vergeltung kam. Noch einmal jauchzten die siegreichen Bataillone, und die letzten Kränze unsterblichen Lorbeers hingen sie an die siegumwitterten Fahnen. Noch einmal brausten die Lieder des Vater-

landes die endlosen Marschkolonnen entlang zum Himmel empor, und zum letzten Male lächelte die Gnade des Herrn seinen undankbaren Kindern.

*

Im Hochsommer des Jahres 1918 lag dumpfe Schwüle über der Front. Die Heimat stritt sich. Um was? Man erzählte sich vieles in den einzelnen Truppenteilen des Feldheeres. Der Krieg wäre nun aussichtslos, und nur Narren könnten noch an den Sieg glauben. Das Volk besäße kein Interesse mehr am weiteren Aushalten, sondern nur mehr das Kapital und die Monarchie — dies kam aus der Heimat und wurde auch an der Front besprochen.

Sie reagierte zunächst nur sehr wenig darauf. Was ging uns das allgemeine Wahlrecht an? Hatten wir etwa deshalb vier Jahre lang gekämpft? Es war ein niederträchtiger Banditenstreich, auf solche Weise den toten Helden das Kriegsziel im Grabe noch zu stehlen. Nicht mit dem Rufe „Es lebe das allgemeine und geheime Wahlrecht" waren die jungen Regimenter einst in Flandern in den Tod gegangen, sondern mit dem Schreie „Deutschland über alles in der Welt". Ein kleiner, aber doch nicht ganz unbedeutender Unterschied. Die aber nach dem Wahlrecht riefen, waren zum größten Teil nicht dort gewesen, wo sie dieses nun erkämpfen wollten. Die Front kannte das ganze politische Parteipack nicht. Man sah die Herren Parlamentarier nur zu einem Bruchteil dort, wo die anständigen Deutschen, wenn sie nur gerade Glieder besaßen, sich damals aufhielten.

So war denn die Front in ihren alten Beständen für dieses neue Kriegsziel der Herren Ebert, Scheidemann, Barth, Liebknecht usw. nur sehr wenig empfänglich. Man verstand gar nicht, warum auf einmal die Drückeberger das Recht besitzen konnten, über das Heer hinweg sich die Herrschaft im Staate anzumaßen.

Meine persönliche Einstellung war von Anfang an fest: Ich haßte das ganze Pack dieser elenden, volksbetrüge-

rischen Parteilumpen auf das äußerste. Ich war mir längst darüber im klaren, daß es sich bei diesem Gelichter wahrlich nicht um das Wohl der Nation handelte, sondern um die Füllung leerer Taschen. Und daß sie jetzt selbst bereit waren, dafür das ganze Volk zu opfern und wenn nötig Deutschland zugrunde gehen zu lassen, machte sie in meinen Augen reif für den Strick. Auf ihre Wünsche Rücksicht nehmen, hieß die Interessen des arbeitenden Volkes zugunsten einer Anzahl von Taschendieben opfern, sie aber erfüllen konnte man nur dann, wenn man bereit war, Deutschland aufzugeben.

So aber dachten noch immer die weitaus meisten des kämpfenden Heeres. Nur der aus der Heimat kommende Nachschub wurde rapid schlechter und schlechter, so daß sein Kommen keine Verstärkung, sondern eine Schwächung der Kampfkraft bedeutete. Besonders der junge Nachschub war zum großen Teil wertlos. Es war oft nur schwer zu glauben, daß dies Söhne desselben Volkes sein sollten, das einst seine Jugend zum Kampf um Ypern ausgeschickt hatte.

Im August und September nahmen die Zersetzungserscheinungen immer schneller zu, trotzdem die feindliche Angriffswirkung mit dem Schrecken unserer Abwehrschlachten von einst nicht zu vergleichen war. Sommeschlacht und Flandern lagen demgegenüber grauenerregend in der Vergangenheit.

Ende September kam meine Division zum drittenmal an die Stellen, die wir einst als junge Kriegsfreiwilligen-Regimenter gestürmt hatten.

Welch eine Erinnerung!

Im Oktober und November 1914 hatten wir dort die Feuertaufe erhalten. Vaterlandsliebe im Herzen und Lieder auf den Lippen war unser junges Regiment in die Schlacht gegangen wie in den Tanz. Teuerstes Blut gab sich da freudig hin im Glauben, dem Vaterlande so seine Unabhängigkeit und Freiheit zu bewahren.

Im Juli 1917 betraten wir zum zweiten Male den für uns alle geheiligten Boden. Schlummerten doch in ihm die besten Kameraden, Kinder noch fast, die einst mit strah-

lenden Augen für das einzige teure Vaterland in den Tod hineingelaufen waren.

Wir Alten, die mit dem Regiment einst ausgezogen, standen in ehrfürchtiger Ergriffenheit an dieser Schwurstätte von „Treue und Gehorsam bis in den Tod“.

Diesen Boden, den das Regiment drei Jahre vorher gestürmt, sollte es nun in schwerer Abwehrschlacht verteidigen.

In dreiwöchigem Trommelfeuer bereitete der Engländer die große Flandernoffensive vor. Da schienen die Geister der Verstorbenen lebendig zu werden; das Regiment krallte sich in den schmutzigen Schlamm und biß sich hinein in die einzelnen Löcher und Krater und wich nicht und wankte nicht und wurde so wie schon einmal an dieser Stelle immer kleiner und dünner, bis der Angriff des Engländers am 31. Juli 1917 endlich losbrach.

In den ersten Augusttagen wurden wir abgelöst.

Aus dem Regiment waren einige Kompanien geworden: die schwankten schlammüberkrustet zurück, mehr Gespenstern als Menschen ähnlich. Allein außer einigen hundert Metern Granatlöchern hatte der Engländer sich nur den Tod geholt.

Nun, im Herbst des Jahres 1918, standen wir zum drittenmal auf dem Sturmboden von 1914. Unser einstiges Ruhestädtchen Comines war jetzt zum Kampffeld geworden. Freilich, wenn auch das Kampfgelände das gleiche war, die Menschen hatten sich geändert: es wurde nunmehr in der Truppe auch „politisiert“. Das Gift der Heimat begann wie überall, so auch hier wirksam zu werden. Der jüngere Nachschub aber versagte vollständig — er kam von zu Hause.

In der Nacht vom 13. zum 14. Oktober ging das englische Gasschießen auf der Südfront vor Ypern los; man verwendete dabei Gelbkreuz, das uns in der Wirkung noch unbekannt war, soweit es sich um die Erprobung am eigenen Leibe handelte. Ich sollte es noch in dieser Nacht selbst kennenlernen. Auf einem Hügel südlich von Wervick waren wir noch am Abend des 13. Oktober in ein mehrstündiges Trommelfeuer von Gasgranaten gekommen, das sich dann die ganze Nacht hindurch in mehr oder minder

heftiger Weise fortsetzte. Schon gegen Mitternacht schied ein Teil von uns aus, darunter einige Kameraden gleich für immer. Gegen Morgen erfaßte auch mich der Schmerz von Viertelstunde zu Viertelstunde ärger, und um sieben Uhr früh stolperte und schwankte ich mit brennenden Augen zurück, meine letzte Meldung im Kriege noch mitnehmend.

Schon einige Stunden später waren die Augen in glühende Kohlen verwandelt, es war finster um mich geworden.

So kam ich in das Lazarett Pasewalk in Pommern, und dort mußte ich — die Revolution erleben!

*

Es lag etwas Unbestimmtes, aber Widerliches schon lange in der Luft. Man erzählte sich, daß es in den nächsten Wochen „los" gehe — ich vermochte mir nur nicht vorzustellen, was darunter zu verstehen sei. Ich dachte in erster Linie an einen Streik, ähnlich dem des Frühjahrs. Ungünstige Gerüchte kamen dauernd aus der Marine, in der es gären sollte. Allein auch dieses schien mir mehr die Ausgeburt der Phantasie einzelner Burschen als Angelegenheit größerer Massen zu sein. Im Lazarett selbst redete wohl jeder von der hoffentlich doch bald herbeieilenden Beendigung des Krieges, allein auf ein „Sofort" rechnete niemand. Zeitungen konnte ich nicht lesen.

Im November nahm die allgemeine Spannung zu.

Und dann brach eines Tages plötzlich und unvermittelt das Unglück herein. Matrosen kamen auf Lastkraftwagen und riefen zur Revolution auf, ein paar Judenjungen waren die „Führer" in diesem Kampfe um die „Freiheit, Schönheit und Würde" unseres Volksdaseins. Keiner von ihnen war an der Front gewesen. Auf dem Umweg eines sogenannten „Tripperlazaretts" waren die drei Orientalen aus der Etappe der Heimat zurückgegeben worden. Nun zogen sie in ihr den roten Fetzen auf.

Mir war es in der letzten Zeit etwas besser ergangen. Der bohrende Schmerz in den Augenhöhlen ließ nach; es gelang mir langsam, meine Umgebung in groben Umrissen

wieder unterscheiden zu lernen. Ich durfte Hoffnung hegen, wenigstens so weit wieder sehend zu werden, um später irgendeinem Berufe nachgehen zu können. Freilich, daß ich jemals wieder würde zeichnen können, durfte ich nicht mehr hoffen. So befand ich mich immerhin auf dem Wege der Besserung, als das Ungeheuerliche geschah.

Meine erste Hoffnung war noch immer, daß es sich bei dem Landesverrat nur um eine mehr oder minder örtliche Sache handeln konnte. Ich versuchte auch einige Kameraden in dieser Richtung zu bestärken. Besonders meine bayerischen Lazarettgenossen waren dem mehr als zugänglich. Die Stimmung war da alles andere eher als „revolutionär". Ich konnte mir nicht vorstellen, daß auch in München der Wahnsinn ausbrechen würde. Die Treue zum ehrwürdigen Hause Wittelsbach schien mir denn doch fester zu sein als der Wille einiger Juden. So konnte ich nicht anders als glauben, daß es sich um einen Putsch der Marine handle, der in den nächsten Tagen niedergeschlagen werden würde.

Die nächsten Tage kamen, und mit ihnen die entsetzlichste Gewißheit meines Lebens. Immer drückender wurden nun die Gerüchte. Was ich für eine lokale Sache gehalten hatte, sollte eine allgemeine Revolution sein. Dazu kamen die schmachvollen Nachrichten von der Front. Man wollte kapitulieren. Ja, war so etwas überhaupt auch nur möglich?

Am 10. November kam der Pastor in das Lazarett zu einer kleinen Ansprache; nun erfuhren wir alles.

Ich war, auf das äußerste erregt, auch bei der kurzen Rede anwesend. Der alte, würdige Herr schien sehr zu zittern, als er uns mitteilte, daß das Haus Hohenzollern nun die deutsche Kaiserkrone nicht mehr tragen dürfe, daß das Vaterland „Republik" geworden sei, daß man den Allmächtigen bitten müsse, diesem Wandel seinen Segen nicht zu versagen und unser Volk in den kommenden Zeiten nicht verlassen zu wollen. Er konnte dabei wohl nicht anders, er mußte in wenigen Worten des königlichen Hauses gedenken, wollte dessen Verdienste in Pommern, in Preußen, nein um das deutsche Vaterland würdigen, und

— da begann er leise in sich hineinzuweinen — in dem kleinen Saale aber legte sich tiefste Niedergeschlagenheit wohl auf alle Herzen, und ich glaube, daß kein Auge die Tränen zurückhalten vermochte. Als aber der alte Herr weiter zu erzählen versuchte und mitzuteilen begann, daß wir den langen Krieg nun beenden müßten, ja daß unser Vaterland für die Zukunft, da der Krieg jetzt verloren wäre und wir uns in die Gnade der Sieger begäben, schweren Bedrückungen ausgesetzt sein würde, daß der Waffenstillstand im Vertrauen auf die Großmut unserer bisherigen Feinde angenommen werden sollte — da hielt ich es nicht mehr aus. Mir wurde es unmöglich, noch länger zu bleiben. Während es mir um die Augen wieder schwarz ward, tastete und taumelte ich zum Schlafsaal zurück, warf mich auf mein Lager und grub den brennenden Kopf in Decke und Kissen.

Seit dem Tage, da ich am Grabe der Mutter gestanden, hatte ich nicht mehr geweint. Wenn mich in meiner Jugend das Schicksal unbarmherzig hart anfaßte, wuchs mein Trotz. Als sich in den langen Kriegsjahren der Tod so manchen lieben Kameraden und Freund aus unseren Reihen holte, wäre es mir fast wie eine Sünde erschienen, zu klagen — starben sie doch für Deutschland! Und als mich endlich selbst — noch in den letzten Tagen des fürchterlichen Ringens — das schleichende Gas anfiel und sich in die Augen zu fressen begann, und ich unter dem Schrecken, für immer zu erblinden, einen Augenblick verzagen wollte, da donnerte mich die Stimme des Gewissens an: elender Jämmerling, du willst wohl heulen, während es Tausenden hundertmal schlechter geht als dir, und so trug ich denn stumpf und stumm mein Los. Nun aber konnte ich nicht mehr anders. Nun sah ich erst, wie sehr alles persönliche Leid versinkt gegenüber dem Unglück des Vaterlandes.

Es war also alles umsonst gewesen. Umsonst all die Opfer und Entbehrungen, umsonst der Hunger und Durst von manchmal endlosen Monaten, vergeblich die Stunden, in denen wir, von Todesangst umkrallt, dennoch unsere Pflicht taten, und vergeblich der Tod von zwei Millionen,

die dabei starben. Mußten sich nicht die Gräber all der Hunderttausende öffnen, die im Glauben an das Vaterland einst hinausgezogen waren, um niemals wiederzukehren? Mußten sie sich nicht öffnen und die stummen, schlamm- und blutbedeckten Helden als Rachegeister in die Heimat senden, die sie um das höchste Opfer, das auf dieser Welt der Mann seinem Volke zu bringen vermag, so hohnvoll betrogen hatte? Waren sie dafür gestorben, die Soldaten des Augusts und Septembers 1914, zogen dafür die Freiwilligen-Regimenter im Herbste desselben Jahres den alten Kameraden nach? Sanken dafür diese Knaben von siebzehn Jahren in die flandrische Erde? War dies der Sinn des Opfers, das die deutsche Mutter dem Vaterlande darbrachte, als sie mit wehem Herzen die liebsten Jungen damals ziehen ließ, um sie niemals wiederzusehen? Geschah dies alles dafür, daß nun ein Haufen elender Verbrecher die Hand an das Vaterland zu legen vermochte?

Hatte also dafür der deutsche Soldat im Sonnenbrand und Schneesturm hungernd, dürstend und frierend, müde von schlaflosen Nächten und endlosen Märschen ausgeharrt? Hatte er dafür in der Hölle des Trommelfeuers und im Fieber des Gaskampfes gelegen, ohne zu weichen, immer eingedenk der einzigen Pflicht, das Vaterland vor dem Einfall des Feindes zu bewahren?

Wahrlich, auch diese Helden verdienten einen Stein:

„Wanderer, der du nach Deutschland kommst, melde der Heimat, daß wir hier liegen, treu dem Vaterlande und gehorsam der Pflicht.“

Und die Heimat —?

Allein — war es nur das einzige Opfer, das wir zu wägen hatten? War das vergangene Deutschland weniger wert? Gab es nicht auch eine Verpflichtung der eigenen Geschichte gegenüber? Waren wir noch wert, den Ruhm der Vergangenheit auch auf uns zu beziehen? Wie aber war diese Tat der Zukunft zur Rechtfertigung zu unterbreiten?

Elende und verkommene Verbrecher!

Je mehr ich mir in dieser Stunde über das ungeheuere

Ereignis klarzuwerden versuchte, um so mehr brannte mir die Scham der Empörung und der Schande in der Stirn. Was war der ganze Schmerz der Augen gegen diesen Jammer?

Was folgte, waren entsetzliche Tage und noch bösere Nächte — ich wußte, daß alles verloren war. Auf die Gnade des Feindes zu hoffen, konnten höchstens Narren fertigbringen oder — Lügner und Verbrecher. In diesen Nächten wuchs mir der Haß, der Haß gegen die Urheber dieser Tat.

In den Tagen darauf wurde mir auch mein Schicksal bewußt. Ich mußte nun lachen bei dem Gedanken an meine eigene Zukunft, die mir vor kurzer Zeit noch so bittere Sorgen bereitet hatte. War es nicht zum Lachen, Häuser bauen zu wollen auf solchem Grunde? Endlich wurde mir auch klar, daß doch nur eingetreten war, was ich so oft schon befürchtete, nur gefühlsmäßig nie zu glauben vermochte.

Kaiser Wilhelm II. hatte als erster deutscher Kaiser den Führern des Marxismus die Hand zur Versöhnung gereicht, ohne zu ahnen, daß Schurken keine Ehre besitzen. Während sie die kaiserliche Hand noch in der ihren hielten, suchte die andere schon nach dem Dolche.

Mit dem Juden gibt es kein Paktieren, sondern nur das harte Entweder — Oder.

Ich aber beschloß, Politiker zu werden.

8. Kapitel

Beginn meiner politischen Tätigkeit

Noch Ende November 1918 kam ich nach München zurück. Ich fuhr wieder zum Ersatzbataillon meines Regiments, das sich in der Hand von „Soldatenräten" befand. Der ganze Betrieb war mir so widerlich, daß ich mich sofort entschloß, wenn möglich wieder fortzugehen. Mit einem treuen Feldzugskameraden, Schmiedt Ernst, kam ich nach Traunstein und blieb bis zur Auflösung des Lagers dort.

Im März 1919 gingen wir wieder nach München zurück.

Die Lage war unhaltbar und drängte zwangsläufig zu einer weiteren Fortsetzung der Revolution. Der Tod Eisners beschleunigte nur die Entwicklung und führte endlich zur Rätediktatur, besser ausgedrückt zu einer vorübergehenden Judenherrschaft, wie sie ursprünglich den Urhebern der ganzen Revolution als Ziel vor Augen schwebte.

In dieser Zeit jagten in meinem Kopfe endlose Pläne einander. Tagelang überlegte ich, was man nur überhaupt tun könne, allein, immer war das Ende jeder Erwägung die nüchterne Feststellung, daß ich als Namenloser selbst die geringste Voraussetzung zu irgendeinem zweckmäßigen Handeln nicht besaß. Auf die Gründe, warum ich auch damals mich nicht entschließen konnte, zu einer der bestehenden Parteien zu gehen, werde ich noch zu sprechen kommen.

Im Laufe der neuen Räterevolution trat ich zum ersten Male so auf, daß ich mir das Mißfallen des Zentralrates zuzog. Am 27. April 1919 früh morgens sollte ich verhaftet werden — die drei Burschen aber besaßen angesichts des vorgehaltenen Karabiners nicht den nötigen Mut und zogen wieder ab, wie sie gekommen waren.

Wenige Tage nach der Befreiung Münchens wurde ich zur Untersuchungskommission über die Revolutionsvorgänge beim 2. Infanterie-Regiment kommandiert.

Dies war meine erste mehr oder weniger rein politische aktive Tätigkeit.

Schon wenige Wochen darauf erhielt ich den Befehl, an einem „Kurs" teilzunehmen, der für Angehörige der Wehrmacht abgehalten wurde. In ihm sollte der Soldat bestimmte Grundlagen zu staatsbürgerlichem Denken erhalten. Für mich lag der Wert der ganzen Veranstaltung darin, daß ich nun die Möglichkeit erhielt, einige gleichgesinnte Kameraden kennenzulernen, mit denen ich die augenblickliche Lage gründlich durchzusprechen vermochte. Wir waren alle mehr oder minder fest überzeugt, daß Deutschland durch die Parteien des Novemberverbrechens, Zentrum und Sozialdemokratie, nicht mehr aus dem heranreifenden Zusammenbruche gerettet werden würde, daß aber auch die sogenannten „bürgerlich-nationalen" Gebilde selbst bei bestem Wollen niemals mehr gutzumachen verständen, was geschehen. Hier fehlte eine ganze Reihe von Voraussetzungen, ohne die eine solche Arbeit eben nicht gelingen konnte. Die Folgezeit hat unserer damaligen Ansicht recht gegeben.

So wurde denn in unserem kleinen Kreise die Bildung einer neuen Partei erörtert. Die Grundgedanken, die uns dabei vorschwebten, waren dieselben, die dann später in der „Deutschen Arbeiterpartei" zur Verwirklichung kamen. Der Name der neuzugründenden Bewegung mußte von Anfang an die Möglichkeit bieten, an die breite Masse heranzukommen; denn ohne diese Eigenschaft schien die ganze Arbeit zwecklos und überflüssig. So kamen wir auf den Namen „Sozialrevolutionäre Partei"; dies deshalb, weil ja die sozialen Anschauungen der neuen Gründung tatsächlich eine Revolution bedeuteten.

Der tiefere Grund hierzu lag aber in folgendem:

Wie sehr ich mich auch schon früher mit wirtschaftlichen Problemen beschäftigt hatte, so war es doch mehr oder weniger immer in den Grenzen geblieben, die sich aus der

Betrachtung der sozialen Fragen an sich ergaben. Erst später erweiterte sich dieser Rahmen infolge der Prüfung der deutschen Bündnispolitik. Sie war ja zu einem sehr großen Teil das Ergebnis einer falschen Einschätzung der Wirtschaft sowohl wie der Unklarheit über die möglichen Grundlagen einer Ernährung des deutschen Volkes in der Zukunft. Alle diese Gedanken aber fußten noch auf der Meinung, daß das Kapital in jedem Falle nur das Ergebnis der Arbeit wäre und mithin, wie diese selbst, der Korrektur all jener Faktoren unterläge, die die menschliche Tätigkeit entweder zu fördern oder zu hemmen vermögen. Darin läge dann auch die nationale Bedeutung des Kapitals, daß es selber so vollständig von Größe, Freiheit und Macht des Staates, also der Nation, abhänge, daß diese Gebundenheit allein schon zu einer Förderung des Staates und der Nation von seiten dieses Kapitals führen müsse, aus dem einfachen Trieb der Selbsterhaltung bzw. der Weitervermehrung heraus. Dieses Angewiesensein des Kapitals auf den unabhängigen freien Staat zwänge dieses also seinerseits, für diese Freiheit, Macht, Stärke usw. der Nation einzutreten.

Damit war auch die Aufgabe des Staates dem Kapital gegenüber eine verhältnismäßig einfache und klare: er hatte nur dafür zu sorgen, daß es Dienerin des Staates bliebe und sich nicht einbilde, Herrin der Nation zu sein. Diese Stellungnahme konnte sich dann in zwei Grenzlinien halten: Erhaltung einer lebensfähigen nationalen und unabhängigen Wirtschaft auf der einen Seite, Sicherung der sozialen Rechte der Arbeitnehmer auf der anderen.

Den Unterschied dieses reinen Kapitals als letztes Ergebnis der schaffenden Arbeit gegenüber einem Kapital, dessen Existenz und Wesen ausschließlich auf Spekulation beruhen, vermochte ich früher noch nicht mit der wünschenswerten Klarheit zu erkennen. Es fehlte mir hierzu die erste Anregung, die eben nicht an mich herankam.

Dieses wurde nun auf das gründlichste besorgt von einem der verschiedenen in dem schon erwähnten Kurse vortragenden Herren: Gottfried Feder.

Zum ersten Male in meinem Leben vernahm ich eine prinzipielle Auseinandersetzung mit dem internationalen Börsen- und Leihkapital.

Nachdem ich den ersten Vortrag Feders angehört hatte, zuckte mir auch sofort der Gedanke durch den Kopf, nun den Weg zu einer der wesentlichsten Voraussetzungen zur Gründung einer neuen Partei gefunden zu haben.

*

Das Verdienst Feders beruhte in meinen Augen darin, mit rücksichtsloser Brutalität den ebenso spekulativen wie volkswirtschaftlichen Charakter des Börsen- und Leihkapitals festgelegt, seine urewige Voraussetzung des Zinses aber bloßgelegt zu haben. Seine Ausführungen waren in allen grundsätzlichen Fragen so richtig, daß die Kritiker derselben von vorneherein weniger die theoretische Richtigkeit der Idee bestritten, als vielmehr die praktische Möglichkeit ihrer Durchführung anzweifelten. Allein was so in den Augen anderer eine Schwäche der Federschen Darlegungen war, bildete in den meinen ihre Stärke.

*

Die Aufgabe des Programmatikers ist nicht, die verschiedenen Grade der Erfüllbarkeit einer Sache festzustellen, sondern die Sache als solche klarzulegen; das heißt: er hat sich weniger um den Weg als das Ziel zu kümmern. Hierbei aber entscheidet die prinzipielle Richtigkeit einer Idee und nicht die Schwierigkeit ihrer Durchführung. Sowie der Programmatiker versucht, an Stelle der absoluten Wahrheit der sogenannten „Zweckmäßigkeit" und „Wirklichkeit" Rechnung zu tragen, wird seine Arbeit aufhören, ein Polarstern der suchenden Menschheit zu sein, um statt dessen zu einem Rezept des Alltags zu werden. Der Programmatiker einer Bewegung hat das Ziel derselben festzulegen, der Politiker seine Erfüllung anzustreben. Der eine wird demgemäß in seinem Denken von der ewigen Wahrheit bestimmt, der andere in seinem Handeln mehr von der jeweiligen praktischen Wirklichkeit. Die Größe des einen

liegt in der absoluten abstrakten Richtigkeit seiner Idee, die des anderen in der richtigen Einstellung zu den gegebenen Tatsachen und einer nützlichen Verwendung derselben, wobei ihm als Leitstern das Ziel des Programmatikers zu dienen hat. Während man als Prüfstein für die Bedeutung eines Politikers den Erfolg seiner Pläne und Taten ansehen darf, das heißt also das Zur-Wirklichkeit-Werden derselben, kann die Verwirklichung der letzten Absicht des Programmatikers nie erfolgen, da wohl der menschliche Gedanke Wahrheiten zu erfassen, kristallklare Ziele aufzustellen vermag, allein die restlose Erfüllung derselben an der allgemein menschlichen Unvollständigkeit und Unzulänglichkeit scheitern wird. Je abstrakt richtiger und damit gewaltiger die Idee sein wird, um so unmöglicher bleibt deren vollständige Erfüllung, solange sie nun einmal von Menschen abhängt. Daher darf auch die Bedeutung des Programmatikers nicht an der Erfüllung seiner Ziele gemessen werden, sondern an der Richtigkeit derselben und dem Einfluß, den sie auf die Entwicklung der Menschheit genommen haben. Wäre es anders, dürften nicht die Begründer von Religionen zu den größten Menschen auf dieser Erde gerechnet werden, da ja die Erfüllung ihrer ethischen Absichten niemals eine auch nur annähernd vollständige sein wird. Selbst die Religion der Liebe ist in ihrem Wirken nur ein schwacher Abglanz des Wollens ihres erhabenen Begründers; allein ihre Bedeutung liegt in der Richtung, die sie einer allgemeinen menschlichen Kultur-, Sittlichkeits- und Moralentwicklung zu geben versuchte.

Die überaus große Verschiedenheit der Aufgaben des Programmatikers und des Politikers ist auch die Ursache, warum fast nie eine Vereinigung von beiden in einer Person zu finden ist. Es gilt dies besonders vom sogenannten „erfolgreichen" Tätigkeit kleinen Formats, dessen Tätigkeit zumeist wirklich nur eine „Kunst des Möglichen" ist, wie Bismarck die Politik überhaupt etwas bescheiden bezeichnete. Je freier ein solcher „Politiker" sich von großen Ideen hält, um so leichter und häufig auch sichtbarer, immer jedoch schneller, werden seine Erfolge sein. Freilich, sie sind damit

auch der irdischen Vergänglichkeit geweiht und überleben manchmal nicht den Tod ihrer Väter. Das Werk solcher Politiker ist im großen und ganzen für die Nachwelt bedeutungslos, da ihre Erfolge in der Gegenwart ja nur auf dem Fernhalten aller wirklich großen und einschneidenden Probleme und Gedanken beruhen, die als solche auch für die späteren Generationen von Wert gewesen sein würden.

Die Durchführung derartiger Ziele, die noch für die fernsten Zeiten Wert und Bedeutung haben, ist für den Verfechter derselben meistens wenig lohnend und findet nur selten Verständnis bei der großen Masse, der Bier- und Milcherlässe zunächst besser einleuchten als weitschauende Zukunftspläne, deren Verwirklichung erst spät eintreten kann, deren Nutzen aber überhaupt erst der Nachwelt zugute kommt.

So wird schon aus einer gewissen Eitelkeit heraus, die immer eine Verwandte der Dummheit ist, die große Masse der Politiker sich fernhalten von allen wirklich schweren Zukunftsentwürfen, um nicht der Augenblickssympathie des großen Haufens verlustig zu gehen. Der Erfolg und die Bedeutung eines solchen Politikers liegen dann ausschließlich in der Gegenwart und sind für die Nachwelt nicht vorhanden. Die kleinen Köpfe pflegt dies ja auch wenig zu genieren; sie sind damit zufrieden.

Anders liegen die Verhältnisse bei dem Programmatiker. Seine Bedeutung liegt fast immer nur in der Zukunft, da er ja nicht selten das ist, was man mit dem Worte „weltfremd“ bezeichnet. Denn wenn die Kunst des Politikers wirklich als eine Kunst des Möglichen gilt, dann gehört der Programmatiker zu jenen, von denen es heißt, daß sie den Göttern nur gefallen, wenn sie Unmögliches verlangen und wollen. Er wird auf die Anerkennung der Gegenwart fast immer Verzicht zu leisten haben, erntet aber dafür, falls seine Gedanken unsterblich sind, den Ruhm der Nachwelt.

Innerhalb langer Perioden der Menschheit kann es einmal vorkommen, daß sich der Politiker mit dem Program-

matiker vermählt. Je inniger aber diese Verschmelzung ist, um so größer sind die Widerstände, die sich dem Wirken des Politikers dann entgegenstemmen. Er arbeitet nicht mehr für Erfordernisse, die jedem nächstbesten Spießbürger einleuchten, sondern für Ziele, die nur die wenigsten begreifen. Daher ist dann sein Leben zerrissen von Liebe und Haß. Der Protest der Gegenwart, die den Mann nicht begreift, ringt mit der Anerkennung der Nachwelt, für die er ja auch arbeitet.

Denn je größer die Werke eines Menschen für die Zukunft sind, um so weniger vermag sie die Gegenwart zu erfassen, um so schwerer ist auch der Kampf und um so seltener der Erfolg. Blüht er aber dennoch in Jahrhunderten Einem, dann kann ihn vielleicht in seinen späten Tagen schon ein leiser Schimmer des kommenden Ruhmes umstrahlen. Freilich sind diese Großen unr die Marathonläufer der Geschichte; der Lorbeerkranz der Gegenwart berührt nur mehr die Schläfen des sterbenden Helden.

Zu ihnen aber sind zu rechnen die großen Kämpfer auf dieser Welt, die, von der Gegenwart nicht verstanden, dennoch den Streit um ihre Ideen und Ideale durchzufechten bereit sind. Sie sind diejenigen, die einst am meisten dem Herzen des Volkes nahestehen werden; es scheint fast so, als fühlte jeder einzelne dann die Pflicht, an der Vergangenheit gutzumachen, was die Gegenwart einst an den Großen gesündigt hatte. Ihr Leben und Wirken wird in rührend dankbarer Bewunderung verfolgt und vermag besonders in trüben Tagen gebrochene Herzen und verzweifelnde Seelen wieder zu erheben.

Hierzu gehören aber nicht nur die wirklich großen Staatsmänner, sondern auch alle sonstigen großen Reformatoren. Neben Friedrich dem Großen stehen hier Martin Luther sowohl wie Richard Wagner.

Als ich den ersten Vortrag Gottfried Feders über die „Brechung der Zinsknechtschaft“ anhörte, wußte ich sofort, daß es sich hier um eine theoretische Wahrheit handelt, die von immenser Bedeutung für die Zukunft des deutschen Volkes werden müßte. Die scharfe Scheidung des Börsen-

kapitals von der nationalen Wirtschaft bot die Möglichkeit, der Verinternationalisierung der deutschen Wirtschaft entgegenzutreten, ohne zugleich mit dem Kampf gegen das Kapital überhaupt die Grundlage einer unabhängigen völkischen Selbsterhaltung zu bedrohen. Mir stand die Entwicklung Deutschlands schon viel zu klar vor Augen, als daß ich nicht gewußt hätte, daß der schwerste Kampf nicht mehr gegen die feindlichen Völker, sondern gegen das internationale Kapital ausgefochten werden mußte. In Feders Vortrag spürte ich eine gewaltige Parole für dieses kommende Ringen.

Und auch hier bewies die spätere Entwicklung, wie richtig unsere damalige Empfindung war. Heute werden wir nicht mehr verlacht von den Schlauköpfen unserer bürgerlichen Politiker; heute sehen selbst diese, soweit sie nicht bewußte Lügner sind, daß das internationale Börsenkapital nicht nur der größte Hetzer zum Kriege war, sondern gerade jetzt nach des Kampfes Beendigung nichts unterläßt, den Frieden zur Hölle zu verwandeln.

Der Kampf gegen das internationale Finanz- und Leihkapital ist zum wichtigsten Programmpunkt des Kampfes der deutschen Nation um ihre wirtschaftliche Unabhängigkeit und Freiheit geworden.

Was aber die Einwände der sogenannten Praktiker betrifft, so kann ihnen folgendes geantwortet werden: Alle Befürchtungen über die entsetzlichen wirtschaftlichen Folgen einer Durchführung der „Brechung der Zinsknechtschaft" sind überflüssig; denn erstens sind die bisherigen Wirtschaftsrezepte dem deutschen Volke sehr schlecht bekommen, die Stellungnahmen zu den Fragen der nationalen Selbstbehauptung erinnern uns sehr stark an die Gutachten ähnlicher Sachverständiger in früheren Zeiten, zum Beispiel des bayerischen Medizinalkollegiums anläßlich der Frage der Einführung der Eisenbahn. Alle Befürchtungen dieser erlauchten Korporation von damals sind später bekanntlich nicht eingetroffen: die Reisenden in den Zügen des neuen „Dampfrosses" wurden nicht schwindlig, die Zuschauer auch nicht krank, und auf die Bretterzäune, um die

neue Einrichtung unsichtbar zu machen, hat man verzichtet — nur die Bretterwände vor den Köpfen aller sogenannten „Sachverständigen“ blieben auch der Nachwelt erhalten.

Zweitens aber soll man sich folgendes merken: Jede und auch die beste Idee wird zur Gefahr, wenn sie sich einbildet, Selbstzweck zu sein, in Wirklichkeit jedoch nur ein Mittel zu einem solchen darstellt — für mich aber und alle wahrhaftigen Nationalsozialisten gibt es nur eine Doktrin: Volk und Vaterland.

Für was wir zu kämpfen haben, ist die Sicherung des Bestehens und der Vermehrung unserer Rasse und unseres Volkes, die Ernährung seiner Kinder und Reinhaltung des Blutes, die Freiheit und Unabhängigkeit des Vaterlandes, auf daß unser Volk zur Erfüllung der auch ihm vom Schöpfer des Universums zugewiesenen Mission heranzureifen vermag.

Jeder Gedanke und jede Idee, jede Lehre und alles Wissen haben diesem Zweck zu dienen. Von diesem Gesichtspunkte aus ist auch alles zu prüfen und nach seiner Zweckmäßigkeit zu verwenden oder abzulehnen. So kann keine Theorie zur tödlichen Doktrin erstarren, da alles ja nur dem Leben zu dienen hat.

So waren die Erkenntnisse Gottfried Feders die Veranlassung, mich in gründlicher Weise mit diesem mir bis dahin noch wenig vertrauten Gebiete überhaupt zu befassen.

Ich begann wieder zu lernen und kam nun erst recht zum Verständnis des Inhalts des Wollens der Lebensarbeit des Juden Karl Marx. Sein „Kapital“ wurde mir jetzt erst recht verständlich, genau so wie der Kampf der Sozialdemokratie gegen die nationale Wirtschaft, der nur den Boden für die Herrschaft des wirklich internationalen Finanz- und Börsenkapitals vorzubereiten hat.

*

Allein noch in einer anderen Hinsicht waren diese Kurse für mich von größter Folgewirkung.

Ich meldete mich eines Tages zur Aussprache. Einer der Teilnehmer glaubte, für die Juden eine Lanze brechen zu müssen, und begann sie in längeren Ausführungen zu verteidigen. Dies reizte mich zu einer Entgegnung. Die weitaus überwiegende Anzahl der anwesenden Kursteilnehmer stellte sich auf meinen Standpunkt. Das Ergebnis aber war, daß ich wenige Tage später dazu bestimmt wurde, zu einem damaligen Münchener Regiment als sogenannter „Bildungsoffizier" einzurücken.

Die Disziplin der Truppe war zu dieser Zeit noch ziemlich schwach. Sie litt unter den Nachwirkungen der Soldatenratsperiode. Nur ganz langsam und vorsichtig konnte man dazu übergehen, an Stelle des „freiwilligen" Gehorsams — wie man den Saustall unter Kurt Eisner so schön zu bezeichnen pflegte — wieder die militärische Disziplin und Unterordnung einzuführen. Ebenso sollte die Truppe selber national und vaterländisch fühlen und denken lernen. In diesen beiden Richtungen lagen die Gebiete meiner neuen Tätigkeit.

Ich begann mit aller Lust und Liebe. Bot sich mir doch jetzt mit einem Male die Gelegenheit, vor einer größeren Zuhörerschaft zu sprechen; und was ich früher immer, ohne es zu wissen, aus dem reinen Gefühl heraus einfach angenommen hatte, traf nun ein: ich konnte „reden". Auch die Stimme war schon soviel besser geworden, daß ich wenigstens in kleinen Mannschaftszimmern überall genügend verständlich blieb.

Keine Aufgabe konnte mich glücklicher machen als diese, denn nun vermochte ich noch vor meiner Entlassung in der Institution nützliche Dienste zu leisten, die mir unendlich am Herzen gelegen hatte: im Heere.

Ich durfte auch von Erfolg sprechen: Viele Hunderte, ja wohl Tausende von Kameraden habe ich im Verlaufe meiner Vorträge wieder zu ihrem Volk und Vaterland zurückgeführt. Ich „nationalisierte" die Truppe und konnte auf diesem Wege auch mithelfen, die allgemeine Disziplin zu stärken.

Wieder lernte ich dabei eine Anzahl von gleichgesinnten Kameraden kennen, die später mit den Grundstock der neuen Bewegung zu bilden begannen.

9. Kapitel

Die „Deutsche Arbeiterpartei"

Eines Tages erhielt ich von der mir vorgesetzten Dienststelle den Befehl, nachzusehen, was es für eine Bewandtnis mit einem anscheinend politischen Verein habe, der unter dem Namen „Deutsche Arbeiterpartei" in den nächsten Tagen eine Versammlung abzuhalten beabsichtige, und in der ebenfalls Gottfried Feder sprechen sollte; ich müßte hingehen und mir den Verband einmal ansehen und dann Bericht erstatten.

Die Neugierde, die von seiten des Heeres damals den politischen Parteien entgegengebracht wurde, war mehr als verständlich. Die Revolution hatte dem Soldaten das Recht der politischen Betätigung gegeben, von dem nun auch gerade die Unerfahrensten den reichlichsten Gebrauch machten. Erst in dem Augenblick, da Zentrum und Sozialdemokratie zum eigenen Leidwesen erkennen mußten, daß die Sympathien der Soldaten sich von den revolutionären Parteien weg der nationalen Bewegung und Wiedererhebung zuzuwenden begannen, sah man sich veranlaßt, der Truppe das Wahlrecht wieder zu entziehen und die politische Betätigung zu untersagen.

Daß Zentrum und Marxismus zu dieser Maßnahme griffen, war einleuchtend, denn würde man diese Beschneidung der „staatsbürgerlichen Rechte" — wie man die politische Gleichberechtigung des Soldaten nach der Revolution nannte — nicht vorgenommen haben, hätte es schon wenige Jahre später keinen Novemberstaat, aber damit auch keine weitere nationale Entehrung und Schande mehr gegeben. Die Truppe war damals auf dem besten Wege, der Nation ihre Blutsauger und Handlanger der Entente im

Innern vom Halse zu schaffen. Daß aber auch die sogenannten „nationalen" Parteien begeistert für die Korrektur der bisherigen Anschauungen der Novemberverbrecher stimmten und so mithalfen, das Instrument einer nationalen Erhebung unschädlich zu machen, zeigte wieder, wohin die immer nur doktrinären Vorstellungen dieser Harmlosesten der Harmlosen zu führen vermögen. Dieses wirklich an geistiger Altersschwäche krankende Bürgertum war allen Ernstes der Meinung, daß die Armee wieder das werde, was sie war, nämlich ein Hort deutscher Wehrhaftigkeit, während Zentrum und Marxismus ihr nur den gefährlichen nationalen Giftzahn auszubrechen gedachten, ohne den nun aber einmal eine Armee ewig Polizei bleibt, jedoch keine Truppe ist, die vor dem Feind zu kämpfen vermag; etwas, was sich in der Folgezeit wohl zur Genüge bewiesen hat.

Oder glaubten etwa unsere „nationalen Politiker", daß die Entwicklung der Armee anders als eine nationale hätte sein können? Das sähe diesen Herren verflucht ähnlich und kommt davon, wenn man im Kriege, statt Sodat zu sein, Schwätzer, also Parlamentarier ist und keine Ahnung mehr hat, was in der Brust von Männern vorgehen mag, die die gewaltigste Vergangenheit erinnert, einst die ersten Soldaten der Welt gewesen zu sein.

So entschloß ich mich, in die schon erwähnte Versammlung dieser mir bis dahin ebenfalls noch ganz unbekannten Partei zu gehen.

Als ich abends in das für uns später historisch gewordene „Leiberzimmer" des ehemaligen Sterneckerbräues in München kam, traf ich dort etwa 20—25 Anwesende, hauptsächlich aus den unteren Schichten der Bevölkerung.

Der Vortrag Feders war mir schon von den Kursen her bekannt, so daß ich mich mehr der Betrachtung des Vereines selber widmen konnte.

Der Eindruck auf mich war weder gut noch schlecht; eine Neugründung, wie eben so viele andere auch. Es war gerade damals die Zeit, in der sich jeder berufen fühlte, eine neue Partei aufzumachen, der mit der bisherigen Entwick-

lung nicht zufrieden war und zu den gegebenen Parteien kein Vertrauen mehr besaß. So schossen denn überall diese Vereine nur so aus dem Boden, um nach einiger Zeit sang- und klanglos wieder zu verschwinden. Die Begründer besaßen zumeist keine Ahnung davon, was es heißt, aus einem Verein eine Partei oder gar eine Bewegung zu machen. So erstickten diese Gründungen fast immer von selbst in ihrer lächerlichen Spießerhaftigkeit.

Nicht anders beurteilte ich nach etwa zweistündigem Zuhören die „Deutsche Arbeiterpartei“. Als Feder endlich schloß, war ich froh. Ich hatte genug gesehen und wollte schon gehen, als die nun verkündete freie Aussprache mich doch bewog, noch zu bleiben. Allein auch hier schien alles bedeutungslos zu verlaufen, bis plötzlich ein „Professor“ zu Worte kam, der erst an der Richtigkeit der Federschen Gründe zweifelte, sich dann aber — nach einer sehr guten Erwiderung Feders — plötzlich auf den „Boden der Tatsachen“ stellte, nicht aber ohne der jungen Partei auf das angelegentlichste zu empfehlen, als besonders wichtigen Programmpunkt den Kampf um die „Lostrennung“ Bayerns von „Preußen“ aufzunehmen. Der Mann behauptete mit frecher Stirne, daß in diesem Falle sich besonders Deutschösterreich sofort an Bayern anschließen würde, daß der Friede dann viel besser würde und ähnlichen Unsinn mehr. Da konnte ich denn nicht anders, als mich ebenfalls zum Wort zu melden und dem gelahrten Herrn meine Meinung über diesen Punkt zu sagen — mit dem Erfolge, daß der Herr Vorredner, noch ehe ich fertig war, wie ein begossener Pudel das Lokal verließ. Als ich sprach, hatte man mit erstaunten Gesichtern zugehört, und erst als ich mich anschickte, der Versammlung gute Nacht zu sagen und mich zu entfernen, kam mir noch ein Mann nachgesprungen, stellte sich vor (ich hatte den Namen gar nicht richtig verstanden) und drückte mir ein kleines Heftchen, ersichtlich eine politische Broschüre, in die Hand, mit der dringenden Bitte, dies doch ja zu lesen.

Das war mir sehr angenehm, denn nun durfte ich hoffen, vielleicht auf einfachere Weise den langweiligen Verein

kennenzulernen, ohne noch weiterhin so interessante Versammlungen besuchen zu müssen. Im übrigen hatte dieser augenscheinliche Arbeiter auf mich einen guten Eindruck gemacht. Damit also ging ich.

Ich wohnte zu jener Zeit noch in der Kaserne des 2. Infanterieregiments, in einem kleinen Stübchen, das die Spuren der Revolution noch sehr deutlich an sich trug. Tagsüber war ich fort, meistens bei dem Schützenregiment 41 oder auch in Versammlungen, auf Vorträgen bei irgendeinem anderen Truppenteil usw. Nur nachts schlief ich in meiner Behausung. Da ich jeden Morgen früh schon vor 5 Uhr aufzuwachen pflegte, hatte ich mir die Spielerei angewöhnt, den Mäuslein, die in der kleinen Stube ihre Unterhaltung trieben, ein paar Stücklein harte Brotreste oder -rinden auf den Fußboden zu legen und nun zuzusehen, wie sich die possierlichen Tierchen um diese paar Leckerbissen herumjagten. Ich hatte in meinem Leben schon soviel Not gehabt, daß ich mir den Hunger und daher auch das Vergnügen der kleinen Wesen nur zu gut vorzustellen vermochte.

Auch am Morgen nach dieser Versammlung lag ich gegen 5 Uhr wach in der Klappe und sah dem Treiben und Gehusche zu. Da ich nicht mehr einschlafen konnte, erinnerte ich mich plötzlich des vergangenen Abends, und nun fiel mir das Heft ein, das mir der eine Arbeiter mitgegeben hatte. So begann ich zu lesen. Es war eine kleine Broschüre, in der der Verfasser, eben dieser Arbeiter, schilderte, wie er aus dem Wirrwarr marxistischer und gewerkschaftlicher Phrasen wieder zu nationalem Denken gelangte; daher auch der Titel „Mein politisches Erwachen". Da ich erst angefangen hatte, las ich das Schriftchen mit Interesse durch; spiegelte sich ja in ihm ein Vorgang ab, den ich ähnlich zwölf Jahre vorher am eigenen Leibe auch durchzumachen hatte. Unwillkürlich sah ich meine eigene Entwicklung wieder vor mir lebendig werden. Ich dachte im Laufe des Tages noch einige Male über die Sache nach und wollte sie endlich schon wieder beiseite legen, als ich noch keine Woche später zu meinem Erstaunen eine Postkarte erhielt des Inhalts, daß ich in

die Deutsche Arbeiterpartei aufgenommen wäre: ich möchte mich dazu äußern und deshalb am nächsten Mittwoch zu einer Ausschußsitzung dieser Partei kommen.

Ich war über diese Art, Mitglieder zu „gewinnen“, allerdings mehr als erstaunt und wußte nicht, ob ich mich darüber ärgern oder ob ich dazu lachen sollte. Ich dachte ja gar nicht daran, zu einer fertigen Partei zu gehen, sondern wollte meine eigene gründen. Dieses Ansinnen kam für mich wirklich nicht in Frage.

Schon wollte ich meine Antwort den Herren schriftlich zugehen lassen, als die Neugierde siegte und ich mich entschloß, am festgelegten Tage zu erscheinen, um meine Gründe mündlich auseinanderzusetzen.

Der Mittwoch kam. Der Gasthof, in dem die bewußte Sitzung stattfinden sollte, war das „Alte Rosenbad“ in der Herrnstraße; ein sehr ärmliches Lokal, in das sich nur alle heiligen Zeiten jemand zu verirren schien. Kein Wunder im Jahre 1919, da der Speisezettel auch der größeren Gaststätten nur sehr bescheiden und dürftig anzulocken vermochte. Diese Wirtschaft aber kannte ich bis dorthin überhaupt nicht.

Ich ging durch das schlecht beleuchtete Gastzimmer, in dem kein Mensch saß, suchte die Türe zum Nebenraum und hatte dann die „Tagung“ vor mir. Im Zwielicht einer halb demolierten Gaslampe saßen an einem Tisch vier junge Menschen, darunter auch der Verfasser der kleinen Broschüre, der mich sofort auf das freudigste begrüßte und als neues Mitglied der Deutschen Arbeiterpartei willkommen hieß.

Ich war nun doch etwas verblüfft. Da mir mitgeteilt wurde, daß der eigentliche „Reichsvorsitzende“ erst komme, so wollte ich auch mit meiner Erklärung noch warten. Endlich erschien dieser. Es war der Leitende der Versammlung im Sterneckerbräu anläßlich des Federschen Vortrags.

Ich war unterdessen wieder neugierig geworden und harrte der Dinge, die da kommen sollten. Nun lernte ich wenigstens die Namen der einzelnen Herren kennen. Der Vorsitzende der „Reichsorganisation“ war ein Herr Harrer, der von München Anton Drexler.

Es wurde nun das Protokoll der letzten Sitzung verlesen und dem Schriftführer das Vertrauen ausgesprochen. Dann kam der Kassenbericht an die Reihe — es befanden sich in dem Besitze des Vereins insgesamt 7 Mark und 50 Pfennig —, wofür der Kassier die Versicherung allseitigen Vertrauens erhielt. Dies wurde wieder zu Protokoll gebracht. Dann kamen vom 1. Vorsitzenden die Antworten auf einen Brief aus Kiel, einen aus Düsseldorf und einen aus Berlin zur Verlesung, alles war mit ihnen einverstanden. Nun wurde der Einlauf mitgeteilt: ein Brief aus Berlin, einer aus Düsseldorf und einer aus Kiel, deren Ankunft mit großer Befriedigung aufgenommen zu werden schien. Man erklärte diesen steigenden Briefverkehr als bestes und sichtbares Zeichen der umsichgreifenden Bedeutung der „Deutschen Arbeiterpartei“, und dann — dann fand eine lange Beratung über die zu erteilenden neuen Antworten statt.

Fürchterlich, fürchterlich. Das war ja eine Vereinsmeierei allerärgster Art und Weise. In diesen Klub also sollte ich eintreten?

Dann kamen die Neuaufnahmen zur Sprache, das heißt es kam meine Einfangung zur Behandlung.

Ich begann nun zu fragen — jedoch außer einigen Leitsätzen war nichts vorhanden, kein Programm, kein Flugblatt, überhaupt nichts Gedrucktes, keine Mitgliedskarten, ja nicht einmal ein armseliger Stempel, nur ersichtlich guter Glaube und guter Wille.

Mir war das Lächeln wieder vergangen, denn was war dies anderes als das typische Zeichen der vollkommenen Ratlosigkeit und des gänzlichen Verzagtseins über alle die bisherigen Parteien, ihre Programme, ihre Absichten und ihre Tätigkeit? Was diese paar jungen Menschen da zusammentrieb zu einem äußerlich so lächerlichen Tun, war doch nur der Ausfluß ihrer inneren Stimme, die ihnen, wohl mehr gefühlsmäßig als bewußt, das ganze bisherige Parteiwesen als nicht mehr geeignet zu einer Erhebung der deutschen Nation sowie zur Heilung ihrer inneren Schäden erscheinen ließ. Ich las mir schnell die Leitsätze durch, die in Maschinenschrift vorlagen, und ersah auch aus ihnen mehr

ein Suchen als ein Wissen. Vieles war da verschwommen oder unklar, manches fehlte, aber nichts war vorhanden, das nicht wieder als Zeichen einer ringenden Erkenntnis hätte gelten können.

Was diese Menschen empfanden, das kannte auch ich: es war die Sehnsucht nach einer neuen Bewegung, die mehr sein sollte als Partei im bisherigen Sinne des Wortes.

Als ich an diesem Abend wieder nach der Kaserne ging, hatte ich mir mein Urteil über diesen Verein schon gebildet.

Ich stand vor der wohl schwersten Frage meines Lebens: sollte ich hier beitreten, oder sollte ich ablehnen?

Die Vernunft konnte nur zur Ablehnung raten, das Gefühl aber ließ mich nicht zur Ruhe kommen, und je öfter ich mir die Unsinnigkeit dieses ganzen Klubs vor Augen zu halten versuchte, um so öfter sprach wieder das Gefühl dafür.

In den nächsten Tagen war ich ruhelos.

Ich begann hin und her zu überlegen. Mich politisch zu betätigen, war ich schon längst entschlossen; daß dies nur in einer neuen Bewegung zu geschehen vermochte, war mir ebenso klar, nur der Anstoß zur Tat hatte mir bis dahin immer noch gefehlt. Ich gehöre nicht zu den Menschen, die heute etwas beginnen, um morgen wieder zu enden und wenn möglich zu einer neuen Sache überzugehen. Gerade diese Überzeugung war aber mit der Hauptgrund, warum ich mich so schwer zu einer solchen neuen Gründung zu entschließen vermochte, die entweder alles werden mußte oder sonst zweckmäßigerweise überhaupt unterblieb. Ich wußte, daß dies für mich eine Entscheidung für immer werden würde, bei der es ein „Zurück" niemals mehr geben könnte. Für mich war es dann keine vorübergehende Spielerei, sondern blutiger Ernst. Ich habe schon damals immer eine instinktive Abneigung gegenüber Menschen besessen, die alles beginnen, ohne auch nur etwas durchzuführen. Diese Hansdampfe in allen Gassen waren mir verhaßt. Ich hielt die Tätigkeit dieser Leute für schlechter als Nichtstun.

Das Schicksal selbst schien mir jetzt einen Fingerzeig zu geben. Ich wäre nie zu einer der bestehenden großen Parteien gegangen und werde die Gründe dafür noch näher

klarlegen. Diese lächerliche kleine Schöpfung mit ihren paar Mitgliedern schien mir den einen Vorzug zu besitzen, noch nicht zu einer „Organisation" erstarrt zu sein, sondern die Möglichkeit einer wirklichen persönlichen Tätigkeit dem einzelnen freizustellen. Hier konnte man noch arbeiten, und je kleiner die Bewegung war, um so eher war sie noch in die richtige Form zu bringen. Hier konnte noch der Inhalt, das Ziel und der Weg bestimmt werden, was bei den bestehenden großen Parteien von Anfang an schon wegfiel.

Je länger ich nachzudenken versuchte, um so mehr wuchs in mir die Überzeugung, daß gerade aus einer solchen kleinen Bewegung heraus dereinst die Erhebung der Nation vorbereitet werden konnte — niemals aber mehr aus den viel zu sehr an alten Vorstellungen hängenden oder gar am Nutzen des neuen Regiments teilnehmenden politischen Parlamentsparteien. Denn was hier verkündet werden mußte, war eine neue Weltanschauung und nicht eine neue Wahlparole.

Allerdings ein unendlich schwerer Entschluß, diese Absicht in die Wirklichkeit umsetzen zu wollen.

Welche Vorbedingungen brachte ich denn selber zu dieser Aufgabe mit?

Daß ich mittellos und arm war, schien mir noch das am leichtesten zu Ertragende zu sein, aber schwerer war es, daß ich nun einmal zu den Namenlosen zählte, einer von den Millionen war, die der Zufall eben leben läßt oder aus dem Dasein wieder ruft, ohne daß auch nur die nächste Umwelt davon Kenntnis zu nehmen geruht. Dazu kam noch die Schwierigkeit, die sich aus meinem Mangel an Schulen ergeben mußte.

Die sogenannte „Intelligenz" sieht ja ohnehin immer mit einer wahrhaft unendlichen Herablassung auf jeden herunter, der nicht durch die obligaten Schulen durchgezogen wurde und sich so das nötige Wissen einpumpen ließ. Die Frage lautet ja doch nie: was kann der Mensch, sondern was hat er gelernt? Diesen „Gebildeten" gilt der größte Hohlkopf, wenn er nur in genügend Zeugnisse eingewickelt ist, mehr als der hellste Junge, dem diese kostbaren Tüten

eben fehlen. Ich konnte mir also leicht vorstellen, wie mir diese „gebildete“ Welt entgegentreten würde, und habe mich dabei auch nur insofern getäuscht, als ich die Menschen damals doch noch für besser hielt, als sie leider in der nüchternen Wirklichkeit zum großen Teil sind. So wie sie sind, erstrahlen freilich die Ausnahmen, wie überall, immer heller. Ich aber lernte dadurch immer zwischen den ewigen Schülern und den wirklichen Könnern entscheiden.

Nach zweitägigem qualvollen Nachgrübeln und Überlegen kam ich endlich zur Überzeugung, den Schritt tun zu müssen.

Es war der entscheidendste Entschluß meines Lebens.

Ein Zurück konnte und durfte es nicht mehr geben.

So meldete ich mich als Mitglied der Deutschen Arbeiterpartei an und erhielt einen provisorischen Mitgliedsschein mit der Nummer: sieben.

10. Kapitel

Ursachen des Zusammenbruches

Die Tiefe des Falles irgendeines Körpers ist immer das Maß der Entfernung seiner augenblicklichen Lage von der ursprünglich eingenommenen. Dasselbe gilt auch über den Sturz von Völkern und Staaten. Damit aber kommt der vorherigen Lage oder besser Höhe eine ausschlaggebende Bedeutung zu. Nur was sich über die allgemeine Grenze zu erheben pflegt, kann auch ersichtlich tief fallen und stürzen. Das macht für jeden Denkenden und Fühlenden den Zusammenbruch des Reiches so schwer und entsetzlich, da er den Sturz aus einer Höhe brachte, die heute, angesichts des Jammers der jetzigen Erniedrigung, kaum mehr vorstellbar ist.

Schon die Begründung des Reiches schien umgoldet vom Zauber eines die ganze Nation erhebenden Geschehens. Nach einem Siegeslaufe ohnegleichen erwächst endlich als Lohn unsterblichen Heldentums den Söhnen und Enkeln ein Reich. Ob bewußt oder unbewußt, ganz einerlei, die Deutschen hatten alle das Gefühl, daß dieses Reich, das sein Dasein nicht dem Gemogel parlamentarischer Fraktionen verdankte, eben schon durch die erhabene Art der Gründung über das Maß sonstiger Staaten emporragte; denn nicht im Geschnatter einer parlamentarischen Redeschlacht, sondern im Donner und Dröhnen der Pariser Einschließungsfront vollzog sich der feierliche Akt einer Willensbekundung, daß die Deutschen, Fürsten und Volk, entschlossen seien, in Zukunft ein Reich zu bilden und aufs neue die Kaiserkrone zum Symbol zu erheben. Und nicht durch Meuchelmord war es geschehen, nicht Deserteure und Drückeberger waren die Begründer des Bismarckschen Staates, sondern die Regimenter der Front.

Diese einzige Geburt und feurige Taufe allein schon umwoben das Reich mit dem Schimmer eines historischen Ruhmes, wie er nur den ältesten Staaten — selten — zuteil zu werden vermochte.

Und welch ein Aufstieg setzte nun ein.

Die Freiheit nach Außen gab das tägliche Brot im Innern. Die Nation wurde reich an Zahl und irdischen Gütern. Die Ehre des Staates aber und mit ihr die des ganzen Volkes war gehütet und beschirmt durch ein Heer, das am sichtbarsten den Unterschied zum einstigen deutschen Bunde aufzuzeigen vermochte.

So tief ist der Sturz, der das Reich und das deutsche Volk trifft, daß alles wie von Schwindel erfaßt, zunächst Gefühl und Besinnung verloren zu haben scheint; man kann sich kaum mehr der früheren Höhe erinnern, so traumhaft unwirklich gegenüber dem heutigen Elend erscheint die damalige Größe und Herrlichkeit.

So ist es denn auch erklärlich, daß man nur zu sehr geblendet wird vom Erhabenen und dabei vergißt, nach den Vorzeichen des ungeheuren Zusammenbruchs zu suchen, die doch irgendwie schon vorhanden gewesen sein mußten.

Natürlich gilt das nur für die, denen Deutschland mehr war als ein reiner Aufenthaltsraum zum Geldverdienen und -verzehren, da ja nur sie den heutigen Zustand als Zusammenbruch zu empfinden vermögen, während er den anderen die längst ersehnte Erfüllung ihrer bisher ungestillten Wünsche ist.

Die Vorzeichen aber waren damals sichtbar vorhanden, wenn auch nur sehr wenige versuchten, aus ihnen eine gewisse Lehre zu ziehen.

Heute aber ist dies nötiger denn je.

So wie man zur Heilung einer Krankheit nur zu kommen vermag, wenn der Erreger derselben bekannt ist, so gilt das gleiche auch vom Heilen politischer Schäden. Freilich pflegt man die äußere Form einer Krankheit, ihre in das Auge stechende Erscheinung, leichter zu sehen und zu entdecken als die innere Ursache. Dies ist ja der Grund, warum so viele Menschen über die Erkenntnis äußerer

Wirkungen überhaupt nie hinauskommen und sie sogar mit der Ursache verwechseln, ja das Vorhandensein einer solchen am liebsten ganz zu leugnen versuchen. So sehen auch jetzt die meisten unter uns den deutschen Zusammenbruch in erster Linie nur in der allgemeinen wirtschaftlichen Not und den daraus sich ergebenden Folgen. Diese hat fast jeder persönlich mit zu tragen — ein triftiger Grund also zum Verstehen der Katastrophe für jeden einzelnen. Viel weniger aber sieht die große Masse den Zusammenbruch in politischer, kultureller, sittlich-moralischer Hinsicht. Hier versagen bei vielen das Gefühl und auch der Verstand vollkommen.

Daß dies bei der großen Masse so ist, mag noch hingehen, daß aber auch in Kreisen der Intelligenz der deutsche Zusammenbruch in erster Linie als „wirtschaftliche Katastrophe" angesehen und mithin die Heilung von der Wirtschaft erwartet wird, ist mit eine der Ursachen, warum es bisher gar nicht zu einer Genesung kommen konnte. Erst dann, wenn man begreift, daß auch hier der Wirtschaft nur die zweite oder gar dritte Rolle zufällt und politischen, sittlich-moralischen sowie blutsmäßigen Faktoren die erste, wird man zu einem Verstehen der Ursachen des heutigen Unglücks kommen und damit auch die Mittel und Wege zu einer Heilung zu finden vermögen.

Die Frage nach den Ursachen des deutschen Zusammenbruches ist mithin von ausschlaggebender Bedeutung, vor allem für eine politische Bewegung, deren Ziel ja eben die Überwindung der Niederlage sein soll.

Aber auch bei einem solchen Forschen in der Vergangenheit muß man sich sehr hüten, die mehr in das Auge springenden Wirkungen mit den weniger sichtbaren Ursachen zu verwechseln.

Die leichteste und daher auch am meisten verbreitete Begründung des heutigen Unglücks ist die, daß es sich dabei um die Folgen des eben verlorenen Krieges handle, mithin dieser die Ursache des jetzigen Unheils sei.

Es mag viele geben, die diesen Unsinn ernstlich glauben werden, es gibt aber noch mehr, aus deren Munde eine

solche Begründung nur Lüge und bewußte Unwahrheit sein kann. Dieses letztere gilt für alle heute an den Futterkrippen der Regierung Befindlichen. Denn haben nicht gerade die Verkünder der Revolution einst dem Volke immer wieder auf das angelegentlichste vorgehalten, daß es sich für die breite Masse ganz gleichbleibe, wie dieser Krieg ausgehe? Haben sie nicht im Gegenteil auf das ernsteste versichert, daß höchstens der „Großkapitalist“ ein Interesse an der siegreichen Beendigung des ungeheuren Völkerringens haben könne, niemals aber das deutsche Volk an sich oder gar der deutsche Arbeiter? Ja, erklärten denn diese Weltversöhnungsapostel nicht gerade im Gegenteil, daß durch die deutsche Niederlage nur der „Militarismus“ vernichtet, das deutsche Volk aber seine herrlichste Auferstehung feiern würde? Pries man denn nicht in diesen Kreisen die Güte der Entente und schob man dort nicht die Schuld des ganzen blutigen Ringens auf Deutschland? Hätte man es aber zu tun vermocht ohne die Erklärung, daß auch die militärische Niederlage für die Nation ohne besondere Folgen sein würde? War denn nicht die ganze Revolution mit der Phrase verbrämt, daß durch sie der Sieg der deutschen Fahne verhindert würde, dadurch aber das deutsche Volk seiner inneren und auch äußeren Freiheit erst recht entgegengehen werde?

War dies etwa nicht so, ihr elenden und verlogenen Burschen?

Es gehört schon eine wahrhaft jüdische Frechheit dazu, nun der militärischen Niederlage die Schuld am Zusammenbruch beizumessen, während das Zentralorgan aller Landesverräter, der Berliner „Vorwärts“, doch schrieb, daß das deutsche Volk dieses Mal seine Fahne nicht mehr siegreich nach Hause bringen dürfe!

Und jetzt soll es der Grund unseres Zusammenbruches sein?

Es wäre natürlich ganz wertlos, mit solchen vergeßlichen Lügnern streiten zu wollen, und ich würde deshalb auch gar keine Worte darüber verlieren, wenn nicht dieser Unsinn leider auch von so vielen völlig gedankenlosen Men-

schen nachgeplappert würde, ohne daß gerade Bosheit oder bewußte Unwahrhaftigkeit dazu die Veranlassung gäben. Weiter auch sollen diese Erörterungen für unsere Kämpfer der Aufklärung Hilfsmittel bieten, die ohnehin sehr nötig sind in einer Zeit, da einem das gesprochene Wort oft schon im Munde verdreht zu werden pflegt.

So ist zu der Behauptung, der verlorene Krieg trage die Schuld am deutschen Zusammenbruche, folgendes zu sagen:

Allerdings war der Verlust des Krieges von einer entsetzlichen Bedeutung für die Zukunft unseres Vaterlandes, allein sein Verlust ist nicht eine Ursache, sondern selber nur wieder eine Folge von Ursachen. Daß ein unglückliches Ende dieses Kampfes auf Leben und Tod zu sehr verheerenden Folgen führen mußte, war ja jedem Einsichtigen und nicht Böswilligen vollkommen klar. Leider aber gab es auch Menschen, denen diese Einsicht zur richtigen Zeit zu fehlen schien, oder die, entgegen ihrem besseren Wissen, dennoch diese Wahrheit erst abstritten und wegleugneten. Das waren zum größten Teil diejenigen, die nach der Erfüllung ihres geheimen Wunsches auf einmal die späte Einsicht in die Katastrophe, die durch sie mit angerichtet wurde, erhielten. Sie aber sind die Schuldigen am Zusammenbruche und nicht der verlorene Krieg, wie sie plötzlich zu sagen und zu wissen belieben. Denn der Verlust desselben war ja nur die Folge ihres Wirkens und nicht, wie sie jetzt behaupten wollen, das Ergebnis einer „schlechten“ Führung. Auch der Gegner bestand nicht aus Feiglingen, auch er wußte zu sterben, seine Zahl war vom ersten Tage an größer als die des deutschen Heeres, und seiner technischen Rüstung standen die Arsenale der ganzen Welt zur Verfügung; mithin kann die Tatsache, daß die deutschen Siege, die vier Jahre lang gegen eine ganze Welt erfochten wurden, bei allem Heldenmute und aller „Organisation“, nur der überlegenen Führung zu verdanken waren, nicht aus der Welt geleugnet werden. Die Organisation und Leitung des deutschen Heeres waren das Gewaltigste, was die Erde bisher je gesehen. Ihre Mängel lagen in der

Grenze der allgemeinen menschlichen Zulänglichkeit überhaupt.

Daß dieses Heer zusammenbrach, war nicht die Ursache unseres heutigen Unglücks, sondern nur die Folge anderer Verbrechen, eine Folge, die allerdings selber wieder den Beginn eines weiteren und dieses Mal sichtbareren Zusammenbruches einleitete.

Daß dem so ist, geht aus folgendem hervor:

Muß eine militärische Niederlage zu einem so restlosen Niederbruch einer Nation und eines Staates führen? Seit wann ist dies das Ergebnis eines unglücklichen Krieges? Gehen denn überhaupt Völker an verlorenen Kriegen an und für sich zugrunde?

Die Antwort darauf kann sehr kurz sein: Immer dann, wenn Völker in ihrer militärischen Niederlage die Quittung für ihre innere Fäulnis, Feigheit, Charakterlosigkeit, kurz Unwürdigkeit erhalten. Ist es nicht so, dann wird die militärische Niederlage eher zum Antrieb eines kommenden größeren Aufstieges als zum Leichenstein eines Völkerdaseins.

Die Geschichte bietet unendlich viele Beispiele für die Richtigkeit dieser Behauptung.

Leider ist die militärische Niederlage des deutschen Volkes nicht eine unverdiente Katastrophe, sondern eine verdiente Züchtigung der ewigen Vergeltung. Wir haben diese Niederlage mehr als verdient. Sie ist nur die größte äußere Verfallserscheinung unter einer ganzen Reihe von inneren, die vielleicht in ihrer Sichtbarkeit den Augen der meisten Menschen verborgen geblieben waren, oder die man nach der Vogel-Strauß-Manier nicht sehen wollte.

Man beachte doch einmal die Begleiterscheinungen, unter denen das deutsche Volk diese Niederlage entgegennahm. Hatte man nicht in vielen Kreisen in der schamlosesten Weise geradezu Freude über das Unglück des Vaterlandes geäußert? Wer aber tut dieses, wenn er nicht wirklich eine solche Strafe verdient? Ja ging man nicht noch weiter und rühmte sich, die Front endlich zum Weichen gebracht zu haben? Und dieses tat nicht etwa der Feind, nein, nein, solche Schande luden Deutsche auf ihr Haupt! Traf sie

etwa das Unglück zu Unrecht? Seit wann aber geht man dann noch her und mißt sich selbst auch noch die Schuld am Kriege zu? Und zwar wider bessere Erkenntnis und besseres Wissen!

Nein und nochmals nein: in der Art und Weise, in der das deutsche Volk seine Niederlage entgegennahm, vermag man am deutlichsten zu erkennen, daß die wahre Ursache unseres Zusammenbruches ganz wo anders zu suchen ist als in dem rein militärischen Verlust einiger Stellungen oder dem Mißlingen einer Offensive; denn hätte wirklich die Front als solche versagt und wäre durch ihr Unglück das Verhängnis des Vaterlandes hervorgerufen worden, so würde das deutsche Volk die Niederlage ganz anders aufgenommen haben. Dann hätte man das nun folgende Unglück mit zusammengebissenen Zähnen ertragen oder von Schmerz überwältigt beklagt; dann würden Wut und Zorn die Herzen erfüllt haben gegen den durch die Tücke des Zufalls oder auch des Schicksals Willen zum Sieger gewordenen Feind; dann wäre die Nation ähnlich dem römischen Senat den geschlagenen Divisionen entgegengetreten mit dem Danke des Vaterlandes für die bisherigen Opfer und der Bitte, am Reiche nicht zu verzweifeln. Selbst die Kapitulation aber wäre nur mit dem Verstande unterzeichnet worden, während das Herz schon der kommenden Erhebung geschlagen hätte.

So würde eine Niederlage aufgenommen worden sein, die nur dem Verhängnis allein zu danken gewesen wäre. Dann hätte man nicht gelacht und getanzt, hätte sich nicht der Feigheit gerühmt und die Niederlage verherrlicht, hätte nicht die kämpfende Truppe verhöhnt und ihre Fahne und Kokarde in den Schmutz gezerrt, vor allem aber: dann wäre es nie zu jener entsetzlichen Erscheinung gekommen, die einen englischen Offizier, Oberst Repington, zu der verächtlichen Äußerung veranlaßte: „Von den Deutschen ist jeder dritte Mann ein Verräter.“ Nein, diese Pest hätte dann niemals zu jener erstickenden Flut anzusteigen vermocht, die nun seit fünf Jahren aber auch den letzten Rest von Achtung auf seiten der übrigen Welt für uns ertränkte.

Daran sieht man die Lüge der Behauptung, daß der verlorene Krieg die Ursache des deutschen Zusammenbruches wäre, am allerbesten. Nein, dieser militärische Zusammenbruch war selber nur die Folge einer ganzen Reihe von Krankheitserscheinungen und ihrer Erreger, die schon in der Zeit des Friedens die deutsche Nation heimgesucht hatten. Es war dies die erste allen sichtbare katastrophale Folge einer sittlichen und moralischen Vergiftung, einer Minderung des Selbsterhaltungstriebes und der Voraussetzungen hierzu, die schon seit vielen Jahren die Fundamente des Volkes und Reiches zu unterhöhlen begonnen hatten.

Es gehörte aber die ganze bodenlose Verlogenheit des Judentums und seiner marxistischen Kampforganisation dazu, die Schuld am Zusammenbruche gerade dem Manne aufzubürden, der als einziger mit übermenschlicher Willens- und Tatkraft versuchte, die von ihm vorausgesehene Katastrophe zu verhüten und der Nation die Zeit der tiefsten Erniedrigung und Schmach zu ersparen. Indem man Ludendorff zum Schuldigen am Verluste des Weltkrieges stempelte, nahm man dem einzigen gefährlichen Ankläger, der gegen die Verräter des Vaterlandes aufzustehen vermochte, die Waffe des moralischen Rechtes aus der Hand. Man ging dabei von dem sehr richtigen Grundsatze aus, daß in der Größe der Lüge immer ein gewisser Faktor des Geglaubtwerdens liegt, da die breite Masse eines Volkes im tiefsten Grunde ihres Herzens leichter verdorben, als bewußt und absichtlich schlecht sein wird, mithin bei der primitiven Einfalt ihres Gemütes einer großen Lüge leichter zum Opfer fällt als einer kleinen, da sie selber ja wohl manchmal im kleinen lügt, jedoch vor zu großen Lügen sich doch zu sehr schämen würde. Eine solche Unwahrheit wird ihr gar nicht in den Kopf kommen, und sie wird an die Möglichkeit einer so ungeheuren Frechheit der infamsten Verdrehung auch bei anderen nicht glauben können, ja selbst bei Aufklärung darüber noch lange zweifeln und schwanken und wenigstens irgendeine Ursache doch noch als wahr annehmen; daher denn auch von der frechsten

Lüge immer noch etwas übrig und hängen bleiben wird — eine Tatsache, die alle großen Lügenkünstler und Lügenvereine dieser Welt nur zu genau kennen und deshalb auch niederträchtig zur Anwendung bringen.

Die besten Kenner aber dieser Wahrheit über die Möglichkeiten der Anwendung von Unwahrheit und Verleumdung waren zu allen Zeiten die Juden; ist doch ihr ganzes Dasein schon auf einer einzigen großen Lüge aufgebaut, nämlich der, daß es sich bei ihnen um eine Religionsgenossenschaft handle, während es sich um eine Rasse — und zwar was für eine — dreht. Als solche aber hat sie einer der größten Geister der Menschheit für immer festgenagelt in einem ewig richtigen Satze von fundamentaler Wahrheit: er nannte sie „die großen Meister der Lüge". Wer dieses nicht erkennt oder nicht glauben will, der wird nimmermehr auf dieser Welt der Wahrheit zum Siege zu verhelfen vermögen.

Für das deutsche Volk darf man es fast als ein großes Glück betrachten, daß die Zeit seiner schleichenden Erkrankung plötzlich in einer so furchtbaren Katastrophe abgekürzt wurde, denn im anderen Falle wäre die Nation wohl langsamer, aber um so sicherer zugrunde gegangen. Die Krankheit wäre zu einer chronischen geworden, während sie in der akuten Form des Zusammenbruches mindestens den Augen einer größeren Menge klar und deutlich erkennbar wurde. Der Mensch wurde nicht durch Zufall der Pest leichter Herr als der Tuberkulose. Die eine kommt in schrecklichen, die Menschheit aufrüttelnden Todeswellen, die andere im langsamen Schleichen; die eine führt zur entsetzlichen Furcht, die andere zur allmählichen Gleichgültigkeit. Die Folge aber ist, daß der Mensch der einen mit der ganzen Rücksichtslosigkeit seiner Energie entgegentrat, während er die Schwindsucht mit schwächlichen Mitteln einzudämmen versucht. So wurde er der Pest Herr, während die Tuberkulose ihn selber beherrscht.

Genau so verhält es sich auch mit Erkrankungen von Volkskörpern. Wenn sie nicht katastrophal auftreten, beginnt sich der Mensch langsam an sie zu gewöhnen und geht

endlich an ihnen, wenn auch erst nach Zeiten, so doch um so gewisser zugrunde. Es ist dann schon ein — freilich bitteres — Glück, wenn das Schicksal sich entschließt, in diesen langsamen Fäulnisprozeß einzugreifen und mit plötzlichem Schlage das Ende der Krankheit dem von ihr Erfaßten vor Augen führt. Denn darauf kommt eine solche Katastrophe öfters als einmal hinaus. Sie kann dann leicht zur Ursache einer nun mit äußerster Entschlossenheit einsetzenden Heilung werden.

Aber auch in einem solchen Falle ist die Voraussetzung doch wieder das Erkennen der inneren Gründe, die zu der in Frage stehenden Erkrankung die Veranlassung gaben.

Das Wichtigste bleibt auch hier die Unterscheidung der Erreger von den durch sie hervorgerufenen Zuständen. Diese wird um so schwerer werden, je länger die Krankheitsstoffe in dem Volkskörper sich befinden und je mehr sie diesem schon zu einer selbstverständlichen Zugehörigkeit geworden waren. Denn es kann sehr leicht vorkommen, daß man nach einer bestimmten Zeit unbedingt schädliche Gifte als Bestandteil des eigenen Volkstums ansieht, oder doch höchstens als notwendiges Übel duldet, so daß ein Suchen nach dem fremden Erreger gar nicht mehr für notwendig erachtet wird.

So waren im langen Frieden der Vorkriegsjahre sehr wohl gewisse Schäden aufgetreten und als solche erkannt worden, obwohl man sich um den Erreger derselben so gut als gar nicht kümmerte, von einigen Ausnahmen abgesehen. Diese Ausnahmen waren auch hier wieder in erster Linie die Erscheinungen des wirtschaftlichen Lebens, die dem einzelnen stärker zum Bewußtsein kamen als etwa die Schäden auf einer ganzen Reihe von anderen Gebieten.

Es gab viele Verfallszeichen, die zum ernsten Nachdenken hätten anregen müssen.

*

In wirtschaftlicher Hinsicht wäre hierzu folgendes zu sagen:

Durch die rasende Vermehrung der deutschen Volkszahl vor dem Kriege trat die Frage der Schaffung des nötigen täglichen Brotes in immer schärfer werdender Weise in den Vordergrund alles politischen und wirtschaftlichen Denkens und Handelns. Leider konnte man sich nicht entschließen, zur einzig richtigen Lösung zu schreiten, sondern glaubte auf billigerem Wege das Ziel auch erreichen zu können. Der Verzicht auf die Gewinnung neuen Bodens und ihr Ersatz durch den Wahn einer weltwirtschaftlichen Eroberung mußte am Ende zu einer ebenso schrankenlosen wie schädlichen Industrialisierung führen.

Die erste Folge von schwerster Bedeutung war die dadurch hervorgerufene Schwächung des Bauernstandes. In dem gleichen Maße, in dem dieser zurückging, wuchs die Masse des großstädtischen Proletariats immer mehr an, bis endlich das Gleichgewicht vollständig verloren wurde.

Nun kam auch der schroffe Wechsel von arm und reich so recht zum Vorschein. Überfluß und Elend lebten so nahe beieinander, daß die Folgen davon sehr traurige sein konnten und mußten. Not und häufige Arbeitslosigkeit begannen ihr Spiel mit den Menschen und ließen als Erinnerung Unzufriedenheit und Verbitterung zurück. Die Folge davon schien die politische Klassenspaltung zu sein. Bei aller wirtschaftlichen Blüte wurde so der Unmut dennoch immer größer und tiefer, ja es kam so weit, daß die Überzeugung „es könne so nicht mehr lange weiter gehen" eine allgemeine wurde, ohne daß aber die Menschen sich eine bestimmte Vorstellung von dem, was hätte kommen sollen, machten oder auch nur machen konnten.

Es waren die typischen Zeichen einer tiefen Unzufriedenheit, die auf solche Weise sich zu äußern versuchten.

Schlimmer als dieses aber waren andere Folgeerscheinungen, die die Verwirtschaftlichung der Nation mit sich brachte.

In eben dem Maße, in dem die Wirtschaft zur bestimmenden Herrin des Staates aufstieg, wurde das Geld der Gott, dem alles zu dienen und vor dem sich jeder zu beugen hatte. Immer mehr wurden die himmlischen Götter

als veraltet und überlebt in die Ecke gestellt und statt ihnen der Weihrauch dem Götzen Mammon dargebracht. Eine wahrhaft schlimme Entartung setzte ein, schlimm besonders deshalb, weil sie zu einer Zeit eintrat, da die Nation höchste heldische Gesinnung in einer vermutlich drohenden kritischen Stunde nötiger denn je brauchen konnte. Deutschland mußte sich gefaßt machen, eines Tages mit dem Schwert für seinen Versuch, auf dem Wege einer „friedlichen, wirtschaftlichen Arbeit" sich das tägliche Brot zu sichern, einzustehen.

Die Herrschaft des Geldes wurde leider auch von der Stelle aus sanktioniert, die sich am meisten dagegen hätte auflehnen müssen: Seine Majestät der Kaiser handelte unglücklich, als er besonders den Adel in den Bannkreis des neuen Finanzkapitals hineinzog. Freilich mußte man ihm zugute rechnen, daß leider selbst Bismarck in dieser Hinsicht die drohende Gefahr nicht erkannte. Damit aber waren die ideellen Tugenden praktisch hinter den Wert des Geldes getreten, denn es war klar, daß, auf solchem Wege erst begonnen, der Schwertadel in kurzer Zeit schon hinter dem Finanzadel zurücktreten mußte. Geldoperationen gelingen leichter als Schlachten. So war es auch nicht mehr einladend für den wirklichen Helden oder auch Staatsmann, in Beziehung zum nächstbesten Bankjuden gebracht zu werden: der wirklich verdienstvolle Mann konnte kein Interesse an der Verleihung billiger Dekorationen mehr besitzen, sondern lehnte dankend für sich ab. Aber auch rein blutsmäßig betrachtet war eine solche Entwicklung tief traurig: der Adel verlor immer mehr die rassische Voraussetzung zu seinem Dasein, und zu einem großen Teile wäre viel eher die Bezeichnung „Unadel" für ihn am Platze gewesen.

Eine schwere wirtschaftliche Verfallserscheinung war das langsame Ausscheiden des persönlichen Besitzrechtes und allmähliche Übergehen der gesamten Wirtschaft in das Eigentum von Aktiengesellschaften.

Damit erst war die Arbeit so recht zum Spekulations-

objekt gewissenloser Schacherer herabgesunken; die Entfremdung des Besitzes gegenüber dem Arbeitnehmer aber wurde in das unendliche gesteigert. Die Börse begann zu triumphieren und schickte sich an, langsam aber sicher, das Leben der Nation in ihre Obhut und Kontrolle zu nehmen.

Die Internationalisierung der deutschen Wirtschaft war schon vor dem Kriege über dem Umwege der Aktie in die Wege geleitet worden. Freilich versuchte ein Teil der deutschen Industrie, sich noch mit Entschiedenheit vor diesem Schicksale zu bewahren. Sie fiel schließlich aber auch dem vereinigten Angriff des gierigen Finanzkapitals, das diesen Kampf besonders mit Hilfe seines treuesten Genossen, der marxistischen Bewegung, ausfocht, zum Opfer.

Der dauernde Krieg gegen die deutsche „Schwerindustrie“ war der sichtbare Beginn der durch den Marxismus erstrebten Internationalisierung der deutschen Wirtschaft, die allerdings erst durch den Sieg des Marxismus in der Revolution ganz zu Ende geführt werden konnte. Während ich dieses niederschreibe, ist ja endlich auch der Generalangriff gegen die deutsche Reichsbahn gelungen, die nun zu Händen des internationalen Finanzkapitals überwiesen wird. Die „internationale“ Sozialdemokratie hat damit wieder eines ihrer Hochziele erreicht.

Wie weit diese „Verwirtschaftung“ des deutschen Volkes gelungen war, geht wohl am ersichtlichsten daraus hervor, daß endlich nach dem Kriege einer der führenden Köpfe der deutschen Industrie und vor allem des Handels die Meinung zu äußern vermochte, daß die Wirtschaft als solche allein in der Lage wäre, Deutschland wieder aufzurichten. Dieser Unsinn wurde in dem Augenblick verzapft, da Frankreich den Unterricht seiner Lehranstalten in erster Linie wieder auf die humanistischen Grundlagen stellte, um so dem Irrtum vorzubeugen, als ob die Nation und der Staat ihr Fortbestehen etwa der Wirtschaft und nicht ewigen ideellen Werten verdanken. Die Äußerung, die damals ein Stinnes in die Welt setzte, richtete die unglaublichste Verwirrung an; wurde sie doch sofort aufgegriffen, um nun in staunenswerter Schnelligkeit zum Leitmotiv all der Kur-

pfuscher und Salbader zu werden, die das Schicksal seit der Revolution als „Staatsmänner“ über Deutschland losgelassen hatte.

*

Eine der bösesten Verfallserscheinungen war im Deutschland der Vorkriegszeit die allenthalben immer mehr um sich greifende Halbheit in allem und jedem. Sie ist immer eine Folge von eigener Unsicherheit über irgendeine Sache, sowie einer aus diesen und anderen Gründen resultierenden Feigheit. Gefördert wurde diese Krankheit noch durch die Erziehung.

Die deutsche Erziehung vor dem Kriege war mit außerordentlich vielen Schwächen behaftet. Sie war in sehr einseitiger Weise auf die Anzüchtung von reinem „Wissen“ zugeschnitten und weniger auf das „Können“ eingestellt. Noch weniger Wert wurde auf die Ausbildung des Charakters des einzelnen gelegt — soweit diese überhaupt möglich —, ganz wenig auf die Förderung der Verantwortungsfreudigkeit und gar nicht auf die Erziehung des Willens und der Entschlußkraft. Ihre Ergebnisse waren wirklich nicht die starken Menschen, sondern vielmehr die gefügigen „Vielwisser“, als die wir Deutsche vor dem Kriege ja allgemein galten und demgemäß auch eingeschätzt wurden. Man liebte den Deutschen, da er sehr gut zu verwenden war, allein man achtete ihn wenig, gerade infolge seiner willensmäßigen Schwäche. Nicht umsonst verlor gerade er am leichtesten unter fast allen Völkern Nationalität und Vaterland. Das schöne Sprichwort „Mit dem Hute in der Hand kommt man durch das ganze Land“ besagt alles.

Geradezu verhängnisvoll wurde diese Gesellschaft aber, als sie auch die Form bestimmte, unter der allein es gestattet war, dem Monarchen entgegenzutreten. Die Form verlangte demgemäß: Nie widersprechen, sondern alles und jedes gutheißen, was Seine Majestät zu geruhen beliebt. Gerade an dieser Stelle aber war freie Manneswürde

am nötigsten, die monarchische Institution mußte sonst eines Tages an dieser Kriecherei zugrunde gehen; denn es war Kriecherei und sonst nichts weiter! Und nur elenden Kriechern und Schliefern, kurz, der ganzen Dekadenz, die sich an den allerhöchsten Thronen von jeher wohler gefühlt hatte als die redlichen und anständig ehrlichen Seelen, vermag dies als die allein gegebene Form des Verkehrs mit den Trägern einer Krone zu gelten! Diese „alleruntertänigsten“ Kreaturen haben allerdings, bei aller Demut vor ihrem Herrn und Brotgeber, schon von jeher die größte Unverfrorenheit der anderen Menschheit gegenüber bewiesen, am stärksten dann, wenn sie sich mit frecher Stirne als einzig „monarchisch“ den übrigen Sündern vorzustellen beliebten; eine wirkliche Unverschämtheit, wie sie nur so ein geadelter oder auch ungeadelter Spulwurm fertigbringt! Denn in Wahrheit sind diese Menschen noch immer die Totengräber der Monarchie und besonders des monarchischen Gedankens gewesen. Es ist dies auch gar nicht anders denkbar: Ein Mann, der bereit ist, für eine Sache einzustehen, wird und kann niemals ein Schleicher und charakterloser Kriecher sein. Wem es wirklich ernst ist um die Erhaltung und Förderung einer Institution, der wird mit der letzten Faser seines Herzens an ihr hängen und es gar nicht zu verwinden vermögen, wenn sich in ihr irgendwelche Schäden zeigen. Der wird dann allerdings nicht in aller Öffentlichkeit herumschreien, wie dies in genau so verlogener Weise die demokratischen „Freunde“ der Monarchie taten, wohl aber Seine Majestät, den Träger der Krone selber, auf das ernstlichste warnen und zu bestimmen versuchen. Er wird sich dabei nicht auf den Standpunkt stellen und stellen dürfen, daß es Seiner Majestät dabei frei bleibe, doch noch nach seinem Willen zu handeln, auch wenn dies ersichtlich zu einem Unheil führen muß und wird, sondern er wird in einem solchen Falle die Monarchie vor dem Monarchen in Schutz zu nehmen haben, und zwar auf jede Gefahr hin. Wenn der Wert dieser Einrichtung in der jeweiligen Person des Monarchen läge, dann wäre dies die schlechteste Institution, die sich nur denken läßt;

denn die Monarchen sind nur in den seltensten Fällen Auslesen der Weisheit und Vernunft oder auch nur des Charakters, wie man dies gerne hinstellen möchte. Das glauben nur die berufsmäßigen Kriecher und Schleicher, aber alle geraden Menschen — und dies sind denn doch noch die wertvollsten des Staates — werden sich durch das Vertreten eines solchen Unsinns nur zurückgestoßen fühlen. Für sie ist eben Geschichte Geschichte und Wahrheit Wahrheit, auch wenn es sich dabei um Monarchen handelt. Nein, das Glück, einen großen Monarchen als großen Menschen zu besitzen, wird den Völkern so selten zuteil, daß sie schon zufrieden sein müssen, wenn die Bosheit des Schicksals wenigstens vom allerärgsten Mißgriff absieht.

Somit kann der Wert und die Bedeutung der monarchischen Idee nicht in der Person des Monarchen selber liegen, außer der Himmel entschließt sich, die Krone einem genialen Helden wie Friedrich dem Großen oder einem weisen Charakter wie Wilhelm I. auf die Schläfen zu drücken. Dies kommt in Jahrhunderten einmal vor und kaum öfters. Sonst aber tritt die Idee hier vor die Person, indem nun der Sinn dieser Einrichtung ausschließlich in der Institution an sich zu liegen hat. Damit aber fällt der Monarch selber in den Kreis des Dienens. Auch er ist nun nur mehr ein Rad in diesem Werke und ist als solches demselben verpflichtet. Auch er hat sich nun dem höheren Zwecke zu fügen, und „monarchisch" ist dann nicht mehr, wer den Träger der Krone schweigend an derselben freveln läßt, sondern wer dies verhütet. Läge nicht der Sinn in der Idee, sondern in der „geheiligten" Person um jeden Preis, dürfte ja nicht einmal die Absetzung eines ersichtlich geisteskranken Fürsten vorgenommen werden.

Es ist notwendig, heute schon dies niederzulegen, tauchen doch in letzter Zeit immer mehr die Erscheinungen wieder aus dem Verborgenen hervor, deren jämmerlicher Haltung der Zusammenbruch der Monarchie nicht am wenigsten mit zuzuschreiben ist. Mit einer gewissen naiven Unverfrorenheit reden diese Leute jetzt wieder nur mehr von „ihrem König" — den sie aber denn doch vor wenigen Jahren erst

in der kritischen Stunde auf das allerjämmerlichste im Stiche gelassen hatten — und beginnen, jeden Menschen, der es nicht fertigbringen will, in ihre verlogenen Tiraden miteinzustimmen, als schlechten Deutschen hinzustellen. Und in Wahrheit sind dies doch genau dieselben Hasenfüße, die im Jahre 1918 vor jeder roten Armbinde auseinander- und auf- und davonsausten, ihren König König sein ließen, die Hellebarde schleunigst mit einem Spazierstock vertauschten, neutrale Krawatten umbanden und als friedliche „Bürger" aber auch schon spurlos verschwanden! Mit einem Schlage waren sie damals weg, diese königlichen Kämpen, und erst nachdem sich der revolutionäre Sturmwind, dank der Tätigkeit anderer soweit wieder gelegt hatte, daß man sein „Heil dem König, Heil" wieder in die Lüfte hinausschmettern konnte, begannen diese „Diener und Ratgeber" der Krone wieder vorsichtig aufzutauchen. Nun aber sind sie alle da und äugen sehnsuchtsvoll nach den Fleischtöpfen Ägyptens zurück, können sich kaum mehr halten vor Königstreue und Tatendrang, bis wohl wieder die erste rote Binde eines Tages auftauchen wird und der ganze Interessentenspuk der alten Monarchie aufs neue, wie die Mäuse vor der Katze, ausreißt!

Wären die Monarchen nicht selber schuld an diesen Dingen, könnte man sie nur auf das herzlichste bedauern ob ihrer Verteidiger von heute. Sie dürfen aber jedenfalls überzeugt sein, daß man mit solchen Rittern wohl Throne verliert, aber keine Kronen erficht.

Diese Devotheit jedoch war ein Fehler unserer ganzen Erziehung, der sich nun an dieser Stelle in besonders entsetzlicher Weise rächte. Denn ihr zufolge konnten sich diese jammervollen Erscheinungen an allen Höfen halten und die Grundlagen der Monarchie allmählich aushöhlen. Als das Gebäude dann endlich ins Wanken kam, waren sie wie weggeblasen. Natürlich: Kriecher und Speichellecker lassen sich für ihren Herrn nicht totschlagen. Daß die Monarchen dies niemals wissen und fast grundsätzlich auch nicht lernen, ist von jeher zu ihrem Verderben geworden.

*

Eine Folgeerscheinung verkehrter Erziehung war Feigheit vor der Verantwortung und die daraus sich ergebende Schwäche in der Behandlung selbst lebenswichtiger Probleme.

Der Ausgangspunkt dieser Seuche liegt bei uns allerdings zu einem großen Teile in der parlamentarischen Institution, in der die Verantwortungslosigkeit geradezu in Reinkultur gezüchtet wird. Leider ging diese Erkrankung langsam aber auch auf das gesamte sonstige Leben über, am stärksten auf das staatliche. Man begann überall der Verantwortung auszuweichen und griff aus diesem Grunde am liebsten zu halben und ungenügenden Maßregeln; erscheint doch bei ihrer Anwendung das Maß der persönlich zu tragenden Verantwortung immer auf den kleinsten Umfang herabgedrückt.

Man betrachte nur die Haltung der einzelnen Regierungen gegenüber einer Reihe von wahrhaft schädlichen Erscheinungen unseres öffentlichen Lebens, und man wird die fürchterliche Bedeutung dieser allgemeinen Halbheit und Feigheit vor der Verantwortung leicht erkennen.

Ich nehme nur einige Fälle aus der Unmasse vorhandener Beispiele heraus:

Man pflegt gerade in Journalistenkreisen die Presse gerne als eine „Großmacht" im Staate zu bezeichnen. Tatsächlich ist ihre Bedeutung denn auch eine wahrhaft ungeheuerliche. Sie kann überhaupt gar nicht überschätzt werden; bewirkt sie doch wirklich die Fortsetzung der Erziehung im späteren Alter.

Man kann dabei ihre Leser im großen und ganzen in drei Gruppen einteilen:

erstens in die, die alles, was sie lesen, glauben;

zweitens in solche, die gar nichts mehr glauben;

drittens in die Köpfe, welche das Gelesene kritisch prüfen und danach beurteilen.

Die erste Gruppe ist ziffernmäßig die weitaus größte. Sie besteht aus der großen Masse des Volkes und stellt demgemäß den geistig einfachsten Teil der Nation vor.

Sie kann aber nicht etwa in Berufen benannt werden, sondern höchstens in allgemeinen Intelligenzgraden. Ihr gehören alle an, denen selbständiges Denken weder angeboren noch anerzogen ist, und die teils aus Unfähigkeit, teils aus Nichtkönnen alles glauben, was man ihnen schwarz auf weiß gedruckt vorsetzt. Auch jene Sorte von Faulpelzen gehört dazu, die wohl selber denken könnte, aber aus reiner Denkfaulheit heraus dankbar alles aufgreift, was ein anderer schon gedacht hat, in der bescheidenen Voraussetzung, daß dieser sich schon richtig angestrengt haben wird. Bei all diesen Menschen nun, die die große Masse vorstellen, wird der Einfluß der Presse ein ganz ungeheurer sein. Sie sind nicht in der Lage oder nicht willens, das ihnen Dargebotene selber zu prüfen, so daß ihre gesamte Einstellung zu allen Tagesproblemen nahezu ausschließlich auf die äußere Beeinflussung durch andere zurückzuführen ist. Dies kann von Vorteil sein dann, wenn ihre Aufklärung von ernster und wahrheitsliebender Seite vorgenommen wird, ist jedoch von Unheil, sowie dies Lumpen und Lügner besorgen.

Die zweite Gruppe ist in der Zahl schon wesentlich kleiner. Sie ist zum Teil aus Elementen zusammengesetzt, die erst zur ersten Gruppe gehörten, um nach langen bitteren Enttäuschungen nun in das Gegenteil umzuschlagen und überhaupt nichts mehr zu glauben, soferne es nur gedruckt vor ihr Auge kommt. Sie hassen jede Zeitung, lesen sie entweder überhaupt nicht, oder ärgern sich ausnahmslos über den Inhalt, da er ihrer Meinung nach ja doch nur aus Lüge und Unwahrheit zusammengesetzt ist. Diese Menschen sind sehr schwer zu behandeln, da sie auch der Wahrheit immer mißtrauisch gegenüberstehen werden. Sie sind damit für jede positive Arbeit verloren.

Die dritte Gruppe endlich ist die weitaus kleinste; sie besteht aus den geistig wirklich feinen Köpfen, die natürliche Veranlagung und Erziehung selbständig denken gelehrt hat, die sich über alles ihr eigenes Urteil zu bilden versuchen und die alles Gelesene auf das gründlichste noch einmal einer eigenen Prüfung und Weiterentwicklung

unterziehen. Sie werden keine Zeitung anschauen, ohne in ihrem Gehirne dauernd mitzuarbeiten, und der Verfasser hat dann keinen leichten Stand. Die Journalisten lieben solche Leser denn auch nur mit Zurückhaltung.

Für die Angehörigen dieser dritten Gruppe ist allerdings der Unsinn, den eine Zeitung zusammenschmieren mag, wenig gefährlich oder auch nur bedeutungsvoll. Sie haben sich ohnehin zumeist im Laufe eines Lebens angewöhnt, in jedem Journalisten grundsätzlich einen Spitzbuben zu sehen, der nur manches Mal die Wahrheit spricht. Leider aber liegt die Bedeutung dieser prachtvollen Menschen eben nur in ihrer Intelligenz und nicht in der Zahl — ein Unglück in einer Zeit, in der die Weisheit nichts und die Majorität alles ist! Heute, da der Stimmzettel der Masse entscheidet, liegt der ausschlaggebende Wert eben bei der zahlreichsten Gruppe, und diese ist die erste: der Haufe der Einfältigen oder Leichtgläubigen.

Es ist ein Staats- und Volksinteresse ersten Ranges, zu verhindern, daß diese Menschen in die Hände schlechter, unwissender oder gar übelwollender Erzieher geraten. Der Staat hat deshalb die Pflicht, ihre Erziehung zu überwachen und jeden Unfug zu verhindern. Er muß dabei besonders der Presse auf die Finger sehen; denn ihr Einfluß ist auf diese Menschen der weitaus stärkste und eindringlichste, da er nicht vorübergehend, sondern fortgesetzt zur Anwendung kommt. In der Gleichmäßigkeit und ewigen Wiederholung dieses Unterrichts liegt seine ganz unerhörte Bedeutung. Wenn also irgendwo, dann darf gerade hier der Staat nicht vergessen, daß alle Mittel einem Zwecke zu dienen haben; er darf sich nicht durch das Geflunker einer sogenannten „Pressefreiheit" beirren und beschwätzen lassen, seine Pflicht zu versäumen und der Nation die Kost vorzuenthalten, die sie braucht und die ihr gut tut; er muß mit rücksichtsloser Entschlossenheit sich dieses Mittels der Volkserziehung versichern und es in den Dienst des Staates und der Nation stellen.

Welche Kost aber hat die deutsche Presse der Vorkriegszeit den Menschen vorgesetzt? War es nicht das ärgste

Gift, das man sich nur vorzustellen vermag? Wurde dem Herzen unseres Volkes nicht schlimmster Pazifismus zu einer Zeit eingeimpft, da die andere Welt sich schon anschickte, Deutschland langsam, aber sicher abzudrosseln? Hatte diese Presse nicht schon im Frieden dem Gehirn des Volkes den Zweifel an das Recht des eigenen Staates eingeflößt, um es so in der Wahl der Mittel zu seiner Verteidigung von vornherein zu beschränken? War es nicht die deutsche Presse, die den Unsinn der „westlichen Demokratie“ unserem Volke schmackhaft zu machen verstand, bis dieses endlich, von all den begeisterten Tiraden gefangen, glaubte, seine Zukunft einem Völkerbunde anvertrauen zu können? Hat sie nicht mitgeholfen, unser Volk zu einer elenden Sittenlosigkeit zu erziehen? Wurden nicht Moral und Sitte von ihr lächerlich gemacht, als rückständig und spießig gedeutet, bis endlich auch unser Volk „modern“ wurde? Hat sie nicht in dauerndem Angriff die Grundfesten der Staatsautorität so lange unterhöhlt, bis ein einziger Stoß genügte, um dieses Gebäude zum Einsturz zu bringen? Hat sie nicht einst gegen jeden Willen, dem Staate zu geben, was des Staates ist, mit allen Mitteln angekämpft, nicht in dauernder Kritik das Heer herabgesetzt, die allgemeine Wehrpflicht sabotiert, zur Verweigerung der militärischen Kredite aufgefordert usw., bis der Erfolg nicht mehr ausbleiben konnte?

Die Tätigkeit der sogenannten liberalen Presse war Totengräberarbeit am deutschen Volk und Deutschen Reich. Von den marxistischen Lügenblättern kann man dabei überhaupt schweigen; ihnen ist das Lügen genau so Lebensnotwendigkeit wie der Katze das Mausen; ist doch ihre Aufgabe nur, dem Volke das völkische und nationale Rückgrat zu brechen, um es so reif zu machen für das Sklavenjoch des internationalen Kapitals und seiner Herren, der Juden.

Was aber hat der Staat gegen diese Massenvergiftung der Nation übernommen? Nichts, aber rein gar nichts Ein paar lächerliche Erlässe, ein paar Strafen gegen allzu heftige Niederträchtigkeit, und damit war Schluß. Dafür

aber hoffte man, sich diese Seuche wohlgeneigt zu machen durch Schmeicheleien, durch Anerkennung des „Wertes“ der Presse, ihrer „Bedeutung“, ihrer „erzieherischen Mission“ und ähnlichen Blödsinns mehr — die Juden aber nahmen es schlau lächelnd entgegen und quittierten mit verschmitztem Dank.

Der Grund jedoch zu diesem schmählichen Versagen des Staates lag nicht so sehr im Nichterkennen der Gefahr, als vielmehr in einer zum Himmel schreienden Feigheit und der daraus geborenen Halbheit aller Entschlüsse und Maßnahmen. Es hatte niemand den Mut, durchgreifende Radikalmittel anzuwenden, sondern man pfuschte hier wie überall mit lauter halben Rezepten herum, und, statt den Stoß ins Herz hinein zu führen, reizte man die Viper höchstens — mit dem Ergebnis, daß nicht nur alles beim alten blieb, sondern im Gegenteil die Macht der zu bekämpfenden Institutionen von Jahr zu Jahr zunahm.

Der Abwehrkampf der damaligen deutschen Regierungen gegen die die Nation langsam verderbende Presse, hauptsächlich jüdischer Herkunft, war ohne jede gerade Linie, ohne Entschlossenheit, vor allem aber ohne jedes sichtbare Ziel. Hier versagte der geheimrätliche Verstand vollständig, sowohl in der Einschätzung der Bedeutung dieses Kampfes wie auch in der Wahl der Mittel und der Festlegung eines klaren Planes. Planlos dokterte man herum, sperrte manchmal, wenn man zu sehr gebissen wurde, eine solche journalistische Kreuzotter auf einige Wochen oder auch Monate ein, das Schlangennest als solches aber ließ man schön in Ruhe.

Freilich — zum Teil war dies auch die Folge der unendlich schlauen Taktik der Judenheit auf der einen und einer wirklich geheimrätlichen Dummheit oder Harmlosigkeit auf der anderen Seite. Der Jude war viel zu klug, als daß er seine gesamte Presse gleichmäßig hätte angreifen lassen. Nein, ein Teil derselben war da, um den anderen zu decken. Während die marxistischen Zeitungen in der gemeinsten Weise gegen alles, was Menschen heilig zu sein vermag, in das Feld zogen, Staat und Regierung in der infamsten

Weise angriffen und große Volksteile gegeneinander hetzten, verstanden es die bürgerlich-demokratischen Judenblätter, sich den Anschein der berühmten Objektivität zu geben, mieden peinlich alle Kraftworte, genau wissend, daß alle Hohlköpfe nur nach dem Äußeren zu urteilen vermögen und nie die Fähigkeit besitzen, in das Innere einzudringen, so daß für sie der Wert einer Sache nach diesem Äußeren bemessen wird statt nach dem Inhalt; eine menschliche Schwäche, der sie auch die eigene Beachtung verdanken.

Für diese Leute war und ist freilich die „Frankfurter Zeitung“ der Inbegriff aller Anständigkeit. Verwendet sie doch niemals rohe Ausdrücke, lehnt jede körperliche Brutalität ab und appelliert immer an den Kampf mit den „geistigen“ Waffen, der eigentümlicherweise gerade den geistlosesten Menschen am meisten am Herzen liegt. Das ist ein Ergebnis unserer Halbbildung, die die Menschen von dem Instinkt der Natur loslöst, ihnen ein gewisses Wissen einpumpt, ohne sie aber zur letzten Erkenntnis führen zu können, da hierzu Fleiß und guter Wille allein nichts zu nützen vermögen, sondern der nötige Verstand, und zwar als angeboren, da sein muß. Die letzte Erkenntnis aber ist immer das Verstehen der Instinktursachen — das heißt: der Mensch darf niemals in den Irrsinn verfallen, zu glauben, daß er wirklich zum Herrn und Meister der Natur aufgerückt sei — wie der Dünkel einer Halbbildung dies so leicht vermittelt — sondern er muß die fundamentale Notwendigkeit des Waltens der Natur verstehen, und begreifen, wie sehr auch sein Dasein diesen Gesetzen des ewigen Kampfes und Ringens nach oben unterworfen ist. Er wird dann fühlen, daß in einer Welt, in der Planeten und Sonnen kreisen, Monde und Planeten ziehen, in der immer nur die Kraft Herrin der Schwäche ist und sie zum gehorsamen Diener zwingt oder zerbricht, für den Menschen nicht Sondergesetze gelten können. Auch für ihn walten die ewigen Grundsätze dieser letzten Weisheit. Er kann sie zu erfassen versuchen, sich von ihnen zu lösen vermag er niemals.

Gerade für unsere geistige Halbwelt aber schreibt der Jude seine sogenannte Intelligenzpresse. Für sie sind die „Frankfurter Zeitung“ und das „Berliner Tageblatt“ gemacht, für sie ist ihr Ton abgestimmt, und auf diese üben sie ihre Wirkung aus. Indem sie alle scheinbar äußerlich rohen Formen auf das sorgfältigste vermeiden, gießen sie das Gift aus anderen Gefäßen dennoch in die Herzen ihrer Leser. Unter einem Geseires von schönen Tönen und Redensarten lullen sie dieselben in den Glauben ein, als ob wirklich reine Wissenschaft oder gar Moral die Triebkräfte ihres Handelns seien, während es in Wahrheit nur die ebenso geniale wie gerissene Kunst ist, dem Gegner auf solche Weise die Waffe gegen die Presse überhaupt aus der Hand zu stehlen. Denn indem die einen vor Anstand triefen, glauben ihnen alle Schwachköpfe um so lieber, daß es sich bei den anderen nur um leichte Auswüchse handle, die aber niemals zu einer Verletzung der Pressefreiheit — wie man den Unfug dieser straflosen Volksbelügung und Volksvergiftung bezeichnet — führen dürften. So scheut man sich, gegen dieses Banditentum vorzugehen, fürchtet man doch, in einem solchen Falle auch sofort die „anständige“ Presse gegen sich zu haben; eine Furcht, die auch nur zu begründet ist. Denn sobald man versucht, gegen eine dieser Schandzeitungen vorzugehen, werden sofort alle anderen deren Partei ergreifen, beileibe nicht etwa, um ihre Art des Kampfes gutzuheißen, Gott bewahre — nur um das Prinzip der Pressefreiheit und der Freiheit der öffentlichen Meinung dreht es sich; allein dieses soll verteidigt werden. Vor diesem Geschrei aber werden die stärksten Männer schwach, kommt es doch aus dem Munde von lauter „anständigen“ Blättern.

So konnte dieses Gift ungehindert in den Blutlauf unseres Volkes eindringen und wirken, ohne daß der Staat die Kraft besaß, der Krankheit Herr zu werden. In den lächerlichen halben Mitteln, die er dagegen anwandte, zeigte sich der bereits drohende Verfall des Reiches. *Denn eine Institution, die nicht mehr entschlossen ist, sich selbst mit allen Waffen zu schützen, gibt*

sich praktisch auf. Jede Halbheit ist das sichtbare Zeichen des inneren Verfalls, dem der äußere Zusammenbruch früher oder später folgen muß und wird.

Ich glaube, daß die heutige Generation, richtig geleitet, dieser Gefahr leichter Herr werden wird. Sie hat verschiedene Dinge miterlebt, die die Nerven bei dem, der sie nicht überhaupt verlor, etwas zu stärken vermochten. Sicher wird auch in kommender Zeit der Jude in seinen Zeitungen ein gewaltiges Geschrei erheben, wenn sich erst einmal die Hand auf sein Lieblingsnest legt, dem Presseunfug ein Ende macht, auch dieses Erziehungsmittel in den Dienst des Staates stellt und nicht mehr in der Hand von Volksfremden und Volksfeinden beläßt. Allein ich glaube, daß dies uns Jüngere weniger belästigen wird als einstens unsere Väter. Eine Dreißig-Zentimeter-Granate zischte immer noch mehr als tausend jüdische Zeitungsvipern — also laßt sie denn nur zischen!

*

Ein weiteres Beispiel für Halbheit und Schwäche in den wichtigsten Lebensfragen der Nation bei der Leitung des Vorkriegsdeutschlands ist folgendes: parallel der politischen, sittlichen und moralischen Verseuchung des Volkes lief schon seit vielen Jahren eine nicht minder entsetzliche gesundheitliche Vergiftung des Volkskörpers. Die Syphilis begann besonders in den Großstädten immer mehr zu grassieren, während die Tuberkulose gleichmäßig fast im ganzen Lande ihre Todesernte hielt.

Trotzdem in beiden Fällen die Folgen für die Nation entsetzliche waren, vermochte man sich nicht zu entscheidenden Maßnahmen dagegen aufzuraffen.

Besonders der Syphilis gegenüber kann man das Verhalten der Volks- und Staatsleitung nur mit vollkommener Kapitulation bezeichnen. Bei einer ernstgemeinten Bekämpfung mußte man schon etwas weiter ausgreifen, als dies in Wirklichkeit geschah. Die Erfindung eines Heilmittels fraglicher Art sowie dessen geschäftstüchtige Anwendung vermögen bei dieser Seuche nur wenig mehr zu

helfen. Auch hier konnte nur der Kampf gegen die Ursachen in Frage kommen und nicht die Beseitigung der Erscheinungen. Die Ursache aber liegt in erster Linie in unserer Prostituierung der Liebe. Auch wenn ihr Ergebnis nicht diese fürchterliche Seuche wäre, wäre sie dennoch von tiefstem Schaden für das Volk, denn es genügen schon die moralischen Verheerungen, die diese Entartung mit sich bringt, um ein Volk langsam, aber sicher zugrunde zu richten. Diese Verjudung unseres Seelenlebens und Mammonisierung unseres Paarungstriebes werden früher oder später unseren gesamten Nachwuchs verderben, denn an Stelle kraftvoller Kinder eines natürlichen Gefühls werden nur mehr die Jammererscheinungen finanzieller Zweckmäßigkeit treten. Denn diese wird immer mehr die Grundlage und einzige Voraussetzung unserer Ehen. Die Liebe aber tobt sich wo anders aus.

Eine gewisse Zeit kann man natürlich auch hier die Natur verhöhnen, allein die Rache bleibt nicht aus, sie tritt hier nur später in Erscheinung, oder besser: sie wird von den Menschen oft zu spät erkannt.

Wie verheerend aber die Folgen einer dauernden Mißachtung der natürlichen Voraussetzungen für die Ehe sind, mag man an unserem Adel erkennen. Hier hat man die Ergebnisse einer Fortpflanzung vor sich, die zu einem Teile auf rein gesellschaftlichem Zwang, zum anderen auf finanziellen Gründen beruhte. Das eine führt zur Schwächung überhaupt, das andere zur Blutsvergiftung, da jede Warenhausjüdin als geeignet gilt, die Nachkommenschaft seiner Durchlaucht — die allerdings dann danach aussieht — zu ergänzen. In beiden Fällen ist vollkommene Degeneration die Folge.

Unser Bürgertum bemüht sich heute, den gleichen Weg zu gehen und wird am gleichen Ziele enden.

Mit gleichgültiger Hast versucht man, an den unangenehmen Wahrheiten vorüberzugehen, als ob man durch ein solches Gehaben die Dinge selber ungeschehen machen könnte. Nein, die Tatsache, daß unsere großstädtische Bevölkerung immer mehr in ihrem Liebesleben prostituiert

wird und gerade dadurch in immer weiterem Kreise der syphilitischen Seuche anheimfällt, kann nicht einfach weggeleugnet werden, sondern sie ist da. Die sichtbarsten Resultate dieser Massenverseuchung kann man auf der einen Seite in den Irrenanstalten finden, auf der anderen aber leider in unseren — Kindern. Besonders diese sind das traurige Elendserzeugnis der unaufhaltsam fortschreitenden Verpestung unseres Sexuallebens, in den Krankheiten der Kinder offenbaren sich die Laster der Eltern.

Es gibt verschiedene Wege, sich mit dieser unangenehmen, ja schrecklichen Tatsache abzufinden: die einen sehen überhaupt nichts oder wollen, besser gesagt, nichts sehen; dieses ist natürlich die weitaus einfachste und billigste „Stellungnahme“. Die anderen hüllen sich in den Heiligenmantel einer ebenso lächerlichen wie noch dazu verlogenen Prüderie, reden von dem ganzen Gebiete überhaupt nur als von einer großen Sünde und äußern vor allem vor jedem ertappten Sünder ihre tiefinnerliche Entrüstung, um dann vor dieser gottlosen Seuche die Augen in frommer Abscheu zu schließen und den lieben Gott zu bitten, er möchte doch — wenn möglich nach ihrem eigenen Tode — in dieses ganze Sodom und Gomorrha Schwefel und Pech hineinregnen lassen, um so wieder einmal an dieser schamlosen Menschheit ein erbauliches Exempel zu statuieren. Die dritten endlich sehen sehr wohl die entsetzlichen Folgen, die diese Seuche dereinst mit sich bringen muß und wird, allein sie zucken nur mit den Achseln, überzeugt, ohnehin nichts gegen die Gefahr unternehmen zu können, so daß man die Dinge laufen lassen müsse, wie sie eben laufen.

Dieses alles ist freilich bequem und einfach, nur darf nicht vergessen werden, daß einer solchen Bequemlichkeit eine Nation zum Opfer fallen wird. Die Ausrede, daß es den anderen Völkern ja auch nicht besser gehe, vermag natürlich auch an der Tatsache des eigenen Untergangs kaum etwas zu ändern, es wäre denn, daß das Gefühl, auch andere vom Unglück betroffen zu sehen, allein schon für viele eine Milderung der eigenen Schmerzen mit sich brächte. Aber die Frage ist dann ja eben erst recht die,

welches Volk von sich aus als erstes und selbst einziges dieser Pest Herr zu werden vermag, und welche Nationen daran zugrunde gehen. Darauf aber kommt es am Schlusse hinaus. Auch dies ist nur ein Prüfstein des Rassenwertes — die Rasse, welche die Probe nicht besteht, wird eben sterben und gesünderen oder doch zäheren und widerstandsfähigeren den Platz räumen. Denn da diese Frage in erster Linie den Nachwuchs betrifft, gehört sie zu denen, von welchen es mit so furchtbarem Recht heißt, daß die Sünden der Väter sich rächen bis in das zehnte Glied — eine Wahrheit, die nur von Freveln am Blut und an der Rasse gilt.

Die Sünde wider Blut und Rasse ist die Erbsünde dieser Welt und das Ende einer sich ihr ergebenden Menschheit.

Wie wahrhaft jammervoll aber stand das Vorkriegsdeutschland gerade dieser einen Frage gegenüber. Was geschah, um der Verpestung unserer Jugend in den Großstädten Einhalt zu gebieten? Was, um der Verseuchung und Mammonisierung unseres Liebeslebens auf den Leib zu rücken? Was, um die daraus resultierende Versyphilitisierung des Volkskörpers zu bekämpfen?

Die Antwort ergibt sich am leichtesten durch die Feststellung dessen, was hätte geschehen müssen.

Man durfte diese Frage zunächst nicht auf die leichte Schulter nehmen, sondern mußte verstehen, daß von ihrer Lösung das Glück oder Unglück von Generationen abhängen würde, ja, daß sie bestimmend für die ganze Zukunft unseres Volkes sein konnte, wenn nicht sein mußte. Eine solche Erkenntnis aber verpflichtete zu rücksichtslosen Maßnahmen und Eingriffen. An die Spitze aller Erwägungen hatte die Überzeugung zu treten, daß zu allererst die Aufmerksamkeit der gesamten Nation auf diese entsetzliche Gefahr zu konzentrieren war, so daß jeder einzelne sich der Bedeutung dieses Kampfes innerlich bewußt zu werden vermochte. Man kann wahrhaft einschneidende und manchmal schwer zu ertragende Verpflichtungen und Lasten nur dann zu einer allgemeinen Wirksamkeit bringen, wenn dem einzelnen

außer dem Zwang auch noch die Erkenntnis der Notwendigkeit vermittelt wird. Dazu gehört aber eine ungeheure Aufklärung unter Ausschaltung aller sonst noch ablenkend wirkenden Tagesfragen.

Es muß in allen Fällen, in denen es sich um die Erfüllung scheinbar unmöglicher Forderungen oder Aufgaben handelt, die gesamte Aufmerksamkeit eines Volkes nur auf diese eine Frage geschlossen vereinigt werden, so, als ob von ihrer Lösung tatsächlich Sein oder Nichtsein abhänge. Nur so wird man ein Volk zu wahrhaft großen Leistungen und Anstrengungen willig und fähig machen.

Dieser Grundsatz gilt auch für den einzelnen Menschen, sofern er große Ziele erreichen will. Auch er wird dies nur in stufenförmigen Abschnitten zu tun vermögen, auch er wird dann immer seine gesamten Anstrengungen auf die Erreichung einer bestimmt begrenzten Aufgabe zu vereinigen haben, so lange bis diese erfüllt erscheint, und die Absteckung eines neuen Abschnittes vorgenommen werden kann. Wer nicht diese Teilung des zu erobernden Weges in einzelne Etappen vornimmt und diese dann planmäßig unter schärfster Zusammenfassung aller Kräfte einzeln zu überwinden trachtet, wird niemals bis zum Schlußziel zu gelangen vermögen, sondern irgendwo auf dem Wege, vielleicht sogar abseits desselben, liegen bleiben. Dieses Heranarbeiten an das Ziel ist eine Kunst und erfordert jeweils den Einsatz aber auch der letzten Energie, um so Schritt für Schritt den Weg zu überwinden.

Die allererste Vorbedingung also, die zum Angriff auf eine so schwere Teilstrecke des menschlichen Weges not tut, ist die, daß es der Führung gelingt, der Masse des Volkes gerade das jetzt zu erreichende, besser zu erkämpfende Teilziel, als das einzig und allein der menschlichen Aufmerksamkeit würdige, von dessen Eroberung alles abhänge, hinzustellen. Die große Menge des Volkes kann ohnehin nie den ganzen Weg vor sich sehen, ohne zu ermüden und an der Aufgabe zu verzweifeln. Sie wird in einem gewissen

Umfang das Ziel im Auge behalten, den Weg aber nur in kleinen Teilstrecken zu übersehen vermögen, ähnlich dem Wanderer, der ebenfalls wohl das Ende seiner Reise weiß und kennt, der aber die endlose Straße besser überwindet, wenn er sich dieselbe in Abschnitte zerlegt und auf jeden einzelnen losmarschiert, als ob er schon das ersehnte Ziel selber wäre. Nur so kommt er, ohne zu verzagen, dennoch vorwärts.

So hätte man unter Anwendung aller propagandistischen Hilfsmittel die Frage der Bekämpfung der Syphilis als d i e Aufgabe der Nation erscheinen lassen müssen, nicht als a u c h eine Aufgabe. Man hätte zu diesem Zwecke ihre Schäden als das entsetzlichste Unglück in vollem Umfange, und zwar unter Anwendung aller Hilfsmittel, den Menschen einhämmern müssen, bis die ganze Nation zur Überzeugung gekommen wäre, daß von der Lösung dieser Frage eben alles abhänge, Zukunft oder Untergang.

Erst nach einer solchen, wenn nötig jahrelangen Vorbereitung, wird die Aufmerksamkeit und damit aber auch Entschlossenheit eines ganzen Volkes so sehr geweckt sein, daß man nun auch zu sehr schweren und opfervollen Maßnahmen wird greifen können, ohne Gefahr laufen zu müssen, vielleicht nicht verstanden oder plötzlich vom Wollen der Masse im Stiche gelassen zu werden.

Denn um dieser Pest ernstlich an den Leib zu rücken, sind ungeheure Opfer und ebenso große Arbeiten nötig.

Der Kampf gegen die Syphilis erfordert einen Kampf gegen die Prostitution, gegen Vorurteile, alte Gewohnheiten, gegen bisherige Vorstellungen, allgemeine Ansichten, darunter nicht zum letzten gegen die verlogene Prüderie in gewissen Kreisen.

Die erste Voraussetzung zu einem, aber auch nur moralischen Rechte, gegen diese Dinge anzukämpfen, ist die Ermöglichung einer frühen Verehelichung der kommenden Generationen. Im späten Heiraten liegt allein schon der Zwang zur Beibehaltung einer Einrichtung, die, da kann man sich winden wie man will, eine Schande der Mensch-

heit ist und bleibt, eine Einrichtung, die verflucht schlecht einem Wesen ansteht, das sich in sonstiger Bescheidenheit gern als das „Ebenbild“ Gottes ansieht.

Die Prostitution ist eine Schmach der Menschheit, allein man kann sie nicht beseitigen durch moralische Vorlesungen, frommes Wollen usw., sondern ihre Einschränkung und ihr endlicher Abbau setzen die Beseitigung einer ganzen Unzahl von Vorbedingungen voraus. Die erste aber ist und bleibt die Schaffung der Möglichkeit einer der menschlichen Natur entsprechenden frühzeitigen Heirat vor allem des Mannes, denn die Frau ist ja hier ohnehin nur der passive Teil.

Wie verirrt, ja unverständlich aber die Menschen heute zum Teil schon geworden sind, mag daraus hervorgehen, daß man nicht selten Mütter der sogenannten „besseren“ Gesellschaft reden hört, sie wären dankbar, für ihr Kind einen Mann zu finden, der sich die „Hörner bereits abgestoßen habe“ usw. Da daran meistens weniger Mangel ist, als umgekehrt, so wird das arme Mädel schon glücklich einen solchen enthörnten Siegfried finden, und die Kinder werden das sichtbare Ergebnis dieser vernünftigen Ehe sein. Wenn man bedenkt, daß außerdem noch eine möglichst große Einschränkung der Zeugung an sich erfolgt, so daß der Natur jede Auslese unterbunden wird, da natürlich jedes auch noch so elende Wesen erhalten werden muß, so bleibt wirklich nur die Frage, warum eine solche Institution überhaupt noch besteht und welchen Zweck sie haben soll? Ist es dann nicht genau dasselbe wie die Prostitution an sich? Spielt die Pflicht der Nachwelt gegenüber überhaupt keine Rolle mehr? Oder weiß man nicht, welchen Fluch man sich bei Kind und Kindeskind auflädet durch eine derartige verbrecherisch leichtsinnige Weise in der Wahrung des letzten Naturrechtes, aber auch der letzten Naturverpflichtung?

So entarten die Kulturvölker und gehen allmählich unter.

Auch die Ehe kann nicht Selbstzweck sein, sondern muß dem einen größeren Ziele, der Vermehrung und Erhaltung

der Art und Rasse, dienen. Nur das ist ihr Sinn und ihre Aufgabe.

Unter diesen Voraussetzungen aber kann ihre Richtigkeit nur an der Art gemessen werden, in der sie diese Aufgabe erfüllt. Daher schon ist die frühe Heirat richtig, gibt sie doch der jungen Ehe noch jene Kraft, aus der allein ein gesunder und widerstandsfähiger Nachwuchs zu kommen vermag. Freilich ist zu ihrer Ermöglichung eine ganze Reihe von sozialen Voraussetzungen nötig, ohne die an eine frühe Verehelichung gar nicht zu denken ist. Mithin kann eine Lösung dieser nur so kleinen Frage schon nicht stattfinden ohne einschneidende Maßnahmen in sozialer Hinsicht. Welche Bedeutung diesen zukommt, sollte man am meisten in einer Zeit begreifen, da die sogenannte „soziale" Republik durch ihre Unfähigkeit in der Lösung der Wohnungsfrage allein zahlreiche Ehen einfach verhindert und der Prostitution auf solche Weise Vorschub leistet.

Der Unsinn unserer Art der Gehaltseinteilung, die viel zu wenig Rücksicht nimmt auf die Frage der Familie und ihre Ernährung, ist ebenfalls ein Grund, der so manche frühe Ehe unmöglich macht.

Es kann also an eine wirkliche Bekämpfung der Prostitution nur herangetreten werden, wenn durch eine grundsätzliche Änderung der sozialen Verhältnisse eine frühere Verheiratung, als sie jetzt im allgemeinen stattfinden kann, ermöglicht wird. Dies ist die allererste Voraussetzung zu einer Lösung dieser Frage.

In zweiter Linie aber hat Erziehung und Ausbildung eine ganze Reihe von Schäden auszumerzen, um die man sich heute überhaupt fast nicht kümmert. Vor allem muß in der bisherigen Erziehung ein Ausgleich zwischen geistigem Unterricht und körperlicher Ertüchtigung eintreten. Was heute Gymnasium heißt, ist ein Hohn auf das griechische Vorbild. Man hat bei unserer Erziehung vollkommen vergessen, daß auf die Dauer ein gesunder Geist auch nur in einem gesunden Körper zu wohnen vermag. Besonders wenn man, von einzelnen Ausnahmen abgesehen, die große

Masse eines Volkes ins Auge faßt, erhält dieser Satz unbedingte Gültigkeit.

Es gab im Vorkriegsdeutschland eine Zeit, in der man sich überhaupt um diese Wahrheit nicht mehr kümmerte. Man sündigte einfach auf den Körper los und vermeinte in der einseitigen Ausbildung des „Geistes" eine sichere Gewähr für die Größe der Nation zu besitzen. Ein Irrtum, der sich schneller zu rächen begann, als man dachte. Es ist kein Zufall, daß die bolschewistische Welle nirgends besseren Boden fand als dort, wo eine durch Hunger und dauernde Unterernährung degenerierte Bevölkerung haust: in Mitteldeutschland, Sachsen und im Ruhrgebiet. In allen diesen Gebieten findet aber auch von der sogenannten Intelligenz ein ernstlicher Widerstand gegen diese Judenkrankheit kaum mehr statt, aus dem einfachen Grunde, weil ja auch die Intelligenz selber körperlich vollständig verkommen ist, wenn auch weniger durch Gründe der Not als durch Gründe der Erziehung. Die ausschließlich geistige Einstellung unserer Bildung in den oberen Schichten macht diese unfähig in Zeiten, in denen nicht der Geist, sondern die Faust entscheidet, sich auch nur zu erhalten, geschweige denn durchzusetzen. In körperlichen Gebrechen liegt nicht selten der erste Grund zur persönlichen Feigheit.

Die übermäßige Betonung des rein geistigen Unterrichtes und die Vernachlässigung der körperlichen Ausbildung fördern aber auch in viel zu früher Jugend die Entstehung sexueller Vorstellungen. Der Junge, der in Sport und Turnen zu einer eisernen Abhärtung gebracht wird, unterliegt dem Bedürfnis sinnlicher Befriedigungen weniger als der ausschließlich mit geistiger Kost gefütterte Stubenhocker. Eine vernünftige Erziehung aber hat dies zu berücksichtigen. Sie darf ferner nicht aus dem Auge verlieren, daß die Erwartungen des gesunden jungen Mannes von der Frau andere sein werden, als die eines vorzeitig verdorbenen Schwächlings.

So muß die ganze Erziehung darauf eingestellt werden, die freie Zeit des Jungen zu einer nützlichen Ertüchtigung seines Körpers zu verwenden. Er hat kein Recht, in diesen

Jahren müßig herumzulungern, Straßen und Kinos unsicher zu machen, sondern soll nach seinem sonstigen Tageswerk den jungen Leib stählen und hart machen, auf daß ihn dereinst auch das Leben nicht zu weich finden möge. Dies anzubahnen und auch durchzuführen, zu lenken und zu leiten ist die Aufgabe der Jugenderziehung und nicht das ausschließliche Einpumpen sogenannter Weisheit. Sie hat auch mit der Vorstellung aufzuräumen, als ob die Behandlung seines Körpers jedes einzelnen Sache selber wäre. Es gibt keine Freiheit, auf Kosten der Nachwelt und damit der Rasse zu sündigen.

Gleichlaufend mit der Erziehung des Körpers hat der Kampf gegen die Vergiftung der Seele einzusetzen. Unser gesamtes öffentliches Leben gleicht heute einem Treibhaus sexueller Vorstellungen und Reize. Man betrachte doch den Speisezettel unserer Kinos, Varietés und Theater, und man kann wohl kaum leugnen, daß dies nicht die richtige Kost, vor allem für die Jugend, ist. In Auslagen und an Anschlagsäulen wird mit den niedrigsten Mitteln gearbeitet, um die Aufmerksamkeit der Menge auf sich zu ziehen. Daß dies für die Jugend zu außerordentlich schweren Schädigungen führen muß, ist wohl jedem, der nicht die Fähigkeit, sich in ihre Seele hineinzudenken, verloren hat, verständlich. Diese sinnlich schwüle Atmosphäre führt zu Vorstellungen und Erregungen in einer Zeit, da der Knabe für solche Dinge noch gar kein Verständnis haben dürfte. Das Ergebnis dieser Art von Erziehung kann man an der heutigen Jugend in nicht gerade erfreulicher Weise studieren. Sie ist frühreif und damit auch vorzeitig alt geworden. Aus den Gerichtssälen dringen manches Mal Vorgänge an die Öffentlichkeit, die grauenhafte Einblicke in das Seelenleben unserer 14- und 15jährigen gestatten. Wer will sich da wundern, daß schon in diesen Alterskreisen die Syphilis ihre Opfer zu suchen beginnt? Und ist es nicht ein Jammer, zu sehen, wie so mancher körperlich schwächliche, geistig aber verdorbene junge Mensch seine Einführung in die Ehe durch eine großstädtische Hure vermittelt erhält?

Nein, wer der Prostitution zu Leibe gehen will, muß in

erster Linie die geistige Voraussetzung zu derselben beseitigen helfen. Er muß mit dem Unrat unserer sittlichen Verpestung der großstädtischen „Kultur" aufräumen, und zwar rücksichtslos und ohne Schwanken vor allem Geschrei und Gezeter, das natürlich losgelassen werden wird. Wenn wir die Jugend nicht aus dem Morast ihrer heutigen Umgebung herausheben, wird sie in demselben untersinken. Wer diese Dinge nicht sehen will, unterstützt sie und macht sich dadurch zum Mitschuldigen an der langsamen Prostituierung unserer Zukunft, die nun einmal in der werdenden Generation liegt. Dieses Reinemachen unserer Kultur hat sich auf fast alle Gebiete zu erstrecken. Theater, Kunst, Literatur, Kino, Presse, Plakat und Auslagen sind von den Erscheinungen einer verfaulenden Welt zu säubern und in den Dienst einer sittlichen Staats- und Kulturidee zu stellen. Das öffentliche Leben muß von dem erstickenden Parfüm unserer modernen Erotik befreit werden, genau so wie von jeder unmännlichen prüden Unaufrichtigkeit. In allen diesen Dingen muß das Ziel und der Weg bestimmt werden von der Sorge für die Erhaltung der Gesundheit unseres Volkes an Leib und Seele. Das Recht der persönlichen Freiheit tritt zurück gegenüber der Pflicht der Erhaltung der Rasse.

Erst nach der Durchführung dieser Maßnahmen kann der medizinische Kampf gegen die Seuche selber mit einiger Aussicht auf Erfolg durchgeführt werden. Allein auch dabei kann es sich nicht um halbe Maßregeln handeln, sondern auch hier wird man zu den schwersten und einschneidendsten Entschlüssen kommen müssen. Es ist eine Halbheit, unheilbar kranken Menschen die dauernde Möglichkeit einer Verseuchung der übrigen gesunden zu gewähren. Es entspricht dies einer Humanität, die, um dem einen nicht wehe zu tun, hundert andere zugrunde gehen läßt. Die Forderung, daß defekten Menschen die Zeugung anderer ebenso defekter Nachkommen unmöglich gemacht wird, ist eine Forderung klarster Vernunft und bedeutet in ihrer planmäßigen Durchführung die humanste Tat der Menschheit. Sie wird Millionen von Unglücklichen unverdiente Leiden ersparen,

in der Folge aber zu einer steigenden Gesundung überhaupt führen. Die Entschlossenheit, in dieser Richtung vorzugehen, wird auch der Weiterverbreitung der Geschlechtskrankheiten einen Damm entgegensetzen. Denn hier wird man, wenn nötig, zur unbarmherzigen Absonderung unheilbar Erkrankter schreiten müssen — eine barbarische Maßnahme für den unglücklich davon Betroffenen, aber ein Segen für die Mit- und Nachwelt. Der vorübergehende Schmerz eines Jahrhunderts kann und wird Jahrtausende vom Leid erlösen.

Der Kampf gegen die Syphilis und ihre Schrittmacherin, die Prostitution, ist eine der ungeheuersten Aufgaben der Menschheit, ungeheuer deshalb, weil es sich dabei nicht um die Lösung einer einzelnen Frage an sich handelt, sondern um die Beseitigung einer ganzen Reihe von Schäden, die eben als Folgeerscheinung zu dieser Seuche Veranlassung geben. Denn die Erkrankung des Leibes ist hier nur das Ergebnis einer Erkrankung der sittlichen, sozialen und rassischen Instinkte.

Wird dieser Kampf aber aus Bequemlichkeit oder auch Feigheit nicht ausgefochten, dann möge man sich in 500 Jahren die Völker ansehen. Ebenbilder Gottes dürfte man nur mehr wenige finden, ohne des Allerhöchsten freveln zu wollen.

Wie aber hatte man im alten Deutschland versucht, sich mit dieser Seuche auseinanderzusetzen? Bei ruhiger Prüfung ergibt sich darauf eine wirklich betrübliche Antwort. Sicher erkannte man in den Kreisen der Regierungen die entsetzlichen Schäden dieser Krankheit sehr wohl, wenn man sich auch vielleicht die Folgen nicht ganz zu überlegen vermochte; allein im Kampfe dagegen versagte man vollständig und griff statt zu durchgreifenden Reformen lieber zu jämmerlichen Maßnahmen. Man dokterte an der Krankheit herum und ließ die Ursachen Ursachen sein. Man unterzog die einzelne Prostituierte einer ärztlichen Untersuchung, beaufsichtigte sie, so gut es eben gehen mochte, und steckte sie im Falle einer festgestellten Erkrankung in irgendein Lazarett, aus dem sie nach äußerlich erfolgter Heilung wieder auf die andere Menschheit losgelassen wurde.

Man hatte freilich einen „Schutzparagraphen" eingeführt, nach dem der nicht ganz Gesunde oder Geheilte bei Strafe den sexuellen Verkehr zu meiden habe. Sicher ist diese Maßnahme an sich richtig, allein in der praktischen Durchführung versagte sie so gut wie vollständig. Erstens wird es die Frau, im Falle eines sie dadurch treffenden Unglückes — schon infolge unserer oder besser ihrer Erziehung — in den meisten Fällen wohl ablehnen, sich als Zeugin gegen den elenden Dieb ihrer Gesundheit — unter doch oft peinlichen Begleitumständen — auch noch in den Gerichtssaal hineinzerren zu lassen. Gerade ihr nützt dies sehr wenig, sie wird ohnehin in den meisten Fällen die darunter am meisten Leidende sein — trifft sie doch die Verachtung ihrer lieblosen Umgebung noch viel schwerer, als dies beim Manne der Fall wäre. Endlich stelle man sich ihre Lage vor, wenn der Überbringer der Krankheit der eigene Gatte ist? Soll sie nun klagen? Oder was soll sie dann tun?

Bei dem Manne aber kommt die Tatsache hinzu, daß er leider nur zu häufig gerade nach reichlichem Alkoholgenuß dieser Pest in den Weg läuft, da er in diesem Zustande am wenigsten in der Lage ist, die Qualitäten seiner „Schönen" zu beurteilen, was der ohnehin kranken Prostituierten auch nur zu genau bekannt ist und sie deshalb immer veranlaßt, gerade nach Männern in diesem idealen Zustande zu angeln. Das Ende aber ist, daß der später unangenehm Überraschte auch bei eifrigstem Nachdenken sich seiner barmherzigen Beglückerin nicht mehr zu erinnern vermag, was einen in einer Stadt wie Berlin oder selbst München nicht wundernehmen darf. Dazu kommt noch, daß es sich oft um Besucher aus der Provinz handelt, die dem ganzen Großstadtzauber ohnehin vollkommen ratlos gegenüberstehen.

Endlich aber: wer kann denn wissen, ob er nun krank oder gesund ist? Kommen nicht zahlreiche Fälle vor, in denen ein scheinbar Geheilter wieder rückfällig wird und nun entsetzliches Unheil anrichtet, ohne es zunächst auch nur selber zu ahnen?

So ist also die praktische Wirkung dieses Schutzes durch die gesetzliche Bestrafung einer schuldigen Ansteckung in

Wirklichkeit gleich null. Ganz das gleiche gilt von der Beaufsichtigung der Prostituierten, und endlich ist auch die Heilung selber sogar heute noch unsicher und zweifelhaft. Sicher ist nur eines: die Seuche griff trotz aller Maßnahmen immer weiter um sich. Dadurch aber wird auf das schlagendste die Wirkungslosigkeit derselben bestätigt.

Denn alles, was sonst noch geschah, war ebenso ungenügend wie lächerlich. Die seelische Prostituierung des Volkes wurde nicht verhindert; man tat auch überhaupt nichts zur Verhinderung.

Wer aber geneigt ist, dies alles auf die leichte Schulter zu nehmen, der studiere nur einmal die statistischen Grundlagen über die Verbreitung dieser Pest, vergleiche ihr Wachstum seit den letzten hundert Jahren, denke sich dann in diese Weiterentwicklung hinein — und er müßte schon die Einfalt eines Esels besitzen, wenn ihm nicht ein unangenehmes Frösteln über den Rücken liefe!

Die Schwäche und Halbheit, mit der man schon im alten Deutschland zu einer so furchtbaren Erscheinung Stellung nahm, darf als sichtbares Verfallszeichen eines Volkes gewertet werden. *Wenn die Kraft zum Kampfe um die eigene Gesundheit nicht mehr vorhanden ist, endet das Recht zum Leben in dieser Welt des Kampfes.* Sie gehört nur dem kraftvollen „Ganzen" und nicht dem schwachen „Halben".

Eine der ersichtlichsten Verfallserscheinungen des alten Reiches war das langsame Herabsinken der allgemeinen Kulturhöhe, wobei ich unter Kultur nicht das meine, was man heute mit dem Worte Zivilisation bezeichnet. Diese scheint im Gegenteil eher eine Feindin wahrer Geistes- und Lebenshöhe zu sein.

Schon vor der Jahrhundertwende begann sich in unsere Kunst ein Element einzuschieben, das bis dorthin als vollkommen fremd und unbekannt gelten durfte. Wohl fanden auch in früheren Zeiten manchmal Verirrungen des Geschmackes statt, allein es handelte sich in solchen Fällen doch mehr um künstlerische Entgleisungen, denen die Nachwelt wenigstens einen gewissen historischen Wert zuzubilligen

vermochte, als um Erzeugnisse einer überhaupt nicht mehr künstlerischen, sondern vielmehr geistigen Entartung bis zur Geistlosigkeit. In ihnen begann sich der später freilich besser sichtbar werdende politische Zusammenbruch schon kulturell anzuzeigen.

Der Bolschewismus der Kunst ist die einzig mögliche kulturelle Lebensform und geistige Äußerung des Bolschewismus überhaupt.

Wem dieses befremdlich vorkommt, der braucht nur die Kunst der glücklich bolschewisierten Staaten einer Betrachtung zu unterziehen, und er wird mit Schrecken die krankhaften Auswüchse irrsinniger und verkommener Menschen, die wir unter den Sammelbegriffen des Kubismus und Dadaismus seit der Jahrhundertwende kennenlernten, dort als die offiziell staatlich anerkannte Kunst bewundern können. Selbst in der kurzen Periode der bayerischen Räterepublik war diese Erscheinung schon zutage getreten. Schon hier konnte man sehen, wie die gesamten offiziellen Plakate, Propagandazeichnungen in den Zeitungen usw. den Stempel nicht nur des politischen Verfalls, sondern auch den des kulturellen an sich trugen.

So wenig etwa noch vor sechzig Jahren ein politischer Zusammenbruch von der jetzt erreichten Größe denkbar gewesen wäre, so wenig auch ein kultureller, wie er sich in futuristischen und kubistischen Darstellungen seit 1900 zu zeigen begann. Vor sechzig Jahren wäre eine Ausstellung von sogenannten dadaistischen „Erlebnissen" als einfach unmöglich erschienen und die Veranstalter würden in das Narrenhaus gekommen sein, während sie heute sogar in Kunstverbänden präsidieren. Diese Seuche konnte damals nicht auftauchen, weil weder die öffentliche Meinung dies geduldet noch der Staat ruhig zugesehen hätte. Denn es ist Sache der Staatsleitung, zu verhindern, daß ein Volk dem geistigen Wahnsinn in die Arme getrieben wird. Bei diesem aber müßte eine derartige Entwicklung doch eines Tages enden. An dem Tage nämlich, an dem diese Art von Kunst wirklich der allgemeinen Auffassung entspräche, wäre eine der schwerwiegendsten Wandlungen der Menschheit

eingetreten; die Rückentwicklung des menschlichen Gehirns hätte damit begonnen, das Ende aber vermöchte man sich kaum auszudenken.

Sobald man erst von diesem Gesichtspunkte aus die Entwicklung unseres Kulturlebens seit den letzten 25 Jahren vor dem Auge vorbeiziehen läßt, wird man mit Schrecken sehen, wir sehr wir bereits in dieser Rückbildung begriffen sind. Überall stoßen wir auf Keime, die den Beginn von Wucherungen verursachen, an denen unsere Kultur früher oder später zugrunde gehen muß. Auch in ihnen können wir die Verfallserscheinungen einer langsam abfaulenden Welt erkennen. Wehe den Völkern, die dieser Krankheit nicht mehr Herr zu werden vermögen!

Solche Erkrankungen konnte man in Deutschland fast auf allen Gebieten der Kunst und Kultur überhaupt feststellen. Alles schien hier den Höhepunkt schon überschritten zu haben und dem Abgrunde zuzueilen. Das Theater sank zusehends tiefer und wäre wohl schon damals restlos als Kulturfaktor ausgeschieden, hätten nicht wenigstens die Hoftheater sich noch gegen die Prostituierung der Kunst gewendet. Sieht man von ihnen und einigen weiteren rühmenswerten Ausnahmen ab, so waren die Darbietungen der Schaubühne derart, daß es für die Nation zweckmäßiger gewesen wäre, ihren Besuch ganz zu meiden. Es war ein trauriges Zeichen des inneren Verfalls, daß man die Jugend in die meisten dieser sogenannten „Kunststätten" gar nicht mehr schicken durfte, was auch ganz schamlos offen zugegeben wurde mit der allgemeinen Panoptikum-Warnung: „Jugendliche haben keinen Zutritt!"

Man bedenke, daß man solche Vorsichtsmaßnahmen an den Stätten üben mußte, die in erster Linie für die Bildung der Jugend da sein müßten und nicht zur Ergötzung alter, blasierter Lebensschichten dienen dürften. Was würden wohl die großen Dramatiker aller Zeiten zu einer derartigen Maßregel gesagt haben, und was vor allem zu den Umständen, die dazu die Veranlassung gaben? Wie wäre Schiller aufgeflammt, wie würde sich Goethe empört abgewendet haben!

Aber freilich, was sind denn Schiller, Goethe oder Shakespeare gegenüber den Heroen der neueren deutschen Dichtkunst! Alte abgetragene und überlebte, nein überwundene Erscheinungen. Denn das war das Charakteristische dieser Zeit: nicht daß sie selber nur mehr Schmutz produzierte, besudelte sie obendrein alles wirklich Große der Vergangenheit. Das ist allerdings eine Erscheinung, die man immer zu solchen Zeiten beobachten kann. Je niederträchtiger und elender die Erzeugnisse einer Zeit und ihrer Menschen sind, um so mehr haßt man die Zeugen einer einstigen größeren Höhe und Würde. Am liebsten möchte man in solchen Zeiten die Erinnerung an die Vergangenheit der Menschheit überhaupt tilgen, um durch die Ausschaltung jeder Vergleichsmöglichkeit den eigenen Kitsch immerhin noch als „Kunst" vorzutäuschen. Daher wird jede neue Institution, je elender und miserabler sie ist, um so mehr die letzten Spuren der vergangenen Zeit zu löschen trachten, während jede wirklich wertvolle Erneuerung der Menschheit auch unbekümmert an die guten Errungenschaften vergangener Generationen anknüpfen kann, ja diese oft erst zur Geltung zu bringen versucht. Sie braucht nicht zu befürchten, etwa vor der Vergangenheit zu verblassen, sondern sie gibt von sich aus dem allgemeinen Schatz der menschlichen Kultur einen so wertvollen Beitrag, daß sie oft gerade zu dessen voller Würdigung die Erinnerung an die früheren Leistungen selber wachhalten möchte, um so der neuen Gabe erst recht das volle Verständnis der Gegenwart zu sichern. Nur wer der Welt von sich aus gar nichts Wertvolles zu schenken vermag, aber zu tun versucht, als ob er ihr weiß Gott was geben wollte, wird alles wirklich schon Gegebene hassen und am liebsten verneinen oder gar vernichten.

Dies gilt keineswegs bloß für Neuerscheinungen auf dem Gebiete der allgemeinen Kultur, sondern auch für solche der Politik. Revolutionäre neue Bewegungen werden die alten Formen um so mehr hassen, je minderwertiger sie selber sind. Auch hier kann man sehen, wie die Sorge, den eigenen Kitsch als etwas Beachtenswertes erscheinen zu lassen, zum blinden Haß gegen das überlegene Gute der Vergangen-

heit führt. Solange zum Beispiel die geschichtliche Erinnerung an Friedrich den Großen nicht erstorben ist, vermag Friedrich Ebert nur bedingtes Erstaunen hervorzurufen. Der Held von Sanssouci verhält sich zum ehemaligen Bremenser Kneipenwirt ungefähr wie die Sonne zum Mond; erst wenn die Strahlen der Sonne verlöschen, vermag der Mond zu glänzen. Es ist deshalb auch der Haß aller Neumonde der Menschheit gegen die Fixsterne nur zu begreiflich. Im politischen Leben pflegen solche Nullen, wenn ihnen das Schicksal die Herrschaft vorübergehend in den Schoß wirft, nicht nur mit unermüdlichem Eifer die Vergangenheit zu besudeln und zu beschmutzen, sondern sich selbst auch mit äußeren Mitteln der allgemeinen Kritik zu entziehen. Als Beispiel hierfür kann die Republik-Schutzgesetzgebung des neuen Deutschen Reiches gelten.

Wenn daher irgendeine neue Idee, eine Lehre, eine neue Weltanschauung oder auch politische sowie wirtschaftliche Bewegung die gesamte Vergangenheit zu leugnen versucht, sie schlecht und wertlos machen will, so muß man schon aus diesem Anlaß äußerst vorsichtig und mißtrauisch sein. Meistens ist der Grund zu solchem Haß entweder nur die eigene Minderwertigkeit oder gar eine schlechte Absicht an sich. Eine wirklich segensvolle Erneuerung der Menschheit wird immer und ewig dort weiter zu bauen haben, wo das letzte gute Fundament aufhört. Sie wird sich der Verwendung bereits bestehender Wahrheiten nicht zu schämen brauchen. Ist doch die gesamte menschliche Kultur sowie auch der Mensch selber nur das Ergebnis einer einzigen langen Entwicklung, in der jede Generation ihren Baustein zutrug und einfügte. Der Sinn und Zweck von Revolutionen ist dann nicht der, das ganze Gebäude einzureißen, sondern schlecht Gefügtes oder Unpassendes zu entfernen und an der dann wieder freigelegten gesunden Stelle weiter- und anzubauen.

So allein wird man von einem Fortschritt der Menschheit sprechen können und dürfen. Im anderen Falle würde die Welt vom Chaos nie erlöst, da ja das Recht zur Ablehnung der Vergangenheit jeder Generation zukäme und

mithin jede als Voraussetzung der eigenen Arbeit die Werke der Vergangenheit zerstören dürfte.

So war das Traurigste am Zustand unserer Gesamtkultur der Vorkriegszeit nicht nur die vollkommene Impotenz der künstlerischen und allgemein kulturellen Schöpferkraft, sondern der Haß, mit dem die Erinnerung der größeren Vergangenheit besudelt und ausgelöscht wurde. Fast auf allen Gebieten der Kunst, besonders in Theater und Literatur, begann man um die Jahrhundertwende weniger bedeutendes Neues zu produzieren, als vielmehr das beste Alte herunterzusetzen und als minderwertig und überwunden hinzustellen; als ob diese Zeit der beschämendsten Minderwertigkeit überhaupt etwas zu überwinden vermöchte. Aus diesem Streben aber, die Vergangenheit dem Auge der Gegenwart zu entziehen, ging die böse Absicht dieser Apostel der Zukunft klar und deutlich hervor. Daran hätte man erkennen sollen, daß es sich hier nicht um neue, wenn auch falsche kulturelle Auffassungen handelte, sondern um einen Prozeß der Zerstörung der Grundlagen der Kultur überhaupt, um eine dadurch möglich werdende Vernarrung des gesunden Kunstempfindens — und um die geistige Vorbereitung des politischen Bolschewismus. Denn wenn das Perikleische Zeitalter durch den Parthenon verkörpert erscheint, dann die bolschewistische Gegenwart durch eine kubistische Fratze.

In diesem Zusammenhange muß auch auf die hierbei wieder sichtbare Feigheit bei dem Teil unseres Volkes hingewiesen werden, der auf Grund seiner Bildung und seiner Stellung verpflichtet gewesen wäre, gegen diese Kulturschande Front zu machen. Aus lauter Furcht vor dem Geschrei der bolschewistischen Kunstapostel, die jeden, der nicht in ihnen die Krone der Schöpfung erkennen wollte, auf das heftigste angriffen und als rückständigen Spießer festnagelten, verzichtete man auf allen ernstlichen Widerstand und fügte sich in das, wie es eben schien, ja doch Unvermeidliche. Man bekam förmlich Angst, von diesen Halbnarren oder Gaunern der Verständnislosigkeit geziehen zu werden; als ob es eine Schande wäre, die

Produkte geistiger Degeneraten oder gerissener Betrüger nicht zu verstehen. Diese Kulturjünger besaßen freilich ein sehr einfaches Mittel, ihren Unsinn zu einer weiß Gott wie gewaltigen Sache zu stempeln: sie stellten jedes unverständlich und ersichtlich verrückte Zeug als sogenanntes inneres Erleben der staunenden Mitwelt vor, auf so billige Weise den meisten Menschen das Wort der Entgegnung von vornherein aus dem Munde nehmend. Denn daran, daß auch dies ein inneres Erleben sein könnte, war ja gar nicht zu zweifeln, wohl aber daran, ob es angängig ist, der gesunden Welt die Halluzinationen von Geisteskranken oder Verbrechern vorzusetzen. Die Werke eines Moritz von Schwind oder eines Böcklin waren auch inneres Erleben, nur eben von Künstlern gottbegnadeter Art und nicht von Hanswursten.

Da aber konnte man so recht die jammervolle Feigheit unserer sogenannten Intelligenz studieren, die sich um jeden ernstlichen Widerstand gegen diese Vergiftung des gesunden Instinktes unseres Volkes herumdrückte, und es dem Volke selber überließ, sich mit diesem frechen Unsinn abzufinden. Um nicht als kunstunverständig zu gelten, nahm man jede Kunstverhöhnung in Kauf, um endlich in der Beurteilung von gut und schlecht wirklich unsicher zu werden.

Alles in allem genommen aber waren dies Zeichen einer böse werdenden Zeit.



Als bedenkliches Merkmal muß noch folgendes festgestellt werden:

Im neunzehnten Jahrhundert begannen unsere Städte immer mehr den Charakter von Kulturstätten zu verlieren und zu reinen Menschenansiedlungen herabzusinken. Die geringe Verbundenheit, die unser heutiges Großstadtproletariat mit seinem Wohnort besitzt, ist die Folge davon, daß es sich hier wirklich nur um den zufälligen örtlichen Aufenthaltsraum des einzelnen handelt und um weiter nichts. Zum Teil hängt dies mit dem durch die sozialen Verhältnisse bedingten häufigen Wechsel des Wohnortes

zusammen, die dem Menschen nicht die Zeit zu einer engeren Verbindung mit seiner Stadt gibt, zum anderen aber ist die Ursache hierfür auch in der allgemeinen kulturellen Bedeutungslosigkeit und Ärmlichkeit unserer heutigen Städte an sich zu suchen.

Noch zur Zeit der Befreiungskriege waren die deutschen Städte nicht nur der Zahl nach gering, sondern auch der Größe nach bescheiden. Die wenigen wirklichen Großstädte waren zum größten Teil Residenzen und besaßen als solche fast immer einen bestimmten kulturellen Wert und meist auch ein bestimmtes künstlerisches Bild. Die paar Orte von mehr als fünfzigtausend Einwohnern waren gegen Städte mit gleicher Bevölkerung von heute reich an wissenschaftlichen und künstlerischen Schätzen. Als München sechzigtausend Seelen zählte, schickte es sich schon an, eine der ersten deutschen Kunststätten zu werden; heute hat fast jeder Fabrikort diese Zahl erreicht, wenn nicht schon vielfach überschritten, ohne manchmal aber auch nur das geringste an wirklichen Werten sein eigen nennen zu können. Reine Ansammlungen von Wohn- und Mietskasernen, weiter nichts. Wie bei derartiger Bedeutungslosigkeit eine besondere Verbundenheit mit einem solchen Ort entstehen soll, muß ein Rätsel sein. Niemand wird an einer Stadt besonders hängen, die nichts weiter zu bieten hat, als eben jede andere auch, der jede individuelle Note fehlt, und in der peinlich alles vermieden wurde, was nach Kunst oder ähnlichem auch nur aussehen könnte.

Aber nicht genug an dem, auch die wirklichen Großstädte werden mit der steigenden Zunahme der Volkszahl im Verhältnis immer ärmer an wirklichen Kunstwerken. Sie erscheinen immer abgeschliffener und ergeben ganz das gleiche Bild, wenn auch in größerem Umfange, wie die kleinen armseligen Fabrikorte. Was die neuere Zeit zu dem kulturellen Inhalt unserer Großstädte hinzugefügt hat, ist vollkommen unzulänglich. Alle unsere Städte zehren vom Ruhme und den Schätzen der Vergangenheit. Man nehme aus dem jetzigen München doch einmal alles weg, was unter Ludwig I. geschaffen wurde, und man wird mit

Entsetzen sehen, wie armselig der Zuwachs seit dieser Zeit an bedeutenden künstlerischen Schöpfungen ist. Das gleiche gilt auch für Berlin und die meisten anderen Großstädte.

Das Wesentliche aber ist doch noch folgendes: Unsere heutigen Großstädte besitzen keine das ganze Stadtbild beherrschenden Denkmäler, die irgendwie als Wahrzeichen der ganzen Zeit angesprochen werden könnten. Dies aber war in den Städten des Altertums der Fall, da fast jede ein besonderes Monument ihres Stolzes besaß. Nicht in den Privatbauten lag das Charakteristische der antiken Stadt, sondern in den Denkmälern der Allgemeinheit, die nicht für den Augenblick, sondern für die Ewigkeit bestimmt schienen, weil sich in ihnen nicht der Reichtum eines einzelnen Besitzers, sondern die Größe und Bedeutung der Allgemeinheit widerspiegeln sollte. So entstanden Denkmäler, die sehr wohl geeignet waren, den einzelnen Bewohner in einer Weise mit seiner Stadt zu verbinden, die uns heute manchmal fast unverständlich vorkommt. Denn was dieser vor Augen hatte, waren weniger die ärmlichen Häuser privater Besitzer, als die Prachtbauten der ganzen Gemeinschaft. Ihnen gegenüber sank das Wohnhaus wirklich zu einer unbedeutenden Nebensächlichkeit zusammen.

Wenn man die Größenverhältnisse der antiken Staatsbauten mit den gleichzeitigen Wohnhäusern vergleicht, so wird man erst die überragende Wucht und Gewalt dieser Betonung des Grundsatzes, den Werken der Öffentlichkeit die erste Stellung zuzuweisen, verstehen. Was wir heute in den Trümmerhaufen und Ruinenfeldern der antiken Welt als wenige noch aufragende Kolosse bewundern, sind nicht einstige Geschäftspaläste, sondern Tempel und Staatsbauten; also Werke, deren Besitzer die Allgemeinheit war. Selbst im Prunke des Roms der Spätzeit nahmen den ersten Platz nicht die Villen und Paläste einzelner Bürger, sondern die Tempel und Thermen, die Stadien, Zirkusse, Aquädukte, Basiliken usw. des Staates, also des ganzen Volkes ein.

Sogar das germanische Mittelalter hielt den gleichen leitenden Grundsatz, wenn auch unter gänzlich anderen

Kunstauffassungen aufrecht. Was im Altertum in der Akropolis oder dem Pantheon seinen Ausdruck fand, hüllte sich nun in die Formen des gotischen Domes. Wie Riesen ragten diese Monumentalbauten über das kleine Gewimmel von Fachwerk-, Holz- oder Ziegelbauten der mittelalterlichen Stadt empor und wurden so zu Wahrzeichen, die selbst heute noch, da neben ihnen die Mietskasernen immer höher emporklettern, den Charakter und das Bild dieser Orte bestimmen. Münster, Rathäuser und Schrannenhallen sowie Wehrtürme sind das sichtbare Zeichen einer Auffassung, die im letzten Grunde wieder nur der der Antike entsprach.

Wie wahrhaft jammervoll aber ist das Verhältnis zwischen Staats- und Privatbau heute geworden. Würde das Schicksal Roms Berlin treffen, so könnten die Nachkommen als gewaltigste Werke unserer Zeit dereinst die Warenhäuser einiger Juden und die Hotels einiger Gesellschaften als charakteristischen Ausdruck der Kultur unserer Tage bewundern. Man vergleiche doch das böse Mißverhältnis, das in einer Stadt wie selbst Berlin zwischen den Bauten des Reiches und denen der Finanz und des Handels herrscht.

Schon der für die Staatsbauten aufgewendete Betrag ist meistens wahrhaft lächerlich und ungenügend. Es werden nicht Werke für die Ewigkeit geschaffen, sondern meistens nur für den augenblicklichen Bedarf. Irgendein höherer Gedanke herrscht dabei überhaupt nicht vor. Das Berliner Schloß war zur Zeit seiner Erbauung ein Werk von anderer Bedeutung als es etwa die neue Bibliothek im Rahmen der Gegenwart ist. Während ein einziges Schlachtschiff einen Wert von rund sechzig Millionen darstellte, wurde für den ersten Prachtbau des Reiches, der für die Ewigkeit bestimmt sein sollte, das Reichstagsgebäude, kaum die Hälfte bewilligt. Ja, als die Frage der inneren Ausstattung zur Entscheidung kam, stimmte das Hohe Haus gegen die Verwendung von Stein und befahl, die Wände mit Gips zu verkleiden; dieses Mal allerdings hatten die Parlamentarier ausnahmsweise wirklich recht gehandelt: Gipsköpfe gehören auch nicht zwischen Steinmauern.

So fehlt unseren Städten der Gegenwart das überragende Wahrzeichen der Volksgemeinschaft, und man darf sich deshalb auch nicht wundern, wenn diese in ihren Städten kein Wahrzeichen ihrer selbst sieht. Es muß zu einer Verödung kommen, die sich in der gänzlichen Teilnahmslosigkeit des heutigen Großstädters am Schicksal seiner Stadt praktisch auswirkt.

Auch dieses ist ein Zeichen unserer sinkenden Kultur und unseres allgemeinen Zusammenbruches. Die Zeit erstickt in kleinster Zweckmäßigkeit, besser gesagt im Dienste des Geldes. Da aber darf man sich auch nicht wundern, wenn unter einer solchen Gottheit wenig Sinn für Heroismus übrigbleibt. Die heutige Gegenwart erntet nur, was die letzte Vergangenheit gesät hat.



Alle diese Verfallserscheinungen sind im letzten Grunde nur Folgen des Mangels einer bestimmten, gleichmäßig anerkannten Weltanschauung sowie der daraus sich ergebenden allgemeinen Unsicherheit in der Beurteilung und der Stellungnahme zu den einzelnen großen Fragen der Zeit. Daher ist auch, angefangen bei der Erziehung, alles halb und schwankend, scheut die Verantwortung und endet so in feiger Duldung selbst erkannter Schäden. Der Humanitätsdusel wird Mode, und indem man den Auswüchsen schwächlich nachgibt und einzelne schont, opfert man die Zukunft von Millionen.

Wie sehr die allgemeine Zerrissenheit um sich griff, zeigt eine Betrachtung der religiösen Zustände vor dem Kriege. Auch hier war eine einheitliche und wirksame weltanschauungsmäßige Überzeugung in großen Teilen der Nation längst verlorengegangen. Dabei spielen die sich offiziell von den Kirchen lösenden Anhänger eine kleinere Rolle als die überhaupt Gleichgültigen. Während die beiden Konfessionen in Asien und Afrika Missionen aufrechterhalten, um neue Anhänger ihrer Lehre zuzuführen — eine Tätigkeit, die gegenüber dem Vordringen besonders des mohammedanischen Glaubens nur sehr bescheidene Erfolge

aufzuweisen hat —, verlieren sie in Europa selber Millionen und abermals Millionen von innerlichen Anhängern, die dem religiösen Leben entweder überhaupt fremd gegenüberstehen oder doch ihre eigenen Wege wandeln. Die Folgen sind besonders in sittlicher Hinsicht keine günstigen.

Bemerkenswert ist auch der immer heftiger einsetzende Kampf gegen die dogmatischen Grundlagen der einzelnen Kirchen, ohne die aber auf dieser Welt von Menschen der praktische Bestand eines religiösen Glaubens nicht denkbar ist. Die breite Masse eines Volkes besteht nicht aus Philosophen; gerade aber für die Masse ist der Glaube häufig die einzige Grundlage einer sittlichen Weltanschauung überhaupt. Die verschiedenen Ersatzmittel haben sich im Erfolg nicht so zweckmäßig erwiesen, als daß man in ihnen eine nützliche Ablösung der bisherigen religiösen Bekenntnisse zu erblicken vermöchte. Sollen aber die religiöse Lehre und der Glaube die breiten Schichten wirklich erfassen, dann ist die unbedingte Autorität des Inhalts dieses Glaubens das Fundament jeder Wirksamkeit. Was dann für das allgemeine Leben der jeweilige Lebensstil ist, ohne den sicherlich auch Hundertausende von hochstehenden Menschen vernünftig und klug leben würden, Millionen andere aber eben nicht, das sind für den Staat die Staatsgrundgesetze und für die jeweilige Religion die Dogmen. Durch sie erst wird die schwankende und unendlich auslegbare, rein geistige Idee bestimmt abgesteckt und in eine Form gebracht, ohne die sie niemals Glauben werden könnte. Im anderen Falle würde die Idee über eine metaphysische Anschauung, ja, kurz gesagt, philosophische Meinung nie hinauswachsen. Der Angriff gegen die Dogmen an sich gleicht deshalb auch sehr stark dem Kampfe gegen die allgemeinen gesetzlichen Grundlagen des Staates, und so wie dieser sein Ende in einer vollständigen staatlichen Anarchie finden würde, so der andere in einem wertlosen religiösen Nihilismus.

Für den Politiker aber darf die Abschätzung des Wertes einer Religion weniger durch die ihr etwa anhaftenden Mängel bestimmt werden als vielmehr durch die Güte eines ersichtlich besseren Ersatzes. Solange aber ein solcher

anscheinend fehlt, kann das Vorhandene nur von Narren oder Verbrechern demoliert werden.

Freilich haben nicht die kleinste Schuld an den nicht sehr erfreulichen religiösen Zuständen diejenigen, die die religiöse Vorstellung zu sehr mit rein irdischen Dingen belasten und so häufig in einen gänzlich unnötigen Konflikt mit der sogenannten exakten Wissenschaft bringen. Hier wird der Sieg, wenn auch nach schwerem Kampfe, der letzteren fast immer zufallen, die Religion aber in den Augen all derjenigen, die sich über ein rein äußerliches Wissen nicht zu erheben vermögen, schweren Schaden leiden.

Am ärgsten jedoch sind die Verwüstungen, die durch den Mißbrauch der religiösen Überzeugung zu politischen Zwecken hervorgerufen werden. Man kann wirklich gar nicht scharf genug gegen jene elenden Schieber auftreten, die in der Religion ein Mittel sehen wollen, das ihnen politische, besser geschäftliche Dienste zu leisten habe. Diese frechen Lügenmäuler schreien freilich mit Stentorstimme, damit es ja die anderen Sünder hören können, ihr Glaubensbekenntnis in alle Welt hinaus, allein nicht um dafür wenn auch nötig zu sterben, sondern um besser leben zu können. Für eine einzige politische Schiebung von entsprechendem Werte ist ihnen der Sinn eines ganzen Glaubens feil; für zehn Parlamentsmandate verbünden sie sich mit den marxistischen Todfeinden jeder Religion — und für einen Ministerstuhl gingen sie wohl auch die Ehe mit dem Teufel ein, sofern diesen nicht noch ein Rest von Anstand verscheuchen würde.

Wenn in Deutschland vor dem Kriege das religiöse Leben für viele einen unangenehmen Beigeschmack erhielt, so war dies dem Mißbrauch zuzuschreiben, der von seiten einer sogenannten „christlichen" Partei mit dem Christentum getrieben wurde, sowie der Unverschämtheit, mit der man den katholischen Glauben mit einer politischen Partei zu identifizieren versuchte.

Diese Unterschiebung war ein Verhängnis, das einer Reihe von Nichtsnutzen wohl Parlamentsmandate, der Kirche aber Schaden einbrachte.

Das Ergebnis jedoch hatte die gesamte Nation zu tragen, indem die Folgen der dadurch bedingten Lockerung des religiösen Lebens gerade in eine Zeit fielen, in der ohnehin alles zu weichen und zu wanken begann, und die überlieferten Grundlagen von Sitte und Moral zusammenzubrechen drohten.

Auch dieses waren Risse und Sprünge in unserem Volkskörper, die solange gefahrlos sein konnten, als keine besondere Belastung entstand, die aber zum Unheil werden mußten, wenn durch die Wucht großer Ereignisse die Frage der inneren Festigkeit der Nation eine ausschlaggebende Bedeutung erhielt.



Ebenso waren auf dem Gebiete der Politik für aufmerksame Augen Schäden vorhanden, die, wenn nicht in absehbarer Zeit eine Besserung oder Änderung vorgenommen wurde, als Zeichen eines kommenden Verfalls des Reiches gelten durften und mußten. Die Ziellosigkeit der deutschen Innen- und Außenpolitik war für jeden sichtbar, der nicht absichtlich blind sein wollte. Die Kompromißwirtschaft schien am meisten der Bismarckschen Auffassung zu entsprechen, daß „die Politik eine Kunst des Möglichen" wäre. Nun war aber zwischen Bismarck und den späteren deutschen Kanzlern ein kleiner Unterschied vorhanden, der dem ersteren gestattete, eine solche Äußerung über das Wesen der Politik fallen zu lassen, während die gleiche Auffassung aus dem Munde seiner Nachfolger eine ganz andere Bedeutung erlangen mußte. Denn Bismarck wollte mit diesem Satze nur besagen, daß zur Erreichung eines bestimmten politischen Zieles alle Möglichkeiten zu verwenden bzw. nach allen Möglichkeiten zu verfahren wäre; seine Nachfolger aber sahen in dieser Äußerung die feierliche Entbindung von der Notwendigkeit, überhaupt politische Gedanken oder gar Ziele zu haben. Und politische Ziele waren für die Leitung des Reiches zu dieser Zeit wirklich nicht mehr vorhanden; fehlte hierzu noch die nötige Unterlage einer bestimmten Weltanschauung sowie die

notwendige Klarheit über die inneren Entwicklungsgesetze des politischen Lebens überhaupt.

Es gab nicht wenige, die in dieser Richtung trübe sahen und die Plan- und Gedankenlosigkeit der Reichspolitik geißelten, ihre innere Schwäche und Hohlheit also sehr wohl erkannten, allein es waren dies nur die Außenseiter im politischen Leben; die offiziellen Stellen der Regierung gingen an den Erkenntnissen eines Houston Stewart Chamberlain genau so gleichgültig vorüber, wie es heute noch geschieht. Diese Leute sind zu dumm, selbst etwas zu denken, und zu eingebildet, von anderen das Nötige zu lernen — eine urewige Wahrheit, die Oxenstierna zu dem Ausruf veranlaßte: „Die Welt wird nur von einem Bruchteil der Weisheit regiert", von welchem Bruchteil freilich fast jeder Ministerialrat nur ein Atom verkörpert. Seit Deutschland Republik geworden, trifft dies allerdings nicht mehr zu — es ist deshalb auch durch das Republik-Schutzgesetz verboten worden, so etwas zu glauben oder gar auszusprechen. Für Oxenstierna aber war es ein Glück, schon damals und nicht in dieser gescheiten Republik von heute zu leben.

Als größtes Schwächemoment wurde schon in der Vorkriegszeit vielfach die Institution erkannt, in der sich die Stärke des Reiches verkörpern sollte: das Parlament, der Reichstag. Feigheit und Verantwortungslosigkeit gesellten sich hier in vollendeter Weise.

Es ist eine der Gedankenlosigkeiten, die man heute nicht selten zu hören bekommt, daß der Parlamentarismus in Deutschland „seit der Revolution versagt" habe. Es wird dadurch nur zu leicht der Anschein erweckt, als ob es etwa vor der Revolution anders gewesen wäre. In Wirklichkeit kann diese Einrichtung gar nicht anders als vernichtend wirken — und sie tat dies auch schon zu jener Zeit, da die meisten noch mit Scheuklappen behangen nichts sahen oder sehen wollten. Denn daß Deutschland gestürzt wurde, ist nicht zum kleinsten Teile dieser Einrichtung zu verdanken; daß aber die Katastrophe nicht schon früher eintrat, kann nicht als Verdienst des Reichstages gelten, sondern ist dem

Widerstande zuzuschreiben, der sich der Tätigkeit dieses Totengräbers der deutschen Nation und des Deutschen Reiches in den Friedensjahren noch entgegenstemmte.

Aus der Unsumme von verheerenden Schäden, die dieser Institution direkt oder indirekt zu verdanken sind, will ich nur ein einziges Unheil herausgreifen, das am meisten dem inneren Wesen dieser verantwortungslosesten Einrichtung aller Zeit entspricht: die schauderhafte Halbheit und Schwäche der politischen Leitung des Reiches nach innen und außen, die, in erster Linie dem Wirken des Reichstages zuzuschreiben, zu einer Hauptursache des politischen Zusammenbruches wurde.

Halb war alles, was irgendwie dem Einfluß dieses Parlaments unterstand, man mag betrachten, was man nur will.

Halb und schwach war die Bündnispolitik des Reiches nach außen. Indem man den Frieden erhalten wollte, mußte man unweigerlich zum Kriege steuern.

Halb war die Polenpolitik. Man reizte, ohne jemals ernstlich durchzugreifen. Das Ergebnis war weder ein Sieg des Deutschtums noch eine Versöhnung der Polen, dafür aber Feindschaft mit Rußland.

Halb war die Lösung der elsaß-lothringischen Frage. Statt mit brutaler Faust einmal für immer der französischen Hydra den Kopf zu zermalmen, dem Elsässer aber dann gleiche Rechte zuzubilligen, tat man keines von beiden. Man konnte es auch gar nicht, saßen doch in den Reihen der größten Parteien auch die größten Landesverräter — im Zentrum z. B. Herr Wetterlé.

Alles dies aber wäre noch zu ertragen gewesen, wenn der allgemeinen Halbheit nicht auch die Macht zum Opfer gefallen wäre, von deren Dasein am Ende der Bestand des Reiches abhing: das Heer.

Was der sogenannte „Deutsche Reichstag" hier gesündigt hatte, genügt allein, um ihn für alle Zeiten mit dem Fluche der deutschen Nation zu beladen. Aus den erbärmlichsten Gründen haben diese parlamentarischen Parteilumpen der Nation die Waffe der Selbsterhaltung, den einzigen Schutz der Freiheit und Unabhängigkeit unseres Volkes, aus der

Hand gestohlen und geschlagen. Öffneten sich heute die Gräber der flandrischen Ebene, so würden sich aus ihnen die blutigen Ankläger erheben, Hunderttausende der besten jungen Deutschen, die durch die Gewissenlosigkeit dieser parlamentarischen Verbrecher schlecht und halb ausgebildet dem Tod in die Arme getrieben wurden; sie und Millionen Krüppel und Tote hat das Vaterland verloren, einzig und allein um einigen hundert Volksbetrügern politische Schiebungen, Erpressungen oder selbst das Herunterleiern doktrinärer Theorien zu ermöglichen.

Während das Judentum durch seine marxistische und demokratische Presse die Lüge vom deutschen „Militarismus" in die ganze Welt hinausrief und Deutschland so mit allen Mitteln zu belasten trachtete, verweigerten marxistische und demokratische Parteien jede umfassende Ausbildung der deutschen Volkskraft. Dabei mußte das ungeheure Verbrechen, das dadurch begangen wurde, jedem sofort klar werden, der nur bedachte, daß im Falle eines kommenden Krieges ja doch die gesamte Nation unter Waffen treten müsse, mithin also durch die Lumperei dieser sauberen Repräsentanten der eigenen sogenannten „Volksvertretung" Millionen von Deutschen in schlechter, halber Ausbildung vor den Feind getrieben würden. Aber selbst wenn man die hierdurch sich ergebenden Folgen der brutalen und rohen Gewissenlosigkeit dieser parlamentarischen Zuhälter ganz außer Betracht ließ: dieser Mangel an ausgebildeten Soldaten zu Beginn des Krieges konnte nur zu leicht zum Verlust desselben führen, was dann auch im großen Weltkrieg in so furchtbarer Weise sich bestätigte.

Der Verlust des Kampfes um die Freiheit und Unabhängigkeit der deutschen Nation ist das Ergebnis der schon im Frieden betätigten Halbheit und Schwäche in der Heranziehung der gesamten Volkskraft zur Verteidigung des Vaterlandes.

*

Wenn im Lande zu wenig Rekruten ausgebildet wurden, so war zur See die gleiche Halbheit am Werke, die Waffe

der nationalen Selbsterhaltung mehr oder weniger wertlos zu machen. Leider aber wurde die Leitung der Marine selber vom Geist der Halbheit angesteckt. Die Tendenz, alle auf Stapel gelegten Schiffe immer etwas kleiner als die zur gleichen Zeit vom Stapel gelassenen englischen zu bauen, war wenig weitschauend und noch weniger genial. Gerade eine Flotte, die von Anfang an rein zahlenmäßig nicht auf gleiche Höhe mit ihrem voraussichtlichen Gegner gebracht werden kann, muß den Mangel der Zahl zu ersetzen trachten durch die überragende Kampfkraft der einzelnen Schiffe. Auf die überlegene Kampfkraft kommt es an und nicht auf eine sagenhafte Überlegenheit an „Güte". Tatsächlich ist die moderne Technik so fortgeschritten und zu so großer Übereinstimmung in den einzelnen Kulturstaaten gekommen, daß es als unmöglich gelten muß, Schiffen der einen Macht einen wesentlich größeren Gefechtswert zu geben wie den Schiffen gleichen Tonnengehalts eines anderen Staates. Noch viel weniger aber ist es denkbar, eine Überlegenheit bei kleinerem Deplacement gegenüber einem größeren zu erzielen.

Tatsächlich konnte der kleinere Tonnengehalt der deutschen Schiffe nur auf Kosten der Schnelligkeit und Armierung erfolgen. Die Phrase, mit der man diese Tatsache zu rechtfertigen versuchte, zeigte allerdings schon einen sehr bösen Mangel an Logik bei der hierfür im Frieden maßgebenden Stelle. Man erklärte nämlich, daß das deutsche Geschützmaterial dem britischen so ersichtlich überlegen sei, daß das deutsche 28-Zentimeter-Rohr dem britischen 30,5-Zentimeter-Rohr an Schußleistung gar nicht nachstehe!!

Gerade deshalb aber wäre es Pflicht gewesen, nun ebenfalls zum 30,5-Zentimeter-Geschütz überzugehen, da das Ziel nicht die Erreichung gleicher, sondern überlegener Kampfkraft hätte sein müssen. Sonst wäre ja auch die Bestellung des 42-Zentimeter-Mörsers beim Heer überflüssig gewesen, da der deutsche 21-Zentimeter-Mörser jedem damals vorhandenen französischen Steilfeuergeschütz an und für sich schon weit überlegen war, die Festungen aber wohl auch dem 30,5-Zentimeter-Mörser ebenfalls zum

Opfer gefallen wären. Allein die Leitung der Landarmee dachte richtig und die der Marine leider nicht.

Der Verzicht auf überragende Artilleriewirkung sowie auf überlegene Schnelligkeit lag aber ganz im grundfalschen sogenannten „Risikogedanken" begründet. Man verzichtete in der Marineleitung schon durch die Form des Ausbaues der Flotte auf den Angriff und verlegte sich so von Anfang an zwangsläufig auf die Defensive. Damit aber verzichtete man auch auf den letzten Erfolg, der doch ewig nur im Angriff liegt und liegen kann.

Ein Schiff mit kleinerer Schnelligkeit und schwächerer Armierung wird vom schnelleren und stärker bestückten Gegner meist in der für diesen günstigen Schußentfernung in den Grund geschossen werden. Das mußte eine ganze Anzahl unserer Kreuzer in der bittersten Weise fühlen. Wie grundfalsch die Friedensansicht der Marineleitung war, zeigte der Krieg, der, wo es nur anging, zur Umarmierung alter und Besserarmierung der neuen Schiffe zwang. Würden aber in der Seeschlacht am Skagerrak die deutschen Schiffe gleichen Tonnengehalt, gleiche Armierung und gleiche Schnelligkeit wie die englischen besessen haben, dann wäre unter dem Orkan der treffsicheren und wirkungsvolleren deutschen 38-Zentimeter-Granaten die britische Flotte in das nasse Grab gesunken.

Japan hat einst eine andere Flottenpolitik getrieben. Dort wurde grundsätzlich aller Wert darauf gelegt, in jedem einzelnen neuen Schiff eine überlegene Kampfkraft gegenüber dem voraussichtlichen Gegner zu gewinnen. Dem entsprach dann aber auch die dadurch ermöglichte offensive Einsetzung der Flotte.

Während sich das Landheer in seiner Leitung von so prinzipiell falschen Gedankengängen noch frei hielt, unterlag die Marine, die „parlamentarisch" leider schon besser vertreten war, dem Geiste des Parlaments. Sie war von halben Gesichtspunkten aus organisiert und wurde später nach ähnlichen eingesetzt. Was die Marine dann dennoch an unsterblichem Ruhm sich erwarb, war nur mehr dem Konto der guten deutschen Wehrmannsarbeit sowie der Fähigkeit

und dem unvergleichlichen Heldenmute der einzelnen Offiziere und Mannschaften gutzuschreiben. Hätte die frühere Oberste Leitung der Marine dem an Genialität entsprochen, so wären diese Opfer nicht vergeblich gewesen.

So wurde vielleicht gerade die überlegene parlamentarische Geschicklichkeit des führenden Kopfes der Marine im Frieden zum Unheil derselben, indem leider auch in ihrem Aufbau statt rein militärischer parlamentarische Gesichtspunkte die maßgebende Rolle zu spielen begannen. Die Halbheit und Schwäche sowie die geringe Logik im Denken, die der parlamentarischen Institution zu eigen ist, färbten auf die Leitung der Flotte ab.

Das Landheer hielt sich, wie schon betont, von solchen grundsätzlich falschen Gedankengängen noch zurück. Besonders der damalige Oberst im Großen Generalstab, Ludendorff, führte einen verzweifelten Kampf gegen die verbrecherische Halbheit und Schwäche, mit der der Reichstag den Lebensfragen der Nation gegenübertrat und sie meistens verneinte. Wenn der Kampf, den dieser Offizier damals ausfocht, dennoch vergeblich war, so trug die Schuld zur einen Hälfte eben das Parlament, zur anderen aber die, wenn möglich noch elendere Haltung und Schwäche des Reichskanzlers Bethmann Hollweg. Dieses hindert die Schuldigen am deutschen Zusammenbruch jedoch nicht im geringsten, heute gerade dem die Schuld zuschieben zu wollen, der als einziger sich gegen diese Verwahrlosung der nationalen Interessen wandte — auf einen Betrug mehr oder weniger kommt es diesen geborenen Schiebern niemals an.

Wer all die Opfer überdenkt, die durch den sträflichen Leichtsinn dieser Verantwortungslosesten der Nation aufgebürdet wurden, all die zwecklos geopferten Toten und Krüppel sich vor Augen führt, sowie die grenzenlose Schmach und Schande, das unermeßliche Elend, das uns jetzt getroffen hat, und weiß, das dieses alles nur kam, um einem Haufen gewissenloser Streber und Stellenjäger die Bahn zu Ministerstühlen freizumachen, der wird verstehen, daß man diese Kreaturen wirklich nur mit Worten wie Schuft,

Schurke, Lump und Verbrecher bezeichnen kann, sonst wären der Sinn und Zweck des Vorhandenseins dieser Ausdrücke im Sprachgebrauch ja unverständlich. Denn diesen Verrätern an der Nation gegenüber ist jeder Zuhälter noch ein Ehrenmann.

*

Alle wirklichen Schattenseiten des alten Deutschlands fielen aber eigentümlicherweise nur dann ins Auge, wenn dadurch die innere Festigkeit der Nation Schaden erleiden mußte. Ja, in solchen Fällen wurden die unangenehmen Wahrheiten geradezu in die breite Masse hinausgeschrien, während man sonst viele Dinge lieber schamhaft verschwieg, ja zum Teil einfach ableugnete. Dies war der Fall, wenn es durch die offene Behandlung einer Frage vielleicht zu einer Besserung hätte kommen können. Dabei verstanden die maßgebenden Stellen der Regierung soviel wie nichts vom Werte und vom Wesen der Propaganda. Daß durch kluge und dauernde Anwendung von Propaganda einem Volke selbst der Himmel als Hölle vorgemacht werden kann und umgekehrt das elendste Leben als Paradies, wußte nur der Jude, der auch dementsprechend handelte; der Deutsche, besser seine Regierung, besaß davon keine blasse Ahnung.

Am schwersten sollte sich dies während des Krieges rächen.

*

Allen hier angedeuteten und zahllosen weiteren Schäden im deutschen Leben vor dem Kriege standen auch wieder viele Vorzüge gegenüber. Bei einer gerechten Prüfung muß man sogar erkennen, daß die meisten unserer Gebrechen zum größten Teile auch die anderen Länder und Völker ihr eigen nannten, ja in manchen uns noch weitaus in den Schatten stellten, während sie viele unserer tatsächlichen Vorzüge nicht besaßen.

An die Spitze dieser Vorzüge kann man unter anderem die Tatsache stellen, daß das deutsche Volk unter fast allen

europäischen Völkern sich immer noch am meisten den nationalen Charakter seiner Wirtschaft zu bewahren versuchte und trotz mancher bösen Vorzeichen noch am wenigsten der internationalen Finanzkontrolle unterstand. Allerdings ein gefährlicher Vorzug, der später zum größten Erreger des Weltkrieges wurde.

Sieht man von dem und vielem anderen aber ab, so müssen drei Einrichtungen aus der Unzahl von gesunden Kraftquellen der Nation herausgenommen werden, die in ihrer Art als mustergültig, ja zum Teil unerreicht dastanden.

Als erstes die Staatsform an sich und die Ausprägung, die sie im Deutschland der neuen Zeit gefunden hatte.

Man darf hier wirklich von einzelnen Monarchen absehen, die als Menschen allen Schwächen unterworfen waren, die diese Erde und ihre Kinder heimzusuchen pflegen — wäre man hier nicht nachsichtig, müßte man sonst an der Gegenwart überhaupt verzweifeln: sind doch die Repräsentanten des jetzigen Regiments, gerade als Persönlichkeit betrachtet, wohl das geistig und moralisch Bescheidenste, das man sich selbst bei langem Nachdenken auch nur vorzustellen vermag. Wer den „Wert“ der deutschen Revolution an dem Werte und der Größe der Personen mißt, die sie dem deutschen Volke seit dem November 1918 geschenkt hat, der wird sein Haupt verhüllen aus Scham vor dem Urteil der Nachwelt, der man nicht mehr das Maul wird verbinden können durch Schutzgesetze usw., und die deshalb das sagen wird, was wir ja doch alle schon heute erkennen, nämlich daß Gehirn und Tugend bei unseren neudeutschen Führern im umgekehrten Verhältnis stehen zu ihren Mäulern und Lastern.

Gewiß war die Monarchie vielen, dem breiten Volke vor allem, entfremdet. Das war die Folge der Tatsache, daß die Monarchen nicht immer von den — sagen wir — hellsten und besonders nicht von den aufrichtigsten Köpfen umgeben waren. Sie liebten leider zum Teil die Schmeichler mehr als die geraden Naturen, und so wurden sie auch von diesen „unterrichtet“. Ein sehr schwerer Schaden in

einer Zeit, in der die Welt einen großen Wandel in vielen alten Anschauungen durchgemacht hatte, der natürlich auch nicht vor der Beurteilung mancher althergebrachten Überlieferungen der Höfe haltmachte.

So konnte um die Jahrhundertwende der gewöhnliche Mann und Mensch keine besondere Bewunderung mehr finden für die an der Front in Uniform entlang reitende Prinzessin. Über die Wirkung einer solchen Parade in den Augen des Volkes konnte man sich anscheinend gar keine richtige Vorstellung machen, denn sonst wäre es zu so unglücklichen Auftritten wohl nie gekommen. Auch die nicht immer ganz echte Humanitätsduselei dieser Kreise wirkte eher abstoßend als anziehend. Wenn zum Beispiel die Prinzessin X. geruhte, die Kostprobe in einer Volksküche mit dem bekannten Resultat vorzunehmen, so konnte das früher vielleicht ganz gut aussehen, damals aber war der Erfolg ein gegenteiliger. Es kann dabei ohne weiteres angenommen werden, daß die Hoheit wirklich keine Ahnung davon besaß, daß das Essen am Tage ihrer Prüfung eben ein klein wenig anders war, als es sonst zu sein pflegte; allein es genügte vollkommen, daß die Leute dies wußten.

So wurde die möglicherweise beste Absicht lächerlich, wenn nicht geradezu aufreizend.

Schilderungen über die immer sprichwörtliche Genügsamkeit des Monarchen, sein viel zu frühes Aufstehen sowie sein förmliches Schuften bis in die späte Nacht hinein, noch dazu bei der dauernden Gefahr seiner drohenden Unterernährung, riefen doch sehr bedenkliche Äußerungen hervor. Man verlangte ja gar nicht zu wissen, was und wieviel der Monarch zu sich zu nehmen geruhte; man gönnte ihm schon eine „auskömmliche“ Mahlzeit; man war auch nicht darauf aus, ihm etwa den nötigen Schlaf verweigern zu wollen; man war zufrieden, wenn er nur sonst als Mensch und Charakter dem Namen seines Geschlechtes und der Nation Ehre bereitete und als Regent seine Pflichten erfüllte. Das Märchenerzählen nützte nur wenig, schadete aber dafür um so mehr.

Dieses und vieles Ähnliche waren aber doch nur Kleinig-

keiten. Schlimmer wirkte sich in leider sehr großen Teilen der Nation immer mehr die Überzeugung aus, daß man ohnehin von oben regiert werde und der einzelne sich mithin auch um nichts weiter zu kümmern habe. Solange die Regierung wirklich gut war oder doch wenigstens das Beste wollte, ging die Sache noch an. Aber wehe, wenn einmal an Stelle der an sich Gutes wollenden alten Regierung eine neue, weniger ordentliche, treten sollte; dann waren die willenlose Fügsamkeit und der kindliche Glaube das schwerste Unheil, das man sich nur auszudenken vermochte.

Allen diesen und vielen anderen Schwächen aber standen unbestreitbare Werte gegenüber.

Einmal die durch die monarchische Staatsform bedingte Stabilität der gesamten Staatsleitung sowie das Herausziehen der letzten Staatsstellen aus dem Trubel der Spekulation ehrgeiziger Politiker. Weiter die Ehrwürdigkeit der Institution an sich sowie die schon dadurch begründete Autorität derselben: ebenso das Emporheben des Beamtenkörpers und besonders des Heeres über das Niveau parteipolitischer Verpflichtungen. Dazu kam noch der Vorzug der persönlichen Verkörperung der Staatsspitze durch den Monarchen als Person und das Vorbild einer Verantwortung, die der Monarch stärker zu tragen hat als der Zufallshaufe einer parlamentarischen Majorität — die sprichwörtliche Sauberkeit der deutschen Verwaltung war in erster Linie dem zuzuschreiben. Endlich aber war der kulturelle Wert der Monarchie für das deutsche Volk ein hoher und vermochte sehr wohl andere Nachteile auszugleichen. Die deutschen Residenzen waren noch immer der Hort einer Kunstgesinnung, die in unserer vermaterialisierten Zeit ohnehin immer mehr auszusterben droht. Was die deutschen Fürsten für Kunst und Wissenschaft gerade im neunzehnten Jahrhundert taten, war vorbildlich. Die heutige Zeit darf jedenfalls damit nicht verglichen werden.

*

Als größten Wertfaktor in dieser Zeit der beginnenden und sich langsam weiterverbreitenden Zersetzung unseres

Volkskörpers haben wir jedoch das Heer zu buchen. Es war die gewaltigste Schule der deutschen Nation, und nicht umsonst richtete sich der Haß aller Feinde gerade gegen diesen Schirm der nationalen Selbsterhaltung und Freiheit. Kein herrlicheres Denkmal kann dieser einzigen Einrichtung geschenkt werden als die Feststellung der Wahrheit, daß sie von allen Minderwertigen verleumdet, gehaßt, bekämpft, aber auch gefürchtet wurde. Daß sich die Wut der internationalen Volksausbeuter zu Versailles in erster Linie gegen das alte deutsche Heer richtete, läßt dieses erst recht als Hort der Freiheit unseres Volkes vor der Macht der Börse erkennen. Ohne diese warnende Macht wäre der Sinn von Versailles an unserem Volke schon längst vollzogen worden. Was das deutsche Volk dem Heere verdankt, läßt sich kurz zusammenfassen in ein einziges Wort, nämlich: alles.

Das Heer erzog zur unbedingten Verantwortlichkeit in einer Zeit, da diese Eigenschaft schon sehr selten geworden war, und das Drücken von derselben immer mehr an die Tagesordnung kam, ausgehend von dem Mustervorbild aller Verantwortungslosigkeit, dem Parlament; es erzog weiter zum persönlichen Mute in einem Zeitalter, da die Feigheit zu einer grassierenden Krankheit zu werden drohte, und die Opferwilligkeit, sich für das allgemeine Wohl einzusetzen, schon fast als Dummheit angesehen wurde, und klug nur mehr derjenige zu sein schien, der das eigene „Ich“ am besten zu schonen und zu fördern verstand; es war die Schule, die den einzelnen Deutschen noch lehrte, das Heil der Nation nicht in den verlogenen Phrasen einer internationalen Verbrüderung zwischen Negern, Deutschen, Chinesen, Franzosen, Engländern usw. zu suchen, sondern in der Kraft und Geschlossenheit des eigenen Volkstums.

Das Heer erzog zur Entschlußkraft, während im sonstigen Leben schon Entschlußlosigkeit und Zweifel die Handlungen der Menschen zu bestimmen begannen. Es wollte etwas heißen, in einem Zeitalter, da die Neunmalklugen überall den Ton angaben, den Grundsatz hochzuhalten, daß ein Befehl immer besser ist als keiner. In diesem einzigen

Grundsatze steckte eine noch unverdorbene, robuste Gesundheit, die unserem sonstigen Leben schon längst abhanden gekommen wäre, wenn nicht das Heer und seine Erziehung für die immerwährende Erneuerung dieser Urkraft gesorgt hätten. Man braucht ja nur die entsetzliche Entschlußlosigkeit unserer jetzigen Reichsführung zu sehen, die sich zu keiner Tat aufzuraffen vermag, außer es handelt sich um die erzwungene Unterschreibung eines neuen Ausplünderungsdiktates; in diesem Falle lehnt sie dann freilich jede Verantwortung ab und unterschreibt mit der Fixigkeit eines Kammerstenographen alles, was man ihr auch nur vorzulegen für gut befindet, denn in diesem Falle ist der Entschluß leicht zu fassen: er wird ihr ja diktiert.

Das Heer erzog zum Idealismus und zur Hingabe an das Vaterland und seine Größe, während im sonstigen Leben Habsucht und Materialismus um sich gegriffen hatten. Es erzog ein einiges Volk gegenüber der Trennung in Klassen und hatte hier vielleicht als einzigen Fehler die Einjährigfreiwilligen-Einrichtung aufzuweisen. Fehler deshalb, weil durch sie das Prinzip der unbedingten Gleichheit durchbrochen und der Höhergebildete wieder außerhalb des Rahmens der allgemeinen Umgebung gestellt wurde, während gerade das Umgekehrte von Vorteil gewesen wäre. Bei der ohnehin so großen Weltfremdheit unserer oberen Schichten und der immer größer werdenden Entfremdung dem eigenen Volke gegenüber hätte grade das Heer besonders segensreich zu wirken vermocht, wenn es wenigstens in seinen Reihen jede Absonderung der sogenannten Intelligenz vermied. Daß man dies nicht tat, war ein Fehler; allein welche Institution auf dieser Welt wird fehlerlos sein? Bei dieser aber überwog ohnehin das Gute so sehr, daß die wenigen Gebrechen weit unter dem Durchschnittsgrade der menschlichen Unzulänglichkeit lagen.

Als höchstes Verdienst aber muß dem Heere des alten Reiches angerechnet werden, daß es in einer Zeit der allgemeinen Majorisierung der Köpfe die Köpfe über die Majorität stellte. Das Heer hielt gegenüber dem jüdisch-

demokratischen Gedanken einer blinden Anbetung der Zahl den Glauben an die Persönlichkeit hoch. So erzog es denn auch das, was die neuere Zeit am nötigsten brauchte: Männer. — Im Sumpfe einer allgemein um sich greifenden Verweichlichung und Verweibung schossen aus den Reihen des Heeres alljährlich 350 000 kraftstrotzende junge Männer heraus, die in zweijähriger Ausbildung die Weichheit der Jugend verloren und stahlharte Körper gewonnen hatten. Der junge Mensch aber, der während dieser Zeit Gehorchen übte, konnte darauf erst Befehlen lernen. Am Tritt schon erkannte man den gedienten Soldaten.

Dies war die hohe Schule der deutschen Nation, und nicht umsonst konzentrierte sich auf sie der grimmige Haß derjenigen, die aus Neid und Habsucht die Ohnmacht des Reiches und die Wehrlosigkeit seiner Bürger brauchten und wünschten. Was viele Deutsche in Verblendung oder bösem Willen nicht sehen wollten, erkannte die fremde Welt: das deutsche Heer war die gewaltigste Waffe im Dienste der Freiheit der deutschen Nation und der Ernährung ihrer Kinder.

*

Zur Staatsform und zum Heere kam als Dritter im Bunde der unvergleichliche Beamtenkörper des alten Reiches.

Deutschland war das bestorganisierte und bestverwaltete Land der Welt. Man mochte dem deutschen Staatsbeamten leicht bürokratische Zopfigkeit nachsagen, in den anderen Staaten stand es darum nicht besser, eher sogar noch schlechter. Was aber die anderen Staaten nicht besaßen, das war die wundervolle Solidität dieses Apparates sowie die unbestechlich ehrenhafte Gesinnung seiner Träger. Lieber noch etwas zopfig, aber redlich und treu, als aufgeklärt und modern, aber minderwertig von Charakter und, wie es sich heute häufig zeigt, unwissend und nichtskönnend. Denn wenn man jetzt gerne so tut, als ob die deutsche Verwaltung der Vorkriegszeit wohl bürokratisch gediegen, allein kaufmännisch schlecht gewesen wäre, so kann man darauf nur folgendes antworten: Welches Land der Welt

hatte einen besser geleiteten und kaufmännischer organisierten Betrieb als Deutschland in seinen Staatsbahnen? Erst der Revolution blieb es vorbehalten, diesen Musterapparat solange zu zerstören, bis er endlich reif zu sein schien, aus den Händen der Nation genommen und im Sinne der Begründer dieser Republik sozialisiert zu werden, das heißt, dem internationalen Börsenkapital, als dem Auftraggeber der deutschen Revolution, zu dienen.

Was dabei den deutschen Beamtenkörper und Verwaltungsapparat besonders auszeichnete, war seine Unabhängigkeit von den einzelnen Regierungen, deren jeweilige politische Gesinnung auf die Stellung des deutschen Staatsbeamten keinen Einfluß auszuüben vermochte. Seit der Revolution allerdings hat sich dies gründlich geändert. An Stelle des Könnens und der Fähigkeit trat die Parteieinstellung, und ein selbständiger, unabhängiger Charakter wurde eher hinderlich als fördernd.

Auf der Staatsform, dem Heere und dem Beamtenkörper beruhte die wundervolle Kraft und Stärke des alten Reiches. Diese waren in erster Linie die Ursachen einer Eigenschaft, die dem heutigen Staate vollkommen fehlt: der Staatsautorität! Denn diese beruht nicht auf Schwätzereien in den Parlamenten oder Landtagen, auch nicht auf Gesetzen zu ihrem Schutze oder Gerichtsurteilen zur Abschreckung frecher Leugner derselben usw., sondern auf dem allgemeinen Vertrauen, das der Leitung und Verwaltung eines Gemeinwesens entgegengebracht werden darf und kann. Dieses Vertrauen jedoch ist wieder nur das Ergebnis einer unerschütterlichen inneren Überzeugung von der Uneigennützigkeit und Redlichkeit der Regierung und Verwaltung eines Landes sowie die Übereinstimmung des Sinnes der Gesetze mit dem Gefühl der allgemeinen Moralanschauung. Denn auf die Dauer werden Regierungssysteme nicht gehalten durch den Druck der Gewalt, sondern durch den Glauben an ihre Güte und an die Wahrhaftigkeit in der Vertretung und Förderung der Interessen eines Volkes.

*

So schwer also gewisse Schäden in der Vorkriegszeit die innere Stärke der Nation auch anfraßen und auszuhöhlen drohten, so darf man nicht vergessen, daß andere Staaten an den meisten dieser Krankheiten noch mehr litten als Deutschland und dennoch in der kritischen Stunde der Gefahr nicht versagten und zugrunde gingen. Wenn man aber bedenkt, daß den deutschen Schwächen vor dem Kriege auch ebenso große Stärken gegenüberstanden, so kann und muß die letzte Ursache des Zusammenbruches noch auf einem anderen Gebiete liegen; und dies ist auch der Fall.

Der tiefste und letzte Grund des Unterganges des alten Reiches lag im Nichterkennen des Rasseproblems und seiner Bedeutung für die geschichtliche Entwicklung der Völker. Denn alle Geschehnisse im Völkerleben sind nicht Äußerungen des Zufalls, sondern naturgesetzliche Vorgänge des Dranges der Selbsterhaltung und Mehrung von Art und Rasse, auch wenn sich die Menschen des inneren Grundes ihres Handelns nicht bewußt zu werden vermögen.

11. Kapitel

Volk und Rasse

Es gibt Wahrheiten, die so sehr auf der Straße liegen, daß sie gerade deshalb von der gewöhnlichen Welt nicht gesehen oder wenigstens nicht erkannt werden. Sie geht an solchen Binsenweisheiten manchmal wie blind vorbei und ist auf das höchste erstaunt, wenn plötzlich jemand entdeckt, was doch alle wissen müßten. Es liegen die Eier des Kolumbus zu Hunderttausenden herum, nur die Kolumbusse sind eben seltener zu treffen.

So wandern die Menschen ausnahmslos im Garten der Natur umher, bilden sich ein, fast alles zu kennen und zu wissen und gehen doch mit wenigen Ausnahmen wie blind an einem der hervorstechendsten Grundsätze ihres Waltens vorbei: der inneren Abgeschlossenheit der Arten sämtlicher Lebewesen dieser Erde.

Schon die oberflächlichste Betrachtung zeigt als nahezu ehernes Grundgesetz all der unzähligen Ausdrucksformen des Lebenswillens der Natur ihre in sich begrenzte Form der Fortpflanzung und Vermehrung. Jedes Tier paart sich nur mit einem Genossen der gleichen Art. Meise geht zu Meise, Fink zu Fink, der Storch zur Störchin, Feldmaus zu Feldmaus, Hausmaus zu Hausmaus, der Wolf zur Wölfin usw.

Nur außerordentliche Umstände vermögen dies zu ändern, in erster Linie der Zwang der Gefangenschaft sowie eine sonstige Unmöglichkeit der Paarung innerhalb der gleichen Art. Dann aber beginnt die Natur sich auch mit allen Mitteln dagegen zu stemmen, und ihr sichtbarster Protest besteht entweder in der Verweigerung der weiteren Zeugungsfähigkeit für die Bastarde, oder sie schränkt die

Fruchtbarkeit der späteren Nachkommen ein; in den meisten Fällen aber raubt sie die Widerstandsfähigkeit gegen Krankheit oder feindliche Angriffe.

Das ist nur zu natürlich.

Jede Kreuzung zweier nicht ganz gleich hoher Wesen gibt als Produkt ein Mittelding zwischen der Höhe der beiden Eltern. Das heißt also: das Junge wird wohl höher stehen als die rassisch niedrigere Hälfte des Elternpaares, allein nicht so hoch wie die höhere. Folglich wird es im Kampf gegen diese höhere später unterliegen. Solche Paarung widerspricht aber dem Willen der Natur zur Höherzüchtung des Lebens überhaupt. Die Voraussetzung hierzu liegt nicht im Verbinden von Höher- und Minderwertigem, sondern im restlosen Siege des ersteren. Der Stärkere hat zu herrschen und sich nicht mit dem Schwächeren zu verschmelzen, um so die eigene Größe zu opfern. Nur der geborene Schwächling kann dies als grausam empfinden, dafür aber ist er auch nur ein schwacher und beschränkter Mensch; denn würde dieses Gesetz nicht herrschen, wäre ja jede vorstellbare Höherentwicklung aller organischen Lebewesen undenkbar.

Die Folge dieses in der Natur allgemein gültigen Triebes zur Rassenreinheit ist nicht nur die scharfe Abgrenzung der einzelnen Rassen nach außen, sondern auch ihre gleichmäßige Wesensart in sich selber. Der Fuchs ist immer ein Fuchs, die Gans eine Gans, der Tiger ein Tiger usw., und der Unterschied kann höchstens im verschiedenen Maße der Kraft, der Stärke, der Klugheit, Gewandheit, Ausdauer usw. der einzelnen Exemplare liegen. Es wird aber nie ein Fuchs zu finden sein, der seiner inneren Gesinnung nach etwa humane Anwandlungen Gänsen gegenüber haben könnte, wie es ebenso auch keine Katze gibt mit freundlicher Zuneigung zu Mäusen.

Daher entsteht auch hier der Kampf untereinander weniger infolge innerer Abneigung etwa als vielmehr aus Hunger und Liebe. In beiden Fällen sieht die Natur ruhig, ja befriedigt zu. Der Kampf um das tägliche Brot läßt alles Schwache und Kränkliche, weniger Entschlossene

unterliegen, während der Kampf der Männchen um das Weibchen nur dem Gesündesten das Zeugungsrecht oder doch die Möglichkeit hierzu gewährt. Immer aber ist der Kampf ein Mittel zur Förderung der Gesundheit und Widerstandskraft der Art und mithin eine Ursache zur Höherentwicklung derselben.

Wäre der Vorgang ein anderer, würde jede Weiter- und Höherbildung aufhören und eher das Gegenteil eintreten. Denn da das Minderwertige der Zahl nach gegenüber dem Besten immer überwiegt, würde bei gleicher Lebenserhaltung und Fortpflanzungsmöglichkeit das Schlechtere sich so viel schneller vermehren, daß endlich das Beste zwangsläufig in den Hintergrund treten müßte. Eine Korrektur zugunsten des Besseren muß also vorgenommen werden. Diese aber besorgt die Natur, indem sie den schwächeren Teil so schweren Lebensbedingungen unterwirft, daß schon durch sie die Zahl beschränkt wird, den Überrest aber endlich nicht wahllos zur Vermehrung zuläßt, sondern hier eine neue, rücksichtslose Auswahl nach Kraft und Gesundheit trifft.

So wenig sie aber schon eine Paarung von schwächeren Einzelwesen mit stärkeren wünscht, soviel weniger noch die Verschmelzung von höherer Rasse mit niederer, da ja andernfalls ihre ganze sonstige, vielleicht jahrhunderttausendelange Arbeit der Höherzüchtung mit einem Schlage wieder hinfällig wäre.

Die geschichtliche Erfahrung bietet hierfür zahllose Belege. Sie zeigt in erschreckender Deutlichkeit, daß bei jeder Blutsvermengung des Ariers mit niedrigeren Völkern als Ergebnis das Ende des Kulturträgers herauskam. Nordamerika, dessen Bevölkerung zum weitaus größten Teile aus germanischen Elementen besteht, die sich nur sehr wenig mit niedrigeren farbigen Völkern vermischten, zeigt eine andere Menschheit und Kultur als Zentral- und Südamerika, in dem die hauptsächlich romanischen Einwanderer sich in manchmal großen Umfange mit den Ureinwohnern vermengt hatten. An diesem einen Beispiele schon vermag man die Wirkung der Rassenvermischung klar und deutlich zu erkennen. Der rassisch rein und unvermischter gebliebene Ger-

mane des amerikanischen Kontinents ist zum Herrn desselben aufgestiegen; er wird der Herr solange bleiben, solange nicht auch er der Blutschande zum Opfer fällt.

Das Ergebnis jeder Rassenkreuzung ist also, ganz kurz gesagt, immer folgendes:

a) Niedersenkung des Niveaus der höheren Rasse,

b) körperlicher und geistiger Rückgang und damit der Beginn eines, wenn auch langsam, so doch sicher fortschreitenden Siechtums.

Eine solche Entwicklung herbeiführen, heißt aber denn doch nichts anderes als Sünde treiben wider den Willen des ewigen Schöpfers.

Als Sünde aber wird diese Tat auch gelohnt.

Indem der Mensch versucht, sich gegen die eiserne Logik der Natur aufzubäumen, gerät er in Kampf mit den Grundsätzen, denen auch er selber sein Dasein als Mensch allein verdankt. So muß sein Handeln gegen die Natur zu seinem eigenen Untergang führen.

Hier freilich kommt der echt judenhaft freche, aber ebenso dumme Einwand des modernen Pazifisten: „Der Mensch überwindet eben die Natur!"

Millionen plappern diesen jüdischen Unsinn gedankenlos nach und bilden sich am Ende wirklich ein, selbst eine Art von Naturüberwindern darzustellen; wobei ihnen jedoch als Waffe nichts weiter als eine Idee zur Verfügung steht, noch dazu aber eine so miserable, daß sich nach ihr wirklich keine Welt vorstellen ließe.

Allein ganz abgesehen davon, daß der Mensch die Natur noch in keiner Sache überwunden hat, sondern höchstens das eine oder andere Zipfelchen ihres ungeheuren, riesenhaften Schleiers von ewigen Rätseln und Geheimnissen erwischt und emporzuheben versuchte, daß er in Wahrheit nichts erfindet, sondern alles nur entdeckt, daß er nicht die Natur beherrscht, sondern nur auf Grund der Kenntnis einzelner Naturgesetze und Geheimnisse zum Herrn derjenigen anderen Lebewesen aufgestiegen ist, denen dieses Wissen eben fehlt — also ganz abgesehen davon, kann eine Idee nicht die Voraussetzungen zum Werden und Sein der Menschheit

überwinden, da die Idee selber ja nur vom Menschen abhängt. Ohne Menschen gibt es keine menschliche Idee auf dieser Welt, mithin ist die Idee als solche doch immer bedingt durch das Vorhandensein der Menschen und damit all der Gesetze, die zu diesem Dasein die Voraussetzung schufen.

Und nicht nur das! Bestimmte Ideen sind sogar an bestimmte Menschen gebunden. Dies gilt am allermeisten gerade für solche Gedanken, deren Inhalt nicht in einer exakten wissenschaftlichen Wahrheit, sondern in der Welt des Gefühls seinen Ursprung hat oder, wie man sich heute so schön und klar auszudrücken pflegt, ein „inneres Erleben" wiedergibt. All diese Ideen, die mit kalter Logik an sich nichts zu tun haben, sondern reine Gefühlsäußerungen, ethische Vorstellungen usw. darstellen, sind gefesselt an das Dasein der Menschen, deren geistiger Vorstellungs- und Schöpferkraft sie ihre eigene Existenz verdanken. Gerade dann aber ist doch die Erhaltung dieser bestimmten Rassen und Menschen die Vorbedingung zum Bestande dieser Ideen. Wer z. B. den Sieg des pazifistischen Gedankens in dieser Welt wirklich von Herzen wünschen wollte, müßte sich mit allen Mitteln für die Eroberung der Welt durch die Deutschen einsetzen; denn wenn es umgekehrt kommen sollte, würde sehr leicht mit dem letzten Deutschen auch der letzte Pazifist aussterben, da die andere Welt auf diesen natur- und vernunftwidrigen Unsinn kaum je so tief hereingefallen ist als leider unser eigenes Volk. Man müßte sich also wohl oder übel bei ernstem Willen entschließen, Kriege zu führen, um zum Pazifismus zu kommen. Dies und nichts anderes hatte der amerikanische Weltheiland Wilson auch beabsichtigt, so wenigstens glaubten unsere deutschen Phantasten — womit ja dann der Zweck erreicht war.

Tatsächlich ist die pazifistisch-humane Idee vielleicht ganz gut dann, wenn der höchststehende Mensch sich vorher die Welt in einem Umfange erobert und unterworfen hat, der ihn zum alleinigen Herrn dieser Erde macht. Es fehlt dieser Idee dann die Möglichkeit einer schädlichen Auswirkung in eben dem Maße, in dem ihre praktische Anwendung selten und endlich unmöglich wird. Also erst Kampf und

dann vielleicht Pazifismus. Im anderen Falle hat die Menschheit den Höhepunkt ihrer Entwicklung überschritten, und das Ende ist nicht die Herrschaft irgendeiner ethischen Idee, sondern Barbarei und in der Folge Chaos. Es mag hier natürlich der eine oder andere lachen, allein dieser Planet zog schon Jahrmillionen durch den Äther ohne Menschen, und er kann einst wieder so dahinziehen, wenn die Menschen vergessen, daß sie ihr höheres Dasein nicht den Ideen einiger verrückter Ideologen, sondern der Erkenntnis und rücksichtslosen Anwendung eherner Naturgesetze verdanken.

Alles, was wir heute auf dieser Erde bewundern — Wissenschaft und Kunst, Technik und Erfindungen — ist nur das schöpferische Produkt weniger Völker und vielleicht ursprünglich einer Rasse. Von ihnen hängt auch der Bestand dieser ganzen Kultur ab. Gehen sie zugrunde, so sinkt mit ihnen die Schönheit dieser Erde ins Grab.

Wie sehr auch zum Beispiel der Boden die Menschen zu beeinflussen vermag, so wird doch das Ergebnis des Einflusses immer verschieden sein, je nach den in Betracht kommenden Rassen. Die geringe Fruchtbarkeit eines Lebensraumes mag die eine Rasse zu höchsten Leistungen anspornen, bei einer anderen wird sie nur die Ursache zu bitterster Armut und endlicher Unterernährung mit all ihren Folgen. Immer ist die innere Veranlagung der Völker bestimmend für die Art der Auswirkung äußerer Einflüsse. Was bei den einen zum Verhungern führt, erzieht die anderen zu harter Arbeit.

Alle großen Kulturen der Vergangenheit gingen nur zugrunde, weil die ursprünglich schöpferische Rasse an Blutsvergiftung abstarb.

Immer war die letzte Ursache eines solchen Unterganges das Vergessen, daß alle Kultur von Menschen abhängt und nicht umgekehrt, daß also, um eine bestimmte Kultur zu bewahren, der sie erschaffende Mensch erhalten werden muß. Diese Erhaltung aber ist gebunden an das eherne Gesetz der Notwendigkeit und des Rechtes des Sieges des Besten und Stärkeren.

Wer leben will, der kämpfe also, und wer nicht streiten will in dieser Welt des ewigen Ringens, verdient das Leben nicht.

Selbst wenn dies hart wäre — es ist nun einmal so! Sicher jedoch ist das weitaus härteste Schicksal jenes, das den Menschen trifft, der die Natur glaubt überwinden zu können und sie im Grunde genommen doch nur verhöhnt. Not, Unglück und Krankheiten sind dann ihre Antwort!

Der Mensch, der die Rassengesetze verkennt und mißachtet, bringt sich wirklich um das Glück, das ihm bestimmt erscheint. Er verhindert den Siegeszug der besten Rasse und damit aber auch die Vorbedingung zu allem menschlichen Fortschritt. Er begibt sich in der Folge, belastet mit der Empfindlichkeit des Menschen, ins Bereich des hilflosen Tieres.

*

Es ist ein müßiges Beginnen, darüber zu streiten, welche Rasse oder Rassen die ursprünglichen Träger der menschlichen Kultur waren und damit die wirklichen Begründer dessen, was wir mit dem Worte Menschheit alles umfassen. Einfacher ist es, sich diese Frage für die Gegenwart zu stellen, und hier ergibt sich auch die Antwort leicht und deutlich. Was wir heute an menschlicher Kultur, an Ergebnissen von Kunst, Wissenschaft und Technik vor uns sehen, ist nahezu ausschließlich schöpferisches Produkt des Ariers. Gerade diese Tatsache aber läßt den nicht unbegründeten Rückschluß zu, daß er allein der Begründer höheren Menschentums überhaupt war, mithin den Urtyp dessen darstellt, was wir unter dem Worte „Mensch" verstehen. Er ist der Prometheus der Menschheit, aus dessen lichter Stirne der göttliche Funke des Genies zu allen Zeiten hervorsprang, immer von neuem jenes Feuer entzündend, das als Erkenntnis die Nacht der schweigenden Geheimnisse aufhellte und den Menschen so den Weg zum Beherrscher der anderen Wesen dieser Erde emporsteigen ließ. Man schalte ihn aus — und tiefe Dunkelheit wird vielleicht schon nach wenigen Jahrtausenden sich

abermals auf die Erde senken, die menschliche Kultur würde vergehen und die Welt veröden.

Würde man die Menschheit in drei Arten einteilen: in Kulturbegründer, Kulturträger und Kulturzerstörer, dann käme als Vertreter der ersten wohl nur der Arier in Frage. Von ihm stammen die Fundamente und Mauern aller menschlichen Schöpfungen, und nur die äußere Form und Farbe sind bedingt durch die jeweiligen Charakterzüge der einzelnen Völker. Er liefert die gewaltigen Bausteine und Pläne zu allem menschlichen Fortschritt, und nur die Ausführung entspricht der Wesensart der jeweiligen Rassen. In wenigen Jahrzehnten wird zum Beispiel der ganze Osten Asiens eine Kultur sein eigen nennen, deren letzte Grundlage ebenso hellenischer Geist und germanische Technik sein wird wie dies bei uns der Fall ist. Nur die äußere Form wird — zum Teil wenigstens — die Züge asiatischer Wesensart tragen. Es ist nicht so, wie manche meinen, daß Japan zu seiner Kultur europäische Technik nimmt, sondern die europäische Wissenschaft und Technik wird mit japanischen Eigenarten verbrämt. Die Grundlage des tatsächlichen Lebens ist nicht mehr die besondere japanische Kultur, obwohl sie — weil äußerlich infolge des inneren Unterschiedes für den Europäer mehr in die Augen springend — die Farbe des Lebens bestimmt, sondern die gewaltige wissenschaftlich-technische Arbeit Europas und Amerikas, also arischer Völker. Auf diesen Leistungen allein kann auch der Osten dem allgemeinen menschlichen Fortschritt folgen. Dies ergibt die Grundlage des Kampfes um das tägliche Brot, schafft Waffen und Werkzeuge dafür, und nur die äußere Aufmachung wird allmählich dem japanischen Wesen angepaßt.

Würde ab heute jede weitere arische Einwirkung auf Japan unterbleiben, angenommen Europa und Amerika zugrunde gehen, so könnte eine kurze Zeit noch der heutige Aufstieg Japans in Wissenschaft und Technik anhalten; allein schon in wenigen Jahren würde der Bronnen versiegen, die japanische Eigenart gewinnen, aber die heutige Kultur erstarren und wieder in den Schlaf zurücksinken,

aus dem sie vor sieben Jahrzehnten durch die arische Kulturwelle aufgescheucht wurde. Daher ist, genau so wie die heutige japanische Entwicklung arischem Ursprung das Leben verdankt, auch einst in grauer Vergangenheit fremder Einfluß und fremder Geist der Erwecker der damaligen japanischen Kultur gewesen. Den besten Beweis hierfür liefert die Tatsache der späteren Verknöcherung und vollkommenen Erstarrung derselben. Sie kann bei einem Volke nur eintreten, wenn der ursprünglich schöpferische Rassekern verlorenging oder die äußere Einwirkung später fehlte, die den Anstoß und das Material zur ersten Entwicklung auf kulturellem Gebiete gab. Steht aber fest, daß ein Volk seine Kultur in den wesentlichsten Grundstoffen von fremden Rassen erhält, aufnimmt und verarbeitet, um dann nach dem Ausbleiben weiteren äußeren Einflusses immer wieder zu erstarren, kann man solch eine Rasse wohl als eine „kulturtragende", aber niemals als eine „kulturschöpferische" bezeichnen.

Eine Prüfung der einzelnen Völker von diesem Gesichtspunkte aus ergibt die Tatsache, daß es sich fast durchweg nicht um ursprünglich kulturbegründende, sondern fast immer um kulturtragende handelt.

Immer ergibt sich etwa folgendes Bild ihrer Entwicklung:

Arische Stämme unterwerfen — häufig in wahrhaft lächerlich geringer Volkszahl — fremde Völker und entwickeln nun, angeregt durch die besonderen Lebensverhältnisse des neuen Gebietes (Fruchtbarkeit, klimatische Zustände usw.) sowie begünstigt durch die Menge der zur Verfügung stehenden Hilfskräfte an Menschen niederer Art, ihre in ihnen schlummernden geistigen und organisatorischen Fähigkeiten. Sie erschaffen in oft wenigen Jahrtausenden, ja Jahrhunderten, Kulturen, die ursprünglich vollständig die inneren Züge ihres Wesens tragen, angepaßt den oben schon angedeuteten besonderen Eigenschaften des Bodens sowie der unterworfenen Menschen. Endlich aber vergehen sich die Eroberer gegen das im Anfang eingehaltene Prinzip der Reinhaltung ihres Blutes, beginnen sich mit den unterjochten Einwohnern zu vermischen und beenden damit ihr

eigenes Dasein; denn dem Sündenfall im Paradiese folgte noch immer die Vertreibung aus demselben.

Nach tausend Jahren und mehr zeigt sich dann oft die letzte sichtbare Spur des einstigen Herrenvolkes im helleren Hautton, den sein Blut der unterjochten Rasse hinterließ, und in einer erstarrten Kultur, die es als ursprüngliche Schöpferin einst begründet hatte. Denn so wie der tatsächliche und geistige Eroberer im Blut der Unterworfenen verlorenging, verlor sich auch der Brennstoff für die Fackel des menschlichen Kulturfortschrittes! Wie die Farbe durch das Blut der ehemaligen Herren einen leisen Schimmer als Erinnerung an diese beibehielt, so ist auch die Nacht des kulturellen Lebens milde aufgehellt durch die gebliebenen Schöpfungen der einstigen Lichtbringer. Die leuchten durch all die wiedergekommene Barbarei hindurch und erwecken bei dem gedankenlosen Betrachter des Augenblicks nur zu oft die Meinung, das Bild des jetzigen Volkes vor sich zu sehen, während es nur der Spiegel der Vergangenheit ist, in den er blickt.

Es kann dann vorkommen, daß solch ein Volk ein zweites Mal, ja selbst noch öfter, während seiner Geschichte mit der Rasse seiner einstigen Kulturbringer in Berührung gerät, ohne daß eine Erinnerung an frühere Begegnungen noch vorhanden zu sein braucht. Unbewußt wird der Rest des einstigen Herrenblutes sich der neuen Erscheinung zuwenden, und was erst nur dem Zwange möglich war, kann nun dem eigenen Wollen gelingen. Eine neue Kulturwelle hält ihren Einzug und dauert so lange an, bis ihre Träger wieder im Blute fremder Völker untergehen.

Es wird die Aufgabe einer künftigen Kultur- und Weltgeschichte sein, in diesem Sinne zu forschen und nicht in der Wiedergabe äußerer Tatsachen zu ersticken, wie dies bei unserer heutigen Geschichtswissenschaft leider nur zu oft der Fall ist.

Schon aus dieser Skizze der Entwicklung „kulturtragender" Nationen ergibt sich aber auch das Bild des Werdens, Wirkens und — Vergehens der wahrhaften Kulturbegründer dieser Erde, der Arier selber.

So wie im täglichen Leben das sogenannte Genie eines besonderen Anlasses, ja oft eines förmlichen Anstoßes bedarf, um zum Leuchten gebracht zu werden, so im Völkerleben auch die geniale Rasse. Im Einerlei des Alltags pflegen oft auch bedeutende Menschen unbedeutend zu erscheinen und kaum über den Durchschnitt ihrer Umgebung herauszuragen; sobald jedoch eine Lage an sie herantritt, in der andere verzagen oder irre würden, wächst aus dem unscheinbaren Durchschnittskind die geniale Natur ersichtlich empor, nicht selten zum Erstaunen aller derjenigen, die es bisher in der Kleinheit des bürgerlichen Lebens sahen — daher denn auch der Prophet im eigenen Lande selten etwas zu gelten pflegt. Dies zu beobachten, hat man nirgends mehr Gelegenheit als im Kriege. Aus scheinbar harmlosen Kindern schießen plötzlich in Stunden der Not, da andere verzagen, Helden empor von todesmutiger Entschlossenheit und eisiger Kühle der Überlegung. Wäre diese Stunde der Prüfung nicht gekommen, so hätte kaum jemand geahnt, daß in dem bartlosen Knaben ein junger Held verborgen ist. Fast immer bedarf es irgendeines Anstoßes, um das Genie auf den Plan zu rufen. Der Hammerschlag des Schicksals, der den einen zu Boden wirft, schlägt bei dem anderen plötzlich auf Stahl, und indem die Hülle des Alltags zerbricht, liegt vor den Augen der staunenden Welt der bisher verborgene Kern offen zutage. Diese sträubt sich dann und will es nicht glauben, daß die ihr scheinbar gleiche Art plötzlich ein anderes Wesen sein soll; ein Vorgang, der sich wohl bei jedem bedeutenden Menschenkinde wiederholt.

Obwohl ein Erfinder zum Beispiel seinen Ruhm erst am Tage seiner Erfindung begründet, so ist es doch irrig, zu denken, daß auch die Genialität an sich erst zu dieser Stunde in den Mann gefahren wäre — der Funke des Genies ist seit der Stunde der Geburt in der Stirne des wahrhaft schöpferisch veranlagten Menschen vorhanden. Wahre Genialität ist immer angeboren und niemals anerzogen oder gar angelernt.

Dies gilt aber, wie schon betont, nicht nur für den ein-

zelnen Menschen, sondern auch für die Rasse. Schöpferisch tätige Völker sind von jeher und von Grund aus schöpferisch veranlagt, auch wenn dies den Augen oberflächlicher Betrachter nicht erkenntlich sein sollte. Auch hier ist die äußere Anerkennung immer nur im Gefolge vollbrachter Taten möglich, da die übrige Welt ja nicht fähig ist, die Genialität an sich zu erkennen, sondern nur deren sichtbare Äußerungen in der Form von Erfindungen, Entdeckungen, Bauten, Bildern usw. sieht; aber auch hier dauert es oft noch lange Zeit, bis sie sich zu dieser Kenntnis durchzuringen vermag. Genau so wie im Leben des einzelnen bedeutenden Menschen die geniale oder doch außerordentliche Veranlagung, erst durch besondere Anlässe angetrieben, nach ihrer praktischen Verwirklichung strebt, kann auch im Leben der Völker die wirkliche Verwertung vorhandener schöpferischer Kräfte und Fähigkeiten oft erst erfolgen, wenn bestimmte Voraussetzungen hierzu einladen.

Am deutlichsten sehen wir dieses an der Rasse, die Träger der menschlichen Kulturentwicklung war und ist — an den Ariern. Sobald sie das Schicksal besonderen Verhältnissen entgegenführt, beginnen sich ihre vorhandenen Fähigkeiten in immer schnellerer Folge zu entwickeln und in greifbare Formen zu gießen. Die Kulturen, die sie in solchen Fällen begründen, werden fast immer maßgebend bestimmt durch den vorhandenen Boden, das gegebene Klima und — die unterworfenen Menschen. Dieses letzte allerdings ist fast das ausschlaggebendste. Je primitiver die technischen Voraussetzungen zu einer Kulturbetätigung sind, um so notwendiger ist das Vorhandensein menschlicher Hilfskräfte, die dann, organisatorisch zusammengefaßt und angewandt, die Kraft der Maschine zu ersetzen haben. Ohne diese Möglichkeit der Verwendung niederer Menschen hätte der Arier niemals die ersten Schritte zu seiner späteren Kultur zu machen vermocht; genau so, wie er ohne die Hilfe einzelner geeigneter Tiere, die er sich zu zähmen verstand, nicht zu einer Technik gekommen wäre, die ihm jetzt gerade diese Tiere langsam zu entbehren gestattet. Das Wort: „Der Mohr hat seine Schuldigkeit getan, der Mohr kann gehen“

hat leider seine nur zu tiefe Bedeutung. Jahrtausendelang mußte das Pferd dem Menschen dienen und mithelfen, die Grundlagen einer Entwicklung zu legen, die nun infolge des Kraftwagens das Pferd selber überflüssig macht. In wenigen Jahren wird es seine Tätigkeit eingestellt haben, allein ohne seine frühere Mitarbeit wäre der Mensch vielleicht nur schwer dorthin gekommen, wo er heute ist.

So war für die Bildung höherer Kulturen das Vorhandensein niederer Menschen eine der wesentlichsten Voraussetzungen, indem nur sie den Mangel technischer Hilfsmittel, ohne die aber eine höhere Entwicklung gar nicht denkbar ist, zu ersetzen vermochten. Sicher fußte die erste Kultur der Menschheit weniger auf dem gezähmten Tier, als vielmehr auf die Verwendung niederer Menschen.

Erst nach der Versklavung unterworfener Rassen begann das gleiche Schicksal auch Tiere zu treffen und nicht umgekehrt, wie manche wohl glauben möchten. Denn zuerst ging der Besiegte vor dem Pfluge — und erst nach ihm das Pferd. Nur pazifistische Narren aber vermögen dies wieder als Zeichen menschlicher Verworfenheit anzusehen, ohne sich darüber klar zu werden, daß diese Entwicklung eben stattfinden mußte, um endlich an die Stelle zu gelangen, von wo aus heute diese Apostel ihre Salbaderei in die Welt setzen können.

Der Fortschritt der Menschheit gleicht dem Aufstiege auf einer endlosen Leiter; man kommt eben nicht höher, ohne erst die unteren Stufen genommen zu haben. So mußte der Arier den Weg schreiten, den ihm die Wirklichkeit wies, und nicht den, von dem die Phantasie eines modernen Pazifisten träumt. Der Weg der Wirklichkeit aber ist hart und schwer, allein er führt endlich dorthin, wo der andere die Menschheit gerne hinträumen möchte, von wo er sie aber leider in Wahrheit eher noch entfernt, als daß er sie näherbringt.

Es ist also kein Zufall, daß die ersten Kulturen dort entstanden, wo der Arier im Zusammentreffen mit niederen Völkern diese unterjochte und seinem Willen untertan

machte. Sie waren dann das erste technische Instrument im Dienste einer werdenden Kultur.

Damit aber war der Weg, den der Arier zu gehen hatte, klar vorgezeichnet. Als Eroberer unterwarf er sich die niederen Menschen und regelte dann deren praktische Betätigung unter seinem Befehl, nach seinem Wollen und für seine Ziele. Allein, indem er sie so einer nützlichen, wenn auch harten Tätigkeit zuführte, schonte er nicht nur das Leben der Unterworfenen, sondern gab ihnen vielleicht sogar ein Los, das besser war als das ihrer früheren sogenannten „Freiheit“. Solange er den Herrenstandpunkt rücksichtslos aufrechterhielt, blieb er nicht nur wirklich der Herr, sondern auch der Erhalter und Vermehrer der Kultur. Denn diese beruhte ausschließlich auf seinen Fähigkeiten und damit auf seiner Erhaltung an sich. Sowie die Unterworfenen sich selber zu heben begannen und wahrscheinlich auch sprachlich dem Eroberer näherten, fiel die scharfe Scheidewand zwischen Herr und Knecht. Der Arier gab die Reinheit seines Blutes auf und verlor dafür den Aufenthalt im Paradiese, das er sich selbst geschaffen hatte. Er sank unter in der Rassenvermischung, verlor allmählich immer mehr seine kulturelle Fähigkeit, bis er endlich nicht nur geistig, sondern auch körperlich den Unterworfenen und Ureinwohnern mehr zu gleichen begann als seinen Vorfahren. Eine Zeitlang konnte er noch von den vorhandenen Kulturgütern zehren, dann aber trat Erstarrung ein und er verfiel der Vergessenheit.

So brechen Kulturen und Reiche zusammen, um neuen Gebilden den Platz freizugeben.

Die Blutsvermischung und das dadurch bedingte Senken des Rassenniveaus ist die alleinige Ursache des Absterbens alter Kulturen; denn die Menschen gehen nicht an verlorenen Kriegen zugrunde, sondern am Verlust jener Widerstandskraft, die nur dem reinen Blute zu eigen ist.

Was nicht gute Rasse ist auf dieser Welt, ist Spreu.

Alles weltgeschichtliche Geschehen ist aber nur die Äußerung des Selbsterhaltungstriebes der Rassen im guten oder schlechten Sinne.

*

Die Frage nach den inneren Ursachen der überragenden Bedeutung des Ariertums kann dahin beantwortet werden, daß diese weniger in einer stärkeren Veranlagung des Selbsterhaltungstriebes an sich zu suchen sind, als vielmehr in der besonderen Art der Äußerung desselben. Der Wille zum Leben ist, subjektiv betrachtet, überall gleich groß und nur in der Form der tatsächlichen Auswirkung verschieden. Bei den ursprünglichsten Lebewesen geht der Selbsterhaltungstrieb über die Sorge um das eigene Ich nicht hinaus. Der Egoismus, wie wir diese Sucht bezeichnen, geht hier so weit, daß er selbst die Zeit umfaßt, so daß der Augenblick selber wieder alles beansprucht und nicht den kommenden Stunden gönnen will. Das Tier lebt in diesem Zustande nur für sich, sucht Futter nur für den jeweiligen Hunger und kämpft nur um das eigene Leben. Solange sich aber der Selbsterhaltungstrieb in dieser Weise äußert, fehlt jede Grundlage zur Bildung eines Gemeinwesens, und wäre es selbst die primitivste Form der Familie. Schon die Gemeinschaft zwischen Männchen und Weibchen über die reine Paarung hinaus fordert eine Erweiterung des Selbsterhaltungstriebes, indem die Sorge und der Kampf um das eigene Ich sich auch dem zweiten Teile zuwendet; das Männchen sucht manchmal auch für das Weibchen Futter, meist aber suchen beide für die Jungen Nahrung. Für den Schutz des einen tritt fast immer das andere ein, so daß sich hier die ersten, wenn auch unendlich einfachen Formen eines Opfersinnes ergeben. Sowie sich dieser Sinn über die Grenzen des engen Rahmens der Familie erweitert, ergibt sich die Voraussetzung zur Bildung größerer Verbände und endlich förmlicher Staaten.

Bei den niedrigsten Menschen der Erde ist diese Eigenschaft nur in sehr geringem Umfange vorhanden, so daß es über Bildung der Familie oft nicht hinauskommt. Je größer dann die Bereitwilligkeit des Zurückstellens rein persönlicher Interessen wird, um so mehr steigt auch die Fähigkeit zur Errichtung umfassender Gemeinwesen.

Dieser Aufopferungswille zum Einsatz der persönlichen Arbeit und, wenn nötig, des eigenen Lebens für andere ist

am stärksten beim Arier ausgebildet. Der Arier ist nicht in seinen geistigen Eigenschaften an sich am größten, sondern im Ausmaße der Bereitwilligkeit, alle Fähigkeiten in den Dienst der Gemeinschaft zu stellen. Der Selbsterhaltungstrieb hat bei ihm die edelste Form erreicht, indem er das eigene Ich dem Leben der Gesamtheit willig unterordnet und, wenn die Stunde es erfordert, auch zum Opfer bringt.

Nicht in den intellektuellen Gaben liegt die Ursache der kulturbildenden und aufbauenden Fähigkeit des Ariers. Hätte er nur diese allein, würde er damit immer nur zerstörend wirken können, auf keinen Fall aber organisierend; denn das innerste Wesen jeder Organisation beruht darauf, daß der einzelne auf die Vertretung seiner persönlichen Meinung sowohl als seiner Interessen verzichtet und beides zugunsten einer Mehrzahl von Menschen opfert. Erst über dem Umwege dieser Allgemeinheit erhält er dann seinen Teil wieder zurück. Er arbeitet nun z. B. nicht mehr unmittelbar für sich selbst, sondern gliedert sich mit seiner Tätigkeit in den Rahmen der Gesamtheit ein, nicht nur zum eigenen Nutzen, sondern zum Nutzen aller. Die wunderbarste Erläuterung dieser Gesinnung bietet sein Wort „Arbeit“, unter dem er keineswegs eine Tätigkeit zum Lebenserhalt an sich versteht, sondern nur ein Schaffen, das nicht den Interessen der Allgemeinheit widerspricht. Im anderen Falle bezeichnet er das menschliche Wirken, sofern es dem Selbsterhaltungstriebe ohne Rücksicht auf das Wohl der Mitwelt dient, als Diebstahl, Wucher, Raub, Einbruch usw.

Diese Gesinnung, die das Interesse des eigenen Ichs zugunsten der Erhaltung der Gemeinschaft zurücktreten läßt, ist wirklich die erste Voraussetzung für jede wahrhaft menschliche Kultur. Nur aus ihr heraus vermögen alle die großen Werke der Menschheit zu entstehen, die dem Gründer wenig Lohn, der Nachwelt aber reichsten Segen bringen. Ja, aus ihr allein heraus kann man verstehen, wie so viele ein kärgliches Leben in Redlichkeit zu ertragen vermögen, das ihnen selber nur Armut und Bescheidenheit auferlegt, der Gesamtheit aber die Grundlagen des Daseins

sichert. Jeder Arbeiter, jeder Bauer, jeder Erfinder, Beamte usw., der schafft, ohne selber je zu Glück und Wohlstand gelangen zu können, ist ein Träger dieser hohen Idee, auch wenn der tiefere Sinn seines Handelns ihm immer verborgen bliebe.

Was aber für die Arbeit als Grundlage menschlicher Ernährung und alles menschlichen Fortschrittes gilt, trifft in noch höherem Maße zu für den Schutz des Menschen und seiner Kultur. In der Hingabe des eigenen Lebens für die Existenz der Gemeinschaft liegt die Krönung alles Opfersinnes. Nur dadurch wird verhindert, daß, was Menschenhände bauten, Menschenhände wieder stürzen oder die Natur vernichtet.

Gerade unsere deutsche Sprache aber besitzt ein Wort, das in herrlicher Weise das Handeln nach diesem Sinne bezeichnet: Pflichterfüllung; das heißt, nicht sich selbst genügen, sondern der Allgemeinheit dienen.

Die grundsätzliche Gesinnung, aus der ein solches Handeln erwächst, nennen wir — zum Unterschied vom Egoismus, vom Eigennutz — Idealismus. Wir verstehen darunter nur die Aufopferungsfähigkeit des einzelnen für die Gesamtheit, für seine Mitmenschen.

Wie nötig aber ist es, immer wieder zu erkennen, daß der Idealismus nicht etwa eine überflüssige Gefühlsäußerung darstellt, sondern daß er in Wahrheit die Voraussetzung zu dem war, ist und sein wird, was wir mit menschlicher Kultur bezeichnen, ja daß er allein erst den Begriff „Mensch“ geschaffen hat. Dieser inneren Gesinnung verdankt der Arier seine Stellung auf dieser Welt, und ihr verdankt die Welt den Menschen; denn sie allein hat aus dem reinen Geist die schöpferische Kraft geformt, die in einzigartiger Vermählung von roher Faust und genialem Intellekt die Denkmäler der menschlichen Kultur erschuf.

Ohne seine ideale Gesinnung wären alle, auch die blendendsten Fähigkeiten des Geistes nur Geist an sich, äußerer Schein ohne inneren Wert, jedoch niemals schöpferische Kraft.

Da aber wahrer Idealismus nichts weiter ist als die

Unterordnung der Interessen und des Lebens des einzelnen unter die Gesamtheit, dies aber wieder die Voraussetzung für die Bildung organisatorischer Formen jeder Art darstellt, entspricht er im innersten Grunde dem letzten Wollen der Natur. Er allein führt die Menschen zur freiwilligen Anerkennung des Vorrechtes der Kraft und der Stärke und läßt sie so zu einem Stäubchen jener Ordnung werden, die das ganze Universum formt und bildet.

Reinster Idealismus deckt sich unbewußt mit tiefster Erkenntnis.

Wie sehr dies zutrifft und wie wenig wahrer Idealismus mit spielerischer Phantasterei zu tun hat, kann man sofort erkennen, wenn man das unverdorbene Kind, den gesunden Knaben z. B., urteilen läßt. Der gleiche Junge, der den Tiraden eines „idealen" Pazifisten verständnislos und ablehnend gegenübersteht, ist bereit, für das Ideal seines Volkstums das junge Leben hinzuwerfen.

Unbewußt gehorcht hier der Instinkt der Erkenntnis in die tiefere Notwendigkeit der Erhaltung der Art, wenn nötig auf Kosten des einzelnen, und protestiert gegen die Phantasterei des pazifistischen Schwätzers, der in Wahrheit als, wenn auch geschminkter, so doch feiger Egoist wider die Gesetze der Entwicklung verstößt; denn diese ist bedingt durch die Opferwilligkeit des einzelnen zugunsten der Allgemeinheit und nicht durch krankhafte Vorstellungen feiger Besserwisser und Kritiker der Natur.

Gerade in Zeiten, in denen die ideale Gesinnung zu verschwinden droht, können wir deshalb auch sofort ein Sinken jener Kraft erkennen, die die Gemeinschaft bildet und so der Kultur die Voraussetzungen schafft. Sowie erst der Egoismus zum Regenten eines Volkes wird, lösen sich die Bande der Ordnung, und im Jagen nach dem eigenen Glück stürzen die Menschen aus dem Himmel erst recht in die Hölle.

Ja selbst die Nachwelt vergißt die Männer, die nur dem eigenen Nutzen dienten, und rühmt die Helden, welche auf eigenes Glück verzichteten.

*

Den gewaltigsten Gegensatz zum Arier bildet der Jude. Bei kaum einem Volke der Welt ist der Selbsterhaltungstrieb stärker entwickelt als beim sogenannten auserwählten. Als bester Beweis hierfür darf die einfache Tatsache des Bestehens dieser Rasse allein schon gelten. Wo ist das Volk, das in den letzten zweitausend Jahren so wenigen Veränderungen der inneren Veranlagung, des Charakters usw. ausgesetzt gewesen wäre als das jüdische? Welches Volk endlich hat größere Umwälzungen mitgemacht als dieses — und ist dennoch immer als dasselbe aus den gewaltigsten Katastrophen der Menschheit hervorgegangen? Welch ein unendlich zäher Wille zum Leben, zur Erhaltung der Art spricht aus diesen Tatsachen!

Die intellektuellen Eigenschaften des Juden haben sich im Verlaufe der Jahrtausende geschult. Er gilt heute als „gescheit" und war es in einem gewissen Sinne zu allen Zeiten. Allein sein Verstand ist nicht das Ergebnis eigener Entwicklung, sondern eines Anschauungsunterrichtes durch Fremde. Auch der menschliche Geist vermag nicht ohne Stufen zur Höhe emporzuklimmen; er braucht zu jedem Schritt nach aufwärts das Fundament der Vergangenheit, und zwar in jenem umfassenden Sinne, in dem es sich nur in der allgemeinen Kultur zu offenbaren vermag. Alles Denken beruht nur zum geringen Teile auf eigener Erkenntnis, zum größten aber auf den Erfahrungen der vorhergegangenen Zeit. Das allgemeine Kulturniveau versorgt den einzelnen Menschen, ohne daß es dieser meistens beachtet, mit einer solchen Fülle von Vorkenntnissen, daß er, so gerüstet, leichter weitere eigene Schritte machen kann. Der Knabe von heute zum Beispiel wächst unter einer wahren Unmenge technischer Errungenschaften der letzten Jahrhunderte auf, so daß er vieles, das vor hundert Jahren noch den größten Geistern ein Rätsel war, als selbstverständlich gar nicht mehr beachtet, obwohl es für ihn zum Verfolgen und Verstehen unserer Fortschritte auf dem betreffenden Gebiete von ausschlaggebender Bedeutung ist. Würde selbst ein genialer Kopf aus den zwanziger Jahren des vorigen Jahrhunderts heute plötzlich sein Grab

verlassen, so wäre sein auch nur geistiges Zurechtfinden in der jetzigen Zeit schwerer, als dies für einen mittelmäßig begabten fünfzehnjährigen Knaben von heute der Fall ist. Denn ihm würde all die unendliche Vorbildung fehlen, die der Zeitgenosse von heute während seines Aufwuchses inmitten der Erscheinungen der jeweiligen allgemeinen Kultur sozusagen unbewußt in sich aufnimmt.

Da nun der Jude — aus Gründen, die sich sofort ergeben werden — niemals im Besitze einer eigenen Kultur war, sind die Grundlagen seines geistigen Arbeitens immer von anderen gegeben worden. Sein Intellekt hat sich zu allen Zeiten an der ihn umgebenden Kulturwelt entwickelt.

Niemals fand der umgekehrte Vorgang statt.

Denn wenn auch der Selbsterhaltungstrieb des jüdischen Volkes nicht kleiner, sondern eher noch größer ist als der anderer Völker, wenn auch seine geistigen Fähigkeiten sehr leicht den Eindruck zu erwecken vermögen, daß sie der intellektuellen Veranlagung der übrigen Rassen ebenbürtig wären, so fehlt doch vollständig die allerwesentlichste Voraussetzung für ein Kulturvolk, die idealistische Gesinnung.

Der Aufopferungswille im jüdischen Volke geht über den nackten Selbsterhaltungstrieb des einzelnen nicht hinaus. Das scheinbar große Zusammengehörigkeitsgefühl ist in einem sehr primitiven Herdeninstinkt begründet, wie er sich ähnlich bei vielen anderen Lebewesen auf dieser Welt zeigt. Bemerkenswert ist dabei die Tatsache, daß Herdentrieb stets nur so lange zu gegenseitiger Unterstützung führt, als eine gemeinsame Gefahr dies zweckmäßig oder unvermeidlich erscheinen läßt. Das gleiche Rudel Wölfe, das soeben noch gemeinsam seinen Raub überfällt, löst sich bei nachlassendem Hunger wieder in seine einzelnen Tiere auf. Das gleiche gilt von den Pferden, die sich des Angreifers geschlossen zu erwehren suchen, um nach überstandener Gefahr wieder auseinanderzustieben.

Ähnlich verhält es sich auch beim Juden. Sein Aufopferungssinn ist nur ein scheinbarer. Er besteht nur so lange, als die Existenz jedes einzelnen dies unbedingt

erforderlich macht. Sobald jedoch der gemeinsame Feind besiegt, die allen drohende Gefahr beseitigt, der Raub geborgen ist, hört die scheinbare Harmonie der Juden untereinander auf, um den ursächlich vorhandenen Anlagen wieder Platz zu geben. Der Jude ist nur einig, wenn eine gemeinsame Gefahr ihn dazu zwingt oder eine gemeinsame Beute lockt; fallen beide Gründe weg, so treten die Eigenschaften eines krassesten Egoismus in ihre Rechte, und aus dem einigen Volk wird im Handumdrehen eine sich blutig bekämpfende Rotte von Ratten.

Wären die Juden auf dieser Welt allein, so würden sie ebensosehr in Schmutz und Unrat ersticken wie in haßerfülltem Kampfe sich gegenseitig zu übervorteilen und auszurotten versuchen, sofern nicht der sich in ihrer Feigheit ausdrückende restlose Mangel jedes Aufopferungssinnes auch hier den Kampf zum Theater werden ließe.

Es ist also grundfalsch, aus der Tatsache des Zusammenstehens der Juden im Kampfe, richtiger ausgedrückt in der Ausplünderung ihrer Mitmenschen, bei ihnen auf einen gewissen idealen Aufopferungssinn schließen zu wollen.

Auch hier leitet den Juden weiter nichts als nackter Egoismus des einzelnen.

Daher ist auch der jüdische Staat — der der lebendige Organismus zur Erhaltung und Vermehrung einer Rasse sein soll — territorial vollständig unbegrenzt. Denn eine bestimmte räumliche Fassung eines Staatsgebildes setzt immer eine idealistische Gesinnung der Staatsrasse voraus, besonders aber eine richtige Auffassung des Begriffes Arbeit. In eben dem Maße, in dem es an dieser Einstellung mangelt, versagt auch jeder Versuch zur Bildung, ja sogar zur Erhaltung eines räumlich begrenzten Staates. Damit entfällt jedoch die Grundlage, auf der eine Kultur allein entstehen kann.

Daher ist das jüdische Volk bei allen scheinbaren intellektuellen Eigenschaften dennoch ohne jede wahre Kultur, besonders aber ohne jede eigene. Denn was der Jude heute an Scheinkultur besitzt, ist das unter seinen Händen meist schon verdorbene Gut der anderen Völker.

Als wesentliches Merkmal bei der Beurteilung des Judentums in seiner Stellung zur Frage der menschlichen Kultur muß man sich immer vor Augen halten, daß es eine jüdische Kunst niemals gab und demgemäß auch heute nicht gibt, daß vor allem die beiden Königinnen aller Künste, Architektur und Musik, dem Judentum nichts Ursprüngliches zu verdanken haben. Was es auf dem Gebiete der Kunst leistet, ist entweder Verbalhornisierung oder geistiger Diebstahl. Damit aber fehlen dem Juden jene Eigenschaften, die schöpferisch und damit kulturell begnadete Rassen auszeichnen.

Wie sehr der Jude nur nachempfindend, besser aber verderbend, fremde Kultur übernimmt, geht daraus hervor, daß er am meisten in der Kunst zu finden ist, die auch am wenigsten auf eigene Erfindung eingestellt erscheint, der Schauspielkunst. Allein selbst hier ist er wirklich nur der „Gaukler", besser der Nachäffer; denn selbst hier fehlt ihm der allerletzte Wurf zur wirklichen Größe; selbst hier ist er nicht der geniale Gestalter, sondern äußerlicher Nachahmer, wobei alle dabei angewendeten Mätzchen und Tricks eben doch nicht über die innere Leblosigkeit seiner Gestaltungsgabe hinwegzutäuschen vermögen. Hier hilft nun die jüdische Presse in liebevollster Weise nach, indem sie über jeden, aber auch den mittelmäßigsten Stümper, sofern er eben nur Jude ist, ein solches Hosiannageschrei erhebt, daß die übrige Mitwelt endlich wirklich vermeint, einen Künstler vor sich zu sehen, während es sich in Wahrheit nur um einen jammervollen Komödianten handelt.

Nein, der Jude besitzt keine irgendwie kulturbildende Kraft, da der Idealismus, ohne den es eine wahrhafte Höherentwicklung des Menschen nicht gibt, bei ihm nicht vorhanden ist und nie vorhanden war. Daher wird sein Intellekt niemals aufbauend wirken, sondern zerstörend und in ganz seltenen Fällen vielleicht höchstens aufpeitschend, dann aber als das Urbild der „Kraft, die stets das Böse will und stets das Gute schafft". Nicht durch ihn findet irgendein Fortschritt der Menschheit statt, sondern trotz ihm.

Da der Jude niemals einen Staat mit bestimmter terri-

torialer Begrenzung besaß und damit auch nie eine Kultur sein eigen nannte, entstand die Vorstellung, als handle es sich hier um ein Volk, das in die Reihe der Nomaden zu rechnen wäre. Dies ist ein ebenso großer wie gefährlicher Irrtum. Der Nomade besitzt sehr wohl einen bestimmt umgrenzten Lebensraum, nur bebaut er ihn nicht als seßhafter Bauer, sondern lebt vom Ertrage seiner Herden, mit denen er in seinem Gebiete wandert. Der äußere Grund hierfür ist in der geringen Fruchtbarkeit eines Bodens zu sehen, der eine Ansiedlung einfach nicht gestattet. Die tiefere Ursache aber liegt im Mißverhältnis zwischen der technischen Kultur einer Zeit oder eines Volkes und der natürlichen Armut eines Lebensraumes. Es gibt Gebiete, in denen auch der Arier nur durch seine im Laufe von mehr denn tausend Jahren entwickelte Technik in der Lage ist, in geschlossenen Siedlungen des weiten Bodens Herr zu werden und die Erfordernisse des Lebens aus ihm zu bestreiten. Besäße er diese Technik nicht, so müßte er entweder diese Gebiete meiden oder sich ebenfalls als Nomade in dauernder Wanderschaft das Leben fristen, vorausgesetzt, daß nicht seine tausendjährige Erziehung und Gewöhnung an Seßhaftigkeit dies für ihn einfach unerträglich erscheinen ließe. Man muß bedenken, daß in der Zeit der Erschließung des amerikanischen Kontinents zahlreiche Arier sich ihr Leben als Fallensteller, Jäger usw. erkämpften, und zwar häufig in größeren Trupps mit Weib und Kind, immer herumziehend, so daß ihr Dasein vollkommen dem der Nomaden glich. Sobald aber ihre steigende Zahl und bessere Hilfsmittel gestatteten, den wilden Boden auszuroden und den Ureinwohnern standzuhalten, schossen immer mehr Siedlungen in dem Lande empor.

Wahrscheinlich war auch der Arier erst Nomade und wurde im Laufe der Zeit seßhaft, allein deshalb war er doch niemals Jude! Nein, der Jude ist kein Nomade; denn auch der Nomade hatte schon eine bestimmte Stellung zum Begriffe „Arbeit", die als Grundlage für eine spätere Entwicklung dienen konnte, sofern die notwendigen geistigen Voraussetzungen hierzu vorhanden waren. Die idealistische

Grundanschauung aber ist bei ihm, wenn auch in unendlicher Verdünnung, gegeben, daher erscheint er auch in seinem ganzen Wesen den arischen Völkern vielleicht fremd, allein nicht unsympathisch. Bei dem Juden hingegen ist diese Einstellung überhaupt nicht vorhanden; er war deshalb auch nie Nomade, sondern immer nur *Parasit* im Körper anderer Völker. Daß er dabei manchmal seinen bisherigen Lebensraum verließ, hängt nicht mit seiner Absicht zusammen, sondern ist das Ergebnis des Hinauswurfes, den er von Zeit zu Zeit durch die mißbrauchten Gastvölker erfährt. Sein Sich-Weiterverbreiten aber ist eine typische Erscheinung für alle Parasiten; er sucht immer neuen Nährboden für seine Rasse.

Dies hat aber mit Nomadentum deshalb nichts zu tun, weil der Jude gar nicht daran denkt, ein von ihm besetztes Gebiet wieder zu räumen, sondern bleibt, wo er sitzt, und zwar so seßhaft, daß er selbst mit Gewalt nur mehr sehr schwer zu vertreiben ist. Sein Ausdehnen auf immer neue Länder erfolgt erst in dem Augenblick, in dem dort gewisse Bedingungen für sein Dasein gegeben sind, ohne daß er dadurch — wie der Nomade — seinen bisherigen Wohnsitz verändern würde. Er ist und bleibt der typische Parasit, ein Schmarotzer, der wie ein schädlicher Bazillus sich immer mehr ausbreitet, sowie nur ein günstiger Nährboden dazu einlädt. Die Wirkung seines Daseins aber gleicht ebenfalls der von Schmarotzern: wo er auftritt, stirbt das Wirtsvolk nach kürzerer oder längerer Zeit ab.

So lebte der Jude zu allen Zeiten in den Staaten anderer Völker und bildete dort seinen eigenen Staat, der allerdings so lange unter der Bezeichnung „Religionsgemeinschaft“ maskiert zu segeln pflegte, als die äußeren Umstände kein vollständiges Enthüllen seines Wesens angezeigt sein ließen. Glaubte er sich aber einmal stark genug, um der Schutzdecke entbehren zu können, dann ließ er noch immer den Schleier fallen und war plötzlich das, was so viele andere früher nicht glauben und sehen wollten: der Jude.

Im Leben des Juden als Parasit im Körper anderer Nationen und Staaten liegt eine Eigenart begründet, die

Schopenhauer einst zu dem schon erwähnten Ausspruch veranlaßte, der Jude sei der „große Meister im Lügen". Das Dasein treibt den Juden zur Lüge, und zwar zur immerwährenden Lüge, wie es den Nordländer zur warmen Kleidung zwingt.

Sein Leben innerhalb anderer Völker kann auf die Dauer nur währen, wenn es ihm gelingt, die Meinung zu erwecken, als handle es sich bei ihm um kein Volk, sondern um eine, wenn auch besondere, „Religionsgemeinschaft".

Dies ist aber die erste große Lüge.

Er muß, um sein Dasein als Völkerparasit führen zu können, zur Verleugnung seiner inneren Wesensart greifen. Je intelligenter der einzelne Jude ist, um so mehr wird ihm diese Täuschung auch gelingen. Ja, es kann so weit kommen, daß große Teile des Wirtsvolkes endlich ernstlich glauben werden, der Jude sei wirklich ein Franzose oder Engländer, ein Deutscher oder Italiener, wenn auch von besonderer Konfession. Besonders staatliche Stellen, die ja immer von dem historischen Bruchteil der Weisheit beseelt zu sein scheinen, fallen diesem infamen Betrug am leichtesten zum Opfer. Das selbständige Denken gilt in diesen Kreisen ja manchmal als eine wahre Sünde wider das heilige Fortkommen, so daß es einen nicht wundernehmen darf, wenn z. B. ein bayerisches Staatsministerium auch heute noch keine blasse Ahnung davon besitzt, daß die Juden Angehörige eines Volkes sind und nicht einer „Konfession", obwohl nur ein Blick in die dem Judentum eigene Zeitungswelt dies selbst dem bescheidensten Geist sofort aufzeigen müßte. Allerdings ist das „Jüdische Echo" ja noch nicht das Amtsblatt und folglich für den Verstand eines solchen Regierungspotentaten unmaßgeblich.

Das Judentum war immer ein Volk mit bestimmten rassischen Eigenarten und niemals eine Religion, nur sein Fortkommen ließ es schon frühzeitig nach einem Mittel suchen, das die unangenehme Aufmerksamkeit in bezug auf seine Angehörigen zu zerstreuen vermochte. Welches Mittel aber wäre zweckmäßiger und zugleich harmloser gewesen als die Einschiebung des geborgten Begriffs der Religions-

gemeinschaft? Denn auch hier ist alles entlehnt, besser gestohlen — aus dem ursprünglichen eigenen Wesen kann der Jude eine religiöse Einrichtung schon deshalb nicht besitzen, da ihm der Idealismus in jeder Form fehlt und damit auch der Glaube an ein Jenseits vollkommen fremd ist. Man kann sich aber eine Religion nach arischer Auffassung nicht vorstellen, der die Überzeugung des Fortlebens nach dem Tode in irgendeiner Form mangelt. Tatsächlich ist auch der Talmud kein Buch zur Vorbereitung für das Jenseits, sondern nur für ein praktisches und erträgliches Leben im Diesseits.

Die jüdische Religionslehre ist in erster Linie eine Anweisung zur Reinhaltung des Blutes des Judentums sowie zur Regelung des Verkehrs der Juden untereinander, mehr aber noch mit der übrigen Welt, mit den Nichtjuden also. Aber auch hier handelt es sich keineswegs um ethische Probleme, sondern um außerordentlich bescheidene wirtschaftliche. Über den sittlichen Wert des jüdischen Religionsunterrichtes gibt es heute und gab es zu allen Zeiten schon ziemlich eingehende Studien (nicht jüdischerseits; die Schwafeleien der Juden selber darüber sind natürlich dem Zwecke angepaßt), die diese Art von Religion nach arischen Begriffen als geradezu unheimlich erscheinen lassen. Die beste Kennzeichnung jedoch gibt das Produkt dieser religiösen Erziehung, der Jude selber. Sein Leben ist nur von dieser Welt und sein Geist ist dem wahren Christentum innerlich so fremd, wie sein Wesen es zweitausend Jahre vorher dem großen Gründer der neuen Lehre selber war. Freilich machte dieser aus seiner Gesinnung dem jüdischen Volke gegenüber kein Hehl, griff, wenn nötig, sogar zur Peitsche, um aus dem Tempel des Herrn diesen Widersacher jedes Menschentums zu treiben, der auch damals wie immer in der Religion nur ein Mittel zur geschäftlichen Existenz sah. Dafür wurde dann Christus freilich an das Kreuz geschlagen, während unser heutiges Parteichristentum sich herabwürdigt, bei den Wahlen um jüdische Stimmen zu betteln und später mit atheistischen Judenparteien politische Schiebungen zu vereinbaren sucht, und zwar gegen das eigene Volkstum.

Auf dieser ersten und größten Lüge, das Judentum sei nicht eine Rasse, sondern eine Religion, bauen sich dann in zwangsläufiger Folge immer weitere Lügen auf. Zu ihnen gehört auch die Lüge hinsichtlich der Sprache des Juden. Sie ist ihm nicht das Mittel, seine Gedanken auszudrücken, sondern das Mittel, sie zu verbergen. Indem er französisch redet, denkt er jüdisch, und während er deutsche Verse drechselt, lebt er nur das Wesen seines Volkstums aus.

Solange der Jude nicht der Herr der anderen Völker geworden ist, muß er wohl oder übel deren Sprachen sprechen, sobald diese jedoch seine Knechte wären, hätten sie alle eine Universalsprache (z. B. Esperanto!) zu lernen, so daß auch durch dieses Mittel das Judentum sie leichter beherrschen könnte!

Wie sehr das ganze Dasein dieses Volkes auf einer fortlaufenden Lüge beruht, wird in unvergleichlicher Art in den von den Juden so unendlich gehaßten „Protokollen der Weisen von Zion“ gezeigt. Sie sollen auf einer Fälschung beruhen, stöhnt immer wieder die „Frankfurter Zeitung“ in die Welt hinaus: der beste Beweis dafür, daß sie echt sind. Was viele Juden unbewußt tun mögen, ist hier bewußt klargelegt. Darauf aber kommt es an. Es ist ganz gleich, aus wessen Judenkopf diese Enthüllungen stammen, maßgebend aber ist, daß sie mit geradezu grauenerregender Sicherheit das Wesen und die Tätigkeit des Judenvolkes aufdecken und in ihren inneren Zusammenhängen sowie den letzten Schlußzielen darlegen. Die beste Kritik an ihnen jedoch bildet die Wirklichkeit. Wer die geschichtliche Entwicklung der letzten hundert Jahre von den Gesichtspunkten dieses Buches aus überprüft, dem wird auch das Geschrei der jüdischen Presse sofort verständlich werden. Denn wenn dieses Buch erst einmal Gemeingut eines Volkes geworden sein wird, darf die jüdische Gefahr auch schon als gebrochen gelten.

*

Um den Juden kennenzulernen, ist es am besten, seinen Weg zu studieren, den er innerhalb der anderen Völker und

im Laufe der Jahrhunderte genommen hat. Es genügt dabei, dies nur an einem Beispiele zu verfolgen, um zu den nötigen Erkenntnissen zu kommen. Da sein Werdegang immer und zu allen Zeiten derselbe war, wie ja auch die von ihm angefressenen Völker immer die gleichen sind, so empfiehlt es sich, bei einer solchen Betrachtung seine Entwicklung in bestimmte Abschnitte zu zerlegen, die ich in diesem Falle der Einfachheit halber mit Buchstaben bezeichne.

Die ersten Juden sind nach Germanien im Verlaufe des Vordringens der Römer gekommen, und zwar wie immer als Händler. In den Stürmen der Völkerwanderung aber sind sie anscheinend wieder verschwunden, und so darf als Beginn einer neuen und nun bleibenden Verjudung Mittel- und Nordeuropas die Zeit der ersten germanischen Staatenbildung angesehen werden. Eine Entwicklung setzt ein, die immer dieselbe oder eine ähnliche war, wenn irgendwo Juden auf arische Völker stießen.

*

a) Mit dem Entstehen der ersten festen Siedlung ist der Jude plötzlich „da". Er kommt als Händler und legt anfangs noch wenig Wert auf die Verschleierung seines Volkstums. Er ist noch Jude, zum Teil vielleicht auch deshalb, weil der äußere Rassenunterschied zwischen ihm und dem Gastvolk zu groß, seine sprachlichen Kenntnisse noch zu gering, die Abgeschlossenheit des Gastvolkes jedoch zu scharf sind, als daß er es wagen dürfte, als etwas anderes denn ein fremder Händler erscheinen zu wollen. Bei seiner Geschmeidigkeit und der Unerfahrenheit des Gastvolkes bedeutet die Beibehaltung seines Charakters als Jude auch keinen Nachteil für ihn, sondern eher einen Vorteil; man kommt dem Fremden freundlich entgegen.

b) Allmählich beginnt er sich langsam in der Wirtschaft zu betätigen, nicht als Produzent, sondern ausschließlich als Zwischenglied. In seiner tausendjährigen händlerischen Gewandtheit ist er den noch unbeholfenen, besonders aber grenzenlos ehrlichen Ariern weit überlegen, so daß schon in kurzer Zeit der Handel sein Monopol zu werden droht.

Er beginnt mit dem Verleihen von Geld, und zwar wie immer zu Wucherzinsen. Tatsächlich führt er den Zins auch dadurch ein. Die Gefahr dieser neuen Einrichtung wird zunächst nicht erkannt, sondern um der augenblicklichen Vorteile wegen sogar begrüßt.

c) Der Jude ist vollkommen seßhaft geworden, d. h. er besiedelt in den Städten und Flecken besondere Viertel und bildet immer mehr einen Staat im Staate. Den Handel sowohl als sämtliche Geldgeschäfte faßt er als sein eigenstes Privileg auf, das er rücksichtslos auswertet.

d) Das Geldgeschäft und der Handel sind restlos sein Monopol geworden. Seine Wucherzinsen erregen endlich Widerstand, seine zunehmende sonstige Frechheit aber Empörung, sein Reichtum Neid. Das Maß wird übervoll, als er auch den Grund und Boden in den Kreis seiner händlerischen Objekte einbezieht und ihn zur verkäuflichen, besser handelbaren Ware erniedrigt. Da er selber den Boden nie bebaut, sondern bloß als ein Ausbeutungsgut betrachtet, auf dem der Bauer sehr wohl bleiben kann, allein unter den elendesten Erpressungen seitens seines nunmehrigen Herrn, steigert sich die Abneigung gegen ihn allmählich zum offenen Haß. Seine blutsaugerische Tyrannei wird so groß, daß es zu Ausschreitungen gegen ihn kommt. Man beginnt sich den Fremden immer näher anzusehen und entdeckt immer neue abstoßende Züge und Wesensarten an ihm, bis die Kluft unüberbrückbar wird.

In Zeiten bitterster Not bricht endlich die Wut gegen ihn aus, und die ausgeplünderten und zugrunde gerichteten Massen greifen zur Selbsthilfe, um sich der Gottesgeißel zu erwehren. Sie haben ihn im Laufe einiger Jahrhunderte kennengelernt und empfinden schon sein bloßes Dasein als gleiche Not wie die Pest.

e) Nun beginnt der Jude aber seine wahren Eigenschaften zu enthüllen. Mit widerlicher Schmeichelei macht er sich an die Regierungen heran, läßt sein Geld arbeiten und sichert sich auf solche Art immer wieder den Freibrief zu neuer Ausplünderung seiner Opfer. Wenn auch manchmal die Wut des Volkes gegen den ewigen Blutegel lichterloh

aufbrennt, so hindert ihn dies nicht im geringsten, in wenigen Jahren schon wieder in dem kaum verlassenen Orte neuerdings aufzutauchen und das alte Leben von vorne zu beginnen. Keine Verfolgung kann ihn von seiner Art der Menschenausbeutung abbringen, keine ihn vertreiben, nach jeder ist er in kurzer Zeit wieder da, und zwar als der alte.

Um wenigstens das Allerärgste zu verhindern, beginnt man, den Boden seiner wucherischen Hand zu entziehen, indem man ihm die Erwerbung desselben einfach gesetzlich unmöglich macht.

f) In dem Maße, in dem die Macht der Fürsten zu steigen beginnt, drängt er sich immer näher an diese heran. Er bettelt um „Freibriefe" und „Privilegien", die er von den stets in Finanznöten befindlichen Herren gegen entsprechende Bezahlung gerne erhält. Was ihn dieses auch kostet, er bringt in wenigen Jahren das ausgegebene Geld mit Zins und Zinseszins wieder herein. Ein wahrer Blutegel, der sich an den Körper des unglücklichen Volkes ansetzt und nicht wegzubringen ist, bis die Fürsten selber wieder Geld brauchen und ihm das ausgesogene Blut höchst persönlich abzapfen.

Dieses Spiel wiederholt sich immer von neuem, wobei die Rolle der sogenannten „deutschen Fürsten" genau so erbärmlich wie die der Juden selber ist. Sie waren wirklich die Strafe Gottes für ihre lieben Völker, diese Herren, und finden ihre Parallele nur in verschiedenen Ministern der heutigen Zeit.

Den deutschen Fürsten ist es zu danken, daß die deutsche Nation sich von der jüdischen Gefahr nicht endgültig zu erlösen vermochte. Leider hat sich darin auch später nichts geändert, so daß ihnen vom Juden nur der tausendfach verdiente Lohn zuteil wurde für die Sünden, die sie an ihren Völkern einst verbrochen haben. Sie verbündeten sich mit dem Teufel und landeten bei ihm.

g) So führt seine Umgarnung der Fürsten zu deren Verderben. Langsam aber sicher lockert sich ihre Stellung zu den Völkern in dem Maße, in dem sie aufhören, den Interessen derselben zu dienen und statt dessen zu Nutznießern ihrer

Untertanen werden. Der Jude weiß ihr Ende genau und sucht es nach Möglichkeit zu beschleunigen. Er selber fördert ihre ewige Finanznot, indem er sie den wahren Aufgaben immer mehr entfremdet, in übelster Schmeichelei umkriecht, zu Lastern anleitet und sich dadurch immer unentbehrlicher macht. Seine Gewandtheit, besser Skrupellosigkeit in allen Geldangelegenheiten versteht es, immer neue Mittel aus den ausgeplünderten Untertanen herauszupressen, ja herauszuschinden, die in immer kürzeren Zeiträumen den Weg alles Irdischen gehen. So hat jeder Hof seinen „Hofjuden" — wie die Scheusale heißen, die das liebe Volk bis zur Verzweiflung quälen und den Fürsten das ewige Vergnügen bereiten. Wen will es da wundernehmen, daß diese Zierden des menschlichen Geschlechtes endlich auch äußerlich geziert werden und in den erblichen Adelsstand emporsteigen, so mithelfend, auch diese Einrichtung nicht nur der Lächerlichkeit preiszugeben, sondern sogar zu vergiften.

Nun vermag er natürlich erst recht seine Stellung zugunsten seines Fortkommens zu verwenden.

Endlich braucht er sich ja nur taufen zu lassen, um in den Besitz aller Möglichkeiten und Rechte der Landeskinder selber kommen zu können. Er besorgt dieses Geschäft denn auch nicht selten zur Freude der Kirchen über den gewonnenen Sohn und Israels über den gelungenen Schwindel.

h) In der Judenheit beginnt sich jetzt ein Wandel zu vollziehen. Sie waren bisher Juden, d. h. man legte keinen Wert darauf, als etwas anderes erscheinen zu wollen und konnte dies auch nicht bei den so überaus ausgeprägten Rassemerkmalen auf beiden Seiten. Noch in der Zeit Friedrichs des Großen fällt es keinem Menschen ein, in den Juden etwas anderes als das „fremde" Volk zu sehen, und noch Goethe ist entsetzt bei dem Gedanken, daß künftig die Ehe zwischen Christen und Juden nicht mehr gesetzlich verboten sein soll. Goethe aber war denn doch, wahrhaftiger Gott, kein Rückschrittler oder gar Helot; was aus ihm sprach, war nichts anderes als die Stimme des Blutes und der Vernunft. So erblickte — trotz aller schmachvollen Handlungen der Höfe — das Volk im Juden instinktiv den fremden

Körper im eigenen Leibe und stellte sich demgemäß auch zu ihm ein.

Nun aber sollte dies anders werden. Im Laufe von mehr als tausend Jahren hat er die Sprache des Gastvolkes so weit beherrschen gelernt, daß er es nun wagen zu können glaubt, sein Judentum künftig etwas weniger zu betonen und sein „Deutschtum" mehr in den Vordergrund zu stellen; denn so lächerlich, ja aberwitzig es zunächst auch erscheinen mag, nimmt er sich dennoch die Frechheit heraus und verwandelt sich in einen „Germanen", in diesem Falle also in einen „Deutschen". Damit setzt eine der infamsten Täuschungen ein, die sich denken läßt. Da er vom Deutschtum wirklich nichts besitzt als die Kunst, seine Sprache — noch dazu in fürchterlicher Weise — zu radebrechen, im übrigen aber niemals sich mit ihm vermengte, beruht mithin sein ganzes Deutschtum nur auf der Sprache allein. Die Rasse aber liegt nicht in der Sprache, sondern ausschließlich im Blute, etwas, das niemand besser weiß als der Jude, der gerade auf die Erhaltung seiner Sprache nur sehr wenig Wert legt, hingegen allen Wert auf die Reinhaltung seines Blutes. Ein Mensch kann ohne weiteres die Sprache ändern, d. h. er kann sich einer anderen bedienen; allein er wird dann in seiner neuen Sprache die alten Gedanken ausdrücken; sein inneres Wesen wird nicht verändert. Dies zeigt am allerbesten der Jude, der in tausend Sprachen reden kann und dennoch immer der eine Jude bleibt. Seine Charaktereigenschaften sind dieselben geblieben, mochte er vor zweitausend Jahren als Getreidehändler in Ostia römisch sprechen oder mag er als Mehlschieber von heute deutsch mauscheln. Es ist immer der gleiche Jude. Daß diese Selbstverständlichkeit von einem normalen heutigen Ministerialrat oder höheren Polizeibeamten nicht begriffen wird, ist freilich auch selbstverständlich, läuft doch etwas Instinkt- und Geistloseres schwerlich herum als diese Diener unserer vorbildlichen Staatsautorität der Gegenwart.

Der Grund, warum sich der Jude entschließt, auf einmal zum „Deutschen" zu werden, liegt auf der Hand. Er fühlt,

wie die Macht der Fürsten langsam ins Wanken gerät und sucht deshalb frühzeitig eine Plattform unter seine Füße zu bekommen. Weiter aber ist seine geldliche Beherrschung der gesamten Wirtschaft schon so fortgeschritten, daß er ohne den Besitz aller „staatsbürgerlichen“ Rechte das ganz ungeheure Gebäude nicht mehr länger zu stützen vermag, auf alle Fälle keine weitere Steigerung seines Einflusses mehr stattfinden kann. Beides aber wünscht er; denn je höher er klimmt, um so lockender steigt aus dem Schleier der Vergangenheit sein altes, ihm einst verheißenes Ziel heraus, und mit fiebernder Gier sehen seine hellsten Köpfe den Traum der Weltherrschaft schon wieder in faßbare Nähe rücken. So ist sein einziges Streben darauf gerichtet, sich in den Vollbesitz der „staatsbürgerlichen“ Rechte zu setzen.

Dies ist der Grund der Emanzipation aus dem Ghetto.

i) So entwickelt sich aus dem Hofjuden langsam der Volksjude, das heißt natürlich: der Jude bleibt nach wie vor in der Umgebung der hohen Herren, ja er sucht sich eher noch mehr in deren Kreis hineinzuschieben; allein zu gleicher Zeit biedert sich ein anderer Teil seiner Rasse an das liebe Volk an. Wenn man bedenkt, wie sehr er an der Masse im Laufe der Jahrhunderte gesündigt hatte, wie er sie immer von neuem unbarmherzig auspreßte und aussog, wenn man weiter bedenkt, wie ihn das Volk dafür allmählich hassen lernte und am Ende in seinem Dasein wirklich nur mehr eine Strafe des Himmels für die anderen Völker erblickte, so kann man verstehen, wie schwer dem Juden diese Umstellung werden muß. Ja, es ist eine mühsame Arbeit, sich den abgehäuteten Opfern auf einmal als „Freund der Menschen“ vorzustellen.

Er geht denn auch zunächst daran, in den Augen des Volkes wieder gut zu machen, was er bisher an ihm verbrochen hatte. Er beginnt seine Wandlung als „Wohltäter“ der Menschheit. Da seine neue Güte einen realen Grund hat, kann er sich auch nicht gut an das alte Bibelwort halten, daß die Linke nicht wissen solle, was die Rechte gibt, sondern er muß sich wohl oder übel damit abfinden, möglichst

viele wissen zu lassen, wie sehr er die Leiden der Masse empfindet und was alles er dagegen persönlich an Opfern bringt. In dieser ihm nun einmal angeborenen Bescheidenheit trommelt er seine Verdienste in die übrige Welt solange hinaus, bis diese wirklich daran zu glauben beginnt. Wer nicht daran glaubt, tut ihm bitter Unrecht. In kurzer Zeit schon fängt er an, die Dinge so zu drehen, als ob bisher überhaupt nur ihm immer Unrecht zugefügt worden wäre und nicht umgekehrt. Besondere Dumme glauben dies und können dann nicht anders, als den armen „Unglücklichen" zu bedauern.

Im übrigen wäre hier noch zu bemerken, daß der Jude bei aller Opferfreudigkeit persönlich natürlich dennoch nie verarmt. Er versteht schon einzuteilen; ja, manchmal ist seine Wohltat wirklich nur mit dem Dünger zu vergleichen, der auch nicht aus Liebe zum Feld auf dieses gestreut wird, sondern aus Vorsicht für das spätere eigene Wohl. Auf jeden Fall aber weiß in verhältnismäßig kurzer Zeit alles, daß der Jude ein „Wohltäter und Menschenfreund" geworden ist. Welch ein eigentümlicher Wandel!

Was aber bei anderen mehr oder weniger als selbstverständlich gilt, erweckt schon deshalb höchstes Erstaunen, ja bei vielen ersichtliche Bewunderung, weil es bei ihm eben nicht selbstverständlich ist. So kommt es, daß man ihm auch jede solche Tat noch um vieles höher anrechnet als der übrigen Menschheit.

Aber noch mehr: der Jude wird auf einmal auch liberal und fängt an, vom notwendigen Fortschritt der Menschheit zu schwärmen.

Langsam macht er sich so zum Wortführer einer neuen Zeit.

Freilich zerstört er auch immer gründlicher die Grundlagen einer wahrhaft volksnützlichen Wirtschaft. Über dem Umwege der Aktie schiebt er sich in den Kreislauf der nationalen Produktion ein, macht diese zum käuflichen, besser handelbaren Schacherobjekt und raubt damit den Betrieben die Grundlagen einer persönlichen Besitzerschaft. Damit erst tritt zwischen Arbeitgeber und Arbeitnehmer jene

innere Entfremdung ein, die zur späteren politischen Klassenspaltung hinüberleitet.

Endlich aber wächst die jüdische Einflußnahme auf wirtschaftliche Belange über die Börse nun unheimlich schnell an. Er wird zum Besitzer oder doch zum Kontrolleur der nationalen Arbeitskraft.

Zur Stärkung seiner politischen Stellung versucht er, die rassischen und staatsbürgerlichen Schranken einzureißen, die ihn zunächst noch auf Schritt und Tritt beengen. Er kämpft zu diesem Zwecke mit aller ihm eigenen Zähigkeit für die religiöse Toleranz — und hat in der ihm vollständig verfallenen Freimaurerei ein vorzügliches Instrument zur Verfechtung wie aber auch zur Durchschiebung seiner Ziele. Die Kreise der Regierenden sowie die höheren Schichten des politischen und wirtschaftlichen Bürgertums gelangen durch maurerische Fäden in seine Schlingen, ohne daß sie es auch nur zu ahnen brauchen.

Nur das Volk als solches oder besser der Stand, der im Erwachen begriffen, sich selber seine Rechte und die Freiheit erkämpft, kann dadurch in tieferen und breiteren Schichten noch nicht genügend erfaßt werden. Dieses aber ist nötiger als alles andere; denn der Jude fühlt, daß die Möglichkeit seines Aufstieges zu einer beherrschenden Rolle nur gegeben ist, wenn sich vor ihm ein „Schrittmacher“ befindet; den aber vermeint er im Bürgertum, und zwar in den breitesten Schichten desselben, erkennen zu können. Die Handschuhmacher und Leinenweber aber kann man nicht mit dem feinen Netz der Freimaurerei einfangen, sondern es müssen hier schon gröbere und dabei aber nicht minder eindringliche Mittel angesetzt werden. So kommt zur Freimaurerei als zweite Waffe im Dienste des Judentums: die Presse. In ihren Besitz setzt er sich mit aller Zähigkeit und Geschicklichkeit. Mit ihr beginnt er langsam das ganze öffentliche Leben zu umklammern und zu umgarnen, zu leiten und zu schieben, da er in der Lage ist, jene Macht zu erzeugen und zu dirigieren, die man unter der Bezeichnung „öffentliche Meinung“ heute besser kennt als noch vor wenigen Jahrzehnten.

Dabei stellt er sich persönlich immer als unendlich wissensdurstig hin, lobt jeden Fortschritt, am meisten freilich den, der zum Verderben der anderen führt; denn jedes Wissen und jede Entwicklung beurteilt er immer nur nach der Möglichkeit der Förderung seines Volkstums, und wo diese fehlt, ist er der unerbittliche Todfeind jedes Lichtes, der Hasser jeder wahren Kultur. So verwendet er alles Wissen, das er in den Schulen der anderen aufnimmt, nur im Dienste seiner Rasse.

Dieses Volkstum aber hütet er wie nie zuvor. Während er von „Aufklärung", „Fortschritt", „Freiheit", „Menschentum" usw. überzufließen scheint, übt er selber strengste Abschließung seiner Rasse. Wohl hängt er seine Frauen manchmal einflußreichen Christen an, allein er erhält seinen männlichen Stamm grundsätzlich immer rein. Er vergiftet das Blut der anderen, wahrt aber sein eigenes. Der Jude heiratet fast nie eine Christin, sondern der Christ die Jüdin. Die Bastarde aber schlagen dennoch nach der jüdischen Seite aus. Besonders ein Teil des höheren Adels verkommt vollständig. Der Jude weiß das ganz genau und betreibt deshalb diese Art der „Entwaffnung" der geistigen Führerschicht seiner rassischen Gegner planmäßig. Zur Maskierung des Treibens und zur Einschläferung seiner Opfer jedoch redet er immer mehr von der Gleichheit aller Menschen, ohne Rücksicht auf Rasse und Farbe. Die Dummen beginnen es ihm zu glauben.

Da jedoch sein ganzes Wesen immer noch zu stark den Geruch des allzu Fremden an sich haften hat, als daß besonders die breite Masse des Volkes ohne weiteres in sein Garn gehen würde, läßt er durch seine Presse ein Bild von sich geben, das der Wirklichkeit so wenig entspricht, wie es umgekehrt seinem verfolgten Zwecke dient. In Witzblättern besonders bemüht man sich, die Juden als ein harmloses Völkchen hinzustellen, das nun einmal seine Eigenarten besitzt — wie eben andere auch —, das aber doch, selbst in seinem vielleicht etwas fremd anmutenden Gebaren, Anzeichen einer möglicherweise komischen, jedoch immer grundehrlichen und gütigen Seele von sich gebe. Wie man sich überhaupt

bemüht, ihn immer mehr unbedeutend als gefährlich erscheinen zu lassen.

Sein Endziel in diesem Stadium aber ist der Sieg der Demokratie oder, wie er es versteht: die Herrschaft des Parlamentarismus. Sie entspricht am meisten seinen Bedürfnissen; schaltet sie doch die Persönlichkeit aus — und setzt an ihre Stelle die Majorität der Dummheit, Unfähigkeit und nicht zum letzten aber der Feigheit.

Das Endergebnis wird der Sturz der Monarchie sein, der nun früher oder später eintreten muß.

j) Die ungeheure wirtschaftliche Entwicklung führt zu einer Änderung der sozialen Schichtung des Volkes. Indem das kleine Handwerk langsam abstirbt und damit die Möglichkeit der Gewinnung einer selbständigen Existenz für den Arbeiter immer seltener wird, verproletarisiert dieser zusehends. Es entsteht der industrielle „Fabrikarbeiter", dessen wesentlichstes Merkmal darin zu suchen ist, daß er kaum je in die Lage kommt, sich im späteren Leben eine eigene Existenz gründen zu können. Er ist im wahrsten Sinne des Wortes besitzlos, seine alten Tage sind eine Qual und kaum mehr mit Leben zu bezeichnen.

Schon früher wurde einmal eine ähnliche Lage geschaffen, die gebieterisch einer Lösung zudrängte und sie auch fand. Zum Bauern und Handwerker waren als weiterer Stand langsam der Beamte und Angestellte — besonders des Staates — gekommen. Auch sie waren Besitzlose im wahrsten Sinne des Wortes. Der Staat fand aus diesem ungesunden Zustand endlich dadurch einen Ausweg, daß er die Versorgung des Staatsangestellten, der selbst für seine alten Tage nicht vorbeugen konnte, übernahm und die Pension, das Ruhegehalt einführte. Langsam folgten immer mehr private Betriebe diesem Beispiele, so daß heute fast jeder geistige Festangestellte seine spätere Pension bezieht, sofern der Betrieb eine bestimmte Größe schon erreicht oder überschritten hat. Und erst die Sicherung des Staatsbeamten im Alter vermochte diesen zu jener selbstlosen Pflichttreue zu erziehen, die in der Vorkriegszeit die vornehmste Eigenschaft des deutschen Beamtentums war.

So wurde ein ganzer Stand, der eigentumslos blieb, in kluger Weise dem sozialen Elend entrissen und damit dem Volksganzen eingegliedert.

Nun war diese Frage neuerdings, und diesmal in viel größerem Umfange an den Staat und die Nation herangetreten. Immer neue, in die Millionen gehende Menschenmassen siedelten aus den bäuerlichen Orten in die größeren Städte über, um als Fabrikarbeiter in den neugegründeten Industrien das tägliche Brot zu verdienen. Arbeits- und Lebensverhältnisse des neuen Standes waren schlimmer als traurig. Schon die mehr oder minder mechanische Übertragung der früheren Arbeitsmethoden des alten Handwerkers oder auch Bauern auf die neue Form paßte in keinerlei Weise. Die Tätigkeit des einen wie des anderen ließ sich nicht mehr vergleichen mit den Anstrengungen, die der industrielle Fabrikarbeiter zu leisten hat. Bei dem alten Handwerk mochte die Zeit vielleicht weniger eine Rolle spielen, aber bei den neuen Arbeitsmethoden spielte sie es um so mehr. Die formale Übernahme der alten Arbeitszeiten in den industriellen Großbetrieb wirkte geradezu verhängnisvoll; denn die tatsächliche Arbeitsleistung von einst war infolge des Fehlens der heutigen intensiven Arbeitsmethoden nur klein. Wenn man also vorher den Vierzehn- oder Fünfzehnstunden-Arbeitstag noch ertragen konnte, dann vermochte man ihn sicher nicht mehr zu ertragen in einer Zeit, da jede Minute auf das äußerste ausgenützt wird. Wirklich war das Ergebnis dieser sinnlosen Übertragung alter Arbeitszeiten auf die neue industrielle Tätigkeit nach zwei Richtungen unglückselig: die Gesundheit wurde vernichtet und der Glauben an ein höheres Recht zerstört. Endlich kam hierzu noch die jämmerliche Entlohnung einerseits und die demgemäß ersichtlich um so viel bessere Stellung des Arbeitgebers andererseits.

Auf dem Lande konnte es eine soziale Frage nicht geben, da Herr und Knecht die gleiche Arbeit taten und vor allem aus gleichen Schüsseln aßen. Aber auch dies änderte sich.

Die Trennung des Arbeitnehmers vom Arbeitgeber erscheint jetzt auf allen Gebieten des Lebens vollzogen. Wie

weit dabei die innere Verjudung unseres Volkes schon fortgeschritten ist, kann man an der geringen Achtung, wenn nicht schon Verachtung ersehen, die man der Handarbeit an sich zollt. Deutsch ist dies nicht. Erst die Verwelschung unseres Lebens, die aber in Wahrheit eine Verjudung war, wandelte die einstige Achtung vor dem Handwerk in eine gewisse Verachtung jeder körperlichen Arbeit überhaupt.

So entsteht tatsächlich ein neuer, nur sehr wenig geachteter Stand, und es muß eines Tages die Frage auftauchen, ob die Nation die Kraft besitzen würde, von sich aus den neuen Stand in die allgemeine Gesellschaft wieder einzugliedern, oder ob sich der standesmäßige Unterschied zur klassenartigen Kluft erweitern würde.

Eines aber ist sicher: der neue Stand besaß nicht die schlechtesten Elemente in seinen Reihen, sondern im Gegenteil auf alle Fälle die tatkräftigsten. Die Überfeinerungen der sogenannten Kultur hatten hier noch nicht ihre zersetzenden und zerstörenden Wirkungen ausgeübt. Der neue Stand war in seiner breiten Masse noch nicht von dem Gifte pazifistischer Schwäche angekränkelt, sondern robust und, wenn nötig, auch brutal.

Während sich das Bürgertum um diese so schwerwiegende Frage überhaupt nicht bekümmert, sondern gleichgültig die Dinge laufen läßt, erfaßt der Jude die unübersehbare Möglichkeit, die sich hier für die Zukunft bietet, und indem er auf der einen Seite die kapitalistischen Methoden der Menschenausbeutung bis zur letzten Konsequenz organisiert, macht er sich an die Opfer seines Geistes und Waltens selber heran und wird in kurzer Zeit schon der Führer ihres Kampfes gegen sich selbst. Das heißt freilich, nur bildlich gesprochen „gegen sich selbst"; denn der große Meister im Lügen versteht es, sich wie immer als den Reinen erscheinen zu lassen und die Schuld den anderen aufzubürden. Da er die Frechheit besitzt, die Masse selber zu führen, kommt diese auch gar nicht auf den Gedanken, daß es sich um den infamsten Betrug aller Zeiten handeln könnte.

Und doch war es so.

Kaum daß der neue Stand sich aus der allgemeinen

wirtschaftlichen Umbildung herausentwickelt, sieht auch der Jude schon den neuen Schrittmacher zu seinem eigenen weiteren Fortkommen klar und deutlich vor sich. Erst benützte er das Bürgertum als Sturmbock gegen die feudale Welt, nun den Arbeiter gegen die bürgerliche. Wußte er aber einst im Schatten des Bürgertums sich die bürgerlichen Rechte zu erschleichen, so hofft er nun, im Kampfe des Arbeiters ums Dasein, den Weg zur eigenen Herrschaft zu finden.

Von jetzt ab hat der Arbeiter nur mehr die Aufgabe, für die Zukunft des jüdischen Volkes zu fechten. Unbewußt wird er in den Dienst der Macht gestellt, die er zu bekämpfen vermeint. Man läßt ihn scheinbar gegen das Kapital anrennen und kann ihn so am leichtesten gerade für dieses kämpfen lassen. Man schreit dabei immer gegen das internationale Kapital und meint in Wahrheit die nationale Wirtschaft. Diese soll demoliert werden, damit auf ihrem Leichenfeld die internationale Börse triumphieren kann.

Das Vorgehen des Juden dabei ist folgendes:

Er macht sich an den Arbeiter heran, heuchelt Mitleid mit dessen Schicksal oder gar Empörung über dessen Los des Elends und der Armut, um auf diesem Wege das Vertrauen zu gewinnen. Er bemüht sich, alle die einzelnen tatsächlichen, oder auch eingebildeten, Härten seines Lebens zu studieren — und die Sehnsucht nach Änderung eines solchen Daseins zu erwecken. Das in jedem arischen Menschen irgendwie schlummernde Bedürfnis nach sozialer Gerechtigkeit steigert er in unendlich kluger Weise zum Haß gegen die vom Glücke besser Bedachten und gibt dabei dem Kampfe um die Beseitigung sozialer Schäden ein ganz bestimmtes weltanschauungsmäßiges Gepräge. Er begründet die marxistische Lehre.

Indem er sie als mit einer ganzen Anzahl von sozial gerechten Forderungen unzertrennlich verknüpft hinstellt, fördert er ebenso ihre Verbreitung, wie umgekehrt die Abneigung der anständigen Menschheit, Forderungen nachzukommen, die, in solcher Form und Begleitung vorgebracht, von Anfang an als ungerecht, ja unmöglich erfüllbar er-

scheinen. Denn unter diesem Mantel rein sozialer Gedanken liegen wahrhaft teuflische Absichten verborgen, ja, sie werden mit frechster Deutlichkeit auch wohl in voller Öffentlichkeit vorgetragen. Diese Lehre stellt ein unzertrennliches Gemisch von Vernunft und menschlichem Aberwitz dar, aber immer so, daß nur der Wahnsinn zur Wirklichkeit zu werden vermag, niemals die Vernunft. Durch die kategorische Ablehnung der Persönlichkeit und damit der Nation und ihres rassischen Inhalts zerstört sie die elementaren Grundlagen der gesamten menschlichen Kultur, die gerade von diesen Faktoren abhängig ist. Dieses ist der wahre innere Kern der marxistischen Weltanschauung, sofern man diese Ausgeburt eines verbrecherischen Gehirnes als „Weltanschauung" bezeichnen darf. Mit der Zertrümmerung der Persönlichkeit und der Rasse fällt das wesentliche Hindernis für die Herrschaft des Minderwertigen — dieser aber ist der Jude.

Gerade im wirtschaftlichen und politischen Wahnwitz liegt der Sinn dieser Lehre. Denn durch ihn werden alle wahrhaft Intelligenten abgehalten, sich in ihren Dienst zu stellen, während die minder geistig Tätigen und wirtschaftlich schlecht Gebildeten mit fliegenden Fahnen ihr zueilen. Die Intelligenz für die Bewegung aber — denn auch diese Bewegung braucht zu ihrem Bestehen Intelligenz — „opfert" der Jude aus seinen eigenen Reihen.

So entsteht eine reine Handarbeiterbewegung unter jüdischer Führung, scheinbar darauf ausgehend, die Lage des Arbeiters zu verbessern, in Wahrheit aber die Versklavung und damit die Vernichtung aller nichtjüdischen Völker beabsichtigend.

Was die Freimaurerei in den Kreisen der sogenannten Intelligenz an allgemein pazifistischer Lähmung des nationalen Selbsterhaltungstriebes einleitet, wird durch die Tätigkeit der großen, heute immer jüdischen Presse der breiteren Masse, vor allem aber dem Bürgertum, vermittelt. Zu diesen beiden Waffen der Zersetzung kommt nun als dritte und weitaus furchtbarste die Organisation der rohen Gewalt. Der Marxismus soll als Angriffs- und Sturm-

kolonne vollenden, was die Zermürbungsarbeit der beiden ersten Waffen vorbereitend schon zum Zusammenbruch heranreifen ließ.

Es vollzieht sich damit ein wahrhaft meisterhaftes Zusammenspiel, so daß man sich wirklich nicht zu wundern braucht, wenn demgegenüber gerade diejenigen Institutionen am meisten versagen, die sich immer so gerne als die Träger der mehr oder minder sagenhaften staatlichen Autorität vorzustellen belieben. In unserem hohen und höchsten Beamtentum des Staates hat der Jude zu allen Zeiten (von wenigen Ausnahmen abgesehen) den willfährigsten Förderer seiner Zerstörungsarbeit gefunden. Kriechende Unterwürfigkeit nach „oben" und arrogante Hochnäsigkeit nach „unten" zeichnen diesen Stand ebensosehr aus wie eine oft himmelschreiende Borniertheit, die nur durch die manchmal geradezu erstaunliche Einbildung übertroffen wird.

Dieses aber sind Eigenschaften, die der Jude bei unseren Behörden braucht und demgemäß auch liebt.

Der praktische Kampf, der nun einsetzt, verläuft, in groben Strichen gezeichnet, folgendermaßen:

Entsprechend den Schlußzielen des jüdischen Kampfes, die sich nicht nur in der wirtschaftlichen Eroberung der Welt erschöpfen, sondern auch deren politische Unterjochung fordern, teilt der Jude die Organisation seiner marxistischen Weltlehre in zwei Hälften, die, scheinbar voneinander getrennt, in Wahrheit aber ein untrennbares Ganzes bilden: in die politische und die gewerkschaftliche Bewegung.

Die gewerkschaftliche Bewegung ist die werbende. Sie bietet dem Arbeiter in seinem schweren Existenzkampf, den er dank der Habgier und Kurzsichtigkeit vieler Unternehmer zu führen hat, Hilfe und Schutz und damit die Möglichkeit der Erkämpfung besserer Lebensbedingungen. Will der Arbeiter die Vertretung seiner menschlichen Lebensrechte in einer Zeit, da die organisierte Volksgemeinschaft, der Staat, sich um ihn so gut wie gar nicht kümmert, nicht der blinden Willkür von zum Teil wenig verantwortungsbewußten, oft auch herzlosen Menschen ausliefern, muß er deren Verteidigung selber in die Hand nehmen.

In eben dem Maße nun, in dem das sogenannte nationale Bürgertum, von Geldinteressen geblendet, diesem Lebenskampfe die schwersten Hindernisse in den Weg legt, all den Versuchen um Kürzung der unmenschlich langen Arbeitszeit, Beendigung von Kinderarbeit, Sicherung und Schutz der Frau, Hebung der gesundheitlichen Verhältnisse in Werkstätten und Wohnungen, nicht nur Widerstand entgegensetzt, sondern sie häufig auch tatsächlich sabotiert, nimmt sich der klügere Jude der so Unterdrückten an. Er wird allmählich zum Führer der Gewerkschaftsbewegung, und dies um so leichter, als es ihm nicht um eine wirkliche Behebung sozialer Schäden im ehrlichen Sinne zu tun ist, sondern nur um die Heranbildung einer ihm blind ergebenen wirtschaftlichen Kampftruppe zur Zertrümmerung der nationalen wirtschaftlichen Unabhängigkeit. Denn während die Führung einer gesunden Sozialpolitik dauernd zwischen den Richtlinien der Erhaltung der Volksgesundheit einerseits und der Sicherung einer unabhängigen nationalen Wirtschaft andererseits sich bewegen wird, fallen für den Juden in seinem Kampfe diese beiden Gesichtspunkte nicht nur weg, sondern ihre Beseitigung ist mit sein Lebensziel. Er wünscht nicht die Erhaltung einer unabhängigen nationalen Wirtschaft, sondern deren Vernichtung. Infolgedessen können ihn keinerlei Gewissensbisse davor bewahren, als Führer der Gewerkschaftsbewegung Forderungen zu stellen, die nicht nur über das Ziel hinausschießen, sondern deren Erfüllung praktisch entweder unmöglich ist oder den Ruin der nationalen Wirtschaft bedeutet. Er will aber auch kein gesundes, stämmiges Geschlecht vor sich haben, sondern eine morsche, unterjochungsfähige Herde. Dieser Wunsch gestattet ihm abermals, Forderungen sinnlosester Art zu stellen, deren praktische Erfüllung nach seinem eigenen Wissen unmöglich ist, die mithin zu gar keinem Wechsel der Dinge zu führen vermöchten, sondern höchstens zu einer wüsten Aufpeitschung der Masse. Darum aber ist es ihm zu tun und nicht um die wirkliche und ehrliche Verbesserung ihrer sozialen Lage.

Somit ist die Führung des Judentums in gewerkschaft-

lichen Dingen so lange eine unbestrittene, als nicht eine enorme Aufklärungsarbeit die breiten Massen beeinflußt, sie über ihr niemals endendes Elend eines Besseren belehrt, oder der Staat den Juden und seine Arbeit erledigt. Denn solange die Einsicht der Masse so gering bleibt wie jetzt und der Staat so gleichgültig wie heute, wird diese Masse stets dem am ersten folgen, der in wirtschaftlichen Dingen zunächst die unverschämtesten Versprechungen bietet. Darin aber ist der Jude Meister. Wird doch seine gesamte Tätigkeit durch keinerlei moralische Bedenken gehemmt!

So schlägt er denn auf diesem Gebiete zwangsläufig in kurzer Zeit jeden Konkurrenten aus dem Felde. Seiner ganzen inneren raubgierigen Brutalität entsprechend stellt er die gewerkschaftliche Bewegung zugleich auf brutalste Gewaltanwendung ein. Wessen Einsicht der jüdischen Lokkung widersteht, dessen Trotz und Erkenntnis wird durch den Terror gebrochen. Die Erfolge einer solchen Tätigkeit sind ungeheuer.

Tatsächlich zertrümmert der Jude mittels der Gewerkschaft, die ein Segen für die Nation sein könnte, die Grundlagen der nationalen Wirtschaft.

Parallel damit schreitet die politische Organisation fort.

Sie spielt mit der Gewerkschaftsbewegung insofern zusammen, als diese die Massen auf politische Organisation vorbereitet, ja sie mit Gewalt und Zwang in diese hineinpeitscht. Sie ist weiter die dauernde Finanzquelle, aus der die politische Organisation ihren enormen Apparat speist. Sie ist das Kontrollorgan für die politische Betätigung des einzelnen und leistet bei allen großen Demonstrationen politischer Art den Zutreiberdienst. Endlich aber tritt sie überhaupt nicht mehr für wirtschaftliche Belange ein, sondern stellt ihr Hauptkampfmittel, die Arbeitsniederlegung, als Massen- und Generalstreik der politischen Idee zur Verfügung.

Durch die Schaffung einer Presse, deren Inhalt dem geistigen Horizont der am wenigsten gebildeten Menschen angepaßt ist, erhält die politische und gewerkschaftliche Organisation endlich die aufpeitschende Einrichtung, durch

welche die untersten Schichten der Nation zu den verwegensten Taten reif gemacht werden. Ihre Aufgabe ist es nicht, die Menschen aus dem Sumpfe einer niederen Gesinnung heraus- und auf eine höhere Stufe emporzuführen, sondern ihren niedersten Instinkten entgegenzukommen. Ein ebenso spekulatives wie einträgliches Geschäft bei der ebenso denkfaulen wie manchmal anmaßenden Masse.

Diese Presse ist es vor allem, die in einem geradezu fanatischen Verleumdungskampf alles herunterreißt, was als Stütze der nationalen Unabhängigkeit, kulturellen Höhe und wirtschaftlichen Selbständigkeit der Nation angesehen werden kann.

Sie trommelt vor allem auf alle die Charaktere los, die sich der jüdischen Herrschaftsanmaßung nicht beugen wollen, oder deren geniale Fähigkeit dem Juden an sich schon als Gefahr erscheint. Denn um vom Juden gehaßt zu werden, ist es nicht nötig, daß man ihn bekämpft, sondern es genügt schon der Verdacht, daß der andere entweder einmal auf den Gedanken der Bekämpfung kommen könnte, oder auf Grund seiner überlegenen Genialität ein Mehrer der Kraft und Größe eines dem Juden feindlichen Volkstums ist.

Sein in diesen Dingen untrüglicher Instinkt wittert in jedem die ursprüngliche Seele, und seine Feindschaft ist demjenigen sicher, der nicht Geist ist von seinem Geiste. Da nicht der Jude der Angegriffene, sondern der Angreifer ist, gilt als sein Feind nicht nur der, der angreift, sondern auch der, der ihm Widerstand leistet. Das Mittel aber, mit dem er so vermessene, aber aufrechte Seelen zu brechen versucht, heißt nicht ehrlicher Kampf, sondern Lüge und Verleumdung.

Hier schreckt er vor gar nichts zurück und wird in seiner Gemeinheit so riesengroß, daß sich niemand zu wundern braucht, wenn in unserem Volke die Personifikation des Teufels als Sinnbild alles Bösen die leibhaftige Gestalt des Juden annimmt.

Die Unkenntnis der breiten Masse über das innere Wesen des Juden, die instinktlose Borniertheit unserer

oberen Schichten lassen das Volk leicht zum Opfer dieses jüdischen Lügenfeldzuges werden.

Während sich die oberen Schichten aus angeborener Feigheit heraus von einem Menschen abwenden, den der Jude auf solche Weise mit Lüge und Verleumdung angreift, pflegt die breite Masse aus Dummheit oder Einfalt alles zu glauben. Die staatlichen Behörden aber hüllen sich entweder in Schweigen oder, was meist zutrifft, um dem jüdischen Pressefeldzug ein Ende zu bereiten, sie verfolgen den ungerecht Angegriffenen, was in den Augen eines solchen beamteten Esels als Wahrung der Staatsautorität und Sicherung der Ruhe und Ordnung erscheint.

Langsam legt sich die Furcht vor der marxistischen Waffe des Judentums wie ein Alpdruck auf Hirn und Seele der anständigen Menschen.

Man beginnt vor dem furchtbaren Feinde zu zittern und ist damit sein endgültiges Opfer geworden.

k) Die Herrschaft des Juden im Staate erscheint schon so gesichert, daß er sich jetzt nicht nur wieder als Jude bezeichnen darf, sondern auch seine völkischen und politischen letzten Gedankengänge rücksichtslos zugibt. Ein Teil seiner Rasse bekennt sich schon ganz offen als fremdes Volk, nicht ohne dabei auch wieder zu lügen. Denn indem der Zionismus der anderen Welt weiszumachen versucht, daß die völkische Selbstbesinnung des Juden in der Schaffung eines palästinensischen Staates seine Befriedigung fände, betölpeln die Juden abermals die dummen Gojim auf das gerissenste. Sie denken gar nicht daran, in Palästina einen jüdischen Staat aufzubauen, um ihn etwa zu bewohnen, sondern sie wünschen nur eine mit eigenen Hoheitsrechten ausgestattete, dem Zugriff anderer Staaten entzogene Organisationszentrale ihrer internationalen Weltbegaunerei: einen Zufluchtsort überführter Lumpen und eine Hochschule werdender Gauner.

Aber es ist das Zeichen nicht nur ihrer steigenden Zuversicht, sondern auch des Gefühls ihrer Sicherheit, wenn frech und offen zu einer Zeit, da der eine Teil noch ver-

logen den Deutschen, Franzosen oder Engländer mimt, der andere sich als jüdische Rasse dokumentiert.

Wie sehr sie den nahenden Sieg schon vor Augen sehen, geht aus der furchtbaren Art hervor, die ihr Verkehr mit den Angehörigen der anderen Völker annimmt.

Der schwarzhaarige Judenjunge lauert stundenlang, satanische Freude in seinem Gesicht, auf das ahnungslose Mädchen, das er mit seinem Blute schändet und damit seinem, des Mädchens Volke raubt. Mit allen Mitteln versucht er die rassischen Grundlagen des zu unterjochenden Volkes zu verderben. So wie er selber planmäßig Frauen und Mädchen verdirbt, so schreckt er auch nicht davor zurück, selbst im größeren Umfange die Blutschranken für andere einzureißen. Juden waren es und sind es, die den Neger an den Rhein bringen, immer mit dem gleichen Hintergedanken und klaren Ziele, durch die dadurch zwangsläufig eintretende Bastardierung die ihnen verhaßte weiße Rasse zu zerstören, von ihrer kulturellen und politischen Höhe zu stürzen und selber zu ihren Herren aufzusteigen.

Denn ein rassereines Volk, das sich seines Blutes bewußt ist, wird vom Juden niemals unterjocht werden können. Er wird auf dieser Welt ewig nur der Herr von Bastarden sein.

So versucht er planmäßig, das Rassenniveau durch eine dauernde Vergiftung der einzelnen zu senken.

Politisch aber beginnt er, den Gedanken der Demokratie abzulösen durch den der Diktatur des Proletariats.

In der organisierten Masse des Marxismus hat er die Waffe gefunden, die ihn die Demokratie entbehren läßt und ihm an Stelle dessen gestattet, die Völker diktatorisch mit brutaler Faust zu unterjochen und zu regieren.

Planmäßig arbeitet er auf die Revolutionierung in doppelter Richtung hin: in wirtschaftlicher und politischer.

Völker, die dem Angriff von innen zu heftigen Widerstand entgegensetzen, umspinnt er dank seiner internationalen Einflüsse mit einem Netz von Feinden, hetzt sie in Kriege und pflanzt endlich, wenn nötig, noch auf die Schlachtfelder die Flagge der Revolution.

Wirtschaftlich erschüttert er die Staaten so lange, bis die unrentabel gewordenen sozialen Betriebe entstaatlicht und seiner Finanzkontrolle unterstellt werden.

Politisch verweigert er dem Staate die Mittel zu seiner Selbsterhaltung, zerstört die Grundlagen jeder nationalen Selbstbehauptung und Verteidigung, vernichtet den Glauben an die Führung, schmäht die Geschichte und Vergangenheit und zieht alles wahrhaft Große in die Gosse.

Kulturell verseucht er Kunst, Literatur, Theater, vernarrt das natürliche Empfinden, stürzt alle Begriffe von Schönheit und Erhabenheit, von Edel und Gut und zerrt dafür die Menschen herab in den Bannkreis seiner eigenen niedrigen Wesensart.

Die Religion wird lächerlich gemacht, Sitte und Moral als überlebt hingestellt, so lange, bis die letzten Stützen eines Volkstums im Kampfe um das Dasein auf dieser Welt gefallen sind.

l) Nun beginnt die große, letzte Revolution. Indem der Jude die politische Macht erringt, wirft er die wenigen Hüllen, die er noch trägt, von sich. Aus dem demokratischen Volksjuden wird der Blutjude und Völkertyrann. In wenigen Jahren versucht er, die nationalen Träger der Intelligenz auszurotten, und macht die Völker, indem er sie ihrer natürlichen geistigen Führung beraubt, reif zum Sklavenlos einer dauernden Unterjochung.

Das furchtbarste Beispiel dieser Art bietet Rußland, wo er an dreißig Millionen Menschen in wahrhaft fanatischer Wildheit teilweise unter unmenschlichen Qualen tötete oder verhungern ließ, um einem Haufen jüdischer Literaten und Börsenbanditen die Herrschaft über ein großes Volk zu sichern.

Das Ende aber ist nicht nur das Ende der Freiheit der vom Juden unterdrückten Völker, sondern auch das Ende dieses Völkerparasiten selber. Nach dem Tode des Opfers stirbt auch früher oder später der Vampir.

*

Wenn wir all die Ursachen des deutschen Zusammenbruches vor unserem Auge vorbeiziehen lassen, dann bleibt als die letzte und ausschlaggebende das Nichterkennen des Rasseproblems und besonders der jüdischen Gefahr übrig.

Die Niederlagen auf dem Schlachtfelde im August 1918 wären spielend leicht zu ertragen gewesen. Sie standen in keinem Verhältnis zu den Siegen unseres Volkes. Nicht sie haben uns gestürzt, sondern gestürzt wurden wir von jener Macht, die diese Niederlagen vorbereitete, indem sie seit vielen Jahrzehnten planmäßig unserem Volke die politischen und moralischen Instinkte und Kräfte raubte, die allein Völker zum Dasein befähigen und damit auch berechtigen.

Indem das alte Reich an der Frage der Erhaltung der rassischen Grundlagen unseres Volkstums achtlos vorüberging, mißachtete es auch das alleinige Recht, das auf dieser Welt Leben gibt. Völker, die sich bastardieren oder bastardieren lassen, sündigen gegen den Willen der ewigen Vorsehung, und ihr durch einen Stärkeren herbeigeführter Untergang ist dann nicht ein Unrecht, das ihnen zugefügt wird, sondern nur die Wiederherstellung des Rechtes. Wenn ein Volk die ihm von der Natur gegebenen und in seinem Blute wurzelnden Eigenschaften seines Wesens nicht mehr achten will, hat es kein Recht mehr zur Klage über den Verlust seines irdischen Daseins.

Alles auf der Erde ist zu bessern. Jede Niederlage kann zum Vater eines späteren Sieges werden. Jeder verlorene Krieg zur Ursache einer späteren Erhebung, jede Not zur Befruchtung menschlicher Energie, und aus jeder Unterdrückung vermögen die Kräfte zu einer neuen seelischen Wiedergeburt zu kommen — solange das Blut rein erhalten bleibt.

Die verlorene Blutsreinheit allein zerstört das innere Glück für immer, senkt den Menschen für ewig nieder, und die Folgen sind niemals mehr aus Körper und Geist zu beseitigen.

Wenn man dieser einzigen Frage gegenüber alle anderen

Probleme des Lebens prüft und vergleicht, dann wird man erst sehen, wie lächerlich klein sie, hieran gemessen, sind. Sie alle sind zeitlich beschränkt — die Frage der Bluts-Reinerhaltung oder -Nichtreinerhaltung aber wird bestehen, solange es Menschen gibt.

Alle wirklich bedeutungsvollen Verfallserscheinungen der Vorkriegszeit gehen im letzten Grunde auf rassische Ursachen zurück.

Mag es sich um Fragen des allgemeinen Rechtes handeln oder um Auswüchse des wirtschaftlichen Lebens, um kulturelle Niedergangserscheinungen oder politische Entartungsvorgänge, um Fragen einer verfehlten Schulerziehung oder einer schlechten Beeinflussung der Erwachsenen durch Presse usw., immer und überall ist es im tiefsten Grunde die Nichtbeachtung rassischer Belange des eigenen Volkes oder das Nichtsehen einer fremden, rassischen Gefahr.

Daher waren auch alle Reformversuche, alle sozialen Hilfswerke und politischen Anstrengungen, aller wirtschaftliche Aufstieg und jede scheinbare Zunahme des geistigen Wissens in ihrer Folgeerscheinung dennoch belanglos. Die Nation und ihr das Leben auf dieser Erde befähigender und erhaltender Organismus, der Staat, wurden innerlich nicht gesünder, sondern krankten zusehends immer mehr dahin. Alle Scheinblüte des alten Reiches konnte die innere Schwäche nicht verbergen, und jeder Versuch einer wahrhaften Stärkung des Reiches scheiterte immer wieder am Vorbeigehen an der bedeutungsvollsten Frage.

Es wäre verfehlt, zu glauben, daß die Anhänger der verschiedenen politischen Richtungen, die am deutschen Volkskörper herumdokterten, ja selbst die Führer zu einem gewissen Teile, an sich schlechte oder übelwollende Menschen gewesen wären. Ihre Tätigkeit war nur deshalb zur Unfruchtbarkeit verdammt, weil sie im günstigsten Falle höchstens die Erscheinungsformen unserer allgemeinen Erkrankung sahen und diese zu bekämpfen versuchten, an dem Erreger aber blind vorübergingen. Wer die Linie der poli-

tischen Entwicklung des alten Reiches planvoll verfolgt, muß bei ruhiger Überprüfung zu der Einsicht kommen, daß selbst in der Zeit der Einigung und damit des Aufstiegs der deutschen Nation der innere Verfall bereits im vollen Gang war, und daß trotz aller scheinbaren politischen Erfolge und trotz steigenden wirtschaftlichen Reichtums die allgemeine Lage sich von Jahr zu Jahr verschlechterte. Selbst die Wahlen zum Reichstage zeigten in ihrem äußerlichen Anschwellen der marxistischen Stimmen den immer näher rückenden inneren und damit auch äußeren Zusammenbruch an. Alle Erfolge der sogenannten bürgerlichen Parteien waren wertlos, nicht nur weil sie das ziffernmäßige Anwachsen der marxistischen Flut selbst bei sogenannten bürgerlichen Wahlsiegen nicht zu hemmen vermochten, sondern weil sie vor allem selber schon die Fermente der Zersetzung in sich trugen. Ohne es zu ahnen, war die bürgerliche Welt vom Leichengift marxistischer Vorstellungen innerlich selbst schon angesteckt, und ihr Widerstand entsprang häufig mehr dem Konkurrenzneid ehrgeiziger Führer als einer prinzipiellen Ablehnung zum äußersten Kampf entschlossener Gegner. Ein einziger focht in diesen langen Jahren mit unerschütterlicher Gleichmäßigkeit, und dies war der Jude. Sein Davidstern stieg im selben Maße immer höher, in dem der Wille der Selbsterhaltung unseres Volkes schwand.

Im August 1914 stürmte deshalb auch nicht ein zum Angriff entschlossenes Volk auf die Walstatt, sondern es erfolgte nur das letzte Aufflackern des nationalen Selbsterhaltungstriebes gegenüber der fortschreitenden pazifistisch-marxistischen Lähmung unseres Volkskörpers. Da man auch in diesen Schicksalstagen den inneren Feind nicht erkannte, war aller äußere Widerstand vergeblich, und die Vorsehung gab ihren Lohn nicht dem siegreichen Schwert, sondern folgte dem Gesetz der ewigen Vergeltung.

Aus dieser inneren Erkenntnis heraus sollten sich für uns die Leitsätze sowie die Tendenz der neuen Bewegung formen, die unserer Überzeugung nach allein befähigt waren, den Niedergang des deutschen Volkes nicht nur zum

Stillstand zu bringen, sondern das granitene Fundament zu schaffen, auf dem dereinst der Staat bestehen kann, der nicht einen volksfremden Mechanismus wirtschaftlicher Belange und Interessen, sondern einen völkischen Organismus darstellt:

Einen germanischen Staat
deutscher Nation.

12. Kapitel

Die erste Entwicklungszeit der Nationalsozialistischen Deutschen Arbeiterpartei

Wenn ich am Schlusse dieses Bandes die erste Entwicklungszeit unserer Bewegung schildere und eine Reihe von dadurch bedingten Fragen kurz erörtere, so geschieht dies nicht, um eine Abhandlung über die geistigen Ziele der Bewegung zu geben. Ziele und Aufgaben der neuen Bewegung sind so gewaltige, daß sie nur in einem eigenen Bande behandelt werden können. So werde ich in einem zweiten Bande die programmatischen Grundlagen der Bewegung eingehend erörtern und versuchen, ein Bild dessen zu zeichnen, was wir unter dem Worte „Staat" uns vorstellen. Ich meine dabei unter „uns" all die Hunderttausende, die im Grunde genommen das gleiche ersehnen, ohne im einzelnen die Worte zu finden, das innerlich vor Augen Schwebende zu schildern. Denn es ist das Bemerkenswerte aller großen Reformen, daß sie als Verfechter zunächst oft nur einen einzigen besitzen, als Träger jedoch viele Millionen. Ihr Ziel ist oft schon seit Jahrhunderten der innere, sehnsuchtsvolle Wunsch von Hunderttausenden, bis einer sich zum Verkünder eines solchen allgemeinen Wollens aufwirft und als Bannerträger der alten Sehnsucht in einer neuen Idee zum Siege verhilft.

Daß aber Millionen im Herzen den Wunsch nach einer grundsätzlichen Änderung der heute gegebenen Verhältnisse tragen, beweist die tiefe Unzufriedenheit, unter der sie leiden. Sie äußert sich in tausendfachen Erscheinungsformen, bei dem einen in Verzagtheit und Hoffnungslosigkeit, beim anderen in Widerwillen, in Zorn und Empörung, bei diesem in Gleichgültigkeit und bei jenem wieder in wüten-

dem Überschwange. Als Zeugen für diese innere Unzufriedenheit dürfen ebenso die Wahlmüden gelten, wie auch die vielen, zum fanatischsten Extrem der linken Seite sich Neigenden.

Und an diese sollte sich auch die junge Bewegung in erster Linie wenden. Sie soll nicht eine Organisation der Zufriedenen, Satten bilden, sondern sie soll die Leidgequälten und Friedlosen, die Unglücklichen und Unzufriedenen zusammenfassen, und sie soll vor allem nicht auf der Oberfläche des Volkskörpers schwimmen, sondern im Grunde desselben wurzeln.



Rein politisch genommen, ergab sich im Jahre 1918 folgendes Bild: Ein Volk ist in zwei Teile zerrissen. Der eine, weitaus kleinere, umfaßt die Schichten der nationalen Intelligenz unter Ausschluß aller körperlich Tätigen. Sie ist äußerlich national, vermag sich aber unter diesem Worte etwas anderes als eine sehr fade und schwächliche Vertretung sogenannter staatlicher Interessen, die wieder identisch erscheinen mit dynastischen, nicht vorzustellen. Sie versucht, ihre Gedanken und Ziele mit geistigen Waffen zu verfechten, die ebenso lückenhaft wie oberflächlich sind, der Brutalität des Gegners gegenüber aber an sich schon versagen. Mit einem einzigen furchtbaren Hieb wird diese kurz vorher noch regierende Klasse zu Boden gestreckt und erträgt in zitternder Feigheit jede Demütigung von seiten des rücksichtslosen Siegers.

Ihr steht als zweite Klasse gegenüber die breite Masse der handarbeitenden Bevölkerung. Sie ist in mehr oder minder radikalmarxistischen Bewegungen zusammengefaßt, entschlossen, jeden geistigen Widerstand durch die Macht der Gewalt zu brechen. Sie will nicht national sein, sondern lehnt bewußt jede Förderung nationaler Interessen ebenso ab, wie sie umgekehrt jeder fremden Unterdrückung Vorschub leistet. Sie ist ziffernmäßig die stärkere, umfaßt aber vor allem diejenigen Elemente der Nation, ohne die eine nationale Wiedererhebung undenkbar und unmöglich ist.

Denn darüber mußte man sich im Jahre 1918 doch schon klar sein: Jeder Wiederaufstieg des deutschen Volkes führt nur über die Wiedergewinnung äußerer Macht. Die Voraussetzungen hierzu sind aber nicht, wie unsere bürgerlichen „Staatsmänner" immer herumschwätzen, Waffen, sondern die Kräfte des Willens. Waffen besaß das deutsche Volk einst mehr als genug. Sie haben die Freiheit nicht zu sichern vermocht, weil die Energien des nationalen Selbsterhaltungstriebes, der Selbsterhaltungswille, fehlten. Die beste Waffe ist totes, wertloses Material, solange der Geist fehlt, der bereit, gewillt und entschlossen ist, sie zu führen. Deutschland wurde wehrlos, nicht weil Waffen mangelten, sondern weil der Wille fehlte, die Waffe für die völkische Forterhaltung zu wahren.

Wenn heute besonders unsere linksseitigen Politiker auf die Waffenlosigkeit als die zwangsläufige Ursache ihrer willenlosen, nachgiebigen, in Wahrheit aber verräterischen Politik nach außen hinzuweisen sich bemühen, muß man ihnen darauf nur eines antworten: Nein, umgekehrt ist es richtig. Durch eure antinationale, verbrecherische Politik der Aufgabe nationaler Interessen habt ihr einst die Waffen ausgeliefert. Jetzt versucht ihr den Mangel an Waffen als begründete Ursache eurer elenden Jämmerlichkeit hinzustellen. Dies ist, wie alles an eurem Tun, Lüge und Fälschung.

Allein dieser Vorwurf trifft genau so die Politiker von rechts. Denn dank ihrer jämmerlichen Feigheit vermochte im Jahre 1918 das zur Herrschaft gekommene jüdische Gesindel der Nation die Waffen zu stehlen. Auch diese haben mithin keinen Grund und kein Recht, die heutige Waffenlosigkeit als Zwang zu ihrer klugen Vorsicht (sprich „Feigheit") anzuführen, sondern die Wehrlosigkeit ist die Folge ihrer Feigheit.

Damit aber lautet die Frage einer Wiedergewinnung deutscher Macht nicht etwa: Wie fabrizieren wir Waffen?, sondern: Wie erzeugen wir den Geist, der ein Volk befähigt, Waffen zu tragen? Wenn dieser Geist ein Volk beherrscht, findet der Wille tausend Wege, von denen jeder

bei einer Waffe endet! Man gebe aber einem Feigling zehn Pistolen, und er wird bei einem Angriff dennoch nicht einen Schuß abzufeuern vermögen. Sie sind für ihn damit wertloser als für den mutigen Mann ein bloßer Knotenstock.

Die Frage der Wiedergewinnung der politischen Macht unseres Volkes ist schon deshalb in erster Linie eine Frage der Gesundung unseres nationalen Selbsterhaltungstriebes, weil jede vorbereitende Außenpolitik sowie jede Bewertung eines Staates an sich erfahrungsgemäß sich weniger nach den vorhandenen Waffen richtet als nach der erkannten oder doch vermuteten moralischen Widerstandsfähigkeit einer Nation. Die Bündnisfähigkeit eines Volkes wird viel weniger bestimmt durch vorhandene tote Waffenmengen als durch das ersichtliche Vorhandensein eines flammenden nationalen Selbsterhaltungswillens und heroischen Todesmutes. Denn ein Bund wird nicht mit Waffen geschlossen, sondern mit Menschen. So wird das englische Volk so lange als wertvollster Bundesgenosse auf der Welt zu gelten haben, solange es in seiner Führung und im Geiste der breiten Masse jene Brutalität und Zähigkeit erwarten läßt, die entschlossen ist, einen einmal begonnen Kampf ohne Rücksicht auf Zeit und Opfer mit allen Mitteln bis zum siegreichen Ende durchzufechten, wobei die augenblicklich vorhandene militärische Rüstung in keinem Verhältnis zu der anderer Staaten zu stehen braucht.

Begreift man aber, daß die Wiedererhebung der deutschen Nation eine Frage der Wiedergewinnung unseres politischen Selbsterhaltungswillens darstellt, so ist es auch klar, daß dem nicht genügt wird durch eine Gewinnung von an sich schon wenigstens dem Wollen nach nationalen Elementen, sondern nur durch die Nationalisierung der bewußt antinationalen Masse.

Eine junge Bewegung, die sich mithin als Ziel die Wiederaufrichtung eines deutschen Staates mit eigener Souveränität stellt, wird ihren Kampf restlos auf die Gewinnung der breiten Massen einzustellen haben. So jämmerlich auch im allgemeinen unser sogenanntes „natio-

nales Bürgertum“ ist, so unzulänglich seine nationale Gesinnung auch erscheint, so sicher ist von dieser Seite ein ernstlicher Widerstand gegen eine kraftvolle nationale Innen- und Außenpolitik einst nicht zu erwarten. Selbst wenn aus den bekannt borniert-kurzsichtigen Gründen heraus das deutsche Bürgertum wie schon einst einem Bismarck gegenüber in der Stunde einer kommenden Befreiung in passiver Resistenz verharren sollte, so ist doch ein aktiver Widerstand dagegen bei seiner anerkannt sprichwörtlichen Feigheit niemals zu befürchten.

Anders verhält es sich bei der Masse unserer international eingestellten Volksgenossen. Sie sind nicht nur in ihrer primitiven Urwüchsigkeit mehr auf den Gedanken der Gewalt eingestellt, sondern ihre jüdische Führung ist brutaler und rücksichtsloser. Sie werden jede deutsche Erhebung genau so niederschlagen, wie sie einst dem deutschen Heere das Rückgrat zerbrachen. Vor allem aber: sie werden in diesem parlamentarisch regierten Staat kraft ihrer Majorität der Zahl jede nationale Außenpolitik nicht nur verhindern, sondern auch jede höhere Einschätzung der deutschen Kraft und damit jede Bündnisfähigkeit ausschließen. Denn wir sind uns des Schwächemoments, das in unseren 15 Millionen Marxisten, Demokraten, Pazifisten und Zentrümlern liegt, nicht nur selbst bewußt, sondern es wird noch mehr vom Ausland erkannt, das den Wert eines möglichen Bündnisses mit uns mißt nach dem Gewichte dieser Belastung. Man verbündet sich nicht mit einem Staat, dessen aktiver Volksteil jeder entschlossenen Außenpolitik zumindest passiv gegenübersteht.

Dazu kommt noch die Tatsache, daß die Führung dieser Parteien des nationalen Verrats jeder Erhebung schon aus bloßem Selbsterhaltungstrieb feindlich gegenüberstehen muß und wird. Es ist geschichtlich einfach nicht denkbar, daß das deutsche Volk noch einmal seine frühere Stellung einnehmen könnte, ohne mit denen abzurechnen, die die Ursache und Veranlassung zu dem unerhörten Zusammenbruch gaben, der unseren Staat heimsuchte. Denn vor dem

Richterstuhle der Nachwelt wird der November 1918 nicht als Hoch-, sondern als Landesverrat gewertet werden.

So ist jede Wiedergewinnung einer deutschen Selbständigkeit nach außen in erster Linie gebunden an die Wiedergewinnung der inneren willensmäßigen Geschlossenheit unseres Volkes.

Allein auch rein technisch betrachtet, erscheint der Gedanke einer deutschen Befreiung nach außen so lange als unsinnig, solange nicht in den Dienst dieses Freiheitsgedankens auch die breite Masse zu treten bereit ist. Rein militärisch gesehen, wird es vor allem jedem Offizier bei einigem Nachdenken einleuchten, daß man einen Kampf nach außen mit Studentenbataillonen nicht zu führen vermag, sondern daß man dazu außer den Gehirnen eines Volkes auch die Fäuste braucht. Man muß sich dabei noch vor Augen halten, daß eine Nationalverteidigung, die sich nur auf die Kreise der sogenannten Intelligenz stützt, einen wahren Raubbau an unersetzlichem Gute triebe. Die junge deutsche Intelligenz, die in den Kriegsfreiwilligenregimentern im Herbst 1914 in der flandrischen Ebene den Tod fand, fehlte später bitter. Sie war das beste Gut, das die Nation besaß, und ihr Verlust war im Verlaufe des Krieges nicht mehr zu ersetzen. Allein nicht nur der Kampf selbst ist undurchführbar, wenn die stürmenden Bataillone nicht die Massen der Arbeiter in ihren Reihen sehen, sondern auch die Vorbereitung technischer Art ist ohne die innere willensmäßige Einheit unseres Volkskörpers unausführbar. Gerade unser Volk, das unter den tausend Augen des Friedensvertrages von Versailles entwaffnet dahinleben muß, vermag irgendwelche technische Vorbereitungen zur Erringung der Freiheit und menschlichen Unabhängigkeit nur dann zu treffen, wenn das Heer innerer Spitzel auf diejenigen dezimiert wird, denen angeborene Charakterlosigkeit gestattet, für die bekannten dreißig Silberlinge alles und jedes zu verraten. Mit diesen aber wird man fertig. Unüberwindbar hingegen erscheinen die Millionen, die aus politischer Überzeugung der nationalen Erhebung entgegentreten — unüberwindbar solange als nicht die

Ursache ihrer Gegnerschaft, die internationale marxistische Weltanschauung, bekämpft und ihnen aus Herz und Hirn gerissen wird.

Ganz gleich also, von welchem Gesichtspunkte aus man die Möglichkeit der Wiedererringung unserer staatlichen und völkischen Unabhängigkeit prüft, ob von dem der außenpolitischen Vorbereitung, dem der technischen Rüstung oder dem des Kampfes selber, immer bleibt als Voraussetzung zu allem die vorherige Gewinnung der breiten Masse unseres Volkes für den Gedanken unserer nationalen Selbständigkeit übrig.

Ohne die Wiedererlangung der äußeren Freiheit bedeutet aber jede innere Reform selbst im günstigsten Falle nur die Steigerung unserer Ertr̈agnisfähigkeit als Kolonie. Die Überschüsse jeder sogenannten wirtschaftlichen Hebung kommen unseren internationalen Kontrollherren zugute, und jede soziale Besserung steigert im günstigsten Falle die Arbeitsleistung für diese. Kulturelle Fortschritte werden der deutschen Nation überhaupt nicht beschieden sein, sie sind zu sehr gebunden an die politische Unabhängigkeit und Würde eines Volkstums.

*

Wenn also die günstige Lösung der deutschen Zukunft gebunden ist an die nationale Gesinnung der breiten Masse unseres Volkes, dann muß diese auch die höchste und gewaltigste Aufgabe einer Bewegung sein, deren Tätigkeit sich nicht in der Befriedigung des Augenblickes erschöpfen soll, sondern die all ihr Tun und Lassen nur zu prüfen hat an den voraussichtlichen Folgen in der Zukunft.

So waren wir uns bereits im Jahre 1919 darüber klar, daß die neue Bewegung als oberstes Ziel zunächst die Nationalisierung der Massen durchführen muß.

Daraus ergab sich in taktischer Hinsicht eine Reihe von Forderungen.

1. Um die Masse der nationalen Erhebung zu gewinnen, ist kein soziales Opfer zu schwer.

Was auch immer unseren Arbeitnehmern heute für wirt-

schaftliche Konzessionen gemacht werden, so stehen diese in keinem Verhältnis zum Gewinne der gesamten Nation, wenn sie mithelfen, die breiten Schichten wieder ihrem Volkstume zu schenken. Nur kurzsichtige Borniertheit, wie man sie leider häufig in unseren Unternehmerkreisen findet, kann verkennen, daß es auf die Dauer keinen wirtschaftlichen Aufschwung für sie gibt und damit auch keinen wirtschaftlichen Nutzen mehr, wenn die innere völkische Solidarität unserer Nation nicht wieder hergestellt wird.

Hätten die deutschen Gewerkschaften im Kriege die Interessen der Arbeiterschaft auf das rücksichtsloseste gewahrt, hätten sie selbst während des Krieges dem damaligen dividendenhungrigen Unternehmertum tausendmal durch Streik die Bewilligung der Forderungen der von ihnen vertretenen Arbeiter abgepreßt, hätten sie aber in den Belangen der nationalen Verteidigung sich ebenso fanatisch zu ihrem Deutschtum bekannt, und hätten sie mit gleicher Rücksichtslosigkeit dem Vaterlande gegeben, was des Vaterlandes ist, so wäre der Krieg nicht verlorengegangen. Wie lächerlich aber würden alle und selbst die größten wirtschaftlichen Konzessionen gewesen sein gegenüber der ungeheuren Bedeutung des gewonnenen Krieges.

So hat eine Bewegung, die beabsichtigt, den deutschen Arbeiter wieder dem deutschen Volke zu geben, sich darüber klar zu werden, daß wirtschaftliche Opfer bei dieser Frage überhaupt keine Rolle spielen, solange nicht die Erhaltung und Unabhängigkeit der nationalen Wirtschaft durch sie bedroht werden.

2. Die nationale Erziehung der breiten Masse kann nur über den Umweg einer sozialen Hebung stattfinden, da ausschließlich durch sie jene allgemein wirtschaftlichen Voraussetzungen geschaffen werden, die dem einzelnen gestatten, auch an den kulturellen Gütern der Nation teilzunehmen.

3. Die Nationalisierung der breiten Masse kann niemals erfolgen durch Halbheiten, durch schwaches Betonen eines sogenannten Objektivitätsstandpunktes, sondern durch rücksichtslose und fanatisch einseitige Einstellung auf das nun

einmal zu erstrebende Ziel. Das heißt also, man kann ein Volk nicht „national“ machen im Sinne unseres heutigen Bürgertums, also mit soundsoviel Einschränkungen, sondern nur nationalistisch mit der ganzen Vehemenz, die dem Extrem innewohnt. Gift wird nur durch Gegengift gebrochen, und nur die Schalheit eines bürgerlichen Gemüts kann die mittlere Linie als den Weg ins Himmelreich betrachten.

Die breite Masse eines Volkes besteht weder aus Professoren noch aus Diplomaten. Das geringe abstrakte Wissen, das sie besitzt, weist ihre Empfindungen mehr in die Welt des Gefühls. Dort ruht ihre entweder positive oder negative Einstellung. Sie ist nur empfänglich für eine Kraftäußerung in einer dieser beiden Richtungen und niemals für eine zwischen beiden schwebende Halbheit. Ihre gefühlsmäßige Einstellung aber bedingt zugleich ihre außerordentliche Stabilität. Der Glaube ist schwerer zu erschüttern als das Wissen, Liebe unterliegt weniger dem Wechsel als Achtung, Haß ist dauerhafter als Abneigung, und die Triebkraft zu den gewaltigsten Umwälzungen auf dieser Erde lag zu allen Zeiten weniger in einer die Masse beherrschenden wissenschaftlichen Erkenntnis als in einem sie beseelenden Fanatismus und manchmal in einer sie vorwärtsjagenden Hysterie.

Wer die breite Masse gewinnen will, muß den Schlüssel kennen, der das Tor zu ihrem Herzen öffnet. Er heißt nicht Objektivität, also Schwäche, sondern Wille und Kraft.

4. Die Gewinnung der Seele des Volkes kann nur gelingen, wenn man neben der Führung des positiven Kampfes für die eigenen Ziele den Gegner dieser Ziele vernichtet.

Das Volk sieht zu allen Zeiten im rücksichtslosen Angriff auf einen Widersacher den Beweis des eigenen Rechtes, und es empfindet den Verzicht auf die Vernichtung des anderen als Unsicherheit in bezug auf das eigene Recht, wenn nicht als Zeichen des eigenen Unrechtes.

Die breite Masse ist nur ein Stück der Natur, und ihr Empfinden versteht nicht den gegenseitigen Händedruck von

Menschen, die behaupten, Gegensätzliches zu wollen. Was sie wünscht, ist der Sieg des Stärkeren und die Vernichtung des Schwachen oder seine bedingungslose Unterwerfung.

Die Nationalisierung unserer Masse wird nur gelingen, wenn bei allem positiven Kampf um die Seele unseres Volkes ihre internationalen Vergifter ausgerottet werden.

5. Alle großen Fragen der Zeit sind Fragen des Augenblicks und stellen nur Folgeerscheinungen bestimmter Ursachen dar. Ursächliche Bedeutung besitzt aber unter ihnen allen nur eine, die Frage der rassischen Erhaltung des Volkstums. Im Blute allein liegt sowohl die Kraft als auch die Schwäche des Menschen begründet. Völker, welche nicht die Bedeutung ihrer rassischen Grundlage erkennen und beachten, gleichen Menschen, die Möpsen die Eigenschaften von Windhunden anlernen möchten, ohne zu begreifen, daß die Schnelligkeit des Windhundes wie die Gelehrigkeit des Pudels keine angelernten, sondern in der Rasse liegende Eigenschaften sind. Völker, die auf die Erhaltung ihrer rassischen Reinheit verzichten, leisten damit auch Verzicht auf die Einheit ihrer Seele in all ihren Äußerungen. Die Zerrissenheit ihres Wesens ist die naturnotwendige Folge der Zerrissenheit ihres Blutes, und die Veränderung ihrer geistigen und schöpferischen Kraft ist nur die Wirkung der Änderung ihrer rassischen Grundlagen.

Wer das deutsche Volk von seinen ihm ursprünglich wesensfremden Äußerungen und Untugenden von heute befreien will, wird es erst ablösen müssen vom fremden Erreger dieser Äußerungen und Untugenden.

Ohne klarste Erkenntnis des Rasseproblems, und damit der Judenfrage, wird ein Wiederaufstieg der deutschen Nation nicht mehr erfolgen.

Die Rassenfrage gibt nicht nur den Schlüssel zur Weltgeschichte, sondern auch zur menschlichen Kultur überhaupt.

6. Die Eingliederung der heute im internationalen Lager stehenden breiten Masse unseres Volkes in eine nationale Volksgemeinschaft bedeutet keinen Verzicht auf die Vertretung berechtigter Standesinteressen. Auseinandergehende Standes- und Berufsinteressen sind nicht gleichbedeutend

mit Klassenspaltung, sondern sind selbstverständliche Folgeerscheinungen unseres wirtschaftlichen Lebens. Die Berufsgruppierung steht in keinerlei Weise einer wahrhaften Volksgemeinschaft entgegen, denn diese besteht in der Einheit des Volkstums in allen jenen Fragen, die dieses Volkstum an sich betreffen.

Die Eingliederung eines Klasse gewordenen Standes in die Volksgemeinschaft oder auch nur in den Staat erfolgt nicht durch Herabsteigen höherer Klassen, sondern durch das Hinaufheben der unteren. Träger dieses Prozesses kann wieder niemals die höhere Klasse sein, sondern die für ihre Gleichberechtigung kämpfende untere. Das heutige Bürgertum wurde nicht durch Maßnahmen des Adels dem Staate eingegliedert, sondern durch eigene Tatkraft unter eigener Führung.

Der deutsche Arbeiter wird nicht über dem Umwege schwächlicher Verbrüderungsszenen in den Rahmen der deutschen Volksgemeinschaft gehoben, sondern durch bewußtes Heben seiner sozialen und kulturellen Lage, so lange bis die schwerwiegendsten Unterschiede als überbrückt gelten dürfen. Eine Bewegung, die sich diese Entwicklung zum Ziele setzt, wird ihre Anhängerschaft dabei in erster Linie aus dem Arbeiter-Lager zu holen haben. Sie darf auf Intelligenz nur in dem Maße zurückgreifen, in dem diese das zu erstrebende Ziel bereits restlos erfaßt hat. Dieser Umwandlungs- und Annäherungsprozeß wird nicht in zehn oder zwanzig Jahren beendet sein, sondern umschließt erfahrungsgemäß viele Generationen.

Das schwerste Hindernis für die Annäherung des heutigen Arbeiters an die nationale Volksgemeinschaft liegt nicht in seiner standesmäßigen Interessenvertretung, sondern in seiner internationalen volks- und vaterlandsfeindlichen Führung und Einstellung. Die gleichen Gewerkschaften, fanatisch national in politischen und völkischen Belangen geleitet, würden Millionen Arbeiter zu wertvollsten Gliedern ihres Volkstums machen, ohne Rücksicht auf die im einzelnen stattfindenden Kämpfe in rein wirtschaftlichen Belangen.

Eine Bewegung, die den deutschen Arbeiter in ehrlicher Weise seinem Volke wiedergeben und dem internationalen Wahn entreißen will, muß auf das schärfste Front machen gegen eine, vor allem in Unternehmerkreisen herrschende Auffassung, die unter Volksgemeinschaft die widerstandslose wirtschaftliche Auslieferung des Arbeitnehmers dem Arbeitgeber gegenüber versteht, und die in jedem Versuch der Wahrung selbst berechtigter wirtschaftlicher Existenz-Interessen des Arbeitnehmers einen Angriff auf die Volksgemeinschaft sehen will. Das Vertreten dieser Auffassung stellt das Vertreten einer bewußten Lüge dar; die Volksgemeinschaft legt ja nicht nur der einen Seite, sondern auch der anderen ihre Verpflichtungen auf.

So sicher ein Arbeiter wider den Geist einer wirklichen Volksgemeinschaft sündigt, wenn er ohne Rücksicht auf das gemeinsame Wohl und den Bestand einer nationalen Wirtschaft, gestützt auf seine Macht, erpresserisch Forderungen stellt, so sehr aber bricht auch ein Unternehmer diese Gemeinschaft, wenn er durch unmenschliche und ausbeuterische Art seiner Betriebsführung die nationale Arbeitskraft mißbraucht und aus ihrem Schweiße Millionen erwuchert. Er hat dann kein Recht, sich als national zu bezeichnen, kein Recht, von einer Volksgemeinschaft zu sprechen, sondern er ist ein egoistischer Lump, der durch das Hereintragen des sozialen Unfriedens spätere Kämpfe provoziert, die so oder so der Nation zum Schaden gereichen müssen.

Das Reservoir, aus dem die junge Bewegung ihre Anhänger schöpfen soll, wird also in erster Linie die Masse unserer Arbeitnehmer sein. Diese gilt es dem internationalen Wahne zu entreißen, aus ihrer sozialen Not zu befreien, dem kulturellen Elend zu entheben und als geschlossenen, wertvollen, national fühlenden und national sein wollenden Faktor in die Volksgemeinschaft zu überführen.

Finden sich in den Kreisen der nationalen Intelligenz Menschen mit wärmsten Herzen für ihr Volk und seine Zukunft, erfüllt von tiefster Erkenntnis für die Bedeutung des Kampfes um die Seele dieser Masse, sind sie in den

Reihen dieser Bewegung als wertvolles geistiges Rückgrat hoch willkommen. Ein Gewinnen des bürgerlichen Wahlstimmviehs aber darf niemals das Ziel dieser Bewegung sein. Sie würde sich in einem solchen Falle mit einer Masse belasten, die ihrer ganzen Wesensart nach die Werbekraft den breiten Schichten gegenüber zum Erlahmen brächte. Denn ungeachtet der theoretischen Schönheit des Gedankens einer Zusammenführung breitester Massen von unten und oben schon innerhalb des Rahmens der Bewegung, steht dem doch die Tatsache gegenüber, daß man durch psychologische Beeinflussung bürgerlicher Massen in allgemeinen Kundgebungen wohl Stimmungen zu erzeugen, ja selbst Einsicht zu verbreiten vermag, aber nicht Charaktereigenschaften oder, besser gesagt, Untugenden zum Verschwinden bringt, deren Werden und Entstehen Jahrhunderte umfaßte. Der Unterschied in bezug auf das beiderseitige kulturelle Niveau und die beiderseitige Stellung zu den Fragen wirtschaftlicher Belange ist zur Zeit noch so groß, daß er, sobald der Rausch der Kundgebungen vergangen ist, sofort als hemmend in Erscheinung treten würde.

Endlich aber ist es nicht das Ziel, eine Umschichtung im an sich nationalen Lager vorzunehmen, sondern ein Gewinnen des antinationalen.

Und dieser Gesichtspunkt ist auch schließlich maßgebend für die taktische Einstellung der gesamten Bewegung.

7. Diese einseitige, aber dadurch klare Stellungnahme hat sich auch in der Propaganda der Bewegung auszudrücken und wird andrerseits selber wieder durch propagandistische Gründe gefordert.

Soll die Propaganda für die Bewegung wirksam sein, muß sie sich nach einer Seite allein wenden, da sie im anderen Fall bei der Verschiedenheit der geistigen Vorbildung der beiden in Frage kommenden Lager entweder von der einen Seite nicht verstanden oder von der anderen als selbstverständlich und damit uninteressant abgelehnt würde.

Selbst die Ausdrucksweise und der Ton im einzelnen kann nicht für zwei so extreme Schichten gleich wirksam sein. Verzichtet die Propaganda auf die Urwüchsigkeit

der Ausdrucksweise, findet sie nicht den Weg zum Empfinden der breiten Masse. Verwendet sie hingegen in Wort und Gebärde die Derbheit des Gefühls der Masse und seiner Äußerungen, wird sie von der sogenannten Intelligenz als roh und ordinär abgelehnt. Es gibt unter hundert sogenannten Rednern kaum zehn, die in der Lage wären, gleich wirksam heute vor einem Publikum aus Straßenfegern, Schlossern, Kanalräumern usw. zu sprechen und morgen einen Vortrag mit notwendigerweise gleichem gedanklichen Inhalt vor einem Auditorium von Hochschulprofessoren und Studenten zu halten. Es gibt aber unter tausend Rednern vielleicht nur einen einzigen, der es fertigbringt, vor Schlossern und Hochschulprofessoren zugleich in einer Form zu sprechen, die beiden Teilen in ihrem Auffassungsvermögen nicht nur entspricht, sondern beide Teile auch gleich wirksam beeinflußt oder gar zum rauschenden Sturm des Beifalls mitreißt. Man muß sich aber immer vor Augen halten, daß selbst der schönste Gedanke einer erhabenen Theorie in den meisten Fällen seine Verbreitung nur durch kleine und kleinste Geister finden kann. Nicht darauf kommt es an, was der geniale Schöpfer einer Idee im Auge hat, sondern was, in welcher Form und mit welchem Erfolge die Verkünder dieser Idee der breiten Masse vermitteln.

Die starke werbende Kraft der Sozialdemokratie, ja der gesamten marxistischen Bewegung überhaupt beruhte zum großen Teil in der Einheit und damit Einseitigkeit des Publikums, an das sie sich wendete. Je scheinbar beschränkter, ja bornierter ihre Gedankengänge dabei waren, um so leichter wurden sie von einer Masse aufgenommen und verarbeitet, deren geistiges Niveau dem des Vorgebrachten entsprach.

Damit aber ergab sich für die neue Bewegung ebenfalls eine einfache und klare Linie:

Die Propaganda ist in Inhalt und Form auf die breite Masse anzusetzen und ihre Richtigkeit ist ausschließlich zu messen an ihrem wirksamen Erfolg.

In einer Volksversammlung der breiten Schichten spricht

nicht der Redner am besten, der der anwesenden Intelligenz geistig am nächsten steht, sondern derjenige, der das Herz der Masse erobert.

Ein in solch einer Versammlung anwesender Intelligenzler, welcher trotz der ersichtlichen Wirkung des Redners auf die zu erobernden unteren Schichten die Rede hinsichtlich der geistigen Höhe bekrittelt, beweist die vollständige Unfähigkeit seines Denkens und die Wertlosigkeit seiner Person für die junge Bewegung. Für sie kommt nur derjenige Intellektuelle in Frage, der Aufgabe und Ziel der Bewegung schon so sehr erfaßt, daß er die Tätigkeit auch der Propaganda ausschließlich nach ihrem Erfolge zu beurteilen gelernt hat und nicht nach den Eindrücken, die sie auf ihn selber hinterläßt. Denn nicht zur Unterhaltung von an sich schon nationalgesinnten Menschen hat die Propaganda zu dienen, sondern zur Gewinnung der Feinde unseres Volkstums, sofern sie unseres Blutes sind.

Im allgemeinen sollten nun für die junge Bewegung jene Gedankengänge, die ich unter der Kriegspropaganda schon kurz zusammenfaßte, bestimmend und maßgebend werden für die Art und Durchführung ihrer eigenen Aufklärungsarbeit.

Daß sie richtig war, hat ihr Erfolg bewiesen.

8. Das Ziel einer politischen Reformbewegung wird nie erreicht werden durch Aufklärungsarbeit oder durch Beeinflussung herrschender Gewalten, sondern nur durch die Erinnerung der politischen Macht. Jede weltbewegende Idee hat nicht nur das Recht, sondern die Pflicht, sich derjenigen Mittel zu versichern, die die Durchführung ihrer Gedankengänge ermöglichen. Der Erfolg ist der einzige irdische Richter über das Recht oder Unrecht eines solchen Beginnens, wobei unter Erfolg nicht wie im Jahre 1918 die Erringung der Macht an sich zu verstehen ist, sondern die für ein Volkstum segensreiche Auswirkung derselben. So ist ein Staatsstreich nicht dann als gelungen anzusehen, wenn, wie gedankenlose Staatsanwälte in Deutschland heute meinen, den Revolutionären die Inbesitznahme der Staatsgewalt gelang, sondern nur dann, wenn in der Ver-

wirklichung der einer solchen revolutionären Handlung zugrunde gelegten Absichten und Ziele der Nation mehr Heil erwächst als unter dem vergangenen Regiment. Etwas, das von der deutschen Revolution, wie sich der Banditenstreich des Herbstes 1918 bezeichnet, nicht gut behauptet werden kann.

Wenn aber die Erringung der politischen Macht die Voraussetzung für die praktische Durchführung reformatorischer Absichten bildet, dann muß eine Bewegung mit reformatorischen Absichten sich vom ersten Tage ihres Bestehens an als Bewegung der Masse fühlen und nicht als literarischer Teeklub oder spießbürgerliche Kegelgesellschaft.

9. Die junge Bewegung ist ihrem Wesen und ihrer inneren Organisation nach antiparlamentarisch, d. h. sie lehnt im allgemeinen wie in ihrem eigenen inneren Aufbau ein Prinzip der Majoritätsbestimmung ab, in dem der Führer nur zum Vollstrecker des Willens und der Meinung anderer degradiert wird. Die Bewegung vertritt im kleinsten wie im größten den Grundsatz der unbedingten Führerautorität, gepaart mit höchster Verantwortung.

Die praktischen Folgen dieses Grundsatzes in der Bewegung sind nachstehende:

Der erste Vorsitzende einer Ortsgruppe wird durch den nächsthöheren Führer eingesetzt, er ist der verantwortliche Leiter der Ortsgruppe. Sämtliche Ausschüsse unterstehen ihm, und nicht er umgekehrt einem Ausschuß. Abstimmungs-Ausschüsse gibt es nicht, sondern nur Arbeits-Ausschüsse. Die Arbeit teilt der verantwortliche Leiter, der erste Vorsitzende, ein. Der gleiche Grundsatz gilt für die nächsthöhere Organisation, den Bezirk, den Kreis oder den Gau. Immer wird der Führer von oben eingesetzt und gleichzeitig mit unbeschränkter Vollmacht und Autorität bekleidet. Nur der Führer der Gesamtpartei wird aus vereinsgesetzlichen Gründen in der Generalmitgliederversammlung gewählt. Er ist aber der ausschließliche Führer der Bewegung. Sämtliche Ausschüsse unterstehen ihm und nicht er den Ausschüssen. Er bestimmt und trägt damit aber auch auf seinen Schultern die Verantwortung. Es steht den Anhängern der

Bewegung frei, vor dem Forum einer neuen Wahl ihn zur Verantwortung zu ziehen, ihn seines Amtes zu entkleiden, insofern er gegen die Grundsätze der Bewegung verstoßen oder ihren Interessen schlecht gedient hat. An seine Stelle tritt dann der besserkönnende, neue Mann, jedoch mit gleicher Autorität und mit gleicher Verantwortlichkeit.

Es ist eine der obersten Aufgaben der Bewegung, dieses Prinzip zum bestimmenden nicht nur innerhalb ihrer eigenen Reihen, sondern auch für den gesamten Staat zu machen.

Wer Führer sein will, trägt bei höchster unumschränkter Autorität auch die letzte und schwerste Verantwortung.

Wer dazu nicht fähig oder für das Ertragen der Folgen seines Tuns zu feige ist, taugt nicht zum Führer. Nur der Held ist dazu berufen.

Der Fortschritt und die Kultur der Menschheit sind nicht ein Produkt der Majorität, sondern beruhen ausschließlich auf der Genialität und der Tatkraft der Persönlichkeit.

Diese heranzuzüchten und in ihre Rechte einzusetzen, ist eine der Vorbedingungen zur Wiedergewinnung der Größe und Macht unseres Volkstums.

Damit ist die Bewegung aber antiparlamentarisch, und selbst ihre Beteiligung an einer parlamentarischen Institution kann nur den Sinn einer Tätigkeit zu deren Zertrümmerung besitzen, zur Beseitigung einer Einrichtung, in der wir eine der schwersten Verfallserscheinungen der Menschheit zu erblicken haben.

10. Die Bewegung lehnt jede Stellungnahme zu Fragen, die entweder außerhalb des Rahmens ihrer politischen Arbeit liegen oder für sie als nicht von grundsätzlicher Bedeutung belanglos sind, entschieden ab. Ihre Aufgabe ist nicht die einer religiösen Reformation, sondern die einer politischen Reorganisation unseres Volkes. Sie sieht in beiden religiösen Bekenntnissen gleich wertvolle Stützen für den Bestand unseres Volkes und bekämpft deshalb diejenigen Parteien, die dieses Fundament einer sittlich religiösen

und moralischen Festigung unseres Volkskörpers zum Instrument ihrer Parteiinteressen herabwürdigen wollen.

Die Bewegung sieht endlich ihre Aufgabe nicht in der Wiederherstellung einer bestimmten Staatsform und im Kampfe gegen eine andere, sondern in der Schaffung derjenigen grundsätzlichen Fundamente, ohne die auf die Dauer weder Republik noch Monarchie bestehen können. Ihre Mission liegt nicht in der Begründung einer Monarchie oder der Festigung einer Republik, sondern in der Schaffung eines germanischen Staates.

Die Frage der äußeren Ausgestaltung dieses Staates, also seine Krönung, ist nicht von grundsätzlicher Bedeutung, sondern wird nur bedingt durch Fragen praktischer Zweckmäßigkeit.

Bei einem Volk, das erst die großen Probleme und Aufgaben seines Daseins begriffen hat, werden die Fragen äußerer Formalitäten nicht mehr zu inneren Kämpfen führen.

11. Die Frage der inneren Organisation der Bewegung ist eine solche der Zweckmäßigkeit und nicht des Prinzips.

Die beste Organisation ist nicht diejenige, die zwischen der Führung einer Bewegung und den einzelnen Anhängern den größten, sondern diejenige, die den kleinsten Vermittlerapparat einschiebt. Denn die Aufgabe der Organisation ist die Vermittlung einer bestimmten Idee — die zunächst immer dem Kopfe eines einzelnen entspringt — an eine Vielheit von Menschen sowie die Überwachung ihrer Umsetzung in die Wirklichkeit.

Die Organisation ist damit in allem und jedem nur ein notwendiges Übel. Sie ist im besten Falle ein Mittel zum Zweck, im schlimmsten Falle Selbstzweck.

Da die Welt mehr mechanische Naturen hervorbringt als ideelle, pflegen sich die Formen der Organisation zumeist leichter zu bilden als Ideen an sich.

Der Gang jeder nach Verwirklichung strebenden Idee, besonders mit reformatorischem Charakter, ist in großen Zügen folgender:

Irgendein genialer Gedanke entsteht im Gehirn eines

Menschen, der sich berufen fühlt, seine Erkenntnis der übrigen Menschheit zu vermitteln. Er predigt seine Anschauung und gewinnt allmählich einen bestimmten Kreis von Anhängern. Dieser Vorgang der direkten und persönlichen Übermittlung der Ideen eines Menschen auf die andere Mitwelt ist der idealste und natürlichste. Bei steigender Zunahme von Anhängern der neuen Lehre ergibt sich allmählich die Unmöglichkeit für den Träger der Idee, persönlich auf die zahllosen Anhänger weiter direkt einzuwirken, sie zu führen und zu leiten. In eben dem Maße, in dem infolge des Wachstums der Gemeinde der direkte und kürzeste Verkehr ausgeschaltet wird, tritt die Notwendigkeit einer verbindenden Gliederung ein: Der ideale Zustand wird damit beendet, und an seine Stelle tritt das notwendige Übel der Organisation. Es bilden sich kleine Untergruppen, die in der politischen Bewegung beispielsweise als Ortsgruppen die Keimzellen der späteren Organisation darstellen.

Diese Untergliederung darf jedoch, wenn nicht die Einheit der Lehre verlorengehen soll, immer erst dann stattfinden, wenn die Autorität des geistigen Begründers und der von ihm herangebildeten Schule als unbedingt anerkannt gelten darf. Die geopolitische Bedeutung eines zentralen Mittelpunktes einer Bewegung kann dabei nicht überschätzt werden. Nur das Vorhandensein eines solchen, mit dem magischen Zauber eines Mekka oder Rom umgebenen Ortes, kann auf die Dauer einer Bewegung die Kraft schenken, die in der inneren Einheit und der Anerkennung einer diese Einheit repräsentierenden Spitze begründet liegen.

So darf bei der Bildung der ersten organisatorischen Keimzellen nie die Sorge aus dem Auge verloren werden, dem ursprünglichen Ausgangsort der Idee die Bedeutung nicht nur zu erhalten, sondern zu einer überragenden zu steigern. Diese Steigerung der ideellen, moralischen und tatsächlichen Übergröße des Ausgangs- und Leitpunktes der Bewegung muß in eben dem Maße stattfinden, in dem die zahllos gewordenen untersten Keimzellen der

Bewegung neue Zusammenschlüsse in organisatorischen Formen erfordern.

Denn wie die zunehmende Zahl einzelner Anhänger und die Unmöglichkeit eines weiteren direkten Verkehrs mit ihnen zur Bildung der untersten Zusammenfassungen führt, so zwingt die endliche zahllose Vermehrung dieser untersten Organisationsformen wieder zu höheren Zusammenschlüssen, die man politisch etwa als Gau- oder Bezirksverbände ansprechen kann.

So leicht es vielleicht noch ist, die Autorität der ursprünglichen Zentrale gegenüber den untersten Ortsgruppen aufrechtzuerhalten, so schwer wird es schon sein, diese Stellung den nunmehr sich bildenden höheren Organisationsformen gegenüber zu bewahren. Dieses aber ist die Voraussetzung für den einheitlichen Bestand einer Bewegung und damit für die Durchführung einer Idee.

Wenn endlich auch diese größeren Zwischengliederungen zu neuerlichen Organisationsformen zusammengeschlossen werden, steigert sich auch weiter die Schwierigkeit, selbst ihnen gegenüber den unbedingt führenden Charakter des ursprünglichen Gründungsortes, seiner Schule usw. sicherzustellen.

Deshalb dürfen die mechanischen Formen einer Organisation nur in eben dem Maße ausgebaut werden, in dem die geistige ideelle Autorität einer Zentrale bedingungslos gewahrt erscheint. Bei politischen Gebilden kann diese Garantie oft nur durch die praktische Macht als gegeben erscheinen.

Hieraus ergaben sich folgende Richtlinien für den inneren Aufbau der Bewegung:

a) Konzentration der gesamten Arbeit zunächst auf einen einzigen Ort: München. Heranbildung einer Gemeinde von unbedingt verläßlichen Anhängern und Ausbildung einer Schule für die spätere Verbreitung der Idee. Gewinnung der notwendigen Autorität für später durch möglichst große sichtbare Erfolge an diesem einen Ort.

Um die Bewegung und ihre Führer bekannt zu machen, war es nötig, den Glauben an die Unbesiegbarkeit der

marxistischen Lehre an einem Orte für alle sichtbar nicht nur zu erschüttern, sondern die Möglichkeit einer entgegengesetzten Bewegung zu beweisen.

b) Bildung von Ortsgruppen erst dann, wenn die Autorität der Zentralleitung in München als unbedingt anerkannt gelten darf.

c) Die Bildung von Bezirks-, Gau- oder Landesverbänden erfolgt ebenfalls nicht nur nach dem Bedarf an sich, sondern nach Erreichung der Sicherheit einer bedingungslosen Anerkennung der Zentrale.

Weiter aber ist die Bildung organisatorischer Formen abhängig von den vorhandenen, als Führer in Betracht kommenden Köpfen.

Es gibt dabei zwei Wege:

a) Die Bewegung verfügt über die notwendigen finanziellen Mittel zur Heran- und Ausbildung befähigter Köpfe zum späteren Führertum. Sie setzt das dabei gewonnene Material dann planmäßig nach den Gesichtspunkten taktischer und sonstiger Zweckmäßigkeit ein.

Dieser Weg ist der leichtere und schnellere; er erfordert jedoch große Geldmittel, da dieses Führermaterial nur besoldet in der Lage ist, für die Bewegung arbeiten zu können.

b) Die Bewegung ist infolge des Mangels an Geldmitteln nicht in der Lage, beamtete Führer einzusetzen, sondern ist zunächst auf ehrenamtlich tätige angewiesen.

Dieser Weg ist der langsamere und schwerere.

Die Führung der Bewegung muß große Gebiete unter Umständen brach liegen lassen, soferne sich nicht aus den Anhängern ein Kopf herausschält, fähig und gewillt, sich der Leitung zur Verfügung zu stellen und die Bewegung in dem betreffenden Gebiete zu organisieren und zu führen.

Es kann vorkommen, daß sich dann in großen Gebieten niemand findet, in anderen Orten dagegen wieder zwei oder gar drei annähernd gleich Fähige sind. Die Schwierigkeit, die in einer solchen Entwicklung liegt, ist groß und kann nur nach Jahren überwunden werden.

Immer aber ist und bleibt die Voraussetzung für die

Bildung einer organisatorischen Form der zu ihrer Führung fähige Kopf.

So wertlos eine Armee in all ihren organisatorischen Formen ohne Offiziere ist, so wertlos ist eine politische Organisation ohne den entsprechenden Führer.

Für die Bewegung ist das Unterlassen der Bildung einer Ortsgruppe besser als das Mißglücken ihrer Organisierung, wenn eine leitende und vorwärtstreibende Führerpersönlichkeit fehlt.

Zum Führertum selber gehört nicht nur Wille, sondern auch Fähigkeit, wobei jedoch der Willens- und Tatkraft eine größere Bedeutung zugemessen werden muß als der Genialität an sich, und am wertvollsten eine Verbindung von Fähigkeit, Entschlußkraft und Beharrlichkeit ist.

12. Die Zukunft einer Bewegung wird bedingt durch den Fanatismus, ja die Unduldsamkeit, mit der ihre Anhänger sie als die allein richtige vertreten und anderen Gebilden ähnlicher Art gegenüber durchsetzen.

Es ist der größte Fehler, zu glauben, daß die Stärke einer Bewegung zunimmt durch die Vereinigung mit einer anderen, ähnlich beschaffenen. Jede Vergrößerung auf solchem Weg bedeutet zunächst freilich eine Zunahme an äußerem Umfang und damit in den Augen oberflächlicher Betrachter auch an Macht, in Wahrheit jedoch übernimmt sie nur die Keime einer später wirksam werdenden inneren Schwächung.

Denn was immer man von der Gleichartigkeit zweier Bewegungen reden mag, so ist sie in Wirklichkeit doch nie vorhanden. Denn im anderen Falle gäbe es eben praktisch nicht zwei, sondern nur eine Bewegung. Und ganz gleich, worin die Unterschiede liegen — und wären sie nur begründet in den verschiedenen Fähigkeiten der Führung —, sie sind da. Dem Naturgesetz aller Entwicklung aber entspricht nicht das Verkuppeln zweier eben nicht gleicher Gebilde, sondern der Sieg des stärkeren und die durch den dadurch bedingten Kampf allein ermöglichte Höherzüchtung der Kraft und Stärke des Siegers.

Es mögen durch die Vereinigung zweier annähernd

gleicher politischer Parteigebilde augenblickliche Vorteile erwachsen, auf die Dauer ist doch jeder auf solche Weise gewonnene Erfolg die Ursache später auftretender innerer Schwächen.

Die Größe einer Bewegung wird ausschließlich gewährleistet durch die ungebundene Entwicklung ihrer inneren Kraft und durch deren dauernde Steigerung bis zum endgültigen Siege über alle Konkurrenten.

Ja, man kann sagen, daß ihre Stärke und damit ihre Lebensberechtigung überhaupt nur solange in Zunahme begriffen ist, solange sie den Grundsatz des Kampfes als die Voraussetzung ihres Werdens anerkennt, und daß sie in demselben Augenblick den Höhepunkt ihrer Kraft überschritten hat, in dem sich der vollkommene Sieg auf ihre Seite neigt.

Es ist mithin einer Bewegung nur nützlich, diesem Siege in einer Form nachzustreben, die zeitlich nicht zum augenblicklichen Erfolge führt, sondern die in einer durch unbedingte Unduldsamkeit herbeigeführten langen Kampfdauer auch ein langes Wachstum schenkt.

Bewegungen, die ihre Zunahme nur dem sogenannten Zusammenschluß ähnlicher Gebilde, also ihre Stärke Kompromissen verdanken, gleichen Treibhauspflanzen. Sie schießen empor, allein ihnen fehlt die Kraft, Jahrhunderten zu trotzen und schweren Stürmen zu widerstehen.

Die Größe jeder gewaltigen Organisation als Verkörperung einer Idee auf dieser Welt liegt im religiösen Fanatismus, in der sie sich unduldsam gegen alles andere, fanatisch überzeugt vom eigenen Recht, durchsetzt. Wenn eine Idee an sich richtig ist und, in solcher Weise gerüstet, den Kampf auf dieser Erde aufnimmt, ist sie unbesiegbar und jede Verfolgung wird nur zu ihrer inneren Stärkung führen.

Die Größe des Christentums lag nicht in versuchten Vergleichsverhandlungen mit etwa ähnlich gearteten philosophischen Meinungen der Antike, sondern in der unerbittlichen fanatischen Verkündung und Vertretung der eigenen Lehre.

Der scheinbare Vorsprung, den Bewegungen durch Zu-

sammenschlüsse erreichen, wird reichlich eingeholt durch die dauernde Zunahme der Kraft einer unabhängig bleibenden, sich selbst verfechtenden Lehre und ihrer Organisation.

13. Die Bewegung hat grundsätzlich ihre Mitglieder so zu erziehen, daß sie im Kampfe nicht etwas lässig Auferzogenes, sondern das selbst Erstrebte erblicken. Sie haben die Feindschaft der Gegner mithin nicht zu fürchten, sondern als Voraussetzung zur eigenen Daseinsberechtigung zu empfinden. Sie haben den Haß der Feinde unseres Volkstums und unserer Weltanschauung und seine Äußerungen nicht zu scheuen, sondern zu ersehnen. Zu den Äußerungen dieses Hasses aber gehört auch Lüge und Verleumdung.

Wer in den jüdischen Zeitungen nicht bekämpft, also verleumdet und verlästert wird, ist kein anständiger Deutscher und kein wahrer Nationalsozialist. Der beste Gradmesser für den Wert seiner Gesinnung, die Aufrichtigkeit seiner Überzeugung und die Kraft seines Wollens ist die Feindschaft, die ihm von seiten des Todfeindes unseres Volkes entgegengebracht wird.

Die Anhänger der Bewegung und in weiterem Sinne das ganze Volk müssen immer und immer wieder darauf hingewiesen werden, daß der Jude in seinen Zeitungen stets lügt, und daß selbst eine einmalige Wahrheit nur zur Deckung einer größeren Fälschung bestimmt und damit selber wieder gewollte Unwahrheit ist. Der Jude ist der große Meister im Lügen, und Lug und Trug sind seine Waffen im Kampfe.

Jede jüdische Verleumdung und jede jüdische Lüge ist eine Ehrennarbe am Körper unserer Kämpfer.

Wen sie am meisten verlästern, der steht uns am nächsten, und wen sie am tödlichsten hassen, der ist unser bester Freund.

Wer des Morgens die jüdische Zeitung ergreift, ohne sich in ihr verleumdet zu sehen, hat den vergangenen Tag nicht nützlich verwertet; denn wäre es so, würde er vom Juden verfolgt, gelästert, verleumdet, beschimpft, beschmutzt werden. Und nur wer diesem Todfeind unseres Volkstums und jeder arischen Menschheit und Kultur am wirksamsten

gegenübertritt, darf erwarten, die Verleumdungen dieser Rasse und damit den Kampf dieses Volkes auch gegen sich gerichtet zu sehen.

Wenn diese Grundsätze in Fleisch und Blut unserer Anhänger übergehen, wird die Bewegung unerschütterlich und unbesiegbar werden.

14. Die Bewegung hat die Achtung vor der Person mit allen Mitteln zu fördern; hat nie zu vergessen, daß im persönlichen Wert der Wert alles Menschlichen liegt, daß jede Idee und jede Leistung das Ergebnis der schöpferischen Kraft eines Menschen ist, und daß die Bewunderung vor der Größe nicht nur einen Dankeszoll an diese darstellt, sondern auch ein einigendes Band um die Dankenden schlingt.

Die Person ist nicht zu ersetzen; sie ist es besonders dann nicht, wenn sie nicht das mechanische, sondern das kulturell-schöpferische Element verkörpert. So wenig ein berühmter Meister ersetzt werden kann und ein anderer die Vollendung seines halbfertig hinterlassenen Gemäldes zu übernehmen vermag, so wenig ist der große Dichter und Denker, der große Staatsmann und der große Feldherr zu ersetzen. Denn deren Tätigkeit liegt immer auf dem Gebiete der Kunst; sie ist nicht mechanisch anerzogen, sondern durch göttliche Gnade angeboren.

Die größten Umwälzungen und Errungenschaften dieser Erde, ihre größten kulturellen Leistungen, die unsterblichen Taten auf dem Gebiete der Staatskunst usw., sie sind für ewig unzertrennbar verknüpft mit einem Namen und werden durch ihn repräsentiert. Der Verzicht auf die Huldigung vor einem großen Geist bedeutet den Verlust einer immensen Kraft, die aus den Namen aller großen Männer und Frauen strömt.

Dies weiß am besten der Jude. Gerade er, dessen Größen nur groß sind in der Zerstörung der Menschheit und ihrer Kultur, sorgt für ihre abgöttische Bewunderung. Nur die Verehrung der Völker für ihre eigenen Geister versucht er als unwürdig hinzustellen und stempelt sie zum „Personenkult“.

Sobald ein Volk so feige wird, dieser jüdischen Anmaßung und Frechheit zu unterliegen, verzichtet es auf die gewaltigste Kraft, die es besitzt; denn diese beruht nicht in der Achtung vor der Masse, sondern in der Verehrung des Genies und in der Erhebung und Erbauung an ihm.

Wenn Menschenherzen brechen und Menschenseelen verzweifeln, dann blicken aus dem Dämmerlicht der Vergangenheit die großen Überwinder von Not und Sorge, von Schmach und Elend, von geistiger Unfreiheit und körperlichem Zwange auf sie hernieder und reichen den verzagenden Sterblichen ihre ewigen Hände!

Wehe dem Volke, das sich schämt, sie zu erfassen!

*

In der ersten Zeit des Werdens unserer Bewegung hatten wir unter nichts so sehr zu leiden wie unter der Bedeutungslosigkeit, dem Nichtbekanntsein unserer Namen und dem dadurch allein schon in Frage gestellten Erfolg. Das schwerste in dieser ersten Zeit, da sich oft nur sechs, sieben und acht Köpfe zusammenfanden, um den Worten eines Redners zu lauschen, war, in diesem kleinsten Kreise den Glauben an die gewaltige Zukunft der Bewegung zu erwecken und zu erhalten.

Man bedenke, daß sich sechs oder sieben Männer, lauter namenlose, arme Teufel zusammenschließen mit der Absicht, eine Bewegung zu bilden, der es dereinst gelingen soll, was bisher den gewaltigen, großen Massenparteien mißlang, die Wiederaufrichtung eines Deutschen Reiches erhöhter Macht und Herrlichkeit. Hätte man uns damals angegriffen, ja, hätte man uns auch nur verlacht, wir wären glücklich gewesen in beiden Fällen. Denn das Niederdrükkende lag nur in der vollständigen Nichtbeachtung, die wir damals fanden, und unter der ich am meisten damals litt.

Als ich in den Kreis der paar Männer eintrat, konnte weder von einer Partei noch von einer Bewegung die Rede sein. Ich habe meine Eindrücke anläßlich meines ersten Zusammentreffens mit diesem kleinen Gebilde schon

geschildert. Ich hatte in den damals folgenden Wochen dann Zeit und Gelegenheit, die zunächst unmögliche Erscheinung dieser sogenannten Partei zu studieren. Das Bild war, wahrhaftiger Gott, ein beklemmend niederdrückendes. Es war nichts, aber auch schon rein gar nichts vorhanden. Der Name einer Partei, deren Ausschuß praktisch die ganze Mitgliedschaft repräsentierte, die so oder so das war, was sie zu bekämpfen versuchte, ein Parlament im kleinsten. Auch hier herrschte die Abstimmung, und wenn sich die großen Parlamente wenigstens noch über größere Probleme monatelang die Kehlen heiser schreien, in diesem kleinen Zirkel ging schon über die Beantwortung eines glücklich eingelaufenen Briefes endloses Zwiegespräch los!

Die Öffentlichkeit wußte von dem allen natürlich überhaupt nichts. Kein Mensch in München kannte die Partei auch nur dem Namen nach, außer ihren paar Anhängern und den wenigen Bekannten derselben.

Jeden Mittwoch fand in einem Münchener Café eine sogenannte Ausschußsitzung statt, einmal in der Woche ein Sprechabend. Da die gesamte Mitgliedschaft der „Bewegung“ zunächst im Ausschuß vertreten war, waren die Personen natürlich immer dieselben. Es mußte sich jetzt darum handeln, endlich den kleinen Zirkel zu sprengen, neue Anhänger zu gewinnen, vor allem aber den Namen der Bewegung um jeden Preis bekanntzumachen.

Wir bedienten uns dabei folgender Technik:

In jedem Monat, später alle vierzehn Tage, versuchten wir eine „Versammlung“ abzuhalten. Die Einladungen hierzu wurden auf einer Schreibmaschine oder zum Teil auch mit der Hand auf Zettel geschrieben und die ersten Male von uns selber verteilt bzw. ausgetragen. Jeder wendete sich an seinen Bekanntenkreis, um den einen oder anderen zu bewegen, eine dieser Veranstaltungen zu besuchen.

Der Erfolg war ein jämmerlicher.

Ich erinnere mich noch, wie ich selber in dieser ersten Zeit einmal an die achtzig dieser Zettel ausgetragen hatte, und wie wir nun am Abend auf die Volksmassen warteten, die da kommen sollten.

Mit einstündiger Verspätung mußte endlich der „Vorsitzende“ die „Versammlung“ eröffnen. Wir waren wieder sieben Mann, die alten Sieben.

Wir gingen dazu über, die Einladungszettel in einem Münchner Schreibwarengeschäft auf der Maschine schreiben und vervielfältigen zu lassen. Der Erfolg bestand bei der nächsten Versammlung in einigen Zuhörern mehr. So stieg die Zahl langsam von elf auf dreizehn, endlich auf siebzehn, auf dreiundzwanzig, auf vierunddreißig Zuhörer.

Durch ganz kleine Geldsammlungen im Kreise von uns armen Teufeln wurden die Mittel aufgebracht, um endlich eine Versammlung durch eine Anzeige des damals unabhängigen „Münchener Beobachters“ in München ankündigen lassen zu können. Der Erfolg war dieses Mal allerdings erstaunlich. Wir hatten die Versammlung im Münchener Hofbräuhauskeller angesetzt (nicht zu verwechseln mit dem Münchener Hofbräuhaus-Festsaal), einem kleinen Saal von knapp einhundertdreißig Personen Fassungsraum. Mir selber erschien der Raum wie eine große Halle, und jeder von uns bangte, ob es gelingen würde, an dem betreffenden Abend dieses „mächtige“ Gebäude mit Menschen zu füllen.

Um sieben Uhr waren einhundertelf Personen anwesend, und die Versammlung wurde eröffnet.

Ein Münchener Professor hielt das Hauptreferat, und ich sollte als Zweiter zum ersten Male öffentlich sprechen.

Dem damaligen ersten Vorsitzenden der Partei, Herrn Harrer, erschien die Sache als ein großes Wagnis. Der sonst sicherlich redliche Herr hatte nun einmal die Überzeugung, daß ich wohl verschiedenes könnte, aber nur nicht reden. Von dieser Meinung war er auch in der Folgezeit nicht abzubringen.

Die Sache kam anders. Mir waren in dieser ersten als öffentlich anzusprechenden Versammlung zwanzig Minuten Redezeit zugebilligt worden.

Ich sprach dreißig Minuten, und was ich früher, ohne es irgendwie zu wissen, einfach innerlich gefühlt hatte, wurde nun durch die Wirklichkeit bewiesen: ich konnte reden! Nach

dreißig Minuten waren die Menschen in dem kleinen Raum elektrisiert, und die Begeisterung äußerte sich zunächst darin, daß mein Appell an die Opferwilligkeit der Anwesenden zur Spende von dreihundert Mark führte. Damit aber war eine große Sorge von uns genommen. Die finanzielle Beschränkung war ja in dieser Zeit so groß, daß wir nicht einmal die Möglichkeit besaßen, für die Bewegung Leitsätze drucken zu lassen oder gar Flugblätter herauszugeben. Nun war der Grundstock gelegt zu einem kleinen Fonds, aus dem dann wenigstens das Notdürftigste und Notwendigste bestritten werden konnte.

Allein auch in einer anderen Hinsicht war der Erfolg dieser ersten größeren Versammlung bedeutend.

Ich hatte damals begonnen, dem Ausschuß eine Anzahl frischer junger Kräfte zuzuführen. Während meiner langjährigen Militärzeit hatte ich eine größere Menge treuer Kameraden kennengelernt, die nun langsam auf Grund meines Zuredens in die Bewegung einzutreten begannen. Es waren lauter tatkräftige junge Menschen, an Disziplin gewöhnt und von ihrer Dienstzeit her in dem Grundsatz aufgewachsen: Unmöglich ist gar nichts, und es geht alles, wenn man will.

Wie nötig aber ein solcher Blutzufluß war, konnte ich selber schon nach wenigen Wochen Mitarbeit erkennen.

Der damalige erste Vorsitzende der Partei, Herr Harrer, war eigentlich Journalist und als solcher sicher umfassend gebildet. Doch hatte er eine für einen Parteiführer außerordentlich schwere Belastung: er war kein Redner für die Masse. So peinlich gewissenhaft und genau seine Arbeit an sich war, so fehlte ihr jedoch — vielleicht gerade infolge der fehlenden, großen rednerischen Begabung — auch der größere Schwung. Herr Drexler, damals Vorsitzender der Ortsgruppe München, war einfacher Arbeiter, als Redner ebenfalls wenig bedeutend, im übrigen aber kein Soldat. Er hatte nicht beim Heer gedient, war auch während des Krieges nicht Soldat, so daß ihm, der seinem ganzen Wesen nach an sich schwächlich und unsicher war, die einzige Schule fehlte, die es fertigbringen konnte, aus unsicheren und

weichlichen Naturen Männer zu machen. So waren beide Männer nicht aus einem Holz geschnitzt, das sie befähigt hätte, nicht nur den fanatischen Glauben an den Sieg einer Bewegung im Herzen zu tragen, sondern auch mit unerschütterlicher Willensenergie und, wenn nötig, mit brutalster Rücksichtslosigkeit die Widerstände zu beseitigen, die sich dem Emporsteigen der neuen Idee in die Wege stellen mochten. Dazu paßten nur Wesen, in denen sich Geist und Körper jene militärischen Tugenden zu eigen gemacht hatten, die man vielleicht am besten so bezeichnen kann: Flink wie Windhunde, zäh wie Leder und hart wie Kruppstahl.

Ich war damals selber noch Soldat. Mein Äußeres und Inneres war nahezu sechs Jahre lang geschliffen worden, so daß ich zunächst in diesem Kreise wohl als fremd empfunden werden mußte. Auch ich hatte das Wort verlernt: Das geht nicht, oder das wird nicht gehen; das darf man nicht wagen, das ist noch zu gefährlich usw.

Denn gefährlich war die Sache natürlich. Im Jahre 1920 war in vielen Gegenden Deutschlands eine nationale Versammlung, die es wagte, ihren Appell an die breiten Massen zu richten und öffentlich zu ihrem Besuche einzuladen, einfach unmöglich. Die Teilnehmer an einer solchen wurden mit blutigen Köpfen auseinandergeschlagen und verjagt. Viel gehörte freilich zu einem solchen Kunststück nicht: pflegte doch die größte sogenannte bürgerliche Massenversammlung vor einem Dutzend Kommunisten auseinanderzulaufen und auszureißen wie die Hasen vor dem Hunde. Doch so wenig die Roten von einem solchen bürgerlichen Träträklub Notiz nahmen, dessen innere Harmlosigkeit und damit Ungefährlichkeit für sich selbst sie besser kannten als dessen Mitglieder selber, so entschlossen waren sie aber, eine Bewegung mit allen Mitteln zu erledigen, die ihnen gefährlich schien — das Wirksamste in solchen Fällen bildete jedoch zu allen Zeiten der Terror, die Gewalt.

Am verhaßtesten aber mußte den marxistischen Volksbetrügern eine Bewegung sein, deren ausgesprochenes Ziel die Gewinnung derjenigen Masse war, die bisher im

ausschließlichen Dienste der internationalen marxistischen Juden- und Börsenparteien stand. Schon der Titel „Deutsche Arbeiterpartei" wirkte aufreizend. So konnte man sich leicht vorstellen, daß bei der ersten passenden Gelegenheit die Auseinandersetzung mit den damals noch siegestrunkenen marxistischen Antreibern beginnen würde.

Im kleinen Kreis der damaligen Bewegung hatte man von einem solchen Kampf denn auch eine gewisse Angst. Man wollte möglichst wenig an die Öffentlichkeit treten, aus Furcht, geschlagen zu werden. Man sah die erste große Versammlung im Geiste schon gesprengt und die Bewegung dann vielleicht für immer erledigt. Ich hatte einen schweren Stand mit meiner Auffassung, daß man diesem Kampf nicht ausweichen, sondern daß man ihm entgegentreten und sich deshalb diejenige Rüstung zulegen müsse, die allein den Schutz vor der Gewalt gewährt. Terror bricht man nicht durch Geist, sondern durch Terror. Der Erfolg der ersten Versammlung stärkte in dieser Richtung meine Stellung. Man bekam Mut zu einer zweiten, schon etwas größer aufgezogenen.

Etwa im Oktober 1919 fand im Eberlbräukeller die zweite größere Versammlung statt. Thema: Brest-Litowsk und Versailles. Als Redner traten vier Herren auf. Ich selber sprach nahezu eine Stunde, und der Erfolg war größer als bei der ersten Kundgebung. Die Besucherzahl war auf über einhundertdreißig gestiegen. Ein Störungsversuch wurde durch meine Kameraden sofort im Keime erstickt. Die Unruhestifter flogen mit zerbeulten Köpfen die Treppe hinunter.

Vierzehn Tage darauf fand eine weitere Versammlung im gleichen Saale statt. Die Besucherzahl war auf über einhundertsiebzig gestiegen — eine gute Besetzung des Raumes. Ich hatte wieder gesprochen, und wieder war der Erfolg größer als bei der vorhergegangenen Versammlung.

Ich drängte nach einem größeren Saal. Endlich fanden wir einen solchen am anderen Ende der Stadt im „Deutschen Reich" an der Dachauer Straße. Die erste Versammlung im neuen Raum war schwächer besucht als die vorher-

gegangene: knapp einhundertvierzig Personen. Im Ausschuß begann die Hoffnung wieder zu sinken, und die ewigen Zweifler glaubten, als Ursache des schlechten Besuches die zu häufige Wiederholung unserer „Kundgebungen" ansehen zu müssen. Es gab heftige Auseinandersetzungen, in denen ich den Standpunkt vertrat, daß eine Siebenhunderttausend-Einwohner-Stadt nicht nur alle vierzehn Tage eine, sondern jede Woche zehn Versammlungen vertragen müßte, daß man sich durch Rückschläge nicht irre machen lassen dürfte, daß die eingeschlagene Bahn die richtige sei, und daß früher oder später bei immer gleichbleibender Beharrlichkeit der Erfolg kommen müsse. Überhaupt war diese ganze Zeit des Winters 1919/20 ein einziger Kampf, das Vertrauen in die siegende Gewalt der jungen Bewegung zu stärken und zu jenem Fanatismus zu steigern, der als Glaube dann Berge zu versetzen vermag.

Die nächste Versammlung im gleichen Saale gab mir schon wieder recht. Die Zahl der Besucher war auf über zweihundert gestiegen, der äußere sowohl als der finanzielle Erfolg glänzend.

Ich trieb zur sofortigen Ansetzung einer weiteren Veranstaltung. Sie fand kaum vierzehn Tage später statt und die Zuhörermenge stieg auf über zweihundertsiebzig Köpfe.

Vierzehn Tage später riefen wir zum siebten Male Anhänger und Freunde der jungen Bewegung zusammen, und derselbe Raum konnte die Menschen nur mehr schwer fassen, es waren über vierhundert geworden.

In dieser Zeit erfolgte die innere Formgebung der jungen Bewegung. Es gab dabei in dem kleinen Kreis manches Mal mehr oder weniger heftige Auseinandersetzungen. Von verschiedenen Seiten — wie auch heute, so schon damals — wurde die Bezeichnung der jungen Bewegung als Partei bekrittelt. Ich habe in einer solchen Auffassung immer nur den Beweis für die praktische Unfähigkeit und geistige Kleinheit des Betreffenden gesehen. Es waren und sind immer die Menschen, die Äußeres von Innerem nicht zu unterscheiden vermögen und die den Wert einer Bewegung nach möglichst schwulstig klingenden Bezeichnungen abzu-

schätzen versuchen, wobei zu allem Unglück der Wortschatz unserer Urväter am meisten herhalten muß.

Es war damals schwer, den Leuten begreiflich zu machen, daß jede Bewegung, solange sie nicht den Sieg ihrer Ideen und damit ihr Ziel erreicht hat, Partei ist, auch wenn sie sich tausendmal einen anderen Namen beilegt.

Wenn irgendein Mensch einen kühnen Gedanken, dessen Verwirklichung im Interesse seiner Mitmenschen nützlich erscheint, zur praktischen Durchführung bringen will, so wird er sich zunächst Anhänger zu suchen haben, die bereit sind, für seine Absichten einzutreten. Und wenn diese Absicht nur darin bestünde, das zur Zeit bestehende Parteiwesen zu vernichten, die Zersplitterung zu beenden, so sind die Vertreter dieser Anschauung und Verkünder dieses Entschlusses eben selber Partei, solange, bis nicht das Ziel errungen ist. Es ist Wortklauberei und Spiegelfechterei, wenn irgendein bezopfter völkischer Theoretiker, dessen praktische Erfolge im umgekehrten Verhältnis zu seiner Weisheit stehen, sich einbildet, den Charakter, den jede junge Bewegung als Partei besitzt, zu ändern durch eine Änderung ihrer Bezeichnung.

Im Gegenteil.

Wenn irgend etwas unvölkisch ist, dann ist es dieses Herumwerfen mit besonders altgermanischen Ausdrücken, die weder in die heutige Zeit passen noch etwas Bestimmtes vorstellen, sondern leicht dazu führen können, die Bedeutung einer Bewegung im äußeren Sprachschatz derselben zu sehen. Das ist ein wahrer Unfug, den man aber heute unzählige Male beobachten kann.

Überhaupt habe ich schon damals und auch in der Folgezeit immer wieder vor jenen deutschvölkischen Wanderscholaren warnen müssen, deren positive Leistung immer gleich Null ist, deren Einbildung aber kaum übertroffen zu werden vermag. Die junge Bewegung mußte und muß sich vor einem Zustrom an Menschen hüten, deren einzige Empfehlung zumeist in ihrer Erklärung liegt, daß sie schon dreißig oder gar vierzig Jahre lang für die gleiche Idee gekämpft hätten. Wer aber vierzig Jahre lang für eine

sogenannte Idee eintritt, ohne selbst den geringsten Erfolg herbeiführen zu können, ja ohne den Sieg des Gegenteils verhindert zu haben, hat den Wahrheitsbeweis für die eigene Unfähigkeit in vierzigjähriger Tätigkeit erbracht. Das Gefährliche liegt vor allem darin, daß solche Naturen sich nicht als Glieder in die Bewegung einfügen wollen, sondern von Führerkreisen faseln, in denen sie auf Grund ihrer uralten Tätigkeit allein eine passende Stelle zur weiteren Betätigung zu erblicken vermögen. Wehe aber, wenn man solchen Leuten eine junge Bewegung ausliefert! So wenig ein Geschäftsmann, der in vierzigjähriger Tätigkeit ein großes Geschäft konsequent vernichtete, zum Begründer eines neuen taugt, so wenig paßt ein völkischer Methusalem, der in eben dieser Zeit eine große Idee verkorkste und zum Verkalken brachte, zur Führung einer neuen, jungen Bewegung!

Im übrigen kommen alle diese Menschen nur zu einem Bruchteil in die neue Bewegung, um ihr zu dienen und der Idee der neuen Lehre zu nützen, in den meisten Fällen aber, um unter ihrem Schutze oder durch die Möglichkeiten, die sie bietet, die Menschheit noch einmal mit ihren eigenen Ideen unglücklich zu machen. Was aber das für Ideen sind, läßt sich nur schwer wiedergeben.

Es ist das Charakteristische dieser Naturen, daß sie von altgermanischem Heldentum, von grauer Vorzeit, Steinäxten, Ger und Schild schwärmen, in Wirklichkeit aber die größten Feiglinge sind, die man sich vorstellen kann. Denn die gleichen Leute, die mit altdeutschen, vorsorglich nachgemachten Blechschwertern in den Lüften herumfuchteln, ein präpariertes Bärenfell mit Stierhörnern über dem bärtigen Haupte, predigen für die Gegenwart immer nur den Kampf mit geistigen Waffen und fliehen vor jedem kommunistischen Gummiknüppel eiligst von dannen. Die Nachwelt wird einmal wenig Veranlassung besitzen, ihr eigenes Heldendasein in einem neuem Epos zu verherrlichen.

Ich habe diese Leute zu gut kennengelernt, um nicht vor ihrer elenden Schauspielerei den tiefsten Ekel zu empfinden. Auf die breite Masse aber wirken sie lächerlich,

und der Jude hat allen Grund, diese völkischen Komödianten zu schonen, sie sogar den wirklichen Verfechtern eines kommenden deutschen Staates vorzuziehen. Dabei sind diese Menschen noch maßlos eingebildet, wollen, trotz aller Beweise ihrer vollkommenen Unfähigkeit, alles besser verstehen und werden zu einer wahren Plage für alle geradlinigen und ehrlichen Kämpfer, denen Heldentum nicht nur in der Vergangenheit verehrungswürdig erscheint, sondern die sich auch bemühen, der Nachwelt durch eigenes Handeln ein gleiches Bild zu geben.

Auch läßt es sich oft nur schwer unterscheiden, wer von diesen Leuten aus innerer Dummheit oder Unfähigkeit handelt, oder wer aus bestimmten Gründen nur so tut. Besonders bei den sogenannten religiösen Reformatoren auf altgermanischer Grundlage habe ich immer die Empfindung, als seien sie von jenen Mächten geschickt, die den Wiederaufstieg unseres Volkes nicht wünschen. Führt doch ihre ganze Tätigkeit das Volk vom gemeinsamen Kampf gegen den gemeinsamen Feind, den Juden, weg, um es statt dessen seine Kräfte in ebenso unsinnigen wie unseligen inneren Religionsstreitigkeiten verzehren zu lassen. Gerade aus diesen Gründen aber ist die Aufrichtung einer starken Zentralgewalt im Sinne der unbedingten Autorität der Führung in der Bewegung nötig. Nur durch sie allein kann solchen verderblichen Elementen das Handwerk gelegt werden. Allerdings sind aus diesem Grunde die größten Feinde einer einheitlichen, stramm geführten und geleiteten Bewegung auch in den Kreisen dieser völkischen Ahasvere zu finden. Sie hassen in der Bewegung die Macht, die ihrem Unfug steuert.

Nicht umsonst hat die junge Bewegung sich einst auf ein bestimmtes Programm festgelegt und das Wort „völkisch" dabei nicht verwendet. Der Begriff völkisch ist infolge seiner begrifflichen Unbegrenztheit keine mögliche Grundlage für eine Bewegung und bietet keinen Maßstab für die Zugehörigkeit zu einer solchen. Je undefinierbarer dieser Begriff praktisch ist, je mehr und umfangreichere Deutungen er zuläßt, um so mehr steigt aber auch die Möglichkeit, sich auf

ihn zu berufen. Die Einschiebung eines derartig unbestimmbaren und so vielseitig auslegbaren Begriffes in den politischen Kampf führt zur Aufhebung jeder strammen Kampfgemeinschaft, da diese es nicht verträgt, dem einzelnen die Bestimmung seines Glaubens und Wollens selbst zu überlassen.

Es ist auch schandbar, wer sich heute alles mit dem Wort „völkisch“ auf der Kappe herumtreibt, wieviel Leute ihre eigene Auffassung über diesen Begriff haben. Ein bekannter Professor in Bayern, ein berühmter Kämpfer mit geistigen Waffen und reich an ebenso geistigen Marschleistungen nach Berlin, setzt den Begriff völkisch monarchischer Einstellung gleich. Das gelahrte Haupt hat freilich bisher vergessen, die Identität unserer deutschen Monarchien der Vergangenheit mit einer völkischen Auffassung von heute näher zu erklären. Ich fürchte auch, daß dies dem Herrn schwer gelingen würde. Denn etwas Unvölkischeres als die meisten deutschen monarchischen Staatsgebilde kann man sich gar nicht vorstellen. Wäre es anders, sie wären nie verschwunden, oder aber ihr Verschwinden böte den Beweis für die Unrichtigkeit der völkischen Weltanschauung.

So legt jeder diesen Begriff aus, wie er es eben versteht. Als Grundlage aber für eine politische Kampfbewegung kann eine solche Vielfältigkeit der Meinungen nicht in Frage kommen.

Von der Weltfremdheit und besonders der Unkenntnis der Volksseele dieser völkischen Johannesse des zwanzigsten Jahrhunderts will ich dabei ganz absehen. Sie wird genügend illustriert durch die Lächerlichkeit, mit der sie von links behandelt werden. Man läßt sie schwätzen und lacht sie aus.

Wer es aber auf dieser Welt nicht fertigbringt, von seinen Gegnern gehaßt zu werden, scheint mir als Freund nicht viel wert zu sein. Und so war auch die Freundschaft dieser Menschen für unsere junge Bewegung nicht nur wertlos, sondern immer nur schädlich, und es war auch der Hauptgrund, warum wir erstens den Namen „Partei“ wählten — wir durften hoffen, daß dadurch allein schon ein

ganzer Schwarm dieser völkischen Schlafwandler von uns zurückgescheucht würde —, und warum wir uns zweitens als Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei bezeichneten.

Der erste Ausdruck brachte uns die Altertumsschwärmer vom Leibe, die Wortmenschen und äußerlichen Sprücheklopfer der sogenannten „völkischen Idee“, der zweite aber befreite uns von dem ganzen Troß der Ritter mit dem „geistigen“ Schwert, all den Jammerlappen, die die „geistige Waffe“ als Schutzschild vor ihre tatsächliche Feigheit halten.

Es versteht sich von selbst, daß wir in der Folgezeit besonders von diesen letzteren am schwersten angegriffen wurden, natürlich nicht tätlich, sondern nur mit der Feder, wie dies von einem solchen völkischen Gänsekiel ja nicht anders zu erwarten ist. Für sie hatte freilich unser Grundsatz „Wer uns mit Gewalt entgegentritt, dessen erwehren wir uns mit Gewalt“ etwas Unheimliches an sich. Sie warfen uns nicht nur die rohe Anbetung des Gummiknüttels, sondern den mangelnden Geist an sich auf das eindringlichste vor. Daß in einer Volksversammlung ein Demosthenes zum Schweigen gebracht werden kann, wenn nur fünfzig Idioten, gestützt auf ihr Mundwerk und ihre Fäuste, ihn nicht sprechen lassen wollen, berührt einen solchen Quacksalber allerdings nicht im geringsten. Die angeborene Feigheit läßt ihn nie in eine solche Gefahr geraten. Denn er arbeitet nicht „lärmend“ und „aufdringlich“, sondern im „Stillen“.

Ich kann auch heute unsere junge Bewegung nicht genug davor warnen, in das Netz dieser sogenannten „stillen Arbeiter“ zu kommen. Sie sind nicht nur Feiglinge, sondern auch immer Nichtskönner und Nichtstuer. Ein Mensch, der eine Sache weiß, eine gegebene Gefahr kennt, die Möglichkeit einer Abhilfe mit seinen Augen sieht, hat die verdammte Pflicht und Schuldigkeit, nicht im „Stillen“ zu arbeiten, sondern vor aller Öffentlichkeit gegen das Übel auf- und für seine Heilung einzutreten. Tut er das nicht, dann ist er ein pflichtvergessener, elender Schwächling, der entweder aus Feigheit versagt oder aus Faulheit und

Unvermögen. Der Großteil dieser „stillen Arbeiter" aber tut meistens nur so, als ob er weiß Gott was wüßte. Sie alle können nichts, versuchen aber die ganze Welt mit ihren Kunststücken zu bemogeln; sie sind faul, erwecken aber mit ihrer behaupteten „stillen" Arbeit den Eindruck einer ebenso enormen wie emsigen Tätigkeit, kurz und gut, sie sind Schwindler, politische Schiebernaturen, denen die ehrliche Arbeit der anderen verhaßt ist. Sobald solch ein völkischer Nachtfalter sich auf den Wert der „Stille" beruft, kann man tausend gegen eins wetten, daß er in ihr nicht produziert, sondern stiehlt, stiehlt von den Früchten der Arbeit anderer.

Dazu kommt noch die Arroganz und eingebildete Frechheit, mit der dieses praktisch faulenzende, lichtscheue Gesindel über die Arbeit anderer herfällt, von oben herunter zu bekritteln versucht und so in Wahrheit den Todfeinden unseres Volkstums hilft.

Jeder letzte Agitator, der den Mut besitzt, auf dem Wirtstisch unter seinen Gegnern stehend, männlich und offen seine Anschauung zu vertreten, leistet mehr als tausend dieser verlogenen, heimtückischen Duckmäuser. Er wird sicherlich den einen oder den anderen bekehren und für die Bewegung gewinnen können. Man wird seine Leistung überprüfen und am Erfolg die Wirkung seines Tuns festzustellen vermögen. Nur die feigen Schwindler, die ihre Arbeit in der „Stille" preisen und sich mithin in den Schutzmantel einer zu verachtenden Anonymität hüllen, taugen zu gar nichts und dürfen im wahrsten Sinne des Wortes als Drohnen bei der Wiedererhebung unseres Volkes gelten.

*

Anfang des Jahres 1920 trieb ich zur Abhaltung der ersten ganz großen Massenversammlung. Darüber kam es zu Meinungsverschiedenheiten. Einige führende Parteimitglieder hielten die Sache für viel zu verfrüht und damit in der Wirkung für verhängnisvoll. Die rote Presse hatte sich mit uns zu beschäftigen angefangen, und wir waren glücklich genug, allmählich ihren Haß zu erringen. Wir

hatten begonnen, als Diskussionsredner in anderen Versammlungen aufzutreten. Natürlich wurde jeder von uns sofort niedergeschrien. Allein ein Erfolg war doch vorhanden. Man lernte uns kennen, und in eben dem Maße, in dem sich diese Kenntnis vertiefte, stiegen die Abneigung und Wut gegen uns. So durften wir also wohl darauf hoffen, bei unserer ersten großen Massenversammlung den Besuch unserer Freunde aus dem roten Lager in größtem Umfang zu erhalten.

Auch ich war mir klar darüber, daß die Wahrscheinlichkeit einer Sprengung groß war. Allein der Kampf mußte eben ausgetragen werden, wenn nicht jetzt, dann einige Monate später. Es lag ganz bei uns, schon am ersten Tage die Bewegung durch blindes, rücksichtsloses Einstehen für sie zu verewigen. Ich kannte vor allem die Mentalität der Anhänger der roten Seiten nur zu gut, um nicht zu wissen, daß ein Widerstand bis zum äußersten am ehesten nicht nur Eindruck erweckt, sondern auch Anhänger gewinnt. Zu diesem Widerstand mußte man eben entschlossen sein.

Der damalige erste Vorsitzende der Partei, Herr Harrer, glaubte meinen Ansichten in bezug auf den gewählten Zeitpunkt nicht beipflichten zu können und trat in der Folge als ehrlicher, aufrechter Mann von der Führung der Bewegung zurück. An seine Stelle rückte Herr Anton Drexler vor. Ich selber hatte mir die Organisation der Propaganda vorbehalten und führte diese nun auch rücksichtslos durch.

So wurde als Termin für die Abhaltung dieser ersten großen Volksversammlung der noch unbekannten Bewegung der 24. Februar 1920 bestimmt.

Die Vorbereitungen leitete ich persönlich. Sie waren sehr kurz. Überhaupt wurde der ganze Apparat darauf eingestellt, blitzschnelle Entscheidungen treffen zu können. Zu Tagesfragen sollte in Form von Massenversammlungen innerhalb vierundzwanzig Stunden Stellung genommen werden. Die Ankündigung derselben sollte durch Plakate und Flugblätter stattfinden, deren Tendenz nach jenen Gesichtspunkten bestimmt wurde, die ich in meiner Ab-

handlung über Propaganda in groben Umrissen schon niedergelegt habe. Wirkung auf die breite Masse, Konzentration auf wenige Punkte, immerwährende Wiederholung derselben, selbstsichere und selbstbewußte Fassung des Textes in den Formen einer apodiktischen Behauptung, größte Beharrlichkeit in der Verbreitung und Geduld im Erwarten der Wirkung.

Als Farbe wurde grundsätzlich Rot gewählt, sie ist die aufpeitschendste und mußte unsere Gegner am meisten empören und aufreizen und uns ihnen dadurch so oder so zur Kenntnis und in Erinnerung bringen.

In der Folgezeit zeigte sich auch in Bayern die innere Verbrüderung zwischen Marxismus und Zentrum als politischer Partei am klarsten in der Sorge, mit der die hier regierende Bayerische Volkspartei die Wirkung unserer Plakate auf die roten Arbeitermassen abzuschwächen und später zu unterbinden versuchte. Fand die Polizei kein anderes Mittel, dagegen einzuschreiten, dann mußten zum Schluß „Verkehrsrücksichten" herhalten, bis man endlich dem inneren, stillen, roten Bundesgenossen zuliebe unter fördernder Beihilfe einer sogenannten Deutschnationalen Volkspartei diese Plakate, die Hunderttausende von internationalen, verhetzten und verführten Arbeitern dem deutschen Volkstum wiedergegeben hatten, gänzlich verbot. Diese Plakate — der ersten und zweiten Auflage dieses Buches als Anhang beigefügt — können am besten das gewaltige Ringen belegen, das die junge Bewegung in dieser Zeit ausfocht. Sie werden aber auch vor der Nachwelt Zeugnis ablegen für das Wollen und die Aufrichtigkeit unserer Gesinnung und die Willkür sogenannter nationaler Behörden in der Unterbindung einer ihnen unbequemen Nationalisierung und damit Wiedergewinnung breiter Massen unseres Volkstums.

Sie werden auch die Meinung zerstören helfen, als ob sich in Bayern eine nationale Regierung an sich befände, und vor der Nachwelt noch dokumentieren, daß das nationale Bayern der Jahre 1919, 1920, 1921, 1922 und 1923 nicht etwa das Ergebnis einer nationalen Regierung war,

sondern diese nur gezwungenerweise Rücksicht nehmen mußte auf ein allmählich national fühlendes Volk.

Die Regierungen selber taten alles, um diesen Gesundungsprozeß zu unterbinden und unmöglich zu machen.

Zwei Männer nur muß man dabei ausnehmen:

Der damalige Polizeipräsident Ernst Pöhner und sein treuer Berater, Oberamtmann Frick, waren die einzigen höheren Staatsbeamten, die schon damals den Mut besaßen, erst Deutsche und dann Beamte zu sein. An verantwortlicher Stelle war Ernst Pöhner der einzige, der nicht um die Gunst der Massen buhlte, sondern sich seinem Volkstum verantwortlich fühlte und bereit war, für die Wiederauferstehung des von ihm über alles geliebten deutschen Volkes alles, auch, wenn nötig, seine persönliche Existenz auf das Spiel zu setzen und zu opfern. Er war denn auch immer der lästige Dorn in den Augen jener käuflichen Beamtenkreaturen, denen nicht das Interesse ihres Volkes und die notwendige Freiheitserhebung desselben, sondern der Befehl des Brotgebers das Gesetz des Handelns vorschreibt, ohne Rücksicht auf das Wohl des ihnen anvertrauten nationalen Gutes.

Vor allem aber gehörte er zu jenen Naturen, die im Unterschied zu den meisten Hütern unserer sogenannten Staatsautorität die Feindschaft der Volks- und Landesverräter nicht fürchten, sondern sie als selbstverständliches Gut des anständigen Mannes ersehnen. Der Haß von Juden und Marxisten, ihr ganzer Kampf voll Lüge und Verleumdung waren für ihn das einzige Glück inmitten des Elends unseres Volkes.

Ein Mann von granitener Redlichkeit, von antiker Schlichtheit und deutscher Geradlinigkeit, bei dem das Wort „lieber tot als Sklave“ keine Phrase, sondern den Inbegriff seines ganzen Wesens bildete.

Er und sein Mitarbeiter Dr. Frick sind in meinen Augen die einzigen, die von Männern in staatlicher Stellung das Recht besitzen, als Mithersteller eines nationalen Bayerns zu gelten. —

Ehe wir nun zur Abhaltung unserer ersten Massenver-

sammlung schritten, mußte nicht nur das notwendige Propagandamaterial bereitgestellt, sondern mußten auch die Leitsätze des Programms im Druck niedergelegt werden.

Ich werde die Richtlinien, die uns besonders bei der Abfassung des Programms vor Augen schwebten, im zweiten Bande auf das gründlichste entwickeln. Ich will hier nur feststellen, daß es geschaffen wurde, nicht nur um der jungen Bewegung Form und Inhalt zu geben, sondern um deren Ziele der breiten Masse verständlich zu machen.

Aus sogenannten Intelligenzkreisen hat man darüber gewitzelt und gespöttelt und versucht, daran Kritik zu üben. Die Richtigkeit unserer damaligen Auffassung aber hat die Wirksamkeit dieses Programms ergeben.

Ich habe in diesen Jahren Dutzende von neuen Bewegungen erstehen sehen, und sie alle sind wieder spurlos verschwunden und verweht. Eine einzige blieb: die Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei. Und heute hege ich mehr denn je die Überzeugung, daß man sie bekämpfen kann, daß man versuchen mag, sie zu lähmen, daß kleine Parteiminister uns die Rede und das Wort verbieten können, den Sieg unserer Gedanken werden sie nimmermehr verhindern.

Wenn von der gesamten heutigen Staatsauffassung und ihren Vertretern nicht einmal die Erinnerung mehr die Namen künden wird, werden die Grundlagen des nationalsozialistischen Programms die Fundamente eines kommenden Staates sein.

Die viermonatige Versammlungstätigkeit vor dem Januar 1920 hatte uns langsam die kleinen Mittel erübrigen lassen, die wir zur Drucklegung unserer ersten Flugschrift, unseres ersten Plakates und unseres Programms benötigten.

Wenn ich als Abschluß dieses Bandes diese erste große Massenversammlung der Bewegung nehme, so geschieht es deshalb, weil mit ihr die Partei den engen Rahmen eines kleinen Vereins sprengte und an Stelle dessen zum ersten Male bestimmend auf den gewaltigsten Faktor unserer Zeit, die öffentliche Meinung, einwirkte.

Ich selbst besaß damals nur eine einzige Sorge: Wird der Saal gefüllt sein, oder werden wir vor gähnender Leere sprechen? Ich hatte die felsenfeste innere Überzeugung, daß, wenn die Menschen kommen würden, der Tag ein großer Erfolg für die junge Bewegung werden müsse. So bangte ich dem damaligen Abend entgegen.

Um 7.30 Uhr sollte die Eröffnung stattfinden. 7.15 Uhr betrat ich den Festsaal des Hofbräuhauses am Platzl in München, und das Herz wollte mir fast vor Freude zerspringen. Der gewaltige Raum, denn gewaltig kam er mir damals noch vor, war mit Menschen überfüllt, Kopf an Kopf, eine fast zweitausend Menschen zählende Masse. Und vor allem — es waren die gekommen, an die wir uns wenden wollten. Weit über die Hälfte des Saales schien von Kommunisten und Unabhängigen besetzt. Unsere erste große Kundgebung war von ihnen zu einem schnellen Ende bestimmt worden.

Allein es kam anders. Nachdem der erste Redner geendet, ergriff ich das Wort. Wenige Minuten später hagelte es Zwischenrufe, im Saal kam es zu heftigen Zusammenstößen, eine Handvoll treuester Kriegskameraden und sonstige Anhänger schlugen sich mit den Störenfrieden und vermochten erst nach und nach einige Ruhe herzustellen. Ich konnte wieder weitersprechen. Nach einer halben Stunde begann der Beifall das Schreien und Brüllen langsam zu übertönen.

Und nun ergriff ich das Programm und begann es zum ersten Male zu erläutern.

Von Viertelstunde zu Viertelstunde wurden die Zwischenrufe mehr und mehr zurückgedrängt von beifälligen Zurufen. Und als ich endlich die fünfundzwanzig Thesen Punkt für Punkt der Masse vorlegte und sie bat, selber das Urteil über sie zu sprechen, da wurden sie nun eine nach der andern unter immer mehr sich erhebendem Jubel angenommen, einstimmig und immer wieder einstimmig, und als die letzte These so den Weg zum Herzen der Masse gefunden hatte, stand ein Saal voll Menschen vor mir, zusammengeschlossen von einer neuen Überzeugung, einem neuen Glauben, von einem neuen Willen.

Als sich nach fast vier Stunden der Raum zu leeren begann und die Masse sich Kopf an Kopf wie ein langsamer Strom dem Ausgange zuwälzte, zuschob und zudrängte, da wußte ich, daß nun die Grundsätze einer Bewegung in das deutsche Volk hinauswanderten, die nicht mehr zum Vergessen zu bringen waren.

Ein Feuer war entzündet, aus dessen Glut dereinst das Schwert kommen muß, das dem germanischen Siegfried die Freiheit, der deutschen Nation das Leben wiedergewinnen soll.

Und neben der kommenden Erhebung fühlte ich die Göttin der unerbittlichen Rache schreiten für die Meineidstat des 9. November 1918.

So leerte sich langsam der Saal.

Die Bewegung nahm ihren Lauf.

Zweiter Band

Die nationalsozialistische Bewegung

1. Kapitel

Weltanschauung und Partei

Am 24. Februar 1920 fand die erste große öffentliche Massenkundgebung unserer jungen Bewegung statt. Im Festsaale des Münchener Hofbräuhauses wurden die fünfundzwanzig Thesen des Programms der neuen Partei einer fast zweitausendköpfigen Menschenmenge unterbreitet und jeder einzelne Punkt unter jubelnder Zustimmung angenommen.

Damit waren die ersten Leitsätze und Richtlinien für einen Kampf ausgegeben, der mit einem wahren Wust althergebrachter Vorstellungen und Ansichten und mit unklaren, ja schädlichen Zielen aufräumen sollte. In die faule und feige bürgerliche Welt sowohl wie in den Siegeszug der marxistischen Eroberungswelle sollte eine neue Machterscheinung treten, um den Wagen des Verhängnisses in letzter Stunde zum Stehen zu bringen.

Es war selbstverständlich, daß die neue Bewegung nur dann hoffen durfte, die nötige Bedeutung und die erforderliche Stärke für diesen Riesenkampf zu erhalten, wenn es ihr vom ersten Tage an gelang, in den Herzen ihrer Anhänger die heilige Überzeugung zu erwecken, daß mit ihr dem politischen Leben nicht eine neue Wahlparole oktroyiert, sondern eine neue Weltanschauung von prinzipieller Bedeutung vorangestellt werden solle.

Man muß bedenken, aus welch jämmerlichen Gesichtspunkten heraus sogenannte „Parteiprogramme" normal zusammengeschustert und von Zeit zu Zeit aufgeputzt oder umgemodelt werden. Man muß die treibende Motive besonders dieser bürgerlichen „Programmkommissionen" unter die Lupe nehmen, um das nötige Verständnis für die

Bewertung dieser programmatischen Ausgeburten zu gewinnen.

Es ist immer eine einzige Sorge, die entweder zur Neuaufstellung von Programmen oder zur Abänderung der vorhandenen antreibt: die Sorge um den nächsten Wahlausgang. Sowie in den Köpfen dieser parlamentarischen Staatskünstler die Ahnung aufzudämmern pflegt, daß das liebe Volk wieder einmal revoltiert und aus dem Geschirr des alten Parteiwagens entschlüpfen will, pflegen sie die Deichseln neu anzustreichen. Dann kommen die Sterngucker und Parteiastrologen, die sogenannten „erfahrenen“ und „gewiegten“, meistens alten Parlamentarier, die in ihrer „reichen politischen Lehrzeit“ sich analoger Fälle zu erinnern vermögen, da auch der Masse endlich die Stränge ihrer Geduld gerissen, und die Ähnliches wieder bedrohlich nahe fühlen. So greifen sie zu den alten Rezepten, bilden eine „Kommission“, horchen im lieben Volk herum, beschnüffeln die Presseerzeugnisse und riechen so langsam heraus, was das liebe breite Volk gerne haben möchte, was es verabscheut und was es sich erhofft. Jede Berufsgruppe, ja jede Angestelltenklasse wird genauestens studiert und in ihren geheimsten Wünschen erforscht. Auch die „üblen Schlagworte“ der gefährlichen Opposition pflegen dann plötzlich reif für eine Überprüfung zu sein und tauchen nicht selten, zum größten Erstaunen ihrer ursprünglichen Erfinder und Verbreiter, ganz harmlos, wie selbstverständlich im Wissensschatz der alten Parteien auf.

So treten die Kommissionen zusammen und „revidieren“ das alte Programm und verfassen ein neues (die Herrschaften wechseln dabei ihre Überzeugungen wie der Soldat im Felde das Hemd, nämlich immer dann, wenn das alte verlaust ist!), in dem jedem das Seine gegeben wird. Der Bauer erhält den Schutz seiner Landwirtschaft, der Industrielle den Schutz seiner Ware, der Konsument den Schutz seines Einkaufs, den Lehrern werden die Gehälter erhöht, den Beamten die Pensionen aufgebessert, Witwen und Waisen soll in reichlichstem Umfang der Staat versorgen, der Verkehr wird gefördert, die Tarife sollen erniedrigt

und gar die Steuern, wenn auch nicht ganz, aber doch so ziemlich abgeschafft werden. Manchesmal passiert es, daß man doch einen Stand vergessen oder von einer im Volk umlaufenden Forderung nichts gehört hat. Dann wird in letzter Eile noch hineingeflickt, was Platz hat, so lange, bis man mit gutem Gewissen hoffen darf, das Heer der normalen Spießer samt ihren Weibern wieder beruhigt zu haben und hochbefriedigt zu sehen. So kann man innerlich also gerüstet im Vertrauen auf den lieben Gott und die unerschütterliche Dummheit der wahlberechtigten Bürger den Kampf um die „neue Gestaltung“ des Reiches, wie man sagt, beginnen.

Wenn dann der Wahltag vorbei ist, die Parlamentarier für fünf Jahre ihre letzte Volksversammlung abgehalten haben, um sich von der Dressur des Plebs hinweg zur Erfüllung ihrer höheren und angenehmeren Aufgaben zu begeben, löst sich die Programmkommission wieder auf, und der Kampf um die Neugestaltung der Dinge erhält wieder die Formen des Ringens um das liebe tägliche Brot: Dieses heißt aber beim Parlamentarier Diäten.

Jeden Morgen begibt sich der Herr Volksvertreter in das Hohe Haus, und wenn schon nicht ganz hinein, so doch wenigstens bis in den Vorraum, in dem die Anwesenheitslisten aufliegen. Im angreifenden Dienste für das Volk trägt er dort seinen Namen ein und nimmt als wohlverdienten Lohn eine kleine Entschädigung für diese fortgesetzten zermürbenden Anstrengungen entgegen.

Nach vier Jahren oder in sonstigen kritischen Wochen, wenn die Auflösung der parlamentarischen Körperschaften wieder näher und näher zu rücken beginnt, beschleicht die Herren plötzlich ein unbezähmbarer Drang. So wie der Engerling nicht anders kann, als sich zum Maikäfer zu verwandeln, so verlassen diese parlamentarischen Raupen das große gemeinsame Puppenhaus und flattern flügelbegabt hinaus zum lieben Volk. Sie reden wieder zu ihren Wählern, erzählen von der eigenen enormen Arbeit und der böswilligen Verstocktheit der andern, bekommen aber von der unverständigen Masse statt dankbaren Beifalls

manches Mal, rohe, ja gehässige Ausdrücke an den Kopf geworfen. Wenn sich diese Undankbarkeit des Volkes bis zu einem gewissen Grade steigert, kann nur ein einziges Mittel helfen: Der Glanz der Partei muß wieder aufgebügelt werden, das Programm ist verbesserungsbedürftig, die Kommission tritt erneut ins Leben, und der Schwindel beginnt von vorne. Bei der granitenen Dummheit unserer Menschheit wundere man sich nicht über den Erfolg. Geleitet durch seine Presse und geblendet vom neuen verlockenden Programm kehrt das „bürgerliche" wie das „proletarische" Stimmvieh wieder in den gemeinsamen Stall zurück und wählt seine alten Betrüger.

Damit verwandelt sich der Volksmann und Kandidat der schaffenden Stände wieder in die parlamentarische Raupe und frißt sich am Gezweig des staatlichen Lebens weiter dick und fett, um sich nach vier Jahren wieder in den schillernden Schmetterling zu verwandeln.

Es gibt kaum etwas Deprimierendes, als diesen ganzen Vorgang in der nüchternen Wirklichkeit zu beobachten, diesem sich immer wiederholenden Betrug zusehen zu müssen.

Aus solchem geistigen Nährboden schöpft man im bürgerlichen Lager freilich nicht die Kraft, den Kampf mit der organisierten Macht des Marxismus auszufechten.

Ernstlich denken die Herrschaften auch nie daran. Bei aller zugegebenen Beschränktheit und geistigen Inferiorität dieser parlamentarischen Medizinmänner der weißen Rasse, können sie selber sich nicht im Ernste einbilden, auf dem Wege einer westlichen Demokratie gegen eine Lehre anzukämpfen, für welche die Demokratie samt allem, was drum und dran hängt, im besten Falle ein Mittel zum Zweck ist, das man anwendet, um den Gegner zu lähmen und dem eigenen Handeln freie Bahn zu schaffen. Wenn nämlich ein Teil des Marxismus zur Zeit auch in äußerst kluger Weise die unzertrennliche Verbindung mit den Grundsätzen der Demokratie vorzutäuschen versucht, dann möge man doch gefälligst nicht vergessen, daß in der kritischen Stunde diese Herrschaften sich um eine Majoritätsentscheidung nach westlich-demokratischer Auffassung einen

Pfifferling kümmerten! Es war dies in den Tagen, als die bürgerlichen Parlamentarier die Sicherheit des Reiches in der monumentalen Borniertheit einer überragenden Zahl garantiert sahen, während der Marxismus mit einem Haufen von Straßenstrolchen, Deserteuren, Parteibonzen und jüdischen Literaten kurzerhand die Macht an sich riß, der Demokratie solcher Art eine schallende Maulschelle versetzend. Daher gehört dann schon das gläubige Gemüt eines solchen parlamentarischen Zauberpriesters bürgerlicher Demokratie dazu, um zu wähnen, daß jetzt oder in der Zukunft die brutale Entschlossenheit der Interessenten und Träger jener Weltpest einfach durch die Beschwörungsformeln eines westlichen Parlamentarismus gebannt werden könnte.

Der Marxismus wird so lange mit der Demokratie marschieren, bis es ihm gelingt, auf indirektem Wege für seine verbrecherischen Ziele sogar noch die Unterstützung der von ihm zur Ausrottung bestimmten nationalen geistigen Welt zu erhalten. Käme er aber heute zur Überzeugung, daß sich aus dem Hexenkessel unserer parlamentarischen Demokratie plötzlich eine Majorität zusammenbrauen ließe, die — und wäre es nur auf Grund ihrer zur Gesetzgebung berechtigten Mehrzahl — dem Marxismus ernstlich auf den Leib rückte, so wäre das parlamentarische Gaukelspiel gleich zu Ende. Die Bannerträger der roten Internationale würden dann, statt einen Appell an das demokratische Gewissen zu richten, einen brandigen Aufruf an die proletarischen Massen erlassen, und ihr Kampf würde sich mit einem Schlage aus der muffigen Luft der Sitzungssäle unserer Parlamente in die Fabriken und auf die Straße verpflanzen. Die Demokratie wäre damit sofort erledigt; und was der geistigen Gelenkigkeit jener Völkerapostel in den Parlamenten mißlungen war, würde dem Brecheisen und Schmiedehammer aufgehetzter Proletariermassen genau wie im Herbste 1918 blitzschnell gelingen: Sie würden der bürgerlichen Welt schlagend beibringen, wie verrückt es ist, sich einzubilden, mit dem Mittel westlicher Demokratie der jüdischen Welteroberung entgegentreten zu können.

Wie gesagt, es gehört schon ein gläubiges Gemüt dazu, sich einem solchen Spieler gegenüber an Regeln zu binden, die für diesen immer nur zum Bluff oder zum eigenen Nutzen vorhanden sind, die über Bord geschleudert werden, sobald sie seinen Vorteilen nicht mehr entsprechen.

Da bei allen Parteien sogenannter bürgerlicher Einstellung in Wirklichkeit der ganze politische Kampf tatsächlich nur im Raufen um einzelne Parlamentsstühle besteht, wobei Einstellungen und Grundsätze je nach Zweckmäßigkeit wie Sandballast über Bord geworfen werden, so sind natürlich auch ihre Programme demgemäß abgestimmt und — umgekehrt allerdings — auch ihre Kräfte danach bemessen. Es fehlt ihnen jene große magnetische Anziehung, der die breite Masse immer nur folgt unter dem zwingenden Eindruck großer überragender Gesichtspunkte, der Überzeugungskraft bedingungslosen Glaubens an dieselben, gepaart mit dem fanatischen Kampfesmut, für sie einzustehen.

In einer Zeit aber, in welcher die eine Seite, ausgerüstet mit allen Waffen einer, wenn auch tausendmal verbrecherischen Weltanschauung zum Sturm gegen eine bestehende Ordnung antritt, kann die andere ewig nur Widerstand leisten, wenn sich dieser selber in die Formen eines neuen, in unserem Falle politischen Glaubens kleidet und die Parole einer schwächlichen und feigen Verteidigung mit dem Schlachtruf mutigen und brutalen Angriffs vertauscht. Wenn daher heute unserer Bewegung, besonders von seiten sogenannter nationaler bürgerlicher Minister, etwa des bayerischen Zentrums, der geistreiche Vorwurf gemacht wird, daß sie auf eine „Umwälzung" hinarbeite, kann man einem solchen politisierenden Dreikäsehoch nur eines zur Antwort geben: Jawohl, wir versuchen nachzuholen, was Ihr in Eurer verbrecherischen Dummheit versäumt habt. Ihr habt durch die Grundsätze Eures parlamentarischen Kuhhandels mitgeholfen, die Nation in den Abgrund

zu zerren; wir aber werden, und zwar in den Formen des Angriffs, durch die Aufstellung einer neuen Weltanschauung und der fanatischen unerschütterlichen Verteidigung ihrer Grundsätze unserem Volke die Stufen bauen, auf denen es dereinst in den Tempel der Freiheit wieder emporzusteigen vermag.

So mußte in der Gründungszeit unserer Bewegung unsere erste Sorge immer darauf gerichtet sein, zu verhüten, daß aus der Heerschar von Kämpfern für eine neue hehre Überzeugung bloß ein Verein zur Förderung parlamentarischer Interessen werde.

Die erste vorbeugende Maßnahme war die Schaffung eines Programms, das zielmäßig zu einer Entwicklung drängte, die schon in ihrer inneren Größe geeignet erschien, die kleinen und schwächlichen Geister unserer heutigen Parteipolitiker zu verscheuchen.

Wie richtig aber unsere Auffassung von der Notwendigkeit programmatischer Zielpunkte schärfster Prägung gewesen ist, ging am klarsten aus jenen verhängnisvollen Gebrechen hervor, die endlich zum Zusammenbruche Deutschlands geführt haben.

Aus ihrer Erkenntnis heraus mußte sich eine neue Staatsauffassung formen, die selber wieder ein wesentlicher Bestandteil einer neuen Weltauffassung ist.



Ich habe mich schon im ersten Bande mit dem Worte „völkisch“ insofern auseinandergesetzt, als ich feststellen mußte, daß diese Bezeichnung begrifflich zu wenig begrenzt erscheint, um die Bildung einer geschlossenen Kampfgemeinschaft zu gestatten. Alles Mögliche, das in allem Wesentlichen seiner Ansichten himmelweit auseinanderklafft, treibt sich zur Zeit unter dem Deckwort „völkisch“ herum. Ehe ich daher nun zu den Aufgaben und Zielen der Nationalsozialistischen Deutschen Arbeiterpartei übergehe, möchte ich eine Klarstellung des Begriffes „völkisch“ sowie seines Verhältnisses zur Parteibewegung geben.

Der Begriff „völkisch“ erscheint so wenig klar abgesteckt, so vielseitig auslegbar und so unbeschränkt in der praktischen Anwendung, wie etwa das Wort „religiös“. Man kann sich sehr schwer auch unter dieser Bezeichnung etwas ganz Präzises vorstellen, weder im Sinne gedanklichen Erfassens noch in dem praktischen Auswirkens. Faßlich vorstellbar wird die Bezeichnung religiös erst in dem Augenblick, in dem sie sich mit einer bestimmt umrissenen Form dieses ihres Auswirkens verbindet. Es ist eine sehr schöne, meist aber auch billige Erklärung, wenn man das Wesen eines Menschen als „tiefinnerlich religiös“ bezeichnet. Es wird vielleicht auch einige wenige geben, die durch eine solche ganz allgemeine Bezeichnung sich selbst befriedigt fühlen, ja denen sie sogar ein bestimmtes, mehr oder minder scharfes Bild jenes Seelenzustandes zu vermitteln vermag. Da aber die große Masse weder aus Philosophen noch aus Heiligen besteht, wird eine solche ganz allgemeine religiöse Idee dem einzelnen meist nur die Freigabe seines individuellen Denkens und Handelns bedeuten, ohne indes zu jener Wirksamkeit zu führen, welche der religiösen inneren Sehnsucht in dem Augenblick erwächst, da sich aus der rein metaphysischen unbegrenzten Gedankenwelt ein klar umgrenzter Glaube formt. Sicherlich ist dieser nicht der Zweck an sich, sondern nur ein Mittel zum Zweck; doch ist er das unumgänglich notwendige Mittel, um den Zweck überhaupt erreichen zu können. Dieser Zweck aber ist nicht nur ein ideeller, sondern im letzten Grunde genommen auch ein eminent praktischer. Wie man sich überhaupt darüber klar werden muß, daß die höchsten Ideale immer einer tiefsten Lebensnotwendigkeit entsprechen, genau so wie der Adel der erhabensten Schönheit im letzten Grunde auch nur im logisch Zweckmäßigsten liegt.

Indem der Glaube mithilft, den Menschen über das Niveau eines tierischen Dahinlebens zu erheben, trägt er in Wahrheit zur Festigung und Sicherung seiner Existenz bei. Man nehme der heutigen Menschheit die durch ihre Erziehung gestützten religiös-glaubensmäßigen, in der praktischen Bedeutung aber sittlich-moralischen Grundsätze

durch Ausscheidung dieser religiösen Erziehung und ohne dieselbe durch Gleichwertiges zu ersetzen, und man wird das Ergebnis in einer schweren Erschütterung der Fundamente ihres Daseins vor sich haben. Man darf also wohl feststellen, daß nicht nur der Mensch lebt, um höheren Idealen zu dienen, sondern daß diese höheren Ideale umgekehrt auch die Voraussetzung zu seinem Dasein als Mensch geben. So schließt sich der Kreis.

Natürlich liegen auch schon in der allgemeinen Bezeichnung „religiös" einzelne grundsätzliche Gedanken oder Überzeugungen, zum Beispiel die der Unzerstörbarkeit der Seele, der Ewigkeit ihres Daseins, der Existenz eines höheren Wesens usw. Allein alle diese Gedanken, und mögen sie für den einzelnen noch so überzeugend sein, unterliegen solange der kritischen Prüfung dieses einzelnen und damit solange einer schwankenden Bejahung oder Verneinung, bis eben nicht die gefühlsmäßige Ahnung oder Erkenntnis die gesetzmäßige Kraft apodiktischen Glaubens annimmt. Dieser vor allem ist der Kampffaktor, der der Anerkennung religiöser Grundanschauungen Bresche schlägt und die Bahn frei macht.

Ohne den klar begrenzten Glauben würde die Religiosität in ihrer unklaren Vielgestaltigkeit für das menschliche Leben nicht nur wertlos sein, sondern wahrscheinlich zur allgemeinen Zerrüttung beitragen.

Ähnlich wie mit dem Begriff „religiös" verhält es sich mit der Bezeichnung „völkisch". Auch in ihr liegen schon einzelne grundsätzliche Erkenntnisse. Sie sind jedoch, wenn auch von eminentester Bedeutung, ihrer Form nach so wenig klar bestimmt, daß sie sich über den Wert einer mehr oder minder anzuerkennenden Meinung erst dann erheben, wenn sie als Grundelemente in den Rahmen einer politischen Partei gefaßt werden. Denn die Verwirklichung weltanschauungsmäßiger Ideale und der aus ihnen abgeleiteten Forderungen erfolgt ebensowenig durch das reine Gefühl oder das innere Wollen der Menschen an sich, als etwa die Erringung der

Freiheit durch die allgemeine Sehnsucht nach ihr. Nein, erst wenn der ideale Drang nach Unabhängigkeit in den Formen militärischer Machtmittel die kampfesmäßige Organisation erhält, kann der drängende Wunsch eines Volkes in herrliche Wirklichkeit umgesetzt werden.

Jede Weltanschauung, sie mag tausendmal richtig und von höchstem Nutzen für die Menschheit sein, wird solange für die praktische Ausgestaltung eines Völkerlebens ohne Bedeutung bleiben, als ihre Grundsätze nicht zum Panier einer Kampfbewegung geworden sind, die ihrerseits wieder solange Partei sein wird, als sich ihr Wirken nicht im Siege ihrer Ideen vollendet hat, und ihre Parteidogmen die neuen Staatsgrundsätze der Gemeinschaft eines Volkes bilden.

Wenn aber eine geistige Vorstellung allgemeiner Art einer kommenden Entwicklung als Fundament dienen will, dann ist die erste Voraussetzung die Schaffung unbedingter Klarheit über Wesen, Art und Umfang dieser Vorstellung, da sich nur auf solcher Basis eine Bewegung bilden läßt, die in der inneren Homogenität ihrer Überzeugungen die nötige Kraft zum Kampfe zu entwickeln vermag. Aus allgemeinen Vorstellungen muß ein politisches Programm, aus einer allgemeinen Weltanschauung ein bestimmter politischer Glaube geprägt werden. Dieser wird, da sein Ziel ein praktisch erreichbares sein soll, nicht nur der Idee an sich zu dienen haben, sondern auch Rücksicht nehmen müssen auf die Kampfmittel, die zur Erringung des Sieges dieser Idee vorhanden sind und Verwendung finden müssen. Zu einer abstrakt richtigen geistigen Vorstellung, die der Programmatiker zu verkünden hat, muß sich die praktische Erkenntnis des Politikers gesellen. So muß sich ein ewiges Ideal als Leitstern einer Menschheit leider damit abfinden, die Schwächen dieser Menschheit zu berücksichtigen, um nicht

an der allgemeinen menschlichen Unzulänglichkeit von vornherein zu scheitern. Zum Erforscher der Wahrheit hat sich der Kenner der Volkspsyche zu gesellen, um aus dem Reiche des Ewig-Wahren und Idealen das menschlich Mögliche für kleine Sterbliche herauszuholen und Gestalt werden zu lassen.

Diese Umsetzung einer allgemeinen weltanschauungsmäßigen idealen Vorstellung von höchster Wahrhaftigkeit in eine bestimmt begrenzte, straff organisierte, geistig und willensmäßig einheitliche politische Glaubens- und Kampfgemeinschaft ist die bedeutungsvollste Leistung, da von ihrer glücklichen Lösung allein die Möglichkeit eines Sieges der Idee abhängt. Hier muß aus dem Heer von oft Millionen Menschen, die im einzelnen mehr oder weniger klar und bestimmt diese Wahrheiten ahnen, zum Teil vielleicht begreifen, einer hervortreten, um mit apodiktischer Kraft aus der schwankenden Vorstellungswelt der breiten Masse granitene Grundsätze zu formen und solange den Kampf für ihre alleinige Richtigkeit aufzunehmen, bis sich aus dem Wellenspiel einer freien Gedankenwelt ein eherner Fels einheitlicher glaubens- und willensmäßiger Verbundenheit erhebt.

Das allgemeine Recht zu einer solchen Handlung liegt begründet in ihrer Notwendigkeit, das persönliche Recht im Erfolg.

*

Wenn wir versuchen, aus dem Worte „völkisch" den sinngemäßen innersten Kern herauszuschälen, kommen wir zu folgender Feststellung:

Unsere heutige landläufige politische Weltauffassung beruht im allgemeinen auf der Vorstellung, daß dem Staate zwar an sich schöpferische, kulturbildende Kraft zuzusprechen sei, daß er aber mit rassischen Voraussetzungen nichts zu tun habe, sondern eher noch ein Produkt wirtschaftlicher Notwendigkeiten, bestenfalls aber das natürliche Ergebnis politischen Machtdranges sei. Diese Grundanschauung führt in ihrer logisch-konsequenten Weiterbildung nicht nur zu

einer Verkennung rassischer Urkräfte, sondern auch zu einer Minderbewertung der Person. Denn die Ableugnung der Verschiedenheit der einzelnen Rassen in bezug auf ihre allgemeinen kulturbildenden Kräfte muß zwangsläufig diesen größten Irrtum auch auf die Beurteilung der Einzelperson übertragen. Die Annahme von der Gleichartigkeit der Rassen wird dann zur Grundlage einer gleichen Betrachtungsweise für die Völker und weiterhin für die einzelnen Menschen. Daher ist auch der internationale Marxismus selbst nur die durch den Juden Karl Marx vorgenommene Übertragung einer tatsächlich schon längst vorhandenen weltanschauungsmäßigen Einstellung und Auffassung in die Form eines bestimmten politischen Glaubensbekenntnisses. Ohne den Untergrund einer derartigen, allgemein bereits vorhandenen Vergiftung wäre der staunenswerte politische Erfolg dieser Lehre auch niemals möglich gewesen. Karl Marx war wirklich nur der e i n e unter den Millionen, der in dem Sumpfe einer langsam verkommenden Welt mit dem sicheren Blick des Propheten die wesentlichsten Giftstoffe erkannte, sie herausgriff, um sie, einem Schwarzkünstler gleich, in eine konzentrierte Lösung zur schnelleren Vernichtung des unabhängigen Daseins freier Nationen auf dieser Erde zu bringen. Dieses alles aber im Dienste seiner Rasse.

So ist die marxistische Lehre der kurzgefaßte geistige Extrakt der heute allgemein gültigen Weltanschauung. Schon aus diesem Grunde ist auch jeder Kampf unserer sogenannten bürgerlichen Welt gegen sie unmöglich, ja lächerlich, da auch diese bürgerliche Welt im wesentlichen von all diesen Giftstoffen durchsetzt ist und einer Weltanschauung huldigt, die sich von der marxistischen im allgemeinen nur mehr durch Grade und Personen unterscheidet. Die bürgerliche Welt ist marxistisch, glaubt aber an die Möglichkeit der Herrschaft bestimmter Menschengruppen (Bürgertum), während der Marxismus selbst die Welt planmäßig in die Hand des Judentums überzuführen trachtet.

Demgegenüber erkennt die völkische Weltanschauung die Bedeutung der Menschheit in deren rassischen Urelementen.

Sie sieht im Staat prinzipiell nur ein Mittel zum Zweck und faßt als seinen Zweck die Erhaltung des rassischen Daseins der Menschen auf. Sie glaubt somit keineswegs an eine Gleichheit der Rassen, sondern erkennt mit ihrer Verschiedenheit auch ihren höheren oder minderen Wert und fühlt sich durch diese Erkenntnis verpflichtet, gemäß dem ewigen Wollen, das dieses Universum beherrscht, den Sieg des Besseren, Stärkeren zu fördern, die Unterordnung des Schlechteren und Schwächeren zu verlangen. Sie huldigt damit prinzipiell dem aristokratischen Grundgedanken der Natur und glaubt an die Geltung dieses Gesetzes bis herab zum letzten Einzelwesen. Sie sieht nicht nur den verschiedenen Wert der Rassen, sondern auch den verschiedenen Wert der Einzelmenschen. Aus der Masse schält sich für sie die Bedeutung der Person heraus, dadurch aber wirkt sie gegenüber dem desorganisierenden Marxismus organisatorisch. Sie glaubt an die Notwendigkeit einer Idealisierung des Menschentums, da sie wiederum nur in dieser die Voraussetzung für das Dasein der Menschheit erblickt. Allein sie kann auch einer ethischen Idee das Existenzrecht nicht zubilligen, sofern diese Idee eine Gefahr für das rassische Leben der Träger einer höheren Ethik darstellt; denn in einer verbastardierten und vernegerten Welt wären auch alle Begriffe des menschlich Schönen und Erhabenen sowie alle Vorstellungen einer idealisierten Zukunft unseres Menschentums für immer verloren.

Menschliche Kultur und Zivilisation sind auf diesem Erdteil unzertrennlich gebunden an das Vorhandensein des Ariers. Sein Aussterben oder Untergehen wird auf diesen Erdball wieder die dunklen Schleier einer kulturlosen Zeit senken.

Das Untergraben des Bestandes der menschlichen Kultur durch Vernichtung ihres Trägers aber erscheint in den Augen einer völkischen Weltanschauung als das fluchwürdigste Verbrechen. Wer die Hand an das höchste Ebenbild des Herrn zu legen wagt, frevelt am gütigen Schöpfer dieses Wunders und hilft mit an der Vertreibung aus dem Paradies.

Damit entspricht die völkische Weltanschauung dem innersten Wollen der Natur, da sie jenes freie Spiel der Kräfte wiederherstellt, das zu einer dauernden gegenseitigen Höherzüchtung führen muß, bis endlich dem besten Menschentum, durch den erworbenen Besitz dieser Erde, freie Bahn gegeben wird zur Betätigung auf Gebieten, die teils über, teils außer ihr liegen werden.

Wir alle ahnen, daß in ferner Zukunft Probleme an den Menschen herantreten können, zu deren Bewältigung nur eine höchste Rasse als Herrenvolk, gestützt auf die Mittel und Möglichkeiten eines ganzen Erdballs, berufen sein wird.

*

Es ist selbstverständlich, daß eine so allgemeine Feststellung des sinngemäßen Inhalts einer völkischen Weltanschauung zu tausendfältiger Auslegung führen kann. Tatsächlich finden wir ja auch kaum eine unserer jüngeren politischen Neugründungen, die sich nicht irgendwie auf diese Weltauffassung beruft. Sie beweist jedoch gerade durch ihre eigene Existenz gegenüber den vielen anderen die Unterschiedlichkeit ihrer Auffassungen. So tritt der von einer einheitlichen Spitzenorganisation geführten marxistischen Weltauffassung ein Gemengsel von Anschauungen entgegen, das schon ideenmäßig gegenüber der geschlossenen feindlichen Front wenig eindrucksvoll ist. Siege werden durch so schwächliche Waffen nicht erfochten! Erst wenn der — politisch durch den organisierten Marxismus geführten — internationalen Weltanschauung eine ebenso einheitlich organisierte und geleitete völkische gegenübertritt, wird sich bei gleicher Kampfesenergie der Erfolg auf die Seite der ewigen Wahrheit schlagen.

Die organisatorische Erfassung einer Weltanschauung kann aber ewig nur auf Grund einer bestimmten Formulierung derselben stattfinden, und was für den Glauben die Dogmen darstellen, sind für

die sich bildende politische Partei die Parteigrundsätze.

Damit muß also der völkischen Weltanschauung ein Instrument geschaffen werden, das ihr die Möglichkeit einer kampfesmäßigen Vertretung gewährt, ähnlich wie die marxistische Parteiorganisation für den Internationalismus freie Bahn schafft.

Dieses Ziel verfolgt die Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei.

Daß eine solche parteimäßige Festlegung des völkischen Begriffes die Voraussetzung zum Siege der völkischen Weltanschauung ist, wird am schärfsten bewiesen durch eine Tatsache, die selbst von den Gegnern einer solchen parteimäßigen Bindung, wenigstens indirekt, zugegeben wird. Gerade diejenigen, die nicht müde werden zu betonen, daß die völkische Weltanschauung keineswegs „Erbpacht" eines einzelnen sei, sondern im Herzen von weiß Gott wie vielen Millionen schlummert oder „lebt", dokumentieren doch damit, daß die Tatsache des allgemeinen Vorhandenseins solcher Vorstellungen den Sieg der feindlichen Weltanschauung, die allerdings parteipolitisch klassisch vertreten wird, eben nicht im geringsten zu hindern vermochte. Wäre es anders, so müßte das deutsche Volk heute schon einen gigantischen Sieg errungen haben und nicht am Rande eines Abgrundes stehen. Was der internationalen Weltauffassung den Erfolg gab, war ihre Vertretung durch eine sturmabteilungsmäßig organisierte politische Partei; was die gegenteilige Weltanschauung unterliegen ließ, war der bisherige Mangel einer einheitlich geformten Vertretung derselben. Nicht in einer unbegrenzten Freigabe der Auslegung einer allgemeinen Anschauung, sondern nur in der begrenzten und damit zusammenfassenden Form einer politischen Organisation kann eine Weltanschauung kämpfen und siegen.

Deshalb sah ich meine eigene Aufgabe besonders darin, aus dem umfangreichen und ungestalteten Stoff einer allgemeinen Weltanschauung diejenigen Kernideen heraus-

zuschälen und in mehr oder minder dogmatische Formen umzugießen, die in ihrer klaren Begrenztheit sich dazu eignen, jene Menschen, die sich darauf verpflichten, einheitlich zusammenzufassen. Mit anderen Worten: Die Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei übernimmt aus dem Grundgedankengang einer allgemeinen völkischen Weltvorstellung die wesentlichen Grundzüge, bildet aus denselben, unter Berücksichtigung der praktischen Wirklichkeit, der Zeit und des vorhandenen Menschenmaterials sowie seiner Schwächen, ein politisches Glaubensbekenntnis, das nun seinerseits in der so ermöglichten straffen organisatorischen Erfassung großer Menschenmassen die Voraussetzung für die siegreiche Durchfechtung dieser Weltanschauung selber schafft.

2. Kapitel

Der Staat

Schon in den Jahren 1920/21 wurde unserer jungen Bewegung aus den Kreisen der heutigen überlebten bürgerlichen Welt immer wieder vorgehalten, daß unsere Stellung zum heutigen Staat eine ablehnende sei, woraus das parteipolitische Strauchrittertum aller Richtungen die Berechtigung ableitete, den Unterdrückungskampf gegen die junge, unbequeme Verkünderin einer neuen Weltanschauung mit allen Mitteln aufnehmen zu dürfen. Man hat dabei freilich mit Absicht vergessen, daß sich die heutige bürgerliche Welt selber unter dem Begriff Staat gar nichts Einheitliches mehr vorzustellen vermag, daß es eine einheitliche Definition dafür nicht gibt und auch nicht geben kann. Pflegen doch die Erklärer auf unseren staatlichen Hochschulen oft in Gestalt von Staatsrechtslehrern zu sitzen, deren höchste Aufgabe es sein muß, für die jeweilige mehr oder minder glückliche Existenz ihres brotspendenden Nährquells Erklärungen und Deutungen zu finden. Je unmöglicher ein Staat beschaffen ist, um so undurchsichtiger, gekünstelter und unverständlicher sind die Definitionen über seinen Daseinszweck. Was sollte z. B. ehemals ein kaiserlich-königlicher Universitätsprofessor über Sinn und Zweck des Staates schreiben, in einem Lande, dessen staatliches Dasein wohl die größte Mißgeburt des 20. Jahrhunderts verkörperte? Eine schwere Aufgabe, wenn man bedenkt, daß es für den heutigen Lehrer in staatsrechtlichen Dingen weniger eine Verpflichtung zur Wahrheit, als vielmehr eine Bindung an einen bestimmten Zweck gibt. Der Zweck aber lautet: Erhaltung um jeden Preis des jeweils in Frage kommenden Monstrums von menschlichem Mechanis-

mus, jetzt Staat genannt. Da wundere man sich dann nicht, wenn man bei der Erörterung dieses Problems reale Gesichtspunkte möglichst vermeidet, um sich statt dessen in ein Gemengsel von „ethischen", „sittlichen", „moralischen" und sonstigen ideellen Werten, Aufgaben und Zielen einzugraben.

Ganz allgemein kann man drei Auffassungen unterscheiden:

a) die Gruppe derjenigen, die im Staat einfach eine mehr oder weniger freiwillige Zusammenfassung von Menschen unter eine Regierungsgewalt erblicken.

Diese Gruppe ist die zahlreichste. In ihren Reihen befinden sich besonders die Anbeter unseres heutigen Legitimitätsprinzips, in deren Augen der Wille der Menschen bei dieser ganzen Angelegenheit überhaupt keine Rolle spielt. In der Tatsache des Bestehens eines Staates liegt für sie allein schon eine geweihte Unverletzlichkeit begründet. Um diesen Wahnsinn menschlicher Gehirne zu schützen, braucht man eine geradezu hündische Verehrung der sogenannten Staatsautorität. In den Köpfen solcher Leute wird im Handumdrehen aus einem Mittel der endgültige Zweck gemacht. Der Staat ist nicht mehr da, um den Menschen zu dienen, sondern die Menschen sind da, um eine Staatsautorität, die noch den letzten, irgendwie beamteten Geist umschließt, anzubeten. Damit der Zustand dieser stillen, verzückten Verehrung sich nicht in einen solchen der Unruhe verwandle, ist die Staatsautorität ihrerseits nur dazu da, die Ruhe und Ordnung aufrechtzuerhalten. Auch sie ist jetzt kein Zweck und kein Mittel mehr. Die Staatsautorität hat für Ruhe und Ordnung zu sorgen, und die Ruhe und Ordnung hat der Staatsautorität umgekehrt wieder das Dasein zu ermöglichen. Innerhalb dieser beiden Pole hat das ganze Leben zu kreisen.

In Bayern wird eine solche Auffassung in erster Linie von den Staatskünstlern des bayerischen Zentrums, genannt „Bayerische Volkspartei", vertreten; in Österreich

waren es die schwarz-gelben Legitimisten, im Reiche selber sind es leider häufig sogenannte konservative Elemente, deren Vorstellung über den Staat sich in diesen Bahnen bewegt.

b) Die zweite Gruppe von Menschen ist der Zahl nach schon etwas kleiner, da zu ihr diejenigen gerechnet werden müssen, die an das Vorhandensein eines Staates wenigstens einige Bedingungen knüpfen. Sie wünschen nicht nur gleiche Verwaltung, sondern auch, wenn möglich, gleiche Sprache — wenn auch nur aus allgemein verwaltungstechnischen Gesichtspunkten heraus. Die Staatsautorität ist nicht mehr der alleinige und ausschließliche Zweck des Staates, sondern die Förderung des Wohles der Untertanen kommt hinzu. Gedanken von „Freiheit“, und zwar meist mißverstandener Art, schieben sich in die Staatsauffassung dieser Kreise ein. Die Regierungsform erscheint nicht mehr unantastbar durch die Tatsache ihres Bestehens an sich, sondern wird auf ihre Zweckmäßigkeit hin geprüft. Die Heiligkeit des Alters schützt nicht vor der Kritik der Gegenwart. Im übrigen ist es eine Auffassung, die vom Staate vor allem die günstige Gestaltung des wirtschaftlichen Lebens des einzelnen erwartet, die mithin von praktischen Gesichtspunkten aus und nach allgemein wirtschaftlichen Rentabilitätsanschauungen urteilt. Die hauptsächlichsten Vertreter dieser Ansichten treffen wir in den Kreisen unseres normalen deutschen Bürgertums, besonders in denen unserer liberalen Demokratie.

c) Die dritte Gruppe ist ziffernmäßig die schwächste.

Sie erblickt im Staat bereits ein Mittel zur Verwirklichung von meist sehr unklar vorgestellten machtpolitischen Tendenzen eines sprachlich ausgeprägten und geeinten Staatsvolkes. Der Wille nach einer einheitlichen Staatssprache äußert sich dabei nicht nur in der Hoffnung, diesem Staat damit ein tragfähiges Fundament für äußeren Machtzuwachs zu schaffen, sondern nicht minder in der — übrigens grundfalschen — Meinung, dadurch in einer bestimmten Richtung eine Nationalisierung durchführen zu können.

Es war in den letzten hundert Jahren ein wahrer Jammer, sehen zu müssen, wie in diesen Kreisen, manchmal im besten Glauben, mit dem Worte „Germanisieren" gespielt wurde. Ich selbst erinnere mich noch daran, wie in meiner Jugend gerade diese Bezeichnung zu ganz unglaublich falschen Vorstellungen verleitete. Selbst in alldeutschen Kreisen konnte man damals die Meinung hören, daß dem österreichischen Deutschtum unter fördernder Mithilfe der Regierung sehr wohl eine Germanisation des österreichischen Slawentums gelingen könnte, wobei man sich nicht im geringsten darüber klar wurde, daß Germanisation nur am Boden vorgenommen werden kann und niemals an Menschen. Denn was man im allgemeinen unter diesem Wort verstand, war nur die erzwungene äußerliche Annahme der deutschen Sprache. Es ist aber ein kaum faßlicher Denkfehler, zu glauben, daß, sagen wir, aus einem Neger oder einem Chinesen ein Germane wird, weil er Deutsch lernt und bereit ist, künftighin die deutsche Sprache zu sprechen und etwa einer deutschen politischen Partei seine Stimme zu geben. Daß jede solche Germanisation in Wirklichkeit eine Entgermanisation ist, wurde unserer bürgerlichen nationalen Welt niemals klar. Denn wenn heute durch das Oktroyieren einer allgemeinen Sprache bisher sichtbar in die Augen springende Unterschiede zwischen verschiedenen Völkern überbrückt und endlich verwischt werden, so bedeutet dies den Beginn einer Bastardierung und damit in unserem Fall nicht eine Germanisierung, sondern eine Vernichtung germanischen Elementes. Es kommt in der Geschichte nur zu häufig vor, daß es den äußeren Machtmitteln eines Erobervolkes zwar gelingt, den Unterdrückten ihre Sprache aufzuzwingen, daß aber nach tausend Jahren ihre Sprache von einem anderen Volk geredet wird, und die Sieger dadurch zu den eigentlich Besiegten werden.

Da das Volkstum, besser die Rasse, eben nicht in der Sprache liegt, sondern im Blute, würde man von einer Germanisation erst dann sprechen dürfen, wenn es gelänge, durch einen solchen Prozeß das Blut der Unterlegenen umzuwandeln. Das aber ist unmöglich. Es sei denn, es erfolge

durch eine Blutvermischung eine Änderung, welche aber die Niedersenkung des Niveaus der höheren Rasse bedeutet. Das Endergebnis eines solchen Vorganges wäre also die Vernichtung gerade der Eigenschaften, welche das Erobervolk einst zum Siege befähigt hatten. Besonders die kulturellen Kräfte würden bei einer Paarung mit minderer Rasse verschwinden, wenn auch das entstandene Mischprodukt tausendmal die Sprache der früher höheren Rasse spräche. Es wird eine Zeitlang noch ein gewisser Ringkampf der verschiedenen Geister stattfinden, und es kann sein, daß das immer tiefer sinkende Volk, gewissermaßen in einem letzten Aufbäumen, überraschende kulturelle Werte zutage fördert. Doch sind es nur die der höheren Rasse zugehörigen Einzelelemente oder auch Bastarde, bei denen in erster Kreuzung das bessere Blut noch überwiegt und sich durchzuringen versucht; niemals aber Schlußprodukte der Mischung. In diesen wird sich immer eine kulturell rückläufige Bewegung zeigen.

Es muß heute als ein Glück betrachtet werden, daß eine Germanisation im Sinne Josephs II. in Österreich unterblieb. Ihr Erfolg wäre wahrscheinlich die Erhaltung des österreichischen Staates gewesen, allein auch eine durch sprachliche Gemeinschaft herbeigeführte Niedersenkung des rassischen Niveaus der deutschen Nation. Im Laufe der Jahrhunderte hätte sich wohl ein gewisser Herdentrieb herauskristallisiert, allein die Herde selbst wäre minderwertig geworden. Es wäre vielleicht ein Staatsvolk geboren worden, aber ein Kulturvolk verlorengegangen.

Für die deutsche Nation war es besser, daß dieser Vermischungsprozeß unterblieb, wenn auch nicht infolge einer edlen Einsicht, sondern durch die kurzfristige Beschränktheit der Habsburger. Wäre es anders gekommen, würde das deutsche Volk heute kaum mehr als Kulturfaktor angesprochen werden können.

Aber nicht nur in Österreich, sondern auch in Deutschland selbst waren und sind die sogenannten nationalen Kreise von ähnlich falschen Gedankengängen bewegt. Die von so vielen geforderte Polenpolitik im Sinne einer Ger-

manisation des Ostens fußte leider fast immer auf dem gleichen Trugschluß. Auch hier glaubte man eine Germanisation des polnischen Elements durch eine rein sprachliche Eindeutschung desselben herbeiführen zu können. Auch hier wäre das Ergebnis ein unseliges geworden: Ein fremdrassiges Volk in deutscher Sprache seine fremden Gedanken ausdrückend, die Höhe und Würde unseres eigenen Volkstums durch seine eigene Minderwertigkeit kompromittierend.

Wie entsetzlich ist doch heute schon der Schaden, der auf indirektem Wege unserem Deutschtum zugefügt wird, dadurch, daß das deutsch mauschelnde Judentum beim Betreten des amerikanischen Bodens infolge der Unkenntnis vieler Amerikaner auf unser deutsches Konto geschrieben wird. Es wird aber doch niemand einfallen, in der rein äußerlichen Tatsache, daß diese verlauste Völkerwanderung aus dem Osten meistens deutsch spricht, den Beweis für ihre deutsche Abstammung und Volkszugehörigkeit zu erblicken.

Was in der Geschichte nutzbringend germanisiert wurde, war der Boden, den unsere Vorfahren mit dem Schwert erwarben und mit deutschen Bauern besiedelten. Soweit sie dabei unserem Volkskörper fremdes Blut zuführten, wirkten sie mit an jener unseligen Zersplitterung unseres inneren Wesens, die sich in dem — leider vielfach sogar noch gepriesenen — deutschen Überindividualismus auswirkt.

Auch in dieser dritten Gruppe gilt der Staat in gewissem Sinne noch immer als Selbstzweck, die Staatserhaltung mithin als die höchste Aufgabe des menschlichen Daseins.

Zusammenfassend kann festgestellt werden: Alle diese Anschauungen haben ihre tiefste Wurzel nicht in der Erkenntnis, daß die kultur- und wertebildenden Kräfte wesentlich auf rassischen Elementen beruhen und daß der Staat also sinngemäß als seine höchste Aufgabe die Erhaltung und Steigerung der Rasse zu betrachten hat, diese Grundbedingung aller menschlichen Kulturentwicklung.

Die äußerste Schlußfolgerung jener falschen Auffassungen und Ansichten über Wesen und Zweck eines Staates konnte dann durch den Juden Marx gezogen werden: Indem die bürgerliche Welt den Staatsbegriff von rassischen Verpflichtungen loslöste, ohne zu irgendeiner anderen, gleichmäßig anerkannten Formulierung gelangen zu können, ebnete sie selbst einer Lehre den Weg, die den Staat an sich negiert.

Schon auf diesem Gebiete muß deshalb der Kampf der bürgerlichen Welt gegenüber der marxistischen Internationale glatt versagen. Sie hat die Fundamente selbst schon längst geopfert, die zur Stützung ihrer eigenen Ideenwelt unumgänglich notwendig wären. Ihr gerissener Gegner hat die Schwächen ihres eigenen Baues erkannt und stürmt nun mit den von ihnen selbst, wenn auch ungewollt, gelieferten Waffen dagegen an.

Es ist deshalb die erste Verpflichtung für eine auf dem Boden einer völkischen Weltanschauung beruhende neue Bewegung, dafür zu sorgen, daß die Auffassung über das Wesen und den Daseinszweck des Staates eine einheitliche klare Form erhält.

Die grundsätzliche Erkenntnis ist dann die, *daß der Staat keinen Zweck, sondern ein Mittel darstellt. Er ist wohl die Voraussetzung zur Bildung einer höheren menschlichen Kultur, allein nicht die Ursache derselben. Diese liegt vielmehr ausschließlich im Vorhandensein einer zur Kultur befähigten Rasse.* Es könnten sich auf der Erde Hunderte von mustergültigen Staaten befinden, im Falle des Aussterbens des arischen Kulturträgers würde doch keine Kultur vorhanden sein, die der geistigen Höhe der höchsten Völker von heute entspräche. Man kann noch weitergehen und sagen, daß die Tatsache menschlicher Staatenbildung nicht im geringsten die Möglichkeit der Vernichtung des menschlichen Geschlechtes ausschließen würde, sofern überlegene geistige Fähigkeit und Elastizität, infolge des Fehlens des rassischen Trägers derselben, verlorengingen.

Würde z. B. heute die Oberfläche der Erde durch irgendein tektonisches Ereignis in Unruhe kommen und aus den Fluten des Ozeans sich ein neuer Himalaja erheben, so wäre in einer einzigen grausamen Katastrophe der Menschheit Kultur vernichtet. Kein Staat würde mehr bestehen, aufgelöst die Bande aller Ordnung, zertrümmert die Dokumente einer tausendjährigen Entwicklung, ein einziges großes, wasser- und schlammüberflutetes Leichenfeld. Allein wenn sich aus diesem Chaos des Grauens auch nur wenige Menschen einer bestimmten kulturfähigen Rasse erhalten hätten, würde, und wenn auch nach tausendjähriger Dauer, die Erde nach ihrer Beruhigung wieder Zeugnisse menschlicher, schöpferischer Kraft erhalten. Nur die Vernichtung der letzten kulturfähigen Rasse und ihrer einzelnen Träger würde die Erde endgültig veröden. Umgekehrt sehen wir selbst an Beispielen der Gegenwart, daß Staatsbildungen in ihren stammesmäßigen Anfängen bei mangelnder Genialität ihrer rassischen Träger diese nicht vor dem Untergang zu bewahren vermögen. So wie große Tierarten der Vorzeit anderen weichen mußten und restlos vergingen, so muß auch der Mensch weichen, wenn ihm eine bestimmte geistige Kraft fehlt, die ihn allein die nötigen Waffen zu seiner Selbsterhaltung finden läßt.

Nicht der Staat an sich schafft eine bestimmte kulturelle Höhe, sondern er kann nur die Rasse erhalten, welche diese bedingt. Im anderen Falle mag der Staat als solcher jahrhundertelang gleichmäßig weiterbestehen, während in der Folge einer von ihm nicht verhinderten Rassenvermengung die kulturelle Fähigkeit und das dadurch bedingte allgemeine Lebensbild eines Volkes schon längst tiefgehende Veränderung erlitten haben. Der heutige Staat beispielsweise kann als formaler Mechanismus sehr wohl noch soundso lange Zeit sein Dasein vortäuschen, die rassenmäßige Vergiftung unseres Volkskörpers schafft jedoch einen kulturellen Niedergang, der schon jetzt erschreckend in Erscheinung tritt.

So ist die Voraussetzung zum Bestehen eines höheren Menschentums nicht der

Staat, sondern das Volkstum, das hierzu befähigt ist.

Diese Fähigkeit wird grundsätzlich immer vorhanden sein und muß nur durch bestimmte äußere Bedingungen zur praktischen Auswirkung aufgeweckt werden. Kulturell und schöpferisch begabte Nationen oder besser Rassen tragen diese Nützlichkeiten latent in sich, auch wenn im Augenblick ungünstige äußere Umstände eine Verwirklichung dieser Anlagen nicht zulassen. Daher ist es auch ein unglaublicher Unfug, die Germanen der vorchristlichen Zeit als „kulturlos“, als Barbaren hinzustellen. Sie sind es nie gewesen. Nur zwang sie die Herbheit ihrer nordischen Heimat unter Verhältnisse, die eine Entwicklung ihrer schöpferischen Kräfte behinderten. Wären sie, ohne irgendeine antike Welt, in die günstigeren Gefilde des Südens gekommen und hätten sie in dem Material niederer Völker die ersten technischen Hilfsmittel erhalten, so würde die in ihnen schlummernde kulturbildende Fähigkeit genau so zur leuchtendsten Blüte erwachsen sein, wie dies zum Beispiel bei den Hellenen der Fall war. Allein diese kulturschaffende Urkraft selbst entspringt wieder nicht einzig ihrem nordischen Klima. Der Lappländer, nach dem Süden gebracht, würde so wenig kulturbildend wirken wie etwa der Eskimo. Nein, diese herrliche, schöpferisch gestaltende Fähigkeit ist eben gerade dem Arier verliehen, ob er sie schlummernd noch in sich trägt oder sie dem erwachenden Leben schenkt, je nachdem günstige Umstände dies gestatten oder eine unwirtliche Natur verhindert.

Daraus ergibt sich folgende Erkenntnis:

Der Staat ist ein Mittel zum Zweck. Sein Zweck liegt in der Erhaltung und Förderung einer Gemeinschaft physisch und seelisch gleichartiger Lebewesen. Diese Erhaltung selber umfaßt erstlich den rassenmäßigen Bestand und gestattet dadurch die freie Entwicklung aller in dieser Rasse schlummernden Kräfte. Von ihnen wird immer wieder ein Teil in erster Linie der

Erhaltung des physischen Lebens dienen und nur der andere der Förderung einer geistigen Weiterentwicklung. Tatsächlich schafft aber immer der eine die Voraussetzung für das andere.

Staaten, die nicht diesem Zwecke dienen, sind Fehlerscheinungen, ja Mißgeburten. Die Tatsache ihres Bestehens ändert so wenig daran, als etwa der Erfolg einer Flibustiergemeinschaft die Räuberei zu rechtfertigen vermag.

Wir Nationalsozialisten dürfen als Verfechter einer neuen Weltanschauung uns niemals auf jenen berühmten „Boden der — noch dazu falschen — Tatsachen" stellen. Wir wären in diesem Falle nicht mehr die Verfechter einer neuen großen Idee, sondern die Kulis der heutigen Lüge. Wir haben schärfstens zu unterscheiden zwischen dem Staat als einem Gefäß und der Rasse als dem Inhalt. Dieses Gefäß hat nur dann einen Sinn, wenn es den Inhalt zu erhalten und zu schützen vermag; im anderen Falle ist es wertlos.

Somit ist der höchste Zweck des völkischen Staates die Sorge um die Erhaltung derjenigen rassischen Urelemente, die, als kulturspendend, die Schönheit und Würde eines höheren Menschentums schaffen. Wir, als Arier, vermögen uns unter einem Staat also nur den lebendigen Organismus eines Volkstums vorzustellen, der die Erhaltung dieses Volkstums nicht nur sichert, sondern es auch durch Weiterbildung seiner geistigen und ideellen Fähigkeiten zur höchsten Freiheit führt.

Was man uns heute jedoch als Staat aufzudrängen versucht, ist meistens nur die Ausgeburt tiefster menschlicher Verirrung mit unsäglichem Leid als Folgeerscheinung.

Wir Nationalsozialisten wissen, daß wir mit dieser Auffassung als Revolutionäre in der heutigen Welt stehen

und auch als solche gebrandmarkt werden. Allein unser Denken und Handeln soll keineswegs von Beifall oder Ablehnung unserer Zeit bestimmt werden, sondern von der bindenden Verpflichtung an eine Wahrheit, die wir erkannten. Dann dürfen wir überzeugt sein, daß die höhere Einsicht einer Nachwelt unser heutiges Vorgehen nicht nur verstehen, sondern auch als richtig bestätigen und adeln wird.



Daraus ergibt sich für uns Nationalsozialisten auch der Maßstab für die Bewertung eines Staates. Dieser Wert wird ein relativer sein, vom Gesichtspunkt des einzelnen Volkstums aus; ein absoluter von dem der Menschheit an sich. Das heißt mit anderen Worten:

Die Güte eines Staates kann nicht bewertet werden nach der kulturellen Höhe oder der Machtbedeutung dieses Staates im Rahmen der übrigen Welt, sondern ausschließlich nur nach dem Grade der Güte dieser Einrichtung für das jeweils in Frage kommende Volkstum.

Ein Staat kann als mustergültig bezeichnet werden, wenn er den Lebensbedingungen eines durch ihn zu vertretenden Volkstums nicht nur entspricht, sondern dieses Volkstum gerade durch seine eigene Existenz praktisch am Leben erhält — ganz gleich, welche allgemein kulturelle Bedeutung diesem staatlichen Gebilde im Rahmen der übrigen Welt zukommt. Denn die Aufgabe des Staates ist es eben nicht, Fähigkeiten zu erzeugen, sondern nur die, vorhandenen Kräften freie Bahn zu schaffen. Also kann umgekehrt ein Staat als schlecht bezeichnet werden, wenn er, bei aller kulturellen Höhe, den Träger dieser Kultur in seiner rassischen Zusammensetzung dem Untergang weiht. Denn er zerstört damit praktisch die Voraussetzung

für das Fortbestehen dieser Kultur, die ja nicht er geschaffen, sondern welche die Frucht eines durch die lebendige staatliche Zusammenfassung gesicherten kulturschöpferischen Volkstums ist. Der Staat stellt eben nicht einen Inhalt dar, sondern eine Form. Es gibt also *die jeweilige Kulturhöhe eines Volkes nicht den Wertmesser für die Güte des Staates ab*, in welchem es lebt. Es ist sehr begreiflich, daß ein kulturell hochbegnadetes Volk ein höherwertiges Bild abgibt als ein Negerstamm; trotzdem kann der staatliche Organismus des ersteren, seiner Zweckerfüllung nach betrachtet, schlechter sein als der des Negers. Wenngleich der beste Staat und die beste Staatsform nicht in der Lage sind, aus einem Volke Fähigkeiten herauszuholen, die einfach fehlen und nie vorhanden waren, so ist ein schlechter Staat sicherlich in der Lage, durch eine von ihm zugelassene oder gar geförderte Vernichtung des rassischen Kulturträgers, ursprünglich vorhandene Fähigkeiten in der Folgezeit zum Absterben zu bringen.

Mithin kann das Urteil über die Güte eines Staates in erster Linie nur bestimmt werden von dem relativen Nutzen, den er für ein bestimmtes Volkstum besitzt und keineswegs von der Bedeutung, die ihm an sich in der Welt zukommt.

Dieses relative Urteil kann rasch und gut gefällt werden; das Urteil über den absoluten Wert nur sehr schwer, da dieses absolute Urteil eigentlich schon nicht mehr bloß durch den Staat, sondern vielmehr durch die Güte und Höhe des jeweiligen Volkstums bestimmt wird.

Wenn man daher von einer höheren Mission des Staates spricht, darf man nie vergessen, daß die höhere Mission wesentlich im Volkstum liegt, dem der Staat, durch die organische Kraft seines Daseins, nur die freie Entwicklung zu ermöglichen hat.

Wenn wir daher die Frage stellen, wie der Staat beschaffen sein soll, den wir Deutsche brauchen, dann müssen wir uns erst Klarheit darüber schaffen, was für Menschen er erfassen und welchem Zweck er dienen soll.

Unser deutsches Volkstum beruht leider nicht mehr auf

einem einheitlichen rassischen Kern. Der Prozeß der Verschmelzung der verschiedenen Urbestandteile ist auch noch nicht so weit fortgeschritten, daß man von einer dadurch neugebildeten Rasse sprechen könnte. Im Gegenteil: die blutsmäßigen Vergiftungen, die unseren Volkskörper, besonders seit dem Dreißigjährigen Kriege, trafen, führten nicht nur zu einer Zersetzung unseres Blutes, sondern auch zu einer solchen unserer Seele. Die offenen Grenzen unseres Vaterlandes, das Anlehnen an ungermanische Fremdkörper längs dieser Grenzgebiete, vor allem aber der starke laufende Zufluß fremden Blutes ins Innere des Reiches selbst, läßt infolge seiner dauernden Erneuerung keine Zeit übrig für eine absolute Verschmelzung. Es wird keine neue Rasse mehr herausgekocht, sondern die Rassebestandteile bleiben nebeneinander, mit dem Ergebnis, daß besonders in kritischen Augenblicken, in denen sich sonst eine Herde zu sammeln pflegt, das deutsche Volk nach allen Windrichtungen auseinanderläuft. Nicht nur gebietsmäßig sind die rassischen Grundelemente verschieden gelagert, sondern auch im einzelnen, innerhalb des gleichen Gebietes. Neben nordischen Menschen ostische, neben ostischen dinarische, neben beiden westische, und dazwischen Mischungen. Dies ist auf der einen Seite von großem Nachteil: Es fehlt dem deutschen Volk jener sichere Herdeninstinkt, der in der Einheit des Blutes begründet liegt und besonders in gefahrdrohenden Momenten Nationen vor dem Untergang bewahrt, insofern bei solchen Völkern dann alle kleineren inneren Unterschiede sofort zu verschwinden pflegen und dem gemeinsamen Feinde die geschlossene Front einer einheitlichen Herde gegenübertritt. In dem Nebeneinander unserer unvermischt gebliebenen rassischen Grundelemente verschiedenster Art liegt das begründet, was man bei uns mit dem Wort Überindividualismus bezeichnet. In friedlichen Zeitläuften mag er manchmal gute Dienste leisten, alles in allem genommen aber hat er uns um die Weltherrschaft gebracht. Würde das deutsche Volk in seiner geschichtlichen Entwicklung jene herdenmäßige Einheit besessen haben, wie sie anderen Völkern zugute kam, dann würde das Deutsche Reich heute

wohl Herrin des Erdballs sein. Die Weltgeschichte hätte einen anderen Lauf genommen, und kein Mensch vermag zu entscheiden, ob dann nicht auf diesem Wege eingetroffen wäre, was so viele verblendete Pazifisten heute durch Winseln und Flennen zu erbetteln hoffen: Ein Friede, gestützt nicht durch die Palmwedel tränenreicher pazifistischer Klageweiber, sondern begründet durch das siegreiche Schwert eines die Welt in den Dienst einer höheren Kultur nehmenden Herrenvolkes.

Die Tatsache des Nichtvorhandenseins eines blutmäßig einheitlichen Volkstums hat uns unsägliches Leid gebracht. Sie hat vielen kleinen deutschen Potentaten Residenzen geschenkt, dem deutschen Volk aber das Herrenrecht entzogen.

Auch heute noch leidet unser Volk unter dieser inneren Zerrissenheit; allein, was uns in Vergangenheit und Gegenwart Unglück brachte, kann für die Zukunft unser Segen sein. Denn so schädlich es auf der einen Seite auch war, daß eine restlose Vermischung unserer ursprünglichen Rassenbestandteile unterblieb und dadurch die Bildung eines einheitlichen Volkskörpers verhindert wurde, so glücklich war es auf der anderen, als hierdurch wenigstens ein Teil unseres besten Blutes rein erhalten blieb und der rassischen Senkung entging.

Sicher würde bei einer restlosen Vermengung unserer rassischen Urelemente ein geschlossener Volkskörper entstanden sein, allein er wäre, wie jede Rassenkreuzung beweist, von einer geringeren Kulturfähigkeit erfüllt, als sie der höchststehende der Urbestandteile ursprünglich besaß. Dies ist der Segen des Unterbleibens restloser Vermischung: daß wir auch heute noch in unserem deutschen Volkskörper große unvermischt gebliebene Bestände an nordisch-germanischen Menschen besitzen, in denen wir den wertvollsten Schatz für unsere Zukunft erblicken dürfen. In der trüben Zeit der Unkenntnis aller rassischen Gesetze, da in völliger Gleichwertung Mensch eben als Mensch erschien, mochte die Klarheit über den verschiedenen Wert der einzelnen Urelemente

fehlen. Heute wissen wir, daß eine restlose Durcheinandermischung der Bestandteile unseres Volkskörpers uns infolge der dadurch entstandenen Einheit vielleicht zwar die äußere Macht geschenkt hätte, daß jedoch das höchste Ziel der Menschheit unerreichbar gewesen wäre, da der einzige Träger, den das Schicksal ersichtlich zu dieser Vollendung ausersehen hat, im allgemeinen Rassenbrei des Einheitsvolkes untergegangen wäre.

Was aber ohne unser Zutun durch ein gütiges Schicksal verhindert wurde, haben wir heute, vom Gesichtspunkt unserer nun gewonnenen Erkenntnis, zu überprüfen und zu verwerten.

Wer von einer Mission des deutschen Volkes auf der Erde redet, muß wissen, daß sie nur in der Bildung eines Staates bestehen kann, der seine höchste Aufgabe in der Erhaltung und Förderung der unverletzt gebliebenen edelsten Bestandteile unseres Volkstums, ja der ganzen Menschheit sieht.

Damit erhält der Staat zum ersten Male ein inneres hohes Ziel. Gegenüber der lächerlichen Parole einer Sicherung von Ruhe und Ordnung zur friedlichen Ermöglichung gegenseitiger Begaunerei erscheint die Aufgabe der Erhaltung und Förderung eines durch die Güte des Allmächtigen dieser Erde geschenkten höchsten Menschentums als eine wahrhaft hohe Mission.

Aus einem toten Mechanismus, der nur um seiner selbst willen da zu sein beansprucht, soll ein lebendiger Organismus geformt werden mit dem ausschließlichen Zwecke: einer höheren Idee zu dienen.

Das Deutsche Reich soll als Staat alle Deutschen umschließen mit der Aufgabe, aus diesem Volke die wertvollsten Bestände an rassischen Urelementen nicht nur zu sammeln und zu erhalten, sondern langsam und sicher zur beherrschenden Stellung emporzuführen.

*

Damit tritt an die Stelle eines, im Grunde genommen, erstarrten Zustandes eine Periode des Kampfes. Doch wie immer und in allem auf dieser Welt, wird auch hier das Wort seine Geltung behalten, daß „wer rastet — rostet", und weiter, daß der Sieg ewig nur im Angriff liegt. Je größer dabei das Kampfziel, das uns vor Augen schwebt, und je geringer das Verständnis der breiten Masse im Augenblick dafür sein mag, um so ungeheurer sind aber, den Erfahrungen der Weltgeschichte nach, die Erfolge — und die Bedeutung dieser Erfolge dann, wenn das Ziel richtig erfaßt und der Kampf mit unerschütterlicher Beharrlichkeit durchgeführt wird.

Es mag freilich für viele unserer heutigen beamteten Staatslenker beruhigender sein, für die Erhaltung eines gegebenen Zustandes zu wirken, als für einen kommenden kämpfen zu müssen. Sie werden es als viel leichter empfinden, im Staate einen Mechanismus zu sehen, der einfach dazu da ist, sich selbst am Leben zu erhalten, so wie wiederum ihr Leben „dem Staate gehört" — wie sie sich auszudrücken pflegen. Als ob dem Volkstum Entsprossenes logisch anderem dienen könnte als eben dem Volkstum, oder der Mensch für anderes wirken könnte als eben wieder für den Menschen. *Es ist, wie gesagt, natürlich leichter, in der Staatsautorität nur den formalen Mechanismus einer Organisation zu erblicken als die souveräne Verkörperung des Selbsterhaltungstriebes eines Volkstums auf der Erde.* Denn in dem einen Fall ist für diese schwachen Geister der Staat sowohl als die Staatsautorität schon der Zweck an sich, im anderen aber nur die gewaltige Waffe im Dienste des großen ewigen Lebenskampfes um das Dasein, eine Waffe, der sich jeder zu fügen hat, weil sie nicht formal mechanistisch ist, sondern Ausdruck eines gemeinsamen Willens zur Lebenserhaltung.

Daher werden wir auch im Kampfe für unsere neue Auffassung, die ganz dem Ursinn der Dinge entspricht, nur wenige Kampfgefährten aus einer Gesellschaft finden, die nicht nur körperlich, sondern leider nur zu oft auch gei-

stig veraltet ist. Nur Ausnahmen, Greise mit jungem Herzen und frisch gebliebenem Sinn, werden aus jenen Schichten zu uns kommen, niemals die, welche in der Erhaltung eines gegebenen Zustandes den letzten Sinn ihrer Lebensaufgabe erblicken.

Uns gegenüber steht das unendliche Heer, weniger der böswillig Schlechten als der denkfaul Gleichgültigen und gar der an der Erhaltung des heutigen Zustandes Interessierten. Allein gerade in dieser scheinbaren Aussichtslosigkeit unseres gewaltigen Ringens liegt die Größe unserer Aufgabe und auch die Möglichkeit des Erfolges begründet. Der Schlachtruf, der die kleinen Geister entweder von vorneherein verscheucht oder bald verzagen läßt, er wird zum Signal des Zusammenfindens wirklicher Kampfnaturen. Und darüber muß man sich klar sein: *wenn aus einem Volke eine bestimmte Summe höchster Energie und Tatkraft auf ein Ziel vereint erscheint und mithin der Trägheit der breiten Massen endgültig entzogen ist, sind diese wenigen Prozente zu Herren der gesamten Zahl emporgestiegen. Weltgeschichte wird durch Minoritäten gemacht dann, wenn sich in dieser Minorität der Zahl die Majorität des Willens und der Entschlußkraft verkörpert.*

Was deshalb heute vielen als erschwerend gelten mag, ist in Wirklichkeit die Voraussetzung für unseren Sieg. Gerade in der Größe und den Schwierigkeiten unserer Aufgabe liegt die Wahrscheinlichkeit, daß sich zu ihrem Kampfe nur die besten Kämpfer finden werden. In dieser Auslese aber liegt die Bürgschaft für den Erfolg.

*

Im allgemeinen pflegt schon die Natur in der Frage der rassischen Reinheit irdischer Lebewesen bestimmte korrigierende Entscheidungen zu treffen. Sie liebt die Bastarde

nur wenig. Besonders die ersten Produkte solcher Kreuzungen, etwa im dritten, vierten, fünften Glied, haben bitter zu leiden. Es wird ihnen nicht nur die Bedeutung des ursprünglich höchsten Bestandteils der Kreuzung genommen, sondern es fehlt ihnen in der mangelnden Blutseinheit auch die Einheit der Willens- und Entschlußkraft zum Leben überhaupt. In allen kritischen Augenblicken, in denen das rassisch einheitliche Wesen richtige, und zwar einheitliche Entschlüsse trifft, wird das rassisch zerrissene unsicher werden bzw. zu halben Maßnahmen gelangen. Zusammen bedeutet das nicht nur eine gewisse Unterlegenheit des rassisch Zerrissenen gegenüber dem rassisch Einheitlichen, sondern in der Praxis auch die Möglichkeit eines schnelleren Unterganges. In zahllosen Fällen, in denen die Rasse standhält, bricht der Bastard zusammen. Darin ist die Korrektur der Natur zu sehen. Sie geht aber häufig noch weiter. Sie schränkt die Möglichkeit einer Fortpflanzung ein. Dadurch verhindert sie die Fruchtbarkeit weitergehender Kreuzungen überhaupt und bringt sie so zum Aussterben.

Würde also beispielsweise in einer bestimmten Rasse von einem einzelnen Subjekt eine Verbindung mit einem rassisch niederstehenden eingegangen, so wäre das Ergebnis zunächst eine Niedersenkung des Niveaus an sich; weiter aber eine Schwächung der Nachkommenschaft gegenüber der rassisch unvermischt gebliebenen Umgebung. Bei der vollständigen Verhinderung eines weiteren Blutzusatzes von seiten der höchsten Rasse würden bei dauernder gegenseitiger Kreuzung die Bastarde entweder infolge ihrer durch die Natur weise verminderten Widerstandskraft aussterben oder im Laufe von vielen Jahrtausenden eine neue Mischung bilden, bei welcher die ursprünglichen Einzelelemente durch tausendfältige Kreuzung restlos vermischt, mithin nicht mehr erkennbar sind. Es hätte sich damit ein neues Volkstum gebildet von einer bestimmten herdenmäßigen Widerstandsfähigkeit, jedoch gegenüber der bei der ersten Kreuzung mitwirkenden höchsten Rasse in seiner geistig-kulturellen Bedeutung wesentlich vermindert. Aber auch in

diesem letzten Falle würde im gegenseitigen Kampf um das Dasein das Mischprodukt unterliegen, solange eine höherstehende unvermischt gebliebene Rasseneinheit als Gegner noch vorhanden ist. Alle herdenmäßige, im Laufe der tausend Jahre gebildete innere Geschlossenheit dieses neuen Volkskörpers würde infolge der allgemeinen Senkung des Rassenniveaus und der dadurch bedingten Minderung der geistigen Elastizität und schöpferischen Fähigkeit dennoch nicht genügen, um den Kampf mit einer ebenso einheitlichen, geistig und kulturell jedoch überlegenen Rasse siegreich zu bestehen.

Somit kann man folgenden gültigen Satz aufstellen:

Jegliche Rassenkreuzung führt zwangsläufig früher oder später zum Untergang des Mischproduktes, solange der höherstehende Teil dieser Kreuzung selbst noch in einer reinen irgendwie rassenmäßigen Einheit vorhanden ist. Die Gefahr für das Mischprodukt ist erst beseitigt im Augenblick der Bastardierung des letzten höherstehenden Rassereinen.

Darin liegt ein, wenn auch langsamer natürlicher Regenerationsprozeß begründet, der rassische Vergiftungen allmählich wieder ausscheidet, solange noch ein Grundstock rassisch reiner Elemente vorhanden ist und eine weitere Bastardierung nicht mehr stattfindet.

Ein solcher Vorgang kann von selbst eintreten bei Lebewesen mit starkem Rasseinstinkt, die nur durch besondere Umstände oder irgendeinen besonderen Zwang aus der Bahn der normalen rassereinen Vermehrung geworfen wurden. Sowie diese Zwangslage beendet ist, wird der noch rein gebliebene Teil sofort wieder nach Paarung unter Gleichen streben, der weiteren Vermischung dadurch Einhalt gebietend. Die Bastardierungsergebnisse treten damit von selbst wieder in den Hintergrund, es wäre denn, daß ihre Zahl sich schon so unendlich vermehrt hätte, daß ein ernstlicher Widerstand der reinrassig Übriggebliebenen nicht mehr in Frage käme.

Der Mensch, der einmal instinktlos geworden ist und seine

ihm von der Not auferlegte Verpflichtung verkennt, darf im allgemeinen jedoch auf solche Korrektur von seiten der Natur solange nicht hoffen, als er seinen verlorenen Instinkt nicht durch sehende Erkenntnis ersetzt hat; an ihr ist es dann, die erforderliche Wiedergutmachungsarbeit zu leisten. Doch ist die Gefahr sehr groß, daß der einmal blind gewordene Mensch die Rassenschranken immer mehr einreißt, bis endlich auch der letzte Rest seines besten Teils verloren ist. Dann bleibt wirklich nur mehr ein Einheitsbrei übrig, wie er den famosen Weltverbesserern unserer Tage als Ideal vorschwebt; er würde aber aus dieser Welt in kurzer Zeit die Ideale verjagen. Freilich: *eine große Herde könnte so gebildet werden, ein Herdentier kann man zusammenbrauen, einen Menschen als Kulturträger aber und besser noch als Kulturbegründer und Kulturschöpfer ergibt eine solche Mischung niemals.* Die Mission der Menschheit könnte damit als beendigt angesehen werden.

Wer nicht will, daß die Erde diesem Zustand entgegengeht, muß sich zur Auffassung bekehren, daß es die Aufgabe vor allem der germanischen Staaten ist, in erster Linie dafür zu sorgen, daß einer weiteren Bastardierung grundsätzlich Einhalt geboten wird.

Die Generation unserer heutigen notorischen Schwächlinge wird selbstverständlich sofort dagegen aufschreien und über Eingriffe in die heiligsten Menschenrechte jammern und klagen. *Nein, es gibt nur ein heiligstes Menschenrecht, und dieses Recht ist zugleich die heiligste Verpflichtung, nämlich: dafür zu sorgen, daß das Blut rein erhalten bleibt, um durch die Bewahrung des besten Menschentums die Möglichkeit einer edleren Entwicklung dieser Wesen zu geben.*

Ein völkischer Staat wird damit in erster Linie die Ehe aus dem Niveau einer dauernden Rassenschande herauszuheben

haben, um ihr die Weihe jener Institution zu geben, die berufen ist, Ebenbilder des Herrn zu zeugen und nicht Mißgeburten zwischen Mensch und Affe.

Der Protest dagegen aus sogenannten humanen Gründen steht besonders der Zeit verflucht schlecht an, die auf der einen Seite jedem verkommenen Degeneraten die Möglichkeit seiner Fortvermehrung gibt, den Produkten selber als auch den Zeitgenossen unsägliches Leid aufbürdend, während andererseits in jeder Drogerie und sogar bei Straßenhändlern die Hilfsmittel zur Verhinderung der Geburten bei selbst gesündesten Eltern feilgeboten werden. In diesem heutigen Staate der Ruhe und Ordnung, in den Augen seiner Vertreter, dieser tapferen bürgerlich-nationalen Welt, ist also die Verhinderung der Zeugungsfähigkeit bei Syphilitikern, Tuberkulosen, erblich Belasteten, Krüppeln und Kretins ein Verbrechen, dagegen wird die praktische Unterbindung der Zeugungsfähigkeit bei Millionen der Allerbesten nicht als etwas Schlechtes angesehen und verstößt nicht gegen die guten Sitten dieser scheinheiligen Gesellschaft, nützt vielmehr der kurzsichtigen Denkfaulheit. Denn andernfalls müßte man sich immerhin den Kopf wenigstens darüber zerbrechen, wie die Voraussetzungen zu schaffen seien für die Ernährung und Erhaltung derjenigen Wesen, die als gesunde Träger unseres Volkstums dereinst der gleichen Aufgabe bezüglich des kommenden Geschlechtes dienen sollen.

Wie grenzenlos unideal und unedel ist doch dieses ganze System! Man bemüht sich nicht mehr, das Beste für die Nachwelt heranzuzüchten, sondern läßt die Dinge laufen, wie sie eben laufen. Daß sich dabei auch unsere Kirchen am Ebenbilde des Herrn versündigen, dessen Bedeutung von ihnen noch am allermeisten betont wird, liegt ganz in der Linie ihres heutigen Wirkens, das immer vom Geiste redet und den Träger desselben, den Menschen, zum verkommenen Proleten degenerieren läßt. Dann allerdings staunt man mit blöden Gesichtern über die geringe Wirkung des christlichen Glaubens im eigenen Lande, über die entsetz-

liche „Gottlosigkeit“ dieses körperlich verhunzten und damit natürlich auch geistig verlumpten Jammerpacks, und sucht sich dafür mit Erfolg bei Hottentotten und Zulukaffern mit dem Segen der Kirche zu entschädigen. Während unsere europäischen Völker Gott sei Lob und Dank in den Zustand eines körperlichen und moralischen Aussatzes verfallen, wandert der fromme Missionar nach Zentralafrika und errichtet Negermissionen, bis unsere „höhere Kultur“ aus gesunden, wenn auch primitiven und tiefstehenden Menschenkindern auch dort eine faulige Bastardenbrut gemacht haben wird.

Es würde dem Sinne des Edelsten auf dieser Welt mehr entsprechen, wenn unsere beiden christlichen Kirchen statt die Neger mit Missionen zu belästigen, die jene weder wünschen noch verstehen, unsere europäische Menschheit gütig, aber allen Ernstes belehren würden, daß es bei nicht gesunden Eltern ein Gott wohlgefälliges Werk ist, sich eines gesunden armen kleinen Waisenkindes zu erbarmen, um diesem Vater und Mutter zu schenken, als selber ein krankes, sich und der anderen Welt nur Unglück und Leid bringendes Kind ins Leben zu setzen.

Was auf diesem Gebiete heute von allen Seiten versäumt wird, hat der völkische Staat nachzuholen. *Er hat die Rasse in den Mittelpunkt des allgemeinen Lebens zu setzen. Er hat für ihre Reinerhaltung zu sorgen. Er hat das Kind zum kostbarsten Gut eines Volkes zu erklären. Er muß dafür Sorge tragen, daß nur wer gesund ist, Kinder zeugt; daß es nur eine Schande gibt: bei eigener Krankheit und eigenen Mängeln dennoch Kinder in die Welt zu setzen, doch eine höchste Ehre: darauf zu verzichten. Umgekehrt aber muß es als verwerflich gelten: gesunde Kinder der Nation vorzuenthalten. Der Staat muß dabei als Wahrer einer tausendjährigen Zukunft auftreten, der gegenüber der Wunsch und die Eigensucht des einzelnen*

als nichts erscheinen und sich zu beugen haben. Er hat die modernsten ärztlichen Hilfsmittel in den Dienst dieser Erkenntnis zu stellen. Er hat, was irgendwie ersichtlich krank und erblich belastet und damit weiter belastend ist, zeugungsunfähig zu erklären und dies praktisch auch durchzusetzen. Er hat umgekehrt dafür zu sorgen, daß die Fruchtbarkeit des gesunden Weibes nicht beschränkt wird durch die finanzielle Luderwirtschaft eines Staatsregiments, das den Kindersegen zu einem Fluch für die Eltern gestaltet. Er hat mit jener faulen, ja verbrecherischen Gleichgültigkeit, mit der man heute die sozialen Voraussetzungen einer kinderreichen Familie behandelt, aufzuräumen und muß sich an Stelle dessen als oberster Schirmherr dieses köstlichsten Segens eines Volkes fühlen. Seine Sorge gehört mehr dem Kinde als dem Erwachsenen.

Wer körperlich und geistig nicht gesund und würdig ist, darf sein Leid nicht im Körper seines Kindes verewigen. Der völkische Staat hat hier die ungeheuerste Erziehungsarbeit zu leisten. Sie wird aber dereinst auch als eine größere Tat erscheinen, als es die siegreichsten Kriege unseres heutigen bürgerlichen Zeitalters sind. Er hat durch Erziehung den einzelnen zu belehren, daß es keine Schande, sondern nur ein bedauernswertes Unglück ist, krank und schwächlich zu sein, daß es aber ein Verbrechen und daher zugleich eine Schande ist, dieses Unglück durch eigenen Egoismus zu entehren, indem man es unschuldigen Wesen wieder aufbürdet; daß es demgegenüber von einem Adel höch-

ster Gesinnung und bewundernswertester Menschlichkeit zeugt, wenn der unschuldig Kranke, unter Verzicht auf ein eigenes Kind, seine Liebe und Zärtlichkeit einem unbekannten armen, jungen Sprossen seines Volkstums schenkt, der in seiner Gesundheit verspricht, dereinst ein kraftvolles Glied einer kraftvollen Gemeinschaft zu werden. Und der Staat hat in dieser Erziehungsarbeit die rein geistige Ergänzung seiner praktischen Tätigkeit zu leisten. Er muß ohne Rücksicht auf Verständnis oder Unverständnis, Billigung oder Mißbilligung in diesem Sinne handeln.

Eine nur sechshundertjährige Verhinderung der Zeugungsfähigkeit und Zeugungsmöglichkeit seitens körperlich Degenerierter und geistig Erkrankter würde die Menschheit nicht nur von einem unermeßlichen Unglück befreien, sondern zu einer Gesundung beitragen, die heute kaum faßbar erscheint. Wenn so die bewußte planmäßige Förderung der Fruchtbarkeit der gesündesten Träger des Volkstums verwirklicht wird, so wird das Ergebnis eine Rasse sein, die, zunächst wenigstens, die Keime unseres heutigen körperlichen und damit auch geistigen Verfalls wieder ausgeschieden haben wird.

Denn hat erst ein Volk und ein Staat diesen Weg einmal beschritten, dann wird sich auch von selbst das Augenmerk darauf richten, gerade den rassisch wertvollsten Kern des Volkes und gerade seine Fruchtbarkeit zu steigern, um endlich das gesamte Volkstum des Segens eines hochgezüchteten Rassengutes teilhaftig werden zu lassen.

Der Weg hierzu ist vor allem der, daß ein Staat die Besiedelung gewonnener Neuländer nicht dem Zufall überläßt, sondern besonderen Normen unterwirft. Eigens gebildete Rassekommissionen haben den einzelnen das Siedlungsattest auszustellen; dieses aber ist gebunden an eine festzulegende bestimmte rassische Reinheit. So können all-

mählich Randkolonien begründet werden, deren Bewohner ausschließlich Träger höchster Rassenreinheit und damit höchster Rassentüchtigkeit sind. Sie sind damit ein kostbarer nationaler Schatz des Volksganzen; ihr Wachsen muß jeden einzelnen Volksgenossen mit Stolz und freudiger Zuversicht erfüllen, liegt doch in ihnen der Keim zu einer letzten großen Zukunftsentwicklung des eigenen Volkes, ja der Menschheit geborgen.

Der völkischen Weltanschauung muß es im völkischen Staat endlich gelingen, jenes edlere Zeitalter herbeizuführen, in dem die Menschen ihre Sorge nicht mehr in der Höherzüchtung von Hunden, Pferden und Katzen erblicken, sondern im Emporheben des Menschen selbst, ein Zeitalter, in dem der eine erkennend schweigend verzichtet, der andere freudig opfert und gibt.

Daß dies möglich ist, darf man in einer Welt nicht verneinen, in der sich hunderttausend und aber hunderttausend Menschen freiwillig das Zölibat auferlegen, durch nichts verpflichtet und gebunden als durch ein kirchliches Gebot.

Soll der gleiche Verzicht nicht möglich sein, wenn an seine Stelle die Mahnung tritt, der dauernd fortwirkenden Erbsünde einer Rassenvergiftung endlich Einhalt zu tun und dem allmächtigen Schöpfer Wesen zu geben, wie er sie selbst erschuf?

Freilich, das jammervolle Heer unserer heutigen Spießbürger wird dies niemals verstehen. Sie werden darüber lachen oder ihre schiefen Achseln zucken und ihre ewige Ausrede herausstöhnen: „Das wäre an sich ja ganz schön, aber das läßt sich ja doch nicht machen!“ Mit euch läßt sich das freilich nicht mehr machen, eure Welt ist dafür nicht geeignet! Ihr kennt nur eine Sorge: euer persönliches Leben, und einen Gott: euer Geld! Allein, wir wenden uns auch nicht an euch, sondern wenden uns an die große Armee derjenigen, die zu arm sind, als daß ihr persönliches Leben höchstes Glück der Welt bedeuten könnte, an diejenigen, die den Regenten ihres Daseins nicht im

Golde sehen, sondern an andere Götter glauben. Vor allem wenden wir uns an das gewaltige Heer unserer deutschen Jugend. Sie wächst in eine große Zeitwende hinein, und was die Trägheit und Gleichgültigkeit ihrer Väter verschuldete, wird sie selbst zum Kampfe zwingen. Die deutsche Jugend wird dereinst entweder der Bauherr eines neuen völkischen Staates sein oder sie wird als letzter Zeuge den völligen Zusammenbruch, das Ende der bürgerlichen Welt erleben.

Denn wenn eine Generation unter Fehlern leidet, die sie erkennt, ja sogar zugibt, um sich dann trotzdem, wie dies heute von seiten unserer bürgerlichen Welt geschieht, mit der billigen Erklärung zu begnügen, daß dagegen doch nichts zu machen sei, dann ist eine solche Gesellschaft dem Untergang verfallen. Das Charakteristische an unserer bürgerlichen Welt ist es aber gerade, daß sie die Gebrechen an sich gar nicht mehr zu leugnen vermag. Sie muß zugeben, daß vieles faul und schlecht ist, aber sie findet den Entschluß nicht mehr, sich gegen das Übel aufzubäumen, die Kraft eines Sechzig- oder Siebzigmillionenvolkes mit verbissener Energie zusammenzuraffen und so der Gefahr entgegenzustemmen. Im Gegenteil: wenn es anderswo geschieht, dann werden noch blöde Glossen darüber gerissen, und man versucht, wenigstens aus der Ferne die theoretische Unmöglichkeit des Verfahrens nachzuweisen und den Erfolg als undenkbar zu erklären. Kein Grund ist dabei einfältig genug, um nicht als Stütze für die eigene Zwerghaftigkeit und ihre geistige Einstellung zu dienen. Wenn zum Beispiel ein ganzer Kontinent der Alkoholvergiftung endlich den Kampf ansagt, um ein Volk aus den Klammern dieses verheerenden Lasters herauszulösen, dann hat unsere europäisch bürgerliche Welt dafür nichts übrig als ein nichtssagendes Glotzen und Kopfschütteln, ein überlegenes Lächerlichfinden — das sich bei dieser lächerlichsten Gesellschaft besonders gut ausnimmt. Wenn aber alles nichts nützt und dem erhabenen, unantastbaren Schlendrian an irgendeiner Stelle der Welt dennoch entgegengetreten wird, und gar mit Erfolg, dann muß, wie gesagt, wenigstens dieser angezweifelt und heruntergesetzt werden, wobei

man sich nicht einmal scheut, bürgerlich-moralische Gesichtspunkte gegen einen Kampf ins Treffen zu bringen, der mit der größten Unmoral aufzuräumen sucht.

Nein, darüber sollen wir uns alle gar keiner Täuschung hingeben: Unser derzeitiges Bürgertum ist für jede erhabene Aufgabe der Menschheit bereits wertlos geworden, einfach, weil es qualitätslos, zu schlecht ist; und es ist zu schlecht, weniger aus — meinetwegen — gewollter Schlechtigkeit heraus, als vielmehr infolge einer unglaublichen Idolenz und allem, was aus ihr entspringt. Daher sind auch jene politischen Klubs, die unter dem Sammelbegriff „bürgerliche Parteien“ sich herumtreiben, schon längst nichts anderes mehr als Interessengemeinschaften bestimmter Berufsgruppen und Standesklassen, und ihre erhabenste Aufgabe nur mehr die bestmögliche egoistische Interessenvertretung. Daß eine solche politisierende „Bourgeois“-Gilde zu allem eher taugt als zum Kampf, liegt auf der Hand; besonders aber, wenn die Gegenseite nicht aus vorsichtigen Pfeffersäcken, sondern aus Proletariermassen besteht, die zum Äußersten aufgehetzt und zum Letzten entschlossen sind.

*

Wenn wir als erste Aufgabe des Staates im Dienste und zum Wohle seines Volkstums die Erhaltung, Pflege und Entwicklung der besten rassischen Elemente erkennen, so ist es natürlich, daß sich diese Sorgfalt nicht nur bis zur Geburt des jeweiligen kleinen jungen Volks- und Rassegenossen zu erstrecken hat, sondern daß sie aus dem jungen Sprößling auch ein wertvolles Glied für eine spätere Weitervermehrung erziehen muß.

Und so wie im allgemeinen die Voraussetzung geistiger Leistungsfähigkeit in der rassischen Qualität des gegebenen Menschenmaterials liegt, so muß auch im einzelnen die Erziehung zuallererst die körperliche Gesundheit ins Auge

fassen und fördern; denn in der Masse genommen wird sich ein gesunder kraftvoller Geist auch nur in einem gesunden und kraftvollen Körper finden. Die Tatsache, daß Genies manches Mal körperlich wenig gutgebildete, ja sogar kranke Wesen sind, hat nichts dagegen zu sagen. Hier handelt es sich um Ausnahmen, die — wie überall — die Regel nur bestätigen. Wenn ein Volk aber in seiner Masse aus körperlichen Degeneraten besteht, so wird sich aus diesem Sumpf nur höchst selten ein wirklich großer Geist erheben. Seinem Wirken aber wird wohl auf keinen Fall mehr ein großer Erfolg beschieden sein. Das heruntergekommene Pack wird ihn entweder überhaupt nicht verstehen, oder es wird willensmäßig so geschwächt sein, daß es dem Höhenflug eines solchen Adlers nicht mehr zu folgen vermag.

Der völkische Staat hat in dieser Erkenntnis seine gesamte Erziehungsarbeit in erster Linie nicht auf das Einpumpen bloßen Wissens einzustellen, sondern auf das Heranzüchten kerngesunder Körper. Erst in zweiter Linie kommt dann die Ausbildung der geistigen Fähigkeiten. Hier aber wieder an der Spitze die Entwicklung des Charakters, besonders die Förderung der Willens- und Entschlußkraft, verbunden mit der Erziehung zur Verantwortungsfreudigkeit, und erst als letztes die wissenschaftliche Schulung.

Der völkische Staat muß dabei von der Voraussetzung ausgehen, daß ein zwar wissenschaftlich wenig gebildeter, aber körperlich gesunder Mensch mit gutem, festem Charakter, erfüllt von Entschlußfreudigkeit und Willenskraft, für die Volksgemeinschaft wertvoller ist als ein geistreicher Schwächling. Ein Volk von Gelehrten wird, wenn diese dabei körperlich degenerierte, willensschwache und feige Pazifisten sind, den Himmel nicht erobern, ja nicht einmal auf dieser Erde sich das Dasein zu sichern vermögen. Im schweren Schicksals-

kampf unterliegt selten, der am wenigsten weiß, sondern immer derjenige, der aus seinem Wissen die schwächsten Konsequenzen zieht und sie am kläglichsten in die Tat umsetzt. Endlich muß auch hier eine bestimmte Harmonie vorhanden sein. Ein verfaulter Körper wird durch einen strahlenden Geist nicht im geringsten ästhetischer gemacht, ja, es ließe sich höchste Geistesbildung gar nicht rechtfertigen, wenn ihre Träger gleichzeitig körperlich verkommene und verkrüppelte, im Charakter willensschwache, schwankende und feige Subjekte wären. Was das griechische Schönheitsideal unsterblich sein läßt, ist die wundervolle Verbindung herrlichster körperlicher Schönheit mit strahlendem Geist und edelster Seele.

Wenn der Moltkesche Ausspruch: „Glück hat auf die Dauer doch nur der Tüchtige" Geltung besitzt, so sicherlich für das Verhältnis von Körper und Geist: Auch der Geist wird, wenn er gesund ist, in der Regel und auf die Dauer nur in gesundem Körper wohnen.

Die körperliche Ertüchtigung ist daher im völkischen Staat nicht eine Sache des einzelnen, auch nicht eine Angelegenheit, die in erster Linie die Eltern angeht, und die erst in zweiter oder dritter die Allgemeinheit interessiert, sondern eine Forderung der Selbsterhaltung des durch den Staat vertretenen und geschützten Volkstums. So wie der Staat, was die rein wissenschaftliche Ausbildung betrifft, schon heute in das Selbstbestimmungsrecht des einzelnen eingreift und ihm gegenüber das Recht der Gesamtheit wahrnimmt, indem er, ohne Befragung des Wollens oder Nichtwollens der Eltern, das Kind dem Schulzwang unterwirft, so muß in noch viel höherem Maße der völkische Staat dereinst seine Autorität durchsetzen gegenüber der Unkenntnis oder dem Unverständnis des einzelnen in den Fragen der Erhaltung des Volkstums. Er hat seine Erziehungsarbeit so einzuteilen, daß die jungen Körper schon in ihrer frühesten Kindheit zweckentsprechend behandelt werden und die notwendige Stählung für das spätere Leben erhalten. Er muß vor allem dafür sorgen, daß nicht eine Generation von Stubenhockern herangebildet wird.

Diese Pflege- und Erziehungsarbeit hat schon einzusetzen bei der jungen Mutter. So wie es möglich wurde, im Laufe einer jahrzehntelangen sorgfältigen Arbeit infektionsfreie Reinlichkeit bei der Geburt zu erzielen und das Kindbettfieber auf wenige Fälle zu beschränken, so muß es und wird es möglich sein, durch gründliche Ausbildung von Schwestern und der Mütter selber, schon in den ersten Jahren des Kindes eine Behandlung herbeizuführen, die zur vorzüglichen Grundlage für die spätere Entwicklung dient.

Die Schule als solche muß in einem völkischen Staat unendlich mehr Zeit freimachen für die körperliche Ertüchtigung. Es geht nicht an, die jungen Gehirne mit einem Ballast zu beladen, den sie erfahrungsgemäß nur zu einem Bruchteil behalten, wobei zudem meist anstatt des Wesentlichen die unnötigen Nebensächlichkeiten hängenbleiben, da das junge Menschenkind eine vernünftige Siebung des ihm eingetrichterten Stoffes gar nicht vorzunehmen vermag. Wenn heute, selbst im Lehrplan der Mittelschulen, Turnen in einer Woche mit knappen zwei Stunden bedacht und die Teilnahme daran sogar als nicht obligat dem einzelnen freigegeben wird, so ist dies, verglichen zur rein geistigen Ausbildung, ein krasses Mißverhältnis. Es dürfte kein Tag vergehen, an dem der junge Mensch nicht mindestens vormittags und abends je eine Stunde lang körperlich geschult wird, und zwar in jeder Art von Sport und Turnen. Hierbei darf besonders ein Sport nicht vergessen werden, der in den Augen von gerade sehr vielen „Völkischen" als roh und unwürdig gilt: das Boxen. Es ist unglaublich, was für falsche Meinungen darüber in den „Gebildeten"-kreisen verbreitet sind. Daß der junge Mensch fechten lernt und sich dann herumpaukt, gilt als selbstverständlich und ehrenwert, daß er aber boxt, das soll roh sein! Warum? Es gibt keinen Sport, der wie dieser den Angriffsgeist in gleichem Maße fördert, blitzschnelle Entschlußkraft verlangt, den Körper zu stählerner Geschmeidigkeit erzieht. Es ist nicht roher, wenn zwei junge Menschen eine Meinungsverschiedenheit mit den Fäusten ausfechten als mit einem geschliffenen Stück Eisen. Es ist auch nicht unedler, wenn ein

Angegriffener sich seines Angreifers mit der Faust erwehrt, statt davonzulaufen und nach einem Schutzmann zu schreien. Vor allem aber, der junge, gesunde Knabe soll auch Schläge ertragen lernen. Das mag in den Augen unserer heutigen Geisteskämpfer natürlich als wild erscheinen. Doch hat der völkische Staat eben nicht die Aufgabe, eine Kolonie friedsamer Ästheten und körperlicher Degeneraten aufzuzüchten. Nicht im ehrbaren Spießbürger oder der tugendsamen alten Jungfer sieht er sein Menschheitsideal, sondern in der trotzigen Verkörperung männlicher Kraft und in Weibern, die wieder Männer zur Welt zu bringen vermögen.

So ist überhaupt der Sport nicht nur dazu da, den einzelnen stark, gewandt und kühn zu machen, sondern er soll auch abhärten und lehren, Unbilden zu ertragen.

Würde unsere gesamte geistige Oberschicht einst nicht so ausschließlich in vornehmen Anstandslehren erzogen worden sein, hätte sie an Stelle dessen durchgehends Boxen gelernt, so wäre eine deutsche Revolution von Zuhältern, Deserteuren und ähnlichem Gesindel niemals möglich gewesen; denn was dieser den Erfolg schenkte, war nicht die kühne, mutige Tatkraft der Revolutionsmacher, sondern die feige, jämmerliche Entschlußlosigkeit derjenigen, die den Staat leiteten und für ihn verantwortlich waren. Allein unsere gesamte geistige Führung war nur mehr „geistig" erzogen worden und mußte damit in dem Augenblick wehrlos sein, in dem von der gegnerischen Seite statt geistiger Waffen eben das Brecheisen in Aktion trat. Das war aber alles nur möglich, weil besonders unsere höhere Schulbildung grundsätzlich nicht Männer heranzog, sondern vielmehr Beamte, Ingenieure, Techniker, Chemiker, Juristen, Literaten und, damit diese Geistigkeit nicht ausstirbt, Professoren.

Unsere geistige Führung hat immer Blendendes geleistet, während unsere willensmäßige meist unter aller Kritik blieb.

Sicherlich wird man durch Erziehung aus einem grundsätzlich feig veranlagten Menschen keinen mutigen zu machen vermögen, allein ebenso sicher wird auch ein an sich nicht mutloser Mensch in der Entfaltung seiner Eigenschaften

gelähmt, wenn er durch Mängel seiner Erziehung in seiner körperlichen Kraft und Gewandtheit dem anderen von vornherein unterlegen ist. Wie sehr die Überzeugung körperlicher Tüchtigkeit das eigene Mutgefühl fördert, ja den Angriffsgeist erweckt, kann man am besten am Heer ermessen. Auch hier sind grundsätzlich nicht lauter Helden vorhanden gewesen, sondern breiter Durchschnitt. Allein die überlegene Ausbildung des deutschen Soldaten in der Friedenszeit impfte dem ganzen Riesenorganismus jenen suggestiven Glauben an die eigene Überlegenheit in einem Umfange ein, den selbst unsere Gegner nicht für möglich gehalten hatten. Denn was in den ganzen Monaten des Hochsommers und Herbstes 1914 von den vorwärtsfegenden deutschen Armeen an unsterblichem Angriffsgeist und Angriffsmut geleistet wurde, war das Ergebnis jener unermüdlichen Erziehung, die in den langen, langen Friedensjahren aus den oft schwächlichen Körpern die unglaublichsten Leistungen herausholte und so jenes Selbstvertrauen erzog, das auch im Schrecken der größten Schlachten nicht verlorenging.

Gerade unser deutsches Volk, das heute zusammengebrochen, den Fußtritten der anderen Welt preisgegeben daliegt, braucht jene suggestive Kraft, die im Selbstvertrauen liegt. Dieses Selbstvertrauen aber muß schon von Kindheit auf dem jungen Volksgenossen anerzogen werden. Seine gesamte Erziehung und Ausbildung muß darauf angelegt werden, ihm die Überzeugung zu geben, andern unbedingt überlegen zu sein. Er muß in seiner körperlichen Kraft und Gewandtheit den Glauben an die Unbesiegbarkeit seines ganzen Volkstums wiedergewinnen. Denn was die deutsche Armee einst zum Siege führte, war die Summe des Vertrauens, das jeder einzelne zu sich und alle gemeinsam zu ihrer Führung besaßen. Was das

deutsche Volk wieder emporrichten wird, ist die Überzeugung von der Möglichkeit der Wiedererringung der Freiheit. Diese Überzeugung aber kann nur das Schlußprodukt der gleichen Empfindung von Millionen einzelnen darstellen.

Auch hier gebe man sich keiner Täuschung hin:

Ungeheuerlich war der Zusammenbruch unseres Volkes, ebenso ungeheuerlich aber wird die Anstrengung sein müssen, um eines Tages diese Not zu beenden. Wer glaubt, daß unser Volk aus unserer jetzigen bürgerlichen Erziehungsarbeit zur Ruhe und Ordnung die Kraft erhält, eines Tages die heutige Weltordnung, die unseren Untergang bedeutet, zu zerbrechen und die Kettenglieder unserer Sklaverei den Gegnern ins Gesicht zu schlagen, der irrt bitter. Nur durch ein Übermaß an nationaler Willenskraft, an Freiheitsdurst und höchster Leidenschaft wird wieder ausgeglichen werden, was uns einst fehlte.

*

Auch die Kleidung der Jugend soll diesem Zwecke angepaßt werden. Es ist ein wahrer Jammer, sehen zu müssen, wie auch unsere Jugend bereits einem Modewahnsinn unterworfen ist, der so recht mithilft, den Sinn des alten Spruches: „Kleider machen Leute", in einen verderblichen umzukehren.

Gerade bei der Jugend muß auch die Kleidung in den Dienst der Erziehung gestellt werden. Der Junge, der im Sommer mit langen Röhrenhosen herumläuft, eingehüllt bis an den Hals, verliert schon in seiner Bekleidung ein Antriebsmittel für seine körperliche Ertüchtigung. Denn auch der Ehrgeiz und, sagen wir es nur ruhig, die Eitelkeit muß herangezogen werden. Nicht die Eitelkeit auf schöne Kleider, die sich nicht jeder kaufen kann, sondern die Eitelkeit auf einen schönen, wohlgeformten Körper, den jeder mithelfen kann, zu bilden.

Auch für später ist dies zweckmäßig. Das Mädchen soll seinen Ritter kennenlernen. Würde nicht die körperliche Schönheit heute vollkommen in den Hintergrund gedrängt durch unser laffiges Modewesen, wäre die Verführung von Hunderttausenden von Mädchen durch krummbeinige, widerwärtige Judenbankerte gar nicht möglich. Auch dies ist im Interesse der Nation, daß sich die schönsten Körper finden und so mithelfen, dem Volkstum neue Schönheit zu schenken.

Heute wäre dies alles freilich am allernötigsten, weil die militärische Erziehung fehlt und damit die einzige Einrichtung ausgeschieden ist, die im Frieden wenigstens teilweise einholte, was durch unsere sonstige Erziehung versäumt wurde. Und auch dort war der Erfolg nicht nur in der Ausbildung des einzelnen an sich zu suchen, sondern in dem Einfluß, den er auf das Verhältnis der beiden Geschlechter untereinander ausübte. Das junge Mädchen zog den Soldaten dem Nichtsoldaten vor.

Der völkische Staat hat die körperliche Ertüchtigung nicht nur in den offiziellen Schuljahren durchzuführen und zu überwachen, er muß auch in der Nachschulzeit dafür Sorge tragen, daß, solange ein Junge in der körperlichen Entwicklung begriffen ist, diese Entwicklung zu seinem Segen ausschlägt. Es ist ein Unsinn, zu glauben, daß mit dem Ende der Schulzeit das Recht des Staates auf die Beaufsichtigung seiner jungen Bürger plötzlich aussetzt, um mit der Militärzeit wiederzukommen. Dieses Recht ist eine Pflicht, und als solche immer gleichmäßig vorhanden. Der heutige Staat, der kein Interesse an gesunden Menschen besitzt, hat nur diese Pflicht in verbrecherischer Weise außer acht gelassen. Er läßt die heutige Jugend auf Straßen und in Bordells verkommen, statt sie an den Zügel zu nehmen und körperlich solange weiterzubilden, bis eines Tages ein gesunder Mann und ein gesundes Weib daraus erwachsen sind.

In welcher Form der Staat diese Erziehung weiterführt, kann heute gleichgültig sein, das wesentliche ist, daß er's tut und die Wege sucht, die dem nützen. Der völkische Staat wird genau so wie die geistige Erziehung auch die

körperliche Ausbildung der Nachschulzeit als staatliche Aufgabe betrachten müssen und durch staatliche Einrichtungen durchzuführen haben. Dabei kann diese Erziehung in großen Zügen schon die Vorbildung für den späteren Heeresdienst sein. Das Heer soll dann dem jungen Manne nicht mehr wie bisher die Grundbegriffe des einfachsten Exerzierreglements beizubringen haben, es wird auch nicht Rekruten im heutigen Sinne zugeführt erhalten, es soll vielmehr den körperlich bereits tadellos vorgebildeten jungen Menschen nur mehr in den Soldaten verwandeln.

Im völkischen Staat soll also das Heer nicht mehr dem einzelnen Gehen und Stehen beibringen, sondern es hat als die letzte und höchste Schule vaterländischer Erziehung zu gelten. Der junge Rekrut soll im Heere die nötige Waffenausbildung erhalten, er soll aber zugleich auch weitergeformt werden für sein sonstiges späteres Leben. An der Spitze der militärischen Erziehung aber hat das zu stehen, was schon dem alten Heer als höchstes Verdienst angerechnet werden mußte: In dieser Schule soll der Knabe zum Mann gewandelt werden; und in dieser Schule soll er nicht nur gehorchen lernen, sondern dadurch auch die Voraussetzung zum späteren Befehlen erwerben. Er soll lernen zu schweigen, nicht nur, wenn er mit Recht getadelt wird, sondern soll auch lernen, wenn nötig, Unrecht schweigend zu ertragen.

Er soll weiter, gefestigt durch den Glauben an seine eigene Kraft, erfaßt von der Stärke des gemeinsam empfundenen Korpsgeistes, die Überzeugung von der Unüberwindlichkeit seines Volkstums gewinnen.

Nach Beendigung der Heeresdienstleistung sind ihm zwei Dokumente auszustellen: sein Staatsbürgerdiplom als Rechtsurkunde, die ihm nunmehr öffentliche Betätigung gestattet, und sein Gesundheitsattest als Bestätigung körperlicher Gesundheit für die Ehe.

Analog der Erziehung des Knaben kann der völkische Staat auch die Erziehung des Mädchens von den gleichen Gesichtspunkten aus leiten. Auch dort ist das Hauptgewicht vor allem auf die körperliche Ausbildung zu legen, erst dann auf die Förderung der seelischen und zuletzt der

geistigen Werte. Das Ziel der weiblichen Erziehung hat unverrückbar die kommende Mutter zu sein.

*

Erst in zweiter Linie hat der völkische Staat die Bildung des Charakters in jeder Weise zu fördern.

Sicherlich sind die wesentlichen Charaktereigenschaften im einzelnen Menschen grundsätzlich vorgebildet: der egoistisch Veranlagte ist und bleibt dies einmal für immer, genau so wie der Idealist im Grunde seines Wesens stets Idealist sein wird. Allein zwischen den restlos ausgeprägten Charakteren stehen doch Millionen von verschwommen und unklar erscheinenden. Der geborene Verbrecher wird Verbrecher sein und bleiben; aber zahlreiche Menschen, bei denen bloß eine gewisse Hinneigung zum Verbrecherischen vorhanden ist, können durch richtige Erziehung noch zu wertvollen Gliedern der Volksgemeinschaft werden; während umgekehrt durch schlechte Erziehung aus schwankenden Charakteren wirklich schlechte Elemente erwachsen können.

Wir oft wurde im Krieg Klage darüber geführt, daß unser Volk so wenig schweigen könne! Wie schwer war es dadurch, selbst wichtige Geheimnisse der Kenntnis der Feinde zu entziehen! Allein man stelle sich doch die Frage: Was hat vor dem Kriege die deutsche Erziehung dafür getan, den einzelnen zur Verschwiegenheit zu bilden? Wurde nicht leider schon in der Schule der kleine Angeber manchesmal seinen verschwiegeneren Mitgefährten gegenüber vorgezogen? Wurde und wird nicht Angeberei als rühmliche „Offenheit" und Verschwiegenheit als schmähliche Verstocktheit angesehen? Hat man sich überhaupt bemüht, Verschwiegenheit als männlich wertvolle Tugend hinzustellen? Nein, denn in den Augen unserer heutigen Schulerziehung sind das Lappalien. Allein diese Lappalien kosten dem Staat ungezählte Millionen Gerichtskosten, denn 90 Prozent aller Beleidigungs- und ähnlichen Prozesse entstanden nur aus Mangel an Verschwiegenheit. Verantwortungslos getane Äußerungen werden ebenso leicht-

sinnig weitergetratscht, unsere Volkswirtschaft wird ständig durch leichtfertige Preisgabe wichtiger Fabrikationsmethoden usw. geschädigt, ja sogar alle stillen Vorbereitungen einer Landesverteidigung werden illusorisch gemacht, da das Volk eben nicht schweigen gelernt hat, sondern alles weiterredet. Im Kriege aber kann diese Schwatzsucht bis zum Verlust von Schlachten führen und so wesentlich beitragen zum unglücklichen Ausgang des Kampfes. Man soll auch hier überzeugt sein, daß, was in der Jugend nicht geübt wurde, im Alter nicht gekonnt wird. Hierher gehört es auch, daß der Lehrer z. B. sich grundsätzlich nicht von dummen Jungenstreichen Kenntnis zu verschaffen sucht durch das Heranzüchten übler Angeberei. Die Jugend hat ihren Staat für sich, sie steht dem Erwachsenen in einer gewissen geschlossenen Solidarität gegenüber, und dies ist selbstverständlich. Die Bindung des Zehnjährigen zu seinem gleich alten Gefährten ist eine natürlichere und größere als die zu den Erwachsenen. Ein Junge, der seinen Kameraden angibt, übt Verrat und betätigt damit eine Gesinnung, die, schroff ausgedrückt und ins Große übertragen, der des Landesverräters genau entspricht. So ein Knabe kann keineswegs als „braves, anständiges“ Kind angesehen werden, sondern als ein Knabe von wenig wertvollen Charaktereigenschaften. Für den Lehrer mag es bequem sein, zur Erhöhung seiner Autorität sich derartiger Untugenden zu bedienen, allein in das jugendliche Herz wird damit der Keim einer Gesinnung gelegt, die sich später verhängnisvoll auswirken kann. Schon mehr als einmal ist aus einem kleinen Angeber ein großer Schuft geworden!

Dies soll nur ein Beispiel für viele sein. Heute ist die bewußte Entwicklung guter, edler Charaktereigenschaften in der Schule gleich Null. Dereinst muß darauf ganz anderes Gewicht gelegt werden. Treue, Opferwilligkeit, Verschwiegenheit sind Tugenden, die ein großes Volk nötig braucht, und deren Anerziehung und Ausbildung in der Schule wichtiger ist, als manches von dem, was zur Zeit unsere Lehrpläne ausfüllt. Auch das Aberziehen von weinerlichen Klagen, von wehleidigem Heulen

usw. gehört in dieses Gebiet. Wenn eine Erziehung vergißt, schon beim Kinde darauf hinzuwirken, daß auch Leiden und Unbill einmal schweigend ertragen werden müssen, darf sie sich nicht wundern, wenn später in kritischer Stunde, z. B. wenn einst der Mann an der Front steht, der ganze Postverkehr einzig der Beförderung von gegenseitigen Jammer- und Winselbriefen dient. Wenn unserer Jugend in den Volksschulen etwas weniger Wissen eingetrichtert worden wäre, und dafür mehr Selbstbeherrschung, so hätte sich dies in den Jahren 1915/1918 reich gelohnt.

So hat der völkische Staat in seiner Erziehungsarbeit neben der körperlichen gerade auf die charakterliche Ausbildung höchsten Wert zu legen. Zahlreiche moralische Gebrechen, die unser heutiger Volkskörper in sich trägt, können durch eine so eingestellte Erziehung wenn schon nicht ganz beseitigt, so doch sehr gemildert werden.



Von höchster Wichtigkeit ist die Ausbildung der Willens- und Entschlußkraft sowie die Pflege der Verantwortungsfreudigkeit.

Wenn beim Heer einst der Grundsatz galt, daß ein Befehl immer besser ist als keiner, so muß dies bei der Jugend zunächst heißen: eine Antwort ist immer besser als keine. Die Furcht, aus Angst Falsches zu sagen, keine Antwort zu geben, muß beschämender sein als eine unrichtig gegebene Antwort. Von dieser primitivsten Grundlage aus ist die Jugend dahingehend zu erziehen, daß sie den Mut zur Tat erhält.

Man hat sich oft beklagt, daß in den Zeiten des Novembers und Dezembers 1918 aber auch alle Stellen versagten, daß von den Monarchen angefangen bis herunter zum letzten Divisionär niemand mehr die Kraft zu einem selbständigen Entschluß aufzubringen vermochte. Diese furchtbare Tatsache ist ein Menetekel unserer Erziehung, denn in dieser grausamen Katastrophe hat sich nur in einem ins Riesengroße verzerrten Maßstab geäußert, was im kleinen

allgemein vorhanden war. Dieser Mangel an Willen ist es, und nicht der Mangel an Waffen, der uns heute zu jedem ernstlichen Widerstand unfähig macht. Er sitzt in unserem ganzen Volk drinnen, verhindert jeden Entschluß, mit dem ein Risiko verbunden ist, als ob die Größe einer Tat nicht gerade im Wagnis bestünde. Ohne es zu ahnen, hat ein deutscher General es fertiggebracht, für diese jammervolle Willenslosigkeit die klassische Formel zu finden: „Ich handle nur, wenn ich mit einundfünfzig Prozent Wahrscheinlichkeit des Erfolges zu rechnen vermag." In diesen „einundfünfzig Prozent" liegt die Tragik des deutschen Zusammenbruches begründet; wer vom Schicksal erst die Bürgschaft für den Erfolg fordert, verzichtet damit von selbst auf die Bedeutung einer heroischen Tat. Denn diese liegt darin, daß man in der Überzeugung von der Todesgefährlichkeit eines Zustandes den Schritt unternimmt, der vielleicht zum Erfolg führen kann. Ein Krebskranker, dessen Tod andernfalls gewiß ist, braucht nicht erst einundfünfzig Prozent auszurechnen, um eine Operation zu wagen. Und wenn diese auch nur mit einem halben Prozent Wahrscheinlichkeit Heilung verspricht, wird ein mutiger Mann sie wagen, im anderen Falle mag er nicht ums Leben wimmern.

Die Seuche der heutigen feigen Willens- und Entschlußlosigkeit ist aber, alles in allem genommen, hauptsächlich das Ergebnis unserer grundsätzlich verfehlten Jugenderziehung, deren verheerende Wirkung sich ins spätere Leben hinein fortpflanzt, und in der mangelnden Zivilkourage der leitenden Staatsmänner ihren letzten Abschied und ihre letzte Krönung findet.

In die gleiche Linie fällt auch die heute grassierende Feigheit vor Verantwortung. Auch hier liegt der Fehler schon in der Jugenderziehung, durchsetzt dann das ganze öffentliche Leben und findet in der parlamentarischen Regierungsinstitution seine unsterbliche Vollendung.

Schon in der Schule legt man leider mehr Wert auf das „reumütige" Geständnis und das „zerknirschte Abschwören" des kleinen Sünders als auf ein freimütiges Bekenntnis. Letzteres erscheint manchem Volksbildner von heute sogar

als sicherstes Merkmal einer unverbesserlichen Verworfenheit, und so manchem Jungen wird unglaublicherweise der Galgen wegen Eigenschaften prophezeit, die von unschätzbarem Werte wären, bildeten sie das Gemeingut eines ganzen Volkes.

Wie der völkische Staat dereinst der Erziehung des Willens und der Entschlußkraft höchste Aufmerksamkeit zu widmen hat, so muß er schon von klein an Verantwortungsfreudigkeit und Bekenntnismut in die Herzen der Jugend senken. Nur wenn er diese Notwendigkeit in ihrer vollen Bedeutung erkennt, wird er endlich, nach jahrhundertelanger Bildungsarbeit als Ergebnis einen Volkskörper erhalten, der nicht mehr jenen Schwächen unterliegen wird, die heute so verhängnisvoll zu unserm Untergange beigetragen haben.



Die wissenschaftliche Schulbildung, die heutzutage ja eigentlich das Um und Auf der gesamten staatlichen Erziehungsarbeit ist, wird mit nur geringen Veränderungen vom völkischen Staat übernommen werden können. Diese Änderungen liegen auf drei Gebieten.

Erstens soll das jugendliche Gehirn im allgemeinen nicht mit Dingen belastet werden, die es zu fünfundneunzig Prozent nicht braucht und daher auch wieder vergißt. Besonders der Lehrplan der Volks- und Mittelschulen stellt heute ein Zwitterding dar; in vielen Fällen der einzelnen Lehrgegenstände ist der Stoff des zu Lernenden so angeschwollen, daß nur ein Bruchteil davon im Kopfe des einzelnen erhalten bleibt und auch nur ein Bruchteil dieser Fülle Verwendung finden kann, während er andererseits doch wieder nicht für den Bedarf eines in einem bestimmten Fach Arbeitenden und sein Brot Verdienenden ausreicht. Man nehme zum Beispiel den normalen Staatsbeamten mit absolviertem Gymnasium oder

absolvierter Oberrealschule in seinem fünfunddreißigsten oder vierzigsten Lebensjahr vor und prüfe dessen einst mühsam eingepauktes Schulwissen nach. Wie wenig ist von all dem damals eingetrichterten Zeug noch vorhanden! Man wird freilich zur Antwort bekommen: „Ja, die Menge des damals eingelernten Stoffes hatte eben nicht nur den Zweck späteren Besitzes vielfacher Kenntnisse, sondern auch den einer Schulung der geistigen Aufnahmefähigkeit, des Denkvermögens und besonders der Merkkraft des Gehirns." Dies ist zum Teil richtig. Dennoch liegt eine Gefahr darin, daß das jugendliche Gehirn mit einer Flut von Eindrücken überschwemmt wird, die es in den seltensten Fällen zu bewältigen und deren einzelne Elemente es nach ihrer größeren oder geringeren Wichtigkeit weder zu sichten noch zu werten versteht; wobei zudem meist nicht das Unwesentliche, sondern das Wesentliche vergessen und geopfert wird. So geht der hauptsächlichste Zweck dieses Viel-Lernens schon wieder verloren; denn er kann doch nicht darin bestehen, durch ungemessene Häufung von Lehrstoff das Gehirn an sich lernfähig zu machen; sondern darin, dem späteren Leben jenen Schatz an Wissen mitzugeben, den der einzelne nötig hat und der durch ihn dann wieder der Allgemeinheit zugute kommt. Dies wird aber illusorisch, wenn der Mensch infolge der Überfülle des in der Jugend ihm aufgedrängten Stoffes diesen später entweder überhaupt nicht mehr oder gerade das Wesentliche davon längst nicht mehr besitzt. Es ist zum Beispiel nicht einzusehen, warum Millionen von Menschen im Laufe der Jahre zwei oder drei fremde Sprachen lernen müssen, die sie dann nur zu einem Bruchteil verwerten können und deshalb auch in der Mehrzahl wieder vollkommen vergessen, denn von hunderttausend Schülern, die zum Beispiel Französisch lernen, werden kaum zweitausend für diese Kenntnisse später eine ernstliche Verwendung haben, während achtundneunzigtausend in ihrem ganzen weiteren Lebenslauf nicht mehr in die Lage kommen, das einst Gelernte praktisch zu verwenden. Sie haben in ihrer Jugend mithin Tausende von Stunden

einer Sache hingegeben, die für sie später ohne Wert und Bedeutung ist. Auch der Einwand, daß dieser Stoff zur allgemeinen Bildung gehört, ist unrichtig, nachdem man das nur vertreten könnte, wenn die Menschen ihr ganzes Leben hindurch über das Gelernte verfügten. So müssen wirklich wegen der zweitausend Menschen, für welche die Kenntnis dieser Sprache von Nutzen ist, achtundneunzigtausend umsonst gequält werden und wertvolle Zeit opfern.

Dabei handelt es sich in diesem Fall um eine Sprache, von der man nicht einmal sagen kann, daß sie eine Schulung des scharfen logischen Denkens bedeute, wie es etwa auf das Lateinische zutrifft. Daher würde es wesentlich zweckmäßiger sein, wenn man dem jungen Studierenden eine solche Sprache nur in ihren allgemeinen Umrissen oder besser gesagt, in ihrem inneren Aufriß vermittelte, ihm also Kenntnis des hervorstechenden Wesens dieser Sprache gäbe, ihn vielleicht einführte in das Grundsätzliche ihrer Grammatik und Aussprache, Satzbildung usw. an Musterbeispielen erörterte. Dies genügte für den allgemeinen Bedarf und wäre, weil leichter zu überblicken und zu merken, wertvoller als das heutige Einpauken der gesamten Sprache, die doch nicht wirklich beherrscht und später wieder vergessen wird. Dabei würde auch die Gefahr vermieden, daß aus der überwältigenden Fülle des Stoffes nur einzelne zufällige, unzusammenhängende Brocken im Gedächtnis blieben, da der junge Mensch eben nur das Bemerkenswerteste zu lernen erhielte, mithin die Siebung nach Wert oder Unwert bereits vorweggenommen wäre.

Die hierdurch vermittelte allgemeine Grundlage dürfte den meisten überhaupt genügen, auch fürs weitere Leben, während sie jenem anderen, der diese Sprache später wirklich braucht, die Möglichkeit gibt, auf ihr weiterzubauen und in freier Wahl sich ihrem Erlernen gründlichst zu widmen.

Dadurch wird im Lehrplan die nötige Zeit gewonnen für körperliche Ertüchtigung sowie für die gesteigerten Forderungen auf den vorher bereits erwähnten Gebieten.

Besonders muß eine Änderung der bisherigen Unter-

richtsmethode im Geschichtsunterricht vorgenommen werden. Es dürfte wohl kaum ein Volk mehr an Geschichte lernen als das deutsche; es wird aber kaum ein Volk geben, das sie schlechter anwendet als das unsere. Wenn Politik werdende Geschichte ist, dann ist unsere geschichtliche Erziehung durch die Art unserer politischen Betätigung gerichtet. Auch hier geht es nicht an, über die jämmerlichen Ergebnisse unserer politischen Leistungen zu maulen, wenn man nicht entschlossen ist, für eine bessere Erziehung zur Politik zu sorgen. Das Ergebnis unseres heutigen Geschichtsunterrichtes ist in neunundneunzig von hundert Fällen ein klägliches. Wenige Daten, Geburtsziffern und Namen pflegen da übrig zu bleiben, während es an einer großen, klaren Linie gänzlich fehlt. Alles Wesentliche, auf das es eigentlich ankäme, wird überhaupt nicht gelehrt, sondern es bleibt der mehr oder minder genialen Veranlagung des einzelnen überlassen, aus der Flut von Daten, aus der Reihenfolge von Vorgängen, die inneren Beweggründe herauszufinden. Man kann sich gegen diese bittere Feststellung sträuben soviel man will; man lese nur die während einer einzigen Sitzungsperiode von unseren Herren Parlamentariern zu politischen Problemen, etwa außenpolitischen Fragen gehaltenen Reden aufmerksam durch; man bedenke dabei, daß es sich hier — wenigstens behauptungsweise — um die Auslese der deutschen Nation handelt, und daß jedenfalls ein großer Teil dieser Leute die Bänke unserer Mittelschulen drückte, teilweise sogar auf Hochschulen war, und man wird daraus so recht ersehen können, wie gänzlich ungenügend die geschichtliche Bildung dieser Menschen ist. Wenn sie gar nicht Geschichte studiert hätten, sondern nur gesunden Instinkt besäßen, würde es wesentlich besser und für die Nation von größerem Nutzen sein.

Gerade im Geschichtsunterricht muß eine Kürzung des Stoffes vorgenommen werden. Der Hauptwert liegt im Erkennen der großen Entwicklungslinien. Je mehr der Unterricht darauf beschränkt wird, um so mehr ist zu hoffen, daß dem einzelnen aus seinem Wissen später ein Vorteil erwächst, der summiert auch der Allgemeinheit zugute

kommt. Denn man lernt eben nicht Geschichte, um nur zu wissen, was gewesen ist, sondern man lernt Geschichte, um in ihr eine Lehrmeisterin für die Zukunft und für den Fortbestand des eigenen Volkstums zu erhalten. Das ist der Zweck, und der geschichtliche Unterricht ist nur ein Mittel zu ihm. Heute ist aber auch hier das Mittel zum Zweck geworden, der Zweck scheidet vollkommen aus. Man sage nicht, daß gründliches Geschichtsstudium die Beschäftigung mit all diesen einzelnen Daten eben erfordere, da ja nur aus ihnen heraus eine Festlegung der großen Linie stattfinden könne. Diese Festlegung ist Aufgabe der Fachwissenschaft. Der normale Durchschnittsmensch ist aber kein Geschichtsprofessor. Für ihn ist die Geschichte in erster Linie dazu da, ihm jenes Maß geschichtlichen Einblicks zu vermitteln, das nötig ist für eine eigene Stellungnahme in den politischen Angelegenheiten seines Volkstums. Wer Geschichtsprofessor werden will, der mag sich diesem Studium später auf das gründlichste widmen. Er wird sich selbstverständlich auch mit allen und selbst den kleinsten Details zu beschäftigen haben. Dazu kann aber auch unser heutiger Geschichtsunterricht nicht genügen; denn der ist für den normalen Durchschnittsmenschen zu umfangreich, für den Fachgelehrten aber dennoch viel zu beschränkt.

Es ist im übrigen die Aufgabe eines völkischen Staates, dafür zu sorgen, daß endlich eine Weltgeschichte geschrieben wird, in der die Rassenfrage zur dominierenden Stellung erhoben wird.

*

Zusammenfassend: Der völkische Staat wird den allgemeinen wissenschaftlichen Unterricht auf eine gekürzte, das Wesentliche umschließende Form zu bringen haben. Darüber hinaus soll die Möglichkeit einer gründlichsten fachwissenschaftlichen Ausbildung geboten werden. Es genügt, wenn der einzelne Mensch ein allgemeines, in großen Zügen gehaltenes Wissen als Grundlage erhält, und nur

auf dem Gebiet, welches dasjenige seines späteren Lebens wird, gründlichste Fach- und Einzelausbildung genießt. Die allgemeine Bildung müßte hierbei in allen Fächern obligatorisch sein, die besondere der Wahl des einzelnen überlassen bleiben.

Die hierdurch erreichte Kürzung des Lehrplans und der Stundenzahl kommt der Ausbildung des Körpers, des Charakters, der Willens- und Entschlußkraft zugute.

Wie belanglos unser heutiger Schulunterricht, besonders der Mittelschulen, für den Beruf des späteren Lebens ist, wird am besten durch die Tatsache bewiesen, daß heute in eine gleiche Stellung Menschen aus drei ganz verschieden gearteten Schulen kommen können. Ausschlaggebend ist eben wirklich nur die allgemeine Bildung und nicht das eingetrichterte Spezialwissen. Dort aber, wo — wie schon gesagt — wirklich ein Spezialwissen notwendig ist, kann es innerhalb der Lehrpläne unserer heutigen Mittelschulen selbstverständlich nicht erworben werden.

Mit solchen Halbheiten muß deshalb der völkische Staat einst aufräumen.



Die zweite Änderung im wissenschaftlichen Lehrplan muß für den völkischen Staat folgende sein:

Es liegt im Zug unserer heutigen materialisierten Zeit, daß unsere wissenschaftliche Ausbildung sich immer mehr den nur realen Fächern zuwendet, also der Mathematik, Physik, Chemie usw. So nötig dies für eine Zeit auch ist, in welcher Technik und Chemie regieren und deren wenigstens äußerlich sichtbarste Merkmale im täglichen Leben sie darstellen, so gefährlich ist es aber auch, wenn die allgemeine Bildung einer Nation immer ausschließlicher darauf eingestellt wird. Diese muß im Gegenteil stets eine ideale sein. Sie soll mehr den humanistischen Fächern entsprechen und nur die Grundlagen für eine spätere fachwissenschaftliche Weiterbildung bieten. Im anderen Fall verzichtet man auf Kräfte, welche für die Erhaltung der Nation immer noch wichtiger sind als alles technische und sonstige Können. Insbesondere

soll man im Geschichtsunterricht sich nicht vom Studium der Antike abbringen lassen. Römische Geschichte, in ganz großen Linien richtig aufgefaßt, ist und bleibt die beste Lehrmeisterin nicht nur für heute, sondern wohl für alle Zeiten. Auch das hellenische Kulturideal soll uns in seiner vorbildlichen Schönheit erhalten bleiben. Man darf sich nicht durch Verschiedenheiten der einzelnen Völker die größere Rassegemeinschaft zerreißen lassen. Der Kampf, der heute tobt, geht um ganz große Ziele: eine Kultur kämpft um ihr Dasein, die Jahrtausende in sich verbindet und Griechen- und Germanentum gemeinsam umschließt.

Es soll ein scharfer Unterschied zwischen allgemeiner Bildung und besonderem Fachwissen bestehen. Da letzteres gerade heute immer mehr in den Dienst des reinen Mammons zu sinken droht, muß die allgemeine Bildung, wenigstens in ihrer mehr idealen Einstellung, als Gegengewicht erhalten bleiben. Auch hier muß man unentwegt den Grundsatz einprägen, daß *Industrie und Technik, Handel und Gewerbe immer nur zu blühen vermögen, solange eine idealistisch veranlagte Volksgemeinschaft die notwendigen Voraussetzungen bietet. Diese aber liegen nicht in materiellem Egoismus, sondern in verzichtfreudiger Opferbereitschaft.*

*

Die heutige Ausbildung der Jugend hat sich im großen und ganzen als erstes Ziel gesetzt, dem jungen Menschen jenes Wissen einzupumpen, das er auf seinem späteren Lebenswege zu eigenem Fortkommen braucht. Man drückt dies so aus: „Der Junge muß dereinst ein nützliches Glied der menschlichen Gesellschaft werden." Darunter aber versteht man seine Fähigkeit, sich einmal auf ordentliche Weise sein tägliches Brot zu verdienen. Die oberflächliche staatsbürgerliche Ausbildung, die noch nebenherläuft, steht von vornherein auf schwachen Füßen. Da der Staat an sich nur eine

Form darstellt, ist es auch sehr schwer, Menschen auf diese hin zu erziehen oder gar zu verpflichten. Eine Form kann zu leicht zerbrechen. Einen klaren Inhalt aber besitzt — wie wir sahen — der Begriff „Staat" heute nicht. So bleibt nichts übrig als die landläufige „patriotische" Erziehung. Im alten Deutschland lag ihr Hauptgewicht in einer oft wenig klugen, aber meist sehr faden Verhimmelung kleiner und kleinster Potentaten, deren Menge von vornherein zum Verzicht auf eine umfassende Würdigung der wirklich Großen unseres Volkes zwang. Das Ergebnis war daher bei unseren breiten Massen eine nur sehr ungenügende Kenntnis der deutschen Geschichte. Es fehlte auch hier die große Linie.

Daß man auf solche Weise nicht zu einer wahrhaftigen Nationalbegeisterung zu kommen vermochte, liegt auf der Hand. Es fehlte unserer Erziehung die Kunst, aus dem geschichtlichen Werden unseres Volkes einige wenige Namen herauszuheben und sie zum Allgemeingut des gesamten deutschen Volkes zu machen, um so durch gleiches Wissen und gleiche Begeisterung auch ein gleichmäßig verbindendes Band um die ganze Nation zu schlingen. Man hat es nicht verstanden, die wirklich bedeutsamen Männer unseres Volkes in den Augen der Gegenwart als überragende Heroen erscheinen zu lassen, die allgemeine Aufmerksamkeit auf sie zu konzentrieren und dadurch eine geschlossene Stimmung zu erzeugen. Man vermochte nicht, aus den verschiedenen Unterrichtsstoffen das für die Nation Ruhmvolle über das Niveau einer sachlichen Darstellung zu erheben und an solchen leuchtenden Beispielen den Nationalstolz zu entflammen. Es würde dies der damaligen Zeit als übler Chauvinismus erschienen sein, den man in dieser Form wenig geliebt hätte. Der biedere dynastische Patriotismus schien angenehmer und leichter erträglich als die brausende Leidenschaft höchsten nationalen Stolzes. Jener war immer bereit, zu dienen, diese konnte eines Tages zur Herrin werden. Der monarchistische Patriotismus endete in Veteranenvereinen, die nationale Leidenschaft wäre in ihrem Wege schwer zu bestimmen gewesen. Sie ist wie ein edles Pferd,

das nicht jeden im Sattel trägt. Was Wunder, wenn man sich von einer solchen Gefahr lieber zurückhielt. Daß eines Tages ein Krieg kommen könnte, der in Trommelfeuer und Gasschwaden eine gründliche Prüfung der inneren Haltbarkeit patriotischer Gesinnung vornehmen würde, schien niemand für möglich zu halten. Als er dann aber da war, rächte sich der Mangel an höchster nationaler Leidenschaft in furchtbarster Weise. Für ihre kaiserlichen und königlichen Herren zu sterben hatten die Menschen nur mehr wenig Lust, die „Nation" aber war den meisten unbekannt.

Seit die Revolution in Deutschland ihren Einzug gehalten hat, und der monarchische Patriotismus damit von selbst erlosch, ist der Zweck des Geschichtsunterrichts wirklich nur mehr der bloßer Wissensaneignung. Nationalbegeisterung kann dieser Staat nicht brauchen, was er aber gerne möchte, wird er nie erhalten. Denn sowenig es einen dynastischen Patriotismus von letzter Widerstandsfähigkeit in einem Zeitalter geben konnte, da das Nationalitätenprinzip regiert, so noch viel weniger eine republikanische Begeisterung. Denn darüber dürfte wohl kein Zweifel herrschen, daß unter dem Motto „Für die Republik" das deutsche Volk keine viereinhalb Jahre auf dem Schlachtfeld bleiben würde; am allerwenigsten blieben die, welche dieses Wundergebilde erschaffen haben.

Tatsächlich verdankt diese Republik ihren ungeschorenen Bestand nur der allseits versicherten Bereitwilligkeit zur freiwilligen Übernahme jeder Tributleistung und Unterzeichnung jedes Landesverzichts. Sie ist der anderen Welt sympathisch; wie jeder Schwächling angenehmer empfunden wird von denen, die ihn brauchen, als ein knorriger Mann. *Freilich liegt in dieser Sympathie der Feinde für gerade diese bestimmte Staatsform auch die vernichtendste Kritik derselben.* Man liebt die deutsche Republik und läßt sie leben, weil man einen besseren Verbündeten für die Versklavungs-

arbeit an unserem Volke gar nicht finden könnte. Nur dieser Tatsache allein verdankt dieses herrliche Gebilde sein heutiges Bestehen. Daher kann es Verzicht leisten auf jede wirklich nationale Erziehung und sich mit dem „Hoch“-Geschrei von Reichsbannerhelden begnügen, die übrigens, wenn sie dieses Banner mit ihrem Blute schirmen müßten, ausreißen würden wie Hasen.

Der völkische Staat wird für sein Dasein kämpfen müssen. Er wird es durch Dawesunterschriften weder erhalten, noch seinen Bestand durch sie verteidigen können. Er wird aber zu seiner Existenz und zu seinem Schutz gerade das brauchen, auf was man jetzt glaubt verzichten zu können. Je unvergleichlicher und wertvoller Form und Inhalt sein werden, um so größer auch der Neid und Widerstand der Gegner. Der beste Schutz wird dann nicht in seinen Waffen liegen, sondern in seinen Bürgern; nicht Festungswälle werden ihn beschirmen, sondern die lebendige Mauer von Männern und Frauen, erfüllt von höchster Vaterlandsliebe und fanatischer Nationalbegeisterung.

Als Drittes muß daher bei der wissenschaftlichen Erziehung berücksichtigt werden:

Auch in der Wissenschaft hat der völkische Staat ein Hilfsmittel zu erblicken zur Förderung des Nationalstolzes. Nicht nur die Weltgeschichte, sondern die gesamte Kulturgeschichte muß von diesem Gesichtspunkte aus gelehrt werden. Es darf ein Erfinder nicht nur groß erscheinen als Erfinder, sondern muß größer noch erscheinen als Volksgenosse. Die Bewunderung jeder großen Tat muß umgegossen werden in Stolz auf den glücklichen Vollbringer derselben als Angehörigen des eigenen Volkes. Aus der Unzahl all der großen Namen der deutschen Geschichte aber sind die größten herauszugreifen und der Jugend in so eindringlicher Weise vorzuführen, daß sie zu Säulen

eines unerschütterlichen Nationalgefühles werden.

Planmäßig ist der Lehrstoff nach diesen Gesichtspunkten aufzubauen, planmäßig die Erziehung so zu gestalten, daß der junge Mensch beim Verlassen seiner Schule nicht ein halber Pazifist, Demokrat oder sonst was ist, sondern ein *ganzer Deutscher.*

Damit dieses Nationalgefühl von Anfang an echt sei und nicht bloß in hohlem Schein bestehe, muß schon in der Jugend ein eiserner Grundsatz in die noch bildungsfähigen Köpfe hineingehämmert werden: *Wer sein Volk liebt, beweist es einzig durch die Opfer, die er für dieses zu bringen bereit ist. Nationalgefühl, das nur auf Gewinn ausgeht, gibt es nicht. Nationalismus, der nur Klassen umschließt, gibt es ebensowenig. Hurraschreien bezeugt nichts und gibt kein Recht, sich national zu nennen, wenn dahinter nicht die große liebende Sorge für die Erhaltung eines allgemeinen, gesunden Volkstums steht. Ein Grund zum Stolz auf sein Volk ist erst dann vorhanden, wenn man sich keines Standes mehr zu schämen braucht. Ein Volk aber, von dem die eine Hälfte elend und abgehärmt oder gar verkommen ist, gibt ein so schlechtes Bild, daß niemand Stolz darüber empfinden soll. Erst wenn ein Volkstum in allen seinen Gliedern, an Leib und Seele gesund ist, kann sich die Freude, ihm anzugehören, bei allen mit Recht zu jenem hohen Gefühl steigern, das wir mit Nationalstolz bezeichnen. Diesen höchsten Stolz aber wird auch nur der empfinden, der eben die Größe seines Volkstums kennt.*

Die innige Vermählung von Nationalismus und sozialem Gerechtigkeitssinn

ist schon in das junge Herz hineinzupflanzen. Dann wird dereinst ein Volk von Staatsbürgern erstehen, miteinander verbunden und zusammengeschmiedet durch eine gemeinsame Liebe und einen gemeinsamen Stolz, unerschütterlich und unbesiegbar für immer.

Die Angst unserer Zeit vor Chauvinismus ist das Zeichen ihrer Impotenz. Da ihr jede überschäumende Kraft nicht nur fehlt, sondern sogar unangenehm erscheint, ist sie auch für eine große Tat vom Schicksal nicht mehr ausersehen. Denn die größten Umwälzungen auf dieser Erde wären nicht denkbar gewesen, wenn ihre Triebkraft statt fanatischer, ja hysterischer Leidenschaften nur die bürgerlichen Tugenden der Ruhe und Ordnung gewesen wären.

Sicher aber geht diese Welt einer großen Umwälzung entgegen. Und es kann nur die eine Frage sein, ob sie zum Heil der arischen Menschheit oder zum Nutzen des ewigen Juden ausschlägt.

Der völkische Staat wird dafür sorgen müssen, durch eine passende Erziehung der Jugend dereinst das für die letzten und größten Entscheidungen auf diesem Erdball reife Geschlecht zu erhalten.

Das Volk aber, das diesen Weg zuerst betritt, wird siegen.

*

Die gesamte Bildungs- und Erziehungsarbeit des völkischen Staates muß ihre Krönung darin finden, daß sie den Rassesinn und das Rassegefühl instinkt- und verstandesmäßig in Herz und Gehirn der

ihr anvertrauten Jugend hineinbrennt. Es soll kein Knabe und kein Mädchen die Schule verlassen, ohne zur letzten Erkenntnis über die Notwendigkeit und das Wesen der Blutreinheit geführt worden zu sein. Damit wird die Voraussetzung geschaffen für die Erhaltung der rassenmäßigen Grundlagen unseres Volkstums und durch sie wiederum die Sicherung der Vorbedingungen für die spätere kulturelle Weiterentwicklung.

Denn alle körperliche und alle geistige Ausbildung würde im letzten Grunde dennoch wertlos bleiben, wenn sie nicht einem Wesen zugute käme, das grundsätzlich bereit und entschlossen ist, sich selbst und seine Eigenart zu erhalten.

Im anderen Falle würde das eintreten, was wir Deutschen schon jetzt im großen beklagen müssen, ohne daß vielleicht der ganze Umfang dieses tragischen Unglücks bisher begriffen worden wäre: daß wir auch in Zukunft nur Kulturdünger bleiben, nicht nur im Sinne der begrenzten Auffassung unserer heutigen bürgerlichen Anschauung, die im einzelnen verlorenen Volksgenossen nur den verlorenen Staatsbürger sieht, sondern im Sinne der schmerzlichsten Erkenntnis, daß dann, trotz all unserm Wissen und Können, unser Blut doch zur Niedersenkung bestimmt ist. Indem wir uns immer wieder mit anderen Rassen paaren, erheben wir wohl diese aus ihrem bisherigen Kulturniveau auf eine höhere Stufe, sinken aber von unserer eigenen Höhe für ewig herab.

Übrigens hat auch diese Erziehung unter dem Gesichtspunkte der Rasse ihre letzte Vollendung im Heeresdienste zu erhalten. Wie denn überhaupt die Militärdienstzeit als Abschluß der normalen Erziehung des durchschnittlichen Deutschen gelten soll.

*

So große Bedeutung im völkischen Staat die Art der körperlichen und geistigen Erziehung haben wird, ebensowichtig wird auch die Menschenauslese an sich für ihn sein. Heute tut man sich hierin leicht. Im allgemeinen sind es die Kinder höherstehender, zur Zeit gut situierter Eltern, die wieder einer höheren Ausbildung für würdig erachtet werden. Fragen des Talents spielen dabei eine untergeordnete Rolle. An sich kann das Talent immer nur relativ bewertet werden. Ein Bauernjunge kann weit mehr Talente besitzen als das Kind von den Eltern aus einer seit vielen Generationen gehobenen Lebensstellung, wenn er auch an allgemeinem Wissen dem Bürgerkind nachsteht. Dessen größeres Wissen hat aber an sich mit größerem oder geringerem Talent gar nichts zu tun, sondern wurzelt in der wesentlich größeren Fülle von Eindrücken, die das Kind infolge seiner vielseitigeren Erziehung und reichen Lebensumgebung ununterbrochen erhält. Würde der talentierte Bauernknabe von kleinauf ebenfalls in solcher Umgebung herangewachsen sein, so wäre seine geistige Leistungsfähigkeit eine ganz andere. Es gibt heute vielleicht ein einziges Gebiet, auf dem wirklich weniger die Herkunft als vielmehr die eigene angeborene Begabung entscheidet: das Gebiet der Kunst. Hier, wo man eben nicht bloß „lernen" kann, sondern alles schon ursprünglich angeboren sein muß und nur später einer mehr oder weniger günstigen Entwicklung im Sinne weiser Förderung der vorhandenen Anlagen unterliegt, kommt Geld und Gut der Eltern fast nicht in Betracht. Daher erweist sich hier auch am besten, daß Genialität nicht an höhere Lebensschichten oder gar an Reichtum gebunden ist. Die größten Künstler stammen nicht selten aus den ärmsten Häusern. Und mancher kleine Dorfjunge ward später ein vielgefeierter Meister.

Es spricht nicht gerade für große Gedankentiefe der Zeit, daß man solche Erkenntnis nicht für das gesamte geistige Leben nützt. Man meint, das, was bei der Kunst nicht geleugnet werden kann, treffe für die sogenannten realen Wissenschaften nicht zu. Ohne Zweifel kann man bestimmte

mechanische Fertigkeiten dem Menschen anerziehen, so wie es einer geschickten Dressur möglich ist, einem gelehrigen Pudel die unglaublichsten Kunststücke beizubringen. Allein, wie bei dieser Tierdressur nicht das Verständnis des Tieres aus sich selbst heraus zu solchen Übungen führt, so auch beim Menschen. Man kann ohne Rücksicht auf ein anderes Talent auch dem Menschen bestimmte wissenschaftliche Kunststücke beibringen, aber der Vorgang ist dann genau der gleich leblose, innerlich unbeseelte wie beim Tier. Man kann auf Grund eines bestimmten geistigen Drills einem Durchschnittsmenschen sogar Über-Durchschnittswissen einbläuen; allein das bleibt eben totes und, im letzten Grund, unfruchtbares Wissen. Es ergibt dann jenen Menschen, der zwar ein lebendiges Lexikon sein mag, aber trotzdem in allen besonderen Lagen und entscheidenden Augenblicken des Lebens jämmerlich versagt; er wird zu jeder, auch der bescheidensten Anforderung immer erst wieder abgerichtet werden müssen, dagegen aus sich heraus nicht imstande sein, den geringsten Beitrag zur Weiterbildung der Menschheit zu geben. Solch ein mechanisch eingedrilltes Wissen genügt höchstens zur Übernahme von Staatsämtern in unserer heutigen Zeit.

Es ist selbstverständlich, daß sich in der Gesamtsumme der Volkszahl einer Nation für alle möglichen Gebiete des täglichen Lebens Talente finden werden. Es ist weiter selbstverständlich, daß der Wert des Wissens um so größer sein wird, je mehr das tote Wissen vom entsprechenden Talent des einzelnen beseelt wird. *Schöpferische Leistungen selbst können überhaupt nur entstehen, wenn Fähigkeit und Wissen eine Ehe bilden.*

Wie grenzenlos die heutige Menschheit in dieser Richtung sündigt, mag noch ein Beispiel zeigen. Von Zeit zu Zeit wird in illustrierten Blättern dem deutschen Spießer vor Augen geführt, daß da oder dort zum erstenmal ein Neger Advokat, Lehrer, gar Pastor, ja Heldentenor oder dergleichen geworden ist. Während das blödselige Bürgertum eine solche Wunderdressur staunend zur Kenntnis nimmt, voll von Respekt für dieses fabelhafte Resultat heutiger Erziehungskunst, versteht der Jude sehr schlau, daraus einen

neuen Beweis für die Richtigkeit seiner den Völkern einzutrichternden Theorie von der Gleichheit der Menschen zu konstruieren. Es dämmert dieser verkommenen bürgerlichen Welt nicht auf, daß es sich hier wahrhaftig um eine Sünde an jeder Vernunft handelt; daß es ein verbrecherischer Wahnwitz ist, einen geborenen Halbaffen solange zu dressieren, bis man glaubt, aus ihm einen Advokaten gemacht zu haben, während Millionen Angehörige der höchsten Kulturrasse in vollkommen unwürdigen Stellungen verbleiben müssen; daß es eine Versündigung am Willen des ewigen Schöpfers ist, wenn man Hunderttausende und Hunderttausende seiner begabtesten Wesen im heutigen proletarischen Sumpf verkommen läßt, während man Hottentotten und Zulukaffern zu geistigen Berufen hinaufdressiert. Denn um eine Dressur handelt es sich dabei, genau so wie bei der des Pudels, und nicht um eine wissenschaftliche „Ausbildung". Die gleiche Mühe und Sorgfalt auf Intelligenzrassen angewendet, würde jeden einzelnen tausendmal eher zu gleichen Leistungen befähigen.

So unerträglich aber dieser Zustand wäre, wenn es sich dabei jemals um mehr als um Ausnahmen handeln würde, so unerträglich ist er schon heute da, wo nicht Talent und Veranlagung für die höhere Ausbildung entscheiden. Jawohl, unerträglich ist der Gedanke, daß alljährlich Hunderttausende vollständig talentlose Menschen einer höheren Ausbildung gewürdigt werden, während andere Hunderttausende von großer Begabung ohne jede höhere Ausbildung bleiben. Der Verlust, den die Nation dadurch erleidet, ist nicht abzuschätzen. Wenn in den letzten Jahrzehnten der Reichtum an bedeutenden Erfindungen besonders in Nordamerika außerordentlich zunahm, dann nicht zuletzt deshalb, weil dort wesentlich mehr Talente aus untersten Schichten die Möglichkeit einer höheren Ausbildung finden, als dies in Europa der Fall ist.

Zum Erfinden genügt eben nicht eingetrichtertes Wissen, sondern nur das vom Talent beseelte. Darauf aber legt man bei uns heute keinen Wert; die gute Note allein soll es ausmachen.

Auch hier wird der völkische Staat einst erziehend einzugreifen haben. *Er hat nicht die Aufgabe, einer bestehenden Gesellschaftsklasse den maßgebenden Einfluß zu wahren, sondern die Aufgabe, aus der Summe aller Volksgenossen die fähigsten Köpfe herauszuholen und zu Amt und Würden zu bringen.* Er hat nicht nur die Verpflichtung, dem Durchschnittskind in der Volksschule eine bestimmte Erziehung zu geben, sondern auch die Pflicht, das Talent auf die Bahn zu bringen, auf die es gehört. Er hat es vor allem als seine höchste Aufgabe zu betrachten, die Tore der staatlichen höheren Unterrichtsanstalten jeder Begabung zu öffnen, ganz gleich, aus welchen Kreisen sie stammen möge. Er muß diese Aufgabe erfüllen, da nur so aus der Schicht von Repräsentanten eines toten Wissens die geniale Führung der Nation erwachsen kann.

Auch aus einem weiteren Grunde muß der Staat in dieser Richtung Vorsorge treffen: Unsere geistigen Schichten sind besonders in Deutschland so in sich abgeschlossen und verkalkt, daß ihnen die lebendige Verbindung nach unten fehlt. Dies rächt sich nach zwei Seiten hin: Erstens fehlt ihnen dadurch das Verständnis und die Empfindung für die breite Masse. Sie sind zu lange schon aus diesem Zusammenhang herausgerissen, als daß sie noch das nötige psychologische Verständnis für das Volk besitzen könnten. Sie sind volksfremd geworden. Es fehlt diesen oberen Schichten aber zweitens auch die nötige Willenskraft. Denn diese ist in abgekasteten Intelligenzkreisen immer schwächer, als in der Masse des primitiven Volkes. An wissenschaftlicher Bildung aber hat es uns Deutschen wahrhaftiger Gott nie gefehlt; desto mehr jedoch an Willens- und Entschlußkraft. Je „geistvoller“ zum Beispiel unsere Staatsmänner waren, um so schwächlicher war meistens ihre wirkliche Leistung. Die politische Vorbereitung sowohl als die technische Rüstung für den Weltkrieg war nicht deswegen ungenügend, weil etwa zu *wenig gebildete* Köpfe unser Volk regierten, sondern vielmehr, weil die Regierenden *überbildete* Menschen waren, vollgepfropft von Wissen und Geist, aber

bar jedes gesunden Instinkts und ledig jeder Energie und Kühnheit. Es war ein Verhängnis, daß unser Volk seinen Daseinskampf ausfechten mußte unter der Reichskanzlerschaft eines philosophierenden Schwächlings. Hätten wir an Stelle eines Bethmann Hollweg einen robusteren Volksmann als Führer besessen, würde das Heldenblut des gemeinen Grenadiers nicht umsonst geflossen sein. Ebenso war die übertrieben reingeistige Hochzüchtung unseres Führermaterials der beste Bundesgenosse für die revolutionierenden Novemberlumpen. Indem diese Geistigkeit das ihr anvertraute nationale Gut in der schmählichsten Weise zurückhielt, statt es voll und ganz einzusetzen, schuf sie selber die Voraussetzung zum Erfolge der anderen.

Hier kann die katholische Kirche als vorbildliches Lehrbeispiel gelten. In der Ehelosigkeit ihrer Priester liegt der Zwang begründet, den Nachwuchs für die Geistlichkeit statt aus den eigenen Reihen immer wieder aus der Masse des breiten Volkes holen zu müssen. Gerade diese Bedeutung des Zölibats wird aber von den meisten gar nicht erkannt. Sie ist die Ursache der unglaublich rüstigen Kraft, die in dieser uralten Institution wohnt. Denn dadurch, daß dieses Riesenheer geistlicher Würdenträger sich ununterbrochen aus den untersten Schichten der Völker heraus ergänzt, erhält sich die Kirche nicht nur die Instinkt-Verbundenheit mit der Gefühlswelt des Volkes, sondern sichert sich auch eine Summe von Energie und Tatkraft, die in solcher Form ewig nur in der breiten Masse des Volkes vorhanden sein wird. Daher stammt die staunenswerte Jugendlichkeit dieses Riesenorganismus, die geistige Schmiegsamkeit und stählerne Willenskraft.

Es wird die Aufgabe eines völkischen Staates sein, in seinem Unterrichtswesen dafür Sorge zu tragen, daß eine dauernde Erneuerung der bestehenden geistigen Schichten durch frische Blutzufuhr von unten stattfindet. Der Staat hat die Verpflichtung, mit äußerster Sorgfalt und Genauigkeit aus der Gesamtzahl der Volksgenossen das von Natur aus ersichtlich befähigte

Menschenmaterial herauszusieben und im Dienste der Allgemeinheit zu verwenden. Denn Staat und Staatsmänner sind nicht dazu da, einzelnen Klassen ein Unterkommen zu ermöglichen, sondern den ihnen zukommenden Aufgaben zu genügen. Das aber wird nur möglich sein, wenn zu ihren Trägern grundsätzlich nur fähige und willensstarke Persönlichkeiten herangebildet werden. Dies gilt nicht nur für alle Beamtenstellen, sondern für die geistige Führung der Nation überhaupt auf allen Gebieten. Auch darin liegt ein Faktor für die Größe eines Volkes, daß es gelingt, die fähigsten Köpfe für die ihnen liegenden Gebiete auszubilden und in den Dienst der Volksgemeinschaft zu stellen. *Wenn zwei Völker miteinander konkurrieren, die an sich gleich gut veranlagt sind, so wird dasjenige den Sieg erringen, das in seiner gesamten geistigen Führung seine besten Talente vertreten hat, und dasjenige unterliegen, dessen Führung nur eine große gemeinsame Futterkrippe für bestimmte Stände oder Klassen darstellt, ohne Rücksicht auf die angeborenen Fähigkeiten der einzelnen Träger.*

Freilich erscheint dies in unserer heutigen Welt zunächst unmöglich. Man wird sofort einwerfen, daß man dem Söhnchen, zum Beispiel eines höheren Staatsbeamten, doch nicht zumuten dürfe, sagen wir, Handwerker zu werden, weil irgendein anderer, dessen Eltern Handwerker waren, befähigter erscheint. Das mag bei der heutigen Einschätzung der Handarbeit zutreffen. Daher wird auch der völkische Staat zu einer prinzipiell anderen Einstellung dem Begriff Arbeit gegenüber gelangen müssen. *Er wird, wenn notwendig, selbst durch jahrhundertelange Erziehung, mit dem Unfug, körperliche Tätigkeit zu mißachten, brechen müssen. Er wird grundsätzlich den einzelnen Menschen nicht nach der Art seiner Arbeit, sondern nach Form und Güte der Leistung zu bewerten haben.* Dies mag einer Zeit ganz ungeheuerlich

erscheinen, welcher der geistloseste Kolonnenschreiber nur deshalb, weil er mit der Feder arbeitet, mehr gilt als der intelligenteste Feinmechaniker. Diese falsche Einschätzung liegt aber, wie gesagt, nicht in der Natur der Dinge, sondern ist künstlich anerzogen und war früher nicht vorhanden. Der jetzige unnatürliche Zustand beruht eben auf den allgemeinen Krankheitserscheinungen unserer vermaterialisierten Zeit.

Grundsätzlich ist der Wert jeder Arbeit ein doppelter: ein rein materieller und ein ideeller. Der materielle Wert beruht in der Bedeutung, und zwar der materiellen Bedeutung, einer Arbeit für das Leben der Gesamtheit. Je mehr Volksgenossen aus einer bestimmten vollbrachten Leistung Nutzen ziehen, und zwar direkten und indirekten, um so größer ist der materielle Wert einzuschätzen. Diese Einschätzung findet ihrerseits den plastischen Ausdruck im materiellen Lohn, welchen der einzelne für seine Arbeit erhält. Diesem rein materiellen Wert steht nun gegenüber der ideelle. Er beruht nicht auf der Bedeutung der geleisteten Arbeit materiell gemessen, sondern auf ihrer Notwendigkeit an sich. So sicher der materielle Nutzen einer Erfindung größer sein kann als der eines alltäglichen Handlangerdienstes, so sicher ist die Gesamtheit doch auf diesen kleinsten Dienst genau so angewiesen wie auf jenen größten. Sie mag materiell einen Unterschied treffen in der Bewertung des Nutzens der einzelnen Arbeit für die Gesamtheit und kann dem durch die jeweilige Entlohnung Ausdruck verleihen; sie muß aber ideell die Gleichheit aller feststellen in dem Augenblick, in dem jeder einzelne sich bemüht, auf seinem Gebiete — welches immer es auch sein mag — sein Bestes zu tun. Darauf aber hat die Wertschätzung eines Menschen zu beruhen, und nicht auf der Entlohnung.

Da in einem vernünftigen Staat die Sorge dahin gehen soll, dem einzelnen die Tätigkeit zuzuweisen, die seiner Fähigkeit entspricht, oder, anders ausgedrückt, die fähigen Köpfe für die ihnen liegende Arbeit auszubilden, die Fähigkeit aber prinzipiell nicht anerzogen, sondern angeboren sein muß, mithin ein Geschenk der Natur und nicht

ein Verdienst des Menschen ist, so kann sich die allgemeine bürgerliche Einschätzung auch nicht nach der dem einzelnen gewissermaßen überwiesenen Arbeit richten. Denn diese Arbeit fällt auf das Konto seiner Geburt sowie auf die dadurch veranlaßte Ausbildung, die er durch die Allgemeinheit erhielt. Die Wertschätzung des Menschen muß begründet werden auf der Art und Weise, in der er seiner ihm von der Allgemeinheit überantworteten Aufgabe gerecht wird. Denn die Tätigkeit, welche der einzelne verrichtet, ist nicht der Zweck seines Daseins, sondern nur das Mittel dazu. Vielmehr soll er sich als Mensch weiterbilden und weiterveredeln, kann dies aber nur im Rahmen seiner Kulturgemeinschaft, die immer auf dem Fundament eines Staates beruhen muß. Zur Erhaltung dieses Fundamentes hat er seinen Beitrag zu leisten. Die Form dieses Beitrags bestimmt die Natur; an ihm liegt es nur, mit Fleiß und Redlichkeit der Volksgemeinschaft zurückzuerstatten, was sie ihm selbst gegeben hat. Wer dieses tut, verdient höchste Wertschätzung und höchste Achtung. *Der materielle Lohn mag dem zugebilligt werden, dessen Leistung für die Gesamtheit entsprechenden Nutzen trägt; der ideelle jedoch muß in der Wertschätzung liegen, die jeder beanspruchen kann, der die Kräfte, welche die Natur ihm gab und die Volksgemeinschaft zur Ausbildung brachte, dem Dienste seines Volkstums widmet.* Dann aber ist es keine Schande mehr, ein ordentlicher Handwerker zu sein, aber wohl eine, als unfähiger Beamter dem lieben Gott den Tag und dem guten Volk das tägliche Brot zu stehlen. Dann wird man es auch für selbstverständlich halten, daß ein Mensch nicht Aufgaben zugewiesen erhält, denen er von vornherein nicht gewachsen ist.

Im übrigen gibt solche Tätigkeit auch den einzigen Maßstab für das Recht bei der allgemeinen gleichen rechtlichen bürgerlichen Betätigung.

Die heutige Zeit baut sich ja selber ab: Sie führt ein allgemeines Wahlrecht ein, schwätzt von gleichen Rechten,

findet aber doch keine Begründung für dieselben. Sie sieht im materiellen Lohn den Ausdruck des Wertes eines Menschen und zertrümmert sich dadurch die Grundlage für die edelste Gleichheit, die es überhaupt geben kann. Denn Gleichheit beruht nicht und kann niemals beruhen auf den Leistungen der einzelnen an sich, aber sie ist möglich in der Form, in der jeder seine besonderen Verpflichtungen erfüllt. Nur dadurch wird der Zufall der Natur bei der Beurteilung des Wertes des Menschen ausgeschaltet und der einzelne selbst zum Schmied seiner Bedeutung gemacht.

In der heutigen Zeit, da sich ganze Menschengruppen gegenseitig nur mehr nach Gehaltsklassen zu würdigen wissen, hat man dafür — wie schon gesagt — kein Verständnis. Allein für uns darf dies kein Grund sein, auf die Vertretung unserer Gedanken zu verzichten. Im Gegenteil: *Wer diese Zeit, die innerlich krank und faul ist, heilen will, muß zunächst den Mut aufbringen, die Ursachen dieses Leides klarzulegen. Das aber soll die Sorge der nationalsozialistischen Bewegung sein: über alle Spießbürgerei hinweg, aus unserem Volkstum heraus, diejenigen Kräfte zu sammeln und zu ordnen, die als Vorkämpfer einer neuen Weltanschauung befähigt sind.*

*

Allerdings wird man den Einwand bringen, daß sich im allgemeinen die ideelle Einschätzung von der materiellen schwer trennen lasse, ja, daß die sinkende Wertschätzung der körperlichen Arbeit gerade durch ihre mindere Entlohnung hervorgerufen würde. Diese mindere Entlohnung sei selber wieder die Ursache für eine Beschränkung der Teilnahme des einzelnen Menschen an den Kulturgütern seiner Nation. Dadurch aber werde gerade die ideelle Kultur des Menschen beeinträchtigt, die mit seiner Tätigkeit an sich nichts zu tun haben brauche. Die Scheu vor körperlicher Arbeit sei erst recht darin begründet, daß, infolge der

schlechteren Entlohnung, das Kulturniveau des Handarbeiters zwangsläufig heruntergedrückt werde und dadurch die Rechtfertigung einer allgemeinen minderen Einschätzung gegeben sei.

Darin liegt sehr viel Wahrheit. Gerade deshalb wird man aber in der Zukunft sich vor einer zu großen Differenzierung der Lohnverhältnisse hüten müssen. Man sage nicht, daß damit die Leistungen ausbleiben würden. Das wäre das traurigste Zeichen des Verfalls einer Zeit, wenn der Antrieb zu einer höheren geistigen Leistung nur mehr im höheren Lohn läge. Wenn dieser Gesichtspunkt bisher auf dieser Welt der einzig maßgebende gewesen wäre, würde die Menschheit ihre größten wissenschaftlichen und kulturellen Güter niemals empfangen haben. Denn die größten Erfindungen, die größten Entdeckungen, die umwälzendsten wissenschaftlichen Arbeiten, die herrlichsten Denkmäler menschlicher Kultur sind nicht aus dem Drange nach Geld der Welt gegeben worden. Im Gegenteil, ihre Geburt bedeutete nicht selten geradezu den Verzicht auf das irdische Glück des Reichtums.

Es mag sein, daß heute das Gold der ausschließliche Regent des Lebens geworden ist, doch wird dereinst der Mensch sich wieder vor höheren Göttern beugen. Vieles mag heute nur dem Sehnen nach Geld und Vermögen sein Dasein verdanken, aber es ist wohl nur wenig darunter, dessen Nichtvorhandensein die Menschheit ärmer sein ließe.

Auch dies ist eine Aufgabe unserer Bewegung, daß sie schon heute von einer Zeit künde, die dem einzelnen das geben wird, was er zum Leben braucht, aber dabei den Grundsatz hochhält, daß der Mensch nicht ausschließlich um materieller Genüsse willen lebt. Dies soll dereinst seinen Ausdruck in einer weise beschränkten Staffelung der Verdienste finden, die auch dem letzten redlich Arbeitenden auf alle Fälle ein ehrliches, ordentliches Dasein als Volksgenosse und Mensch ermöglicht.

Man sage ja nicht, daß dies ein Idealzustand sei, wie ihn diese Welt praktisch nicht vertrüge und tatsächlich nie erreichen werde.

Auch wir sind nicht so einfältig, zu glauben, daß es gelingen könnte, jemals ein fehlerloses Zeitalter herbeizuführen. Allein dies entbindet nicht von der Verpflichtung, erkannte Fehler zu bekämpfen, Schwächen zu überwinden und dem Ideal zuzustreben. Die herbe Wirklichkeit wird von sich aus nur zuviele Einschränkungen herbeiführen. Gerade deshalb aber muß der Mensch erst recht versuchen, dem letzten Ziel zu dienen, und Fehlschläge dürfen ihn von seiner Absicht so wenig abbringen, als er auf eine Justiz verzichten kann, nur weil ihr auch Irrtümer unterlaufen, und so wenig man die Arznei verwirft, weil es dennoch immer Krankheit geben wird.

Man hüte sich, die Kraft eines Ideals zu niedrig einzuschätzen. Wer in dieser Hinsicht heute kleinmütig wird, den möchte ich, falls er einst Soldat war, zurückerinnern an eine Zeit, deren Heldentum das überwältigendste Bekenntnis zur Kraft idealer Motive darstellte. Denn, was die Menschen damals sterben ließ, war nicht die Sorge um das tägliche Brot, sondern die Liebe zum Vaterland, der Glaube an die Größe desselben, das allgemeine Gefühl für die Ehre der Nation. Und erst als das deutsche Volk sich von diesen Idealen entfernte, um den realen Versprechungen der Revolution zu folgen, und die Waffe mit dem Rucksack vertauschte, kam es, statt in einen irdischen Himmel, ins Fegfeuer der allgemeinen Verachtung und nicht minder der allgemeinen Not.

Deshalb ist es aber erst recht notwendig, den Rechenmeistern der derzeitigen *realen* Republik den Glauben an ein *ideales* Reich gegenüberzustellen.

3. Kapitel

Staatsangehöriger und Staatsbürger

Im allgemeinen kennt das Gebilde, das heute fälschlicherweise als Staat bezeichnet wird, nur zwei Arten von Menschen: Staatsbürger und Ausländer. Staatsbürger sind alle diejenigen, die entweder durch ihre Geburt oder durch spätere Einbürgerung das Staatsbürgerrecht besitzen; Ausländer sind alle diejenigen, die dieses gleiche Recht in einem anderen Staate genießen. Dazwischen gibt es dann noch kometenähnliche Erscheinungen; die sogenannten Staatenlosen. Das sind Menschen, die die Ehre haben, keinem der heutigen Staaten anzugehören, also nirgends ein Staatsbürgerrecht besitzen.

Das Staatsbürgerrecht wird heute, wie schon oben erwähnt, in erster Linie durch die Geburt innerhalb der Grenzen eines Staates erworben. Rasse oder Volkszugehörigkeit spielt dabei überhaupt keine Rolle. Ein Neger, der früher in den deutschen Schutzgebieten lebte, nun in Deutschland seinen Wohnsitz hat, setzt damit in seinem Kind einen „deutschen Staatsbürger" in die Welt. Ebenso kann jedes Juden- oder Polen-, Afrikaner- oder Asiatenkind ohne weiteres zum deutschen Staatsbürger deklariert werden.

Außer der Einbürgerung durch Geburt besteht noch die Möglichkeit der späteren Einbürgerung. Sie ist an verschiedene Vorbedingungen gebunden, zum Beispiel daran, daß der in Aussicht genommene Kandidat wenn möglich kein Einbrecher oder Zuhälter ist, daß er weiter politisch unbedenklich, d. h. also ein harmloser politischer Trottel ist, daß er endlich nicht seiner neuerlichen staatsbürgerlichen Heimat zur Last fällt. Gemeint ist damit in diesem realen Zeitalter natürlich nur die finanzielle Belastung. Ja, es gilt sogar

als förderliche Empfehlung, einen vermutlich guten künftigen Steuerzahler vorzustellen, um die Erwerbung einer heutigen Staatsbürgerschaft zu beschleunigen.

Rassische Bedenken spielen dabei überhaupt keine Rolle.

Der ganze Vorgang der Erwerbung des Staatsbürgertums vollzieht sich nicht viel anders als der der Aufnahme zum Beispiel in einen Automobilklub. Der Mann macht seine Eingaben, diese werden geprüft und begutachtet, und eines Tages wird ihm dann auf einem Handzettel zur Kenntnis gebracht, daß er Staatsbürger geworden sei, wobei man dies noch in eine witzig-ulkige Form kleidet. Man teilt dem in Frage kommenden bisherigen Zulukaffer nämlich mit: „Sie sind hiermit Deutscher geworden!"

Dieses Zauberstück bringt ein Staatspräsident fertig. Was kein Himmel schaffen könnte, das verwandelt solch ein beamteter Theoprastus Paracelsus im Handumdrehen. Ein einfacher Federwisch, und aus einem mongolischen Wenzel ist plötzlich ein richtiger „Deutscher" geworden.

Aber nicht nur, daß man sich um die Rasse eines solchen neuen Staatsbürgers nicht kümmert, man beachtet nicht einmal seine körperliche Gesundheit. Es mag so ein Kerl syphilitisch zerfressen sein wie er will, für den heutigen Staat ist er dennoch als Bürger hochwillkommen, sofern er wie schon gesagt, finanziell keine Belastung und politisch keine Gefahr bedeutet.

So nehmen alljährlich diese Gebilde, Staat genannt, Giftstoffe in sich auf, die sie kaum mehr zu überwinden vermögen.

Der Staatsbürger selber unterscheidet sich dann vom Ausländer noch dadurch, daß ihm der Weg zu allen öffentlichen Ämtern freigegeben ist, daß er eventuell der Heeresdienstpflicht genügen muß und sich weiter dafür aktiv und passiv an Wahlen beteiligen kann. Im großen und ganzen ist dies alles. Denn den Schutz der persönlichen Rechte und der persönlichen Freiheit genießt der Ausländer ebenso, nicht selten mehr; jedenfalls trifft dies in unserer heutigen deutschen Republik zu.

Ich weiß, daß man dieses alles ungern hört; allein

etwas Gedankenloseres, ja Hirnverbrannteres als unser heutiges Staatsbürgerrecht ist schwerlich vorhanden. Es gibt zur Zeit einen Staat, in dem wenigstens schwache Ansätze für eine bessere Auffassung bemerkbar sind. Natürlich ist dies nicht unsere vorbildliche deutsche Republik, sondern die amerikanische Union, in der man sich bemüht, wenigstens teilweise wieder die Vernunft zu Rate zu ziehen. Indem die amerikanische Union gesundheitlich schlechten Elementen die Einwanderung grundsätzlich verweigert, von der Einbürgerung aber bestimmte Rassen einfach ausschließt, bekennt sie sich in leisen Anfängen bereits zu einer Auffassung, die dem völkischen Staatsbegriff zu eigen ist.

Der völkische Staat teilt seine Bewohner in drei Klassen: in Staatsbürger, Staatsangehörige und Ausländer.

Durch die Geburt wird grundsätzlich nur die Staatsangehörigkeit erworben. Die Staatsangehörigkeit als solche berechtigt noch nicht zur Führung öffentlicher Ämter, auch nicht zur politischen Betätigung im Sinne einer Teilnahme an Wahlen, in aktiver sowohl als in passiver Hinsicht. Grundsätzlich ist bei jedem Staatsangehörigen Rasse und Nationalität festzustellen. Es steht dem Staatsangehörigen jederzeit frei, auf seine Staatsangehörigkeit zu verzichten und Staatsbürger in dem Lande zu werden, dessen Nationalität der seinen entspricht. Der Ausländer unterscheidet sich vom Staatsangehörigen nur dadurch, daß er eine Staatsangehörigkeit in einem fremden Staate besitzt.

Der junge Staatsangehörige deutscher Nationalität ist verpflichtet, die jedem Deutschen vorgeschriebene Schulbildung durchzumachen. Er unterwirft sich damit der Erziehung zum rasse- und nationalbewußten Volksgenossen. Er hat später den vom Staate vorgeschriebenen weiteren körperlichen Übungen zu genügen und tritt endlich in das Heer ein. Die Ausbildung im Heere ist eine allgemeine; sie hat jeden einzelnen Deutschen zu erfassen und für den seiner körperlichen und geistigen Fähigkeit nach möglichen militärischen Verwendungsbereich zu erziehen. Dem unbescholte-

nen gesunden jungen Mann wird daraufhin nach Vollendung seiner Heerespflicht in feierlichster Weise das Staatsbürgerrecht verliehen. Es ist die wertvollste Urkunde für sein ganzes irdisches Leben. Er tritt damit ein in alle Rechte des Staatsbürgers und nimmt teil an allen Vorzügen desselben. Denn der Staat muß einen scharfen Unterschied zwischen denen machen, die als Volksgenossen Ursache und Träger seines Daseins und seiner Größe sind, und solchen, die nur als „verdienende" Elemente innerhalb eines Staates ihren Aufenthalt nehmen.

Die Verleihung der Staatsbürgerurkunde ist zu verbinden mit einer weihevollen Vereidigung auf die Volksgemeinschaft und auf den Staat. In dieser Urkunde muß ein alle sonstigen Klüfte überbrückendes gemeinsam umschlingendes Band liegen. Es muß eine größere Ehre sein, als Straßenfeger Bürger dieses Reiches zu sein, als König in einem fremden Staate.

Der Staatsbürger ist gegenüber dem Ausländer bevorrechtigt. Er ist der Herr des Reiches. Diese höhere Würde verpflichtet aber auch. Der Ehr- oder Charakterlose, der gemeine Verbrecher, der Vaterlandsverräter usw. kann dieser Ehre jederzeit entkleidet werden. Er wird damit wieder Staatsangehöriger.

Das deutsche Mädchen ist Staatsangehörige und wird mit ihrer Verheiratung erst Bürgerin. Doch kann auch den im Erwerbsleben stehenden weiblichen deutschen Staatsangehörigen das Bürgerrecht verliehen werden.

4. Kapitel

Persönlichkeit und völkischer Staatsgedanke

Wenn der völkisch-nationalsozialistische Staat seine Hauptaufgabe in der Heranbildung und Erhaltung des Trägers des Staates sieht, dann genügt es nicht allein, die rassischen Elemente als solche zu fördern, dann zu erziehen und endlich für das praktische Leben auszubilden, sondern es ist notwendig, daß er seine eigene Organisation mit dieser Aufgabe in Einklang bringt.

Es wäre ein Wahnwitz, den Wert des Menschen nach seiner Rassenzugehörigkeit abschätzen zu wollen, mithin dem marxistischen Standpunkt: Mensch ist gleich Mensch den Krieg zu erklären, wenn man dann doch nicht entschlossen ist, auch die letzten Konsequenzen zu ziehen. Die letzte Konsequenz der Anerkennung der Bedeutung des Blutes, also der rassenmäßigen Grundlage im allgemeinen, ist aber die Übertragung dieser Einschätzung auf die einzelne Person. So wie ich im allgemeinen die Völker auf Grund ihrer rassischen Zugehörigkeit verschieden bewerten muß, so auch die einzelnen Menschen innerhalb einer Volksgemeinschaft. Die Feststellung, daß Volk nicht gleich Volk ist, überträgt sich dann auf den einzelnen Menschen innerhalb einer Volksgemeinschaft etwa in dem Sinne, daß Kopf nicht gleich Kopf sein kann, weil auch hier die blutsmäßigen Bestandteile wohl in großen Linien die gleichen sind, allein im einzelnen doch tausendfältigen feinsten Differenzierungen unterliegen.

Die erste Konsequenz dieser Erkenntnis ist zugleich die, ich möchte sagen, gröbere, nämlich der Versuch, die inner-

halb der Volksgemeinschaft als rassisch besonders wertvoll erkannten Elemente maßgeblichst zu fördern und für ihre besondere Vermehrung Sorge zu tragen.

Gröber ist die Aufgabe deshalb, weil sie fast mechanisch erkannt und gelöst zu werden vermag. Schwieriger ist es, aus der Gesamtheit aller die geistig und ideell wirklich wertvollsten Köpfe zu erkennen und ihnen jenen Einfluß einzuräumen, der nicht nur diesen überlegenen Geistern an sich zukommt, sondern der vor allem der Nation von Nutzen ist. Diese Siebung nach Fähigkeit und Tüchtigkeit kann nicht mechanisch vorgenommen werden, sondern ist eine Arbeit, die der Kampf des täglichen Lebens ununterbrochen besorgt.

Eine Weltanschauung, die sich bestrebt, unter Ablehnung des demokratischen Massengedankens, dem besten Volk, also den höchsten Menschen, diese Erde zu geben, muß logischerweise auch innerhalb dieses Volkes wieder dem gleichen aristokratischen Prinzip gehorchen und den besten Köpfen die Führung und den höchsten Einfluß im betreffenden Volke sichern. Damit baut sie nicht auf dem Gedanken der Majorität, sondern auf dem der Persönlichkeit auf.

Wer heute glaubt, daß sich ein völkischer, nationalsozialistischer Staat etwa nur rein mechanisch durch eine bessere Konstruktion seines Wirtschaftslebens von anderen Staaten zu unterscheiden hätte, also durch einen besseren Ausgleich von Reichtum und Armut oder durch mehr Mitbestimmungsrecht breiter Schichten am Wirtschaftsprozeß oder durch gerechtere Entlohnung, durch Beseitigung von zu großen Lohndifferenzen, der ist im Alleräußerlichsten steckengeblieben und hat keine blasse Ahnung von dem, was wir als Weltanschauung zu bezeichnen haben. All das eben Geschilderte bietet nicht die geringste Sicherheit für dauernden Bestand und noch viel weniger den Anspruch auf Größe. Ein Volk, das nur in diesen wirklich äußeren Reformen haftenbliebe, würde damit nicht im geringsten eine Garantie für den Sieg dieses Volkes im allgemeinen Völkerringen erhalten.

Eine Bewegung, die nur in einer derartigen allgemein ausgleichenden und sicherlich gerechten Entwicklung den Inhalt ihrer Mission empfindet, wird in Wahrheit keine gewaltige und keine wirkliche, weil nicht tiefe Reform der bestehenden Zustände herbeiführen, da ihr ganzes Handeln an Ende nur in Äußerlichkeiten steckenbleibt, ohne dem Volk jenes innere Gerüstetsein zu verschaffen, das es, ich möchte fast sagen mit zwangsläufiger Sicherheit, endgültig jene Schwächen überwinden läßt, unter denen wir heute zu leiden haben.

Um dies leichter zu verstehen, ist es vielleicht zweckmäßig, noch einmal einen Blick auf die wirklichen Ursprünge und Ursachen der menschlichen Kulturentwicklung zu werfen.

Der erste Schritt, der den Menschen äußerlich sichtbar vom Tier entfernte, war der zur Erfindung. Die Erfindung selbst beruht ursprünglich auf dem Finden von Listen und Finten, deren Anwendung den Kampf um das Leben mit anderen Wesen erleichtert und manches Mal überhaupt erst günstig verlaufen läßt. Diese allerprimitivsten Erfindungen lassen die Person deshalb noch nicht genügend klar in Erscheinung treten, weil sie dem nachträglichen oder besser dem heutigen menschlichen Beobachter natürlich erst als Massenerscheinung zum Bewußtsein kommen. Gewisse Schliche und schlaue Maßregeln, die der Mensch zum Beispiel am Tier beobachten kann, fallen ihm erst summarisch als Tatsache ins Auge, und er ist nicht mehr in der Lage, ihren Ursprung festzustellen oder zu erforschen, sondern behilft sich einfach damit, daß er solche Vorgänge als „instinktive" bezeichnet.

Dieses letztere Wort besagt nun in unserem Falle gar nichts. Denn wer an eine höhere Entwicklung der Lebewesen glaubt, der muß zugeben, daß jede Äußerung ihres Lebensdranges und -kampfes einmal einen Beginn gehabt haben muß; daß ein Subjekt damit angefangen haben wird, und daß sich dann ein solcher Vorgang immer öfter wiederholte und immer mehr ausbreitete, bis er endlich fast in das Unterbewußtsein aller Angehörigen einer be-

stimmten Art überging, um dann als Instinkt in Erscheinung zu treten.

Leichter wird man dies beim Menschen selbst verstehen und glauben. Seine ersten klugen Maßnahmen im Kampfe mit anderen Tieren — sie sind sicher ihrem Ursprunge nach Handlungen einzelner besonders fähiger Subjekte gewesen. Die Persönlichkeit war einst auch hier unbedingt das Veranlassende zu Entschlüssen und Ausführungen, die später als ganz selbstverständlich von der ganzen Menschheit übernommen wurden. Genau so wie irgendeine militärische Selbstverständlichkeit, die heute meinetwegen die Grundlage jedweder Strategie geworden ist, ursprünglich dennoch einem ganz bestimmten Kopf ihre Entstehung verdankte und nur im Laufe von vielen, vielleicht sogar Tausenden von Jahren einfach als vollkommen selbstverständlich allgemein geltend wurde.

Dieses erste Erfinden ergänzt der Mensch durch ein zweites: er lernt andere Dinge und auch Lebewesen in den Dienst seines eigenen Lebenserhaltungskampfes einstellen; und damit beginnt die eigentliche Erfindertätigkeit der Menschen, die wir heute allgemein sichtbar vor Augen haben. Diese materiellen Erfindungen, die von der Verwendung des Steines als Waffe ausgehen, die zur Zähmung von Tieren führen, das Feuer durch künstliche Erzeugung dem Menschen geben und so fort bis zu den vielfältigen und staunenswerten Erfindungen unserer Tage, lassen um so klarer die Person als Träger solchen Schaffens erkennen, je näher die einzelnen Erfindungen unserer heutigen Zeit liegen oder je bedeutender und einschneidender sie sind. Wir wissen also jedenfalls: Was wir an materiellen Erfindungen um uns sehen, ist alles das Ergebnis der schöpferischen Kraft und Fähigkeit der einzelnen Person. Und alle diese Erfindungen, sie helfen im letzten Grunde mit, den Menschen über das Niveau der Tierwelt mehr und mehr zu erheben, ja ihn endgültig davon zu entfernen. Sie dienen somit im tiefsten Grunde der sich dauernd vollziehenden höheren Menschwerdung. Aber selbst das, was einst als einfachste Finte den im Urwald jagenden

Menschen den Kampf um das Dasein erleichterte, hilft in Gestalt geistvollster wissenschaftlicher Erkenntnisse der Jetztzeit wieder mit, den Kampf der Menschheit um ihr heutiges Dasein zu erleichtern und die Waffen zu schmieden für die Kämpfe der Zukunft. Alles menschliche Denken und Erfinden dient in seinen letzten Auswirkungen zunächst dem Lebenskampf des Menschen auf diesem Planeten, auch wenn der sogenannte reale Nutzen einer Erfindung oder einer Entdeckung oder einer tiefen wissenschaftlichen Einsicht in das Wesen der Dinge im Augenblick nicht sichtbar ist. Indem alles zusammen mithilft, den Menschen mehr und mehr aus dem Rahmen der ihn umgebenden Lebewesen zu erheben, stärkt es und festigt es seine Stellung so, daß er in jeglicher Hinsicht zum dominierenden Wesen auf dieser Erde sich auswächst.

Alle Erfindungen sind also das Ergebnis des Schaffens einer Person. Alle diese Personen selbst sind, ob gewollt oder ungewollt, mehr oder minder große Wohltäter aller Menschen. Ihr Wirken gibt Millionen, ja Milliarden von menschlichen Lebewesen später Hilfsmittel zur Erleichterung der Durchführung ihres Lebenskampfes in die Hand.

Wenn wir im Ursprung der heutigen materiellen Kultur immer einzelne Personen als Erfinder sehen, die sich dann gegenseitig ergänzen und einer auf dem anderen wieder weiterbauen, dann aber genau so in der Ausübung und Durchführung der von den Erfindern erdachten und entdeckten Dinge. Denn auch sämtliche Produktionsprozesse sind in ihrem Ursprung selbst wieder Erfindungen gleichzusetzen und damit abhängig von der Person. Auch die rein theoretische gedankliche Arbeit, die im einzelnen gar nicht meßbar, dennoch die Voraussetzung für alle weiteren materiellen Erfindungen ist, erscheint wieder als das ausschließliche Produkt der Einzelperson. Nicht die Masse erfindet und nicht die Majorität organisiert oder denkt, sondern in allem immer nur der einzelne Mensch, die Person.

Eine menschliche Gemeinschaft erscheint nur dann als gut organisiert, wenn sie diesen schöpferischen Kräften in möglichst entgegenkommender Weise ihre Arbeiten erleichtert

und nutzbringend für die Gesamtheit anwendet. Das Wertvollste an der Erfindung selbst, mag sie nun im Materiellen oder in der Welt der Gedanken liegen, ist zunächst der Erfinder als Person. Ihn also für die Gesamtheit nutzbringend anzusetzen, ist erste und höchste Aufgabe der Organisation einer Volksgemeinschaft. Ja, die Organisation selbst hat nur eine Vollstreckung dieses Grundsatzes zu sein. Damit wird sie auch erst vom Fluche des Mechanismus erlöst und wird selbst zu etwas Lebendigem. Sie muß in sich selbst eine Verkörperung des Strebens sein, die Köpfe über die Masse zu stellen und diese mithin den Köpfen unterzuordnen.

Die Organisation darf also demnach das Heraustreten der Köpfe aus der Masse nicht nur nicht verhindern, sondern sie muß im Gegenteil durch die Art ihres eigenen Wesens dies im höchsten Grade ermöglichen und erleichtern. Sie hat dabei von dem Grundsatze auszugehen, daß für die Menschheit der Segen nie in der Masse lag, sondern in ihren schöpferischen Köpfen ruhte, die daher in Wirklichkeit als die Wohltäter des Menschengeschlechtes anzusprechen sind. Ihnen den maßgebendsten Einfluß zu sichern und ihr Wirken zu erleichtern, liegt im Interesse der Gesamtheit. Sicher wird dieses Interesse nicht befriedigt und es wird ihm nicht gedient durch die Herrschaft der nicht denkfähigen oder nicht tüchtigen, auf keinen Fall aber begnadeten Masse, sondern einzig durch die Führung der von Natur aus mit besonderen Gaben dazu Befähigten.

Das Aussuchen dieser Köpfe besorgt, wie schon gesagt, vor allem der harte Lebenskampf selbst. Vieles bricht und geht zugrunde, erweist sich also doch nicht als zum Letzten bestimmt, und wenige nur erscheinen zuletzt als auserwählt. Auf den Gebieten des Denkens, des künstlerischen Schaffens, ja selbst denen der Wirtschaft findet dieser Ausleseprozeß auch heute noch statt, obwohl er besonders auf dem letzteren schon einer schweren Belastung ausgesetzt ist. Die Verwaltung des Staates und ebenso die durch die organisierte Wehrkraft der Nation verkörperte Macht sind gleich-

falls von diesen Gedanken beherrscht. Überall dominiert hier noch die Idee der Persönlichkeit, der Autorität derselben nach unten und der Verantwortlichkeit gegenüber der höheren Person nach oben. Nur das politische Leben hat sich heute bereits restlos von diesem natürlichsten Prinzip abgewendet. Während die gesamte menschliche Kultur nur das Ergebnis der schöpferischen Tätigkeit der Person ist, tritt in der gesamten, vor allem aber in der obersten Leitung der Volksgemeinschaft das Prinzip des Wertes der Majorität ausschlaggebend in Erscheinung und beginnt von dort herunter allmählich das ganze Leben zu vergiften, d. h. in Wirklichkeit aufzulösen. Auch die destruktive Wirkung der Tätigkeit des Judentums in anderen Volkskörpern ist im Grunde nur seinen ewigen Versuchen zuzuschreiben, die Bedeutung der Person bei seinen Gastvölkern zu unterhöhlen und die der Masse an ihre Stelle zu setzen. Damit aber tritt an Stelle des organisatorischen Prinzips der arischen Menschheit das destruktive des Juden. Er wird dadurch „zum Ferment der Dekomposition" von Völkern und Rassen und im weiteren Sinne zum Auflöser der menschlichen Kultur.

Der Marxismus aber stellt sich als den in Reinkultur gebrachten Versuch des Juden dar, auf allen Gebieten des menschlichen Lebens die überragende Bedeutung der Persönlichkeit auszuschalten und durch die Zahl der Masse zu ersetzen. Dem entspricht politisch die parlamentarische Regierungsform, die wir, von den kleinsten Keimzellen der Gemeinde angefangen, bis zur obersten Leitung des gesamten Reiches so unheilvoll wirken sehen, und wirtschaftlich das System einer Gewerkschaftsbewegung, die nicht den wirklichen Interessen des Arbeitnehmers dient, sondern ausschließlich den zerstörenden Absichten des internationalen Weltjuden. In eben dem Maße, in welchem die Wirtschaft der Wirkung des Persönlichkeitsprinzips entzogen und an Stelle dessen nur den Einflüssen und Einwirkungen der Masse ausgeliefert wird, muß sie die im Dienste aller stehende und für alle wertvolle Leistungsfähigkeit verlieren und allmählich einer sicheren Rückentwicklung ver-

fallen. Sämtliche Betriebsorganisationen, die, statt die Interessen ihrer Angestellten wahrzunehmen, Einfluß auf die Produktion selbst zu gewinnen versuchen, dienen dem gleichen zerstörenden Zwecke. Sie schädigen die Gesamtleistung, dadurch in Wirklichkeit aber den einzelnen. Denn die Befriedigung der Angehörigen eines Volkskörpers erfolgt auf die Dauer nicht ausschließlich durch bloße theoretische Phrasen, sondern vielmehr durch die auf den einzelnen entfallenden Güter des täglichen Lebens und die daraus endgültig resultierende Überzeugung, daß eine Volksgemeinschaft in ihren gesamten Leistungen die Interessen der einzelnen wahrt.

Es spielt auch keine Rolle, ob der Marxismus auf Grund seiner Massentheorie etwa fähig erscheint, die zur Zeit bestehende Wirtschaft zu übernehmen und weiterzuführen. Die Kritik über die Richtigkeit oder Unrichtigkeit dieses Prinzips wird nicht entschieden durch den Nachweis seiner Befähigung, das Bestehende für die Zukunft zu verwalten, sondern ausschließlich nur durch den Beweis, selbst eine solche Kultur schaffen zu können. Der Marxismus könnte tausendmal die heutige Wirtschaft übernehmen und unter seiner Führung weiterarbeiten lassen, so würde sogar ein Erfolg dieser Tätigkeit doch gar nichts beweisen gegenüber der Tatsache, daß er nicht in der Lage wäre, unter Anwendung seines Prinzips das selbst zu schaffen, was er als fertig heute übernimmt.

Und dafür hat der Marxismus den praktischen Beweis erbracht. Nicht nur, daß er nirgends eine Kultur oder auch nur eine Wirtschaft selbst schöpferisch zu begründen vermochte, er war ja tatsächlich nicht einmal in der Lage, die bestehenden nach seinen Prinzipien weiter fortzuführen, sondern mußte schon nach kürzester Zeit auf dem Wege von Konzessionen zu den Gedankengängen des Persönlichkeitsprinzips zurückgreifen, genau so wie er auch in seiner eigenen Organisation dieser Grundsätze nicht entraten kann.

Das hat aber die völkische Weltanschauung von der marxistischen grundsätzlich zu unterscheiden, daß sie nicht nur den Wert

der Rasse, sondern damit auch die Bedeutung der Person erkennt und mithin zu den Grundpfeilern ihres ganzen Gebäudes bestimmt. Das sind die tragenden Faktoren ihrer Weltauffassung.

Würde besonders die nationalsozialistische Bewegung die fundamentale Bedeutung dieser grundsätzlichen Erkenntnis nicht verstehen, sondern statt dessen am heutigen Staate äußerlich herumflicken oder gar den Massenstandpunkt als den ihren ansehen, dann würde sie in Wirklichkeit nur eine Konkurrenzpartei zum Marxismus darstellen; das Recht, sich eine Weltanschauung zu nennen, besäße sie damit nicht. Wenn das soziale Programm der Bewegung nur darin bestände, die Persönlichkeit zu verdrängen und an ihre Stelle die Masse zu setzen, dann wäre der Nationalsozialismus selbst bereits vom Gift des Marxismus angefressen, wie unsere bürgerliche Parteienwelt dies ist.

Der völkische Staat hat für die Wohlfahrt seiner Bürger zu sorgen, indem er in allem und jedem die Bedeutung des Wertes der Person anerkennt und so auf allen Gebieten jenes Höchstmaß produktiver Leistungsfähigkeit einleitet, die dem einzelnen auch ein Höchstmaß an Anteil gewährt.

Und der völkische Staat hat demgemäß die gesamte, besonders aber die oberste, also die politische Leitung restlos vom parlamentarischen Prinzip der Majoritäts-, also Massenbestimmung zu befreien, um an Stelle dessen das Recht der Person einwandfrei sicherzustellen.

Daraus ergibt sich folgende Erkenntnis:

Die beste Staatsverfassung und Staatsform ist diejenige, die mit natürlichster Sicherheit die besten Köpfe der Volksgemeinschaft zu führender Bedeutung und zu leitendem Einfluß bringt.

Wie aber im Wirtschaftsleben die fähigen Menschen nicht von oben zu bestimmen sind, sondern sich selbst durchzuringen haben, und so wie hier die unendliche Schulung vom kleinsten Geschäft bis zum größten Unternehmen selbst gegeben ist, und nur das Leben dann die jeweiligen

Prüfungen vornimmt, so können natürlich auch die politischen Köpfe nicht plötzlich „entdeckt" werden. Genies außerordentlicher Art lassen keine Rücksicht auf die normale Menschheit zu.

Der Staat muß in seiner Organisation, bei der kleinsten Zelle der Gemeinde angefangen bis zur obersten Leitung des gesamten Reiches, das Persönlichkeitsprinzip verankert haben.

Es gibt keine Majoritätsentscheidungen, sondern nur verantwortliche Personen, und das Wort „Rat" wird wieder zurückgeführt auf seine ursprüngliche Bedeutung. Jedem Manne stehen wohl Berater zur Seite, allein *die Entscheidung trifft ein Mann.*

Der Grundsatz, der das preußische Heer seinerzeit zum wundervollsten Instrument des deutschen Volkes machte, hat in übertragenem Sinne dereinst der Grundsatz des Aufbaues unserer ganzen Staatsauffassung zu sein: *Autorität jedes Führers nach unten und Verantwortlichkeit nach oben.*

Auch dann wird man nicht jener Korporationen entbehren können, die wir heute als Parlamente bezeichnen. Allein ihre Räte werden dann wirklich beraten, aber die Verantwortung kann und darf immer nur *ein* Träger besitzen und mithin auch nur dieser allein die Autorität und das Recht des Befehls.

Die Parlamente an sich sind notwendig, weil ja vor allem in ihnen die Köpfe die Möglichkeit haben, sich langsam emporzuheben, denen man später besondere verantwortliche Aufgaben überweisen kann.

Damit ergibt sich folgendes Bild:

Der völkische Staat hat, angefangen bei der Gemeinde bis hinauf zur Leitung des Reiches, keinen Vertretungskörper, der etwas durch Majorität beschließt, sondern nur Beratungskörper, die dem jeweilig gewählten Führer zur Seite stehen und von ihm in die Arbeit eingeteilt werden, um nach Bedarf selber auf gewissen Gebieten wieder unbedingte Verantwortung zu übernehmen, genau

so wie sie im größeren der Führer oder Vorsitzende der jeweiligen Korporation selbst besitzt.

Der völkische Staat duldet grundsätzlich nicht, daß über Belange besonderer, zum Beispiel wirtschaftlicher Art, Menschen um Rat oder Urteil befragt werden, die auf Grund ihrer Erziehung und Tätigkeit nichts von der Sache verstehen können. Er gliedert deshalb seine Vertretungskörper von vornherein in politische und berufliche ständige Kammern.

Um ein ersprießliches Zusammenwirken beider zu gewährleisten, steht über ihnen als Auslese stets ein besonderer Senat.

In keiner Kammer und in keinem Senate findet jemals eine Abstimmung statt. Sie sind Arbeitseinrichtungen und keine Abstimmungsmaschinen. Das einzelne Mitglied hat beratende Stimme, aber niemals beschließende. Diese kommt ausschließlich nur dem jeweils dafür verantwortlichen Vorsitzenden zu.

Dieser Grundsatz unbedingter Verbindung von absoluter Verantwortlichkeit mit absoluter Autorität wird allmählich eine Führerauslese heranzüchten, wie dies heute im Zeitalter des verantwortungslosen Parlamentarismus gar nicht denkbar ist.

Damit wird die staatliche Verfassung der Nation in Übereinstimmung gebracht mit jenem Gesetz, dem sie schon auf kulturellem und wirtschaftlichem Gebiete ihre Größe verdankt.

*

Was nun die Durchführbarkeit dieser Erkenntnisse betrifft, so bitte ich nicht zu vergessen, daß das parlamentarische Prinzip der demokratischen Majoritätsbestimmung keineswegs seit jeher die Menschheit beherrscht hat, sondern im Gegenteil nur in ganz kleinen Perioden der Geschichte zu finden ist, die aber immer Zeiträume des Verfalls von Völkern und Staaten sind.

Allerdings soll man nicht glauben, daß man durch rein theoretische Maßnahmen von oben herunter einen solchen

Wandel herbeiführen könne, da er logischerweise nicht einmal bei der Verfassung des Staates haltmachen darf, sondern auch die gesamte übrige Gesetzgebung, ja das allgemeine bürgerliche Leben durchdringen muß. Solch eine Umwälzung kann und wird nur stattfinden durch eine Bewegung, die selbst bereits im Geiste dieser Gedanken aufgebaut ist und somit in sich selbst schon den kommenden Staat trägt.

Daher mag sich die nationalsozialistische Bewegung schon heute restlos in diese Gedanken einleben und sie zur praktischen Auswirkung innerhalb ihrer eigenen Organisation bringen, auf daß sie dereinst dem Staate nicht nur dieselben Richtlinien weisen mag, sondern ihm auch bereits den vollendeten Körper ihres eigenen Staates zur Verfügung stellen kann.

5. Kapitel

Weltanschauung und Organisation

Der völkische Staat, dessen allgemeines Bild ich in großen Linien aufzuzeichnen versuchte, wird durch die bloße Erkenntnis dessen, was diesem Staat notwendig ist, an sich noch nicht verwirklicht. Es genügt nicht, zu wissen, wie ein völkischer Staat aussehen soll. Viel wichtiger ist das Problem seiner Entstehung. Man darf nicht erwarten, daß die heutigen Parteien, die doch in erster Linie Nutznießer des derzeitigen Staates sind, von sich aus zu einer Umstellung gelangen und aus freien Stücken eine Änderung ihrer derzeitigen Haltung durchführen. Dies ist um so weniger möglich, als ihre tatsächlich leitenden Elemente ja immer nur Juden und wieder Juden sind. Die Entwicklung, die wir zur Zeit durchmachen, würde aber, ungehemmt weitergeführt, eines Tages bei der alljüdischen Prophezeiung landen — der Jude fräße tatsächlich die Völker der Erde, würde ihr Herr.

So verfolgt er gegenüber den Millionen deutscher „Bourgeois" und „Proleten", die größtenteils aus mit Feigheit gepaarter Indolenz und Dummheit in ihr Verderben trotten, im höchsten Bewußtsein seines Zukunftszieles, unweigerlich seinen Weg. Eine Partei, die von ihm geleitet wird, kann also keine anderen als seine Interessen verfechten; mit den Belangen arischer Völker aber haben diese nichts gemein.

Wenn man also versuchen will, das ideale Bild eines völkischen Staates in die reale Wirklichkeit zu überführen, dann muß man, unabhängig von den bisherigen Mächten des öffentlichen Lebens, nach einer neuen Kraft suchen, die gewillt und fähig ist, den Kampf für ein solches Ideal

aufzunehmen. Denn um einen Kampf handelt es sich hierbei, insofern die erste Aufgabe nicht heißt: Schaffung einer völkischen Staatsauffassung, sondern vor allem: Beseitigung der vorhandenen jüdischen. Wie so oft in der Geschichte liegt die Hauptschwierigkeit nicht im Formen des neuen Zustandes, sondern im Platzmachen für denselben. Vorurteile und Interesse verbünden sich zu einer geschlossenen Phalanx und versuchen, den Sieg einer ihnen unangenehmen oder sie bedrohenden Idee mit allen Mitteln zu verhindern.

Dadurch ist der Kämpfer für ein solches neues Ideal leider Gottes gezwungen, bei aller positiven Betonung desselben, in erster Linie den negativen Teil des Kampfes durchzufechten, den, der zur Beseitigung des gegenwärtigen Zustandes führen soll.

Eine junge Lehre von großer und neuer prinzipieller Bedeutung wird, so unangenehm dies dem einzelnen auch sein mag, als erste Waffe die Sonde der Kritik in aller Schärfe ansetzen müssen.

Es zeugt von wenig tiefem Einblick in die geschichtlichen Entwicklungen, wenn heute von den sogenannten Völkischen immer wieder Wert darauf gelegt wird, zu versichern, daß sie sich keineswegs in *negativer Kritik* zu betätigen gedenken, sondern nur *in aufbauender Arbeit*; ein ebenso kindlich-blödsinniges als echt „völkisches“ Gestammel, und ein Beweis, wie spurlos an diesen Köpfen sogar die Geschichte der eigenen Zeit vorübergegangen ist. Auch der *Marxismus* hatte ein Ziel, und auch er kennt eine *aufbauende Tätigkeit* (wenn es sich dabei auch nur um die Errichtung einer Despotie des internationalen Weltfinanzjudentums handelt!); allein er hat vorher nichtsdestoweniger *siebzig Jahre* lang *Kritik geübt*; und zwar vernichtende, zersetzende Kritik und immer wieder Kritik, solange, bis durch diese ewig fressende Säure der alte Staat zermürbt und zum Einsturz gebracht war. Dann erst begann sein sogenannter „Aufbau“. Und das war selbstverständlich, richtig und logisch. Ein bestehender Zustand wird durch die bloße Betonung und Vertretung eines künftigen noch nicht beseitigt. Denn

es ist nicht anzunehmen, daß die Anhänger oder gar die Interessenten des zur Zeit bereits bestehenden Zustandes allein durch die Festlegung einer Notwendigkeit restlos bekehrt und für den neuen gewonnen werden könnten. Es kann im Gegenteil nur zu leicht der Fall eintreten, daß dann eben zwei Zustände nebeneinander bestehen bleiben und damit die sogenannte Weltanschauung zur Partei wird, aus deren Rahmen sie sich nicht wieder zu erheben vermag. Denn die Weltanschauung ist unduldsam und kann sich mit der Rolle einer „Partei neben anderen" nicht begnügen, sondern fordert gebieterisch ihre eigene, ausschließliche und restlose Anerkennung sowie die vollkommene Umstellung des gesamten öffentlichen Lebens nach ihren Anschauungen. Sie kann also das gleichzeitige Weiterbestehen einer Vertretung des früheren Zustandes nicht dulden.

Das gilt genau so für Religionen.

Aus das Christentum konnte sich nicht damit begnügen, seinen eigenen Altar aufzubauen, sondern mußte zwangsläufig zur Zerstörung der heidnischen Altäre schreiten. Nur aus dieser fanatischen Unduldsamkeit heraus konnte sich der apodiktische Glauben bilden, diese Unduldsamkeit ist sogar die unbedingte Voraussetzung für ihn.

Man kann sehr wohl den Einwand bringen, daß es sich bei derartigen Erscheinungen in der Weltgeschichte meist um solche spezifisch jüdischer Denkart handelt, ja, daß diese Art von Unduldsamkeit und Fanatismus geradezu jüdische Wesensart verkörpere. Dies mag tausendmal richtig sein, und man kann diese Tatsache wohl tief bedauern und mit nur allzu berechtigtem Unbehagen ihr Erscheinen in der Geschichte der Menschheit als etwas feststellen, was dieser bis dahin fremd gewesen war, — doch ändert dies nichts daran, daß dieser Zustand heute eben da ist. Die Männer, die unser deutsches Volk aus seinem jetzigen Zustand erlösen wollen, haben sich nicht den Kopf darüber zu zerbrechen, wie schön es wäre, wenn dieses und jenes nicht wäre, sondern müssen versuchen, festzustellen, wie man das Gegebene beseitigt. Eine von infernalischer Unduldsamkeit

erfüllte Weltanschauung wird aber nur zerbrochen werden durch eine vom gleichen Geist vorwärtsgetriebene, vom gleichen stärksten Willen verfochtene, dabei aber in sich reine und durchaus wahrhaftige neue Idee.

Der einzelne mag heute schmerzlich feststellen, daß in die viel freiere antike Welt mit dem Erscheinen des Christentums der erste geistige Terror gekommen ist, er wird die Tatsache aber nicht bestreiten können, daß die Welt seitdem von diesem Zwange bedrängt und beherrscht wird, und daß man Zwang nur wieder durch Zwang bricht und Terror nur mit Terror. Erst dann kann aufbauend ein neuer Zustand geschaffen werden.

Politische Parteien sind zu Kompromissen geneigt, Weltanschauungen niemals. Politische Parteien rechnen selbst mit Gegenspielern, Weltanschauungen proklamieren ihre Unfehlbarkeit.

Auch politische Parteien haben ursprünglich fast immer die Absicht, zu alleiniger despotischer Herrschaft zu kommen; ein kleiner Trieb zu einer Weltanschauung steckt fast immer in ihnen. Jedoch schon die Engigkeit ihres Programms raubt ihnen den Heroismus, den eine Weltanschauung fordert. Die Konzilianz ihres Wollens führt ihnen die kleinen und schwächlichen Geister zu, mit denen man keine Kreuzzüge zu führen imstande ist. So bleiben sie meist schon frühzeitig in ihrer eigenen erbärmlichen Kleinheit stecken. Damit geben sie aber den Kampf für eine Weltanschauung auf und versuchen, statt dessen durch sogenannte „positive Mitarbeit“ möglichst eilig ein Plätzchen am Futtertrog bestehender Einrichtungen zu erobern und möglichst lange daran zu bleiben. Das ist ihr ganzes Streben. Und sollten sie je durch einen etwas brutal veranlagten konkurrierenden Kostgänger von dieser allgemeinen Futterkrippe weggedrängt werden, dann ist ihr Sinnen und Trachten nur darauf eingestellt, sich, sei es durch Gewalt oder List, in dem Rudel der Auch-Hungrigen wieder nach vorne zu bringen, um endlich, koste es auch ihre

heiligste Überzeugung, sich an der geliebten Nährquelle laben zu können. Schakale der Politik!

Da eine Weltanschauung niemals bereit ist, mit einer zweiten zu teilen, so kann sie auch nicht bereit sein, an einem bestehenden Zustand, den sie verurteilt, mitzuarbeiten, sondern fühlt die Verpflichtung, diesen Zustand und die gesamte gegnerische Ideenwelt mit allen Mitteln zu bekämpfen, d. h. deren Einsturz vorzubereiten.

Sowohl dieser rein zersetzende Kampf, der von allen anderen sofort in seiner Gefahr erkannt wird und mithin auf gemeinsame Abwehr stößt, als auch der positive, der zur Durchsetzung der eigenen neuen Gedankenwelt angreift, erfordert entschlossene Kämpfer. So wird eine Weltanschauung ihre Idee nur dann zum Siege führen, wenn sie die mutigsten und tatkräftigsten Elemente ihres Zeitalters und ihres Volkes in ihren Reihen vereinigt und in die festen Formen einer kampfkräftigen Organisation bringt. Dazu ist es jedoch erforderlich, daß sie, unter Berücksichtigung dieser Elemente, aus ihrem allgemeinen Weltbild bestimmte Gedanken herausgreift und sie in eine Form kleidet, die in ihrer präzisen, schlagwortähnlichen Kürze geeignet erscheint, einer neuen Gemeinschaft von Menschen als Glaubensbekenntnis zu dienen. Während das Programm einer nur politischen Partei das Rezept für einen gesunden nächsten Wahlausgang ist, bedeutet das Programm einer Weltanschauung die Formulierung einer Kriegserklärung gegen eine bestehende Ordnung, gegen einen bestehenden Zustand, kurz gegen eine bestehende Weltauffassung überhaupt.

Es ist dabei nicht nötig, daß jeder einzelne, der für diese Weltanschauung kämpft, vollen Einblick und genaue Kenntnis in die letzten Ideen und Gedankengänge der Führer der Bewegung erhält. Notwendig ist vielmehr, daß ihm einige wenige, ganz große Gesichtspunkte klargemacht werden und die wesentlichen Grundlinien sich ihm unauslöschlich einbrennen, so daß er von der Notwendigkeit des Sieges seiner Bewegung und ihrer Lehre restlos durchdrungen ist.

Es wird auch der einzelne Soldat nicht in die Gedankengänge höherer Strategie eingeweiht. So wie er vielmehr zu straffer Disziplin und zur fanatischen Überzeugung von dem Recht und der Kraft seiner Sache und zu restloser Einstellung auf sie erzogen wird, so muß dies auch beim einzelnen Anhänger einer Bewegung von großem Ausmaß und großer Zukunft und größtem Wollen geschehen.

So wenig eine Armee taugen würde, deren einzelne Soldaten durchgehend Generäle wären, und sei es auch nur ihrer Bildung und ihrer Einsicht nach, so wenig taugt eine politische Bewegung als Vertretung einer Weltanschauung, wenn sie nur ein Sammelbecken „geistreicher" Menschen sein möchte. Nein, sie braucht auch den primitiven Soldaten, da sonst eine innere Disziplin nicht zu erzielen ist.

Es liegt im Wesen einer Organisation, daß sie nur bestehen kann, wenn einer höchsten geistigen Führung eine breite, mehr gefühlsmäßig eingestellte Masse dient. Eine Kompanie von zweihundert geistig ganz gleich fähigen Menschen wäre auf die Dauer schwerer zu disziplinieren als eine solche von hundertneunzig geistig weniger fähigen und zehn höhergebildeten.

Aus dieser Tatsache hat einst die Sozialdemokratie den größten Nutzen gezogen. Sie hat die aus dem Heeresdienst Entlassenen und dort schon zur Disziplin erzogenen Angehörigen der breiten Schichten unseres Volkes erfaßt und in ihre ebenso stramme Parteidisziplin genommen. Auch ihre Organisation stellte eine Armee von Offizieren und Soldaten dar. Der aus dem Heeresdienst entlassene deutsche Handarbeiter wurde der Soldat, der jüdische Intellektuelle der Offizier; die deutschen Gewerkschaftsbeamten kann man dabei als das Unteroffizierskorps ansehen. Was unser Bürgertum immer mit Kopfschütteln betrachtete, die Tatsache, daß dem Marxismus nur die sogenannten ungebildeten Massen angehörten, war in Wahrheit die Voraussetzung für den Erfolg desselben. Denn während die bürgerlichen Parteien in ihrer einseitigen Geistigkeit eine untaugliche, disziplinlose Bande darstellen, hat der Marxismus in seinem weniggeistigen

Menschenmaterial eine Armee von Parteisoldaten gebildet, die dem jüdischen Dirigenten nun genau so blind gehorchten wie einst ihrem deutschen Offizier. Das deutsche Bürgertum, das sich um psychologische Probleme, weil darüber hoch erhaben, grundsätzlich nie gekümmert hat, fand es auch hier nicht notwendig, nachzudenken, um den tieferen Sinn sowie die heimliche Gefahr dieser Tatsache zu erkennen. Man glaubte im Gegenteil, daß eine politische Bewegung, die nur aus Kreisen der „Intelligenz" gebildet wird, schon aus diesem Grunde wertvoller sei und mehr Anspruch, ja selbst mehr Wahrscheinlichkeit besitze, an die Regierung zu gelangen als eine ungebildete Masse. *Man begriff nie, daß die Stärke einer politischen Partei keineswegs in einer möglichst großen und selbständigen Geistigkeit der einzelnen Mitglieder liegt, als vielmehr im disziplinierten Gehorsam, mit dem ihre Mitglieder der geistigen Führung Gefolgschaft leisten.* Das Entscheidende ist die Führung selbst. Wenn zwei Truppenkörper miteinander kämpfen, wird nicht derjenige siegen, bei dem jeder einzelne die höchste strategische Ausbildung erhielt, sondern *derjenige*, der die überlegenste Führung und zugleich die disziplinierteste, blindgehorsamste, bestgedrillte Truppe hat.

Das ist eine grundsätzliche Einsicht, die wir bei der Überprüfung der Möglichkeit, eine Weltanschauung in die Tat umzusetzen, uns stets vor Augen halten müssen.

Wenn wir also, um eine Weltanschauung zum Sieg zu führen, sie zu einer Kampfbewegung umzustellen haben, so muß logischerweise das Programm der Bewegung auf das Menschenmaterial Rücksicht nehmen, das ihr zur Verfügung steht. So unverrückbar die Schlußziele und die leitenden Ideen sein müssen, so genial und psychologisch richtig muß das Werbeprogramm auf die Seele derjenigen eingestellt sein, ohne deren Hilfe die schönste Idee ewig nur Idee bleiben würde.

Wenn die völkische Idee aus dem unklaren Wollen von heute zu einem klaren

Erfolg kommen will, dann muß sie aus ihrer weiten Gedankenwelt bestimmte Leitsätze herausgreifen, die ihrem Wesen und Inhalt nach geeignet sind, eine breitere Menschenmasse auf sich zu verpflichten, und zwar diejenige, die allein den weltanschauungsmäßigen Kampf dieser Idee gewährleistet. Dies ist die deutsche Arbeiterschaft.

Deshalb wurde das Programm der neuen Bewegung in wenigen, insgesamt fünfundzwanzig Leitsätzen zusammengefaßt. Sie sind bestimmt, in erster Linie dem Mann aus dem Volke eine grobes Bild des Wollens der Bewegung zu geben. Sie sind gewissermaßen ein politisches Glaubensbekenntnis, das einerseits für die Bewegung wirbt und andererseits sich eignet, die Geworbenen zu verbinden und zusammenzuschweißen durch eine gemeinsam anerkannte Verpflichtung.

Dabei darf uns folgende Einsicht nie verlassen: Da das sogenannte Programm der Bewegung in seinen Schlußzielen wohl unbedingt richtig ist, in der Formulierung jedoch Rücksicht auf psychologische Momente nehmen mußte, kann im Laufe der Zeit sehr wohl die Überzeugung aufkommen, daß im einzelnen vielleicht bestimmte Leitsätze anders gefaßt werden, eine bessere Formulierung erhalten müßten. Jeder Versuch dazu wirkt sich aber meist verhängnisvoll aus. Denn damit wird etwas, das unerschütterlich fest sein sollte, der Diskussion anheimgegeben, die, sowohl einmal ein einzelner Punkt der glaubensmäßig dogmatischen Festlegung entzogen ist, nicht ohne weiteres eine neue, bessere und vor allem einheitliche Festlegung ergeben, sondern viel eher zu endlosen Debatten und zu einer allgemeinen Wirrnis führen wird. Es bleibt in einem solchen Fall immer abzuwägen, was besser ist: eine neue, glücklichere Formulierung, die eine Auseinandersetzung innerhalb der Bewegung veranlaßt, oder eine im Augenblick vielleicht nicht allerbeste Form, die aber einen in sich geschlossenen, unerschütterlichen, innerlich ganz einheitlichen

Organismus darstellt. Und jede Prüfung wird ergeben, daß letzteres vorzuziehen ist. Denn da es sich bei Änderungen immer nur um die äußere Formgebung handelt, werden solche Korrekturen immer wieder als möglich oder wünschenswert erscheinen. *Endlich besteht aber bei der Oberflächlichkeit der Menschen die große Gefahr, daß sie in dieser rein äußeren Formulierung eines Programms die wesentlichste Aufgabe einer Bewegung sehen.* Damit tritt dann der Wille und die Kraft zur Verfechtung der Idee selbst zurück, und die Aktivität, die sich nach außen wenden sollte, wird sich in inneren programmatischen Kämpfen aufreiben.

Bei einer in großen Zügen tatsächlich richtigen Lehre ist es weniger schädlich, eine Fassung, selbst wenn sie der Wirklichkeit nicht mehr ganz entsprechen sollte, beizubehalten, als durch eine Verbesserung derselben ein bisher als graniten geltendes Grundgesetz der Bewegung der allgemeinen Diskussion mit ihren übelsten Folgeerscheinungen auszuliefern. Unmöglich ist es vor allem so lange, als eine Bewegung selbst erst um den Sieg kämpft. Denn wie will man Menschen mit blindem Glauben an die Richtigkeit einer Lehre erfüllen, wenn man durch dauernde Veränderungen am äußeren Bau derselben selbst Unsicherheit und Zweifel verbreitet?

Das Wesentliche darf eben nie in der äußeren Fassung, sondern stets nur im inneren Sinn gesucht werden. Und dieser ist unveränderlich; und in seinem Interesse kann man zuletzt nur wünschen, daß sich die Bewegung durch Fernhalten aller zersplitternden und Unsicherheit erzeugenden Vorgänge die nötige Kraft zu seiner Verfechtung erhalte.

Auch hier hat man an der katholischen Kirche zu lernen. Obwohl ihr Lehrgebäude in manchen Punkten, und zum Teil ganz überflüssigerweise, mit der exakten Wissenschaft und der Forschung in Kollision gerät, ist sie dennoch nicht bereit, auch nur eine kleine Silbe von ihren Lehrsätzen zu opfern. Sie hat sehr richtig erkannt, daß ihre Widerstandskraft nicht in einer mehr oder minder großen Anpassung an die jeweiligen wissenschaftlichen Ergebnisse liegt, die in

Wirklichkeit doch ewig schwanken, sondern vielmehr im starren Festhalten an einmal niedergelegten Dogmen, die dem Ganzen erst den Glaubenscharakter verleihen. So steht sie heute fester da als je. Man kann prophezeien, daß in eben dem Maße, in dem die Erscheinungen fliehen, sie selbst als ruhender Pol in der Erscheinungen Flucht immer mehr blinde Anhänglichkeit erringen wird.

Wer also den Sieg einer völkischen Weltanschauung wirklich und ernstlich wünscht, der muß nicht nur erkennen, daß zur Erringung eines solchen Erfolges erstens nur eine kampffähige Bewegung geeignet ist, sondern daß zweitens eine solche Bewegung selbst nur standhalten wird unter Zugrundelegung einer unerschütterlichen Sicherheit und Festigkeit ihres Programms. Sie darf sich nicht unterstehen, in der Formulierung desselben dem jeweiligen Zeitgeist Konzessionen zu machen, sondern muß eine einmal als günstig befundene Form für immer beibehalten, auf alle Fälle aber solange, bis sie der Sieg gekrönt hat. Vorher zersplittert jeder Versuch, Auseinandersetzungen über die Zweckmäßigkeit des einen oder anderen Programmpunktes herbeizuführen, die Geschlossenheit und die Kampfkraft der Bewegung in dem Maße, in dem ihre Anhänger sich an einer solchen inneren Diskussion beteiligen. Damit ist nicht gesagt, daß eine heute durchgeführte „Verbesserung" nicht schon morgen erneut kritischen Prüfungen unterworfen werden könnte, um übermorgen abermals einen besseren Ersatz zu finden. Wer hier einmal Schranken einreißt, gibt eine Bahn frei, deren Anfang man kennt, deren Ende jedoch sich im Uferlosen verliert.

Diese wichtige Erkenntnis mußte in der jungen nationalsozialistischen Bewegung ihre Verwertung finden. Die Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei erhielt mit ihrem Programm der

fünfundzwanzig Thesen eine Grundlage, die unerschütterlich sein muß. Die Aufgabe der heutigen und der kommenden Mitglieder unserer Bewegung darf nicht in einer kritischen Umarbeitung dieser Leitsätze, sondern vielmehr in ihrer Verpflichtung auf sie bestehen. Denn sonst könnte die nächste Generation mit demselben Recht ihrerseits wieder ihre Kraft für eine solche rein formale Arbeit innerhalb der Partei verschwenden, anstatt der Bewegung neue Anhänger und dadurch neue Kräfte zuzuführen. Für die große Zahl der Anhänger wird das Wesen unserer Bewegung weniger im Buchstaben unserer Leitsätze liegen, als vielmehr in dem Sinne, den wir ihnen zu geben imstande sind.

Diesen Erkenntnissen verdankte die junge Bewegung einst ihren Namen, nach ihnen wurde später das Programm verfaßt, und in ihnen liegt weiter die Art ihrer Verbreitung begründet. Um den völkischen Ideen zum Siege zu verhelfen, mußte eine Volkspartei geschaffen werden, eine Partei, die nicht nur aus intellektuellen Führern, sondern auch aus Handarbeitern besteht!

Jeder Versuch, ohne eine solche schlagkräftige Organisation an die Verwirklichung völkischer Gedankengänge zu schreiten, würde heute genau so wie in der Vergangenheit auch in aller Zukunft erfolglos sein. Damit hat aber die Bewegung nicht nur das Recht, sondern die Pflicht, sich als Vorkämpferin und damit als Repräsentantin dieser Ideen zu fühlen. So sehr die Grundgedanken der nationalsozialistischen Bewegung völkische sind, so sehr sind zugleich die völkischen Gedanken nationalsozialistisch. Wenn aber der Nationalsozialismus siegen will, so muß er sich zu dieser Feststellung unbedingt und ausschließlich bekennen. Er hat hier ebenfalls nicht nur das Recht, sondern auch die Pflicht, die Tatsache schärfstens zu betonen, daß

jeder Versuch, außerhalb des Rahmens der Nationalsozialistischen Deutschen Arbeiterpartei die völkische Idee zu vertreten, unmöglich ist, in den meisten Fällen aber geradezu auf Schwindel beruht.

Wenn jemand heute der Bewegung den Vorwurf macht, sie tue, als ob sie die völkische Idee „*gepachtet*“ hätte, so gibt es darauf nur eine einzige Antwort:

Nicht nur gepachtet, sondern für die Praxis geschaffen.

Denn was bisher unter diesem Begriff vorhanden war, war nicht geeignet, das Schicksal unseres Volkes auch nur im geringsten zu beeinflussen, da allen diesen Ideen die klare einheitliche Frmulierung gefehlt hat. Es handelte sich meistens nur um einzelne, zusammenhanglose Erkenntnisse von mehr oder minder großer Richtigkeit, die sich nicht selten gegenseitig widersprachen, auf keinen Fall aber eine innere Bindung untereinander hatten. Und selbst wenn diese vorhanden gewesen wäre, so würde sie doch in ihrer Schwäche niemals genügt haben, eine Bewegung darauf einzustellen und aufzubauen.

Allein die nationalsozialistische Bewegung vollbrachte dies.

*

Wenn heute alle möglichen Verbände und Verbändchen Gruppen und Grüppchen und meinetwegen auch „große Parteien“ das Wort „völkisch“ für sich in Anspruch nehmen, so ist dies selbst schon eine Folge des Wirkens der *nationalsozialistischen Bewegung. Ohne ihre Arbeit wäre es allen diesen Organisationen nie eingefallen, das Wort „völkisch“ auch nur auszusprechen*, sie hätten sich unter diesem Worte überhaupt nichts vorgestellt und besonders ihre leitenden Köpfe würden in keinerlei Beziehung irgendwelcher Art zu diesem Begriffe gestanden sein. Erst die Arbeit der N.S.D.A.P. hat diesen Begriff zu einem inhalts-

schweren Wort gemacht, das nun von allen möglichen Leuten in den Mund genommen wird; vor allem hat sie in ihrer eigenen erfolgreichen Werbetätigkeit die Kraft dieser völkischen Gedanken gezeigt und bewiesen, so daß schon die eigene Gewinnsucht die anderen zwingt, wenigstens behauptungsweise Ähnliches zu wollen.

So wie sie bisher alles in den Dienst ihrer kleinlichen Wahlspekulation gestellt haben, so ist für diese Parteien der Begriff völkisch heute auch nur ein ganz äußerliches, hohles Schlagwort geblieben, mit dem sie versuchen, die werbende Kraft der nationalsozialistischen Bewegung bei ihren eigenen Mitgliedern auszugleichen. Denn nur die Sorge um ihren eigenen Bestand sowie die Angst vor dem Emporkommen unserer von einer neuen Weltanschauung getragenen Bewegung, deren universale Bedeutung sie ebenso ahnen wie ihre gefährliche Ausschließlichkeit, legt ihnen Worte in den Mund, die sie vor acht Jahren nicht kannten, vor sieben Jahren verlachten, vor sechs als Blödsinn bezeichneten, vor fünf bekämpften, vor vier haßten, vor drei verfolgten, um sie nun endlich vor zwei Jahren selbst zu annektieren und, vereint mit ihrem sonstigen Wortschatz, als Kriegsgeschrei im Kampfe zu verwenden.

Und selbst heute muß man immer wieder darauf hinweisen, daß allen diesen Parteien jede Ahnung fehlt, *was dem deutschen Volke nottut.* Der schlagendste Beweis dafür ist die Oberflächlichkeit, mit der sie das Wort „völkisch“ in ihre Mäuler nehmen!

Nicht minder gefährlich sind dabei alle diejenigen, die als Scheinvölkische sich herumtrollen, phantastische Pläne schmieden, meist auf nichts weiter gestützt als auf irgendeine fixe Idee, die an sich richtig sein könnte, allein in ihrer Isoliertheit dennoch ohne jede Bedeutung für die Bildung einer großen einheitlichen Kampfgemeinschaft und auf keinen Fall geeignet ist, eine solche aufzubauen. Diese Leute, die teils aus eigenem Denken, teils aus Gelesenem ein Programm zusammenbrauen, sind häufig gefährlicher als die offenen Feinde der völkischen Idee. Sie sind im günstigsten Fall unfruchtbare Theoretiker, meistens aber verheerende

Schwadroneure, und glauben nicht selten, durch wallenden Vollbart und urgermanisches Getue die geistige und gedankliche Hohlheit ihres Handelns und Könnens maskieren zu können.

Im Gegensatz zu all diesen untauglichen Versuchen ist es deshalb gut, wenn man sich die Zeit in das Gedächtnis zurückruft, in der die junge nationalsozialistische Bewegung mit ihrem Kampf begann.

6. Kapitel

Der Kampf der ersten Zeit. — Die Bedeutung der Rede

Die erste große Versammlung, am 24. Februar 1920 im Hofbräuhausfestsaal, war noch nicht in uns verklungen, als schon die Vorbereitungen für die nächste getroffen wurden. Während es bis dahin als bedenklich galt, in einer Stadt wie München alle Monate oder gar alle vierzehn Tage eine kleine Versammlung abhalten zu wollen, sollte nun alle acht Tage, also wöchentlich einmal, eine große Massenversammlung stattfinden. Ich brauche nicht zu versichern, daß uns dabei immer und immer nur eine einzige Angst quälte: Würden die Menschen kommen und würden sie uns zuhören — wenn auch ich persönlich schon damals die unerschütterliche Überzeugung hatte, daß, wenn sie erst einmal da sind, die Leute auch bleiben und der Rede folgen.

In dieser Zeit erhielt der Münchner Hofbräuhausfestsaal für uns Nationalsozialisten eine fast weihevolle Bedeutung. Jede Woche eine Versammlung, fast immer in diesem Raum, und jedesmal der Saal besser gefüllt und die Menschen andächtiger! Ausgehend von der „Schuld am Krieg", um die sich damals kein Mensch kümmerte, über die Friedensverträge hinweg, wurde fast alles behandelt, was irgendwie agitatorisch zweckmäßig oder ideenmäßig notwendig war. Besonders den Friedensverträgen selbst wurde größte Aufmerksamkeit geschenkt. Was hat die junge Bewegung damals den großen Menschenmassen immer und immer prophezeit, und wie ist fast alles davon bis jetzt eingetroffen! Heute kann man über diese Dinge leicht reden

oder schreiben. Damals aber bedeutete eine öffentliche Massenversammlung, in der sich nicht bürgerliche Spießer, sondern verhetzte Proletarier befanden, mit dem Thema „Der Friedensvertrag von Versailles“ einen Angriff gegen die Republik und ein Zeichen reaktionärer, wenn nicht monarchischer Gesinnung. Schon beim ersten Satz, der eine Kritik von Versailles enthielt, konnte man den stereotypen Zwischenruf entgegengeschleudert erhalten: „Und Brest-Litowsk?“ „Brest-Litowsk?“ So brüllte die Masse immer wieder und wieder, solange, bis sie allmählich heiser wurde oder der Referent schließlich den Versuch, zu überzeugen, aufgab. Man hätte seinen Kopf gegen die Wand stoßen mögen vor Verzweiflung über solch ein Volk! Es wollte nicht hören, nicht verstehen, daß Versailles eine Schande und Schmach sei, ja nicht einmal, daß dieses Diktat eine unerhörte Ausplünderung unseres Volkes bedeute. Die marxistische Zerstörungarbeit und die feindliche Vergiftungspropaganda hatten diese Menschen außer jeder Vernunft gebracht. Und dabei durfte man nicht einmal klagen. Denn wie unermeßlich groß war die Schuld auf anderer Seite! Was hatte das Bürgertum getan, um dieser furchtbaren Zersetzung Einhalt zu gebieten, ihr entgegenzutreten und durch eine bessere und gründlichere Aufklärung der Wahrheit die Bahn frei zu machen? Nichts und wieder nichts! Ich habe sie damals nirgends gesehen, alle die großen völkischen Apostel von heute. Vielleicht sprachen sie in Kränzchen, an Teetischen oder in Zirkeln Gleichgesinnter, aber da, wo sie hätten sein müssen, unter den Wölfen, dorthin wagten sie sich nicht; außer es fand sich eine Gelegenheit, mit ihnen heulen zu können.

Mir selbst aber war damals klar, daß für den kleinen Grundstock, der zunächst die Bewegung bildete, die Frage der Schuld am Kriege bereinigt werden mußte, und zwar bereinigt im Sinne der historischen Wahrheit. Daß unsere Bewegung breitesten Massen die Kenntnis des Friedensvertrags vermittelte, war eine Voraussetzung zu dem Erfolge der Bewegung in der Zukunft. Damals, als sie in diesem Frieden alle noch einen Erfolg der Demokratie sahen,

mußte man dagegen Front machen und sich den Gehirnen der Menschen für immer als Feind dieses Vertrages eingraben, auf daß später, wenn einst die herbe Wirklichkeit dieses trügerische Flitterwerk ungeschminkt in seinem nackten Hasse enthüllen würde, die Erinnerung an unsere damalige Einstellung uns ihr Vertrauen erwürbe.

Schon in jener Zeit habe ich immer dafür Stellung genommen, in wichtigen prinzipiellen Fragen, in denen die gesamte öffentliche Meinung eine falsche Haltung einnahm, ohne Rücksicht auf Popularität, Haß oder Kampf gegen sie Front zu machen. Die N.S.D.A.P. durfte nicht ein Büttel der öffentlichen Meinung, sondern mußte ein Gebieter derselben werden. Nicht Knecht soll sie der Masse sein, sondern Herr!

Es besteht natürlich, und besonders für jede noch schwache Bewegung, die große Versuchung, in Augenblicken, in denen es einem übermächtigen Gegner gelungen ist, das Volk durch seine Verführungskünste zu einem wahnsinnigen Entschluß oder zu falscher Haltung zu treiben, auch mitzutun und mitzuschreien, zumal dann, wenn ein paar Gründe — und wäre es auch nur scheinbar — vom Gesichtspunkte der jungen Bewegung selbst angesehen, dafür sprechen könnten. Die menschliche Feigheit wird dabei so eifrig nach solchen Gründen suchen, daß sie fast stets irgend etwas findet, das einen Schein von Recht geben würde, auch vom „eigenen Gesichtspunkt" aus solch ein Verbrechen mitzumachen.

Ich habe einige Male solche Fälle erlebt, in denen höchste Energie notwendig war, um das Schiff der Bewegung nicht in den künstlich erregten allgemeinen Strom hineinschwimmen, oder besser, mit ihm treiben zu lassen. Das letztemal, als es unserer infernalischen Presse, der ja die Existenz des deutschen Volkes Hekuba ist, gelang, die Südtiroler Frage zu einer Bedeutung emporzutreiben, die dem deutschen Volk verhängnisvoll werden wird. Ohne zu bedenken, wessen Dienste sie damit besorgen, haben sich viele sogenannte „nationale" Männer und Parteien und Verbände lediglich aus Feigheit vor der von den Juden aufgerührten öffentlichen Meinung dem allgemeinen Geschrei angeschlossen und

sinnlos mitgeholfen, den Kampf gegen ein System zu unterstützen, das wir Deutsche gerade in dieser heutigen Lage als den einzigen Lichtblick in dieser verkommenden Welt empfinden müßten. Während uns der internationale Weltjude langsam aber sicher die Gurgel abdrückt, brüllen unsere sogenannten Patrioten gegen den Mann und ein System, die es gewagt haben, sich wenigstens an einer Stelle der Erde der jüdisch-freimaurerischen Umklammerung zu entziehen und dieser internationalen Weltvergiftung einen nationalistischen Widerstand entgegenzusetzen. Es war aber zu verlockend für schwache Charaktere, einfach die Segel nach dem Wind zu stellen und vor dem Geschrei der öffentlichen Meinung zu kapitulieren. Und um eine Kapitulation hat es sich gehandelt! Mögen die Menschen in ihrer inneren Verlogenheit und Schlechtigkeit es auch nicht zugeben, vielleicht nicht einmal sich selbst gegenüber, so bleibt es doch Wahrheit, daß nur Feigheit und Angst vor der durch den Juden in Aufruhr gebrachten Volksstimmung es war, die sie zum Mittun veranlaßte. Alle anderen Begründungen sind jämmerliche Ausflüchte des schuldbewußten kleinen Sünders.

Da war es notwendig, mit eiserner Faust die Bewegung herumzureißen, um sie vor dem Verderben durch diese Richtung zu bewahren. Eine solche Umstellung in dem Augenblick zu versuchen, da die öffentliche Meinung durch alle treibenden Kräfte angefacht wie eine große Flamme nur nach einer Richtung hin brennt, ist allerdings im Augenblick nicht sehr populär, ja für den Wagemutigen manches Mal fast todgefährlich. Aber nicht wenige Männer der Geschichte sind in solchen Augenblicken für ein Handeln gesteinigt worden, für das die Nachwelt später alle Veranlassung hatte, ihnen auf den Knien zu danken.

Damit aber muß eine Bewegung rechnen und nicht mit dem augenblicklichen Beifall der Gegenwart. Es mag dann schon so sein, daß in solchen Stunden dem einzelnen ängstlich zumute wird; allein er soll nie vergessen, daß nach jeder solchen Stunde einmal auch die Erlösung kommt, und daß eine Bewegung, die eine Welt erneuern will, nicht dem Augenblick, sondern der Zukunft zu dienen hat.

Man kann dabei feststellen, daß die größten und nachhaltigsten Erfolge in der Geschichte meistens die zu sein pflegen, die bei ihrem Beginne am wenigsten Verständnis fanden, weil sie zur allgemeinen öffentlichen Meinung, zu ihrer Einsicht und zu ihrem Willen im schärfsten Gegensatz standen.

Das konnten wir schon damals, am ersten Tage unseres öffentlichen Auftretens, erfahren. Wir haben wahrlich nicht um die „Gunst der Massen gebuhlt", sondern sind dem Wahnsinn dieses Volkes entgegengetreten, überall. Fast immer war es so, daß ich in diesen Jahren vor eine Versammlung von Menschen trat, die an das Gegenteilige von dem glaubten, was ich sagen wollte, und das Gegenteil von dem wollten, was ich glaubte. Dann war es die Aufgabe von zwei Stunden, zwei- bis dreitausend Menschen aus ihrer bisherigen Überzeugung herauszuheben, Schlag um Schlag das Fundament ihrer bisherigen Einsichten zu zertrümmern und sie schließlich hinüberzuleiten auf den Boden unserer Überzeugung und unserer Weltanschauung.

Ich habe damals in kurzer Zeit etwas Wichtiges gelernt, nämlich dem Feinde die Waffe seiner Entgegnung gleich selber aus der Hand zu schlagen. Man merkte bald, daß unsere Gegner, besonders in Gestalt ihrer Diskussionsredner, mit einem ganz bestimmten „Repertoire" auftraten, in welchem immer wiederkehrende Einwände gegen unsere Behauptungen erhoben wurden, so daß die Gleichartigkeit dieses Vorgangs auf eine zielbewußte einheitliche Schulung hinwies. Und so war es ja auch. Wir konnten hier die unglaubliche Diszipliniertheit der Propaganda unserer Gegner kennenlernen, und es ist heute noch mein Stolz, das Mittel gefunden zu haben, diese Propaganda nicht nur unwirksam zu machen, sondern ihre Macher endlich selbst damit zu schlagen. Zwei Jahre später war ich Herr in dieser Kunst.

Es war wichtig, sich in jeder einzelnen Rede vorher schon klar zu werden über den vermutlichen Inhalt und die Form der in der Diskussion zu erwartenden Gegeneinwände und diese dann in der eigenen Rede bereits restlos zu zer-

pflücken. Es war dabei zweckmäßig, die möglichen Einwände selbst immer sofort anzuführen und ihre Haltlosigkeit zu beweisen; so wurde der Zuhörer, der, wenn auch vollgepfropft mit den ihm angelernten Einwänden, aber sonst ehrlichen Herzens gekommen war, durch die vorweggenommene Erledigung der in seinem Gedächtnis eingeprägten Bedenken leichter gewonnen. Das ihm eingelernte Zeug wurde von selbst widerlegt und seine Aufmerksamkeit immer mehr vom Vortrag angezogen.

Das war der Grund, weshalb ich schon nach meinem ersten Vortrag über den „Friedensvertrag von Versailles", den ich noch als sogenannter „Bildungsmensch" vor der Truppe gehalten hatte, diesen insofern änderte, als ich nunmehr über die „Friedensverträge von Brest-Litowsk und Versailles" sprach. Denn ich konnte schon nach kürzester Zeit, ja schon im Verlauf der Aussprache über diesen meinen ersten Vortrag, feststellen, daß die Leute über den Friedensvertrag von Brest-Litowsk in Wirklichkeit gar nichts wußten, daß es aber der geschickten Propaganda ihrer Parteien gelungen war, gerade diesen Vertrag als einen der schändlichsten Vergewaltigungsakte der Welt hinzustellen. Der Beharrlichkeit, mit welcher der breiten Masse diese Lüge immer wieder vorgetragen wurde, war es zuzuschreiben, daß Millionen von Deutschen im Friedensvertrag von Versailles nur mehr eine gerechte Vergeltung für das zu Brest-Litowsk von uns begangene Verbrechen sahen, somit jeden wirklichen Kampf gegen Versailles als Unrecht empfanden und in manches Mal ehrlichster, sittlicher Entrüstung verblieben. Und dies war auch mit die Ursache, weshalb sich das ebenso unverschämte wie ungeheuerliche Wort „Wiedergutmachung" in Deutschland einzubürgern vermochte. Diese verlogenste Heuchelei erschien Millionen unserer verhetzten Volksgenossen wirklich als Vollzug einer höheren Gerechtigkeit. Entsetzlich, aber es war so. Den besten Beweis dafür lieferte der Erfolg der nun von mir eingeleiteten Propaganda gegen den Friedensvertrag von Versailles, der ich eine Aufklärung über den Vertrag von Brest-Litowsk vorausschickte. Ich stellte die beiden Friedensverträge gegen-

einander, verglich sie Punk für Punkt, zeigte die in Wirklichkeit geradezu grenzenlose Humanität des einen Vertrages im Gegensatz zur unmenschlichen Grausamkeit des zweiten, und das Ergebnis war ein durchschlagendes. Ich habe über dieses Thema damals in Versammlungen von zweitausend Menschen gesprochen, in denen mich oft die Blicke aus dreitausendsechshundert feindlichen Augen trafen. Und drei Stunden später hatte ich vor mir eine wogende Masse voll heiligster Empörung und maßlosestem Grimm. Wieder war aus Herzen und Gehirnen einer nach Tausenden zählenden Menge eine große Lüge herausgerissen und dafür eine Wahrheit eingepflanzt worden.

Die beiden Vorträge, nämlich über „Die wahren Ursachen des Weltkrieges“ und über „Die Friedensverträge von Brest-Litowsk und Versailles“, hielt ich damals für die allerwichtigsten, so daß ich sie Dutzende Male in immer neuer Fassung wiederholte und wiederholte, bis wenigstens über diesen Punkt eine bestimmte klare und einheitliche Auffassung unter den Menschen verbreitet war, aus denen sich die Bewegung ihre ersten Mitglieder holte.

Diese Versammlungen hatten für mich selbst noch das Gute, daß ich mich langsam zum Massenversammlungsredner umstellte, daß mir das Pathos geläufig wurde und die Geste, die der große, tausend Menschen fassende Raum erfordert.

Ich habe zu jener Zeit, außer, wie schon betont, in kleinen Zirkeln, keine Aufklärung in dieser Richtung von den Parteien gesehen, die heute den Mund voll nehmen und tun, als ob *sie* einen Wandel in der öffentlichen Meinung herbeigeführt hätten. Wenn aber ein sogenannter nationaler Politiker irgendwo einen Vortrag in dieser Richtung hielt, dann nur vor Kreisen, die selbst schon meist seiner Überzeugung waren, und bei denen das Vorgebrachte höchstens eine Bestärkung der eigenen Gesinnung darstellte. Darauf aber kam es damals nicht an, sondern ausschließlich darauf, diejenigen Menschen durch Aufklärung und Propaganda zu gewinnen, die bisher ihrer Erziehung und Einsicht nach auf gegnerischem Boden standen.

Auch das Flugblatt wurde von uns in den Dienst dieser Aufklärung gestellt. Schon in der Truppe hatte ich ein Flugblatt mit einer Gegenüberstellung der Friedensverträge von Brest-Litowsk und Versailles verfaßt, das in ganz großen Auflagen zur Verbreitung gelangte. Ich habe dann später für die Partei Bestände davon übernommen, und auch hier war die Wirkung wieder eine gute. Die ersten Versammlungen zeichneten sich überhaupt dadurch aus, daß die Tische bedeckt waren von allen möglichen Flugblättern, Zeitungen, Broschüren usw. Doch wurde das Hauptgewicht auf das gesprochene Wort gelegt. Und tatsächlich ist auch nur dieses allein in der Lage, wirklich große Umwälzungen herbeizuführen, und zwar aus allgemein psychologischen Gründen.

Ich habe schon im ersten Bande ausgeführt, daß alle gewaltigen, weltumwälzenden Ereignisse nicht durch Geschriebenes, sondern durch das gesprochene Wort herbeigeführt worden sind. Daran knüpfte sich in einem Teil der Presse eine längere Diskussion, in der natürlich, besonders von unseren bürgerlichen Schlauköpfen, sehr scharf gegen eine solche Behauptung Stellung genommen wurde. Allein schon der Grund, weshalb dies geschah, widerlegt die Zweifler. Denn die bürgerliche Intelligenz protestiert gegen eine solche Auffassung ja nur, weil ihr selbst die Kraft und Fähigkeit der Massenbeeinflussung durch das gesprochene Wort ersichtlich fehlt, da man sich immer mehr auf die rein schriftstellerische Tätigkeit geworfen hatte und auf die wirklich agitatorische der Rede verzichtete. Eine solche Gepflogenheit führt aber mit der Zeit zwangsläufig zu dem, was unser Bürgertum heute auszeichnet, nämlich zum Verlust des psychologischen Instinktes für Massenwirkung und Massenbeeinflussung.

Während der Redner aus der Menge heraus, vor welcher er spricht, eine dauernde Korrektur seines Vortrages erhält, insofern er unausgesetzt an den Gesichtern seiner Zuhörer ermessen kann, inwieweit sie seinen Ausführungen mit Verständnis zu folgen vermögen und ob der Eindruck und die Wirkung seiner Worte zum gewünschten Ziele

führen, kennt der Schriftsteller seine Leser überhaupt nicht. Deshalb wird er schon von vornherein nicht auf eine bestimmte ihm vor Augen befindliche Menschenmenge abzielen, sondern seine Ausführungen ganz allgemein halten. Er verliert dadurch aber bis zu einem gewissen Grad an psychologischer Feinheit und in der Folge an Geschmeidigkeit. So wird im allgemeinen ein glänzender Redner immer noch besser zu schreiben vermögen, als ein glänzender Schriftsteller zu reden, außer er übt sich dauernd in dieser Kunst. Dazu kommt, daß die Masse der Menschen an sich faul ist, träge im Gleise alter Gewohnheiten bleibt und von sich selbst aus nur ungern zu etwas Geschriebenem greift, wenn es nicht dem entspricht, was man selber glaubt, und nicht das bringt, was man sich erhofft. Daher wird eine Schrift mit einer bestimmten Tendenz meistens nur von Menschen gelesen werden, die selbst dieser Richtung schon zuzurechnen sind. Höchstens ein Flugblatt oder ein Plakat können durch ihre Kürze damit rechnen, auch bei einem Andersdenkenden einen Augenblick lang Beachtung zu finden. Größere Aussicht besitzt schon das Bild in allen seinen Formen, bis hinauf zum Film. Hier braucht der Mensch noch weniger verstandesmäßig zu arbeiten; es genügt, zu schauen, höchstens noch ganz kurze Texte zu lesen, und so werden viele eher bereit sein, eine bildliche Darstellung aufzunehmen, als ein längeres Schriftstück zu lesen. Das Bild bringt in viel kürzerer Zeit, fast möchte ich sagen, auf einen Schlag, dem Menschen eine Aufklärung, die er aus Geschriebenem erst durch langwieriges Lesen empfängt.

Das Wesentlichste aber ist, daß ein Schriftstück nie weiß, in welche Hände es kommt und doch seine bestimmte Fassung beibehalten muß. Die Wirkung wird im allgemeinen um so größer sein, je mehr diese Fassung dem geistigen Niveau und der Wesensart gerade derjenigen entspricht, die seine Leser sein werden. Ein Buch, das für breite Massen bestimmt ist, muß darum von vornherein versuchen, in Stil und Höhe anders zu wirken als ein für höhere intellektuelle Schichten bestimmtes Werk.

Nur in dieser Art der Anpassungsfähigkeit nähert das

Geschriebene sich dem gesprochenen Wort. Der Redner kann meinetwegen das gleiche Thema behandeln wie das Buch, er wird doch, wenn er ein großer und genialer Volksredner ist, denselben Vorwurf und denselben Stoff kaum zweimal in gleicher Form wiederholen. Er wird sich von der breiten Masse immer so tragen lassen, daß ihm daraus gefühlsmäßig gerade die Worte flüssig werden, die er braucht, um seinen jeweiligen Zuhörern zu Herzen zu sprechen. Irrt er sich aber noch so leise, so hat er die lebendige Korrektur stets vor sich. Wie schon oben gesagt, vermag er dem Mienenspiel seiner Zuhörer abzulesen, ob sie erstens verstehen, was er spricht, ob sie zweitens dem Gesamten zu folgen vermögen und inwieweit er sie drittens von der Richtigkeit des Vorgebrachten überzeugt hat. Sieht er — erstens —, daß sie ihn nicht verstehen, so wird er in seiner Erklärung so primitiv und deutlich werden, daß selbst der letzte ihn begreifen muß; fühlt er — zweitens —, daß sie ihm nicht zu folgen vermögen, so wird er so vorsichtig und langsam seine Gedanken aufbauen, bis selbst der Schwächste unter allen nicht mehr zurückbleibt, und er wird — drittens —, sowie er ahnt, daß sie von der Richtigkeit des Vorgebrachten nicht überzeugt zu sein scheinen, dieses so oft und in immer wieder neuen Beispielen wiederholen, ihre Einwände, die er unausgesprochen spürt, selbst vorbringen und solange widerlegen und zersplittern, bis endlich selbst die letzte Gruppe einer Opposition schon durch ihre Haltung und ihr Mienenspiel ihn die Kapitulation vor seiner Beweisführung erkennen läßt.

Dabei handelt es sich nicht selten bei den Menschen um die Überwindung von Voreingenommenheiten, die nicht in ihrem Verstand begründet, sondern meist unbewußt, nur durch das Gefühl gestützt sind. Diese Schranke instinktiver Abneigung, gefühlsmäßigen Hasses, voreingenommener Ablehnung zu überwinden, ist tausendmal schwieriger als die Richtigstellung einer fehlerhaften oder irrigen wissenschaftlichen Meinung. Falsche Begriffe und schlechtes Wissen können durch Belehrung beseitigt werden, Widerstände des Gefühls niemals. Einzig ein Appell an diese geheimnis-

vollen Kräfte selbst kann hier wirken; und das kann kaum je der Schriftsteller, sondern fast einzig nur der Redner.

Den schlagendsten Beweis dafür liefert die Tatsache, daß trotz einer oft sehr geschickt aufgemachten bürgerlichen Presse, die in unerhörten Millionenauflagen unser Volk überschwemmt, diese Presse die breite Masse nicht hindern konnte, der schärfste Feind gerade dieser bürgerlichen Welt zu werden. Die ganze Zeitungsflut und alle Bücher, die vom Intellektualismus Jahr für Jahr produziert werden, gleiten an den Millionen der unteren Schichten ab wie Wasser vom geölten Leder. Dies kann nur zweierlei beweisen: entweder die Unrichtigkeit des Inhalts dieser gesamten Schreiberleistung unserer bürgerlichen Welt oder die Unmöglichkeit, nur durch Schrifttum an das Herz der breiten Masse zu gelangen. Allerdings besonders dann, wenn dieses Schrifttum selbst sowenig psychologisch eingestellt ist, wie dies hier der Fall ist.

Man erwidere nur nicht (wie dies eine große deutschnationale Zeitung in Berlin versuchte), daß doch der Marxismus selbst gerade durch sein Schrifttum, insbesondere durch die Wirkung des grundlegenden Werkes von Karl Marx, den Gegenbeweis für diese Behauptung liefere. Oberflächlicher hat man noch selten eine irrige Anschauung zu stützen versucht. Was dem Marxismus die staunenswerte Macht über die breiten Massen gegeben hat, ist keineswegs das formale, schriftlich niedergelegte Werk jüdischer Gedankenwelt, als vielmehr die ungeheuerliche rednerische Propagandawelle, die im Verlauf der Jahre sich der breiten Masse bemächtigte. Von hunderttausend deutschen Arbeitern kennen im Durchschnitt noch nicht hundert dieses Werk, das seit jeher von tausendmal mehr Intellektuellen und besonders Juden studiert wurde als von wirklichen Anhängern dieser Bewegung aus den großen unteren Schichten. Dieses Werk ist auch gar nicht für die breiten Massen geschrieben worden, sondern ausschließlich für die intellektuelle Führung jener jüdischen Welteroberungsmaschine; geheizt hat man sie dann mit ganz anderem Stoff: der Presse. Denn das ist es, was die marxistische

Presse von unserer bürgerlichen unterscheidet. Die marxistische Presse ist geschrieben von Agitatoren, und die bürgerliche möchte gerne Agitation treiben durch Schreiber. Der sozialdemokratische Winkelredakteur, der fast stets aus dem Versammlungslokal in die Redaktion kommt, kennt seine Pappenheimer wie kein zweiter. Der bürgerliche Skribent aber, der aus seiner Schreibstube heraus vor die breite Masse tritt, wird schon von ihren bloßen Dünsten krank und steht ihnen deshalb auch mit dem geschriebenen Wort hilflos gegenüber.

Was dem Marxismus die Millionen von Arbeitern gewonnen hat, das ist weniger die Schreibart marxistischer Kirchenväter, als vielmehr die unermüdliche und wahrhaft gewaltige Propagandaarbeit von Zehntausenden unermüdlicher Agitatoren, angefangen vom großen Hetzapostel bis herunter zum kleinen Gewerkschaftsbeamten und zum Vertrauensmann und Diskussionsredner; das sind die Hunderttausende von Versammlungen, bei denen, in qualmiger Wirtsstube auf den Tisch stehend, diese Volksredner auf die Massen einhämmerten und so eine fabelhafte Kenntnis dieses Menschenmaterials zu gewinnen wußten, was sie erst recht in die Lage versetzte, die richtigsten Angriffswaffen auf die Burg der öffentlichen Meinung zu wählen. Und das waren weiter die gigantischen Massendemonstrationen, diese Hunderttausend-Mann-Aufzüge, die dem kleinen armseligen Menschen die stolze Überzeugung einbrannten, als kleiner Wurm dennoch Glied eines großen Drachens zu sein, unter dessen glühendem Atem die verhaßte bürgerliche Welt dereinst in Feuer und Flammen aufgehen und die proletarische Diktatur den letzten Endsieg feiern werde.

Von solcher Propaganda her kamen dann die Menschen, die bereit und vorbereitet waren, eine sozialdemokratische Presse zu lesen, jedoch eine Presse, die selber wieder nicht geschrieben, sondern die geredet ist. Denn während im bürgerlichen Lager Professoren und Schriftgelehrte, Theoretiker und Schreiber aller Art zuweilen auch zu reden

versuchen, versuchen im Marxismus die Redner manchesmal auch zu schreiben. Und gerade der Jude, der hier noch besonders in Betracht kommt, wird im allgemeinen, kraft seiner verlogenen dialektischen Gewandtheit und Geschmeidigkeit, auch noch als Schriftsteller mehr agitierender Redner als schreibender Gestalter sein.

Das ist der Grund, warum die bürgerliche Zeitungswelt (ganz abgesehen davon, daß sie selbst zum größten Teile verjudet ist und deshalb kein Interesse hat, die breite Masse wirklich zu belehren) nicht den geringsten Einfluß auf die Einstellung der breitesten Schichten unseres Volkes auszuüben vermag.

Wie schwer es ist, gefühlsmäßige Vorurteile, Stimmungen, Empfindungen usw. umzustoßen und durch andere zu ersetzen, von wie vielen kaum ermeßbaren Einflüssen und Bedingungen der Erfolg abhängt, das kann der feinfühlige Redner daran ermessen, daß selbst die Tageszeit, in welcher der Vortrag stattfindet, von ausschlaggebendem Einfluß auf dessen Wirkung sein kann. Der gleiche Vortrag, der gleiche Redner, das gleiche Thema wirken ganz verschieden um zehn Uhr vormittags, um drei Uhr nachmittags oder am Abend. Ich selbst habe als Anfänger noch Versammlungen für den Vormittag angesetzt und erinnere mich im besonderen an eine Kundgebung, die wir als Protest „gegen die Unterdrückung deutscher Gebiete" im Münchener-Kindl-Keller abhielten. Es war damals Münchens größter Saal und das Wagnis schien sehr groß zu sein. Um den Anhängern der Bewegung und allen, die sonst kamen, den Besuch besonders zu erleichtern, setzte ich die Versammlung auf einen Sonntagvormittag, zehn Uhr, an. Das Ergebnis war niederdrückend, doch zugleich außerordentlich belehrend: Der Saal voll, der Eindruck ein wahrhaft überwältigender, die Stimmung aber eisig kalt; niemand wurde warm, und ich selbst als Redner fühlte mich tief unglücklich, keine Verbindung, nicht den leisesten Kontakt mit meinen Zuhörern herstellen zu können. Ich glaubte nicht schlechter gesprochen zu haben als sonst; allein die Wirkung schien gleich Null zu sein. Völlig unbefriedigt, wenn auch um eine Erfahrung reicher

geworden, verließ ich die Versammlung. Proben, die ich später in gleicher Art unternahm, führten zu demselben Ergebnis.

Dies darf einen nicht wundernehmen. Man gehe in eine Theatervorstellung und besehe sich ein Stück nachmittags drei Uhr und das gleiche Stück in gleicher Besetzung abends acht Uhr, und man wird erstaunt sein über die Verschiedenartigkeit der Wirkung und des Eindrucks. Ein Mensch mit feinem Gefühl und der Fähigkeit, sich selbst über diese Stimmung Klarheit zu verschaffen, wird ohne weiteres feststellen können, daß der Eindruck der Vorführung nachmittags kein so großer ist wie der abends. Selbst für ein Kinostück gilt die gleiche Feststellung. Wichtig ist dies deshalb, weil man beim Theater sagen könnte, daß vielleicht der Schauspieler nachmittags sich nicht so müht wie abends. Der Film jedoch ist nachmittags kein anderer als um neun Uhr abends. Nein, die Zeit selbst übt hier eine bestimmte Wirkung aus, genau so wie auf mich der Raum. Es gibt Räume, die auch kalt lassen aus Gründen, die man nur schwer erkennt, die jeder Erzeugung von Stimmung irgendwie heftigsten Widerstand entgegensetzen. Auch traditionelle Erinnerungen und Vorstellungen, die im Menschen vorhanden sind, vermögen einen Eindruck maßgebend zu bestimmen. So wird eine Parsivalaufführung in Bayreuth stets anders wirken als an irgendeiner anderen Stelle der Welt. Der geheimnisvolle Zauber des Hauses auf dem Festspielhügel der alten Markgrafenstadt kann nicht durch Äußeres ersetzt oder auch nur eingeholt werden.

In allen diesen Fällen handelt es sich um Beeinträchtigungen der Willensfreiheit des Menschen. Am meisten gilt dies natürlich für Versammlungen, in die an sich Menschen von gegenteiliger Willenseinstellung kommen, und die nunmehr einem neuen Wollen gewonnen werden müssen. Morgens und selbst tagsüber scheinen die willensmäßigen Kräfte der Menschen sich noch in höchster Energie gegen den Versuch der Aufzwingung eines fremden Willens und einer fremden Meinung zu sträuben. Abends dagegen unterliegen sie leichter der beherrschenden Kraft eines stär-

keren Wollens. Denn wahrlich stellt jede solche Versammlung einen Ringkampf zweier entgegengesetzter Kräfte dar. Der überragenden Redekunst einer beherrschenden Apostelnatur wird es nun leichter gelingen, Menschen dem neuen Wollen zu gewinnen, die selbst bereits eine Schwächung ihrer Widerstandskraft in natürlichster Weise erfahren haben, als solche, die noch im Vollbesitz ihrer geistigen und willensmäßigen Spannkraft sind.

Dem gleichen Zwecke dient ja auch der künstlich gemachte und doch geheimnisvolle Dämmerschein katholischer Kirchen, die brennenden Lichter, Weihrauch, Räucherpfannen usw.

In diesem Ringkampf des Redners mit den zu bekehrenden Gegnern wird dieser allmählich jene wundervolle Feinfühligkeit für die psychologischen Bedingungen der Propaganda bekommen, die dem Schreibenden fast stets fehlen. Daher wird das Geschriebene in seiner begrenzten Wirkung im allgemeinen mehr der Erhaltung, Festigung und Vertiefung einer bereits vorhandenen Gesinnung oder Ansicht dienen. Alle wirklich großen historischen Umwälzungen sind nicht durch das geschriebene Wort herbeigeführt, sondern höchstens von ihm begleitet worden.

Man glaube nicht, daß die französische Revolution je durch philosophische Theorien zustande gekommen wäre, hätte sie nicht eine durch Demagogen größten Stils geführte Armee von Hetzern gefunden, die die Leidenschaften des an sich gequälten Volkes aufpeitschten, bis endlich jener furchtbare Vulkanausbruch erfolgte, der ganz Europa in Schrecken erstarren ließ. Und ebenso ist die größte revolutionäre Umwälzung der neuesten Zeit, die bolschewistische Revolution in Rußland, nicht durch das Schrifttum Lenins erfolgt, sondern durch die haßaufwühlende rednerische Betätigung zahlloser größter und kleinster Hetzapostel.

Das Volk der Analphabeten ist wirklich nicht durch die theoretische Lektüre eines Karl Marx zur kommunistischen Revolution begeistert worden, sondern nur durch den gleißenden Himmel, den Tausende von Agitatoren, allerdings alle im Dienste einer Idee, dem Volke vorredeten.

Und das war noch immer so und wird ewig so bleiben.

Es entspricht ganz der verbohrten Weltfremdheit unserer deutschen Intelligenz, zu glauben, daß zwangsläufig der Schriftsteller dem Redner an Geist überlegen sein müsse. Diese Auffassung wird in köstlichster Weise durch eine Kritik der schon einmal erwähnten nationalen Zeitung illustriert, in welcher festgestellt wird, daß man so oft enttäuscht sei, die Rede eines anerkannt großen Redners plötzlich im Druck zu sehen. Mich erinnert das an eine andere Kritik, die ich im Laufe des Krieges unter die Hände bekam; sie nahm die Reden Lloyd Georges, der damals noch Munitionsminister war, peinlichst unter die Lupe, um zur geistreichen Feststellung zu kommen, daß es sich bei diesen Reden um geistig und wissenschaftlich minderwertige, im übrigen banale und selbstverständliche Produkte handle. Ich bekam dann in Gestalt eines kleinen Bändleins einige dieser Reden selbst in die Hand und mußte hellauf darüber lachen, daß für diese psychologischen Meisterstücke seelischer Massenbeeinflussung ein normaler deutscher Tintenritter kein Verständnis besaß. Dieser Mann beurteilte diese Reden eben ausschließlich nach dem Eindruck, den sie auf seine eigene Blasiertheit hinterließen, während der große englische Demagoge sich einzig darauf eingestellt hatte, auf die Masse seiner Zuhörer und im weitesten Sinne auf das gesamte untere englische Volk eine möglichst große Wirkung auszuüben. Von diesem Standpunkt aus betrachtet, waren die Reden dieses Engländers aber wunderbarste Leistungen, da sie von einer geradezu staunenswerten Kenntnis der Seele der breiten Volksschichten zeugten. Ihre Wirkung ist denn auch eine wahrhaft durchschlagende gewesen.

Man vergleiche damit das hilflose Gestammel eines Bethmann Hollweg. Scheinbar waren diese Reden freilich geistreicher, in Wirklichkeit aber zeigten sie nur die Unfähigkeit dieses Mannes, zu seinem Volke zu sprechen, das er eben nicht kannte. Trotzdem bringt es das durchschnittliche Spatzenhirn einer deutschen, wissenschaftlich natürlich höchst gebildeten Schreiberseele fertig, die Geistigkeit des englischen Ministers nach dem Eindruck abzuschätzen, den

eine auf Massenwirkung abzielende Rede auf sein vor lauter Wissenschaft verkalktes Innere hinterläßt, und in Vergleich zu bringen zu der eines deutschen Staatsmannes, dessen geistreiches Geschwätz bei ihm natürlich auf einen empfänglicheren Boden trifft. Daß Lloyd George an Genialität einem Bethmann Hollweg nicht nur ebenbürtig, sondern tausendmal überlegen war, bewies er eben dadurch, daß er in seinen Reden jene Form und jenen Ausdruck fand, die ihm das Herz seines Volkes öffneten und dieses Volk endlich restlos seinem Willen dienen ließen. Gerade in der Primitivität dieser Sprache, der Ursprünglichkeit ihrer Ausdrucksformen und der Anwendung leicht verständlicher, einfachster Beispiele liegt der Beweis für die überragende, politische Fähigkeit dieses Engländers. Denn die Rede eines Staatsmannes zu seinem Volk habe ich nicht zu messen nach dem Eindruck, den sie bei einem Universitätsprofessor hinterläßt, sondern an der Wirkung, die sie auf das Volk ausübt. Und dies allein gibt auch den Maßstab für die Genialität des Redners.

*

Die staunenswerte Entwicklung unserer Bewegung, die erst vor wenigen Jahren aus einem Nichts heraus gegründet wurde und heute schon für wert gehalten wird, von allen inneren und äußeren Feinden unseres Volkes auf das schärfste verfolgt zu werden, ist der steten Berücksichtigung und Anwendung dieser Erkenntnisse zuzuschreiben.

So wichtig auch das Schrifttum der Bewegung sein mag, so wird es doch in unserer heutigen Lage größere Bedeutung für die gleiche und einheitliche Erziehung der oberen und unteren Führer haben als für die Gewinnung gegnerisch eingestellter Massen. Nur in den seltensten Fällen wird ein überzeugter Sozialdemokrat oder ein fanatischer Kommunist sich herbeilassen, eine nationalsozialistische Broschüre oder gar ein Buch zu erwerben, dieses zu lesen

und daraus einen Einblick in unsere Weltauffassung zu gewinnen oder die Kritik der seinen zu studieren. Selbst eine Zeitung wird nur ganz selten gelesen werden, wenn sie nicht von vornherein den Stempel der Parteizugehörigkeit trägt. Übrigens würde dies auch wenig nutzen; denn das Gesamtbild einer einzigen Zeitungsnummer ist ein so zerrissenes und in seiner Wirkung so zersplittertes, daß man von einmaliger Kenntnisnahme keinen Einfluß auf den Leser erwarten dürfte. Man darf und soll aber niemandem, für den schon Pfennige eine Rolle spielen, zumuten, daß er, nur aus dem Drang nach objektiver Aufklärung, dauernd eine gegnerische Zeitung abonniert. Es wird dies unter Zehntausenden kaum einer tun. Erst wer der Bewegung bereits gewonnen ist, wird das Organ der Partei, und zwar als laufenden Nachrichtendienst seiner Bewegung, dauernd lesen.

Ganz anders ist es schon mit dem „geredeten" Flugblatt! Das wird der eine oder andere, besonders wenn er es unentgeltlich bekommt, viel eher in die Hand nehmen, um so mehr, wenn schon in der Überschrift ein Thema, das augenblicklich in aller Leute Mund ist, plastisch behandelt ist. Nach mehr oder weniger gründlicher Durchsicht wird er vielleicht durch ein solches Flugblatt auf neue Gesichtspunkte und Einstellungen, ja auch auf eine neue Bewegung aufmerksam gemacht werden können. Allein auch dadurch wird, selbst im günstigsten Fall, nur ein leiser Anstoß gegeben, niemals jedoch eine vollendete Tatsache geschaffen. Denn auch das Flugblatt kann nur zu etwas anregen oder auf etwas hinweisen, und seine Wirkung wird nur eintreten in Verbindung mit einer nachfolgenden gründlicheren Belehrung und Aufklärung seiner Leser. Diese ist und bleibt aber immer die *Massenversammlung*.

Die Massenversammlung ist auch schon deshalb notwendig, weil in ihr der einzelne, der sich zunächst als werdender Anhänger einer jungen Bewegung vereinsamt fühlt und leicht der Angst verfällt, alleinzusein, zumerstenmal das Bild einer

größeren Gemeinschaft erhält, was bei den meisten Menschen kräftigend und ermutigend wirkt. Der gleiche Mann würde im Rahmen einer Kompanie oder eines Bataillons, umgeben von allen seinen Kameraden, leichteren Herzens zum Sturm antreten, als er dies, ganz auf sich allein angewiesen, täte. Im Rudel fühlt er sich immer noch etwas geborgen und wenn auch in der Wirklichkeit tausend Gründe dagegen sprächen.

Die Gemeinsamkeit der großen Kundgebung aber stärkt nicht nur den einzelnen, sondern sie verbindet auch und hilft mit, Korpsgeist zu erzeugen. Der Mann, der als erster Vertreter einer neuen Lehre in seinem Unternehmen oder in seiner Werkstätte schweren Bedrängnissen ausgesetzt ist, bedarf notwendig jener Stärkung, die in der Überzeugung liegt, ein Glied und Kämpfer einer großen umfassenden Körperschaft zu sein. Den Eindruck dieser Körperschaft erhält er jedoch erstmalig nur in der gemeinsamen Massenkundgebung. Wenn er aus seiner kleinen Arbeitsstätte oder aus dem großen Betrieb, in dem er sich recht klein fühlt, zum ersten Male in die Massenversammlung hineintritt und nun Tausende und Tausende von Menschen gleicher Gesinnung um sich hat, wenn er als Suchender in die gewaltige Wirkung des suggestiven Rausches und der Begeisterung von drei- bis viertausend anderen mitgerissen wird, wenn der sichtbare Erfolg und die Zustimmung von Tausenden ihm die Richtigkeit der neuen Lehre bestätigen und zum erstenmal den Zweifel an der Wahrheit seiner bisherigen Überzeugung erwecken — dann unterliegt er selbst dem zauberhaften Einfluß dessen, was wir mit dem Wort Massensuggestion bezeichnen. Das Wollen, die Sehnsucht, aber auch die Kraft von Tausenden akkumuliert sich in jedem einzelnen. Der Mann, der zweifelnd und schwankend eine solche Versammlung betritt, verläßt sie innerlich gefestigt: er ist zum Glied einer Gemeinschaft geworden.

Die nationalsozialistische Bewegung darf das nie vergessen und sie darf sich insbesondere nie von jenen bürgerlichen Gimpeln beeinflussen lassen, die alles besser wissen, aber nichtsdestoweniger einen großen Staat samt ihrer

eigenen Existenz und der Herrschaft ihrer Klasse verspielt haben. Ja, sie sind ungeheuer gescheit, können alles, verstehen jedes — nur eines allein haben sie nicht verstanden, nämlich zu verhindern, daß das deutsche Volk in die Arme des Marxismus falle. Da haben sie erbärmlichst und jämmerlichst versagt, so daß ihre jetzige Eingebildetheit nur Dünkel ist, der als Stolz bekanntlich immer neben der Dummheit an einem Holz gedeiht.

Wenn diese Menschen heute dem gesprochenen Wort keinen besonderen Wert zubilligen, tun sie dies übrigens nur, weil sie von der Wirkungslosigkeit ihrer eigenen Redereien sich, Gott sei Lob und Dank, schon selbst gründlichst überzeugt haben.

7. Kapitel

Das Ringen mit der roten Front

Ich habe 1919/20 und auch 1921 persönlich sogenannte bürgerliche Versammlungen besucht. Sie übten auf mich immer denselben Eindruck aus wie in meiner Jugend der befohlene Löffel Lebertran. Man soll ihn nehmen, und er soll sehr gut sein, aber er schmeckt scheußlich! Würde man das deutsche Volk mit Stricken zusammenbinden und es mit Gewalt in diese bürgerlichen „Kundgebungen" hineinziehen und bis nach Schluß jeder Vorstellung die Türen absperren und keinen herauslassen, so könnte das vielleicht in einigen Jahrhunderten auch zum Erfolge führen. Allerdings muß ich offen gestehen, daß mich dann wahrscheinlich das Leben nicht mehr freuen würde und ich dann lieber auch gar kein Deutscher mehr sein wollte. Nachdem man aber das, Gott sei Lob und Dank, nicht kann, soll man sich nur nicht wundern, wenn das gesunde und unverdorbene Volk „bürgerliche Massenversammlungen" meidet wie der Teufel das Weihwasser.

Ich habe sie kennengelernt, diese Propheten einer bürgerlichen Weltanschauung, und wundere mich wirklich nicht, sondern verstehe, warum sie dem gesprochenen Wort keinerlei Bedeutung beimessen. Ich besuchte damals Versammlungen der Demokraten, der Deutschnationalen, der Deutsch-Volksparteiler und auch der Bayerischen Volksparteiler (bayer. Zentrum). Was einem dabei sofort auffiel, war die homogene Geschlossenheit der Zuhörer. Es waren fast immer nur Parteiangehörige, die an einer solchen Kundgebung teilnahmen. Das Ganze, ohne jede Disziplin, glich mehr einem gähnenden Kartenspielklub als einer Versammlung des Volkes, das soeben seine größte Revolution durchgemacht.

Um diese friedliche Stimmung zu erhalten, geschah denn auch von seiten der Referenten alles, was nur geschehen konnte. Sie redeten, oder besser, sie lasen meist Reden vor, im Stil eines geistreichen Zeitungsartikels oder einer wissenschaftlichen Abhandlung, mieden alle Kraftwörter und brachten hie und da einen schwächlichen professoralen Witz dazwischen, bei dem der ehrenwerte Vorstandstisch pflichtgemäß zu lachen begann; wenn auch nicht laut, also aufreizend zu lachen, so doch vornehm gedämpft und zurückhaltend.

Und überhaupt schon dieser Vorstandstisch!

Ich sah einmal eine Versammlung im Wagner-Saal zu München; es war eine Kundgebung anläßlich der Wiederkehr des Tages der Völkerschlacht bei Leipzig. Die Rede hielt oder las ein würdiger alter Herr, Professor an irgendeiner Universität. Auf dem Podium saß der Vorstand. Links ein Monokel, rechts ein Monokel und zwischendrein einer ohne Monokel. Alle drei im Gehrock, so daß man den Eindruck erhielt entweder eines Gerichtshofes, der soeben eine Hinrichtung vorhat, oder einer feierlichen Kindtaufe, jedenfalls also eines mehr religiösen Weiheaktes. Die sogenannte Rede, die sich gedruckt vielleicht ganz schön ausgenommen hätte, war in ihrer Wirkung einfach fürchterlich. Schon nach dreiviertel Stunden döste die ganze Versammlung in einem Trancezustand dahin, der nur unterbrochen wurde von dem Hinausgehen einzelner Männlein und Weiblein, dem Geklapper der Kellnerinnen und dem Gähnen immer zahlreicherer Zuhörer. Drei Arbeiter, die, sei es aus Neugierde oder als beauftragte Posten, in der Versammlung anwesend waren, und hinter denen ich mich postierte, blickten sich von Zeit zu Zeit mit schlecht verhehltem Grinsen an und stießen sich endlich gegenseitig mit dem Ellbogen, worauf sie ganz leise den Saal verließen. Man sah es ihnen an, daß sie um keinen Preis stören wollten. Es war dies bei dieser Gesellschaft auch wirklich nicht notwendig. Endlich schien sich die Versammlung dem Ende zuzuneigen. Nachdem der Professor, dessen Stimme unterdessen immer leiser und leiser geworden war, seinen Vortrag beschlossen hatte, erhob sich der zwischen den beiden Monokel-

trägern sitzende Versammlungsleiter und schmetterte die anwesenden „deutschen Schwestern" und „Brüder" an, wie groß sein Dankgefühl sei und ihre Empfindung in dieser Richtung sein müsse für den einzigartigen und herrlichen Vortrag, den ihnen Herr Professor X. in ebenso genußreicher wie gründlicher und tiefschürfender Art hier gegeben habe, und der im wahrsten Sinne des Wortes ein „inneres Erleben", ja eine „Tat" gewesen sei. Es würde eine Profanierung dieser weihevollen Stunde bedeuten, wollte man an diese lichten Ausführungen noch eine Diskussion anfügen, so daß er deshalb im Sinne aller Anwesenden von einer solchen Aussprache absehe und statt dessen alle ersuche, sich von den Sitzen zu erheben, um einzustimmen in den Ruf „Wir sind ein einig Volk von Brüdern" usw. Endlich forderte er als Abschluß zum Gesange des Deutschlandliedes auf.

Und dann sangen sie, und mir kam es vor, als ob schon bei der zweiten Strophe die Stimmen etwas weniger würden und nur beim Refrain wieder mächtig anschwollen, und bei der dritten verstärkte sich diese Empfindung, so daß ich glaubte, daß nicht alle ganz sicher im Text gewesen sein mögen.

Allein was tut dies zur Sache, wenn ein solches Lied in voller Inbrunst aus dem Herzen einer deutschnationalen Seele zum Himmel tönt.

Daraufhin verlor sich die Versammlung, d. h. es eilte jeder, daß er schnell hinauskam, die einen zum Bier, die anderen in ein Café und wieder andere in die frische Luft.

Jawohl, hinaus in die frische Luft, nur hinaus! Das war auch meine einzige Empfindung. Und das soll zur Verherrlichung eines heldenmütigen Ringens von Hunderttausenden von Preußen und Deutschen dienen? Pfui Teufel! und wieder Pfui Teufel!

So etwas mag die Regierung freilich lieben. Das ist natürlich eine „friedliche" Versammlung. Da braucht der Minister für Ruhe und Ordnung wirklich keine Angst zu haben, daß die Wogen der Begeisterung plötzlich das behördliche Maß bürgerlicher Anständigkeit sprengen könnten; daß plötzlich im Rausche der Begeisterung die Menschen aus

dem Saale strömen, nicht um ins Café oder Wirtshaus zu eilen, sondern um in Viererreihen in gleichem Schritt und Tritt mit „Deutschland hoch in Ehren“ durch die Straßen der Stadt zu marschieren und einer ruhebedürftigen Polizei dadurch Unannehmlichkeiten zu bereiten.

Nein, mit solchen Staatsbürgern kann man zufrieden sein.

*

Dagegen waren die nationalsozialistischen Versammlungen allerdings keine „friedlichen“ Versammlungen. Da prallten ja die Wogen zweier Weltanschauungen gegeneinander, und sie schlossen nicht mit dem faden Herunterleiern irgendeines patriotischen Liedes, sondern mit dem fanatischen Ausbruch völkischer und nationaler Leidenschaft.

Es war gleich von Beginn an wichtig, in unseren Versammlungen blinde Disziplin einzuführen und die Autorität der Versammlungsleitung unbedingt sicherzustellen. Denn was wir redeten, war nicht das kraftlose Gewäsch eines bürgerlichen „Referenten“, sondern war durch Inhalt und Form immer geeignet, den Gegner zur Entgegnung zu reizen. Und Gegner waren in unseren Versammlungen! Wie oft kamen sie herein in dicken Mengen, einzelne Hetzer zwischen ihnen und auf allen Gesichtern die Überzeugung widerspiegelnd: Heute machen wir Schluß mit euch!

Ja, wie oft sind sie damals buchstäblich in Kolonnen hereingeführt worden, unsere Freunde von der roten Farbe, mit der vorher genau eingetrichterten Aufgabe, heute abend den ganzen Kram auseinanderzuhauen und der Geschichte ein Ende zu machen. Und wie oft stand dann alles auf Spitz und Knopf, und nur die rücksichtslose Energie unserer Versammlungsleitung und das brutale Draufgängertum unseres Saalschutzes konnte immer wieder die gegnerische Absicht vereiteln.

Und sie hatten allen Grund, gereizt zu sein.

Schon die rote Farbe unserer Plakate zog sie in unsere Versammlungssäle. Das normale Bürgertum war ja ganz

entsetzt darüber, daß auch wir zum Rot der Bolschewiken gegriffen hatten, und man sah darin eine sehr zweideutige Sache. Die deutschnationalen Geister flüsterten sich im stillen immer wieder den Verdacht zu, daß wir im Grunde genommen auch nur eine Spielart des Marxismus wären, vielleicht überhaupt nur verkappte Marxisten oder besser Sozialisten. Denn den Unterschied zwischen Sozialismus und Marxismus haben diese Köpfe bis heute noch nicht begriffen. Besonders als man auch noch entdeckte, daß wir in unseren Versammlungen grundsätzlich keine „Damen und Herren", sondern nur „Volksgenossen und -genossinnen" begrüßten und unter uns nur von Parteigenossen sprachen, da schien das marxistische Gespenst für viele unserer Gegner erwiesen. Wie oft haben wir uns geschüttelt vor Lachen über diese einfältigen bürgerlichen Angsthasen, angesichts des geistvollen Rätselratens über unsere Herkunft, unsere Absichten und unser Ziel.

Wir haben die rote Farbe unserer Plakate nach genauem und gründlichem Überlegen gewählt, um dadurch die linke Seite zu reizen, zur Empörung zu bringen und sie zu verleiten, in unsere Versammlungen zu kommen, wenn auch nur, um sie zu sprengen, damit wir auf diese Weise überhaupt mit den Leuten reden konnten.

Es war nun köstlich, in diesen Jahren die Ratlosigkeit und auch Hilflosigkeit unserer Gegner an ihrer ewig schwankenden Taktik zu verfolgen. Erst forderten sie ihre Anhänger auf, von uns keine Notiz zu nehmen und unsere Versammlungen zu meiden.

Dies wurde auch im allgemeinen befolgt.

Da aber im Laufe der Zeit einzelne dennoch kamen und diese Zahl sich langsam, aber immer mehr vermehrte und der Eindruck unserer Lehre ersichtlich war, wurden die Führer allmählich nervös und unruhig und verbohrten sich in die Überzeugung, daß man dieser Entwicklung nicht ewig zusehen dürfe, sondern mit Terror ein Ende bereiten müsse.

Daraufhin kamen nun die Aufforderungen an die „klassenbewußten Proletarier", in Massen in unsere Versammlungen zu gehen, um die „monarchistische, reaktionäre

Hetze" in ihren Vertretern mit den Fäusten des Proletariats zu treffen.

Da waren auf einmal unsere Versammlungen schon dreiviertel Stunden vor der Zeit gefüllt mit Arbeitern. Sie glichen einem Pulverfaß, das jeden Augenblick in die Luft gehen konnte und an dem schon die brennende Lunte lag. Doch kam es immer anders. Die Menschen kamen herein als unsere Feinde und gingen hinaus, wenn schon nicht als unsere Anhänger, so doch als nachdenklich, ja kritisch gewordene Prüfer der Richtigkeit ihrer eigenen Lehre. Allmählich aber wurde es so, daß nach meinem dreistündigen Vortrag Anhänger und Gegner in eine einzige begeisterte Masse zusammenschmolzen. Da war dann jedes Signal zum Sprengen vergeblich. Und da bekamen es die Führer erst recht mit der Angst zu tun, und man wendete sich wieder denen zu, die gegen diese Taktik schon früher Stellung genommen hatten und die jetzt mit einem gewissen Schein von Recht auf ihre Ansicht hinwiesen, das allein Richtige sei es, dem Arbeiter grundsätzlich den Besuch unserer Versammlungen zu verbieten.

Da kamen sie nicht mehr oder doch weniger. Allein schon nach kurzer Zeit begann das ganze Spiel erneut von vorne.

Das Verbot wurde doch nicht gehalten, die Genossen kamen immer mehr, und endlich siegten wieder die Anhänger der radikalen Taktik. Wir sollten gesprengt werden.

Wenn sich dann nach zwei, drei, oft auch acht und zehn Versammlungen herausstellte, daß das Sprengen leichter gesagt als getan war, und das Ergebnis jeder einzelnen Versammlung ein Abbröckeln der roten Kampftruppen bedeutete: dann kam plötzlich wieder die andere Parole: „Proletarier, Genossen und Genossinnen! Meidet die Versammlungen der nationalsozialistischen Hetzer!"

Die gleiche, ewig schwankende Taktik fand man übrigens auch in der roten Presse. Bald versuchte man uns totzuschweigen, um sich dann von der Zwecklosigkeit dieses Versuchs zu überzeugen und wieder zum Gegenteil zu greifen. Wir wurden jeden Tag irgendwo „erwähnt", und zwar meistens, um dem Arbeiter die unbedingte Lächerlichkeit

unserer ganzen Existenz klarzumachen. Nach einiger Zeit mußten die Herren aber doch fühlen, daß uns das nicht nur nicht schadete, sondern im Gegenteil insofern nützte, als natürlich viele einzelne sich doch die Frage vorlegen mußten, warum man denn einer Erscheinung soviel Worte widme, wenn sie eine so lächerliche war. Die Leute wurden neugierig. Darauf schwenkte man plötzlich und begann uns eine Zeitlang als wahre Generalverbrecher der Menschheit zu behandeln. Artikel über Artikel, in denen unser Verbrechertum erläutert und immer wieder aufs neue bewiesen wurde, Skandalgeschichten, wenn auch von A bis Z aus den Fingern gesogen, sollten dann noch ein übriges tun. Allein von der Wirkungslosigkeit auch dieser Angriffe schien man sich nach kurzer Zeit überzeugt zu haben; im Grunde genommen half dies alles ja nur mit, die allgemeine Aufmerksamkeit erst recht auf uns zu konzentrieren.

Ich habe damals den Standpunkt eingenommen: Ganz gleich, ob sie über uns lachen oder schimpfen, ob sie uns als Hanswurste oder als Verbrecher hinstellen; die Hauptsache ist, daß sie uns erwähnen, daß sie sich immer wieder mit uns beschäftigen und daß wir allmählich in den Augen der Arbeiter selber wirklich als die Macht erscheinen, mit der zur Zeit allein noch eine Auseinandersetzung stattfindet. Was wir wirklich sind und was wir wirklich wollen, das werden wir eines schönen Tages der jüdischen Pressemeute schon zeigen.

Ein Grund, warum es damals meist nicht zu direkten Sprengungen unserer Versammlungen kam, war allerdings auch die ganz unglaubliche Feigheit der Führer unserer Gegner. In allen kritischen Fällen haben sie kleine Hänschen vorgeschickt, höchstens außerhalb der Säle auf das Resultat der Sprengungen gewartet.

Wir waren über die Absichten der Herrschaften fast immer sehr gut unterrichtet. Nicht nur, weil wir aus Zweckmäßigkeitsgründen selbst viele Parteigenossen innerhalb der roten Formationen stecken ließen, sondern weil die roten Drahtzieher selbst von einer, in diesem Falle uns sehr nützlichen Geschwätzigkeit ergriffen waren, wie man sie in unserem

deutschen Volk leider überhaupt sehr häufig findet. Sie konnten nicht dicht halten, wenn sie so etwas ausgebrütet hatten, und zwar pflegten sie meistens schon zu gackern, ehe noch das Ei gelegt war. So hatten wir oft und oft die umfassendsten Vorbereitungen getroffen, ohne daß die roten Sprengkommandos selbst auch nur eine Ahnung besaßen, wie nahe ihnen der Hinauswurf bevorstand.

Diese Zeit zwang uns, den Schutz unserer Versammlungen selbst in die Hand zu nehmen; auf den behördlichen Schutz kann man nie rechnen; im Gegenteil, er kommt erfahrungsgemäß immer nur den Störern zugute. Denn der einzige tatsächliche Erfolg eines behördlichen Eingreifens, und zwar durch Polizei, war höchstens die Auflösung der Versammlung, also ihre Schließung. Und das war ja auch einzig das Ziel und die Absicht der gegnerischen Störer.

Überhaupt hat sich hier bei der Polizei eine Praxis herausgebildet, die das Ungeheuerlichste an Rechtswidrigkeit darstellt, das man sich vorstellen kann. Wenn nämlich durch irgendwelche Drohungen der Behörde bekannt wird, daß die Gefahr einer Versammlungssprengung besteht, dann verhaftet diese nicht die Droher, sondern verbietet den anderen, Unschuldigen, die Versammlung, auf welche Weisheit sich ein normaler Polizeigeist noch kolossal viel einbildet. Sie nennen es eine „vorbeugende Maßnahme zur Verhinderung einer Gesetzwidrigkeit".

Der entschlossene Bandit hat es also jederzeit in der Hand, dem anständigen Menschen seine politische Tätigkeit und Betätigung unmöglich zu machen. Im Namen der Ruhe und Ordnung beugt sich die Staatsautorität vor dem Banditen und ersucht den anderen, diesen gefälligst nicht zu provozieren. Wenn also Nationalsozialisten an gewissen Stellen Versammlungen abhalten wollten und die Gewerkschaften erklärten, daß dies zu einem Widerstand seitens ihrer Mitglieder führen würde, dann setzte die Polizei beileibe nicht diese erpresserischen Burschen hinter Schloß und Riegel, sondern verbot uns die Versammlung. Ja, diese Organe des Gesetzes besaßen sogar die unglaubliche Schamlosigkeit, uns dies unzählige Male schriftlich mitzuteilen.

Wollte man sich vor solchen Eventualitäten schützen, mußte man also dafür sorgen, daß jeder Versuch einer Störung schon im Keim unmöglich gemacht wurde.

Hierbei kam aber noch folgendes in Betracht: *Jede Versammlung, die ihren Schutz ausschließlich durch die Polizei erhält, diskreditiert die Veranstalter in den Augen der breiten Masse.* Versammlungen, deren Abhaltung nur durch die Abstellung eines großen Polizeiaufgebots garantiert werden, wirken nicht werbend, insofern die Voraussetzung zum Gewinnen der unteren Schichten eines Volkes immer eine ersichtlich vorhandene Kraft ist.

So wie ein mutiger Mann Frauenherzen leichter erobern wird als ein Feigling, so gewinnt eine heldenhafte Bewegung auch eher das Herz eines Volkes als eine feige, die nur durch polizeilichen Schutz am Leben erhalten wird.

Besonders aus diesem letzteren Grunde mußte die junge Partei dafür sorgen, ihre Existenz selbst zu vertreten, sich selbst zu schützen und den gegnerischen Terror selbst zu brechen.

Der Versammlungsschutz wurde aufgebaut:

1. *auf einer energischen und psychologisch richtigen Leitung der Versammlung;*

2. *auf einem organisierten Ordnertrupp.*

Wenn wir Nationalsozialisten damals eine Versammlung abhielten, waren *wir* Herren derselben und nicht ein anderer. Und wir haben dieses Herrenrecht ununterbrochen, in jeder Minute schärfstens betont. Unsere Gegner wußten ganz genau, daß, wer damals provozierte, unnachsichtlich hinausflog, und wären wir selbst nur ein Dutzend gewesen unter einem halben Tausend. In den damaligen Versammlungen, besonders außerhalb Münchens, trafen auf fünfzehn, sechzehn Nationalsozialisten fünf-, sechs-, sieben- und achthundert Gegner. Allein wir hätten dennoch keine Provokation geduldet, und unsere Versammlungsbesucher wußten sehr gut, daß wir uns lieber hätten totschlagen lassen, als zu kapitulieren. Es war auch öfter als einmal, daß sich

eine Handvoll Parteigenossen gegen eine brüllende und schlagende rote Übermacht heldenmütig durchgesetzt hat.

Sicherlich wären in solchen Fällen diese fünfzehn oder zwanzig Mann zum Schlusse überwältigt worden. Allein die anderen wußten, daß vorher mindestens der doppelten oder dreifachen Zahl von ihnen der Schädel eingeschlagen worden wäre, und das riskierten sie nicht gerne.

Wir haben hier aus dem Studium marxistischer und bürgerlicher Versammlungstechnik zu lernen versucht und haben auch gelernt.

Die Marxisten hatten von jeher eine blinde Disziplin, so daß der Gedanke der Sprengung einer marxistischen Versammlung wenigstens von bürgerlicher Seite gar nicht kommen konnte. Um so mehr beschäftigten sich immer die Roten selbst mit derlei Absichten. Sie hatten es allmählich nicht nur zu einer bestimmten Virtuosität auf diesem Gebiete gebracht, sondern gingen endlich so weit, in großen Gebieten des Reiches eine nichtmarxistische Versammlung an sich schon als Provokation des Proletariats zu bezeichnen; besonders dann, wenn die Drahtzieher witterten, daß bei der Versammlung ihr eigenes Sündenregister vielleicht aufgezählt werden könnte, um die Niedertracht ihrer volksbelügenden und volksbetrügerischen Tätigkeit zu enthüllen. Sowie dann auch eine solche Versammlung angekündigt wurde, erhob die gesamte rote Presse ein wütendes Geschrei, wobei sich diese prinzipiellen Gesetzesverächter nicht selten als erstes an die Behörden wandten mit der ebenso dringenden als drohenden Bitte, diese „Provokation des Proletariats", „auf daß Ärgeres verhütet werde", sofort zu verhindern. Je nach der Größe des beamteten Kalbskopfes wählten sie ihre Sprache und erzielten ihren Erfolg. Befand sich aber auf einem solchen Posten ausnahmsweise wirklich ein deutscher Beamter, nicht eine beamtete Kreatur, und lehnte die unverschämte Zumutung ab, dann folgte die bekannte Aufforderung, eine solche „Provokation des Proletariats" nicht zu dulden, sondern sich am Soundsovielten in Massen in der Versammlung einzufinden, um „den bürgerlichen

Kreaturen mit Hilfe der schwieligen Faust des Proletariats das schandvolle Handwerk zu legen".

Nun muß man so eine bürgerliche Versammlung gesehen, muß ihre Versammlungsleitung in ihrem ganzen Jammer und in ihrer Angst einmal miterlebt haben! Gar oft wurde ja auf solche Drohungen hin eine Versammlung glatt abgesagt. Immer war aber die Furcht so groß, daß man statt um acht Uhr selten vor dreiviertel neun Uhr oder neun Uhr zur Eröffnung kam. Der Vorsitzende bemühte sich dann durch neunundzwanzig Komplimente, den anwesenden „Herren der Opposition" klarzumachen, wie sehr er und auch alle anderen Anwesenden sich innerlich freuten (glatte Lüge!) über den Besuch von Männern, die noch nicht auf ihrem Boden stünden, weil ja nur durch gegenseitige Aussprache (die er damit gleich von vornherein feierlichst zusagte) die Auffassungen einander nähergebracht, das gegenseitige Verständnis geweckt und eine Brücke geschlagen werden könnte. Wobei er nebenbei noch versicherte, daß es keineswegs die Absicht der Versammlung wäre, Leute ihrer bisherigen Auffassung etwa abspenstig zu machen. Beileibe nein, es solle nur jeder nach seiner Fasson selig werden, aber auch den anderen selig werden lassen, und darum bitte er, daß man den Referenten seine Ausführungen, die ohnehin nicht sehr lange sein würden, zu Ende führen lasse und der Welt nicht auch in dieser Versammlung das beschämende Schauspiel des inneren deutschen Bruderhaders biete . . . Brrrr.

Das Brudervolk von links hatte dafür allerdings meist kein Verständnis; sondern ehe der Referent noch begonnen hatte, mußte er unter den wüstesten Beschimpfungen auch schon zusammenpacken; und man erhielt nicht selten den Eindruck, als ob er dem Schicksal noch dankbar wäre für die schnelle Abkürzung der martervollen Prozedur. Unter ungeheurem Spektakel verließen solche bürgerliche Versammlungstoreadore die Arena, sofern sie nicht mit zerbeulten Köpfen die Treppen hinunterflogen, was sogar oft der Fall war.

So bedeutete es für die Marxisten allerdings etwas

Neues, als wir Nationalsozialisten unsere ersten Versammlungen aufzogen und besonders wie wir sie aufzogen. Sie kamen herein in der Überzeugung, das Spielchen, das sie so oft gespielt, selbstverständlich auch bei uns wiederholen zu können. „Heute machen wir Schluß!“ Wie so mancher hat nicht diesen Satz beim Hereingehen in unsere Versammlung großmäulig einem anderen zugerufen, um blitzschnell, ehe er noch zum zweiten Zwischenruf kam, schon vor dem Saaleingang zu sitzen.

Erstens war schon die Leitung der Versammlung bei uns eine andere. Es wurde nicht darum gebettelt, unseren Vortrag gnädigst zu gestatten, auch nicht von vornherein jedem eine endlose Aussprache zugesichert, sondern kurzerhand festgestellt, daß die Herren der Versammlung wir seien, daß wir infolgedessen das Hausrecht besäßen und daß jeder, der es wagen sollte, auch nur einen Zwischenruf zu machen, unbarmherzig dort hinausflöge, von wo er hereingekommen sei. Daß wir weiter jede Verantwortung für einen solchen Burschen ablehnen müßten; wenn Zeit bleibe und es uns paßte, so würden wir eine Diskussion stattfinden lassen, wenn nicht, dann keine, und der Herr Referent, Pg. Soundso, habe jetzt das Wort.

Schon darüber staunten sie.

Zweitens verfügten wir über einen straff organisierten Saalschutz. Bei den bürgerlichen Parteien pflegte dieser Saalschutz oder besser Ordnerdienst meistens aus Herren zu bestehen, die in der Würde ihres Alters ein gewisses Anrecht auf Autorität und Respekt zu besitzen glaubten. Da sich nun die marxistisch verhetzten Massen um Alter, Autorität und Respekt nicht im geringsten kümmerten, war die Existenz dieses bürgerlichen Saalschutzes praktisch sozusagen aufgehoben.

Ich habe gleich zu Beginn unserer großen Versammlungstätigkeit die Organisation eines Saalschutzes eingeleitet als einen Ordnerdienst, der grundsätzlich lauter junge Burschen umfaßte. Es waren zum Teil Kameraden, die ich vom Militärdienst her kannte, andere erst gewonnene junge Parteigenossen, die von allem Anbeginn darüber belehrt

und daraufhin erzogen wurden, daß Terror nur durch Terror zu brechen sei, daß auf dieser Erde der Mutige und Entschlossene noch stets den Erfolg für sich gehabt habe; daß wir für eine gewaltige Idee fechten, so groß und erhaben, daß sie sehr wohl verdiene, mit dem letzten Tropfen Blut beschirmt und beschützt zu werden. Sie waren durchdrungen von der Lehre, daß, wenn einmal die Vernunft schweige und die Gewalt die letzte Entscheidung habe, die beste Waffe der Verteidigung im Angriff liege; und daß unserer Ordnertruppe der Ruf schon vorangehen müsse, kein Debattierklub, sondern eine zum Äußersten entschlossene Kampfgemeinschaft zu sein.

Und wie hatte sich diese Jugend nicht nach einer solchen Parole gesehnt!

Wie ist diese Feldzugsgeneration enttäuscht und entrüstet gewesen, voll Ekel und Abscheu über die bürgerliche Schlappschwänzigkeit.

Da wurde es einem so recht klar, wie die Revolution wirklich nur dank der verheerenden bürgerlichen Führung unseres Volkes möglich war. Die Fäuste, das deutsche Volk zu beschützen, sie wären selbst damals noch dagewesen, nur die Schädel für den Einsatz hatten gefehlt. Wie haben mich die Augen meiner Jungens damals oft angeleuchtet, wenn ich ihnen die Notwendigkeit ihrer Mission auseinandersetzte, ihnen immer und immer wieder versicherte, daß alle Weisheit auf dieser Erde erfolglos bleibt, wenn nicht die Kraft in ihre Dienste tritt, sie beschirmt und schützt, daß die milde Göttin des Friedens nur an der Seite des Kriegsgottes wandeln kann, und daß jegliche große Tat dieses Friedens des Schutzes und der Hilfe der Kraft bedarf. Wie ist ihnen der Gedanke der Wehrpflicht nun in einer viel lebendigeren Form aufgegangen! Nicht in dem verkalkten Sinn alter, verknöcherter Beamtenseelen, im Dienste der toten Autorität eines toten Staates, sondern in der lebendigen Erkenntnis der Pflicht, durch Hingabe des Lebens des einzelnen für das Dasein seines Volkes im gesamten einzutreten, immer und jederzeit, an jeder Stelle und an jedem Orte.

Und wie sind diese Jungens dann eingetreten!

Gleich einem Schwarm von Hornissen flogen sie auf die Störer unserer Versammlungen los, ohne Rücksicht auf deren Übermacht, und mochte sie eine noch so große sein, ohne Rücksicht auf Wunden und blutige Opfer, ganz erfüllt von dem großen Gedanken, der heiligen Mission unserer Bewegung freie Bahn zu schaffen.

Schon im Hochsommer 1920 nahm die Organisation der Ordnertruppe allmählich bestimmte Formen an, um sich im Frühjahr 1921 nach und nach in Hundertschaften zu gliedern, die sich selbst wieder in Gruppen teilten.

Und dies war dringend notwendig, denn unterdessen war die Versammlungstätigkeit dauernd gestiegen. Wohl kamen wir auch jetzt noch oft im Münchener Hofbräuhausfestsaal zusammen, allein noch öfter in den größeren Sälen der Stadt. Der Bürgerbräufestsaal und der Münchner-Kindl-Keller erlebten im Herbst und Winter 1920/21 immer gewaltigere Massenversammlungen, und das Bild war immer dasselbe: *Kundgebungen der N. S. D. A. P. mußten schon damals meist vor Beginn wegen Überfüllung polizeilich gesperrt werden.*

*

Die Organisation unserer Ordnertruppe brachte eine sehr wichtige Frage zur Klärung. Die Bewegung besaß bis dorthin kein Parteizeichen und auch keine Parteiflagge. Das Fehlen solcher Symbole hatte nicht nur augenblickliche Nachteile, sondern war für die Zukunft unerträglich. Die Nachteile bestanden vor allem darin, daß den Parteigenossen jedes äußere Kennzeichen ihrer Zusammengehörigkeit fehlte, während es für die Zukunft nicht zu ertragen war, eines Zeichens entbehren zu müssen, das den Charakter eines Symbols der Bewegung besaß und als solches der Internationale entgegengesetzt werden konnte.

Welche Bedeutung aber einem solchen Symbol psychologisch zukommt, hatte ich schon in meiner Jugend öfter als einmal Gelegenheit zu erkennen und auch gefühlsmäßig zu

verstehen. Nach dem Kriege erlebte ich dann in Berlin eine Massenkundgebung des Marxismus vor dem Kgl. Schloß und Lustgarten. Ein Meer von roten Fahnen, roten Binden und roten Blumen gab dieser Kundgebung, an der schätzungsweise hundertzwanzigtausend Personen teilnahmen, ein schon rein äußerlich gewaltiges Ansehen. Ich konnte selbst fühlen und verstehen, wie leicht der Mann aus dem Volke dem suggestiven Zauber eines solchen grandios wirkenden Schauspiels unterliegt.

Das Bürgertum, das parteipolitisch überhaupt keine Weltanschauung vorstellt oder vertritt, hatte darum auch keine eigene Fahne. Es bestand aus „Patrioten" und lief demnach in den Farben des Reiches herum. Wären diese selbst das Symbol einer bestimmten Weltanschauung gewesen, dann hätte man es verstehen können, daß die Inhaber des Staates in dessen Flagge auch die Repräsentantin ihrer Weltanschauung erblickten, da ja das Symbol ihrer Weltanschauung durch ihre eigene Tätigkeit Staats- und Reichsflagge geworden war.

So verhielten sich die Dinge aber nicht.

Das Reich war ohne Zutun des deutschen Bürgertums gezimmert und die Flagge selbst aus dem Schoße des Krieges geboren worden. Somit war sie aber wirklich nur eine Staatsflagge und besaß keinerlei Bedeutung im Sinne einer besonderen weltanschaulichen Mission.

Nur an einer Stelle des deutschen Sprachgebietes war so etwas wie eine bürgerliche Parteifahne vorhanden, in Deutschösterreich. Indem ein Teil des dortigen nationalen Bürgertums die Farben der achtundvierziger Jahre, Schwarz-Rot-Gold, zu seiner Parteifahne erkoren hatte, schuf es ein Symbol, das, wenn auch weltanschaulich ohne jede Bedeutung, staatspolitisch dennoch revolutionären Charakter trug. *Die schärfsten Feinde dieser Fahne Schwarz-Rot-Gold waren damals — dies soll man heute nie vergessen — Sozialdemokraten und Christlichsoziale bzw. Klerikale.* Gerade sie haben damals diese Farben beschimpft und besudelt und beschmutzt, genau so wie sie

später, 1918, Schwarz-Weiß-Rot in die Gosse zogen. Allerdings war das Schwarz-Rot-Gold der deutschen Parteien des alten Österreichs die Farbe des Jahres 48, also einer Zeit, die phantastisch gewesen sein mochte, allein im einzelnen die ehrlichsten deutschen Seelen als Vertreter besaß, wenn auch unsichtbar im Hintergrunde der Jude als Drahtzieher stand. Mithin haben erst der Vaterlandsverrat und die schamlose Verschacherung von deutschem Volke und deutschem Gut diese Fahnen dem Marxismus und dem Zentrum so sympathisch gemacht, daß sie sie heute als höchstes Heiligtum verehren und eigene Banner zum Schutze der von ihnen einst bespienen Flagge gründen.

So stand bis zum Jahre 1920 tatsächlich dem Marxismus keine Fahne gegenüber, die weltanschaulich den polaren Gegensatz zu ihm verkörpert hätte. Denn wenn sich auch das deutsche Bürgertum in seinen besseren Parteien nach dem Jahre 1918 nicht mehr dazu bequemen wollte, die jetzt auf einmal entdeckte schwarzrotgoldene Reichsflagge als sein eigenes Symbol zu übernehmen, so hatte man selbst doch der neuen Entwicklung kein eigenes Programm für die Zukunft entgegenzusetzen, im besten Fall den Gedanken einer Rekonstruktion des vergangenen Reiches.

Und diesem Gedanken verdankt die schwarzweißrote Fahne des alten Reiches ihre Wiederauferstehung als Flagge unserer sogenannten nationalen bürgerlichen Parteien.

Daß nun das Symbol eines Zustandes, der vom Marxismus unter wenig rühmlichen Umständen und Begleiterscheinungen überwunden werden konnte, schlecht zum Zeichen taugt, unter welchem dieser gleiche Marxismus wieder vernichtet werden soll, liegt auf der Hand. So heilig und teuer diese alten einzig schönen Farben in ihrer jugendfrischen Zusammenstellung jedem anständigen Deutschen sein müssen, der unter ihnen gekämpft und das Opfer von so vielen gesehen hat, sowenig gilt

diese Fahne als Symbol für einen Kampf der Zukunft.

Ich habe immer, zum Unterschied von bürgerlichen Politikern, in unserer Bewegung den Standpunkt vertreten, daß es für die deutsche Nation ein wahres Glück sei, die alte Fahne verloren zu haben. Was die Republik unter ihrer Flagge macht, kann uns gleich bleiben. Aus tiefstem Herzen aber sollten wir dem Schicksal danken, daß es gnädig genug die ruhmvollste Kriegsflagge aller Zeiten davor bewahrt hat, als Bettuch der schmachvollsten Prostitution verwendet zu werden. Das heutige Reich, das sich und seine Bürger verkauft, dürfte niemals die schwarzweißrote Ehren- und Heldenfahne führen.

Solange die Novemberschande währt, mag sie auch ihre äußere Hülle tragen und nicht auch diese noch einer redlicheren Vergangenheit zu stehlen versuchen. Unsere bürgerlichen Politiker sollten es sich in das Gewissen rufen, daß, wer für diesen Staat die schwarzweißrote Flagge wünscht, einen Diebstahl an unserer Vergangenheit begeht. Die einstige Flagge paßte wirklich auch nur für das einstige Reich, genau so, wie, Gott sei Lob und Dank, die Republik sich die für sie passende wählte.

Das war auch der Grund, weshalb wir Nationalsozialisten im Aufziehen der alten Fahne kein ausdrucksvolles Symbol unserer eigenen Tätigkeit hätten erblicken können. Denn wir wollen ja nicht das alte, an seinen eigenen Fehlern zugrunde gegangene Reich wieder vom Tode erwecken, sondern einen neuen Staat erbauen.

Die Bewegung, die heute in diesem Sinne mit dem Marxismus kämpft, muß damit auch in ihrer Fahne schon das Symbol des neuen Staates tragen.

Die Frage der neuen Flagge, d. h. ihr Aussehen, beschäftigte uns damals sehr stark. Es kamen von allen Seiten Vorschläge, die allerdings meist besser gemeint als gut gelungen waren. Denn die neue Fahne mußte ebensosehr ein Symbol unseres eigenen Kampfes sein, weil sie andererseits auch von großer plakatmäßiger Wirkung sein sollte. Wer sich selbst viel mit der Masse zu beschäftigen hat, wird in all

diesen scheinbaren Kleinigkeiten doch sehr wichtige Angelegenheiten erkennen. Ein wirkungsvolles Abzeichen kann in Hunderttausenden von Fällen den ersten Anstoß zum Interesse an einer Bewegung geben.

Aus diesem Grunde mußten wir alle Vorschläge zurückweisen, unsere Bewegung durch eine weiße Fahne, wie dies von vielen Seiten vorgeschlagen wurde, mit dem alten Staat oder, richtiger, mit jenen schwächlichen Parteien zu indentifizieren, deren einziges politisches Ziel die Wiederherstellung vergangener Zustände ist. Außerdem ist Weiß keine mitreißende Farbe. Sie paßt für keusche Jungfrauenvereinigungen, aber nicht für umwälzende Bewegungen einer revolutionären Zeit.

Auch Schwarz kam in Vorschlag: An sich passend für die heutige Zeit, war in ihr aber keine irgendwie zu deutende Darstellung des Wollens unserer Bewegung gegeben. Endlich wirkt diese Farbe auch nicht mitreißend genug.

Weiß-Blau schied aus, trotz der ästhetisch wundervollen Wirkung, als Farbe eines deutschen Einzelstaates und einer leider nicht in bestem Rufe stehenden politischen Einstellung auf partikularistische Engherzigkeit. Im übrigen hätte man auch hier nur sehr schwer einen Hinweis auf unsere Bewegung finden können. Das gleiche galt für Schwarz-Weiß.

Schwarz-Rot-Gold kam an sich nicht in Frage.

Auch Schwarz-Weiß-Rot nicht, aus bereits erwähnten Gründen, jedenfalls nicht in der bisherigen Fassung. In der Wirkung steht diese Farbenzusammenstellung allerdings hoch über allen anderen erhaben. Es ist der strahlendste Akkord, den es gibt.

Ich selbst trat immer für die Beibehaltung der alten Farben ein, nicht nur weil sie mir als Soldat das Heiligste sind, das ich kenne, sondern weil sie auch in ihrer ästhetischen Wirkung meinem Gefühl weitaus am meisten entsprechen. Dennoch mußte ich die zahllosen Entwürfe, die damals aus den Kreisen der jungen Bewegung einliefen, und die meistens das Hakenkreuz in die alte Fahne hineingezeichnet hatten, ausnahmslos ablehnen. Ich selbst — als Führer — wollte nicht sofort mit meinem eigenen Entwurf

an die Öffentlichkeit treten, da es ja möglich war, daß ein anderer einen ebenso guten oder vielleicht auch besseren bringen würde. Tatsächlich hat ein Zahnarzt aus Starnberg auch einen gar nicht schlechten Entwurf geliefert, der übrigens dem meinen ziemlich nahekam, nur den einen Fehler hatte, daß das Hakenkreuz mit gebogenen Haken in eine weiße Scheibe hineinkomponiert war.

Ich selbst hatte unterdes nach unzähligen Versuchen eine endgültige Form niedergelegt; eine Fahne aus rotem Grundtuch mit einer weißen Scheibe und in deren Mitte ein schwarzes Hakenkreuz. Nach langen Versuchen fand ich auch ein bestimmtes Verhältnis zwischen der Größe der Fahne und der Größe der weißen Scheibe sowie der Form und Stärke des Hakenkreuzes.

Und dabei ist es dann geblieben.

In gleichem Sinne wurden nun sofort Armbinden für die Ordnungsmannschaften in Auftrag gegeben, und zwar eine rote Binde, auf der sich ebenfalls die weiße Scheibe mit schwarzem Hakenkreuz befindet.

Auch das Parteiabzeichen wurde nach gleichen Richtlinien entworfen: eine weiße Scheibe auf rotem Felde und in der Mitte das Hakenkreuz. Ein Münchner Goldschmied, Füß, lieferte den ersten verwendbaren und dann auch beibehaltenen Entwurf.

Im Hochsommer 1920 kam zum ersten Male die neue Flagge vor die Öffentlichkeit. Sie paßte vorzüglich zu unserer jungen Bewegung. So wie diese jung und neu war, war sie es auch. Kein Mensch hatte sie vorher je gesehen; sie wirkte damals wie eine Brandfackel. Wir selber empfanden alle eine fast kindliche Freude, als eine treue Parteigenossin den Entwurf zum ersten Male ausgeführt und die Fahne abgeliefert hatte. Schon wenige Monate später besaßen wir in München ein halbes Dutzend davon, und die immer mehr und mehr um sich greifende Ordnertruppe besonders trug dazu bei, das neue Symbol der Bewegung zu verbreiten.

Und ein Symbol ist dies wahrlich! Nicht nur, daß durch die einzigen, von uns allen heißgeliebten Farben,

die einst dem deutschen Volke soviel Ehre errungen hatten, unsere Ehrfurcht vor der Vergangenheit bezeugt wird, sie war auch die beste Verkörperung des Wollens der Bewegung. Als nationale Sozialisten sehen wir in unserer Flagge unser Programm. Im Rot sehen wir den sozialen Gedanken der Bewegung, im Weiß den nationalistischen, im Hakenkreuz die Mission des Kampfes für den Sieg des arischen Menschen und zugleich mit ihm auch den Sieg des Gedankens der schaffenden Arbeit, die selbst ewig antisemitisch war und antisemitisch sein wird.

Zwei Jahre später, als aus der Ordnertruppe schon längst eine viel tausend Mann umfassende Sturmabteilung geworden war, schien es nötig, dieser Wehrorganisation der jungen Weltanschauung noch ein besonderes Symbol des Sieges zu geben: die Standarte. Auch sie habe ich selbst entworfen und dann einem alten, treuen Parteigenossen, dem Goldschmiedemeister Gahr, zur Ausführung übergeben. Seitdem gehört die Standarte zu den Wahr- und Feldzeichen des nationalsozialistischen Kampfes.

*

Die Versammlungstätigkeit, die im Jahre 1920 sich immer mehr steigerte, führte endlich dazu, daß wir manche Woche sogar zwei Versammlungen abhielten. Vor unseren Plakaten stauten sich die Menschen, die größten Säle der Stadt waren immer gefüllt, und Zehntausende verführter Marxisten fanden den Weg zurück zu ihrer Volksgemeinschaft, um Kämpfer für ein kommendes, freies Deutsches Reich zu werden. Die Öffentlichkeit in München hatte uns kennengelernt. Man sprach von uns, und das Wort „Nationalsozialist“ wurde vielen geläufig und bedeutete schon ein Programm. Auch die Schar der Anhänger, ja selbst der Mitglieder begann ununterbrochen zu wachsen, so daß wir im Winter 1920/21 schon als starke Partei in München auftreten konnten.

Es gab damals außer den marxistischen Parteien keine Partei, vor allem keine nationale, die auf solche Massenkundgebung hätte hinweisen können wie wir. Der

fünftausend Menschen fassende Münchener-Kindl-Keller war öfter als einmal zum Brechen voll gewesen, und nur einen einzigen Raum gab es, an den wir uns noch nicht herangewagt hatten, und dies war der Zirkus Krone.

Ende Januar 1921 stiegen für Deutschland wieder schwere Sorgen auf. Das Pariser Abkommen, auf Grund dessen sich Deutschland zur Zahlung der wahnwitzigen Summe von hundert Milliarden Goldmark verpflichtete, sollte in der Form des Londoner Diktats Wirklichkeit werden.

Eine in München seit langem bestehende Arbeitsgemeinschaft sogenannter völkischer Verbände wollte aus diesem Anlaß zu einem größeren gemeinsamen Protest einladen. Die Zeit drängte sehr, und ich selbst war angesichts des ewigen Zauderns und Zögerns, gefaßte Beschlüsse auch zur Durchführung zu bringen, nervös. Man redete zuerst von einer Kundgebung am Königsplatz, unterließ dies aber wieder, da man Angst davor hatte, von den Roten auseinandergehauen zu werden, und projektierte eine Protestkundgebung vor der Feldherrnhalle. Allein auch davon kam man wieder ab und schlug endlich eine gemeinsame Versammlung im Münchener-Kindl-Keller vor. Unterdes war Tag für Tag vergangen, die großen Parteien hatten von dem furchtbaren Ereignis überhaupt keine Notiz genommen, und die Arbeitsgemeinschaft selber konnte sich nicht entschließen, endlich einen festen Termin für die beabsichtigte Kundgebung zu bestimmen.

Dienstag, den 1. Februar 1921, forderte ich dringlichst einen endgültigen Entscheid. Ich wurde vertröstet auf Mittwoch. Mittwoch verlangte ich nun unbedingt klare Auskunft, ob und wann die Versammlung stattfinden sollte. Die Antwort war wieder unbestimmt und ausweichend; es hieß, man „beabsichtige", die Arbeitsgemeinschaft für den Mittwoch in acht Tagen zu einer Kundgebung aufzubieten.

Damit war mir der Geduldsfaden gerissen, und ich beschloß, die Protestkundgebung nun allein durchzuführen. Mittwoch mittags diktierte ich in zehn Minuten das Plakat in die Schreibmaschine und ließ gleichzeitig den Zirkus

Krone für den nächsten Tag, Donnerstag, den 3. Februar, mieten.

Damals war dies ein unendlich großes Wagnis. Nicht nur, daß es fraglich schien, den riesenhaften Raum füllen zu können, lief man auch Gefahr, gesprengt zu werden.

Unsere Ordnertruppe war für diesen kolossalen Raum noch lange nicht ausreichend. Ich hatte auch keine richtige Vorstellung über die Art des möglichen Vorgehens im Falle einer Sprengung. Ich hielt es damals für viel schwieriger im Zirkusgebäude als in einem normalen Saal. Doch war dies, wie es sich dann herausstellte, gerade umgekehrt. In dem Riesenraum konnte man tatsächlich leichter einer Sprengtruppe Herr werden als in enggepferchten Sälen.

Sicher war nur eines: jeder Mißerfolg konnte uns auf sehr lange Zeit zurückwerfen. Denn eine einzige erfolgreiche Sprengung hätte unseren Nimbus mit einem Schlage zerstört und die Gegner ermutigt, das einmal Gelungene immer wieder zu versuchen. Das hätte zu einer Sabotage unserer ganzen weiteren Versammlungstätigkeit führen können, was erst nach vielen Monaten und nach schwersten Kämpfen zu überwinden gewesen wäre.

Wir hatten nur einen Tag Zeit, zu plakatieren, nämlich den Donnerstag selbst. Leider regnete es schon morgens und die Befürchtung schien begründet, ob unter solchen Umständen nicht viele Leute lieber zu Hause bleiben würden, statt bei Regen und Schnee in eine Versammlung zu eilen, bei der es möglicherweise Mord und Totschlag geben konnte.

Überhaupt bekam ich Donnerstagvormittag auf einmal Angst, der Raum könnte doch nicht voll werden (ich wäre damit ja auch vor der Arbeitsgemeinschaft der Blamierte gewesen), so daß ich nun schleunigst einige Flugblätter diktierte und in Druck gab, um sie nachmittags verbreiten zu lassen. Die enthielten natürlich die Aufforderung zum Besuch der Versammlung.

Zwei Lastkraftwagen, die ich mieten ließ, wurden in möglichst viel R o t eingehüllt, darauf ein paar unserer Fahnen gepflanzt und jeder mit fünfzehn bis zwanzig Par-

teigenossen besetzt; sie erhielten den Befehl, fleißig durch die Straßen der Stadt zu fahren, Flugblätter abzuwerfen, kurz, Propaganda für die Massenkundgebung am Abend zu machen. Es war zum erstenmal, daß Lastkraftwagen mit Fahnen durch die Stadt fuhren, auf denen sich keine Marxisten befanden. Das Bürgertum starrte daher den rot dekorierten und mit flatternden Hakenkreuzfahnen geschmückten Wagen mit offenen Mäulern nach, während in den äußeren Vierteln sich auch zahllose geballte Fäuste erhoben, deren Besitzer ersichtlich wutentbrannt schienen über die neueste „Provokation des Proletariats". Denn Versammlungen abzuhalten, hatte nur der Marxismus das Recht, genau so wie auf Lastkraftwagen herumzufahren.

Um sieben Uhr abends war der Zirkus noch nicht gut besetzt. Ich wurde alle zehn Minuten telephonisch verständigt, und war selbst ziemlich unruhig; denn um sieben Uhr oder ein Viertel nach sieben Uhr waren die anderen Säle meistens schon halb, ja oft schon fast voll gewesen. Allerdings klärte sich dies bald auf. Ich hatte nicht mit den riesigen Dimensionen des neuen Raumes gerechnet: tausend Personen ließen den Hofbräuhaussaal schon sehr schön besetzt erscheinen, während sie vom Zirkus Krone einfach verschluckt wurden. Man sah sie kaum. Kurze Zeit darauf kamen jedoch günstigere Meldungen, und um dreiviertel acht Uhr hieß es, daß der Raum zu drei Vierteln gefüllt sei und sehr große Massen vor den Kassenschaltern stünden. Daraufhin fuhr ich los.

Zwei Minuten nach acht Uhr kam ich vor dem Zirkus an. Es war noch immer eine Menschenmenge vor ihm zu sehen, zum Teil bloß Neugierige, auch viele Gegner darunter, die die Ereignisse außen abwarten wollten.

Als ich die mächtige Halle betrat, erfaßte mich die gleiche Freude wie ein Jahr vordem in der ersten Versammlung im Münchener Hofbräuhausfestsaal. Aber erst nachdem ich mich durch die Menschenmauern hindurchgedrückt und das hochgelegene Podium erreicht hatte, sah ich den Erfolg in seiner ganzen Größe. Wie eine Riesenmuschel lag dieser Saal vor mir, angefüllt mit Tausenden und Tausenden

von Menschen. Selbst die Manege war schwarz besetzt. Über fünftausendsechshundert Karten waren ausgegeben worden, und rechnete man die gesamte Zahl der Arbeitslosen, der armen Studenten und unsere Ordnungsmannschaften mit ein, so dürften etwa sechseinhalbtausend Personen dagewesen sein.

„Zukunft oder Untergang" lautete das Thema, und mir jubelte das Herz auf angesichts der Überzeugung, daß die Zukunft da unten vor mir lag.

Ich begann zu sprechen und redete gegen zweieinhalb Stunden, und das Gefühl sagte mir schon nach der ersten halben Stunde, daß die Versammlung ein großer Erfolg werden würde. Die Verbindung zu all diesen tausend einzelnen war hergestellt. Schon nach der ersten Stunde begann der Beifall in immer größeren spontanen Ausbrüchen mich zu unterbrechen, um nach zwei Stunden wieder abzuebben und in jene weihevolle Stille überzugehen, die ich später in diesem Raume so oft und oft erlebt habe und die jedem einzelnen wohl unvergeßlich bleiben wird. Man hörte dann kaum mehr als den Atemzug dieser Riesenmenge, und erst als ich das letzte Wort gesprochen, brandete es plötzlich auf, um in dem in höchster Inbrunst gesungenen „Deutschland"-Lied seinen erlösenden Abschluß zu finden.

Ich verfolgte es noch, wie sich langsam der Riesenraum zu leeren begann und ein ungeheures Menschenmeer durch den gewaltigen mittleren Ausgang fast zwanzig Minuten lang hinausdrängte. Erst dann verließ ich selbst, überglücklich, meinen Platz, um mich nach Hause zu begeben.

Von dieser ersten Versammlung im Zirkus Krone zu München wurden Aufnahmen gemacht. Sie zeigen besser als Worte die Größe der Kundgebung. Bürgerliche Blätter brachten Abbildungen und Notizen, erwähnten jedoch nur, daß es sich um eine „nationale" Kundgebung gehandelt hätte, verschwiegen aber in üblich bescheidener Weise die Veranstalter.

Damit waren wir zum ersten Male aus dem Rahmen einer gewöhnlichen Tagespartei weit hinausgetreten. Man

konnte jetzt nicht mehr an uns vorbeigehen. Um nun ja nicht den Eindruck aufkommen zu lassen, als handle es sich bei diesem Versammlungserfolg nur um eine Eintagsfliege, setzte ich augenblicklich für die kommende Woche zum zweiten Male eine Kundgebung im Zirkus an, und der Erfolg war derselbe. Wieder war der Riesenraum zum Brechen mit Menschenmassen gefüllt, so daß ich mich entschloß, in der kommenden Woche zum drittenmal eine Versammlung im gleichen Stil abzuhalten. Und zum drittenmal war der Riesenzirkus von unten bis oben gepreßt voll von Menschen.

Nach dieser Einleitung des Jahres 1921 steigerte ich die Versammlungstätigkeit in München noch mehr. Ich ging nun dazu über, nicht nur jede Woche eine, sondern manche Wochen zwei Massenversammlungen abzuhalten, ja, im Hochsommer und im Spätherbst wurden es manchmal drei. Wir versammelten uns nun immer im Zirkus und konnten zu unserer Genugtuung feststellen, daß alle unsere Abende den gleichen Erfolg brachten.

Das Ergebnis war eine immer steigende Anhängerzahl der Bewegung und eine große Zunahme der Mitglieder.

*

Solche Erfolge ließen natürlich auch unsere Gegner nicht ruhen. Nachdem sie, in ihrer Taktik immer schwankend, sich bald zum Terror und bald zum Totschweigen bekannten, konnten sie die Entwicklung der Bewegung, wie sie selbst erkennen mußten, weder mit dem einen noch mit dem anderen irgendwie hemmen. So entschlossen sie sich in einer letzten Anstrengung zu einem Terrorakt, um unserer weiteren Versammlungstätigkeit damit endgültig einen Riegel vorzuschieben.

Als äußeren Anlaß zu der Aktion benützte man ein höchst geheimnisvolles Attentat auf einen Landtagsabgeordneten namens Erhard Auer. Besagter Erhard Auer sollte abends von irgend jemand angeschossen worden sein. Das heißt, er war es nicht tatsächlich, aber es sei versucht worden, auf ihn zu schießen. Fabelhafte Geistesgegenwart sowie der

sprichwörtliche Mut des sozialdemokratischen Parteiführers hätten aber den frevelhaften Angriff nicht nur vereitelt, sondern die verruchten Täter selbst in schmählichste Flucht geschlagen. Sie waren so eilig und so weit geflohen, daß die Polizei auch später von ihnen nicht mehr die leiseste Spur erwischen konnte. Dieser geheimnisvolle Vorgang wurde von dem Organ der Sozialdemokratischen Partei in München nun benützt, um in maßlosester Weise gegen die Bewegung zu hetzen und darunter auch in altgewohnter Geschwätzigkeit anzudeuten, was demnächst kommen müsse. Es sei dafür gesorgt, daß unsere Bäume nicht in den Himmel wüchsen, sondern daß von proletarischen Fäusten nun rechtzeitig eingegriffen würde.

Und wenige Tage später war schon der Tag des Eingriffs da.

Eine Versammlung im Münchener Hofbräuhausfestsaal, in der ich selber sprechen sollte, war zur endgültigen Auseinandersetzung gewählt worden.

Am 4. 11. 21 erhielt ich nachmittags zwischen sechs und sieben Uhr die ersten positiven Nachrichten, daß die Versammlung unbedingt gesprengt werden würde, und daß man zu diesem Zweck besonders aus einigen roten Betrieben große Arbeitermassen in die Versammlung zu schicken beabsichtige.

Einem unglücklichen Zufall war es zuzuschreiben, daß wir diese Verständigung nicht schon früher bekamen. Wir hatten am selben Tage unsere alte ehrwürdige Geschäftsstelle in der Sterneckergasse in München aufgegeben und waren in eine neue übersiedelt, das heißt wir waren aus der alten fort, konnten aber in die neue nicht hinein, weil in ihr noch gearbeitet wurde. Da auch das Telephon in der einen abgerissen und in der zweiten noch nicht eingebaut war, sind an diesem Tage eine ganze Anzahl telephonischer Versuche, die beabsichtigte Sprengung uns mitzuteilen, vergeblich gewesen.

Dies hatte zur Folge, daß die Versammlung selbst nur durch sehr schwache Ordnertruppen geschützt war. Nur eine zahlenmäßig wenig starke Hundertschaft von ungefähr sechs-

undvierzig Köpfen war anwesend, der Alarmapparat aber noch nicht so ausgebaut, um abends im Verlauf von einer Stunde eine ausgiebige Verstärkung herbeizuholen. Dazu kam noch, daß ja derartige alarmierende Gerüchte schon unzählige Male uns zu Ohren gekommen waren, ohne daß dann irgend etwas Besonderes geschehen war. Der alte Spruch, daß angekündigte Revolutionen meist ausbleiben, hatte sich auch bei uns bis dahin noch immer als richtig erwiesen.

So geschah auch aus diesem Grunde vielleicht nicht alles, was an dem Tage hätte geschehen können, um mit brutalster Entschlossenheit einer Sprengung entgegenzukommen.

Endlich hielten wir den Münchener Hofbräuhausfestsaal für eine Sprengung als denkbar ungeeignet. Wir hatten sie mehr für die größten Säle befürchtet, besonders für den Zirkus. Insofern hat uns dieser Tag eine wertvolle Lehre gegeben. Wir haben später die ganzen Fragen, ich darf schon sagen, mit wissenschaftlicher Methodik studiert und sind zu Resultaten gekommen, die zum Teil ebenso unglaublich wie interessant waren und in der Folgezeit für die organisatorische und taktische Leitung unserer Sturmabteilungen von grundlegender Bedeutung wurden.

Als ich um dreiviertel acht Uhr in die Vorhalle des Hofbräuhauses kam, konnte allerdings ein Zweifel über die vorhandene Absicht nicht mehr bestehen. Der Saal war übervoll und deshalb polizeilich gesperrt worden. Die Gegner, die sehr früh erschienen waren, befanden sich im Saal und unsere Anhänger zum größten Teil draußen. Die kleine S.A. erwartete mich in der Vorhalle. Ich ließ die Türen zum großen Saal schließen und hieß dann die fünfundvierzig oder sechsundvierzig Mann antreten. Ich habe den Jungens vorgestellt, daß sie wahrscheinlich heute der Bewegung zum ersten Male auf Biegen oder Brechen die Treue halten müßten, und daß keiner von uns den Saal verlassen dürfe, außer sie trügen uns als Tote hinaus; ich würde selbst im Saale bleiben, glaubte nicht, daß mich auch nur einer von ihnen verlassen würde; erblickte ich aber selber einen, der sich als Feigling erweise, so würde ich ihm

persönlich die Binde herunterreißen und das Abzeichen fortnehmen. Dann forderte ich sie auf, beim geringsten Versuch zur Sprengung augenblicklich vorzugehen und dessen eingedenk zu sein, daß man am besten sich verteidigt, indem man selbst angreift.

Ein dreifaches Heil, das dieses Mal rauher und heiserer klang als sonst, war die Antwort.

Dann ging ich in den Saal hinein und konnte nun mit eigenen Augen die Lage überblicken. Sie saßen dick herinnen und suchten mich schon mit Augen zu durchbohren. Zahllose Gesichter waren mit verbissenem Haß mir zugewandt, während andere wieder, unter höhnischen Grimassen, sehr eindeutige Zurufe losließen. Man würde heute „Schluß machen mit uns", wir sollten auf unsere Gedärme achtgeben, man würde uns das Maul endgültig verstopfen, und was es solcher schöner Redensarten sonst noch gab. Sie waren sich ihrer Übermacht bewußt und fühlten sich danach.

Dennoch konnte die Versammlung eröffnet werden, und ich begann zu sprechen. Ich stand im Hofbräuhausfestsaal immer an einer der Längsfronten des Saales, und mein Podium war ein Biertisch. Ich befand mich also eigentlich mitten unter den Leuten. Vielleicht trug dieser Umstand dazu bei, um gerade in diesem Saale immer eine Stimmung entstehen zu lassen, wie ich sie sonst an keiner Stelle ähnlich wieder gefunden habe.

Vor mir, besonders links vor mir, saßen und standen lauter Gegner. Es waren durchaus robuste Männer und Burschen, zu einem großen Teil aus der Maffei-Fabrik, von Kustermann, aus den Isariazählerwerken usw. Der linken Saalwand entlang hatten sie sich bereits ganz dicht bis an meinen Tisch vorgeschoben und begannen nun Maßkrüge zu sammeln, d. h. sie bestellten immer wieder Bier und stellten die ausgetrunkenen Krüge unter den Tisch. Ganze Batterien entstanden so, und es hätte mich wundergenommen, wenn die Sache heute wieder gut ausgegangen wäre.

Nach ungefähr eineinhalb Stunden — solange konnte ich trotz aller Zwischenrufe sprechen — war es fast so, als ob ich Herr der Lage würde. Die Führer der Sprengtrupps

schienen dies selbst auch zu fühlen; denn sie wurden immer unruhiger, gingen öfter hinaus, kamen wieder herein und redeten sichtlich nervös auf ihre Leute ein.

Ein psychologischer kleiner Fehler, den ich in der Abwehr eines Zwischenrufes beging und der mir, kaum, daß ich das Wort aus dem Munde hatte, selbst zum Bewußtsein kam, gab das Signal zum Losschlagen.

Ein paar zornige Zwischenrufe, und ein Mann sprang plötzlich auf einen Stuhl und brüllte in den Saal hinein: „Freiheit!" Auf welches Signal hin die Freiheitskämpfer mit ihrer Arbeit begannen.

In wenigen Sekunden war der ganze Raum erfüllt von einer brüllenden und schreienden Menschenmenge, über die, Haubitzenschüssen ähnlich, unzählige Maßkrüge flogen; dazwischen das Krachen von Stuhlbeinen, das Zerplatschen der Krüge, Gröhlen und Johlen und Aufschreien.

Es war ein blödsinniger Spektakel.

Ich blieb auf meinem Platz stehen und konnte beobachten, wie restlos meine Jungens ihre Pflicht erfüllten.

Da hätte ich eine bürgerliche Versammlung sehen mögen!

Der Tanz hatte noch nicht begonnen, als auch schon meine Sturmtruppler, denn so hießen sie von diesem Tage an, angriffen. Wie Wölfe stürzten sie in Rudeln von acht oder zehn immer wieder auf ihre Gegner los und begannen sie nach und nach tatsächlich aus dem Saale zu dreschen. Schon nach fünf Minuten sah ich kaum mehr einen von ihnen, der nicht schon blutüberströmt gewesen wäre. Wie viele habe ich damals erst so recht kennengelernt; an der Spitze meinen braven Maurice, meinen heutigen Privatsekretär Heß und viele andere, die, selbst schon schwer verletzt, immer wieder angriffen, solange sie sich nur auf den Beinen halten konnten. Zwanzig Minuten lang dauerte der Höllenlärm, dann aber waren die Gegner, die vielleicht sieben- und achthundert Mann zählen mochten, von meinen nicht einmal fünfzig Mann zum größten Teil aus dem Saal geschlagen und die Treppen hinuntergejagt. Nur in der linken rückwärtigen Saalecke hielt sich noch ein großer Haufen und leistete erbittertsten Widerstand. Da fielen plötzlich vom Saaleingang

zum Podium her zwei Pistolenschüsse, und nun ging eine wilde Knallerei los. Fast jubelte einem doch wieder das Herz angesichts solcher Auffrischung alter Kriegserlebnisse.

Wer schoß, ließ sich von da ab nicht mehr unterscheiden; nur das eine konnte man feststellen, daß von dem Augenblick an sich die Wut meiner blutenden Jungens noch mächtig gesteigert hatte und endlich die letzten Störer, überwältigt, aus dem Saal hinausgetrieben wurden.

Es waren ungefähr fünfundzwanzig Minuten vergangen; der Saal selbst sah aus, als ob eine Granate eingeschlagen hätte. Viele meiner Anhänger wurden gerade verbunden, andere mußten weggefahren werden, allein wir waren die Herren der Lage geblieben. Hermann Esser, der an diesem Abend die Versammlungsleitung übernommen hatte, erklärte: „Die Versammlung geht weiter. Das Wort hat der Referent“, und ich sprach dann wieder.

Nachdem wir die Versammlung selbst schon geschlossen hatten, kam plötzlich ein aufgeregter Polizeileutnant hereingestürzt und krähte mit wildfuchtelnden Armen in den Saal hinein: „Die Versammlung ist aufgelöst.“

Unwillkürlich mußte ich über diesen Nachzügler der Ereignisse lachen; echt polizeiliche Wichtigtuerei. Je kleiner sie sind, um so größer müssen sie wenigstens scheinen.

Wir hatten an dem Abend wirklich viel gelernt, und auch unsere Gegner haben die Lehre, die sie ihrerseits empfangen hatten, nicht mehr vergessen.

Bis zum Herbst 1923 hat uns seitdem die „Münchener Post“ keine Fäuste des Proletariats mehr angekündigt.

8. Kapitel

Der Starke ist am mächtigsten allein

Ich habe im Vorhergehenden das Bestehen einer Arbeitsgemeinschaft deutschvölkischer Verbände erwähnt und möchte an dieser Stelle das Problem dieser Arbeitsgemeinschaften ganz kurz erörtern.

Im allgemeinen versteht man unter einer Arbeitsgemeinschaft eine Gruppe von Verbänden, die zur Erleichterung ihrer Arbeit in ein gewisses gegenseitiges Verhältnis treten, eine gemeinsame Führung von mehr oder minder großer Kompetenz wählen und nun gemeinsame Aktionen gemeinsam durchführen. Schon daraus geht hervor, daß es sich hierbei um Vereine, Verbände oder Parteien handeln muß, deren Ziele und Wege nicht zu weit auseinanderliegen. Es wird behauptet, dies sei auch immer der Fall. Es wirkt nun für den normalen Durchschnittsbürger ebenso erfreulich wie beruhigend, zu hören, daß solche Verbände endlich, indem sie sich in solcher „Arbeitsgemeinschaft" zusammenfinden, das „Gemeinsam-Verbindende" entdeckt haben und das „Trennende zurückstellen". Dabei herrscht die allgemeine Überzeugung, daß einer solchen Vereinigung dann eine enorme Kraftsteigerung zukomme, und daß die ansonst schwachen Grüppchen dadurch plötzlich zu einer Macht geworden seien.

Dies ist jedoch meistens falsch!

Es ist interessant und in meinen Augen zum besseren Verständnis dieser Frage wichtig, sich Klarheit darüber zu verschaffen, wieso es denn überhaupt zur Bildung von Verbänden, Vereinen oder dergleichen kommen kann, die alle behaupten, das gleiche Ziel verfolgen zu wollen. An und für sich wäre es doch logisch, daß ein Ziel auch nur von

einem Verband verfochten wird und daß vernünftigerweise nicht mehrere Verbände das gleiche Ziel verfechten. Ohne Zweifel war jenes Ziel zuerst nur von einem Verband ins Auge gefaßt worden. Ein Mann verkündet an irgendeiner Stelle eine Wahrheit, ruft zur Lösung einer bestimmten Frage auf, setzt ein Ziel und bildet eine Bewegung, die der Verwirklichung seiner Absicht dienen soll.

Es wird somit ein Verein oder eine Partei gegründet, die, je nach ihrem Programm, entweder die Beseitigung bestehender Mißstände oder die Erreichung eines besonderen Zustandes in der Zukunft herbeiführen soll.

Sowie einmal eine solche Bewegung ins Leben getreten ist, besitzt sie damit praktisch ein gewisses Prioritätsrecht. Es wäre nun eigentlich selbstverständlich, daß alle Menschen, die das gleiche Ziel wie sie zu verfechten gedenken, sich in eine solche Bewegung einfügen und deren Kraft dadurch stärken, um so der gemeinsamen Absicht besser dienen zu können. Besonders jeder geistig regsame Kopf müßte gerade in einer solchen Eingliederung die Voraussetzung zum wirklichen Erfolg gemeinsamen Ringens empfinden. Mithin müßte es vernünftigerweise und bei einer gewissen Redlichkeit (auf diese kommt, wie ich später nachweisen will, sehr viel an) für ein Ziel auch nur eine Bewegung geben.

Daß dem nicht so ist, kann zwei Ursachen zugeschrieben werden. Die eine davon möchte ich fast als eine tragische bezeichnen, während die zweite erbärmlich und in der menschlichen Schwäche selbst zu suchen ist. Im tiefsten Grund sehe ich aber in beiden nur Tatsachen, die geeignet sind, das Wollen an sich, die Energie und Intensität desselben zu steigern und durch diese Höherzüchtung menschlicher Tatkraft die Lösung des in Frage stehenden Problems endlich zu ermöglichen.

Die tragische Ursache, warum es bei der Lösung einer bestimmten Aufgabe meist nicht bei einem einzigen Verbande bleibt, ist folgende: Jede Tat großen Stils auf dieser Erde wird im allgemeinen die Erfüllung eines in Millionen Menschen schon längst vorhanden gewesenen Wun-

sches, einer im stillen von vielen gehegten Sehnsucht sein. Ja es kann vorkommen, daß Jahrhunderte sehnsuchtsvoll die Lösung einer bestimmten Frage herbeiwünschen, weil sie unter der Unerträglichkeit eines bestehenden Zustandes seufzen, ohne daß die Erfüllung dieses allgemeinen Sehnens in Erscheinung träte. Völker, die aus einer solchen Not überhaupt keine heroische Lösung mehr finden, kann man als impotent bezeichnen, während wir die Lebenskraft eines Volkes und die durch sie noch verbürgte Bestimmung zum Leben am schlagendsten dann bewiesen sehen, wenn ihm für die Befreiung aus einem großen Zwang, oder zur Beseitigung einer bitteren Not, oder zur Befriedigung seiner ruhelos, weil unsicher gewordenen Seele, vom Schicksal eines Tages der dafür begnadete Mann geschenkt wird, der endlich die lang ersehnte Erfüllung bringt.

Es liegt nun ganz im Wesen sogenannter großer Zeitfragen, daß sich an ihrer Lösung Tausende betätigen, daß viele sich berufen glauben, ja daß das Schicksal selbst verschiedene zur Wahl vorschlägt, um nun im freien Spiel der Kräfte dem Stärkeren, Tüchtigeren endgültig den Sieg zu geben und ihm die Lösung des Problems anzuvertrauen.

So mag es sein, daß Jahrhunderte, unzufrieden mit der Gestaltung ihres religiösen Lebens, sich nach einer Erneuerung sehnen, und daß aus diesem seelischen Drange heraus Dutzende und mehr Männer erstehen, die sich auf Grund ihrer Einsicht und ihres Wissens zur Lösung dieser religiösen Not berufen glauben, um als Propheten einer neuen Lehre oder wenigstens als Kämpfer gegen eine bestehende in Erscheinung zu treten.

Sicher wird auch hier, kraft natürlicher Ordnung, der Stärkste dazu bestimmt sein, die große Mission zu erfüllen; allein die Erkenntnis, daß eben dieser *eine* der ausschließlich Berufene sei, pflegt den anderen meistens erst sehr spät zu kommen. Sie sehen sich im Gegenteil alle als gleichberechtigt und berufen zur Lösung der Aufgabe an, und die Mitwelt vermag gewöhnlich am allerwenigsten zu unterscheiden, wer von ihnen — weil allein zum Höchsten befähigt — einzig ihre Unterstützung verdient.

So treten im Laufe von Jahrhunderten, ja oft innerhalb eines gleichen Zeitabschnittes verschiedene Männer auf, gründen Bewegungen, um Ziele zu verfechten, die, wenigstens behauptungsweise, die gleichen sind oder doch von der großen Masse als gleich empfunden werden. Das Volk selbst hegt wohl unbestimmte Wünsche und hat allgemeine Überzeugungen, ohne sich indes über das eigentliche Wesen des Zieles oder des eigenen Wunsches oder gar der Möglichkeit ihrer Erfüllung genau klar werden zu können.

Die Tragik liegt darin, daß jene Männer auf ganz verschiedenen Wegen einem gleichen Ziele zustreben, ohne sich zu kennen, und daher, im reinsten Glauben an ihre eigene Mission, sich für verpflichtet halten, ohne Rücksicht auf andere ihre eigenen Wege zu gehen.

Daß solche Bewegungen, Parteien, religiöse Gruppen vollkommen unabhängig voneinander, allein aus dem allgemeinen Zeitwollens heraus entstehen, um sich nach einer gleichen Richtung zu betätigen, ist das, was, wenigstens auf den ersten Blick, als tragisch erscheint, weil man allzusehr zu der Meinung neigt, die auf verschiedene Wege zerstreute Kraft könnte, auf einem einzigen zusammengefaßt, schneller und sicherer zum Erfolge führen. Dies ist aber nicht der Fall. Sondern die Natur selbst trifft in ihrer unerbittlichen Logik den Entscheid, indem sie die verschiedenen Gruppen miteinander in Wettbewerb treten und um die Siegespalme ringen läßt und die Bewegung ans Ziel führt, die den klarsten, nächsten und sichersten Weg gewählt hat.

Wie aber sollte die Richtigkeit oder Unrichtigkeit eines Weges von außen her bestimmt werden, wenn nicht dem Spiel der Kräfte freie Bahn gegeben, die letzte Bestimmung dem doktrinären Entscheid menschlicher Besserwisser entzogen und der untrügerischen Beweisführung des sichtbaren Erfolges überantwortet worden wäre, der schließlich der Richtigkeit einer Handlung immer die letzte Bestätigung geben wird!

Marschieren also verschiedene Gruppen auf getrennten

Wegen dem gleichen Ziele zu, so werden sie, soweit sie von dem Vorhandensein ähnlicher Bestrebungen Kenntnis genommen haben, die Art ihres Weges gründlicher überprüfen, denselben womöglich abkürzen und unter Anspannung ihrer äußersten Energie versuchen, das Ziel schneller zu erreichen.

So ergibt sich aus diesem Wettkampf eine Höherzüchtung des einzelnen Kämpfers, und die Menschheit hat ihre Erfolge nicht selten mit den Lehren zu verdanken, die aus dem Mißgeschick gescheiterter früherer Versuche gezogen wurden.

So können wir in der auf den ersten Blick tragisch erscheinenden Tatsache anfänglicher, ohne bewußtes Verschulden einzelner entstandener Zersplitterung das Mittel erkennen, durch welches schließlich das beste Verfahren erzielt wurde.

Wir sehen in der Geschichte, daß nach Anschauung der meisten die beiden Wege, welche dereinst zur Lösung der deutschen Frage einzuschlagen möglich waren und deren hauptsächlichste Repräsentanten und Verfechter Österreich und Preußen, Habsburg und Hohenzollern gewesen sind, von vornherein hätten zusammengelegt werden müssen; man hätte sich nach ihrer Ansicht dem einen oder dem anderen Weg in vereinigter Kraft anvertrauen sollen. Dann aber würde damals der Weg des zuletzt bedeutenderen Vertreters beschritten worden sein; die österreichische Absicht hätte jedoch niemals zu einem Deutschen Reich geführt.

Und nun erstand das Reich stärkster deutscher Einigkeit gerade aus dem, was Millionen Deutsche blutenden Herzens als letztes und furchtbarstes Zeichen unseres Bruderzwistes empfunden: die deutsche Kaiserkrone wurde in Wahrheit auf dem Schlachtfelde von Königgrätz geholt und nicht in den Kämpfen vor Paris, wie man nachträglich meinte.

So war die Gründung des Deutschen Reiches an sich

nicht das Ergebnis irgendeines gemeinsamen Wollens auf gemeinsamen Wegen, sondern vielmehr des Ergebnis bewußten, manchmal auch unbewußten Ringens nach der Hegemonie, aus welchem Ringen Preußen endlich als Sieger hervorging. Und wer nicht in parteipolitischer Verblendung der Wahrheit entsagt, der wird bestätigen müssen, daß die sogenannte Weisheit der Menschen niemals den gleichen weisen Entschluß gefaßt haben würde, wie ihn die Weisheit des Lebens, d. h. des freien Spiels der Kräfte, endlich Wirklichkeit hat werden lassen. Denn wer hätte in deutschen Landen vor zweihundert Jahren wohl ernstlich geglaubt, daß das Hohenzollernsche Preußen dereinst Keimzelle, Gründer und Lehrer des neuen Reiches sein würde und nicht Habsburg?! Wer wollte dagegen heute noch leugnen, daß das Schicksal so besser gehandelt hat; ja wer könnte sich heute überhaupt noch ein Deutsches Reich vorstellen, getragen von den Grundsätzen einer fauligen und verkommenen Dynastie?

Nein, die natürliche Entwicklung hat, wenn auch nach jahrhundertelangem Kampf, endlich doch den Besten auf *die* Stelle gebracht, auf die er gehörte.

Das wird immer so sein, wird ewig so bleiben, wie es bisher immer so war.

Deshalb ist es nicht zu beklagen, wenn sich verschiedene Leute auf den Weg begeben, um ans gleiche Ziel zu gelangen: Der Kräftigste und Schnellste wird auf solche Weise erkannt und wird Sieger werden.

Es gibt nun noch eine zweite Ursache dafür, warum im Völkerleben häufig Bewegungen scheinbar gleicher Art das scheinbar gleiche Ziel dennoch auf verschiedenen Wegen zu erreichen suchen. *Diese* Ursache ist nicht nur nicht tragisch, sondern sogar recht erbärmlich. Sie liegt in der traurigen Mischung von Neid, Eifersucht, Ehrgeiz und diebischer Gesinnung, die man leider in einzelnen Subjekten der Menschheit manchesmal vereinigt findet.

Sowie nämlich ein Mann auftritt, der die Not seines Volkes tief erkennt, und nun, nachdem er sich über das Wesen der Krankheit letzte Klarheit verschafft hat, ernst-

lich versucht, sie zu beheben, wenn er ein Ziel fixiert und den Weg gewählt hat, der zu diesem Ziele führen kann — dann werden sofort kleine und kleinste Geister aufmerksam und verfolgen nun eifrig das Tun dieses Mannes, der die Augen der Öffentlichkeit auf sich gezogen hat. Genau wie Sperlinge, die, scheinbar gänzlich uninteressiert, in Wirklichkeit aber dennoch aufs äußerste gespannt, einen glücklicheren Genossen, der ein Stückchen Brot gefunden hat, dauernd beobachten, um plötzlich in einem unbedachten Augenblick zu räubern, so auch diese Menschen. Es braucht einer nur sich auf einen neuen Weg zu begeben, so werden schon viele faule Herumlungerer stutzig und wittern irgendeinen lohnenden Bissen, der vielleicht am Ende dieses Weges liegen könnte. Sowie sie dann herausgebracht, wo er etwa zu finden ist, machen sie sich eifrig auf die Beine, um auf einem anderen, womöglich schnelleren Weg zum Ziele zu kommen.

Ist nun die neue Bewegung gegründet und hat sie ihr bestimmtes Programm empfangen, dann kommen jene Menschen und behaupten, dieses gleiche Ziel zu verfechten; doch beileibe nicht, indem sie sich redlich in die Reihen einer solchen Bewegung stellen und so die Priorität derselben anerkennen, sondern sie bestehlen das Programm und gründen darauf eine eigene neue Partei. Sie sind dabei unverschämt genug, der gedankenlosen Mitwelt zu versichern, daß sie schon lange vorher genau dasselbe gewollt hätten wie der andere, und nicht selten gelingt es ihnen, sich damit in günstiges Licht zu setzen, anstatt berechtigterweise der allgemeinen Verachtung zu verfallen. Denn ist es nicht eine große Unverfrorenheit, vorzugeben, die Aufgabe, die ein anderer auf seine Fahne geschrieben hat, auf die eigene zu schreiben, dessen programmatische Richtpunkte zu entlehnen, dann aber, als hätte e r dies alles geschaffen, seine eigenen Wege zu gehen? Die Unverfrorenheit zeigt sich aber besonders darin, daß dieselben Elemente, die zuerst durch ihre Neugründungen die Zersplitterung verursacht haben, erfahrungsgemäß am allermeisten von der Notwendigkeit der Einigkeit und Einheit reden, sobald sie zu bemerken

glauben, daß der Vorsprung des Gegners doch nicht mehr eingeholt werden kann.

Solchem Vorgang ist die sogenannte „völkische Zersplitterung“ zu verdanken.

Allerdings war die Bildung einer ganzen Reihe als völkisch bezeichneter Gruppen, Parteien usw. im Jahre 1918/19 von den Gründern gänzlich unverschuldet aus der natürlichen Entwicklung der Dinge heraus erfolgt. Aus ihnen allen hatte sich schon im Jahre 1920 die N.S.D.A.P. als Siegerin langsam herauskristallisiert. Die grundsätzliche Redlichkeit jener einzelnen Gründer konnte nun durch nichts glänzender bewiesen werden als durch den bei vielen wahrhaft bewundernswerten Entschluß, der stärkeren Bewegung die eigene, ersichtlich weniger erfolgreiche zum Opfer zu bringen, d. h. sie aufzulösen oder bedingungslos einzugliedern.

Dies gilt besonders für den Hauptkämpfer der damaligen Deutschsozialistischen Partei in Nürnberg, Julius Streicher. Die N.S.D.A.P. und die D.S.P. waren mit gleichen Schlußzielen, jedoch gänzlich unabhängig voneinander, entstanden. Hauptsächlichster Vorkämpfer der D.S.P. war, wie gesagt, der damalige Lehrer Julius Streicher in Nürnberg. Zunächst war auch er von der Mission und der Zukunft seiner Bewegung heilig überzeugt. Sowie er aber die größere Kraft und das stärkere Wachstum der N.S.D.A.P. klar und zweifelsfrei erkennen konnte, stellte er seine Tätigkeit für die D.S.P. und die Werkgemeinschaft ein und forderte seine Anhänger auf, sich der aus dem gegenseitigen Ringen siegreich hervorgegangenen N.S.D.A.P. einzuordnen und nun in ihren Reihen für das gemeinsame Ziel weiterzufechten. Ein persönlich ebenso schwerer als grundanständiger Entschluß.

Aus dieser ersten Zeit der Bewegung ist denn auch keinerlei Zersplitterung übriggeblieben, sondern fast durchwegs hat das ehrliche Wollen der damaligen Männer auch zum ehrlichen, geraden und richtigen Ende geführt. Das, was wir heute mit dem Wort „völkische Zersplitterung“ belegen, verdankt seine Existenz, wie schon betont, ausnahms-

los der zweiten der von mir angeführten Ursachen: Ehrgeizige Männer, die vordem nie eigene Gedanken, noch viel weniger eigene Ziele gehabt hatten, fühlten sich genau in dem Moment „berufen", in welchem sie den Erfolg der N.S.D.A.P. unleugbar reifen sahen.

Plötzlich entstanden Programme, die restlos von den unsern abgeschrieben waren, Ideen wurden verfochten, die man von uns entlehnt, Ziele aufgestellt, für die wir schon seit Jahren gekämpft, Wege gewählt, welche die N.S.D.A.P. schon längst beschritten hatte. Man versuchte mit allen Mitteln zu begründen, warum man diese neuen Parteien, trotz der längst bestehenden N.S.D.A.P., zu bilden gezwungen gewesen sei; allein, je edlere Motive man unterschob, um so unwahrer waren jene Phrasen.

In Wahrheit war ein einziger Grund maßgebend gewesen: der persönliche Ehrgeiz der Begründer, eine Rolle spielen zu wollen, zu der die eigene zwergenhafte Erscheinung von sich aus wirklich nichts mitbrachte als eine große Kühnheit, fremde Gedanken zu übernehmen, eine Kühnheit, die man im sonstigen bürgerlichen Leben als diebisch zu bezeichnen pflegt.

Es gab damals nichts an Vorstellungen und Ideen anderer, was ein solcher politischer Kleptomane nicht in kürzester Zeit für sein neues Geschäft angesammelt hätte. Die solches taten, waren aber dieselben Leute, die dann später tränenden Auges die „völkische Zersplitterung" tief beklagten und unausgesetzt von der „Notwendigkeit der Einheit" redeten, in der stillen Hoffnung, die anderen endlich doch so weit übertölpeln zu können, daß sie, des ewigen anklagenden Geschreies müde, zu den bisher gestohlenen Ideen auch noch die für deren Durchführung geschaffenen Bewegungen den Dieben hinwerfen würden.

Gelang ihnen dies jedoch nicht und hielt die Rentabilität der neuen Unternehmungen, dank der geringen geistigen Ausmaße ihrer Besitzer, nicht das, was man sich von ihr

versprochen hatte, dann pflegte man es allerdings billiger zu geben und war schon glücklich, wenn man in einer der sogenannten Arbeitsgemeinschaften landen konnte.

Alles, was damals nicht auf eigenen Beinen zu stehen vermochte, schloß sich zu solchen Arbeitsgemeinschaften zusammen; wohl von dem Glauben ausgehend, daß acht Lahme ineinander eingehängt, sicherlich einen Gladiator ergeben.

Befand sich aber unter den Lahmen wirklich ein Gesunder, dann brauchte er schon seine ganze Kraft, nur um die anderen auf den Beinen zu halten und wurde dadurch endlich selbst gelähmt.

Das Zusammengehen in sogenannten Arbeitsgemeinschaften haben wir immer als eine Frage der Taktik angesehen; doch dürfen wir uns dabei von folgender grundsätzlicher Erkenntnis niemals trennen:

Durch die Bildung einer Arbeitsgemeinschaft werden schwache Verbände niemals in kräftige verwandelt, wohl aber kann und wird ein kräftiger Verband durch sie nicht selten eine Schwächung erleiden. Die Meinung, daß aus der Zusammenstellung schwacher Gruppen sich ein Kraftfaktor ergeben müsse, ist unrichtig, da die Majorität in jeglicher Form und unter allen Voraussetzungen erfahrungsgemäß die Repräsentantin der Dummheit und der Feigheit sein wird und mithin jede Vielheit von Verbänden, sowie sie durch eine selbstgewählte mehrköpfige Leitung dirigiert wird, der Feigheit und Schwäche ausgeliefert ist. Auch wird durch solchen Zusammenschluß das freie Spiel der Kräfte unterbunden, der Kampf zur Auslese des Besten abgestellt und somit der notwendige und endgültige Sieg des Gesünderen und Stärkeren für immer verhindert. Es sind also derartige Zusammenschlüsse Feinde der

natürlichen Entwicklung, denn meist hindern sie die Lösung des Problems, für das gekämpft wird, weit mehr, als sie sie fördern.

Es kann vorkommen, daß aus rein taktischen Erwägungen heraus die oberste Leitung einer Bewegung, die in die Zukunft sieht, dennoch mit ähnlichen Verbänden über die Behandlung bestimmter Fragen auf ganz kurze Zeit eine Einigung eingeht und vielleicht auch gemeinsame Schritte unternimmt. Allein dies darf nie zur Verewigung solchen Zustandes führen, will nicht die Bewegung selbst damit auf ihre erlösende Mission Verzicht leisten. Denn hat sie sich erst endgültig in einer solchen Vereinigung verstrickt, verliert sie die Möglichkeit und auch das Recht, im Sinne einer natürlichen Entwicklung ihre eigene Kraft sich voll auswirken zu lassen, so die Rivalen zu überwinden und als Siegerin das gesteckte Ziel zu erreichen.

Man vergesse niemals, daß alles wirklich Große auf dieser Welt nicht erkämpft wurde von Koalitionen, sondern daß es stets der Erfolg eines einzelnen Siegers war. Koalitionserfolge tragen schon durch die Art ihrer Herkunft den Keim zu künftigem Abbröckeln, ja zum Verlust des schon Erreichten. Große, wahrhaft weltumwälzende Revolutionen geistiger Art sind überhaupt nur denkbar und zu verwirklichen als Titanenkämpfe von Einzelgebilden, niemals aber als Unternehmen von Koalitionen.

So wird auch vor allem der völkische Staat niemals geschaffen werden durch das kompromißhafte Wollen einer völkischen Arbeitsgemeinschaft, sondern nur durch den stahlharten Willen einer einzigen Bewegung, die sich durchgerungen hat gegen alle.

9. Kapitel

Grundgedanken über Sinn und Organisation der S.A.

Die Stärke des alten Staates ruhte auf drei Säulen: der monarchischen Staatsform, dem Verwaltungskörper und dem Heer. Die Revolution des Jahres 1918 hat die Staatsform beseitigt, das Heer zersetzt und den Verwaltungskörper der Parteikorruption ausgeliefert. Damit sind aber die wesentlichsten Stützen einer sogenannten Staatsautorität zerschlagen worden. Diese beruht an sich fast immer auf den drei Elementen, die grundsätzlich jeder Autorität zugrunde liegen.

Das erste Fundament zur Bildung von Autorität bietet stets die Popularität. Eine Autorität jedoch, die allein auf diesem Fundamente ruht, ist noch äußerst schwach, unsicher und schwankend. Jeder Träger einer solchen rein auf Popularität fußenden Autorität muß deshalb trachten, die Grundlage dieser Autorität zu verbessern und zu sichern durch Bildung von Macht. *In der Macht also, in der Gewalt, sehen wir die zweite Grundlage jeder Autorität.* Sie ist bereits wesentlich stabiler, sicherer, durchaus aber nicht immer kraftvoller als die erste. *Vereinen sich Popularität und Gewalt und vermögen sie gemeinsam eine gewisse Zeit zu überdauern, dann kann eine Autorität auf noch festerer Grundlage erstehen, die Autorität der Tradition. Wenn endlich Popularität, Kraft und Tradition sich verbinden, darf eine Autorität als unerschütterlich betrachtet werden.*

Durch die Revolution ist dieser letzte Fall vollständig ausgeschaltet worden. Ja, es gab nicht einmal mehr eine Autorität der Tradition. Mit dem Zusammenbruch des alten Reiches, der Beseitigung der alten Staatsform, der Vernichtung der ehemaligen Hoheitszeichen und Reichssymbole ist die Tradition jäh abgerissen worden. Die Folge davon war die schwerste Erschütterung der Staatsautorität.

Selbst die zweite Säule der Staatsautorität, die Gewalt, war nicht mehr vorhanden. Um überhaupt die Revolution durchführen zu können, war man gezwungen gewesen, die Verkörperung der organisierten Kraft und Gewalt des Staates, nämlich das Heer, zu zersetzen; ja, man mußte die zerfressenen Teile der Armee selbst als revolutionäre Kampfelemente verwenden. Wenn auch die Frontarmeen dieser Zersetzung in nicht einheitlichem Maße anheimgefallen waren, so wurden sie doch, je mehr sie die ruhmvollen Stätten ihres viereinhalbjährigen heldenhaften Ringens hinter sich ließen, von der Säure der Desorganisation der Heimat angefressen und endeten, in den Demobilmachungsorganisationen angekommen, ebenfalls im Durcheinander des sogenannten freiwilligen Gehorsams der Soldatenratsepoche.

Auf diese meuternden, den Heeresdienst im Sinne einer achtstündigen Arbeitszeit auffassenden Soldatenhaufen konnte man allerdings keine Autorität mehr stützen. Damit war das zweite Element, dasjenige, das die Festigkeit der Autorität erst verbürgt, auch beseitigt, und die Revolution besaß eigentlich nur mehr das ursprünglichste, die Popularität, um ihre Autorität darauf aufzubauen. Gerade diese Grundlage war aber eine außerordentlich unsichere. Wohl gelang der Revolution mit einem einzigen gewaltigen Anhieb die Zerschmetterung des alten Staatsgebäudes, allein im tiefsten Grunde doch nur, weil das normale Gleichgewicht innerhalb der Struktur unseres Volkes durch den Krieg schon beseitigt worden war.

Jeder Volkskörper kann in drei große Klassen gegliedert werden: in ein Extrem des besten Menschentums auf der einen Seite, gut im Sinne aller Tugenden, besonders aus-

gezeichnet durch Mut und Opferfreudigkeit, andererseits ein Extrem des schlechtesten Menschenauswurfs, schlecht im Sinne des Vorhandenseins aller egoistischen Triebe und Laster. Zwischen beiden Extremen liegt als dritte Klasse die große, breite mittlere Schicht, in der sich weder strahlendes Heldentum noch gemeinste Verbrechergesinnung verkörpert.

Zeiten des Emporstiegs eines Volkskörpers zeichnen sich aus, ja existieren nur durch die absolute Führung des extrembesten Teiles.

Zeiten einer normalen, gleichmäßigen Entwicklung oder eines stabilen Zustandes zeichnen sich aus und bestehen durch das ersichtliche Dominieren der Elemente der Mitte, wobei die beiden Extreme sich gegenseitig die Waage halten, beziehungsweise sich aufheben.

Zeiten des Zusammenbruchs eines Volkskörpers werden bestimmt durch das vorherrschende Wirken der schlechtesten Elemente.

Bemerkenswert ist aber dabei, daß die breite Masse, als die Klasse der Mitte, wie ich sie bezeichnen will, nur dann fühlbar in Erscheinung tritt, wenn die beiden Extreme selbst sich in gegenseitigem Ringen binden, daß sie aber im Falle des Sieges eines der Extreme sich stets dem Sieger willfährig unterordnet. Im Falle des Dominierens der Besten wird die breite Masse diesen folgen, im Falle des Emporkommens der Schlechtesten wird sie ihnen mindestens keinen Widerstand entgegensetzen; denn kämpfen wird die Masse der Mitte selber niemals.

Der Krieg hat nun in seinem viereinhalbjährigen blutigen Geschehen das innere Gleichgewicht dieser drei Klassen insofern gestört, als man — bei Anerkennung aller Opfer der Mitte — dennoch feststellen muß, daß er zu einer fast vollständigen Ausblutung des Extrems des besten Menschentums führte. Denn was in diesen viereinhalb Jahren

an unersetzlichem deutschem Heldenblut vergossen wurde, ist wirklich ungeheuer. Man summiere alle die Hunderttausende von Einzelfällen zusammen, in denen es immer wieder hieß: Freiwillige vor die Front, freiwillige Patrouillengänger, freiwillige Meldegänger, Freiwillige für Telephontrupps, Freiwillige für Brückenübergänge, Freiwillige für U-Boote, Freiwillige für Flugzeuge, Freiwillige für Sturmbataillone usw. — immer und immer wieder durch viereinhalb Jahre hindurch bei tausend Anlässen Freiwillige und wieder Freiwillige —, und man sieht stets das gleiche Ergebnis: Der bartlose Jüngling oder der reife Mann, beide von glühender Vaterlandsliebe, von großem persönlichem Mut oder höchstem Pflichtbewußtsein erfüllt, sie meldeten sich. Zehntausende, ja hunderttausend solcher Fälle kamen vor, allmählich wurde dieses Menschentum immer dünner und dünner. Was nicht fiel, ward entweder zu Krüppeln zerschossen oder verkrümelte sich allmählich infolge der Kleinheit der übriggebliebenen Zahl. Man bedenke aber vor allem, daß das Jahr 1914 ganze Armeen aus sogenannten Freiwilligen aufstellte, die, dank der verbrecherischen Gewissenlosigkeit unserer parlamentarischen Taugenichtse, keine gültige Friedensausbildung erhalten hatten, und so nun als wehrloses Kanonenfutter dem Feinde preisgegeben waren. Die vierhunderttausend, die damals in den Kämpfen in Flandern fielen oder zu Krüppeln wurden, konnten nicht mehr ersetzt werden. Ihr Verlust war mehr als das Ausscheiden einer bloßen Zahl. Durch ihren Tod schnellte die Waage, auf der guten Seite zu wenig beschwert, in die Höhe, und schwerer wogen nun als früher die Elemente der Gemeinheit, der Niedertracht und der Feigheit, kurz die Masse des Extrems des Schlechten.

Denn noch eins kam dazu:

Nicht nur, daß auf den Schlachtfeldern das Extrem des Besten in der ungeheuerlichsten Weise durch die viereinhalb Jahre hindurch gelichtet worden war, das Extrem des Schlechten hatte sich in der wundervollsten Art unterdessen konserviert. Sicherlich traf auf jeden sich freiwillig melden-

den Helden, der nach heiligem Opfertod dann die Stufen nach Walhall emporstieg, ein Drückeberger, der sehr vorsichtig dem Tode den Rücken kehrte, um sich statt dessen mehr oder weniger nützlich in der Heimat zu betätigen.

So ergibt das Ende des Krieges folgendes Bild: Die mittlere breite Schicht der Nation hat ihren Zoll an pflichtgemäßen Blutopfern gebracht; das Extrem der Besten hat sich in vorbildlichem Heldentum fast restlos aufgeopfert; das Extrem der Schlechten, unterstützt durch unsinnigste Gesetze einerseits und durch die Nichtanwendung der Kriegsartikel andererseits, ist leider ebenso restlos erhalten geblieben.

Dieser wohlkonservierte Abschaum unseres Volkskörpers hat dann die Revolution gemacht, und er konnte sie nur machen, weil das Extrem bester Elemente ihm nicht mehr gegenüberstand: — es war nicht mehr am Leben.

Damit aber war die deutsche Revolution von vornherein nur eine bedingt populäre Sache. Nicht das deutsche Volk an sich hat diese Kainstat verbrochen, sondern das lichtscheue Gesindel seiner Deserteure, Zuhälter usw.

Der Mann der Front, er begrüßte das Ende des blutigen Ringens, war glücklich, die Heimat wieder betreten zu können, Weib und Kind wieder sehen zu dürfen. Allein mit der Revolution selbst hatte er innerlich nichts zu tun; er liebte sie nicht und noch viel weniger liebte er ihre Erreger und Organisatoren. In den viereinhalb Jahren schwersten Kampfes hatte er die Parteihyänen vergessen, und ihr ganzer Hader war ihm fremd geworden.

Nur bei einem kleinen Teil des deutschen Volkes war die Revolution wirklich populär gewesen: nämlich bei jener Klasse ihrer Helfer, die den Rucksack als das Erkennungszeichen aller Ehrenbürger dieses neuen Staates gewählt hatten. Sie liebten Revolution nicht um ihrer selbst willen, wie so manche irrtümlich heute noch glauben, sondern wegen ihrer Folgen.

Allein auf die Popularität bei diesen marxistischen Freibeutern ließ sich wahrlich nur schwer eine Autorität

dauernd stützen. Und doch brauchte gerade die junge Republik Autorität um jeden Preis, wollte sie nicht nach einem kurzen Chaos von einer sich aus den letzten Elementen der guten Seite unseres Volkes zusammenschließenden Vergeltungsmacht plötzlich wieder verschlungen werden.

Sie fürchteten damals nichts mehr, jene Träger des Umsturzes, als im Strudel ihrer eigenen Wirrnis selber jeden Boden zu verlieren und plötzlich von einer ehernen Faust, wie sie in solchen Zeitläuften öfter als einmal aus dem Leben der Völker herauswächst, gefaßt und auf einen anderen Boden gestellt zu werden. Die Republik mußte sich um jeden Preis konsolidieren.

So war sie fast augenblicklich gezwungen, neben der schwankenden Säule ihrer schwachen Popularität sich wieder eine Organisation der Gewalt zu schaffen, um auf ihr eine festere Autorität begründen zu können.

Als die Matadoren der Revolution in den Tagen des Dezembers, Januars, Februars 1918/19 den Boden unter den Füßen wanken fühlten, hielten sie Umschau nach Menschen, die bereit sein würden, die schwache Position, die ihnen die Liebe ihres Volkes bot, durch die Gewalt der Waffe zu stärken. Die „antimilitaristische" Republik brauchte Soldaten. Da aber die erste und einzige Stütze ihrer Staatsautorität — nämlich ihre Popularität — nur in einer Gesellschaft von Zuhältern, Dieben, Einbrechern, Deserteuren, Drückebergern usw. wurzelte, also in jenem Teil des Volkes, den wir als das Extrem des Schlechten bezeichnen müssen, war alles Werben nach Menschen, die das eigene Leben im Dienste des neuen Ideals zu opfern bereit waren, in diesen Kreisen vergebliche Liebesmühe gewesen. *Die tragende Schicht des revolutionären Gedankens und der Durchführung der Revolution war weder fähig noch bereit, die Soldaten zum Schutze derselben zu stellen. Denn diese Schicht wollte keineswegs die Organisation eines republikanischen Staatskörpers, sondern die Desorganisationen des vor-*

handenen zur besseren Befriedigung ihrer Instinkte. Ihre Parole hieß nicht: Ordnung und Ausbau der deutschen Republik, als vielmehr: Ausplünderung derselben.

So mußte der Schrei nach Hilfe, den die Volksbeauftragten damals in tausend Ängsten ausstießen, in dieser Schicht ungehört verhallen, ja im Gegenteil Abwehr und Verbitterung auslösen. Denn man empfand in einem solchen Beginnen einen Bruch von Treu und Glauben, witterte man doch in der Bildung einer nicht mehr allein auf ihrer Popularität fußenden, sondern durch Macht gestützten Autorität den Beginn des Kampfes gegen das für diese Elemente allein Maßgebliche der Revolution: gegen das Recht auf Diebstahl und zuchtlose Herrschaft einer aus den Mauern der Zuchthäuser ausgebrochenen und von ihren Ketten befreiten Horde von Dieben und Plünderern, kurz schlechtem Gesindel.

Die Volksbeauftragten mochten rufen soviel sie wollten, es kam niemand aus ihren Reihen, und nur der Gegenruf „Verräter" gab ihnen die Auffassung jener Träger ihrer Popularität kund.

Damals fanden sich zum ersten Male zahlreiche junge Deutsche bereit, im Dienste der „Ruhe und Ordnung", wie sie meinten, noch einmal den Soldatenrock zuzuknöpfen, Karabiner und Gewehr über die Schulter zu nehmen, um mit angezogenem Stahlhelm den Destrukteuren der Heimat entgegenzutreten. Als freiwillige Soldaten schlossen sie sich in freie Korps zusammen und begannen, während sie die Revolution grimmig haßten, dieselbe Revolution zu beschützen und dadurch praktisch zu festigen.

Im besten Glauben handelten sie so.

Der wirkliche Organisator der Revolution und ihr tatsächlicher Drahtzieher, der internationale Jude, hatte damals die Situation richtig abgeschätzt. Das deutsche Volk

war noch nicht reif, um in den bolschewistischen Blutsumpf hineingezerrt werden zu können, wie dies in Rußland gelang. Es lag dies zum großen Teil an der rassisch immer noch größeren Einheit zwischen deutscher Intelligenz und deutschem Handarbeiter. Weiter in der großen Durchdringung selbst breitester Volksschichten mit Bildungselementen, wie dies ähnlich nur in den anderen westeuropäischen Staaten der Fall ist, in Rußland jedoch vollkommen fehlte. Dort war schon die Intelligenz selbst größtenteils nichtrussischer Nationalität oder wenigstens nichtslawischen Rassecharakters. Die dünne intellektuelle Oberschicht des damaligen Rußlands konnte jederzeit abgehoben werden infolge des vollkommenen Fehlens verbindender Zwischenbestandteile zur Masse des großen Volkes. Das geistige und auch das moralische Niveau dieser letzteren aber war dort entsetzlich tief.

Sowie es in Rußland gelang, den ungebildeten, nicht lesen- und nicht schreibenkönnenden Haufen in der breiten Masse gegen die mit ihm in keinerlei Beziehung und Verbindung stehende dünne intellektuelle Oberschicht zu hetzen, war das Schicksal dieses Landes entschieden, die Revolution gelungen; der russische Analphabet war damit zum wehrlosen Sklaven seiner jüdischen Diktatoren gemacht, die ihrerseits allerdings klug genug waren, diese Diktatur von der Phrase der „Volksdiktatur“ tragen zu lassen.

In Deutschland kam noch folgendes dazu: So sicher die Revolution nur infolge der allmählichen Zersetzung des Heeres gelingen konnte, so sicher war der wirkliche Träger der Revolution und Zersetzer des Heeres nicht der Soldat der Front gewesen, sondern das mehr oder weniger lichtscheue Gesindel, das sich entweder in den Heimatgarnisonen herumtrieb oder als „unabkömmlich“ irgendwo in der Wirtschaft Dienste verrichtete. Verstärkt wurde diese Armee noch durch Zehntausende von Deserteuren, die ohne besonderes Risiko der Front den Rücken kehren konnten. Der wirkliche Feigling scheut zu allen Zeiten natürlich nichts mehr als den Tod. Den Tod aber hatte er an der Front Tag für Tag in tausendfältigen Erscheinungen vor

Augen. Will man schwache, schwankende oder gar feige Burschen nichtsdestoweniger zu ihrer Pflicht anhalten, dann gibt es von jeher nur eine Möglichkeit: Es muß der Deserteur wissen, daß seine Desertion gerade das mit sich bringt, was er fliehen will. An der Front **kann** man sterben, als Deserteur **muß** man sterben. Nur durch solch eine drakonische Bedrohung jedes Versuches zur Fahnenflucht kann eine abschreckende Wirkung nicht nur für den einzelnen, sondern auch für die Gesamtheit erzielt werden.

Und hier lagen Sinn und Zweck der Kriegsartikel.

Es war ein schöner Glaube, den großen Kampf um das Dasein eines Volkes durchfechten zu können, lediglich gestützt auf die aus der Erkenntnis der Notwendigkeit heraus geborene und erhaltene freiwillige Treue. Die freiwillige Pflichterfüllung hat immer die Besten in ihrem Handeln bestimmt; nicht aber den Durchschnitt. Darum sind derartige Gesetze notwendig, wie zum Beispiel die gegen Diebstahl, die ja nicht für die grundsätzlich Ehrlichen geschaffen wurden, sondern für die wankelmütigen, schwachen Elemente. Solche Gesetze sollen durch die Abschreckung der Schlechten verhindern, daß sich ein Zustand entwickle, in dem endlich der Ehrliche als der Dümmere betrachtet würde, und mithin immer mehr zu der Anschauung käme, daß es zweckmäßiger sei, sich ebenfalls am Diebstahl zu beteiligen, als mit leeren Händen zuzusehen oder gar sich bestehlen zu lassen.

So war es falsch zu glauben, daß man in einem Kampf, der aller menschlichen Voraussicht nach jahrelang toben konnte, der Hilfsmittel würde entbehren können, die die Erfahrung vieler Jahrhunderte, ja Jahrtausende als diejenigen erscheinen ließ, die in ernsten Zeiten und Augenblicken schwerster Nervenbeanspruchung schwache und unsichere Menschen zur Erfüllung ihrer Pflicht zu zwingen vermögen.

Für den kriegsfreiwilligen Helden brauchte man selbst-

verständlich keine Kriegsartikel, wohl aber für den feigen Egoisten, der in der Stunde der Not seines Volkes sein Leben höher schätzt als das der Gesamtheit. Solch ein charakterloser Schwächling aber kann nur durch Anwendung der härtesten Strafe abgehalten werden, seiner Feigheit nachzugeben. Wenn Männer dauernd mit dem Tode ringen und durch Wochen ruhelos in schlammgefüllten Trichtern, bei manchesmal schlechtester Verpflegung auszuharren haben, kann der unsicher werdende Kantonist nicht durch Drohung mit Gefängnis oder selbst Zuchthaus bei der Stange gehalten werden, sondern allein durch rücksichtslose Anwendung der Todesstrafe. Denn er sieht erfahrungsgemäß in solcher Zeit das Gefängnis als einen immer noch tausendmal angenehmeren Ort an als das Schlachtfeld, sintemalen im Gefängnis doch wenigstens sein unschätzbares Leben nicht bedroht wird. Daß man im Kriege aber praktisch die Todesstrafe ausschaltete, die Kriegsartikel also in Wirklichkeit außer Kurs setzte, hat sich entsetzlich gerächt. Eine Armee von Deserteuren ergoß sich, besonders im Jahre 1918, in Etappe und Heimat und half mit, jene große, verbrecherische Organisation zu bilden, die wir dann als die Macherin der Revolution nach dem 7. November 1918 plötzlich vor uns sahen.

Die Front selbst hatte damit eigentlich nichts zu tun. Nur Sehnsucht nach Frieden haben ihre Angehörigen natürlich alle empfunden. Allein gerade in dieser Tatsache lag eine außerordentliche Gefahr für die Revolution. Denn als sich nach dem Waffenstillstand die deutschen Armeen der Heimat zu nähern begannen, da war die bange Frage der damaligen Revolutionäre immer nur die gleiche: *Was werden die Fronttruppen machen! Werden die Feldgrauen das dulden?*

In diesen Wochen mußte die Revolution in Deutschland wenigstens *äußerlich* gemäßigt erscheinen, wenn sie nicht Gefahr laufen wollte, von einigen deutschen Divisionen plötzlich blitzschnell zusammengehauen zu werden. *Denn wenn damals auch nur ein einziger Divisionär den Entschluß gefaßt hätte, mit*

seiner ihm treu ergebenen Division die roten Fetzen herunterzuholen und die „Räte“ an die Wand stellen zu lassen, etwaigen Widerstand aber mit Minenwerfern und Handgranaten zu brechen, so würde diese Division in noch nicht einmal vier Wochen zu einer Armee von sechzig Divisionen angeschwollen sein. Davor zitterten die jüdischen Drahtzieher mehr als vor irgend etwas anderem. Und gerade, um dies zu verhindern, mußte man der Revolution eine gewisse Mäßigung auferlegen, sie durfte nicht in Bolschewismus ausarten, sondern mußte, wie die Dinge nun einmal lagen, „Ruhe und Ordnung“ heucheln. Daher die zahlreichen großen Konzessionen, der Appell an den alten Beamtenkörper, an die alten Armeeführer. Man brauchte sie wenigstens noch eine gewisse Zeit, und erst als die Mohren ihre Schuldigkeit getan hatten, konnte man wagen, ihnen die gebührenden Fußtritte zu versetzen und die Republik aus den Händen der alten Staatsdiener zu nehmen und den Klauen der Revolutionsgeier auszuliefern.

Nur so durfte man hoffen, alte Generale und alte Staatsbeamte zu düpieren, um einen eventuellen Widerstand derselben durch die anscheinende Harmlosigkeit und Milde des neuen Zustandes von vornherein zu entwaffnen.

Wie sehr dies gelungen ist, hat die Praxis gezeigt.

Allein die Revolution war nicht gemacht worden von Elementen der Ruhe und Ordnung, als vielmehr von solchen des Aufruhrs, des Diebstahls und der Plünderung. Und diesen war weder die Entwicklung der Revolution dem eigenen Wollen entsprechend, noch konnte ihnen aus taktischen Gründen der Verlauf erläutert und mundgerecht gemacht werden.

Mit der allmählichen Zunahme der Sozialdemokratie hatte diese immer mehr den Charakter einer brutalen Revolutionspartei verloren. Nicht, als ob sie gedanklich je einem anderen Ziele als dem der Revolution gehuldigt, oder ihre Führer je andere Absichten gehabt hätten; durch-

aus nicht. Allein, was endlich übrigblieb, war nur noch die Absicht und ein zur Ausführung derselben nicht mehr passender Körper. Mit einer Zehnmillionenpartei kann man keine Revolution mehr machen. In einer solchen Bewegung hat man nicht länger ein Extrem der Aktivität vor sich, sondern die breite Masse der Mitte, also die Trägheit.

In dieser Erkenntnis fand noch während des Krieges die berühmte Spaltung der Sozialdemokratie durch den Juden statt, d. h.: Während sich die sozialdemokratische Partei, entsprechend der Trägheit ihrer Masse, wie ein Bleigewicht an die nationale Verteidigung hing, zog man aus ihr die radikal-aktivistischen Elemente heraus und formierte sie zu besonders schlagkräftigen neuen Angriffskolonnen. Unabhängige Partei und Spartakusbund waren die Sturmbataillone des revolutionären Marxismus. Sie hatten die vollendete Tatsache zu schaffen, auf deren Boden dann die jahrzehntelang darauf vorbereitete Masse der sozialdemokratischen Partei treten konnte. Das feige Bürgertum wurde dabei vom Marxismus richtig eingeschätzt und einfach „en canaille" behandelt. Man nahm von ihm überhaupt keine Notiz, wissend, daß die hündische Unterwürfigkeit der politischen Gebilde einer alten ausgedienten Generation zu ernstlichem Widerstand niemals fähig sein würde.

Sowie die Revolution gelungen war und die Hauptstützen des alten Staates als abgebrochen gelten konnten, die zurückmarschierende Frontarmee aber als unheimliche Sphinx aufzutauchen begann, mußte in der natürlichen Entwicklung der Revolution gebremst werden; das Gros der sozialdemokratischen Armee besetzte die eroberte Stellung, und die unabhängigen und spartakistischen Sturmbataillone wurden beiseite geschoben.

Dies ging jedoch nicht ohne Kampf.

Nicht nur, daß sich die aktivistischen Angriffsformationen der Revolution, weil nicht befriedigt, nun betrogen fühlten und von sich aus weiterschlagen wollten, war ihr unbändiges Randalieren den Drahtziehern der Revolution

selber nur erwünscht. Denn kaum, daß der Umsturz vorbei war, gab es in ihm selber bereits scheinbar zwei Lager, nämlich: Die Partei der Ruhe und Ordnung und die Gruppe des blutigen Terrors. Was aber war nun natürlicher, als daß unser Bürgertum sofort mit fliegenden Fahnen in das Lager der Ruhe und Ordnung einrückte? Jetzt war auf einmal für diese erbärmlichsten politischen Organisationen die Möglichkeit einer Betätigung gegeben, bei der sie, ohne es sagen zu müssen, dennoch im stillen bereits wieder einen Boden unter den Füßen gefunden hatten und in eine gewisse Solidarität mit der Macht kamen, die sie haßten, aber noch inständiger fürchteten. Das politische deutsche Bürgertum hatte die hohe Ehre erhalten, sich mit den dreimal verfluchten Marxistenführern zur Bekämpfung der Bolschewisten an einen Tisch setzen zu dürfen.

So bildete sich bereits im Dezember 1918 und Januar 1919 folgender Zustand heraus:

Von einer Minderheit schlechtester Elemente ist eine Revolution gemacht worden, hinter die sofort die gesamten marxistischen Parteien traten. Die Revolution selbst hat ein scheinbar gemäßigtes Gepräge, was ihr die Feindschaft der fanatischen Extremisten zuzieht. Diese beginnen mit Handgranaten und Maschinengewehren herumzuknallen, Staatsbauten zu besetzen, kurz die gemäßigte Revolution zu bedrohen. Um den Schrecken einer solchen weiteren Entwicklung zu bannen, wird ein Waffenstillstand geschlossen zwischen den Trägern des neuen Zustandes und den Anhängern des alten, um nun gemeinsam gegen die Extremisten den Kampf führen zu können. Das Ergebnis ist, daß die Feinde der Republik damit ihren Kampf gegen die Republik als solche eingestellt haben und mithelfen, diejenigen niederzuzwingen, die selbst, wenn auch aus ganz anderen Gesichtspunkten heraus, ebenfalls Feinde dieser Republik sind. Das weitere Ergebnis aber ist, daß dadurch endgültig die Gefahr eines Kampfes der Anhänger des alten Staates gegen die des neuen abgebogen erscheint.

Man kann sich diese Tatsache gar nicht oft und scharf genug vor Augen halten. Nur wer sie begreift, versteht, wie

es möglich war, daß einem Volk, das zu neun Zehnteln eine Revolution nicht gemacht hat, zu sieben Zehnteln sie ablehnt, zu sechs Zehnteln sie haßt, endlich von einem Zehntel dennoch diese Revolution aufgezwungen werden kann.

Allmählich verbluteten die spartakistischen Barrikadenkämpfer auf der einen Seite und die nationalistischen Fanatiker und Idealisten auf der anderen, und in eben dem Maß, in dem diese beiden Extreme sich gegenseitig aufrieben, siegte, wie immer, die Masse der Mitte. Bürgertum und Marxismus fanden sich auf dem Boden der gegebenen Tatsachen, und die Republik begann sich zu „konsolidieren". Was allerdings die bürgerlichen Parteien zunächst nicht hinderte, besonders vor den Wahlen, noch eine Zeitlang den monarchischen Gedanken zu zitieren, um mit den Geistern der vergangenen Welt die kleineren Geister ihrer Anhänger zu beschwören und erneut einfangen zu können.

Ehrlich war dies nicht. Sie hatten innerlich alle schon längst mit der Monarchie gebrochen, und die Unsauberkeit des neuen Zustandes begann ihre verführerischen Wirkungen auch im bürgerlichen Parteilager geltend zu machen. Der gewöhnliche bürgerliche Politiker fühlt sich heute wohler im Korruptionsschlamm der Republik als in der reinlichen Härte, die ihm vom vergangenen Staat her noch in Erinnerung ist.

*

Wie schon gesagt, war die Revolution nach der Zertrümmerung des alten Heeres gezwungen, sich zur Stärkung ihrer Staatsautorität einen neuen Machtfaktor zu schaffen. Wie die Dinge lagen, konnte sie diesen nur aus Anhängern einer ihr eigentlich entgegengesetzten Weltanschauung gewinnen. Aus ihnen allein konnte dann auch langsam ein neuer Heereskörper entstehen, der, äußerlich begrenzt, durch die Friedensverträge, in seiner Gesinnung im Laufe der Zeit zu einem Instrument der neuen Staatsauffassung umgeformt werden mußte.

Legt man sich die Frage vor, wieso — abgesehen von allen wirklichen Fehlern des alten Staates, welche zur

Ursache wurden — die Revolution als Aktion gelingen konnte, so kommt man zu dem Ergebnis:

1. *infolge der Erstarrung unserer Begriffe von Pflichterfüllung und Gehorsam und*
2. *infolge der feigen Passivität unserer sogenannten staatserhaltenden Parteien.*

Hierzu sei noch folgendes gesagt:

Die Erstarrung unserer Begriffe von Pflichterfüllung und Gehorsam hat ihren letzten Grund in unserer gänzlich anationalen und immer nur rein staatlichen Erziehung. Daraus resultiert auch hier die Verkennung von Mittel und Zweck. Pflichtbewußtsein, Pflichterfüllung und Gehorsam sind nicht Zwecke an sich, genau so wenig, wie der Staat ein Zweck an sich ist, sondern sie sollen alle die Mittel sein, einer Gemeinschaft seelisch und physisch gleichartiger Lebewesen die Existenz auf dieser Erde zu ermöglichen und zu sichern. *In einer Stunde, da ein Volkskörper sichtlich zusammenbricht und allem Augenscheine nach der schwersten Bedrückung ausgeliefert wird, dank des Handelns einiger Lumpen, bedeuten Gehorsam und Pflichterfüllung diesen gegenüber doktrinären Formalismus, ja reinen Wahnwitz, wenn andererseits durch Verweigerung von Gehorsam und „Pflichterfüllung“ die Errettung eines Volkes vor seinem Untergang ermöglicht würde.* Nach unserer heutigen bürgerlichen Staatsauffassung hat der Divisionär, der seinerzeit von oben den Befehl erhielt, nicht zu schießen, pflichtgemäß und damit recht gehandelt, indem er nicht schoß, da der bürgerlichen Welt der gedankenlose formale Gehorsam wertvoller ist als das Leben des eigenen Volkes. Nach nationalsozialistischer Auffassung tritt aber in solchen Augenblicken nicht der Gehorsam gegenüber schwachen Vorgesetzten in Kraft, sondern der Gehorsam gegenüber der Volksgemeinschaft. Es tritt in einer solchen Stunde die

Pflicht der persönlichen Verantwortung einer ganzen Nation gegenüber in Erscheinung.

Daß eine lebendige Auffassung dieser Begriffe in unserem Volk, oder besser in unseren Regierungen verlorengegangen war, um dort einer rein doktrinären und formalen zu weichen, war die Ursache des Gelingens der Revolution.

Zum zweiten Punkt wäre folgendes zu bemerken:

Der tiefere Grund für die Feigheit der „staatserhaltenden“ Parteien ist vor allem das Ausscheiden des aktivistischen, gut gesinnten Teiles unseres Volkes aus ihren Reihen, der im Felde verblutete. Davon abgesehen, waren unsere bürgerlichen Parteien, die wir als die einzigen politischen Gebilde bezeichnen können, die auf dem Boden des alten Staates standen, überzeugt, ihre Anschauungen ausschließlich auf geistigem Wege und mit geistigen Mitteln vertreten zu dürfen, da die Anwendung von physischen allein dem Staate zukäme. Nicht nur, daß man in einer solchen Auffassung das Zeichen einer allmählich sich herausbildenden dekadenten Schwäche zu erblicken hat, war sie auch unsinnig in einer Zeit, in der ein politischer Gegner diesen Standpunkt bereits längst verlassen hatte und statt dessen in aller Offenheit betonte, wenn möglich, seine politischen Ziele auch durch Gewalt verfechten zu wollen. In dem Augenblick, in dem in der Welt der bürgerlichen Demokratie, als Folgeerscheinung derselben, der Marxismus auftauchte, war ihr Appell, den Kampf mit „geistigen Waffen“ zu führen, ein Unsinn, der sich eines Tages furchtbar rächen mußte. Denn der Marxismus selbst vertrat von jeher die Auffassung, daß die Anwendung einer Waffe nur nach Zweckmäßigkeitsgesichtspunkten zu erfolgen hat und das Recht hierzu immer im Gelingen liegt.

Wie richtig diese Auffassung ist, wurde in den Tagen vom 7. bis 11. November 1918 bewiesen. Damals kümmerte sich der Marxismus nicht im geringsten um Parlamentarismus und Demokratie, sondern gab beiden durch brüllende und schießende Verbrecherhaufen den Todesstoß. Daß die bürgerlichen Schwätzerorganisationen im selben Augenblick wehrlos waren, ist selbstverständlich.

Nach der Revolution, da die bürgerlichen Parteien, wenn auch unter Änderung ihrer Firmenschilder, plötzlich wieder auftauchten und ihre tapferen Führer aus der Verborgenheit finsterer Keller und luftiger Speicher hervorkrochen, da hatten sie, wie alle Vertreter derartiger alter Gebilde, ihre Fehler nicht vergessen und ebenso nichts hinzugelernt. Ihr politisches Programm lag in der Vergangenheit, soferne sie sich nicht mit dem neuen Zustand innerlich bereits ausgesöhnt hatten, ihr Ziel jedoch war, sich am neuen Zustand wenn möglich beteiligen zu dürfen, und ihre einzigen Waffen blieben dabei nach wie vor ihre Worte.

Auch nach der Revolution haben die bürgerlichen Parteien in jämmerlicher Weise jederzeit vor der Straße kapituliert.

Als das Republikschutzgesetz zur Annahme kommen sollte, war eine Majorität dafür zunächst nicht vorhanden. Allein vor den zweihunderttausend demonstrierenden Marxisten packte die bürgerlichen „Staatsmänner" eine derartige Angst, daß sie gegen ihre Überzeugung das Gesetz annahmen, in der erbaulichen Furcht, andernfalls beim Verlassen des Reichstages von der wütenden Masse windelweich geprügelt zu werden. Was dann leider zufolge der Annahme ausblieb. —

So ging denn auch die Entwicklung des neuen Staates ihre Bahnen, als ob es eine nationale Opposition überhaupt nicht gegeben hätte.

Die einzigen Organisationen, die in dieser Zeit Mut und Kraft besessen hätten, dem Marxismus und seinen verhetzten Massen entgegenzutreten, waren zunächst die Freikorps, später die Selbstschutzorganisationen, Einwohnerwehren usw. und endlich die Traditionsverbände.

Warum aber auch ihr Dasein in der Entwicklung der deutschen Geschichte keinerlei nur irgendwie wahrnehmbare Umstellung herbeiführte, lag an folgendem:

So wie die sogenannten nationalen Parteien keinerlei Einfluß auszuüben vermochten, mangels irgendwelcher bedrohlichen Macht auf der Straße, so konn-

ten hinwieder die sogenannten Wehrverbände keinerlei Einfluß ausüben, mangels irgendwelcher politischen Idee und vor allem jedes wirklichen politischen Zieles.

Was dem Marxismus einst den Erfolg gegeben hatte, war das vollendete Zusammenspiel von politischem Wollen und aktivistischer Brutalität. Was das nationale Deutschland von jeder praktischen Gestaltung der deutschen Entwicklung ausschaltete, war das Fehlen einer geschlossenen Zusammenarbeit brutaler Macht mit genialem politischem Wollen.

Welcher Art das Wollen der „nationalen" Parteien auch sein mochte, sie hatten nicht die geringste Macht, dieses Wollen zu verfechten, am wenigsten auf der Straße.

Die Wehrverbände hatten alle Macht, waren die Herren der Straße und des Staates und besaßen keine politische Idee und kein politisches Ziel, für die ihre Macht zum Nutzen des nationalen Deutschlands eingesetzt worden wäre, oder auch nur hätte eingesetzt werden können. In beiden Fällen war es die Schlauheit des Juden, die es fertigbrachte, durch kluges Zureden und Bestärken eine förmliche Verewigung, auf alle Fälle aber zunehmende Vertiefung dieses unseligen Verhängnisses herbeizuführen.

Der Jude war es, der durch seine Presse unendlich geschickt den Gedanken des „unpolitischen Charakters" der Wehrverbände zu lancieren verstand, wie er wiederum im politischen Leben ebenso schlau stets die „reine Geistigkeit" des Kampfes pries und forderte. Millionen deutscher Dummköpfe plapperten dann diesen Unsinn nach, ohne auch nur eine blasse Ahnung zu haben, wie sie sich selbst damit praktisch entwaffneten und dem Juden wehrlos auslieferten.

Aber auch hierfür gibt es freilich wieder eine natürliche Erklärung. Der Mangel einer großen neugestaltenden Idee bedeutet zu allen Zeiten eine Beschränkung der Kampfkraft. Die

Überzeugung vom Recht der Anwendung selbst brutalster Waffen ist stets gebunden an das Vorhandensein eines fanatischen Glaubens an die Notwendigkeit des Sieges einer umwälzenden neuen Ordnung dieser Erde.

Eine Bewegung, die nicht für solche höchste Ziele und Ideale ficht, wird daher nie zur letzten Waffe greifen.

Das Aufzeigen einer neuen großen Idee ist das Geheimnis des Erfolges der französischen Revolution gewesen; der Idee verdankt die russische den Sieg, und der Faschismus hat nur durch die Idee die Kraft erhalten, ein Volk in segensreichster Weise einer umfassendsten Neugestaltung zu unterwerfen.

Bürgerliche Parteien sind hierzu nicht befähigt.

Allein nicht nur die bürgerlichen Parteien sahen ihr politisches Ziel in einer Restauration der Vergangenheit, sondern auch die Wehrverbände, soweit sie sich überhaupt mit politischen Zielen befaßten. Alte Kriegervereins- und Kyffhäusertendenzen wurden in ihnen lebendig und halfen mit, die schärfste Waffe, die das nationale Deutschland damals hatte, politisch abzustumpfen und im Landsknechtsdienst der Republik verkommen zu lassen. Daß sie dabei selbst in bester Gesinnung, vor allem aber im besten Glauben handelten, ändert nicht das geringste am unseligen Wahnwitz dieser damaligen Vorgänge.

Allmählich erhielt der Marxismus in der sich konsolidierenden Reichswehr die erforderliche Machtstütze seiner Autorität und begann daraufhin konsequent und logisch die gefährlich erscheinenden nationalen Wehrverbände, als nunmehr überflüssig, abzubauen. Einzelne besonders verwegene Führer, denen man mit Mißtrauen gegenüberstand, wurden vor die Schranken der Gerichte zitiert und hinter schwedische Gardinen gesteckt. An allen aber hat sich das Los erfüllt, das sie selbst verschuldet hatten.

*

Mit der Gründung der N.S.D.A.P. war zum ersten Male eine Bewegung in Erscheinung getreten, deren Ziel nicht, ähnlich dem der bürgerlichen Parteien, in einer mechanischen Restauration der Vergangenheit lag, sondern in dem Bestreben, an Stelle des heutigen widersinnigen Staatsmechanismus einen organischen völkischen Staat zu errichten.

Die junge Bewegung stand dabei vom ersten Tage an auf dem Standpunkt, daß ihre Idee geistig zu vertreten ist, daß aber der Schutz dieser Vertretung, wenn notwendig, auch durch brachiale Mittel gesichert werden muß. Getreu ihrer Überzeugung von der ungeheuren Bedeutung der neuen Lehre erscheint es ihr selbstverständlich, daß für die Erreichung des Zieles kein Opfer zu groß sein darf.

Ich habe schon auf die Momente hingewiesen, die eine Bewegung, sofern sie das Herz eines Volkes gewinnen will, verpflichten, aus eigenen Reihen die Verteidigung gegen terroristische Versuche der Gegner zu übernehmen. Auch ist es eine ewige Erfahrung der Weltgeschichte, daß ein von einer Weltanschauung vertretener Terror nie durch eine formale Staatsgewalt gebrochen werden kann, sondern stets nur einer neuen, ebenso kühn und entschlossen vorgehenden anderen Weltanschauung zu unterliegen vermag. Dies wird dem Empfinden der beamteten Staatshüter zu allen Zeiten unangenehm sein, ohne daß aber dadurch die Tatsache aus der Welt geschafft wird. Die Staatsgewalt kann nur dann für Ruhe und Ordnung garantieren, wenn sich der Staat inhaltlich deckt mit der jeweils herrschenden Weltanschauung, so daß gewalttätige Elemente nur den Charakter einzelner verbrecherischer Naturen besitzen und nicht als Vertreter eines den staatlichen Anschauungen extrem gegenüberstehenden Gedankens angesehen werden. In einem solchen Falle kann der Staat jahrhundertelang die größten Gewaltmaßnahmen gegen einen ihn bedrückenden Terror anwenden, am Ende wird er dennoch nichts gegen ihn vermögen, sondern unterliegen.

Der deutsche Staat wird auf das schwerste berannt vom Marxismus. Er hat in seinem siebzigjährigen Kampf den Sieg dieser Weltanschauung nicht zu verhindern vermocht, sondern wurde trotz insgesamt Tausenden von Jahren an Zuchthaus- und Gefängnisstrafen und blutigster Maßnahmen, die er in zahllosen Fällen über die Kämpfer der ihn bedrohenden marxistischen Weltanschauung verhängte, dennoch zu einer fast vollständigen Kapitulation gezwungen. (Auch dies wird der normale bürgerliche Staatsleiter ableugnen wollen, selbstverständlich ohne daß er zu überzeugen vermag.)

Der Staat aber, der am 9. November 1918 vor dem Marxismus bedingungslos zu Kreuze kroch, wird nicht plötzlich morgen als dessen Bezwinger auferstehen, im Gegenteil: bürgerliche Schwachköpfe auf Ministerstühlen faseln heute bereits von der Notwendigkeit, nicht gegen die Arbeiter zu regieren, wobei ihnen unter dem Begriff „Arbeiter" der Marxismus vorschwebt. Indem sie aber den deutschen Arbeiter mit dem Marxismus identifizieren, begehen sie nicht nur eine ebenso feige wie verlogene Fälschung an der Wahrheit, sondern sie versuchen, durch ihre Motivierung ihr eigenes Zusammenbrechen vor der marxistischen Idee und Organisation zu verbergen.

Angesichts dieser Tatsache aber, nämlich der restlosen Unterwerfung des heutigen Staates unter den Marxismus, erwächst der nationalsozialistischen Bewegung erst recht die Pflicht, nicht nur geistig den Sieg ihrer Idee vorzubereiten, sondern auch deren Verteidigung gegenüber dem Terror der siegestrunkenen Internationale selbst zu übernehmen.

Ich habe bereits geschildert, wie aus dem praktischen Leben heraus sich langsam in unserer jungen Bewegung ein Versammlungsschutz bildete, wie dieser allmählich den Charakter einer bestimmten Ordnertruppe annahm und nach einer organisatorischen Formung strebte.

So sehr dann das allmählich entstehende Gebilde äußerlich einem sogenannten Wehrverbande gleichen mochte, so wenig war es damit zu vergleichen.

Wie schon erwähnt, hatten die deutschen Wehrorganisationen keinen eigenen bestimmten politischen Gedanken. Sie waren wirklich nur Selbstschutzverbände von mehr oder minder zweckmäßiger Ausbildung und Organisation, so daß sie eigentlich eine illegale Ergänzung der jeweiligen legalen Machtmittel des Staates darstellten. Ihr freikorpsartiger Charakter war nur begründet durch die Art ihrer Bildung und durch den Zustand des damaligen Staates, keineswegs aber kommt ihnen ein solcher Titel etwa zu, als freie Formationen des Kampfes für eine freie, eigene Überzeugung. Diese besaßen sie trotz aller oppositionellen Haltung einzelner Führer und ganzer Verbände gegen die Republik dennoch nicht. *Denn, es genügt nicht, von der Minderwertigkeit eines bestehenden Zustandes überzeugt zu sein, um von einer Überzeugung im höheren Sinne sprechen zu können, sondern diese wurzelt nur in dem Wissen von einem neuen Zustand und im inneren Erschauen eines Zustandes, den zu erreichen man als Notwendigkeit empfindet, und für dessen Verwirklichung sich einzusetzen man als höchste Lebensaufgabe ansieht.*

Das unterscheidet die Ordnertruppe der damaligen nationalsozialistischen Bewegung grundsätzlich von allen Wehrverbänden, daß sie nicht im geringsten eine Dienerin der durch die Revolution geschaffenen Zustände war oder sein wollte, sondern daß sie vielmehr ausschließlich für ein neues Deutschland rang.

Diese Ordnertruppe besaß allerdings anfangs nur den Charakter eines Saalschutzes. Ihre erste Aufgabe war eine beschränkte: sie bestand in der Ermöglichung der Abhaltung von Versammlungen, die ohne sie glatt vom Gegner verhindert worden wären. Sie war schon damals erzogen worden zum blindlings auszuführenden Angriff, aber nicht etwa, weil sie, wie man in dummen deutschvölkischen Kreisen daherredete, den Gummiknüppel als höchsten Geist verehrte, sondern weil sie begriff, daß der größte Geist ausgeschaltet

werden kann, wenn sein Träger von einem Gummiknüppel erschlagen wird, wie tatsächlich in der Geschichte nicht selten die bedeutendsten Köpfe unter den Hieben kleinster Heloten endeten. Sie wollte nicht die Gewalt als das Ziel hinstellen, sondern die Verkünder des geistigen Ziels vor der Bedrängung durch Gewalt schützen. Und sie hat dabei begriffen, daß sie nicht verpflichtet ist, den Schutz eines Staates zu übernehmen, der der Nation keinen Schutz gewährt, sondern daß sie im Gegenteil den Schutz der Nation zu übernehmen hat gegen diejenigen, die Volk und Staat zu vernichten drohten.

Nach der Versammlungsschlacht im Münchener Hofbräuhaus erhielt die Ordnertruppe einmal für immer, zur dauernden Erinnerung an die heldenmütigen Sturmangriffe der kleinen Zahl von damals, den Namen Sturmabteilung. Wie schon diese Bezeichnung sagt, stellt sie damit nur eine Abteilung der Bewegung dar. Sie ist ein Glied in ihr, genau so wie die Propaganda, die Presse, die wissenschaftlichen Institute und anderes lediglich Glieder der Partei bilden.

Wie notwendig ihr Ausbau war, konnten wir nicht nur in dieser denkwürdigen Versammlung sehen, sondern auch bei unserem Versuch, die Bewegung aus München allmählich in das übrige Deutschland hinauszutreiben. Sowie wir dem Marxismus gefährlich erschienen waren, ließ dieser keine Gelegenheit unbenützt, um jeden Versuch einer nationalsozialistischen Versammlung schon im Keime zu ersticken beziehungsweise deren Abhaltung durch Sprengung zu verhindern. Dabei war es ganz selbstverständlich, daß die Parteiorganisationen des Marxismus aller Schattierungen jede solche Absicht und jeden solchen Vorfall in den Vertretungskörpern blind deckten. Was sollte man aber zu bürgerlichen Parteien sagen, die, selbst vom Marxismus niedergedroschen, es in vielen Orten gar nicht wagen durften, ihre Redner öffentlich auftreten zu lassen und die trotzdem mit einer ganz unverständlichen, blöden Befriedigung für uns irgendwie ungünstig verlaufende Kämpfe gegen den Marxismus verfolgten. Sie waren glücklich, daß der, der von

ihnen selbst nicht bezwungen werden konnte, der sie vielmehr selbst bezwang, auch von uns nicht zu brechen war. Was sollte man sagen zu Staatsbeamten, Polizeipräsidenten, ja selbst Ministern, die mit wirklich unanständiger Gesinnungslosigkeit sich nach außen als „nationale“ Männer hinzustellen beliebten, bei allen Auseinandersetzungen aber, die wir Nationalsozialisten mit dem Marxismus hatten, diesem die schmählichsten Handlangerdienste leisteten. Was sollte man zu Menschen sagen, die in ihrer Selbsterniedrigung so weit gingen, daß sie für ein erbärmliches Lob jüdischer Zeitungen ohne weiteres die Männer verfolgten, deren heldenmütigem Einsatz des eigenen Lebens sie es zum Teil zu verdanken hatten, wenn sie nicht wenige Jahre vorher von der roten Meute als zerfetzte Kadaver an Laternenpfähle gehängt worden waren.

Es waren dies so traurige Erscheinungen, daß sie einmal den unvergeßlichen verstorbenen Präsidenten Pöhner, der in seiner harten Geradlinigkeit alle Kriecher haßte, wie nur ein Mensch mit ehrlichem Herzen zu hassen vermag, zu dem derben Ausspruch hinrissen: „Ich wollte in meinem ganzen Leben nichts anderes sein als erst ein Deutscher und dann ein Beamter, und ich möchte niemals mit jenen Kreaturen verwechselt werden, die sich als Beamtenhuren jedem prostituieren, der augenblicklich den Herrn zu spielen vermag.“ —

Es war dabei besonders traurig, daß diese Sorte von Menschen allmählich Zehntausende der ehrlichsten und bravsten deutschen Staatsdiener nicht nur unter ihre Gewalt bekam, sondern auch noch mit ihrer eigenen Gesinnungslosigkeit langsam ansteckte, die redlichen dagegen mit grimmigem Haß verfolgte und endlich aus Amt und Stellung hinausbiß, während sie dabei sich selbst immer noch in heuchlerischer Verlegenheit als „nationale“ Männer präsentierte.

Von solchen Menschen durften wir irgendeine Unterstützung niemals erhoffen, und wir haben sie auch nur in ganz seltenen Fällen erhalten. Lediglich der Ausbau eigenen Schutzes konnte die Tätigkeit der Bewegung sicherstellen und ihr zugleich jene öffentliche Aufmerksamkeit und all-

gemeine Achtung erringen, die man dem zollt, der sich, wenn angegriffen, selber zur Wehr setzt.

Als Leitgedanke für die innere Ausbildung dieser Sturmabteilung war immer die Absicht vorherrschend, sie, neben aller körperlichen Ertüchtigung, zu einer unerschütterlich überzeugten Vertreterin der nationalsozialistischen Idee auszubilden und endlich ihre Disziplin im höchsten Ausmaß zu festigen. Sie sollte nichts zu tun haben mit einer Wehrorganisation bürgerlicher Auffassung, ebenso aber auch gar nichts mit einer Geheimorganisation.

Warum ich schon zu jener Zeit mich auf das schärfste dagegen verwahrte, die S.A. der N.S.D.A.P. als sogenannten Wehrverband aufziehen zu lassen, hatte seinen Grund in folgender Erwägung:

Rein sachlich kann eine Wehrausbildung eines Volkes nicht durch private Verbände durchgeführt werden, außer unter Beihilfe ungeheuerster staatlicher Mittel. Jeder andere Glaube fußt auf großer Überschätzung eigenen Könnens. Es ist nun einmal ausgeschlossen, daß man mit sogenannter „freiwilliger Disziplin“ über einen bestimmten Umfang hinaus Organisationen aufbauen kann, die militärischen Wert besitzen. Es fehlt hier die wichtigste Stütze der Befehlsgewalt, nämlich die Strafgewalt. Wohl war es im Herbst oder besser noch im Frühjahr 1919 möglich, sogenannte „Freikorps“ aufzustellen, allein nicht nur, daß sie damals zum größten Teil durch die Schule des alten Heeres gegangene Frontkämpfer besaßen, sondern die Art der Verpflichtung, die sie den einzelnen auferlegten, unterwarf diese wenigstens auf befristete Zeit ebenso unbedingt dem militärischen Gehorsam.

Dies fehlt einer freiwilligen „Wehrorganisation“ von heute vollständig. Je größer ihr Verband wird, um so schwächer wird die Disziplin, um so geringer dürfen die Anforderungen sein, die man im einzelnen an die Leute stellt, und um so mehr wird das Ganze den Charakter der alten unpolitischen Krieger- und Veteranenvereine annehmen.

Eine freiwillige Erziehung zum Heeresdienst ohne sichergestellte unbedingte Befehlsgewalt wird in großen Massen

nie durchzuführen sein. Es werden immer nur wenige die Bereitwilligkeit besitzen, sich aus freien Stücken einem Zwang zum Gehorsam zu unterwerfen, wie er beim Heere als selbstverständlich und natürlich galt.

Weiter läßt sich eine wirkliche Ausbildung nicht durchführen infolge der lächerlich geringen Mittel, die für einen solchen Zweck einem sogenannten Wehrverbande zur Verfügung stehen. Die beste, zuverlässigste Ausbildung müßte aber gerade die Hauptaufgabe einer solchen Institution sein. Seit dem Kriege sind nun acht Jahre verflossen, und seit dieser Zeit ist kein Jahrgang unserer deutschen Jugend mehr planmäßig ausgebildet worden. Es kann aber doch nicht die Aufgabe eines Wehrverbandes sein, die bereits ausgebildeten Jahrgänge von einst zu erfassen, da man ihm sonst sofort mathematisch vorrechnen kann, wann das letzte Mitglied diese Korporation verlassen wird. Selbst der jüngste Soldat von 1918 wird in zwanzig Jahren kampfunfähig sein, und wir nähern uns in bedenklicher Schnelle diesem Zeitpunkte. Damit wird jeder sogenannte Wehrverband zwangsläufig immer mehr den Charakter einer alten Kriegervereinigung annehmen. Dies kann aber nicht der Sinn einer Einrichtung sein, die sich eben nicht als Krieger-, sondern als Wehrverein bezeichnet, und die schon durch ihren Namen auszudrücken bestrebt ist, daß sie nicht nur in der Erhaltung der Tradition und der Zusammengehörigkeit ehemaliger Soldaten ihre Mission erblickt, sondern in der Ausbildung des Wehrgedankens und in der praktischen Vertretung dieses Gedankens, also in der Schaffung eines wehrhaften Körpers.

Diese Aufgabe jedoch erfordert dann unbedingt die Ausbildung der bisher noch nicht militärisch gedrillten Elemente, und dies ist in der Praxis tatsächlich unmöglich. Mit einer wöchentlich ein- oder zweistündigen Ausbildung kann man wirklich keinen Soldaten schaffen. Bei den heutigen enorm gesteigerten Anforderungen, die der Kriegsdienst an den einzelnen Mann stellt, ist eine zweijährige Dienstzeit vielleicht gerade noch ausreichend, um den unausgebildeten jungen Mann in einen gelernten Soldaten zu ver-

wandeln. Wir haben ja alle im Felde die fürchterlichen Folgen vor Augen gehabt, die sich für junge, im Kriegshandwerk nicht gründlich ausgebildete Soldaten ergaben. Freiwilligenformationen, die fünfzehn und zwanzig Wochen lang mit eiserner Entschlossenheit bei grenzenloser Hingabe gedrillt worden waren, stellten an der Front nichtsdestoweniger nur Kanonenfutter dar. Nur in die Reihen erfahrener alter Soldaten eingeteilt, konnten jüngere, vier bis sechs Monate lang ausgebildete Rekruten nützliche Glieder eines Regimentes abgeben; sie wurden hierbei von den „Alten" geleitet und wuchsen sich dann allmählich in ihre Aufgaben hinein.

Wie rücksichtslos aber wirkt demgegenüber der Versuch, ohne klare Befehlsgewalt und ohne umfassende Mittel durch eine wöchentlich ein- bis zweistündige sogenannte Ausbildung eine Truppe heranziehen zu wollen! Damit kann man vielleicht alte Soldaten wieder auffrischen, junge Menschen aber niemals zu Soldaten machen.

Wie gleichgültig und vollständig wertlos ein solches Vorgehen in seinen Ergebnissen sein würde, kann noch besonders belegt werden durch die Tatsache, daß in derselben Zeit in der ein sogenannter freiwilliger Wehrverband mit Ach und Krach und Mühe und Nöten ein paar tausend an sich gutwillige Menschen (an andere kommt er überhaupt nicht heran) im Wehrgedanken ausbildet oder auszubilden versucht, der Staat selber durch die pazifistisch-demokratische Art seiner Erziehung Millionen und Millionen junger Leute konsequent ihrer natürlichen Instinkte beraubt, ihr logisches vaterländisches Denken vergiftet und sie so allmählich zu einer jeglicher Willkür gegenüber geduldigen Hammelherde verwandelt.

Wie lächerlich sind doch im Vergleich hierzu alle Anstrengungen der Wehrverbände, ihre Gedanken der deutschen Jugend vermitteln zu wollen.

Aber fast noch wichtiger ist folgender Gesichtspunkt, der mich schon immer gegen jeden Versuch einer sogenannten militärischen Wehrhaftmachung auf freiwilliger Verbandsgrundlage Stellung nehmen ließ:

Angenommen, es würde trotz der vorher erwähnten Schwierigkeiten dennoch einem Verbande gelingen, eine bestimmten Anzahl Deutscher Jahr für Jahr zu wehrhaften Männern auszubilden, und zwar sowohl im Hinblick auf ihre Gesinnung als auch auf ihre körperliche Tüchtigkeit und waffenmäßige Schulung, so müßte das Ergebnis dennoch gleich Null sein in einem Staat, der seiner ganzen Tendenz nach eine solche Wehrhaftmachung gar nicht wünscht, ja direkt haßt, da sie dem innersten Ziele seiner Leiter — der Verderber dieses Staates — vollständig widerspricht.

Auf alle Fälle aber würde ein solches Ergebnis wertlos sein unter Regierungen, die nicht nur durch die Tat bewiesen haben, daß ihnen an der militärischen Kraft der Nation nichts liegt, sondern die vor allem auch gar nie gewillt sein würden, einen Appell an diese Kraft zu erlassen, außer höchstens zur Stützung ihres eigenen verderblichen Daseins.

Und heute ist das doch so. Oder ist es nicht lächerlich, für ein Regiment einige zehntausend Mann im Zwielicht der Dämmerung militärisch ausbilden zu wollen, wenn der Staat wenige Jahre vorher achteinhalb Millionen bestausgebildeter Soldaten schmählich preisgab, nicht nur sich ihrer nicht mehr bediente, sondern als Dank für ihre Opfer sogar noch der allgemeinen Beschimpfung aussetzte. Man will also Soldaten heranbilden für ein Staatsregiment, das die ruhmvollsten Soldaten von einst beschmutzte und bespuckte, ihnen die Ehrenzeichen von der Brust reißen ließ, die Kokarden wegnahm, die Fahnen zertrat und ihre Leistungen herabwürdigte? Oder hat dieses heutige Staatsregiment jemals auch nur einen Schritt unternommen, die Ehre der alten Armee wieder herzustellen, ihre Zersetzer und Beschimpfer zur Verantwortung zu ziehen? Nicht das geringste. Im Gegenteil: wir können letztere in höchsten Staatsämtern thronen sehen. — Wie sagte man doch zu Leipzig: „Das Recht geht mit der Macht.“ Da jedoch heute in unserer Republik die Macht in den Händen der gleichen Männer liegt, die einst die Revolution anzettelten,

diese Revolution aber den gemeinsten Landesverrat, ja die erbärmlichste Schurkentat der deutschen Geschichte überhaupt darstellt, so läßt sich wirklich gar kein Grund dafür finden, daß die Macht gerade dieser Charaktere durch Bildung einer neuen jungen Armee erhöht werden sollte. Alle Gründe der Vernunft sprechen jedenfalls dagegen.

Was aber dieser Staat, auch nach der Revolution von 1918, der militärischen Stärkung seiner Position für einen Wert beimaß, ging noch einmal klar und eindeutig hervor aus seiner Stellungnahme zu den damals bestehenden großen Selbstschutzorganisationen. Solange sie zum Schutz persönlich feiger Revolutionskreaturen einzutreten hatten, waren sie nicht unwillkommen. Sowie aber, dank der allmählichen Verlumpung unseres Volkes, die Gefahr für diese beseitigt schien und der Bestand der Verbände nunmehr eine nationalpolitische Stärkung bedeutete, waren sie überflüssig, und man tat alles, um sie zu entwaffnen, ja, wenn möglich, auseinanderzujagen.

Die Geschichte weist Dankbarkeit von Fürsten nur in seltenen Beispielen nach. Aber gar auf Dankbarkeit revolutionärer Mordbrenner, Volksausplünderer und Nationalverräter zu rechnen, bringt nur ein neubürgerlicher Patriot fertig. Ich könnte mich jedenfalls bei einer Prüfung des Problems, ob freiwillige Wehrverbände zu schaffen seien, niemals der Frage enthalten: Für wen bilde ich die jungen Leute aus? Zu welchem Zweck werden sie verwendet und wann sollen sie aufgerufen werden? Die Antwort darauf gibt zugleich die besten Richtlinien für das eigene Verhalten.

Wenn der heutige Staat auf ausgebildete Bestände dieser Art je zurückgreifen würde, dann geschähe dies niemals zu einer Vertretung nationaler Interessen nach außen, sondern immer nur zum Schutze der Vergewaltiger der Nation im Innern vor der vielleicht eines Tages aufflammenden allgemeinen Wut des betrogenen, verratenen und verkauften Volkes.

Die S.A. der N.S.D.A.P. durfte schon aus diesem Grunde mit einer militärischen Organisation gar nichts zu tun

haben. Sie war ein Schutz- und Erziehungsmittel der nationalsozialistischen Bewegung, und ihre Aufgaben lagen auf einem ganz anderen Gebiet als auf dem sogenannter Wehrverbände.

Sie sollte aber auch keine Geheimorganisation darstellen. Der Zweck von Geheimorganisationen kann nur ein gesetzwidriger sein. Damit aber beschränkt sich der Umfang einer solchen Organisation von selbst. Es ist nicht möglich, besonders angesichts der Schwatzhaftigkeit des deutschen Volkes, eine Organisation von einiger Größe aufzubauen und sie gleichzeitig nach außen geheimzuhalten, oder auch nur ihre Ziele zu verschleiern. Jede solche Absicht wird tausendfältig vereitelt werden. Nicht nur, daß unseren Polizeibehörden heute ein Stab von Zuhältern und ähnlichem Gesindel zur Verfügung steht, die für den Judaslohn von dreißig Silberlingen verraten, was sie finden können, und erfinden, was zu verraten wäre, sind die eigenen Anhänger selbst niemals zu einem in solchem Fall notwendigen Schweigen zu bringen. Nur ganz kleine Gruppen können durch jahrelanges Aussieben den Charakter wirklicher Geheimorganisationen annehmen. Doch schon die Kleinheit solcher Gebilde würde ihren Wert für die nationalsozialistische Bewegung aufheben. *Was wir brauchten und brauchen, waren und sind nicht hundert oder zweihundert verwegene Verschwörer, sondern hunderttausend und aber hunderttausend fanatische Kämpfer für unsere Weltanschauung. Nicht in geheimen Konventikeln soll gearbeitet werden, sondern in gewaltigen Massenaufzügen, und nicht durch Dolch und Gift oder Pistole kann der Bewegung die Bahn freigemacht werden, sondern durch die Eroberung der Straße. Wir haben dem Marxismus beizubringen, daß der künftige Herr der Straße der Nationalsozialismus ist, genau so, wie er einst der Herr des Staates sein wird.*

Die Gefahr von Geheimorganisationen liegt heute weiter noch darin, daß bei den Mitgliedern häufig die Größe der Aufgabe vollständig verkannt wird und sich statt dessen die Meinung bildet, es könnte das Schicksal eines Volkes wirklich durch eine einzelne Mordtat plötzlich im günstigen Sinne entschieden werden. Solch eine Meinung kann ihre geschichtliche Berechtigung haben, nämlich dann, wenn ein Volk unter der Tyrannei irgendeines genialen Unterdrückers schmachtet, von dem man weiß, daß nur seine überragende Persönlichkeit allein die innere Festigkeit und Furchtbarkeit des feindlichen Druckes gewährleistet. In solch einem Fall mag aus einem Volk ein opferwilliger Mann plötzlich hervorspringen, um den Todesstahl in die Brust des verhaßten einzigen zu stoßen. Und nur das republikanische Gemüt schuldbewußter kleiner Lumpen wird eine solche Tat als das Verabscheuungswürdigste ansehen, während der größte Freiheitssänger unseres Volkes sich unterstanden hat, in seinem „Tell" eine Verherrlichung solchen Handelns zu geben.

In den Jahren 1919 und 1920 bestand die Gefahr, daß der Angehörige von Geheimorganisationen, mitgerissen von großen Vorbildern der Geschichte und durchschauert vom grenzenlosen Unglück des Vaterlandes, versuchte, sich an den Verderbern der Heimat zu rächen, in dem Glauben, dadurch der Not seines Volkes ein Ende zu bereiten. Jeder solche Versuch war aber ein Unsinn, deshalb, weil der Marxismus ja gar nicht dank der überlegenen Genialität und persönlichen Bedeutung eines einzelnen gesiegt hatte, sondern vielmehr durch die grenzenlose Jämmerlichkeit, das feige Versagen der bürgerlichen Welt. Die grausamste Kritik, die man an unserem Bürgertum üben kann, ist die Feststellung, daß die Revolution selbst ja nicht einen einzigen Kopf von einiger Größe hervorgebracht und es sich ihr dennoch unterworfen hat. Es ist immer noch verständlich, vor einem Robespierre, einem Danton oder Marat zu kapitulieren, aber es ist vernichtend, vor dem dürren Scheidemann, dem feisten Herrn Erzberger und einem Friedrich Ebert und all den zahllosen anderen politischen Knirpsen zu Kreuz ge-

krochen zu sein. Es war ja wirklich auch nicht e i n Kopf da, in dem man etwa den genialen Mann der Revolution und damit das Unglück des Vaterlandes hätte sehen können, sondern da waren lauter Revolutionswanzen, Rucksackspartakisten en gros und en detail. Irgendeinen davon aus dem Wege schaffen, war vollkommen belanglos und hätte höchstens den einen Erfolg, daß ein paar andere ebenso große und ebenso durstige Blutsauger um so eher an seine Stelle kamen.

Man konnte in jenen Jahren gar nicht scharf genug gegen eine Auffassung einschreiten, die in wirklich großen Erscheinungen der Geschichte ihre Ursache und Begründung hatte, aber nicht im geringsten auf das augenblickliche Zwergenzeitalter paßte.

Auch bei der Frage der B e s e i t i g u n g s o g e n a n n t e r L a n d e s v e r r ä t e r ist die gleiche Betrachtung anzustellen. Es ist lächerlich unlogisch, einen Burschen umzubringen, der eine Kanone verraten hat, während nebenan in höchsten Würdestellen Kanaillen sitzen, die ein ganzes Reich verkauften, das vergebliche Opfer von zwei Millionen Toten auf dem Gewissen haben, Millionen Krüppel verantworten müssen, dabei aber seelenruhig ihre republikanischen Geschäfte machen. Kleine Landesverräter beseitigen, ist sinnlos in einem Staat, dessen Regierung selbst diese Landesverräter von jeder Strafe befreit. Denn so kann es passieren, daß eines Tages der redliche Idealist, der für sein Volk einen schuftigen Waffenverräter beseitigt, von kapitalen Landesverrätern zur Verantwortung gezogen wird. Und da ist es doch eine wichtige Frage: Soll man solch eine verräterische kleine Kreatur wieder durch eine Kreatur beseitigen lassen oder durch einen Idealisten? Im einen Fall ist der Erfolg zweifelhaft und der Verrat für später fast sicher; im anderen Fall wird ein kleiner Schuft beseitigt und dabei das Leben eines vielleicht nicht zu ersetzenden Idealisten aufs Spiel gesetzt.

Im übrigen ist in dieser Frage meine Stellungnahme die, daß man nicht kleine Diebe hängen soll, um große laufen zu lassen; sondern daß einst ein deutscher Nationalgerichts-

hof etliche Zehntausend der organisierenden und damit verantwortlichen Verbrecher des Novemberverrats und alles dessen, was dazu gehört, abzuurteilen und hinzurichten hat. Ein solches Exempel wird dann auch dem kleinen Waffenverräter einmal für immer die notwendige Lehre sein.

Das alles sind Erwägungen, die mich veranlaßten, immer wieder die Teilnahme an Geheimorganisationen zu verbieten und die S.A. selbst vor dem Charakter solcher Organisationen zu bewahren. Ich habe in jenen Jahren die nationalsozialistische Bewegung von Experimenten ferngehalten, deren Vollführer meistens herrliche idealistisch gesinnte junge Deutsche waren, deren Tat aber nur sie selbst zum Opfer werden ließ, indes sie das Schicksal des Vaterlandes nicht im geringsten zu bessern vermochten.

*

Wenn aber die S.A. weder eine militärische Wehrorganisation noch ein Geheimverband sein durfte, dann mußten sich daraus folgende Konsequenzen ergeben.

1. Ihre Ausbildung hat nicht nach militärischen Gesichtspunkten, sondern nach parteizweckmäßigen zu erfolgen.

Soweit die Mitglieder dabei körperlich zu ertüchtigen sind, darf der Hauptwert nicht auf militärisches Exerzieren, sondern vielmehr auf sportliche Betätigung gelegt werden. Boxen und Jiu-Jitsu sind mir immer wichtiger erschienen als irgendeine schlechte, weil doch nur halbe Schießausbildung. Man gebe der deutschen Nation sechs Millionen sportlich tadellos trainierte Körper, alle von fanatischer Vaterlandsliebe durchglüht und zu höchstem Angriffsgeist erzogen, und ein nationaler Staat wird aus ihnen, wenn notwendig, in nicht einmal zwei Jahren, eine Armee geschaffen haben, wenigstens insofern ein gewisser Grundstock für sie vorhanden ist. Dieser kann aber, wie heute die Verhältnisse liegen, nur die Reichswehr sein und nicht ein in Halbheiten steckengebliebener Wehrverband. Die körperliche Ertüchtigung soll dem einzelnen die Überzeugung seiner Überlegenheit einimpfen und ihm jene Zuversicht

geben, die ewig nur im Bewußtsein der eigenen Kraft liegt; zudem soll sie ihm jene sportlichen Fertigkeiten beibringen, die zur Verteidigung der Bewegung als Waffe dienen.

2. Um von vornherein jeden geheimen Charakter der S.A. zu verhüten, muß, abgesehen von ihrer sofort jedermann kenntlichen Bekleidung, schon die Größe ihres Bestandes ihr selbst den Weg weisen, welcher der Bewegung nützt und aller Öffentlichkeit bekannt ist. Sie darf nicht im Verborgenen tagen, sondern soll unter freiem Himmel marschieren und damit eindeutig einer Betätigung zugeführt werden, die alle Legenden von „Geheimorganisation" endgültig zerstört. Um sie auch geistig von allen Versuchen, durch kleine Verschwörungen ihren Aktivismus zu befriedigen, abzuziehen, mußte sie, von allem Anfang an, in die große Idee der Bewegung vollständig eingeweiht und in der Aufgabe, diese Idee zu vertreten, so restlos ausgebildet werden, daß von vornherein der Horizont sich weitete und der einzelne Mann seine Mission nicht in der Beseitigung irgendeines kleineren oder größeren Gauners sah, sondern in dem Sicheinsetzen für die Errichtung eines neuen nationalsozialistischen völkischen Staates. Dadurch aber wurde der Kampf gegen den heutigen Staat aus der Atmosphäre kleiner Rache- und Verschwörungsaktionen herausgehoben zur Größe eines weltanschaulichen Vernichtungskrieges gegen den Marxismus und sein Gebilde.

3. Die organisatorische Formung der S.A. sowie ihre Bekleidung und Ausrüstung ist sinngemäß nicht nach den Vorbildern der alten Armee, sondern nach einer durch ihre Aufgabe bestimmten Zweckmäßigkeit vorzunehmen.

Diese Anschauungen, die mich im Jahre 1920 und 1921 leiteten, und die ich allmählich der jungen Organisation einzuimpfen versuchte, hatten den Erfolg, daß wir bis zum Hochsommer 1922 schon über eine stattliche Anzahl von

Hundertschaften verfügten, die im Spätherbst 1922 nach und nach ihre besondere kennzeichnende Bekleidung erhielten. Unendlich wichtig für die weitere Ausgestaltung der S.A. waren drei Ereignisse.

1. Die große allgemeine Demonstration aller vaterländischen Verbände gegen das Republikschutzgesetz im Spätsommer 1922 auf dem Königsplatz zu München.

Die vaterländischen Verbände Münchens hatten damals den Aufruf erlassen, der als Protest gegen die Einführung des Republikschutzgesetzes zu einer riesenhaften Kundgebung in München aufforderte. Auch die nationalsozialistische Bewegung sollte sich an ihr beteiligen. Der geschlossene Aufmarsch der Partei wurde eingeleitet durch sechs Münchner Hundertschaften, denen dann die Sektionen der politischen Partei folgten. Im Zuge selbst marschierten zwei Musikkapellen, und ungefähr fünfzehn Fahnen wurden mitgetragen. Das Eintreffen der Nationalsozialisten auf dem bereits zur Hälfte gefüllten großen Platz, der sonst fahnenleer war, erregte eine unermeßliche Begeisterung. Ich selbst hatte die Ehre, vor der nun sechzigtausend Köpfe zählenden Menschenmenge als einer der Redner sprechen zu dürfen.

Der Erfolg der Veranstaltung war überwältigend, besonders deshalb, weil, allen roten Drohungen zum Trotz, zum erstenmal bewiesen wurde, daß auch das nationale München auf der Straße marschieren konnte. Rote republikanische Schutzbündler, die gegen anmarschierende Kolonnen mit Terror vorzugehen versuchten, wurden binnen weniger Minuten von S.A.-Hundertschaften mit blutigen Schädeln auseinandergetrieben. Die nationalsozialistische Bewegung hat damals zum ersten Male ihre Entschlossenheit gezeigt, künftighin auch für sich das Recht auf die Straße in Anspruch zu nehmen und damit dieses Monopol den internationalen Volksverrätern und Vaterlandsfeinden aus der Hand zu winden.

Das Ergebnis dieses Tages war der nicht mehr anzufechtende Beweis für die psychologische und auch organisatorische Richtigkeit unserer Auffassungen über den Ausbau der S.A.

Sie wurde nun auf der so erfolgreich bewährten Grund-

lage energisch erweitert, so daß schon wenige Wochen später die doppelte Zahl an Hundertschaften in München aufgestellt war.

2. Der Zug nach Koburg im Oktober 1922.

„Völkische“ Verbände beabsichtigten in Koburg einen sogenannten „Deutschen Tag“ abzuhalten. Ich selbst erhielt eine Einladung hierzu mit dem Vermerk, daß es erwünscht wäre, wenn ich noch einige Begleitung mitbrächte. Dieses Ersuchen, das ich vormittags um elf Uhr in die Hand erhielt, kam mir sehr gelegen. Schon eine Stunde später waren die Anordnungen zu einem Besuch dieses deutschen Tages hinausgegeben. Als „Begleitung“ bestimmte ich achthundert Mann der S.A., die in ungefähr vierzehn Hundertschaften von München aus durch Sonderzug nach dem bayerisch gewordenen Städtchen befördert werden sollten. Entsprechende Befehle gingen an nationalsozialistische S.A.-Gruppen, die unterdes an anderen Orten gebildet worden waren, hinaus.

Es war das erstemal, daß in Deutschland ein derartiger Sonderzug fuhr. An allen Orten, an denen neue S.A.-Leute einstiegen, erregte der Transport größtes Aufsehen. Viele hatten unsere Fahnen noch nie vorher gesehen; der Eindruck derselben war ein sehr großer.

Als wir in Koburg auf dem Bahnhof eintrafen, empfing uns eine Deputation der Festleitung des „Deutschen Tages“, die uns einen als „Vereinbarung“ bezeichneten Befehl der dortigen Gewerkschaften beziehungsweise der Unabhängigen und Kommunistischen Partei übermittelte, des Inhalts, daß wir die Stadt nicht mit entrollten Fahnen, nicht mit Musik (wir hatten eine eigene zweiundvierzig Mann starke Kapelle mitgenommen) und nicht in geschlossenem Zuge betreten dürften.

Ich lehnte diese schmählichen Bedingungen sofort glatt ab, versäumte aber nicht, den anwesenden Herren der Leitung dieser Tagung mein Befremden darüber auszudrücken, daß mit diesen Menschen Verhandlungen gepflogen und Abkommen getroffen würden, und erklärte, daß die S.A. augenblicklich in Hundertschaften antreten und mit klingen-

der Musik und wehenden Fahnen in die Stadt marschieren werde.

So geschah es dann auch.

Schon auf dem Bahnhofsplatz empfing uns eine nach vielen Tausenden zählende gröhlende und johlende Menschenmenge. „Mörder“, „Banditen“, „Räuber“, „Verbrecher“, waren die Kosenamen mit denen uns die vorbildlichen Begründer der deutschen Republik liebreich überschütteten. Die junge S.A. hielt mustergültige Ordnung, die Hundertschaften formierten sich auf dem Platz vor dem Bahnhof und nahmen zunächst von den Anpöbelungen keine Notiz. Durch ängstliche Polizeiorgane wurde der abmarschierende Zug in der für uns alle ganz fremden Stadt nicht, wie bestimmt, in unser Quartier, eine an der Peripherie Koburgs liegende Schützenhalle, sondern in den Hofbräuhauskeller, nahe dem Zentrum der Stadt, geleitet. Links und rechts vom Zuge nahm das Toben der begleitenden Volksmassen immer mehr zu. Kaum daß die letzte Hundertschaft in den Hof des Kellers eingebogen war, versuchten auch schon große Massen, unter ohrenbetäubendem Geschrei nachzudrücken. Um dies zu verhüten, schloß die Polizei den Keller ab. Da dieser Zustand ein unerträglicher war, ließ ich nun die S.A. noch einmal antreten, ermahnte sie kurz und forderte von der Polizei die augenblickliche Öffnung der Tore. Nach längerem Zögern kam sie dem auch nach.

Wir marschierten nun den Weg, den wir gekommen waren, wieder zurück, um zu unserem Quartier zu gelangen, und da mußte nun allerdings endlich Front gemacht werden. Nachdem man durch Schreien und beleidigende Zurufe die Hundertschaften nicht aus der Ruhe hatte bringen können, griffen die Vertreter des wahren Sozialismus, der Gleichheit und Brüderlichkeit, zu Steinen. Damit war unsere Geduld zu Ende, und so hagelte es zehn Minuten lang links und rechts vernichtend nieder, und eine Viertelstunde später war nichts Rotes mehr auf den Straßen zu sehen.

Nachts kam es noch zu schweren Zusammenstößen. Patrouillen der S.A. hatten Nationalsozialisten, die einzeln

überfallen worden waren, in gräßlichem Zustande aufgefunden. Daraufhin wurde mit den Gegnern kurzer Prozeß gemacht. Schon am nächsten Morgen war der rote Terror, unter dem Koburg schon seit Jahren gelitten hatte, niedergebrochen.

Mit echt marxistisch-jüdischer Verlogenheit versuchte man nun, durch Handzettel die „Genossen und Genossinnen des internationalen Proletariats“ noch einmal auf die Straße zu hetzen, indem man, unter vollständiger Verdrehung der Tatsachen, behauptete, daß unsere „Mordbanden“ den „Ausrottungskrieg gegen friedliche Arbeiter“ in Koburg begonnen hätten. Um halb zwei Uhr sollte die große „Volksdemonstration“, zu der man Zehntausende von Arbeitern aus der ganzen Umgebung erhoffte, stattfinden. Ich ließ deshalb, fest entschlossen, den roten Terror endgültig zu erledigen, um zwölf Uhr die S.A. antreten, die unterdes auf fast eineinhalbtausend Mann angeschwollen war, und setzte mich mit ihr in Marsch zur Feste Koburg, über den großen Platz, auf dem die rote Demonstration stattfinden sollte. Ich wollte sehen, ob sie es noch einmal wagen würden, uns zu belästigen. Als wir den Platz betraten, waren anstatt der angekündigten Zehntausend nur wenige Hundert anwesend, die bei unserem Nahen sich im allgemeinen still verhielten, teilweise ausrissen. Nur an einigen Stellen versuchten rote Trupps, die unterdessen von außen gekommen waren und uns noch nicht kannten, uns wieder anzustänkern; aber im Handumdrehen wurde ihnen gründlich die Lust dazu genommen. Und nun konnte man sehen, wie die bisher ängstlich eingeschüchterte Bevölkerung langsam aufwachte, Mut bekam, durch Zurufe uns zu begrüßen wagte und abends bei unserem Abzug an vielen Stellen in spontanen Jubel ausbrach.

Plötzlich erklärte uns am Bahnhof das Eisenbahnpersonal, daß es den Zug nicht fahren würde. Ich ließ darauf einigen Rädelsführern mitteilen, daß ich in diesem Falle zusammenzufangen gedächte, was mir an roten Bonzen in die Hände fiele, und daß wir dann eben selbst fahren würden, allerdings auf Lokomotive und Tender und

in jedem Wagen ein paar Dutzend von Brüdern der internationalen Solidarität mitzunehmen vorhätten. Ich versäumte auch nicht, die Herren aufmerksam zu machen, daß die Fahrt mit unseren eigenen Kräften selbstverständlich ein unendlich riskantes Unternehmen sein würde und es nicht ausgeschlossen wäre, daß wir uns alle zusammen Genick und Knochen brächen. Freuen würde uns aber, dann wenigstens nicht allein, sondern in Gleichheit und Brüderlichkeit mit den roten Herrschaften ins Jenseits zu wandern.

Daraufhin fuhr der Zug sehr pünktlich ab, und wir kamen am nächsten Morgen wieder heil in München an.

In Koburg wurde damit zum ersten Male seit dem Jahre 1914 die Gleichheit der Staatsbürger vor dem Gesetz wiederhergestellt. Denn wenn heute irgendein gimpelhafter höherer Beamter sich zu der Behauptung versteigt, daß der Staat das Leben seiner Bürger beschütze, dann traf dies für damals jedenfalls nicht zu; denn die Bürger mußten sich in jener Zeit vor den Repräsentanten des heutigen Staates verteidigen.

Die Bedeutung dieses Tages konnte in seinen Folgen zunächst gar nicht voll eingeschätzt werden. Nicht nur, daß die sieghafte S.A. in ihrem Selbstvertrauen und im Glauben an die Richtigkeit ihrer Führung außerordentlich gehoben wurde, begann auch die Umwelt sich mit uns eingehender zu beschäftigen, und viele erkannten zum ersten Male in der nationalsozialistischen Bewegung die Institution, die aller Wahrscheinlichkeit nach dereinst berufen sein würde, dem marxistischen Wahnsinn ein entsprechendes Ende zu bereiten.

Nur die Demokratie stöhnte, daß man es wagen konnte, sich nicht friedlich den Schädel einschlagen zu lassen, sondern daß wir uns in einer demokratischen Republik unterstanden hatten, einem brutalen Angriff mit Fäusten und Stöcken statt mit pazifistischen Gesängen entgegenzutreten.

Die bürgerliche Presse im allgemeinen war teils jämmerlich, teils gemein, wie immer, und nur wenige aufrichtige Zeitungen begrüßten es, daß man wenigstens an einer

Stelle den marxistischen Wegelagerern endlich das Handwerk gelegt hatte.

In Koburg selbst aber hat immerhin ein Teil der marxistischen Arbeiterschaft, der übrigens selbst nur als verführt angesehen werden mußte, durch die Fäuste nationalsozialistischer Arbeiter belehrt, einsehen gelernt, daß auch diese Arbeiter für Ideale kämpfen, da man sich erfahrungsgemäß nur für etwas, an das man glaubt und das man liebt, auch schlägt.

Den größten Nutzen hatte allerdings die S.A. selbst. Sie wuchs nun sehr schnell an, so daß beim Parteitag am 27. Januar 1923 bereits gegen sechstausend Mann an der Fahnenweihe teilnehmen konnten und dabei die ersten Hundertschaften in ihre neue Tracht vollkommen eingekleidet waren.

Die Erfahrungen in Koburg hatten eben gezeigt, wie notwendig es ist, und zwar nicht nur um den Korpsgeist zu stärken, sondern auch, um Verwechslungen zu vermeiden und dem gegenseitigen Nichterkennen vorzubeugen, eine einheitliche Bekleidung der S.A. einzuführen. Bis dahin trug sie nur die Armbinde, nun kam die Windjacke und die bekannte Mütze dazu.

Die Erfahrungen von Koburg hatten aber noch weiter die Bedeutung, daß wir nun daran gingen, planmäßig in allen Orten, in denen der rote Terror seit vielen Jahren jede Versammlung Andersdenkender verhindert hatte, diesen zu brechen und die Versammlungsfreiheit herzustellen. Ab jetzt wurden immer wieder nationalsozialistische Bataillone in solchen Orten zusammengezogen, und allmählich fiel in Bayern eine rote Hochburg nach der anderen der nationalsozialistischen Propaganda zum Opfer. Die S.A. hatte sich immer mehr in ihre Aufgabe hineingewachsen, und sie war damit von dem Charakter einer sinnlosen und lebensunwichtigen Wehrbewegung immer weiter weggerückt und zu einer lebendigen Kampforganisation für die Errichtung eines neuen deutschen Staates emporgestiegen.

Bis zum März 1923 währte diese logische Entwicklung. Dann trat ein Ereignis ein, das mich zwang, die Bewegung

aus ihrer bisherigen Bahn zu nehmen und einer Umgestaltung zuzuführen.

3. Die in den ersten Monaten des Jahres 1923 erfolgte Besetzung des Ruhrgebietes durch die Franzosen hatte in der Folgezeit eine große Bedeutung für die Entwicklung der S.A.

Es ist auch heute noch nicht möglich und besonders aus nationalem Interesse nicht zweckmäßig, in aller Öffentlichkeit darüber zu reden oder zu schreiben. Ich kann mich nur soweit äußern, als in öffentlichen Verhandlungen dieses Thema schon berührt und der Öffentlichkeit dadurch zur Kenntnis gebracht worden ist.

Die Besetzung des Ruhrgebietes, die uns nicht überraschend kam, ließ die begründete Hoffnung erstehen, daß nunmehr endgültig mit der feigen Politik des Zurückweichens gebrochen und damit den Wehrverbänden eine ganz bestimmte Aufgabe zufallen würde. Auch die S.A., die damals schon viele Tausende junger, kraftvoller Männer umfaßte, durfte dann diesem nationalen Dienst nicht entzogen werden. Im Frühjahr und im Hochsommer des Jahres 1923 erfolgte ihre Umstellung zu einer militärischen Kampforganisation. Ihr war zum großen Teil die spätere Entwicklung des Jahres 1923 zuzuschreiben, soweit sie unsere Bewegung betraf.

Da ich an anderer Stelle in großen Zügen die Entwicklung des Jahres 1923 behandle, will ich hier nur feststellen, daß die Umgestaltung der damaligen S.A., wenn die Voraussetzungen, die zu ihrer Umgestaltung geführt hatten, also die Aufnahme des aktiven Widerstandes gegen Frankreich, nicht zutrafen, vom Gesichtspunkt der Bewegung aus eine schädliche war.

Der Abschluß des Jahres 1923 war, so entsetzlich er im ersten Augenblick erscheinen mag, von einer höheren Warte aus betrachtet, insofern ein nahezu notwendiger, als er die durch die Haltung der deutschen Reichsregierung gegenstandslos gemachte, für die Bewegung aber nun schädliche Umstellung der S.A. mit einem Schlage beendete und damit

die Möglichkeit schuf, eines Tages dort wieder aufzubauen, wo man einst den richtigen Weg verlassen mußte.

Die im Jahre 1925 neugegründete N.S.D.A.P. hat ihre S.A. nun wieder nach den eingangs erwähnten Grundsätzen aufzustellen, auszubilden und zu organisieren. Sie muß damit wieder zurückkehren zu den ursprünglich gesunden Anschauungen, und hat es nun wieder als ihre höchste Aufgabe anzusehen, in ihrer S.A. ein Instrument zur Vertretung und Stärkung des Weltanschauungskampfes der Bewegung zu schaffen.

Sie darf weder dulden, daß die S.A. zu einer Art Wehrverband noch zu einer Geheimorganisation herabsinkt; sie muß sich vielmehr bemühen, in ihr eine Hunderttausendmanngarde der nationalsozialistischen und damit zu tiefst völkischen Idee heranzubilden.

10. Kapitel

Der Föderalismus als Maske

Im Winter des Jahres 1919 und noch mehr im Frühjahr und Sommer 1920 wurde die junge Partei gezwungen, zu einer Frage Stellung zu nehmen, die schon im Kriege zu außerordentlicher Bedeutung emporstieg. Ich habe im ersten Band in der kurzen Schilderung der mir persönlich sichtbar gewordenen Merkmale des drohenden deutschen Zusammenbruchs auf die besondere Art der Propaganda hingewiesen, die sowohl von seiten der Engländer als auch der Franzosen zur Aufreißung der alten Kluft zwischen Nord und Süd stattfand. Im Frühjahr 1915 erschienen die ersten systematischen Hetzblätter gegen Preußen, als den Alleinschuldigen am Kriege. Bis zum Jahre 1916 war dieses System zu einem vollständigen, ebenso geschickten wie niederträchtigen Ausbau gekommen. Die auf die niedersten Instinkte berechnete Verhetzung des Süddeutschen gegen den Norddeutschen begann auch schon nach kurzer Zeit Früchte zu tragen. Es ist ein Vorwurf, den man gegen die damaligen maßgebenden Stellen sowohl in der Regierung wie auch in der Heeresleitung — besser, in den bayerischen Kommandostellen — erheben muß, und den diese nicht von sich abschütteln können, daß sie in gottverblendeter Pflichtvergessenheit nicht mit der notwendigen Entschlossenheit dagegen eingeschritten sind. Man tat nichts! Im Gegenteil, an verschiedenen Stellen schien man es gar nicht so ungern zu sehen und war vielleicht borniert genug, zu denken, daß durch eine solche Propaganda nicht nur der Einheitsentwicklung des deutschen Volkes ein Riegel vorgeschoben werden würde, sondern daß damit auch automatisch eine Stärkung der föderativen Kräfte eintreten

müßte. Kaum jemals in der Geschichte ist eine böswillige Unterlassung böser gerächt worden. Die Schwächung, die man Preußen zuzufügen glaubte, hat ganz Deutschland betroffen. Ihre Folge aber war die Beschleunigung des Zusammenbruchs, der jedoch nicht etwa nur Deutschland zertrümmerte, sondern in erster Linie gerade die Einzelstaaten selbst.

In der Stadt, in welcher der künstlich geschürte Haß gegen Preußen am heftigsten tobte, brach als erster die Revolution gegen das angestammte Königshaus aus.

Nun wäre es allerdings falsch, zu glauben, daß der feindlichen Kriegspropaganda allein die Fabrikation dieser antipreußischen Stimmung zuzuschreiben gewesen sei und daß Entschuldigungsgründe für das von ihr ergriffene Volk nicht vorhanden gewesen wären. Die unglaubliche Art der Organisation unserer Kriegswirtschaft, die in einer geradezu wahnwitzigen Zentralisation das gesamte Reichsgebiet bevormundete und — ausgaunerte, war ein Hauptgrund für das Entstehen jener antipreußischen Gesinnung. Denn für den normalen kleinen Mann waren die Kriegsgesellschaften, die nun einmal ihre Zentrale in Berlin besaßen, identisch mit Berlin, und Berlin selbst gleichbedeutend mit Preußen. Daß die Organisatoren dieses Raubinstituts, Kriegsgesellschaften genannt, weder Berliner noch Preußen, ja überhaupt nicht Deutsche waren, kam dem einzelnen damals kaum zum Bewußtsein. Er sah nur die grobe Fehlerhaftigkeit und die dauernden Übergriffe dieser verhaßten Einrichtung in der Reichshauptstadt und übertrug nun seinen ganzen Haß selbstverständlich auf diese Reichshauptstadt und Preußen zugleich, um so mehr, als von bestimmter Seite nicht nur nichts dagegen unternommen, sondern im stillen eine solche Deutung sogar schmunzelnd begrüßt wurde.

Der Jude war viel zu klug, um nicht schon damals zu verstehen, daß der infame Beutezug, den er unter dem Deckmantel der Kriegsgesellschaften gegen das deutsche Volk organisierte, Widerstand hervorrufen würde, ja mußte.

Solange dieser ihm nicht selbst an die Gurgel sprang, brauchte er ihn nicht zu fürchten. Um aber eine Explosion der zur Verzweiflung und Empörung getriebenen Massen nach dieser Richtung zu verhindern, konnte es gar kein besseres Rezept geben als das, ihre Wut anderweitig aufflammen zu lassen und so zu verbrauchen.

Mochte ruhig Bayern gegen Preußen und Preußen gegen Bayern streiten, je mehr, desto besser! Der heißeste Kampf der beiden bedeutete für den Juden den sichersten Frieden. Die allgemeine Aufmerksamkeit war damit vollständig abgelenkt von der internationalen Völkermade, man schien sie vergessen zu haben. Und wenn ja die Gefahr aufzutauchen schien, daß besonnene Elemente, die es auch in Bayern zahlreich gab, zur Einsicht und Einkehr und zur Zurückhaltung mahnten und dadurch der erbitterte Kampf abzuflauen drohte, so brauchte der Jude in Berlin nur eine neue Provokation in Szene setzen und den Erfolg abwarten. Augenblicklich stürzten sich alle Nutznießer des Streites zwischen Nord und Süd auf jeden solchen Vorfall und bliesen solange, bis die Glut der Empörung wieder zu hellem Feuer emporgestiegen war.

Es war ein geschicktes, raffiniertes Spiel, das der Jude damals zur steten Beschäftigung und Ablenkung der einzelnen deutschen Stämme trieb, um sie unterdessen desto gründlicher ausplündern zu können.

Dann kam die Revolution.

Wenn nun bis zum Jahre 1918 oder besser gesagt bis zum November dieses Jahres, der Durchschnittsmensch, besonders aber der wenig gebildete Spießer und Arbeiter, den wirklichen Hergang und die unausbleiblichen Folgen des Streites der deutschen Stämme untereinander, vor allem in Bayern, noch nicht richtig erkennen konnte, dann hätte es wenigstens der sich „national“ nennende Teil am Tage des Ausbruchs der Revolution begreifen müssen. Denn kaum war die Aktion gelungen, als in Bayern auch schon der Führer und Organisator der Revolution zum Vertreter „bayerischer“ Interessen wurde. *Der internationale Jude Kurt Eisner begann Bayern*

gegen Preußen auszuspielen. Es war aber doch selbstverständlich, daß ausgerechnet dieser Orientale, der als Zeitungsjournaille sich unausgesetzt hier und dort im übrigen Deutschland herumtrieb, wohl als letzter berufen gewesen wäre, bayerische Interessen zu wahren, und daß gerade ihm Bayern das Gleichgültigste sein konnte, daß es auf Gottes weiter Welt gab.

Indem Kurt Eisner der revolutionären Erhebung in Bayern eine ganz bewußte Spitze gegen das übrige Reich gab, handelte er nicht im geringsten aus bayerischen Gesichtspunkten heraus, sondern nur als Beauftragter des Judentums. Er benützte die vorhandenen Instinkte und Abneigungen des bayerischen Volkes, um mittels ihrer Deutschland leichter zerschlagen zu können. Das zertrümmerte Reich aber wäre spielend eine Beute des Bolschewismus geworden.

Die von ihm angewandte Taktik wurde auch nach seinem Tode zunächst fortgeführt. Der Marxismus, der gerade die Einzelstaaten und ihre Fürsten in Deutschland immer mit blutigstem Hohn übergossen hatte, appellierte als „Unabhängige Partei“ nun plötzlich eben an diejenigen Gefühle und Instinkte, die in Fürstenhäusern und Einzelstaaten ihre stärkste Wurzel hatten.

Der Kampf der Räterepublik gegen die anrückenden Befreiungskontingente war in erster Linie als „Kampf bayerischer Arbeiter“ gegen den „preußischen Militarismus“ propagandistisch aufgezogen worden. Nur daraus kann man auch verstehen, warum in München, ganz zum Unterschied von anderen deutschen Gebieten, das Niederwerfen der Räterepublik nicht zur Besinnung der breiten Massen, sondern vielmehr zu einer noch größeren Verbitterung und Verbissenheit gegen Preußen führte.

Die Kunst, mit der die bolschewistischen Agitatoren die Beseitigung der Räterepublik als „preußisch-militaristischen“ Sieg gegen das „antimilitaristisch“ und „antipreußisch“ gesinnte bayerische Volk hinzustellen verstanden, trug reiche Früchte. Während Kurt Eisner noch anläßlich der Wahlen

in den gesetzgebenden Bayerischen Landtag in München keine zehntausend Anhänger aufbrachte, die Kommunistische Partei sogar unter dreitausend blieb, waren nach dem Zusammenbruch der Republik beide Parteien zusammen auf nahezu hunderttausend Wähler gestiegen.

Schon in dieser Zeit setzte mein persönlicher Kampf gegen die wahnwitzige Verhetzung der deutschen Stämme untereinander ein.

Ich glaube, ich habe in meinem Leben noch keine unpopulärere Sache begonnen als meinen damaligen Widerstand gegen die Preußenhetze. In München hatten schon während der Räteperiode die ersten Massenversammlungen stattgefunden, in denen der Haß gegen das übrige Deutschland, insbesondere aber gegen Preußen, zu solcher Siedehitze aufgepeitscht wurde, daß es nicht nur für einen Norddeutschen mit Todesgefahr verbunden war, einer solchen Versammlung beizuwohnen, sondern daß der Abschluß derartiger Kundgebungen meist ganz offen mit dem wahnsinnigen Geschrei endigte: „Los von Preußen!" — „Nieder mit Preußen!" — „Krieg gegen Preußen!", eine Stimmung, die ein besonders glänzender Vertreter bayerischer Hoheitsinteressen im Deutschen Reichstag in den Schlachtruf zusammenfaßte: „Lieber bayerisch sterben als preußisch verderben."

Man muß die damaligen Versammlungen miterlebt haben, um zu verstehen, was es für mich selbst bedeutete, als ich mich zum ersten Male, umringt von einer Handvoll Freunde, in einer Versammlung im Löwenbräukeller zu München gegen diesen Wahnsinn zur Wehr setzte. Es waren Kriegskameraden, die mir damals Beistand leisteten, und man kann sich vielleicht in unser Gefühl hineinversetzen, wenn eine vernunftlos gewordene Masse gegen uns brüllte und uns niederzuschlagen drohte, die während der Zeit, da wir das Vaterland verteidigt hatten, zum weitaus größten Teil als Deserteure und Drückeberger sich in Etappen oder in der Heimat herumgetrieben hatte. Für mich freilich hatten diese Auftritte das Glück, daß sich die Schar meiner Getreuen erst recht mit mir verbunden

fühlte und bald auf Leben und Tod auf mich eingeschworen war.

Diese Kämpfe, die sich immer wiederholten und durch das ganze Jahr 1919 hinzogen, schienen sich gleich zu Beginn des Jahres 1920 noch zu verstärken. Es gab Versammlungen — ich erinnere mich besonders an eine im Wagner-Saal an der Sonnenstraße in München —, in denen meine unterdes größer gewordene Gruppe schwerste Kämpfe zu bestehen hatte, die nicht selten damit endeten, daß man Dutzende meiner Anhänger mißhandelte, niederschlug, mit Füßen trat, um sie endlich, mehr Leichnamen als Lebenden gleich, aus den Sälen zu werfen.

Der Kampf, den ich erst als Einzelperson, nur unterstützt von meinen Kriegsgefährten, aufgenommen hatte, wurde nun als eine, ich möchte fast sagen, heilige Aufgabe von der jungen Bewegung weitergeführt.

Es ist noch heute mein Stolz, sagen zu können, daß wir damals — fast ausschließlich angewiesen auf unsere bayerischen Anhänger — dennoch dieser Mischung von Dummheit und Verrat langsam, aber sicher das Ende bereitet haben. Ich sage Dummheit und Verrat deshalb, weil ich, bei aller Überzeugung von der an sich wirklich gutmütig-dummen Masse der Mitläufer, den Organisatoren und Anstiftern solche Einfalt nicht zugute rechnen kann. Ich hielt sie, und halte sie auch heute noch für von Frankreich besoldete und bezahlte Verräter. In einem Falle, im Falle Dorten, hat ja unterdes die Geschichte bereits ihr Urteil gesprochen.

Was die Sache damals besonders gefährlich werden ließ, war die Geschicklichkeit, mit der man die wahren Tendenzen zu verhüllen verstand, indem man föderalistische Absichten als die einzige Veranlassung zu diesem Treiben in den Vordergrund schob. Daß die Schürung von Preußenhaß mit Föderalismus nichts zu tun hat, liegt allerdings auf der Hand. Merkwürdig berührt auch eine „förderative Tätigkeit", die es versucht, einen anderen Bundesstaat aufzulösen oder aufzuteilen. Denn ein ehrlicher Föderalist, bei dem die Zitierung des Bismarckschen Reichsgedankens

keine verlogene Phrase darstellt, dürfte nicht im selben Atemzug dem von Bismarck geschaffenen oder doch vollendeten preußischen Staat Teile abzutrennen wünschen oder sogar solche Separationsbestrebungen öffentlich unterstützen. Wie würde man in München geschrien haben, wenn eine konservative preußische Partei die Loslösung Frankens von Bayern begünstigt oder gar in öffentlicher Aktion verlangt und gefördert hätte. Leid tun konnten einem bei all dem wirklich nur die ehrlich föderalistisch gesinnten Naturen, die dieses verruchte Gaunerspiel nicht durchschaut hatten; denn sie waren in erster Linie die Betrogenen. Indem der föderative Gedanke solcherart belastet wurde, schaufelten ihm seine eigenen Anhänger das Grab. Man kann keine föderalistische Gestaltung des Reiches propagieren, wenn man das wesentlichste Glied eines solchen Staatsbaues, nämlich Preußen, selbst heruntersetzt, beschimpft und beschmutzt, kurz als Bundesstaat, wenn möglich, unmöglich macht. Es war dies um so unglaublicher, als sich dabei der Kampf dieser sogenannten Föderalisten gerade gegen das Preußen wendete, das am wenigsten mit der Novemberdemokratie in Verbindung gebracht werden kann. Denn nicht gegen die Väter der Weimarer Verfassung, die übrigens selbst zum größten Teil Süddeutsche oder Juden waren, richteten sich Schmähungen und Angriffe dieser sogenannten „Föderalisten“, sondern gegen die Vertreter des alten konservativen Preußens, also die Antipoden der Weimarer Verfassung. Daß man sich dabei besonders hütete, den Juden anzutasten, darf nicht wundernehmen, liefert aber vielleicht den Schlüssel zur Lösung des ganzen Rätsels.

So wie vor der Revolution der Jude die Aufmerksamkeit von seinen Kriegsgesellschaften, oder besser von sich selbst, abzulenken verstand und die Masse, besonders des bayerischen Volkes, gegen Preußen umzustellen wußte, so mußte er nach der Revolution auch den neuen und nun zehnmal größeren Raubzug irgendwie decken. Und wieder gelang es ihm, in diesem Fall die sogenannten „nationalen Elemente“ Deutschlands gegeneinander zu hetzen: konser-

vativ eingestellte Bayern gegen ebenso konservativ denkende Preußen. Und wieder betrieb er es in gerissenster Weise, indem er, der allein die Geschicke des Reiches an seinen Fäden hielt, so grobe und so taktlose Übergriffe provozierte, daß das Blut der jeweils Betroffenen dadurch immer aufs neue in Wallung geraten mußte. Nie aber gegen den Juden, sondern immer gegen den deutschen Bruder. Nicht das Berlin von vier Millionen emsig arbeitenden fleißigen, schaffenden Menschen sah der Bayer, sondern das faule, zersetzte Berlin des übelsten Westens! Doch nicht gegen diesen Westen kehrte sich sein Haß, sondern gegen die „preußische“ Stadt.

Es war wirklich oft zum Verzweifeln.

Diese Geschicklichkeit des Juden, die öffentliche Aufmerksamkeit von sich abzulenken und anderweitig zu beschäftigen, kann man auch heute wieder studieren.

Im Jahre 1918 konnte von einem planmäßigen Antisemitismus gar keine Rede sein. Noch erinnere ich mich der Schwierigkeiten, auf die man stieß, sowie man nur das Wort Jude in den Mund nahm. Man wurde entweder dumm angeglotzt oder man erlebte heftigsten Widerstand. Unsere ersten Versuche, der Öffentlichkeit den wahren Feind zu zeigen, schienen damals fast aussichtslos zu sein, und nur ganz langsam begannen sich die Dinge zum Besseren zu wenden. So verfehlt der „Schutz- und Trutzbund“ in seiner organisatorischen Anlage war, so groß war nichtsdestoweniger sein Verdienst, die Judenfrage als solche wieder aufgerollt zu haben. Jedenfalls begann im Winter 1918/19 so etwas wie Antisemitismus langsam Wurzel zu fassen. Später hat dann allerdings die nationalsozialistische Bewegung die Judenfrage ganz anders vorwärtsgetrieben. Sie hat es vor allem fertiggebracht, dieses Problem aus dem engbegrenzten Kreise oberer und kleinbürgerlicher Schichten herauszuheben und zum treibenden Motiv einer großen Volksbewegung umzuwandeln. Kaum aber, daß es gelungen war, dem deutschen Volk in

dieser Frage den großen, einigenden Kampfgedanken zu schenken, als der Jude auch schon zur Gegenwehr schritt. Er griff zu seinem alten Mittel. Mit fabelhafter Schnelligkeit hat er in die völkische Bewegung selbst die Brandfackel des Zankes hineingeworfen und den Zwiespalt gesät. *Im Aufwerfen der ultramontanen Frage und in der daraus erwachsenden gegenseitigen Bekämpfung* von Katholizismus und Protestantismus stak, wie die Verhältnisse nun einmal lagen, die einzige Möglichkeit, die öffentliche Aufmerksamkeit mit anderen Problemen zu beschäftigen, um den konzentrierten Ansturm vom Judentum abzuhalten. Wie die Männer, die gerade diese Frage in unser Volk hineinschleuderten, sich an ihm versündigten, das können sie niemals wieder gutmachen. Der Jude hat jedenfalls das gewollte Ziel erreicht: Katholiken und Protestanten führen miteinander einen fröhlichen Krieg, und der Todfeind der arischen Menschheit und des gesamten Christentums lacht sich ins Fäustchen.

So wie man es einst verstanden hatte, Jahre hindurch die öffentliche Meinung mit dem Kampf zwischen Föderalismus und Unitarismus zu beschäftigen und sie darin aufzureiben, indes der Jude die Freiheit der Nation verschacherte und unser Vaterland der internationalen Hochfinanz verriet, so gelingt es ihm jetzt wieder, die zwei deutschen Konfessionen gegeneinander Sturm laufen zu lassen, während beider Grundlagen vom Gift des internationalen Weltjuden zerfressen und unterhöhlt werden.

Man halte sich die Verwüstungen vor Augen, welche die jüdische Bastardierung jeden Tag an unserem Volke anrichtet, und man bedenke, daß diese Blutvergiftung nur nach Jahrhunderten oder überhaupt nicht mehr aus unserem Volkskörper entfernt werden kann; man bedenke weiter, wie die rassische Zersetzung die letzten arischen Werte unseres deutschen Volkes herunterzieht, ja oft vernichtet, so daß unsere Kraft als kulturtragende Nation ersichtlich mehr und mehr im Rückzug begriffen ist und wir der Gefahr anheimfallen, wenigstens in unseren Großstädten dorthin zu kommen, wo Süditalien heute bereits ist. Diese

Verpestung unseres Blutes, an der Hunderttausende unseres Volkes wie blind vorübergehen, wird aber vom Juden heute planmäßig betrieben. Planmäßig schänden diese schwarzen Völkerparasiten unsere unerfahrenen, jungen, blonden Mädchen und zerstören dadurch etwas, was auf dieser Welt nicht mehr ersetzt werden kann. Beide, jawohl, beide christliche Konfessionen sehen dieser Entweihung und Zerstörung eines durch Gottes Gnade der Erde gegebenen edlen und einzigartigen Lebewesens gleichgültig zu. Für die Zukunft der Erde liegt aber die Bedeutung nicht darin, ob die Protestanten die Katholiken oder die Katholiken die Protestanten besiegen, sondern darin, ob der arische Mensch ihr erhalten bleibt oder ausstirbt. Dennoch kämpfen die beiden Konfessionen heute nicht etwa gegen den Vernichter dieses Menschen, sondern suchen sich selbst gegenseitig zu vernichten. Gerade der völkisch Eingestellte hätte die heiligste Verpflichtung, jeder in seiner eigenen Konfession dafür zu sorgen, *daß man nicht nur immer äußerlich von Gottes Willen redet, sondern auch tatsächlich Gottes Willen erfülle und Gottes Werk nicht schänden lasse.* Denn Gottes Wille gab den Menschen einst ihre Gestalt, ihr Wesen und ihre Fähigkeiten. Wer sein Werk zerstört, sagt damit der Schöpfung des Herrn, dem göttlichen Wollen, den Kampf an. Darum sei jeder tätig, und zwar jeder, gefälligst, in seiner Konfession, und jeder empfinde es als seine erste und heiligste Pflicht, Stellung gegen den zu nehmen, der in seinem Wirken, durch Reden oder Handeln aus dem Rahmen seiner eigenen Glaubensgemeinschaft heraustritt und in die andere hineinzustänkern versucht. Denn das Bekämpfen von Wesenseigenheiten einer Konfession innerhalb unserer einmal vorhandenen religiösen Spaltung führt in Deutschland zwangsläufig zu einem Vernichtungskrieg zwischen beiden Konfessionen. Unsere Verhältnisse gestatten hier gar keinen Vergleich etwa mit Frankreich oder Spanien oder gar Italien. Man kann zum Beispiel in allen drei Ländern einen Kampf gegen den Klerikalismus oder Ultramontanis-

mus propagieren, ohne Gefahr zu laufen, daß bei diesem Versuch das französische, spanische oder italienische Volk als solches auseinanderfalle. Man darf dies aber nicht in Deutschland, da sich hier sicher auch die Protestanten an einem solchen Beginnen beteiligen würden. Damit erhält jedoch die Abwehr, die anderswo nur von Katholiken gegen Übergriffe politischer Art ihrer eigenen Oberhirten stattfinden würde, sofort den Charakter eines Angriffs von Protestantismus gegen Katholizismus. Was von Angehörigen der eigenen Konfession, selbst wenn es ungerecht ist, immer noch ertragen wird, findet augenblicklich schärfste Ablehnung von vornherein, sowie der Bekämpfer einer anderen Glaubensgemeinschaft entstammt. Dies geht so weit, daß selbst Menschen, die an sich ohne weiteres bereit wären, einen ersichtlichen Mißstand innerhalb ihrer eigenen religiösen Glaubensgemeinschaft abzustellen, sofort davon abgehen und ihren Widerstand nach außen kehren, sowie von einer nicht zu ihrer Gemeinschaft gehörigen Stelle eine solche Korrektur empfohlen oder gar gefordert wird. Sie empfinden dies als einen ebenso unberechtigten wie unzulässigen, ja unanständigen Versuch, sich in Dinge einzumischen, die den Betreffenden nichts angehen. Derartige Versuche werden auch dann nicht entschuldigt, wenn sie mit dem höheren Recht der Interessen der nationalen Gemeinschaft begründet werden, da heute religiöse Gefühle immer noch tiefer sitzen als alle nationalen und politischen Zweckmäßigkeiten. Und dies wird auch gar nicht anders dadurch, daß man nun die beiden Konfessionen in einen gegenseitigen erbitterten Krieg hineintreibt, sondern vermöchte nur anders zu werden, indem man durch beiderseitige Verträglichkeit der Nation eine Zukunft schenkte, die in ihrer Größe allmählich auch auf diesem Gebiet versöhnend wirken würde.

Ich stehe nicht an, zu erklären, daß ich in den Männern, die heute die völkische Bewegung in die Krise religiöser Streitigkeiten hineinziehen, schlimmere Feinde meines Volkes sehe als im nächstbesten international eingestellten Kommunisten. Denn diesen zu bekehren, ist die national-

sozialistische Bewegung berufen. Wer aber diese aus ihren eigenen Reihen heraus von ihrer wirklichen Mission entfernt, handelt am verwerflichsten. Er ist, ob bewußt oder unbewußt, spielt gar keine Rolle, ein Streiter für jüdische Interessen. Denn jüdisches Interesse ist es heute, die völkische Bewegung in dem Augenblick in einem religiösen Kampf verbluten zu lassen, in dem sie beginnt, für den Juden eine Gefahr zu werden. Und ich betone ausdrücklich das Wort verbluten lassen; denn nur ein geschichtlich ganz ungebildeter Mann kann sich vorstellen, mit dieser Bewegung heute eine Frage lösen zu können, an der Jahrhunderte und große Staatsmänner zerschellt sind.

Im übrigen sprechen die Tatsachen für sich. Die Herren, die im Jahre 1924 plötzlich entdeckten, daß die oberste Mission der völkischen Bewegung der Kampf gegen den „Ultramontanismus“ sei, haben nicht den Ultramontanismus zerbrochen, aber die völkische Bewegung zerrissen. Ich muß mich auch verwahren dagegen, daß in den Reihen der völkischen Bewegung irgendein unreifer Kopf vermeint, das zu können, was selbst ein Bismarck nicht konnte. Es wird immer die oberste Pflicht der Leitung der nationalsozialistischen Bewegung sein, gegen jeden Versuch, die nationalsozialistische Bewegung in den Dienst solcher Kämpfe zu stellen, schärfstens Front zu machen und die Propagandisten einer solchen Absicht augenblicklich aus den Reihen der Bewegung zu entfernen. Tatsächlich war es auch bis Herbst 1923 restlos gelungen. Es konnte in den Reihen unserer Bewegung der gläubigste Protestant neben dem gläubigsten Katholiken sitzen, ohne je in den geringsten Gewissenskonflikt mit seiner religiösen Überzeugung geraten zu müssen. Der gemeinsame gewaltige Kampf, den die beiden gegen den Zerstörer der arischen Menschheit führten, hatte sie im Gegenteil gelehrt, sich gegenseitig zu achten und zu schätzen. Und dabei hat gerade in diesen Jahren die Bewegung den schärfsten Kampf gegen das Zentrum ausgefochten, allerdings nie aus religiösen, sondern ausschließlich aus national-, rasse- und wirtschafts-

politischen Gründen. Der Erfolg sprach damals genau so für uns, wie er heute gegen die Besserwisser zeugt.

Es ist in den letzten Jahren manchmal so weit gekommen, daß völkische Kreise in der gottverlassenen Blindheit ihrer konfessionellen Auseinandersetzungen den Wahnsinn ihres Handelns nicht einmal daraus erkannten, daß atheistische Marxistenzeitungen nach Bedarf plötzlich Anwälte religiöser Glaubensgemeinschaften wurden, um durch Hin- und Hertragen von manchmal wirklich zu dummen Äußerungen die eine oder die andere Seite zu belasten und das Feuer dadurch zum äußersten zu schüren.

Gerade bei einem Volk aber, das, wie das deutsche, in seiner Geschichte schon so oft bewiesen hat, daß es imstande ist, für Phantome Kriege bis zum Weißbluten zu führen, wird jeder solche Kampfruf todgefährlich sein. Immer wurde dadurch unser Volk von den wirklich realen Fragen seines Daseins abgelenkt. Während wir in religiösen Streitigkeiten uns verzehrten, wurde die andere Welt verteilt. Und während die völkische Bewegung überlegt, ob die ultramontane Gefahr größer ist als die jüdische oder umgekehrt, zerstört der Jude die rassischen Grundlagen unseres Daseins und vernichtet dadurch unser Volk für immer. Ich kann, was diese Art von „völkischen" Kämpfern betrifft, der nationalsozialistischen Bewegung und damit auch dem deutschen Volke aus aufrichtigstem Herzen nur wünschen: Herr, bewahre sie vor solchen Freunden, auch sie wird mit ihren Feinden dann schon fertig werden.

*

Der in den Jahren 1919/20/21 und weiterhin von den Juden in so schlauer Weise propagierte Kampf zwischen Föderalismus und Unitarismus zwang, bei aller Ablehnung desselben, doch auch die nationalsozialistische Bewegung, zu seinen wesentlichen Problemen Stellung zu nehmen. Soll Deutschland Bundes- oder Einheitsstaat sein, und was hat man praktisch unter beiden zu verstehen? Mir scheint die wichtigere Frage die zweite zu sein,

weil sie nicht nur zum Verständnis des ganzen Problems grundlegend ist, sondern auch weil sie klärenden und versöhnenden Charakter besitzt.

Was ist ein Bundesstaat?

Unter Bundesstaat verstehen wir einen Verband von souveränen Staaten, die aus freiem Willen kraft ihrer Souveränität sich zusammenschließen und dabei jenen Teil der Hoheitsrechte im einzelnen an die Gesamtheit abtreten, der die Existenz des gemeinsamen Bundes ermöglicht und gewährleistet.

Diese theoretische Formulierung trifft in der Praxis bei keinem der heute auf Erden bestehenden Bundesstaaten restlos zu. Am wenigsten bei der amerikanischen Union, in welcher beim weitaus größten Teil der Einzelstaaten von irgendeiner ursprünglichen Souveränität überhaupt nicht geredet werden kann, sondern viele derselben erst im Laufe der Zeit gewissermaßen hineingezeichnet wurden in die Gesamtfläche des Bundes. Daher handelt es sich bei den Einzelstaaten der amerikanischen Union auch in den meisten Fällen mehr um kleinere und größere, aus verwaltungstechnischen Gründen gebildete, vielfach mit dem Lineal abgegrenzte Territorien, die vordem eigene staatliche Souveränität nicht besessen hatten und auch gar nicht besitzen konnten. Denn nicht diese Staaten hatten die Union gebildet, sondern die Union gestaltete erst einen großen Teil solcher sogenannter Staaten. Die dabei den einzelnen Territorien überlassenen, oder besser, zugesprochenen, höchst umfangreichen Selbstrechte entsprechen nicht nur dem ganzen Wesen dieses Staatenbundes, sondern vor allem auch der Größe seiner Grundfläche, seinen räumlichen Dimensionen, die ja fast dem Ausmaß eines Kontinents gleichkommen. Man kann somit bei den Staaten der amerikanischen Union nicht von deren staatlicher Souveränität sprechen, sondern nur von deren verfassungsmäßig festgelegten und garantierten Rechten, besser vielleicht Befugnissen.

Auch für Deutschland ist die obige Formulierung nicht voll und ganz zutreffend. Obwohl in Deutschland ohne Zweifel zuerst die Einzelstaaten, und zwar als Staaten, be-

standen hatten und aus ihnen das Reich gebildet wurde. Allein schon die Bildung des Reiches ist nicht erfolgt auf Grund des freien Willens oder gleichen Zutuns der Einzelstaaten, sondern durch die Auswirkung der Hegemonie eines Staates unter ihnen, Preußens. Schon die rein territorial große Verschiedenheit der deutschen Staaten gestattet keinen Vergleich mit der Gestaltung zum Beispiel der amerikanischen Union. Der Größenunterschied zwischen den einstigen kleinsten deutschen Bundesstaaten und den größeren oder gar dem größten erweist die Nichtgleichartigkeit der Leistungen, aber auch das Ungleichmäßige des Anteils an der Begründung des Reiches, an der Formung des Bundesstaates. Tatsächlich konnte man aber auch bei den meisten dieser Staaten von einer wirklichen Souveränität nicht sprechen, außer das Wort Staatssouveränität hätte keine andere Bedeutung als die einer amtlichen Phrase. In Wirklichkeit hatte nicht nur die Vergangenheit, sondern auch die Gegenwart mit zahlreichen dieser sogenannten „souveränen Staaten“ aufgeräumt und damit am klarsten die Schwäche dieser „souveränen“ Gebilde bewiesen.

Es soll hier nicht festgestellt werden, wie im einzelnen diese Staaten sich geschichtlich bildeten, wohl aber, daß sie fast in keinem Falle sich mit stammesmäßigen Grenzen decken. Sie sind rein politische Erscheinungen und reichen mit ihren Wurzeln meist in die traurigste Zeit der Ohnmacht des Deutschen Reiches und der sie bedingenden wie auch umgekehrt dadurch selbst wieder bedingten Zersplitterung unseres deutschen Vaterlandes.

Dem allen trug, wenigstens teilweise, die Verfassung des alten Reiches auch Rechnung, insofern sie im Bundesrat den einzelnen Staaten nicht die gleiche Vertretung einräumte, sondern, entsprechend der Größe und tatsächlichen Bedeutung sowie der Leistung der Einzelstaaten bei der Bildung des Reiches, Abstufungen vornahm.

Die von den Einzelstaaten zur Ermöglichung der Reichsbildung abgetretenen Hoheitsrechte wurden nur zum kleinsten Teil aus eigenem Willen aufgegeben, zum größten Teil waren sie praktisch entweder ohnehin nicht vorhanden

oder sie waren unter dem Druck der preußischen Übermacht einfach genommen worden. Allerdings ging Bismarck dabei nicht von dem Grundsatz aus, dem Reiche zu geben, was den einzelnen Staaten nur irgend genommen werden konnte, sondern von den Einzelstaaten nur abzuverlangen, was das Reich unbedingt brauchte. Ein ebenso gemäßigter wie weiser Grundsatz, der auf der einen Seite auf Gewohnheit und Tradition die höchste Rücksicht nahm und auf der anderen dadurch von vornherein dem neuen Reich ein großes Maß von Liebe und freudiger Mitarbeit sicherte. Es ist aber grundfalsch, diesen Entschluß Bismarcks etwa seiner Überzeugung zuzuschreiben, daß damit das Reich für alle Zeit genügend an Hoheitsrechten besäße. Diese Überzeugung hatte Bismarck keineswegs; im Gegenteil, er wollte nur der Zukunft überlassen, was im Augenblicke schwer durchzuführen und zu ertragen gewesen wäre. Er hoffte auf die langsam ausgleichende Wirkung der Zeit und auf den Druck der Entwicklung an sich, der er auf die Dauer mehr Kraft zutraute als einem Versuch, die augenblicklichen Widerstände der einzelnen Staaten sofort zu brechen. Er hat damit die Größe seiner staatsmännischen Kunst gezeigt und am besten bewiesen. Denn in Wirklichkeit ist die Souveränität des Reiches dauernd auf Kosten der Souveränität der einzelnen Staaten gestiegen. Die Zeit hat erfüllt, was Bismarck sich von ihr erhoffte.

Mit dem deutschen Zusammenbruch und der Vernichtung der monarchischen Staatsform ist diese Entwicklung zwangsläufig beschleunigt worden. Denn da die einzelnen deutschen Staaten ihr Dasein weniger stammesmäßigen Unterlagen als rein politischen Ursachen zuzuschreiben hatten, mußte die Bedeutung dieser Einzelstaaten in dem Augenblick in ein Nichts zusammensinken, in dem die wesentlichste Verkörperung der politischen Entwicklung dieser Staaten, die monarchische Staatsform und ihre Dynastien, ausgeschaltet wurden. Eine ganze Anzahl dieser „Staatsgebilde“ verlor dadurch so sehr jeglichen inneren Halt, daß sie damit von selbst auf ein weiteres Dasein Verzicht leisteten und sich aus reinen Zweckmäßig-

keitsgründen mit anderen zusammenschlossen oder aus freiem Willen in größeren aufgingen; der schlagendste Beweis für die außerordentliche Schwäche der tatsächlichen Souveränität dieser kleinen Gebilde und der geringen Einschätzung, die sie selbst bei ihren eigenen Bürgern fanden.

Hat also die Beseitigung der monarchischen Staatsform und ihrer Träger dem bundesstaatlichen Charakter des Reiches schon einen starken Stoß versetzt, so noch mehr die Übernahme der aus dem „Friedens"vertrag resultierenden Verpflichtungen.

Daß die bisher bei den Ländern liegende Finanzhoheit an das Reich verlorenging, war im selben Augenblick natürlich und selbstverständlich, in welchem das Reich durch den verlorenen Krieg einer finanziellen Verpflichtung unterworfen wurde, die durch Einzelbeiträge der Länder niemals mehr ihre Deckung gefunden hätte. Auch die weiteren Schritte, die zur Übernahme von Post und Eisenbahn durch das Reich führten, waren zwangsläufige Auswirkungen der durch die Friedensverträge allmählich in die Wege geleiteten Versklavung unseres Volkes. Das Reich war gezwungen, sich in den geschlossenen Besitz immer neuer Werte zu setzen, um den Verpflichtungen, die infolge weiterer Auspressungen eintraten, genügen zu können.

So wahnwitzig häufig die Formen waren, unter denen sich die Verreichlichung vollzog, so logisch und selbstverständlich war der Vorgang an sich. Schuld daran trugen die Parteien und Männer, die einst nicht alles getan hatten, um den Krieg siegreich zu beenden. Schuld daran hatten, besonders in Bayern, die Parteien, die in Verfolgung egoistischer Selbstziele dem Reichsgedanken während des Krieges entzogen hatten, was sie nach dem Verlust desselben zehnfach ersetzen mußten. Rächende Geschichte! Nur kam die Strafe des Himmels selten so jäh nach der Versündigung als in diesem Falle. Dieselben Parteien, die noch wenige Jahre vordem die Interessen ihrer Einzelstaaten — und dies besonders in Bayern — über das Interesse des Reiches gestellt hatten, mußten es nun erleben, wie unter dem Druck der Geschehnisse das Interesse des

Reiches die Existenz der Einzelstaaten abwürgte. Alles durch ihr eigenes Mitverschulden.

Es ist eine Heuchelei sondergleichen, den Wählermassen gegenüber (denn nur an diese richtet sich die Agitation unserer heutigen Parteien) über den Verlust von Hoheitsrechten der einzelnen Länder zu klagen, während sich alle diese Parteien ausnahmslos gegenseitig überboten haben in einer Erfüllungspolitik, die in ihren letzten Konsequenzen natürlich auch zu tiefstgreifenden Veränderungen im inneren Deutschland führen mußte. Das Bismarcksche Reich war nach außen frei und ungebunden. Finanzielle Verpflichtungen so schwerwiegender und dabei völlig unproduktiver Art, wie sie das heutige Dawes-Deutschland zu tragen hat, besaß dieses Reich nicht. Allein auch im Innern war es in seiner Kompetenz auf wenige und unbedingt notwendige Belange beschränkt. Somit konnte es sehr wohl einer eigenen Finanzhoheit entbehren und von den Beiträgen der Länder leben; und es ist selbstverständlich, daß einerseits die Wahrung des Besitzes eigener Hoheitsrechte und andererseits verhältnismäßig geringe finanzielle Abgaben an das Reich der Reichsfreudigkeit der Länder sehr zustatten kamen. Es ist aber unrichtig, ja unaufrichtig, heute mit der Behauptung Propaganda machen zu wollen, daß die derzeit mangelnde Reichsfreudigkeit bloß der finanziellen Hörigkeit der Länder dem Reiche gegenüber zuzuschreiben wäre. Nein, so liegen die Dinge wirklich nicht. Die mindere Freude am Reichsgedanken ist nicht dem Verluste von Hoheitsrechten seitens der Länder zuzuschreiben, sondern ist vielmehr das Resultat der jammervollen Repräsentation, die das deutsche Volk derzeit durch seinen Staat erfährt. Trotz aller Reichsbanner- und Verfassungsfeiern ist das heutige Reich dem Herzen des Volkes in allen Schichten fremd geblieben, und republikanische Schutzgesetze können wohl von einer Verletzung republikanischer Einrichtungen abschrecken, sich aber niemals die Liebe auch nur eines einzigen Deutschen erwerben. In

der übergroßen Sorge, die Republik vor ihren eigenen Bürgern durch Paragraphen und Zuchthaus zu schützen, liegt die vernichtendste Kritik und Herabsetzung der gesamten Institution selbst.

Allein auch aus einem anderen Grunde ist die von gewissen Parteien heute aufgestellte Behauptung, daß das Schwinden der Reichsfreudigkeit den Übergriffen des Reiches auf bestimmte Hoheitsrechte der Länder zuzuschreiben wäre, unwahr. Angenommen, das Reich hätte die Erweiterung seiner Kompetenzen nicht vorgenommen, so glaube man doch ja nicht, daß dann die Liebe der einzelnen Länder zum Reich eine größere wäre, wenn nichtsdestoweniger die Gesamtabgaben dieselben sein müßten wie jetzt. Im Gegenteil: Würden die einzelnen Länder heute Abgaben in der Höhe zu tragen haben, wie sie das Reich zur Erfüllung der Versklavungsdiktate braucht, so würde die Reichsfeindlichkeit noch unendlich viel größer sein. Die Beiträge der Länder an das Reich wären nicht nur sehr schwer hereinzubringen, sondern müßten geradezu auf dem Wege der Zwangsexekution eingetrieben werden. Denn da die Republik nun einmal auf dem Boden der Friedensverträge steht und weder den Mut noch irgendwie die Absicht besitzt, sie zu brechen, muß sie mit ihren Verpflichtungen rechnen. *Schuld daran sind jedoch wieder nur die Parteien, die ununterbrochen den geduldigen Wählermassen von der notwendigen Selbständigkeit der Länder vorreden, dabei aber eine Reichspolitik fördern und unterstützen, die ganz zwangsläufig zur Beseitigung auch der letzten dieser sogenannten „Hoheitsrechte" führen muß.*

Ich sage *zwangsläufig* deshalb, weil dem heutigen Reich gar keine andere Möglichkeit bleibt, seinen durch eine verruchte Innen- und Außenpolitik aufgebürdeten Lasten gerecht zu werden. Auch hier treibt ein Keil den anderen, und jede neue Schuld, die das Reich durch seine

verbrecherische Vertretung deutscher Interessen nach außen auf sich lädt, muß im Innern durch einen stärkeren Druck nach unten ausgeglichen werden, der seinerseits wieder die allmähliche Beseitigung sämtlicher Hoheitsrechte der einzelnen Staaten erfordert, um nicht in ihnen Keimzellen des Widerstandes erstehen oder auch nur bestehen zu lassen.

Überhaupt muß als charakteristischer Unterschied der heutigen Reichspolitik gegenüber der von einst festgestellt werden: Das alte Reich gab im Innern Freiheit und bewies nach außen Stärke, während die Republik nach außen Schwäche zeigt und im Innern die Bürger unterdrückt. In beiden Fällen bedingt das eine das andere: Der kraftvolle Nationalstaat braucht nach innen weniger Gesetze infolge der größeren Liebe und Anhänglichkeit seiner Bürger, der internationale Sklavenstaat kann nur durch Gewalt seine Untertanen zum Frondienst anhalten. Denn es ist eine der unverschämtesten Frechheiten des heutigen Regiments, von „freien Bürgern“ zu reden. Solche besaß nur das alte Deutschland. Die Republik als Sklavenkolonie des Auslandes hat keine Bürger, sondern bestenfalls Untertanen. Sie besitzt deshalb auch keine Nationalflagge, sondern nur eine durch behördliche Verfügungen und gesetzliche Bestimmungen eingeführte und bewachte Musterschutzmarke. Dieses als Geßler-Hut der deutschen Demokratie empfundene Symbol wird daher auch unserem Volke immer innerlich fremd bleiben. Die Republik, die seinerzeit ohne jedes Gefühl für Tradition und ohne jede Ehrfurcht vor der Größe der Vergangenheit deren Symbole in den Kot trat, wird einst staunen, wie oberflächlich die Untertanen an ihren eigenen Symbolen hängen. Sie hat sich selbst den Charakter eines Intermezzos der deutschen Geschichte gegeben.

So ist dieser Staat heute um seines eigenen Bestandes willen gezwungen, die Hoheitsrechte der einzelnen Länder

mehr und mehr zu beschneiden, nicht nur aus allgemein materiellen Gesichtspunkten, sondern auch aus ideellen. Denn indem er seinen Bürgern das letzte Blut durch seine finanzielle Erpresserpolitik entzieht, muß er ihnen zwangsläufig auch die letzten Rechte nehmen, wenn er nicht will, daß die allgemeine Unzufriedenheit eines Tages zur hellen Rebellion ausschlägt.

In Umkehrung obenstehenden Satzes ergibt sich für uns Nationalsozialisten folgende grundlegende Regel: *Ein kraftvolles nationales Reich, das die Interessen seiner Bürger nach außen im höchsten Umfange wahrnimmt und beschirmt, vermag nach innen Freiheit zu bieten, ohne für die Festigkeit des Staates bangen zu müssen. Andererseits kann aber eine kraftvolle nationale Regierung selbst große Eingriffe in die Freiheit des einzelnen sowohl als der Länder ohne Schaden für den Reichsgedanken vornehmen und verantworten, wenn der einzelne Bürger in solchen Maßnahmen ein Mittel zur Größe seines Volkstums erkennt.*

Sicherlich gehen alle Staaten der Welt in ihrer inneren Organisation einer gewissen Vereinheitlichung entgegen. Auch Deutschland wird hierin keine Ausnahme machen. Es ist heute schon ein Unsinn, von einer „Staatssouveränität" einzelner Länder zu sprechen, die in Wirklichkeit schon durch die lächerliche Größe dieser Gebilde nicht gegeben ist. Sowohl auf verkehrs- als auch auf verwaltungstechnischem Gebiete wird die Bedeutung der Einzelstaaten immer mehr heruntergedrückt. Der moderne Verkehr, die moderne Technik läßt Entfernung und Raum immer mehr zusammenschrumpfen. Ein Staat von einst stellt heute nur mehr eine Provinz dar, und Staaten der Gegenwart galten früher Kontingenten gleich. Die Schwierigkeit, rein technisch gemessen, einen Staat wie Deutschland zu verwalten, ist nicht größer als die Schwierigkeit der Leitung einer Provinz wie Brandenburg vor hundertzwanzig Jahren. Die Über-

windung der Entfernung von München nach Berlin ist heute leichter als die von München nach Starnberg vor hundert Jahren. Und das ganze Reichsgebiet von heute ist im Verhältnis zur derzeitigen Verkehrstechnik kleiner als irgendein mittlerer deutscher Bundesstaat zur Zeit der Napoleonischen Kriege. Wer sich den aus einmal gegebenen Tatsachen resultierenden Folgen verschließt, bleibt eben in der Zeit zurück. Menschen, welche dies tun, gab es zu allen Zeiten und wird es auch in der Zukunft immer geben. Sie können jedoch das Rad der Geschichte kaum hemmen, niemals zum Stillstand bringen.

Wir Nationalsozialisten dürfen an den Konsequenzen dieser Wahrheiten nicht blind vorübergehen. Auch hier dürfen wir uns nicht einfangen lassen von den Phrasen unserer sogenannten nationalen bürgerlichen Parteien. Ich gebrauche die Bezeichnung Phrasen deshalb, weil diese Parteien selber gar nicht ernstlich an die Möglichkeit einer Durchführung ihrer Absichten glauben, und weil sie zweitens selber mit- und hauptschuldig sind an der heutigen Entwicklung. Besonders in Bayern ist der Schrei nach dem Abbau der Zentralisation wirklich nur mehr eine Parteimache ohne jeden ernsten Hintergedanken. In allen Augenblicken, da diese Parteien aus ihren Phrasen wirklich Ernst hätten machen müssen, versagten sie ausnahmslos jämmerlich. Jeder sogenannte „Raub an Hoheitsrechten" des bayerischen Staates durch das Reich wurde, abgesehen von einem widerlichen Gekläff, praktisch widerstandslos hingenommen. *Ja, wenn wirklich es einer wagte, gegen dieses irrsinnige System ernstlich Front zu machen, dann wurde der, „als nicht auf dem Boden des heutigen Staates stehend", von denselben Parteien verfemt und verdammt und solange verfolgt, bis man ihn entweder durch das Gefängnis oder ein gesetzwidriges Redeverbot mundtot gemacht hatte.* Gerade daraus müssen unsere Anhänger am meisten die innere Verlogenheit dieser sogenannten föderalistischen Kreise erkennen. So wie zum Teil

die Religion, ist ihnen auch der föderative Staatsgedanke nur ein Mittel für ihre oft schmutzigen Parteiinteressen.

*

So sehr also eine gewisse Vereinheitlichung besonders auf dem Gebiete des Verkehrswesens natürlich erscheint, so sehr kann doch für uns Nationalsozialisten die Verpflichtung bestehen, gegen eine solche Entwicklung im heutigen Staat schärfstens Stellung zu nehmen, nämlich dann, wenn die Maßnahmen nur den Zweck haben, eine verhängnisvolle Außenpolitik zu decken und zu ermöglichen. Gerade weil das heutige Reich die sogenannte Verreichlichung von Eisenbahn, Post, Finanzen usw. nicht aus höheren nationalpolitischen Gesichtspunkten vorgenommen hat, sondern nur, um damit die Mittel und Pfänder in die Hand zu bekommen für eine uferlose Erfüllungspolitik, müssen wir Nationalsozialisten alles tun, was irgend geeignet erscheint, die Durchführung einer solchen Politik zu erschweren, womöglich zu verhindern. Dazu gehört aber der Kampf gegen die heutige Zentralisierung lebenswichtiger Einrichtungen unseres Volkes, die nur vorgenommen wird, um dadurch die Milliardenbeträge und Pfandobjekte für unsere Nachkriegspolitik dem Auslande gegenüber flüssig zu machen.

Aus diesem Grunde hat auch die nationalsozialistische Bewegung gegen solche Versuche Stellung genommen.

Der zweite Grund, der uns veranlassen kann, einer derartigen Zentralisierung Widerstand zu leisten, ist der, daß dadurch die Macht eines Regierungssystems im Innern gefestigt werden könnte, das in seinen gesamten Auswirkungen das schwerste Unglück über die deutsche Nation gebracht hat. Das heutige jüdisch-demokratische Reich, das für die deutsche Nation zum wahren Fluch geworden ist, sucht die Kritik der Einzelstaaten, die noch nicht sämt-

lich von diesem Zeitgeist erfüllt sind, unwirksam zu machen durch deren Herabdrücken zu vollständiger Bedeutungslosigkeit. Demgegenüber haben wir Nationalsozialisten allen Anlaß, zu versuchen, der Opposition dieser Einzelstaaten nicht nur die Grundlage einer erfolgverheißenden staatlichen Kraft zu geben, sondern ihren Kampf gegen die Zentralisation überhaupt zum Ausdruck eines höheren nationalen allgemeinen deutschen Interesses zu machen. Während also die Bayerische Volkspartei aus kleinherzig-partikularistischen Gesichtspunkten Sonderrechte für den bayerischen Staat zu erhalten bestrebt ist, haben wir diese Sonderstellung zu verwenden im Dienste eines gegen die heutige Novemberdemokratie stehenden höheren Nationalinteresses.

Der dritte Grund, der uns weiter bestimmen kann, gegen die derzeitige Zentralisation zu kämpfen, ist die Überzeugung, daß ein großer Teil der sogenannten Verreichlichung in Wirklichkeit keine Vereinheitlichung, auf keinen Fall aber eine Vereinfachung ist, sondern daß es sich in vielen Fällen nur darum handelt, den Hoheitsrechten der Länder Institutionen zu entziehen, um deren Tore dann den Interessen der Revolutionsparteien zu öffnen. Noch niemals wurde in der deutschen Geschichte schamlosere Günstlingswirtschaft getrieben als in der demokratischen Republik. Ein großer Teil der heutigen Zentralisierungswut fällt auf das Konto jener Parteien, die einst die Bahn dem Tüchtigen freizumachen versprachen, dabei aber bei Besetzung von Ämtern und Posten ausschließlich die Parteizugehörigkeit im Auge hatten. Insbesondere Juden ergossen sich seit Bestehen der Republik in unglaublichen Mengen in die durch das Reich zusammengerafften Wirtschaftsbetriebe und Verwaltungsapparate, so daß beide heute zu einer Domäne jüdischer Betätigung geworden sind.

Vor allem diese dritte Erwägung muß uns aus taktischen Gründen verpflichten, jede weitere Maßnahme auf dem Wege der Zentralisation schärfstens zu überprüfen und, wenn notwendig, gegen sie Stellung zu nehmen. Immer aber haben unsere Gesichtspunkte dabei höhere nationalpolitische und niemals kleinliche partikularistische zu sein.

Diese letztere Bemerkung ist notwendig, um nicht bei unseren Anhängern die Meinung entstehen zu lassen, als ob wir Nationalsozialisten dem Reiche an sich nicht das Recht zusprechen würden, eine höhere Souveränität zu verkörpern als die der einzelnen Staaten. Über dieses Recht soll und kann es bei uns gar keinen Zweifel geben. Da für uns der Staat an sich nur eine Form ist, das Wesentliche jedoch sein Inhalt, die Nation, das Volk, ist es klar, daß ihren souveränen Interessen alles andere sich unterzuordnen hat. Insbesondere können wir keinem einzelnen Staat innerhalb der Nation und des diese vertretenden Reiches eine machtpolitische Souveränität und Staatshoheit zubilligen. Der Unfug einzelner Bundesstaaten, sogenannte Vertretungen im Ausland und untereinander zu unterhalten, muß aufhören und wird einmal aufhören. Solange derartiges möglich ist, dürfen wir uns nicht wundern, wenn das Ausland immer noch Zweifel in die Festigkeit unseres Reichsgefüges setzt und demgemäß sich benimmt. Der Unfug dieser Vertretungen ist um so größer, als ihnen neben den Schäden nicht der geringste Nutzen zugeschrieben werden kann. Interessen eines Deutschen im Auslande, die durch den Gesandten des Reiches nicht gewahrt werden können, vermögen noch viel weniger durch den Gesandten eines im Rahmen der heutigen Weltordnung lächerlich erscheinenden Kleinstaates wahrgenommen zu werden. In diesen kleinen Bundesstaaten kann man wirklich nur Angriffspunkte erblicken für besonders von einem Staat immer noch gern gesehene Auflösungsbestrebungen innerhalb und außerhalb des Deut-

schen Reiches. Auch dafür dürfen wir Nationalsozialisten kein Verständnis haben, daß irgendein altersschwach gewordener Adelsstamm seinem meist schon sehr dürr gewordenen Reis durch Bekleidung des Gesandtenpostens neuen Nährboden gibt. Unsere diplomatischen Vertretungen im Ausland waren schon zur Zeit des alten Reiches so jämmerlich, daß weitere Ergänzungen der damals gemachten Erfahrungen höchst überflüssig sind.

Die Bedeutung der einzelnen Länder wird in Zukunft unbedingt mehr auf kulturpolitisches Gebiet zu verlegen sein. Der Monarch, der für die Bedeutung Bayerns das meiste tat, war nicht irgendein störrischer, antideutsch eingestellter Partikularist, sondern vielmehr der ebenso großdeutsch gesonnene wie kunstsinnig empfindende Ludwig I. Indem er die Kräfte des Staates in erster Linie für den Ausbau der kulturellen Position Bayerns verwendete und nicht für die Stärkung der machtpolitischen, hat er Besseres und Dauerhafteres geleistet, als dies sonst je möglich gewesen wäre. Indem er München damals aus dem Rahmen einer wenig bedeutenden provinziellen Residenz in das Format einer großen deutschen Kunstmetropole hineinschob, schuf er einen geistigen Mittelpunkt, der selbst heute noch die wesensverschiedenen Franken an diesen Staat zu fesseln vermag. Angenommen, München wäre geblieben, was es einst war, so hätte sich in Bayern ein gleicher Vorgang wie in Sachsen wiederholt, nur mit dem Unterschied, daß das bayerische Leipzig, Nürnberg, keine bayerische, sondern eine fränkische Stadt geworden wäre. Nicht die „Nieder-mit-Preußen"-Schreier haben München groß gemacht, sondern Bedeutung gab dieser Stadt der König, der in ihr der deutschen Nation ein Kunst-Kleinod schenken wollte, das gesehen und beachtet werden mußte und gesehen und beachtet wurde. Und darin liegt auch für die Zukunft eine Lehre. *Die Bedeutung der Einzelstaaten wird künftig überhaupt nicht mehr auf staats- und machtpolitischem Gebiet liegen; ich erblicke sie entweder auf stammesmäßigem oder auf kulturpolitischem Gebiete.* Allein selbst hier wird die Zeit nivellie-

rend wirken. Die Leichtigkeit des modernen Verkehrs schüttelt die Menschen derart durcheinander, daß langsam und stetig die Stammesgrenzen verwischt werden und so selbst das kulturelle Bild sich allmählich auszugleichen beginnt.

Das Heer ist ganz besonders scharf von allen einzelstaatlichen Einflüssen fernzuhalten. Der kommende nationalsozialistische Staat soll nicht in den Fehler der Vergangenheit verfallen und dem Heer eine Aufgabe unterschieben, die es nicht hat und gar nicht haben darf. Das deutsche Heer ist nicht dazu da, eine Schule für die Erhaltung von Stammeseigentümlichkeiten zu sein, sondern vielmehr eine Schule des gegenseitigen Verstehens und Anpassens aller Deutschen. Was sonst immer im Leben der Nation trennend sein mag, soll durch das Heer zu einender Wirkung gebracht werden. Es soll weiter den einzelnen jungen Mann aus dem engen Horizont seines Ländchens herausheben und ihn hineinstellen in die deutsche Nation. Nicht die Grenzen seiner Heimat, sondern die seines Vaterlandes muß er sehen lernen; denn diese hat er einst auch zu beschützen. Es ist deshalb unsinnig, den jungen Deutschen in seiner Heimat zu belassen, sondern zweckmäßig ist, ihm in seiner Heereszeit Deutschland zu zeigen. Dies ist heute um so notwendiger, als der junge Deutsche nicht mehr so wie einst auf Wanderschaft geht und dadurch seinen Horizont erweitert. Ist es in dieser Erkenntnis nicht widersinnig, den jungen Bayern wenn möglich wieder in München zu belassen, den Franken in Nürnberg, den Badener in Karlsruhe, den Württemberger in Stuttgart usw., und ist es nicht vernünftiger, dem jungen Bayern einmal den Rhein und einmal die Nordsee zu zeigen, dem Hamburger die Alpen, dem Ostpreußen das deutsche Mittelgebirge und so fort? Der landsmannschaftliche Charakter soll in der Truppe bleiben, aber nicht in der Garnison. Jeder Versuch einer Zentralisation mag unsere Mißbilligung finden, die des Heeres aber niemals! Im Gegenteil, wollten wir keinen derartigen Versuch begrüßen, über diesen einen müßten wir uns freuen. Ganz abgesehen davon, daß bei der Größe des heutigen

Reichsheeres die Aufrechterhaltung einzelstaatlicher Truppenteile absurd wäre, sehen wir in der erfolgten Vereinheitlichung des Reichsheeres einen Schritt, den wir auch in der Zukunft, bei der Wiedereinführung eines Volksheeres, niemals mehr aufgeben dürfen.

Im übrigen wird eine junge sieghafte Idee jede Fessel ablehnen müssen, die ihre Aktivität im Vorwärtstreiben ihrer Gedanken lähmen könnte. Der Nationalsozialismus muß grundsätzlich das Recht in Anspruch nehmen, der gesamten deutschen Nation ohne Rücksicht auf bisherige bundesstaatliche Grenzen seine Prinzipien aufzuzwingen und sie in seinen Ideen und Gedanken zu erziehen. So wie sich die Kirchen nicht gebunden und begrenzt fühlen durch politische Grenzen, ebensowenig die nationalsozialistische Idee durch einzelstaatliche Gebiete unseres Vaterlandes.

Die nationalsozialistische Lehre ist nicht die Dienerin der politischen Interessen einzelner Bundesstaaten, sondern soll dereinst die Herrin der deutschen Nation werden. Sie hat das Leben eines Volkes zu bestimmen und neu zu ordnen und muß deshalb für sich gebieterisch das Recht in Anspruch nehmen, über Grenzen, die eine von uns abgelehnte Entwicklung zog, hinwegzugehen.

Je vollständiger der Sieg ihrer Ideen wird, um so größer mag dann die Freiheit im einzelnen sein, die sie im Innern bietet.

11. Kapitel

Propaganda und Organisation

Das Jahr 1921 hatte in mehrfacher Hinsicht für mich und die Bewegung eine besondere Bedeutung erhalten.

Nach meinem Eintritt in die Deutsche Arbeiterpartei übernahm ich sofort die Leitung der Propaganda. Ich hielt dieses Fach für das augenblicklich weitaus wichtigste. Es galt ja zunächst weniger, sich den Kopf über organisatorische Fragen zu zerbrechen, als die Idee selbst einer größeren Zahl von Menschen zu vermitteln. Die Propaganda mußte der Organisation weit voraneilen und dieser erst das zu bearbeitende Menschenmaterial gewinnen. Auch bin ich ein Feind von zu schnellem und zu pedantischem Organisieren. Es kommt dabei meist nur ein toter Mechanismus heraus, aber selten eine lebendige Organisation. Denn Organisation ist etwas, das dem organischen Leben, der organischen Entwicklung sein Bestehen zu verdanken hat. Ideen, die eine bestimmte Anzahl von Menschen erfaßt haben, werden immer nach einer gewissen Ordnung streben, und diesem inneren Ausgestalten kommt sehr großer Wert zu. Man hat aber auch hier mit der Schwäche der Menschen zu rechnen, die den einzelnen verleitet, sich wenigstens anfangs instinktiv gegen einen überlegenen Kopf zu stemmen. Sowie eine Organisation von oben herab mechanisch aufgezogen wird, besteht die große Gefahr, daß ein einmal eingesetzter, selbst noch nicht genau erkannter und vielleicht wenig fähiger Kopf aus Eifersucht das Emporkommen tüchtigerer Elemente innerhalb der Bewegung zu hindern suchen wird. Der Schaden, der in einem solchen Falle entsteht, kann, besonders bei einer jungen Bewegung, von verhängnisvoller Bedeutung sein.

Aus diesem Grunde ist es zweckmäßiger, eine Idee erst eine Zeitlang von einer Zentrale aus propagandistisch zu verbreiten und das sich allmählich ansammelnde Menschenmaterial dann sorgfältig nach Führerköpfen durchzusuchen und zu prüfen. Es wird sich dabei manches Mal herausstellen, daß an sich unscheinbare Menschen nichtsdestoweniger als geborene Führer anzusehen sind.

Ganz falsch wäre es allerdings, im Reichtum an theoretischen Erkenntnissen charakteristische Beweise für Führereigenschaft und Führertüchtigkeit erblicken zu wollen.

Das Gegenteil trifft häufig zu.

Die großen Theoretiker sind nur in den seltensten Fällen auch große Organisationen, da die Größe des Theoretikers und Programmatikers in erster Linie in der Erkenntnis und Festlegung abstrakt richtiger Gesetze liegt, während der Organisator in erster Linie Psychologe sein muß. Er hat den Menschen zu nehmen, wie er ist, und muß ihn deshalb erkennen. Er darf ihn ebensowenig überschätzen wie in seiner Masse zu gering achten. Er muß im Gegenteil versuchen, der Schwäche und der Bestialität gleichermaßen Rechnung zu tragen, um unter Berücksichtigung aller Faktoren ein Gebilde zu schaffen, das als lebendiger Organismus von stärkster und stetiger Kraft erfüllt und so geeignet ist, eine Idee zu tragen und ihr den Weg zum Erfolg freizumachen.

Noch seltener aber ist ein großer Theoretiker ein großer Führer. Viel eher wird das der *Agitator* sein, was viele, die nur wissenschaftlich über eine Frage arbeiten, nicht gerne hören wollen; und doch ist das verständlich. Ein Agitator, der die Fähigkeit aufweist, eine Idee der breiten Masse zu vermitteln, muß immer Psychologe sein, sogar wenn er nur Demagoge wäre. Er wird dann immer noch besser zum Führer geeignet sein als der menschenfremde, weltferne Theoretiker. *Denn Führen heißt: Massen bewegen können.* Die Gabe, Ideen zu gestalten, hat mit Führerfähigkeit gar nichts zu schaffen. Es ist dabei

ganz müßig, darüber zu streiten, was von größerer Bedeutung ist, Menschheitsideale und Menschheitsziele aufzustellen oder sie zu verwirklichen. Es geht hier wie so oft im Leben: das eine wäre vollkommen sinnlos ohne das andere. Die schönste theoretische Einsicht bleibt ohne Zweck und Wert, wenn nicht der Führer die Massen zu ihr hin in Bewegung setzt. Und umgekehrt, was sollte alle Führergenialität und aller Führerschwung, wenn nicht der geistvolle Theoretiker die Ziele für das menschliche Ringen aufstellen würde? Die Vereinigung aber von Theoretiker, Organisator und Führer in einer Person ist das Seltenste, was man auf dieser Erde finden kann; diese Vereinigung schafft den großen Mann.

Ich habe mich in der ersten Zeit meiner Tätigkeit in der Bewegung, wie schon bemerkt, der Propaganda gewidmet. Ihr mußte es gelingen, allmählich einen kleinen Kern von Menschen mit der neuen Lehre zu erfüllen, um so das Material heranzubilden, das später die ersten Elemente einer Organisation abgeben konnte. Dabei ging das Ziel der Propaganda meist über das der Organistion hinaus.

Wenn eine Bewegung die Absicht hegt, eine Welt einzureißen und eine neue an ihrer Stelle zu erbauen, dann muß in den Reihen ihrer eigenen Führerschaft über folgende Grundsätze vollkommene Klarheit herrschen: *Jede Bewegung wird das von ihr gewonnene Menschenmaterial zunächst in zwei große Gruppen zu sichten haben: in Anhänger und Mitglieder.*

Aufgabe der Propaganda ist es, Anhänger zu werben, Aufgabe der Organisation, Mitglieder zu gewinnen.

Anhänger einer Bewegung ist, wer sich mit ihren Zielen einverstanden erklärt, Mitglied ist, wer für sie kämpft.

Der Anhänger wird einer Bewegung durch die Propaganda geneigt gemacht. Das Mitglied wird durch die Organisation veranlaßt, selbst mitzuwirken zur Wer-

bung neuer Anhänger, aus denen sich dann wieder Mitglieder herausbilden können.

Da die Anhängerschaft nur eine passive Anerkennung einer Idee bedingt, während die Mitgliedschaft die aktive Vertretung und Verteidigung fordert, werden auf zehn Anhänger immer höchstens ein bis zwei Mitglieder treffen.

Die Anhängerschaft wurzelt nur in der Erkenntnis, die Mitgliedschaft in dem Mute, das Erkannte selbst zu vertreten und weiter zu verbreiten.

Die Erkenntnis in ihrer passiven Form entspricht der Majorität der Menschheit, die träge und feige ist. Die Mitgliedschaft bedingt aktivistische Gesinnung und entspricht damit nur der Minorität der Menschen.

Die Propaganda wird demgemäß unermüdlich dafür zu sorgen haben, daß eine Idee Anhänger gewinnt, während die Organisation schärfstens darauf bedacht sein muß, aus der Anhängerschaft selbst nur das Wertvollste zum Mitglied zu machen. Die Propaganda braucht sich deshalb nicht den Kopf zu zerbrechen über die Bedeutung jedes einzelnen der von ihr Belehrten, über Fähigkeit, Können und Verständnis oder den Charakter derselben, während die Organisation aus der Masse dieser Elemente sorgfältigst zu sammeln hat, was den Sieg der Bewegung wirklich ermöglicht.

*

Die Propaganda versucht, eine Lehre dem ganzen Volke aufzuzwingen, die Organisation erfaßt in ihrem Rahmen nur

diejenigen, die nicht aus psychologischen Gründen zum Hemmschuh für eine weitere Verbreitung der Idee zu werden drohen.

*

Die Propaganda bearbeitet die Gesamtheit im Sinne einer Idee und macht sie reif für die Zeit des Sieges dieser Idee, während die Organisation den Sieg ersicht durch den dauernden, organischen und kampffähigen Zusammenschluß derjenigen Anhänger, die fähig und gewillt erscheinen, den Kampf für den Sieg zu führen.

*

Der Sieg einer Idee wird um so eher möglich sein, je umfassender die Propaganda die Menschen in ihrer Gesamtheit bearbeitet hat und je ausschließlicher, straffer und fester die Organisation ist, die den Kampf praktisch durchführt.

Daraus ergibt sich, daß die Zahl der Anhänger nicht groß genug sein kann, die Zahl der Mitglieder aber leichter zu groß als zu klein wird.

*

Wenn die Propaganda ein ganzes Volk mit einer Idee erfüllt hat, kann die Organisation mit einer Handvoll Menschen die Konsequenzen ziehen. Propaganda und Organisation, also Anhänger und Mitglieder, stehen damit in einem bestimmten gegenseitigen Verhältnis. Je besser die Propaganda gearbeitet hat, um so kleiner kann die Organisation sein,

und je größer die Zahl der Anhänger ist, um so bescheidener kann die Zahl der Mitglieder sein und umgekehrt: Je schlechter die Propaganda ist, um so größer muß die Organisation sein, und je kleiner die Anhängerschar einer Bewegung bleibt, um so umfangreicher muß deren Mitgliederzahl sein, wenn sie überhaupt noch auf einen Erfolg rechnen will.

*

Die erste Aufgabe der Propaganda ist die Gewinnung von Menschen für die spätere Organisation; die erste Aufgabe der Organisation ist die Gewinnung von Menschen zur Fortführung der Propaganda. Die zweite Aufgabe der Propaganda ist die Zersetzung des bestehenden Zustandes und die Durchsetzung dieses Zustandes mit der neuen Lehre, während die zweite Aufgabe der Organisation der Kampf um die Macht sein muß, um durch sie den endgültigen Erfolg der Lehre zu erreichen.

*

Der durchschlagendste Erfolg einer weltanschaulichen Revolution wird immer dann erfochten werden, wenn die neue Weltanschauung möglichst allen Menschen gelehrt und, wenn notwendig, später aufgezwungen wird, während die Organisation der Idee, also die Bewegung, nur so viele erfassen soll, als zur Besetzung der Nervenzentren des in Frage kommenden Staates unbedingt erforderlich sind.

Das heißt mit anderen Worten folgendes:

In jeder wirklich großen weltumwälzenden Bewegung

wird die Propaganda zunächst die Idee dieser Bewegung zu verbreiten haben. Sie wird also unermüdlich versuchen, die neuen Gedankengänge den andern klarzumachen, diese mithin auf ihren Boden herüberzuziehen oder doch in ihrer eigenen bisherigen Überzeugung unsicher zu machen. Da nun die Verbreitung einer Lehre, also diese Propaganda, ein Rückgrat besitzen muß, so wird die Lehre sich eine feste Organisation geben müssen. Die Organisation erhält ihre Mitglieder aus der von der Propaganda gewonnenen allgemeinen Anhängerschaft. Diese wird um so schneller wachsen, je intensiver die Propaganda betrieben wird, und diese wieder vermag um so besser zu arbeiten, je stärker und kraftvoller die Organisation ist, die hinter ihr steht.

Höchste Aufgabe der Organisation ist es daher, dafür zu sorgen, daß nicht irgendwelche innere Uneinigkeiten innerhalb der Mitgliedschaft der Bewegung zu einer Spaltung und damit zur Schwächung der Arbeit in der Bewegung führen; weiter daß der Geist des entschlossenen Angriffs nicht ausstirbt, sondern sich dauernd erneuert und festigt. Die Zahl der Mitglieder braucht damit nicht ins Uferlose zu wachsen, im Gegenteil; da nur ein Bruchteil der Menschheit energisch und kühn veranlagt ist, würde eine Bewegung, die ihre Organisation endlos vergrößert, dadurch zwangsläufig eines Tages geschwächt werden. *Organisationen, also Mitgliederzahlen, die über eine gewisse Höhe hinauswachsen, verlieren allmählich ihre Kampfkraft und sind nicht mehr fähig, die Propaganda einer Idee entschlossen und angriffsweise zu unterstützen beziehungsweise auszuwerten.*

Je größer und innerlich revolutionärer nun eine Idee ist, um so aktivistischer wird deren Mitgliederstand werden, da mit der umstürzenden Kraft der Lehre eine Gefahr für deren Träger verbunden ist, die geeignet erscheint, kleine, feige Spießer von ihr fernzuhalten. Sie werden sich im stillen als Anhänger fühlen, aber ablehnen, dies durch die Mit-

gliedschaft in aller Öffentlichkeit zu bekennen. Dadurch aber erhält die Organisation einer wirklich umwälzenden Idee nur die aktivsten der von der Propaganda gewonnenen Anhänger als Mitglieder. Gerade in dieser durch natürliche Auslese verbürgten Aktivität der Mitgliedschaft einer Bewegung liegt aber die Voraussetzung zu einer ebenso aktiven weiteren Propagierung derselben wie auch zum erfolgreichen Kampf um die Verwirklichung der Idee.

Die größte Gefahr, die einer Bewegung drohen kann, ist ein durch zu schnelle Erfolge abnorm angewachsener Mitgliederstand. Denn so sehr auch eine Bewegung, solange sie bitter zu kämpfen hat, von allen feigen und egoistisch veranlagten Menschen gemieden wird, so schnell pflegen diese die Mitgliedschaft zu erwerben, wenn durch die Entwicklung ein großer Erfolg der Partei wahrscheinlich geworden ist oder sich bereits eingestellt hat.

Dem ist es zuzuschreiben, warum viele siegreiche Bewegungen vor dem Erfolg oder besser vor der letzten Vollendung ihres Wollens aus unerklärlicher innerer Schwäche plötzlich zurückbleiben, den Kampf einstellen und endlich absterben. Infolge ihres ersten Sieges sind so viele schlechte, unwürdige, besonders aber feige Elemente in ihre Organisation gekommen, daß diese Minderwertigen über die Kampfkräftigen schließlich das Übergewicht erlangen und die Bewegung nun in den Dienst ihrer eigenen Interessen zwingen, sie auf das Niveau ihrer eigenen geringen Heldenhaftigkeit herunterdrücken und nichts tun, den Sieg der ursprünglichen Idee zu vollenden. Das fanatische Ziel ist damit verwischt, die Kampfkraft gelähmt worden, oder, wie die bürgerliche Welt in solchem Falle sehr richtig zu sagen pflegt: „In den Wein ist nun auch Wasser gekommen." Und dann können allerdings die Bäume nicht mehr in den Himmel wachsen.

Es ist deshalb sehr notwendig, daß eine Bewegung aus reinem Selbsterhaltungstrieb heraus, sowie sich der Erfolg auf ihre Seite stellt, sofort die Mitglieder-

aufnahme sperrt und weiterhin nur mehr mit äußerster Vorsicht und nach gründlichster Prüfung eine Vergrößerung ihrer Organisation vornimmt. Sie wird nur dadurch den Kern der Bewegung unverfälscht frisch und gesund zu erhalten vermögen. Sie muß dafür sorgen, daß dann ausschließlich dieser Kern allein die Bewegung weiterleitet, d. h. die Propaganda bestimmt, die zu ihrer allgemeinen Anerkennung führen soll und als Inhaberin der Macht die Handlungen vornimmt, die zur praktischen Verwirklichung ihrer Ideen notwendig sind.

Aus dem Grundstamm der alten Bewegung hat sie nicht nur alle wichtigen Positionen des eroberten Gebietes zu besetzen, sondern auch die gesamte Leitung zu bilden. Und das so lange, bis die bisherigen Grundsätze und Lehren der Partei zum Fundament und Inhalt des neuen Staates geworden sind. Erst dann kann der aus ihrem Geiste geborenen besonderen Verfassung dieses Staates langsam der Zügel in die Hand gegeben werden. Das vollzieht sich meistens aber wieder nur in gegenseitigem Ringen, da es weniger eine Frage menschlicher Einsicht als des Spiels und Wirkens von Kräften ist, die im vornherein wohl erkannt, aber nicht für ewig gelenkt werden können.

Alle großen Bewegungen, mochten sie religiöser oder politischer Natur sein, haben ihre gewaltigen Erfolge nur der Erkenntnis und Anwendung dieser Grundsätze zuzuschreiben, besonders aber alle dauerhaften Erfolge sind ohne Berücksichtigung dieser Gesetze gar nicht denkbar.

*

Ich habe mich als Propagandaleiter der Partei sehr bemüht, nicht nur für die Größe der späteren Bewegung den Boden vorzubereiten, sondern durch eine sehr radikale Auffassung in dieser Arbeit auch dahin gewirkt, daß die Or-

ganisation nur bestes Material erhalte. Denn je radikaler und aufpeitschender meine Propaganda war, um so mehr schreckte dies Schwächlinge und zaghafte Naturen zurück und verhinderte deren Eindringen in den ersten Kern unserer Organisation. Sie sind vielleicht Anhänger geblieben, aber gewiß nicht mit lauter Betonung, sondern unter ängstlichem Verschweigen dieser Tatsache. Wieviel Tausende haben mir nicht damals versichert, daß sie ja an sich ganz einverstanden mit allem wären, aber nichtsdestoweniger unter keinen Umständen Mitglied sein könnten. Die Bewegung wäre so radikal, daß eine Mitgliedschaft bei ihr den einzelnen wohl schwersten Beanstandungen, ja Gefahren aussetze, so daß man es dem ehrsamen, friedlichen Bürger nicht verdenken dürfe, wenigstens zunächst beiseite zu stehen, wenn er auch mit dem Herzen vollkommen zur Sache gehöre.

Und das war gut so.

Wenn diese Menschen, die mit der Revolution innerlich nicht einverstanden waren, damals alle in unsere Partei gekommen wären, und zwar als Mitglieder, so könnten wir uns heute als fromme Bruderschaft, aber nicht mehr als junge, kampfesfreudige Bewegung betrachten.

Die lebendige und draufgängerische Form, die ich damals unserer Propaganda gab, hat die radikale Tendenz unserer Bewegung gefestigt und garantiert, da nunmehr wirklich nur radikale Menschen — von Ausnahmen abgesehen — zur Mitgliedschaft bereit waren.

Dabei hat diese Propaganda doch so gewirkt, daß uns schon nach kurzer Zeit Hunderttausende innerlich nicht nur recht gaben, sondern unseren Sieg wünschten, wenn sie auch persönlich zu feige waren, dafür Opfer zu bringen oder gar einzutreten.

Bis Mitte 1921 konnte diese bloß werbende Tätigkeit noch genügen und der Bewegung von Nutzen sein. Besondere Ereignisse im Hochsommer dieses Jahres ließen es aber angezeigt erscheinen, daß nun nach dem langsam sichtbaren Erfolg der Propaganda die Organisation dem angepaßt und gleichgestellt werde.

Der Versuch einer Gruppe völkischer Phantasten, unter

fördernder Unterstützung des damaligen Vorsitzenden der Partei, sich die Leitung derselben zu verschaffen, führte zum Zusammenbruch dieser kleinen Intrige und übergab mir in einer Generalmitgliederversammlung einstimmig die gesamte Leitung der Bewegung. Zugleich erfolgte die Annahme einer neuen Satzung, die dem ersten Vorsitzenden der Bewegung die volle Verantwortung überträgt, Ausschußbeschlüsse grundsätzlich aufhebt und an Stelle dessen ein System von Arbeitsteilung einführt, das sich seitdem in der segensreichsten Weise bewährt hat.

Ich habe vom 1. August 1921 ab diese innere Reorganisation der Bewegung übernommen und dabei die Unterstützung einer Reihe ausgezeichneter Kräfte gefunden, die ich in einem besonderen Anhange noch zu nennen für nötig halte.

Bei dem Versuch, die Ergebnisse der Propaganda nun organisatorisch zu verwerten und damit festzulegen, mußte ich mit einer Reihe von bisherigen Gewohnheiten aufräumen und Grundsätze zur Einführung bringen, die keine der bestehenden Parteien besaß oder auch nur anerkannt hätte.

In den Jahren 1919 bis 1920 hatte die Bewegung zu ihrer Leitung einen Ausschuß, der durch Mitgliederversammlungen, die selber wieder durch das Gesetz vorgeschrieben wurden, gewählt war. Der Ausschuß bestand aus einem ersten und zweiten Kassierer, einem ersten und zweiten Schriftführer und als Kopf einem ersten und zweiten Vorsitzenden. Dazu kamen noch ein Mitgliederwart, der Chef der Propaganda und verschiedene Beisitzer.

Dieser Ausschuß verkörperte, so komisch es war, eigentlich das, was die Bewegung selbst am schärfsten bekämpfen wollte, nämlich den P a r l a m e n t a r i s m u s. Denn es war selbstverständlich, daß es sich dabei um ein Prinzip handelte, das von der kleinsten Ortsgruppe über die späteren Bezirke, Gaue, Länder hinweg bis zur Reichsleitung ganz dasselbe System verkörperte, unter dem wir alle litten und auch heute noch leiden.

Es war dringend notwendig, eines Tages hier Wandel zu schaffen, wenn nicht die Bewegung infolge der schlechten

Grundlage ihrer inneren Organisation für dauernd verdorben und dadurch unfähig werden sollte, einst ihrer hohen Mission zu genügen.

Die Ausschußsitzungen, über die ein Protokoll geführt wurde, und in denen mit Majorität abgestimmt und Entscheidungen getroffen worden waren, stellten in Wirklichkeit ein Parlament im kleinen vor. Auch hier fehlte jede persönliche Verantwortung und Verantwortlichkeit. Auch hier regierten der gleiche Widersinn und dieselbe Unvernunft wie in unseren großen staatlichen Vertretungskörpern. Man ernannte für diesen Ausschuß Schriftführer, Männer für das Kassenwesen, Männer für die Mitgliedschaft der Organisation, Männer für die Propaganda und für weiß Gott sonst noch was, ließ sie dann aber doch zu jeder einzelnen Frage alle gemeinsam Stellung nehmen und durch Abstimmung entscheiden. Also der Mann, der für Propaganda da war, stimmte ab über eine Angelegenheit, die den Mann der Finanzen betraf, und dieser wieder stimmte ab über eine Angelegenheit, die die Organisation anging und diese wieder über eine Sache, die nur die Schriftführer hätte bekümmern sollen usw.

Warum man dann aber erst einen besonderen Mann für Propaganda bestimmte, wenn Kassierer, Schriftwarte, Mitgliederwarte usw. über diese angehende Fragen zu urteilen hatten, erscheint einem gesunden Gehirn genau so unverständlich, wie es unverständlich wäre, wenn in einem großen Fabrikunternehmen immer die Vorstände oder Konstrukteure anderer Abteilungen und anderer Zweige in Fragen entscheiden müßten, die mit ihren Angelegenheiten gar nichts zu tun haben.

Ich habe mich diesem Wahnsinn nicht gefügt, sondern bin schon nach ganz kurzer Zeit den Sitzungen ferngeblieben. Ich machte meine Propaganda und damit basta und verbat es mir im übrigen, daß der nächstbeste Nichtskönner auf diesem Gebiet etwa versuchte, mir dreinzureden. Genau so wie ich umgekehrt auch den anderen nicht in den Kram hineinfuhr.

Als die Annahme der neuen Statuten und meine Be-

rufung auf den Posten des ersten Vorsitzenden mir unterdes die notwendige Autorität und das entsprechende Recht gegeben hatten, fand dieser Unsinn auch sofort ein Ende. An Stelle von Ausschußbeschlüssen wurde das Prinzip der absoluten Verantwortlichkeit eingeführt.

Der erste Vorsitzende ist verantwortlich für die gesamte Leitung der Bewegung. Er teilt die unter ihm stehenden Kräfte des Ausschusses sowohl als die sonst noch notwendigen Mitarbeiter in die zu leistende Arbeit ein. Jeder dieser Herren ist damit für die ihm übertragenen Aufgaben restlos verantwortlich. Er untersteht nur dem ersten Vorsitzenden, der für das Zusammenwirken aller zu sorgen hat beziehungsweise durch die Auswahl der Personen und die Ausgabe allgemeiner Richtlinien diese Zusammenarbeit selbst herbeiführen muß.

Dieses Gesetz der prinzipiellen Verantwortlichkeit ist allmählich zur Selbstverständlichkeit innerhalb der Bewegung geworden, wenigstens soweit dies die Parteileitung betrifft. In den kleinen Ortsgruppen und vielleicht auch noch in Gauen und Bezirken wird es jahrelang dauern, bis man diese Grundsätze durchdrücken wird, da natürlich Angsthasen und Nichtskönner sich immer dagegen wehren werden; ihnen wird die alleinige Verantwortlichkeit für ein Unternehmen stets unangenehm sein; sie fühlten sich freier und wohler, wenn sie bei jeder schweren Entscheidung die Rückendeckung durch die Majorität eines sogenannten Ausschusses haben. Es scheint mir aber notwendig, gegen solche Gesinnung mit äußerster Schärfe Stellung zu nehmen, der Feigheit vor der Verantwortlichkeit keine Konzession zu machen und dadurch, wenn auch erst nach langer Zeit, eine Auffassung von Führerpflicht und Führerkönnen zu erzielen, die ausschließlich diejenigen zur Führung bringen wird, die wirklich dazu berufen und auserwählt sind.

Jedenfalls muß aber eine Bewegung, die den parlamentarischen Wahnsinn bekämpfen will, selbst von ihm frei sein. Sie kann auch nur auf solcher Grundlage die Kraft zu ihrem Kampfe gewinnen.

Eine Bewegung, die in einer Zeit der

Herrschaft der Majorität in allem und jedem sich selbst grundsätzlich auf das Prinzip des Führergedankens und der daraus bedingten Verantwortlichkeit einstellt, wird eines Tages mit mathematischer Sicherheit den bisherigen Zustand überwinden und als Siegerin hervorgehen.

Dieser Gedanke führte innerhalb der Bewegung zu einer vollständigen Neuorganisation derselben. Und in seiner logischen Auswirkung auch zu einer sehr scharfen Trennung der geschäftlichen Betriebe der Bewegung von der allgemein politischen Leitung. Grundsätzlich wurde der Gedanke der Verantwortlichkeit auch auf die gesamten Parteibetriebe ausgedehnt und führte nun zwangsläufig in eben dem Maße zu einer Gesundung derselben, in dem sie von politischen Einflüssen befreit, auf rein wirtschaftliche Gesichtspunkte eingestellt wurden.

Als ich im Herbst 1919 zur damaligen Sechsmännerpartei kam, hatte diese weder eine Geschäftsstelle noch einen Angestellten, ja nicht einmal Formulare oder Stempel, nichts Gedrucktes war vorhanden. Ausschußlokal war erst ein Gasthof in der Herrengasse und später ein Café am Gasteig. Das war ein unmöglicher Zustand. Ich setzte mich denn auch kurze Zeit danach in Bewegung und suchte eine ganze Anzahl Münchener Restaurants und Gastwirtschaften ab, in der Absicht, ein Extrazimmer oder einen sonstigen Raum für die Partei mieten zu können. Im ehemaligen Sterneckerbräu im Tal befand sich ein kleiner gewölbeartiger Raum, der früher einmal den Reichsräten von Bayern als eine Art Kneipzimmer gedient hatte. Er war finster und dunkel und paßte dadurch ebensogut für seine frühere Bestimmung, als er wenig der ihm zugedachten neuen Verwendung entsprach. Das Gäßchen, in das sein einziges Fenster mündete, war so schmal, daß selbst am hellsten Sommertage das Zimmer düster und finster blieb. Dies wurde unsere erste Geschäftsstelle. Da die Miete monatlich nur fünfzig Mark betrug (für uns damals eine Riesensumme!), konnten wir aber

keine großen Anforderungen stellen und durften uns nicht einmal beklagen, als man vor unserem Einzug noch schnell die einst für die Reichsräte bestimmte Täfelung der Wände herausriß, so daß der Raum nun wirklich mehr den Eindruck einer Gruft als den eines Büros hinterließ.

Und doch war dies schon ein ungeheurer Fortschritt. Langsam erhielten wir elektrisches Licht, noch langsamer ein Telephon; ein Tisch mit einigen geliehenen Stühlen kam hinein, endlich eine offene Stellage, noch etwas später ein Schrank; zwei Kredenzen, die dem Wirt gehörten, sollten zur Aufbewahrung von Flugblättern, Plakaten usw. dienen.

Der bisherige Betrieb, das heißt die Leitung der Bewegung durch eine in der Woche einmal stattfindende Sitzung des Ausschusses, war auf die Dauer unhaltbar. Nur ein von der Bewegung besoldeter Beamter konnte einen laufenden Geschäftsbetrieb garantieren.

Das war damals sehr schwer. Die Bewegung hatte noch so wenig Mitglieder, daß es eine Kunst war, unter ihnen einen geeigneten Mann ausfindig zu machen, der bei geringsten Ansprüchen für seine eigene Person die vielfältigen Ansprüche der Bewegung befriedigen konnte.

In einem Soldaten, einem ehemaligen Kameraden von mir, Schüßler, wurde nach langem Suchen der erste Geschäftsführer der Partei gefunden. Er kam erst täglich zwischen sechs und acht Uhr in unser neues Büro, später zwischen fünf und acht Uhr, endlich jeden Nachmittag, und kurze Zeit darauf wurde er voll übernommen und verrichtete nun vom Morgen bis in die späte Nacht hinein seinen Dienst. Er war ein ebenso fleißiger wie redlicher, grundehrlicher Mensch, der sich persönlich alle Mühe gab, und der besonders der Bewegung selbst treu anhing. Schüßler brachte eine kleine Adler-Schreibmaschine mit, die sein Eigentum war. Es war das erste derartige Instrument im Dienste unserer Bewegung. Sie wurde später durch Ratenzahlungen von der Partei erworben. Ein kleiner Kassenschrank schien notwendig zu sein, um die Kartothek und die Mitgliedsbücher vor Diebesfingern zu sichern. Die Anschaffung erfolgte also nicht, um die großen Gelder zu deponieren, die wir damals

etwa besessen hätten. Im Gegenteil, es war alles unendlich ärmlich, und ich habe oft von meinen kleinen Ersparnissen zugesetzt.

Eineinhalb Jahre später war die Geschäftsstelle zu klein, und es erfolgte der Umzug in das neue Lokal an der Corneliusstraße. Wieder war es eine Wirtschaft, in die wir zogen, allein wir besaßen nun nicht mehr bloß einen Raum, sondern bereits drei Räume und einen großen Schalterraum dazu. Damals kam uns das schon als viel vor. Hier blieben wir bis zum November 1923.

Im Dezember 1920 erfolgte die Erwerbung des „Völkischen Beobachters". Dieser, der schon seinem Namen entsprechend im allgemeinen für völkische Belange eintrat, sollte nun zum Organ der N.S.D.A.P. umgestellt werden. Er erschien erst wöchentlich zweimal, wurde anfangs 1923 Tageszeitung und erhielt Ende August 1923 sein später bekanntes großes Format.

Ich habe damals als vollständiger Neuling auf dem Gebiete des Zeitungswesens auch manches schlimme Lehrgeld bezahlen müssen.

An sich mußte einem die Tatsache, daß gegenüber der ungeheuren jüdischen Presse kaum eine einzige wirklich bedeutende völkische Zeitung bestand, zu denken geben. Es lag dies, wie ich dann in der Praxis unzählige Male selber feststellen konnte, zu einem sehr großen Teil an der wenig geschäftstüchtigen Aufmachung der sogenannten völkischen Unternehmungen überhaupt. Sie wurden viel zu sehr nach dem Gesichtspunkte geführt, daß Gesinnung vor die Leistung zu treten hätte. Ein ganz falscher Standpunkt, insofern die Gesinnung ja nichts Äußerliches sein darf, sondern geradezu ihren schönsten Ausdruck in der Leistung findet. Wer für sein Volk wirklich Wertvolles schafft, bekundet damit eine ebenso wertvolle Gesinnung, während ein anderer, der bloß Gesinnung heuchelt, ohne in Wirklichkeit seinem Volke nützliche Dienste zu verrichten, ein Schädling jeder wirklichen Gesinnung ist. Er belastet auch die Gemeinschaft mit seiner Gesinnung.

Auch der „Völkische Beobachter" war, wie schon

der Name sagt, ein sogenanntes „völkisches“ Organ mit all den Vorzügen und noch mehr Fehlern und Schwächen, die den völkischen Einrichtungen anhafteten. So ehrenhaft sein Inhalt war, so kaufmännisch unmöglich war die Verwaltung des Unternehmens. Auch bei ihm lag die Meinung zugrunde, daß völkische Zeitungen durch völkische Spenden erhalten werden müßten, anstatt der, daß sie sich im Konkurrenzkampf mit den anderen eben durchzusetzen haben, und daß es eine Unanständigkeit ist, die Nachlässigkeiten oder Fehler der geschäftlichen Führung des Unternehmens durch Spenden gutgesinnter Patrioten decken zu wollen.

Ich habe mich jedenfalls bemüht, diesen Zustand, den ich in seiner Bedenklichkeit bald erkannt hatte, zu beseitigen, und das Glück half mir dabei insofern, als es mich den Mann kennenlernen ließ, der seitdem nicht nur als geschäftlicher Leiter der Zeitung, sondern auch als Geschäftsführer der Partei für die Bewegung unendlich Verdienstvolles geleistet hat. Im Jahre 1914, also im Felde, lernte ich (damals noch als meinen Vorgesetzten) den heutigen Generalgeschäftsführer der Partei, Max A m a n n, kennen. In den vier Jahren Kriegszeit hatte ich Gelegenheit, fast dauernd die außerordentliche Fähigkeit, den Fleiß und die peinliche Gewissenhaftigkeit meines späteren Mitarbeiters zu beobachten.

Im Hochsommer 1921, als die Bewegung sich in einer schweren Krise befand und ich mit einer Anzahl von Angestellten nicht mehr zufrieden sein konnte, ja mit einem einzelnen die bitterste Erfahrung gemacht hatte, wandte ich mich an meinen einstigen Regimentskameraden, den mir der Zufall eines Tages zuführte, mit der Bitte, er möge nun der Geschäftsführer der Bewegung werden. Nach langem Zögern — Amann befand sich in einer aussichtsreichen Stellung — willigte er endlich ein, allerdings unter der ausdrücklichen Bedingung, daß er niemals einen Büttel für irgendwelche nichtskönnende Ausschüsse abzugeben haben würde, sondern ausschließlich nur einen einzigen Herrn anerkenne.

Es ist das unauslöschliche Verdienst dieses kaufmännisch

wirklich umfassend gebildeten ersten Geschäftsführers der Bewegung, in die Parteibetriebe Ordnung und Sauberkeit hineingebracht zu haben. Sie sind seitdem vorbildlich geblieben und konnten von keiner der Untergliederungen der Bewegung erreicht, geschweige denn übertroffen werden. Wie immer im Leben ist aber überragende Tüchtigkeit nicht selten der Anlaß zu Neid und Mißgunst. Das mußte man natürlich auch in diesem Falle erwarten und geduldig in Kauf nehmen.

Schon im Jahre 1922 waren im allgemeinen feste Richtlinien sowohl für den geschäftlichen als auch rein organisatorischen Ausbau der Bewegung vorhanden. Es bestand bereits eine vollständige Zentralkartothek, die sämtliche zur Bewegung gehörenden Mitglieder umfaßte. Ebenso war die Finanzierung der Bewegung in gesunde Bahnen gebracht worden. Laufende Ausgaben mußten durch laufende Einnahmen gedeckt werden, außerordentliche Einnahmen wurden nur für außerordentliche Ausgaben verwendet. Trotz der Schwere der Zeit blieb die Bewegung dadurch, abgesehen von kleineren laufenden Rechnungen, fast schuldenfrei, ja es gelang ihr sogar, eine dauernde Vermehrung ihrer Werte vorzunehmen. Es wurde gearbeitet wie in einem Privatbetrieb: das angestellte Personal hatte sich durch Leistung auszuzeichnen und konnte sich keineswegs nur auf die berühmte „Gesinnung“ berufen. Die Gesinnung jedes Nationalsozialisten beweist sich zuerst in seiner Bereitwilligkeit, in seinem Fleiß und Können zur Leistung der ihm von der Volksgemeinschaft übertragenen Arbeit. Wer seine Pflicht hier nicht erfüllt, soll sich nicht einer Gesinnung rühmen, gegen die er selbst in Wahrheit sündigt. Von dem neuen Geschäftsführer der Partei wurde, entgegen allen möglichen Einflüssen, mit äußerster Energie der Standpunkt vertreten, daß Parteibetriebe keine Sinekure für wenig arbeitsfreudige Anhänger oder Mitglieder sein dürfen. Eine Bewegung, die in so scharfer Form gegen die parteimäßige Korruption unseres heutigen Verwaltungsapparates kämpft, muß ihren eigenen Apparat von solchen Lastern rein halten. Es kam der Fall vor, daß in die Verwal-

tung der Zeitung Angestellte aufgenommen wurden, die ihrer früheren Gesinnung nach zur Bayerischen Volkspartei gehörten, allein an ihren Leistungen gemessen, sich als ausgezeichnet qualifiziert erwiesen. Das Ergebnis dieses Versuches war im allgemeinen hervorragend. Gerade durch diese ehrliche und offene Anerkennung der wirklichen Leistung des einzelnen hat sich die Bewegung die Herzen dieser Angestellten schneller und gründlicher erobert, als dies sonst je der Fall gewesen wäre. Sie wurden später gute Nationalsozialisten und blieben dies, nicht nur dem Munde nach, sondern bezeugten es durch die gewissenhafte, ordentliche und redliche Arbeit, die sie im Dienste der neuen Bewegung vollbrachten. Es ist selbstverständlich, daß der gutqualifizierte Parteigenosse dem ebensogut angeschriebenen Nichtparteigenossen vorgezogen wurde. Allein niemand erhielt eine Anstellung auf Grund seiner Parteizugehörigkeit allein. Die Entschiedenheit, mit welcher der neue Geschäftsführer diese Grundsätze vertrat und allmählich, allen Widerständen zum Trotz, durchsetzte, war später für die Bewegung von größtem Nutzen. Nur dadurch war es möglich, daß in der schwierigen Inflationszeit, da Zehntausende von Unternehmen zugrunde gingen und Tausende von Zeitungen schließen mußten, die Geschäftsleitung der Bewegung nicht nur stehenblieb und ihren Aufgaben genügen konnte, sondern daß der „Völkische Beobachter" einen immer größeren Ausbau erfuhr. Er war damals in die Reihe der großen Zeitungen eingetreten.

Das Jahr 1921 hatte weiter die Bedeutung, daß es mir durch meine Stellung als Vorsitzender der Partei langsam gelang, auch die einzelnen Parteibetriebe der Kritik und dem Hineinreden von soundso viel Ausschußmitgliedern zu entziehen. Es war dies wichtig, weil man einen wirklich fähigen Kopf für eine Aufgabe nicht gewinnen konnte, wenn ihm dauernd Nichtskönner dazwischenschwätzten, alles besser verstanden, um in Wirklichkeit einen heillosen Wirrwarr zurückzulassen. Worauf sich dann allerdings diese Alleskönner meistens ganz bescheiden zurückzogen, um ein anderes Feld für ihre kontrollierende und inspirierende

Tätigkeit auszuspionieren. Es gab Menschen, die von einer förmlichen Krankheit besessen waren, hinter allem und jedem etwas zu finden, und die sich in einer Art Dauerschwangerschaft von ausgezeichneten Plänen, Gedanken, Projekten, Methoden befanden. Ihr idealstes und höchstes Ziel war dann meist die Bildung eines Ausschusses, der als Kontrollorgan die ordentliche Arbeit der anderen fachmännisch zu beschnüffeln hatte. Wie beleidigend und wie unnationalsozialistisch es aber ist, wenn Menschen, die eine Sache nicht verstehen, den wirklichen Fachleuten ununterbrochen dreinreden, kam manchem dieser Ausschüßler wohl nicht zum Bewußtsein. Ich habe es jedenfalls als meine Pflicht angesehen, in diesen Jahren alle ordentlich arbeitenden und mit Verantwortung belasteten Kräfte der Bewegung vor solchen Elementen in Schutz zu nehmen, ihnen die notwendige Rückendeckung und das freie Arbeitsfeld nach vorne zu verschaffen.

Das beste Mittel, solche Ausschüsse, die nichts taten oder nur praktisch undurchführbare Beschlüsse zusammenbrauten, unschädlich zu machen, war allerdings das, ihnen irgendeine wirkliche Arbeit zuzuweisen. Es war zum Lachen, wie lautlos sich dann solch ein Verein verflüchtigte und plötzlich ganz unauffindbar wurde. Ich gedachte dabei unserer größten derartigen Institution, des Reichstages. Wie würden da plötzlich alle verduften, wenn man ihnen nur statt des Geredes eine wirkliche Arbeit zuwiese; und zwar eine Arbeit, die jeder einzelne dieser Schwadroneure unter persönlichster Verantwortlichkeit zu leisten hätte.

Ich habe schon damals immer die Forderung gestellt, daß wie überall im privaten Leben auch in der Bewegung für die einzelnen Betriebe solange gesucht werden müßte, bis der ersichtlich fähige und ehrliche Beamte, Verwalter oder Leiter sich gefunden hätte. Diesem war dann aber unbedingte Autorität und Handlungsfreiheit nach unten zu geben bei Aufbürdung restloser Verantwortlichkeit nach oben, wobei niemand Autorität Untergebenen gegenüber erhält, der nicht selbst Besserkönner der betreffenden Arbeit ist. Im Verlaufe von zwei Jahren habe ich mich mit meiner

Ansicht immer mehr durchgesetzt, und heute ist sie in der Bewegung, wenigstens soweit die oberste Leitung in Frage kommt, bereits selbstverständlich.

Der sichtbare Erfolg dieser Haltung aber zeigte sich am 9. November 1923: Als ich vier Jahre vorher zur Bewegung kam, war nicht einmal ein Stempel vorhanden. Am 9. November 1923 fand die Auflösung der Partei, die Beschlagnahme ihres Vermögens statt. Dieses bezifferte sich einschließlich aller Wertobjekte und der Zeitung bereits auf über hundertsiebzigtausend Goldmark.

12. Kapitel

Die Gewerkschaftsfrage

Das schnelle Wachstum der Bewegung zwang uns, im Jahre 1922 zu einer Frage Stellung zu nehmen, die auch heute nicht restlos gelöst ist.

Bei unseren Versuchen, diejenigen Methoden zu studieren, die am ehesten und leichtesten der Bewegung den Weg zum Herzen der breiten Masse bahnen konnten, stießen wir immer auf den Einwand, daß der Arbeiter uns nie vollständig gehören könne, solange seine Interessenvertretung auf rein beruflichem und wirtschaftlichem Gebiet in den Händen Andersgesinnter und deren politischen Organisationen ruhe.

Dieser Einwand hatte natürlich viel für sich. Der Arbeiter, der in einem Betrieb tätig war, konnte der allgemeinen Überzeugung nach gar nicht existieren, wenn er nicht Mitglied einer Gewerkschaft wurde. Nicht nur, daß seine beruflichen Belange dadurch allein geschützt erschienen, war auch seine Stellung im Betriebe auf die Dauer lediglich als Gewerkschaftsangehöriger denkbar. Die Majorität der Arbeiter befand sich in gewerkschaftlichen Verbänden. Diese hatten im allgemeinen die Lohnkämpfe durchgefochten und die tariflichen Verträge abgeschlossen, die dem Arbeiter nun ein bestimmtes Einkommen sicherstellten. Ohne Zweifel kamen die Ergebnisse dieser Kämpfe allen Arbeitern des Betriebes zugute, und es mußten sich, besonders für den anständigen Menschen, Gewissenskonflikte ergeben, wenn er den von den Gewerkschaften erkämpften Lohn wohl einsteckte, aber sich selbst vom Kampf ausschloß.

Mit dem normalen bürgerlichen Unternehmer konnte man über diese Probleme schwer sprechen. Sie hatten weder

Verständnis (oder wollten keines haben) für die materielle Seite der Frage, noch für die moralische. Endlich sprechen ja ihre vermeintlichen eigenen wirtschaftlichen Interessen von vornherein gegen jede organisatorische Zusammenfassung der ihnen unterstellten Arbeitskräfte, so daß sich schon aus diesem Grunde bei den meisten ein unbefangenes Urteil schwer bilden kann. Es ist also hier, wie so oft, notwendig, daß man sich an die Außenstehenden wendet, die nicht der Versuchung unterliegen, vor lauter Bäumen den Wald nicht zu sehen. Diese werden dann bei gutem Willen viel leichter Verständnis für eine Angelegenheit bekommen, die so oder so zu den wichtigsten unseres heutigen und künftigen Lebens gehört.

Ich habe mich schon im ersten Band über Wesen und Zweck und über die Notwendigkeit von Gewerkschaften geäußert. Ich habe dort den Standpunkt eingenommen, daß, solange nicht entweder durch staatliche Maßnahmen (die jedoch meistens unfruchtbar sind) oder durch eine allgemeine neue Erziehung eine Änderung der Stellungnahme des Arbeitgebers zum Arbeitnehmer eintritt, diesem gar nichts anderes übrigbleibt, als unter Berufung auf sein Recht als gleichwertiger Kontrahent im Wirtschaftsleben seine Interessen selbst zu wahren. Ich betonte weiter, daß eine solche Wahrnehmung durchaus im Sinne einer ganzen Volksgemeinschaft läge, wenn durch sie soziale Ungerechtigkeiten, die in der Folge zu schweren Schädigungen des ganzen Gemeinschaftswesens eines Volkes führen müssen, verhindert werden können. Ich erklärte weiterhin, daß diese Notwendigkeit solange als gegeben erachtet werden muß, solange es unter den Unternehmern Menschen gibt, die von sich aus nicht nur kein Gefühl für soziale Pflichten, sondern nicht einmal für primitivste menschliche Rechte besitzen; und ich zog daraus den Schluß, daß, wenn eine solche Selbstwehr einmal als notwendig angesehen wird, ihre Form sinngemäß nur in einer Zusammenfassung der Arbeitnehmer auf gewerkschaftlicher Grundlage bestehen kann.

An dieser allgemeinen Auffassung hat sich bei mir auch im Jahre 1922 nichts geändert. Wohl aber mußte nun eine

klare und bestimmte Formulierung für die Einstellung zu diesen Problemen gesucht werden. Es ging nicht an, sich weiterhin einfach mit Erkenntnissen zufrieden zu geben, sondern es war nötig, aus diesen praktische Folgerungen zu ziehen.

Es handelte sich um die Beantwortung folgender Fragen:

1. Sind Gewerkschaften notwendig?

2. Soll die N.S.D.A.P. selbst sich gewerkschaftlich betätigen oder ihre Mitglieder in irgendeiner Form einer solchen Betätigung zuführen?

3. Welcher Art muß eine nationalsozialistische Gewerkschaft sein? Was sind unsere Aufgaben und ihre Ziele?

4. Wie kommen wir zu solchen Gewerkschaften?

Ich glaube, die erste Frage eigentlich zur Genüge beantwortet zu haben. Wie die Dinge heute liegen, können meiner Überzeugung nach die Gewerkschaften gar nicht entbehrt werden. Im Gegenteil, sie gehören zu den wichtigsten Einrichtungen des wirtschaftlichen Lebens der Nation. Ihre Bedeutung liegt aber nicht nur auf sozialpolitischem Gebiet, sondern noch viel mehr auf einem allgemeinen nationalpolitischen. Denn ein Volk, dessen breite Masse durch eine richtige Gewerkschaftsbewegung die Befriedigung ihrer Lebensbedürfnisse, zugleich aber auch eine Erziehung erhalten, wird dadurch eine außerordentliche Stärkung seiner gesamten Widerstandskraft im Daseinskampf erlangen.

Die Gewerkschaften sind vor allem notwendig als Bausteine des künftigen Wirtschaftsparlaments beziehungsweise der Ständekammern.

Die zweite Frage ist ebenfalls noch leicht zu beantworten. Wenn die Gewerkschaftsbewegung wichtig ist, dann ist es klar, daß der Nationalsozialismus nicht nur rein theoretisch, sondern auch praktisch zu ihr Stellung nehmen muß. Allerdings ist dann das Wie schon schwerer zu klären.

Die nationalsozialistische Bewegung, die als Ziel ihres

Wirkens den nationalsozialistischen völkischen Staat vor Augen hat, darf nicht im Zweifel darüber sein, daß alle künftigen Institutionen dieses Staates von einst aus der Bewegung selbst herauswachsen müssen. Es ist der größte Fehler, zu glauben, daß man plötzlich aus dem Nichts, nur im Besitze der Macht, eine bestimmte Reorganisation vornehmen kann, ohne schon vorher einen gewissen Grundstock an Menschen, die vor allem gesinnungsmäßig vorgebildet sind, zu besitzen. Auch hier gilt der Grundsatz, daß wichtiger als die äußere Form, die mechanisch sehr schnell zu schaffen ist, immer der Geist bleibt, der eine solche Form erfüllt. Befehlsmäßig kann man zum Beispiel sehr wohl das Führerprinzip diktatorisch einem Staatsorganismus aufpfropfen. Lebendig wird dieses aber nur dann sein, wenn es in eigener Entwicklung aus kleinstem heraus sich selbst allmählich gebildet hat und durch die dauernde Auswahl, die die harte Wirklichkeit des Lebens ununterbrochen vornimmt, im Laufe von vielen Jahren das für die Durchführung dieses Prinzips notwendige Führermaterial erhielt.

Man darf sich also nicht vorstellen, plötzlich aus einer Aktentasche die Entwürfe zu einer neuen Staatsverfassung ans Tageslicht ziehen und diese nun durch einen Machtspruch von oben „einführen" zu können. Versuchen kann man so etwas, allein das Ergebnis wird sicher nicht lebensfähig, meist ein schon totgeborenes Kind sein. Das erinnert mich ganz an die Entstehung der Weimarer Verfassung und an den Versuch, dem deutschen Volk mit einer neuen Verfassung auch eine neue Fahne zu spendieren, die in keinem inneren Zusammenhang mit dem Erleben unseres Volkes im letzten halben Jahrhundert stand.

Auch der nationalsozialistische Staat muß sich vor solchen Experimenten hüten. Er kann dereinst nur aus einer schon längst vorhandenen Organisation herauswachsen. Diese Organisation muß das nationalsozialistische Leben ursprünglich in sich besitzen, um endlich einen lebendigen nationalsozialistischen Staat zu schaffen.

Wie schon betont, werden die Keimzellen zu den Wirtschaftskammern in den verschiedenen Berufsvertretungen,

also vor allem in den Gewerkschaften, zu liegen haben. Soll aber diese spätere Ständevertretung und das zentrale Wirtschaftsparlament eine nationalsozialistische Institution darstellen, dann müssen auch diese wichtigen Keimzellen Träger einer nationalsozialistischen Gesinnung und Auffassung sein. Die Institutionen der Bewegung sind in den Staat überzuführen, aber der Staat kann nicht plötzlich entsprechende Einrichtungen aus dem Nichts hervorzaubern, wenn sie nicht vollkommen leblose Gebilde bleiben sollen.

Schon aus diesem höchsten Gesichtspunkte heraus muß die nationalsozialistische Bewegung die Notwendigkeit eigener gewerkschaftlicher Betätigung anerkennen.

Sie muß dies weiter noch deshalb, weil eine wirklich nationalsozialistische Erziehung sowohl der Arbeitgeber als auch der Arbeitnehmer im Sinne eines beiderseitigen Eingliederns in den gemeinsamen Rahmen der Volksgemeinschaft nicht erfolgt durch theoretische Belehrungen, Aufrufe oder Ermahnungen, sondern durch den Kampf des täglichen Lebens. An ihm und durch ihn hat die Bewegung die einzelnen großen wirtschaftlichen Gruppen zu erziehen und sie in den großen Gesichtspunkten einander näherzubringen. Ohne eine solche Vorarbeit bleibt jede Hoffnung auf das Erstehen einer einstigen wahrhaften Volksgemeinschaft blanke Illusion. Nur das große weltanschauliche Ideal, das die Bewegung verficht, kann langsam jenen allgemeinen Stil bilden, der dann einst die neue Zeit als eine wirklich innerlich fest fundierte erscheinen läßt und nicht als eine nur äußerlich gemachte.

So muß sich die Bewegung nicht nur zu dem Gedanken der Gewerkschaft als solchem bejahend einstellen, sondern sie muß der Unsumme ihrer Mitglieder und Anhänger in der praktischen Betätigung die erforderliche Erziehung für den kommenden nationalsozialistischen Staat zuteil werden lassen.

Die Beantwortung der *dritten Frage* ergibt sich aus dem Vorhergesagten.

Die nationalsozialistische Gewerkschaft ist kein Organ des Klassenkampfes, son-

dern ein Organ der Berufsvertretung. Der nationalsozialistische Staat kennt keine „Klassen“, sondern in politischer Hinsicht nur Bürger mit vollständig gleichen Rechten und demgemäß auch gleichen allgemeinen Pflichten und daneben Staatsangehörige, die in staatspolitischer Hinsicht aber vollständig rechtlos sind.

Die Gewerkschaft im nationalsozialistischen Sinne hat nicht die Aufgabe, durch Zusammenfassung bestimmter Menschen innerhalb eines Volkskörpers diese allmählich in eine Klasse umzuwandeln, um mit ihr dann den Kampf gegen andere, ähnlich organisierte Gebilde innerhalb der Volksgemeinschaft aufzunehmen. Diese Aufgabe können wir der Gewerkschaft an sich überhaupt nicht zuschreiben, sondern sie wurde ihr erst verliehen in dem Augenblick, in dem sie zum Kampfinstrument des Marxismus wurde. Nicht die Gewerkschaft ist „klassenkämpferisch“, sondern der Marxismus hat aus ihr ein Instrument für seinen Klassenkampf gemacht. Er schuf die wirtschaftliche Waffe, die der internationale Weltjude anwendet zur Zertrümmerung der wirtschaftlichen Basis der freien, unabhängigen Nationalstaaten, zur Vernichtung ihrer nationalen Industrie und ihres nationalen Handels und damit zur Versklavung freier Völker im Dienste des überstaatlichen Weltfinanz-Judentums.

Die nationalsozialistische Gewerkschaft hat demgegenüber durch die organisatorische Zusammenfassung bestimmter Gruppen von Teilnehmern am nationalen Wirtschaftsprozeß die Sicherheit der nationalen Wirtschaft selbst zu erhöhen und deren Kraft zu stärken durch korrigierende Beseitigung all jener Mißstände, die in ihren letzten Folgeerscheinungen auf den nationalen Volkskörper destruktiv einwirken, die lebendige Kraft

der Volksgemeinschaft, damit aber auch die des Staates schädigen und nicht zuletzt der Wirtschaft selbst zum Unheil und Verderben geraten.

Für die nationalsozialistische Gewerkschaft ist damit der Streik nicht ein Mittel der Zertrümmerung und Erschütterung der nationalen Produktion, sondern zu ihrer Steigerung und Flüssigmachung durch die Bekämpfung all jener Mißstände, die infolge ihres unsozialen Charakters die Leistungsfähigkeit der Wirtschaft und damit die Existenz der Gesamtheit behindern. Denn die Leistungsfähigkeit des einzelnen steht stets in ursächlichem Zusammenhange mit der allgemeinen rechtlichen und sozialen Stellung, die er im Wirtschaftsprozeß einnimmt und der nur daraus allein resultierenden Erkenntnis über die Notwendigkeit des Gedeihens dieses Prozesses zu seinem eigenen Vorteil.

Der nationalsozialistische Arbeitnehmer muß wissen, daß die Blüte der nationalen Wirtschaft sein eigenes materielles Glück bedeutet.

Der nationalsozialistische Arbeitgeber muß wissen, daß das Glück und die Zufriedenheit seiner Arbeitnehmer die Voraussetzung für die Existenz und Entwicklung seiner eigenen wirtschaftlichen Größe ist.

Nationalsozialistische Arbeitnehmer und nationalsozialistische Arbeitgeber sind beide Beauftragte und Sachwalter der gesamten Volksgemeinschaft. Das hohe Maß persönlicher Freiheit, das ihnen in ihrem Wirken dabei zugebilligt wird, ist durch die Tatsache zu erklären, daß erfahrungsgemäß die Leistungsfähigkeit des einzelnen durch weitgehende Freiheitsgewährung mehr gesteigert wird als durch Zwang von oben, und es weiter geeignet ist, zu verhindern, daß der natürliche Ausleseprozeß, der den Tüchtigsten, Fähigsten und Fleißigsten befördern soll, etwa unterbunden wird.

Für die nationalsozialistische Gewerkschaft ist deshalb der Streik ein Mittel, das nur solange angewendet werden darf und wohl auch muß, als nicht ein nationalsozialistischer völkischer Staat besteht. Dieser freilich soll an Stelle des Massenkampfes der beiden großen Gruppen — Arbeitgeber- und Arbeitnehmertum — (der in seinen Folgen als Produktionsverminderung stets die Volksgemeinschaft insgesamt schädigt!) die Rechtssorge und den Rechtsschutz aller übernehmen. Den Wirtschaftskammern selbst wird die Verpflichtung zur Inbetriebhaltung der nationalen Wirtschaft und zur Beseitigung von den diese schädigenden Mängeln und Fehlern obliegen. Was heute durch die Kämpfe von Millionen ausgefochten wird, muß dereinst in Ständekammern und im zentralen Wirtschaftsparlament seine Erledigung finden. Damit toben nicht mehr Unternehmertum und Arbeiter im Lohn- und Tarifkampf gegeneinander, die wirtschaftliche Existenz beider schädigend, sondern lösen diese Probleme gemeinsam an höherer Stelle, der über allem stets das Wohl der Volksgesamtheit und des Staates in leuchtenden Lettern vorschweben muß.

Auch hier hat, wie durchwegs, der eherne Grundsatz zu gelten, daß erst das Vaterland und dann die Partei kommt.

Die Aufgabe der nationalsozialistischen Gewerkschaft ist die Erziehung und Vorbereitung zu diesem Ziele selbst, das dann heißt: Gemeinsame Arbeit aller an der Erhaltung und Sicherung unseres Volkes und seines Staates, entsprechend der dem einzelnen angeborenen und durch die Volksgemeinschaft zur Ausbildung gebrachten Fähigkeiten und Kräfte.

Die vierte Frage: Wie kommen wir zu solchen Gewerkschaften? schien seinerzeit am weitaus schwersten zu beantworten.

Es ist im allgemeinen leichter, eine Gründung in einem Neuland vorzunehmen als auf altem Gebiet, das bereits eine ähnliche Gründung besitzt. In einem Orte, in dem noch kein Geschäft einer bestimmten Art am Platze ist, kann

man leicht ein solches errichten. Schwerer ist es, wenn sich schon ein ähnliches Unternehmen vorfindet, und am schwersten, wenn dabei Bedingungen gegeben sind, unter denen nur eines allein zu gedeihen vermag. Denn hier stehen die Gründer vor der Aufgabe, nicht nur ihr eigenes neues Geschäft einzuführen, sondern sie müssen, um bestehen zu können, das bisher am Orte befindliche vernichten.

Eine nationalsozialistische Gewerkschaft neben anderen Gewerkschaften ist sinnlos. Denn auch sie muß sich durchdrungen fühlen von ihrer weltanschaulichen Aufgabe und der aus dieser geborenen Verpflichtung zur Unduldsamkeit gegen andere ähnliche oder gar feindliche Gebilde und zur Betonung der ausschließlichen Notwendigkeit des eigenen Ich. Es gibt auch hier kein Sich-Verständigen und keinen Kompromiß mit verwandten Bestrebungen, sondern nur die Aufrechterhaltung des absoluten alleinigen Rechtes.

Es gab nun zwei Wege, zu einer solchen Entwicklung zu kommen:

1. Man konnte eine eigene Gewerkschaft gründen und dann allmählich den Kampf gegen die internationalen marxistischen Gewerkschaften aufnehmen, oder man konnte

2. in die marxistischen Gewerkschaften eindringen und diese selbst mit dem neuen Geiste zu erfüllen trachten beziehungsweise zu Instrumenten der neuen Gedankenwelt umformen.

Gegen den ersten Weg sprachen folgende Bedenken: Unsere finanziellen Schwierigkeiten waren zu jener Zeit immer noch sehr erheblich, die Mittel, die uns zur Verfügung standen, ganz unbedeutend. Die allmählich immer mehr um sich greifende Inflation erschwerte die Lage noch dadurch, daß in diesen Jahren von einem greifbaren materiellen Nutzen der Gewerkschaft für das Mitglied kaum hätte gesprochen werden können. Der einzelne Arbeiter hatte von solchem Gesichtspunkt aus betrachtet, damals gar keinen Grund, in die Gewerkschaft einzubezahlen. Selbst die schon bestehenden marxistischen waren fast am Zusammen-

bruch, bis ihnen durch die geniale Ruhraktion des Herrn Cuno die Millionen plötzlich in den Schoß fielen. Dieser sogenannte „nationale" Reichskanzler darf als der Retter der marxistischen Gewerkschaften bezeichnet werden.

Mit solchen finanziellen Möglichkeiten durften wir damals nicht rechnen; und es konnte niemanden verlocken, in eine neue Gewerkschaft einzutreten, die ihm infolge ihrer finanziellen Ohnmacht nicht das geringste zu bieten vermocht hätte. Andererseits muß ich mich unbedingt dagegen wehren, in einer solchen neuen Organisation nur ein Druckpöstchen für mehr oder minder große Geister zu schaffen.

Überhaupt spielte die Personenfrage mit die allergrößte Rolle. Ich hatte damals nicht einen einzigen Kopf, dem ich die Lösung dieser gewaltigen Aufgabe zugetraut hätte. Wer in jener Zeit die marxistischen Gewerkschaften wirklich zertrümmert hätte, um an Stelle dieser Institution des vernichtenden Klassenkampfes der nationalsozialistischen Gewerkschaftsidee zum Siege zu verhelfen, der gehörte mit zu den ganz großen Männern unseres Volkes, und seine Büste hätte dereinst in der Walhalla zu Regensburg der Nachwelt gewidmet werden müssen.

Ich habe aber keinen Schädel gekannt, der auf ein solches Postament gepaßt hätte.

Es ist ganz falsch, sich in dieser Ansicht durch die Tatsache beirren zu lassen, daß die internationalen Gewerkschaften selbst ja auch nur über lauter Durchschnittsköpfe verfügen. Dies besagt in Wirklichkeit gar nichts; denn als jene einst gegründet worden waren, gab es sonst nichts. Heute muß die nationalsozialistische Bewegung gegen eine längst bestehende gigantische und bis in das kleinste ausgebaute Riesenorganisation ankämpfen. Der Eroberer muß aber stets genialer sein als der Verteidiger, will er diesen bezwingen. Die marxistische Gewerkschaftsburg kann heute wohl von gewöhnlichen Bonzen verwaltet werden; gestürmt wird sie aber nur von der wilden Energie und genialen

Fähigkeit eines überragenden Großen auf der anderen Seite. Wenn sich ein solcher nicht findet, ist es zwecklos, mit dem Schicksal zu hadern, und noch viel unsinniger, mit unzulänglichem Ersatz die Sache zwingen zu wollen.

Hier gilt es, die Erkenntnis zu verwerten, daß es im Leben manchesmal besser ist, eine Sache zunächst liegen zu lassen, als sie mangels geeigneter Kräfte nur halb oder schlecht zu beginnen.

Eine andere Erwägung, die man ja nicht als demagogisch bezeichnen sollte, kam noch hinzu. Ich hatte damals und besitze auch heute noch die unverrückbare Überzeugung, daß es gefährlich ist, einen großen politisch weltanschaulichen Kampf zu frühzeitig mit wirtschaftlichen Dingen zu verknüpfen. Besonders bei unserem deutschen Volk gilt dies. Denn hier wird in einem solchen Falle das wirtschaftliche Ringen sofort die Energie vom politischen Kampf abziehen. Sowie die Leute erst die Überzeugung gewonnen haben, daß sie durch Sparsamkeit auch zu einem Häuschen gelangen könnten, werden sie sich bloß dieser Aufgabe widmen und keine Zeit mehr erübrigen zum politischen Kampf gegen diejenigen, die ihnen so oder so eines Tages die ersparten Groschen wieder abzunehmen gedenken. Statt im politischen Kampf zu ringen für die gewonnene Einsicht und Überzeugung, gehen sie dann nur mehr in ihren „Siedlungs“-Gedanken auf und sitzen am Ende meistens zwischen allen Stühlen.

Die nationalsozialistische Bewegung steht heute am Beginn ihres Ringens. Zum großen Teil muß sie erst ihr weltanschauliches Bild formen und vollenden. Sie hat mit allen Fasern ihrer Energie für die Durchsetzung ihrer großen Ideale zu streiten, und ein Erfolg ist nur denkbar, wenn die gesamte Kraft restlos in den Dienst dieses Kampfes tritt.

Wie sehr aber die Beschäftigung mit nur wirtschaftlichen Problemen die aktive Kampfkraft lähmen kann, sehen wir gerade heute in einem klassischen Beispiel vor uns:

Die Revolution des November 1918 wurde nicht von Gewerkschaften gemacht, sondern setzte sich gegen diese durch. Und das deutsche

Bürgertum führt um die deutsche Zukunft keinen politischen Kampf, weil es diese Zukunft in der aufbauenden Arbeit der Wirtschaft genügend gesichert vermeint.

Wir sollten aus solchen Erfahrungen lernen; denn auch bei uns würde es nicht anders gehen. Je mehr wir die gesamte Kraft unserer Bewegung zum politischen Kampf zusammenballen, um so eher werden wir auf Erfolg auf der ganzen Linie rechnen dürfen; je mehr wir uns aber vorzeitig mit Gewerkschafts-, Siedlungs- und ähnlichen Problemen belasten, um so geringer wird der Nutzen für unsere Sache, als Ganzes genommen, sein. Denn so wichtig diese Belange sein mögen, ihre Erfüllung wird doch nur dann in großem Umfange eintreten, wenn wir bereits in der Lage sind, die öffentliche Macht in den Dienst dieser Gedanken zu stellen. Bis dahin würden diese Probleme die Bewegung um so mehr lähmen, je früher sie sich damit beschäftigen und je stärker dadurch ihr weltanschaulicher Wille beeinträchtigt würde. Es könnte dann leicht dahin kommen, daß gewerkschaftliche Momente die politische Bewegung lenkten, statt daß die Weltanschauung die Gewerkschaft in ihre Bahnen zwingt.

Wirklicher Nutzen für die Bewegung sowohl als für unser Volk überhaupt kann aber aus einer nationalsozialistischen Gewerkschaftsbewegung nur dann erwachsen, wenn diese weltanschaulich schon so stark von unseren nationalsozialistischen Ideen erfüllt ist, daß sie nicht mehr Gefahr läuft, in marxistische Spuren zu geraten. Denn eine nationalsozialistische Gewerkschaft, die ihre Mission nur in der Konkurrenz zu der marxistischen sieht, wäre schlimmer als keine. Sie hat ihren Kampf der marxistischen Gewerkschaft nicht nur als Organisation, sondern vor allem als Idee anzusagen. Sie muß in ihr die Verkünderin des Klassenkampfes und Klassengedankens treffen und soll

an Stelle dessen zur Wahrerin der beruflichen Interessen deutscher Bürger werden.

Alle diese Gesichtspunkte sprachen damals und sprechen auch heute noch gegen die Gründung eigener Gewerkschaften, es wäre denn, daß plötzlich ein Kopf erschiene, der vom Schicksal ersichtlich zur Lösung gerade dieser Frage berufen ist.

Es gab also nur zwei andere Möglichkeiten: Entweder den eigenen Parteigenossen zu empfehlen, aus den Gewerkschaften herauszugehen, oder in den bisherigen zu bleiben, um dort möglichst destruktiv zu wirken.

Ich habe im allgemeinen diesen letzteren Weg empfohlen. Besonders im Jahre 1922/23 konnte man dies ohne weiteres tun; denn der finanzielle Nutzen, den während der Inflationszeit die Gewerkschaft von den infolge der Jugend unserer Bewegung doch noch nicht sehr zahlreichen Mitgliedern aus ihren Reihen einstrich, war gleich Null. Der Schaden für sie aber war ein sehr großer, denn die nationalsozialistischen Anhänger waren ihre schärfsten Kritiker und dadurch ihre inneren Zersetzer.

Ganz abgelehnt habe ich damals alle Experimente, die schon von vornherein den Mißerfolg in sich trugen. Ich hätte es als ein Verbrechen angesehen, einem Arbeiter von seinem kärglichen Verdienst soundsoviel abzunehmen für eine Institution, von deren Nutzen für ihre Mitglieder ich nicht die innere Überzeugung besaß.

Wenn eine neue politische Partei eines Tages wieder verschwindet, so ist dies kaum jemals ein Schaden, sondern fast immer ein Nutzen, und es hat niemand irgendein Recht, darüber zu jammern; denn was der einzelne einer politischen Bewegung gibt, gibt er à fonds perdu. Wer aber in eine Gewerkschaft einbezahlt, hat ein Recht auf Erfüllung der ihm zugesicherten Gegenleistungen. Wird diesem nicht Rechnung getragen, dann sind die Macher einer solchen Gewerkschaft Betrüger, zumindest aber leichtfertige Menschen, die zur Verantwortung gezogen werden müssen.

Nach dieser Anschauung wurde im Jahre 1922 denn auch von uns gehandelt. Andere verstanden es scheinbar besser

und gründeten Gewerkschaften. Sie warfen uns den Mangel einer solchen als das sichtbarste Zeichen unserer fehlerhaften und beschränkten Einsicht vor. Allein es dauerte nicht lange, bis diese Gründungen selbst wieder verschwanden, so daß das Schlußergebnis dasselbe wie bei uns war. Nur mit dem einen Unterschied, daß wir weder uns selbst noch andere betrogen hatten.

13. Kapitel

Deutsche Bündnispolitik nach dem Kriege

Die Zerfahrenheit der außenpolitischen Leitung des Reiches in der Aufstellung grundsätzlicher Richtlinien für eine zweckmäßige Bündnispolitik setzte sich nach der Revolution nicht nur fort, sondern wurde noch übertroffen. Denn wenn vor dem Kriege in erster Linie allgemeine politische Begriffsverwirrungen als Ursache unserer verfehlten Staatsleitung nach außen gelten durften, dann war es nach dem Kriege ein Mangel an ehrlichem Wollen. Es war natürlich, daß die Kreise, die durch die Revolution endlich ihre destruktiven Ziele erreicht sahen, kein Interesse an einer Bündnispolitik besitzen konnten, deren Endergebnis die Wiederaufrichtung eines freien deutschen Staates sein mußte. Nicht nur, daß eine solche Entwicklung dem inneren Sinne des Novemberverbrechens widersprochen, nicht nur, daß sie die Internationalisierung der deutschen Wirtschaft und Arbeitskraft unterbrochen oder gar beendet hätte: es wäre auch die politische Auswirkung im Inneren als Folgeerscheinung einer außenpolitischen Freiheitserkämpfung für die Träger der heutigen Reichsgewalten in der Zukunft verhängnisvoll gewesen. Man kann sich eben die Erhebung einer Nation nicht denken ohne eine vorhergegangene Nationalisierung derselben, so wie umgekehrt jeder gewaltige außenpolitische Erfolg zwangsläufig Rückwirkungen im gleichen Sinne ergibt. Jeder Freiheitskampf führt erfahrungsgemäß zu einer Steigerung des Nationalgefühls, des Selbstbewußtseins und damit aber auch zu einer schärferen Empfindlichkeit antinationalen Elementen und ebensolchen Bestrebungen gegenüber. Zustände und Personen, die in friedsamen Zeiten geduldet, ja oft nicht

einmal beachtet werden, finden in Perioden aufwühlender nationaler Begeisterung nicht nur Ablenkung, sondern einen Widerstand, der ihnen nicht selten zum Verhängnis wird. Man erinnere sich nur z. B. an die allgemeine Spionenfurcht, die bei Ausbruch von Kriegen in der Siedehitze menschlicher Leidenschaften plötzlich hervorbricht und zu brutalsten, manchmal sogar ungerechten Verfolgungen führt, obwohl sich jeder sagen kann, daß die Spionengefahr in den langen Jahren einer Friedenszeit größer sein wird, auch wenn sie aus natürlichen Gründen die allgemeine Beachtung nicht im gleichen Umfang findet.

Der feine Instinkt der durch die Novemberereignisse an die Oberfläche gespülten Staatsparasiten ahnt schon aus diesem Grunde in einer durch kluge Bündnispolitik unterstützten Freiheitserhebung unseres Volkes und der dadurch bedingten Entflammung nationaler Leidenschaften die mögliche Vernichtung des eigenen verbrecherischen Daseins.

So wird es verständlich, warum die seit dem Jahre 1918 maßgebenden Regierungsstellen in außenpolitischer Hinsicht versagten und die Leitung des Staates den wirklichen Interessen der deutschen Nation fast immer planmäßig entgegenarbeitete. Denn was auf den ersten Blick als planlos erscheinen könnte, entlarvt sich bei näherem Hinsehen nur als die konsequente Weiterverfolgung des Weges, den die Novemberrevolution 1918 zum ersten Male in aller Öffentlichkeit beschritt.

Freilich muß man hier unterscheiden zwischen den verantwortlichen oder besser „verantwortlichseinsollenden“ Führern unserer Staatsgeschäfte, dem Durchschnitt unserer parlamentarischen Politikaster und der großen stupiden Hammelherde unseres schafsgeduldigen Volkes.

Die einen wissen, was sie wollen. Die anderen machen mit, entweder weil sie es wissen, oder doch zu feige sind, dem Erkannten und als schädlich Empfundenen rücksichtslos entgegenzutreten. Die übrigen aber fügen sich aus Unverständnis und Dummheit.

Solange die Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei nur den Umfang eines kleinen und wenig bekannten Ver-

eines besaß, konnten außenpolitische Probleme in den Augen mancher Anhänger untergeordnete Bedeutung besitzen. Dies besonders deshalb, weil ja gerade unsere Bewegung immer grundsätzlich die Auffassung vertrat und vertreten muß, daß die äußere Freiheit weder vom Himmel noch durch irdische Gewalten als Geschenk gegeben wird, sondern vielmehr nur die Frucht einer inneren Kraftentfaltung zu sein vermag. *Nur die Beseitigung der Ursachen unseres Zusammenbruchs sowie die Vernichtung der Nutznießer desselben kann die Voraussetzung zum äußeren Freiheitskampf schaffen.*

Man kann also schon verstehen, wenn aus solchen Gesichtspunkten heraus in der ersten Zeit der jungen Bewegung der Wert der außenpolitischen Fragen gegenüber der Bedeutung ihrer inneren reformatorischen Absichten zurückgesetzt wurde.

Sowie jedoch der Rahmen des kleinen, unbedeutenden Vereins geweitet und endlich gesprengt wurde und das junge Gebilde die Bedeutung eines großen Verbandes bekam, ergab sich auch bereits die Notwendigkeit, zu den Fragen der außenpolitischen Entwicklung Stellung zu nehmen. Es galt, Richtlinien festzulegen, die den fundamentalen Anschauungen unserer Weltauffassung nicht nur nicht widersprechen, sondern sogar einen Ausfluß dieser Betrachtungsweise darstellen.

Gerade aus dem Mangel an außenpolitischer Schulung unseres Volkes ergibt sich eine Verpflichtung für die junge Bewegung, den einzelnen Führern sowohl als der breiten Masse durch großzügige Richtlinien eine Form des außenpolitischen Denkens zu vermitteln, die die Voraussetzung ist für jede einst stattfindende praktische Durchführung der außenpolitischen Vorbereitungen zur Wiedergewinnungsarbeit der Freiheit unseres Volkes sowie einer wirklichen Souveränität des Reiches.

Der wesentliche Grund- und Leitsatz, der bei der Beurteilung dieser Frage uns immer vorschweben muß, ist der, daß auch die Außenpolitik nur ein Mittel zum Zweck, der

Zweck aber ausschließlich die Förderung unseres eigenen Volkstums ist. Es kann keine außenpolitische Erwägung von einem anderen Gesichtspunkt aus geleitet werden, als dem: Nützt es unserem Volk jetzt oder in der Zukunft, oder wird es ihm von Schaden sein?

Es ist dies die einzige vorgefaßte Meinung, die bei der Behandlung dieser Frage gelten darf. Parteipolitische, religiöse, humane, überhaupt alle übrigen Gesichtspunkte scheiden restlos aus.

*

War vor dem Kriege die Aufgabe einer deutschen Außenpolitik die Sicherstellung der Ernährung unseres Volkes und seiner Kinder auf diesem Erdball durch die Vorbereitung der Wege, die zu diesem Ziele führen konnten, sowie die Gewinnung der dabei benötigten Hilfskräfte in der Form zweckmäßiger Bundesgenossen, so ist sie heute die gleiche, nur mit dem Unterschiede: Vor dem Kriege galt es, der Erhaltung des deutschen Volkstums zu dienen unter Berücksichtigung der vorhandenen Kraft des unabhängigen Machtstaates, heute gilt es, dem Volke erst die Kraft in der Form des freien Machtstaates wiederzugeben, die die Voraussetzung für die spätere Durchführung einer praktischen Außenpolitik im Sinne der Erhaltung, Förderung und Ernährung unseres Volkes für die Zukunft ist.

Mit anderen Worten: Das Ziel einer deutschen Außenpolitik von heute hat die Vorbereitung zur Wiedererringung der Freiheit von morgen zu sein.

Dabei muß gleich ein fundamentaler Grundsatz immer im Auge behalten werden: Die Möglichkeit, für ein Volkstum die Unabhängigkeit wieder zu erringen, ist nicht absolut gebunden an die Geschlossenheit eines Staatsgebietes, sondern vielmehr an das Vorhandensein

eines wenn auch noch so kleinen Restes dieses Volkes und Staates, der, im Besitz der nötigen Freiheit, nicht nur der Träger der geistigen Gemeinschaft des gesamten Volkstums, sondern auch der Vorbereiter des militärischen Freiheitskampfes zu sein vermag.

Wenn ein Volk von hundert Millionen Menschen, um die staatliche Geschlossenheit zu wahren, gemeinsam das Joch der Sklaverei erduldet, so ist dies schlimmer, als wenn ein solcher Staat und ein solches Volk zertrümmert worden wäre und nur ein Teil davon im Besitze der vollen Freiheit bliebe. Freilich unter der Voraussetzung, daß dieser letzte Rest erfüllt wäre von der heiligen Mission, nicht nur die geistige und kulturelle Unzertrennbarkeit dauernd zu proklamieren, sondern auch die waffenmäßige Vorbereitung zu treffen für die endliche Befreiung und die Wiedervereinigung der unglücklichen unterdrückten Teile.

Weiter ist zu bedenken, daß die Frage der Wiedergewinnung verlorener Gebietsteile eines Volkes und Staates immer in erster Linie die Frage der Wiedergewinnung der politischen Macht und Unabhängigkeit des Mutterlandes ist, daß mithin in einem solchen Falle die Interessen verlorener Gebiete rücksichtslos zurückgestellt werden müssen gegenüber dem einzigen Interesse der Wiedergewinnung der Freiheit des Hauptgebietes. Denn die Befreiung unterdrückter, abgetrennter Splitter eines Volkstums oder von Provinzen eines Reiches findet nicht statt auf Grund eines Wunsches der Unterdrückten oder eines Protestes der Zurückgebliebenen, sondern durch die Machtmittel der mehr oder weniger souverän gebliebenen Reste des ehemaligen gemeinsamen Vaterlandes.

Mithin ist die Voraussetzung für die Gewinnung verlorener Gebiete die intensive Förderung und Stärkung des

übriggebliebenen Reststaates sowie der im Herzen schlummernde unerschütterliche Entschluß, die dadurch sich bildende neue Kraft in gegebener Stunde dem Dienste der Befreiung und Einigung des gesamten Volkstums zu weihen: Also Zurückstellung der Interessen der abgetrennten Gebiete gegenüber dem einzigen Interesse, dem verbliebenen Rest jenes Maß an politischer Macht und Kraft zu erringen, das die Voraussetzung für eine Korrektur des Willens feindlicher Sieger ist. Denn unterdrückte Länder werden nicht durch flammende Proteste in den Schoß eines gemeinsamen Reiches zurückgeführt, sondern durch ein schlagkräftiges Schwert.

Dieses Schwert zu schmieden, ist die Aufgabe der innerpolitischen Leitung eines Volkes; die Schmiedearbeit zu sichern und Waffengenossen zu suchen, die Aufgabe der außenpolitischen.

*

Im ersten Band des Werkes habe ich mich mit der Halbheit unserer Bündnispolitik vor dem Kriege auseinandergesetzt. Von den vier Wegen für eine künftige Erhaltung unseres Volkstums und die Ernährung desselben hatte man den vierten und ungünstigsten gewählt. An Stelle einer gesunden europäischen Bodenpolitik griff man zur Kolonial- und Handelspolitik. Dies war um so fehlerhafter, als man nun vermeinte, dadurch einer waffenmäßigen Auseinandersetzung entschlüpfen zu können. Das Ergebnis dieses Versuches, sich auf alle Stühle setzen zu wollen, war der bekannte Fall zwischen dieselben, und der Weltkrieg bildete nur die letzte dem Reiche vorgelegte Quittung über seine verfehlte Leitung nach außen.

Der richtige Weg wäre schon damals der dritte gewesen: Stärkung der Kontinentalmacht durch Gewinnung neuen Bodens in Europa, wobei gerade dadurch eine Ergänzung durch spätere koloniale

Gebiete in den Bereich des natürlich Möglichen gerückt erschien. Diese Politik wäre allerdings nur durchführbar gewesen im Bunde mit England, oder unter einer so abnormen Förderung der militärischen Machtmittel, daß auf vierzig oder fünfzig Jahre kulturelle Aufgaben vollständig in den Hintergrund gedrängt worden wären. Dies hätte sich sehr wohl verantworten lassen. Die kulturelle Bedeutung einer Nation ist fast immer gebunden an die politische Freiheit und Unabhängigkeit derselben, mithin ist diese die Voraussetzung für das Vorhandensein oder besser Entstehen der ersteren. Daher kann kein Opfer für die Sicherung der politischen Freiheit zu groß sein. Was den allgemeinen kulturellen Belangen durch eine übermäßige Förderung der militärischen Machtmittel des Staates entzogen wird, wird später auf das reichlichste wieder hereingebracht werden können. Ja, man darf sagen, daß nach einer solchen komprimierten Anstrengung nur in der Richtung der Erhaltung der staatlichen Unabhängigkeit eine gewisse Entspannung oder ein Ausgleich zu erfolgen pflegt durch ein oft geradezu überraschendes Aufblühen der bisher vernachlässigten kulturellen Kräfte eines Volkstums. Aus der Not der Perserkriege erwuchs die Blüte des perikleischen Zeitalters, und über den Sorgen der Punischen Kriege begann das römische Staatswesen sich dem Dienste einer höheren Kultur zu widmen.

Allerdings kann man eine solche restlose Unterordnung aller sonstigen Belange eines Volkstums unter die einzige Aufgabe der Vorbereitung eines kommenden Waffenganges zur späteren Sicherung des Staates nicht der Entschlußkraft einer Majorität von parlamentarischen Dummköpfen oder Taugenichtsen anvertrauen. Den Waffengang unter Hintansetzung alles Sonstigen vorzubereiten vermochte der Vater eines Friedrich des Großen, aber die Väter unseres demokratischen Parlamentunsinns jüdischer Prägung vermögen es nicht.

Schon aus diesem Grunde konnte also in der Vorkriegszeit die waffenmäßige Vorbereitung für eine Erwerbung von Grund und Boden in Europa nur eine mäßige sein, so

daß der Unterstützung durch zweckmäßige Bundesgenossen nur schwer zu entraten war.

Da man aber überhaupt von einer planmäßigen Vorbereitung des Krieges nichts wissen wollte, verzichtete man auf Grunderwerb in Europa und opferte, indem man sich statt dessen der Kolonial- und Handelspolitik zuwandte, das sonst mögliche Bündnis mit England, ohne aber nun logischerweise sich auf Rußland zu stützen, und stolperte endlich, von allen, außer dem habsburgischen Erbübel verlassen, in den Weltkrieg hinein.



Zur Charakteristik unserer heutigen Außenpolitik muß gesagt werden, daß eine irgendwie sichtbare oder gar verständliche Richtlinie überhaupt nicht vorliegt. Wenn man vor dem Kriege in verfehlter Weise den vierten Weg betrat, um ihn allerdings ebenfalls nur halb und halb zu gehen, dann ist seit der Revolution ein Weg auch dem schärfsten Auge nicht mehr erkennbar. Mehr noch als vor dem Kriege fehlt jegliche planmäßige Überlegung, es wäre denn die des Versuches, selbst die letzte Möglichkeit einer Wiedererhebung unseres Volkes zu zerschlagen.

Eine kühle Überprüfung der heutigen europäischen Machtverhältnisse führt zu folgendem Ergebnis:

Seit dreihundert Jahren wurde die Geschichte unseres Kontinents maßgebend bestimmt durch den Versuch Englands, auf dem Wege ausgeglichener, sich gegenseitig bindender Machtverhältnisse der europäischen Staaten sich die notwendige Rückendeckung für große, weltpolitische britische Ziele zu sichern.

Die traditionelle Tendenz der britischen Diplomatie, der in Deutschland nur die Überlieferung des preußischen Heeres gegenübergestellt zu werden vermag, lief seit dem Wirken der Königin Elisabeth planmäßig darauf hinaus, jedes Emporsteigen einer europäischen Großmacht über den Rahmen der allgemeinen Größenordnung hinaus mit allen Mitteln zu verhindern und, wenn nötig, durch militärische Eingriffe zu brechen. Die Machtmittel, die England in die-

sem Falle anzuwenden pflegte, waren verschiedene, je nach der vorhandenen Lage oder der gestellten Aufgabe; die Entschlossenheit und Willenskraft zu ihrem Einsatz jedoch immer die gleiche. Ja, je schwieriger im Laufe der Zeit Englands Lage wurde, um so nötiger schien der britischen Reichsleitung die Aufrechterhaltung des Zustandes einer, infolge gegenseitig rivalisierender Größe, stattfindenden allgemeinen Lähmung der einzelstaatlichen Kräfte Europas. Die politische Loslösung des ehemaligen nordamerikanischen Kolonialgebietes führte in der Folgezeit erst recht zu den größten Anstrengungen der Erhaltung einer unbedingten europäischen Rückendeckung. So konzentrierte sich — nach der Vernichtung Spaniens und der Niederlande als große Seemächte — die Kraft des englischen Staates solange gegen das emporstrebende Frankreich, bis endlich mit dem Sturze Napoleons I. die Hegemonie-Gefahr dieser gefährlichsten Militärmacht für England als gebrochen angesehen werden konnte.

Die Umstellung der britischen Staatskunst gegen Deutschland wurde nur langsam vorgenommen, nicht nur, weil zunächst infolge des Mangels einer nationalen Einigung der deutschen Nation eine ersichtliche Gefahr für England nicht bestand, sondern auch weil die propagandistisch für einen bestimmten staatlichen Zweck aufgezogene öffentliche Meinung nur langsam neuen Zielen zu folgen vermag. Die nüchterne Erkenntnis des Staatsmannes erscheint hier in gefühlsmäßige Werte umgesetzt, die nicht nur tragfähiger sind in der jeweiligen Wirksamkeit, sondern auch stabiler in bezug auf ihre Dauer. Es mag mithin der Staatsmann nach dem Erreichen einer Absicht seine Gedankengänge ohne weiteres neuen Zielen zuwenden, die Masse jedoch wird nur in langsamer, propagandistischer Arbeit gefühlsmäßig zum Instrument der neuen Ansicht ihres Lebens umgeformt werden können.

Schon mit dem Jahre 1870/71 hatte England indes seine neue Stellung festgelegt. Schwankungen, die infolge der weltwirtschaftlichen Bedeutung Amerikas sowie der machtpolitischen Entwicklung Rußlands einige Male eintraten,

wurden leider von Deutschland nicht benützt, so daß immer mehr eine Festigung der ursprünglichen Tendenz der britischen Staatskunst erfolgen mußte.

England sah in Deutschland die Macht, deren handels- und damit weltpolitische Bedeutung, nicht zuletzt infolge seiner enormen Industrialisierung, in so bedrohlichem Umfange zunahm, daß man bereits ein Abwägen der Stärke der beiden Staaten auf gleichen Gebieten vornehmen konnte. Die „wirtschaftsfriedliche“ Eroberung der Welt, die unseren Staatslenkern als der letzten Weisheit höchster Schluß erschien, wurde für den englischen Politiker der Grund zur Organisation des Widerstandes dagegen. Daß sich dieser Widerstand in die Form eines umfassend organisierten Angriffs kleidete, entsprach dann vollständig dem Wesen einer Staatskunst, deren Ziele eben nicht in der Erhaltung eines fragwürdigen Weltfriedens lagen, sondern in der Festigung der britischen Weltherrschaft. Daß sich dabei England aller Staaten als Bundesgenossen bediente, die militärisch überhaupt in Frage kommen konnten, entsprach ebensosehr seiner traditionellen Vorsicht in der Abschätzung der Kraft des Gegners als der Einsicht in die augenblickliche eigene Schwäche. Mit „Skrupellosigkeit“ kann man dies deshalb nicht bezeichnen, weil eine solche umfassende Organisation eines Krieges nicht zu beurteilen ist nach heroischen Gesichtspunkten, sondern nach zweckmäßigen. *Eine Diplomatie hat dafür zu sorgen, daß ein Volk nicht heroisch zugrunde geht, sondern praktisch erhalten wird. Jeder Weg, der hierzu führt, ist dann zweckmäßig, und sein Nichtbegehen muß als pflichtvergessenes Verbrechen bezeichnet werden.*

Mit der Revolutionierung Deutschlands fand die britische Sorge einer drohenden germanischen Welthegemonie ihre für die englische Staatskunst erlösende Beendigung.

Ein Interesse an der *vollständigen* Auslöschung Deutschlands von der europäischen Landkarte liegt seitdem auch für England nicht mehr vor. Im Gegenteil, gerade der entsetzliche Niederbruch, der in den Novembertagen 1918

stattfand, stellte die britische Diplomatie vor eine neue, zunächst gar nicht für möglich gehaltene Lage:

Viereinhalb Jahre lang hatte das britische Weltreich gefochten, um das vermeintliche Übergewicht einer kontinentalen Macht zu brechen. Nun trat plötzlich ein Sturz ein, der diese Macht überhaupt von der Bildfläche zu entfernen schien. Es zeigte sich ein derartiger Mangel selbst an primitivstem Selbsterhaltungstrieb, daß das europäische Gleichgewicht durch eine Tat von kaum achtundvierzig Stunden aus den Angeln gehoben schien: Deutschland vernichtet, und Frankreich die erste kontinentalpolitische Macht Europas.

Die enorme Propaganda, die in diesem Kriege das britische Volk zum Durchhalten bei der Stange hielt, maßlos verhetzte, in allen Urinstinkten und Leidenschaften aufwühlte, mußte nun wie ein Bleigewicht auf den Entschlüssen der britischen Staatsmänner lasten. Mit der kolonial-, wirtschafts- und handelspolitischen Vernichtung Deutschlands war das britische Kriegsziel erreicht, was darüber hinausging, war eine Schmälerung englischer Interessen. Durch die Auslöschung eines deutschen Machtstaates im kontinentalen Europa konnten nur die Feinde Englands gewinnen. Dennoch war in den Novembertagen 1918 und bis zum Hochsommer 1919 hinein eine Umstellung der englischen Diplomatie, die ja in diesem langen Kriege mehr als je zuvor die gefühlsmäßigen Kräfte der breiten Masse gebraucht hatte, nicht mehr möglich. Sie war nicht möglich vom Gesichtspunkte der nun einmal gegebenen Einstellung des eigenen Volkes aus, und war nicht möglich angesichts der Lagerung der militärischen Machtverhältnisse. Frankreich hatte das Gesetz des Handelns an sich gerissen und konnte den anderen diktieren. Die einzige Macht jedoch, die in diesen Monaten des Feilschens und Handelns eine Änderung hätte herbeizuführen vermocht, Deutschland selber, lag in den Zuckungen des inneren Bürgerkrieges und verkündete durch den Mund seiner sogenannten Staatsmänner immer wieder die Bereitwilligkeit zur Annahme eines jeden Diktates.

Wenn nun im Völkerleben eine Nation, infolge des restlosen Mangels eines eigenen Selbsterhaltungstriebes, aufhört ein möglicher „aktiver“ Bundesgenosse zu sein, pflegt sie zum Sklavenvolk herunterzusinken und ihr Land dem Schicksal einer Kolonie zu verfallen.

Gerade um Frankreichs Macht nicht übergroß anwachsen zu lassen, war eine Beteiligung Englands an seinen Raubgelüsten die einzig mögliche Form des eigenen Handelns.

Tatsächlich hat England sein Kriegsziel nicht erreicht. Das Emporsteigen einer europäischen Macht über die Stärkeverhältnisse des kontinentalen Staatssystems Europas hinaus wurde nicht nur nicht verhindert, sondern in erhöhtem Maße begründet.

Deutschland als Militärstaat war im Jahre 1914 eingekeilt zwischen zwei Länder, von denen das eine über die gleiche Macht und das andere über eine größere verfügte. Dazu kam die überlegene Seegeltung Englands, Frankreich und Rußland allein boten jeder übermäßigen Entwicklung deutscher Größe Hindernisse und Widerstand. Die außerordentlich ungünstige militärgeographische Lage des Reiches konnte als weiterer Sicherheitskoeffizient gegen eine zu große Machtzunahme dieses Landes gelten. Besonders die Küstenfläche war, militärisch betrachtet, für einen Kampf mit England ungünstig, klein und beengt, die Landfront demgegenüber übermäßig weit und offen.

Anders die Stellung Frankreichs von heute: Militärisch die erste Macht, ohne einen ernstlichen Rivalen auf dem Kontinent; in seinen Grenzen nach dem Süden gegen Spanien und Italien so gut wie geschützt; gegen Deutschland gesichert durch die Ohnmacht unseres Vaterlandes; in seiner Küste in langer Front vor den Lebensnerven des britischen Reiches hingelagert. Nicht nur für Flugzeuge und Fernbatterien bilden die englischen Lebenszentren lohnende Ziele, sondern auch der Wirkung des U-Bootes gegenüber

wären die Verkehrsstränge des britischen Handelns bloßgelegt. Ein U-Bootkrieg, gestützt auf die lange atlantische Küste sowohl als auf die nicht minder großen Strecken der französischen Randgebiete des Mittelländischen Meeres in Europa und Nord-Afrika, würde zu verheerenden Wirkungen führen.

So war die Frucht des Kampfes gegen die Machtentwicklung Deutschlands politisch die Herbeiführung der französischen Hegemonie auf dem Kontinent. Das militärische Ergebnis: die Festigung Frankreichs als erste Vormacht zu Lande und die Anerkennung der Union als gleichstarke Seemacht. Wirtschaftspolitisch: die Auslieferung größter britischer Interessengebiete an die ehemaligen Verbündeten.

So wie nun Englands traditionelle politische Ziele eine gewisse Balkanisierung Europas wünschen und benötigen, genau so diejenigen Frankreichs eine Balkanisierung Deutschlands.

Englands Wunsch ist und bleibt die Verhütung des übermäßigen Emporsteigens einer kontinentalen Macht zu weltpolitischer Bedeutung, d. h. also die Aufrechterhaltung einer bestimmten Ausgeglichenheit der Machtverhältnisse der europäischen Staaten untereinander; denn dies erscheint als Voraussetzung einer britischen Welt-Hegemonie.

Frankreichs Wunsch ist und bleibt die Verhütung der Bildung einer geschlossenen Macht Deutschlands, die Aufrechterhaltung eines Systems deutscher, in ihren Kräfteverhältnissen ausgeglichener Kleinstaaten ohne einheitliche Führung, unter Besetzung des linken Ufers des Rheins als Voraussetzung für die Schaffung und Sicherung seiner Hegemonie-Stellung in Europa.

Das letzte Ziel französischer Diplomatie wird ewig im Gegensatze stehen zur letzten Tendenz der britischen Staatskunst.

*

Wer von dem obigen Gesichtspunkt aus eine Prüfung der heutigen Bündnismöglichkeiten für Deutschland vornimmt, muß zu der Überzeugung gelangen, daß als letzte durchführbare Bindung nur eine Anlehnung an England übrigbleibt. So entsetzlich auch die Folgen der englischen Kriegspolitik für Deutschland waren und sind, so darf man sich doch nicht der Einsicht verschließen, daß ein zwangsläufiges Interesse Englands an einer Vernichtung Deutschlands heute nicht mehr besteht, ja, daß im Gegenteil Englands Politik von Jahr zu Jahr mehr auf eine Hemmung des maßlosen französischen Hegemonie-Triebes hinauslaufen muß. Nun wird aber Bündnispolitik nicht getrieben vom Gesichtspunkt rückblickender Verstimmungen aus, sondern vielmehr befruchtet von der Erkenntnis zurückblickender Erfahrungen. Die Erfahrung aber sollte uns nun belehrt haben, daß Bündnisse zur Durchführung negativer Ziele an innerer Schwäche kranken. Völkerschicksale werden fest aneinandergeschmiedet nur durch die Aussicht eines gemeinsamen Erfolges im Sinne gemeinsamer Erwerbungen, Eroberungen, kurz einer beiderseitigen Machterweiterung.

Wie wenig außenpolitisch denkend unser Volk ist, kann man am klarsten ersehen aus den laufenden Pressemeldungen über die mehr oder minder große „Deutschfreundlichkeit" des einen oder anderen fremden Staatsmannes, wobei dann in dieser vermuteten Einstellung solcher Persönlichkeiten zu unserem Volkstum eine besondere Garantie für eine hilfreiche Politik uns gegenüber erblickt wird. Es ist dies ein ganz unglaublicher Unsinn, eine Spekulation auf die beispiellose Einfalt des normalen politisierenden deutschen Spießbürgers. Es gibt weder einen englischen

noch amerikanischen oder italienischen Staatsmann, der jemals „pro-deutsch“ eingestellt wäre. Es wird jeder Engländer als Staatsmann natürlich erst recht Engländer sein, jeder Amerikaner Amerikaner, und es wird sich kein Italiener bereit finden, eine andere Politik zu machen als eine pro-italienische. Wer also Bündnisse mit fremden Nationen aufbauen zu können glaubt auf einer pro-deutschen Gesinnung der dort leitenden Staatsmänner, ist entweder ein Esel oder ein unwahrer Mensch. Die Voraussetzung zur Aneinanderkettung von Völkerschicksalen liegt niemals in einer gegenseitigen Hochachtung oder gar Zuneigung begründet, sondern in der Voraussicht einer Zweckmäßigkeit für beide Kontrahenten. D. h. also: so sehr, sagen wir, ein englischer Staatsmann immer pro-englische Politik betreiben wird und niemals pro-deutsche, so sehr können aber ganz bestimmte Interessen dieser pro-englischen Politik aus den verschiedensten Gründen heraus pro-deutschen Interessen gleichen. Dies braucht natürlich nur bis zu einem gewissen Grad der Fall zu sein und kann eines Tages in das reine Gegenteil umschlagen; allein die Kunst eines leitenden Staatsmannes zeigt sich eben gerade darin, für die Durchführung eigener Notwendigkeiten in bestimmten Zeiträumen immer diejenigen Partner zu finden, die für die Vertretung ihrer Interessen den gleichen Weg gehen müssen.

Die praktische Nutzanwendung für die Gegenwart kann sich damit aber nur aus der Beantwortung folgender Fragen ergeben: Welche Staaten besitzen zur Zeit kein Lebensinteresse daran, daß durch eine vollständige Ausschaltung eines deutschen Mittel-Europas die französische Wirtschafts- und Militärmacht zur unbedingten, herrschenden Hegemonie-Stellung gelangt? Ja, welche Staaten werden auf Grund ihrer eigenen Daseinsbedingungen und ihrer bisherigen traditionellen poli-

tischen Leitung, in einer solchen Entwicklung eine Bedrohung der eigenen Zukunft erblicken?

Denn darüber muß man sich endlich vollständig klar werden: Der unerbittliche Todfeind des deutschen Volkes ist und bleibt Frankreich. Ganz gleich, wer in Frankreich regierte oder regieren wird, ob Bourbonen oder Jakobiner, Napoleoniden oder bürgerliche Demokraten, klerikale Republikaner oder rote Bolschewisten: das Schlußziel ihrer außenpolitischen Tätigkeit wird immer der Versuch einer Besitzergreifung der Rheingrenze sein und einer Sicherung dieses Stromes für Frankreich durch ein aufgelöstes und zertrümmertes Deutschland.

England wünscht kein Deutschland als Weltmacht, Frankreich aber keine Macht, die Deutschland heißt: ein denn doch sehr wesentlicher Unterschied! Heute aber kämpfen wir nicht für eine Weltmachtstellung, sondern haben zu ringen um den Bestand unseres Vaterlandes, um die Einheit unserer Nation und um das tägliche Brot für unsere Kinder. Wenn wir von diesem Gesichtspunkte aus Ausschau halten wollen nach europäischen Bundesgenossen, so bleiben nur zwei Staaten übrig: *England und Italien.*

England wünscht nicht ein Frankreich, dessen militärische Faust, vom übrigen Europa ungehemmt, den Schutz einer Politik zu übernehmen vermag, die sich so oder so eines Tages mit englischen Interessen kreuzen muß. England kann niemals ein Frankreich wünschen, das, im Besitz der ungeheuren westeuropäischen Eisen- und Kohlengruben, die Voraussetzungen zu einer gefahrdrohenden wirtschaftlichen Weltstellung erhält. Und England kann weiter niemals ein Frankreich wünschen, dessen kontinental-politische Lage dank der Zertrümmerung des übrigen Europas als so gesichert erscheint, daß die Wiederaufnahme der größeren Linie einer französischen Weltpolitik nicht nur ermöglicht, sondern geradezu erzwungen wird. Die Zeppelinbomben

von einst könnten sich jede Nacht vertausendfachen; die militärische Übermacht Frankreichs drückt schwer auf das Herz des großbritannischen Weltreiches.

Aber auch Italien kann und wird eine weitere Festigung der französischen Vormachtstellung in Europa nicht wünschen. Italiens Zukunft wird immer durch eine Entwicklung bedingt sein, die gebietsmäßig sich um das Mittelländische Meerbecken gruppiert. Was Italien in den Krieg trieb, war wirklich nicht die Sucht, Frankreich zu vergrößern, sondern vielmehr die Absicht, dem verhaßten adriatischen Rivalen den Todesstoß zu geben. Jede weitere kontinentale Stärkung Frankreichs bedeutet jedoch für die Zukunft eine Hemmung Italiens, wobei man sich nie darüber täuschen soll, daß verwandtschaftliche Verhältnisse unter den Völkern in keinerlei Weise Rivalitäten auszuschalten vermögen.

Bei nüchternster und kältester Überlegung sind es heute in erster Linie diese beiden Staaten: England und Italien, deren natürlichste eigene Interessen den Existenzvoraussetzungen der deutschen Nation wenigstens im allerwesentlichsten nicht entgegenstehen, ja in einem bestimmten Maße sich mit ihnen identifizieren.

*

Allerdings dürfen wir bei der Beurteilung einer solchen Bündnismöglichkeit drei Faktoren nicht übersehen. Der erste liegt bei uns, die beiden anderen bei den in Frage kommenden Staaten selber.

Kann man sich mit dem heutigen Deutschland überhaupt verbünden? Kann eine Macht, die in einem Bündnis eine Hilfe für die Durchführung eigener offensiver Ziele sehen will, sich mit einem Staate verbünden, dessen Leitungen seit Jahren ein Bild jämmerlichster Unfähigkeit, pazifistischer Feigheit bieten und dessen größerer Volksteil in demokratisch-marxistischer Verblendung die Interessen des eigenen Volkes und Landes in himmelschreiender Weise verrät? Kann irgendeine Macht heute denn hoffen, ein wertvolles Verhältnis zu einem Staate herstellen zu können, im Glauben, dereinst

gemeinsame Interessen auch gemeinsam zu verfechten, wenn dieser Staat ersichtlich weder Mut noch Lust besitzt, auch nur einen Finger zur Verteidigung des eigenen nackten Lebens zu rühren? Wird irgendeine Macht, für die ein Bündnis mehr ist und mehr sein soll als ein Garantievertrag zur Aufrechterhaltung eines Zustandes langsamen Dahinfaulens, ähnlich dem Sinne des verheerenden alten Dreibundes, sich einem Staate auf Gedeih und Verderb verpflichten, dessen charakteristische Lebensäußerungen nur in kriechender Unterwürfigkeit nach außen und schandvoller Unterdrückung nationaler Tugenden nach innen bestehen; einem Staate, der keine Größe mehr besitzt, da er sie auf Grund seines ganzen Verhaltens nicht mehr verdient; mit Regierungen, die sich keinerlei Achtung seitens ihrer Staatsbürger zu rühmen vermögen, so daß das Ausland unmöglich größere Bewunderung für sie hegen kann?

Nein, eine Macht, die selbst auf Ansehen hält und die von Bündnissen sich mehr erhofft als Provisionen für beutehungrige Parlamentarier, wird sich mit dem derzeitigen Deutschland nicht verbünden, ja, sie kann es nicht. In unserer heutigen Bündnisunfähigkeit liegt ja auch der tiefste und letzte Grund für die Solidarität der feindlichen Räuber. Da Deutschland sich niemals wehrt, außer durch ein paar flammende „Proteste" unserer parlamentarischen Auslese, die übrige Welt aber keinen Grund hat, zu unserem Schutze zu kämpfen, und der liebe Gott feige Völker prinzipiell nicht frei macht — entgegen dem dahin zielenden Geflenne unserer vaterländischen Verbände — so bleibt selbst den Staaten, die kein direktes Interesse an unserer vollständigen Vernichtung besitzen, gar nichts anderes übrig, als an den Raubzügen Frankreichs teilzunehmen, und wäre es nur aus dem Grunde, durch ein solches Mitgehen und Teilnehmen am Raube wenigstens die ausschließliche Stärkung Frankreichs allein zu verhindern.

Zum zweiten darf die Schwierigkeit nicht übersehen werden, in den uns bisher feindlichen Ländern eine Umstellung der durch Massenpropaganda in einer bestimmten

Richtung beeinflußten großen Volksschichten vorzunehmen. Man kann eben nicht jahrelang ein Volkstum als „hunnisch", „räuberhaft", „vandalisch" usw. hinstellen, um plötzlich über Nacht das Gegenteil zu entdecken und den ehemaligen Feind als Bundesgenossen von morgen zu empfehlen.

Noch mehr Aufmerksamkeit muß jedoch einer dritten Tatsache zugewendet werden, die von wesentlicher Bedeutung für die Ausgestaltung der kommenden europäischen Bündnisverhältnisse sein wird:

So gering, von britisch-staatlichen Gesichtspunkten aus gesehen, das Interesse Englands an einer weiteren Vernichtung Deutschlands ist, so groß aber ist dasjenige des internationalen Börsenjudentums an einer solchen Entwicklung. Der Zwiespalt zwischen der offiziellen oder besser gesagt traditionellen britischen Staatskunst und den maßgebenden jüdischen Börsenkräften zeigt sich nirgends besser als in der verschiedenen Stellungnahme zu den Fragen der englischen Außenpolitik. *Das Finanzjudentum wünscht, entgegen den Interessen des britischen Staatswohls, nicht nur die restlose wirtschaftliche Vernichtung Deutschlands, sondern auch die vollkommene politische Versklavung.* Die Internationalisierung unserer deutschen Wirtschaft, d. h. die Übernahme der deutschen Arbeitskraft in den Besitz der jüdischen Weltfinanz, läßt sich restlos nur durchführen in einem politisch bolschewistischen Staat. Soll die marxistische Kampftruppe des internationalen jüdischen Börsenkapitals aber dem deutschen Nationalstaat endgültig das Rückgrat brechen, so kann dies nur geschehen unter freundlicher Nachhilfe von außen. Frankreichs Armeen müssen deshalb das deutsche Staatsgebilde solange berennen, bis das innen mürbe gewordene Reich der bolschewistischen Kampftruppe des internationalen Weltfinanzjudentums erliegt.

So ist der Jude heute der große Hetzer zur restlosen Zerstörung Deutschlands. Wo immer wir in der Welt Angriffe gegen

Deutschland lesen, sind Juden ihre Fabrikanten, gleich wie ja auch im Frieden und während des Krieges die jüdische Börsen- und Marxistenpresse den Haß gegen Deutschland planmäßig schürte, solange, bis Staat um Staat die Neutralität aufgab und unter Verzicht auf die wahren Interessen der Völker in den Dienst der Weltkriegskoalition eintrat.

Die Gedankengänge des Judentums dabei sind klar. Die Bolschewisierung Deutschlands, d. h. die Ausrottung der nationalen völkischen deutschen Intelligenz und die dadurch ermöglichte Auspressung der deutschen Arbeitskraft im Joche der jüdischen Weltfinanz, ist nur als Vorspiel gedacht für die Weiterverbreitung dieser jüdischen Welteroberungstendenz. Wie so oft in der Geschichte, ist in dem gewaltigen Ringen Deutschland der große Drehpunkt. Werden unser Volk und unser Staat das Opfer dieser blut- und geldgierigen jüdischen Völkertyrannen, so sinkt die ganze Erde in die Umstrickung dieses Polypen; befreit sich Deutschland aus dieser Umklammerung, so darf diese größte Völkergefahr als für die gesamte Welt gebrochen gelten.

So sicher also das Judentum seine ganze Wühlarbeit einsetzen wird, um die Feindschaft der Nationen gegen Deutschland nicht nur aufrechtzuerhalten, sondern wenn möglich noch weiter zu steigern, so sicher deckt sich diese Tätigkeit nur zu einem Bruchteil mit den wirklichen Interessen der dadurch vergifteten Völker. Im allgemeinen wird nun das Judentum in den einzelnen Volkskörpern immer mit denjenigen Waffen kämpfen, die auf Grund der erkannten Mentalität dieser Nationen am wirksamsten erscheinen und den meisten Erfolg versprechen. In unserem blutsmäßig außerordentlich zerrissenen Volkskörper sind es deshalb die diesem entsprossenen, mehr oder minder „weltbürgerlichen“, pazifistisch-ideologischen Gedanken, kurz die internationalen Tendenzen, deren es sich bei seinem Kampfe um die

Macht bedient: in Frankreich arbeitet es mit dem erkannten und richtig eingeschätzten Chauvinismus; in England mit wirtschaftlichen und weltpolitischen Gesichtspunkten; kurz, es bedient sich immer der wesentlichsten Eigenschaften, die die Mentalität eines Volkes darstellen. Erst wenn es auf solchem Wege einen bestimmten überwuchernden Einfluß wirtschaftlicher und politischer Machtfülle errungen hat, streift es die Fesseln dieser übernommenen Waffen ab und kehrt nun in eben diesem Maße die wirklichen inneren Absichten seines Wollens und seines Kampfes hervor. Es zerstört nun immer rascher, bis es so einen Staat nach dem anderen in ein Trümmerfeld verwandelt, auf dem dann die Souveränität des ewigen Judenreiches aufgerichtet werden soll.

In England sowohl als in Italien ist der Zwiespalt in den Anschauungen der besseren bodenständigen Staatskunst und dem Wollen des jüdischen Weltbörsentums klar, ja manchmal kraß in die Augen springend.

Nur in Frankreich besteht heute mehr denn je eine innere Übereinstimmung zwischen den Absichten der Börse, der sie tragenden Juden und den Wünschen einer chauvinistisch eingestellten nationalen Staatskunst. Allein gerade in dieser Identität liegt eine immense Gefahr für Deutschland. Gerade aus diesem Grunde ist und bleibt Frankreich der weitaus furchtbarste Feind. Dieses an sich immer mehr der Vernegerung anheimfallende Volk bedeutet in seiner Bindung an die Ziele der jüdischen Weltbeherrschung eine lauernde Gefahr für den Bestand der weißen Rasse Europas. Denn die Verpestung durch Negerblut am Rhein im Herzen Europas entspricht ebensosehr der sadistisch-perversen Rachsucht dieses chauvinistischen Erbfeindes unseres Volkes, wie der eisig kalten Überlegung des Juden, auf diesem Wege die Bastardierung des europäischen Kontinents im Mittelpunkte zu beginnen

und der weißen Rasse durch die Infizierung mit niederem Menschentum die Grundlagen zu einer selbstherrlichen Existenz zu entziehen.

Was Frankreich, angespornt durch eigene Rachsucht, planmäßig geführt durch den Juden, heute in Europa betreibt, ist eine Sünde wider den Bestand der weißen Menschheit und wird auf dieses Volk dereinst alle Rachegeister eines Geschlechts hetzen, das in der Rassenschande die Erbsünde der Menschheit erkannt hat.

Für Deutschland jedoch bedeutet die französische Gefahr die Verpflichtung, unter Zurückstellung aller Gefühlsmomente, dem die Hand zu reichen, der, ebenso bedroht wie wir, Frankreichs Herrschgelüste nicht erdulden und ertragen will.

In Europa wird es für Deutschland in absehbarer Zukunft nur zwei Verbündete geben können: England und Italien.

*

Wer sich die Mühe nimmt, heute rückblickend die außenpolitische Leitung Deutschlands seit der Revolution zu verfolgen, der wird nicht anders können, als sich angesichts des fortwährenden unfaßbaren Versagens unserer Regierungen an den Kopf zu greifen, um entweder einfach zu verzagen oder in flammender Empörung einem solchen Regiment den Kampf anzusagen. Mit Unverstand haben diese Handlungen nichts mehr zu tun: Denn was jedem denkenden Gehirn eben als undenkbar erschienen wäre, haben die geistigen Zyklopen unserer Novemberparteien fertig gebracht: sie buhlten um Frankreichs Gunst. Jawohl, in diesen ganzen Jahren hat man mit der rührenden Einfalt eines unverbesserlichen Phantasten immer wieder versucht, sich mit Frankreich anzubiedern, scharwenzelte immer wieder vor der „großen Nation" und glaubte in jedem gerissenen Trick des französischen Henkers sofort das

erste Anzeichen einer sichtbaren Gesinnungsänderung erblicken zu dürfen. *Die tatsächlichen Drahtzieher unserer Politik haben natürlich diesem irrsinnigen Glauben niemals gehuldigt. Für sie war das Anbiedern mit Frankreich nur das selbstverständliche Mittel, auf solche Weise jede praktische Bündnispolitik zu sabotieren.* Sie waren sich über Frankreichs und seiner Hintermänner Ziele nie im unklaren. Was sie zwang, so zu tun, als ob sie dennoch ehrlich an die Möglichkeit einer Änderung des deutschen Schicksals glaubten, war die nüchterne Erkenntnis, daß im anderen Falle ja wahrscheinlich unser Volk selbst einen anderen Weg gegangen wäre.

Es ist natürlich auch für uns schwer, in den Reihen der eigenen Bewegung England als möglichen Bundesgenossen für die Zukunft hinzustellen. Unsere jüdische Presse verstand es ja immer wieder, den Haß besonders auf England zu konzentrieren, wobei so mancher gute deutsche Gimpel dem Juden bereitwilligst auf die hingehaltene Leimrute flog, vom „Wiedererstarken“ einer deutschen Seemacht schwätzte, gegen den Raub unserer Kolonien protestierte, ihre Wiedergewinnung empfahl und somit half, das Material zu liefern, das der jüdische Lump dann seinen Stammesgenossen in England zur praktischen propagandistischen Verwertung überweisen konnte. Denn daß wir heute nicht um „Seegeltung“ usw. zu kämpfen haben, das sollte allmählich auch in den Köpfen unserer politisierenden bürgerlichen Einfaltspinsel aufdämmern. Die Einstellung der deutschen Nationalkraft auf diese Ziele, ohne die gründlichste vorherige Sicherung unserer Stellung in Europa, war schon vor dem Kriege ein Unsinn. Heute gehört eine solche Hoffnung zu jenen Dummheiten, die man im Reiche der Politik mit dem Wort Verbrechen belegt.

Es war wirklich manchmal zum Verzweifeln, wenn man zusehen mußte, wie die jüdischen Drahtzieher es fertig brachten, unser Volk mit heute höchst nebensächlichen Dingen zu beschäftigen, zu Kundgebungen und Protesten

aufzuputschen, während in denselben Stunden Frankreich sich Stück für Stück aus dem Leibe unseres Volkskörpers riß und uns die Grundlagen unserer Unabhängigkeit planmäßig entzogen wurden.

Ich muß dabei eines besonderen Steckenpferdes gedenken, das in diesen Jahren der Jude mit außerordentlicher Geschicklichkeit ritt: Südtirol.

Jawohl, Südtirol. Wenn ich mich hier an dieser Stelle gerade mit dieser Frage beschäftige, dann nicht zum letzten, um eine Abrechnung zu halten mit jenem allerverlogensten Pack, das, auf die Vergeßlichkeit und Dummheit unserer breiteren Schichten bauend, sich hier anmaßt, eine nationale Empörung zu mimen, die besonders den parlamentarischen Betrügern ferner liegt als einer Elster redliche Eigentumsbegriffe.

Ich möchte betonen, daß ich persönlich zu den Leuten gehörte, die, als über das Schicksal Südtirols mitentschieden wurde — also angefangen vom August 1914 bis zum November 1918 — sich dorthin stellten, wo die praktische Verteidigung auch dieses Gebietes stattfand, nämlich in das Heer. Ich habe in diesen Jahren meinen Teil mitgekämpft, nicht damit Südtirol verloren geht, sondern damit es genau so wie jedes andere deutsche Land dem Vaterland erhalten bleibt.

Wer damals nicht mitkämpfte, das waren die parlamentarischen Strauchdiebe, dieses gesamte politisierende Parteigesindel. Im Gegenteil, während wir in der Überzeugung kämpften, daß nur ein siegreicher Ausgang des Krieges allein auch dieses Südtirol dem deutschen Volkstum erhalten würde, haben die Mäuler dieser Ephialtesse gegen diesen Sieg solange gehetzt und gewühlt, bis endlich der kämpfende Siegfried dem hinterhältigen Dolchstoß erlag. Denn die Erhaltung Südtirols in deutschem Besitz war natürlich nicht garantiert durch die verlogenen Brandreden schneidiger Parlamentarier am Wiener Rathausplatz oder vor der Münchener Feldherrnhalle, sondern nur durch die Bataillone der

kämpfenden Front. Wer diese zerbrach, hat Südtirol verraten, genau so wie auch alle anderen deutschen Gebiete.

Wer aber heute glaubt, durch Proteste, Erklärungen, vereinsmeierliche Umzüge usw. die Südtiroler Frage lösen zu können, der ist entweder ein ganz besonderer Lump oder aber ein deutscher Spießbürger.

Darüber muß man sich doch wohl klar sein, daß die Wiedergewinnung der verlorenen Gebiete nicht durch feierliche Anrufungen des lieben Herrgotts erfolgt oder durch fromme Hoffnungen auf einen Völkerbund, sondern nur durch Waffengewalt.

Es fragt sich also nur, wer bereit ist, mit Waffengewalt die Wiedergewinnung dieser verlorenen Gebiete zu ertrotzen.

Was meine Person betrifft, könnte ich hier bei gutem Gewissen versichern, daß ich soviel Mut noch aufbrächte, um an der Spitze eines zu bildenden parlamentarischen Sturmbataillons, bestehend aus Parlamentsschwätzern und sonstigen Parteiführern sowie verschiedenen Hofräten, an der siegreichen Eroberung Südtirols teilzunehmen. Weiß der Teufel, es sollte mich freuen, wenn einmal über den Häuptern einer derartig „flammenden" Protestkundgebung plötzlich ein paar Schrapnelle auseinandergingen. Ich glaube, wenn ein Fuchs in einen Hühnerstall einbräche, könnte das Gegacker kaum ärger sein und das In-Sicherheit-Bringen des einzelnen Federviehs nicht beschleunigter erfolgen als das Ausreißen einer solchen prachtvollen „Protestvereinigung".

Aber das Niederträchtige an der Sache ist ja, daß die Herren selber gar nicht glauben, auf diesem Wege irgend etwas erreichen zu können. Sie kennen die Unmöglichkeit und Harmlosigkeit ihres ganzen Getues persönlich am allerbesten. Allein, sie tun eben so, weil es natürlich heute etwas leichter ist, für die Wiedergewinnung Südtirols zu schwätzen, als es einst war, für seine Erhaltung zu kämpfen. Jeder leistet eben seinen Teil; damals opfer-

ten wir unser Blut, und heute wetzt diese Gesellschaft ihre Schnäbel.

Besonders köstlich ist es noch, dabei zu sehen, wie den Wiener Legitimistenkreisen bei ihrer heutigen Wiedereroberungsarbeit von Südtirol der Kamm förmlich anschwillt. Vor sieben Jahren hat ihr erhabenes und erlauchtes Herrscherhaus allerdings durch die Schurkentat eines meineidigen Verrates mitgeholfen, daß die Weltkoalition als Siegerin auch Südtirol zu gewinnen vermochte. Damals haben diese Kreise die Politik ihrer verräterischen Dynastie unterstützt und sich einen Pfifferling um Südtirol noch um sonst etwas gekümmert. Natürlich, heute ist es einfacher, den Kampf für diese Gebiete aufzunehmen, wird doch dieser jetzt nur mit „geistigen" Waffen ausgefochten, und ist es doch immerhin leichter, sich in einer „Protestversammlung" die Kehle heiser zu reden — aus innerer erhabener Entrüstung heraus — und in einem Zeitungsartikel die Finger wund zu schmieren, als etwa während der Besetzung des Ruhrgebietes, sagen wir, Brücken in die Luft zu jagen.

Der Grund, warum man in den letzten Jahren von ganz bestimmten Kreisen aus die Frage „Südtirol" zum Angelpunkt des deutsch-italienischen Verhältnisses machte, liegt ja klar auf der Hand. *Juden und habsburgische Legitimisten haben das größte Interesse daran, eine Bündnispolitik Deutschlands zu verhindern, die eines Tages zur Wiederauferstehung eines deutschen freien Vaterlandes führen könnte. Nicht aus Liebe zu Südtirol macht man heute dieses Getue — denn dem wird dadurch nicht geholfen, sondern nur geschadet —, sondern aus Angst vor einer etwa möglichen deutsch-italienischen Verständigung.*

Es liegt dabei nur in der Linie der allgemeinen Verlogenheit und Verleumdungstendenz dieser Kreise, wenn sie mit eisig kalter und frecher Stirne versuchen, die Dinge so darzustellen, als ob etwa *wir* Südtirol „verraten" hätten.

Das muß diesen Herren mit aller Deutlichkeit gesagt werden: Südtirol hat „verraten" erstens jeder Deutsche, der in den Jahren 1914—1918 bei geraden Gliedern nicht irgendwo an der Front stand und seine Dienste seinem Vaterlande zur Verfügung stellte;

zweitens jeder, der in diesen Jahren nicht mitgeholfen hat, die Widerstandsfähigkeit unseres Volkskörpers für die Durchführung des Krieges zu stärken und die Ausdauer unseres Volkes zum Durchhalten dieses Kampfes zu festigen;

drittens Südtirol hat verraten jeder, der am Ausbruch der Novemberrevolution — sei es direkt durch die Tat oder indirekt durch die feige Duldung derselben — mitwirkte und dadurch die Waffe, die allein Südtirol hätte retten können, zerschlagen hat;

und viertens, Südtirol haben verraten alle die Parteien und ihre Anhänger, die ihre Unterschriften unter die Schandverträge von Versailles und St. Germain setzten.

Jawohl, so liegen die Dinge, meine tapferen Herren Wortprotestler!

Heute werde ich nur von der nüchternen Erkenntnis geleitet, daß man verlorene Gebiete nicht durch die Zungenfertigkeit geschliffener parlamentarischer Mäuler zurückgewinnt, sondern durch ein geschliffenes Schwert zu erobern hat, also durch einen blutigen Kampf.

Da allerdings stehe ich nicht an, zu erklären, daß ich nun, da die Würfel gefallen sind, eine Wiedergewinnung Südtirols durch Krieg nicht nur für unmöglich halte, sondern auch persönlich in der Überzeu-

gung ablehnen würde, daß für diese Frage nicht die flammende Nationalbegeisterung des gesamten deutschen Volkes in einem Maße zu erreichen wäre, die die Voraussetzung zu einem Siege böte. Ich glaube im Gegenteil, daß, wenn dieses Blut dereinst eingesetzt würde, es ein Verbrechen wäre, den Einsatz für zweihunderttausend Deutsche zu vollziehen, während nebenan über sieben Millionen unter der Fremdherrschaft schmachten und die Lebensader des deutschen Volkes den Tummelplatz afrikanischer Negerhorden durchläuft.

Wenn die deutsche Nation den Zustand ihrer drohenden Ausrottung in Europa beenden will, dann hat sie nicht in den Fehler der Vorkriegszeit zu verfallen und sich Gott und die Welt zum Feind zu machen, sondern dann wird sie den gefährlichsten Gegner erkennen müssen, um mit der gesamten konzentrierten Kraft auf ihn einzuschlagen. Und wenn dieser Sieg erfochten wird durch Opfer an anderer Stelle, dann werden die kommenden Geschlechter unseres Volkes uns dennoch nicht verurteilen. Sie werden die schwere Not und die tiefen Sorgen und den dadurch geborenen bitteren Entschluß um so mehr zu würdigen wissen, je strahlender der daraus entsprossene Erfolg sein wird.

Was uns heute leiten muß, ist immer wieder die grundlegende Einsicht, daß die Wiedergewinnung verlorener Gebiete eines Reiches in erster Linie die Frage der Wiedergewinnung der politischen Unabhängigkeit und Macht des Mutterlandes ist.

Diese durch eine kluge Bündnispolitik zu ermöglichen und zu sichern, ist die erste Aufgabe einer kraftvollen Leitung unseres Staatswesens nach außen.

Gerade wir Nationalsozialisten aber haben uns zu hüten, in das Schlepptau unserer vom Juden geführten bürgerlichen Wortpatrioten zu kommen. Wehe, wenn auch unsere Bewegung, statt das Fechten vorzubereiten, sich in Protesten üben würde!

An der phantastischen Auffassung des Nibelungenbündnisses mit dem habsburgischen Staatskadaver ist Deutschland mit zugrunde gegangen. Phantastische Sentimentalität in der Behandlung der außenpolitischen Möglichkeiten von heute ist das beste Mittel, unseren Wiederaufstieg für immer zu verhindern.

*

Es ist notwendig, daß ich mich hier auch noch ganz kurz mit jenen Einwänden beschäftige, die sich auf die vorhergehend bereits gestellten drei Fragen beziehen werden, nämlich auf die Fragen, ob man sich

erstens, mit dem heutigen Deutschland in seiner vor aller Augen liegenden sichtbaren Schwäche überhaupt verbünden wird;

zweitens, ob die feindlichen Nationen zu einer solchen Umstellung fähig erscheinen, und

drittens, ob nicht der nun einmal gegebene Einfluß des Judentums stärker als alle Erkenntnis und aller gute Wille ist und so sämtliche Pläne durchkreuzen und zunichte machen wird.

Die erste Frage denke ich zur einen Hälfte schon genügend erörtert zu haben. Selbstverständlich wird sich mit dem heutigen Deutschland niemand verbünden. Es wird keine Macht der Welt ihr Schicksal an einen Staat zu ketten wagen, dessen Regierungen jegliches Vertrauen zerstören

müssen. Was aber nun den Versuch vieler unserer Volksgenossen betrifft, der Regierung für ihr Handeln die derzeitige jämmerliche Mentalität unseres Volkes zugute zu halten oder gar als Entschuldigung gelten zu lassen, so muß man hiergegen schärfstens Stellung nehmen.

Sicherlich ist die Charakterlosigkeit unseres Volkes seit sechs Jahren eine tieftraurige, die Gleichgültigkeit den wichtigsten Belangen des Volkstums gegenüber eine wahrhaft niederdrückende, die Feigheit aber manchesmal himmelschreiend. Allein man soll doch nie vergessen, daß es sich dabei dennoch um ein Volk handelt, das wenige Jahre vorher der Welt das bewunderungswürdigste Beispiel höchster menschlicher Tugenden geboten hat. Angefangen von den Augusttagen 1914 bis zum Ende des gewaltigen Völkerringens hat kein Volk der Erde mehr an männlichem Mut, zäher Ausdauer und geduldigem Ertragen offenbart als unser heute so armselig gewordenes deutsches Volk. Niemand wird behaupten wollen, daß die Schmach unserer jetzigen Zeit der charakteristische Wesensausdruck unseres Volkstums sei. Was wir heute um uns und in uns erleben müssen, ist nur der grauenvolle, sinn- und vernunftzerstörende Einfluß der Meineidstat des 9. November 1918. Mehr als je gilt hier das Dichterwort vom Bösen, das fortzeugend Böses muß gebären. Allein auch in dieser Zeit sind die guten Grundelemente unserem Volke nicht ganz verlorengegangen, sie schlummern nur unerweckt in der Tiefe, und manches Mal konnte man wie Wetterleuchten am schwarzbehangenen Firmament Tugenden aufstrahlen sehen, deren sich das spätere Deutschland als erste Anzeichen einer beginnenden Genesung einst erinnern wird. Öfter als einmal haben sich Tausende und Tausende junge Deutsche gefunden mit dem opferbereiten Entschluß, das jugendliche Leben so wie 1914 wieder freiwillig und freudig auf dem Altar des geliebten Vaterlandes zum Opfer zu bringen. Wieder schaffen Millionen von Menschen emsig und fleißig, als hätte es nie die Zerstörungen durch eine Revolution gegeben. Der Schmied steht wieder am Amboß, hinter dem Pfluge wandelt der Bauer, und in der Studierstube sitzt

der Gelehrte, alle mit der gleichen Mühe und gleichen Ergebenheit gegenüber ihrer Pflicht.

Die Unterdrückungen von seiten unserer Feinde finden nicht mehr das rechtsprechende Lachen von einst, sondern verbitterte und vergrämte Gesichter. Ein großer Wechsel in der Gesinnung hat sich ohne Zweifel vollzogen.

Wenn sich dieses alles auch heute noch nicht in einer Wiedergeburt des politischen Machtgedankens und Selbsterhaltungstriebes unseres Volkes äußert, dann tragen die Schuld daran diejenigen, die weniger durch des Himmels als ihre eigene Berufung seit 1918 unser Volk zu Tode regieren.

Jawohl, wenn man heute unsere Nation beklagt, so darf man doch die Frage stellen: Was tat man, um sie zu bessern? Ist die geringe Unterstützung von Entschlüssen unserer Regierungen — die ja in Wirklichkeit kaum da waren — durch das Volk nur das Zeichen für die geringe Lebenskraft unseres Volkstums oder nicht noch mehr das Zeichen für das vollkommene Versagen der Behandlung dieses kostbaren Gutes? *Was haben unsere Regierungen getan, um in dieses Volk wieder den Geist stolzer Selbstbehauptung, männlichen Trotzes und zornigen Hasses hineinzupflanzen?*

Als im Jahre 1919 der Friedensvertrag dem deutschen Volk aufgebürdet wurde, da wäre man berechtigt gewesen, zu hoffen, daß gerade durch dieses Instrument maßloser Unterdrückung der Schrei nach deutscher Freiheit mächtig gefördert werden würde. *Friedensverträge, deren Forderungen wie Geißelhiebe Völker treffen, schlagen nicht selten den ersten Trommelwirbel für die spätere Erhebung.*

Was konnte man aus diesem Friedensvertrag von Versailles machen!

Wie konnte dieses Instrument einer maßlosen Erpressung und schmachvollsten Erniedrigung in den Händen einer wollenden Regierung zum Mittel werden, die nationalen Leidenschaften bis zur Siedehitze aufzupeitschen? Wie konnte bei einer genialen prapagandistischen Verwertung

dieser sadistischen Grausamkeiten die Gleichgültigkeit eines Volkes zur Empörung und die Empörung zur hellsten Wut gesteigert werden!

Wie konnte man jeden einzelnen dieser Punkte dem Gehirn und der Empfindung dieses Volkes solange einbrennen, bis endlich in sechzig Millionen Köpfen, bei Männern und Weibern, die gemeinsam empfundene Scham und der gemeinsame Haß zu jenem einzigen feurigen Flammenmeer geworden wäre, aus dessen Gluten dann stahlhart ein Wille emporsteigt und ein Schrei sich herauspreßt:

Wir wollen wieder Waffen!

Jawohl, dazu kann ein solcher Friedensvertrag dienen. In der Maßlosigkeit seiner Unterdrückung, in der Schamlosigkeit seiner Forderungen liegt die größte Propagandawaffe zur Wiederaufrüttelung der eingeschlafenen Lebensgeister einer Nation.

Dann muß allerdings, von der Fibel des Kindes angefangen bis zur letzten Zeitung, jedes Theater und jedes Kino, jede Plakatsäule und jede freie Bretterwand in den Dienst dieser einzigen großen Mission gestellt werden, bis daß das Angstgebet unserer heutigen Vereinspatrioten „Herr, mach uns frei!" sich in dem Gehirn des kleinsten Jungen verwandelt zur glühenden Bitte: „Allmächtiger Gott, segne dereinst unsere Waffen; sei so gerecht, wie du es immer warst; urteile jetzt, ob wir die Freiheit nun verdienen; Herr, segne unseren Kampf!"

Man hat alles versäumt und nichts getan.

Wer will sich nun wundern, wenn unser Volk nicht so ist, wie es sein sollte und sein könnte? Wenn die andere Welt in uns nur den Büttel sieht, den willfährigen Hund, der dankbar nach den Händen leckt, die ihn vorher geschlagen haben?

Sicherlich wird unsere Bündnisfähigkeit heute belastet durch unser Volk, am schwersten aber durch unsere Regierungen. Sie sind in ihrer Verderbtheit die Schuldigen, daß nach acht Jahren maßlosester Unterdrückung so wenig Wille zur Freiheit vorhanden ist.

So sehr also eine aktive Bündnispolitik gebunden ist an die nötige Werteinschätzung unseres Volkes, so sehr ist diese wieder bedingt durch das Bestehen einer Regierungsgewalt, die nicht Handlanger sein will für fremde Staaten, nicht Fronvogt über die eigene Kraft, sondern vielmehr Herold des nationalen Gewissens.

Besitzt unser Volk aber eine Staatsleitung, die darin ihre Mission sieht, so werden keine sechs Jahre vergehen, und der kühnen außenpolitischen Leitung des Reiches wird ein ebenso kühner Wille eines freiheitsdurstigen Volkes zur Verfügung stehen.

*

Der zweite Einwand, die große Schwierigkeit der Umstellung der feindlichen Völker zu freundschaftlich Verbündeten, kann wohl so beantwortet werden:

Die in den übrigen Ländern durch die Kriegspropaganda herangezüchtete allgemeine antideutsche Psychose bleibt zwangsläufig solange bestehen, als nicht durch die allen sichtbare Wiedererstehung eines deutschen Selbsterhaltungswillens das Deutsche Reich wieder die Charaktermerkmale eines Staates erhalten hat, der auf dem allgemeinen europäischen Schachbrett spielt und mit dem man spielen kann. Erst wenn in Regierung und Volk die unbedingte Sicherung für eine mögliche Bündnisfähigkeit gegeben erscheint, kann die eine oder andere Macht aus gleichlaufenden Interessen heraus daran denken, durch propagandistische Einwirkungen die öffentliche Meinung umzubilden. Auch dies erfordert naturgemäß Jahre andauernder geschickter Arbeit. Gerade in der Notwendigkeit dieser langen Zeitdauer für die Umstimmung eines Volkes liegt die Vorsicht bei ihrer Vornahme begründet, d. h. man wird nicht an eine solche Tätigkeit herantreten, wenn man nicht die unbedingte Überzeugung vom Werte einer solchen Arbeit und ihren Früchten in der Zukunft besitzt. Man wird nicht auf das

leere Geflunker eines mehr oder weniger geistreichen Außenministers hin die seelische Einstellung einer Nation ändern wollen, ohne die Garantie für den realen Wert einer neuen greifbar zu besitzen. Es würde dies sonst zur vollkommenen Zersplitterung der öffentlichen Meinung führen. Die zuverlässigste Sicherheit für die Möglichkeit einer späteren Verbindung mit einem Staate liegt aber eben nicht begründet in schwulstigen Redensarten einzelner Regierungsmitglieder, sondern vielmehr in der ersichtlichen Stabilität einer bestimmten, zweckmäßig erscheinenden Regierungstendenz sowie in einer analog eingestellten öffentlichen Meinung. Der Glaube hieran wird um so fester sein, je größer die sichtbare Tätigkeit einer Regierungsgewalt auf dem Gebiete der propagandistischen Vorbereitung und Unterstützung ihrer Arbeit ist und je unzweideutiger umgekehrt der Wille der öffentlichen Meinung sich in der Regierungstendenz widerspiegelt.

Man wird also ein Volk — in unserer Lage — dann für bündnisfähig halten, wenn Regierung und öffentliche Meinung gleichmäßig fanatisch den Willen zum Freiheitskampf verkünden und vertreten. Dies ist die Voraussetzung einer dann erst in Angriff zu nehmenden Umstellung der öffentlichen Meinung anderer Staaten, die auf Grund ihrer Erkenntnis gewillt sind, zur Vertretung ihrer ureigensten Interessen einen Weg an der Seite des ihnen hierfür passend erscheinenden Partners zu gehen, also ein Bündnis abzuschließen.

Nun gehört dazu aber noch eines: *Da die Umstellung einer bestimmten geistigen Verfassung eines Volkes an sich schwere Arbeit erfordert und von vielen zunächst nicht verstanden werden wird, ist es ein Verbrechen und eine Dummheit zugleich, durch eigene Fehler diesen anderswollenden Elementen Waffen für ihre Gegenarbeit zu liefern.*

Man muß begreifen, daß es notwendigerweise eine Zeitlang dauern wird, bis ein Volk restlos die inneren Ab-

sichten einer Regierung erfaßt hat, da Erklärungen über die letzten Schlußziele einer bestimmten politischen Vorarbeit nicht gegeben werden können, sondern nur entweder mit dem blinden Glauben der Masse oder der intuitiven Einsicht der geistig höher stehenden Führerschichten gerechnet werden kann. Da bei vielen Menschen jedoch dieses hellseherische politische Tastgefühl und Ahnungsvermögen nicht vorhanden ist, Erläuterungen aber aus politischen Gründen nicht gegeben werden können, wird sich immer ein Teil der intellektuellen Führerschicht gegen neue Tendenzen wenden, die infolge ihrer Undurchsehbarkeit leicht als bloße Experimente gedeutet werden können. So wird der Widerstand der besorgten konservativen Staatselemente wachgerufen.

Es ist jedoch aus diesem Grunde erst recht höchste Verpflichtung, dafür zu sorgen, daß solchen Störern einer Anbahnung von gegenseitigem Verstehen alle verwertbaren Waffen nach Möglichkeit aus der Hand gewunden werden, besonders dann, wenn es sich, wie in unseren Fällen, ohnehin nur um ganz unrealisierbare, rein phantastische Schwätzereien aufgeblasener Vereinspatrioten und spießbürgerlicher Kaffeehauspolitiker handelt. Denn daß das Schreien nach einer neuen Kriegsflotte, der Wiedergewinnung unserer Kolonien usw. wirklich bloß ein albernes Geschwätz ist, ohne auch nur einen Gedanken praktischer Ausführbarkeit zu besitzen, wird man bei ruhigem Überlegen wohl kaum zu bestreiten vermögen. Wie man aber in England diese unsinnigsten Ergüsse teils harmloser, teils verrückter, immer aber im stillen Dienste unserer Todfeinde stehender Protestkämpen politisch ausnützt, kann nicht als günstig für Deutschland bezeichnet werden. So erschöpft man sich in schädlichen Demonstratiönchen gegen Gott und alle Welt und vergißt den ersten Grundsatz, der die Voraussetzung für jeden Erfolg ist, nämlich: *Was du tust, tue ganz. Indem man gegen fünf oder zehn Staaten mault, unterläßt man die Konzentration der gesamten willensmäßigen und physischen Kräfte zum Stoß ins Herz unseres verruchtesten Gegners und opfert*

die Möglichkeit einer bündnismäßigen Stärkung für diese Auseinandersetzung.

Auch hier liegt eine Mission der nationalsozialistischen Bewegung. Sie muß unser Volk lehren, über Kleinigkeiten hinweg aufs Größte zu sehen, sich nicht in Nebensächlichkeiten zu zersplittern, sondern nie zu vergessen, daß das Ziel, für das wir heute zu fechten haben, die nackte Existenz unseres Volkes ist, und der einzige Feind, den wir treffen müssen, die Macht ist und bleibt, die diese Existenz uns raubt.

Es mag uns manches bitter schmerzen. Aber dies ist noch lange kein Grund, der Vernunft zu entsagen und in unsinnigem Geschrei mit aller Welt zu hadern, statt in konzentrierter Kraft sich gegen den tödlichsten Feind zu stellen.

Im übrigen hat das deutsche Volk solange kein moralisches Recht, die andere Welt ob ihres Gebarens anzuklagen, solange es nicht die Verbrecher zur Rechenschaft gezogen hat, die das eigene Land verkauften und verrieten. Das ist kein heiliger Ernst, wenn man wohl gegen England, Italien usw. aus der Ferne schimpft und protestiert, aber die Lumpen unter sich wandeln läßt, die im Sold der feindlichen Kriegspropaganda uns die Waffen entwanden, das moralische Rückgrat zerbrachen und das gelähmte Reich um dreißig Silberlinge verjobberten.

Der Feind tut nur, was vorauszusehen war. Aus seinem Verhalten und Handeln sollten wir lernen.

Wer sich aber durchaus nicht zur Höhe einer solchen Auffassung bekennen will, der mag als letztes noch bedenken, daß dann eben nur Verzicht übrigbleibt, weil dann jede

Bündnispolitik für alle Zukunft ausscheidet. Denn, wenn wir mit England uns nicht zu verbünden vermögen, weil es uns die Kolonien raubte, mit Italien nicht, weil es Südtirol besitzt, mit Polen und der Tschechoslowakei an sich nicht, dann bliebe außer Frankreich — das uns nebenbei aber doch Elsaß-Lothringen stahl — in Europa niemand übrig.

Ob damit dem deutschen Volke gedient ist, kann kaum zweifelhaft sein. Zweifelhaft ist es nur immer, ob eine solche Meinung von einem einfältigen Tropf vertreten wird oder einem gerissenen Gauner.

Soweit es sich dabei um Führer handelt, glaube ich immer an das letztere.

So kann nach menschlichem Ermessen eine Umstellung der Psyche einzelner, bisher feindlicher Völker, deren wahre Interessen in der Zukunft ähnlich den unseren gelagert sind, sehr wohl erfolgen, wenn die innere Stärke unseres Staates sowie der ersichtliche Wille zur Wahrung unseres Daseins uns als Bundesgenossen wieder wert erscheinen lassen und weiter den Gegnern einer solchen kommenden Verbindung mit vordem uns feindlichen Völkern nicht wieder durch eigene Ungeschicklichkeiten oder gar verbrecherische Handlungen der Nährstoff zu ihrem Treiben gegeben wird.

*

Am schwersten zu beantworten ist der dritte Einwand.

Ist es denkbar, daß die Vertreter der wirklichen Interessen der bündnismöglichen Nationen ihre Ansichten durchzusetzen vermögen gegenüber dem Wollen des jüdischen Todfeindes freier Volks- und Nationalstaaten?

Können die Kräfte z. B. der traditionellen britischen Staatskunst den verheerenden jüdischen Einfluß noch brechen oder nicht?

Diese Frage ist, wie schon gesagt, sehr schwer zu beantworten. Sie hängt von zu vielen Faktoren ab, als daß ein bündiges Urteil gesprochen werden könnte. Sicher ist jedenfalls eines: *In* **einem** *Staate kann die derzeitige Staatsgewalt als so fest stabilisiert angesehen werden und so unbedingt den*

Interessen des Landes dienend, daß von einer wirklich wirksamen Verhinderung politischer Notwendigkeiten durch internationale jüdische Kräfte nicht mehr gesprochen werden kann.

Der Kampf, den das **faschistische Italien** gegen die drei Hauptwaffen des Judentums, wenn auch vielleicht im tiefsten Grunde unbewußt (was ich persönlich nicht glaube) durchführt, ist das beste Anzeichen dafür, daß, wenn auch auf indirektem Wege, dieser überstaatlichen Macht die Giftzähne ausgebrochen werden. Das Verbot der freimaurerischen Geheimgesellschaften, die Verfolgung der übernationalen Presse sowie der dauernde Abbruch des internationalen Marxismus und umgekehrt die stete Festigung der faschistischen Staatsauffassung werden im Laufe der Jahre die italienische Regierung immer mehr den Interessen des italienischen Volkes dienen lassen können, ohne Rücksicht auf das Gezische der jüdischen Welthydra.

Schwieriger liegen die Dinge in England. In diesem Lande der „freiesten Demokratie" diktiert der Jude auf dem Umweg der öffentlichen Meinung heute noch fast unbeschränkt. Und dennoch findet auch dort ein ununterbrochenes Ringen statt zwischen den Vertretern britischer Staatsinteressen und den Verfechtern einer jüdischen Weltdiktatur.

Wie hart diese Gegensätze häufig aneinanderprallen, konnte man nach dem Kriege zum ersten Male am klarsten erkennen in der verschiedenen Einstellung der britischen Staatsleitung einerseits und der Presse andererseits zum japanischen Problem.

Sofort nach Beendigung des Krieges begann die alte gegenseitige Gereiztheit zwischen Amerika und Japan wieder in Erscheinung zu treten. Natürlich konnten auch die

großen europäischen Weltmächte dieser neuen drohenden Kriegsgefahr gegenüber nicht in Gleichgültigkeit verharren. Alle verwandtschaftlichen Bindungen vermögen in England dennoch nicht ein gewisses Gefühl neidischer Besorgtheit gegenüber dem Anwachsen der amerikanischen Union auf allen Gebieten internationaler Wirtschafts- und Machtpolitik zu verhindern. Aus dem einstigen Koloniallnad, dem Kinde der großen Mutter, scheint eine neue Herrin der Welt zu erstehen. Man versteht, wenn England heute in sorgenvoller Unruhe seine alten Bündnisse überprüft und die britische Staatskunst mit Bangen einem Zeitpunkt entgegenstarrt, an dem es nicht mehr heißen wird:

„England über den Meeren!“ sondern: „Die Meere der Union!“

Dem gigantischen amerikanischen Staatenkoloß mit seinen enormen Reichtümern einer jungfräulichen Erde ist schwerer beizukommen als dem eingezwängten Deutschen Reich. Wenn jemals auch hier die Würfel und die letzte Entscheidung rollen würden, wäre England, wenn auf sich allein gestellt, dem Verhängnis geweiht. So greift man begierig nach der gelben Faust und klammert sich an einen Bund, der, rassisch gedacht, vielleicht unverantwortlich, staatspolitisch jedoch die einzige Möglichkeit einer Stärkung der britischen Weltstellung gegenüber dem emporstrebenden amerikanischen Kontinent darstellt.

Während sich also die englische Staatsleitung trotz des gemeinsamen Kampfes auf den europäischen Schlachtfeldern nicht entschließen wollte, den Bund mit dem asiatischen Partner zu lockern, fiel die gesamte jüdische Presse diesem Bunde in den Rücken.

Wie ist es möglich, daß die jüdischen Organe bis 1918, die getreuen Schildträger des britischen Kampfes gegen das Deutsche Reich, nun auf einmal Treubruch üben und eigene Wege gehen?

Die Vernichtung Deutschlands war nicht englisches, sondern in erster Linie jüdisches Interesse, genau so wie auch heute eine Vernichtung Japans weniger britisch-staatlichen Interessen dient, als den weit ausgreifenden Wünschen der

Leiter des erhofften jüdischen Weltreichs. Während sich England um die Erhaltung seiner Stellung auf dieser Welt abmüht, organisiert der Jude seinen Angriff zur Eroberung derselben.

Er sieht die heutigen europäischen Staaten bereits als willenlose Werkzeuge in seiner Faust, sei es auf dem Umweg einer sogenannten westlichen Demokratie oder in der Form der direkten Beherrschung durch russischen Bolschewismus. Aber nicht nur die alte Welt hält er so umgarnt, sondern auch der neuen droht das gleiche Schicksal. Juden sind die Regenten der Börsenkräfte der amerikanischen Union. Jedes Jahr läßt sie mehr zum Kontrollherrn der Arbeitskraft eines Einhundertzwanzig-Millionen-Volkes aufsteigen; nur ganz wenige stehen auch heute noch, zu ihrem Zorne, ganz unabhängig da.

In gerissener Geschicklichkeit kneten sie die öffentliche Meinung und formen aus ihr das Instrument eines Kampfes für die eigene Zukunft.

Schon glauben die größten Köpfe der Judenheit die Erfüllung ihres testamentarischen Wahlspruches des großen Völkerfraßes herannahen zu sehen.

Innerhalb dieser großen Herde entnationalisierter Kolonialgebiete könnte ein einziger unabhängiger Staat das ganze Werk in letzter Stunde noch zu Falle bringen. Denn eine bolschewisierte Welt vermag nur zu bestehen, wenn sie alles umfaßt.

Bleibt auch nur ein Staat in seiner nationalen Kraft und Größe erhalten, wird und muß das jüdische Weltsatrapenreich, wie jede Tyrannei auf dieser Welt, der Kraft des nationalen Gedankens erliegen.

Nun weiß der Jude zu genau, daß er in seiner tausendjährigen Anpassung wohl europäische Völker zu unterhöhlen und zu geschlechtslosen Bastarden zu erziehen vermag, allein einem asiatischen Nationalstaat von der Art Japans dieses Schicksal kaum zuzufügen in der Lage wäre. Er mag heute den Deutschen und den Engländer, Amerikaner und Franzosen mimen, zum gelben Asiaten fehlen ihm die Brücken. So sucht er den japanischen Nationalstaat noch

mit der Kraft ähnlicher Gebilde von heute zu brechen, um sich des gefährlichen Widersachers zu entledigen, ehe in seiner Faust die letzte staatliche Macht zu einer Despotie über wehrlose Wesen verwandelt wird.

Er scheut in seinem tausendjährigen Judenreich einen japanischen Nationalstaat und wünscht deshalb seine Vernichtung noch vor Begründung seiner eigenen Diktatur.

So hetzt er heute die Völker gegen Japan wie einst gegen Deutschland, und so kann es kommen, daß, während die britische Staatskunst noch auf das Bündnis mit Japan zu bauen versucht, die britisch-jüdische Presse bereits den Kampf gegen den Bundesgenossen fordert und unter der Proklamation der Demokratie und unter dem Schlachtruf: Nieder mit dem japanischen Militarismus und Kaiserismus!, den Vernichtungskrieg vorbereitet.

So ist der Jude heute in England unbotmäßig geworden.

Der Kampf gegen die jüdische Weltgefahr wird damit auch dort beginnen.

Und wieder hat gerade die nationalsozialistische Bewegung ihre gewaltigste Aufgabe zu erfüllen:

Sie muß dem Volke die Augen öffnen über die fremden Nationen und muß den wahren Feind unserer heutigen Welt immer und immer wieder in Erinnerung bringen. An Stelle des Hasses gegen Arier, von denen uns fast alles trennen kann, mit denen uns jedoch gemeinsames Blut oder die große Linie einer zusammengehörigen Kultur verbindet, muß sie den bösen Feind der Menschheit, als den wirklichen Urheber allen Leides, dem allgemeinen Zorne weihen.

Sorgen aber muß sie dafür, daß wenigstens in unserem Lande der tödlichste Gegner erkannt und der Kampf gegen ihn als leuchtendes Zeichen einer lichteren Zeit auch den anderen Völkern den Weg

weisen möge zum Heil einer ringenden arischen Menschheit.

Im übrigen mag dann die Vernunft unsere Leiterin sein, der Wille unsere Kraft. Die heilige Pflicht, so zu handeln, gebe uns Beharrlichkeit, und höchster Schirmherr bleibe unser Glaube.

14. Kapitel

Ostorientierung oder Ostpolitik

Es sind zwei Gründe, die mich veranlassen, das Verhältnis Deutschlands zu Rußland einer besonderen Prüfung zu unterziehen:

1. handelt es sich in diesem Falle um die vielleicht entscheidendste Angelegenheit der deutschen Außenpolitik überhaupt, und
2. ist diese Frage auch der Prüfstein für die politische Fähigkeit der jungen nationalsozialistischen Bewegung, klar zu denken und richtig zu handeln.

Ich muß gestehen, daß mich besonders der zweite Punkt manchesmal mit banger Sorge erfüllt. Da unsere junge Bewegung das Material ihrer Anhänger nicht aus dem Lager der Indifferenten holt, sondern aus meist sehr extremen Weltanschauungen, ist es nur zu natürlich, wenn diese Menschen auch auf dem Gebiete des außenpolitischen Verständnisses zunächst belastet sind mit den Voreingenommenheiten oder dem geringen Verständnis der Kreise, denen sie vorher politisch und weltanschaulich zugerechnet werden mußten. Dabei gilt dies keineswegs nur für den Mann, der von links zu uns kommt. Im Gegenteil. So schädlich dessen bisherige Belehrung über solche Probleme sein mochte, so wurde sie in nicht seltenen Fällen, wenigstens teilweise, wieder ausgeglichen durch einen vorhandenen Rest natürlichen und gesunden Instinktes. Es war dann nur notwendig, die frühere aufgedrungene Beeinflussung durch eine bessere Einstellung zu ersetzen, und man konnte sehr häufig als besten Verbündeten den noch vorhandenen an sich gesunden Instinkt und Selbsterhaltungstrieb erkennen.

Viel schwerer ist es dagegen, einen Menschen zum klaren politischen Denken zu bestimmen, dessen bisherige Erziehung auf diesem Gebiete nicht minder bar jeder Vernunft und Logik war, der aber zu allem auch den letzten Rest natürlichen Instinktes auf dem Altar der Objektivität geopfert hatte. Gerade die Angehörigen unserer sogenannten Intelligenz sind am schwersten zu einer wirklich klaren und logischen Vertretung ihrer Interessen und der Interessen ihres Volkes nach außen zu bewegen. Sie sind nicht nur belastet mit einem förmlichen Bleigewicht unsinnigster Vorstellungen und Voreingenommenheiten, sondern haben zu allem Überfluß außerdem noch jeden gesunden Trieb zur Selbsterhaltung verloren und aufgegeben. Auch die nationalsozialistische Bewegung hat mit diesen Menschen schwere Kämpfe zu bestehen, schwer deshalb, weil sie leider trotz vollkommenen Unvermögens nicht selten von einer außerordentlichen Einbildung besessen sind, die sie auf andere, meistens sogar gesündere Menschen ohne jede innere Berechtigung von oben herabblicken läßt. Hochnäsig-arrogante Besserwisser, ohne alle Fähigkeit kühlen Prüfens und Wägens, die aber als Voraussetzung jedes außenpolitischen Wollens und Tuns angesehen werden muß.

Da gerade diese Kreise heute beginnen, die Zielrichtung unserer Außenpolitik in der unseligsten Weise von einer wirklichen Vertretung völkischer Interessen unseres Volkes abzudrehen, um sie statt dessen in den Dienst ihrer phantastischen Ideologie zu stellen, fühle ich mich verpflichtet, vor meinen Anhängern die wichtigste außenpolitische Frage, nämlich das Verhältnis zu Rußland, besonders und so gründlich zu behandeln, als dies zum allgemeinen Verständnis nötig und im Rahmen eines solchen Werkes möglich ist.

Ich will dabei im allgemeinen noch folgendes vorausschicken:

Wenn wir unter Außenpolitik die Regelung des Verhältnisses eines Volkes zur übrigen Welt zu verstehen haben, so wird die Art der Regelung durch ganz bestimmte Tatsachen bedingt werden. Als Nationalsozialisten können

wir weiter über das Wesen der Außenpolitik eines völkischen Staates folgenden Satz aufstellen:

Die Außenpolitik des völkischen Staates hat die Existenz der durch den Staat zusammengefaßten Rasse auf diesem Planeten sicherzustellen, indem sie zwischen der Zahl und dem Wachstum des Volkes einerseits und der Größe und Güte des Grund und Bodens andererseits ein gesundes, lebensfähiges, natürliches Verhältnis schafft.

Als gesundes Verhältnis darf dabei immer nur jener Zustand angesehen werden, der die Ernährung eines Volkes auf eigenem Grund und Boden sichert. Jeder andere Zustand, mag er auch Jahrhunderte, ja selbst Jahrtausende andauern, ist nichtsdestoweniger ein ungesunder und wird früher oder später zu einer Schädigung, wenn nicht zur Vernichtung des betreffenden Volkes führen.

Nur ein genügend großer Raum auf dieser Erde sichert einem Volke die Freiheit des Daseins.

Dabei kann man die notwendige Größe des Siedlungsgebietes nicht ausschließlich von den Erfordernissen der Gegenwart aus beurteilen, ja, nicht einmal von der Größe des Bodenertrages, umgerechnet auf die Zahl des Volkes. Denn wie ich schon im ersten Band unter „Deutsche Bündnispolitik vor dem Kriege" ausführte, kommt der Grundfläche eines Staates außer ihrer Bedeutung als direkter Nährquelle eines Volkes auch noch eine andere, die militärpolitische, zu. Wenn ein Volk in der Größe seines Grund und Bodens seine Ernährung an sich gesichert hat, so ist es dennoch notwendig, auch noch die Sicherstellung des vorhandenen Bodens selbst zu bedenken. Sie liegt in der allgemeinen machtpolitischen Stärke des Staates, die wieder nicht wenig durch militärgeographische Gesichtspunkte bestimmt wird.

So wird das deutsche Volk seine Zukunft nur als Welt-

macht vertreten können. Durch fast zweitausend Jahre war die Interessenvertretung unseres Volkes, wie wir unsere mehr oder minder glückliche außenpolitische Betätigung bezeichnen sollten, *Weltgeschichte*. Wir selbst sind Zeugen dessen gewesen: denn das gigantische Völkerringen der Jahre 1914—1918 war nur das Ringen des deutschen Volkes um seine Existenz auf dem Erdball, die Art des Vorganges selbst bezeichnen wir aber als Weltkrieg.

In diesen Kampf schritt das deutsche Volk als *vermeintliche* Weltmacht. Ich sage hier vermeintliche, denn in Wirklichkeit war es keine. Würde das deutsche Volk im Jahre 1914 ein anderes Verhältnis zwischen Bodenfläche und Volkszahl gehabt haben, so wäre Deutschland wirklich Weltmacht gewesen, und der Krieg hätte, von allen anderen Faktoren abgesehen, günstig beendet werden können.

Es ist hier nicht meine Aufgabe oder auch nur meine Absicht, auf das „Wenn" hinzuweisen, falls das „Aber" nicht gewesen wäre. Wohl empfinde ich es jedoch als unbedingte Notwendigkeit, den bestehenden Zustand ungeschminkt und nüchtern darzulegen, auf seine beängstigende Schwäche hinzuweisen, um wenigstens in den Reihen der nationalsozialistischen Bewegung die Einsicht in das Notwendige zu vertiefen.

Deutschland ist heute keine Weltmacht. Selbst wenn unsere augenblickliche militärische Ohnmacht überwunden würde, hätten wir doch auf diesen Titel keinerlei Anspruch mehr. Was bedeutet heute auf dem Planeten ein Gebilde, das in seinem Verhältnis von Volkszahl zur Grundfläche so jämmerlich beschaffen ist wie das derzeitige Deutsche Reich? In einem Zeitalter, in dem allmählich die Erde in den Besitz von Staaten aufgeteilt wird, von denen manche selbst nahezu Kontinente umspannen, kann man nicht von Weltmacht bei einem Gebilde reden, dessen politisches Mutterland auf die lächerliche Grundfläche von kaum fünfhunderttausend Quadratkilometer beschränkt ist.

Rein territorial angesehen, verschwindet der Flächeninhalt des Deutschen Reiches vollständig gegenüber dem der sogenannten Weltmächte. Man führe ja nicht England als Gegenbeweis an, denn das englische Mutterland ist wirk-

lich nur die große Hauptstadt des britischen Weltreiches, das fast ein Viertel der ganzen Erdoberfläche sein eigen nennt. Weiter müssen wir als Riesenstaaten in erster Linie die amerikanische Union, sodann Rußland und China ansehen. Lauter Raumgebilde von zum Teil mehr als zehnfach größerer Fläche als das derzeitige Deutsche Reich. Und selbst Frankreich muß unter diese Staaten gerechnet werden. Nicht nur, daß es in immer größerem Umfang aus den farbigen Menschenbeständen seines Riesenreiches das Heer ergänzt, macht es auch rassisch in seiner Vernegerung so rapide Fortschritte, daß man tatsächlich von einer Entstehung eines afrikanischen Staates auf europäischem Boden reden kann. Die Kolonialpolitik des heutigen Frankreichs ist nicht zu vergleichen mit der des vergangenen Deutschlands. Würde sich die Entwicklung Frankreichs im heutigen Stile noch dreihundert Jahre fortsetzen, so wären die letzten fränkischen Blutsreste in dem sich bildenden europa-afrikanischen Mulattenstaat untergegangen. Ein gewaltiges, geschlossenes Siedlungsgebiet vom Rhein bis zum Kongo, erfüllt von einer aus dauernder Bastardierung langsam sich bildenden niederen Rasse.

Das unterscheidet die französische Kolonialpolitik von der alten deutschen.

Die einstige deutsche Kolonialpolitik war halb, wie alles, was wir taten. Sie hat weder das Siedlungsgebiet der deutschen Rasse vergrößert, noch hat sie den — wenn auch verbrecherischen — Versuch unternommen, durch den Einsatz von schwarzem Blut eine Machtstärkung des Reiches herbeizuführen. Die Askari in Deutsch-Ostafrika waren ein kleiner, zögernder Schritt auf diesem Wege. Tatsächlich dienten sie nur zur Verteidigung der Kolonie selbst. Der Gedanke, schwarze Truppen auf einen europäischen Kriegsschauplatz zu bringen, war, ganz abgesehen von der tatsächlichen Unmöglichkeit im Weltkrieg, auch als eine unter günstigeren Umständen zu verwirklichende Absicht nie vorhanden gewesen, während er, umgekehrt, bei den Franzosen von jeher als innere Begründung ihrer kolonialen Betätigung angesehen und empfunden wurde.

So sehen wir heute auf der Erde eine Anzahl von Machtstaaten, die nicht nur in ihrer Volkszahl zum Teil weit über die Stärke unseres deutschen Volkes hinausschießen, sondern die, vor allem in ihrer Grundfläche, die größte Stütze ihrer politischen Machtstellung besitzen. Noch nie war, an Grundfläche und Volkszahl gemessen, das Verhältnis des Deutschen Reiches zu anderen in die Erscheinung tretenden Weltstaaten so ungünstig wie zu Beginn unserer Geschichte vor zweitausend Jahren und dann wieder heute. Damals traten wir als junges Volk stürmend in eine Welt zerfallender großer Staatengebilde, deren letzten Riesen, Rom, wir selbst mithalfen, zur Strecke zu bringen. Heute befinden wir uns in einer Welt von sich bildenden großen Machtstaaten, in der unser eigenes Reich immer mehr zur Bedeutungslosigkeit herabsinkt.

Es ist notwendig, daß wir uns diese bittere Wahrheit kühl und nüchtern vor Augen halten. Es ist notwendig, daß wir das Deutsche Reich nach Volkszahl und Flächeninhalt in seinem Verhältnis zu anderen Staaten durch die Jahrhunderte hindurch verfolgen und vergleichen. Ich weiß, daß dann jeder mit Bestürzung zu dem Resultat kommen wird, welches ich eingangs dieser Betrachtung schon aussprach: *Deutschland ist keine Weltmacht mehr, gleichgültig, ob es militärisch stark oder schwach dasteht.*

Wir sind außer jedem Verhältnis zu den anderen großen Staaten der Erde geraten, und dies nur dank der geradezu verhängnisvollen außenpolitischen Leitung unseres Volkes, dank völligen Fehlens einer, ich möchte fast sagen, testamentarischen Festlegung auf ein bestimmtes außenpolitisches Ziel, und dank des Verlustes jedes gesunden Instinktes und Triebes zur Selbsterhaltung.

Wenn die nationalsozialistische Bewegung wirklich die Weihe einer großen Mission für unser Volk vor der Geschichte erhalten will, muß sie, durchdrungen von der Erkenntnis und erfüllt vom Schmerz über seine wirkliche Lage auf

dieser Erde, kühn und zielbewußt den Kampf aufnehmen gegen die Ziellosigkeit und Unfähigkeit, die bisher unser deutsches Volk auf seinen außenpolitischen Wegen leiteten. Sie muß dann, ohne Rücksicht auf „Traditionen" und Vorurteile, den Mut finden, unser Volk und seine Kraft zu sammeln zum Vormarsch auf jener Straße, die aus der heutigen Beengtheit des Lebensraumes dieses Volk hinausführt zu neuem Grund und Boden und damit auch für immer von der Gefahr befreit, auf dieser Erde zu vergehen oder als Sklavenvolk die Dienste anderer besorgen zu müssen.

Die nationalsozialistische Bewegung muß versuchen, das Mißverhältnis zwischen unserer Volkszahl und unserer Bodenfläche — diese als Nährquelle sowohl wie auch als machtpolitischer Stützpunkt angesehen —, zwischen unserer historischen Vergangenheit und der Aussichtslosigkeit unserer Ohnmacht in der Gegenwart, zu beseitigen. Sie muß sich dabei bewußt bleiben, daß wir als Wahrer höchsten Menschentums auf dieser Erde auch an eine höchste Verpflichtung gebunden sind, und sie wird um so mehr dieser Verpflichtung zu genügen vermögen, je mehr sie dafür sorgt, daß das deutsche Volk rassisch zur Besinnung gelangt und sich außer der Zucht von Hunden, Pferden und Katzen auch des eigenen Blutes erbarmt.

*

Wenn ich die bisherige deutsche Außenpolitik als ziellos und unfähig bezeichne, so liegt der Beweis für meine Behauptung im tatsächlichen Versagen dieser Politik. Wäre unser Volk geistig minderwertig oder feige gewesen, so könnten die Ergebnisse seines Ringens auf der Erde nicht schlim-

mere sein, als wir sie heute vor uns sehen. Auch die Entwicklung der letzten Jahrzehnte vor dem Kriege darf uns darüber nicht hinwegtäuschen; denn man kann nicht die Stärke eines Reiches an ihm selbst messen, sondern nur auf dem Wege des Vergleiches mit anderen Staaten. Gerade ein solcher Vergleich liefert aber den Beweis, daß die Stärkezunahme anderer Staaten nicht nur eine gleichmäßigere, sondern auch in der Endwirkung eine größere war; daß also der Weg Deutschlands, trotz allem scheinbaren Aufstieg, in Wahrheit sich von dem der anderen Staaten mehr und mehr entfernte und weit zurückblieb, kurz der Größenunterschied zu unseren Ungunsten sich erweiterte. Ja, selbst der Volkszahl nach blieben wir, je länger, desto mehr zurück. Da nun unser Volk an Heldenmut bestimmt von keinem anderen der Erde übertroffen wird, ja alles in allem genommen, für die Erhaltung seines Daseins sicherlich den größten Bluteinsatz von allen Völkern der Erde gab, kann der Mißerfolg nur in der *verfehlten Art* des Einsatzes liegen.

Wenn wir in diesem Zusammenhang die politischen Erlebnisse unseres Volkes seit über tausend Jahren überprüfen, alle die zahllosen Kriege und Kämpfe vor unseren Augen vorüberziehen lassen und das durch sie geschaffene, heute vor uns liegende Endresultat untersuchen, so werden wir gestehen müssen, daß aus diesem Blutmeer eigentlich nur drei Erscheinungen hervorgegangen sind, die wir als bleibende Früchte klar bestimmter außenpolitischer und überhaupt politischer Vorgänge ansprechen dürfen.

1. Die hauptsächlich von Bajuwaren betätigte Kolonisation der Ostmark,
2. die Erwerbung und Durchdringung des Gebietes östlich der Elbe und
3. die von den Hohenzollern betätigte Organisation des brandenburgisch-preußischen Staates als Vorbild und Kristallisationskern eines neuen Reiches.

Eine lehrreiche Warnung für die Zukunft!

Jene beiden ersten großen Erfolge unserer Außenpolitik sind die dauerhaftesten geblieben. Ohne sie würde unser

Volk heute überhaupt keine Rolle mehr spielen. Sie waren der erste, leider aber auch der einzige gelungene Versuch, die steigende Volkszahl in Einklang zu bringen mit der Größe von Grund und Boden. Und es muß als wahrhaft verhängnisvoll angesehen werden, daß unsere deutsche Geschichtsschreibung diese beiden, weitaus gewaltigsten und für die Nachwelt bedeutungsvollsten Leistungen nie richtig zu würdigen verstand, demgegenüber aber alles mögliche verherrlicht, phantastisches Heldentum, zahllose abenteuerliche Kämpfe und Kriege bewundernd preist, anstatt endlich zu erkennen, wie bedeutungslos für die große Entwicklungslinie der Nation die meisten dieser Ereignisse gewesen sind.

Der dritte große Erfolg unserer politischen Tätigkeit liegt in der Bildung des preußischen Staates und der durch ihn herbeigeführten Züchtung eines besonderen Staatsgedankens sowie des der modernen Welt angepaßten, in organisierte Form gebrachten Selbsterhaltungs- und Selbstverteidigungstriebes des deutschen Heeres. Die Umstellung des Wehrgedankens des einzelnen zur Wehrpflicht der Nation ist diesem Staatsgebilde und seiner neuen Staatsauffassung entsprossen. Die Bedeutung dieses Vorgangs kann gar nicht überschätzt werden. Gerade das durch seine blutsmäßige Zerrissenheit überindividualistisch zersetzte deutsche Volk erhielt auf dem Wege der Disziplinierung durch den preußischen Heeresorganismus wenigstens einen Teil der ihm längst abhanden gekommenen Organisationsfähigkeit zurück. Was bei den anderen Völkern im Trieb ihrer Herdengemeinsamkeit noch ursprünglich vorhanden ist, erhielten wir, wenigstens teilweise, durch den Prozeß der militärischen Ausbildung künstlich für unsere Volksgemeinschaft wieder zurück. Daher ist auch die Beseitigung der allgemeinen Wehrpflicht — die für Dutzende anderer Völker belanglos sein könnte —, für uns von der folgenschwersten Bedeutung. Zehn deutsche Generationen ohne korrigierende und erziehende militärische Ausbildung, den üblen Wirkungen ihrer blutsmäßigen und dadurch weltanschaulichen Zerrissenheit überlassen — und unser Volk hätte wirklich den letzten Rest einer selbständigen Existenz auf diesem

Planeten verloren. Der deutsche Geist könnte nur im Einzelmenschen im Schoße fremder Nationen seinen Beitrag zur Kultur leisten, ohne auch nur in seinem Ursprung erkannt zu werden. Kulturdünger, solange bis der letzte Rest arisch-nordischen Blutes in uns verdorben oder ausgelöscht sein würde.

Es ist bemerkenswert, daß die Bedeutung dieser wirklichen politischen Erfolge, die unser Volk in seinen mehr als tausendjährigen Kämpfen davontrug, von unseren Gegnern weit besser begriffen und gewürdigt wird als von uns selbst. Wir schwärmen auch heute noch von einem Heroismus, der unserem Volke Millionen seiner edelsten Blutträger raubte, im Endergebnis jedoch vollkommen unfruchtbar blieb.

Die Auseinanderhaltung der wirklichen politischen Erfolge unseres Volkes und des für unfruchtbare Zwecke eingesetzten nationalen Blutes ist von höchster Bedeutung für unser Verhalten in der Gegenwart und in der Zukunft.

Wir Nationalsozialisten dürfen nie und nimmer in den üblichen Hurra-Patriotismus unserer heutigen bürgerlichen Welt einstimmen. Insbesondere ist es todgefährlich, die letzte Entwicklung vor dem Kriege als auch nur im geringsten bindend für unseren eigenen Weg anzusehen. Aus der ganzen geschichtlichen Periode des neunzehnten Jahrhunderts kann für uns nicht eine einzige Verpflichtung gefolgert werden, die in dieser Periode selbst begründet läge. Wir haben uns, im Gegensatz zum Verhalten der Repräsentanten dieser Zeit, wieder zur Vertretung des obersten Gesichtspunktes jeder Außenpolitik zu bekennen, nämlich: *Den Boden in Einklang zu bringen mit der Volkszahl.* Ja, wir können aus der Vergangenheit nur lernen, daß wir die Zielsetzung für unser politisches Handeln in doppelter Richtung vorzunehmen haben: *Grund und Boden als Ziel unserer Außenpolitik, und ein neues, weltanschau-*

lich gefestigtes, einheitliches Fundament als Ziel politischen Handelns im Innern.

*

Ich will noch kurz Stellung nehmen zur Frage, inwiefern die Forderung nach Grund und Boden sittlich und moralisch berechtigt erscheint. Es ist dies notwendig, da leider selbst in den sogenannten völkischen Kreisen alle möglichen salbungsvollen Schwätzer auftreten, die sich bemühen, dem deutschen Volk als Ziel seines außenpolitischen Handelns die Wiedergutmachung des Unrechts von 1918 vorzuzeichnen, darüber hinaus jedoch die ganze Welt der völkischen Brüderlichkeit und Sympathie zu versichern für nötig halten.

Vorwegnehmen möchte ich dabei folgendes: Die Forderung nach Wiederherstellung der Grenzen des Jahres 1914 ist ein politischer Unsinn von Ausmaßen und Folgen, die ihn als Verbrechen erscheinen lassen. Ganz abgesehen davon, daß die Grenzen des Reiches im Jahre 1914 alles andere eher als logische waren. Denn sie waren in Wirklichkeit weder vollständig in bezug auf die Zusammenfassung der Menschen deutscher Nationalität noch vernünftig in Hinsicht auf ihre militärgeographische Zweckmäßigkeit. Sie waren nicht das Ergebnis eines überlegten politischen Handelns, sondern Augenblicksgrenzen eines in keinerlei Weise abgeschlossenen politischen Ringens, ja zum Teil Folgen eines Zufallspieles. Man könnte mit demselben Recht und in vielen Fällen mit mehr Recht irgendein anderes Stichjahr der deutschen Geschichte herausgreifen, um in der Wiederherstellung der damaligen Verhältnisse das Ziel einer außenpolitischen Betätigung zu erklären. Obige Forderung entspricht aber ganz unserer bürgerlichen Welt, die auch hier nicht einen einzigen tragenden politischen Gedan-

ken für die Zukunft besitzt, vielmehr nur in der Vergangenheit lebt, und zwar in der allernächsten; denn selbst der Blick nach rückwärts reicht nicht über ihre eigene Zeit hinaus. Das Gesetz der Trägheit bindet sie an einen gegebenen Zustand, läßt sie Widerstand leisten gegen jegliche Veränderung desselben, ohne jedoch die Aktivität dieser Gegenwehr jemals über das nackte Beharrungsvermögen zu steigern. So ist es selbstverständlich, daß der politische Horizont dieser Leute über die Grenze des Jahres 1914 nicht hinausreicht. Indem sie aber die Wiederherstellung jener Grenzen als das politische Ziel ihres Handelns proklamieren, verbinden sie stets aufs neue den zerfallenden Bund unserer Gegner. Nur so ist es erklärlich, daß acht Jahre nach einem Weltringen, an dem Staaten mit teilweise heterogensten Wünschen und Zielen teilnahmen, noch immer die Koalition der damaligen Sieger sich in mehr oder weniger geschlossener Form zu halten vermag.

Alle diese Staaten waren seinerzeit Nutznießer am deutschen Zusammenbruch. Die Furcht vor unserer Stärke ließ damals den Geiz und Neid der einzelnen Großen untereinander zurücktreten. Sie sahen in einer möglichst allgemein durchgeführten Beerbung unseres Reiches den besten Schutz gegen eine kommende Erhebung. Das schlechte Gewissen und die Angst vor der Kraft unseres Volkes ist der dauerhafteste Kitt, die einzelnen Glieder dieses Bundes auch heute noch zusammenzuhalten.

Und wir täuschen sie nicht. Indem unsere bürgerliche Welt die Wiederherstellung der Grenzen vom Jahre 1914 als politisches Programm für Deutschland aufstellt, scheucht sie jeden etwa aus dem Bunde unserer Feinde springen wollenden Partner wieder zurück, da dieser Angst haben muß, isoliert angegriffen zu werden und dadurch des Schutzes der einzelnen Mitverbündeten verlustig zu gehen. Jeder einzelne Staat fühlt sich durch jene Parole betroffen und bedroht.

Dabei ist sie in zweifacher Hinsicht unsinnig:

1. weil die Machtmittel fehlen, um sie aus dem Dunst der Vereinsabende in die Wirklichkeit umzusetzen, und

2. weil, wenn sie sich wirklich verwirklichen ließe, das Ergebnis doch wieder so erbärmlich wäre, daß es sich, wahrhaftiger Gott, nicht lohnen würde, dafür erneut das Blut unseres Volkes einzusetzen.

Denn, daß auch die Wiederherstellung der Grenzen des Jahres 1914 nur mit Blut zu erreichen wäre, dürfte kaum für irgend jemand fraglich erscheinen. Nur kindlich-naive Geister mögen sich in dem Gedanken wiegen, auf Schleich- und Bettelwegen eine Korrektur von Versailles herbeiführen zu können. Ganz abgesehen davon, daß ein solcher Versuch eine Talleyrand-Natur voraussetzen würde, die wir nicht besitzen. Die eine Hälfte unserer politischen Existenzen besteht aus sehr geriebenen, aber ebenso charakterlosen und überhaupt unserem Volke feindlich gesinnten Elementen, während die andere sich aus gutmütigen, harmlosen und willfährigen Schwachköpfen zusammensetzt. Zudem haben sich die Zeiten seit dem Wiener Kongresse geändert: Nicht Fürsten und fürstliche Mätressen schachern und feilschen um Staatsgrenzen, sondern der unerbittliche Weltjude kämpft für seine Herrschaft über die Völker. Kein Volk entfernt diese Faust anders von seiner Gurgel als durch das Schwert. Nur die gesammelte, konzentrierte Stärke einer kraftvoll sich aufbäumenden nationalen Leidenschaft vermag der internationalen Völkerversklavung zu trotzen. Ein solcher Vorgang ist und bleibt aber ein blutiger.

Wenn man jedoch der Überzeugung huldigt, daß die deutsche Zukunft, so oder so, den höchsten Einsatz erfordert, muß man, ganz abgesehen von allen Erwägungen politischer Klugheit an sich, schon um dieses Einsatzes willen ein dessen würdiges Ziel aufstellen und verfechten.

Die Grenzen des Jahres 1914 bedeuten für die Zukunft der deutschen Nation gar nichts. In ihnen lag weder ein Schutz der Vergangenheit, noch läge in ihnen eine Stärke für die Zukunft. Das deutsche Volk wird durch sie weder seine innere Geschlossenheit erhalten, noch wird seine Ernährung durch sie sichergestellt, noch erscheinen diese Gren-

zen, vom militärischen Gesichtspunkt aus betrachtet, als zweckmäßig oder auch nur befriedigend, noch können sie endlich das Verhältnis bessern, in dem wir uns zur Zeit den anderen Weltmächten oder, besser gesagt, den wirklichen Weltmächten gegenüber befinden. Der Abstand von England wird nicht verkürzt, die Größe der Union nicht erreicht; ja nicht einmal Frankreich würde eine wesentliche Schmälerung seiner weltpolitischen Bedeutung erfahren.

Nur eins wäre sicher: Selbst bei günstigem Erfolge würde ein solcher Versuch der Wiederherstellung der Grenzen von 1914 zu einer weiteren Ausblutung unseres Volkskörpers führen in einem Umfange, daß für die das Leben und die Zukunft der Nation wirklich sichernden Entschlüsse und Taten kein wertvoller Bluteinsatz mehr vorhanden wäre. Im Gegenteil, im Rausche eines solchen seichten Erfolges würde man auf jede weitere Zielsetzung um so lieber verzichten, als die „nationale Ehre" ja repariert und der kommerziellen Entwicklung, wenigstens bis auf weiteres, wieder einige Tore geöffnet wären.

Demgegenüber müssen wir Nationalsozialisten unverrückbar an unserem außenpolitischen Ziele festhalten, nämlich *dem deutschen Volk den ihm gebührenden Grund und Boden auf dieser Erde zu sichern.* Und diese Aktion ist die einzige, die vor Gott und unserer deutschen Nachwelt einen Bluteinsatz gerechtfertigt erscheinen läßt: Vor Gott, insoferne wir auf diese Welt gesetzt sind mit der Bestimmung des ewigen Kampfes um das tägliche Brot, als Wesen, denen nichts geschenkt wird, und die ihre Stellung als Herren der Erde nur der Genialität und dem Mute verdanken, mit dem sie sich diese zu erkämpfen und zu wahren wissen; vor unserer deutschen Nachwelt aber, insoferne wir keines Bürgers Blut vergossen, aus dem nicht tausend andere der Nachwelt geschenkt werden. Der Grund und Boden, auf dem dereinst deutsche Bauerngeschlechter kraftvolle Söhne zeugen können, wird die Billigung des Einsatzes der Söhne von heute zulassen, die verantwortlichen Staatsmänner aber, wenn auch von

der Gegenwart verfolgt, dereinst freisprechen von Blutschuld und Volksopferung.

Ich muß mich dabei schärfstens gegen jene völkischen Schreiberseelen wenden, die in einem solchen Bodenerwerb eine „Verletzung heiliger Menschenrechte" zu erblicken vorgeben und demgemäß ihr Geschreibsel dagegen ansetzen. Man weiß ja nie, wer hinter einem solchen Burschen steckt. Sicher ist nur, daß die Verwirrung, die sie anzurichten vermögen, den Feinden unseres Volkes erwünscht und gelegen kommt. Durch eine solche Haltung helfen sie frevelhaft mit, unserem Volke von innen heraus den Willen für die einzig richtige Art der Vertretung seiner Lebensnotwendigkeiten zu schwächen und zu beseitigen. Denn kein Volk besitzt auf dieser Erde auch nur einen Quadratmeter Grund und Boden auf höheren Wunsch und laut höherem Recht. So wie Deutschlands Grenzen Grenzen des Zufalls sind und Augenblicksgrenzen im jeweiligen politischen Ringen der Zeit, so auch die Grenzen der Lebensräume der anderen Völker. Und so, wie die Gestaltung unserer Erdoberfläche nur dem gedankenlosen Schwachkopf als graniten unveränderlich erscheinen mag, in Wahrheit aber nur für jede Zeit einen scheinbaren Ruhepunkt in einer laufenden Entwicklung darstellt, geschaffen in dauerndem Werden durch die gewaltigen Kräfte der Natur, um vielleicht schon morgen durch größere Kräfte Zerstörung oder Umbildung zu erfahren, so auch im Völkerleben die Grenzen der Lebensräume.

Staatsgrenzen werden durch Menschen geschaffen und durch Menschen geändert.

Die Tatsache des Gelingens eines unmäßigen Bodenerwerbs durch ein Volk ist keine höhere Verpflichtung zur ewigen Anerkennung desselben. Sie beweist höchstens die Kraft der Eroberer und die Schwäche der Dulder. Und nur in dieser Kraft allein liegt dann das Recht. Wenn das deutsche Volk heute, auf unmöglicher Grundfläche zusammengepfercht, einer jämmerlichen Zukunft entgegengeht, so ist dies ebensowenig ein Gebot des Schicksals wie ein Auflehnen dagegen eine Brüskierung desselben darstellt. Genau

so wenig wie etwa eine höhere Macht einem anderen Volke mehr Grund und Boden als dem deutschen zugesprochen hat oder durch die Tatsache dieser ungerechten Bodenverteilung beleidigt wird. So wie unsere Vorfahren den Boden, auf dem wir heute leben, nicht vom Himmel geschenkt erhielten, sondern durch Lebenseinsatz erkämpfen mußten, so wird auch uns in Zukunft den Boden und damit das Leben für unser Volk keine völkische Gnade zuweisen, sondern nur die Gewalt eines siegreichen Schwertes.

So sehr wir heute auch alle die Notwendigkeiten einer Auseinandersetzung mit Frankreich erkennen, so wirkungslos bliebe sie in der großen Linie, wenn sich in ihr unser außenpolitisches Ziel erschöpfen würde. Sie kann und wird nur Sinn erhalten, wenn sie die Rückendeckung bietet für eine Vergrößerung des Lebensraumes unseres Volkes in Europa. Denn nicht in einer kolonialen Erwerbung haben wir die Lösung dieser Frage zu erblicken, sondern ausschließlich im Gewinn eines Siedlungsgebietes, das die Grundfläche des Mutterlandes selbst erhöht und dadurch nicht nur die neuen Siedler in innigster Gemeinschaft mit dem Stammland erhält, sondern der gesamten Raummenge jene Vorteile sichert, die in ihrer vereinten Größe liegen.

Die völkische Bewegung hat nicht der Anwalt anderer Völker, sondern der Vorkämpfer des eigenen Volkes zu sein. Andernfalls ist sie überflüssig und hat vor allem gar kein Recht, über die Vergangenheit zu maulen. Denn dann handelt sie wie diese. So wie die alte deutsche Politik zu Unrecht von dynastischen Gesichtspunkten bestimmt wurde, so wenig darf die künftige von völkischen Allerweltsgefühlsduseleien geleitet werden. Insbesondere aber sind wir nicht der Schutzpolizist der bekannten „armen, kleinen Völker“, sondern Soldaten unseres eigenen.

Wir Nationalsozialisten haben jedoch noch weiter zu gehen: *Das Recht auf Grund und Boden kann zur Pflicht werden, wenn ohne Bodenerweiterung ein großes Volk dem Untergang geweiht erscheint.* Noch ganz besonders dann, wenn es sich dabei nicht um ein x-beliebiges Neger-

völkchen handelt, sondern um die germanische Mutter all des Lebens, das der heutigen Welt ihr kulturelles Bild gegeben hat. Deutschland wird entweder Weltmacht oder überhaupt nicht sein. Zur Weltmacht aber braucht es jene Größe, die ihm in der heutigen Zeit die notwendige Bedeutung und seinen Bürgern das Leben gibt.

*

Damit ziehen wir Nationalsozialisten bewußt einen Strich unter die außenpolitische Richtung unserer Vorkriegszeit. Wir setzen dort an, wo man vor sechs Jahrhunderten endete. Wir stoppen den ewigen Germanenzug nach dem Süden und Westen Europas und weisen den Blick nach dem Land im Osten. Wir schließen endlich ab die Kolonial- und Handelspolitik der Vorkriegszeit und gehen über zur Bodenpolitik der Zukunft.

Wenn wir aber heute in Europa von neuem Grund und Boden reden, können wir in erster Linie nur an Rußland und die ihm untertanen Randstaaten denken.

Das Schicksal selbst scheint uns hier einen Fingerzeig geben zu wollen. Indem es Rußland dem Bolschewismus überantwortete, raubte es dem russischen Volke jene Intelligenz, die bisher dessen staatlichen Bestand herbeiführte und garantierte. Denn die Organisation eines russischen Staatsgebildes war nicht das Ergebnis der staatspolitischen Fähigkeiten des Slawentums in Rußland, sondern vielmehr nur ein wundervolles Beispiel für die staatenbildende Wirksamkeit des germanischen Elementes in einer minderwertigen Rasse. So sind zahlreiche mächtige Reiche der Erde geschaffen worden. Niedere Völker mit germanischen Organisatoren und Herren als Leiter derselben sind öfter als einmal zu gewaltigen Staatengebilden angeschwollen und blieben bestehen, solange der rassische Kern der bildenden Staatsrasse sich erhielt. Seit Jahrhunderten zehrte

Rußland von diesem germanischen Kern seiner oberen leitenden Schichten. Er kann heute als fast restlos ausgerottet und ausgelöscht angesehen werden. An seine Stelle ist der Jude getreten. So unmöglich es dem Russen an sich ist, aus eigener Kraft das Joch der Juden abzuschütteln, so unmöglich ist es dem Juden, das mächtige Reich auf die Dauer zu erhalten. Er selbst ist kein Element der Organisation, sondern ein Ferment der Dekomposition. Das Riesenreich im Osten ist reif zum Zusammenbruch. Und das Ende der Judenherrschaft in Rußland wird auch das Ende Rußlands als Staat sein. Wir sind vom Schicksal ausersehen, Zeugen einer Katastrophe zu werden, die die gewaltigste Bestätigung für die Richtigkeit der völkischen Rassentheorie sein wird.

Unsere Aufgabe, die Mission der nationalsozialistischen Bewegung, aber ist, unser eigenes Volk zu jener politischen Einsicht zu bringen, daß es sein Zukunftsziel nicht im berauschenden Eindruck eines neuen Alexanderzuges erfüllt sieht, sondern vielmehr in der emsigen Arbeit des deutschen Pfluges, dem das Schwert nur den Boden zu geben hat.

*

Daß das Judentum einer solchen Politik gegenüber die schärfsten Widerstände ankündigt, ist selbstverständlich. Es fühlt besser als irgend jemand anders die Bedeutung dieses Handelns für seine eigene Zukunft. Gerade diese Tatsache sollte alle wirklich national gesinnten Männer über die Richtigkeit einer solchen Neuorientierung belehren. Leider aber ist das Gegenteil der Fall. Nicht nur in deutschnationalen, sondern sogar in „völkischen" Kreisen sagt man dem Gedanken solcher Ostpolitik heftigste Fehde an, wobei man sich, wie fast immer bei ähnlichen Gelegenheiten, auf einen Größeren beruft. Bismarcks Geist wird zitiert, um eine Politik zu decken, die ebenso unsinnig wie unmöglich und für das deutsche Volk im höchsten Grade schädlich ist.

Bismarck habe einst selbst immer Wert auf gute Beziehungen zu Rußland gelegt. Das ist bedingt richtig. Allein man vergißt dabei ganz, zu erwähnen, daß er ebenso großen Wert auf gute Beziehungen zum Beispiel zu Italien legte, ja, daß derselbe Herr von Bismarck sich einst mit Italien verband, um Österreich besser erledigen zu können. Warum setzt man denn nicht *diese* Politik ebenfalls fort? „Weil das Italien von heute nicht das Italien von damals ist“, wird man sagen. Gut. Aber dann, verehrte Herrschaften, erlauben Sie den Einwand, daß das heutige Rußland auch nicht mehr das Rußland von damals ist. Es ist Bismarck niemals eingefallen, einen politischen Weg taktisch prinzipiell für immer festlegen zu wollen. Er war hier viel zu sehr der Meister des Augenblicks, als daß er sich selbst eine solche Bindung auferlegt hätte. *Die Frage darf also nicht heißen: Was hat Bismarck damals getan? sondern vielmehr: Was würde er heute tun?* Und diese Frage ist leichter zu beantworten. *Er würde sich bei seiner politischen Klugheit nie mit einem Staate verbinden, der dem Untergange geweiht ist.*

Im übrigen hat Bismarck schon seinerzeit die deutsche Kolonial- und Handelspolitik mit gemischten Gefühlen betrachtet, da ihm zunächst nur daran lag, die Konsolidierung und innere Festigung des von ihm geschaffenen Staatengebildes auf sicherstem Wege zu ermöglichen. Dies war auch der einzige Grund, weshalb er damals die russische Rückendeckung begrüßte, die ihm den Arm nach dem Westen freigab. Allein, was damals für Deutschland Nutzen brachte, würde heute Schaden bringen.

Schon in den Jahren 1920/21, als die junge nationalsozialistische Bewegung sich langsam vom politischen Horizont abzuheben begann und da und dort als Freiheitsbewegung der deutschen Nation angesprochen wurde, trat man von verschiedenen Seiten an die Partei mit dem Versuch heran, zwischen ihr und den *Freiheitsbewegungen anderer Länder* eine gewisse Verbindung herzustellen. Es lag dies auf der Linie des von

vielen propagierten „Bundes der unterdrückten Nationen". Hauptsächlich handelte es sich dabei um Vertreter einzelner Balkanstaaten, weiter um solche Ägyptens und Indiens, die auf mich im einzelnen immer den Eindruck schwatzhafter Wichtigtuer, bar jedes realen Hintergrundes, machten. Es gab aber nicht wenige Deutsche, besonders im nationalen Lager, die sich von solchen aufgeblasenen Orientalen blenden ließen und in irgendeinem hergelaufenen indischen oder ägyptischen Studenten nun ohne weiteres einen „Vertreter" Indiens oder Ägyptens vor sich zu haben glaubten. Die Leute wurden sich gar nicht klar, daß es sich dabei meistens um Personen handelte, hinter denen überhaupt nichts stand, die vor allem von niemand autorisiert waren, irgendeinen Vertrag mit irgend jemanden abzuschließen, so daß das praktische Ergebnis jeder Beziehung zu solchen Elementen Null war, sofern man nicht die verlorene Zeit noch besonders als Verlust buchen wollte. Ich habe mich gegen solche Versuche immer gewehrt. Nicht nur, daß ich Besseres zu tun hatte als in so unfruchtbaren „Besprechungen" Wochen zu vertrödeln, hielt ich auch, selbst wenn es sich dabei um autorisierte Vertreter solcher Nationen gehandelt hätte, das Ganze für untauglich, ja schädlich.

Es war schon im Frieden schlimm genug, daß die deutsche Bündnispolitik infolge des Fehlens eigener aktiver Angriffsabsichten in einem Defensivverein alter, weltgeschichtlich pensionierter Staaten endete. Sowohl der Bund mit Österreich als auch der mit der Türkei hatte wenig Erfreuliches für sich. Während sich die größten Militär- und Industriestaaten der Erde zu einem aktiven Angriffsverband zusammenschlossen, sammelte man ein paar alte, impotent gewordene Staatsgebilde und versuchte mit diesem, dem Untergang bestimmten Gerümpel einer aktiven Weltkoalition die Stirne zu bieten. Deutschland hat die bittere Quittung für diesen außenpolitischen Irrtum erhalten. Allein diese Quittung scheint noch immer nicht bitter genug gewesen zu sein, um unsere ewigen Phantasten davor zu bewahren, flugs in den gleichen Fehler zu verfallen. Denn der Versuch, durch einen „Bund der unterdrückten Nationen"

die allgewaltigen Sieger entwaffnen zu können, ist nicht nur lächerlich, sondern auch unheilvoll. Er ist unheilvoll, weil dadurch immer wieder unser Volk von den realen Möglichkeiten abgelenkt wird, so daß es sich statt dessen phantasievollen, jedoch unfruchtbaren Hoffnungen und Illusionen hingibt. Der Deutsche von jetzt gleicht wirklich dem Ertrinkenden, der nach jedem Strohhalm greift. Dabei kann es sich um sonst sehr gebildete Menschen handeln. Sowie nur irgendwo das Irrlicht einer noch so unwirklichen Hoffnung sichtbar wird, setzen sich diese Menschen schleunigst in Trab und jagen dem Phantom nach. Mag dies ein Bund der unterdrückten Nationen, ein Völkerbund oder sonst eine neue phantastische Erfindung sein, sie wird nichtsdestoweniger Tausende gläubiger Seelen finden.

Ich erinnere mich noch der ebenso kindlichen wie unverständlichen Hoffnungen, die in den Jahren 1920/21 plötzlich in völkischen Kreisen auftauchten, England stände in Indien vor einem Zusammenbruch. Irgendwelche asiatische Gaukler, vielleicht meinetwegen auch wirkliche indische „Freiheitskämpfer", die sich damals in Europa herumtrieben, hatten es fertiggebracht, selbst sonst ganz vernünftige Menschen mit der fixen Idee zu erfüllen, daß das britische Weltreich, das seinen Angelpunkt in Indien besitze, gerade dort vor dem Zusammenbruch stehe. Daß dabei auch in diesem Fall nur ihr eigener Wunsch der Vater aller Gedanken war, kam ihnen natürlich nicht zum Bewußtsein. Ebensowenig das Widersinnige ihrer eigenen Hoffnungen. Denn, indem sie von einem Zusammenbruch der englischen Herrschaft in Indien das Ende des britischen Weltreichs und der englischen Macht erwarten, geben sie doch selber zu, daß eben Indien für England von eminentester Bedeutung ist.

Diese lebenswichtigste Frage dürfte aber wahrscheinlich doch nicht nur einem deutschvölkischen Propheten als tiefstes Geheimnis bekannt sein, sondern vermutlich auch den Lenkern der englischen Geschichte selber. Es ist schon wirklich kindlich, anzunehmen, daß man in England die Bedeutung des indischen Kaiserreiches für die britische Weltunion nicht

richtig abzuschätzen wisse. Und es ist nur ein böses Zeichen für das unbedingte Nichtlernen aus dem Weltkrieg und für das vollständige Mißverstehen und Nichterkennen angelsächsischer Entschlossenheit, wenn man sich einbildet, daß England, ohne das letzte einzusetzen, Indien fahren lassen würde. Es ist weiter der Beweis für die Ahnungslosigkeit, die der Deutsche von der ganzen Art der britischen Durchdringung und Verwaltung dieses Reiches besitzt. England wird Indien nur verlieren, wenn es entweder selbst in seiner Verwaltungsmaschinerie der rassischen Zersetzung anheimfällt (etwas, das augenblicklich in Indien vollkommen ausscheidet), oder wenn es durch das Schwert eines machtvollen Feindes bezwungen wird. Indischen Aufrührern wird dies aber nie gelingen. Wie schwer es ist, England zu bezwingen, haben wir Deutsche zur Genüge erfahren. Ganz abgesehen davon, daß ich als Germane Indien trotz allem immer noch lieber unter englischer Herrschaft sehe als unter einer anderen.

Genau so kümmerlich sind die Hoffnungen auf den sagenhaften Aufstand in Ägypten. Der „Heilige Krieg“ kann unseren deutschen Schafkopfspielern das angenehme Gruseln beibringen, daß jetzt andere für uns zu verbluten bereit sind — denn diese feige Spekulation ist, ehrlich gesprochen, schon immer der stille Vater solcher Hoffnungen gewesen —, in der Wirklichkeit würde er unter dem Strichfeuer englischer Maschinengewehrkompanien und dem Hagel von Brisanzbomben ein höllisches Ende nehmen.

Es ist eben eine Unmöglichkeit, einen machtvollen Staat, der entschlossen ist, für seine Existenz, wenn nötig, den letzten Blutstropfen einzusetzen, durch eine Koalition von Krüppeln zu berennen. Als völkischer Mann, der den Wert des Menschentums nach rassischen Grundlagen abschätzt, darf ich schon aus der Erkenntnis der rassischen Minderwertigkeit dieser sogenannten „unterdrückten Nationen“ nicht das Schicksal des eigenen Volkes mit dem ihren verketten.

Ganz die gleiche Stellung aber haben wir heute auch

Rußland gegenüber einzunehmen. Das derzeitige, seiner germanischen Oberschicht entkleidete Rußland ist, ganz abgesehen von den inneren Absichten seiner neuen Herren, kein Verbündeter für einen Freiheitskampf der deutschen Nation. Rein militärisch betrachtet, wären die Verhältnisse im Falle eines Krieges Deutschland-Rußland gegen den Westen Europas, wahrscheinlich aber gegen die ganze übrige Welt, geradezu katastrophal. Der Kampf würde sich nicht auf russischem, sondern auf deutschem Boden abspielen, ohne daß Deutschland von Rußland auch nur die geringste wirksame Unterstützung erfahren könnte. Die Machtmittel des heutigen Deutschen Reiches sind so jämmerlich und für einen Kampf nach außen so unmöglich, daß irgendein Grenzschutz gegen den Westen Europas, einschließlich Englands, nicht durchgeführt werden könnte und gerade das deutsche Industriegebiet den konzentrierten Angriffswaffen unserer Gegner wehrlos preisgegeben läge. Dazu kommt, daß zwischen Deutschland und Rußland der ganz in französischen Händen ruhende polnische Staat liegt. Im Falle eines Krieges Deutschland-Rußlands gegen den Westen Europas müßte Rußland erst Polen niederwerfen, um den ersten Soldaten an eine deutsche Front zu bringen. Dabei handelt es sich aber gar nicht so sehr um Soldaten, als um die technische Rüstung. In dieser Hinsicht würde sich, nur noch viel entsetzlicher, der Zustand im Weltkrieg wiederholen. So wie damals die deutsche Industrie für unsere ruhmvollen Verbündeten angezapft wurde und Deutschland den technischen Krieg fast ganz allein bestreiten mußte, so würde in diesem Kampf Rußland als technischer Faktor überhaupt völlig ausscheiden. Der allgemeinen Motorisierung der Welt, die im nächsten Kriege schon in überwältigender Weise kampfbestimmend in Erscheinung treten wird, könnte von uns fast nichts entgegengestellt werden. Denn nicht nur, daß Deutschland selbst auf diesem wichtigsten Gebiete beschämend weit zurückgeblieben ist, müßte es von dem wenigen, das es besitzt, noch Rußland erhalten, das

selbst heute noch nicht eine einzige Fabrik sein eigen nennt, in der ein wirklich laufender Kraftwagen erzeugt werden kann. Damit aber würde solch ein Kampf nur den Charakter eines Abschlachtens erhalten. Deutschlands Jugend würde noch mehr verbluten als einst, denn wie immer läge die Last des Kampfes nur auf uns, und das Ergebnis wäre die unabwendbare Niederlage.

Aber selbst den Fall angenommen, daß ein Wunder geschähe und ein solcher Kampf nicht mit der restlosen Vernichtung Deutschlands endigte, wäre der letzte Erfolg doch nur der, daß das ausgeblutete deutsche Volk nach wie vor umgrenzt bliebe von großen Militärstaaten, seine wirkliche Lage mithin sich in keiner Weise geändert hätte.

Man wende nun nicht ein, beieinem Bund mit Rußland müsse nicht gleich an einen Krieg gedacht werden, oder wenn, könne man sich auf einen solchen gründlich vorbereiten. Nein. *Ein Bündnis, dessen Ziel nicht die Absicht zu einem Kriege umfaßt, ist sinn- und wertlos.* Bündnisse schließt man nur zum Kampf. Und mag die Auseinandersetzung im Augenblick des Abschlusses eines Bündnisvertrages in noch so weiter Ferne liegen, die Aussicht auf eine kriegerische Verwicklung ist nichtsdestoweniger die innere Veranlassung zu ihm. Und man glaube ja nicht, daß etwa irgendeine Macht den Sinn solch eines Bundes anders auffassen würde. Entweder eine deutsch-russische Koalition bliebe auf dem Papier allein stehen, dann wäre sie für uns zweck- und wertlos, oder sie würde aus den Buchstaben des Vertrages in die sichtbare Wirklichkeit umgesetzt — und die andere Welt wäre gewarnt. Wie naiv, zu denken, daß England und Frankreich in einem solchen Falle ein Jahrzehnt warten würden, bis der deutsch-russische Bund seine technischen Vorbereitungen zum Kampf beendet haben würde. Nein, das Unwetter bräche blitzschnell über Deutschland herein.

So liegt schon in der Tatsache des Abschlusses eines Bündnisses mit Rußland die Anweisung für den nächsten Krieg. Sein Ausgang wäre das Ende Deutschlands.

Dazu kommt aber noch folgendes:

1. *Die heutigen Machthaber Rußlands denken gar nicht daran, in ehrlicher Weise einen Bund einzugehen oder ihn gar zu halten.*

Man vergesse doch nie, daß die Regenten des heutigen Rußlands blutbefleckte gemeine Verbrecher sind, daß es sich hier um einen Abschaum der Menschheit handelt, der, begünstigt durch die Verhältnisse in einer tragischen Stunde, einen großen Staat überrannte, Millionen seiner führenden Intelligenz in wilder Blutgier abwürgte und ausrottete und nun seit bald zehn Jahren das grausamste Tyrannenregiment aller Zeiten ausübt. Man vergesse weiter nicht, daß diese Machthaber einem Volke angehören, das in seltener Mischung bestialische Grausamkeit mit unfaßlicher Lügenkunst verbindet und sich heute mehr denn je berufen glaubt, seine blutige Unterdrückung der ganzen Welt aufbürden zu müssen. Man vergesse nicht, daß der internationale Jude, der Rußland heute restlos beherrscht, in Deutschland nicht einen Verbündeten, sondern einen zu gleichem Schicksal bestimmten Staat sieht. *Man schließt aber keinen Vertrag mit einem Partner, dessen einziges Interesse die Vernichtung des andern ist.* Man schließt ihn vor allem nicht mit Subjekten, denen kein Vertrag heilig sein würde, da sie nicht als Vertreter von Ehre und Wahrhaftigkeit auf dieser Welt leben, sondern als Repräsentanten der Lüge, des Betrugs, des Diebstahls, der Plünderung, des Raubes. Wenn der Mensch glaubt, mit Parasiten vertragliche Bindungen eingehen zu können, so ähnelt dies dem Versuche eines Baumes, zu eigenem Vorteil mit einer Mistel ein Abkommen zu schließen.

2. *Die Gefahr, der Rußland einst unterlag, ist für Deutschland dauernd vorhanden.* Nur der bürgerliche Einfaltspinsel ist fähig, sich einzubilden, daß der Bolschewismus gebannt ist. Er hat in seinem oberflächlichen Denken keine Ahnung davon, daß es sich hier um einen triebhaften Vorgang, d. h. den des Strebens nach

der Weltherrschaft des jüdischen Volkes, handelt, um einen Vorgang, der genau so natürlich ist, wie der Trieb des Angelsachsen, sich seinerseits in den Besitz der Herrschaft dieser Erde zu setzen. Und so, wie der Angelsachse diesen Weg auf seine Art verfolgt und den Kampf mit seinen Waffen kämpft, so eben auch der Jude. Er geht seinen Weg, den Weg des Einschleichens in die Völker und des inneren Aushöhlens derselben, und er kämpft mit seinen Waffen, mit Lüge und Verleumdung, Vergiftung und Zersetzung, den Kampf steigernd bis zur blutigen Ausrottung der ihm verhaßten Gegner. Im russischen Bolschewismus haben wir den im zwanzigsten Jahrhundert unternommenen Versuch des Judentums zu erblicken, sich die Weltherrschaft anzueignen, genau so, wie es in anderen Zeitperioden durch andere, wenn auch innerlich verwandte Vorgänge dem gleichen Ziele zuzustreben suchte. Sein Streben liegt zutiefst begründet in der Art seines Wesens. So wenig ein anderes Volk von sich aus darauf verzichtet, dem Triebe nach Ausbreitung seiner Art und Macht nachzugeben, sondern durch äußere Verhältnisse dazu gezwungen wird oder durch Alterserscheinungen der Impotenz verfällt, sowenig bricht auch der Jude seinen Weg zur Weltdiktatur aus selbstgewollter Entsagung ab, oder weil er seinen ewigen Drang unterdrückt. Auch er wird entweder durch außerhalb seiner selbst liegende Kräfte in seiner Bahn zurückgeworfen, oder all sein Weltherrschaftsstreben wird durch das eigene Absterben erledigt. Die Impotenz der Völker, ihr eigener Alterstod, liegt aber begründet in der Aufgabe ihrer Blutsreinheit. Und diese wahrt der Jude besser als irgendein anderes Volk der Erde. Somit geht er seinen verhängnisvollen Weg weiter, solange, bis ihm eine andere Kraft entgegentritt und in gewaltigem Ringen den Himmelsstürmer wieder zum Luzifer zurückwirft.

Deutschland ist heute das nächste große Kampfziel des Bolschewismus. Es bedarf aller Kraft einer jungen missionshaften Idee, um unser Volk noch einmal emporzureißen, aus der Umstrickung dieser internationalen

Schlange zu lösen und der Verpestung unseres Blutes im Innern Einhalt zu tun, auf daß die damit frei werdenden Kräfte der Nation für eine Sicherung unseres Volkstums eingesetzt werden können, welche bis in fernste Zeiten eine Wiederholung der letzten Katastrophen zu verhindern vermag. Verfolgt man aber dieses Ziel, so ist es ein Wahnsinn, sich mit einer Macht zu verbünden, die den Todfeind unserer eigenen Zukunft zum Herrn hat. Wie will man unser eigenes Volk aus den Fesseln dieser giftigen Umarmung erlösen, wenn man sich selbst in sie begibt? Wie dem deutschen Arbeiter den Bolschewismus als fluchwürdiges Menschheitsverbrechen klarmachen, wenn man sich selbst mit den Organisationen dieser Ausgeburt der Hölle verbündet, sie also im großen anerkennt? Mit welchem Rechte verurteilt man dann den Angehörigen der breiten Masse ob seiner Sympathie für eine Weltanschauung, wenn die Führer des Staates selber die Vertreter dieser Weltanschauung zum Verbündeten wählen?

Der Kampf gegen die jüdische Weltbolschewisierung erfordert eine klare Einstellung zu Sowjet-Rußland. Man kann nicht den Teufel mit Beelzebub austreiben.

Wenn selbst völkische Kreise heute von einem Bündnis mit Rußland schwärmen, dann sollen diese nur in Deutschland Umschau halten und sich zum Bewußtsein bringen, wessen Unterstützung sie bei ihrem Beginnen finden. Oder sehen neuerdings Völkische eine Handlung als segensreich für das deutsche Volk an, die von der internationalen Marxistenpresse empfohlen und gefordert wird? Seit wann kämpfen Völkische mit einer Rüstung, die uns der Jude als Schildknappe hinhält?

Man konnte dem alten Deutschen Reich einen Hauptvorwurf in bezug auf seine Bündnispolitik machen: daß es sein Verhältnis zu allen verdarb, infolge dauernden Hin- und Herpendelns, in der krankhaften Schwäche, den Weltfrieden um jeden Preis zu wahren. Allein, eines

konnte man ihm nicht vorwerfen, daß es das gute Verhältnis zu Rußland nicht mehr aufrechterhielt.

Ich gestehe offen, daß ich schon in der Vorkriegszeit es für richtiger gehalten hätte, wenn sich Deutschland, unter Verzicht auf die unsinnige Kolonialpolitik und unter Verzicht auf Handels- und Kriegsflotte, mit England im Bunde, gegen Rußland gestellt hätte und damit von der schwachen Allerweltspolitik zu einer entschlossenen europäischen Politik kontinentalen Bodenerwerbs übergegangen wäre.

Ich vergesse nicht die dauernde freche Bedrohung, die das damalige panslawistische Rußland Deutschland zu bieten wagte; ich vergesse nicht die dauernden Probemobilmachungen, deren einziger Sinn eine Brüskierung Deutschlands war; ich kann nicht vergessen die Stimmung der öffentlichen Meinung in Rußland, die schon vor dem Kriege sich an haßerfüllten Ausfällen gegen unser Volk und Reich überbot, kann nicht vergessen die große russische Presse, die immer mehr für Frankreich schwärmte als für uns.

Allein, trotz alledem hätte es vor dem Kriege auch noch den zweiten Weg gegeben, man hätte sich auf Rußland zu stützen vermocht, um sich gegen England zu wenden.

Heute liegen die Verhältnisse anders. Wenn man vor dem Kriege noch unter Hinabwürgen aller möglichen Gefühle mit Rußland hätte gehen können, so kann man dies heute nicht mehr. Der Zeiger der Weltuhr ist seitdem weiter vorgerückt, und in gewaltigen Schlägen kündigt sie uns jene Stunde an, in der unseres Volkes Schicksal so oder so entschieden sein muß. Die Konsolidierung, in der sich augenblicklich die großen Staaten der Erde befinden, ist für uns das letzte Warnungssignal, Einkehr zu halten und unser Volk aus der Traumwelt wieder in die harte Wirklichkeit zurückzubringen und den Weg in die Zukunft zu weisen, der allein das alte Reich zu neuer Blüte führt.

Wenn die nationalsozialistische Bewegung im Hinblick auf die große und wichtigste Aufgabe sich von allen Illusionen freimacht und die Vernunft als alleinige Führerin

gelten läßt, kann dereinst die Katastrophe des Jahres 1918 noch von unendlichem Segen für die Zukunft unseres Volkes werden. Aus diesem Zusammenbruch heraus kann dann unser Volk zu einer vollständigen Neuorientierung seines außenpolitischen Handelns gelangen und weiter, gefestigt durch seine neue Weltanschauung im Innern, auch nach außen zu einer endgültigen Stabilisierung seiner Außenpolitik kommen. Es kann dann endlich das erhalten, was England besitzt und selbst Rußland besaß und was Frankreich immer wieder gleiche und für seine Interessen im letzten Grunde richtige Entschlüsse treffen ließ, nämlich: Ein politisches Testament.

Das politische Testament der deutschen Nation für ihr Handeln nach außen aber soll und muß für immer sinngemäß lauten:

Duldet niemals das Entstehen zweier Kontinentalmächte in Europa. Seht in jeglichem Versuch, an den deutschen Grenzen eine zweite Militärmacht zu organisieren, und sei es auch nur in Form der Bildung eines zur Militärmacht fähigen Staates, einen Angriff gegen Deutschland und erblickt darin nicht nur das Recht, sondern die Pflicht, mit allen Mitteln, bis zur Anwendung von Waffengewalt, die Entstehung eines solchen Staates zu verhindern, beziehungsweise einen solchen, wenn er schon entstanden, wieder zu zerschlagen. — Sorgt dafür, daß die Stärke unseres Volkes ihre Grundlagen nicht in Kolonien, sondern im Boden der Heimat in Europa erhält. Haltet das Reich nie für gesichert, wenn es nicht auf Jahrhunderte hinaus jedem Sprossen unseres Volkes sein eigenes Stück Grund und Boden zu geben vermag. Vergeßt nie, daß das heiligste Recht auf dieser Welt das Recht

auf Erde ist, die man selbst bebauen will, und das heiligste Opfer das Blut, das man für diese Erde vergießt.

*

Ich möchte diese Betrachtungen nicht beenden, ohne nochmals auf die alleinige Bündnismöglichkeit hinzuweisen, die es für uns augenblicklich in Europa gibt. Ich habe schon im vorhergehenden Kapitel über das deutsche Bündnisproblem England und Italien als die beiden einzigen Staaten in Europa bezeichnet, mit denen in ein engeres Verhältnis zu gelangen für uns erstrebenswert und erfolgverheißend wäre. Ich will an dieser Stelle noch kurz die militärische Bedeutung eines solchen Bundes streifen.

Die militärischen Folgen des Abschlusses dieses Bündnisses würden in allem und jedem die entgegengesetzten wie die eines Bündnisses mit Rußland sein. Das wichtigste ist zunächst die Tatsache, daß eine Annäherung an England und Italien in keiner Weise eine Kriegsgefahr an sich heraufbeschwört. Die einzige Macht, die für eine Stellungnahme gegen den Bund in Betracht käme, Frankreich, wäre hierzu nicht in der Lage. Damit aber würde der Bund Deutschland die Möglichkeit geben, in aller Ruhe diejenigen Vorbereitungen zu treffen, die im Rahmen einer solchen Koalition für eine Abrechnung mit Frankreich so oder so getroffen werden müßten. Denn das Bedeutungsvolle eines derartigen Bundes liegt ja eben darin, daß Deutschland mit dem Abschluß nicht plötzlich einer feindlichen Invasion preisgegeben wird, sondern daß die gegnerische Allianz selbst zerbricht, die Entente, der wir so unendlich viel Unglück zu verdanken haben, sich selbst auflöst und damit der Todfeind unseres Volkes, Frankreich, der Isolierung anheimfällt. Auch wenn dieser Erfolg zunächst nur von moralischer Wirkung wäre, er würde genügen, Deutschland ein heute kaum

zu ahnendes Maß von Bewegungsfreiheit zu geben. Denn das Gesetz des Handelns läge in der Hand des neuen europäischen anglo-deutsch-italienischen Bundes und nicht mehr bei Frankreich.

Der weitere Erfolg wäre, daß mit einem Schlage Deutschland aus seiner ungünstigen strategischen Lage befreit würde. Der mächtigste Flankenschutz einerseits, die volle Sicherung unserer Versorgung mit Lebensmitteln und Rohstoffen andererseits wäre die segensreiche Wirkung der neuen Staatenordnung.

Fast noch wichtiger aber würde die Tatsache sein, daß der neue Verband Staaten umschließt von einer sich in mancher Hinsicht fast ergänzenden technischen Leistungsfähigkeit. Zum ersten Male bekäme Deutschland Verbündete, die nicht als Blutegel an unserer eigenen Wirtschaft saugen, sondern sogar zur reichsten Vervollständigung unserer technischen Rüstung ihren Teil beitragen könnten und auch würden.

Nicht übersehen möge man noch die letzte Tatsache, daß es sich in beiden Fällen um Verbündete handeln würde, die man nicht mit der Türkei oder dem heutigen Rußland vergleichen kann. Die größte Weltmacht der Erde und ein jugendlicher Nationalstaat würden für einen Kampf in Europa andere Voraussetzungen bieten als die fauligen staatlichen Leichname, mit denen sich Deutschland im letzten Krieg verbunden hatte.

Sicherlich sind, wie ich schon im vorhergehenden Kapitel betonte, die Schwierigkeiten groß, die einem solchen Bunde entgegenstehen. Allein, war etwa die Bildung der Entente ein weniger schweres Werk? Was einem König Eduard VII. gelang, zum Teil fast wider natürliche Interessen gelang, muß und

wird auch uns gelingen, wenn die Erkenntnis von der Notwendigkeit einer solchen Entwicklung uns so beseelt, daß wir unser eigenes Handeln in kluger Selbstüberwindung demgemäß bestimmen. Und dies ist eben in dem Augenblick möglich, in welchem man, erfüllt von der mahnenden Not, statt der außenpolitischen Ziellosigkeit der letzten Jahrzehnte einen einzigen zielbewußten Weg beschreitet und auf diesem durchhält. *Nicht West- und nicht Ostorientierung darf das künftige Ziel unserer Außenpolitik sein, sondern Ostpolitik im Sinne der Erwerbung der notwendigen Scholle für unser deutsches Volk. Da man dazu Kraft benötigt, der Todfeind unseres Volkes aber, Frankreich, uns unerbittlich würgt und die Kraft raubt, haben wir jedes Opfer auf uns zu nehmen, das in seinen Folgen geeignet ist, zu einer Vernichtung der französischen Hegemoniebestrebung in Europa beizutragen. Jede Macht ist heute unser natürlicher Verbündeter, die gleich uns Frankreichs Herrschsucht auf dem Kontinent als unerträglich empfindet. Kein Gang zu einer solchen Macht darf uns zu schwer sein und kein Verzicht als unaussprechbar erscheinen, wenn das Endergebnis nur die Möglichkeit einer Niederwerfung unseres grimmigsten Hassers bietet.* Überlassen wir dann ruhig die Heilung unserer kleineren Wunden den mildernden Wirkungen der Zeit, wenn wir die größte auszubrennen und zu schließen vermögen.

Natürlich verfallen wir heute dem haßerfüllten Gebell der Feinde unseres Volkes im Innern. Lassen wir Nationalsozialisten uns durch dieses aber beirren, das zu verkünden, was unserer innersten Überzeugung nach unbedingt notwendig ist. Wohl müssen wir uns heute gegen den

Strom der in Ausnutzung deutscher Gedankenlosigkeit von jüdischer Hinterlist betörten öffentlichen Meinung stemmen, wohl branden manches Mal die Wogen arg und böse um uns, allein, wer im Strome schwimmt, wird leichter übersehen, als wer sich gegen die Gewässer stemmt. Heute sind wir eine Klippe, in wenigen Jahren schon kann das Schicksal uns zum Damm erheben, an dem der allgemeine Strom sich bricht, um in ein neues Bett zu fließen.

Es ist daher notwendig, daß gerade die nationalsozialistische Bewegung in den Augen der übrigen Welt als Trägerin einer bestimmten politischen Absicht erkannt und festgestellt wird. Was der Himmel auch mit uns vorhaben mag, schon am Visier soll man uns erkennen.

Sowie wir selbst die große Notwendigkeit erkennen, die unser außenpolitisches Handeln zu bestimmen hat, wird aus diesem Erkennen die Kraft der Beharrlichkeit strömen, die wir manches Mal nötig brauchen, wenn unter dem Trommelfeuer unserer gegnerischen Pressemeute dem einen oder anderen bänglich zumute wird und ihn die leise Neigung beschleicht, um nicht alles gegen sich zu haben, wenigstens auf diesem oder jenem Gebiet eine Konzession zu gewähren und mit den Wölfen zu heulen.

15. Kapitel

Notwehr als Recht

Mit der Waffenniederlegung im November 1918 wurde eine Politik eingeleitet, die nach menschlicher Voraussicht langsam zur vollständigen Unterwerfung führen mußte. Geschichtliche Beispiele ähnlicher Art zeigen, daß Völker, die erst ohne zwingendste Gründe die Waffen strekken, in der Folgezeit lieber die größten Demütigungen und Erpressungen hinnehmen, als durch einen erneuten Appell an die Gewalt eine Änderung ihres Schicksals zu versuchen.

Dies ist menschlich erklärlich. Ein kluger Sieger wird seine Forderungen, wenn möglich, immer in Teilen dem Besiegten auferlegen. Er darf dann bei einem charakterlos gewordenen Volk — und dies ist ein jedes sich freiwillig unterwerfendes — damit rechnen, daß es in jeder dieser Einzelunterdrückungen keinen genügenden Grund mehr empfindet, um noch einmal zur Waffe zu greifen. Je mehr Erpressungen aber auf solche Art willig angenommen werden, um so ungerechtfertigter erscheint es dann den Menschen, wegen einer neuen, scheinbar einzelnen, aber allerdings immer wiederkehrenden Bedrückung sich endlich doch zur Wehr zu setzen, besonders wenn man, alles zusammengerechnet, ohnehin schon so viel mehr und größeres Unglück schweigend und duldend ertrug.

Karthagos Untergang ist die schrecklichste Darstellung einer solchen langsamen selbstverschuldeten Hinrichtung eines Volkes.

In seinen „Drei Bekenntnissen" greift deshalb auch Clausewitz in unvergleichlicher Weise diesen Gedanken heraus und nagelt ihn fest für alle Zeiten, indem er spricht:

„daß der Schandfleck einer feigen Unterwerfung nie zu

verwischen ist; daß dieser Gifttropfen in dem Blute eines Volks in die Nachkommenschaft übergeht und die Kraft später Geschlechter lähmen und untergraben wird“; daß demgegenüber „selbst der Untergang dieser Freiheit nach einem blutigen und ehrenvollen Kampf die Wiedergeburt des Volkes sichert und der Kern des Lebens ist, aus dem einst ein neuer Baum die sichere Wurzel schlägt“.

Natürlich wird sich eine ehr- und charakterlos gewordene Nation um solche Lehre nicht kümmern. Denn wer sie beherzigt, kann ja gar nicht so tief sinken, sondern es bricht nur zusammen, wer sie vergißt oder nicht mehr wissen will. Daher darf man bei den Trägern einer charakterlosen Unterwerfung nicht erwarten, daß sie plötzlich in sich gehen, um auf Grund der Vernunft und aller menschlichen Erfahrung anders zu handeln als bisher. Im Gegenteil, gerade diese werden jede solche Lehre weit von sich weisen solange, bis entweder das Volk sein Sklavenjoch endgültig gewohnt ist, oder bis bessere Kräfte an die Oberfläche drängen, um dem verruchten Verderber die Gewalt aus den Händen zu schlagen. Im ersten Fall pflegen sich diese Menschen gar nicht so schlecht zu fühlen, da sie von den klugen Siegern nicht selten das Amt der Sklavenaufseher übertragen erhalten, das diese charakterlosen Naturen dann über ihr eigenes Volk auch meist unbarmherziger ausüben als irgendeine vom Feinde selbst hineingesetzte fremde Bestie.

Die Entwicklung seit dem Jahre 1918 zeigt uns nun, daß in Deutschland die Hoffnung, durch freiwillige Unterwerfung die Gnade der Sieger gewinnen zu können, leider in verhängnisvollster Weise die politische Einsicht und das Handeln der breiten Masse bestimmt. Ich möchte deshalb den Wert auf die Betonung der b r e i t e n M a s s e legen, weil ich mich nicht zur Überzeugung zu bekennen vermag, daß das Tun und Lassen der F ü h r e r unseres Volkes etwa dem gleichen verderblichen Irrwahn zuzuschreiben sei. Da die Leitung unserer Geschicke seit Kriegsende, nunmehr ganz unverhüllt, durch Juden besorgt wird, kann man wirklich nicht annehmen, daß nur fehlerhafte Erkenntnis die Ursache unseres Unglücks sei, sondern man muß im Gegenteil

der Überzeugung sein, daß bewußte Absicht unser Volk zugrunde richtet. Und sowie man erst von diesem Gesichtspunkt aus den scheinbaren Wahnsinn der außenpolitischen Leitung unseres Volkes überprüft, enthüllt er sich als höchst raffinierte, eisigkalte Logik im Dienste des jüdischen Welteroberungsgedankens und -kampfes.

So erscheint es auch begreiflich, daß dieselbe Zeitspanne, die 1806 bis 1813 genügt hatte, um das gänzlich zusammengebrochene Preußen mit neuer Lebensenergie und Kampfentschlossenheit zu erfüllen, heute nicht nur ungenützt verstrichen ist, sondern im Gegenteil zu einer immer größeren Schwächung unseres Staates geführt hat.

Sieben Jahre nach dem November 1918 wurde der Vertrag von Locarno unterzeichnet!

Der Hergang war dabei der oben schon angedeutete: Sowie man einmal den schandbaren Waffenstillstand unterschrieben hatte, brachte man weder die Tatkraft noch den Mut auf, den sich später immer wiederholenden Unterdrükkungsmaßnahmen der Gegner nun plötzlich Widerstand entgegenzusetzen. Diese aber waren zu klug, auf einmal zuviel zu fordern. Sie beschränkten ihre Erpressungen stets auf jenen Umfang, der ihrer eigenen Meinung nach — und der unserer deutschen Führung — augenblicklich noch so weit erträglich sein würde, daß eine Explosion der Volksstimmung dadurch nicht befürchtet zu werden brauchte. Je mehr aber an solchen einzelnen Diktaten unterschrieben und hinuntergewürgt worden war, um so weniger schien es gerechtfertigt, wegen einer e i n z e l n e n weiteren Erpressung oder verlangten Entwürdigung nun plötzlich das zu tun, was man wegen so vieler anderer nicht tat: Widerstand zu leisten. Dies ist eben jener „Gifttropfen", von dem Clausewitz spricht: die zuerst begangene Charakterlosigkeit, die sich selbst immer weiter steigern muß und die allmählich als schlimmstes Erbe jeden künftigen Entschluß belastet. Sie kann zum furchtbaren Bleigewicht werden, das ein Volk dann kaum mehr abzuschütteln vermag, sondern von dem es endgültig hinuntergezogen wird in das Dasein einer Sklavenrasse.

So wechselten auch in Deutschland Entwaffnungs- und Versklavungsedikte, politische Wehrlosmachung und wirtschaftliche Ausplünderung miteinander ab, um endlich moralisch jenen Geist zu erzeugen, der im Dawesgutachten ein Glück und im Vertrag von Locarno einen Erfolg zu sehen vermag. Man kann dann freilich, von einer höheren Warte aus betrachtet, von einem einzigen Glück in diesem Jammer reden, dem Glück, daß man wohl Menschen betören, den Himmel aber nicht bestechen konnte. Denn dessen Segen blieb aus: Not und Sorge sind seitdem die ständigen Begleiter unseres Volkes geworden, und unser einziger treuer Verbündeter ist das Elend. Das Schicksal hat auch in diesem Falle keine Ausnahme gemacht, sondern uns gegeben, was wir verdienten. Da wir die Ehre nicht mehr zu schätzen wissen, lehrt es uns wenigstens, die Freiheit am Brote würdigen. Nach Brot haben die Menschen nun schon zu rufen gelernt, um Freiheit aber werden sie eines Tages noch beten.

So bitter und so ersichtlich der Zusammenbruch unseres Volkes in den Jahren nach 1918 auch war, so entschlossen hatte man gerade in dieser Zeit jeden auf das heftigste verfolgt, der sich unterstand, das, was später immer eingetroffen ist, schon damals zu prophezeien. So erbärmlich schlecht die Leitung unseres Volkes gewesen ist, ebenso eingebildet war sie auch, und besonders dann, wenn es sich um das Abtun unliebsamer, weil unangenehmer Warner handelte. Da konnte man es (und man kann es auch heute noch!) erleben, daß sich die größten parlamentarischen Strohköpfe, wirkliche Gevatter Sattlermeister und Handschuhmacher — nicht bloß dem Beruf nach, was gar nichts sagen würde — plötzlich auf das Piedestal des Staatsmannes emporhoben, um von dort herunter dann die kleinen Sterblichen abzukanzeln. Es tat und tut dabei gar nichts zur Sache, daß ein solcher „Staatsmann" zumeist schon im sechsten Monat seiner Kunst als der windigste Murkser, vom Spott und Hohn der ganzen übrigen Welt umhallt, entlarvt ist, weder ein noch aus weiß und den untrüglichen Beweis für seine vollständige Unfähigkeit schlagend erbracht hat! Nein, das tut gar nichts

zur Sache, im Gegenteil: je mehr es den parlamentarischen Staatsmännern dieser Republik an wirklichen Leistungen gebricht, um so wütender verfolgen sie dafür diejenigen, die Leistungen von ihnen erwarten, die das Versagen ihrer bisherigen Tätigkeit festzustellen sich erfrechen und den Mißerfolg ihrer zukünftigen vorauszusagen. Nagelt man aber einen solchen parlamentarischen Ehrenmann einmal endgültig fest, und kann der Staatskünstler dann wirklich den Zusammenbruch seiner ganzen Tätigkeit und ihrer Ergebnisse nicht mehr wegleugnen, dann finden sie tausend und aber tausend Gründe der Entschuldigung für ihre Nichterfolge, und wollen nur einen einzigen nicht zugeben, daß sie selbst der Hauptgrund alles Übels sind.

*

Spätestens im Winter 1922/23 hätte man allgemein verstehen müssen, daß sich Frankreich auch nach dem Friedensschluß mit eiserner Konsequenz bemühe, sein ihm ursprünglich vorschwebendes Kriegsziel doch noch zu erreichen. Denn niemand wird wohl glauben, daß Frankreich im entscheidendsten Ringen seiner Geschichte viereinhalb Jahre lang das an sich nicht zu reiche Blut seines Volkes einsetzte, nur um später die vorher angerichteten Schäden durch Reparationen wieder vergütet zu erhalten. Selbst Elsaß-Lothringen allein würde noch nicht die Energie der französischen Kriegsführung erklären, wenn es sich nicht dabei um einen Teil des wirklich großen politischen Zukunftsprogrammes der französischen Außenpolitik gehandelt hätte. Dieses Ziel aber heißt: Auflösung Deutschlands in ein Gemengsel von Kleinstaaten. Dafür hat das chauvinistische Frankreich gekämpft, wobei es allerdings sein Volk in Wahrheit als Landsknechte dem internationalen Weltjuden verkaufte.

Dieses französische Kriegsziel wäre schon durch den Krieg an sich zu erreichen gewesen, wenn, wie man anfangs zu Paris hoffte, der Kampf sich auf deutschem Boden abgespielt hätte. Man stelle sich vor, daß die blutigen Schlachten des Weltkrieges nicht an der Somme, in Flandern, im Artois, vor Warschau, Nishnij Nowgorod, Kowno, Riga

und wo sonst überall noch stattgefunden hätten, sondern in Deutschland, an der Ruhr und am Main, an der Elbe, vor Hannover, Leipzig, Nürnberg usw., und man wird wohl zustimmen müssen, daß die Möglichkeit einer Zertrümmerung Deutschlands gegeben gewesen wäre. Es ist sehr fraglich, ob unser junger föderativer Staat viereinhalb Jahre lang die gleiche Belastungsprobe ausgehalten hätte wie das seit Jahrhunderten stramm zentralisierte und nur nach dem unumstrittenen Mittelpunkt Paris sehende Frankreich. Daß dieses gewaltigste Völkerringen sich außerhalb der Grenzen unseres Vaterlandes abrollte, war nicht nur das unsterbliche Verdienst des einzigen alten Heeres, sondern auch das größte Glück für die deutsche Zukunft. Es ist meine felsenfeste, mich manches Mal fast beklemmende innere Überzeugung, daß es im anderen Falle heute schon längst kein Deutsches Reich, sondern nur mehr „deutsche Staaten" gäbe. Dies ist auch der einzige Grund, warum das Blut unserer gefallenen Freunde und Brüder wenigstens nicht ganz umsonst geflossen ist.

So kam alles anders! Wohl brach Deutschland im November 1918 blitzschnell zusammen. Allein, als die Katastrophe in der Heimat eintrat, standen die Armeen des Feldheeres noch tief in feindlichen Landen. Die erste Sorge Frankreichs war damals nicht Deutschlands Auflösung, sondern vielmehr die: Wie bringt man die deutschen Armeen möglichst schnell aus Frankreich und Belgien hinaus? Und so war für die Pariser Staatsleitung die erste Aufgabe zur Beendigung des Weltkrieges, die deutschen Armeen zu entwaffnen und, wenn möglich, zunächst nach Deutschland zurückzudrängen; und erst in zweiter Linie konnte man sich der Erfüllung des ursprünglichen und eigentlichen Kriegszieles widmen. Allerdings war Frankreich darin bereits gelähmt. In England war mit der Vernichtung Deutschlands als Kolonial- und Handelsmacht und dessen Herunterdrückung in den Rang eines Staates zweiter Klasse der Krieg wirklich siegreich beendet. Ein Interesse an der restlosen Ausmerzung des deutschen Staates besaß man nicht nur nicht, sondern man hatte sogar allen Grund, einen

Rivalen gegen Frankreich in Europa für die Zukunft zu wünschen. So mußte die französische Politik erst in entschlossener Friedensarbeit fortsetzen, was der Krieg angebahnt hatte, und Clemenceaus Ausspruch, daß für ihn auch der Friede nur die Fortsetzung des Krieges sei, bekam erhöhte Bedeutung.

Dauernd, bei jedem möglichen Anlaß, mußte man das Reichsgefüge erschüttern. Durch die Auferlegung immer neuer Entwaffnungsnoten einerseits und durch die hierdurch ermöglichte wirtschaftliche Auspressung andererseits hoffte man in Paris, das Reichsgefüge langsam lockern zu können. Je mehr die nationale Ehre in Deutschland abstarb, um so eher konnten der wirtschaftliche Druck und die ewige Not zu politisch destruktiven Wirkungen führen. Eine solche Politik politischer Unterdrückung und wirtschaftlicher Ausplünderung, zehn und zwanzig Jahre durchgeführt, muß allmählich selbst den besten Staatskörper ruinieren und unter Umständen auflösen. Damit aber ist das französische Kriegsziel dann endgültig erreicht.

Dies mußte man im Winter 1922/23 doch schon längst als Frankreichs Absicht erkannt haben. Damit blieben aber nur zwei Möglichkeiten übrig: Man durfte hoffen, entweder den französischen Willen an der Zähigkeit des deutschen Volkskörper allmählich stumpf zu machen oder einmal endlich zu tun, was doch nicht ausbleiben kann, nämlich bei irgendeinem besonders krassen Fall das Steuer des Reichsschiffes herumzureißen und die Ramme gegen den Feind zu kehren. Dies bedeutete dann allerdings einen Kampf auf Leben und Tod, und Aussicht zum Leben war nur vorhanden, wenn es vorher gelang, Frankreich soweit zu isolieren, daß dieser zweite Kampf nicht mehr ein Ringen Deutschlands gegen die Welt sein mußte, sondern eine Verteidigung Deutschlands gegen das die Welt und ihren Frieden dauernd störende Frankreich darstellte.

Ich betone es und bin fest davon überzeugt, daß dieser zweite Fall einmal so oder so kommen muß und kommen wird. Ich glaube niemals daran, daß sich Frankreichs Absichten uns gegenüber je ändern könnten; denn sie liegen

im tiefsten Grunde nur im Sinne der Selbsterhaltung der französischen Nation. Wäre ich selbst Franzose und wäre mir somit Frankreichs Größe so lieb, wie mir die Deutschlands heilig ist, so könnte und wollte auch ich nicht anders handeln, als es am Ende ein Clemenceau tut. Das nicht nur in seiner Volkszahl, sondern besonders in seinen rassisch besten Elementen langsam absterbende Franzosentum kann sich seine Bedeutung in der Welt auf die Dauer nur erhalten bei Zertrümmerung Deutschlands. Die französische Politik mag tausend Umwege machen, irgendwo am Ende wird immer dieses Ziel als Erfüllung letzter Wünsche und tiefster Sehnsucht vorhanden sein. Es ist aber unrichtig, zu glauben, daß ein rein *passiver*, nur sich selbst erhalten wollender Wille einem nicht minder kraftvollen, aber *aktiv* vorgehenden auf die Dauer Widerstand leisten könne. *Solange der ewige Konflikt zwischen Deutschland und Frankreich nur in der Form einer deutschen Abwehr gegenüber französischem Angriff ausgetragen wird, wird er niemals entschieden werden, wohl aber wird Deutschland von Jahrhundert zu Jahrhundert eine Position nach der anderen verlieren.* Man verfolge das Wandern der deutschen Sprachgrenze vom zwölften Jahrhundert angefangen bis heute, und man wird wohl schwerlich mehr auf den Erfolg einer Einstellung und Entwicklung bauen, die uns bisher schon so viel Schäden gebracht hat.

Erst wenn dies in Deutschland vollständig begriffen sein wird, so daß man den Lebenswillen der deutschen Nation nicht mehr in bloß passiver Abwehr verkümmern läßt, sondern zu einer endgültigen aktiven Auseinandersetzung mit Frankreich zusammenrafft und in einem letzten Entscheidungskampf mit deutscherseits größten Schlußzielen hineinwirft: erst dann wird man imstande sein, das ewige und an sich so unfruchtbare Ringen zwischen uns und Frankreich zum Abschluß zu bringen; allerdings unter der Voraussetzung, daß Deutschland in der Vernichtung Frankreichs

wirklich nur ein Mittel sieht, um danach unserem Volke endlich an anderer Stelle die mögliche Ausdehnung geben zu können. Heute zählen wir achtzig Millionen Deutsche in Europa! Erst dann aber wird jene Außenpolitik als richtig anerkannt werden, wenn nach kaum hundert Jahren zweihundertfünfzig Millionen Deutsche auf diesem Kontinent leben werden, und zwar nicht zusammengepreßt als Fabrikkulis der anderen Welt, sondern: als Bauern und Arbeiter, die sich durch ihr Schaffen gegenseitig das Leben gewähren.

Im Dezember 1922 schien die Situation zwischen Deutschland und Frankreich wieder zu bedrohlicher Schärfe zugespitzt. Frankreich hatte neue ungeheure Erpressungen im Auge und brauchte dazu Pfänder. Der wirtschaftlichen Ausplünderung mußte ein politischer Druck vorangehen, und nur ein gewaltsamer Griff in die Nervenzentrale unseres gesamten deutschen Lebens schien den Franzosen als genügend, um unser „widerspenstiges" Volk unter schärferes Joch nehmen zu können. Mit der Besetzung des Ruhrgebietes hoffte man in Frankreich nicht nur das moralische Rückgrat Deutschlands endgültig durchzubrechen, sondern uns auch wirtschaftlich in eine Zwangslage zu versetzen, in der wir jede, auch die schwerste Verpflichtung wohl oder übel würden übernehmen müssen.

Es ging auf Biegen und Brechen. Und Deutschland bog sich gleich zu Beginn, um später dann beim vollständigen Bruch zu enden.

Mit der Besetzung des Ruhrgebietes hat das Schicksal noch einmal dem deutschen Volk die Hand zum Wiederaufstieg geboten. Denn was im ersten Augenblick als schweres Unglück erscheinen mußte, umschloß bei näherer Betrachtung die unendlich verheißende Möglichkeit zur Beendigung des deutschen Leidens überhaupt.

Außenpolitisch hat die Ruhrbesetzung Frankreich zum erstenmal England wirklich innerlich entfremdet, und zwar nicht nur den Kreisen der britischen Diplomatie, die das französische Bündnis an sich nur mit dem nüchternen Auge kalter Rechner geschlossen, angesehen und aufrechterhalten

hatten, sondern auch weitesten Kreisen des englischen Volkes. Besonders die englische Wirtschaft empfand mit schlecht verhehltem Unbehagen diese weitere unglaubliche Stärkung der kontinentalen französischen Macht. Denn nicht nur, daß Frankreich, rein militärpolitisch betrachtet, nun eine Stellung in Europa einnahm, wie sie vordem selbst Deutschland nicht besessen hatte, erhielt es nun auch wirtschaftlich Unterlagen, die seine politische Konkurrenzfähigkeit wirtschaftlich fast mit einer Monopolstellung verbanden. Die größten Eisengruben und Kohlenfelder Europas waren damit vereint in den Händen einer Nation, die ihre Lebensinteressen, sehr zum Unterschied von Deutschland, bisher ebenso entschlossen wie aktivistisch wahrgenommen hatte, und die ihre militärische Zuverlässigkeit in dem großen Krieg aller Welt in frische Erinnerung brachte. Mit der Besetzung der Ruhrkohlenfelder durch Frankreich wurde England sein ganzer Erfolg des Krieges wieder aus der Hand gewunden, und Sieger war nun nicht mehr die emsige und rührige britische Diplomatie, sondern Marschall Foch und sein durch ihn vertretenes Frankreich.

Auch in Italien schlug die Stimmung gegen Frankreich, die ohnehin seit Kriegsende nicht mehr gerade rosig war, nun in einen förmlichen Haß um. Es war der große geschichtliche Augenblick, in dem die Verbündeten von einst Feinde von morgen sein konnten. Wenn es doch anders kam und die Verbündeten nicht, wie im zweiten Balkankrieg, nun plötzlich untereinander in Fehde gerieten, dann war dies nur dem Umstand zuzuschreiben, daß Deutschland eben keinen Enver Pascha besaß, sondern einen Reichskanzler Cuno.

Allein nicht nur außenpolitisch, sondern auch innerpolitisch war für Deutschland der Ruhreinfall der Franzosen von größter Zukunftsmöglichkeit. Ein beträchtlicher Teil unseres Volkes, der, dank unausgesetzten Einflusses seiner lügenhaften Presse, Frankreich noch immer als den Kämpfer für Fortschritt und Liberalität ansah, wurde von diesem Irrwahn jäh geheilt. So wie das Jahr 1914 die Träume internationaler Völkersolidarität aus den Köpfen unserer

deutschen Arbeiter verscheucht hatte und sie plötzlich zurückführte in die Welt des ewigen Ringens, da sich allüberall ein Wesen vom anderen nährt und der Tod des Schwächeren das Leben des Stärkeren bedeutet, so auch das Frühjahr 1923.

Als der Franzose seine Drohungen wahr machte und endlich im niederdeutschen Kohlengebiet, erst noch sehr vorsichtig und zaghaft, einzurücken begann, da hatte für Deutschland eine große, entscheidende Schicksalsstunde geschlagen. Wenn in diesem Augenblick unser Volk einen Wandel seiner Gesinnung verband mit einer Änderung der bisherigen Haltung, dann konnte das deutsche Ruhrgebiet für Frankreich zum napoleonischen Moskau werden. Es gab ja nur zwei Möglichkeiten: Entweder man ließ sich auch das noch gefallen und tat nichts, oder man schuf dem deutschen Volk, mit dem Blick auf das Gebiet der glühenden Essen und qualmenden Öfen, zugleich den glühenden Willen, diese ewige Schande zu beenden, und lieber den Schrecken des Augenblicks auf sich zu nehmen, als den endlosen Schrecken weiter zu ertragen.

Einen dritten Weg entdeckt zu haben, war das unsterbliche Verdienst des damaligen Reichskanzlers Cuno, und ihn bewundert und mitgemacht zu haben, das noch ruhmvollere unserer bürgerlichen deutschen Parteienwelt.

Ich will hier zuerst den zweiten Weg, so kurz als nur möglich, einer Betrachtung unterziehen:

Mit der Besetzung des Ruhrgebietes hatte Frankreich einen eklatanten Bruch des Versailler Vertrages vollzogen. Es hatte sich damit auch in Gegensatz gestellt zu einer Reihe von Garantiemächten, besonders aber zu England und Italien. Irgendwelche Unterstützung von diesen Staaten für seinen egoistischen eigenen Raubzug konnte Frankreich nicht mehr erhoffen. Das Abenteuer, und ein solches war es zunächst, mußte es also selbst zu irgendeinem glücklichen Ende bringen. Für eine nationale deutsche Regierung konnte es nur einen einzigen Weg geben, nämlich den, den die Ehre

vorschrieb. Es war sicher, daß man zunächst nicht mit aktiver Waffengewalt Frankreich entgegentreten konnte; allein es war notwendig, sich klarzumachen, daß alles Verhandeln ohne Macht hinter sich lächerlich und unfruchtbar sein würde. Es war unsinnig, sich ohne Möglichkeit eines aktiven Widerstandes auf den Standpunkt zu stellen: „Wir gehen zu keiner Verhandlung"; aber es war noch viel unsinniger, dann endlich doch zur Verhandlung zu gehen, ohne sich unterdes eine Macht geschaffen zu haben.

Nicht als ob man die Ruhrbesetzung durch militärische Maßnahmen hätte verhindern können. Nur ein Wahnsinniger konnte zu einem solchen Entschlusse raten. Allein unter dem Eindrucke dieser Aktion Frankreichs und während der Zeit ihrer Ausführung konnte und mußte man darauf bedacht sein, ohne Rücksicht auf den von Frankreich selbst zerfetzten Vertrag von Versailles, sich derjenigen militärischen Hilfsmittel zu versichern, die man später den Unterhändlern auf ihren Weg mitgeben konnte. Denn das war von Anfang an klar, daß eines Tages über dieses von Frankreich besetzte Gebiet an irgendeinem Konferenztisch entschieden werden würde. Aber ebenso klar mußte man sich darüber sein, daß selbst die besten Unterhändler wenig Erfolge zu erringen vermögen, solange der Boden, auf dem sie stehen, und der Stuhl, auf dem sie sitzen, nicht der Schildarm ihres Volkes ist. Ein schwaches Schneiderlein kann nicht mit Athleten disputieren, und ein wehrloser Unterhändler mußte noch immer das Schwert des Brennus auf der feindlichen Waagschale dulden, wenn er nicht sein eigenes zum Ausgleich hineinzuwerfen hatte. Oder war es nicht wirklich ein Jammer, die Verhandlungskomödien ansehen zu müssen, die seit dem Jahre 1918 immer den jeweiligen Diktaten vorangegangen waren? Dieses entwürdigende Schauspiel, das man der ganzen Welt bot, indem man uns, wie zum Hohne, zuerst an den Konferenztisch lud, um uns dann längst fertige Entschlüsse und Programme vorzulegen, über die wohl geredet werden durfte, die aber von vornherein als unabänderlich angesehen werden mußten. Freilich, unsere Unterhändler standen

kaum in einem einzigen Fall über dem bescheidensten Durchschnitt und rechtfertigten meist nur zu sehr die freche Äußerung Lloyd Georges, der angesichts des ehemaligen Reichsministers Simon höhnisch bemerkte, „daß die Deutschen nicht verstünden, sich Männer von Geist als Führer und Vertreter zu wählen". Allein selbst Genies hätten angesichts des entschlossenen Machtwillens des feindlichen und der jammervollen Wehrlosigkeit des eigenen Volkes in jeder Beziehung nur wenig erreichen können.

Wer aber im Frühjahr 1923 die Ruhrbesetzung Frankreichs zum Anlaß einer Wiederherstellung militärischer Machtmittel nehmen wollte, der mußte zunächst der Nation die geistigen Waffen geben, die Willenskraft stärken und die Zersetzer dieser wertvollsten nationalen Stärke vernichten.

So wie es sich im Jahre 1918 blutig gerächt hat, daß man 1914 und 1915 nicht dazu überging, der marxistischen Schlange einmal für immer den Kopf zu zertreten, so mußte es sich auch auf das unseligste rächen, wenn man im Frühjahr 1923 nicht den Anlaß wahrnahm, den marxistischen Landesverrätern und Volksmördern endgültig das Handwerk zu legen.

Jeder Gedanke eines wirklichen Widerstandes gegen Frankreich war blanker Unsinn, wenn man nicht denjenigen Kräften den Kampf ansagte, die fünf Jahre vorher den deutschen Widerstand auf den Schlachtfeldern von innen her gebrochen hatten. Nur bürgerliche Gemüter konnten sich zur unglaublichen Meinung durchringen, daß der Marxismus jetzt vielleicht ein anderer geworden wäre und daß die kanaillösen Führerkreaturen des Jahres 1918, die damals zwei Millionen Tote eiskalt mit Füßen traten, um besser in die verschiedenen Regierungsstühle hineinklettern zu können, jetzt im Jahre 1923 plötzlich dem nationalen Gewissen ihren Tribut zu leisten bereit seien. Ein unglaublicher und wirklich sinnloser Gedanke, die Hoffnung, daß die Landesverräter von einst plötzlich zu Kämpfern für eine deutsche Freiheit werden würden. Sie dachten gar nicht daran! *So wenig eine Hyäne vom Aase läßt*, so

wenig ein Marxist vom Vaterlandsverrat. Man bleibe mit dem dümmsten Einwand gefälligst weg, daß doch so viele Arbeiter einst auch für Deutschland geblutet hätten. Deutsche Arbeiter, jawohl, aber dann waren es eben keine internationalen Marxisten mehr. Hätte im Jahre 1914 die deutsche Arbeiterschaft ihrer inneren Einstellung nach noch aus Marxisten bestanden, so wäre der Krieg nach drei Wochen zu Ende gewesen. Deutschland wäre zusammengebrochen, ehe der erste Soldat seinen Fuß nur über die Grenze gesetzt hätte. Nein, daß damals das deutsche Volk noch kämpfte, bewies, daß der marxistische Irrwahn sich noch nicht bis zur letzten Tiefe einzufressen vermocht hatte. In eben dem Maße aber, in dem im Laufe des Krieges der deutsche Arbeiter und deutsche Soldat wieder in die Hand der marxistischen Führer zurückkehrte, in eben dem Maße ging er dem Vaterland verloren. Hätte man zu Kriegsbeginn und während des Krieges einmal zwölf- oder fünfzehntausend dieser hebräischen Volksverderber so unter Giftgas gehalten, wie Hunderttausende unserer allerbesten deutschen Arbeiter aus allen Schichten und Berufen es im Felde erdulden mußten, dann wäre das Millionenopfer der Front nicht vergeblich gewesen. Im Gegenteil: Zwölftausend Schurken zur rechten Zeit beseitigt, hätte vielleicht einer Million ordentlicher, für die Zukunft wertvoller Deutschen das Leben gerettet. Doch gehörte es eben auch zur bürgerlichen „Staatskunst“, ohne mit der Wimper zu zucken, Millionen auf dem Schlachtfeld dem blutigen Ende auszuliefern, aber zehn- oder zwölftausend Volksverräter, Schieber, Wucherer und Betrüger als kostbares nationales Heiligtum anzusehen und damit deren Unantastbarkeit offen zu proklamieren. Man weiß ja nicht, was in dieser bürgerlichen Welt größer ist, die Trottelhaftigkeit, die Schwäche und Feigheit oder die durch und durch verlumpte Gesinnung. Es ist wirklich eine vom Schicksal zum Untergang bestimmte Klasse, die nur leider ein ganzes Volk mit sich in den Abgrund reißt.

Vor der ganz gleichen Situation wie 1918 stand man aber im Jahre 1923. Ganz gleich zu welcher Art von Widerstand

man sich entschloß, immer war die erste Voraussetzung die Ausscheidung des marxistischen Giftes aus unserem Volkskörper. Und es war, meiner Überzeugung nach, damals die allererste Aufgabe einer wirklich nationalen Regierung, die Kräfte zu suchen und zu finden, die entschlossen waren, dem Marxismus den Vernichtungskrieg anzusagen, und diesen Kräften dann freie Bahn zu geben; es war ihre Pflicht, nicht den Blödsinn von „Ruhe und Ordnung" anzubeten in einem Augenblick, da der äußere Feind dem Vaterlande den vernichtendsten Hieb zufügte und im Inneren der Verrat an jeder Straßenecke lauerte. Nein, eine wirklich nationale Regierung mußte damals die Unordnung und die Unruhe wünschen, wenn nur unter ihren Wirren endlich eine prinzipielle Abrechnung mit den marxistischen Todfeinden unseres Volkes möglich wurde und stattfand. Unterließ man dies, dann war jeder Gedanke an einen Widerstand, ganz gleich welcher Art, purer Wahnsinn.

Solch eine Abrechnung von wirklicher, weltgeschichtlicher Größe findet allerdings nicht statt nach dem Schema irgendeines Geheimrats oder einer alten, ausgetrockneten Ministerseele, sondern nach den ewigen Gesetzen des Lebens auf dieser Erde, die Kampf um dieses Leben sind und Kampf bleiben. Man mußte sich vergegenwärtigen, daß aus den blutigsten Bürgerkriegen häufig ein stahlharter, gesunder Volkskörper erwuchs, während aus künstlich gehegten Friedenszuständen öfter als einmal die Fäulnis zum Himmel emporstank. Völkerschicksale wendet man nicht in Glacéhandschuhen. So mußte man im Jahre 1923 mit brutalstem Griffe zufassen, um der Nattern habhaft zu werden, die an unserem Volkskörper fraßen. Gelang dies, dann erst hatte die Vorbereitung eines aktiven Widerstandes Sinn.

Ich habe mir damals oft und oft die Kehle heiser geredet und habe versucht, wenigstens den sogenannten nationalen Kreisen klarzumachen, was diesesmal auf dem Spiele stehe und daß, bei gleichen Fehlern wie im Jahre 1914 und den folgenden Jahren, zwangsläufig auch wieder ein Ende kommen würde wie 1918. Ich habe sie immer wieder gebeten, dem Schicksal freien Lauf zu lassen und unserer

Bewegung die Möglichkeit einer Auseinandersetzung mit dem Marxismus zu geben; aber ich predigte tauben Ohren. Sie verstanden es alle besser, einschließlich des Chefs der Wehrmacht, bis sie endlich vor der erbärmlichsten Kapitulation aller Zeiten standen.

Damals wurde ich mir bis ins Innerste bewußt, daß das deutsche Bürgertum am Ende einer Mission steht und zu keiner weiteren Aufgabe mehr berufen ist. Damals sah ich, wie alle diese Parteien nur mehr aus Konkurrenzneid sich mit dem Marxismus zankten, ohne ihn überhaupt noch ernstlich vernichten zu wollen; sie hatten sich innerlich alle mit der Zerstörung des Vaterlandes längst abgefunden, und was sie bewegte, war einzig die große Sorge, selbst am Leichenschmaus teilnehmen zu dürfen. Nur dafür „kämpften“ sie noch.

In dieser Zeit — ich gestehe es offen — faßte ich die tiefste Bewunderung für den großen Mann südlich der Alpen, der in heißer Liebe zu seinem Volke mit den inneren Feinden Italiens nicht paktierte, sondern ihre Vernichtung auf allen Wegen und mit allen Mitteln erstrebte. Was Mussolini unter die Großen dieser Erde einreihen wird, ist die Entschlossenheit, Italien nicht mit dem Marxismus zu teilen, sondern, indem er den Internationalismus der Vernichtung preisgab, das Vaterland vor ihm zu retten.

Wie jämmerlich zwergenhaft erscheinen dagegen unsere deutschen Auch-Staatsmänner, und wie muß einen der Ekel würgen, wenn diese Nullen mit ungezogenster Eingebildetheit sich unterstehen, den tausendmal Größeren zu kritisieren; und wie schmerzhaft ist es, zu denken, daß dies in einem Lande geschieht, das vor kaum einem halben Jahrhundert noch einen Bismarck seinen Führer nennen durfte. —

Mit dieser Einstellung des Bürgertums und Schonung des Marxismus war aber 1923 das Schicksal jedes aktiven Ruhrwiderstandes von vornherein entschieden. Gegen Frankreich kämpfen zu wollen mit dem Todfeind in den eigenen Reihen, war heller Blödsinn. Was man dann noch machte, konnte höchstens Spiegelfechterei sein, aufgeführt, um das nationalistische Element in Deutschland etwas zu

befriedigen, die „kochende Volksseele“ zu beruhigen, oder in Wirklichkeit zu düpieren. Hätten sie ernstlich an das geglaubt, was sie taten, so hätten sie doch erkennen müssen, daß die Stärke eines Volkes in erster Linie nicht in seinen Waffen, sondern in seinem Willen liegt, und daß, ehe man äußere Feinde besiegt, erst der Feind im eigenen Inneren vernichtet werden muß; sonst wehe, wenn nicht der Sieg schon am ersten Tage den Kampf belohnt. Sowie auch nur der Schatten einer Niederlage über ein im Inneren nicht von Feinden freies Volk streicht, wird dessen Widerstandskraft zerbrechen und der Gegner endgültig Sieger werden.

Das konnte man damit schon im Frühjahr 1923 voraussagen. Man rede durchaus nicht von der Fraglichkeit eines militärischen Erfolges gegen Frankreich! Denn wenn das Ergebnis des deutschen Handelns gegenüber dem Ruhreinfall der Franzosen nur die Vernichtung des Marxismus im Innern gewesen wäre, so würde schon damit der Erfolg auf unserer Seite gewesen sein. Ein Deutschland, von diesen Todfeinden seines Daseins und seiner Zukunft erlöst, besäße Kräfte, die keine Welt mehr abzuwürgen vermöchte. *An dem Tage, da in Deutschland der Marxismus zerbrochen wird, brechen in Wahrheit für ewig seine Fesseln.* Denn niemals sind wir in unserer Geschichte durch die Kraft unserer Gegner besiegt worden, sondern immer nur durch unsere eigenen Laster und durch die Feinde in unserem eigenen Lager.

Da die deutsche Staatsleitung sich damals zu einer solchen heroischen Tat nicht aufzuraffen vermochte, hätte sie sinngemäß eigentlich nur mehr den ersten Weg gehen können, nämlich den, nun überhaupt nichts zu tun, sondern die Dinge laufen zu lassen, wie sie eben liefen.

Allein in großer Stunde hat der Himmel dem deutschen Volk auch einen großen Mann geschenkt, Herrn Cuno. Er war nicht eigentlich Staatsmann oder Politiker von Beruf, und noch viel weniger natürlich von Geburt, sondern er stellte so eine Art politischen Zugeher dar, den man bloß für die Erledigung bestimmter Aufgaben brauchte; sonst war er eigentlich mehr in Geschäften bewandert. Ein Fluch

für Deutschland deshalb, weil dieser politisierende Kaufmann nun auch die Politik als wirtschaftliches Unternehmen ansah und demgemäß sein Handeln einrichtete.

„Frankreich besetzte das Ruhrgebiet; was ist im Ruhrgebiet? Kohle. Also besetzt Frankreich das Ruhrgebiet wegen der Kohle?" Was war für Herrn Cuno da natürlicher als der Gedanke, nun zu streiken, damit die Franzosen keine Kohle bekommen, worauf sie dann, nach der Meinung des Herrn Cuno, sicher eines Tages das Ruhrgebiet infolge der Unrentabilität des Unternehmens wieder räumen würden. So ungefähr verlief der Gedankengang dieses „bedeutenden" „nationalen" „Staatsmannes", den man zu Stuttgart und an anderen Orten zu „seinem Volk" reden ließ und den dieses Volk ganz glückselig bestaunte.

Zum Streik brauchte man aber natürlich auch die Marxisten, denn in erster Linie mußten ja die Arbeiter streiken. Also war es notwendig, den Arbeiter (und der ist in dem Gehirn eines solchen bürgerlichen Staatsmannes immer gleichbedeutend mit dem Marxisten) in eine Einheitsfront mit all den anderen Deutschen zu bringen. Man muß damals wirklich das Leuchten dieser bürgerlichen parteipolitischen Schimmelkulturen angesichts einer solchen genialen Parole gesehen haben! National und genial zugleich — da hatten sie ja nun endlich das, was sie innerlich doch die ganze Zeit suchten! Die Brücke zum Marxismus war gefunden, und dem nationalen Schwindler war es jetzt ermöglicht, mit „teutscher" Miene und nationalen Phrasen dem internationalen Landesverräter die biedere Hand hinzustrecken. Und dieser schlug schleunigst ein. Denn so wie Cuno zu seiner „Einheitsfront" die marxistischen Führer brauchte, so notwendig brauchten aber die marxistischen Führer das Cunosche Geld. Damit war dann beiden Teilen geholfen. Cuno erhielt seine Einheitsfront, gebildet aus nationalen Schwätzern und antinationalen Gaunern, und die internationalen Betrüger konnten bei staatlicher Bezahlung ihrer erhabensten Kampfesmission dienen, d. h. die nationale Wirtschaft zerstören, und zwar dieses Mal sogar auf Staatskosten. Ein unsterblicher Gedanke, durch

einen bezahlten Generalstreik eine Nation zu erretten, auf jeden Fall aber die Parole, in die selbst der gleichgültigste Taugenichts doch mit voller Begeisterung einstimmen kann.

Daß man ein Volk nicht durch Beten frei macht, weiß man im allgemeinen. Ob man es aber nicht doch vielleicht frei zu faulenzen vermag, das mußte erst noch geschichtlich erprobt werden. Hätte Herr Cuno damals, statt zum bezahlten Generalstreik aufzufordern und diesen damit als die Grundlage der „Einheitsfront“ aufzustellen, von jedem Deutschen nur zwei Stunden mehr Arbeit verlangt, dann würde der Schwindel dieser „Einheitsfront“ sich am dritten Tage von selbst erledigt haben. Völker befreit man nicht durch Nichtstun, sondern durch Opfer.

Allerdings ließ sich dieser sogenannte passive Widerstand an sich nicht lange halten. Denn nur ein vollkommen kriegsfremder Mensch konnte sich einbilden, okkupierende Armeen mit so lächerlichen Mitteln verscheuchen zu können. Das allein hätte aber doch der Sinn einer Aktion sein können, deren Kosten in die Milliarden gingen und die wesentlich mithalf, die nationale Währung bis in den Grund hinein zu zerstören.

Natürlich konnten sich die Franzosen mit einer gewissen inneren Beruhigung in dem Augenblick im Ruhrgebiet häuslich einrichten, in dem sie den Widerstand sich solcher Mittel bedienen sahen. Sie hatten ja gerade durch uns selbst die besten Rezepte in der Hand, wie man eine störrische Zivilbevölkerung zur Raison bringt, wenn in ihrem Benehmen eine ernstliche Gefährdung der Okkupationsbehörden liegt. Wie blitzschnell hatten wir doch neun Jahre vorher die belgischen Franktireurbanden zu Paaren getrieben und der Zivilbevölkerung den Ernst der Lage klargemacht, als unter ihrer Tätigkeit die deutschen Armeen Gefahr liefen, ernstlich Schaden zu erleiden. Sowie der passive Ruhrwiderstand Frankreich wirklich gefährlich ge-

worden wäre, hätte die Besatzungstruppe im Verlaufe von noch nicht einmal acht Tagen in spielender Leichtigkeit diesem ganzen kindlichen Unfug ein grausames Ende bereitet. Denn das ist immer die letzte Frage: Was will man tun, wenn einem Gegner der passive Widerstand zum Schluß wirklich auf die Nerven geht und er nun den Kampf dagegen mit blutiger Brachialgewalt aufnimmt? Ist man dann entschlossen, weiter Widerstand zu leisten? Wenn ja, muß man wohl oder übel die schwersten, blutigsten Verfolgungen auf sich nehmen. Damit aber steht man dort, wo man auch beim aktiven Widerstand steht — nämlich vor dem Kampf. Daher hat jeder sogenannte passive Widerstand nur dann einen inneren Sinn, wenn hinter ihm die Entschlossenheit wartet, nötigenfalls im offenen Kampf oder im verdeckten Kleinkrieg diesen Widerstand fortzusetzen. Im allgemeinen wird jedes solche Ringen an die Überzeugung eines möglichen Erfolges gebunden sein. Sobald eine belagerte Festung, die vom Feinde hart berannt wird, die letzte Hoffnung auf Entsatz aufzugeben gezwungen ist, gibt sie sich praktisch damit selbst auf, besonders dann, wenn in einem solchen Fall den Verteidiger statt des wahrscheinlichen Todes noch das sichere Leben lockt. Man raube der Besatzung einer umschlossenen Burg den Glauben an die mögliche Befreiung, und alle Kräfte der Verteidigung werden damit jäh zusammenbrechen.

Deshalb hatte auch ein passiver Widerstand an der Ruhr unter Hinblick auf die letzten Konsequenzen, die er mit sich bringen konnte und mußte, wenn er wirklich erfolgreich sein sollte, nur dann einen Sinn, wenn sich hinter ihm eine aktive Front aufbaute. Dann allerdings hätte man Unermeßliches aus unserem Volke zu holen vermocht. Würde jeder dieser Westfalen gewußt haben, daß die Heimat eine Armee von achtzig oder hundert Divisionen aufstellt, die Franzosen wären auf Dornen getreten. Für den Erfolg aber sind immer mehr mutige Männer bereit, sich zu opfern, als für eine ersichtliche Zwecklosigkeit.

Es war ein klassischer Fall, der uns Nationalsozialisten zwang, gegen eine sogenannte nationale Parole schärfstens

Stellung zu nehmen. Und wir taten dies auch. Ich wurde in diesen Monaten nicht wenig angegriffen von Menschen, deren ganze nationale Gesinnung nur eine Mischung von Dummheit und äußerem Schein war, die alle nur mitschrien, weil sie dem angenehmen Kitzel erlagen, nun plötzlich ohne Gefahr auch national tun zu können. Ich habe diese jammervollste aller Einheitsfronten als eine der lächerlichsten Erscheinungen angesehen, und die Geschichte gab mir recht.

Sowie die Gewerkschaften ihre Kassen mit den Cunoschen Geldern annähernd aufgefüllt hatten und der passive Widerstand vor die Entscheidung kam, aus faulenzender Abwehr zum aktiven Angriff überzugehen, brachen die roten Hyänen augenblicklich aus der nationalen Schafherde aus und wurden wieder zu dem, was sie immer waren. Sang- und klanglos zog Herr Cuno zurück zu seinen Schiffen, Deutschland aber war um eine Erfahrung reicher und um eine große Hoffnung ärmer geworden.

Bis zum späten Hochsommer hatten viele Offiziere, und es waren sicher nicht die schlechtesten, innerlich an eine solch schmähliche Entwicklung nicht geglaubt. Sie alle hatten gehofft, daß, wenn auch nicht offen, so doch im stillen, die Vorbereitungen getroffen würden, um diesen frechsten Einfall Frankreichs zu einem Wendepunkt der deutschen Geschichte werden zu lassen. Auch in unseren Reihen gab es viele, die wenigstens auf das Reichsheer ihr Vertrauen setzten. Und diese Überzeugung war so lebendig, daß sie das Handeln und besonders aber die Ausbildung der zahllosen jungen Leute maßgebendst bestimmte.

Als aber der schmählichste Zusammenbruch eintrat und man nach Hinopferung von Milliarden an Vermögen und von vielen Tausenden von jungen Deutschen — die dumm genug gewesen waren, die Versprechungen der Führer des Reiches ernst zu nehmen — in so niederschmetternd schmachvoller Weise kapitulierte, da brannte die Empörung gegen eine solche Art des Verratens unseres unglücklichen Volkes lichterloh auf. In Millionen von Köpfen stand damals plötzlich hell und klar die Überzeugung, daß nur eine radi-

kale Beseitigung des ganzen herrschenden Systems Deutschland würde retten können.

Nie war die Zeit reifer, ja schrie sie gebieterischer nach einer solchen Lösung, als in dem Augenblick, da auf der einen Seite sich der nackte Vaterlandsverrat schamlos offenbarte, während auf der anderen ein Volk wirtschaftlich dem langsamen Hungertode ausgeliefert war. Da der Staat selbst alle Gesetze von Treu und Glauben mit den Füßen trat, die Rechte seiner Bürger verhöhnte, Millionen seiner treuesten Söhne um ihre Opfer betrog und Millionen andere um ihre letzten Groschen bestahl, hatte er kein Recht mehr, von seinen Angehörigen anderes als Haß zu erwarten. Und dieser Haß gegen die Verderber von Volk und Vaterland drängte so oder so zu einer Entladung. Ich kann an dieser Stelle nur hinweisen auf den Schlußsatz meiner letzten Rede im großen Prozeß im Frühjahr 1924:

„Die Richter dieses Staates mögen uns ruhig ob unseres damaligen Handelns verurteilen, die Geschichte als Göttin einer höheren Wahrheit und eines besseren Rechtes, sie wird dennoch dereinst dieses Urteil lächelnd zerreißen, um uns alle freizusprechen von Schuld und Fehle.“

Sie wird aber dann auch diejenigen vor ihren Richterstuhl fordern, die heute, im Besitze der Macht, Recht und Gesetz mit Füßen treten, die unser Volk in Not und Verderben führten und die im Unglück des Vaterlandes ihr eigenes Ich höher schätzten als das Leben der Gesamtheit.

Ich will an dieser Stelle nicht eine Schilderung jener Ereignisse folgen lassen, die zum 8. November 1923 führten und die ihn beschlossen. Ich will es deshalb nicht, weil ich mir für die Zukunft nichts Nützliches davon verspreche, und weil es vor allem zwecklos ist, Wunden aufzureißen, die heute kaum vernarbt erscheinen; weil es überdies zwecklos ist, über Schuld zu reden bei Menschen, die vielleicht im tiefsten Grunde ihres Herzens doch alle mit gleicher Liebe an ihrem Volke hingen und die nur den gemeinsamen Weg verfehlten oder sich nicht auf ihn verstanden.

Angesichts des großen gemeinsamen Unglücks unseres Vaterlandes möchte ich heute auch nicht mehr diejenigen

kränken und dadurch vielleicht trennen, die eines Tages in der Zukunft doch die große Einheitsfront der im Herzen wirklich treuen Deutschen zu bilden haben werden gegenüber der gemeinsamen Front der Feinde unseres Volkes. Denn ich weiß, daß einst die Zeit kommen wird, da selbst die, die uns damals feindlich gegenüberstanden, in Ehrfurcht derer gedenken werden, die für ihr deutsches Volk den bitteren Weg des Todes gegangen sind.

Diese sechzehn Helden, denen ich den ersten Band meines Werkes geweiht habe, will ich am Ende des zweiten den Anhängern und Verfechtern unserer Lehre als jene Helden vor Augen führen, die in klarstem Bewußtsein sich für uns alle geopfert haben. Sie müssen den Wankelmütigwerdenden und den Schwachen immer wieder zur Erfüllung seiner Pflicht zurückrufen, zu einer Pflicht, der sie selbst im besten Glauben und bis zur letzten Konsequenz genügten. Und unter sie will ich auch jenen Mann rechnen, der als der Besten einer sein Leben dem Erwachen seines, unseres Volkes gewidmet hat im Dichten und im Denken und am Ende in der Tat:

Dietrich Eckart.

Schlußwort

Am 9. November 1923, im vierten Jahre ihres Bestehens, wurde die Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei für das ganze Reichsgebiet aufgelöst und verboten. Heute, im November 1926, steht sie wieder im gesamten Reiche frei vor uns, stärker und innerlich fester als jemals zuvor.

Alle Verfolgungen der Bewegung und ihrer einzelnen Führer, alle Lästerungen und Verleumdungen vermochten ihr nichts anzuhaben. Die Richtigkeit ihrer Ideen, die Reinheit ihres Wollens, die Opferwilligkeit ihrer Anhänger haben sie bisher aus allen Unterdrückungen kräftiger denn je hervorgehen lassen.

Wenn sie in der Welt unserer heutigen parlamentarischen Korruption sich immer mehr auf das tiefste Wesen ihres Kampfes besinnt und als reine Verkörperung des Wertes von Rasse und Person sich fühlt und demgemäß ordnet, wird sie auf Grund einer fast mathematischen Gesetzmäßigkeit dereinst in ihrem Kampfe den Sieg davontragen. Genau so wie Deutschland notwendigerweise die ihm gebührende Stellung auf dieser Erde gewinnen muß, wenn es nach gleichen Grundsätzen geführt und organisiert wird.

Ein Staat, der im Zeitalter der Rassenvergiftung sich der Pflege seiner besten rassischen Elemente widmet, muß eines Tages zum Herrn der Erde werden.

Das mögen die Anhänger unserer Bewegung nie vergessen, wenn je die Größe der Opfer zum bangen Vergleich mit dem möglichen Erfolg verleiten sollte.

Im

Zentralverlag der NSDAP.

Frz. Eher Nachf., G.m.b.H.

München

erschienen ferner:

Deutsche Romane

Kuni Tremel-Eggert

Barb Roman einer deutschen Frau.
Leinen RM. 3.75

Sonnige Heimat 50 heitere u. ernste Erzählungen u. Novellen. Leinen RM. 3.75

Friedrich Ekkehard

Sturmgeschlecht
Zweimal 9. November. Leinen RM. 3.75

Karl Boehm

Der Weg des Georg Freimarck
Ein deutscher Freiheits-Roman.
Leinen RM. 3.75

Johannes Schupp

Der verlorene Klang Eines Geigenbauers Glück und Not. Lein. RM. 3.75

Ferdinand Zacchi

Volk an der See Ein Nordseebuch von Trotz und Treue. Leinen RM. 2.85

Carl v. Bremen

Die Schifferwiege
Niederdeutscher Heimat- und Seefahrer-Roman. Leinen RM. 3.75

Polly Maria Höfler

Der Weg in die Heimat
Ein Grenzlandroman. Leinen RM. 4.80

Wilhelm Weigand

Die rote Flut
Roman des Münchner Revolutions- und Rätespuks von 1918/19. Leinen RM. 4.80

Schöngeistige Bücher

Heinrich Anacker

Die Trommel

SA.-Gedichte. Gebunden RM. 3.—

Die Fanfare

Gedichte der deutschen Erhebung.
Leinen RM. 3.—

Einkehr

Neue unpolitische Gedichte. Leinen RM. 3.—

Der Aufbau

Gedichte. Leinen RM. 3.—

Dr. Joseph Goebbels

Michael

Ein deutsches Schicksal in Tagebuchblättern. Roman. Ganzleinen RM. 2.85

Ingeborg Wessel

Mein Bruder Horst

Ein Vermächtnis. Leinen RM. 3.75

M. v. Killinger

Ernstes und Heiteres aus dem Putschleben

Leinen RM. 2.85

Albert Reich

Von deutscher Art und deutscher Tat

Das Buch der deutschen Jugend.
Leinen RM. 3.50

Otto Bangert

Erdenweg

Ein Gedichtband.
Leinen RM. 3.—. Kartoniert RM. 2.25

Nationalsozialistische



Monatshefte

Bezugspreis vierteljährl. RM. 3.60
Einzelnummer RM. 1.20

Jedes Heft ist mit zahlreichen ein- u. mehrfarbigen Bildern ausgestattet

Herausgeber: Reichsleiter

Alfred Rosenberg

der Beauftragte des Führers zur Überwachung der Schulung und Erziehung der gesamten nationalsozialistischen Bewegung.

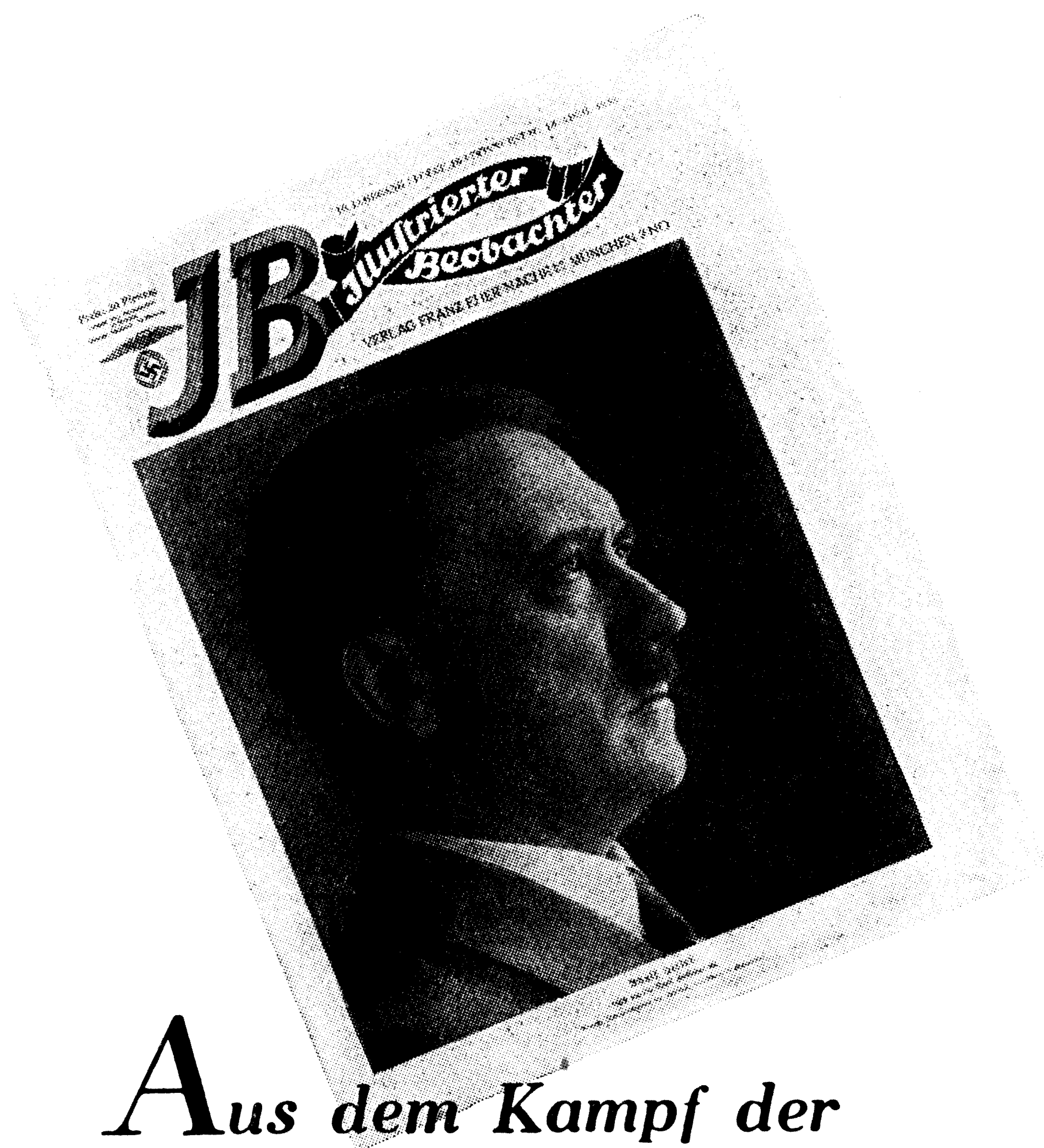
Unter Mitarbeit führender Männer des politischen und kulturellen Lebens

wie Heinrich Anacker, Reichsminister Darré, Reichsschulungsleiter Dr. M. Frauendorfer, Staatssekretär Hierl, Reichsführer SS. Himmler, Reichssportführer von Tschammer und Osten, Hans Zöberlein

sind die Nationalsozialistischen Monatshefte die

einzige, zielweisende und maßgebliche kulturpolitische Zeitschrift der NSDAP.

Zentralverlag der NSDAP.
Frz. Eher Nachf., G.m.b.H.
München


JB
Illustrierter Beobachter



Wer den „Völkischen Beobachter" liest, gehört zu denen, die sich der Fahne der Bewegung und damit der Idee des Führers verschworen haben.

Adolf Hitler

Mein Kampf